

OBRAS ESCOGIDAS

Historia de la revolución rusa

(obra completa)

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov
Valencia, junio de 2022
germinal_1917@yahoo.es



Para esta edición seguimos la de la Editorial Galerna, Buenos Aires, 1972, con versión directa al castellano desde el ruso de Andrés Nin, edición publicada por Cénit, Madrid, en 1931 (La Revolución de Febrero) y en 1932 (La Revolución de Octubre, y en la que faltaban los capítulos: "El campesinado ante la Revolución de Octubre", "La cuestión nacional", "Lenin llama a la insurrección" "El arte de la insurrección", "La insurrección de octubre", "El congreso de la dictadura soviética" y "Conclusión" posteriormente traducidos desde el francés para la edición de Tilcara, Buenos Aires, 1962, que es la seguida por Galerna); contrastamos con la versión francesa de Maurice Parijanine, Éditions du Seuil, París, 1967. Los apéndices "Ensayo complementario: Algunas leyendas de la burocracia" y "Referencias históricas sobre la teoría de la 'revolución permanente'" están traducidos por Vicent Blat desde el tercer volumen de la primera edición norteamericana en inglés de 1932; el apéndice "¿Socialismo en un solo país?" y el epílogo que hemos introducido ("Tres concepciones de la revolución rusa) están tomados de nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano (siguiendo a P. Frank, fechamos "¿Socialismo en un solo país?", en su momento –2015–, en 1934, pero que debería fecharse en 1932, año en el que se publica el tercer y último volumen de la versión al inglés –la primera versión al francés, editada por Rieder en cuatro volúmenes, apareció en 1934, conteniendo también estos anexos–) y la "Cronología" de la obra de Trotsky *1917. El año de la revolución*. La "Introducción" de J-J Marie está traducida desde la versión francesa de 1967 ya citada más arriba y "El trabajo literario" (que también hacemos servir de introducción) desde P. Broué, *Trotsky*, Fayard, París, 1988, páginas 655-669. La primera edición en ruso de esta obra *Istorija russkoj revoljucii*, fue hecha en Berlín, en cuatro volúmenes, los años 1931-1933 (de donde se deduce la rapidez para la versión al castellano de Andrés Nin y, tal vez, la falta de los capítulos señalados).

Hemos modernizado hasta el extremo el uso de mayúsculas (más allá de la norma de la RAE), algunas formas verbales, y, fruto del contraste con la edición francesa, rectificado algún que otro error y tipo de imprenta; no hemos seguido la transcripción de los nombres en ruso hecha por Andrés Nin ya que hemos procurado usar aquellas ya implantadas en la tradición. Para poder ofrecer esta obra completa hemos añadido los apéndices al tercer volumen de la primera edición en inglés hecha en Norteamérica (con traducción de Max Eatsmam, 'autorizada' por L. Trotsky, y editada por Simon and Schuster en 1932) y de la primera edición en francés (con traducción de Maurice Parijanine y editada por Rieder en 1934 en cuatro volúmenes).

Como lectura complementaria indispensable para esta obra indicamos *La revolución traicionada*, también editada en estas mismas OELT-EIS; en efecto, como el lector podrá ver en la entradilla y en los anexos a nuestra edición de esa obra, *La revolución traicionada* 'nace' como introducción de Trotsky a la segunda edición norteamericana de la *Historia de la revolución rusa*, pero el borrador se desarrolla hasta el extremo de exigir su publicación como libro aparte. Aunque en la "Cronología" encontrará encontrarás abundantes enlaces a materiales de la revolución, debes tener en cuenta la copiosa recopilación de materiales de Trotsky para el 1917 recogidos en *1917. El año de la revolución*, también editada en estas escogidas. Si deseas hacer un estudio más profundo sobre la revolución proletaria de 1917 en Rusia no puedes soslayar tampoco la lectura de *1905* y *Resultados y perspectivas*, también editadas en estas mismas OELT-EIS; o bien porque la revolución de 1905 fue el 'ensayo general' de la revolución de 1917, o bien porque desde el análisis y balance de la revolución de 1905 Trotsky desarrolla su teoría de la revolución permanente, que en 1917 se verá confirmada espléndidamente en la práctica por la revolución proletaria en Rusia; de donde deducirás

claramente que también la lectura y estudio de *La revolución permanente* (editada en estas mismas OELT-EIS) es imprescindible para la cabal comprensión del desarrollo de la revolución proletaria en nuestro siglo, dado que, inevitablemente, está recorrido por la confirmación, diríamos que 'en negativo', de la actualidad y validez de la teoría de la revolución permanente, que es lo mismo que decir del marxismo. Otras obras que podrás ver en estas OELT-EIS al respecto de la revolución rusa de 1917 son *El triunfo del bolchevismo* y *Lecciones de octubre*.

Índice

Introducción de Jean-Jacques Marie[1]

1.- Las circunstancias de la composición

El 23 de octubre de 1927 Trotsky fue excluido del Comité Central del Partido Bolchevique y el 15 de noviembre del partido. Vencida en el XV Congreso, la Oposición Unificada se desintegró al mes siguiente. Exiliado en Alma-Ata en enero de 1928, Trotsky continuó dirigiendo la actividad política de una oposición de izquierda amenazadora, a pesar de las deportaciones y capitulaciones que provocó el aparato de Stalin. Estalló la crisis que se incubaba en la URSS desde hacía muchos meses: los campesinos se negaron a entregar el trigo y el centeno. Las reservas disminuían y el hambre amenazaba a las ciudades, donde aparecieron las cartillas de racionamiento del pan. El kulak, que tenía que "integrarse pacíficamente en el socialismo", rezongaba. Como de costumbre, Stalin quería abatir al adversario antes de atacarle: las maniobras que entabló contra el ala derecha (Bujarin, Ríkov, Tomsky, Uglanov) anunciaban una nueva crisis en el interior del partido y un giro brutal hacia la colectivización y la industrialización.

Las tensiones engendradas por esta nueva lucha, y el giro que preparaba, le imponían a Stalin la eliminación definitiva de Trotsky, dentro de poco el único "dirigente de recambio". Zinóviev, Kámenev y Piatakov habían capitulado tras el XV Congreso y se preparaban para "arrastrase". La actitud de Bujarin, Ríkov y Tomsky, hacía presagiar su rendición sin combate. De los seis "sucesores" que enumeró Lenin en su *Testamento*, cuatro eran ya, o casi eran ya, "almas muertas"; y los hombres que habían fabricado al secretario general, al mismo tiempo que este último los seleccionaba, tenían todavía demasiado poco peso para cuestionar su poder en caso de desgarros internos.

Por tanto, Stalin se decidió a expulsar a Trotsky de la URSS para librarse de un hombre y de un programa que él se aprestaba a copiar caricaturizándolo. Según el *Boletín de la Oposición*, Stalin declaró entonces ante el buró político: "Hay que enviar a Trotsky al extranjero, 1) porque aquí dirige ideológicamente a la oposición, cuyas filas no cesan de ampliarse; 2) para empañar su prestigio a la vista de las masas, denunciándolo como un auxiliar de la burguesía desde el mismo momento en que pise un país burgués; 3) para empañar su prestigio a los ojos del proletariado mundial, pues la socialdemocracia utilizará inevitablemente su expulsión de la URSS y defenderá a Trotsky "víctima del terror bolchevique"; 4) y nosotros lo denunciaremos como traidor si en el extranjero ataca a la dirección del partido."

El 16 de diciembre de 1928, un dirigente de la Gpu le planteó a Trotsky el siguiente ultimátum: o dejaba de dirigir la actividad de la oposición o se vería "aislado de la vida política". Trotsky se negó. El 18 de enero, se le anunció su expulsión y el 22 la Gpu lo llevó hacia la frontera turca. El 12 de febrero de 1929 llegó a Constantinopla. Muy pronto encontró un chalé en Prinkipo, la isla más grande del archipiélago de los Príncipes. Pasará en él cuatro años enteros, exceptuando un breve viaje a Dinamarca para responder a la invitación de los estudiantes socialdemócratas daneses a pronunciar una conferencia

[1] Versión al castellano desde *Histoire de la Révolution russe. 1. La Révolution de Février*, "Introduction", Éditions du Seuil, París, 1967, páginas 5-25.

sobre la revolución rusa[2]. Los socialistas ingleses y alemanes le negaron, o le hicieron rechazar, una visa para sus países. Hasta julio de 1933, fecha en la que el gobierno de Daladier le concedió un permiso de residencia en Francia (con severas condiciones), Trotsky seguirá, pues, encerrado en la pequeña isla de Prinkipo al margen de los combates políticos.

Tras doce años de batallas ininterrumpidas, tras la organización y toma del poder en Petrogrado, tras la creación del Ejército Rojo y la dirección de la lucha contra el ejército blanco, tras los apasionados debates de la Internacional [Comunista][3] y el intento de ayudar al nacimiento de un partido comunista francés que no fuese un partido socialdemócrata repintado de rojo, tras los encarnizados enfrentamientos sobre todos los problemas que provocaba la edificación económica de la URSS en ruinas, tras las batallas de la Oposición de Izquierda (1923-1924) y de la Oposición Conjunta, en el curso de las cuales Trotsky había atacado a la dirección Stalin-Bujarin en nombre del plan, de la industrialización y de la colectivización, tras el penúltimo combate para defender la revolución china contra la política de Stalin y Bujarin que apoyaba a Chang Kai-shek y al Kuomintang, tras el último combate para dirigir desde la lejana Alma-Ata un oposición derribada por los golpes y las defecciones, tras doce años pasados en moldear la historia, la tranquilidad de Prinkipo, batida por las sofocantes olas del mar Negro, habitada por raros granjeros y algunos pescadores, parecía sellar un fracaso.

Un Cicerón habría encontrado materia para discurrir sobre la fragilidad de los “honores”. Pero Prinkipo no fue la Roca Tarpeya, igual que la actividad política de Trotsky tampoco fue una “carrera”. El 16 de noviembre de 1927, antes de suicidarse, su viejo amigo Yoffe le escribía: “la vida humana sólo tiene sentido durante el tiempo y en la medida en que está al servicio de un infinito. Para nosotros la humanidad es ese infinito.” Comisario del Pueblo para Asuntos Extranjeros y después para la guerra, o redactor del *Boletín de la Oposición* en un islote del mar Negro, Trotsky siempre lleva adelante, bajo formas diversas, el mismo combate que él no juzga según sus resultados inmediatos y que no obedece al ritmo de su propio pulso. Asimismo, pudo consagrar la mitad de sus cuatro años de exilio en Prinkipo a la redacción de la historia de los acontecimientos de los doce años anteriores.

Trotsky retomó el combate sin descanso, pero sin posibilidades de intervención directa. En julio de 1929 sale el primero número del *Boletín de la Oposición*, que se publicará hasta el verano de 1939. Pero esta actividad reducida, y los contactos episódicos con los representantes de la oposición comunista, no podían paliar la ausencia de la lucha cuerpo a cuerpo.

Por ello los cuatro años de Prinkipo son el período más fecundo del Trotsky “escritor”. La palabra no es adecuada puesto que el escritor comenta el universo o crea su propio universo, mientras que Trotsky sólo comenta el mundo para intentar transformarlo. En 1929, publica *La revolución desfigurada*[4], recopilación de documentos sobre los arreglos estalinistas de la historia. De febrero a septiembre, redacta su autobiografía, que el director de *Fischer Verlag* exige previamente a cualquier otra publicación. La obra está acaba a principios de septiembre. En el prólogo que redacta para *Mi vida*[5], el 14 de septiembre de 1929, define el marco en el que se inscribirá su futura actividad: “Es la segunda vez que presencio un abandono en masa de las banderas revolucionarias. La primera fue tras el reprimido movimiento de 1905; la segunda al estallar la guerra. Por experiencia propia conozco harto bien lo que son estas mareas y reflujos. Y sé que están

[2] *¿Qué es la Revolución de Octubre?,* en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano.
[3] Ver *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, en estas mismas OELT-EIS.
[4] *La revolución desfigurada*, en estas mismas OELT-EIS.
[5] León Trotsky, *Mi vida,* de próxima edición en estas mismas OELT-EIS.

regidos por leyes. No vale impacientarse, pues no han de cambiar de rumo a fuerza de impaciencia. Y no soy de esos que acostumbran a enfocar las perspectivas históricas con el ángulo visual de sus personales intereses y vicisitudes. El deber primordial de un revolucionario es conocer las leyes que rigen los sucesos de la vida y saber encontrar, en el curso que estas leyes trazan su lugar adecuado."

Y Trotsky lo prueba volcándose en la *Historia de la revolución rusa*, cuya redacción se extenderá a lo largo de los años 1930-1931 y 1932. A pesar del encarnizamiento que aporta a este trabajo, y de su voluntad de ser un historiador irreprochable, incluso en el dominio de los pequeños hechos a los que, por otra parte, concede una gran importancia, el historiador no elimina al militante. La historia no es el refugio del "viejo león" abatido, o la entrada del hospicio. En esos mismos años en los que redacta la historia desigual y, sin dudas, inigualable, de la revolución rusa, lleva adelante una desesperada lucha contra la política llamada del "tercer período" que aplica entonces la dirección del partido ruso y de la Komintern. En nombre de la teoría del "socialfascismo" y del axioma: "La socialdemocracia y el fascismo son hermanos gemelos", la Tercera Internacional[6] lanza a los comunistas alemanes al asalto de los socialdemócratas, muy contentos con la ocasión de rechazar el puño tendido, y paraliza al proletariado alemán ante la amenaza nazi[7]. De septiembre de 1930 a febrero de 1933, Trotsky intenta enderezar desde el exterior esta orientación que lleva a la catástrofe. Propone infatigablemente el frente único obrero comunista-socialista para cortarle el paso a Hitler. Sus adversarios responden con las risas burlonas de la fanfarronada: "Después de Hitler, nos tocará el turno a nosotros."

Al mismo tiempo, y con una infinita paciencia, Trotsky trata de construir una oposición de izquierda en Francia por encima de las insuficiencias de "personalidades" apresuradas por hacer carrera y de los conflictos de grupos, si no de camarillas; en España también se vuelca en la misma tarea[8]. Continúa combatiendo contra "la falsificación estalinista de la historia", que entonces alcanza proporciones gigantescas, publicando en 1932, bajo ese título (*la Falsification stalinienne de l'histoire*), una recopilación que retoma algunos textos de *La revolución desfigurada*.

Trotsky-militante y Trotsky-historiador son, pues, inseparables durante la redacción de la *Historia de la revolución rusa*. Parece que el mismo Trotsky lo señala cuando escribe en su prólogo al segundo tomo de su obra: "De forma más inmediata, el presente trabajo debería ayudarnos a comprender el carácter de la Unión Soviética. Nuestro tema es actual no porque la insurrección de octubre haya tenido lugar ante los ojos de una generación que aún está viva […], sino porque el régimen que surgió de la insurrección está vivo, desarrollándose y planteando nuevos enigmas a la humanidad." Sin embargo, su *Historia* no está escrita en función de las necesidades tácticas e inmediatas de la Oposición de Izquierda y el universitario de Tolón, Charles-Olivier Carbonel, que ve en su obra "un arma antiestalinista" ha debido leer el libro por encima. Stalin ocupa en él el mismo pequeño lugar que ocupó en la realidad de 1917, sin otras referencias más que las políticas al secretario general de 1932.

2.- Trotsky historiador

En el prólogo al primer tomo, acabado en noviembre de 1930 y que abarca desde las causas de la Revolución de Febrero al I Congreso de los Sóviets (junio), Trotsky, tras haber precisado: "Este trabajo no está basado precisamente en los recuerdos personales de su autor", define así su método: "El lector serio y dotado de espíritu crítico no necesita

---

[6] Ver nuestra serie: Tercera Internacional. Internacional Comunista.

[7] Ver en estas mismas OELT-EIS: *La lucha contra el fascismo (y anexos)*.

[8] Ver nuestra serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España.

de esa solapada imparcialidad que le brinda la copa de la conciliación llena de posos de veneno reaccionario, sino de la metódica escrupulosidad que va a buscar en los hechos honradamente investigados, apoyo manifiesto para sus simpatías o antipatías no disfrazadas, a la contrastación de sus nexos reales, al descubrimiento de las leyes por que se rigen.” En el prólogo que redacta en mayo de 1932 para el segundo tomo, que acaba de finalizar y que abarca de julio a octubre de 1917, constata que: “La exactitud de las referencias y citas del primer volumen no ha sido discutida hasta ahora por nadie: además, habría sido difícil”, y, respondiendo a las inevitables objeciones sobre “el sesgo personal que puede manifestarse en una selección artificial y unilateral de hechos y textos”, precisa: “La prueba de la objetividad científica debe buscarse no en los ojos del historiador ni en las inflexiones de su voz, sino en la lógica íntima de la propia narración.”

Así que la historia es una *reconstrucción*: su movimiento real es una maraña compleja de hechos, intereses, intenciones e ideas que forman un todo; a partir de las trazas dejadas por la historia que se hace, el historiador debe reconstituir este conjunto, no en absoluto solamente para ofrecer la imagen (el historiador no es un cineasta) sino para hacer comprensible la totalidad. El historiador debe deshacer la maraña que rehace. Tarea esta contradictoria que coloca la historia más allá de la narración cronológica y de la simple explicación mediante la providencia divina, la fuerza de los individuos o la intervención mecánica de las causas económicas y sociales; tarea contradictoria que obliga al historiado a hacer racional una realidad que se mantiene parcialmente irracional. Y Trotsky lo sabe, él, que quiere descubrir “*las leyes por que se rigen* [los hechos]” y que representa como ningún otro los movimientos moleculares de las masas, sus flujos y reflujos, sus impulsos y sus desasosiegos, sus alternancias de audacia y cobardía.

Las masas son el verdadero héroe de esta historia; no un héroe de Épinal que marcharía con paso seguro hacia una revolución inevitable, que ese héroe haría desfilando, sino un héroe colectivo de hambre y sudor, de sangre y pan, de valentía e indiferencia, masas de las ciudades y del campo que alumbran el gallo rojo con los castillos de sus dueños, proletarios de Piter y marinos del Báltico, energía motriz de la revolución de la que Trotsky rehúsa reducir el papel al rango de *efecto* como lo desea “una explicación vulgarmente económica de la historia que se hace pasar frecuente por marxismo” y de la que denuncia su “inconsistencia”: “…en una revolución, buscamos sobre todo la intervención directa de las masas en los destinos de la sociedad. Detrás de los acontecimientos intentamos descubrir las modificaciones en la conciencia colectiva. Descartamos las burdas alegaciones de un movimiento de “fuerzas elementales”, alegación que en la mayoría de los casos no explica nada ni enseña nada. Las revoluciones se realizan según ciertas leyes. Esto no significa que las masas actuantes conozcan claramente las leyes de la revolución”.

Masa eternamente maleable, hordas femeninas a merced del primer líder en la concepción policíaca de la historia que ahora vuelve a estar en boga, tropas sin vida que marchan siguiendo la cadencia de la causalidad como soldados de plomo en la historiografía estalinista y mecanicista, las masas recuperan su lugar en la *Historia de la revolución rusa*. Su pasado destinaba a Trotsky a devolverles su rostros y papel: su experiencia está ligada a la actividad revolucionaria de las masas, como la de Lenin está estrechamente ligada a la construcción del partido. Durante la revolución de 1905 y octubre de 1917, Trotsky se encuentra dos veces a la cabeza de organismos creados espontáneamente por ellas. Ha sido presidente del sóviet de Petrogrado en dos ocasiones, en dos ocasiones se les ha aparecido a las masas fusionado como su dirigente natural. Ningún otro dirigente bolchevique se ha bañado de esta forma en las masas ni se ha sentido orgánicamente ligados a ellas así, a través de su respiración, de sus pulsaciones, de su calor, a través de los latidos de su sangre. Una de las más significativas páginas de

Mi vida es sin lugar a dudas aquella en la que Trotsky evoca su auditorio arremolinado y anónimo del Circo Moderno: "Para llegar a la tribuna, tenía que pasar por una angosta trinchera de cuerpos humanos, cuando no levantado en brazos por el auditorio. En aquella atmósfera recargada por la respiración y la espera explotaban los gritos y resonaba el rugido característico, apasionado […]. En torno a mí, encima de mí, todos apretujados pechos, cabezas. Era como si la voz del orador saliese de una cálida caverna de cuerpos humanos. […] No había fatiga que resistiese a la tensión eléctrica de aquella muchedumbre cargada de pasión".

Trotsky no devuelve vida y realidad únicamente a las masas, da aliento a todos los actores de un drama del que él mismo fue un protagonista esencial. Los mencheviques y los socialrevolucionarios abandonan su máscara monótona de fantasmas contrarrevolucionarios sin rostro y sin nombre. "Cada uno de ellos [escribe Deutscher] está vinculado a su especie, pero posee rasgos de carácter individuales."[9] Trotsky no dibuja una galería de retratos políticos, que parece componerse de ella misma, en estrecha relación con la tela de fondo sobre la que actúan los personajes. Si se nos parecen como juguetes de fuerzas que los superan, es porque no tenían la capacidad de Lenin para intentar comprenderlas, para intentar dirigirlas. Describiéndolos, Trotsky *es* historia. Pinta a los protagonistas del intervalo de las revoluciones con un rigor *objetivo*, es decir que los eleva al rango de objetos porque ellos mismo sólo han podido ejercer el papel de objetos, cogidos en la trampa de sus prejuicios, de su verborrea, de su ñoñería y de un período histórico que reclamaba hombre de otro temple. Ningún rencor, ningún odio hacia los protagonistas impotentes por su propia fatuidad, contra fantoches en relación con los tiempos que los superan y a los que Trotsky confiere la vida de una ironía a veces entristecida.

¿Mártov? "Como siempre, durante los grandes acontecimientos históricos, Mártov se desconcertaba y se perdía en el vacío. Lo mismo en 1917 que en 1905, la revolución apenas se apercibió de que existía este hombre preeminente." ¿El menchevique Liber? "Si en la orquesta de la mayoría del sóviet Tsereteli llevaba la batuta, Liber tocaba el clarinete con toda la fuerza de sus pulmones y con los ojos inyectados de sangre. Liber era un menchevique de la Unión Obrera Judía (Bund), con un pasado revolucionario, hombre sincero, de gran temperamento, muy elocuente, muy limitado y que se desvivía por aparecer como un patriota inflexible y un hombre de estado férreo." ¿Chernov? "Las fórmulas eclécticas de Chernov, sazonadas con moralejas y poesías, congregaron durante algún tiempo a un público heterogéneo, que en los momentos críticos vacilaba siempre entre los distintos derroteros. […]. Nada de lo que hacía caía bien. En vista de esto, decidió adoptar una actitud inhibitoria. La abstención a la hora de votar se convirtió para él en la fórmula de su existencia política." Rodzianko presidente de la duma: "…intentó vencer a la revolución con las mangueras de los bomberos; lloró".

Hacer revivir a un personaje es para Trotsky, al mismo tiempo, explicarlo. Si la *Historia de la revolución rusa* es un verdadero fresco en movimiento (que hace aparecer estático el *Octubre* de Eisenstein) no lo es, solamente, porque se note en ella el aliento de Trotsky, ni solamente porque explique en ella a las masas y sus guías débiles o valerosos. Trotsky restituye toda una época. Recrea, por ejemplo, la atmósfera de la corte y de la guerra con rasgos tan corrosivos que las descripciones de Tácito parecen empañadas por el moralismo: "Y no había que preocuparse de lo que se derrochaba, pues no cesaba de caer de lo alto una lluvia benéfica de oro. La 'buena sociedad' no tenía más que alargar la mano y abrir los bolsillos; las damas aristocráticas alzaban las faldas; los banqueros e intendentes, industriales, bailarinas del zar y de los grandes duques, jerarcas ortodoxos,

[9] Todas las citas de Deutscher están tomadas de *Trotsky. El profeta desterrado*, Ediciones Era, México, 1975.

damas de la corte, diputados radicales, generales del frente y de la retaguardia, abogados radicales, tartufos augustos de ambos sexos, el tropel de sobrinos, y, sobre todo, de sobrinas, todos chapoteaban en aquel cieno amasado con sangre. Todos se daban prisa a robar y a comer a dos carrillos, temerosos de que la benéfica lluvia se acabara, y todos rechazaban con indignación la idea ignominiosa de una paz prematura.”

El autor de unas hipotéticas oposiciones sobre “Trotsky pintor de la historia” concluiría que Trotsky maneja a la vez el látigo de la sátira y el martinete del moralista. Sin embargo, a todo lo largo de esta historia se mantiene fiel al principio spinozista: “Ni llorar, ni reír: comprender”, al que siempre ha querido subordinar su vida. Si la *Historia de la revolución rusa* es un fresco, el pintor se alza tras los personajes, las multitudes o el decorado, no para indignarse, denunciar o censurar, sino para explicar. La infección de la corte, la corrupción de la burocracia y la alta nobleza o la ñoñería obsequiosa de la burguesía rusa no suscitan en él disgusto y aspiración a destruir ese mundo que siente asqueroso, *porque él* lo siente asqueroso. Es intelecto antes que sensibilidad. En ello ve los signos de una realidad más profunda, los signos de una condena que trae la historia: la Rusia zarista se ahoga en el cruce de dos épocas históricas cuyo desarrollo se combina en ella: “Si la cuestión agraria, herencia de barbarie de la vieja historia rusa, hubiera sido o hubiera podido ser resuelta por la burguesía, el proletariado ruso no habría podido subir al poder, en modo alguno, en el año 1917. Para que naciera el estado soviético, fue necesario que coincidiesen, se coordinasen y compenetrasen recíprocamente dos factores de naturaleza histórica completamente distinta: la guerra campesina, movimiento característico de los albores del desarrollo burgués, y el alzamiento proletario, el movimiento que señala el ocaso de la sociedad burguesa. Fruto de esta unión fue el año 1917.”

Siendo el marxismo unión estrecha entre la teoría y la acción, el reformismo socialdemócrata, y después el estalinismo, lo han esterilizado subordinándolo a una práctica que permite en el mejor de los casos mantener el envoltorio para matar el espíritu. El materialismo dialéctico queda reducido a un mecanismo formal en el que la conciencia sólo es ya un reflejo de causas materiales. Esta transformación de Marx en Taine, destinada para consumo de permanentes sindicales alemanes o cuadros móviles de la Komintern, ya se anuncia en Plejánov y Kautsky. El injerto estalinista en este mecanismo ofrece productos fabulosos: el estancamiento de perogrulladas implantado sustituyendo al “marxismo”, entrelazadas con citas y referencias sagradas. Los desarrollos del tráfico portuario de Ruán o la estagnación de la cría de borregos, explican así el pensamiento de Pascal. Sin duda alguna el marxismo, que abarca toda la época del capitalismo naciente y decadente, sólo puede ser superado tras la transformación de las relaciones de producción capitalistas, pero la caricatura no es inherente en absoluto a los límites que le impone su naturaleza histórica. Y, sin embargo, en cuarenta años no puede citarse el nombre de un historiador “marxista” que cuente, que no sea Pokrovsky, muerto en 1932. Además de Trotsky. La burguesía pensante rechazó el marxismo desde su nacimiento como pura ideología, como un sistema idealizado que expresaba las ensoñaciones que algunos desclasados prestaban a los trabajadores. Después, igual que después de haberlo excomulgado, la burguesía ha intentado integrar el movimiento obrero organizado, ha intentado asimilar lo que en el marxismo representa la conquista más alta del pensamiento científico. Lo ha disociado en un método, de excelente empleo para el desarrollo de las ciencias sociales, y una ideología, arcaica mezcolanza de sueños cuarentaiochistas y utopía mesiánica, cuestionable para la mejora de las condiciones de la vida obrera…

Así, la historia universitaria se ha convencido pronto de que no describe un desfile de plumas blancas, ordenado por decretos de la voluntad sobre una escena de sombras. Esa historia ha intentado encontrar en la historia el tejido de sus determinaciones. Pero

este método sólo es un mecanismo de explicación, abstraído del pensamiento del que forma parte integrante. La *Historia de la revolución rusa*, por el contrario, recrea la unidad original del método y del contenido que caracteriza al marxismo, como todo pensamiento coherente sin duda, pero que le es más necesario que a cualquier otro, puesto que el marxismo no comenta el mundo por placer… La unidad de los diversos momentos de este fresco dramático, que parece organizarse en una lenta y fulgurante ascensión hacia el desenlace, la interpenetración de los retratos, de la narración, del análisis, de los detalles, de la síntesis, de los pequeños hechos en los que Trotsky sabe ver signos, traza la relación compleja entre la conciencia y el movimiento ciego de la historia a través de las fuerzas que los arrastran, e integra esta obra en los mismos acontecimientos que resucita. Si el marxismo es la expresión consciente del proceso inconsciente de la historia, la obra de Trotsky es una conclusión.

El motor de la historia en su obra es la *lucha de clases*. Es la lucha de clases la que define el curso y confiere a sus protagonistas su verdadero rostro. Trotsky niega por adelantado el estructuralismo, tan de moda, el espectro estadístico de una "estructura de la sociedad capitalista o socialista" que tiene una existencia en sí mismo, más allá de la lucha de las clases, a la que Trotsky, restituyéndola en su vida, ya no le da las dimensiones de un principio de explicación, sino de la misma historia.

3.- El papel del individuo en la historia

Al final del capítulo titulado "El rearme del partido", en el que examina la importancia decisiva del papel jugado por Lenin en la reorientación de un Partido Bolchevique, comprometido hasta su llegada con una política de apoyo crítico al gobierno provisional del príncipe Lvov, Trotsky se pregunta: "…cómo se habría desarrollado la revolución si Lenin no hubiera podido llegar a Rusia en abril de 1917." En efecto, ningún otro hubiera podido enderezar en algunas semanas un partido en el que en las primeras jornadas únicamente Alejandra Kollontai, Zalejski y algunos cuadros de Petrogrado apoyaron a Lenin.

Trotsky responde:

"Lenin no fue el demiurgo del proceso revolucionario, sino que se insertó en la cadena de las fuerzas históricas objetivas. Pero en esta cadena él era un eslabón muy importante. La dictadura del proletariado se deducía de toda la situación, Mas era necesario instaurarla, y esto no hubiera sido posible sin el partido. Y éste sólo podía cumplir su misión comprendiéndola. Para esto precisamente Lenin era indispensable […] la revolución no dejaba sitio para una posición intermedia entre Lenin y los mencheviques. La lucha intestina en el seno del Partido Bolchevique era de todo punto inevitable. La llegada de Lenin sólo acelera el proceso. Su ascendiente personal redujo las proporciones de la crisis. Sin embargo, ¿puede afirmar alguien con seguridad que, sin él, el partido habría encontrado su senda? Nosotros no nos atreveríamos en modo alguno a afirmarlo. Lo decisivo, en estos casos, es el factor tiempo, y cuando la hora ha pasado es harto difícil echar una ojeada al reloj de la historia. De todos modos, el materialismo dialéctico no tiene nada en común con el fatalismo. La crisis que en forma inevitable tenía que provocar aquella dirección oportunista hubiera cobrado sin Lenin un carácter excepcionalmente agudo y trabajoso. Desde luego, las condiciones de la guerra y la revolución no dejaban al partido mucho margen de tiempo para cumplir con su misión. Hubiera podido ocurrir muy bien, por tanto, que el partido, desorientado y divido, pudiera por muchos años la ocasión revolucionaria. El papel de la personalidad cobra aquí ante nosotros proporciones verdaderamente gigantescas. Hay que saber comprender ese papel, considerando a la personalidad como un eslabón de la cadena histórica."

Deutscher, citando este pasaje en su capítulo “El revolucionario como historiador”[10], afirma: “Para un marxista, ésta es una conclusión sorprendente […]. En este punto las concepciones de Trotsky el historiador están íntimamente afectadas por la experiencia y el estado de ánimo de Trotsky el jefe de la Oposición derrotada: cabe duda que en una fase anterior de su carrera él hubiese expresado una idea tan contraria a la tradición intelectual marxista.” Examinando a continuación la “tradición marxista” a la luz del ensayo de Plejánov, *El papel del individuo en la historia*[11], del que toma la argumentación, Deutscher señala lo inverosímil de la suposición que “un ladrillo desprendido de un tejado de Zúrich a principios de 1917 podría haber alterado el destino de la humanidad en el presente siglo”, releva las contradicciones de Trotsky sobre este punto y concluye que la tesis aquí avanzada por Trotsky es *circunstancial*. En los albores de la creación de la IV Internacional, Trotsky se ve a sí mismo a través de ese Lenin irremplazable de 1917: “Trotsky necesitaba sentir que el dirigente, ya fuera Lenin en 1917 o él mismo en los años treinta, era irremplazable: de esta creencia extraía la fuerza para sus solitarios y heroicos esfuerzos.”

La tesis de Plejánov tiene la simplicidad de todo pensamiento mecanicista y escapa a la contradicción interna, propia de todo pensamiento dialéctico que intenta seguir las contradicciones inherentes a las relaciones entre el mundo exterior y la conciencia para tratar de resolverlas. Plejánov admite: “… los individuos ejercen con frecuencia una gran influencia sobre el destino de la sociedad, pero esta influencia está determinada por la estructura interna de aquélla y por su relación con otras sociedades. Esta influencia no puede *determinar* el curso que toman los acontecimientos, solamente puede modificarlo por unos momentos, retardarlo o acelerarlo.” “Admitamos que él [Robespierre] representaba en su partido una fuerza insustituible […] Si la caída casual de un ladrillo le hubiera matado, supongamos, en enero de 1793, su puesto habría sido ocupado, naturalmente, por otro, y aunque este otro hubiera sido inferior a él en todos los sentidos, los acontecimientos, a pesar de todo, habrían tomado *el mismo giro* que tomaron con Robespierre […] Tampoco hubieran podido ser “contrarios” los resultados si una bala hubiera matado a Bonaparte, por ejemplo, en la batalla de Arcole. Lo que éste hizo en las campañas de Italia y en las demás expediciones lo hubieran podido hacer otros generales.” Lo mismo puede decirse en lo tocante al 18 de Brumario y sus consecuencias: para restablecer el orden se necesitaba una “buena espada”. Los candidatos eran numerosos, pero solamente uno podía cumplir esa función, una vez en su puesto tenía que hacer retroceder a los otros sin piedad y destruir en ellos al jefe potencial. En breve: “… las personalidades influyentes pueden hacer variar el aspecto individual de los acontecimientos y algunas de sus consecuencias particulares, pero no pueden hacer variar su orientación general, que está determinada por otras fuerzas.”[12]

La tesis de Plejánov es coherente; se apoya en una visión de la historia concebida como un desarrollo exteriormente harmonioso, producto de una interacción de causas y efectos cuyo conjunto forma una cadena lógica. Pero lo que le interesa a Trotsky son los momentos de *crisis* en los que la lucha se entabla entre una clase ascendente y una clase decadente, que todavía no ha agotado todas sus posibilidades históricas, puesto que el resultado de la lucha en esos momentos no es seguro todavía durante un determinado período. Plejánov piensa que la función crea el órgano: si una clase necesita una orientación política y un jefe de envergadura, inevitablemente engendrará tanto una como

[10] Obra citada, páginas 206-239.

[11] G. V. Plejánov, *El papel del individuo en la historia*, en la serie Obras escogidas de G. V. Plejánov de nuestro sello hermano Alejandría Proletaria.

[12] Páginas 19, 20 y 21 del formato pdf de la obra citada.

otro. Los plazos pueden variar, pero esas variaciones no pueden modificar profundamente el curso de las cosas.

Trotsky contesta esto: "El tiempo aquí es un factor decisivo", dice. Los plazos son esenciales y esencial por tanto el dirigente que los comprende y domina. Deutscher se equivoca (y ello quiebra toda su argumentación) cuando afirma que Trotsky planteó ese problema en 1930 para enaltecerse. Lo planteó por primera vez en 1924, tras el fracaso de la revolución alemana, causada, en su opinión, por las dudas y retrasos de la dirección del PC alemán, en el prefacio que escribió para el tomo III de sus *Obras completas*, *Lecciones de Octubre*: "Entonces habría estado la revolución condenada a la ruina, si Lenin no hubiera apelado al partido contra el comité [central], […]. Pero no todos los partidos tendrán a disposición suya un Lenin cuando se encuentren frente a un caso análogo. […] La fuerza de un partido revolucionario no se acrecienta sino hasta un momento dado, después del cual puede declinar. Ante la pasividad del partido, las esperanzas de las masas ceden el puesto a la desilusión, y entre tanto, se repone de su pánico el enemigo, y de esta desilusión saca ventaja. A una mudanza de tal género hemos asistido en Alemania en octubre de 1923. Tampoco en Rusia estuvimos muy lejos de mudanza semejante en otoño de 1917. Para que se llevase a cabo quizás habría bastado dejar pasar algunas semanas aún. Tenía razón Lenin: '¡Ahora o nunca!'"[13]

Por lo mismo que es una ilusión mental (como pretenden Plejánov y Deutscher) que muestra en el gran hombre a un personaje irreemplazable, porque, por el mismo hecho de ocupar ese lugar, ha descartado a los posibles competidores, ¿no es otra ilusión mental creer condenadas de antemano las revoluciones abortadas o prometidas a un alumbramiento sin dolor las revoluciones victoriosas? Esto es reducir la táctica y la estrategia a una proyección de sombras sobre un desarrollo de la historia que se desenvuelve impasible y majestuosamente. Es cierto que este era el pensamiento del *menchevique* Plejánov, pero ya en 1903 los bolcheviques rechazaron ese fatalismo de la causalidad. Por otra parte, también rechazaron los intentos de voluntarismo que llevaba al revolucionario a engañarse sobre sus fuerzas reales. No puede hacer lo que quiera, donde quiera y cuando quiera.

Esta relación del "jefe" revolucionario con la historia es contradictoria y Trotsky la expresó, por supuesto, de forma contradictoria. El 5 de abril de 1923: "[No, no caben dudas, sabemos que la clase obrera vencerá por sí misma]. Cierto, sabemos que no hay '.... Salvador supremo / Ni dios, ni cesar, ni tribuno' pero ello solo es cierto a fin de cuentas. Si no hubiesen existido ni Marx, ni Lenin, la clase obrera igualmente hubiese concebido sus métodos, formado su pensamiento y luchado y vencido, pero con más lentitud."[14] Este optimismo en la espontaneidad de las masas, que no se inscribe en la línea del *¿Qué hacer?*, puede que sea exagerado por las circunstancias: desde hace un mes, día a día, Lenin está irremediablemente condenado al silencio. Hay que tranquilizar a los cuadros de un partido desorientado. En su *Diario* [*de exilio*], anota en marzo de 1935: "Si en Petersburgo no hubiéramos estado ni Lenin ni yo, no hubiera habido Revolución de Octubre: la dirección del Partido Bolchevique hubiera impedido que se realizase." Algunos meses más tarde, en noviembre de 1935, en un artículo titulado *¿Cómo venció Stalin a la Oposición?*, Trotsky afirma: A diferencia de los fatalistas superficiales (tipo León Blum, Paul Fauré, etcétera) los marxistas no niegan el papel del individuo, de su audacia, de su iniciativa, en la lucha social. […] La dirección cumple un papel colosal en la revolución. *El proletariado que carece de una buena dirección no*

---

[13] *Lecciones de Octubre*, en estas mismas OELT-EIS, página 25-26 del formato pdf.
[14] *Las tareas del XII Congreso del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) (VII Conferencia Partido Comunista b de Ucrania),* en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano, páginas 3-4 del formato pdf.

puede vencer. Pero incluso la mejor dirección no puede fomentar una revolución si no existen condiciones objetivas."[15] Trotsky alcanza la otra extremidad del péndulo cuando, retomando este artículo para el capítulo "¿Por qué ha vencido Stalin?" de *La revolución traicionada*, declara: "Las cualidades de los que dirigen no son indiferentes para el resultado de los combates, pero no son el único factor ni el decisivo. Por lo demás, los campos adversos exigen jefes hechos a su imagen. […] los bolcheviques no vencieron a la democracia pequeñoburguesa por la superioridad de sus jefes, sino gracias a un reagrupamiento de las fuerzas, cuando el proletariado consiguió por fin arrastrar al campesino descontento contra la burguesía."[16]

Estas oscilaciones sobre la importancia relativa de lo objetivo y de lo subjetivo, de la conciencia y de las fuerzas económicas y sociales, reflejan la ambigüedad del papel de una dirección o de un "jefe" revolucionario, reducidos a la impotencia inmediata cuando la situación no les ofrece la posibilidad de actuar porque están colocados, durante unos breves momentos, en la encrucijada de la historia en una situación en la que pueden orientar las fuerzas ciegas si tienen la clarividencia y audacia necesarias. La función no segrega necesariamente al órgano, puede segregarlo demasiado tarde o demasiado pronto, y los plazos suplementarios impuestos a la historia engendran monstruos. En el largo pasaje citado al principio de este capítulo, Trotsky parece reducir la contradicción real a su mínimo grado cuando escribe: "La dictadura del proletariado se deducía de toda la situación, mas era necesario instaurarla, y esto no hubiera sido posible sin el partido. Y éste sólo podía cumplir su misión comprendiéndola. Para esto precisamente Lenin era indispensable." En su desarrollo, la revolución reveló a dirigentes y jefes cuyo valor no habría penetrado de otra forma el tejido de la vida cotidiana, pero no pudo hacer emerger a sus guías de la nada, no pudo transformar a un Kámenev en Lenin ni convertir a un mediocre en demiurgo. La necesidad social es suficiente para engendrar un secretario general, pero, así como también hay jefes revolucionarios que nacen demasiado pronto, también las crisis revolucionarias pueden ser suficientes por sí mismas para engendrar al o a los hombres capaces de resolverlas y moldear la historia.

4.- Ensayo de crónica

Charles-Olivier Carbonel, autor de la última obra publicada sobre la revolución rusa (según él, obra "destinada al gran público") escribe en su bibliografía a propósito de la obra de Trotsky: "Obra apasionante pero apasionada, tan confusa como brillante; incertidumbre cronológica sistemática, alusiones muy a menudo carentes de explicación, consideraciones filosófico-históricas sobrecargadas por un estilo desconcertante, por su tecnicidad marxistizante, pero también con ascensos épicos y líricos dignos de un Michelet, alegato de un exiliado que se sirve de la historia como de una arma antiestalinista."

¿Incertidumbre cronológica sistemática?

Sin embargo, entre las 1.100 páginas de la obra de Trotsky no pueden encontrarse casi errores. Encontrar errores no sería inimaginable. Cuando los participantes en la Revolución de Octubre en Petrogrado se reunieron el 7 de noviembre de 1920 para evocar sus recuerdos tres años más tarde, todos ellos, incluyendo a Trotsky, no fueron capaces de poner fechas a los acontecimientos más importantes… Ahora bien, la cronología de la

[15] *Escritos León Trotsky*, Tomo VII, Volumen 1 (mayo 1935 a noviembre 1935), en nuestra serie Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma, página 254 del formato pdf.

[16] *La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)*, en estas mismas OELT-EIS, página 53 del formato pdf.

Historia es rigurosa[17]; pero Trotsky no redactó una crónica (ya existía, en seis volúmenes, publicados en la URSS de 1923 a 1930), su narración no es lineal y puede desalentar a un lector amante de los manuales. La cronología no interesa a Trotsky en tanto que sucesión exacta de acontecimientos, sino como medio para descubrir las relaciones racionales que determinan en el tiempo el encadenamiento de los actos e intenciones, la maduración de la conciencia, el estado de ánimo de las masas de proletarios, soldados y campesinos. Igualmente, las fechas más importantes no son jamás en sí mismas lo esencial.

La obra de Trotsky solo contiene un error factual de cierta importancia, en un capítulo que B. D. Wolfe, durante un estudio muy crítico, declara "sin equivalente en todo lo que se ha escrito al respecto", el capítulo sobre el Comité Militar Revolucionario. Trotsky se atribuye el título de presidente de ese CMR del que jamás lo fue. Tenía excusas: los participantes en la reunión del 7 de noviembre de 1920, entre ellos Mejonochin, uno de los miembros más activos del CMR, no recordaban ya quién era exactamente el presidente y pensaban que el título le correspondía a Trotsky. Este último no disponía de los archivos del CMR, guardados bajo llave. Publicados en 1966-67, descubrieron que formalmente el presidente del Comité Militar Revolucionario fue el socialista revolucionario de izquierda Lasimir del 13 al 27 de octubre. Fecha en la que fue reemplazado por Podvoisky. De hecho, la lectura de los archivos muestra que el primer miembro presente del CMR hacía de presidente: se ve firmar en calidad de tal a Lasimir, Podvoisky, Mejonochin, Sadovsky, Skripnik, Sverdlov, Uritsky. Y, como indican los autores de la edición de los documentos del CMR: "La indicación de responsabilidades en los documentos del CMR carece manifiestamente de carácter convencional […] La firmas del presiente y del secretario son las de los dos primeros miembros llegados al CMR […] el rasgo característico del CMR era la dirección colectiva." En esa dirección colectiva, el papel preeminente recaía sobre Trotsky, presidente del sóviet de Petrogrado, y que fue, por tanto, el dirigente de hecho del Comité Militar Revolucionario.

Si la obra de Trotsky no es una crónica tampoco es una obra de autoglorificación. Trotsky no se presenta como héroe y, en su voluntad para aparecer como *lugarteniente* de Lenin a partir de 1917, se borra incluso políticamente tras él difuminando su papel real. *Mi vida* era la epopeya de Trotsky. La *Historia de la revolución rusa* es la epopeya del proletariado ruso, de los obreros de Piter, de los marinos del Báltico, del bolchevismo y, a través de ellos, de Lenin.

Sin embargo, los reproches de parcialidad no han perdonado a Trotsky: "Si bien la pluma de Trotsky sabe persuadir frecuentemente, es sin lugar a dudas parcial", escribe B. d. Wolfe que le reprocha a Trotsky no "sacar a la luz a los vencidos". Andzrej Stawar va mucho más lejos: "Desde la primera página puede verse que el historiador cede el sitio al hombre político, que defiende sus concepciones contra sus adversarios y aclara la naturaleza para sus partidarios […] es, simplemente, un intento de reemplazar la leyenda estalinista oficial, que crítica tan elocuentemente, por otra leyenda, que persigue sus objetivos tácticos […] Trotsky forja una nueva leyenda, a penas mejor fundamentada que la de sus adversarios." Stawar no está tratando con ello sobre la "leyenda" de sí mismo por Trotsky (del que dice que "a causa de una modestia verdaderamente sorprendente olvida el escalofriante ascenso de su prestigio" en 1917) sino la "leyenda" de sus *ideas* y de sus concepciones, que Stawar rechaza y se sorprende de volver a encontrar en la obra. La crítica de Stawar es, por otra parte, pedante y quisquillosa (en su estudio abunda los "de forma demasiado simplificada", "de forma demasiado estrecha", "simplificada en

[17] El lector puede ver si tiene interés la cronología anexa a *1917. El año de la revolución*, en estas mismas OELT-EIS; obra en la que, como ya le hemos advertido en nuestra nota editorial, también podrá encontrar muchos de los textos de Trotsky a los que hace referencia en esta obra.

exceso" que relevan al academicismo formal) y se apoya sobre una concepción histórica que transfiere los esquemas de la revolución de 1789 a la de 1917: para Stawar la historia de la revolución rusa de febrero a octubre es la lucha entre "los elementos jacobinos y girondinos […] un combate entre el ala jacobina y la Gironda". Parece extraño que en nombre de esas analogías envejecidas por ciento cincuenta años se le reproche a Trotsky las alusiones analógicas entre 1917 y 1930. Sin embargo, tal es el fondo en general de las críticas que ven en la *Historia de la revolución rusa* una inmensa maniobra de autojustificación histórica.

5.- La historia de la Revolución de Octubre después de Trotsky

En el capítulo citado de su *Trotsky*, Deutscher escribe: "… (puesto que tampoco en la Unión Soviética se ha producido ninguna Historia digna de tal nombre), la obra de Trotsky sigue siendo, en la quinta década después de Octubre, la única historia de la revolución compuesta en gran escala." Es significativo que la mejor de las obras, publicadas sobre la revolución rusa desde 1932, escasas, por otra parte, sea el pequeño volumen de la colección *Que sais-je?* Redactado por F.-X. Coquin.

Las obras más voluminosas (Gérard Walter, Jean-Pierre Olivier, Charles-Olivier Carbonnel) no son, también, más que obras de vulgarización que no aportan nada nuevo y por las que no pasa ni el aliento ni el gruñido de la revolución. *La Révolution inconnue* de Voline, al margen de la luz que pueda arrojar sobre el desgarrado mundo de los anarquistas rusos y del movimiento maknovista, no es más que una larga diatriba contra el estado-Leviatán. En los tres volúmenes de su obra monumental que se titula *La revolución bolchevique,* el profesor Carr sólo consagra treintaiuna páginas a las revoluciones de febrero y octubre. Sin embargo, al principio del pequeño capítulo que les consagra, apunta [en nota a pie de página]: "Es muy urgente la necesidad de una historia de este período vital. [...] hay una vasta colección de otros materiales de primera mano, incluyendo, aunque desde su propio punto de vista, el brillante bosquejo de Miliukov en *Istoriya Vtoroi Russkooi Revoliutsi* (Sofía, 1921) y la *Historia de la revolución rusa* de Trotski."[18] Pero no hace más que bosquejar la narración y el análisis de febrero y octubre, como si se sintiera molesto para abordar él mismo una tarea que concibe como vital. Marc Ferro, cronológicamente el último de los historiadores de la revolución, intenta encontrarla en la sucesión de los acontecimientos. Es una búsqueda imposible.

Desde Trotsky, los archivos soviéticos se han abierto con timidez: con ocasión del cincuenta aniversario de la Revolución de Octubre las ediciones Nauka han publicado tres tomos de documentos consagradas al Comité Militar Revolucionario de Petrogrado. En su introducción los autores comienzan señalando: "Esta edición de documentos y materiales del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado es la primera experiencia de edición de fondos de archivos."

Asimismo, la historia de la revolución rusa solamente ha podido ser renovada desde Trotsky a nivel de "interpretación". Y lo ha sido en un doble sentido complementario: el de la concepción policíaca de la historia.

En 1936 se publicó en Moscú una *Historia de la revolución rusa* en cuatro volúmenes "preparada bajo la dirección de Máximo Gorki, V. Molotov, K. Vorochilov, Sergio Kírov, A. Jdánov y J. Stalin", manifiestamente una respuesta a la obra de Trotsky. "Preparada bajo la dirección de" es una excelente fórmula. Es muy improbable que ninguno de los "autores" citados haya participado en algo que no sea el control de ese libro. Stalin no era capaz de escribir sin ayuda más que un opúsculo por preguntas y respuestas o discursos. Molotov, Jdánov y Vorochilov no podían pasar más allá del

[18] E. H. Carr, *Historia de la Rusia Soviética. La Revolución Bolchevique (1917-1923). I La conquista y organización del poder,* Alianza Universidad, Madrid, 1973, página 86, nota 1 a pie de página.

discurso de circunstancias. Kírov tampoco, y su biógrafo soviético, Kárnikov, nos informa de que no participó en nada. Gorki no sentía el menor gusto particular por la historia, y su presencia en este equipo encargado de responder a Trotsky es irónica ya que, en octubre de 1917, en *Novaia Jizn* trató al joven gobierno soviético de "autocracia salvaje", denunció a Lenin como a un "prestidigitador cínico […] con locura sin límites" y declaró: "Lenin y sus acólitos se creen tener permitidos todos los crímenes". Esta colaboración a través de una comisión del comité central produjo un extraño ballet en el que los verdaderos protagonistas salen de la escena para dejar sitio a los amos de la época. Schliápnikov, Zalutsky, Kayúrov, Chugurin, Smilgá, Bujarin, Piatakov, Preobrazhensky, E. Bosch, etc., desparecen en ese "Stalin en el país de las maravillas" en el que Trotsky se encarniza en sabotear el poder de los sóviets con la ayuda interesada de los traidores Zinóviev, Kámenev, Sokólnikov y Riazánov. La última *Historia de la revolución rusa* publicada en la URSS (*Historia de la gran revolución socialista de Octubre* de Sobolev, Guimpelson, Trukan y Chevaievsky) todavía pertenece a ese mundo de fantasmas, a pesar de algunos arreglos. Se continúa bien en ella, por ejemplo, que "El centro militar revolucionario creado por el comité central e integrado por Bubnov, Dzerzhinsky, Sverdlov, Stalin, Uritsky, fue el núcleo central del Comité Militar Revolucionario del sóviet de Petrogrado". Si se piensa que es imposible descubrir jamás la menor actividad de ese centro resucitado de la nada, en la que cayó desde su fundación (y en la que la dejan volver a caer los editores soviéticos de los documentos del CMR de Petrogrado), por los historiógrafos estalinistas, se ve que el camino que lleva del mito a lo real todavía es largo.

En el otro extremo de la fábula se sitúa el trabajo de Katkov sobre la *Revolución rusa*. A día de hoy sólo se ha publicado el primer volumen, consagrado a los preparativos de febrero. Pero es suficiente para hacer de este trabajo la más alta expresión de la escuela policíaca occidental. Katkov retoma de nuevo las "tesis" desarrolladas por Melgunov (*Las jornadas de marzo*) o Alan Moorehead (*Nacimiento de la revolución rusa*). No se interesa en las ideas y concepciones que puedan separar a mencheviques, socialrevolucionarios, bolcheviques, haciendo que todos los rostros gesticulen un mismo compló. Para Katkov la Revolución de Febrero es el producto de la *Revolutionierrungspolitik* de Helphand-Parvus, antiguo dirigente de la izquierda socialista alemana y antiguo amigo de Trotsky, desde mucho tiempo enriquecido con los negocios y que, concibiendo la revolución socialista mundial como fruto de la derrota del despotismo ruso en beneficio del estado prusiano, había montado una red de diez agentes (todos no identificados por Katkov) para conmocionar a Rusia. Gracias a las suposiciones de Katkov, a dudosas complicidades y a su dinero, lo lograron en febrero y, después, gracias a Lenin. Katkov nos informa, en efecto, de que "si los suecos hubiesen rehusado el paso a través de Suecia a los emigrados políticos, el ejército alemán se las hubiese ingeniado para hacerlos atravesar las líneas del frente." Sin duda que con la bayoneta calada y a marcando el paso.

La interpenetración de la revolución rusa se ha nutrido, así, en las fuentes de Ponson de Terrail y de Ian Fleming. Todo acontecimiento histórico suscita la ingeniosidad de quienes tallan la historia con el patrón de Al Capone, pero la permanencia de la interpretación policíaca de la Revolución de Octubre, cincuenta años después, se explica sin duda alguna porque la historia ha sido esterilizada por las malversaciones estalinistas y por el carácter magistral de la *Historia de la revolución rusa* de Trotsky a la vez. Tras esta *Ilíada* marxista de la revolución, puede que ya no les quede nada más que escribir a sus sucesores, como Las Homéridas, que el combate de las ranas y las ratas.

Jean-Jacques Marie
1967

"El trabajo literario", Pierre Broué

A su llegada a Constantinopla, las autoridades consulares soviéticas habían pagado a Trotsky la mísera suma de 1.500 dólares en concepto de "derechos de autor".

Sabemos que Trotsky ya había conseguido vivir en el exilio durante muchos años y ganarse la vida de forma regular y honorable como periodista. Esto ya no era posible tras esta etapa de historia. El antiguo líder de la revolución rusa, el antiguo comandante en jefe del Ejército Rojo, el líder de un movimiento político mundial, no podía volver a ser columnista o reportero. Sin embargo, las condiciones de su exilio y acogida en Turquía le condenaron a no poder ganarse la vida más que trabajando a domicilio.

La única posibilidad era ejercer la profesión que siempre había considerado suya cuando no era un revolucionario profesional, la de "escritor", que en adelante figuraría en sus papeles oficiales. Los editores, sobre todo norteamericanos y alemanes, percibieron el buen negocio y se apresuraron a proponerle contratos: el alemán Schumann, que llegó a Constantinopla en marzo, lo visitó no menos de ocho veces. Pronto descubrió que podía vivir de verdad de sus escritos, recibiendo sustanciosos pagos por sus artículos en la prensa generalista y anticipos de los derechos de autor por libros de los que las editoriales aún no habían recibido la primera página. Edmund Wilson señala que es ante todo un "maestro de las palabras", no un político. Y su último exilio (al menos la primera parte) iba a ser una espléndida oportunidad para dominar las palabras.

Ya tenía a sus espaldas su libro de *1905*, una historia escrita sobre la marcha como parte de un destellante análisis de la desigualdad del desarrollo:

"Sobre estos inmensos espacios, todas las épocas de la cultura humana: desde la barbarie primitiva de los bosques septentrionales, en que se come pascado crudo y se ora ante un trozo de madera, hasta las nuevas condiciones sociales de la vida capitalista, en que el obrero socialista se considera como participante activo de la política mundial y sigue atentamente los acontecimientos de los Balcanes o los debates del Reichstag. La industria más concentrada de Europa sobre la base de la agricultura más atrasada. La máquina estatal más poderosa del mundo, que emplea todas las conquistas del progreso técnico ¡para obstaculizar el progreso histórico en su país…"[19]

Al mismo tiempo, sin embargo, rechazó el método de Plejánov, que calificó de "geometría pseudomaterialista", y comenzó a buscar un enfoque original que tuviera en cuenta las características específicas de cada situación.

En Turquía fue la prensa la que le empujó por primera vez a escribir. La agencia Wabirdaw (de William Bird) había comprado sus primeros artículos sobre su expulsión de la URSS a través de sus amigos en París, y le ofreció artículos autobiográficos. Las negociaciones, directas o indirectas, llevadas a cabo por parte de Trotsky con gente experimentada, no fueron ciertamente llevadas con gran perspicacia comercial, y parece que podría haber pedido más de lo que se le ofreció, y que aceptó, al menos las primeras veces, con encantado asombro sumas relativamente pequeñas.

Su primera obra desde el exilio fue *Mi vida*; nunca utilizó este título, que no le gustaba, y siempre habló de ella como su "autobiografía". Ya en la época de Alma-Ata,

[19] León Trotsky, *1905*, en estas mismas OELT-EIS, página 29 del formato pdf.

Rakovsky (que también había hecho este trabajo) y Preobrazhensky le habían instado a que escribiera reminiscencias personales de evidente interés político e histórico. Lo vimos, de paso, escribir a Aleksandra Lvovna pidiéndole ayuda con algunos detalles de sus vidas a partir de Nikolaiev. Y la primera serie autobiográfica para la prensa le convenció de que este trabajo era posible, interesante y rentable. El lector que haya prestado atención a las notas de este libro se habrá dado cuenta ya de que Trotsky incorporó a *Mi vida* (a veces con pocas o ninguna modificación) artículos y comentarios de la prensa del período de la guerra en particular, así como la presentación de *Guerra y revolución* escrita en 1922 y pasajes importantes de su libro *Lenin*[20], del mismo año.

El género autobiográfico está considerado en historia como un género menos. La autobiografía de Trotsky es uno de los mejores logros del género. Hasta ahora nos hemos basado en nuestro trabajo en gran medida en los hechos que estableció y relató en esa obra con, nos parece, conciencia y honestidad.

El prólogo de *Mi vida* sitúa esta obra en el ámbito de la literatura militante:

“Pero estas *Memorias* no son una fotografía inanimada de mi vida, sino un trozo de ella. En sus páginas el autor sigue librando el combate que llena su existencia. La exposición es análisis y es crítica: el relato es a la par defensa y ataque, y más éste que aquélla. Creo sinceramente que es la única manera de imprimir a una biografía una elevada objetividad; es decir, de darle una fisonomía en la que vivan los rasgos de una persona y de una época.”[21]

En el mismo texto, ataca la llamada “objetividad” de la que se adornaban y se adornan tantos historiadores, académicos o no, y que califica sin tapujos de “astucia mundana”. Obligado a hablar de sí mismo, ya que ese es el tema, le parecería tan estúpido como ridículo ocultar sus simpatías o antipatías, sus amores o sus odios. Este libro, escribe “He escrito un libro polémico. En él se refleja la dinámica de una sociedad cimentada toda ella sobre antagonismos y contradicciones.” Y enumera las diversas formas de lo que llama “‘polémica’ social”, desde “desde lo cotidiano, normal, consuetudinario, y a fuerza de serlo, pese a su intensidad, casi imperceptible, hasta ese grado monstruoso, explosivo, volcánico de polémica que culmina en las guerras y las revoluciones”:

“Es la imagen de nuestra época. De la época con la que nos criamos, en la que respiramos y vivimos. Imposible ser apolémicos sin hacerle traición.”[22]

Rechazando firmemente esta “objetividad”, concede también gran importancia a lo que llama “exponer concienzudamente los hechos”, el respeto a las proporciones, en el conjunto y también en el detalle.

En una historia en la que es uno de los actores principales, señala que generalmente confía en su memoria, que es muy débil en cuestiones topográficas y musicales, no extraordinaria en cuestiones visuales y muy por encima de la media en ideas. Curiosamente, además, omite mencionar la debilidad de su memoria en materia de fechas, atestiguada por el enjambre de errores cronológicos en sus obras; ¿era consciente de ello? Añadamos que el lector tiene suerte. En medio de la redacción de *Mi vida*, Trotsky escribió a su vieja amiga Anna Konstantinovna el 1 de junio de 1929:

“Estoy completamente sumergido en esta autobiografía y no sé cómo salir de ella. Básicamente, podría haberla terminado hace mucho tiempo, pero me lo impidió mi maldita pedantería: sigo recopilando información, compruebo las fechas, tacho aquí y allí hago un añadido. Más de una vez he tenido la tentación de tirarlo todo al fuego y pasar a un trabajo más serio. Pero, como si fuera un designio, es verano y no hay fuego en las chimeneas. Por otra parte, aquí no hay chimenea.”

---

[20] Ambas obras de próxima edición en estas OELT-EIS.
[21] León Trotsky, *Mi vida,* en estas mismas OELT-EIS, página 8 del formato pdf.
[22] *Ibidem*, página 8 del formato pdf.

Podemos pues alegrarnos de lo que Trotsky llamaba su “maldita pedantería”, esa conciencia profesional que nos ha valido, con *Mi vida*, “una obra maestra de la autobiografía”. El académico israelí Knei-Paz, nada sospechoso de ternura hacia Trotsky, no está lejos de esta opinión. En particular, escribe que algunos de los mejores capítulos del libro son los que tratan de la forma en que el autor se comprometió con la historia, y luego aquellos en los que la curva del movimiento revolucionario se entrelaza y combina con la de su vida personal. La vida de los deportados siberianos a principios de siglo, la huida en un trineo tirado por renos, el mundo de los emigrantes en occidente, la ruptura histórica entre bolcheviques y mencheviques vista desde dentro y en los dos universos enemigos, son páginas inolvidables y sobre todo insustituibles para quien quiera entender la época y el acontecimiento.

Algunas semblanzas de Octubre, el relato de sus discursos y la descripción del ambiente del Circo Moderno son páginas de una posible antología de la revolución. El capítulo sobre Sviajsk, en una bruma de pólvora y muerte, iluminado por la belleza de Larissa Reissner, es un formidable poema épico.

El gran escritor francés François Mauriac descubrió esta obra con admiración:

“Hay en Trotsky una seducción evidente. Y, en primer lugar, el lector burgués siempre se sorprende de que un revolucionario tenga algún parecido con el común de los mortales. Desde las primeras páginas, me cautivó como me habían cautivado Tolstoi y Gorki. Si Trotsky no hubiera sido un militante de la revolución marxista, habría encontrado su lugar entre estos maestros.”

Y se puede decir que Mauriac captó a Trotsky a través de *Mi vida,* a través de unas páginas notables sobre este héroe que nunca pierde el sentimiento del hombre que es.

La “autobiografía”, como siempre escribiría Trotsky de este libro, había sido obra de 1929. La *Historia de la revolución rusa* fue el trabajo de los años 1930 a 1933 y de los largos meses dedicados a las traducciones. De esta obra maestra, Edmund Wilson escribió:

“Después de leer la historia de Trotsky, nunca más nos volverán a parecer lo mismo el lenguaje, las convenciones, las combinaciones, las pretensiones de la política parlamentaria, si es que nos hacíamos ilusiones con ellas. Perderán su consistencia y sus colores, se evaporarán ante nosotros. El viejo juego de la competencia por los puestos, el viejo juego del debate parlamentario, parecen fútiles, anticuados; lo que es real es una nueva ciencia de reajuste y organización social que se acerca a un grado de precisión con el que nuestros anticuados programas políticos nunca soñaron y que es capaz de convertirse en parte del equipamiento cultural del pueblo, de una manera totalmente diferente a lo que se ha conocido, incluso en las naciones mejor educadas políticamente bajo nuestras instituciones ‘democráticas’.”

La obra está sólidamente documentada, basada en libros, revistas, trabajos traídos de la URSS o enviados en 1931 por Serioja [Sedov], pero sobre todo por el centro de enlace de libros y documentos organizado desde Berlín, con la ayuda de hombres como Thomas o Nikalaievsky, por Lev Sedov, nada más instalarse en la capital alemana.

La *Historia de la revolución rusa* es una obra única. No sólo porque es la historia de una revolución escrita por uno de sus principales actores, sino también por la profundidad y anchura de su horizonte en el tiempo y el espacio, la potencia de sus análisis y el color de sus descripciones. El autor expresa, al mismo tiempo que su concepción del mundo, su concepción de lo que es una revolución. Y se buscaría en vano un término comparativo.

El prefacio amplía el objetivo y los métodos de trabajo. Verdadero manifiesto de la historia militante, nos recuerda que el historiador tiene el deber de relatar lo que ha sucedido e indicar cómo ha sucedido, y que, en consecuencia, su misión es descubrir esa

"ley íntima" que vincula la secuencia de los acontecimientos a lo que él llama "su propia ley racional".

Lo que distingue a una revolución por encima de todo es que constituye, "la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos." En los llamados períodos ordinarios, es el estado el que domina la nación, y la política es obra de los políticos profesionales:

"La historia de la revolución es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos."

Por tanto, el estudio de la revolución, su historia, no puede limitarse al de las transformaciones de las bases económicas y del sustrato social. Trotsky escribe estas líneas que caracterizan su método:

"La dinámica de los acontecimientos revolucionarios se halla *directamente* determinada por los rápidos, tensos y violentos cambios que sufre la psicología de las clases formadas antes de la revolución. […] El proceso político fundamental de una revolución consiste precisamente en que esa clase perciba los objetivos que se desprenden de la crisis social y en que las masas se orienten de un modo activo por el método de las aproximaciones sucesivas. Las distintas etapas del proceso revolucionario, consolidadas por el desplazamiento de unos partidos por otros cada vez más extremos, señalan la presión creciente de las masas hacia la izquierda, hasta que el impulso adquirid por el movimiento tropieza con obstáculos objetivos. Entonces, comienza la reacción; decepción de ciertos sectores de la clase revolucionaria, difusión delo indiferentismo y consiguiente consolidación de las posiciones adquiridas por las fuerzas contrarrevolucionarias."

En primera línea del trabajo histórico sobre una revolución está, por tanto, la necesidad de lo que él llama "el estudio de los procesos políticos en las masas", que es lo único que nos permite comprender el papel de los partidos y de los dirigentes. Las dificultades para este estudio son inmensas: las clases oprimidas hacen historia en tiempos de revolución, pero no toman notas y a menudo no escriben sus memorias. Queda para el historiador practicar la evaluación retrospectiva en la que un partido revolucionario basa su táctica durante el desarrollo revolucionario, de nuevo sobre la base de una cuidadosa identificación de las condiciones generales que determinaron este desarrollo de la conciencia.

¿Es necesaria la "imparcialidad" del historiador para la reconstrucción de estos procesos? Está de buen tono asegurarlo. Trotsky no lo cree. Declara que escribe para un lector "serio y dotado de espíritu crítico", que no necesita "la solapada imparcialidad que le brinda la copa de la conciliación llena de veneno reaccionario". Por el contrario, "[necesita] la metódica escrupulosidad que va a buscar en los hechos honradamente investigados apoyo manifiesto para sus simpatías o antipatías no disfrazadas, a la contrastación de sus nexos reales, al descubrimiento de las leyes por que se rigen." Y añade:

"Esta es la única objetividad histórica que cabe, y con ella basta, pues se halla contrastada y confirmada, no por las buenas intenciones del historiador de que él mismo responde, sino por las leyes que rigen el proceso histórico y que él se limita a revelar."

Ataca con humor al historiador francés de la revolución y el imperio, Louis Madelin, al que define como "uno de los historiadores reaccionarios, y por tanto muy valorados, de la Francia contemporánea". Madelin afirmaba que el historiador debe subir a las murallas de una ciudad asediada y considerar con una mirada justa, igual e imparcial tanto a los asediadores como a los asediados. Para Trotsky, sin embargo, el trabajo de Madelin simplemente demuestra que sube a la muralla separando los dos campos sólo como "explorador de la reacción."

Sólo añadiremos una observación a este punto: hoy podemos lamentar una laguna en la obra de Trotsky de la que le absuelve un crítico tan exigente como el profesor israelí Knei-Paz. En efecto, es una lástima que, para, según escribe, no estorbarle la lectura al lector, Trotsky haya optado por abstenerse por completo no sólo de dar referencias precisas, sino de citar y localizar los periódicos, diarios y revistas, las memorias, actas, documentos de archivo y, entre ellos, asegura, numerosos manuscritos (de los que se contenta con indicar de forma bastante vaga "principalmente [de] los trabajos editados por el Instituto para Historia de la Revolución en Moscú y Leningrado": su rechazo, en este caso, de lo que él llamaba erróneamente "pedantería" privó ciertamente, después de él, a los estudiosos y a los estudiantes de la revolución rusa de las pistas que los nuevos amos de la URSS, entretanto, habían difuminado y tapado cuidadosamente.

El señor Baruch Knei-Paz, que parece apreciar mucho, al menos como gran obra de "literatura histórica", la *Historia de la revolución rusa,* dirige a Trotsky el clásico y gastado reproche de falta de objetividad, pero desde un nuevo ángulo. Para él, Trotsky no carece de objetividad en el trabajo de establecer los hechos, sino en lo que llama sus "preconcepciones" marxistas.

"La dificultad de la historia de Trotsky es que no pretende establecer la validez de las "leyes", axiomas y conceptos, sino que simplemente admite (de antemano y en todo momento) su validez.

Llevando la crítica al nivel de la polémica, el politólogo israelí llega a escribir: "En cierto sentido, la *Historia* es un estudio hecho de teleología".

La acusación nos parece bastante injusta. En la misma página y a pocas líneas de distancia, M. Knei-Paz cita una frase de la introducción al segundo volumen de la *Historia* que desmiente de forma contundente esta última afirmación. Trotsky habla simultáneamente del carácter *inevitable* de la Revolución de Octubre y de las *causas* de su victoria, lo que desmiente cualquier interpretación teleológica: la revolución era ciertamente inevitable, pero su victoria no estaba escrita en no se sabe qué libro del destino. ¿Es necesario recordarlo, en el caso de un historiador que fue también y sobre todo un revolucionario y, como tal, interesado no en profetizar la revolución, sino en asegurar su victoria el día inevitable en que se produjera?

Es cierto que Trotsky hace numerosas alusiones en la *Historia* a lo que él llama las "leyes de la historia", que a veces llama "naturales", a veces "racionales", y que, para él, rigen el proceso histórico o, si se prefiere, de acuerdo con las cuales el proceso histórico se desarrolla generalmente. Examinando la forma en que Trotsky las enuncia en su *Historia* es como se puede captar si son postulados, como escribe M. Knei-Paz, o conclusiones que nunca olvida espaldar, como pensamos nosotros por nuestra parte.

Tomemos el ejemplo de la "ley del desarrollo desigual y combinado", cuyo funcionamiento subyace en gran medida en el análisis de Trotsky sobre las particularidades de la revolución rusa y de la que, al mismo tiempo, su joven amigo E.B. Solntsev, en la deportación, realizaba un exhaustivo estudio en un manuscrito, hoy desaparecido de los archivos de la GPU. Trotsky escribe sobre ello:

"Las leyes de la historia no tienen nada de común con el esquematismo pedantesco. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que lo patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados se ven obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del *desarrollo combinado,* aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la combinación de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. Sin acudir a esta ley, enfocada, naturalmente, en la integridad de su contenido material, sería

imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado, cualquiera sea su grado."

A menos que se pida al autor que preceda su obra con un verdadero manual metodológico, parece difícil afirmar que este texto, que luego se apoya en muchas páginas en ejemplos tomados de la historia rusa, sea la afirmación de un postulado. Puede que al Sr. Knei-Paz no le convenza la demostración; no obstante, es cierto que hay una, que parece no haber captado, quizá porque está formulada aquí de forma general.

Unas decenas de páginas más adelante, además, Trotsky volverá indirectamente sobre esta cuestión tratando de explicar a su lector cómo, por primera vez en la historia universal, el campesinado se había alineado detrás del proletariado en el curso de una revolución, lo que constituye, según él, el rasgo distintivo, la originalidad de la revolución rusa en relación con las que la precedieron. Es una ilustración de la ley del desarrollo desigual y combinado, esta vez con la ayuda de comparaciones en el tiempo y el espacio.

Girándose hacia las grandes revoluciones del pasado, Trotsky escribe:

"En Inglaterra, la servidumbre de la gleba desapareció de hecho a fines del siglo XIV; es decir, dos siglos antes de que apareciera y cuatro y medio antes de que fuera abolida en Rusia. La expropiación de las tierras de los campesinos llega, en Inglaterra, a través de la Reforma y de dos revoluciones, hasta el siglo XIX. El desarrollo capitalista, que no se veía forzado desde fuera, dispuso, por tanto, de tiempo suficiente para acabar con la clase campesina independiente mucho antes de que el proletariado naciera a la vida política."

"En Francia, la lucha contra el absolutismo de la corona y la aristocracia y los principios de la Iglesia obligó a la burguesía, representada por sus diferentes capas, a hacer, a finales del siglo XVIII, una revolución agraria radical. La clase campesina independiente salida de esta revolución fue durante mucho tiempo el sostén del orden burgués, y en 1871 ayudó a la burguesía a aplastar a la Comuna de París."

"En Alemania, la burguesía reveló su incapacidad para resolver de un modo revolucionario la cuestión agraria, y en 1848 traicionó a los campesinos para pasarse a los terratenientes, del mismo modo que, más de tres siglos antes, Lutero, al estallar la guerra campesina, los había vendido a los príncipes. Por su parte, el proletariado alemán, a mediados del siglo XIX, era demasiado débil para tomar en sus manos la dirección de las masas campesinas. Gracias a esto, el desarrollo capitalista dispuso en Alemania, si no de tanto tiempo como en Inglaterra, del plazo necesario para sostener a su régimen, a la agricultura tal y como había salido de la revolución burguesa parcial."

A continuación, Trotsky muestra cómo la reforma del campesinado en Rusia en 1861 fue llevada a cabo por la monarquía y dirigida por nobles y funcionarios, bajo la presión de la sociedad burguesa en la que, sin embargo, la burguesía era impotente. Y añade:

"… la emancipación campesina tuvo un carácter tal, que la forzada transformación capitalista del país convirtió inexorablemente el problema agrario en problema que sólo podía resolver la revolución. Los burgueses rusos soñaban […] del tipo que se quisiera, con tal de que, naturalmente, no fuera ruso. Sin embargo, no se les ocurría asimilarse la historia francesa o la estructura social norteamericana. En la hora decisiva, los intelectuales demócratas, […] se pusieron al lado de la burguesía liberal y de los terratenientes, volviendo la espalda a la aldea revolucionaria."

Concluye esta introducción a la ley del desarrollo desigual y combinado aplicándola, a modo de explicación, a Rusia y su revolución de 1917:

"La ley del desarrollo combinado, propia de los países atrasados (caracterizada esencialmente por a una peculiar combinación de los elementos retrógrados con los factores más modernos) se nos presenta aquí en su forma más caracterizada, dándonos la

clave para resolver el enigma más importante de la revolución rusa. Si la cuestión agraria, herencia de barbarie de la vieja historia rusa, hubiera sido o hubiera podido ser resuelta por la burguesía, el proletariado ruso no habría podido subir al poder, en modo alguno, en el año 1917. Para que naciera el estado soviético, fue necesario que coincidiesen, se coordinasen y compenetrasen recíprocamente dos factores de naturaleza histórica completamente distinta: la guerra campesina, movimiento característico de los albores del desarrollo burgués, y el alzamiento proletario, el movimiento que señala el ocaso de la sociedad burguesa. Fruto de esta unión fue el año 1917."

Examinaremos los argumentos de M. Knei-Paz a la luz de un segundo ejemplo de "ley" enunciada por Trotsky, la de la aparición, en toda revolución, de una "dualidad de poderes".

En el capítulo dedicado en el primer volumen a la "Dualidad de poderes", Trotsky comienza efectivamente con una declaración y definición general, mostrando que la dualidad de poderes sólo surge en una época revolucionaria y constituye un elemento esencial de la misma. Y lo explica con más detalle:

"La mecánica política de la revolución consiste en el paso del poder de una a otra clase. […] La preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores."

La existencia de dos poderes rivales no corresponde a ningún equilibrio duradero: en cada etapa, la victoria de la revolución o la de la contrarrevolución está a la orden del día: "La escisión del poder sólo puede conducir a la guerra civil" que dará a la dualidad del poder su expresión más manifiesta, la división del territorio.

Trotsky ilustra lo que acaba de afirmar como una ley general mediante la historia de las revoluciones anteriores que, precisamente, han permitido deducir lo que él llama esta ley.

La revolución inglesa del siglo XVII comenzó oponiendo (mediante una dualidad de poderes y luego una guerra civil abierta) el poder real, apoyado por las clases privilegiadas, o al menos sus cumbres, y el del parlamento presbiteriano, apoyado por la burguesía y los hidalgos cercanos a ella. Tras la derrota y captura del rey, fue el ejército del parlamento el que se convirtió en una nueva fuerza política, opuesta a la burguesía rica, y se expresó a través de un nuevo órgano que asumió poderes estatales, el del consejo de "agitadores", delegados del ejército: "Se inicia así un nuevo período de dualidad de poderes [...] el parlamento presbiteriano (y) el ejército 'independiente'." El conflicto se resolvió de nuevo por las armas, con la purga del parlamento por parte de Cromwell: el intento de los "niveladores" de construir un nuevo poder contra el general, basado en los estratos sociales urbanos más pobres, no llegó a desarrollarse.

Trotsky encuentra un desarrollo análogo en el curso de la Revolución Francesa. El primer periodo de dualidad de poderes es el que opone la asamblea constituyente y el rey, que terminó con la huida de este último. Una nueva dualidad aparece con la Comuna de París, apoyada en las "secciones" y luego enfrentada a la asamblea legislativa, luego a la Convención:

"Así, por los peldaños de la dualidad de poderes, la Revolución Francesa asciende en el transcurso de cuatro años hasta su culminación. Desde el 9 de termidor, la revolución empieza a descender otra vez los grados de la dualidad de poderes. Y otra vez la guerra civil precede a cada descenso, del mismo modo que antes había acompañado cada nueva ascensión."

Indudablemente, a través del enunciado de estas “leyes”, el escritor se ajusta a su idea de la historia como conflicto entre clases y al deber del historiador de sacarlas a la luz. Expone los “hechos” a través de los ejemplos y enuncia las “leyes” que deduce de ellos. Antes de concluir que se trata de postulados, es necesario demostrar la falsedad de sus argumentos en el terreno en el que los ha desarrollado y, por ejemplo, impugnar el pasaje en el que muestra, en relación con las “Jornadas de Julio”, cómo pueden esconderse intereses de clase divergentes detrás de las mismas palabras, que venían del pasado con la herencia cultural:

“Si la lucha hubiera tenido lugar en las postrimerías de la Edad Media, ambos bandos, al matarse mutuamente, habrían citado los mismos versículos de la Biblia. Los historiadores formalistas habrían llegado más tarde a la conclusión de que la lucha se desarrollaba alrededor de la interpretación de los textos: como es sabido, los artesanos y los campesinos analfabetos de la Edad Media tenían una afición especial a dejarse matar por ciertas sutilezas filológicas de las revelaciones de Juan el Evangelista, de la misma manera que los disidentes de la Iglesia rusa se dejaban exterminar por la cuestión de saber si había que persignarse con dos dedos o con tres. En realidad, en la Edad Media no menos que ahora, bajo las fórmulas simbólicas se ocultaba la lucha de unos intereses vitales que hay que saber descubrir. El mismo versículo evangélico significaba para unos la servidumbre y para otros la libertad.”

***

Baruch Knei-Paz, que lamentablemente no parece haber abordado sus propias “preconcepciones”, en el interesante trabajo que ha dedicado al pensamiento político y social de Trotsky, decide sin embargo absolverlo:

“A pesar de todas sus preconcepciones teóricas, Trotsky lleva su marxismo con levedad. Impregna el libro, no lo inunda; rige la interpretación de los acontecimientos, pero no distorsiona los propios acontecimientos. No predica ni moraliza, y sólo en contadas ocasiones se detiene a instruir al lector en las sutilezas de la dialéctica.”

El autor de esta sentencia, sin darse cuenta, está entrando en realidad en una disputa entre “marxistas” tras la cual el investigador debe encontrar las fuerzas sociales que las llevan a oponerse, y lo que está en juego en su debate. En el prefacio a la segunda parte de la *Historia*, dedicada a la Revolución de Octubre, Trotsky responde al historiador soviético M.N. Pokrovsky, probablemente el más serio de todos los que han intentado demostrar, en contra de la opinión de M. Knei-Paz, que la concepción de Trotsky de la historia y del movimiento histórico era un idealismo filosófico.

“… el profesor Pokrovsky ha insistido en que hemos subestimado los factores objetivos de la revolución: “Entre febrero y octubre se produjo una tremenda desorganización económica”; “mientras tanto, el campesinado... se levantó contra el gobierno provisional”; es precisamente en estos “cambios objetivos”, y no en los procesos psíquicos variables, donde debemos ver la fuerza motriz de la revolución. Con una claridad encomiable en sus cuestionamientos, Pokrovsky pone de manifiesto, en el mejor de los casos, la incoherencia de una explicación económica vulgar de la historia que con bastante frecuencia se hace pasar por marxismo.”

Trotsky replica a Pokrovsky que “los cambios radicales que se producen en el transcurso de una revolución” son provocados menos por “cambios episódicos de la economía” que se producen al mismo tiempo que por “los cambios trascendentales que se han acumulado en los propios fundamentos de la sociedad a lo largo de la época precedente”. Escribe:

“En realidad, las privaciones no son suficientes para explicar una insurrección; de lo contrario, las masas estarían en perpetua sublevación; es necesario que la incapacidad

definitiva del régimen social haya hecho intolerables esas privaciones y que nuevas condiciones y nuevas ideas hayan abierto la perspectiva de un desenlace revolucionario. Al ser conscientes de un gran cometido, las masas se ven capaces de soportar dobles y triples privaciones."

En cuanto al "factor objetivo" del "levantamiento campesino", responde sobre este punto a Pokrovsky:

"Es comprensible que para el proletariado la guerra era una circunstancia objetiva en la medida en que, en general, los actos de una clase se convierten en impulsos externos para la formación de la conciencia de otra clase. Pero la causa inmediata de la insurrección campesina en sí radicó en los cambios en el estado de ánimo del campo; uno de los capítulos de este libro está dedicado a investigar la naturaleza de estos cambios. No olvidemos que las revoluciones las hacen los hombres, incluso los anónimos. El materialismo no ignora al hombre que siente, piensa y actúa, sino que lo explica. ¿Qué otra cosa es la tarea del historiador?"

***

Queda por intentar responder aquí a la pregunta de si Trotsky consiguió finalmente iluminar, como deseaba, la historia de la Revolución Rusa.

Es indiscutible que ha conseguido representar a la multitud revolucionaria mejor que nadie antes de él. Deutscher, en su capítulo "El revolucionario como historiador", dio rienda suelta a su talento crítico y ensayístico y a sus cualidades literarias:

"La manera como Trotsky describe a la masa en acción tiene mucho en común con el método de Eisenstein en el clásico *Potiomkin*. Selecciona unos cuantos individuos de entre una multitud, los presenta en un momento de excitación o apatía y los deja expresar su estado de ánimo en una frase o un gesto; a continuación vuelve a mostrarnos la multitud, una multitud densa y llena de vida, arrastrada por una poderosa emoción o pasando a la acción; y reconocemos inmediatamente que ésa es la emoción o la acción que la frase o el gesto individual había prefigurado. Trotsky tiene un don especial para oír lo que las multitudes piensan en voz alta y para hacérnoslo oír con nuestros propios oídos. En concepción e imagen, va perpetuamente de lo general a lo particular y de vuelta a lo general; y el pasaje nunca es antinatural o forzado"

Con un pincel magistral, describe a los dirigentes de Viborg como "famélicos, agotados, temblorosos", doblados "bajo el peso de una enorme responsabilidad histórica", para concluir que "cuanto más nos acercamos a las fábricas, mayor es la decisión". La forma en que analiza los cambios de los estados de ánimo de las masas es a la vez fresco y miniatura. Así, el famoso enfrentamiento de febrero entre las tropas y los manifestantes en las calles de la capital:

"El obrero miraba ávida e imperiosamente a los ojos del soldado, y éste rehuía, intranquilo e inseguro, su mirada: esto significaba que el soldado no respondía ya de sí. El obrero se acercaba a él valerosamente. El soldado, sombría, pero no hostilmente, más bien sintiéndose culpable, guardaba silencio, y, a veces, contestaba con una serenidad forzada para ocultar los latidos inquietos de su corazón. Está operándose en él una gran transformación."

Deutscher compara estas masas, esta multitud, con las multitudes de Carlyle, el historiador británico de la Revolución Francesa, para concluir que las multitudes de Trotsky "poseen el carácter de los elementos" y sin embargo son humanas. Continúa:

"Trotsky narra sus escenas de masas con no menos *élan* imaginativo [que Carlyle], pero con claridad cristalina. Nos hace sentir que aquí y ahora los hombres hacen su propia historia, y que la hacen de acuerdo con las "leyes de la historia", pero también por medio de actos de su conciencia y su voluntad. De tales hombres, aun cuando puedan ser

analfabetos y burdos, él se siente orgulloso y quiere que nosotros también nos enorgullezcamos de ellos. La revolución es para él, el momento breve pero preñado de futuro en que los humildes y los oprimidos tienen por fin la palabra. A su manera de ver, ese momento redime épocas enteras de opresión. Lo evoca con una nostalgia que le confiere a la recreación un alto y vívido relieve.”

Por supuesto, Trotsky no deja de lado a los partidos, especialmente al Partido Bolchevique y a sus militantes, que fueron, a lo largo de la revolución, capaces de alimentar las aspiraciones de las masas y de dirigir su actividad. No oculta nada de los desacuerdos, las vacilaciones y las oscilaciones dentro de su partido, sin pintar nunca un panorama negro. Analiza cuidadosamente las relaciones entre los otros partidos y las masas y, sobre la cuestión general de las relaciones entre las clases y los partidos, hace observaciones que parecen definitivas.

Tras muchos rodeos y circunloquios, el profesor Baruch Knei-Paz reconoce finalmente que la *Historia de la revolución rusa* no es una historia marxista, sino... una importante obra de arte dramático.

Por eso alaba las cualidades del lenguaje de Trotsky, la elegancia de su estilo, la flexible secuencia de sus relatos, la abundancia de imágenes, metáforas, fórmulas llamativas, comparaciones y descripciones. Observa la relación entre la historia y la forma de contarla de Trotsky, la correspondencia que se establece entre la época y el hombre. Por fin estamos de acuerdo: ¡ambos estamos ante un gran escritor!

***

El Sr. Peter Beilharz, autor de un estudio sobre “Trotsky el historiador”, reconoce sus méritos literarios. Recordando la fórmula de Lunacharsky sobre Trotsky, “literario en su oratoria y orador en la literatura”, analiza la *Historia de la revolución rusa* como “la historia como teatro y el teatro como historia”. Reconociendo el carácter absorbente de la narración, la excelencia de las descripciones, la fascinación que ejercen sobre el lector, realiza una crítica que tiene el mérito de no ocultar sus fundamentos ideológicos.

“Una lectura más atenta revela la misma metáfora generativa en acción, construyendo de antemano una estructura textual que hace que el lector esté de acuerdo con el autor. El terreno de la metáfora elegida es sobre todo el de la evolución orgánica, tan fundamental en el pensamiento de la Segunda Internacional. [...] Las “metáforas gastadas” invaden la *Historia de la revolución rusa*. El contexto de su uso es una metafísica llamada “dialéctica” que confunde la vida social y la ciencia natural, de modo que ambas están sujetas al imperio de las leyes y, por tanto, son vulnerables a la predictibilidad. Trotsky establece así, por medio de la metáfora, una teleología preestablecida que asegura tanto la derrota de los distintos enemigos como la inevitabilidad de la victoria bolchevique”.

Y después de haber ironizado sobre las “dificultades posteriores” de Trotsky para explicar la victoria de Stalin, el Sr. Peter Beilharz concluye, no sin alegría maligna, pero quizás un poco prematuramente:

“Los verdugos de la historia del mundo son ejecutados por medios literarios, logrando una justicia poética para el Trotsky que no podía obtener otra venganza de Stalin o de la historia. Fiel a su primer seudónimo, la “Pluma” nunca comprendió del todo los límites de su poder contra la espada.”

Aquí no termina la lección que pretende dar, ya que describe modestamente lo que llama la teleología de Trotsky como “una fe hueca en un futuro socialista expresada a través del mito y la metáfora y combinada con una defensa reticente del estalinismo” (*sic*)

y acusa a Trotsky de sustituirla "por una comprensión marxista de la historia, que es en sí misma necesaria para una discusión adecuada de los problemas de la transición."

No es necesario impugnar este tipo de veredicto, que se basa en la búsqueda de objetivos particulares. Basta con señalar que el Sr. Beilharz, hablando de la *Historia de la revolución rusa*, la califica como "texto (*sic*) de un valor e influencia extraordinarios".

Es cierto que la calidad de la forma de la *Historia de la revolución rusa* la convierte, incluso en traducción, en un gran libro. El paralelismo entre Luis XVI y María Antonieta, por un lado, y la pareja imperial rusa, por otro, es una página de antología. Los retratos de los actores, políticos eminentes o activistas oscuros, están marcados por el toque de un retratista de inmenso talento, con ironía para los primeros y ternura para los segundos. Se necesita un enorme talento literario (y el hombre al que llamaban "la pluma" la poseía) para describir en unas pocas escenas los "momentos" de la revolución, el enfrentamiento entre las tropas con armas cargadas y la multitud exasperada en febrero, la brutal interpelación de s.r. Chernov por un trabajador que le muestra su puño mientras le grita en la cara: "¡Toma el poder, hijo de perra, puesto que te lo dan!"

La Revolución de Febrero

Prólogo

En los dos primeros meses del año 1917 reinaba todavía en Rusia la dinastía de los Romanov. Ocho meses después estaban ya en el timón los bolcheviques, un partido ignorado por casi todo el mundo a principios de año y cuyos jefes, en el momento mismo de subir al poder, se hallaban aún acusados de alta traición. La historia no registra otro cambio de frente tan radical, sobre todo si se tiene en cuenta que estamos ante una nación de ciento cincuenta millones de habitantes. Es evidente que los acontecimientos de 1917, sea cual fuere el juicio que merezcan, son dignos de ser investigados.

La historia de la revolución, como toda historia, debe, ante todo, relatar los hechos y su desarrollo. Mas esto no basta. Es menester que del relato se desprenda con claridad por qué las cosas sucedieron de ese modo y no de otro. Los sucesos históricos no pueden considerarse como una cadena de aventuras ocurridas al azar ni engarzarse en el hilo de una moral preconcebida, sino que deben someterse al criterio de las leyes que los gobiernan. El autor del presente libro entiende que su misión consiste precisamente en sacar a la luz esas leyes.

El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen. Dejemos a los moralistas juzgar si esto está bien o mal. A nosotros nos basta con tomar los hechos tal como nos los brinda su desarrollo objetivo. La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.

Cuando en una sociedad estalla la revolución, luchan unas clases contra otras, y, sin embargo, es de una innegable evidencia que las modificaciones por las bases económicas de la sociedad y el sustrato social de las clases desde que comienza hasta que acaba no bastan, ni mucho menos, para explicar el curso de una revolución que en unos pocos meses derriba instituciones seculares y crea otras nuevas, para volver en seguida a derrumbarlas. La dinámica de los acontecimientos revolucionarios se halla directamente informada por los rápidos tensos y violentos cambios que sufre la psicología de las clases formadas antes de la revolución.

La sociedad no cambia nunca sus instituciones a medida que lo necesita, como un operario cambia sus herramientas. Por el contrario, acepta prácticamente como algo definitivo las instituciones a que se encuentra sometida. Pasan largos años durante los cuales la obra de crítica de la oposición no es más que una válvula de seguridad para dar salida al descontento de las masas y una condición que garantiza la estabilidad del régimen social dominante; es, por ejemplo, la significación que tiene hoy la oposición socialdemócrata en ciertos países. Han de sobrevenir condiciones completamente excepcionales, independientes de la voluntad de los hombres o de los partidos, para liberar del espíritu conservador los descontentos y llevar a las masas a la insurrección.

Por tanto, esos cambios rápidos que experimentan las ideas y el estado de espíritu de las masas en las épocas revolucionarias no son producto de la elasticidad y movilidad de la psiquis humana, sino al revés, de su profundo conservadurismo. El rezagamiento crónico en que se hallan las ideas y relaciones humanas con respecto a las nuevas condiciones objetivas, hasta el momento mismo en que éstas se desploman catastróficamente, por decirlo así, sobre los hombres, es lo que en los períodos revolucionarios engendra ese movimiento exaltado de las ideas y las pasiones que a las mentalidades policiacas se les antoja fruto puro y simple de la actuación de los "demagogos". Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de la sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja. Sólo el sector dirigente de cada clase tiene un programa político, programa que, sin embargo, necesita todavía ser sometido a la prueba de los acontecimientos y a la aprobación de las masas. El proceso político fundamental de una revolución consiste precisamente en que esa clase perciba los objetivos que se desprenden de la crisis social en que las masas se orientan de un modo activo por el método de las aproximaciones sucesivas. Las distintas etapas del proceso revolucionario, consolidadas por el desplazamiento de unos partidos por otros cada vez más extremos, señalan la presión creciente de las masas hacia la izquierda, hasta que el impulso adquirido por el movimiento tropieza con obstáculos objetivos. Entonces comienza la reacción: decepción de ciertos sectores de la clase revolucionaria, difusión del indiferentismo y consiguiente consolidación de las posiciones adquiridas por las fuerzas contrarrevolucionarias. Tal es, al menos, el esquema de las revoluciones tradicionales.

Sólo estudiando los procesos políticos sobre las propias masas se alcanza a comprender el papel de los partidos y los caudillos que en modo alguno queremos negar. Son un elemento, si no independiente, sí muy importante, de este proceso. Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que *impulsa* el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor.

Son evidentes las dificultades con que tropieza quien quiere estudiar los cambios experimentados por la conciencia de las masas en épocas de revolución. Las clases oprimidas crean la historia en las fábricas, en los cuarteles, en los campos, en las calles de la ciudad. Mas no acostumbran a ponerla por escrito. Los períodos de tensión máxima de las pasiones sociales dejan, en general, poco margen para la contemplación y el relato. Mientras dura la revolución, todas las masas, incluso esa masa plebeya del periodismo, tan robusta, lo pasan mal. A pesar de esto, la situación del historiador no es desesperada, ni mucho menos. Los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desperdigados. Pero, puestos a la luz de los acontecimientos, estos testimonios fragmentarios permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico. Mal o bien, los partidos revolucionarios fundamentan su técnica en la observación de los cambios experimentados por la conciencia de las masas. La senda histórica del bolchevismo demuestra que esta observación, al menos en sus rasgos más salientes, es perfectamente factible. ¿Por qué lo accesible al político revolucionario en el torbellino de la lucha no ha de serlo también retrospectivamente al historiador?

Sin embargo, los procesos que se desarrollan en la conciencia de las masas no son nunca autóctonos ni independientes. Pese a los idealistas y a los eclécticos, la conciencia se halla determinada por la existencia. Los supuestos sobre los que surgen la Revolución de Febrero y su suplantación por la de Octubre tienen necesariamente que estar informados por las condiciones históricas en que se formó Rusia, por su economía, sus clases, su estado, por las influencias ejercidas sobre ella por otros países. Y cuanto más enigmático nos parezca el hecho de que un país atrasado fuera el primero en exaltar al

poder al proletariado, más tenemos que buscar la explicación de este hecho en las características de ese país, o sea en lo que lo diferencia de los demás.

En los primeros capítulos del presente libro esbozamos rápidamente la evolución de la sociedad rusa y de sus fuerzas intrínsecas, acusando de este modo las peculiaridades históricas de Rusia y su peso específico. Confiamos en que el esquematismo de esas páginas no asustará al lector. Más adelante, conforme siga leyendo, verá a esas mismas fuerzas sociales vivir y actuar.

Este trabajo no está basado precisamente en los recuerdos personales de su autor. El hecho de que éste participara en los acontecimientos no le exime del deber de basar su estudio en documentos rigurosamente comprobados. El autor habla de sí mismo allí donde la marcha de los acontecimientos le obliga a hacerlo, pero siempre en tercera persona. Y no por razones de estilo simplemente, sino porque el tono subjetivo que en las autobiografías y en las memorias es inevitable sería inadmisible en un trabajo de índole histórica.

Sin embargo, la circunstancia de haber intervenido personalmente en la lucha permite al autor, naturalmente, penetrar mejor, no sólo en la psicología de las fuerzas actuantes, las individuales y las colectivas, sino también en la concatenación interna de los acontecimientos. Mas, para que esta ventaja dé resultados positivos, precisa observar una condición, a saber: no fiarse a los datos de la propia memoria, y esto no sólo en los detalles, sino también en lo que respecta a los motivos y a los estados de espíritu. El autor cree haber guardado este requisito en cuanto de él dependía.

Todavía hemos de decir dos palabras acerca de la posición política del autor que, en función de historiador, sigue adoptando el mismo punto de vista que adoptaba en función de militante ante los acontecimientos que relata. El lector no está obligado, naturalmente, a compartir las opiniones políticas del autor, que éste, por su parte, no tiene tampoco por qué ocultar. Pero sí tiene derecho a exigir de un trabajo histórico que no sea precisamente la apología de una posición política determinada, sino una exposición, internamente razonada, del proceso real y verdadero de la revolución. Un trabajo histórico sólo cumple del todo con su misión cuando en sus páginas los acontecimientos se desarrollan con toda su forzosa naturalidad.

Mas, ¿tiene esto algo que ver con la que llaman "imparcialidad" histórica? Nadie nos ha explicado todavía claramente en qué consiste esa imparcialidad. El tan citado dicho de Clemenceau de que las revoluciones hay que tomarlas o desecharlas *en bloc* es, en el mejor de los casos, un ingenioso subterfugio: ¿cómo es posible abrazar o repudiar como un todo orgánico aquello que tiene su esencia en la escisión? Ese aforismo se lo dicta a Clemenceau, por una parte, la perplejidad producida en éste por el excesivo arrojo de sus antepasados, y, por otra, la confusión en que se halla el descendiente ante sus sombras.

Uno de los historiadores reaccionarios, y, por tanto, más de moda en la Francia contemporánea, L. Madelein, que ha calumniado con palabras tan elegantes a la Gran Revolución, que vale tanto como decir a la progenitora de la nación francesa, afirma que "el historiador debe colocarse en lo alto de las murallas de la ciudad sitiada, abrazando con su mirada a sitiados y sitiadores"; es, según él, la única manera de conseguir una "justicia conmutativa". Sin embargo, los trabajos de este historiador demuestran que, si él se subió a lo alto de las murallas que separan a los dos bandos, fue, pura y simplemente, para servir de espía a la reacción. Y menos mal que en este caso se trata de batallas pasadas, pues en épocas de revolución es un poco peligroso asomar la cabeza sobre las murallas. Claro está que, en los momentos peligrosos, estos sacerdotes de la "justicia conmutativa" suelen quedarse sentados en casa esperando a ver de qué parte se inclina la victoria.

El lector serio y dotado de espíritu crítico no necesita de esa solapada imparcialidad que le brinda la copa de la conciliación llena de posos de veneno reaccionario, sino de la metódica escrupulosidad que va a buscar en los hechos honradamente investigados, apoyo manifiesto para sus simpatías o antipatías no disfrazadas, a la contrastación de sus nexos reales, al descubrimiento de las leyes por que se rigen. Ésta es la única objetividad histórica que cabe, y con ella basta, pues se halla contrastada y confirmada, no por las buenas intenciones del historiador de que él mismo responde, sino por las leyes que rigen el proceso histórico y que él se limita a revelar.

Para escribir este libro nos han servido de fuentes numerosas publicaciones periódicas, diarios y revistas, memorias, actas y otros materiales, en parte manuscritos y, principalmente, los trabajos editados por el Instituto para la Historia de la Revolución en Moscú y Leningrado. Nos ha parecido superfluo indicar en el texto las diversas fuentes, ya que con ello no haríamos más que estorbar la lectura. Entre las antologías de trabajos históricos hemos manejado muy en particular los dos tomos de los *Apuntes para la Historia de la Revolución de* Octubre (Moscú-Leningrado, 1927). Escritos por distintos autores, los trabajos monográficos que forman estos dos tomos no poseen todos el mismo valor, pero contienen, desde luego, abundante material de hechos.

Cronológicamente nos guiamos en todas las fechas por el viejo calendario, rezagado en trece fechas, como se sabe, respecto al que regía en el resto del mundo y hoy rige también en los sóviets. El autor no tenía más remedio que atenerse al calendario que estaba en vigor durante la revolución. Ningún trabajo le hubiera costado, naturalmente, trasponer las fechas según el cómputo moderno. Pero esta operación, eliminando unas dificultades, habría creado otras de más monta. El derrumbamiento de la monarquía pasó a la historia con el nombre de Revolución de Febrero. Sin embargo, computando la fecha por el calendario occidental, ocurrió en marzo. La manifestación armada que se organizó contra la política imperialista del gobierno provisional figura en la historia con el nombre de “jornadas de abril”, siendo así que, según el cómputo europeo, tuvo lugar en mayo. Sin detenernos en otros acontecimientos y fechas intermedios, haremos notar, finalmente, que la Revolución de Octubre se produjo, según el calendario europeo, en noviembre. Como vemos, ni el propio calendario se puede librar del sello que estampan en él los acontecimientos de la historia, y al historiador no le es dado corregir las fechas históricas con ayuda de simples operaciones aritméticas. Tenga en cuenta el lector que antes de derrocar el calendario bizantino, la revolución hubo de derrocar las instituciones que a él se aferraban.

L. TROTSKY
Prinkipo, 14-XI-1930

Particularidades en el desarrollo de Rusia

El rasgo fundamental y más constante de la historia de Rusia es el carácter rezagado de su desarrollo, con el atraso económico, el primitivismo de las formas sociales y el bajo nivel cultural.

La población de aquellas estepas gigantescas, abiertas a los vientos inclementes del Oriente y a los invasores asiáticos, nació condenada por la naturaleza misma a un gran rezagamiento. La lucha con los pueblos nómadas se prolonga hasta fines del siglo XVII. La lucha con los vientos que arrastran en invierno los hielos y en verano la sequía aún se sigue librando hoy en día. La agricultura (base de todo el desarrollo del país) progresaba de un modo extensivo: en el norte eran talados y quemados los bosques, en el sur se roturaban las estepas vírgenes; Rusia fue tomando posesión de la naturaleza no en profundidad, sino en extensión.

Mientras que los pueblos bárbaros de Occidente se instalaban sobre las ruinas de la cultura romana, muchas de cuyas viejas piedras pudieron utilizar como material de construcción, los eslavos de Oriente se encontraron en aquellas inhóspitas latitudes de la estepa huérfanos de toda herencia: sus antecesores vivían en un nivel todavía más bajo que el suyo. Los pueblos de la Europa Occidental, encerrados en seguida dentro de sus fronteras naturales, crearon los núcleos económicos y de cultura de las sociedades industriales. La población de la llanura oriental, tan pronto vio asomar los primeros signos de penuria, penetró en los bosques o se fue a las estepas. En Occidente, los elementos más emprendedores y de mayor iniciativa de la población campesina vinieron a la ciudad, se convirtieron en artesanos, en comerciantes. Algunos de los elementos activos y audaces de Oriente se dedicaron también al comercio, pero la mayoría se convirtieron en cosacos, en colonizadores.

El proceso de diferenciación social tan intensivo en Occidente, en Oriente se veía contenido y esfumado por el proceso de expansión. "El zar de los moscovitas, aunque cristiano, reina sobre gente de inteligencia perezosa", escribía Vico, contemporáneo de Pedro I. Aquella "inteligencia perezosa" de los moscovitas reflejaba la lentitud del ritmo económico, la vaguedad informe de las relaciones de clase, la indigencia de la historia interior.

Las antiguas civilizaciones de Egipto, India y China tenían características propias que se bastaban a sí mismas y disponían de tiempo suficiente para llevar sus relaciones sociales, a pesar del bajo nivel de sus fuerzas productivas, casi hasta esa misma minuciosa perfección que daban a sus productos los artesanos de dichos países. Rusia se hallaba enclavada entre Europa y Asia, no sólo geográficamente, sino también desde un punto de vista social e histórico. Se diferenciaba en la Europa Occidental, sin confundirse tampoco con el Oriente asiático, aunque se acercase a uno u otro continente en los distintos momentos de su historia, en uno u otro respecto. El Oriente aportó el yugo tártaro, elemento importantísimo en la formación y estructura del estado ruso. El Occidente era un enemigo mucho más temible; pero al mismo tiempo un maestro. Rusia no podía asimilarse a las formas de Oriente, compelida como se hallaba a plegarse constantemente a la presión económica y militar de Occidente.

La existencia en Rusia de un régimen feudal, negada por los historiadores tradicionales, puede considerarse hoy indiscutiblemente demostrada por las modernas

investigaciones. Es más: los elementos fundamentales del feudalismo ruso eran los mismos que los de Occidente. Pero el solo hecho de que la existencia en Rusia de una época feudal haya tenido que demostrarse mediante largas polémicas científicas, es ya claro indicio del carácter imperfecto del feudalismo ruso, de sus formas indefinidas, de la pobreza de sus monumentos culturales.

Los países atrasados se asimilan las conquistas materiales e ideológicas de las naciones avanzadas. Pero esto no significa que sigan a estas últimas servilmente, reproduciendo todas las etapas de su pasado. La teoría de la reiteración de los ciclos históricos (procedente de Vico y sus secuaces) se apoya en la observación de los ciclos de las viejas culturas precapitalistas y, en parte también, en las primeras experiencias del capitalismo. El carácter provincial y episódico de todo el proceso hacía que, efectivamente, se repitiesen hasta cierto punto las distintas fases de cultura en los nuevos núcleos humanos. Sin embargo, el capitalismo implica la superación de estas condiciones. El capitalismo prepara y, hasta cierto punto, realiza la universalidad y permanencia en la evolución de la humanidad. Con esto se excluye ya la posibilidad de que se repitan las formas evolutivas en las distintas naciones. Obligado a seguir a los países avanzados, el país atrasado no se ajusta en su desarrollo a la concatenación de las etapas sucesivas. El privilegio de los países históricamente rezagados (que lo es realmente) está en poder asimilarse las cosas o, mejor dicho, en obligarse a asimilárselas antes del plazo previsto, saltando por alto toda una serie de etapas intermedias. Los salvajes pasan de la flecha al fusil de golpe, sin recorrer la senda que separa en el pasado esas dos armas. Los colonizadores europeos de América no tuvieron necesidad de volver a empezar la historia por el principio. Si Alemania o los Estados Unidos pudieron dejar atrás económicamente a Inglaterra fue, precisamente, porque ambos países venían rezagados en la marcha del capitalismo. Y la anarquía conservadora que hoy reina en la industria hullera británica y en la mentalidad de MacDonald y de sus amigos es la venganza por ese pasado en que Inglaterra se demoró más tiempo del debido empuñando el cetro de la hegemonía capitalista. El desarrollo de una nación históricamente atrasada hace, forzosamente, que se confundan en ella, de una manera característica, las distintas fases del proceso histórico. Aquí el ciclo presenta, enfocado en su totalidad, un carácter irregular, complejo, combinado.

Claro está que la posibilidad de pasar por alto las fases intermedias no es nunca absoluta; se halla siempre condicionada en última instancia por la capacidad de asimilación económica y cultural del país. Además, los países atrasados rebajan siempre el valor de las conquistas tomadas del extranjero al asimilarlas a su cultura más primitiva. De este modo, el proceso de asimilación cobra un carácter contradictorio. Así, por ejemplo, la introducción de los elementos de la técnica occidental, sobre todo la militar y manufacturera, bajo Pedro I se tradujo en la agravación del régimen servil como forma fundamental de la organización del trabajo. El armamento y los empréstitos a la europea (productos, indudablemente, de una cultura más elevada) determinaron el robustecimiento del zarismo, que, a su vez, se interpuso como un obstáculo ante el desarrollo del país.

Las leyes de la historia no tienen nada de común con el esquematismo pedantesco. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que la patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados se ven obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del *desarrollo combinado*, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. Sin acudir

a esta ley, enfocada, naturalmente, en la integridad de su contenido material, sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado, cualquiera que sea su grado.

Bajo la presión de Europa, más rica, el estado ruso absorbía una parte proporcional mucho mayor de la riqueza nacional que los estados occidentales, con lo cual no sólo condenaba a las masas del pueblo a una doble miseria, sino que atentaba también contra las bases de las clases pudientes. Pero, al propio tiempo, necesitado del apoyo de estas últimas, forzaba y reglamentaba su formación. Resultado de esto era que las clases privilegiadas, que se habían ido burocratizando, no pudiesen llegar a desarrollarse nunca en toda su pujanza, razón por la cual el estado iba acercándose cada vez más al despotismo asiático.

La autocracia bizantina, adoptada oficialmente por los zares moscovitas desde principios del siglo XVI, domeñó a los boyardos feudales con ayuda de la nobleza y sometió a ésta a su voluntad, entregándole los campesinos como siervos para erigirse sobre estas bases en el absolutismo imperial petersburgués. Para comprender el retraso con que se desarrolla este proceso histórico, baste decir que la servidumbre de la gleba, que surge en el transcurso del siglo XVI, se perfecciona en el XVII y florece en el XVIII, para no abolirse jurídicamente hasta 1861.

El clero desempeña, después de la nobleza, un papel bastante importante, pero completamente mediatizado, en el proceso de formación de la autocracia zarista. La Iglesia no se remonta nunca en Rusia a las alturas del poder que llega a ocupar en el Occidente católico, y se contenta con llenar las funciones de servidora espiritual cerca de la autocracia, apuntándose esto como un mérito de su humildad. Los obispos y metropolitanos sólo disponían de poder en cuanto mandatarios del brazo secular. Los patriarcas cambiaban al cambiar los zares. En el período petersburgués, la sujeción de la Iglesia al estado se hizo todavía más servil. Los doscientos mil curas y frailes integraban en el fondo la burocracia del país, eran una especie de cuerpo policiaco de la fe: en justa reciprocidad, la policía secular amparaba el monopolio del clero ortodoxo en materia de fe y protegía sus tierras y sus rentas.

La eslavofilia, este mesianismo del atraso, edificaba su filosofía diciendo que el pueblo ruso y su Iglesia eran fundamentalmente democráticos, en tanto que la Rusia oficial no era otra cosa que la burocracia alemana implantada por Pedro el Grande. Marx observaba, a este propósito: “Exactamente lo mismo que los asnos teutónicos hicieron caer la responsabilidad del despotismo de Federico II sobre los franceses, como si los esclavos atrasados no necesitaran siempre de esclavos civilizados para hacer su aprendizaje indispensable”. Esta breve observación refleja perfectamente no sólo la vieja filosofía de los eslavófilos, sino también el evangelio moderno de los “racistas”.

La incidencia del feudalismo ruso y de toda la historia rusa antigua cobraba su más triste expresión en la ausencia de auténticas ciudades medievales como centros de artesanía, de comercio. En Rusia el artesanado no tuvo tiempo de desglosarse por entero de la agricultura y conservó siempre el carácter del trabajo a domicilio. Las viejas ciudades rusas eran centros comerciales, administrativos, militares y de la nobleza; centros, por consiguiente, consumidores y no productores. La misma ciudad de Nóvgorod, tan cercana a la Hansa y que no llegó a conocer el yugo tártaro, era una ciudad comercial sin industria. Cierto es que la dispersión de los oficios campesinos, repartidos por las distintas comarcas, creaba la necesidad de una red comercial extensa. Pero los mercaderes nómadas no podían ocupar, en modo alguno, el puesto que en Occidente ocupaba la pequeña y media burguesía de los gremios de artesanos en el comercio y la industria, indisolublemente unida a su periferia campesina. Además, las principales vías de comunicación del comercio ruso conducían al exterior, asegurando así al capital

extranjero, desde los tiempos más remotos, el puesto directivo y dando un carácter semicolonial a todas las operaciones, en que el comerciante ruso quedaba reducido al papel de intermediario entre las ciudades occidentales y la aldea rusa. Este género de relaciones económicas experimentó un cierto avance en la época del capitalismo ruso y tuvo su apogeo y suprema expresión en la guerra imperialista.

La insignificancia de las ciudades rusas, que es lo que más contribuyó a formar en Rusia el tipo de estado asiático, excluía, en particular, la posibilidad de un movimiento de Reforma encaminada a sustituir la Iglesia ortodoxa burocrático-feudal por una variante cualquiera moderna del cristianismo adaptada a las necesidades de la sociedad burguesa. La lucha contra la Iglesia del estado no trascendía de los estrechos límites de las sectas campesinas, sin excluir la más poderosa de todas, el cisma de los “creyentes viejos”.

Quince años antes de que estallase la gran Revolución Francesa se desencadenó en Rusia el movimiento de los cosacos, campesinos y obreros serviles de los montes Urales, acaudillado por Pugachov. ¿Qué le faltó a aquella furiosa insurrección popular para convertirse en verdadera revolución? Le faltó el tercer estado. Sin la democracia industrial de las ciudades, era imposible que la guerra campesina se transformase en revolución, del mismo modo que las sectas aldeanas no podían llevar a cabo una Reforma. Lejos de provocar una revolución, el alzamiento de Pugachov sirvió para consolidar el absolutismo burocrático como servidor fiel de los intereses de la nobleza, y volvió a demostrar su eficacia en una hora difícil.

La europeización del país, que comenzó formalmente bajo Pedro el Grande, fue convirtiéndose cada vez más, en el transcurso del siglo siguiente, en una necesidad de la propia clase gobernante, es decir, de la nobleza. En 1825, la intelectualidad aristocrática, dando expresión política a esta necesidad, se lanzó a una conspiración militar, con el fin de poner freno a la autocracia. Presionada por el desarrollo de la burguesía europea, la nobleza avanzada intentaba, de este modo, suplir la ausencia del tercer estado. Pero no se resignaba, a pesar de todo, a renunciar a sus privilegios de casta; aspiraba a combinarlos con el régimen liberal por el que luchaba; por eso, lo que más temía era que se levantaran los campesinos. No tiene nada de extraño que aquella conspiración no pasara de ser la hazaña de unos cuantos oficiales brillantes, pero aislados, que sucumbieron casi sin lucha. Ese sentido tuvo la sublevación de los “decembristas”.

Los terratenientes que poseían fábricas fueron los primeros de su estamento que se inclinaron hacia la sustitución del trabajo servil por el trabajo libre. Otro de los factores que impulsaban esta medida era la exportación, cada día mayor, de cereales rusos al extranjero. En 1861, la burocracia noble, apoyándose en los terratenientes liberales, implanta la reforma campesina. El impotente liberalismo burgués, reducido a su papel de comparsa, no tuvo más remedio que contemplar el cambio pasivamente. No hace falta decir que el zarismo resolvió el problema fundamental de Rusia, esto es, la cuestión agraria, de un modo todavía más mezquino y rapaz de como la monarquía prusiana había de resolver, a la vuelta de pocos años, el problema capital de Alemania: su unidad nacional. La solución de los problemas que incumben a una clase por obra de otra es una de las combinaciones a que aludíamos, propias de los países atrasados.

Pero donde se revela de un modo más indiscutible la ley del desarrollo combinado es en la historia y el carácter de la industria rusa. Nacida tarde, no repite la evolución de los países avanzados, sino que se incorpora a éstos, adaptando a su atraso propio las conquistas más modernas. Si la evolución económica general de Rusia saltó sobre los períodos del artesanado gremial y de la manufactura, algunas ramas de su industria pasaron por alto toda una serie de etapas técnico-industriales que en Occidente llenaron varias décadas. Gracias a esto, la industria rusa pudo desarrollarse en algunos momentos con una rapidez extraordinaria. Entre la revolución de 1905 y la guerra, Rusia dobló,

aproximadamente, su producción industrial. A algunos historiadores rusos esto les parece una razón bastante concluyente para deducir que “hay que abandonar la leyenda del atraso y del progreso lento”. En rigor la posibilidad de un tan rápido progreso se hallaba condicionada precisamente por el atraso del país, que no sólo persiste hasta el momento de la liquidación de la vieja Rusia, sino que aún perdura como herencia de ese pasado hasta el día de hoy.

El termómetro fundamental para medir el nivel económico de una nación es el rendimiento del trabajo, que, a su vez, depende del peso específico de la industria en la economía general del país. En vísperas de la guerra, cuando la Rusia zarista había alcanzado el punto culminante de su bienestar, la parte alícuota de riqueza nacional que correspondía a cada habitante era ocho o diez veces inferior a la de los Estados Unidos, lo cual no tiene nada de sorprendente si se tiene en cuenta que las cuatro quintas partes de la población obrera de Rusia se concentraban en la agricultura, mientras que en los Estados Unidos, por cada persona ocupada en las labores agrícolas había 2,5 obreros industriales. Añádase a esto que en vísperas de la guerra Rusia tenía 0,4 kilómetros de líneas férreas por cada 100 kilómetros cuadrados, mientras que en Alemania la proporción era de 11,7 y de 7 en Austria- Hungría, y por el estilo, todos los demás coeficientes comparativos que pudiéramos mencionar.

Como ya hemos dicho, es precisamente en el campo de la economía donde se manifiesta con su máximo relieve la ley del desarrollo combinado. Y así, mientras que, hasta el momento mismo de estallar la revolución, la agricultura se mantenía, con pequeñas excepciones, casi en el mismo nivel del siglo XVII, la industria, en lo que a su técnica y a su estructura capitalista se refería, estaba al nivel de los países más avanzados, y, en algunos respectos, los sobrepasaba. En el año 1914 las pequeñas industrias con menos de cien obreros representaban en los Estados Unidos un 35% del censo total de obreros industriales, mientras que en Rusia este porcentaje era tan sólo de 17,8. La mediana y la gran industria, con una nómina de 100 a 1.000 obreros, representaban un peso específico aproximadamente igual; los centros fabriles gigantescos que daban empleo a más de mil obreros cada uno y que en los Estados Unidos sumaban el 17,8% del censo total de la población obrera, en Rusia representaban el 41,4%. En las regiones industriales más importantes este porcentaje era todavía más elevado: en la zona de Petrogrado era de 44,4%; en la de Moscú, de 57,3%. A idénticos resultados llegamos comparando la industria rusa con la inglesa o alemana. Este hecho, que nosotros fuimos los primeros en registrar en el año 1908, se aviene mal con la idea que vulgarmente se tiene del atraso económico de Rusia. Y, sin embargo, no excluye este atraso, sino que lo complementa dialécticamente.

También la fusión del capital industrial con el bancario se efectuó en Rusia en proporciones que tal vez no haya conocido ningún otro país. Pero la mediatización de la industria por los bancos equivalía a su mediatización por el mercado financiero de la Europa Occidental. La industria pesada (metal, carbón, petróleo) se hallaba sometida casi por entero al control del capital financiero internacional, que se había creado una red auxiliar y mediadora de bancos en Rusia. La industria ligera siguió las mismas huellas. En términos generales, cerca del 40% del capital en acciones invertido en Rusia pertenecía a extranjeros, y la proporción era considerablemente mayor en las ramas principales de la industria. Sin exageración, puede decirse que los paquetes de acciones que controlaban los principales bancos, empresas y fábricas de Rusia estaban en manos de extranjeros, debiendo advertirse que la participación de los capitales de Inglaterra, Francia y Bélgica representaba casi el doble de la de Alemania.

Las condiciones originarias de la industria rusa y de su estructura informan el carácter social de la burguesía de Rusia y su fisonomía política. La intensa concentración

industrial suponía, ya de suyo, que entre las altas esferas capitalistas y las masas del pueblo no hubiese sitio para una jerarquía de capas intermedias. Añádase a esto que los propietarios de las más importantes empresas industriales, bancarias y de transportes eran extranjeros que cotizaban los beneficios obtenidos en Rusia y su influencia política en los parlamentos extranjeros, razón por la cual no sólo no les interesaba fomentar la lucha por el parlamentarismo ruso, sino que muchas veces le hacían frente: baste recordar el vergonzoso papel que desempeñaba en Rusia la Francia oficial. Tales eran las causas elementales e insuperables del aislamiento político y del odio al pueblo de la burguesía rusa. Y si ésta, en los albores de su historia, no había alcanzado el grado necesario de madurez para acometer la reforma del estado, cuando las circunstancias le depararon la ocasión de ponerse al frente de la revolución demostró que llegaba ya tarde.

En consonancia con el desarrollo general del país, la base sobre la que se formó la clase obrera rusa no fue el artesanado gremial, sino la agricultura; no fue la ciudad, sino el campo. Además, el proletariado de Rusia no fue formándose paulatinamente a lo largo de los siglos, arrastrando tras sí el peso del pasado, como en Inglaterra, sino a saltos, por una transformación súbita de las condiciones de vida, de las relaciones sociales, rompiendo bruscamente con el ayer. Esto fue, precisamente, lo que, unido al yugo concentrado el zarismo, hizo que los obreros rusos se asimilaran las conclusiones más avanzadas del pensamiento revolucionario, del mismo modo que la industria rusa, llegada al mundo con retraso, se asimiló las últimas conquistas de la organización capitalista.

El proletariado ruso tornaba a producir, una y otra vez, la breve historia de sus orígenes. Al tiempo que, en la industria metalúrgica, sobre todo en Petersburgo, cristalizaba y surgía una categoría de proletarios depurados que habían roto completamente con la aldea, en los Urales seguía predominando el tipo obrero de semiproletario, semicampesino. La afluencia de nuevas hornadas de mano de obra del campo a las regiones industriales renovaba todos los años los lazos que unían al proletariado con su cantera social.

La incapacidad de acción política de la burguesía se hallaba directamente formada por el carácter de sus relaciones con el proletariado y la clase campesina. La burguesía no podía arrastrar consigo a los obreros a quienes la vida de todos los días enfrentaba con ella y que, además, aprendieron en seguida a generalizar sus problemas. Y la misma incapacidad demostraba para atraerse a los campesinos, atada como estaba a los terratenientes por una red de intereses comunes y temerosa de que el régimen de propiedad, en cualquiera de sus formas, se viniese a tierra. El retraso de la Revolución Rusa no era tan sólo, como se ve, un problema de cronología, sino que afectaba también a la estructura social del país.

Inglaterra hizo su revolución puritana en una época en que su población total no pasaba de los cinco millones y medio de habitantes, de los cuales medio millón correspondía a Londres. En la época de la Revolución Francesa París no contaba tampoco con más de medio millón de almas de los veinticinco que formaban el censo total del país. A principios del siglo XX Rusia tenía cerca de ciento cincuenta millones de habitantes, más de tres millones de los cuales se concentraban en Petrogrado y Moscú. Detrás de estas cifras comparativas laten grandes diferencias sociales. La Inglaterra del siglo XVII, como la Francia del siglo XVIII, no conocían aún el proletariado moderno. En cambio, en Rusia la clase obrera contaba, en 1905, incluyendo la ciudad y el campo, no menos de diez millones de almas, que, con sus familias, venían a representar más de veinticinco millones de almas, cifra que superaba la de la población total de Francia en la época de la Gran Revolución. Desde los artesanos acomodados y los campesinos independientes que formaban en el ejército de Cromwell hasta los proletarios industriales de Petersburgo,

pasando por los *sansculottes* de París, la revolución hubo de modificar profundamente su mecánica social, sus métodos, y, con estos, también naturalmente sus fines.

Los acontecimientos de 1905 fueron el prólogo de las dos revoluciones de 1917: la de Febrero y la de Octubre. El prólogo contenía ya todos los elementos del drama, aunque éstos no se desarrollasen hasta el fin. La guerra ruso-japonesa hizo tambalearse al zarismo. La burguesía liberal se valió del movimiento de las masas para infundir un poco de miedo desde la oposición a la monarquía. Pero los obreros se emanciparon de la burguesía, organizándose aparte de ella y frente a ella en los sóviets creados entonces por vez primera. Los campesinos se levantaron, al grito de "¡tierra!", en toda la gigantesca extensión del país. Los elementos revolucionarios del ejército se sentían atraídos, tanto como los campesinos, por los sóviets, que, en el momento álgido de la revolución, disputaron abiertamente el poder a la monarquía. Fue entonces cuando actuaron por primera vez en la historia de Rusia todas las fuerzas revolucionarias: carecían de experiencia y les faltaba la confianza en sí mismas. Los liberales retrocedieron ostentosamente ante la revolución en el preciso momento en que se demostraba que no bastaba con hostilizar al zarismo, sino que era preciso derribarlo. La brusca ruptura de la burguesía con el pueblo, que hizo que ya entonces se desprendiese de aquélla una parte considerable de la intelectualidad democrática, facilitó a la monarquía la obra de selección dentro del ejército, le permitió seleccionar las fuerzas fieles al régimen y organizar una sangrienta represión contra los obreros y campesinos. Y, aunque con algunas costillas rotas, el zarismo salió vivo y relativamente fuerte de la prueba de 1905.

¿Qué alteraciones introdujo en el panorama de las fuerzas sociales el desarrollo histórico que llena los once años que median entre el prólogo y el drama? Durante este período se acentúa todavía más la contradicción entre el zarismo y las exigencias de la historia. La burguesía se fortificó económicamente, pero ya hemos visto que su fuerza se basaba en la intensa concentración de la industria y en la importancia creciente del capital extranjero. Adoctrinada por las enseñanzas de 1905, la burguesía se hizo aún más conservadora y suspicaz. El peso específico dentro del país de la pequeña burguesía y de la clase media, que ya antes era insignificante, disminuyó más aún. La intelectualidad democrática no disponía del menor punto consistente de apoyo social. Podía gozar de una influencia política transitoria, pero nunca desempeñar un papel propio: se hallaba cada vez más mediatizada por el liberalismo burgués. En estas condiciones no había más que un partido que pudiera brindar un programa, una bandera y una dirección a los campesinos: el proletariado. La misión grandiosa que le estaba reservada engendró la necesidad inaplazable de crear una organización revolucionaria propia, capaz de reclutar a las masas del pueblo y ponerlas al servicio de la revolución, bajo la iniciativa de los obreros. Así fue como los sóviets de 1905 tomaron en 1917 un gigantesco desarrollo. Que los sóviets (dicho sea de paso) no son, sencillamente, producto del atraso histórico de Rusia, sino fruto de la ley del desarrollo social combinado, lo demuestra por sí solo el hecho de que el proletariado del país más industrial del mundo, Alemania, no hallase durante la marejada revolucionaria de 1918-1919 más forma de organización que los sóviets.

La revolución de 1917 perseguía como fin inmediato el derrumbamiento de la monarquía burocrática. Pero, a diferencia de las revoluciones burguesas tradicionales, daba entrada en la acción, en calidad de fuerza decisiva, a una nueva clase, hija de los grandes centros industriales y equipada con una nueva organización y nuevos métodos de lucha. La ley del desarrollo social combinado se nos presenta aquí en su expresión última: la revolución, que comienza derrumbando toda la podredumbre medieval, a la vuelta de pocos meses lleva al poder al proletariado acaudillado por el Partido Bolchevique.

El punto de partida de la revolución rusa fue la revolución democrática. Pero planteó en términos nuevos el problema de la democracia política. Mientras los obreros llenaban el país de sóviets, dando entrada en ellos a los soldados y, en algunos sitios, a los campesinos, la burguesía seguía entreteniéndose en discutir si debía o no convocarse la Asamblea Constituyente. Conforme vayamos exponiendo los acontecimientos, veremos dibujarse esta cuestión de un modo perfectamente concreto. Por ahora queremos limitarnos a señalar el puesto que corresponde a los sóviets en la concatenación histórica de las ideas y las formas revolucionarias.

La revolución burguesa de Inglaterra, planteada a mediados del siglo XVIII, se desarrolló bajo el manto de la Reforma religiosa. El súbdito inglés, luchando por su derecho a rezar con el devocionario que mejor le pareciese, luchaba contra el rey, contra la aristocracia, contra los príncipes de la Iglesia y contra Roma. Los presbiterianos y los puritanos de Inglaterra estaban profundamente convencidos de que colocaban sus intereses terrenales bajo la suprema protección de la providencia divina. Las aspiraciones por que luchaban las nuevas clases se confundían inseparablemente en sus conciencias con los textos de la Biblia y los ritos del culto religioso. Los emigrantes del *Mayflower* llevaron consigo al otro lado del océano esta tradición mezclada con su sangre. A esto se debe la fuerza excepcional de resistencia de la interpretación anglosajona del cristianismo. Y todavía es hoy el día en que los ministros "socialistas" de la Gran Bretaña encubren su cobardía con aquellos mismos textos mágicos en que los hombres del siglo XVII buscaban una justificación para su bravura.

En Francia, donde no prendió la Reforma, la Iglesia católica perduró como Iglesia del estado hasta la revolución, que había de ir a buscar no a los textos de la Biblia, sino a las abstracciones de la democracia, la expresión y justificación para los fines de la sociedad burguesa. Y por grande que sea el odio que los actuales directores de Francia sientan hacia el jacobinismo, el hecho es que, gracias a la mano dura de Robespierre, pueden permitirse ellos hoy el lujo de seguir disfrazando su régimen conservador bajo fórmulas por medio de las cuales se hizo saltar en otro tiempo a la vieja sociedad.

Todas las grandes revoluciones han marcado a la sociedad burguesa una nueva etapa y nuevas formas de conciencia de sus clases. Del mismo modo que en Francia no prendió la Reforma, en Rusia no prendió tampoco la democracia formal. El partido revolucionario ruso a quien incumbió la misión de dejar estampado su sello en toda una época, no acudió a buscar la expresión de los problemas de la revolución a la Biblia, ni a esa democracia "pura" que no es más que el cristianismo secularizado, sino a las condiciones materiales de las clases que integran la sociedad. El sistema soviético dio a estas condiciones su expresión más sencilla, más diáfana y más franca. El régimen de los trabajadores se realiza por vez primera en la historia bajo los sóviets que, cualesquiera que sean las vicisitudes históricas que les estén reservadas, ha echado raíces tan profundas e indestructibles en la conciencia de las masas como, en su tiempo, la Reforma o la democracia pura.

La Rusia zarista y la guerra

La intervención de Rusia en la guerra era contradictoria por los motivos y los fines que perseguía. En el fondo, la sangrienta lucha entablada giraba en torno a la supremacía mundial. En este sentido, excedía de las fuerzas de Rusia. Los "objetivos de guerra" de ésta (los estrechos turcos, Galitzia, Armenia) tenían un carácter provincial y sólo podían ser alcanzados de pasada en la medida en que se armonizasen con los intereses de las potencias beligerantes decisivas.

Pero, al mismo tiempo, Rusia, como gran potencia que era, no podía permanecer al margen en aquellas disputas de los países capitalistas más avanzados, del mismo modo que, en la época anterior, no había podido abstenerse de introducir en su país fábricas, ferrocarriles, fusiles de tiro rápido y aeroplanos. Los frecuentes debates entablados entre los historiadores rusos de la moderna escuela acerca de si la Rusia zarista estaba o no madura para tomar parte en la política imperialista contemporánea, degeneran constantemente en escolasticismo, pues enfocan a Rusia aisladamente, como factor suelto en la palestra internacional, cuando, en realidad, no era más que el eslabón de un sistema.

La India tomó parte en la guerra formalmente y de hecho como colonia de Inglaterra. La intervención de China, aparentemente "voluntaria", fue, en realidad, la intervención del esclavo en las reyertas de los señores. La beligerancia de Rusia venía a ocupar un lugar intermedio entre la de Francia y la de China. Rusia pagaba en esta moneda el derecho a estar aliada con los países progresivos, importar sus capitales y abonar intereses por los mismos; es decir, pagaba, en el fondo, el derecho a ser una colonia privilegiada de sus aliados, al propio tiempo que a ejercer su presión sobre Turquía, Persia, Galitzia, países más débiles y atrasados que ella, y a saquearlos. En el fondo, el imperialismo de la burguesía rusa, con su doble faz, no era más que un agente mediador de otras potencias mundiales más poderosas.

Los "compradores" chinos son el tipo clásico de una burguesía nacional creada sobre el papel de agente intermedio entre el capital financiero extranjero y la economía interior del país. En la jerarquía de los estados del mundo, Rusia ocupaba antes de la guerra un lugar considerablemente más alto que China. Problema aparte es conocer el lugar que hubiera ocupado después de la guerra, suponiendo que no hubiese estallado la revolución. Sin embargo, la autocracia rusa, de una parte, y de otra la burguesía, presentaban los rasgos característicos marcados del tipo de los "compradores": tanto una como otra vivían y se nutrían de los vínculos que les unían al imperialismo extranjero, a cuyo servicio estaban, y de no apoyarse en él, no hubiera podido tenerse en pie. Y ya se vio que, a última hora, ni con este apoyo pudieron salir adelante. La burguesía rusa "semicompradora" tenía intereses mundiales imperialistas, a la manera como el agente que trabaja en comisión comparte los intereses de la empresa a quien sirve.

El instrumento de las guerras son los ejércitos. Y como en las mitologías nacionales, el propio ejército se considera siempre invencible, las clases gobernantes en Rusia no se veían obligadas a hacer una excepción para el ejército zarista. En realidad, éste no representaba una fuerza seria más que contra los pueblos semibárbaros, los pequeños países limítrofes y los estados en descomposición; en la palestra europea, este ejército podía luchar coaligado con los demás. En el aspecto defensivo, su eficacia estaba en relación directa con la inmensa extensión del país, la densidad escasa de población y

las malas comunicaciones. El ejército de los campesinos siervos de la gleba tuvo un virtuoso: Suvórov. La Revolución Francesa, abriendo de par en par las puertas de una nueva sociedad y a una nueva estrategia, firmó la sentencia de muerte de los ejércitos suvorianos.

La semiabolición del régimen servil y la implantación del servicio militar obligatorio modernizaron el ejército dentro de los mismos límites que el país: es decir, llevaron a él todas las contradicciones de una nación que aún no había hecho su revolución burguesa. Cierto es que el ejército zarista fue organizado y equipado a tono con el ejemplo de los países occidentales, pero esto afectaba más a la forma que al fondo. Había una gran desproporción entre el nivel cultural del campesino-soldado y el de la técnica militar. En el mando cobraban expresión la ignorancia, la pereza y la venalidad de las clases gobernantes rusas. La industria y los transportes fallaban constantemente ante las exigencias concentradas de los tiempos de guerra. Los soldados, que en los primeros días de la guerra daban la impresión de estar bien equipados, carecieron en seguida no sólo de armas, sino de botas. En la guerra ruso-japonesa, el ejército zarista demostró su nulidad. En la época de la contrarrevolución, la monarquía, con la ayuda de la Duma, abasteció los depósitos de material de guerra y remendó como pudo el ejército, echando también una pieza a su reputación de invencible. Hasta que en el año 1914 sobrevino una prueba harto más dura.

En cuanto al armamento y las finanzas, Rusia se nos revela, durante la guerra, entregada servilmente a sus aliados. En realidad, esto no hacía más que reproducir, en el aspecto militar, la subordinación general en que se encontraba respecto a los países capitalistas avanzados. Pero ni con la ayuda de los aliados salvó Rusia su situación. La escasez de municiones, la falta de medios para fabricarlas, la ausencia de una buena red ferroviaria, con su consiguiente incapacidad para el transporte, tradujeron el atraso de Rusia al lenguaje de las derrotas, accesible para todo el mundo, y esas derrotas recordaron a los elementos liberales de la nación que sus antecesores no se habían cuidado de hacer la revolución burguesa y que, por tanto, los descendientes estaban en deuda con la historia.

Los primeros días de la guerra fueron también los primeros días de la ignominia. Después de una serie de catástrofes parciales, en la primavera de 1915 sobrevino la desbandada general. Los generales descargaban los furores de su ineptitud criminal sobre la población pacífica. Los inmensos territorios del país eran devastados brutalmente. Verdaderas nubes de langostas humanas se veían empujadas a latigazos hacia el interior del país. El desastre de dentro venía a completar el derrumbamiento de fuera.

Contestando a las preguntas de sus colegas, en que hablaba la inquietud respecto a la situación en el frente, el ministro de la guerra, general Polivánov, contestó textualmente: "Confío en la dilatada extensión intransitable de nuestro territorio, en los pantanos inacabables y en la misericordia de san Nicolás, protector de la santa Rusia." (Sesión del 4 de agosto de 1915.) Unas semanas más tarde, el general Russki confesaba a aquellos mismos ministros: "Las modernas exigencias de la técnica militar exceden de nuestras posibilidades. Desde luego, no podemos entendérnoslas con los alemanes." Y en estas palabras no se reflejaba una impresión pasajera. El oficial Stankievich reproduce estas palabras de un ingeniero militar: "Es inútil que queramos guerrear contra los alemanes, pues no nos hallamos en condición de hacer nada. Hasta los nuevos métodos de guerra se truecan para nosotros en otras tantas causas de fracaso." Y aún podríamos citar multitud de opiniones por el estilo.

De lo único que los generales podían disponer en abundancia era de carne humana. Con la carne de vaca y de cerdo se guardaba mucha más economía. Aquellas nulidades grises del estado mayor, aquel Yanuskievich de la escolta de Nikolái Nikoláievich o aquel

Alexéiev de la escolta del zar, no sabían más que tapar las brechas con nuevas movilizaciones, consolando a los aliados y consolándose a sí mismos con grandes columnas de cifras, cuando lo que hacía falta eran columnas de combatientes. Fueron movilizados cerca de quince millones de hombres que llenaban las zonas de combate, los cuarteles, los centros de etapa, se estrujaban y se pisoteaban unos a otros furiosos y con la maldición en los labios. Y estas masas humanas, que eran un valor nulo en el frente, eran, en cambio, un valor muy efectivo de disgregación en el interior del país. Se calcula que el número de muertos, heridos y prisioneros rusos fue aproximadamente de cinco millones y medio de hombres. La cifra de desertores aumentaba incesantemente. Ya en julio de 1915, los ministros se lamentaban: "¡Pobre Rusia! Hasta su ejército, que en otros tiempos llenó el mundo con el clamor de sus victorias..., ha venido a quedar reducido a un tropel de cobardes y desertores."

Los propios ministros que hacían chistes macabros hablando de la "valentía evacuadora" de los generales, perdían horas y horas en discutir problemas como éste: ¿Debían sacarse de Kiev las reliquias de los santos o dejarlas estar? El zar entendía que podían dejarse allí, pues "los alemanes no se atreverán a tocarlas, y si se atreven, peor para ellos". Sin embargo, el Sínodo había empezado ya a trasladarlas a otro sitio: "Cuando nos marchemos, nos llevaremos con nosotros lo más preciado." Estos hechos no ocurrían en la época de las Cruzadas, sino en pleno siglo XX, mientras la radio transmitía las noticias de las derrotas rusas.

Los triunfos alcanzados por Rusia sobre Austria-Hungría no se debían tanto al país vencedor como al vencido. La putrefacta monarquía de los Habsburgo estaba pidiendo a voces desde hacía largo tiempo un sepulturero, el primero que llegase. No era la primera vez que Rusia triunfaba sobre los estados en descomposición, tales como Turquía, Polonia y Persia. El frente sudoccidental del ejército ruso, vuelto hacia Austria-Hungría, alcanzó, a diferencias de los otros, grandes victorias. En él se destacaron algunos generales que, si a decir verdad no revelaron en nada grandes aptitudes militares, por lo menos no estaban contagiados hasta el tuétano de ese fatalismo propio de los caudillos vencidos invariablemente. De este medio habrían de salir, andando el tiempo, algunos de los "héroes" blancos de las guerras civiles.

Todo el mundo buscaba en quién descargar sus culpas. No había judío a quien no se acusara de espionaje. Todo el que llevaba un apellido alemán veía su casa saqueada. El estado mayor del gran duque Nikolái Nikoláievich mandó fusilar como espía alemán al coronel de gendarmes Miasoiedov, sin prueba alguna fehaciente de que lo fuese. Sujomlínov, ministro de la guerra, hombre vacuo y poco escrupuloso, fue detenido y acusado, acaso no sin motivos, de traición. El ministro de negocios extranjeros de la Gran Bretaña, Grey, dijo al presidente de la delegación parlamentaria rusa, comentando el hecho: "Vuestro gobierno da pruebas de una gran audacia al atreverse a procesar por traidor en plena guerra al ministro del ramo." Los estados mayores y la Duma acusaban de germanofilia a la corte. Y tanto unos como otros sentían envidia y odio contra los Aliados. El alto mando francés economizaba sus tropas, echando mano de soldados rusos. Inglaterra se desplazaba lentamente. En los salones de Petrogrado y en los estados mayores del frente se decían bromeando: "Inglaterra ha jurado que guerrearía hasta dar la última gota de sangre... del soldado ruso." Estas bromas acabaron por llegar a oídos de los soldados del frente. "¡Todo para la guerra!", exclamaban los ministros, los diputados, los generales y los periodistas. "Sí [gruñían los soldados en las trincheras, empezando a abrir los ojos]; todos están dispuestos a combatir hasta la última gota... de mi sangre."

El ejército ruso experimentó en la guerra un número de muertos superior al de ninguna de las demás naciones que tomaron parte en la matanza; sus víctimas ascendieron a dos millones y medio de muertos, o sea el 40% de las pérdidas sufridas por todos los

ejércitos aliados juntos. En los primeros meses, los soldados caían bajo los obuses sin reflexionar o reflexionando poco. Pero cada día que pasaba iba dejando en ellos un nuevo poso de experiencia, esa experiencia amarga de los "soldados rasos", que no tienen quién les sepa conducir. Los soldados tocaban las consecuencias de aquel caos de marchas sin rumbo ni objetivo, que ordenaban sus generales, en sus zapatos rotos y en un estómago vacío.

Y de aquella papilla sangrienta de hombres y cosas se alzó una palabra que fue tomando cuerpo y extendiéndose por todas partes: la palabra locura. El rudo lenguaje de los soldados empleaba, naturalmente, otra un poco más fuerte.

El cuerpo que primero se desmoralizó fue la infantería, formada por campesinos. La artillería, en cuyas filas suele haber un tanto por ciento bastante grande de obreros industriales, denota, por lo general, una capacidad mucho mayor de asimilación de las ideas revolucionarias, como hubo de demostrarse bien claramente en 1905. El hecho de que en 1917 la artillería revelara, por el contrario, tendencias más conservadoras que la infantería, se explica teniendo en cuenta que por los regimientos de infantería pasaba como por un cedazo una sucesión constante de masas humanas cada vez menos preparadas. La artillería, que había sufrido muchas menos pérdidas, seguía conservando los antiguos cuadros. Lo mismo ocurría en otras armas especiales. Pero, a última hora, tampoco la artillería se mantuvo fiel.

Durante la retirada de Galitzia, el generalísimo transmitió la siguiente orden secreta: "Azotar a los soldados que deserten o cometan cualesquiera otros delitos." Pireiko, un soldado, cuenta: "Comenzaron a azotar a los soldados por la más insignificante falta, como era, por ejemplo, el alejarse del regimiento por algunas horas sin permiso; otras veces se veía que azotaban sencillamente para levantar la moral bélica a fuerza de latigazos." Ya el 17 de septiembre de 1915, apuntaba Kuropatkin invocando el testimonio de Guchkov: "Los soldados partieron a la guerra lleno de entusiasmo; ahora están cansados y las constantes retiradas les han hecho perder la fe en la victoria." Era, sobre poco más o menos, por los mismos días en que el ministro del interior, hablando de los treinta revoltosos que no conocen la disciplina, escandalizan, se pelean con los guardias (no hace mucho que un guardia fue muerto por ellos), libertan por la fuerza a los detenidos, etcétera. Es evidente que, si surgen desórdenes, estas hordas se sumarán a la multitud." El soldado Pireiko, a quien citábamos más arriba, escribe en sus *Recuerdos*: "Todo el mundo, sin excepción, concentraba su interés en la paz: lo que menos le interesaba al ejército era saber quién saldría vencedor y qué clase de paz se sellaría. El ejército necesitaba, quería la paz a toda costa, pues estaba cansado ya de la guerra."

Una mujer que poseía espíritu observador, S. Fedorschenko, tuvo ocasión de escuchar, siendo enfermera, las conversaciones, casi diríamos los pensamientos, de los soldados, y los puso por escrito con gran arte en su carné de notas. Fruto de este trabajo fue un librito titulado *El pueblo en la guerra*, que nos permite lanzar una ojeada a ese laboratorio en que las bombas, las alambradas, los gases asfixiantes y la vileza de los jefes fueron trabajando durante largos meses la conciencia de unos cuantos millones de campesinos rusos y donde, con los huesos humanos, crujían los prejuicios de varios siglos de tradición. En muchos de aquellos aforismos primitivos, grabados por la soldadesca, latían ya en potencia las consignas de la guerra civil que se avecinaba.

El general Ruski se lamentaba, en diciembre de 1916, de Riga, a la que llamaba la desgracia del frente septentrional. Era lo mismo que Pvinsk (decía el general), "un nido de propaganda revolucionaria". El general Brusílov confirmaba que las tropas procedentes de esa región llegaban desmoralizadas que los soldados se negaban a lanzarse al ataque, que el capitán de una compañía había sido muerto a bayonetazos por sus hombres, que no había habido más remedio que fusilar a unos cuantos y por ahí adelante.

"Los gérmenes que había de producir la descomposición definitiva del ejército existían ya mucho antes de la revolución", confiesa Rodzianko, que mantenía relaciones con la oficialidad y había visitado repetidas veces el frente.

Los elementos revolucionarios, al principio dispersos, se habían hundido en la masa del ejército casi sin dejar huella. Pero a medida que cundía el descontento iban saliendo de nuevo a la superficie. Los obreros huelguistas, enviados al frente como castigo, reforzaban las filas de los agitadores, y las retiradas les brindaban auditorios propicios. "En el interior, y sobre todo en el frente [denuncia la Ojrana], el ejército está plagado de elementos subversivos, de los cuales unos pueden convertirse, llegado el momento de una sublevación, en una fuerza activa, y otros negarse a ejecutar medidas represivas..." Las autoridades superiores de la gendarmería de la provincia de Petrogrado denuncian en octubre de 1916, basándose en un informe del delegado de la Unión de Zemstvos, que el estado de espíritu que reina en el ejército es inquietante, que las relaciones entre los oficiales y soldados denotan una gran tirantez; por doquier pululan a millares los desertores. "Todo el que haya visto de cerca el ejército saca la impresión y el convencimiento de que entre los soldados reina indiscutible descomposición moral." Por medida de prudencia, el informe añade que si bien mucho de lo que se cuenta en las citas informaciones parece poco verosímil, no hay más remedio que darle crédito, pues muchos de los médicos que regresan del frente de operaciones se expresan en idéntico sentido.

El estado de espíritu reinante en el interior del país se correspondía con la moral del frente. En la reunión celebrada por el partido kadete en octubre de 1916, la mayoría de los delegados hacía notar la apatía y la desconfianza en el final victorioso de la guerra que dominaban "en todos los sectores de la población, sobre todo en el campo y entre los elementos pobres de las ciudades". El 30 de octubre de 1916, el director del departamento de policía hablaba en sus informes de la "fatiga de la guerra" y del "anhelo de una paz pronta, sea cual sea, que se observan por todas partes en todos los sectores de la población".

Meses más tarde, todos estos señores, diputados y policías, generales, médicos y exgendarmes, afirmaban unánimemente que la revolución había matado el patriotismo en el ejército y que los bolcheviques les habían quitado de entre las manos una victoria segura.

En este caos de patriotismo belicoso, los que llevaban la batuta eran, sin duda, los demócratas constitucionales (los kadetes). El liberalismo, que ya a fines de 1905 había roto el contacto muy problemático que le unía a la revolución, levantó desde los primeros momentos de la contrarrevolución la bandera del imperialismo. Y la cosa era lógica: puesto que no había manera de limpiar al país de la basura feudal para garantizar a la burguesía una situación preeminente, no le quedaba más recurso que pactar una alianza con la monarquía y la nobleza, con el fin de asegurar al capital un puesto más relevante en la palestra mundial. Y si bien es cierto que la catástrofe mundial se fue preparando desde distintos puntos, lo cual hizo que hasta cierto punto sorprendiese incluso a sus organizadores más responsables, no es menos indudable que los liberales rusos, en su calidad de inspiradores de la política exterior de la monarquía, ocupan un lugar bastante destacado en la preparación de la guerra. Los caudillos de la burguesía rusa hacían justicia a la verdad al saludar como cosa suya la guerra de 1914. En la sesión solemne celebrada por la Duma nacional el 16 de julio de 1914, el representante de la fracción de los kadetes declara: "No poseemos condiciones ni formulamos exigencias; nos limitamos a arrojar en la balanza la firme decisión de rechazar al enemigo." La "unión sagrada" fue sellada también en Rusia como doctrina oficial. Durante las manifestaciones patrióticas de Moscú, el marqués de Benkerndorf, maestro mayor de ceremonias, declaró a los diplomáticos: "¡Ahí tienen ustedes la revolución que nos pronosticaban en Berlín!" "Esta

idea [comenta el embajador francés Paléologue] está manifiestamente en todas las cabezas.” Aquella gente consideraba como su deber abrigar y sembrar ilusiones en una situación que parece que debía ser incompatible con ellas.

No habían de hacerse esperar las frías enseñanzas de la realidad. Poco después de estallar la guerra, uno de los kadetes más expansivos, el abogado y terrateniente Rodichev, exclamaba en una sesión del comité central de su partido: “¿Pero es posible que creáis que con imbéciles como éstos puede nadie vencer?” Los acontecimientos demostraron que no, que con imbéciles como aquéllos no había manera de vencer. Cuando ya tenía perdida una buena parte de su fe en el triunfo, el liberalismo intentó aprovecharse de la inercia de la guerra para introducir un poco de limpieza en la camarilla palaciega y obligar a la monarquía a pactar. El arma principal de que se sirvió para estos fines fue la acusación de germanofilia y de preparación de una paz por separado lanzada contra el partido de la corte.

En la primavera de 1915, cuando las tropas desarmadas se batían en retirada en todo el frente, las esferas gubernamentales decidieron, no sin la presión de los aliados, atraer hacia los trabajos de guerra la iniciativa de la industria privada. A una reunión convocada especialmente para este fin acudieron, además de los burócratas, los industriales más influyentes. Las uniones de *zemstvo*s y municipios que habían surgido al estallar la conflagración, y los comités industriales de guerra, creados en la primavera de 1915, se convirtieron en otros tantos puntos de apoyo de la burguesía en su lucha por la victoria y el poder. Apoyada en dichas organizaciones, la Duma nacional podía obrar con mayor seguridad como mediadora entre la clase burguesa y la monarquía.

Sin embargo, las vastas perspectivas políticas no distraían la atención de los intereses cotidianos. De la comisión asesora especial, formada con aquellos fines, fluían, como de un manantial, cientos de millones de rublos, que, ramificados por diversos canales, regaban copiosamente la industria, saciando a su paso los apetitos de muchos. En la Duma nacional y en la prensa se dieron a conocer algunos de los beneficios de guerra obtenidos durante los años 1915 y 1916: la empresa textil de Riabuschinsky, un fabricante liberal de Moscú, figuraba con un 75% de beneficios netos; la manufactura de Tver ¡con un 111%!; la fábrica de laminación de cobres de Kolichuguin, fundada con un capital de diez millones, aparecía reportando más de doce de utilidades. Como se ve aquí, la virtud patriótica quedaba recompensada espléndidamente, y, además, bastante aprisa.

La especulación en todas sus formas y las jugadas de bolsa llegaron al paroxismo. De la espuma sangrienta surgían inmensas fortunas. El que en la capital no hubiese pan ni combustible no impedía a Faberget, el joyero de la corte, vanagloriarse de que nunca había hecho tan magníficos negocios. La Výrubova, camarera de palacio, cuenta que jamás se habían encargado trajes tan caros ni se habían comprado tantos brillantes como durante el invierno de 1915-1916. Los locales nocturnos de diversiones estaban abarrotados de héroes emboscados, de desertores legales y demás caballeros respetables, demasiado viejos para guerrear en el frente, pero lo suficientemente jóvenes todavía para gozar de la vida en la retaguardia. Los grandes duques no eran “los que menos participaban en aquellas orgías, mientras hacía estragos la peste”. Y no había que preocuparse de lo que se derrochaba, pues no cesaba de caer de lo alto una lluvia benéfica de oro. La “buena sociedad” no tenía más que alargar la mano y abrir los bolsillos; las damas aristocráticas alzaban las faldas; los banqueros e intendentes, industriales, bailarinas del zar y de los grandes duques, jerarcas ortodoxos, damas de la corte, diputados radicales, generales del frente y de la retaguardia, abogados radicales, tartufos augustos de ambos sexos, el tropel de sobrinos, y, sobre todo, de sobrinas, todos chapoteaban en aquel cieno amasado con sangre. Todos se daban prisa a robar y a comer

a dos carrillos, temerosos de que la benéfica lluvia se acabara, y todos rechazaban con indignación la idea ignominiosa de una paz prematura.

La comunidad en las ganancias, las derrotas en el frente y los peligros del interior fueron acercando más y más a los partidos de las clases poseedoras. En la Duma, desunida todavía en vísperas de la guerra, se formó en 1915 una mayoría patriótica de oposición, que adoptó el nombre de "bloque progresivo". Proclamó, naturalmente, como su finalidad oficial, la "satisfacción de las necesidades creadas por la guerra". En la izquierda quedaron fuera del bloque los socialdemócratas y los trudovniki; en la derecha, los grupos francamente oscurantistas, los tres grupos de octubristas, el centro y una parte de los nacionalistas, entraron en el bloque o se adhirieron a él, al igual que los grupos nacionalistas, entraron en el bloque o se adhirieron a él, al igual que los grupos nacionales: los polacos, los lituanos, los musulmanes, los judíos, etc. Para no asustar al zar lanzando la fórmula de un ministerio responsable, el bloque exigió "un gobierno de coalición, formado por personas que gozasen de la confianza del país". El ministro del interior, príncipe Scherbátov, definía ya en aquel entonces el bloque progresivo como una "unión pasajera provocada por los peligros de la revolución social". Para comprender esto no era necesaria, naturalmente, una gran penetración. Miliukov, que capitaneaba a los kadetes, y desde ese puesto al bloque, decía en una reunión de su partido: "Estamos sobre un volcán... La tensión ha llegado a su límite extremo... Basta con que cualquier imprudente arroje una cerilla al suelo para que estalle el voraz incendio... Urge más que nunca un poder fuerte, sea el que fuese, bueno o malo."

Tan grande era la esperanza de que el zar, intimidado por las derrotas, se avendría a hacer concesiones, que, en agosto, la prensa liberal publicó la lista de un proyectado "gabinete de confianza" con el presidente de la Duma, Rodzianko, de primer ministro (otra versión indicaba para este cargo al presidente de la Unión de Zemstvos, príncipe Lvov); Guchkov de ministro del interior; Miliukov, en negocios extranjeros, etc. Año y medio después, la mayoría de estas personas, que se habían nombrado a sí mismas para aliarse con el zar contra la revolución, obtenían carteras en el gobierno "revolucionario" provisional. No era el primer caso en que la historia se permitía bromas de éstas. Menos mal que, por esta vez, la chanza resultó de corta duración.

La mayoría de los ministros del gabinete presidido por Goremykin estaban tan aterrorizados como los kadetes ante la marcha de los acontecimientos, razón por la cual se inclinaban a pactar con el bloque progresivo. "Un gobierno que no cuente con la confianza del titular del poder supremo, ni del ejército, ni de los municipios, ni de los *zemstvos*, ni de la nobleza, ni de los comerciantes, ni de los obreros, no sólo no puede actuar, sino que ni siquiera puede existir. Es un absurdo manifiesto." Éste era el juicio que le merecía, en agosto de 1915, al príncipe Scherbátov el gobierno en que él mismo desempeñaba la cartera del interior. "Si las cosas se organizan de una manera decorosa y se deja una salida [decía el ministro de negocios extranjeros, Sazónov], los kadetes serán los primeros en aceptar el pacto; Miliukov es un gran burgués, y a nada teme tanto como a la revolución social. Además, la mayoría de los kadetes tiemblan ante la perspectiva de perder sus capitales." Por su parte, el propio Miliukov entendía que el bloque tendría que hacer "ciertas concesiones". Como se ve, ambas partes estaban dispuestas a entenderse, y parecía asunto concluido. Pero el 29 de agosto, Goremykin, el presidente del consejo, un burócrata cargado de años y de honores, viejo cínico que se dedicaba a hacer política entre partida y partida de tresillo y se negaba a atender ninguna queja, diciendo que la guerra no era cosa suya, se presentó al zar en el cuartel general y volvió con la noticia de que todo el mundo debía permanecer en su sitio y las cosas como estaban, excepto la rebelde Duma, que sería disuelta el 3 de septiembre. La lectura del ucase del zar

disolviendo la Duma fue acogida sin una sola palabra de protesta; los diputados dieron un viva al zar y se fueron cada cual por su lado.

¿Cómo este gobierno, que, según su propia confesión, no se apoyaba en nadie, pudo sostenerse en el poder más de año y medio? Los triunfos pasajeros de las tropas rusas surtieron, indudablemente, su efecto, reforzando la benéfica lluvia de oro. Cierto es que los triunfos en el frente se acabaron pronto, pero en el interior del país los beneficios seguían viento en popa. Sin embargo, la causa principal de que se consolidase la monarquía por una temporada, doce meses antes de sobrevenir su derrumbamiento, residía en la aguda diferenciación del descontento popular. El jefe de la Ojrana de Moscú daba cuenta de cómo la burguesía evolucionaba hacia la derecha empujada por "el miedo ante la posibilidad de que después de la guerra se produjesen revueltas revolucionarias". Como vemos, la posibilidad de una revolución en plena guerra se daba por descartada. Los industriales andaban, además, inquietos por los "coqueteos" de algunos de los directores de los comités industriales de guerra con el proletariado. El coronel de gendarmes Martínov, que, por lo visto, no había perdido el tiempo leyendo por deber profesional las obras marxistas, llegaba a la conclusión de que la mejora relativa experimentada por la situación política del país se debía a "la diferenciación cada vez más acentuada de las clases sociales, en la que se ponen al descubierto de un modo vivo y cada vez más insensible, en los tiempos que corren, los conflictos planteados entre sus intereses".

La disolución de la Duma en septiembre de 1915 fue un reto lanzado a la burguesía y no a los obreros. Y, sin embargo, mientras los liberales se volvían a sus casas vitoreando al zar, aunque, a decir verdad, sin gran entusiasmo, los obreros de Petrogrado y Moscú contestaban al reto con huelgas de protesta. Esto acabó de desalentar a los liberales, que a los más que temían era a que un tercero en discordia se entrometiera en su pleito familiar con la monarquía. ¿Qué posición debían adoptar? Los liberales, con unos cuantos gruñidos tímidos del ala izquierda, optaron por la solución acreditada: no salirse de la legalidad y revelar la inutilidad de la burocracia cumpliendo estrictamente con sus deberes patrióticos. Desde luego, no había más remedio que dejar a un lado, por el momento, la lista de un ministerio liberal.

Entretanto, la situación iba empeorando automáticamente. En mayo de 1916 fue convocada otra vez la Duma, aunque, a decir verdad, nadie sabía para qué. No entraba en sus intenciones, ni por asomo, hacer un llamamiento a la revolución. Y no siendo así, no pintaba ningún papel. "Durante este período [recuerda Rodzianko] las sesiones se desarrollaban perezosamente, los diputados asistían a ellas con irregularidad... La eterna lucha parecía no tener ningún sentido, el gobierno no quería oír nada, el desorden crecía y el país caminaba hacia el precipicio." En el transcurso de 1916 la monarquía halló un poco de apoyo social en el miedo de la burguesía a la revolución, unido a la impotencia de la burguesía sin revolución.

En otoño, la situación se agravó más aún. Ahora todo el mundo estaba convencido de que era inútil proseguir la guerra, y la indignación de las masas populares amenazaba con desbordarse a cada momento. Los liberales, al mismo tiempo que atacaban al partido de la corte por su "germanofilia", creían necesario tantear las posibilidades de paz, preparando así su porvenir. Sólo de este modo se explican las negociaciones celebradas en Estocolmo, en el otoño de 1916, por uno de los jefes del bloque progresivo, el diputado Protopópov, con el diplomático alemán Warburg. La delegación de la Duma, que hizo sendas visitas de amistad a los franceses y a los ingleses, pudo convencerse sin esfuerzo, lo mismo en París que en Londres, de que los queridos aliados estaban dispuestos a sacar a Rusia, mientras durase la guerra, el mayor jugo vital posible, para después de la victoria convertir a este país atrasado en terreno propicio para su explotación económica. La vieja

Rusia, deshecha y a remolque de los aliados victoriosos, hubiera vivido una existencia colonial. A las clases poseedoras rusas no les quedaba más recurso que pugnar por desprenderse de aquellos abrazos excesivamente apretados de la *Entente* y buscar por su cuenta un camino que los llevase a la paz, aprovechándose del antagonismo que reinaba entre los dos bandos más poderosos. La entrevista del presidente de la delegación de la Duma con el diplomático alemán, primer paso dado en este sentido, quería ser, además, una amenaza para los Aliados, con el fin de coaccionarlos a hacer concesiones, y un tanteo de la posibilidad de establecer una inteligencia con Alemania. Protopópov no sólo obraba de acuerdo con la diplomacia zarista (la entrevista se celebró en presencia del embajador ruso en Suiza), sino que su gestión iba avalada por toda la delegación de la Duma nacional. De paso, los liberales perseguían un objetivo interior no menos importante: "Confía en nosotros [daban a entender al zar] y te conseguiremos una paz por separado, mejor y más firme que Sturmer." Según los planes de Protopópov, es decir, de sus mandantes, el gobierno ruso debería notificar a los Aliados, "con algunos meses de anticipación", que se veía obligado a poner fin a la guerra, y que, si ellos se negaban a entablar negociaciones de paz, Rusia tendría que firmar un armisticio por separado con Alemania. En una confesión escrita ya después de la revolución, Protopópov dice, como si hablase de una cosa muy natural: "Toda la gente razonable del país, incluyendo a casi todos los líderes del partido de la 'libertad del pueblo', estaban persuadidos de que Rusia no se hallaba en condiciones de continuar la guerra."

El zar, a quien Protopópov, a su regreso, dio cuenta del viaje y del resultado de sus negociaciones, se mostró en absoluto conforme con la idea de una paz por separado. Lo que no veía era que hubiese ningún motivo para asociar a los liberales a la empresa. El que Protopópov, rompiendo (dicho sea de paso) con el bloque progresivo, entrase de pronto a formar parte de la camarilla palaciega, tenía su explicación en el carácter personal de ese necio vanidoso, enamorado, según propia declaración, del zar, de la zarina, y, al mismo tiempo, de la cartera de ministro de hacienda, que se le caía del cielo cuando menos la esperaba. Pero este episodio de la traición cometida por Protopópov contra el liberalismo no hizo variar en un ápice el sentido general que informaba la política exterior de los liberales, mezcla de codicia, cobardía y felonía.

El 1 de noviembre volvió a reunirse la Duma. La tensión reinante en el país era ya insoportable; todo el mundo esperaba que la Duma tomase alguna resolución decisiva. Era preciso hacer o, por lo menos, decir algo. El bloque progresivo se vio obligado a recurrir nuevamente a los ritos parlamentarios. Miliukov, enumerando desde la tribuna los principales actos del gobierno, los glosaba una y otra vez con esta pregunta: "¿Es imbecilidad o es traición?" Hubo también otros diputados que dieron la nota alta. El gobierno no encontró apenas defensores, pero contestó a su modo: prohibiendo que los discursos pronunciados en la Duma fueran publicados por la prensa. Por esta razón hubieron de imprimirse en tiradas aparte, distribuyéndose por millones de ejemplares. Apenas había oficina pública, lo mismo en el interior del país que en el frente, donde no se copiasen estos discursos, muchas veces con interpolaciones y añadidos, a tono con el temperamento del copista. La resonancia de los debates del 1 de noviembre en todo el país fue tal que asustó a los propios acusadores.

Un grupo de elementos de la extrema derecha, burócratas de raza, inspirados por Durnovó, el pacificador de Moscú en la revolución de 1905, dio al zar una nota que era en aquellos momentos todo un programa. El ojo avezado de aquellos funcionarios expertos que habían cursado en una escuela policiaca seria, no dejó de percibir el peligro, y si su receta no dio resultado, fue únicamente porque para la dolencia que sufría el viejo régimen no había cura. Los autores de la nota se pronunciaban en contra de toda concesión a la oposición burguesa, no porque los liberales quisieran ir demasiado lejos, como

pensaban las vulgares "centurias negras", a los que miraban por encima del hombro los reaccionarios de las altas esferas gubernamentales; no, sino porque los liberales "son tan débiles, se hallan tan divididos y, digámoslo francamente, son tan ineptos, que su triunfo sería tan efímero como inconsistente". La debilidad del partido principal de la oposición, el "demócrata constitucional" (kadete) (seguía diciendo la nota), se revelaba ya en su mismo nombre: se titulaba demócrata, siendo como era burgués por esencia; hallándose como se hallaba en buena parte integrado por terratenientes liberales, inscribía en su programa el rescate obligatorio de las tierras. "Si se les quitan esas cartas tomadas de las barajas de otro [escribían los consejeros secretos del zar, usando las imágenes que les eran habituales], los kadetes quedan reducidos a una asociación numerosa de abogados, profesores y funcionarios liberales de los distintos departamentos del estado." Los revolucionarios eran ya otra cosa. La nota reconoce, aunque rechinando los dientes, la importancia de los partidos revolucionarios: "El peligro y la fuerza de estos partidos consiste en que tienen una idea, dinero [¡!], y masas bien dispuestas y organizadas." Los partidos revolucionarios "pueden contar con las simpatías de una mayoría aplastante de campesinos, que seguirán al proletariado tan pronto como los caudillos revolucionarios apunten a las tierras de los señores". ¿Qué se conseguiría, en estas condiciones, con instaurar un ministerio responsable? "La desaparición completa y definitiva del partido de las derechas, la absorción paulatina de los partidos intermedios: centro, conservadores, liberales, octubristas y progresistas, por el partido de los kadetes, que, de este modo, adquiriría, por fin, una importancia decisiva dentro del plan. Pero pronto los kadetes se verían amenazados por la misma suerte... Y luego, ¿qué? Pues luego entrarían en acción las masas revolucionarias, sería llegado el momento de la Comuna, caería la dinastía, se derrumbarían las clases poseedoras y, por fin, entraría en escena el bandido campesino." No se puede negar que, en estas líneas, el récord reaccionario policiaco se remonta aquí a originales previsiones históricas.

En cuanto a las medidas propuestas, el programa de la nota no es nuevo, pero sí consecuente: un gobierno integrado de partidarios implacables de la autocracia; supresión de la Duma; declaración del estado de sitio en las dos capitales; aprontamiento de fuerzas para sofocar la rebelión. En el fondo, no fue otro el programa que sirvió de base a la política del gobierno durante los últimos meses que precedieron a la revolución. Mas, la eficacia de este programa presuponía una fuerza que Durnovó había tenido en sus manos en el invierno de 1905 pero que ya no existía en el otoño de 1917. Por eso, la monarquía no tenía más remedio que hacer todo lo posible por estrangular al país discretamente, dividiendo las resistencias. El ministerio fue renovado, dándose entrada a hombres de confianza incondicionalmente adictos al zar y a la zarina. Pero estos hombres "de confianza", y, el primero de todos, el tránsfuga Protopópov, eran nulidades lamentables. La Duma no fue disuelta, sino que volvieron a suspenderse sus sesiones. La declaración del estado de sitio en Petrogrado se aplazó hasta el instante en que ya en la revolución se vieron arrastradas automáticamente al campo rebelde. Todo esto se puso de manifiesto ya a los dos o tres meses.

Entretanto, el liberalismo hacía los últimos esfuerzos desesperados por salvar la situación. Todas las organizaciones de la gran burguesía apoyaron los discursos pronunciados en noviembre por la oposición desde la tribuna de la Duma con una serie de declaraciones. La más insolente fue la resolución votada el 9 de diciembre por la Unión de Municipios Urbanos: "Unos cuantos criminales irresponsables, unos cuantos fanáticos, quieren llevar a Rusia al desastre, a la ignominia y a la esclavitud." En este mensaje se invitaba a la Duma nacional a "que no se disolviese sin antes conseguir la formación de un gobierno responsable". Hasta el propio consejo de estado, órgano de la alta burocracia y de la gran propiedad, se mostró partidario de que fueran llamados al poder hombres que

gozaran de la confianza del país. En el mismo sentido se pronunció el congreso de la nobleza: las piedras venerables cubiertas de musgo rompieron a hablar. Pero todo siguió igual. La monarquía se resistía a soltar los restos del poder que aún tenía en las manos.

La última legislatura de la última Duma fue convocada, tras muchas vacilaciones y aplazamientos, para el 14 de febrero de 1917. Faltaban menos de dos meses para estallar la revolución. Todo el mundo esperaba manifestaciones en las calles. En el *Reich*, órgano de los kadetes, aparecía junto al bando del gobernador militar de la región de Petrogrado, general Jabálov, declarando prohibido todo género de manifestaciones, una carta de Miliukov en que se ponía en guardia a los obreros contra los "consejos malévolos y peligrosos", de "origen turbio". A pesar de las huelgas, las sesiones de la Duma se abrieron con relativa tranquilidad. Simulando que la cuestión del poder había dejado de interesarle, la Duma se consagró a un problema muy grave en verdad, pero puramente práctico: las subsistencias. El estado de espíritu de los diputados era de abatimiento, había de decidir más tarde Rodzianko: "se notaba la impotencia de la Duma, el cansancio producido por aquella lucha estéril". Y Miliukov repetía que el bloque progresivo "actuaría con la palabra y sólo con la palabra". En estas condiciones fue como la Duma se vio arrastrada por el torbellino de la Revolución de Febrero.

El proletariado y los campesinos

El proletariado ruso había de dar sus primeros pasos bajo las condiciones políticas de un estado despótico. Las huelgas ilegales, las organizaciones subterráneas, las proclamas clandestinas, las manifestaciones en las calles, los choques con la policía y las tropas del ejército: tal fue su escuela, fruto del cruce de las condiciones del capitalismo que se desarrollaban rápidamente y el absolutismo que iba evacuando poco a poco sus posiciones. El apelotonamiento de los obreros en fábricas gigantescas, el carácter concentrado del yugo del estado y, finalmente, el ardor combativo de un proletariado joven y lozano, hicieron que las huelgas políticas, tan raras en Occidente, se convirtiesen allí en un método fundamental de lucha. Las cifras relativas a las huelgas planteadas en Rusia desde primeros de siglo actual son el índice más elocuente que acusa la historia política de aquel país. Y aun siendo nuestro propósito no recargar el texto de este libro con cifras, no podemos renunciar a reproducir las que se refieren a las huelgas políticas desatadas en el período que va de 1903 a 1917. Nuestros datos, reducidos a su más simple expresión, se contraen a las empresas sometidas a la inspección de fábricas. Dejamos a un lado los ferrocarriles, la industria minera, el artesanado y las pequeñas empresas en general, y, mucho más naturalmente, la agricultura, por diversas razones en que no hay para qué entrar. Con esto no pierden el menor relieve los cambios que acusa la curva de huelgas durante ese período.

Huelgas políticas[23]

Años	Número de huelguistas
1903	87.000
1904	25.000
1905	1.843.000
1906	651.000
1907	540.000
1908	93.000
1909	8.000
1910	4.000
1911	8.000
1912	550.000
1913	502.000
1914 (primera mitad)	1.059.000
1915	156.000
1916	310.000
1917 (enero-febrero)	575.000

Nos hallamos ante la curva, única en su género, de la temperatura política de un país que alberga en sus entrañas una gran revolución. En un país rezagado y con un

[23] En lo tocante a 1903 y 1904 la estadística se refiere a todas las huelgas, en las que, indudablemente, predominan las económicas.

proletariado reducido (el censo de obreros de las empresas sometidas a la inspección fabril pasa de millón y medio de obreros en 1905, y unos dos millones en 1917) nos encontramos con un movimiento huelguístico que alcanza proporciones desconocidas hasta entonces en ningún otro país del mundo. Frente a la debilidad de la democracia pequeñoburguesa y a la atomización y ceguera política del movimiento campesino, la huelga obrera revolucionaria es el ariete que la nación, en el momento de su despertar, descarga contra las murallas del absolutismo. Nos bastaría fijarnos en la cifra de 1.843.000 huelguistas políticos de 1905 (claro está que los obreros que tomaron parte en más de una huelga figuran en esta estadística por diferentes conceptos) para poner el dedo a ciegas en el año de la revolución, aunque no tuviéramos más dato que éste sobre el calendario político de Rusia.

En 1904, primer año de la guerra ruso-japonesa, la inspección de fábricas no señalaba más que 25.000 huelguistas en todo el país. En 1905, el número de obreros que toman parte en las huelgas políticas y económicas en conjunto asciende a 2.863.000, ciento quince veces más que en el año anterior. Este salto sorprendente induce por sí mismo a pensar que el proletariado, a quien la marcha de los acontecimientos obligó a improvisar una actividad revolucionaria tan inaudita, tenía que sacar a toda costa de su seno una organización que respondiera a las proporciones de la lucha y a la grandiosidad de los fines perseguidos: esta organización fueron los sóviets, creados por la primera revolución y que no tardaron en convertirse en órganos de la huelga general y de la lucha por el poder.

Derrotado en el alzamiento de diciembre de 1905, el proletariado pasa dos años (años que, si bien viven todavía el impulso revolucionario como la estadística de huelgas revela, son ya, a pesar de todo, años de reflujo) haciendo esfuerzos heroicos por mantener una parte, al menos, de las posiciones conquistadas. Los cuatro años que siguen (1908-1911) se reflejan en el espejo de la estadística de huelgas como años de contrarrevolución triunfante. Coincidiendo con ésta, la crisis industrial viene a desgastar todavía más el proletariado, exangüe ya de suyo. La hondura de la caída es proporcional a la altura que había alcanzado el movimiento ascensional. Las convulsiones de la nación tienen su reflejo en estas cifras.

El período de prosperidad industrial que se inicia en el año 1910 pone otra vez en pie a los obreros e imprime nuevo impulso a sus energías. Las cifras de 1913-1914 repiten casi los datos de 1905-1907, sólo que en un orden inverso: ahora, el movimiento no tiende a remitir, sino que va en ascenso. Comienza la nueva ofensiva revolucionaria sobre bases históricas más altas: esta vez, el número de obreros es mayor, y mayor también su experiencia. Los seis primeros meses de 1914 pueden equipararse casi, por el número de huelguistas políticos, al año de apogeo de la primera revolución. Pero se desencadena la guerra y trunca bruscamente este proceso. Los primeros meses de la guerra se caracterizan por la inactividad política de la clase obrera. Pero el estancamiento empieza ya a ceder en la primavera de 1915, y se abre un nuevo ciclo de huelgas políticas que, en febrero de 1917, produce la explosión del alzamiento de los obreros y los soldados.

Estos flujos y reflujos bruscos de la lucha de masas hacen que el proletariado ruso parezca cambiar de filosofía en el transcurso de unos cuantos años. Fábricas que dos o tres años antes se lanzaban unánimemente a la huelga con motivo de cualquier acto de arbitrariedad policíaca pierden de pronto su empuje revolucionario y dejan sin respuesta los crímenes más monstruosos del poder. Las grandes derrotas producen un abatimiento prolongado. Los militantes revolucionarios pierden autoridad sobre las masas. En la conciencia de éstas vuelven a aflorar los viejos prejuicios y las supersticiones aún no esfumadas. Al mismo tiempo, la penetración en las filas obreras de los elementos grises procedentes del campo hace que se destiña (por decirlo así) el carácter de clase de ésta.

Los escépticos menean irónicamente la cabeza. Tal fue lo que aconteció en los años 1907 a 1911. Pero los procesos moleculares se encargan de curar en las masas las lesiones psíquicas. Un nuevo giro de los acontecimientos o un impulso económico subterráneo abre un nuevo ciclo político. Los elementos revolucionarios vuelven a encontrar quien les preste oídos, y la lucha se enciende de nuevo y con mayores bríos.

Para comprender las dos tendencias principales en que se escinde la clase obrera rusa, conviene no olvidar que el menchevismo cobra su forma definida durante los años de reacción y reflujo, apoyado principalmente en el reducido sector de obreros que habían roto con la revolución, mientras que el bolchevismo, sañudamente perseguido durante el período de la reacción, resurge enseguida sobre la espuma de la nueva oleada revolucionaria en los años que preceden inmediatamente a la guerra. "Los elementos, las organizaciones y los hombres que rodean a Lenin son los más enérgicos, los más audaces y los más capacitados para la lucha sin desmayo, la resistencia y la organización permanentes"; así juzgaba el departamento de policía la labor de los bolcheviques durante los años que preceden a la guerra.

En julio de 1914, cuando los diplomáticos clavaban los últimos clavos en la cruz destinada a la crucifixión de Europa, Petrogrado hervía como una caldera revolucionaria. El presidente de la República Francesa, Poincaré, depositó su corona sobre la tumba de Alejandro III en el mismo momento en que resonaban en las calles los últimos ecos de la lucha y los primeros gritos de las manifestaciones patrióticas.

¿Cabe pensar que, al no haberse declarado la guerra, el movimiento ofensivo de las masas que venía creciendo desde 1912 a 1914 hubiera determinado directamente el derrocamiento del zarismo? No podemos contestar de un modo categórico a esta pregunta. No hay duda que el proceso conducía inexorablemente a la revolución. Pero ¿por qué etapas hubiera tenido ésta que pasar? ¿No le estaría reservada una nueva derrota? ¿Qué tiempo hubieran necesitado los obreros para poner en pie a los campesinos y adueñarse del ejército? No puede decirse. En estas cosas, no cabe más que la hipótesis. Lo cierto es que la guerra marcó en un principio un paso atrás, para luego, en la fase siguiente, acelerar el proceso y asegurarle una victoria aplastante.

El movimiento revolucionario se paralizó al primer redoble de los tambores guerreros. Los elementos obreros más activos fueron movilizados. Los militantes revolucionarios fueron trasladados de las fábricas al frente. Toda declaración de huelga era severamente castigada. La prensa obrera fue suprimida; los sindicatos estrangulados. En las fábricas entraron cientos de miles de mujeres, de jóvenes, de campesinos. Políticamente, la guerra, unida a la bancarrota de la Internacional[24], desorientó extraordinariamente a las masas y permitió a la dirección de las fábricas, que había levantado cabeza, hablar patrióticamente en nombre de la industria, arrastrando consigo a una parte considerable de los obreros y obligando a los más audaces y decididos a adoptar una actitud expectante. La idea revolucionaria había ido a refugiarse en grupos pequeños y silenciosos. En las fábricas, nadie se atrevía a llamarse bolchevique, si no quería verse al punto detenido e incluso apaleado por los obreros más retrógrados.

En el momento de estallar la guerra, la fracción bolchevique de la Duma, floja por las personas que la componían, no estuvo a la altura de las circunstancias. Se juntó a los diputados mencheviques para formular una declaración en la que se comprometía a "defender los bienes culturales del pueblo contra todo atentado, viniera de donde viniese". La Duma subrayó con aplausos aquella capitulación. No hubo entre todas las organizaciones y grupos del partido que actuaban en Rusia ni uno solo que abrazase la posición claramente derrotista que Lenin mantenía desde el extranjero. Sin embargo,

[24] Segunda Internacional. Ver nuestra serie Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales y, del mismo Trotsky y en estas mismas OELT-EIS: *La guerra y la Internacional*.

entre los bolcheviques, el número de patriotas era insignificante: muy al contrario de lo que hicieron los narodniki y mencheviques, los bolcheviques empezaron ya en el año 1914 a agitar entre las masas de palabra y por escrito contra la guerra. Los diputados de la Duma se rehicieron pronto de su desconcierto y reanudaron la labor revolucionaria, de la cual se hallaba perfectamente informado el gobierno, gracias a su red extensísima de confidentes. Baste con decir que, de los siete miembros que componían el comité petersburgués del partido en vísperas de la guerra, tres estaban al servicio de la policía (Ojrana). El zarismo gustaba, como se ve, de jugar al escondite con la revolución. En noviembre fueron detenidos los diputados bolcheviques y empezó la represión contra el partido por todo el país. En febrero de 1915, la fracción parlamentaria compareció ante los tribunales. Los diputados mantuvieron una actitud prudente. Kámenev, el inspirador teórico de la fracción, se desentendió, al igual que Petrovski, actual presidente del Comité Central Ejecutivo de Ucrania, de la posición derrotista de Lenin. Y el departamento de policía pudo comprobar con satisfacción que la rigurosa sentencia dictada contra los diputados bolcheviques no provocaba el menor movimiento de protesta entre los obreros.

Parecía como si la guerra hubiera cambiado a la clase trabajadora. Hasta cierto punto, así era: en Petrogrado, la composición de la masa obrera se renovó casi en un 40%. La continuidad revolucionaria se vio bruscamente interrumpida. Todo lo anterior a la guerra, incluyendo la fracción bolchevique de la Duma, pasó de golpe a segundo término y cayó casi en el olvido. Pero, bajo esta capa aparente y precaria de tranquilidad, patriotismo y hasta en parte de monarquismo, en el seno de las masas se incubaba una nueva explosión.

En agosto de 1915, los ministros zaristas se comunican unos a otros que los obreros "acechan por todas partes venteando traiciones y sabotajes a favor de los alemanes, y se entregan celosamente a la busca y captura de los culpables de nuestros fracasos en el frente". En efecto, durante este período, la crítica de las masas que empieza a resurgir se apoya, en parte sinceramente y en parte adoptando ese tinte protector, en la "defensa de la patria". Pero esta idea no era más que el punto de partida. El descontento obrero va echando raíces cada vez más profundas, sella los labios de los capataces, de los obreros reaccionarios y de los adulones de los patronos, y permite volver a levantar cabeza a los bolcheviques.

Las masas pasan de la crítica a la acción. Su indignación se traduce principalmente en los desórdenes producidos por la escasez de subsistencias, desórdenes que, en algunos sitios, toman la forma de verdaderos motines. Las mujeres, los viejos y los jóvenes se sienten más libres y más audaces en el mercado o en la plaza pública que los obreros movilizados en las fábricas. En mayo, el movimiento deriva, en Moscú, hacia el saqueo de casas de alemanes. Y aunque sus autores obren bajo el amparo de la policía y procedan de los bajos fondos de la ciudad, la sola habilidad del saqueo en una urbe industrial como Moscú atestigua que los obreros no están aún lo bastante despiertos para poder infiltrar sus consignas y su disciplina en la parte de la población urbana sacada de sus casillas. Al correrse por todo el país estos desórdenes, destruyen el hipnotismo de la guerra y preparan el terreno a las huelgas. La afluencia de mano de obra inepta a las fábricas y el afán de obtener grandes beneficios de guerra se traducen en todas partes en un empeoramiento de las condiciones de trabajo y resucitan los más burdos métodos de explotación. La carestía de la vida va reduciendo automáticamente los salarios. Las huelgas económicas se tornan en un reflejo inevitable de las masas, tanto más tumultuoso cuanto más se le ha querido contener. Las huelgas van acompañadas de mítines, de votación de acuerdos políticos, de encuentros con la policía y, no pocas veces, de tiroteos y de víctimas.

La lucha se corre, en primer término, por la región textil central. El 5 de junio, la policía dispara sobre los obreros tejedores de Kostroma: cuatro muertos y nueve heridos.

El 10 de agosto, las tropas hacen fuego sobre los obreros de Ivánovo-Vosnesenk: dieciséis muertos, treinta heridos. En el movimiento de los obreros textiles aparecen complicados soldados del batallón destacado en aquella plaza. Como respuesta a los asesinatos de Ivánovo-Vosnesenk, estallan huelgas de protesta en distintos puntos del país. Paralelamente a este movimiento, se va extendiendo la lucha económica. Los obreros de la industria textil marchan, en muchos sitios, en primera fila.

Comparado con la primera mitad de 1914, este movimiento representa, así en lo que se refiere a la intensidad del ataque como en lo que afecta a la claridad de las consignas, un gran paso atrás. No tiene nada de particular: es una huelga en la que toman parte principal las masas grises; además, en el sector obrero dirigente reina el desconcierto más completo. Sin embargo, ya en las primeras huelgas que estallan durante la guerra se pulsa la proximidad de los grandes combates. El 16 de agosto declara el ministro de justicia, Ivostov: “Si actualmente no estallan acciones armadas es, sencillamente, porque los obreros no disponen de organización.” Pero todavía se expresaba más claramente Goremykin: “El único problema con que tropiezan los caudillos obreros es la falta de organización, pues la detención de los cinco diputados de la Duma se la ha destruido”. Y el ministro del interior añadía: “No es posible amnistiar a los diputados de la Duma (los bolcheviques), pues son el centro de la organización del movimiento obrero en sus manifestaciones más peligrosas.” Por lo menos, aquellos señores sabían muy bien dónde estaban sus verdaderos enemigos: en esto, no se equivocaban.

Al tiempo que el gobierno, aun en los momentos de mayor desconocimiento, en que se mostraba propicio a hacer concesiones a los liberales, creía imprescindible dirigir los tiros a la cabeza de la revolución obrera, es decir, a los bolcheviques, la gran burguesía pugnaba por llegar a una inteligencia con los mencheviques. Alarmados por las proporciones que iban tomando las huelgas, los industriales liberales hicieron una tentativa para imponer una disciplina patriótica a los obreros, metiendo a los representantes elegidos por éstos en los comités industriales de guerra. El ministro del interior se lamentaba de lo difícil que era luchar contra la iniciativa de Guchkov: “Todo esto se lleva a cabo bajo la bandera del patriotismo y en nombre de los intereses de la defensa nacional.” Conviene tener en cuenta, sin embargo, que la policía se guardaba muy mucho de detener a los socialpatriotas, en quienes veía unos aliados indirectos en la lucha contra las huelgas y los “excesos” revolucionarios. Todo el convencimiento de la policía de que, mientras durase la guerra, no estallarían insurrecciones, se basaba en la confianza excesiva que había puesto en la fuerza del socialismo patriótico.

En las elecciones celebradas para proveer los puestos del comité industrial de guerra fueron minoría los partidarios de la defensa, acaudillados por Govosdiev, un enérgico obrero metalúrgico, con el que volveremos a encontrarnos más adelante de ministro del trabajo en el gobierno revolucionario de coalición. Sin embargo, contaba no sólo con el apoyo de la burguesía liberal, sino también con el de la burocracia, para derrotar a los *boicotistas*, dirigidos por los bolcheviques, e imponer al proletariado de Petrogrado una representación en los organismos del patriotismo industrial. La posición de los mencheviques aparece expuesta con toda claridad en el discurso pronunciado poco después por uno de sus representantes ante los industriales del comité: “Debéis exigir que el gobierno burocrático que está en el poder se retire, cediéndoos el sitio a vosotros como representantes legítimos del régimen actual.” La reciente amistad política entre estos elementos, que había de dar sus frutos más sazonados después de la revolución, iba estrechándose no ya por días, sino por horas.

La guerra causó terribles estragos en las organizaciones clandestinas. Después del encarcelamiento de su fracción en la Duma, los bolcheviques se vieron privados de toda organización central. Los comités locales llevaban una existencia episódica y no siempre

se mantenían en contacto con los distritos. Sólo actuaban grupos dispersos, elementos sueltos. Sin embargo, el auge de la campaña huelguística les infundía fuerza y ánimos en las fábricas, y poco a poco fue estableciéndose el contacto entre ellos y se anudaron las necesarias relaciones. Resurgió la actuación clandestina. El departamento de policía había de escribir más tarde: "Los leninistas, a los que sigue en Rusia la gran mayoría de las organizaciones socialdemócratas, han lanzado desde el principio de la guerra, en los centros más importantes (tales como Petrogrado, Moscú, Jarkov, Kiev, Tula, Kostroma, provincia de Vladimir y Samara) una cantidad considerable de proclamas revolucionarias exigiendo el término de la guerra, el derrocamiento del régimen y la instauración de la república. Los frutos más palpables de esta labor son la organización de huelgas y desórdenes obreros."

El 9 de enero, aniversario tradicionalmente conmemorado de la manifestación obrera ante el Palacio de Invierno, que el año anterior había pasado casi inadvertido, hace estallar, en el año 1916, una huelga de extensas proporciones. En estos años, el movimiento de huelgas se duplica. No hay huelga importante en que no se produzcan choques con la policía. Los obreros hacen gala de su simpatía por los soldados, y la Ojrana apunta más de una vez este hecho inquietante.

La industria de guerra se desarrolla desmesuradamente, devorando todos los recursos a su alcance y minando sus propios fundamentos. Las ramas de la producción de paz languidecían y caminaban hacia su muerte. A pesar de todos los planes elaborados, no se consiguió reglamentar la economía. La burocracia era incapaz ya para tomar el asunto por su cuenta: chocaba con la resistencia de los poderosos comités industriales de guerra: no accedía, sin embargo, a entregar un papel regulador a la burguesía. No tardaron en perderse las minas de carbón y las fábricas de Polonia. Durante el primer año de guerra, Rusia perdió cerca de la quinta parte de sus fuerzas industriales. Un 50% de la producción total y cerca del 75% de la textil hubieron de destinarse a cubrir las necesidades del ejército y de la guerra. Los transportes, agobiados de trabajo, no daban abasto a la necesidad de combustible y materias primas de las fábricas. La guerra, después de devorar toda la renta nacional líquida, amenazaba con disipar también el capital básico del país.

Los industriales se mostraban cada vez menos propicios a hacer concesiones a los obreros, y el gobierno seguía contestando a las huelgas, fuesen las que fuesen, con duras represiones. Todo esto empujaba el pensamiento de los obreros y lo hacía remontarse de lo concreto a lo general, de las mejoras económicas a las reivindicaciones políticas: "tenemos que lazarnos a la huelga todos de una vez". Así resurge la idea de la huelga general. La estadística de huelgas acusa de modo insuperable el proceso de radicalización de las masas. En el año 1915, toman parte en las huelgas políticas dos veces y media menos obreros que en los conflictos económicos; en 1916 son dos veces menos, y en los primeros dos meses de 1917 las huelgas políticas arrastran ya a seis veces más obreros que las puramente económicas. Basta apuntar una sola cifra para poner de relieve el papel desempeñado por Petrogrado en este movimiento: durante los años de la guerra, corresponden a la capital el 72% de los huelguistas políticos.

En el fuego de la lucha se volatilizan muchas viejas supersticiones. La Ojrana comunica "con harto dolor" que, si se procediera como la ley ordena contra "todos los delitos de injurias insolentes y abiertas a su majestad el zar, el número de procesos seguidos por el artículo 103 alcanzaría cifras inauditas". Sin embargo, la conciencia de las masas no avanza en la misma medida que su propio movimiento. El agobio terrible de la guerra y del desmoronamiento económico del país acelera hasta tal punto el proceso de la lucha, que hasta el momento mismo de la revolución, una gran parte de las masas obreras no ha conseguido emanciparse, por falta material de tiempo, de ciertas ideas y de ciertos prejuicios que les imbuyeran el campo o las familias pequeñoburguesas de la

ciudad de donde proceden. Este hecho imprime su huella a los primeros meses de la Revolución de Febrero.

A fines de 1916, los precios empiezan a subir vertiginosamente a saltos. A la inflación y a la desorganización de los transportes viene a unirse la gran escasez de mercancías. El consumo de la población se reduce durante este período a más de la mitad. La curva del movimiento obrero sigue ascendiendo bruscamente. Con el mes de octubre, la lucha entra en su fase decisiva. Todas las manifestaciones de descontento se mancomunan: Petrogrado toma carrerilla para lanzarse al salto de Febrero. En todas las fábricas se celebran mítines. Temas: La cuestión de las subsistencias, la carestía de la vida, la guerra, el gobierno. Circulan hojas bolcheviques. Se plantean huelgas políticas. Se improvisan manifestaciones a la salida de las fábricas y talleres. Aquí y allá se observan casos de fraternización de los obreros de las fábricas con los soldados. Estalla una tumultuosa huelga de protesta contra el consejo de guerra formado a los marinos revolucionarios de la escuadra del Báltico. El embajador francés llama la atención del primer ministro, Sturmer, sobre el hecho de que unos soldados dispararan contra la policía. Sturmer tranquiliza a Paléologue con estas palabras: “La represión será implacable.” En noviembre envían al frente a un grupo numeroso de obreros movilizados en las fábricas de Petrogrado. El año acaba bajo un cielo de tormenta.

Comparando la situación actual con la de 1905, el director del departamento de policía, Vasíliev, llega a esta conclusión, harto poco tranquilizadora: “Las corrientes de oposición han tomado proporciones excepcionales que no habían alcanzado, ni mucho menos, en aquel turbulento período a que aludimos.” Vasíliev no confía en la lealtad de la guarnición. Ni la misma policía le parece incondicionalmente adicta. La Ojrana denuncia la reaparición de la consigna de huelga general y el peligro de que vuelva a resurgir el terror. Los soldados y oficiales que retornan del frente dicen, refiriéndose a la situación: “¿A qué esperáis? Lo que hay que hacer es acabar de un bayonetazo con esa canalla. Si de nosotros dependiera, no nos pararíamos a pensarlo”, y otras cosas similares.

Schliápnikov miembro del comité central de los bolcheviques, antiguo obrero metalúrgico, habla del estado de nerviosismo en que se encontraban los obreros por aquellos días: “Bastaba con un simple silbido, con un ruido cualquiera, para que los obreros lo interpretasen como señal de parar la fábrica.” Este detalle es interesante como síntoma político y como rasgo psicológico: antes de echarse a la calle, la revolución vibra ya en los nervios.

Las provincias recorren las mismas etapas, sólo que más lentamente. El acentuado carácter de masa del movimiento y su espíritu combativo hacen que el centro de gravedad se desplace de los obreros textiles a los metalúrgicos, de las huelgas económicas a las políticas de las provincias a Petrogrado. Los dos primeros meses de 1917 arrojan un total de 575.000 huelguistas políticos, la mayor parte de los cuales corresponden a la capital. Pese a la nueva represión descargada por la policía en vísperas del 9 de enero, el aniversario del domingo sangriento, se lanzaron a la huelga en la capital. 150.000 trabajadores. La atmósfera está cargada, los metalúrgicos van en la cabeza, los obreros tienen cada vez más arraigada la sensación de que ya no hay modo de volverse atrás. En cada fábrica se forma un núcleo activo que tiene casi siempre por eje a los bolcheviques. Durante las dos primeras semanas de febrero, las huelgas y los mítines se suceden sin interrupción. La policía, al aparecer el día 8 en la fábrica de Putilov, es recibida con una lluvia de pedazos de hierro y escoria. El 14, día de apertura de las sesiones de la Duma, se ponen en huelga en San Petersburgo cerca de noventa mil obreros. También en Moscú paran algunas fábricas. El 16, las autoridades deciden implantar en Petrogrado los bonos de pan. Esta innovación aumentó el nerviosismo de la gente. El 19 se agolpa delante de las tiendas de comestibles una gran muchedumbre, formada principalmente por mujeres,

pidiendo a gritos pan. Al día siguiente fueron saqueadas las panaderías en distintos puntos de la ciudad. Eran ya los albores de la insurrección que había de desencadenarse algunos días después.

La intrepidez revolucionaria del proletariado ruso no tenía su raíz exclusivamente en su seno. Ya su misma situación de minoría dentro del país indica que no hubiera podido dar a su movimiento tales proporciones, ni mucho menos ponerse al frente del estado, si no hubiese encontrado un poderoso punto de apoyo en lo hondo del pueblo. Este punto de apoyo se lo daba la cuestión agraria.

Cuando en 1861 se procedió con gran retraso a emancipar a medias a los campesinos, el nivel de la agricultura rusa era casi el mismo que dos siglos antes. La conservación del viejo fondo de tierras comunales escamoteado a los campesinos en beneficio de la nobleza al implantarse la reforma, agudizaba automáticamente con los métodos arcaicos de cultivo imperantes la crisis de la superpoblación en los centros rurales, que era a la par del cultivo alterno trienal. Los campesinos se sintieron cogidos en una celada, tanto más cuanto que esto no ocurría precisamente en el siglo XVI, sino en el siglo XIX, es decir, bajo un régimen muy avanzado de economía pecuniaria que exigía del viejo arado de madera lo que sólo podía dar de sí el tractor. También aquí volvemos a tropezar con la coincidencia de varias fases distintas del proceso histórico, que dan como resultado una exacerbación extraordinaria de las contradicciones reinantes.

Los eruditos, agrónomos y economistas sostenían que había tierra bastante con tal que se cultive de un modo racional, lo cual equivalía a proponer al campesino que se colocara de un salto en una fase más alta de técnica y de cultivo, pero sin tocar demasiado al terrateniente, al policía, ni al zar. Sin embargo, no hay ningún régimen económico, y mucho menos el agrario, que se encuentre entre los más inertes, que se retire de la escena histórica antes de haberse agotado todas sus posibilidades. Antes de verse obligado a pasar a un cultivo más intensivo, el campesino tenía que someter a una última experiencia, para ver lo que daba de sí, su sistema de cultivo alterno trienal. Esta experiencia sólo podía hacerse, evidentemente, a expensas de las tierras de los grandes propietarios. El campesino que se asfixiaba en su pequeña parcela de tierra y que vivía azotado por el doble látigo del mercado y del fisco no tenía más remedio que buscar el modo de deshacerse para siempre del terrateniente.

El total de tierra laborable enclavada dentro de los confines de la Rusia europea se calculaba, en vísperas de la primera revolución, en 280 millones de deciatinas. Las tierras comunales de los pueblos ascendían a unos 140 millones, los dominios de la corona a cinco millones, aproximadamente; los de la Iglesia sumaban, sobre poco más o menos, dos millones y medio de deciatinas. De las tierras de propiedad privada, unos 70 millones de deciatinas se distribuían entre 30.000 grandes hacendados, a los que correspondían más de 500 deciatinas por cabeza, es decir, la misma cantidad aproximadamente con que tenían que vivir unos 10 millones de familias campesinas. Esta estadística agraria constituía, ya de por sí, todo un programa de guerra campesina.

La primera revolución no había conseguido acabar con los grandes terratenientes. La masa campesina no se había levantado en bloque ni el movimiento desatado en el campo había coincidido con el de la ciudad; el ejército campesino había vacilado hasta que, por último, suministró las fuerzas necesarias para sofocar el alzamiento de los obreros. Apenas el regimiento de Semiónov hubo sofocado la insurrección de Moscú, la monarquía se olvidó de poner la menor cortapisa a las propiedades de los grandes terratenientes ni a sus propios derechos autocráticos.

Sin embargo, la revolución vencida dejó profundas huellas en el campo. El gobierno abolió los antiguos cánones que venían pesando sobre las tierras en concepto de redención y abrió las puertas de Siberia a la colonización. Los terratenientes, alarmados,

no sólo hicieron concesiones de monta en lo referente a los arriendos, sino que empezaron a vender una buena parte de sus latifundios. De estos frutos de la revolución se aprovecharon los campesinos más acomodados, los que estaban en condiciones de arrendar y comprar las tierras de los señores.

Fue, sin embargo, la ley de 9 de noviembre de 1906 la reforma más importante implantada por la contrarrevolución triunfante la que abrió más ancho cauce a la formación de una nueva clase de hacendados capitalistas en el seno de la masa campesina. Esta ley, que concedía incluso a pequeñas minorías dentro de los pueblos el derecho a desglosar, contra la voluntad de la mayoría, parcelas pertenecientes a los terrenos comunales, fue como un obús capitalista disparado contra el régimen comunal. El presidente del consejo de ministros, Stolypin, definía el carácter de la nueva política campesina emprendida por el gobierno como un "anticipo a los fuertes". Dicho más claramente. se trataba de impulsar a los campesinos acomodados a apoderarse de las tierras comunales rescatando mediante compra las parcelas "libres" para convertir a estos nuevos hacendados capitalistas en otras tantas columnas del orden. Pero este objetivo era más fácil de plantear que de conseguir. Aquí, en esta tentativa para suplantar el problema campesino por el problema del *kulak* fue precisamente donde se estrelló la contrarrevolución.

El 1 de enero de 1916 había dos millones y medio de labradores que tenían adquiridas e inscritas como de su propiedad 17 millones de deciatinas. Otros dos millones pedían que se les adjudicasen 14 millones de deciatinas en el mismo concepto. En apariencia, la reforma había alcanzado un triunfo colosal. Lo malo era que estas propiedades carecían en su mayoría de toda viabilidad y no eran más que materiales para una selección natural. En tanto que los terratenientes más atrasados y los labradores modestos vendían aprisa, unos, sus latifundios, y otros, sus parcelas de tierra, entraba en escena como comprador una nueva burguesía rural. La agricultura pasaba, indudablemente, a una fase de progreso capitalista. En cinco años (1908-1912), la exportación de productos agrícolas subió de 1.000 millones a 1.500 millones de rublos. Esto quería decir que las grandes masas de campesinos se proletarizaban y que los labradores acomodados lanzaban al mercado cantidades de trigo cada vez mayores.

Para suplir el régimen comunal obligatorio desplazado se organizó la cooperación voluntaria que, en el transcurso de pocos años, logró adentrarse bastante en las masas campesinas, y que no tardó en convertirse en un tema de idealismo liberal y democrático. Pero el hecho era que la cooperación no favorecía verdaderamente más que a los campesinos ricos, que era a los que, a fin de cuentas, querían servir. Los intelectuales populistas, al concentrar en la cooperación campesina sus principales esfuerzos, lo que hacían era encarrilar su amor al pueblo por los sólidos raíles de la burguesía. De este modo, se contribuyó muy eficazmente a preparar el bloque del partido "anticapitalista" de los socialrevolucionarios con el partido de los kadetes, capitalista por excelencia.

El liberalismo, guardando una actitud de oposición aparente frente a la política agraria de la reacción, no dejaba de contemplar, esperanzadamente, la destrucción capitalista del régimen comunal. "En los pueblos [escribía el príncipe liberal Trubetskoi] surge una pequeña burguesía potente, tan ajena por su formación y por su espíritu a los ideales de la nobleza como a las quimeras socialistas."

Pero esta magnífica medalla tenía también su reverso. Del régimen comunal no sólo salió una "potente pequeña burguesía", sino que salieron también sus antípodas. El número de campesinos que habían tenido que vender sus parcelas insuficientes llegaba, al comienzo de la guerra, a un millón, y este millón representaba, por lo menos, cinco millones de almas proletarizadas. También formaban un material explosivo bastante considerable los millones de labriegos pauperizados condenados a llevar la vida de

hambre que les proporcionaban sus parcelas. Es decir, que se habían trasplantado al campo las mismas contradicciones que tan pronto torcieron en Rusia el desarrollo de la sociedad burguesa en su conjunto. La nueva burguesía agraria destinada a apuntalar las propiedades de los terratenientes más antiguos y poderosos demostró la misma hostilidad irreconciliable contra las masas campesinas, que eran la médula del régimen agrario, que los viejos terratenientes sentían contra la masa del pueblo. Lejos de brindar un punto de apoyo al orden, la propia burguesía campesina se hallaba necesitada de un orden firme para poder mantener las posiciones conquistadas. En estas condiciones, no tenía nada de sorprendente que la cuestión agraria siguiese siendo el caballo de batalla de todas las dumas. Todo el mundo tenía la sensación de que la pelota estaba todavía en el tejado. El diputado campesino Petrichenko declaraba en cierta ocasión desde la tribuna de la duma: "Por mucho que discutáis, no seréis capaces de crear otro planeta. Por tanto, no tendréis más remedio que darnos la tierra sobre la cual nosotros estamos." Y no se crea que este campesino era un bolchevique o un socialrevolucionario; nada de eso, era un diputado monárquico y derechista.

El movimiento agrario remite, igual que el movimiento obrero de huelgas, a fines de 1907, para resurgir parcialmente a partir de 1908 e intensificarse en el transcurso de los años siguientes. Cierto es que ahora la lucha se entabla primordialmente, y éste era el cálculo político de la reacción, en el seno de los propios organismos comunales. Al hacerse el reparto de las tierras comunales fueron frecuentes los choques armados entre los campesinos. Mas no por ello amaina la campaña contra los terratenientes. Los campesinos pegan fuego a las residencias señoriales, a las cosechas, a los pajares, apoderándose de paso de las parcelas desglosadas contra la voluntad de las comunidades.

En este estado se encontraban las cosas cuando la guerra sorprendió a los campesinos. El gobierno reclutó en las aldeas cerca de 10 millones de hombres y unos dos millones de caballos. Con esto, las haciendas débiles se debilitaron más todavía. Aumentó el número de los labriegos que no sembraban. A los dos años de guerra empezó la crisis del labriego modesto. La hostilidad de los campesinos contra la guerra iba en aumento de mes en mes. En octubre de 1916, las autoridades de la gendarmería de Petrogrado comunicaban que la población del campo no creía ya en el triunfo: según los informes de los agentes de seguros, maestros, comerciantes, etc., "todo el mundo espera con gran impaciencia que esta maldita guerra se acabe de una vez"... Es más: "por todas partes se oye discutir de cuestiones políticas, se votan acuerdos dirigidos contra los terratenientes y los comerciantes, se crean células de diferentes organizaciones... No existe todavía un organismo central unificador; pero hay que suponer que los campesinos acabarán por unirse por medio de las cooperativas, que se extienden por minutos a lo largo de toda Rusia". En estos informes hay cierta exageración; en ciertos respectos, los buenos gendarmes se adelantan a los acontecimientos, pero es evidente que los puntos fundamentales están bien reflejados.

Las clases poseedoras no podían hacerse ilusiones creyendo que los pueblos del campo dejarían de ajustarles las cuentas; pero esperaban salir del paso como fuera, y ahuyentaban las ideas sombrías. Por los días de la guerra, el embajador francés Paléologue, que quería saberlo todo, conversó sobre el particular con el exministro de agricultura Krivoshéin; con el presidente de la Duma, Rodzianko, con el gran industrial Putilov y con otros personajes notables. Y he aquí lo que descubrió: para llevar a la práctica una reforma agraria radical se necesitaría un ejército permanente de 300.000 agrimensores que trabajasen incansablemente durante quince años por lo menos: pero como en este plazo de tiempo el número de haciendas crecería a 30 millones, todos los cálculos previos que pudieran hacerse resultarían fallidos. Es decir, que, a juicio de los terratenientes, los altos funcionarios y los banqueros, la reforma agraria venía a ser algo

así como la cuadratura del círculo. Está de más decir que estos escrúpulos matemáticos no rezaban con el campesino, para el cual lo primero y principal era acabar con los señores, y después ya se vería lo que había que hacer.

Si, a pesar de esto, los pueblos se mantuvieron relativamente pacíficos durante la guerra, ello fue debido a que sus fuerzas activas se encontraban en el frente. En las trincheras, los soldados no se olvidaban de la tierra en los momentos que les dejaba libres el pensamiento de la muerte, y sus ideas acerca del porvenir se impregnaban del olor de la pólvora. Pero, así y todo y por muy adiestrados que estuviesen en el manejo de las armas, los campesinos no hubieran hecho nunca por su exclusivo esfuerzo la revolución agrario-democrática, es decir, su propia revolución. Necesitaban una dirección. Por primera vez en la historia del mundo, el campesino iba a encontrar su director y guía en el obrero. En esto es en lo que la revolución rusa se distingue fundamentalmente de cuantas la precedieron.

En Inglaterra, la servidumbre de la gleba desapareció de hecho a fines del siglo XIV; es decir, dos siglos antes de que apareciera y cuatro y medio antes de que fuera abolida en Rusia. La expropiación de las tierras de los campesinos llega, en Inglaterra, a través de la Reforma y de dos revoluciones, hasta el siglo XIX. El desarrollo capitalista, que no se veía forzado desde fuera, dispuso, por tanto, de tiempo suficiente para acabar con la clase campesina independiente mucho antes de que el proletariado naciera a la vida política.

En Francia, la lucha contra el absolutismo de la corona y la aristocracia y los principios de la Iglesia obligó a la burguesía, representada por sus diferentes capas, a hacer, a finales del siglo XVIII, una revolución agraria radical. La clase campesina independiente salida de esta revolución fue durante mucho tiempo el sostén del orden burgués, y en 1871 ayudó a la burguesía a aplastar a la Comuna de París[25].

En Alemania, la burguesía reveló su incapacidad para resolver de un modo revolucionario la cuestión agraria, y en 1848 traicionó a los campesinos para pasarse a los terratenientes, del mismo modo que, más de tres siglos antes, Lutero, al estallar la guerra campesina, los había vendido a los príncipes[26]. Por su parte, el proletariado alemán, a mediados del siglo XIX, era demasiado débil para tomar en sus manos la dirección de las masas campesinas. Gracias a esto, el desarrollo capitalista dispuso en Alemania, si no de tanto tiempo como en Inglaterra, del plazo necesario para sostener a su régimen, a la agricultura tal y como había salido de la revolución burguesa parcial.

La reforma campesina realizada en Rusia, en 1861, fue obra de la monarquía burocrática y aristocrática, acuciada por las necesidades de la sociedad burguesa; pero ante la impotencia política más completa de la burguesía, la emancipación campesina tuvo un carácter tal, que la forzada transformación capitalista del país convirtió inexorablemente el problema agrario en problema que sólo podía resolver la revolución. Los burgueses rusos soñaban con un desarrollo agrario de tipo francés, danés o norteamericano, del tipo que se quisiera, con tal de que, naturalmente, no fuera ruso. Sin embargo, no se les ocurría asimilarse la historia francesa o la estructura social norteamericana. En la hora decisiva, los intelectuales demócratas, olvidando su pasado revolucionario, se pusieron al lado de la burguesía liberal y de los terratenientes, volviendo la espalda a la aldea revolucionaria. En estas condiciones, no podía ponerse al frente de la revolución campesina más que la clase obrera.

---

[25] Ver la serie de nuestro sello hermano Alejandría Proletaria: Comunas de París y Lyon.

[26] El lector puede ver los abundantes materiales del año 1848 en nuestra serie Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional (próximamente recopilados en un solo volumen) y sobre las guerras campesinas en Alemania, en nuestra serie OEME-EIS: *La guerra de los campesinos en Alemania* de Federico Engels.

La ley del desarrollo combinado, propia de los países atrasados (caracterizada esencialmente por a una peculiar combinación de los elementos retrógrados con los factores más modernos) se nos presenta aquí en su forma más caracterizada, dándonos la clave para resolver el enigma más importante de la revolución rusa. Si la cuestión agraria, herencia de barbarie de la vieja historia rusa, hubiera sido o hubiera podido ser resuelta por la burguesía, el proletariado ruso no habría podido subir al poder, en modo alguno, en el año 1917. Para que naciera el estado soviético, fue necesario que coincidiesen, se coordinasen y compenetrasen recíprocamente dos factores de naturaleza histórica completamente distinta: la guerra campesina, movimiento característico de los albores del desarrollo burgués, y el alzamiento proletario, el movimiento que señala el ocaso de la sociedad burguesa. Fruto de esta unión fue el año 1917.

El zar y la zarina

Nada más lejos de nuestros propósitos que hacer finalidad primordial de este libro esas investigaciones psicológicas que ahora tanto abundan y con las que, no pocas veces, se pretende suplir el análisis histórico y social. En nuestro campo visual ocupan el primer plano las grandes fuerzas motrices de la historia que tienen un carácter suprapersonal. Una de ellas es la monarquía. Pero no hay que olvidar que estas fuerzas actúan a través de individuos. Además, la monarquía se halla consustanciada por esencia con el principio personal. Esto justifica, ya de suyo, el interés que despierta la personalidad de un monarca a quien el curso de los acontecimientos lleva a enfrentarse con la revolución. Confiamos (además) que nuestro estudio pondrá de relieve, en parte al menos, dónde termina en la personalidad lo personal (por lo general, mucho antes de lo que a primera vista parece) y cómo muchas veces las "características singulares" de una persona no son más que el rasguño que dejan en ella las leyes objetivas.

A Nicolás II le dejaron los antepasados, no sólo un poderoso imperio, sino también la revolución. No le adornaron con una sola cualidad que le capacitase para gobernar no ya un imperio, sino ni siquiera una provincia ni un mal municipio. A aquella marejada histórica que empujaba sus olas poco a poco hasta las puertas de su palacio, oponía el último Romanov una sorda impasibilidad: tal parecía como si su conciencia y la época en que vivía se alzara un velo transparente y, sin embargo, absolutamente impenetrable.

Las personas que tenían ocasión de tratar de cerca al monarca recordaron más de una vez, después de la revolución, que en los momentos más trágicos de su reinado, al sobrevenir la rendición de Puerto Arturo y la pérdida de la escuadra en Zusima, como diez años después, durante la retirada de las tropas rusas en Galitzia, y dos años más tarde, en los días que precedieron a la abdicación, cuando todos los que rodeaban al zar estaban abatidos, abrumados y estremecidos, sólo él daba muestras de sangre fría. Se informaba, como de costumbre, del número de verstas recorridas en sus viajes a lo largo de Rusia; recordaba episodios de sus cacerías y anécdotas sacadas de las entrevistas oficiales y, mientras retumbaba el trueno y ya centelleaba el rayo sobre su cabeza, aquel hombre seguía interesándose por las futilidades de su vida cotidiana. "¿Qué es esto? [se preguntaba uno de los generales de su intimidad] ¿Una entereza inmensa, casi inverosímil, conseguida a fuerza de disciplina? ¿Fe en la determinación divina de los acontecimientos? ¿O, simplemente, falta de discernimiento?" Ya el solo hecho de preguntarlo, lleva implícita, a medias, la respuesta. Aquella proverbial "buena educación" del zar, la fuerza con que sabía mostrarse dueño de sí mismo aun bajo las circunstancias más difíciles, no puede explicarse, en modo alguno, por obra exclusivamente de un amaestramiento en el modo de conducirse, sino que tenía que radicar en su carácter indiferente, en la indigencia de sus fuerzas anímicas, en la pobreza de sus impulsos volitivos. Esa máscara de indiferencia que en ciertos medios llaman "educación" se fundía en Nicolás II con su rostro natural.

El diario del zar vale por todos los testimonios; día tras día, año tras año, van registrándose en estas páginas las notas abrumadoras de su vacuidad espiritual. "He paseado un largo trecho y matado dos cuervos. He tomado té al oscurecer." Paseo a pie, paseo en lancha. Más cuervos y más té. Todo lindando con la pura fisiología. Y cuando habla de ceremonias religiosas, lo hace en el mismo tono que cuando registra un festín.

Por los días que preceden a la apertura de la Duma nacional, cuando todo el país se siente estremecido por convulsiones, Nicolás II escribe: “14 de abril. Me he paseado con camisa-blusa ligera y he reanudado los paseos en lancha. He tomado el té en la terraza. Stana ha comido y paseado con nosotros. He leído.” Ni una palabra acerca de lo que leyó: lo mismo podía ser una novela inglesa que un informe del departamento de policía. “15 de abril. Le he aceptado la dimisión a Witte. Han comido con nosotros Mary y Dimitri. Los hemos acompañado al palacio.”

El día en que se decretó la disolución de la Duma, cuando lo mismo los altos dignatarios oficiales que los liberales estaban pasando por un paroxismo de pánico, el zar escribía en su diario: “7 de julio, viernes. He estado muy ocupado toda la mañana. Llegamos con media hora de retraso al almuerzo con los oficiales... Había tormenta y el aire era sofocante. Paseamos juntos. He recibido a Goremykin y, ¡firmado el ucase que disolvía la Duma! Hemos comido con Olga y Petia. Por la tarde, lectura.” Toda su emoción ante la disolución inminente de la Duma queda expresada, y gracias, con un signo de admiración.

Los diputados de la Duma disuelta hicieron un llamamiento al pueblo para que no pagase los impuestos y se negara a hacer el servicio militar. Estallaron una serie de sublevaciones militares: en Sveaborg, en Cronstadt, en varios buques de guerra, en diferentes regimientos; se reanudó en proporciones jamás conocidas el terrorismo revolucionario contra las altas autoridades. El zar escribe en su diario: “9 de julio, domingo: ¡Ya está hecho! Hoy ha quedado disuelta la Duma. Durante el almuerzo, después de la misa, se veían muchas caras largas... El tiempo era magnífico. Durante el paseo nos encontramos al viejo Micha, que llegó ayer de Gátchina. Antes de comer, y durante toda la tarde, me dediqué a leer tranquilamente. Un paseo en canoa...” Nos dice que se paseó y precisamente en canoa; en cambio, no siente la necesidad de concretar lo que leyó. Y así, una vez y otra, y otra.

Seguimos copiando de las hojas de aquellos días preñados de incertidumbre: “14 de julio. Después de vestirme, me fui en bicicleta al balneario y me bañé con deleite en el mar.” “15 de julio. Me he bañado dos veces. Hacía mucho calor. He comido sólo con mi mujer. La tormenta ha pasado.” “19 de julio. Me he bañado por la mañana. He recibido visitas en la granja. El tío Vladimir y Chagin almorzaron con nosotros.” Las sublevaciones, los atentados terroristas sólo le sugieren una ligerísima consideración: “¡bonitas cosas!”, que asombra por su baja impasibilidad, y rayaría con el cinismo si fuese consciente.

“A las nueve y media de la mañana nos trasladamos al regimiento del Caspio... He paseado durante largo rato. El tiempo era espléndido. Me he bañado en el mar. Después del té, recibí a Lvov y Guchkov.” Y no dice ni una palabra de que aquella entrevista tan desusada de los dos liberales se relacionaba con los planes de Stolypin para atraer a su gabinete a los políticos de la oposición. El príncipe Lvov, futuro presidente del gobierno provisional, dijo refiriéndose a esta visita: “Cuando esperaba ver al monarca abatido por el infortunio, ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con que salía a mi encuentro un hombrecillo alegre y desahogado con una blusa de color frambuesa!”

El horizonte mental del zar no llegaba más allá que el de un modesto funcionario de policía, con la diferencia de que éste, pese a todo, conocía mejor la realidad y no vivía atosigado por la superstición. El único periódico que durante muchos años leyó Nicolás II y del que nutría sus ideas era un semanario editado con fondos oficiales por el príncipe Mechersky, hombre ruin y venal a quien despreciaban hasta en la misma pandilla de burócratas reaccionarios a que pertenecía. Por delante del zar cruzaron dos guerras y dos revoluciones, sin que estos acontecimientos dejasen la menor huella en su horizonte

mental: entre su conciencia y los acontecimientos se alzaba constantemente el velo impenetrable de la indiferencia.

De Nicolás II se decía, no sin razón, que era un fatalista. Conviene, sin embargo, advertir que este fatalismo era todo lo contrario a la fe activa en su "estrella"; Nicolás II se tenía por un hombre de mala suerte. Su fatalismo no era más que una manera de defenderse pasivamente del proceso histórico y se daba la mano con un despotismo mezquino en sus motivos psicológicos, pero monstruos en sus consecuencias.

"Lo quiero yo, y así tiene que ser." "Esta divisa [escribe el conde Witte] se manifestaba en todos los actos de aquel gobernante débil de voluntad, a quien su debilidad llevó a todo lo que caracteriza su reinado: un derramamiento constante y, en la mayor parte de los casos, absolutamente innecesario de sangre, más o menos inocente..."

Alguna vez se ha comparado a Nicolás II con el zar Pablo, aquel antepasado suyo medio loco, estrangulado por la camarilla, de acuerdo con su propio hijo, Alejandro "el bendito". Y no deja de haber, en efecto, entre estos dos Romanov cierta afinidad: la de su desconfianza hacia todo el mundo, nacida de la falta de confianza en sí mismos; la suspicacia de la nulidad omnipotente; el sentimiento del que se cree despreciado por todos, casi podría uno decir que su conciencia de parias coronados. Pero el zar Pablo era incomparablemente más pintoresco. En su locura había un elemento de imaginación, aunque fuera irresponsable. En su descendiente todo es gris, sin un solo destello.

Nicolás II no era sólo inconstante, sino que también era perjuro. Sus aduladores le llamaban *charmeur*, un hombre encantador, por la dulzura con que trataba a los palaciegos. Pero es el caso que el zar se mostraba especialmente amable con aquellos dignatarios a quienes había decidido despachar: cuando el ministro, encantado y fuera de sí por la amabilidad con que el zar le había recibido volvía a casa, se encontraba muchas veces con una carta notificándole la destitución. Era una especie de jugada con que el monarca quería vengarse, sin duda, de su insignificancia.

Nicolás II no podía ver a ningún hombre de talento. No se sentía a gusto más que entre las nulidades y los deficientes mentales, junto a los santurrones y personas endebles a quienes él pudiese mirar de arriba abajo. Tenía su orgullo, pero no era un orgullo activo y refinado, sino indolente, sin un átomo de iniciativa propia, y cuyo móvil era un sentimiento de envidia puesto siempre en guardia. Elegía a sus ministros ateniéndose al principio de dejarse resbalar cada vez más bajo. A los hombres de talento y de carácter sólo acudía en los casos extremos, cuando no tenía más remedio, como se hace con el cirujano, que sólo se le llama cuando se trata de salvar la vida. Así sucedía primero con Witte y luego con Stolypin. El zar los trataba a ambos con hostilidad mal disimulada. Y, apenas vencía el foco agudo de la situación, se apresuraba a desembarazarse de unos consejeros que estaban demasiado por encima de él. Y tan sistemática y radical era esta selección al revés, que el presidente de la última Duma, Rodzianko, se atrevió a decir al zar, el 7 de enero de 1917, cuando la revolución llamaba ya a las puertas: "Señor, a vuestro alrededor no ha quedado un solo hombre honrado ni digno de confianza: los mejores han sido alejados o se han ido, quedándose tan sólo los que gozan de dudosa reputación."

Todos los esfuerzos de la burguesía liberal para entenderse con palacio eran fallidos. El incansable y camorrista Rodzianko intentaba sacudir la modorra del zar con sus informes. Pero ¡todo inútil! El zar pasaba por alto los argumentos, incluso las insolencias, preparando en silencio la disolución de la Duma. El gran duque Dimitri, antiguo favorito del zar y futuro copartícipe en el asesinato de Rasputín, se lamentaba, con su cómplice el príncipe Yusúpov, de que el zar demostraba cada día más indiferencia ante cuanto le rodeaba. Dimitri se inclinaba a creer que le habían dado al monarca algún brebaje para adormecerle. Por su parte, el historiador liberal Miliukov escribe: "Corrían rumores de que este estado de apatía mental y moral del zar provenía del abuso del

alcohol.” Invenciones todo o exageraciones. El zar no tenía necesidad de recurrir a narcóticos, pues llevaba en la sangre el “bebedizo” fatal. Lo que ocurre es que sus efectos tenían que suscitar por fuerza asombro en instantes como aquellos en que la crisis interna del país iba fraguando la revolución. Rasputín, que era un buen psicólogo, solía decir lacónicamente cuando hablaba del zar: “Le falta un tornillo.”

Aquel hombre apagado, impasible, “bien educado”, era un hombre cruel. Pero no con esa crueldad activa, proyectada sobre fines históricos, de un Iván el Terrible o de un Pedro el Grande (hombres con los que no tenía la menor afinidad Nicolás II), sino con la crueldad cobarde del último vástago aterrorizado ante la tragedia fatídica de su propio destino. Ya en los albores de su reinado, Nicolás II tributó un elogio a los “bravos soldados” por haber ametrallado a los obreros. Solía leer “con placer” los informes en que la dirección de policía daba cuenta de haberse azotado a latigazos a las estudiantes de “pelo corto”, o relataba los pogromos judíos en que se machacaba el cráneo a hombres indefensos. Aquel monstruoso coronado sentíase atraído con toda el alma por la hez de la sociedad, por aquellos matones de las “centurias negras”, y no sólo les pagaba espléndidamente sus servicios de las arcas del estado, sino que gustaba de conversar afectuosamente con ellos, oyéndolos relatar sus hazañas y perdonándoles piadosamente cuando remataban a algún diputado de la oposición. Witte, que subió al poder en pleno período represivo de la primera revolución, escribe en sus memorias: “Cuando las noticias de las hazañas insensatamente crueles perpetradas por los cabecillas de esas bandas llegaban a oídos del zar, merecían indefectiblemente su aprobación y encontraban en él defensa.” Despachando una reclamación del general-gobernador de los países bálticos pidiendo que se llamase la atención de cierto capitán Richter, que “ha ejecutado por iniciativa propia, sin previa formación de causa, a personas que no habían opuesto resistencia alguna”, el zar estampó al margen del informe: “¡bravo muchacho!” Los estímulos de género son innumerables. Aquel hombre “encantador”, abúlico, sin aspiraciones, sin imaginación, era más terrible que todos los tiranos de la historia antigua y moderna.

El zar se hallaba enormemente influido por la zarina, influencia que fue creciendo con los años y las dificultades del gobierno. Los dos juntos formaban una especie de todo orgánico. Esta unión es una de tantas pruebas que patentizan hasta qué punto, bajo la presión de las circunstancias, lo personal encuentra complemento en lo colectivo. Pero digamos algo acerca de la zarina.

Maurice Paléologue, embajador francés en Petrogrado durante la guerra, un psicólogo muy agudo, sin duda, para los académicos franceses y las porteras de su país, hace un retrato pulcro y lamido de la última zarina: “La desazón moral, la tristeza crónica, una melancolía ilimitada, un tránsito constante de la exaltación al abatimiento, sus ideas atormentadoras acerca del mundo invisible y ultraterrenal, en superstición, ¿acaso todos estos rasgos, que de un modo tan acusado se manifiestan en la personalidad de la zarina, no son también los rasgos genuinos del pueblo ruso?” Por muy extraño que parezca, en el fondo de esta dulzona adulación se encierra un granito de verdad. No en vano el satírico ruso Saltykov llamaba a los ministros y gobernadores de la serie de los barones bálticos “alemanes con alma rusa”; no cabe duda que precisamente estos extranjeros, que no tenían la menor afinidad con el pueblo ruso, fueron los que engendraron el tipo más depurado de administrador ruso de “pura raza”.

Pero, ¿por qué el pueblo sentía un odio tan franco contra esta zarina, que, según Paléologue, encarnaba de un modo tan completo su propia alma? La contestación es harto sencilla: para justificar la nueva situación en que se encontraba colocada, aquella alemana se asimilaba con fría pasión todas las tradiciones e inspiraciones de la Edad Media rusa, la más indigente y la más ruda del mundo, en una época en que el pueblo se debatía

desesperadamente por emanciparse de la propia barbarie medieval. Aquella princesa de Hesse estaba literalmente poseída por el demonio de la autocracia: exaltada desde su rincón provinciano a las alturas del despotismo bizantino, no quería descender por nada del mundo de su trono de autócrata. La Iglesia Ortodoxa le brindó la mística y la magia de que necesitaba su nueva estrella. Y cuanto más al desnudo aparecía la indignidad del viejo régimen, más firmemente creía la zarina en su misión. Dotada de un carácter fuerte y de capacidad para la exaltación seca y dura, la zarina completaba al abúlico zar, dominándolo.

El 17 de marzo de 1916, un año antes de que estallara la revolución, cuando el país mártir se revolcaba ya atenazado por la derrota y la ruina, la zarina escribía a su marido, al cuartel general: "... No debes dar pruebas de blandura, nombrar un gobierno responsable, etc..., hacer todo lo que *ellos* quieren. Son *tu* guerra y *tu* paz, *tu* honor y el de nuestra patria y no los de la Duma, los que se ventilan. Ellos no tienen derecho a pronunciar ni una palabra respecto a estas cuestiones." Por lo menos, era un programa rotundo y escueto, y por serlo, acababa siempre por imponerse a las vacilaciones constantes del zar.

Cuando Nicolás II salió a ponerse al frente del ejército como generalísimo ficticio, la zarina tomó en sus manos, de hecho, las riendas del gobierno interior del país: los ministros despachaban con ella, ni más ni menos que si se tratara de una reina gobernadora. La zarina, con su camarilla, conspiraba contra la Duma, contra los ministros, contra los generales del estado mayor, contra todo el mundo, hasta contra el propio zar. El 6 de diciembre de 1916, le escribía al monarca: "... Puesto que ya has dicho que querías retener a Protopópov, no dejes que se atreva (se refiere a Trépov, el primer ministro) a pronunciarse contra ti, da un puñetazo sobre la mesa, no hagas concesiones, demuestra que eres el amo, cree a tu dura mujercita y cita a nuestro Amigo, ten fe en nosotros." Tres días después vuelve a insistir: "Sabes que la razón está de tu parte, mantén la cabeza alta, ordena a Trépov que trabaje de acuerdo con él..., da un puñetazo sobre la mesa." Estas frases parecen cosa de invención; pero no, no inventamos nada, están tomadas al pie de la letra de cartas auténticas de la zarina. Además, aunque se quisiera, no son cosas que uno se invente.

El 13 de diciembre, la zarina escribe nuevamente al zar, volviendo sobre sus sugestiones: "Todo menos el gobierno responsable con el que sueña insensatamente todo el mundo. Esto está todo más tranquilo y mejor; pero la gente quiere sentir tu puño. ¡Qué sé yo cuánto tiempo hace que oigo por todas partes lo mismo!; a Rusia le gusta sentir el escozor del látigo, lo pide *su* cuerpo." Aquella princesa de Hesse convertida a la religión ortodoxa, educada en Windsor y coronada con la tiara bizantina, no sólo "encarna" el alma rusa, sino que la desprecia orgánicamente, *su* cuerpo pide el látigo, escribía la zarina rusa al zar ruso del pueblo de Rusia, dos meses y medio antes de que la monarquía se sepultara para siempre en el abismo.

La zarina, superior a su marido en carácter, no lo era en inteligencia, sino acaso inferior y más inclinada todavía que él a buscar la sociedad de los simples de espíritu. La íntima y jamás desmentida amistad que les unía a ambos con la Výrubova, una dama de palacio, nos da la medida del calibre espiritual de la pareja autocrática. La propia Výrubova se calificaba a sí misma de tonta, sin que en ello hubiese, por cierto, asomo de modestia. Witte, a quien no se le puede negar el ojo certero, decía de ella que era como "una señorita petersburguesa vulgar y necia, y además fea, con una cara que parecía una burbuja de manteca al derretirse". El zar y la zarina se pasaban horas enteras charlando, consultando los negocios públicos y manteniendo correspondencia con esta mujer, a la que cortejaban servilmente, deshaciéndose en reverencias, los viejos dignatarios, los embajadores y los financieros, y que, aunque tonta, tenía el talento suficiente para no

olvidarse de llenar el bolsillo y tener más influencia en la vida política que la Duma imperial y todos los ministros juntos.

Pero la Výrubova no era más que el "médium" del "Amigo", aquel "Amigo" cuya autoridad campeaba sobre los tres. "Ésta es mi opinión personal [escribe la zarina al zar], ya veremos lo que piensa nuestro "Amigo"." La opinión del "Amigo" no era ya personal, sino decisiva. "Me ratifico en lo dicho [repite la zarina unas cuantas semanas después]. Óyeme a mí, es decir, a nuestro "Amigo" y confía en nosotros para todo... Sufro por ti como si fueras un niño pequeñito y débil, que necesita que le guíen, pero que presta oído a malos consejeros, mientras el hombre enviado por Dios le dice lo que hay que hacer."

"Con las oraciones y la ayuda de nuestro "Amigo", todo se arreglará."

"Si no le tuviéramos a él, ya haría tiempo que todo habría terminado, estoy completamente persuadida de ello."

Él, el Amigo, el enviado por Dios, era Grigori Rasputín.

Durante todo el reinado de Nicolás II y de Alejandra no cesaron de desfilar por palacio adivinos y epilépticos traídos de todos los ámbitos de Rusia y hasta de otros países. Había proveedores de la real casa encargados especialmente de suministrar esa mercancía, y que se congregaban en torno al oráculo de turno, rodeando al monarca de una especie de cámara alta todopoderosa. Había de todo: viejas beatas con título de marquesas, dignatarios que ambicionaban algún empleo y financieros que tomaban en arriendo a gabinetes enteros. Los jerarcas de la Iglesia Ortodoxa, celosos de esta competencia intrusa ejercida por hipnotizadores y adivinos sin patente oficial, se apresuraban a abrirse caminos propios en aquel santuario central de la intriga. Witte llamaba a esta pandilla gobernante, contra la que se estrelló por dos veces, "la camarilla leprosa".

Cuanto más se aislaba la dinastía y más abandonado se sentía el monarca, mayor era la necesidad que sentía del auxilio del cielo. Hay tribus salvajes que para llamar al buen tiempo hacen girar en el aire una tablilla atada al extremo de un hilo. El zar y la zarina usaban estas tablillas para los fines más diversos. El vagón del zar estaba literalmente cubierto de imágenes y cuadritos de santos y de toda clase de objetos de culto, con los que quiso hacer frente, primero, a la artillería japonesa y, luego, a la alemana.

El nivel intelectual de la corte no había variado gran cosa, en realidad, de una en otra generación. Bajo Alejandro II, llamado "el Emancipador", los grandes duques creían sinceramente en los duendes y en las brujas. Bajo Alejandro III seguía todo igual, aunque más en calma. La "camarilla de leprosos" existió siempre. Lo único que variaba era su composición y sus procedimientos. Nicolás I no creó aquella atmósfera de medievalismo salvaje, sino que la heredó de sus antepasados. Lo que ocurre es que durante aquellos años el país se fue modificando, los problemas se complicaron, se elevó el nivel de cultura y la camarilla palaciega quedó rezagada. Si la monarquía, bajo la presión del exterior, se veía obligada a hacer concesiones a las nuevas fuerzas, interiormente no había conseguido, ni mucho menos, modernizarse; al contrario, se encerraba en sí misma, y el espíritu medieval se fue coagulando bajo la acción de la hostilidad y del miedo, hasta convertirse en una pesadilla repugnante que se cernía sobre el país.

El 1 de noviembre de 1905, en el momento más crítico de la primera revolución, el zar escribe en su diario: "He conocido a un santo llamado Grigori, de la provincia de Tobolsk." Era Rasputín, campesino siberiano, con un rasguño rebelde a cerrarse en la cabeza, recuerdo de los golpes recibidos en sus tiempos de cuatrero. Presentado en palacio en el momento propicio, el "santo" no tardó en encontrar auxiliares de alto copete, o, por mejor decir, fueron ellos los que le encontraron a él, y así se fue formando una nueva

pandilla gobernante, que se adueñó enérgicamente de la voluntad de la zarina y, por medio de ella, de la del zar.

En las altas esferas de la sociedad petersburguesa ya se hablaba sin recato, desde el invierno de 1913-1914, de que todos los altos nombramientos, los contratos de suministros y concesiones pasaban por la camarilla de Rasputín. El *staretz* (santo) iba convirtiéndose poco a poco en una institución pública. La policía le guardaba las espaldas celosamente, y los ministerios rivales tenían las miradas fijas en él. Los agentes del departamento de policía llevaban un diario de su vida, en que no faltaba un solo detalle; por ejemplo, que al visitar Pokrovsky, su pueblo natal, Rasputín, en estado de embriaguez, se había liado a golpes con su padre en medio de la calle, dejándolo ensangrentado. Aquel mismo día, 9 de septiembre de 1915, Rasputín enviaba dos afectuosos telegramas, uno a Tsárskoye Seló a la zarina; otro al cuartel general, para el zar.

Los agentes registraban día tras día, en un lenguaje épico, las andanzas del "Amigo". "Hoy ha vuelto a casa a las cinco de la mañana, completamente ebrio." "La noche del 25 al 26 la pasó en casa de Rasputín la artista V." "Ha llegado con la princesa D (esposa de un gentilhombre de cámara del palacio del zar) al hotel Astoria..." Y a poco: "Ha vuelto a casa, procedente de Tsárskoye Seló, cerca de las once de la noche." "Rasputín ha llegado a casa con la princesa Ch, muy embriagado, y en seguida volvieron a salir juntos." Y al día siguiente, por la mañana o por la tarde, el viaje a Tsárskoye Seló. A la pregunta afectuosa del policía de por qué el *staretz* está hoy tan pensativo, contesta: "No sé qué hacer: si convocar la Duma o no convocarla." Otro asiento: "Llegó a casa a las cinco de la mañana, bastante embriagado." Siempre la misma melodía, durante meses y años, una melodía en que no había más que tres notas: "Bastante embriagado", "Muy embriagado" y "Completamente embriagado". El general de la gendarmería, Klobachev, reunía y refrendaba con su firma estas noticias, tan trascendentes para la vida del estado.

La influencia de Rasputín se mantuvo en su apogeo durante seis años, los últimos de la monarquía. "Su vida en San Petersburgo [cuenta el príncipe Yusúpov, copartícipe hasta cierto punto de ella y, más tarde, asesino de Rasputín] se había convertido en una fiesta continua, en la borrachera inacabable de un presidiario a quien de pronto, inesperadamente, se le viene la dicha a las manos." "Tenía en mi poder [escribe el presidente de la Duma, Rodzianko] una gran cantidad de cartas escritas por madres cuyas hijas habían sido deshonradas por aquel desvergonzado libertino." El metropolitano de Petrogrado, Pitirim, y el arzobispo Varnava, casi analfabeto, debían sus puestos a Rasputín. El procurador del Santo Sínodo, Sabler, permaneció en el cargo durante largo tiempo por voluntad del *staretz*, y él fue también el que impulsó la destitución del primer ministro Kokovtsvev, que no había querido recibirle. Rasputín nombró a Sturmer presidente del consejo de ministros; a Protopópov, ministro de la gobernación; a Raiev, nuevo procurador del Sínodo, y así a muchos más. El embajador de la República Francesa, Paléologue, solicitó una entrevista con Rasputín. Cuando estuvo delante de él le besó, exclamando: *Voilà un véritable illuminé!*, todo por ganar el corazón de la zarina para la causa de Francia. El judío Simanovich, agente financiero del *staretz*, fichado por la policía como jugador y usurero, hizo nombrar ministro de justicia, por mediación de Rasputín, a un sujeto llamado Dobrolovsky, que era, sencillamente, un ladrón. "No dejes de ver la pequeña lista que te acompaño [escribe la zarina al zar, hablándole de los nuevos nombramientos]. Nuestro "Amigo" me pide que hables de todo esto con Protopópov." Dos días después: "Nuestro "Amigo" dice que Sturmer puede seguir siendo presidente del consejo de ministros durante algún tiempo." Y a poco: "Protopópov siente una verdadera veneración por nuestro "Amigo", y el cielo le bendecirá."

En uno de aquellos días en que los agentes de la policía registraban cuidadosamente el número de botellas y de mujeres, la zarina escribía, toda afligida, al

zar: "Acusan a Rasputín de besar a las mujeres y de otras cosas por el estilo. Lee los Apóstoles y verás cómo besaban a todo el mundo como saludo." Seguramente que el argumento de los Apóstoles no hubiera convencido a los agentes encargados de vigilar al *staretz*. En otra carta, la zarina va todavía más allá: "Durante la lectura del Evangelio [escribe] he pensado mucho en nuestro "Amigo" al ver cómo los escribas y fariseos perseguían a Cristo, fingiendo ser unos hombres perfectos... ¡Qué verdad es aquello de que nadie es profeta en su tierra!"

El comparar a Rasputín con Jesucristo era cosa corriente en aquellas altas esferas, y no tenía nada de particular. El miedo a las poderosas fuerzas de la historia, que amenazaban desencadenarse, era demasiado grande para que los zares pudieran contentarse con un Dios impersonal y con la sombra incorpórea del Cristo de los Evangelios. Necesitaban un nuevo advenimiento del "hijo del hombre". La monarquía, empujada al abismo, agonizante, encontró un Cristo a su imagen y semejanza.

"Si Rasputín no hubiera existido [dijo un hombre del antiguo régimen, el senador Tgantsev] no habría habido más remedio que inventarlo." En estas palabras hay mucha más substancia de lo que se imaginaba su autor. Si por "granujería" entendemos lo que hay de más antisocial y parasitario en los bajos fondos de la sociedad, podremos decir, sin temor a equivocarnos, que la "rasputinada" fue la granujería coronada.

La idea de la revolución palaciega

¿Por qué las clases dirigentes, que buscaban el modo de evitar la revolución, no hicieron nada por librarse del zar y de los que le rodeaban? No dejarían de pensar en ello, pero no se atrevían. Les faltaba la fe en su causa, y la decisión. La idea de la revolución palaciega flotaba en la atmósfera hasta que la devoró la verdadera revolución. Detengámonos un momento aquí, pues ello nos dará una idea más clara de las relaciones reinantes en vísperas de la explosión entre la monarquía, las altas esferas de la nobleza y la burocracia y la burguesía.

Las clases ricas eran de arraigadas convicciones monárquicas. Así se lo dictaban sus intereses, sus tradiciones y su cobardía. Pero una monarquía sin Rasputínes. La monarquía les contestaba: "Tenéis que tomarme tal y como soy." La zarina salía al paso de las instancias en que les suplicaban que constituyesen un ministerio presentable enviando al zar al cuartel general una manzana que le había dado Rasputín y pidiéndole que la comiese para reforzar su voluntad. "Acuérdate [le conjuraba] de que hasta *monsieur* Philippe [un charlatán e hipnotizador francés] decía que no podías dar una constitución, pues sería tu ruina y la de Rusia..." "¡Sé Pedro el Grande, Iván el Terrible, el emperador Pablo; aplasta cuanto caiga a tus pies!"

¡Qué mezcla repugnante de miedo, de superstición y de rencorosa incomprensión del país! Podría creerse que, en las alturas por lo menos, la familia zarista no estaba ya tan sola viendo a Rasputín rodeado siempre de una constelación de damas aristocráticas y al "chamanismo" adueñado de los favores de la nobleza. Pero no. Este misticismo del miedo, lejos de unir, separa. Cada cual quiere salvarse a su manera. Muchas casas aristocráticas tienen sus santos propios, entre los que se establece una rivalidad. Hasta en las altas esferas petersburguesas se ve a la familia del zar como apestada, ceñida por un cordón sanitario de desconfianza y hostilidad. La dama de la corte Výrubova dice en sus memorias: "Tenía el profundo y doloroso presentimiento de una gran hostilidad en cuantos rodeaban a aquellos a quienes ya adoraba, y sentía que esta hostilidad iba tomando proporciones aterradoras..."

Sobre aquel sangriento fondo de la guerra, bajo el ruido sordo y perceptible de las sacudidas subterráneas, los privilegiados no renunciaban ni una sola hora a los goces de la vida; muy al contrario, se entregaban a ellos con frenesí. Pero en sus orgías aparecía con mayor frecuencia un esqueleto y los amenazaba con las falanges de sus dedos descarnados. Entonces se les antojaba que todas las desgracias provenían del detestable carácter de Alicia, la zarina; de la felonía abúlica del zar, de aquella imbécil y ávida Viburova y del Cristo Siberiano con la frente señalada. Ofrendas de horribles presentimientos anegaban a las clases gobernantes y sacudidas como de calambres se transmitían desde la periferia al centro: la odiada camarilla de Tsárskoye Seló iba quedando cada vez más aislada. La Výrubova ha dado expresión con bastante elocuencia, en sus memorias, llenas en general de mentiras, al estado de espíritu de las alturas por aquel entonces: "Centenares de veces me pregunté: ¿Qué le pasa a la sociedad petersburguesa? ¿Están todos enfermos del espíritu o se han contagiado de una de esas epidemias que hacen estragos en tiempos de guerra? Difícil es saberlo, pero lo cierto es que todo el mundo se hallaba en un estado anormal de excitación."

Entre los que habían perdido la cabeza se contaba también la extensa familia de los Romanov, toda aquella jauría ávida, insolente, y por todos odiada, de los grandes duques y las grandes duquesas; poseídos todos de un terror mortal, se hacían la ilusión de huir del círculo que los atenazaba, coqueteaban con la aristocracia rebelde, murmuraban

del zar y la zarina, se mordían unos a otros y a quienes les rodeaban. Los “augustos tíos” dirigían al zar cartas de exhortación en las que, por debajo del respeto, se adivinaba el rechinar de dientes.

Ya después de la Revolución de Octubre, Protopópov describía, sin gran fineza, pero de un modo bastante pintoresco, el estado de espíritu que reinaba en las esferas dirigentes. “Hasta las clases más elevadas conspiraban ante la revolución. En los salones y en los clubes se criticaba dura y desfavorablemente la política del gobierno, se analizaban y se dictaminaban las relaciones creadas en el seno de la familia real; se contaban anécdotas acerca del jefe del estado; se escribían versos satíricos; muchos grandes duques frecuentaban abiertamente estas reuniones, y su presencia daba a aquellas invenciones caricaturescas y a aquellas malévolas exageraciones, a los ojos de la gente, un marcado aire de verdad. Hasta el último momento, nadie tuvo conciencia de lo peligroso que era aquel juego.”

Una de las cosas que más contribuían a dar pábulo a los rumores que corrían acerca de la camarilla palaciega era la acusación de germanofilia e incluso la inteligencia directa con el enemigo que contra ella se lanzaba. El aturdido y atropellado Rodzianko declara sin ambages: “La articulación y analogía de las aspiraciones era tan lógica y evidente que, a mí al menos, no me cabe la menor duda de que entre el estado mayor alemán y la camarilla de Rasputín había alguna relación.” La simple invocación de la “evidencia” y la “lógica” quita fuerza al tono categórico de su testimonio. Aun después de la revolución, no puede descubrirse la menor prueba de que existiese una inteligencia entre los rasputinianos y el estado mayor alemán. Lo de la llamada “germanofilia” es ya otra cosa. No se trataba, naturalmente, de las simpatías y antipatías nacionalistas de la zarina, de estirpe alemana, del primer ministro Sturmer, de la condesa de Kleinmichel, del mayordomo de palacio, conde Frederichs, ni de otros caballeros de apellido alemán. Las cínicas memorias de la vieja intrigante Kleinmichel nos revelan con desnuda evidencia hasta qué punto estaba por encima de nacionalismos la alta aristocracia de todos los países de Europa, vinculada en todas partes por lazos de parentesco y de herencia, por el desprecio hacia los demás simples mortales y, *last but not least*, por sus libertinajes cosmopolitas entre los muros de los viejos castillos, de los balnearios de moda y las cortes europeas. Tenían bastante más de real las antipatías orgánicas de la pandilla palaciega contra aquellos plebeyos abogados de la República Francesa y las simpatías de los reaccionarios (lo mismo los de apellido teutónico que los de nombre eslavo) contra el espíritu auténticamente prusiano del gobierno berlinés, que durante tanto tiempo les había tenido fascinados con sus bigotes tiesos, sus modales de sargento mayor y su estulticia llena de suficiencia.

Mas, tampoco era esto lo decisivo. El peligro se desprendía de la lógica misma de la situación, pues la corte no tenía más salida que buscar su salvación en una paz por separado, tanto más apremiante cuanto más peligrosa se tornaba aquella situación. Como veremos más adelante, el liberalismo aspiraba en la persona de sus jefes a reservarse para sí la carta de la paz por separado, enfocándola en la perspectiva de su subida al poder. Esto les impulsaba precisamente a desarrollar una furiosa agitación chovinista, engañando al pueblo y aterrorizando a la corte. La camarilla no se atrevía, en una cuestión tan espinosa, a quitarse prematuramente la careta, y se veía incluso obligada a asociarse al tono patriótico del país, al paso que tanteaba por debajo de cuerda el terreno para una paz separada.

El general Kurlov, jefe de la policía y miembro de la camarilla de Rasputín, niega, en sus memorias, naturalmente, las simpatías alemanas de sus protectores; pero, a renglón seguido, añade: “No hay razón para acusar a Sturmer porque sostuviese que la guerra con Alemania era la mayor desgracia que podía ocurrirle a Rusia y carecía de toda base

política seria.” Conviene no olvidar, sin embargo, que el tal Sturmer, que sostenía una opinión tan interesante, era el jefe de gobierno de un país que estaba en guerra con Alemania. El último ministro del interior, Protopópov, en vísperas de posesionarse de la cartera, sostuvo en Estocolmo, una conversación con un diplomático alemán, de la cual dio cuenta al zar y al propio Rasputín; siempre, según Kurlov, “había considerado como una inmensa calamidad para Rusia la guerra con Alemania”. Finalmente, la emperatriz escribía al zar, el 5 de abril de 1916: “No osarán, pues no pueden, decir que *él* tenga nada que ver con los alemanes, porque sea bueno y generoso para todos como Cristo, sin preguntar a nadie por la religión que profesa, como debe ser todo verdadero cristiano.”

Claro está que este “verdadero cristiano”, que casi nunca estaba sobrio, podía haber estado perfectamente, como lo estaba, en relación con espías profesionales, con *croupiers*, con usureros y proxenetas aristocráticas, agentes directos del espionaje. No nos extrañaría que mantuviese “amistades” de éstas. Pero los patriotas de la oposición iban más allá y formulaban la cosa de un modo más directo, pues acusaban personalmente a la zarina de traidora. El general Denikin en sus memorias, escritas a la vuelta de mucho tiempo, dice: “En el frente nadie se recataba para decir que la zarina exigía a toda costa una paz separada, que había traicionado al mariscal Kitchener delatando, según se decía, su viaje a los alemanes, etc. Esto contribuyó increíblemente a desmoralizar las tropas, influyendo en su actitud ante la dinastía y la revolución.” El propio Denikin cuenta que, y después de la revolución, al preguntarle el general Alexéiev abiertamente qué pensaba de la supuesta traición de la zarina, había contestado “de un modo vago y de mala gana” que al examinar sus papeles se había encontrado con un mapa en el que estaba señalada con todo detalle la situación de las tropas en todo el frente, y esto le había producido a él, Alexéiev, una impresión abrumadora... “Y sin decir ni una palabra más [añade Denikin elocuentemente] cambió de conversación.” Si la zarina tenía entre sus papeles ese mapa misterioso, es cosa que ignoramos; pero es evidente, desde luego, que los fracasados generales no veían con malos ojos que se descargara sobre la emperatriz una parte de la responsabilidad que les incumbía por sus derrotas. Los rumores acerca de la traición de la corte partieron segurísimamente de arriba, de los ineptos estados mayores.

Si era verdad que la zarina, a cuyos mandatos se plegaba ciegamente el zar, ponía en manos del káiser los secretos de guerra y hasta las cabezas de los mariscales aliados, ¿qué mejor que quitar de en medio a la real pareja? El gran duque Nicolás Nicolaievich, jefe del ejército y a quien se consideraba como la cabeza visible del partido antigermánico, estaba predestinado oficialmente casi a asumir el papel supremo de amparador de la revolución palaciega. No fue otra la causa de que el zar, a instancias de Rasputín y de la zarina, destituyera al gran duque y tomara en sus manos el mando supremo de las tropas. Pero la zarina le temía incluso a la entrevista que habían de celebrar tío y sobrino en la ceremonia de traspaso de poderes: “Procura, tesoro, ser prudente [le escribe la zarina al zar al cuartel general], y no dejes que Nikolaska te engañe con alguna promesa ni con nada; acuérdate de que Grigori te ha salvado de él y de sus malvados amigos... Acuérdate, en nombre de Rusia, de lo que maquinaban: deshacerse de ti (no, no es ningún rumor vano; Orlov tenía ya todos los papeles preparados) y recluirme a mí en un convento...”

Miguel, hermano del zar, le decía a Rodzianko: “Toda la familia sabe bien lo perniciosa que es Alejandra Teodorovna. Mi hermano y ella están rodeados por todas partes de traidores. Todas las personas decentes se les han alejado. Pero, ¿qué hacer en esta situación?” La gran duquesa María Pavlovna insistía, en presencia de sus hijos, en que Rodzianko tomara sobre sí la iniciativa de “suprimir” a la zarina. Rodzianko propuso que se diese aquella conversación por no celebrada; en otro caso, si no quería faltar a su juramento, tendría que poner en conocimiento del zar que la gran duquesa había invitado

al presidente de la Duma a quitar de en medio a la emperatriz. He aquí cómo aquel ingenioso gentilhombre de cámara convertía el tema del atentado contra la zarina en un gracioso chiste de salón.

El propio gobierno se hallaba, en ciertos momentos, en marcada oposición con el zar. Ya en 1915, año y medio antes de estallar la revolución, se pronunciaban abiertamente en las reuniones ministeriales discursos que aun hoy nos parecen inverosímiles. Así, el ministro de la guerra, Polivánov, decía: "Sólo una política conciliadora para con la sociedad puede salvar la situación. Los inseguros diques actuales no pueden contener la catástrofe." Y el ministro de marina, Grigorovich: "Nadie ignora que el ejército no confía en nosotros y espera cambios." El ministro de negocios extranjeros, Sazanov: "La popularidad del zar y su prestigio han disminuido considerablemente a los ojos de las masas populares." El ministro del interior, príncipe Scherbátov: "No servimos para gobernar a Rusia en la situación que se ha creado... Es necesaria una dictadura o una política de conciliación." (consejo de ministros del 21 de agosto de 1915.) Ni una ni otra solución servían; ninguna de las dos era ya factible. El zar no se decidía a la dictadura, rechazaba la política conciliadora y se negaba a aceptar la dimisión a los ministros que se consideraban ineptos. Un elevado funcionario hace la siguiente acotación a los discursos de los ministros: "Por lo visto, no habrá más remedio que dejarse colgar de un farol."

Con semejante estado de espíritu, no tiene nada de sorprendente que aun en las altas esferas burocráticas se hablara de la necesidad de una revolución palaciega como único medio de evitar la revolución inminente. "Cerrando los ojos [recuerda uno de los que tomaron parte en estas conversaciones] hubiera podido uno figurarse que se encontraba entre revolucionarios de toda la vida."

Un coronel de gendarmes, a quien se dio la comisión de inspeccionar las tropas del sur de Rusia, trazaba en su informe un cuadro sombrío: "Como resultado de la labor de propaganda, sobre todo en lo tocante a la germanofilia de la emperatriz y del zar, el ejército se ha hecho a la idea de una revolución palatina." "En los clubes de oficiales se habla abiertamente en este sentido, y sus murmuraciones no encuentran réplica merecida en el alto mando." Por su parte, Protopópov atestigua que "un número considerable de elementos pertenecientes al alto mando simpatiza con el golpe de estado; algunos de ellos se hallaban en relación con los elementos del llamado bloque progresivo y bajo su influencia".

El almirante Kolchak, que más tarde habría de adquirir tan gran celebridad, dijo, después de la derrota de sus tropas por el Ejército Rojo, declarando ante la comisión fiscalizadora de los sóviets, que había mantenido relaciones con muchos miembros de la oposición de la Duma, cuyos discursos escuchaba con placer, ya que "veía con antipatía el régimen existente en vísperas de la revolución". Sin embargo, Kolchak no fue puesto al corriente de los planes de la revolución palaciega. Después del asesinato de Rasputín y del subsiguiente destierro de los grandes duques, los aristócratas hablaron en voz bastante alta de la necesidad de proceder a una revolución en la corte. El príncipe Yusúpov cuenta que el gran duque Dimitri, detenido en palacio, fue visitado por oficiales de varios regimientos que le propusieron distintos planes de acción decisiva, "con los cuales, naturalmente, no podía mostrarse conforme".

Se sospecha que los diplomáticos aliados, al menos el embajador británico, estaban complicados en el compló. El dicho embajador, respondiendo indudablemente a la iniciativa de los liberales rusos, hizo en enero de 1917, no sin antes solicitar la venia de su gobierno, una tentativa para influir sobre Nicolás. El zar escuchó atenta y amablemente al embajador, le dio las gracias y pasó a hablar de otras cosas. Protopópov dio cuenta a Nicolás II de las relaciones de sir Buchanan con los jefes del bloque

progresista y propuso que se vigilase la embajada británica. El zar hizo como si no aprobara esta proposición, por entender que el vigilar a los embajadores no se avenía con las tradiciones internacionales. Kurlov dice, sin embargo, sin vacilar, que "los agentes de investigación informaban diariamente de las relaciones del líder del partido kadete, Miliukov, con la embajada británica". Como se ve, las "tradiciones internacionales" no fueron obstáculo mayor; pero su infracción tampoco sirvió de mucho. La conspiración palatina no fue descubierta.

¿Existía, en realidad, tal conspiración? Nada hay que lo pruebe. Para ser un compló era demasiado vasto, abarcaba elementos demasiado heterogéneos y numerosos. Flotaba en el aire como expresión del espíritu de la alta sociedad petersburguesa, como una vaga idea de salvación o como una salida desesperada, pero sin llegar a concretarse en ningún plan práctico.

La nobleza del siglo XVIII introdujo más de una vez enmiendas de carácter práctico en el orden de sucesión al trono, encerrando o estrangulando a los emperadores que no le eran gratos; fue lo que se hizo con Pablo en 1801. No puede decirse, pues, que la revolución palaciega no tuviese precedentes en las tradiciones de la monarquía rusa; al contrario, constituía un elemento típico y constante del zarismo. Pero ya hacía tiempo que la aristocracia no se sentía firme en su puesto. Cedía a la burguesía liberal el honor de estrangular al zar y a la zarina, y el caso es que tampoco los caudillos de este otro poder demostraban más decisión que ella.

Después de la revolución fueron reiteradamente señalados como jefes de las conspiraciones los capitalistas liberales Guchkov y Terechenko y el general Křimov, que simpatizaba con ellos. Los propios Guchkov y Terechenko confirmaron, aunque de un modo vago, la conjetura. Era natural que el duelista Guchkov, exvoluntario en el ejército de los boers contra Inglaterra, un liberal con espuelas, se destacase a los ojos de la "opinión pública" como la figura más adecuada para aquel compló. Él no era, por cierto, un retórico, como el profesor Miliukov. Guchkov pensaría, indudablemente, más de una vez en dar uno de esos golpes certeros y rápidos por medio de los cuales un regimiento de la guardia se basta para suplantar y evitar la revolución. Ya Witte, en sus memorias, denunciaba a este personaje, a quien odiaba, como un devoto de los métodos empleados por los jóvenes turcos para deshacerse de los sultanes molestos; pero Guchkov, que en sus años de juventud no había tenido tiempo de demostrar su arrojo de joven turco, era ya un hombre cargado de años. Y, sobre todo, al colega de Stolypin no podía pasársele desapercibida la diferencia que mediaba entre las condiciones de Rusia y la vieja Turquía, ni podía dejar de preguntarse si aquel golpe de estado palaciego no resultaría a la postre, en vez de un medio de evitar la revolución, el último empujón que desencadenase la tormenta; es decir, si el remedio no sería peor que la enfermedad. En la literatura consagrada a la Revolución de Febrero se habla de la conjura palaciega como de un hecho firmemente comprobado. Miliukov se expresa así: "El golpe estaba señalado para febrero." Denikin amplió el plazo a marzo. Ambos recuerdan el "plan" de detener el tren del zar en el camino, exigirle la abdicación y, en el caso, que se consideraba inevitable, de que se negase, "suprimirlo físicamente". Miliukov añade que, en previsión del posible golpe de estado, los jefes del bloque progresista, que no participaban en el compló y que no estaban "detalladamente" informados de los preparativos del mismo, estudiaban sigilosamente cuál sería el mejor medio de aprovecharse de aquel golpe, caso de que diera resultado. Algunos estudios marxistas de estos últimos años aceptan la versión de que el golpe de estado llegó a prepararse. Este ejemplo (dicho sea de paso) demuestra cuán pronto y con qué fuerza se abren paso de las leyendas a través de la ciencia histórica.

La prueba más importante del compló palatino que frecuentemente se alega es el pintoresco relato de Rodzianko, que atestigua precisamente que no hubo tal compló. En

enero de 1917 llegó del frente a la capital el general Křimov, quien declaró ante los miembros de la Duma que las cosas no podían seguir de aquel modo: “Si os decidís a esa medida extrema (la sustitución del zar) os apoyaremos.” ¡Si *os decidís*! El octubrista Schidlvisky exclamó, colérico: “No hay por qué compadecerle, cuando está arrastrando a Rusia a la ruina.” En el transcurso de la acalorada discusión que se entabló alguien citó las palabras pronunciadas pro Brusílov o que, por lo menos, se le atribuían. “Puesto en el trance de optar entre el zar y Rusia, mi puesto estará al lado de Rusia.” ¡*Puesto en el trance*! El joven millonario Terechenko se mostraba partidario inexorable del regicidio. El kadete Schingarev interviene, para decir: “El general tiene razón: hay que dar el golpe de estado... Pero, ¿*quién se decide a darlo*?” Todo el quid estaba en esto: ¿quién se decide? Tales son, en puridad, los datos que da Rodzianko, que, por su parte, votó contra el golpe de estado de que se hablaba. Por lo visto, en el transcurso de las pocas semanas siguientes el plan no avanzó ni un paso. Se hablaba de detener el tren real; pero no se decía quién había de encargarse de esta operación.

En su juventud, el liberalismo ruso apoyaba con su dinero y sus simpatías a los terroristas revolucionarios, en la esperanza de que las bombas de los anarquistas echarían en sus brazos a la monarquía. Ninguno de aquellos respetables caballeros sabía lo que era jugarse la cabeza. Pero lo verdaderamente importante no era el miedo personal: era el miedo de clase. Las cosas ahora (pensaban los liberales) no andan nada bien, pero aún podían andar peor. De todas maneras, si Guchkov, Terechenko y Křimov se disponían seriamente a dar el golpe de estado, si realmente lo hubieran llegado a planear movilizando fuerzas y recursos, se hubiera sabido de un modo indubitable después de la revolución, pues ni los organizadores ni, sobre todo, los ejecutores jóvenes, que hubieran sido legión, tenían razón alguna para guardar silencio acerca de aquella hazaña “casi” cumplida. Derrocada la monarquía, esto no hubiera hecho más que dar pábulo a su carrera. Pero en vano buscaremos semejantes revoluciones. Por lo que a Guchkov y Křimov se refiere, podemos asegurar sin temor a equivocarnos que sus afanes no pasaron de unos cuantos suspiros patrióticos entre sorbo y sorbo de vino y chupada y chupada de habano. Los conspiradores casquivanos de la aristocracia, lo mismo que los sesudos varones oposicionistas de la plutocracia, no tuvieran valor suficiente para corregir por medio de la acción la marcha de una empresa que iba mal.

Uno de los liberales más fatuos y palabreros, Maklakov, exclamaba en mayo de 1917, en una sesión privada de la Duma, arrollada con la monarquía por la revolución: “Si nuestros descendientes maldicen a esta revolución nos maldecirán también a nosotros mismos, que no supimos evitarla a tiempo, implantándola desde arriba.” Más tarde, ya desde la emigración, Kerensky, siguiendo el ejemplo de Maklakov, dice, afligido: “Sí, la Rusia privilegiada no dio a tiempo desde arriba un golpe de estado (del que tanto se hablaba y para el que tantos (?) preparativos se habían hecho), que hubiera evitado la catastrófica explosión del régimen.”

Estas dos exclamaciones completan el cuadro y demuestran que cuando ya la revolución había desencadenado sus fuerzas indomables, los necios ilustrados seguían creyendo que hubiera podido evitarse fácilmente con un cambio “oportuno” en las cumbres dinásticas del régimen.

Faltó decisión para llevar a cabo la “gran” revolución palaciega. Pero de ella brotó el plan de un pequeño golpe de estado. Los conspiradores liberales no se atrevieron a suprimir al primer actor del drama monárquico; pero los grandes duques decidieron suprimir al apuntador, viendo en el asesinato de Rasputín el último recurso para salvar a la dinastía.

El príncipe Yusúpov casado con una Romanov, asocia a la empresa al gran duque Dimitri Pavlovich y al diputado monárquico Purichkievich. También intentaron atraerse

al liberal Maklakov, sin duda para dar a aquel asesinato un carácter "nacional". El famoso abogado escurrió lindamente el bulto y se limitó, prudentemente, a suministrar a los conjurados el veneno. ¡Detalle éste de gran estilo! Los conjurados confiaban, y no sin razón, que el automóvil con las armas de Romanov facilitaría la desaparición del cadáver después de perpetrado el crimen. ¡Magnífica ocasión para demostrar la utilidad del blasón de los grandes duques! Lo demás se desarrolló como en un argumento de película de mal gusto. En la noche del 16 al 17 de diciembre, Rasputín, invitado a una juerga fue asesinado en el palacio de Yusúpov.

Las clases gobernantes, si se exceptúa a la reducida camarilla y a las místicas adoradoras del "santo", vieron en el asesinato de Rasputín un acto salvador. El gran duque, arrestado en su domicilio con las manos manchadas, según la expresión del zar, por sangre de mujik (aunque fuera un "santo", no por eso dejaba de ser un campesino), fue visitado en señal de simpatía por todos los miembros de la casa imperial que se hallaban en San Petersburgo. La hermana de la zarina, viuda del gran duque Sergio, comunicó por telégrafo que rezaba por los asesinos y bendecía su patriótica acción. Los periódicos, mientras no se dictó la prohibición de tocar el tema de Rasputín, publicaron artículos entusiastas; en los teatros intentaron organizarse manifestaciones en honor de los asesinos, y los transeúntes se felicitaban por las calles. "En las casas particulares, en los clubes de oficiales, en los restaurantes [recuerda el príncipe Yusúpov] se brindaba por nuestra salud; en las fábricas, los obreros lanzaban hurras en nuestro honor." Es perfectamente explicable que los obreros no diesen muestras de pena al enterarse del asesinato de Rasputín. Pero sus gritos de júbilo no tenían nada que ver con la esperanza de que se corrigiese la dinastía.

La camarilla de Rasputín adoptaba una actitud expectante. Rasputín fue enterrado sigilosamente sin más cortejo que el zar, la zarina, sus hijas y la Výrubova. Junto al cadáver del "santo Amigo", antiguo cuatrero, asesinado por los grandes duques, la familia real tuvo que sentirse sola y como apestada. Pero Rasputín no encontró sosiego ni debajo de tierra. Cuando a Nicolás II y Alejandra se les consideraba ya como arrestados, los soldados de Tsárskoye Seló abrieron la tumba y exhumaron el féretro. Junto a la cabeza del muerto había un icono con esta dedicatoria: "Alejandra, Olga, Tatiana, María, Anastasia, Ana." El gobierno provisional envió un emisario con órdenes de que el cadáver fuese trasladado, no se sabe para qué, a Petrogrado. La multitud se opuso a ello y el emisario tuvo que quemar el cadáver en presencia suya.

Después del asesinato del "Amigo", la monarquía no vivió más de diez semanas. Aunque pequeño, todavía le quedaba un plazo. Ya no vivía Rasputín, pero seguía reinando su sombra. Contra lo que habían esperado los conspiradores después del asesinato, la pareja real siguió sosteniendo con especial obstinación a los miembros más despreciables de la camarilla de Rasputín. Para vengar a éste, fue nombrado ministro de justicia un feudal inepto ['declarado canalla', versión francesa]. Varios grandes duques fueron desterrados de la capital. Se decía que Protopópov se dedicaba al espiritismo para conjurar el espíritu del muerto. El dogal va ciñéndose cada vez más a la garganta de la monarquía.

El asesinato de Rasputín tuvo grandes consecuencias, aunque no precisamente las que habían imaginado sus autores e instigadores. Lejos de atenuar la crisis, lo que hizo fue exacerbarla. Por todas partes se hablaba del hecho: en los palacios y en los estados mayores, en los talleres y en las chozas de los campesinos. La conclusión no era difícil de sacar: hasta los grandes duques tenían que acudir al veneno y al revólver contra la corrompida camarilla. El poeta Block escribía, comentando el asesinato de Rasputín: "La bala que acabó con él se ha clavado en el mismo corazón de la dinastía reinante."

Robespierre recordaba a la asamblea legislativa que la oposición de la nobleza, al debilitar a la monarquía, había puesto en pie a la burguesía, y detrás de ella a las masas populares. Al propio tiempo, Robespierre advertía que en el resto de Europa la revolución no podría desarrollarse con la misma rapidez que en Francia, porque las clases privilegiadas de los otros países, aprendiendo el ejemplo de la aristocracia francesa, se cuidarían de no tomar en sus manos la iniciativa de la revolución. Pero, al hacer este notable análisis, Robespierre se equivocaba, suponiendo que con su oposición irreflexiva los nobles franceses habían dado una lección perdurable a la aristocracia de los demás países. El ejemplo de Rusia había de demostrar de nuevo en 1905, y sobre todo en 1917, que la revolución, al enfrentarse con el régimen autocrático y semifeudal, es decir, contra la nobleza, encuentra en sus primeros pasos el aliento incoherente, no sólo de la nobleza de filas, sino hasta de sus sectores más privilegiados, de los miembros de la dinastía inclusive. Este notable fenómeno histórico podría parecer paradójico y contrario a la teoría de la sociedad de clases; en realidad sólo contradice a la idea vulgar que muchos tienen de ella.

La revolución surge cuando todos los antagonismos de la sociedad llegan a su máxima tensión. La situación, en estas condiciones, se hace insoportable incluso para las clases de la vieja sociedad, es decir, aquellas que están condenadas a desaparecer. Sin dar a las analogías biológicas más importancia de la que merecen, no será inoportuno recordar que llega un momento en que el parto es algo tan inevitable y fatal para el organismo materno como para el nuevo ser. La rebeldía de las clases privilegiadas no hace más que dar expresión a la incompatibilidad de su posición social tradicional con las necesidades vitales de la sociedad en el futuro. La aristocracia, sintiendo converger sobre sí la hostilidad general, hace recaer la culpa sobre la burocracia. Ésta acusa a su vez a la nobleza, hasta que ambas juntas, o cada cual por su parte, enderezan su descontento contra el símbolo monárquico del poder.

El príncipe Scherbátov, sacado de las instituciones de la nobleza para servir durante algún tiempo como ministro de la corona, decía: “Tanto Samarin como yo somos antiguos mariscales de la nobleza provinciana. Hasta ahora, nadie nos ha considerado como de la izquierda, ni nosotros mismos nos asignamos este carácter. Pero ni él ni yo podemos comprender que impere en el estado una situación en la que el monarca y su gobierno se hallen radicalmente divorciados de todo lo que hay de razonable en el país (de las intrigas revolucionarias no hay para qué hablar): de los nobles, de los comerciantes, de las ciudades, de los *zemvstos* e incluso del ejército. Si en las alturas no se quiere escuchar nuestra opinión, sabremos cuál es nuestro deber: marcharnos.”

Para la nobleza, la causa de todos los males está en que la monarquía se ha vuelto ciega o ha perdido el juicio. La clase privilegiada no ha perdido las esperanzas en una política capaz de conciliar la sociedad vieja con la nueva. O, dicho en otros términos: la nobleza no se aviene a la idea de que está condenada a desaparecer, y convierte lo que no es más que la angustia del agonizante en rebeldía contra la fuerza más sagrada del viejo régimen, es decir, contra la monarquía. La acritud y la irresponsabilidad de la rebeldía aristocrática se explican por la misma molicie histórica a que están acostumbrados sus más altos representantes, por su miedo insuperable a la revolución. Las incoherencias y contradicciones de la rebeldía aristocrática tienen su razón de ser en el hecho de que se trata de una clase que tiene cerradas todas las salidas, y del mismo modo que una lámpara, antes de extinguirse, brilla por un momento con resplandor más vivo, aunque sea humoso, la nobleza, en los estertores de la agonía, tiene un resplandor súbito de protesta que presta un gran servicio a sus enemigos mortales. Es la dialéctica de este proceso, que no sólo se aviene a la teoría de la sociedad de clases, sino que sólo en ésta encuentra su explicación.

La agonía de la monarquía

La dinastía cayó apenas sacudida, como fruto podrido, antes de que la revolución tuviera tiempo siquiera a afrontar sus miras más inmediatas. La imagen que trazamos de la vieja clase dirigente no sería completa si no intentáramos exponer cómo se enfrentó la monarquía con la hora de su hundimiento.

El zar se encontraba en el cuartel general, en Mohilev, adonde se había trasladado, no porque fuese necesaria su presencia allí, sino huyendo de las molestias petersburguesas. El cronista palaciego, general Dubensky, que se hallaba cerca del zar en el cuartel general, registra en su diario: "Ha empezado aquí una vida tranquila. Todo seguirá como antes. El zar no cambiará nada. Sólo causas exteriores y fortuitas pueden imponer algún cambio..." El 24 de febrero, la zarina escribía al cuartel general, en inglés, como siempre: "Confío en que el Kedrinsky ese de la duma (se trata de Kerensky) será ahorcado por sus detestables discursos; hay que hacerlo a toda costa (ley marcial). Y servirá de ejemplo. Todo el mundo anhela e implora de ti energía." El 25 se recibe en el cuartel general un telegrama del ministro de la guerra comunicando que en la capital han estallado huelgas y disturbios, pero que se han tomado las oportunas medidas y que la cosa no tiene importancia. ¡Como se ve, no ha cambiado nada!

La zarina, que enseñaba siempre al zar a no retroceder, sigue haciendo todo lo posible por mantenerse firme. El 26, con el visible propósito de robustecer el ánimo vacilante de "Nicolás", le telegrafía que "en la ciudad todo está tranquilo". Pero en el telegrama de por la noche se ve obligada ya a confesar que "las cosas toman en la capital muy mal cariz." Por carta le dice: "Hay que decirles, sin ambages, a los obreros que se dejen de huelgas, y si siguen organizándolas, mandarles al frente como castigo. No hay para qué disparar; lo único que hace falta es orden y no dejarles que atraviesen los puentes." No era mucho pedir, en verdad: ¡orden *solamente*! Y, sobre todo, no permitir que los obreros lleguen al centro de la ciudad. Que se ahoguen de rabia e impotencia en sus suburbios.

Por la mañana del día 27 es enviado desde el frente a la capital el general Ivanov con un batallón de georgianos y plenos poderes dictatoriales, aunque con instrucciones para que no los proclame hasta después de ocupado Tsárskoye Seló. "Difícilmente podía haberse pensado en un hombre menos adecuado para aquella misión [recuerda el general Denikin, que también más tarde había de hacer sus pinitos de dictadura militar]; era un hombre senil, incapaz de orientarse en una situación política, sin fuerzas, ni energía, ni voluntad, ni rigor." La elección recayó en él en gracia a sus méritos durante la primera revolución: once años antes, este general había hecho entrar en razón a Cronstadt. Pero esos once años no habían pasado en balde. Durante ellos, los represores habían envejecido y los reprimidos se habían hecho adultos. Se dio a los frentes septentrional y occidental orden de que preparasen tropas para enviarlas a la capital. Por lo visto, creían disponer de tiempo sobrado. El propio Ivanov daba por supuesto que la cosa acabaría pronto y bien. Hasta tuvo la gentileza de acordarse de encargar a su ayudante en Mohilev que comprara provisiones para los amigos de Petrogrado.

El 27 de febrero, Rodzianko envió al zar un nuevo telegrama, que terminaba con estas palabras: "Ha llegado la hora suprema en que van a decidirse los destinos de la patria y de la dinastía." El zar dijo a Frederichs, mayordomo de palacio, comentando el

despacho: "Ese gordo de Rodzianko vuelve a escribirme cuatro tonterías, a las que ni siquiera pienso molestarme en contestar." No; aquello no era ninguna tontería, y pronto había de convencerse de que no tenía más remedio que contestar.

El 27, cerca del mediodía, se recibe en el cuartel general un comunicado de Jabálov hablando de motines en los regimientos de Pávlovsky, de Volinsky, de Litvosky y de Preobrazhensky, y apuntando la necesidad de que se enviasen del frente tropas de confianza. Una hora después llega un telegrama completamente tranquilizador del ministro de la guerra: "Los disturbios que estallaron por la mañana en algunos regimientos son sofocados firme y enérgicamente por las compañías y los batallones, fieles a su deber... Estoy firmemente persuadido de que se restablecerá pronto la tranquilidad..." Sin embargo, después de las siete de la tarde del mismo día, el propio ministro comunica que "las escasas tropas que siguen fieles a su deber no consiguen sofocar la sublevación". Y pide el urgente envío de fuerza realmente leales y en cantidad suficiente "para proceder simultáneamente en los distintos sectores de la capital".

El consejo de ministros reunido aquel día creyó llegado el momento oportuno para eliminar de su seno, por sí y ante sí, a la supuesta causa de todas aquellas calamidades: al ministro del interior, Protopópov, hombre medio loco. Al mismo tiempo, el general Jabálov ponía en vigor el decreto firmado a espaldas del gobierno declarando por orden de su majestad el estado de guerra en Petrogrado. De este modo se intentaba combinar todavía el calor con el frío, pero verosímilmente sin premeditación y, en todo caso, sin esperanza de éxito. No se llegó siquiera a fijar los bandos declarando el estado de guerra; resultó que el general-gobernador Balk no tenía engrudo ni pinceles. La autoridad constituida no servía ya ni para pegar un bando: pertenecía ya al reino de las sombras.

La sombra principal de este último gabinete del zar era el príncipe Golitsin, un viejo de setenta años, que se había pasado varios regentando las instituciones benéficas de la zarina y a quien ésta había puesto al frente del gobierno en los días álgidos de la guerra y la revolución. Cuando los amigos le preguntaban a este "bonachón aristócrata ruso, a este viejo senil" (como le definía el liberal barón de Nolde), por qué había aceptado un cargo de tanta responsabilidad, Golitsin contestaba: "Para tener un recuerdo agradable más que conservar." Mas no lo consiguió, por cierto. Hay un relato de Rodzianko que atestigua cuál era el estado de ánimo del último gobierno del zar en aquellos momentos. Al recibirse las primeras noticias de que las masas avanzaban sobre el palacio de Marinsky, donde el gobierno celebraba sus reuniones, fueron apagadas inmediatamente todas las luces del edificio. Aquellos hombres puestos al frente del estado sólo aspiraban a una cosa: a que la revolución no se fijara en ellos. Mas, el rumor no se confirmó, y cuando, viendo que el temido asalto no ocurría, volvieron a encenderse las luces, más de un ministro zarista apareció, "con gran sorpresa propia" acurrucando debajo de la mesa. No ha podido averiguarse qué clase de recuerdos guardaría en aquel lugar.

Mas tampoco el propio Rodzianko debía de sentirse muy animoso. Después de varias tentativas trabajosas y estériles para establecer comunicación telefónica con el gobierno, consigue al fin que le pongan al habla con el príncipe Golitsin, el cual le previene: "Tenga la bondad de no dirigirse ya a mí para nada, pues he presentado mi dimisión." Al oír esto, Rodzianko, según nos cuenta su fiel secretario, se dejó caer pesadamente sobre un sillón, se cubrió la cara con ambas manos y balbuciendo: "¡Qué horror!... ¡Dios míos! ¡Sin autoridad!... ¡La anarquía!... ¡Sangre!", y rompió a llorar en silencio. Al derrumbarse el espectro caduco del zarismo no había consuelo para Rodzianko: sentíase desamparado, huérfano. ¡Qué lejos se hallaba en aquellos momentos de pensar que al día siguiente había de ponerse a la cabeza de la revolución!

La contestación telefónica de Golitsin se explica teniendo en cuenta que el día 27 por la tarde el consejo de ministros se había reconocido incapaz para dominar la situación

y había aconsejado al zar que pusiese al frente del gobierno a una persona que gozara de la confianza general del país. El zar contestó a Golitsin en estos términos: "Respecto a las modificaciones propuestas en el ministerio, las considero inadmisibles en las circunstancias actuales. *Nicolás*." ¿A qué otras circunstancias esperaba? Al propio tiempo, el zar exigía que se adoptasen "las medidas más enérgicas" para sofocar la sublevación. Pero esto era más fácil de decir que de hacer.

Al día siguiente, 28, hasta la indomable zarina se siente abatida. "Es necesario hacer concesiones [le telegrafía a Nicolás]. Las huelgas continúan y muchas tropas se han pasado a la revolución. *Alicia*." Fue necesario que se sublevase toda la guardia, toda la guarnición, para que la celosa guardadora de la autocracia comprendiese la necesidad de hacer concesiones. Ahora que el zar empieza también a darse cuenta de lo que le había telegrafiado "aquel gordo de Rodzianko" no eran ninguna "tontería". Nicolás decide trasladarse al lado de su familia. Es posible que los caudillos del cuartel general, que no se sentían tampoco muy seguros, hiciesen todo lo posible por quitárselo de encima.

En un principio, el tren real hizo su recorrido normalmente; como de costumbre, fue recibido en todas las estaciones por los agentes de policía y los gobernadores. Lejos del torbellino revolucionario, recluido en su vagón, entre su séquito habitual, el zar volvió a perder, visiblemente, la sensación del desenlace fatal que se avecinaba. El día 28, a las tres de la tarde, cuando el curso de los acontecimientos había decidido ya su suerte, el zar envía desde Viasma a la zarina este telegrama: "Tiempo magnífico. Confió en que os encontraréis buenos y tranquilos. Han sido enviados fuertes destacamentos de tropas desde el frente. Tiernamente tuyo, *Nika*." En vez de las concesiones a las que la propia zarina le impulsa, el tierno amante envía tropas del frente. Pero, a pesar del "tiempo magnífico", horas después, el zar ya no tiene más remedio que afrontar cara a cara el vendaval revolucionario. El tren llegó hasta la estación de Vischera, donde los ferroviarios no dejaron seguir viaje: "El puente está destruido", le dijeron. Lo más probable es que este pretexto lo inventaran los del propio séquito imperial para disimular la verdadera realidad. Nicolás intentó pasar (o intentaron hacerle pasar) por Bologoye, línea de Nikolaievosky; pero tampoco aquí dejaron paso al tren real. Aquello era mucho más elocuente que todos los telegramas de Petrogrado. El zar había abandonado el cuartel general y encontraba cerrado el paso a su capital. ¡Con los "peones" ferroviarios nada más, la revolución daba jaque mate al rey!

El general Dubensky, que acompañaba al zar en su viaje, escribe en el diario: "Todo el mundo se da cuenta de que este viaje nocturno de Vischera es una noche histórica... Para mí es evidente que el problema de la constitución está ya decidido; no hay más remedio que implantarla... Ya no se habla más de la necesidad de ponerse de acuerdo con ellos, con los miembros del gobierno provisional." Ante el semáforo cerrado, detrás del cual acecha acaso la muerte, todos, el conde Frederichs, el príncipe Dolgoruky, el duque de Leuhtenberg, todos estos caballeros aristócratas se sienten partidarios de la constitución. No piensan siquiera en luchar y resistir un poco. Negociar nada más; es decir, volver a engañar al pueblo o intentarlo, por lo menos, como en 1905.

Mientras el tren real erraba de un lado para otro, sin encontrar salida, la zarina enviaba telegrama tras telegrama al zar incitándole a regresar a la capital lo más pronto posible. Pero los telegramas llegaban todos devueltos con esta inscripción en lápiz azul: "Se ignora el paradero del destinatario". Los funcionarios de Telégrafos no podían dar con el zar de todas las Rusias.

Regimientos con bandera y música se dirigían en manifestación al Palacio de Táurida. La guardia de palacio formó bajo el mando del gran duque Cirilo Vladimorovich, en quien se reveló de súbito, como atestigua la condesa Kleinmichel, una gran prestancia revolucionaria. Los centinelas se retiraron. La gente de la corte abandonó el palacio. "Allí

todo el mundo atendía a salvarse a sí mismo" (dice la Výrubova). Por el interior de palacio erraban grupos de soldados revolucionarios, que lo miraban todo con ávida curiosidad. Antes de que los dirigentes resolvieran lo que había que hacer, ya la gente de abajo había convertido en un museo el palacio de los zares.

El zar, cuyo paradero se ignora, vira con su tren hacia Pskov, donde está el estado mayor del frente septentrional que manda el viejo general Ruski. En el séquito del zar se suceden unas proposiciones a otras. El zar da tiempo al tiempo y sigue contando por días y por semanas, cuando la revolución cuenta ya por minutos.

El poeta Block pinta al monarca en los últimos meses de su reinado: "Terco, pero abúlico; nervioso, pero insensible a todo; receloso de todo el mundo, desquiciado, pero cauto en las palabras, no era ya dueño de sí mismo. Había dejado de comprender la situación y no daba ni un solo paso, echándose completamente en brazos de aquellos a los que él mismo había puesto en el poder." ¡Piénsese hasta qué punto se acentuarían en este hombre esos rasgos de abulia y de desquiciamiento, de miedo y de desconfianza, al sobrevenir los últimos días de febrero y los primeros días de marzo!

Por fin, Nicolás, haciendo un último esfuerzo, se dispuso a enviar un telegrama al odiado Rodzianko [telegrama que no debió de llegar tampoco a cursarse, versión en francés] diciéndole que, en aras de la patria y de su salvación, le encargaba de la formación de un nuevo ministerio, reservándose únicamente la provisión de las carteras de negocios extranjeros, guerra y marina. El zar quiere todavía regatear con "ellos": no hay que olvidar que avanzan "numerosas tropas" sobre Petrogrado.

El general Ivanov pudo llegar, efectivamente, sin novedad a Tsárskoye Seló. Por lo visto, los ferroviarios no se decidieron a hacer frente al batallón de los georgianos. El general había de confesar algún tiempo después que, durante el trayecto, se había visto obligado a usar por tres o cuatro veces de la "presión paternal" contra los soldados rebeldes, obligándoles a arrodillarse. Inmediatamente de llegar el "dictador" a Tsárskoye Seló, las autoridades locales le comunicaron que un choque de los georgianos con las tropas podría poner en grave peligro la vida de la familia real. Pero por quien temían era por sí mismos, y esto les llevaba a aconsejar al "pacificador" que se volviese.

El general Ivanov formuló a Jabálov, el otro "dictador", diez preguntas, a todas las cuales recibió una contestación precisa y categórica. Reproducimos aquí las preguntas y las respuestas, pues en verdad que lo merecen:

Preguntas de Ivanov	Respuestas de Jabálov
1ª *¿Qué tropas se ajustan al orden y cuáles faltan a él?*	1ª. *En el edificio del Almirantazgo tengo bajo mis órdenes cuatro compañías de la guardia, cinco escuadrones y centurias, y dos baterías; el resto de las tropas se han pasado a los revolucionarios o permanecen neutrales en connivencia con ellos. Los soldados recorren la ciudad, sueltos o en grupos, y desarman a los oficiales.*
2ª. *¿Qué estaciones están guardadas?*	2ª. *Todas las estaciones están en manos de los revolucionarios, que las guardan celosamente.*
3ª. *¿En qué partes de la ciudad se mantiene el orden?*	3ª. *Toda la ciudad está en poder de los revolucionarios el teléfono no funciona y*

	están cortadas las comunicaciones con los distintos barrios de la capital.
4ª. *¿Qué autoridades ejercen el poder en esos barrios de la capital?*	4ª. *No puedo contestar a esta pregunta.*
5ª. *¿Funcionan normalmente todos los ministerios?*	5ª. *Los ministros han sido detenidos por los revolucionarios.*
6ª. *¿De qué autoridades policiacas dispone usted en este momento?*	6ª. *De ninguna.*
7ª. *¿Qué organismos técnicos y económicos del ramo de guerra se hallan actualmente bajo sus órdenes?*	7ª. *Ninguno.*
8ª. *¿Qué cantidad de víveres tiene usted a su disposición?*	8ª. *No dispongo de víveres. El 25 de febrero había en la ciudad 5.600.000 puds de harina.*
9ª. ¿Han caído muchas armas, artillería y municiones, en manos de los rebeldes?	9ª. *Toda la artillería está en poder de los rebeldes.*
10ª *¿Qué autoridades militares y estados mayores están a las órdenes de usted?*	10ª. *Bajo mis órdenes personales se halla el jefe del estado mayor del distrito; con los demás organismos regionales no tenemos comunicación.*

Después de obtener estos datos, que le imponían, de un modo bien inequívoco, de la realidad, el general "accedió" a retornar con sus fuerzas, que ni siquiera habían descendido del tren, a la estación de Dno. "He aquí [concluye una de las primeras figuras del cuartel general, el general Lukomskiy cómo el envío del general Ivanov, con plenos poderes dictatoriales, vino a parar en un fiasco escandaloso."

La verdad es (dicho sea de paso) que el escándalo pasó desapercibido, ahogado por la marejada de los acontecimientos. Suponemos que el dictador enviaría las provisiones con que quería obsequiar a sus amistades de Petrogrado y sostendría una prolongada conversación con la zarina, en la que ésta le hablaría de su abnegación en los hospitales de campaña y se lamentaría de la ingratitud del ejército y del pueblo.

Entretanto llegaban a Pskov, pasando por Mohilev, noticia tras noticia, cada vez más sombría que la anterior. La guardia personal de su majestad, que se había quedado en la capital y en la que la familia real conocía a cada soldado por su nombre, rodeándolos a todos de mimos y cuidados, se presenta a la Duma nacional pidiendo autorización para arrestar a los oficiales que se niegan a solidarizarse con la insurrección. El vicealmirante Kurosch comunica que no ve posibilidad de sofocar la insurrección de Cronstadt, pues no responde ni de un solo batallón. El almirante Nepenin telegrafía que la escuadra del Báltico no reconoce más gobierno que el comité provisional de la Duma. El jefe de las tropas de Moscú, Mrosovsky, dice: "La mayoría de las tropas, con la artillería, se han pasado a los revolucionarios, en cuyo poder se halla, por tanto, toda la ciudad: el general-gobernador y su ayudante han abandonado sus puestos." Dicho más claramente: han huido.

Todo esto le fue comunicado al zar el día 1 de marzo, por la tarde. Hasta una hora avanzada de la noche se discutió el pro y el contra de un ministerio responsable. Por fin, a las dos de la madrugada, el zar dio su conformidad. Los altos dignatarios que le rodeaban respiraron tranquilos. Creyéndose como la cosa más natural del mundo que con esto se cortaba de raíz el problema de la revolución, dieron al mismo tiempo órdenes para que volvieran al frente las tropas que habían sido destacadas a Petrogrado para sofocar la insurrección. Ruski se apresuró a comunicar a Rodzianko, al apuntar el día, la buena

nueva. Pero el reloj del zar iba enormemente atrasado. Rodzianko, acosado ya en el Palacio de Táurida por los demócratas, los socialistas, los soldados, los diputados obreros, contestó a Ruski: “Lo que usted propone no basta; lo que ahora se debate es la cuestión dinástica... Las tropas se ponen en todas partes al lado de la Duma y del pueblo y exigen la abdicación del zar en favor de su hijo, bajo la regencia de Miguel Alexandrovich.” La verdad era que a las tropas no se les había pasado siquiera por las mentes semejante cosa. Lo que ocurría era que Rodzianko achacaba bonitamente al ejército y al pueblo la fórmula con que la Duma confiaba todavía en contener la revolución. De todos modos, la concesión del zar llegaba demasiado tarde: “La anarquía ha tomado tales proporciones, que me he visto obligado a nombrar esta noche un gobierno provisional. Desgraciadamente, el manifiesto ha llegado tarde...” Estas palabras mayestáticas demuestran que el buen presidente de la duma se había enjuagado ya las lágrimas que derramara días antes junto al teléfono. El zar, leyendo las palabras cambiadas entre Rodzianko y Ruski, vacilaba, releía, esperaba. Pero los caudillos militares salieron de su mutismo para tomar cartas en el asunto: la cosa urgía y también a ellos les afectaba.

Aquella noche, el general Alexéiev pulsó, en una especie de plebiscito, la opinión de los jefes de los frentes. Es magnífico que las revoluciones modernas se realicen con ayuda del telégrafo, pues así las primeras reacciones y el eco que despiertan en los que ejercen el poder van quedando registradas para la historia en las cintas telegráficas. Las negociaciones entabladas entre los mariscales de campo del zar la noche del 1 al 2 de marzo, nos suministran un documento humano incomparable. ¿Debe abandonar el zar el trono, o no? El generalísimo del frente occidental, general Evert, se reserva su opinión hasta que hayan expuesto la suya los generales Ruski y Brusílov. El generalísimo del frente rumano, general Sajárov, exigía que se le comunicasen previamente los dictámenes de los demás generalísimos. Tras muchas vacilaciones, este bravo guerrero declaró que su ardiente amor por el monarca le impide avenirse a tan “vil proposición”; sin embargo, recomienda, “llorando”, al zar que abdique “para evitar imposiciones aún más viles”. El ayudante de campo Evert expone minuciosamente las razones que aconsejan capitular: “Adopto todas las medidas para evitar que las noticias referentes a la situación actual reinante en las capitales penetren en el ejército, con el fin de preservarlo de desórdenes, de otro modo inevitables. Pero no hay modo de poner fin a la revolución en las capitales.” El gran duque Nicolás Nikoláievich exhorta al zar desde el frente caucásico a que tome una “resolución heroica y abdique la corona”; el mismo ruego formulan los generales Alexéiev y Brusílov y el almirante Nepenin. Por su parte, Ruski expone verbalmente al zar su opinión, que coincide con la de esos caudillos. Los generales encañonaban respetuosamente con los cañones de sus siete revólveres al adorado monarca. Temerosos de dejar escapar el momento propicio para ponerse a bien con el nuevo poder, no menos temerosos de sus propias tropas, estos guerreros, maestros en capitulaciones, dan a su zar y jefe supremo, unánimemente, un consejo prudentísimo: retirarse por el foro sin lucha. Ya no se trataba de aquel lejano Petrogrado, contra el que, por lo visto, se podían destacar tropas; se trataba del frente, de donde las tropas tenían que salir.

Oídos estos pareceres, el zar decide renunciar a un trono que ya no posee. Se redacta un telegrama a Rodzianko adecuado a las circunstancias: “No hay sacrificio que yo no sea capaz de hacer en aras del verdadero bien y de la salvación de nuestra querida madre Rusia. Estoy, pues, dispuesto a abdicar la corona en mi hijo, que seguirá a mi lado hasta llegar a la mayoría de edad, nombrando regente del reino a mi hermano el gran duque Miguel Alexandrovich. Nicolás.” Mas tampoco este telegrama se llegó a cursar, pues se recibieron noticias de que los diputados Guchkov y Chulguin salían de Petrogrado para Pskov. Aquello daba nuevo pie para aplazar la decisión. El zar ordenó que le devolviesen el telegrama. Temía, evidentemente, haberse precipitado y seguía esperando

noticias tranquilizadoras; realmente, lo que esperaba era un milagro. Recibió a los diputados a las doce de la noche del día 2 de marzo. El milagro no ocurrió, y ya no podía diferirse más tiempo la resolución. Inesperadamente, el zar declaró que no podía separarse de su hijo (¿qué vagas esperanzas abrigaría en aquellos momentos?) y firmó un manifiesto renunciando a la corona a favor de su hermano. Firmó también unos ucases dirigidos al senado nombrando al príncipe Lvov presidente del consejo de ministros, y generalísimo a Nicolás Nikolaievich. Los temores familiares de la zarina parecían confirmarse: el odiado "Nicolaska" subía al poder del brazo de los conspiradores. Por lo visto, Guchkov creía seriamente que la revolución se avendría con el augusto generalísimo. Éste tomó también en serio el nombramiento y hasta intentó durante algunos días gobernar apelando al cumplimiento de los deberes patrióticos. Pero la revolución le empujó a un lado insensiblemente.

Con el fin de guardar las apariencias de una decisión espontánea y libre, al manifiesto de renuncia a la corona se le puso como hora las tres de la tarde, fundándose en que la resolución primera del zar había sido tomada a esa hora. En realidad, lo que se hacía era revocar aquella "decisión" de por el día, que trasmitía la corona al hijo y no al hermano, en la esperanza de que los acontecimientos tomarían un giro favorable. Pero todo el mundo fingió no darse cuenta de esto. El zar hacía una última tentativa por salvar su dignidad ante los odiados representantes del parlamento, los cuales correspondieron a ello tolerando aquella falsificación de un acto histórico, es decir, un fraude contra el pueblo. La monarquía se retiraba de la escena con el mismo estilo con que había vivido. También sus sucesores se mantuvieron fieles a sí mismos. Es posible que viesen en su tolerancia una condescendencia generosa del vencedor para el vencido.

Apartándose un poco del estilo impersonal de su diario, Nicolás escribe en el asiento del día 2 de marzo: "Por la mañana vino Ruski y me leyó una larguísima conversación sostenida con Rodzianko por teléfono. A juzgar por sus informes, la situación en Petrogrado es tal, que un ministerio compuesto por miembros de la Duma no serviría de nada, pues tendría enfrente al partido socialdemócrata representado por un comité obrero. Le indicó que era necesario que renunciase a la corona. Ruski comunicó esta conversación al cuartel general, a Alexéiev y a todos los generalísimos. A las doce y media de la noche llegaron las respuestas. Para salvar a Rusia y retener las tropas en el frente he decidido dar este paso. Manifesté mi conformidad y desde el cuartel general se envió un proyecto de manifiesto. Por la tarde llegaron de Petrogrado Guchkov y Chulguin, y, después de entrevistarme con ellos, les entregué el manifiesto, corregido y firmado. A la una de la noche me marché de Pskov con el corazón dolorido. Por todas partes traición, cobardía y engaño."

Hay que reconocer que la amargura de Nicolás no carecía de fundamento. el 28 de febrero, el general Alexéiev vuelve a telegrafiar a todos los generalísimos de los frentes: "Pesa sobre todos nosotros, ante el monarca y la patria el deber sagrado de conservar en las tropas de los ejércitos en operaciones la fidelidad al deber y al juramento prestado." Dos días después, Alexéiev excitaba a estos mismos generalísimos a violar la fidelidad "al deber y al juramento prestado". En el alto mando no hubo ni una sola persona que defendiera a su zar. Todos se apresuraron a ponerse a salvo, pasándose a la nave de la revolución, en la firme creencia de que en ella encontrarían cómodo aposentamiento. Generales y almirantes se despojaban tranquilamente de las insignias zaristas para colocarse cintas rojas. Sólo se habló de un pobrecillo comandante de un cuerpo de ejército que murió de un ataque cardíaco al prestar juramento al nuevo poder. Lo que no sabemos es si el corazón le estalló al ver derrumbarse la amada monarquía o por otras causas. Los dignatarios civiles no tenían por qué demostrar profesionalmente más valor que los militares. Cada cual se salvaba como mejor podía.

Pero, decididamente, el reloj de la monarquía no marchaba acorde con el de la revolución. El 3 de marzo, de madrugada, Ruski fue llamado nuevamente al aparato desde la capital por el hilo directo. Rodzianko y el príncipe Lvov exigían que no se hiciera público el manifiesto del zar, que llegaba otra vez tarde. Acaso se tranquilizasen (¿quiénes?) con la subida al trono de Alexei, comunicaban evasivamente los nuevos amos del poder; pero la renuncia a favor del príncipe Miguel era absolutamente inadmisible. Ruski exteriorizó, no sin cierta perversidad, su pesar ante el hecho de que los diputados de la Duma destacados el día anterior no estuviesen lo bastante informados acerca de los verdaderos fines de su viaje. Pero también para esto encontraron los diputados una salida. "Ha estallado, inesperadamente para todo el mundo, una sublevación militar como nunca se había visto [le explicó el gran chambelán a Ruski, como si realmente se hubiera pasado la vida estudiando sublevaciones militares]. La proclamación del gran duque Miguel como emperador no haría más que echar leña al fuego y sobrevendría una verdadera hecatombe." Están todos asustados, todos han perdido la cabeza.

Y los generales vuelven a tragarse silenciosamente esta nueva "imposición vil" de la revolución. Sólo Alexéiev se desahoga un poco en este comunicado telegráfico dirigido a los generalísimos del frente: "Los partidos de izquierda y los diputados obreros ejercen una violenta presión sobre el presidente de la Duma, y en los comunicados de Rodzianko no hay franqueza ni sinceridad." ¡Sinceridad era todo lo que echaban de menos los buenos generales en aquellos momentos!

El zar volvió a reflexionar mejor. Al llegar a Mohilev, procedente de Pskov, entregó a su exjefe de estado mayor, Alexéiev, para que la cursara a Petrogrado, una hoja dando su consentimiento a la abdicación en su hijo. Esta fórmula debía de parecerle, después de todo, la más aceptable. Según cuenta Denikin, Alexéiev se hizo cargo del telegrama y no lo cursó, entendiendo, sin duda, que bastaban los otros dos manifiestos dados a conocer ya al ejército y al país. Aquella discordancia nacía sencillamente de que el cerebro, no sólo del zar y de sus consejeros, sino también el de los liberales de la Duma, trabajaba más lentamente que la revolución.

Antes de salir definitivamente de Mohilev, el 8 de marzo, el zar, ya formalmente arrestado, dirigió un llamamiento a las tropas, que terminaba con estas palabras: "El que en estos momentos piense en la paz, el que desee la paz, es un traidor a la patria." Era una tentativa que alguien debió de sugerirle de ahogar en boca de los liberales la acusación de germanofilia. La tentativa no tuvo consecuencias, pues ya no se atrevieron a hacer pública la alocución.

Así terminaba un reinado que había sido todo él una cadena ininterrumpida de fracasos, catástrofes, calamidades y crímenes, empezando por la hecatombe de Chodinka durante las fiestas de la coronación, pasando por los fusilamientos en masa de huelguistas y campesinos sublevados, por la guerra ruso-japonesa, por las terribles represiones que siguieron a la revolución de 1905, por las innumerables ejecuciones, razias punitivas y los programas nacionalistas, y acabando por la participación insensata e infame de Rusia en la infame e insensata guerra mundial.

Al llegar a Tsárskoye Seló, donde le recluyeron en el palacio real con su familia, el zar dijo en voz baja, según cuenta la Výrubova: "No hay justicia en este mundo." Y, sin embargo, aquellas palabras eran precisamente una prueba irrefutable de que hay una justicia histórica, aunque a veces llegue con retraso.

La semejanza entre la última pareja de los Romanov y la pareja real de los tiempos de la gran Revolución Francesa salta a la vista. Esta semejanza ha sido señalada ya en la literatura, pero de un modo superficial y sin sacar de ella ninguna consecuencia. Sin embargo, esta analogía no es casual, como a primera vista pudiera parecer, y brinda un material precioso para deducir conclusiones.

Separados unos de otros por una distancia de cinco cuartos de siglo, hay momentos en que Nicolás II y Luis XVI se dirían dos actores que representasen el mismo papel. En ambos es la felonía pasiva, acechante, pero vengativa, el rasgo más destacado de carácter, con la diferencia de que el rey francés se oculta tras una dudosa bondad mientras que en el zar ruso es una forma de trato. Uno y otro producen la impresión de hombres a quienes les pesa el oficio que les cupo en suerte y que, sin embargo, no están dispuestos a ceder ni un ápice de los derechos que les rodean y que no saben cómo emplear. Sus diarios, semejantes hasta en el estilo o en la ausencia de estilo, revelan la misma agobiadora vacuidad espiritual.

La austríaca y la alemana de Hesse guardan, a su vez, una evidente simetría. Las dos reinas descuellan sobre sus maridos no sólo en estatura física, sino en talla moral. María Antonieta es menos beata que Alejandra Feodorovna y más ardientemente dada a los placeres. Pero ambas desprecian por igual a sus pueblos, ambas desechan indignadas toda idea de concesiones y ambas desconfían del valor de sus maridos y los miran de arriba abajo: Antonieta, con una sombra de desprecio; Alejandra, con lástima.

Cuando autores allegados de la corte petersburguesa nos aseguran en sus memorias que Nicolás II, de no haber sido zar, habría dejado en el mundo un buen recuerdo, no hacen más que reproducir el viejo cliché benevolente que los de su tiempo acuñaron de Luis XVI, sin que con ello contribuyan gran cosa a enriquecer nuestros conocimientos, ni en punto a la historia ni en lo tocante a la naturaleza humana.

Ya hemos oído cómo se indignaba el príncipe Lvov cuando, en los momentos en que los sucesos trágicos de la primera revolución se hallaban en su apogeo, en donde creía encontrarse con un zar abatido, se encontró con "un hombrecillo alegre y animoso, ataviado con una camisa morada". Sin saberlo, el príncipe no hacía más que repetir lo que el gobernador Morris había escrito, en 1790, en Washington, hablando de Luis XVI: "¿Qué se puede esperar de un hombre que, en la situación en que se halla, come, bebe, duerme y ríe; *de este hombre simpático, más alegre que cuantos le rodean*?"

Cuando Alejandra Feodorovna, dos meses antes de caer la monarquía, predice: "Las cosas toman un buen giro, los sueños de nuestro "Amigo" tienen un gran significado", no hace más que repetir lo que María Antonieta decía un mes antes de derrumbarse en Francia el poder real: "Me siento muy animosa, y algo me dice que pronto seremos felices y estaremos salvados." Están ahogándose, y ambas ven sueños de color de rosa.

Ciertos elementos en esta analogía tienen, naturalmente, un carácter puramente casual y no ofrecen más que un interés histórico anecdótico. Sin duda más importancia tienen aquellos rasgos destacados o directamente impuestos por la fuerza de las circunstancias y que proyectan una cruda luz sobre las relaciones que guardan entre sí la personalidad y los factores objetivos de la historia.

"No sabía querer: he aquí el rasgo más valiente de su carácter", dice un historiador reaccionario francés hablando de Luis XVI. Estas palabras parecen el retrato de Nicolás II. Ninguno de los dos sabía querer; en cambio, sabían no querer. Y, en realidad, ¿qué iban a "querer", suponiendo que pudiesen, los últimos representantes de una causa histórica definitivamente perdida?

"Por lo general, escuchaba, sonreía; pero rara vez se decidía a nada. Lo primero que se le ocurría decir instintivamente era *no*." ¿A quién se refieren estas palabras? También a Luis Capeto. En todo era la conducta de Nicolás II un plagio del rey francés. Uno y otro caminaban al abismo "con la corona sobre los ojos". Pero, ¿es que se puede caminar con los ojos abiertos a un abismo al que no hay manera de escapar? ¿Hubieran remediado algo con echarse la corona atrás para ver mejor?

Sería cosa de recomendar a los psicólogos profesionales la redacción de una antología de lugares paralelos en las vidas de Nicolás II y Luis XVI, de Alejandra y de Antonieta y sus afines y allegados. No les faltarían, desde luego, materiales, y el fruto de su trabajo sería un documento histórico sumamente interesante en abono de la psicología materialista: a excitaciones de la misma naturaleza (no iguales, por cierto) corresponden, en condiciones parecidas, reflejos también semejantes. Cuanto más generoso es el agente que provoca la excitación, antes supera las peculiaridades individuales. Tratándose de cosquillas, cada cual reacciona a su modo; pero si nos tocan con un hierro candente, todo el mundo reacciona igual. Y del mismo modo que el martillo pilón convierte en una plancha una bola o un cubo, bajo el peso de los acontecimientos magnos inexorables, las individualidades, por mucho que resistan, se aplanan y pierden sus contornos genuinos.

Luis XVI y Nicolás II eran los últimos vástagos de unas dinastías que habían vivido turbulentamente. La imperturbabilidad relativa de ambos, su serenidad y "su semblante risueño" en los momentos difíciles eran otras tantas expresiones, adquiridas por hábito de educación, de la pobreza de energías interiores, de la baja tensión de sus descargas nerviosas, de la indigencia de sus recursos espirituales. Eran ambos individuos moralmente castrados, que carecían en absoluto de imaginación y de capacidad creadora, que tenían la inteligencia estrictamente necesaria para darse cuenta de su propia trivialidad y sentían una envidia hostil contra cuanto significase talento y valor. A ambos les tocó en suerte gobernar a sus países en momentos de honda crisis interior y de despertar revolucionario del pueblo. Ambos se defendían contra la difusión de las nuevas ideas y la avalancha de las potencias enemigas, y su indecisión, su hipocresía y su falsedad no eran, en ambos, signos de debilidad moral personal precisamente, sino expresión de la absoluta imposibilidad de sostenerse en el puesto heredado.

¿Y sus esposas? Alejandra, en más alto grado todavía que Antonieta, se vio exaltada por su matrimonio con el autócrata de un poderoso país a las más elevadas cumbres con que puede soñar una princesa, sobre todo la princesa de un rincón provinciano como Hesse. Ambas estaban poseídas hasta el último límite por la conciencia de su elevada misión: Antonieta, de un modo más frívolo; Alejandra, con el espíritu de la hipocresía protestante traducido al lenguaje de la Iglesia eslava. Los fracasos de su reinado y el descontento creciente de sus pueblos hicieron estremecerse despiadadamente el mundo fantástico que se habían construidos aquellos cerebros fantásticos, pero diminutos como de gallinas. Así se explica el furor creciente, la hostilidad sorda, su odio hacia aquellos ministros que tomaban en consideración, por poco que fuese, este mundo hostil, es decir, el país en que vivían, su aislamiento incluso dentro de la propia corte, y aquel eterno sentimiento de descontento hacia el marido en quien no se habían cumplido las esperanzas concebidas durante la época de noviazgo.

Los historiadores y los biógrafos de tendencia psicológica buscan, y muchas veces encuentran, rasgos puramente personales y fortuitos allí donde sólo hay una refracción de las grandes fuerzas históricas en una personalidad. Es el mismo error de visión en que incurren los palaciegos al no ver en el último zar de Rusia más que a un hombre de "mala suerte". Y así lo creía él también. En realidad, sus fracasos provenían de la contradicción entre los viejos objetivos que había heredado de sus antecesores y las nuevas condiciones históricas en que se encontraba colocado. Cuando los antiguos decían que Júpiter privaba del juicio a aquel a quien quería perder, expresaban bajo la forma de una superstición el fruto de profundas observaciones históricas. La frase de Goethe: "La razón se torna en absurdo" (*Vernunft wird Unsinn*) encierra la misma idea del Júpiter impersonal de la dialéctica histórica que priva de razón a las instituciones históricas caducas y condena al fracaso a sus defensores. Nicolás Romanov y Luis Capeto se encontraron con sus papeles históricos trazados de antemano por el curso del drama histórico. Lo más que ellos podían

poner de su cosecha eran los matices de la interpretación. La "mala estrella" de Nicolás II, lo mismo que la de Luis XVI, no hay que buscarla en su horóscopo personal, sino en el horóscopo histórico de la monarquía burocrático-feudal. Eran ambos los últimos vástagos del absolutismo. Su nulidad moral, derivada del carácter agonizante de su dinastía, imprimió a ésta un sello doblemente siniestro.

Podría objetarse que si Alejandro III hubiera bebido menos, habría vivido acaso mucho más y la revolución se habría encontrado con otro zar completamente distinto, sin la menor afinidad con Luis XVI. Pero esta objeción deja completamente incólume lo dicho más arriba. No es nuestro propósito, ni mucho menos, negar la importancia que lo personal tiene en la mecánica del proceso histórico ni la influencia del factor fortuito en lo personal. Lo que sostenemos es que la personalidad histórica, con todas sus peculiaridades, no debe enfocarse precisamente como una síntesis escueta de rasgos psicológicos, sino como una realidad viva, reflejo de determinadas condiciones sociales, sobre las cuales reacciona. Del mismo modo que la rosa no pierde su fragancia por el hecho de que el naturalista indique los elementos del suelo y de la atmósfera de que se nutre, la personalidad no pierde su aroma, o su hedor, por poner al descubierto sus raíces sociales.

Precisamente esa objeción que se apunta (la referente a la longevidad de Alejandro III) puede contribuir a esclarecer el problema en otro aspecto. Supongamos, por un momento, que Alejandro III no hubiese emprendido la guerra con el Japón en 1904. Esto habría demorado la primera revolución. ¿Hasta cuándo? Es posible que la revolución de 1905, es decir, el primer choque en el que se probaron las fuerzas, la primera brecha abierta en el muro de la autocracia, no hubiera sido entones más que una simple introducción a la segunda, a la republicana, y a la tercera, la proletaria. Mas todo lo que se diga sobre este particular serán siempre conjeturas más o menos interesantes. Lo indiscutible es que la revolución no fue un fruto de las condiciones de carácter de Nicolás II, y que Alejandro III no hubiera resuelto tampoco los problemas por ella planteados. Baste recordar que, nunca ni en parte alguna, el tránsito del régimen feudal al burgués se realizó sin conmociones violentas. Ayer mismo lo veíamos todavía en China, como hoy lo podemos observar bien claro en la India. Lo más que se puede aventurar es que la política seguida por la monarquía y la conducta personal del monarca aceleran o retrasan, en ciertos casos, la revolución e imprimen un determinado sello a su proceso externo.

¡Con qué rencorosa e impotente tenacidad pugnaba por defenderse el zarismo en los últimos meses, semanas y días, cuando ya tenía irremediablemente perdida la partida! Si Nicolás II no tenía suficiente voluntad, la zarina se encargaba de suplir este defecto. Rasputín era el elemento de que se valía para gobernar la camarilla, luchando encarnizadamente por su propia conservación. Aun desde este punto de vista limitado, la personalidad del zar aparece absorbida por una pandilla que no es más que un coágulo del pasado y de sus últimas convulsiones. La "política" de la camarilla de Tsárskoye Seló ante la revolución no era más que una resultante de los reflejos de una fiera acosada y desangrada. Si perseguimos por la estepa, leguas y leguas, a un lobo en un rápido automóvil, la fiera acaba, tarde o temprano, por perder el aliento y tenderse en el suelo, agotada. Pero en cuanto probemos a ponerle un collar, la veremos revolverse intentado destrozarnos. Y es natural, pues ¿qué otro recurso le queda en semejantes condiciones?

Los liberales no lo entendían así. Toda el acta de acusación del liberalismo contra el último zar era que Nicolás II, en vez de pactar a tiempo con la gran burguesía, evitando con ello la revolución, se negaba tozudamente a hacer concesiones, y hasta en los últimos momentos, bajo la cuchilla del destino ya, cuando cada minuto contaba, seguía dando largas y más largas, regateando con el destino y dejando perderse las últimas posibilidades. Y todo esto está muy bien. ¡Lástima que el liberalismo, que conocía

remedios tan infalibles para salvar a la monarquía, no los hubiera encontrado para salvase a sí mismo!

Sería absurdo afirmar que el zarismo, nunca ni bajo ningún género de condiciones, se mostró dispuesto a ceder. Hizo concesiones en la medida en que se las imponía la necesidad de la propia conservación. Después del desastre de Crimea, Alejandro II decretó la semiemancipación de los campesinos y una serie de reformas liberales en los dominios de los *zemstvos*, la justicia, la prensa, las instituciones de enseñanza, etc. El mismo zar se encargó de dar expresión a la idea que informaba aquellas reformas: emancipar a los campesinos *desde arriba*, con el fin de que no se emancipasen ellos *desde abajo*. Acuciado por la primera revolución, Nicolás II llegó a conceder una semiconstitución. Stolypin se entregó a la obra de destruir la "comuna" rural, con el designio de abrir más ancho cauce a las fuerzas capitalistas. Pero todas estas reformas no tenían para el zarismo más sentido que mantener en pie, a costa de concesiones parciales, el sistema total: los fundamentos de la sociedad de castas y la monarquía misma. En cuanto vio que los frutos de la reforma iban más allá de los límites propuestos, la monarquía retrocedió inmediatamente. Alejandro II se pasó la segunda mitad de su reinado escamoteando las reformas implantadas por él durante la primera mitad de su reinado. Alejandro III fue todavía más allá por la senda de la contrarreforma. En octubre de 1905, Nicolás II cedió ante la revolución; luego disolvió las dumas creadas por él, y, tan pronto como la revolución se debilitó, dio un golpe de estado. En el transcurso de tres cuartos de siglo (si se cuenta a partir de las reformas de Alejandro II) se desarrolla una pugna, unas veces latente y otras manifiesta, de las fuerzas históricas, que se remonta muy por encima de las cualidades personales de los zares y que encuentra su apogeo y remate en el derrocamiento de la monarquía. Dentro del marco de este proceso histórico es donde hay que situar a los distintos zares, para estudiar su carácter respectivo y trazar su "biografía".

Aun el más autocrático de los déspotas queda muy lejos del individuo que, "libre" y arbitrariamente, imprime su sello propio a los acontecimientos. El monarca no es nunca más que un agente coronado de las clases privilegiadas, que forman una sociedad hecha a su imagen y semejanza. Cuando estas clases tienen todavía una misión que cumplir, la monarquía es fuerte y abriga confianza en sí misma, empuña un aparato firme de poder y puede elegir sin tasa sus gobernantes, pues los hombres de talento no se han pasado todavía al campo enemigo. El monarca, ya sea personalmente o por medio de un favorito, puede, si quiere, convertirse en depositario de una misión histórica, elevada y progresiva. Otra cosa acontece cuando el sol de la vieja sociedad camina irremediablemente a su ocaso: las clases privilegiadas, que eran antes los árbitros de la vida nacional, se convierten ahora en un tumor parasitario y, al perder sus funciones directivas, pierden la conciencia de su misión y la confianza en sus propias fuerzas; esta desconfianza en sí misma les hace perder, al propio tiempo, la confianza en la corona; la dinastía se aísla; el sector de los hombres que le son incondicionalmente adictos se va reduciendo; desciende su nivel; entretanto, van creciendo los peligros: las nuevas fuerzas presionan; la monarquía pierde la capacidad para toda iniciativa creadora, se defiende, se debate, cede, sus actos cobran el automatismo de simples reflejos. El despotismo semiasiático de los Romanov no podía escapar tampoco a este destino.

Si se analiza el zarismo agonizante en un corte vertical, por decirlo así, Nicolás II aparece como el eje de una camarilla que tiene sus raíces en un pasado condenado inexorablemente a desaparecer. Analizado en un corte horizontal, cronológico, el reinado de Nicolás II es el último eslabón de una cadena dinástica. Sus antecesores, miembros también, en su tiempo, de colectividades familiares, burocráticas y de casta, aunque fuesen más extensas, ensayaron distintos métodos de gobierno para salvaguardar el viejo

régimen social contra el destino ineludible que le amenazaba y, sin embargo, sólo consiguieron legar a Nicolás II un imperio caótico que llevaba ya en sus entrañas la revolución. Toda la libertad de opción que a éste le quedaba era entre los distintos caminos que podían llevarle a la ruina.

El liberalismo soñaba con una monarquía de tipo británico. Pero ¿acaso el parlamentarismo surgió en las orillas del Támesis como fruto de una evolución pacífica o por obra y gracia de la "libre" previsión de un monarca? No, fue el resultado de una lucha que duró un siglo y que costó la cabeza a un rey.

En parangón histórico-psicológico que esbozábamos más arriba entre los Romanov y los Capeto podría hacerse extensivo perfectamente a la pareja que ocupaba el trono de Inglaterra al estallar la primera revolución. Carlos I acusaba sustancialmente los mismos rasgos que los analistas e historiadores atribuyen, con más o menos fundamento, a Luis XVI y Nicolás II. "Carlos [escribe Montégut] adoptaba una actitud pasiva, cedía, aunque de mala gana, allí donde no le era posible resistirse, pero recurriendo al engaño y sin ganar con ello popularidad y confianza." "No era un hombre necio [dice otro historiador, hablando de Carlos Estuardo] pero no tenía la suficiente firmeza de carácter... El papel de estrella fatal corría a cargo de su mujer, de Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII, todavía más impregnada que él de las ideas del absolutismo..." No hay para qué detenerse a reseñar las características de esta tercera pareja de reyes, la primera en orden cronológico que pereció aplastada por la revolución nacional. Diremos únicamente que también en Inglaterra los odios se concentraban principalmente en la reina, por ser francesa y papista, acusándosela de manejos con Roma, de mantener relaciones secretas con los rebeldes irlandeses y de intrigar con la corte de Francia.

Pero Inglaterra tenía, al menos, un siglo a su disposición. Inglaterra era el heraldo de la civilización burguesa: no se hallaba bajo el yugo de otras naciones, sino que, por el contrario, mantenía a éstas cada vez más bajo el suyo propio, toda vez que explotaba al mundo entero. Esto suavizaba las contradicciones internas, fomentaba el conservadurismo, daba alas a la prosperidad y a la consistencia de un sector parasitario de grandes propietarios rurales, de la monarquía, de la Cámara de los Lores y de la Iglesia del estado. Gracias al carácter privilegiado, históricamente excepcional del desarrollo de la Inglaterra burguesa, el conservadurismo pasó, combinado con la ductilidad de las instituciones a las costumbres, y aun hoy es el día en que los numerosos filisteos continentales, por ejemplo, el profesor ruso Miliukov o el austro-marxista Otto Bauer, siguen entusiasmándose con el ejemplo inglés. Pero hoy, en que Inglaterra, cohibida ya en el mundo entero, está gastando todo lo que le quedaba de su situación de privilegio de ayer, su conservadurismo pierde ductilidad y hasta se convierte, en manos de los laboristas, en una desenfrenada reacción. Colocado ante la revolución mundial, el socialista MacDonald echa mano de los mismos métodos que Nicolás II oponía a la revolución rusa. Sólo un ciego puede dejar de ver que Inglaterra se halla abocada a gigantescas conmociones revolucionarias, entre las cuales se sepultarán los últimos restos de su conservadurismo, de su hegemonía mundial y de su actual maquinaria política. MacDonald prepara esas conmociones con la misma habilidad y con no menos ceguera que Nicolás II en su tiempo las suyas. Es, como veremos, otra demostración bastante elocuente del papel que la "libre" personalidad desempeña en la historia.

¿Y de dónde iba a sacar Rusia, con su desarrollo rezagado, que le ponía a la cola de todas las naciones europeas, con una base económica mezquina sobre que sustentarse, ese "conservadurismo dúctil" de las formas sociales, cortado a la medida del liberalismo académico y de su sombra de izquierda, el socialismo reformista? Rusia se hallaba demasiado atrasada para eso, y cuando el imperialismo mundial la cogió en sus garras, se

vio obligada a cursar rapidísimamente sus estudios de historia política. Si Nicolás II hubiera dado acogida al liberalismo sustituyendo a Sturmer por Miliukov, el desarrollo de los acontecimientos habría variado tal vez en cuanto a la forma, pero no en el fondo. No se olvide que éste fue el camino seguido por Luis XVI en la segunda fase de la Revolución Francesa, al llamar al poder a los girondinos sin que con ello consiguiesen librarse de la guillotina ni él, primero, ni más tarde los de la Gironda. Las contradicciones sociales acumuladas tenían que brotar al exterior y, al hacerlo, llevar a término su labor depuradora. Ante la presión de las masas populares, que sacaban por fin a combate franco sus infortunios, sus ofensas, sus pasiones, sus esperanzas, sus ilusiones y sus objetivos, las combinaciones tramadas en las alturas entre la monarquía y el liberalismo tenían un valor meramente episódico y podían ejercer a lo sumo una influencia sobre el orden cronológico de los hechos y acaso sobre su número, pero nunca sobre el desarrollo general del drama, ni mucho menos sobre su inevitable desenlace.

Cinco días (23-27 de febrero de 1917)

El 23 de febrero era el Día Internacional de la Mujer. Los elementos socialdemócratas se proponían festejarlo en la forma tradicional: con asambleas, discursos, manifiestos, etc. A nadie se le pasó por las mentes que el Día de la Mujer pudiera convertirse en el primer día de la revolución. Ninguna organización hizo un llamamiento a la huelga para ese día. La organización bolchevique más combativa de todas, el comité de la barriada obrera de Viborg, aconsejó que no se fuese a la huelga. Las masas (como atestigua Kayúrov, uno de los militantes obreros de la barriada) estaban excitadísimas: cada movimiento de huelga amenazaba convertirse en choque abierto. Y como el comité entendiese que no había llegado todavía el momento de la acción, toda vez que el partido no era aún suficientemente fuerte ni estaba asegurado tampoco en las proporciones debidas el contacto de los obreros con los soldados, decidió no aconsejar la huelga, sino prepararse para la acción revolucionaria en un vago futuro. Tal era la posición del comité, al parecer unánimemente aceptada, en vísperas del 23 de febrero. Al día siguiente, haciendo caso omiso de sus instrucciones, se declararon en huelga las obreras de algunas fábricas textiles y enviaron delegadas a los metalúrgicos pidiéndoles que secundaran el movimiento. Los bolcheviques (dice Kayúrov) fueron a la huelga a regañadientes, secundados por los obreros mencheviques y socialrevolucionarios. Ante una huelga de masas no había más remedio que echar a la gente a la calle y ponerse al frente del movimiento. Tal fue la decisión de Kayúrov, que el Comité de Viborg hubo de aceptar. "La idea de la acción había madurado ya en las mentes obreras desde hacía tiempo, aunque en aquel momento nadie suponía el giro que había de tomar." Retengamos esta declaración de uno de los actores de los acontecimientos, muy importante para comprender la mecánica de su desarrollo.

Se daba por sentado, desde luego, que, en caso de manifestaciones obreras, los soldados serían sacados de los cuarteles contra los trabajadores. ¿A dónde se hubiera ido a parar con esto? Estábamos en tiempo de guerra y las autoridades no se mostraban propicias a gastar bromas. Pero, por otra parte, el "reservista" de los tiempos de guerra no era precisamente el soldado sumiso del ejército regular. ¿Era más o menos peligroso? Entre los elementos revolucionarios se discutía muchísimo ese tema, pero más bien de un modo abstracto, pues nadie, absolutamente nadie (como podemos afirmar categóricamente, basándonos en todos los datos de que se dispone), pensaba en aquel entonces que el día 23 de febrero señalaría el principio de la ofensiva declarada contra el absolutismo. Se trataba (en la mente de los organizadores) de simples manifestaciones con perspectivas vagas, pero en todo caso sin gran trascendencia.

Es evidente, pues, que la Revolución de Febrero empezó desde abajo, venciendo la resistencia de las propias organizaciones revolucionarias; con la particularidad de que esta espontánea iniciativa corrió a cargo de la parte más oprimida y cohibida del proletariado: las obreras del ramo textil, entre las cuales hay que suponer que habría no pocas mujeres casadas con soldados. Las colas estacionadas a la puerta de las panaderías, cada vez mayores, se encargaron de dar el último empujón. El día 23 se declararon en huelga cerca de 90.000 obreras y obreros. Su espíritu combativo se exteriorizaba en manifestaciones, mítines y encuentros con la policía. El movimiento se inició en la barriada fabril de Viborg, desde donde se propagó a los barrios de San Petersburgo. Según

los informes de la policía, en las demás partes de la ciudad no hubo huelgas ni manifestaciones. Este día fueron llamados ya en ayuda de la policía destacamentos de tropa poco numerosos al parecer, pero sin que se produjesen choques entre ellos y los huelguistas. Manifestaciones de mujeres en que figuraban solamente obreras se dirigían en masa a la Duma municipal pidiendo pan. Era como pedir peras al olmo. Salieron a relucir en distintas partes de la ciudad banderas rojas, cuyas leyendas testimoniaban que los trabajadores querían pan, pero no querían, en cambio la autocracia ni la guerra. El Día de la Mujer transcurrió con éxito, con entusiasmo y sin víctimas. Pero ya había anochecido y nadie barruntaba aún lo que este día fenecido llevaba en su entraña.

Al día siguiente, el movimiento huelguístico, lejos de decaer, cobra mayor incremento: el 24 de febrero huelgan cerca de la mitad de los obreros industriales de Petrogrado. Los trabajadores se presentan por la mañana en las fábricas, pero se niegan a entrar al trabajo, organizan mítines y a la salida se dirigen en manifestación al centro de la ciudad. Nuevas barriadas y nuevos grupos de la población se adhieren al movimiento. El grito de "¡Pan!" desaparece o es arrollado por los de "¡Abajo la autocracia!" y "¡Abajo la guerra!" La Perspectiva Nevsky contempla un continuo desfilar de manifestaciones: son masas compactas de obreros cantando himnos revolucionarios; luego, una muchedumbre urbana abigarrada, entre la que se destacan las gorras azules de los estudiantes. "El público nos acogía con simpatía, y desde algunos lazaretos los soldados no saludaban agitando lo que tenían a mano." ¿Eran muchos los que se daban cuenta de lo que significaban aquellas pruebas de simpatía de los soldados enfermos por los manifestantes obreros? Cierto es que los cosacos no cesaban de cargar constantemente, aunque sin gran dureza, contra la multitud; sus caballos estaban jadeantes. Los manifestantes se dispersaban y tornaban a reunirse. La multitud no sentía miedo. "Los cosacos prometen no disparar." La frase corría de boca en boca. Por lo visto, los obreros habían parlamentado con algunos cosacos. Poco después aparecieron, medio borrachos, los dragones y se lanzaron sobre la multitud golpeando las cabezas con las lanzas. Pero los manifestantes no se disolvieron. "No dispararán." En efecto, no dispararon.

Un senador liberal cuenta que vio en la calle tranvías parados (¿no sería acaso al día siguiente, confundiéndolo en la memoria?), algunos con los cristales rotos, otros volcados sobre los raíles, y recordó las jornadas de julio de 1914, en vísperas de la guerra. "Parecía como si se repitiese la vieja tentativa." La vista no le engañaba. La continuidad era evidente: la historia cogía los cabos del hilo revolucionario roto por la guerra y los volvía a empalmar.

Durante todo el día la muchedumbre se volcaba de unos barrios en otros. Se veía dispersada por la policía, contenida y rechazada por las fuerzas de caballería y algunos destacamentos de infantería. Con el grito de "¡Abajo la policía!" alternaban cada vez con más frecuencia los hurra a los cosacos. Era un detalle significativo. La multitud exteriorizaba un odio furioso contra la policía. La policía montada era acogida con silbidos, piedras, pedazos de hierro. Muy distinta era la actitud de los obreros respecto de los soldados. En los alrededores de los cuarteles, cerca de los centinelas y las patrullas, se veían grupos de obreros y obreras que charlaban amistosamente con ellos. Era una nueva etapa que tomaban las huelgas en su desarrollo y un fruto del hecho de poner frente a frente al ejército y a las masas obreras. Esta etapa, inevitable en toda revolución, parece siempre nueva, y la verdad es que cada vez se plantea de un modo distinto. Los que han leído y escrito sobre ella no la reconocen.

En la Duma nacional se contaba el día 24 que una masa enorme de gente había invadido toda la Plaza Snamenski, toda la Perspectiva Nevsky y las calles adyacentes, observándose un fenómeno nunca visto: una multitud revolucionaria y no patriótica que acompañaba con vítores a los cosacos y regimientos que avanzaban a los sones de

músicas. Preguntando qué significaba aquello, un transeúnte contestó al diputado que le interrogaba: “Un policía ha dado un latigazo a una mujer; los cosacos se han puesto al lado de esta última y han ahuyentando a la policía.” Nadie se había tomado el trabajo de comprobar la verdad de aquello. A la multitud le bastaba con creerlo, con creer en su verosimilitud, y esta confianza no se había caído del cielo, sino que era el fruto de la experiencia, por eso tenía que convertirse necesariamente en garantía de triunfo.

Después de la reunión mañanera, los obreros de la fábrica de Erickson, una de las más avanzadas de la barriada de Viborg, se dirigieron en masa, con un contingente de unos 2.500 hombres, a la Perspectiva Sampsonievsky, y en una calle estrecha tropezaron con los cosacos. Los primeros que hendieron en la multitud, abriéndose paso con el pecho de los caballos, fueron los oficiales. Tras ellos venían los cosacos galopando a toda la anchura de la avenida. ¡Momento decisivo! Pero los jinetes se deslizaron cautamente como una larga cinta por la brecha abierta por los oficiales. “Algunos [recuerda Kayúrov] se sonreían, y uno de ellos guiñó el ojo maliciosamente a los obreros.” Aquella guiñada del cosaco tenía su porqué. Los obreros recibieron valientemente, aunque sin hostilidad, a los cosacos, y les contagiaron un poco de su valentía. Pese a las nuevas tentativas de los oficiales, los cosacos, sin infringir abiertamente la disciplina, no disolvieron por la fuerza a la multitud y, renunciando a dispersar a los obreros, apostaron a los jinetes a lo ancho de la calle para impedir que los manifestantes pasaran al centro. Pero tampoco esto sirvió de nada. Los cosacos montaban la guardia en sus puestos con todas las de la ley, pero no impedían que los obreros se deslizaran por entre los caballos. La revolución no escoge arbitrariamente sus caminos. Daba sus primeros pasos hacia la victoria bajo los vientres de los caballos de los cosacos. ¡Interesante episodio! ¡Y notable ojo el del narrador, a quien todas las incidencias de ese proceso se le quedaron grabadas en la memoria! Y, sin embargo, no tiene nada de sorprendente. El narrador era un caudillo al que seguían más de dos mil hombres: el ojo del comandante, atento a las balas o al látigo del enemigo, es siempre avizor.

El cambio esperado en el ejército puede observarse, sobre todo, en los cosacos, instrumento inveterado de represión. No quiere ello decir que los cosacos fueran más revolucionarios que los demás. Todo lo contrario: en estos terratenientes acomodados, celosos de sus privilegios de cosacos, que despreciaban a los sencillos campesinos y recelaban de los obreros, anidaban muchos elementos de conservadurismo. Precisamente por esto los cambios provocados por la guerra cobraban en ellos más relieve. Además, el zarismo echaba mano de ellos para todo, los mandaba a todas partes, los colocaba frente al pueblo, ponía sus nervios a prueba. Estaban ya hartos de todo esto; no pensaban ya más que en volver a sus casas, y guiñaban el ojo a los huelguistas como diciendo: “¡Andad, haced lo que queráis; allá vosotros; nosotros no nos meteremos en nada!” Sin embargo, todo esto no pasaba de ser síntomas; significativos, pero síntomas nada más. El ejército seguía siendo ejército, una masa de hombres atados por la disciplina y cuyos hilos principales estaban en manos de la monarquía. Las masas obreras no tenían armas. Sus dirigentes no pensaban siquiera en el desenlace decisivo.

En el orden del día del consejo de ministros celebrado el 24 figuraba entre otros puntos la cuestión de los desórdenes en la capital. ¿Huelgas? ¿Manifestaciones? ¡Bah! No era la primera vez. Todo estaba previsto. Se habían cursado instrucciones oportunas ¡A otra cosa!

¿En qué consistían concretamente las instrucciones circuladas? A pesar de que en el transcurso de los días 23 y 24 fueron agredidos veintidós policías, el jefe de las tropas de la región, general Jabálov, casi dictador, no creyó necesario recurrir al empleo de las armas de fuego, y no por bondad precisamente. Todo estaba previsto y señalado de antemano, y fijado el momento preciso para abrir fuego.

La revolución no sobrevino por torpeza más que en cuanto al momento. En términos generales puede decirse que ambos polos, el revolucionario y el gubernamental, venían preparándose concienzudamente para ella desde hacía muchos años. Por lo que a los bolcheviques se refiere, toda su actuación después de 1905 se redujo en puridad a preparar la segunda revolución. También la actuación del gobierno era en gran parte una serie de preparativos encaminados a aplastar la nueva revolución que se avecinaba. Este aspecto de la actividad gubernamental cobró en el otoño de 1916 un carácter bastante sistemático. Una comisión presidida por Jabálov terminó, a mediados de enero de 1917, un plan concienzudamente estudiado de represión de un nuevo alzamiento. La ciudad fue dividida en seis zonas, cada una de las cuales se dividía a su vez en varios distritos. Al frente de todas las fuerzas armadas se ponía al comandante de las fuerzas de la reserva de la guardia, general Tebenikin. Los regimientos eran distribuidos por distritos. En cada una de las seis zonas la policía, la gendarmería y las tropas se colocaban bajo el mando de jefes y oficiales del estado mayor. La caballería cosaca quedaba a las órdenes directas del propio Tebenikin para las operaciones de más monta. El desarrollo de la represión en orden al tiempo había de ajustarse a las siguientes normas: primero entraría en acción solamente la policía; luego saldrían a escena los cosacos con sus látigos, y sólo en caso de efectiva necesidad se echaría mano de las tropas, armadas con fusiles y ametralladoras. Y este plan, en el que se ponían a contribución, desarrollándolas, las experiencias de 1905, fue en efecto el que de hecho se ejecutó en las jornadas de febrero. La falla no estaba precisamente en la imprevisión ni en los defectos del plan trazado, sino en el material humano que había de ponerlo en acción. Aquí radicaba el gran peligro de que fallara el golpe.

Formalmente, el plan se apoyaba en toda la guarnición, que contaba con 150.000 soldados; pero en realidad sólo podía contar con unos 10.000. Aparte de la fuerza de policía, cuyo contingente era de 3.500 hombres, el gobierno confiaba firmemente en los alumnos de las escuelas militares. Esto se explica por el carácter de la guarnición petersburguesa de aquel entonces, compuesta casi exclusivamente por tropas de reserva, principalmente por los catorce batallones de reserva de los regimientos de la guardia que se hallaban en el frente. Formaban parte, además, de la guarnición un regimiento de infantería, un batallón de motociclistas y una división de la reserva y de automóviles blindados, fuerzas poco considerables de zapadores y de artilleros y dos batallones de cosacos del Don. Esto era mucho, demasiado acaso. Las tropas de reserva estaban integradas por una masa humana a la que no se había podido modelar apenas por la propaganda patriótica o que se había emancipado de ella. En realidad, era éste el estado en que se encontraba casi todo el ejército.

Jabálov se atuvo estrictamente a su plan. El primer día, el 23, sólo entró en acción la policía, el 24 salió a la calle principalmente la caballería, pero sin emplear más que el látigo y la lanza. La infantería y las armas de fuego se reservaron hasta ver el giro que tomaban las cosas. Éstas no se hicieron esperar.

El 25 la huelga cobró aún más incremento. Según los datos del gobierno, este día tomaron parte en ella 240.000 obreros. Los elementos más atrasados forman detrás de la vanguardia; ya secundan la huelga un número considerable de pequeñas empresas; se paran los tranvías, cierran los establecimientos comerciales. En el transcurso de este día se adhieren a la huelga los estudiantes universitarios. A mediodía afluyen a la catedral de Kazán y a las calles adyacentes millares de personas. Intentan organizarse mítines en las calles, se producen choques armados con la policía. Desde el monumento a Alejandro III dirigen la palabra al público los oradores. La policía montada abre el fuego. Un orador es herido. Como consecuencia de los disparos que parten de la multitud, resulta muerto un comisario de la policía y heridos el jefe superior y algunos agentes. De la muchedumbre

se arrojan a los gendarmes botellas, petardos y granadas de mano. La guerra había enseñado el arte de construirlas. Los soldados adoptan una actitud pasiva y a veces hostil a la policía; por entre la multitud corre con emoción la noticia de que cuando los policías empezaban a disparar cerca de la estatua de Alejandro III, los cosacos dispararon contra los "faraones montados" (así llamaba el pueblo a los guardias), viéndose éstos obligados a retirarse. Por lo visto, no se trataba de una leyenda echada a rodar para infundir ánimos, porque la noticia se confirma, aunque en versiones diversas, por diferentes conductos.

El obrero bolchevique Kayúrov, uno de los auténticos caudillos de estas jornadas, cuenta que en uno de los puntos de la ciudad, cuando los manifestantes, corridos a latigazos por la policía montada, se dispersaban pasando por junto a un destacamento de cosacos, Kayúrov, seguido de algunos obreros que no habían imitado a los fugitivos, se acercaron a los cosacos y, quitándose las gorras, les dijeron: "Hermanos cosacos: ayudad a los obreros en la lucha por sus demandas pacíficas: ya veis cómo nos tratan los "faraones" a nosotros, los obreros hambrientos. ¡Ayudadnos!" Aquel tono conscientemente humilde, aquellas gorras en las manos, ¡qué cálculo psicológico más sutil, qué inimitable gesto! Toda la historia de las luchas en las calles y de las victorias revolucionarias está llena de semejantes improvisaciones. Pero estos episodios desaparecen sin dejar huella en el torbellino de los grandes acontecimientos, y a los historiadores no les quedan más que las cáscaras de los lugares comunes. "Los cosacos [prosigue Kujarov] se miraron unos a otros de un modo extraño, y apenas habíamos tenido tiempo de retirarnos cuando se lanzaron a la pelea." Minutos después, la multitud jubilosa alzaba en hombros, cerca de la estación, al cosaco que delante de sus ojos había derribado de un sablazo a un agente de policía. La policía no tardó en desaparecer completamente del mapa; es decir, se ocultó y empezó a maniobrar por bajo de cuerda. Vienen los soldados a ocupar su puesto; fusil al brazo. Los obreros les interrogan, inquietos: "¿Es posible, compañeros, que vengáis en ayuda de los gendarmes?" Como contestación, un grosero "¡Sigue tu camino!" Una nueva tentativa de aproximación termina del mismo modo. Los soldados están sombríos; un gusano les roe por dentro y se irritan cuando la pregunta da en el clavo de sus propias inquietudes.

Entretanto, el desarme de los "faraones" se convierte en la divisa general. Los gendarmes son el enemigo cruel, irreconciliable, odiado. No hay ni que pensar en ganarlos para la causa. No hay más remedio que azotarlos o matarlos. El ejército ya es otra cosa. La multitud rehúye con todas sus fuerzas los choques hostiles con ellos, busca el modo de ganarlo, de persuadirlo, de fundirlo con el pueblo. A pesar de los rumores favorables, acaso un poco exagerados, relativos a la conducta de los cosacos, la multitud sigue guardando una actitud circunspecta ante la caballería. El soldado de caballería se eleva por encima de la multitud, y su espíritu se halla separado del huelguista por las cuatro patas de la bestia. Una figura a la que hay que mirar de abajo arriba se representa siempre más amenazadora y terrible. La infantería está allí mismo, al lado, en la calle, más cercana y accesible. La masa se esfuerza en aproximarse a ella, en mirarle a los ojos, en envolverla con su aliento inflamado. La mujer obrera representa un gran papel en el acercamiento entre los obreros y los soldados. Más audazmente que el hombre, penetra en las filas de los soldados, coge con sus manos los fusiles, implora, casi ordena: "Desviad las bayonetas y venid con nosotros." Los soldados se conmueven, se avergüenzan, se miran inquietos, vacilan; uno de ellos se decide: las bayonetas desaparecen, las filas se abren, estremece el aire un hurra entusiasta y agradecido; los soldados se ven rodeados de gente que discute, increpa e incita: la revolución ha dado otro paso hacia adelante.

Desde el cuartel general, Nicolás II da a Jabálov la orden telegráfica de que acabe con los disturbios "mañana sin falta". La orden del zar coincide con la fase siguiente del "plan" del general; el telegrama imperial no sirvió más que de impulso complementario.

Mañana tendrán la palabra las tropas. ¿No será ya tarde? Por ahora, no se podía decir. La cuestión estaba planteada, pero no resuelta, ni mucho menos. La benignidad de los cosacos, las vacilaciones que se percibían en algunas de las tropas de infantería no eran más que episodios más o menos significativos, repetidos por mil ecos en la calle. Episodios que bastaban para enardecer a la multitud revolucionaria, pero que eran insuficientes para decidir el triunfo, tanto más cuanto que los había también de carácter hostil. Por la tarde de aquel mismo día, en el Gostin y Dver, un pelotón de dragones, como respuesta, según la versión oficial, a unos disparos de revólver que salieron de la multitud, abrió por primera vez el fuego contra los manifestantes; según el informe enviado por Jabálov al cuartel general, resultaron tres muertos y diez heridos. ¡Seria advertencia! Al mismo tiempo, Jabálov amenazaba con mandar al frente a todos los obreros reclamados como reclutas si el 28 no reanudaban el trabajo. El general presentaba a las masas obreras un ultimátum de tres días; es decir, daba a la revolución un plazo mayor del que ésta necesitaba para derribar a Jabálov, y a la monarquía con él. Pero estas cosas sólo se saben después del triunfo. El 25 por la tarde nadie sabía aún lo que traería el día siguiente consigo.

Intentemos representarnos con más claridad la lógica interna del movimiento. El 23 de febrero se inicia, bajo la bandera del "Día de la Mujer", la insurrección de las masas obreras de Petrogrado, latente desde hacía mucho tiempo y desde hacía mucho tiempo también contenida. El primer peldaño de la insurrección es la huelga. A lo largo de tres días, ésta va ganando terreno y se convierte de hecho en general. No hacía falta más para infundir confianza a las masas e impulsarlas a seguir. La huelga, que va tomando cada vez más decididamente carácter ofensivo, se combina con manifestaciones callejeras, que ponen en contacto a la masa revolucionaria con las tropas. Esto impulsa al objetivo del movimiento, en su conjunto, hacia un plano más elevado, donde el pleito se dirime por la fuerza de las armas. Los primeros días se señalan por una serie de éxitos parciales, aunque de carácter más sintomático que efectivo.

Un alzamiento revolucionario que dure varios días sólo se puede imponer y triunfar con tal de elevarse progresivamente de peldaño en peldaño, registrando todos los días nuevos éxitos. Una tregua en el desarrollo de los éxitos es peligrosa. Si el movimiento se detiene y patina, puede ser el fracaso. Pero tampoco los éxitos de por sí bastan; es menester que la masa se entere de ellos a su debido tiempo y aprecie antes de que sea tarde su importancia para no dejar pasar de largo el triunfo en momentos en que le bastaría alargar la mano para tomarlo. En la historia se han dado casos de éstos.

Durante los tres primeros días, la lucha fue exacerbándose constantemente. Pero esto hizo precisamente que las cosas alcanzasen un nivel en que los éxitos sintomáticos ya no bastaban. Toda la masa activa se había echado a la calle. Hizo frente a la policía con buenos resultados y sin excesivas dificultades. En los últimos dos días hubieron de intervenir ya las tropas: en el segundo fue sólo la caballería; al tercero, la infantería también. Las tropas dispersaban a la gente o la contenían, manifestando a veces una condescendencia evidente y sin recurrir casi nunca a las armas de fuego. En las alturas no se apresuraban a modificar el plan represivo, en parte porque no daban a los acontecimientos toda la importancia que tenían (el error de visión de la reacción completaba simétricamente el de los caudillos revolucionarios), y en parte porque no estaban seguros de las tropas. Al tercer día, constreñido por la fuerza de las cosas y por la de la orden telegráfica del zar, el gobierno no tiene más remedio, quiéralo o no, que echar mano de las tropas ya de una manera decidida. Los obreros lo comprendieron así, sobre todo los elementos más avanzados, tanto más cuanto que la víspera los dragones habían disparado sobre las masas. Ahora la cuestión se planteaba en toda su magnitud ante ambas partes.

En la noche del 25 al 26 de febrero fueron detenidas, en distintas partes de la ciudad, cerca de cien personas pertenecientes a las organizaciones revolucionarias, entre ellas cinco miembros del Comité Bolchevique de Petrogrado. Esto daba a entender que el gobierno pasaba a la ofensiva. ¿Qué sucederá hoy? ¿Con qué temple se despertarán los obreros después de las descargas de ayer? Y, sobre todo, ¿cuál será la actitud de las tropas? El 26 de febrero amanece entre nieblas de incertidumbre y de inquietud.

Detenido el comité local, la dirección de todo el trabajo en la capital pasa a manos de la barriada de Viborg. Tal vez sea mejor así. La alta dirección del partido se retrasa desesperadamente. Hasta el día 25 por la mañana, la oficina del comité central de los bolcheviques no se decidió a lanzar una hoja llamando a la huelga general en todo el país. En el momento de salir a la calle este manifiesto, si es que efectivamente salió, la huelga general de Petrogrado se apoyaba ya totalmente en el alzamiento armado. Los dirigentes observan desde lo alto, vacilan y se quedan atrás, es decir, no dirigen, sino que van a rastras del movimiento.

Cuanto más nos acercamos a las fábricas, mayor es la decisión. Sin embargo, hoy, día 26, también en los barrios obreros reina la inquietud. Hambrientos, cansados, ateridos de frío, con una inmensa responsabilidad histórica sobre sus hombros, los militantes del barrio de Viborg se reúnen en las afueras para cambiar impresiones acerca de la jornada y señalar de común acuerdo la ruta que se ha de seguir. Pero, ¿qué hacer? ¿Organizar una nueva manifestación? ¿Qué resultado puede dar una manifestación sin armas, si el gobierno ha decidido jugarse el todo por el todo? Esta pregunta tortura las conciencias. "Todo parecía indicar como la única conclusión posible que la insurrección se estaba liquidando." Es la conocida voz de Kayúrov la que nos habla, y a lo primero nos resistimos a creer que esta voz sea la suya. Tan bajo descendía el barómetro momentos antes de la tormenta.

En las horas en que la vacilación se adueñaba hasta de los revolucionarios que estaban más cerca de las masas, el movimiento había ido ya bastante más lejos en rigor de lo que se imaginaban los propios combatientes. Ya la víspera, al atardecer del 25 de febrero, el barrio de Viborg se hallaba por entero en manos de los rebeldes. Las comisarías de policía fueron saqueadas, destruidas y algunos de los jefes de policía, muertos, aunque la mayoría había desaparecido. El general-gobernador había perdido el contacto con una parte enorme de la capital. El 26 por la mañana se puso de manifiesto que, además de la barriada de Viborg, se hallaban en poder de los revolucionarios el barrio de Peski, hasta muy cerca de la Perspectiva Liteinaya. Por lo menos, así pintaban la situación los informes de la policía. Y en cierto sentido era verdad, si bien es dudoso que los revolucionarios se dieran perfecta cuenta de ello. Indudablemente, en muchos casos los gendarmes abandonaban sus guaridas antes de verse amenazados por los obreros. Aparte de esto, el hecho de que los gendarmes evacuaran los barrios fabriles, no podía tener una importancia decisiva a los ojos de los obreros, y se comprende, pues las tropas no habían dicho aún su última palabra. La insurrección "se está liquidando", pensaban los más decididos, cuando, en realidad, no hacía más que desarrollarse.

El 26 de febrero era domingo y las fábricas no trabajaban, lo cual impedía medir desde por la mañana la intensidad de presión de las masas por la intensidad de la huelga. Además, los obreros se veían privados de la posibilidad de reunirse en las fábricas, como lo habían hecho en los días anteriores, y esto dificultaba la organización de manifestaciones. En la Perspectiva Nevsky reinaba por la mañana la tranquilidad. "En la ciudad todo está tranquilo", telegrafiaba la zarina al zar. Pero la tranquilidad no había de durar mucho. Los obreros van concentrándose poco a poco y se dirigen al centro desde todos los suburbios. No les dejan pasar por los puentes, pero atraviesan sobre el hielo; no hay que olvidar que estamos todavía en febrero, época en que el Nevá está completamente

helado. Los disparos hechos sobre la multitud que atraviesa el río no bastan para contenerla. La ciudad se ha transformado. Por todas partes circulan patrullas, piquetes de caballería, por dondequiera se ven barreras de soldados. Las tropas vigilan sobre todos los caminos que conducen a la Perspectiva Nevsky. Suenan disparos que no se sabe de dónde salen. Aumenta el número de muertos y heridos. Corren en distintas direcciones los coches de las ambulancias sanitarias. No siempre se puede precisar quién dispara ni de dónde parten los tiros. Es indudable que los gendarmes, a quienes se ha dado una severa lección, han decidido no ofrecer más blanco y disparan desde las ventanas, a través de los postigos de los balcones, ocultándose detrás de las columnas, desde las azoteas. Se lanzan conjeturas que se convierten fácilmente en leyendas. Se cree que, para intimidar a los manifestantes, muchos soldados se han puesto capotes de gendarmes. Se dice que Protopópov ha mandado colocar numerosos puestos de ametralladoras en las azoteas de las casas. La comisión nombrada después de la revolución no pudo probar la existencia de estos puestos. Pero esto no quiere decir que no los hubiera. El hecho es que en esta jornada los gendarmes quedan relegados a segundo término. Ahora intervienen decisivamente las tropas, a quienes se da la orden de disparar, y los soldados, sobre todo los regimientos de las escuelas de suboficiales, disparan. Según los datos oficiales, en esta jornada los muertos llegaron a 40, contándose otros tantos heridos, sin incluir los que fueron retirados por la multitud. La lucha entra en su fase decisiva. ¿Se replegarán las masas ametralladas sobre sus suburbios? No; no se replegarán, pues quieren conseguir lo que les pertenece.

El San Petersburgo burgués, burocrático, liberal, está asustado. El presidente de la Duma imperial, Rodzianko, exige que se envíen del frente tropas de confianza; luego "lo pensó mejor" y recomendó al ministro de la guerra, Beliaiev, que dispersara a la multitud no con descargas, sino con mangas de riego, poniendo en acción al cuerpo de bomberos. Beliaiev, después de consultar la cosa con el general Jabatov, contestó que el agua produciría resultados contraproducentes, "pues el agua lo que hace es excitar". Véase cómo los elementos dirigentes liberal-burocráticos-policiacos se entretenían en debates acerca de la ducha fría y caliente para el pueblo insurreccionado. Los informes policiacos de este día demuestran que el agua no bastaba: "Durante los disturbios se observaba como fenómeno general la actitud extremadamente provocativa de los revoltosos frente a la fuerza pública, contra la cual la multitud arrojaba piedras y pedazos de hielo. Cuando las tropas hacían disparos al aire, la multitud no sólo no se dispersaba, sino que acogía las descargas con risas. Fue necesario disparar de veras para disolver los grupos, pero los revoltosos, en su mayoría, se escondían en los patios de las casas vecinas, y cuando cesaban las descargas salían otra vez a la calle." Este informe policiaco atestigua la temperatura extraordinariamente alta de las masas en aquellos días. Es poco verosímil, sin embargo, que la multitud empezase por propia iniciativa a bombardear a las tropas con piedras y pedazos de hielo; esto contradice demasiado la psicología de los rebeldes y su táctica de prudencia con respecto a las tropas. El informe, atento a justificar las matanzas en masa, no describe las cosas tal y como sucedieron en la realidad. Pero el hecho fundamental está expresado con bastante exactitud y perfecta claridad: la masa no quiere ya retroceder, resiste con furor optimista, no abandona el campo ni aun después de las descargas y se agarra no a la vida, sino a las piedras, al hielo. La multitud exasperada demuestra una intrepidez loca. Esto se explica por el hecho de que, a pesar de las descargas, no pierde la confianza en las tropas. Tiene fe en el triunfo y quiere obtenerlo a toda costa.

La presión de los obreros sobre las tropas se intensifica conforme aumenta la presión sobre ella por las autoridades. La guarnición de Petrogrado se ve decididamente arrastrada por los acontecimientos. La fase de expectativa, que se mantuvo casi tres días

y durante la cual el principal contingente de la guarnición pudo conservar una actitud de amistosa neutralidad ante los revolucionarios, tocaba a su fin: "¡Dispara sobre el enemigo!", ordena la monarquía. "¡No dispares contra tus hermanos y hermanas!", gritan los obreros y las obreras. Y no sólo esto, sino: "¡Únete a nosotros!" En las calles y en las plazas, en los puentes y en las puertas de los cuarteles, se desarrollaba una pugna ininterrumpida, a veces dramática y a veces imperceptible, pero siempre desesperada, en torno al alma del soldado. En esta pugna, en estos agudos contactos entre los obreros y obreras y los soldados, bajo el crepitar ininterrumpido de los fusiles y de las ametralladoras, se decidía el destino del poder, de la guerra y del país.

El ametrallamiento de los manifestantes acentúa la sensación de inseguridad en las filas de los dirigentes. Las proporciones que toma el movimiento empiezan a parecer peligrosas. En la reunión celebrada por el Comité de Viborg el día 26 por la tarde, es decir, doce horas antes de decidirse el triunfo, llegó a hablarse de si no era venido el momento de aconsejar que se pusiese fin a la huelga. Esto podrá parecer sorprendente, pero no tiene nada de particular, pues en estos casos es mucho más fácil reconocer la victoria al día siguiente que la víspera. Además, el estado de ánimo sufre constantes alteraciones bajo la presión de los acontecimientos y de las noticias. Al decaimiento sucede rápidamente una exaltación de espíritu. De la valentía de un Kayúrov o de un Chugurin no puede dudarse, pero en algunos momentos se sienten cohibidos por el sentimiento de responsabilidad para con las masas. Entre los obreros de filas hay menos vacilaciones. El agente de la Ojrana, Churkánov, que estaba bien informado, y que desempeñó un gran papel en la organización bolchevique, se expresa en los términos siguientes, en los informes que cursa a sus jefes, hablando del estado de ánimo de los obreros: "Comoquiera que las tropas no oponían obstáculo alguno a la multitud y en algunos casos se han convencido de su impunidad, y ahora, cuando, después de haber circulado sin obstáculos por las calles, los elementos revolucionarios han lanzado los gritos de "¡Abajo la guerra!" y "¡Abajo la autocracia!", el pueblo tiene la certeza de que ha empezado la revolución, de que el triunfo de las masas está asegurado, de que la autoridad es impotente para aplastar el movimiento, puesto que las tropas están a su lado; de que el triunfo decisivo está próximo, ya que aquéllas se pondrán abiertamente, de un momento a otro, al lado de las fuerzas revolucionarias: de que el movimiento iniciado no irá a menos, sino que, lejos de eso, crecerá ininterrumpidamente, hasta lograr el triunfo completo e imponer el cambio de régimen." Este resumen es notable por su concisión y elocuencia. El informe representa de por sí un documento histórico de gran valor, lo cual no obsta, naturalmente, para que los obreros triunfantes fusilaran a su autor.

Los confidentes policiales, cuyo número era enorme, sobre todo en Petrogrado, eran los que más temían el triunfo de la revolución. Estos elementos mantienen su política propia: en las reuniones bolcheviques, Churkánov sostiene la necesidad de emprender las acciones más radicales; en sus informes a la Ojrana, aconseja el empleo decidido de las armas. Es posible que Churkánov, persiguiendo este objetivo, tendiera incluso a exagerar la confianza de los obreros en el triunfo. Pero en lo esencial sus informes reflejaban la verdad, y pronto los acontecimientos vinieron a confirmar su apreciación.

Los dirigentes de ambos campos vacilaban y conjeturaban, pues nadie podía medir *a priori* la proporción de fuerzas. Los signos exteriores perdieron definitivamente su valor de criterios de medida: no hay que olvidar que uno de los rasgos principales de toda crisis revolucionaria consiste precisamente en la aguda contradicción entre la nueva conciencia y los viejos moldes de las relaciones sociales. La nueva correlación de fuerzas anidaba misteriosamente en la conciencia de los obreros y soldados. Pero precisamente el tránsito del gobierno a la ofensiva de las masas revolucionarias hizo que la nueva correlación de fuerzas pasara de su estado potencial a un estado real. El obrero miraba ávida e

imperiosamente a los ojos del soldado, y éste rehuía, intranquilo e inseguro, su mirada: esto significaba que el soldado no respondía ya de sí. El obrero se acercaba a él valerosamente. El soldado, sombría, pero no hostilmente, más bien sintiéndose culpable, guardaba silencio, y, a veces, contestaba con una serenidad forzada para ocultar los latidos inquietos de su corazón. Está operándose en él una gran transformación. El soldado se libraba a todas luces del espíritu cuartelero sin que él mismo se diera cuenta de ello. Los jefes decían que el soldado estaba embriagado por la revolución; al soldado le parecía, por el contrario, que iba volviendo en sí de los efectos del opio del cuartel. Y así se iba preparando el día decisivo, el 27 de febrero.

Sin embargo, ya la víspera tuvo lugar un hecho que, a pesar de su carácter episódico, proyecta vivísima luz sobre los acontecimientos del 26 de febrero: al atardecer se sublevó la cuarta compañía del regimiento imperial de Pávlovsky. En el informe dado por el inspector de policía se indica de un modo categórico la causa de la sublevación: "La indignación producida por el hecho de que un destacamento de alumnos del mismo regimiento, apostado en la Nevsky, disparara contra la multitud." ¿Quién informó de esto a la cuarta compañía? Por una verdadera casualidad, se han conservado datos acerca de esto. Cerca de las dos de la tarde acudió a los cuarteles del citado regimiento un grupo de obreros, que dieron cuenta atropelladamente a los soldados de las descargas de la Nevsky. "Decid a los compañeros que los soldados del Pávlovsky disparan también contra nosotros. Los hemos visto en la Nevsky con vuestro uniforme." Era un reproche cruel y un llamamiento inflamado. "Todos estaban desconcertados y pálidos." La semilla cayó en tierra fértil. Hacia las seis de la tarde, la cuarta compañía abandonó, por iniciativa propia, el cuartel bajo el mando de un suboficial (¿quién era?, su nombre ha desaparecido, sin dejar huella, entre tantos otros cientos y miles de nombre heroicos) y se dirigió a la Nevsky para retirar a los soldados que habían disparado. No estamos ante una sublevación de soldados provocada por el rancho, sino ante un acto de alta iniciativa revolucionaria. Durante el trayecto, la compañía tuvo una escaramuza con un escuadrón de gendarmes, contra el cual disparó, matando a un agente e hiriendo a otro. Desde aquí, ya no es posible seguir el rastro de la intervención de los soldados insurrectos en el torbellino de las calles. La compañía regresó al cuartel y puso en pie a todo el regimiento. Pero las armas habían sido escondidas; sin embargo, según algunos informes, los soldados lograron apoderarse de treinta fusiles. No tardaron en verse cercados por tropas del regimiento de Preobrazhensky; diecinueve soldados fueron detenidos y encerrados en la fortaleza, los restantes se rindieron. Según otros informes, esa noche faltaron del cuartel veintiún soldados con fusiles. ¡Peligrosa escapada! Esos veintiún soldados buscarán durante toda la noche aliados y defensores. Sólo el triunfo de la revolución puede salvarlos. Seguramente que los obreros se enterarían por ellos de lo sucedido. Buen presagio para los combates del día siguiente. Nabokov, uno de los jefes liberales más destacados, cuyas verídicas memorias parecen en algunos pasajes el diario de su partido y de su clase, regresó a su casa a la una de la noche, a pie, por las calles oscuras e intranquilas, "alarmado y lleno de sombríos presentimientos". Es posible que, en una de las encrucijadas, tropezara con un soldado fugitivo, y que, tanto el uno como el otro, se apresuraran a irse cada cual por su lado, puesto que nada tenían que decirse. En los barrios obreros y en los cuarteles, unos vigilaban o discutían la situación, otros dormían con el sueño ligero del vivac y presentían, en un delirio febril, el día de mañana, y allí entre los obreros, el soldado fugitivo halló refugio.

¡Qué pobreza la de las crónicas de las acciones de febrero, aun comparada con los escasos documentos que poseemos de las jornadas de octubre! En octubre, los revolucionarios actuaban capitaneados, día tras día, por el partido; en los artículos, manifiestos y actas del mismo aparece consignado, aunque no sea más que el curso

externo de la lucha. No así en febrero. Las masas no están sometidas casi a ninguna dirección organizada. Los periódicos, con su personal en huelga, permanecieron mudos. Las masas hacían su historia, sin poder pararse a escribirla. Es casi imposible restablecer el cuadro vivo de los acontecimientos que se desarrollaron por aquellos días en las calles. Gracias que podamos reconstituir las líneas generales de su desarrollo exterior y esbozar sus leyes internas.

El gobierno, que aún no se había dejado arrebatar el aparato del poder, seguía los acontecimientos peor incluso que los partidos de izquierda, que, como sabemos, distaban mucho de estar a la altura de las circunstancias. Después de las "eficaces" descargas del 26, los ministros por un momento se tranquilizaron. En la madrugada del 27, Protopópov anunció que, según los informes recibidos, "una parte de los obreros se proponen reanudar el trabajo". Los obreros no pensaban, ni por asomo, en reintegrarse a las fábricas. Las descargas y los fracasos de la víspera no han descorazonado a las masas. ¿Cómo se explica esto? Evidentemente, los factores negativos se han convertido en positivos. Las masas invaden las calles, establecen contacto con el enemigo, ponen amistosamente la mano en la espalda de los soldados, se deslizan por entre las patas de los caballos, atacan, se dispersan, dejan cadáveres tendidos en las bocacalles; de vez en cuando, se apoderan de armas, transmiten noticias, recogen rumores y se convierten en un ser colectivo dotado de innumerables ojos, oídos y tentáculos. Cuando por la noche, después de la lucha, vuelven a sus casas, a los barrios obreros, las masas hacen el resumen de las impresiones del día, y, dejando a un lado lo secundario y accidental, sacan de ellas las conclusiones correspondientes. En la noche del 26 al 27 estas conclusiones fueron, sobre poco más o menos, las notificadas a sus superiores por el confidente Churkánov.

Por la mañana del día siguiente los obreros afluyen nuevamente a las fábricas y, en asambleas generales, deciden proseguir la lucha. Se siguen destacando por su decisión, como siempre, los trabajadores de Viborg. También en los demás barrios transcurren en medio del mayor entusiasmo los mítines matinales. ¡Proseguir la lucha! Pero, ¿qué significa esto, hoy? La huelga general ha derivado en manifestaciones revolucionarias de masas inmensas, y las manifestaciones se han traducido en choques con las tropas. Seguir la lucha hoy equivale a proclamar el alzamiento armado. Pero este llamamiento no lo ha lanzado nadie, no ha sido puesto a la orden del día por el partido revolucionario: es una consecuencia inexorable de los propios acontecimientos.

El arte de conducir revolucionariamente a las masas en los momentos críticos consiste, en nueve décimas partes, en saber pulsar el estado de ánimo de las propias masas, y así como Kayúrov observaba las guiñadas de los cosacos, la gran fuerza de Lenin consistía en su inseparable capacidad para tomar el pulso a la masa y saber cómo sentía. Pero Lenin no estaba aún en Petrogrado. Los estados mayores "socialistas" públicos y semipúblicos, los Kerensky, los Chjeidze, los Skóvelev y cuantos los rodeaban, preferían hacer amonestaciones de toda índole y resistir al movimiento. El estado mayor central bolchevique, compuesto por Schliápnikov, Zalutsky y Mólotov, reveló en aquellos días una impotencia y una falta de iniciativa asombrosas. De hecho, las barriadas obreras y los cuarteles estaban abandonados a sí mismos. Hasta el día 26 no apareció el primer manifiesto a los soldados, lanzado por una de las organizaciones socialdemócratas, afín a los bolcheviques. Este manifiesto, que tenía un carácter muy indeciso y ni siquiera hacía un llamamiento a los soldados para que se pusieran al lado del pueblo, empezó a repartirse por todos los barrios el día 27 por la mañana. "Sin embargo [atestigua Fureniev, uno de los directivos de la organización], los acontecimientos revolucionarios se desarrollaban con tal rapidez, que nuestras consignas llegaban ya con retraso. En el momento en que las hojas llegaban a manos de los soldados, éstos entraban ya en acción."

Por lo que al centro bolchevique se refiere, conviene advertir que, hasta el día 27 por la mañana, Schliápnikov no se decidió a escribir, a instancias de Chugurin, uno de los mejores caudillos obreros de las jornadas de febrero, un manifiesto dirigido a los soldados. ¿Fue impreso ese manifiesto? En todo caso, vería la luz cuando su eficacia era ya nula. En modo alguno pudo tener influencia sobre los sucesos del día 27. No hay más remedio que dejar sentado que, por regla general, en aquellos días los dirigentes, cuanto más altos estaban, más a la zaga de las cosas iban.

Y, sin embargo, el alzamiento, a quien nadie llamaba por su nombre, estaba a la orden del día. Los obreros tenían concentrados todos sus pensamientos en las tropas. ¿Será posible que no logremos moverlas? Hoy, la agitación dispersa ya no basta. Los obreros de Viborg organizan un mitin en el cuartel del regimiento de Moscú. La empresa fracasa. A un oficial o a un sargento no le es difícil manejar una ametralladora. Un fuego graneado pone en fuga a los obreros. La misma tentativa se efectúa también sin éxito en el cuartel del regimiento de reserva. Entre los obreros y los soldados se interponen los oficiales apuntando con la ametralladora. Los caudillos obreros y los soldados, exasperados, buscan armas, se las piden al partido; éste les contesta: las armas las tienen los soldados, id a buscarlas allí. Esto ya lo saben ellos. Pero, ¿cómo conseguirlas? ¿No se echará todo a perder? Así, la lucha iba llegando a su punto crítico. O la ametralladora barre la insurrección, o la insurrección se apodera de la ametralladora. En sus memorias, Schliápnikov, figura central en la organización bolchevique petersburguesa de aquel entonces, cuenta que cuando los obreros reclamaban armas, aunque no fuera más que revólveres, les contestaban con una negativa, mandándolos a los cuarteles. De este modo querían evitar choques sangrientos entre los obreros y los soldados, cifrando todas las esperanzas en la agitación, es decir, en la conquista de los soldados por la palabra y el ejemplo. No conocemos testimonios que confirmen o refuten esta declaración de uno de los caudillos preeminentes de aquellos días, y que más bien acredita miopía que clarividencia. Mucho más sencillo hubiera sido reconocer que los dirigentes no disponían de armas.

Es indudable que, al llegar a una determinada fase, el destino de toda revolución se resuelve por el cambio operado en la moral del ejército. Las masas populares inermes, o poco menos, no podrían arrancar el triunfo si hubiesen de luchar contra una fuerza militar numerosa, disciplinada, bien armada y diestramente dirigida. Pero toda profunda crisis nacional repercute, por fuerza, en grado mayor o menor, en el ejército; de este modo, a la par con las condiciones de una revolución realmente popular, se prepara asimismo la posibilidad (no la garantía, naturalmente) de su triunfo. Sin embargo, el ejército no se pasa nunca al lado de los revolucionarios por propio impulso, ni por obra de la agitación exclusivamente. El ejército es un conglomerado, y sus elementos antagónicos están atados por el terror de la disciplina. Aun en vísperas de la hora decisiva, los soldados revolucionarios ignoran la fuerza que representan y su posible influencia en la lucha. También son un conglomerado, naturalmente, las masas populares. Pero éstas tienen posibilidades incomparablemente mayores de someter a prueba la homogeneidad de sus filas en el proceso de preparación de la batalla decisiva. Las huelgas, los mítines, las manifestaciones, tienen tanto de actos de lucha como de medios para medir la intensidad de la misma. No toda la masa participa en el movimiento de huelga. No todos los huelguistas están dispuestos a dar la batalla. En los momentos más agudos, se echan a la calle los más decididos. Los vacilantes, los cansados, los conservadores, se quedan en casa. Aquí, la selección revolucionaria se efectúa orgánicamente, haciendo pasar a los hombres por el tamiz de los acontecimientos. En el ejército, las cosas no ocurren del mismo modo. Los soldados revolucionarios, los simpatizantes, los vacilantes, los hostiles, permanecen ligados por una disciplina impuesta, cuyos hilos se hallan concentrados,

hasta el último momento, en manos de la oficialidad. En los cuarteles sigue pasándose revista diariamente a los soldados y se les cuenta, como siempre, por orden de las filas "primera y segunda"; pero no, pues sería imposible, por orden de filas "revoltosas" y "adictas".

El momento psicológico en que los soldados se pasan a la revolución se halla preparado por un largo proceso molecular, el cual tiene, como los procesos naturales, su punto crítico. Pero, ¿cómo determinarlo? Cabe muy bien que las tropas estén perfectamente preparadas para unirse al pueblo, pero que no reciban el necesario impulso del exterior: los dirigentes revolucionarios no creen aún en la posibilidad de traer a su lado al ejército, y dejan pasar el momento del triunfo. Después de esta insurrección, que ha llegado a la madurez, pero que se ha malogrado, puede producirse en las tropas una reacción; los soldados pierden la esperanza que había alimentado su espíritu. Tienden nuevamente el cuello al yugo y a la disciplina y, al verse otra vez frente a los obreros, se manifiestan ya contra los sublevados, sobre todo a distancia. En este proceso entran muchos factores difícilmente ponderables, muchos puntos convergentes, numerosos elementos de sugestión colectiva y de autosugestión; pero de toda esa compleja trama de fuerzas materiales y psíquicas se deduce, con claridad inexorable, una conclusión: los soldados, en su gran mayoría, se siente tanto más capaces de desenvainar sus bayonetas y de ponerse con ellas al lado del pueblo, cuanto más persuadidos están de que los sublevados lo son efectivamente, de que no se trata de un simple simulacro, después del cual habrán de volver al cuartel y responder de los hechos, de que es efectivamente la lucha en que se juega el todo por el todo, de que el pueblo puede triunfar si se unen a él y de que su triunfo no sólo garantizará la impunidad, sino que mejorará la situación de todos. En otros términos, los revolucionarios sólo pueden provocar el cambio de moral de los soldados en el caso de que estén realmente dispuestos a conseguir el triunfo a cualquier precio, e incluso al precio de su sangre. Pero esta decisión suprema no puede ni quiere realizarse sin armas.

La hora crítica del contacto entre la masa que ataca y los soldados que le salen al paso tiene su minuto crítico: es cuando la masa gris no se ha dispersado aún, se mantiene firme y el oficial, jugándose la última carta, da la orden de fuego. Los gritos de la multitud, las exclamaciones de horror y las amenazas ahogan la voz de mando, pero sólo a medias. los fusiles se mueven. La multitud avanza. El oficial encañona con su revólver al soldado más sospechoso. Ha sonado el segundo decisivo del minuto decisivo. El soldado más valeroso, en quien tiene fijas sus miradas todos los demás, cae exánime; un suboficial dispara sobre la multitud con el fusil arrebatado al soldado muerto, se cierra la barrera de las tropas; los fusiles se disparan solos, barriendo la multitud hacia los callejones y los patios de las casas. Pero, ¡cuántas veces, desde 1905, las cosas pasaban de otro modo! En el instante crítico, cuando el oficial se dispone a apretar el gatillo, surge el disparo hecho desde la multitud, que tiene sus Kayúrov y sus Chugurin, y esto basta para decidir no sólo la suerte de aquel momento, sino tal vez el de toda la jornada y aun el de toda la insurrección.

El fin que se proponía Schliápnikov: evitar los choques de los obreros con las tropas no dando armas a los revoltosos, era irrealizable. Antes de que se llegara a los choques con las tropas tuvieron lugar innumerables encuentros con los gendarmes. La lucha en las calles se inició con el desarme de los odiados "faraones", cuyos revólveres pasaban a las manos de los revolucionarios. En sí mismo, el revólver es un arma débil, casi de juguete, contra los fusiles, las ametralladoras y los cañones del enemigo. Pero, ¿estaban éstos realmente en sus manos? Para comprobarlo, los obreros exigían armas. Es ésta una cuestión que se resuelve en el terreno psicológico. Pero tampoco en las

insurrecciones los procesos psicológicos son fácilmente separables de los materiales. El camino que conduce al fusil del soldado pasa por el revólver arrebatado al "faraón".

La crisis psicológica por que atravesaban los soldados era, en aquellos momentos, menos activa, pero no menos profunda que la de los obreros. Recordemos nuevamente que la guarnición estaba formada principalmente por batallones compuestos de muchos miles de reservistas destinados a cubrir las bajas de los regimientos que se hallaban en el frente. Estos hombres, padres de familia en su mayoría, se veían ante el trance de ir a las trincheras cuando la guerra estaba ya perdida y el país arruinado. Estos hombres no querían la guerra, anhelaban volver a sus casas, restituirse a sus quehaceres; sabían muy bien lo que pasaba en palacio y no sentían el menor afecto por la monarquía; no querían combatir contra los alemanes, y menos aún contra los obreros petersburgueses; odiaban a la clase dirigente de la capital, que se entregaba a los placeres durante la guerra; además, entre ellos había obreros con un pasado revolucionario que sabían dar una expresión concreta a este estado de espíritu.

La misión consistía en encauzar este descontento profundo, pero latente aún, de los soldados, hacia la acción revolucionaria, franca y abierta o, por lo menos, en un principio, hacia la neutralidad. El tercer día de lucha, los soldados perdieron definitivamente la posibilidad de mantenerse en una posición de benévola neutralidad ante la insurrección. Hasta nosotros llegaron únicamente reminiscencias secundarias de lo sucedido en aquellas dos horas, por lo que al contacto entre los obreros y los soldados se refiere. Hemos visto cómo la víspera los obreros fueron a quejarse amargamente ante los soldados del regimiento de Pávlovsky, y la conducta de un destacamento de alumnos. Escenas, conversaciones, reproches y llamamientos análogos ocurrían en todos los ámbitos de la ciudad. Los soldados no podían seguir vacilantes. Ayer les habían obligado a disparar. Hoy volverían a obligarles a lo mismo. Los obreros no se rinden, no retroceden, quieren conseguir lo que les pertenece, aunque sea bajo una lluvia de plomo, y con ellos están las obreras, las esposas, las madres, las hermanas, las novias. ¿No es ésta, acaso, la hora aquella de que tan a menudo se hablaba, cuchicheando, en los rincones?: "Y si nos uniéramos todos?" Y en el momento de las torturas supremas, del miedo insuperable ante el día que se avecina, henchidos de odio contra aquellos que les imponen el papel de verdugos, resuenan en el cuartel las primeras voces de indignación manifiesta, y en estas voces anónimas todo el cuartel se ve retratado, aliviado y exaltado a sí mismo. Así amaneció sobre Rusia el día del derrumbamiento de la monarquía de los Romanov.

En la reunión celebrada por la mañana en casa del incansable Kajurov, a la cual acudieron hasta cuarenta representantes de las fábricas, la mayoría se pronunció por llevar adelante el movimiento. La mayoría, pero no todos. Es lástima que no se conserve testimonio de la proporción de votos. Pero no eran aquéllos, momentos de actas. Por lo demás, el acuerdo llegó con retraso: la asamblea se vio interrumpida por la noticia fascinadora de la sublevación de los soldados y de que habían sido abiertas las puertas de las cárceles. "Churkánov besó a todos los presentes." Fue el beso de Judas, pero éste no precedía, por ventura, a una crucifixión.

Desde la mañana se fueron sublevando, uno tras otro, al ser sacados de los cuarteles, los batallones de reserva de la guardia, continuando el movimiento que en la víspera había iniciado la Cuarta Compañía del Regimiento de Pávlovsky. Este grandioso acontecimiento de la historia humana sólo ha dejado una huella pálida y tenue en los documentos, crónicas y memorias. Las masas oprimidas, aun cuando se eleven hasta las cimas mismas de la creación histórica, cuentan poco de sí mismas y aún se acuerdan menos de consignar sus recuerdos por escrito. Y la exaltación del triunfo esfuma luego el trabajo de la memoria. Conformémonos con lo que hay.

Los primeros que se sublevaron fueron los soldados del regimiento de Volinski. Ya a las siete de la mañana, el comandante del batallón llamó a Jabálov por teléfono, para comunicarle la terrible noticia, el destacamento de alumnos, esto es, las fuerzas que se creían más adictas y se destinaban a sofocar el movimiento, se habían negado a salir; el jefe había sido muerto o se había suicidado ante los soldados: sin embargo, esta segunda versión fue abandonada en seguida. Quemando los puentes tras de sí, los soldados de Volinsky se esforzaron en ampliar la base de la sublevación, que era lo único que podía salvarles. Con este fin se dirigieron a los cuarteles de los regimientos de Lituania y Preobrazhensky, situados en las inmediaciones, "llevándose" a los soldados, del mismo modo que los huelguistas sacan a los obreros de las fábricas. Poco después, Jabálov recibía la noticia de que los soldados del regimiento de Volinsky no sólo no entregaban los fusiles, como había ordenado el general, sino que, unidos a los soldados de los regimientos de Preobrazhensky y de Lituania, y lo que era aún más terrible, "unidos a los obreros", habían destruido el cuartel de la división de gendarmes. Esto atestigua que la experiencia por que habían pasado el día antes los soldados del regimiento de Pávlovsky no había sido estéril: los sublevados habían encontrado caudillos y, al mismo tiempo, un plan de acción.

En las primeras horas de la mañana del día 27, los obreros se imaginaban la consecución de los fines de la insurrección mucho más lejana de lo que estaba en realidad. Para decirlo más exactamente, sólo veían la consecución de estos fines como una remota perspectiva, cuando en sus nueve décimas partes se hallaban ya alcanzados. La presión revolucionaria de los obreros sobre los cuarteles coincidió con el movimiento revolucionario de los soldados en las calles. En el transcurso del día, estas dos poderosas avalanchas se unen formando un todo, para arrastrar, primero el tejado, después los muros y luego los cimientos del viejo edificio. Chugurin fue uno de los primeros que se presentó en el local de los bolcheviques con un fusil en la mano y la espalda cruzada por una cartuchera, "sucio, pero radiante y triunfal". ¡La cosa no era para menos! ¡Los soldados se pasan a nuestro lado con las armas en la mano! En algunos sitios, los obreros han conseguido unirse a los soldados, penetrar en los cuarteles, obtener fusiles y cartuchos. Los obreros de Viborg, y con ellos la parte más decidida de los soldados, han esbozado el plan de acción: apoderarse de las comisarías de policía, en las cuales se han concentrado los gendarmes armados, desarmar a todos los jefes de policía; liberar a los obreros detenidos y a los presos políticos encerrados en las cárceles; destruir los destacamentos gubernamentales de la ciudad, unirse a los soldados que no se han sublevado aún y a los obreros de las demás barriadas.

El regimiento de Moscú se adhirió a la insurrección, no sin luchas intestinas. Es sorprendente que estas luchas fueran tan poco considerables en otros regimientos. Los elementos monárquicos, impotentes, quedaban separados de la masa, se escondían por los rincones o se apresuraban a cambiar de casaca. "A las dos de la tarde [recuerda el obrero Koroliev], al salir el regimiento de Moscú, nos armamos... Cogimos cada uno un revólver y un fusil, nos unimos a un grupo de soldados que se nos acercó (algunos de ellos rogaron que les mandáramos y les indicáramos que tenían que hacer), y nos dirigimos a la calle Tichvinskaya, para abrir el fuego contra la comisaría de policía." Véase, pues, cómo los obreros indicaban a los soldados lo que tenían que hacer, sin un instante de vacilación.

Una tras otra, llegaba jubilosas noticias de victoria. ¡Los revolucionarios estaban en posesión de automóviles blindados! Con las banderas rojas desplegadas, estos autos sembraban el pánico entre los que aún no se habían sometido. Ahora ya no era necesario deslizarse por entre las patas de los caballos de los cosacos. La revolución está en pie en toda su magnitud.

Hacia el mediodía, Petrogrado vuelve a convertirse en un campo de operaciones: por todas partes se oyen disparos de fusilería y ametralladoras. No siempre es posible concretar quién dispara contra quién. Lo único que puede afirmarse es que se tirotean el pasado y el futuro. Es frecuente también el tiroteo sin objetivo: se disparaba, sencillamente, con los revólveres adquiridos inesperadamente. Ha sido saqueado el arsenal. "Se dice que se han repartido algunas decenas de miles de brownings." Del Palacio de Justicia y de las comisarías de policía incendiadas se elevan al cielo columnas de humo. En algunos puntos, las escaramuzas y los tiroteos se convierten en verdaderas batallas. En la Perspectiva Sampsonievsky, los obreros se acercan a las barracas ocupadas por los motociclistas, una parte de los cuales se agrupa en las puertas. "¿Qué hacéis aquí parados, compañeros?" Los soldados sonríen, "con una sonrisa que no promete nada bueno", atestigua uno de los beligerantes, y permanecen callados. Los oficiales ordenan groseramente a los obreros que sigan su camino. Los motociclistas, lo mismo que los soldados de caballería, fueron durante las revoluciones de febrero y de octubre los cuerpos más conservadores de todo el ejército. Pronto se agrupan ante la verja un tropel de obreros y soldados revolucionarios. ¡Hay que sacar de ahí al batallón sospechoso! Alguien comunica que ha sido pedido un automóvil blindado; de otro modo, es poco probable que se pueda sacar de su guarida a los motociclistas, que se han artillado apostando ametralladoras. Pero la masa no sabe esperar: se muestra impaciente e intranquila, y en su impaciencia tiene razón. Suenan los primeros tiros disparados por ambas partes, pero la valla de tablas que separa a los soldados de la revolución, estorba. Los atacantes deciden destruirla. Un trozo es derribado, al resto le pegan fuego, Aparecen las barracas, que son cerca de una veintena. Los motociclistas se concentran en dos o tres. Las otras son inmediatamente incendiadas. Seis años después Kayúrov registra el recuerdo: "Las barracas ardiendo y la valla que las rodeaba derribada, el fuego de las ametralladoras y los fusiles, los rostros agitados de los sitiadores, el camión lleno de revolucionarios armados que se acerca a toda marcha, y finalmente, el automóvil blindado que llega, con sus bruñidos cañones, ofrecían un espectáculo magnífico e inolvidable." La vieja Rusia zarista, eclesiástico-policíaca, se consumía en el incendio de las barracas y las vallas, desaparecía entre el fuego y el humo, ahogándose en el tiroteo de las ametralladoras. ¿Cómo no habían de exaltarse los Kayúrov, las decenas, los centenares, los miles de Kayúrov? El automóvil hizo algunos disparos de cañón contra la barraca en que se habían refugiado los oficiales y los motociclistas. El comandante de los sitiados resultó muerto; los oficiales, quitándose las charreteras y los emblemas, se fugaron por puertas adyacentes; los demás se rindieron. Fue probablemente la refriega más importante de la jornada.

Entretanto la sublevación militar tomaba un carácter epidémico. Las únicas que no la secundaban eran ya las fuerzas que no habían tenido tiempo de hacerlo. Al atardecer se sumaron al movimiento los soldados del regimiento de Semiónov, famoso por la salvaje represión del alzamiento de Moscú, en 1905. ¡Los once años pasados desde entonces no habían pasado en vano! Los soldados del regimiento de Semiónov, unidos a los cazadores, sacaron a la calle, ya entrada la noche, a los del regimiento de Ismail, a quienes los jefes mantenían encerrados en los cuarteles: este regimiento, que cercó y detuvo el 3 de diciembre de 1905 al primer sóviet de Petrogrado, seguía siendo considerado como uno de los más reaccionarios. La guarnición del zar en la capital, que contaba con ciento cincuenta mil soldados, se iba fundiendo, derritiéndose, desaparecía por momentos. Por la noche, ya no existía.

Después de las noticias recibidas por la mañana acerca de la sublevación de los regimientos, Jabálov todavía intenta resistir, mandando contra los sublevados un destacamento formado por elementos diversos, de cerca de mil hombres, con las

instrucciones más draconianas. Pero la suerte de este destacamento toma un giro misterioso. "En estos días sucede algo incomprensible [cuenta después de la revolución el incomparable Jabálov], el destacamento avanza con oficiales valientes y decididos a la cabeza [alude al coronel Kutepov]; pero... ¡sin resultado alguno!" Las compañías mandadas tras ese destacamento desaparecen también sin dejar huella. El general empieza a formar reservas en la plaza de palacio, pero "faltaban cartuchos y no había de dónde sacarlos." Entresacamos todo esto de las declaraciones de Jabálov ante la comisión investigadora del gobierno provisional. Pero ¿dónde fueron a parar, a fin de cuentas, los destacamentos destinados a sofocar la insurrección? No es difícil adivinarlo: se vieron inmediatamente absorbidos por esta última. Los obreros, las mujeres, los muchachos, los soldados sublevados, rodeaban a los destacamentos de Jabálov por todos lados, considerándolos como suyos o esforzándose por conquistarlos, y no les daban la posibilidad de moverse como no fuera uniéndose a la inmensa multitud. Luchar con esta masa que se había adherido a los soldados, que ya no temía nada, que era inagotable, que se metía en todas partes, era tan imposible como batir en medio de una masa de levadura.

Simultáneamente con las continuas informaciones relativas a las sublevaciones de nuevos regimientos, llegaban demandas de tropas de confianza para reprimir la insurrección, para guardar la central telefónica, el Palacio de Lituania, el Palacio de Márinski y otros sitios aún más sagrados, Jabálov pidió por teléfono que se mandaran tropas de confianza de Cronstadt, pero el comandante contestó que el mismo temía por la seguridad de la fortaleza. Jabálov ignoraba todavía que la sublevación se había extendido a las guarniciones vecinas. El general intentó o simuló intentar convertir el Palacio de Invierno en reducto, pero el plan hubo de abandonarse en seguida por irrealizable, y el último puñado de tropas "adictas" pasó al Almirantazgo. Allí, el dictador se preocupó, finalmente, de realizar la cosa más importante e inaplazable: imprimir, para ser publicado, los dos últimos decretos del gobierno, sobre la dimisión de Protopópov por "motivos de salud" y sobre la declaración del estado de sitio en Petrogrado. Este último decreto corría, en efecto, mucha prisa, pues pocas horas después, el ejército de Jabálov levantaba "el sitio" de Petrogrado y huía del Almirantazgo para refugiarse en sus casas. Sólo por desconocimiento de la realidad la revolución no detuvo el día 27 por la noche a aquel general dotado de atribuciones terribles, pero que ya no tenía nada de terrible. Se hizo al día siguiente, sin ninguna dificultad.

¿Pero es posible que sea ésta toda la resistencia que ofrezca la terrible Rusia zarista ante el peligro mortal? Sí, casi todo, a pesar de la gran experiencia acumulada en lo que a las represiones contra el pueblo se refería, y a pesar de los planes de represión, tan concienzudamente elaborados. Más tarde, los monárquicos, al volver en sí, explicaron la facilidad de la victoria del pueblo en febrero, por el carácter especial de la guarnición de Petrogrado. Pero todo el curso ulterior de la revolución desmiente este razonamiento. Es verdad que, ya a principios del año fatal, la camarilla sugería al zar la conveniencia de renovar la guarnición de la capital. El zar se dejó convencer sin trabajo de que la caballería de la guardia, que era considerada como muy adicta, había "permanecido bastante tiempo en el fuego" y merecía que se le diese descanso en sus cuarteles de Petrogrado. Sin embargo, accediendo a respetuosas indicaciones del frente, el zar sustituyó a los cuatro regimientos de la caballería de la guardia por tres dotaciones de marina de la guardia. Según la versión de Protopópov, la sustitución se llevó a cabo sin el consentimiento del zar, con una intención pérfida por parte del mando. "Los marineros son, en su mayoría, obreros, y representan el elemento más revolucionario del ejército." Pero esto es un absurdo evidente. Lo que ocurrió era, sencillamente, que la alta oficialidad de la guardia, sobre todo la de caballería, hacía una carrera demasiado brillante en el frente para que tuviera ningún deseo de retornar al interior. Además, tenía que pensar, no sin miedo, en

las funciones represivas que se les asignaba a la cabeza de regimientos que en el frente habían sufrido una completa transformación. Como no tardaron en demostrar los acontecimientos del frente, la guardia montada no se distinguía ya, en aquel entonces, del resto de la caballería, y los marinos de la guardia trasladados a la capital no desempeñaron ningún papel activo en la revolución de febrero. La verdadera causa estribaba en que la trama toda del régimen estaba podrida y no tenía ni un solo hilo sano...

En el transcurso del día 27 fueron puestos en libertad por la multitud, sin que hubiera ninguna víctima, los detenidos políticos de las numerosas cárceles de la capital, entre ellos el grupo patriótico del comité industrial de guerra, detenido el 26 de enero, y los miembros del comité petersburgués de los bolcheviques, encarcelados por Jabálov cuarenta horas antes. A las mismas puertas de la cárcel se dividen los caminos políticos: los patriotas mencheviques se dirigen hacia la Duma, donde se reparten los papeles y los cargos; los bolcheviques se van a las barriadas, al encuentro de los obreros y los soldados, a fin de dar cima con ellos a la conquista de la capital. No se puede dejar respiro al enemigo. Las revoluciones exigen, más que ninguna otra cosa, remate y coronación.

No se puede precisar quién sugirió la idea de conducir al Palacio de Táurida a los regimientos sublevados. Esta ruta política era una consecuencia lógica de la situación. Todos los elementos radicales no incorporados a las masas se sentían, naturalmente, atraídos hacia este palacio, en que se concentraban todos los informes de la oposición. Es muy verosímil que precisamente estos elementos, que sintieron súbitamente el día 27 la afluencia de fuerzas vitales, desempeñasen el papel de guías de la guardia sublevada. Este papel era honroso y ya casi no ofrecía peligro alguno. El Palacio de Potemkin, por su situación, era el más apropiado para servir de centro a la revolución. El jardín de Táurida sólo estaba separado por una calle de la población militar, en que se hallaban los cuarteles de la guardia y una serie de instituciones militares. Durante muchos años, esta parte de la ciudad había sido considerada, tanto por el gobierno como por los revolucionarios, como el reducto militar de la monarquía. Y lo era efectivamente. Pero todo había cambiado. La sublevación militar surgió, precisamente, de este sector. Los sublevados no tenían más que atravesar la calle para llegar al jardín del Palacio de Táurida, separado del Nevá solamente por una manzana de casas. Del otro lado del Nevá se extiende la barriada de Viborg, caldera de vapor de la revolución. Los obreros no tienen más que cruzar el puente de Alejandro, y, si éste ha sido levantado, por el río helado, para ir a parar a los cuarteles de la guardia o al Palacio de Táurida. He aquí cómo este triángulo heterogéneo y contradictorio por su origen, situado en el noroeste de San Petersburgo: la guardia, el Palacio de Potemkin y las fábricas gigantescas, se convierte en la plaza de armas de la revolución.

En el edificio del Palacio de Táurida surgen o empiezan a dibujarse ya los distintos centros, entre ellos el estado mayor de la insurrección. No se puede decir que éste tuviera un carácter muy serio. Los oficiales "revolucionarios", esto es, los oficiales relacionados por su pasado con la revolución, aunque no fuera más que por equívoco, pero que habían dejado pasar la insurrección, se apresuran después de la victoria a recordar su existencia, o, respondiendo al llamamiento directo de los demás, se ponen "al servicio de la revolución". Estos elementos examinan pedantescamente la situación y menean la cabeza con gesto pesimista. Claro está, dicen, que esa masa de soldados en fermentación, muchas veces desarmados, no tiene capacidad combativa alguna. No hay ni artillería, ni ametralladoras, ni jefes. El enemigo tendría bastante con un buen regimiento sólido. Ahora, es verdad que los regimientos revolucionarios impiden toda operación sistemática en las calles. Pero, por la noche, los obreros se irán a sus casas, el habitante neutral se acostará, la ciudad quedará desierta. Si Jabálov se presenta en los cuarteles con un regimiento de confianza, puede hacerse dueño de la situación. Con esta misma idea nos

hemos de encontrar luego, con distintas variantes, a través de las varias etapas de la revolución. "Dadme un regimiento de confianza, dirán más de una vez los bravos coroneles, y en un cerrar y abrir de ojos barro yo toda esa porquería." Algunos, como veremos, lo intentarán, pero todos tendrán que repetir las palabras de Jabálov: "El destacamento ha salido con un bravo oficial a la cabeza, pero... ¡sin resultado alguno!"

No podía ser de otro modo. Los policías y los gendarmes, y con ellos los destacamentos de alumnos de algunos regimientos, constituían una fuerza suficientemente firme, pero resultaron de una insignificancia lamentable ante la presión de las masas: como resultarán impotentes, ocho meses después, los batallones de San Jorge y, ocho meses después, en octubre, los alumnos de las escuelas militares. ¿De dónde iba a sacar la monarquía ese regimiento salvador dispuesto a entablar una lucha incesante y desesperada con una ciudad de dos millones de habitantes? La revolución les parece indefensa a los coroneles, verbalmente decididos, porque es aún terriblemente caótica: por dondequiera, movimientos sin objetivo, torrentes confluentes, torbellinos humanos, figuras asombradas, capotes desabrochados, estudiantes que gesticulan, soldados sin fusiles, fusiles sin soldados, muchachos que disparan al aire, clamor de millares de voces, torbellino de rumores desenfrenados, falsas alarmas, alegrías infundadas; parece que bastaría entrar sable en mano en ese caos para destruirlo todo sin dejar rastro. Pero es un torpe error de visión. El caos no es más que aparente. Bajo este caos se está operando una irresistible cristalización de las masas en un nuevo sentido. Estas muchedumbres innumerables no han determinado aún para sí, con suficiente claridad, lo que quieren; pero están impregnadas de un odio ardiente por lo que ya no quieren. A sus espaldas se ha producido un derrumbamiento histórico irreparable ya. No hay modo de volver atrás. Aun en el caso de que hubiera quien pudiese dispersarlos, una hora después se agruparían de nuevo y el segundo ataque sería más feroz y sangriento. En las jornadas de febrero, la atmósfera de Petrogrado se torna tan incandescente, que cada regimiento hostil que cae en esa poderosa hoguera o que sólo se acerca a ella y respira su ardiente aliento, se transforma, pierde la confianza en sí mismo, se siente paralizado y se entrega sin lucha a merced del vencedor. De esto se convencerá mañana el general Ivanov, mandado por el zar desde el frente con el batallón de los Caballeros de San Jorge. Cinco meses después correrá la misma suerte el general Kornílov, y, ocho meses más tarde, Kerensky.

Durante los días anteriores, los cosacos parecían, en las calles, los más influenciables; era así porque se les traía muy ajetreados. Pero cuando el movimiento tomó el carácter de insurrección franca, la caballería justificó, una vez más, su reputación conservadora. El 27 conservaba aún la apariencia de neutralidad expectante. Jabálov no confiaba ya en ella, pero la revolución aún la temía.

Seguía siendo un enigma la Fortaleza de Pedro y Pablo, situada en el islote bañado por el Nevá, frente al Palacio de Invierno y los de los grandes duques. La guarnición se hallaba, o parecía hallarse, más protegida detrás de sus muros de las influencias del mundo circundante. En la fortaleza no había artillería permanente, a no ser el viejo cañón que anunciaba diariamente a los petersburgueses el mediodía. Pero hoy se han colocado en los muros cañones de campaña enfilados sobre el puente. ¿Qué se prepara allí? En el estado mayor del Palacio de Táurida, por la noche, la gente se quiebra la cabeza pensando qué hacer con Pedro y Pablo, y en la fortaleza se hallan torturados por la cuestión de saber lo que la revolución hará con ellos. Por la mañana se descifra el enigma: la fortaleza se rinde al Palacio de Táurida "a condición de que se respete la seguridad personal de la oficialidad." Orientándose en la situación, lo cual no era muy difícil, los oficiales de la fortaleza se apresuran a prevenir la marcha inevitable de los acontecimientos.

El 27, por la tarde, afluyen al Palacio de Táurida soldados, obreros, estudiantes, simples ciudadanos, todos los cuales confían hallar aquí a los que lo saben todo y recibir

informaciones e instrucciones. De distintos puntos de la ciudad llegan al palacio verdaderas partidas de armas, que son amontonadas en una de las habitaciones, convertida en arsenal. Por la noche, el estado mayor revolucionario emprende el trabajo, manda fuerzas para vigilar las estaciones y patrullas a todos aquellos sitios de que se puede temer algún peligro. Los soldados cumplen las órdenes del nuevo poder de buena gana y sin rechistar, aunque de un modo extraordinariamente desordenado. Lo único que exigen cada vez es la orden escrita: probablemente, la iniciativa parte de lo que queda de mando en los regimientos o de los escribientes militares. Pero tienen razón: es preciso introducir inmediatamente un orden en aquel caos. El estado mayor revolucionario, lo mismo que el sóviet que acaba de surgir, no dispone aún de ningún sello. La revolución tiene que preocuparse de establecer un orden burocrático. Andando el tiempo, ha de hacerlo, ¡ay!, con exceso.

La revolución empieza la búsqueda de enemigos; por toda la ciudad se efectúan detenciones; "detenciones arbitrarias" dirán en tono de censura los liberales. Pero toda revolución es arbitraria. En el Palacio de Táurida hay un desfilar constante de detenidos: el presidente del consejo de estado, ministros, guardias de seguridad, agentes de la Ojrana, una marquesa "germanófila". Verdaderas nidadas de oficiales de gendarmería. Algunos altos funcionarios, tales como Protopópov, se presentan ellos mismos y se constituyen prisioneros: con ello, piensan salir ganando. Las paredes de la sala, que conservaban todavía el eco del absolutismo, no escuchan ahora más que suspiros y sollozos (relatará, más tarde, una marquesa puesta en libertad). Un general detenido se deja caer exhausto en una silla, a su lado. Algunos miembros de la Duma le ofrecen amablemente una taza de té. Conmovido hasta el fondo del alma, el general dice con agitación: "Marquesa, ¡asistimos a la ruina de un gran país!"

El gran país, que no se disponía a morir, pasaba por delante de aquellos exhombres sin hacer caso de ellos, golpeando el suelo con las botas y las culatas de los fusiles, haciendo vibrar el aire con sus gritos y dando pisotones a todo lo que encontraban a su paso. La revolución se ha distinguido siempre por su falta de urbanidad: seguramente, porque las clases dominantes no se han preocupado a su tiempo de enseñar buenas maneras al pueblo.

El Palacio de Táurida se convierte en el cuartel general, en el centro gubernamental, en el arsenal, en la cárcel de una revolución que no se ha secado aún la sangre de las manos ni el sudor de la frente. En este torbellino penetran también los enemigos audaces. Se descubre casualmente a un coronel de gendarmes, disfrazado, que toma sus notas en un rincón, no para la historia, sino para los consejos sumarísimos. Los soldados y los obreros quieren matarlo en el acto. Pero los hombres del "estado mayor" intervienen y libran fácilmente al gendarme de las garras de la multitud. En aquel entonces, la revolución era aún bondadosa, generosa y crédula. Sólo será implacable después de una prolongada serie de traiciones, engaños y pruebas sangrientas.

La primera noche de la revolución victoriosa está llena de inquietudes. Los comisarios improvisados de las estaciones y de otros puntos, intelectuales en su mayoría, ligados con la revolución por sus relaciones personales (los suboficiales, sobre todo los de origen obrero, eran incomparablemente más útiles), empiezan a ponerse nerviosos, acechan peligros por dondequiera, comunican su nerviosidad a los soldados y telefonean constantemente al Palacio de Táurida exigiendo refuerzos. Allí también están agitados; telefonean, manda refuerzos que casi nunca llegan a su destino. "Los que reciben órdenes [cuenta uno de los miembros del estado mayor nocturno], no las cumplen, los que obran, lo hacen sin haber recibido orden alguna..."

También obran sin órdenes las barriadas proletarias. Los caudillos revolucionarios que habían sacado a los obreros de las fábricas, que se habían apoderado de las comisarías,

que habían echado a los regimientos a la calle y destruido los refugios de la contrarrevolución, no se apresuran a ir al Palacio de Táurida, al estado mayor, a los centros dirigentes; al revés, apuntan hacia aquel sitio con ironía e incredulidad: "Esos valientes se apresuran a repartirse la piel del oso que no han matado y aún colea." Los obreros bolcheviques y los mejores elementos obreros de los demás partidos de izquierda se pasan el día en las calles y las noches en los estados mayores de barriada, mantienen el contacto con el cuartel, preparan el día de mañana. En la primera noche del triunfo prosiguen y desarrollan la labor realizada en el transcurso de las cinco jornadas. Son la columna vertebral de la revolución en sus comienzos.

El día 27, Nabokov, miembro, a quien ya conocemos, del centro de los kadetes, que era en ese momento un desertor legalizado en el estado mayor general, se fue, como de costumbre, a la oficina y permaneció en ella hasta las tres sin enterarse de nada. Al atardecer, sonaron disparos en la Morskaya (Nabokov los oyó desde su domicilio); corrían los automóviles blindados; soldados y marinos, aislados, se arrimaban a las paredes; el honorable liberal los observaba desde las ventanas. "El teléfono seguía funcionando, y me acuerdo de que mis amigos me comunicaron lo sucedido durante el día. Nos acostamos a la hora de costumbre." Este hombre será pronto uno de los inspiradores del gobierno revolucionario (!) provisional, y su gerente. Al día siguiente, por la mañana, se le acercará en la calle un anciano desconocido, un oficinista cualquiera o acaso un maestro de escuela y, quitándose el sombrero, le dirá: "Muchas gracias por todo lo que han hecho ustedes por el pueblo." El propio Nabokov nos lo cuenta con modesto orgullo.

¿Quién dirigió la insurrección de febrero?

Los abogados y periodistas de las clases perjudicadas por la revolución, han gastado grandes cantidades de tinta en demostrar que el movimiento de febrero, que se quiere hacer pasar por una revolución, no fue en rigor más que un motín de mujeres, transformado después en motín militar. También Luis XVI se obstinaba en creer en su tiempo que la toma de la Bastilla no era más que un motín, hasta que las cosas se encargaron de demostrarle de un modo harto elocuente que se trataba de una revolución. Los que salen perdiendo con una revolución rara vez se inclinan a llamarla por su nombre, pues éste, a pesar de todos los esfuerzos de los reaccionarios enfurecidos, va asociado, en el recuerdo histórico de la humanidad, a una aureola de emancipación de las viejas cadenas y prejuicios. Los privilegiados de todos los siglos y sus lacayos intentan, invariablemente, motejar de motín, sedición o revuelta de la chusma a la revolución que los derriba de sus puestos. Las clases caducas no se distinguen precisamente por su gran inventiva.

Poco después del 27 de febrero se hicieron tentativas para equiparar la Revolución de Febrero al golpe de estado militar de los Jóvenes Turcos, con que, como sabemos, tanto había soñado la alta burguesía rusa. Tan infundada era, sin embargo, esta analogía, que hubo de ser seriamente combatida por uno de los periódicos burgueses. Tugan-Baranovsky, economista que en su juventud había pasado por la escuela de Marx, una especie de variante rusa de Sombart, escribía el 20 de marzo, en *Las Noticias de la Bolsa* (*Birchevie Wedomosti*):

"La revolución turca consistió en una sublevación victoriosa del ejército, preparada y realizada por los jefes del mismo. Los soldados no eran más que unos ejecutores obedientes de los propósitos de sus oficiales. Los regimientos de la guardia que el 27 de febrero derribaron el trono ruso prescindieron de sus oficiales... No fueron las tropas, sino los obreros quienes iniciaron la insurrección; no los generales, sino los soldados quienes se personaron ante la Duma. Los soldados apoyaban a los obreros no porque obedecieran dócilmente las órdenes de sus oficiales, sino porque... sentían el lazo que les unía a los obreros como una clase compuesta de trabajadores, como parte de ellos mismos. Los campesinos y los obreros: he ahí las dos clases sociales a cuyo cargo ha corrido la revolución rusa."

Estas palabras no necesitan de enmienda ni de comentario. El desarrollo ulterior de la revolución había de confirmarlas plenamente.

El último día de febrero fue para San Petersburgo el primer día de la nueva era triunfante: día de entusiasmos, de abrazos, de lágrimas de gozo, de efusiones verbales; pero, al mismo tiempo, de golpes decisivos contra el enemigo. En las calles resonaban todavía los disparos. Se decía que los "faraones" de Protopópov, ignorantes todavía del triunfo del pueblo, seguían disparando desde lo alto de las casas. Desde abajo disparaban contra las azoteas y los campanarios, donde se suponía que se guarecían los fantasmas armados del zarismo. Cerca de las cuatro fue ocupado el Almirantazgo, donde se habían refugiado los últimos restos del poder zarista. Las organizaciones revolucionarias y grupos improvisados efectuaban detenciones en la ciudad. La fortaleza de Schluselburg fue tomada sin disparar un solo tiro. Tanto en la ciudad como en los alrededores iban sumándose constantemente a la revolución nuevos batallones.

El cambio de régimen en Moscú no fue más que un eco de la insurrección de Petrogrado. Entre los soldados y los obreros reinaba el mismo estado de espíritu, pero expresado de un modo menos vivo. En el seno de la burguesía, el estado de ánimo imperante era un poco más izquierdista; en las orillas del Nevá, los intelectuales radicales de Moscú organizaron una reunión, que no condujo a nada, para tratar de lo que había de hacerse. Hasta el día 27 de febrero no empezaron las huelgas en las fábricas de Moscú; luego, vinieron las manifestaciones. En los cuarteles, los oficiales decían a los soldados que en las calles estaban promoviendo disturbios unos canallas a los cuales serían preciso poner coto. "Pero ahora [cuenta el soldado Chischilin] los soldados empezaban a entender la palabra "canalla" en sentido contrario". A las dos se presentaron en el edificio de la Duma municipal un gran número de soldados de diversos regimientos, que buscaban el modo de adherirse a la causa de la revolución. Al día siguiente se extendió el movimiento huelguístico. De todas partes acudía la muchedumbre a la Duma con banderas. El soldado de la compañía de automovilistas Murálov, viejo bolchevique, agrónomo, gigante generoso y valiente, condujo a la Duma el primer regimiento completo y disciplinado, que ocupó la estación radiotelegráfica y otros puntos estratégicos. Ocho meses después, este Murálov era nombrado jefe de las tropas de la región militar de Moscú.

Se abrieron las cárceles. El mismo Murálov llegó con un camión lleno de presos políticos liberados. El oficial, con la mano en la visera, preguntó al revolucionario si había que soltar también a los judíos. Dzerzhinsky, que acababa de ser libertado y no se había quitado aún el traje de presidiario, se presentó en la Duma, donde se estaba formando ya el sóviet de diputados obreros. El artillero Dorofeiev cuenta que el primero de marzo los obreros de la fábrica de caramelos Siou se presentaron con banderas en el cuartel de la brigada de artillería para fraternizar con los soldados, y que muchos de ellos, desbordantes de gozo, lloraban. En la ciudad sonaron algunos disparos hechos desde las esquinas; pero, en general, no hubo choques armados ni víctimas: Petrogrado respondía por Moscú.

En varias ciudades de provincias el movimiento no empezó hasta el primero de marzo, después que la revolución había triunfado ya hasta en Moscú. En Tver, los obreros se dirigieron en manifestación desde las fábricas a los cuarteles, y, mezclados con los soldados, recorrieron las calles de la ciudad cantando, como en todas partes entonces, *La Marsellesa*, no *La Internacional*. En Nizhni Nóvgorod, millares de personas se reunieron en los alrededores del edificio de la Duma municipal, que desempeñó en la mayoría de las ciudades el papel que representaba en Petrogrado el Palacio de Táurida. Después de escuchar un discurso del alcalde, los obreros se dirigieron con banderas rojas a sacar de la cárcel a los presos políticos. Al atardecer, dieciocho unidades, de las veintiuna que componían la guarnición, se habían puesto ya al lado de la revolución. En Samara y Sáratov se celebraron mítines y se organizaron sóviets de diputados obreros. En Jarkov, el jefe superior de la gendarmería, al enterarse en la estación del triunfo de la insurrección, se puso en pie en un coche ante la multitud agitada y, tremolando la gorra, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones: "¡Viva la revolución!" A Yekaterinoslav, la noticia llegó de Jarkov. Al frente de la manifestación iba el ayudante del jefe superior de gendarmería, con un gran sable en la mano, como durante las paradas de grandes solemnidades. Cuando se vio claro que la monarquía estaba definitivamente derrumbada, en las oficinas públicas empezaron a retirar, prudentemente, los retratos del zar y esconderlos en los desvanes. claramente que la monarquía estaba definitivamente derrumbada, en las oficinas públicas empezaron aves revolucionarias, la decisión era menor que en Petrogrado. Entre los liberales, que no habían perdido aún la afición a emplear el tono de chanza para hablar de la revolución, circulaban no pocas anécdotas, verídicas o imaginadas. Los obreros, lo mismo que los soldados de las guarniciones, vivían los acontecimientos de un modo muy distinto.

Por lo que se refiere a otra serie de ciudades provinciales (Pskov, Oril, Ribinsk, Penza, Kazán, Tsaritsin, etc.), la crónica señala, con fecha del 2 de marzo: “Ha llegado la noticia del cambio de régimen, y la población se ha adherido a la revolución.” Estas líneas, a pesar de su carácter sumario, expresan de un modo sustancialmente verídico la realidad.

A los pueblos, las noticias relativas a la revolución llegaban de las capitales próximas, unas veces por conducto de las propias autoridades y otras veces a través de los mercados, de los obreros, de los soldados licenciados. Los pueblos acogían la revolución más lentamente y con menos entusiasmo que las ciudades, pero no menos profundamente. Los campesinos relacionaban el cambio con la guerra y con la tierra.

No pecaremos de exageración si decimos que la Revolución de Febrero la hizo Petrogrado. El resto del país se adhirió. En ningún sitio, a excepción de la capital, hubo lucha. No hubo en todo el país un solo grupo de población, un solo partido, una sola institución, un solo regimiento, que se decidiera a defender el viejo régimen. Esto demuestra cuán fundamentados están los razonamientos que hacen los reaccionarios para demostrar que si la guarnición de Piter hubiera contado con la caballería de la guardia o si Ivanov hubiera llegado del frente con una brigada de confianza, el destino de la monarquía hubiera sido otro. Ni en el interior ni en el frente hubo una sola brigada ni un solo regimiento dispuesto a luchar por Nicolás II.

La revolución se llevó a cabo por la iniciativa y el esfuerzo de una sola ciudad, que representaba aproximadamente un 1/75 de la población del país. Dígase, si se quiere, que el magno acto democrático fue realizado del modo menos democrático imaginable. Todo el país se halló ante un hecho consumado. El hecho de que se anunciase en perspectiva la convocatoria de la Asamblea Constituyente no significa nada, pues las fechas y los procedimientos de convocación de la representación nacional fueron decretados por los órganos del poder surgidos de la insurrección triunfante en Petrogrado. Esto proyecta un vivo resplandor sobre el problema referente a las funciones de las formas democráticas, en general, y las de períodos revolucionarios, en particular. Las revoluciones han inferido siempre grandes reveses al fetichismo jurídico de “la soberanía nacional”, y tanto más implacablemente cuanto más profunda, audaz y democrática es la revolución.

Se ha dicho muchas veces, sobre todo con referencia a la gran revolución francesa, que el riguroso centralismo implantado por la monarquía permitió luego a la capital revolucionaria pensar y obrar por todo el país. Esta explicación es harto superficial. La revolución manifiesta tendencias centralistas, pero no es imitando a la monarquía derribada, sino por inexorable imposición de las necesidades de la nueva sociedad, que no se aviene con el particularismo. Si la capital desempeña en la revolución un papel tan preeminente, que en ella parece concentrarse, en ciertos momentos, la voluntad del país, es sencillamente por dar expresión más elocuente a las tendencias fundamentales de la nueva sociedad, llevándolas hasta sus últimas consecuencias. Las provincias aceptan lo hecho por la capital como el reflejo a sus propios propósitos, pero transformados ya en acción. La iniciativa de los centros urbanos no representa ninguna infracción del democratismo, sino su realización dinámica. Sin embargo, el ritmo de esta dinámica, en las grandes revoluciones, no coincide nunca con el de la democracia formal representativa. Las provincias se adhieren a los actos del centro, pero con retraso. Dado el rápido desarrollo de los acontecimientos que caracteriza a las revoluciones, esto conduce a una aguda crisis del parlamentarismo revolucionario, que no se puede resolver con los métodos de la democracia. La representación nacional se estrella invariablemente contra toda auténtica revolución al chocar con la dinámica revolucionaria, cuyo foco principal reside en las capitales. Así sucedió en Inglaterra, en el siglo XVII, en Francia,

en el XVIII, y en el XX en Rusia. El papel de la capital se halla trazado, no por las tradiciones del centralismo burocrático, sino por la situación de la clase revolucionaria dirigente, cuya vanguardia, lo mismo la de la burguesía que la del proletariado, se halla naturalmente concentrada en la ciudad más importante.

Después de las jornadas de febrero se contaron las víctimas. En Petrogrado hubo mil cuatrocientos cuarenta y tres muertos y heridos, de los cuales ochocientos sesenta y nueve pertenecían al ejército. De estos últimos, sesenta eran oficiales. En comparación con las víctimas de cualquier combate de la gran guerra, estas cifras, considerables de suyo, resultan insignificantes. La prensa liberal proclamó que la Revolución de Febrero había sido incruenta. En los días de entusiasmo general y de amnistía recíproca de los partidos patrióticos, nadie se dedicó a restablecer el imperio de la verdad. Albert Thomas, como amigo de todo lo que triunfa, incluso de las insurrecciones victoriosas, hablaba entonces de la "revolución rusa, la más luminosa, la más jubilosa y la más incruenta". Claro que él tenía entonces la esperanza de que la revolución entregaría a Rusia a merced de la Bolsa francesa. Pero, al fin y al cabo, Thomas no es precisamente ingenioso. El 27 de junio de 1789, Mirabeau exclamaba: "¡Qué dicha que esta gran revolución salga adelante sin matanzas y sin lágrimas!... La historia ha hablado ya demasiado de actos de fiereza. Podemos tener la esperanza de que empezamos una historia humana." Cuando los tres estados se unieron en la Asamblea Nacional, los antepasados de Albert Thomas escribían: "La revolución ha terminado sin que costase ni una gota de sangre." Hay que reconocer que en aquel periodo aún no había sangre. No se puede decir lo mismo de las jornadas de febrero. Pero se mantuvo tenazmente la leyenda de la revolución incruenta para alimentar la necesidad que el buen burgués liberal tiene de representarse las cosas tal y como si el poder hubiese caído en sus manos por sí mismo.

Si la Revolución de Febrero no fue incruenta, no puede dejar de producir asombro que hubiera tan pocas víctimas en el momento de la revolución y, sobre todo, durante los días que la siguieron. No hay que olvidar que se trataba de vengarse de la opresión, de las persecuciones, de los escarnios, de los insultos ignominiosos de que había sido víctima durante siglos el pueblo de Rusia. Es verdad que los marineros y los soldados hicieron en algunos casos justicia sumaria a los verdugos más auténticos, los oficiales. Pero en un principio el número de esos actos fue insignificante en comparación con el de las viejas y sangrientas ofensas sufridas. Las masas no se sobrepusieron a su primitiva benevolencia hasta mucho más tarde, después de persuadirse de que las clases dominantes querían dar marcha atrás y adueñarse de la revolución que no habían hecho, acostumbradas como están a adueñarse de los bienes y los frutos no producidos por ellas.

Tugan-Baranovsky tiene razón cuando dice que la Revolución de Febrero fue obra de los obreros y los campesinos, representados éstos por los soldados. Pero queda todavía una gran cuestión que resolver. ¿Quién dirigió la revolución? ¿Quién puso en pie a los obreros? ¿Quién echó a la calle a los soldados? Después del triunfo, estas cuestiones se convirtieron en la manzana de la discordia entre los partidos. El modo más sencillo de resolverlas consistía en la aceptación de una fórmula universal: la revolución no la dirigió nadie, se realizó por sí misma. La teoría de la "espontaneidad" daba entera satisfacción no sólo a todos los señores que todavía la víspera administraban, juzgaban, acusaban, defendían, comerciaban o mandaban pacíficamente en nombre del zar y que hoy se apresuraban a marchar al paso de la revolución, sino también a muchos políticos profesionales y ex revolucionarios que, habiendo dejado pasar de largo la revolución, querían creer que en este respecto no se distinguían de los demás.

En su curiosa *Historia de la sedición rusa,* el general Denikin, exgeneralísimo del ejército blanco, dice, hablando del 27 de febrero: "En ese día decisivo no hubo jefes; actuó sólo la fuerza espontánea, en cuya terrible corriente no se veían entonces ni

objetivos, ni plan, ni consignas.” El historiador Miliukov no profundiza más que ese general aficionado a la literatura. Antes de la caída del zarismo, el jefe liberal veía en toda idea de revolución la mano del estado mayor alemán, pero la situación se complicó cuando el cambio de régimen llevó a los liberales al poder. Ahora, la misión de Miliukov no consistía ya en marcar a la revolución con el deshonor de atribuir iniciativa de ella a los Hohenzollern, sino al contrario, en no asignar el honor de la iniciativa a los revolucionarios. El liberalismo abraza sin reservas la teoría de la espontaneidad y la impersonalidad de la revolución. Miliukov cita con simpatía la opinión de Stankievich, ese profesor semiliberal, semisocialista, convertido en comisario del gobierno ante el cuartel general. “La masa se puso en movimiento sola, obedeciendo a un impulso interior inconsciente”... escribe Stankievich, hablando de las jornadas de febrero. ¿Con qué consignas salieron los soldados a la calle? ¿Quién los conducía cuando conquistaron Petrogrado, cuando pegaron fuego a la Audiencia? No era una idea política ni una consigna revolucionaria, ni un compló, ni un motín, sino un movimiento espontáneo, que redujo súbitamente a cenizas todo el viejo régimen. Aquí, la espontaneidad adquiere un carácter casi místico.

El propio Stankievich hace una declaración extraordinariamente importante: “A finales de enero tuve ocasión de hablar con Kerensky en la intimidad... Todo el mundo se manifestaba escéptico de una revuelta popular, pues todos temían que el movimiento popular de las masas tomara una orientación de extrema izquierda, la cual crearía dificultadas extraordinarias para la prosecución de la guerra.” Las opiniones de los círculos frecuentados por Kerensky no se distinguían sustancialmente en nada, como se ve, de los kadetes. No era de aquí, por tanto, de donde podía partir la iniciativa.

“La revolución se desencadenó como el trueno en día sereno [dice Zenzínov, representante del partido de los socialrevolucionarios]. Seamos francos: la revolución fue magna y gozosa sorpresa aun para nosotros, los revolucionarios, que habíamos trabajado por ella durante tantos años y que siempre la habíamos esperado.”

Poco más o menos les ocurría a los mencheviques. Uno de los periodistas de la emigración burguesa habla del encuentro que tuvo el 24 de febrero, en un tranvía, con Skóvelev, futuro ministro del gobierno revolucionario: “Este socialdemócrata, uno de los líderes del movimiento, me decía que los desórdenes tomaban un carácter de saqueo que era necesario sofocar. Esto no impidió que un mes después, Skóvelev afirmara que él y sus amigos habían hecho la revolución.” La nota, aquí, está probablemente exagerada, pero en lo fundamental la posición de los socialdemócratas mencheviques que actuaban dentro de la ley está expresada de un modo muy cercano a la realidad.

Finalmente, uno de los líderes del ala izquierda de los socialrevolucionarios, Mstislavsky, que se pasó posteriormente a los bolcheviques, dice, hablando de la Revolución de Febrero: “A los miembros del partido de aquel entonces la revolución nos sorprendió como a las vírgenes del Evangelio: durmiendo.” No importa gran cosa saber hasta qué punto se les podía comparar en justicia con las vírgenes; pero que estaban durmiendo todos es indiscutible.

¿Cuál fue la actitud de los bolcheviques? En parte, ya lo sabemos. Los principales dirigentes de la organización bolchevista clandestina que actuaba a la sazón en Petrogrado eran tres: los exobreros Schliápnikov y Zalutsky, y el exestudiante Mólotov. Schliápnikov, que había vivido durante bastante tiempo en el extranjero y que estaba en estrecha relación con Lenin, era, desde el punto de vista político, el más activo de los tres militantes que constituían la oficina del comité central. Sin embargo, las memorias del propio Schliápnikov confirman mejor que nada que el peso de los acontecimientos era desproporcionado con lo que podían soportar los hombros de este trío. Hasta el último momento, los dirigentes entendían que se trataba de una de tantas manifestaciones

revolucionarias, pero en modo alguno de un alzamiento armado. Kayúrov, uno de los dirigentes de la barriada de Viborg, a quien ya conocemos, afirma categóricamente: “No había instrucción alguna de los organismos centrales del partido... El comité de Petrogrado había sido detenido y el camarada Schliápnikov, representante del comité central, era impotente para dar instrucciones para el día siguiente.”

La debilidad de las organizaciones clandestinas era un resultado directo de las represiones policíacas, las cuales habían dado al gobierno resultados verdaderamente excepcionales en la situación creada por el estado de espíritu patriótico reinante al empezar la guerra. Toda organización, sin excluir las revolucionarias, tiende al retraso con respecto a su base social. A principios de 1917, las organizaciones clandestinas no se habían rehecho aún del estado de abatimiento y de disgregación, mientras que en las masas el contagio patriótico había sido ya suplantado radicalmente por la indignación revolucionaria.

Para formarse una idea más clara de la verdadera situación, por lo que a la dirección revolucionaria se refiere, es necesario recordar que los revolucionarios más prestigiosos, jefes de los partidos de izquierda, se hallaban en la emigración, en las cárceles y en el destierro. Cuanto más peligroso era un partido para el viejo régimen, más cruelmente se hallaba decapitado al estallar la revolución. Los populistas tenían una fracción en la Duma, capitaneada por el radical sin partido Kerensky. El líder oficial de los socialistas revolucionarios, Chernov, se hallaba en la emigración. Los mencheviques disponían en la Duma de una fracción de partido capitaneado por Chjeidze y Skóveleval frente. Mártov estaba emigrado, Dan y Tseretelli se hallaban en el destierro. Alrededor de las fracciones de izquierda populista y menchevista se agrupaba un número considerable de intelectuales socialistas con un pasado revolucionario. Esto creaba una apariencia de estado mayor político, pero de un carácter tal que sólo podía revelarse después del triunfo. Los bolcheviques no tenían en la Duma fracción alguna: los cinco diputados obreros, en los cuales el gobierno del zar había visto el centro organizador de la revolución, fueron detenidos en los primeros meses de la guerra. Lenin se hallaba en la emigración con Zinóviev, y Kámenev estaba en el destierro, lo mismo que otros dirigentes prácticos, poco conocidos en aquel entonces: Sverdlov, Ríkov, Stalin. El socialdemócrata polaco Dzerzhinsky, que no se había afiliado aún a los bolcheviques, estaba en presidio. Los dirigentes accidentales, precisamente porque estaban habituados a obrar como elementos subalternos bajo la autoridad inapelable de la dirección, no se consideraban a sí mismos ni consideraban a los demás capaces de desempeñar una misión directiva en los acontecimientos revolucionarios.

Si el Partido Bolchevique no podía garantizar a los revolucionarios una dirección prestigiosa, de las demás organizaciones políticas no había ni que hablar. Esto contribuía a reforzar la creencia tan extendida de que la Revolución de Febrero había tenido un carácter espontáneo. Sin embargo, esta creencia es profundamente errónea o, en el mejor de los casos, inconsistente.

La lucha en la capital duró no una hora ni dos, sino cinco días. Los dirigentes intentaban contenerla. Las masas contestaban intensificando el ataque y siguieron adelante. Tenían enfrente al viejo estado, detrás de cuya fachada tradicional se suponía que acechaba aún una fuerza poderosa; la burguesía liberal, con la Duma del estado, con las asociaciones de *zemstvos* y las Dumas municipales, con las organizaciones industriales de guerra, las academias, las universidades, la prensa; finalmente, dos partidos socialistas fuertes que oponían una resistencia patriótica a la presión de abajo. La insurrección tenía en el partido de los bolcheviques a la asociación más afín, pero decapitada, con cuadros dispersos y grupos débiles y fuera de la ley. Y a pesar de todo, la revolución, que nadie esperaba en aquellos días, salió adelante, y cuando en las esferas dirigentes se creía que

el movimiento se estaba ya apagando, éste, con una poderosa convulsión, arrancó el triunfo.

¿De dónde procedía esta fuerza de resistencia y ataque sin ejemplo? El encarnizamiento de la lucha no basta para explicarla. Los obreros petersburgueses, por muy aplastados que se hubieran visto durante la guerra por la masa humana gris, tenían una gran experiencia revolucionaria. En su resistencia y en la fuerza de su ataque, cuando en las alturas faltaba la dirección y se oponía una resistencia, había un cálculo de fuerzas y un propósito estratégico no siempre manifestado, pero fundamentado en las necesidades vitales.

En vísperas de la guerra el sector obrero revolucionario siguió a los bolcheviques y arrastró consigo a las masas. Al empezar la guerra la situación cambió radicalmente; los sectores conservadores levantaron cabeza, llevando consigo a una parte considerable de la clase. Los elementos revolucionarios se vieron aislados y enmudecieron. En el curso de la guerra la situación empezó a modificarse, al principio lentamente, y después de la guerra de un modo cada vez más veloz y más radical. Un descontento activo iba apoderándose de toda la clase obrera. Es cierto que en una parte considerable de la masa trabajadora este descontento tomaba un matiz patriótico; pero este patriotismo no tenía que ver nada con el patriotismo interesado y cobarde de las clases poderosas, que aplazaban todas las cuestiones interiores hasta el triunfo. Fue precisamente la guerra, las víctimas que causó, sus errores y su ignorancia, lo que puso frente a frente no sólo a los viejos sectores obreros, sino también a los nuevos y al régimen zarista, provocando un choque agudo que llevó a la conclusión: ¡No se puede seguir soportando esto! La conclusión fue general, unió a las masas en un bloque único y les infundió una poderosa fuerza de ataque.

El ejército había visto aumentar sus efectivos enormemente, incorporando a sus filas a millones de obreros y campesinos. No había nadie que no tuviera a alguien de su familia en el ejército: a un hijo, al marido, al hermano, al cuñado. El ejército no se hallaba separado del pueblo, como antes de la guerra. La gente se veía con los soldados con una frecuencia incomparablemente mayor, los acompañaba al frente, vivía con ellos cuando llegaban con permiso, conversaba con ellos sobre el frente en las calles y en los tranvías, les visitaba en los hospitales. Los barrios obreros, el cuartel, el frente, y en un grado considerable la aldea, se convirtieron en una especie de vasos comunicantes. Los obreros sabían lo que sentía y pensaba el soldado. Entre ellos se entablan conversaciones interminables acerca de la guerra, de los que negociaban con ella, acerca de los generales y del gobierno, acerca del zar y la zarina. El soldado decía, hablando de la guerra: “¡Maldita sea!”, y el obrero contestaba: “¡Malditos sean!”, aludiendo al gobierno. El soldado decía: “¿Por qué os calláis, los de dentro?” El obrero contestaba: “Con las manos vacías no se puede hacer nada. En 1905 el ejército nos hizo ya fracasar...” El soldado reflexionaba: “¡Ah! ¡Si nos levantáramos todos de una vez!” El obrero: “Eso precisamente es lo que hay que hacer.” Antes de la guerra las conversaciones de este género eran contadas y tenían siempre un carácter de conspiración. Ahora se sostenían por dondequiera, por cualquier motivo y casi abiertamente, por lo menos, en los barrios obreros.

La Ojrana zarista tendía a veces sus tentáculos con gran acierto. Dos semanas antes de la revolución, un policía de Petrogrado, que firmaba con el sobrenombre de Krestianinov, comunicaba la conversación que había oído en un tranvía que pasaba por un suburbio obrero. Un soldado cuenta que ocho hombres de su regimiento han sido mandados a presidio porque el otoño pasado se habían negado a disparar contra los obreros de la fábrica Nobel, volviendo sus fusiles contra los gendarmes. La conversación se sostiene sin recato alguno, pues en los barrios obreros los policías prefieren pasar

inadvertidos. “Ya les ajustaremos las cuentas”, concluye el soldado. El confidente sigue informando: un obrero le dice: “Para eso hay que organizarse y conseguir que todo el mundo obre como un solo hombre.” El soldado contesta: “No os preocupéis de eso; ya hace tiempo que estamos organizados... y va siendo hora de que no nos dejemos chupar más la sangre. Los soldados sufren en las trincheras mientras ellos aquí engordan...” No se ha producido ningún suceso digno de mención. Diez de febrero de 1917, Krestianinov.” ¡Documento incomparable! “No se ha producido ningún suceso digno de mención.” Se producirán, y muy pronto; esta conversación sostenida en el tranvía señala su inevitable proximidad.

Mstislavski ilustra con un ejemplo curioso el carácter espontáneo de la insurrección. Cuando la Asociación de Oficiales del 27 de Febrero, surgida inmediatamente después de la revolución, intentó dejar establecido por medio de una encuesta quién había sido el primero en sacar el regimiento de Volinski a la calle, se reunieron siete declaraciones relativas a siete incitadores de esta acción decisiva. Es muy probable, añadimos por nuestra cuenta, que parte de la iniciativa perteneciera efectivamente a algunos soldados; pudo además suceder que el iniciador principal cayera durante los combates en la calle, llevándose su nombre a lo desconocido. Pero esto no disminuye el valor histórico de su iniciativa anónima.

Más importante es todavía otro aspecto de la cuestión, que nos lleva ya fuera de los muros del cuartel. La sublevación de los batallones de la guardia, que fue una sorpresa para los elementos liberales y socialistas que actuaban dentro de la ley, no fue inesperada, ni mucho menos, para los obreros. Y sin esta sublevación no habría salido a la calle el regimiento de Volinsky. La colisión producida en la calle entre los obreros y los cosacos, que el abogado observaba desde su ventana y de la cual dio cuenta por teléfono a un diputado, se les antojaba a ambos un episodio de un proceso impersonal: la masa gris de la fábrica había chocado con la masa gris del cuartel. Pero no era así como veía las cosas el cosaco que se había atrevido a guiñar el ojo de un modo significativo. El proceso de intercambio molecular entre el ejército y el pueblo se efectuaba sin interrupción. Los obreros observaban la temperatura del ejército y se dieron cuenta inmediatamente de que se acercaba el momento crítico. Esto fue lo que dio una fuerza tan invencible a la ofensiva de las masas, seguras de su triunfo.

Apuntaremos aquí la certera observación de un elevado funcionario liberal, que ha intentado resumir sus noticias de las jornadas de febrero. “Se ha convertido en un tópico corriente decir que el movimiento se inició espontáneamente, que los soldados se echaron ellos mismos a la calle. No puedo estar conforme con esto de ningún modo. Al fin y al cabo, ¿qué significa la palabra “espontáneamente”?... Aún es más impropio hablar de generación espontánea en sociología que en los dominios de las ciencias naturales. El hecho de que ninguno de los jefes revolucionarios conocidos pudiera tremolar su bandera no significa que ésta fuera impersonal, sino anónima.” Este modo de plantear la cuestión, incomparablemente más serio que las alusiones de Miliukov a los agentes alemanes y a la espontaneidad rusa, pertenece a un exfiscal, que en el momento de la revolución desempeña el cargo de senador zarista. Puede que fuera precisamente su experiencia judicial lo que permitió a Zavadsky comprender que el levantamiento revolucionario no podía surgir obedeciendo a las órdenes de unos agentes extranjeros ni en forma de proceso impersonal, obra de la naturaleza.

Este mismo autor cita dos episodios que le permitieron observar, como a través del ojo de una cerradura, el laboratorio en que se operaba el proceso revolucionario. El viernes, 24 de febrero, cuando en las alturas nadie esperaba la revolución para los días que se avecinaba, el tranvía en que iba el senador, de un modo completamente inesperado, dio media vuelta desde la Perspectiva Liteinaya a una calle de la esquina y se paró de un

modo tan rápido, que se estremecieron los cristales e incluso uno de ellos se rompió. El cobrador indicó a los pasajeros que salieran: "El tranvía no puede pasar de aquí." Los pasajeros protestaron, gritaron, pero salieron. "No he podido olvidar el rostro del silencioso cobrador: una expresión decidida y rencorosa, que tenía algo de lobo", debía poseer una elevada conciencia del deber para detener en plena guerra y en una calle del San Petersburgo imperial un tranvía lleno de funcionarios. Otros obreros como éste fueron también los que detuvieron el vagón de la monarquía, empleando aproximadamente las mismas palabras: "El tren no pasa de aquí", e hicieron salir del vagón a la burocracia, sin distinguir, por la urgencia del momento, a los generales de la gendarmería de los senadores liberales. El conductor de la Liteinaya era un factor consciente de la historia, a quien alguien tenía que haber educado.

Durante el incendio de la Audiencia, un jurisconsulto liberal, perteneciente a la misma esfera de este senador que relata el episodio, empezó a expresar en la calle su pesar por el hecho de que fueran destruidos el laboratorio de peritaje judicial y el archivo notarial. Un hombre de edad madura y expresión sombría, de aspecto como de obrero, le contestó, irritado: "¡Ya sabremos repartirnos las casas y la tierra sin necesidad de tu archivo!" Es posible que este episodio esté un poco adornado literalmente. Pero entre la multitud había no pocos obreros de ésos, de edad madura, capaces de contestar al jurista como era debido. Aunque no estuviesen complicados personalmente en el incendio de la Audiencia, no podía asustarles aquel género de "excesos". Estos obreros suministraban a las masas las ideas necesarias, no sólo contra los gendarmes zaristas, sino también contra los jurisconsultos liberales, que lo que más temían era que las actas notariales de propiedad fueran devoradas por el fuego de la revolución. Estos políticos anónimos, salidos de las fábricas y de la calle, no habían caído del cielo; alguien había tenido que educarlos.

La Ojrana, al registrar los acontecimientos en los últimos días de febrero, consignaba asimismo que el movimiento era "espontáneo", es decir, que no estaba dirigido sistemáticamente desde arriba. Pero añadía: "Sin embargo, los efectos de la propaganda se dejan sentir mucho entre el proletariado." Este juicio da en el blanco; los profesionales de la lucha contra la revolución, antes de ocupar los calabozos que dejaban libres los revolucionarios, comprendieron mejor que los jefes del liberalismo el carácter del proceso que se estaba operando.

La leyenda de la espontaneidad no explica nada. Para apreciar debidamente la situación y decidir el momento oportuno para emprender el ataque contra el enemigo, era necesario que las masas, su sector dirigente, tuvieran sus postulados ante los acontecimientos históricos y su criterio para la valoración de los mismos. En otros términos, era necesario contar, no con una masa como otra cualquiera, sino con la masa de los obreros petersburgueses y de los obreros rusos en general, que habían pasado por la experiencia de la revolución de 1905, por la insurrección de Moscú del mes de diciembre del mismo año, que se estrelló contra el regimiento de Semiónov, y era necesario que en el seno de esa masa hubiera obreros que hubiesen reflexionado sobre la experiencia de 1905, que supieran adoptar una actitud crítica ante las ilusiones constitucionales de los liberales y de los mencheviques, que se asimilaran la perspectiva de la revolución, que hubieran meditado docenas de veces acerca de la cuestión del ejército, que observaran celosamente los cambios que se efectuaban en el mismo, que fueran capaces de sacar consecuencias revolucionarias de sus observaciones y de comunicarlas a los demás. Era necesario, en fin, que hubiera en la guarnición misma soldados avanzados ganados para la causa, o, al menos, interesados por la propaganda revolucionaria y trabajados por ella.

En cada fábrica, en cada taller, en cada compañía, en cada café, en el hospital militar, en el punto de etapa, incluso en la aldea desierta, el pensamiento revolucionario realizaba una labor callada y molecular. Por dondequiera surgían intérpretes de los acontecimientos, obreros precisamente, a los cuales podía preguntarse la verdad de lo sucedido y de quienes podían esperarse las consignas necesarias. Estos caudillos se hallaban muchas veces entregados a sus propias fuerzas, se orientaban mediante las generalizaciones revolucionarias que llegaban fragmentariamente hasta ellos por distintos conductos, sabían leer entre líneas en los periódicos liberales aquello que les hacía falta. Su instinto de clase se hallaba agudizado por el criterio político, y aunque no desarrollaran consecuentemente todas sus ideas, su pensamiento trabajaba invariablemente en una misma dirección. Estos elementos de experiencia, de crítica, de iniciativa, de abnegación, iban impregnando a las masas y constituían la mecánica interna, inaccesible a la mirada superficial, y sin embargo decisiva, del movimiento revolucionario como proceso consciente.

Todo lo que sucede en el seno de las masas se les antoja, por lo general, a los políticos fanfarrones del liberalismo y del socialismo domesticado como un proceso instintivo, algo así como si se tratara de un hormiguero o de una colmena. En realidad, el pensamiento que agitaba a la masa obrera era incomparablemente más audaz, penetrante y consciente que las indigentes ideas de que se nutrían las clases cultas. Es más, aquel pensamiento era más científico, no solamente porque en buena parte había sido engendrado por los métodos del marxismo, sino, ante todo, porque se nutría constantemente de la experiencia viva de las masas, que pronto habían de lanzarse a la palestra revolucionaria. El carácter científico del pensamiento consiste en su armonía con el proceso objetivo y en su capacidad para influir en él y dirigirlo. ¿Poseían acaso esta cualidad, aunque fuera en la más mínima proporción, los círculos gobernantes que se hallaban inspirados por el Apocalipsis y creían en los sueños de Rasputín? ¿Acaso tenían algún fundamento científico las ideas del liberalismo, confiado en que, participando en la contienda de los gigantes capitalistas, la atrasada Rusia podría obtener a un tiempo mismo la victoria sobre Alemania y el parlamentarismo? ¿O acaso era científica la vida ideológica de los círculos intelectuales, que tan servilmente se plegaban a un liberalismo ingénitamente caduco, preservando al mismo tiempo su pretendida independencia con discursos retirados de la circulación desde hacía mucho tiempo? En realidad, todas estas clases vivían en el reino de la inmovilidad espiritual, de los fantasmas, las supersticiones y las ficciones, o, si se quiere, en el reino de la "espontaneidad". Y si es así, ¿no tenemos derecho a rechazar de plano toda la filosofía liberal de la Revolución de Febrero? Sí, tenemos derecho a hacerlo y a decir: mientras la sociedad oficial, toda esa superestructura de las clases dirigentes, de los sectores, grupos, partidos y camarillas, vivía en la inercia y el automatismo, nutriéndose de las reminiscencias de las ideas caducas y permanecía sorda a las exigencias inexorables del progreso, dejándose seducir por fantasmas y no previendo nada, en las masas obreras se estaba operando un proceso autónomo y profundo, caracterizado no sólo por el incremento del odio hacia los dirigentes, sino por la apreciación crítica de su impotencia y la acumulación de experiencia y de conciencia creadora, proceso que tuvo su remate y apogeo en la insurrección revolucionaria y en su triunfo.

A la pregunta formulada más arriba: ¿Quién dirigió la insurrección de febrero?, podemos, pues, contestar de un modo harto claro y definido: los obreros conscientes, templados y educados principalmente por el partido de Lenin. Y dicho esto, no tenemos más remedio que añadir: este caudillaje, que bastó para asegurar el triunfo de la insurrección, no bastó, en cambio, para poner inmediatamente la dirección del movimiento revolucionario en manos de la vanguardia proletaria.

La paradoja de la Revolución de Febrero

El alzamiento triunfó. Pero ¿a quién entregó el poder arrebatado a la monarquía? Llegamos al problema central de la Revolución de Febrero: ¿Cómo y por qué fue el poder a parar a manos de la burguesía liberal?

En los sectores de la Duma y en la "sociedad" burguesa no se daba importancia a los sucesos iniciados el 23 de febrero. Los diputados liberales y los periodistas patriotas seguían reuniéndose en los salones, discutiendo acerca de Trieste y Fiume y afirmando una vez y otra el derecho de Rusia a los Dardanelos. Había sido firmado ya el decreto de disolución de la Duma, y una comisión de ésta estaba aún deliberando urgentemente acerca de la administración municipal. Menos de doce horas antes de la sublevación de los batallones de la guardia, la Sociedad de Apoyo Eslavo escuchaba tranquilamente el informe anual. "Cuando al salir de dicha reunión, regresaba a casa a pie [recuerda uno de los diputados], me sorprendió el silencio tétrico y la soledad de las calles, habitualmente animadas." La tétrica soledad se cernía sobre las viejas clases gobernantes y oprimía ya el corazón de sus futuros sucesores. El 26, la gravedad de la situación apareció evidente, tanto a los ojos del gobierno como de los liberales. En dicho día se entablan negociaciones entre los ministros y los miembros de la Duma sobre la posibilidad de establecer un acuerdo, negociaciones acerca de las cuales los liberales guardaron después silencio absoluto. En sus declaraciones, Protopópov manifestó que los dirigentes del bloque de la Duma habían exigido, como antes, la designación de ministros que merecieran la confianza general del país: "Es posible que esta medida calme al pueblo." Pero el día 26 se produjo, como sabemos, un momento de vacilación en el proceso revolucionario, y, por breves instantes, el gobierno se sintió más fuerte. Cuando Rodzianko se presentó en casa de Golitsin para persuadirle de que presentara la dimisión, el primer ministro, como respuesta, le señaló una cartera que estaba sobre la mesa y que contenía el decreto de disolución de la Duma, con la firma de Nicolás II al pie, pero sin fecha todavía. Ésta la estampó Golitsin. ¿Cómo pudo decidirse el gobierno a dar semejante paso, en un momento en que crecía la presión revolucionaria? La burocracia gobernante se había formado hacía ya tiempo un criterio acerca del particular. "Es indiferente, para el movimiento obrero, que formemos bloque o no. Este movimiento se puede combatir por otros medios, y hasta el ministerio del interior ha salido del paso." En agosto de 1915, Goremikin se expresaba ya del mismo modo. De otra parte, la burocracia confiaba en que la Duma, en trance de disolución, no se atrevería a dar ningún paso audaz. Por esa misma época, al tratarse de la disolución de la Duma descontenta, el príncipe Cherbatov, ministro del interior decía: "Es poco probable que los elementos de la Duma se decidan a declararse abiertamente en rebeldía. Al fin y al cabo, la Duma está compuesta en su inmensa mayoría de cobardes que temen por su pellejo". El príncipe no se expresaba de un modo muy definido, pero sus palabras respondían, substancialmente, a la realidad. Como se ve, en lucha contra la oposición liberal, la burocracia creía pisar terreno firme.

El 27 por la mañana, los diputados, alarmados por el cariz que tomaban los acontecimientos, se reunieron en sesión ordinaria. La mayoría de ellos se enteraron allí de que la Duma estaba disuelta. Esto les parecía tanto más inesperado cuanto que todavía la víspera se habían celebrado negociaciones amistosas. "Sin embargo [escribe con orgullo Rodzianko], la Duma se sometió a la ley, confiando todavía en encontrar salida a

la compleja situación creada, y no adoptó ninguna decisión en el sentido de no disolverse y de seguir reunida por la fuerza.” Los diputados celebraron una reunión privada, en la cual se confesaron unos a otros su impotencia. El liberal moderado Schidlovsky había de recordar, andando el tiempo, no sin cierta malignidad, la proposición presentada por el kadete de extrema izquierda Nekrasov, más tarde uno de los adláteres de Kerensky: “Instaurar una dictadura militar, otorgando plenos poderes a un general popular.” Entretanto, los dirigentes del bloque progresivo, que no asistían a la reunión privada de la Duma, emprendían una tentativa práctica de salvación. Llamaron a Petrogrado al duque Miguel y le propusieron encargarse de la dictadura, “obligar” al ministerio a presentar la dimisión y exigir del zar por hilo directo que “otorgara” un ministerio responsable. Al tiempo que se sublevaban los primeros regimientos de la guardia, los jefes de la burguesía liberal hacían la última tentativa para aplastar la insurrección con la ayuda de una dictadura dinástica, a la par que pactaban con la monarquía a costa de la revolución. “La indecisión del gran duque [se lamenta Rodzianko] contribuyó a que se dejara pasar el momento propicio.”

El socialista sin partido Sujánov, que en dicho período empieza a desempeñar un cierto papel político en el Palacio de Táurida, atestigua la facilidad con que los intelectuales radicales creían lo que deseaban: “Me comunican la noticia política más importante de la mañana de aquel día inolvidable [cuenta en sus extensas memorias]: la promulgación del decreto disolviendo la Duma, la cual contestó negándose a disolverse y eligiendo un comité provisional.” ¡Esto escribe un hombre que apenas salía del Palacio de Táurida, donde se entretenía en tirar de los faldones de la levita a los diputados conocidos! En su *Historia de la Revolución*, Miliukov, corroborando las manifestaciones de Rodzianko, declara categóricamente: “Después de una serie de discursos calurosos se tomó la decisión de no alejarse de Petrogrado y no la de que la Duma “no se disolvería”, como cuenta la leyenda.” “No disolverse” hubiera significado tomar sobre sí, aunque fuera con algún retraso, la iniciativa de los acontecimientos. “No alejarse de Petrogrado” significaba lavarse las manos y esperar hasta ver en qué paraban las cosas. Hay, sin embargo, una circunstancia atenuante para la credulidad de Sujánov. El rumor de que la Duma había tomado el acuerdo revolucionario de no someterse al ucase del zar, lo pusieron en circulación precipitadamente los periodistas de la Duma en su *Boletín de información*, única publicación que, suspendidos los diarios por la huelga general, veía la luz, y como quiera que la insurrección triunfó en el transcurso de aquel mismo día, los diputados no se apresuraron, ni mucho menos, a rectificar el error, manteniendo la ilusión de sus amigos de izquierdas; sólo en la emigración se decidieron a restablecer el imperio de la verdad. El episodio, aunque parece de poca monta, está lleno de significación. El papel revolucionario de la Duma el 27 de febrero fue un mito completo, engendrado por la credulidad política de los intelectuales radicales, jubilosos y asustados por la revolución, que no creían en la capacidad de las masas para llevar las cosas hasta el fin, y que aspiraban a enfeudarse con la mayor rapidez posible a la gran burguesía.

Por fortuna, en las memorias de los diputados pertenecientes a la mayoría de la Duma se ha conservado el relato de cómo ésta acogió la revolución. Según el príncipe Mansirev, uno de los kadetes de derechas, entre los numerosos diputados reunidos el día 27 por la mañana, no figuraban ni los miembros de la mesa ni los jefes de la fracción ni los dirigentes del bloque progresivo, los cuales estaban ya enterados de la disolución y del levantamiento y preferían dejarse ver lo más tarde posible, con tanta mayor razón cuanto que precisamente en aquellas horas estaban, por lo visto, sosteniendo negociaciones con el gran duque Miguel acerca de la dictadura. “En la Duma reinaba una agitación y un desconcierto generales [dice Mansirev]. Incluso las conversaciones animadas se interrumpieron, y en su lugar no se oían más que suspiros y breves réplicas,

tales como "¡Dónde hemos ido a parar!", o se manifestaba el miedo no disimulado por la propia persona." Así hablaba uno de los diputados más moderados y que suspiraba con más fuerza que los otros.

A las dos de la tarde, cuando los jefes se vieron obligados a comparecer en la Duma, el secretario de la mesa llegó con esta noticia gozosa, pero infundada: "Los desórdenes serán pronto sofocados, pues se han tomado medidas." Es posible que por "medidas" entendieran las negociaciones entabladas acerca de la dictadura. Pero la Duma estaba abatida y esperaba oír la palabra decisiva del jefe del bloque progresivo. "No podemos adoptar inmediatamente ninguna medida [declara Miliukov] porque desconocemos las proporciones tomadas por los desórdenes, así como de parte de quién está la mayoría de las tropas, de los obreros y de las distintas organizaciones. Lo conveniente es recoger informes precisos sobre todo esto, para luego examinar la situación, ahora es aún pronto."

¡A las dos de la tarde del 27 de febrero era todavía pronto, para los liberales! "Recoger informes" significaba lavarse las manos y esperar el resultado de la lucha. Pero el discurso de Miliukov, empezado, dicho sea de paso, con el propósito de no llegar a ninguna conclusión, es interrumpido por Kerensky, que, presa de grande agitación, irrumpe en la sala y anuncia que una inmensa multitud de pueblo y de soldados se dirigen al Palacio de Táurida con la intención de exigir que la Duma se haga cargo del poder. El diputado radical sabe perfectamente, por lo visto, lo que viene a pedir la inmensa multitud. En realidad, es el propio Kerensky quien primero exige que la Duma tome en sus manos el poder, mientras que ella abriga aún la esperanza de ver sofocada la insurrección. La declaración de Kerensky provoca "un desconcierto general". Sin embargo, aún no ha terminado, cuando le interrumpe un ujier de la Duma que entra corriendo, azorado; los primeros soldados han llegado ya al palacio, los centinelas no les han dejado entrar; el jefe, al parecer, está gravemente herido. Un minuto después, los soldados han allanado ya el palacio de la Duma. Más tarde se dirá en artículos y discursos, que los soldados llegaron para saludar a la Duma y prestar juramento de fidelidad ante ella. Pero lo cierto es que los diputados están todos dominados por un pánico mortal. El agua les llega al cuello. Los jefes cuchichean entre sí. Hay que ganar tiempo. Rodzianko presenta precipitadamente la proposición, que le ha sido sugerida de crear un "comité provisional". Gritos de aprobación. Pero todos quieren marcharse a casa lo antes posible, pues no están para votaciones. El presidente, no menos asustado que los demás, propone que se confíe la formación del comité al consejo de los decanos de la cámara. Otra vez gritos de aprobación de los pocos diputados que quedan en la sala: la mayoría había tenido ya tiempo de desaparecer. Así reaccionaba, en los primeros momentos revolucionarios, la Duma que acababa de ser disuelta por el zar.

Entretanto, en aquel mismo edificio, pero en una dependencia menos solemne, la revolución creaba otro órgano. Los caudillos revolucionarios no tuvieron que inventarlo. La experiencia de los sóviets de 1905 se había infundido para siempre en la conciencia de los obreros. A cada impulso del movimiento, e incluso en plena guerra, resucitaba casi automáticamente la idea del sóviet, y aunque las ideas forjadas respecto a la misión de los sóviets diferían profundamente en los bolcheviques y en los mencheviques (los socialrevolucionarios no tenían, en general, ideas firmes acerca de nada), diríase que la forma misma de organización se hallaba por encima de toda discusión. Los mencheviques, miembros del comité industrial de guerra, sacados de la cárcel por la revolución, se encontraban en el Palacio de Táurida con los militares del movimiento sindical y cooperativo, pertenecientes así mismo al ala derecha, y con los diputados mencheviques de la Duma Chjeidze y Skóvelev, y crearon inmediatamente el Comité Ejecutivo Provisional del Sóviet de los Diputados y Obreros, que en el transcurso de aquel

mismo día fue integrado principalmente con exrrevolucionarios que habían perdido el contacto con las masas, pero que conservaban el "nombre". El comité ejecutivo, del cual formaban parte asimismo bolcheviques, incitó a los obreros a elegir inmediatamente diputados. La primera reunión fue convocada para aquella misma noche en el Palacio de Táurida y se celebró, efectivamente, a las nueve. Esta reunión sancionó la composición del comité ejecutivo, completándolo con representaciones oficiales de todos los partidos socialistas. Pero no consistía en esto, ni mucho menos, la importancia de la primera reunión de los representantes del proletariado triunfante de la capital. En la reunión pronunciaron palabras de salutación los delgados de los regimientos sublevados. Entre ellos había soldados completamente grises, contusionados, por decirlo así, por la insurrección y que se expresaban aún con dificultad. Pero eran precisamente ellos los que encontraban las palabras justas que ningún tribuno habría sabido encontrar. Fue una de las escenas más patéticas de la revolución, que empezaba a sentirse fuerte y a tener conciencia de la infinidad de las masas que había despertado a la vida, de la grandiosidad de su misión, el orgullo de los éxitos logrados, la emoción gozosa ante el día de mañana, que había de ser aún más radiante que el de hoy. La revolución no tiene aún su ritual, en las calles flota el humo de los disparos, las masas no han aprendido las nuevas canciones, la rebelión transcurre sin orden, sin causa, como un río desbordado; el sóviet se ahoga en su propio entusiasmo. La revolución es ya poderosa, pero adolece todavía de una ingenuidad infantil.

En esta primera reunión se decidió unir a la guarnición con los obreros en un sóviet común de diputados obreros y soldados. ¿Quién fue el primero que formuló esta proposición? Surgida, sin duda, de distintas partes, o más bien de todas, como un eco de la fraternización de los obreros y soldados, que en este día había decidido en la calle la suerte de la revolución. Sin embargo, no se puede dejar de señalar que, según Schliápnikov, en un principio los socialpatriotas se opusieron a la incorporación del ejército en la política. Desde el momento de su aparición, el sóviet, personificado por el comité ejecutivo, empieza a obrar como poder. Elige una comisión provisional de subsistencias, a la cual confía la misión de preocuparse de los insurrectos y de la guarnición en general, y organiza un estado mayor revolucionario provisional (en estos días, todo se llama provisional), al cual nos hemos referido ya más arriba. Para evitar que sigan a disposición de los funcionarios del antiguo régimen los recursos financieros, el sóviet decide ocupar inmediatamente con destacamentos revolucionarios el Banco de Estado, la Tesorería, la Fábrica de Moneda y la emisión de papeles del estado. Los fines y las funciones del sóviet crecen constantemente bajo la presión de las masas. La revolución tiene ya su centro indiscutible. En lo sucesivo, los obreros y los soldados, y no tardando, los campesinos, sólo se dirigirán al sóviet: a sus ojos, el sóviet se convierte en el punto de concentración de todas las esperanzas y de todos los poderes, en el eje de la revolución misma. Y hasta los representantes de las clases poseedoras buscarán en el sóviet, aunque sea rechinando los dientes, defensa, instrucciones y solución para sus conflictos.

Sin embargo, ya en esas primeras horas de la victoria, cuando con una rapidez fabulosa y una fuerza irresistible se estaba gestando el nuevo poder de la revolución, los socialistas que estaban al frente del sóviet buscaban, alarmados, a su alrededor al "amo" verdadero. Estos socialistas consideraban como cosa natural que el poder pasara a manos de la burguesía, y aquí se forma el principal nudo político del nuevo régimen: uno de sus hilos conduce al cuarto en que está instalado el comité ejecutivo de los obreros y soldados; el otro, al local en que reside el centro de los partidos burgueses.

A las tres de la tarde, cuando la victoria en la capital no ofrecía ya la menor duda, el consejo de los decanos de la Duma eligió un comité provisional de miembros de la

Duma, compuesto por representantes de los partidos del bloque progresivo, a los que se suman Chjeidze y Kerensky. El primero se negó a aceptar; el segundo vacilaba. El título indicaba prudentemente que no se trataba de un órgano oficial de la Duma del estado, sino de un órgano particular de los miembros de la Duma. A los jefes del bloque progresivo no les preocupaba más que una cosa: ponerse a salvo de toda responsabilidad, no atándose de pies y manos. El objetivo del comité estaba definido con buscada ambigüedad: "Restablecimiento del orden y relaciones con las instituciones y las personas". Ni una palabra acerca del orden que estos caballeros pensaban restablecer ni acerca de las instituciones con las cuales se disponían a ponerse en relación. Ni se atreven a tender aún la mano hacia la piel del oso, porque ¿y si no está muerto, sino sólo gravemente herido? Hasta las once de la noche del 27 de febrero, cuando, según reconoce Miliukov, "se vieron claramente las proporciones tomadas por el movimiento revolucionario, el comité provisional no decidió dar otro paso al frente y hacerse cargo del poder, caído en el regazo del gobierno". Imperceptiblemente, el nuevo órgano, que era un comité de miembros de la Duma, se convirtió en comité de esta última; para conservar la continuidad del estado y del orden jurídico nada mejor que la falsificación. Pero Miliukov guardaba silencio acerca del punto principal: los jefes del comité ejecutivo, creado durante aquel día, se habían presentado al comité provisional con el fin de exigir de éste con insistencia que tomara en sus manos el poder. Esta presión amistosa produjo su efecto. Posteriormente, Miliukov explica la decisión tomada por el comité de la Duma, invocando el hecho de que, según él, el gobierno se disponía a mandar tropas adictas contra los revolucionarios "y se corría el peligro de que se entablaran verdaderos combates en las calles de la capital". En realidad, no disponían absolutamente de ningún cuerpo de tropa y la revolución era ya un hecho consumado. Rodzianko había de decir más tarde que, caso de que hubiera renunciado al poder, "la Duma habría sido detenida y sus miembros asesinados por los soldados sublevados y el poder habría caído en manos de los bolcheviques". Esto, naturalmente, es una absurda exageración muy propia del honorable chambelán, pero refleja de un modo inmejorable el estado de espíritu de la Duma, la cual consideraba como un acto de violación política el hecho de que se le entregara el poder.

En estas circunstancias no era fácil tomar una decisión. De un modo particularmente tumultuoso vacilaba Rodzianko, que no se cansaba de preguntar a los demás: "¿Será esto una rebeldía, o no lo será?" El diputado monárquico Chulguin le contestó, según él mismo nos cuenta: "No hay en ello ni sombra de rebeldía; acepte usted como súbdito fiel del zar... Si los ministros se han fugado, alguien tiene que reemplazarles. Caben dos soluciones: o todo se arregla, o no se arregla, y si nosotros no tomamos el poder, lo tomarán otros, los mismos que esos canallas de las fábricas han elegido ya..." No hay por qué hacer mucho caso de las groseras calificaciones que este gentleman reaccionario aplica a los obreros: la revolución había dado un fuerte pisotón en los pies de estos caballeros. La moraleja es clara: si triunfa la monarquía, estaremos a su lado; si triunfa la revolución, procuraremos escamotearla.

La reunión duró largo rato. Los jefes democráticos esperaban anhelosos los acuerdos. Por fin, Miliukov salió del despacho de Rodzianko, y acercándose con solemne continente a la delegación soviética, declaró: "Hemos llegado a un acuerdo. Somos nosotros quienes tomamos el poder"... "No pregunté a quién se refería al decir nosotros [recuerda Sujánov con entusiasmo]; no quise preguntar nada más. Pero sentí con todo mi ser, por decirlo así, la nueva situación. Tuve la sensación de que la nave de la revolución, empujada en aquellas horas de tormenta a merced de los elementos, izaba la vela, y adquiría estabilidad y equilibrio sobre el agitado oleaje." ¡Qué forma más amanerada de expresarse, para acabar reconociendo prosaicamente la dependencia servil en que se

hallaba la democracia pequeñoburguesa respecto al liberalismo capitalista! ¡Y qué error tan fatal de perspectiva política! La entrega del poder a los liberales no sólo no prestará estabilidad a la "nave" del estado, sino que, lejos de eso, se convertirá desde este mismo día en la raíz y fuente de la ausencia de poder de la revolución, en la causa mayor de los caos de la exasperación de las masas, del desmoronamiento del frente primero y, luego, de una guerra civil extrema y desesperada.

Si tendemos la vista por los siglos pasados, el tránsito del poder a manos de la burguesía se nos aparecerá como sujeto a determinadas leyes. En todas las revoluciones precedentes se habían batido en las barricadas los obreros, los artesanos, a veces los estudiantes y los soldados revolucionarios. Después de lo cual, se hacía cargo del poder la respetable burguesía que había estado prudentemente mirando la revolución por los cristales de su ventana, mientras los demás luchaban. Pero la Revolución de Febrero de 1917 se distinguía de todas las que la habían precedido por el nivel político de la clase obrera y por el carácter social incomparablemente más elevado, por un recelo hostil de los revolucionarios hacia la burguesía liberal y como consecuencia de la creación de todo esto en el momento mismo del triunfo, de un nuevo órgano del poder revolucionario: el sóviet, apoyado en la fuerza armada de las masas. En estas condiciones, el paso del poder a manos de una burguesía políticamente aislada y desarmada exige una explicación.

Ante todo, conviene examinar más de cerca la correlación de fuerzas que se formó como resultado de la revolución. ¿Es que la democracia soviética se vio obligada por la situación objetiva a renunciar al poder a favor de la gran burguesía? Ésta no lo creía así. Ya hemos visto que, lejos de esperar el poder de la revolución, veía en ella un peligro mortal para su situación social de clase. "Los partidos moderados no sólo no deseaban la revolución [dice Rodzianko], sino que sencillamente la temían. Principalmente, el partido de la Libertad Popular (los kadetes), por el hecho de hallarse en el ala izquierda de los grupos moderados y de tener por ello más puntos de contacto con los partidos revolucionarios del país, estaba más preocupado que ningún otro por la catástrofe que se avecinaba." La experiencia de 1905 les decía con harta elocuencia a los liberales que el triunfo de los obreros y campesinos podía ser tan peligroso para la burguesía como para el zarismo. El desarrollo de la insurrección de febrero no hacía más que confirmar estas previsiones. Por vagas que fueran, en muchos sentidos, las ideas políticas de las masas revolucionarias por aquellos días, la línea fronteriza entre los trabajadores y la burguesía se delineaba, desde luego, de un modo enérgico que no admitía confusiones.

El profesor Stankievich, afín a los círculos liberales y amigo y no adversario del bloque progresivo, caracteriza con los siguientes rasgos el estado de espíritu reinante en los medios liberales al día siguiente de la revolución, que no habían podido evitar: "Oficialmente se mostraban entusiasmados, ensalzaban la revolución, vitoreaban a los combatientes por la libertad, se adornaban con cintas coloradas y marchaban bajo las banderas rojas... Pero en el fondo de su alma, en las conversaciones particulares, se horrorizaban, se estremecían y se sentían prisioneros de aquella fuerza elemental hostil que seguía caminos ignorados. No olvidaré nunca la figura voluminosa y respetable de Rodzianko, cuando, con porte de dignidad majestuosa, pero con una expresión de una profunda desesperación y sufrimiento en su pálido rostro, pasaba entre la multitud de soldados que, en actitud desembarazada, invadía los corredores del Palacio de Táurida. Oficialmente se proclamaba que "los soldados han venido a apoyar a la Duma en su lucha contra el gobierno"; pero, de hecho, la duma dejó de existir ya desde los primeros días. El mismo rictus podía observarse en el semblante de todos los miembros del comité provisional de la Duma y de los círculos allegados a él. Se dice que los representantes del bloque progresista, al llegar a sus casas, lloraban histéricamente de impotente desesperación." Este testimonio vivo es de más valor que cuantas investigaciones

sociológicas pudieran hacerse para establecer la proporción de fuerzas después de la revolución. Según él mismo nos cuenta, Rodzianko se hallaba estremecido de indignación impotente al ver cómo unos soldados cualesquiera, “obedeciendo órdenes no se sabe de quién”, procedían a la detención de los funcionarios del viejo régimen en calidad de presos de la Duma. El buen chambelán se veía convertido en una especie de carcelero de unos hombres de quienes, naturalmente, le separaban ciertas diferencias, pero que, a pesar de todo, eran gentes de su categoría. Asombrado ante tamaña “arbitrariedad”, Rodzianko invitó al detenido Scheglovitov a entrar en su despacho; pero los soldados se negaron en redondo a entregarle al odiado funcionario: “Cuando intenté poner de manifiesto mi autoridad [cuenta Rodzianko], los soldados formaron un estrecho círculo alrededor de los prisioneros, y, con el aspecto más provocativo e insolente, me enseñaron sus fusiles, después de lo cual Scheglovitov, sin que fuera objeto de acusación alguna, fue conducido no sé a dónde.” ¿Cabe confirmación más elocuente de las palabras de Stankievich, según las cuales los regimientos que se decía que se habían prestado para apoyar a la duma, en realidad la habían suprimido?

El poder estuvo en manos del sóviet desde el primer momento. Los que menos podían hacerse ilusiones sobre el particular eran los miembros de la Duma. El diputado octubrista Schildlovsky, uno de los directores del bloque progresivo, recuerda: “El sóviet se apoderó de todas las oficinas de correos y telégrafos y de radio, de todas las estaciones de ferrocarril, de todas las imprentas, de modo que, sin autorización, era imposible cursar un telegrama, salir de Petrogrado o escribir un manifiesto.” A esta síntesis inequívoca del balance de fuerzas postrevolucionarias conviene hacer, sin embargo, una aclaración: el hecho de que el sóviet se hubiera “apoderado” del telégrafo, de los ferrocarriles, de las imprentas, debe entenderse en el sentido de que los obreros y empleados de esas empresas no querían someterse más que al sóviet.

No podíamos hallar mejor ilustración a las lamentaciones de Schidlovsky que el episodio que se produjo en el momento en que las negociaciones entabladas acerca del poder entre jefes de la Duma y el sóviet se hallaban en su apogeo. La reunión se vio interrumpida por el aviso urgente de que Pskov, donde se halla detenido el zar después de vagar por diversas líneas ferroviarias, llamaba a Rodzianko al hilo directo. El todopoderoso presidente de la Duma declaró que se negaba a ir solo al teléfono. “Que los señores diputados obreros y soldados me den escolta o vayan conmigo, pues de lo contrario en telégrafos me detendrán. ¡Qué queréis [prosiguió todo agitado], tenéis la fuerza y el poder! Naturalmente podéis detenerme... Acaso nos detengáis a todos. ¡Quién sabe...!” Esto ocurría el primero de marzo, cuando no hacía dos días que el poder había sido “tomado” por el comité provisional, a la cabeza del cual se hallaba Rodzianko.

¿Cómo, a pesar de esta situación, los liberales se vieron en el poder? ¿Quién les dio, y cómo, atribuciones para formar un gobierno fruto de una revolución que temían, contra la cual se resistían, que habían intentado sofocar, que había sido llevada a cabo por masas que les eran adversas, y, por añadidura, con una decisión y una audacia tales que el sóviet de los obreros y soldados, surgido de la insurrección, era, a los ojos de todo el mundo, el amo indiscutible de la situación?

Veamos lo que dice la otra parte, la que cedió el poder: “El pueblo no se sentía atraído por la Duma [dice Sujánov, hablando de las jornadas de febrero], no se interesaba por ella y no pensaba en convertirla, ni política ni técnicamente, en el eje del movimiento.” Esta confesión es tanto más peregrina cuanto que su autor ha de consagrar todos los esfuerzos, en las horas que siguen, a la entrega del poder al comité de la Duma del estado: “Miliukov sabía perfectamente [dice más adelante Sujánov, hablando de las negociaciones del 1 de marzo] que dependía por entero del comité ejecutivo el que se cediera o no el poder a un gobierno de la gran burguesía.” ¿Cabe expresarse de un modo

más categórico? ¿Puede ser más clara la situación política? Y, sin embargo, Sujánov, en flagrante contradicción con los hechos y consigo mismo, dice a renglón seguido: “El poder que recoja la herencia del zarismo no puede ser más que burgués... Hay que orientarse en este sentido. De otro modo, no se conseguirá nada, y la revolución se verá perdida.” ¡La revolución se verá perdida sin Rodzianko!

Aquí el problema de la correlación viva de las fuerzas sociales se ve suplantado ya por un esquema apriorístico y por una terminología escolástica: estamos ya de lleno dentro del campo del doctrinarismo intelectual. Pero, como veremos más adelante, este doctrinarismo no era platónico ni mucho menos, sino que cumplía una función política, completamente real, aunque caminase con los ojos vendados.

No se crea que citamos al azar a Sujánov. En este primer período, el inspirador del comité ejecutivo no era su presidente, Chjeidze, un provinciano honrado y de cortos alcances, sino precisamente Sujánov, la persona menos indicada del mundo, en general, para dirigir un movimiento revolucionario. seminarodniki, semimarxista, más bien observador concienzudo que político, más periodista que revolucionario, más razonador que periodista, sólo era capaz de hacer frente a la concepción revolucionaria hasta el momento en que fuese preciso transformarla ya en acción. Internacionalista pasivo durante la guerra, decretó desde el primer día de la revolución que era necesario endosar el poder y la guerra a la burguesía lo antes posible. Teóricamente (es decir, en cuanto a talento, por lo menos para atar cabos) estaba por encima de todos los vocales del comité ejecutivo de aquel entonces. Pero su fuerza principal consistía en traducir al lenguaje doctrinario los rasgos orgánicos de aquel grupo, a la par heterogéneo y homogéneo: desconfianza en las propias fuerzas, miedo ante la masa y actitud de altivo respeto frente a la burguesía. Lenin decía que Sujánov era uno de los mejores representantes de la pequeña burguesía. Es lo más lisonjero que se puede decir de él.

No hay que olvidar, además, que se trata, ante todo, de una pequeña burguesía de nuevo tipo, de tipo capitalista, de empleados industriales, comerciales y bancarios, de funcionarios del capital, de una parte, y de burocracia obrera, por otra; es decir, de ese nuevo tercer estado en aras del cual el socialdemócrata alemán Eduard Bernstein, sobradamente conocido, hubo de emprender, a fines del siglo pasado, la revisión del sistema revolucionario de Marx. Para poder dar una respuesta a la pregunta de cómo la revolución de los obreros y campesinos cedió el poder a la burguesía, hay que empalmar a la cadena política un eslabón intermedio: los demócratas y socialistas pequeñoburgueses del tipo de Sujánov, los periodistas y políticos de la nueva clase media que enseñaron a las masas que la burguesía era el enemigo. La contradicción entre el carácter de la revolución y el del poder que surgió de ella se explica por las peculiaridades contradictorias del nuevo sector pequeñoburgués, situado entre las masas revolucionarias y la burguesía capitalista. En el curso de los acontecimientos posteriores, el papel político de esta democracia pequeñoburguesa de nuevo tipo se nos revelará de cuerpo entero. Por ahora, limitémonos a algunas palabras.

En la insurrección participa de un modo directo la minoría de la clase revolucionaria, con la particularidad de que la fuerza de dicha minoría consiste en el apoyo o, por lo menos, en la simpatía que la mayoría le presta. La minoría activa y combativa impulsa hacia adelante inevitablemente, bajo el fuego del enemigo, a los elementos más revolucionarios y abnegados con que cuenta. Es natural que en los combates de febrero ocuparan los primeros puestos los obreros bolcheviques. Pero la situación cambia desde el momento del triunfo, cuando empieza a consolidarse políticamente. A las elecciones para cubrir los órganos e instituciones de la revolución triunfante se llama a masas incomparablemente más extensas que las que han combatido con las armas en la mano. Esto acontece no sólo en las elecciones de los órganos

democráticos generales, como las dumas y los *zemstvos*, y más tarde la Asamblea Constituyente, sino también con los de clase, como los sóviets de diputados obreros. La mayoría aplastante de los obreros mencheviques, socialrevolucionarios y sin partido apoya a los bolcheviques en su acción directa contra el zarismo. Pero sólo a una pequeña minoría de ellos se le alcanzaban en qué residía la diferencia que separaba a los bolcheviques de los demás partidos socialistas. Al propio tiempo, los obreros todos establecían una línea de demarcación bien definida entre ellos y la burguesía. Esto determinó la situación política creada después del triunfo. Los obreros elegían a los socialistas, esto es, a aquellos que estaban no sólo contra el zarismo, sino también contra la burguesía, y, al obrar así, no establecían distinción alguna entre los tres partidos socialistas. Y como quiera que los mencheviques y los socialrevolucionarios disponían de cuadros intelectuales incomparablemente más considerables, que afluían a ellos de todos los lados y les facilitaban un número enorme de agitadores, las elecciones, incluso en las fábricas, daban una superioridad inmensa a estos grupos.

El ejército ejercía su presión en el mismo sentido, pero con una fuerza incomparablemente mayor. Al quinto día de la insurrección, la guarnición de Petrogrado siguió a los obreros. Después del triunfo fue llamada a participar en las elecciones a los sóviets. Los soldados elegían confiadamente al que estaba por la revolución, contra la oficialidad monárquica, y que sabía expresarlo bien: éstos resultaban ser los escribientes, los médicos, los jóvenes oficiales de la época de la guerra procedentes del campo intelectual, los pequeños funcionarios militares, es decir, el estrato inferior de la "nueva clase media". Casi todos ellos se inscribieron, a partir de marzo, en el partido de los socialistas revolucionarios, que por su ideología vaga era el que mejor respondía a la situación social intermedia y a la limitación política de estos elementos. Resultado de esto fue que la guarnición se revelase incomparablemente más moderada y burguesa que la masa de los soldados. Pero estos últimos no se daban cuenta de la diferencia, que pronto había de exteriorizarse en la experiencia de los meses próximos. Los obreros, por su parte, tendían a fundirse lo más estrechamente posible con los soldados, a fin de consolidar la alianza conquistada con la sangre y armar de un modo más sólido a la revolución. Y como en nombre del ejército hablaban principalmente los socialrevolucionarios de nuevo cuño, esto tenía que aumentar necesariamente a los ojos de los obreros el prestigio de dicho partido, a la par que el de sus aliados, los mencheviques. Así fue como surgió en los sóviets el predominio de los partidos colaboracionistas. Baste decir que hasta en el sóviet de la barriada de Viborg desempeñaron un papel preeminente en los primeros tiempos los obreros mencheviques. En aquel período, el bolchevismo latía aún sordamente en el subsuelo de la revolución. Los bolcheviques oficiales estaban representados aún en el sóviet de Petrogrado por una minoría insignificante, que, además, no veía con absoluta claridad sus objetivos.

Y he aquí cómo nació la paradoja de la Revolución de Febrero. El poder se halla en manos de los socialdemócratas, que no se han adueñado de él por un golpe blanquista, sino por cesión franca y generosa de las masas triunfantes. Estas masas, que no sólo niegan la confianza y el apoyo a la burguesía, sino que la colocan casi en el mismo plano que a la nobleza y a la burocracia y sólo ponen sus armas a disposición de los sóviets. Y la única preocupación de los socialistas, a quienes tan poco esfuerzo ha costado ponerse al frente de los sóviets, está en saber si la burguesía políticamente aislada, odiada de las masas y hostil hasta la médula a la revolución, accederá a hacerse cargo del poder.

Es necesario ganar su conformidad a toda costa, y como es evidente que la burguesía no puede renunciar al programa burgués, somos nosotros, los "socialistas", los que tenemos que abjurar de nuestro programa: correremos un velo de silencio sobre la monarquía, sobre la guerra, sobre la tierra, con tal de que la burguesía acepte el regalo del

poder que le brindamos. Y al mismo tiempo que realizan esta operación, los "socialistas", como burlándose de sí mismos, siguen calificando a la burguesía de enemigo de clase. Guardando todas las formas rituales de los oficios religiosos, se comete un acto de sacrilegio provocativo. La lucha de clases llevada hasta sus últimas consecuencias es la lucha por el poder. La característica de toda revolución consiste en llevar la lucha de clases hasta sus últimas consecuencias. La revolución no es más que la lucha directa por el poder. Sin embargo, lo que a nuestros "socialistas" les preocupa no es quitar el poder al llamado enemigo de clase, que no lo tiene en sus manos ni se puede adueñar de él con sus propias fuerzas, sino, al contrario, el entregárselo a toda costa. ¿Acaso no es esto una paradoja? Y esta paradoja tenía por fuerza que causar asombro; aún no se había dado la revolución alemana de 1918 y el mundo no era aún testigo de una grandiosa operación del mismo tipo, pero realizada con mucho más éxito por la "nueva clase media" acaudillada por la socialdemocracia germana.

¿Cómo explicaban su conducta los colaboracionistas? Uno de sus argumentos tenía un carácter doctrinario: puesto que la revolución es burguesa, los socialistas no deben comprometerse tomando el poder; que la misma burguesía responda por ella. Esto sonaba a incorruptibilidad. En realidad, era una máscara de intransigencia con que la pequeña burguesía quería encubrir su servilismo ante la fuerza de la riqueza y de la educación. Los pequeñoburgueses consideraban que el derecho de la gran burguesía al poder era un derecho innato, independiente del balance de fuerzas sociales. El origen de esta actitud radicaba en ese movimiento casi instintivo que impulsa al pequeño tendero o al maestro de escuela a apartarse respetuosamente de la acera a la calle para dejar pasar al barón de Rothschild. Los argumentos doctrinarios empleados no eran más que una especie de concesión con que se quería contrapesar la conciencia de la propia insignificancia. Dos meses después, cuando se vio que la burguesía no podía de ningún modo mantener con sus propias fuerzas el poder que le había sido regalado, los colaboracionistas arrojaron sin empacho por la borda sus prejuicios "socialistas" y entran en el ministerio de coalición, no para sacar de él a la burguesía, sino, por el contrario, para salvarla; no contra su voluntad: en caso contrario, la burguesía amenazaba a los demócratas con arrojarles el poder a la cabeza.

El segundo argumento que se esgrimía para justificar la renuncia al poder, sin ser más serio en el fondo, tenía un aspecto más práctico. Nuestro conocido Sujánov subrayaba en primer término la "dispersión" de la Rusia democrática: "En aquel entonces, la democracia no tenía en sus manos organizaciones de partido, sindicales o municipales más o menos consistentes e influyentes:" ¡Esto parece una burla! ¡Un socialista que habla en nombre de los sóviets de obreros y soldados y no dice una palabra de ellos! Gracias a la tradición de 1905, los sóviets brotaban de todas partes y se convirtieron inmediatamente en una fuerza incomparablemente más poderosa que todas las demás organizaciones que después intentaron rivalizar con ellos (los municipios, las cooperativas y, en parte, los sindicatos). Por lo que se refiere a los campesinos, clase dispersa por naturaleza, gracias a la guerra y a la revolución aparecieron organizados como no lo habían estado nunca: la guerra aglutinaba a los campesinos en el ejército y daba a éste un carácter político. Más de ocho millones de campesinos estaban organizados en compañías y en escuadrones, que inmediatamente crearon su representación revolucionaria, por mediación de la cual podían ser puestos en pie en cualquier momento a la primera llamada telefónica. ¡Tal era la "dispersión" proclamada por Sujánov!

Podrá decirse que, en el momento de resolver la cuestión del poder, la democracia no sabía aún cuál sería la actitud de las tropas del frente. No plantearemos la cuestión de saber si había el menor motivo fundamentado para temer o esperar que los soldados del frente, exhaustos por la guerra, apoyasen a la burguesía imperialista. Basta con decir que

esta cuestión se resolvió plenamente en el transcurso de los dos o tres días próximos, que fueron precisamente empleados por los colaboracionistas para preparar entre bastidores un gobierno burgués. "El 3 de marzo, la revolución era un hecho consumado", dice Sujánov. A pesar de la adhesión del ejército en pleno a los sóviets, los jefes de éstos rechazaban con todas sus fuerzas el poder, al que tenían tanto más miedo cuanto mayor era la intensidad con que se concentraba en sus manos.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué unos demócratas, unos "socialistas", que se apoyaban directamente en unas masas como jamás las ha conocido ninguna democracia en la historia, masas que contaban por añadidura con una experiencia considerable, disciplinadas y armadas, organizadas en sóviets, por qué, repetimos, esta poderosa democracia, al parecer invencible, podía tenerle miedo al poder? Este enigma, aparentemente indescifrable, se explica por el hecho de que la democracia no tenía confianza en su propia base, la masa les inspiraba miedo. No creía en la consistencia de la confianza en sí misma, y lo que más temía era la "anarquía", esto es, que al tomar el poder se convirtiera, con éste, en un juguete de las llamadas fuerzas elementales desatadas. Dicho en otros términos, la democracia no se sentía llamada a dirigir al pueblo en el momento de su impulso revolucionario, sino que se consideraba el ala izquierda del orden burgués, un tentáculo de este orden burgués tendido hacia las masas. Si se titulaba "socialista", y aún se consideraba como tal, era para ocultar no sólo a las masas, sino a sí misma, su verdadera misión, y sin esta autosugestión es lo cierto que no habría podido cumplirla. Así se resuelve la fundamental paradoja de la Revolución de Febrero.

El 1 de marzo por la tarde se presentaron en la reunión del comité de la Duma los representantes del comité ejecutivo Chjeidze, Stieklov, Sujánov y otros, para examinar las condiciones en que los sóviets podían apoyar al nuevo gobierno. Del programa de los demócratas quedaban totalmente excluidas las cuestiones relativas a la guerra, la república, la tierra, la jornada de ocho horas; todo se concretaba en una reivindicación: conceder libertad de propaganda a los partidos de izquierda. ¡Gran ejemplo de desinterés para los pueblos y los siglos el de estos socialistas, en cuyas manos se hallaba todo el poder de una nación y de los cuales dependía por entero el conceder o no la libertad de propaganda a los demás y que entregan el poder a sus "enemigos de clase" a condición de que estos últimos les garantice a ellos... la libertad de propaganda! Rodzianko no se atrevía a ir solo a telégrafos, y decía a Chjeidze y Sujánov: "El poder está en vuestras manos; nos podéis mandar detener a todos nosotros." Chjeidze y Sujánov le contestan: "Tomad el poder, pero no nos detengáis porque hagamos propaganda." Cuando se estudian las negociaciones de los colaboracionistas con los liberales y, en general, todos los episodios de las relaciones mantenidas en aquellos días entre el ala derecha y el ala izquierda del Palacio de Táurida, parece como si en la escena gigantesca en que se desarrolla el drama histórico del pueblo, un grupo de comediantes provincianos, aprovechándose de un rincón que quedara libre, se dedicasen en un entreacto a representar un *vaudeville* en ropas menores.

Los jefes de la burguesía (hagámosles justicia) no contaban con esto. Seguramente no hubieran temido tanto a la revolución si hubieran contado con esta política por parte de sus jefes. Ciertamente que, de creerlo, también se habrían equivocado, pero acompañando ya a éstos en la equivocación. Temiendo, a pesar de todo, que la burguesía no accedería a tomar el poder ni aun con las condiciones propuestas, Sujánov plantea un ultimátum amenazador: "Nosotros somos los únicos que podemos contener las fuerzas elementales desencadenadas... No hay más salida que una aceptar: aceptar nuestras condiciones." En otros términos: aceptad un programa, que es el *vuestro*; en compensación, os prometemos domar a la fiera que nos ha dado el poder. ¡Pobres domadores!

Miliukov estaba asombrado. "No se molestaba en disimular [recuerda Sujánov] su satisfacción y su agradable sorpresa." Cuando los delegados del sóviet añadieron, para darse importancia, que sus condiciones eran "definitivas", Miliukov incluso se enterneció y les alentó con la frase siguiente: "Sí; escuchándoos, he pensado en el gran paso de avance que ha dado el movimiento obrero desde 1905 para acá..." En este mismo tono de cocodrilo cariñoso habría de hablar en Brest-Litovsk la diplomacia de Hohenzollern con los delegados de la Rada ucraniana, rindiendo homenaje a sus dotes de hombres de estado, antes de tragárselos. Si la burguesía no se tragó a la diplomacia soviética no fue precisamente gracias a Sujánov ni por culpa de Miliukov.

La burguesía tomó el poder a espaldas del pueblo. No tenía ningún punto de apoyo en las clases trabajadoras, pero con el poder consiguió algo así como un punto de apoyo de segunda mano: los mencheviques y los socialrevolucionarios, elevados a las alturas por la masa, otorgaron un voto de confianza a la burguesía. Si examinásemos esta operación desde el punto de vista de la democracia formal, nos encontraremos ante algo parecido a unas elecciones de segundo grado, en las cuales los mencheviques y socialrevolucionarios desempeñan el papel técnico de eslabón intermedio, esto es, de compromisarios electores de kadetes. Examinada desde el punto de vista político, no hay más remedio que reconocer que los colaboracionistas burlaron la confianza de las masas llamando al poder a aquellos contra los cuales habían sido elegidos. Finalmente, desde un punto de vista más profundo, desde el punto de vista social, la cuestión se plantea así: los partidos pequeñoburgueses, que en las condiciones normales se manifestaban con una jactancia y una suficiencia excepcionales, exaltados a las cimas del poder, se asustaron de su propia inconsistencia y se apresuraron a poner el timón en manos de los representantes del capital. En este acto de postración se puso inmediatamente de manifiesto la terrible inconsistencia de la nueva clase media y su dependencia humillante con respecto a la gran burguesía. Al darse cuenta, o solamente tener la sensación, de que no podrían conservar el poder en sus manos durante mucho tiempo, de que pronto tendrían que cederlo a derecha o izquierda, los demócratas decidieron que era mejor adelantarse a entregarlo hoy a los respetables liberales para no tener que entregárselo mañana a los representantes extremos del proletariado. Pero, aun así, el papel de los colaboracionistas en toda su motivación social no deja de encerrar una traición para con las masas.

Al otorgar su confianza a los socialistas, los obreros y soldados lo que hacían, sin saberlo, era despojarse del poder político. Cuando se dieron cuenta de la realidad, se quedaron perplejos, se inquietaron, pero no veían aún el modo de salir de la situación creada. Sus propios representantes acudían con argumentos contra los cuales no tenían una respuesta preparada, pero que se hallaban en contradicción con sus sentimientos e intenciones. Ya en el momento de la Revolución de Febrero las tendencias revolucionarias de las masas no coincidieron en lo más mínimo con las tendencias colaboracionistas de los partidos pequeñoburgueses. El proletariado y el campesino votaban al menchevique y al socialrevolucionario, no como a conciliadores, sino como a enemigos del zar, del terrateniente y del capitalista. Pero al votarlos levantaban una barrera entre ellos y los fines que perseguían. Ahora no podían ya avanzar sin chocar con la muralla que habían levantado y destruirla. Tal era el sorprendente *quid pro quo* que se encerraba en las relaciones de clase puestas de manifiesto por la Revolución de Febrero.

A la paradoja fundamental de que hemos hablado vino a unirse en seguida una paradoja suplementaria. Los liberales sólo accedían a tomar el poder de manos de los socialistas, a condición de que la monarquía se aviniera a recogerlo de sus propias manos.

Al mismo tiempo, Guchkov y Chulguin, monárquico a quien ya conocemos, se trasladaban a Pskov, para salvar la dinastía, el problema de la monarquía constitucional se convertía en el eje de las negociaciones entabladas entre los dos comités del Palacio de

Táurida. Miliukov trataba de persuadir a los demócratas que le llevaban el poder en una bandeja de plata de que los Romanov no podían ser ya peligrosos, de que, aunque había que suprimir, naturalmente, a Nicolás II, el zarevitz Alexéiev, bajo la regencia de Miguel, podía muy bien asegurar el bienestar del país: "El uno es un niño enfermo y el otro es un hombre completamente estúpido." He aquí la silueta del candidato a zar, trazada por el monárquico liberal Schidlovsky: "Miguel Alexandrovich rehuía toda intervención en los asuntos del estado y vivía entregado de lleno a la equitación." Asombrosa recomendación, sobre todo, para luchar ante las masas. Después de la huida de Luis XVI a Varennes, Danton proclamó en el club de los jacobinos que un imbécil no podía ser rey. Los liberales rusos entendían, por el contrario, que la imbecilidad del monarca sería la mejor ofrenda para el régimen constitucional. Ciertamente se trataba de un argumento para impresionar la psicología de los bobos izquierdistas, pero tenía un carácter demasiado tosco aun para la gente a quien se destinaba. En los círculos liberales se decía que Miguel era un "anglófilo", sin precisar si su anglofilia se refería a las carreras de caballos o al parlamentarismo. Lo principal era conservar el símbolo tradicional de poder, pues, de lo contrario, el pueblo se imaginaría que no había poder alguno.

Los demócratas escuchaban, se sorprendían amablemente y trataban de persuadir... ¿de que se proclamara la república? No; de que no se resolviera la cuestión de antemano. El tercer punto de las condiciones del comité ejecutivo estaba concebido así: "El gobierno provisional no debe dar ningún paso que resuelva de antemano la forma de gobierno." Miliukov planteó la cuestión de la monarquía en forma de ultimátum. Los demócratas estaban desesperados. Pero las masas acudieron en su auxilio. En los mítines del Palacio de Táurida, absolutamente nadie, no sólo los obreros, sino ni siquiera los soldados, querían un zar, y no había modo de imponérselo. Pero Miliukov intentó nadar contra la corriente y salvar el trono y la dinastía por encima de la cabeza de sus aliados de izquierda. El mismo observa en su *Historia de la Revolución* que el 2 de marzo, por la noche, la agitación producida por la noticia de que se había dado la regencia a Miguel "se intensificó considerablemente". Rodzianko describe con mucho más relieve el efecto que las maniobras monárquicas de los liberales producían entre las masas. Tan pronto llegó de Pskov con el acta de abdicación de Nicolás II a favor de Miguel, Guchkov, a petición de los obreros, se dirigió desde la estación a los talleres ferroviarios, dio cuenta de lo ocurrido y, después de leer el acta de abdicación, grito: "¡Viva el emperador Miguel!" El resultado fue inesperado. Según cuenta Rodzianko, el orador fue inmediatamente detenido por los obreros, los cuales, al parecer, le amenazaron incluso con fusilarle. "Con gran trabajo, se consiguió libertarle con ayuda de la compañía de servicio del regimiento más próximo." Como siempre, Rodzianko incurre en exageración en los detalles, pero lo sustancial del caso está descrito de un modo fidedigno. El país había vomitado la monarquía de un modo tan radical, que no había modo de hacérsele tragar de nuevo. Las masas revolucionarias no admitían ni tan siquiera la idea de un nuevo zar.

Ante semejante situación, los miembros del comité provisional fueron apartándose uno tras otro de Miguel, no de un modo definitivo, sino "hasta la asamblea constituyente; entonces, ya veremos". Sólo Miliukov y Guchkov defendían la monarquía a sangre y fuego y seguían condicionando a este punto su entrada en el gobierno. ¿Qué hacer? Los demócratas entendían que sin Miliukov no era posible formar un gobierno burgués, y que sin gobierno burgués era imposible salvar la revolución. Los ruegos y los reproches fueron infinitos. En la sesión de la mañana del 3 de marzo parecía que había triunfado completamente en el comité provisional el criterio de la necesidad de "persuadir al gran duque de que abdicara"; es decir, ¡que le consideraban ya como zar! El kadete de izquierda Nekrasov había llegado a redactar incluso un proyecto de abdicación, pero como Miliukov seguía firme en sus posiciones, después de nuevos y apasionados debates,

se votó por fin el siguiente acuerdo: "Ambas partes motivarán ante el gran duque sus opiniones, y sin entrar en discusiones ulteriores le confiarán la solución a él mismo." De este modo, aquel "hombre completamente imbécil", a quien el hermano mayor destronado por la insurrección intentaba transmitir el trono, infringiendo incluso la ley de sucesión dinástica, se veía convertido inesperadamente en superárbitro de la forma de gobierno de un país revolucionario. Por inverosímil que parezca, esta reunión, en que debían decidirse los destinos del estado, se celebró. Con el fin de persuadir al gran duque de que abandonara las cuadras para ocupar el trono, Miliukov le aseguró que había la posibilidad absoluta de reunir fuera de Petrogrado las fuerzas militares necesarias para la defensa de sus derechos. En otros términos, Miliukov, cuando apenas había tenido tiempo de recibir el poder de las manos de los socialistas, elaboraba el plan de un golpe de estado monárquico. Después de oír los discursos en pro y en contra, que no fueron pocos, el gran duque pidió que se le diera el tiempo necesario para reflexionar. Después de invitar a Rodzianko a pasar a otra habitación, Miguel le preguntó a quemarropa: "¿Me garantizan los nuevos gobernantes sólo la corona, o también la cabeza?" El incomparable chambelán contestó que lo único que podía prometer era morir a su lado en caso de necesidad. Al pretendiente, esto no le convencía en lo más mínimo. Después de su idilio con Rodzianko, Miguel se presentó de nuevo ante los diputados y declaró con "firmeza" que renunciaba al cargo elevado, pero peligroso, para el que se le proponía. Entonces Kerensky, que encarnaba en estas negociaciones la conciencia de la democracia, se levantó solemnemente de la silla y dijo: "¡Sois un hombre noble, alteza!" Y juró que así lo proclamaría por doquier. "El acto de Kerensky [comenta secamente Miliukov] armonizaba mal con la prosa de la decisión tomada." Hay que convenir en ello. La verdad es que el texto de ese interludio no era para exaltarse. A lo que decíamos más arriba acerca del sainete representado en el entreacto, agregamos que la escena aparecía dividida en dos partes por una mampara: en una, los revolucionarios rogaban a los liberales que salvaran la revolución; en la otra, los liberales imploraban a la monarquía que salvara al liberalismo.

Los representantes del comité ejecutivo se sorprendían sinceramente de que un hombre tan ilustrado y perspicaz como Miliukov se obstinara tanto por una cosa como la monarquía y se declarara incluso dispuesto a renunciar al poder si, como propina, no se le daba también a un Romanov. Pero el monarquismo de Miliukov no tenía nada de doctrinario ni de romántico; era, por el contrario, el fruto del cálculo de los propietarios atemorizados. En el carácter no disimulado de este miedo consistía su fatal debilidad. El historiador Miliukov podía apelar fundadamente al ejemplo de Mirabeau, jefe de la burguesía revolucionaria francesa, que tanto se había esforzado también, en su tiempo, por conciliar la revolución con el rey. Mirabeau obraba impulsado, como él, por el miedo de los propietarios por sus propiedades: era más prudente cubrirlas con el pabellón de la monarquía, del mismo modo que la monarquía se cubría con el pabellón de la Iglesia, que no dejarlas al descubierto. Pero en Francia, en 1789, la tradición de poder real estaba aún reconocida por el pueblo, sin hablar de que toda Europa era monárquica. Al apoyar al rey, la burguesía francesa no se divorciaba aún del pueblo; por lo menos, esgrimía contra él sus propios prejuicios. La situación, en la Rusia de 1917, era completamente distinta. Además de los naufragios y averías por los que había pasado el régimen monárquico en los distintos países del mundo, la propia monarquía rusa había sufrido ya en 1905 desperfectos irreparables. Después del 9 de enero, el cura Gapón había lanzado su maldición contra el zar y su "raza de víboras". El sóviet de diputados obreros de 1905 se declaraba abiertamente republicano. Los sentimientos monárquicos de los campesinos, con los cuales la misma monarquía había contado durante mucho tiempo y con los cuales cubría la burguesía su monarquismo, no aparecían por ningún lado. La contrarrevolución

armada que se levantó más tarde, empezando por Kornílov, repudiaba hipócritamente, pero por ello mismo de un modo más significativo, el poder del zar; ¡tan poco arraigado estaba el sentimiento monárquico en el pueblo! Sin embargo, la misma revolución de 1905, que hirió de muerte a la monarquía, privó para siempre de base a las inconsistentes tendencias republicanas de la burguesía "avanzada". Estos dos procesos se contradecían y se completaban al mismo tiempo. La burguesía, que ya desde las primeras horas de la Revolución de Febrero tuvo la sensación de su naufragio, se agarraba a un clavo ardiendo. No necesitaba de la monarquía porque ésta fuera la fe que la unía con el pueblo; al contrario, la burguesía no podía ya oponer a las creencias del pueblo otra cosa que un fantasma coronado. Las clases "ilustradas" de Rusia entraron en la palestra de la revolución no como heraldos del estado nacional, sino como mantenedores de las instituciones medievales. Como no tenían un punto de apoyo ni en el pueblo ni en sí mismos, lo buscaban fuera de ellas. Arquímedes se comprometía a levantar el mundo si le daban un punto de apoyo para su palanca, Miliukov, por el contrario, buscaba un punto de apoyo para evitar la transformación de la gran propiedad del suelo, y, al hacerlo, se sentía mucho más próximo a los generales zaristas más anquilosados y a los dignatarios de la Iglesia Ortodoxa, que a aquellos demócratas caseros, cuya única preocupación era ganarse la confianza de los liberales. Impotente para quebrantar la revolución, Miliukov había decidido firmemente engañarla. Estaba dispuesto a tragarse muchas cosas: los derechos cívicos para los soldados, los municipios democráticos, la asamblea constituyente, a condición de que se le diera el punto de apoyo de Arquímedes bajo la forma de la monarquía. Miliukov confiaba en convertir paso a paso la monarquía en un eje en torno al cual se reunieran los generales, la burocracia renovada, los príncipes de la Iglesia, los propietarios, todos los descontentos de la revolución, y crear poco a poco, empezando por el "símbolo", un verdadero freno monárquico real que fuese conteniendo a las masas, a medida que éstas se fueran cansando de la revolución. ¡Lo importante era ganar tiempo! Otro de los directores del partido kadete, Nabokov, explicaba posteriormente la ventaja capital que hubiera representado la aceptación de la corona por Miguel: "Habría quedado eliminada la cuestión fatal de la convocatoria de la asamblea constituyente durante la guerra." Tengamos presente estas palabras: entre febrero y octubre, la lucha en torno a la fecha en que había de convocarse la asamblea constituyente desempeña un papel considerable, con la particularidad de que los kadetes, al tiempo que negaban categóricamente su propósito de dar largas a la convocación de la representación popular, practicaban una política tenaz de aplazamientos. Desgraciadamente para ellos, sólo podían apoyarse para su política en sí mismos, no habiendo podido conseguir, al fin, el manto monárquico, que tanto anhelaban. Después de la deserción de Miguel, Miliukov no pudo ya asirse ni a una brizna de paja.

El nuevo poder

Divorciada del pueblo, ligada mucho más estrechamente al capital financiero extranjero que a las masas trabajadoras del propio país, hostil a la revolución que triunfaba, la burguesía rusa, que había llegado con retraso, no podía invocar en su propio nombre ni un solo título a favor de sus pretensiones al poder. Sin embargo, era necesario fundamentarlas en un sentido u otro, pues la revolución somete a una revisión implacable no sólo los derechos heredados, sino también las nuevas alegaciones. Rodzianko, el presidente del comité provisional, que durante los primeros días de la revolución se encontró al frente del país, era la persona menos indicada para ofrecer argumentos susceptibles de convencer a las masas. Ayuda de cámara bajo Alejandro II, oficial del regimiento de caballería de la guardia, decano provincial de la nobleza, chambelán de Nicolás II, monárquico hasta la médula, terrateniente, miembro del partido de los octubristas, uno de los elementos activos de los *zemstvos* y diputado de la Duma nacional, Rodzianko fue luego elegido presidente de ésta. Esto ocurría después de la dimisión de Guchkov, a quien odiaban en palacio por su calidad de "joven turco". La Duma confiaba en tener más fácil acceso al corazón del monarca por mediación del chambelán. Rodzianko hizo todo lo que pudo: testimonió al zar, sin hipocresía alguna, su adhesión a la dinastía; imploró como un favor ser presentado al príncipe heredero y ganó las simpatías de éste como "el hombre más voluminoso de toda Rusia". A pesar de todo este histrionismo bizantino, el chambelán no logró conquistar el favor del zar para la constitución, y, en sus cartas, la zarina lo calificaba, sin andarse con rodeos, de canalla. Durante la guerra, el presidente de la Duma hizo pasar, indudablemente, no pocos malos ratos al zar, agobiándolo, durante las audiencias, con exhortaciones ampulosas, críticas patrióticas y augurios sombríos. Rasputín veía en Rodzianko un enemigo personal. Kurlov, uno de los elementos más afines a la banda palaciega, se refiere a la "insolencia [de Rodzianko] acompañada de una indudable limitación mental". Witte habla del presidente de la Duma con más indulgencia, pero no mucho mejor: "No es tonto, sino, al contrario, bastante listo: pero, así y todo, la cualidad principal de Rodzianko no consiste en su inteligencia, sino en su voz: tiene una magnífica voz de bajo." En un principio, Rodzianko intentó vencer a la revolución con las mangueras de los bomberos; lloró cuando supo que el gobierno del príncipe Golitsin había abandonado su puesto; se negó, horrorizado, a tomar el poder que le ofrecían los socialistas; después, decidió tomarlo; pero, como súbdito fiel, abrigando el propósito de devolver la corona al monarca tan pronto como le fuera posible. No fue culpa de Rodzianko, que esta ocasión no se le deparase. En cambio, la revolución, con ayuda de aquellos mismos socialistas, brindó al chambelán magnífica ocasión de hacer resonar su voz de bajo ante los regimientos sublevados. Ya el 27 de febrero, el capitán retirado de la caballería de la guardia Rodzianko decía al regimiento de la guardia que se había presentado en el Palacio de Táurida: "Fieles soldados, escuchad mis consejos. Soy un hombre viejo y no os engañaré; escuchad a los oficiales, que no os mandarán nada malo y obrarán de completo acuerdo con la Duma. ¡Viva la santa Rusia!" Seguramente, que no había en toda la guardia ningún oficial que no estuvieses dispuesto a aceptar esa revolución. En cambio, los soldados no acababan de convencerse de su necesidad. Rodzianko temía a los soldados, temía a los obreros, veía en Chjeidze y demás elementos de izquierda agentes a sueldo de Alemania,

y, al tiempo que se ponía al frente de la revolución, miraba a cada instante en torno suyo, esperando el momento en que el sóviet viniese a detenerlo.

La figura de Rodzianko es un poco cómica, pero no fortuita; este chambelán, con su magnífica voz de bajo, era la encarnación de las dos clases dirigentes de Rusia: los terratenientes y la burguesía, con el aditamento del clero progresivo. Rodzianko era muy devoto y muy versado en música litúrgica, y los burgueses liberales, independientemente de la actitud que pudieran adoptar respecto a la Iglesia Ortodoxa, consideraban tan necesaria para el orden la alianza con esta última como con la monarquía.

En aquellos días, el honorable monárquico que debía el poder a los conspiradores, rebeldes y asesinos, estaba pálido y desencajado. Los demás miembros del comité no se sentían mucho mejor. Algunos de ellos ni siquiera se dejaban ver en el Palacio de Táurida, por entender, sin duda, que la situación no estaba todavía suficientemente despejada. Los más prudentes daban vueltas, de puntillas, alrededor del fuego de la revolución, cuyo humo les hacía toser, y se decían: "¡Dejémoslo que arda, y después veremos si se puede cocer algo en él!"

El comité, si bien accedió a tomar el poder, no se decidió inmediatamente a formar un ministerio. "En espera [según las palabras de Miliukov] de que llegara el momento de formar gobierno, el comité se limitó a designar comisarios entre los miembros de la Duma, encargados de regentar los organismos gubernamentales, pues esto dejaba abierta una salida para en caso de retirada."

Al frente del ministerio del interior pusieron al diputado Karaulov, hombre insignificante, pero menos cobarde acaso que los demás, el cual dictó el primero de marzo la orden de detención de todos los jefes de la policía y del cuerpo de gendarmes. Este terrible gesto revolucionario tenía un carácter puramente platónico, puesto que los rebeldes se habían apresurado a detener por su cuenta a la policía, sin aguardar a que se publicara ningún decreto, y la cárcel era para ella, además, el único asilo contra la venganza popular. Mucho más tarde, la reacción vio en aquel acto demostrativo de Karaulov el principio de todas las calamidades posteriores.

Para la comandancia militar de Petrogrado se nombró al coronel Engelhardt, oficial del regimiento de la guardia, propietario de cuadras de caballos de carreras y gran terrateniente. En vez de detener al "dictador" Ivanov, que había llegado del frente para apaciguar la capital, Engelhardt puso a su disposición a un oficial reaccionario en calidad de jefe de estado mayor: al fin y al cabo, todos era uno.

Al ministerio de justicia se envió a la lumbrera de la abogacía liberal de Moscú, al elocuente y huero Maklakov, el cual se apresuró a dar a entender, ante todo a los burócratas reaccionarios, que él no quería ser ministro por la gracia de la revolución, y, "posando la vista sobre un camarada que acababa de entrar y que desempeñaba las funciones de mozo", dijo en francés: *le danger est à gauche.*

Los obreros y soldados no necesitaban entender francés para comprender que todos aquellos caballeros eran sus más acérrimos enemigos.

Por su parte, Rodzianko no dejó de oír su voz tonante mucho tiempo al frente del comité. Su candidatura a la presidencia del gobierno revolucionario se hundió por sí misma: era evidente que el intermediario entre los propietarios y la monarquía no servía ya para intermediario entre los propietarios y la revolución. Pero no por eso desapareció de la escena política, sino que intentó tenazmente avivar la duma, contrarrestando con ella la influencia del sóviet, y se erigió invariablemente en el eje de todas las tentativas encaminadas a articular la contrarrevolución de los burgueses y los terratenientes. Ya volveremos a encontrarnos con él.

El 1 de marzo, el comité provisional emprendió la formación de un ministerio, proponiendo para él a los hombres que la Duma, a partir de 1915, había recomendado

repetidamente al zar como personas que gozaban de la confianza del país; se trataba de grandes agrarios e industriales, de los diputados de oposición de la Duma y jefes del bloque progresivo. Lo cierto es que la revolución hecha por los obreros y los soldados no se vio representada para nada en la composición del gobierno revolucionario, con una sola excepción. Esta excepción la constituía Kerensky. La onda Rodzianko-Kerensky era la onda oficial de la Revolución de Febrero.

Kerensky entró en el gobierno en calidad, digámoslo así, de embajador de aquella revolución. Sin embargo, su actitud ante ésta era la de un abogado provinciano que había intervenido en varios procesos políticos. Kerensky no era un revolucionario, sino pura y simplemente un hombre que había revoloteado alrededor de la revolución. Elegido por primera vez como diputado de la Cuarta Duma, gracias a que estaba dentro de la ley, Kerensky se convirtió en el presidente de la fracción gris e impersonal de los *trudoviki* o "laboristas", fracción que era un fruto anémico del cruce del liberalismo con los *narodniki*. No tenía preparación teórica, ni escuela política, ni aptitud para las tareas especulativas, ni nervio político. Todas estas cualidades se veían sustituidas en él por una facilidad de adaptación superficial, por una fácil exaltación y esa clase de elocuencia que actúa, no sobre el pensamiento ni sobre la voluntad, sino sobre los nervios. Sus intervenciones en la Duma, inspiradas en un radicalismo declamatorio, para el cual no le faltaban ocasiones, crearon a Kerensky, si no una popularidad, al menos una cierta notoriedad. Durante la guerra, entendía, coincidiendo en esto con los liberales, como patriota que era, que la idea misma de la revolución era funesta para el país. La aceptó cuando vino, y la revolución, aferrándose a su "popularidad", lo sacó a flote. Para él, la revolución se identificaba de un modo natural con el nuevo poder. Pero el comité ejecutivo decretó que el poder, conquistado por la revolución burguesa, debía pertenecer a la burguesía. A Kerensky, esta fórmula se le antojaba falsa, aunque no fuera más que por el hecho de que le cerraba las puertas del ministerio. Kerensky estaba completamente persuadido de que su socialismo no constituía ningún obstáculo para la revolución burguesa, como tampoco ésta causaría detrimento alguno a su socialismo. El comité provisional de la Duma decidió hacer una tentativa para arrancar del sóviet al diputado radical y no le fue difícil conseguirlo, ofreciéndole la cartera de justicia, a la cual había renunciado ya Maklakov. Kerensky paraba por los pasillos a los amigos y les preguntaba: "¿Debo aceptar la cartera o no?" Los amigos no dudaban de que ya tenía decidido aceptarla. Sujánov, muy bien dispuesto hacia Kerensky en aquel entonces, observó en él (cierto es que en recuerdos, publicados más tarde) "que tenía la seguridad de que estaba llamado a cumplir una misión muy importante... y se irritaba extraordinariamente contra los que no se daban cuenta de ello". Por fin, los amigos, Sujánov inclusive, le aconsejaron que aceptase la cartera, entendiendo que era lo mejor; pues de este modo, teniendo allí a uno de los suyos, podrían observar de cerca lo que hacían aquellos astutos liberales. Pero al mismo tiempo que tentaban sigilosamente a Kerensky a cometer un pecado para el cual no necesitaba, por cierto, orientación, los dirigentes del comité ejecutivo le negaban toda sanción oficial. El comité ejecutivo se ha manifestado ya (recordaba Sujánov a Kerensky), y el volver a plantear el asunto ante el sóviet no deja de tener sus peligros, pues puede sencillamente contestar: "el poder debe pertenecer a la democracia soviética." Tal es el relato textual del propio Sujánov, que constituye una increíble mezcla de candidez y de cinismo. El inspirador de todos los misterios del poder reconoce abiertamente que, ya el 2 de marzo, el Sóviet de Petrogrado se inclinaba por la toma formal del poder, el cual le pertenecía de hecho desde la tarde del 27 de febrero, y que los jefes socialistas sólo habían podido despojarle de él, en provecho de la burguesía, a espaldas de los obreros y los soldados, sin que éstos lo supieran y contra su verdadera voluntad. El trato de los demócratas con los liberales aparece rodeado, en el relato de Sujánov, de todas las

características jurídicas de rigor en un crimen de lesa revolución, es decir, de compló secreto tramado contra el poder del pueblo y sus derechos.

Los dirigentes del comité ejecutivo, comentando la impaciencia de Kerensky, cuchicheaban entre sí que no era conveniente para un socialista tomar oficialmente un fragmento de poder de manos de los hombres de la Duma, que acababan de recibirlo íntegramente de manos de los socialistas. Sería mejor que Kerensky asumiese toda la responsabilidad de aquel acto. Aquellos caballeros, por una especie de instinto infalible, se las arreglaban para encontrar siempre verdaderamente la salida más complicada y falsa a todas las situaciones. Pero Kerensky no quería entrar en el gobierno con la chaqueta de simple diputado radical; quería entrar, a todo trance, envuelto en el manto de representante de la revolución triunfante. Con el fin de no tropezar con ninguna resistencia, no solicitó la sanción ni del partido, del cual se proclamaba miembro, ni del comité ejecutivo, del que era vicepresidente. Sin advertir a los jefes, en una de las sesiones plenarias del sóviet, que en aquellos días no era aún más que un mitin caótico, pidió la palabra para hacer una declaración, y en su discurso, que unos calificaron de confuso y otros de histérico (versiones entre las cuales, dicho sea de paso, no media contradicción), exigió un voto de confianza y repitió en todos los tonos que estaba dispuesto a morir por la revolución y, aún más, a aceptar la cartera de ministro de justicia. Le bastó aludir a la necesidad de una amnistía política completa y entregar a los tribunales a los funcionarios zaristas, para provocar una tempestad de aplausos en aquella asamblea inexperta, sin rumbo ni dirección. “Aquella farsa [recuerda Schliápnikov] produjo en muchos una profunda indignación y un sentimiento de repugnancia contra Kerensky.” Pero nadie le contradijo: los socialistas, al tiempo que entregaban el poder a la burguesía, evitaban, como sabemos, plantear esta cuestión ante las masas. No hubo votación. Kerensky decidió interpretar los aplausos como un voto de confianza. Desde su punto de vista, tenía razón. Indudablemente, el sóviet era partidario de la entrada de los socialistas en el ministerio, pues veía con ello un paso en el sentido de la liquidación del gobierno burgués, con el cual, ni por un instante, estuvo conforme. De todos modos, haciendo caso omiso de la doctrina oficial, el 2 de marzo Kerensky accedió a aceptar el cargo de ministro de justicia. “Kerensky estaba muy contento de su nombramiento [cuenta el octubrista Schidlovsky], y me acuerdo perfectamente de que, en el local del comité provisional hablaba calurosamente, tumbado en una butaca, del pedestal que levantaría a la justicia en Rusia.” En efecto, meses más tarde, había de demostrarlo elocuentemente en el proceso seguido a los bolcheviques.

El menchevique Chjeidze, al cual los liberales, guiándose por un cálculo excesivamente simple y por la tradición internacional, querían confiar, en un momento difícil, el ministerio de trabajo, se negó categóricamente a aceptar el cargo, y permaneció en su puesto de presidente del sóviet. Menos brillante que Kerensky, Chjeidze estaba, sin embargo, construido con materiales más sólidos.

Miliukov, líder indiscutible del partido kadete, aunque no se hallara formalmente al frente del ministerio, era el jefe del gobierno provisional. “Miliukov estaba incomparablemente por encima de sus compañeros de gabinete [decía el kadete Nabokov, después de haber roto ya con él], como fuerza intelectual, por sus inmensos conocimientos, casi inagotables, y por su espíritu amplio”. Sujánov, que acusaba a Miliukov personalmente del fracaso del liberalismo ruso, decía, sin embargo, hablando de él: “Miliukov era entonces la figura central, el alma y el cerebro de todos los círculos políticos burgueses... Sin él no habría habido política burguesa en el primer período de la revolución.” A pesar de su exageración estas opciones señalan la superioridad indiscutible de Miliukov sobre los demás políticos de la burguesía rusa. Su fuerza radicaba en lo mismo en que radicaba su debilidad: de un modo más concreto y definitivo que los demás,

expresaba, traducido al lenguaje de la política, el destino de la burguesía rusa, es decir, la situación sin salida en que la historia había colocado a ésta. Los mencheviques se lamentaban de que Miliukov había llevado el liberalismo a la ruina, pero con más fundamento podría afirmarse que fue el liberalismo el que llevó a la ruina a Miliukov.

A pesar del neoeslavismo, resucitado por él con fines imperialistas, Miliukov fue siempre un occidentalista burgués. Había asignado como fin a su partido la implantación en Rusia de la civilización europea. Pero temía cada día más las sendas revolucionarias que habían seguido los pueblos de Occidente. Por esto, todo su occidentalismo se reducía a una envidia impotente de los países occidentales.

La burguesía inglesa y francesa edificó una nueva sociedad a su imagen y semejanza. La alemana llegó más tarde y tuvo que permanecer durante mucho tiempo entregada a la papilla de avena de la filosofía. Los alemanes inventaron el término "contemplación del mundo" (*Weltanschaung*), con el que no cuentan en su haber los ingleses ni los franceses; mientras que las naciones occidentales creaban un mundo nuevo, los alemanes "contemplaban" el suyo. Pero la burguesía alemana, tan pobre desde el punto de vista de la acción política, creó la filosofía clásica, lo cual constituye una aportación de valor innegable. La burguesía rusa llegó todavía más tarde. Es verdad que tradujo al ruso, con algunas variantes, la palabra "contemplación del mundo", pero con ello no hizo más que poner de manifiesto, a la par que su impotencia política, su fatal pobreza filosófica. Importó ideas y técnica, estableciendo para la última tarifa arancelarias elevadas y para las primeras una cuarentena dictada por el miedo. Miliukov estaba llamado a dar expresión política a estos rasgos característicos de su clase.

Exprofesor de historia en Moscú, autor de importantes trabajos científicos, fundador luego del partido kadetes, fruto de la fusión de los terratenientes liberales y de los intelectuales de izquierda, Miliukov se hallaba absolutamente libre del diletantismo político, propio de la mayoría de los políticos liberales rusos. Tenía un concepto muy serio de su profesión, y esto bastaba ya para hacerle resaltar sobre el medio.

Hasta 1905 los liberales rusos se avergonzaban casi siempre de serlo. La capa de populismo y más tarde de marxismo les sirvió, durante mucho tiempo, de coraza defensiva. En esta capitulación vergonzante, en esencia muy poco profunda, de círculos burgueses muy extensos, en que figuraban incluso toda una serie de jóvenes industriales, ante el socialismo cobraba toda su expresión la falta de confianza en sí misma de una clase que había venido en el momento oportuno para concentrar en sus manos fortunas de millones, pero demasiado tarde para ponerse al frente del país. Los padres, campesinos de luengas barbas y tenderos enriquecidos, habían acumulado sin pensar en su papel social. Los hijos habían terminado sus estudios universitarios en el período de fermentación de las ideas prerrevolucionarias, y cuando intentaron hallar cabida en la sociedad no tuvieron prisa por enrolarse bajo la bandera del liberalismo, ya maltrecha en los países avanzados, descolorida y toda remendada. Durante algún tiempo, cedieron a los revolucionarios parte de su espíritu y aun de sus ingresos. Esto que decimos podemos hacerlo extensivo, aún con mayor razón, a los representantes de las profesiones liberales, una parte considerable de los cuales pasaron en su juventud por la fase de las simpatías socialistas. El profesor Miliukov no pasó nunca el sarampión del socialismo. Era, orgánicamente, un burgués, y no se avergonzaba de serlo.

Cierto que, en la época de la primera revolución, Miliukov no renunciaba aún a la esperanza de apoyarse en las masas revolucionarias por mediación de los partidos socialistas domesticados. Witte cuenta que cuando, en octubre de 1905, durante la formación de su gabinete constitucional, exigió a los kadetes "que se cortasen la cola revolucionaria", éstos le contestaron que del mismo modo que él, Witte, no podía renunciar al ejército, ellos no podían tampoco renunciar a las fuerzas armadas de la

revolución. En el fondo, esto, en aquel entonces, no era ya más que un chantaje: para hacerse subir el precio, los kadetes asustaban a Witte con las masas, las mismas masas a quienes ellos tanto temían. Precisamente la experiencia de 1905 persuadió a Miliukov de que, por fuertes que fuesen las simpatías liberales de los grupos intelectuales socialistas, las fuerzas auténticas de la revolución, las masas, no cederían nunca sus armas a la burguesía, y que cuanto mejor armadas estuvieran, más peligrosas serían para ésta. Al proclamar abiertamente que la bandera roja no era más que un trapo, Miliukov liquidó, con un sentimiento evidente de desahogo, un idilio que en realidad no había empezado.

El divorcio entre la llamada *intelligentzia* y el pueblo constituía uno de los temas tradicionales de los publicistas rusos, con la particularidad de que los liberales, contrariamente a los socialistas, englobaban bajo el nombre de *intelligentzia* a todas las clases "cultas", es decir, a las clases poseedoras. Después que este divorcio se reveló catastróficamente, los liberales, durante la primera revolución ideólogos de las clases "cultas", vivían como en constante espera del juicio final. Un escritor liberal, filósofo, no atado por los convencionalismos de la política, expresó el miedo ante la masa con una fuerza furiosa, que recuerda el reaccionarismo epiléptico de Dostoievski. "Tal como somos, no sólo no podemos soñar en la fusión con el pueblo, sino que debemos temerle más que a todos los atropellos del poder y bendecir a este último, que con sus bayonetas y sus cárceles nos protege contra la furia popular..." ¿Podían los liberales, pensando de este modo, soñar con dirigir la nación revolucionaria?

Toda la política de Miliukov lleva el sello de la impotencia. En el momento de la crisis nacional, el partido acaudillado por él piensa en el modo de esquivar el golpe y no en el de asestarlo. Como escritor, Miliukov es pesado y difuso, y lo mismo puede decirse de él como orador. Lo decorativo no es su fuerte. Esto podría ser una cualidad positiva si la política mezquina de Miliukov no necesitara de modo tan apremiante cubrirse con una máscara, o si, por lo menos, hubiera podido objetivamente cubrirse con una gran tradición; pero Miliukov no contaba ni aun con una pequeña tradición. La política oficial de Francia, quintaesencia del egoísmo burgués y de la perfidia, tiene dos poderosos auxiliares: la tradición y la retórica, que rodean de una coraza defensiva a todo político burgués, incluso a un abogado de los grandes propietarios tan prosaico como Poincaré. Pero no es culpa de Miliukov el no haber tenido antecesores patéticos ni el verse obligado a practicar una política de egoísmo burgués en la frontera que separa a Europa de Asia.

"Paralelamente con las simpatías hacia Kerensky [leemos en las memorias del socialrevolucionario Sokolov sobre la Revolución de Febrero], existía desde el principio una gran antipatía no disimulada y un poco extraña por Miliukov. Yo no comprendía y sigo sin comprender por qué este honorable hombre público era tan impopular." Si los filisteos comprendieran las causas de su entusiasmo por Kerensky y de sus antipatías por Miliukov, dejarían de ser filisteos. El buen burgués no sentía simpatías por Miliukov, porque éste expresaba de un modo excesivamente prosaico, desapasionado e incoloro, la esencia política de la burguesía rusa. Al mirarse en el espejo de Miliukov, el burgués veía que era gris, interesado, cobarde, y, como suele suceder, se indignaba contra el espejo.

Al ver, por su parte, las muecas de descontento del burgués liberal, Miliukov decía tranquilamente y con aplomo: "La gente es tonta." Y pronunciaba estas palabras sin irritación, casi de un modo cariñoso, con el deseo de decir: "Si hoy la gente no me comprende, no hay por qué desesperarse, ya me comprenderá más tarde." Miliukov confiaba fundadamente en que el burgués no le traicionaría y, sometiéndose a la lógica de la situación, le seguiría a él, a Miliukov, pues no tenía otro camino. Y en efecto, después de la Revolución de Febrero, todos los partidos burgueses, incluso los de derecha, siguieron al jefe kadete, aunque le insultasen y aun lo maldijesen.

No se podía decir lo mismo de un político demócrata con matiz socialista como Sujánov. Éste no era un hombre gris, sino, al contrario, un político profesional, bastante refinado en su pequeño oficio. Este político no podía parecer "inteligente", pues saltaba demasiado a la vista la contradicción constante entre lo que quería y los resultados a que llegaba. Pero se hacía el cuco, enredaba y cansaba a la gente. Para arrastrarle, era necesario engañarle, no sólo reconociendo su completa independencia, sino acusándole aun de excesivo espíritu de mando, de autoritarismo. Esto le halagaba y le conciliaba con el papel de instrumento servil. Fue precisamente en una conversación con esta ardilla socialista donde Miliukov lanzó su frase: "La gente es tonta." Esta frase no era más que una sutil adulación: "Los únicos inteligentes somos usted y yo." Y al decirlo, Miliukov, sin que ellos se dieran cuenta, colgaba el anillo en la nariz de los demócratas. El anillo con el que más tarde habían de ser arrojados por la borda.

Su impopularidad personal no le permitió a Miliukov ponerse al frente del gobierno; hubo de contentarse con la cartera de negocios extranjeros. Los asuntos de política exterior constituían ya su especialidad en la Duma.

El ministro de guerra resultó ser el gran industrial moscovita Guchkov, a quien ya conocemos, liberal en su juventud, con una cierta tendencia aventurera y luego hombre de confianza de la gran burguesía cerca de Stolypin, en el período de la represión de la primera revolución. La disolución de las dos primeras dumas, en las cuales dominaban los kadetes, condujo al golpe de estado del 3 de junio de 1907, dado con el fin de modificar el estatuto electoral en beneficio del partido de Guchkov, que presidió después de las dos últimas dumas hasta el momento de la revolución. En 1911, al inaugurarse en Kiev el monumento a Stolypin, muerto por un terrorista, Guchkov, depositando la corona, se inclinó hasta el suelo: en esta reverencia hablaba toda la clase. En la duma se dedicó, principalmente, a las cuestiones militares, y en la preparación de la guerra obró en estrecho contacto con Miliukov. En su calidad de Presidente del Comité Central Industrial de Guerra, Guchkov agrupó a los industriales bajo la bandera de la oposición patriótica, sin impedir en lo más mínimo, al mismo tiempo, que los dirigentes del bloque progresivo, Rodzianko inclusive, se llenaran los bolsillos con los suministros militares. La recomendación revolucionaria de Guchkov era que su nombre iba asociado por la semileyenda de la preparación de la consabida revolución palaciega. El exjefe de policía afirmaba, además, que Guchkov "se permitía en sus conversaciones sobre el monarca aplicar a este último un epíteto extremadamente ofensivo". Es muy verosímil, pero Guchkov no constituía en este sentido una excepción. La devota zarina odiaba a Guchkov, le aplicaba en sus cartas los insultos más groseros y expresaba la esperanza de "verle colgado". Cierto es (dicho sea de paso) que la zarina deseaba esa suerte a muchos. Sea de ello lo que fuere, el hombre que se había inclinado hasta el suelo ante el verdugo de la primera revolución, apareció siendo ministro de la guerra de la segunda.

Para la cartera de agricultura se designó al kadete Schingarev, médico provinciano y diputado de la Duma. Sus correligionarios le consideraban como una mediocridad honrada o, para decirlo con Nabokov, como a "un intelectual de provincia, apto para un cargo, no en la capital, sino en provincias o en un distrito". Hacía ya tiempo que se había evaporado el radicalismo vago de su juventud y ahora la preocupación principal de Schingarev consistía en demostrar a las clases poseyentes su capacidad de hombre de estado. Aunque el viejo programa de los kadetes hablaba de "la expropiación forzosa de las tierras de los grandes propietarios mediante una justa tasación", ninguno de ellos tomaba este programa en serio, sobre todo ahora, en los años de inflación de la guerra, y Schingarev consideró como su misión principal retrasar la solución del problema agrario, haciendo concebir esperanzas a los campesinos con el espejuelo de la asamblea constituyente, que los kadetes hacían todo lo posible por no convocar. La Revolución de

Febrero estaba condenada a estrellarse contra el problema de la tierra y el de la guerra. Schingarev la ayudó con todas sus fuerzas a conseguirlo.

La cartera de hacienda fue a parar a manos de un joven llamado Terechenko. "¿De dónde le sacaron?", se preguntaba la gente con extrañeza en el Palacio de Táurida. Los iniciados decían que era propietario de fábricas de azúcar, haciendas agrícolas, bosques y otras riquezas valoradas en ochenta millones de rublos de oro, que ocupaba la presidencia del comité industrial de guerra en Kiev, que poseía una buena pronunciación francesa y que, además, era un buen conocedor del ballet. Añadían, además, de un modo significativo, que Terechenko, en calidad de hombre de confianza de Guchkov, casi habría tomado parte en el gran compló que había de destronar a Nicolás II. La revolución, estorbando el compló, ayudó a Terechenko.

Durante aquellos cinco días de febrero, en que en las frías calles de la capital se desarrollaban los combates revolucionarios, cruzó algunas veces por delante de nosotros, como una sombra, la figura del liberal nacido en una familia de dignatarios, hijo del exministro zarista Nabokov, figura casi simbólica en su corrección fatua y en su dureza egoísta. Nabokov pasó los días decisivos de la insurrección entre los cuatro muros del despacho de su casa, "esperando, alarmado, el desarrollo de los acontecimientos". Helo aquí, ahora, convertido en el *factotum* del gobierno provisional, en una especie de ministro sin cartera. Emigrado a Berlín, donde fue muerto por una bala insensata de un guardia blanco, dejó unas notas, no exentas de interés, sobre el gobierno provisional. Anotemos en su haber este servicio.

Pero nos hemos olvidado de nombrar al primer ministro, sin duda por hacer lo que hacía todo el mundo en los momentos más serios de su breve reinado. El 2 de marzo, Miliukov, al presentar al nuevo ministro en la sesión del Palacio de Táurida, dijo que el príncipe Lvov era "la encarnación de la opinión pública rusa, perseguida por el régimen zarista". Más tarde, en su *Historia de la Revolución*, observa prudentemente que fue puesto al frente del gobierno el príncipe Lvov, "poco conocido personalmente de la mayoría de los diputados que formaban el comité provisional". El historiador intenta eximir aquí al político de responsabilidad por elección. En realidad, el príncipe formaba parte, desde hacía tiempo, del partido kadete, figurando en su ala derecha. Después de la disolución de la Primera Duma, en la famosa reunión de diputados celebrada en Viborg, que se dirigió a la población con el llamamiento ritual del liberalismo ofendido: "No pagar los impuestos", el príncipe Lvov, que estaba presente, no firmó el manifiesto. Nabokov recuerda que, al volver de Viborg, el príncipe cayó enfermo, con la particularidad que la enfermedad "se atribuía al estado de agitación en que se hallaba". Por lo visto, el príncipe no había nacido para las emociones revolucionarias. El príncipe Lvov, a pesar de ser extremadamente moderado, en todas las organizaciones dirigidas por él toleraba, por obra sin duda de una indiferencia política que parecía amplitud de espíritu, a un gran número de intelectuales de izquierda, de exrrevolucionarios, de socialistas patriotas que habían esquivado la guerra, elementos que no trabajaban peor que los funcionarios, no robaban y al mismo tiempo creaban al príncipe algo parecido a la popularidad. La existencia de un príncipe ricacho y liberal imponía al buen burgués. Por eso, ya bajo el zar, se había pensado en el príncipe Lvov como primer ministro. Si resumimos todo lo dicho, habrá que reconocer que el jefe del gobierno de la Revolución de Febrero representaba un sitio, aunque brillante, completamente vacío. Rodzianko era, desde luego, más colorido.

La historia legendaria del estado ruso empieza con un relato de la crónica según el cual los embajadores de las tribus eslavas se dirigieron a los príncipes escandinavos con este ruego: "Venid a poseernos y gobernarnos." Los desdichados representantes de la democracia socialista convirtieron la leyenda histórica en realidad, pero no en el siglo IX precisamente, sino en el XX, con la diferencia de que ellos se dirigieron, no a los

príncipes ultramarinos, sino a los del interior del país. Y he aquí cómo, por obra y gracia de la insurrección victoriosa de los obreros y soldados, subían al poder unos cuantos vulgares terratenientes e industriales riquísimos y algunos diletantes políticos sin programa, teniendo a su cabeza un príncipe poco amigo de los tumultos.

La composición del gobierno fue acogida con satisfacción en las embajadas aliadas, en los salones burgueses y burocráticos y en los sectores más vastos de la burguesía media y, en parte, de la pequeña. El príncipe Lvov, el octubrista Guchkov, el kadetes Miliukov, sólo los nombres tranquilizaban. Es posible que el nombre de Kerensky hiciera arrugar el ceño a los aliados, pero no asustaba. Los más perspicaces lo comprendían: no hay que olvidar que ha habido una revolución; enganchado a un caballo de tanta confianza como Miliukov, un potro vivaracho tiene que sernos útil, por fuerza, en el tiro. Así debía de razonar el embajador francés Paléologue, que tanto gustaba de las metáforas rusas.

Entre los obreros y los soldados, la composición del gobierno suscitó inmediatamente un sentimiento de recelo o, en el mejor de los casos, de sorda perplejidad. Los nombres de Miliukov y Guchkov no podían arrancar muestras de aprobación, precisamente, en la fábrica o en los cuarteles. Se conservan no pocos testimonios que lo acreditan. El oficial Mstislavsky habla de la sombría inquietud de los soldados ante el hecho de que el poder hubiera pasado de manos del zar a manos de un príncipe. ¿Valía la pena haber hecho correr la sangre para esto? Stankievich, que se contaba entre los íntimos de Kerensky, recorrió, el 3 de marzo, su batallón de zapadores, compañía tras compañía, y recomendó al nuevo gobierno, al que él consideraba como el mejor de cuantos eran posibles y del cual hablaba con gran entusiasmo. “Pero en el auditorio se notaba frialdad.” Sólo cuando el orador mentó a Kerensky, los soldados “manifestaron ruidosamente una verdadera satisfacción”. La opinión de la pequeña burguesía de la capital había convertido ya a Kerensky en el héroe central de la revolución. Los soldados, en mucho mayor grado que los obreros, se obstinaban en ver en Kerensky el contrapeso del gobierno burgués; lo único que no comprendían era por qué figuraba solo en él. Pero no; Kerensky no era un contrapeso, sino un complemento, una cubierta, un adorno, y defendía los mismos intereses que Miliukov, sólo que a la luz del magnesio.

¿Cuál era la constitución real del país, una vez instaurado el nuevo poder?

La reacción monárquica se escondió por los rincones. Cuando aparecieron las primeras aguas del diluvio, los propietarios de todas las clases y tendencias se agruparon bajo la bandera del partido kadete, el cual se lanzó inmediatamente a la palestra como el único partido no socialista, y al propio tiempo, de extrema derecha.

Las masas se fueron todas con los socialistas, a los que identificaban en su fuero interno con los sóviets. No sólo los obreros y los soldados de las enormes guarniciones del interior, sino toda la masa heterogénea de pequeñas gentes de la ciudad, artesanos, vendedores ambulantes, pequeños funcionarios, cocheros, porteros, criados, eran hostiles al gobierno provisional y buscaban un poder más allegado a ellos y más accesible. Cada día era mayor el número de campesinos que acudía de las aldeas y se presentaba en el Palacio de Táurida. Las masas se derramaban en los sóviets como si entrasen por la puerta triunfal de la revolución. Todo lo que quedaba fuera de las fronteras del sóviet diríase que quedaba al margen de la revolución y que pertenecía a otro mundo. Y así era, en realidad: al margen de los sóviets quedaba el mundo de los propietarios, en el cual todos los colores se habían fundido de inmediato en un solo matriz grisáceo-rosa de protección.

No toda la masa trabajadora eligió sus sóviets, pues no toda ella despertó simultáneamente, ni todos los sectores de los oprimidos se atrevieron a creer inmediatamente que la revolución tocaba también a sus intereses. En la conciencia de muchos flotaba tan sólo una vaga esperanza. Se sentían atraídos por los sóviets los

elementos más activos que había en las masas, y sabido es que en los períodos revolucionarios la actividad es lo que triunfa; por eso, al crecer de día en día la actividad de las masas, el fundamento de sustentación de los sóviets se ensanchaba constantemente. Era la única base real de la revolución.

En el Palacio de Táurida convivían dos mundos: la Duma y el Sóviet. En un principio, el comité ejecutivo estaba instalado en unos despachos estrechos, por los cuales rodaba una avalancha humana ininterrumpida. Los diputados de la Duma intentaban sentirse amos en sus locales lujosos. Pero pronto sus mamparas se vieron arrastradas por el desbordamiento de la revolución. A pesar de toda la indecisión de sus directores, el sóviet se dilataba inexorablemente, mientras que la Duma iba quedando arrinconada en el zaguán del edificio. La nueva correlación de fuerzas iba abriéndose paso por todas partes.

Los diputados, en el Palacio de Táurida; los oficiales en sus regimientos; los jefes, en sus estados mayores; los directores y los administradores, en las fábricas, en los ferrocarriles, en el telégrafo; los terratenientes o los administradores en las fincas; todos se sentían, en los primeros días de la revolución, cohibidos por la mirada escrutadora y recelosa de la masa. A los ojos de ésta el sóviet era la expresión organizada de su desconfianza hacia todos los que la oprimían. Los cajistas vigilaban celosamente el texto de los artículos que componían; los ferroviarios no perdían de vista los trenes militares que circulaban por sus redes; los telegrafistas interpretaban ahora de un modo nuevo el texto de los telegramas; los soldados se miraban unos a otros, a cada movimiento sospechoso del oficial; los obreros arrojaban de la fábrica al capataz reaccionario y vigilaban al director liberal. La duma, desde las primeras horas, y el gobierno provisional, desde los primeros días de la revolución, se convirtieron en el centro adonde afluían las lamentaciones de las clases poseedoras, sus protestas contra los "excesos" de las "turbas", sus nostálgicas observaciones y sus presentimientos sombríos.

"Sin la burguesía no podremos dominar el aparato del estado", razonaba el pequeño burgués socialista, echando una tímida ojeada a los edificios oficiales, desde donde atalayaba, con los ojos en blanco, el esqueleto del viejo estado. Procuró hallarse salida al atolladero encajando como se pudo en el aparato burocrático, decapitado por la revolución, una cabeza liberal. Los nuevos ministros tomaron posesión de los ministerios zaristas; se hicieron cargo de las máquinas de escribir, de los teléfonos, de los ujieres, de las taquígrafas y de los funcionarios; pero cada día que pasaba les convencía de que aquella máquina trabajaba en el vacío.

Kerensky recordaba, andando el tiempo, que el gobierno provisional había tomado "en sus manos el poder al tercer día de la anarquía rusa, cuando en toda la superficie del país no sólo no existía ningún poder, sino que textualmente no quedaba ni un solo guardia". Para él no existían, por lo visto, los sóviets de diputados, obreros y soldados, que acaudillaban a masas de muchos millones de hombres; al parecer, según él, no eran más que uno de tantos elementos de anarquía. Para caracterizar el desamparo del país, cita la desaparición de los gendarmes. En esta confesión del más izquierdista de los ministros se halla la clave de toda la política del gobierno provisional.

Por disposición del príncipe Lvov, los cargos de gobernador fueron ocupados por los presidentes de las administraciones de los *zemstvos* provinciales, que no se distinguían gran cosa de sus antecesores los gobernadores zaristas. Muchas veces eran terratenientes semifeudales, que veían jacobinos hasta en los gobernadores. Al frente de los distritos fueron colocados los presidentes de los *zemstvos* correspondientes. Los pueblos podían reconocer a sus viejos enemigos enmascarados bajo los nombres flamantes de "comisarios". "Son los mismos curas de antaño, con la diferencia de que llevan unos nombres más sonoros", como dijo, en otros tiempos, Milton, aludiendo a la tímida

reforma de los presbiterianos. Los comisarios provinciales y de distrito tomaron posesión de las máquinas de escribir, de los escribientes y funcionarios, de los gobernadores y jefes de policía, y pronto pudieron persuadirse de que no se les había legado ningún poder. En las provincias y distritos, la vida se concentraba en torno a los sóviets. La dualidad de poderes se hacía extensiva, por tanto, a todo el país. Sólo que en los organismos inferiores los dirigentes soviéticos, socialrevolucionarios y mencheviques también, aunque más candorosos, no siempre se desentendían del poder que les ponía en las manos la situación. Resultado de esto era que la situación de los comisarios provinciales consistiese principalmente en lamentarse de la completa imposibilidad de poner en práctica sus atribuciones.

Al día siguiente de constituirse el ministerio liberal, la burguesía tuvo la sensación, no de que había adquirido el poder, sino, por el contrario, de que lo había perdido. A pesar de la escandalosa arbitrariedad de la pandilla de Rasputín, el poder efectivo de ésta tenía un carácter limitado. La influencia de la burguesía en los asuntos del estado era inmensa. La misma participación de Rusia en la guerra había sido mucho más obra de la burguesía que de la monarquía. Y, sobre todo, el régimen zarista garantizaba a los propietarios la posesión de sus fábricas, de sus tierras, bancos, casas, periódicos, etc., y, por tanto, en sustancia, virtualmente, eran ellos los que estaban en el poder. La Revolución de Febrero modificó la situación en dos sentidos contradictorios: a la par que entregaba solemnemente a la burguesía los atributos exteriores del poder, le despojaba de aquella sustancia de poder real y efectivo de que gozaba antes de la revolución. Los que ayer eran funcionarios de la asociación de los *zemstvos*, en la cual mandaba el amo, el príncipe Lvov, y del comité industrial de guerra, donde mandaba Guchkov, se convertían, bajo el nombre de socialrevolucionarios y mencheviques, en dueños de la situación en el país y en el frente, en la ciudad y en el campo; nombraban ministros a Lvov y Guchkov, pero poniéndoles condiciones, lo mismo que si los tomaran como empleados.

Por otra parte, el comité ejecutivo, después de crear el gobierno burgués, no se decidía a declarar, como el dios bíblico, que su obra era buena. Por el contrario, se apresuró a ahondar el abismo que mediaba entre él y la obra de sus manos, declarando que sólo apoyaría al nuevo poder en tanto que éste sirviera fielmente a la revolución democrática, el gobierno provisional comprendía perfectamente que no podría sostenerse ni una hora sin el apoyo de la democracia oficial; pero este apoyo sólo se le prometió si se portaba bien, es decir, si daba satisfacción a fines que le eran extraños y cuya realización la propia democracia había rehuido. El gobierno no sabía nunca dentro de qué límites podía ejercer aquel poder, que había adquirido casi de contrabando. Los dirigentes del comité ejecutivo no siempre se lo podían decir de antemano, por la sencilla razón de que a ellos mismos les era difícil adivinar en qué punto brotaría el descontento dentro de su propia órbita, como reflejo del descontento de las masas. La burguesía simulaba creer que los socialistas la habían engañado. Éstos, a su vez, temían que con sus pretensiones prematuras los liberales soliviantaran a las masas, complicando con ello una situación que ya de suyo no tenía nada de fácil. La frase “apoyar en tanto que” era una fórmula inequívoca que imprimió su sello a todo el período anterior a octubre, y se convirtió en la fórmula jurídica que daba expresión a la falsía interna que informaba aquel régimen híbrido de la Revolución de Febrero.

Para ejercer presión sobre el gobierno, el comité ejecutivo eligió una comisión especial, a la que dio el nombre cortés pero ridículo de comisión “de enlace”. Como se ve, la organización del poder revolucionario se basaba oficialmente en el principio de la recíproca persuasión. El escritor místico Merejkovsky no pudo encontrar precedente para este régimen más que en el Antiguo Testamento, en los profetas que tenían junto a sí los reyes de Israel. Pero los profetas bíblicos, lo mismo que el profeta del último Romanov,

recibían la inspiración directamente del cielo y no se atrevían a contradecir a los reyes, con lo cual quedaba garantizada la unidad del poder. No ocurría así, ni mucho menos, con respecto a los profetas del sóviet, que sólo hablaban inspirados por su propia limitación. Los ministros liberales consideraban que del sóviet no podía salir nada bueno. Chjeidze, Skóvelev, Sujánov y otros iban a ver al gobierno y lo anegaban en su verborrea para persuadirle de que cediera; los ministros se oponían a ello. Los delegados volvían al comité ejecutivo y ejercían presión sobre él, valiéndose de la autoridad del gobierno. Se ponían nuevamente en contacto con los ministros, y volvían a empezar por el principio. Y este complicado molino rodaba y rodaba, sin molienda.

En la comisión de enlace todo el mundo se lamentaba. Guchkov, sobre todo, se lamentaba ante los demócratas de los desórdenes provocados en el ejército por la tolerancia del sóviet. A veces, el ministro de la guerra de la revolución "vertía literalmente lágrimas, o, por lo menos, se limpiaba tenazmente los ojos con el pañuelo". Por lo visto, el ministro suponía, no sin fundamento, que la principal función de los profetas consiste en enjugar las lágrimas de los ungidos.

El 9 de marzo el general Alexéiev, que se hallaba al frente del cuartel general, telegrafió al ministro de la guerra: "Pronto seremos esclavos de los alemanes, si seguimos mostrándonos indulgentes con el sóviet." Guchkov le contestó, en tono lacrimoso: "Por desgracia, el gobierno no dispone de poder efectivo; las tropas, los ferrocarriles, el telégrafo, todo está en manos del sóviet, y puede afirmarse que el gobierno provisional sólo existe en la medida en que el sóviet permite que exista."

Transcurrían las semanas, y la situación no mejoraba en lo más mínimo. Cuando a principios de abril, el gobierno provisional envió al frente una delegación de diputados de la Duma, les indicó, rechinando los dientes, la necesidad de que no exteriorizaran sus disparidades de criterio con los delegados del sóviet. Los diputados liberales tuvieron, durante todo el viaje, la sensación de que iban custodiados, no dándose cuenta de que, sin ello, a pesar de las elevadas atribuciones de que estaban revestidos, no sólo no hubieran podido presentarse delante de los soldados, sino que ni siquiera hubieran encontrado sitio en el tren. Este detalle prosaico, consignado en las memorias del príncipe Mansiriev, completa magníficamente la correspondencia mantenida entre Guchkov y el cuartel general acerca de la esencia de la constitución de febrero.

Uno de los ingenios reaccionarios caracterizaba la situación, no sin su causa y razón, del siguiente modo: "El viejo régimen está encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo; el nuevo, sometido a arresto domiciliario."

Pero ¿es que acaso el gobierno provisional no tenía más apoyo que el sostén, muy equívoco como se ha visto, de los dirigentes de los sóviets? ¿Dónde se habían metido las clases poseedoras? La pregunta tiene fundamento. Las clases poseedoras, ligadas por su pasado con la monarquía, se apresuraron, después de la revolución, a reajustarse en torno al nuevo eje. El Consejo de la Industria y el Comercio, que representaba al capital unificado de todo el país, se inclinaba ya el 12 de marzo ante el acto de la Duma, poniéndose "por entero a la disposición" de ésta. Las dumas municipales y los *zemstvos* siguieron el mismo camino. El 10 de marzo, hasta el mismo Consejo de la Nobleza Unida, punto de apoyo del trono, invitaba a todos los rusos, en un lenguaje de patética cobardía, a "agruparse alrededor del gobierno provisional como único poder legítimo de Rusia". Casi simultáneamente con esto, las instituciones y los órganos de las clases poseedoras empezaron a condenar la dualidad de poderes, haciendo recaer, en un principio cautelosamente y después con más audacia, sobre los sóviets la responsabilidad por los desórdenes. A los patronos siguieron los altos empleados, las profesiones liberales, los funcionarios del estado. Del ejército llovían también telegramas, mensajes y resoluciones del mismo carácter fabricados por los estados mayores. La prensa liberal abrió una

campaña a "favor del poder único", campaña que en los meses siguientes adquirió un carácter de fuego graneado contra los jefes de los sóviets. En conjunto, la cosa iba tomando un aspecto bastante imponente. El gran número de instituciones, los nombres conocidos, los acuerdos, los artículos, la decisión del tono, todo contribuía a ejercer una influencia infalible en los impresionables directores del comité ejecutivo. Sin embargo, detrás de este desfile amenazador de las clases poseedoras no había ninguna fuerza seria. ¿Y la fuerza de la propiedad?, objetaban a los bolcheviques los socialistas pequeñoburgueses. La propiedad es una relación entre personas, representa una fuerza inmensa, reconocida generalmente desde tiempos remotos y que se halla sostenida por un sistema de coacción llamado derecho y estado. Pero precisamente la esencia de la situación consistía en que el viejo estado se había derrumbado de golpe y las masas habían trazado sobre el viejo derecho en bloque un inmenso signo de interrogación. En las fábricas, los obreros se sentían cada día más los amos, y los patronos, unos huéspedes indeseables. Aún menos seguros se sentían los terratenientes en las aldeas, frente a frente con los campesinos ceñudos, que los odiaban a muerte; lejos del poder en cuya existencia, visto de lejos, habían creído en un principio. Pero unos propietarios privados de la posibilidad de disponer de sus bienes y aun de vigilarlos, dejaban de ser verdaderos propietarios para convertirse en unos ciudadanos atemorizados que no podían prestar ningún apoyo a su gobierno, porque ellos mismos estaban harto necesitados de ayuda. No tardaron en maldecir al gobierno por su debilidad, pero al maldecir al gobierno no hacían más que maldecir su propio destino.

Entre tanto, la acción conjunta del comité ejecutivo y del ministerio parecía asignarse como fin demostrar que el arte de gobernar durante la revolución consiste en dejar pasar el tiempo hablando sin tasa. En los liberales, era un cálculo consciente, pues estaban firmemente convencidos de que todas las cuestiones exigían un aplazamiento, con una sola excepción, la única que consideraban inaplazable: el juramento de fidelidad a la *Entente*.

Miliukov comunicó a sus colegas los tratados secretos. Kerensky se hizo el sordo. Al parecer, sólo el procurador del Santo Sínodo, Lvov, rico en sorpresas, de apellido igual al del primer ministro, pero que no era príncipe, manifestó ruidosamente su indignación, llegando hasta calificar los tratados de "obra de bandidos y ladrones", con lo cual provocaría, ineludiblemente, una sonrisa indulgente de Miliukov ("la gente es tonta") y la proposición de pasar sin más a la orden del día. La declaración oficial del gobierno prometía convocar elecciones para la asamblea constituyente en un brevísimo plazo, que, sin embargo, y deliberadamente, no se señalaba. No se decía nada de la forma de estado: el gobierno tenía aún la esperanza de volver a la monarquía, al paraíso perdido. Pero la esencia real de la declaración consistía en el compromiso de continuar la guerra hasta el triunfo final y "cumplir, sin apartarse ellos en un punto, los compromisos contraídos con los Aliados". Ante este problema, el más grave e inminente para el pueblo ruso, la revolución no se había hecho, por lo visto, más que para declarar: las cosas seguirán como hasta aquí. Y como los demócratas daban al reconocimiento del nuevo poder por parte de la *Entente* una significación mística (ya se sabe que el pequeño tendero no es nada mientras el banco no le abra crédito), el comité ejecutivo se tragó sin decir una palabra la declaración imperialista del 6 de marzo. "Ningún órgano oficial de la democracia [decía Sujánov un año después] reaccionó públicamente ante aquel acto del gobierno provisional, que deshonraba ante la Europa democrática a nuestra revolución, en el momento de nacer."

Finalmente, el 8 salió del laboratorio ministerial el decreto de amnistía. En aquel momento, las puertas de las cárceles habían sido abiertas ya en todo el país por el pueblo, y los deportados políticos regresaban de la deportación entre una avalancha de mítines de

entusiasmo, de músicas militares, de discursos y de flores. El decreto resonaba como un eco retrasado de la realidad en las oficinas. El 12 fue proclamada la abolición de la pena de muerte. Cuatro meses después, era restablecida para los soldados. Kerensky había prometido colocar la justicia a una altura nunca vista. En un principio, bajo el primer impulso, hizo que se aprobase, efectivamente, la proposición hecha por el comité ejecutivo de incorporar a los tribunales de justicia representantes de los obreros y soldados. Era la única medida en que se sentían los latidos de la revolución, y se explica, por tanto, que hiciese estremecerse de horror a todos los eunucos de la justicia. Pero las cosas no pasaron de aquí. El abogado Demiánov, que era también "socialista" y que, bajo Kerensky, ocupó un sitio preeminente en el ministerio, decidió, según sus propias palabras, respetar el principio de dejar en sus cargos a todos los funcionarios anteriores: "La política del gobierno revolucionario no debe lesionar a nadie sin necesidad." Era, en esencia la norma que seguía todo el gobierno provisional, que a nada temía tanto como a lesionar a los elementos de las clases dominantes, sin excluir, naturalmente, a la burocracia zarista. No sólo permanecieron en sus puestos los jueces, sino también los fiscales del zarismo. Claro está que las masas podían ofenderse, pero esto era ya de la competencia de los sóviets: las masas no entraban en el campo visual del gobierno.

Sólo el procurador Lvov, a cuyo temperamento hemos aludido ya más arriba, hizo soplar algo parecido a una racha de aire fresco al hablar oficialmente de los "idiotas y bribones" que se albergaban en el Santo Sínodo. Los ministros escucharon, no sin cierta inquietud, aquellos jugosos epítetos, pero el sínodo siguió siendo lo que era: una institución gubernamental, y la religión ortodoxa la religión del estado. Se conservó incluso la composición del sínodo: la revolución no debía disgustarse inútilmente con nadie.

Seguían reuniéndose, o por lo menos cobrando sus emolumentos, los miembros del Consejo de Estado, servidores fieles de dos o tres zares. Este hecho no tardó en adquirir una significación simbólica. En las fábricas y en los cuarteles surgieron ruidosas protestas. El comité ejecutivo se emocionó. El gobierno dedicó dos sesiones a examinar la cuestión del destino y de los emolumentos de los miembros del consejo de estado, sin poder llegar a un acuerdo. No era cosa de molestar a unas personas tan simpáticas, entre las cuales figuraban, además, muchos buenos amigos.

Los ministros de Rasputín seguían recluidos en la fortaleza, pero el gobierno provisional había asignado ya una pensión a los exministros. ¿Era una burla o una voz de ultratumba? No, nada de eso. Era que el gobierno no quería disgustarse con sus antecesores, aunque estuvieran recluidos en la cárcel.

Los senadores seguían dormitando, embutidos en sus uniformes galoneados, y cuando el senador de izquierda Sokolov, a quien acababa de nombrar Kerensky, se atrevió a presentarse de levita negra, lo hicieron sencillamente salir de la sala de sesiones: los senadores zaristas no temieron disgustarse con la Revolución de Febrero cuando se persuadieron de que el gobierno salido de ella no tenía uñas ni dientes.

Marx consideraba que la causa del fracaso de la revolución de marzo en Alemania residía en el hecho de que "había reformado únicamente las altas esferas del poder, dejando intactos todos los sectores que se hallaban por debajo: la vieja burocracia, el viejo ejército, los viejos jueces, que habían nacido, se habían educado y encanecido al servicio del absolutismo". Los socialistas de tipo Kerensky buscaban la salvación en lo que Marx consideraba como la causa del fracaso. Los marxistas mencheviques comulgaban en Kerensky y no con Marx.

La única materia en que el gobierno manifestó iniciativa y rapidez revolucionaria fue la legislación sobre sociedades anónimas: el decreto de reforma se publicó ya el 17 de marzo. Las diferencias de raza y de religión no fueron abolidas hasta tres días después.

Es posible que en el gobierno se sentaran algunos ministros a quienes el antiguo régimen no hiciera sufrir acaso más deficiencias que las de la legislación sobre las sociedades por acciones.

Los obreros exigían con impaciencia la jornada de ocho horas. El gobierno se hacía el sordo. Estábamos en tiempos de guerra, y todo el mundo tenía que sacrificarse en aras de la patria. El sóviet se encargaría de tranquilizar a los obreros.

En términos más amenazadores se planteaba la cuestión de la tierra. Aquí era necesario hacer algo, por poco que fuera. Estimulado por los profetas, el ministro de agricultura, Schingarev, dio orden de que se creasen comités agrarios locales, cuyos fines y funciones se guardaba cautamente de definir. Los campesinos se figuraban que estos comités iban a darles la tierra. Los terratenientes entendían que su misión era proteger sus propiedades. Así fue arrollándose al cuello del régimen de febrero, desde un principio, el dogal campesino, más inexorable que ningún otro.

La fórmula oficial era que todas las dificultades engendradas por la revolución se aplazaban hasta la asamblea constituyente. ¿Acaso podían sustraerse a los mandatos de la voluntad nacional estos demócratas constitucionales irreprochables, que, con gran pesar suyo, no habían logrado montar a horcajadas sobre esa voluntad nacional soberana al duque Miguel Romanov? Los preparativos para la futura representación nacional iban desarrollándose con una pesadez burocrática tan enorme y una lentitud tal (deliberada naturalmente), que la asamblea constituyente se convertía de proyecto en espejismo. Sólo el 25 de marzo, casi un mes después de la revolución (y un mes es un gran espacio de tiempo en períodos revolucionarios), el gobierno decidió crear una comisión especial encargada de redactar el texto de la ley electoral. Pero esta comisión no llegó a funcionar. En su *Historia de la Revolución*, falseada hasta la médula, Miliukov dice que, como resultado de distintos aplazamientos, “la comisión especial nombrada bajo el primer gobierno no pudo inaugurar sus tareas”. Los aplazamientos formaban parte de la misión de dicho organismo y de sus deberes. Su cometido no era otro que dilatar la asamblea constituyente hasta tiempos mejores: hasta la victoria, la paz o las calendas de Kornilov.

La burguesía rusa, que vino al mundo demasiado tarde, odiaba mortalmente a la revolución. Pero este odio era un odio impotente. Se veía reducida a esperar y maniobrar. Imposibilitada como estaba de debilitar y estrangular la revolución, la burguesía confiaba vencerla por agotamiento.

La dualidad de poderes

¿Dónde radica la verdadera esencia de la dualidad de poderes? No podemos dejar de detenernos en esta cuestión, que hasta hoy no ha sido dilucidada en la literatura histórica, a pesar de tratarse de un fenómeno peculiar a toda crisis social y no propio y exclusivo de la revolución rusa de 1917, aunque en ésta se presente con rasgos más acentuados.

En toda sociedad existen clases antagónicas, y la clase privada de poder aspira inevitablemente a hacer variar a su favor, en mayor o menor grado, los derroteros del estado. Sin embargo, esto no significa que en la sociedad coexistan necesariamente dos o más poderes. El carácter del régimen político se halla informado directamente por la actitud de las clases oprimidas frente a la clase dominante. El poder único, condición necesaria para la estabilidad de todo el régimen, subsiste mientras la clase dominante consigue imponer a toda la sociedad, como únicas posibles, sus formas económicas y políticas.

La coexistencia del poder de los junkers y de la burguesía (lo mismo bajo el régimen de los Hohenzollern que bajo la república) no implica dualidad de poderes, por fuertes que sean, a veces, los conflictos entre las dos clases que comparten el poder; su base social es común y sus desavenencias no amenazan con dar al traste con el aparato del estado. El régimen de la dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconciliable las dos clases; sólo puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias, y constituye, además, uno de sus rasgos fundamentales.

La mecánica política de la revolución consiste en el paso del poder de una a otra clase. La transformación violenta se efectúa generalmente en un lapso de tiempo muy corto. Pero no hay ninguna clase histórica que pase de la situación de subordinada a la de dominadora súbitamente, de la noche a la mañana, aunque esta noche sea la de la revolución. Es necesario que ya en la víspera ocupe una situación de extraordinaria independencia con respecto a la clase oficialmente dominante; más aún, es preciso que en ella se concentren las esperanzas de las clases y de las capas intermedias, descontentas con lo existente, pero incapaces de desempeñar un papel propio. La preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda revolución.

Pero no es éste su único aspecto. Si la nueva clase exaltada al poder por la revolución que no quiso es, en el fondo, una clase ya vieja, que ha llegado históricamente con retraso; si antes de tomar oficialmente el poder está ya gastada; si al empuñar el timón se encuentra con que su adversaria está ya suficientemente madura para el poder y alarga la mano para adueñarse del estado, entonces la transformación política determina la sustitución del equilibrio inestable del poder dual por otro a veces más inconsistente. La misión de la revolución o de la contrarrevolución consiste precisamente en triunfar, en cada nueva etapa, sobre esta "anarquía" de la dualidad de poderes.

La dualidad de poderes no sólo no presupone, sino que, en general, excluye la división del poder en dos segmentos y todo equilibrio formal de poderes. No es un hecho

constitucional, sino revolucionario, que atestigua que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del estado. La dualidad de poderes surge allí donde las clases adversas se apoyan ya en organizaciones estables substancialmente incompatibles entre sí y que a cada paso se eliminan mutuamente en la dirección del país. La parte del poder correspondiente a cada una de las dos clases combatientes responde a la proporción de fuerzas sociales y al curso de la lucha.

Por su esencia misma, este estado de cosas no puede ser estable. La sociedad reclama la concentración del poder, y aspira inexorablemente a esta concentración en la clase dominante o, en el caso que nos ocupa, en las dos clases que comparten el dominio político de la nación. La escisión del poder sólo puede conducir a la guerra civil. Sin embargo, antes de que las clases rivales se decidan a entablarla, sobre todo en el caso de que teman la intromisión de una tercera fuerza, pueden verse obligadas a soportar durante bastante tiempo y aun a sancionar, por decirlo así, el sistema de la dualidad de poderes. Con todo, este estado de cosas no puede durar. La guerra civil da a la dualidad de poderes la expresión más visible, la geográfica: cada poder se atrinchera y hace fuerte en su territorio y lucha por conquistar el de su adversario; a veces, la dualidad de poderes adopta la forma de invasión por turno de los dos poderes beligerantes, hasta que uno de ellos se consolida definitivamente.

La revolución inglesa del siglo XVII, precisamente porque fue una gran revolución que removió al país hasta su entraña, representa una sucesión evidente de regímenes de poder dual con tránsitos bruscos de uno a otro en forma de guerras civiles.

En un principio, el poder real, apoyado en las clases privilegiadas o en las capas superiores de las mismas, los aristócratas y los obispos, se halla en contraposición con la burguesía y los sectores de la nobleza territorial que le son afines. El gobierno de la burguesía es el parlamento presbiteriano, apoyado en la City de Londres. La lucha persistente de estos dos regímenes se resuelve en una franca guerra civil. Surgen dos centros gubernamentales, Londres y Oxford, cada cual con su ejército propio, y la dualidad de poderes asume formas geográficas, aunque, como sucede siempre en la guerra civil, las limitaciones territoriales son en extremo inconsistentes. Vence el parlamento. El rey cae prisionero y espera su suerte.

Parece que surgen las condiciones para establecer el poder unitario de la burguesía presbiteriana. Pero ya antes de que sea quebrantado el poder real, el ejército parlamentario se convierte en una fuerza política autónoma, que concentra en sus filas a los independientes, pequeñoburgueses piadosos y decididos, los artesanos, los agricultores. El ejército se inmiscuye autoritariamente en la vida pública, no como una fuerza armada, sencillamente, ni como una guardia pretoriana, sino como la representación política de una nueva clase que se levanta contra la burguesía acomodada y rica. Y fiel a esta misión, el ejército crea un nuevo órgano de estado que se eleva por encima del mando militar: el consejo de diputados, soldados y oficiales (los "agitadores"). Se inicia así un nuevo período de dualidad de poderes; por un lado, el parlamento presbiteriano; por otro, el ejército independiente. La dualidad de poderes conduce a una pugna abierta. La burguesía se revela impotente para oponer su ejército al "ejército modelo" de Cromwell, es decir, a la plebe armada. El conflicto termina con la depuración del parlamento prebisteriano, mediante el sable de la independencia. Reducido el parlamento a la nada, se instaura la dictadura de Cromwell. Las capas inferiores del ejército, bajo la dirección de los "niveladores" (*levellers*), ala de extrema izquierda de la revolución, intenta oponer el régimen del alto mando militar, de los grandes del ejército, su propio régimen plebeyo. Pero el nuevo poder dual no llega a desarrollarse: los "niveladores" la pequeña burguesía no tienen ni pueden tener aún una senda histórica propia. Cromwell vence rápidamente a

sus adversarios. Y se establece un nuevo equilibrio político, no estable ni mucho menos, pero que durará una serie de años.

En la gran Revolución Francesa, la asamblea constituyente, cuya espina dorsal eran los elementos del "tercer estado", concentra en sus manos el poder, aunque sin despojar al rey de todas sus prerrogativas. El período de la asamblea constituyente es un período característico de dualidad de poderes, que termina con la fuga del rey a Varennes y no se liquida formalmente hasta la instauración de la república.

La primera constitución francesa (1791), basada en la ficción de la independencia completa entre los poderes legislativo y ejecutivo, ocultaba en realidad, o se esforzaba en ocultar al pueblo, la dualidad de poderes reinantes: de un lado, la burguesía, atrincherada definitivamente en la asamblea nacional, después de la toma de la Bastilla por el pueblo; de otro, la vieja monarquía, se apoyaba aún en la aristocracia, el clero, la burocracia y la milicia, sin hablar ya de la esperanza en la intervención extranjera. Este régimen contradictorio albergaba la simiente de su inevitable derrumbamiento. En este atolladero no había más salida que destruir la representación burguesa poniendo como contribución las fuerzas de la reacción europea o llevar a la guillotina al rey y a la monarquía. París y Coblenza tenían que medir sus fuerzas en este pleito.

Pero antes de que las cosas culminen en este dilema: o la guerra o la guillotina, entra en escena la Commune de París, que se apoya en las capas inferiores del "tercer estado" y que disputa, cada vez con mayor audacia, el poder a los representantes oficiales de la nación burguesa. Surge así una nueva dualidad de poderes, cuyas primeras manifestaciones observamos ya en 1790, cuando todavía la grande y la mediana burguesía se hallan instaladas a sus anchas en la administración del estado y en los municipios. ¡Qué espectáculo más maravilloso (y al mismo tiempo más bajamente calumniado) el de los esfuerzos de los sectores plebeyos para alzarse del subsuelo y de las catacumbas sociales y entrar en la palestra, vedada para ellos, en que aquellos hombres de peluca y calzón corto decidían de los destinos de la nación! Parecía que los mismos cimientos, pisoteados por la burguesía ilustrada, se animaban y se movían, que surgían cabezas humanas de aquella masa informe, que se tendían hacia arriba manos encallecidas y se percibían voces roncas, pero valientes. Los barrios de París, bastardos de la revolución, conquistaban su propia vida y eran reconocidos (¡era imposible no reconocerlos!) y transformados en secciones. Pero invariablemente rompían las barreras de la legalidad y recibían una avalancha de sangre fresca desde abajo, abriendo el paso en sus filas, contra la ley, a los pobres, a los privados de todo derecho, a los *sans-culottes*. Al mismo tiempo, los municipios rurales se convierten en manto del levantamiento campesino contra la legalidad burguesa protectora de la propiedad feudal. Y así, bajo los pies de la segunda nación, se levanta la tercera.

En un principio, las secciones de París mantenían una actitud de oposición frente a la Commune, que se hallaba aún en manos de la honorable burguesía. Pero con el gesto audaz del 10 de agosto de 1792, las secciones se apoderan de ella. En lo sucesivo, la Commune revolucionaria se levanta primero frente a la asamblea legislativa y luego frente a la Convención; rezagadas ambas con respecto a la marcha y los fines de la revolución, registraban los acontecimientos, pero no los promovían, pues no disponían de la energía, la audacia y la unanimidad de aquella nueva clase que se había alzado del fondo de los suburbios de París y que hallaba su asidero en las aldeas más atrasadas. Y las secciones, del mismo modo que se apoderaron de la Commune, se adueñaron, mediante un nuevo alzamiento, de la Convención. Cada una de dichas etapas se caracteriza por un régimen de dualidad de poderes muy marcado, cuyas dos alas aspiraban a instaurar un poder único y fuerte, el ala derecha defendiéndose, el ala izquierda tomando la ofensiva. La necesidad de la dictadura, tan característica lo mismo de la revolución que

de la contrarrevolución, se desprende de las contradicciones insoportables de la dualidad de poderes. El tránsito de una forma a otra se efectúa por medio de la guerra civil. Además, las grandes etapas de la revolución, es decir, el paso del poder a nuevas clases o sectores, no coinciden de un modo absoluto con los ciclos de las instituciones representativas, las cuales siguen, como la sombra al cuerpo, a la dinámica de la revolución. Cierto es que, al de fin de cuentas, la dictadura revolucionaria de los *sans-culottes* se funde con la dictadura de la Convención; pero ¿qué Convención? Una Convención de la cual han sido eliminados por el terror los girondinos, que todavía ayer dominaban en sus bancos; una Convención cercenada, adaptada al régimen de la nueva fuerza social. Así, por los peldaños de la dualidad de poderes, la Revolución Francesa asciende en el transcurso de cuatro años hasta su culminación. Y desde el 9 termidor, la revolución empieza a descender otra vez por los peldaños de la dualidad de poderes. Y otra vez la guerra civil precede a cada descenso, del mismo modo que antes había acompañado cada nueva ascensión. La nueva sociedad busca de este modo un nuevo equilibrio de fuerzas.

La burguesía rusa, que luchaba con la burocracia rasputiniana a la par que colaboraba con ella, reforzó extraordinariamente durante la guerra sus posiciones políticas. Explotando la derrota del zarismo, fue reuniendo en sus manos, a través de las asociaciones de *zemstvo*s, las dumas municipales y los comités industriales de guerra, un gran poder; disponía por su cuenta de inmensos recursos del estado y representaba de suyo, en esencia, un gobierno autónomo y paralelo al oficial. Durante la guerra, los ministros zaristas se lamentaban de que el príncipe Lvov aprovisionara al ejército, alimentara y curara a los soldados e incluso de que organizara barberías para la tropa. "Hay que acabar con esto, o poner todo el poder en sus manos", decía ya en 1915 el ministro Krivoshéin. Mal podía éste suponer que, año y medio, después, Lvov obtendría "todo el poder" pero no de manos del zar precisamente, sino de manos de Kerensky, Chjeidze y Sujánov. Mas, al día siguiente de acontecer esto se instauraba un nuevo poder doble: paralelo con el semigobierno liberal de ayer, hoy formalmente legitimado, surgía y se desarrollaba un gobierno de las masas obreras, representado por los sóviets, no de un modo oficial, pero por ello mismo más efectivo. A partir de este momento, la revolución rusa empieza a convertirse en un acontecimiento histórico de importancia universal.

Veamos ahora en qué consiste la característica de la dualidad de poderes de la Revolución de Febrero. En los acontecimientos de los siglos XVII y XVIII, la dualidad de poderes representa siempre una etapa natural en el curso de la lucha, impuesta a los combatientes por la correlación temporal de fuerzas, con la particularidad de que cada una de las dos partes aspira a suplantar la dualidad de poderes por el poder único concentrado en sus manos. En la revolución de 1917 vemos cómo la democracia oficial crea, consciente y deliberadamente, la dualidad de poderes, haciendo todos los esfuerzos imaginables para evitar que el poder caiga en sus manos. A primera vista, la dualidad de poderes se forma, no como fruto de la lucha de clases en torno al poder, sino como resultado de la cesión voluntaria que de dicho poder hace una clase a otra. La "democracia" rusa, que aspiraba a salir del atolladero de la dualidad de poderes, no creía encontrar la salida que buscaba más que apartándose del poder. Esto era precisamente lo que calificábamos de paradoja de la Revolución de Febrero.

Acaso se pueda encontrar una cierta analogía con esto en la conducta seguida por la burguesía alemana en 1848 con respecto a la monarquía. Pero la analogía no es completa. Es cierto que la burguesía alemana aspiraba a toda costa a compartir el poder con la monarquía sobre la base de un pacto. Pero la burguesía no tenía la integridad del poder en sus manos y no lo cedía enteramente, ni mucho menos, a la monarquía. "La burguesía prusiana era nominalmente dueña del poder, y no dudaba ni un momento que

las fuerzas del viejo estado se pondrían incondicionalmente a su disposición y se convertirían en prosélitos abnegados del poder de aquélla.” (Marx y Engels.) La democracia rusa de 1917, que al estallar la revolución tenía todo el poder en sus manos, no aspiraba a compartirlo con la burguesía, sino sencillamente a cedérselo entero. Acaso esto signifique que en el primer cuarto del siglo XX la democracia oficial rusa había llegado a un grado de descomposición más acentuado que la burguesía liberal alemana de mediados del siglo XIX. Y este estado de cosas obedece a una ley lógica, pues representa el reverso de la progresión ascensional realizada en el curso de esas décadas por el proletariado, que venía a ocupar el puesto de los artesanos de Cromwell, y de los *sans-culottes* de Robespierre.

Si se examina la cuestión más a fondo se ve que el poder del gobierno provisional y del comité ejecutivo tenía un carácter puramente reflejo. El candidato al nuevo poder no podía ser otro que el proletariado. Los colaboracionistas, que se apoyaban de un modo inseguro en los obreros y en los soldados, se veían obligados a llevar una contabilidad por partida doble con los zares y los profetas. El poder dual de los liberales y demócratas no hacía más que reflejar el poder dual, que aún no había salido a la superficie, de la burguesía y el proletariado. Cuando (al cabo de pocos meses) los bolcheviques eliminan a los colaboracionistas de los puestos directivos de los sóviets, el poder dual sale a la superficie, lo cual indica que la Revolución de Octubre se acerca. Hasta este momento, la revolución vivirá en el mundo de los reflejos políticos. Abriéndose paso a través de los razonamientos vacuos de la intelectualidad socialista, el poder dual, que era una etapa de la lucha de clases, se convierte en idea normativa. Gracias a esto precisamente se convirtió en el problema central de la discusión teórica. En este mundo nada se pierde ni sucede en balde. El carácter reflejo de la dualidad de poderes de la Revolución de Febrero nos ha permitido comprender mejor las etapas de la historia en que dicho poder aparece como un episodio característico de la lucha entre dos regímenes. Así, la luz refleja y tenue de la luna nos permite deducir importantes enseñanzas acerca de la luz solar.

La característica fundamental de la revolución rusa, que condujo en un principio a la paradoja de la dualidad de poderes y al poder dual efectivo que le impidió luego resolverse en provecho de la burguesía, consiste en la madurez inmensamente mayor del proletariado ruso si se le compara con las masas urbanas de las antiguas revoluciones. Pues la cuestión estaba planteada así: o la burguesía se apoderaba realmente del viejo aparato del estado, poniéndolo al servicio de sus fines, en cuyo caso los sóviets tendrían que retirarse por el foro, o éstos se convierten en la base del nuevo estado, liquidando no sólo el viejo aparato político, sino el régimen de predominio de las clases a cuyo servicio se hallaba éste.

Los mencheviques y los socialrevolucionarios se inclinaban a la primera solución. Los bolcheviques, a la segunda. Las clases oprimidas, que, según las palabras de Marat, no habían tenido en el pasado conocimientos, tacto ni dirección para llevar hasta el fin la obra comenzada, aparecen en la revolución rusa del siglo XX armadas de esos tres recursos. Los bolcheviques triunfaron.

Al año de triunfar los bolcheviques en Rusia, se repetía el mismo pleito en Alemania, con distinto balance de fuerzas. La socialdemocracia se inclinaba a la instauración del poder democrático de la burguesía y a la liquidación de los sóviets. Rosa Luxemburg y Carlos Liebknecht estaban por la dictadura de los sóviets. Y triunfaron los socialdemócratas. Hilferding y Kautsky en Alemania, como Max Adler en Austria, proponían una “combinación” de la democracia con el sistema soviético, dando acogida a los sóviets obreros en la constitución. Esto hubiera significado convertir en parte integrante del régimen del estado la guerra civil latente o declarada. Sin embargo, esta pretensión podía tener, en Alemania, su razón de ser, fundamentada acaso en la vieja

tradición: en el año 48, los demócratas wurtemburgueses pedían una república presidida por un duque.

El fenómeno de la dualidad de poderes, no estudiado hasta ahora suficientemente, ¿se halla en contradicción con la teoría marxista del estado, que se ve en el gobierno el comité ejecutivo de la clase dominante? Es lo mismo que si preguntáramos: ¿es que la oscilación de los precios bajo la ley de la oferta y la demanda se halla en contradicción con la teoría marxista del valor? ¿Acaso la abnegación del macho que defiende a sus cachorros contradice la ley de la lucha por la existencia? No, en esos fenómenos no reside más que una combinación más compleja de las mismas leyes que parecen contradecir. Si el estado es la organización del régimen de clase y la revolución la sustitución de la clase dominante, el tránsito del poder de manos de una clase a otra, es natural que haga brotar una situación contradictoria de estado, encarnada, sobre todo, en la dualidad de poderes. La correlación de fuerzas de clase no es ninguna magnitud matemática susceptible de cálculo apriorístico. Cuando el equilibrio del viejo régimen se rompe, la nueva correlación de fuerzas sólo puede establecerse como resultado de la prueba recíproca a que éstas se ven sometidas en la lucha. La revolución no es otra cosa.

Podría pensarse que esta digresión teórica nos ha apartado de los acontecimientos de 1917. En realidad, nos conduce al corazón de los mismos. En torno al problema de la dualidad de poderes fue, precisamente, donde se libró la lucha dramática de los partidos y de las clases. Sólo desde la atalaya de la teoría podemos abrazar con la mirada esta lucha y comprenderla exactamente.

El comité ejecutivo

El organismo creado en el Palacio de Táurida el 27 de febrero con el nombre de Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros tenía, en el fondo, muy poco que ver con esta denominación que se asignaba. El sóviet de diputados obreros de 1905, con el cual se inició el sistema, surgió de la huelga general como representante directo de las masas en lucha. Los caudillos de la huelga se convirtieron en diputados del sóviet. La selección de las personas que lo componían se hizo bajo el fuego. El órgano directivo fue elegido por el sóviet para la dirección ulterior de la lucha. Y fue el comité ejecutivo de 1905 el que acaudilló y puso a la orden del día la insurrección.

La Revolución de Febrero triunfó gracias a la sublevación de los regimientos, antes de que los obreros crearan los sóviets. El comité ejecutivo se constituyó por sí mismo, antes del sóviet, sin la intervención de las fábricas y de los regimientos, después del triunfo de la revolución. Nos hallamos en presencia de la iniciativa clásica de los radicales, que se quedan al margen de la lucha revolucionaria, pero se disponen a aprovecharse de sus frutos. Los caudillos efectivos de los obreros estaban aún en la calle, desarmando a los unos, armando a los otros, consolidando la victoria. Los más perspicaces se inquietaron al recibir la noticia de que en el Palacio de Táurida había surgido un sóviet de diputados obreros. De la misma manera que la burguesía liberal, en espera de la revolución palaciega que se iba a realizar, preparaba en otoño de 1916 un gobierno de reserva con el fin de imponérselo al nuevo zar en caso de éxito, los intelectuales radicales formaban su gobierno de reserva al triunfar el movimiento de febrero. Y como todos ellos, por lo menos en el pasado, habían participado en el movimiento obrero y tendían a cubrirse con sus tradiciones, dieron a su engendro el nombre de Comité Ejecutivo del Sóviet. Era una de aquellas falsificaciones semideliberadas, semiinconscientes, de que está llena la historia, la de los alzamientos populares inclusive. Cuando los acontecimientos toman un giro revolucionario, y se rompe la continuidad jurídica, las clases "cultas" llamadas a participar en el poder se agarran de buena gana a los nombres y símbolos ligados con los recuerdos heroicos de las masas. Las palabras frecuentemente disimulan la esencia de las cosas, sobre todo cuando están en juego los intereses de las clases dominantes. La enorme autoridad conquistada por el comité ejecutivo ya en el mismo día de constituirse se basa en la ficción de que venía a recoger la herencia del sóviet de 1905. El comité, sancionado por la primera asamblea caótica del sóviet, ejerció luego una influencia decisiva tanto en la composición de este último como en su política. Esta influencia era tanto más conservadora cuanto que ya no podía realizarse la selección natural de los representantes revolucionarios garantizada por la atmósfera candente de la lucha. La insurrección había pasado, todos estaban embriagados por la victoria, las almas se sentían blandas y ciertas cabezas también, y se disponían a reorganizar su existencia. Fueron necesarios meses enteros de nuevos conflictos y de lucha en las nuevas condiciones que determinaron un reagrupamiento, para que los sóviets, que en un principio no era más que unos órganos que venían a coronar el triunfo después de la insurrección, se convirtiesen en auténticos órganos de lucha y de preparación para un nuevo alzamiento. Creemos necesario insistir en este aspecto de la cuestión con tanto mayor razón cuanto que hasta ahora se ha dejado en la sombra. Sin embargo, no fueron solamente las condiciones en que aparecieron el comité ejecutivo y el sóviet las que determinaron su carácter moderado y conciliador: había causas más profundas y permanentes que obraban en el mismo sentido.

En Petrogrado estaban concentrados más de ciento cincuenta mil soldados y por lo menos cuatro veces más obreros y obreras de todas las categorías. No obstante, por cada dos delegados obreros había en el sóviet cinco soldados. Las normas de representación tenían un carácter extraordinariamente elástico. Todo se hacía para complacer a los soldados. Mientras que los obreros elegían un representante por cada mil electores, los pequeños destacamentos enviaban a menudo dos. El uniforme gris de los soldados se convirtió en el color dominante en el sóviet.

Pero aun entre los delegados civiles no todos eran elegidos por los obreros. Al sóviet fueron a parar no pocas personas por invitación individual, por protección o, sencillamente, gracias a sus intrigas; muchos abogados y médicos radicales, estudiantes, periodistas, que representaban a distintos grupos problemáticos, pero más evidentemente a sus propias ambiciones. Esta alteración notoria del carácter del sóviet era tolerada de buen grado por los dirigentes, los cuales no veían inconveniente alguno en rebajar la esencia excesivamente fuerte de las fábricas y cuarteles con el jarabe tibio de la pequeña burguesía ilustrada. Muchos de estos elementos de aluvión, buscadores de aventuras, impostores y charlatanes habituados a la tribuna, apartaron durante mucho tiempo con sus codos a los obreros silenciosos y a los soldados irresolutos.

Si esto ocurría en Petrogrado, no es difícil imaginarse lo que sería en provincias, donde el triunfo se obtuvo sin lucha. Todo el país estaba lleno de soldados. Las guarniciones de Kiev, Helsingfors y Tiflis no eran numéricamente inferiores a la de Petrogrado; en Sáratov, Samara, Tambov, Omsk se concentraban de 60 a 80.000 soldados; en Yaroslav, Yekaterinoslav, Yekaterimburgo, unos 60.000 y en otra serie de ciudades, 50, 40 y 30.000. En las distintas localidades la representación soviética no estaba organizada de un modo uniforme, pero los soldados gozaban en todas partes de una situación de privilegio. En un sentido político, se manifestaba así el esfuerzo de los obreros por aliarse lo más posible a los soldados. Los dirigentes hacían lo mismo con respecto a los oficiales. Además del número considerable de tenientes y sargentos, elegidos por los soldados, solía otorgarse, sobre todo en provincias, una representación especial a la oficialidad. Resultado de esto era que los elementos del ejército tuviesen en muchos sóviets una mayoría aplastante. Las masas de soldados que no habían adquirido aún la fisonomía política propia marcaban, a través de sus representantes, la fisonomía de los sóviets.

En toda representación existe un elemento de desproporción. Es éste un elemento particularmente considerable al día siguiente de una insurrección. En los primeros momentos, los diputados de los soldados, políticamente confusos, eran muchas veces elementos completamente ajenos a sus intereses y a los de la revolución, intelectuales y semiintelectuales de toda laya que se refugiaban en las guarniciones del interior y que, por este motivo, se manifestaban como patriotas extremos. Así se creó una divergencia entre el estado de espíritu de los cuarteles y el de los sóviets. El oficial Stankievich, acogido por los soldados de su batallón sombría y recelosamente, habló con éxito en la sección de los soldados sobre el tema agudo de la disciplina. "¿Por qué en el sóviet [se preguntaba] el estado de espíritu es más suave y agradable que en el batallón?" Esta ingenua perplejidad atestigua una vez más lo difícil que resulta para los sentimientos auténticos de abajo abrirse paso hacia las alturas.

Sin embargo, ya a partir del 3 de marzo los mítines de soldados y obreros empiezan a exigir del sóviet que destituya inmediatamente al gobierno provisional de la burguesía liberal y tome el poder; y, en efecto, ¿qué reivindicación podrá ser más comprensible, más querida a las masas? La iniciativa parte, como tantas otras, del distrito de Viborg. Pero esta agitación no tardó en ser interrumpida, no sólo porque los defensores de la patria le opusieron una resistencia encarnizada, sino, cosa mucho más grave, porque

la dirección bolchevique ya en la primera mitad de marzo se inclinaba de hecho ante el régimen de la dualidad de poderes. Y, fuera de los bolcheviques, nadie podía plantear decididamente el problema de la toma del poder. Los dirigentes de Viborg tuvieron que batirse en retirada. Sin embargo, los obreros petersburgueses no tuvieron confianza ni un instante en el nuevo gobierno, ni lo consideraban como propio. Pero tenían la atención fija en los soldados y se esforzaban en no oponerse de un modo excesivamente acentuado a éstos. Los soldados, que no hacían más que deletrear las primeras fases de la política, aunque, como buenos campesinos, no daban crédito a los señores, pero escuchaban con atención a sus representantes, los cuales, a su vez, se inclinaban respetuosamente ante los líderes autorizados del comité ejecutivo. Mientras que estos últimos no hacían otra cosa que observar ansiosos el pulso de la burguesía liberal. Y esta pulsación de abajo hacia arriba era la que daba el tono... de manera provisoria.

Sin embargo, el estado de espíritu de la masa salía a la superficie, y la cuestión del poder, retirada artificialmente, se reproducía una y otra vez, aunque en forma disimulada. “Los soldados no saben a quién escuchar”, se lamentan los distritos y las provincias, haciendo llegar de este modo hasta el comité ejecutivo el descontento producido por la dualidad de poderes. Las delegaciones de las escuadras del Báltico y del mar Negro declaran el 16 de marzo que sólo tomarán en cuenta al gobierno provisional en tanto que éste marche de acuerdo con el comité ejecutivo. En otros términos, que no están dispuestos a tomarle en cuenta para nada. Esta nota va acentuándose de un modo cada vez más insistente. “El ejército y la población sólo deben someterse a las decisiones del sóviet”, tal es la resolución del 172º regimiento de reserva, quien formula al. Mismo tiempo este corolario: “las ordenanzas del gobierno provisional que contravienen las decisiones del sóviet no están sujetas a ejecución”. El comité ejecutivo sancionaba esta disposición, con un sentimiento complejo de satisfacción y de inquietud. El gobierno lo soportaba rechinando los dientes. Tanto al uno como al otro, no les quedaba otra cosa que hacer.

Desde principios de marzo, surgen sóviets en las principales ciudades y centros industriales, desde donde, en algunas semanas, se extienden por todo el país. No se gana el campo hasta abril y mayo. En un principio, es casi siempre el ejército quien habla en nombre de los campesinos.

El Comité ejecutivo del Sóviet de Petrogrado adquirió, naturalmente, una significación nacional. Los demás sóviets imitaron a la capital, y, uno tras otro, fueron tomando acuerdos sobre el apoyo condicional que había de prestarse al gobierno provisional. Si bien en los primeros meses las relaciones entre el sóviet de Petrogrado y los de provincias se desarrollaban sin conflictos ni desavenencias de monta, la situación dictaba la necesidad de una organización nacional. Un mes después del derrumbamiento de la autocracia, fue convocada la primera asamblea de sóviets, a la cual acudió una representación incompleta y unilateral. Y aunque de las ciento ochenta y cinco organizaciones representadas, los dos tercios estaban compuestos de sóviets locales, se trataba principalmente de sóviets de soldados; con los representantes de las organizaciones del frente, los delegados militares, principalmente los oficiales, tenían una aplastante mayoría. Se pronunciaron discursos sobre la guerra hasta el triunfo final, y resonaron gritos contra los bolcheviques, a pesar de la conducta más que moderada seguida por estos últimos. La asamblea completó con dieciséis representantes conservadores de provincias el comité ejecutivo de Petrogrado, legitimando así su carácter de institución de estado.

El ala derecha se reforzó aún más. En lo sucesivo, se asustará con frecuencia a los descontentos con las provincias. Las normas acordadas ya el 14 de marzo sobre la composición del sóviet de Petrogrado, casi no se llevaron a la práctica. Al fin y al cabo,

no era el sóviet local el que decidía, sino el comité ejecutivo panruso. Los líderes oficiales ocupaban su posición casi inviolable. Las resoluciones más importantes se tomaban en el comité ejecutivo, o, por mejor decir, en su núcleo dirigente, después de un acuerdo previo con el núcleo del gobierno. El sóviet quedaba al margen. Era considerado como una especie de mitin: "No es ahí, no es en las asambleas generales donde se hace la política, y todos esos plenos no tienen decididamente ningún valor práctico." (Sujánov). Orgullosos de ellos mismos, los árbitros del destino estimaban que confiándoles la dirección, los sóviets habían ya cumplido su misión. El próximo porvenir se encargará de demostrar que no era así. La masa es muy paciente; pero, así y todo, no es una arcilla con la cual se pueda hacer lo que se quiera. Además, en las épocas revolucionarias aprende con rapidez. En esto consiste precisamente la más alta potencia de la revolución.

Para comprender mejor el desarrollo sucesivo de los acontecimientos hay que detenerse un momento a trazar la característica de los dos partidos que desde el principio de la revolución formaron estrecho bloque, dominando en los sóviets, en los municipios democráticos, en los congresos de la llamada democracia revolucionaria y aún conservaban su mayoría, que, por lo demás, se iba derritiendo a cada paso, hasta la asamblea constituyente, último resplandor de su fuerza agonizante, como el resplandor de ocaso en la cima de una montaña iluminada por el sol poniente.

La burguesía rusa había llegado demasiado tarde para ser democrática, la democracia rusa, por la misma razón, quería considerarse socialista. La ideología democrática se había agotado irremediablemente en el transcurso del siglo XIX. En los albores del siglo XX, los intelectuales radicales, si querían tener acceso a la masa, necesitaban presentarse a ella con un barniz socialista. Tal fue la causa histórica general que determinó la creación de dos partidos intermedios: los mencheviques y los socialrevolucionarios, cada uno de los cuales tenía, sin embargo, su genealogía y su ideología propias.

Las ideas de los mencheviques se formaron sobre la base del sistema marxista. Como consecuencia del atraso histórico de Rusia, el marxismo no fue aquí, en un principio, tanto una crítica de la sociedad capitalista como una justificación fundamentada de la inevitabilidad del desarrollo burgués del país. La historia utilizó astutamente, cuando tuvo necesidad de ello, una teoría castrada de la revolución proletaria, valiéndose de ella para europeizar, con espíritu burgués, a vastos sectores de la intelectualidad, narodniki. A los mencheviques, que constituían el ala izquierda de la intelectualidad burguesa, les fue reservado un papel importante en este proceso. Su misión consistió en atar a aquella intelectualidad los sectores más moderados de la clase obrera, atraídos por la actuación legal en la Duma y en los sindicatos.

Por el contrario, los socialrevolucionarios combatían teóricamente al marxismo, aunque en parte se dejaran influir por él. Se consideraban como el partido llamado a realizar la alianza entre los intelectuales, los obreros y los campesinos, bajo los auspicios, evidentemente, de la razón crítica. En el terreno económico, sus ideas representaban una mezcla indigesta de formaciones históricas diversas, que reflejaban las condiciones contradictorias de la existencia de los campesinos en un país que evolucionaba rápidamente hacia el capitalismo. Los socialrevolucionarios se imaginaban que la futura revolución no sería ni burguesa ni socialista, sino "democrática": ellos reemplazaban el contenido social por una fórmula política. Por consiguiente, este partido se trazaba una senda, que pasaba entre la burguesía y el proletariado, y se asignaba el papel de árbitro entre las dos clases. Después de febrero, parecía a primera vista que los socialrevolucionarios se habían acercado mucho a esta posición.

Ya desde la época de la primera revolución tenía este partido raíces entre la clase campesina. En los primeros meses de 1917, toda la intelectualidad rural se asimiló la

fórmula tradicional de los narodniki: "Tierra y libertad." A diferencia de los mencheviques, que habían sido siempre un partido puramente urbano, los socialrevolucionarios habían hallado, al parecer, apoyo en extremo poderoso en el campo. Es más, dominaban incluso en las ciudades: en los sóviets, a través de las secciones de soldados, y en los primeros municipios democráticos, en los cuales tenían mayoría absoluta de votos. La fuerza del partido parecía ilimitada. En realidad, no era más que una aberración política. El partido por el cual vota todo el mundo, excepto la minoría que sabe por quién vota, no es un partido, del mismo modo que el lenguaje en que hablan los niños en todos los países no es el idioma nacional. El partido de los socialrevolucionarios daba una solemne denominación de todo lo que había de incipiente, de informe y de confuso en la Revolución de Febrero. Todo aquel que no hubiese heredado de su pasado prerrevolucionario motivos suficientes para votar por los kadetes o los bolcheviques, votaba por los socialrevolucionarios. Pero los kadetes se movían en el círculo cerrado de los propietarios. Los bolcheviques eran aún poco numerosos, incomprensibles, y suscitaron incluso miedo. Votar por los socialrevolucionarios era votar por la revolución en general, y no obligaba a nada. En las ciudades, la adhesión a este partido significaba la tendencia de los soldados a acercarse a un partido que defendía a los campesinos, la tendencia de la parte atrasada de los obreros a estar al lado de los soldados, la aspiración de las gentes humildes de la ciudad a no separarse de los soldados y campesinos. En este período, el carné de socialrevolucionario era un certificado provisional que daba derecho a entrar en las instituciones de la revolución y que conservó su fuerza hasta que fue sustituido por otro carné un poco más serio. No en vano se decía, hablando de este gran partido, que lo englobaba todo, que no era más que un inmenso cero.

Ya desde la primera revolución los mencheviques sostenían la necesidad de aliarse con los liberales, como consecuencia del carácter burgués de la revolución, y colocaban esta alianza por encima de la colaboración con los campesinos, a los cuales consideraban como a aliados poco seguros. Los bolcheviques, por el contrario, basaban toda la perspectiva de la revolución en la alianza del proletariado con los campesinos contra la burguesía liberal. Como que los socialrevolucionarios se consideraban, ante todo y sobre todo, como el partido de los campesinos, se podía esperar que en la revolución se sellase la alianza de los bolcheviques con los narodniki por contraposición al bloque de los mencheviques con la burguesía liberal. En realidad, la Revolución de Febrero estructura las fuerzas a la inversa. Los mencheviques y los socialrevolucionarios actúan estrechamente unidos, y completan esta alianza mediante el bloque pactado con la burguesía liberal. Los bolcheviques se encuentran completamente aislados, en el campo oficial de la política.

Este hecho, inexplicable a primera vista, es completamente lógico. Los socialrevolucionarios no eran un partido campesino, a pesar de la simpatía que en el campo despertaban sus consignas. El núcleo del partido, el que determinaba su política efectiva y daba al gobierno ministros y funcionarios, se hallaba mucho más ligado a los círculos liberales y radicales de la ciudad, que a las masas de campesinos insurreccionados. Este núcleo dirigente, que se había dilatado enormemente, gracias a la afluencia de arribistas, estaba mortalmente asustado ante las proporciones tomadas por el movimiento campesino, que avanzaba agitando las consignas de los socialrevolucionarios. Los narodniki de nuevo cuño sentían, naturalmente, gran simpatía por los campesinos; lo que no veían con buenos ojos eran el "gallo rojo". El terror de los socialrevolucionarios ante el campo en armas, era paralelo al terror de los mencheviques ante el avance revolucionario del proletariado; en su conjunto, el miedo de los "demócratas" era el reflejo del peligro completamente fundamentado que representaba el movimiento de los oprimidos para las clases poseedoras, englobadas en el campo único

de la reacción burguesa y terrateniente. El bloque de los socialrevolucionarios con el gobierno del terrateniente Lvov señaló la ruptura con la revolución agraria, del mismo modo que el bloque de los mencheviques con los industriales y banqueros tipo Guchkov, Terecheko y Konoválov, equivalía a su ruptura con el movimiento proletario. En estas condiciones, la alianza de los mencheviques y socialrevolucionarios no significaba la colaboración del proletariado y los campesinos, sino, por el contrario, la coalición gubernamental de unos partidos que habían roto con el proletariado y los campesinos en aras del bloque con las clases poseedoras.

De lo dicho se deduce con toda claridad hasta qué punto era ficticio el socialismo de esos dos partidos democráticos; lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que su democratismo fuese real y efectivo. Todo lo contrario, precisamente, porque era el suyo un democratismo anémico, necesitaba cubrirse con la máscara socialista. El proletariado ruso luchaba por la democracia, en un antagonismo irreconciliable con la burguesía liberal. Los partidos democráticos, coaligados con la burguesía liberal, tenían que entrar inevitablemente en pugna con el proletariado. He aquí la raíz social de la encarnizada lucha que más tarde había de librarse entre los colaboracionistas y los bolcheviques.

Reduciendo los procesos que dejamos esbozados a su mecánica externa de clase, de la cual, naturalmente, no se daban perfecta cuenta los afiliados ni aun los dirigentes de los dos partidos colaboracionistas, obtenemos sobre poco más o menos, el siguiente deslinde de funciones históricas. La burguesía liberal no podía dominar ya a las masas. Por esto temía la revolución. Pero la revolución era necesaria para el desarrollo burgués. De la burguesía censitaria se separaban dos destacamentos, formados por sus hermanos menores y sus hijos. Uno de estos destacamentos fue enderezado hacia los obreros, el otro hacia los campesinos, a quienes intentaban atraerse, respectivamente, pugnando por demostrarles de un modo sincero y caluroso que eran socialistas enemigos de la burguesía. De este modo, adquirieron, de manera efectiva, una influencia considerable sobre el pueblo. Pero pronto los efectos de sus ideas llegaron más allá de donde a ellos les convenía. La burguesía vio que se acercaba un peligro mortal y dio la señal de alarma. Las dos filiales que se habían separado de ella, los mencheviques y los socialrevolucionarios, respondieron unánimemente al llamamiento de sus mayores. Saltando por encima de las viejas desavenencias, se pusieron en estrecho contacto y, volviéndose de espaldas a las masas, corrieron en auxilio de la sociedad burguesa amenazada.

La inconsistencia y la mezquindad de los socialrevolucionarios, causa asombro, aun comparada con los mencheviques. Los bolcheviques los consideraron en todos los momentos álgidos, sencillamente, como kadetes de tercera categoría. Por su parte, los kadetes los trataban como a bolcheviques de tercera clase. La segunda categoría les correspondía, en uno y otro caso, a los mencheviques. La inconsistencia de la base y el carácter indefinido de la ideología determinaron la selección personal congruente: todos los jefes socialrevolucionarios se distinguían por su superficialidad, su falta de concreción y su sentimentalismo estéril. Sin exageración puede decirse que cualquier bolchevique de filas daba pruebas de más perspicacia política, es decir, de mayor percepción para las relaciones entre las clases, que los jefes socialrevolucionarios de mayor reputación.

Faltos de criterios sólidos, los socialrevolucionarios propendían a los imperativos éticos. Huelga decir que estas pretensiones morales no eran obstáculo para que en la gran política manifestasen todas esas pequeñas astucias y bribonerías tan características, en general de los partidos intermedios sin base consistente, sin doctrina clara y sin un auténtico eje moral.

En el bloque de los mencheviques y socialrevolucionarios, el puesto dirigente correspondía a los mencheviques, a pesar de que los socialrevolucionarios tenían una

superioridad numérica indiscutible. En este reparto de papeles se manifestaba, a su manera, la hegemonía de la ciudad sobre el campo, el predominio de la pequeña burguesía urbana sobre la rural, y, finalmente, la superioridad ideológica de la intelectualidad "marxista" sobre la que no profesaba la sociología puramente rusa y ostentaba orgullosa la pobreza de la vieja historia del país.

En las primeras semanas que siguieron a la revolución, ninguno de los partidos de izquierda, como ya sabemos, tenía en la capital un auténtico cuadro dirigente. Los jefes universalmente reconocidos de los partidos socialistas se hallaban todos en la emigración. Los jefes de segunda fila estaban en camino, desde el Extremo Oriente a la capital. Esto obligaba a los dirigentes interinos de todos los grupos a mantener un estado de espíritu circunspecto y expectante que les acercaba. Durante esas semanas, ninguno de los grupos dirigentes desarrolló sus pensamientos hasta sus últimas consecuencias. La lucha de los partidos en el sóviet tenía un carácter extremadamente pacífico: diríase que se trataba de matices en el interior de una misma "democracia revolucionaria". Es cierto que al volver Tsereteli de la deportación (19 de marzo), el rumbo soviético dio un recio viraje a derecha, en el sentido de una responsabilidad directa por el poder y por la guerra. También los bolcheviques, a mediados de marzo, bajo el influjo de Kámenev y de Stalin, que acababan de llegar de la deportación, se orientaron marcadamente hacia la derecha de modo que la distancia entre la mayoría soviética y la oposición de izquierda era acaso menor a principios de abril que a principios de marzo. La verdadera diferenciación empezó un poco más tarde: incluso se puede precisar la fecha: fue el 4 de abril, al día siguiente de llegar Lenin a Petrogrado.

El partido de los mencheviques tenía al frente de sus distintas tendencias a una serie de figuras preeminentes, pero no disponía ni de un solo jefe revolucionario. La extrema derecha, acaudillada por los viejos maestros de la socialdemocracia rusa, Plejánov, Vera Zasúlich y Deutch, ya había adoptado una actitud patriótica bajo la autocracia. En vísperas a la Revolución de Febrero, Plejánov, que había degenerado lamentablemente, escribía en un periódico americano que las huelgas y otras formas de lucha de los obreros en Rusia eran, en aquellos instantes, un crimen. Los sectores más extensos de los viejos mencheviques, entre los que figuraban hombres como Mártov, Dan y Tsereteli, se consideraban adscritos a las tendencias de Zimmerwald y declinaban toda responsabilidad por la guerra. Pero el internacionalismo de los mencheviques de izquierda, lo mismo que el de los socialrevolucionarios izquierdistas, encubría en la mayor parte de los casos, un oposicionismo democrático. La Revolución de Febrero reconcilió a la mayoría de esos "zimmerwaldianos" con la guerra, en la cual veían ahora la defensa de la revolución. El que de un modo más decidido abrazó este camino fue Tsereteli, que arrastró consigo a Dan y otros. Mártov, que al estallar la guerra se hallaba en Francia y que no llegó del extranjero hasta el 9 de mayo, no podía dejar de ver que sus correligionarios de ayer retornaban después de la Revolución de Febrero a la misma posición de que habían partido Guesde, Sembat y otros, en 1914, cuando tomaron sobre sus hombros la defensa de la república burguesa contra el absolutismo germánico. Mártov, que se hallaba al frente del ala izquierda de los mencheviques y que no había conseguido representar ningún papel importante en la revolución, mantenía una actitud de oposición frente a la política de Tsereteli y Dan, impidiendo, al mismo tiempo, que los mencheviques de izquierda se acercasen a los bolcheviques. El portavoz del menchevismo oficial era Tsereteli, al que seguía indudablemente la mayoría del partido. Los partidos prerrevolucionarios se aliaron sin dificultad con los patriotas de febrero. Sin embargo, Plejánov tenía su grupo propio, un grupo completamente chovinista, que se hallaba fuera del partido, incluso del sóviet. La fracción de Mártov, que no llegó a salirse del partido, no tenía periódico propio, como tampoco tenía política propia. Como siempre,

durante los grandes acontecimientos históricos, Mártov se desconcertaba y se perdía en el vacío. Lo mismo en 1917 que en 1905, la revolución apenas se apercibió de que existía este hombre preeminente.

Casi automáticamente, fue nombrado presidente del sóviet de Petrogrado y luego del comité central ejecutivo, el que lo era de la fracción menchevique de la Duma, Chjeidze, quien en el cumplimiento de sus deberes se esforzaba en poner a contribución todas las reservas de su inteligencia, cubriendo su constante falta de confianza en sí mismo con chanzas superficiales. Él llevaba la señal inequívoca de su origen provinciano. La Georgia montañosa, país del sol, de los viñedos, de los campesinos y de los pequeños aristócratas, con un reducido tanto por ciento de obreros, había ido formando un amplio sector de intelectuales de izquierda, ágiles, con temperamento, pero que en su aplastante mayoría no se habían remontado sobre el horizonte pequeñoburgués. Georgia envió diputados mencheviques a las cuatro Dumas, y en las cuatro fracciones sus diputados desempeñaron el papel de prohombres. Georgia se convirtió en la Gironda de la revolución rusa. A los girondinos del siglo XVIII se les acusaba de federalismo; los girondinos de Georgia, empezando por la defensa de la Rusia una e indivisible, acabaron en el separatismo.

La figura más preeminente de la Gironda georgiana era, indudablemente, el exdiputado de la Segunda Duma, Tsereteli, que, inmediatamente de regresar de la deportación, se puso al frente no sólo de los mencheviques, sino de toda la mayoría soviética de aquel entonces. Tsereteli, que no era un teórico, ni siquiera un periodista, pero sí un orador eminente, era un radical de tipo meridional francés, que hubiera vivido como el pez en el agua en un régimen de rutina parlamentaria. Pero había nacido en una época revolucionaria y en su juventud se había intoxicado con una dosis de marxismo. Desde luego, de todos los mencheviques era el que manifestaba un mayor empuje frente a la marcha de la revolución y una tendencia mayor a atar los cabos. Precisamente por eso contribuyó más que otros al fracaso del régimen de febrero. Chjeidze se sometía por entero a Tsereteli, aunque había momentos en que le asustaba su rectilínea lógica doctrinaria, que tanto acercaba al presidiario revolucionario de ayer a los representantes conservadores de la burguesía.

El menchevique Skóvelev, que debía su popularidad a su condición de diputado de la última Duma, producía, y no sólo por su aspecto juvenil exterior, la impresión de un estudiante que desempeñara el papel de hombre de estado en una representación familiar. Skóvelev se especializó en la represión de los “excesos”, en la liquidación de los conflictos locales y, en general, en la labor de ir tapando los agujeros del poder dual, hasta que fue incluido en el gobierno de coalición de mayo con el desventurado papel de ministro del trabajo.

La figura más influyente entre los mencheviques era Dan, viejo militante del partido, considerado siempre como la segunda figura después de Mártov. Si el menchevismo estaba impregnado de las costumbres y el espíritu de la socialdemocracia alemana de la época de la decadencia, Dan parecía sencillamente un miembro del comité del partido alemán, algo así como un Ebert de menos categoría. Un año después, el Dan alemán practicaba con éxito, en su país, la política que pretendiera practicar, con poca fortuna, el Ebert ruso. Pero las causas del éxito de aquél y del fracaso de éste, no deben buscarse en las personas, sino en las circunstancias.

Si en la orquesta de la mayoría del sóviet Tsereteli llevaba la batuta, Liber tocaba el clarinete con toda la fuerza de sus pulmones y con los ojos inyectados de sangre. Liber era un menchevique de la Unión Obrera Judía (Bund), con un pasado revolucionario, hombre sincero, de gran temperamento, muy elocuente, muy limitado y que se desvivía

por aparecer como un patriota inflexible y un hombre de estado férreo. Profesaba un odio mortal a los bolcheviques.

La falange de los líderes mencheviques puede cerrarse con el exbolchevique de la extrema izquierda Voitinsky, figura prestigiosa de la primera revolución, condenado a trabajos forzados y que en marzo rompió con el partido, con motivo de su actitud patriótica. Al afiliarse a los mencheviques, Voitinsky se convirtió, como era de rigor, en un tragabolcheviques profesional. No le faltaba más que el temperamento para igualar a Liber en su furor contra sus ex camaradas.

El estado mayor de los narodniki era tan poco homogéneo como el de los mencheviques, pero mucho menos valioso y relevante. Los llamados socialistas populares, que constituyen la extrema derecha, estaban capitaneados por el viejo emigrante Chaikovski, que igualaba a Plejánov por su chovinismo, pero sin tener ni su talento ni su pasado. A su lado se hallaba la anciana Breschko-Brechskovskay, a quien los socialrevolucionarios llamaban "la abuela de la revolución rusa", y que aspiraba celosamente a convertirse en la madrina de la contrarrevolución. El anarquista Kropotkin, anciano ya y que en su juventud había tenido una cierta debilidad por los narodniki, se aprovechó de la guerra para desautorizar lo que había enseñado en el transcurso de casi medio siglo: el negador del estado se convirtió en un entusiasta abogado de la *Entente*, y si combatía el poder dual ruso no era precisamente en nombre de la anarquía, sino reclamando todos los poderes para la burguesía. Pero estos ancianos representaban un papel más bien decorativo, si bien corriendo el tiempo, durante la guerra contra los bolcheviques, Chaikovski había de acaudillar uno de los gobiernos blancos sostenidos por Churchill.

Ocupaba el primer lugar entre los socialrevolucionarios Kerensky, hombre que carecía totalmente de pasado como militante del partido. En nuestra exposición tropezaremos más de una vez con esta figura providencial, cuya fuerza en el período de la dualidad de poderes consistía en combinar las debilidades del liberalismo aliadas con las de la democracia. Su incorporación formal al partido de los socialrevolucionarios no hizo variar la actitud despectiva de Kerensky con respecto a todos los partidos: Kerensky se consideraba el elegido directo de la nación. No olvidamos que también el partido había dejado de ser, en aquellas horas, un partido, para convertirse en un grandioso cero nacional, que encontró su jefe adecuado en Kerensky.

Chernov, futuro ministro de agricultura y luego presidente de la asamblea constituyente, era, indudablemente, la figura más representativa del viejo partido socialrevolucionario y no en balde se le consideraba como su inspirador, teórico y jefe. Hombre de conocimientos considerables, pero no articulados en unidad, leído más que ilustrado, Chernov tenía siempre a mano una serie inacabable de extractos, adaptables a cada caso, que tuvieran impresionada durante mucho tiempo a la juventud rusa, sin enseñarle gran cosa. Sólo había una cuestión para la que este jefe elocuente no tenía respuesta: a quién conducía y a dónde. Las fórmulas eclécticas de Chernov, sazonadas con moralejas y poesías, congregaron durante algún tiempo a un público heterogéneo, que en los momentos críticos vacilaba siempre entre los distintos derroteros. Se explica que Chernov opusiera sus métodos de formación de un partido al "sectarismo" de un Lenin.

Chernov llegó del extranjero cinco días después de Lenin: Inglaterra, después de muchas vacilaciones, le dejó atravesar por sus dominios. A los numerosos saludos con que fue recibido en el sóviet, el jefe del mayor partido contestó con un extenso discurso, a propósito del cual Sujánov, que era socialrevolucionario a medias, se expresa así: "No sólo yo, sino muchos otros patriotas del partido socialrevolucionario, arrugaban el ceño y meneaban la cabeza, viendo el modo cómo hablaba, su extraña afectación declamando

sin fin, con los ojos en blanco y sin decir nada concreto.” Toda la actuación de Chernov durante la revolución había de desenvolverse a tono con su primer discurso. Después de algunas tentativas para oponerse desde la izquierda a Kerensky y Tsereteli, Chernov, cohibido por todas partes, se rindió a discreción, se curó de su zimmerwaldismo de emigrado y entró en la comisión de enlace, y más tarde en el gobierno de coalición. Nada de lo que hacía caía bien. En vista de esto, decidió adoptar una actitud inhibitoria. La abstención a la hora de votar se convirtió para él en la fórmula de su existencia política. Su prestigio, durante el período que va de abril a octubre, fue derritiéndose aún más rápidamente que las filas de su partido. A pesar de las diferencias que mediaban entre Chernov y Kerensky, que se odiaban mutuamente, ambos tenían sus raíces en el pasado prerrevolucioario, en la fragilidad de la vieja sociedad rusa, en aquella intelectualidad insulsa y pretenciosa que ardía en deseos de ilustrar, tutelar y proteger a las masas populares, pero que era absolutamente incapaz de percibir sus sentimientos, de comprenderlos y de aprender de ellos, y sin la cual no cabe verdadera política revolucionaria.

Avksentiev, exaltado por el partido a los puestos más elevados de la revolución (presidente del comité ejecutivo de los diputados campesinos, ministro del interior, presidente del preparlamento), representaba ya una perfecta caricatura de político: seductor profesor de literatura del liceo de señoritas de Orel (es todo lo que se puede decir de él). Verdad es que su actuación política era mucho peor intencionada que su persona.

Gotz desempeñó, aunque entre bastidores, un gran papel en la fracción de los socialrevolucionarios y en el núcleo dirigente del sóviet. Terrorista, perteneciente a una conocida familia revolucionaria, Gotz era menos pretencioso y más práctico que sus amigos políticos más cercanos, pero en su calidad de “práctico” se limitaba a las cuestiones de cocina, cediendo a los demás los grandes problemas. Hay que añadir, además, que no era ni orador ni escritor, y que su principal recurso era su prestigio personal, adquirido a costa de varios años de trabajos forzados.

Y con esto, quedan nombrados ya, en sustancia, todos los elementos dignos de ser mencionados entre los dirigentes narodniki. Les siguen figuras ya completamente fortuitas, como Filipovski, de quien nadie podía explicarse por qué se había elevado hasta las cimas mismas del Olimpo de Febrero; suponemos que desempeñaría un papel decisivo en esta carrera su uniforme de oficial de marina.

Al lado de los jefes oficiales de los dos partidos dominantes en el comité ejecutivo, había no pocos “salvajes” aislados, que habían participado en los orígenes del movimiento en sus distintas etapas, hombres que mucho ante de la revolución se habían apartado de la lucha y que ahora después de volver precipitadamente a ella bajo las banderas de la revolución triunfante, no se apresuraban a someterse al yugo de ningún partido. En todas las cuestiones fundamentales, estos “salvajes” seguían a la mayoría del sóviet. En los primeros tiempos desempeñaban incluso el papel directivo. Pero a medida que iban llegando del destierro y de la emigración los jefes oficiales, los sin partido quedaban relegados a segundo término; la política tomaba formas más definidas y los partidos iban recobrando sus derechos.

Los adversarios reaccionarios del comité ejecutivo hicieron resaltar más de una vez, andando el tiempo, la preponderancia de los alógenos en este comité: judíos, georgianos, letones, polacos, etc. Si bien en proporción con el total de los miembros del comité ejecutivo estos elementos alógenos representaban un tanto por ciento muy poco elevado, es indudable que ocupaban un lugar relevante en el buró, en las comisiones políticas, entre los ponentes, etc. Y como quiera que los intelectuales de las nacionalidades oprimidas, concentrados principalmente en las ciudades, llenaban abundantemente las filas revolucionarias, no tiene nada de sorprendente que la cifra de

estos elementos fuera bastante considerable entre la vieja generación de revolucionarios. Su experiencia, aunque no siempre fuera de elevada calidad, les hacía insustituibles en el momento de elaborar nuevas formas sociales. Sin embargo, es completamente absurdo querer presentar la política de los sóviets y la marcha de la revolución como un resultado de la invasión de estos elementos. Aquí, el nacionalismo pone de manifiesto una vez más su desprecio por la verdadera nación, es decir, por el pueblo, presentándole, en el período de su gran despertar nacional, como un simple instrumento en manos extrañas y advenedizas. ¿Por qué y cómo estos elementos extraños a la raza obtuvieron una fuerza tan milagrosa sobre millones de hombres? En realidad, lo que ocurre es que, en momentos de gran transformación histórica, la gran masa de la nación pone, a veces, a su servicio a los elementos que ayer eran todavía oprimidos, y que por esta razón se muestran más dispuestos a dar expresión a los nuevos fines. No es que los pueblos racialmente extraños conduzcan la revolución; lo que ocurre es que la revolución nacional se aprovecha de ellos. Así sucedió incluso durante las grandes reformas implantadas desde arriba. La política de Pedro I no dejó de ser nacional cuando, desviándose de su antiguo camino, puso a su servicio a los elementos alógenos y a los extranjeros. Los maestros artesanos del barrio alemán y los constructores holandeses de buques expresaban mejor, en aquel período, las necesidades del desarrollo nacional de Rusia que los popes rusos, descendientes no pocas veces de Grecia, o los boyardos moscovitas que se lamentaban tanto de la invasión de extranjeros, aunque ellos mismos descendían de los extranjeros que formaban el estado ruso. En todo caso, la intelectualidad alógena de 1917 se enrolaba en los mismos partidos que la rusa, adolecía de los mismos defectos y cometía los mismos errores, con la particularidad de que los elementos racialmente extraños de los medios mencheviques y socialrevolucionarios, se distinguían por un celo especial, en lo que se refería a la defensa y a la unidad de Rusia.

Así se presentaba el comité ejecutivo, órgano supremo de la democracia. Dos partidos que habían perdido las ilusiones, pero que conservaban los prejuicios, con un estado mayor de jefes incapaces de pasar de las palabras a los hechos, se veían colocados al frente de una revolución llamada a romper cadenas centenarias y a echar los cimientos de una nueva sociedad. Toda la actuación de los colaboracionistas fue una serie de contradicciones dolorosas, que dejaron exhaustas a las masas populares y prepararon las convulsiones de la guerra civil.

Los obreros, los soldados y los campesinos tomaban las cosas en serio y entendían que los sóviets creados por ellos debían emprender inmediatamente la extirpación de las calamidades que habían engendrado la revolución. Todos acudían a los sóviets. Acudían todos a él con los problemas que más les inquietaban. ¿Y quién no tenía algo de qué lamentarse? Todo el mundo exigía decisiones rápidas, confiaba en la ayuda, confiaba en la justicia, insistía en la revancha. Los oprimidos daban por sentado que el poder enemigo había sido reemplazado, al fin, por el suyo propio. El pueblo tiene confianza en el sóviet, está armado; por lo tanto, el sóviet es el poder. Así lo creían, y ¿acaso no tenían razón para creerlo? Una avalancha constante de soldados, de obreros, de mujeres de soldados, de pequeños vendedores, de empleados, de madres, de padres, abría y cerraba las puertas, buscaba, preguntaba, lloraba, exigía, obligaba a tomar medidas, a veces indicaba con precisión qué medidas debían tomarse y transformaba el sóviet en un real poder revolucionario. "Esto no redundaba en provecho del sóviet, y no entraba, desde luego, en los planes del mismo", se lamentaba nuestro conocido Sujánov, que, como es natural, luchaba contra todo esto en la medida de sus fuerzas. ¿Con qué resultado? Sujánov se ve obligado a reconocer que "el aparato soviético fue desplazando automáticamente, contra la voluntad del sóviet, a la máquina oficial del estado, la cual funcionaba cada vez más en el vacío". ¿Qué hacían para evitarlo los conductores de esa máquina que funcionaba

en el vacío? “No había más remedio que conformarse y hacerse cargo de toda una serie de funciones administrativas [reconoce melancólicamente Sujánov], sosteniendo al mismo tiempo la ficción de que era el palacio de Marinsky el que gobernaba.” He aquí a lo que se dedicaba aquella gente, en un país arruinado, sobre el que ardían las llamaradas de la guerra y de la revolución: salvaguardar con medias carnavalescas el prestigio de un gobierno que el pueblo rechazaba orgánicamente. ¡Que se hunda la revolución, pero que se salve la ficción! Al mismo tiempo, el poder que aquella gente expulsaba por la puerta volvía a entrar por la ventana, cogiéndolos cada vez más desprevenidos y colocándolos en una situación ridícula e indigna.

Ya en la noche del 27 al 28 de febrero, el comité ejecutivo suprimió la prensa monárquica y no dejó publicar más periódicos que los autorizados. Se levantaron numerosas protestas. Los que más alzaban la voz eran los que estaban acostumbrados a cerrar la boca a todo el mundo. Unos días después, el comité ejecutivo hubo de plantear nuevamente la cuestión de la libertad de prensa: ¿Autorizaba o no la salida de los periódicos reaccionarios? Surgieron discrepancias de criterio. Los doctrinarios tipo Sujánov sostenían el de la absoluta libertad de prensa. Chjeidze, en un principio, no se mostró de acuerdo con esto: ¿Cómo se iban a dejar las armas en manos de los enemigos mortales sin ninguna traba? Digamos de paso que a nadie se le ocurrió someter la cuestión al gobierno. Y se comprende, pues hubiera sido inútil: los tipógrafos no acataban más disposiciones que las del sóviet. El 5 de marzo, el comité ejecutivo confirmó el acuerdo: clausurar las publicaciones de derecha y someter al sóviet la salida de nuevos periódicos. Pero ya el día 10 esta decisión fue anulada bajo la presión de los elementos burgueses. “Bastaron tres días para que la gente entrara en razón”, decía Sujánov, triunfante. ¡Entusiasmo infundado! La prensa no está por encima de la sociedad. Las condiciones de su existencia durante la revolución reflejan la marcha misma de ésta. Cuando la revolución toma o puede tomar el carácter de guerra civil, ninguno de los campos beligerantes admite la existencia de prensa enemiga en la órbita de su influencia, de la misma manera que no se desprende voluntariamente del control sobre los arsenales, los ferrocarriles o las imprentas. En la lucha revolucionaria, la prensa no es más respetable que el derecho a la vida, que la revolución se abroga también. Puede afirmarse como ley que un gobierno revolucionario es tanto más liberal, tolerante y “generoso” con la reacción, cuanto más mezquino es su programa, cuanto más comprometido se halla con el pasado y más conservador es su papel. Y a la inversa: cuanto más grandiosos son los fines y mayor la suma tiene de derechos conquistados e intereses lesionados, más intenso es el poder revolucionario y más dictatorial. Podrá ser esto un mal o un bien; el hecho es que si, hasta ahora, la humanidad ha conseguido avanzar, ha sido siguiendo este camino. El sóviet tenía razón cuando quería mantener en sus manos el control sobre la prensa. ¿Por qué renunció tan fácilmente a ejercerlo? Porque había renunciado a toda lucha seria. El sóviet no aludía para nada a la paz, ni a la tierra, ni siquiera a la república. Cuando entregó el poder a la burguesía conservadora no tenía motivos para temer nada de la prensa de derechas ni para pensar que se vería en el trance de luchar contra ella. En cambio, pocos meses después, el gobierno, apoyado por el sóviet, adoptaba una actitud de implacable represión contra la prensa de izquierdas. Los periódicos de los bolcheviques se veían suspendidos, sin empacho, uno tras otro.

El 7 de marzo declama en Moscú Kerensky: “Nicolás II está en mis manos... Yo no seré nunca el Marat de la revolución rusa... Nicolás II se dirige a Inglaterra bajo mi vigilancia personal…” Las damas arrojaban flores, los estudiantes aplaudían. Pero las masas se agitaban. No se había visto nunca una revolución sería, es decir, que tuviera algo que perder, que mandara al extranjero al monarca destronado. De los obreros y soldados llegaban reclamaciones constantes pidiendo que se retuviese a los Romanov. El comité

ejecutivo tuvo la sensación de que en este asunto no se podía andar con bromas. Se decidió que el sóviet tomara en sus manos la suerte de la familia real: con ello, se reconocía abiertamente que el gobierno no era digno de confianza. El comité ejecutivo dio a todas las líneas férreas orden de que no se dejase pasar a Romanov: he aquí por qué el tren del zar andaba errante de un lado para otro. Fue designado para proceder a la detención de Nicolás uno de los miembros del comité ejecutivo, el obrero Gvozdiov, menchevique de derecha. De este modo quedaba desautorizado Kerensky, y con él todo el gobierno. Pero éste no dimitió, sino que se sometió calladamente. Ya el 9 de marzo, Chjeidze informaba al comité ejecutivo que el gobierno había "renunciado" a la idea de trasladar a Nicolás II a Inglaterra. La familia del zar fue arrestada en el Palacio de Invierno. Con esto, el comité ejecutivo se robaba a sí mismo el poder de debajo de la almohada. Y del frente no cesaban de llegar peticiones cada vez más insistentes para que se recluyese al exzar en la fortaleza de Pedro y Pablo.

Las revoluciones han señalado siempre transformaciones profundas en el régimen de la propiedad, no sólo por la vía legislativa, sino también por la de la acción espontánea de las masas. Las revoluciones agrarias no se han producido nunca de otro modo en la historia: las reformas legales han venido siempre, invariablemente, después del "gallo rojo". En las ciudades, el margen de expropiaciones espontáneas ha sido siempre menor, las revoluciones burguesas no se proponían conmover las bases de la propiedad burguesa. Pero no ha habido aún, que sepamos, ninguna verdadera revolución en la cual las masas no se apoderaran de los edificios pertenecientes antes a los enemigos del pueblo, para ponerlos al servicio de las necesidades sociales. Inmediatamente después de la Revolución de Febrero, salieron de la clandestinidad los partidos, surgieron los sindicatos, por todas partes se celebraban mítines, todos los distritos tenían sus sóviets; todo el mundo tenía necesidad de locales. Las organizaciones se apoderaban de las villas deshabitadas de los ministros o de los palacios vacíos de las bailarinas del zar. Los perjudicados se quejaban a las autoridades, cuando no intervenían éstas espontáneamente. Pero como los expropiadores eran, en rigor, los dueños del poder, y el poder oficial era un fantasma, los fiscales se veían, en fin de cuentas, obligados a dirigirse al mismo comité ejecutivo, con la demanda de que se restablecieran los derechos atropellados de las bailarinas, cuyas funciones, poco complicadas, eran pagadas con el dinero del pueblo por los miembros de la dinastía. Como era de rigor, se ponía en movimiento a la comisión de enlace, los ministros trataban el asunto en sus sesiones, la mesa del comité ejecutivo deliberaba asimismo acerca de él, se enviaban delegaciones a parlamentar con los expropiadores y la tramitación duraba meses enteros.

Sujánov dice que, en su calidad de hombre de "izquierdas", no tenía nada que oponer a las intromisiones legales de carácter radical en el derecho de propiedad pero que, en cambio, era "enemigo" declarado de toda "expropiación espontánea". He aquí los subterfugios con que estos pseudoizquierdistas acostumbraban a cubrir su bancarrota. Un gobierno verdaderamente revolucionario hubiera podido, indudablemente, reducir al mínimo las expropiaciones caóticas mediante la publicación oportuna de un decreto sobre la requisa de los locales. Pero los colaboracionistas de izquierda habían cedido el poder a los fanáticos de la propiedad para después predicar vanamente a las masas el respeto a la legalidad revolucionaria... al aire libre. El clima de Petrogrado es poco favorable al peripatetismo.

Las colas, estacionadas a las puertas de las panaderías, dieron el último impulso a la revolución y fueron la primera amenaza para el nuevo régimen. Ya en la asamblea de constitución del sóviet se decidió crear una comisión de aprovisionamientos. El gobierno se preocupaba poco del abastecimiento de la población de la capital y no hubiera tenido inconveniente alguno en rendirla por el hambre. Era, pues, misión del sóviet ocuparse de

ello. El sóviet disponía de economistas y estadistas con cierta práctica, que habían servido antes en los órganos económicos y administrativos de la burguesía. Se trataba, en la mayoría de los casos, de mencheviques de derecha, como Groman y Cherevanin, o de los exbolcheviques que habían evolucionado muy a la derecha, como Bazarov y Avilov. Pero, tan pronto como se vieron frente a frente con el problema de abastecer la capital, la situación les obligó a proponer medidas extremadamente radicales para poner coto a la especulación y organizar el mercado. Después de una serie de sesiones, el sóviet adoptó todo un sistema de medidas de "socialismo de guerra", que comprendían la requisa de todas las reservas de trigo, como propiedad del estado; la implantación de precios de tasa para el trigo, proporcionados a los que se establecían para los productos de la industria, el control del estado sobre la producción, el intercambio regular de mercancías con el campo, etc. Los jefes del comité ejecutivo se miraban unos a otros inquietos; pero como no sabían qué proponer, no tuvieron más remedio que adherirse a aquellos acuerdos radicales. Los miembros de la comisión de enlace los transmitieron luego tímidamente al gobierno. Este prometió estudiarlos. Pero ni el príncipe Lvov, ni Guchkov, ni Konoválov, tenían muchas ganas de fiscalizarse y requisarse a sí mismos y a sus amigos. Todos los acuerdos económicos del sóviet amenazaban estrellarse contra la resistencia pasiva del aparato burocrático si no se llevaban a la práctica por los propios sóviets locales. La única medida eficiente que impuso el Sóviet de Petrogrado, en lo que a abastecimiento se refiere, fue el establecimiento de una ración de tasa para el pan: libra y media para las personas dedicadas al trabajo físico y una libra para las demás. Cierto es que este racionamiento no determina todavía modificaciones en el presupuesto real de alimentos de la capital: con una libra o libra y media de pan se puede vivir. La insuficiencia diaria en la alimentación vendrá más tarde. La revolución tendrá que apretarse cada vez más el cinturón sobre el vientre, no por meses, sino por años enteros, y la revolución soportará también esa prueba. Ahora, lo que la atormenta no es aún el hambre, sino lo desconocido, la incertidumbre del giro tomado, la desconfianza en el mañana. Las dificultades económicas, agudizadas por treinta y dos meses de guerra, llaman a las puertas y a las ventanas del nuevo régimen. La desorganización de los transportes, la escasez de materias primas, el desgaste de una parte considerable de la maquinaria, la inflación inminente, la desorganización del comercio: todo esto exige medidas audaces e inaplazables. Los colaboracionistas, que comprendían su necesidad desde el punto de vista económico, las hacían imposibles en el terreno político. Cada problema económico con que tropezaban se convertía en la condenación de la dualidad de poderes, y cada decisión que se veían obligados a tomar, les quemaba los dedos de un modo insoportable.

La jornada de ocho horas fue una gran piedra de toque, el gran problema que sirvió para poner las fuerzas a prueba. La insurrección ha triunfado, pero la huelga general continúa. Los obreros están seriamente convencidos de que el cambio de régimen debe traducirse en alguna modificación favorable de su modo de vida. Esto inquieta inmediatamente a los nuevos gobernantes, tanto liberales como socialistas. Los partidos y periódicos patrióticos lanzan su llamamiento: "Los soldados, a los cuarteles; los obreros, a las fábricas" Es decir, "¿que todo sigue como antes?", se preguntaban los obreros. Por el momento, sí; contestaban, confusos, los mencheviques. Pero los obreros comprenden que, si no arrancan modificaciones inmediatas, en lo sucesivo será todavía peor. La burguesía confía a los socialistas la misión de arreglar las cosas con los obreros. Fundándose en que el triunfo obtenido "ha garantizado en grado suficiente la posición de la clase obrera en su lucha revolucionaria" (en efecto, ¿acaso no están en el poder los terratenientes liberales?), el 5 de marzo el comité ejecutivo decide reanudar el trabajo en la región de Petrogrado. Los obreros, a las fábricas: tal es la fuerza del egoísmo blindado de las clases ilustradas, lo mismo los liberales que sus socialistas. Por lo visto, esta gente

se imaginaba que aquellos millones de obreros y soldados arrastrados a la insurrección por la presión irresistible del descontento y de la esperanza, se reconciliarían sumisamente al día siguiente del triunfo con las mismas condiciones de vida de antes. Los caudillos habían sacado de los libros históricos la convicción de que así había acontecido en las revoluciones pasadas. Pero no; tampoco en el pasado aconteció nunca así. Para tratar a las masas como a un rebaño, también en tiempos pasados había que recurrir a caminos sinuosos, a toda una red de derrotas y astucias. Marat sentía muy agudamente el cruel reverso social de las revoluciones políticas. Por esto lo calumnian tanto los historiadores oficiales. "La revolución sólo se realiza y es apoyada por las clases inferiores de la sociedad, por todos esos desheredados a quienes la riqueza insolente trata como a canallas, y a los cuales los romanos, con su cinismo proverbial, llamaron proletarios", escribe un mes antes del golpe de 10 de agosto de 1792. Y se pregunta: "¿Qué da la revolución a los desheredados? Después de haber alcanzado, en un principio, ciertos éxitos, el movimiento resulta, a la postre, vencido; le faltan siempre conocimientos, habilidad, medios, armas, jefes, un plan de acción fijo, y cae, indefenso, ante los conspiradores, que disponen de experiencia, habilidad y astucia." ¿No se explica perfectamente que Kerensky no quisiera ser el Marat de la revolución rusa?

Uno de los antiguos capitanes de la industria rusa, V. Auerbach, cuenta, indignado, que "el pueblo creía que la revolución era algo así como una fiesta: a la sirvienta, por ejemplo, no se la veía durante días enteros; se paseaba por las calles, adornada con cintas rojas, recorría la ciudad en automóvil y sólo volvía a casa por la mañana, para lavarse y echarse otra vez a la calle". Es curioso que, en su afán por presentar la acción desmoralizadora de la revolución, el acusador de ésta se vea obligado a pintar la conducta de la sirvienta exactamente con los mismos rasgos que, si se exceptúa la cinta roja, reproducen al pie de la letra la vida habitual de las patricias burguesas. Sí, es verdad; la revolución es celebrada por los oprimidos como una fiesta, o como la vigilia de una fiesta, y el primer movimiento de las esclavas domésticas, despertadas por la revolución, consiste en aflojar el yugo de la esclavitud humillante y desesperanza de cada día. La clase obrera, en su conjunto no podía ni siquiera contentarse con las cintitas rojas como símbolo del triunfo... para otros. En las fábricas de Petrogrado reinaba la agitación. Muchas se negaron abiertamente a someterse a la orden dada por el sóviet. Los obreros estaban siempre dispuestos, naturalmente, a volver a la fábrica, pues, ¡qué otro remedio tenían! Pero ¿en qué condiciones? Los trabajadores exigían la jornada de ocho horas. Los mencheviques recordaban el ejemplo de 1905, durante los cuales los obreros intentaron implantar la jornada de ocho horas por iniciativa propia y fueron derrotados. "La lucha en dos frentes (contra la reacción y contra los capitalistas) rebasa las fuerzas del proletariado." Ésta era su idea central. Los mencheviques se inclinaban a aceptar, en general, la ruptura fatal con la burguesía en un futuro próximo. Pero esta aceptación, puramente teórica, no obligaba a nada. Los mencheviques entendían que no había que forzar la ruptura. Y como quiera que la burguesía no se pasa, precisamente, al campo de la reacción obligada por las frases inflamadas de los oradores y periodistas, sino presionada por el movimiento espontáneo de las clases trabajadoras, los mencheviques se oponían con todas sus fuerzas a la lucha económica de los obreros y campesinos. "Las cuestiones sociales [decían] no son, actualmente, las primordiales. Ahora, por lo que hay que luchar es por la libertad política." Pero los obreros no acertaban a comprender en qué consistía esa mítica libertad. Ellos querían, ante todo, un poco de libertad para sus músculos, y sus nervios. Y ejercían presión sobre los patronos. ¡Qué ironía! Precisamente el 10 de marzo, cuando el órgano menchevique decía que la jornada de ocho horas no estaba a la orden del día, la Asociación de Fabricantes, que la víspera se había visto obligada a entablar relaciones oficiales con el sóviet, manifestaba su conformidad con la

implantación de la jornada de ocho horas y la organización de comités de fábrica. Los industriales demostraban mucha más perspicacia que los estrategas democráticos del sóviet. La cosa no tiene nada de sorprendente: en las fábricas, los patronos se veían frente a frente con los obreros, que en la mitad, por lo menos, de los establecimientos petersburgueses, entre los que figuraban la mayoría de los más importantes, habían abandonado unánimemente las fábricas después de las ocho horas de trabajo, tomándose así ellos mismos lo que les negaba el gobierno y el sóviet.

Cuando la prensa liberal, enternecida, comparaba el gesto de los industriales rusos del 10 de marzo de 1917 con el de la nobleza francesa el 4 de, agosto de 1789, se hallaba mucho más cerca de la verdad histórica de lo que ella misma se imaginaba: al igual que los señores feudales de fines del siglo XVIII, los capitalistas rusos obraban impulsados por la necesidad y confiando en asegurarse para lo futuro, con esta concesión temporal, la restitución de lo perdido. Uno de los publicistas kadetes, saltando por encima de la mentira oficial, reconocía sin ambages: "desgraciadamente para los mencheviques, los bolcheviques han obligado ya, por el terror, a la Asociación de Fabricantes a acceder a la implantación inmediata de la jornada de ocho horas". Ya sabemos en qué consistía tal "terror". Indudablemente, los obreros bolcheviques llevaban en este movimiento una parte preeminente, y otra vez, como en los días decisivos de febrero, arrastraban consigo a la aplastante mayoría de los trabajadores.

El sóviet, dirigido por los mencheviques, registró en mezclados sentimientos la grandiosa victoria obtenida en rigor contra él. Sin embargo, los caudillos, cubiertos de oprobio, se vieron obligados a dar otro paso al frente y proponer al gobierno provisional que publicara, antes de la asamblea constituyente, un decreto implantando en toda Rusia la jornada de ocho horas. Pero el gobierno, de acuerdo con los patronos, se opuso a ello, y, esperando días mejores, se negó a dar satisfacción a este deseo, que le había sido formulado sin insistencia alguna.

En la región de Moscú se entabló la misma lucha, aunque tomó un carácter más prolongado. El sóviet, a pesar de la resistencia de los obreros, exigió también en Moscú la reanudación del trabajo. En una de las fábricas más importantes la propuesta de continuación de la huelga obtuvo 7.000 votos contra 6.000. De modo parecido reaccionaron también las demás fábricas. El 10 de marzo, el sóviet confirmó nuevamente la obligación de volver inmediatamente al trabajo. Este se reanudó en la mayoría de las fábricas, pero casi en todas ellas se luchó por la reducción de la jornada. Los obreros les enmendaban la plana a sus directores con la acción. El Sóviet de Moscú, que habla resistido tenazmente, no tuvo más remedio, al fin, que implantar formalmente, el día 21 de marzo, la jornada de ocho horas. Los industriales se sometieron de inmediato. En provincias, la lucha continuó durante el mes de abril. En un principio, los sóviets contenían, casi en todas partes, el movimiento y resistían contra él: luego, bajo la presión de los obreros, entablaban negociaciones con los patronos, y allí donde éstos se mostraban reacios, se veían obligados a decretar la jornada de ocho horas por su propia cuenta. ¡Qué brecha en el sistema!

El gobierno se mantenía deliberadamente al margen de estas luchas. Entre tanto, se libraba una furiosa campaña contra los obreros bajo la dirección de los lideres liberales. Para quebrantar la resistencia de los trabajadores, se decidió colocar enfrente de ellos a los soldados: ¿la reducción de la jornada de trabajo, no implica acaso el debilitamiento del frente? ¿Es que durante la guerra, alguien puede pensar exclusivamente en sí mismo? ¿Es que en las trincheras se cuentan las horas? Cuando las clases poseedoras abrazan el camino de la demagogia, no se detienen ante nada. La agitación tomó un carácter furioso y fue trasplantada a las trincheras. En sus *Memorias del Frente*, el soldado Pireiko reconoce que la campaña de propaganda, que corría principalmente a cargo de los

socialistas de nuevo cuño procedentes de la oficialidad, no dejaban de tener éxito: "Pero lo que perdía a los oficiales que intentaban enfrentar a los soldados con los obreros, era precisamente eso: el ser oficiales. El soldado se acordaba demasiado bien de lo que el oficial era para él no hacía mucho". Sin embargo, donde la campaña contra los obreros tomó un carácter más agudo, fue en la capital. Los industriales, acaudillados por el estado mayor kadetes, supieron encontrar recursos y fuerza ilimitada para hacer propaganda entre la guarnición. "Allá por el 20 [cuenta Sujánov], en todas las encrucijadas, en los tranvías, en todas partes, se podía ver a los soldados y obreros entregados a una furiosa lucha verbal." Había, incluso, casos de colisiones físicas. Los obreros comprendieron el peligro y le cerraron el paso hábilmente. Para ello les bastaba contar la verdad, citar las cifras de los beneficios de guerra, mostrar a los soldados las fábricas y los talleres con el estruendo de las máquinas, las llamas infernales de los hornos, frente permanente en el cual los obreros dejaban incontables víctimas. A iniciativa de los obreros, se organizaron visitas regulares de los soldados a las fábricas, sobre todo a las que trabajaban para la defensa. El soldado miraba y escuchaba; el obrero enseñaba y explicaba. Las visitas terminaban con una fraternización solemne. Los periódicos socialistas publicaban numerosos acuerdos de los regimientos solidarizándose inquebrantablemente con los obreros. A mediados de abril, el tema que había dado origen al conflicto desapareció de las columnas de la prensa. Los periódicos burgueses enmudecieron. Y los obreros coronaban su victoria económica con un gran triunfo político y moral.

Los acontecimientos relacionados con la lucha por la jornada de ocho horas tuvieron gran importancia para el desarrollo ulterior de la revolución. Los obreros conquistaron unas cuantas horas libres semanales para la lectura, las asambleas y, asimismo, para los ejercicios de fusil, que tomaron carácter organizado desde la creación de las milicias obreras. Después de tan elocuente lección, los obreros empezaron a vigilar más de cerca a los dirigentes soviéticos. El prestigio de los mencheviques disminuyó seriamente. Los bolcheviques se reforzaron en las fábricas y en algunos cuarteles. El soldado se hizo más atento, más reflexivo, más prudente: había comprendido que alguien lo vigilaba... El designio pérfido de la demagogia se volvió contra sus instigadores. En vez del divorcio y la hostilidad que buscaba, consiguió sellar una inteligencia mucho más estrecha y fraternal entre los obreros y los soldados.

El gobierno, a pesar del idilio del "enlace", odiaba al sóviet, a sus jefes y a su tutela, como lo puso de manifiesto en la primera ocasión. Como el sóviet realizaba funciones puramente gubernamentales y, además, se encargaba, a instancias del propio gobierno, de apaciguar a las masas cuando era necesario, el comité ejecutivo solicitó que se le concediera una modesta subvención para sus gastos. El gobierno se negó a ello Y, a pesar de las insistencias del sóviet, mantuvo su punto de vista: no se podía sostener con recursos del estado una "organización puramente particular". El sóviet se calló y las cargas de su presupuesto fueron a pesar sobre los hombros de los obreros, los cuales no se cansaban de hacer colectas destinadas a atender las necesidades de la revolución.

Al propio tiempo, las dos partes, los liberales y los socialistas, mantenían la apariencia de un afecto reciproco sin tacha. En la Conferencia Panrusa de los Sóviets se declaró que la existencia de la dualidad de poderes era una invención. Kerensky aseguró a los delegados del ejército que en lo que se refería a los fines perseguidos existía una completa unidad entre el gobierno y el sóviet. Tsereteli, Dan y otras firmes columnas del sóviet, negaron con no menos tenacidad la existencia del doble poder. Por lo visto, aspiraban a reforzar un régimen fundamentado en la mentira, valiéndose de ésta.

Sin embargo, el régimen se tambaleó desde las primeras semanas. Los lideres se dedicaban incansablemente a hacer todas las combinaciones imaginables en el terreno de la organización, esforzándose en apoyarse en representantes ocasionales contra las masas;

en los soldados contra los obreros; en las dumas, los *zemstvos* y las cooperativas nuevas contra los sóviets, en la provincia contra la capital, y, por último, en la oficialidad contra el pueblo.

La forma soviética no entrañaba ninguna fuerza mística; no está libre, ni mucho menos, de los vicios de toda representación, inevitables mientras ésta sea inevitable.

¿Cuáles eran las perspectivas políticas del comité ejecutivo? Es dudoso que ninguno de los jefes tuviera perspectivas meditadas hasta sus últimas consecuencias. Sujánov afirma más tarde que, de acuerdo con su plan, se cedía el poder a la burguesía solamente por un breve plazo, a fin de que la democracia, robusteciéndose, pudiera tomar este poder de un modo más seguro. Sin embargo, este plan, ingenuo en sí mismo, tiene un carácter retrospectivo evidente. Por lo menos, nadie lo formuló a su debido tiempo. Bajo la dirección de Tseretel1, las vacilaciones del comité ejecutivo, si no cesaron, fueron, al menos, erigidas en sistema. Tsereteli proclamaba abiertamente que sin un poder burgués fuerte seria inevitable la ruina de la revolución. La democracia debía, según él, limitarse a ejercer presión sobre la burguesía liberal, teniendo buen cuidado de no empujarla hacia el campo de la reacción con sus decisiones imprudentes y apoyándola, por el contrario, en la medida en que consolidase las conquistas de la revolución. Como resultado de todo ello, este régimen intermedio debía hallar su expresión en una república burguesa con una oposición socialista parlamentaria.

Para aquellos prohombres, la piedra de toque no era tanto la perspectiva como el programa de acción al día. Los conciliadores prometían a las masas obtener de la burguesía, mediante su “presión”, una política exterior e interior democrática. Es indiscutible que en el curso de la historia las clases dominantes, obligadas por la presión de las masas populares, han hecho, más de una vez, concesiones. Pero en último término, la presión implica, siempre, para ser eficaz, la amenaza de eliminar del poder a la clase dominante y ocupar su puesto. Mas, la democracia rusa, teniendo en sus manos esta arma, no tuvo inconvenientes en ceder voluntariamente el poder a la burguesía. Y en los momentos críticos, no era la democracia precisamente la que amenazaba con quitarle el poder a la burguesía, sino, por el contrario, ésta la que intimidaba a la democracia con la amenaza de abandonarlo. Es decir, que la palanca principal que regía la mecánica de la presión estaba en manos de la burguesía. Así se explica que el gobierno, a pesar de su importancia, pudiera resistir con éxito a toda pretensión más o menos seria de los elementos directivos de los sóviets.

A mediados de abril, hasta el comité ejecutivo resultó ser un órgano demasiado numeroso para la misteriosa actuación política del núcleo dirigente, el cual se había vuelto definitivamente de cara a los liberales. Se eligió un buró formado exclusivamente por elementos de la derecha, partidarios de la defensa nacional. En lo sucesivo, la gran política del sóviet se desarrolla entre bastidores. Al parecer, la situación se normaliza y consolida. Tsereteli ejerce sobre los sóviets un predominio ilimitado. Kerensky sube cada vez más. Pero precisamente en este momento es cuando abajo, en las masas, empiezan a manifestarse de un modo evidente los primeros síntomas alarmantes. “Es sorprendente [dice Stankievich, uno de los elementos más allegados a Kerensky], que precisamente en el momento en que el comité se organizaba, en que el buró, compuesto exclusivamente por representantes de los partidos de la defensa nacional, asumía la responsabilidad de todas las tareas, justo en ese momento, dejara escapársele de las manos la dirección de la masa, que empezaba a apartarse de él.” ¿Sorprendente? No, solamente justo.

El ejército y la guerra

La disciplina dentro del ejército se quebrantó ya considerablemente en los meses que precedieron a la revolución. Las quejas de los oficiales son ya cosa frecuente en estos meses: los soldados no guardan el debido respeto a sus jefes; se observa en ellos una gran desidia en el cuidado de los caballos, los bagajes e incluso las armas; se registran desórdenes en los trenes militares. No en todas partes marchaban las cosas tan mal. Pero por dondequiera que se tendiese la vista, la impresión era la misma: descomposición.

A esto venía a añadirse ahora la sacudida de la revolución. La guarnición de Petrogrado no sólo se sublevó sin el concurso de la oficialidad, sino incluso contra ella. En los momentos críticos, los jefes no sabían cosa mejor que esconderse. El 27 de febrero, el diputado octubrista Schidlovsky se puso al habla con los oficiales del regimiento de Preobrazhensky con el fin, por lo visto, de pulsar su actitud frente a la Duma, pero halló entre los aristócratas de la guardia una completa incomprensión de lo que ocurría (tal vez, dicho sea de paso, más fingida que real, pues no hay que olvidar que se trataba de monárquicos asustados). "¡Cuál sería mi asombro [cuenta Schidlovsky] cuando, al día siguiente, por la ventana vi en la calle desfilar a todo el regimiento de Preobrazhensky, marchando en un orden perfecto, con la música al frente y sin un solo oficial!" Hubo algunos regimientos que se presentaron en el Palacio de Táurida con sus jefes, aunque más exacto seria decir que los arrastraron consigo. Los oficiales se sentían como prisioneros en aquellas manifestaciones de entusiasmo. La condesa de Kleinmichel, que observaba estas escenas en calidad de detenida, se expresaba de un modo más concreto: "Los oficiales parecían ovejas conducidas al matadero."

La Revolución de Febrero no creó el divorcio entre los soldados y los oficiales: no hizo más que exteriorizarlo. En la conciencia de los soldados, la sublevación contra la monarquía era, ante todo y sobre todo, la sublevación contra el cuerpo de oficiales. "Desde la mañana del 28 de febrero [recuerda el kadete Nabokov, que vestía aquellos días el uniforme de oficial] era peligroso salir a la calle, pues ya empezaban a arrancar las charreteras a los oficiales." He aquí la faz que presentaba el primer día del nuevo régimen en la guarnición.

De lo primero que se preocupó el comité ejecutivo fue de reconciliar a los soldados con los oficiales. O, dicho en otros términos, de someter los regimientos a sus jefes anteriores. El retorno de los oficiales a los regimientos tendía, según Sujánov, a preservar al ejército de la "anarquía general o de la dictadura de la soldadesca incoherente e ignorante". Los que infundían pánico a. estos revolucionarios, lo mismo que a los liberales, no eran, como se ve, los oficiales, sino los soldados. Sin embargo, donde los obreros y la "soldadesca ignorante" veían el peligro era, precisamente, en la brillante oficialidad. La reconciliación no podía ser, pues, duradera.

Stankievich describe del modo siguiente la actitud de los soldados ante los oficiales que volvían a los cuarteles, después de la revolución: "Los soldados, al violar la disciplina y al salir de los cuarteles, no sólo sin los oficiales, sino... en muchos casos contra los mismos, llegando incluso a matarlos por cumplir con su deber, creían realizar un gran acto de emancipación. Si era así, como la misma oficialidad sostiene, ¿por qué no sacó a los soldados a la calle, puesto que esto era lo más fácil y menos peligroso? Ahora, después de la victoria, la oficialidad se ha adherido a la hazaña. Pero ¿lo ha hecho

sinceramente y con carácter estable?" Estas palabras son tanto más elocuentes cuanto que su propio autor se contaba entre esos oficiales de "izquierda" a, los que ni siquiera se les pasó por la mente echar a la calle a sus soldados.

El día 28, por la mañana, el comandante del regimiento de ingenieros decía a, sus soldados, en la Perspectiva Sampsonievsky, que "el gobierno odiado por todos había sido derribado", que se había formado otro, presidido por el príncipe Lvov y que era preciso que los soldados siguieran obedeciendo a los oficiales. "Y ahora, ¡todo el mundo a los cuarteles!" Algunos soldados gritaron: "Así lo haremos." La mayoría estaba desconcertada: "¿Y esto era todo?" Kayúrov, que observaba casualmente esta escena, se indignó. "Permítame usted una palabra, señor comandante (y, sin esperar la venia, dijo): ¿es que acaso ha corrido en las calles de Petrogrado la sangre de los obreros durante todos estos días para reemplazar a un terrateniente por otro?" También aquí Kayúrov daba en el blanco. En torno a esta cuestión planteada por él babia de girar la lucha en los meses siguientes. El antagonismo entre soldados y oficiales no era más que el reflejo de la hostilidad entre el campesino y el terrateniente.

En provincias, los comandantes, que por lo visto habían tenido ya tiempo de recibir instrucciones, describían los sucesos con sujeción a un esquema único: "El monarca, agotado por sus esfuerzos a favor del país, se ha visto obligado a transmitir la carga del poder a su hermano (¡!)." En los rostros de los soldados (se lamenta uno de los oficiales de un rincón de Crimea) se veía qué pensaban: Nicolás o Miguel, ¿qué más da? Pero cuando este mismo oficial se vio obligado a comunicar a su batallón, al día siguiente por la mañana, el triunfo de la revolución, los soldados, según sus propias palabras, se transfiguraron. Sus preguntas, sus gestos, sus miradas, atestiguaban "una labor prolongada y tenaz que alguien realizaba en aquellos cerebros ignorantes, grises, no acostumbrados a pensar."

¡Qué abismo entre el oficial cuyo cerebro se adapta sin esfuerzo al último telegrama recibido de Petrogrado y aquellos soldados que, trabajosa pero honradamente, definen su actitud ante los acontecimientos, sopesándolos por cuenta propia en sus toscas manos!

El alto comando, al mismo tiempo que aceptaba formalmente la revolución, decidía no dejarla llegar al frente. El jefe del cuartel general dio orden a los generalísimos de los frentes para que, en caso de que se presentaran en sus territorios delegaciones revolucionarias, delegaciones que el general Alexéiev, en gracia sin duda a la brevedad; calificaba de pandillas, fueran inmediatamente detenidas y juzgadas en consejo de guerra sumarísimo. Al día siguiente, este mismo general, en nombre de "Su Alteza" el gran duque Nicolás Nicolaievich, exigía del gobierno que "pusiese fin a todo lo que ocurre actualmente en las regiones del interior"; dicho en otros términos que pusiese fin a la revolución.

El comando no se apresuraba a dar al ejército cuenta de la revolución, no tanto por fidelidad a la monarquía como por miedo de aquélla. En algunos frentes se estableció un verdadero sistema de cuarentena: no se dejaban pasar las cartas de Petrogrado, se retenía a los recién llegados; con estos ardides el viejo régimen robaba algunos días a la eternidad. La noticia de la revolución no llegó a la línea de combate hasta el 5 o 6 de marzo. ¿Y en qué forma? Poco más o menos, lo sabemos ya: el gran duque ha sido nombrado generalísimo, el zar ha abdicado en aras de la patria, y lo demás sigue como antes. En muchas trincheras, acaso la mayoría, las noticias de la revolución las transmitían los alemanes antes de que llegaran de Petrogrado. ¿Podrían dudar los soldados de que los jefes se habían puesto de acuerdo para ocultar la verdad? ¿Y podían dar el menor crédito a aquellos oficiales que, dos o tres días después, aparecían ante ellos adornados con cintas rojas?

El jefe del estado mayor de la escuadra del mar Negro cuenta que la noticia de los acontecimientos de Petrogrado no ejerció, en un principio, una influencia visible sobre los marineros. Pero tan pronto como llegaron de la capital los periódicos socialistas, "el estado de espíritu de la tripulación se transformó en un instante, empezaron los mítines y no se sabe por qué resquicios aparecieron un tropel de agitadores criminales". El almirante no se daba cuenta, sencillamente, de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. No es que los periódicos determinaran el cambio de estado de espíritu; lo que ocurría era que disipaban las dudas de los marineros respecto al alcance da la revolución, y les permitía manifestar abiertamente sus verdaderos sentimientos sin miedo a ser víctimas de represalia por parte de sus jefes. Este mismo autor a que nos referimos caracteriza con una frase la fisonomía política de la oficialidad del mar Negro, y, por consiguiente, la suya propia: "la mayoría de los oficiales de la escuadra estaba persuadida de que, sin zar, la patria se hundiría." Por su parte, los demócratas estaban firmemente convencidos de que la patria estaba perdida si esta magnífica oficialidad no retornaba al lado de los "ignorantes marineros".

El comando del ejército y de la armada no tardó en dividirse en dos alas: unos intentaban mantenerse en sus puestos plegándose a la revolución y afiliándose al partido de los socialrevolucionarios; posteriormente, parte de ellos intentó incluso deslizarse en las filas del Partido Bolchevique. Otros, por el contrario, adoptaron una actitud de soberbia, intentando oponer resistencia al nuevo orden de cosas; pero pronto se veían metidos en algún conflicto agudo y eran arrestados por la avalancha de los soldados. Estos reagrupamientos son tan naturales, que en todas las revoluciones se dan. Los oficiales intransigentes de la monarquía francesa, aquellos que, según las palabras de uno de ellos, "lucharon mientras pudieron", sufrían menos viendo la insubordinación de los soldados que contemplando el servilismo de sus colegas ante el nuevo poder. En fin de cuentas, la mayoría del viejo mando quedó eliminada, aplastada, y sólo una pequeña parte se reeduco y se adaptó al nuevo estado de cosas. La oficialidad compartía, en una forma más dramática, la suerte de las clases de las que provenían.

El ejército es, en general, una copia de la sociedad a la cual sirve, con la diferencia de que da un carácter concentrado a las relaciones sociales, llevando sus rasgos positivos y negativos hasta su límite máximo de expresión. Se explica perfectamente que en Rusia la guerra no diera ni un solo militar de prestigio. El alto comando ha sido caracterizado con suficiente elocuencia por uno de los de su casta: "Muchas aventuras, mucha ignorancia, mucho egoísmo, intrigas, arribismo, codicia, ineptitud y estrechez de horizontes [dice el general Zalevsky] y muy pocos conocimientos y talentos, ningún deseo de correr riesgos o de poner en peligro la comodidad y la salud." Nicolás Nicolaievich, primer generalisimo, se distinguía únicamente por su elevada estatura y su grosería augustísima. El general Alexéiev, antiguo escribiente del ejército, era una mediocridad, que si sabía algo era a fuerza de aplicación; a Kornílov, que era un jefe militar valiente, incluso sus devotos le consideraban como a un hombre de cortos alcances; Verjovsky, ministro de la guerra de Kerensky, hablando más tarde de Kornílov, decía que era un hombre con corazón de león y cabeza de carnero. Brusílov y el almirante Kolchak eran sólo un poco más inteligentes que los otros, un poquito nada más. Denikin no carecía de carácter, pero, en lo demás era un general completamente ordinario que habría leído cinco o seis libros en toda su vida. Y después venían ya los Yudénich, los Dragomirov, los Lukomskl, que no se distinguían unos de otros más que por saber francés o no saberlo, por beber poco o beber mucho, pues en lo demás eran todos unas perfectas nulidades.

Hay que decir que en el cuerpo de oficiales hallaba cumplida representación, no sólo la Rusia aristocrática, sino también la burguesa y la democrática: La guerra derramó,

en las masa del ejército a docenas de miles de pequeños burgueses bajo la forma de oficiales, funcionarios militares, médicos e ingenieros. Estos elementos, que casi todos sin excepción sostenían la necesidad de proseguir la guerra hasta el triunfo final sentían la necesidad de ciertas medidas amplias, pero acababan siempre sometiéndose a los elementos reaccionarios de arriba, bajo el zarismo, por miedo, y, después de la revolución, por convicción, del mismo modo que en el interior, la democracia se sometía a la burguesía. Los elementos conciliadores de la oficialidad compartieron luego la suerte infortunada de los partidos conciliadores, con la diferencia de que en el frente la situación revestía formas incomparablemente más agudas. En el comité ejecutivo cabía mantenerse en una actitud equívoca·durante mucho tiempo; pero, ante los soldados, era más difícil.

Los rozamientos y la enemistad entre los oficiales democráticos y aristocráticos, incapaces todos ellos de renovar el ejército, no hacían más que introducir en él un elemento más de descomposición. La fisonomía del ejército había sido trazada por la vieja Rusia, y era feudal hasta la médula. Los oficiales seguían teniendo por el mejor soldado al muchacho campesino sumiso, que no razonaba, Y en el cual no había despertado aún la conciencia de su personalidad humana. Era la tradición "nacional" imbuida por Suvorov al ejército ruso, y que tenía sus raíces en el primitivo régimen agrario, en la servidumbre de la gleba y en la comuna rural. En el siglo XVIII, Suvorov hizo milagros con este material. Tolstoi idealizó en su Platón Karataiev de *La Guerra y la Paz*, con un cariño de gran señor el viejo tipo de soldado ruso que se sometía sin rechistar a la naturaleza, la arbitrariedad y la muerte. La Revolución Francesa, que abrió las puertas a aquella magnifica irrupción del individualismo en todas las esferas de la actividad humana, liquidó el arte militar de Suvorov. En el transcurso del siglo. XIX, lo mismo que en el XX, en todo el espacio de tiempo comprendido entre la Revolución Francesa y la rusa, el ejército zarista fue invariablemente derrotado, gracias a sus características de ejército feudal. El comando formado sobre aquella "base nacional" se distinguía por su desprecio hacia la personalidad del soldado, por su espíritu de mandatario pasivo, de ignorancia del oficio, de completa ausencia de heroísmo y por la manifiesta rapacidad. La autoridad de la oficialidad se mantenía en los signos exteriores de distinción, en el ritual de la graduación, en el sistema de represiones y hasta en un lenguaje convencional, innoble dialecto de esclavos que el soldado debía emplear ("sí, mi señor; no, mi señor") cuando se dirigía al oficial.

Al aceptar la revolución de labios afuera y prestar juramento de fidelidad al nuevo gobierno, los mariscales zaristas hicieron recaer, sencillamente, sobre la dinastía derrumbada sus propios pecados, accediendo misericordiosamente a que Nicolás II fuera declarado responsable por todo el pasado. ¡Pero ni un paso más adelante! ¿Cómo iban ellos a comprender que la esencia moral de la revolución consistía en dar un alma a aquélla masa humana en cuya inmovilidad espiritual se basaba su bienestar? Denikin, nombrado comandante del frente, declaraba en Minsk: "Acepto entera e incondicionalmente la revolución, pero entiendo que sería ruinoso para el país revolucionar el ejército e introducir en él la demagogia." ¡Fórmula clásica de la ceguera del generalato! En. cuanto a los generales subalternos, según la expresión de Zaleski, no exigían más que una cosa: "¡Dejadnos tranquilos; lo demás nos tiene sin cuidado!" Sin embargo, la revolución no podía dejarlos tranquilos. Procedentes de las clases privilegiadas, estos hombres no podían ganar Y, en cambio, podían perder mucho. Se veían amenazados con perder no sólo los privilegios del mando, sino también la propiedad de sus tierras. Bajo el manto de lealtad hacia el gobierno provisional, la oficialidad reaccionaria sostuvo una lucha encarnizadísima contra los sóviets. Cuando se persuadió de que la revolución penetraba irresistiblemente en las masas de soldados y en sus aldeas,

vio en ello una perfidia inaudita de Kerensky, Miliukov y aun Rodzianko, y no digamos de los bolcheviques.

Las condiciones de vida de la flota de guerra llevaban aparejados, en mayor grado aún que las del ejército de tierra, gérmenes vivos de guerra civil. La vida de los marineros en aquellas cárceles de acero donde se les encerraba por la fuerza durante varios años, no se distinguía gran cosa, incluso desde el punto de vista de la alimentación, de la vida de los presidiarios. A su lado, vivía la oficialidad, procedente en su mayoría de los sectores privilegiados que escogían el servicio marítimo voluntariamente, por vocación, identificaba la patria con el zar y a éste con ellos mismos, y entendía que el marinero era la parte más deleznable en un barco de guerra. Dos mundos extraños y cerrados que convivían en estrecho contacto, sin perderse nunca de vista. Los buques de la escuadra tenían su base en las ciudades industriales de la costa, pues necesitaban de gran número de obreros para su construcción y reparación. Además, en los mismos buques, en la sección de máquinas y los servicios técnicos, navegaban no pocos obreros calificados. Tales eran las condiciones que convertían a la escuadra en una mina revolucionaria. En las revoluciones y sublevaciones militares de todos los países, los marineros han presentado siempre la materia más explosiva; casi siempre, tan pronto se les brinda ocasión propicia, se apresuran a liquidar severamente sus cuentas con la oficialidad. Los marineros rusos no constituyeron una excepción.

En Cronstadt, la revolución encendió la mecha a una explosión de sangrienta venganza contra la oficialidad, la cual, horrorizada de su propio pasado, intentaba ocultar a los marineros la revolución. Una de las primeras víctimas que cayeron fue el comandante de la escuadra, almirante Viren, blanco de un odio muy merecido. Parte de la oficialidad fue detenida por los marineros. Los que quedaron en libertad fueron desarmados.

En Helsihgfors y Sveaborg, el almirante Nepenin no dejó llegar ninguna noticia del Petrogrado alzado en armas hasta la noche del 4 de marzo, intimidando a los marineros y soldados con represiones. Razón de más para que la sublevación tomase aquí un carácter más encarnizado, prologándose un día y una noche. Muchos oficiales fueron detenidos. Los más odiados fueron arrojados al hielo. "A juzgar por el relato de Skóvelev sobre la conducta de las autoridades de Helsingfors y de la escuadra [dice Sujánov, que peca de todo menos de benevolencia hacia la soldadesca ignorante], sólo hay que extrañarse de que estos excesos fueran tan poco considerables."

Tampoco entre las fuerzas de tierra pudieron evitarse las represalias sangrientas que se producían por oleadas sucesivas. En un principio, eran una venganza por el pasado, por el trato infame infligido al soldado. No faltaban recuerdos dolorosos como llagas. Desde 1915, había sido oficialmente establecido en el ejército zarista el azote con vergas como castigo disciplinario. Los oficiales azotaban a discreción a los soldados, que eran no pocas veces padres de familia. Pero no siempre se trataba de vengarse del pasado. En la conferencia panrusa de los sóviets, el ponente encargado de informar sobre el problema del ejército comunicó que aún en los días 16 y 17 de marzo se aplicaban en el ejército castigos corporales contra los soldados. Un diputado de la duma contaba, a su regreso del frente, que los cosacos, en ausencia de los oficiales, le habían declarado: "Dice usted que hay un decreto (por lo visto se refiere al famoso decreto "número l", del cual se hablará más adelante). Se recibió ayer; pero hoy el comandante me ha abofeteado." Los bolcheviques iban al frente con tanta frecuencia como los conciliadores, para evitar que los soldados cometiesen excesos. Pero las venganzas sangrientas eran tan inevitables como lo es el culatazo después del disparo. Desde luego, los liberales no tenían motivo alguno para calificar de incruenta a la Revolución de Febrero, como no fuera el de haberles regalado el poder.

Algunos oficiales provocaban conflictos agudos con motivo de las cintas rojas, que eran, a los ojos de los soldados, un símbolo de la ruptura del pasado. Con motivo de uno de estos disturbios, fue muerto el comandante del regimiento de Sumsky. Un comandante del cuerpo de ejército que exigió a las fuerzas de refresco que acababan de llegar que se quitaran las cintas rojas fue detenido por los soldados. También se produjeron no pocos choques a causa de los retratos del zar, que seguían colgados en los cuartos de banderas ¿Se trataba de rendir un homenaje de fidelidad a la monarquía? No; en la mayoría de los casos no era más que falta de confianza en la estabilidad de la revolución y una especie de seguro personal. Pero los soldados, no sin motivo, veían acechar detrás de aquellos retratos el espectro del antiguo régimen.

El nuevo régimen no fue implantado en el ejército por medio de medidas reflexivas aplicadas desde arriba, sino por movimientos impulsados desde abajo. La autoridad disciplinaria de los oficiales no fue abolida, sino que se hundió sencillamente por sí misma en las primeras semanas de marzo. "Era evidente [dice el jefe del Estado Mayor del Mar Negro] que si un oficial hubiera intentado imponer una sanción disciplinaria al marinero, no habría tenido fuerza para llevar a la práctica el castigo." En esto consiste uno de los signos de la revolución verdaderamente popular. Al desaparecer la autoridad disciplinaria, se puso de manifiesto la incapacidad práctica de la oficialidad. Stankievich, al cual no se puede negar ni espíritu de observación ni interés por los asuntos militares, da una opinión aniquiladora sobre el comando en este respecto: la instrucción seguía haciéndose con sujeción a los viejos reglamentos, que no respondían en lo más mínimo a las necesidades de la guerra. "Estos ejercicios no servían más que para someter a prueba la paciencia y la sumisión de los soldados." Huelga decir que la oficialidad se esforzaba en hacer recaer sobre la revolución las culpas de su propia incapacidad.

Los soldados, rápidos en la represalia cruel, propendían asimismo a la credulidad infantil y a la gratitud plena de abnegación. Por un momento muy breve, los soldados del frente vieron en el cura Filonenko, diputado liberal, el depositario de las ideas de emancipación, algo así como el pastor de la revolución. Las viejas ceremonias religiosas se unían estrambóticamente con la nueva fe. Los soldados levantaban al cura en sus brazos, lo instalaban celosamente en el trineo, y el cura contaba después en la duma con entusiasmo: "No acabábamos nunca de separarnos, y, al marcharme, me besaban las manos y los pies." A aquel diputado de sotana le parecía que la duma tenía un inmenso prestigio en el frente. En realidad, la autoridad pertenecía a la revolución; que proyectaba su brillo deslumbrador sobre algunas figuras surgidas por azar.

La depuración simbólica realizada por Guchkov en el ejército (destitución de algunas docenas de generales) no dio la menor satisfacción a los soldados y, en cambio, sembró un estado de inquietud en la alta oficialidad. Todo el mundo temía verse separado, la mayoría seguían la corriente, se adaptaba y apretaba el puño dentro del bolsillo. La situación era aún peor en lo tocante a la baja y mediana oficialidad, que se hallaba en contacto directo con los soldados. Aquí el gobierno no hizo ninguna depuración. Buscando vías legales, los artilleros de una batería del frente escribían al comité ejecutivo y a la Duma nacional, a propósito de su comandante: "Hermanos..., os pedimos humildemente que nos libréis de nuestro enemigo interior Vanchejaus." Como no recibieran contestación, los soldados empezaban generalmente a obrar por su cuenta, valiéndose de sus propios medios: insubordinación, separación e incluso detención. Sólo entonces las autoridades se decidían a intervenir, separaban del ejército a los detenidos o apaleados, intentando a veces castigar a los soldados, pero dejándolos en la mayor parte de los casos impunes, para no complicar más las cosas. Esto creaba una situación insoportable para la oficialidad, sin aclarar por ello en nada la situación de los soldados.

Muchos oficiales combativos, que tomaban en serio la suerte del ejército, insistían en la necesidad de hacer una depuración general del comando: según ellos, sin esto, no se podía ni siquiera pensar en restablecer la capacidad combativa del ejército. Los soldados presentaban a los diputados de la duma argumentos no menos convincentes. Antes, cuando se sentían ofendidos, tenían que dirigirse a unos superiores que habitualmente no hacían caso alguno de sus quejas. ¿Y ahora? Si los superiores siguen siendo los mismos de antes, la suerte que sigan sus reclamaciones será la misma.

"Era muy difícil contestar a esta pregunta", reconoce un diputado. Esta cuestión tan simple atañía a todo el destino del ejército y predeterminaba su porvenir.

No vayamos a creer que las relaciones dentro del ejército eran las mismas en toda la extensión del país, en todas las armas y en todos los regimientos. No, reinaba una heterogeneidad muy considerable. Si los marineros de la escuadra del Báltico acogieron las primeras noticias de la revolución tomando represalia contra los oficiales, allí, al lado mismo, en la guarnición de Helsingfors, los oficiales seguían ocupando todavía a principios de abril puestos dirigentes en el sóviet de soldados, y, en las grandes solemnidades, hablaba en nombre de los socialrevolucionarios un importante general. Estos contrastes de odio y credulidad abundaban no poco. Pero, así y todo, el ejército seguía siendo algo así como un sistema de vasos comunicantes, y el estado de espíritu político de los soldados y marineros tendía a alcanzar el mismo nivel.

La disciplina fue manteniéndose mal o bien mientras los soldados confiaban en la implantación de medidas prontas y decisivas. "Pero cuando los soldados vieron [según cuenta un delegado del frente] que todo seguía como antes, que persistían el mismo yugo, la misma esclavitud, la misma ignorancia y el mismo escarnio, empezaron los desórdenes." La naturaleza, a la cual no se le ha ocurrido armar de jorobas a una gran parte de la humanidad, tuvo, en cambio, la ocurrencia de dotar de sistema nervioso a los soldados. Las revoluciones vienen a recordar, de tarde en tarde, este doble descuido de la naturaleza.

Tanto en el interior como en el frente, cualquier futileza desencadenaba fácilmente un conflicto. Se había concedido a los soldados derecho a frecuentar libremente, "igual que todos los ciudadanos", los teatros, mítines, conciertos, etc. Muchos soldados interpretaban esta disposición como el derecho de asistencia gratuita a los teatros. El ministro les explicaba que había que interpretar la "libertad" en un sentido teórico. Pero las masas populares sublevadas no han manifestado nunca una gran inclinación hacia el platonismo ni hacia el kantismo.

El tejido, ya muy desgastado, de la disciplina se fue rompiendo, poco a poco, en diferentes puntos, en diferentes guarniciones y regimientos. Muchas veces, el comandante se imaginaba que, en su regimiento o división, todo había marchado bien hasta la llegada de los periódicos o de un agitador. En realidad, se estaba. efectuando un proceso paciente de fuerzas subterráneas e inexorables.

El diputado liberal Januschkevich trajo del frente la impresión de que donde la desorganización alcanzaba un grado mayor era en los regimientos "verdes", aquellos en que abundaban los campesinos. "Los regimientos más revolucionarios conviven muy bien con los oficiales." En realidad, donde se mantuvo más tiempo la disciplina fue en los dos polos: en la caballería privilegiada, compuesta de campesinos acomodados, y en la artillería, y, en general, en las tuerzas técnicas, con un tanto por ciento elevado de obreros e intelectuales. Los que más resistieron fueron los cosacos propietarios, que temían a la revolución agraria, en qué la mayoría de ellos tenía que perder. Algunas fuerzas cosacas fueron, incluso después de la revolución, más de una vez, instrumentos de presión. Pero, así y todo, la diferencia residía únicamente en la mayor o menor rapidez con que se efectuaba el proceso de descomposición.

En esta lucha sorda había sus flujos y reflujos. Los oficiales intentaban adaptarse a la nueva situación. Los soldados tornaban a confiar. Pero después de estos periodos temporarios de tranquilidad de los días y semanas de armisticio, el odio social, que descomponía el ejército del antiguo régimen, iba adquiriendo una tensión cada vez mayor, que estallaba muchas veces con fulgores trágicos. En Moscú se reunió en uno de los circos una asamblea de soldados y oficiales inválidos. Uno de los oradores habló desde la tribuna, en tonos duros, de la oficialidad. Se armó gran ruido de protestas; los reunidos empezaron a golpear el suelo con las piernas, los bastones, las muletas. "¿Acaso hace tanto tiempo, señores oficiales, que azotabais a los soldados con las vergas y el puño?" Heridos, contusionados, mullidos, se levantaban unos frente a otros, soldados inválidos contra oficiales inválidos, mayoría contra minoría, muletas contra muletas. En esta feroz escena desarrollada en un circo se contenía la ferocidad de la guerra civil que se avecinaba.

Sobre todas las relaciones y contradicciones imperantes en el ejército, lo mismo que en el país, se cernía un problema que se encerraba en una palabra bien corta: la guerra. Desde el mar Báltico al mar Negro, desde el mar Negro hasta el mar Caspio y más allá, hacia el fondo de Persia, en un frente inmenso, se encontraban sesenta y ocho cuerpos de infantería y nueve de caballería. ¿Qué se hará con ellos? ¿Cómo se resolverá el pleito de la guerra?

En los comienzos de la revolución, el ejército se había reforzado considerablemente, desde el punto de vista del suministro de armas y municiones. La producción interior para las necesidades de la guerra se había elevado, y, al mismo tiempo, se intensificaba el transporte de material de guerra, sobre todo de artillería, enviado por los aliados sobre los puertos de Murmansk y Arcángel. Había una cantidad de fusiles, cañones, obuses, incomparablemente mayor que en los primeros años de la guerra. Se ampliaban las divisiones de infantería y las secciones de ingenieros. Basándose en esto, algunos de los hombres de guerra intentaron posteriormente demostrar que Rusia se hallaba en vísperas de la victoria y que sólo la revolución lo había impedido. Doce años antes, Kuropatkin y Linievich afirmaban, basándose en los mismos motivos, que Witte les habla impedido derrotar a los japoneses.

En realidad, a principios de 1917, Rusia se hallaba más lejos de la victoria que nunca. Paralelamente con el incremento de armas y municiones, se notaba en el ejército, a fines de 1916, una crisis aguda de productos alimenticios; el tifus y el escorbuto provocaban más víctimas que las batallas. La desorganización del transporte iba entorpeciendo cada vez más los movimientos de las tropas, lo cual bastaba para reducir a cero las combinaciones estratégicas que implicaban la movilización de las grandes masas de soldados. Por añadidura, la aguda crisis de caballos condenaba a la arillería a la inmovilidad. Pero, así y todo, lo peor era la moral del ejército, que se puede resumir así: el ejército como tal ya no existía. Las derrotas, las retiradas, la indignidad de los dirigentes, acabaron por desmoralizar completamente a las tropas. Y esto no había modo de corregirlo con ayuda de medidas administrativas, del mismo modo que no puede modificarse por medio de decretos el sistema nervioso del país. Los soldados miraban ahora los montones de obuses con la misma repugnancia que si fueran montones de carne llena de gusanos. Todo les parecía inútil, inservible, engaño y robo. Y el oficial no podía decirles nada convincente, ni se atrevía tampoco ya a ponerles la mano en la mejilla. Él mismo se consideraba engañado por el viejo comando, a la par que se sentía culpable ante el soldado. El ejército estaba incurablemente enfermo y sólo era útil para decidir de la suerte de la revolución; pero para la guerra era como si no existiese. Y nadie creía ya en el triunfo; los oficiales tan poco como los soldados. Ni el pueblo ni el ejército querían seguir combatiendo.

Claro está que, en las altas esferas administrativas, donde la vida llevaba su ritmo peculiar, seguía hablándose, por la fuerza de la inercia, de grandes operaciones, de la ofensiva de primavera, de la ocupación de los estrechos turcos, etc. En Crimea se preparaban incluso grandes fuerzas para acometer esta última empresa. Se decía que, con este fin, habían sido designados los mejores elementos del ejército. De Petrogrado enviaban fuerzas de la guardia. Sin embargo, según cuenta un oficial que había iniciado la preparación de dichas fuerzas, el 25 de febrero, es decir, dos días antes de la revolución, todos estos elementos resultaron pésimos. En la indiferencia de aquellos ojos azules, castaños y grises no se leía el menor deseo de combatir... "Todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones estaban concentrados en la paz."

Testimonio de éstos, o parecidos, se conservan no pocos. La evolución no hizo más que poner al descubierto lo que se venía gestando de atrás. Por esto, el grito de "¡Abajo la guerra!" fue uno de los que más resonaban durante las jornadas de febrero. Este grito se oía en las manifestaciones de mujeres, lo lanzaban los obreros de Viborg y los soldados de los cuarteles de la guardia.

Cuando los diputados recorrieron el frente, a principios de marzo, los soldados, sobre todo los que llevaban más tiempo de servicio, preguntaban invariablemente: "¿Y qué hay de la tierra?" Los diputados contestaban evasivamente que la cuestión agraria seria resuelta por la asamblea constituyente. Entonces, surge una voz que revela un pensamiento general oculto: "¿Y para qué me sirve la tierra, si cuando me la den ya no existo? ¿Para qué la quiero entonces?" Tal era el programa de la revolución que alzaban en un principio los soldados: primero, la paz; después, la tierra.

En la Conferencia Panrusa de los Sóviets, celebrada a fines de marzo, en la que hubo no poca fanfarronería patriótica, uno de los delegados, que representaba directamente a los soldados de las trincheras, expresó de un modo muy justo la manera cómo el frente había acogido la noticia de la revolución: "Todos los soldados dijeron: ¡Gracias a Dios, a ver si ahora tenemos pronto paz!" Las trincheras encargaron a su delegado que dijera al congreso lo siguiente: "Estamos dispuestos a dar la vida por la libertad; pero pase lo que pase, camaradas, queremos que se acabe la guerra." Era la voz viva de la realidad, sobre todo en la segunda parte del mensaje. Si es necesario sufrir, sufriremos; pero que los de arriba se apresuren a negociar la paz.

Las tropas zaristas que se hallaban destacadas en Francia, es decir, en un medio del todo artificial para ellas, estaban movidas por los mismos sentimientos y seguían exactamente las mismas etapas de descomposición del ejército de su país. "Cuando oíamos decir que el zar había abdicado [explicaba en el extranjero a un oficial un viejo soldado campesino analfabeto], pensamos que esto quería decir que la guerra iba a acabarse... Al fin y al cabo, el zar era el que nos había mandado a la ·guerra... ¿Qué necesidad tengo yo de la libertad, si he de seguir pudriéndome en las trincheras?" Tal era la filosofía auténticamente revolucionaria de los soldados, innata y no imbuida; no hay agitador capaz de encontrar palabras tan simples y convincentes.

Los liberales y los socialistas semiliberales intentaban presentar la revolución como un levantamiento de carácter patriótico. El 11 de marzo, Miliukov decía a los periodistas franceses: "La revolución rusa se ha hecho para suprimir los obstáculos que se interponían en el camino de Rusia hacia la victoria." Aquí, la hipocresía va asociada a la ilusión, aunque hay que suponer que en estas palabras hay más hipocresía que otra cosa.

Los reaccionarios declarados veían las cosas con más claridad. Von Struve, paneslavista de estirpe alemana, ortodoxo de procedencia luterana y monárquico de extracción marxista, fue el que puso al desnudo de un modo más acertado, aunque fuera en el lenguaje del odio reaccionario, las verdaderas raíces de la revolución. "La

revolución, en la que participaron las masas populares y principalmente los soldados [decía Struve], no era una explosión patriótica; la desmovilización espontánea iba dirigida concretamente contra la continuación de la guerra, es decir, se hacía para poner fin a ésta."

Aunque la idea sea exacta, en estas palabras se encierra, sin embargo, una calumnia. En realidad, la desmovilización espontánea surgió de la guerra. La revolución no la creó; lo que hizo fue, por el contrario, contenerla. El movimiento de deserción, extraordinariamente acentuado en vísperas de la revolución, se atenuó en las primeras semanas que siguieron a ésta. El ejército esperaba. Confiando en que la revolución traerla la paz, el soldado no se negaba a sostener el frente sobre sus hombros: de otro modo, tal vez, el nuevo gobierno (pensaba él) no podría concertar la paz.

"Los soldados [informa el 25 de marzo el jefe de la división de granaderos] expresan de un modo inequívoco el parecer de que no debemos atacar, sino mantenernos a la defensiva." Los informes militares y políticos repiten esta idea en distintos tonos. El teniente Krilenko, viejo revolucionario y futuro generalísimo bajo los bolcheviques, atestiguaba que, para los soldados, la cuestión de la guerra se resolvía en aquel tiempo en esta fórmula: "Mantener el frente, pero no atacar." En un lenguaje más solemne y completamente sincero, esto significaba: defender la libertad.

"¡No se puede enterrar la bayoneta en el suelo!" En aquellos días los soldados, bajo la influencia de impresiones confusas y muchas veces contradictorias, se negaban incluso a escuchar a los bolcheviques. Es posible que se les antojara, bajo la impresión de algunos discursos poco felices, que los bolcheviques no se preocupaban de la defensa de la revolución y podían impedir que el gobierno concertase la paz. Los periódicos y los agitadores socialpatriotas se esforzaban en convencer de esto a los soldados; pero, aunque a veces no permitieran que los bolcheviques hablasen, los soldados rechazaron, desde los primeros días de la revolución toda idea de ofensiva; A los políticos de la capital, esto les parecía un equívoco que se podía vencer ejerciendo sobre los soldados la presión necesaria. La agitación a favor de la guerra aumentaba en un grado extremo. La prensa burguesa explicaba en millones de ejemplares, las tareas de la revolución a la luz de la guerra hasta el triunfo final. Los conciliadores estimulaban esta propaganda, en un principio a media voz, y luego ya más audazmente. La influencia de los bolcheviques, muy tenue en el momento de la revolución, disminuyó más aún cuando millares de obreros mandados al frente por haber participado en huelgas, abandonaron las filas del ejército. De este modo, las aspiraciones de paz no encontraban expresión franca y clara allí donde más intensas eran: en el frente. Esta situación daba a los comandantes y comisarios, que buscaban ilusiones consoladoras, la posibilidad de engañarse respecto a la verdadera situación. En los artículos y discursos de la época, es frecuente la afirmación de que los soldados repudiaban la ofensiva pura y exclusivamente por una interpretación errónea de la fórmula "sin anexiones ni indemnizaciones." Los conciliadores se esforzaban en explicar que también las guerras puramente defensivas eran compatibles con la ofensiva y, en ocasiones, incluso la exigían. ¡Como si la cuestión versara realmente en torno a esta escolástica estratégica! Los soldados sabían que la ofensiva implicaba la reanudación de la guerra. La actitud expectante del frente equivalía a un armisticio. La teoría y la práctica adoptadas por los soldados respecto a la guerra defensiva era una fórmula establecida de acuerdo con los alemanes, acuerdo en un principio implícito y luego explícito: "Dejadnos tranquilos, y nosotros os dejaremos tranquilos a vosotros." El Ejército no podía dar más a la guerra.

Los soldados se mostraban tanto menos propicios a dejarse arrastrar por las exhortaciones guerreras cuanto que, bajo pretexto de preparar la ofensiva, la oficialidad reaccionaria intentaba, evidentemente, tomar en sus manos las riendas del poder. Entre los soldados empezó a circular y se generalizó la frase siguiente: "La bayoneta contra los

alemanes; la culata contra el enemigo interior.” La bayoneta tenía, desde luego, una misión exclusivamente defensiva. Los soldados de las trincheras no pensaban en la anexión de los estrechos. Las aspiraciones de paz constituían una profunda corriente subterránea que no había de tardar en salir a la superficie.

Sin negar que ya antes de la revolución se “notaban” en el ejército síntomas negativos, Miliukov se atrevió a afirmar, mucho tiempo después de la revolución, que el ejército era capaz de realizar los objetivos que la *Entente* le había asignado. “La propaganda bolchevique [escribía este personaje en funciones de historiador] no penetró inmediatamente en el frente. Durante el primer mes o mes y medio que siguió a la revolución el estado del ejército era sano.” Todo problema se enfoca desde el punto de vista de la propaganda, como si esto bastara para explicar el proceso histórico. Aparentando luchar contra los bolcheviques, a los cuales atribuye una fuerza mítica, Miliukov lucha, en realidad, contra los hechos. Ya hemos visto cuál era la verdadera situación del ejército. Veamos ahora cómo apreciaban los propios jefes su capacidad combativa en las primeras semanas y aun en los primeros días que siguieron a la revolución.

El 6 de marzo, el generalísimo del frente septentrional, general Ruski, comunica al comité ejecutivo que se está manifestando una insubordinación completa de·los soldados con respecto a los superiores; es necesario que se manden al frente hombres populares para tranquilizar el ejército.

El jefe del estado mayor de la escuadra del mar Negro dice en sus memorias: “Desde los primeros días de la revolución comprendí claramente que no era posible continuar la guerra y que ésta estaba perdida.” Según él, Kolchak opinaba lo mismo, Y, si seguía en su puesto de jefe del frente, sólo era para proteger a la oficialidad contra las violencias.

El conde Ignatiev, que ocupaba un puesto elevado en la guardia, escribía en marzo a Nabokov: “Hay que hacerse a la idea de que la guerra está terminada, de que no podemos seguir combatiendo, y no combatiremos. Los hombres inteligentes deben buscar el modo de liquidar la guerra del mejor modo posible, pues de lo contrario se produciría una catástrofe...” También Guchkov dijo en aquel entonces a Nabokov que había recibido numerosísimas cartas concebidas en los mismos términos.

Las rarísimas opiniones aparentemente más favorables quedan casi todas desvirtuadas por las aclaraciones suplementarias. “El deseo de vencer de la tropa persiste [informa el jefe del segundo ejército, Damílov], y en algunos regimientos incluso se ha acentuado.” Pero inmediatamente observa: “La disciplina decae... Convendría aplazar las acciones ofensivas hasta que la situación se normalice (de uno a tres meses).” Y siguen unas líneas inesperadas: “De los refuerzos sólo llegan el cincuenta por ciento; si siguen derritiéndose así y continúan en lo sucesivo siendo tan indisciplinados, no se podrá confiar en el éxito de la ofensiva.”

“La división es completamente capaz de librar acciones defensivas [informa el valeroso general de la 51ª división de infantería, y, en seguida, añade]: Es necesario librar al ejército de la influencia de los diputados soldados y obreros.” Sin embargo, esto no era tan fácil como parecía.

El jefe de la 182ª división informa al comandante del cuerpo: “Cada vez se producen con más frecuencia equívocos por cuestiones insignificantes en esencia, pero amenazadoras por su carácter; cada vez es mayor la excitación nerviosa de los soldados, y, con mayor razón, de los oficiales.”

Hasta aquí, sólo se trata de testimonios dispersos, aunque numerosos. Pero he aquí que el 18 de marzo se celebra en el cuartel general una conferencia de autoridades supremas para examinar la situación del frente. Las conclusiones a que llegan los

organismos administrativos centrales son unánimes: "En los meses próximos es imposible completar las fuerzas del frente en las proporciones necesarias, pues reina una gran fermentación en todos los regimientos de reserva. El ejército está pasando por una enfermedad. Probablemente no se conseguirá antes de dos o tres meses normalizar las relaciones entre los soldados y la oficialidad. (Los generales no comprendían que la enfermedad, lejos de decrecer, seguía progresando.) Por el momento, se nota algún decaimiento entre los oficiales, efervescencia en las tropas y numerosas deserciones. La capacidad combativa del ejército ha disminuido y es muy difícil contar con que la guerra pueda seguir adelante en el momento actual." Conclusión: "Es imposible que actualmente se puedan llevar a la práctica las operaciones activas señaladas para esta primavera."

Durante las siguientes semanas, la situación sigue empeorando rápidamente y los testimonios que la abonan se multiplican sin cesar.

A fines de marzo, el general del 5º ejército, Dragomírov, escribía al general Ruski: "El espíritu bélico ha decaído. No sólo los soldados no tienen ningún deseo de atacar, sino que aun la facultad de mantenerse sencillamente a la defensiva ha disminuido, hasta el punto de poner en peligro los objetivos de la guerra... La política, que se ha extendido enormemente por todos los sectores del ejército..., ha arrastrado a toda la masa de los soldados a no desear más que una cosa: que acabe la guerra y volverse a casa."

El general Lukomsky, una de las más firmes columnas de la reacción en el cuartel general, descontento del nuevo orden de cosas, pasó a principios de la guerra a mandar un cuerpo de ejército, Y, según él mismo nos cuenta, comprobó que la disciplina sólo seguía manteniéndose en los regimientos de artillería y de ingenieros, en los cuales había muchos oficiales de cuadro. "Por lo que se refiere a las tres divisiones de infantería, se estaban desmoronando por completo."

Las deserciones, que disminuyeron después de la revolución bajo el signo de la esperanza, volvieron a aumentar bajo la presión del desencanto. Según el general Alexéiev, en la semana comprendida entre el 1 y el 7 de abril desertaron del frente septentrional y occidental cerca de ocho mil soldados. "Leo con gran asombro [escribía a Guchkov] informes de gente irresponsable sobre la 'magnífica' moral del ejército. ¿Qué fines persiguen con esto? A los alemanes no conseguiremos engañarles, y, en cambio, para nosotros el engaño sería fatal."

Conviene señalar que hasta ahora en ninguna parte se habla de los bolcheviques: la mayoría de los oficiales no se habían hecho aún a este extraño nombre. Cuando los informes hablan de las causas de la descomposición del ejército, señalan como tales a los periódicos, a los propagandistas, a los sóviets, a la "política"; en una palabra, a la Revolución de Febrero.

Aún había algunos jefes optimistas que confiaban en que todo se arreglaría. Había muchos más que cerraban deliberadamente los ojos ante los hechos para no causar disgustos nuevos.

Y, a la inversa, un número considerable de oficiales, sobre todo del alto comando, exageraban conscientemente los síntomas de desmoralización para obtener de las autoridades medidas decisivas que ellos, sin embargo, no podían o no se atrevían a llamar por su nombre.

Pero el estado general del ejército, tal como lo dejamos señalado, es indiscutible. Al sobrevenir la caída del antiguo régimen, el ejército estaba enfermo y la revolución imprimió al irresistible proceso de su desmoronamiento formas políticas que fueron tomando poco a poco un carácter más implacablemente definido. La revolución llevó hasta sus últimas consecuencias no sólo las ansias apasionadas de paz, sino también la hostilidad de la masa de los soldados hacia el comando y las clases dirigentes en general.

A mediados de abril, Alexéiev informó personalmente al gobierno (sin regatear las tintas fuertes) sobre el estado de espíritu del ejército. “Me acuerdo [dice Nabokov] del sentimiento de miedo y desesperación que, al escuchar aquello, se apoderó de mí.” Hay que suponer que cuando se expuso este informe, que sólo pudo ser en las primeras seis semanas que siguieron a la revolución, estarla también presente Miliukov; lo más probable es que fuera precisamente él el que trajera a Alexiev del frente, con el fin de asustar a sus colegas y por medio de ellos a sus amigos los socialistas. Guchkov sostuvo, en efecto, después de esto, una conversación con los representantes del comité ejecutivo. “Han empezado [se lamenta] las funestas fraternizaciones y se registran numerosos casos de insubordinación directa. Las órdenes superiores son previamente discutidas en las organizaciones del ejército y en los mítines. Eh algunos regimientos no quieren ni oír hablar de las operaciones activas... Cuando la gente confía en que mañana habrá paz [dice, no sin fundamento, Guchkov] es imposible obligarla hoy a arriesgar la cabeza.” De aquí, el ministro de la guerra sacaba esta conclusión: hay que dejar de hablar de paz en voz alta. Y como precisamente la revolución habla enseñado a la gente a decir en voz alta lo que antes se guardaba para sus adentros, esto equivalía a decir: hay que acabar con la revolución.

El soldado, naturalmente, no tenía deseo alguno, ya desde el primer día de la guerra, de morir ni de pelear. Pero se resistía a ello del mismo modo que el caballo de batería se resistía a arrastrar un cañón pesado por el barro. Lo mismo que el caballo, no creía que pudiera verse nunca libre de la carga que le habían echado encima. Entre su voluntad y los sucesos de la guerra no había ningún nexo. La revolución se lo descubrió. Para millones de soldados, ésta significaba el derecho a una vida mejor, y, sobre todo, el derecho a la vida, el derecho a proteger su existencia de las balas y los obuses Y, a la par, a proteger su cara del puño del oficial.

En este sentido, decíamos anteriormente, que el proceso psicológico sustancial que se estaba operando en el ejército consistía en el despertar de la personalidad. Las clases cultas creían ver una traición contra la nación en aquella irrupción volcánica de individualismo, que revestía muchas veces formas anárquicas. En realidad, en los actos turbulentos de los soldados, en sus protestas desmandadas, hasta en sus excesos sangrientos, se estaba gestando sencillamente aquella nación que se creía traicionada, a base de unos materiales grises, impersonales y prehistóricos. El desbordamiento, tan odiado por la burguesía, del individualismo de las masas respondía precisamente al carácter de la Revolución de Febrero, definida como revolución *burguesa.*

Pero no era éste su único contenido, pues en la revolución, además del campesino y de su hijo el soldado, participaba el obrero. Este hacía ya tiempo que sentía su personalidad, y había ido a la guerra no sólo odiándola, sino con la idea preconcebida de luchar contra ella, y la revolución no significaba para él, pura y simplemente, el hecho escueto de la victoria, sino también el triunfo parcial de sus ideas. El derrumbamiento de la monarquía era, para él, el primer peldaño, en el cual no se detenía, pues, una vez remontado, ya se apresuraba a lanzarse tras otros objetivos. Para él, todo el problema estaba en saber hasta qué punto seguirían apoyándole en sus luchas el soldado y el campesino. “¿Para qué quiero yo la tierra si no voy a disfrutarla? (preguntaba el soldado). ¿Para qué quiero la libertad (decía, repitiendo las palabras oídas al obrero a la puerta del teatro, al que no le daban acceso) si las llaves de la libertad las tienen en sus manos los señores?” A través del inmenso caos de la Revolución de Febrero se veían resplandecer los rasgos acerados de la de octubre.

Los gobernantes y la guerra

¿Qué se proponía hacer con esta guerra y con este ejército el gobierno provisional y el comité ejecutivo? Ante todo, hay que comprender la política de la burguesía liberal ya que era ella la que desempeñaba el papel predominante. Aparentemente, la política guerrera del liberalismo seguía siendo una política patriótica y agresiva, anexionista intransigente. En realidad, era una política contradictoria y desleal que no tardó en convertirse en derrotista.

"Si no hubiera habido revolución la guerra se habría perdido de todos modos, es casi seguro que se hubiese concertado una paz separada", escribía más tarde Rodzianko, cuyos juicios no se distinguían por su originalidad, razón por la cual expresaban bastante bien la opinión más extendida entre los elementos liberales conservadores. La sublevación de los batallones de la guardia no auguraba a las clases poseedoras un triunfo exterior, sino una derrota interior. Y los liberales eran quienes menos ilusiones podían hacerse en este punto, puesto que habían previsto el peligro y luchaban contra él como podían. El inesperado optimismo revolucionario de Miliukov, que declaraba que la revolución no era más que un paso dado hacia la victoria, era, en realidad, el último recurso del desesperado. El problema de la guerra y la paz dejaba de ser, en sus tres cuartas partes, para los liberales, un problema especial. Presentían que no iba a serles dado explotar la revolución a favor de la guerra, y por esto les planteaba de un modo tanto más imperioso otro objetivo: explotar la guerra contra la revolución.

Ante los caudillos de la burguesía rusa se planteaban también, evidentemente, en aquellos momentos, las cuestiones referentes a la situación internacional de Rusia después de la guerra: las deudas y los nuevos empréstitos, los mercados de capitales y de productos. Pero no eran estos problemas los que de un modo inmediato determinaban su política. Se trataba, no de obtener las condiciones internacionales más ventajosas para la Rusia burguesa, sino de sacar a flote el propio régimen burgués, aunque fuera a costa de dejar maltrecha a Rusia. "Ante todo, repongámonos (decía esta clase, herida de muerte); después, ya veremos modo de poner las cosas en orden." Y "reponerse" significaba liquidar la revolución.

Atizar el hipnotismo de la guerra y el estado de espíritu chovinista era lo único que daba a la burguesía la posibilidad de aliarse políticamente con las masas, ante todo con el ejército, contra los que pretendían "profundizar" la revolución. La aspiración consistía en presentar al pueblo la guerra, herencia del zarismo con sus aliados y objetivos zaristas, como una nueva guerra, como una defensa de las conquistas y las esperanzas revolucionarias. En caso de conseguirlo (¿cómo?), el liberalismo contaba firmemente con poder volver contra la revolución a la opinión pública patriótica que, ayer, le sirviera contra la pandilla rasputiniana.

Y si no se podía salvar a la monarquía, como suprema instancia contra el pueblo, urgía doblemente aferrarse a los aliados: durante la guerra, en todo caso, la *Entente* representaba una corte de apelación incomparablemente más poderosa de lo que hubiera podido ser la monarquía del país.

La continuación de la guerra justificaría la conservación del aparato militar y burocrático del zarismo, el aplazamiento de la asamblea constituyente, la subordinación del interior revolucionario al frente, o, lo que es lo mismo, a los generales que formaban

un frente único con la burguesía liberal. Todos los problemas interiores, y muy principalmente el problema agrario, y toda la legislación social, se aplazaban hasta la terminación de la guerra, que, a su vez, se aplazaba hasta la consecución de una victoria en la que los liberales, por su parte, no creían. Y así, la guerra destinada a agotar al enemigo se convertía en una guerra destinada a agotar la revolución. Es posible que no fuera éste un plan definido, meditado y deliberado cuidadosamente en las sesiones oficiales. ¡Pero para qué! Este plan se desprendía de toda la política precedente del liberalismo y de la situación creada por la revolución.

Obligado a abrazar el camino de la guerra, Miliukov no tenia, naturalmente, por qué renunciar de antemano a llevar su parte en el botín. No olvidemos que la esperanza de que triunfasen los Aliados seguía siendo muy grande y había aumentado en forma extraordinaria al entrar los Estados Unidos en la guerra. Es verdad: la *Entente* era una cosa y Rusia otra. Los jefes de la burguesía rusa habían aprendido a comprender, en el transcurso de la guerra, que, dada la debilidad económica y militar de Rusia, el triunfo de los Aliados sobre los imperios centrales tenía que convertirse inevitablemente en su triunfo sobre Rusia, que, fuesen cuales fueren las variantes posibles, saldría irremediablemente de la guerra quebrantada y debilitada. Pero los imperialistas liberales habían decidido cerrar conscientemente los ojos ante esta perspectiva. Cierto es que tampoco quedaba ya otro recurso. Guchkov declaraba sin ambages a sus amigos que sólo un milagro podía salvar a Rusia, y que la esperanza en este milagro era todo su programa como ministro de la guerra. Para su política interior, Miliukov necesitaba el mito de la victoria. No nos importa saber hasta qué punto creía él personalmente en el triunfo; desde luego, afirmaba con obstinación que Constantinopla sería nuestra. Además, obraba con el cinismo que le era peculiar. El 20 de marzo, el ministro de asuntos extranjeros trató de persuadir a los embajadores aliados a que se traicionara a Serbia, para conseguir de este modo la traición de Bulgaria a los Imperios Centrales. El embajador francés arrugó el ceño. Pero Miliukov insistió en la "necesidad de renunciar en aquella gestión a las consideraciones sentimentales", y, al mismo tiempo, al neoeslavismo que él mismo había predicado desde los tiempos de la derrota de la primera revolución. Ya Engels escribía a Bernstein. en 1882: "¿A qué se reduce todo el charlatanismo paneslavista? A la toma de Constantinopla, y nada más."

Aquella acusación de germanofilia, más aún, de venalidad a los alemanes que todavía ayer se esgrimía contra la camarilla palaciega, se esgrimía ahora contra la revolución. Conforme pasaban los días, más audaz, clara e insolentemente resonaba esta nota en los discursos y artículos del partido kadete. Antes de apoderarse de las aguas turcas, el liberalismo enturbiaba y envenenaba los pozos de la revolución.

Pero no todos los lideres liberales, ni mucho menos, ni todos desde luego de un modo inmediato, adoptaron después de la revolución una actitud de intransigencia ante la guerra. Muchos de ellos se movían aún dentro de la atmósfera del estado de espíritu prerrevolucionario, y enfocaban la perspectiva de una paz separada. Posteriormente, algunos de los dirigentes kadetes hablaban de esto con completa franqueza. El mismo Nabokov ha confesado que ya el 7 de marzo habló de una paz separada con los miembros del gobierno. Algunos miembros del centro directivo del partido kadete intentaron demostrar colectivamente a su jefe la imposibilidad de continuar la guerra. Miliukov, con el cálculo frío que le era habitual, demostró (según cuenta el barón de Nolde) que no había más remedio que alcanzar los objetivos de la guerra. El general Alexéiev, que en aquel período se había acercado a los kadetes, apoyaba a Miliukov, afirmando que "el ejército puede ser levantado". Y por lo visto estaba llamado a levantarlo este hombre del estado mayor, organizador de catástrofes.

Algunos liberales y demócratas más cándidos, no comprendían la orientación de Miliukov y le consideraban como el hidalgo defensor de la lealtad para con los Aliados, como una especie de Don Quijote de la *Entente*. ¡Disparatado! Después de la toma del poder por los bolcheviques Miliukov no vaciló ni un instante en dirigirse a Kiev, ocupado entonces por los alemanes, y proponer sus servicios al gobierno de los Hohenzollern, que, a decir verdad, no se dio gran prisa en aceptarlos. El fin inmediato que perseguía Miliukov era precisamente obtener para luchar contra los bolcheviques aquel mismo "oro alemán" con cuyo fantasma había intentado antes mancillar la revolución. A muchos liberales, las apelaciones de Miliukov a Alemania en 1918 les parecieron tan incomprensibles como en los primeros meses de 1917 su programa de destrucción del imperio germano. Aquellas dos conductas no eran más que el anverso y el reverso de la misma medalla. Al disponerse a traicionar a los Aliados, como antes a Serbia, Miliukov no se traicionaba a sí mismo ni traicionaba a su clase, sino que practicaba consecuentemente la misma política; si su apariencia no era muy decorosa, no se le culpe a él. Al tantear todavía el zarismo el camino de la paz separada con el fin de evitar la inminente revolución, al exigir la guerra hasta el fin para liquidar la Revolución de Febrero, como luego al buscar la alianza con los Hohenzollern para derribar la Revolución de Octubre, Miliukov permanecía siempre fiel a los intereses de los poseedores. Y si no pudo hacer nada a su favor, estrellándose a cada uno de estos intentos contra una nueva muralla, fue porque sus mandantes no tenían salvación.

Lo que Miliukov echaba amargamente de menos en los días que siguieron al alzamiento revolucionario, fue una ofensiva enemiga, un buen garrotazo alemán asestado en la cabeza de la revolución. Por desgracia suya, los meses de marzo y abril eran poco propicios en el frente ruso, por las condiciones climáticas, para operaciones de gran envergadura. Y, sobre todo, los alemanes, cuya situación era cada día más grave, habían decidido, después de grandes vacilaciones, entregar la revolución rusa a su suerte interior. Sólo el general Lisingen desplegó en Stojod, el 20 y 21 de marzo, una iniciativa· personal. El éxito de su operación asustó al gobierno alemán, a la par que llenó de júbilo al ruso. Con el mismo impudor con que en tiempos del zar exageraba el éxito más insignificante, el cuartel general hinchaba hora la derrota de Stojod, secundado en sus esfuerzos por la prensa liberal. El pánico, las retiradas y las bajas experimentadas por las tropas rusas se describen ahora con el mismo deleite con que antes se abultaban los primeros y el botín. La burguesía y los generales abrazaban a todas luces la senda derrotista. Pero Lisingen fue contenido por sus superiores, y el frente se vio nuevamente atascado y puesto a la expectativa por el lodo de la primavera.

El plan de apoyarse en la guerra contra la revolución, sólo podía tener probabilidades de éxito a condición de que los partidos intermedios, seguidos por las masas populares, accedieran a tomar sobre sus hombros el papel de mecanismo de transmisión de la política liberal. El liberalismo era impotente para asociar la idea de la guerra a la de la revolución: no hacía todavía veinticuatro horas, sostenía que la revolución seria funesta para la guerra. Había que imponer esta misión a la democracia. Pero ante ésta, naturalmente, no se podía descubrir el pastel, no se la podía poner al corriente del plan, sino hacerla morder el anzuelo, explotar sus prejuicios, la jactancia de sus líderes, que se tenían en grandes hombres de estado, su miedo a la anarquía, su respeto supersticioso por la burguesía.

En los primeros días, los socialistas (nos vemos obligados a llamar así, en gracia a la brevedad, a los mencheviques y socialrevolucionarios) no sabían qué hacer con la guerra. Chjeidze suspiraba: "Siempre hemos hablado contra la guerra; ¿cómo voy ahora yo a predicar su continuación?" El 10 de marzo, el comité ejecutivo decidió enviar un mensaje de salutación a Franz Mehring. Con esta pequeña demostración, el ala izquierda

intentaba tranquilizar un poco su conciencia socialista, no muy exigente, a la verdad. Con respecto a la guerra, el sóviet seguía mudo. Los jefes temían provocar un conflicto con el gobierno provisional en esta cuestión y ensombrecer la luna de miel del “enlace”. Temían también las discrepancias que entre ellos pudiesen surgir. Había en su seno defensistas de la patria y zimmerwaldianos. Pero unos y otros exageraban sus discrepancias. La intelectualidad revolucionaria había sufrido, durante la guerra, en su mayoría, un proceso de aguda degeneración burguesa. El patriotismo, declarado o encubierto, aliaba a los intelectuales con las clases dirigentes y los divorciaba de las masas. La bandera de Zimmerwald con que se cubría el ala izquierda no obligaba a mucho y, al mismo tiempo, permitía no poner al descubierto la solidaridad patriótica con la pandilla rasputiniana. Pero, ahora, el régimen de los Romanov había sido derrocado y Rusia se veía convertida en un país democrático, que, desplegando al viento su bandera, en la cual brillaban todos los colores de la libertad, se destacaba sobre el sombrío fondo policíaco de Europa, oprimida por las cadenas de la dictadura militar. ¿Cómo no hemos de defender nuestra revolución contra los Hohenzollern?, exclamaban los nuevos y los viejos patriotas que se hallaban al frente del comité ejecutivo. Los zimmerwaldianos del corte de Sujánov y Steklov argüían, sin gran convicción, que la guerra seguía siendo imperialista, puesto que los liberales declaraban que la revolución había de garantizar las anexiones que se habían acordado bajo el zar. “¿Cómo voy a predicar yo la continuación de la guerra?”, se preguntaba alarmado Chjeidze. Pero como los propios zimmerwaldianos habían tomado la iniciativa de entregar el poder a los liberales, sus objeciones no tenían ninguna fuerza. Después de algunas semanas de vacilaciones y resistencias, se lleva a la práctica, con ayuda de Tsereteli, de un modo bastante satisfactorio, la primera parte del plan de Miliukov, y aquellos malos demócratas que se titulaban socialistas se engancharon al carro de la guerra y bajo el látigo de los liberales hicieron esfuerzos indecibles por asegurar el triunfo... de la *Entente* sobre Rusia, y el de Norteamérica sobre Europa.

La principal misión de los conciliadores consistía en injertar el patriotismo en la energía revolucionaria de las masas. De una parte, se esforzaban en resucitar la capacidad combativa del ejército, lo cual era difícil; de otra, intentaban conseguir del gobierno de la *Entente* que renunciase a las depredaciones, lo cual era ridículo. Tanto en un sentido como en otro, fueron de la ilusión al desencanto y del error a la humillación. Señalemos los primeros jalones de este recorrido.

En las horas de su breve grandeza, Rodzianko se apresuró a publicar un decreto sobre el retorno inmediato de los soldados a los cuarteles y el respeto a la oficialidad. La agitación promovida por este decreto en la guarnición obligó al sóviet a consagrar una de sus primeras sesiones a la cuestión de la suerte que le estaba reservada al soldado. En la atmósfera caldeada de aquellas horas, en el caos de una asamblea que tenía más de mitin que de sesión, bajo el dictado directo de los soldados, cuya acción no pudieron impedir los jefes, ausentes, surgió el famoso “decreto número 1“[27], único documento digno de la Revolución de Febrero, y que era la carta de la libertad otorgada al ejército revolucionario. Sus artículos audaces, que daban a los soldados la posibilidad de abrazar de un modo organizado la nueva senda, ordenaban: la creación de comités directivos en todos los regimientos; la elección de representantes de los soldados en el sóviet; sumisión a éste y a sus comités en todas las acciones políticas; conservación de las armas bajo el control de los comités de compañía y de batallón y no entregarlas a los oficiales bajo ningún concepto; en el servicio, severa disciplina militar; fuera de él, plenitud de derechos civiles; abolición del saludo fuera del servicio; los títulos jerárquicos son suprimidos; prohibición

[27] Recordamos al lector que la legislación revolucionaria puede encontrarla en nuestra serie La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii), este documento también.

de tratar groseramente a los soldados, en particular de tutearlos, etc. Tales eran los frutos que los soldados de Petrogrado sacaban por haber tomado parte en la revolución. ¿Y podían ser otros? Nadie se hubiera atrevido a ofrecer resistencia. Mientras se preparaba el decreto, los jefes del sóviet estaban absorbidos por las más altas preocupaciones; entablaban negociaciones con los liberales, lo cual les facilitaba una coartada de que poder servirse cuando tuvieran necesidad de justificarse ante la burguesía y el comando.

A la par con el "decreto número 1", el comité ejecutivo, al darse cuenta de lo que había hecho, mandó a la imprenta, a modo de contraveneno, un manifiesto dirigido a los soldados, que, so pretexto de condenar los actos en que los soldados hacían justicia a los oficiales por propia iniciativa, exigía la sumisión al viejo comando. Los tipógrafos se negaron en redondo a componer el documento. Sus democráticos autores no cabían en sí de indignación. ¿A dónde vamos a parar? Sin embargo, sería erróneo suponer que los tipógrafos desearan represalias sangrientas contra los oficiales. Pero les parecía que requerir a los soldados a someterse disciplinadamente al antiguo cuerpo de oficiales del ejército zarista, al día siguiente de la revolución, equivalía a abrir de par en par las puertas a la contrarrevolución. Es cierto que aquellos cajistas se excedieron en sus derechos, pero es que no se sentían tan sólo tipógrafos: a su juicio, se trataba de la existencia misma de la revolución.

En aquellos primeros días, cuando la suerte de los oficiales que retornaban a los regimientos interesaba extraordinariamente tanto a los soldados como a los obreros, la organización socialdemócrata "interdepartamental", que simpatizaba con los bolcheviques, planteaba la cuestión con audacia revolucionaria. "Para que no se engañen los aristócratas y los oficiales [decía el manifiesto lanzado a los soldados por dicha organización], elegid vosotros mismos vuestros comandantes de pelotón, compañía y regimiento. No aceptéis más que a los oficiales a quienes conozcáis como amigos del pueblo." ¿Qué pasó? Pues que aquella proclama, que respondía plenamente a la situación, fue secuestrada de inmediato por el comité ejecutivo, y Chjeidze la calificó, en un discurso, de provocadora. Los demócratas, como veremos, no tenían el menor reparo en coartar la libertad de prensa cuando se trataba de asestar golpes a la izquierda. Por fortuna, su propia libertad andaba también bastante maltrecha. Los obreros y soldados que apoyaban al comité ejecutivo como su órgano supremo enmendaban en los casos importantes la política de los directivos por medio de su intervención directa.

A los pocos días de esto, el comité ejecutivo intentaba ya desvirtuar, mediante el "decreto número 2", el "número l", circunscribiendo su campo de acción a la región militar de Petrogrado. Fue inútil. El "decreto número 1" era inderogable, por la sencilla razón de que no creaba nada nuevo, sino que se limitaba a consignar lo que era ya realidad visible en el interior del país y en el frente, y no había, se quisiera o no, más remedio que acatar. Cuando tenían enfrente a los soldados, hasta los diputados liberales rehuían hablar del "decreto número 1". Sin embargo, en los dominios de la gran política, este decreto audaz se tornó el argumento principal de la burguesía contra los sóviets. A partir de este momento, los generales derrotados descubrieron en el "decreto número l" el obstáculo principal que les había impedido vencer a los alemanes. A Alemania se achacaban los verdaderos orígenes del decreto. Los conciliadores no cesaban de justificarse, y excitaban los nervios de los soldados, intentando arrebatarles con la mano derecha lo que les habían dado con la izquierda.

Entre tanto, en el sóviet, la mayoría de los diputados exigían ya que los jefes y oficiales se nombrasen por elección. Los demócratas se inquietaron. Falto de mejores argumentos, Sujánov recurría al arma de la intimidación, diciendo que la burguesía a quien se había entregado el poder no accedería a reconocer en la milicia el principio electivo. Los demócratas se refugiaban a ojos vistas detrás de Guchkov. Los liberales

ocupaban en su juego el mismo lugar que la monarquía había de ocupar, según ellos, en el juego del liberalismo. “Cuando abandoné la tribuna para volverme a mi sitio [cuenta Sujánov] tropecé con un soldado que me cerraba el paso, y, esgrimiendo el puño ante mis ojos, gritaba furiosamente y hablaba de los señores que no habían sido nunca soldados.” Después de aquel “exceso”, nuestro demócrata, perdiendo definitivamente el equilibrio, corrió en busca de Kerensky, y gracias a esto, “se echó tierra al asunto como se pudo”. Era lo único que esta gente sabía hacer.

Durante dos semanas habían podido fingir que no se daban cuenta de la guerra. Pero la ficción no podía durar. El 14 de marzo, el comité ejecutivo presentó al sóviet un proyecto de manifiesto: “A los pueblos de todo el mundo”, redactado por Sujánov. La prensa liberal se apresuró a calificar el documento, que unía a los conciliadores de derecha y de izquierda, como el “decreto número 1” de la política exterior. Pero este juicio era tan falso como el documento sobre el cual recaía. El “decreto número l” era la respuesta honrada de las masas a los problemas que planteaba al ejército la revolución. El manifiesto del 14 de marzo no era más que una respuesta pérfida de los de arriba a las objeciones que les habían formulado honradamente los soldados y obreros.

El manifiesto expresaba, naturalmente, el anhelo de una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones. Pero los imperialistas occidentales habían aprendido a servirse de esta fraseología mucho antes de la Revolución de Febrero.

En nombre de una paz duradera, honrada, “democrática”, se disponía Wilson, precisamente por aquellos días, a lanzarse a la guerra. El honorable Mister Asquith hacía en el parlamento una clasificación científica de las anexiones, de la cual se deducía de un modo irrefutable que debían condenarse por inmorales todas aquellas que se hallaran en contradicción con los intereses de Gran Bretaña. Por lo que a la diplomacia francesa se refiere, toda su aspiración consistía en dar la expresión liberal más perfecta a su codicia de tendero y usurero. El documento soviético, al cual no se puede negar una cierta sinceridad un poco simplista, caía fatalmente en la órbita de la hipocresía francesa oficial. El manifiesto prometía “defender en forma enérgica nuestra propia libertad” contra el militarismo extranjero. Precisamente éste era el tópico de que se venían sirviendo los socialpatriotas franceses desde el mes de agosto de 1914. “Ha llegado el momento de que los pueblos tomen en sus manos la resolución del problema de la guerra y de la paz”, proclamaba el manifiesto, cuyos autores acababan de confiar, en nombre del pueblo ruso, la determinación de este problema a la gran burguesía. Dirigiéndose a los obreros de Alemania y Austria-Hungría, el manifiesto decía: “¡No sigáis sirviendo de instrumento de rapiña y de violencia en manos de los reyes, los terratenientes y los banqueros!” Estas palabras encerraban la quinta esencia de la falsedad, pues los jefes del sóviet no habían ni siquiera pensado en romper la alianza que los ataba a los reyes de Gran Bretaña y de Bélgica, al emperador del Japón y a los terratenientes y banqueros de su propio país y a los de la *Entente*. Al mismo tiempo que entregaban la dirección de la política exterior a Miliukov, que pocos días antes se disponía a convertir la Prusia Oriental en una provincia rusa, los jefes del sóviet invitaban a los obreros alemanes y austrohúngaros a seguir el ejemplo de la revolución rusa. Aquella teatral abjuración de la matanza no cambiaba nada; eso, el propio Papa lo hacía. Por medio de frases patéticas dirigidas contra las sombras de los banqueros, los terratenientes y los reyes, los conciliadores convertían la Revolución de Febrero en un instrumento de los reyes, los terratenientes y los banqueros de carne y hueso. Ya en el mensaje de salutación al gobierno provisional, Lloyd George veía en la revolución rusa la prueba de que “la guerra actual es, sustancialmente, la lucha por el gobierno popular y por la paz”. El manifiesto del 4 de marzo se solidarizaba “sustancialmente” con Lloyd George y prestaba una valiosa ayuda a la propaganda militarista de Norteamérica. El periódico de Miliukov, con muchísima razón, decía que

el "manifiesto [que comentaba con el típico tono pacifista] desarrolla, en el fondo, la ideología que nos une a todos nosotros con nuestros aliados". No importa que los liberales rusos atacasen furiosamente el manifiesto ni que la censura francesa no lo dejase pasar; ello se debía al miedo a la interpretación que daban a este documento las masas revolucionarias crédulas aún.

Este manifiesto, escrito por un zimmerwaldiano, representaba un triunfo del ala patriótica. Los sóviets locales recogieron la señal y la consigna "¡Guerra a la guerra!" se decretó inadmisible. Hasta en los Urales y en Kostroma, donde los bolcheviques tenían fuerzas, fue por unanimidad aprobado el patriótico manifiesto. La cosa no tenía nada de sorprendente, puesto que ni aun en el Sóviet de Petrogrado los bolcheviques habían opuesto la menor resistencia al hipócrita documento.

Pocas semanas después venció y fue puesta al cobro una parte de aquella letra de cambio aceptada. El gobierno provisional emitió un empréstito de guerra que naturalmente fue llamado "empréstito de la libertad". Tsereteli se esforzaba en demostrar que, puesto que el gobierno cumplía "en general" sus compromisos, la democracia tenía el deber de apoyar el empréstito. En el comité ejecutivo, la oposición reunió más de la tercera parte de los votos. Pero en la reunión plenaria del sóviet (22 de abril), sólo votaron contra el empréstito 112 diputados, siendo el total casi 2.000. De esto han sacado algunos la conclusión de que el comité ejecutivo estaba más a la izquierda que el sóviet. Pero esto no es cierto. Ocurría, simplemente, que el sóviet era más honrado que el comité ejecutivo. Si la guerra era la defensa de la revolución, había que dar dinero para aquélla y apoyar el empréstito. El comité ejecutivo no era más revolucionario, sino más evasivo. Vivía de equívocos y reservas. Apoyaba, "en general", al gobierno, criatura suya, y sólo asumía sobre sí la responsabilidad de la guerra. "en·1a medida en que..." Estas mezquinas astucias eran ajenas a las masas. Los soldados no podían combatir "en la medida en que", ni morir simplemente "en general".

A fin de consolidar el triunfo de la razón de estado sobre la arbitrariedad popular, el 1 de abril el gobierno puso oficialmente a la cabeza de las fuerzas armadas al general Alexéiev, el mismo que el 5 de marzo se disponía a fusilar las "bandas de propagandistas". Ya todo estaba en orden. El inspirador de la política exterior del zar, Miliukov, era ministro de estado. El general en jefe de los ejércitos zaristas, Alexéiev, era generalísimo de la revolución. La continuidad quedaba perfectamente establecida.

Al mismo tiempo, los jefes soviéticos se veían obligados, por la lógica de la situación, a deshacer ellos mismos los nudos de la red que habían tejido. La democracia oficial temía mortalmente a los jefes y oficiales, a quienes toleraba y sostenía. No podía dejar de someterlos a vigilancia, aspirando, al mismo tiempo, a apoyar ésta en los soldados y a hacerla en lo posible independiente de estos últimos. En la sesión del 6 de marzo, el comité ejecutivo reconoció la conveniencia de nombrar comisarios cerca de todas las armas y en la administración militar. De este modo se creaba una triple relación: las tropas elegían sus delegados en el sóviet; el comité ejecutivo destacaba sus comisarios cerca de las tropas; finalmente, al frente de cada unidad militar hacia un comité electivo que venía a ser algo así como una célula de base del sóviet.

Una de las obligaciones más importantes de los comisarios consistía en vigilar la integridad política del estado mayor y cuerpo de oficiales. "El régimen democrático no tardó en superar en esto al autocrático", escribe Denikin, indignado, e inmediatamente se jacta de la habilidad con la que su estado mayor interceptaba y le transmitía a él la correspondencia cifrada que sostenían los comisarios con Petrogrado. Aquello de que se vigilase a los monárquicos y esclavistas era indigno. En cambio, el robar la correspondencia de los comisarios con el gobierno era muy plausible. Pero, cualquiera que sea el aspecto moral de la cuestión, lo cierto es que las relaciones internas del aparato

dirigente del ejército aparecen con claridad; los dos, por lo visto, se temen mutuamente y se observan con hostilidad. Lo único que les une es el miedo común a los soldados. Los propios generales y almirantes, fueran cuales fuesen sus planes y sus esperanzas para el futuro, veían claramente que no había modo de renunciar a la cartera democrática. El reglamento de los comités de escuadra fue redactado por Kolchak; éste confiaba en poder estrangularlos el día de mañana, pero como no era posible dar un paso sin los comités, interesaba al cuartel general para que los aprobara. El general Marcov, uno de los futuros caudillos blancos, enviaba también al ministro a principios de abril un proyecto de nombramiento de comisarios destinado a vigilar la lealtad del comando. He aquí cómo las "leyes del ejército", es decir, las tradiciones del burocratismo, militar, se rompían como pajas al empuje de la revolución.

Los soldados enfocaban los comités desde el punto de vista opuesto, congregándose en torno a ellos contra el comando, y si bien los comités defendían a los jefes contra los soldados, era sólo hasta cierto limite. La situación del oficial a quien ponía el veto el comité se hacía insostenible. Así fue engendrándose el derecho no escrito de los soldados a separar a sus jefes. Según Denikin, hacia el mes de julio habían sido eliminados en el frente occidental hasta sesenta jefes viejos, desde el jefe del cuerpo al de regimiento. Análogas destituciones se llevaban a cabo también dentro de los regimientos.

Entre tanto, el ministerio de guerra y el comité ejecutivo, en las reuniones de la comisión de enlace que perseguían como fin establecer formas de relación "razonables" dentro del ejército, elevar la autoridad de los jefes y reducir los comités de tropa a un papel secundario, principalmente administrativo, estaban empeñados en una menuda labor burocrática. Pero mientras que los altos jefes intentaban en vano ahuyentar la sombra de la revolución, los comités iban formando una fuerte red centralizada, que consolidaba de un modo orgánico su poder dentro del ejército. Sin embargo, el comité ejecutivo sólo se servía de él para mantener uncido al ejército a la guerra por medio de los comisarios y los comités. Los soldados se veían en el trance cada vez más apremiante, de meditar cómo era posible que los comités elegidos por ellos dijeran tan a menudo, no lo que ellos, los soldados, pensaban, sino lo que los jefes querían.

Las trincheras envían a la capital un número cada vez mayor de diputados para orientarse y saber a qué atenerse. Desde principios de abril, el contacto de la capital con el frente no se interrumpe. No pasa día sin que en el Palacio de Táurida se realicen conversaciones colectivas, los soldados se devanan los sesos intentando descifrar los misterios de la política del comité ejecutivo, que no sabe dar una sola respuesta clara a las preguntas que se le hacen. El ejército asume trabajosamente la posición soviética para convencerse de un modo muy claro de la inconsistencia que impera en la dirección de los sóviets.

Los liberales, que no se atreven a oponerse abiertamente al sóviet, intentan, luchar por la conquista del ejército. Es, naturalmente, el chovinismo el que, según ellos, ha de servirles de lazo para atraérselo. El ministro kadete Schingarev, en una de las conversaciones sostenidas con los delegados de las trincheras, defendió el decreto de Guchkov contra la "excesiva indulgencia" hacia los prisioneros, basándose en las "ferocidades alemanas"; las palabras del ministro no encontraron buena acogida; lejos de ello, la reunión se pronunció decididamente a favor de que se mejorara la situación de los prisioneros. Y estos hombres eran los mismos a quienes los liberales acusaban de salvajismo. Lo que ocurría era que aquellos hombres grises del frente tenían su criterio; reputaban perfectamente licito tomar represalias contra un oficial que injuriaba a los soldados, pero les parecía indigno tomarlas contra un soldado alemán, indefenso por las crueldades reales o supuestas de un Ludendorff. Las normas eternas de la moral no se habían hecho para aquellos campesinos toscos y piojosos.

Las tentativas de la burguesía para apoderarse del ejército determinaron una especie de pugilato entre los liberales y los conciliadores en el congreso de los delegados del frente occidental, que tuvo lugar de los días 7 a 10 de abril. Aquel primer congreso de las tropas del frente había de servir para someter al ejército a una prueba política decisiva, y ambas partes enviaron a Minsk a sus mejores representantes. Del sóviet fueron Tsereteli, Chjeidze, Skóvelev, Gvozdiov; de la burguesía, el propio Rodzianko, el kadete Rodichev y otros. En el teatro de Minsk, abarrotado de gente, reinaba una tensión apasionada, que se derramaba sobre toda la ciudad. Las comunicaciones de los delegados del frente mostraban la realidad. La confraternización corre como reguero de pólvora, los soldados van tomando la iniciativa con una audacia cada vez mayor, el comando no puede ni pensar en medidas represivas. ¿Qué podían decir allí los liberales? Puestos ante aquel auditorio caldeado, renunciaron inmediatamente a la idea de oponer sus consignas a las del sóviet y se limitaron a dar la nota patriótica en los discursos de salutación, no tardando en esfumarse por completo. La batalla fue ganada sin lucha por los demócratas, los cuales no necesitaron conducir a las masas contra la burguesía, sino, por el contrario, contenerlas. En el congreso dominó la consigna de la paz, equívocamente entretejida con la de la defensa de la revolución, a tono con el espíritu del manifiesto del 14 de marzo. La proposición del sóviet acerca de la guerra fue aprobada por 610 votos contra 8 y 46 abstenciones. La última esperanza de los liberales de alzar al frente contra el interior del país, al ejército contra el sóviet, se desvanecía totalmente. Por su parte, los jefes demócratas regresaban del congreso más asustados que satisfechos de su triunfo. Habían visto los espíritus inflamados por la revolución y comprendían que eran impotentes para dominarlos.

Los bolcheviques y Lenin

El día 3 de abril llegó Lenin a Petrogrado, de la emigración. Sólo a partir de ese momento empieza el Partido Bolchevique a hablar en voz alta Y, lo que es más importante, a tener voz propia.

El primer mes de revolución fue para el bolchevismo un período de desconcierto y vacilaciones. En el manifiesto del comité central de los bolcheviques, escrito inmediatamente después de triunfar el movimiento de febrero, se decía: "Los obreros de las fábricas, así como los soldados sublevados, deben elegir de inmediato sus representantes en el gobierno revolucionario provisional." El manifiesto fue impreso en el órgano oficial del sóviet, sin comentarios ni objeciones, como si se tratara de una cuestión académica. Y es que hasta los propios dirigentes bolcheviques atribuían a su consigna un valor meramente demostrativo. No actuaban como representantes de un partido proletario que se dispone a afrontar una lucha imponente por la conquista del poder, sino como el ala izquierda de la democracia que, al proclamar sus principios, se dispone, por un tiempo indeterminado, a actuar como oposición legal.

Sujánov afirma que en la sesión celebrada por el comité ejecutivo el 1 de marzo, sólo se discutieron las condiciones de traspaso del poder. Contra el hecho mismo de la constitución de un gobierno burgués no se alzó ni una sola voz, a pesar de que de los treinta y nueve miembros del comité ejecutivo, once eran bolcheviques y simpatizantes; tres de ellos, Zalutsky, Schliápnikov y Molotov, pertenecían al centro.

Al día siguiente, según cuenta el propio Schliápnikov, de los cuatrocientos diputados presentes en la sesión del sóviet, sólo votaron en contra de la entrega del poder a la burguesía 10, cuando la fracción bolchevique contaba ya con 40. Esta votación se desarrolló en medio de la mayor tranquilidad, en medio de un orden parlamentario perfecto, sin que los bolcheviques formulasen proposición alguna en contra, y sin provocar lucha ni agitación de ninguna clase en la prensa bolchevique.

El 4 de marzo, el buró del comité central votó una resolución acerca del carácter contrarrevolucionario del gobierno provisional y la necesidad de orientarse hacia la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. El comité de Petrogrado, para quien esta resolución no tenía, como así era, más que un valor puramente académico, puesto que no indicaba qué era lo que había que hacerse, enfocó el problema desde el extremo opuesto. "Teniendo en cuenta la resolución acerca del gobierno provisional votada por el sóviet", declara que "no se opone al poder del gobierno provisional en la medida en que..." Era, en esencia, la posición de los mencheviques y socialrevolucionarios, sólo que replegada sobre la segunda línea. Esta posición abiertamente oportunista del comité de Petrogrado no contradecía más que en la forma a la adoptada por el comité central, cuyo carácter académico no significaba más que la resignación política frente al hecho consumado. Esta predisposición a allanarse silenciosamente o con reservas al gobierno burgués no halló, ni mucho menos, una acogida incondicional entre los elementos del partido. Los obreros bolcheviques se estrellaron en el acto contra el gobierno provisional como contra una fortaleza enemiga que se alzase inesperadamente en su camino.

El comité de Viborg celebraba mítines de miles de obreros y soldados, en los que se votaban, casi por unanimidad, resoluciones que hacían resaltar la necesidad de que el

sóviet tomara en sus manos el poder. Dingelstedt, que participó activamente en esta campaña de agitación, atestigua: "No hubo un solo mitin, una sola asamblea obrera que rechazara nuestras proposiciones, si había alguien que se las presentara."

En los primeros días, los mencheviques y los socialrevolucionarios no se atrevían a plantear abiertamente ante el auditorio de obreros y soldados la cuestión del poder tal como ellos la concebían. En vista del éxito que obtuvo la resolución de los obreros de Viborg, fue impresa y fijada en las esquinas como un pasquín. Pero el comité de Petrogrado le puso el veto y los bolcheviques de Viborg no tuvieron más remedio que someterse.

En lo tocante al contenido social de la revolución y a las perspectivas de su desarrollo, la posición de los dirigentes bolcheviques no era menos confusa. Schliápnikov cuenta: "Coincidíamos con los mencheviques en que estábamos atravesando un momento revolucionario que se caracterizaba por la destrucción del régimen feudal, el cual debía ser sustituido por las libertades propias del régimen burgués." En su primer número de *Pravda*, escribía: "La misión fundamental consiste... en la instauración del régimen democrático republicano." En su mandato a los diputados obreros, el comité de Moscú declaraba: "El proletariado aspira a conseguir las libertades necesarias para luchar por el socialismo, que es su objetivo final." La tradicional alusión al "objetivo final" subraya suficientemente la distancia histórica que separaba esta posición del socialismo. Nadie iba más allá. El miedo a rebasar los límites de la revolución democrática dictaba una política expectante, de adaptación y de retirada manifiesta ante las consignas de los conciliadores.

No es difícil comprender la grave repercusión que tenía en provincias esta falta de decisión política por parte del centro. Nos limitaremos a traer aquí el testimonio de uno de los dirigentes de la organización de Sáratov: "Nuestro partido, que había tomado una participación activa en el movimiento revolucionario, había dejado escapar, evidentemente, la influencia que tenía sobre las masas, las cuales. fueron a parar a manos de los mencheviques y los socialrevolucionarios. Nadie sabía cuáles eran las consignas de los bolcheviques... Un cuadro muy poco agradable."

Los bolcheviques de izquierda, empezando por los obreros, hacían cuanto podían por romper el cerco. Pero tampoco ellos sabían cómo hacer frente a los argumentos acerca del carácter burgués de la revolución y de los peligros de aislamiento del proletariado, y se sometían a regañadientes a las orientaciones de la dirección. Las distintas tendencias que se dibujaban en el bolchevismo chocaron con bastante violencia, unas contra otras, desde el primer día, pero sin que ninguna de ellas llevase sus ideas hasta las últimas consecuencias. *Pravda* reflejaba este estado confuso y vacilante de las ideas del partido, sin contribuir en lo más mínimo a armonizarlas. Hacia mediados de marzo se complicó aún más la situación, al llegar del destierro Kámenev y Stalin, que imprimieron un giro francamente derechista a la política oficial del partido.

Kámenev, bolchevique casi desde la fundación del partido, había militado siempre en el ala derecha. No carecía de preparación teórica ni de sentido político y estaba dotado de una gran experiencia de la lucha entre las fracciones rusas del partido y de una reserva considerable de observaciones políticas adquiridas en los países occidentales, todo le cual le permitía asimilarse mejor que muchos otros bolcheviques las ideas de Lenin, pero siempre para darles en la práctica la interpretación más pacifica posible. De él no cabía esperar personalidad en la decisión ni iniciativa en la acción. Kámenev, magnífico propagandista, orador y periodista reflexivo, aunque no brillante, era un elemento de gran valor cuando había que entablar negociaciones con otros partidos o investigar lo que sucedía en otras esferas sociales, bien entendido que de estas excursiones volvía siempre trayendo adherido algo de los medios ajenos. Estos rasgos de Kámenev eran tan claros y

tan patentes, que casi nadie se equivocaba cuando se trataba de juzgar su fisonomía política. Sujánov observaba en él la ausencia de "ángulos agudos": "Hay que llevarle siempre a rastras, y si alguna vez se hace el remolón, no es difícil reducirle." En el mismo sentido se expresa, hablando de él, Stankievich: "La actitud de Kámenev respecto a los adversarios era tan suave, que parecía avergonzarse de la intransigencia de su posición; en el comité era, indudablemente no un enemigo, sino un mero elemento de oposición." A esto poco hay que añadir.

Stalin era un tipo de bolchevique perfectamente distinto, tanto por su formación mental como por el carácter de su trabajo en el partido; su actividad era la de un sólido organizador, teórica y políticamente primitivo. Kámenev, como publicista que era, había pasado una larga serie de años al lado de Lenin en la emigración, donde se concentraba la labor teórica del partido; a Stalin, que era lo que se llama un práctico, sin horizontes teóricos, sin gran interés por los problemas políticos y sin el menor conocimiento de idiomas extranjeros, no había quien lo apartase del solar ruso. Los militantes de este tipo sólo hacían breves escapadas al extranjero, de tarde en tarde, para recibir instrucciones, ponerse de acuerdo sobre la labor que habían de desarrollar y retornar en seguida a Rusia. Stalin se distinguía entre los elementos prácticos por su energía, su tenacidad y su inventiva en las combinaciones entre bastidores. Kámenev, hombre tímido, "se avergonzaba" de las consecuencias prácticas a que llevaba el bolchevismo; Stalin propendía, por el contrario, a sostener sin el menor miramiento ni atenuación las conclusiones prácticas unidas en una mezcla de tenacidad y grosería.

A pesar de esta divergencia tan grande de caracteres, Kámenev y Stalin abrazan, a principios de la revolución, una posición común: no tenía nada de particular, pues se complementaban mutuamente. Concepción revolucionaria sin voluntad revolucionaria es lo mismo que un reloj con el muelle roto: el minutero político de Kámenev iba siempre retrasado con relación a los objetivos revolucionarios. Pero, por otra. parte, la ausencia de una amplia concepción política condena al político de más voluntad a la indecisión ante acontecimientos importantes y complejos. Un empírico como Stalin es terreno abonado para que en él florezcan todas las influencias extrañas, no por flaqueza de la voluntad, sino del pensamiento. Y he aquí cómo un publicista sin voluntad y un organizador sin horizontes teóricos, llevaron en marzo su bolchevismo hasta las puertas mismas del menchevismo. Stalin resultó ser todavía más incapaz que Kámenev para adoptar una posición personal dentro del comité ejecutivo, del que entró a formar parte como representante del partido. En las actas y en la prensa no ha quedado una sola proposición, declaración o protesta en la que veamos a Stalin expresar el punto de vista bolchevique frente a la sumisión de la "democracia" ante el liberalismo. Sujánov dice en sus memorias: "En aquel entonces, los bolcheviques tenían en el comité ejecutivo, además de Kámenev, a Stalin. Durante su modesta actuación dentro del comité ejecutivo producía (y no sólo a mí) la impresión de una mancha gris, que a veces brillaba fugazmente con una luz tenue que no dejaba rastro. Es todo lo que se puede decir de él." Si bien es cierto que subestima Sujánov a Stalin, no puede negarse que caracteriza bastante acertadamente su falta de personalidad política en aquel comité ejecutivo conciliador.

El 14 de marzo, adoptándose por unanimidad el manifiesto *A los pueblos de todo el mundo*, que interpretaba el triunfo de la Revolución de Febrero, según los intereses de la *Entente* y ponía al movimiento revolucionario ruso el cuño socialpatriótico francés. Era, a no dudar, un gran éxito de Kámenev y Stalin, obtenido, evidentemente, sin gran lucha. *Pravda* hablaba de este documento como de "un compromiso consciente entre las distintas tendencias representadas en el sóviet". Hubiera debido añadir que tal compromiso implicaba una franca ruptura con las ideas de Lenin, que en el sóviet nadie defendía.

Kámenev, miembro de la redacción del órgano central en el extranjero; Stalin, miembro del comité central, y Muránov, diputado de la duma, que volvía también de Siberia, destituyeron a la antigua redacción de *Pravda*, por demasiado "izquierdista", y, amparándose en sus derechos, harto problemáticos, asumieron la dirección del periódico a partir del 15 de marzo. En el artículo en que la nueva redacción anunciaba sus propósitos se decía que los bolcheviques apoyarían decididamente al gobierno provisional "en cuanto luchase contra la reacción y la contrarrevolución". Respecto a la guerra, los nuevos dirigentes se pronunciaban de un modo igualmente categórico: mientras el ejército alemán obedezca al káiser, el soldado ruso "deberá permanecer firme en su puesto, contestando a las balas con las balas y a los obuses con los obuses". "Nuestra consigna debe ser: ejercer presión sobre el gobierno provisional con el fin de obligarlo... a tantear la disposición de los países beligerantes respecto de la posibilidad de entablar negociaciones inmediatamente. Entre tanto, todo el mundo debe permanecer en su puesto de combate." Lo mismo las ideas que el modo de formularlas son defensivas hasta la médula. La forma de presionar a un gobierno imperialista, con el fin de "inclinarlo" a una actitud pacifista, era el programa de Kautsky en Alemania, el de Jean Longuet en Francia, el de McDonald en Inglaterra; pero distaba mucho de ser el de Lenin, que predicaba el derrumbamiento del régimen imperialista. Defendiéndose de los ataques de la prensa patriótica, *Pravda* iba todavía más lejos: "Todo derrotismo [afirmaba] o, por mejor decir, lo que la prensa mal informada estigmatizaba bajo la censura zarista con este nombre, desapareció en el momento de aparecer en las calles de Petrogrado el primer regimiento revolucionario." Esto equivalía a romper de lleno con la posición mantenida por Lenin. El "derrotismo" no era, ni mucho menos, una invención de la prensa enemiga amparada por la censura, sino una fórmula de Lenin: "La derrota de Rusia es el mal menor."

Ni la aparición del primer regimiento revolucionario, ni aun el derrumbamiento de la monarquía, modificaba el carácter imperialista de la guerra. "El día en que salió a la calle el primer número de *Pravda* transformada fue [cuenta Schliápnikov] un día de júbilo general para los defensistas. Todo el Palacio de Táurida, desde los hombres del comité de la duma hasta el corazón mismo de la democracia revolucionaria (el comité ejecutivo), estaba absorbido por una noticia: el triunfo de los bolcheviques moderados y razonables sobre los extremistas. En el propio comité ejecutivo nos acogieron con sonrisas burlonas... Cuando este número de *Pravda* se recibió en las fábricas, llevó una completa perplejidad al ánimo de los afiliados y simpatizantes de nuestro partido y una gran alegría a nuestros adversarios... En los suburbios la indignación era inmensa y cuando los proletarios se enteraron de que se habían apoderado de *Pravda* tres compañeros llegados de Siberia, antiguos redactores del periódico, se exigió su exclusión del partido."

Pravda no tuvo más remedio que publicar una enérgica protesta de los obreros de Viborg: "Si el periódico no quiere perder la confianza de los barrios obreros, debe sostener la antorcha de la conciencia revolucionaria, por mucho que moleste a la vista de las lechuzas burguesas." Las protestas de abajo llevaron a la redacción a mostrarse más cauta en la expresión, pero no a modificar la política. Hasta el primer artículo publicado por Lenin, a su llegada del extranjero, pasó por las columnas del periódico sin dejar huellas en la mente de sus redactores. La orientación derechista navegaba a velas desplegadas. "En nuestras campañas de propaganda [cuenta Dingelstedt, representante del ala izquierda] teníamos que tomar en consideración el principio de la dualidad de poder... y demostrar su carácter inevitable a aquella masa de obreros y soldados que en el transcurso de medio mes de vida política intensa se había educado en una concepción completamente distinta de sus tareas."

La política del partido en el resto del país se acomodaba, naturalmente, a la de *Pravda*. En muchos sóviets, las propuestas presentadas acerca de los problemas

fundamentales se votaban por unanimidad; los bolcheviques acataban sin chistar la mayoría. En la Conferencia de los Sóviets de la región de Moscú, los bolcheviques se adhirieron a la resolución presentada por los socialpatriotas respecto a la guerra.

Finalmente, en la conferencia panrusa de representantes de los ochenta y dos sóviets, celebrada en Petrogrado a fines de marzo y principios de abril, los bolcheviques votaron por la resolución oficial acerca del poder que defendió Dan. Esta notable aproximación política a los mencheviques respondía a las tendencias conciliadoras, que ya habían tomado mucho auge. En provincias, bolcheviques y mencheviques formaban parte de organizaciones mixtas. La fracción Kámenev-Stalin iba convirtiéndose cada vez más marcadamente en el ala izquierda de la llamada "democracia revolucionaria" y se plegaba a la mecánica de la "presión" parlamentaria de entre bastidores sobre la burguesía, combinándola con una presión de entre bastidores sobre la democracia.

El centro espiritual del partido residía en el sector del comité central emigrado y en la redacción del órgano central *El Socialdemócrata*. Lenin, ayudado por Zinóviev, llevaba toda la labor de dirección. Las funciones del secretariado, de gran responsabilidad, corrían a cargo de N. Krúpskaya, la mujer de Lenin. Para las funciones prácticas, este pequeño centro se apoyaba en algunas docenas de bolcheviques emigrados. Durante la guerra, la falta de contacto con Rusia tomó caracteres graves, tanto más cuanto más la policía militar de la *Entente* iba apretando su círculo de hierro. La explosión revolucionaria, tan ansiosamente esperada durante largos años, tomó desprevenido al centro bolchevique. Inglaterra se negó categóricamente a dejar entrar en Rusia a los emigrados internacionales, cuya lista llevaba celosamente. Lenin, enjaulado en Zúrich, se desesperaba buscando el modo de evadirse. Entre los cien planes que se forjaron había uno que consistía en hacer el viaje con el pasaporte de un sordomudo escandinavo. Lenin, torturado por esta idea, no desperdiciaba ocasión para hacer oír su voz desde Suiza. Ya el 6 de marzo telegrafía a Petrogrado, vía Estocolmo: "Nuestra táctica: desconfianza absoluta, negar todo apoyo al nuevo gobierno; recelamos especialmente de Kerensky; no hay más garantía que armar al proletariado; elecciones inmediatas a la Duma de Petrogrado; mantenerse bien separados de los demás partidos." En estas primeras instrucciones sólo tenía carácter episódico lo de elecciones a la duma y no al sóviet, y pronto había de quedar eliminado este punto; los demás extremos, concentrados en una forma telegráficamente escueta, señalaban ya de modo perfecto la orientación general de la política leninista.

Simultáneamente, Lenin empieza a enviar a *Pravda* sus *Cartas Desde Lejos*, que, apoyándose en la fragmentaria información de los periódicos extranjeros, hacen un análisis definitivo de la situación revolucionaria. Las noticias de los periódicos extranjeros le permiten llegar en seguida a la conclusión de que el gobierno provisional, directamente apoyado no sólo por Kerensky, sino por Chjeidze, está engañando con bastante éxito a los obreros, haciendo pasar como defensiva la guerra imperialista. El 17 de marzo envía, por conducto de los amigos de Estocolmo, una carta llena de inquietud: "Nuestro partido se cubriría para siempre de oprobio, se suicidaría políticamente, si se dejara llevar por esta añagaza... Preferiría incluso romper de inmediato con quien fuese, dentro de nuestro partido, a hacer concesiones de ningún género al socialpatriotismo..." Después de esta amenaza, aparentemente impersonal, pero dirigida en realidad contra determinadas personas, Lenin advierte: "Kámenev debe comprender que sobre él recae una verdadera responsabilidad histórica." Alude directamente a Kámenev porque se trata de cuestiones políticas de principio. Si se hubiera tratado de problemas prácticos combativos, Lenin habría apuntado de seguro a Stalin. En aquellos momentos, cuando Lenin se esforzaba en hacer llegar a Petrogrado, a través de la Europa humeante, la voz

de su firme voluntad, Kámenev, apoyado por Stalin, viraba resueltamente su proa al socialpatriotismo.

Los planes de evasión a base de maquillaje, pelucas, pasaportes falsos o ajenos iban abandonándose uno tras otro, por irrealizables. De un modo cada vez más perfilado, iba tomando cuerpo la idea de atravesar por Alemania. Este plan asustaba a la mayoría de los emigrados, no sólo a los patriotas. Mártov y otros mencheviques no se decidían a asociarse a aquella descarada ocurrencia de Lenin y seguían llamando inútilmente a las puertas de la *Entente*. Fueron también muchos los bolcheviques que, después de realizado, pusieron reproches a aquel viaje, al encontrarse con que el famoso "vagón precintado" entorpecía un poco sus campañas de propaganda. A Lenin no se le escapaban aquellas posibles dificultades futuras. Poco antes de salir de Zúrich, N. Krúpskaya escribía: "Los patriotas de Rusia pondrán el grito en el cielo naturalmente; hay que disponerse a oír lo que digan." El dilema era éste: o quedarse en Suiza o pasar por Alemania. No había otra salida. ¿Y podía Lenin vacilar ni un solo minuto? Un mes después, ni un día más ni menos, Mártov, Axelrod y otros se veían obligados a seguir su ejemplo.

En la organización de este insólito viaje atravesando un país enemigo en plena guerra se nos revelan los rasgos esenciales de Lenin como político; la intrepidez en el propósito y la previsión cuidadosa en la ejecución. Dentro de este gran revolucionario se albergaba un notario cuidadoso que sabía lo que se traía entre manos y se ponía a levantar acta de un paso que podía contribuir a echar por tierra todas las actas notariales. Aquella especie de tratado internacional concertado entre la redacción del periódico de los emigrados y el imperio de los Hohenzollern contenía las condiciones del paso de éstos por el territorio alemán trazado con exquisita escrupulosidad. Lenin exigió para el viaje de tránsito completa extraterritorialidad; los viajeros cruzarían por Alemania sin que nadie tuviese derecho a pedirles los pasaportes, registrarles los equipajes ni poner el pie en el vagón durante el viaje (de aquí nació la leyenda del "vagón precintado"). Por su parte, los emigrados se comprometían a gestionar una vez en Rusia la liberación de un número igual de prisioneros civiles alemanes y austrohúngaros.

Antes de partir los rusos firmaron con algunos revolucionarlos extranjeros una declaración en los términos siguientes: "Los internacionalistas rusos que se dirigen a Rusia con el fin de ponerse al servicio de la revolución nos ayudarán a levantar a los proletarios de los demás países, sobre todo a los de Alemania y Austria contra sus gobiernos." Así rezaba el acta firmada por Loriot y Guilbraux de Francia; Paul Levy de Alemania; Platten de Suiza; los diputados izquierdistas suecos y algunos otros. Con estas condiciones y cautelas salieron de Suiza a fines de marzo treinta emigrados rusos; aun en tiempos de guerra en que abundaban las municiones potentes, aquellos viajeros eran carga de una fuerza explosiva poco común.

En su carta de despedida a los obreros suizos, Lenin les recordaba la declaración hecha en el otoño de 1915 por el órgano central de los bolcheviques: "Si la revolución rusa lleva al poder a un gobierno republicano que se obstine en proseguir la guerra imperialista, los bolcheviques estarán contra la defensa de la patria republicana. Esta situación se ha producido. Y nuestra consigna es: no queremos nada con un gobierno Guchkov-Miliukov." Con estas palabras Lenin ponía la planta del pie en el territorio de la revolución.

Pero los miembros del gobierno provisional no veían en ello motivo alguno de intranquilidad. Nabokov cuenta: "En una de las sesiones celebradas en marzo por el gobierno provisional, como se hablase en una pausa de los vuelos que iban tomando las propagandas bolcheviques, Kerensky dijo, riéndose histéricamente, como de costumbre: "Aguardad, aguardad a que llegue Lenin, y ya veréis entonces lo que es bueno." Y

Kerensky tenía razón. Sin embargo, los ministros, según Nabokov, no creían que hubiera razón para inquietarse. "Ya el solo hecho de atravesar por Alemania quebrantará hasta tal punto el prestigio de Lenin, que no habrá por qué temerle." Los ministros se mostraban en esto, como en todo, muy perspicaces.

Algunos amigos y discípulos acudieron a recibir a Lenin en Finlandia. "Tan pronto como entramos en el vagón y nos sentamos [cuenta Raskólnikov, joven oficial de la marina y bolchevique], Vladimir Ilich se lanzó sobre Kámenev: '¿Qué diablos estáis escribiendo en *Pravda*? ¡Hemos visto algunos números y os hemos puesto buenos!'..." Tal era el encuentro, después de varios años de separación. Lo cual no quiere decir que no fuese cordial.

El comité de Petrogrado, con ayuda de la organización militar, movilizó a varios miles de obreros y soldados para recibir solemnemente a Lenin. Una división de autos blindados puso a disposición del comité todos los disponibles. El comité decidió acudir a la estación con los autos blindados; la revolución mostraba ya sus simpatías por aquellos monstruos de hierro con los cuales tan útil es poder contar en las calles de una ciudad.

El relato de la recepción oficial, que tuvo lugar en el llamado "salón del zar" de la Estación de Finlandia, es una página muy animada en las voluminosas y casi siempre monótonas memorias de Sujánov. "Lenin, tocado con un gorro redondo de piel, el rostro helado y empuñando un magnífico ramo de flores, entró en el salón del zar o, por mejor decir, se precipitó en él. Al llegar al centro del salón se detuvo ante Chjeidze como si hubiera tropezado con un obstáculo completamente inesperado. Y entonces Chjeidze, sin perder su aspecto sombrío, pronunció el siguiente discurso de 'salutación', que tenía más de prédica moral que de otra cosa, no sólo por el tono, sino también por el espíritu que lo animaba: 'Camarada Lenin: le saludamos al llegar a Rusia en nombre del Sóviet de San Petersburgo y de toda la revolución... Pero entendemos que en la actualidad la principal misión de la democracia revolucionaria consiste en defender nuestra revolución contra todo ataque, tanto de dentro como de fuera... Confiamos en que usted abrazará con nosotros estos mismos fines.' Chjeidze calló. Yo, sorprendido, estaba desconcertado... Pero Lenin sabía muy bien, por lo visto, qué actitud había de adoptar ante aquello. De pie en medio del salón, parecía como si todo lo que estaba ocurriendo allí no tuviera nada que ver con él. Miraba a derecha e izquierda, se fijaba en los que le rodeaban, clavaba los ojos en el techo, arreglaba su ramo de flores, que armonizaba muy mal con su figura, y después, volviendo completamente la espalda a la delegación del comité ejecutivo, 'contestó' del modo siguiente: 'Me siento feliz al saludar en vosotros a la revolución rusa triunfante, al saludaros como a la vanguardia del ejército proletario internacional... No está lejos ya el día en que, respondiendo al llamamiento de nuestro camarada Carlos Liebknecht, los pueblos volverán las armas contra sus explotadores capitalistas... La revolución rusa, hecha por vosotros, ha iniciado una nueva era'."

Sujánov tenía harta razón: el ramo de flores armonizaba mal con la figura de Lenin, le estorbaba y cohibía, indudablemente, desentonando sobre el fondo severo de los acontecimientos que se estaban desarrollando. A Lenin no le agradaban las flores en ramo. Pero todavía tenía que cohibirle mucho más aquella hipócrita recepción oficial celebrada en el salón regio. Chjeidze valía más que su discurso de salutación. A Lenin le temía un poco. Pero le hablan advertido, sin duda, que era menester hacer entrar en razón, desde el principio, a aquel "sectario". Para completar el discurso de Chjeidze, que demuestra el lamentable nivel de los que dirigían la política, a un joven comandante de la escuadra, que habló en nombre de los marineros, se le ocurrió expresar el deseo de que Lenin entrase a formar parte del gobierno provisional. Así era como la Revolución de Febrero, endeble, verbosa y un poco simple también, recibía a un hombre que llegaba con el firme propósito de ponerse al frente de ella con el pensamiento y la acción. Estas primeras impresiones,

que duplicaban el sentimiento de inquietud que ya traía consigo Lenin, provocaron en él una indignación difícil de contener. Había que poner manos a la obra inmediatamente. En la Estación de Finlandia, al volver la espalda a Chjeidze para volverse de cara a los marineros y a los obreros, al abandonar la defensa de la patria para apelar a la revolución mundial y trocar e1 gobierno provisional por Liebknecht, Lenin anticipaba como en un pequeño ensayo la que había de ser toda su política ulterior.

A pesar de todo, aquella revolución, un poco chapucera, recibió inmediatamente en sus brazos al líder con efusión. Los soldados exigieron que Lenin se subiera a uno de los autos blindados, y Lenin no tuvo más remedio que complacerles. Las sombras de la noche daban a aquel desfile un carácter imponente. Todos los autos blindados llevaban las luces apagadas, y el reflector del automóvil en que iba Lenin hendía las tinieblas. La luz recortaba sobre las sombras de la calle a la masa de obreros, soldados y marineros que habían hecho una magna revolución, pero dejándose arrebatar el poder de las manos. La música militar dejó de tocar varias veces durante el trayecto para que Lenin pudiese repetir su discurso de la estación, en diversas variantes, ante un auditorio siempre nuevo: "Fue una recepción triunfal y brillante [dice Sujánov] y hasta muy simpática."

En el palacio de la Kshesínskaya, cuartel general bolchevique, en el nido de sedas de una bailarina palaciega (mezcolanza fortuita que había de regocijar la ironía siempre despierta de Lenin), empezaron de nuevo los discursos ditirámbicos con la impaciencia con que un transeúnte acuciado espera que pase la lluvia, refugiado en un portal. Le satisfacía el júbilo sincero que producía su llegada, pero le irritaba esta alegría grandilocuente. El tono de los saludos oficiales le parecía afectado, imitación del de la democracia pequeño burguesa, declamatorio, falso y sentimental. Veía que la revolución, antes de terminar sus tareas y trazarse el camino que había de seguir, había creado ya una etiqueta propia y fatigosa. Lenin se sonreía con una sonrisa que tenía su parte de bondad y de reproche, miraba el reloj Y, de vez en cuando, bostezaba seguramente. Apenas se habían disipado las palabras de este último saludo cuando el insólito viajero lanzó sobre el auditorio el torrente de sus ideas apasionadas, que no pocas veces restallaban como latigazos. Por aquel entonces, los bolcheviques no se servían aún del arte de la taquigrafía. Nadie tomaba notas, todos estaban excesivamente pendientes de lo que sucedía. Aquel discurso de Lenin no se ha conservado; no quedó más huella de él que la impresión general que dejó en el recuerdo de los que le oyeron. Además, el tiempo se ha encargado de refundirlo, añadiendo entusiasmo y quitando miedo. Pues en realidad la impresión fundamental del discurso, aun en los más allegados, fue de eso, de miedo. Todas las fórmulas habituales que se creían arraigadas, a fuerza de repetirse durante un mes seguido, se veían destruidas una tras otra ante los ojos del auditorio. La breve réplica de Lenin en la estación, lanzada por encima de los hombros del estupefacto Chjeidze, se desarrollaba ahora en un discurso de dos horas destinado directamente a·los militantes bolcheviques petersburgueses.

Sujánov se hallaba allí por casualidad, en calidad de invitado, gracias a la condescendencia de Kámenev. Lenin no podía soportar aquellas amabilidades. Pero, gracias a esta circunstancia, contamos con un relato mitad hostil y mitad entusiasta del primer encuentro de Lenin con los bolcheviques de Petrogrado, hecho por un observador ajeno al partido.

"No olvidaré nunca aquel discurso, parecido a un trueno, que me conmovió y asombró, y no sólo a mí, hereje que había penetrado allí sin derecho a entrar, sino a todos los ortodoxos. Puedo afirmar que nadie esperaba nada parecido. Diríase que habían salido de su cubil todos los elementos y que el espíritu de la destrucción uniera, arrollando sin miramientos, las barreras, las dudas, las dificultades, los cálculos, cerniéndose sobre la sala de la Kshesínskaya por encima de las cabezas de los discípulos hechizados."

Para Sujánov, las dificultades y los cálculos consistían principalmente en las vacilaciones del pequeño círculo de redacción de *Novaya Yizn*, mientras tomaban el té en casa de Máximo Gorki. Los cálculos de Lenin eran más profundos. Y no eran los elementos precisamente los que tronaban sobre la sala, sino el pensamiento de un hombre que no se arredraba ante elementos y se esforzaba en comprenderlos con el fin de dominarlos. Pero es igual: la impresión está dada con bastante relieve.

"Cuando me puse en camino con los camaradas [dijo Lenin, según Sujánov], me figuré que desde la estación me llevarían directamente a la Fortaleza de Pedro y Pablo. Como vemos, no hay nada de eso. Pero no perdamos la esperanza." Mientras que para los demás los derroteros de la revolución tendían a reforzar la democracia, para Lenin la perspectiva inmediata conducía a la Fortaleza de Pedro y Pablo. Aquello parecía una broma de mal gusto. Pero no. Lenin, y con él la revolución, no estaban para bromas. Sujánov se queja: "Rechaza la reforma agraria por la vía legislativa lo mismo que todo el resto de la política del sóviet. Proclama la confiscación organizada de la tierra por los campesinos inmediatamente..., cualquiera sea el poder del estado."

"¡No tenemos necesidad de una república parlamentaria, no tenemos necesidad de una democracia burguesa, no tenemos necesidad de ningún gobierno fuera de los sóviets de diputados obreros, soldados y jornaleros agrícolas!"

Al mismo tiempo, Lenin se delimitaba netamente de la mayoría soviética, arrojándola en el campo de los adversarios. "¡En ese momento no hacía falta más para que los oyentes sufriesen vértigo!"

"Únicamente la izquierda de Zimmerwald preside la defensa de los intereses proletarios y de la revolución mundial [exclama Sujánov, traduciendo con indignación las ideas de Lenin]. Los otros son siempre los mismos oportunistas que pronuncian hermosas palabras, pero en realidad... traicionan la causa del socialismo y de las masas obreras."

"Se arrojó resuelto sobre la táctica precedentemente aplicada por los grupos dirigentes del partido y ciertos camaradas antes de su llegada", añade Raskólnikov a las observaciones de Sujánov.

"Aquí estaban presentes los más responsables militantes del partido. Pero, también para ellos, el discurso de Lenin era una verdadera revelación. Trazó un Rubicón entre la táctica de la víspera y la del día." El Rubicón, como veremos, no fue trazado de un solo golpe.

No hubo siquiera debate sobre el informe: todos estaban demasiado aturdidos y cada uno necesitaba ordenar un poco sus pensamientos. "Salí a la calle [termina Sujánov]; mi sensación era haber recibido, esa noche, golpe tras golpe sobre la cabeza. Una sola cosa era clara: no, yo no seguiría jamás el camino de Lenin." ¡Estamos seguros! Al día siguiente, Lenin presentó al partido una breve exposición escrita de sus ideas, que llegó a ser uno de los más importantes documentos de la revolución, bajo la denominación de "Tesis de abril". Las tesis expresaban pensamientos, en términos simples y accesibles a todos: "La república salida de la Revolución de Febrero no es nuestra república, y la guerra que ella sostiene no es nuestra guerra. La tarea para los bolcheviques es derribar el gobierno imperialista. Pero éste se mantiene gracias al apoyo de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, quienes se apoyan sobre la confianza de las masas populares. Nosotros estamos en minoría. En estas condiciones no se puede ni siquiera hablar del empleo de la violencia por nuestra parte. Hay que enseñar a la masa a desconfiar de los conciliadores y defensistas. Hay que explicar la situación pacientemente. El éxito de esta política, impuesta por la situación, es seguro y nos conducirá a la dictadura del proletariado, y con ella a la superación del régimen burgués. Romperemos completamente con el capital, publicaremos sus tratados secretos y

llamaremos a los obreros de todo el mundo a romper con la burguesía y a terminar con la guerra. Nosotros iniciamos la revolución internacional. Sólo el triunfo de esta revolución consolidará la nuestra Y asegurará el pasaje al régimen socialista."

Las tesis de Lenin fueron publicadas en su nombre, y solamente en su propio nombre. Las instituciones centrales del partido las acogieron con una hostilidad que moderaba solamente la estupefacción. Nadie, ni persona, ni organización, ni·grupo, añadió su firma. El mismo Zinóviev, que había llegado junto con Lenin del extranjero, donde su pensamiento, durante diez años, se habla formado bajo la influencia directa y cotidiana de Lenin, se apartaba en silencio. Y ese alejamiento no fue sorprendente para el maestro. quien conocía demasiado bien a su más próximo discípulo. Si Kámenev era un propagandista divulgador, Zinóviev era un agitador, según la propia expresión de Lenin, incluso no era más que eso. Para ser un líder, a Zinóviev le faltaba demasiado el sentido de la responsabilidad, aunque no sólo de eso carecía. Desprovisto de disciplina interior, su pensamiento era por completo incapaz de trabajar teóricamente y se disolvía en la deforme intuición del agitador. Gracias a un olfato excepcionalmente sutil, él tomaba siempre al vuelo, las fórmulas necesarias, es decir, aquellas que ayudaban a una más efectiva acción de las masas. Y como periodista y como orador, seguía siendo invariablemente un agitador, con la diferencia de que en sus articulas mostraba sobre todo sus lados flacos, tanto como en sus discursos los lados fuertes le arrebataban. Mucho más audaz y desenfrenado en la agitación que cualquiera de los bolcheviques, era, sin embargo, menos capaz que Kámenev de tomar una iniciativa revolucionaria. Era irresoluto como todos los demagogos. Habiendo desaparecido los conflictos de facciones, a raíz de la lucha de las masas, Zinóviev se separaba casi involuntariamente de su maestro.

En estos últimos años, las tentativas no han sido poco numerosas para demostrar que la crisis de abril del partido había sido un extravío pasajero y casi accidental. ¡Todo esto se hundió al primer contacto con los hechos!

Lo que nosotros sabemos de la actividad del partido durante el mes de marzo nos demuestra una contradicción profunda entre Lenin y la dirección petersburguesa. Justo en el momento de la llegada de Lenin, la contradicción había llegado a su más alta tensión. Al mismo tiempo que sesionaba la conferencia panrusa representando a ochenta y dos sóviets, donde Kámenev y Stalin votaban una resolución por la cual se depositaba el poder en los socialrevolucionarios y en los mencheviques, tenía lugar en Petrogrado la conferencia del partido, compuesta por bolcheviques llegados desde todos los puntos de Rusia. Para caracterizar las tendencias y las opiniones del partido, o más exactamente de su capa superior, tal como se vio después de la guerra, y a la cual llega Lenin cuando la conferencia terminaba, presenta un interés tremendamente excepcional. La lectura de las exposiciones verbales, no publicadas hasta hoy, llama más de una vez al asombro: ¿Está bien representado el partido por esos delegados que, siete meses más tarde, tomarán el poder con mano de hierro?

Un mes había pasado después de la insurrección: era un largo periodo para una guerra como para una revolución. No obstante, en el partido, las opiniones no estaban todavía clasificadas sobre las cuestiones más esenciales de la revolución. Los patriotas extremos, tales como Voitinsky, Eliav y otros participaron en la conferencia al lado de los que se consideraban internacionalistas. El porcentaje de los patriotas declarados, aunque incomparablemente pocos con relación a los mencheviques, era, sin embargo, importante. La conferencia, en su reunión, no resolvió la cuestión: la escisión de los patriotas o la unión con los patriotas mencheviques. En el curso de un cuarto intermedio de la sesión de la conferencia bolchevique tuvo lugar una reunión entre mencheviques y bolcheviques y delegados de la conferencia de los sóviets, para discutir el tema de la guerra. Líber, el más fogoso menchevique patriota, declaró en la oportunidad: "La

distinción hecha entre bolcheviques y mencheviques debe ser descartada y solamente debemos hablar de nuestra actitud con respecto a la guerra.” El bolchevique Voitinsky no tardó en proclamar que estaba dispuesto a firmar todo lo dicho por Liber. Todos, bolcheviques y mencheviques, patriotas e internacionalistas, buscaron una fórmula común expresando su actitud acerca de la guerra.

Las opiniones de la conferencia bolchevique encontraron indubitablemente su expresión más adecuada en el informe de Stalin sobre la actitud frente al gobierno provisional. Es indispensable citar aquí la idea central del informe que, hasta el presente, no ha sido publicado en ninguna parte: “El poder está repartido entre dos órganos y ninguno de los dos lo posee totalmente. Las fricciones y la lucha entre ellos existen y deben existir. Los roles están repartidos. El sóviet ha tomado de hecho la iniciativa de las transformaciones revolucionarias; el sóviet es el líder revolucionario del pueblo sublevado y el órgano controlador es el gobierno provisional. Pero éste ha tomado de hecho la tarea de consolidar las conquistas del pueblo revolucionario. El sóviet moviliza las fuerzas y ejerce su control. El gobierno provisional resiste y traba, tomando el rol de consolidador de las conquistas que el pueblo tiene ya efectivamente hechas. Esta situación tiene lados negativos, mas, tiene también los positivos: nosotros no obtendremos por ahora beneficios de forzar la marcha de los acontecimientos, acelerando el proceso de repulsión de las altas capas burguesas que, inevitablemente, deberían desligarse de nosotros.”

Las relaciones entre la burguesía y el proletariado son diseñadas por el informante (que se sitúa por encima de las clases) como una simple división del trabajo. Los obreros y los soldados realizan la revolución. Guchkov y Miliukov la “consolidan”. Nosotros reconocemos en esto la concepción tradicional del menchevismo, inexactamente copiada de los acontecimientos de 1789. Esos son los líderes del menchevismo que se caracterizan por su actitud de inspectores ante el proceso histórico, y de distribuir las tareas a las clases diversas como de criticar con tono protector su ejecución.

La idea de que no es conveniente acelerar el desplazamiento de la burguesía hacia la contrarrevolución fue siempre el criterio supremo de toda la política del menchevismo. Esto, en 1a práctica, significaba debilitar y entumecer el movimiento de las masas para no asustar a los aliados liberales. Finalmente, las conclusiones de Stalin respecto al gobierno provisional entran de lleno en la fórmula equívoca de los conciliadores: “Hay que apoyar al gobierno provisional en la medida en que éste consolide los avances de la revolución; por el contrario, no se le deberá apoyar en aquello que sea contrarrevolucionario.”

El informe de Stalin fue presentado el día 29 de marzo. Al día siguiente, el informante oficial de la conferencia de los sóviets, el socialdemócrata sin partido Steklov, al defender aquel criterio de apoyo condicionado al gobierno provisional, trazaba, arrastrado por la elocuencia, un cuadro tal de la actuación de estos “consolidadores” de la revolución (resistencia a las reformas sociales, tendencias monárquicas, protección a las fuerzas contrarrevolucionarias, apetitos anexionistas), que la conferencia de los bolcheviques, inquieta, hubo de abandonar la fórmula de apoyo. El bolchevique de derecha, Noguín, declaró: “El informe de Steklov ha aportado nuevos elementos de juicio; claro está que ahora no se puede ya hablar de apoyo, sino, por el contrario, de oposición.” Skripnik llegaba también a la conclusión de que, después del informe de Steklov, “las cosas han cambiado mucho; ya no se puede hablar de apoyar al gobierno provisional; nos hallamos en presencia de un compló tramado por este contra el pueblo y la revolución”. Stalin, un día antes de que trazara aquel cuadro idílico de “división de trabajo” entre el gobierno provisional y el sóviet, se vio obligado a suprimir el artículo relativo al apoyo. Se promovieron unos cuantos debates breves y superficiales en torno de la cuestión de

saber si debía apoyarse al gobierno provisional "en la medida en que...", o sólo sus actos revolucionarios. Vasíliev, delegado de Sáratov, declaró, no sin fundamento: "Respecto al gobierno provisional, tenemos todos una misma actitud". Krestinsky formuló la situación de un modo todavía más claro: "Entre Stalin y Voitinsky no hay discrepancias, por lo que a la actuación práctica se refiere." Krestinsky no estaba del todo falto de razón, a pesar de que Voitinsky se pasó a los mencheviques inmediatamente después de la conferencia; Stalin suprimió la alusión al apoyo, pero el apoyo como tal quedó en pie. El único que intentó plantear la cuestión desde el punto de vista de los principios fue Krasikov, uno de aquellos viejos bolcheviques que habían estado apartados del partido durante una serie de años y que ahora intentaba retornar a sus filas, cargado con el peso de la experiencia de la vida. Krasikov no se asustó de llamar a las cosas por su nombre: "¿Es que os disponéis, acaso, a instaurar la dictadura del proletariado?", preguntaba irónicamente. Pero la conferencia pasó por alto la ironía y, con ello, la pregunta, como cosa poco digna de atención. La resolución votada por la conferencia invitaba a la democracia revolucionaria a impulsar al gobierno provisional "a luchar con todas sus fuerzas por liquidar de raíz el viejo régimen"; es decir, que reservaba al partido proletario el papel de institutriz de la burguesía.

Al día siguiente se deliberó acerca de la proposición presentada por Tsereteli sobre la unión de los bolcheviques y mencheviques. Stalin acogió la proposición con toda simpatía: "Debemos acceder a lo solicitado. Es necesario que definamos nuestro punto de vista acerca de la unificación. Esta podrá realizarse sobre las bases de Zimmerwald-Kienthal." Molotov, separado por Kámenev y Stalin de *Pravda* a causa de la orientación excesivamente radical que imprimía al periódico, objetó que Tsereteli pretendía unir a elementos heterogéneos, él mismo se decía también zimmerwaldiano, y que la unión así concebida sería un error. Pero Stalin insistía en su idea: "No hay por qué adelantarse [decía] y hablar de discrepancias. Sin discrepancias no hay vida en el partido. Dentro del partido solucionaremos las pequeñas discrepancias." Se diría que toda la lucha sostenida por Lenin contra el socialpatriotismo y su máscara pacifista durante los años de la guerra había sido completamente inútil.

En septiembre de 1916, Lenin escribía a Petrogrado con gran insistencia, por medio de Schliápnikov: "El espíritu conciliador y las tendencias unificadoras es lo más nocivo que pueda existir para el partido obrero en Rusia; es, no sólo una idiotez, sino la ruina del partido... Sólo podemos fiarnos de los que han sabido comprender todo el engaño que se encierra en la idea de unidad y la necesidad de romper con toda esa cofradía (con Chjeidze y compañía) en Rusia." Pero esta advertencia pasó desapercibida. Las discrepancias con Tsereli, director del bloque del sóviet, eran presentadas por Stalin como pequeñas desavenencias que se podían eliminar dentro del partido unificado. Este criterio es el que refleja las ideas de Stalin en aquel entonces.

El 4 de abril, Lenin se presenta en el congreso del partido.

Su discurso en que comenta las tesis pasa sobre los trabajos de la conferencia, como la esponja húmeda del maestro que borra cuanto un escolar confundido ha escrito sobre el encerado. "¿Por qué no se ha tomado el poder?". pregunta Lenin. Poco antes, Steklov había explicado confusamente, en la conferencia del sóviet, los motivos por los cuales se abstuvieron de tomar el poder: la revolución burguesa, la "primera etapa", la guerra, etc. "Necedades [declara Lenin]. La única razón es que el proletariado no es lo bastante consciente todavía ni está suficientemente organizado. El proletariado detenta la fuerza material; pero allí está la burguesía, consciente y preparada. Es un hecho monstruoso, pero hay que reconocerlo franca y abiertamente y decir al pueblo que si no ha tomado el poder ha sido por su desorganización y la falta en él de una conciencia clara."

Lenin sacó el problema del falso objetivismo en que se atrincheraban los que habían capitulado políticamente, para situarlo en el terreno subjetivo. El proletariado no había tomado el poder en febrero porque el partido de los bolcheviques no estuvo a la altura de su misión objetiva y no pudo impedir que los conciliadores expropiaran políticamente a las masas del pueblo en provecho de la burguesía. Todavía el día anterior, el abogado Krasikov lanzaba este desafío:' "Si entendemos que ha llegado el momento de implantar la dictadura del proletariado, hay que plantear la cuestión así. La fuerza física, en el sentido de la toma del poder, está indudablemente con nosotros." Al llegar aquí, el presidente quitó la palabra a Krasikov alegando que se estaban discutiendo objetivos prácticos y que el problema de la dictadura no estaba en discusión. Pero Lenin estimaba que la única cuestión práctica era precisamente la de preparar la dictadura del proletariado. "La característica del momento actual en Rusia [decía en sus tesis] consiste en el tránsito de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado de la organización y la claridad de conciencia necesarias, a la segunda, que deberá entregar el poder al proletariado y a los campesinos pobres."

La conferencia bolchevique, siguiendo las huellas de *Pravda,* circunscribía los objetivos de la revolución a las reformas democráticas realizables por medio de la asamblea constituyente. Lenin, por el contrario, declaraba: "La vida y la revolución relegan la asamblea constituyente a último plano... La dictadura del proletariado existe, pero no se sabe qué hacer con ella."

Los delegados se interrogaban con la mirada. Unos a otros se decían que Vladimir Ilich, eternizado en el extranjero, no habla visto las cosas de cerca, no lograba discernirlas. Pero el informe de Stalin acerca de una sabia división del trabajo entre el gobierno provisional y el sóviet se hundió de golpe y para siempre en el pasado insondable. Stalin, después de aquello, selló los labios. Se estará largo tiempo callado. Sólo Kámenev continuará defendiéndose.

Ya desde Ginebra, Lenin advertía en sus cartas que estaba dispuesto a romper con todo el que hiciera la menor concesión sobre la cuestión de la guerra, del chovinismo o de una conciliación con la burguesía. Ahora, puesto frente a frente con el sector dirigente del partido, se lanza al ataque en toda la línea. Pero, por el momento, no menciona por el nombre a ningún bolchevique. Si tiene necesidad de aludir a algún ejemplo vivo de falsedad o equívoco, señala con el dedo a los sin partido. Steklov o a Chjeidze.

A propósito del manifiesto del sóviet *A los pueblos de todo el mundo*, que dio pretexto al *Riech*, periódico liberal, para declarar que el pacifismo ruso confluía con la ideología de nuestros aliados, Lenin se expresa todavía con más precisión y de un modo más contundente: "Lo que caracteriza a Rusia es una transición a paso gigantesco de una opresión salvaje a la más sutil impostura." "Si llega a las grandes masas (de Occidente) [escribía Stalin en relación al manifiesto], esta llamada logrará que centenares y miles de obreros vuelvan a agruparse en torno a la consigna olvidada de: '¡Proletarios de todos los países, uníos!'" "En el manifiesto del sóviet [objeta Lenin] no hay ni una palabra impregnada de conciencia de clase. ¡Pura fraseología!"

El documento, que tanto halagaba la estrechez mental de estos zimmerwaldianos, sólo era para Lenin uno de los instrumentos de la "impostura más sutil".

Antes de llegar Lenin, *Pravda* no hablaba por lo general de la izquierda zimmerwaldiana. Al referirse a la Internacional no indicaba concretamente cuál. Esto era lo que Lenin calificaba de "kautskysmo" de *Pravda*. "En Zimmerwald y Kienthal [declaraba en la conferencia del partido] prevaleció el centro... Nosotros declaramos que constituíamos la izquierda y rompimos con el centro. Las tendencias de la izquierda zimmerwaldiana existen en todos los países del mundo. Las masas deben comprender que el socialismo se ha escindido en el mundo entero..."

Tres días antes Stalin proclamaba en aquella misma asamblea que estaba dispuesto a liquidar las discrepancias de criterio con Tsereteli sobre las bases de Zimmerwald-Kienthal, es decir, sobre las bases del "kautskysmo". "He oído decir que en Rusia hay una tendencia unificadora [decía Lenin], unirse con los defensistas es traicionar el socialismo. A mi juicio vale más quedarse solo, como Liebknecht. ¡Uno contra ciento diez!" La acusación de traición al socialismo, por ahora sin mencionar nombres, es algo más que una "palabra fuerte", expresa íntegramente la actitud de Lenin frente a los bolcheviques que tendían una mano a los socialpatriotas. Al contrario de Stalin, que juzgaba posible la unión con los mencheviques, Lenin considera inadmisible seguir compartiendo con ellos el nombre de socialdemócratas. "Hablando a título personal propongo [dice] que modifiquemos el nombre del partido, llamándolo Partido Comunista." "A título personal" quería decir que ninguno de los miembros en la conferencia estaba de acuerdo con aquel gesto simbólico de ruptura definitiva con la II Internacional.

"¿Teméis traicionar los viejos recuerdos? [dice el orador a los delegados, confusos, perplejos, algunos indignados]. Ha llegado el momento de cambiar de ropa interior, el momento de quitarse la camisa sucia y ponerse otra limpia." E insiste nuevamente: "No os aferréis a un viejo término que está enteramente podrido. Si queréis construir un nuevo partido..., todos los oprimidos vendrán a vosotros."

La magnitud de las tareas por iniciar, la confusión ideológica que reina en las propias filas, la idea fija del tiempo precioso, estúpidamente malgastado en recepciones, felicitaciones, resoluciones rituales, arranca un grito al orador: "Basta de felicitaciones y de resoluciones; es hora ya de poner manos a la obra, de entregarse a un trabajo eficaz y reflexivo."

Una hora: después Lenin, en la reunión general de bolcheviques y mencheviques ya convocada, se veía obligado a repetir su discurso que a la mayoría de los oyentes pareció algo así como una burla o un delirio. Los más condescendientes se alzaban de hombros. Ese hombre ha caído de la luna: ¡apenas se ha apeado en la Estación de Finlandia, después de una ausencia de diez años y predica la toma del poder por el proletariado! Los patriotas más malévolos recordaban lo del "vagón precintado". Stankievich atestigua que el discurso de Lenin llenó de alegría a sus adversarios: "Un hombre que dice tales barbaridades no es peligroso. Está bien que se haya venido para ponerse en evidencia ante todo el mundo... El mismo se refuta."

Sin embargo, a pesar de toda su audacia revolucionaria, a pesar de la decisión inflexible de romper incluso con los que antes habían compartido sus ideas, compañeros de lucha de muchos años, si no eran capaces de marchar con la revolución, el discurso de Lenin, en que todas las partes guardan un equilibrio armónico, está impregnado de un profundo realismo y de un sentido inequívoco de la masa.

Precisamente por esto tenía que parecerles fantástico a aquellos demócratas que se deslizaban por la superficie. Los bolcheviques representan una pequeña minoría en los sóviets y Lenin piensa en tomar el poder. ¿No es esto espíritu de aventura? No había ni sombra de esto en la forma en que Lenin planteaba la cuestión. Ni por un minuto cierra los ojos ante la existencia de una "honesta" mentalidad de defensa nacional en las grandes masas.

Sin fundirse con ellas, no se dispone a actuar a sus espaldas. "Nosotros no somos unos charlatanes [dice, saliendo al paso de futuras objeciones y acusaciones], sólo debemos apoyarnos en la conciencia de las masas. No importa que nos veamos obligados a estar en minoría. Si es así, vale la pena renunciar por algún tiempo al papel de dirigentes; es necesario no temer quedarse en minoría." ¡No temamos quedarnos en minoría, aunque

ésta sea sólo de uno contra ciento diez!, como Liebknecht. He aquí el *leimotiv* de todo el discurso.

"El verdadero gobierno es el sóviet de diputados obreros... En el sóviet, nuestro partido está en minoría... ¡Nada se puede hacer! No tenemos más remedio que explicar pacientemente, con insistencia, de un modo sistemático, la aberración de su táctica."

"En la conferencia de unificación [cuenta Sujánov] Lenin fue la encarnación viva de la escisión... Recuerdo a Bogdanov (menchevique destacado) sentado a dos pasos de la tribuna de los oradores. "Esto es un delirio [decía, interrumpiendo a Lenin], ¡es el delirio de un loco! ... Es una vergüenza que se aplauda este galimatías [gritaba, lívido de indignación y de desprecio, dirigiéndose al auditorio]: ¡os deshonráis!"

Un antiguo miembro del comité central bolchevique, Goldenberg, que en aquel entonces se hallaba fuera del partido, enjuició en el debate las tesis de Lenin en estos términos despectivos: "El puesto de Bakunin en la revolución rusa, vacante durante tantos años, viene a ocuparlo ahora Lenin."

"Su programa [escribe, a la vuelta de algún tiempo, el socialrevolucionario Zenzínov] fue entonces acogido más con burla que con indignación. Tan estúpido y quimérico parecía."

Aquel mismo día por la noche, en una entrevista que tuvieron dos socialistas con Miliukov, preliminar de la comisión de enlace, salió el tema de Lenin. Skóvelevlo considera "un hombre completamente gastado que se halla al margen del movimiento". Sujánov hizo suya la opinión de Skóvelevy añadió que Lenin era "tan indeseable para todo el mundo que en ese momento no significaba ningún peligro para mi interlocutor Miliukov". Y, sin embargo, en aquella conversación los papeles se repartían exactamente tal y como lo había previsto Lenin: los socialistas salvaguardan la tranquilidad del liberal contra los quebraderos de cabeza que pudiera causarle el bolchevismo.

Los rumores de que todo el mundo tenía a Lenin por un mal marxista llegaron hasta el embajador británico. "Entre los anarquistas que han llegado del extranjero [escribía Buchanan] está Lenin, que ha venido de Alemania en un vagón precintado. Lenin se mostró públicamente por primera vez en una reunión del Partido Socialdemócrata, y ha sido mal acogido."

El que más indulgente se mostró en aquellos días con Lenin fue seguramente Kerensky, que, inesperadamente, declaró en el círculo de los miembros del gobierno provisional que tenía la intención de visitar a Lenin, y respondiendo a las preguntas de sus asombrados interlocutores: "Verdaderamente vive completamente aislado, no sabe nada, lo ve todo a través de los lentes de su fanatismo, no tiene nadie a su lado que pueda orientarle acerca de lo que pasa."

Tal es el testimonio de Nabokov. Pero Kerensky no dispuso de tiempo para ir a orientar a Lenin "acerca de lo que pasa."

Las tesis de Lenin de abril no sólo provocaron la estupefacta indignación de los enemigos y adversarios, sino que empujaron a una cierta cantidad de viejos bolcheviques al campo del menchevismo o al de aquel grupo intermedio que se congregaba en torno al periódico de Gorki. Esta evasión no tuvo una importancia política seria.

Incomparablemente más importante fue la impresión que la actitud de Lenin produjo a todo el sector dirigente del partido. "En los primeros días que siguieron a su llegada [dice Sujánov], su completo aislamiento de todos los compañeros conscientes del partido no ofrece la menor duda." "Incluso sus camaradas, los bolcheviques, desorientados [confirma el socialrevolucionario Zenzínov], le volvieron la espalda."

Los autores de estas referencias se veían a diario con los dirigentes bolcheviques en el comité ejecutivo y tenían informaciones de primera mano. Tampoco faltan idénticos testimonios de las filas bolcheviques. "Cuando aparecieron las tesis de Lenin [recordaba

más tarde Zichón, esfumando considerablemente las tintas, como la mayoría de los viejos bolcheviques desorientados en el momento de la Revolución de Febrero], en nuestro partido se notaron algunas vacilaciones. Muchos camaradas entendían que Lenin tenía desviaciones sindicalistas, que habla perdido el contacto con la realidad rusa, que no tenía en cuenta el momento presente", etc. Uno de los militantes bolcheviques, con prestigio en el interior, Lebedev, escribe: "Después de la llegada de Lenin a Rusia, su posición (en un principio no comprendida totalmente por nosotros, bolcheviques), que parecía utópica y se explicaba por su largo alejamiento de la vida rusa, fue poco a poco asimilada y se hizo, por así decirlo, carne y sangre en nosotros."

Zaleski, miembro del comité de Petrogrado y uno de los organizadores de la recepción, se expresa en forma más clara: "Las tesis de Lenin cayeron como una bomba." Zaleski confirma categóricamente el completo aislamiento de Lenin después de una recepción tan calurosa e imponente. "En aquel día (4 de abril) el camarada Lenin no encontró un partidario declarado ni aun dentro de nuestras filas."

Sin embargo, todavía es más importante el testimonio de *Pravda*. El 8 de abril, cuatro días después de publicarse las tesis, cuando había ya la posibilidad de explicar y de comprenderse, la redacción de *Pravda* decía: "Por lo que se refiere al esquema general del camarada Lenin, lo juzgamos inaceptable, en cuanto él presenta como acabada la revolución democrático-burguesa y se orienta en el sentido de transformarla inmediatamente en revolución socialista." Como se ve, el órgano central del partido declaraba abiertamente ante la clase obrera y ante sus enemigos su desacuerdo con el jefe universalmente reconocido del partido sobre el problema fundamental de la revolución, para la cual habían estado preparándose durante tantos años los cuadros bolcheviques. Basta esto para apreciar en toda su profundidad la crisis del partido en el mes de abril, crisis que se produjo como resultado del choque de dos líneas inconciliables. De no haberse vencido esta crisis, la revolución no hubiera podido seguir adelante.

El rearme del partido

¿Cómo se explica el aislamiento excepcional de Lenin a principios de abril? ¿Cómo pudo llegarse a semejante situación? ¿Y cómo se consiguió el rearme de los cuadros bolcheviques?

Desde 1905, el Partido Bolchevique dirigió la lucha contra la autocracia con la consigna de "dictadura democrática de obreros y campesinos". Esta consigna y su fundamentación teórica procedían de Lenin. Por oposición a los mencheviques, cuyo teórico Plejánov luchaba irreconciliablemente contra "la falsa idea de la posibilidad de poder cumplir una revolución burguesa sin la burguesía", Lenin entendía que la burguesía rusa era ya incapaz de dirigir su propia revolución. Sólo el proletariado y los campesinos, estrechamente unidos, podían llevar a término la revolución democrática contra la monarquía y los terratenientes. El triunfo de esta unión debía, a juicio de Lenin, establecer una dictadura democrática, que no sólo no se identificaba con la dictadura del proletariado, sino que, al contrario, se oponía a ella, pues su objetivo no era la instauración de una sociedad socialista ni siquiera la implantación de formas transitorias hacia esta sociedad, sino únicamente limpiar a fondo los establos de Augias de la sociedad medieval. El objetivo de la lucha revolucionaria estaba claramente determinado por consignas (república democrática, confiscación de las tierras de los grandes propietarios y jornada de ocho horas) que se llamaban familiarmente "las tres ballenas del bolchevismo", aludiendo a las tres ballenas sobre las cuales, según la vieja leyenda popular, se apoya la Tierra.

La cuestión de saber si la dictadura democrática de obreros y campesinos era realizable se resolvía en función de otra cuestión, la de la capacidad del campesinado de cumplir su propia revolución, es decir, de constituir un nuevo poder capaz de liquidar la monarquía y la propiedad feudal.

Es cierto que la consigna de la dictadura democrática presupone asimismo la participación de representantes obreros en el gobierno revolucionario. Pero esta participación estaba limitada de antemano por el *rol* del proletariado aliado de izquierda en la solución de los problemas de la revolución. La idea popular y aun oficialmente reconocida de la hegemonía del proletariado en la revolución democrática, sólo podía, por consiguiente, significar que el partido obrero ayudaría a los campesinos con las armas políticas de su propio arsenal, les indicaría los mejores procedimientos y métodos para liquidar la sociedad feudal y les enseñaría a aplicarlos. Desde luego, el papel dirigente que se asignaba al proletariado en la revolución burguesa no significaba, ni mucho menos, que ésta utilizara la insurrección campesina para poner a la orden del día, apoyándose en ella, sus propias tareas históricas, o sea el tránsito directo a la sociedad socialista. La hegemonía del proletariado en la revolución democrática se distinguía claramente de la dictadura del proletariado y se la oponía a ella en las polémicas. En estas ideas se educó el Partido Bolchevique desde la primavera de 1905.

La marcha efectiva de la Revolución de Febrero desborda el esquema tradicional del bolchevismo. La revolución se reabrió, es verdad, por una alianza de obreros y campesinos. El hecho de que éstos actuaran principalmente bajo el uniforme de soldados no cambia las cosas. La conducta seguida por el ejército campesino del zarismo habría tenido siempre una importancia decisiva, aun cuando la revolución hubiera estallado en

tiempos de paz. En la situación creada por la guerra se comprende mejor todavía que los millones de hombres que componían el ejército eclipsaran en un principio, por decirlo así, a los campesinos. Después de la victoria de la insurrección, los obreros y los soldados se encontraron dueños de la situación. En este sentido, tal vez se podría decir que se instauró una dictadura democrática de los obreros y los campesinos. Sin embargo, la Revolución de Febrero llevó al poder, en realidad, a un gobierno burgués, en el cual el poder de las clases estaba limitado por un poder de los sóviets, es decir, de obreros y campesinos, que no se había realizado íntegramente. En lugar de una dictadura revolucionaria, es decir, de una autoridad más concentrada, se instauró un régimen de poder dual, en donde la débil energía de los círculos gubernamentales se malgastaba infructuosamente en superar las contradicciones internas. Nadie babia previsto este régimen. Además, del pronóstico político se puede exigir que indique las líneas generales del proceso histórico, pero nunca sus combinaciones episódicas.

"¿Quién ha podido realizar una gran revolución previendo por anticipado los detalles de su conducta última? (preguntaría más tarde Lenin). ¿Dónde se podría adquirir esa ciencia? No es en los libros. No hay libros para esto. Sólo la experiencia de las masas ha dado nacimiento a nuestra decisión."

Pero el pensamiento humano es conservador, y el de los revolucionarios, algunas veces, muy especialmente. Los cuadros bolcheviques en Rusia continuaban aferrados al viejo esquema y no consideraban la Revolución de Febrero (aun cuando encerraba dos regímenes incompatibles) más que como la primera etapa de una revolución burguesa. A fines de marzo, Ríkov enviaba a *Pravda*, desde Siberia, en nombre de los socialdemócratas, un telegrama de salutación con motivo del triunfo de la "revolución nacional", cuya tarea consistía en la "conquista de las libertades políticas". Todos los dirigentes bolcheviques, sin excepción (nosotros no conocemos ninguna), entendían que la dictadura democrática pertenecía todavía al futuro. Cuando el gobierno provisional de la burguesía "haya dado todo lo que pueda, dar de sí", se instaurará la dictadura democrática de los obreros y campesinos como antesala del régimen parlamentario burgués. Perspectiva completamente falsa. El régimen instaurado por la Revolución de Febrero no sólo no preparaba la dictadura democrática, sino que era la prueba viviente y definitiva de que esta dictadura era completamente imposible.

Que la democracia conciliadora no había entregado el poder a los liberales por azar, por culpa de la ligereza de un Kerensky y de la limitación de un Chjeidze, lo demuestra el hecho de que durante los ocho meses siguientes luchara con todas sus fuerzas por la conservación del gobierno burgués, aplastando a los obreros, campesinos y soldados hasta que el 25 de octubre cayó combatiendo como aliada y defensora de la burguesía. Pero ya desde un principio era claro que si la democracia, que tenía ante sí tareas gigantescas que realizar y contaba con el apoyo ilimitado de las masas, renunciaba voluntariamente al poder, esta actitud no obedecía precisamente a principios o prejuicios políticos, sino a la situación desesperada en que se encontraba la pequeña burguesía en la sociedad capitalista, especialmente en los períodos de guerra y revolución, cuando se deciden las cuestiones fundamentales de la existencia de los países, los pueblos y las clases. Al entregar el cetro del gobierno a Miliukov, la pequeña burguesía se decía: "No; las tareas son superiores a mis fuerzas."

La clase campesina, que había levantado sobre sus espaldas la democracia conciliadora, encierra en forma embrionaria todas las clases de la sociedad burguesa. Con la pequeña burguesía urbana (que en Rusia no desempeño nunca un papel serio), el campesinado es el protoplasma del cual se diferencian nuevas clases en el pasado y continúan en el presente. Los campesinos tienen siempre dos caras: una mira hacia la burguesía; otra, hacia el proletariado. La posición intermedia, mediadora, conciliadora,

de todos los partidos "campesinos", tales como el socialrevolucionario, sólo puede mantenerse bajo las condiciones de un marasmo político relativo; en épocas revolucionarias llega inevitablemente un momento en que la pequeña burguesía tiene que elegir. Los socialrevolucionarios y los mencheviques eligieron desde el primer momento. Mataron en embrión la "dictadura democrática" para evitar que ésta se convirtiese en un puente tendido hacia la dictadura del proletariado. No vieron que con ello abrían la puerta a ésta, aunque por el otro extremo. No a través de ellos, sino contra ellos.

Evidentemente, el desarrollo del proceso revolucionario tenía que apoyarse en los nuevos hechos y no en los viejos esquemas. En la persona de sus representantes, las masas; en parte contra su voluntad y en parte inconscientemente, se vieron arrastradas por el mecanismo de la dualidad de poderes.

Debieron, pues, pasar por esto, para comprobar experimentalmente que ese mecanismo no podía dar ni paz ni tierra. En realidad, rechazar el régimen de la dualidad de poderes significará, para las masas, romper con los socialrevolucionarios y con los mencheviques. Pero era absolutamente evidente que la conversión política de obreros y soldados al bolchevismo, derrumbando todo el edificio del doble poder, no podía ya significar más que la instauración de una dictadura del proletariado, apoyada en la alianza de obreros y campesinos. En caso de derrota de las masas populares, sobre las ruinas del Partido Bolchevique no podía establecerse más que una dictadura militar del capital. Tanto en un caso como en otro, la "dictadura democrática" estaba excluida. Al volver los ojos hacia ella los bolcheviques se volvían en realidad hacia un fantasma del pasado. Así estaban las cosas cuando llegó a Petrogrado Lenin, animado por la resolución inquebrantable de conducir al partido por un nuevo camino.

Lenin mismo, a decir verdad, no había reemplazado la fórmula de la dictadura democrática por otra, sino condicionalmente, hipotéticamente, hasta que se inició la Revolución de Febrero. ¿Esto es justo? Nosotros pensamos que no. Lo que ocurría en el partido después de la insurrección desnudaba de una manera demasiado amenazante el retardo del rearme, que, por otra parte, en tales condiciones, sólo Lenin podía realizar. Él estaba preparado. Había calentado al blanco su acero y lo había retemplado en el fuego de la guerra. A sus ojos se había modificado la perspectiva general del proceso histórico. Los sacudimientos de la guerra habían acercado bruscamente los aplazamientos posibles de una revolución socialista en Occidente. Concebida todavía por Lenin como democrática, la revolución rusa debía dar un impulso a la revolución socialista en Europa, la cual en seguida debía incorporar también a Rusia, arrastrándola en su torbellino. Tal era la concepción de Lenin cuando abandona Zúrich. La carta a los obreros suizos, que nosotros hemos ya citado, dice esto: "Rusia es un país de campesinos, uno de los países más atrasados de Europa. El socialismo no puede ser directamente el total vencedor. Pero el carácter rural del país, donde se conservan inmensos bienes raíces de propietarios nobles, puede, sobre la base de la experiencia de 1905, dar un formidable vuelo a la revolución democrático-burguesa en Rusia y hacer de nuestra revolución la prolongación de una revolución socialista mundial, un peldaño de acceso a ella." En este sentido, Lenin escribía entonces por primera vez que el proletariado ruso comenzaría la revolución socialista.

Tal era el punto de unión entre la antigua posición del bolchevismo que limitaba la revolución a sus objetivos democráticos y la nueva posición que Lenin expuso por primera vez ante el partido en su tesis del 4 de abril. La perspectiva de un tránsito inmediato a la dictadura del proletariado parecía completamente inesperada, inconcebible, contraria a la tradición, en fin.

Aquí es oportuno recordar que, hasta el momento mismo de la explosión revolucionaria de febrero y en el período que inmediatamente siguió, se calificaba de

"trotskysmo", no la idea de que fuera imposible edificar una sociedad socialista dentro de las fronteras de Rusia (por la sencilla razón de que la idea de tal "posibilidad" no fue expresada por nadie antes de 1924, y es poco probable que a nadie se le ocurriera), sino la de que el proletariado de Rusia pudiera llegar al poder antes que el proletariado de los países occidentales, y que en este caso no podría mantenerse dentro de los límites de la dictadura democrática. sino que tendría que afrontar inmediatamente la implantación de las primeras medidas socialistas. No es extraño que las tesis de abril de Lenin fueran tachadas de "trotskystas".

Las objeciones de los "viejos bolcheviques" se orientan en distintos sentidos. La discusión principal tenía por objeto determinar si la revolución democrático-burguesa estaba terminada. Como la revolución agraria no se había cumplido aún, los adversarios de Lenin podían, con todo derecho, afirmar que la revolución democrática no había sido conducida todavía hasta el fin, y en consecuencia, no era factible la dictadura del proletariado, aun dado el caso de que las condiciones sociales de Rusia lo consintieran, en un plazo más o menos próximo. Así era, precisamente, como planteaba el problema la redacción de *Pravda* en el pasaje que hemos citado más arriba. Más tarde, en la Conferencia de Abril, Kámenev repetía: "Lenin no tiene razón cuando dice que la revolución democrático-burguesa ha terminado... La supervivencia clásica del feudalismo, la gran propiedad agraria, no ha sido liquidada aún... El estado no se ha transformado en sociedad democrática ... Aún no puede decirse que la democracia burguesa haya agotado todas las posibilidades."

"La dictadura democrática [objeta Tomsky] es nuestra base... Debemos organizar el poder del proletariado y de los campesinos y separarlo de la Comuna, en que el poder pertenece exclusivamente al proletariado."

Naturalmente, Lenin veía tan bien como sus contrincantes que la revolución democrática no había terminado aún, o con más exactitud, que, apenas iniciada, se volvía ya atrás. Pero de aquí se deducía precisamente que sólo era posible llevarla hasta el fin bajo la dominación de una nueva clase a la cual no se podía llegar más que arrancando a las masas de la influencia de los mencheviques y socialrevolucionarios, es decir de la influencia indirecta de la burguesía liberal. La unión de estos partidos con los obreros, y sobre todo con los soldados, se alimentaba de una idea de defensa ("defensa del país" o "defensa de la revolución"). Por eso Lenin exigía una política intransigente frente a todos los matices del socialpatriotismo. Separar al partido de las masas atrasadas para después libertar a éstas últimas de su atraso. "Hay que dejar el viejo bolchevismo [repetía]. Es necesario separar la línea de la pequeña burguesía de la del proletariado asalariado."

A quien observase superficialmente las cosas podía parecerle que los perpetuos adversarios habían cambiado sus armas. Los mencheviques y socialrevolucionarios representaban ahora a la mayoría de los obreros y soldados, como si realizaran de hecho la alianza política del proletariado y la clase campesina, predichos siempre por los bolcheviques contra los mencheviques. Ahora bien: Lenin exigía que la vanguardia proletaria rompiese esta alianza. En realidad, las dos partes permanecían fieles a sí mismas. Los mencheviques entendían, como siempre, que su misión era sostener a la burguesía liberal. Su alianza con los socialrevolucionarios no era más que un recurso para reforzar e intensificar este apoyo. Por el contrario, la ruptura de la vanguardia proletaria con el bloque pequeñoburgués implicaba la preparación de la alianza de los obreros y los campesinos bajo la dirección del Partido Bolchevique, o sea la dictadura del proletariado.

Objeciones de otro orden se basaban en el atraso histórico de Rusia. El poder ejercido por la clase obrera implicaba inevitablemente el tránsito al socialismo. Pero la economía y la cultura de Rusia no estaban maduras para esto. Había que llevar a cabo la revolución democrática hasta el fin. Sólo el triunfo de la revolución socialista en

Occidente podía justificar la dictadura del proletariado en Rusia. Tales fueron las objeciones de Ríkov en la Conferencia de Abril. Para Lenin era elemental como el abecé que las condiciones culturales y económicas de Rusia eran en sí insuficientes para la construcción de un estado socialista. Pero sabía que la sociedad no está construida tan racionalmente, de modo que el momento oportuno para implantar la dictadura del proletariado se presente precisamente cuando las condiciones económicas y culturales del país están maduras para el socialismo. Si la humanidad se desarrollara en forma tan regular, no habría en general necesidad de dictadura ni de revoluciones. La sociedad histórica viva no tiene nada de lógica, y su armonía es tanto menor cuanto más atrasada. se halla. El hecho de que en un país atrasado como Rusia la burguesía llegara a un estado de descomposición antes del triunfo completo del régimen burgués y de que sólo el proletariado pudiera reemplazarla al frente de los destinos de la nación es la expresión de esta falta de lógica. El atraso económico de Rusia no exime a la clase obrera del deber histórico de cumplir la misión que le cupo en suerte; lo que hace es dificultar extraordinariamente el cumplimiento de esa misión. Lenin daba una contestación simple, pero cumplida, a Ríkov cuando éste afirmaba por enésima vez que el socialismo tenía que venir de países con una industria más adelantada: “Nadie puede decir quién empezará ni quién acabará.”

En 1921, cuando el partido, lejos todavía del anquilosamiento burocrático, tenía tanta libertad para juzgar su pasado como para preparar su futuro, uno de los más viejos bolcheviques, Olminski, que había colaborado como dirigente en la prensa del partido en todas las etapas de su desarrollo, se preguntaba: “¿Cómo explicar que en el momento de la Revolución de Febrero el partido se encontrara en una línea oportunista? ¿Qué fue lo que le permitió dar luego un tan rápido viraje hacia la ruta de octubre?” El autor ve con acierto el origen de los errores de marzo en el hecho de que el partido “prolongaba exageradamente su orientación hacia una dictadura democrática. La revolución que se anuncia no puede ser sino una revolución burguesa. Era [dice Olminsky] una opinión obligatoria para todo miembro del partido, la opinión oficial, su consigna constante e invariable, hasta la Revolución de Febrero y aun algún tiempo después”. Para ilustrar su afirmación, Olminsky podría referirse a lo que *Pravda* decía (7 de marzo) (antes de llegar Stalin y Kámenev, es decir, con una redacción “de izquierda”, de la que formaba parte el propio Olmínsky), como hablando de algo que por evidente no necesitaba ser demostrado: “Naturalmente, en nuestro país no se trata aún de terminar con la dominación del capital, sino tan sólo de derribar la autocracia y el feudalismo.” La falta de perspectiva fue la causa de que en marzo el partido quedara prisionero de la democracia burguesa. “¿De dónde salió la Revolución de Octubre? (pregunta más adelante el mismo autor). ¿Cómo fue que el partido, desde sus jefes hasta sus militantes de base, haya renunciado tan ‘súbitamente’ a lo que había tenido por verdad irrefutable durante casi dos décadas?”

Sujánov, desde el campo adversario, formula la misma pregunta en forma distinta: “¿Cómo y por qué medios se las arregló Lenin para imponerse a los bolcheviques?” En efecto, el triunfo de Lenin dentro del partido fue, no sólo completo, sino además muy rápido. Los adversarios se permitieron, a este propósito, no pocas ironías acerca del régimen personal imperante en el Partido Bolchevique. Sujánov da a la pregunta por él formulada una respuesta que armoniza en un todo con el espíritu del principio heroico: “El genial Lenin era una autoridad histórica; he aquí uno de los aspectos de la cuestión. Por otra parte, a excepción de Lenin, no había en el partido nadie ni nada. Unos cuantos grandes generales sin Lenin no son nada, del mismo modo que algunos grandes planetas sin el sol (dejo aparte a Trotsky, que, en aquel entonces, se hallaba aún fuera de la orden).”

Estas curiosas líneas intentan explicar la influencia de Lenin por su ascendiente personal, que es lo mismo que si se explicase la virtud del opio para provocar el sueño por su fuerza narcótica. Semejante explicación no nos permite ir muy lejos.

La influencia efectiva de Lenin dentro del partido era muy grande, indudablemente, pero de ningún modo ilimitada. Este ascendiente no fue inapelable, ni siquiera mucho más tarde, aun después de octubre, cuando su autoridad había aumentado en forma extraordinaria, pues el partido medía su fuerza con el metro de los acontecimientos mundiales. Por eso tiene que parecernos tanto más infundado que quieran explicarse, invocando la autoridad personal escueta de Lenin, los sucesos de abril de 1917, en un momento en que todo el sector dirigente del partido había adoptado ya una posición opuesta a la suya.

Olminsky se acerca mucho más a la solución del problema cuando demuestra que, a pesar de su fórmula de revolución democrático-burguesa, el partido, por toda su política contra la burguesía y la democracia, se preparaba efectivamente desde hacía mucho tiempo para acaudillar al proletariado en la lucha directa por el poder. "Nosotros (o muchos de nosotros) [dice Olminsky] nos orientábamos inconscientemente hacia la revolución proletaria, creyendo que nos dirigíamos a la revolución democrático-burguesa. En otros términos, preparábamos la Revolución de Octubre, creyendo que preparábamos la de febrero." He aquí una generalización de extraordinario valor, que es, al propio tiempo, un testimonio irrecusable.

En la formación teórica del partido revolucionario había un elemento contradictorio, que tenía su expresión en la fórmula equivoca de la "dictadura democrática" del proletariado y de los campesinos. Una delegada que tomó la palabra en la conferencia sobre el informe de Lenin, expresó el mismo pensamiento de Olminsky, pero de un modo todavía más sencillo: "El pronóstico de los bolcheviques ha demostrado ser falso, pero la táctica era acertada."

En las tesis de abril, que parecían tan paradójicas, Lenin se oponía a la vieja fórmula, apoyándose en la tradición viva del partido: su actitud intransigente frente a las clases dominantes y su hostilidad a todas las tergiversaciones, mientras que los "viejos bolcheviques" oponían al desarrollo concreto de la lucha de clases recuerdos que, aunque recientes, pertenecían ya al pasado.

Lenin contaba con un punto de apoyo muy sólido, preparado por toda la historia de la lucha entre bolcheviques y mencheviques.

Conviene· recordar aquí que el programa oficial de la socialdemocracia era todavía en esta época común a bolcheviques y mencheviques y que las tareas prácticas de la revolución democrática en el papel aparecían idénticas para ambos partidos. Pero en los hechos no eran, de ningún modo, las mismas.

Faltos en absoluto de aliados democráticos, Kámenev y Stalin flotaban irremediablemente en el vacío.

El choque que tuvo Lenin en el mes de abril con el estado mayor del partido no fue el único. En toda la historia del bolchevismo, excepción hecha de algunos episodios que confirman la regla, en los momentos más decisivos, los líderes del partido se sitúan todos a la derecha de Lenin. ¿Fortuitamente? No. Lenin pudo ser el jefe indiscutible del partido más revolucionario de la historia precisamente porque su pensamiento y su voluntad estaban a la altura de las grandiosas posibilidades revolucionarias del país y de la época. A los otros les faltaban algunos centímetros o el doble, y a menudo más.

Casi todo el sector dirigente del Partido Bolchevique durante los meses y aun los años que habían precedido a la revolución se hallaban alejados del trabajo activo. Muchos se habían llevado consigo, a la cárcel y a la deportación, la impresión agobiadora de los

primeros meses de la guerra, y habían sufrido el hundimiento de la Internacional en el aislamiento o en pequeños grupos.

Si en las filas del partido mostraban una receptividad suficiente para las ideas de la revolución, que era lo que los ataba al bolchevismo, al verse aislados se sintieron impotentes para resistir la presión del medio que les rodeaba y formarse un juicio marxista de los acontecimientos. Los formidables movimientos que se habían producido en las masas durante los dos años y medio de guerra, quedaron casi por completo fuera de su campo visual. Sin embargo, la revolución no sólo los arrancaba de su aislamiento, sino que los ubicaba en razón de la autoridad adquirida en los puestos superiores del partido. Por su mentalidad, estos elementos se hallaban, con frecuencia, mucho más cerca de la *intelligentsia* zimmerwaldiana que de los obreros revolucionarios de las fábricas. Los “viejos bolcheviques”, que en abril de 1917 subrayaban de modo enfático su calidad de antiguos militantes, estaban condenados al desastre, pues defendían, precisamente, aquel elemento tradicionalista del partido que no había resistido la prueba histórica. “Pertenezco [decía, por ejemplo, Kalinin, en la conferencia de Petrogrado, el 14 de abril] a los viejos bolcheviques leninistas, y creo que de ningún modo se ha comprobado que el viejo leninismo es inaplicable en el singular momento actual, y me asombro de que Lenin declare que los viejos bolcheviques se han convertido en obstáculos en el momento presente.”

Lenin tuvo que oír por aquellos días muchas recriminaciones parecidas. Sin embargo, al romper con la fórmula tradicional del partido, Lenin no dejaba de ningún modo de ser “leninista”. Se desprendía de la cáscara usada del bolchevismo, para infundir nueva vida a su núcleo.

Lenin halló un punto de apoyo contra los viejos bolcheviques en otro sector del partido, ya templado, pero más fresco y más ligado con las masas. Como sabemos, en la Revolución de Febrero los obreros bolcheviques desempeñaron un papel decisivo. Estos consideraban cosa natural que tomase el poder la clase que había arrancado el triunfo.

Estos mismos obreros protestaban vehementemente contra el rumbo Kámenev-Stalin, y el distrito de Viborg amenazó incluso con la expulsión de los “jefes” del partido. El mismo fenómeno podía observarse en provincias. Casi en todas partes había bolcheviques de izquierda acusados de maximalismo e incluso de anarquismo. Lo que les faltaba a los obreros revolucionarios para defender sus posiciones eran recursos teóricos, pero estaban dispuestos a acudir al primer llamamiento claro que se les hiciese.

Hacia este sector de obreros, formado durante el auge del movimiento, en los años 1912 a 1914, se orientó Lenin. Ya a comienzos de la guerra, cuando el gobierno asestó un duro golpe al partido, al destruir la fracción bolchevique de la duma, Lenin, hablando de la actuación revolucionaria futura, aludía a los “miles de obreros conscientes” educados por el partido, “de los cuales surgirá, a pesar de todas las dificultades, un nuevo núcleo de dirigentes”. Separado de ellos por dos frentes, casi sin contacto alguno, Lenin no se desprendió nunca de ellos. “¡Aunque sean aun quebrados cinco y diez veces más por la guerra, la prisión, Siberia, los trabajos forzados! No se les puede destruir. Están vivos. Ellos están penetrados de espíritu revolucionario y antichovinista.” Lenin espiritualmente vivía los acontecimientos junto con los obreros bolcheviques, sacaba las conclusiones necesarias, sólo que de un modo más amplio y audaz. Para combatir la indecisión del estado mayor y del partido, Lenin se apoyaba en forma confiada en los suboficiales de este mismo partido que representaban mejor al obrero bolchevique de filas.

La fuerza temporal de los socialpatriotas y del ala oportunista de los bolcheviques consistía en que los primeros se apoyaban en los prejuicio e ilusiones actuales de las masas, mientras que los segundo se adaptaban a ellos. La fuerza principal de Lenin estaba

en comprender la lógica interna del movimiento y reglaba su política de acuerdo con ella. No imponía su plan a las masas. Ayudaba a éstas a concebir y realizar sus propios planes. Cuando Lenin reducía todos los problemas de la revolución a "explicar pacientemente", quería decir: dirigir las conciencias de las masas en concordancia con la situación a la que han sido llevadas por el proceso histórico. El obrero o el soldado decepcionado de la política de los conciliadores, tenía que pasar a la posición de Lenin sin detenerse en la etapa intermedia Kámenev-Stalin.

Las fórmulas de Lenin, al ser enunciadas, iluminaron con luz nueva ante los bolcheviques la experiencia del mes transcurrido y la de cada nueva jornada. En la gran masa del partido comenzó una rápida diferenciación: ¡a izquierda!, ¡a izquierda!, hacia la tesis de Lenin. "Los distritos, unos tras otros [dice Zalevsky], le prestaron su adhesión, y en la conferencia panrusa del partido, que se reunió el 24 de abril, la, organización petersburguesa entera se pronunció por la tesis."

La pugna por el cambio de actitud de los cuadros bolcheviques, iniciada en la noche del 3 de abril, estaba, en suma, terminada a fines de mes.

La conferencia del partido, reunida en Petrogrado desde el 24 al 29 de abril, hizo el balance del mes de marzo, mes de tergiversaciones oportunistas, y del de abril, mes de aguda crisis. En este momento el partido había crecido considerablemente tanto en cantidad como en valor político. A aquella conferencia acudieron 140 delegados, que representaban a 79.000 miembros del partido, de los cuales 15.000 correspondían a Petrogrado. Para un partido todavía ayer ilegal y hoy antipatriótico era una cifra respetable, y Lenin lo hizo notar varias veces con satisfacción. La fisonomía política de la conferencia quedó ya definida desde la elección de los cinco miembros del buró: en él no figuraban Kámenev ni Stalin, principales responsables de los errores de abril.

Aunque, para el conjunto del partido, las cuestiones en litigio estuvieren ya firmemente resueltas, muchos dirigentes, atados por su acción de la víspera, permanecían aún en esta conferencia en oposición o semioposición frente a Lenin.

Stalin guardaba silencio y permanecía a la expectativa. Dzerzhinsky, en nombre de "muchos" que "no estaban de acuerdo en principio con las tesis del informante", reclamaba una ponencia de "los camaradas que con nosotros han vivido prácticamente la revolución". Era una alusión bastante clara al hecho de que las tesis de Lenin habían sido concebidas en la emigración. Y, en efecto, Kámenev presentó a la conferencia una ponencia preconizando la dictadura democrático-burguesa. Ríkov, Tomsky, Kalinin, intentaron mantener más o menos sus posiciones de marzo. Kalinin seguía sosteniendo la unificación con los mencheviques en interés de la lucha contra el liberalismo.

Simidóvich, uno de los militantes más destacados de Moscú, se lamentaba vivamente en su discurso: "En todos lados donde nos presentamos nos echan encima un espantajo, son las tesis del compañero Lenin." Cuando los moscovitas· votaban por las resoluciones de los mencheviques tenían una existencia mucho más tranquila.

Como discípulo de Rosa Luxemburg, Dzerzhinsky se pronunció contra el derecho de soberanía de las naciones oprimidas, acusando a Lenin de alentar las tendencias separatistas que debilitaban al proletariado de Rusia. A la acusación de que él, por su parte, apoyaba el chovinismo gran-ruso, Dzerzhinsky contestó: "Yo puedo reprocharle (a Lenin) que abraza el punto de vista de los chovinistas polacos, ucranios y otros." Este diálogo no deja de tener cierta gracia política; el gran-ruso Lenin acusa al polaco Dzerzhinsky de chovinismo gran-ruso contra los polacos y es acusado por éste de chovinismo polaco. En este debate la razón política estaba por entero de parte de Lenin. Su política de las nacionalidades fue uno de los factores más importantes de la Revolución de Octubre.

La oposición se iba extinguiendo a todas luces. Sobre las cuestiones en discusión no reunió más que siete votos. Hubo, sin embargo, una excepción muy curiosa, en lo tocante a las relaciones internacionales del partido. Cuando las tareas de la conferencia tocaban a su término, en la sesión nocturna del 29 de abril, Zinóviev presentó, en nombre de la comisión, un proyecto de resolución: "Se acuerda tomar parte en la conferencia internacional de los zimmerwaldianos, convocada en Estocolmo para el 18 de mayo." El acta dice: "Aprobada con un solo voto en contra." Este voto era el de Lenin. Exigía la ruptura con Zimmerwald, donde tenían definitivamente mayoría los independientes alemanes y los pacifistas neutrales del tipo del suizo Grimm. Pero para los militantes rusos del partido, Zimmerwald, durante la guerra, casi se identificaba con el bolchevismo. Los delegados no se decidían aún a renunciar al nombre de socialdemocracia ni a romper con Zimmerwald, que era a sus ojos un medio de mantenerse en contacto con las masas de la II Internacional. Lenin intentó, cuando menos, limitar la participación del partido en la futura conferencia, asignándole fines puramente informativos. Pero Zinóviev se pronunció en contra de él. La proposición de Lenin no fue aceptada. Entonces éste votó contra la totalidad de la resolución. Nadie lo apoyó.

Fue la última expresión de los sentimientos de "marzo"; se aferraban a la posición de la víspera, temían quedar "aislados". Sin embargo, la conferencia no llegó a celebrarse a consecuencia de esos mismos conflictos internos que habían movido a Lenin a romper con tales tendencias. Por lo tanto, la política boicotista, rechazada por unanimidad menos un voto, se llevó, de hecho, a la práctica.

La brusca conversión operada en la política del partido era evidente para todos. Schmidt, un obrero bolchevique, futuro comisario del pueblo en el departamento del trabajo, decía en la Conferencia de Abril: "Lenin ha orientado en un sentido nuevo el carácter de la actividad del partido." Según las palabras de Raskólnikov, escritas, cierto es, algunos años más tarde, Lenin, en abril de 1917, "realiza la Revolución de Octubre en la conciencia de los dirigentes del partido... La táctica de nuestro partido no se representa por una simple línea recta; después de llegar Lenin, ella marca un violento zigzag hacia la izquierda." La vieja bolchevique Ludmila Stahl aprecia de un modo más directo, y al propio tiempo más preciso, el cambio: "Antes de llegar Lenin [decía el 14 de abril en la conferencia de Petrogrado], los camaradas erraban todos en las tinieblas. No había más fórmulas que las de 1905. Creíamos que el pueblo obraba espontáneamente, pero no podíamos enseñarle nada. Nuestros camaradas se limitaban a preparar la asamblea constituyente por el procedimiento parlamentario y no creían posible ir más allá. Si aceptamos las consignas de Lenin, no haremos más que lo que nos indica la vida misma. No hay que temer la Comuna porque sea, según se dice, un gobierno obrero. La Comuna de Paris no fue sólo obrera, fue también pequeñoburguesa." Podemos convenir con Sujánov en que el cambio radical de orientación del partido "fue el triunfo principal y fundamental de Lenin, obtenido en los primeros días de mayo". A decir verdad, Sujánov opinaba que Lenin, en el curso de esta operación, había sustituido el arma del marxismo por la del anarquismo.

Queda todavía por preguntar (y no es pregunta de poca importancia, aunque es más fácil formularla que contestarla) cómo se habría desarrollado la revolución si Lenin no hubiera podido llegar a Rusia en abril de 1917. Si nuestra exposición muestra y demuestra en general algo, este algo es precisamente (al menos así lo esperamos) que Lenin no fue el demiurgo del proceso revolucionario, sino que se insertó en la cadena de las fuerzas históricas objetivas. Pero en esta cadena él era un eslabón muy importante.

La dictadura del proletariado se deducía de toda la situación, Mas era necesario instaurarla, y esto no hubiera sido posible sin el partido. Y éste sólo podía cumplir su misión comprendiéndola.

Para esto precisamente Lenin era indispensable. Antes de su llegada a Petrogrado, ninguno de los jefes bolcheviques había sido capaz de hacer el diagnóstico de la revolución. La dirección Kámenev-Stalin era empujada por la marcha de las cosas hacia la derecha, hacia los socialpatriotas: la revolución no dejaba sitio para una posición intermedia entre Lenin y los mencheviques. La lucha intestina en el seno del Partido Bolchevique era de todo punto inevitable. La llegada de Lenin sólo acelera el proceso. Su ascendiente personal redujo las proporciones de la crisis. Sin embargo, ¿puede afirmar alguien con seguridad que, sin él, el partido habría encontrado su senda? Nosotros no nos atreveríamos en modo alguno a afirmarlo. Lo decisivo, en estos casos, es el factor tiempo, y cuando la hora ha pasado es harto difícil echar una ojeada al reloj de la historia. De todos modos, el materialismo dialéctico no tiene nada en común con el fatalismo. La crisis que en forma inevitable tenía que provocar aquella dirección oportunista hubiera cobrado sin Lenin un carácter excepcionalmente agudo y trabajoso. Desde luego, las condiciones de la guerra y la revolución no dejaban al partido mucho margen de tiempo para cumplir con su misión. Hubiera podido ocurrir muy bien, por tanto, que el partido, desorientado y divido, pudiera por muchos años la ocasión revolucionaria. El papel de la personalidad cobra aquí ante nosotros proporciones verdaderamente gigantescas. Hay que saber comprender ese papel, considerando a la personalidad como un eslabón de la cadena histórica.

La llegada "súbita" de Lenin después de una larga ausencia en el extranjero, el ruido desaforado levantado por la prensa alrededor de su nombre, el conflicto de Lenin con todos los dirigentes, su propio partido y su rápido triunfo sobre ellos; en una palabra, el desarrollo exterior de los acontecimientos, contribuyó de manera considerable, en este caso, a una apreciación mecánica, oponiendo el individuo al héroe, el genio a las condiciones objetivas, a la masa, al partido.

En realidad, esta antítesis no presenta más que un solo lado de las cosas. Lenin no era ningún elemento accidental en la evolución histórica rusa. Tenía en ella sus raíces más profundas. Había luchado al lado de los obreros de vanguardia durante todo el cuarto de siglo precedente. El "azar" no era precisamente su intervención en los acontecimientos, sino más bien la paja con que Lloyd George quería cerrarle el camino.

Lenin no era un factor que se alzase frente al partido desde fuera, sino que era su más perfecta expresión. Al educar al partido, se educaba él mismo. Sus discrepancias con el sector dirigente de los bolcheviques significaba una lucha del partido entre su pasado y su futuro. Si Lenin no se hubiera visto separado forzosamente del partido por la guerra y la emigración, la mecánica externa de aquella crisis no habría sido tan dramática ni habría velado a nuestros ojos hasta tal punto la continuidad interna del desarrollo del partido. De la excepcional importancia que tuvo la llegada de Lenin, sólo se deduce que los jefes no se crean por azar, que su selección y su educación exigen años, que no se les puede reemplazar en forma arbitraria, y que excluyéndolos mecánicamente de la lucha se inflige una herida muy sensible al partido y, en ocasiones, se lo puede paralizar por mucho tiempo.

Las "jornadas de abril"

El 23 de marzo entraba en la guerra Estados Unidos. Era e1 mismo día en que Petrogrado celebraba las exequias por las víctimas de la Revolución de Febrero. Aquella manifestación luctuosa, pero solemne y luminosa, en el fondo, fue el grandioso acorde final de la sinfonía de los cinco días. Todo el mundo acudió a los funerales: los que habían combatido al lado de los caídos, como los que habían predicado [la moderación] y, probablemente también, los que las habían matado, y, sobre todo, los que habían quedado al margen de la lucha. Obreros, soldados, gente humilde de la ciudad; se encontraban asimismo los estudiantes, ministros, embajadores, respetables burgueses, los periodistas, oradores, los jefes de todos los partidos. Desde los suburbios iban llegando al Campo de Marte soldados y obreros, llevando sobre los hombros los ataúdes rojos. Cuando empezaron a descender los ataúdes en las fosas, en la Fortaleza de Pedro y Pablo sonó la primera salva, estremeciendo a las inmensas masas populares. Los cañones sonaban de una manera nueva para el pueblo: nuestros cañones, nuestras salvas. El distrito de Viborg acudió con cincuenta y un ataúdes rojos. No era más que una parte de las víctimas, de las cuales estaban orgullosos. Según cálculos previos de las más altas autoridades militares, se destacaban numerosas banderas bolcheviques. Pero ondeaban pacíficamente al lado de las otras.

En el Campo de Marte sólo permanecieron los miembros del gobierno del sóviet y de la Duma del Imperio, difunta ya, pero interesada en evitar sus propios funerales. Durante el día desfilaron por delante de las tumbas, con banderas y músicas, por lo menos ochocientas mil personas. Y, a pesar de que, según las previsiones de la más alta autoridad militar, semejante masa humana no podía en ningún caso desfilar sin un enorme caos, la manifestación transcurrió en un orden perfecto, significativo, porque en el cortejo revolucionario dominaba la conciencia de la gran acción cumplida por primera vez, combinada con la esperanza de que en adelante todo iría mejor.

Sólo este estado de espíritu era el que mantenía el orden, porque la organización era aún débil, inexperta y tenía poca seguridad en sí misma.

Podría pensarse que ya el solo hecho de aquel entierro refutaba la leyenda relativa a la revolución incruenta. Sin embargo, el ambiente que reinaba en la ceremonia reproducía, en parte, la atmósfera de los primeros días de la revolución, en que aquella leyenda se había engendrado.

Veinticinco días después (durante este plazo, el sóviet había adquirido mucha más experiencia y seguridad en sí mismo) se festejó el 1 de mayo, según el calendario occidental (18 de abril, según el viejo cómputo). En todas las ciudades del país se celebraron mítines y manifestaciones. No sólo se dejó el trabajo en los establecimientos industriales, sino también en las oficinas públicas del estado, municipales y provinciales. En Mohilev, donde se hallaba el cuartel general, desfilaron, al frente de la manifestación, los caballeros de San Jorge. La columna del estado mayor que no había destituido a los generales zaristas, avanzaba con un cartel alusivo al 1 de mayo. La fiesta del antimilitarismo proletario se confundía con una manifestación patriótica, teñida de color revolucionario. Cada sector de población ponía en la fiesta su nota peculiar, pero todos se confundían aún en un conjunto harto inconsistente y bastante falso, aunque, en general, majestuoso.

En la fiesta de las dos capitales y en los centros industriales predominaban los obreros, y en esa masa se destacaban ya claramente (por sus banderas, sus cartelones, discursos y exclamaciones) las sólidas formaciones bolcheviques. En la inmensa fachada del Palacio Marinsky, albergue del gobierno provisional, se extendía una insolente banda roja con esta inscripción: "¡Viva la III Internacional!" Las autoridades, que no se habían curado aún su timidez administrativa, no se atrevieron a arrancar aquel cartel desagradable e inquietante. Parecía que todo el mundo estaba de fiesta. Los hombres del frente participaban como podían. Se recibían noticias que daban cuenta de asambleas, discursos, banderas y canciones revolucionarias en las trincheras. También en las fronteras alemanas encontraba eco la fiesta obrera.

La guerra no tocaba a su fin; lejos de ello, ensanchaba su círculo. Pocos días antes, el mismo, precisamente, en que se enterraban las víctimas de la revolución, se lanzaba a ella todo un continente para darle nuevo impulso. Entre tanto, en todos los ámbitos de Rusia los prisioneros de guerra tomaban parte en las manifestaciones al lado de los soldados, bajo banderas comunes y a veces entonando el mismo himno en varios idiomas. En aquella inmensa fiesta, semejante a una inundación que borraba los contornos de las clases, partidos e ideas, la manifestación en común de los soldados rusos y los prisioneros austroalemanes era un hecho bastante esperanzador y elocuente, que permitía pensar que la revolución, a pesar de todo, llevaba en ella un mundo mejor.

La fiesta del 1 de mayo, lo mismo que los funerales de marzo, transcurrió en medio del mayor orden, sin choques ni víctimas, como una solemnidad· "nacional". Sin embargo, un oído atento hubiera podido ya percibir, sin dificultad, en las filas de los obreros y de los soldados, notas de impaciencia y hasta de amenaza. La vida se hacía cada vez más difícil. En efecto, los precios subían en forma alarmante, los obreros exigían el salario mínimo, los patronos se resistían, el número de conflictos en las fábricas aumentaba sin interrupción. El aprovisionamiento se hacía cada vez más difícil, se reducía la ración de pan, todo se racionaba, hasta la sémola. Crecía también el descontento de la guarnición. El estado mayor de la región militar preparaba la represión contra los soldados, alejando de Petrogrado a las tropas más revolucionarias. En la asamblea general de la guarnición, celebrada el 17 de abril, los soldados, que adivinaban los propósitos hostiles, plantearon la necesidad de oponerse a la salida de los regimientos: esta reclamación, en lo sucesivo, se elevará en forma más y más resuelta a cada nueva crisis de la revolución. Pero la raíz de todas las calamidades era la guerra, cuyo fin no se veía. ¿Cuándo la revolución traerá la paz? ¿Qué piensan de esto Kerensky y Tsereteli? Las masas prestaban un oído cada vez más atento a lo que decían los bolcheviques, los miraban de reojo, en actitud expectante, ya con semihostilidad, ya con confianza.

Bajo la disciplina de aquel día de fiesta, el estado de espíritu se hallaba en tensión y esa fermentación tenía lugar en las masas. Sin embargo, nadie, ni aun los autores del cartelón del Palacio Marinsky, suponían que los dos o tres días siguientes desgarrarían implacablemente el ropaje de la unidad nacional de la revolución. Los terribles acontecimientos, previstos por muchos como inevitables, pero que nadie esperaba tan pronto, se produjeron de forma inesperada. El impulso fue dado por la política exterior del gobierno provisional, es decir, por el problema de la guerra. No fue otro que Miliukov quien acercó la cerilla a la mecha. He aquí la historia de la cerilla y de la mecha: El día en que entró Estados Unidos en la guerra, el ministro de asuntos extranjeros del gobierno provisional, reconfortado, desarrolló ante los periodistas su programa: anexión de Constantinopla y de Armenia, reparto de Austria y Turquía, anexión de la Persia septentrional y, luego, naturalmente, derecho de las naciones a decidir ellas sobre sus destinos. "En todos sus actos públicos [así presenta el Miliukov historiador al Miliukov ministro] subrayaba decididamente los fines pacifistas de la guerra emancipadora, pero

estableciendo siempre una estrecha conexión con los problemas nacionales e intereses de Rusia.” La entrevista alarmó a los conciliadores. “¿Cuándo se emancipará de toda hipocresía la política exterior del gobierno provisional? [exclamaba, indignado, el diario de los mencheviques]. ¿Por qué el gobierno provisional no exige de los gobiernos aliados que renuncien abierta y decididamente a las anexiones?” Esta gente consideraba como hipócrita el lenguaje sincero de las aves de rapiña y estaba dispuesta a ver en el disfraz pacifista de sus apetitos la ausencia de toda falsía. Asustado ante la excitación de los demócratas, Kerensky se apresuró a declarar, por medio de la oficina de prensa: el programa de Miliukov expresa su opinión personal. Por lo visto, se consideraba como puro azar que el autor de la “opinión personal” fuese, precisamente, el ministro de asuntos extranjeros.

Tsereteli, que poseía el talento de saber conducir cualquier problema a un lugar común, insistió en la necesidad de una declaración gubernamental de que la guerra sería para Rusia exclusivamente defensiva. La resistencia de Miliukov, y, en parte, de Guchkov, fue vencida, y el 27 de marzo el gobierno hizo pública una declaración, en que se decía que “el fin perseguido por la Rusia libre no es dominar otros pueblos ni se aspira a despojarles de sus bienes nacionales, ni a apoderarse por la violencia de territorios ajenos”; pero “que se respetarían todos los compromisos contraídos con nuestros aliados”. De este modo, los reyes y los profetas del doble poder anunciaban su propósito de entrar en el reino de los cielos en compañía de los criminales y desvergonzados. Entre otras cosas, aquellos caballeros carecían del sentido del ridículo.

La declaración del 27 de marzo fue muy bien acogida por toda la prensa conciliadora, entre la cual se contaba *Pravda*, de Kámenev-Stalin, que cuatro días antes de llegar Lenin a Petrogrado decía, en un editorial: “El gobierno provisional ha declarado, ante todo el mundo, de un modo claro y concreto, que el fin perseguido por la Rusia libre no es la dominación sobre otros pueblos”, etc. La prensa inglesa interpretó de inmediato, y con gran satisfacción, la renuncia de Rusia a las anexiones, como una renuncia a Constantinopla, pero sin disponerse por su parte, naturalmente, ni en lo más mínimo, a hacer extensiva la fórmula a Gran Bretaña. El embajador ruso en Londres dio la voz de alarma y exigió que Petrogrado hiciera una aclaración en el sentido de que Rusia no adoptaba el principio “la paz sin anexiones de un modo incondicional, sino sólo en la medida en que no se hallase en contradicción con nuestros intereses vitales”. No era otra, en efecto, la fórmula de Miliukov: prometer que no se robaría aquello que no necesitábamos. A la inversa de Londres, Paris no sólo sostuvo a Miliukov, sino que lo alentó, sugiriéndole, por medio de Paléologue, su embajador, la necesidad de una política más decidida respecto al sóviet.

El presidente del congreso, que era entonces Ribot, exasperado por las lamentables evasivas de Petrogrado preguntó a Londres y a Roma si no creían necesario invitar al gobierno provisional a poner fin a todo equivoco; Londres contestó que sería más prudente dejar a los socialistas franceses e ingleses, enviados a Rusia, actuar directamente sobre sus compañeros de ideas.

El envío de los socialistas aliados a Rusia se hizo por iniciativa del gran cuartel general ruso, es decir, los antiguos generales del zar. “Confiábamos en él [escribía Ribot, refiriéndose a Albert Thomas] para dar alguna firmeza a las resoluciones del gobierno provisional.” Por su parte, Miliukov se lamentaba de que Thomas mantuviera demasiado contacto con los jefes del sóviet. Ribot contestó que Thomas “se esforzaba sinceramente” en mantener el punto de vista de Miliukov, pero prometía, sin embargo, exhortar a su embajador a prestar un apoyo todavía más activo.

La declaración del 27 de marzo, completamente vacua, intranquilizó a todos los aliados, que vieron en ella una concesión al sóviet. Desde Londres amenazaron con perder

la fe “en la potencia combativa de Rusia”. Paléologue se lamentó de “la timidez y la ambigüedad de la declaración”. No necesitaba más Miliukov. Confiando en la ayuda de los aliados, se entregó a un juego arriesgado, muy superior a sus fuerzas. Su idea fundamental era dirigir la guerra contra la revolución; su objetivo inmediato, la desmoralización de la democracia. Pero, precisamente por el mes de abril, empezaron los conciliadores a manifestar una nerviosidad y una agitación cada vez mayores en las cuestiones relativas a política exterior, pues las masas ejercían una presión cada vez más fuerte sobre ellos. El gobierno tenía necesidad de un empréstito; las masas, a pesar de su defensismo, estaban dispuestas a apoyar un empréstito de paz, pero no un empréstito de guerra. Había que hacerles entrever, por lo menos, la apariencia de una perspectiva de paz.

Tsereteli, aplicando su salvadora política de lugares comunes, propuso que se exigiera del gobierno provisional la entrega a los Aliados de una nota análoga a la declaración de política interior del 27 de marzo. En pago de esto, el comité ejecutivo se encargaría de que el sóviet votase a favor del “empréstito de la libertad”. Miliukov accedió al trato (el empréstito a cambio de una nota), pero decidiendo explotarlo en su interés y con usura. La nota, bajo apariencia de interpretar aquella declaración, la desautorizaba. Afirmaba que la fraseología pacifista del nuevo régimen no daba “ni el menor pretexto para creer que la revolución haya podido quebrantar en lo más mínimo el papel de Rusia en la lucha común de los Aliados. Muy al contrario; la determinación de todo pueblo de llevar la guerra mundial hasta la victoria definitiva, no ha hecho otra cosa que reafirmarse…” Más adelante, la nota expresaba el convencimiento de que los vencedores “encontrarán los medios de obtener las garantías y sanciones necesarias para evitar, en el porvenir, nuevos choques sangrientos”. Aquello de las “garantías y las sanciones”, insertado en la nota a instancias de Albert Thomas, no significaba, en el lenguaje fraudulento de la comisión de enlace y los líderes del comité ejecutivo, otra cosa que “anexiones” e “indemnizaciones”. El día 1 de mayo, Miliukov transmitió telegráficamente su nota, dictada por los diplomáticos aliados, a los gobiernos de la *Entente* y sólo luego a los líderes del comité ejecutivo lo mismo que a los periódicos. El gobierno prescindió de la comisión de enlace, y los líderes del comité ejecutivo se encontraron en la situación de simples ciudadanos. Y aunque los conciliadores no encontrasen en la nota nada que no hubieran oído antes de labios de Miliukov, no podían dejar de ver en ella un acto premeditado de hostilidad. Aquella nota los desarmaba ante las masas y los colocaba ante el trance de elegir de forma directa entre el bolchevismo y el imperialismo. ¿Era éste, realmente, el fin que perseguía Miliukov? Todo hace suponer que no se reducía a eso: sus intenciones iban más lejos.

Ya desde el mes de marzo, Miliukov intentaba, con todas sus fuerzas, resucitar el abortado proyecto de tomar los Dardanelos, por un desembarco de tropas rusas, y sostuvo numerosas conferencias con el general Alexéiev, a fin de persuadirlo para emprender enérgicamente una operación que debía, a su juicio, colocar a la democracia, hostil a las anexiones, ante un hecho consumado. La nota de Miliukov, de fecha 18 de abril, era un desembarco análogo en las orillas mal defendidas de la democracia. Las dos acciones, una militar y otra política, se completaban, y, en caso de éxito, se justificaban mutuamente. Por lo común, a los vencedores no se les juzga. Pero Miliukov no estaba llamado a ser vencedor. Para el desembarco hacían falta doscientos o trescientos mil soldados. La empresa fracasó por una menudencia: los soldados se negaron a marchar; consentían en defender la revolución, pero no en tomar la ofensiva. Fracasado el proyecto de Miliukov respecto a los Dardanelos, esto echó por tierra todos sus propósitos ulteriores, que, hay que reconocerlo, no estaban mal calculados... a condición de vencer.

El 17 de abril tuvo lugar en San Petersburgo (visión de pesadilla) una manifestación patriótica de inválidos; una muchedumbre inmensa de heridos de los hospitales de la capital, amputadas las piernas, los brazos, envueltos en vendas, avanzó hacia el Palacio de Táurida. Los que no podían andar eran llevados en camiones. En las banderas se leía: "guerra hasta el fin." Era una manifestación desesperada de desechos humanos de la guerra imperialista, que no querían que la revolución reconociera inútiles sus sacrificios. Pero detrás de los manifestantes se hallaba el partido kadete, o, más exactamente, Miliukov, que estaba preparando para el día siguiente su gran golpe.

En la sesión extraordinaria del 19 por la noche, el comité ejecutivo discutió la nota enviada el día anterior a los gobiernos aliados.

"Después de su primera lectura [cuenta Stankievich], todo el mundo reconoció unánimemente y sin discusión que no era aquello, ni mucho menos, lo que esperaba el comité. Pero como de la nota respondía el gobierno en conjunto, sin excluir a Kerensky, era necesario, ante todo, salvar, al gobierno. Tsereteli se puso a "descifrar" la nota, no cifrada, y a descubrir cualidades de más en más numerosas. Skóvelev demostró, con gran profundidad de espíritu, que no se podía exigir siempre una "coincidencia absoluta" entre las aspiraciones de la democracia y las del gobierno. Aquellos prudentes varones se estuvieron exprimiendo los sesos hasta de madrugada, pero no encontraron ninguna solución. Al amanecer se separaron, habiendo convenido reunirse de nuevo algunas horas después. Por lo visto, confiaban en la virtud del tiempo para cicatrizar las heridas.

Por la mañana, la nota apareció en todos los periódicos. El *Riech* la comentó en términos de provocación muy bien meditados. La prensa socialista manifestaba una gran excitación. El diario menchevista *Rabochaya Gazeta*, en el que aún no se había disipado, después de las intervenciones de Tsereteli y Skóvelev, los vapores de la indignación nocturna, decía que el gobierno provisional había publicado un "documento que era un escarnio para las aspiraciones de la democracia" y exigía del sóviet la adopción de medidas decididas "a fin de evitar sus terribles consecuencias". En estas frases se dejaba sentir, de un modo muy claro, la presión creciente de los bolcheviques.

El comité ejecutivo reanudó la sesión, pero sólo para persuadirse una vez más de que era incapaz de llegar a ninguna decisión. Se acordó convocar un pleno extraordinario del sóviet "para información"; en realidad, para pulsar el grado de descontento de la base y dar tiempo para resolver las propias vacilaciones. En el intervalo, se proyectaban toda suerte de reuniones de enlace destinadas a liquidar la cuestión.

Pero en aquel tumulto ritual del doble poder vino a terciar inesperadamente una tercera fuerza. Las masas se echaron a la calle con las armas en la mano. Entre las bayonetas de los soldados brillaban las letras de los cartelones: "¡Abajo Miliukov!" En otros cartelones aparecía también el nombre de Guchkov.

En estas columnas exasperadas era difícil reconocer a los manifestantes del 1 de marzo.

Los historiadores califican de "espontáneo" este movimiento, en el sentido convencional de que ninguno de los partidos tomó la iniciativa de la manifestación. La invitación material a salir a la calle partió de un tal Linde, que inscribió así su nombre en la historia de la revolución.

Sabio, matemático, filósofo, Linde se mantenía alejado de todo partido, había abrazado con toda su alma la revolución y ansiaba ardientemente que ésta cumpliera sus promesas. La nota de Miliukov y los comentarios del *Riech* le indignaron. "Sin consultar con nadie... [cuenta su biógrafo] se puso de inmediato a actuar... Se dirigió al regimiento de Finlandia, reunió al comité. y propuso que el regimiento marchara inmediatamente sobre el Palacio Marinsky... La proposición de Linde fue aceptada, y, a las tres de la tarde, desfilaba ya por las calles de Petrogrado una manifestación imponente de 'finlandeses'

llevando cartelones provocativos.” Siguiendo el ejemplo del regimiento de Finlandia, se echaron a la calle los soldados del regimiento de reserva 180, el de Moscú, el de Pavi, el de Keksgalín, los marineros de la segunda división de la escuadra del Báltico, hasta 25 o 30.000 hombres en total, todos armados. En los barrios obreros la agitación comenzó: cesó el trabajo, y las fábricas, siguiendo el ejemplo de los regimientos, se lanzaron a la calle.

“La mayoría de los soldados no sabían a qué habían venido”, afirma Miliukov, como si realmente hubiera tenido tiempo para interrogarlos. “Además de los soldados, tomaban parte en la manifestación obreros adolescentes que declaraban en voz alta (¡!) que les habían pagado de diez a quince rublos por ir allí.” La procedencia del dinero no podía ser más clara: “Alemania había exigido directamente la separación de les ministros (Miliukov y Guchkov).” Miliukov dio esta profunda explicación, no en el fuego de la lucha de abril, sino tres años después de los acontecimientos de octubre, que han demostrado con suficiente claridad que no hacía falta que nadie pagara a precio muy alto el odio de las masas populares contra él.

La violencia inesperada de la manifestación de abril se explica por la reacción inmediata de las masas ante el engaño de las alturas. “Mientras el gobierno no obtenga la paz, hay que defenderse.” Esto se decía sin entusiasmo, pero con convicción. Se suponía que en las alturas hacían todo lo posible por obtener la paz. Es verdad que los bolcheviques afirmaban que el gobierno quería la continuación de la guerra con fines de rapiña. Pero ¿es posible? ¿Y Kerensky? A los jefes del sóviet los conocemos desde febrero, fueron los primeros en acudir a los cuarteles; están por la paz. Además, Lenin llegó de Berlín, mientras Tsereteli estaba en presidio. Hay que tener paciencia... Al mismo tiempo, en las fábricas y en los regimientos más avanzados iban imponiéndose, cada vez más firmemente, las consignas bolcheviques de una política de paz; publicación de los tratados secretos y ruptura con los planes de conquista de la *Entente,* proposición abierta de paz inmediata a todos los países beligerantes. En este ambiente complejo e indeciso cae la nota del 18 de abril. ¿Cómo? ¿Qué?... ¡Ah, de modo que esos señores no apoyan la paz, sino los fines que la guerra perseguía antes! ¡Entonces será inútil que esperemos! ¡Abajo!... Pero ¿abajo quién? ¿Es posible que tengan razón los bolcheviques? No, no puede ser. Pero ¿y la nota? Aquí hay alguien que quiere vender nuestra piel a los aliados del zar. Una simple confrontación de la prensa de los kadetes y la de los conciliadores mostraba que Miliukov, defraudando la confianza general, se aprestaba a practicar una política de conquistas del brazo de Lloyd George y Ribot. El propio Kerensky ha declarado que la idea de agresión a Constantinopla era “una opinión personal” de Miliukov. Así estalló el movimiento.

Pero éste no era homogéneo. Algunos elementos exaltados del campo revolucionario sobreestimaban la amplitud y la madurez política del movimiento tanto más cuanto que estalló viva e inesperadamente. Los bolcheviques desarrollaron una labor enérgica en el seno de los regimientos y en las calles. A la reivindicación “¡Abajo Miliukov!”, que era algo así como el programa mínimo del movimiento, ellos agregaron cartelones contra el gobierno provisional en su conjunto. Por lo demás, los distintos elementos interpretaban esto de diferentes maneras: unos, como consigna de propaganda; otros, como tarea inmediata. La consigna “¡Abajo el gobierno provisional!” lanzada a la calle por los soldados y marineros armados, introdujo fatalmente en la manifestación un carácter insurreccional. Considerables grupos de obreros y soldados estaban dispuestos a hacer saltar inmediatamente al gobierno provisional. Fue de ellos de quienes partió la idea de apoderarse del Palacio Marinsky, ocupar todas las salidas y detener a los ministros. Para salvarlos fue destacado Skóvelev, quien cumplió su misión con tanto más éxito cuanto que el Palacio Marinsky estaba vacío.

Debido a la enfermedad de Guchkov el gobierno estaba reunido en su domicilio particular. Pero no fue esta circunstancia fortuita la que salvó a los ministros de la detención, peligro que, por otra parte, no les amenazaba seriamente. Un ejército de 25 a 30.000 soldados, lanzados a la calle para combatir contra los que prolongaban la guerra, era más que suficiente para derribar a un gobierno más sólido que el presidido por el príncipe Lvov. Pero no era éste el fin que se proponían los manifestantes. En realidad, no querían más que esgrimir el puño amenazador bajo la ventana para que esos señores de arriba no siguieran afilando los dientes con su Constantinopla y se ocupasen como era debido de la paz.

De esta manera, los soldados creían ayudar a Kerensky y Tsereteli contra Miliukov.

Mientras el gobierno estaba reunido, llegó el general Kornílov, quien dio cuenta de las manifestaciones armadas que se estaban desarrollando en ese momento y declaró que, en su calidad de comandante de las tropas de la región militar de Petrogrado, disponía de fuerzas suficientes para sofocar la sedición a mano armada, y que, para marchar, sólo necesitaba una orden. Kolchak, que asistía casualmente a la reunión del gobierno, contó más tarde, en el proceso que precedió a su fusilamiento, que el príncipe Lvov y Kerensky se habían pronunciado contra una tentativa de represión militar contra los manifestantes. Miliukov no se pronunció de un modo directo, pero resumió la situación diciendo que los señores ministros podían, naturalmente, razonar como quisieran, pero no impedirían con esto que los metieran en la cárcel. No podía caber la menor duda de que Kornílov obraba en connivencia con el centro kadete.

A los líderes conciliadores no les fue difícil persuadir a los soldados manifestantes a que se retirasen de la plaza situada frente al Palacio Marinsky y aun que se reintegrasen a sus cuarteles. Sin embargo, la agitación que se habla promovido en la ciudad no cedía, se reunían muchedumbres, los mítines continuaban, se discutía en todas las esquinas, en los tranvías los viajeros se dividían en partidarios y en adversarios de Miliukov. En la Perspectiva Nevsky y en la calle, vecinos, oradores burgueses, hacían agitación contra Lenin, enviado por Alemania para derrocar al gran patriota Miliukov. En los suburbios, en los barrios obreros, los bolcheviques se esforzaban en hacer extensiva al gobierno en pleno la agitación suscitada por la nota y por su autor.

A las siete de la tarde se reunió el pleno del sóviet. Los líderes no sabían qué decir a un auditorio que se hallaba en un estado de gran exaltación. Chjeidze habló extensamente para decir que después de la reunión se celebraría una entrevista con el gobierno provisional. Chernov agitaba el fantasma de la guerra civil inminente. Fedorov, obrero metalúrgico, miembro del comité central de los bolcheviques, replicó que la guerra civil ya existía y que lo único que tenían que hacer los sóviets era apoyarse en ella y tomar el poder. "En aquel entonces, éstas eran todavía palabras inauditas y terribles [dice Sujánov], y hallaron en aquella asamblea, gracias al estado de espíritu reinante, un eco que los bolcheviques no habían encontrado antes ni habían de volver a encontrar mucho tiempo después en el sóviet."

Sin embargo, la nota saliente de la reunión fue, inesperadamente para todos, el discurso del socialista-liberal Stankievich, uno de los hombres de confianza de Kerensky: "¿Qué necesidad tenemos, compañeros, de 'atacar'? [preguntó]. ¿Contra quién emplear la fuerza? ¿Habéis olvidado, acaso, que la fuerza sois vosotros y las masas que os siguen?... Mirad, ahora son las siete menos cinco (Stankievich apunta con la mano al reloj que hay en la pared, y toda la sala se vuelve con él). Decidid que el gobierno provisional no lo sea más; que dimita. Daremos un telefonazo y en cinco minutos habrá depuesto sus poderes. ¿Qué necesidad hay entonces de manifestaciones de violencia, de guerra civil?" En la sala suena una tempestad de aplausos, exclamaciones entusiastas. El orador quiso,

indudablemente, asustar al sóviet sacando la consecuencia extrema de la situación creada; pero se asustó él mismo del efecto de su discurso. La verdad acerca de la fuerza de los sóviets puso a la asamblea por encima de las miserables intrigas de los dirigentes, a quienes lo único que les preocupaba era que el sóviet no tomara ninguna resolución. "¿Quién reemplazará al gobierno?", objetó uno de los oradores contestando a los aplausos. "¿Nosotros? Pero a nosotros nos tiemblan las manos"... Era una incomparable característica de los conciliadores, lideres enfáticos de manos temblorosas.

El primer ministro, Lvov, como completando las palabras de Stankievich, por su parte, hacía al día siguiente esta declaración: "Hasta ahora, el gobierno provisional se ha visto invariablemente apoyado por el órgano directivo del sóviet. En las últimas dos semanas... recaen sobre el gobierno ciertas sospechas. En estas condiciones... lo mejor que puede hacer el gobierno provisional es marcharse." Estas palabras confirman, una vez más, cuál era la real constitución de la Rusia de febrero.

En el Palacio Marinsky se celebró una reunión del comité ejecutivo con el gobierno provisional. En su discurso de apertura, el príncipe Lvov se lamentó de la campaña desatada por los sectores socialistas contra el gobierno y habló en un tono medio resentido y medio amenazante. Los ministros fueron describiendo las dificultades a cuya acumulación ellos habían contribuido con todas sus fuerzas. Miliukov, volviendo las espaldas a toda esta cháchara, habló desde el balcón a los manifestantes kadetes: "Al ver aquellos cartelones donde se podía leer: '¡Abajo Miliukov!' no temía por Miliukov, sino por Rusia." Así nos transmite el Miliukov historiador las modestas palabras que el Miliukov ministro pronunció ante la muchedumbre reunida en la plaza. Tsereteli exigió del gobierno una nueva nota. Chernov halló una salida genial, proponiendo a Miliukov para el ministerio de instrucción pública: Constantinopla, como tema de geografía, era, en todo caso, menos peligrosa que como objetivo de la diplomacia. Sin embargo, Miliukov se negó en redondo a volver a la ciencia lo mismo que a escribir una nueva nota. Los caudillos del sóviet no se hicieron de rogar mucho y consintieron en aceptar una explicación de la nota anterior. Sólo faltaba encontrar unas cuantas frases cuya falsía apareciera suficientemente disimulada a la manera democrática, y la situación entonces quedaría arreglada, y, así, la cartera de Miliukov podía darse por salvada.

Pero el tercero en cuestión no quería tranquilizarse. El 21 de abril amenaza una nueva ola del movimiento, más potente que la anterior. Esta vez la manifestación había sido convocada por el comité bolchevique de Petrogrado. A pesar de la contra agitación de los mencheviques y los socialrevolucionarios, enormes masas obreras avanzaron hacia el centro, partiendo primero del distrito de Viborg y luego de otros puntos. El comité ejecutivo destacó a apaciguadores autorizados para que saliesen al encuentro de los manifestantes, acaudillados por Chjeidze. Pero los obreros querían que se les oyese y tenían algo que decir.

Un conocido periodista liberal describía, en el *Riech*, la manifestación de los obreros en la Nevsky: "Delante, cerca de un centenar de hombres armados; detrás, las filas regulares de hombres y mujeres no armados (un millar de personas). Cadenas vivas a ambos lados. Cánticos. Me impresionó la expresión de sus rostros. Aquellas mil personas no tenían más que una sola cara extasiada: el rostro monacal de los primeros siglos del cristianismo, irreductible, inflexiblemente decidido a llegar al asesinato, a la inquisición y a la muerte." Este periodista vio la revolución obrera con los ojos y sintió un instante su resolución concentrada. ¡Qué poco se parecían aquellos obreros a los adolescentes que Miliukov decía comprados por Ludendorff a razón de quince rublos diarios!

En este día, lo mismo que en el anterior, los manifestantes no se echaron a la calle decididos a derribar al gobierno, aunque bien se puede suponer que la mayoría había

pensado ya seriamente en ello; ese día, una parte de los manifestantes estaba dispuesta a llevar las cosas más allá de los límites del estado de espíritu de la mayoría. Chjeidze propuso a la manifestación que se volviese atrás, hacia sus distritos. Pero los dirigentes contestaron con dureza que los obreros sabían perfectamente, sin que nadie se lo dijese, lo que tenían que hacer. Era un nuevo tono al que Chjeidze debía ir acostumbrándose en el curso de las próximas semanas.

Mientras que los conciliadores acudían a la persuasión y trataban de extinguir la hoguera, los kadetes la avivaban y adoptaban actitudes provocadoras. Kornílov, aunque ayer no obtuviese autorización para emplear las armas, no sólo no ha abandonado su plan, sino que, lejos de ello, ha tomado, desde bien temprano, medidas para lanzar la artillería y la caballería sobre los manifestantes. Contando firmemente con la intrepidez del general, los kadetes publicaron una hoja incitando a sus partidarios a salir a la calle con el propósito evidente de llevar las cosas hasta el conflicto decisivo. Fracasado el desembarco a orillas de los Dardanelos, Miliukov seguía desarrollando su ofensiva, con Kornílov en calidad de vanguardia y la *Entente* como reserva. La nota enviada a espaldas de los sóviets y el artículo de fondo del *Riech* debían representar el papel de un telegrama de Ems dirigido por el canciller liberal de la Revolución de Febrero. “Todos los que están por Rusia y su libertad deben agruparse en torno al gobierno provisional y sostenerlo.” Así decía el manifiesto del comité central de los kadetes, en que se invitaba a todos los buenos ciudadanos a salir a la calle para luchar contra los partidarios de la paz inmediata.

La Nevsky, arteria principal de la burguesía, se convirtió en un inmenso mitin kadete. Una manifestación considerable, a la cabeza de la cual estaban los miembros del comité central kadete, se dirigió al Palacio Marinsky. Por todas partes se veían cartelones que acababan de salir del taller: “Confianza absoluta en el gobierno provisional.” “¡Viva Miliukov!” Los ministros estaban radiantes: habían encontrado a su “pueblo”, cosa tanto más evidente cuanto que los emisarios del sóviet hacían esfuerzos sobrehumanos para disolver los mítines revolucionarios, para hacer retroceder las manifestaciones de obreros y de soldados del centro a los suburbios y por evitar toda posible acción que pudiera provenir de parte de los cuarteles y de las fábricas.

Bajo la bandera de la defensa del gobierno se llevaba a cabo, por primera vez, una. movilización franca y en todo el frente de las fuerzas contrarrevolucionarias. En el centro de la ciudad aparecieron camiones con oficiales, junkers y estudiantes armados. Entraron en acción los caballeros de San Jorge. La juventud dorada organizó en la Nevsky un tribunal público que incriminó en la calle a los partidarios de Lenin y a los “agentes alemanes”. Hubo aquí reyertas y víctimas. Se decía que el origen de la primera colisión sangrienta había sido la tentativa de unos oficiales de arrebatar a los obreros una bandera con una inscripción contra el gobierno provisional. Las reyertas fueron tomando un carácter cada vez más encarnizado, y se inició un tiroteo, que, a partir de mediodía, fue ya constante. Nadie sabía exactamente quién disparaba ni por qué se disparaba. Pero el hecho era que aquel confuso tiroteo, en parte pérfido y en parte producido por el pánico, había causado ya víctimas. Los ánimos se iban caldeando.

No; la jornada no era precisamente una manifestación de la “unidad nacional”. Eran dos mundos los que se enfrentaban. Las columnas patrióticas llamadas a la calle por el partido kadete contra los obreros y soldados estaban compuestas exclusivamente por los elementos burgueses de la población, por oficiales, intelectuales, funcionarios.

Dos torrentes humanos, uno por Constantinopla, otro por la paz, salían de distintas partes de la ciudad, distintas por su composición social y por su aspecto exterior, con inscripciones hostiles en los cartelones y, al chocar, recurrían a los puños, a los bastones y hasta a las armas de fuego.

En el comité ejecutivo se recibió la noticia inesperada de que Kornílov hacía avanzar los cañones sobre la plaza del palacio. ¿Era una iniciativa tomada por su cuenta y riesgo, por el jefe militar de la región? No; el carácter y la carrera posterior de Kornílov demuestran que el bravo general tenía siempre alguien que le condujese por la nariz; en esta ocasión, ese alguien eran los caudillos kadetes. Solamente porque contaban con la intervención de Kornílov y a fin de hacer indispensable esta intervención, ellos habían llamado a las masas a la calle. Uno de los jóvenes historiadores de la revolución observa, acertadamente, que la tentativa hecha por Kornílov de acantonar a las escuelas militares en la plaza del palacio coincidió no con una necesidad, real o imaginaria, de defender el Palacio Marinsky contra la muchedumbre hostil, sino con la más alta marea de la manifestación de los kadetes.

Pero el plan Miliukov-Kornílov fracasó, sin embargo, y de un modo vergonzoso. Por simples que fueran los jefes del comité ejecutivo, no podían dejar de comprender que se estaban jugando la cabeza. Ya desde las primeras noticias de las sangrientas refriegas en la Nevsky, el comité expidió una orden telegráfica a todos los contingentes militares de Petrogrado y sus alrededores: no enviar ningún destacamento a las calles de la capital sin orden del sóviet.

Ahora, cuando los propósitos de Kornílov son del dominio público, el comité ejecutivo, a pesar de todas las declaraciones solemnes, pone las dos manos en la rueda del gobierno, y no sólo exige de Kornílov que retire inmediatamente las tropas de las calles, sino que destaca a Skóvelevy a Filipovsky para que hagan volver a las tropas a los cuarteles en nombre del sóviet.

"En estos días agitados, salvo llamada del comité ejecutivo, no salgáis a la calle con las armas en la mano. El derecho a disponer de vosotros pertenece exclusivamente al comité ejecutivo."

En lo sucesivo, toda orden relativa a la salida de tropas, excepción hecha del servicio ordinario, deberá constar en un documento oficial del sóviet e ir avalada, por lo menos, con la firma de dos personas autorizadas para ello. Diríase, pues, que el sóviet interpretaba de un modo inequívoco los actos de Kornílov como una tentativa de la contrarrevolución para provocar la guerra civil. Pero lo curioso es que, a la par que con ese decreto reducía a la nada el mando de la región, no se le pasaba siquiera por las mientes reemplazar a Kornílov, sin duda por no atentar contra las prerrogativas del poder. He aquí "las manos temblorosas". El nuevo régimen estaba rodeado de ficciones, lo mismo que un enfermo de almohadas y compresas. Pero lo más instructivo, desde el punto de vista de la relación de fuerzas, era el hecho de que no sólo las tropas, sino también las escuelas de oficiales se negasen, ya antes de recibir la comunicación de Chjeidze, a marchar sin órdenes del sóviet. Aquellas desagradables sorpresas que los kadetes no habían previsto y que llovían sobre ellos eran consecuencia inevitable del hecho de que, en el periodo de la revolución nacional, la burguesía rusa resultaba ser una clase antinacional. Este hecho podía disimularse durante algún tiempo a la sombra del doble poder, pero no era posible borrarlo.

Aparentemente, la crisis de abril prometió terminar sin que recayera una decisión. El comité ejecutivo consiguió mantener todavía a las masas en los umbrales de la dualidad de poderes. Por su parte, el gobierno, agradecido, explicó que por "garantías" y "sanciones" habían de entenderse los tribunales internacionales, la instalación de los armamentos y otras cosas magníficas. El comité ejecutivo se apresuró a aferrarse a estas concesiones terminológicas y por 34 votos contra 19 declaró liquidado el incidente. Para tranquilizar a su base inquieta, la mayoría adoptó resoluciones de este género: que no se realizase ningún acto político de importancia sin informar previamente de ello al comité ejecutivo; la composición del cuerpo diplomático debía ser radicalmente modificada. La

dualidad de poderes existente en los hechos se traducía al lenguaje jurídico de una constitución. Pero nada, en estas circunstancias, había cambiado en la naturaleza de las cosas.

El ala izquierda no consiguió arrancar a la mayoría conciliadora ni la dimisión de Miliukov. Todo debía seguir como antes. El gobierno provisional estaba sometido a la fiscalización, mucho más efectiva, de la *Entente*, a la cual el comité ejecutivo ni soñaba atacar.

El día 21 por la tarde, el Sóviet de Petrogrado hizo el balance de la situación. Tsereteli, en su informe, dio cuenta del nuevo triunfo de los sensatos dirigentes, que pusieron fin a toda falsa interpretación de la nota del 27 de marzo. Kámenev, en nombre de los bolcheviques, propuso la formación de un gobierno puramente soviético. La Kollontai, revolucionaria popular, que durante la guerra se había pasado del campo menchevique a los bolcheviques, propuso que se organizase un plebiscito en los distritos de Petrogrado y sus alrededores, tendente a establecer el tipo de gobierno provisional que preferían; pero estas proposiciones no fueron comprendidas por el sóviet: aparentemente la cuestión ya estaba resuelta. Por una inmensa mayoría, contra 13 votos, se adoptó la tranquilizadora resolución del comité ejecutivo. Cierto es que la mayoría de los diputados bolcheviques se hallaban todavía actuando en las fábricas, en las calles, en las manifestaciones. Pero, así y todo, es indudable que la masa principal del sóviet no se inclinaba en lo más mínimo hacia las consignas bolcheviques.

El sóviet ordenó abstenerse durante dos días de toda manifestación callejera. La resolución fue aprobada por unanimidad. Nadie dudó, ni por un momento, de que todos se someterían a tal decisión. En efecto, obreros, soldados, juventud pequeñoburguesa, el barrio de Viborg y la Perspectiva Nevsky, nadie se atrevió a desobedecer la orden del sóviet. La pacificación se obtuvo sin ninguna medida coercitiva. Bastaba con que el sóviet se sintiera dueño de la situación, para que lo fuera en realidad.

Entretanto iban llegando a las redacciones de los periódicos de izquierda decenas de resoluciones votadas por las fábricas y los regimientos, pidiendo la dimisión inmediata de Miliukov, y, algunas, la de todo el gobierno provisional. La agitación no se limitaba a Petrogrado. En Moscú, los obreros que abandonaban sus máquinas y los soldados que salían de sus cuarteles invadieron las calles con sus protestas tumultuosas. En los días siguientes afluyeron al comité ejecutivo docenas de telegramas de sóviets locales protestando contra la política de Miliukov y prometiendo apoyar en todo al sóviet. Del frente se hacían escuchar voces en el mismo sentido. Pero todo había de seguir como hasta entonces.

"El 21 de abril [afirmaba más tarde Miliukov] predominaba en las calles un estado de espíritu favorable al gobierno." Se refiere sin duda a las calles que él pudo observar desde lo alto de su balcón cuando los obreros y los soldados habían regresado ya a los talleres y a los regimientos. En realidad, el gobierno estaba completamente solo. No tenía ninguna fuerza seria, como pudimos oír de labios de Stankievich y del propio príncipe Lvov. ¿Qué significaba aquella frase de Kornílov, en el sentido de que podía disponer de fuerzas suficientes para dominar a los rebeldes? Nada, salvo la inaudita ligereza de aquel honorable general, ligereza que llega a su punto culminante en agosto, cuando, en función de conspirador, hace avanzar sobre Petrogrado tropas inexistentes. Hecho éste explicable para la mentalidad de Kornílov, que juzgaba aún a los contingentes militares según la composición de sus comandos. En su mayoría, la oficialidad estaba, indudablemente, con él; esto es, dispuesta (con el pretexto de defender al gobierno provisional) a romperle las costillas al sóviet. Los soldados, por su disposición de ánimo, estaban infinitamente más a la izquierda que el sóviet, pero lo apoyaban; como el sóviet, a su vez estaba al lado del gobierno provisional, resultaba que el general Kornílov pretendía utilizar en defensa del

gobierno provisional a soldados soviéticos dirigidos por oficiales reaccionarios. Amparados tras el régimen del doble poder, jugaban todos al escondite. Sin embargo, en cuanto los jefes del sóviet dieron a la tropa la orden de no abandonar los cuarteles, Kornílov se encontró flotando en el vacío, y con él, todo el gobierno provisional.

Y, a pesar de todo, el gobierno no cayó. Las masas que emprendieron el ataque carecían por completo de la preparación necesaria para llevarlo hasta el fin. Esto permitió a los jefes conciliadores intentar retrotraer el régimen de febrero a su punto de partida. Olvidando o deseando obligar a los demás a olvidar que el comité ejecutivo se había visto obligado a poner mano abiertamente en contra de la autoridad "legal", el 22 de abril, *Izvestia* (Noticias), del sóviet, se lamentaba en estos términos: "El sóviet no aspira a tomar el poder en sus manos. Sin embargo, en muchas banderas de sus partidarios, se veían inscripciones que exigían el derrocamiento del gobierno y la entrega de todo el poder al sóviet."

En efecto, ¿acaso no era indignante que los obreros y los soldados quisieran reducir a los conciliadores a hacerse cargo del poder, es decir, que consideraran seriamente a aquellos caballeros capaces de poner el poder al servicio de la revolución?

No, los socialrevolucionarios y los mencheviques no querían el poder. Como hemos visto, la proposición bolchevique que pedía la entrega del poder a los sóviets obtuvo un número insignificante de votos en el Sóviet de Petrogrado. En Moscú, la resolución propuesta por los bolcheviques el 22 de abril, retirando la confianza al gobierno provisional, no reunió más de 74 votos, entre los varios centenares de diputados. En cambio, el Sóviet de Helsingfors, a pesar de dominar en él los socialrevolucionarios, voto aquel día una resolución excepcionalmente audaz para esos tiempos, que consistía en el ofrecimiento de fuerza armada para. ayudar al Sóviet de Petrogrado a derribar al "gobierno provisional imperialista". Pero esta resolución, votada bajo la presión directa de los marinos de la flota de guerra, constituía una excepción. En su aplastante mayoría, la representación soviética de las masas, que todavía ayer se encontraba al borde de la insurrección contra el gobierno provisional, se mantenía por entero en el terreno de la dualidad de poderes. ¿Qué significaba esto?

La contradicción entre la decisión del ataque de las masas y las indecisiones de su representación política no es casual. En las épocas revolucionarias, las masas oprimidas se ven arrastradas a la acción directa con gran facilidad, y mucho antes que aprendan a dar a sus deseos y reivindicaciones una expresión política por medio de sus propias representaciones. Cuanto más abstracto es el sistema de representación, más a la zaga va del ritmo de los acontecimientos la acción de las masas. La representación soviética, la menos abstracta de todas, tiene, en las condiciones de una revolución, ventajas incomparables. Baste recordar que las dumas democráticas, elegidas a base del Reglamento Interior del 17 de abril, no fueron molestadas y se revelaron completamente impotentes para competir con los sóviets. Pero a pesar de todas las ventajas que tenía su contacto orgánico con las fábricas y los cuarteles, es decir con las masas, los sóviets no eran más que representaciones, que como tales no están exentas de los convencionalismos y deformaciones del parlamentarismo. La contradicción inherente a toda representación, incluso a la soviética, consiste en que, por un lado, es necesaria para la acción de las masas, y, por otro, se convierte fácilmente en un obstáculo conservador para ellas. La solución práctica de la contradicción consiste cada vez en la renovación de la representación. Pero esto, que no es tan sencillo como parece, se convierte en plena revolución en una deducción de la acción directa, y sigue con retraso a esta última. Lo cierto es que, al día siguiente de producirse la semiinsurrección, o, hablando más exactamente, el cuarto de insurrección, ya que la semiinsurrección tuvo lugar en julio, seguían sentándose en el sóviet los mismos diputados que la víspera, y tan pronto como

volvieron a encontrarse en su ambiente habitual, votaron también por las proposiciones de los dirigentes habituales.

Pero esto no significa, ni mucho menos, que la tormenta de abril pasara sin dejar huella en el sóviet, en el régimen de febrero, y, sobre todo, en las propias masas. La grandiosa intervención de los obreros y soldados en los acontecimientos políticos, aunque no se llevase hasta el fin, modifica la situación política, imprime un nuevo impulso al movimiento general de la revolución, acelera los inevitables reagrupamientos y obliga a los políticos de gabinete y de pasillo a olvidar sus planes de ayer y a adaptar sus actos a las nuevas circunstancias.

Tan pronto como los conciliadores hubieron liquidado aquella explosión de guerra civil y se imaginaron que todo volvería a sus antiguas posiciones, se planteó la crisis en el gobierno. Los liberales no querían seguir gobernando sin la participación directa de los socialistas en el ministerio. Por su parte, los socialistas, obligados por la lógica de la dualidad de poderes a aceptar esta condición, exigían que se renunciase públicamente al programa de los Dardanelos. Esto determinaba de modo inexorable la separación de Miliukov, el cual se vio obligado a abandonar la cartera el día 2 de mayo. Como se ve, el objetivo de la manifestación del 20 de abril se alcanzaba con un retraso de doce días y en contra de la voluntad de los caudillos del sóviet. Pero los tropiezos y las dilaciones no hicieron más que poner de manifiesto elocuentemente la impotencia de los dirigentes. Miliukov, que con ayuda de su general se disponía a introducir una modificación radical en la relación de fuerzas, saltó estrepitosamente del gobierno como un tapón, y el bravo general se vio obligado a presentar la dimisión. Los ministros no tenían ya aire de fiesta. El gobierno imploraba al sóviet que accediera a la formación del gobierno de coalición. Y todo porque las masas habían apretado en el otro extremo de la palanca.

Esto no quiere decir, sin embargo, que los partidos conciliadores se hubieran acercado más a los obreros y a los soldados. Al contrario, los acontecimientos de abril, demostrando las posibilidades insospechadas que estaban latentes en las masas, empujaron a los jefes democráticos aún más hacia la derecha, los acercaron más a la burguesía. A partir de ese momento prevalece definitivamente la línea patriótica. La mayoría del comité ejecutivo se hace más compacta. Los radicales indefinidos, tipo Sujánov, Steklov y otros, que últimamente inspiraban todavía la política del sóviet e intentaban sostener hasta cierto punto las tradiciones del socialismo, quedan al margen. Tsereteli establece con firmeza una corriente conservadora y patriótica que constituye una adaptación de la política de Miliukov a la representación de las masas trabajadoras.

La conducta del Partido Bolchevique en las jornadas de abril no fue homogénea. Los acontecimientos lo tomaron desprevenido. Acababa apenas de superar la crisis anterior y estaba preparando activamente el congreso del partido. Bajo la impresión de la agitación aguda reinante en los distritos, algunos bolcheviques se pronunciaron por el derrocamiento del gobierno provisional. El comité de Petrogrado, que todavía el 5 de marzo daba un voto de confianza condicional al gobierno, estaba perplejo. Se decidió organizar para el día 21 una manifestación, pero sin definir con suficiente claridad el fin de la misma. Una parte del comité petersburgués lanzó a la calle a los obreros y soldados, con el propósito, a decir verdad, no muy claro, de intentar de paso el derrocamiento del gobierno provisional. En el mismo sentido actuaban algunos elementos aislados de izquierda que se hallaban fuera del partido. Al parecer, intervinieron también los anarquistas, que eran pocos, pero muy activos. Algunos individuos se presentaron en los cuarteles exigiendo automóviles blindados o refuerzos en general, sea para proceder a la detención del gobierno provisional o para luchar en las calles contra los enemigos. Pero la división de automóviles blindados, que simpatizaba con los bolcheviques, manifestó que no pondría los automóviles a disposición de nadie si no recibía órdenes del comité

ejecutivo. Los kadetes se esforzaron por todos los medios de acusar a los bolcheviques de los sangrientos conflictos que se habían producido. Pero la comisión especial nombrada por el sóviet demostró de una manera irrefutable que los primeros disparos no habían sido hechos desde la calle, sino desde los portales y los balcones.

En los periódicos apareció el siguiente comunicado del fiscal: “El tiroteo ha sido obra de elementos procedentes de los bajos fondos de la sociedad con la intención de provocar desórdenes y confusión, siempre ventajosos para la chusma.” La hostilidad existente contra los bolcheviques por parte de los partidos dirigentes del sóviet estaba aún lejos de alcanzar la violencia que dos meses después, en julio, oscureció toda razón y toda conciencia. Los jueces, si bien conservaban su antigua composición, en abril se sentían aún cohibidos ante la revolución, y no se permitían aplicar ya contra la extrema izquierda los métodos de la policía zarista. En ese sentido pudo realizarse también sin dificultad la agresión de Miliukov.

El comité central reconvino al ala izquierda de los bolcheviques y declaró, el 21 de abril, que consideraba completamente acertada la orden de prohibición de las manifestaciones dada por el sóviet, y que era preciso someterse incondicionalmente a ella. Además, la consigna de “Abajo el gobierno provisional” no es acertada en las presentes circunstancias [decía la resolución del comité central], pues una mayoría popular sólida, es decir, consciente y organizada, dirigida por el proletariado revolucionario, no existe, y, en consecuencia, dicha consigna es una mera frase o se reduce a una tentativa aventurera. La resolución define como tareas del momento, premisas de la toma del poder, la crítica, la propaganda y la conquista de la mayoría en el seno de los sóviets. Los enemigos vieron en aquella declaración una retirada de los dirigentes asustados o bien una sutil maniobra. Pero conocemos ya la fundamental posición de Lenin en lo que se refiere a la toma del poder y cómo enseñó a aplicar a los miembros del partido las tesis de abril, según la experiencia de los hechos.

Tres semanas antes Kámenev había declarado que se consideraba “feliz” de votar con los mencheviques y los socialrevolucionarios por una proposición única sobre el gobierno provisional, y Stalin desarrollaba la teoría de la división del trabajo entre los kadetes y los bolcheviques.

¡Cuán lejanas parecían ahora aquellas votaciones y aquellas teorías! Después de la lección de las jornadas de abril, Stalin se pronunció por primera vez contra la teoría del “control” benévolo sobre el gobierno provisional, abandonando prudentemente sus propias opiniones de ayer. Pero esta maniobra pasa desapercibida. ¿En qué consistía el aventurerismo de la política de ciertos miembros del partido?, preguntaba Lenin en la conferencia que comenzó sus tareas después de aquellas graves jornadas. En la tentativa de actuar por la violencia, cuando aún no había base para emplear la violencia revolucionaria. “Se puede derribar a aquellos a quienes el pueblo conoce como opresores. Pero ahora no los hay; los cañones y los fusiles están en manos de los soldados, no de los capitalistas. Hoy los capitalistas no conducen a la gente por la violencia, sino por el engaño, y seria necio y sin sentido gritar contra la violencia.

“Hemos lanzado la consigna de manifestaciones pacíficas. Deseábamos únicamente hacer un reconocimiento pacífico de las fuerzas del adversario, pero no dar la batalla. El comité de Petrogrado se ha desviado un poco hacia la izquierda... Con el grito acertado de ‘¡Vivan los Sóviets!’ se ha lanzado otro que no lo era: ‘¡Abajo el gobierno provisional!’ En el momento de la acción, el desviarse ‘un poco hacia la izquierda’ no es oportuno. Nosotros lo reputamos como un crimen muy grave, como una gran desorganización.”

¿En qué se basan los dramáticos acontecimientos de la revolución? En los cambios producidos en la correlación de fuerzas. ¿Qué es lo que los provoca? Principalmente, las

vacilaciones de las clases intermedias, de los campesinos, de la pequeña burguesía, del ejército. Entre el imperialismo de los kadetes y el bolchevismo, la amplitud es enorme. Estas vacilaciones se producen simultáneamente en dos sentidos antagónicos. La representación política de la pequeña burguesía, los jefes conciliadores, propenden cada vez en forma más marcada hacia la derecha, hacia la burguesía. Por el contrario, las masas oprimidas se van manifestando de una manera cada vez más acentuada y audaz hacia la izquierda. Al pronunciarse contra el aventurerismo de que habían dado pruebas los dirigentes de la organización petersburguesa, Lenin hace una salvedad: si las clases intermedias se inclinaran seriamente hacia nosotros, profunda, firmemente, no vacilaríamos un instante, en desahuciar al gobierno del Palacio Marinsky. Pero aún no hay tal. La crisis de abril manifestada en la calle no es "la primera ni será tampoco la última vacilación de·la masa pequeñoburguesa y semiproletaria". Nuestra misión, por ahora, sigue siendo la de "explicar pacientemente", preparar el movimiento siguiente, más profundo, más consciente de las masas en nuestra dirección. En lo que concierne al proletariado, su cambio de frente y su viraje hacia los bolcheviques tomaron en el transcurso de abril un carácter muy acentuado. Los obreros acudían a los comités del partido y preguntaban lo que tenían que hacer para pasar del Partido Menchevique al Bolchevique. En las fábricas se interrogaba con insistencia a los diputados soviéticos acerca de la política exterior, de la guerra, de la dualidad de poderes, del aprovisionamiento, y, cómo resultado de estas preguntas, los diputados socialrevolucionarios o mencheviques eran frecuentemente sustituidos por los bolcheviques. Fue en los sóviets de barrio, los que más cerca se hallaban de las fábricas, donde se inició con más rapidez el viraje. A fines de abril, en los sóviets de los barrios de Viborg, de Narva y de la Vasili-Ostrov, los bolcheviques se encontraron súbita e inesperadamente con que tenían mayoría. Era éste un hecho de gran importancia, pero los jefes del comité ejecutivo, absorbidos por la alta política, miraban con desprecio el trabajo de los bolcheviques en los barrios obreros. Sin embargo, los distritos empezaron a ejercer una presión cada vez más sensible sobre el centro. Sin que interviniese para nada el comité de Petrogrado, se inició en las fábricas una campaña enérgica y fructífera por la renovación de representantes al sóviet de diputados obreros de la capital. Sujánov opina que, a principios de mayo, la tercera parte del proletariado petersburgués seguía a los bolcheviques. La tercera parte por lo menos, y era la parte más activa. La incoherencia del mes de marzo iba desapareciendo, las decisiones políticas se definían, las "fantásticas" tesis de Lenin tomaban cuerpo en distritos de Petrogrado.

Cada paso adelante de la revolución está provocado o forzado por la intervención directa de las masas, completamente inesperada, en la mayoría de los casos, para los partidos soviéticos. Después de la Revolución de Febrero, cuando los obreros y los soldados derribaron la monarquía sin consultar a nadie, los jefes del comité ejecutivo entendían que la misión de las masas había terminado. Pero cometieron un error fatal. Las masas no estaban dispuestas, ni mucho menos, a retirarse por el foro. Ya a principios de marzo, durante la campaña por la jornada de ocho horas, los obreros arrebataron esta concesión al capital a pesar de los mencheviques y los socialrevolucionarios. El sóviet debió registrar una victoria, conseguida sin él y contra él. La manifestación de abril fue una segunda enmienda del mismo tipo. Cada manifestación de masa, independientemente de su fin concreto, es una advertencia para la dirección. En un principio, la advertencia tiene un carácter suave, pero después se torna cada vez más decidido. En julio se convierte ya en amenaza. En octubre se produce el desenlace.

En los momentos críticos las masas intervienen siempre de un modo. "espontáneo". Obedecen, en otros términos, a sus propias deducciones de la experiencia política y a sus lideres no reconocidos oficialmente. Al asimilar tales o cuales elementos

de agitación, las masas traducen de modo espontáneo sus conclusiones al lenguaje de la acción. Los bolcheviques no habían dirigido todavía, como partido, la campaña por la jornada de ocho horas. Tampoco fueron ellos quienes lanzaron a las masas a la manifestación de abril. No fueron tampoco los bolcheviques los que impulsaron a las masas a echarse a la calle a principios de julio. Sólo en octubre el partido consigue definitivamente tomar el paso y ponerse a la cabeza de las masas, ya no para una manifestación, sino para la revolución.

La primera coalición

A pesar de todas las teorizaciones, declaraciones y enseñanzas oficiales, el poder pertenecía al gobierno provisional sólo en los papeles. La revolución, no obstante la resistencia de la pretendida democracia, progresaba, sublevando a nuevas masas, consolidando los sóviets, armando, aunque limitadamente, a los obreros. Los comisarios provinciales del gobierno y los "comités de acción social", que se encontraban cerca de ellos y en los cuales predominaban, comúnmente, representantes de organizaciones burguesas, eran desechados con naturalidad y sin esfuerzo alguno por los sóviets. En ciertos casos, cuando los agentes del poder central se mostraban obstinados, los grandes conflictos surgían. Los comisarios acusaban a los sóviets provinciales de desconocer el poder central. La prensa burguesa, a grandes gritos, decía que Cronstadt, Schlusselburg o Tsaritsin se habían separado de Rusia y transformado en repúblicas independientes. Los sóviets locales protestaban contra este absurdo. Los ministros se agitaban. Los socialistas gubernamentales se justificaban ante la burguesía realizando largas caminatas por el país, durante las cuales proferían exhortaciones y amenazas. Mas nada de todo esto modificaba las relaciones de fuerzas. La ineluctabilidad de los procesos que minaban el doble poder se expresaba por el hecho de que, en ritmos, a decir verdad, desiguales, se desarrollaban en todo el país.

De órganos de control, los sóviets se transformaron en órganos administrativos. No se resignaron a ninguna teoría sobre división de poderes e intervinieron en la dirección de las fuerzas armadas, en los conflictos económicos, en los problemas de abastecimiento y del transporte, como también en los asuntos judiciales. Los sóviets decretaron, bajo la presión de los obreros, la jornada de ocho horas, eliminando a los administradores demasiado reaccionarios, destituyendo a los más insoportables comisarios del gobierno provisional, y participaron en las pesquisas, interviniendo los periódicos hostiles. Bajo la influencia de las dificultades del abastecimiento, constantemente agravadas, y de la escasez de mercaderías, los sóviets provinciales emprendieron la vía de las tasaciones y las requisiciones e intervinieron las salidas de las reservas departamentales. Sin embargo, al frente de los sóviets, en todas partes, se encontraban los socialrevolucionarios y los mencheviques, que rechazaban con indignación el santo y seña bolchevique: "Todo el poder a los sóviets."

Extremadamente edificante, desde este punto de vista, aparecía la actividad del Sóviet de Tiflis, en el corazón mismo de la Gironda menchevique, que da a la Revolución de Febrero líderes como Tsereteli y Chjeidze, y después los protegerá cuando fueron vanamente desgastados sus últimos recursos en Petrogrado. El Sóviet de Tiflis, dirigido por Jordania, futuro jefe de la Georgia independiente, se encontró, a cada paso, obligado a marchar conforme a los principios del partido menchevique, que lo babia dominado y lo hacía actuar como un poder. El sóviet confiscaba para sus necesidades una tipografía privada, realizaba detenciones y concentraba entre sus manos la instrucción judicial y los tribunales en materia política, racionaba el pan, tasaba los productos de la alimentación y los objetos de primera necesidad. La contradicción entre la doctrina oficial y los hechos vitales estaba establecida desde los primeros días, y no fue más que aumentando durante los meses de marzo y abril.

En Petrogrado se respetó al menos el decoro, bien que, nosotros lo hemos visto, no siempre. Las jornadas de abril, sin embargo, revelaron, con hechos demasiado pocos equívocos, la impotencia del gobierno provisional el cual no encontró ni en la misma capital serios apoyos. En la última decena de abril, el gobierno languidecía y se extinguía. “Kerensky declaraba con angustia que el gobierno ya no existía. Que él debía trabajar y deliberar sobre su propia situación.” (Stankievich). De este gobierno se puede decir, en suma, que hasta las jornadas de octubre pasó por momentos muy difíciles y que, en los intervalos entre las crisis..., existía. Continuamente “deliberaba sobre su situación”; Kerensky no encontraba tiempo para ocuparse de los asuntos oficiales.

De la crisis provocada en abril por un ensayo general de las batallas futuras se podían concebir teóricamente tres salidas. O bien el poder debía volver integro a la burguesía: eso no era realizable más que por el camino de la guerra civil; Miliukov lo ensaya, pero fracasa; o bien es necesario remitir todo el poder a los sóviets: se podía llegar a eso sin guerra civil, levantando el brazo; bastaba quererlo. Pero los conciliadores no lo querían, y las masas guardaban todavía su confianza a aquéllos, aunque ya disminuida. Así, las dos salidas principales (en la línea burguesa como en la línea proletaria) se encontraron cerradas. Restaba una tercera posibilidad: la semisalida confusa, híbrida, cobarde, de un compromiso. Con otras palabras: coalición.

Hacia fines de las jornadas de abril, los socialistas no soñaban siquiera con una coalición: sus hombres, en general, no tenían jamás nada previsto. Por la resolución del 2 de abril, el comité ejecutivo había oficialmente transformado el doble poder, de hecho, en principio constitucional. Pero el búho de la sabiduría, otra vez, alzó su vuelo demasiado tarde: la consagración jurídica del dualismo instituido en marzo (los reyes y los profetas) tuvo lugar en el momento en que esta forma se rompía bajo la presión de las masas. Los socialistas trataron de cerrar los ojos en esto. Miliukov relata que cuando el gobierno propuso la coalición, Tsereteli declaró: “¿Qué ventaja tendríamos nosotros entrando en vuestro gabinete? Porque finalmente..., de no ser conciliadores vosotros, nosotros estaríamos forzados a retirarnos del ministerio como fracasados.” Tsereteli trataba de infundirles miedo a los liberales en base a un pretendido “fracaso”.

Como siempre, para motivar su política, los mencheviques apelaban a los intereses de la burguesía. Pero el agua ya les llegaba a la garganta. Kerensky se esforzaba por intimidar al comité ejecutivo: “El gobierno se encuentra hoy en una situación insostenible; los rumores de dimisiones que circulan no corresponden a maniobra política alguna.” Simultáneamente, era ejercida una presión proveniente de las esferas burguesas. La Duma Municipal de Moscú vota una resolución a favor de la coalición. El 26 de abril, estando ya el terreno lo suficientemente preparado, el gobierno provisional, en un manifiesto especial, proclama la necesidad de que el trabajo que realiza el estado sea acompañado por las “fuerzas creadoras y activas del país que aún no lo han hecho”. La coalición estaba rotundamente puesta sobre el tapete.

Sin embargo, la opinión se oponía con bastante fuerza a la coalición. A fin de abril se pronunciaron contra el ingreso de los socialistas en el gobierno provisional los sóviets de Moscú, Tiflis, Odessa, Yekaterimburgo, Nizhni Nóvgorod, Tver y otros. Los motivos fueron netamente expresados por uno de los lideres mencheviques de Moscú: “Si los socialistas entran en el gobierno, no habrá ninguna persona para guiar el movimiento de las masas hacia un curso determinado.” Pero esto era difícil de admitir por los obreros y soldados, contra quienes estaba dirigida tal consideración. Las masas, en la medida que no seguían a los bolcheviques, sostenían la entrada de los socialistas en el gobierno. Si está bien que un Kerensky sea ministro, seis Kerensky resultan todavía mejor. Las masas no sabían que esto se llamaba coalición con la burguesía y que en última instancia ésta se colocaba detrás de los socialistas para obrar contra el pueblo. En los cuarteles se

vislumbraba la coalición de otro modo que en el Palacio Marinsky. Las masas querían, por medio de los socialistas, eliminar a la burguesía del gobierno. Y es así que las dos presiones ejercidas en sentido contrario, en un momento se combinaron en una sola.

En Petrogrado un cierto número de contingentes militares, cuya división de autos blindados simpatizaba con los bolcheviques, se pronunciaron por el gobierno de coalición. En el mismo sentido se vota con abrumadora mayoría en toda la provincia. Las ideas de coalición predominaban también entre los socialrevolucionarios; pero éstos hubieran querido entrar en el gobierno sin los mencheviques. Por la coalición se declaró finalmente el ejército. Uno de sus delegados no expresaba mal, más tarde, en junio, en el congreso de los sóviets, la actitud de los soldados del frente sobre la cuestión del poder: "Nosotros pensamos en el quejido que se escapaba al ejército cuando supo que los socialistas no querían entrar en el ministerio y trabajar en común con hombres a quienes no les tenían confianza, mientras que todo el ejército está forzado a seguir muriendo con hombres en los cuales no creía. Nosotros pensamos que ese quejido había sido escuchado en Petrogrado."

En esta cuestión, como en tantas otras, la guerra tenía una importancia decisiva. Los socialistas se disponían en primer lugar a ganar tiempo, frente a la guerra y al poder. Pero la guerra no aguardaba. Los Aliados tampoco. El frente no podía aguantar más. Justo en el momento de la crisis gubernamental, llegan al comité ejecutivo los delegados del frente y hacen a sus líderes esta pregunta: "¿Hacemos nosotros la guerra o no la hacemos? Esto significa: ¿Toman ustedes la responsabilidad de la guerra, sí o no?" Era imposible permanecer en silencio. La misma pregunta le hizo la *Entente* en un lenguaje semiamenazador.

La ofensiva de abril sobre el frente oeste de Europa fue de alto precio para los Aliados y no les dio ningún resultado. El ejército francés estaba conmovido por la Revolución Rusa y por el fracaso de la ofensiva sobre la cual se habían construido tantas esperanzas. El ejército, según el mariscal Pétain, "se doblaba bajo la sola presión de la mano". Para contener ese proceso amenazador, el gobierno francés tenía necesidad de una ofensiva rusa o tan siquiera, al menos, de una firme promesa de ofensiva. Aparte del alivio material que implicaba, era necesario, lo más pronto posible, arrancar la aureola de la paz a la Revolución Rusa, extirpar todo espíritu en el corazón de los soldados franceses, comprometer la revolución a rendir cuentas como cómplices de los crímenes de la *Entente*, pisotear la bandera insurreccional de los obreros y soldados rusos en la sangre y el lodo de la carnicería imperialista.

Para lograr ese elevado fin fueron utilizadas todas las palancas. Entre ellas, los socialpatriotas de la *Entente* no ocuparon el último lugar. Los más experimentados de ellos fueron enviados en misión a la Rusia revolucionaria. Arribaron todos preparados, con la conciencia dúctil y la lengua desatada. "Los socialdemócratas extranjeros [escribe Sujánov] fueron recibidos con los brazos abiertos en el Palacio Marinsky... Branting, Cachin, O'Grady, De Brouckére y otros se sintieron como entre camaradas y constituyeron con nuestros ministros un frente único contra el sóviet." Debe admitirse que ni el mismo sóviet conciliador estaba siempre muy cómodo con esos señores.

Los socialistas aliados recorrían los frentes. "El general Alexéiev [escribe Vandervelde] hacía todo lo posible para que nuestros esfuerzos se unieran a los que tenían ya hechos las delegaciones de marinos del mar Negro, Kerensky, Albert Thomas, con el fin de completar eso que se daría en llamar la preparación moral de la ofensiva." El presidente de la II Internacional y el viejo jefe del estado mayor de Nicolás II hallaron así un lenguaje común en la lucha por los claros ideales de la democracia. Renaudel, uno de los lideres del socialismo francés, pudo exclamar con alivio: "Ahora nosotros podemos

hablar sin enrojecernos de la guerra por el derecho.” Con un atraso de tres años, la humanidad comprobó que esas gentes tenían algún motivo para enrojecerse.

El 1 de mayo, el comité ejecutivo, habiendo pasado por todas las fases de vacilaciones imaginables, por una mayoría de 41 votos contra 18 y tres abstenciones, decidió, finalmente, participar en el gobierno de coalición. En contra votaron solamente los bolcheviques y un pequeño grupo de mencheviques internacionalistas.

No está desprovisto de interés hacer notar que, como víctima del más estrecho acercamiento entre la democracia y la burguesía, cayó la figura visible de esta última, Miliukov. “No soy yo el que ha salido; me han salido”, decía él después de un tiempo. Guchkov se había eliminado desde el 30 de abril, habiéndose negado a firmar la *Declaración de los Derechos del Soldado*. Hasta qué punto en esos días los liberales tenían las ideas más negras, se demuestra por el hecho de que el comité central del partido kadete, para salvar la coalición, haya decidido no insistir sobre el mantenimiento de Miliukov en el viejo gobierno. “El partido ha traicionado a su líder”, escribe el kadete de derecha Izgoiev. Por lo demás, el partido no tenía ya tanta opción. El mismo Izgoiev declara con plena razón: “A fin de abril, el partido estaba vencido por completo. Moralmente, había recibido un golpe por el cual no pudo jamás levantarse.”

Pero hasta en el problema de Miliukov, la última palabra pertenecía a la *Entente*. Inglaterra estaba de acuerdo en aceptar el reemplazo de los patriotas de los Dardanelos por un “demócrata” más ponderado. Henderson, que había llegado a Petrogrado con plenos poderes para sustituir, en caso de necesidad, a Buchanan como embajador, tras haber tomado conocimiento de la situación, reconoce que esta medida sería superflua. En efecto, Buchanan estaba en su justo lugar, pues él se mostraba adversario categórico de las anexiones, en la medida que ellas no respondían a los apetitos de Gran Bretaña: “Del momento que Rusia no tiene necesidad de Constantinopla [cuchicheaba tiernamente Buchanan en el oído de Tereschenko], cuando más rápido lo diga mejor será.” Francia había comenzado por apoyar a Miliukov. Pero aquí entra a jugar su rol Thomas, que, tras Buchanan y los líderes soviéticos, se pronuncia contra Miliukov. Es así como el político odioso a las masas fue abandonado por los Aliados, por los demócratas y, finalmente, por su propio partido.

Miliukov no tenía merecido, en suma, tan cruel castigo, al menos venido de tales manos. Pero la coalición reclamaba una víctima expiatoria. Miliukov fue presentado a las masas como un espíritu maligno que obturaba la gran marcha triunfal hacia la paz democrática. Desligando de ella a Miliukov, la coalición, por el mismo golpe, se lavaba de los pecados del imperialismo.

La composición del gobierno de coalición y su programa fueron aprobados por el Sóviet de Petrogrado el 5 de mayo. Los bolcheviques no reunieron contra la coalición más que cien votos. “La asamblea saluda calurosamente a los ministros oradores...”, dice irónicamente Miliukov en esa sesión. “Esa misma tempestad de aplausos acogió, sin embargo, a Trotsky cuando en la víspera llegó de Norteamérica. El viejo líder de la primera revolución censuraba netamente que los socialistas hayan entrado en el ministerio, afirmando que, por consiguiente, el doble poder no sería suprimido, sino solamente transferido al ministerio, y que el verdadero y único poder que salvaría a Rusia aparecerá sólo cuando pase el poder a las manos de los diputados obreros y soldados. Entonces se abriría una nueva época, una época de sangre y de hierro, en la cual no habría lucha entre las naciones, sino una lucha entre la clase sufriente, oprimida, contra las clases dirigentes.” Es así como Miliukov presenta las cosas. Al concluir su discurso, Trotsky formula reglas políticas para las masas: “Tres mandamientos revolucionarios: no tener confianza en la burguesía; controlar a los dirigentes; contar únicamente con sus propias fuerzas.”

Sobre este discurso, Sujánov dice: “Es evidente que no se puede contar con su aprobación.” Y en efecto: la conducta frente al orador fue mucho más fría que el recibimiento. Sujánov, extremadamente sensible a los corrillos entre intelectuales, añade: “Como él no se había adherido todavía al Partido Bolchevique, corría el rumor de que era peor que Lenin.”

Los socialistas tomaron seis de las quince carteras. Ellos querían estar en minoría. Incluso después de haberse decidido a participar abiertamente en el poder, ellos continuaban sin definirse dentro del mismo. El príncipe Lvov seguía siendo primer ministro. Kerensky llegó a ocupar las carteras de guerra y marina. Chernov fue designado ministro de agricultura. Miliukov, del puesto de asuntos extranjeros, fue reemplazado por el fino conocedor de ópera Tereschenko, que fue al mismo tiempo el hombre de confianza de Kerensky y de Buchanan. Los tres estaban de acuerdo en que Rusia podía abstenerse perfectamente de Constantinopla. Al frente del de justicia fue puesto el insignificante abogado Pereversev, quien obtuvo más adelante una efímera celebridad en el mes de julio, a raíz del proceso de los bolcheviques.

Tsereteli se contentó con la cartera de correos y telégrafos, a fin de reservar su tiempo para el comité ejecutivo. Skóvelev llegó a ministro de trabajo y prometió, en un momento de calor, reducir los beneficios de los capitalistas a un ciento por ciento integralmente. Esta frase voló rápido de boca en boca. Para guardar simetría, se nombra ministro de comercio e industria a un gran empresario moscovita, Konoválov. Este trae a algunos personajes importantes de la Bolsa de Moscú, a quienes fueron confiados puestos muy importantes en el estado. A los quince días, Konoválov presenta su dimisión protestando por ese medio contra “la anarquía” en la economía general. Skóvelev, entre tanto, había renunciado a esperar beneficios y se ocupaba de luchar contra la anarquía: sofocaba las huelgas, se invitaba a los obreros a que se restringieran a sí mismos.

La declaración dada por el gobierno consistía, como es lógico, viniendo de una coalición, en lugares comunes. Tal declaración prometía la realización de una activa política exterior a favor de la paz, una investigación para solucionar el aprovisionamiento y un estudio preparatorio sobre la cuestión agraria. No eran más que frases superfluas. El único punto serio, al menos como intención, precisaba que el ejército sería preparado “para operaciones defensivas y ofensivas a los efectos de prevenir una posible derrota de Rusia y de las naciones aliadas”. A esta tarea se reducía, en suma, el interés capital de la coalición que se constituía como la última postura de la *Entente* y de Rusia. “Un gobierno de coalición [escribía Buchanan] representa para nosotros la última y casi la única esperanza de salvación, por la situación militar que enfrentamos.” Es así que, detrás de las plataformas, los discursos, las conciliaciones y los votos de los jefes liberales y demócratas de la Revolución de Febrero, estaba la dirección imperialista, en la persona de la *Entente*. Encontrándose obligados a entrar tan rápidamente en la composición del gobierno, en nombre de los intereses del frente de la *Entente* hostil a la revolución, los socialistas tomaron alrededor de un tercio del poder y la totalidad de la guerra.

El nuevo ministro de asuntos extranjeros, durante quince días, tuvo que postergar la publicación de las respuestas de los gobiernos aliados a la declaración del gabinete de coalición. “La activa política exterior a favor de la paz” consistió en adelante en que Tereschenko corrigiera con aplicación los telegramas diplomáticos que redactaban para él los viejos servicios de la cancillería y que, tachando “reivindicaciones”, escribía “justas exigencias”, o bien en lugar de “la garantía de los intereses”, escribía “el bien de los pueblos”,’ Miliukov, haciendo rechinar los dientes, dice de su sucesor: “Los diplomáticos aliados saben que la terminología ‘democrática’ de sus despachos telegráficos tiene una concesión involuntaria a las exigencias del momento, y la consideran con indulgencia.”

Thomas y Vandervelde, que hacía poco hablan llegado, no se quedaron con los brazos cruzados: se abocaron con celo a interpretar "el bien de los pueblos", de acuerdo con las necesidades de la *Entente*, y trabajaron no sin éxito en ese sentido a los ingenuos del comité ejecutivo. "Skóvelevy Chernov [comunicaba Vandervelde] protestan enérgicamente contra toda idea de paz prematura." No es sorprendente que Ribot se apoyara sobre tales colaboradores, habiendo podido declarar el 9 de mayo, en el parlamento francés, que él se disponía a dar una respuesta satisfactoria a Tereschenko, "sin renunciar a ningún punto que fuese [el que fuese]".

Si, los verdaderos amos de la situación no teníari la intención de dejar que se perdiera lo que estaban recogiendo. Justamente en esos días, Italia proclamaba la independencia de Albania Y, del mismo golpe, la ponía bajo su protectorado. No era una mala lección de las cosas. El gobierno provisional se disponía a protestar, no desde el punto de vista de la democracia, sino a causa de la ruptura del "equilibrio" en los Balcanes, pero su impotencia le obligó a morderse la lengua.

Lo único de nuevo en la política exterior de la coalición fue su acercamiento apresurado con Norteamérica. Esa totalmente nueva amistad ofrecía tres comodidades: Estados Unidos no estaba tan comprometido por las ignominias de la guerra como Francia e Inglaterra; la república transoceánica abría a Rusia buenas perspectivas en materia de empréstitos y de materiales de guerra; en fin, la diplomacia de Wilson (combinación de santurronería democrática y fullería) era lo mejor del mundo para las necesidades estilísticas del gobierno provisional. Habiendo enviado a Rusia la misión presidida por el senador Root, Wilson dirige al gobierno provisional uno de sus mandamientos de pastor, en el cual decía: "Ningún pueblo debe ser sometido por la fuerza a una soberanía bajo la cual no pueda vivir." El fin de la guerra estaba definido para el presidente norteamericano de una manera no muy clara, aunque seductora: "Asegurar la paz futura del mundo y, en el porvenir, el bienestar y la felicidad de los pueblos." ¿Podía haber algo mejor? Tereschenko y Tsereteli no deseaban sino eso: nuevos créditos y los lugares comunes del pacifismo. Con la ayuda de los primeros, y a cubierto gracias a los segundos, se podía proceder a los preparativos de la ofensiva que exigía Shylock desde las orillas del Sena sacudiendo furiosamente en el aire todos sus tratados.

El 11 de mayo Kerensky partió al frente, iniciando una campaña de agitación para llevar a cabo la ofensiva. "La ola de entusiasmo en el ejército crece y se dilata", escribía al gobierno provisional el nuevo ministro de la guerra, totalmente jadeante en la embriaguez de sus propios discursos. El 14 de mayo Kerensky dicta una orden a los soldados: "Vosotros iréis adonde os conduzcan vuestros jefes", y para embellecer esta perspectiva bien conocida y poco seductora para los soldados, agregó: "Vosotros llevaréis la paz en la punta de vuestras bayonetas." El 22 de mayo fue destituido el prudente general Alexéiev, que estaba, por lo demás, bastante desprovisto de talento. Fue reemplazado, como generalísimo, por un hombre más flexible y más emprendedor, Brusílov. La democracia preparaba con toda su fuerza la ofensiva, es decir, la gran catástrofe de la Revolución de Febrero.

El sóviet era el órgano de los obreros y de los soldados, o sea dé los campesinos. El gobierno provisional era el órgano de la burguesía. La comisión de contacto era el órgano de la coalición. Y la coalición simplificaba el mecanismo transformando al gobierno provisional en sí mismo en una comisión de contacto. Pero la dualidad de poderes no era de ninguna manera eliminada de este modo. Que Tsereteli fuera miembro de la comisión de contacto o ministro de correos, eso no era una solución. En el país existían dos organizaciones del estado incompatibles: una jerarquía de viejos y nuevos funcionarios, nombrados desde arriba, estando a la cabeza del gobierno provisional, y un sistema de sóviets elegidos desde las más lejanas campañas.

Esos dos sistemas gubernamentales se apoyaban sobre clases diferentes que aún no tenían preparado el ajuste de sus cuentas históricas. Al conducir a la coalición, los conciliadores descontaban una pacífica y gradual abolición del sistema soviético. Parecía que la fuerza de los sóviets, concentrada en sus personas, se transmitía, por consiguiente, al gobierno oficial. Kerensky afirmaba categóricamente a Buchanan que "los sóviets morirían de muerte natural". Esta esperanza cambió pronto la doctrina oficial de los jefes conciliadores. Según su pensamiento, el centro de gravedad de la vida sobre todos los puntos del país debía pasar de los sóviets a los nuevos órganos democráticos de administración autónoma. El lugar del comité ejecutivo central debía ser ocupado por la asamblea constituyente.

El gobierno de coalición se disponía así a hacer de puente hacia un régimen de república burguesa parlamentaria.

Pero la revolución no quería y no podía marchar por esa vía. La suerte de las nuevas dumas municipales era, en ese sentido, un presagio no equívoco. Las dumas habían sido electas sobre la base del derecho electoral más amplio. Los soldados habían votado en iguales condiciones con la población civil, y las mujeres en igualdad con los hombres. Cuatro partidos participaron en la contienda electoral. El *Novoia Vremia*, viejo órgano oficial del gobierno zarista, uno de los periódicos más deshonestos del mundo (¡y no es mucho pedir!), exhortaba a la gente de derecha, a los nacionalistas y a los octubristas, a votar por los kadetes. Pero cuando la impotencia política de las clases poseedoras fue enteramente descubierta, la mayor parte de los periódicos burgueses lanzaron esta voz de mando: "¡Votad por el que queráis, salvo por los bolcheviques!" En todas las dumas y los *zemstvos*, los kadetes constituyeron el ala derecha y los bolcheviques eran una minoría de izquierda que se reforzaba. La mayoría, por lo común abrumadora, pertenecía a los socialrevolucionarios y a los mencheviques. Las nuevas dumas, al parecer, se distinguían de los sóviets por una representación más completa, y habrían debido gozar de una mayor autoridad. Además, como instituciones sociales jurídicamente establecidas, las dumas tenían la enorme ventaja de estar oficialmente sostenidas por el estado. La milicia, el abastecimiento, los transportes urbanos, la instrucción pública, dependían oficialmente de las dumas. Los sóviets, como instituciones "privadas", no tenían ni presupuesto ni derechos. Y, sin embargo, el poder quedaba entre las manos de los sóviets. Las dumas representaban, en suma, a las comisiones municipales ante los sóviets. La competencia entre el sistema soviético y la democracia de pura forma era, por sus resultados, tanto más notable cuando se manifestaba bajo la dirección de los mismos partidos, socialrevolucionario y menchevique, los cuales, dominando tanto en las dumas como en los sóviets, estaban profundamente persuadidos de que los sóviets debían ceder el lugar a las dumas, y procuraban ellos mismos hacer en este sentido todo lo que podían.

La explicación de este notable fenómeno, sobre el que se reflexionaba relativamente poco en el torbellino de los acontecimientos, es simple: las municipalidades, y en general todas las otras instituciones de la democracia, no pueden actuar más que sobre la base de relaciones sociales perfectamente estables, es decir, en un sistema de propiedad determinado. Sin embargo, la revolución consiste de manera esencial en que pone en cuestión aquella base de las bases y que la respuesta no puede ser dada más que por una abierta verificación revolucionaria de las relaciones entre las fuerzas de clases. Los sóviets, a pesar de la política de sus dirigentes, eran la organización combativa de las clases oprimidas que, en parte de modo semiconsciente, se agrupaban estrechamente para modificar las bases de la estructura social.

Las municipalidades daban, por el contrario, una representación igual a todas las clases de la población, devolviéndoles la denominación abstracta de ciudadanos,

asemejándose mucho, en esas circunstancias revolucionarias, a una conferencia diplomática que se expresa en un lenguaje convencional e hipócrita, en el mismo momento en que los sectores que ella representa se preparan febrilmente para la batalla. En la marcha cotidiana de la revolución, las municipalidades tenían todavía una existencia medio ficticia. Pero en los momentos decisivos, cuando la intervención de las masas determinaba la dirección ulterior de los acontecimientos, las municipalidades saltaban y sus elementos constitutivos se encontraban situados del lado opuesto de la barricada. Bastaba confrontar los roles paralelos de los sóviets y de las municipalidades en el curso de mayo a octubre para prever anticipadamente la suerte de la asamblea constituyente.

El gobierno de coalición no se apresuraba a convocar a la asamblea. Los liberales que, dentro del gobierno, a despecho de la aritmética democrática, estaban en mayoría, no tenían ninguna prisa en verse transformados en una asamblea constituyente, en la impotente ala derecha que ellos ya eran en las nuevas dumas. La conferencia especial instituida por la convocatoria de la asamblea constituyente no se puso a trabajar hasta fines de mayo, tres meses después de la insurrección. Los juristas liberales cortaban cada cabello en dieciséis, agitando en las probetas todos los residuos democráticos, chicaneando interminablemente sobre los derechos electorales del ejército, preguntándose si hacía falta o no dar el derecho de voto a los desertores, que se contaban por millones, y a los miembros de la vieja camarilla reinante, que se contaban por decenas. En lo posible no se decía nada sobre la fecha de la convocatoria. Plantear esta cuestión en la conferencia estaba generalmente considerado como una falta de tacto, de la cual eran sólo capaces los bolcheviques.

Las semanas pasaban; mas, a pesar de las esperanzas y las predicciones de los conciliadores, los sóviets no agonizaban... De tiempo en tiempo, adormecidos y desconcertados por sus jefes, caían, es verdad, en una semipostración, pero a la primera señal de peligro se ponían de pie y manifestaban incontestablemente para todos que los sóviets eran los amos de la situación. Pese a que ensayaban sabotearlos los socialrevolucionarios y los mencheviques se encentraban forzados, en todos los casos importantes, a reconocer su prioridad. Eso se expresaba particularmente en el hecho de que las mejores fuerzas de los dos partidos estaban concentradas en los sóviets. Para las municipalidades y los *zemstvo*s se reservaba la gente de segundo orden, los técnicos, los administradores. Se observaba también lo mismo en los bolcheviques. Sólo los kadetes, que no tenían acceso en los sóviets, concentraron sus mejores fuerzas en los órganos municipales. Pero la importante minoría burguesa no podía hacer de ellos un apoyo.

De este modo, nadie creía tener con las municipalidades órganos en sí.

Los antagonismos se agravaban constantemente entre los obreros y los dueños de las fábricas, entre soldados y oficiales, entre campesinos y propietarios nobles; no podían ser abiertamente debatidos en una municipalidad o en un *zemstvo*, como se discutían en el sóviet, de una parte, en las reuniones “particulares” de la Duma del Estado y en general en todas las conferencias políticas censatarias, de otra parte. Se puede uno entender con el adversario sobre detalles, pero no puede entenderse sobre cuestiones de vida o muerte.

Si se adopta la fórmula de Marx diciendo que el gobierno es el comité de la clase dominante, faltará decir que los verdaderos “comités” de las clases en lucha por el poder se encontraban fuera del gobierno de coalición. Respecto del sóviet, representado en el seno del gobierno como minoría, eso era absolutamente evidente. Pero no era menos verdadero con respecto a la mayoría burguesa. Los liberales no tenían ninguna posibilidad de entenderse seria y eficazmente, en presencia de los socialistas, sobre las cuestiones que más interesaban a la burguesía. El reemplazo de Miliukov, líder bien conocido e indiscutido de la burguesía, alrededor del cual se agrupaba el estado mayor de los propietarios, tenía un carácter simbólico, descubriendo completamente, en todos los

sentidos, la posición excéntrica del gobierno. La vida evolucionaba alrededor de dos focos: uno estaba dirigido hacia la izquierda y el otro hacia la derecha del Palacio Marinsky.

Sin osar decir qué pensaban en el seno del gobierno, los ministros vivían en una atmósfera de tácito acuerdo creado por ellos mismos. La dualidad de poderes, disimulada por la coalición, se convirtió en una escuela de equívocos, de astucia, y, en general, de toda duplicidad. El gobierno de coalición pasó, durante seis meses, por una serie de crisis, de refacciones y arreglos, pero conservó sus rasgos esenciales de impotencia y de hipocresía hasta el día mismo de su muerte.

La ofensiva

En el ejército, como en el país, había tenido lugar un incesante reagrupamiento político de fuerzas: las capas inferiores evolucionaban hacia la izquierda, las altas hacia la derecha. Al mismo tiempo que el comité ejecutivo se convertía en instrumento de la *Entente* para dominar la revolución, los comités del ejército que se crearon en calidad de representación de los soldados contra el cuerpo de oficiales se apoyaron en el cuerpo de oficiales contra los soldados.

La composición de los comités era muy abigarrada. Había un buen número de elementos patrióticos que identificaban sinceramente la guerra y la revolución, marchando valerosamente a la ofensiva impuesta desde arriba y dando la vida por una causa que no era la de ellos. Al lado se encontraban los héroes de la frase, los Kerensky de división y de regimiento. Finalmente, un buen número de mediocres taimados y astutos que, buscando privilegios, se emboscaban en los comités para escapar de las trincheras. Todo movimiento de masas, sobre todo en la primera fase, traía inevitablemente a su superficie todas esas variedades humanas. Sólo el período de los conciliadores fue particularmente rico en toda suerte de charlatanes y aventureros. Si las gentes forman un programa, el programa forma también a los hombres. La escuela de la política se convierte, en la revolución, en escuela de maniobras y de intrigas.

El régimen de la dualidad de poderes excluía la posibilidad de crear una fuerza militar. Los kadetes eran objeto del odio de las masas populares, y estaban obligados, en el ejército, a tomar el falso nombre de socialrevolucionarios. En cuanto a la democracia, ella no podía regenerar al ejército, por la misma razón que le impedía tomar en sus manos el poder: esto es inseparable de aquello. Como hecho curioso, que, sin embargo, esclarece muy profundamente la situación, Sujánov anota que el gobierno provisional no organizó en Petrogrado una sola revista de tropas: los liberales y los generales no querían la participación del sóviet en una revista, pero comprendían bien que, sin el sóviet, una revista era irrealizable.

Los oficiales superiores se ligaban cada vez más directamente con los kadetes, en espera de que los partidos más reaccionarios pudieran levantar la cabeza. Los intelectuales pequeñoburgueses podían dar al ejército efectivos de oficiales subalternos, como un tiempo le habían dado al zarismo. Pero ellos no eran capaces de crear un cuerpo de comando a su propia imagen, pues no tenían figura propia. Como lo ha demostrado toda la marcha ulterior de la revolución, el comando no podía ser formado tal como lo daban la nobleza y la burguesía (así hacían los blancos), o bien reclutado y educado sobre la base de la selección proletaria, de donde procedían los bolcheviques. Para los demócratas pequeñoburgueses, ni esto ni aquello era practicable. Ellos debían persuadir, solicitar, burlar a todo el mundo, y cuando no arribaban a ningún resultado, transmitían el poder a los oficiales reaccionarios para inspirar al pueblo las justas ideas revolucionarias.

Una tras otra se desnudaban las úlceras de la vieja sociedad, arruinando el organismo del ejército. La cuestión de las nacionalidades, bajo todos los aspectos (y Rusia era abundantemente proveedora), penetraba cada vez más profundo en la masa de los soldados, que, más de la mitad, no se componía de grandes rusos. Los antagonismos nacionales se intercalaban, en diversos planos, con los antagonismos de clase. La política del gobierno en el dominio nacional, como en todos los otros dominios, era vacilante,

confusa y, por consiguiente, mentirosa. Ciertos generales estaban en coqueteo con las formaciones nacionales en el género del “cuerpo musulmán disciplinado a la francesa” sobre el frente rumano. Los nuevos contingentes nacionales se mostraban, en efecto, de ordinario, más resistentes que los del viejo ejército, pues estaban agrupados alrededor de nuevas ideas bajo una nueva bandera. Esta soldadura nacional, sin embargo, no se sostuvo mucho tiempo: ella cambia bien pronto para desarrollarse ulteriormente en lucha de clases. Pero ya el proceso mismo de las formaciones de efectivos nacionales amenaza extenderse en parte al ejército, poniéndolo en un estado de fluidez, descomponiendo los viejos contingentes, cuando los nuevos no estaban todavía constituidos. De este modo, las calamidades surgen por todas partes.

Miliukov escribe en su *Historia* que el ejército estaba destrozado, “por el conflicto entre las ideas de disciplina revolucionaria y de disciplina militar normal, entre la ‘democratización’ del ejército y el mantenimiento de su capacidad combativa”, y ahí, por la disciplina “normal”, faltaba entender eso que existía en el tiempo del zarismo. El historiador debía saber, al parecer, que toda gran revolución ha causado la pérdida del viejo ejército, no por el resultado de una colisión entre principios abstractos de disciplina, sino por la lucha entre clases vivientes. La revolución no admite solamente una severa disciplina en el ejército; ella la crea. Sin embargo, esta disciplina no puede ser establecida por los representantes de la clase derribada por la revolución.

“Está bien entendido [escribía el 26 de septiembre de 1851 un sabio alemán a otro] que la desorganización de los ejércitos y el relajamiento total de la disciplina es más bien la condición que el resultado de todas las revoluciones victoriosas.” Toda la historia de la humanidad tiene establecida esta ley simple e indiscutible. Pero, siguiendo a los liberales, los socialistas rusos, que estuvieron detrás de ellos en 1905, no comprendieron esto, aunque hayan reconocido más de una vez como sus maestros a dos alemanes: uno era Federico Engels y el otro Carlos Marx. Los mencheviques creían seriamente que el ejército que había hecho la insurrección continuaría con los viejos jefes de la guerra pasada. Y esas gentes denunciaban a los bolcheviques como utopistas.

El general Brusílov caracteriza muy claramente, a principios de mayo, en una conferencia en el gran cuartel general, el estado de opinión del comando: del 15 al 20 por 100 se estaban adaptando al nuevo orden de cosas por convicción; una parte de los oficiales empezaban a halagar a los soldados y a incitarlos contra el comando; en cuanto a la mayoría, cerca del 75 por 100, no sabía adaptarse, se sentía ofendida, se encerraba en sí misma y no sabía qué hacer. La abrumadora mayoría del cuerpo de oficiales no valía, por otra parte, nada en absoluto desde el punto de vista estrictamente militar.

En conferencia con los generales, Kerensky y Skóvelev presentaron sus excusas por la revolución que, ¡ay!, “continuaba”, y de la cual tenían que rendir cuentas. En este sentido, un general de las “centurias negras”, Gustonkov, objetó a los ministros, en tono moralizador: “Ustedes dicen que la ‘revolución continúa’. Escuchen bien. Detengan la revolución y déjennos a los militares cumplir nuestro deber hasta el fin.” Kerensky, con todo su ser, se esforzó en complacer a los generales hasta que uno de ellos, el valeroso Korníloy, lo sofocó con un abrazo.

La política de conciliación en tiempos de revolución es una política de oscilaciones febriles entre las clases. Kerensky era la oscilación personificada. Colocado a la cabeza del ejército, que en general es inconcebible sin un régimen claro y preciso, Kerensky devino en seguida el instrumento de su disolución. Denikin presenta una curiosa lista de personajes del alto comando que fueron destituidos por no haberse colocado en la línea, aunque, a decir verdad, nadie estaba en la línea, y Kerensky menos que otros. Alexéiev destituyó al comandante en jefe del frente, Rusky, y al comandante del ejército Radko-Dmitriev, por su debilidad y demasiada tolerancia en la consideración

de los comités. Brusílov, por motivos idénticos, aleja al miedoso Yudenich. Kerensky licencia al mismo Alexéiev y a los comandantes del frente, Guchkov y Dragomirov, por oponerse a la democratización del ejército. Por la misma razón Brusílov separa al general Kaledin y, en seguida, fue él mismo despedido por haber tenido excesivas complacencias en la consideración de los comités. Kornílov abandona el comando de la región militar de Petrogrado por su incapacidad de entenderse con la democracia. Esto no le impide ser nombrado comandante del frente y, luego, generalísimo. Denikin fue relevado del puesto de jefe del estado mayor de Alexéiev por sus tendencias claramente reaccionarias, pero bien pronto fue nombrado comandante en jefe del frente oeste. Este juego de salta cabras, que probaba que en las altas esferas no se sabía qué se quería, descendía por desgracia hasta la base, hasta las compañías de los regimientos, y aceleraba la descomposición del ejército.

Todos exigían de los soldados obediencia a los oficiales, y los mismos comisarios no tenían confianza en estos últimos. En lo más fuerte de la ofensiva, en una sesión del Sóviet en Mohilev, sede del gran cuartel general, en presencia de Kerensky y de Brusílov, uno de los miembros del sóviet expresa: “El cuarenta y ocho por ciento de los oficiales del gran cuartel general crean, por sus actos, un peligro de manifestaciones contrarrevolucionarias.” Esto no era un secreto para los soldados. Habían tenido tiempo suficiente de conocer a sus oficiales antes de la insurrección.

En el curso de todo el mes de mayo, las relaciones entre el comando y la base expresaron, con algunas variantes, un solo y mismo pensamiento: “La opinión sobre la ofensiva era en general negativa, sobre todo en la infantería.” Se puede agregar: “un poco en la caballería y bastante mejor en la artillería.”

A fines de mayo, cuando las tropas tomaban ya sus posiciones para la ofensiva, el comisario agregado al 7º ejército telegrafió a Kerensky: “En la 12ª división, el 48º regimiento marcha completo, los regimientos 45º y 46º han marchado con la mitad de sus compañías de línea; el 47º se ha negado a marchar. Entre los regimientos de la 13ª división, el 5º regimiento ha marchado casi completo. El 51º promete salir mañana; el 49º no ha marchado, no está en servicio; el 52º ha rehusado marchar y ha arrestado a todos sus oficiales.” El mismo cuadro se encontraba casi en todas partes. En respuesta al comisario, el gobierno contestó: “Disuelva los regimientos 45º, 46º, 47º y 52º, juzgue a los oficiales y soldados instigadores a la insubordinación.” El tono era amenazante, pero no asustaba a nadie. Los soldados que no tenían deseos de combatir no temían ni la disolución de sus regimientos ni el tribunal. Para poner en actividad el frente era necesario a veces poner a unos efectivos contra otros. Los que más frecuentemente servían como instrumentos de represión eran los cosacos, como en los tiempos del zar, pero en el presente estaban dirigidos por los socialistas: ¿no se actuaba, en efecto, para defender la revolución?

El 4 de junio, menos de quince días antes de iniciarse la ofensiva, el jefe del estado mayor del gran cuartel general enviaba este mensaje: “El frente norte se encuentra todavía en estado de fermentación, la fraternización con el enemigo continúa, la actitud de la infantería en la consideración de la ofensiva es negativa... En el frente oeste, la situación está indeterminada. En el frente sudoeste se nota una cierta mejoría del estado espiritual... En el frente rumano no se observan más que mejorías parciales; la infantería no se ve marchar ...”

El 11 de junio de 1917, el coronel comandante del 16º regimiento describe: “No nos queda, a mí y a los oficiales, más que refugiarnos, dado que de Petrogrado ha llegado un soldado de la 5ª compañía, un leninista... muchos de los mejores soldados y oficiales ya han huido...” La aparición de un solo leninista en un regimiento era suficiente para que los oficiales tomaran como misión la fuga. Es evidente que el soldado recientemente

llegado jugaba un rol de primer orden en una situación saturada. No se puede pensar, por otra parte, que el agitador era obligatoriamente un bolchevique. En esta época, el comando llamaba leninista a todo soldado que, más ardiente que los otros, elevaba su voz contra la ofensiva. Numerosos eran, entre esos "leninistas", los que creían que Lenin había sido enviado por Guillermo II. El comando del 61º regimiento ensayó intimidar a sus soldados con la amenaza de la represión gubernamental. Uno de esos hombres replicó: "Como fue derribado el viejo gobierno, así también caerá rodando Kerensky." Este era un nuevo lenguaje. Los soldados se alimentaban de la agitación de los bolcheviques que la traían de lejos.

En la flota del mar Negro, que se hallaba bajo la dirección de los socialrevolucionarios y estaba considerada, al contrario de los equipos de Cronstadt, como la ciudadela del patriotismo, desde fines de abril fue enviada a través del país una delegación especial de trescientos hombres, llevando a su cabeza al expeditivo estudiante Batkin, que se disfrazaba de marinero. Esta delegación tenía todo el aspecto de una mascarada; mas, se le veía también un sincero entusiasmo. Ella prometía al país la idea de la guerra hasta la victoria, pero, de semana en semana, quienes la escuchaban se volvían más hostiles. Los del mar Negro bajaron cada vez más el tono en su prédica sobre la ofensiva, en tanto que una delegación del Báltico llegó a Sebastopol para predicar la paz. Los hombres del norte tenían más éxito en el sur que los del sur en el norte. Bajo la influencia de los marineros de Cronstadt, los de Sebastopol emprendieron, el 18 de junio, el desarme del comando y arrestaron a los oficiales más detestables.

En la sesión del Congreso de los Sóviets, el 9 de junio, Trotsky preguntaba qué había sucedido para que en "esa flota modelo del mar Negro que había mandado a todo el país expediciones patrióticas, en ese nido de patriotismo organizado estallase semejante explosión en un momento crítico. ¿Qué demostraba eso?" No obtuvo respuesta de nadie. En el ejército, la ausencia de autoridad y la anarquía era un suplicio para todos: soldados, oficiales y miembros de los comités. Todos sentían la necesidad inmediata de encontrar alguna salida. Parecía a los de arriba que la ofensiva ganaría a la incoherencia y llevaría nitidez. En cierto sentido era exacto. Si Tsereteli y Chernov se pronunciaban en Petrogrado por la ofensiva conformándose a todas las modulaciones, a todas las retóricas de la democracia, por otra parte, en el frente, los miembros de los comités estaban de acuerdo con los oficiales en abrir la lucha contra el nuevo régimen en el ejército, sin el cual la revolución era inconcebible, pero que era incompatible con la guerra. Los resultados del cambio se manifestaron muy rápidamente. "De día en día, los miembros de los comités se orientaban hacia la derecha [cuenta un oficial de la marina], pero, al mismo tiempo, perdían con toda evidencia su autoridad dentro de los marineros y soldados..." Sin embargo, para la guerra, se necesitaba precisamente de los soldados y de los marineros.

Brusílov, con la aprobación de Kerensky, se puso a formar batallones de choque, formados por voluntarios, reconociendo así abiertamente la incapacidad combativa del ejército. A esta empresa se agregaron los elementos más diversos, del tipo del capitán Muraviev, quien más adelante, después de la insurrección de octubre, se puso del lado de los socialrevolucionarios de izquierda, para al fin, después de ciertas proezas brillantes en su estilo, traicionar al poder soviético y ser ejecutado por los bolcheviques. Inútil decir que los oficiales contrarrevolucionarios se agarraron ávidamente a los batallones de choque, que eran para ellos la forma legal del reagrupamiento de sus fuerzas. La idea no encontró, sin embargo, casi ningún eco en la masa de los soldados. Las buscadoras de aventuras creaban batallones de mujeres, "los húsares negros de la muerte". Uno de estos batallones fue la última fuerza armada de Kerensky para la defensa del Palacio de

Invierno. Pero todo eso no era de una gran ayuda para tumbar el militarismo alemán. Y ése era precisamente el problema.

La ofensiva prometida por el gran cuartel general a los Aliados para el principio de la primavera, era postergada de semana en semana. Pero ahora la *Entente* rehusaba categóricamente consentir nuevos plazos. Exigiendo por imposición una ofensiva inmediata, los Aliados no dudaban en la elección de los medios. Al lado de las adjuraciones de Vandervelde, amenazaban interrumpir las entregas de municiones. El cónsul general de Italia en Moscú declaró a la prensa, no a la italiana, pero sí a la rusa, que en caso de una paz separada del lado de Rusia, los Aliados le darían a Japón toda libertad de acción en Siberia. Los diarios liberales, no los de Roma, pero sí los de Moscú, imprimían con entusiasmo patriótico estas insolentes amenazas, insistiendo no sobre la paz separada, pero sí sobre el aplazamiento de la ofensiva. Los Aliados no se molestaban con ceremonias en otros aspectos: enviaban, por ejemplo, material de artillería evidentemente de rezago: el 35 por 100 de las piezas de campaña recibidas del extranjero no resistieron ni quince días a un tiro moderado. Inglaterra ponía dificultades a los empréstitos. Por el contrario, Estados Unidos, nuevo protector, concedió a espaldas de Inglaterra, al gobierno provisional, como adelanto para la próxima ofensiva, un crédito de 75 millones de dólares.

Dando su asentimiento a las coacciones de los Aliados y llevando una furiosa agitación para la ofensiva, la burguesía rusa no tenía incluso confianza en la ofensiva, rehusando suscribir el empréstito de la libertad. La monarquía derribada aprovechó la ocasión para reaparecer en escena: en una declaración dirigida al gobierno provisional, los Romanov expresaron la intención de suscribir el empréstito, pero agregaron que "la importancia de la suscripción dependía del hecho de saber si el Tesoro daría el dinero para el mantenimiento de la familia imperial". Todo esto era leído en el ejército, donde se sabía que la mayoría del gobierno provisional, lo mismo que la mayoría de los oficiales superiores, continuaban por la restauración de la monarquía. Es justo anotar que en el campo de los Aliados no todo el mundo estaba de acuerdo con los Vandervelde, los Thomas y los Cachin, que empujaban al ejército ruso al abismo. Las advertencias se hacían escuchar. "El ejército ruso no es sino una fachada [decía el general Pétain], él se hundirá si se mueve." En el mismo sentido se expresaba, por ejemplo, la embajada norteamericana, pero otras consideraciones tuvieron más éxito. Había que extirpar el alma misma de la revolución. "La fraternización germano-rusa [explicaba más tarde Painlevé] hacía tales estragos que, dejando al ejército ruso inmóvil, se arriesgaba verlo descomponerse rápidamente."

La preparación de la ofensiva en el plano político fue conducida por Kerensky y Tsereteli, quienes, al principio, se escondían hasta de sus propios partidarios. Mientras que líderes informados a medias continuaban charlando sobre la defensa de la revolución, Tsereteli insistía cada vez más resueltamente sobre la necesidad del ejército de estar listo para la acción. Chernov resistió, hizo "coqueteos", durante más tiempo que todos. En la sesión del gobierno provisional del 17 de mayo, "el ministro campesino", como él se denominaba a sí mismo, fue acorralado a preguntas; se le preguntó sobre qué había de verdad en que, en un mitin, sin el asentimiento necesario, se pronunció él sobre la ofensiva. Se supo que Chernov dijo: "La ofensiva no le concernía a él, como hombre político; era el asunto de los estrategas en el frente." Esta gente jugaba a las escondidas con la guerra así como con la revolución. Pero era sólo por un tiempo.

La preparación de la ofensiva se acompañaba, por supuesto, de un refuerzo de la lucha contra los bolcheviques. Se acusaba más a menudo de tender a una paz por separado. La posibilidad de que una paz por separado debía ser la única salida que existía en la situación misma, o sea en la debilidad y en el agotamiento de Rusia, por comparación

con los demás países beligerantes. Mas nadie había medido todavía la fuerza de un nuevo factor: la revolución. Los bolcheviques estimaban que no se escaparía a las perspectivas de una paz por separado sólo con la condición de oponer vehementemente y hasta el final de la guerra la fuerza y la autoridad de la revolución. Para eso, había ante todo que romper la alianza con la burguesía misma del país. El 9 de junio, Lenin declaró en el congreso de los sóviets: "Cuando se dice que nosotros tendemos a una paz por separado, no es cierto. Nosotros decimos: ninguna paz por separado, con ninguno de los capitalistas, ante todo con los capitalistas rusos. Sin embargo, el gobierno provisional ha hecho una paz por separado con los capitalistas rusos ¡Abajo esta paz por separado!" La versión taquigráfica registra "aplausos". Eran los aplausos de la pequeña minoría del congreso, que eran muy calurosos pese a su número.

En el comité ejecutivo, a algunos les faltaba todavía resolución, otros querían ponerse a cubierto de un órgano más autorizado. A último momento, se decidió hacer saber a Kerensky que la orden de ofensiva sería indeseable antes de una decisión del congreso de los sóviets. La declaración depositada en la primera sesión del congreso por la fracción de los bolcheviques decía: "La ofensiva no puede sino desorganizar definitivamente el ejército oponiendo algunos de sus efectos contra otros", y también: "El congreso debe oponer una resistencia inmediata al empuje contrarrevolucionario o bien tomar sobre él la responsabilidad de esta política integra y abiertamente."

La decisión del congreso de los sóviets a favor de la ofensiva no era sino una formalidad democrática. Todo ya estaba listo. Los artilleros estaban desde hacía tiempo listos para hacer fuego sobre las posiciones enemigas. El 16 de junio, en una orden al ejército y a la marina, Kerensky, refiriéndose al generalísimo, "aureolado con la victoria de un gran capitán", demostraba la necesidad de llevar "un golpe inmediato y decisivo", y terminaba así: "Os lo ordeno: ¡adelante!"

En un artículo redactado la víspera de la ofensiva, comentando la declaración de la fracción bolchevique al congreso de los sóviets, Trotsky escribía: "La política del gobierno arruina radicalmente las posibilidades de éxito de una acción militar... Las premisas materiales de la ofensiva son extremadamente desfavorables. La organización de los suministros al ejército refleja el caos económico general, contra el cual el gobierno, en su composición actual, no puede tomar ninguna medida radical. Las premisas morales de la ofensiva son aún más desfavorables.

"El gobierno... ha demostrado delante del ejército... su incapacidad para determinar la política de Rusia independientemente de los aliados imperialistas. El resultado no podía ser sino una descomposición progresiva del ejército... Las deserciones en masa... dejan, en las actuales condiciones, de ser el simple resultado de una viciosa voluntad individual; más bien, llegan a ser la expresión de una completa incapacidad del gobierno para fundir en una íntima unidad el ejército revolucionario..." Indicando más adelante que el gobierno no se decidía "a la abolición inmediata de la propiedad territorial de los nobles, o sea, a la única medida que probaría al campesino más atrasado que esta revolución era en verdad su revolución", el artículo concluía así: "En tales condiciones materiales y morales debe inevitablemente tener el carácter de una aventura."

El comando casi por entero estimaba que la ofensiva, sin esperanza desde el punto de vista militar, estaba provocada exclusivamente por un cálculo político. Denikin, después de haber recorrido su frente, declaró a Brusílov: "No creo en ningún éxito de la ofensiva." Por lo demás, a los elementos de duda había que agregar la incompetencia del mismo comando. Stankievich, oficial y patriota, atestigua que la preparación previa del asunto excluía una victoria independientemente del estado moral de las tropas: "La ofensiva fue organizada por debajo de toda crítica." Los lideres del partido kadete recibieron la visita de una delegación de oficiales, a la cabeza de la cual se encontraba el

presidente de la Unión de Oficiales, el kadete Novosilsev, advirtiéndoles que la ofensiva estaba condenada a una derrota y conduciría a la eliminación de las mejores tropas. Delante de esas objeciones, las altas autoridades salían al paso con frases generales: "Una pequeña esperanza queda [dice el jefe del estado mayor del gran cuartel general, el general reaccionario Lukonsky]: quizás un feliz principio de los combates modificaría la psicología de la masa y los jefes tendrían las posibilidades de recuperar las riendas que se les habían caído de las manos." Tal era el fin esencial: recuperar las riendas.

Se descontaba dar un gran golpe, según un plan elaborado hacía mucho con las fuerzas del frente sudoeste, en la dirección Lvov (Lemberg); los frentes norte y oeste habían de cumplir tareas de sostén. La ofensiva debía comenzar simultáneamente en todos los frentes. Llegó a ser claro muy pronto que este plan sobraba en mucho a las fuerzas del comando. Se decidió hacer avanzar los frentes uno después del otro, empezando por los menos importantes. Pero esto tampoco se halló realizable. "Entonces, el alto comando [decía Denikin] decidió renunciar a toda estrategia sistemática y fue forzado a dejar a los frentes la iniciativa de las operaciones en la medida en que ellos estaban listos." Se dejaba todo a la gracia de la Providencia. No faltaban ahí sino las imágenes idolatradas de la zarina. Se trató de reemplazarlas por los emblemas de la democracia. Kerensky hacía giras, exhortaba, bendecía. La ofensiva comenzó: el 16 de junio sobre el frente sudoeste, el 7 de julio en el frente oeste, el 8 en el norte, el 9 en el frente rumano. La marcha en adelante de estos últimos tres frentes, en suma ficticios, coincidía con el principio del aplastamiento del frente principal, el frente sudoeste.

Kerensky comunicó al gobierno provisional: "El día de hoy marca un gran triunfo de la revolución. El 18 de junio, el ejército revolucionario ruso, con un inmenso entusiasmo, ha tomado la ofensiva..." "El acontecimiento largamente esperado ha sucedido [escribía el *Riech*, de los kadetes], acontecimiento que ha vuelto a la revolución rusa a sus mejores días." El 19 de junio, el viejo Plejánov declamaba delante de una manifestación patriótica: "¡Ciudadanos! Les preguntaría qué día es hoy y me contestarían que hoy es lunes. Pero es un error: hoy es domingo, día de resurrección para nuestro país y para la democracia del mundo entero. Rusia, después de haber rechazado el yugo del zarismo, decidió rechazar el yugo enemigo." Tsereteli decía el mismo día en el congreso de los sóviets: "Una nueva página se abre en la historia de la gran revolución rusa..., los éxitos de nuestro ejército revolucionario deben ser saludados no solamente por la democracia rusa, sino también por todos aquellos que se esfuerzan efectivamente en combatir al imperialismo." La democracia patriótica había abierto todas sus compuertas.

Los diarios aportaban durante ese tiempo una agradable noticia: "La Bolsa de París festeja la ofensiva rusa con un alza de todos los valores rusos." Los socialistas trataron de determinar la solidez de su revolución según el nivel de los valores de la bolsa. Pero la historia enseña que la bolsa se siente tanto mejor cuanto peor está la revolución.

Los obreros y la guarnición de la capital no se dejaron llevar ni un minuto por la ola de patriotismo artificialmente recalentado. Su terreno era la Perspectiva Nevsky. "Salimos sobre la Nevsky [cuenta en sus recuerdos el soldado Chimenov] y tratamos de hacer agitación contra la ofensiva. Al rato, los burgueses caen sobre nosotros a paraguazos... Atrapamos a los burgueses, los llevamos a los cuarteles y les decíamos que serían al otro día mismo enviados al frente." Eran ya síntomas de la inminente explosión de la guerra civil. Las jornadas de julio se aproximaban.

El 21 de ·junio, el regimiento de ametralladoras, en Petrogrado, tomó en asamblea general esta decisión: "De aquí en adelante, no enviaremos contingentes al frente sino en caso de que la guerra tenga un carácter revolucionario..." Como se le amenazó con su disolución, el regimiento respondió que no dudaría en disolver "al gobierno provisional y a las otras organizaciones que lo sostenían". Nuevamente vemos ahí notas de amenaza

que preceden en mucho a la agitación de los bolcheviques. La crónica de los acontecimientos marca al 23 de junio: "Efectivos del 2º ejército han tomado la primera y la segunda línea de las trincheras del adversario..." Y justo al lado: "En la fábrica Varanovsky (6.000 obreros) han tenido lugar nuevas elecciones de delegados para el Sóviet de Petrogrado. En reemplazo de tres socialrevolucionarios han sido elegidos tres bolcheviques." Hacia fines de mes la fisonomía del Sóviet de Petrogrado se había modificado ya considerablemente. A decir verdad, el 20 de junio el sóviet había adoptado una resolución saludando al ejército en su ofensiva. Pero ¿con qué mayoría? Por 472 votos contra 271, y con 39 abstenciones. Era una relación de fuerzas totalmente nueva que no habíamos encontrado nunca antes. Los bolcheviques, junto a los pequeños grupos de la izquierda menchevique y socialrevolucionarios, constituían las dos quintas partes del sóviet. Eso significaba que en las fábricas y en los cuarteles, los adversarios de la ofensiva formaban ya una incontestable mayoría. El sóviet del barrio de Viborg adoptó, el 24 de junio, una resolución en la cual cada palabra parece grabada por un pesado martillo: "Nosotros protestamos contra la aventura del gobierno provisional que lleva la ofensiva para viejos tratados de pillaje... y rechazamos toda la responsabilidad de esta política del gobierno provisional, así como de los partidos que lo sostienen, mencheviques y socialrevolucionarios. Puesto después de la insurrección de febrero en un segundo plano, el grupo de Viborg tomaba ahora con seguridad la delantera. En el Sóviet de Viborg, los bolcheviques predominaban ya del todo. De ahora en adelante, todo dependía de la suerte de la ofensiva, por consiguiente, de los soldados de las trincheras. ¿Qué modificaciones resultaban en la conciencia de los que debían cumplirla? Tendía en forma irresistible hacia la paz. Pero precisamente es esa tendencia la que los dirigentes lograron, en cierta medida, al menos en un cierto número de soldados y en un corto periodo, transformar en voluntad de ofensiva.

Después de la insurrección, los soldados esperaban del nuevo poder una rápida conclusión de la paz y, mientras, estaban dispuestos a mantener el frente. Pero la paz no llegaba. Los soldados llegaron a tentativas de fraternización con los alemanes y los austriacos, parcialmente bajo la influencia de los bolcheviques, pero sobre todo buscando su vía hacia la paz. Sin embargo, contra la fraternización se abrían persecuciones de todos lados. Por otra parte, se descubrió que los soldados alemanes estaban lejos de sustraerse a las órdenes de sus oficiales. La fraternización, no habiendo llevado hacia la paz, disminuyó fuertemente.

En el frente reinaba una tregua de hecho. Los alemanes aprovecharon para transferir enormes contingentes sobre el frente oeste. Los soldados rusos observaban cómo se desplomaban las trincheras enemigas, cómo se retiraban los nidos de ametralladoras, cómo se sacaban los cañones. Sobre eso estaba justamente edificado el plan de la preparación moral de la ofensiva. Sistemáticamente se trató de persuadir a los soldados de que el enemigo estaba por completo debilitado, que no tenía suficientes fuerzas, que del lado oeste, Estados Unidos pesaba sobre él y que bastaba de nuestro lado dar una ligera sacudida para que el frente adversario se derrumbara, después de lo cual tendríamos la paz. Los dirigentes no creyeron en eso ni siquiera una hora. Pero descontaban que el ejército, desde el momento que había deslizado la mano en el engranaje de la guerra, no podría sustraerse a él.

No llegando a su fin ni por la diplomacia del gobierno provisional ni por la fraternización, una parte de los soldados se inclinaba sin ninguna duda hacia la tercera vía: dar un golpe que llevaría al derrumbamiento de la guerra. Es así precisamente como uno de los delegados del frente al congreso de los sóviets expresaba el estado de espíritu de los soldados: "Tenemos ahora delante de nosotros un frente alemán menos denso, no

tenemos delante cañones, y si marchamos y empujamos al enemigo nos aproximaremos a la paz deseada.”

El adversario al principio se encontraba, en efecto, extremadamente débil y retrocedió sin aceptar un combate que, por otra parte, los atacantes no podían librarle. Pero el adversario, en lugar de dispersarse reagrupaba y concentraba sus fuerzas, y, habiendo avanzado una veintena o treintena de kilómetros de profundidad, los soldados rusos descubrieron un cuadro que conocían suficientemente bien después de la experiencia de los años precedentes: el adversario los esperaba sobre nuevas posiciones fortificadas. Ahí llegó a ser evidente que, si los soldados consentían en dar todavía un empuje en favor de la paz, no querían para nada la guerra. Llevados a las hostilidades por una combinación de violenta presión moral y sobre todo de trampa, volvieron hacia atrás con tanta más indignación.

“Después de una preparación de artillería del lado ruso, inaudita por su potencia y por su violencia [dice un historiador ruso de la Guerra Mundial, el general Zaionezkowsky], las tropas ocuparon casi sin pérdidas la posición enemiga y no quisieron ir más lejos. Las deserciones empezaron en todos los puntos y las posiciones fueron abandonadas por contingentes enteros.”

Un hombre político ucraniano, Dorochenko, antiguo comisario del gobierno provisional en Galitzia, cuenta que después de la toma de las ciudades de Halicz y Kalusz, “hubo de inmediato en Kalusz un horrendo pogromo que tocó exclusivamente a los ucranios y a los judíos; no se tocó a los polacos. El pogromo fue dirigido por no se sabe qué mano experimentada y que indicaba a los establecimientos de cultura e instrucción ucranios”. En el pogromo participaron “los mejores efectivos, los menos pervertidos por la revolución”. Pero en este asunto se mostraron todavía más nítidamente bajo su verdadera faz los dirigentes de la ofensiva, los oficiales del zar llenos de experiencias para la organización de pogromos.

El 9 de julio, los comités y los comisarios del 11º ejército telegrafiaron al gobierno: “La ofensiva alemana empezada el 6 de julio sobre el frente del 11º ejército se torna en catástrofe incalculable... En el estado de espíritu de las tropas que recientemente han avanzado gracias a los esfuerzos heroicos de una minoría, un cambio brusco y desastroso se ha afirmado. El impulso de la ofensiva se ha reducido rápidamente a la nada. La mayoría de los efectivos se encuentra en un estado de descomposición siempre creciente. No se trata ya de hablar de autoridad y de subordinación, las amonestaciones y la persuasión han perdido su fuerza; se contesta con amenazas y hasta a veces con fusilamientos.”

El comandante en jefe. del frente sudoeste, con el consentimiento de los comisarios y los comités, publicó la orden de tirar sobre los desertores.

El 12 de julio, el comandante en jefe del frente oeste, Denikin, volvió a su estado mayor con la “muerte en el alma, con plena conciencia del completo derrumbe de la última esperanza de milagro... que todavía quedaba”.

Los soldados no querían batirse. Las tropas de la retaguardia, a las cuales se dirigieron para el relevo de los contingentes debilitados después de la ocupación de las trincheras enemigas, respondieron: “¿Por qué tomaron ustedes la ofensiva?, ¿quién os lo ha ordenado? Se debe terminar con la guerra y no atacar.” El comandante del primer cuerpo siberiano, que era considerado como uno de los mejores, comunicó que, a la caída de la noche y en masa, por compañías enteras, se alejaban de la primera línea todavía no atacada. “Entendía que nosotros, los jefes, éramos impotentes para modificar la psicología elemental de los soldados y amargamente, amargamente, lloré mucho tiempo...”

Una de las compañías rehusó hasta a hacer pasar al adversario un volante sobre la zona de Haliez en tanto no se hubiera encontrado el soldado que podría traducir al ruso el

texto alemán. Este hecho marcó toda la desconfianza de la masa de los soldados respecto a los dirigentes, tanto los antiguos como los nuevos, los de febrero. Siglos de ultraje y de violencia hacían una erupción volcánica. Los soldados se sentían de nuevo burlados. La ofensiva llevaba no a la paz sino a la guerra. Sin embargo, los soldados no querían la guerra. Los patriotas, emboscados en la retaguardia, acosaban y vilipendiaban a los soldados como a los cobardes. Pero los soldados tenían razón. Lo que les guiaba era un justo instinto nacional, reflejado a través de la conciencia de gentes oprimidas, golpeadas, torturadas, sublevadas por el espíritu revolucionarlo y de nuevo sumergidas en una cruenta confusión. Los soldados tenían razón. La continuación de la guerra no podía dar al pueblo ruso nada que no fueran nuevas víctimas, humillaciones, calamidades, nada más que una intensificación de la servidumbre interior y exterior.

La prensa patriótica de 1917 no solamente la de los kadetes, sino también la de los socialistas, no hacía más que señalar el contraste entre los soldados rusos, desertores y prófugos, y los heroicos batallones de la Gran Revolución Francesa. Esas confrontaciones eran el producto no sólo de una incomprensión de la dialéctica del proceso revolucionario, sino incluso de una total ignorancia de la historia.

Los notables y grandes capitanes de la revolución y del imperio francés actuaron, casi constantemente, quebrantando la disciplina, como desorganizadores; Miliukov diría: “como bolcheviques.” El futuro mariscal Davout, cuando era el lugarteniente de Avout, durante largos meses, en 1789-1790, disolvió la disciplina “normal” en la guarnición de Aisdenne, y expulsó a los comandantes. Por toda Francia hubo, hasta mediados de 1790, un proceso de total descomposición del viejo ejército. Los soldados del regimiento de Vincennes obligaron a sus oficiales a hacer mesa común con ellos. Una veintena de regimientos sometieron a sus comandos a violencias de diversos géneros. En Nancy, tres regimientos pusieron en prisión a sus oficiales. A partir de 1790, los tribunales de la Revolución Francesa no cesaron de repetir, a propósito de los excesos en el ejército: es el poder ejecutivo el culpable por no haber destituido a los oficiales hostiles a la revolución.” Mirabeau y Robespierre se hablan pronunciado también por la disolución del viejo cuerpo de oficiales. El primero señalaba que había que restablecer lo más pronto posible una fuerte disciplina. El segundo quería desarmar a la contrarrevolución. Pero los dos comprendieron que el viejo ejército no podía seguir.

Es verdad que la Revolución Rusa, diferente en esto de la francesa, se produce en tiempos de guerra. Mas no es una razón para hacer una excepción a la ley histórica señalada por Engels. Al contrario, las condiciones de una guerra prolongada y desgraciada no podían más que acelerar y agravar el proceso de la descomposición revolucionaria del ejército. La ofensiva fallida y criminal de la democracia hizo el resto. En adelante, los soldados dijeron todos “¡Basta de derramar sangre! ¿De qué valen la libertad y la tierra si nosotros no existimos más?” Cuando los pacifistas cultivados ensayaron suprimir la guerra con sus argumentos racionalistas eran simplemente ridículos. Pero cuando las masas armadas pusieron en movimiento contra la guerra los argumentos de la razón, esto significaba que la guerra tocaba a su fin.

Los campesinos

El verdadero fundamento de la revolución era el problema agrario. En el arcaico régimen agrario ruso, procedente en línea directa de la servidumbre feudal, en la autoridad tradicional del terrateniente, en las intimas relaciones existentes entre el terrateniente, la administración local y los zemstvos de casta, radicaban las manifestaciones más bárbaras de la vida rusa, coronada por la monarquía rasputiniana. El mujik que servía de apoyo al asiatismo secular, era al mismo tiempo una de sus primeras víctimas.

En las primeras semanas que siguieron a la Revolución de Febrero; el campo apenas se movió y dio señales de vida. Los elementos más activos se hallaban en el frente. Las vieja generaciones, que se habían quedado en casa, se acordaban demasiado bien de que la revolución solía acabar en expediciones represivas. La aldea permanecía muda y la ciudad no se acordaba de la aldea. Pero el fantasma de la guerra campesina se cernía ya desde los días de marzo sobre las casas señoriales. De las provincias, donde ejercía un poder más considerable la nobleza, es decir, de las provincias más atrasadas y reaccionarias, se alzó el grito pidiendo auxilio antes de que se pusiera aún de manifiesto el peligro real. Los liberales reflejaban el pánico de los terratenientes, los conciliadores, el estado de ánimo de los liberales. "Forzar el problema agrario en las próximas semanas [razonaba después de la revolución el "izquierdista" Sujánov] sería perjudicial, y no hay la menor necesidad de ello." Pero ya sabemos que Sujánov entendía que era perjudicial forzar la cuestión de la paz y de la jornada de ocho horas. Era más sencillo esquivar las dificultades. Además, los terratenientes trataban de atemorizar a la gente diciendo que la alteración del régimen jurídico agrario tendría repercusiones nocivas en la siembra y en el abastecimiento de las ciudades. El comité ejecutivo enviaba telegramas a las provincias recomendando "que no se dejasen arrastrar por los asuntos agrarios en perjuicio del abastecimiento de las ciudades".

En muchos sitios, los terratenientes, asustados por la revolución, dejaban las tierras sin sembrar. En la difícil crisis de subsistencias por la que estaba atravesando el país, las tierras sin sembrar reclamaban un nuevo dueño. Los campesinos se debatían sordamente. Los terratenientes, desconfiando del nuevo poder, liquidaban muy rápido sus propiedades. Los kulaks o campesinos acomodados se apresuraban afanosamente a comprar las tierras de los grandes propietarios, confiando en que la expropiación forzosa no se haría extensiva a ellos, por su condición de "campesinos". Muchos de estos tratos tenían un carácter deliberadamente ficticio. Se suponía que las propiedades privadas inferiores a una cierta extensión no serían confiscadas Y, para ponerse a salvo de ellos, los terratenientes, mediante personeros, dividían las haciendas en pequeños lotes fingidos. No pocas veces las tierras se inscribían a nombre de extranjeros, ciudadanos de los países aliados o neutrales. La especulación de los kulaks y las artimañas de los grandes hacendados amenazaban con no dejar nada de los fondos agrarios del país para el momento en que se reuniese la asamblea constituyente. En las aldeas veían estas maniobras. Y pronto se alzaron voces que pedían que se publicase un decreto prohibitivo de las transacciones sobre tierras. Los campesinos acudían a las ciudades a entrevistarse con los nuevos amos de la situación, en busca de tierra y de justicia. Más de una vez sucedía que los ministros, después de los elocuentes discursos y las ovaciones, tropezasen a la salida con las figuras grises de los delegados campesinos. Sujánov cuenta cómo uno

de estos delegados campesinos imploraba, con lágrimas en los ojos, a los ciudadanos ministros para que publicasen una ley que protegiera el fondo agrario contra la venta. Kerensky, impaciente, pálido y nervioso, lo interrumpió: "He dicho que se haría y, por lo tanto, se hará. No tiene usted por qué mirarme con esos ojos desconfiados." Sujánov, que presenciaba la escena, añade: "Anoto textualmente lo que oí. Kerensky tenía razón: los mujiks miraban con ojos de desconfianza al famoso caudillo y ministro del pueblo." En ese breve diálogo mantenido entre el mujik, que aún implora, pero que ha perdido ya la confianza, y el ministro radical, que hace caso omiso de la desconfianza campesina, se encierra la clave del inexorable derrumbamiento del régimen de febrero.

El decreto sobre los comités agrarios, como órganos de preparación de la reforma, fue dado por el ministro de agricultura, el kadete Schingarev. El comité central agrario, a cuyo frente se hallaba un burócrata liberal, el profesor Postnikov, estaba integrado principalmente por narodniki, que a lo que más temían era a que se les tuviera por hombres menos moderados que su presidente. También se crearon comités provinciales, cantonales y de distrito. Mientras los sóviets, que se extendían con gran lentitud por el campo, eran considerados como órganos privados, los comités agrarios tenían un carácter gubernamental. Cuanto menos determinadas estaban sus funciones por la situación, más difícil se les hacía resistir la presión de los campesinos. Y cuanto más bajo estaba el comité en la escala jerárquica, más próximo a la tierra, más rápidamente se convertía en un instrumento del movimiento campesino.

A fines de marzo empiezan a llegar a la capital las primeras noticias inquietantes sobre la entrada en escena de los campesinos. El comisario de Nóvgorod telegrafía, informando de los órdenes fomentados por un cierto teniente Panasiuk, "detenciones arbitrarias de terratenientes", etc. En la provincia de Tambov, bandas de campesinos, capitaneadas por algunos soldados con licencia, saquean las casas señoriales. Las primeras noticias son, indudablemente, exageradas; en sus quejas, los terratenientes abultan, sin duda alguna, los hechos. Pero lo que no ofrece la menor duda es que los soldados, que traen del frente y de las guarniciones y de la ciudad el espíritu de iniciativa, intervienen en la dirección del movimiento campesino.

El 5 de abril, uno de los comités cantonales de la provincia de Jarkov acordó practicar registros en las casas de los terratenientes, con el fin de recogerles las armas. Nos hallamos ya ante el presentimiento claro de la guerra civil. El comisario explica los desórdenes ocurridos en el distrito de Skopinsky provincia de Riazán, por una decisión del comité ejecutivo de un distrito vecino sobre el arrendamiento forzoso de los campesinos de las tierras de los grandes propietarios. "La campaña de propaganda de los estudiantes para que los campesinos se mantengan tranquilos hasta la reunión de la asamblea constituyente no obtiene ningún éxito." Aquí nos enteramos de que los "estudiantes", que en la primera revolución predicaban el terrorismo agrario (era entonces la táctica de los socialrevolucionarios), en 1917 exhortan, aunque sin gran éxito, por lo visto, el respeto de la ley y a la calma.

Un comisario de la provincia de Simbirsk traza un cuadro del movimiento campesino, que iba tomando proporciones arrolladoras: los comités locales y cantonales (de los cuales volveremos a hablar más adelante) detienen a los terratenientes, los expulsan de la provincia, sacan a los braceros de la tierra de los grandes propietarios, se apoderan de las tierras y fijan la renta a su arbitrio. "Los delegados enviados por el comité ejecutivo se ponen al lado de los campesinos." Simultáneamente, empiezan el movimiento de los "comunales" contra los campesinos acomodados, que, al amparo de la ley promulgada el 9 de noviembre de 1906 por Stolypin, se habían separado de los fondos comunales, llevando en propiedad privada sus parcelas. "La situación de la provincia constituye una amenaza para la siembra." Y en abril, el comisario de la provincia de

Simbirsk no ve otra salida que la inmediata nacionalización de la tierra, debiendo la asamblea constituyente establecer las modalidades del régimen de explotación.

Del distrito de Kaschira, situado muy cerca de Moscú, llegan quejas de que el comité ejecutivo excita a la población a ocupar sin indemnización las tierras de la Iglesia, de los conventos y de los grandes propietarios. En la provincia de Kursk los campesinos expulsan de los dominios a los prisioneros de guerra que trabajan allí e incluso los encarcelan en la prisión local. Después de los congresos campesinos, los de la provincia de Penze, inclinados a tomar al pie de la letra las resoluciones de los socialrevolucionarios sobre la tierra y la libertad, infringen el contrato cerrado poco antes con los terratenientes y, al mismo tiempo, emprenden la ofensiva contra los nuevos órganos del poder. En el mes de marzo, al constituirse los comités ejecutivos cantonales y de distrito, los que entraban a formar parte de ellos eran, en su mayoría, intelectuales. "Después [comunica el comisario] empezaron a alzarse voces contra la *intelligentsia* y, ya a mediados de abril, los comités estaban compuestos nada más que por campesinos, cuyas aspiraciones respecto a la tierra eran manifiestamente ilegales."

Un grupo de terratenientes de la vecina provincia de Kazán se lamentaba al gobierno provisional de la imposibilidad de seguir cultivando las tierras, ya que los campesinos retiraban a los obreros, requisaban las semillas, en muchos sitios se llevaban todo lo que encontraban en las casas señoriales, no permitían al terrateniente talar los bosques de su propiedad y proferían amenazas de violencia y muerte. "No hay aquí justicia, todo el mundo hace lo que quiere y la gente razonable está atemorizada." Los terratenientes de Kazán saben ya quién es el culpable de la anarquía: "En las aldeas las decisiones del gobierno provisional son ignoradas. En cambio, las proclamas de los bolcheviques llegan a todas partes."

Sin embargo, no se puede decir que faltaran instrucciones gubernamentales. El 20 de marzo el príncipe Lvov invitaba telegráficamente a los comisarios a que crearan comités cantonales como órganos del poder local, recomendando al mismo tiempo "que a la labor de dichos comités se incorporasen los terratenientes y todas las fuerzas intelectuales del campo". Se aspiraba a organizar todo el régimen del estado por el sistema de las cámaras de conciliación. Pero los comisarios no tardaron en lamentarse de que se prescindía de las "fuerzas intelectuales": evidentemente, el mujik no tenía ninguna confianza en los Kerensky de distrito y de cantón.

El 3 de abril el príncipe Urosov, adjunto a la presidencia del príncipe Lvov (el ministro del interior, como vemos, contaba con nobles títulos), da orden de que no se tolere ninguna intromisión arbitraria y, sobre todo, de que "se proteja la libertad del propietario en la administración de su tierra", esto es, la más exquisita de todas las libertades. Diez días después el propio príncipe Lvov se toma personalmente la molestia de ordenar a los comisarios que "pongan fin por todos los medios que les da la ley a cualquiera manifestación de violencia y de despojo que se produzca". Dos días más tarde el príncipe Urusov torna a ordenar al comisario provincial "que tome medidas para proteger los ganados de los terratenientes contra las arbitrariedades, explicando a los campesinos", etc.

El 18 de abril el príncipe Urusov empieza a intranquilizarse ante el hecho de que los prisioneros de guerra que trabajan como braceros en las fincas de los terratenientes formulan reivindicaciones exageradas, e informa a los comisarios que impongan sanciones severas, haciendo uso de las atribuciones de que gozaban en el antiguo régimen los gobernantes zaristas. Llueven circulares, disposiciones, órdenes telegráficas. El 12 de mayo el príncipe Lvov enumera en un nuevo telegrama los desmanes que se "están cometiendo en todo el país": detenciones arbitrarias, requisas, destitución de comisarios, remoción de administradores de fábricas, destrucción de fincas, saqueos, atropellos,

violencias contra funcionarios locales, imposición de tributos a la población, excitación de los ánimos de una parte de la población contra la otra, etc. "Estos y otros actos semejantes deben ser considerados como contrarios a la ley y, en algunos casos, incluso como anárquicos..." El calificativo no es muy claro, pero la conclusión puede serlo más: "tomar enérgicas medidas." Los comisarios de provincia mandaban inmediatamente las circulares a los distritos, los comisarios de distrito ejercían presión sobre los comités cantonales y todos juntos ponían de manifiesto su impotencia frente a los campesinos.

Las tropas de las inmediaciones tienen en casi todos los sitios participación directa en los acontecimientos. Es más, en la mayor parte de los casos son ellas precisamente las que toman la iniciativa. El movimiento adopta formas variadísimas, según las condiciones locales y el grado de exacerbación de la lucha. En Siberia, donde no hay terratenientes, los campesinos se apoderan de las tierras de la Iglesia y de los conventos. Hay que advertir que el clero no lo pasa nada bien en otras partes. En la piadosa provincia de Smolensk, bajo la influencia de los soldados llegados del frente, se procede a la detención de popes y monjes. Con el fin de evitar que los campesinos tomaran medidas infinitamente más radicales, los órganos locales se veían obligados con frecuencia a ir más allá de lo que querían. A principios de mayo el comité ejecutivo de uno de los distritos de la provincia de Samara sometió a tutela pública las propiedades del conde Orlov-Davidov, preservándolas así de la acción de los campesinos. Como el decreto que prohibía la compra y venta de tierras prometido por Kerensky no aparecía, los campesinos, valiéndose de sus recursos, empezaron a impedir esta operación, oponiéndose por la fuerza a su medición. La incautación de las armas a los terratenientes, sin exceptuar las de caza, se producía cada vez más frecuentemente. Los campesinos de la provincia de Minsk (se lamenta el comisario) "acatan como ley los acuerdos del congreso campesino." ¿Es que acaso podían ser interpretados de otro modo? No debe olvidarse que estos congresos eran el único poder real que existía en las provincias. He aquí puesto al desnudo el abismo que se abre entre la *intelligentsia* socialrevolucionaria, que charla hasta por los codos, y los campesinos, que reclaman hechos.

A fines de mayo entra en acción la lejana estepa asiática. Los kirguises, a quienes los zares habían despojado de las mejores tierras en beneficio de sus servidores, se levantan ahora contra los terratenientes, invitándoles a abandonar con la mayor rapidez las haciendas usurpadas. "Este punto de vista se va arraigando cada vez más en la estepa", comunica el comisario de Akmolinsk.

En el otro extremo del país, en la provincia de Livonia, un comité ejecutivo de distrito envía una comisión con el encargo de abrir una información acerca del saqueo de las propiedades del barón Stahl von Holstein. La comisión reconoce que los desórdenes no tienen importancia, que la permanencia del barón en el distrito es peligrosa para la tranquilidad pública y decide enviarlo, con la baronesa, a Petrogrado, poniéndolo a disposición del gobierno provisional. Era uno de los innumerables conflictos que surgían entre las autoridades locales y el poder central, entre los socialrevolucionarios de base y los de la dirección.

Un comunicado del 27 de mayo, procedente del distrito de Pavlograd, provincia de Yekaterinoslav, traza un cuadro casi idílico: los miembros del comité agrario aclaran a la población todas las malas interpretaciones, y de este modo "previenen cualquier exceso". Sin embargo, este idilio no ha de durar más que unas cuantas semanas.

A fines de mayo el padre Abbe, de uno de los monasterios de Kostroma, se lamentaba amargamente ante el gobierno provisional de que los campesinos hayan requisado la tercera parte del ganado del convento. El venerable monje pudo ser más discreto: muy pronto tendría que decir adiós, también, a los otros dos tercios.

En la provincia de Kursk empezaron las persecuciones contra los campesinos que se negaban a reintegrar sus parcelas a los fondos "comunales". Ante la gran revolución agraria, ante un reparto general de tierra, los campesinos querían actuar como un bloque. Las barreras interiores pueden constituir un obstáculo. Es necesario que el mir obre como un solo hombre. De aquí que la lucha por la conquista de la tierra de los grandes propietarios vaya acompañada de violencias contra los agricultores individualistas.

El último día de mayo fue detenido en la provincia de Perm el soldado Samoilov, que excitaba. a los campesinos a no pagar los impuestos. Dentro de poco será él quien detendrá a los demás. Durante una procesión celebrada en una aldea de la provincia de Járkov, el campesino Orizenko destrozó de un hachazo, ante los ojos atónitos de toda la población, la venerada imagen de San Nicolás. Así surgen las más diversas formas de protesta y van transformándose en acción.

En unas memorias anónimas tituladas *Apuntes de un guardia blanco,* de cuyo autor sólo se sabe que era oficial de marina y terrateniente, se describe con rasgos interesantes la evolución operada en el campo en los primeros meses que siguen a la revolución. Para todos los cargos "se elegia en casi todas partes a personas pertenecientes a la clase burguesa, para las cuales no había más que una finalidad: mantener el orden". Es verdad que los campesinos exigían que se les diesen tierras, pero en los primeros dos o tres meses lo hacían sin violencias. Por el contrario, constantemente se oían frases como ésta: "Nosotros no queremos robar, sino arreglar las cosas por las buenas", y otras semejantes. En estas palabras tranquilizadoras palpita ya, sin embargo, una "amenaza oculta". Y, en efecto, si en los primeros momentos los campesinos no recurrían todavía a la violencia, desde el primer instante tuvieron falta de respeto por las llamadas "fuerzas intelectuales". Según el citado guardia blanco, este estado de espíritu semiexpectante se mantuvo hasta los meses de mayo y junio; "después se nota un cambio brusco, surge la tendencia a discutir las disposiciones de los organismos provinciales, a resolver las cosas arbitrariamente...". O lo que es lo mismo, los campesinos concedieron a la Revolución de Febrero, poco más o menos, un plazo de tres meses para pagar las letras aceptadas por los socialrevolucionarios, pasado el cual procedieron a embargar ejecutivamente.

El so1dado Chinenov, afiliado al Partido Bolchevique, fue dos veces de Moscú a su pueblo, situado en la provincia de Orlov, después de estallar la revolución. En mayo dominaban en el distrito los socialrevolucionarios. En muchos sitios los campesinos seguían pagando los arrendamientos a los terratenientes. Chinenov organizó una célula bolchevique integrada por soldados, obreros agrícolas y campesinos pobres. Esta célula predicaba la supresión del pago de los arrendamientos y la entrega de tierras a los que no tenían. Inmediatamente hicieron un censo de los prados señoriales, los repartieron entre los diversos pueblos y los segaron. "Los socialrevolucionarios del comité cantonal ponían el grito en el cielo, diciendo que nuestro modo de proceder era ilegal, pero no renunciaron a la parte que les correspondía." Y como, por miedo a las responsabilidades, los representantes locales renunciaron a sus cargos, los campesinos eligieron a nuevos elementos más decididos. No todos ellos eran bolcheviques, ni mucho menos. Mediante su presión directa, los campesinos provocaron una escisión en el seno del Partido Socialrevolucionario: los elementos de espíritu revolucionario se separaron de los funcionarios y de los arribistas. Después de haber segado los pastizales del señor, los mujik los pusieron en barbecho y araron la tierra para la siembra de invierno. La célula bolchevique decidió inspeccionar los graneros de los terratenientes y enviar las reservas de granos al centro, donde se pasaba hambre. Las decisiones de la célula eran puestas en ejecución porque coincidían con el estado de espíritu de los campesinos. Chinenov llevó consigo a su pueblo publicaciones bolcheviques, de las cuales antes no se tenía la menor idea. "Los intelectuales y los socialrevolucionarios de la localidad propalaban el rumor

de que llevaba encima mucho oro alemán para comprar a los campesinos.” Iguales procesos se desarrollaban por todas partes, en proporciones distintas. Cada distrito tenía sus Miliukov, sus Kerensky y sus Lenin.

En el gobierno de Smolensk la influencia de los socialrevolucionarios se consolidó después del congreso provincial de delegados campesinos, que, como de costumbre, se pronunció en el sentido de que la tierra pasara a manos del pueblo. Los campesinos aceptaron integralmente esta decisión, pero se distinguían en esto de los dirigentes: en que la tomaban en serio. De aquí en adelante crece incesantemente en las aldeas el número de socialrevolucionarios. “‘Todo el que en un congreso cualquiera hacía acto de presencia en la fracción de los socialrevolucionarios [cuenta un militante de la época] quedaba clasificado como socialrevolucionario o como cosa por el estilo.” En la capi- tal del distrito había dos regimientos también influidos por los socialrevolucionarios. Los comités agrarios cantonales empezaron a trabajar las tierras de los grandes propietarios Y a segar sus prados. El comisario provincial, Yefimov, que era socialrevolucionario, publicaba decretos conminatorios. El pueblo estaba desconcertado. ¿Este mismo comisario no había dicho en el congreso provincial que ahora el poder estaba en manos de los campesinos y que la tierra sólo debía ser para quien la trabajaba? Pero había que rendirse ante la evidencia de los hechos. Por orden del comisario socialrevolucionario Yefimov, solamente en el distrito de Elnino, dieciséis comités agrarios de cantón, sobre diecisiete que había, fueron llevados, en el curso de los meses siguientes, ante la justicia, por haberse apoderado de la tierra de los grandes propietarios. Es ésta la razón original que llevaba a su desenlace el idilio de la *intelligentsia* populista con el pueblo. En todo el distrito no había más que tres o cuatro bolcheviques. Su influencia, no obstante, creció rápidamente, eliminando o escindiendo a los socialrevolucionarios.

A principios de mayo se reunió en Petrogrado el Congreso de Campesinos de Toda Rusia. Los representantes habían sido nombrados desde arriba y tenían un carácter con frecuencia fortuito. Y si los congresos de obreros y soldados iban invariablemente retrasados en relación con la marcha de los acontecimientos y la evolución política de las masas, imagínese hasta qué punto le representación de una clase tan disgregada como eran los campesinos, tenía que ir a la zaga del verdadero estado de opinión reinante en la aldea rusa. A este congreso acudieron como delegados los intelectuales populistas de extrema derecha, gente ligada principalmente con los campesinos, por medio de la cooperación comercial, o sólo por los recuerdos de la juventud. El verdadero “pueblo” estaba representado allí por los elementos más acomodados del campo, los kulaks, los tenderos y los cooperativistas de la aldea. Los socialrevolucionarios dominaban sin competencia en este congreso, representados por su ala derecha. Sin embargo, alguna que otra vez, ellos mismos se detenían, aterrorizados ante la insólita combinación de avaricia por la tierra y de espíritu de “centuria negra” en política entre algunos diputados. Ante la gran propiedad agraria, el congreso adoptó una posición unánime, extremadamente radical: “Todas las tierras pasarán a ser de dominio público, sin indemnización, para ser explotadas y trabajadas de un modo igualitario por los trabajadores.” Por supuesto que los kulaks interpretaban lo de “igualitario” en el sentido de su igualdad con los terratenientes, pero nunca en el sentido de igualdad con los obreros agrícolas. Sin embargo, ese pequeño malentendido entre el ficticio socialismo populista y el democratismo agrario de los campesinos había de ponerse al desnudo algún tiempo después.

El ministro de Agricultura, Chernov, que ardía en deseos de ofrecer al congreso campesino un huevo de Pascuas, se ocupaba, sin ningún resultado visible, en el proyecto de decreto que prohibía las transacciones sobre tierras. El ministro de justicia, Pereversev, a quien se tenía también por socialrevolucionario, adoptaba, precisamente por los días del

congreso, medidas para que no se opusiera obstáculo alguno a esas transacciones. Los diputados campesinos protestaron. Pero las cosas no se movían. El gobierno provisional del príncipe Lvov no se decidía a meter mano en las tierras de los grandes propietarios. Los socialistas no querían meter mano en el gobierno provisional. Y, por su composición, el congreso era incapaz de encontrar una salida a la contradicción entre su apetito de tierra y su espíritu reaccionario.

El 20 de mayo, en el congreso de los campesinos, habla Lenin. “Parecía [dice Sujánov] como si hubiese caído entre una bandada de cocodrilos. Sin embargo, los campesinos le oyeron muy atentos, y con seguridad que no sin simpatía, aunque no osaron manifestarse.” Lo mismo sucedió en la sección de soldados extremadamente hostil a los bolcheviques. Siguiendo el ejemplo de los socialrevolucionarios y los mencheviques, Sujánov intenta dar un matiz anarquista a la táctica de Lenin ante la cuestión agraria. Era bastante parecido a lo del príncipe Lvov, que estaba inclinado a considerar como acto anárquico todo atentado contra los derechos de los propietarios. Siguiendo esta lógica, la revolución en su conjunto equivale a la anarquía. En realidad, el modo como Lenin planteaba la cuestión era harto más profundo de lo que sus críticos e imaginaban. Como órganos de la revolución agraria, y en primer lugar de la liquidación de la propiedad territorial de los nobles, debían colocarse los comités agrarios bajo el control de los sóviets de diputados campesinos. A los ojos de Lenin, los sóviets eran los órganos del estado del mañana, el poder más concentrado de todos, la dictadura revolucionaria. Como se ve, esto se hallaba bastante lejos del anarquismo, o sea de la teoría y de la práctica de la negación del poder. “Nosotros nos pronunciamos [decía Lenin el 28 de abril] por la transmisión inmediata de la tierra a los campesinos dentro de la mejor organización posible. Nosotros nos oponemos absolutamente a las expropiaciones anárquicas.” ¿Por qué no estamos conformes con esperar hasta la asamblea constituyente? “Para nosotros lo importante es la iniciativa revolucionaria de la cual la ley debe ser el resultado. Si. esperáis a que se escriba la ley sin desplegar la menor energía revolucionaria, no tendréis ni ley ni tierra.” ¿Es que estas palabras tan sencillas no son el lenguaje de todas las revoluciones?

Después de un mes de sesiones, el congreso campesino eligió como organismo permanente un comité ejecutivo compuesto de dos centenares de pequeñoburgueses del campo y de populistas profesores o comerciantes, escudados por un conjunto de personajes decorativos tales como la Brechkovskaya, Chaikovski, Vera Figner y Kerensky. Fue elegido presidente del comité el socialrevolucionario Avksentiev, bueno para los banquetes de provincia, mas no para la guerra campesina.

A partir de ese momento, las cuestiones más importantes fueron debatidas en las sesiones conjuntas de los dos comités ejecutivos: el de los obreros y soldados y el de los campesinos. Esta combinación representa un extraordinario robustecimiento del ala derecha, apoyada directamente sobre los kadetes. En todos aquellos casos en que era necesario ejercer presión sobre los obreros, atacar a los bolcheviques, amenazar con todos los azotes posibles a la “república autónoma de Cronstadt”, las doscientas manos, o, para decirlo más exactamente, los doscientos puños del comité ejecutivo campesino, se levantaban como una muralla. Todos ellos convenían con Miliukov en que era preciso “acabar” con los bolcheviques. Lo malo era que en lo tocante a la tierra de los grandes propietarios abrigaban opiniones de campesinos, no de teóricos liberales, que los ponían frente a la burguesía y al gobierno provisional.

Apenas había terminado sus sesiones el congreso campesino, empezaron a llover quejas de que en las aldeas tomaban en serio las resoluciones del congreso y se inventariaban y confiscaban la tierra y los bienes muebles de los terratenientes. Era

absolutamente imposible implantar en los sesos testarudos de los mujik la idea de una diferencia entre la palabra y el acto.

Los socialrevolucionarios, alarmados, tocaron retreta. En el congreso celebrado en Moscú a principios de junio, condenaron de manera solemne toda ocupación arbitraria de tierras: era preciso esperar a la asamblea constituyente. Pero esta resolución fue impotente, no ya para contener, sino ni siquiera-para debilitar el movimiento agrario. Y la cosa venía a complicarse todavía más por el hecho de que el propio Partido Socialrevolucionario albergaba a no pocos elementos que estaban realmente dispuestos a luchar hasta el fin al lado de los campesinos contra los terratenientes y con el agravante de que estos socialrevolucionarios de izquierda, que no osaban aún romper abiertamente con el partido, ayudaban a los campesinos a burlar las leyes o a interpretarlas a su modo.

En la provincia de Kazán, donde el movimiento campesino tomaba un carácter especialmente turbulento, los socialrevolucionarios de izquierda definieron su actitud antes que en otros sitios. Al frente de ellos estaba Kalegayev, que había de ser comisario del pueblo de agricultura en el gobierno soviético durante el periodo del bloque de los bolcheviques con los socialrevolucionarios de izquierda. A partir de mediados de mayo, en esa provincia se empieza de manera sistemática a poner las tierras a disposición de los comités cantonales. En el distrito de Spaski, a la cabeza de cuyas organizaciones campesinas se encuentra un bolchevique, es donde estas medidas se llevan a la práctica con mayor audacia. Las autoridades provinciales se lamentan ante el poder central de la campaña de agitación agraria que están llevando a cabo los bolcheviques llegados de Cronstadt, y añaden que la beata monja Tamara ha sido detenida por ellos "por haber hecho objeciones".

El 2 de junio el comisario de la provincia de Vorónezh comunica: "Cada día son más frecuentes, sobre todo en la esfera agraria, los casos de infracción a la ley y los actos ilegales." La ocupación de tierras en la provincia de Penze es cada vez más insistente. Uno de los comités agrarios de la provincia de Kaluga quitó al convento la mitad de la siega de un prado; cuando el prior del convento expuso sus quejas al comité agrario del distrito, éste tomó la siguiente resolución: apoderarse del prado entero. No es frecuente que las instancias superiores sean más radicales que las inferiores. La abadesa María, de la provincia de Penze, se lamenta de la ocupación de los bienes del convento: "Las autoridades locales son impotentes." En la provincia de Viatka los campesinos se incautaron de las fincas de los Skoropadski, familia del futuro *hetman* de Ucrania, y decidieron, "en cuanto se resolviese el problema de la propiedad agraria", no tocar el bosque y entregar al Tesoro los intereses de las fincas.

En muchos otros lugares los comités agrarios no sólo rebajaron los arrendamientos hasta el 500 y 600 por 100, sino que decidieron no pagar las fincas a los terratenientes y ponerlas a disposición de los comités hasta que la asamblea constituyente resolviera la cuestión. No como abogados, sino como mujik, es decir, seriamente, se respondía así a la cuestión de no prejuzgar sobre la reforma agraria antes de la asamblea constituyente. En la provincia de Sáratov, donde todavía en la víspera los campesinos prohibían a los terratenientes talar los bosques, ahora los talaban ellos mismos. Con mucha frecuencia los campesinos se apoderan de las tierras de la Iglesia y de los conventos, sobre todo allí donde hay pocas fincas pertenecientes a grandes propietarios. En Livonia los obreros agrícolas letones, unidos a los soldados del batallón letón, proceden sistemáticamente a la ocupación de las haciendas de los barones.

De la provincia de Vítebsk llegan quejas desesperadas de los propietarios de aserraderos, quienes dicen que las medidas de los comités agrarios atentan contra la industria de la madera e impiden dar satisfacción a las necesidades del frente. Otros patriotas no menos interesados, como los terratenientes de la provincia de Poltava, se

sienten afligidos por el hecho de que los desórdenes agrarios les impiden abastecer al ejército. Finalmente, el congreso de los propietarios de haras [aserraderos], celebrado en Moscú, advierte, que las expropiaciones de tierras constituyen una terrible amenaza para la cría caballar. Al mismo tiempo, el procurador del Santo Sínodo, el mismo que calificaba a los miembros de esta muy santa institución de "idiotas y canallas", se quejaba al gobierno de que en la provincia de Kazán los campesinos quitaran a los frailes no sólo el ganado y la tierra, sino también la harina necesaria para el pan sagrado. En la provincia de Petrogrado, a dos pasos de la capital, los campesinos echaban de un dominio a su administrador y se ponían ellos mismos a administrar. El 2 de junio el infatigable príncipe Urusov volvía a telegrafiar en todas direcciones: "A pesar de todas mis órdenes..., etc. Ruego nuevamente que se tomen las medidas más enérgicas." El príncipe sólo olvidaba indicar qué medidas.

Al tiempo que por todo el país se desarrollaba una labor gigantesca para extirpar las raíces más profundas de la Edad Media y de la servidumbre de la gleba, el ministro de agricultura, Chernov, en sus oficinas, recogía materiales de estudio para la asamblea constituyente. Se proponía llevar a cabo la reforma basándose únicamente en los datos más precisos de la estadística agraria y de toda suerte de estadísticas, y trataba de persuadir con voz meliflua a los campesinos de que tuvieran un poco de paciencia, hasta que él terminara sus ejercicios. Lo cual (dicho sea de paso) no fue obstáculo para que los terratenientes hiciesen saltar al "ministro de asuntos campesinos", sin darle tiempo a concluir sus tablas sacramentales.

Recientes investigadores, basándose en los archivos del gobierno provisional, han calculado que en marzo el movimiento agrario se manifestaba, con mayor o menor intensidad, en 34 distritos; en abril, en 174; en mayo, en 236; en junio, en 280; llegando en julio a 325. Sin embargo, estas cifras no dan una idea completa del crecimiento real del movimiento, ya que, dentro de cada distrito, la lucha cobra de mes en mes un carácter más vasto y tenaz.

En este primer periodo que va de marzo a junio, la aplastante mayoría de los campesinos se abstiene todavía de emplear la violencia directa contra los terratenientes y de apoderarse abiertamente de la tierra. Yakovliev, que ha dirigido las aludidas investigaciones y que es en la actualidad comisario del pueblo en el departamento de agricultura de la Unión Soviética, explica la táctica relativamente pacífica de los campesinos por la confianza que aún depositaban en la burguesía. Fuerza es reconocer la inconsistencia de esta explicación. El gobierno del príncipe Lvov no podía inspirar confianza alguna a los campesinos, para no hablar ya del recelo constante del campesino hacia la ciudad, hacia el poder y hacia la sociedad culta. Que durante este primer periodo los campesinos no recurran todavía a casi ninguna medida de violencia abierta y se esfuercen en dar a sus actos la forma de una presión legal o semilegal se explica precisamente por su desconfianza hacia el gobierno y por la inseguridad en sus propias fuerzas. Los campesinos empiezan a agitarse, tantean el terreno, calculan la resistencia del enemigo y, apretando al terrateniente en toda la línea, dicen: "Nosotros no queremos robar nada, sino arreglarlo todo por las buenas." No se apoderan del prado, pero siegan la alfalfa, arriendan por la fuerza la tierra, fijando ellos mismos la renta, o la "compran" por los mismos procedimientos coercitivos y en los precios que ellos mismos señalan. Todas estas apariencias legales, pero convincentes lo mismo para el propietario que para el jurisconsulto liberal, están dictadas en realidad por una desconfianza latente, pero profunda, contra el gobierno. Por las buenas (se dice el campesino) no lo conseguirás; tomarlo por la fuerza es peligroso; intentemos obrar por la astucia. Prefería expropiar al terrateniente con su consentimiento.

“Durante todos estos meses [insiste Yakovliev] prevalecen procedimientos peculiares, nunca vistos en la historia, de lucha pacífica con los terratenientes, resultante de la desconfianza que los campesinos tenían en la burguesía y en el gobierno de ésta.” Estos procedimientos, que se califican de nunca vistos en la historia, son, en realidad, los procedimientos típicos, inevitables, históricamente necesarios en la fase inicial de una guerra campesina bajo todos los meridianos. La tendencia a dar una apariencia, sea de legalidad religiosa o civil, a los primeros pasos de la revolución, ha caracterizado en todos los tiempos a la lucha de clases revolucionarias antes de que éstas reúnan las fuerzas y la seguridad en sí mismas que necesitan para cortar el cordón umbilical que las une a la vieja sociedad. Y esto rige con los campesinos en mayor medida que con ninguna otra clase, ya que ellos, aun en sus mejores tiempos, avanzan medio a oscuras y a tientas, mirando recelosamente a sus amigos de la ciudad. Y tienen sus buenas razones para ello. Los amigos del movimiento agrario, en los primeros pasos de éste, son siempre los agentes de la burguesía liberal y radical. Pero estos amigos, al tiempo que patrocinan una parte de las reivindicaciones campesinas, tiemblan por la suerte de la propiedad burguesa, razón por la cual se esfuerzan en traer al movimiento campesino a los cauces de la legalidad establecida.

En esta dirección actúan también, mucho antes ya de la revolución, otros factores. Del seno mismo de la clase aristocrática se alzan apóstoles conciliadores. León Tolstoi penetró profundamente en el alma del mujik, mucho más que nadie. Su filosofía de la no resistencia al mal por la violencia era una generalización de las primeras etapas de la revolución campesina. Tolstoi soñaba con que todo ocurriera “sin expoliaciones, por consentimiento reciproco”. A esta táctica le daba él un cimiento religioso, bajo la forma de cristianismo puro. Mahatma Gandhi cumple actualmente en la India la misma misión, sólo que en una forma más práctica. Si de la época contemporánea nos remontamos a otras más lejanas, encontraremos sin ninguna dificultad aquellos mismos fenómenos que se pretenden “nunca vistos en la historia”, disfrazados bajo las formas más diversas, religiosas, nacionales, filosóficas y políticas, empezando por los tiempos bíblicos y aun antes.

El carácter peculiar de la insurrección campesina de 1917 se expresaba sobre todo en que, como agentes de la legalidad burguesa, entrasen en acción hombres que se llamaban socialistas, y no sólo eso, sino asimismo revolucionarios. Pero no eran ellos los que determinaban el carácter y el ritmo del movimiento campesino. Los campesinos seguían a los socialrevolucionarios en la medida en que éstos les facilitaban fórmulas concretas para deshacerse de los terratenientes. Al mismo tiempo, los socialrevolucionarios les servían de apariencia jurídica. Así era, en fin, el partido de Kerensky, ministro de justicia primero, de la guerra después, y de Chernov, titular de la cartera de agricultura. Los socialrevolucionarios de distrito y de cantón explicaban la tardanza en publicar los ansiados decretos por la resistencia de los terratenientes y los liberales, y aseguraban a los campesinos que en el gobierno los “nuestros” hacían todo lo que podían. El campesino, naturalmente, no tenía nada que objetar contra esto. Pero sin incurrir, ni mucho menos, en una cándida credulidad, entendía que era necesario ayudar a los “nuestros” desde abajo, y tan a conciencia lo hacía, que los “nuestros”, encumbrados en las alturas, pronto comenzaron a alarmarse.

La debilidad de los bolcheviques entre los campesinos era pasajera y se debía al hecho de no compartir las ilusiones de éstos. El campo no podía llegar al bolchevismo más que por la experiencia y la decepción. La fuerza de los bolcheviques en la cuestión agraria, como en las demás, estribaba en que para ellos no había divorcio entre la palabra y la acción.

Las consideraciones sociológicas generales no permitían decidir *a priori* si los campesinos en su conjunto eran o no capaces de alzarse contra los terratenientes. La acentuación de las tendencias capitalistas en la economía agrícola durante el período comprendido entre las dos revoluciones; la formación de un sector de campesinos acomodados, separados con sus fincas del primitivo régimen "comunal"; los extraordinarios progresos hechos por la cooperación agraria, acaudillada por los campesinos acomodados y ricos; todo esto no permitía saber con seguridad, de antemano, cuál de las dos tendencias prevalecería en la revolución, si el antagonismo agrario de casta entre los campesinos y la nobleza o el antagonismo de clase dentro del mismo campesinado.

Lenin, al llegar a Rusia, adoptó una actitud muy prudente ante esta cuestión. "El movimiento agrario [decía el 14 de abril] no es más que un pronóstico, pero no un hecho... Hay que estar preparados para la eventualidad de que los campesinos se unan a la burguesía." No era una idea lanzada al azar. Por el contrario, Lenin la repite insistentemente en varias ocasiones. En la conferencia del partido, el 24 de abril, él se pronuncia contra los "viejos bolcheviques" que lo acusan de subestimar a los campesinos, y dice: "El partido proletario no puede ahora cifrar sus esperanzas en la comunidad de intereses con los campesinos. Luchamos para que los campesinos se pasen a nuestro lado; pero el hecho es que éstos, y hasta cierto punto conscientemente, están al lado de los capitalistas." Esto (dicho sea de paso) demuestra cuán lejos estaba Lenin de la teoría, que más tarde habían de atribuirse los epígonos, de la eterna armonía entre los intereses del proletariado y los de los campesinos. Aun admitiendo la posibilidad de que los campesinos, como casta, pudieran actuar en calidad de factor revolucionario, Lenin se preparaba, sin embargo, en abril, para la peor variante, a saber: la perspectiva de un sólido bloque entre terratenientes, la burguesía y los vastos sectores campesinos. "Pretender atraer ahora al mujik [decía] es entregarse a merced de Miliukov." De donde se desprende la conclusión: "Desplazar el centro de gravedad a los sóviets de obreros agrícolas."

Pero, afortunadamente, se realizó la hipótesis mejor. El movimiento agrario, que antes no era más que un pronóstico, se convirtió en un hecho que puso de manifiesto por breves instantes, pero con una fuerza extraordinaria, el predominio de los lazos internos de les campesinos sobre los antagonismos capitalistas. Los sóviets de obreros del campo sólo adquirieron importancia en algunos sitios, de manera principal en las regiones del Báltico. En cambio, los comités agrarios se convirtieron en órganos de todos los campesinos, que en su tenaz presión los transformaban, de cámaras de conciliación, en instrumentos de la revolución agraria.

El hecho de que los campesinos encontraran una vez más la posibilidad, la última en su historia, de actuar en bloque como factor revolucionario, prueba, al mismo tiempo, la falta de vigor del régimen capitalista en el campo y su fuerza. La economía burguesa no había liquidado todavía por completo el régimen agrario medieval servil. Pero, a la vez, en el desarrollo capitalista había tales avances, que estructuraba las viejas formas de la propiedad agraria de un modo igualmente insoportable para todos los sectores del campo. El entrelazamiento de los dominios de los nobles y de las propiedades campesinas, con frecuencia calculado conscientemente de manera de transformar los derechos del propietario noble en un lazo para toda la comunidad campesina; el reparto inverosímil de las tierras de la aldea, y, finalmente, el antagonismo reinante entre la comuna agrícola y los colonos individualistas; todo esto constituía, en su conjunto, una intolerable confusión de las relaciones agrarias, de donde no se podía salir por medidas legislativas parciales. Y los campesinos comprendían mejor esto que todos los teóricos agrarios. La experiencia de la vida, desarrollada a lo largo de una serie de generaciones, los llevaba a una misma y única conclusión: la de que había que extirpar los derechos heredados y adquiridos sobre

la tierra, destruir los mojones y entregar esta tierra, limpia de toda tara histórica, a quien la trabajase.

Tal era el sentido de los aforismos del mujik: “La tierra no es de nadie, la tierra es de Dios”, y es en el mismo sentido que el campesinado interpreta el programa socialrevolucionario de la socialización de la tierra. Pese a la teoría de los narodniki, aquí no se deslizaba una pizca de socialismo. Todavía no ha habido una sola revolución agraria, por más audaz que fuese, que por sí misma haya rebasado los cuadros del régimen burgués. La socialización, que, según se decía, debía asegurar a cada trabajador “el derecho a la tierra”, representaba (las relaciones del mercado eran mantenidas sin limitación) una evidente utopía. Los mencheviques criticaban esta utopía desde un punto de vista liberal-burgués. El bolchevismo, por el contrario, ponía a la luz esta tendencia democrática progresista que, en la teoría de los socialrevolucionarios, encontraba su expresión utópica. La revelación del verdadero sentido histórico del problema agrario en Rusia fue uno de los más grandes méritos de Lenin.

Miliukov escribe que, para él, como “sociólogo e investigador de la evolución histórica rusa”, es decir, como hombre que contempla desde la cúspide lo que sucede, “Lenin y Trotsky acaudillan un movimiento que estaba mucho más cerca de Pugachov, de Stenka Razin, de Bolotnikov (siglos XVII y XVIII de nuestra historia), que de la última palabra del anarcosindicalismo europeo”. La parte de verdad contenida en esta afirmación del sociólogo liberal, dejando de lado lo del “anarcosindicalismo”, fuera de lugar, no se dirige contra los bolcheviques, sino más bien contra la burguesía rusa, contra su atraso y su insignificancia política. Los bolcheviques no eran culpables de que los grandiosos movimientos campesinos de los siglos pasados no consiguieran instaurar en Rusia la democratización de las relaciones sociales (sin la dirección de las ciudades era imposible conseguirlo), como tampoco de que la llamada emancipación de los campesinos, llevada a cabo en 1861, se organizase en base del robo de las tierras comunales, de la sujeción de los campesinos al estado y de la integridad del régimen de castas. Por todo esto, los bolcheviques se vieron ante la necesidad de acabar, en el primer cuarto del siglo XX, lo que los siglos XVII, XVIII y XIX habían hecho a medias o no hablan hecho.

Las masas se reagrupan

A los cuatro meses de su existencia, el régimen de febrero se ahogaba ya en sus propias contradicciones. Junio comienza con el congreso panruso de los sóviets, que tenía por tarea dar un camuflaje político a la ofensiva en el frente. La iniciación de la ofensiva coincidió con una grandiosa manifestación de obreros y soldados organizados en Petrogrado por los conciliadores contra los bolcheviques, y que acabó convirtiéndose en una manifestación bolchevista contra los conciliadores. La creciente indignación de las masas condujo, quince días más tarde, a una nueva manifestación que se organizó espontáneamente y sin llamadas de arriba; que dio lugar a encuentros sangrientos, y que quedó en la historia con el nombre de "jornadas de julio". El semialzamiento de julio, que surge precisamente en la mitad del período comprendido entre la Revolución de Febrero y la de Octubre, cierra la primera etapa, y viene a ser una especie de ensayo general de la segunda. En los umbrales de las jornadas de julio nosotros terminamos este tomo. Pero antes de entrar a exponer los acontecimientos que tuvieron por escena a Petrogrado en este mes, conviene detenerse un momento a observar los procesos que se estaban operando en las masas.

A un liberal que afirmaba, a principios de mayo, que cuanto más hacia la izquierda se inclinaba el gobierno más hacia la derecha viraba el país, Lenin le replicó: "Os aseguro, ciudadano, y podéis creerlo, que el país de los obreros y campesinos pobres está mil veces más a la izquierda que los Chernov y los Tsereteli, y cien veces más que nosotros. Pronto se verá que así es." Lenin entendía que los obreros y los campesinos estaban situados "cien veces" más a la izquierda que los propios bolcheviques. A primer-avista, esto podía parecer, cuando menos, infundado, ya que los obreros y soldados seguían apoyando a los conciliadores y desconfiaban, en su mayoría, de los bolcheviques. Pero Lenin iba más allá. Los intereses sociales de las masas, su odio y sus esperanzas, pugnaban aún por exteriorizarse. Para ellos, los conciliadores representaban sólo una primera etapa. Las masas estaban incomparablemente más a la izquierda que los Chernov y los Tsereteli, aunque aún no tuviesen conciencia de su radicalismo. Lenin tenía también razón al decir que las masas estaban más a la izquierda que los bolcheviques, pues el partido, en su aplastante mayoría, no se daba aún cuenta de la magnitud de las pasiones revolucionarias que hervían en las entrañas del pueblo sublevado. La revuelta de las masas estaba alimentada por la prolongación de la guerra, el desmoronamiento económico del país y la funesta inactividad del gobierno.

La inmensa llanura asiático-europea había podido convertirse en país gracias a las vías férreas. La guerra repercutió en ellas de un modo gravísimo. Los transportes estaban desorganizados. En algunas líneas el número de locomotoras fuera de servicio llegaban al 50 por 100. En el cuartel general había documentados ingenieros que demostraban en sus informes que a la vuelta de medio año, a más tardar, los transportes ferroviarios se paralizarían por completo. En estos cálculos entraba en buena parte, naturalmente, el designio consciente de sembrar el pánico. Pero no podía negarse que el desbarajuste de los transportes iba tomando, en efecto, proporciones amenazadoras, que se reflejaban funestamente en el tráfico de mercancías, contribuyendo de manera considerable a la carestía de las subsistencias.

El abastecimiento de las ciudades se volvía de más en más penoso. El movimiento agrario había prendido ya en cuarenta y tres provincias. El suministro de cereales a los centros urbanos y al ejército iba reduciéndose de un modo alarmante. En las regiones más fértiles del país existían todavía, a decir verdad, docenas y centenares de millones de puds de granos sobrantes. Pero las operaciones de almacenamiento a los precios tasados daban resultados totalmente insuficientes; y, por otra parte, los granos almacenados era difícil trasladarlos a los centros, a causa de la desorganización de los transportes. A partir del otoño de 1916, al frente llegaba, término medio, la mitad del abastecimiento previsto. La ración de Petrogrado, de Moscú y de otros centros industriales, no pasaba del 10 por 100 de lo necesario. No había apenas reservas. El nivel de vida de las masas urbana oscilaba entre la subalimentación y el hambre. El advenimiento del gobierno de coalición fue señalado en este aspecto por la prohibición democrática de amasar pan blanco. Han de pasar varios años antes de que vuelva a aparecer en la capital el "pan francés". Había escasez de carne. En junio fue racionado en todo el país el consumo de azúcar.

La mecánica del mercado, rota por la guerra, no fue suplida por la reglamentación estatal a la que tuvieron que recurrir los países capitalistas avanzados, y gracias a la cual pudo mantenerse Alemania durante los cuatro años de guerra.

Los síntomas catastróficos del desastre económico se ponían al desnudo a cada paso. La baja en el rendimiento de las fábricas obedecía, aparte del desbarajuste en los transportes, al desgaste de la maquinaria, a la penuria de materias primas y de material auxiliar, a la inestabilidad de la mano de obra, a la anormal financiación y, finalmente, a la incertidumbre general. Las fábricas más importantes seguían trabajando para las necesidades de la guerra. Se les habían dado encargos para dos y tres años. A pesar de todo, los obreros se resistían a creer que la guerra continuaría. Los periódicos daban cifras fantásticas de beneficios de guerra. La carestía de la vida, iba en aumento. Los obreros esperaban que se produjesen cambios. El personal técnico y administrativo de las fábricas se organizaba sindicalmente y presentaba pliegos de peticiones. En estos sindicatos predominaban los mencheviques y los socialrevolucionarios. El régimen de las fábricas se desmoronaba. Todos los resortes cedían.

Las perspectivas de la guerra y de la economía del país se tornaban nebulosas, confusas; el derecho de propiedad se veía amenazado; los beneficios decrecían y los riesgos aumentaban; los patronos perdían el estímulo de producir en esas condiciones revolucionarias. La burguesía en su conjunto abrazaba la senda del derrotismo económico. Las pérdidas pasajeras experimentadas a consecuencia de la parálisis económica del país eran, a sus ojos, una especie de gastos generales que les imponía la lucha contra la revolución que amenazaba las bases de la "cultura". Al mismo tiempo, la prensa sensata no dejaba pasar día sin acusar a los obreros de sabotear deliberadamente la industria, de dilapidar los materiales y de malgastar de manera irracional el combustible para acelerar con ello la paralización. La falsedad de estas acusaciones rebasaba todos los límites. Y como esta prensa era la de un partido, que de hecho acaudillaba la coalición ministerial, la indignación de los obreros caía, naturalmente, sobre el gobierno provisional.

Los industriales no habían olvidado la experiencia de la revolución de 1905, en la cual un lockout, organizado con el apoyo activo del gobierno, no sólo hizo fracasar la campaña de los obreros por la jornada de ocho horas, sino que prestó un inapreciable servicio a la monarquía para el aplastamiento de la revolución. Esta vez la idea del lockout se sometía al estudio del consejo de los congresos de la industria y del comercio, denominación inocente por la que se conocía el órgano de lucha de los trusts y los grandes consorcios. Uno de los capitanes de la industria, el ingeniero Auerbach, había de explicar años más tarde en sus memorias por qué fue desechada la idea del lockout: "Hubiera

parecido una puñalada por la espalda asestada al ejército. La mayoría, *teniendo en cuenta la falta de apoyo del gobierno*, se mostraba muy pesimista acerca de las consecuencias de este paso.” Todo lo cual estaba en la ausencia de un “verdadero” poder. El gobierno provisional estaba paralizado por los sóviets; los jefes razonables de los sóviets, por las masas; los obreros de las fábricas estaban armados; además, casi todas las fábricas tenían en sus inmediaciones un regimiento o un batallón amigo. En estas condiciones, era natural que a los caballeros industriales les pareciera que el lockout era “odioso desde el punto de vista nacional”. Pero esto no significaba que renunciasen a la ofensiva; lo único que hacían era adaptarla a las circunstancias, dándole un carácter no simultáneo, aunque larvado. Según la expresión diplomática de Auerbach, los industriales “llegaron finalmente a la conclusión de que la vida misma se encargaría de dar una lección: imponer el cierre inevitable y paulatino de las fábricas, cosa que, en efecto, empezó a ocurrir muy pronto”. Dicho en otros términos, el consejo de la industria unificada, al mismo tiempo que rechazaba el reto del lockout, por entender que llevaba aparejada “una enorme responsabilidad”, recomendaba a sus afiliados que fuesen cerrando las fábricas una tras otra, buscando pretextos plausibles.

La idea del lockout gradual se puso en práctica de un modo bastante sistemático. Los representantes del capital, tales como el kadete Kutler, que había sido ministro con Witte, redactaban imponentes informes sobre el desmoronamiento de la industria, bien entendido que la responsabilidad no se achacaba precisamente a los tres años de guerra, sino a los tres meses de revolución. “Pasarán dos o tres semanas [predecía el impaciente *Riech*], y las fábricas empezarán a cerrarse una tras otra.” Velada en esta profecía hay una amenaza. Los ingenieros, los profesores, los periodistas, abrieron en la prensa una campaña especial en la que se sostenía que la medida fundamental de la salvación consistía en dominar a los obreros. El 7 de mayo, en víspera de su separación ostentosa del gobierno, el ministro e industrial Konoválov declaraba: “Si en un próximo futuro la gente no entra en razón..., asistiremos al cierre de cientos de empresas.”

A mediados de junio el congreso de la industria y del comercio exige al gobierno provisional que rompa “abiertamente con el actual modo de llevar adelante la revolución”. Esta demanda: “¡Suspended la revolución!” la hemos oído ya de labios de los generales. Pero los industriales son más precisos: “La fuente del mal no está sólo en los bolcheviques, sino también en los partidos socialistas. Rusia no puede ser salvada más que por un puño firme, una mano de hierro”.

Después de haber preparado la situación políticamente, los industriales pasaron de las palabras a la acción. Durante los meses de marzo y abril se cerraron 129 fábricas, que daban trabajo a 9.000 obreros; en el mes de mayo, 108 empresas, con el mismo número de obreros; en junio se clausuran ya 125, con un contingente de 38.000 obreros; en julio, 206 empresas, que daban trabajo a 48.000 obreros. El lockout se extiende con progresión geométrica. Pero esto no era más que el principio. A Petrogrado le siguió la industria textil de Moscú, y tras ésta vinieron las provincias. Los patronos justificaban el cierre por la falta de combustible, de materias primas, de materiales auxiliares, de créditos. Los comités de fábrica intervinieron y, en muchos casos, demostraron de un modo irrefutable que la producción se desorganizaba deliberadamente con el fin de presionar a los obreros a conseguir una ayuda financiera. del estado. Se distinguían por su conducta insolente los capitalistas extranjeros, atrincherados detrás de sus embajadas. En ciertos casos el sabotaje era tan evidente que, forzados por las revelaciones de los comités de fábrica, los industriales no tenían más remedio que volver a abrir sus industrias. Así, poniendo al desnudo una contradicción social tras otra, la revolución no tardó en llegar a la más importante de todas: a la contradicción que mediaba entre el carácter social de la producción y la propiedad privada de los medios de producción. Para vencer a los obreros,

el empresario no tiene inconveniente en cerrar la fábrica, ni más ni menos que si se tratara de su petaca y no de un organismo necesario para la vida de toda la nación.

Los bancos, que habían boicoteado con éxito el "Empréstito de la Libertad", abrazaron una actitud combativa ante los atentados del fisco contra el gran capital. En una carta dirigida al ministro de finanzas, los banqueros "predecían" la evasión de capitales al extranjero y la reclusión de los valores en la caja de caudales en caso de que se tomaran medidas financieras de carácter radical. Dicho en otros términos, los patriotas de los bancos amenazaban con el "lockout" financiero como complemento al industrial. El gobierno se apresuró a ceder después de resistir: ¡los organizadores del sabotaje eran gentes honorables que habían tenido que arriesgar sus capitales amenazados por la guerra y la revolución y no esos marineros de Cronstadt que no arriesgaban más que su vida!

El comité ejecutivo no podía menos que comprender que la responsabilidad por los destinos económicos del país, sobre todo después de la abierta adhesión socialista al poder, recaería a los ojos de las masas sobre la mayoría soviética dirigente. La sección económica del comité ejecutivo redactó un amplio programa de reglamentación de la vida económica por el estado. Constreñidos por las circunstancias, cada día más amenazadoras, las proposiciones de aquellos economistas, muy moderadas todas, resultaron ser más radicales que sus autores. "Ha llegado el momento [decía el programa], en muchas ramas de la industria (trigo, carne, sal, pieles), de que se implante el monopolio comercial del estado; en otras (carbón, azúcar, petróleo, metal, papel), las condiciones aconsejan la constitución de trusts reglamentados por el estado, y, finalmente, en casi todas las ramas de la industria las condiciones imperantes exigen que el estado intervenga y reglamente la distribución de las materias primas y de los productos elaborados, así como la fijación de los precios... Al mismo tiempo, es imprescindible un control sobre todos los establecimientos de crédito."

El 16 de mayo, el comité ejecutivo, cuyos jefes políticos estaban completamente desconcertados, adoptó casi sin discusión las propuestas de sus economistas y las corroboró con un aviso muy curioso que dirigía al gobierno, según el cual éste debía imponerse "la misión de organizar de un modo racional la economía nacional y el trabajo", recordando que había sido por no haber cumplido con esta misión por lo que "había caído el antiguo régimen y había sido necesario introducir modificaciones en el gobierno provisional". Queriendo hacerse los valientes, los conciliadores se asustaban a sí mismos.

"Programa magnifico [escribía Lenin]: control, trusts estatizados, lucha contra la especulación, servicio obligatorio de trabajo... Se está obligando a aceptar el programa del 'horrendo' bolchevismo, ya que no puede haber otro programa, ni otra salida ante la quiebra espantosa que efectivamente amenaza..." Toda la cuestión está, sin embargo, en saber quién realizará ese magnifico programa. ¿Será la coalición? La respuesta no tardó en surgir. Al día siguiente de aprobarse el programa económico del comité ejecutivo, el ministro de comercio e industria, Konoválov, presentaba la dimisión y se iba dando un portazo. Lo sustituyó temporalmente el ingeniero Palchinsky, representante no menos fiel, aunque bastante más enérgico, del gran capital. Los ministros socialistas no se atrevieron a presentar siquiera de manera seria el programa del comité ejecutivo a sus colegas liberales. No olvidemos que Chernov había intentado, sin conseguirlo, que el gobierno aprobase un decreto que prohibiera las transacciones sobre tierras.

Como respuesta a las dificultades, cada día mayores, el gobierno se limitó a forjar un plan para descargar a Petrogrado, es decir, para trasladar las fábricas y los talleres de la capital al interior del país. Este plan se basaba tanto en consideraciones de orden militar (existía peligro de que los alemanes se apoderasen de la capital) como en razones económicas: Petrogrado se hallaba demasiado lejos de las cuencas de combustible y de

las materias primas. Aquel desplazamiento habría significado la liquidación de la industria de la capital por meses y años. El fin político perseguido consistía en dispersar por todo el país a la vanguardia de la clase obrera. Paralelamente a esto, las autoridades militares buscaban una serie de pretextos para alejar de Petrogrado a las tropas revolucionarias. Palchinsky ponía todos los esfuerzos en procurar persuadir a la sección obrera del sóviet de las ventajas de aquella dispersión. Era imposible proceder a la evacuación contra la voluntad obrera y los obreros no lo consentían. Esta iniciativa avanzaba tan poco como la proyectada reglamentación de la industria. La crisis se agravaba, los precios subían, el "lockout" tácito se extendía y con él aumentaba el paro forzoso. El gobierno pataleaba en su sitio. Miliukov ha escrito más tarde: "El ministro no hacía más que seguir la corriente, y la corriente conducía a los cauces bolcheviques." Sí, la corriente conducía al bolchevismo.

El proletariado era la principal fuerza motriz de la revolución. Por su parte, la revolución, se encargaba de formar al proletariado, cosa de que éste estaba muy necesitado. Hemos visto el papel decisivo que los obreros petersburgueses desempeñaron en febrero. En los puestos de combate se encontraban los bolcheviques. Después de la insurrección, sin embargo, ellos se retiran súbitamente, quedando relegados a segundo plano. La escena política la ocupan ahora los partidos conciliadores. Estos entregan el poder a la burguesía liberal. La bandera del bloque es el patriotismo. Y su presión es tan fuerte, que la mitad, por lo menos, de los dirigentes del Partido Bolchevique capitulan ante él. Al llegar Lenin a Petrogrado, cambia de modo radical el rumbo del Partido Bolchevique, a la par que crece rápidamente su influencia. En la manifestación armada del mes de abril, los obreros y soldados de vanguardia intentan ya romper las cadenas del bloque. Pero después de los primeros esfuerzos, retroceden. Los conciliadores siguen gobernando.

Más tarde, después de la insurrección de octubre, se gastó no poca tinta en torno al tema de que los bolcheviques debían el triunfo al ejército campesino cansado de la guerra. Pero esta explicación es harto superficial. Mucho más cerca de la verdad estaría la afirmación contraria: si los conciliadores han obtenido en la Revolución de Febrero una situación dominante, es ante todo a causa del puesto excepcional que el ejército campesino ocupó en la vida del país. Si la revolución hubiera estallado en tiempo de paz, el rol dirigente del proletariado habría tenido, desde el principio, un carácter mucho más acentuado.

Sm la guerra, la victoria revolucionaria habría llegado más tarde y, abstracción hecha de las víctimas de aquella, habría sido pagada más cara. Pero no habría dejado margen para que se desarrollase un estado de opiniones conciliadoras y patrióticas. En todo caso, los marxistas rusos, al predecir, adelantándose en mucho a los acontecimientos, la conquista del poder por el proletariado en el transcurso de la revolución burguesa, no se basaban precisamente en el estado de opinión transitorio de un ejército campesino, sino en la estructura de clases de la sociedad rusa. Esta previsión se vio totalmente confirmada. Pero la relación fundamental entre las clases se modificó a causa de la guerra y sufrió una alteración temporal bajo la presión del ejército, es decir, de una organización de campesinos desclasados y provisto de armas. Es precisamente esta formación social artificial la que consolida extremadamente las posiciones de la pequeña burguesía conciliadora y crea para ella la posibilidad de hacer, durante ocho meses, las experiencias que debilitarían al país y a la revolución.

No obstante, las raíces de esta política de conciliación no deben buscarse exclusivamente en el ejército campesino. Hay que indagar en el propio proletariado, en su composición, en su nivel político, los motivos que contribuyen a explicar el predominio temporal de que gozaron los mencheviques y los socialrevolucionarios. La guerra operó

enormes variaciones en la composición y estado de espíritu de la clase obrera. Los años que precedieron a la guerra se caracterizaron por el progreso del movimiento revolucionario, pero este proceso se vio bruscamente interrumpido por aquélla. La movil1zación fue concebida y aplicada no solamente en un sentido militar, sino, ante todo, desde un punto de vista policial. El gobierno se apresuró a retirar de las regiones industriales a los obreros más activos e inquietos. Puede sentarse como hecho indiscutible que, en los primeros meses de la guerra, la movilización arrancó de la industria hasta un 40 por 100 de los obreros, la mayor parte de ellos calificados. Su alejamiento, que tan desastrosamente repercutía en la producción, levanta calurosas protestas por parte de los industriales, sobre todo cuando eran mayores los beneficios que la industria de guerra reportaba. Gracias a esto, se contuvo la destrucción total de los cuadros obreros. Los obreros indispensables en la industria eran retenidos en calidad de movilizados, en las fábricas. Las brechas abiertas por la movilización fueron tapadas por trabajadores procedentes del campo, gente pobre de las ciudades, obreros poco expertos, por mujeres y adolescentes. El porcentaje de mujeres empleadas en la industria era de un 32 a un 40 por ciento.

El proceso de transformación y de desleimiento del proletariado tomaba una extensión excepcional precisamente en la capital. Durante los años de la guerra, desde 1914 hasta 1917, el número de fábricas que daban trabajo a más de quinientos obreros aumentó en la provincia de Petrogrado en casi el doble. Por efecto del cierre de fábricas en Polonia y, sobre todo, las de los países bálticos, y a causa también, muy principalmente, del auge de la industria de guerra, en 1917 se concentraban en las fábricas de Petrogrado cerca de 400.000 obreros, de los cuales 335.000 se distribuían entre 140 fábricas gigantescas. Los elementos más combativos del proletariado petersburgués desempeñaban en el frente un papel muy considerable, contribuyendo no poco a formar el espíritu revolucionario del ejército. Pero los elementos procedentes del campo que los reemplazaban y que eran, con frecuencia, campesinos acomodados y tenderos, que buscaban en las fábricas un asidero para no ir al frente, y con ellos las mujeres y los jóvenes, eran mucho más dóciles que los obreros corrientes. Añádase a esto que los obreros calificados que continuaban en sus puestos en concepto de movilizados (y eran cientos de miles los que estaban en esta situación) observaban una prudencia. extraordinaria por miedo a que los llevasen al frente. Tal era la base social de la mentalidad patriótica que, ya bajo el zarismo, ganó ciertos sectores obreros.

Pero este patriotismo no tenía ninguna estabilidad. La implacable opresión militar y policiaca, la redoblada explotación, las derrotas sufridas en el frente y el desastre económico del país, empujaban a los obreros a la lucha. Sin embargo, durante la guerra, las huelgas tenían, casi todas, un carácter económico y eran mucho más moderadas que antes. La debilidad de la clase se agravaba por la debilidad de su partido. Después de la detención y el destierro de los diputados bolcheviques, se procedió, con ayuda de todo un cuerpo de provocadores preparados de antemano, a una destrucción general de las organizaciones bolcheviques, de la que el partido no pudo rehacerse hasta la Revolución de Febrero. En el transcurso de los años 1915 y 1916, la clase obrera diluida tuvo que pasar por una escuela elemental de lucha antes de que, en febrero de 1917, las huelgas económicas parciales y las manifestaciones de las mujeres hambrientas pudieran fundirse en una huelga general y arrastrar al ejército a la insurrección.

Así, en la Revolución de Febrero, el proletariado de Petrogrado se encuentra no sólo con efectivos extremadamente heterogéneos que no habían podido todavía amalgamar, sino con un nivel político disminuido incluso en sus capas más avanzadas. En las provincias, las cosas andaban aún peor. Es sólo esta regresión, causada por la

guerra, como la ignorancia o semiignorancia del proletariado, la que crea una condición favorable para la dominación provisora de los partidos conciliadores.

Toda revolución instruye, y lo hace rápidamente. En esto está su fuerza. Cada semana aportaba a las masas algo nuevo. Dos meses equivalían a una época. A fin de febrero, la insurrección. A fin de abril, las manifestaciones armadas de los obreros y los soldados en Petrogrado. Al iniciarse julio, nueva manifestación, con proporciones mucho más vastas y con consignas más resueltas. A fin de agosto, la tentativa de golpe de estado de Kornílov, descartado por las masas. A fin de octubre, conquista del poder por los bolcheviques. Bajo estos acontecimientos, que sorprenden por la regularidad de su ritmo, se operan profundos procesos moleculares, que funden a los elementos heterogéneos de la masa obrera en un todo político. También en esto la huelga desempeñaba un papel decisivo.

Durante las primeras semanas, los industriales, atemorizados por los truenos de la revolución, que retumbaban entre la bacanal de los beneficios de guerra, hicieron concesiones a los obreros. Los industriales de Petrogrado accedieron, incluso, con ciertas reservas y restricciones, a conceder la jornada de ocho horas. Pero esto a los obreros no les bastaba, ya que el nivel de vida descendía constantemente. En mayo, el comité ejecutivo se vio obligado a reconocer que, ante el aumento interrumpido de los precios, la situación de los trabajadores "lindaba para muchos con el hambre crónica". En los barrios obreros crecía la nerviosidad. Lo que pesaba más era la perspectiva, la incertidumbre. Las masas son capaces de soportar las más duras privaciones cuando saben en nombre de qué hacen el sacrificio. Pero el nuevo régimen se les revelaba, cada vez más marcadamente, como la máscara de la vieja realidad contra la cual se habían alzado en febrero. Y esto no tenían por qué soportarlo.

Las huelgas cobran un carácter especialmente turbulento en los sectores obreros más atrasados y explotados. Durante el mes de junio se declararon en huelga, unos detrás de otros, las lavanderas, los tintoreros, los toneleros, los empleados de comercio y de la industria, los obreros de la construcción, los pintores, los peones, los zapateros, los obreros del cartón, los tocineros, los ebanistas. Por el contrario, los metalúrgicos comenzaron a jugar un rol moderador. Los obreros avanzados empezaban a ver, cada vez de manera más clara, que (en las condiciones creadas por la guerra, el desastre económico y la inflación) con las huelgas económicas parciales no se conseguiría ninguna mejora sensible, que era necesario remover los cimientos mismos. El lockout no sólo hacía que a los obreros se les alcanzase mejor la necesidad de implantar el control de la industria, sino que les hacía comprender la conveniencia de que el estado tomase en sus manos las fábricas. Esta deducción parecía tanto más lógica cuanto que la mayoría de las fábricas privadas trabajaban para la guerra, al lado de las cuales existían empresas idénticas pertenecientes al estado. Ya en el verano de 1917 llegan a la capital delegaciones de obreros y empleados, que acuden de distintas partes de Rusia a pedir que el estado se haga cargo de las fábricas, ya que los accionistas habían dejado de hacer inversiones. Pero el gobierno no quería ni oír hablar de esto. Era necesario, por consiguiente, cambiar de gobierno. Los conciliadores se oponían. Los obreros se volvieron contra los conciliadores.

En los primeros meses de la revolución, la fábrica de Putilov, con sus cuarenta mil obreros, parecía una fortaleza de los socialrevolucionarios. Pero su guarnición no resistió mucho tiempo a los bolcheviques. A la cabeza de los atacantes se veía casi siempre a Volodarsky, antiguo sastre judío, que había vivido en Norteamérica y conocía muy bien el inglés. Volodarsky era un excelente orador para las masas, lógico, de inventiva y valiente. Cierto acento norteamericano daba una expresión particular a su voz sonora que repicaba netamente en las reuniones donde había miles de hombres. "Al aparecer Volodarsky en el barrio de Narva [cuenta el obrero Minichev], en la fábrica de Putilov,

el terreno comenzó a temblar bajo los pies de los señores socialrevolucionarios, y al cabo de dos meses, los obreros siguieron a los bolcheviques.”

El incremento que tomaban las huelgas y en general la lucha de clases robustecía casi automáticamente la autoridad de los bolcheviques.

En la conferencia de los sindicatos, en junio, pudo comprobarse que en Petrogrado había más de 50 sindicatos y que sus afiliados no bajaban de 250.000. El sindicato metalúrgico reunía cerca de 100.000 obreros En el transcurso del mes de mayo el número de los bolcheviques en los sindicatos crecía todavía más rápidamente.

En todas las elecciones parciales de los sóviets triunfaban los bolcheviques. El 1 de junio había ya en el Sóviet de Moscú 206 bolcheviques, 172 mencheviques y 110 socialrevolucionarios. Idénticos cambios se producían en las provincias, aunque con lentitud. Los efectos del partido crecían sin cesar. A fines de abril, la organización de Petrogrado contaba con cerca de 15.000 miembros; a fines de junio, el número de afiliados era ya de 32.000.

La sección obrera del Sóviet de Petrogrado tenía ya en ese momento mayoría bolchevique. Pero en las asambleas en que se reunían ambas secciones tenían aplastante mayoría los delegados soldados. *Pravda* reclamaba cada vez con mayor insistencia nuevas elecciones. “Los quinientos mil obreros de Petrogrado tienen en el sóviet cuatro veces menos delegados que los ciento cincuenta mil soldados de la guarnición.”

En el congreso de los sóviets celebrado en junio, Lenin reclamó medidas serias para combatir el lockout, las expoliaciones y la desorganización que en la vida económica provocaban los industriales y los banqueros. “Publicad los beneficios de los señores capitalistas, detened a cincuenta o cien millonarios. Bastará con tenerlos encerrados unas cuantas semanas, aunque sea con el régimen de favor que se dispensa a Nicolás Romanov, con el solo fin de obligarles a poner al descubierto los engaños, los manejos, los negocios sucios que bajo el nuevo gobierno siguen costando millones de rublos a nuestro país.” A los jefes del sóviet esta proposición de Lenin les parecía monstruosa. “¿Es que se pueden modificar las leyes que rigen la vida económica con medidas de violencia contra unos cuantos capitalistas?” Les parecía natural que los industriales dictasen a la economía sus leyes, conspirando contra la nación. Un mes después, Kerensky, que dejó caer sobre Lenin todo el furor de su indignación, no reparaba en detener a miles de obreros, cuya opinión acerca de las “leyes que rigen la vida económica” difería de las de los industriales.

El nexo entre la política y la economía se había puesto al desnudo. Ahora el estado, acostumbrado a obrar en calidad de principio místico, actuaba, cada vez con más frecuencia, en su forma más primitiva, es decir, personificado por destacamentos armados. En distintas partes del país, los obreros hacían comparecer por la fuerza ante el sóviet o arrestaban en sus domicilios a los patronos que se negaban a hacer concesiones y a algunos por no querer negociar. Se explica perfectamente que las clases poseedoras distinguiesen con su odio a la milicia obrera.

La decisión del comité ejecutivo ordenando primitivamente armar al 10 por 100 de los obreros, no se había puesto en práctica. Pero los obreros se las arreglaban para armarse más o menos bien, debiendo tenerse en cuenta que en estas milicias se introducían los elementos más activos. La dirección de la milicia obrera estaba en manos de los consejos de fábrica, cuya jefatura iba concentrándose, poco a poco, en manos de los bolcheviques. Un obrero de la fábrica Postavchik, de Moscú, cuenta: “El 1 de junio, después de elegirse el nuevo consejo de fábrica con una mayoría bolchevique..., se procedió a formar un destacamento de ochenta hombres, que, a falta de armas, aprendía la instrucción militar con bastones, bajo la dirección del camarada Lievankov, antiguo soldado.”

La prensa acusaba a la milicia de cometer violencias y llevar a cabo requisas y detenciones ilegales. Evidentemente, la milicia obrera empleaba la violencia: no había sido creada para otra cosa. Pero su crimen era, sin embargo, usar la violencia contra los representantes de una clase que no estaba acostumbrada, ni quería acostumbrarse, a ser tratada así.

El 23 de junio se reunió en la fábrica de Putilov, que tuvo un papel dirigente en la lucha por el aumento de salarios, una asamblea con la participación de representantes del Sóviet Central, de los comités de fábrica, del Buró Central de los Sindicatos y delegados de setenta y seis fábricas. Bajo la influencia de los bolcheviques, la asamblea reconoció que, en aquellas condiciones, la huelga en la fábrica podía arrastrar a los obreros petersburgueses a una "lucha política desorganizada", por lo cual proponían a los obreros de la fábrica de Putilov que "contuviesen su legítima protesta" y preparasen sus fuerzas para una acción general.

Los jefes del comité ejecutivo consideraban estos avisos como demagogia, o bien, simplemente, hacían oídos sordos, salvando su tranquilidad. Habían dejado de frecuentar en forma total las fábricas y los cuarteles, pues sus figuras atraían ya los odios de los obreros y soldados. Sólo los bolcheviques gozaban del prestigio necesario para evitar que los obreros y los soldados se lanzasen a acciones dispersas. Sin embargo, la impaciencia de las masas se volvía a veces incluso contra los mismos bolcheviques.

En las fábricas y en la escuadra hicieron su aparición algunos anarquistas. Como siempre, ante la presencia de grandes acontecimientos y de grandes masas, ellos manifestaron su inconsistencia orgánica. Negaban tanto más fácilmente el poder del estado cuanto que ellos no comprendían en absoluto la importancia del sóviet como órgano del nuevo estado. Por otra parte, aturdidos por la revolución, lo más frecuente era que guardaran silencio en lo tocante a la cuestión del estado. Demostraban su independencia, principalmente, en el dominio de un mediocre putchismo. El atolladero económico y la exasperación creciente de los obreros de Petrogrado brindaban a los anarquistas algunos puntos de apoyo. Incapaces de evaluar de manera seria las relaciones de fuerza en escala nacional, propensos a entregarse como medida salvadora a cualquier impulso que viniese de abajo, acusaban, no pocas veces, a los bolcheviques de indecisión y aun de conciliación. Pero de ordinario no pasaban de la protesta. La reacción de las masas ante las manifestaciones de los anarquistas les servía, a veces, a los bolcheviques para medir la presión del vapor revolucionario.

Los marineros que habían acudido a recibir a Lenin a la Estación de Finlandia declaraban, quince días más tarde, sobre la avalancha de patriotismo que venía de todos lados: "Si hubiéramos sabido... por qué camino llegó a nuestro país, en vez de acogerle con vivas entusiastas le habríamos recibido con gritos indignados de: '¡Abajo! ¡Vuélvete al país por el cual has pasado para venir aquí!'..." Los sóviets de soldados en Crimea amenazaban, uno tras otro, con impedir por la fuerza de las armas la entrada de Lenin en la península patriota, a la cual éste ni había pensado ir. El regimiento de Volin, uno de los corifeos del 27 de febrero, llegó hasta acordar, en un momento de exaltación, detener a Lenin, y el comité ejecutivo se vio obligado a tomar medidas para impedirlo. Este estado de opinión no se disipó por completo hasta la ofensiva de junio, para volver a manifestarse después de las jornadas de julio. Al mismo tiempo, en las guarniciones situadas en los puntos más recónditos y en los sectores más alejados del frente, los soldados, la mayor parte de las veces sin apercibirse de ello, iban empleando cada día con mayor audacia el lenguaje del bolchevismo.

Los bolcheviques, en los regimientos, se podían contar por unidades, pero sus consignas iban adentrándose cada vez más en el ejército. Diríase que surgían espontáneamente en todos los puntos del país. Los liberales no veían en todo esto más

que ignorancia y caos. El *Riech* decía: “Nuestro país se está convirtiendo en una especie de manicomio en el cual actúan y dirigen endemoniados, y los que aún no han perdido del todo la razón se alejan asustados, arrimándose a las paredes.” Los “moderados” se han expresado en estos términos en todas las revoluciones. La prensa conciliadora se consolaba diciendo que los soldados, a pesar de todos los equívocos, no querían nada con los bolcheviques. Sin embargo, el bolchevismo inconsciente de las masas, en que se reflejaba la lógica del curso de los acontecimientos, era la fuerza indestructible del partido de Lenin.

El soldado Pireiko cuenta que en las elecciones al congreso de los sóviets, celebradas en el frente después de tres días de discusiones, todos los puestos fueron para socialrevolucionarios, pero que, a renglón seguido, sin hacer caso de las protestas de los lideres, los diputados soldados votaron una resolución sobre la necesidad de quitar la tierra a los grandes propietarios sin esperar a la asamblea constituyente. “En las cuestiones asequibles a los soldados, éstos estaban más a la izquierda que los bolcheviques más extremos.” A esto se refería Lenin cuando decía “que las masas estaban cien veces más a la izquierda que nosotros”. Un empleado de un taller de motocicletas de una población de la provincia de Táurida cuenta que, muchas veces, después de leer un periódico burgués, los soldados cubrían de insultos a los bolcheviques, e inmediatamente se ponían a razonar sobre la necesidad de acabar con la guerra y confiscar la tierra de los grandes propietarios, etc. Y éstos son los mismos “patriotas” que se juramentaban para no dejar entrar a Lenin en Crimea.

Los soldados de las gigantescas guarniciones del interior languidecían en sus posiciones. Una inmensa aglomeración de hombres ociosos que esperaban impacientemente un cambio en su situación, creaba un estado de enervamiento que se manifestaba en una constante predisposición a hacer conocer en la calle su descontento, en las incesantes idas y venidas en tranvía mordisqueando, como por efecto de una epidemia, granos de girasol. El soldado, con el capote echado en forma negligente sobre la espalda y una cáscara pegada en los labios, acabó por convertirse en la imagen más odiosa de la prensa burguesa. Y el mismo soldado a quien durante la guerra habían groseramente adulado, que no recibía otro tratamiento que el de héroe, lo que, por otra parte, no era obstáculo para que en el frente se le hiciera sufrir al héroe el suplicio del azote; a quien, después de la insurrección de febrero, se le ponía por las nubes como a un libertador, se había convertido de pronto en egoísta, en traidor, en factor de violencia y en agente de los alemanes. No había vileza que la prensa patriótica no fuese capaz de achacar a los soldados y marineros rusos.

El comité ejecutivo no hacía otra cosa que justificarse de combatir contra la anarquía, sofocar los excesos, despachar, en su azoramiento, las fajas de encuestas y las amonestaciones. El presidente del Sóviet de Tsaritsin (ciudad a la que se tenía por el nido del “anarcobolchevismo”), preguntado por el centro acerca de la situación, contestó con esta frase lapidaria: “Cuanto más evoluciona a la izquierda la guarnición, más hacia la derecha se inclina la burguesía.” La fórmula de Tsaritsin es perfectamente aplicable a todo el país. El soldado, hacia la izquierda; el burgués, hacia la derecha.

Cualquiera, entre los soldados, capaz de expresar con más audacia que los demás lo que sentían todos, se veía obstinadamente tratado como bolchevique por los superiores, que terminaban por creer que así era. De la paz y de la tierra, el pensamiento del soldado se trasladó a la cuestión del poder. El eco de tales o cuales santos y señas del bolchevismo se convirtió en una simpatía consciente hacia el Partido Bolchevique. En el regimiento de Volin, que en abril se disponía a detener a Lenin, el estado de espíritu en dos meses había tenido tiempo de modificarse a favor de los bolcheviques. Otro tanto sucedió con los regimientos de Eguer y de Lituania. Los cazadores letones habían sido creados por la

autocracia para explotar en provecho de la guerra el odio de los campesinos pobres y de los obreros del campo contra los barones bálticos. Estos regimientos combatían de un modo magnífico. Pero el espíritu de hostilidad entre las clases, en el que pretendía apoyarse la monarquía, había trazado su propia ruta. Los cazadores letones fueron de los primeros en romper con la monarquía y luego con los conciliadores. Ya el 17 de mayo los representantes de ocho regimientos adoptaron casi por unanimidad la consigna bolchevique: "¡Todo el poder a los sóviets!" En la marcha ulterior de la revolución jugaron un rol considerable.

Un soldado desconocido escribe desde el frente: "Hoy, 13 de junio, se ha celebrado en nuestro destacamento una pequeña reunión; en ella se ha hablado de Lenin y de Kerensky. La mayor parte de los soldados simpatizan con Lenin, pero los oficiales dicen que Lenin es un burgués." Después del desastre de la ofensiva, el nombre de Kerensky fue en el ejército el blanco de todos los odios.

El 21 de junio, los junker recorrieron las calles de Peterhof con banderas y cartelones, en que se leía: "¡Abajo los espías! ¡Vivan Kerensky y Brusílov!" Los junker, por supuesto, estaban con Brusílov. Los soldados del cuarto batallón se arrojaron sobre ellos y los dispersaron. La irritación mayor fue provocada por el estandarte en honor de Kerensky.

La ofensiva de junio aceleró considerablemente la evolución política del ejército. La popularidad de los bolcheviques, único partido que había levantado la voz contra la ofensiva, comenzó con una rapidez extraordinaria. Es cierto que los periódicos bolcheviques encontraban dificultad para llegar al ejército. Su tirada era extremadamente pequeña comparada con la de la prensa liberal y patriótica... "En ninguna parte se puede encontrar uno solo de vuestros periódicos [escribe a Moscú la callosa mano de un soldado], y nosotros nos enteramos de lo que dicen por referencias." "Aquí nosotros estamos inundados por los periódicos burgueses, gratis, y se los distribuye por el frente en paquetes enteros." Pero es la prensa patriótica la que crea a los bolcheviques una popularidad incomparable. Cada protesta de los oprimidos, cada confiscación de tierras, cada represión contra oficiales odiados, era atribuida por los periódicos a los bolcheviques. De esto los soldados deducían justamente que los bolcheviques eran buena gente.

El comisario del 12 ejército envió a Kerensky, a principios de julio, un informe sobre el estado de espíritu de los soldados: "Todas las culpas se hacen recaer, en último término, sobre los ministros burgueses, y del sóviet se dice que está vendido a la burguesía. En general, en la masa dominan tinieblas impenetrables; por desgracia, hay que reconocer que, de algún tiempo a esta parte, apenas se leen los periódicos." La palabra impresa inspira una desconfianza absoluta: "Son frases bonitas", "Ellos buscan confundirnos..." En los primeros meses los informes de los comisarios patriotas eran, generalmente, loas al ejército revolucionario, a su conciencia y a la disciplina. Pero cuando, después de cuatro meses de incesantes decepciones, el ejército retira su confianza a los oradores y periodistas gubernamentales, aquellos mismos comisarios descubrieron en él las "tinieblas impenetrables".

Más a la izquierda se desplazaba la guarnición; más a la derecha se colocaba la burguesía. Alentadas por la ofensiva, las ligas contrarrevolucionarias brotaban en Petrogrado como los hongos después de la lluvia. Estas organizaciones escogían nombres a cuál más sonoros: Unión por Honor de la Patria, Liga del Deber Militar, Batallón de la Libertad, Organización de los Valientes, etc. Estas brillantes etiquetas encubrían los apetitos y las pretensiones de la aristocracia, de la oficialidad, de la burocracia, de la burguesía. Algunas de estas organizaciones, tales como la Liga Militar, la Asociación de los Caballeros de San Jorge o la División de los Voluntarios, constituían células prontas

para una conjuración militar. Actuando en calidad de ardientes patriotas, los caballeros del "honor" y de "la valentía" no solamente se hacían abrir las puertas de las embajadas aliadas, sino que también recibían de vez en cuando alguna subvención gubernamental, que, poco antes, se le había negado al sóviet por ser considerada como una "organización privada".

Uno de los vástagos de la familia Suvorin, magnate del periodismo, emprendió por aquel entonces la publicación de la *Malenkaia Gazeta* (Pequeño Diario), que, en calidad de órgano del "socialismo independiente", predicaba una dictadura férrea, para la cual proponía como candidato al almirante Kolchak. La prensa más seria, sin poner todavía los puntos sobre las íes, se esforzaba por todos los medios en crear al almirante prestigio y popularidad. La suerte que más tarde había de correr Kolchak demuestra que, ya a principios del verano de 1917, se tramaba un amplio compló al cual se unía su nombre y que, detrás de Suvorin, se encontraban elementos influyentes.

La reacción, inspirándose en un simple cálculo de táctica, excepción hecha de algunos ataques bruscos, dirigía sus golpes sólo contra los leninistas. El nombre de "bolchevique" era para ellos sinónimo de un elemento inferior. Así como antes de la revolución la oficialidad zarista hacía recaer sobre los espías alemanes, principalmente sobre los judíos, la responsabilidad de todas las calamidades, la de su propia estupidez inclusive, ahora, después del fracaso de la ofensiva de junio, la responsabilidad de todos los fracasos y derrotas se achacaba, en forma absoluta, a los bolcheviques. En este punto, los demócratas tipo Kerensky y Tsereteli se identificaban hasta confundirse, no sólo con los liberales del corte de Miliukov, sino hasta con los partidarios abogados de la servidumbre, tales como el general Denikin.

Como sucede siempre, cuando las contradicciones han subido a su más alta tensión, aunque el momento de la explosión no ha llegado todavía, las fuerzas políticas se manifiestan más franca y claramente, no en las cuestiones esenciales, sino en las cuestiones accidentales y accesorias. Durante aquellas semanas, Cronstadt fue uno de los pararrayos de las pasiones políticas. La vieja fortaleza, llamada a ser el fiel vigía en las puertas marítimas de la capital imperial, había levantado más de una vez, en tiempos pasados, la bandera de la insurrección. En Cronstadt no se había extinguido nunca, a pesar de las implacables represiones, la llama de la rebelión. En las columnas de la prensa patriótica, el nombre de la fortaleza marítima no tardó en convertirse en sinónimo de los peores aspectos de la revolución, es decir, del bolchevismo. En realidad, el Sóviet de Cronstadt no era aún bolchevique: en el mes de mayo formaban parte de él 107 bolcheviques, 112 socialrevolucionarios, 30 mencheviques y 97 personas sin partido. Pero los socialrevolucionarios y gentes sin partido de Cronstadt estaban sometidos a una presión elevada: en las cuestiones de importancia, la mayoría seguía a los bolcheviques.

En el dominio de la política, los marineros de Cronstadt no estaban inclinados ni a las maniobras ni a la diplomacia. Ellos tenían como único principio: tan pronto dicho, tan pronto hecho. No tiene nada de particular que, ante aquel gobierno espectral de Kerensky, se inclinaran por los métodos de acción extraordinariamente sencillos. El 13 de mayo, el sóviet votó el siguiente acuerdo: "En Cronstadt, el único poder es el sóviet de obreros y soldados."

La destitución del comisario del gobierno, el kadetes Pepeliayev, a pesar de ser la quinta rueda del carro, pasó perfectamente desapercibida. Se implantó un orden perfecto. En la ciudad se prohibió el juego y fueron clausuradas todas las casas de prostitución. El sóviet amenazó al que se presentara en la calle en estado de embriaguez "con la confiscación de los bienes y el envío al frente". La amenaza fue, más de una vez, cumplida.

Endurecidos en el régimen espantoso de la escuadra zarista y de la fortaleza marítima, acostumbrados al trabajo rudo, a los sacrificios y también a toda clase de excesos, los marineros, ahora que se abría ante ellos la perspectiva de una vida nueva de la cual se sentían llamados a ser dueños, ponían en tensión todas sus fuerzas para mostrarse dignos de la revolución. En Petrogrado acosaban a amigos y enemigos y se los llevaban, casi por la fuerza, a Cronstadt para que viesen lo que eran los marineros revolucionarios en la realidad. Naturalmente, este estado de tensión moral no podía ser eterno, pero duró bastante. Los marineros de Cronstadt se constituyeron en algo así como la orden militante de la revolución. Pero ¿de cuál? Desde luego, no de la que personificaba el ministro Tsereteli con su comisario Pepeliayev. Cronstadt era como el augur de la segunda revolución. Por esto le odiaban tanto aquéllos, que ya tenían bastante y aun de sobra con la primera.

La prensa del orden presentó la destitución de Pepeliayev, que se había llevado muy pacífica y discretamente, casi como una sublevación armada contra la unidad del estado. El gobierno presentó sus quejas al sóviet. Este nombró de inmediato una delegación para presionar a los marineros. La máquina del doble poder se puso en movimiento chirriando. El 24 de mayo el Sóviet de Cronstadt, en sesión a la que asistieron Tsereteli y Skóvelev, se avino a reconocer, a instancias de los bolcheviques, que, sin abandonar la lucha empeñada por el triunfo del poder de los sóviets, estaba prácticamente obligado a subordinarse al gobierno provisional en tanto no se instaurara el poder soviético en todo el país. Sin embargo, al día siguiente, bajo la presión de los marineros, indignados por esa capitulación, el sóviet declaraba que no había hecho otra cosa que dar a los ministros una explicación del punto de vista de Cronstadt, que seguía siendo el mismo. Era un error táctico evidente, detrás del cual no había, sin embargo, más que el amor propio revolucionario.

Las esferas dirigentes decidieron aprovechar aquella ocasión para dar una lección a los marineros de Cronstadt, obligándoles al mismo tiempo a expiar los viejos pecados. Huelga decir que actuó de acusador en esta causa Tsereteli. Evocando con términos patéticos sus propias prisiones, atacó especialmente a los marineros de Cronstadt, que tenían encerrados en los calabozos a ochenta oficiales. Toda la prensa razonable hizo coro a sus palabras. Sin embargo, hasta los periódicos conciliadores, es decir, ministeriales, se veían obligados a reconocer que se trataba de "verdaderos ladrones" y de "hombres que se habían distinguido por su violencia salvaje…" Según *Izvestia*, órgano oficioso del propio Tsereteli, los marineros que habían declarado como testigos "hablan del aplastamiento (por los oficiales detenidos) de la insurrección de 1906, de los fusilamientos en masa, de las barcas llenas de cadáveres de fusilados echadas al fondo del mar, y de otros horrores... Los marineros relatan todo esto con gran sencillez, como si se tratara de la cosa más corriente del mundo".

Los hombres de Cronstadt se negaban en forma obstinada a entregar los detenidos al gobierno, que sentía, por lo visto, mucha más piedad por los verdugos y ladrones de sangre azul que por los marineros ejecutados en 1906 y tantos otros años. No es por azar que el ministro de justicia, Pereversev, de quien Sujánov dice con indulgencia que "era una de las figuras oscuras del gobierno de coalición", pusiera sistemáticamente en libertad a los representantes más viles de la gendarmería zarista encerrados en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Lo que más les preocupaba a aquellos aventureros democráticos era que la burocracia reaccionaria reconociera su magnanimidad.

A las acusaciones de Tsereteli, los marineros de Cronstadt lanzaron un manifiesto en los siguientes términos: "Los oficiales, gendarmes y policías detenidos por nosotros durante esos días de la revolución han declarado por sí mismos a los representantes del gobierno que no pueden quejarse del trato que se les da en la cárcel. Es verdad que las

cárceles de Cronstadt son muy malas, pero son las que el zarismo construyó para nosotros. No tenemos otras. Y si mantenemos en ellas a los enemigos del pueblo, no es precisamente por espíritu de venganza, sino para salvaguardar la revolución.”

El 27 de mayo el Sóviet de Petrogrado se reunió para juzgar a los marineros de Cronstadt. Trotsky, que tomó la palabra en su defensa, advirtió a Tsereteli el papel que aquellos marineros estaban llamados a desempeñar en caso de peligro; es decir, “cuando un general contrarrevolucionario intente echar la soga al cuello de la revolución, entonces los kadetes enjabonarán la soga, mientras que los marineros de Cronstadt se alzarán para luchar y morir a nuestro lado”. Esta advertencia se convirtió tres meses después en realidad, con una insólita exactitud. En efecto. cuando el general Kornílov se sublevó y envió sus tropas sobre la capital, Kerensky, Tsereteli y Skóvelev hubieron de llamar a los marineros de Cronstadt para que protegiesen el Palacio de Invierno. Pero en junio los señores demócratas defendían el orden contra la anarquía, y ningún argumento, ninguna profecía tenía fuerza para ellos. Por 580 votos contra 168 y 74 abstenciones, Tsereteli hizo que el Sóviet de Petrogrado aprobase su proposición, que declaraba al Cronstadt “anárquico”, fuera de la democracia revolucionaria. Tan pronto como el Palacio Marinsky, que esperaba con impaciencia, recibió la noticia de que la bula de excomunión había sido votada, el gobierno cortó inmediatamente las comunicaciones telefónicas de particulares entre la capital y la fortaleza; con el fin de impedir al centro bolchevique presionar sobre los marineros, dio orden de que se retirasen de Cronstadt todos los buques escuelas y exigió del sóviet de aquella plaza una “sumisión incondicional”. El congreso de los diputados campesinos, reunido por aquellos días, amenazó con “privar a Cronstadt de subsistencias”. La reacción, que acechaba detrás de los conciliadores, buscaba un desenlace decisivo y, a ser posible, sangriento.

“El paso irreflexivo dado por el Sóviet de Cronstadt [escribe Yugov, uno de los jóvenes historiadores] podía traer consecuencias desagradables. Era preciso encontrar una salida a aquella situación.” Con este fin se trasladó Trotsky a Cronstadt, donde habló con el sóviet y redactó una declaración que fue votada primero por éste y aclamada luego en el mitin celebrado en la Plaza del Ancla. Los marineros de Cronstadt, sin dejar de mantener sus posiciones de principio, hicieron las concesiones necesarias en el terreno práctico.

La solución pacífica puso frenética a la prensa burguesa: “En la fortaleza reina la anarquía, se acuña moneda propia” (los periódicos reproducían facsímiles fantásticos de tal moneda). “Se dilapidan los bienes del estado, las mujeres han sido socializadas, todo el mundo roba y reina la más escandalosa de las orgías.” Los marineros, que se sentían orgullosos del severo orden que habían implantado, apretaban los callosos puños al leer esos periódicos, que difundían en millones de ejemplares aquellas calumnias por toda Rusia.

Tan pronto como los oficiales de Cronstadt se pusieron a disposición de los tribunales, los órganos judiciales de Pereversev se apresuraron a ponerlos en libertad, uno detrás de otro. Sería muy edificante saber cuántos y quiénes, entre los oficiales puestos en libertad, tomaron parte luego en la guerra civil, y cuántos marineros, soldados, obreros y campesinos fueron fusilados y ahorcados por ellos. Por desgracia, no disponemos de medios para levantar aquí este interesantísimo balance.

La autoridad del gobierno estaba salvada. Pero los marineros obtuvieron también muy pronto satisfacción por las vejaciones sufridas. De todos los puntos del país empezaron a llegar saludos al Cronstadt rojo: de los sóviets más izquierdistas, de las fábricas, de los regimientos, de los mítines. El primer regimiento de ametralladoras manifestó en las calles de Petrogrado su respeto hacia los marineros de Cronstadt “por su firme actitud de desconfianza hacia el gobierno provisional”.

Entre tanto, Cronstadt se preparaba para tomar una revancha más importante. La campaña de la prensa burguesa había conseguido convertir a Cronstadt en un factor de importancia nacional. "El bolchevismo [escribe Miliukov], después de haberse hecho fuerte en Cronstadt, tendió por todo el país una vasta red de propaganda, con ayuda de agitadores convenientemente preparados. Los emisarios de Cronstadt iban también con su misión al frente, donde minaban la disciplina, y al campo, donde predicaban la ocupación de las grandes propiedades. El Sóviet de Cronstadt daba a sus emisarios documentación especial: 'N. N. va enviado a la provincia de... para participar con voz· en los comités de distrito y en los cantones locales, como asimismo para tomar parte en los mítines y organizar los que crea convenientes donde y cuando le parezca.' Viajaban 'con derecho a llevar armas y pasaje libre y gratuito por todas las líneas férreas y marítimas.' Además, el 'Sóviet de Cronstadt garantiza la inviolabilidad personal del agitador designado'."

Al denunciar la labor subversiva de los marineros bálticos, Miliukov se olvida de explicar cómo y por qué, a pesar de la existencia de autoridades, instituciones y periódicos tan sabios y prudentes, unos marineros aislados, armados con la extraña credencial del Sóviet de Cronstadt, podían recorrer el país sin obstáculos, encontrando en todas partes la casa abierta y la mesa puesta, siendo admitidos en todas las asambleas populares, escuchados atentamente en dondequiera que hablasen y dejando las huellas de sus puños de marineros en todos los acontecimientos históricos. A ese historiador puesto al servicio de la política liberal no se le ocurre siquiera plantearse esta sencilla pregunta. Todo el milagro de Cronstadt residía lisa y llanamente en que aquellos marineros expresaban mucho más profunda y fielmente las exigencias del desarrollo histórico, mucho más profundamente que los muy inteligentes profesores. Aquellas credenciales mal escritas se demostraban, para decirlo en el lenguaje de Hegel, reales, porque eran racionales, mientras que los planes subjetivos más inteligentes acreditaban una inconsistencia absoluta, porque la razón de la historia no quería nada con ellos.

Los sóviets eran sobrepasados por los comités de fábrica. Los comités de fábrica, por las masas. Los soldados, por los obreros. En una medida todavía más grande, las provincias estaban atrasadas con respecto a la capital. Tal es la inevitable dinámica del proceso revolucionario, que engendra miles de contradicciones para, en seguida, superarlas, como por azar, jugando casi, y engendrar inmediatamente otras nuevas. En la dinámica revolucionaria el partido iba a la zaga, es decir, la organización que menos derecho tiene a rezagarse, sobre todo en momentos revolucionarios. En los centros obreros, tales como Yekaterimburgo, Perma, Tula, Nizhni Nóvgorod, Sormovo, Kolomina, Yuzovka, los bolcheviques no se separaron de los mencheviques hasta fines de mayo. En Odesa, Nikolayev, Yelisavetgrado, Poltava y otros centros de Ucrania, los bolcheviques, a mediados de junio, no tenían aún organizaciones independientes. En Bakú, Zlatust, Bejetsk, Kostroma, no se separaron definitivamente de los mencheviques hasta fines de junio. Estos hechos no pueden por menos de parecer sorprendentes, teniendo en cuenta que, a los cuatro meses de esto, los bolcheviques tomaron el poder. ¡Cuán alejado había estado el partido, durante la guerra, del proceso molecular que se estaba operando en las masas, y cuán al margen se hallaba la dirección Kámenev-Stalin, en el mes de marzo, de las grandes tareas históricas! Los acontecimientos de la revolución tomaron desprevenido al partido más revolucionario conocido hasta hoy por la historia humana. Este partido se rehízo bajo el fuego y apretó sus filas bajo el empuje de los acontecimientos. En los momentos decisivos, las masas se hallaban "cien veces" más a la izquierda que el partido de extrema izquierda.

La progresión de la influencia de los bolcheviques, que se produce con el vigor de un proceso histórico natural, si se lo examina más de cerca, revela contradicciones y

zigzagueos y flujos y reflujos. Las masas no son homogéneas y, además, no aprenden a atizar el fuego de la revolución más que quemándose los dedos y dando marcha atrás. Los bolcheviques sólo podían acelerar el proceso de aprendizaje de las masas. Ellos explicaban pacientemente. Cierto es que, esta vez, no puede decirse que la historia no recompensase su paciencia.

Mientras que los bolcheviques, sin resistencia, se apoderaban de las fábricas y de los regimientos, las elecciones en las dumas democráticas daban un predominio enorme y, al parecer, creciente a los conciliadores. Era ésta una de las contradicciones más agudas y enigmáticas de la revolución. Cierto es que la Duma del Distrito de Viborg, totalmente proletaria, se enorgullecía de su mayoría bolchevique. Pero esto era una excepción. En las elecciones municipales de Moscú en junio, los socialrevolucionarios obtuvieron más del 60 por 100 de los votos. Esta cifra les asombró a ellos mismos; pero no podían dejar de sentir que su influencia decrecía de manera rápida. Las elecciones de Moscú ofrecen un interés extraordinario para quien quiera estudiar las relaciones que median entre el desarrollo efectivo de la revolución y su imagen en los espejos de la democracia. Los sectores de vanguardia de los obreros y soldados se sacudían apresuradamente las ilusiones conciliadoras. Entre tanto, las grandes capas de la pequeña burguesía urbana empezaban apenas a moverse. A estas masas dispersas, las elecciones democráticas les brindaban tal vez la primera posibilidad, en todo caso, una de las raras ocasiones de pronunciarse políticamente.

Mientras que el obrero, todavía ayer menchevique o socialrevolucionario, votaba por el Partido Bolchevique, arrastrando consigo al soldado, al portero, al tendero, al dependiente, al maestro de escuela, por un acto también heroico de dar un voto a los socialrevolucionarios, salían por primera vez de su nada política. Los sectores pequeñoburgueses votaban con retraso por Kerensky, porque éste encarnaba a sus ojos la Revolución de Febrero, que, hasta hoy, hasta el momento de votar, no había llegado a ellos. Con su 60 por 100 de mayoría socialrevolucionaria, la Duma de Moscú brillaba con el último resplandor de una llama que se va apagando. Y lo mismo acontecía en los demás órganos de administración democrática. Apenas surgían, se veían ya paralizadas por el retraso con que venían al mundo. Claro indicio de que la marcha de la revolución dependía de los obreros y soldados y no de aquel polvo humano que el huracán de la revolución haría danzar en remolinos.

El congreso de los sóviets y la manifestación de julio

El I Congreso de los Sóviets, que sancionó les planes de ofensiva de Kerensky, se reunió el 3 de junio en Petrogrado, en el edificio de la Academia Militar. Acudieron a él 820 delegados con voz y voto y 268 con voz, pero sin voto. Estos delegados representaban a 305 sóviets locales y a 53 sóviets cantonales y de distrito, a las organizaciones del frente, a las instituciones militares del interior del país y a algunas organizaciones campesinas. Tenían voz y voto los sóviets integrados por más de 25.000 miembros. Los formados por 10 a 25.000 sólo tenían voz. Basándose en estas normas, que, dicho sea de paso, es poco probable que se observaran al pie de la letra, puede calcularse que en el congreso estaban representados más de veinte millones de personas. De los 777 delegados que hicieron conocer su filiación política, 285 resultaron ser socialrevolucionarios, 243 mencheviques y 105 bolcheviques; después venían otros grupos menos nutridos. El ala izquierda, formada por los bolcheviques y los internacionalistas, representaba menos de la quinta parte de los delegados. En su mayoría, el congreso estaba compuesto por elementos que en marzo se habían hecho socialistas y en junio estaban ya cansados de la revolución. Petrogrado tenía que parecerles una ciudad de dementes.

El congreso empezó aprobando la expulsión de Grimm, un lamentable socialista suizo que había intentado salvar a la revolución rusa y a la socialdemocracia alemana negociando detrás de la cortina con la diplomacia de los Hohenzollern. La proposición presentada por el ala izquierda para que se discutiera de inmediato la cuestión de la ofensiva que se estaba preparando fue rechazada por una mayoría abrumadora. Los bolcheviques no eran allí más que un grupo insignificante. Pero el mismo día y posiblemente a la misma hora, la Conferencia de los Comités de Fábrica de Petrogrado adoptaba, también por una aplastante mayoría, una resolución en la que se decía que sólo el poder de los sóviets podía salvar al país.

Por miopes que fueran los conciliadores, no Podían dejar de ver lo que estaba sucediendo diariamente a su alrededor. Influido sin duda por los delegados de las provincias, Líber, ese encarnizado enemigo de los bolcheviques, denunciaba en la sesión del 4 de junio a los ineptos comisarios del gobierno, a quienes en el campo no querían entregar el poder. “A consecuencia de esto, una serie de funciones de la competencia de los órganos del gobierno han pasado a manos de los sóviets, incluso cuando éstos no lo deseaban.” Los conciliadores se quejaban de sí mismos.

Uno de los delegados, maestro de escuela, contaba en el congreso que durante los cuatro meses de revolución no se había operado el cambio más insignificante en la esfera de la instrucción pública. Los antiguos maestros, inspectores, directores, rectores, muchos de ellos antiguos afiliados a las “centurias negras”, los viejos planes escolares, los manuales reaccionarios, hasta los antiguos subsecretarios del ministerio, seguían imperturbables en su sitio.

El congreso no osaba levantar la mano contra la duma ni contra el consejo de estado. El orador menchevique Bogdanov justificaba su timidez ante la reacción con el pretexto de que la duma y el consejo “no son más que instituciones muertas, inexistentes”. Mártov, con su gracejo polémico habitual, le replicó: “Bogdanov propone que se declare la duma inexistente, pero que no se atente contra su existencia!”

El congreso, a pesar de la gran mayoría gubernamental, transcurrió en una atmósfera de inquietud e inseguridad. El patriotismo se enfriaba y no daba más que

tímidas llamas. Era claro que las masas estaban descontentas y que los bolcheviques eran incomparablemente más fuertes en el país, sobre todo en la capital, que en el congreso. El debate mantenido entre los bolcheviques y los conciliadores, reducido a lo esencial, giraba en torno a este tema: ¿Con quién tiene que marchar la democracia: con los imperialistas o con los obreros? Sobre el congreso se cernía la sombra de la *Entente*. La cuestión de la ofensiva estaba resuelta de antemano, los demócratas no tenían más recurso que doblegarse. "En estos momentos críticos [exhortaba Tsereteli] no debemos prescindir de ninguna fuerza social que pueda ser útil para la causa popular." Este era el argumento en que se fundamentaba la coalición con la burguesía. Y como el proletariado, el ejército y los campesinos estropeaban a cada paso los planes de los demócratas, había que declarar la guerra al pueblo bajo la apariencia de una guerra contra los bolcheviques. Ya hemos visto cómo Tsereteli no tenía inconveniente en excomulgar a los marineros de Cronstadt para no arrojar de su regazo al kadete Pepeliayev. La coalición se aprobó por una mayoría de 443 votos contra 126 y 52 abstenciones.

Las tareas de la inmensa e inconsistente asamblea congregada en la Academia Militar de Petrogrado se distinguieron por la grandilocuencia de las declaraciones y la mezquindad conservadora frente a los problemas prácticos. Esto imprimió a todas las resoluciones una huella de desaliento y de hipocresía. El congreso proclamó el derecho de todas las naciones de Rusia a disponer de sí mismas, reservando, sin embargo, la clave de este problemático derecho no a las naciones oprimidas, sino a la futura asamblea constituyente, en la que los conciliadores confiaban tener mayoría, preparándose a capitular en ella ante los imperialistas, tal como lo habían hecho en el gobierno.

El congreso se negó a votar un decreto sobre la jornada de ocho horas. Tsereteli explicó las vacilaciones de la coalición en este terreno por las dificultades para conciliar los intereses de los distintos sectores de la población, ¡como si jamás en la historia una sola obra grande hubiera sido realizada por "la armonía de los intereses" y no en nombre del triunfo de los intereses progresistas sobre los intereses reaccionarios!

Gromman, economista del sóviet, presentó al final su inevitable proposición "sobre el desastre económico y la necesidad de una reglamentación por el estado". El congreso votó esta resolución ritual, en la seguridad de que las cosas seguirían como estaban.

"Grimm ha sido expulsado [escribía Trotsky el 7 de junio], y el congreso ha pasado a la orden del día. Pero para Skóvelevy sus colegas los beneficios capitalistas siguen siendo sagrados e inviolables. La crisis de aprovisionamiento se agudiza cada día más. En el terreno diplomático el gobierno no cesa de recibir golpes. Finalmente, la ofensiva en forma tan histérica proclamada, se echará muy pronto sobre los hombros del pueblo como una monstruosa aventura. Tenemos paciencia y estaríamos dispuestos a observar aun con calma la brillante actuación del ministerio Lvov-Tereschenko-Tsereteli algunos meses. Nosotros tenemos necesidad de tiempo para prepararnos. Pero el topo cava muy rápido debajo de la tierra. Y, con el concurso de los ministros 'socialistas', el problema del poder puede echárseles encima a los miembros de este congreso mucho más pronto de lo que todos suponemos."

Procurando cubrirse ante las masas detrás de una autoridad superior, los caudillos hacían intervenir al congreso en todos los conflictos pendientes, comprometiéndolo sin piedad a los ojos de los obreros y soldados de Petrogrado. El más resonante episodio de este género fue el de la casa de Durnovó, antiguo dignatario del zar que, en calidad de ministro del interior, se babia hecho célebre con la represión de la revolución de 1905. La villa deshabitada de este burócrata aborrecido, y además prevaricador, fue ocupada por las organizaciones obreras del distrito de Viborg, principalmente a causa de su parque inmenso, que se convirtió en el lugar de juegos favorito de los niños. La prensa burguesa

pintaba la villa como una guarida de bandidos y piratas, como el Cronstadt del distrito de Viborg. Nadie se tomaba el trabajo de ir a comprobar la verdadera realidad. El gobierno, que eludía cuidadosamente todas las cuestiones de importancia, se entregó con verdadero ardor a salvar la villa. Se exigió del comité ejecutivo la sanción de medidas heroicas, y Tsereteli, por supuesto, no las negó. El fiscal dio orden de expulsar en el término de veinticuatro horas al grupo anarquista. Los obreros, enterados de las acciones militares que se preparaban, dieron la voz de alarma. Los anarquistas, por su lado, amenazaron resistir por la fuerza de las armas. Veintiocho fábricas declararon una huelga de protesta. El comité ejecutivo lanzó un manifiesto acusando a los obreros de Viborg como auxiliares de la contrarrevolución. Después de esta preparación, los representantes de la justicia y de su milicia penetraron en la madriguera del león. Pronto se comprobó que, en la villa, en la que se habían instalado una serie de organizaciones obreras de cultura, reinaba el más completo orden. Y no hubo más remedio que retroceder de un modo ignominioso. Pero la historia no termina aquí.

El 9 de junio, en el congreso estalla una bomba: *Pravda* de aquella mañana publicaba un llamamiento a una manifestación organizada para el día siguiente. Chjeidze, hombre miedoso, razón por la cual estaba siempre dispuesto a asustar a los demás, declaró, con voz sepulcral: “Si el congreso no toma medidas, el día de mañana será fatal.” Los delegados, espantados, levantaron la cabeza.

La idea de un enfrentamiento entre los obreros y soldados de Petrogrado con el congreso estaba determinada por toda la situación. Las masas presionaban a los bolcheviques. La efervescencia era muy grande, sobre todo en la guarnición, temerosa de que, con motivo de la ofensiva, fueran a dispersarla y enviarla a distintos frentes. A esto se añadía el profundo descontento producido por la *Declaración de los Derechos del Soldado*, que representaba un gran paso atrás, en comparación con el “decreto número l”, y con el régimen que se había implantado de hecho en el ejército. La iniciativa de la manifestación partió de la organización militar de los bolcheviques. Sus dirigentes afirmaban, y tenían toda la razón, como lo han demostrado los acontecimientos, que, si el partido no asumía la dirección, los soldados se echarían ellos mismos a la calle. El brusco cambio de opinión en las masas no podía, sin embargo, ser siempre apreciado y esto engendró ciertas vacilaciones hasta en los mismos bolcheviques. Volodarsky no estaba seguro de que los obreros salieran a la calle. Había dudas asimismo del carácter que tomaría la manifestación. Los representantes de la organización afirmaban que los soldados, por temor a una represión y a represalias, no saldrían a la calle desarmados. “¿En qué terminará esta manifestación?”, preguntaba el prudente Tomsky, exigiendo que la cuestión volviese a examinarse con cuidado. Stalin afirmaba que “la efervescencia entre los soldados era indudable, pero no podía decirse lo mismo con respecto a los obreros”; a pesar de todo, creía necesario oponer una resistencia al gobierno. Kalinin, siempre más inclinado a rehuir la batalla que a aceptarla, se pronunciaba decididamente contra la manifestación, fundamentándose en la ausencia de un motivo claro, sobre todo en lo tocante a los obreros: “La manifestación será una cosa artificial.” El 8 de junio, en la conferencia celebrada con los representantes de los distritos, después de una serie de votaciones preliminares, 131 manos se levantaron a favor de la manifestación; el Comité de Interdistritos decide unirse a la manifestación, que fue fijada para el domingo 10 de junio.

Los trabajos preparatorios se efectuaron en secreto hasta el último momento, con el fin de no dar a los socialrevolucionarios y a los mencheviques la posibilidad de emprender una campaña en contra. Esta legítima medida de prudencia había de interpretarse, más tarde, como prueba de que existía un compló militar. El consejo central de los comités de fábrica se adhirió a la idea de organizar la manifestación. “Bajo la

presión de Trotsky, y contra el parecer de Lunacharsky, que era contrario a la proposición [escribe Yugov], el Comité Interdistritos decidió adherirse a la manifestación." Los preparativos se llevaron a cabo con una energía febril.

La manifestación debía alcanzar la bandera del poder de los sóviets, la consigna era: "Abajo los diez ministros capitalistas." Era el modo más sencillo de expresar la necesidad de romper la coalición con la burguesía. El desfile se dirigía hacia la Academia Militar, donde estaba reunido el congreso. Con esto, se daba a entender que no se trataba de derribar al gobierno, sino de ejercer presión sobre los dirigentes soviéticos.

A decir verdad, en las conferencias preliminares de los bolcheviques, otras voces se hicieron oír. Es así que Smilgá, ahora joven miembro del comité central, propuso "no renunciar a ocupar Correos, Telégrafos y el Arsenal, si los acontecimientos se desarrollan hasta llegar a una colisión". Otro de los participantes en la conferencia, Latzis, miembro del comité de Petrogrado, escribe en su diario refiriéndose al rechazo de la proposición de Smilgá: "No puedo estar conforme con esto... Me pondré de acuerdo con los camaradas Semaschko y Rachjia, para estar preparados en caso de necesidad y apoderarnos de las estaciones, los arsenales, los bancos y de correos y telégrafos, apoyándonos en el regimiento de ametralladoras." Semaschko era oficial de este regimiento y Rachjia un obrero bolchevique muy combativo.

La existencia de tales estados de espíritu se explicaba. La línea del partido estaba dirigida a tomar el poder; no se trataba nada más que de evaluar la situación. En Petrogrado se estaba operando evidentemente un cambio a favor de los bolcheviques; pero en las provincias ese proceso se desarrollaba con más lentitud; además, el frente necesitaba de la lección de la ofensiva para vencer su recelo contra los bolcheviques. Por eso Lenin se mantenía firme en su posición de abril: "Explicar pacientemente."

En sus memorias, Sujánov expone el plan de la manifestación del 10 de junio como si se tratase de una verdadera maquinación de Lenin para adueñarse del poder "si las circunstancias fuesen propicias". En realidad, los que intentaron plantear la cuestión en estos términos fueron algunos bolcheviques que, según una expresión maliciosa de Lenin, estaban "un poco más a la izquierda" de lo que era preciso. Sujánov no se molesta siquiera en contrastar sus hipótesis arbitrarias con la línea política de Lenin expresada en numerosos discursos y artículos. (Sobre esta cuestión: ver Apéndice núm. 3.)

El buró del comité ejecutivo exigió de inmediato a los bolcheviques que suspendieran la manifestación. ¿Con qué derecho? Formalmente, la manifestación no podía, por cierto, ser prohibida más que por el poder del estado. Pero éste no se atrevía ni a soñar con tal cosa. ¿Cómo se explica que el sóviet, que era una "organización privada" dirigida por el bloque de dos partidos políticos, pudiera prohibir una manifestación a un tercer partido? El Comité Central del Partido Bolchevique no aceptó la orden, pero decidió subrayar el carácter pacífico de la manifestación. El 9 de junio se fijó en los barrios obreros esta proclama de los bolcheviques "Somos ciudadanos libres, tenemos el derecho de protestar y debemos usar de este derecho antes de que sea demasiado tarde. El derecho a una manifestación pacífica no puede discutírnoslo nadie."

Los conciliadores sometieron la cuestión al congreso. Fue entonces cuando Chjeidze pronunció sus famosas palabras acerca de un desenlace fatal, añadiendo que sería preciso constituirse en sesión permanente toda la noche. Un miembro de la presidencia, Chegueskor, otro hijo de la Gironda, puso fin a su discurso con un denuesto grosero dirigido contra los bolcheviques: "¡Abajo vuestras sucias manos ante la gran causa!" A pesar de sus pedidos, a los bolcheviques no se les dio tiempo para discutir el asunto en su fracción. El congreso tomó una resolución que prohibía durante tres días todo género de manifestaciones. Ese acto de violencia contra los bolcheviques era, al

mismo tiempo, un acto de usurpación de funciones con respecto al gobierno: los sóviets continuaban escamoteando el poder bajo su propia almohada.

A la misma hora, Miliukov hablaba en el congreso de los cosacos y acusaba a los bolcheviques "como a los peores enemigos de la revolución rusa". Según la lógica natural de las cosas, su mejor amigo era, indiscutiblemente, el propio Miliukov, que en vísperas de febrero se inclinaba más a aceptar la derrota infligida a Rusia por los alemanes que la revolución del pueblo ruso. Y como los cosacos preguntasen qué actitud había de adoptarse con los leninistas, Miliukov contestó: "Ya va siendo hora de acabar con esos señores." El jefe de la burguesía tenía demasiada prisa. Sin embargo, hay que reconocer que el tiempo apremiaba.

Entre tanto, en las fábricas y en los regimientos se celebraban mítines en los cuales se decidía salir al día siguiente a la calle con la consigna: "¡Todo el poder a los sóviets!" El alboroto del congreso de los sóviets y del de los cosacos hizo que pasara desapercibido el hecho de que en las elecciones a la duma municipal del barrio de Viborg obtuvieran 37 puestos los bolcheviques, 22 del bloque socialrevolucionario y menchevique y 4 los kadetes.

Ante la categórica decisión del congreso, que implicaba una misteriosa alusión a la amenaza de un golpe de derecha, los bolcheviques decidieron revisar la cuestión. Ellos querían una manifestación pacífica y no una insurrección y no tenían motivos para convertir en semiinsurrección una manifestación prohibida. La presidencia del congreso, por su parte, decidió tomar medidas. Algunos centenares de delegados fueron organizados en grupos de diez y enviados a los barrios obreros y a los cuarteles con el fin de evitar la manifestación y volver a la mañana siguiente al Palacio de Táurida para dar cuenta del resultado. El comité ejecutivo de los diputados campesinos se asoció a esta expedición, destinando a ella setenta hombres. Aunque de un modo inesperado, los bolcheviques consiguieron lo que se proponían: los delegados del congreso se veían obligados a ponerse en contacto con los obreros y soldados de la capital. No se dejó que la montaña se acercara a los profetas, pero los profetas no tuvieron más remedio que acercarse a la montaña. Aquel encuentro resultó fecundo en alto grado. En *Izvestia*, del Sóviet de Moscú, un corresponsal menchevique traza el siguiente cuadro: "La mayoría del congreso, más de quinientos miembros, se pasó la noche en blanco, dividiéndose en grupos de a diez, que recorrieron las fábricas y los cuarteles de Petrogrado exhortando a los obreros y a los soldados a no concurrir a la manifestación. El congreso, en buen número de fábricas, y también en una cierta parte de la guarnición, no tenía ninguna autoridad ... Los miembros del congreso fueron acogidos muy a menudo de una manera inamistosa, a veces con hostilidad y frecuentemente fueron despedidos con cólera." El órgano oficial del sóviet no exagera nada; al contrario, da un cuadro de manera extrema educativo del encuentro nocturno entre dos mundos.

Las masas de Petrogrado, en todo caso, no dejaron a los delegados ninguna duda respecto a quién podía, en lo sucesivo, acordar una manifestación o prohibirla. Los obreros de la fábrica de Putilov no accedieron a fijar el llamamiento del congreso contra la manifestación, hasta haber comprobado, por la lectura de *Pravda*, que no contradecía la decisión de los bolcheviques. El primer regimiento de ametralladoras, que desempeñaba el papel de vanguardia en la guarnición, como lo desempeñaba la fábrica de Putilov en los medios obreros, después de conocidos los informes de Chjeidze y Avksentiev, presidentes de los dos comités ejecutivos, votó la siguiente resolución: "De acuerdo con el comité central de los bolcheviques y de su organización militar, el regimiento decide aplazar su acción..."

Las brigadas de pacificadores llegaban al Palacio de Táurida, después de una noche entera sin dormir, en un estado de completa desmoralización. Ellos, que creían que

la autoridad del congreso era indiscutible, habían chocado contra un recio muro de desconfianza y hostilidad. "Las masas están dominadas por los bolcheviques. Se muestran hostiles hacia los mencheviques y socialrevolucionarios." "No creen más que a *Pravda*. En algunos sitios nos gritaron: "No os consideramos compañeros." Uno tras otro, los delegados daban cuenta de cómo, a pesar de haberse conseguido aplazar la batalla, habían sufrido una dura derrota.

Las masas habían obedecido la resolución de los bolcheviques. Pero esa docilidad no era sin protestas, ni asimismo sin indignación. En ciertas empresas fueron votadas resoluciones que censuraban al comité central. Los más exasperados entre los miembros del partido en los cuarteles, rompieron sus carnés. Era una seria advertencia.

Al prohibir las manifestaciones durante tres días, los conciliadores alegaban que los monárquicos preparaban un compló, para el cual se hubieran aprovechado de la manifestación bolchevique; ellos mencionaban la connivencia de una parte del congreso de los cosacos y la marcha sobre Petrogrado de tropas contrarrevolucionarias. Era natural que, después de prohibida la manifestación, los bolcheviques exigieran explicaciones respecto del pretendido compló. Los líderes del congreso, en vez de responder, acusaron de conspiradores a los propios bolcheviques. De este modo, salían bastante airosos del apuro.

Hay que reconocer, sin embargo, que, en la noche del 9 al 10 de junio, los conciliadores descubrieron, en efecto, un compló que los conmovió profundamente. Era el compló de las masas que se unieron a los bolcheviques contra los conciliadores. Sin embargo, los bolcheviques habían acatado las órdenes del congreso, lo que alentó a los conciliadores y permitió que su pánico se convirtiera en furor. Los mencheviques y socialrevolucionarios decidieron mostrar puños de acero. El 10 de junio, el periódico de los mencheviques decía: "Es hora ya de denunciar a los leninistas como traidores a la revolución." El presidente del comité ejecutivo pidió al congreso cosaco que apoyara al sóviet contra los bolcheviques. El presidente del congreso, Dutov, *atamán* del Ural, le respondió: "Nosotros, cosacos, no nos separaremos jamás de los sóviets." Los reaccionarios, para dar la batalla a los bolcheviques, estaban dispuestos incluso a aliarse con el sóviet, para luego poder estrangularlo de un modo más seguro.

El 11 de junio se reúne un tribunal imponente; el comité ejecutivo, los miembros de la presidencia del congreso, los dirigentes de las fracciones, unas cien personas en total. Como siempre, el papel de fiscal corre a cargo de Tsereteli, quien exige furiosamente represión rigurosa y trata con desdén a Dan, dispuesto siempre a atacar a los bolcheviques, pero que no acaba de decidirse a exterminarlos. "Lo que ahora hacen los bolcheviques sale ya de los límites de la propaganda ideológica, para convertirse en un compló... Que nos dispersen, pero ha llegado la hora de adoptar otros métodos de lucha. ¡Hay que desarmar a los bolcheviques! No se pueden dejar en sus manos los enormes recursos técnicos de que dispusieron hasta ahora. No podemos dejar en sus manos las ametralladoras y las otras armas. No toleramos ningún compló." Estas son las notas nuevas. ¿Qué significaba, en realidad, desarmar a los bolcheviques? Sujánov escribe sobre esto: "No hay que olvidar que los bolcheviques no tienen ningún depósito particular de armas. Estas se hallan en poder de los soldados y los obreros, que en su formidable mayoría siguen a los bolcheviques. Desarmar a los bolcheviques no puede significar más que desarmar al proletariado. Y aún más: es desarmar a las tropas."

En otros términos, se acercaba el momento clásico de la revolución, en que la democracia burguesa, acosada por la reacción, pretende desarmar a los obreros que han asegurado el triunfo de la causa revolucionaria. Los señores demócratas, entre los cuales había grandes lectores, ponían invariablemente sus simpatías en los desarmados, nunca en los que desarmaban, siempre que se tratara de historia pasada. Pero cuando la misma

cuestión se planteaba ante ellos en la realidad, no la reconocían. El hecho de que fuera Tsereteli un revolucionario que se había pasado varios años en presidio, que todavía ayer era un zimmerwaldiano, quien emprendiera el desarme de los obreros, no era simplemente concebible. La sala, al oírlo, se quedó estupefacta. A pesar de todo, los delegados de las provincias parecían darse cuenta de que los estaban empujando al abismo. Uno de los oficiales tuvo una crisis de histeria.

No menos pálido que Tsereteli, Kámenev se puso de pie y exclamó, con un tono de dignidad cuya fuerza impresionó al auditorio: “Señor ministro, si usted no lanza sus palabras al viento, no tiene derecho a limitarse a un discurso. ¡Deténgame usted y júzgueme por conspirar contra la revolución!” Los bolcheviques abandonaron la sala en señal de protesta, negándose a tomar parte en el escarnio de que se hacía objeto a su partido. La tensión en la sala se hizo insoportable.

Líber acude en auxilio de Tsereteli. El furor contenido es reemplazado en la tribuna por el furor histérico. Líber exige que se adopten medidas implacables. “Si queréis que os siga la masa que está con los bolcheviques, romped con el bolchevismo.” Pero se le escucha sin ninguna simpatía y hasta con un cierto sentimiento de hostilidad.

Lunacharsky, impresionable como siempre, intenta encontrar inmediatamente un lenguaje común con la mayoría: si bien los bolcheviques habían asegurado que su intención no era otra que celebrar una manifestación pacífica, su propia experiencia le había enseñado que “era un error organizar la manifestación”. Pero no había por qué agudizar el conflicto. Sin calmar a los adversarios, Lunacharsky irrita a sus amigos.

“Nosotros no combatimos las corrientes de izquierda [dice jesuíticamente Dan, el más experimentado, pero también el más estéril de los lideres del pantano]; combatimos la contrarrevolución. No tenemos la culpa de que detrás de vosotros acechen los agentes de Alemania.” Aquella alusión a los alemanes no tenía más objeto que reemplazar toda argumentación. Estos señores, por supuesto, no pudieron señalar ningún agente de Alemania.

Tsereteli se proponía asestar un gran golpe. Dan se limitaba a levantar el puño. En su impotencia, el comité ejecutivo da su asentimiento a Dan. La resolución propuesta al Congreso tenía el carácter de una ley de excepción contra los bolcheviques, pero sin consecuencias prácticas directas.

“Después de la visita a las fábricas y a los regimientos por vuestros delegados [decía la declaración escrita elevada al congreso por les bolcheviques] no puede caber la menor duda de que si la manifestación no se ha celebrado no ha sido precisamente porque vosotros la hubieseis prohibido, sino porque nuestro partido la suspendió... La ficción del compló militar ha sido lanzada por un miembro del gobierno provisional para desarmar al proletariado de Petrogrado y dislocar la guarnición. Aun dado el caso de que el poder gubernamental pasara íntegramente al sóviet (punto de vista que nosotros defendemos) y éste intentara poner trabas a nuestras campañas, esto nos obligaría tal vez no a someterse pasivamente, sino a aceptar la cárcel y cualesquiera otras penas en nombre de la idea del socialismo internacional que nos separa de vosotros.”

La mayoría y la minoría del sóviet se enfrentaron durante aquellos días, como preparándose a librar la batalla decisiva. Pero, en el último momento, las dos partes dieron un paso atrás. Los bolcheviques renunciaron a celebrar la manifestación, los conciliadores a desarmar a los obreros.

Tsereteli permaneció en minoría ante los suyos. Sin embargo, tenía razón a su manera. La política de alianza con la burguesía había llegado a un punto en que era necesario reducir a la impotencia a las masas que no se resignaban a aceptar la coalición. Únicamente desarmando a los obreros y a los soldados podía llevarse la política de conciliación al éxito, es decir, hasta la instauración del régimen parlamentario de la

burguesía. Pero si Tsereteli tenía razón a su manera, era por otra parte, impotente. Ni los soldados ni los obreros hubieran entregado de forma voluntaria las armas. De este modo había que emplear contra ellos la fuerza. Mas, la fuerza no estaba ya del lado de Tsereteli. Para obtenerla, si es que la había en algún lado, hubiera tenido que pactar con la reacción, la cual, una vez liquidado el Partido Bolchevique, se habría cuidado, sin pérdida de tiempo, de hacer lo mismo con los sóviets de conciliadores, y pronto le hubiera hecho saber a Tsereteli que él no era más que un viejo presidiario. Pero el rumbo tomado más tarde por los acontecimientos demuestra que tampoco la reacción disponía de la fuerza necesaria. Tsereteli al fundamentar la necesidad de dar la batalla a los bolcheviques, daba como argumento el que éstos divorciaban al proletariado de los campesinos. Mártov le objetó: “No es del seno de la masa campesina precisamente de donde Tsereteli toma sus ideas; el grupo de los kadetes de derecha, el grupo de los capitalistas, la burguesía de Occidente, esos son los que exigen el desarme de los obreros y soldados.” Mártov tenía razón: las clases poseedoras más de una vez en la historia han ocultado sus pretensiones detrás del campesinado.

A partir de la publicación de las tesis de abril de Lenin, el peligro de que el proletariado se aislara de los campesinos fue el principal argumento de todos los que pugnaban por tirar para atrás a la revolución. Se explica perfectamente que Lenin comparase a Tsereteli con los “viejos bolcheviques”.

En uno de sus trabajos publicados en 1917, Trotsky escribía, a este propósito. “El aislamiento en que se encuentra nuestro partido con respecto a los socialrevolucionarios y mencheviques, por radical que sea, llevado incluso hasta detrás de los muros carcelarios, no significa, ni mucho menos el aislamiento del proletariado con respecto a las masas oprimidas de la ciudad y del campo. Al contrario, el proletariado revolucionario, oponiendo claramente su política contra la pérfida política de las concesiones de los actuales dirigentes soviéticos, es lo único que puede trazar una diferenciación política salvadora, en los millones de campesinos, arrancar a los campesinos pobres de la dirección traidora de los campesinos ricos socialrevolucionarios y convertir al proletariado socialista en el verdadero caudillo de la revolución popular triunfante.”

Mas, el argumento profundamente falso de Tsereteli resultó tener una gran fuerza vital. En vísperas de la Revolución de Octubre, volvió a levantar cabeza con fuerza redoblada, como el argumento que esgrimían muchos “viejos bolcheviques” contra la toma del poder. Años después, al iniciarse la reacción ideológica contra Octubre, la fórmula de Tsereteli se convirtió en la principal arma teórica de la escuela de los epígonos.

En la misma sesión del congreso de los sóviets, que juzgó a los bolcheviques, un representante del menchevismo, inesperadamente, propuso que, para el próximo domingo, 18 de junio, se organizase en Petrogrado y en las ciudades más importantes una manifestación de obreros y soldados, para demostrar a los adversarios la unidad y la fuerza de la democracia. La proposición, aunque dejó un paco perplejo al congreso, fue aceptada. Un mes después Miliukov explicaba de un modo bastante plausible este inesperado cambio de frente de los conciliadores: “Después de pronunciar en el congreso de los sóviets discursos de tono liberal, después de haber impedido la manifestación armada del 10 de junio..., los ministros socialistas tuvieron la sensación de que habían ido demasiado lejos en su acercamiento a nuestro campo, de que empezaba a faltarles el terreno en que pisaban. Entonces, se asustaron y dieron un viraje hacia los bolcheviques.” Claro está que la decisión de organizar una manifestación para el 18 de junio no era precisamente un viraje hacia los bolcheviques, sino algo muy distinto: una tentativa de viraje hacia las masas contra el bolchevismo. El encuentro nocturno con los obreros y soldados les había producido una impresión bastante fuerte a los elementos dirigentes de los sóviets. Así se explica que, abandonando los propósitos imperantes al abrirse el

congreso, se publicase atropelladamente, en nombre del gobierno, un decreto que disolvía la duma y que convocaba a la asamblea constituyente para el 30 de septiembre próximo. Las consignas de la manifestación fueron elegidas y calculadas de modo que no provocaran la irritación de las masas: “Paz general”, “Convocatoria inmediata de la asamblea constituyente”, “República democrática”. Ni una palabra acerca de la ofensiva y de la coalición. Lenin preguntaba en *Pravda*: ¿Qué se ha hecho, señores, de aquella confianza absoluta en el gobierno provisional? ¿Por qué la lengua se os pega al paladar?” Estas ironías daban en el blanco: en efecto, los conciliadores no se atrevían a pedir a las masas confianza en el gobierno del que formaban parte.

Los delegados soviéticos, después de recorrer por segunda vez los barrios obreros y los cuarteles, en vísperas de la manifestación, dieron informes muy tranquilizadores al comité ejecutivo. Tsereteli, a quien estos informes devolvieron la serenidad y la afición a desempeñar el papel de mentor, se dirigió en estos términos a los bolcheviques: “Ahora tenemos ocasión de pasar revista de un modo franco y honrado a las fuerzas revolucionarias... Ha llegado la hora de que sepamos todos a quién sigue la mayoría: si a nosotros o a ustedes.” Los bolcheviques aceptaron el desafío aun antes de que fuera tan imprudentemente formulado. “Acudiremos a la manifestación del 18 [decía *Pravda*] para luchar por los mismos objetivos que queríamos el día 10.”

Pensando con serenidad en los funerales de marzo, que habían sido, al menos en apariencia, una grandiosa manifestación de unidad, de la democracia, el itinerario, también esta vez, conducía al Campo de Marte a las tumbas de las víctimas de febrero. Pero, excepto el itinerario, nada recordaba las lejanas jornadas de marzo. Tomaron parte en la manifestación cerca de cuatrocientas mil personas, muchas menos, por tanto, que en las exequias: de esta manifestación soviética no sólo estaba ausente la burguesía, aliada a los sóviets, sino también la *intelligentsia* radical, que había ocupado un lugar tan destacado en las anteriores demostraciones de la democracia. En sus filas formaban casi exclusivamente los cuarteles y las fábricas.

Los delegados del congreso, congregados en el Campo de Marte, leían los cartelones que desfilaban ante ellos. Las primeras consignas bolcheviques fueron acogidas en forma bastante irónica. Tsereteli había lanzado su desafío con osadía. Pero las mismas consignas se repetían más y más: “Abajo los diez ministros capitalistas”, “Abajo la ofensiva”, “Todo el poder a los sóviets”. Las sonrisas irónicas se helaban en los rostros y luego, lentamente, se borraban. Las banderas bolchevistas iban desfilando una tras otra, en procesión inacabable. La victoria de los bolcheviques era demasiado evidente. “De vez en cuando [dice Sujánov] aparecían entre las banderas y las columnas bolcheviques las divisas específicamente socialrevolucionarias y las del sóviet oficial. Pero se perdían entre la masa.” Al día siguiente, el órgano oficioso del sóviet daba cuenta del furor con que en algunos sitios habían sido destrozadas las banderas con las consignas que pedían un voto de confianza para el gobierno provisional. En estas palabras hay una evidente exageración. Sólo tres pequeños grupos llevaban cartelones de homenaje al gobierno provisional: eran los amigos de Plejánov, un regimiento de cosacos y un grupo de intelectuales judíos afiliados al “Bund”. Esta combinación ternaria, que, por los elementos que la integraban, daba la impresión de una anomalía política, parecía tener por objeto poner al descubierto la impotencia del régimen. Ante los gritos de protesta de la multitud los plejanóvistas y el “Bund” se vieron obligados a retirar los cartelones. En cuanto a los cosacos, que se mostraron más obstinados, su bandera fue arrebatada y destrozada por el público.

“Lo que hasta ahora no era más que un arroyuelo [comenta *Izvestia*] se ha convertido en un caudaloso río, y cada vez más, de un momento a otro, amenazaba con desbordarse.” Se trataba del barrio de Viborg, cubierto todo de banderas bolcheviques.

"¡Abajo los diez ministros capitalistas!" En una de las fábricas había un telón que decía así: "El derecho a la vida está por encima del derecho a la propiedad privada." Esta consigna no había sido sugerida por ningún partido.

Los delegados de las provincias, aterrados, buscaban a los jefes. Estos rehuían la mirada o se escabullían. Los bolcheviques presionaban a los provincianos. ¿Se parece esto, acaso, a una pequeña banda de conspiradores? Los delegados de las provincias convenían en que no, en que no lo parecía. "No puede negarse que en Petrogrado sois una fuerza (reconocían en un tono bastante distinto del adoptado en la sesión oficial del congreso), pero no ocurre lo mismo en las provincias ni en el frente. Petrogrado no puede marchar contra todo el país." "Esperad un poco (les contestaban los bolcheviques), que pronto os llegará el turno, y se alzarán en las provincias los mismos cartelones."

"Durante esta manifestación [escribe Plejánov], yo estaba en el Campo de Marte, al lado de Chjeidze, Por su semblante veía que no se engañaba en lo más mínimo respecto a la significación de aquella profusión asombrosa de carteles que pedían el derrocamiento de los ministros capitalistas. Y aun parecían subrayar de manera deliberada esa significación las órdenes verdaderamente autoritarias con que se dirigían a él algunos de los representantes leninistas que desfilaban ante nosotros con el aire de que aquélla era su fiesta."

Los bolcheviques, en todo caso, tenían motivos para sentir así. "A juzgar por los cartelones y las consignas de los manifestantes [decía el periódico de Gorki], la manifestación del domingo ha puesto de relieve el triunfo completo alcanzado por el bolchevismo entre el proletariado petersburgués." Era, en efecto, un gran triunfo, obtenido, además, sobre el terreno y con las armas elegidas por el adversario. El congreso de los sóviets, después de aprobar la ofensiva, aceptar la coalición y condenar a los bolcheviques, había hecho salir a la calle a las masas. No queremos ni ofensiva ni coalición; estamos al lado de los bolcheviques. Tal era el balance político de la manifestación de junio. Es sorprendente que el periódico de los mencheviques, iniciadores de la manifestación, preguntara melancólicamente, al día siguiente: "¿A quién se le ocurrió esta desdichada idea?"

Por supuesto que no todos los obreros y soldados de la capital tomaron parte en la manifestación, como tampoco todos los manifestantes eran bolcheviques. Pero lo evidente era que nadie quería la coalición. Los obreros adversos aún al bolchevismo no sabían qué oponerle. Por consiguiente, su hostilidad se transformaba en una neutralidad expectante. Bajo las consignas bolcheviques habían marchado buen número de mencheviques y socialrevolucionarios que no habían roto aún con sus partidos, pero habían ya perdido la confianza en éstos.

La manifestación del 18 de junio había producido una enorme impresión hasta en los mismos participantes. Las masas vieron que el bolchevismo se convertía en una fuerza, y los vacilantes se volvieron hacia él. En Moscú, Kiev, Járkov, Yekaterinoslav y otras muchas ciudades de provincia, las manifestaciones pusieron de relieve un gran aumento de la influencia de los bolcheviques. Por todas partes surgían las mismas consignas clavadas en el corazón del régimen de febrero. Había que sacar las consecuencias de todo esto. Parecía que ya los conciliadores no tenían salida del atolladero, cuando, a última hora, vino en su auxilio la ofensiva.

El 19 de junio, en la Perspectiva Nevsky, se presenciaron varias manifestaciones patrióticas bajo la conducción de los kadetes y con retratos de Kerensky por bandera. El propio Miliukov confiesa: "Estas manifestaciones se parecían tan poco a la que desfilara por aquellas mismas calles el día anterior, que al sentimiento de entusiasmo se unía involuntariamente la incredulidad." ¡Sentimiento muy legítimo! Pero los conciliadores respiraron tranquilos. Su pensamiento se remontó inmediatamente por encima de las dos

manifestaciones, e hizo una síntesis democrática. Esta gente estaba condenada a apurar hasta las heces la copa de las ilusiones y de la humillación.

En abril habían chocado en la calle dos manifestaciones: la revolucionaria y la patriótica, y el choque produjo víctimas. Las manifestaciones adversas del 18 y 19 de junio se sucedieron la una a la otra. Por esta vez, el choque no había sido directo. Pero el choque no era ya evitable. Sólo se había diferido quince días.

Los anarquistas, que no sabían cómo probar su independencia, habían aprovechado la manifestación del 18 de junio para asaltar la cárcel de Viborg. Los detenidos, presos comunes en su mayoría, fueron puestos en libertad sin combatir, y no de una sola prisión, sino de muchas. Posiblemente el ataque no haya sido una sorpresa para la administración penitenciaria que no ofreció resistencia a los anarquistas reales o supuestos. Este misterioso episodio no tenía ninguna relación con la manifestación. Pero la prensa patriótica lo consideró como un solo asunto. Los bolcheviques propusieron en el congreso de los sóviets que se abriera una severa investigación sobre cómo habían sido soltados cuatrocientos sesenta criminales. Pero los conciliadores no podían permitirse este lujo, pues temían chocar con los representantes de la superioridad administrativa y con sus aliados del bloque. Además, no tenían el menor deseo de defender las pérfidas calumnias contra la manifestación que ellos mismos habían organizado.

El ministro de justicia, Pereverzev, que unos días antes se había desacreditado con el asunto de la villa de Durnovó, decidió tomarse la revancha y, so pretexto de buscar a los reclusos evadidos, procedió a un nuevo allanamiento de la villa. Los anarquistas ofrecieron resistencia y, durante el tiroteo que se produjo y en el que resultó muerto uno de ellos, la villa quedó destrozada. Los obreros del distrito de Viborg, que consideraban como suya esta casa, dieron la voz de alarma. En algunas fábricas abandonaron el trabajo. La alarma se extendió por otros barrios y hasta por los cuarteles.

Los últimos días de junio se caracterizan por un estado constante de efervescencia. El regimiento de ametralladoras está dispuesto a lanzarse inmediatamente al ataque contra el gobierno provisional. Los huelguistas recorren los cuarteles invitando a los soldados a salir a la calle. Una manifestación de protesta, formada por campesinos con uniforme de soldados, muchos ya canosos, recorre las calles: son hombres de cuarenta años, que exigen que les dejen marcharse a los trabajos del campo. Los bolcheviques quieren la acción inmediata, la manifestación del 18 de junio ha dicho todo lo que tenía que decir, para obtener un cambio no bastaba con manifestaciones, y la hora del golpe decisivo no había sonado aún. El 22 de junio, los bolcheviques dirigen un llamamiento a la guarnición. “No atendáis a las invitaciones que os hagan para que os echéis a la calle en nombre de la organización militar.” Del frente llegan delegados que se lamentan de los actos de violencia repetidos y de los castigos. Las amenazas de disolver algunos regimientos echan leña al fuego. “En muchos regimientos, los soldados duermen con las armas en la mano”, dice una declaración de los bolcheviques al comité ejecutivo. Las manifestaciones patrióticas, no pocas veces armadas, provocan colisiones en las calles. Ninguna de las fuerzas se dispone a atacar directamente: la reacción es demasiado débil y la revolución no tiene aún confianza absoluta en sus fuerzas. Pero las calles de la ciudad parecen pavimentadas con explosivos. El conflicto está en el aire. La prensa bolchevique explica y modera. La prensa patriótica exterioriza su inquietud, lanzándose a una campaña desenfrenada contra los bolcheviques. El 25 de junio, Lenin escribe: “Los salvajes aullidos de furor y de rabia contra los bolcheviques traducen la lamentación común de los kadetes, socialrevolucionarios y mencheviques por su propia debilidad. Tienen mayoría. Están en el poder. Forman un bloque. Y ven que, a pesar de todo, no pueden nada. ¿Cómo no han de ponerse furiosos contra los bolcheviques?”

Conclusión

En las primeras páginas de este trabajo hemos intentado poner de manifiesto cuán profundamente enraizada estaba la Revolución de Octubre en las relaciones sociales de Rusia. Nuestro análisis no ha sido construido, ni mucho menos, retrospectivamente a la vista de los acontecimientos consumados; es anterior a la revolución. Y data incluso de 1905, que le sirvió de prólogo.

Hemos intentado en estas· páginas demostrar cómo las fuerzas sociales de Rusia se han manifestado en los acontecimientos de la revolución. Hemos seguido la actuación de los partidos políticos en sus relaciones reciprocas con las clases. Las simpatías y las antipatías del autor pueden dejarse a un lado. Una exposición histórica tiene derecho a exigir que se reconozca su objetividad, si, basándose en los hechos perfectamente conocidos, pone al desnudo el nexo intrínseco sobre la base del proceso real de las relaciones sociales. Las leyes internas que presiden este proceso y que se desvelan en esa exposición, son la mejor comprobación de su objetividad.

Los acontecimientos de la Revolución de Febrero que hemos hecho desfilar ante los ojos del lector, han confirmado el pronóstico teórico hasta aquí al menos, por el método de las eliminaciones sucesivas: antes de que el proletariado subiera al poder todas las otras variantes del desarrollo político habían sido sometidas a la experiencia de la vida y rechazadas como inservibles.

El gobierno de la burguesía liberal, con su rehén democrático, Kerensky, resultó ser un completo fracaso. Las jornadas de abril fueron la primera advertencia abierta que la Revolución de Octubre daba a la de Febrero. Después de esto, el gobierno provisional burgués cede el puesto a un gobierno de coalición, cuya esterilidad no pasa día sin que se ponga de manifiesto. En la manifestación de junio, convocada por el comité ejecutivo por su propia iniciativa, aunque, la verdad sea dicha, no de un modo totalmente voluntario, la Revolución de Febrero intenta medir sus fuerzas con la de Octubre y sufre una cruel derrota. Esta derrota era doblemente fatal por ocurrir en las calles de Petrogrado y haber sido infligida por aquellos mismos obreros y soldados que habían hecho la Revolución de Febrero. La manifestación de junio demostró que los obreros y soldados de Petrogrado marchaban hacia una segunda revolución cuyos fines aparecían inscritos en sus banderas. Había signos inequívocos de que el resto del país seguía, aunque con el retraso inevitable, el camino de Petrogrado. Al cuarto mes de existencia, la Revolución de Febrero. políticamente hablando, estaba ya agotada. Los conciliadores habían perdido la confianza de los obreros y los soldados. El choque entre los partidos dirigentes de los sóviets y las masas soviéticas se hacía entonces inevitable. Después de la manifestación del 18 de junio, que fue una verificación pacifica de los efectivos de las dos revoluciones, el antagonismo debía tomar, inevitablemente, un carácter declarado.

Así surgieron las jornadas de julio. Dos semanas después de la manifestación organizada desde arriba, aquellos mismos obreros y soldados salieron a la calle por su propia iniciativa y exigieron al comité ejecutivo central que tomara el poder. Los conciliadores se negaron a ello rotundamente. Las jornadas de julio acarrearon encuentros violentos en las calles, con víctimas, y terminaron con una represión despiadada contra

los bolcheviques, a quienes se declaró responsables de la incapacidad del régimen de febrero. La proposición que había formulado Tsereteli el 17 de junio y que entonces fue rechazada (declarar a los bolcheviques fuera de la ley y desarmarlos), se llevó a la práctica en toda su integridad a principios de julio. Los periódicos bolcheviques fueron clausurados. Los jefes del partido fueron declarados agentes a sueldo del estado mayor alemán. Unos se escondieron, otros fueron encarcelados.

Pero con ese "triunfo", obtenido en julio por los conciliadores sobre los bolcheviques, fue precisamente que se puso de manifiesto, en toda su magnitud, la impotencia de la democracia. Los demócratas se vieron obligados a lanzar contra los obreros y los soldados a tropas abiertamente contrarrevolucionarias, enemigas no sólo de los bolcheviques, sino también de los sóviets: el comité ejecutivo no contaba ya con tropas propias.

Los liberales sacaron de esto una conclusión muy justa, que Miliukov formula en esta advertencia: "¡Kornílov o Lenin!" En efecto, en la revolución no había ya sitio para el reinado del justo medio. ¡O ahora o nunca!, se dijo la contrarrevolución. El generalísimo Kornílov se alzó en armas contra la revolución so pretexto de una campaña contra los bolcheviques. Del mismo modo que antes de la revolución no había forma de oposición legal que no se cubriese con el manto del patriotismo, es decir, de la necesidad de luchar contra los alemanes, después de la guerra, las diferentes formas y modalidades de contrarrevolución legal se amparaban todas en la necesidad de luchar contra los bolcheviques. Kornílov contaba con el apoyo de las clases poseedoras y de su partido; es decir, de los kadetes. Pero esto no fue obstáculo; antes bien, coadyuvó a que las tropas enviadas por Kornílov sobre Petrogrado fuesen vencidas sin combate, a que capitularan sin luchar, evaporándose como una gota de agua al caer sobre una plancha al rojo. De este modo, se realizaba y fracasaba también el experimento de un golpe de estado de derecha, dado, además, por un hombre que se hallaba al frente del ejército; la relación de fuerzas entre las clases poseedoras y el pueblo fue verificada sobre la acción, y en la alternativa "Kornílov o Lenin" el general cayó como un fruto podrido, aunque Lenin estaba obligado, por el momento, a permanecer en un apartado rincón.

¿Qué variante quedaba, después de esto, que no se hubiese intentado someter a prueba? La variante del bolchevismo. Efectivamente, después de la tentativa de Kornílov y de su lamentable fracaso, las masas se vuelven tumultuosas y definitivamente hacia los bolcheviques. La Revolución de Octubre, próxima, se convierte en una necesidad física: A diferencia de la Revolución de Febrero, que se decía no sangrienta, aunque en Petrogrado costó no pocas víctimas, la Revolución de Octubre triunfa en la capital, efectivamente, sin derramamiento de sangre. ¿No tenemos derecho a preguntar: qué más pruebas se quieren de que la Revolución de Octubre respondía a las profundas leyes de la historia? ¿No es evidente que esta revolución sólo podía parecerles obra de la aventura o de la demagogia a aquellos a quienes atacaba en lo más sensible, en el bolsillo? La lucha sangrienta sólo comenzó después de conquistado el poder por los sóviets bolcheviques, cuando las clases derrotadas, sostenidas materialmente por los gobiernos de la *Entente*, hacen esfuerzos desesperados por recobrar lo perdido. Es entonces cuando comienzan los años de guerra civil. Se levanta el Ejército Rojo. El país, hambriento, abraza el comunismo de guerra y se convierte en un campamento espartano. La Revolución de Octubre paso a paso se abre camino, rechaza a sus enemigos, se ocupa de resolver sus problemas económicos, se cura de las heridas más sensibles de la guerra imperialista y de la guerra civil y alcanza los más grandes triunfos en el terreno del desarrollo industrial. Ante ella se alzan, sin embargo, nuevas dificultades, dimanadas de su aislamiento y del bloqueo de los potentes países capitalistas que la rodean. La condición de país atrasado que encuentra el proletariado ruso al llegar al poder, le plantea problemas, que, por su

esencia, no pueden ser enteramente resueltos en los cuadros de un estado aislado. Su suerte está por completo ligada a la marcha ulterior de la historia mundial.

Este primer volumen, consagrado a la Revolución de Febrero, demuestra cómo y por qué esta revolución tenía que fracasar. El volumen siguiente mostrará por qué triunfó la Revolución de Octubre.

Apéndice primero. Al capítulo "Particularidades en el desarrollo de Rusia"

El problema de las particularidades del desarrollo histórico de Rusia y, consiguientemente, de sus futuros destinos, fue, durante casi todo el siglo XIX, el eje de todas las discusiones y agrupaciones de la intelectualidad rusa. La eslavofilia y el occidentalismo daban al problema soluciones opuestas, pero igualmente categóricas. Luego, vinieron a ocupar su puesto los narodniki y los marxistas. Los primeros, antes de desvirtuarse de un modo definitivo bajo el influjo del liberalismo burgués, habían sostenido tenazmente y durante mucho tiempo la tesis de que Rusia seguía derroteros históricos propios y peculiares, al margen del capitalismo. En este respecto, los narodnikí venían a continuar la tradición eslavófila, aunque limpiándola de los elementos monárquico-clerical-paneslavistas e infundiéndole un carácter revolucionario y democrático.

En el fondo, las concepciones de la eslavofilia, con toda su fantasmagoría reaccionaria, lo mismo que las ideas de los narodniki, con todas sus ilusiones democráticas, no eran, no mucho menos, puras especulaciones, sino que se apoyaban en ciertas peculiaridades indiscutibles y además profundas, aunque superficialmente interpretadas y mal ponderadas de la historia de Rusia. En su lucha contra los narodniki, el marxismo ruso, demostrando que las leyes que presidian la evolución histórica eran las mismas en todos los países, incurría con harta frecuencia en lugares comunes dogmáticos, propendiendo, como dice el refrán, a derramar al niño con el agua de la bañera. Esta propensión se nos revela con bastante elocuencia en no pocos trabajos del conocido profesor Pokrovsky.

En 1922, Pokrovsky se lanzó sobre la concepción histórica del autor de esta obra, que sirve de base a la teoría de la revolución permanente. Creemos útil, cuando menos para aquellos lectores que no sólo se interesan por la marcha dramática de los acontecimientos, sino también por la doctrina de la revolución, reproducir aquí los pasajes más importantes de nuestra contestación al profesor Pokrovsky, publicada en *Pravda*, órgano central del partido, números 1 y 2, de julio de 1922.

En torno a las características peculiares del desarrollo histórico de Rusia

Pokrovsky ha publicado un artículo dedicado a mi libro 1905, en el cual viene a probar, con prueba desgraciadamente negativa, cuán complicado es aplicar los métodos del materialismo histórico a la historia humana viva, y cómo hasta hombres tan bien informados como Pokrovsky no pueden por menos de reducir a veces la historia a patrones preestablecidos.

El libro criticado por Pokrovsky nació del deseo de razonar históricamente y justificar teóricamente la consigna de la conquista del poder por el proletariado, no sólo frente al régimen de la república democrático-burguesa, sino también frente a la consigna de un gobierno democrático del proletariado y de los campesinos... El razonamiento provocó la más franca indignación teórica por parte de buen número de marxistas, o, por mejor decir, por parte de una mayoría abrumadora. Esta indignación no sólo prendió en los mencheviques, sino hasta en Kámenev y el historiador bolchevique Rochkov. Su punto de vista era, expuesto en términos generales, éste: el régimen político de la burguesía debe necesariamente preceder al régimen político del proletariado; la república democrático-burguesa tiene que ser, por fuerza, una larga escuela histórica en la que el

proletariado se discipline; toda tentativa de saltar por encima de esta etapa no es más que aventurerismo; si la clase obrera de los países de Occidente no ha conquistado todavía el poder, ¿cómo se puede enfrentar con este objetivo al proletariado ruso? Y así sucesivamente. A pseudomarxistas, que no saben más que aplicar unos cuantos patrones históricos y un catálogo de analogías formales, convirtiendo las épocas históricas en una sucesión lógica de rígidas categorías sociales (feudalismo, capitalismo, socialismo, autocracia, república burguesa, dictadura del proletariado), era natural que la conquista del poder por la clase obrera rusa se les antojase, pues no podía ser de otro modo, una monstruosa abjuración del marxismo. Sin embargo, un balance empírico, pero serio, de las fuerzas sociales tal y como se acusaron en los años 1903-1905, demostraba ya, con una evidencia imperiosa, toda la savia vital que se encerraba en la lucha por la conquista del poder para la clase obrera. Dígase si ésta es o no una característica peculiar en Rusia. Si presupone o no ciertas características y profundas particularidades en todo el proceso histórico del país, dígasenos de qué modo y por dónde este problema se le planteó precisamente al proletariado de Rusia, es decir, del país (con la venia de Pokrovsky) más atrasado de Europa.

¿Y en qué consiste, en rigor, el atraso de Rusia? ¿Acaso en que no hace otra cosa que copiar, sólo que con cierto retraso, la historia de los países europeos occidentales? ¿Cómo, entonces, podría hablarse de la conquista del poder por el proletariado ruso? No se olvide (nos tomamos la libertad de recordarlo) que el proletariado ruso está en el poder. ¿Cómo se explica esto? Pues se explica, sencillamente, por el hecho de que, presionado e influido por el nivel más alto de la cultura occidental, el indiscutible e indiscutido atraso histórico de Rusia no arroja una repetición pura y simple del proceso histórico de Occidente, sino que engendra profundas peculiaridades, dignas de especial estudio.

El profundo rasgo distintivo de nuestra situación política, gracias a la cual pudo triunfar la Revolución de Octubre antes de que comenzase la revolución en Europa, estribaba en la peculiar correlación de fuerzas que mediaba en Rusia entre las distintas clases y el poder del estado. Cuando Pokrovsky y Rochkov discutían con los narodniki o los liberales y demostraban que la organización y la política del zarismo obedecían a la evolución económica del país y a los intereses de las clases poseedoras, decían, en sustancia, la verdad. Pero, al pugnar por repetir la misma tesis contra mí, Pokrovsky dispara en falso.

Consecuencia de nuestro atraso histórico, en las condiciones en que nos colocó el cerco imperialista, fue que nuestra burguesía no tuviese tiempo para dar el empujón al zarismo antes de que el proletariado se erigiera en fuerza revolucionaria independiente.

Pero para Pokrovsky no existe, por lo visto, este problema, que es para nosotros el eje de toda la investigación...

Pokrovsky dice: "Sería muy tentador pintar la Rusia moscovita del siglo XVI sobre el fondo de todo el régimen europeo de la época. Nada mejor para refutar el prejuicio arraigado, hasta entre los marxistas, del 'primitivismo' de la base económica sobre la que se erigió la autocracia rusa." Y más adelante: "El estudiar esta autocracia en su verdadero entronque histórico, como uno de los aspectos del capitalismo comercial europeo..., es un problema de enorme interés, no sólo para el historiador, sino también para el público que lee, como enseñanza pedagógica; nada más radical para acabar con esa leyenda de las 'peculiaridades' del proceso histórico de Rusia." Como vemos, Pokrovsky niega en redondo el primitivismo y el atraso de nuestro desarrollo económico, a la par que califica de leyenda las peculiaridades del proceso histórico ruso. La verdadera explicación de la cosa está en que Pokrovsky, al igual que Rochkov se deja fascinar por la envergadura relativamente considerable alcanzada por el comercio en la Rusia del siglo XVI. Se hace casi imposible creer que pueda caer en ese error. En efecto, cabe suponer

que el comercio sea la base de la vida económica y su rasero infalible. Hace unos veinte años e economista alemán Carlos Bücher intentaba descubrir en el comercio (o sea en la senda que va del productor al consumidor) el criterio normativo de todo el desarrollo económico. Struve se apresuró, naturalmente, a trasplantar este "descubrimiento" a la "ciencia" económica rusa. Ya por aquel entonces los marxistas hubieron de rechazar, como era natural, la teoría de· Bücher. Para nosotros, los criterios del desarrollo económico hay que buscarlos en la producción (en la técnica y en la organización del trabajo); el camino recorrido por la mercancía de manos del productor a las del consumidor no pasa de ser, a nuestros ojos, un fenómeno de orden secundario, cuyas raíces hay que buscar en el régimen mismo de producción.

El gran incremento que, al menos en lo que al espacio se refiere, toma el comercio ruso en el siglo XVI, con el criterio de los Bücher y de los Struve, se explica precisamente (por paradójico que esto pueda parecer) por el primitivismo y el extremo atraso de la economía rusa. En las ciudades de la Europa Occidental imperaban los gremios de mercaderes y las corporaciones de artesanos. Nuestras ciudades eran, primordialmente, centros administrativo-militares, centros, por tanto, consumidores y no productores. Aquel régimen de vida artesana y gremial de Occidente se formó cuando el desarrollo económico había alcanzado un nivel relativamente alto, cuando todos los procesos fundamentales de la industria manufacturera se habían desglosado de la agricultura, para convertirse en ramas independientes del artesano, creándose sus propias organizaciones y un centro propio: la ciudad, con su mercado fijo, aunque durante los primeros tiempos circunscrito a un determinado territorio. La ciudad europea medieval se formó, por tanto, tomando por base una diferenciación relativamente acentuada de la economía, que engendraba relaciones mutuas y encauzadas entre el centro, o sea la ciudad, y la periferia, el campo. El atraso económico de Rusia, por el contrario, se acusaba muy principalmente en el hecho de no haberse destacado el artesano de las labores agrícolas, manteniéndose ambas formas confundidas en el trabajo de pequeños oficios rurales. En este punto, estamos más cerca de la India que de Europa, como también nuestras ciudades medievales estaban más cerca de las asiáticas que de las europeas, y nuestra autocracia, régimen intermedio entre el absolutismo europeo y el despotismo asiático, tenía con éste no pocos puntos de afinidad.

Dadas la inmensidad de las distancias y la poca densidad de la población (otro síntoma bastante elocuente de nuestro atraso), el intercambio de productos imponía al capital comercial funciones mediadoras de la mayor envergadura. Y esta envergadura se concibe precisamente por el nivel mucho más alto de desarrolló de los países occidentales, por la gran complejidad de sus necesidades, que les permitían enviarnos sus comerciantes y sus mercancías, dando con ello un gran impulso a su circulación en nuestro país, con su base económica, primitiva y, en buena parte, bárbara. Quien no vea esta característica peculiar de nuestro desarrollo histórico, la más acentuada de todas, desconoce en absoluto nuestra historia.

Mi patrono siberiano, a cuyo servicio pasé dos meses en el destierro, anotando en sus libros de comercio los puds y las archinas, aquel Yakov Andreievich Cherny (y esto no sucedía precisamente en el siglo XVI, sino a comienzos del XX), reinaba, casi dueño y señor absoluto, en sus dominios de Kirensk por obra y gracia de sus operaciones comerciales. Yakov Andeievich compraba pieles y productos ahumados a los tunguses; a los popes de los pueblos más alejados les compraba el grano de la pitanza; traía percales de las ferias de Irbitsk y de Nizhni Nóvgorod, Y, sobre todo, era el proveedor de aguardientes (por aquel entonces en la provincia de Irkutsk no se había implantado todavía el monopolio). Yakov Andreievich, mi patrono, que no sabía leer ni escribir, era millonario (millonario de los de entonces, cuando los ceros pesaban algo más de lo que

pesan los "ceros" de ahora). Su "dictadura", que era la del capital comercial, no admitía discusión. A los tunguses les llamaba siempre "mis tungusitos". Las ciudades de Kirensk, de Vercholensk y de Nizhni-Ilimsk eran residencias de *ispravniks* (jefes de policía) y *privas* (comisarios), de unos cuantos kulaks, entre los que mediaba una dependencia jerárquica mutua, y de un puñado de miseros artesanos y humildes empleados públicos. No pude dar allí con un solo oficio organizado que fuese la base de una vida económica urbana, ni gremios, ni fiestas corporativas, ni *guildas*, aunque Yakov Andreievich ostentase el título honorífico de mercader de la segunda *guilda*. Este trozo viviente de la realidad siberiana nos pone delante de los ojos, más plásticamente que cuanto pueda decirnos Pokrovsky, las peculiares características del desarrollo histórico de Rusia. Sin duda alguna, las operaciones comerciales de Yakov Andreievich llegaban desde la mitad aproximadamente del curso del Lena y de sus afluentes orientales hasta Nizhni Nóvgorod, e incluso hasta Moscú. Seguramente que no habrá en toda la Europa continental muchas empresas que ostenten en sus mapas comerciales distancias tan enormes. Pues, con todo, aquel dictador comercial, aquel "rey de oros", como le llamaba la gente del país, era la encarnación más acabada y convincente de nuestro atraso, de nuestra barbarie, de nuestro primitivismo económico, de la poca densidad de nuestra población, de la dispersión de nuestras aldeas, de las calzadas intransitables que en las épocas del deshielo tienen bloqueadas a aldeas, a distritos y a regiones enteras durante dos meses seguidos, del analfabetismo colectivo.

Mi patrono pudo alcanzar aquella supremacía comercial alzándose sobre la base de la barbarie siberiana, sencillamente porque el Occidente ("Rusia", "Moscú") apretaba, arrastrando a Siberia a remolque, engendrando así una mezcla de primitivismo económico trashumante y de reloj despertador fabricado en Varsovia.

El artesano gremial constituía la base de la cultura urbana medieval, que irradiaba también a las aldeas. La ciencia medieval, el escolasticismo, la Reforma, brotaron en el terreno de los gremios. Mas, en nuestro país no sucedía así. No es difícil, naturalmente, descubrir gérmenes, indicios, rudimentos; pero no debemos olvidar que lo que había en Occidente no eran tan solamente indicios, sino un potente régimen económico-cultural con el artesanado gremial por base. Sobre esta base se erige la ciudad medieval, que luego crece y da la batalla a la Iglesia y a los señores feudales, empleando contra éstos el brazo de la monarquía. Fue esta misma ciudad la que, al inventar las armas de fuego, sentó las bases técnicas para la creación de los ejércitos permanentes.

¿Qué ciudades gremiales había en Rusia que pudieran ni remotamente compararse a las de la Europa Occidental? ¿Dónde están las luchas de estos centros con los señores feudales? ¿O acaso fue la pugna de la ciudad industrial y comercial contra los señores feudales la que sirvió de base para el desarrollo de la autocracia rusa? No; en Rusia no hubo tal pugna, por razón del carácter mismo de nuestras ciudades, como no hubo tampoco Reforma. Dígase si esto es o no es una característica peculiar de nuestro país.

Nuestros oficios no salieron de la fase del artesano de las aldeas o, lo que es lo mismo, no llegaron a desglosarse de la clase campesina. La Reforma, entre nosotros, carente de dirección por parte de las ciudades, no pasó de la fase rudimentaria de las sectas campesinas. El primitivismo y el atraso son verdades patéticas.

El zarismo no se desarrolló y llegó a organizarse como estado independiente (y para esto, de un modo relativo, dentro de los límites en que lo consentía la lucha de las fuerzas históricas vivas sobre aquella base económica) gracias precisamente a la pugna de las potentes ciudades contra los potentes señores feudales, sino a pesar de la completa anemia industrial de nuestras ciudades y aprovechándose de la anemia de los señores feudales rusos.

Por su estructura social, Polonia se hallaba situada entre Rusia y Occidente, del mismo modo que Rusia lo estaba entre Asia y Europa. En las ciudades polacas, la organización corporativa de los oficios tomó mucho más arraigo que en las rusas. Pero tampoco consiguieron desarrollarse hasta el punto de poder ayudar a la monarquía a quebrantar el poder de los señores feudales. El poder del estado residía por entero en manos de la nobleza. El resultado de esto: impotencia absoluta del estado y disgregación de éste.

Lo que hemos dicho del zarismo rige igualmente con el capital y el proletariado: no comprendemos por qué Pokrovsky dirige sus tiros solamente contra aquél. El capitalismo ruso no siguió la trayectoria del artesano a la fábrica, pasando por la manufactura, porque el capital europeo, el capital comercial primero y luego el financiero y el industrial, se abalanzó sobre Rusia en una época en que el artesanado no se había desglosado todavía de la agricultura. Así se explica la aparición de una industria capitalista moderna en medio de un panorama de primitivismo económico: de vez en cuando, una fábrica belga o norteamericana, y, en derredor, poblados miseros, chozas de madera y de paja que no pasa año sin que se incendien, y todo por el estilo. Al lado de los rudimentos más primitivos, los más recientes progresos europeos. De aquí el papel inmenso que el capital europeo desempeña en la economía de Rusia. De aquí el raquitismo político de la burguesía de nuestro país. De aquí la facilidad con que le dimos la batalla. De aquí que las dificultades surgieran al intervenir la burguesía europea en nuestros destinos...

¿Y nuestro proletariado? ¿Ha pasado, acaso, por la escuela de las hermandades medievales de los aprendices? ¿Tiene detrás las tradiciones seculares de las corporaciones? Nada de eso. A nuestro obrero se le arrancó de la esteva del arado para arrojarlo de la noche a la mañana a la caldera de la fábrica... De aquí la ausencia en él de tradiciones conservadoras, la inexistencia de castas en el seno del proletariado, su lozanía revolucionaria, y de aquí, en relación con otras causas, nuestro Octubre, el primer gobierno obrero del mundo. Pero de aquí también la incultura, el atraso, la carencia de hábitos de organización, de sistema en el trabajo, de educación cultural y técnica. Defectos todos que palpamos a cada paso en nuestra obra de edificación económica y cultural.

El estado ruso chocó reiteradas veces con las organizaciones militares de las naciones de Occidente, cimentadas sobre una base económica, política y cultural más alta. También el capital ruso chocó, al aventurar sus primeros pasos, con el capital de Occidente, más desarrollado y poderoso, cayendo bajo su tutela. La clase obrera rusa hubo de dar también sus primeros pasos utilizando las armas ya creadas por la experiencia del proletariado occidental: la teoría marxista, los sindicatos, el partido político. Quien pretenda explicar el carácter y la política de la autocracia fijándose sólo en los intereses de las clases poseedoras rusas, olvida que, detrás de los explotadores de Rusia, más atrasados, más pobres, más ignorantes, estaban los explotadores de Europa, más ricos, más cultos, más poderosos. Las clases poseedoras de Rusia debían encontrarse con las clases poseedoras de Europa, hostiles o semihostiles. Estos choques ocurrían por medio de la organización del estado. En Rusia esta organización era la autocracia. La estructura y la historia de la autocracia habrían sido muy otras si no hubiesen existido las ciudades europeas, la pólvora europea (pues no fuimos nosotros quienes la inventamos) y la bolsa de Europa.

En el último período de su vida la autocracia no era solamente un órgano de las clases poseedoras de Rusia, sino que era también una organización de la bolsa europea para la explotación de nuestro país. Este doble papel le daba una potencia bastante considerable. Expresión elocuentísima de ello es el hecho de que, para sostener a la

autocracia, la bolsa francesa le concediera en 1905 un empréstito contra la voluntad de la burguesía rusa.

El zarismo salió aniquilado de la guerra imperialista. ¿Por qué? Porque se apoyaba en una base insignificante de producción (“primitivismo”). Desde el punto de vista militar y técnico, el zarismo se esforzaba en copiar a los modelos más perfectos. Los Aliados, más ricos y más cultos, le ayudaban en ello por todos los medios. Gracias a esto, el zarismo disponía de los más perfectos instrumentos de guerra. Pero no contaba ni podía contar con medios para producirlos ni para transportarlos (lo mismo que las masas humanas) con la necesaria rapidez por las vías férreas, fluviales y marítimas. Dicho en otros términos, el zarismo defendía los intereses de las clases poseedoras de Rusia en la pugna internacional apoyándose en una base económica más primitiva que la de sus enemigos y aliados.

Durante la guerra el zarismo esquilmó esta base económica de un modo despiadado; devoró un tanto por ciento de la riqueza y de la renta nacionales mucho mayor que el comprometido por sus poderosos enemigos y aliados. Este hecho se tradujo, de una parte, en el sistema de las deudas de guerra y, de otra, en la completa bancarrota de Rusia...

Los lugares comunes de Pokrovsky no nos sirven para explicarnos en lo más mínimo todas estas circunstancias, a las que se deben de un modo inmediato la Revolución de Octubre, el triunfo del proletariado y las dificultades con que éste habría de tropezar en el poder.

Apéndice segundo. Al capítulo “el rearme del partido”

En el diario neoyorquino *Novy-Mir* (El Nuevo Mundo), destinado a los obreros rusos de Norteamérica, el autor de este libro trató de hacer un análisis y formular un pronóstico del desarrollo de la revolución basado en las informaciones de la prensa norteamericana. “No tenemos acerca de la historia interna de los acontecimientos que se están desarrollando [escribía el autor el 6 de marzo (viejo estilo)] más que las noticias fragmentarias que nos dan los telegramas oficiales.” La serie de artículos dedicados a la Revolución comienza el 27 de febrero y se interrumpe el 14 de marzo, al salir el autor de Nueva York[28]. Reproducimos a continuación, en orden cronológico, los extractos de esta serie de artículos, que nos pueden dar una idea aproximada de las opiniones que acerca de la revolución tenía el autor al arribar, el 4 de mayo, a Rusia.

27 de febrero:

“Un gobierno desorganizado, comprometido, incoherente, un ejército definitivamente destrozado, el descontento, la inseguridad y el miedo entre las clases poseedoras, una profunda exasperación en las masas populares, la existencia de un proletariado templado en el fuego de los acontecimientos, que ha crecido numéricamente: todo nos da derecho a afirmar que estamos asistiendo a los comienzos de una segunda Revolución Rusa. Confiemos en que muchos de nosotros podamos tomar parte en ella.”

3 de marzo:

“Los Rodzianko y los Miliukov se apresuran demasiado a hablar de orden; tan pronto no se restablecerá la calma en la Rusia convulsionada. Capa tras capa, el país entero se levanta ahora (todos los oprimidos, los desheredados, los expoliados por el

[28] Recordamos al lector que puede consultar los materiales de Trotsky correspondientes al año 1917 en nuestra serie en construcción Trotsky inédito en internet y en castellano y, en estas mismas OELT-EIS, en el libro: *1917. El año de la revolución*.

zarismo y las clases dirigentes) sobre toda la inmensa extensión de las tierras rusas, prisión de pueblos. Los acontecimientos de Petrogrado no son más que el principio. El proletariado revolucionario, puesto al frente de las masas populares de Rusia, cumplirá su misión histórica: expulsará a toda la reacción monárquica y a la aristocracia, y tenderá la mano a los proletarios de Alemania y de toda Europa. Pues no basta liquidar al zarismo: hay que terminar también con la guerra."

"La segunda ola de la revolución va a pasar por encima de las cabezas de los Rodzianko y Miliukov, que sólo se preocupan de restablecer el orden y de llegar a un acuerdo con la monarquía. De las entrañas de la revolución surge el órgano revolucionario del pueblo, que marcha hacia la victoria. Las principales batallas y los más duros sacrificios aún no llegaron. Sólo tras ellos vendrá el triunfo completo y verdadero."

4 de marzo:

"El descontento de las masas, contenido durante largo tiempo, ha tardado tanto en estallar, a los treinta y dos meses de guerra, no porque se levantara ante ella una barrera policíaca, fuertemente minada en su base durante la guerra, sino porque todos los órganos e instituciones liberales, con sus apéndices socialpatrióticos, han ejercido una enorme presión política sobre los sectores obreros menos conscientes, persuadiéndolos de la necesidad de la disciplina patriótica y del orden."

"Es sólo ahora (después de triunfar la insurrección) que le llega el turno a la duma. El zar intentó, a última hora, disolverla. Y la duma se habría disuelto dócilmente, 'siguiendo el ejemplo de los años anteriores', si hubiera podido. Pero en las capitales dominaba ya el pueblo revolucionario, el mismo pueblo que había salido a la calle a luchar contra la voluntad de la burguesía liberal. El ejército estaba con el pueblo, y si la burguesía no hubiera intentado organizar su poder, un gobierno revolucionario habría salido de las masas obreras insurreccionadas. La Duma del 3 de junio no se hubiera decidido jamás a arrebatar el poder al zarismo. Pero no podía tampoco dejar de explotar en su provecho la situación intermedia que se había creado: la monarquía había desaparecido momentáneamente de la superficie de la tierra, y el poder revolucionario todavía no se había constituido."

6 de marzo:

"El conflicto abierto entre las fuerzas de la revolución, a cuyo frente se halla el proletariado de las ciudades, y la burguesía liberal-antirrevolucionaria que ocupa temporalmente el poder, es de todo punto inevitable. No es difícil, por supuesto, hilvanar frases altisonantes (y de esto se ocupan con celo los burgueses liberales como los deplorables socialistas de tipo vulgar) acerca de la gran superioridad de la unidad nacional sobre la escisión de clase. Pero con semejantes exhortaciones nadie ha conseguido hasta ahora eliminar las contradicciones sociales ni detener el desarrollo natural de las luchas revolucionarias."

"El proletariado revolucionario, ya ahora, sin esperar más, deberá oponer sus órganos revolucionarios, los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, a los órganos ejecutivos del gobierno provisional. En esta lucha el proletariado, agrupando a su alrededor a las masas populares, deberá proponerse como fin inmediato la conquista del poder. Sólo un gobierno obrero revolucionario tendrá la voluntad y la capacidad necesarias para llevar a cabo, durante el período preparatorio de la asamblea constituyente, una depuración democrática radical en el país, una reorganización de arriba abajo en el ejército, transformándolo en una milicia revolucionaria, y demostrar a las masas campesinas que su salvación está únicamente en el sostenimiento de un régimen obrero revolucionario."

7 de marzo:

"Mientras estaba en el poder la banda de Nicolás II, tenían primacía en la política exterior los intereses de la dinastía y de la nobleza reaccionaria. Precisamente por esto, en Berlín y en Viena confiaban de continuo en que llegaría a firmarse un tratado de paz por separado con Rusia. Pero ahora, en las banderas gubernamentales, se han inscrito sólo los intereses del imperialismo. 'El gobierno zarista ha dejado de existir (le dicen al pueblo los Guchkov y los Miliukov); ahora debéis derramar vuestra sangre por los intereses de toda la nación.' Por intereses nacionales entienden los imperialistas rusos la restitución de Polonia, la conquista de Galitzia, de Constantinopla, de Armenia y de Persia. En otras palabras, Rusia forma actualmente en las filas imperialistas con los demás estados europeos, y, sobre todo, con sus aliados: Inglaterra y Francia."

"El pasaje del imperialismo dinástico-aristocrático al imperialismo puramente burgués no puede de ningún modo reconciliar al proletariado de Rusia con la guerra. Ahora más que nunca nuestra misión es la lucha internacional contra la matanza mundial y el imperialismo."

"La fanfarronería imperialista de Miliukov (abatir a Alemania, Austria-Hungría y Turquía) no puede hacer mejor el juego, actualmente, a los Hohenzollern y a los Habsburgo. Miliukov desempeñará, entre tanto, el papel de espantajo en sus manos. Aun antes de emprender las reformas en el ejército, el nuevo gobierno liberal imperialista ayuda a los Hohenzollern a levantar el espíritu patriótico y a reconstituir la 'unidad nacional' del pueblo alemán. Si el proletariado alemán pudiera suponer que detrás del nuevo gobierno burgués de Rusia se halla todo el pueblo, sin excluir la fuerza principal de la revolución, el proletariado, habríamos asestado un golpe terrible a nuestros camaradas, los revolucionarios socialdemócratas de Alemania."

"La primera obligación del proletariado revolucionario de Rusia es demostrar que detrás de la voluntad imperialista de la burguesía liberal no hay ninguna fuerza, pues no cuenta con el apoyo de las masas obreras. La Revolución Rusa debe revelar ante todo el mundo su verdadera faz, esto es, su intransigente hostilidad, no sólo hacia la reacción dinástico-aristocrática, sino también hacia el imperialismo liberal."

8 de marzo:

"Bajo la bandera de la 'salvación del país', la burguesía liberal intenta mantener en sus manos la dirección del pueblo revolucionario, y con este fin arrastra consigo a remolque no sólo al trudoviki patriótico Kerensky, sino también, por lo visto, a Chjeidze, representante de los elementos oportunistas de la socialdemocracia."

"La cuestión agraria abre una brecha profunda en el actual bloque de nobles, burgueses y socialpatriotas. Kerensky tendrá que elegir entre los 'liberales' del 3 de junio[29],

que quieren detener la revolución en sus límites capitalistas, y el proletariado revolucionario, que desarrollará en toda su amplitud el programa de la revolución agraria, esto es, la confiscación y entrega al pueblo de las tierras de la monarquía, de los grandes propietarios, de los conventos y de la Iglesia. No tiene importancia saber en qué sentido se inclinará personalmente Kerensky...; otra cosa son ya las masas campesinas, las capas inferiores del campo. Traerlas al lado del proletariado constituye la misión más importante y más urgente."

"Sería un crimen resolver este problema (atraerse a los campesinos) adaptando nuestra política a la estrechez nacional-patriótica de la aldea. El obrero ruso se suicidaría pagando su alianza con los campesinos al precio de la ruptura con el proletariado europeo. Pero no hay ninguna necesidad política de ello. Tenemos en nuestras manos un arma más fuerte; mientras que el actual gobierno provisional y el Ministerio Lvov-Guchkov-

[29] Es decir, los miembros de la duma que surgió del golpe de estado del 3 de junio de 1907. L. T.

Miliukov-Kerensky[30] se ven obligados, para conservar su unidad, a eludir el problema agrario, nosotros podemos y debemos plantearlo en toda su magnitud ante las masas campesinas de Rusia.

"-¡Puesto que la reforma agraria es imposible, estamos por la guerra imperialista! (dijo la burguesía rusa después de la experiencia de 1905 y 1907).

"-¡Volved la espalda a la guerra imperialista oponiendo a la misma la Revolución Agraria! (diremos nosotros a las masas campesinas basándonos en la experiencia de 1914-1917).

"Esta cuestión de la tierra desempeñará un papel muy importante en lo que se refiere a la unión de los cuadros proletarios del ejército con la masa campesina del mismo. '¡La tierra del propietario y no Constantinopla!', dirá el soldado campesino, explicándole a quién y para qué sirve la guerra imperialista. Y del éxito de nuestra agitación y nuestra lucha contra la guerra (principalmente entre los obreros y en segundo término entre las masas campesinas y los soldados) dependerá que el gobierno liberal-imperialista pueda ser reemplazado por un gobierno obrero revolucionario que se apoye directamente en el proletariado y en los campesinos pobres que se le unen."

"Los Rodzianko, los Guchkov y los Miliukov concentrarán todos sus esfuerzos en crear una asamblea constituyente hecha a su imagen y semejanza. El arma más potente que tienen en sus manos es la consigna. de la guerra nacional contra el enemigo exterior. Naturalmente, ahora nos hablarán de la necesidad de defender las 'conquistas de la revolución' contra el ataque de los Hohenzollern y los socialpatriotas les harán coro.

"-¡Nosotros no tenemos nada que defender! (les responderemos. En primer lugar, es necesario garantizar la revolución contra el enemigo interior. Hay que barrer, sin esperar a la asamblea constituyente, los vestigios de la monarquía y de la servidumbre. Hay que enseñar al campesino ruso a no prestar crédito a las promesas de Rodzianko y a las mentiras patrióticas de Miliukov. Hay que enrolar a los millones de campesinos contra los imperialistas-liberales bajo la bandera de la Revolución Agraria y de la República. Esta labor sólo podrá realizarla íntegramente un gobierno revolucionario que se apoye en el proletariado y arroje del poder a los Guchkov y a los Miliukov. Este gobierno obrero empleará todos los recursos del estado para conducir, educar y agrupar a las masas trabajadoras más atrasadas e ignorantes de la ciudad y del campo.

"-Y si el proletariado alemán no se levanta, ¿qué haremos entonces?

"-¿Suponemos, entonces, que la Revolución Rusa puede pasar sin dejar huella alguna en Alemania aun cuando lleve al poder a un gobierno obrero?

"-No, esto es completamente inverosímil. "-Pero ¿y si a pesar de todo, fuera así?

"...Si ocurriera lo inverosímil, si la organización socialpatriota, conservadora, impidiera a la clase obrera alemana levantarse en un período próximo contra sus clases dirigentes, entonces, naturalmente, la clase obrera rusa defendería la revolución con las armas. El gobierno obrero revolucionario mantendría la guerra contra los Hohenzollern, llamando al proletariado alemán hermano a alzarse contra el enemigo común, del mismo modo que el proletariado alemán, si llegara al poder próximamente, tendría no sólo el 'derecho', sino la obligación de dirigir la guerra contra Guchkov-Miliukov para ayudar a los obreros rusos a liberarse de su enemigo imperialista. Tanto en un caso como en otro, la guerra dirigida por el gobierno revolucionario no sería más que la revolución armada. Se trataría no de la 'defensa de la patria', sino de la defensa de la revolución y de su extensión a otros países."

[30] La prensa norteamericana entendía por gobierno provisional al comité provisional de la duma. L. T.

No creo que sea necesario detenerse a demostrar que en estos artículos que extractamos, artículos de carácter popular destinados a los obreros, se expone la misma idea acerca del desarrollo de la revolución expresada por Lenin en sus tesis del 4 de abril.

En relación con la crisis que atravesó el Partido Bolchevique en los primeros meses de la Revolución de Febrero, no estará de más reproducir aquí un pasaje del artículo, escrito en 1909 por el autor de este libro para la revista polaca de Rosa Luxemburg:

"Si los mencheviques, partiendo de la abstracción 'nuestra revolución es burguesa', llegan a la idea de adoptar la táctica del proletariado a la conducta de la burguesía liberal hasta que ésta conquiste el poder, los bolcheviques, partiendo de una abstracción asimismo vacía: 'dictadura democrática y no socialista', llegan a la idea de un proletariado que detenta el poder y se da a sí mismo un límite burgués democrático. Cierto que median entre ellos, en este punto, diferencias muy considerables: mientras que el aspecto antirrevolucionario del menchevismo se manifiesta ya ahora con toda su fuerza, los rasgos antirrevolucionarios del bolchevismo sólo constituyen un gran peligro en el caso de una victoria revolucionaria."

Estas palabras han sido muy explotadas por los epígonos, después de 1923, en su campaña contra el trotskysmo. Sin embargo, ocho años antes de los acontecimientos trazaban un pronóstico muy certero de la conducta que habían de seguir los actuales epígonos "en el caso de un triunfo revolucionario".

El partido salió honorablemente de la crisis de abril, liquidando los "rasgos antirrevolucionarios" de su capa dirigente. Por esto el autor creyó oportuno añadir, en 1922, al pasaje citado más arriba, la nota siguiente:

"Como es sabido, esto no sucedió, pues bajo la dirección de Lenin el bolchevismo consiguió (no sin lucha interior) renovarse ideológicamente, ante esta importantísima cuestión, en la primavera de 1917; esto es, antes de la conquista del poder.

Luchando contra las tendencias oportunistas del sector dirigente de los bolcheviques, escribía Lenin en abril de 1917:

"Las consignas y las ideas bolcheviques se han visto en general perfectamente confirmadas, pero concretamente las cosas han sucedido de un modo distinto al que se podría esperar, de un modo más original, más peculiar, más variado. Ignorar, olvidar este hecho, equivaldría a confundirse con los 'viejos bolcheviques' que ya más de una vez han desempeñado en la historia de nuestro partido un triste papel, repitiendo las fórmulas aprendidas de memoria en vez de estudiar las características peculiares de la nueva realidad viviente. Todo el que hoy se limite a hablar de la 'dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos' va a la zaga de la vida, se ha pasado en realidad a la pequeña burguesía contra la lucha de clases del proletariado, y no hay más remedio que mandarle al archivo de las rarezas 'bolcheviques' prerrevolucionarias (al que podríamos llamar archivo de los 'viejos bolcheviques')."

Apéndice tercero. Al capítulo "El congreso de los sóviets y la manifestación de junio"

Carta al profesor A. Kahun, de la Universidad de California

Le interesa a usted saber hasta qué punto Sujánov refleja fielmente la realidad cuando relata la entrevista que en mayo de 1917 hube de celebrar con la redacción de *Novaya Yizn*, cuya dirección ejercía formalmente Máximo Gorki. Para la mejor inteligencia de lo que he de decir, he de apuntar aquí algunas palabras acerca del carácter que, en general, presentan los siete volúmenes de las memorias sobre la revolución, de

Sujánov. A pesar de todos los defectos (prolijidad, impresionismo, miopía política), que en algunos momentos hacen insoportable la lectura de este trabajo, no se puede dejar de reconocer la singularidad de su autor, que hace de su obra una fuente valiosa para un historiador. Pero todo jurista sabe que la sinceridad del testigo no garantiza la veracidad de sus declaraciones; hay que tener en cuenta, además, el nivel intelectual del testigo, sus facultades orales, auditivas, su memoria, su estado de ánimo al producirse el incidente. Sujánov, impresionista de tipo intelectual, carece, como la mayoría de ellos, de la capacidad necesaria para comprender la psicologia política de hombres de otra formación. Y aunque en 1917 militase en el ala izquierda del campo conciliador, muy cerca, por tanto, de los bolcheviques, era, como lo fue siempre y lo siguió siendo por su mentalidad hamletiana, todo lo opuesto a un bolchevique. En él acecha siempre un sentimiento instintivo que le hace repeler hostilmente al hombre íntegro, que sabe a ciencia cierta lo que quiere y a dónde va. Resulta de todo esto que Sujánov, en sus memorias tan pronto como intenta explicarse los móviles a que responden los actos de los bolcheviques o descubrir sus resortes internos, no hace más que acumular error sobre error, muy concienzudamente, eso sí. A veces parece como si se propusiera deliberadamente complicar las cuestiones más sencillas y claras. En realidad, es incapaz, por lo menos en política, de encontrar la distancia más corta entre dos puntos.

Sujánov se esfuerza tenazmente en contraponer mi línea a la de Lenin. Muy sensible a la opinión de corrillos y de los rumores de los círculos intelectuales (en lo que, dicho sea de paso, consiste uno de los méritos de sus memorias, que tan copioso material nos suministran para conocer la psicología de los dirigentes liberales, radicales y socialistas), Sujánov abrigaba, naturalmente, la esperanza de que surgieran diferencias entre Lenin y Trotsky, con tanta más razón cuanto que esto serviría para aliviar, en parte al menos, la suerte poco envidiable de la *Novaya Yizn*, arrinconada entre los socialpatriotas y los bolcheviques. En sus memorias, Sujánov vive aún en la atmósfera de estas esperanzas irrealizables, presentadas bajo el aspecto de recuerdos políticos e hipótesis *a posteriori*. Considera las particularidades de la personalidad, del temperamento, del estilo, y se esfuerza por interpretarlas como rutas políticas diferentes.

Refiriéndose a la manifestación bolchevique organizada para el 10 de junio, luego suspendida; a las manifestaciones armadas de las jornadas de junio, Sujánov trata en numerosas páginas de demostrar que Lenin aspiraba en aquellos días a tomar inmediatamente el poder, valiéndose para ello de una conspiración y una insurrección armada; mientras que Trotsky, por el contrario, aspiraba a implantar el poder real de los sóviets, en los que entonces predominaban los partidos socialdemócrata y menchevique. Todo esto no tiene ni sombra de verdad.

El 4 de junio, en el Primer Congreso de los Sóviets, Tsereteli dijo de modo incidental en su discurso: “Actualmente no existe en Rusia un partido político que pueda decir: ‘Poned el poder en nuestras manos’.” Una voz le interrumpió, gritando: “¡Sí, hay uno!” A Lenin no le gustaba interrumpir a los oradores ni que a él le interrumpieran. Tenía que haber razones serias que lo indujesen en esta ocasión a renunciar a su discreción habitual. Lógicamente, según Tsereteli, resultaba que, cuando un pueblo caía en una red de grandes dificultades, a lo que ante todo había que aspirar era a endosar el poder a otros. En esto consistía, en esencia, toda la sabiduría política de los conciliadores rusos, los mismos que después de la Revolución de Febrero no acertaron a hacer nada mejor que ceder el poder a los liberales. Tsereteli disfrazaba de desinterés político y de aguda perspicacia su poco decoroso miedo a la responsabilidad. Un revolucionario que cree en la misión histórica de su partido no puede tolerar esa cobarde fanfarronería. Un partido revolucionario que en circunstancias difíciles es capaz de rehuir el poder, no merece más que el desprecio.

En el discurso pronunciado en aquella sesión, Lenin explicó su interrupción: "El ciudadano ministro de correos y telégrafos (Tsereteli) ha dicho que en Rusia no hay un solo partido político dispuesto a tomar íntegramente el poder. A esto contesto que hay uno; ningún partido puede renunciar a esto, y nuestro partido no renuncia. Lejos de eso, está dispuesto a hacerse cargo íntegramente del poder en cualquier momento. (*Aplausos y risas*.) Podéis reíros todo lo que queráis, pero si el ciudadano ministro nos coloca ante ese trance..., no se quedará sin la respuesta merecida." ¿Puede ser más claro el pensamiento de Lenin? En el mismo congreso de los sóviets, al tomar la palabra, después de hablar el ministro de agricultura, Pieschechonov, me expresé así: "No pertenezco al mismo partido que Pieschechonov, pero si me dijeran que el ministerio estará integrado por doce Pieschechonov, diría que será un inmenso paso hacia adelante."

No creo que entonces, en medio de los acontecimientos, mis palabras acerca de un ministerio de Pieschechonov pudieran ser interpretadas como la antítesis de la disposición de Lenin a tomar el poder. Sujánov se nos presenta hoy, con unos cuantos años de retraso, como el teórico de esta antítesis imaginaria. Interpretando los preparativos de los bolcheviques para la manifestación del 10 de junio a favor del poder de los sóviets como los preparativos hechos para la toma del poder, Sujánov escribe: "Dos o tres días antes de la manifestación, Lenin afirmaba públicamente que estaba dispuesto a hacerse cargo del poder. Trotsky decía, también por aquellos días, que desearía ver en el poder a una docena de Pieschechonov. Hay una diferencia. A pesar de todo, doy por supuesto que Trotsky intervino en la acción del 10 de junio... Tampoco Lenin se inclinaba, en aquel entonces, a dar la batalla decisiva, sin contar con el dudoso grupo de los *meschrayonzy* o interdepartamentales; Trotsky era un asociado magno de aquel magno juego; en cambio, dentro de su partido no había nadie que, ni con mucho, mucho, muchísimo, fuera digno de él."

Todo este pasaje está lleno de contradicciones. Según Sujánov, Lenin se propuso aquello de que Tsereteli lo acusaba: "La toma inmediata del poder por la minoría proletaria." Sujánov, por inverosímil que parezca, ve la prueba de esta actitud blanquista en las palabras pronunciadas por Lenin, diciendo que los bolcheviques están dispuestos a tomar el poder pasando por encima de todas las dificultades. Pero si el 10 de junio Lenin se disponía, en efecto, a adueñarse del poder por medio de un compló ¿en qué cabeza cabe que previniese de ello a sus enemigos el 4 de junio en una sesión plenaria del sóviet? ¿Hace falta recordar que lo primero que hizo Lenin al llegar a Petrogrado fue infundir al partido la idea de que los bolcheviques sólo podían proponerse como objetivo el derrumbamiento del gobierno provisional después de conquistar la mayoría del sóviet? Durante las jornadas de abril, Lenin disintió resueltamente con los bolcheviques que lanzaban la consigna de "¡Abajo el gobierno provisional!" Su réplica del 4 de junio no tenía más que un sentido: nosotros, los bolcheviques, estamos dispuestos a tomar el poder hoy mismo, siempre que los soldados y obreros nos otorguen su confianza; en esto nos distinguimos de los conciliadores, que, aun contando con la confianza de los obreros y los soldados, no se atreven a tomar el poder.

Sujánov enfrenta a Trotsky, el realista, con Lenin, el blanquista. "Sin aceptar a Lenin, confiesa en cambio estar plenamente identificado con el modo de plantear la cuestión de Trotsky." Pero al mismo tiempo Sujánov declara que "Trotsky intervino en la acción del 10 de junio", o sea (según él) en un compló encaminado a la conquista del poder. Después de descubrir dos líneas donde no existía ninguna, Sujánov no puede sustraerse al placer de fundir estas dos líneas en una sola para poder así acusarme de aventurerismo. Es una especie de revancha, un tanto platónica, que se toma ante la frustración de las esperanzas que los intelectuales de izquierda habían puesto en la ansiada discrepancia entre Lenin y Trotsky.

En los carteles que los bolcheviques tenían preparados para la manifestación suspendida el 10 de junio y que llevaron los manifestantes del 18, se destacaba en primer término el que decía: "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" Sujánov admira, como esteta, la sencillez y la fuerza de expresión de esta consigna; pero, como político, acusa una perfecta incomprensión de su sentido. El gobierno comprendía, además de los "diez ministros capitalistas", seis ministros conciliadores. A éstos los carteles bolcheviques los dejaban en paz. El sentido de la consigna era que los ministros capitalistas fueran sustituidos por ministros socialistas representantes de la mayoría soviética. Es precisamente esta idea, expresada en los carteles bolcheviques, la que yo formulé ante el congreso de los sóviets. Romped (vine a decir) el bloque con los liberales; eliminad a los ministros burgueses y reemplazadlos por vuestros Pieschechonov. Al proponer a la, mayoría soviética que tomara el poder, los bolcheviques no pensaban, por supuesto, comprometerse en lo más mínimo respecto a los tales Pieschechonov. Al contrario, no se recataban para decir que lucharían rabiosamente contra ellos dentro de los cuadros de la democracia soviética por obtener la mayoría en los sóviets y por conquistar el poder. Todo esto, como se ve, no son, en fin de cuentas, más que verdades elementalísimas. Sólo las cualidades, a que aludíamos, de Sujánov, y no precisamente como persona, sino como tipo representativo, explican que este hombre, que vivió y observó los acontecimientos, pueda armar, en una cuestión tan seria y al mismo tiempo tan sencilla, unos enredos tan lamentables.

A la luz del episodio político analizado aquí, será mucho más fácil comprender la falsa interpretación que da Sujánov de esa entrevista mía con la redacción, de la *Novaya Yizn*, por la que usted me pregunta. La moraleja de mi contacto con el círculo de Máximo Gorki la expresa Sujánov en la conclusión que pone en mis labios: "Ahora veo que no me queda más recurso que fundar un periódico en colaboración con Lenin." De esto se deduce que llegué al convencimiento de que era imposible entenderme con Gorki y Sujánov; es decir, con dos hombres a quienes nunca tuve por políticos y por revolucionarios, y que esto me obligó a volver la vista a Lenin. Basta con formular claramente esta idea para comprender lo absurdo que es.

Como característica, subrayé, de paso, esta frase de Sujánov: ‘‘Fundar un periódico en colaboración con Lenin", como si los problemas de la política revolucionaria se redujeran a fundar un periódico. Cualquier hombre dotado de una mínima imaginación creadora debe ver con toda claridad que yo no podía pensar así ni definir así mis tareas.

Para explicar la visita que hube de hacer al círculo periodístico de Gorki hay que recordar que yo llegué a Petrogrado a principios de mayo, es decir, más de dos meses después de la revolución y un mes después de la llegada de Lenin. En este espacio de tiempo se habían puesto ya en claro y decidido muchas cosas. Necesitaba una orientación directa, empírica, por decirlo así, no sólo acerca de las fuerzas fundamentales de la revolución y del estado de opinión existente entre los obreros y los soldados, sino también respecto a todos los grupos y matices políticos que se iban formando en el reino de la sociedad "culta". Aquella visita a la redacción de la *Novaya Yizn* era para mí una pequeña salida política de tanteo, hecha con el fin de pulsar las fuerzas de atracción y de repulsión que actuaban en este grupo de "izquierda". Una corta entrevista me persuadió de la completa impotencia de este estrecho círculo de literatos razonadores, para los cuales la revolución se limitaba a un editorial. Y como, además, acusaban a los bolcheviques de "aislarse ellos mismos", achacando toda la culpa de esto a Lenin y a sus tesis de abril, no me quedaba más que decirles, naturalmente, que sus divagaciones bastaban para convencerme hasta la saciedad de que Lenin tenía sobrada razón al aislar al partido de ellos, o, dicho sea con más exactitud, al aislarlos a ellos del partido. Esta conclusión, que hube de subrayar con singular energía para influir a los que participaban de la entrevista,

Riazánov y Lunacharsky, contrarios a la unión con Lenin, fue indudablemente la que dio pie a la versión de Sujánov.

Por supuesto, tiene usted muchísima razón al suponer que yo no hubiera accedido en modo alguno a hablar desde la tribuna del Sóviet de Petrogrado en el homenaje dedicado a Gorki en el otoño de 1917. Esta vez Sujánov hizo bien en renunciar a una de sus ideas fantásticas: mezclarme, en vísperas de la Revolución de Octubre, en una fiesta en honor de Gorki, estando, como estaba éste, al otro lado de la barricada.

León Trotsky

Prinkipo, 29 de septiembre de 1930

La Revolución de Octubre

Prólogo

Rusia completó su revolución burguesa tan tarde que se vio obligada a transformarla en una revolución proletaria. En otras palabras: Rusia estaba tan atrasada con respecto a otros países que se vio obligada, al menos en algunos ámbitos, a superarlos. Esto parece absurdo. Sin embargo, la historia está llena de estas paradojas. La Inglaterra capitalista estaba tan adelantada a los demás países que se vio obligada a ceder el paso. Los pedantes piensan que la dialéctica es un juego mental inútil. En realidad, sólo reproduce el proceso de desarrollo que vive y se mueve en las contradicciones.

El primer volumen de esta obra pretendía explicar por qué el régimen democrático, que llegó tarde a la historia para sustituir al zarismo, era absolutamente inviable. El presente volumen trata de la conquista del poder por los bolcheviques. El fondo de la presentación es de nuevo una narración. El lector debe encontrar en los propios hechos una base suficiente para las deducciones.

El autor no quiere decir que evite las generalizaciones sociológicas. La historia no tendría ningún valor si no nos enseñara algo. El poderoso determinismo de la revolución rusa, la secuencia de sus etapas, la invencibilidad del impulso de las masas, la formación completa de las agrupaciones políticas, la claridad de las consignas, todo ello facilita enormemente la comprensión de la revolución en general y, en consecuencia, de la sociedad humana. Porque puede decirse, como lo ha demostrado todo el curso de la historia, que una sociedad desgarrada por antagonismos internos, revela completamente no sólo su anatomía, sino también su "alma", precisamente en una revolución.

De forma más inmediata, el presente trabajo debería ayudarnos a comprender el carácter de la Unión Soviética. Nuestro tema es actual no porque la insurrección de octubre haya tenido lugar ante los ojos de una generación que aún está viva (lo cual, por supuesto, no carece de importancia), sino porque el régimen que surgió de la insurrección está vivo, desarrollándose y planteando nuevos enigmas a la humanidad. En todo el mundo, el problema que presenta el país de los sóviets permanece constantemente al orden del día. Es imposible concebir qué es sin dilucidar primero cómo surgió lo que existe. Las grandes evaluaciones políticas requieren una perspectiva histórica.

Para ocho meses de revolución, de febrero a octubre de 1917, se han necesitado dos volúmenes. La crítica no nos ha acusado, en general, de ser prolijos. El tamaño de la obra se explica más bien por la forma de considerar el material. Se puede ofrecer una fotografía de una mano: ocupará una página. Pero para exponer los resultados de un estudio microscópico de los tejidos de la mano, se necesita un tomo. El autor no se hace ilusiones sobre la exhaustividad y la finitud de la investigación que ha realizado. Sin embargo, en muchos casos ha tenido que emplear métodos más parecidos a los del microscopio que a los de la cámara fotográfica.

A veces, cuando nos parecía que abusábamos de la longanimidad del lector, tachábamos grandes partes de las declaraciones de los testigos, de las confesiones de los participantes, de los episodios secundarios; pero luego, con frecuencia, restablecíamos gran parte de lo tachado. En esta lucha por los detalles, nos ha guiado la intención de mostrar el proceso de la revolución de la forma más concreta posible. En particular, era imposible no intentar aprovechar al máximo el hecho de que esta historia fue escrita sobre la marcha, al natural.

Miles y miles de libros se lanzan al mercado cada año para presentar una nueva variante de novela personal, el relato de las incertidumbres de un melancólico o la carrera de un ambicioso. Una heroína como la de Proust necesita varias páginas refinadas para llegar a sentir que no siente nada. Creemos que se puede, al menos en igualdad de condiciones, reclamar atención para los dramas colectivos que, en la historia, sacan de la nada a cientos de millones de seres humanos, transforman el carácter de las naciones y se convierten para siempre en parte de la vida de la humanidad.

La exactitud de las referencias y citas del primer volumen no ha sido discutida hasta ahora por nadie: además, habría sido difícil. Los opositores se limitan sobre todo a consideraciones sobre el tema de que el sesgo personal puede manifestarse en una selección artificial y unilateral de hechos y textos. Esta consideración es indiscutible en sí misma, pero no dice nada sobre el presente trabajo y menos aún sobre sus procedimientos científicos. Sin embargo, nos tomamos la libertad de insistir resueltamente en que el coeficiente de subjetivismo está determinado, limitado y controlado no tanto por el temperamento del historiador como por el carácter de su método.

La escuela puramente psicológica, que considera la trama de los acontecimientos como un enredo de las actividades libres de los individuos o de sus agrupaciones, es la que deja más margen a la arbitrariedad, incluso teniendo en cuenta las mejores intenciones del investigador. El método materialista instituye una disciplina obligando a partir de los hechos dominantes de la estructura social. Las fuerzas esenciales del proceso histórico son para nosotros las clases; sobre ellas descansan los partidos políticos; las ideas y las consignas aparecen como la calderilla de los intereses objetivos. Todo el proceso de estudio lleva de lo objetivo a lo subjetivo, de lo social a lo individual, de lo capital a lo coyuntural. Así, a la arbitrariedad del autor se oponen límites rigurosos.

Si, en una zona no explorada, un ingeniero de minas descubre mineral de hierro magnético, siempre se puede suponer que se debe a la suerte: todavía no es conveniente excavar un pozo. Si el mismo ingeniero, basándose, por ejemplo, en las desviaciones de la aguja imantada, llega a la conclusión de que la tierra debe contener yacimientos de mineral, y si, posteriormente, en varios lugares de la misma región, descubre realmente mineral de hierro, ni siquiera el escéptico más fastidioso se atreverá a hablar de casualidad. Lo que es convincente es el sistema que pone al unísono lo general y lo particular.

La prueba de la objetividad científica debe buscarse no en los ojos del historiador ni en las inflexiones de su voz, sino en la lógica íntima de la propia narración: si los episodios, los testimonios, las cifras, las citas coinciden con las indicaciones generales de la aguja imantada del análisis social, el lector tiene la más seria garantía de la solidez científica de las conclusiones. Más concretamente: el autor es exactamente fiel a la objetividad en la medida en que la presente obra descubre efectivamente la inevitabilidad de la insurrección de octubre y las causas de su victoria.

El lector sabe que, en una revolución, buscamos sobre todo la intervención directa de las masas en los destinos de la sociedad. Detrás de los acontecimientos intentamos descubrir las modificaciones en la conciencia colectiva. Descartamos las burdas alegaciones de un movimiento de “fuerzas elementales”, alegación que en la mayoría de los casos no explica nada ni enseña nada. Las revoluciones se realizan según ciertas leyes. Esto no significa que las masas actuantes conozcan claramente las leyes de la revolución; pero sí que los cambios en la conciencia de las masas, en lugar de ser fortuitos, están subordinados a una necesidad objetiva que está sujeta a una aclaración teórica y crea, así, una base para la predicción y para la dirección.

Por más inesperado que sea este hecho, algunos historiadores oficiales soviéticos han intentado criticar nuestra concepción como idealista. Respecto a esto, por ejemplo, el profesor Pokrovsky ha insistido en que hemos subestimado los factores objetivos de la revolución: "Entre febrero y octubre se produjo una tremenda desorganización económica"; "mientras tanto, el campesinado... se levantó contra el gobierno provisional"; es precisamente en estos "cambios objetivos", y no en los procesos psíquicos variables, donde debemos ver la fuerza motriz de la revolución. Con una claridad encomiable en sus cuestionamientos, Pokrovsky pone de manifiesto, en el mejor de los casos, la incoherencia de una explicación económica vulgar de la historia que con bastante frecuencia se hace pasar por marxismo.

Los cambios radicales que se producen en el transcurso de una revolución están causados, en realidad, no por los cambios episódicos de la economía que se producen en el transcurso de los propios acontecimientos, sino por los cambios trascendentales que se han acumulado en los propios fundamentos de la sociedad a lo largo de la época precedente. Que en vísperas del derrocamiento de la monarquía, así como entre febrero y octubre, el desorden económico se agravó constantemente, manteniendo y agudizando el descontento de las masas, es absolutamente incontestable, y nunca hemos desviado nuestra atención de ello. Pero sería un error muy grande pensar que la segunda revolución se había realizado, ocho meses después de la primera, porque la ración de pan se había reducido entretanto de una libra y media a tres cuartos de libra.

En los años que siguieron a la insurrección de octubre, la situación de las masas, en términos de abastecimiento, siguió empeorando. Sin embargo, las esperanzas de los políticos contrarrevolucionarios de una nueva insurrección fracasaron en todo momento. El hecho puede parecer enigmático sólo para aquel que imagina el levantamiento de las masas como un movimiento de "fuerzas elementales", es decir, como el motín de un rebaño hábilmente utilizado por los líderes. En realidad, las privaciones no son suficientes para explicar una insurrección; de lo contrario, las masas estarían en perpetua sublevación; es necesario que la incapacidad definitiva del régimen social haya hecho intolerables esas privaciones y que nuevas condiciones y nuevas ideas hayan abierto la perspectiva de un desenlace revolucionario. Al ser conscientes de un gran cometido, las masas se ven capaces de soportar dobles y triples privaciones.

La alusión a un levantamiento de la clase campesina como segundo "factor objetivo" traduce un malentendido aún más evidente. Es comprensible que para el proletariado la guerra era una circunstancia objetiva en la medida en que, en general, los actos de una clase se convierten en impulsos externos para la formación de la conciencia de otra clase. Pero la causa inmediata de la insurrección campesina en sí radicó en los cambios en el estado de ánimo del campo; uno de los capítulos de este libro está dedicado a investigar la naturaleza de estos cambios. No olvidemos que las revoluciones las hacen los hombres, incluso los anónimos. El materialismo no ignora al hombre que siente, piensa y actúa, sino que lo explica. ¿Qué otra cosa es la tarea del historiador?[31]

Algunos críticos del campo democrático, inclinados a operar mediante pruebas indirectas, han visto en la actitud "irónica" del autor hacia los líderes conciliadores la expresión de un subjetivismo inadmisible que vicia el carácter científico de la

---

[31] La noticia de la muerte de M. N. Pokrovsky, con quien hemos tenido ocasión de polemizar más de una vez en esta obra, nos llegó cuando nuestro trabajo estaba terminado. Habiendo llegado al marxismo desde el campo liberal, cuando ya era un erudito plenamente formado, Pokrovsky ha enriquecido la literatura histórica contemporánea con valiosos trabajos e iniciativas, pero no se ha apropiado plenamente del método del materialismo dialéctico. Es justo añadir que Pokrovsky era un hombre dotado no sólo de una erudición excepcional y de grandes talentos, sino que estaba profundamente entregado a la causa a la que servía. L. T.

presentación. Nos gustaría sugerir que este criterio no es convincente. El principio spinozista: "Ni llorar, no reír, sino entender" sólo nos previene contra la risa y las lágrimas inapropiadas; pero este principio no priva al hombre, incluso al historiador, de su derecho a su parte de lágrimas y risas, cuando esto se justifica por una correcta comprensión de su objeto mismo. Una ironía puramente individualista que, en una ligera nube de indiferencia, se extiende sobre todas las obras y concepciones de la humanidad, ofrece el peor aspecto del esnobismo: es tan falsa en una obra de arte como en una obra histórica. Pero hay una ironía que radica en la base misma de las relaciones vitales. La obligación del historiador, como la del artista, es exteriorizarla.

La ruptura de la correlación entre lo subjetivo y lo objetivo es, en general, la fuente esencial tanto de lo cómico como de lo trágico, en la vida y en el arte. El ámbito de la política es menos inmune al efecto de esta ley que cualquier otro. Los hombres y los partidos son heroicos o ridículos no en sí mismos y por sí mismos, sino por su actitud ante las circunstancias. Cuando la Revolución Francesa entró en su fase decisiva, el girondino más eminente parecía lamentable y ridículo al lado de un jacobino corriente. Jean-Marie Roland, respetable personaje como inspector de manufacturas en Lyon, aparece como una caricatura viviente sobre el fondo de 1792. Por otro lado, los jacobinos están a la altura de las circunstancias. Pueden provocar hostilidad, odio y horror, pero no ironía.

La heroína de Dickens, que intenta con una escoba detener la subida de la marea, es, por una incompatibilidad fatal entre medios y fines, un tipo notoriamente cómico. Parecerá exagerado que digamos que este personaje simboliza la política de los partidos conciliadores en la revolución. Pero Tseretelli, el eficaz animador del régimen de doble poder, tras el levantamiento de octubre confesó a Nabokov, uno de los líderes liberales: "Todo lo que hicimos entonces fue un vano intento de detener con un poco de serrín el torrente destructivo de los elementos desatados." Hay aquí un tono de sátira malvada; sin embargo, estas son las palabras más verídicas que los conciliadores han pronunciado sobre sí mismos. Abstenerse de ironizar describiendo a los "revolucionarios" que intentan contener la revolución con serrín, sería, para placer de los pedantes, estafar a la realidad y faltar a la objetividad.

Pedro Struve, monárquico, antes marxista, escribió en la emigración: "En la revolución, no había nada lógico, nada fiel a su esencia, sino el bolchevismo, y por eso, venció en la revolución." El líder del liberalismo Miliukov también habló de los bolcheviques en términos muy parecidos: "Sabían a dónde iban y marchaban en una única dirección, adoptada de una vez por todas, hacia la meta, que se acercaba con cada nuevo experimento fallido de los conciliadores." Por último, uno de los emigrantes blancos menos conocidos, después de haber tratado de entender la revolución a su manera, se expresó amablemente: "Para marchar por ese camino sólo podía haber hombres de hierro... revolucionarios 'profesionales', que no temieran llamar a la vida a un espíritu devorador de rebelión." Se puede decir de los bolcheviques con más fuerza aún que de los jacobinos: son adecuados a los tiempos y a sus tareas; se les han lanzado maldiciones en cantidad suficiente, pero la ironía no les alcanzó: no tenía nada a lo que aferrarse.

En el prefacio del primer volumen, se explica por qué el autor encontró más apropiado hablar de sí mismo, como participante en los acontecimientos, en tercera persona y no en primera: este recurso literario, que se mantiene en el volumen siguiente, no es en sí mismo, por supuesto, una garantía contra el subjetivismo; pero, al menos, no hace del subjetivismo una obligación. Más bien recuerda la necesidad de evitarlo.

En muchos casos nos hemos detenido, dudando si citar el juicio de un contemporáneo sobre el papel del autor de este libro en el curso de los acontecimientos. Habría sido fácil renunciar a ciertas citas si no fuera por algo más grande que las reglas

convencionales del buen gusto. El autor de este libro fue presidente del sóviet de Petrogrado después de que los bolcheviques obtuvieran la mayoría en él, y luego presidente del Comité Militar Revolucionario que organizó la insurrección de octubre. Ni puede ni quiere borrar esos hechos de la historia. La actual facción gobernante en la URSS ha tenido tiempo en los últimos años de dedicar una multitud de artículos y bastantes libros al autor de la presente obra, designándose la tarea de demostrar que su actividad estaba invariablemente dirigida contra los intereses de la revolución; el interrogante de por qué el Partido Bolchevique colocó a un “adversario” tan encarnizado, y durante los años más críticos, en los puestos de mayor responsabilidad, sigue abierto en este caso. Silenciar las discusiones retrospectivas sería, en cierta medida, renunciar a restablecer la verdad del curso de los acontecimientos. ¿Con qué fin? No es necesario fingir desinterés, salvo para aquellos que pretenden sugerir a sus lectores, de forma matizada, conclusiones que no se desprenden de los hechos. Preferimos llamar a las cosas por su nombre, y de acuerdo con el vocabulario.

No vamos a ocultar que, en este caso, para nosotros no es sólo una cuestión del pasado. Al igual que los adversarios, atacando a la persona, se esfuerzan en golpear el programa, la lucha por un determinado programa obliga a la persona a restablecer su verdadero lugar en los acontecimientos. Si alguien en la lucha por las grandes tareas y por su lugar bajo la bandera no es capaz de ver otra cosa que la vanidad personal, podemos lamentarlo, pero no nos comprometemos a convencerlo. En cualquier caso, hemos tomado todas las medidas para que los asuntos “personales” no ocupen en este libro más espacio del que les corresponde.

Algunos de los amigos de la Unión Soviética (con frecuencia sólo son amigos de las autoridades soviéticas de hoy, y sólo mientras esas autoridades permanezcan) se han quejado al autor por su actitud crítica hacia el Partido Bolchevique o hacia líderes individuales. Sin embargo, ninguno ha intentado ni siquiera refutar o corregir la imagen que hemos ofrecido del estado del partido en el curso de los acontecimientos. En beneficio de aquellos “amigos” que se creen llamados a defender frente a nosotros el papel de los bolcheviques en la insurrección de octubre, les advertimos que nuestro libro no enseña cómo se puede amar retroactivamente a una revolución victoriosa en la figura de la burocracia que surgió de ella, sino sólo cómo se prepara una revolución, cómo se desarrolla y cómo alcanza la victoria. Para nosotros, el partido no es un aparato cuya infalibilidad está protegida por la represión gubernamental, sino un organismo complejo que, como todos los seres vivos, se desarrolla entre contradicciones. El descubrimiento de estas contradicciones y, entre ellas, de las vacilaciones y errores del estado mayor, no debilita, a nuestro juicio, en lo más mínimo la importancia de la gigantesca obra histórica que el Partido Bolchevique ha asumido por primera vez en la historia del mundo.

L. Trotsky
Prinkipo, 13 de mayo de 1932

Las jornadas de julio. preparación y comienzo

En 1915, la guerra le había costado a Rusia 10.000 millones de rublos; en 1916, 19.000 millones; en la primera mitad de 1917, 10.500 millones. A principios de 1918, la deuda pública había de ascender a 60.000 millones, representando casi tanto, por consiguiente, como toda la riqueza nacional, que se calculaba en unos 70.000 millones. El comité ejecutivo central redactó un proyecto de proclama, abogando por un empréstito de guerra con el pomposo nombre de "Empréstito de la Libertad"; el gobierno, por su parte, llegaba a la fácil conclusión de que sin un nuevo y grandioso empréstito exterior, no sólo no podría pagar los pedidos hechos al extranjero, sino que no podría siquiera cumplir las obligaciones interiores. El pasivo de la balanza comercial crecía constantemente. Era evidente que los Aliados se disponían a abandonar el rublo a su propia suerte. El mismo día en que la proclama sobre el "Empréstito de la Libertad" llenaba la primera página de *Izvestia* de los sóviets, el *Mensajero del gobierno* dio cuenta de la catastrófica baja del rublo. La plancha de billetes no daba ya abasto a la inflación. Estaban a punto de abandonarse los antiguos y sólidos signos monetarios, que aún guardaban el resplandor de su poder adquisitivo anterior, para poner en circulación aquellas descoloridas etiquetas de botellas a las que el pueblo dio en seguida el nombre de "kerenskys". El burgués como el obrero daban a esta palabra, al pronunciarla, cada cual a su modo, una inflexión de menosprecio.

Verbalmente el gobierno abrazaba un programa de reglamentación de la economía, y hasta llegó a crear con este objeto, a fines de junio, una complicada organización. Pero en el régimen de febrero, a las palabras y los hechos les pasaba algo así como al espíritu y a la carne del cristiano devoto: que no acababan de armonizarse. Los órganos reguladores de la economía, debidamente seleccionados, se preocupaban más de preservar a los patronos de los caprichos de un poder central inconsciente y vacilante que de poner coto a los intereses privados. El personal administrativo y técnico de la industria estaba dividido: los sectores más altos, asustados por las tendencias niveladoras de los obreros, se ponían decididamente al lado de los patronos. Los obreros sentían repugnancia por los pedidos de guerra, encargados a las fábricas con un año o dos de anticipación.

Pero también los patronos iban perdiendo el gusto por la producción, que les valía más inquietudes que beneficios. El cierre deliberado de las fábricas por los patronos tomaba caracteres sistemáticos. La industria metalúrgica redujo su producción en un 40%, la textil en un 20% Escaseaban todos los artículos necesarios para la vida. Los precios subían al unísono con la inflación y la crisis de la economía. Los obreros luchaban por controlar el mecanismo administrativo-comercial, oculto a sus ojos y del que dependía su suerte. Skóvelev, ministro del trabajo, trataba de persuadir a los obreros, en manifiestos difusos, de la imposibilidad de su intervención en la dirección de las industrias. El 24 de junio, *Izvestia* daba la noticia de que existía el propósito de cerrar otro número de fábricas. De provincias llegaban informes análogos.

La situación de los transportes ferroviarios era aún más grave que la de la industria. La mitad de las locomotoras necesitaban una reparación radical; una gran parte del material móvil estaba en el frente y se notaba la falta de combustible. El ministerio de vías y comunicaciones se hallaba empeñado en una pugna constante con los obreros y

empleados ferroviarios. El abastecimiento de la población empeoraba de día en día. En Petrogrado sólo había reservas de harina para diez o quince días; en los demás centros la situación no era mucho mejor. La semiparalización del material móvil y la amenaza de huelga ferroviaria constituían un peligro constante de hambre. No se veía ninguna salida. No; no era esto, ni mucho menos, lo que los obreros habían esperado de la revolución.

Pero la situación era aún peor, si cabía, en el terreno político. La indecisión es la actitud más grave que pueden adoptar tanto los gobiernos, las naciones y las clases como los individuos. La revolución es el modo más implacable de resolver los problemas históricos. La política más funesta en una revolución es la de las medias tintas. Un partido revolucionario es como el cirujano que clava el bisturí en el cuerpo del enfermo; no puede vacilar. Pues bien, el régimen dualista, nacido de la Revolución de Febrero, era la indecisión organizada. Todo se volvía contra el gobierno. Los amigos condicionales se convertían en adversarios; los adversarios tibios, en enemigos encarnizados y los que eran enemigos inermes se armaban. La contrarrevolución se movilizaba abiertamente a la luz del día, inspirada por el comité central del partido kadete, centro político de todos los que tenían algo que perder. El comité de la asociación de oficiales destacado en el cuartel general de Mohilev, que representaba a cerca de cien mil jefes y oficiales descontentos y el consejo de la asociación de soldados cosacos, de Petrogrado, eran las dos palancas militares de la contrarrevolución. La duma, a pesar de la resolución votada en junio por el congreso de los sóviets, decidió continuar sus "sesiones privadas". Su comité provisional servía de tapadera legal a la labor contrarrevolucionaria, generosamente alimentada con recursos financieros por los bancos y las embajadas de la *Entente.* Los conciliadores se veían amenazados por la derecha y por la izquierda. El gobierno, inquieto, decidía secretamente consignar un crédito para la organización de una policía política secreta.

Coincidiendo con todo esto, a mediados de junio el gobierno señaló la fecha del 17 de septiembre para las elecciones a la asamblea constituyente. La prensa liberal, a pesar de estar representados los kadetes en el ministerio, sostenía una campaña tenaz contra la fecha señalada de modo oficial, en la que, por lo demás, nadie creía y que nadie defendía seriamente. La imagen de la asamblea constituyente, tan nítida en los primeros días de marzo, se enturbiaba e iba desvaneciéndose. Todo se volvía contra el gobierno, hasta sus pobres buenas intenciones. Hasta el 30 de junio no se decidió a abolir la tutela que seguía ejerciendo la nobleza sobre las aldeas, por medio de los "jefes rurales", cuyo solo nombre era execrado por el país desde que Alejandro III los creara. Pero hasta esta reforma parcial, tardía y obligada, tenía el sello de una denigrante cobardía.

Entre tanto, la nobleza se iba reponiendo de su pánico, los terratenientes se organizaban y estrechaban filas. El comité provisional de la duma se dirigió a fines de junio al gobierno, exigiendo la adopción de medidas eficaces y resueltas para proteger a los propietarios contra los campesinos, soliviantados por "elementos criminales". El 1 de julio se abrieron en Moscú las sesiones del congreso panruso de propietarios de tierras; la aplastante mayoría de los congresistas eran elementos de la nobleza. El gobierno se movía, intentando entretener y engañar con palabras tan pronto a los campesinos como a los terratenientes.

Pero donde las cosas estaban peor era en el frente. La ofensiva, que era ya la última carta de Kerensky hasta para afrontar los problemas interiores, se agitaba en las últimas convulsiones. El soldado no quería seguir guerreando. Los diplomáticos del príncipe Lvov no se atrevían a mirar a la cara a los de la *Entente*. El empréstito era absolutamente necesario. Para dar sensación de una firmeza que no tenía, el gobierno emprendió el ataque contra Finlandia, que, como todos los asuntos sucios, llevó a cabo por medio de

los socialistas. Al mismo tiempo, se agravaba el conflicto con Ucrania, en el que la ruptura declarada iba haciéndose cada vez más patente.

Al no encontrar salida, la energía despierta de las masas se dispersaba en movimientos espontáneos, actos aislados y secundarios. Los obreros, soldados y campesinos intentaban resolver lo que les negaba el poder creado por ellos parcialmente. No hay nada que debilite tanto a las masas como la indecisión de los dirigentes. La espera infructuosa las incita a golpear con una fuerza creciente en la puerta que no se les quiere abrir, o provoca explosiones tumultuosas de indignación. Ya durante el congreso de los sóviets, cuando los delegados de provincias pudieron a duras penas contener la mano de sus jefes levantada sobre Petrogrado, los obreros y soldados pudieron convencerse de cuáles eran los sentimientos y los propósitos que abrigaban los dirigentes soviéticos respecto a ellos. Para la mayoría de los obreros y soldados de la capital, Tsereteli se había convertido, como Kerensky, en una figura odiosa, en un personaje extraño.

En la periferia de la revolución crecía la influencia de los anarquistas, que jugaban el rol principal en el seno de un comité revolucionario arbitrariamente creado en la casa de campo de Durnovó. Hasta los sectores obreros más disciplinados y aún grandes sectores del Partido Bolchevique empezaban a perder la paciencia o a prestar oídos a los que ya la habían perdido. La manifestación del 18 de junio demostró a todos que aquel gobierno no contaba con base alguna. "¿En qué piensan los de arriba?", se preguntaban los soldados y los obreros, refiriéndose no sólo a los jefes conciliadores, sino también a los organismos directivos de los bolcheviques.

En las condiciones creadas por los precios de inflación, la lucha por los salarios enervaba y agotaba a los obreros. En el transcurso del mes de junio esta cuestión se planteó de un modo especialmente agudo en la fábrica de Putilov, en la que trabajaban 40.000 hombres. El 21 estalló la huelga en algunos talleres de esta fábrica. El partido veía claramente la esterilidad de estas explosiones esporádicas. Al día siguiente, una asamblea de delegados de las organizaciones obreras más importantes y de setenta fábricas, dirigidas por los bolcheviques, declaraba que "la causa de los obreros de Putilov es la causa de todo el proletariado de la ciudad", y exhortaba a los obreros de la fábrica de Putilov a "contener su legítimo descontento". La huelga fue aplazada. Pero en los doce días siguientes no sobrevino cambio alguno. La masa obrera de las fábricas se agitaba, buscando una salida. Cada fábrica tenía planteado su conflicto, y todos estos conflictos juntos llegaban a las alturas, al gobierno. El Sindicato de Brigadas de Locomotoras decía en una nota enviada al ministro de vías y comunicaciones: "Lo declaramos por última vez: la paciencia tiene sus límites. No nos sentimos con fuerzas para seguir viviendo en esta situación..." Era una queja que nacía no sólo de la necesidad y el hambre, sino también de la duplicidad, la indecisión, la falsedad del gobierno. La nota protestaba con especial acritud contra "los llamamientos constantes que nos dirigen, apelando al deber cívico y a la abstinencia".

En marzo, el comité ejecutivo había traspasado los poderes al gobierno provisional, a condición de que no se sacaran de Petrogrado las tropas revolucionarias. Pero ya nadie se acordaba de eso. La guarnición había evolucionado hacia la izquierda; los dirigentes de los sóviets hacia la derecha. La lucha contra la guarnición estaba constantemente a la orden del día. Y si el gobierno no se atrevía a sacar todos los regimientos de la capital, so pretexto de necesidades estratégicas, los más revolucionarios, se veían diezmados en forma sistemática por la sangría de las compañías destinadas al frente. Incesantemente estaban llegando a la capital noticias relativas a la disolución en el frente de regimientos insubordinados y a la negativa a cumplir las órdenes de ataque que se les daban. Dos divisiones siberianas (no hacía mucho los tiradores siberianos eran considerados como los mejores elementos) habían sido disueltas por la fuerza. Ante la

negativa de cumplir las órdenes que se les habían dado, fueron procesados solamente en el 5º ejército, situado cerca de la capital, 87 oficiales y 12.725 soldados. La guarnición de Petrogrado, en la cual se acumulaba el descontento del frente, de la aldea, de los barrios obreros y de los cuarteles, se hallaba en un estado de permanente agitación. Los soldados barbudos de cuarenta años exigían con histérica insistencia que se les licenciara, que se les mandara a casa para atender a los trabajos del campo. Los regimientos situados en el barrio de Viborg (el 1º de ametralladoras, el 1º de granaderos, el de Moscú, el 180º de infantería y otros) estaban constantemente bajo la ardiente influencia de los suburbios proletarios. Millares de obreros desfilaban a diario por delante de los cuarteles; entre ellos, había no pocos incansables agitadores bolcheviques. Bajo aquellos sucios muros se celebraban mítines y más mítines, casi sin interrupción. El 22 de junio, cuando todavía no se había extinguido el eco de las manifestaciones patrióticas provocadas por la ofensiva, se atrevió a aventurarse en la Perspectiva Sampsonievsky, imprudentemente, un automóvil del comité ejecutivo con unos cartelones que decían: "¡Adelante por Kerensky!" El regimiento de Moscú detuvo a los agitadores, rompió los carteles y mando al automóvil patriótico al regimiento de ametralladoras.

En general, los soldados eran más impacientes que los obreros porque vivían directamente bajo la amenaza de ser enviados al frente y porque les costaba mucho más trabajo asimilar las razones de estrategia política. Además, tenían un fusil en la mano, y desde febrero el soldado se inclinaba a sobrestimar el poder específico de esta arma. Lihdin, un viejo obrero bolchevique, contaba más tarde que los soldados del 180º regimiento le decían: "¿Qué hacen los nuestros en el palacio de la Kshesínskaya: están durmiendo? ¿Por qué no echamos nosotros mismos a Kerensky?". En las asambleas de los regimientos se votaban resoluciones sobre la necesidad de decidirse, por fin, a emprender el ataque contra el gobierno. En los regimientos se presentaban constantemente delegados de las fábricas y preguntaban si los soldados se echarían a la calle. Los soldados del regimiento de ametralladoras envían delegados a los cuarteles, incitando a los soldados a levantarse en armas contra la continuación de la guerra. Los delegados más impacientes añaden: "Los regimientos de Pavl y de Moscú y 40.000 obreros de Putilov se lanzarán mañana a la calle". Las exhortaciones oficiales del comité ejecutivo no surten ningún efecto. Cada vez se hace más agudo el peligro de que Petrogrado, no apoyado por el frente y la provincia, sea vencido. El 21 de junio, Lenin, desde *Pravda*, exhorta a los obreros y soldados de Petrogrado a esperar hasta que los acontecimientos impulsen a las reservas pesadas a ponerse al lado de la capital: "Nos hacemos cargo de la amargura, de la excitación de los obreros de Petrogrado. Pero les decimos: compañeros, en estos momentos la acción sería nociva". Al día siguiente, una reunión privada de dirigentes bolcheviques, que al parecer eran más "izquierdistas" que Lenin, llegaba a la conclusión de que, a pesar del estado de espíritu de los soldados y de las masas obreras, no era aún posible aceptar la batalla: "Es mejor esperar a que, con la ofensiva iniciada, los partidos dirigentes se cubran definitivamente de oprobio. Entonces, tendremos la partida ganada".

Así lo cuenta Latsis, organizador de distrito y uno de los elementos más importantes por aquellos días. El comité se ve obligado, cada vez con más frecuencia, a enviar a los regimientos y a las fábricas agitadores con el fin de evitar que se lancen a una acción prematura. Los bolcheviques de Viborg, meneando la cabeza, se lamentan entre sí: "Tenemos que hacer de manguera para apagar el fuego".

Sin embargo, las incitaciones a lanzarse a la calle no cesaban. Entre ellas había no pocas que tenían un carácter evidente de provocación. La organización militar de los bolcheviques se vio obligada a dirigirse a los soldados y a los obreros con un manifiesto en el que se decía: "No deis crédito a ningún llamamiento que se os haga en nombre de

la organización militar para que os echéis a la calle. La organización militar no ha hecho ningún llamamiento en este sentido”. Y más adelante, todavía con mayor insistencia: “Exigid de todo agitador u orador que os incite a la acción en nombre de la organización militar que os presente la credencial con la firma del presidente y del secretario”.

En la famosa Plaza del Ancla de Cronstadt, donde los anarquistas levantan la voz cada día con más firmeza, se prepara un ultimátum tras otro. El 23 de junio, los delegados de la citada plaza, prescindiendo del sóviet de Cronstadt, exigen del ministerio de justicia que ponga en libertad al grupo de anarquistas de Petrogrado, amenazando, en caso contrario, con el asalto de la cárcel por los marinos. Al día siguiente, los representantes de Oranienbaum declaran al ministro de justicia que su guarnición está tan agitada como la de Cronstadt, con motivo de las detenciones efectuadas en la casa de campo de Durnovó, y que “se están limpiando ya las ametralladoras”. La prensa burguesa cogía al vuelo estas amenazas o se las metía por las narices a sus aliados conciliadores. El 26 de junio, llegaban del frente a su batallón de reserva los delegados del regimiento de granaderos de la guardia y declaraban: el regimiento está contra el gobierno provisional y exige que todo el poder pase a los sóviets; se niega a tomar parte en la ofensiva ordenada por Kerensky y expresa el temor de que el comité ejecutivo, con los ministros socialistas, se haya pasado a los burgueses. El órgano del comité ejecutivo dio cuenta de esta visita en un tono de reproche. Hervía como una caldera no sólo Cronstadt, sino toda la escuadra del Báltico, que tenía su base principal en Helsingfors. El mejor elemento con que contaban los bolcheviques en la escuadra era indiscutiblemente Antónov-Ovseienko, que había participado ya, siendo un oficial joven, en la sublevación de Sebastopol de 1905. Menchevique durante los años de la reacción, emigrado internacionalista durante la guerra, colaborador de Trotsky en París, en el diario *Nache Slovo* (Nuestra Palabra), bolchevique a su regreso de la emigración, hombre políticamente vacilante, pero dotado de valor personal, y, aunque impulsivo y desordenado, capaz de iniciativa e improvisación, Antónov-Ovseienko, poco conocido todavía en aquellos años, ocupó en los acontecimientos ulteriores de la revolución un puesto bastante considerable. “En el comité del partido de Helsingfors [cuenta en sus memorias] comprendíamos la necesidad de esperar y de prepararnos seriamente. Teníamos, además indicaciones del comité central en este sentido. Pero nos dábamos cuenta de que la explosión era inevitable y volvíamos la mirada a Petrogrado”. Los elementos explosivos se iban acumulando asimismo aquí de día en día. El 2º regimiento de ametralladoras, más rezagado que el 1º, adoptó una resolución a favor de la transmisión del poder a los sóviets. El 3er regimiento de infantería se negó a dejar partir al frente a catorce compañías. Las asambleas de los cuarteles tomaban un carácter cada vez más turbulento. En el mitin celebrado el 1 de julio por el regimiento de granaderos, fue detenido el presidente del comité y se impidió hablar a los oradores mencheviques: ¡Abajo la ofensiva! ¡Abajo Kerensky! El punto central de la guarnición eran los soldados del regimiento de ametralladoras, que fueron los que abrieron las compuertas al torrente de julio.

Ya en los acontecimientos de los primeros meses de la revolución nos encontramos con el nombre del 1er regimiento de ametralladoras. Este regimiento, que se había trasladado por iniciativa propia de Oranienbaum a Petrogrado después de la caída del régimen zarista, “para la defensa de la revolución”, tropezó inmediatamente con la resistencia del comité ejecutivo, quien decidió expresar su gratitud al regimiento y reintegrarse a Oranienbaum. Los soldados se negaron rotundamente a abandonar la capital: “Los contrarrevolucionarios pueden atacar al sóviet y restaurar el antiguo régimen”. El comité ejecutivo cedió, y unos cuantos miles de soldados se quedaron en Petrogrado con sus ametralladoras. Instalados en la Casa del Pueblo, no sabían lo que sería de ellos en lo sucesivo. En el regimiento había no pocos obreros petersburgueses, y

por eso no es casual que fuera el comité de los bolcheviques el que se preocupara de los soldados de la sección de ametralladoras. Gracias a su intervención éstos eran pertrechados regularmente con víveres por la Fortaleza de Pedro y Pablo. Así quedaba sellada una amistad que no tardó en convertirse en indestructible. El 21 de julio, el regimiento, reunido en asamblea general, adoptó la resolución siguiente: "En lo sucesivo no se mandarán fuerzas al frente más que en el caso de que la guerra tome un carácter revolucionario". El 2 de julio, el regimiento organizó en la Casa del Pueblo un mitin de despedida de los "últimos" soldados que salían para el frente. Hicieron uso de la palabra Lunacharsky y Trotsky; posteriormente, los gobernantes intentaron dar a este hecho accidental una importancia extraordinaria. En nombre del regimiento hablaron el soldado Gilin y el suboficial Lashévich, que era un viejo bolchevique. Los ánimos estaban muy excitados. Se anatematizó a Kerensky, se juró fidelidad a la revolución, pero nadie hizo proposiciones concretas para el próximo futuro. Sin embargo, durante aquellos días se habían esperado acontecimientos en la ciudad. Las "jornadas de julio" proyectaban ya su sombra. "Por todas partes, en todos los rincones [recuerda Sujánov], en el sóviet, en el Palacio Marinsky, en las casas particulares, en las plazas y en los bulevares, en los cuarteles y en las fábricas, se hablaba con insistencia de acciones que tendrían lugar de un momento a otro... Nadie sabía concretamente quién se echaría a la calle, ni cómo ni cuándo. Pero la ciudad tenía la sensación de hallarse en vísperas de una explosión". Y la acción, en efecto, se desencadenó, impulsada desde arriba, desde las esferas dirigentes.

El mismo día en que Trotsky y Lunacharsky hablaban a los soldados del regimiento de ametralladoras de la inconsistencia de la coalición, los cuatro ministros kadetes salían del gobierno. Como pretexto, señalaron el compromiso, inaceptable para sus pretensiones de jugar el papel de gran potencia, a que habían llegado sus colegas conciliadores con Ucrania. La causa real de aquella ruptura demostrativa consistía en que los conciliadores no procedían con la rapidez suficiente a frenar a las masas.

La elección del momento fue sugerida por el fracaso de la ofensiva, no reconocido aún oficialmente, pero que no ofrecía la menor duda para los enterados. Los liberales consideraron que había llegado el momento oportuno de dejar a sus aliados de izquierda enfrentarse con la derrota y con los bolcheviques.

El rumor de la dimisión de los ministros kadetes se propagó con rapidez por la capital y dio una generalización política a todos los conflictos del momento en una consigna o, más exactamente, en un grito de zozobra: "¡Hay que acabar con la coalición!". Los obreros y los soldados entendían que lo problemas de salarios, del precio del pan, de si había que morir en el frente sin saber por qué, estaban subordinados al problema de saber quién dirigiría el país en lo sucesivo: si la burguesía o los sóviets. En esta expectativa había una dosis de ilusión, ya que las masas confiaban en obtener, con el cambio de gobierno, la solución inmediata de los problemas más agudos. Pero, en fin de cuentas, tenían razón: la cuestión del poder decidía todo el giro de la revolución, y, por lo tanto, trazaba el destino de todos los problemas concretos. Suponer que los kadetes podían no prever las consecuencias que tendría el acto de sabotaje que realizaban contra los sóviets, significaría no apreciar en su justo valor a Miliukov. El jefe del liberalismo aspiraba evidentemente a empujar a·1os conciliadores a una situación difícil, de la cual sólo se podría salir con ayuda de las bayonetas: por aquellos días, estaba firmemente convencido de que era posible salvar la situación mediante un golpe audaz de fuerza.

El 3 de julio por la mañana, unos cuantos millares de ametralladoristas irrumpieron en la reunión de los comités de compañía y de regimiento, eligieron a un presidente propio y exigieron que se discutiera inmediatamente la cuestión del levantamiento armado. El mitin tomó un carácter turbulento. La cuestión del frente se confundió con la del poder. El bolchevique Golovin, que presidía, intentó contener a la

gente, proponiendo entrevistarse antes de nada con los demás regimientos y con la Organización Militar. Pero toda alusión a un aplazamiento exasperaba a los soldados. Apareció en la asamblea el anarquista Bleichmann, figura no de gran magnitud, pero bastante pintoresca, del escenario de 1917. Bleichmann, que disponía de un bagaje ideológico muy modesto, pero que tenía cierta sensibilidad para pulsar el estado de ánimo de las masas y era hombre sincero dentro de su inflamada limitación, hallaba en los mítines, en los que se presentaba con la camisa desabrochada y el pelo alborotado, no pocas simpatías semiirónicas. Los obreros, es verdad, le acogían con reserva, con un poco de impaciencia, sobre todo los metalúrgicos. Pero sus discursos provocaban una alegre sonrisa en los soldados, los cuales se codeaban y se sentían atraídos por el aspecto excéntrico del orador, su decisión irrazonable y su acento judío-norteamericano, cáustico como el vinagre. A fines de junio, Bleichmann se hallaba como el pez en el agua en todos los mítines improvisados. Siempre tenía a mano la solución: hay que echarse a la calle con las armas en la mano. ¿Organización? La calle nos organizará. ¿Objetivos? "Derribar al gobierno provisional como se ha hecho con el zar, aunque ningún partido incitara a hacerlo." En aquellos momentos, discursos de ese tono armonizaban magníficamente con el estado de espíritu de los ametralladoristas, y no sólo con el de ellos. Muchos eran los bolcheviques que no ocultaban su satisfacción cuando las masas saltaban por encima de sus exhortaciones oficiales. Los obreros de vanguardia se acordaban de que en febrero los dirigentes se disponían a batirse en retirada precisamente en vísperas de la victoria; de que en marzo, la jornada de ocho horas había sido conquistada por la iniciativa de la base; de que en abril, Miliukov había sido arrojado del gobierno por los regimientos que salieron espontáneamente a la calle. El recuerdo de estos hechos estimulaba la tensión de espíritu y la impaciencia de las masas.

La organización militar de los bolcheviques informada inmediatamente de la efervescencia que reinaba en el mitin de los ametralladoristas, fue mandando allí, uno tras otro, a sus agitadores. Pronto se presentó el propio Nevsky, director de la organización militar, por el cual sentían los soldados un cierto respeto. Al parecer, se le prestó alguna atención. "Fue para nosotros una sorpresa extraordinaria [cuenta Podvoisky, otro de los dirigentes de la organización militar] cuando a las siete de la tarde se presentó un mensajero enviado para informarnos de que... los ametralladoristas habían tomado nuevamente la decisión de echarse a la calle". En vez del antiguo comité de regimiento, eligieron a un comité provisional revolucionario, compuesto de dos representantes por compañía y presidido por el teniente Semajko.

Delegados elegidos especialmente recorrían ya fábricas y cuarteles en demanda de apoyo. Naturalmente, los ametralladoristas no se olvidaron de mandar delegados a Cronstadt. Así, por debajo de las organizaciones oficiales, se iba extendiendo temporalmente una nueva red de relaciones entre los regimientos y las fábricas más excitadas. Las masas no se proponían romper con el sóviet; al contrario, querían que éste tomase el poder. Y mucho menos se proponían romper con el Partido Bolchevique. Pero les parecía que pecaba de indeciso. Querían ejercer sobre él presión, amenazar al comité ejecutivo, empujar a los bolcheviques.

Se crean representaciones improvisadas, nuevas formas de enlace y nuevos centros de acción, no permanentes, sino para las circunstancias del momento. Las variaciones de la situación y del estado de espíritu de las masas se efectúan de modo tan rápido y brusco, que aún una organización tan ágil como el sóviet se retrasa inevitablemente y las masas se ven obligadas cada vez más a crear órganos auxiliares para las necesidades del momento. Merced a estas improvisaciones, se filtran no pocas veces elementos accidentales y no siempre dignos de confianza. Los que echan leña al fuego son los anarquistas, pero asimismo algunos de los bolcheviques jóvenes e impacientes.

Sin duda, se filtran también provocadores, tal vez agentes alemanes, pero más seguramente agentes de la reacción rusa. ¿Cómo deshacer en hilos separados el complejo tejido de los movimientos de masa? Sin embargo, el carácter general de los acontecimientos aparece dibujado con una claridad completa. Petrogrado tenía la sensación de su fuerza, se sentía impulsado hacia adelante, sin fijarse en la provincia ni en el frente, y ni el Partido Bolchevique era capaz de contenerlo. Sólo la experiencia podía poner a esto un remedio.

Los delegados de los ametralladoristas, al incitar a los regimientos y a las fábricas a lanzarse a la calle, no se olvidaban de añadir que la acción había de ser armada. ¿Acaso podía ser de otro modo? ¿Acaso habían de exponerse las masas desarmadas a los golpes del enemigo? Además, y esto es quizá lo más importante, había que demostrar la propia fuerza. Ahora bien: un soldado sin fusil no es nada. Sobre este particular, la opinión de los regimientos y de las fábricas era unánime: si había que salir en manifestaciones, sería contando con una reserva de plomo. Los ametralladoristas no perdían el tiempo: la suerte estaba echada y había que ganar la partida con la mayor rapidez posible.

El sumario instruido posteriormente caracteriza en los siguientes términos la actuación del teniente Semajko, uno de los principales dirigentes del regimiento: "...Exigió automóviles de las fábricas, los armó con ametralladoras, los envió al Palacio de Táurida y a otros sitios, indicando el trayecto que habían de seguir; sacó personalmente el regimiento a la calle, se fue al batallón de reserva del regimiento de Moscú con el fin de incitarlo a secundar la acción, lo cual consiguió; prometió a los soldados del regimiento de ametralladoras el apoyo de la Organización Militar, manteniendo el contacto con esta organización, domiciliada en la casa de la Kshesínskaya, y con el líder de los bolcheviques, Lenin; envió patrullas para proteger la sede de la Organización Militar". Si se alude a Lenin, es para completar el cuadro; Lenin, enfermo, se hallaba retirado en una casa de campo de Finlandia desde el 29 de junio, y ni ese día ni los siguientes estuvo en Petrogrado.

En las fábricas ocurría poco más o menos lo mismo; llegaban delegados del regimiento de ametralladoras o de la fábrica cercana e invitaban a los obreros a lanzarse a la calle. Diríase que los estaban esperando desde hacía mucho tiempo: el trabajo se interrumpía al instante. Un obrero de la fábrica Renault cuenta: "Después de comer, se presentaron unos cuantos soldados del regimiento de ametralladoras, pidiendo que les diéramos camiones. A pesar de la protesta de nuestro grupo bolchevique, no hubo más remedio que entregar los automóviles. Los soldados instalaron inmediatamente en los camiones unas máxim (ametralladoras) y emprendieron la marcha hacia la Nevsky. No fue posible contener a nuestros obreros... Todos ellos salieron al patio, sin quitarse la ropa de trabajo..." Hay que suponer que las protestas de los bolcheviques de las fábricas no tendrían siempre un carácter insistente. Fue en la fábrica de Putilov donde se desarrolló una lucha más prolongada. Cerca de las dos de la tarde circuló por los talleres el rumor de que había llegado una delegación del regimiento de ametralladoras y que convocaba a un mitin.

Unos 10.000 obreros se congregaron frente a las oficinas de la administración. Los ametralladoristas decían, entre gritos de aprobación de los obreros, que habían recibido orden de marchar al frente el 4 de julio, pero que ellos habían decidido "dirigirse, no al frente alemán, contra el proletariado de Alemania, sino contra sus propios capitalistas". Los ánimos se excitaron. "¡Vamos, vamos!", gritaban los obreros. El secretario del comité de fábrica, un bolchevique, formuló objeciones: propuso que se consultara previamente al partido. Protestas de todas partes: "¡Fuera, fuera! Otra vez queréis dar largas al asunto... No se puede seguir viviendo así..." Hacia las seis, llegaron

los representantes del comité ejecutivo, pero éstos no consiguieron, ni mucho menos, influenciar a los obreros.

El mitin, nervioso, tenaz, en que participaba una masa de miles de hombres que buscaban una salida y no permitían se tratara de convencerlos de que no la había, proseguía sin que se le viera el fin. Se propone enviar una delegación al comité ejecutivo: nuevo aplazamiento. La reunión seguía sin disolverse. Entre tanto, llega un grupo de obreros y soldados con la noticia de que el barrio de Viborg se ha puesto ya en marcha hacia el Palacio de Táurida. No hay modo ya de contener a la gente. Resuelven echarse a la calle. Un tal Efimov se precipitó al comité de barriada del partido para preguntar: "¿Qué hemos de hacer?" Le contestaron: "No nos lanzaremos a la calle, pero no podemos dejar a los obreros abandonados a su suerte; no tenemos más remedio que ir con ellos". En aquel momento apareció el miembro del comité de barriada, Chudin, con la noticia de que en todas las barriadas los obreros se lanzaban a la calle y de que los miembros del partido deberían "mantener el orden". Así era como los bolcheviques se veían prisioneros del movimiento y arrastrados por él, buscando una justificación de sus actos, que se hallaban en contradicción manifiesta con las resoluciones oficiales del partido.

A las siete de la tarde se interrumpió completamente la vida industrial de la ciudad. Una tras otras, se sublevaban las fábricas, organizaban sus escuadras, armaban destacamentos de la Guardia Roja.

"Entre la masa de miles de obreros [cuenta Metelev, militante de Viborg] se movían, haciendo resonar los cerrojos de los fusiles, centenares de jóvenes de la Guardia Roja. Unos colocaban paquetes de cartuchos en las cartucheras; otros se apretaban los cinturones; otros se ataban las mochilas a la espalda; otros calaban la bayoneta y los obreros que no tenían armas ayudaban a los guardias rojos a equiparse..."

La Perspectiva Sampsonievsky, arteria principal de la barriada de Viborg, está atestada de gente. A derecha e izquierda, compactas columnas de obreros. Por el centro avanza el regimiento de ametralladoras, columna vertebral de la manifestación. Al frente de cada compañía, camiones con ametralladoras máxim. Detrás del regimiento, obreros; en la retaguardia, cubriendo la manifestación, fuerzas del regimiento de Moscú. Al frente de cada destacamento, una bandera: "¡Todo el poder a los sóviets!". La procesión luctuosa de marzo o la manifestación de 1 de Mayo, estaban, sin duda, más concurridas. Pero la manifestación de julio era incomparablemente más impetuosa, más amenazadora... y de composición más homogénea. "Bajo las banderas rojas sólo avanzaban obreros y soldados [escribe uno de los que tomaron parte en ella]. Brillan por su ausencia las escarapelas de los funcionarios, los botones relucientes de los estudiantes, los sombreros de las "señoras simpatizantes", todo lo que lucía en las manifestaciones cuatro meses atrás, en febrero. En el movimiento de hoy no hay nada de esto; hoy no se lanzan a la calle más que los esclavos del capital". Automóviles con obreros y soldados armados corrían velozmente por las calles, en distintas direcciones: delegados, agitadores, exploradores, agentes de enlace, destacamentos para sacar a la calle a los obreros y regimientos, todos con los fusiles apuntando hacia delante. Los camiones erizados de armas resucitaban el espectáculo de las jornadas de febrero, electrizando a los unos y aterrorizando a los otros. El kadete Nabokov escribe: "Los mismos rostros insensatos, embrutecidos, bestiales, que todos recordábamos desde las jornadas de febrero", es decir, desde aquella misma revolución que los liberales calificaban de gloriosa e incruenta. Hacia las nueve, siete regimientos avanzaban ya sobre el Palacio de Táurida. Por el camino, se unían a ellos las columnas de obreros de las fábricas y nuevas unidades de militares. El movimiento del regimiento de ametralladoras manifestaba una fuerza de contagio inmensa. Las jornadas de julio habían comenzado.

En todas partes se improvisaban mítines. Resonaron disparos en distintos sitios. Según relata el obrero Korothov, "en la Perspectiva Liteini, fueron sacados de un subterráneo una ametralladora y un oficial, al que se fusiló en el acto". Circulan todas clase de rumores; la manifestación que avanza provoca el pánico delante de ella, en todas direcciones. Los teléfonos de los barrios centrales, sobrecogidos de terror, transmiten las versiones más fantásticas. Se decía que cerca de las ocho de la tarde, un automóvil blindado se había dirigido velozmente hacia la Estación de Varsovia, en busca de Kerensky, quien precisamente salía ese día para el frente, con el fin de detenerlo; pero que el automóvil había llegado a la estación con retraso, pocos momentos después de la salida del tren. Posteriormente había de señalarse más de una vez este episodio como prueba de un compló, nadie pudo precisar, sin embargo, quién iba en el automóvil y quién había descubierto sus misteriosos propósitos.

Aquel atardecer circulaban en todas direcciones automóviles con hombres armados, y es probable que también por los alrededores de la Estación de Varsovia. En muchos sitios se lanzaban palabras fuertes contra Kerensky. Tal fue, verosímilmente, el origen de la leyenda, siempre que descartemos la hipótesis del infundio.

Izvestia trazaba el siguiente esquema de los acontecimientos del 3 de julio: "A las cinco de la tarde, salieron armados a la calle el 1er regimiento de ametralladoras, parte de los regimientos de Moscú, de granaderos y de Pávlovsky, a los cuales se unieron grupos de obreros... Hacia las ocho, empezaron a congregarse frente al Palacio de la Kshesínskaya diversas unidades de los regimientos, totalmente armadas y equipadas, con banderas rojas y cartelones en los cuales se pedía la entrega del poder a los sóviets. Desde el balcón se pronunciaron discursos... A las diez y media se celebró un mitin en la plaza colindante al Palacio de Táurida... Las unidades eligieron una diputación al Comité Ejecutivo Central Panruso, la cual, en nombre de ellas, formuló las siguientes demandas: separación de los diez ministros burgueses; todo el poder al sóviet; detener la ofensiva; confiscación de las imprentas de los periódicos burgueses; nacionalización de la tierra; control de la producción". Dejando a un lado las modificaciones secundarias, tales como: "unidades de los regimientos", en vez de "los regimientos", "grupos de obreros", en vez de "fábricas enteras", se puede decir que el órgano de Dan-Tsereteli no deforma, en sus líneas generales, la verdad de lo ocurrido, y que, en particular, señala acertadamente los dos focos de la manifestación: el Palacio de la Kshesínskaya y el Palacio de Táurida. Ideológica y físicamente, el movimiento giraba alrededor de estos dos centros antagónicos: a la casa de la Kshesínskaya se acudía en busca de directivas, de discursos orientadores; al Palacio de Táurida, a formular peticiones e incluso a amenazar con la fuerza de que se disponía.

A las tres de la tarde se presentaron en la conferencia local de los bolcheviques, reunida aquel día en el Palacio de la Kshesínskaya, dos delegados del regimiento de ametralladoras para comunicar que este regimiento había decidido echarse a la calle. Nadie lo esperaba ni lo quería. Tomsky declaró: "Los regimientos que se lanzan a la calle no han obrado como compañeros al no invitar al comité de nuestro partido a examinar previamente la cuestión. El comité central propone a la conferencia: primero, lanzar un manifiesto con el fin de contener a las masas; segundo, redactar un mensaje al comité ejecutivo pidiendo que tome el poder en sus manos. En estos momentos no se puede hablar de acción si no se desea una nueva revolución". Tomsky, viejo obrero bolchevique, que había sellado su fidelidad al partido con largos años de presidio, posteriormente cabeza visible de los sindicatos, se inclinaba más bien, por su carácter, a contener la acción que a incitar a la misma. Pero en circunstancias tales, no había más que desarrollar el pensamiento de Lenin: "En estos momentos no se puede hablar de acción si no se desea una nueva revolución". No hay que olvidar que los conciliadores habían calificado de

compló hasta la tentativa de manifestación pacífica del 10 de junio. La aplastante mayoría de la conferencia se solidarizó con Tomsky. Era preciso retrasar a toda costa el desenlace. La ofensiva en el frente tenía en tensión a todo el país. Su fracaso estaba descontado, así como el propósito del gobierno de hacer recaer la responsabilidad de la derrota sobre los bolcheviques. Había que dar tiempo a los conciliadores para que se desacreditaran definitivamente. Volodarsky, en nombre de la conferencia, contestó a los delegados del regimiento de ametralladoras en el sentido de que éste debía someterse a la decisión del partido.

A las cuatro, el comité central ratifica la resolución de la conferencia. Los miembros de ésta recorren los barrios obreros y las fábricas con el fin de contener la acción de las masas. Se envía a *Pravda* un manifiesto, inspirado en el mismo espíritu, para que aparezca al día siguiente en primera página. Se confía a Stalin la misión de poner en conocimiento de la sesión común de los comités ejecutivos el acuerdo del partido. Por lo tanto, los propósitos de los bolcheviques no dejan lugar a duda. El comité ejecutivo se dirigió a los obreros y soldados con un manifiesto en el cual se decía: "Gente desconocida... os incita a echaros a la calle con las armas en la mano", afirmando con ello que el llamamiento no había sido hecho por ninguno de los partidos soviéticos. Pero los comités centrales de los partidos y de los sóviets proponían y las masas disponían.

A las ocho se presentó ante el Palacio de la Kshesínskaya el regimiento de ametralladoras, y, tras él, el de Moscú. Nevsky Lashévich, Podvoisky, bolcheviques que gozaban de popularidad, intentaron desde el balcón persuadir a los regimientos a que se reintegraran a sus cuarteles. Desde abajo no se oían más que gritos de: "¡Fuera!"

Hasta entonces, desde el balcón de los bolcheviques no se habían oído jamás gritos semejantes de los soldados. Era un síntoma inquietante. Detrás de los regimientos aparecieron los obreros de las fábricas: "¡Todo el poder a los sóviets!", "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" Eran las banderas del 18 de junio. Pero ahora rodeadas de bayonetas. La manifestación se convertía en un hecho de enorme importancia. ¿Qué hacer? ¿Era concebible que los bolcheviques permanecieran al margen? Los miembros del comité de Petrogrado, con los delegados a la conferencia y los representantes de los regimientos, toman el acuerdo siguiente: anular las decisiones tomadas, poner término a los esfuerzos estériles para contener el movimiento, orientar este último en el sentido de que la crisis gubernamental se resuelva en beneficio del pueblo; con este fin, incitar a los soldados y a los obreros a dirigirse pacíficamente al Palacio de Táurida, a elegir delegados y presentar sus demandas, por mediación de los mismos, al comité ejecutivo. Los miembros del comité central que se hallaban presentes sancionaron la rectificación de la táctica acordada.

La nueva resolución, proclamada desde el balcón, es acogida con gritos de júbilo y con *La Marsellesa*. El movimiento ha sido sancionado por el partido: los ametralladoristas pueden respirar tranquilos. Una parte del regimiento se dirige inmediatamente a la Fortaleza de Pedro y Pablo para tratar de ganarse la guarnición y, en caso de necesidad, proteger el Palacio de Kshesínskaya, separado de la fortaleza por el angosto canal de Kronversky.

Los primeros grupos de manifestantes entraron, como en país extranjero, en la Perspectiva Nevsky, arteria de la burguesía, de la burocracia y de la oficialidad. Desde las aceras, las ventanas y los balcones miles de ojos atisban hostilmente a los manifestantes. A un regimiento sigue una fábrica; a una fábrica, un regimiento. Van llegando cada vez nuevas masas. Todas las banderas gritan, en letras oro sobre fondo rojo, lo mismo: "¡Todo el poder a los sóviets!". La manifestación se apodera de la Nevsky y afluye como un río desbordado hacia el Palacio de Táurida. Los carteles con el lema de "¡Abajo la guerra!" son los que provocan una hostilidad más aguda por parte de los

oficiales, entre los cuales hay no pocos inválidos. El estudiante, la colegiala, el funcionario intentan hacer comprender a los soldados, con grandes gestos y voz quebrada, que los agentes alemanes que acechan a sus espaldas quieren dejar entrar en Petrogrado a los soldados de Guillermo para que estrangulen la libertad. A los oradores les parecen irrefutables sus propios argumentos. "¡Están engañados por los espías!", dicen los funcionarios, refiriéndose a los obreros, que, con gesto sombrío, enseñan los dientes. "¡Han sido arrastrados por los fanáticos!", contestan los más indulgentes." ¡Son unos ignorantes! ", dicen los unos y los otros. Pero los obreros tienen su criterio. No fueron precisamente espías alemanes los que les imbuyeron las ideas que hoy les han echado a la calle. Los manifestantes echan a un lado, con malas maneras, a los mentores impertinentes y siguen su camino. Esto pone fuera de sí a los patriotas de la Nevski.

Algunos grupos, capitaneados en la mayor parte de los casos por inválidos y caballeros de San Jorge, se lanzan sobre algunos manifestantes e intentan arrebatarles las banderas. Se producen colisiones aquí y allí. Suenan disparos sueltos. ¿De dónde parten? ¿De una ventana? ¿Del Palacio de Anichkin? La calle contesta con una descarga hacia arriba, sin blanco fijo. Durante unos momentos reina en la calle la confusión. Cerca de medianoche (relata un obrero de la fábrica Volcán), cuando pasaba por la Nevski el regimiento de granaderos, cerca de la biblioteca pública se abrió, no se sabe de dónde, el fuego, que duró algunos minutos. Se produjo el pánico. Los obreros se dispersaron por las calles inmediatas. Los soldados se tiraron al suelo; no en vano muchos de ellos habían pasado por la escuela de la guerra.

Aquella Nevsky de medianoche, con soldados de la guardia y granaderos echados en la calzada mientras sonaban las descargas, ofrecía un espectáculo fantástico. ¡Ni Pushkin ni Gógol, que celebraron la Nevsky, se la representaban así! Sin embargo, esta fantasmagoría era una realidad: en la calle quedaron varios muertos y heridos.

En el Palacio de Táurida había aquel día una agitación especial. En vista de la dimisión de los kadetes, ambos comités ejecutivos, el de los obreros y soldados y el de los campesinos, discutían el informe de Tsereteli sobre la manera de lavar el abrigo de la coalición sin mojar la lana. Seguramente se habría acabado por descubrir el secreto de semejante operación, de no haberlo impedido los suburbios intranquilos.

Los avisos telefónicos relativos a la acción preparada por el regimiento de ametralladoras provocan muecas de rabia y de pesar en los rostros de los jefes. ¿Es posible que los soldados y los obreros no puedan esperar hasta que los periódicos publiquen la salvadora resolución? Miradas de reojo de la mayoría hacia los bolcheviques. Pero también para ellos es, esta vez, la manifestación algo inesperado. Kámenev y otros representantes del partido presentes acceden incluso a recorrer las fábricas y los cuarteles, después de la sesión diurna, con objeto de contener a las masas. Posteriormente, este gesto habría de ser interpretado por los conciliadores como un ardid de guerra.

Los comités ejecutivos redactaron un manifiesto, en el cual, como de costumbre, toda acción era calificada de traición contra la revolución. Pero, ¿cómo había de resolverse la crisis del poder? Se encontró una salida: dejar el gabinete tal como había quedado después de la dimisión de los kadetes, aplazando la solución definitiva de la cuestión hasta que fueran llamados los miembros provinciales del comité ejecutivo. Aplazar las cosas, ganar tiempo para las propias vacilaciones. ¿Acaso no es ésta la más prudente de todas las políticas?

Los conciliadores sólo consideraban imposible dejar pasar el tiempo cuando se trataba de luchar contra las masas. Se puso inmediatamente en movimiento el aparato oficial para armarse contra la insurrección, que fue el nombre que se dio a la manifestación desde el primer momento. Los jefes buscaban por todas partes fuerzas armadas para la defensa del gobierno y del comité ejecutivo.

Distintas instituciones militares recibieron órdenes firmadas por Chjeidze y otros miembros de la mesa que pedían que se mandaran al Palacio de Táurida automóviles blindados, cañones de tres pulgadas y proyectiles. Al mismo tiempo, casi todos los regimientos recibieron la orden de mandar destacamentos armados para la defensa del palacio. Por si esto fuera poco, se telegrafió aquel mismo día al frente, al 5° ejército, que era el que se hallaba más cerca de la capital; ordenando "el envío a Petrogrado de una división de caballería, de una brigada de infantería y de automóviles blindados".

El menchevique Voitinsky, el cual se había confiado la misión de proteger al comité ejecutivo, ha dicho, en sus relatos retrospectivos, con toda franqueza, cuál era en aquellos días la situación real: "El 3 de julio fue consagrado por entero a la adopción de medidas para proteger, aunque no fuera más que con unas cuantas compañías, el Palacio de Táurida... Hubo un momento en que no disponíamos absolutamente de ninguna fuerza. En las puertas del Palacio de Táurida, no había más que seis hombres, incapaces de contener a la multitud..." Y más adelante: "El primer día de la manifestación sólo disponíamos de cien hombres; no contábamos con nada más. Mandamos comisarios a todos los regimientos con la petición de que nos facilitaran soldados para organizar el servicio de centinelas... Pero cada regimiento volvía la vista hacia el vecino para ver cómo había de proceder. Era preciso acabar a toda costa con este escandaloso estado de cosas, y llamamos tropas del frente". Sería difícil, aún proponiéndoselo, imaginar una sátira más malévola contra los conciliadores. Centenares de miles de manifestantes exigen la entrega del poder a los sóviets. Chjeidze, que se halla al frente del sistema soviético, y que es por ello mismo el candidato a la presidencia, busca por todas partes fuerzas militares para lanzarlas contra los manifestantes. El grandioso movimiento a favor de la democracia es calificado por los jefes de ésta como un ataque de bandas armadas contra la democracia.

En aquel mismo Palacio de Táurida se hallaba reunida, después de una prolongada pausa, la sección obrera del sóviet, la cual, en el transcurso de dos meses, mediante elecciones parciales en las fábricas, se había renovado hasta tal punto que el comité ejecutivo temía, no sin fundamento, que los bolcheviques dominaran en la misma. La reunión de la sección, artificialmente aplazada y convocada, al fin, por los propios conciliadores unos días antes, coincidió por casualidad con la manifestación armada: los periódicos veían, asimismo, en esto, la mano de los bolcheviques. Zinóviev desarrolló en su discurso, en una forma convincente, la idea de que los conciliadores, aliados de la burguesía, no querían ni sabían luchar contra la contrarrevolución, pues entendían por tal las fechorías aisladas de los "centurias negras" y no la cohesión política de las clases poseedoras, con el fin de aplastar a los sóviets, centros de resistencia de los trabajadores.

El discurso dio en el blanco. Los mencheviques, al darse cuenta de que por primera vez se hallaban en minoría en los sóviets, propusieron no tomar ningún acuerdo y recorrer los barrios obreros con el fin de mantener el orden. Pero, ¡ya era tarde! La noticia de que han llegado al Palacio de Táurida los obreros armados y los soldados del regimiento de ametralladoras provoca en la sala una extraordinaria excitación. Aparece en la tribuna Kámenev. "Nosotros [dice] no hemos incitado a la acción; pero las masas populares se han lanzado a la calle por propia iniciativa... Y puesto que las masas han salido, nuestro sitio está junto a ellas... Nuestra misión consiste ahora en dar al movimiento un carácter organizado". Kámenev termina su discurso proponiendo que se designe una comisión de veinticinco miembros encargada de dirigir el movimiento. Trotsky apoya esta petición. Chjeidze teme a la comisión bolchevique e insiste en vano para que la cuestión pase al comité ejecutivo. Los debates toman un carácter tumultuoso. Convencidos definitivamente de que no tienen más que el tercio de los votos, los mencheviques y los socialrevolucionarios abandonan la sala.

Esta táctica se convierte en la táctica favorita de los demócratas: empiezan a boicotear los sóviets a partir del momento en que pierden la mayoría en ellos. La resolución en que se incita al comité ejecutivo central a hacerse cargo del poder es aprobada por 276 votos. No hay oposición. Se procede inmediatamente a elegir los 15 vocales de la comisión. Se reservan 10 puestos para la minoría, puestos que nadie ocupará. El hecho de que saliese elegida una comisión bolchevique significaba, para amigos y adversarios, que la sección obrera del sóviet de Petrogrado se convertía, a partir de aquel momento, en la base del bolchevismo. Se había dado un gran paso. En abril la influencia de los bolcheviques se extendía aproximadamente a la tercera parte de los obreros petersburgueses; por aquellos días representaban en el sóviet un sector insignificante. Ahora, a principios de julio, los bolcheviques, tienen en la sección obrera cerca de los dos tercios de delegados: esto significaba que su influencia entre las masas había adquirido un carácter decisivo.

De las calles adyacentes al Palacio de Táurida afluyen columnas de obreros, obreras y soldados con banderas, cantos y música. Aparece la artillería ligera, cuyo jefe provoca el entusiasmo al declarar que todas las baterías de su división están con los obreros. La calle en que está emplazado el Palacio de Táurida y el muelle correspondiente al mismo están atestados de gente. Todo el mundo quiere acercarse a la tribuna situada en la puerta principal del palacio. Se presenta a los manifestantes Chjeidze, con el aspecto malhumorado del hombre a quien se ha arrancado inútilmente de sus ocupaciones. El popular presidente de los sóviets es acogido con un silencio hostil. Con voz cansada y ronca, Chjeidze repite los lugares comunes habituales que todo el mundo se sabe de memoria. No se dispensa mejor acogida a Voitinsky, que ha acudido en su auxilio. "En cambio Trotsky [según cuenta Miliukov], que declaró que había llegado el momento de que el poder pasara a los sóviets, fue acogido con ruidosos aplausos..." Esta frase es falsa a sabiendas. Ningún bolchevique dijo entonces que "había llegado el momento". Un cerrajero de la fábrica Duflon, situada en la barriada de Petrogrado, decía más tarde, hablando del mitin celebrado bajo los muros del Palacio de Táurida: "Me acuerdo del discurso de Trotsky, quien decía que no había llegado aún el momento de tomar el poder". Este cerrajero reproduce el espíritu de mi discurso más fielmente que el profesor de historia. Por los oradores bolcheviques los manifestantes se enteraron del triunfo que acababa de ser alcanzado en la sección obrera del sóviet, y este hecho les dio una satisfacción casi tangible, como si hubieran entrado ya en la época del régimen soviético.

Poco antes de medianoche se abrió nuevamente la sesión mixta de los comités ejecutivos: en aquel momento los granaderos se echaban al suelo en la Perspectiva Nevsky. A propuesta de Dan, se decidió que sólo podían asistir a la reunión los que se comprometiesen de antemano a defender y poner en práctica los acuerdos tomados. ¡Esto era algo nuevo! Los mencheviques intentaban convertir el sóviet, declarado por ellos parlamento de los obreros y soldados, en órgano administrativo de la mayoría conciliadora. Cuando se queden en minoría (lo cual ocurrirá dentro de dos meses), los conciliadores defenderán apasionadamente la democracia soviética. Hoy, como en general en todos los momentos decisivos de la vida social, la democracia queda arrinconada. Algunos *meirayontsi*[32] abandonaron la reunión protestando; bolcheviques no había ninguno: estaban en el Palacio de la Kshesínskaya deliberando sobre la conducta que había de seguirse al día siguiente. Más tarde los *meirayontsi* y los bolcheviques se presentaron en la sala y declararon que nadie podía despojarles del mandato que les habían dado los electores. La mayoría se calló y la proposición de Dan cayó

[32] Grupo de socialdemócratas revolucionarios afín a los bolcheviques, que pronto se fusionó con el partido. Trotsky formaba parte de este grupo (N. del T.)

insensiblemente en el olvido. La reunión fue larga como una agonía. Los conciliadores intentan persuadirse unos a otros, con voz débil, de la razón que les asiste. Tsereteli, en calidad de ministro de correos y telégrafos, se lamenta de los empleados subalternos: "Hasta este momento no me he enterado de la huelga de correos y telégrafos... Por lo que a las reivindicaciones políticas se refiere, su consigna es también '¡Todo el poder a los sóviets!'". Los delegados de los manifestantes que rodeaban el Palacio de Táurida exigieron que se les permitiera el acceso a la reunión. Se les dejó entrar con inquietud y malevolencia. Los delegados creían sinceramente que esta vez los conciliadores no podrían dejar de acoger de forma favorable sus aspiraciones. ¿Acaso los periódicos mencheviques y socialrevolucionarios de hoy, excitados por la dimisión de los kadetes, no denuncian las intrigas y el sabotaje de sus aliados burgueses? Además, la sección obrera se ha pronunciado por la entrega del poder a los sóviets. ¿Qué se espera? Pero los ardientes llamamientos, en los cuales la indignación respira aún esperanza, caen impotentes en la atmósfera estancada del parlamento conciliador.

A los jefes no les preocupa más que una idea: cómo librarse lo más rápidamente posible de aquellos huéspedes indeseables. Se les invita a tomar asiento en la galería: sería demasiado imprudente echarlos a la calle, al lado de los manifestantes. Desde la galería, los ametralladoristas escuchan asombrados los debates que se estaban desarrollando y que no perseguían más fin que ganar tiempo, con el objeto de que pudieran llegar los regimientos de confianza. "En las calles está el pueblo revolucionario [dice Dan], pero este pueblo hace obra contrarrevolucionaria..." Dan se ve apoyado por Abramóvich, uno de los líderes del Bund judío, un pedante conservador cuyos instintos se sentían ofendidos por la revolución. "Estamos en presencia de un compló", afirma, faltando a toda evidencia y propone a los bolcheviques que declaren abiertamente que la cosa "es obra suya". Tsereteli profundiza el problema: "Salir a la calle con la demanda de "Todo el poder a los sóviets" significa sostener a estos últimos. Si los sóviets quisieran, el poder pasaría a sus manos. Ningún obstáculo se opone a su voluntad... Manifestaciones como ésta hacen el juego, no a la revolución, sino a la contrarrevolución". Los delegados no acababan de comprender este razonamiento. Les parecía que sus elevados jefes no estaban en su sano juicio. Al final, la asamblea confirmó una vez más, con 11 votos en contra, que la manifestación armada era una puñalada en la espalda del ejército revolucionario, etc. La reunión terminó a las cinco de la madrugada.

Poco a poco las masas fueron retirándose a sus barriadas. Durante toda la noche recorrieron la ciudad automóviles armados, estableciendo el contacto entre los regimientos, las fábricas y los centros de barriada.

Como en febrero, las masas, por la noche, hacían el balance del día. Pero ahora lo hacían con la participación de un complejo sistema de organizaciones de fábrica, de partido, militares, que estaban reunidos con carácter permanente. En las barriadas se opinaba, como algo que no admitía ya discusión, que el movimiento no podía detenerse a medio camino. El comité ejecutivo aplazó la resolución acerca del traspaso del poder. Las masas interpretaron esto como una vacilación. La conclusión era clara: había que apretar más.

La reunión nocturna de los bolcheviques y *meirayontsi*, que tenía lugar en el Palacio de Táurida, a la vez que la de los comités ejecutivos, sacaba también el balance del día e intentaba anticipar lo que traería consigo el día siguiente. Los informes de las barriadas atestiguaban que la manifestación no había hecho más que poner en movimiento a las masas, planteando ante ellas por primera vez en toda su agudeza el problema del poder. Mañana las fábricas y los regimientos querrán obtener una contestación y no habrá fuerza humana capaz de retenerlos en los suburbios. No se discutía si debía o no tomarse

el poder, como habían de afirmar más tarde los adversarios, sino si debía hacerse o no una tentativa para liquidar la manifestación o ponerse al frente de ella al día siguiente.

A hora avanzada de la noche, hacia las tres, llegaban al Palacio de Táurida los obreros de la fábrica de Putilov, una masa de 30.000 hombres, muchos de ellos con sus mujeres y niños. La manifestación se puso en marcha a las once y por el camino se unieron a los manifestantes otras fábricas. En el portal de Narva había tanta gente, a pesar de lo avanzado de la hora, que se hubiera dicho que la barriada había quedado completamente vacía. Las mujeres gritaban: "Todo el mundo tiene que ir... ¡Nosotras guardaremos las casas!..." Del campanario de Spasa partieron unos disparos, al parecer de ametralladora. Desde abajo se hizo una descarga contra el campanario. "En Gostini Dvor se lanzaron contra los manifestantes un grupo de estudiantes y de junkers, que les arrebataron un cartelón. Los obreros ofrecieron resistencia, se produjo un gran tumulto, sonaron disparos y al autor de estas líneas le rompieron la cabeza y le pisotearon el pecho y los costados." Nos cuenta esto el obrero Yefimov, ya conocido del lector. Atravesando la ciudad, ya silenciosa, los obreros de Putilov llegaron por fin al Palacio de Táurida. Gracias a la insistente intervención de Riazánov, muy íntimamente ligado en aquel entonces con los sindicatos, la delegación de la fábrica fue recibida por el comité ejecutivo. La masa obrera, hambrienta y terriblemente fatigada, se sentó a esperar en la calle y en el jardín, con la esperanza de obtener una contestación. Estos obreros de la fábrica de Putilov, acampados a las tres de la madrugada en los alrededores del Palacio de Táurida, en el que los líderes de la democracia esperaban la llegada de tropas del frente, es uno de los espectáculos más conmovedores de la revolución en el período turbulento que va desde febrero a octubre. Doce años antes, no pocos de estos obreros habían tomado parte en la manifestación de enero ante el Palacio de Invierno, con imágenes y estandartes. En aquellos doce años habían pasado siglos enteros. En el transcurso de los cuatro meses próximos transcurrieron otros cuantos más.

Sobre la reunión de los líderes y organizadores bolcheviques que discuten sobre lo que ha de hacerse al día siguiente flota la sombra grávida de los obreros de la fábrica de Putilov, acampados en plena calle. Mañana los obreros de la fábrica de Putilov no irán al trabajo.

¿Cómo van a trabajar después de una noche pasada en vela? Entre tanto es llamado Zinóviev por teléfono, Raskólnikov comunica, desde Cronstadt, que mañana a primera hora la guarnición de la fortaleza se dirigirá a Petrogrado, y que no hay nada ni nadie capaz de contenerla. Desde el otro extremo del hilo telefónico, el joven oficial pregunta: ¿Es posible que el comité central le ordene dejar abandonados a los marinos, desacreditándose completamente a sus ojos'/ A la imagen de los obreros de la fábrica de Putilov acampados delante del Palacio de Táurida se une otra, no menos impresionante: la de los marinos de la isla, que en esta noche de vela se aprestan a apoyar a los obreros y soldados de Petrogrado. No, la cosa es demasiado clara. No se puede seguir vacilando. Trotsky pregunta por última vez: ¿Y si se intentara dar a la manifestación el carácter de una manifestación sin armas? No, ni de eso se puede ya siquiera hablar. Un pelotón de junkers bastaría para dispersar, como a un rebaño de ovejas, a millares de hombres desarmados. Los soldados y obreros. acogerían indignados, considerando como una trampa semejante proposición. La contestación es categórica y convincente. Por unanimidad se decide incitar mañana a las masas, en nombre del partido, a continuar la manifestación. Zinóviev corre al teléfono, donde espera frenético Raskólnikov, para comunicarle la noticia que le permitirá respirar con desahogo. Se redacta inmediatamente un manifiesto a los obreros y soldados: ¡A la calle! El manifiesto del comité central que había sido escrito durante el día, y en el que se invitaba a las masas a cesar la manifestación, es sacado de las prensas; pero ya es tarde para reemplazarlo por el nuevo

texto. La página blanca de *Pravda* será mañana una prueba mortal contra los bolcheviques. Evidentemente, en el último momento, asustados, han retirado el llamamiento a la insurrección, ¿o acaso, al revés, han renunciado a su llamamiento a la manifestación pacífica para incitar a la insurrección? La verdadera resolución de los bolcheviques apareció en una hoja que invitaba a los obreros y soldados a “expresar su voluntad ante los comités ejecutivos, reunidos, mediante una manifestación pacífica y organizada”. No, aquello no era precisamente un llamamiento a la insurrección.

Las jornadas de julio: el momento culminante y la derrota

A partir de este momento, la dirección inmediata del movimiento pasa a manos del comité del partido de Petrogrado, cuyo principal agitador era Volodarsky. De movilizar a la guarnición se encargó la Organización Militar. Ya desde marzo se hallaban al frente de la misma dos viejos bolcheviques a los cuales debió mucho la organización en su ulterior desarrollo. Podvoisky era una figura brillante y original en las filas del bolchevismo, con los rasgos característicos del revolucionario ruso de viejo estilo, procedente del seminario, hombre de gran energía, aunque no disciplinada, con imaginación creadora, que, justo es reconocerlo, degeneraba fácilmente en fantasía. Más tarde, cuando Lenin pronunciaba la palabra "podvoiskysmo", en sus labios había cierta ironía bonachona, no exenta de advertencia. Pero los lados débiles de esta naturaleza apasionada habían de manifestarse principalmente después de la toma del poder, cuando la abundancia de posibilidades daba impulsos excesivos a la pródiga energía de Podvoisky y a su pasión por las empresas decorativas. En las circunstancias creadas por la lucha revolucionaria en torno al poder, su decisión optimista, su abnegación y su incansable actividad le hacían un director insustituible de las masas de soldados en pleno despertar.

Nevsky, antiguo *privat-focent*, más prosaico que Podvoisky y menos adicto al partido que él, no tenía nada de espíritu organizador y sólo por una desdichada casualidad llegó a ser un año más tarde, por poco tiempo, ministro soviético de vías y comunicaciones. La atracción que ejercía sobre los soldados era debida a su sencillez. a su carácter comunicativo y a su trato afable.

Alrededor de estos directores pululaba un grupo de auxiliares directos, formado por soldados y jóvenes oficiales, algunos de los cuales estaban llamados a desempeñar más tarde un importante papel. En la noche del 4 de julio, la Organización Militar pasa de golpe a ocupar el primer plano. Podvoisky, que asume sin gran trabajo las funciones de mando, improvisa a su lado un estado mayor. Se cursan órdenes e instrucciones breves a todas las fuerzas de la guarnición. Se colocan automóviles blindados en los puentes que unen a los suburbios con el centro y en los puntos estratégicos de las arterias principales, a fin de proteger a los manifestantes contra posibles ataques. Por la noche los soldados del regimiento de ametralladoras habían apostado ya centinelas propios en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Por teléfono y mediante emisarios especiales se notifica la manifestación del día siguiente a las organizaciones de Oranienbaum, Peterhof, Krásnoie-Seló y otros puntos próximos a la capital. Huelga decir que la dirección política general del movimiento quedaba reservada al comité central.

Los ametralladoristas no regresaron a sus barracones hasta el amanecer, fatigados y ateridos, a pesar de estar en el mes de julio. La lluvia nocturna había calado hasta los huesos a los obreros de Putilov. Los manifestantes se reúnen cerca de las once de la mañana. Las fuerzas militares no entran en escena hasta más tarde. Hoy, el 1er. regimiento de ametralladoras se ha echado también a la calle en toda su integridad. Pero ya no desempeña el papel de instigador que desempeñara en la víspera. El primer plano lo ocupan hoy los obreros de las fábricas. Se unen al movimiento los que en el día anterior habían quedado al margen. Allí donde los dirigentes titubean o se resisten, la juventud obrera obliga al vocal de turno del comité de fábrica a hacer sonar la sirena para dar la

señal de paralizar el trabajo. En la fábrica del Báltico, donde predominaban los mencheviques y socialrevolucionarios, de los 5.000 obreros que trabajan en la misma secundan el movimiento cerca de 4.000. En la fábrica de calzado Skorojod, que durante mucho tiempo había sido considerada como el reducto de los socialrevolucionarios, el estado de espíritu de los obreros había cambiado tan rápidamente, que el diputado de la fábrica un socialrevolucionario, estuvo algunos días sin poder aparecer por ahí. Estaban en huelga todas las fábricas; por todas partes se celebraban mítines. Se elegían dirigentes de la manifestación y delegados encargados de presentar las reivindicaciones del comité ejecutivo. Cientos de miles de hombres volvieron a ponerse en marcha hacia el Palacio de Táurida y docenas de miles de manifestantes volvieron a encaminarse hacia el Palacio de Kshesínskaya. El movimiento de hoy es más imponente y está mejor organizado que el de ayer; se ve la mano dirigente del partido. La atmósfera es también más candente; los soldados y los obreros quieren provocar el desenlace de la crisis. El gobierno, angustiado, espera. Su impotencia es aún más evidente que ayer. El comité ejecutivo espera tropas leales y recibe noticias de todas partes, anunciando que avanzan sobre la capital fuerzas militares hostiles. De Cronstadt, de Novi-Peterhof, de Krásnoie-Seló, del fuerte de Krasnaya Gorka, de toda la periferia próxima, por mar y por tierra, avanzan marinos y soldados, con bandas de músicos, con armas, y, lo que es peor, con cartelones bolcheviques. Algunos regimientos, exactamente lo mismo que en febrero, traen por delante a sus oficiales, como si entraran en acción bajo su mando.

“Aún seguía reunido el gobierno [relata Miliukov], cuando se recibió la noticia de que en la Nevsky había tiroteo. Decidieron continuar reunidos en el estado mayor. Allí estaban el príncipe Lvov, Tsereteli, el ministro de justicia Pereverzev, dos ayudantes del ministro de la guerra. Hubo un momento en que la situación del gobierno parecía desesperada. Los soldados de los regimientos de Preobrazhensky, Semiónov e Ismail, que no estaban con los bolcheviques, declararon al gobierno que se mantendrían ‘neutrales’. En la plaza del palacio, para la defensa del estado mayor, no había más que inválidos y algunos centenares de cosacos”. El día 4, por la mañana, el general Polovtsiev anunciaba que Petrogrado iba a quedar limpio de tropas armadas, y se ordenaba severamente a la población que cerrase los portales y no saliera a la calle sino en caso de extrema necesidad.

Aquella terrible orden no pasó de ser una vacua amenaza. El jefe de las tropas de la región sólo pudo lanzar contra los manifestantes a pequeños destacamentos de junkers y de cosacos que durante todo el día provocaron tiroteos ineptos y sangrientas escaramuzas. El abanderado del 1er. regimiento del Don, que guardaba el Palacio de Invierno, declaró lo siguiente ante la comisión investigadora: “Se había dado la orden de desarmar a los pequeños grupos que pasaran por delante, fueran los que fueran los que los compusieran, y asimismo a los automóviles armados. Cumpliendo esta orden, de vez en cuando nos formábamos en fila cerca de palacio y procedíamos al desarme”. El simple relato de este cosaco nos da una idea inequívoca de la correlación de fuerzas y del carácter de la lucha. Las tropas “rebeldes” salen de los cuarteles formadas en compañías y regimientos, toman posesión de las calles y de las plazas. Las fuerzas del gobierno operan por medio de emboscadas, ataques por sorpresa realizados por destacamentos poco numerosos, es decir, por los métodos con que suelen operar los guerrilleros insurrectos. El cambio de papeles se explica por la circunstancia de que casi todas las fuerzas armadas del gobierno le son hostiles o, en el mejor de los casos, guardan una actitud neutral. El gobierno vive de la confianza que le otorga el comité ejecutivo, el cual, por su parte, se apoya en la confianza que abrigan las masas de que acabará por variar de criterio y tomará, por fin, el poder.

Lo que dio mayor impulso a la manifestación fue el hecho de que aparecieran los marinos de Cronstadt en la palestra de Petrogrado. El día anterior los delegados del regimiento de ametralladoras ya habían realizado una gran propaganda entre la guarnición de la fortaleza marítima. De un modo inesperado para las organizaciones locales, en la Plaza del Ancla se celebró un mitin por iniciativa de unos anarquistas llegados de Petrogrado. Los oradores incitaban a acudir en auxilio de la capital. El estudiante de medicina, Roschal, no de los jóvenes héroes de Cronstadt y el niño mimado de la Plaza del Ancla, intentó pronunciar un discurso moderado. Miles de voces le interrumpieron. Roschal, acostumbrado a que se le acogiera de un modo muy distinto, tuvo que retirarse de la tribuna. Hasta la noche no se supo en Petrogrado que los bolcheviques invitaban a las masas a echarse a la calle. Esto resolvía la cuestión. Los socialrevolucionarios de izquierda (¡en Cronstadt no los había ni podía haber de derecha!) declararon que se proponían tomar parte en la manifestación. Esta gente formaba parte de un mismo partido con Kerensky, quien, en aquellos mismos momentos, reunía tropas en el frente para aplastar a los manifestantes. El estado de espíritu dominante en la asamblea nocturna de las organizaciones de Cronstadt era tal, que incluso el tímido comisario del gobierno provisional. Parchevsky, votó a favor de la marcha sobre Petrogrado. Se trazó un plan, se movilizaron los medios de transporte marítimo, se entregaron 75 puds de municiones. A las doce de la noche, cerca de diez mil marinos, soldados y obreros armados, entraban en la embocadura del Nevá, conducidos por remolcadores y vapores de pasajeros. Después de desembarcar en ambas orillas del río, se unen a la manifestación, fusil al hombro y al son de las bandas. Detrás de los marinos y soldados van las columnas de obreros de los barrios de Petrogrado y de Vassili-Ostrov, entre los cuales avanzan también destacamentos de la guardia roja. A los lados, automóviles blindados; flotando por encima de las cabezas, banderas y cartelones innumerables.

El Palacio de la Kshesínskaya está a dos pasos. Pequeño, enjuto, negro como la brea, Svérdlov; uno de los principales organizadores del partido, incorporado al comité central en la Conferencia de Abril, da órdenes desde el balcón con su poderosa voz de bajo: "Haced avanzar la cabeza de la manifestación, apretad las filas, contened las filas de atrás". Desde el balcón, saluda a los manifestantes Lunacharsky, siempre dispuesto a contagiarse del estado de espíritu de los que le rodean, imponente de aspecto, de voz y de elocuencia declamatoria, no muy seguro, pero frecuentemente insustituible. Desde abajo le aplauden en forma ruidosa. Pero a quien sobre todo querían oír los manifestantes era a Lenin (al cual, dicho sea de paso, habían hecho venir por la mañana de su refugio de Finlandia), pues los marinos expresaron con tanta insistencia su deseo, que, a pesar de su mal estado de salud, Lenin no pudo negarse a satisfacerlo. Una ola de entusiasmo desbordante acogió la aparición del jefe en el balcón. Lenin, impaciente y esperando, con cierta confusión, como siempre, que cesaran las aclamaciones, empezó a hablar antes de que éstas se acallaran. Su discurso, que, durante varias semanas enteras, la prensa enemiga había de tergiversar en todos los tonos, estaba hecho de unas cuantas frases simples: saludo a los manifestantes, expresión de la seguridad de que la consigna "Todo el poder a los sóviets" acabará por triunfar; llamamiento a la serenidad y a la firmeza. La manifestación se pone nuevamente en marcha en medio de las aclamaciones y a los acordes de las bandas. Entre esta introducción jubilosa y la etapa siguiente, en la cual se derramó la sangre, se desarrolla un episodio curioso. Los jefes de los socialrevolucionarios de izquierda de Cronstadt sólo al llegar al Campo de Marte se dieron cuenta del enorme cartelón del comité central de los bolcheviques que iba a la cabeza de la manifestación y que había hecho su aparición después de la pausa ante el Palacio de la Kshesínskaya. Ardiendo en celos de partido, exigieron que este cartelón fuese retirado. Los bolcheviques se negaron a ello. Entonces, los socialrevolucionarios

declararon que se retiraban. Pero ninguno de los marinos y soldados siguió a los jefes... Toda la política de los socialrevolucionarios de izquierda estaba hecha de vacilaciones caprichosas como ésta, a veces cómicas, a veces trágicas.

En la esquina de la Nevsky y la Liteini, la retaguardia de la manifestación se vio inesperadamente tiroteada. Resultaron heridas algunas personas. En la esquina de la Liteini y de la Panteleimonovskaya, el tiroteo fue más intenso. El caudillo de Cronstadt, Raskólnikov, recuerda la impresión que produjo en los manifestantes la ignorancia de dónde partía el golpe: "¿Dónde está el enemigo? ¿Desde dónde dispara?" Los marinos cogieron los fusiles y empezó un tiroteo desordenado, en que algunos hombres cayeron muertos o heridos. Sólo con gran dificultad fue posible restablecer algo parecido al orden. La manifestación se puso nuevamente en marcha a los acordes de las bandas, pero no quedaba ya ni rastro del estado de espíritu jubiloso del principio. "Por todas partes se creía ver el enemigo oculto. Los fusiles no colgaban ya pacíficamente del hombro, sino que se llevaban empuñados y a punto de disparar".

Durante el día hubo no pocos incidentes sangrientos en distintos puntos de la ciudad. Una parte de estos sucesos hay que atribuirlos a la confusión, a los equívocos, a los disparos hechos al azar, al pánico. Estas casualidades trágicas constituyen una especie de gasto extraordinario de la revolución que es, a su vez, un gasto extraordinario de la evolución histórica. Pero es incontestable, como se vio en aquellos días, y se confirmó posteriormente, que en los acontecimientos de julio la provocación sangrienta desempeñó su papel... "Cuando los soldados manifestantes [cuenta Podvoisky] pasaban por la Nevski y los barrios contiguos, habitados principalmente por la burguesía, empezaron a evidenciarse síntomas del mal augurio: disparos extraños, hechos no se sabía de dónde ni por quién... En un principio, la perplejidad se apodero de las columnas; después los menos firmes y serenos empezaron a disparar a diestro y siniestro, de un modo desordenado". En *Izvestia*, periódico oficial, el menchevique Kantorovich describía del siguiente modo el ataque de que había sido víctima una de las columnas obreras: "Avanzaba por la calle Sadóvaya una multitud de 60.000 obreros de numerosas fábricas. Al pasar por delante de la iglesia, se pusieron a repicar las campanas, y, como obedeciendo a una señal, desde los tejados de las casas inmediatas se abrió sobre los manifestantes un fuego de ametralladoras y de fusiles. Cuando la muchedumbre corrió al otro lado de la calle, partieron asimismo disparos de los tejados y las azoteas". Allí donde en febrero se habían instalado los "faraones" de Protopópov, con sus ametralladoras, operaban ahora los miembros de las organizaciones de oficiales, los cuales se proponían, no sin éxito, sembrar el pánico y provocar colisiones entre las fuerzas militares mediante el tiroteo de los manifestantes. Al procederse al registro de las casas desde donde se había disparado, se encontraron ametralladoras y algunas veces, se sorprendió a los que hacían fuego.

Sin embargo, la causa principal del derramamiento de sangre fueron los destacamentos gubernamentales, impotentes para dominar el movimiento, pero suficientes para la provocación. Cerca de las ocho de la noche, cuando la manifestación estaba en su apogeo, dos centurias de cosacos se dirigieron con artillería ligera al Palacio de Táurida, con el fin de protegerlo. Los cosacos, que, al pasar por las calles, se negaban obstinadamente a entablar conversación con los manifestantes, lo cual era ya un mal síntoma, se apoderaron, donde les fue posible, de los automóviles blindados y desarmaron a pequeños grupos sueltos. Los cañones de los cosacos, en las calles ocupadas por los obreros y soldados, fueron considerados como un reto intolerable. Todo hacía prever el choque. En el puente Liteini los cosacos se acercaron a las masas compactas del enemigo, el cual había conseguido levantar aquí, en el camino que conducía al Palacio de Táurida, algunos obstáculos. Un minuto de silencio siniestro, interrumpido por los disparos que parten de las casas cercanas. "Los cosacos abren un fuego graneado [cuenta el obrero

Metelev]; los obreros y soldados, distribuyéndose en pelotones o de bruces en las aceras, contestan en la misma forma". El fuego de los soldados obliga a los cosacos a retirarse. Al llegar a la orilla del Nevá, uno de los cañones hace tres disparos (señalados asimismo por *Izvestia*), pero los cosacos, alcanzados por el fuego de fusilería, se repliegan sobre el Palacio de Táurida. Una columna de obreros que les sale al encuentro les asesta un golpe definitivo. Abandonando cañones, caballos y fusiles, los cosacos buscan refugio en los portales de las casas burguesas o se dispersan.

La colisión de la Liteini, un verdadero combate, fue el episodio militar más importante de las jornadas de julio, y el relato del mismo se halla registrado en las memorias de muchos de los que tomaron parte en la manifestación. Bursin, obrero de la fábrica Erikson, que intervino en los acontecimientos con los soldados del regimiento de ametralladoras, cuenta que, al encontrarse con ellos, "los cosacos abrieron inmediatamente fuego. Muchos obreros cayeron muertos. A mí, una bala me atravesó una pierna y fue a alojarse en la otra... Mi pierna inutilizada y mi muleta, constituyen en mí, el recuerdo vivo de las jornadas de julio..."

En la colisión de la Liteini resultaron muertos siete cosacos y diecinueve heridos. Los manifestantes tuvieron seis muertos y cerca de una veintena de heridos. Aquí y allá yacían caballos muertos.

Poseemos un testimonio interesante del campo contrario. Averin, aquel mismo abanderado que desde por la mañana se había dedicado a efectuar ataques de guerrilla contra los revoltosos regulares, cuenta: "A las ocho de la noche recibimos orden del general Polovtsiev de enviar dos centurias con dos cañones ligeros al Palacio de Táurida... Al llegar al Puente Liteini, vi a obreros, soldados y marineros armados... Me acerqué a ellos con mi destacamento de descubierta y les pedí que entregaran las armas, pero mi demanda no fue satisfecha y toda la banda se dio a la fuga en dirección al barrio de Viborg. Cuando me disponía a lanzarme en su persecución, un soldado de baja estatura se volvió hacia mí y me disparó un tiro a quemarropa, pero no hizo blanco. Este disparo fue una especie de señal y de todas partes se abrió un fuego de fusilería desordenado contra nosotros. De la multitud partieron gritos: '¡Los cosacos disparan contra nosotros!' Así era, en efecto: los cosacos se apearon de los caballos y empezaron a disparar; se intentó incluso poner en acción los cañones, pero los soldados abrieron un fuego tan infernal, que los cosacos se vieron obligados a retirarse y se diseminaron por la ciudad". No es inverosímil que un soldado disparase contra Averin; un oficial de cosacos más bien podía esperar de la multitud de las jornadas de julio una bala que un saludo. Pero son mucho más verosímiles todavía los numerosos testimonios de que los primeros disparos no partieron de la multitud. Un cosaco de esa misma centuria declaró con firmeza que los cosacos habían sido agredidos a tiros desde el edificio de la Audiencia y luego desde varias casas del callejón de Samursky y en la Liteini. En el órgano oficioso de los sóviets se decía que los cosacos, antes de llegar al Puente Liteini, habían sido atacados desde una casa con fuego de ametralladora. El obrero Metelev afirma que cuando los soldados efectuaron un registro en dicha casa, encontraron municiones y dos ametralladoras en el domicilio de un general. Esto no tiene nada de inverosímil. Durante la guerra se encontraron en manos de la oficialidad no pocas armas, adquiridas por todos los procedimientos lícitos e ilícitos. Era demasiado grande la tentación de lanzar, desde arriba, impunemente, una lluvia de plomo contra la "canalla". Es verdad que los disparos fueron hechos contra los cosacos. Pero la multitud de las jornadas de julio estaba convencida de que los contrarrevolucionarios disparaban conscientemente contra las fuerzas del gobierno para incitarlas a emprender una represión implacable. En la guerra civil, la crueldad y la perfidia de la oficialidad, todavía ayer todopoderosa, no tuvieron límites. En Petrogrado abundaban las organizaciones secretas y semisecretas de oficiales,

que gozaban de la protección de las altas esferas y eran pródigamente sostenidas por las mismas. En la información secreta ministrada por el menchevique Liber, casi un mes antes de las jornadas de julio, se decía que los oficiales conspiradores estaban en relaciones directas con Sir Buchanan. ¿Acaso podían los diplomáticos de Inglaterra dejar de preocuparse del próximo advenimiento de un poder fuerte?

Los liberales y los conciliadores buscaban la mano de los "anarcobolcheviques" y de los agentes alemanes en todos los "excesos". Los obreros y los soldados, persuadidos de que no andaban equivocados, hacían recaer sobre los provocadores patrióticos las colisiones y las víctimas de las jornadas de julio. ¿De qué parte está la verdad? Los juicios de las masas no son, claro está, infalibles. Pero quien crea que la masa es ciega y crédula se equivoca de medio a medio. Cuando se siente herida en lo más vivo, percibe los hechos y hace sus conjeturas valiéndose de millares de ojos y de oídos. Verifica la prueba de los rumores adoptando unos, eliminando otros. Cuando las versiones relativas a los movimientos de masa son contradictorias, la que más se acerca a la verdad es siempre la propia masa. Por eso es tan estéril para la ciencia la obra de los sicofantes

tipo Hipólito Taine, que, al estudiar los grandes movimientos populares ignoran las voces de la calle, recogiendo cuidadosamente las vacuas habladurías de salón, engendradas por el aislamiento y el miedo.

Los manifestantes volvieron a sitiar el Palacio de Táurida y exigieron una respuesta. En el momento en que llegaban los manifestantes de Cronstadt, un grupo reclamó la presencia de Chernov. Dándose cuenta del estado de espíritu de la multitud, este ministro, tan locuaz de costumbre, se limitó en esa ocasión a pronunciar un lacónico discurso, en el que aludió superficialmente a la crisis del poder y, refiriéndose a los kadetes que habían salido del gobierno, dijo en tono de menosprecio: "¡Buen viaje!" "¿Por qué antes no hablaba usted así?", le interrumpieron varias voces. Miliukov cuenta incluso que "un obrero de elevada es atura, acercando el puño al rostro del ministro, le gritó furioso: '¡Toma el poder, hijo de perra, puesto que te lo dan!' Y aunque esto no pase de ser una anécdota, expresa, con un relieve un poco grosero, pero bastante claro, el verdadero fondo de la situación de julio. Las respuestas de Chernov no ofrecen interés; en todo caso, no le conquistaron los corazones de Cronstadt... Dos o tres minutos después entraba corriendo en la sala de sesiones del comité ejecutivo un hombre que anunciaba a gritos que los marinos habían detenido a Chernov y se disponían a tomar represalias contra él. El comité ejecutivo, en un estado de excitación indescriptible, delegó, para rescatar al ministro, a algunos de sus miembros más destacados, exclusivamente internacionalistas y bolcheviques. Chernov declaró posteriormente ante la comisión gubernamental que, al bajar de la tribuna, observó un movimiento hostil en un grupo que estaba situado en la entrada, detrás de las columnas... "Me rodearon, cerrándome el paso hacia la puerta... Un sujeto que mandaba a los marineros que me habían detenido, señalaba constantemente un automóvil que se hallaba allí cerca... En aquellos momentos Trotsky, que salía del Palacio de Táurida, se acercó al automóvil y, subiéndose al estribo del mismo, pronunció un breve discurso". Trotsky propuso que se dejara en libertad a Chernov y pidió que los que no estuvieran conformes con ello levantaran la mano. "No se levantó ni una sola mano, entonces el grupo que me había acompañado al automóvil se apartó del mismo con aire descontento. Si no recuerdo mal, Trotsky dijo: 'Ciudadano Chernov, nadie le impide volverse atrás libremente...' Para mí, no hay la menor duda de que lo sucedido no era más que una tentativa, preparada de antemano por gente sospechosa que nada tenía que ver con la masa de los obreros y marinos, para provocarme y detenerme."

Una semana antes de su detención, Trotsky decía en la reunión de ambos comités ejecutivos: "Estos hechos pasarán a la historia, e intentaremos describirlos tales como

fueron... Vi que cerca de la puerta había un grupo de sujetos de mala catadura. Dije a Lunacharsky y a Riazánov que aquellos sujetos eran agentes de la Ojrana, que intentaban penetrar en el Palacio de Táurida (Lunacharsky: 'Es verdad')... Los hubiera reconocido entre diez mil hombres".

En sus declaraciones del 24 de julio, escritas ya en la celda de Kresty, Trotsky dice: "En un principio, había decidido salir de entre la multitud en el automóvil con Chernov y los que querían detenerle, a fin de evitar conflictos y que se produjera pánico en la multitud. Pero Raskólnikov se me acercó precipitadamente y, muy excitado, exclamó: 'Esto es imposible... Si sale usted con Chernov, mañana se dirá que la gente de Cronstadt le ha detenido. Hay que poner en libertad a Chernov inmediatamente'. Tan pronto como un toque de corneta hizo el silencio de la multitud, me dio la posibilidad de pronunciar un breve discurso, que terminó con la siguiente proposición: 'El que vote por la violencia, que levante la mano'. Chernov pudo volver al palacio sin obstáculos".

La declaración de estos dos testigos, que eran al mismo tiempo los dos actores principales de la aventura, deja las cosas completamente en claro. Pero esto no impidió que la prensa enemiga de los bolcheviques describiera lo sucedido con Chernov y el "intento" de detención de Kerensky como las pruebas más convincentes de la organización del levantamiento armado por los bolcheviques. Se afirmaba asimismo con insistencia, sobre todo en la agitación verbal, que la 'detención de Chernov se había efectuado bajo la dirección de Trotsky. Esta versión llegó incluso hasta el Palacio de Táurida. El propio Chernov, que en el sumario expuso, en una forma que se acercaba mucho a la realidad, las circunstancias de su detención de media hora, se abstuvo, sin embargo, de hacer ninguna manifestación pública sobre este tema, a fin de no impedir a su partido que fomentara la indignación contra los bolcheviques. Por si esto fuera poco, Chernov formaba parte del gobierno que encerró a Trotsky en la cárcel de Kresty. Los conciliadores podían argüir, es cierto, que el grupo de conspiradores sospechosos nunca se hubiera atrevido a llevar a cabo un propósito tan insolente como la detención de un ministro en pleno día y ante una enorme multitud si no hubiera contado con que la hostilidad de las masas hacia el "perjudicado" le ponía suficientemente a cubierto. Y hasta cierto punto así era, en efecto. Ninguno de los que rodeaban el automóvil hizo la menor tentativa, por propio impulso, para liberar a Chernov. Si en algún otro sitio se hubiera detenido a Kerensky, ni los obreros ni los soldados se habrían sentido, naturalmente, afligidos. En este sentido, la complicidad moral de las masas en los atentados reales y supuestos contra los ministros socialistas era un hecho incontestable y daba motivos a la acusación contra los obreros y marinos de Cronstadt. Pero la preocupación de conservar los restos de su prestigio democrático impedía a los conciliadores echar mano de este argumento: no se olvide que, si bien levantaban una barrera hostil entre ellos y los manifestantes, seguían hallándose al frente del sistema de los sóviets de obreros, soldados y campesinos en el sitiado Palacio de Táurida.

A las ocho de la noche, el general Polovtsiev comunicó por teléfono al comité ejecutivo una buena noticia: dos centurias cosacas, con artillería; se dirigían al Palacio de Táurida. ¡Por fin! Pero también esta vez las esperanzas resultaron defraudadas. Las constantes llamadas telefónicas no hacían más que aumentar el pánico: los cosacos habían desaparecido sin dejar rastro, como si se hubieran evaporado, con los caballos y los cañones de tiro rápido. Miliukov dice que al atardecer empezaron a manifestarse "las primeras consecuencias de los llamamientos hechos por el gobierno a las tropas": así, según él, se dirigía apresuradamente hacia el Palacio de Táurida el 176° regimiento. Esta indicación, tan precisa en apariencia, es muy interesante, pues sirve para caracterizar los *quid pro quo* que surgen inevitablemente en el primer período de la guerra civil, cuando los campos sólo empiezan a delimitarse. En efecto; había llegado un regimiento al Palacio

de Táurida con los capotes y las mochilas al hombro y al flanco las cantimploras y las gamellas. Los soldados que venían de Krasnóie-Seló llegaban cansados del camino y calados hasta los huesos.

Era, realmente, el l76º regimiento. Pero no se disponía, ni mucho menos, a salvar al gobierno: el regimiento, que estaba en contacto, con los *meirayontsi*, se había puesto en camino bajo la dirección de los soldados (bolcheviques): Levinson y Medvedev, con el fin de exigir el poder para los sóviets. Se comunicó inmediatamente a los dirigentes del comité ejecutivo, que estaban sobre ascuas, que un regimiento con sus oficiales acababa de llegar desde lejos, en completo orden y acampaba bajo las ventanas para entregarse a un descanso merecido. Dan, que llevaba el uniforme de médico militar, se dirigió a los jefes del regimiento pidiéndoles que proporcionaran centinelas para montar la guardia en el palacio. Esta petición fue, en efecto, rápidamente satisfecha. Hay que suponer que Dan comunicaría con satisfacción la noticia a la mesa del ejecutivo, desde donde fue transmitida a la prensa. En sus memorias, Sujánov se burla de la sumisión con que el regimiento bolchevique ejecutó la orden del líder menchevique; una prueba más de lo "absurdo" que era la manifestación de julio. En realidad, la cosa era, a la vez, más simple y más compleja. El oficial que mandaba el regimiento, al hacérsele la propuesta relativa a los centinelas, se dirigió al ayudante de guardia, el joven teniente Progorovsky. Este, que era bolchevique, miembro de la organización de los *meirayontsi*, pidió en el acto consejo a Trotsky, que, con un pequeño grupo de bolcheviques, ocupaba un puesto de observación en una de las dependencias laterales de palacio. Naturalmente, se dio a Progorovsky el consejo de apostar de inmediato centinelas donde fuera preciso, pues era mucho más ventajoso tener en las puertas amigos que enemigos. De esta manera, el 176° regimiento, que había acudido para manifestarse contra el poder, protegía a este poder contra los manifestantes. Si el propósito perseguido hubiera sido la insurrección, el teniente Progorovsky habría detenido sin dificultad a todo el comité ejecutivo, que no contaba más que con cuatro soldados adictos. Pero nadie pensaba en semejante cosa y los soldados bolcheviques cumplieron a conciencia su función de centinelas.

Después que las centurias cosacas, único obstáculo con que se tropezaba en el camino que conducía al Palacio de Táurida, fueron barridas, muchos manifestantes se imaginaron que la victoria estaba asegurada. En realidad, el mayor obstáculo se hallaba en el propio palacio. En la reunión de ambos ejecutivos, que empezó a las seis de la tarde, tomaban parte 90 representantes de 54 fábricas y talleres. Los cinco oradores que, según la convención, hicieron uso de la palabra, empezaron protestando contra el hecho de que en las proclamas del comité ejecutivo los manifestantes fueran calificados de contrarrevolucionarios. "Ya habéis visto (argüían) lo que se dice en los cartelones. Es lo que los obreros han decidido... Exigimos la retirada de los diez ministros capitalistas. Tenemos confianza en los sóviets, pero no en quienes éstos depositan la suya... Exigimos que se tome inmediatamente posesión de las tierras, que se instaure el control de la industria; exigimos la lucha contra el hambre que nos amenaza": Otro añadía: "No os halláis en presencia de un motín, sino de una acción completamente organizada. Exigimos la entrega de la tierra a los campesinos, la abolición de las órdenes dirigidas contra el ejército revolucionario... Ahora que los kadetes se han negado a colaborar con vosotros, os preguntamos: ¿Con quién os disponéis a entrar en tratos? Exigimos que el poder pase a manos de los sóviets".

Las consignas de propaganda de la manifestación del 18 de junio convertían ahora en un ultimátum de las masas armadas. Pero los conciliadores estaban ya atados con cadenas demasiado pesadas al carro de los poseedores. ¿Entregar el poder a los sóviets? Pero esto significaba, ante todo, una política de paz, la ruptura con los Aliados, con la propia burguesía; significaba el completo aislamiento, la ruina al cabo de pocas semanas.

No; ¡la democracia responsable no abrazaría la senda de la aventura! “Las actuales circunstancias [decía Tsereteli] hacen imposible, en la atmósfera de Petrogrado, tomar ninguna nueva resolución”. Por esto no queda más recurso que “aceptar el gobierno tal como ha quedado constituido... y convocar un congreso extraordinario de los sóviets para dentro de dos semanas... en un sitio en que pueda funcionar sin obstáculos, en Moscú mejor que en ninguna parte”.

Pero la sesión se ve constantemente interrumpida. Los obreros de Putilov, que llegan ya al atardecer, cansados, irritados, en un estado de extraordinaria excitación, llaman a la puerta del Palacio de Táurida: “¡Que salga Tsereteli!”. Los 30.000 hombres de la calle envían sus representantes al palacio, una voz grita que si Tsereteli no quiere salir de grado habrá que hacerlo salir por la fuerza. De las amenazas a los actos hay todavía una gran distancia, pero las cosas van tomando un carácter demasiado agudo y los bolcheviques se apresuran, a intervenir. Zinóviev lo ha relatado posteriormente: “Nuestros camaradas me propusieron que fuera a hablar a los obreros de Putilov... Un mar de cabezas como nunca lo había visto... Algunas docenas de miles de hombres se apretujaban ante el palacio. Los gritos de ‘¡Tsereteli!’ continuaban… Yo empecé así: ‘En vez de Tsereteli, he salido yo’. Risas. Esto determinó un cambio en el estado de espíritu de los manifestantes. Pude pronunciar un discurso bastante extenso... Como conclusión, incité al auditorio a que se disolviese en seguida, pacíficamente, en completo orden y sin dejarse provocar en modo alguno a una acción agresiva. Los manifestantes aplauden en forma ruidosa y empiezan a retirarse”. Este episodio revela de un modo inmejorable el profundo descontento de las masas, la carencia de un plan de ataque por su parte y el verdadero papel desempeñado por el partido en los acontecimientos de julio.

Mientras Zinóviev hablaba en la calle a los obreros de Putilov, un grupo de delegados de estos últimos, algunos de ellos con fusiles, irrumpían tumultuosamente en el salón de sesiones. Los miembros del comité ejecutivo saltan de sus sitios. “Algunos de ellos no demuestran el valor ni el dominio de sí mismos suficientes”, dice Sujánov, el cual nos ha dejado una viva descripción de estos momentos dramáticos. Uno de los obreros, “un *sans-culotte* clásico, con gorra, blusa corta sin cinturón y el fusil en la mano”, salta a la tribuna de los oradores temblando de agitación y de rabia...: “¡Camaradas! ¿Soportaremos los obreros por más tiempo esta traición? Estáis pactando con la burguesía y los terratenientes... ¡Hemos venido aquí 30.000 hombres de la fábrica de Putilov y conseguiremos que se respete nuestra voluntad! ...” Chjeidze, ante cuya nariz se agitaba el fusil, dio pruebas de sangre fría. Inclinándose tranquilamente desde su sitio, metió un manifiesto impreso en la mano temblorosa del obrero: “Haga el favor de tomar esto y de leerlo, camarada. Ahí se dice lo que deben hacer los camaradas de Putilov...” En el manifiesto no se decía otra cosa sino que los manifestantes debían volver a sus casas y que, de lo contrario, serían unos traidores a la revolución. ¿Es que los mencheviques podían decir otra cosa?

Zinóviev, orador de fuerza excepcional, desempeñó un gran papel en la agitación desarrollada bajo los muros del Palacio de Táurida, así como, en general, en todo el torbellino de agitación de aquel período. En el primer momento, su aguda voz de falsete extrañaba, pero después cautivaba con su musicalidad particular. Zinóviev era un orador ingénito. Sabía dejarse contagiar por el estado de espíritu de las masas, conmoverse con lo que las conmovía y encontrar siempre para sus sentimientos y sus ideas una expresión, acaso un poco confusa e imprecisa, pero cautivadora. Los adversarios decían que Zinóviev era el más demagogo de los bolcheviques. Con esto, rendían tributo a su rasgo más acentuado, es decir, a su aptitud para penetrar en el alma del Demos y hacer vibrar sus cuerdas. Sin embargo, no se puede negar que Zinóviev, que no era más que un agitador y no tenía nada de teórico ni de estratega revolucionario, cuando no se veía contenido por

la disciplina externa, se deslizaba fácilmente hacia la demagogia, no en el sentido corriente, sino en el sentido científico de la palabra, es decir, manifestaba una cierta tendencia a sacrificar los intereses permanentes al éxito del momento. El instinto de agitador de que estaba dotado Zinóviev hacía de él un consejero muy valioso cuando se trataba de apreciaciones políticas de momento, pero sus juicios no iban nunca más allá. En las reuniones del partido sabía convencer, conquistar, sugestionar, cuando se presentaba con una idea política definida, sometida a la prueba de los grandes mítines e impregnada, por decirlo así, de las esperanzas y del odio de los obreros y los soldados. Por otra parte, Zinóviev era capaz, en una reunión hostil, aún en el seno del comité ejecutivo de aquel entonces, de dar a las ideas más extremas y explosivas una "forma atractiva, insinuante, que las hacía penetrar insensiblemente en la cabeza de los que sentían hacia él una desconfianza previa. Para alcanzar estos inapreciables resultados le era necesaria la tranquila seguridad de que una mano firme le libraba de toda responsabilidad política. Esta seguridad se la daba Lenin. Armado de una fórmula estratégica definida, Zinóviev la llenaba ingeniosamente de las exclamaciones, protestas y exigencias que acababa de recoger en la calle, en la fábrica o en el cuartel. En estos momentos era el mecanismo ideal de transmisión entre Lenin y la masa o entre ésta y aquél. Zinóviev, excepto en unos pocos casos, había seguido siempre a su maestro; pero la divergencia se produjo precisamente cuando se decidía el destino del partido, de la clase obrera del país. Zinóviev, agitador de la revolución, carecía de carácter revolucionario. Mientras no se trató más que de la conquista de las mentes y de los espíritus, Zinóviev no dejó de ser un combatiente incansable. Pero cuando se vio situado ante la necesidad de la acción perdió inmediatamente su seguridad combativa. Entonces se apartó de la masa y de Lenin; sólo reaccionó de un modo indeciso, se sintió presa de dudas, no vio más que obstáculos y su voz insinuante, casi femenina, perdió su fuerza de persuasión y puso de manifiesto su debilidad interna. Bajo los muros del Palacio de Táurida, durante las jornadas de julio, Zinóviev se sintió extraordinariamente activo, ingenioso y fuerte. Llevó hasta las notas más altas la excitación de las masas, no para incitarlas a la acción decisiva sino, al revés, para contenerlas, como correspondía a las necesidades del momento y a la política del partido. Zinóviev se hallaba entero en su elemento.

El combate de la Liteini imprimió un carácter completamente distinto al desarrollo de la manifestación. Nadie la contemplaba ya desde los balcones y las ventanas. La gente más acomodada, invadiendo las estaciones, abandonaba la ciudad. La lucha en las calles se convertía en escaramuzas esporádicas sin finalidad determinada. Durante la noche se desarrollan encuentros cuerpo a cuerpo entre los manifestantes y los patriotas, se efectúan desarmes de un modo ordenado, los fusiles pasan de unas manos a otras. Grupos de soldados de los regimientos indisciplinados obraban por cuenta propia sin obedecer a ningún plan. "Los elementos sospechosos y o provocadores que se unían a ellos los incitaban a las acciones anárquicas", añade Podvoisky. Grupos de marinos y soldados efectuaban registros por todas partes con el fin de encontrar a los culpables de disparos. So pretexto de registro, en algunos sitios se cometieron robos. De otra parte, se iniciaron pogromos. Los tenderos se arrojaban furiosamente sobre los obreros en aquellas partes de la ciudad en que se sentían fuertes, y los apaleaban en forma despiada. "La multitud se lanzó contra nosotros, gritando: '¡Mueran los judíos y los bolcheviques! ¡Al agua con ellos!', y nos apaleó brutalmente", cuenta Afanasiev, obrero de la fábrica de Novi-Lesner. Uno de los agredidos murió en el hospital; al propio Afanasiev los marinos lo sacaron del canal Yakaterinsky lleno de cardenales y ensangrentado.

Las colisiones, las víctimas, la esterilidad de la lucha y la ausencia de un objetivo práctico: todo aconsejaba liquidar el movimiento. El comité central de los bolcheviques

tomó el acuerdo de invitar a los obreros y soldados a que pusieran fin a la manifestación. Esta invitación, comunicada inmediatamente al comité ejecutivo ahora, no tropezó ya casi con ninguna resistencia entre las masas, las cuales se retiraron a los suburbios, dispuestos a no reanudar la lucha al día siguiente. Los obreros y los soldados tuvieron la sensación de que la toma del poder por los sóviets era un problema mucho más complejo de lo que se imaginaran.

Fue levantando el sitio del Palacio de Táurida y las calles adyacentes quedaron desiertas. Pero los comités ejecutivos continuaban en su puesto y proseguían con breves interrupciones los interminables discursos, sin sentido ni objeto. Hasta más tarde no se supo que los conciliadores esperaban algo. En las dependencias contiguas había aún delegados de las fábricas y de los regimientos. "Era ya más de medianoche [cuenta Metelev], y seguíamos esperando una 'resolución'... Atormentados por el hambre y el cansancio, vagábamos por la sala Alexandrovsky... A las cuatro de la madrugada del 5 de julio terminaron nuestras esperanzas ... Oficiales y soldados armados irrumpieron ruidosamente por la puerta principal del palacio". Resuenan ensordecedoras en el interior del edificio las notas metálicas de *La Marsellesa*. El ruido de pasos y el estruendo de los instrumentos provocan, en aquella hora matutina, una agitación extraordinaria en el salón de sesiones. Los diputados se levantan bruscamente de sus escaños. ¿Un nuevo peligro? Pero Dan aparece en la tribuna... "¡Compañeros [dice], tranquilizaos! No hay ningún peligro. Acaban de llegar regimientos leales a la revolución". Sí; acaban de llegar, en efecto, las tropas tanto tiempo esperadas; los soldados recién llegados ocupan las entradas y las salidas, se lanzan rabiosamente sobre los pocos obreros que aún quedan en el palacio, quitan las armas a los que las tienen, detienen a los que pueden y se llevan a los detenidos.

Sube a la tribuna el teniente Kuchin, menchevique destacado, con uniforme de campaña. Dan, que preside, le estrecha en sus brazos entre las notas triunfales de la banda. Locos de entusiasmo y pulverizando a los izquierdistas con miradas victoriosas, los conciliadores se cogen del brazo y abriendo la boca desmesuradamente, vierten su entusiasmo en las notas de *La Marsellesa*. "Una escena clásica del principio de la contrarrevolución", prorrumpe irritado Mártov, que sabía observar y comprender muchas cosas. El sentido político de la escena, registrada por Sujánov, aparecerá y cobrará aún más significativo relieve si se recuerda que Mártov figuraba en el mismo partido que Dan, para el cual esta escena representaba la victoria suprema de la revolución.

Sólo ahora, al observar el desbordante júbilo de la mayoría, el ala izquierda empezó a comprender hasta qué punto se había visto aislado el órgano supremo de la democracia oficial cuando la democracia auténtica se lanzó a la calle. En el transcurso de treinta y seis horas, aquellos hombres iban desapareciendo por turno para ir a la cabina del teléfono y ponerse en contacto con el estado mayor, con Kerensky, que estaba en el frente, pedir tropas, persuadir, implorar, enviar nuevamente agitadores y otra vez a esperar. El peligro había pasado, pero la inercia del medio subsistía. Y las recias pisadas de los "leales" hacia las cinco de la madrugada resonaban en sus oídos como una sinfonía de liberación. Se pronunciaron al fin, desde la tribuna, discursos en los cuales se hablaba abiertamente del feliz aplastamiento del motín armado y de la necesidad acabar de una vez con los bolcheviques.

El destacamento que se presentó en el Palacio de Táurida no procedía del frente, como en los primeros momentos de entusiasmo habían creído muchos, sino que había sido formado con elementos de la guarnición de Petrogrado, principalmente de los tres batallones de la guardia más reaccionarios: el de Preobrazhensky, el Semiónov y el de Ismail. El 3 de julio estos regimientos se habían declarado neutrales. El gobierno y el comité ejecutivo habían intentado inútilmente conquistarlos, valiéndose de su autoridad: los soldados no se movían, sombríos, de los cuarteles, y esperaban. Hasta la tarde del 4

de julio los gobernantes no descubrieron, al fin, un recurso eficaz: enseñar a los soldados de Preobrazhensky un documento que demostraba, como dos y dos son cuatro, que Lenin era un espía alemán. Esto surtió efecto. La noticia circuló de un regimiento a otro. Los oficiales, los miembros de los comités de regimiento, los agitadores del comité ejecutivo, no se daban punto de reposo. El estado de espíritu de los regimientos neutrales se modificó. En la madrugada, cuando no había ya ninguna necesidad de ellos, se consiguió reunirlos y llevarlos por las calles desiertas al Palacio de Táurida, que había quedado vacío. *La Marsellesa* la ejecutaba la banda del regimiento de Ismail, aquel a quien, como al más reaccionario de todos, se había confiado el 3 de diciembre de 1905 la misión de detener al primer sóviet de diputados obreros de Petrogrado, reunido bajo la presidencia de Trotsky. El director de escena de los espectáculos históricos consigue a cada paso, sin proponérselo en lo más mínimo, los efectos teatrales más sorprendentes: no tiene más que soltar las riendas de la lógica de las cosas.

Cuando las masas hubieron abandonado las calles, el joven gobierno de la revolución puso en movimiento sus miembros reumáticos: detuvo a los representantes de los obreros, procedió a la confiscación de armas y aisló los barrios de la ciudad. Cerca de las seis de la mañana se detuvo frente a la redacción de *Pravda* un automóvil cargado de junkers y soldados con una ametralladora, que fue inmediatamente apostada en la ventana. Cuando los indeseables visitantes abandonaron la redacción, ésta ofrecía un aspecto desolador: los cajones de las mesas habían sido fracturados, el suelo estaba cubierto de manuscritos rotos, los hilos telefónicos habían sido cortados. A los empleados de la redacción se les había apaleado y detenido. La imprenta, para la cual los obreros habían recogido recursos durante dos meses, fue objeto de una devastación todavía mayor: las rotativas, las máquinas de componer fueron destruidas. ¡Y los bolcheviques acusaban al gobierno de Kerensky de falta de energía! "Las calles [dice Sujánov] recobraron su aspecto normal. Los grupos y los mítines callejeros desaparecieron casi por completo. La inmensa mayoría de las tiendas estaban abiertas". A primera hora de la mañana se distribuyó el manifiesto de los bolcheviques, último producto de la imprenta destruida, invitando a dar por terminada la manifestación. Los cosacos y los junkers detenían en las calles a marinos, soldados y obreros y los mandaban a la cárcel o a los cuerpos de guardia. En las tiendas y en las aceras, por todas partes, se hablaba del dinero alemán. Se detenía a todo el que se atrevía a pronunciar una palabra a favor de los bolcheviques. "No se puede ya decir que Lenin sea un hombre honrado: el que lo dice es conducido a la comisaría". Sujánov, como siempre, demuestra ser un observador atento de lo que sucede en las calles de la burguesía, de los intelectuales, de la pequeña burguesía. Pero los barrios obreros tienen un aspecto muy diferente. Las fábricas no han reanudado el trabajo. Reina la inquietud. Circula el rumor de que han llegado tropas del frente. Las calles de la barriada de Viborg se llenan de grupos que discuten lo que deberá hacerse en caso de ataque. "Los guardias rojos y, en general, la juventud de las fábricas [cuenta Metelev] se disponen a penetrar en la fortaleza de Pedro y Pablo para acudir en auxilio de los destacamentos que se hallan sitiados. Escondiendo las bombas de mano en los bolsillos, en las botas, en la cintura, atraviesan el río, unos en barcas, otros por puentes". El tipógrafo Smirnov, del barrio de Kolomensky, dice en sus memorias: "Vi cómo llegaban por el Nevá remolcadores con guardias marinos de Duderhof y Oranienbaum. A las dos, las cosas se presentaban mal... Vi cómo los marinos volvían a Cronstadt sigilosamente, de uno en uno... Circulaba la especie de que todos los bolcheviques eran espías alemanes. La campaña de difamación emprendida era repugnante ..." El historiador Miliukov resume con satisfacción: "El estado de espíritu y la traza del público de las calles cambiaron completamente. Al atardecer reinaba en Petrogrado una absoluta tranquilidad".

Mientras no llegaron las fuerzas del frente, el mando militar de la región, con la cooperación política de los conciliadores, siguió disimulando sus propósitos. Durante el día se presentaron en el Palacio de la Kshesínskaya, para conferenciar con los jefes bolcheviques, los miembros del comité ejecutivo, con Liber al frente: esta visita era una prueba de los sentimientos más pacíficos. En virtud del acuerdo recaído, los bolcheviques se comprometían a hacer volver a los marinos a Cronstadt, a sacar la compañía de ametralladoras de la Fortaleza de Pedro y Pablo, a retirar los centinelas y los autos blindados. Por su parte, el gobierno se comprometía a no emprender ninguna represión contra los bolcheviques y a poner en libertad a todos los detenidos, con excepción de los que hubieran cometido actos criminales. Pero el acuerdo fue de corta duración. A medida que se iban difundiendo los rumores relativos al dinero alemán y se acercaban las tropas del frente, en la guarnición aparecía un número cada vez mayor de fuerzas que se acordaban de su fidelidad a la democracia y a Kerensky. Esas fuerzas enviaban delegaciones al Palacio de Táurida o al mando militar de la región. Por fin, empezaron a llegar las tropas del frente. A cada hora que pasaba iba cambiando el estado de ánimo de los conciliadores. Las tropas que llegaban del frente estaban dispuestas a arrebatar la capital, en lucha sangrienta, a los agentes del káiser.

Ahora, cuando no había necesidad alguna de las tropas, era preciso justificar que se las hubiera llamado. Para no infundir ellos mismos sospechas, los conciliadores se esforzaban con vehemencia en demostrar a los oficiales que los mencheviques y los socialrevolucionarios pertenecían al mismo bando que ellos y que los bolcheviques eran el enemigo común. Cuando Kámenev intentó recordar a los miembros de la mesa del comité ejecutivo el acuerdo pactado unas horas antes, Liber le contestó, con el tono de un férreo hombre de estado: “Ahora la correlación de fuerzas se ha modificado”. Líber sabía, por los discursos populares de Lassalle, que los cañones eran un importante elemento de constitución. La delegación de los marinos de Cronstadt, presidida por Raskólnikov, fue llamada varias veces a la comisión militar del comité ejecutivo, donde las exigencias, de hora en hora más exageradas, se terminaron con el siguiente ultimátum de Liber: acceder de inmediato al desarme de los marinos de Cronstadt. “Al salir de la reunión de la comisión militar [relata Raskólnikov] reanudamos nuestras conferencias con Trotsky y Kámenev. Lev Davidovich (Trotsky) aconsejó que inmediatamente se mandara a los marinos de Cronstadt a sus casas. Se tomó el acuerdo de que algunos camaradas recorrieran los cuarteles e informaran a la gente de Cronstadt del desarme forzoso que se estaba preparando. “La mayor parte de ellos se marcharon a tiempo. Sólo se quedaron pequeños destacamentos en el Palacio de la Kshesínskaya y en la Fortaleza de Pedro y Pablo”.

El 4 de julio el príncipe Lvov, con la venia de los ministros socialistas, había dado ya al general Polovtsiev la orden escrita de “detener a los bolcheviques que ocupan la casa de la Kshesínskaya, desalojar dicha casa y ocuparla militarmente”. Ahora, después de la devastación de la imprenta y de la redacción, la cuestión de la suerte de la sede central de los bolcheviques se planteaba de un modo muy agudo. Había que poner al palacio en condiciones de defensa. La Organización Militar nombró comandante del edificio a Raskólnikov. Este interpretó su misión de un modo amplio, a la manera de Cronstadt: exigió que se le enviaran cañones y hasta un pequeño buque de guerra a la embocadura del Nevá. Posteriormente, Raskólnikov explicó su conducta de aquellos días del modo siguiente: “Naturalmente, había hecho por mi parte preparativos militares, no sólo para el caso de que tuviéramos que defendernos, pues en el aire se respiraba, no sólo la pólvora, sino también la posibilidad de pogromos... Me parecía, no sin fundamento, que bastaba poner un buen buque de guerra en la embocadura del Nevá para que la decisión del gobierno provisional decayera considerablemente”. Todo esto es más que

impreciso y no del todo serio. Hay que suponer más bien que en el transcurso del día 5 de julio los dirigentes de la Organización Militar, y Raskólnikov con ellos, no se daban aún completamente cuenta del cambio sufrido por la situación, y que en el momento en que la manifestación armada debía efectuar una rápida retirada para no convertirse en la insurrección que quería provocar el enemigo, había dirigentes militares que, al azar, irreflexivamente, daban algunos pasos adelante. Los jóvenes caudillos de Cronstadt extremaban la nota. Pero ¿acaso se puede hacer la revolución sin que participen en ella agentes que extremen la nota? ¿Y acaso no entra necesariamente un determinado tanto por ciento de ligereza en todas las grandes obras humanas? En esa ocasión todo se redujo a unas cuantas órdenes, revocadas con rapidez por el propio Raskólnikov.

Entre tanto, afluían al Palacio de la Kshesínskaya noticias cada vez más alarmantes: uno había visto en las ventanas de una casa situada en la orilla opuesta del Nevá ametralladoras enfiladas sobre el cuartel general de los bolcheviques; otro había observado una columna de automóviles blindados que se dirigía hacia allí: un tercero anunciaba que se aproximaban patrullas de cosacos. Se enviaron dos miembros de la Organización Militar a entablar negociaciones con el comandante de la región. Polovtsiev aseguró a los parlamentarios que la devastación de *Pravda* se había efectuado sin su consentimiento y que no se preparaba represión alguna contra la Organización Militar. La verdad era que para obrar estaba esperando a que llegasen suficientes refuerzos del frente.

Mientras los de Cronstadt se retiraban, la escuadra del Báltico no hacía más que prepararse para el ataque. La parte principal de la escuadra, con 70.000 marinos, estaba fondeada en aguas de Finlandia; había, además, allí un cuerpo de artillería, y en las fábricas y en el puerto de Helsingfors trabajaban hasta 10.000 obreros rusos. Estos hombres eran el puño impresionante de la revolución. La presión de los soldados era tan irresistible que incluso el comité de Helsingfors de los socialrevolucionarios se había pronunciado en contra de la coalición, como resultado de lo cual todos los órganos soviéticos de la escuadra y del ejército en Finlandia exigieron unánimemente que el comité ejecutivo central tomara en sus manos el poder. La gente del Báltico estaba dispuesta a presentarse en cualquier momento en la embocadura del Nevá para sostener sus reivindicaciones. Les contenía, sin embargo, el miedo a debilitar la línea de defensa marítima y facilitar el ataque de la flota alemana contra Cronstadt y Petrogrado. Pero ocurrió algo completamente imprevisto. El comité central de la escuadra del Báltico (el llamado “Tsentrobalt”) convocó el 4 de julio una reunión extraordinaria comités de buque, en la que el presidente, Djbenko, dio lectura a dos órdenes secretas, firmadas por el adjunto del ministro de marina, Dudariev, que el comandante de la escuadra acababa de recibir: la primera ordenaba al almirante Verderevsky que mandase a Petrogrado cuatro torpederos, a fin de impedir por la fuerza el desembarco de los revoltosos de Cronstadt; la segunda exigía del comandante de la escuadra que no consintiera de ningún modo la salida de buques de Helsingfors para Cronstadt, no deteniéndose, si era necesario, ni ante el hundimiento, por medio de los submarinos, de los buques rebeldes. El almirante, que se hallaba entre dos fuegos, preocupado, sobre todo, de la salvación de su propia cabeza, se apresuró a transmitir el telegrama al “Tsentrobalt”, declarando que no cumpliría la orden aunque dicho “Tsentrobalt” estampara sello en la misma. La lectura de los telegramas produjo gran impresión entre los marinos. Es verdad que éstos llenaban despiadadamente de improperios por cualquier motivo a Kerensky y a los conciliadores. Pero, a sus ojos, no se trataba más que de una lucha intestina en el sóviet. ¿Acaso la mayoría del comité ejecutivo no pertenecía a los mismos partidos que la del comité regional de Finlandia, que recientemente había votado por la entrega del poder a los sóviets? Era evidente que ni los mencheviques ni los socialrevolucionarios podían

aprobar el hundimiento de los buques que votaran por et traspaso del poder al comité ejecutivo.

¿Como era posible que el antiguo oficial de marina Dudariev se inmiscuyera en la disputa familiar soviética para convertirla en un combate naval? Todavía ayer mismo los grandes buques eran oficialmente considerados como el punto de apoyo de la revolución, a diferencia de los retardatarios torpederos y los submarinos, a los que penas si había llegado la propaganda. ¿Era posible que ahora se dispusiera seriamente a echar a pique los buques con auxilio de los submarinos? Estos hechos no podían caber de ningún modo en las cabezas obstinadas de los marinos. Sin embargo, la orden que, no sin fundamento, les parecía una pesadilla, era un fruto legítimo, aparecido en julio, de la simiente de marzo. Ya desde abril los mencheviques y socialrevolucionarios apelaban a provincias contra Petrogrado, a los soldados contra los obreros, a la caballería contra los regimientos de ametralladoras. En los sóviets daban una representación más privilegiada a los regimientos que a fabricas; protegían los establecimientos pequeños y dispersos contra las empresas metalúrgicas gigantescas. Representantes como eran del pasado, buscaban un punto de apoyo en el atraso, en todos los aspectos. Al perder el terreno, lanzaban la retaguardia contra la vanguardia. La política tiene su lógica, sobre todo durante la revolución. Apretados por todas partes, los conciliadores se vieron obligados a encargar al almirante Verderevsky que echara a pique los buques más avanzados. Desgraciadamente para los conciliadores, los elementos retrasados en que querían apoyarse iban acercándose cada día más a los avanzados: la tripulación de los submarinos mostró no menos indignación que la de los acorazados ante la orden de Dudariev.

Al frente del “Tsentrobalt” había unos hombres cuyo espíritu no tenía nada de hamletiano. Sin perder tiempo, adoptaron con los miembros de los comités de buque la siguiente resolución: enviar urgentemente a Petrogrado al torpedo Orfeo, que había sido designado para echar a pique a los buques de Cronstadt, primero para informarse de lo que sucedía ahí y segundo “para detener al subsecretario de marina, Dudariev”. Esta resolución podrá parecer inesperada, pero atestigua con particular evidencia hasta qué punto la gente del Báltico se inclinaba todavía a considerar a los conciliadores como a un enemigo interior, por oposición a un Dudariev cualquiera, considerado por ellos como un enemigo común. El Orfeo entró en la embocadura del Nevá veinticuatro horas después de desembarcar allí los 10.000 hombres armados de Cronstadt. Pero “la correlación de fuerzas se había modificado”. Durante todo el día no se permitió desembarcar a la tripulación. Sólo al atardecer una delegación de sesenta y siete marinos del “Tsentrobalt” y de la tripulación de los buques fue admitida en la reunión de ambos ejecutivos, que estaba haciendo el primer balance de las jornadas de julio. Los vencedores se bañaban en las delicias de su reciente victoria. El informante Voitinsky describía, no sin placer, las horas de debilidad y humillación que habían pasado para hacer resaltar, todavía con más relieve, la victoria subsiguiente. “Las primeras fuerzas que vinieron en nuestro auxilio [decía] fueron los automóviles blindados. Habíamos decidido firmemente abrir fuego en caso de violencia por parte de la banda armada... Viendo el peligro que amenazaba a la revolución, dimos a algunas unidades del frente la orden de dirigirse hacia acá.” La mayoría de esta elevada asamblea respiraba odio contra los bolcheviques, sobre todo contra los marinos. Fue en esta atmósfera donde cayeron los delegados del Báltico provistos de la orden de detener a Dudariev. La lectura de la resolución de la escuadra del Báltico fue acogida por los vencedores con golpes furiosos sobre las mesas y un pataleo ensordecedor. ¿Detener a Dudariev? ¿Acaso el bizarro capitán hacía otra cosa que cumplir un deber sagrado para con la revolución, a la cual ellos, los marinos, los revoltosos, los contrarrevolucionarios, asestaban una puñalada trapera? La reunión de los comités ejecutivos se solidarizó solemnemente con Dudariev mediante una resolución especial.

Los marinos miraban a los oradores y se miraban entre sí con ojos en los que se reflejaba el asombro. Hasta ahora no empezaban a darse cuenta de lo que ocurría. Al día siguiente, fue detenida toda la delegación, la cual pudo completar su educación política en la cárcel. Tras ellos fue detenido el suboficial de marina Dibenko, presidente del "Tsentrobalt", que había salido a su encuentro, y luego al almirante Verderevsky, llamado a la capital para que explicara su conducta.

El día 6 por la mañana, los obreros se reintegraron al trabajo. En las calles sólo hacían acto de presencia las tropas traídas del frente. Los agentes de contraespionaje revisan los pasaportes y practican detenciones a diestro y siniestro. Voinov, un joven obrero que repartía la *Listok Pravdi* (La hoja de Pravda), que se publicaba en sustitución del diario bolchevique, devastado el día anterior, fue asesinado en la calle por una banda de criminales tal vez por los mismos agentes del contraespionaje. Los elementos reaccionarios le tomaron gusto a las matanzas. En distintas partes de la ciudad proseguían los saqueos, la violencia y el tiroteo. Durante el día llegaron una división de caballería del regimiento de cosacos del Don, la división de ulanos, el regimiento de Izbor, el de la Pequeña Rusia, el de dragones y otros. "El estado de espíritu de las numerosas fuerzas de cosacos llegadas [dice el periódico de Gorki] es muy agresivo". En dos sitios de la ciudad se abrió fuego de ametralladoras contra el regimiento de Izbor, recién llegado. Tanto en uno como en otro caso, se descubrieron las ametralladoras instaladas en las azoteas, pero los culpables no fueron descubiertos. En otras partes de la ciudad se disparó asimismo contra las tropas llegadas. La deliberada insensatez de aquellos disparos excitaba profundamente a los obreros. Era evidente que provocadores expertos acogían a los soldados con plomo con el fin de inyectarles, desde el primer momento, el morbo antibolchevique. Los obreros se apresuraban a explicárselo a los soldados, pero no les dejaban llegar hasta ellos; por primera vez, desde las jornadas de febrero, el junker y el oficial se interponían entre el obrero y el soldado.

Los conciliadores acogieron jubilosamente a los regimientos llegados. En la asamblea de representantes de las fuerzas militares, Voitinsky, en presencia de un gran número de oficiales y de junkers, exclamó: "En estos momentos pasan por la Millionnaia, en dirección a la plaza del palacio, tropas y automóviles blindados para ponerse a disposición del general Polovtsiev. Esta es nuestra fuerza real, la fuerza en que nos apoyamos". Fueron adscritos al comandante de la región militar en calidad de tapadera política, cuatro ayudantes socialistas: Avksentiev y Gotz, del comité ejecutivo; Skóvelev y Chernov, del gobierno provisional. Pero esto no salvó al comandante. Kerensky se jactaba posteriormente ante los guardias blancos de haber destituido al general Polotsiev "por su indecisión" cuando regresó del frente durante las jornadas de julio.

Ahora se podía resolver, al fin, la cuestión tantas veces aplazada de destruir el avispero de los bolcheviques en la casa de la Kshesínskaya. En la vida social en general y durante la revolución en particular, adquieren, a veces, un gran relieve hechos secundarios que actúan sobre la imaginación con su sentido simbólico. Así, en la lucha contra los bolcheviques se destacó, con una importancia desproporcionada, la "usurpación" llevada por Lenin del Palacio de la Kshesínskaya, famosa bailarina palaciega, famosa no tanto por su arte como por sus relaciones con los representantes masculinos de la dinastía de los Romanov. Su palacio era uno de los frutos de estas relaciones, iniciadas por Nicolás II, por lo visto, cuando todavía no era más que príncipe heredero. Antes de la guerra, el pequeño burgués hablaba con un matiz de respeto envidioso de aquel antro de lujo, espuelas y brillantes, situado frente al Palacio de Invierno; durante la guerra, se decía con más frecuencia "es robado"; los soldados se expresaban aún con más precisión. La bailarina, que se acercaba a la edad límite, se refugió en la carrera patriótica. Rodzianko, con la sinceridad que le caracteriza, dice a

este propósito: "... El generalísimo supremo (el gran duque Nicolás Nicoláievich) decía estar al corriente de la participación y de la influencia de la bailarina Kshesínskaya en los asuntos de artillería. Por mediación de ella recibían órdenes de compra las distintas firmas". No tiene nada de particular, que, después de la revolución, el palacio desierto de la Kshesínskaya no despertara en el pueblo sentimientos benévolos. Mientras que la revolución exigía insaciablemente locales, el gobierno no se atrevía a tocar ni un solo edificio privado. Por lo visto, la requisa de caballos de los campesinos para la guerra era una cosa y la confiscación de los palacios vacíos para la revolución otra. Pero las masas populares, menos sutiles, razonaban de otro modo.

En los primeros días de mayo, la división de reserva de los automóviles blindados, que buscaba un local conveniente, dio con el Palacio de la Kshesínskaya y lo ocupó; la bailarina tenía un buen garaje. La división cedió de buena gana al comité bolchevique de Petrogrado el piso superior del edificio. La amistad de los bolcheviques con los soldados de los automóviles blindados completaba la que mantenían con los del regimiento de ametralladoras. La ocupación del palacio, efectuada unas cuantas semanas antes de la llegada de Lenin, pasó casi inadvertida. La indignación contra los usurpadores aumentaba a medida que crecía la influencia de los bolcheviques. Los infundios de los periódicos, según los cuales Lenin se había instalado en el boudoir de la bailarina y todos los muebles y objetos del palacio habían sido destruidos y robados, eran simples paparruchas. Lenin vivía en el modesto piso de su hermana y el comandante del edificio había retirado y sellado los muebles de la bailarina. Sujánov, que visitó el palacio el día de la llegada de Lenin, ha dejado una descripción del local que no carece de interés: "El domicilio de la famosa bailarina tenía un aspecto extraño y absurdo. Los lujosos techos y paredes no armonizaban en lo más mínimo con la sobriedad de la instalación, con las mesas, las sillas y los bancos primitivos dispuestos de cualquier modo para las necesidades del trabajo. Muebles, en general, había pocos. Los de la Kshesínskaya habían sido retirados..." La prensa, guardando un prudente silencio sobre la división de automóviles blindados, señalaba a Lenin como culpable de la usurpación armada de la casa de la indefensa servidora del arte. Este tema alimentaba los artículos de fondo y los folletones. ¡Soldados y obreros sucios entre brocados, sedas y alfombras! Todos los pisos principales de la capital se estremecían de indignación. De la misma manera que en otros tiempos los girondinos habían hecho recaer sobre los jacobinos la responsabilidad por los asesinatos de septiembre, la desaparición de colchones en los cuarteles y las prédicas de la ley agraria, ahora los kadetes y los demócratas acusaban a los bolcheviques de socavar las bases de la moral humana y de escupir plebeyamente sobre el parqué del Palacio de la Kshesínskaya. De este modo, la bailarina dinástica se convertía en el símbolo de la cultura, pisoteada por las herraduras de los bárbaros. Esta apoteosis animó a la propietaria, quien presentó una denuncia ante los tribunales. Estos decidieron desahuciar a los bolcheviques. Pero la cosa no era tan sencilla como parecía. "Los autos blindados que estaban de guardia en el patio infundían cierto respeto", recuerda Zalejsky, miembro, en aquel entonces, del comité de Petrogrado. Además, el regimiento de ametralladoras, así como otras unidades, estaban dispuestos, en caso de necesidad, a ayudar a sus compañeros de la división de autos blindados. El 25 de mayo, la mesa del comité ejecutivo, al deliberar sobre la queja presentada por el abogado de la bailarina, reconoció que "los intereses de la revolución exigían la sumisión a las decisiones judiciales". Sin embargo, los conciliadores se contentaron con este aforismo platónico, con harto sentimiento de la bailarina, poco inclinada al platonismo.

En el palacio seguían funcionando el comité central, el de Petrogrado y la Organización Militar. "En la casa de la Kshesínskaya [cuenta Raskólnikov] se apretujaba constantemente una gran masa de gente. Unos iban a resolver un asunto en una secretaría;

otros dirigían al depósito de libros..., a la redacción de la *Soldatskaya Pravda* (La Verdad del Soldado), otros a alguna reunión. Éstas se celebraban muy a menudo, a veces de un modo ininterrumpido, ya en la espaciosa sala de abajo, ya arriba, en la habitación, con una mesa larga, y que había sido, seguramente, el comedor de la bailarina. Desde el balcón del palacio, en el cual ondeaba la imponente bandera del comité central, los oradores hablaban continuamente al público, no sólo durante el día, sino también por la noche. Con frecuencia, en la oscuridad profunda, llegaba al edificio un regimiento o una muchedumbre obrera y pedía que saliese un orador. Se detenían asimismo ante el balcón grupos casuales de gente ajena a todo interés político, cuya curiosidad se veía incitada por el ruido que armaban los periódicos a propósito del Palacio de la Kshesínskaya. En los días críticos se acercaban al edificio grupos hostiles pidiendo la detención de Lenin y que fuesen expulsados del local los bolcheviques. Bajo los torrentes humanos que inundaban el palacio, se percibían los latidos de la revolución. La casa de la Kshesínskaya alcanzó su apogeo durante las jornadas de julio. “El cuartel general del movimiento [dice Miliukov] estaba, no en el Palacio de Táurida, sino en la fortaleza de Lenin, en la casa de la Kshesínskaya, con su balcón clásico.” El aplastamiento de la manifestación trajo fatalmente aparejado consigo el ocaso del cuartel general de los bolcheviques.

A las tres de la madrugada fueron enviados a la casa de la Kshesínskaya y a la Fortaleza de Pedro y Pablo, separadas una de otras por una faja de agua, el batallón de reserva del regimiento de Petrogrado, una sección de ametralladoras, una compañía de Semiónov, otra de Preobrazhensky, un destacamento del regimiento de Volinia, dos cañones y ocho automóviles blindados. A las siete de la mañana el socialrevolucionario Kuzmin, ayudante del comandante de la región, exigió que se desalojara el palacio. Los marinos de Cronstadt, de los cuales no quedaban en el palacio más de unos ciento veinte, que no deseaban entregar las armas, empezaron a pasar a la Fortaleza de Pedro y Pablo. Cuando las tropas del gobierno ocuparon el palacio, en éste no había nadie, excepto algunos empleados... Quedaba la cuestión de la Fortaleza de Pedro y Pablo. Se recordará que grupos de jóvenes guardias rojos del barrio de Viborg se habían dirigido allí con el fin de ayudar a los marinos en caso de necesidad. “En los muros de la fortaleza [cuenta uno de los que participaron en los actos] se veían algunos cañones, apostados allí, por lo visto, por los marinos, por lo que pudiera suceder. Se respiraba la proximidad de acontecimientos sangrientos”. Pero la cuestión se resolvió pacíficamente con ayuda de negociaciones diplomáticas. Por encargo del comité central, Stalin propuso a los jefes conciliadores la adopción de medidas conjuntas para liquidar de un modo incruento la acción de los marinos de Cronstadt. Él y el menchevique Bogdanov persuadieron sin gran trabajo a los marinos a que aceptaran el ultimátum formulado el día anterior por Liber. Cuando los automóviles blindados del gobierno se acercaron a la fortaleza, de las puertas de ésta salió una delegación que declaró que la guarnición se sometía al comité ejecutivo. Las armas entregadas por los marinos y soldados fueron recogidas en camiones. Los marinos, desarmados, regresaron en barcazas a Cronstadt. La rendición de la fortaleza puede ser considerada como el episodio final del movimiento de julio. Los motociclistas llegados del frente ocuparon la casa de la Kshesínskaya, desalojada por los bolcheviques y la Fortaleza de Pedro y Pablo, para pasarse a su vez al lado de estos últimos en vísperas de la Revolución de Octubre.

¿Podían los bolcheviques tomar el poder en julio?

La magnitud de la manifestación prohibida por el comité ejecutivo era enorme; el segundo día participaron en la misma no menos de quinientas mil personas. Sujánov, que no encuentra palabras bastantes con que calificar las jornadas "sangrientas e ignominiosas" de julio, dice, sin embargo: "Si se prescinde de los resultados políticos, hay que reconocer que era imposible contemplar sin admiración aquel asombroso movimiento de las masas populares. Era imposible, aún considerándolo ruinoso, dejar de entusiasmarse ante sus gigantescas proporciones". Según los cálculos de la comisión investigadora, hubo 29 muertos y 114 heridos, distribuidos aproximadamente por partes iguales entre los dos bandos.

En los primeros momentos, los conciliadores reconocían todavía que el movimiento había surgido desde abajo, sin intervención de los bolcheviques y hasta cierto punto contra su voluntad. Pero ya en la noche del 3 de julio, y sobre todo al día siguiente, la apreciación oficial se modifica. El movimiento es calificado de insurrección y se presenta a los bolcheviques como organizadores de ésta. "Bajo la divisa de 'Todo el poder a los sóviets' [decía posteriormente Stankievich, afín a Kerensky], se desarrolló una verdadera insurrección de los bolcheviques contra la mayoría de los sóviets de aquel entonces, formada por los partidos adeptos de la defensa nacional". La acusación de insurrección no era sólo un procedimiento de lucha política: esa gente había podido persuadirse con creces en el mes de julio de la fuerza de la influencia de los bolcheviques entre las masas, y ahora no se resignaba sencillamente a creer que el movimiento de los obreros y soldados hubiera podido desbordar a los bolcheviques. En la reunión del comité ejecutivo, Trotsky intentó aclarar la situación: "Se nos acusa de haber creado el estado de espíritu de las masas. No es cierto; lo único que nosotros hacemos es intentar formularlo". En los libros publicados por los adversarios después de la Revolución de Octubre, y en particular en el de Sujánov, se puede tropezar con la afirmación de que los bolcheviques sólo ocultaron los verdaderos fines que perseguía después de derrotada la insurrección de julio, escudándose en el movimiento espontáneo de las masas. Pero ¿es que puede ocultarse, como si fuera un tesoro, un plan de levantamiento llamado a arrastrar en su torbellino a centenares de miles de hombres? ¿Acaso e vísperas de octubre los bolcheviques no se vieron obligados a incitar abiertamente a la insurrección y prepararse para ella a los ojos de todo el mundo? Si en julio nadie descubrió ese plan fue sencillamente porque no existía. La entrada de los soldados de ametralladoras y de la gente de Cronstadt en la Fortaleza de Pedro y Pablo con el consentimiento de la guarnición permanente de la misma (los conciliadores insistían especialmente en este acto de "violencia"), no era, ni mucho menos, un acto de insurrección. El edificio situado en la isla y que tenía más de cárcel que de posición militar podía acaso servir de refugio para los que se retiraran, pero no ofrecía ventaja alguna a los atacantes. Los manifestantes, que no perseguían otro fin que el de llegar al Palacio de Táurida, pasaba indiferentes ante las instituciones gubernamentales más importantes, para cuya ocupación hubiera bastado con un destacamento de la guardia roja de Putilov. La Fortaleza de Pedro y Pablo la ocuparon como habían ocupado las calles y plazas. A ello coadyuvaba la proximidad del Palacio de la Kshesínskaya, en cuyo auxilio se hubiera podido acudir desde la fortaleza en caso de peligro.

Los bolcheviques hicieron todo lo posible para reducir el movimiento de julio a una manifestación. Pero, ¿no rebasó estos límites a pesar de todo, por la lógica de las cosas? Es más difícil contestar a esta pregunta política que a la acusación criminal. Lenin, juzgando las jornadas de julio inmediatamente después de ocurrir, decía "Los acontecimientos podrían ser calificados formalmente de manifestación contra el gobierno. Pero, en realidad, no ha sido una manifestación ordinaria, sino algo mucho más importante que una manifestación y menos que una revolución". Las masas, cuando se asimilan una idea cualquiera, quieren llevarla a la práctica. Lo obreros, y aún más los soldados, si bien tenían confianza en los bolcheviques, no habían podido llegar todavía a formarse la convicción de que sólo respondiendo al llamamiento del partido, bajo su dirección, debían lanzarse a la calle. Las enseñanzas que se desprendían de la experiencia de febrero y abril eran más bien otras. Cuando Lenin decía en mayo que los obreros y campesino eran cien veces más revolucionarios que nuestro partido, sacaba indudablemente una conclusión general de la experiencia de febrero y abril. Pero las masas, que, a su modo, sacaban asimismo una conclusión general de la experiencia, se decían: "Hasta los bolcheviques dan largas al asunto y nos contienen". En julio, los manifestantes estaban completamente resueltos (si preciso era) a barrer el poder oficial. En caso de resistencia por parte de la burguesía estaban dispuestos a hacer uso de las armas. En este sentido puede decirse que había un elemento de insurrección armada. Si ésta no llegó, no sólo hasta el fin, sino tan siquiera hasta la mitad, fue porque los conciliadores confunden el cuadro.

En el primer tomo de esta obra hemos caracterizado detalladamente la paradoja de la Revolución de Febrero. Los demócratas pequeñoburgueses, los mencheviques y los socialrevolucionarios, recibieron el poder de manos del pueblo revolucionario. Pero no perseguían este fin; habían conquistado el poder y si lo ocupaban era contra su voluntad y faltando a la de las masas se esforzaron en trasmitirlo a la burguesía imperialista. El pueblo no tenía confianza en los liberales, pero sí en los conciliadores, los cuales, por su parte, no tenían confianza en sí mismos. Y, a su manera, tenían razón. Aun cediendo enteramente el poder a la burguesía, los demócratas se quedaban con algo. Si hubieran tomado el poder en sus manos, habrían quedado reducidos a la nada. De los demócratas, el poder se hubiera deslizado casi automáticamente a manos de los bolcheviques. Esto era inevitable, porque radicaba en la insignificancia orgánica de la democracia rusa.

Los manifestantes de julio querían entregar el poder a los sóviets. Mas, para ello, era preciso que éstos accedieran a tomarlo. Ahora bien, aun en la capital, donde la mayoría de los obreros y los elementos activos de la guarnición estaban con los bolcheviques, la mayoría del sóviet, en virtud de la ley de la inercia propia de toda representación, seguía perteneciendo a los partidos pequeñoburgueses, los cuales consideraban que todo atentado al poder de la burguesía era un ataque contra ellos. Los obreros y soldados tenían la sensación viva de la contradicción existente entre su estado de espíritu y la política de los sóviets, esto es, entre el presente y el asado. Al levantarse a favor del poder para los sóviets no manifestaban, ni mucho menos, su confianza en la mayoría conciliadora. Pero no sabían cómo librarse de ella. Derribarla por la fuerza hubiera significado disolver los sóviets en vez de entregarles el poder. Los obreros y soldados, antes de encontrar el camino que había de conducir a la renovación de los sóviets, intentaban someterlos a su voluntad mediante el método de la acción directa.

En la proclama lanzada por ambos comités ejecutivos con ocasión de las jornadas de julio, los conciliadores apelaban, indignados, a los obreros y soldados contra los manifestantes que, "por la fuerza de las armas, intentan imponer su voluntad a los representes elegidos por vosotros". ¡Como si manifestantes y electores no fueran la denominación de los mismos obreros y soldados! ¡Como si los electores no tuvieran el

derecho de imponer su voluntad a los elegidos! ¡Y como si esta voluntad expresara otra cosa que la exigencia de que se cumpliera con el deber de adueñarse del poder en interés del pueblo! Las masas concentradas alrededor del Palacio de Táurida gritaban en los oídos del comité ejecutivo aquella misma frase que un obrero anónimo había lanzado al rostro de Chernov, enseñándole su puño calloso: "¡Toma el poder, puesto que te lo dan!" Como respuesta, los conciliadores llamaron a los cosacos. Los señores demócratas preferían la guerra civil con el pueblo a hacerse cargo incruentamente del poder. Los primeros que dispararon fueron los guardias blancos; pero la atmósfera política de la guerra civil la crearon los mencheviques y los socialrevolucionarios.

Los obreros y soldados, al tropezar con la resistencia armada precisamente del órgano al cual querían dar el poder quedaron desorientados con respecto al fin que perseguían. El potente movimiento de las masas se vio privado de su eje político. El ataque de julio quedó reducido a una manifestación realizada, en parte, con los recursos propios del levantamiento armado. Con el mismo derecho se puede decir que fue una semiinsurrección por un fin que no permitía otros métodos que la manifestación.

Los conciliadores, al mismo tiempo que renunciaban al poder, no lo cedían enteramente a los liberales: ante todo, porque temían a estos últimos (el pequeñoburgués teme al grande) y porque sentían miedo por ellos: un ministerio puramente kadetes hubiera sido derribado de inmediato por las masas. Es más: como dice acertadamente Miliukov, "en la lucha contra las acciones armadas, el comité ejecutivo del sóviet se reserva el derecho, proclamado durante los días agitados del 20 y 21 de abril, de disponer, según su criterio, de las fuerzas armadas de la guarnición de Petrogrado". Los conciliadores siguen robándose el poder de debajo de la almohada. Para resistir con las armas a los que inscriben en sus cartelones la divisa "Todo el poder a los sóviets", el sóviet se ve obligado a concentrar de hecho el poder en sus manos.

El comité ejecutivo va aún más allá; en esos días proclama formalmente su soberanía. "Si la democracia revolucionaria considerase necesario que todo el poder pasara a manos de los sóviets [decía la resolución del 4 de julio], sólo a la reunión plenaria de los comités ejecutivos correspondería resolver esta cuestión". El comité ejecutivo, al mismo tiempo que calificaba de levantamiento contrarrevolucionario la manifestación, se constituía en Poder Supremo y decidía la suerte del gobierno.

Cuando en la madrugada del 5 de julio las tropas "leales" entraron en el Palacio de Táurida, el jefe que las mandaba declaró que sus fuerzas se ponían enteramente a las órdenes del comité ejecutivo. ¡Ni una palabra sobre el gobierno! Pero el caso es que los rebeldes accedían asimismo a someterse al comité ejecutivo en calidad del poder. Al rendirse la Fortaleza de Pedro y Pablo bastó con que la guarnición de la misma se declarara dispuesta a someterse al comité ejecutivo. Nadie exigió la sumisión al poder oficial. Las propias tropas llamadas del frente se pusieron asimismo enteramente a disposición del comité ejecutivo. ¿Por qué, entonces, se vertió la sangre?

Si la lucha hubiera tenido lugar en las postrimerías de la Edad Media, ambos bandos, al matarse mutuamente, habrían citado los mismos versículos de la Biblia. Los historiadores formalistas habrían llegado más tarde a la conclusión de que la lucha se desarrollaba alrededor de la interpretación de los textos: como es sabido, los artesanos y los campesinos analfabetos de la Edad Media tenían una afición especial a dejarse matar por ciertas sutilezas filológicas de las revelaciones de Juan el Evangelista, de la misma manera que los disidentes de la Iglesia rusa se dejaban exterminar por la cuestión de saber si había que persignarse con dos dedos o con tres. En realidad, en la Edad Media no menos que ahora, bajo las fórmulas simbólicas se ocultaba la lucha de unos intereses vitales que hay que saber descubrir. El mismo versículo evangélico significaba para unos la servidumbre y para otros la libertad.

Pero hay analogías mucho más recientes y próximas. Durante las jornadas de junio de 1848, en Francia, en ambos lados de la barricada resonaba un mismo grito: "¡Viva la república!" A los idealistas pequeñoburgueses, los combates de junio les parecían, por este motivo, un equívoco provocado por la negligencia de unos y el acaloramiento de otros. En realidad, los burgueses querían la república para sí, los obreros querían la república para todos. A menudo las consignas políticas sirven más bien para disimular intereses que para designarlos por su nombre.

A pesar de todo lo que tenía de paradójico el régimen de febrero, cubierto, por añadidura. con jeroglíficos marxistas y populistas por los conciliadores, la correlación real de las clases era harto diáfana. Lo único que no hay que perder de vista es la doble naturaleza de los partidos conciliadores. Los pequeñoburgueses ilustrados se apoyaban en los obreros y campesinos, pero fraternizaban con los propietarios de condición noble y con los grandes fabricantes de azúcar. El comité ejecutivo, que formaba parte del sistema soviético, a través del cual las exigencias de abajo llegaban hasta el estado oficial, servía, al mismo tiempo, de pantalla política para la burguesía. Las clases poseedoras se "sometían" al comité ejecutivo en la medida en que éste ponía el poder de su parte. Las asas se sometían al comité ejecutivo en la medida en que confiaban que éste se convertiría en el órgano de dominación de los obreros y campesinos. En el Palacio de Táurida se entrecruzaban las tendencias antagónicas de clase, con la particularidad de que la una y la otra se cubrían con el nombre del comité ejecutivo: la una, por inconsciencia y credulidad; la otra, por cálculo frío. La lucha se desarrollaba nada menos que en torno a la cuestión de quién había dirigir el país: la burguesía o el proletariado.

Pero si los conciliadores no querían adueñarse del poder y la burguesía no tenía fuerza suficiente para ello, ¿es que acaso en julio los bolcheviques hubieran podido tomar el timón? Durante días críticos, en Petrogrado el poder se les iba completamente de las manos a las instituciones gubernamentales. El comité ejecutivo tuvo por primera vez la sensación de su completa impotencia. En estas condiciones no les hubiera costado ningún trabajo a los bolcheviques tomar el poder. Era asimismo posible adueñarse del mismo en algunos puntos de provincias. ¿Tenía razón en este caso, el Partido Bolchevique al renunciar a la insurrección? ¿No podía, haciéndose fuerte en la capital y en algunas regiones industriales, extender luego su dominio a todo el país? Es ésta una cuestión importante. Nada contribuyó tanto en las postrimerías de la guerra al triunfo del imperialismo y de la reacción en Europa, como aquellos pocos meses de régimen de Kerensky, que dejaron exhausta a la Rusia revolucionaria y ocasionaron un perjuicio incalculable a su prestigio moral a los ojos de los ejércitos beligerantes y de las masas trabajadoras europeas, que esperaban confiadas una nueva palabra de la revolución. Al reducir en cuatro meses (¡un plazo enorme!) los dolores de parto de la revolución proletaria, los bolcheviques se hubieran encontrado con un país menos exhausto y con el prestigio de la revolución en Europa menos quebrantado. Esto no sólo habría dado a los sóviets enormes ventajas en las negociaciones de paz con Alemania, sino que hubiera ejercido una influencia inmensa sobre el curso de la guerra y de la paz en Europa. ¡La perspectiva era demasiado seductora! Y, sin embargo, la dirección del partido tenía completa razón al no adoptar el camino de la insurrección. No basta con tomar el poder. Hay que conservarlo. Cuando en octubre los bolcheviques juzgaron que había llegado su hora, los peores tiempos para ellos empezaron después de la toma del poder Fue necesario someter las fuerzas de la clase obrera a la máxima tensión para soportar los innumerables ataques de los enemigos. En julio ni siquiera los obreros de Petrogrado estaban dispuestos a sostener esa lucha abnegada. Tenían la posibilidad de tomar el poder y, sin embargo, lo ofrecieron al comité ejecutivo. El proletariado de la capital, cuya aplastante mayoría se inclinaba ya del lado de los bolcheviques, no había roto todavía el cordón umbilical de

febrero, que le unía con los conciliadores. Existían todavía no pocas ilusiones en el sentido de que con la palabra y la manifestación se podía obtener todo: de que, intimidando un poco a lo mencheviques y a los socialrevolucionarios, se les podía invitar a una política común con los bolcheviques. Incluso la parte avanzada de la clase no tenía una idea clara de cómo se podía llegar al poder. Lenin decía poco después de aquellos días: "El verdadero error de nuestro partido en los días 3 y 4 de julio, puesto ahora de manifiesto por los acontecimientos, consistió en que... consideraba aún posibles las transformaciones políticas por la vía pacífica, mediante la modificación de la política de los sóviets, cuando, en realidad los mencheviques y los socialrevolucionarios, gracias a su espíritu de conciliación, se hallaban ya tan atados con la burguesía y ésta se había convertido hasta tal punto en contrarrevolucionaria, que no se podía ni siquiera pensar en una solución pacífica".

Si el proletariado era políticamente heterogéneo y poco decidido, el ejército campesino lo era aún más. Con su conducta en los días 3 y 4 de julio, la guarnición daba a los bolcheviques la posibilidad completa de tomar el poder. Sin embargo, en la guarnición había también unidades neutrales, las cuales ya al atardecer del 4 de julio se inclinaban decididamente hacia los partidos patrióticos. El 5 de julio, los regimientos neutrales se colocaron al lado del comité ejecutivo y los que se inclinaban hacia los bolcheviques tendieron a tomar un barniz de neutralidad. Esto dejó las manos del poder mucho más libres que la llegada con retraso de las tropas del frente. Si los bolcheviques se hubieran decidido a tomar el poder el 4 de julio, la guarnición de Petrogrado no sólo no lo habría sostenido, sino que habría impedido que los obreros lo defendieran al ser atacado inevitablemente desde el exterior.

Menos favorable se presentaba aún la situación en el ejército de operaciones. La lucha por la paz y la tierra, sobre todo después de la ofensiva de junio, hacía que dicho ejército estuviera muy preparado para asimilar las consignas de los bolcheviques. Pero, en general, el llamado bolchevismo "espontáneo" no se identificaba en su conciencia con un partido determinado, con su comité central y sus jefes. Las cartas de soldados de esa época expresan, con mucho relieve, este estado de espíritu del ejército. "Acordaos, señores ministros y todos los dirigentes principales [escribe desde el frente la mano torpe de un soldado], de que no entendemos gran cosa de partidos, pero no está lejos el futuro y el pasado: el zar os desterraba a Siberia y os metía en la cárcel, nosotros os ensartaremos en bayonetas". La exasperación extrema contra los dirigentes se combina en estas líneas, con la confesión de la propia impotencia: "No entendemos gran cosa de partidos". El ejército se rebelaba constantemente contra la guerra y la oficialidad, utilizando, para ello, consignas del vocabulario bolchevique. Pero no estaba preparado, ni mucho menos, para sublevarse con el fin de entregar el poder Partido Bolchevique. Las fuerzas de confianza para sofocar el movimiento de Petrogrado, el gobierno las sacó de las tropas más próximas a la capital, sin que los otros regimientos ofrecieran resistencia, y las transportó a la capital sin que se opusieran a ellos los ferroviarios. El ejército, descontento, revoltoso, fácilmente inflamable, seguirá siendo políticamente indefinido; los núcleos bolcheviques compactos, capaces de dar una dirección homogénea a los pensamientos y a las acciones de aquella masa inconsciente de soldados, eran excesivamente escasos.

Por otra parte, lo conciliadores, para oponer el frente a Petrogrado y a los campesinos del interior, utilizaban, no sin éxito, un arma envenenada, que la reacción había intentado inútilmente emplear en marzo contra los sóviets. Los socialrevolucionarios y los mencheviques decían a los soldados, en el frente: "La guarnición de Petrogrado, bajo la influencia de los bolcheviques, no quiere relevaros; los obreros se niegan a trabajar para satisfacer las necesidades del frente; si los campesinos escuchan a los bolcheviques y se apoderan ahora de la tierra, no quedará nada para los

que están en el frente". Los soldados tenían todavía necesidad de una experiencia complementaria para comprender a quién reservaba la tierra el gobierno: si a los combatientes del frente o a los grandes propietarios.

Entre Petrogrado y el ejército de operaciones había la provincia. La repercusión que tuvieron en ella los acontecimientos de julio puede servir *a posteriori* de criterio muy importante para resolver la cuestión de saber si los bolcheviques obraron o no bien en julio al eludir la lucha inmediata por el poder.

En Moscú, el pulso de la revolución era ya incomparablemente más débil que en Petrogrado. En las reuniones del comité local de los bolcheviques se desarrollaban discusiones vivísimas. Algunos militantes pertenecientes a la extrema izquierda, tales, por ejemplo, como Bubnov, proponían ocupar los edificios de correos, telégrafos, teléfonos, la redacción de la *Russkoie-Slovo*, esto es, lanzarse a la insurrección. El comité, que, por su espíritu general, era muy moderado, rechazaba decididamente estas proposiciones, por considerar que las masas de Moscú se hallaban lejos de estar preparadas para semejantes acciones. Sin embargo, a pesar de la prohibición del sóviet, se decidió organizar una manifestación. Masas considerables de obreros afluyeron a la plaza de Skóvelev con las mismas consignas que en Petrogrado, pero no con el mismo entusiasmo ni mucho menos. La guarnición distó mucho de responder de un modo unánime, adhiriéndose a la manifestación unidades aisladas y sólo una de ellas completamente armada y equipada. El soldado de artillería Davidovsky, llamado a tener una participación importante en los combates de octubre, atestigua en sus memorias que en las jornadas de julio Moscú no estaba preparado y que el fracaso de la manifestación dejó "una mala impresión en sus organizadores".

En Ivanovo-Voznesensk, la capital textil, donde el sóviet se hallaba ya bajo la dirección de los bolcheviques, la noticia de los acontecimientos de Petrogrado llegó a la vez que el rumor de que el gobierno provisional había caído. En la sesión nocturna del comité ejecutivo se acordó, como medida preparatoria, instaurar el control sobre el telégrafo y el teléfono. El 6 de julio se paralizó el trabajo en las fábricas; en las manifestaciones tomaron parte hasta 40.000 obreros y obreras, muchos de ellos armados. Cuando se supo que la manifestación de Petrogrado no había conducido a la victoria, el sóviet de Ivanovo-Voznesensk ordenó apresuradamente la retirada.

En Riga, bajo la influencia de las noticias relativas a los acontecimientos de Petrogrado, en la noche del 6 de julio se produjo una colisión entre la infantería letona, cuyo estado de espíritu era bolchevista, y el "batallón de la muerte", con la particularidad de que el batallón patriótico se vio obligado a batirse en retirada. Aquella misma noche el sóviet adoptó una resolución a favor del poder para los sóviets.

Dos días después fue adoptada una resolución idéntica en la capital de los Urales, Yekaterimburgo. El hecho de que la consigna del Poder Soviético, que en los primeros meses se propugnaba sólo en nombre del partido, se convirtiera ahora en el programa de distintos sóviets locales, significaba, incontestablemente, un gran paso hacia adelante. Pero entre las resoluciones a favor del poder a los sóviets y la insurrección bajo la bandera de los bolcheviques quedaba todavía un camino considerable por recorrer.

En algunos puntos del país los acontecimientos de Petrogrado dieron impulso a agudos conflictos de carácter parcial. En Nizhni Nóvgorod, donde los soldados evacuados se habían resistido tenazmente a ir al frente, los junkers enviados de Petrogrado provocaron, con sus violencias, la indignación de dos regimientos locales. Después de un tiroteo, durante el cual hubo muertos y heridos, los junkers se rindieron y fueron desarmados. Las autoridades desaparecieron. De Moscú fue enviada una expedición punitiva, formada por tropas de todas las armas. Iban al frente de ella el impulsivo coronel Verjovsky, jefe de las fuerzas militares de la región de Moscú y futuro ministro de la

guerra de Kerensky, y el presidente del sóviet de Moscú, el viejo menchevique Jinchuk, hombre de espíritu poco bélico, futuro dirigente de la cooperación y después embajador soviético en Berlín. Sin embargo, su acción represiva no tuvo objeto, pues el comité elegido por los soldados sublevados había ya restablecido por completo el orden.

A la misma hora aproximadamente, e impulsados asimismo por la negativa de ir al frente, se sublevaron en Kiev, en número de 5.000, los soldados del regimiento que llevaba el nombre del atamán Polubtko, se apoderaban de los depósitos de armas, ocupaban el fuerte, se adueñaban del mando militar de la región, detenían al comandante y al jefe de la milicia. El pánico en la ciudad duró algunas horas, hasta que, gracias a los esfuerzos mancomunados de las autoridades militares, del comité de las distintas asociaciones y de los órganos de la Rada central ucraniana, se puso en libertad a los detenidos y una buena parte de los sublevados fue desarmada. En el lejano Krasnoiarsk los bolcheviques se sentían tan firmes, gracias al estado de espíritu de la guarnición, que, a pesar de la ola de reacción que se había iniciado ya en el país, el 9 de julio organizaron una manifestación en la cual participaron de 8.000 a 10.000 personas, en su mayoría soldados. Desde Irkutsk fue mandado contra Krasnoiarsk un destacamento de 400 hombres con artillería, bajo la dirección del socialrevolucionario Krakovetsky, comisario militar de la región. En el transcurso de dos días de conferencias y negociaciones, trámites indispensables en el régimen de poder dual, el destacamento punitivo quedó tan desmoralizado a consecuencia de la agitación realizada por los soldados, que el comisario se apresuró a hacerlo volver a Irkutsk. Pero Krasnoiarsk constituía más bien una excepción.

En la mayoría de las poblaciones provinciales la situación era incomparablemente menos favorable. En Samara, por ejemplo, la organización bolchevique de la localidad, al recibir la noticia de los combates de la capital, decidió "esperar la señal, aunque no se podía contar casi con nadie". Uno de los miembros del partido cuenta: "Los obreros empezaban a simpatizar con los bolcheviques, pero no se podían confiar en que se lanzaran al combate; todavía se podía contar menos con los soldados; por lo que a la organización de los bolcheviques se refiere, las fuerzas eran completamente débiles, no éramos más que un puñado; en el sóviet de diputados obreros no había más que unos pocos bolcheviques, y en el de soldados, si no ando equivocado, no había ninguno, lo que, por otra parte, no tiene nada de sorprendente si se considera que estaba compuesto casi exclusivamente de oficiales".

La causa principal de la débil repercusión que los acontecimientos de Petrogrado tuvieron en el país consistía en que la provincia, que había recibido sin combate la Revolución de Febrero de las manos de la capital, asimilaba mucho más lentamente que ésta los nuevos hechos e ideas. Era preciso un plazo suplementario para que la vanguardia pudiera arrastrar tras de sí a las reservas pesadas. Por lo tanto, el estado de la conciencia de las masas populares, que eran la instancia inapelable de la política revolucionaria, excluía la, posibilidad de la toma del poder por los bolcheviques en julio. Al mismo tiempo, la ofensiva en el frente incitaba al partido a oponerse a las manifestaciones. El fracaso de la ofensiva era completamente inevitable. De hecho, se había iniciado ya. Pero el país lo ignoraba. El peligro consistía en que, si el partido no obraba prudentemente, el gobierno hiciera recaer sobre los bolcheviques la responsabilidad por las consecuencias de la propia insensatez. Había que dar a la ofensiva el tiempo necesario para que sus resultados aparecieran claros. Los bolcheviques no dudaban de que el cambio que se operaría en el estado de espíritu de las masas sería muy radical. Entonces se vería lo que era preciso hacer. El cálculo era completamente acertado. Sin embargo, los acontecimientos tienen su lógica, que no toma en cuenta los cálculos políticos, y en esta

ocasión, la lógica de los acontecimientos cayó duramente sobre la cabeza de los bolcheviques.

El fracaso de la ofensiva en el frente tomó un carácter catastrófico el 6 de julio, día en que las tropas alemanas rompieron el frente ruso en una extensión de 12 verstas de ancho y 10 de profundidad. La noticia llegó a la capital el 7, cuando las acciones represivas se hallaban en su apogeo.

Muchos meses después, cuando las pasiones debían ya haberse apaciguado o, por lo menos, tomado un carácter más razonado, Stankievich, que no era de los adversarios más rencorosos del bolchevismo, hablaba aún de la "enigmática sucesión lógica de los acontecimientos", bajo la forma de derrota militar en Tarnopol, después de las jornadas de julio en Petrogrado. Esa gente no veía, o no quería ver, la sucesión lógica real de los acontecimientos, que consistía en que la ofensiva iniciada por imposición de la *Entente* y condenada de antemano al fracaso no podía dejar de conducir a una catástrofe ni de provocar al mismo tiempo una explosión de cólera de las masas engañadas por la revolución. Pero ¿qué importa la realidad de los hechos? El establecer una conexión entre los acontecimientos de Petrogrado y el fracaso en el frente, era demasiado seductor. La prensa patriótica no sólo no ocultó la derrota, sino que, al contrario, la exageró con todas sus fuerzas. Sin detenerse ante la revelación de los secretos militares, se nombraban las divisiones y los regimientos y se indicaba la disposición de los mismos. "A partir del 8 de julio [confiesa Miliukov], los periódicos empezaron a publicar telegramas del frente en los cuales no se ocultaba la verdad, y estos telegramas cayeron como una bomba sobre la opinión pública rusa". Este era precisamente el fin que se perseguía: conmover, asustar, aturdir, para que fuera más fácil acusar a los bolcheviques de estar en relación con los alemanes.

Es indudable que, tanto en los acontecimientos del frente como en los de las calles de Petrogrado, la provocación desempeñó su papel. Después de la Revolución de Febrero, el gobierno había dado al ejército de operaciones a un gran número de exgendarmes

y policías. Ninguno de ellos, naturalmente, quería, combatir. Temían más a los soldados rusos que a los alemanes. Para hacer olvidar su pasado, se presentaban como los elementos más extremos del ejército, azuzaban a los soldados contra los oficiales, gritaban más que nadie contra la disciplina y la ofensiva y, con frecuencia, se proclamaban incluso bolcheviques. Apoyándose recíprocamente por el lazo natural de la complicidad, crearon una especie de orden, muy original, de la cobardía y de la abyección. Por su mediación penetraban entre las tropas y se difundían rápidamente los rumores más fanáticos, en los cuales el ultrarrevolucionarismo se daba la mano con el reaccionarismo más oscurantista. En momentos críticos estos sujetos eran los primeros que daban la señal de pánico. La prensa había hablado repetidas veces de la labor desmoralizadora de policías y gendarmes. En los documentos secretos del propio ejército se alude a ello con no menos frecuencia. Pero el mando superior se hacía el sordo y prefería identificar a los provocadores reaccionarios con los bolcheviques. Después del fracaso de la ofensiva se legalizaba este procedimiento, y el periódico de los mencheviques hacía lo imposible por no quedarse atrás con respecto a las hojas chovinistas más indecentes. Con sus vociferaciones sobre los "anarcobolcheviques", los agentes alemanes y los exgendarmes, los patriotas ahogaron por algún tiempo la cuestión del estado general del ejército y de la política de paz. "El profundo descalabro que hemos infligido al frente de Lenin [se jactaba abiertamente el príncipe Lvov] tiene, estoy firmemente convencido de ello, una importancia incomparablemente mayor para Rusia que un descalabro de los alemanes en el frente sudoccidental..." El honorable jefe del gobierno se parecía al chambelán Rodzianko en el sentido de que no sabía distinguir el momento en que era preciso callar.

Si el 3 y el 4 de julio se hubiera conseguido evitar la manifestación, la acción se habría inevitablemente desarrollado como consecuencia del descalabro de Tarnopol. Sin embargo, este aplazamiento de algunos días habría determinado modificaciones importantes en la situación política. El movimiento habría tomado de inmediato proporciones más vastas, extendiéndose no sólo a las provincias, sino también, en gran parte, al frente. El gobierno habría quedado al desnudo políticamente, y le habría sido infinitamente más difícil hacer recaer la culpa sobre los "traidores" del interior. La situación del Partido Bolchevique habría sido más ventajosa desde todos los puntos de vista. Sin embargo, aún en este caso, no se habría podido ir a la conquista inmediata del poder. Lo único que se puede afirmar sin vacilación es que, si el movimiento se hubiera desencadenado una semana más tarde, la reacción no habría podido desenvolverse en julio de un modo tan victorioso. Era precisamente la "enigmática sucesión" de las fechas de la manifestación y del descalabro en el frente lo que se volvía por completo contra los bolcheviques. La ola de indignación y de desesperación que llegaba del frente chocaba con la ola de esperanzas frustradas que partía de Petrogrado. La lección recibida por las masas en la capital había sido demasiado dura para que se pudiera pensar en la reanudación inmediata de la lucha. Con todo ello, el sentimiento agudo provocado por la absurda derrota reclamaba una salida. Y los patriotas consiguieron hasta cierto punto dirigirlo contra los bolcheviques.

En abril, en junio y en julio, los actores fundamentales del drama eran los mismos: los liberales, los conciliadores, los bolcheviques. En todas estas etapas, las masas tendían a arrojar a la burguesía del poder. Pero la diferencia en las consecuencias políticas de la intervención de las masas en los acontecimientos, era inmensa. El resultado de las jornadas de abril fue malo para la burguesía: la política anexionista fue condenada, al menos, verbalmente; el partido kadete fue humillado, se le quitó la cartera de estado. En junio, el movimiento no condujo a nada: se amenazó a los bolcheviques, pero no se asestó el golpe decidido. En julio el partido de los bolcheviques fue acusado de traición, destruido, privado del agua y el fuego. Si en abril Miliukov tuvo que salir del gobierno, en julio Lenin hubo de pasar a la clandestinidad.

¿Qué fue lo que determinó un cambio tan brusco en el transcurso de diez semanas? Es de una evidencia absoluta que en los círculos dirigentes se produjo un cambio serio en el sentido de la orientación hacia la burguesía liberal. Ahora bien, fue precisamente en este período de abril a julio cuando el estado de espíritu de las masas experimentó una recia modificación a favor de los bolcheviques. Estos dos procesos antagónicos se desarrollaron en una estrecha dependencia mutua. Cuanto más íntimamente se unían los obreros y soldados alrededor de los bolcheviques, en forma más decidida tenían los conciliadores que apoyar a la burguesía. En abril podían aún dar un paso para ir al encuentro de las masas y arrojar por la borda a Miliukov, es verdad, provisto de un salvavidas sólido. En julio, los conciliadores, unidos a la burguesía y a la oficialidad, se dedicaron a atacar a los bolcheviques. Por consiguiente, en esa ocasión la modificación de la correlación de fuerzas determinada por el cambio de frente efectuado por la fuerza política menos consistente, la democracia pequeñoburguesa, gracias a su brusco viraje hacia la contrarrevolución burguesa.

Pero si es así, ¿obraron acertadamente los bolcheviques al adherirse a la manifestación y tomar sobre sí la responsabilidad de la misma? El 3 de julio, Tomsky comentaba del siguiente modo el pensamiento de Lenin: "En el momento actual, no se puede hablar de acción si no se desea una nueva revolución". ¿Cómo se explica en este caso que el partido, ya unas horas después, se pusiera al frente de la manifestación armada sin incitar por ello a una nueva revolución? El doctrinario verá en esto una inconsecuencia o algo peor aún: una prueba de ligereza política. Así enfoca la cosa, por ejemplo, Sujánov

en sus memorias, en las cuales dedica no pocas líneas irónicas a las vacilaciones de la dirección bolchevique. Pero las masas no intervienen en los acontecimientos por las órdenes doctrinarías que se les den desde arriba, sino cuando estas órdenes encajan en su propio desarrollo político. La dirección bolchevique comprendía que sólo una nueva revolución podía modificar la situación política. Sin embargo, los obreros y soldados no lo comprendían todavía. La dirección bolchevique veía claramente que era menester dar a las reservas pasadas el tiempo necesario para sacar conclusiones de su acción aventurada. Pero los sectores avanzados sentían el impulso de lanzarse a la calle precisamente bajo la acción de dicha aventura. Al mismo tiempo, el profundo radicalismo de sus fines se combinaba en ellos con ilusiones respecto a los métodos. Las advertencias de los bolcheviques no surtían efecto alguno. Los obreros y soldados de Petrogrado podían sólo contrastar la situación con ayuda de la propia experiencia. La manifestación armada sirvió de prueba. Pero ésta, contra la voluntad de las masas, podía convertirse en combate general, y por ello mismo, en combate decisivo. En esas circunstancias el partido no se atrevió a quedarse al margen. Lavarse las manos en el agua de las reflexiones estratégicas hubiera equivalido a entregar a los obreros y soldados a merced de sus enemigos. El partido de las masas debía colocarse en el mismo terreno en que se colocaban las masas para, sin compartir en lo más mínimo sus ilusiones, ayudarlas con el mínimum de pérdidas a asimilar las conclusiones necesarias. Trotsky contestaba en la prensa a las críticas innumerables de aquellos días: “No juzgamos necesario justificarnos ante nadie de no haber permanecido al margen en actitud expectante, cediendo al general Polovtsiev la misión de ‘hablar’ con los manifestantes; en todo caso, nuestra intervención no podía, de ningún modo, aumentar el número de víctimas ni convertir la manifestación armada caótica en insurrección política”.

En todas las antiguas revoluciones se halla el prototipo de las “jornadas de julio” por regla general, con un resultado distinto, desfavorable, muchas veces catastrófico. Esta etapa reside en la mecánica inferior de la revolución burguesa, por cuanto la clase que más se sacrifica por el éxito de esta última y más esperanzas cifra en ella, es la que menos obtiene de la misma. La regularidad del proceso es completamente clara. La clase poseedora que ha llegado al poder mediante una revolución, se inclina a considerar que con ello la revolución ha cumplido ya su misión y de lo que más se preocupa es de demostrar su buena fe a las fuerzas de la reacción. La burguesía “revolucionaria” provoca la indignación de las masas populares con las mismas medidas con cuya ayuda aspira a granjearse la buena disposición de las clases destronadas. El desengaño de las masas se produce muy pronto, antes aún de que la vanguardia de ellas haya tenido tiempo de enfriarse de los combates revolucionarios. El pueblo cree que con un nuevo golpe puede completar o corregir los que ha descargado antes con insuficiente decisión. De aquí el impulso hacia una nueva revolución, sin preparación, sin programa, sin tener en cuenta las reservas, sin pensar en las consecuencias. De otra parte, el sector de la burguesía que ha llegado al poder, parece no esperar más que el impetuoso impulso de abajo para intentar acabar con el pueblo. Tal es la base social y psicológica de esa semirrevolución complementaria que más de una vez en la historia se ha convertido en el punto de partida de la contrarrevolución triunfante.

El 17 de julio de 1791, La Fayette ametralló en el Campo de Marte a una manifestación pacífica de republicanos que intentaban dirigirse con una petición a la asamblea nacional que amparaba la perfidia del poder real, del mismo modo que, ciento veintiséis años después, los conciliadores rusos amparaban la perfidia de los liberales. La burguesía realista confiaba liquidar, mediante una oportuna represión sangrienta, el partido de la revolución para siempre. Los republicanos que no se sentían aún suficientemente fuertes para la victoria, eludieron la lucha, lo cual era muy razonable y

se apresuraron incluso a afirmar que nada tenían que ver con los que habían participado en la petición, lo cual era, desde luego, indigno y equivocado. El régimen de terrorismo burgués obligó a los jacobinos a mantenerse quietos durante algunos meses. Robespierre buscó refugio en casa del carpintero Duplay, Desmoulins se ocultó, Danton pasó algunas semanas en Inglaterra. Pero, a pesar de todo, la provocación realista fracasó: las matanzas del Campo de Marte no impidieron al movimiento republicano llegar al poder. Así pues, la Revolución Francesa tuvo sus "jornadas de julio" tanto en el sentido político de la palabra como desde el punto de vista del calendario. Cincuenta y siete años después, las "jornadas de julio" tuvieron lugar en Francia en junio y tuvieron un carácter incomparablemente más grandioso y trágico. Las llamadas "jornadas de junio" de 1848 surgieron de la revolución de febrero con una fuerza irresistible. La burguesía francesa proclamó en las horas de su victoria el "derecho al trabajo", de la misma manera que a partir de 1789 proclamara muchas cosas excelentes y que en 1914 juró que la guerra desencadenada aquel año era su última guerra. Del rimbombante "derecho al trabajo" surgieron los míseros talleres nacionales donde 100.000 obreros que habían conquistado el poder para sus patronos percibían 23 sueldos diarios. Pocas semanas después, la burguesía republicana, generosa en frases, pero avara en dinero, no encontraba ya palabras suficientemente ofensivas para los "holgazanes" que vivían de la ración de hambre que les suministraba la nación. En la abundancia de las promesas de febrero y en el carácter consciente de las provocaciones que procedieron a las jornadas de junio, aparecen los rasgos nacionales característicos de la burguesía francesa. Pero aún sin esto, los obreros de París, que se hallaban con el fusil al brazo desde febrero, no podían dejar de reaccionar ante las contradicciones existentes entre el programa pomposo y la mísera realidad, ante aquel contraste insoportable que repercutía diariamente en su estómago y en su conciencia. Con frío cálculo, que casi no se preocupaba de disimular, Cavaignac dejaba que la insurrección creciera a los ojos de los dirigentes, a fin de poderla ahogar en sangre de un modo más decidido. La burguesía republicana mató a más de 12.000 obreros y metió en la cárcel a no menos de veinte mil, para que los demás perdieran la fe en el "derecho al trabajo" que se les había prometido. Sin plan, sin programa, sin dirección, las jornadas de junio de 1848 se parecen a una poderosa e inevitable acción refleja del proletariado, cohibido en sus necesidades más elementales y ofendido en sus elevadas esperanzas. Los obreros insurreccionados fueron, no sólo aplastaos, sino calumniados. El demócrata de izquierda Flocon, correligionario de Ledru-Rollin, predecesores ambos de Tsereteli, aseguraba a la asamblea nacional que los sublevados habían sido comprados por los monárquicos y los gobiernos extranjeros. Los conciliadores de 1848 no tenían ni tan siquiera necesidad de la atmósfera de la guerra para descubrir el oro inglés y ruso en los bolsillos los revolucionarios. Era así como los demócratas preparaban el camino al bonapartismo[33].

La gigantesca explosión de la Comuna era al golpe de estado de septiembre de 1870 lo que las jornadas de junio a la revolución de febrero de 1848. La insurrección del proletariado de París en marzo no obedeció, ni mucho menos, a un cálculo estratégico. Dicha insurrección fue el resultado de una trágica combinación de circunstancias, completada por una de esas provocaciones en las cuales es maestra la burguesía francesa cuando el miedo estimula su malignidad. Contra los planes de la camarilla dirigente, que aspiraba ante todo a desarmar al pueblo, los obreros querían defender a París. La guardia nacional les daba una organización armada, muy afín al tipo soviético, y una dirección política, personificada en su comité central. Como consecuencia de condiciones objetivas

[33] Remitimos a *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850 (con anexos)* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte (anexos)* de Carlos Marx en nuestras Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS).

desfavorables y de errores políticos, París se vio divorciada de Francia, incomprendida, no apoyada, en parte directamente traicionada por las provincias, y cayó en manos de los versalleses desmandados que tenían tras de sus espaldas a Bismarck y Moltke. Los oficiales depravados y derrotados de Napoleón III resultaron unos verdugos insustituibles al servicio de la tierna Mariana, a quien la bota de los prusianos acababa de librar de las caricias del falso Bonaparte. En la Comuna de París, la protesta refleja del proletariado contra el engaño de la revolución burguesa se elevó por primera vez hasta el nivel de la revolución proletaria, pero para caer en seguida[34].

En el momento en que se escriben estas líneas (principios de mayo de 1931), la revolución "incruenta, pacífica, gloriosa" (la lista de estos adjetivos es siempre la misma) de España prepara ante nuestros ojos sus "jornadas de junio", si contamos por el calendario revolucionario de Francia, o las de "julio", si nos fijamos en el de Rusia. El gobierno provisional de Madrid, bañándose en frases que muy a menudo parecen una traducción del ruso, promete amplias medidas contra el paro forzoso y la carencia de tierras, pero no se atreve a tocar ni una sola de las viejas llagas sociales. Los socialistas del bloque gubernamental ayudan a los republicanos a sabotear los objetivos de la revolución. El jefe del gobierno de Cataluña, la parte más industrial y revolucionaria de España, predica un reino milenario sin naciones ni clases oprimidas, pero sin decidirse a mover ni un dedo para ayudar al pueblo a librarse, aunque no sea más que de una parte de sus odiadas cadenas. Maciá se esconde detrás del gobierno de Madrid, el cual, a su vez, se esconde detrás de las cortes constituyentes. ¡Como si la vida se hubiera detenido para esperarlos! ¡Y como si no fuera claro ya de antemano que las próximas cortes no serán más que una reproducción ampliada del bloque republicanosocialista, preocupado principalmente de que todo quede como antes! ¿Es difícil prever un incremento febril de la indignación de los obreros y campesinos? La desproporción entre la marcha de la revolución de las masas y la política de las nuevas clases dirigentes es la fuente del conflicto irreconciliable que, en su desarrollo, o enterrará la primera revolución, la de abril, o conducirá a la segunda[35].

Si bien la masa fundamental de los bolcheviques rusos comprendía, en julio de 1917, que no se podía ir más allá de un determinado límite, el estado de espíritu no era homogéneo. Muchos obreros y soldados se inclinaban a considerar la acción que se desarrollaba como el desenlace decisivo. En sus memorias, escritas cinco años después, Metelev se expresa del modo siguiente con respecto al sentido de los acontecimientos: "En esta insurrección, nuestro error principal consistió en haber propuesto al comité ejecutivo conciliador que tomara el poder. Lo que había que hacer no era proponer el poder, sino tomarlo. El segundo error consistió en que durante casi dos días enteros desfilamos por las calles, en vez de ocupar inmediatamente todas las instituciones, los palacios, los bancos, las estaciones, el telégrafo, de detener el gobierno provisional", etc. Con respecto a la insurrección, esto es incontestable, pero convertir el movimiento de julio en insurrección hubiera significado, de un modo casi seguro, enterrar la insurrección.

Los anarquistas, que incitaban a la lucha, argüían que "la Revolución de Febrero se había producido sin la dirección del partido". Pero el alzamiento de febrero contaba con objetivos claros, precisos, elaborados por una lucha de varias generaciones, y sobre la revolución se elevaban la sociedad liberal de oposición y la democracia revolucionaria, dispuestas a hacerse cargo de la herencia del poder. Por el contrario, el movimiento de

[34] Remitimos a la obra de Carlos Marx *La guerra civil en Francia (anexos)*, en nuestras OEME-EIS, y, en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria, a los materiales de la serie: Comunas de París y Lyon.
[35] Remitimos a la obra de Trotsky *La revolución estrangulada (anexos)*, en estas mismas OELT-EIS, y a los abundantes materiales recogidos en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano (que próximamente recopilaremos en un solo volumen para esta misma serie).

julio pretendía abrir un cauce histórico muy distinto. Toda la sociedad burguesa, la democracia soviética inclusive, le era irreconciliablemente adversa. Los anarquistas no veían o no comprendían esta diferencia radical entre las condiciones de la revolución burguesa y las de la revolución obrera.

Si el Partido Bolchevique, obstinándose en apreciar de un modo doctrinario el movimiento de julio como "inoportuno", hubiera vuelto la espalda a las masas, la semiinsurrección habría caído bajo dirección dispersa e inorgánica de los anarquistas, de los aventureros que expresaban accidentalmente la indignación de las masas, se habría desangrado en convulsiones estériles. Y, al contrario, si partido, al frente de los ametralladoristas y de los obreros de Putilov, hubiera renunciado a su apreciación de la situación y se hubiera deslizado hacia la senda de los combates decisivos, la insurrección habría tomado indudablemente un vuelo audaz, los obreros y soldados, bajo la dirección de los bolcheviques, se habrían adueñado del poder, para preparar luego, sin embargo, el hundimiento de la revolución. A diferencia de febrero, la cuestión del poder en el terreno nacional no habría sido resuelta por la victoria en Petrogrado. La provincia no habría seguido a la capital. El frente no habría comprendido ni aceptado la revolución. Los ferrocarriles y los teléfonos se habrían puesto al servicio de los conciliadores contra los bolcheviques. Kerensky y el cuartel general habrían creado un poder para el frente y las provincias. Petrogrado se habría visto bloqueado. En la capital se habría iniciado la desmoralización. El gobierno habría tenido la posibilidad de lanzar a masas considerables de soldados contra Petrogrado. En estas condiciones el coronamiento de la insurrección habría significado la tragedia de la Comuna petrogradesa.

Cuando en el mes de julio se cruzaron los caminos históricos, sólo la intervención del partido de los bolcheviques evitó que se produjeran las dos variantes que entrañaban el peligro fatal tanto en el espíritu de las jornadas de junio de 1848 como en el de la Comuna de París de 1871. El partido, al ponerse audazmente al frente del movimiento, tuvo la posibilidad de detener a las masas en el momento en que la manifestación empezaba a convertirse en colisión en la cual los contrincantes iban a medir sus fuerzas con las armas. El golpe asestado en julio a las masas y al partido fue muy considerable. Pero no fue un golpe decisivo. Las víctimas se contaron por docenas, y no por docenas de miles. La clase obrera no salió decapitada y exangüe de esa prueba, sino que conservó completamente sus cuadros de combate, los cuales aprendieron mucho en esa lección.

En los días de la Revolución de Febrero se puso de manifiesto toda la labor realizada anteriormente por los bolcheviques, durante muchos años, y hallaron un sitio en la lucha los obreros avanzados educados por el partido; pero no hubo aún una dirección por parte de este último. En los acontecimientos de abril las consignas del partido pusieron de manifiesto su fuerza dinámica, pero el movimiento se desarrolló en forma espontánea. En junio se exteriorizó la inmensa influencia del partido, pero las masas entraban en acción todavía dentro del marco de una manifestación organizada oficialmente por los adversarios. Hasta julio el Partido Bolchevique, impulsado por la fuerza de presión de las masas, no se lanza a la calle contra todos los demás partidos y define el carácter fundamental del movimiento, no sólo con sus consignas, sino también con su dirección organizada. La importancia de una vanguardia compacta aparece por primera vez con toda su fuerza durante las jornadas de julio, cuando el partido evita, a un precio muy elevado, la derrota del proletariado y garantiza el porvenir de la revolución y el propio.

"Como prueba técnica [decía Miliukov refiriéndose a la importancia de las jornadas de julio para los bolcheviques], la experiencia fue sin ningún género de duda extraordinariamente útil para ellos. Les mostró con qué elementos había que tratar, cómo había que organizar a estos últimos y, por fin, qué resistencia podían oponerles el gobierno, el sóviet y las tropas... Era evidente que cuando se presentara la ocasión de

repetir el experimento, lo realizarían de un modo más sistemático y consciente". Estas palabras valoran acertadamente la importancia del experimento de julio para el desarrollo ulterior de la política de los bolcheviques. Pero antes de poder utilizar las lecciones de julio, el partido debía pasar por unas cuantas semanas duras, durante las cuales los miopes enemigos imaginaban que habían quebrantado definitivamente la fuerza del bolchevismo.

El mes de la gran calumnia

El 4 de julio, a hora ya avanzada de la noche, cuando doscientos miembros de los dos comités ejecutivos (el de obreros y soldados y el de campesinos) languidecían entre dos sesiones igualmente estériles, llegó hasta ellos un rumor misterioso: acababa de descubrirse que Lenin estaba en relación con el estado mayor alemán; al día siguiente publicaría la prensa documentos reveladores. Los sombríos augures de la presidencia, al cruzar la sala para dirigirse a los pasillos, donde ni un instante cesan los conciliábulos, responden de mala gana y con evasivas a las preguntas, incluso a las que su misma gente les hace. En el Palacio de Táurida, abandonado casi completamente ya por el público, reina el estupor. ¿Lenin al servicio del estado mayor alemán? La perplejidad, el asombro, el júbilo reúnen a los diputados en grupos animados. "Como es natural [advierte Sujánov, muy hostil a los bolcheviques en los días de julio], ninguno de los hombres ligados realmente a la revolución duda lo más mínimo de que esos rumores son absurdos". Pero los hombres dotados de un pasado revolucionario constituían una minoría insignificante entre los miembros de los comités ejecutivos. Los revolucionarios de marzo, elementos casuales arrastrados por la primera ola, predominaban hasta en los órganos soviéticos dirigentes. Muchos de los diputados provinciales, reclutados entre los escribientes, tenderos, etc., tenían un espíritu francamente reaccionario. Esta gente dio, sin tardar, rienda suelta a su satisfacción: ¡eso ya lo tenían previsto ellos! ¡Era de esperar!

Asustados por el sesgo inesperado y demasiado brusco que había tomado el caso, los jefes intentaron ganar tiempo. Chjeidze y Tsereteli telefonearon a las redacciones de los periódicos aconsejando se abstuvieran de hacer públicas las sensacionales revelaciones hasta que estuvieran plenamente comprobadas. Las redacciones no se atrevieron a negarse a hacer el "favor" que se les pedía desde el Palacio de Táurida. Pero hubo una excepción. Un periodicucho amarillo, publicado por Suvorin, el gran editor del *Novoie Vremia*, sirvió a sus lectores, al día siguiente por la mañana, un documento que tenía todo el carácter de oficioso, en el cual se denunciaba que Lenin recibía dinero e instrucciones del gobierno alemán. La prohibición había sido quebrantada y la sensacional noticia llenaba, un día más tarde, las columnas de toda la prensa. Así se inició el episodio más inverosímil de ese año, rico en acontecimientos: los jefes del partido revolucionario, que durante décadas enteras habían luchado contra los señores coronados y no coronados, eran presentados al país y al mundo entero como agentes a sueldo de los Hohenzollern. La inaudita calumnia fue arrojada a las masas populares, cuya mayoría aplastante oía, por primera vez después de la Revolución de Febrero, los nombres de los caudillos bolcheviques. La calumnia se convertía en un factor político de primer orden. Esto hace necesario un estudio más atento de su mecánica.

El sensacional documento tenía su origen en la declaración de un tal Yermolenko. He aquí, según los datos oficiales, quién era ese héroe: en el período comprendido entre la guerra con el Japón y el año 1913 estuvo al servicio del contraespionaje; en 1913 fue separado del ejército (en cuyas filas había llegado a tener el grado de alférez) por razones que se desconocen; en 1914 fue llamado a filas; valerosamente, logra caer prisionero y se convierte en guardián policíaco de sus camaradas. Sin embargo, el régimen del campamento de concentración no era muy del gusto de este espía, y "a petición de los compañeros" (así lo declaró él mismo), entró al servicio de los alemanes, con miras, ni

qué decir tiene, patrióticas. Se abrió un nuevo capítulo en su vida. El 25 de abril, Yermolenko fue "trasladado" al frente ruso por las autoridades alemanas, con la misión de volar puentes, dedicarse al servicio de espionaje, luchar por la independencia de Ucrania y llevar a cabo una agitación en favor de la paz separada. Los capitanes alemanes Schidizky y Libers, que habían comprado a Yermolenko para estos fines, le comunicaron, además, de pasada, sin ninguna necesidad práctica, evidentemente sólo para darle ánimos, que a más de él trabajaría en el mismo sentido en Rusia... Lenin. Tal era la base de todo el asunto.

¿Qué es lo que inspiró a Yermolenko, o, mejor dicho, quién le movió a hacer esta declaración acerca de Lenin? De cualquier modo, no fueron los oficiales alemanes. Un simple cotejo de datos y hechos nos conduce al laboratorio mental del alférez. El 4 de abril hizo públicas Lenin sus famosas tesis, que implicaban la declaración de guerra al régimen de febrero. El 20-21 tuvo lugar la manifestación armada contra la continuación de la guerra. La campaña contra Lenin se desencadenó como un huracán. El 25 Yermolenko pasó al frente, y en la primera mitad de mayo se puso en tacto con el contraespionaje en el cuartel general. Los ambiguos artículos periodísticos que hacían ver que la política de Lenin era ventajosa para el káiser, movían a pensar que Lenin fuera un agente alemán. En el frente, los oficiales y los comisarios, en lucha con el irresistible "bolchevismo" de los soldados, se mostraban aún menos escrupulosos en la elección de las expresiones cuando se trataba de Lenin. Yermolenko se sumergió inmediatamente en esa corriente. No tiene importancia saber si fue él mismo quien inventó esa frase absurda relativa a Lenin, si se la dijo algún inspirador o si la amañaron, junto con él, los agentes del contraespionaje. Era tan grande la demanda de calumnias contra los bolcheviques, que la oferta no podía dejar de aparecer. Denikin, jefe del estado mayor del cuartel general y futuro generalísimo de los blancos en la guerra civil, hombre que personalmente no se elevaba muy por encima del horizonte de los agentes del contraespionaje zarista, concedió o fingió conceder gran importancia a la declaración de Yermolenko, y el 16 de mayo la mandó al ministro de la guerra, acompañada de la carta correspondiente. Es de suponer que Kerensky cambió impresiones con Tsereteli o Chjeidze, los cuales contuvieron, seguramente, su noble vehemencia; esto explica que las cosas no pasaran adelante. Kerensky ha dicho con posterioridad que Yermolenko había denunciado las relaciones existentes entre Lenin y el estado mayor alemán, pero no "de un modo suficientemente fidedigno". Durante mes y medio el informe de Yermolenko-Denikin quedó sobre el tapete. El contraespionaje licenció a Yermolenko por no tener necesidad de él, y el alférez se fue al Extremo Oriente a beberse el dinero que había recibido de dos procedencias diferentes.

Sin embargo, los acontecimientos de julio, que pusieron de manifiesto en toda su magnitud el amenazador peligro del bolchevismo, hicieron pensar de nuevo en las revelaciones de Yermolenko. Este fue llamado urgentemente a Blagoschensk, pero a causa de su falta de imaginación, a pesar de todas las insinuaciones, no pudo añadir ni una palabra más a su primitiva declaración. A pesar de ello, la justicia y el contraespionaje funcionaban a todo vapor. Políticos, generales, gendarmes, comerciantes, gentes de distintas profesiones eran sometidos a interrogatorios sobre las posibles relaciones criminales de los bolcheviques. ¡Los experimentados agentes de la Ojrana zarista observaban en estas indagaciones una prudencia mucho mayor de la que distinguía a los representantes de la justicia democrática! "La Ojrana [decía el exjefe de la sección de Petrogrado, general Globachov] no tenía, al menos durante el tiempo en que yo estuve a su servicio, ningún dato fehaciente de que Lenin actuara en daño de Rusia y con dinero alemán". Otro agente de la Ojrana, llamado Yakúbov, jefe de la sección de contraespionaje de la zona militar de Petrogrado, declara: "No sé nada respecto de las

relaciones de Lenin y sus partidarios con el estado mayor alemán, como tampoco en lo que se refiere a los recursos utilizados por Lenin". Nada pudo sacarse, en este orden, de los órganos de la policía zarista encargada de vigilar la actuación del bolchevismo desde el momento mismo de su aparición.

No obstante, cuando la gente, sobre todo si tiene el poder en sus manos, busca de forma obstinada, acaba por encontrar algo. Un tal Z. Burstein, considerado oficialmente como comerciante, abrió los ojos del gobierno provisional sobre la existencia de una "organización de espionaje alemán en Estocolmo, dirigida por Parvus", conocido socialdemócrata alemán de origen ruso. Según la declaración de Burstein, Lenin estaba en relación con la organización mencionada por mediación de los revolucionarios polacos Ganetski y Kolovski. Kerensky ha escrito posteriormente: "Las informaciones, en extremo importantes, pero por desgracia de carácter no judicial, sino policíaco, debían verse confirmadas de un modo incontestable con la llegada a Rusia de Ganetski, que había de ser detenido en la frontera y pasar a ser una pieza de convicción irrecusable contra los dirigentes bolcheviques". Kerensky sabía ya, de antemano, en qué debía transformarse esto.

Las declaraciones de Burstein se referían a las operaciones comerciales de Ganetski y Koslovsky entre Petrogrado y Estocolmo. Estas relaciones comerciales, correspondientes a los años de guerra, y en las que, por las trazas, se recurría a un sistema de correspondencia convencional, no tenía nada que ver con la política, ni más ni menos que el Partido Bolchevique no tenía nada que ver con ese comercio. Lenin y Trotsky denunciaron en la prensa a Parvus, que combinaba el buen comercio con la mala política, e invitaron a los revolucionarios rusos a romper toda relación con él. Sin embargo, ¿quién tenía posibilidad de orientarse en todo esto, en el torbellino de los acontecimientos? Lo que parecía evidente era que había en Estocolmo una organización dedicada al espionaje. Y la luz, encendida con poca fortuna por la mano de Yermolenko, brilló desde el otro extremo. Verdad es que también en esto se tropezó con dificultades. El jefe de la sección de contraespionaje del estado mayor, príncipe Turkestanov, interrogado por el juez Alexandrov, encargado de aquellos procesos que ofrecían particular importancia, contestó: "Z. Burstein es persona que no merece ninguna confianza. Burstein es un tipo de hombre de negocios un poco turbio, que no siente repugnancia por ninguna clase de ocupación". Pero ¿podía la mala reputación de Burstein dar al traste con los manejos encaminados a acabar con el buen nombre de Lenin? No; Kerensky no vaciló en considerar como "en extremo importantes" las declaraciones de Burstein. Las indagaciones rastreaban ahora las huellas de Estocolmo. Las revelaciones del alférez, que servía al mismo tiempo a dos estados mayores y del hombre dedicado a negocios turbios, que no merecían ninguna confianza, sirvieron de base a la fantástica acusación lanzada contra un partido revolucionario al que un pueblo de ciento sesenta millones de almas se disponía a llevar al poder.

Sin embargo, ¿cómo fueron a parar a la prensa los materiales de averiguaciones preliminares, justamente en el momento en que el fracaso de la ofensiva de Kerensky en el frente empezaba a convertirse en catástrofe, y la manifestación de julio ponía en evidencia en Petrogrado el irresistible avance de los bolcheviques? Uno de los iniciadores de la empresa, el fiscal Besarabov, relató más tarde en la prensa, con toda sinceridad, que cuando se vio que el gobierno provisional se encontraba, en Petrogrado, absolutamente falto de fuerza armada en la que pudiera confiar, el mando de la zona decidió realizar una tentativa destinada a provocar una transformación psicológica en los regimientos con ayuda de un medio de eficacia segura. "Se comunicó lo esencial de los documentos a los representantes del regimiento de Preobrazhensky, en los que, como pudieron comprobar los presentes, produjo una impresión abrumadora. A partir de ese momento se vio

claramente que el gobierno disponía de un arma poderosa". Después de este experimento, coronado por un éxito tan notable, los conspiradores del departamento de justicia, del estado mayor y del contraespionaje, se apresuraron a comunicar su descubrimiento al ministro de justicia. Pereversev contestó que no era posible proceder a una comunicación oficial, pero que los miembros del gobierno provisional "no opondrían ningún obstáculo a la iniciativa particular". Se reconoció, no sin fundamento, que los nombres de los funcionarios judiciales y del estado mayor no eran los más apropiados para avalar la cosa; para poner en circulación la sensacional calumnia hacía falta "un político". Valiéndose de la iniciativa particular, los conspiradores encontraron sin dificultad la persona que necesitaban en Alexinsky, exrevolucionario, diputado en la Segunda Duma, orador chillón e intrigante apasionado, situado un tiempo en la extrema izquierda de los bolcheviques. A sus ojos Lenin era un oportunista incorregible. Durante los años de la reacción, Alexinsky fundó un grupo de extrema izquierda, a cuyo frente se mantuvo en la emigración, hasta la guerra, para ocupar, tan pronto se declaró esta última, una posición ultrapatriotera y dedicarse inmediatamente a la especialidad de señalar a todo el mundo como agente al servicio del káiser. De acuerdo con los patrioteros rusos y franceses del mismo tipo, desarrolló en París una vasta actividad policíaca. La sociedad parisiense de periodistas extranjeros (esto es, de corresponsales de los países aliados y neutrales), que era muy patriótica y nada retórica, se vio obligada a adoptar una resolución especial, declarando a Alexinsky "calumniador impúdico" y a separarlo de sus filas. Alexinsky, que llegó a Petrogrado con tales antecedentes después de la Revolución de Febrero, intentó, en su calidad de ex hombre de izquierda, introducirse en el comité ejecutivo. A pesar de toda su condescendencia, los mencheviques y los socialrevolucionarios con su resolución del 11 de abril, le cerraron las puertas y le propusieron que intentara reivindicar su honorabilidad. Esto era fácil de decir. Alexinsky, convencido de que deshonrar a los demás era más fácil que rehabilitarse a sí mismo, se puso en contacto con el contraespionaje y dio un gran vuelo a sus instintos de intrigante. Ya en la segunda mitad de julio, encerró en el círculo de su calumnia incluso a los mencheviques. El jefe de éstos, Dan, abandonando su actitud expectante, publicó una carta de protesta en *Izvestia* (22 de julio), órgano oficial de los sóviets: "Es hora de poner término a las hazañas de un hombre que ha sido declarado oficialmente calumniador impúdico". ¿No se ve claro que Themis, inspirada por Yermolenko y Burstein, no podía hallar mejor intermediario entre ella y la opinión pública que Alexinski? Fue su firma la que adornó el documento acusador.

Entre bastidores, los ministros socialistas, lo mismo que los dos ministros burgueses, Nekrassov y Tereschenko, protestaban de que se hubieran entregado documentos a la prensa. El mismo día en que fueron publicados, el 5 de julio, Pereverzev (del que ya, desde hacía tiempo, el gobierno estaba bastante dispuesto a deshacerse) se vio obligado a presentar la dimisión. Los mencheviques indicaban que esto era una victoria suya. Kerensky afirmaba posteriormente que el ministro había sido depuesto por la excesiva precipitación con que había hecho públicas las revelaciones, con lo cual dificultó la marcha de la instrucción. Con su salida, ya que no con su permanencia en el poder, Pereverzev, en todo caso, satisfizo a todo el mundo.

Ese mismo día se presentó Zinóviev a la mesa del comité ejecutivo, que estaba reunido, y en nombre del comité central de los bolcheviques exigió que se tomaran inmediatamente medidas para rehabilitar a Lenin y evitar las posibles consecuencias de la calumnia. La mesa no pudo negarse a que se nombrara una comisión investigadora. Sujánov escribe: "La misma comisión comprendía que lo que había que investigar no era la cuestión de si Lenin había vendido a Rusia, sino únicamente las fuentes de las que había salido la calumnia". Pero la comisión tropezó con la celosa rivalidad de los órganos judiciales y del contraespionaje, que tenían motivos fundamentados para no desear

intromisiones ajenas en la esfera de su actividad. Cierto es que, antes de esa época, los órganos soviéticos prescindían sin dificultad de los gubernamentales cuando lo consideraban necesario. Pero los acontecimientos de julio imprimieron al poder una notable evolución hacia la derecha; además, la comisión soviética no se daba ninguna prisa a realizar una misión que se hallaba en contradicción manifiesta con los intereses políticos de sus representados. Los jefes conciliadores más serios, los mencheviques, se preocuparon sólo de salvaguardar formalmente su participación en la calumnia, pero no iban más allá. En todos aquellos casos en que no se podía eludir la contestación directa, se apresuraban en pocas palabras a manifestar que ellos eran ajenos a la acusación; pero no daban ni un paso para apartar el puñal envenenado que se cernía sobre la cabeza de los bolcheviques. El patrón popular de esta política lo había dado en otros tiempos el procónsul romano Pilatos. Pero ¿es que sin traicionarse a sí mismos podían obrar de otro modo? Sólo la calumnia contra Lenin apartó de los bolcheviques, en los días de julio, a una parte de la guarnición. Si los conciliadores hubieran luchado contra la calumnia, el batallón del regimiento de Ismail habría interrumpido verosímilmente la ejecución de *La Marsellesa* en honor del comité ejecutivo y se habría vuelto a su cuartel, por no decir al Palacio de la Kshesínskaya.

En consonancia con la orientación general de los mencheviques, el ministro del interior, Tsereteli, que tomó sobre sí la responsabilidad de las detenciones de los bolcheviques efectuadas poco después, juzgó necesario declarar, aunque bajo la presión de la minoría bolchevique, en la reunión del comité ejecutivo, que personalmente no sospechaba que los jefes bolcheviques fueran culpables de espionaje, pero que les acusaba de compló y de levantamiento armado. El 13 de julio, Liber, al presentar la resolución que, en el fondo, ponía el Partido Bolchevique fuera de la ley, consideró necesario hacer la siguiente reserva: “Personalmente, considero que la acusación lanzada contra Lenin y Zinóviev no tiene fundamento alguno”. Estas declaraciones eran acogidas por todo el mundo silenciosa y sombríamente; a los bolcheviques les parecían de un carácter evasivo indigno y los patriotas las juzgaban superfluas, pues eran desventajosas.

El 17 de julio Trotsky, en su discurso pronunciado en la reunión de ambos comités ejecutivos, decía: “Se crea una atmósfera insoportable, en la cual os asfixiáis lo mismo que nosotros. Se lanzan sucias acusaciones contra Lenin y Zinóviev. (*Una voz: ‘Es la verdad’.*) (*Rumores. Trotsky prosigue*.) Por lo visto, en la sala hay gente que ve con agrado esas acusaciones. Aquí hay gente que se ha acercado a la revolución por ser el sol que más calienta. (*Rumores. El presidente intenta durante largo rato establecer el orden a campanillazos...*) Lenin ha luchado por la revolución durante treinta años. Yo lucho desde hace veinte contra la opresión de las masas populares, y no podemos dejar de sentir odio al militarismo alemán... Sólo puede abrigar sospechas contra nosotros en ese respecto quien no sepa lo que es un revolucionario. He sido condenado por un tribunal alemán a ocho meses de cárcel, por mi lucha contra el militarismo germánico... Y esto lo sabe todo el mundo. No permitáis que nadie de los que están en esta sala diga que somos agentes a sueldo de Alemania, porque ésa no es la voz de unos revolucionarios convencidos, sino la voz de la vileza. (*Aplausos*).” Así aparece descrito este episodio en la prensa antibolchevista de aquel entonces. Los periódicos bolcheviques habían sido ya suspendidos. Sin embargo, es necesario aclarar que los aplausos partían únicamente del sector izquierdista, muy reducido: parte de los diputados lanzaba aullidos de odio, la mayoría guardaba silencio. Así y todo, nadie, ni aún los agentes directos de Kerensky, subió a la tribuna para sostener la versión oficial de la acusación o a lo menos encubrirla de un modo indirecto.

En Moscú, donde la lucha entre los bolcheviques y los conciliadores tenía, en general, un carácter suave, para tomar en octubre formas más duras, la reunión de ambos

sóviets, el de obreros y el de soldados, acordó el día 10 de julio "publicar y fijar por las calles un manifiesto con el fin de indicar que la acusación de espionaje lanzada contra la fracción de los bolcheviques es una calumnia y una intriga de la contrarrevolución". El sóviet de Petrogrado, que dependía más directamente de las combinaciones gubernamentales, no dio ningún paso, en espera de las conclusiones de la comisión investigadora, la cual, sin embargo, ni siquiera tuvo tiempo de iniciar su actuación.

El 5 de julio, Lenin, conversando con Trotsky, preguntó a éste: "¿No cree usted que nos fusilarán?" Sólo en el caso de existir este propósito podía explicarse que se hubiera puesto el sello oficial a la monstruosa calumnia. Lenin consideraba a sus enemigos capaces de llevar hasta el fin la empresa que habían iniciado y llegaba a esta conclusión: había que hacer todo lo posible para no caer en sus manos. El 6 por la tarde llegó Kerensky del frente, imbuido del estado de espíritu de los generales, y exigió que se adoptasen medidas decisivas contra los bolcheviques. Cerca de las dos de la madrugada, el gobierno tomó el acuerdo de encausar a todos los dirigentes del "levantamiento armado", y disolver los regimientos que habían participado en el motín. El destacamento de soldados mandado al domicilio de Lenin para proceder a la detención de éste y a un registro domiciliario, hubo de limitarse a lo último, pues el dueño de la casa no estaba ya en ésta. Lenin no se había movido aún de Petrogrado, pero se ocultaba en el domicilio de un obrero y exigió que la comisión investigadora soviética les oyera a él y a Zinóviev, en condiciones que excluyeran una encerrona por parte de la contrarrevolución. En la instancia remitida a la comisión, Lenin y Zinóviev decían: "En la mañana del viernes 7 de julio se comunicó a Kámenev, desde la duma, que la comisión se presentaría hoy en el lugar convenido, a las doce del día. Recibimos estas líneas a las seis y media de la tarde del 7 de julio, y hacemos constar que hasta ahora la comisión no se ha presentado ni nos ha hecho saber nada... La responsabilidad por el aplazamiento del interrogatorio no recae en nosotros".

La actitud de la comisión soviética, al evitar la investigación prometida, dejó a Lenin definitivamente convencido de que los conciliadores se lavaban las manos, reservando a los guardias blancos la tarea de acabar con nosotros. Los oficiales y los junkers, que entre tanto habían devastado ya la imprenta del partido, agredían y detenían en la calle a todo aquel que protestaba de la acusación de espionaje lanzada contra los bolcheviques. Entonces Lenin tomó resueltamente la decisión de ocultarse, para escapar, no a la investigación, sino a posibles medidas de violencia.

El 15, Lenin y Zinóviev explicaban en el periódico bolchevique de Cronstadt, que las autoridades no se habían atrevido a suspender, por qué no consideraban posible ponerse en manos del poder: "De la carta del exministro de justicia, Pereversev, publicada en el número del domingo de *Novoie Vremia*, se desprende de un modo evidente que el 'proceso' relativo al espionaje de Lenin y de otros ha sido tramado por el partido de la contrarrevolución. Pereverzev reconoce con toda franqueza haber puesto en circulación acusaciones no probadas, con el fin de provocar el furor (expresión literal) de los soldados contra nuestro partido. Esto lo confiesa el que hace dos días era ministro de justicia. En el momento actual, la justicia no ofrece en Rusia ninguna garantía. Entregarse a las autoridades significaría entregarse a los Miliukov, a los Alexinsky, a los Pereverzev, a los contrarrevolucionarios enfurecidos, para quienes las acusaciones lanzadas contra nosotros no son más que un simple episodio de la guerra civil". Para comprender ahora el sentido de las palabras referentes al "episodio" de la guerra civil, bastará recordar la suerte de Carlos Liebknecht y de Rosa Luxemburg. Lenin sabía ver en el futuro.

Al mismo tiempo que los agitadores del campo enemigo contaban en todos los tonos que Lenin había salido de Alemania en un torpedero, según unos, en un submarino, según otros, la mayoría del comité ejecutivo se apresuraba a condenar la actitud de Lenin

al negarse a comparecer ante los jueces. Los conciliadores, al prescindir del fondo político de la acusación y de las circunstancias en que ésta había sido formulada, se presentan como los defensores de la justicia pura. Era ésta la posición menos desventajosa de que aún podían disponer. La decisión adoptada por el comité ejecutivo el 13 de julio, no sólo consideraba "completamente inadmisible" la conducta de Lenin y Zinóviev, sino que exigía de la fracción bolchevique que condenara a sus jefes "de un modo inmediato, categórico y claro". La fracción rechazó unánimemente la exigencia del comité ejecutivo. Sin embargo, entre los bolcheviques, por lo menos en las esferas dirigentes, hubo quienes vacilaban frente a la actitud adoptada por Lenin, de eludir la instrucción. Entre los conciliadores, aún entre los que se hallaban más a la izquierda, la desaparición de Lenin provocó una indignación general, no siempre hipócrita como puede apreciarse en el ejemplo de Sujánov. A éste, como es sabido, el carácter calumnioso de las informaciones del contraespionaje no le ofreció la menor duda desde el principio. "La absurda acusación [escribía] se ha disipado como el humo. Nadie ha podido probarla y la gente ha dejado de creer en ella". Pero para Sujánov eran un enigma las causas que habían inducido a Lenin a eludir la instrucción. "Eso era algo incomprensible, sin precedentes. Aún en las condiciones más desfavorables, cualquier otro habría exigido la instrucción y el juicio". Sí, cualquier otro habría podido hacerlo. Pero ese "cualquier otro" no habría podido convertirse en blanco del odio furioso de las clases dirigentes. Lenin no era "cualquier otro" y ni un solo momento olvidó la responsabilidad que sobre él pesaba. Lenin sabía sacar todas las consecuencias de la situación y hacer caso omiso de las oscilaciones de la "opinión pública" en aras de los fines a que estaba subordinada toda su vida. El quijotismo y la pose le eran igualmente ajenos.

Lenin vivió unas semanas con Zinóviev en las afueras de Petrogrado, cerca de Sestroreztk, en el bosque. La noche, hasta cuando llovía, debían pasarla en un montón de heno. Disfrazado de fogonero cruzó la frontera finlandesa en una locomotora y se ocultó en el domicilio del jefe de policía de Helsingfors, que era un exobrero de Petrogrado; luego se acercó más a la frontera rusa, a Viborg. Desde fines de septiembre residió secretamente en Petrogrado, para aparecer de nuevo en público, después de casi cuatro meses de ausencia, el día de la insurrección.

Julio fue el mes de la calumnia desenfrenada, descarada y victoriosa; en agosto empezó ya a decrecer. Un mes exactamente, después de haber sido puesta en circulación la calumnia, Tsereteli, fiel a sí mismo, consideró necesario repetir en la reunión del comité ejecutivo: "Al día siguiente de las detenciones, al contestar públicamente a las preguntas de los bolcheviques, dije: no sospecho que los líderes bolcheviques acusados de ser instigadores de la insurrección de los días 3-5 de julio estén en relación con el estado mayor alemán". Decir menos era imposible; decir más, desventajoso. La prensa de los partidos conciliadores no fue más allá de las palabras de Tsereteli. Pero como éste, al mismo tiempo, denunciaba en forma encarnizada a los bolcheviques como auxiliares del militarismo alemán, la voz de los periódicos conciliadores se fundía políticamente con el resto de la prensa, que trataba a los bolcheviques no de "auxiliares" de Ludendorff, sino de agentes a sueldo del mismo. Las notas más altas, en ese coro, correspondían a los kadetes. El periódico de los profesores liberales moscovitas, *Russkia Vedemosti*, comunicaba que al efectuarse el registro en la redacción de *Pravda*, se había encontrado una carta en alemán, recibida de Haparanda, en la cual un barón "saluda la actuación de los bolcheviques" y prevé "la alegría que esto producirá en Berlín". El barón alemán de la frontera finlandesa sabía muy bien las cartas de que tenían necesidad los patriotas rusos. La prensa de la sociedad ilustrada, que se defendía contra la barbarie bolchevique, aparecía llena de noticias análogas.

¿Daban crédito los profesores y abogados a sus propias palabras? Admitirlo, al menos por lo que se refiere a los jefes de las capitales, significaría tener un concepto excesivamente pobre de su sentido político. Ya que no las consideraciones psicológicas y de principio, las consideraciones prácticas y, ante todo, las financieras, habían de hacer aparecer ante ellos lo absurdo de la acusación. Era evidente que el gobierno alemán podía ayudar a los bolcheviques no con ideas, sino con dinero. Pero era precisamente de dinero de lo que carecían los bolcheviques. El centro del partido en el extranjero luchó durante la guerra con grandes apuros; un centenar de francos se le antojaba una gran suma, el órgano central salía una vez cada mes, cada dos meses, y Lenin contaba cuidadosamente las líneas de la composición para no salirse del presupuesto. Los gastos de la organización de Petrogrado durante la guerra representaron unos pocos miles de rublos, que fueron empleados principalmente en la impresión de hojas clandestinas; en dos años y medio se imprimieron sólo en Petrogrado 300.000 ejemplares de estas últimas. Después de la revolución, la afluencia de miembros y de recursos aumentó, ni qué decir tiene, de manera extraordinaria. Los obreros contribuían de muy buena gana a las suscripciones a favor del sóviet y de los partidos soviéticos. "Los donativos, las cuotas de toda clase y las colectas a favor del sóviet [decía en el primer congreso de los sóviets el abogado Bramson, trudovniki], empezaron a afluir al día siguiente de estallar nuestra revolución... Era verdaderamente conmovedora la constante romería de gente que acudía con esos donativos al Palacio de Táurida, desde las primeras horas de la mañana hasta muy avanzada la noche. Más adelante, los obreros ayudaron materialmente a los bolcheviques con mejor voluntad todavía. Sin embargo, a pesar del rápido incremento del partido y de los donativos recibidos, *Pravda* era, por sus dimensiones, el periódico más pequeño de todos los órganos de partido. Poco después de su llegada a Rusia, escribía Lenin a Radek, que se hallaba en Estocolmo: "Escriba usted artículos para *Pravda* sobre política exterior, archibreves y dentro del espíritu de nuestro periódico (tenemos muy poco, muy poco espacio; tropezamos con grandes dificultades para aumentar el formato del periódico)". A pesar del espartano régimen de economía instituido por Lenin, el partido no podía salir de su situación económicamente difícil. La asignación de 2.000 o 3.000 rublos, de los tiempos de guerra, para la organización local, seguía siendo para el comité central un serio problema. Para el envío de periódicos al frente, había que hacer continuas colectas entre los obreros. Así y todo, los periódicos bolcheviques llegaban a las trincheras en cantidad incomparablemente menor que la prensa de los conciliadores y liberales. Con este motivo se recibían quejas constantemente. En abril la conferencia local del partido hizo un llamamiento a los obreros de Petrogrado para que recogieran en tres días los 75.000 rublos que faltaban para la adquisición de una imprenta. Esta suma fue cubierta con creces, y el partido adquirió al fin una imprenta propia, la misma que destruyeron en julio los junkers. La influencia de las consignas bolcheviques crecía como un incendio en la estepa. Pero los recursos materiales de la propaganda seguían siendo muy reducidos. La vida privada de los bolcheviques daba aún menos pasto a la calumnia. ¿Qué quedaba pues? Nada, en fin de cuentas, como no fuera el paso de Lenin por Alemania. Pero precisamente este hecho, presentado con frecuencia ante auditorios poco preparados, como prueba de la amistad de Lenin con el gobierno alemán, demostraba prácticamente lo contrario: un agente habría atravesado el país enemigo en forma secreta y fuera de todo peligro; sólo un revolucionario que tuviera una confianza completa en sí mismo podía decidirse a pisotear abiertamente las leyes del patriotismo durante la guerra.

Sin embargo, el ministerio de justicia no reparaba en cumplir una misión ingrata: no en vano había recibido como herencia del pasado ciertos elementos educados en el último período de la autocracia, cuando el asesinato de diputados liberales por miembros de las "centurias negras", cuyo nombre conocía todo el país, quedaba sistemáticamente

impune y, en cambio, se acusaba a un dependiente judío de Kiev de haberse bebido la sangre de un muchacho cristiano. Firmado por el juez Alexandrov y el fiscal Karinsky, se publicó el 21 de julio un edicto en virtud del cual se entregaba a los tribunales, bajo la acusación de traición al estado, a Lenin, Zinóviev, la Kollontai y una serie de otras personas, entre ellas el socialdemócrata alemán Helfand-Parvus. Los mismos artículos 51, 100 y 108 del código penal fueron aplicados luego a Trotsky y Lunacharsky, detenidos el 23 de julio por unos destacamentos de soldados. Según el texto del edicto, los líderes de los bolcheviques, "ciudadanos rusos, mediante acuerdo establecido previamente entre sí y otras personas, con el fin de prestar ayuda a los estados que se hallaban en guerra con Rusia, se habían puesto en connivencia con los agentes de los mencionados estados para contribuir a la desorganización del ejército ruso y de la población civil y debilitar así la capacidad combativa del ejército. Para ello, con los recursos en metálico recibidos de esos estados, organizaron la propaganda entre la población y las tropas, incitándolas a renunciar inmediatamente a toda acción militar contra el enemigo, y con los mismos fines organizaron en Petrogrado, en el período comprendido entre el 3 y el 5 de julio, una insurrección armada". A pesar de que nadie ignoraba (al menos los que sabían leer) en qué condiciones había llegado Trotsky de Nueva York a Petrogrado, pasando por Cristianía y Estocolmo, el juez le acusó de haber pasado por Alemania. La justicia, por lo visto, no quería dejar ninguna duda sobre el valor de los materiales de acusación que le había suministrado el contraespionaje.

En ninguna parte es esta institución un modelo de moralidad. En Rusia, el contraespionaje era la cloaca del régimen rasputiniano. Los cuadros de esta institución inepta, vil y omnipotente, estaban formados por los desechos de la policía, de la gendarmería y de los agentes de la Ojrana, expulsados del servicio. Los coroneles, capitanes y tenientes ineptos para las hazañas militares, sometían a su dominio la vida social y del estado en todos sus aspectos creando en todo el país un sistema de feudalismo con el contraespionaje como exponente. "La situación se convirtió directamente en catastrófica [se lamenta el exdirector de policía Kurlov] cuando empezó a intervenir en los asuntos de la administración civil el famoso contraespionaje". Se le imputaban al propio Kurlov no pocos manejos turbios, entre ellos la complicidad indirecta en la ejecución del primer ministro Stolypin. Sin embargo, la actuación del contraespionaje hacía que se estremeciera hasta la imaginación del mismo Kurlov, curado de espanto. Al mismo tiempo que "la lucha contra el espionaje enemigo... se llevaba a cabo de un modo muy defectuoso", escribe, surgían sin cesar asuntos deliberadamente hinchados, de los cuales eran víctimas personas del todo inocentes y que no perseguían otro fin que el chantaje. Kurlov tropezó con uno de estos asuntos. "Con gran estupor de mi parte [dice], oí el pseudónimo de un agente secreto a quien conocía por haber servido antes en el departamento de policía, de donde fue expulsado por chantaje". Uno de los jefes provinciales del contraespionaje, un tal Ustinov, que antes de la guerra era notario, describe en sus memorias las costumbres del contraespionaje aproximadamente con los mismos rasgos que Kurlov: "Los agentes del contraespionaje, a falta de asuntos, los creaban ellos mismos". Por esto, es tanto más instructivo comprobar el nivel de la institución acudiendo al propio acusador. "Rusia se ha hundido [escribe Ustinov, hablando de la Revolución de Febrero], víctima de una revolución provocada con oro germánico por agentes alemanes". No es necesario aclarar la actitud del patriótico notario frente a los bolcheviques. "Las denuncias del contraespionaje sobre la actuación anterior de Lenin, sobre sus relaciones con el estado mayor alemán, sobre el dinero recibido por él de Alemania, eran tan convincentes, que bastaba con ellas para hacerle ahorcar inmediatamente." Resulta que, si Kerensky no lo hizo, fue porque él mismo era un traidor. "Asombraba de un modo particular e incluso provocaba simplemente la indignación, la

supremacía ejercida por un mal abogadillo, el pequeño judío Sascha Kerensky". Ustinov da fe de que Kerensky era muy conocido como procurador que había traicionado a sus compañeros. Por lo que más tarde se supo, si el general francés Anselme abandonó, en marzo de 1919, Odessa, no fue por presión de los bolcheviques, sino por haber recibido una fuerte suma. ¿De los bolcheviques? No; "los bolcheviques no tuvieron nada que ver con ello. Fue cosa de los masones". Tal era el mundo en que se movían esos personajes.

Poco después de la Revolución de Febrero, se confió el control de esa institución, compuesta de bribones, falsificadores y chantajistas, al socialrevolucionario y patriotero Mironov, que acababa de regresar de la emigración y al que caracteriza el "socialista popular" Demianov, subsecretario de justicia, en los términos siguientes: "Mironov producía una buena impresión..., pero no me causaría ningún asombro saber que no era un hombre completamente normal". Puede darse crédito a estas palabras; es poco probable que un hombre normal hubiera accedido a ponerse al frente de una institución con la cual lo único que podía hacerse era disolverla y rociar después las paredes con sublimado corrosivo. Debido a la confusión administrativa provocada por la revolución, el contraespionaje quedó subordinado al ministro de justicia, Pereversev, hombre de una ligereza inconcebible y que no reparaba en medios. El propio Demianov dice en sus memorias que su ministro "no gozaba casi de ningún prestigio en el sóviet". Protegidos por Mironov y Pereverzev, los agentes del contraespionaje, asustados por la revolución, volvieron pronto en sí y adaptaron su antigua actuación a la nueva situación política. En junio hasta el ala izquierda de la prensa gubernamental empezó a publicar datos sobre los timos y otros delitos cometidos por los exfuncionarios superiores del contraespionaje, inclusive los dos dirigentes de la institución, Schukin y Broy, auxiliares inmediatos del infeliz de Mironov. Una semana antes de la crisis de julio, el comité ejecutivo, bajo la presión de los bolcheviques, se dirigió al gobierno con la demanda de que se procediera al instante a una revisión del contraespionaje, con la cooperación de representantes soviéticos. Los agentes del contraespionaje tenían motivos fundamentados o, mejor dicho, interesados, para asestar un golpe a los bolcheviques, cuanto más pronto y con cuanta mayor fuerza, mejor. El príncipe Lvov firmó, para ayudarles, una ley que daba al contraespionaje derecho a tener en la cárcel a los detenidos durante tres meses.

El carácter de la acusación y de los propios acusadores suscita inevitablemente la pregunta: ¿Cómo era posible que gente normal pudiera dar crédito o fingir que lo daba a una falsedad deliberada y absurda a todas luces? El éxito del contraespionaje no hubiera sido posible, en efecto, sin la atmósfera general creada por la guerra, las derrotas, el desastre económico, la revolución y el encarnizamiento de la lucha social. A partir del otoño de 1914, a las clases dominantes de Rusia todo les salía mal; el suelo vacilaba bajo sus pies, todo se les iba de las manos, una calamidad sucedía a otra. ¿Era posible que no se buscase al culpable? El exfiscal de la audiencia Zavadsky, recuerda que "en los días inquietos de la guerra, gente de espíritu sano se inclinaba a sospechar la existencia de la traición allí donde indudablemente no existía. La mayoría de los procesos de ese género, instruidos durante el período en que ejercí la fiscalía, resultaron por completo faltos de fundamentos". Quien iniciaba esos procesos paralelamente con el agente malintencionado, era el ciudadano neutro, que había perdido la cabeza. Pero muy pronto vino a unirse a la psicosis de la guerra la fiebre política prerrevolucionaria y esta combinación empezó a dar frutos aún más absurdos. Los liberales, de concierto con los generales fracasados, buscaban por todas partes la mano alemana. La camarilla era considerada como germanófila. Los liberales estimaban que el grupo de Rasputín obraba de acuerdo con las instrucciones recibidas de Potsdam. La zarina era acusada públicamente de espionaje: se le atribuía la responsabilidad, aún en los círculos palatinos, del hundimiento del buque en que el general Kitchener se dirigía a Rusia. Los elementos

de la derecha, ni qué decir tiene, no se quedaban atrás. Zavadsky cuenta que el secretario del interior Bieletsky, intentó, a principios de 1916, tramar un proceso contra Guchkov, el industrial liberal, acusándole de “actos que, en tiempo de guerra, lindaban con la traición al estado”... Al denunciar las hazañas de Bieletsky, Kurlov, que había sido también subsecretario del interior, pregunta a su vez a Miliukov: “¿Con destino a qué trabajo honrado, útil a la patria, fueron recibidos por él 200.000 rublos “finlandeses”, remitidos por correo a nombre del portero de su casa?”

Las comillas sobre la palabra “finlandeses” deben de indicar que se trataba de dinero alemán. ¡Y, sin embargo, Miliukov gozaba de la reputación, completamente merecida, de germanófobo! En los círculos gubernamentales se consideraba probado que todos los partidos de oposición obraban con ayuda del dinero alemán. En agosto de 1915, cuando se esperaban disturbios con motivo de la proyectada disolución de la duma, el ministro de marina, Grigorovich, considerado casi como liberal, decía en la reunión del gobierno: “Los alemanes realizan una campaña intensa y llenan de dinero a las organizaciones antigubernamentales”. Los octubristas y los kadetes, que se indignaban ante esas insinuaciones, no reparaban, sin embargo, en desviarlas hacia la izquierda. El presidente de la duma, Rodzianko, decía con ocasión del discurso semipatriótico, pronunciado por el menchevique Chjeidze, en los comienzos de la guerra: “Los hechos demostraron más tarde la proximidad de Chjeidze, con respecto a los círculos alemanes”. En vano se hubiera esperado aunque no fuera más que una sombra de prueba.

Miliukov dice en su *Historia de la Segunda Revolución Rusa*: “El papel desempeñado por la ‘mano oculta’ en la revolución del 27 de febrero no aparece claro; pero a juzgar por todos los acontecimientos posteriores, es difícil negarlo”. Pedro von Struve, exmarxista y actualmente eslavófilo reaccionario, se expresa de un modo más decidido: “Cuando la revolución, preparada por Alemania, fue un hecho, Rusia abandonó de hecho la guerra”. Para Struve, como para Miliukov, se trata, no de la Revolución de Octubre, sino de la de Febrero. Rodzianko, hablando del famoso “decreto número 1”, la carta magna de la libertad de los soldados, elaborada por los delegados de la guarnición de Petrogrado, escribía: “No dudo ni un momento del origen alemán del decreto número 1”. El general Barkovsky, jefe de una de las divisiones, contó a Rodzianko que del “decreto número 1” se mandó a sus tropas una enorme cantidad de ejemplares desde las fronteras alemanas”. Guchkov, acusado en tiempos del zar de traición al estado, al convertirse en ministro de la guerra, se apresuró a endosar esta acusación a la izquierda. En una orden del día al ejército, dictada por Guchkov en abril, se decía: “Gente que odia a Rusia y que, indudablemente, se halla al servicio de nuestros enemigos, se ha infiltrado en el ejército de operaciones y con la insistencia característica del enemigo y por las trazas, cumpliendo la misión que éste le ha encomendado, predica la necesidad de poner fin a la guerra lo más pronto posible”. Con respecto a la manifestación de abril contra la política imperialista, escribe Miliukov: “La eliminación de los dos ministros [Miliukov y Guchkov] había sido dictada directamente por Alemania”. Los obreros que participaron en la manifestación recibieron de los bolcheviques quince rublos diarios. El historiador liberal abría con la llave del oro alemán todos los enigmas con que tropezaba como político.

Los socialpatriotas que acusaban a los bolcheviques, si no de agentes, de aliados involuntarios de Alemania, se vieron envueltos en la misma acusación por parte de los elementos de la derecha. Ya hemos visto la opinión de Rodzianko sobre Chjeidze. El propio Rodzianko no excluye a Kerensky: “Fue indudablemente él, por su secreta simpatía hacia los bolcheviques, o acaso por otras consideraciones, quien indujo al gobierno provisional a permitir la entrada de los bolcheviques en Rusia”. Esas “otras consideraciones” no podían significar más que el oro alemán. En sus curiosas memorias,

que han sido traducidas a varios idiomas, el general de la gendarmería, Spridovich, después de señalar la abundancia de judíos en los círculos socialrevolucionarios dirigentes, añade: “Entre ellos brillaban también nombres rusos tales como el del futuro ministro de agricultura y espía alemán Víctor Chernov”. No era sólo a ese gendarme a quien infundía sospechas el jefe del partido socialrevolucionario. Después de las represiones emprendidas en julio contra los bolcheviques, los kadetes, sin pérdida de tiempo, iniciaron una campaña contra el ministro de agricultura, Chernov, como sospechoso de tener relaciones con Berlín, y el infortunado patriota no tuvo más remedio que dimitir de su cargo para librarse de la acusación. En otoño de 1917, Miliukov, desde la tribuna del Preparlamento, hablando de las instrucciones que había dado el comité ejecutivo patriótico al menchevique Skóvelevpara la participación en la conferencia socialista internacional, demostraba, mediante un escrupuloso análisis sintáctico del texto, el evidente “origen alemán” del documento. Hay que decir que, en efecto, el estilo de las instrucciones, así como toda la literatura conciliadora, era pésimo. Esa democracia retrasada, huérfana de pensamiento y de voluntad, que miraba asustada en torno suyo, acumulaba en sus escritos reserva sobre reserva y los convertía en una mala traducción de un idioma extranjero, de la misma manera que toda ella no era más que la sombra de un pasado ajeno. Ludendorff, claro está, no tenía la menor culpa de ello.

El viaje de Lenin a través de Alemania abrió posibilidades inagotables a la demagogia chovinista. Pero como para demostrar de un modo más potente el papel secundario del patriotismo en su política, la prensa burguesa, que en el primer momento había acogido a Lenin con falsa benevolencia, emprendió una campaña desenfrenada contra su “germanofilia” sólo cuando se dio cuenta claramente de su programa social. “¿La tierra, el pan y la paz?” Esas consignas no podía haberlas traído más que de Alemania. En aquel entonces, nadie había hablado aún ni por asomo de las revelaciones de Yermolenko.

Después de la detención en Halifax, de Trotsky y otros emigrados que regresaban de Norteamérica, por el control militar del rey Jorge, la embajada británica en Petrogrado dio a la prensa una comunicación oficial en un inimitable lenguaje anglorruso: “Los ciudadanos rusos que iban en el vapor *Christianiafjord* fueron detenidos en Halifax, porque, según noticias del gobierno inglés, estaban complicados en un plan subvencionado por el gobierno alemán, que se proponía como fin derribar el gobierno provisional ruso...” La comunicación de Sir George Buchanan llevaba la fecha del 14 de abril; en aquel entonces, ni Burstein ni Yermolenko habían aparecido todavía en el horizonte. Sin embargo, Miliukov, en su calidad de ministro de estado, se vio obligado a pedir al gobierno inglés, por mediación del embajador ruso Nabokov, que se pusiera en libertad a Trotsky y se le permitiera dirigirse a Rusia. “El gobierno inglés, que conocía la actuación de Trotsky en Estados Unidos [escribe Nabokov], no salía de su asombro: ‘¿Qué es esto: malignidad o ceguera?’ Los ingleses se encogieron de hombros, comprendieron el peligro, nos lo advirtieron.” Lloyd George, sin embargo, tuvo que ceder. En contestación a la pregunta que formuló Trotsky al embajador británico en la prensa de Petrogrado, Buchanan retiró, confundido, su acusación y declaró: “Mi gobierno retuvo en Halifax a un grupo de emigrados, únicamente hasta que el gobierno ruso aclarara su personalidad. A esto se reduce la detención de los emigrados rusos”. Buchanan era, no sólo un *gentleman*, sino también un diplomático.

En la reunión de los miembros de la Duma del Estado celebrada a principios de junio, Miliukov, arrojado del gobierno por la manifestación de abril, exigió la detención de Lenin y Trotsky, aludiendo de un modo inequívoco a las relaciones de los mismos con Alemania. Al día siguiente, Trotsky declaró en el congreso de los sóviets: “Mientras Miliukov no confirme o no retire esta acusación, quedará grabado en su frente el estigma

de calumniador indigno". Miliukov contestó en el periódico *Riech* que, "en efecto, está descontento de que los ciudadanos Lenin y Trotsky se paseen libremente", pero que la necesidad de su detención la motivaba "no en el hecho de que sean agentes de Alemania, sino en el de que han pecado suficientemente contra el código criminal". Miliukov era diplomático sin ser *gentleman.* La necesidad de la detención de Lenin y Trotsky se le aparecía de un modo completamente claro antes de las revelaciones de Yermolenko: la trama jurídica de la detención la consideraba como una simple cuestión de técnica. El jefe de los liberales se había servido de la acusación mucho antes ya de que fuera puesta en circulación en forma "jurídica".

Donde aparece de un modo más elocuente el papel desempeñado por el mito del oro alemán es en el pintoresco episodio relatado por el administrador del gobierno provisiona, el kadete Nabokov (al que no hay que confundir con el embajador ruso en Londres, citado más arriba). En una de las reuniones del gobierno, Miliukov observó accidentalmente: "Para nadie es un secreto que el dinero alemán fue uno de los factores que contribuyeron a la revolución". Esto es muy de Miliukov, aunque es evidente que la fórmula está atenuada. Kerensky, según el relato de Nabokov, se puso literalmente fuera de sí; cogió su cartera y, golpeando con ella la mesa, dijo a grandes gritos: "Después que el ciudadano Miliukov se ha atrevido a calumniar en mi presencia la sagrada causa de la gran revolución rusa, no tengo el menor deseo de permanecer aquí ni un minuto más". Esto tiene todas las trazas de ser de Kerensky, aunque los gestos aparezcan acaso un tanto exagerados. Hay un refrán ruso que aconseja no escupir en el pozo cuya agua tendrá uno acaso que beber un día u otro. Ofendido por la Revolución de Octubre, Kerensky no ha encontrado cosa mejor que dirigir contra esa revolución el mito del oro alemán. Lo que en Miliukov era "calumnia contra una causa sagrada", en Burnstein-Kerensky se convirtió en la sagrada causa de la calumnia contra los bolcheviques.

La cadena ininterrumpida de sospechas de germanofilia y espionaje, que, partiendo de la zarina, de Rasputín, de los círculos palaciegos y pasando por los ministerios, el estado mayor, la duma, las redacciones liberales, llegaba hasta Kerensky y parte de los círculos soviéticos dirigentes, sorprende más que nada por su uniformidad. Los adversarios políticos parecían haber decidido ahorrar todo esfuerzo a su imaginación y se limitaban a pasar una misma acusación de un sitio a otro, preferentemente de derecha a izquierda. La calumnia lanzada en julio contra los bolcheviques no cayó del cielo sin más ni más, sino que era el fruto natural del pánico y del odio, el último eslabón de una cadena ignominiosa, la transmisión de la fórmula calumniosa preparada con un nuevo y definitivo destino que reconciliaba a los acusadores y acusados de ayer. Todas las ofensas de los dirigentes, todo su miedo y su rencor se dirigían contra aquel partido, situado en la extrema izquierda, que era la máxima encarnación de la fuerza irresistible de la revolución. ¿Podían, en efecto, las clases dirigentes ceder el sitio a los bolcheviques sin hacer una última y desesperada tentativa para hundirlos en la sangre y en el cieno? La calumnia debía caer fatalmente sobre la cabeza de los bolcheviques. Las revelaciones del contraespionaje no eran más que la materialización del delirio de las clases poseedoras, que se veían en una situación sin salida. De ahí que la calumnia adquiere una fuerza tan terrible.

El espionaje alemán, ni qué decir tiene, no era ningún delirio. El espionaje alemán en Rusia estaba incomparablemente mejor organizado que el ruso en Alemania. Bastará recordar que el ministro de la guerra, Sujomlínov, fue ya detenido bajo el antiguo régimen como hombre de confianza de Berlín. Es asimismo indudable que los agentes alemanes procuraban infiltrarse no sólo en los círculos palatinos y monárquicos, sino también en los de la izquierda. Las autoridades austríacas y alemanas, ya desde los primeros días de la guerra, se dedicaron a coquetear asiduamente con las tendencias separatistas,

empezando con la emigración ucraniana y caucásica. Es curioso que Yermolenko, reclutado en abril de 1917, fuera destinado a la lucha por la separación de Ucrania. Ya en el otoño el 1914, tanto Lenin como Trotsky habían incitado desde la prensa, en Suiza, a romper con los revolucionarios que se dejaban coger en el anzuelo del militarismo austroalemán. A principios de 1917 repitió Trotsky, en Nueva York, esta advertencia respecto de los socialdemócratas de izquierda, partidarios de Liebknecht, con los que habían intentado entablar relaciones los agentes de la embajada británica. Pero al hacer el juego de los separatistas con el fin de debilitar a Rusia y de asustar al zar, el gobierno alemán se hallaba muy lejos de pensar en el derrocamiento del zarismo. La mejor prueba de esto la tenemos en la proclama distribuida por los alemanes, después de la Revolución de Febrero, en las trincheras rusas, y leída el 11 de marzo en la reunión del sóviet de Petrogrado; "En un principio, los ingleses marcharon junto con vuestro zar; ahora se han levantado contra él, porque no está de acuerdo con sus exigencias interesadas. Han derribado del trono al zar que os había dado Dios ¿Por qué ha sucedido así? Porque el zar había comprendido y denunciado la política falsa y pérfida de Inglaterra". Tanto la forma como el contenido de este documento son garantía de su autenticidad. Es tan imposible falsificar al teniente prusiano como a su filosofía histórica. Hoffmann, teniente general prusiano, consideraba que la revolución rusa había sido planeada en Inglaterra. Semejante suposición, con todo, es menos absurda que la teoría de Miliukov-Struve, pues Potsdam siguió confiando hasta el último instante en la paz separada con Tsárskoye Seló, mientras que en Londres lo que más se temía era esa misma paz. Sólo cuando se vio claramente la imposibilidad de la restauración del zar, el estado mayor alemán cifró sus esperanzas en la fuerza desmoralizadora del proceso revolucionario. Pero ni siquiera en la cuestión del viaje de Lenin a través de Alemania partió la iniciativa de los círculos alemanes, sino del propio Lenin, y, en su forma primitiva, del menchevique Mártov. El estado mayor alemán no hizo más que aceptar la iniciativa, aunque, con toda seguridad, no sin vacilaciones. Ludendorff se dijo: "A ver si van un poco mejor las cosas por ese lado". Durante los acontecimientos de julio, los propios bolcheviques buscaban la acción de una mano extraña y criminal en ciertos excesos inesperados y evidentemente deliberados. Trotsky escribía por aquellos días: "¿Qué papel han desempeñado en esto la provocación contrarrevolucionaria o el espionaje alemán? Ahora es difícil decir nada en concreto sobre el particular... Habrá que esperar los resultados de una verdadera investigación... Pero desde ahora puede ya decirse con seguridad que los resultados de una tal investigación pueden arrojar una viva luz sobre la labor de las bandas reaccionarias y el papel subrepticio del oro alemán, inglés, o simplemente ruso, o de todo él junto. Sin embargo, ninguna investigación judicial puede modificar la significación política de los acontecimientos. Las masas de obreros y soldados de Petrogrado no han sido ni podían ser compradas. Dichas masas no están al servicio ni de Guillermo, ni de Buchanan, ni de Miliukov... El movimiento fue preparado por la guerra, el hambre inminente, la reacción que levantaba la cabeza, la incapacidad del gobierno, la ofensiva aventurera, la desconfianza política y la inquietud revolucionaria de los obreros y soldados..." Todos los materiales, documentos y memorias conocidos después de la guerra y de las dos revoluciones, atestiguan, de un modo incontestable, que la participación de los agentes alemanes en los acontecimientos revolucionarios de Rusia no salió ni un momento de la esfera militar y policíaca para elevarse a la de la alta política. ¿Es necesario, por otra parte, insistir en ello desde la revolución ocurrida en la propia Alemania? ¡Cuán mísero e impotente apareció en el otoño de 1918, frente a los obreros y soldados alemanes, ese servicio de espionaje, que se suponía todopoderoso, de los Hohenzollern! "Los cálculos de nuestros enemigos al mandar a Lenin a Rusia eran del todo acertados", dice Miliukov. Ludendorff aprecia de un modo completamente distinto los resultados de la empresa: "Yo

no podía suponer [dice, justificándose] que la revolución rusa se convertiría en la tumba de nuestro poderío". Esto no significa otra cosa sino que de los dos estrategas (Ludendorff, que autorizó el viaje de Lenin, y éste, que aceptó la autorización), Lenin veía mejor y más lejos.

"La propaganda enemiga y el bolchevismo [se lamenta Ludendorff en sus memorias] perseguían los mismos fines en los límites de la nación alemana. Inglaterra dio a China el opio, nuestros enemigos nos dieron la revolución". Ludendorff atribuye a la *Entente* lo mismo de que Miliukov y Kerensky acusaban a Alemania. ¡Con qué rigor se venga el sentido histórico ofendido! Pero Ludendorff no se detuvo aquí. En febrero de 1931 anunció al mundo entero que detrás de los bolcheviques estaba el capital financiero internacional, sobre todo el judío, unido en la lucha contra la Rusia zarista y la Alemania imperialista. "Trotsky llegó de Norteamérica a San Petersburgo a través de Suecia, provisto de grandes recursos materiales procedentes de los capitalistas de todo el mundo. Las otras sumas fueron recibidas por los bolcheviques del judío Solmsen, de Alemania". (*Ludendorffs Volksmarte*, 15 de febrero de 1931). Por muy diferentes que fueran las declaraciones de Ludendorff de las de Yermolenko, coinciden en un punto: una parte del dinero resulta que llegó de Alemania, aunque, a decir verdad, no procedía de Ludendorff, sino de su enemigo mortal Solmsen. Lo único que faltaba era este testimonio para rematar la cuestión de un modo estético.

Pero ni Ludendorff ni Miliukov ni Kerensky inventaron la pólvora, aunque el primero la utilizó en gran escala. "Solmsen" tuvo en la historia muchos predecesores, tanto en calidad de judío como de agente alemán. El marqués Fersen, embajador sueco en Francia durante la gran revolución y partidario apasionado del poder real, del rey y, sobre todo, de la reina, mandó más de una vez a su gobierno de Estocolmo denuncias de este género: "El judío Efrain, emisario del señor Herzberg, de Berlín (ministro prusiano de estado), les proporciona (a los jacobinos) dinero; hace poco recibieron 600.000 libras". El periódico moderado *Las Revoluciones de París* expresaba la suposición de que durante la transformación republicana "los emisarios de la diplomacia europea, tales como, por ejemplo, el judío Efrain, agente del rey de Prusia, se infiltraban en la masa movediza y variable…" El mismo Fersen denunciaba: "Los jacobinos... habrían caído ya sin la ayuda de la chusma comprada por ellos". Si los bolcheviques hubieran pagado diariamente a los que tomaban parte en las manifestaciones, no habrían hecho más que seguir el ejemplo de los jacobinos, con la particularidad de que el dinero empleado en ambos casos en comprar a la "chusma" hubiera sido de origen berlinés. La analogía existe en el modo de obrar de los revolucionarios de los siglos XX y XVIII sería asombrosa si no se viera superada por la coincidencia, todavía más asombrosa, en la calumnia por parte de sus enemigos. Pero no hay necesidad de limitarse a los jacobinos. La historia de todas las revoluciones y guerras civiles atestigua invariablemente que la clase amenazada o depuesta se inclina a buscar la causa de sus desventuras, no en ella misma, sino en los agentes y emisarios extranjeros. No sólo Miliukov, en calidad de sabio historiador, sino el mismo Kerensky, como lector superficial, no pueden dejar de ignorar esto. En cuanto políticos, sin embargo, se convierten en víctimas de su propia función contrarrevolucionaria.

A pesar de esto, las teorías relativas al papel revolucionario de los agentes, extranjeros, lo mismo que todos los extravíos colectivos típicos, tienen una base histórica indirecta. De modo consciente o inconsciente, cada pueblo, en los períodos críticos de su existencia, se apropia audaz y ampliamente de los tesoros de los demás pueblos. Además, a menudo desempeñan un papel dirigente en el movimiento progresivo hombres que viven en el extranjero o emigrantes que regresan a su país. Por esta razón las nuevas ideas e instituciones aparecen a los sectores conservadores, ante todo, como productos exóticos,

extranjeros. La aldea contra la ciudad, los pueblecillos contra las capitales, el pequeñoburgués contra el obrero, se defienden, en calidad de fuerzas nacionales, contra las influencias extranjeras. El movimiento de los bolcheviques era presentado por Miliukov como "alemán", en definitiva, obedeciendo a los mismos motivos por los que durante siglos consideraba el campesino ruso como alemán a toda persona vestida como en las ciudades. La diferencia consiste únicamente en que el campesino procede de buena fe.

El 1918, y, por tanto, con posterioridad a la Revolución de Octubre, la oficina de prensa del gobierno norteamericano dio solemnemente a la publicidad una colección de documentos sobre las relaciones de los bolcheviques con los alemanes. Muchas personas ilustradas y perspicaces concedieron crédito a esa grosera falsificación, que no resistía a la más leve crítica, hasta que se descubrió que los originales de los documentos, que, según se decía, procedían de distintos países, estaban escritos en una misma máquina. Los falsarios no se mostraban muy escrupulosos para con los consumidores de sus documentos: por lo visto, estaban persuadidos de que la necesidad política de poner al desnudo a los bolcheviques ahogaría la voz de la crítica. Y no se equivocaban, pues por los documentos se les pagó bien. Sin embargo, el gobierno norteamericano, al que separaba de la arena de la lucha el océano, sentía solamente un interés secundario por el asunto.

Pero, sea como sea, ¿por qué aparece tan indigente y uniforme la calumnia política? Porque la psicología social es económica y conservadora. No hace más esfuerzos de los que necesita para sus fines, prefiere tomar prestado lo viejo cuando no se ve obligada a construir algo nuevo y aun, en este último caso, combina los elementos de lo viejo. Las nuevas religiones no han creado nunca una mitología propia, sino que se han limitado a transformar las supersticiones del pasado. De la misma manera se han creado los sistemas filosóficos, las doctrinas del derecho y de la moral. Los hombres, aún los criminales, se desarrollan de un modo tan armónico como la sociedad que los educa. La fantasía audaz convive dentro de un mismo cráneo con la tendencia servil a las fórmulas hechas. Las audacias más insolentes se concilian con los prejuicios más groseros. Shakespeare alimentaba su obra creadora con argumentos que habían llegado hasta él desde la profundidad de los siglos. Pascal demostraba la existencia de Dios con ayuda del cálculo de probabilidades. Newton describió las leyes de la gravedad y creía en el Apocalipsis. Desde que Marconi instaló la telefonía sin hilos en la residencia del Papa, el representante de Cristo difunde por medio de la radio la bendición mística. En tiempos normales, estas contradicciones no salen del estado latente. Pero durante las catástrofes adquieren una fuerza explosiva. Cuando se trata de una amenaza a los intereses materiales, las clases ilustradas ponen en movimiento todos los prejuicios y extravíos que la humanidad arrastra en pos de sí. ¿Se puede ser muy exigente con los dueños derribados de la antigua Rusia por haber elaborado la mitología de su caída mediante lo que, en forma poco escrupulosa, habían tomado prestado a las clases derribadas anteriormente? Hay que reconocer, sin embargo, que el hecho de que Kerensky, muchos años después de los acontecimientos, resucite en sus memorias la versión de Yermolenko, parece, en todo caso, superfluo.

La calumnia de los años de guerra y revolución, ya lo hemos dicho, asombra por su monotonía. Sin embargo, hay una diferencia, de la cantidad acumulada se obtiene una nueva calidad. La lucha de los demás partidos entre sí parecía casi una disputa de familia en comparación con su campaña común contra los bolcheviques. En las reyertas entre sí parecía como si sólo se entrenaran para otra lucha, de carácter decisivo. Aun al lanzarse mutuamente la acusación de estar en contacto con los alemanes, nunca llevaban las cosas hasta las últimas consecuencias. Julio nos ofrece otro espectáculo, En su atque contra los

bolcheviques, todas las fuerzas dominantes: gobierno, justicia, contraespionaje, estados mayores, funcionarios, municipios, partidos de la mayoría soviética, su prensa, sus oradores, constituyen un todo único y grandioso. Las mismas divergencias entre ellos, al igual que la diversidad de instrumentos en una orquesta, no hacen más que aumentar el efecto general. La invención absurda de dos sujetos despreciables se convierte en un factor de importancia histórica. La calumnia se despeña como el Niágara. Si se toman en consideración la situación de entonces (la guerra y la revolución) y el carácter de los acusados, caudillos revolucionarios de millones de hombres que conducían a su partido al poder, puede decirse sin exageración que julio de 1917 fue el mes de la mayor calumnia conocida en la historia mundial.

La contrarrevolución levanta la cabeza

En los dos primeros meses, bien que el poder perteneciera oficialmente al gobierno Guchkov-Miliukov, se hallaba, en realidad, concentrado por entero en las manos de los sóviets. En los dos meses siguientes, El sóviet se debilitó: parte de su influencia sobre las masas pasó a los bolcheviques, ni más ni menos que los ministros socialistas llevaron en sus carteras parte del poder al gobierno de coalición. Al iniciarse la preparación de la ofensiva, se reforzó automáticamente la importancia del mando, de los órganos del capital financiero y del partido kadete. Antes de verter la sangre de los soldados, el comité ejecutivo realizó una considerable transfusión de su misma sangre a las arterias de la burguesía. Entre bastidores, los hilos se concentraban en las manos de las embajadas y de los gobiernos de la *Entente.*

En la conferencia interaliada que se había inaugurado en Londres, los amigos de Occidente se "olvidaron" de invitar al embajador ruso. Sólo cuando éste hizo que se acordasen de su existencia, se le llamó diez minutos antes de abrirse la sesión, con la particularidad de que resultó que en la mesa no había sitio para él, y tuvo que sentarse entre los representantes franceses. El escarnio de que era objeto el embajador del gobierno provisional y la significativa salida de los kadetes del ministerio (ambos acontecimientos tuvieron lugar el 2 de julio) perseguían el mismo fin: acorralar a los conciliadores. La demostración armada que tuvo lugar inmediatamente después de esto, debía poner tanto más fuera de sí a los jefes soviéticos, cuanto que éstos, ante este doble golpe, fijaron toda su atención en un sentido completamente opuesto. Ya que no quedaba otro remedio que arrastrar la sangrienta carreta en alianza con la *Entente* no cabía encontrar mejores intermediarios que los kadetes. Chaikovski, uno de los más viejos revolucionarios rusos, que se había convertido, durante largos años de emigración, en un liberal británico moderado, decía en tono de mentor: "Para la guerra se necesita dinero, y los Aliados no van a dárselo a los socialistas". A los conciliadores les avergonzaba emplear este argumento, pero comprendían todo el peso que tenía.

La correlación de fuerzas se había modificado de un modo evidentemente desventajoso para el pueblo, pero nadie podía decir hasta qué punto. En todo caso, los apetitos de la burguesía habían aumentado mucho más que sus posibilidades. El choque era el resultado de este estado indefinido, pues las fuerzas de las clases se someten a prueba en la acción, y los acontecimientos de la revolución se reducen a esas pruebas repetidas. Cualquiera que fuese, sin embargo, la importancia del desplazamiento del poder de la izquierda a la derecha, poca repercusión tuvo en el gobierno provisional, que seguía siendo un lugar vacío. Con los dedos pueden contarse las personas que en los críticos días de julio se interesaban por el ministerio del príncipe Lvov. El general Křimov, que era el mismo que en otro tiempo había hablado con Guchkov de la deposición de Nicolás II (pronto tropezaremos de nuevo con este general por última vez), mandó al príncipe un telegrama que terminaba con el siguiente precepto: "Hay que pasar de las palabras a los hechos". El consejo parecía una burla y no hacía más que subrayar la impotencia del gobierno.

"A principios de julio [escribía posteriormente el liberal Nabokov] hubo un breve momento en que pareció elevarse de nuevo el prestigio del poder, fue después del aplastamiento de la primera acción bolchevique. Pero el gobierno no supo aprovechar ese

momento, y dejó escapar las favorables circunstancias de entonces. Estas no volvieron a repetirse". En el mismo sentido se expresaron otros representantes de la derecha.

En realidad, durante las jornadas de julio, lo mismo que en todos los momentos críticos en general, los componentes de la coalición perseguían fines distintos. Los conciliadores hubieran estado completamente dispuestos a permitir el aplastamiento definitivo de los bolcheviques, de no haber sido evidente que después de haber acabado con los bolcheviques, los oficiales, cosacos, caballeros de San Jorge y brigadas de asalto, acabarían con los mismos conciliadores. Los kadetes querían ir hasta las últimas consecuencias para barrer no sólo a los bolcheviques, sino también a los sóviets. Sin embargo, no tenía nada de casual la particularidad de que, en los momentos más difíciles, sin excepción, se hallaran fuera del gobierno los kadetes. De él los echaba, en fin de cuentas, la presión de las masas, irresistible a pesar de todas las barreras opuestas por los conciliadores. Los liberales, aún en el caso de que hubieran conseguido adueñarse del poder, no habrían podido conservarlo, como lo demostraron posteriormente los acontecimientos de un modo que no deja lugar a dudas. La idea de que en julio se había dejado pasar una posibilidad favorable no representa más que una ilusión retrospectiva. En todo caso, la victoria de julio no sólo no consolidó el poder, sino que, por el contrario, abrió un período de crisis gubernamental prolongada que no se resolvió formalmente hasta el 24 de julio y, en el fondo, no fue más que la iniciación de la agonía, que duró cuatro meses, del régimen de febrero.

Los conciliadores luchaban con la necesidad de reconstruir la semiamistad con la burguesía y atenuar la hostilidad de las masas. El nadar entre dos aguas se convierte para ellos en forma de existencia; los zigzags se transforman en un devaneo febril, pero la orientación fundamental se dirige reciamente hacia la derecha. El 7 de julio, el gobierno adopta una serie de medidas represivas. Pero en la misma sesión, de un modo subrepticio, aprovechándose de la ausencia de los "antiguos", esto es, de los kadetes, los ministros socialistas propusieron al gobierno la realización inmediata del programa adoptado por el congreso de los sóviets celebrado en junio. Esto contribuyó inmediatamente a acentuar la disgregación del gobierno. El príncipe Lvov, gran terrateniente y expresidente de la Unión de los Zemstvos, acusó al gobierno de llevar a cabo una política agraria que "minaba los fundamentos de la conciencia moral del pueblo..." A los terratenientes, lo que les inquietaba no era que pudieran verse privados de las haciendas que habían recibido en herencia, sino que los conciliadores "tienden a colocar a la asamblea constituyente ante el hecho consumado..." Todos los pilares de la reacción monárquica se convierten ahora en partidarios ardientes de la democracia pura. El gobierno decidió confiar la presidencia a Kerensky, conservando para este mismo las carteras de la guerra y de marina. Tsereteli, nuevo ministro del interior, tuvo que contestar en el comité ejecutivo a las preguntas que se le formularon con motivo de las detenciones de bolcheviques. La protesta partió de Mártov, y Tsereteli contestó sin remilgos a su antiguo compañero de partido que prefería tener que vérselas con Lenin antes que con Mártov: al primero sabe cómo hay que tratarlo, mientras que el segundo le ata las manos... "Tomo sobre mí la responsabilidad de estas detenciones", profirió en tono de reto el ministro.

Al asestar sus golpes a la izquierda los conciliadores pretenden justificar la represión con el peligro que amenaza desde la derecha. "Rusia está amenazada de una dictadura militar [dice Dan en la sesión del 9 de julio]: tenemos el deber de arrancar la bayoneta de las manos de la dictadura militar; pero esto no podemos hacerlo más que convirtiendo al gobierno provisional en comité de salvación pública. Debemos conferirle atribuciones ilimitadas para que pueda arrancar de raíz la anarquía de la izquierda y la contrarrevolución de la derecha..." Como si ese gobierno, que luchaba contra los obreros, soldados y campesinos, hubiera podido tener en sus manos otra bayoneta que no fuera la

de la contrarrevolución. La asamblea, por 252 votos y 42 abstenciones, decidió: "l) El país y la revolución están en peligro; 2) el gobierno provisional es declarado gobierno de salvación de la revolución; 3) se confieren al mismo atribuciones ilimitadas". La resolución resonaba fuerte, como un barril vacío. Los bolcheviques presentes en la reunión se abstuvieron de votar, lo cual atestigua que en aquellos días la dirección del partido estaba desorientada.

Los movimientos de masas, aun derrotadas, nunca pasan sin dejar huella. El sitio que ocupaba antes el frente del gobierno un gran señor, lo ocupó un abogado radical; del ministerio del interior se encargó un expresidiario. La renovación plebeya del poder era un hecho. Kerensky, Tsereteli, Chernov, Skóvelev, jefes del comité ejecutivo, determinaban ahora la fisonomía del gobierno. ¿Acaso no podía considerarse esto como la realización de la consigna de las jornadas de junio: "Abajo los diez ministros capitalistas"? No; esto no hacía más que poner de manifiesto su inconsistencia. Los ministros socialistas tomaron el poder con el solo fin de devolverlo a los ministros capitalistas. *La coalition est morte, vive la coalition!* En la plaza del palacio se representa la comedia vergonzosa y solemne del desarme de los soldados del regimiento de ametralladoras. Se procede al licenciamiento de varios regimientos. Se envía parcialmente al frente a los soldados. Los hombres de cuarenta años son mandados a las trincheras. Todos ellos no son más que agitadores contra el régimen de Kerensky. Se cuentan por docenas de miles, y hasta el otoño llevan a cabo una gran labor. Se desarma, paralelamente, a los obreros, aunque con menos éxito. Bajo la presión de los generales (ya veremos las formas que esa presión tomaba) se instituye la pena de muerte en el frente. Pero aquel mismo día, 12 de julio, se publica un decreto que limita la compraventa de tierras. Esa medida retrasada, adoptada bajo la amenaza del hacha campesina, suscitó los sarcasmos de la izquierda, la rabia de la derecha. Al mismo tiempo se prohibían las manifestaciones en la calle (amenaza a la izquierda) y Tsereteli se decidía a poner coto a las detenciones arbitrarias (tentativas de asestar un golpe a la derecha). Al destituir al comandante de las tropas de la región, Kerensky explicaba a los elementos de la izquierda que este oficial había destruido las organizaciones obreras, y a la derecha, que este hombre carecía de firmeza.

Los cosacos se convirtieron en los verdaderos héroes del Petrogrado burgués. "Hubo casos [cuenta el oficial de cosacos Chekov] en que cuando un cosaco de uniforme entraba en un sitio público, en un restaurante, por ejemplo, todo el mundo se ponía de pie y aplaudía al recién llegado". Los teatros y los cines organizaron una serie de fiestas a beneficio de los cosacos heridos y de las familias de los muertos. La mesa del comité ejecutivo se vio obligada a designar una comisión presidida por Chjeidze para que tomase parte en la organización del entierro "de los combatientes caídos en los días 3 y 5 de julio en el cumplimiento de su deber revolucionario". Los conciliadores tuvieron que apurar hasta las heces la copa de la humillación. La ceremonia comenzó con una función litúrgica en la catedral San Isaac. Llevaban los ataúdes Rodzianko, Miliukov, el príncipe Lvov y Kerensky, los cuales se dirigieron en procesión al monasterio de Alejandro Nevsky para el entierro. En todo el recorrido se hallaba ausente la milicia: del mantenimiento del orden se encargaron los cosacos; el día del entierro fue el de su dominación completa en Petrogrado. Los obreros y soldados muertos por los cosacos y hermanos de las víctimas de febrero fueron enterrados en secreto, como lo habían sido bajo el zarismo las víctimas del 9 de enero.

El gobierno exigió del comité ejecutivo de Cronstadt que pusiera inmediatamente a disposición de las autoridades militares a Raskólnikov, Roschal y el teniente Remniev, bajo la amenaza de bloquear la isla. En Helsingfors fueron detenidos en el primer momento no sólo los bolcheviques, sino también los socialrevolucionarios de izquierda.

El príncipe Lvov, después de presentar su dimisión, se lamentaba en la prensa de que "los sóviets se hallan por debajo de la moral del estado y no han limpiado sus filas arrojando a los leninistas, esos agentes de los alemanes..." Los conciliadores consideraron punto de honra demostrar su moralidad como hombres de estado. El 13 de julio, los comités ejecutivos adoptan la siguiente resolución, presentada por Dan: "Todas las personas inculpadas por la autoridad judicial quedan privadas del derecho de participar en los comités ejecutivos hasta que los tribunales dicten sentencia". Con esto, los bolcheviques quedaban de hecho fuera de la ley. Kerensky suspendió toda la prensa bolchevique. En provincias se detenía a los comités agrarios. *Izvestia* vertía lágrimas de impotencia: "Hace pocos días fuimos testigos de la anarquía desencadenada en las calles de Petrogrado. Hoy resuena en esas mismas calles, sin que nadie la contenga, la palabra de los contrarrevolucionarios y de los 'centurias negras'".

Después del licenciamiento de los regimientos más revolucionarios y del desarme de los obreros, la actuación del gobierno se orientó aún más hacia la derecha. Una considerable parte de las atribuciones reales del poder se concentró en manos de los elementos dirigentes de los grupos militares, industriales, bancarios y liberales: Otra parte del poder continuó en manos de los sóviets. Existía el poder dual, pero no ya el poder dual legalizado, de contacto o coalición, de los meses anteriores, sino el poder dual de dos camarillas, la militar-burguesa y la conciliadora, las cuales se temían mutuamente, bien que al mismo tiempo se necesitasen. ¿Qué podía hacerse? Resucitar la coalición. "Después de la insurrección del 3-5 de julio [dice con justicia Miliukov], la idea de la coalición no sólo no desapareció, sino que, lejos de ello, adquirió temporalmente una fuerza y una significación mayores que antes".

El comité provisional de la Duma del Estado resucitó inesperadamente y adoptó una violenta resolución contra el gobierno de salvación. Era el último empujón. Todos los ministros entregaron sus carteras a Kerensky, convirtiéndole con ello en el punto de concentración de la soberanía nacional. En la suerte ulterior del régimen de febrero, lo mismo que en el destino personal de Kerensky, ese momento adquirió una significación importante: en el caos de los grupos, dimisiones y nombramientos, aparecía algo semejante a un punto fijo alrededor del cual giraban todos los demás. La dimisión de los ministros no sirvió más que para iniciar las negociaciones con los kadetes y los industriales. Los primeros pusieron sus condiciones: responsabilidad de los miembros del gobierno "exclusivamente ante su propia conciencia"; unión completa con los Aliados, restauración de la disciplina en el ejército; ninguna reforma social antes de la asamblea constituyente. Uno de los puntos no consignados por escrito era el aplazamiento de las elecciones para la constituyente. Esto era calificado de "programa nacional por encima de los partidos". En el mismo sentido contestaron los representantes del comercio y de la industria, que en vano trataron los conciliadores de oponer a los kadetes.

El comité ejecutivo ratificó su resolución relativa a la asignación de "todas las atribuciones" al gobierno, que equivalía a aceptar la independencia del gobierno respecto de los sóviets. Aquel mismo día, Tsereteli, como ministro del interior, expidió circulares en que se ordenaba la adopción "de medidas rápidas y decisivas para poner término a todas las acciones espontáneas en la esfera de las relaciones agrarias". Por su parte, el ministro de abastecimientos, Peschejonov, exigió que se pusiera término "a los actos criminales y de violencia contra los terratenientes". El gobierno de salvación de la revolución aparecía, ante todo, como un gobierno de salvación de la propiedad agraria. Pero no era sólo esto. El ingeniero y hombre de negocios Palchinsky, que desempeñaba la triple función de director del ministerio de industria y comercio, de encargado principal del combustible y del metal y de director de la comisión de defensa, practicaba enérgicamente la política del capital sindicado. El economista menchevique Cherevanin

se lamentaba, en la sección económica del sóviet, de que las buenas iniciativas de la democracia se estrellaran ante el sabotaje de Palchinsky. El ministro de agricultura, Chernov, acusado por los kadetes de estar en relaciones con los alemanes, se vio obligado, "para rehabilitarse", a presentar la dimisión. El 18 de julio el gobierno, en el que predominaban los socialistas, publica un manifiesto que disolvía el "Seim" finlandés insumiso, que contaba con una mayoría socialdemócrata. En una solemne nota a los Aliados, con motivo de cumplirse el tercer año de la guerra mundial, el gobierno no sólo repite el juramento ritual de fidelidad, sino que da cuenta del feliz aplastamiento del motín provocado por los agentes enemigos. ¡Inaudito documento de adulación! Al mismo tiempo se publica una ley feroz contra la infracción de la disciplina en los ferrocarriles.

Después que el gobierno hubo demostrado su madurez estatal, Kerensky se decidió al fin a contestar al ultimátum del partido kadete, en el sentido de que las condiciones impuestas por el mismo "no pueden constituir un obstáculo a la entrada en el gobierno provisional". Sin embargo, la capitulación enmascarada no bastaba ya a los liberales, los cuales tenían necesidad de hacer caer de hinojos a los conciliadores. El comité central del partido kadete manifestó que la declaración ministerial del 8 de julio (una sarta de lugares comunes democráticos), publicada después de la ruptura de la coalición, era inaceptable para él y cortó las negociaciones.

El ataque tenía carácter concéntrico. Los kadetes obraban en estrecha conexión, no sólo con los industriales y diplomáticos aliados, sino también con el generalato. El comité principal de la Asociación de Oficiales que hay cerca del cuartel general, se hallaba bajo la dirección efectiva del partido kadete. Los kadetes ejercían presión sobre los conciliadores, a través del alto mando, por la parte más sensible. El 9 de julio, Kornílov, generalísimo del frente sudoccidental, dio orden de disparar con las ametralladoras y la artillería contra los soldados que se batieran en retirada. Apoyado por el comisario del frente, Sávinkov, exjefe de la organización terrorista de los socialrevolucionarios, Kornílov había exigido poco antes de esto la implantación de la pena de muerte en el frente, amenazando, en caso contrario, con renunciar al mando. El telegrama secreto apareció inmediatamente en la prensa: Kornílov se había preocupado de que la gente se enterara de su existencia. El generalísimo Brusílov, más prudente y evasivo, escribía a Kerensky: "Las lecciones de la Gran Revolución Francesa, olvidadas, en parte, por nosotros, hacen, sin embargo, recordar imperiosamente su existencia..." Las lecciones consistían en que los revolucionarios franceses, después de haber intentado inútilmente transformar el ejército basándose "en los principios de humanidad", habían adoptado la pena de muerte, "y sus banderas victoriosas recorrieron medio mundo". Fuera de esto, nada más habían leído los generales en el libro de la revolución.

El 12 de julio, el gobierno restableció la pena de muerte "durante la guerra, para los que cometan ciertos crímenes graves". Sin embargo, el jefe del frente septentrional, Klembovsky, escribía tres días después: "La experiencia ha demostrado que aquellas partes del ejército que han recibido muchos refuerzos, han hecho evidente su completa incapacidad combativa. El ejército no puede ser sano, si la base de donde parten los refuerzos está podrida". Esa base podrida era el pueblo ruso.

El 16 de julio convocó Kerensky en el cuartel general una conferencia de jefes, con participación de Tereschenko y Sávinkov. Kornílov no estaba presente: en su frente la retirada continuaba a toda marcha y no cesó hasta unos días después, cuando los propios alemanes se detuvieron en la antigua frontera nacional. Los nombres de los que intervinieron en la conferencia (Brusílov, Alexéiev, Russky, Klembovsky, Denikin, Romanovsky) resonaban como el eco de una época hundida para siempre en el abismo. Por espacio de cuatro meses, estos generales habían tenido la sensación de ser poco menos que unos cadáveres. Ahora, al sentirse revivir, recompensaban impunemente con

rencorosos capirotazos al ministro-presidente considerado por ellos como la encarnación de la revolución.

Según los datos del cuartel general, el ejército del frente sudoccidental había perdido cerca de 56.000 hombres en el período comprendido entre el 18 de junio y el 6 de julio, número insignificante de víctimas en una guerra de las proporciones de aquélla. Pero las dos revoluciones, la de febrero y la de octubre, resultaron menos caras. ¿Qué dio la ofensiva de los liberales y conciliadores, como no fuera la muerte, la destrucción y calamidades sin cuento? Las conmociones sociales del año 1917 transformaron la faz de la sexta parte del globo y entreabrieron nuevas posibilidades a la humanidad. Las crueldades y horrores de la revolución, que no queremos negar ni atenuar, no llueven del cielo, sino que son inseparables de todo desarrollo histórico.

Brusílov informó de los resultados de la ofensiva iniciada un mes antes: “Fracaso completo”. La causa de ello residía en que “los jefes, desde el comandante de compañía hasta el generalísimo, no tenían ningún poder”. No dice cómo y por qué lo perdieron. Por lo que se refiere a las operaciones futuras, “no podemos prepararnos para ellas antes de la primavera”. Klembovsky, después de insistir, lo mismo que otros, en la necesidad de las medidas represivas, se apresuró a expresar sus dudas respecto de su eficacia. “¿La pena de muerte? Pero, ¿acaso se puede ejecutar a divisiones enteras? ¿Someter a consejo de guerra? Entonces la mitad del ejército irá a parar a Siberia...” El jefe del estado mayor informó: “Cinco regimientos de la guarnición de Petrogrado han sido licenciados. Se entrega a los tribunales a los agitadores... Cerca de 90.000 hombres serán retirados de Petrogrado”. Estas declaraciones fueron acogidas con satisfacción. Nadie pensó en las consecuencias que traería aparejadas la evacuación de la guarnición de Petrogrado.

“¿Los comités? [decía Alexéiev]. Es preciso destruirlos... La historia militar, que cuenta con miles de años de existencia, ha elaborado sus leyes. Al querer vulnerarlas hemos sufrido un fiasco”. Ese hombre entendía por leyes de la historia el reglamento. “Los hombres [decía jactanciosamente Russki] marchaban a la muerte tras las viejas banderas como si fueran en pos de algo sagrado. Ahora marchan tras las banderas rojas; pero cuerpos de ejército enteros se han rendido”. El valetudinario general olvidaba lo que él mismo decía, en agosto de 1915, al consejo de ministros: “Las exigencias modernas de la técnica militar se hallan fuera de nuestro alcance; en todo caso, no podremos llegar al nivel de los alemanes”. Klembovsky subrayó maliciosamente que el ejército, a decir verdad, no lo habían destruido los bolcheviques, sino “otros”, “gentes que no comprendían la manera de ser del ejército”, al implantar una legislación militar detestable. Había en esto una alusión directa a Kerensky. Denikin atacó a los ministros de un modo más resuelto: “Sois vosotros los mismos que habéis hundido en el cieno nuestras gloriosas banderas de combate, los que debéis levantarlas si tenéis conciencia...” ¿Y Kerensky? Kerensky, sobre el que pesaba la sospecha de carecer de conciencia, da humilladamente las gracias al soldadote por su “opinión expresada de un modo tan franco y tan digno”. ¿La *Declaración de los Derechos del Soldado*? “Si yo hubiera sido ministro cuando fue elaborada, la declaración no se habría promulgado. ¿Quién fue el primero en sofocar el motín de los fusileros siberianos? ¿Quién fue el primero que vertió la sangre para apaciguar a los rebeldes? Mi representante, mi comisario”. El ministro de estado Tereschenko, dice por vía de consuelo: “Nuestra ofensiva a pesar de su fracaso, ha aumentado la confianza de los Aliados respecto de nosotros”. ¡La confianza de los Aliados! ¿Acaso no gira para esto la Tierra alrededor de su eje?

“En la actualidad los oficiales son el único reducto de la libertad y de la revolución”, dice Klembovsky. “El oficial no es un burgués [aclara Brusílov], sino un verdadero proletario”. El general Russki completa: “También los generales son proletarios”. Destruir los comités, restaurar el poder de los antiguos jefes, desterrar la

política, es decir, la revolución, del ejército, tal es el programa de los proletarios con grado de general. Kerensky no hace objeción alguna al programa en sí. Lo único que le preocupa es el plazo de realización del mismo. "Por lo que se refiere a las medidas propuestas [dice], creo que ni el mismo general Denikin insistirá en su aplicación inmediata". Casi todos los generales eran unas grises mediocridades. Pero no podían dejar de decirse: "Este es el lenguaje que hay que emplear con estos señores".

Como resultado de la conferencia se introdujeron modificaciones en el mando supremo. El dúctil e influenciable Brusílov, designado en lugar del prudente oficinista Alexéiev, que había hecho objeciones a la ofensiva, fue destituido y, en su lugar, fue nombrado el general Kornílov. Los motivos de la modificación no fueron explicados de un modo igual; a los kadetes se les prometió que Kornílov instauraría una disciplina férrea; a los conciliadores se les aseguró que Kornílov era amigo de los comités y de los comisarios: el propio Sávinkov respondía de sus sentimientos republicanos. Como respuesta a la elevada designación con que se le honraba, el general mandó un nuevo ultimátum al gobierno, en el cual anunciaba que aceptaba el nombramiento sólo con las condiciones siguientes: "Responsabilidad ante su propia conciencia y ante el pueblo, exclusivamente; ninguna intervención en el nombramiento del alto mando; restablecimiento de la pena de muerte en el interior". El primer punto suscitaba dificultades: Kerensky había empezado ya a "responder ante su propia conciencia y ante el pueblo", y en este aspecto no había rivalidad posible. El telegrama de Kornílov fue publicado en el periódico liberal de más circulación. Los políticos reaccionarios prudentes fruncieron el ceño. El ultimátum de Kornílov era un ultimátum del partido kadete, traducido al lenguaje indiscreto de un general cosaco. Pero el cálculo de Kornílov era justo: el carácter desmesurado de las pretensiones consignadas en el ultimátum y la insolencia del tono de este último provocaron el entusiasmo de todos los enemigos de la revolución y, en primer lugar, de la oficialidad. Kerensky quería destituir inmediatamente a Kornílov, pero no halló apoyo alguno en su gobierno. En fin de cuentas, Kornílov, siguiendo el consejo de sus inspiradores, accedió a reconocer, en una aclaración verbal, que por responsabilidad ante el pueblo entendía la responsabilidad ante el gobierno provisional. Al mismo tiempo, se designó al ingeniero militar Filonenko como comisario cerca del generalísimo, y Sávinkov, excomisario del frente sudoccidental, fue puesto al frente de la administración del ministerio de la guerra. El primero era una figura accidental; el segundo contaba con un gran pasado revolucionario; ambos eran aventureros de pies a cabeza, dispuestos a todo, como Filonenko, o, por lo menos, a mucho, como Sávinkov. Su estrecha relación con Kornílov, que favoreció la rápida carrera del general, desempeñó, como veremos, un papel importante en el desarrollo ulterior de los acontecimientos.

Los conciliadores se rendían en toda la línea. Tsereteli afirmaba: "La coalición es el único camino de salvación". A pesar de la ruptura formal, continuaban los cabildeos entre bastidores. Para precipitar el desenlace, Kerensky, evidentemente de acuerdo con los kadetes, recurrió a una medida puramente teatral, esto es, del todo en consonancia con su política, pero, al mismo tiempo, muy eficaz para sus fines: presentó la dimisión y se marchó al campo, dejando a los conciliadores entregados a su propia desesperación. Miliukov dice a este propósito: "Con su salida demostrativa... hizo ver, así a sus enemigos y competidores como a sus partidarios, que, fuera cual fuera la opinión que les mereciesen sus cualidades personales, en aquel momento era necesario por la situación política de mediador que ocupaba entre los dos bandos beligerantes". La partida estaba ganada. Los conciliadores se arrojaron en brazos del "compañero Kerensky", sofocando sus maldiciones con francas súplicas. Ambas partes, los kadetes y los socialistas, impusieron

sin dificultad al ministerio decapitado el acuerdo de eliminarse a sí mismo, cediendo a Kerensky la facultad de formar un nuevo gobierno según su criterio personal.

Para amedrentar definitivamente a los miembros de los comités ejecutivos, ya suficientemente amedrentados, se les hacen llegar las últimas informaciones sobre la situación que empeora en el frente. Los alemanes empujan a las tropas rusas, los liberales empujan a Kerensky, Kerensky empuja a los conciliadores. Las fracciones de los mencheviques y los socialrevolucionarios sesionan toda la noche del 23 al 24 de julio consumiéndose en su impotencia. Al fin de los fines, los comités ejecutivos, por una mayoría de 147 votos contra 46, ante 42 abstenciones (¡oposición inaudita!), aprueban que el poder sea otorgado a Kerensky sin condiciones ni limitaciones. En el congreso de los kadetes, que tenía lugar al mismo tiempo, se elevaron voces por el derrocamiento de Kerensky, pero Miliukov puso en su sitio a los impacientes, proponiendo limitarse por el momento a una simple presión. Esto no significaba que Miliukov se hiciese ilusiones con respecto a Kerensky. Pero veía en él un punto de apoyo para las fuerzas de las clases poseedoras. Cuando el gobierno se hubiese desembarazado de los sóviets, no habría entonces ninguna dificultad para desembarazarse de Kerensky.

Mientras tanto, los dioses de la coalición tenían sed. La orden de arrestar a Lenin precedió a la formación del gobierno transitorio del 7 de julio. Ahora era preciso señalar por un acto de firmeza el renacimiento de la coalición. El 13 de julio había aparecido en el diario de Gorki (la prensa bolchevique ya no existía) una carta abierta de Trotsky al gobierno provisional. La carta decía: “Ustedes no pueden tener ningún motivo lógico para exceptuarme del decreto en virtud del cual los camaradas Lenin, Zinóviev y Kámenev han sido objeto de una orden de detención. En lo que concierne al aspecto político del asunto, ustedes no pueden tener motivos para dudar de que soy un adversario de la política general del gobierno provisional tan irreconciliable como los camaradas nombrados”. En la noche que se constituía el nuevo ministerio, Trotsky y Lunacharsky eran arrestados en Petrogrado, mientras en el frente se arrestaba al subteniente Krilenko, futuro comandante en jefe de los bolcheviques.

El gobierno que vino al mundo después de una crisis de tres semanas tenía un aire ético. Se componía de personajes de segundo y de tercer plano, seleccionados de acuerdo al principio del mal menor. El vicepresidente era el ingeniero Nekrassov, kadete de izquierda, quien el 27 de febrero había propuesto, para aplastar a la revolución, confiar el poder a uno de los generales del zar. El escritor Prokopovich, sin partido y sin personalidad, domiciliado en un lindero entre los kadetes y los mencheviques, llegó a ser ministro de industria y comercio. Antiguo procurador, luego abogado radical, Zarudni, hijo del ministro “liberal” de Alejandro II, fue llamado a justicia. El presidente del comité ejecutivo campesino, Avksentiev, obtuvo el portafolio del ministerio del interior. El menchevique Skóvelev quedó como ministro del trabajo, el socialista populista Peschejonov fue ministro de abastecimientos.

Del lado de los liberales entraron en el gabinete figuras totalmente secundarias, no habiendo jugado ni antes ni después roles dirigentes. Al puesto de ministro de agricultura retornó inesperadamente Chernov: en los cuatro días corridos entre su dimisión y el nuevo nombramiento, ya había tenido tiempo de rehabilitarse. En su *Historia*, Miliukov señala impasiblemente que el carácter de las relaciones de Chernov con las autoridades alemanas “no había sido dilucidado; es posible [añade] que las indicaciones del contraespionaje ruso, así como las sospechas de Kerensky, de Tereschenko y de otro acerca de este asunto hubiesen ido demasiado lejos”. La reintegración de Chernov a las funciones de ministro de agricultura no era nada más que un tributo al prestigio del partido dirigente de los socialrevolucionarios en el cual Chernov, por otra parte, perdía cada vez influencia.

En revancha, Tsereteli tuvo la previsión de permanecer fuera del gabinete ministerial: en mayo se había estimado que será útil a la revolución en el seno del gobierno; ahora se disponía a ser útil al gobierno en el seno del sóviet. A partir de este momento, Tsereteli cumplió efectivamente las obligaciones de un comisario de la burguesía en el sistema de los sóviets. “Si los intereses del país fueran contrarrestados por la coalición [decía en la sesión del sóviet de Petrogrado], nuestro deber sería invitar a nuestros camaradas y salir del gobierno”. No se trataba ya de eliminar a los liberales, después de su agotamiento, como Dan lo había prometido hacía tiempo, sino más bien, sintiendo que llegaba el fin, de abandonar en tiempo oportuno el gobierno. Tsereteli preparaba la entrega total del poder a la burguesía.

En la primera coalición, formada el 6 de mayo, los socialistas estaban en minoría; pero eran en realidad los dueños de la situación; en el gabinete ministerial del 24 de julio, los socialistas estaban en mayoría, pero no eran ya sino la sombra de los liberales... “A pesar de una pequeña preponderancia nominal de los socialistas [confiesa Miliukov], el predominio verdadero en el gabinete pertenecía efectivamente a los partidarios convencidos de la democracia burguesa”. Sería más exacto decir: de la propiedad burguesa. En cuanto a la democracia, el asunto se presentaba con menor nitidez. En el mismo espíritu, aunque con una argumentación imprevista, el ministro Peschejonov comparaba la coalición de julio a la de mayo: en mayo la burguesía había tenido necesidad del apoyo de la izquierda; en el presente, bajo la amenaza de una contrarrevolución, el apoyo de la derecha nos es indispensable; “más tengamos con nosotros fuerzas de la derecha, menos les quedará para atacar el poder”. Fórmula incomparable de estrategia política: para hacer levantar el sitio de la fortaleza, mejor es abrir desde el interior la gran puerta. Tal era la fórmula de la nueva coalición.

La reacción toma la ofensiva, la democracia se bate en retirada. Las clases y los grupos que la revolución había atemorizado en los primeros tiempos, levantaban la cabeza. Los intereses que aún en la víspera se disimulaban todavía hoy se declaraban abiertamente. Los negociantes y especuladores reclamaban la exterminación de los bolcheviques y la libertad de comercio; elevaban la voz contra todas las limitaciones del tráfico, aun contra aquellas que había establecidas en tiempos del zar. Los servicios de abastecimiento que habían intentado luchar contra la especulación eran declarados culpables de la falta de productos alimenticios. De estos servicios, el odio se derivaba sobre los sóviets. El economista menchevique Gromann declaraba que la campaña de los comerciantes “se había particularmente intensificado después de los acontecimientos de los días 3 y 4 de julio”. Se hacía a los sóviets responsables de la derrota, de la carestía de la vida y de los atracos nocturnos.

El gobierno, alarmado por las intrigas monárquicas y por el temor a una explosión de la izquierda; mandó el 1 de agosto a Nicolás Romanov y a su familia a Tobolsk. Al día siguiente fue suspendido el nuevo periódico de los bolcheviques, *Rabochi i Soldat* (El Obrero y el Soldado). Llegaban noticias de todas partes dando cuenta de detenciones en masa en los comités de soldados. Los bolcheviques consiguieron reunir su congreso, semiclandestinamente, a fines de julio. Se prohibieron los congresos del ejército. Empezaron a recorrer el país únicamente los que antes permanecían en sus casas: los terratenientes, los comerciantes e industriales, los elementos cosacos dirigentes, el clero, los caballeros de San Jorge. Sus voces resonaban de un modo uniforme, distinguiéndose sólo por el grado de su insolencia. La batuta, aunque no siempre de un modo descarado, la manejaba inequívocamente el partido kadete.

En el congreso del comercio y de la industria, que reunió a principios de agosto a cerca de 300 representantes de las organizaciones bursátiles y patronales más importantes, el discurso-programa lo pronunció el rey de la industria textil, Riabuchinsky, que habló

sin ambages. "En el gobierno provisional no había más que una apariencia de poder... Ha venido reinando, de hecho, una banda de charlatanes políticos... El gobierno se apoya en los impuestos, que hace recaer cruelmente, en primer lugar, sobre la clase comercial e industrial. ¿Es conveniente dar dinero al dilapidador? ¿o es mejor ejercer la tutela sobre el mismo, en aras de la salvación de la patria?..." Y, como final, una amenaza: "La mano descarnada del hambre y de la miseria popular tomará de la garganta a los amigos del pueblo". La frase sobre "la mano descarnada del hambre", que venía a resumir la política de los lockouts, se incorporó definitivamente, desde aquel entonces, al vocabulario político de la revolución, y costó caro a los capitalistas.

En Petrogrado se abrió el congreso de los comisarios provinciales. Los agentes del gobierno provisional, que debían formar un muro alrededor de este último, se agruparon, en realidad, contra él, y bajo la dirección de su núcleo kadete se lanzaron al ataque contra el infausto ministro del interior, Avksentiev. "No se puede estar sentado entre dos sillas: el gobierno tiene que gobernar, y no ser un fantoche". Los conciliadores se justificaban y protestaban a media voz, temiendo que la disputa que sostenían con sus aliados llegara a oídos de los bolcheviques. El ministro socialista salió del congreso como una gallina mojada.

La prensa de los socialrevolucionarios y de los mencheviques fue empleando poco a poco el lenguaje de las lamentaciones y de la injuria. En sus páginas aparecieron revelaciones inesperadas. El 6 de agosto, el órgano de los socialrevolucionarios *Dielo Naroda* (La Casa del Pueblo) publicó una carta de un grupo de junkers de izquierda que iban camino del frente. A los autores les "sorprendía el papel que desempeñaban los junkers..., el hecho de que recurrieran sistemáticamente al puñetazo, de que participaran en las expediciones punitivas acompañadas de fusilamientos sin formación de causa y por la simple orden de un comandante de batallón... Los soldados, irritados, disparan contra los junkers..." Así era como se procedía con miras a sanear el ejército.

La reacción atacaba, el gobierno retrocedía. El 7 de agosto fueron sacados de la cárcel los "centurias negras" más conocidos, que habían formado parte de los círculos rasputinianos y participado en los pogromos judíos. Los bolcheviques permanecían en la prisión de Kresty, donde se anunciaba la huelga de hambre de los obreros, soldados y marinos detenidos. Aquel mismo día, la sección obrera del sóviet de Petrogrado mandaba un saludo a Trotsky, Lunacharsky, la Kollontai y otros detenidos.

Los industriales, los comisarios de provincia, el congreso de los cosacos celebrado en Novocherkask, la prensa patriótica, los generales, los liberales, todos consideraban que era completamente imposible celebrar las elecciones a la asamblea constituyente en septiembre; lo mejor era aplazarlas hasta que terminara la guerra. Sin embargo, el gobierno no podía acceder a ello. Pero se llegó a un compromiso: la convocación de la asamblea constituyente fue demorada hasta el 28 de noviembre. Los kadetes aceptaron el aplazamiento no sin rechistar, pues estaban firmemente convencidos de que en los tres meses que faltaban se producirían acontecimientos decisivos que plantearían en términos muy distintos la cuestión de la asamblea constituyente. Estas esperanzas se relacionaban cada vez más declaradamente con el nombre de Kornílov.

La *réclame* alrededor de la figura del nuevo generalísimo pasaba a ocupar el centro de la política burguesa. La biografía del "primer generalísimo popular" fue difundida en una cantidad inmensa de ejemplares, con la cooperación activa del cuartel general. Cuando Sávinkov, en su calidad de administrador del ministerio de la guerra, decía a los periodistas: "Nos proponemos", este nos significa no Sávinkov y Kerensky, sino Sávinkov y Kornílov. El alboroto que se alzó alrededor de Kornílov obligó a Kerensky a ponerse en guardia. Los rumores relativos a una conspiración organizada por el comité de la Asociación de Oficiales cerca del cuartel general eran cada día más insistentes. La

entrevista personal celebrada por el jefe del gobierno y el del ejército a principios de agosto no hizo más que avivar su antipatía recíproca. "¿Es que ese charlatán vacuo quiere mandarme a mí? ", se diría Kornílov. "¿Es que ese cosaco de cortos alcances e ignorante se propone salvar a Rusia?" no podía dejar de pensar Kerensky. Ambos tenían razón, cada cual a su manera. Entre tanto, el programa de Kornílov, que comprendía la militarización de las fábricas y de las líneas férreas, la aplicación de la pena de muerte en el interior y la subordinación de la zona militar de Petrogrado, junto con la guarnición de la capital, al cuartel general, llegó a conocimiento de los círculos conciliadores. Detrás del programa oficial se entrevía otro, que no por no haber sido publicado dejaba de ser más efectivo. La prensa de izquierda dio la voz de alarma. El comité ejecutivo propuso una nueva candidatura para el mando supremo, la del general Cheremissov. La reacción se puso en guardia.

El 6 de agosto el consejo de la asociación de doce cuerpos de ejércitos cosacos: del Don, de Kubán, del Tek y otros, decidió, no sin participación de Sávinkov, hacer llegar a conocimiento del gobierno y del pueblo que declinaba toda responsabilidad por la conducta de las tropas cosacas en el frente y en la retaguardia en el caso de que el general Kornílov, "héroe y jefe", fuera destituido. La conferencia de la Unión de Caballeros de San Jorge fue más amenazante aún para el gobierno: si Kornílov es destituido, la unión dará inmediatamente "como grito de guerra a todos los caballeros de San Jorge la orden de actuar en común con los cosacos". Ni uno de los generales protestó contra esta infracción a la disciplina, y la prensa de la orden imprimió con entusiasmo decisiones que marcaban una amenaza de guerra civil. El comité principal de la Unión de Oficiales del Ejército y de la Flota expidió un telegrama en el cual decía colocar todas sus esperanzas "sobre el bien amado jefe, el general Kornílov", rogando a "todas las gentes honestas" manifestarle a aquél su confianza. La conferencia de "hombres públicos': de derechas, que sesionaba en esos días en Moscú, envió a Kornílov un telegrama en el cual unía sus votos a los de los oficiales, de los caballeros de San Jorge y de los cosacos: "Toda la Rusia pensante os mira con esperanza y con fe". No podía hablarse más claramente.

En la conferencia tomaron parte industriales y banqueros como Riabuchinsky y Tretiakov, los generales Alexéiev y Brusílov, representantes del clero y del profesorado, los jefes del partido kadete, con Miliukov a la cabeza. A título de camuflaje figuraban representantes de una "unión campesina semificticia que debía asegurar a los kadetes un apoyo en las esferas superiores del campesinado. En el sillón presidencial se diseñaba la figura monumental de Rodzianko, que agradeció a la delegación de un regimiento cosaco por haber reprimido el movimiento bolchevique. La candidatura de Kornílov al rol de salvador del país estaba así abiertamente planteada por los representantes más autorizados de las clases poseedoras e instruidas de Rusia.

Después de semejante preparación, el generalísimo se presentó nuevamente ante el ministro de la guerra, para dialogar sobre el programa que había presentado para la salud del país. "Desde su llegada a Petrogrado [dice el general Lukomsky, jefe del estado mayor de Kornílov, relatando esta visita] el generalísimo fue al Palacio de Invierno, acompañado de cosacos del Tek, con dos ametralladoras. A partir del momento en que el general Kornílov entró en el palacio, esas ametralladoras fueron extraídas del auto y los cosacos del Tek montaron la guardia en la puerta para acudir, en caso de necesidad, en socorro del generalísimo. Se suponía que podría requerir esta ayuda contra el ministro-presidente". Las ametralladoras del Tek eran las armas de la burguesía, apuntadas sobre los conciliadores que se arrojaban entre sus piernas. ¡Así se presentaba el gobierno de la salvación, independiente de los sóviets!

Inmediatamente después de la visita de Kornílov, Kokochkin, miembro del gobierno provisional, declaró a Kerensky que los kadetes ofrecerían su dimisión "si el

programa de Kornílov no era aceptado el mismo día". Aunque sin ametralladoras, los kadetes dirigían al gobierno el lenguaje perentorio de Kornílov. Y esto obtuvo el resultado buscado. El gobierno provisional se apresuró a examinar el informe del generalísimo y admitió en principio la posibilidad de aplicar las medidas propuestas por él "hasta y comprendida la pena de muerte en la retaguardia".

En la movilización de fuerzas de la reacción se insertó naturalmente el concilio panruso de la Iglesia que, oficialmente, tenía por fin completar la emancipación de la Iglesia Ortodoxa, hasta ese momento cautiva de la burocracia, pero que en el fondo debía proteger a la Iglesia contra la revolución. Desde la abolición de la monarquía, la Iglesia había perdido su jefe oficial. Sus relaciones con el estado, multisecular defensor y protector, quedaban en suspenso. A decir verdad, el Santo Sínodo, en un mandamiento del 9 de marzo, se había apresurado a bendecir la revolución cumplida y había invitado al pueblo "a dar su confianza al gobierno provisional". Sin embargo, el porvenir estaba preñado de amenazas. El gobierno guardaba silencio sobre la cuestión de la Iglesia como sobre otros problemas. El clero había perdido la cabeza por completo. De tiempo en tiempo, de un punto cualquiera de la periferia, de la ciudad de Verny sobre la frontera china, de alguna parroquia local, llegaba un telegrama que aseguraba al príncipe Lvov que su política respondía enteramente a las estipulaciones del Evangelio. Acomodándose a la insurrección, la Iglesia no osaba mezclarse en los acontecimientos. Esto se sentía, más netamente que en otra parte, en el frente, donde la influencia del clero cae al mismo tiempo que la disciplina del temor. Denikin confiesa: "Si el cuerpo de oficiales luchaba de ahora en adelante por sus derechos de mando y su autoridad militar, la voz de los pastores se calló desde los primeros días de la revolución y cesaron de participar de alguna manera en la vida activa de las tropas. El congreso del clero en el cuartel general y en los estados mayores de los ejércitos pasó completamente desapercibido".

El concilio, que era ante todo un asunto de casta para el clero mismo, sobre todo para su capa superior, no permaneció sin embargo encerrado en los cuadros de la burocracia eclesiástica: la sociedad liberal se prendió en él con todas sus fuerzas. El partido kadete que no había encontrado en el pueblo ninguna raíz política, soñaba que la Iglesia, después de una reforma, les serviría de intérprete ante las masas. En la preparación del concilio jugaron un rol activo ante los príncipes de la Iglesia políticos laicos de diversos matices, como el príncipe Trubetskoi, el conde Olsufiev, Rodzianko, Samarin, profesores y escritores liberales. El partido kadete ensayó vanamente crear alrededor del concilio un ambiente de reforma eclesiástica, temiendo, al mismo tiempo, conmover, por un movimiento imprudente, el edificio carcomido. No se planteó la separación de la Iglesia del estado, ni entre el clero ni entre los reformadores laicos. Los príncipes de la Iglesia estaban naturalmente inclinados a debilitar el control del estado sobre los asuntos internos, pero a condición de que el estado continuara no sólo protegiendo su situación privilegiada, sus tierras y sus ingresos, sino que continuara también cubriendo con la parte del león sus gastos. Por su lado la burguesía liberal estaba dispuesta a garantizar a la ortodoxia el mantenimiento de su situación de Iglesia dominante, pero a condición de que aprendiera a servir en una nueva forma a los intereses de las clases gobernantes entre las masas.

Pero aquí era donde empezaban las principales dificultades. Denikin hace notar que la revolución rusa "no creó un movimiento religioso popular más o menos digno de atención. Más justo sería decir que a medida que iban incorporándose a la revolución nuevos sectores del pueblo, volvían casi automáticamente la espalda a la Iglesia, si es que antes habían tenido alguna relación con ella. En el campo algunos que otros curas podían tener aún cierta influencia personal como consecuencia de la actitud adoptada por ellos en la cuestión de la tierra. En la ciudad a nadie, no ya en los medios obreros, ni siquiera

entre la pequeña burguesía, se le ocurría dirigirse al clero para resolver las cuestiones planteadas por la revolución. El concilio se preparó en medio de la mayor indiferencia del pueblo. Los intereses y las pasiones de las masas hallaban su expresión en el lenguaje de las consignas socialistas y no en los textos religiosos. La Rusia retrasada, que hacía rápidamente su curso de historia, se veía obligada a pasar por alto no sólo la época de la Reforma, sino también la del parlamentarismo burgués.

El concilio eclesiástico, proyectado en los meses ascensionales de la revolución, coincidió con las semanas de defensa de la misma. Esto le dio un carácter todavía más reaccionario. La composición del concilio, las cuestiones tratadas por el mismo, incluso el ceremonial de su apertura, todo atestiguaba que se habían producido modificaciones radicales en la actitud de las distintas clases con respecto a la Iglesia. En el oficio celebrado en la catedral de Uspensky participaron, al lado de Rodzianko y de los kadetes, Kerensky y Avksentiev. En su discurso de salutación, el socialrevolucionario Rudniev, alcalde de Moscú, dijo: “Mientras viva el pueblo ruso, brillará en su espíritu la llama de la fe cristiana”. La víspera, todavía, esos mismos hombres se tenían por descendientes directos del gran socialista ruso Chernishevski.

El concilio envió manifiestos a todos los rincones del país, invocó un poder fuerte, anatematizó a los bolcheviques, y haciendo coro al ministro del trabajo, Skóvelev, conjuró: “Obreros, trabajad sin escatimar vuestras fuerzas y subordinad vuestras demandas al bien de la patria”. Pero a lo que el concilio concedió particular atención fue al problema de la tierra. Los metropolitanos y los obispos estaban no menos asustados y enfurecidos que los terratenientes por las proporciones que tomaba el movimiento campesino, y el miedo a perder las tierras de la Iglesia y de los monasterios les emocionaba mucho más que el problema de la democratización de la Iglesia. Amenazando con la cólera divina y la excomunión, los mensajes del concilio exigen “que se devuelvan inmediatamente a las iglesias, conventos, parroquias y propietarios particulares las tierras, los bosques y las cosechas que les han sido robados”. Aquí sí que es oportuno recordar lo de la voz que clama en el desierto. El concilio estuvo reunido semanas y semanas, y hasta después de la Revolución de Octubre no dio cima a sus trabajos, que culminaron en la restauración del patriarcado, abolido por el emperador Pedro doscientos años antes.

A fines de julio el gobierno decidió convocar en Moscú, para el 13 de agosto, una conferencia de todas las clases e instituciones sociales del país. La composición de la conferencia fue determinada por el mismo gobierno. En contradicción completa con todas las elecciones democráticas celebradas en el país, el gobierno tomó medidas para que participara en la asamblea un número igual de representantes de las clases poseedoras y del pueblo. Sólo a base de ese equilibrio artificial confiaba en salvarse a sí mismo el gobierno destinado a salvar la revolución. No se otorgó ninguna atribución definida a dicha conferencia. “La conferencia [dice Miliukov] tenía, a lo sumo, un carácter consultivo”. Las clases poseedoras querían dar a la democracia un ejemplo de abnegación para adueñarse luego del poder por completo y de un modo más seguro. Oficialmente se asignó como fin a la conferencia “la unión del estado con todas las fuerzas organizadas del país”. La prensa habló de la necesidad de cohesionar, conciliar, animar, levantar el espíritu. En otros términos, los unos no querían decir claramente, y los otros eran incapaces de hacerlo, para qué se reunía en realidad la conferencia. En este caso correspondió también a los bolcheviques el papel de llamar a las cosas por su nombre.

Kerensky y Kornílov. Elementos de bonapartismo en la Revolución Rusa

No poco se ha escrito para decir que las desgracias que siguieron, comprendido el advenimiento de los bolcheviques, habrían podido ser evitadas si, en lugar de Kerensky, se hubiera encontrado a la cabeza del poder un hombre dotado de un pensamiento claro y de un carácter firme. Es incontestable que Kerensky carecía del uno y del otro. Pero, ¿por qué entonces ciertas clases sociales se encontraron forzadas a izar precisamente a Kerensky sobre el pavés?

Como para refrescar nuestros conocimientos de historia, los acontecimientos de España nos muestran una vez más cómo una revolución, borrando los límites habituales de la política, envuelve con una neblina rosa a todos y a todo. Aún sus enemigos se esfuerzan, en esta fase, en tomar su color: en ese mimetismo se expresa la tendencia semiinstintiva de las clases conservadoras en adaptarse a las transmutaciones amenazantes, para sufrir lo menos posible. La solidaridad de la nación, basada sobre una fraseología inconsistente, transforma la actividad conciliadora en una función política indispensable. Los idealistas pequeñoburgueses, que miran las clases desde arriba, que piensan en frases hechas, que no saben lo que quieren y dirigen a todo el mundo sus mejores votos, son en este estado, los únicos jefes concebibles de la mayoría. Si Kerensky hubiera tenido un pensamiento claro y una voluntad firme, habría sido absolutamente inutilizable en su rol histórico. Esta no es en modo alguno una apreciación retrospectiva. Es así como lo juzgaban los bolcheviques en el fuego de los acontecimientos. “Abogado de asuntos políticos, socialrevolucionario que se encuentra a la cabeza de los trabajadores, radical desprovisto de la menor doctrina socialista, Kerensky refleja completamente la primera época de la revolución, su amorfismo ‘nacional’, el idealismo relumbrante de sus esperanzas”, escribía el autor de estas líneas, en la prisión de Kresty, después de las jornadas de julio. “Kerensky habla de la tierra y de la libertad, del orden, de la paz de los pueblos, de la defensa de la patria, del heroísmo de Liebknecht, dice que la revolución rusa debe asombrar al mundo por su magnanimidad y agita, en esta ocasión, un pañuelo de seda roja. El pequeñoburgués, semidespierto, escucha con entusiasmo tales discursos: le parece que es él mismo quien habla de lo alto de la tribuna. El ejército acogía a Kerensky como al que lo había librado de Guchkov. Los campesinos escucharon hablar de él como de un trabajador, de un diputado de los mujik. Los liberales estaban seducidos por la extrema moderación de las ideas bajo el informe radicalismo de las frases...”

Pero el periodo de los abrazos generales no duró largo tiempo. La lucha de clases no se atenuó en el comienzo de la revolución más que para despertarse bajo la forma de la guerra civil. En el ascenso feérico del movimiento conciliador estaba incluido de antemano su inevitable hundimiento. Que Kerensky hubiera perdido rápidamente su popularidad, un periodista francés, personaje oficioso, Claudio Anet, lo explicaba por el hecho de que la falta de tacto empujaba al político socialista a acciones que “armonizaban poco” con su rol. “Frecuenta las habitaciones imperiales. Habita en el Palacio de Invierno o en el de Tsárskoye. Duerme en el lecho de los emperadores de Rusia. Demasiada vanidad, y que se ostenta; esto choca en el país más simple del mundo” (Claudio Anet, *La Revolución Rusa* junio-noviembre de 1917, págs. 16-17). El tacto en las pequeñas como en las grandes cosas supone la inteligencia de la situación y del lugar que se ocupa. Ni la apariencia de esto había en Kerensky. Elevado por la confianza de las masas, le eran

absolutamente extrañas, no las comprendía y no se interesaba en modo alguno en saber cómo tomaban ellas la revolución y qué deducciones extraían: Las masas esperaban de él actos audaces, pero él pedía a las masas no fastidiarlo en su magnanimidad y su elocuencia. En la época en que Kerensky hizo una teatral visita a la familia del zar arrestado, los soldados que custodiaban el palacio dijeron al comandante: "A nosotros se nos hace dormir sobre tablas y comemos mal, pero él, Nicolachka, a pesar de estar detenido, tiene carne y aún la hace tirar a la basura". Estas palabras no eran "magnánimas", pero expresaban lo que sentían los soldados.

Habiéndose librado de sus cadenas seculares, el pueblo, a cada paso, excedía el límite que le habían indicado los jefes cultivados. Kerensky, a ese respecto, exclamaba a fines de abril: "¿Puede ser que el libre estado ruso sea un estado de esclavos rebeldes? Lamento no haber muerto hace dos meses: habría muerto con un gran sueño", etc. Con esta mala retórica, esperaba influir sobre los obreros, soldados, marineros, campesinos. El almirante Kolchak evocaba más tarde, ante el tribunal soviético, cómo el ministro de la guerra radical había hecho en mayo una gira por los navíos de la flota del mar Negro para reconciliar a los marineros con los oficiales. El orador, después de cada discurso, creía haber logrado su "Y bien, usted lo ve, señor almirante, todo está arreglado..." Pero nada estaba arreglado: los trastornos en la flota recién comenzaban.

Cuanto más actuaba, Kerensky irritaba más a las masas con sus coqueterías, su vanidad, su orgullo. Durante la visita que hizo al frente, decía con voz irritada a su ayudante, acaso con el propósito de que le oyeran los generales: "¡Duro y a la cabeza contra esos malditos comités!" Al llegar a la armada del Báltico, Kerensky dio al comité central de los marinos orden de que fuera a verle al buque almirante.

El "Tsentrobalt", que, como órgano soviético que era, no estaba subordinado al ministro, consideró ofensiva la orden. El marino Dibenko, presidente del comité, contestó: "Si Kerensky desea hablar con el "Tsentrobalt", que venga a vernos". ¿Acaso no era esta una insolencia intolerable? En los buques en que Kerensky entabló conversación con los marinos sobre temas políticos, las cosas no fueron mejor, sobre todo en el *República*. En ese buque, en el que reinaba un estado de espíritu bolchevista, el ministro fue sometido a un interrogatorio en regla: ¿Por qué en la Duma del Imperio había votado a favor de la guerra? ¿Por qué había puesto su firma el 21 de abril al pie de la nota imperialista de Miliukov? ¿Por qué había asignado una pensión de 6.000 rublos anuales a los senadores zaristas? Kerensky se negó a contestar a estas preguntas pérfidas, formuladas por sus "enemigos"... La tripulación del buque consideró "insatisfactoria" la explicación del ministro... Kerensky abandonó el buque en medio del silencio sepulcral de los marinos... "Son unos esclavos en rebeldía", decía el abogado radical, rechinando los dientes. Pero los marinos decían con sentimiento de orgullo: "Sí. Éramos unos esclavos y nos hemos rebelado".

Con su desprecio de la opinión democrática, Kerensky provocaba a cada paso conflictos con los líderes soviéticos, que, aunque seguían el mismo camino que él, no apartaban tanto la vista de las masas. Ya el 8 de marzo, el comité ejecutivo, asustado por las protestas de abajo, declaró a Kerensky que era intolerable que hubiera puesto en libertad a los agentes de policía. Unos días después los conciliadores se vieron obligados a protestar contra el propósito del ministro de justicia de llevar la familia zarista a Inglaterra. Dos o tres semanas más tarde el comité ejecutivo planteó la cuestión general de la "normalización de las relaciones" con Kerensky. Pero esta normalización no fue conseguida ni podía conseguirse.

Las cosas no ofrecían mejor aspecto por lo que al partido se refería. En el congreso de los socialrevolucionarios, celebrado a principios de junio, Kerensky, en las elecciones del comité central, obtuvo sólo 135 votos de los 270. Los líderes se esforzaban en explicar

a diestro y siniestro que “muchos no habían votado por Kerensky en vista de las múltiples ocupaciones que pesaban sobre él”. En realidad, si los socialrevolucionarios de arriba adoraban a Kerensky como fuente de todos los bienes, los viejos socialrevolucionarios, ligados con las masas, no sentían por él ni confianza ni respeto. Pero ni el comité ejecutivo ni el partido socialrevolucionario podían prescindir de Kerensky, toda vez que éste era necesario como uno de los eslabones de la coalición.

En el bloque soviético el papel dirigente pertenecía a los mencheviques, que habían inventado los procedimientos más adecuados para eludir la acción. Pero en el aparato del estado, los populistas tenían un predominio evidente sobre los mencheviques, predominio que hallaba su expresión más elocuente en la situación dominante de Kerensky. El semicadete y semisocialrevolucionario Kerensky no era, en el gobierno, el representante de los sóviets, como Tsereteli o Chernov, sino el lazo que unía a la burguesía y la democracia. Tsereteli-Chernov representaban uno de los aspectos de la coalición. Kerensky era la encarnación personal de la coalición misma. Tsereteli se lamentaba del “carácter personal” de la actuación de Kerensky, sin comprender que esto era inseparable de su función política. El propio Tsereteli, en calidad de ministro del interior, publicó una circular en la cual decía que el comisario provincial debía apoyarse en todas las “fuerzas vivas” locales, en la burguesía y en los sóviets, y practicar la política del gobierno provisional, sin dejarse impresionar por las “influencias de los partidos”. Este comisario ideal, que debía elevarse por encima de las clases y de los partidos adversos para cumplir su misión, sin más guía que él mismo y la circular no era más que un Kerensky provincial o de distrito. Como coronamiento del sistema, hacía falta un comisario nacional independiente, alojado en el Palacio de Invierno. Sin Kerensky, la política de conciliación hubiera sido lo mismo que la cúpula de una iglesia sin cruz.

La historia de la elevación de Kerensky es muy instructiva. Fue designado ministro de justicia gracias a la insurrección de febrero, que tanto miedo le causara. La manifestación celebrada en abril por los “esclavos en rebeldía” le hizo ministro de la guerra y de marina. Los combates de julio, provocados por los “agentes alemanes”, le pusieron al frente del gobierno. A principios de septiembre el movimiento de las masas le hace generalísimo. Obedeciendo a la dialéctica, y al mismo tiempo a la maliciosa ironía del régimen conciliador, las masas, con su presión, debían elevar a Kerensky hasta el punto más alto antes de derribarlo.

Kerensky, que se apartaba despectivamente del pueblo que le había dado el poder, recogía con avidez las muestras de aprobación de la sociedad ilustrada. Ya en los primeros días de la revolución, el doctor Kichkin, jefe de los kadetes de Moscú, decía a su regreso de Petrogrado: “A no ser por Kerensky, no tendríamos lo que tenemos. Su nombre será inscrito con letras de oro en los anales de la historia”. Los elogios de los liberales fueron uno de los criterios políticos más importantes de Kerensky. Pero éste no podía (y, además, no quería) poner simplemente su popularidad a los pies de la burguesía. Por el contrario, cada vez sentía mayores deseos de ver a todas las clases a sus propios pies. “Desde los comienzos mismos de la revolución [dice Miliukov], Kerensky había acariciado la idea de equilibrar la representación de la burguesía y de la democracia”. Esta actitud era una consecuencia natural de toda su vida, cuya senda había pasado entre el ejercicio de la abogacía liberal y los grupos clandestinos. Al mismo tiempo que aseguraba respetuosamente a Buchanan que el “sóviet moría de muerte natural”, Kerensky intimidaba a cada paso a sus colegas burgueses con la cólera del sóviet. Y en los casos, bastante frecuentes, en que los líderes del comité ejecutivo disentían de Kerensky, éste los amenazaba con la más espantosa catástrofe: la dimisión de los liberales.

Cuando Kerensky repetía que él no quería ser el Marat de la revolución rusa, esto significaba que rehusaba tomar medidas de rigor contra la reacción, pero no en todo caso

contra "la anarquía". Tal es en general la moral de los adversarios de la violencia en política: la rechazan en tanto se trata de modificar lo que existe; pero, para la defensa del orden, no retroceden ante la represión más implacable.

En el período de la preparación de la ofensiva sobre el frente, Kerensky devino el personaje particularmente favorito de las clases poseedoras. Treschenko contaba a derecha e izquierda de qué modo nuestros aliados apreciaban altamente "los esfuerzos de Kerensky"; muy severo para los conciliadores, el *Riech* de los kadetes señalaba invariablemente su predilección por el ministro de la guerra; Rodzianko mismo reconocía que "este joven... resucita cada día con un vigor redoblado, para el bien de la patria y para el trabajo constructor". Con tales juicios los liberales querían halagar a Kerensky. Pero, en suma, no podían dejar de ver que Kerensky trabajaba para ellos. "...pensad un poco [pedía Lenin] qué ocurriría si Guchkov se pusiera a dar órdenes de ofensiva, a disolver regimientos, a arrestar soldados, a prohibir congresos, a gritar a los hombres de tropa, tuteándolos y tratándolos de 'cobardes', etcétera. Pero Kerensky puede aún pagarse ese 'lujo', en tanto no ha dilapidado la confianza, a decir verdad vertiginosamente decreciente, que le ha otorgado el pueblo..."

La ofensiva que había elevado la reputación de Kerensky en los rangos de la burguesía, minó definitivamente su renombre en el pueblo. El fracaso de la ofensiva fue en suma el fracaso de Kerensky en los dos campos. Pero, cosa asombrosa: lo que lo volvería "irreemplazable" de ahora en adelante era precisamente que estuviese comprometido de ambos lados. Sobre el rol de Kerensky en la creación de la coalición, Miliukov se expresa así: "El único hombre posible", pero, cosa curiosa, "no el hombre necesario…" Los dirigentes de la política liberal, por otra parte, no habían tomado jamás demasiado seriamente a Kerensky. Y los grandes círculos de la burguesía cada vez más hacían recaer sobre él la responsabilidad de todos los golpes de la suerte. "La impaciencia de los grupos animados de espíritu patriótico" los incitaba, de acuerdo al testimonio de Miliukov, a buscar un hombre fuerte. Durante un tiempo, el almirante Kolchak fue designado para este rol. La instalación de un hombre fuerte en el gobierno "se concebía según otros procedimientos que los de negociadores y acuerdos". Se puede creerle sin esfuerzo. "Sobre un régimen democrático, sobre la voluntad popular, sobre la asamblea constituyente [escribe Stankievich a propósito del partido kadete] las esperanzas estaban ya abandonadas: ¿las elecciones municipales en toda Rusia no habían dado ya una mayoría aplastante de socialistas? Entonces se dispuso a buscar en la angustia un poder que fuera capaz no de persuadir sino sólo de ordenar". Más exactamente hablando: un poder que fuera capaz de tomar por el cuello a la revolución.

En la biografía de Kornílov y en las particularidades de su carácter, no es fácil discernir rasgos que habrían justificado su candidatura al puesto de salvador. El general Martínov, que, en tiempos de paz, había sido el jefe de servicio de Kornílov, y durante la guerra, su compañero de prisión en una fortaleza austríaca, caracteriza a Kornílov en los términos siguientes. "Distinguiéndose por su perseverancia laboriosa y por una gran presunción, era, en cuanto a capacidades intelectuales, un hombre del nivel medio ordinario desprovisto de perspectivas amplias". Martínov inscribe en el activo de Kornílov dos rasgos: la bravura personal y el desinterés. En un medio donde la preocupación dominante era la seguridad personal y donde se acumulaba sin rendir cuentas, tales cualidades saltaban a los ojos. En cuanto a las capacidades estratégicas, sobre todo la de apreciar una situación en su conjunto, en sus elementos materiales y morales, Kornílov no tenía ni sombra. "Además, le faltaba talento organizador [dice Martínov] y su carácter tan irascible como desequilibrado lo volvía poco apto para actos racionales". Brusílov, que había observado toda la actividad militar de su subordinado en el curso de la guerra mundial, habla de él con absoluto desdén: "Jefe de un intrépido

destacamento de guerrilleros y nada más...” La leyenda oficial que fue creada alrededor de la división de Kornílov estaba dictada por la necesidad que tenía la opinión patriótica de descubrir señales claras sobre un sombrío fondo. “La 48ª división [escribe Martínov] fue aniquilada únicamente por obra de la desastrosa dirección... de Kornílov mismo, quien... no supo organizar la retirada y que sobre todo modificó varias veces sus decisiones y perdió tiempo...”. A último momento, Kornílov abandonó a su suerte la división que había arrojado en la trampa, para intentar escapar él mismo al cautiverio. Sin embargo, después de haber errado durante cuatro días, el general infortunado se rendía a los austríacos y no se evadió sino más tarde.

“De regreso a Rusia, en sus entrevistas otorgadas a los corresponsales de diarios, Kornílov embelleció la historia de su evasión con flores vivas de fantasía.” Sobre las prosaicas rectificaciones aportadas a la leyenda por los testigos bien informados, no tenemos motivos para detenernos. Aparentemente, desde entonces, Kornílov cobró afición a la publicidad periodística.

Antes de la revolución Kornílov era un monárquico del matiz reaccionario de los “centurias negras”. Prisionero, leyendo los periódicos, repetía más de una vez que haría “colgar con placer a todos esos Guchkov y Miliukov”. Pero las ideas políticas no lo frecuentaban, como ocurre en general a los hombres de este género, más que en la medida en que ellas guardaban relación con él mismo. Después de la Revolución de Febrero, Kornílov se declaró muy cómodamente republicano. “Distinguía muy mal [dice aún el mismo Martínov] los intereses enmarañados de las diferentes capas de la sociedad rusa, no conocía ni los agrupamientos de los partidos ni las personalidades.” Mencheviques, socialrevolucionarios y bolcheviques se confundían para él en una sola masa hostil que impedía a los comandantes comandar, a los propietarios gozar de sus propiedades, a los fabricantes proseguir la producción, a los mercaderes comerciar.

El comité de la Duma del Estado, desde el 2 de marzo, se había adherido al general Kornílov, y, bajo la firma de Rodzianko, insistía ante el cuartel general para que “el aguerrido héroe conocido de toda Rusia” fuera nombrado jefe supremo de las tropas de la región militar de Petrogrado. El zar, que ya había dejado de serlo, hizo la siguiente acotación al telegrama de Rodzianko: “Aprobado”. Así fue como tuvo su primer general rojo la capital revolucionaria. En las actas del comité ejecutivo del 10 de marzo aparece la siguiente frase relativa a Kornílov: “Un general de viejo cuño que quiere dar cima a la revolución”. En los primeros días, el general procuró hacerse agradable y ejecutó no sin cierta pompa, el ritual de la detención de la zarina: fue éste un servicio que se le tuvo en cuenta. Sin embargo, por las memorias del coronel Kobilinsky, nombrado por él comandante de Tsárskoye Seló, puede advertirse que jugaba con dos naipes. “Después de presentarle a la zarina [cuenta Kobilinsky], Kornílov me dijo: ‘Coronel, déjenos usted solos y quédese detrás de la puerta’. Salí. A los cinco minutos, Kornílov me llamó. Entré. La emperatriz me dio la mano...” La cosa está clara: Kornílov había recomendado al coronel como a un amigo. Más adelante, nos enteramos de los abrazos entre el zar y su “carcelero” Kobilinsky. Como administrador, Kornílov se portó desastrosamente en su nuevo cargo. “Sus colaboradores inmediatos en Petrogrado [dice Stankievich] se lamentaban constantemente de su incapacidad para trabajar y dirigir las cosas”. Sin embargo, Kornílov no estuvo mucho tiempo en la capital. En los días de abril intentó, no sin intervención de Miliukov, hacer la primera sangría a la revolución; pero chocó con la resistencia del comité ejecutivo, presentó la dimisión, se le confió el mando de un ejército y, luego, del frente sudoccidental. Sin esperar la instauración legal de la pena de muerte, Kornílov dio la orden de fusilar a los desertores y dejar sus cadáveres en los caminos, con un letrero; amenazó con optar severas medidas contra los campesinos, en caso de que violaran los derechos de los propietarios agrarios; formó batallones de choque y

aprovechó todas las ocasiones para mostrar el puño a Petrogrado. Esto rodeó inmediatamente su nombre de una aureola a los ojos de los oficiales y de las clases poseedoras. Pero también hubo muchos comisarios de Kerensky que se dijeron: ya no queda otra esperanza que Kornílov. Unas cuantas semanas después, este general, que contaba con la triste experiencia de su mando al frente de una división, fue nombrado generalísimo de un ejército en descomposición, formado por millones de hombres, al cual quería obligar la *Entente* a combatir hasta la victoria completa.

Kornílov se sintió presa de vértigo. Su ignorancia política y su limitada mentalidad hacían de él un fácil instrumento de los buscadores de aventuras. Al mismo tiempo que defendía sus prerrogativas personales, ese "hombre de corazón de león y cerebro de carnero" (como caracterizaba a Kornílov el general Alexéiev) se entregaba fácilmente a las influencias ajenas, si éstas coincidían con la voz de su ambición. Miliukov, que siente cierta inclinación por Kornílov, nota en él "una confianza infantil en aquellos que saben adularle". El inspirador inmediato del generalísimo resultó ser un tal Zavoiko, que ostentaba el modesto título de oficial de ordenanza y que era una figura turbia, procedente de una familia de terratenientes; un especulador en petróleo y un aventurero que imponía particularmente a Kornílov por la destreza de su pluma; en efecto, Zavoiko tenía el estilo vivo del bribón que no se detiene ante nada. El oficial de ordenanza era el dictador de la proclama, el autor de la biografía "popular" de Kornílov, de las notas informativas, de los ultimátum y, en general, de los documentos para los que, según la expresión del general, hacía falta "un estilo fuerte y artístico". Se unió a Zavoiko otro buscador de aventuras, llamado Aladlin, exdiputado de la Primera Duma, que había pasado unos cuantos años en la emigración; nunca se quitaba de la boca la pipa inglesa, y por esto se consideraba un especialista en problemas internacionales. Estos dos sujetos eran la mano derecha de Kornílov, al cual ponían en contacto con los focos de la contrarrevolución. Su flanco izquierdo lo cubrían Sávinkov y Filonenko, los cuales, al mismo tiempo que alimentaban la exagerada opinión que el general tenía de sí mismo, se preocupaban de que no se inutilizara en forma prematura a los ojos de la democracia. "Se dirigían a él hombres honrados y poco escrupulosos, sinceros e intrigantes, líderes políticos, militares y aventureros [dice de manera patética el general Denikin], y decían todos unánimemente. ¡Sálvenos usted!" No es cosa fácil determinar en qué proporción estaban los honrados y los poco escrupulosos. En todo caso, Kornílov se consideraba seriamente llamado a "salvar el país", y, por este motivo resultó un competidor directo de Kerensky.

Estos dos rivales se odiaban mutuamente de un modo muy sincero. "Kerensky [dice Martínov] adoptaba un tono altanero en sus relaciones con el viejo general. El modesto Alexéiev y el diplomático Brusílov se dejaban maltratar; pero esta táctica no era aplicable al orgulloso y susceptible Kornílov, el cual... miraba, a su vez, con menosprecio al abogado Kerensky". El más débil de los dos estaba dispuesto a ceder y hacía serias concesiones. En todo caso, a fines de julio, Kornílov decía a Denikin que en los círculos gubernamentales se le proponía que entrase a formar parte del ministerio. "¡Pero no, no aceptaré! Esos señores están demasiado ligados a los sóviets... Lo que yo les digo es lo siguiente: dadme el poder y llevaré la lucha hasta el fin".

A Kerensky el terreno le vacilaba bajo los pies, como un pantano de turba. La salida la buscaba, como siempre, en las improvisaciones verbales: reunir, proclamar, declarar. El éxito personal del 21 de julio, cuando se elevó por encima de los bandos contrincantes de la democracia y de la burguesía, en calidad insustituible, dio a Kerensky la idea de la conferencia nacional en Moscú. Lo que había pasado a puertas cerradas en el Palacio de Invierno, debía ser trasladado a la escena pública. ¡Que el país mismo vea con sus propios ojos que todo se desmoronará si Kerensky no toma en sus manos las riendas y el látigo!

Se: invitó a participar en la conferencia nacional, según la lista oficial, a los "delegados de las organizaciones políticas, sociales, democráticas, nacionales, comerciales, industriales y cooperativas; a los dirigentes de los órganos de la democracia, a los representantes superiores del ejército, de las instituciones científicas, de las universidades, a los diputados de las cuatro dumas". El número de participantes debía ser, según los proyectos, de 1.500; pero se reunieron cerca de 2.500, con la particularidad de que esta ampliación se efectuó enteramente en interés del ala derecha. El órgano de los socialrevolucionarios en Moscú decía en tono de reproche a su gobierno: "Habrá 150 representantes del trabajo, frente a 100 de la clase comercial e industrial. Contra 100 diputados campesinos, se invita a 100 representantes de los terratenientes. Contra 100 delegados del sóviet, habrá 300 miembros de la duma..." El periódico del partido de Kerensky expresaba la duda de que semejante asamblea pudiera dar al gobierno "el punto de apoyo que busca".

Los conciliadores acudieron de mala gana a la conferencia: hay que hacer una tentativa honrosa para llegar a un acuerdo, se decían unos a otros. Pero ¿qué actitud adoptar con respecto a los bolcheviques? Había que impedir a toda costa que se inmiscuyeran en el diálogo de la democracia con las clases poseedoras. El comité ejecutivo publicó una resolución especial, privando del derecho de hacer manifestación alguna a las fracciones de los partidos, sin el consentimiento de la mesa. Los bolcheviques decidieron leer una declaración en nombre del partido y retirarse de la conferencia. La mesa, que seguía celosamente todos sus movimientos, exigió que renunciaran a su criminal propósito. Entonces los bolcheviques devolvieron, sin vacilar, sus tarjetas de entrada. Preparaban una respuesta más imponente: tenía la palabra el Moscú proletario.

Casi desde los primeros días de la revolución, los partidarios del orden oponían, en cada ocasión que se presentaba, el país tranquilo al Petrogrado turbulento. La convocatoria de la asamblea constituyente en Moscú era una de las divisas de la burguesía. El "marxista" nacional-liberal Potressov maldecía a Petrogrado, que se imaginaba ser "un nuevo París". ¡Como si los girondinos no hubieran amenazado con el rayo y con el trueno al viejo París, ni le hubieran propuesto reducir su papel a 1/83! Un menchevique de provincia decía en junio en el congreso de los sóviets: "Cualquier Novodierkask refleja mucho más fielmente las condiciones de la vida en toda Rusia que Petrogrado". En realidad, los conciliadores, lo mismo que la burguesía, buscaban un punto de apoyo, no en el verdadero estado de espíritu del "país", sino en la ilusión consoladora que se habían creado ellos mismos. Ahora, cuando se iba a tomar el pulso político en Moscú, a los organizadores de la conferencia les esperaba un cruel desengaño.

Las asambleas contrarrevolucionarias que se sucedieron en los primeros días de agosto, empezando por el congreso de los terratenientes y terminando por el concilio eclesiástico, no sólo movilizaron a los círculos poseedores de Moscú, sino que pusieron asimismo en pie a los obreros y soldados. Las amenazas de Riabuchinsky, exhortaciones de Rodzianko, la fraternización de los kadetes los generales cosacos, todo ello tenía lugar a la vista de las masas de Moscú, todo ello era utilizado por los agitadores bolcheviques, siguiendo las huellas frescas de las informaciones periodísticas. El peligro de la contrarrevolución tomaba esta vez formas visibles, personales incluso. Una ola de indignación recorrió fábricas y talleres. "Si los sóviets son impotentes [decía el periódico de bolcheviques de Moscú], el proletariado debe estrechar sus filas en torno a sus organizaciones vitales". Se ponían en primer lugar los sindicatos, que se hallaban ya en su mayoría dirigidos por los bolcheviques. El estado de espíritu en las fábricas era tan hostil a la conferencia nacional, que la idea de la huelga general, propugnada desde abajo, fue aceptada sin resistencia casi en la asamblea de los representantes de todas las células de la organización moscovita de bolcheviques. Los sindicatos recogieron la iniciativa. El

sóviet de Moscú se pronunció contra la huelga por 364 votos contra 304. Pero, como en las reuniones de fracción los obreros mencheviques y revolucionarios votaron por la huelga y no hicieron otra cosa que someterse a la disciplina de partido, la decisión del sóviet, cuya renovación no se había efectuado desde hacía mucho tiempo y que, además, la decisión había sido tomada contra la voluntad de su mayoría real, no podía contener a los obreros de Moscú. Una asamblea de los comités de cuarenta y un sindicato decidió invitar a los obreros a una huelga de protesta de veinticuatro horas. Los sóviets de barrio se pusieron en su mayoría al lado del partido y de los sindicatos. Las fábricas exigieron inmediatamente la renovación del sóviet, el cual no sólo se hallaba rezagado respecto de las masas, sino que adoptaba una actitud francamente antagónica a la de estas últimas. En el sóviet del barrio de Zamoskvoriechi, reunido con los comités de fábrica, la demanda de que fueran sustituidos por otros los diputados que habían obrado "contra la voluntad de la clase obrera", recogió 175 votos contra 4 y 19 abstenciones.

Sin embargo, la noche que precedió a la huelga fue de inquietud para los bolcheviques de Moscú. El país seguía el mismo camino que Petrogrado, pero con retraso. La manifestación de julio había fracasado en Moscú: la mayoría no sólo de la guarnición sino también de los obreros no se había atrevido a salir a la calle contra el parecer del sóviet. ¿Qué sucedería ahora? La mañana trajo la respuesta. La oposición de los conciliadores no impidió que la huelga fuera una poderosa manifestación de hostilidad a la coalición y al gobierno. Dos días antes el periódico de los industriales de Moscú decía con todo aplomo: "Que el gobierno de Petrogrado venga pronto a Moscú, que oiga la voz de los santuarios de las campanas, de las sagradas torres del Kremlin".

Hoy la voz de los santuarios ha quedado sofocada por la calma anunciadora de la tormenta.

Piatnitsky, miembro del comité moscovita de los bolcheviques, escribía más tarde: "La huelga fue algo magnífico. No había luz ni tranvías, no trabajaban las fábricas, los talleres y depósitos ferroviarios. Hasta los camareros de los restaurantes fueron a la huelga". Miliukov añadió una nota de color a este cuadro: "Los delegados a la conferencia ... no pudieron tomar el tranvía ni almorzar en el restaurante". Esto les permitió según reconoce el historiador liberal, apreciar mejor la fuerza de los bolcheviques que no habían sido admitidos a la conferencia. *Izvestia*, del sóviet de Moscú, consignaba de un modo contundente la importancia de la manifestación del 12 de agosto: "A pesar de la resolución de los sóviets... las masas han seguido a los bolcheviques". Cuatrocientos mil obreros fueron a la huelga en Moscú y sus alrededores, respondiendo al llamamiento del partido, el cual recibía golpe tras golpe desde hacía cinco semanas y cuyos caudillos se refugiaban aún en la clandestinidad o se hallaban en la cárcel. El nuevo órgano del partido de Petrogrado, *El Proletario*, pudo antes de ser suspendido formular la siguiente pregunta a los conciliadores: "De Petrogrado habéis ido a Moscú; pero de Moscú ¿adónde iréis?".

Los propios amos de la situación debían hacerse esta misma pregunta. En Kiev, Kostroma, Tsaritsin, habían tenido lugar huelgas de protesta generales o parciales de veinticuatro horas. La agitación se extendió por todo el país. Por doquier en los sitios más recónditos los bolcheviques advertían que la conferencia nacional tenía el "carácter evidente de un compló contrarrevolucionario". A fines de agosto el contenido de esta fórmula se manifestó en toda su integridad a los ojos del pueblo.

Los delegados a la conferencia, lo mismo que el Moscú burgués, esperaban una acción de las masas con armas, colisiones, combates; las "jornadas de agosto". Pero la salida de los obreros a la calle hubiera significado dar gusto a los caballeros de San Jorge, a las bandas de oficiales, a los kadetes de las academias militares, a algunos regimientos de caballería que ardían en deseos de tomarse el desquite de la huelga. Echar la guarnición a la calle hubiera significado producir la escisión en la misma y facilitar la obra de la

contrarrevolución, la cual esperaba con el gatillo levantado. El partido no invitó a salir a la calle y los propios obreros, guiados por un instinto certero, evitaron el choque. La huelga de veinticuatro horas era lo que mejor respondía a la situación: era imposible ocultarla, como se había hecho en la conferencia con la declaración de los bolcheviques. Cuando la ciudad se hundió en las tinieblas, toda Rusia vio la mano bolchevique en el interruptor. ¡No, Petrogrado no estaba aislado! "En Moscú, en cuya humildad y en cuyo carácter patriarcal cifraban muchos sus esperanzas, los barrios obreros mostraron inesperadamente los dientes". Así fue como definió Sujánov la significación de ese día. La conferencia de coalición, si bien celebró sus sesiones con la ausencia de los bolcheviques, se vio obligada a reunirse bajo el signo de la revolución proletaria mostrando sus dientes.

Los moscovitas decían bromeando que Kerensky había ido a Moscú para ser "coronado". Pero al día siguiente llegó del cuartel general, con el mismo fin, Kornílov, el cual fue recibido por numerosas delegaciones, entre ellas las del concilio eclesiástico. Al llegar el tren saltaron de éste al andén los tekintsi con sus túnicas rojas y los sables desenvainados y formaron en dos filas. Las damas entusiasmadas arrojaban flores al héroe por entre los centinelas y delegados. El kadete Rodichev terminó su discurso de bienvenida con la siguiente exclamación: "¡Salve usted a Rusia y el pueblo agradecido lo coronará!" Resonaron exclamaciones patrióticas. Morosova, una comerciante millonaria, cayó de hinojos. Los oficiales se llevaron en hombros a Kornílov. Al mismo tiempo que el generalísimo pasaba revista a los caballeros de San Jorge, a la escuela de abanderados, a las centenas de cosacos formados en la plaza de la estación, Kerensky, como ministro de la guerra y rival de Kornílov, pasaba revista a la parada de las tropas de la guarnición de Moscú. Desde la estación, Kornílov, siguiendo el trayecto habitual de los zares, se dirigió hacia la imagen de la Virgen de Iverskaia, donde se celebró un tedeum en presencia de una escolta de musulmanes (tekintsi) envueltos en capas gigantescas. "Esta circunstancia [dice el oficial de cosacos Grekov] conquistó aún más a Kornílov las simpatías de todo el Moscú creyente". Entre tanto, la contrarrevolución procuraba conquistar la calle. Circulaban automóviles por la ciudad arrojando al público copiosamente la biografía de Kornílov con su retrato. Las paredes estaban llenas de carteles que exhortaban al pueblo a ayudar al héroe. Como representante del poder, Kornílov recibía en su vagón a políticos, industriales y financieros. Los representantes de los bancos le hicieron un informe sobre la situación financiera del país. "De todos los miembros de la duma [dice el octubrista Schildlovsky] sólo fue a ver a Kornílov en su vagón Miliukov, el cual sostuvo una conversación, cuyo contenido desconozco, con el general". Posteriormente Miliukov nos ha referido a propósito de esta conversación lo que ha considerado necesario contar.

Con todo esto, la preparación del golpe de estado militar se hallaba ya en su apogeo. Unos días antes de la conferencia, Kornílov dio orden, so pretexto de llevar auxilio a Riga, de que se prepararan cuatro divisiones de caballería para mandarlas sobre Petrogrado. El regimiento de cosacos de Oremburgo fue enviado por el cuartel general a Moscú "para mantener el orden"; pero por disposición de Kerensky se quedó en el camino. En sus declaraciones ante la comisión investigadora de la aventura de Kornílov Kerensky dijo: "Teníamos noticias de que durante la conferencia de Moscú se proclamaría la dictadura". Por tanto, en los días solemnes de la unidad nacional, el ministro de la guerra y el generalísimo del ejército se dedicaban a hacer desplazamientos estratégicos de fuerzas del uno contra el otro. Pero en lo posible se observaba el decoro. Las relaciones entre los dos campos oscilaban entre las promesas de fidelidad oficialmente amistosas y la guerra civil.

En Petrogrado, a pesar de la continencia de las masas (no había sido en balde la experiencia de julio), desde arriba, desde los estados mayores y las redacciones, se difundían con furiosa insistencia rumores sobre un inminente alzamiento de los bolcheviques. Las organizaciones petrogradenses del partido lanzaron un manifiesto donde se ponía en guardia a las masas contra las posibles provocaciones de los enemigos. Entre tanto, el sóviet de Moscú tomaba sus medidas. Se constituyó un comité revolucionario secreto compuesto de seis miembros, a razón de dos delegados por cada uno de los partidos soviéticos, los bolcheviques inclusive. Se dio la orden secreta de que los caballeros de San Jorge, los oficiales y kadetes no cubrieran la carretera en el trayecto que debía seguir Kornílov. A los bolcheviques, a los que había sido cerrado oficialmente el acceso a los cuárteles desde las jornadas de julio, se les daban ahora de buena gana los salvoconductos necesarios: sin los bolcheviques no era posible contar con los soldados. Mientras en la escena pública los mencheviques y los socialrevolucionarios sostenían negociaciones con la burguesía en torno a la creación de un poder fuerte contra las masas dirigidas por los bolcheviques, entre bastidores los mismos mencheviques y socialrevolucionarios preparaban a las masas, junto con los bolcheviques que no habían sido admitidos por ellos en la conferencia, para la lucha contra el compló de la burguesía. Los conciliadores, que no más lejos que la víspera se oponían a la huelga demostrativa, incitaban ahora a los obreros y soldados a prepararse para la lucha. La despectiva indignación de masas no les impedía responder al llamamiento con un espíritu combativo que asustaba más que regocijaba a los conciliadores. Esta escandalosa duplicidad, que tomaba el carácter de perfidia declarada respecto de los dos bandos, habría sido incomprensible si los conciliadores hubieran seguido practicando conscientemente su política: en realidad, no hacían más que sufrir las consecuencias de la misma política.

Hacía tiempo ya que se respiraba en el ambiente la proximidad de grandes acontecimientos. Pero aparentemente nadie preparaba el golpe de estado para los días de la conferencia. En todo caso, ni en los documentos ni en las publicaciones de los conciliadores ni en las memorias del ala derecha se confirman los rumores a que posteriormente ha aludido Kerensky. De momento, no se trataba más que de la preparación. Según Miliukov (y su declaración coincide con el desarrollo ulterior de los acontecimientos), el propio Kornílov había señalado ya antes de la conferencia la fecha para “dar el golpe”: el 27 de agosto. Esta fecha, ni qué decir tiene, era conocida sólo de unos cuantos. Como ocurre siempre en esos casos, los semiiniciados adelantaban el día del gran acontecimiento y los rumores que circulaban por todas partes llegaban a las alturas: parecía que el golpe iba a descargarse de un momento a otro.

Pero precisamente el estado de agitación de los círculos y de la oficialidad era lo que podía conducir en Moscú, si no a una tentativa de golpe de estado, sí a manifestaciones contrarrevolucionarias encaminadas a probar las fuerzas. Más verosímil aún era la tentativa de formar en la conferencia un centro de salvación de la patria que compitiera con los sóviets: la prensa de la derecha hablaba de esto abiertamente. Pero tampoco llegaron hasta ahí las cosas: las masas lo impidieron. Si a alguien se le había ocurrido precipitar el momento de las acciones decisivas, la huelga le haría decir: no es posible coger desprevenida a la revolución; los obreros y soldados están alerta, hay que aplazar la cosa. Hasta las procesiones a la Virgen de Iverskaia, proyectadas por los curas y los liberales de acuerdo con Kornílov, fueron suspendidas.

Tan pronto se puso de manifiesto que no había ningún peligro inmediato, los socialrevolucionarios y mencheviques se apresuraron a hacer ver que no había ocurrido nada. Incluso se negaron a renovar a los bolcheviques los salvoconductos para entrar en los cuarteles, a pesar de que éstos reclamaban con insistencia oradores bolcheviques. “El moro ha hecho su obra”, debían decirse con aire astuto Tsereteli, Dan y Jinchuk, que en

aquel entonces era presidente del sóviet de Moscú. Pero los bolcheviques no se disponían, ni mucho menos, a desempeñar el papel del moro. No hacían más que prepararse para realizar su propia tarea.

Toda sociedad de clases necesita de una voluntad gubernamental única. La dualidad de poderes es por esencia un régimen de crisis social: al mismo tiempo que señalar el punto culminante a que ha llegado la escisión en el país, contiene potencial o abiertamente la guerra civil. Nadie quería ya el poder dual. Por el contrario, todo el mundo ansiaba el poder fuerte, unánime "férreo". Se habían otorgado atribuciones ilimitadas al gobierno de Kerensky, creado en julio. El propósito consistía en colocar de mutuo acuerdo un poder "verdadero" por encima de la democracia y de la burguesía, que se paralizaban mutuamente. La idea de un árbitro de los destinos que se eleve por encima de las distintas clases no es otra cosa que la idea del bonapartismo.

Si se clavan simétricamente dos tenedores en un tapón de corcho, éste, aunque con oscilaciones pronunciadas hacia uno y otro lado, se sostendrá aun cuando sea sobre la cabeza de un alfiler: éste es el modelo mecánico del superárbitro bonapartista. El grado de solidez de un poder tal, si se hace abstracción de las condiciones internacionales, queda determinado por la consistencia del equilibrio de las clases antagónicas en el interior del país. A mediados de mayo, Trotsky definió a Kerensky en la reunión del sóviet de San Petersburgo como "el punto matemático del bonapartismo ruso". La incorporeidad de esta característica muestra que no se trataba de la persona, sino de la función. Como sabemos, a principios de junio todos los ministros, por indicación de sus respectivos partidos, presentaron la dimisión, otorgando a Kerensky la facultad de constituir un nuevo gobierno. El 21 de julio se repitió este experimento en una forma más demostrativa. Los contrincantes imploraban el auxilio de Kerensky: cada uno de ellos veía en él una parte de sí mismo; ambos le juraban fidelidad. Trotsky escribía desde la cárcel: "El sóviet, dirigido por unos políticos que lo temen todo, no se atrevió a asumir el poder. No quedaba más recurso que buscar un gran conciliador, un intermediario, un árbitro".

En el manifiesto dirigido al pueblo por Kerensky, éste, hablando en primera persona, decía: "Yo, como jefe del gobierno..., no me considero con derecho a detenerme ante la circunstancia de que las modificaciones [en la estructura del poder]... acrecienten mi responsabilidad por lo que a la dirección suprema del país se refiere". Es ésta la fraseología sin aliños del bonapartismo. Y, sin embargo, a pesar del sostén de la derecha y de la izquierda, las cosas no fueron más allá de la fraseología. ¿Por qué?

Para que un pequeño corso pudiera levantarse por encima de la joven nación burguesa, era preciso que la revolución hubiera cumplido previamente su misión fundamental: que se diera la tierra a los campesinos y que se formara un ejército victorioso sobre la nueva base social. En el siglo XVIII la revolución no podía ir más allá: lo único que podía hacer era retroceder. En este retroceso se venían abajo, sin embargo, sus conquistas fundamentales. Pero había que conservarlas a toda costa. El antagonismo cada día más hondo, pero sin madurar todavía entre la burguesía y el proletariado, mantenía en un estado de extrema tensión a un país sacudido hasta los cimientos. En estas condiciones se precisaba un "juez nacional". Napoleón dio al gran burgués la posibilidad de reunir pingües beneficios, garantizó a los campesinos sus parcelas, dio la posibilidad a los hijos de los campesinos y a los desheredados del pillaje en la guerra. El juez tenía el sable en la mano y desempeñaba personalmente la misión del alguacil. El bonapartismo del primer Bonaparte estaba sólidamente fundamentado.

El levantamiento de 1848 no dio ni podía dar la tierra a los campesinos: se trataba no de una gran revolución que venía a reemplazar a un régimen con otro, sino de una transformación política sobre la base del mismo régimen social. Napoleón III no tenía tras de sí un ejército victorioso. Los dos elementos principales del bonapartismo clásico

no existían, pero había otras condiciones favorables no menos eficaces. El proletariado, que en medio siglo había crecido, mostró en junio su fuerza amenazadora; sin embargo, resultó aún incapaz de tomar el poder. La burguesía temía al proletariado y su victoria sangrienta sobre él. El campesino-propietario se asustó de la insurrección de junio y quería que el estado le protegiera contra los que podían llevar a cabo el reparto. Por último, la gran prosperidad industrial, que con pequeñas interrupciones duraba desde hacía dos décadas, abría a la burguesía fuentes de enriquecimiento inauditas. Estas condiciones resultaron suficientes para un bonapartismo de epígono.

En la política de Bismarck, que se elevaba a sí mismo "por encima de las clases", había, como se ha indicado más de una vez, elementos indudables de bonapartismo, aunque bajo la cubierta del legitimismo. La consistencia del régimen de Bismarck se hallaba garantizada por el hecho de que, surgido después de una revolución impotente, realizaba en su totalidad o a medias un objetivo nacional tan magno como la unidad alemana, había llevado a cabo tres guerras victoriosas, aportaba el producto de contribuciones onerosas y un poderoso florecimiento capitalista. Con esto había bastante para decenas de años.

La desdicha de los candidatos rusos al papel de Bonaparte no consistía ni mucho menos en que aquéllos no se parecieran no ya al primer Napoleón, sino ni siquiera a Bismarck: la historia sabe servirse de los sucedáneos. Pero tenían contra ellos una gran revolución que aún no había cumplido sus fines ni agotado sus fuerzas: Al campesino que no había obtenido aún la tierra, la burguesía le obligaba a ir a la guerra, para defender la tierra de los grandes propietarios. La guerra no daba más que derrotas. De prosperidad industrial no podía hablarse siquiera; lejos de ello, cada vez era mayor la ruina. Si el proletariado retrocedía, era solamente para apretar más sus filas. Los campesinos no habían hecho más que iniciar su último ataque contra los señores. Las nacionalidades oprimidas pasaban a la ofensiva contra el despotismo rusificador. El ejército, que anhelaba la paz, iba acercándose cada vez más estrechamente a los obreros y a sus partidos. Abajo se cohesionaban las fuerzas; arriba se relajaban. No había equilibrio. La revolución estaba llena de vida. No tiene nada de particular que el bonapartismo se manifestara endeble.

Marx y Engels comparaban el papel del régimen bonapartista en la lucha entre la burguesía y el proletariado, con el papel de la monarquía absoluta antigua en la lucha entre los feudales y la burguesía. Los rasgos de analogía son indudables, pero desaparecen precisamente cuando se manifiesta el contenido social del poder. El papel de árbitro entre los elementos de la vieja y de la nueva sociedad era posible, en un cierto período, en cuanto ambos regímenes de explotación tenían necesidad de defenderse contra los explotados. Pero ya entre los feudales y los siervos campesinos no podía haber un intermedio "imparcial". Al conciliar los intereses de la gran propiedad agraria con el joven capitalismo, la autocracia zarista obraba, respecto de los campesinos, no como un intermediario, sino como un apoderado de las clases explotadoras.

El bonapartismo no era tampoco un juez arbitral entre el proletariado y la burguesía: era en realidad el poder más concentrado de la burguesía sobre el proletariado. El Bonaparte de turno, al poner sus botas sobre las espaldas de la nación, no puede dejar de llevar a cabo una política de protección de la propiedad, de la renta, de los beneficios. Las particularidades del régimen no van más allá de los procedimientos de protección. El guardia no está en la puerta, sino en el tejado de la casa; pero la función es la misma. La independencia del bonapartismo es, en un grado extraordinario, exterior, demostrativa, decorativa: su símbolo es el manto imperial.

Bismarck, al mismo tiempo que explotaba con habilidad el miedo del burgués ante los obreros, era invariablemente en todas sus formas políticas y sociales el representante

de las clases poseedoras, a las que nunca traicionó. Pero la presión creciente del proletariado le permitía sin duda elevarse por encima de los junkers y de los capitalistas, en calidad de sólido árbitro burocrático: en esto consistía su función.

El régimen soviético permite una independencia considerable del poder con respecto al proletariado y a los campesinos, por consiguiente, también "un arbitraje" entre el uno y el otro, en la medida en que los intereses de los mismos, aunque originen roces y conflictos, no son, sin embargo, irreconciliables en su base. Pero no sería fácil encontrar un árbitro "imparcial" entre el estado soviético y el estado burgués, por lo menos en la esfera de los intereses fundamentales de ambas partes. Lo que impide a la Unión Soviética adherirse a la Sociedad de las Naciones en la palestra internacional son las mismas causas sociales que en el marco nacional excluyen la posibilidad de "imparcialidad" real, no decorativa, del poder en la lucha entre la burguesía y el proletariado...

El kerenskysmo carecía de la fuerza del bonapartismo, pero tenía todos sus vicios. No se elevaba por encima de la nación, más que para desmoralizarla con su propia impotencia. Si verbalmente los jefes de la burguesía y de la democracia prometían "obedecer" a Kerensky, en la práctica, el árbitro todopoderoso obedecía a Miliukov y, sobre todo, a Buchanan. Kerensky continuó la guerra imperialista, defendió la propiedad de los grandes terratenientes contra todo atentado, aplazó las reformas sociales hasta mejores tiempos. Si su gobierno era débil, ello obedecía a las mismas causas por las que la burguesía no podía poner en el poder a sus hombres. Sin embargo, a pesar de toda la insignificancia del "gobierno de salvación", su carácter conservador-capitalista crecía paralelamente con el acrecentamiento de su "independencia".

El hecho de que comprendieran que el régimen de Kerensky era una forma ·de dominación burguesa inevitable para aquel período, no excluía, por parte de los políticos burgueses, ni un descontento extremo con respecto a Kerensky, ni su decisión de librarse de él lo más pronto posible. Entre las clases poseedoras no había divergencias, por lo que se refería a la necesidad de oponer una figura del propio medio al árbitro nacional propugnado por la democracia pequeñoburguesa. ¿Por qué precisamente Kornílov y no otro? El candidato a Bonaparte debía responder al carácter de la burguesía rusa, rezagada, divorciada del pueblo, decadente, inepta. En el ejército, que casi no conocía más que derrotas humillantes, no era fácil encontrar un general popular. Si apareció Kornílov, fue mediante la exclusión de los candidatos restantes, aún más inservibles.

Los conciliadores y los liberales no podían unirse seriamente en una coalición ni coincidir en un candidato a salvador de la patria: se lo impedían los fines no realizados de la revolución. Los liberales no tenían confianza en los demócratas. Los demócratas no tenían confianza en los liberales, Kerensky, es verdad, abría sus brazos a la burguesía; pero Kornílov daba a entender de un modo inequívoco que aprovecharía la primera ocasión para retorcer el pescuezo a la democracia. El choque entre Kornílov y Kerensky, que se desprendía inexorablemente de todos los acontecimientos precedentes, era la traducción de las contradicciones del poder dual al lenguaje de la ambición personal.

De la misma manera que en el seno del proletariado petrogradés y de la guarnición se había formado a comienzos de junio un flanco impaciente, descontento de la política excesivamente prudente de los bolcheviques, entre las clases poseedoras se acumuló a principios de agosto una actitud de impaciencia ante la política expectante de los dirigentes kadetes. Este estado de espíritu halló su expresión, por ejemplo, en el congreso kadete, en el que resonaron voces a favor del derrumbamiento de Kerensky. La impaciencia política se manifestó de un modo más acentuado fuera de las filas del partido kadete, en los estados mayores (donde se vivía con el miedo constante a los soldados), en los bancos, que se ahogaban en las olas de la inflación, en las haciendas señoriales, donde

los tejados ardían sobre las cabezas de la nobleza. "¡Viva Kornílov!" se convirtió en la consigna de la esperanza, de la desesperación, de la sed de venganza.

Kerensky, si bien estaba conforme en un todo con el programa de Kornílov, discutía únicamente los plazos: "No se debe hacer todo de una vez". Miliukov, que reconocía la necesidad de separarse de Kerensky, objetaba a los impacientes: "Ahora, todavía es pronto". De la misma manera que de la explosión de las masas de Petrogrado surgió la semiinsurrección de julio, de la impaciencia de los propietarios surgió la sublevación de Kornílov, en agosto. Y de igual suerte que los bolcheviques se vieron precisados a colocarse en el terreno de la manifestación armada para garantizar su éxito, si era posible, y preservarla en todo caso del desastre, los kadetes se vieron obligados con los mismos fines, a colocarse en el terreno de la sublevación de Kornílov. En estos límites, se observa una sorprendente simetría. Pero en el marco de esta simetría son completamente opuestos. La marcha de los acontecimientos nos mostrará esta oposición en toda su amplitud.

La conferencia nacional en Moscú

Si el símbolo es una imagen concentrada, la revolución es la gran creadora de los símbolos, ya que nos presenta todos los hechos y relaciones en forma concentrada. Es preciso solamente señalar que el simbolismo de la revolución es demasiado grandioso y entra difícilmente en el marco de la creación individual. Por eso es tan pobre la reproducción artística de los más grandes dramas de la humanidad.

La conferencia nacional de Moscú fracasó, como fácilmente podía preverse, sin haber creado ni resuelto nada. En cambio, ha dejado al historiador un clisé inapreciable, aunque negativo, de la revolución, en el que la luz aparece como sombra, la debilidad como fuerza, la avidez como desinterés, la perfidia como valor supremo. El partido más poderoso de la revolución, ese mismo partido que diez semanas después había de asumir el poder, quedó fuera de la conferencia, como algo que no merecía ninguna atención. En cambio, fue aceptado un "partido del socialismo evolutivo" que nadie conocía. Kerensky se presentó como la encarnación de la fuerza y de la voluntad. De la coalición, que había dado ya todo lo que podía dar de sí en el pasado, se hablaba como de un medio de salvación para el futuro. Kornílov, odiado por millones de soldados, fue saludado como el jefe amado del ejército y del pueblo. Los monárquicos y los "centurias negras" se deshicieron en manifestaciones de amor hacia la asamblea constituyente. Diríase que todos aquellos que estaban llamados a desaparecer en breve de la escena política se habían puesto de acuerdo para desempeñar por última vez sus mejores papeles. Con todas sus fuerzas se apresuraban a decir: he aquí lo que quisiéramos ser, lo que podríamos ser si nadie nos estorbara. Pero les estorbaban los obreros, los soldados, los campesinos, las nacionalidades oprimidas. Docenas de millones de "esclavos en rebeldía" no les dejaban manifestar su fidelidad a la revolución. En Moscú, donde habían buscado un refugio, la huelga les pisaba los talones. Perseguidos por la "ignorancia" y la "demagogia", los 2.500 hombres que llenaban el teatro se prometían mutuamente en silencio no destruir la ilusión escénica. De la huelga no hablaba nadie. Todo el mundo procuraba no nombrar a los bolcheviques. Sólo Plejánov aludió de pasada al "triste recuerdo de Lenin", como si se tratara de un adversario definitivamente liquidado. El clisé negativo fue, pues, mantenido hasta el fin: en el reino de las sombras de ultratumba que se presentaban como las "fuerzas vivas del país", el auténtico caudillo popular no podía aparecer más que como un difunto político.

"La brillante sala de espectáculos [dice Sujánov] se dividía en dos sectores bien delimitados: a la derecha estaba la burguesía, a la izquierda la democracia. A la derecha, en las plateas y en los palcos, se veían no pocos uniformes de generales; a la izquierda, uniformes de suboficiales y grados inferiores. Frente al escenario, en el palco del exzar, estaban los representantes diplomáticos de las potencias aliadas y amigas... Nuestro grupo de extrema izquierda ocupaba un pequeño rincón en una platea". La extrema izquierda, como resultado de la ausencia de los bolcheviques, apareció representada por los amigos de Mártov.

A las cuatro hizo su aparición en escena Kerensky, acompañado de dos jóvenes oficiales, uno del ejército y otro de la armada, que permanecieron en pie todo el tiempo que duró la sesión, como encarnación viva de la fuerza del poder revolucionario, a la espalda del presidente, cual si les hubieran clavado allí. Para no herir la susceptibilidad

de los elementos de la derecha con el nombre de la república (así se había convenido de antemano), Kerensky saludó a los "representantes de la tierra rusa" en nombre del gobierno del "estado ruso". "Bajo la influencia de los últimos días [dice el historiador liberal], el tono fundamental del discurso, en vez de ser el de la dignidad y de la confianza..., fue el de un miedo mal disimulado que se hubiera dicho que el orador tendía a ahogar con tonantes palabras de amenaza." Kerensky, sin nombrar directamente a los bolcheviques, empezó, sin embargo, con palabras de intimidación dirigidas a los mismos: toda nueva tentativa de atentado al poder "será sofocada con el hierro y la sangre". Las dos alas de la conferencia se fundieron en una ovación estruendosa. Siguió después una amenaza a Kornílov, que no había llegado todavía: "Sean los que sean los ultimátum que me presente, sabré someter su voluntad al Poder Supremo y a mí, su jefe". Esta amenaza provocó asimismo aplausos entusiastas, pero ya únicamente en el ala izquierda de la conferencia. Kerensky habla sin cesar de sí mismo como "jefe supremo", pues tiene necesidad de recordarlo. "Yo, vuestro ministro de la guerra y vuestro jefe supremo, os digo a vosotros, a los que habéis venido del frente..., que en el ejército no hay voluntad ni poder superiores a la voluntad y el poder del gobierno provisional". La democracia acoge con entusiasmo estos disparos hechos con pólvora sola. creyendo que de este modo no se verá en la necesidad de recurrir al plomo.

"Todas las mejores fuerzas del pueblo y del ejército [afirma el jefe del gobierno] asociaban la victoria de la revolución rusa a nuestra victoria en el frente. Pero nuestras esperanzas fueron pisoteadas, nuestra fe ha sido escarnecida". Tal es el balance lírico de la ofensiva de junio. Él, Kerensky, está dispuesto, de todos modos, a combatir hasta alcanzar la victoria. Respecto del peligro de una paz en perjuicio de los intereses de Rusia (camino señalado por la proposición de paz del Papa de 4 de agosto), Kerensky elogia la noble fidelidad de los Aliados. "Yo, en nombre del gran pueblo ruso, no digo más que una cosa: que no esperábamos ni podíamos esperar otra actitud". La ovación tributada al palco de los diplomáticos aliados hace que se ponga en pie todo el mundo, excepto algunos internacionalistas y los pocos bolcheviques presentes en la conferencia como representantes de los sindicatos. Del palco de los oficiales parte un grito: "¡Mártov, a levantarse!" Mártov, dicho sea en honor suyo, tuvo la suficiente firmeza para no ponerse de hinojos ante el desinterés de la *Entente*.

A los pueblos oprimidos de Rusia, que aspiraban a dar un nuevo curso a sus destinos, dirigió Kerensky algunas reflexiones morales, entreveradas de amenazas: "Nosotros, que sufríamos y padecíamos en las cadenas de la autocracia zarista [decía, atribuyéndose cadenas ajenas], no hemos ahorrado nuestra sangre en aras de la felicidad de todos los pueblos". A las nacionalidades oprimidas se les recomendaba que, por gratitud, soportaran un régimen que les negaba sus derechos.

¿Dónde está la salida? "¿Sentís el ardor en vuestros pechos?... ¿Sentís en vosotros la fuerza y la voluntad que os impulsan al orden, a los sacrificios y al trabajo? ¿Daréis aquí el espectáculo de una gran fuerza nacional estrechamente unida?" Estas palabras se pronunciaban el día de la huelga de protesta de Moscú, en las horas en que avanzaba enigmáticamente la caballería de Kornílov. "Perderemos la vida pero salvaremos el país". El gobierno de la revolución no podía ofrecer nada más al pueblo.

"Muchos representantes de provincias [dice Miliukov] veían a Kerensky por primera vez y se marcharon en parte decepcionados y en parte indignados. Ante ellos se hallaba un joven de rostro pálido y fatigado en una "pose" de actor... Diríase que ese hombre quería intimidar a alguien y producir una impresión de fuerza y poder al estilo antiguo. En realidad, no provocaba más que lástima".

Las intervenciones de los demás miembros del gobierno pusieron de manifiesto no tanto su inconsistencia personal, cuanto la bancarrota del sistema de conciliación. La

gran idea que el ministro del interior, Avksentiev, sometió al juicio del país fue la creación de un cuerpo de comisarios móviles. El ministro de industria exhortó a los patronos a que se contentaran con beneficios modestos. El ministro de hacienda prometió la rebaja de las contribuciones directas de las clases poseedoras y el aumento de los impuestos indirectos. El ala derecha cometió la imprudencia de cubrir estas palabras con ruidosos aplausos, en los que observó Tsereteli, no sin timidez, una falta de espíritu de sacrificio. Al ministro de agricultura, Chernov, se le había dado la orden de guardar silencio, a fin de no excitar a los aliados de la derecha con el espectro de la expropiación de la tierra. En interés de la unidad nacional, se decidió fingir que la cuestión agraria no existía. Los conciliadores no opusieron a ello ningún obstáculo. La verdadera voz del campesino no resonó en la tribuna. Sin embargo, precisamente en aquellas semanas de agosto, el movimiento agrario se extendía por todo el país para transformarse en el otoño en una guerra campesina irresistible.

Después de un día de tregua, destinado a inspeccionar y movilizar las fuerzas de los dos bandos, la sesión del 14 se abrió en una atmósfera de extrema tensión. Al aparecer Kornílov en el palco, la derecha de la conferencia le tributa una clamorosa acogida. La izquierda permanece sentada casi en su totalidad. Del palco de los oficiales surgen gritos de: "¡Levantarse!", mezclados con insultos groseros.

Al aparecer el gobierno, la izquierda tributa a Kerensky una prolongada ovación, en la cual, como atestigua Miliukov, "esta vez no toma parte, de un modo igualmente demostrativo, la derecha, que permanece sentada". En esas tempestades de aplausos, que se cruzaban hostilmente, se presentían las próximas contiendas de la guerra civil. Entre tanto, seguían en el estrado, bajo el nombre de gobierno, los representantes de los dos bandos de la sala, y el presidente, que cautelosamente había tomado medidas militares contra el generalísimo, no se olvidó de presentar a éste como la encarnación de la "unidad del pueblo ruso". Fiel al papel que se había asignado, Kerensky exclamó: "Os propongo a todos que saludéis, en la persona del generalísimo en jefe aquí presente, al ejército que ha perecido valerosamente por la patria y la libertad". En la primera sesión se había dicho respecto de ese mismo ejército: "Nuestras esperanzas fueron pisoteadas, nuestra fe ha sido escarnecida". Pero era igual, se había encontrado la frase salvadora: la sala se pone en pie y aplaude ruidosamente a Kornílov y a Kerensky… Una vez más se había salvado la unidad de la nación.

Tomadas de la garganta por la irremisible fatalidad de la historia, las clases dominantes decidieron recurrir a la mascarada histórica. Por lo visto, se imaginaban que, si se presentaban una vez más ante el pueblo en todas sus metamorfosis, serían más imponentes y fuertes. Como expertos de la conciencia nacional se hizo aparecer en escena a los representantes de las cuatro dumas. Las disensiones internas, antes tan agudas, desaparecían; todos los partidos de la burguesía se unían sin dificultad a base del "programa ajeno a partidos y clases" elaborado por los hombres públicos que unos días antes habían mandado un telegrama de salutación a Kornílov. En nombre de la Primera Duma (¡1906!), el kadete Nabokov rechazó "la idea misma de la posibilidad de una paz separada". Esto no impidió al político liberal relatar en sus memorias que él, lo mismo que muchos directivos kadetes, veía en la paz separada el único camino de salvación. De la misma manera, los representantes de las demás dumas zaristas exigieron, ante todo, de la revolución, un tributo de sangre.

"¡Tiene usted la palabra, general!" La conferencia llega al momento crítico. ¿Qué dirá el generalísimo en jefe, al que ha intentado Kerensky persuadir con insistencia, pero inútilmente, a que se limite a dar una idea de la situación militar? He aquí cómo relata la escena Miliukov, testigo presencial: "La figura baja, pero fuerte, de un hombre de rasgos calmucos, ojos pequeños, negros y penetrantes, en que brillaban chispas de malignidad,

apareció en la escena. Los aplausos hacen estremecer la sala, todo el mundo se pone en pie, excepto... los soldados". A los delegados que permanecen sentados les dirigen desde la derecha gritos de indignación, mezclados con insultos: "¡Granujas!... ¡Levantaos!..." De los bancos de los delegados que no se han levantado surge un grito: "¡Esclavos!" El griterío se convierte en tormenta. Kerensky pide que se escuche tranquilamente al "primer soldado del gobierno provisional". Kornílov, con voz dura, áspera e imperiosa, como corresponde a un general que se dispone a salvar al país, leyó un discurso escrito para él por el aventurero Zavoiko, bajo el dictado del aventurero Filonenko. El discurso, por el programa que propugnaba, era mucho más moderado que el propósito a que servía de introducción. Kornílov no se recataba de presentar el estado del ejército y la situación del frente con los colores más sombríos, con la intención evidente de asustar. Constituía el punto central del discurso el pronóstico respecto a las operaciones militares: "...El enemigo llama ya a las puertas de Riga, y si la inconsistencia de nuestro ejército no nos da la posibilidad de mantenernos en las orillas del golfo de Riga, quedará abierto el camino de Petrogrado". Al llegar aquí, Kornílov asesta un golpe al gobierno, sin andarse con cumplidos: "Si este ejército se ha visto convertido en una turba que ha perdido la cabeza y no piensa más que en salvar la piel, ha sido gracias a una serie de medidas legislativas adoptadas después de la revolución por gente extraña al espíritu y a la mentalidad del ejército". La cosa es clara: no hay salvación para Riga y el generalísimo habla de ello abiertamente, en tono de reto, ante todo el mundo, como invitando a los alemanes a tomar la ciudad indefensa. ¿Y Petrogrado? La idea de Kornílov es ésta: si se me da la posibilidad de realizar mi programa, es posible que Petrogrado se salve; pero ¡apresuraros! El periódico de los bolcheviques en Moscú decía: "¿Qué es esto, una advertencia o una amenaza? La derrota de Tarnopol ha hecho generalísimo a Kornílov. La rendición de Riga puede hacerle dictador". Esta idea respondía a los propósitos de los conjurados mucho más de lo que pudieran suponer los bolcheviques más suspicaces.

El concilio eclesiástico, que participó en el pomposo recibimiento de Kornílov, manda en auxilio del generalísimo a uno de sus miembros más reaccionarios, el arzobispo Platón. "Se os acaba de trazar el cuadro desolador que ofrece el ejército [decía este representante de las fuerzas vivas]. Pero yo he venido para decir a Rusia desde este sitio: no te inquietes, querida; no temas; adorada... Si es preciso un milagro para salvar a Rusia, Dios lo hará, si la Iglesia lo implora..." Los señores de la Iglesia Ortodoxa preferían, para guardar sus bienes, echar mano de los cosacos. La médula del discurso no consistía, sin embargo, en esto. El arzobispo se lamentaba de que en los discursos del gobierno "no apareciera ni una sola vez el nombre de Dios" ni tan siquiera para menospreciarlo. De la misma manera que Kornílov acusaba al gobierno de la revolución de desmoralizar al ejército, Platón acusaba de impiedad criminal "a los que se hallan actualmente al frente de nuestro devoto pueblo". Esos eclesiásticos que se habían puesto de rodillas ante Rasputín, se atrevían ahora a acusar públicamente al gobierno de la revolución.

El general Kaledin, cuyo nombre sonaba insistentemente en aquel período como el de una de las figuras más sólidas del partido militar, leyó una declaración en nombre de la 12ª división cosaca. Kaledin, que, según uno de sus panegiristas, "no deseaba ni sabía adular a la multitud", "se separó a causa de ello del general Brusílov y fue destituido del mando del ejército como hombre que no respondía el espíritu de los tiempos". Ese general de cosacos, que regresó al Don a principios de mayo, no tardó en ser elegido atamán de las fuerzas de aquella región. Como jefe de las tropas cosacas más viejas y fuertes, se le había encargado presentar el programa de los sectores cosacos privilegiados. La declaración, después de rechazar la sospecha de contrarrevolución, recordaba poco amablemente a los ministros socialistas que éstos, en el momento de peligro, habían solicitado la ayuda de los cosacos contra los bolcheviques. El sombrío general conquistó

inesperadamente el corazón de los demócratas al pronunciar con énfasis la palabra que Kerensky no se atrevía a proferir en voz alta: *república*. La mayoría de la sala, y muy en especial el ministro Chernov, aplaudió al general cosaco, el cual exigía seriamente de la república lo que no había podido dar la autocracia. Napoleón había predicho que Europa sería cosaca o republicana. Kaledin se mostraba conforme con ver a Rusia republicana a condición de que no dejara de ser cosaca. Al leer las palabras "en el gobierno no debe haber sitio para los derrotistas", el desagradecido general se volvió insolentemente hacia el desventurado Chernov. La reseña de un periódico liberal señala: "Todas las miradas se fijan en Chernov, que baja la cabeza". Kaledin, que no estaba atado por una situación oficial, desarrolló hasta el fin el programa militar de la reacción: suprimir los comités, restablecer el poder de los jefes, poner en igualdad de condiciones el interior y el frente, revisar los derechos de los soldados (es decir, reducirlos a nada). Los aplausos de la derecha se fundieron con las protestas e incluso los silbidos de la izquierda. "La asamblea constituyente debe ser convocada en Moscú para que pueda llevar a cabo 'una labor tranquila y sistemática'". El discurso, preparado antes de la conferencia, fue leído por Kaledin al día siguiente de la huelga general, cuando la frase relativa a la "labor tranquila" en Moscú parecía una burla. La intervención del republicano cosaco elevó la temperatura de la sala hasta la ebullición, e incitó a Kerensky a dar muestras de autoridad: "En esta asamblea nadie puede dirigirse al gobierno con exigencias". Pero entonces, ¿por qué había sido convocada la conferencia? El popular "centuria negra" Purichkevich gritó desde su banco: "¡Desempeñamos el papel de comparsas del gobierno!" Dos meses antes, este organizador de pogromos aún no se atrevía a levantar la cabeza.

La declaración oficial de la democracia, interminable documento que intentaba dar respuesta a todas las cuestiones sin resolver ninguna de ellas, fue leída por el presidente del comité ejecutivo central, Chjeidze, acogido con calurosos aplausos por la izquierda. Las aclamaciones de "¡Viva el jefe de la revolución rusa!" debían inmutar a este modesto caucasiano que se sentía cualquier cosa antes que jefe. Como para justificarse, la democracia declaraba que "no aspiraba al poder, no deseaba ejercer ningún monopolio y que estaba dispuesta a sostener a todo gobierno que fuese capaz de salvaguardar los intereses del país y de la revolución. Pero no se podían suprimir los sóviets, pues sólo ellos habían salvado al país de la anarquía. No se podían suprimir los comités del ejército, pues eran los únicos capaces de asegurar la continuación de la guerra. Las clases privilegiadas debían hacer alguna concesión en interés de la causa común. Sin embargo, los intereses de los terratenientes debían ser protegidos contra los actos de expropiación espontánea. La solución del problema de las nacionalidades debía ser aplazada hasta la asamblea constituyente. Sin embargo, era necesario llevar a cabo las reformas más inaplazables. La declaración no decía ni una palabra sobre la política activa de paz. En general el documento parecía destinado a provocar la indignación de las masas sin dar satisfacción a la burguesía.

En un discurso evasivo y gris, el representante del comité ejecutivo campesino hizo una alusión a la consigna *tierra y libertad*, por la que "han perecido nuestros mejores combatientes". La reseña de la prensa de Moscú señala un episodio que no figura en la reseña taquigráfica oficial: "Toda la sala se levanta y tributa una ruidosa ovación a los expresos de Schlusselburgo, sentados en un palco". ¡Asombrosa mueca de la revolución! "Toda la sala" rinde homenaje a los expresidiarios políticos que la monarquía de Alexéiev, Kornílov, Kaledin, el arzobispo Platón, Rodzianko, Guchkov y, en el fondo, Miliukov, no había tenido tiempo de estrangular en su cárcel. Los verdugos o sus cómplices quieren adornarse con la aureola del martirio de sus propias víctimas.

Quince años antes, los jefes de la derecha presentes en la sala habían celebrado el segundo centenario de la conquista de la fortaleza de Schlusselburgo por Pedro I. *Iskra*,

periódico del ala revolucionaria de la socialdemocracia, escribía en aquellos días: "¡Cuánta indignación despertará en los pechos esta fiesta patriótica en la isla maldita en que fueron ejecutados Minako, Michkin, Rogachev, Stromberg, Ulianov, Gueneralov, Ossipanov, Andriuchkin y Chevirev; ante esas tumbas de piedra en que Klimenko se ahorcó, Grachevsky se roció con petróleo y luego se pegó fuego a su propio cuerpo; donde Sofía Ginsburg se suicidó hundiéndose unas tijeras en el corazón; bajo esos muros en que Shedrin, Yuvachev, Konachevich, Pojitonov, Ignati-Ivanov, Aronchik y Tijonovich se sumieron en la noche sombría de la locura y docenas de otros perecieron a consecuencia del agotamiento, del escorbuto y de la tisis! ¡Entregaos a las bacanales patrióticas, pues hoy todavía sois los señores de Schlusselburgo!" El epígrafe de *Iskra* eran las palabras de una carta de los presidiarios decembristas a Puchkin: "De la chispa surgirá la llama". La llama surgió y redujo a cenizas la monarquía y su presidio de Schlusselburgo. Y he aquí que hoy, en la sala de la conferencia nacional, los carceleros de ayer tributan una ovación a las víctimas arrancadas a sus garras por la revolución. Pero así y todo, lo más paradójico era el hecho de que carceleros y detenidos se fundieran efectivamente en un sentimiento de odio común hacia los bolcheviques, hacia Lenin, exinspirador de *Iskra*, hacia Trotsky, autor de las líneas citadas más arriba; hacia los obreros revoltosos y los soldados insumisos que llenaban las cárceles de la república.

El nacional-liberal Guchkov, presidente de la Tercera Duma, que en otro tiempo no había aceptado a los diputados de izquierda en la comisión de defensa y que por este motivo fue nombrado por los conciliadores primer ministro de la guerra de la revolución, pronunció el discurso más interesante, en el cual, sin embargo, la ironía luchaba en vano con la desesperación: "Pero ¿por qué..., por qué [decía aludiendo a unas palabras de Kerensky] los representantes del poder se han dirigido a nosotros presas de una 'inquietud', de un 'temor' mortales, con gritos dolorosos, histéricos, de desesperación, y por qué esa inquietud, esos gritos hallan asimismo en nuestro espíritu el mismo dolor ardiente, la misma angustia de la agonía?". En nombre de los que antes dominaban, mandaban, perdonaban y castigaban, este aplomado comerciante moscovita confesaba públicamente la angustia mortal que le sobrecogía. "Este poder [decía] es una sombra de poder." Guchkov tenía razón; pero tampoco él, antiguo compinche de Stolypin, no era más que su propia sombra.

Precisamente el mismo día en que se inauguró la conferencia, apareció en el periódico de Gorki un artículo en que se hablaba de los pingües beneficios que había producido a Rodzianko el suministro de accesorios inservibles para los fusiles. Esta revelación inoportuna, formulada por Karajan, futuro diplomático soviético, a quien entonces nadie conocía, no impidió que el chambelán pronunciara dignamente en la conferencia un discurso en defensa del programa patriótico de los que negociaban con los aprovisionamientos de guerra. Todo el mal provenía de que el gobierno provisional no hubiera obrado de acuerdo con la duma, "única representación completamente legítima y realmente popular". Esto pareció ya excesivo. En los bancos de la izquierda, los delegados se reían. Resonaron gritos de: "¡3 de junio!" En otro tiempo, esta fecha (3 de junio de 1907, día en que fue pisoteada la constitución que había sido otorgada) ardía, como el estigma del presidiario, en la frente de la monarquía y de los partidos que la sostenían. Ahora se convertía en un recuerdo desvaído. Y el propio Rodzianko, corpulento e imponente, que tronaba con su voz de bajo en la tribuna, parecía más bien un monumento vivo del pasado que una figura política.

El gobierno opone a los ataques del interior los estímulos del exterior llegados con la mayor oportunidad. Kerensky da lectura a un telegrama de salutación del presidente de Estados Unidos, Wilson, en el que se promete "el apoyo moral y material al gobierno de Rusia para el éxito de la causa que une a ambos pueblos y con la cual no persiguen

ninguna finalidad egoísta". Los nuevos aplausos ante el palco diplomático no pueden sofocar la inquietud que el telegrama de Washington suscita en la derecha; el elogio al desinterés significaba de un modo demasiado evidente para los imperialistas rusos la receta de una dieta de hambre.

En nombre de la democracia conciliadora, Tsereteli, su jefe reconocido, defendió a los sóviets y a los comités del ejército en la forma en que se defiende por honor la causa perdida de antemano. "No puede retirarse el andamio cuando no se ha terminado todavía el edificio de la Rusia revolucionaria libre". Después de la revolución, "las masas populares, en el fondo, no tenían confianza en nadie más que en sí mismas": sólo los esfuerzos de los sóviets conciliadores dieron a las clases poseedoras la posibilidad de mantenerse en la superficie, aunque no fuera más que en los primeros momentos y sin el confort habitual. Tsereteli señalaba como un mérito particular de los sóviets el haber "cedido al gobierno de coalición todas las funciones estatales"; ¿acaso este sacrificio "fue arrebatado a la democracia por la fuerza"? El orador parecía el comandante de una fortaleza que se vanagloriase públicamente de haber entregado sin combate la posición que se le había confiado... Y en los días de julio, "¿quién hizo una muralla de su pecho, defendiendo al país contra la anarquía?". De la derecha surgió una voz: "¡Los cosacos y los junkers!" Estas palabras estallaron como un latigazo en el torrente democrático de lugares comunes. El ala burguesa de la conferencia comprendía perfectamente los servicios que habían prestado los conciliadores para salvarla. Pero la gratitud no es un sentimiento político. La burguesía se apresuraba a sacar conclusiones de los servicios que le había prestado la democracia: terminaba el capítulo de los socialrevolucionarios y mencheviques, y se ponía a la orden del día el capítulo de los cosacos y junkers.

Tsereteli enfocó con particular prudencia el problema del poder. En el transcurso de los últimos meses se habían efectuado elecciones a las dumas municipales y, en parte, a los zemstvos, a base del sufragio universal. ¿Y qué había resultado de ello? En la conferencia nacional, las delegaciones de las municipalidades aparecieron en la izquierda, al lado de los sóviets y bajo la dirección de esos mismos partidos, los socialrevolucionarios y los mencheviques. Si los kadetes se proponían insistir en su exigencia de que se liquidara toda dependencia del gobierno con respecto a la democracia, ¿qué necesidad había entonces de la asamblea constituyente? Tsereteli no hizo más que señalar los contornos de este razonamiento, pues, de haberlo llevado hasta las últimas consecuencias, se hubiera visto obligado a condenar la coalición con los kadetes como algo que se hallaba en contradicción incluso con la democracia formal. Se acusaba a la revolución de hablar excesivamente de paz. Pero ¿acaso no comprendían las clases pudientes que la consigna de paz era el único medio de continuar la guerra? Quien se hacía cargo de esto era la burguesía; lo único que quería era tomar asimismo en sus manos ese medio junto con el poder. Tsereteli terminó su discurso entonando un himno en honor de la coalición. En aquella sala escindida y que no encontraba modo de salir del atolladero, los lugares comunes de la tendencia conciliadora resonaron por última vez con un matiz de esperanza. Pero ¿es que acaso Tsereteli era ya también en realidad, algo más que su propio espectro?

En nombre del ala derecha de la democracia contestó Miliukov, representante sereno y desesperanzado de unas clases a las que la historia cerraba el camino de una política serena. En su *Historia*, el jefe del liberalismo refiere, en forma suficientemente expresiva, su propio discurso en la conferencia nacional. "Miliukov hizo... un resumen conciso, basándose en los hechos, de los errores de la 'democracia revolucionaria', y trazó el balance de los mismos: capitulación en lo que se refiere a la 'democratización del ejército', acompañada de la retirada de Guchkov; capitulación en la cuestión de la política exterior 'zimmerwaldiana', acompañada de la retirada del ministro de asuntos extranjeros

(Miliukov); capitulación ante las reivindicaciones utópicas de la clase obrera acompañada de la retirada del ministro de industria y comercio, Konoválov, capitulación ante las tendencias expropiadoras de las masas en la cuestión agraria..., provocó la retirada del primer presidente del gobierno provisional, príncipe Lvov". Era un cuadro clínico que no estaba del todo mal. Por lo que a los remedios se refiere, Miliukov no fue más allá de las medidas policíacas: había que estrangular a los bolcheviques. "Ante la evidencia de los hechos [decía señalando a los conciliadores], estos grupos más moderados se han visto obligados a admitir que entre los bolcheviques hay criminales y traidores. Pero hasta ahora no admiten que la idea fundamental que une a esos partidarios de las acciones anarcosindicalistas sea criminal". (*Aplausos*).

El mansísimo Chernov seguía apareciendo como el eslabón que unía a la coalición con la revolución. Casi todos los oradores del ala derecha, Kaledin, los kadetes, Maklakov y Astrov, atacaron a Chernov, al que se había dado previamente orden de callar, y al que nadie defendió. Miliukov, por su parte, recordó que el ministro de agricultura "había estado personalmente en Zimmerwald y en Kienthal, donde presentó las resoluciones más violentas". Era éste un tiro certero: antes de ser ministro de la guerra imperialista, Chernov había puesto su firma al pie de algunos documentos de la izquierda de Zimmerwald, esto es, de la fracción de Lenin.

Miliukov no ocultó a la conferencia, que desde el principio había sido adversario de la coalición, por considerar que sería "no más fuerte, sino más débil que el gobierno salido de la revolución", esto es, que el gobierno Guchkov-Miliukov. Y en el presente "mucho temía que la composición del gobierno... no dé garantías de seguridad a las personas y a la propiedad". Pero de todas maneras Miliukov prometía su apoyo al gobierno, "en forma voluntaria y sin discusión". La perfidia de esta generosa promesa se pone completamente de manifiesto dos semanas después. En el momento en que fue pronunciado, el discurso no provocó el entusiasmo de nadie, pero tampoco originó protestas ruidosas. Al empezar y al terminar el orador escuchó unos cuantos aplausos, más bien fríos.

En su segundo discurso, Tsereteli se redujo a persuadir, a jurar, a gemir: "¿No veis que todo esto se hace por vosotros? ¿No veis que los sóviets, los comités, los programas democráticos, las consignas del pacifismo, todo esto os protege? ¿A quién le era más fácil movilizar las tropas del estado revolucionario ruso: al ministro de la guerra Guchkov o al ministro de la guerra Kerensky?" Tsereteli repetía casi literalmente las palabras de Lenin, con la diferencia de que el jefe de los conciliadores veía un mérito allí donde el jefe de la revolución señalaba la traición. El orador justifica luego el exceso de tolerancia respecto de los bolcheviques: "No tengo inconveniente en decir que la revolución era inexperta en la lucha contra la anarquía procedente de la izquierda". (*Aplausos ruidosos de la derecha*). Pero después de "recibir las primeras lecciones" ha corregido su error: "Se ha aprobado ya una ley de excepción". En aquellos mismos momentos, Moscú estaba dirigido secretamente por un comité compuesto de dos mencheviques, dos socialrevolucionarios y dos bolcheviques, que preservaron a la ciudad del peligro de un golpe de estado por parte de aquellos ante quienes se comprometían los conciliadores a acabar con los bolcheviques.

La nota más característica del último día fue la intervención del general Alexéiev, en cuya autoridad estaba encarnada la inepcia de la antigua administración militar. El exjefe del estado mayor de Nicolás II y organizador de la derrota del ejército ruso hablaba, entre las desenfrenadas demostraciones de aprobación de la derecha, de los agentes de destrucción "en cuyos bolsillos sonaban melódicamente los marcos alemanes". Para reconstituir el ejército era necesaria la disciplina; para que hubiera disciplina, hacía falta la autoridad de los jefes, para lo cual era preciso asimismo la disciplina. "Aplicad a la

disciplina el calificativo de férrea, aplicadle el de consciente, llamadle auténtica... La base de esa disciplina es siempre la misma”. Para Alexéiev, la historia quedaba reducida a los límites de la ordenanza. “¿Acaso es tan difícil, señores, sacrificar una ventaja ilusoria a la existencia de una organización (*risas en la izquierda*) por algún tiempo? (*risas y gritos en la izquierda*).” El general trataba de persuadir a la conferencia a que le librara una revolución desarmada, pero no para siempre, no; Dios nos guarde de ello, sino solamente “por algún tiempo”. Prometía devolver el objeto en perfecto estado de conservación terminada la guerra. Pero Alexéiev coronó su discurso con un aforismo que no estaba del todo mal: “Es necesario tomar medidas cabales, no medias medidas”. Estas palabras iban dirigidas a la declaración de Chjeidze, al gobierno provisional, a la coalición, a todo el régimen de febrero. ¡Medidas cabales, no medias medidas! Con esto estaban asimismo de acuerdo los bolcheviques.

Al general Alexéiev se opusieron inmediatamente los delegados de la oficialidad de izquierda de Petrogrado y Moscú, que defendieron a “nuestro jefe supremo el ministro de la guerra”. Les sucedió el teniente Kuchin, viejo menchevique, orador del “grupo del frente en la conferencia nacional”, el cual habló en nombre de esos millones de soldados que apenas se reconocían en el espejo de la política conciliadora. “Todos hemos leído la entrevista del general Lukomsky en los periódicos, en la cual se dice: ‘Si los Aliados no nos ayudan, Riga se rendirá’...” ¿Por qué ese mando supremo que disimulaba siempre los fracasos y las derrotas sentía la necesidad de recargar la nota negra? Los gritos de “¡Es una vergüenza!”, proferidos por la izquierda, se dirigían a Kornílov, que el día anterior había desarrollado la misma idea en la conferencia. Kuchin había tocado en lo vivo a las clases poseedoras: los elementos dirigentes de la burguesía, el mando, toda la derecha representada en la sala, estaban impregnados hasta la médula de tendencias derrotistas en el terreno económico, político y militar. La divisa de esos patriotas sólidos y equilibrados era: “Cuanto peor vayan las cosas, mejor”. Pero el orador conciliador se apresuró a pasar por alto el tema que le minaba el terreno bajo sus propios pies. “No sabemos si podremos salvar al ejército [decía Kuchin], pero si no lo salvamos nosotros, no lo salvará tampoco el mando...” “¡Lo salvará!”, se grita desde los bancos de los oficiales. Kuchin: “¡No! No lo salvará.” (*Explosión de aplausos en la izquierda*). Así se retaban hostilmente los unos a los otros, comandantes y comités, sobre cuya solidaridad ficticia se había elaborado el programa del saneamiento del ejército. Así se hostilizaban las dos mitades de la conferencia que constituían la base en que se asentaba la “coalición honrada”. Estos choques eran sólo un eco débil ahogado, parlamentarizado, de las contradicciones que estremecían al país.

Para mantenerse fieles a la escenografía bonapartista, los oradores de la derecha y de la izquierda se sucedían por turno, equilibrándose mutuamente en la medida de lo posible. Si las jerarquías del concilio ortodoxo apoyaban a Kornílov, los preceptores del cristianismo evangélico se ponían al lado del gobierno provisional. De los zemstvos y de las dumas municipales hablaron dos delegados: uno, en nombre de la mayoría, se adhirió a la declaración de Chjeidze; otro, en nombre de la minoría, a la declaración de la duma.

Los representantes de las nacionalidades oprimidas protestaron uno tras otro, ante el gobierno, de su patriotismo, pero suplicaron que no se les engañara más; en provincias había los mismos funcionarios, las mismas leyes, la misma opresión que antes. “No se puede seguir perdiendo el tiempo. El pueblo no puede vivir exclusivamente de promesas”. La Rusia revolucionaria debe demostrar que es “madre y no madrastra de los pueblos”. Las reconvenciones tímidas y las exhortaciones humildes no hallaron casi ningún eco de simpatía ni siquiera en la izquierda de la sala. El espíritu de la guerra imperialista es el menos compatible con una política honesta en la cuestión nacional.

“Hasta ahora, las nacionalidades del Cáucaso no han emprendido ninguna acción por separado [declaró el menchevique Chjenkeli, en nombre de Georgia] ni la emprenderán en lo sucesivo”. La inconsistencia de esta promesa, acogida con aplausos, no tarda en ponerse de manifiesto: a partir de la Revolución de Octubre Chjenkeli se convierte en uno de los jefes del separatismo. No hay en esto, sin embargo, contradicción alguna: el patriotismo de la democracia no excede de los límites del régimen burgués.

Entre tanto, aparecen en escena nuevos espectros, los más trágicos, del pasado. Los inválidos de la guerra hacen oír su voz. Tampoco ellos se muestran unánimes. Los mancos, los cojos, los ciegos, tienen su aristocracia y su plebe. Un oficial, ofendido en su patriotismo, apoya a Kornílov en nombre de la “grandiosa, de la potente asociación de caballeros de San Jorge y de sus 128 secciones de toda Rusia”. (*Muestras de aprobación en la derecha*). La asociación de inválidos de la guerra se adhiere, por mediación de su delegado, a la declaración de Chjeidze. (*Muestras de aprobación en la izquierda*).

El comité ejecutivo del sindicato de ferroviarios, recientemente organizado y que en los meses próximos debía desempeñar, bajo el nombre abreviado de “Vikjel”, un papel considerable, unió su voz a la declaración de los conciliadores. El presidente del “Vikjel”, demócrata moderado y extremadamente patriota, trazó un cuadro elocuente de las maquinaciones contrarrevolucionarias en los servicios de ferrocarriles; ofensiva furiosa contra los obreros, despidos en masa, abolición arbitraria de la jornada de ocho horas, etc. Las fuerzas subterráneas, dirigidas desde centros ocultos, pero influyentes, se esfuerzan a todas luces en lanzar al combate a los ferroviarios hambrientos. No hay modo de echar mano al enemigo. “El contraespionaje dormita y la vigilancia fiscal duerme”. Y este moderado de los moderados termina con una amenaza: “Si la hidra de la contrarrevolución levanta la cabeza, la estrangularemos con nuestras manos”.

Inmediatamente uno de los magnates ferroviarios formula una contraacusación: “El manantial puro de la revolución ha resultado envenenado”. ¿Por qué? “Porque los fines idealistas de la revolución han sido sustituidos por fines materiales”. (*Aplausos en la derecha*). El kadete y terrateniente Rodichev acusa, movido del mismo espíritu, a los obreros de haberse asimilado la “vergonzosa consigna de ¡enriqueceos!, procedente de Francia. Los bolcheviques asegurarán pronto a la fórmula de Rodichev un éxito excepcional, aunque no el que calculaba su orador. El profesor Ozerov, hombre consagrado a la ciencia, pura, pero, al mismo tiempo, delegado de los bancos agrarios, exclama: “El soldado, en las trincheras, debe pensar en la guerra y no en el reparto de las tierras”. Se comprende: la confiscación de las tierras hubiera significado la de los capitales bancarios; el 1 de enero de 1915, las deudas de la propiedad agraria ascendían a más de 3.500 millones de rublos.

En nombre de la derecha hablaron representantes del mando, de las asociaciones industriales, de las cámaras de comercio y de bancos, de la sociedad de ganaderos y de otras organizaciones, que agrupaban a centenares de nombres conocidos. En nombre de la izquierda hablaron representantes de los sóviets, de los comités del ejército, de los sindicatos, de los municipios democráticos, de las cooperativas, tras los cuales aparecían docenas de millones de hombres anónimos. En tiempos normales, el predominio se hallaba invariablemente de parte del brazo más corto de la palanca. “No puede negarse [moraliza Tsereteli], sobre todo en un momento como el actual, el peso específico y la importancia del que es fuerte por sus bienes”. Pero lo que había era que ese peso era cada vez más... imponderable. Del mismo modo que el peso no es una propiedad inherente a los distintos objetos, sino una relación entre ellos, el peso social no es una propiedad ingénita a la persona, sino únicamente la cualidad de clase que se ven obligadas a reconocerle las otras clases. Con todo, la revolución se acercaba de lleno a aquel límite en que empieza el no reconocimiento de las “cualidades” más fundamentales de las clases

dominantes. Por ello iba resultando tan incómoda la situación de la minoría notoria en el brazo corto de la palanca. Los conciliadores procuraban mantener el equilibrio con todas sus fuerzas. Pero eran ya impotentes: las masas ejercían una presión demasiado irresistible sobre el otro brazo, el más largo.

¡Con qué prudencia defendían sus intereses los grandes agrarios, banqueros e industriales! Por lo demás, ¿es que, en general, los defendían? Apenas en rigor. Defendían los derechos del idealismo, los intereses de la cultura, las prerrogativas de la futura asamblea constituyente. El jefe de la industria pesada, Von Ditmar, terminó incluso su discurso con un himno en honor de "la igualdad, la libertad y la fraternidad". ¿Dónde estaban los barítonos metálicos del beneficio, los bajos de la renta agraria? En la escena aparecían sólo los dulzones tenores del desinterés. Pero un minuto de atención: ¡Cuánta hiel y vinagre hay bajo el jarabe! ¡En qué forma más inesperada se quiebran los trinos líricos en un falsete rencoroso! El representante de la cámara agrícola, Kapatsinsky, que era con toda el alma partidario de la futura reforma agraria, no se olvida de dar las gracias a "nuestro puro Tsereteli" por su circular en defensa del derecho contra la anarquía. Pero ¿y los comités agrarios? No hay que olvidar que son ellos quienes dan el poder directo al campesino. Este, "hombre ignorante, que ha perdido la cabeza pensando en que al fin se le va a entregar la tierra, este hombre es responsable de instituir el derecho en el país". Si en su lucha con el oscuro campesino los grandes hacendados defienden la propiedad no es por ellos, no, sino únicamente para ofrecerla, para sacrificarla en el altar de la libertad.

Diríase que el simbolismo social ha dado ya todo lo que podía dar de sí. Pero a Kerensky se le ocurre una feliz inspiración: propone que se conceda la palabra a otro grupo aún ("un grupo histórico en Rusia), el de Breschko-Breschkovskaya, Kropotkin y Plejánov". El populismo, el anarquismo y la socialdemocracia rusos, hablan, respectivamente, por la persona de la vieja generación; el anarquismo y el marxismo, por la de sus fundadores más destacados.

Kropotkin pide que se una su voz "a la de los que han exhortado al pueblo ruso a romper de una vez para siempre con el 'zimmerwaldismo'". El apóstol de la abolición del poder se asocia inmediatamente al ala derecha de la conferencia. La derrota significa no sólo la pérdida de grandes territorios y el pago de tributos: "Hay algo peor que todo esto, compañeros: es la psicología del país vencido". El viejo internacionalista se siente preferentemente atraído por la psicología del país vencido... al otro lado de la frontera. Al recordar cómo se humillaba ante los zares rusos la Francia vencida, sin prever cómo la Francia victoriosa se humillaría ante los banqueros norteamericanos, Kropotkin exclama: "¿Es que habremos de pasar por este trance? ¡Por nada del mundo!" La sala le contesta con un aplauso cerrado. En cambio, ¡qué lisonjeras perspectivas abre la guerra!: "todo el mundo empieza a comprender que es necesario organizar una nueva vida basada en los principios socialistas... Lloyd George pronuncia discursos impregnados de espíritu socialista... En Inglaterra, en Francia y en Italia se está formando una nueva concepción de la vida, preñada de socialismo, aunque por desgracia, estatal". Sí, "por desgracia", Lloyd George y Poincaré no han renunciado aún al principio estatal, Kropotkin se acerca al mismo de un modo suficientemente franco. "No creo [dice] que nos adelantemos a los derechos de la asamblea constituyente (reconociendo plenamente que a ella corresponde la decisión soberana en esta cuestión), si, reunidos en esta asamblea de la tierra rusa, expresamos en alta voz nuestro deseo de que en Rusia se proclame la república". Kropotkin insiste en la necesidad de una república federal: "Tenemos necesidad de una federación como la que existe en Estados Unidos". ¡A eso quedaba reducida la "Federación de Comunas Libres" de Bakunin! "Comprometámonos, en fin [termina Kropotkin], a no reunirnos más en esta sala divididos en derechas e izquierdas. No tenemos más que una patria, que todos, tanto los de la derecha como los de la izquierda,

hemos de defender, y por la cual, si es preciso, hemos de morir". Los terratenientes, industriales, generales, caballeros de San Jorge, todos los que no estaban de acuerdo con Zimmerwald, tributaron una merecida ovación al apóstol del anarquismo.

Los principios del liberalismo no viven en la realidad más que combinados con la policía. El anarquismo es una tentativa para depurar el liberalismo mediante la eliminación de la policía. Pero del mismo modo que el oxígeno puro es irrespirable, el liberalismo sin la policía significa la muerte de la sociedad. En su calidad de sombra caricaturesca del liberalismo, el anarquismo ha compartido, en general, el destino de aquél. El desarrollo de las contradicciones de clase, al matar al liberalismo, ha matado asimismo al anarquismo. Como toda secta que no funda su doctrina en el desarrollo real de la sociedad humana, sino en uno de los rasgos de la misma llevado hasta el absurdo, el anarquismo estalla como una burbuja de jabón en el mismo momento en que las contradicciones sociales llegan hasta la guerra o la revolución. El anarquismo representado por Kropotkin resultó acaso ser el más fantasmal de todos los espectros de la conferencia de Moscú.

En España, país clásico del bakuninismo, los anarcosindicalistas y los llamados anarquistas puros, al renunciar a la política, reproducen prácticamente la política de los mencheviques rusos. Negadores pomposos del estado, se inclinan respetuosos ante él tan pronto renueva un poco su piel. Al mismo tiempo que ponen en guardia al proletariado contra la tentación del poder, apoyan abnegadamente el poder de la burguesía "de izquierda". Y sin dejar de maldecir la gangrena del parlamentarismo, deslizan en forma subrepticia a sus partidarios la papeleta electoral de los republicanos vulgares. Sea cual fuera el desenlace de la revolución española, en todo caso acabará para siempre con el anarquismo.

Por boca de Plejánov, acogido con ruidosos aplausos de toda la sala (la izquierda homenajeaba a su viejo maestro; la derecha, a su nuevo aliado), habló el marxismo ruso de los primeros tiempos, cuya perspectiva se había detenido durante décadas enteras en la libertad política. Allí donde la revolución no hacía más que empezar para los bolcheviques, había terminado ya para Plejánov. Este, al mismo tiempo que aconsejaba a los industriales que "buscaran el modo de acercarse a la clase obrera", decía a los demócratas: "Necesitáis absolutamente poneros de acuerdo con los representantes de la clase comercial e industrial". Como ejemplo de que era preciso cuidarse, aludió Plejánov al "triste recuerdo de Lenin", el cual había descendido hasta tal punto, que incitaba al proletariado a "tomar inmediatamente el poder político en sus manos". La presencia de Plejánov, que había dejado sus últimas armas de revolucionario en el umbral de la revolución, era necesaria en la conferencia precisamente para poner en guardia contra la lucha por el poder.

En la misma sesión en que hablaron los delegados "históricos" de Rusia, concedió Kerensky la palabra a otro Kropotkin, representante de la cámara agrícola y de la asociación de ganaderos y miembro, asimismo, de una antigua familia aristocrática que, de dar crédito a los anales históricos, tenía más derechos al trono ruso que los Romanov. "Yo no soy socialista [decía el aristócrata feudal], pero respeto el verdadero socialismo. Y cuando veo las expropiaciones, los saqueos, la violencia, debo decir que... el gobierno tiene el deber de obligar a los hombres que se cubren con la etiqueta del socialismo a apartarse de las obras de organización del país". Ese segundo Kropotkin, que dirigía visiblemente su flecha contra Chernov, no tenía nada que objetar a socialistas tales como Lloyd George o Poincaré. Junto con el antípoda de su familia, anarquista, el Kropotkin-monárquico condenaba a Zimmerwald, la lucha de clases, las expropiaciones de tierras (las que calificaba, ¡ay!, de "anarquía"), y exigía asimismo la unión y la victoria. Las actas no consignan, por desgracia, si los dos Kropotkin se aplaudieron mutuamente.

En esa conferencia, corroída por el odio, se habló tanto de unión, que ésta no podía dejar de materializarse, aunque no fuera más que por un instante, en un inevitable apretón de manos simbólico. El periódico de los mencheviques hablaba de este acontecimiento en términos inspirados: “Durante el discurso de Bublikov tiene lugar un incidente que produce una profunda impresión entre los participantes de la conferencia... ‘Si ayer [declaró Bublikov] Tsereteli, el noble jefe de la revolución, tendió la mano al mundo industrial, que sepa que esa mano no quedará en el vacío...’ Cuando Bublikov termina, se le acerca Tsereteli y le estrecha la mano. Ruidosa ovación”.

¡Cuántas ovaciones! ¡Demasiadas ovaciones! Una semana antes de la escena que se acaba de describir, ese mismo Bublikov, una de las figuras ferroviarias más importantes, gritaba en el congreso de los industriales, refiriéndose a los caudillos soviéticos: “¡Fuera esos hombres faltos de honor, esos ignorantes que han empujado el país a la ruina!” Y sus palabras resonaban aún en la atmósfera de Moscú. El viejo marxista Riazánov, que asistía a la conferencia como miembro de la delegación sindical, recordó muy oportunamente el beso del obispo de Lyon, Lamourette; “aquel beso que se dieron las dos fracciones de la asamblea nacional (no los obreros y la burguesía, sino dos fracciones de esta última), y ya sabéis que nunca fue tan encarnizada la lucha como después de ese beso”. Con una franqueza desacostumbrada, Miliukov reconoce también que, por parte de los industriales, la unidad no era sentida, pero sí “prácticamente necesaria para una clase que tenía demasiado que perder”. El famoso apretón de manos de Bublikov no fue más que una reconciliación con segundas intenciones.

¿Creían los hombres que componían la mayoría de la asamblea en la fuerza de los apretones de manos y de los besos políticos? ¿Creían en sí mismos? Sus sentimientos eran contradictorios, como sus planes. Verdad es que, en algunos discursos, sobre todo en los de los delegados de las regiones lejanas, se percibía aún la emoción de los primeros entusiasmos, esperanzas e ilusiones. Pero en aquella asamblea en que la izquierda estaba decepcionada y desmoralizada y la derecha irritada, los ecos de las jornadas de marzo resonaban como las cartas de novios leídas en un proceso de divorcio. Los políticos, sumidos en el reino de los espectros, salvaban con procedimientos espectrales un régimen espectral. Un frío mortal de desesperanza reinaba en esa “asamblea de fuerzas vivas”, en esa reunión de condenados a muerte.

Cuando la conferencia tocaba a su fin, sobrevino un incidente que puso de manifiesto la existencia de una profunda escisión, aún en el grupo que era considerado como un modelo de unidad y de sentido de gobierno: los cosacos. Nagayev, joven oficial cosaco que formaba parte de la delegación soviética, declaró que los trabajadores cosacos no estaban con Kaledin: los cosacos del frente no tenían confianza en sus jefes. Esto era verdad y su declaración daba en el blanco. Las reseñas periodísticas describen la escena más tormentosa de la conferencia. La izquierda aplaude con entusiasmo a Nagayev. Resuenan aclamaciones de: “¡Vivan los cosacos revolucionarios!” Protestas indignadas de la derecha: “¡Tendréis que responder de esto!” Una voz desde el palco de los oficiales: “¡Son los marcos alemanes!” A pesar del carácter inevitable de estas palabras en calidad de último argumento patriótico, producen el efecto de una bomba. En la sala se arma un escándalo infernal. Los delegados soviéticos se levantan bruscamente de sus asientos y muestran el puño amenazador al palco de los oficiales. Gritos: “¡Provocadores!” La campanilla del presidente vibra sin cesar. “Parece que de un momento a otro van a llegar a las manos los delegados.”

Después de todo lo sucedido, Kerensky, en su discurso de clausura, dice: “Creo e incluso sé... que hemos llegado a comprendernos los unos a los otros, que hemos aprendido a respetarnos ...” Nunca la duplicidad del régimen de febrero se había manifestado con una falsedad tan repugnante. El orador, no pudiendo resistir él mismo

este tono, en sus últimas frases estalla inesperadamente en un grito de desesperación y de amenaza. "Con voz quebrada, que pasaba del grito histérico al susurro trágico, Kerensky amenazaba [nos cuenta Miliukov] a un enemigo imaginario, al cual buscaba inquisitivamente en la sala con mirada encendida". En realidad, Miliukov sabía mejor que nadie que el tal enemigo no tenía nada de imaginario. "Hoy, ciudadanos de la tierra rusa, no soñaré más... Que el corazón se petrifique [decía Kerensky en sus divagaciones]; que se marchiten todas las flores y los sueños (una voz de mujer, desde arriba: '¡No, no, que no se marchiten!'), que hoy han sido pisoteados en esta tribuna. Yo mismo lo haré. (Una voz de mujer desde arriba: '¡No; eso no puede hacerlo usted; no se lo permitirá su corazón!') ¡Arrojaré lejos de mí la llave del corazón que ama la humanidad, y pensaré sólo en el estado!"

En la sala se produjo una impresión de estupor, que esta vez sobrecogió a ambos bandos. El simbolismo social de la conferencia nacional hallaba su coronamiento en un insoportable monólogo de melodrama. La voz femenina que se levantaba en defensa de las flores del corazón resonaba como un grito de auxilio, como un S.O.S. de la pacífica, solar e incruenta Revolución de Febrero. Y, al fin, sobre el teatro de la conferencia nacional cayó el telón.

El compló de Kerensky

La conferencia de Moscú empeoró la situación del gobierno, poniendo de manifiesto, según las justas palabras de Miliukov, que "el país se dividía en dos bandos, entre los cuales no podía haber en el fondo conciliación ni acuerdo". La conferencia animó a la burguesía y acentuó su impaciencia. Por otra parte, dio un nuevo impulso al movimiento de las masas. La huelga de Moscú abre un período que se caracteriza por la rápida evolución de los obreros y soldados hacia la izquierda. A partir de ese momento los bolcheviques progresan de un modo irresistible. Sólo los socialrevolucionarios de izquierda, y en parte los mencheviques radicales, consiguen conservar cierta influencia entre las masas. La organización menchevique de Petrogrado señaló su viraje político hacia la izquierda con la exclusión de Tsereteli de la lista de candidatos a la Duma Municipal. El 16 de agosto la conferencia de los socialrevolucionarios de Petrogrado exigió, por 22 votos contra 1, la disolución de la asociación de oficiales cerca del cuartel general, y la adopción de otras medidas decisivas para acabar con la contrarrevolución. El 18 de agosto el sóviet de Petrogrado, no obstante la oposición de su presidente, Chjeidze, puso a la orden del día la abolición de la pena de muerte. Cuando se iba a proceder a la votación, Tsereteli pregunta en tono provocativo: "Si una vez tomada vuestra resolución, no es abolida la pena de muerte, ¿llamaréis a la multitud a la calle para exigir el derrumbamiento del gobierno?" "Sí [le gritan como contestación los bolcheviques], sí; incitaremos a la masa a lanzarse a la calle y procuraremos derrumbar al gobierno". "Levantáis mucho el gallo ahora", dice Tsereteli. Los bolcheviques levantaban el gallo en unión de las masas. Los conciliadores, en cambio, lo bajaban cuando las masas lo levantaban. La demanda de abolición de la pena de muerte es aceptada por todos los votos, cerca de 900, contra 4. Estos 4 son: Tsereteli, Chjeidze, Dan y Liber. Cuatro días después, en el congreso de los mencheviques y grupos afines, en el cual fueron aceptadas con la oposición de Mártov, las proposiciones de Tsereteli referentes a todas las cuestiones fundamentales, se adoptó sin discusión la demanda de abolición inmediata de la pena de muerte: Tsereteli, impotente ya para resistir, guardó silencio.

Los acontecimientos en el frente hicieron aún más irrespirable la atmósfera política.

El 19 de agosto los alemanes rompieron el frente ruso en Ikskul, y el 21 ocuparon Riga. La realización de la profecía de Kornílov fue, como se había convenido de antemano, la señal para la ofensiva política de la burguesía. La prensa decuplicó la campaña contra los "obreros que no trabajan" y los "soldados que no combaten". Se hacía responsable de todo a la revolución: ésta había cedido Riga y se disponía a ceder Petrogrado. La campaña contra el ejército, tan furiosa como la del mes y medio o dos atrás, no tenía ahora la menor justificación. En junio los soldados se habían negado, efectivamente, a atacar; no querían remover el frente, sacar a los alemanes de su pasividad, reanudar el combate. Pero en las inmediaciones de Riga, la iniciativa del ataque había partido del enemigo, y la conducta de los soldados fue muy distinta. Precisamente, las fuerzas del 10° ejército, las que habían sufrido más los efectos de la propaganda, fueron las que menos se dejaron llevar del pánico.

El general Parsky, que mandaba el ejército, se vanagloriaba, y no sin fundamento, de que la retirada se efectuara de un modo “ejemplar”, hasta tal punto que ni siquiera podía ser comparada con la de Galitzia y de la Prusia Oriental. El comisario Voitinsky comunicó: “Nuestras tropas realizan honradamente y sin rechistar la tarea que les ha sido encomendada; pero no se hallan en estado de resistir durante mucho tiempo el ataque del enemigo y se retiran lentamente, paso a paso, sufriendo pérdidas enormes. Considero necesario señalar la bravura excepcional de los tiradores letones, que, a pesar de su completo agotamiento, han sido enviados de nuevo al combate...” En su comunicado, el menchevique Kuchin, presidente del comité del ejército, se expresa con más entusiasmo todavía: “El estado de espíritu de los soldados es admirable. Según el testimonio de los miembros del comité y de los oficiales, una firmeza como la que han manifestado ahora no se había visto nunca”. Otro representante de ese mismo ejército decía unos días después en la reunión de la mesa del comité ejecutivo: “En el punto más comprometido, no había más que la brigada letona, compuesta casi exclusivamente de bolcheviques... Al recibir la orden de avanzar la brigada se puso en marcha con las banderas rojas y las bandas de músicos, y se batió con un valor extraordinario”. Posteriormente, Stankievich se expresaba en el mismo sentido, aunque de un modo más reservado: “Incluso en el cuartel general, donde había personas que buscaban deliberadamente la posibilidad de hacer recaer las culpas sobre los soldados, nadie pudo comunicarse un solo caso concreto en el cual hubiera dejado de ejecutarse una orden”. Los marinos desembarcados para tomar parte en las operaciones de Moondzund dieron asimismo pruebas, como lo atestiguan los documentos oficiales, de notable firmeza.

Uno de los hechos que ejercieron una influencia en el estado de ánimo de los soldados, sobre todo de los tiradores letones y de los marinos del Báltico, era que en esa ocasión se trataba directamente de la defensa de los dos centros de la revolución: Riga y Petrogrado. Las tropas más avanzadas se habían penetrado ya de la idea bolchevique de que “clavar la bayoneta en el suelo” no significaba resolver la cuestión de la guerra, de que la lucha por la paz era inseparable de la lucha por el poder, esto es, de una nueva revolución.

Aún en el caso de que algunos comisarios, asustados por la presión de los generales, exagerasen la firmeza del ejército, queda el hecho incontestable de que los soldados y marinos cumplían las órdenes y morían. No podían hacer más. Así y todo, puede decirse que, en el fondo, no hubo defensa. Por inverosímil que pueda parecer, el 12° ejército fue tomado completamente desprevenido. Había insuficiencia de todo, de hombres, de cañones, de municiones, de contragases; el servicio de comunicaciones estaba pésimamente organizado. Los ataques no se podían efectuar, porque para los fusiles rusos se habían mandado cartuchos de tipo japonés. Sin embargo, no se trataba de un sector accidental del frente. La importancia de la pérdida de Riga no era un secreto para el alto mando. ¿Cómo explicar el estado excepcionalmente lamentable de los medios de defensa y de los recursos del 12º ejército?... “Los bolcheviques [dice Stankievich] empezaron ya a difundir el rumor de que la ciudad había sido cedida a los alemanes deliberadamente, porque el mando quería librarse de este nido y vivero del bolchevismo. Estos rumores no podían dejar de merecer crédito al ejército, el cual sabía que, en el fondo, no había habido defensa ni resistencia”. En efecto, ya en diciembre de 1916, los generales Russki y Brusílov se lamentaban de que Riga fuera “la desdicha del frente septentrional”, un “nido trabajado por la propaganda”, con el que sólo era posible luchar con ayuda de los fusilamientos. Entregar a los obreros y soldados rusos a la escuela alemana de la ocupación militar debía ser el sueño de muchos generales del frente septentrional. Nadie creía, naturalmente, que el generalísimo en jefe hubiese dado la orden de entregar Riga. Pero todos los jefes habían leído el discurso de Kornílov y la

entrevista del jefe de su estado mayor, Lukomsky. Esto suplía perfectamente la orden. El generalísimo de las tropas de aquel frente, general Klembovsky, pertenecía a la pandilla de los conspiradores, y, por consiguiente, esperaba la rendición de Riga como una señal para emprender la acción salvadora. Aún en condiciones más normales, los generales rusos preferían la rendición y la retirada. Ahora, cuando el cuartel general les libraba de antemano de toda responsabilidad y el interés político les empujaba al derrotismo, ni siquiera realizaban tentativas de defensa. Es una cuestión secundaria, muy difícil de aclarar, saber si alguno de los generales unió el sabotaje activo al sabotaje pasivo de la defensa. Sería, sin embargo, una candidez admitir que los generales renunciaran a la ayuda que les prestaba la fatalidad en todos aquellos casos en que sus traiciones podían quedar impunes.

El periodista norteamericano John Reed, que sabía ver y oír y que nos ha dejado un libro inmortal sobre los días de la Revolución de Octubre, atestigua, sin vacilar, que una parte considerable de las clases pudientes de Rusia prefería la victoria de los alemanes al triunfo de la revolución y que no se abstenía de decirlo abiertamente. "En cierta ocasión [cuenta Reed, entre otros ejemplos] pasé la velada en casa de un comerciante de Moscú. Estaban sentadas, tomando el té, once personas. Se preguntó a los reunidos a quién preferían, si a Guillermo o a los bolcheviques. Diez contra uno se pronunciaron por Guillermo". Ese mismo escritor norteamericano conversó en el frente septentrional con oficiales que "preferían abiertamente la derrota militar a la colaboración con los comités de soldados".

Para la acusación política lanzada por los bolcheviques, y no sólo por ellos, era más que suficiente el hecho de que la rendición de Riga formara parte del plan de los conspiradores y ocupara un lugar preciso en el calendario del compló. Esto se dejaba traslucir de un modo bien claro en el discurso pronunciado por Kornílov en Moscú. Los acontecimientos ulteriores confirmaron por completo este aspecto de la cuestión. Pero disponemos, además, de un testimonio al que la personalidad del testigo da una fidelidad absolutamente incontestable en este caso. Dice Miliukov en su *Historia*: "En Moscú, Kornílov indicó en su discurso el momento más allá del cual no quería aplazar los actos decisivos para salvar al país de la ruina y al ejército de la descomposición". Ese momento era la caída de Riga, profetizada por él. A su juicio, ese hecho debía provocar... un impulso de excitación patriótica... "Como me dijo personalmente Kornílov cuando me entrevisté con él, en Moscú, el 13 de agosto, no quería dejar pasar esa coyuntura, y el momento del conflicto surgido con el gobierno de Kerensky se le aparecía de un modo completamente decidido, hasta el punto de que fijaba una fecha, el 27 de agosto". ¿Es posible hablar con más claridad? Para llevar a cabo la marcha sobre Petrogrado, Kornílov tenía necesidad de la rendición de Riga unos días antes de la fecha previamente señalada. Reforzar las posiciones de Riga, tomar medidas serias de defensa, hubiera significado perturbar el plan de otra campaña infinitamente más importante para Kornílov. Si París vale una misa, bien vale Riga el poder.

Durante la semana transcurrida entre la rendición de Riga y la sublevación de Kornílov, el cuartel general se convirtió en el centro del que partían las calumnias contra el ejército. Las informaciones del estado mayor y de la prensa rusos hallaban un eco inmediato en los periódicos aliados. Por su parte, la prensa patriótica rusa reproducía con entusiasmo los insultos y los escarnios que el *Times*, el *Temps* o el *Matin* lanzaban contra el ejército ruso. Los soldados, ofendidos, se estremecieron de indignación y repugnancia. Los comisarios y comités (compuestos casi en su totalidad, estos últimos, de conciliadores y patriotas) se sintieron heridos en lo más vivo. Surgieron protestas por todas partes. Era particularmente viva la carta del comité ejecutivo central que afirmara "ante toda Rusia la bravura de los soldados del frente rumano", que pusiera fin a la campaña emprendida

en la prensa contra los soldados que mueren diariamente a millares en combates encarnizados, defendiendo a la Rusia revolucionaria... Influidos por las protestas de abajo, los dirigentes soviéticos salieron de su pasividad. “Parece que no haya inmundicia que los periódicos dejen de arrojar contra el ejército revolucionario”, decía *Izvestia* refiriéndose a sus aliados. Pero nada producía efecto: la campaña contra el ejército era una parte necesaria del compló, cuya alma era el cuartel general.

Inmediatamente después de la rendición de Riga, Kornílov dio la orden telegráfica de fusilar, para escarmiento, a algunos soldados en presencia de los demás. El comisario Voitinsky y el general Parsky dijeron que, a juicio suyo, semejantes medidas no respondían en lo más mínimo a la conducta de los soldados. Kornílov, fuera de sí, declaró en la asamblea de los representantes de los comités, que se hallaban en el cuartel general, que entregaría a los tribunales a Voitinsky y Parsky, porque no daban informes fidedignos sobre la situación en el ejército; es decir, porque, como aclara Stankievich, “no hacían recaer la culpa sobre los soldados”. Para completar el cuadro, hay que añadir que, aquel mismo día, dio orden Kornílov a los estados mayores de comunicar las listas de oficiales bolcheviques al comité central de la asociación de oficiales, es decir, a la organización contrarrevolucionaria, a cuyo frente se hallaba el kadete Novosiltsev, y que era la palanca más importante del compló. ¡Tal era ese generalísimo en jefe llamado el “primer soldado de la revolución!”

Izvestia, decidiéndose a levantar un poco el telón, decía: “Una pandilla sombría, muy próxima al mando, está tramando una monstruosa provocación...” Bajo el nombre de “pandilla sombría”, se aludía a Kornílov y a su estado mayor. Los fulgores de la guerra civil que se avecinaba iluminaban con una nueva luz, no sólo el presente, sino también el pasado. Con objeto de defenderse a sí mismos, los conciliadores empezaron a poner de manifiesto la sospechosa conducta del mando durante la ofensiva de junio. En la prensa comenzaron a aparecer cada día más detalles sobre las divisiones y los regimientos maliciosamente calumniados por los estados mayores. “Rusia tiene el derecho de exigir [decía *Izvestia*] que se le diga toda la verdad sobre nuestra retirada de julio.” Estas líneas eran leídas ávidamente por los soldados marinos y obreros y, sobre todo, por aquellos que, como supuestos culpables de la catástrofe en el frente seguían llenando las cárceles. Dos días después *Izvestia* se vio obligada ya a declarar de un modo más explícito que, “con sus comunicados, el cuartel general hace un juego político determinado contra el gobierno provisional y la democracia revolucionaria”. En estas líneas se presentaba al gobierno como una víctima inocente de los propósitos del cuartel general; pero ¿acaso no tenía el gobierno todas las posibilidades de poner en su sitio a los generales? Si no lo hacía así era porque no quería.

En la protesta, a que hemos aludido más arriba, provocada por la pérfida campaña emprendida contra los soldados, se indicaba con particular indignación que “los comunicados del cuartel general ..., al mismo tiempo que subrayan la bravura de los oficiales, amenguan, al parecer deliberadamente, la fidelidad de los soldados a causa de la defensa de la revolución”. La protesta apareció en la prensa el 22 de agosto, y al día siguiente se publicó un decreto especial de Kerensky dedicado a ensalzar a la oficialidad, que “desde los primeros días de la revolución había visto disminuidos sus derechos” y sufrió insultos inmerecidos por parte de los soldados, los “cuales cubrían su cobardía con el manto de consignas ideológicas”. Al mismo tiempo que sus auxiliares inmediatos, Stankievich, Voitinsky y otros, protestaban de la campaña emprendida contra los soldados, Kerensky se asociaba demostrativamente a la misma, coronándola con un decreto provocativo, firmado por él en calidad de ministro de la guerra y de jefe del gobierno. Posteriormente, Kerensky ha confesado que ya a fines de julio tenía en sus manos datos precisos” respecto del compló tramado por la oficialidad que se agrupaba

alrededor del cuartel general. "Los conspiradores activos eran miembros del comité central de la asociación de oficiales [según cuenta Kerensky], al igual que los agentes de la conspiración en provincias; esos mismos elementos eran los que daban el tono que les convenía a las manifestaciones legales de la asociación". Es absolutamente cierto. Sólo importa añadir que el "tono que les convenía" era el tono de la calumnia contra el ejército, los comités y la revolución; esto es, el mismo del que estaba impregnado el decreto de Kerensky del 23 de agosto.

¿Cómo explicar este enigma? Es absolutamente incontestable que Kerensky no realizaba una política meditada y consecuente; pero habría sido preciso que estuviese loco para que, en caso de hallarse al corriente del compló de los oficiales, pusiera la cabeza bajo el sable de los conspiradores y les ayudara al mismo tiempo a disimular sus propósitos. La solución de esta conducta de Kerensky, al parecer indescifrable, es en realidad muy sencilla: en aquel entonces, él mismo era uno de los complicados en el compló contra el impotente régimen de la Revolución de Febrero.

Cuando llegó el momento de la sinceridad, el propio Kerensky declaró que elementos procedentes de los medios cosacos, de la oficialidad y de la política burguesa, le habían propuesto más de una vez una dictadura personal. "Pero eso caía en un terreno estéril..." En todo caso la posición de Kerensky era tal, que los jefes de la contrarrevolución tenían la posibilidad de cambiar impresiones con él, sin correr ningún riesgo, sobre un golpe de estado. "Las primeras conversaciones sobre la dictadura [cuenta Denikin], conversaciones que no tenían otro alcance que sondear el terreno, empezaron a principios de junio, esto es cuando se estaba preparando la ofensiva en el frente. En esas conversaciones participaba a menudo Kerensky, con la particularidad de que en tales casos se daba como cosa entendida, sobre todo por lo que al propio Kerensky se refería, que él sería precisamente la figura central de la dictadura". Sujánov dice en forma certera, hablando de Kerensky: "Era korniloviano, pero sólo con una condición: la de que fuera él quien estuviera al frente del movimiento". En los días del fracaso de la ofensiva, Kerensky prometió a Kornílov y a otros generales mucho más de lo que podía cumplir. "En sus viajes al frente [cuenta el general Lukomsky] Kerensky se armaba de valor y examinaba a menudo, con sus acompañantes, la cuestión de la implantación de un poder fuerte, de la constitución de un directorio o de la cesión del poder a un dictador". En consonancia con su carácter, Kerensky introducía en estas conversaciones un elemento de negligencia y diletantismo. Los generales, por el contrario, se sentían atraídos por soluciones más concretas, como era la del cuartel general.

La participación voluntaria de Kerensky en las conversaciones de los generales venía a legalizar, por decirlo así, la idea de la dictadura militar, a la cual, como medida de prudencia respecto de la revolución todavía no estrangulada, se daba con frecuencia el nombre de Directorio. Es difícil decir hasta qué punto desempeñaron un papel en este sentido los recuerdos históricos relativos al gobierno de Francia después de Termidor. Pero dejando aparte la máscara puramente verbal, el directorio, ofrecía para los comienzos la evidente comodidad de permitir la subordinación del amor propio personal. En el directorio debía haber sitio, no sólo para Kerensky y Kornílov, sino también para Sávinkov, y aún para Filonenko; en general, para los hombres de "voluntad férrea", como se expresaban los propios candidatos al directorio, cada uno de los cuales acariciaba en su fuero interno la idea de pasar de la dictadura colectiva a la dictadura personal.

Para concertar el compló con el cuartel general, Kerensky no tenía necesidad, por consiguiente, de efectuar ningún viraje brusco: le bastaba con desarrollar y prolongar el que ya había iniciado. Suponía, al mismo tiempo, que podría dar la orientación conveniente al compló de los generales, dirigiéndolo, no sólo contra los bolcheviques sino también, hasta cierto punto, contra los aliados y tutores enojosos pertenecientes al campo

de los conciliadores. Kerensky maniobraba de tal modo que, sin desenmascarar a los conciliadores hasta el fin, les asustaba como era debido y les hacía entrar en sus propósitos. En este sentido, el jefe de gobierno llegó hasta un límite más allá del cual se convertía en un conspirador clandestino. "Kerensky tenía necesidad de una presión enérgica por parte de la derecha, de las pandillas capitalistas, de las embajadas aliadas y, sobre todo, del cuartel general [escribía Trotsky a principios de septiembre], para que le ayudasen a tener decididamente libres las manos. Kerensky quería aprovecharse de la sublevación de los generales para consolidar su dictadura".

La conferencia nacional fue un momento decisivo. Kerensky, que se llevó de Moscú, a más de la ilusión de posibilidades ilimitadas, el sentimiento humillante del fracaso personal, decidió abandonar, al fin, toda duda y *hacerles ver* quién era. ¿*Hacerles ver*? ¿A quién? A todos; en primer lugar, a los bolcheviques, que habían rebajado la pompa de la conferencia nacional mediante la huelga general. Con ello pondría para siempre en su lugar a los Guchkov y Miliukov, que no le toman en serio, se burlan de sus gestos y consideran su poder como una sombra de poder. Al mismo tiempo daría una severa lección a los preceptores del campo conciliador, tales como el odiado Tsereteli, que le enmendaba la plana y le daba lecciones a él, el elegido de la nación, incluso en la conferencia nacional. Kerensky resolvió firme y decididamente hacer ver a todo el mundo que no era un "histérico", un "histrión", ni una "bailarina", como le llamaban de un modo cada vez más insolente los oficiales cosacos y de la guardia, sino un hombre férreo, que había cerrado su corazón a calicanto y arrojado la llave al mar, a pesar de las súplicas de la bella desconocida del palco del teatro.

Stankievich observaba en Kerensky, por aquellos días, "la tendencia a decir algo nuevo que respondiera a la zozobra y confusión del país. Kerensky... decidió introducir en el ejército sanciones disciplinarias y, seguramente, estaba dispuesto a proponer asimismo al gobierno otras medidas decisivas". Stankievich sólo conocía de los propósitos del jefe lo que éste había juzgado oportuno comunicarle. En realidad, los propósitos de Kerensky iban en aquel entonces mucho más lejos. Había decidido arrancar de cuajo toda base a Kornílov, realizando su programa y atrayéndose con ello a la burguesía. Guchkov no podía mandar tropas al ataque; Kerensky sí que podía hacerlo. Kornílov no podía realizar el programa de Kornílov; Kerensky, sí. Verdad es que la huelga de Moscú venía a recordar que en este camino se tropezaría con obstáculos. Pero las jornadas de julio habían demostrado que también podían vencerse esos obstáculos. Lo único que esta vez se imponía era llevar las cosas hasta el fin, sin permitir que los amigos de la izquierda le estorbaran. Ante todo, había que renovar completamente la guarnición de Petrogrado, sustituyendo los regimientos revolucionarios con tropas "sanas", que no tuvieran puestos los ojos en los sóviets. No era posible ni necesario ponerse de acuerdo sobre este plan con el comité ejecutivo: el gobierno había sido reconocido como independiente y coronado bajo esta enseña en Moscú. Verdad era que los conciliadores interpretaban la independencia de un modo formal, como un medio para apaciguar a los liberales. Pero ya transformaría él, Kerensky, lo formal en material: no en vano decía en Moscú que no estaba ni con la derecha ni con la izquierda, y que en eso consistía su fuerza. ¡Ahora lo demostraría en la práctica!

Las líneas directivas del comité ejecutivo y de Kerensky, en los días que siguieron inmediatamente a la conferencia, continuaron divergiendo: los conciliadores temían a las masas; Kerensky, a las clases pudientes. Las masas populares exigían la abolición de la pena de muerte en el frente. Kornílov, los kadetes, las embajadas de la *Entente*, exigían su implantación en el interior.

El 19 de agosto, Kornílov telegrafió al ministro-presidente: "Insisto en la necesidad de que la región de Petrogrado me sea subordinada". El cuartel general ponía

francamente sus manos sobre la capital. El 24 de agosto, el comité ejecutivo se armó de valor para exigir públicamente que el gobierno pusiera fin a los "procedimientos contrarrevolucionarios" y emprendiera, "sin pérdida de tiempo y con toda energía", la realización de las transformaciones democráticas. Era éste un nuevo lenguaje. Kerensky tuvo que elegir entre la adaptación a la plataforma democrática, que, a pesar de toda su mezquindad, podía determinar la ruptura con los liberales y los generales, y el programa de Kornílov, que conducía inevitablemente al choque con los sóviets. Kerensky decidió tender la mano a Kornílov, a los kadetes y a la *Entente*. Quería a toda costa evitar la lucha declarada con la derecha.

Verdad es que el 21 de agosto se había sometido a arresto domiciliario a los grandes duques Miguel Alexandrovich y Pavel Alexandrovich, y que otras personas habían sido detenidas. Pero todo eso era muy poco serio y no hubo más remedio que poner de inmediato en libertad a los detenidos... "Resultó [dijo más tarde Kerensky en sus declaraciones sobre el asunto Kornílov], que, conscientemente, se nos había hecho emprender un falso camino". Debería añadirse: con la cooperación del propio Kerensky, pues era evidente de toda evidencia que, para los conspiradores serios (esto es, para toda la derecha de la conferencia de Moscú), se trataba de la restauración de la monarquía, si es que no de la implantación de la dictadura de la burguesía sobre el pueblo. En este sentido, Kornílov y todos sus partidarios rechazaban, no sin indignación, la imputación que se les hacía de tener intenciones "contrarrevolucionarias", esto es, monárquicas. Claro que entre bastidores cuchicheaban los antiguos funcionarios, los ayudantes de campo, las damas de la corte, los "centurias negras" palatinos, los frailes, las bailarinas. Pero esa gente constituía un grupo insignificante. La victoria de la burguesía podía venir sólo en forma de dictadura militar. La cuestión de la monarquía hubiera podido surgir sólo en una de las etapas sucesivas, pero a base de la contrarrevolución burguesa y no de las damas rasputinianas. En aquel período concreto, la realidad era la lucha de la burguesía contra el pueblo, bajo la bandera de Kornílov. Kerensky, que había buscado la alianza con este bando, estaba tanto más dispuesto a ponerse a cubierto de las sospechas de las izquierdas, sirviéndose de los grandes duques. La mecánica era tan clara, que el periódico de los bolcheviques en Moscú escribió en aquellos días: "Detener a dos monigotes sin seso, de la familia de los Romanov, y dejar en libertad... a la pandilla militar de las alturas, capitaneada por Kornílov, es engañar al pueblo..." Si los bolcheviques eran odiados, era precisamente porque lo veían todo y de todo hablaban en voz alta.

El inspirador y guía de Kerensky, en estos días críticos, es Sávinkov, aventurero de gran envergadura, revolucionario de tipo deportivo, que había contraído en la escuela del terror individual el desprecio hacia las masas. Sávinkov era un hombre apto y voluntarioso, lo cual, sin embargo, no le había impedido ser durante una serie de años un instrumento en manos del provocador Azev; escéptico y cínico, se consideraba con derecho, y no sin fundamento, a mirar a Kerensky por encima del hombro, y al mismo tiempo que se llevaba la mano derecha a la visera, conducirlo por la nariz con la izquierda. A Kerensky, Sávinkov se imponía como hombre de acción; a Kornílov, como revolucionario auténtico, que tenía un nombre histórico. Miliukov registra, basándose en el relato del propio Sávinkov, la primera entrevista, extraordinariamente curiosa, del comisario y del general: "General [decía Sávinkov], ya sé que si se presentan circunstancias en virtud de las cuales tenga usted que fusilarme, lo hará. [y después de una pausa añadió]: pero si se presentan circunstancias en virtud de las cuales tenga yo que fusilarle a usted, también lo haré". Sávinkov era apasionado por la literatura; conocía a Corneille y a Víctor Hugo y sentía inclinación por el gran género. Kornílov se disponía a liquidar la revolución, sin tener en cuenta ninguna de las fórmulas del pseudoclasicismo y del romanticismo; pero tampoco el general era indiferente a los encantos de un "estilo

artístico vigoroso"; las palabras del exterrorista debían estremecer agradablemente lo que subsistía de heroico en el fondo del antiguo "centuria negra".

En un artículo escrito posteriormente, sin duda inspirado y acaso redactado por Sávinkov, sus propios planes eran explicados con transparencia que no dejaba lugar a dudas. "Cuando desempeñaba el cargo de comisario... [decía el artículo], Sávinkov llegó a conclusión de que el gobierno provisional era impotente para sacar al país de la grave situación en que se hallaba. Otras fuerzas debían entrar en juego. Sin embargo, toda la labor en este sentido podía realizarse únicamente bajo la bandera del gobierno provisional y, en particular, de Kerensky. Esto hubiera sido una dictadura revolucionaria realizada por una mano férrea. Esta mano férrea la veía Sávinkov en... el general Kornílov". Kerensky como tapadera "revolucionaria", Kornílov como mano férrea. El artículo no dice una palabra sobre el papel de un tercero. Pero es indudable que Sávinkov conciliaba al generalísimo en jefe con el jefe del gobierno, no sin el propósito de eliminarlos a ambos. Hubo un momento en que este pensamiento oculto trascendió hasta tal punto, que Kerensky, con la protesta de Kornílov, y precisamente en vísperas de la conferencia, obligó a Sávinkov a presentar la dimisión. Sin embargo, como todo lo que sucedía en este círculo, la dimisión no tuvo carácter definitivo. "El 17 de agosto se supo [declaró Filonenko] que Sávinkov y yo continuábamos en nuestros puestos y que el presidente del consejo de ministros había aceptado, en principio, el programa expuesto en el informe presentado por el general Kornílov, por Sávinkov y por mí". Sávinkov, a quien Kerensky (el 17 de agosto) "había encargado la preparación de un proyecto de ley sobre las medidas que debían aplicarse en el interior", creó con este fin una comisión, que fue puesta bajo la presidencia del general Apuschkin. Kerensky, si bien le tenía mucho miedo a Sávinkov, decidió, a fin de cuentas, utilizarlo para su gran plan y, no sólo lo conservó en el ministerio de la guerra, sino que como aditamento le concedió el de marina. Esto significaba, según Miliukov, que para el gobierno "había llegado el momento de obrar, aun corriendo el riesgo de impulsar a los bolcheviques a lanzarse a la calle". Sávinkov decía, abiertamente, que con dos regimientos era fácil sofocar la sublevación de los bolcheviques y disolver las organizaciones de los mismos.

Tanto Kerensky como Sávinkov, comprendían perfectamente, sobre todo después de la conferencia de Moscú, que en ningún caso aceptarían el programa de Kornílov los sóviets conciliadores. El de Petrogrado, que todavía la víspera exigía la abolición de la pena de muerte en el frente, habrá de levantarse con redoblado vigor, al día siguiente, contra la aplicación de esa misma pena en el interior. El peligro consistía, por tanto, en que el movimiento contra el golpe de estado proyectado por Kerensky se viera capitaneado, no por los bolcheviques, sino por los sóviets; pero no era cosa de detenerse ante esto: se trataba de salvar al país.

"El 22 de agosto [escribe Kerensky] fue Sávinkov al cuartel general, para exigir, por encargo mío, del general Kornílov, entre otras cosas (¡!), que se pusiera el cuerpo de caballería a disposición del gobierno". El propio Sávinkov definió del siguiente modo esta misión, cuando tuvo que justificarse de ella ante la opinión pública: "Se había pedido al general Kornílov un cuerpo de caballería, para hacer efectivo el estado de guerra en Petrogrado y defender al gobierno provisional contra todo atentado, particularmente (¡!) de los bolcheviques, los cuales..., según los informes del contraespionaje en el extranjero, preparaban de nuevo un golpe en relación con el desembarco alemán y la sublevación en Finlandia". Los fantásticos datos del contraespionaje debían encubrir, sencillamente, el hecho de que el propio gobierno, según la expresión de Miliukov, se disponía a "impulsar a los bolcheviques a lanzarse a la calle"; esto es estaba dispuesto a provocar la insurrección. Y como la publicación de los decretos sobre la dictadura militar debía efectuarse en los últimos días de agosto, Sávinkov esperaba la sublevación para esa fecha.

El 25 de agosto fue suspendido, sin ningún pretexto aparente, el órgano de los bolcheviques, *El Proletario* (*Proletarii*). *El Obrero* (*Rabochii*), que apareció en su lugar, decía que su antecesor había sido suspendido "al día siguiente de haber incitado a los obreros y soldados, con motivo de la ruptura del frente de Riga, a la continencia y la calma. ¿Quién se preocupa, hasta tal punto, de que los obreros ignoren que el partido les pone en guardia contra la provocación?" Esta pregunta daba en el blanco. El destino de la prensa bolchevique se hallaba en manos de Sávinkov. La suspensión de los periódicos tenía dos ventajas: irritaba a las masas e impedía al partido ponerlas en guardia contra la provocación, que en esa ocasión partía de las alturas gubernamentales.

Según las actas del cuartel general, acaso, un poco estilizadas, pero que, en general, responden plenamente a las circunstancias y a los personajes, Sávinkov declaró a Kornílov: "Sus peticiones, Lavr Georguievich, serán satisfechas dentro de pocos días; pero el gobierno provisional teme que puedan surgir en Petrogrado serias complicaciones... La publicación de sus peticiones... impulsaría a los bolcheviques a la acción... Se ignora cuál será la actitud de los sóviets ante la nueva ley. Estos últimos pueden, acaso, ponerse también contra el gobierno... Por eso le ruego que dé orden para que a fines de agosto sea enviado a Petrogrado y puesto a disposición del gobierno provisional el 3er cuerpo de caballería. Si además de los bolcheviques entran en acción los miembros de los sóviets, tendremos que proceder contra ellos". El emisario de Kerensky añadió que las medidas a adoptar debían ser decisivas e implacables, a lo cual respondió Kornílov que "él no concebía otro modo de obrar". Posteriormente, cuando tuvo que justificarse, Sávinkov añadió: "Si en el momento de la insurrección de los bolcheviques, los sóviets hubieran sido bolchevistas..." Pero éste era un subterfugio demasiado grosero: los decretos que habían de anunciar el golpe de estado de Kerensky debían ser publicados tres o cuatro días después. Se trataba, por tanto, no de los sóviets futuros, sino de los que existían a fines de agosto.

Con el objeto de evitar todo equívoco y de no provocar "antes de tiempo" la acción de los bolcheviques, se estableció un acuerdo para actuar en la forma siguiente: concentrar previamente en Petrogrado el cuerpo de caballería, luego declarar el estado de guerra en la capital y sólo después de esto publicar las nuevas leyes que habían de provocar el levantamiento de los bolcheviques. En las actas del cuartel general, este plan está consignado en todos sus puntos: "Para que el gobierno provisional sepa con precisión cuándo hay que declarar el estado de guerra en Petrogrado y publicar la nueva ley, es preciso que el general Kornílov comunique telegráficamente a Sávinkov la fecha precisa en que el cuerpo de caballería estará a las puertas de Petrogrado".

Los generales conjurados comprendieron, según Stankievich, "que Sávinkov y Kerensky... querían llevar a cabo un golpe de estado con auxilio del cuartel general. No tenían necesidad de nada más, y por esto accedieron apresuradamente a todas las demandas y condiciones…" Stankievich, muy adicto a Kerensky, hace la salvedad de que en el cuartel general "asociaban erróneamente" a Kerensky con Sávinkov; pero, ¿cómo se les podía separar, si Sávinkov se había presentado con un encargo de Kerensky, formulado con toda precisión? El propio Kerensky escribe: "El 25 de agosto regresa Sávinkov del cuartel general y me informa que las tropas puestas al servicio del gobierno provisional serán enviadas de acuerdo con lo convenido". Se fija la fecha del 26, por la tarde, para la adopción por el gobierno del proyecto de ley relativo a las medidas en el interior, que debía servir de prólogo a las acciones decisivas del cuerpo de caballería. Todo está preparado. No hay más que apretar el botón.

Los acontecimientos, los documentos, las declaraciones de los participantes y, finalmente, la confesión del propio Kerensky, atestiguan que el presidente del gobierno, sin que parte del propio gobierno lo supiera, a espaldas de los sóviets que le habían dado

el poder y del partido del que se consideraba miembro, se había puesto de acuerdo con los generales que mandaban el ejército para transformar radicalmente el régimen del estado con ayuda de la fuerza armada. En el lenguaje del código penal, este modo de obrar tiene un nombre perfectamente definido, al menos para aquellos casos en que la empresa no se ve coronada por la victoria. La contradicción entre el carácter "democrático" de la política de Kerensky y el plan de salvación del país con ayuda del sable, sólo puede parecer inconciliable a la mirada superficial. En realidad, el plan de una acción de la caballería se desprendía completamente de la política conciliadora. Al poner al descubierto esta casualidad, puede hacerse abstracción, en gran parte, no sólo de la persona de Kerensky, sino también de las particularidades del medio nacional: se trata de la lógica objetiva de la política conciliadora en las condiciones de la revolución.

Friedrich Ebert, comisario del pueblo de Alemania, conciliador y demócrata, no sólo obró bajo la dirección de los generales de Hohenzollern a espaldas de su propio partido, sino que, ya a principios de diciembre de 1918, participó directamente en el compló militar que perseguía como fin la detención del órgano soviético supremo y la proclamación del propio Ebert como presidente de la república. No es casual que más tarde declarara Kerensky que Ebert representaba a sus ojos el ideal del hombre de estado.

Cuando todos los planes de Kerensky, Sávinkov y Kornílov se hundieron, Kerensky, a quien correspondió la labor nada fácil de borrar el rastro de los mismos, declaró: "Después de la conferencia de Moscú, vi claro que el próximo golpe se intentaría asestarlo, no desde la izquierda, sino desde la derecha". Está absolutamente fuera de dudas que a Kerensky le infundían miedo el cuartel general, la simpatía con que la burguesía rodeaba a los conspiradores militares. Pero lo que hay es que Kerensky consideraba necesario luchar contra el cuartel general, no con ayuda de un cuerpo de caballería, sino con la realización por cuenta propia del programa de Kornílov. El cómplice equívoco del primer ministro, no sólo cumplió el encargo, para el cual hubiera bastado un telegrama cifrado puesto desde el Palacio de Invierno a Mohilev, sino que se presentó como intermediario con el fin de conciliar a Kornílov con Kerensky; es decir, de coordinar sus planes y dar de este modo, en la medida de lo posible, un cauce legal al golpe de estado. Kerensky venía a decir, a través de Sávinkov: "Obre usted, pero dentro de los límites de *mi* propósito; de este modo evitará el riesgo y obtendrá lo que desea". Sávinkov, por su parte, añadía: "No se salga usted *antes de tiempo* de los límites del plan de Kerensky". Tal era la original ecuación con tres incógnitas. Sólo así puede comprenderse que Kerensky se dirigiera al cuartel general, por mediación de Sávinkov, en demanda de un cuerpo de caballería. Se dirigía a los conspiradores un cómplice que ocupaba un cargo elevado, observaba su legalidad y aspiraba a subordinarse el propio compló. Entre los encargos confiados a Sávinkov, no había más que uno que tuviera el aspecto de una medida dirigida contra el compló de la derecha: se refería al comité de oficiales, cuya disolución había exigido la conferencia del partido de Kerensky, celebrada en Petrogrado. Pero es notable la forma misma en que el encargo estaba expresado: "liquidar la asociación de oficiales *en la medida de lo posible*". Todavía es más notable el hecho de que Sávinkov no sólo no encontrara esta posibilidad, sino que ni aún la buscara. La cuestión, fue, sencillamente, enterrada como prematura. El encargo se daba sólo para que constara algo en el papel, como justificación ante los elementos de la izquierda: las palabras "en la medida de lo posible" significaban que ni siquiera se exigía el cumplimiento. Como para poner más de relieve el carácter decorativo de la misión, se la hacía figurar en primer término.

Kerensky, intentando atenuar en lo posible la significación comprometedora del hecho de que, si bien esperaba un golpe de la derecha, sacara de la capital a los regimientos revolucionarios y se dirigiera al mismo tiempo a Kornílov en demanda de

tropas "de confianza", aludía posteriormente a las tres condiciones sacramentales a que subordinaba la venida del cuerpo de caballería. Así Kerensky accedía a subordinar la zona militar de Petrogrado a Kornílov, a condición de que fueran eliminados de esa zona la capital y sus alrededores, a fin de que el gobierno no se hallara por entero en las manos del cuartel general, pues, como decía Kerensky entre los suyos, "en ese caso seríamos absorbidos". Esta condición muestra únicamente que Kerensky, si bien soñaba con subordinar a los generales a sus propias intenciones, no disponía más que de sus subterfugios impotentes. Sin necesidad de prueba alguna, puede creerse que Kerensky no deseaba ser absorbido.

Las otras dos condiciones presentaban idéntico carácter: Kornílov no debía incluir en el cuerpo de expedición la división llamada "salvaje", compuesta de montañeses caucasianos, ni poner al general Křimov al frente de las fuerzas. Desde el punto de vista de la defensa de los intereses de la democracia, esto significaba verdaderamente tragarse un camello y sacudirse los mosquitos. Pero para disimular el golpe que se iba a asestar a la revolución, las condiciones de Kerensky eran incomparablemente más importantes. Lanzar contra los obreros de Petrogrado a los montañeses caucasianos que no hablaban el ruso, habría sido de una imprudencia excesiva: ¡Ni el mismo zar se hubiera atrevido a hacerlo en sus tiempos! En el cuartel general, Sávinkov justificó de manera circunstancial, alegando los intereses de la causa común, el nombramiento, a todas luces inconveniente, de Křimov, sobre el cual poseía el comité ejecutivo informes suficientemente precisos. "No es de desear [decía] que, en caso de que se produzcan disturbios en Petrogrado, éstos sean sofocados precisamente por el general Křimov. La opinión pública asociaría acaso a su nombre móviles distintos de los que le impulsan..." Por último, el mismo hecho de que el jefe del gobierno al reclamar el envío de fuerzas a la capital se adelantara con la extraña demanda de que no se mandara la división "salvaje" ni se designara a Křimov, demuestra palmariamente que Kerensky no sólo conocía de antemano el esquema general del compló, sino también las fuerzas que habían de componer la expedición punitiva que se proyectaba mandar y la candidatura de los principales ejecutores.

Sin embargo, fueran las que fuesen estas circunstancias secundarias, es por demás evidente que el cuerpo de caballería de Kornílov no era en ningún caso el más apropiado para defender la "democracia". En cambio, Kerensky podía tener la certeza completa de que, de todas las unidades del ejército, ese cuerpo sería el instrumento más seguro contra la revolución. Claro está que hubiera sido más ventajoso tener en Petrogrado a un regimiento personalmente adicto a Kerensky y que no estuviera ni con las derechas ni con las izquierdas. Pero como demostrará el desarrollo ulterior de los acontecimientos, semejantes tropas no existían en la realidad. Para la lucha contra la revolución no había nadie, excepto la gente, de Kornílov, y a ella recurrió Kerensky.

Las medidas militares no eran más que un complemento de la política. La orientación general tomada por el gobierno provisional en el transcurso de las dos semanas escasas que separan la conferencia de Moscú de la sublevación de Kornílov, bastaba, en el fondo, para demostrar que Kerensky se preparaba, no para la lucha contra elementos de la derecha, sino para el frente único con los mismos contra el pueblo. El 26 de agosto, el gobierno, haciendo caso omiso de las protestas del comité ejecutivo contra su política contrarrevolucionaria, dio un paso atrevido a favor de los terratenientes tomando inesperadamente el acuerdo de doblar el precio del trigo. El carácter odioso de esta medida, adoptada, por añadidura, a petición de Rodzianko, públicamente formulada, la hacía aparecer como algo que se hallaba muy cerca de una provocación consciente a las masas hambrientas. Era evidente que Kerensky intentaba conquistarse a la extrema derecha de la conferencia de Moscú, mediante un buen regalo. "¡Soy de los vuestros!", decía a la asociación de oficiales en el decreto adulador firmado el mismo día en que

Savinov se ponía en camino para ir a entablar negociaciones con el cuartel general; "¡Soy de los vuestros!", se apresuraba a gritar Kerensky a los terratenientes en vísperas del proyectado ataque de la caballería contra lo que subsistía aún de la Revolución de Febrero.

Las declaraciones de Kerensky ante la comisión investigadora nombrada por él mismo, no se distinguieron por su dignidad. El jefe del gobierno, que comparecía ante dicha comisión en calidad de testigo, en el fondo se sentía el principal acusado y, por añadidura, sorprendido *in fraganti*. Los funcionarios, gente llena de experiencia, que comprendían muy bien la mecánica de los acontecimientos, simulaban dar crédito seriamente a las explicaciones del primer ministro. Pero los demás mortales, entre ellos los miembros del partido de Kerensky, no podían comprender, y así lo manifestaban con franqueza, cómo era posible que un mismo cuerpo de caballería sirviera para realizar un golpe de estado y para luchar contra él. Había sido una imprudencia excesiva, por parte de un "socialrevolucionario" hacer venir a la capital tropas destinadas a estrangularla. Verdad es que en otros tiempos los troyanos habían introducido a las fuerzas enemigas en su propia ciudad; pero, por lo menos, no sabían lo que había en el vientre del caballo de madera. Además, hay un historiador antiguo que pone en tela de juicio la versión del poeta: a juicio de Pausanias, sólo podría darse crédito a Homero en el caso de que se considerara que los troyanos eran "unos imbéciles, privados aún de una sombra de razón". ¿Qué diría el viejo historiador de las declaraciones de Kerensky?

La sublevación de Kornílov

Ya a principio de agosto, Kornílov, había dado orden de que la división "salvaje" y el 3er cuerpo de caballería fueran trasladados del frente sudoccidental a la zona del triángulo ferroviario Nevel-Novosokolniky-Velikie Luki, que, con el pretexto de tener dispuestas reservas para la defensa de Riga, ofrecía una cómoda base para el ataque contra Petrogrado. En aquel entonces, el generalísimo en jefe había dado asimismo orden de concentrar una división cosaca en la región comprendida entre Viborg y Bielo-Ostrov; a ese puño levantado sobre la cabeza misma de la capital (¡de Bielo-Ostrov a Petrogrado no hay más que 30 kilómetros!) se le daba la apariencia de reserva para posibles operaciones en Finlandia. Por tanto, ya con anterioridad a la conferencia de Moscú, se habían movilizado para el ataque contra Petrogrado las cuatro divisiones de caballería, que eran consideradas como las más eficaces para la lucha contra los bolcheviques. Con respecto a la división del Cáucaso, entre la gente de Kornílov se decía sencillamente: "A los montañeses les es igual a quién han de degollar". El plan estratégico era muy sencillo. Tres divisiones, procedentes del sur, serían transportadas en ferrocarril hasta Tsárskoye Seló, Gátchina y Krásnoie Seló, desde donde se las mandaría a la capital, con el fin de que ocuparan la parte meridional de la misma, avanzando por la orilla izquierda del Nevá "*al recibirse* la noticia de que se han iniciado los desórdenes en Petrogrado y *no más tarde* de la mañana del l de septiembre". La división que se hallaba en Finlandia debía ocupar simultáneamente la parte norte de la capital.

Por medio de la asociación de oficiales, Kornílov se puso en contacto con las sociedades patrióticas de Petrogrado, las cuales, según decían ellas mismas, disponían de 2.000 hombres perfectamente armados, pero que tenían necesidad de oficiales expertos. Kornílov prometió mandarles jefes del frente, con el pretexto de que salían con licencia. Para observar el estado de ánimo de los obreros y soldados de la capital y la actividad de los revolucionarios se creó un contraespionaje secreto, al frente del cual se puso el coronel de la división "salvaje", Heimann. La cosa se hizo dentro del marco de los reglamentos militares: el compló disponía de los servicios técnicos del cuartel general.

La conferencia de Moscú no hizo más que dar alientos a Kornílov para que llevase adelante sus planes. Verdad es que Miliukov, según él mismo nos cuenta, había recomendado que no se llevara prisa, pues, a juicio suyo, Kerensky gozaba todavía de popularidad en provincias. Pero semejante consejo no podía ejercer influencia alguna sobre el desmandado general; al fin y al cabo, no se trataba e Kerensky, sino de los sóviets; además, Miliukov no era un hombre de acción, sino un hombre civil y, lo que era peor aún, catedrático. Los banqueros, los industriales, los generales cosacos, metían prisa. Los metropolitanos daban su bendición. El ayudante Zavoiko respondía del éxito. Llegaban telegramas de salutación por todas partes.

La diplomacia aliada tomaba una participación activa en la movilización de las fuerzas contrarrevolucionarias. Sir Buchanan tenía en sus manos muchos de los hilos del compló. Los representantes militares aliados cerca del cuartel general manifestaban sus mejores sentimientos. "El representante británico [atestigua Denikin] lo hizo de forma particularmente conmovedora". Detrás de los embajadores estaban sus respectivos gobiernos. Svatikov, comisario del gobierno provisional en el extranjero, comunicaba desde París, en telegrama del 23 de agosto, que durante las audiencias de despedida el

ministro de asuntos extranjeros, Ribot, "se había interesado extraordinariamente por saber cuál de las personas que rodeaban a Kerensky podía ser considerada como hombre firme y enérgico", y el presidente Poincaré "hizo muchas preguntas sobre... Kornílov". El cuartel general estaba enterado de todo esto, Kornílov no veía motivo alguno para aplazar las cosas y esperar. Hacia el 20, se hizo avanzar dos divisiones de caballería en dirección a Petrogrado. El día de la caída de Riga, fueron llamados al cuartel general cuatro oficiales de cada uno de los regimientos del ejército, unos 4.000 en total, "para estudiar los morteros británicos". A los de más confianza se les dijo inmediatamente que se trataba de aplastar de una vez para siempre al "Petrogrado bolchevista". Ese mismo día, desde el cuartel general se dio orden de entregar con urgencia a las divisiones de caballería unos cuantos cajones de granadas de mano, excelentes para los combates en las calles. "Se convino [dice el jefe de estado mayor, Lukomski] que todo debía estar a punto para el 26 de agosto".

Al acercarse a Petrogrado las tropas de Kornílov, la organización existe en la capital "debe entrar en acción, ocupar el Instituto Smolny y procurar detener a los jefes bolcheviques". Verdad es que éstos hacían su aparición en el Smolny sólo para asistir a las sesiones; en cambio, allí estaba, con carácter permanente, el comité ejecutivo, el cual proporcionaba ministros y seguía considerando a Kerensky como vicepresidente. Pero en una gran empresa no es posible, ni necesario, fijarse en los matices. En todo caso, Kornílov no se preocupaba de ello. "Ya es hora [decía a Lukomski] de ahorcar a los agentes y espías alemanes, capitaneados por Lenin, y disolver el sóviet de obreros y soldados, pero disolverlo en forma tal que no tenga la posibilidad de reunirse en ningún sitio".

Kornílov decidió, resueltamente, confiar la dirección de las operaciones a Křimov, que gozaba entre los suyos de fama de general audaz y decidido. "Křimov estaba entonces alegre, lleno de optimismo [dice Denikin] y miraba confiado al porvenir". En el cuartel general confiaban en Křimov. "Estoy persuadido [decía Kornílov hablando de él] de que, si es necesario, no vacilará en ahorcar a todo el sóviet de obreros y soldados". La elección de ese general "alegre y optimista" no podía ser, por consiguiente, más acertada. Cuando estos trabajos, que distraían un tanto de la preocupación del frente alemán, se hallaban en su apogeo, llegó al cuartel general Sávinkov, a fin de precisar el acuerdo estipulado, introduciendo en él algunas modificaciones secundarias. Para asestar el golpe al enemigo común, Sávinkov señaló la fecha que Kornílov había fijado ya hacía tiempo para la acción contra Kerensky: el día en que se cumplían los seis meses de la revolución. A pesar de que el plan del golpe de estado tenía dos aspectos, ambas partes aspiraban a operar con los elementos comunes de dicho plan: Kornílov, para disimular sus verdaderas intenciones; Kerensky, para sostener las propias ilusiones. La proposición de Sávinkov no podía caer mejor en el cuartel general: el mismo gobierno tendió la cabeza; Sávinkov se disponía a tirar del lazo. Los generales del cuartel general se frotaron las manos de gusto: "¡Ya pican!", decían, como los pescadores afortunados.

Kornílov se decidió a hacer concesiones con tanta mayor facilidad cuanto que nada le costaban. ¿Qué importancia tenía que la guarnición de Petrogrado no estuviera subordinada al cuartel general, si las tropas de Kornílov entraban en la ciudad? Después de aceptar las otras dos condiciones, Kornílov las violó inmediatamente: la división "salvaje" fue colocada en la vanguardia y Křimov se encargó de dirigir toda la operación. Kornílov no consideraba necesario sacudirse los mosquitos.

Los bolcheviques discutían abiertamente las cuestiones fundamentales de su táctica: un partido de masas no puede obrar de otro modo. El gobierno y el cuartel general no podían dejar de saber que los bolcheviques se oponían a las manifestaciones, lejos de provocarlas. Pero de la misma manera que el deseo es padre del pensamiento, la necesidad

política se convierte en madre de los pronósticos. Todas las clases dirigentes hablaban de la insurrección inminente porque ésta les era absolutamente necesaria. La fecha de la insurrección, ora la adelantaban, ora la atrasaban unos días. El ministerio de la guerra, es decir, Sávinkov,·(comunicaba la prensa) se preocupaba "muy en serio" de la acción inminente. El *Riech* decía que la iniciativa del movimiento era asumida por la fracción bolchevique del sóviet de Petrogrado. Como político, Miliukov estaba tan comprometido en la cuestión del pretendido levantamiento de los bolcheviques, que ha considerado como una cuestión de honor sostener esta versión asimismo en calidad de historiador. "En los documentos del contraespionaje, publicados posteriormente [dice], las nuevas asignaciones de dinero alemán para la 'empresa de Trotsky', se refieren a esa época.". Junto con el contraespionaje ruso, el sabio historiador se olvida de que Trotsky, al que el estado mayor alemán, para mayor comodidad de los patriotas, llamaba por su nombre. "precisamente en esa época" (desde el 23 de julio hasta el 4 de septiembre) se hallaba en la cárcel. El hecho de que el eje de la Tierra no sea más que una línea imaginaria no impide, como es sabido, que la Tierra dé vueltas alrededor de ese eje. De la misma manera, la operación de Kornílov giraba en torno al imaginario levantamiento de los bolcheviques como en torno a su eje. Esto era más que suficiente para el período preparatorio. Pero para el desenlace se necesitaba algo más material.

Uno de los dirigentes del compló militar, el oficial Vinberg, en sus interesantes memorias, que ponen al descubierto lo que pasaba entre bastidores, confirma plenamente las indicaciones de los bolcheviques relativas a la amplia labor realizada por la provocación militar. Miliukov, bajo el peso de los hechos y de los documentos, se ha visto obligado a reconocer "que las sospechas de los círculos de extrema izquierda eran justas; la agitación en las fábricas formaba, indudablemente, parte del plan que debían ejecutar las organizaciones oficiales". Pero tampoco esto sirvió de nada: los bolcheviques [se lamentaba el mismo historiador] decidieron "no hacer el juego"; las masas no se disponían a entrar en acción sin los bolcheviques. Sin embargo, este obstáculo había sido tenido en cuenta en el plan y, por decirlo así, salvado de antemano. El "centro republicano", como se llamaba el órgano directivo de los conspiradores, en Petrogrado, decidió sencillamente reemplazar a los bolcheviques; para ello, se encargó al coronel de cosacos Dutov que simulase un levantamiento revolucionario. En enero de 1918, Dutov, a la pregunta de sus amigos políticos: "¿Qué debía ocurrir el 28 de agosto de 1917?", contestó textualmente lo que sigue: "Entre el 28 de agosto y el 2 de septiembre, yo debía emprender una acción que habría de aparecer como preparada por los bolcheviques". Todo había sido previsto. No en vano habían participado en la elaboración del plan oficiales del estado mayor.

Kerensky, por su parte, después del regreso de Sávinkov de Mohilev, se inclinaba a considerar que todo equívoco había sido eliminado y que el cuartel general se adhería completamente a su plan. "Hubo momentos [dice Stankievich] en que todos los personajes creían no sólo que obraban en una misma dirección, sino incluso que tenían una idea idéntica del método de acción". Esos felices momentos no duraron mucho. Intervino en la cosa la casualidad, que, como todas las casualidades históricas, abrió la válvula de la necesidad. Se presentó a Kerensky el octubrista Lvov, miembro del primer gobierno provisional, el mismo Lvov que, en calidad de expansivo procurador del Santo Sínodo, había dicho que en la mencionada institución no había más que "idiotas y bribones". El destino le había confiado la misión de evidenciar que, bajo la apariencia de un plan único, había dos planes, uno de los cuales iba dirigido contra el otro.

Como político sin empleo, pero verboso, Lvov había tomado parte en las interminables conversaciones sobre la transformación del régimen y la salvación del país que tenían lugar, ora en el cuartel general, ora en el Palacio de Invierno. En esta ocasión, se presentó proponiendo su mediación con el fin de transformar el gabinete sobre la base

de los principios nacionales y, además, intimidó a Kerensky con los truenos y relámpagos del cuartel general, descontento. El presidente del consejo de ministros, alarmado, decidió utilizar a Lvov para comprobar lo que pasaba en el cuartel general y, al mismo tiempo, saber cuáles eran las verdaderas intenciones de su cómplice Sávinkov. Kerensky manifestó sus simpatías por una política orientada en el sentido de la dictadura, lo cual no era una hipocresía, y estimuló a Lvov para que siguiera desempeñando su papel de mediador, lo cual era una astucia de guerra.

Cuando Lvov se presentó nuevamente en el cuartel general, investido ya con los poderes que le había confiado Kerensky, los generales vieron en su misión la prueba de que el gobierno estaba a punto de capitular. Todavía la víspera se comprometía Kerensky, por mediación de Sávinkov, a realizar el programa de Kornílov con ayuda de un cuerpo de cosacos; hoy, Kerensky propone ya al cuartel general modificar el régimen de común acuerdo. Los generales decidieron acertadamente que era preciso apretar más las clavijas; Kornílov dijo a Lvov que, teniendo en cuenta que el levantamiento preparado por los bolcheviques perseguía como fin "el derrocamiento del gobierno provisional, la firma de la paz con Alemania y la cesión a la misma de la escuadra del Báltico por los bolcheviques", no quedaba otra salida que "la entrega inmediata del poder por el gobierno provisional al generalísimo en jefe." Kornílov añadió a esto: "Sea quien sea el que desempeñe este cargo". Pero, por su parte, no se disponía a ceder su puesto a nadie. Su inamovilidad había sido de antemano fijada por el juramento de los caballeros de San Jorge, la asociación de oficiales y el consejo de las tropas cosacas. Para proteger a Kerensky y a Sávinkov contra los bolcheviques, Kornílov pidió con insistencia que residieran en el cuartel general bajo la salvaguardia de su defensa personal. El ayudante Zavoiko dio a entender a Lvov, de un modo inequívoco, en qué consistía precisamente esa defensa.

A su regreso a Moscú, Lvov intentó calurosamente, como "amigo", persuadir a Kerensky a que accediera a la proposición de Kornílov, "para salvar la vida de los miembros del gobierno provisional y, principalmente, la suya propia". Kerensky no podía dejar de comprender, por fin, que el juego político de la dictadura tomaba carácter muy serio y podía terminar de un modo muy desfavorable. Decidido a obrar, llamó ante todo a Kornílov al aparato, con el fin de comprobar si Lvov había transmitido fielmente su encargo. Kerensky formulaba sus preguntas no sólo en nombre suyo, sino en el de Lvov, a pesar de que éste no asistía a la conversación. "Este procedimiento [observaba Martinov], adecuadísimo para un policía, no era, naturalmente, muy decoroso para un jefe de gobierno". Kerensky, al día siguiente hablaba de su viaje al cuartel general, en compañía de Sávinkov, como de cosa resuelta. Todo el diálogo, sostenido por hilo directo, parece inverosímil; el jefe democrático del gobierno y el general "republicano" hablan de cederse mutualmente el poder como si se tratara de un sitio en el coche-cama.

Miliukov tiene razón de sobra cuando no ve en la exigencia de Kornílov de que se le entregara el poder más que "la continuación de las negociaciones sostenidas abiertamente desde hacía mucho tiempo sobre la dictadura, la reorganización del régimen, etc." Pero Miliukov va demasiado lejos cuando, fundamentándose en esto, intenta presentar las cosas como si en el fondo no hubiera existido compló alguno por parte del cuartel general. Es indudable que Kornílov no habría podido formular sus exigencias a través de Lvov de no haber sido, primero, cómplice de Kerensky. Pero esto no impide que Kornílov encubriera su propio compló con el compló común. Mientras Kerensky y Sávinkov se disponían a librarse de los bolcheviques, y, en parte, de los sóviets, Kornílov se proponía librarse asimismo del gobierno provisional. Eso era, precisamente, lo que no quería Kerensky.

El 26, por la tarde, el cuartel general pudo, en efecto, creer durante algunas horas que el gobierno capitulaba sin lucha. Pero esto no significaba que no hubiera compló, sino únicamente que éste se hallaba cerca de la victoria. Un compló triunfante encuentra siempre modo de legalizarse. "Vi al general Kornílov después de esta conversación", dice el príncipe Trubetskoi, diplomático que representaba al ministerio de estado ante el cuartel general. "Un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho, y a mi pregunta: '¿Es decir, que el gobierno acoge en un todo sus planes?', contestó: 'Sí". Kornílov se equivocaba. Precisamente, a partir de aquel momento, el gobierno, en la persona de Kerensky, dejaba de favorecer sus propósitos.

Es decir, ¿que el cuartel general tenía sus planes? ¿Que se trataba, no de la dictadura en general, sino de la de Kornílov? ¿Que a él, a Kerensky, como una burla, se le ofrecía el cargo de ministro de justicia? Kornílov cometió, en efecto, la imprudencia de hacer una alusión en este sentido a Lvov. Kerensky, confundiéndose a sí mismo con la revolución, gritó al ministro de hacienda Nekrassov: "La revolución no se la cederé". El amigo desinteresado, Lvov, fue detenido inmediatamente y pasó una noche de insomnio en el Palacio de Invierno, con dos centinelas al lado, mientras escuchaba, rechinando los dientes, como "de la otra parte de muro, en la habitación de Alejandro III, situada al lado, Kerensky triunfante, alborozado por la marcha feliz que tomaban sus cosas cantaba sin cesar arias de ópera". En esas horas, Kerensky se sentía lleno de energía.

Petrogrado, en esas mismas jornadas, vivía en una doble zozobra. La tensión política, exagerada deliberadamente por la prensa amenazaba estallar. La caída de Riga hacía que se acercarse el frente. La cuestión de la evacuación de la capital, planteada ya por los acontecimientos de la guerra mucho antes de la caída de la monarquía, adquiría ahora un carácter más agudo. La gente acomodada abandonaba la ciudad. El éxodo de la burguesía obedecía mucho más al miedo a una nueva insurrección que a la invasión de enemigo. El 26 de agosto, el Comité Central del Partido Bolchevique repitió de nuevo: "Gente sospechosa... realiza una agitación provocativa en nombre de nuestro partido". Los órganos directivos del sóviet de Petrogrado, de los sindicatos y de los comités de fábrica declaraban aquel mismo día: "Ninguna organización obrera, ningún partido político, exhorta a hacer manifestación alguna". Sin embargo, los rumores relativos al derrocamiento del gobierno no cesaron ni un instante en todo el día siguiente. "En los círculos gubernamentales [comunicaba la prensa] se habla de la resolución tomada unánimemente de aplastar toda tentativa de acción". Incluso se habían tomado medidas para provocar esta última antes de sofocarla.

En los periódicos de la mañana del 27, no sólo no se decía aún nada de la sublevación del cuartel general, sino que, por el contrario, Sávinkov, en una entrevista, aseguraba que "el general Kornílov goza de la confianza absoluta del gobierno provisional". El día en que se cumplían seis meses de la revolución transcurrió en general de un modo extraordinariamente tranquilo. Los obreros y los soldados evitaban todo lo que pudiera parecerse a una manifestación. La burguesía, temiendo disturbios, no se había movido de sus casas Las calles estaban desiertas. La gente se olvidó incluso de las tumbas de las víctimas de febrero en el Campo de Marte.

En la mañana del esperado día que debía señalar la salvación del país, el generalísimo en jefe recibió una orden telegráfica del presidente del consejo de ministros: resignar el cargo en el jefe de estado mayor y ponerse en el acto en camino para Petrogrado. Las cosas tomaron de inmediato un giro completamente imprevisto. El general comprendió, según sus propias palabras, "que se llevaba un doble juego". Hubiera podido decir con más derecho que se había descubierto su propio doble juego. Kornílov decidió no ceder. Las exhortaciones hechas por Sávinkov por hilo directo no surtieron efecto alguno. "Obligado a entrar en acción abiertamente [decía el generalísimo en el

manifiesto dirigido al pueblo], yo, el general Kornílov, declaro que el gobierno provisional, bajo la presión de la mayoría bolchevista de los sóviets, obra de completo acuerdo con planes del estado mayor alemán, y que, con miras al próximo desembarco de fuerzas enemigas en la orilla de Riga, destruye el ejército y perturba al país desde el interior". Kornílov, que no deseaba ceder el poder a los traidores, "prefiere morir en el campo del honor y de la lucha". Miliukov, hablando posteriormente del autor de este manifiesto, decía, con un matiz de admiración, que era "un hombre decidido, que no reconoce ninguna sutileza jurídica y que marcha sin vacilar hacia el objetivo que considera justo". En efecto, el generalísimo que sacaba las tropas del frente para derrocar al propio gobierno, no se le puede acusar de predilección por las sutilezas jurídicas".

Kerensky destituyó a Kornílov por sí y ante sí. En aquel momento, el gobierno provisional no existía ya. El día 26, por la noche, los señores ministros habían presentado la dimisión, la cual, por una feliz coincidencia de circunstancias, respondía a los deseos de todos. Unos días antes de la ruptura del cuartel general con el gobierno, el general Lukomsky decía a Lvov, por mediación de Aladin: "No estaría mal advertir a los kadetes que se retiraran todos del gobierno provisional en vísperas del 27 de agosto, con el fin de poner en un aprieto al gobierno y, al mismo tiempo, evitar disgustos". Los kadetes se apresuraron a tomar buena nota de esta recomendación. Por otra parte, el propio Kerensky declaró al gobierno que consideraba posible luchar contra la sublevación de Kornílov "sólo a condición de que se le conceda a él personalmente la integridad del poder". Parecía que los demás ministros sólo esperasen un pretexto tan feliz para presentar la dimisión. La coalición fue sometida, pues, una vez más, a prueba. "Los ministros del partido de los kadetes [dice Miliukov] declararon que en aquel momento presentaban la dimisión, sin que esto significara que resolvieran de antemano la cuestión de su participación futura en el gobierno provisional". Fieles a su tradición, querían esperar al margen los días de lucha, a fin de tomar resoluciones según fuera el resultado de la contienda. No tenían la menor duda de que los conciliadores les conservarían intactos sus puestos. Los kadetes, si bien se desligaban de toda responsabilidad, tomaron parte después, junto con los demás ministros dimisionarios, en una serie de reuniones del gobierno, que tenían "un carácter privado". Los dos campos que se preparaban para la guerra civil se agrupaban "privadamente" alrededor del jefe del gobierno, investidos de todas las atribuciones posibles, pero no del poder efectivo.

Sobre el telegrama de Kerensky, recibido en el cuartel general, en el cual se decía: "Retened y mandad a sus puntos primitivos a todas las fuerzas mandadas a Petrogrado y a su región", Kornílov escribió: "No cumplir esta orden, mandad las fuerzas en dirección a Petrogrado". La sublevación tomaba, por consiguiente, un carácter bien definido. Tres divisiones de caballería se dirigían por la vía férrea hacia la capital.

En la proclama dirigida por Kerensky a las tropas de Petrogrado se decía: "El general Kornílov, después que ha proclamado su patriotismo y su fidelidad al pueblo..., ha tomado regimientos del frente... y los manda contra Petrogrado". Kerensky guarda silencio sensatamente sobre el hecho de que los regimientos hubieran sido sacados del frente, no sólo sabiéndolo él, sino a petición suya, para lanzarlos contra la misma guarnición ante la que denunciaba ahora la perfidia de Kornílov. El generalísimo, naturalmente, tampoco se mordió la lengua. "Los traidores no están entre nosotros [se decía en su telegrama], sino en Petrogrado, donde por dinero alemán, con la complacencia criminal del gobierno, se ha vendido y se vende a Rusia". Así, la calumnia lanzada contra los bolcheviques se abría ahora nuevos caminos.

El buen humor que hacía cantar arias de ópera al presidente del consejo de ministros dimisionario, se desvaneció rápidamente. La lucha con Kornílov, fuera el que fuere el giro que tomara, amenazaba con tener consecuencias gravísimas. "En la primera

noche de la sublevación del cuartel general [dice Kerensky], en los medios soviéticos de soldados y obreros de San Petersburgo empezó a circular insistentemente el rumor de que Sávinkov estaba complicado en el movimiento del general Kornílov". El rumor señalaba a Kerensky inmediatamente después de Sávinkov, y no se equivocaba. Había que temer revelaciones más peligrosas en lo sucesivo.

"El 26 de agosto, a hora avanzada de la noche [cuenta Kerensky], entró en mi despacho, muy excitado, el administrador del ministro de la guerra. 'Señor ministro [dijo Sávinkov, dirigiéndose a mí], le ruego que me detenga al instante como cómplice del general Kornílov. Pero si tiene confianza en mí, le suplico me dé la posibilidad de mostrar al pueblo prácticamente que nada tengo en común con los sublevados'... Como contestación a esas manifestaciones [prosigue Kerensky], nombré de inmediato a Sávinkov general-gobernador de San Petersburgo, otorgándole amplias atribuciones para la defensa de la capital contra las tropas del general Kornílov". Es más: a ruegos de Sávinkov, Kerensky nombró a Filonenko auxiliar suyo. Así, pues, tanto la sublevación como el sofocamiento de la misma no salían del círculo del directorio.

El precipitado nombramiento de Sávinkov como general-gobernador obedecía a la necesidad que sentía Kerensky de luchar por su propia conservación política; si Kerensky hubiera denunciado a Sávinkov a los sóviets, Sávinkov habría denunciado en el acto a Kerensky. En cambio, al obtener de Kerensky, no sin extorsión, la posibilidad de legalizarse mediante una participación demostrativa en las acciones contra Kornílov, Sávinkov debía hacer todo lo posible para justificar a Kerensky. El "general-gobernador" era necesario no tanto para luchar contra la contrarrevolución, cuanto para borrar las huellas del compló. La labor de los cómplices en este sentido empezó inmediatamente.

"A las cuatro de la madrugada del 28 de agosto [atestigua Sávinkov], volví, llamado por Kerensky, al Palacio de Invierno, donde encontré al general Alexéiev y a Tereschenko. Convinimos los cuatro que el ultimátum de Lvov no había pasado de ser una equivocación". El papel de intermediario en esa reunión tempraneras lo desempeñó el nuevo "general-gobernador", Miliukov dirigía las cosas entre bastidores. En el transcurso del día se presenta abiertamente en escena. Alexéiev, si bien decía que Kornílov tenía menos seso que un mosquito, pertenecía al mismo bando que él. Los conspiradores y sus comparsas hicieron la última tentativa para presentar lo ocurrido únicamente como "una mala interpretación"; esto es, para engañar a la opinión pública, a fin de salvar lo que se pudiera de su plan común. La división "salvaje", el general Křimov, fuerzas de los cosacos, la negativa de Kornílov a renunciar al cargo, la marcha sobre la capital, todo esto no eran más que detalles de la "mala interpretación". Asustado por el mal cariz que la situación tomaba, Kerensky no gritaba ya: "¡La revolución no se la daré!" Inmediatamente después del acuerdo con Alexéiev, se presentó a los periodistas que hacían información en el Palacio de Invierno, y les pidió que suprimieran de todos los periódicos su proclama, en que se declaraba traidor a Kornílov. Cuando se vio, por las contestaciones de los periodistas, que esto era técnicamente irrealizable, Kerensky exclamó: "Es lamentabilísimo". Este pequeño episodio consignado en los periódicos del día siguiente, ilumina con incomparable claridad la figura del superárbitro de la nación metido en un callejón sin salida. Kerensky encarnaba tan a la perfección a la democracia y la burguesía, que ahora aparecía simultáneamente como sumo representante del poder del estado y como conspirador criminal contra el mismo.

En la mañana del 28, la ruptura entre el gobierno y el generalísimo supremo fue un hecho consumado ante la faz de todo el país. Al punto intervino en la cosa la bolsa. Esta, que había acogido el discurso de Kornílov en Moscú, en el que se esgrimía como amenaza la entrega de Riga, con una baja de los valores rusos, ante la noticia de la sublevación de los generales reaccionó con el alza de todos los valores. Con su cotización

a la baja del régimen de febrero, la bolsa expresó, de un modo irreprochable, el estado de ánimo de las esperanzas de las clases poseedoras, a las que no les quedaba la menor duda respecto a la victoria de Kornílov.

El jefe de estado mayor, Lukomsky, al que había dado Kerensky, el día antes, orden de tomar sobre sí temporalmente el mando, contestó: “No considero posible aceptar el cargo del general Kornílov, pues eso produciría en el ejército una perturbación que causaría la ruina de Rusia”. A excepción del generalísimo del Cáucaso, que no sin retraso había declarado su fidelidad al gobierno provisional, los demás generalísimos sostenían, en diferentes tonos, las exigencias de Kornílov. El comité de la asociación de oficiales, inspirado por los kadetes, dirigió el siguiente telegrama a todos los estados mayores del ejército y de la armada: “El gobierno provisional, que ha demostrado en distintas ocasiones su impotencia, ha mancillado ahora su nombre con una provocación, y no puede continuar al frente de Rusia...” El presidente honorario de la asociación de oficiales era el propio Lukomsky. En el cuartel general se comunicó a Krasnov, nombrado jefe del 3er. Cuerpo de Ejército, lo siguiente: “Nadie defenderá a Kerensky. Se trata sólo de un paseo. Está preparado todo”.

El telegrama cifrado dirigido por el príncipe Trubestkoi, ya conocido de nosotros, al ministro de estado, da una idea bastante fiel del optimismo de los dirigentes inspiradores del compló: “Si se examina severamente la situación, hay que reconocer que todo el mando, la mayoría aplastante de la oficialidad y los mejores cuerpos del ejército, seguirán a Kornílov. En el interior, se pondrían a su lado todos los cosacos, la mayoría de las escuelas militares y, asimismo, los mejores elementos del ejército. A la fuerza física hay que añadir... la simpatía moral de todos los sectores no socialistas de la población, y en las clases bajas... Una indiferencia que se someterá al primer latigazo. Es indudable que un número inmenso de socialistas de marzo se apresurará a ponerse al lado de Kornílov en caso de que éste triunfe”. Trubetskoi reflejaba no sólo las esperanzas del estado mayor, sino también el estado de ánimo de las misiones aliadas. En el destacamento de Kornílov, que iba a la conquista de Petrogrado, había automóviles blindados ingleses, con personal también inglés. El jefe de la misión militar inglesa en Rusia, general Nox, censuraba al coronel norteamericano Robins por el hecho de que éste no apoyara a Kornílov. “No siento interés alguno por el gobierno de Kerensky [decía el general británico], es demasiado débil; lo que hace falta es una dictadura militar, se necesita a los cosacos; este pueblo tiene necesidad del látigo. Lo que se impone es una dictadura”.

Todas estas voces llegaban al Palacio de Invierno y ejercían un efecto fulminante sobre sus moradores. El éxito de Kornílov parecía inevitable. El ministro Nekrasov dijo a sus amigos que la causa estaba definitivamente perdida, y que no quedaba otro recurso que morir con honor: “Algunos líderes destacados del sóviet [afirma Miliukov], presintiendo la suerte que les estaba reservada en caso de que triunfara Kornílov, se habían apresurado ya a hacerse con pasaportes para el extranjero”.

A cada momento llegaban noticias, cada vez más amenazadoras, sobre la proximidad de las tropas de Kornílov. La prensa burguesa acogía esas noticias con avidez y las hinchaba, creando una atmósfera de pánico.

A las doce y media del día 28 de agosto, “un destacamento, mandado por el general Kornílov, se ha encontrado en las inmediaciones de Luga”. A las dos y media de la tarde: “Han pasado por la estación de Oredeg diez nuevos trenes con tropas de Kornílov. A la cabeza del tren va un batallón ferroviario”. A las tres: “La guarnición de Luga se ha rendido a las tropas del general Kornílov y ha entregado todas las armas. La estación y todos los edificios oficiales de Luga han sido ocupados por las tropas de Kornílov”. A las seis de la tarde: “Dos trenes de tropas de Kornílov, procedentes de

Narva, se hallan a media versta de Gátchina. Otros dos trenes se hallan en camino de dicha población". A las dos de la madrugada del 29 de agosto: "En la estación de Antropchino (a 33 kilómetros de Petrogrado), se ha iniciado un combate entre las tropas gubernamentales y las de Kornílov. Hay bajas en ambos bandos". La misma noche llegó la noticia de que Kaledin amenazaba con dejar Petrogrado y Moscú incomunicados con el sur de Rusia.

El cuartel general, los generalísimos de los frentes, la misión británica, la oficialidad, los trenes militares, los batallones ferroviarios, los cosacos, Kaledin, todas estas palabras resonaban en la sala de malaquita del Palacio de Invierno como las trompetas del Juicio Final.

El mismo Kerensky lo reconoce así con las atenuaciones indispensables. "El 28 de agosto fue el día de más vacilaciones [dice], de las mayores dudas respecto a la fuerza de los adversarios de Kornílov, y de mayor nerviosidad en el seno de la propia democracia". No es difícil imaginar lo que se oculta tras estas palabras. El jefe del gobierno se torturaba pensando no sólo cuál de los dos bandos sería el más fuerte, sino cuál de ellos era más temible para él. "No estamos con vosotros, con los de la derecha, ni con vosotros, los de la izquierda". Estas palabras podían producir cierto efecto desde el escenario del teatro de Moscú. Traducidas al lenguaje de la guerra civil, que estaba a punto de estallar, significaban que Kerensky podía parecer innecesario tanto a la derecha como a la izquierda. "Todos nosotros [escribe Stankievich] estábamos materialmente agobiados por la desolada impresión de que se estaba desarrollando un drama que iba a destruirlo todo. Del grado de aturdimiento que reinaba puede dar idea el hecho de que aún después de la ruptura pública entre el cuartel general y el gobierno se hicieran tentativas de reconciliación..."

"La situación misma sugería la idea de la necesidad de una mediación", dice Miliukov, que prefería el papel de tercero. El día 28, por la tarde, se presentó en el Palacio de Invierno para "aconsejar a Kerensky que renunciara al punto de vista estrictamente formal de la infracción de la ley". El jefe liberal, que comprendía la necesidad de distinguir la almendra de su cáscara, era, al mismo tiempo, la persona más indicada para desempeñar la función de intermediario leal. El 13 de agosto, el propio Kerensky había comunicado a Miliukov que la sublevación estaba señalada para el 27. Al día siguiente (el 14), Miliukov exigió en su discurso, pronunciado en la conferencia nacional, que "la inmediata adopción de las medidas indicadas por el generalísimo supremo no sirvieran de pretexto a sospechas, amenazas verbales e incluso destituciones". Hasta el 27, Kornílov había de quedar fuera de toda sospecha. Al mismo tiempo, Miliukov ofrecía a Kerensky su apoyo "voluntario y sin condiciones". Y aquí viene a pelo recordar el lazo corredizo que sostiene también sin "condiciones".

Por su parte, Kerensky reconoce que Miliukov, que se había presentado ofreciéndose como intermediario, "había elegido un momento muy oportuno para demostrarme que la fuerza real estaba de parte de Kornílov". La conversación terminó de un modo tan feliz, que Miliukov indicó a sus amigos políticos el nombre del general Alexéiev, contra el cual Kornílov no haría ninguna objeción, como sustituto de Kerensky. Alexéiev dio generosamente su conformidad.

Sucedió a Miliukov otro personaje más importante que él. Al atardecer, el embajador británico Buchanan entregó al ministro de estado una declaración en la que los representantes de las potencias aliadas ofrecían unánimemente sus buenos servicios, "impelidos por sus sentimientos humanitarios y el deseo de evitar una calamidad irreparable". La mediación oficial entre el gobierno y el general sublevado no era más que un apoyo a la sublevación. Por vía de respuesta, Tereschenko expresó en nombre del

gobierno provisional el "extraordinario asombro" producido por la sublevación de Kornílov, cuyo programa había sido aceptado en gran parte por el gobierno.

En su estado de soledad y postración, Kerensky no halló cosa mejor que organizar otra interminable conferencia con sus ministros dimisionarios. Precisamente mientras pasaba el tiempo de ese modo tan desinteresado, se recibieron las noticias más alarmantes sobre el avance de las tropas enemigas. Nekrassov suponía que "dentro de pocas horas, las tropas de Kornílov estarían ya seguramente en Petrogrado..." Los exministros empezaban a hacer conjeturas "sobre cómo debería reorganizarse el gobierno en tales circunstancias". De nuevo afloró a la superficie la idea de un directorio. Fue acogida con simpatía, tanto por la derecha como por la izquierda, la iniciativa de incluir en el directorio al general Alexéiev. El kadete Kokochkin consideraba que Alexéiev debía ser puesto al frente del gobierno. Según algunas declaraciones, fue el mismo Kerensky quien propuso que se cediera el poder a cualquier otro, aludiendo para ello a la conversación que había sostenido con Miliukov. Nadie hizo la menor objeción. La candidatura de Alexéiev reconciliaba a todo el mundo. El plan de Miliukov parecía hallarse a punto de ser realizado. Pero en ese momento, como ocurre siempre en los instantes de tensión suprema, resonó un dramático aldabonazo en la puerta: en la habitación inmediata esperaba una comisión del "comité para la lucha con la contrarrevolución". Llegaba a tiempo: uno de los núcleos más poderosos de la contrarrevolución era la reunión mezquina y pérfida de los kornilovianos, intermediarios y capitulantes en una sala del Palacio de Invierno.

El nuevo órgano soviético había sido creado el 27 por la tarde, en la reunión de ambos comités ejecutivos, el de obreros y soldados y el de campesinos, y estaba compuesto de dos representantes, delegados, con carácter especial, de los tres partidos soviéticos, de los dos comités ejecutivos, del centro de los sindicatos y del sóviet de Petrogrado. Con la creación de un comité combativo *ad hoc* se reconocía, en el fondo, que las instituciones soviéticas dirigentes tenían conciencia de su senilidad, y que se imponía una infusión de sangre fresca para que pudieran cumplir con su misión revolucionaria.

Los conciliadores, obligados a buscar el apoyo de las masas contra el general, se apresuraron a echar por delante, como si dijéramos, el hombro izquierdo. Quedaron entregados automáticamente al olvido todos los discursos en que se había propugnado que las cuestiones de principio habían de ser aplazadas hasta la asamblea constituyente. Los mencheviques declararon que exigirían del gobierno provisional la proclamación inmediata de la república democrática, la disolución de la duma y la realización de las reformas agrarias: tal fue la causa de que el nombre de república apareciese por primera vez en la declaración del gobierno sobre la traición del generalísimo.

Respecto a la cuestión del poder, los comités ejecutivos reconocieron la necesidad de dejar por el momento el gobierno en su forma anterior, sustituyendo a los kadetes dimisionarios con elementos democráticos. Convocar, en un futuro próximo con el fin de resolver definitivamente la cuestión, un congreso de todas las organizaciones que se habían unido en Moscú a base de la plataforma de Chjeidze. Sin embargo, después de las negociaciones sostenidas por la noche, se vio que Kerensky rechazaba decididamente la sujeción del gobierno a la fiscalización democrática. Sintiendo que se le escapaba el suelo bajo los pies, así por la derecha como por la izquierda, se agarró con todas sus fuerzas a la fórmula del directorio que personificaba sus sueños de un poder fuerte. Después de nuevas e inútiles discusiones en el Smolny, se decidió dirigirse una vez más al único e insustituible Kerensky, con la petición de que diera su conformidad al primitivo proyecto de los comités ejecutivos. A las siete y media de la mañana, Tsereteli vuelve con la comunicación de que Kerensky no está dispuesto a hacer concesiones y exige "un apoyo

incondicional", pero accede a concentrar "todas las fuerzas del estado" en la lucha con la contrarrevolución. Los comités ejecutivos, exhaustos después de la noche pasada en vela, se rinden al fin ante la huera idea de un "directorio".

La solemne promesa, formulada por Kerensky, de concentrar "todas las fuerzas del estado" en la lucha contra Kornílov, no le impidió, como ya sabemos, sostener negociaciones con Miliukov, Alexéiev y los ministros dimisionarios, sobre una capitulación pacífica ante el cuartel general, negociaciones que fueron interrumpidas por los golpes dados aquella noche en la puerta. Pocos días después, el menchevique Bogdanov, uno de los elementos del comité de defensa, informó al sóviet de Petrogrado, en términos prudentes, pero inequívocos, de la perfidia de Kerensky. "Cuando el gobierno provisional vacilaba y no se veía claramente cómo terminaría la aventura de Kornílov, aparecieron intermediarios tales como Miliukov y el general Alexéiev..." El comité de defensa intervino y exigió "con toda energía" la lucha declarada. "Bajo nuestra influencia [prosiguió Bogdanov] el gobierno cortó todas las negociaciones y renunció a las proposiciones de Kornílov..."

Después que el jefe de gobierno, el conspirador de ayer contra la izquierda, se convirtió en su prisionero político, los ministros kadetes, que el 26 habían dimitido sólo de una manera preliminar y vacilante, declararon que salían definitivamente del gobierno porque no estaban dispuestos a cargar con la responsabilidad de los actos de Kerensky, encaminados a sofocar una sublevación tan patriótica, leal y salvadora. Los ministros dimisionarios "los consejeros y los amigos abandonaron uno tras otro el Palacio de Invierno. La gente 'se marchaba en masa' (según el propio Kerensky) de un sitio condenado inexorablemente a la ruina". Hubo una noche, la del 28 al 29, en que Kerensky "se paseó casi solo" por el Palacio de Invierno. Ya no acudían a su cabeza las animosas arias de ópera. "La responsabilidad que pesaba sobre mí en esos días terriblemente interminables, era en verdad sobrehumana". Se trataba en especial de la responsabilidad por la suerte del propio Kerensky: todo lo demás se hacía ya sin contar para nada con él.

La burguesía mide sus fuerzas con la democracia

El 28 de agosto, cuando el miedo estremecía el Palacio de Invierno, el comandante de la división "salvaje", príncipe Bagration, telegrafiaba a Kornílov que "los montañeses cumplirán con su deber ante la patria, y a la primera orden de su héroe supremo... verterán hasta la última gota de sangre". Pocas horas después, el avance de la división quedaba interrumpido, y el 31 de agosto una comisión especial, presidida por el mismo Bagration, comunicaba a Kerensky que la división se sometía por entero al gobierno provisional. Todo esto ocurrió no sólo sin combate, sino sin que se disparara un solo tiro. No sólo no se vertió la última gota de sangre, sino ni siquiera la primera. Los soldados de Kornílov no intentaron ni por asomo hacer uso de las armas para abrirse paso hacia Petrogrado. Los jefes no se atrevieron a ordenárselo. Las tropas del gobierno no tuvieron que recurrir a la fuerza en ninguna parte para contener el ataque de los destacamentos de Kornílov. El compló se desmoronaba, se evaporaba, se pulverizaba.

Para explicarse esto basta con examinar de cerca las fuerzas que debían entrar en lucha. Ante todo, nos veremos obligados a constatar (y este descubrimiento no será inesperado para nosotros) que el estado mayor de los conjurados era el propio estado mayor zarista, oficina de gente sin cabeza, incapaz de meditar de antemano en el gran juego, que había emprendido dos o tres jugadas sucesivas. A pesar de que Kornílov había señalado el día del golpe de estado con algunas semanas de anticipación, nada estaba previsto ni calculado como era debido. La preparación puramente militar de la sublevación había sido llevada a cabo de un modo inhábil, grosero, superficial. Las complejas modificaciones en la organización y el mando habían sido emprendidas en el momento mismo en que iba a iniciarse la acción. La división "salvaje", que había de asestar el primer golpe a la revolución, estaba compuesta únicamente de 1.350 combatientes, con la particularidad de que les faltaban 600 fusiles, 1.000 lanzas y 500 sables. Cinco días antes de que se iniciaran las operaciones, Kornílov dio la orden de transformar la división en cuerpo. Esta medida, que pertenece a la categoría de las condenadas por los manuales, se consideraba necesaria, en apariencia, para seducir a los oficiales con el cebo de un aumento de sueldo. "El telegrama anunciador de que en Pskov se entregarían las armas que faltaban [dice Martínov] no fue recibido por Bagration hasta el 31 de agosto, cuando la empresa había fracasado definitivamente".

Tampoco el cuartel general se ocupó hasta el último momento de mandar inspectores del frente a Petrogrado. A los oficiales encargados de esta misión se les proveía generosamente de dinero y se les daban vagones especiales. Pero es de suponer que a los heroicos patriotas no les corría mucha prisa salvar a la patria. Dos días más tarde, la comunicación ferroviaria entre el cuartel general y la capital quedó interrumpida; la mayoría de los inspectores no pudieron llegar al lugar en que habían de desarrollarse sus supuestas hazañas.

En la capital, a todo esto, había una organización korniloviana que contaba con cerca de 2.000 hombres. Los conspiradores fueron divididos en grupos, según las misiones especiales que les estaban confiadas: confiscación de los automóviles blindados, detención y asesinato de los miembros más destacados del sóviet y de todo el gobierno provisional, ocupación de las instituciones más importantes. Según Winberg, presidente de la asociación del deber militar, "al llegar las tropas de Křimov, las fuerzas principales

de la revolución debían estar ya quebrantadas, destruidas o reducidas a la impotencia, de manera que lo único que Křimov debía hacer era establecer el orden en la ciudad". Verdad es que en Mohilev se consideraba exagerado este programa de acción, y que la labor principal se confiaba a Křimov; pero el cuartel general esperaba también una ayuda muy seria de los destacamentos del "centro republicano". Sin embargo, los conspiradores de Petrogrado no dieron señales de vida, no dejaron oír su voz, no movieron un dedo, como si no existieran. Winberg da una explicación harto simple de este enigma. El coronel Heimann, encargado del contraespionaje, pasó los momentos más decisivos en un restaurante de las afueras; el coronel Sidorin, encargado de unificar, por encargo directo de Kornílov, la acción de todas las sociedades patrióticas de la capital, y el coronel Ducimetière director de la sección militar, "desaparecieron sin dejar rastro de sí, y no hubo modo de dar con ellos en ninguna parte". El coronel de cosacos Dutov, que debía hacer entrar en acción a sus hombres "como si fueran los bolcheviques", se lamentaba más tarde: "Me apresuré... a llamar a la gente a la calle, pero nadie me siguió". Según cuenta Winberg, los conspiradores más importantes se quedaron con el dinero destinado a la organización o lo derrocharon en juergas. Denikin afirma que el coronel Sidorin "se ocultó en Finlandia, llevándose consigo los últimos fondos de la organización, unos 150.000 rublos". Lvov, a quien hemos dejado detenido en el Palacio de Invierno, habló más tarde de uno de los generosos donantes que obraba entre bastidores y que debía entregar a los oficiales una suma considerable, pero que, al llegar al lugar convenido, encontró a los conspiradores en un estado de embriaguez, que no se decidió a entregar el dinero. El propio Winberg considera que, de no haber mediado esas "casualidades", de veras lamentables, los propósitos del general hubieran podido verse plenamente coronados por el éxito. Pero queda una pregunta: ¿Cómo se explica que alrededor de esa empresa patriótica se agruparan principalmente borrachos, defraudadores y traidores? ¿No fue así porque cada objetivo histórico moviliza los cuadros que en propiedad le corresponden?

Por lo que se refiere a las personas complicadas en la conspiración, las cosas no podían ir peor, empezando por arriba. "El general Kornílov [según el kadete de derecha Izgoyev] era el general más popular... entre la población pacífica, pero no entre las tropas, al menos las del interior". Izgoyev entiende por "población pacífica" el público de la Perspectiva Nevsky. Las masas populares del frente y del interior sentían odio y hostilidad hacia Kornílov. El general Krasnov, un monárquico, nombrado jefe del 3er. cuerpo de caballería que no tardó en hacer una tentativa para convertirse en vasallo de Guillermo II, se extrañaba de que "Kornílov, que se había propuesto llevar a cabo una empresa de tanto empuje, no se hubiera movido del palacio de Mohilev, rodeado de turcomanos y de soldados del batallón de choque, como si él mismo no tuviera confianza en el éxito". ¿Por qué no avanzó, Kornílov, en persona sobre Petrogrado en el momento decisivo?", el cabecilla del compló contestó: "Me encontraba enfermo, tenía un fuerte ataque de malaria y me faltaba mi energía habitual".

Hay un exceso de casualidades desdichadas: siempre ocurre lo mismo cuando una causa está condenada de antemano al fracaso. El estado de espíritu de los conjurados oscilaba entre la altivez del que se cree vencedor indiscutible y la postración completa ante los primeros obstáculos reales. Se trataba, no de la malaria de Kornílov, sino de una enfermedad más honda, fatal, incurable que paralizaba la voluntad de las clases pudientes.

Los kadetes rechazaban seriamente los propósitos contrarrevolucionarios de Kornílov, entendiendo por ello la restauración de la monarquía de los Romanov. ¡Como si se tratara de eso! El "republicanismo" de Kornílov no era óbice para que el monárquico

Lukomsky se pusiera a su lado ni para que el presidente de la Liga del Pueblo Ruso[36], Rimsky-Kórsakov, telegrafiara a Kornílov el día del golpe: "Ruego ardientemente a Dios que le ayude a salvar a Rusia. Me pongo enteramente a su disposición". A los oscurantistas zaristas les tenía sin cuidado la banderita republicana del general. Comprendían que el programa de Kornílov consistía en él mismo, en su pasado, en sus bandas cosacas, en sus relaciones y sus recursos financieros, y principalmente, en su sincera disposición a degollar la revolución.

Kornílov, que en las proclamas se presentaba como "hijo de campesino", había basado enteramente su plan de golpe de estado en los cosacos y en los montañeses. En las tropas lanzadas sobre Petrogrado no había ni un solo destacamento de infantería. El general no había podido acercarse a los campesinos ni lo había intentado. Verdad es que en el cuartel general se descubrió, en la persona de cierto "profesor", a un reformador agrario dispuesto a prometer a cada soldado un cantidad fantástica de deciatinas de tierra. Pero la proclama preparada sobre este punto ni siquiera fue puesta en circulación: el miedo de asustar a los terratenientes servía de freno a toda demagogia agraria de los generales.

Un campesino de Mohilev, Tadeusz, que había observado de cerca en aquellos días el cuartel general, cuenta que nadie, así entre los soldados como en las aldeas, daba crédito a los manifiestos del general: "Quiere el poder, pero no dice ni una palabra de la tierra ni de la terminación de la guerra". En seis meses de revolución, las masas habían aprendido a orientarse en las cuestiones más vitales. Kornílov traía al pueblo la guerra, la defensa de los privilegios de los generales y de la gran propiedad agraria. No podía darles nada más, y nada más esperaban de él. En esta imposibilidad, evidente de antemano para los propios conspiradores, de apoyarse en la infantería campesina, para no hablar ya de los obreros, hallaba su expresión el destino fatal de la pandilla de Kornílov.

El cuadro de las fuerzas políticas trazado por el diplomático del cuartel general, príncipe Trubetskoi, era fiel en buena parte, pero erróneo en lo que se refería a un punto: el pueblo no sentía, ni por asomos, esa indiferencia dispuesta a "someterse al latigazo". Lejos de ello, diríase que las masas no esperaban más que el latigazo para mostrar los manantiales de energía y abnegación que encerraban en su seno. El error en la apreciación del estado de espíritu de las masas reducía a la nada todos los demás cálculos.

El compló había sido tramado por aquellos círculos que ni sabían ni estaban acostumbrados a hacer nada sin la gente de abajo, sin la fuerza obrera, sin la carne de cañón, sin asistentes, criados, escribientes, choferes, mozos de cuerda, cocineras, lavanderas, guardagujas, telegrafistas, palafreneros y cocheros. Todos esos pequeños tornillos humanos, innumerables, invisibles, necesarios, estaban de parte de los sóviets y en contra de Kornílov. La revolución era omnipresente. No había rincón en que no penetrase, envolviendo al compló. Sus ojos, sus oídos, su mano llegaban a todas partes.

El ideal de la educación militar consiste en que el soldado obre a los ojos de sus superiores lo mismo que a sus espaldas. Ahora bien, los soldados y marinos rusos de 1917, que no obedecían las órdenes oficiales ni aún en presencia de sus superiores cogían ávidamente al vuelo las órdenes de la revolución e incluso, con más frecuencia aún, las cumplían por propia iniciativa antes de que llegaran hasta ellos. Los innumerables servidores de la revolución, sus agentes, sus combatientes, no tenían necesidad de estímulo ni de control.

Formalmente, la liquidación del compló se hallaba en manos del gobierno. El comité ejecutivo contribuía a ello. En realidad, la lucha se desarrolló por vías harto diferentes. Al mismo tiempo que Kerensky, agobiado bajo el peso de una

[36] Así se llamaba la organización de las "centurias negras". N. del T.

"responsabilidad sobrehumana", medía solitario el parqué del Palacio de Invierno, el comité de defensa, llamado también comité militar revolucionario, desarrollaba una vasta labor. Desde por la mañana, se mandaron instrucciones telegráficas a los empleados de ferrocarriles, correos y telégrafos y a los soldados. "Todos los movimientos de tropas [como informaba Dan aquel mismo día] se efectúan por orden del gobierno provisional y están avalados por el comité de defensa popular". Dejando a un lado todas las fórmulas convencionales, estas palabras significaban que el comité de defensa disponía de las tropas bajo la firma del gobierno provisional. Simultáneamente se emprendió la destrucción de los nidos kornilovianos, se efectuaron registros y detenciones en las academias militares y en las organizaciones de oficiales. La mano del comité se echaba de ver por todas partes. No había quién se interesara por el general-gobernador.

Tampoco las organizaciones soviéticas de la base esperaban, por su parte, órdenes de arriba. La labor principal se hallaba concentrada en los barrios obreros. En los momentos de mayores vacilaciones del gobierno y de las negociaciones interminables del comité ejecutivo con Kerensky, los sóviets de barriada establecían relaciones más estrechas entre sí y decidían: dar carácter permanente a las reuniones comunes de las organizaciones de los distintos barrios; mandar representantes propios al estado mayor formado por el comité ejecutivo; constituir una milicia obrera; instituir el control de los sóviets de barriada sobre los comisarios gubernamentales; organizar destacamentos volantes encargados de detener a los agitadores contrarrevolucionarios. Estas medidas, tomadas en conjunto, representaban la apropiación de funciones importantes, no sólo del gobierno sino del mismo sóviet de Petrogrado. La lógica de la situación obligó a los órganos soviéticos superiores a restringir de modo considerable sus atribuciones para ceder el puesto a las organizaciones de abajo. La entrada de las barriadas de Petrogrado en el campo de batalla modificó inmediatamente la dirección y las proporciones de la contienda. Una vez más se puso de manifiesto la inagotable vitalidad de la organización soviética, que, paralizada arriba por la dirección de los conciliadores, en el momento crítico resucitaba abajo merced a la presión de las masas.

Para los bolcheviques, que eran el alma de los barrios obreros, la sublevación de Korniìlov no había tenido nada de inesperada. La habían previsto, se habían puesto en guardia contra ella y fueron los primeros que estuvieron en sus puestos. En la reunión de ambos comités ejecutivos, celebrada el 27 de agosto, Sokólnikov comunicó que el Partido Bolchevique había tomado ya todas las medidas que estaban a su alcance para informar al pueblo del peligro y para preparar la defensa; los bolcheviques se declaraban dispuestos a realizar su labor, en el terreno de la organización del combate, de acuerdo con los órganos del comité ejecutivo. En la reunión nocturna de la organización militar de los bolcheviques, en que participaron delegados de numerosos regimientos, se acordó exigir la detención de todos los conspiradores, armar a los obreros, facilitar soldados a estos últimos, en calidad de instructores, asegurar la defensa de la capital desde abajo y prepararse al mismo tiempo para la creación de un régimen revolucionario de obreros y soldados. La organización militar celebró mítines en toda la guarnición. A los soldados se les exhortaba a estar sobre las armas, con objeto de que pudieran echarse a la calle a la primera señal de alarma.

"A pesar de que estaban en minoría [dice Sujánov], era completamente claro que en el comité militar revolucionario la hegemonía pertenecía a los bolcheviques". He aquí cómo explica la causa de ello: "Si el comité quería obrar seriamente, tenía que hacerlo de un modo revolucionario", y sólo los bolcheviques contaban con recursos reales para acometer una acción revolucionaria, "pues las masas les seguían". La tensión de la lucha ponía por doquier, en primer término, a los elementos más activos y audaces. Esta selección automática favorecía, naturalmente, el desarrollo de los bolcheviques, reforzaba

su influencia, concentraba la iniciativa en sus manos, dándoles la dirección efectiva aún en aquellas organizaciones en que se hallaban en minoría. Cuanto más cerca estaban de la barriada obrera, de la fábrica, del cuartel, más incontestable y absoluto era el predominio de los bolcheviques. Todos los grupos del partido están en pie. En todos los talleres de las grandes fábricas, los bolcheviques han organizado un servicio permanente de vigilancia. En el comité del partido de cada barriada se ha establecido un servicio permanente de representantes de las fábricas poco importantes. La organización del servicio de comunicaciones parte de abajo, de la fábrica, y se eleva, a través de los comités de barriada, hasta el comité central del partido.

Bajo la presión directa de los bolcheviques y de las organizaciones por ellos dirigidas, el comité de defensa se mostró favorable a que fuesen armados grupos de obreros destinados a custodiar los barrios proletarios y las fábricas. Esta sanción era lo único que faltaba a las masas. En los barrios obreros se formaron inmediatamente, según la prensa obrera, "colas de gente que deseaba alistarse en las filas de la guardia roja". Se abrieron en seguida cursos de tiro e instrucción militar, dirigidos por soldados expertos. El 29, en casi todas las barriadas había ya grupos armados. La guardia roja anunció su propósito de formar en el acto un destacamento de 40.000 hombres. Los obreros desarmados formaban brigadas destinadas a cavar trincheras, construir reductos, extender alambradas. El nuevo general-gobernador, Palchinski que había sustituido a Sávinkov (Kerensky no había conseguido mantener en ese puesto a su cómplice más de tres días), no pudo menos de reconocer en una declaración especial que, cuando se presentó la necesidad de llevar a cabo trabajos de zapa para la defensa de la ciudad, "millares de obreros... han realizado, sin gratificación alguna, en el transcurso de unas pocas horas, un trabajo inmenso, que, sin su ayuda hubiera exigido varios días". Esto no impidió que Palchinski, siguiendo el ejemplo de Sávinkov, suspendiera el órgano de los bolcheviques, el único periódico que los obreros consideraban como suyo propio.

La gigantesca fábrica de Putilov se convierte en el centro de resistencia del barrio de Peterhof. Se forman apresuradamente destacamentos armados. La fábrica trabaja día y noche: se montan nuevos cañones para la formación de divisiones de artillería proletaria. El obrero Minichev cuenta que "en aquellos días se trabajó hasta dieciséis horas diarias y se montaron cerca de cien cañones". El "Vikjel", recién creado por entonces, tuvo que en entrar inmediatamente en acción. Los ferroviarios tenían motivos especiales para temer la victoria de Kornílov, el cual había introducido en su programa la instauración del estado de guerra en ferrocarriles. También aquí la gente de abajo se adelantó con mucho a sus dirigentes. Los ferroviarios levantaron los rieles y pusieron obstáculos en las vías para contener el avance de las tropas de Kornílov. Se ponía como contribución la experiencia de la guerra. Se tomaron asimismo medidas para aislar el foco del compló Mohilev, interceptando todo el movimiento de trenes con el cuartel general. Los empleados de correos y telégrafos detenían y mandaban al comité los telegramas y órdenes que partían del cuartel general, o copia de los mismos. Los generales se habían acostumbrado durante la guerra a considerar que el transporte y las comunicaciones eran una cuestión de técnica. Ahora tenían ocasión de persuadirse de que eran una cuestión de política.

Los sindicatos, nada inclinados a la neutralidad política, no esperaron exhortaciones especiales para ocupar sus posiciones de combate. El sindicato ferroviario armó a sus miembros, los mandó a las líneas para examinar y levantar los rieles, vigilar los puentes, etc.; con su ardor y su decisión, los obreros impulsaron adelante al "Vikjel", más burocrático y moderado. El sindicato de tipógrafos llevó a la práctica el control efectivo de la prensa. El general sublevado golpeó el suelo con el pie y surgieron legiones de debajo de la tierra; pero eran legiones de enemigos.

Alrededor de Petrogrado, en las guarniciones vecinas, en las estaciones importantes y en la escuadra se trabajaba día y noche; se pasaba revista a las propias filas, se establecía contacto con los puntos próximos y con el Smolny. El comité de defensa, más que exhortar e incitar, registraba y dirigía. Las masas se adelantaban siempre a sus planes. La resistencia al general sublevado se convertía en una batida popular contra los conspiradores.

En Helsingfors, en la asamblea de todas las organizaciones soviéticas, se creó un comité revolucionario que mandó sus comisarios al general-gobernador, a la comandancia, al contraespionaje y otras instituciones importantes. Ninguna orden se hacía efectiva si no llevaba la firma de ese comité. Se estableció el control de los teléfonos y telégrafos. Los representantes oficiales del regimiento de cosacos, que se hallaba en Helsingfors y que eran en su mayoría oficiales, intentan proclamar la neutralidad: se trata de kornilovianos ocultos. Al día siguiente se presentan en el comité cosacos de fila y declaran que todo el regimiento está contra Kornílov. Por primera vez entran representantes cosacos en el sóviet. En éste, como en los demás casos, el violento choque de las clases empuja a los oficiales a la derecha y a los soldados de fila a la izquierda.

El sóviet de Cronstadt, que había restañado ya por completo las heridas sufridas en junio, declaró telegráficamente que "la guarnición de Cronstadt estaba dispuesta a defender como un solo hombre la revolución al primer llamamiento del comité ejecutivo". Los de Cronstadt no sabían aún en aquellos días (sólo podían adivinarlo) hasta qué punto la defensa de la revolución significaba la defensa de ellos mismos contra el exterminio.

Poco después de las jornadas de julio, el gobierno provisional había decidido suprimir la fortaleza de Cronstadt, por considerarla un foco bolchevique. Esta medida, tomada de acuerdo con Kornílov, se justificaba oficialmente por "motivos estratégicos". Los marinos, presintiendo que se tramaba algo malo, se resistieron. "La leyenda de la traición en el cuartel general [escribía Kerensky, después que él mismo había acusado ya de traición a Kornílov] había arraigado hasta tal punto en Cronstadt, que toda tentativa de sacar la artillería provocaba el furor de la masa". El gobierno había confiado a Kornílov la misión de buscar los medios de acabar con Cronstadt. Kornílov había encontrado esos medios; inmediatamente después de la conquista de la capital, Křimov debía mandar a Oranienbaum una brigada provista de artillería y, bajo la amenaza de los cañones, exigir de la guarnición de Cronstadt el desarme de la fortaleza y el paso a tierra, donde los marinos debían ser víctimas de represalias en masa. Pero en el mismo momento en que Křimov se disponía a cumplir la misión que le había encomendado el gobierno, éste se veía obligado a pedir a los marinos de Cronstadt que le salvaran de Křimov.

El comité ejecutivo pidió telefónicamente a Cronstadt y Viborg que se mandaran fuerzas considerables a Petrogrado. A partir del 29, por la mañana, empezaron a llegar tropas. Eran principalmente, regimientos bolchevistas; para dar fuerza al llamamiento del comité ejecutivo, fue necesaria la confirmación del comité central de los bolcheviques. Un poco antes, hacia el mediodía del 28, por orden de Kerensky, orden que se parecía mucho a una humilde súplica, se encargaban de la protección del Palacio de Invierno los marinos del crucero *Aurora*, parte de cuya tripulación seguía encarcelada en Kresty por haber participado en la manifestación de julio. En las horas que tenían libres de servicio, los marinos iban a la cárcel a ver a sus compañeros detenidos, a Trotsky, Raskólnikov y otros. "¿Es que no ha llegado el momento de detener al gobierno?", preguntaban los visitantes. "No, no ha llegado aún [se les contestaba]; apoyad el fusil sobre el hombro de Kerensky y disparad contra Kornílov. Después le ajustaremos las cuentas a Kerensky". En junio y julio, esos mismos marinos no estaban muy inclinados a prestar atención a los argumentos de la estrategia revolucionaria. En estos dos meses escasos habían aprendido mucho. La pregunta sobre la detención del gobierno la formulaban más bien para

descargar su conciencia. Ellos mismos se daban cuenta de la consecuencia inexorable con que se desarrollaban los acontecimientos. En la primera mitad de julio eran derrotados, condenados, calumniados; a fines de agosto se convirtieron en la defensa más segura del Palacio de Invierno contra los kornilovianos; a últimos de octubre, dispararán contra el Palacio de Invierno con los cañones del *Aurora*.

Pero los marinos, si bien acceden a esperar un poco para liquidar sus cuentas con el régimen de febrero, no quieren soportar ni un día más a los oficiales kornilovianos. Los jefes que les habían sido impuestos por el gobierno después de las jornadas de julio, estuvieron casi en todas partes al lado de los conspiradores. El sóviet de Cronstadt destituyó inmediatamente al comisario del gobierno y designó en su lugar a uno propio. Ahora, los conciliadores no gritaban ya a propósito de la separación de la república de Cronstadt. Sin embargo, no en todas partes se limitaron las cosas a la sustitución; en algunos sitios se llevaron a cabo sangrientas represalias.

"La cosa empezó en Viborg [dice Sujánov], con el exterminio de los generales y oficiales por las masas enfurecidas de los marinos y soldados presas del pánico". No, no era una multitud enfurecida, ni se puede hablar en este caso de pánico. El 29, por la mañana, el comité central de la flota había mandado un telegrama al comandante de Viborg, general Oranovsky, para que lo comunicara a la guarnición, dando cuenta de la sublevación del cuartel general. El comandante retuvo el telegrama todo un día, y a las preguntas que se le hicieron sobre los acontecimientos que se estaban desarrollando, contestó que no había recibido noticia alguna. Los marinos efectuaron un registro y encontraron el telegrama. El general, tomado *in fraganti*, se declaró partidario de Kornílov; los marinos fusilaron al comandante y a otros dos oficiales que habían declarado estar de acuerdo con él. Los marinos de la escuadra del Báltico hacían firmar a los oficiales una declaración de fidelidad a la revolución, y cuando cuatro oficiales del crucero Petropavlovsk, se negaron a firmar y se declararon kornilovianos, fueron al punto fusilados por acuerdo de la tripulación.

Sobre los soldados y marinos flotaba un peligro mortal. No sólo Petrogrado y Cronstadt, sino todas las guarniciones del país, serían víctimas de represalias sangrientas. Por la conducta de sus oficiales, por su tono, por sus miradas torcidas, los soldados y marinos podían prever de modo inequívoco su suerte en el caso de que triunfara el cuartel general. En aquellos sitios en que la atmósfera era particularmente ardiente, se apresuraban a cortar el camino al enemigo, oponiendo a las represalias proyectadas por los oficiales las suyas propias. Como es sabido, la guerra civil tiene sus leyes, que nunca han sido consideradas como humanitarias.

Chjeidze transmitió en el acto a Viborg y Helsingfors un telegrama, en que condenaba esos actos como "un golpe mortal para la revolución". Kerensky, por su parte, telegrafió a Helsingfors: "Exijo que se ponga fin inmediatamente a esos repugnantes actos de violencia". Si se busca la responsabilidad política por los casos aislados en que las masas se tomaron la justicia por su mano (sin olvidar que, en general, la revolución no es otra cosa que eso mismo), la responsabilidad buscada recae enteramente sobre el gobierno y los conciliadores, que en los momentos de peligro recurrían a las masas revolucionarias para volver a entregarlas luego a la oficialidad contrarrevolucionaria.

Lo mismo que durante la conferencia nacional en Moscú, cuando se esperaba el golpe de estado de un momento a otro, ahora, tras la ruptura con el cuartel general, Kerensky se dirigía a los bolcheviques pidiéndoles que hicieran uso de su influencia sobre los soldados para que éstos "defendieran la revolución". Kerensky, si bien reclamó la ayuda de los marinos bolcheviques para la defensa del Palacio de Invierno, no puso en libertad a sus prisioneros de julio. Sujánov dice, a este propósito: "Aquella situación, caracterizada por el hecho de que, mientras Trotsky estaba en la cárcel, Alexéiev

cuchicheaba con Kerensky, era absolutamente intolerable”. No es difícil imaginarse la excitación que reinaba en las cárceles, atiborradas de presos. “Ardíamos de indignación [cuenta Raskólnikov] contra el gobierno provisional, que en unos días de peligro... seguía dejando pudrir en la cárcel a revolucionarios tales como Trotsky... ¡Qué cobardes! ¡qué cobardes! [decía éste, paseando con nosotros por el patio]; ellos deberían declarar inmediatamente a Kornílov fuera de la ley, para que cualquier soldado fiel a la revolución se considere con derecho a matarlo.”

La entrada de las tropas de Kornílov en Petrogrado hubiera significado, ante todo, el exterminio de los bolcheviques detenidos. En la orden dada al general Bragation, que debía entrar en la capital con la vanguardia, Křimov no se olvidó de indicar de un modo especial: “Establecer un servicio de vigilancia en las cárceles, pero en ningún caso dejar salir a los que se hallan detenidos actualmente en ellas”. Era todo un programa, el mismo que había inspirado Miliukov desde los días de abril: “No ponerles en libertad en ningún caso. No había en aquellos días en Petrogrado ni un solo mitin en que no se exigiera la liberación de los detenidos en julio. Comisión tras comisión se presentaban en el comité ejecutivo, el cual mandaba, a su vez, a sus líderes a entablar negociaciones con el Palacio de Invierno. ¡Todo resultaba inútil! La obstinación de Kerensky en este punto es tanto más digna de notar cuanto que en el transcurso de los dos primeros días consideraba como desesperada la situación del gobierno y se reservaba, por tanto, el papel de carcelero mayor, encargado de guardar a los bolcheviques para cuando llegara la hora de ahorcarlos.

Nada tiene de sorprendente que las masas dirigidas por los bolcheviques, al mismo tiempo que luchaban contra Kornílov, no tuvieran ni un ápice de confianza en Kerensky. Para ellas se trataba, no de defender al gobierno, sino a la revolución. De aquí la abnegación y la decisión con que luchaban. La resistencia contra la sublevación surgía de los raíles, de las piedras, del aire. Los ferroviarios de la estación de Luga, a la que llegó Křimov, se negaron tenazmente a poner en marcha los trenes militares, con el pretexto de que no disponían de locomotoras. Las tropas cosacas se vieron al instante rodeadas por soldados armados de la guarnición de Luga, compuesta de 20.000 hombres. No hubo combate, pero sí algo más peligroso: contacto, interpenetración. El sóviet de Luga había impreso la declaración del gobierno en la que destituía a Kornílov, y este documento fue profusamente difundido entre las tropas expedicionarias. Los oficiales trataban de persuadir a los cosacos a que no dieran crédito a los agitadores. Pero el hecho mismo de que se vieran obligados a persuadirles era ya un mal presagio.

Al recibirse la orden de Kornílov de avanzar, Křimov exigió, con la amenaza de las bayonetas, que las locomotoras estuvieran preparadas para media hora después. La amenaza parecía haber surtido efecto: aunque con nuevos retrasos, se suministraron las locomotoras; pero, a pesar de todo, no pudieron ser puestas en marcha, ya que la vía había sido levantada e interceptada por algunos días. Huyendo de la propaganda que desmoralizaba sus tropas, Křimov las trasladó, el 28 por la tarde, a pocas verstas de Luga. Pero los agitadores entraron asimismo en el pueblo: eran soldados, obreros, ferroviarios, lo que no había manera de evitar, pues se metían por todas partes. Los cosacos empezaron incluso a asistir a los mítines. Acorralado por la propaganda y maldiciendo de su impotencia, Křimov esperaba inútilmente a Bagration; los ferroviarios habían detenido a la división “salvaje”, que había de ser sometida también, pocas horas más tarde, a un peligrosísimo ataque moral.

Por abúlica y aún cobarde que en sí misma fuera la democracia conciliadora, las masas en que se apoyaba, a medias, nuevamente en la lucha contra Kornílov, abría ante ella inagotables manantiales de acción. Los socialrevolucionarios y los mencheviques, consideraban que su misión consistía, no en vencer a las tropas de Kornílov en combate abierto, sino en ganarlas a su causa. Era justo que así fuera. Los mismos bolcheviques no

tenían nada que objetar, por cierto, en este sentido, a los conciliadores; por el contrario, ése era precisamente su método fundamental; lo único que los bolcheviques exigían era que detrás de los agitadores y parlamentarios estuvieran los obreros y soldados con el arma al brazo. Para influenciar moralmente a las tropas de Kornílov, apareció de inmediato una variedad ilimitada de procedimientos. Así, por ejemplo, se mandó al encuentro de la división "salvaje" a una delegación musulmana, de la que formaban parte prestigiosos indígenas, tales como el nieto del famoso Chamil, que había defendido heroicamente el Cáucaso contra el zarismo. Los montañeses no permitieron a sus oficiales que detuvieran a los delegados, pues esto se hallaba en contradicción con sus seculares tradiciones de hospitalidad. Se iniciaron las negociaciones, que fueron el principio del fin. Los oficiales de las tropas de Kornílov justificaban la marcha sobre Petrogrado alegando los motines iniciados en la capital por los agentes alemanes. Los delegados que acababan de llegar de la capital, no sólo negaron el hecho del motín, sino que con documentos en mano demostraron que Kornílov era un rebelde y mandaba sus tropas contra el gobierno. ¿Qué podían objetar a esto los oficiales de Kornílov?

Los soldados enarbolaron en el vagón del estado mayor de la división "salvaje" una bandera roja, con la inscripción: "Tierra y Libertad". El comandante del estado mayor dio la orden de retirar la bandera. "Únicamente para evitar que se confunda con una señal ferroviaria", según explicó el buen señor. Los soldados no se dieron por satisfechos con la cobarde explicación y detuvieron al comandante. ¿No andarían equivocados en el cuartel general cuando decían que a los montañeses caucasianos lo mismo les daba a quién degollar?

El día siguiente por la mañana se presentó a Křimov un coronel mandado por Kornílov, con la orden siguiente: "Concentrar el cuerpo de ejército, avanzar rápidamente hacia Petrogrado y ocuparlo por sorpresa". En el cuartel general intentaban aún cerrar los ojos ante la realidad. Křimov contestó que las fuerzas del cuerpo estaban diseminadas por distintas líneas férreas; que, por el momento, no tenía a su disposición más que ocho sotnias de cosacos; que las líneas férreas estaban deterioradas, llenas de obstáculos, fortificadas, y que sólo se podía avanzar a pie; finalmente, que ni siquiera cabía pensar en la ocupación de Petrogrado por sorpresa, en momentos en que los obreros y soldados estaban bajo las armas en la capital y sus alrededores.

Las cosas acababan de complicarse, merced a la circunstancia de haberse perdido definitivamente la posibilidad de llevar a cabo la operación de un modo inesperado para las tropas del propio Křimov: éstas, recelando que se tramaba algo turbio, exigieron explicaciones. No hubo más remedio que ponerlas al corriente del conflicto entre Kornílov y Kerensky; es decir, poner oficialmente a la orden del día la organización de mítines.

La orden publicada por Křimov en aquellos momentos decía: "Esta noche he recibido del generalísimo en jefe y de Petrogrado la noticia de que se han iniciado motines en la capital..." Se pretendía con este engaño justificar la campaña contra el gobierno. La orden del propio Kornílov, dictada el 29 de agosto, decía: "El contraespionaje de Holanda comunica: a) Se está preparando para uno de estos días un golpe simultáneo en todo el frente, con objeto de poner en fuga nuestro ejército en descomposición; b) se está fraguando una insurrección en Finlandia; c) se proyecta hacer volar los puentes del Knieper y del Volga; d) se organiza un levantamiento de los bolcheviques en Petrogrado".

Era la misma "denuncia" a que ya aludía Sávinkov el día 23; si se hablaba de Holanda, era para despistar; el documento, según todos los informes, había sido amañado en la misión militar francesa o a lo menos, con intervención suya.

Ese mismo día telegrafiaba Kerensky a Křimov: "Reina en Petrogrado completa tranquilidad. No se espera disturbio alguno. No hay, en absoluto, necesidad de su cuerpo

de ejército”. Los disturbios debían ser provocados por los decretos del propio Kerensky. Como la provocación gubernamental se había aplazado, Kerensky consideraba fundamentalmente que “no se esperaban disturbios”. Křimov, ante la situación sin salida en que se hallaba, hizo una absurda intentona de avance sobre Petrogrado, con sus ocho sotnias de cosacos. Era, más que nada, un gesto para tranquilizar su propia conciencia; gesto que, naturalmente, no dio el menor resultado. Al tropezar, a pocas verstas de Luga, con las fuerzas que guardaban la línea, Křimov se volvió atrás sin intentar siquiera entablar combate. Krasnov, jefe del 3er cuerpo de caballería, escribió más tarde, hablando de esta “operación” ficticia, la única que hubo: “Hubiera sido preciso asestar el golpe a Petrogrado con ochenta y seis escuadrones y se limitó a amagar el ataque con una brigada de ocho sotnias débiles, la mitad de las cuales no tenían jefes. En vez de dar el golpe con el puño, se asestó con el dedo; consecuencia de ello fue que se lastimó el dedo y el agredido no sintió nada”. En el fondo, ni siquiera se golpeó con el dedo. No se hizo daño a nadie.

Entre tanto, los ferroviarios iban haciendo su labor. De un modo misterioso, las tropas mandadas por ferrocarril avanzaban, pero no por las líneas que se les habían señalado. Los regimientos no iban a parar a sus divisiones. Los trenes con artillería se hallaban de repente, como por encanto, en un apartadero; los estados mayores perdían el contacto con sus tropas. En todas las estaciones importantes había sóviets ferroviarios y militares. Los telegrafistas les tenían al corriente de todos los acontecimientos, de todos los movimientos de tropas. Esos mismos telegrafistas interceptaban las órdenes de Kornílov. Las informaciones desfavorables a los korniloviamos se hacían circular inmediatamente, con gran profusión, se pegaban carteles en las paredes, pasaban de boca en boca. El maquinista, el guardagujas, el engrasador se convertían en agitadores. En esta atmósfera avanzaban, o, lo que aún era peor, permanecían en el sitio los trenes militares de Kornílov. El mando, que pronto se dio cuenta de la desesperada situación en que se hallaba, era evidente que no tenía ninguna prisa por avanzar, y con su pasividad facilitaba el trabajo de los contraconspiradores del ramo de transportes. Las fuerzas del ejército de Křimov se vieron diseminadas en esta forma por las estaciones, enlaces y apartaderos de ocho líneas férreas. Si se siguen en un mapa los movimientos de las tropas de Kornílov, se saca la impresión de que los conspiradores jugaban al escondite en las líneas férreas.

“Casi por todas partes veíamos el mismo espectáculo [dice el general Krasnov, relatando sus observaciones en la noche del 30 de agosto]. En las vías, en los vagones, se podía encontrar, de continuo, grupos de dragones, en pie al lado de sus caballos o sentados en las monturas, y entre los cuales había siempre un entrometido con capote de soldado”. Esos entrometidos se convirtieron bien pronto en legión. Seguían llegando de Petrogrado numerosas delegaciones de los regimientos enviados al encuentro de las tropas de Kornílov; antes de hacer uso de las armas, querían explicarse. Las tropas revolucionarias tenían la firme esperanza de que no se llegaría a la lucha. Esta esperanza se vio confirmada: los cosacos les recibieron de buen grado. Un grupo de soldados del cuerpo de comunicaciones se apoderó de unas cuantas locomotoras y envió delegados por toda la línea. A cada tren militar se le explicaba la situación creada. Se celebraban incesantes mítines, en los que se alzaba un solo clamor: “¡Nos han engañado!”.

“No ya los jefes de división [dice el mismo Krasnov], sino que ni aún los mismos comandantes de los regimientos sabían exactamente dónde se hallaban sus escuadrones y sotnias... La falta de víveres y de forraje irritaba aún más, como es natural, a la gente. Los soldados, viendo la desorganización y el desconcierto que reinaban a su alrededor, empezaron a detener a jefes y oficiales”. La delegación del sóviet, que había organizado su estado mayor, comunicaba: “La fraternización es un hecho general... Estamos plenamente persuadidos de que el conflicto puede darse por liquidado. Están llegando

delegaciones de todas partes". Los jefes eran sustituidos por los comités. Se creó rápidamente un sóviet de delegados del ejército, que designó una comisión compuesta de cuarenta miembros para enviarla al gobierno provisional. Los cosacos empezaron a decir en voz alta que no esperaban más que la orden de Petrogrado para detener a Křimov y a los demás oficiales.

Stankievich describe el espectáculo que observó el 30, al dirigirse a Pskov en unión de Voitinski. En Petrogrado creían que Tsarkoie había sido ocupado por las fuerzas de Kornílov; pero resultó que allí no había nadie. "En Gátchina, ni un alma... En el camino de Luga, nadie. En Luga, calma y tranquilidad... Llegamos a la aldea en que debía hallarse el estado mayor del cuerpo. No había nadie... A primera hora de la mañana, los cosacos se habían marchado en dirección opuesta a la de Petrogrado." La sublevación retrocedía, se diseminaba, se la tragaba la tierra.

Pero en el Palacio de Invierno seguían temiendo al enemigo. Kerensky hizo una tentativa para entablar negociaciones con el mando de los sublevados: le parecía mejor este procedimiento que la iniciativa "anárquica" de las masas. Envió delegados a Křimov y, "en aras de la salvación de Rusia", le pidió que fuera a Petrogrado, garantizándole su seguridad personal si, por su parte, empeñaba su palabra de honor. El general, que había perdido por completo la cabeza, se apresuró, naturalmente, a aceptar la invitación. Detrás de Křimov salió para Petrogrado una comisión de cosacos.

Los frentes no apoyaron al cuartel general. Sólo el del sudoeste hizo una tentativa relativamente seria. El estado mayor de Denikin tomó oportunamente medidas preventivas. Los centinelas del estado mayor que no merecían suficiente confianza fueron sustituidos con cosacos. En la noche del 27 se tomó posesión de la imprenta. El estado mayor intentó aparecer dueño de la situación, seguro de sí mismo, e incluso prohibió al comité del frente que se sirviera del telégrafo. Pero las ilusiones no duraron más que breves horas. Empezaron a presentarse al comité delegados de los distintos regimientos, pidiendo apoyo. Aparecieron automóviles blindados, ametralladoras, cañones. El comité sometió de inmediato a su fiscalización la actividad del cuartel general, que se reservó la iniciativa puramente en el terreno de las operaciones. A las tres del día 28, en el frente sudoccidental, el poder estaba por entero concentrado en manos del comité. "Nunca [gemía Denikin] había aparecido tan sombrío el futuro del país, ni tan lamentable y abrumadora nuestra impotencia."

En los demás frentes, los acontecimientos se desarrollaron de un modo menos dramático todavía. Bastaba que los generalísimos volviesen los ojos en torno suyo, para que sintieran afluir a sus pechos los sentimientos más afectuosos hacia los comisarios del gobierno provisional. En la mañana del 29 se habían recibido ya en el Palacio de Invierno telegramas de adhesión del general Scherbachev, del frente rumano; de Valuyev, del frente occidental; de Prjevalsky, del Cáucaso. En el frente norte, cuyo generalísimo Klembovsky era un korniloviano declarado, Stankievich designó como sustituto del mismo a un tal Savitsky. "Savitsky, muy poco conocido hasta entonces, designado por telégrafo en el momento del conflicto [dice el mismo Stankievich], podía dirigirse con toda seguridad a cualquier grupo de soldados, infantería, cosacos e incluso junkers, con cualquier orden, aunque se tratara de la detención del generalísimo, y la orden habría sido cumplida sin vacilar..." Klembovsky fue relevado sin la menor complicación por el general Bonch-Bruyevich, el cual, por mediación de su hermano, bolchevique notorio, fue uno de los primeros que más tarde se pusieron al servicio del gobierno bolchevique.

No le fue mucho mejor al sostén que el partido militar tenía en el sur: el atamán de los cosacos del Don, Kaledin. En Petrogrado se decía que Kaledin había movilizado las tropas cosacas y que habían salido tropas del frente en dirección al Don. Ahora bien, "el atamán [según cuenta uno de sus biógrafos] recorría los pueblos situados lejos de una

línea férrea... y conversaba tranquilamente con la gente". Kaledin obraba, en efecto, con mucha mayor prudencia de lo que se suponía en los círculos revolucionarios. Había elegido el momento de la sublevación, cuya fecha conocía de antemano, para recorrer "pacíficamente" las aldeas cosacas a fin de hallarse, en los días críticos, fuera del control telegráfico y de toda fiscalización en general y, al propio tiempo, pulsar el estado de ánimo de los cosacos. El 27 telegrafió a su sustituto, Bogayevsky: "Hay que apoyar a Kornílov por todos los medios". Sin embargo, el contacto con los cosacos le había demostrado que no había ningún medio: los cosacos no tenían la menor intención de defender a Kornílov. Cuando se vio claramente que el golpe fracasaba, el llamado "gobierno militar" del Don tomó el acuerdo de abstenerse de expresar su opinión "hasta que se aclare cuál es la situación real". Gracias a esta maniobra, los elementos cosacos dirigentes consiguieron ponerse oportunamente al margen de los acontecimientos.

En Petrogrado, en Moscú, en el Don, en el frente, en el trayecto seguido por los trenes militares, tenía por todas partes Kornílov partidarios y amigos. A juzgar por los telegramas, los mensajes de salutación y los artículos de los periódicos, el número de esos amigos y partidarios debía ser inmenso. Pero, ¡cosa extraña!: al llegar el momento de dar la cara, todos ellos habían desaparecido. En muchos casos, la causa de semejante eclipse no era, ni mucho menos, la cobardía personal. Entre los oficiales partidarios de Kornílov había no pocos hombres valerosos. Pero estos hombres no sabían qué empleo dar a ese valor. A partir del momento en que se pusieron en movimiento las masas, los elementos aislados no tuvieron posibilidad de intervenir en los acontecimientos. No sólo los industriales, banqueros, profesores e ingenieros, sino los mismos estudiantes e incluso los oficiales en actividad, se vieron lanzados al

Margen y obligados a observar, como desde un balcón, los acontecimientos que se desarrollaban ante ellos. No les quedaba otro recurso, como al general Denikin, que maldecir su lamentable y aplastante impotencia.

El 30 de agosto, el comité ejecutivo envió a todos los sóviets la feliz noticia de que las tropas de Kornílov se hallaban "en pleno estado de descomposición". Se olvidó por un momento que Kornílov había elegido para su empresa las tropas más patrióticas, más combativas, más libres de la influencia de los bolcheviques. El proceso de descomposición consistía en que los soldados habían dejado definitivamente de tener confianza en los oficiales, a los que ya no consideraban más que como a enemigos. La lucha por la revolución y contra Kornílov significaba que la descomposición del ejército (es decir, aquello de que se acusaba a los bolcheviques) había dado un paso más.

Los señores generales tuvieron por fin la posibilidad de comprobar la fuerza de resistencia de la revolución, de esa revolución que les parecía tan impotente, tan endeble y que, según ellos, había obtenido la victoria sobre el antiguo régimen de un modo completamente casual. A partir de los días de febrero, se repetía a cada paso la jactanciosa fórmula de la soldadesca: "Dadme un regimiento sólido y ya les haré entrar en razón". La experiencia de los generales Jabálov e Ivanov, a fines de febrero, no había enseñado nada a estos guerreros que pertenecían a la categoría de los que esgrimen los puños después de la pelea. A menudo, los estrategas civiles usaban también el mismo tono. El octubrista Schidlovsky afirmaba que, si en febrero hubiesen aparecido en la capital "regimientos cimentados por una sólida disciplina y un fuerte espíritu combativo, la Revolución de Febrero habría sido sofocada en pocos días". El famoso magnate ferroviario Bublikov escribía: "Hubiera bastado una división disciplinada del frente para aplastar por completo la insurrección". Algunos oficiales que habían participado en los acontecimientos aseguraban a Denikin que "un batallón firme, mandado por un jefe que supiera lo que quería, podía cambiar completamente la situación". Cuando Guchkov era ministro de la guerra, fue a verle el general Křimov, que acababa de llegar del frente, y le propuso

"limpiar Petrogrado con una división; claro está que no sin derramamiento de sangre". Si no llegó a realizarse esto, fue sólo porque "Guchkov no aceptó la proposición". Finalmente, Sávinkov, que preparaba para el futuro directorio su "27 de agosto" propio, aseguraba que con dos regimientos había más que suficiente para pulverizar a los bolcheviques. Ahora, el destino daba a todos esos señores, en la persona de su general "alegre y optimista", ocasión de comprobar si sus heroicos cálculos eran fundados. Sin asestar un solo golpe, con la cabeza gacha, humillado y cubierto de oprobio, llegó Křimov al Palacio de Invierno. Kerensky no perdió la ocasión que Křimov le ofrecía para representar una escena patética, en la que los efectismos vulgares estaban garantizados de antemano.

Křimov, al regresar al ministerio de la guerra, después de haberse entrevistado con Kerensky, se suicidó pegándose un tiro. Así terminó la tentativa de sofocar la revolución, "no sin derramamiento de sangre".

En el Palacio de Invierno se respiró con más desahogo al ver que un asunto que amenazaba con tantas complicaciones acababa felizmente, y se procuró pasar lo más pronto posible a la orden del día, es decir, continuar lo que se había interrumpido. Kerensky se designó a sí mismo generalísimo en jefe; era difícil para él, en efecto, encontrar una figura que viniese mejor al caso para conservar la alianza política con los viejos generales. Para el cargo de jefe del estado mayor del cuartel general eligió a Alexéiev, el mismo que dos días antes había estado a punto de ser nombrado jefe del gobierno. Tras no pocas vacilaciones y de celebrar varias entrevistas, el general aceptó, no sin hacer una mueca de desprecio, la designación, con el objeto, según explicó a los suyos, de liquidar pacíficamente el conflicto. El exjefe del estado mayor del generalísimo en jefe Nicolás Romanov vino a ocupar el mismo cargo cerca de Kerensky. ¡La cosa era como para asombrarse! "Sólo Alexéiev, gracias a su proximidad al cuartel general y a la enorme influencia de que gozaba en los círculos militares superiores [así intentó explicar más tarde Kerensky la asombrosa designación que había hecho], podía tomar sobre sí la misión de traspasar el mando insensiblemente de manos de Kornílov a otras". Lo cierto era, precisamente, lo contrario. La designación de Alexéiev (es decir, de uno de los suyos) lo único que podía hacer era estimular a los conjurados a continuar su resistencia, si es que les quedaba la menor posibilidad de ello. En realidad, Alexéiev había sido nombrado por Kerensky, después de liquidada la sublevación, por el mismo motivo por el que había sido llamado Sávinkov al iniciarse la misma: había que conservar a todo trance los puentes que conducían a la derecha. El nuevo generalísimo consideraba, ahora particularmente, necesario restablecer la amistad con los generales: después de la reciente sacudida, era necesario un orden firme y, por lo tanto, se imponía más que nunca un poder fuerte.

En el cuartel general no quedaba ya nada del optimismo que reinaba dos días antes. Los conspiradores buscaban la retirada. Un telegrama remitido a Kerensky decía que Kornílov, "teniendo en cuenta las circunstancias estratégicas", se inclina a ceder pacíficamente el mando si se declaraba que "se crearía un gobierno fuerte". A ese magno ultimátum del general que capitula, sucede otro pequeño: Kornílov "considera inadmisible, en cualquier caso, la detención de los generales y otras personas necesarias, ante todo, para el ejército". Kerensky, regocijado, da de inmediato un paso hacia el enemigo, declarando por radio que las órdenes del general Kornílov, en lo que a las operaciones se refiere, son obligatorias para todos. El propio Kornílov escribía a cuenta de esto, a Křimov, el mismo día: "Se ha producido un episodio único en la historia mundial: un generalísimo acusado de traición a la patria, y entregado por este motivo a los tribunales, recibe la orden de seguir mandando el ejército..." Esta nueva manifestación de la blandura de Kerensky dio inmediatamente nuevos ánimos a los conjurados. A pesar

del telegrama, expedido horas antes, sobre la inadmisibilidad de la lucha interna “en este terrible momento”, Kornílov, repuesto a medias en sus derechos, mandó dos hombres a Kaledin, pidiéndole “que hiciera presión”, y, al mismo tiempo, propuso a Křimov: si las circunstancias lo permiten, obre usted de un modo independiente, de acuerdo con las instrucciones que le he dado”. Las instrucciones significaban: derrocar al gobierno y ahorcar a los miembros del sóviet.

El general Alexéiev, nuevo jefe del estado mayor, se dirigió al cuartel general, con el fin de ocuparlo. En el Palacio de Invierno seguían tomando en serio esta operación. En realidad, Kornílov disponía directamente del batallón de caballeros de San Jorge, del regimiento de infantería “de Kornílov” y del regimiento de caballería de los *tekintsi*. El batallón de caballeros de San Jorge se puso desde un principio al lado del gobierno. Se tenían por seguros a los otros dos regimientos; pero parte de ellos se separó también. El cuartel general no disponía, en absoluto, de artillería. En estas condiciones, ni siquiera podía pensarse en una posibilidad de resistencia. Alexéiev comenzó su misión haciendo ceremoniosas visitas a Kornílov y Lukomsky, durante las cuales es de suponer que ambas partes emplearon unánimemente su vocabulario soldadesco respecto de Kerensky. Tanto para Kornílov como para Alexéiev, estaba claro que se imponía aplazar por algún tiempo la salvación del país. Pero al mismo tiempo que en el cuartel general se arreglaba tan felizmente la paz sin vencedores ni vencidos, la atmósfera en Petrogrado estaba al rojo y en el Palacio de Invierno se esperaban con impaciencia noticias tranquilizadoras de Mohilev, para comunicarlas al pueblo. A Alexéiev le importunaban constantemente con preguntas. El coronel Baranovsky hombre de confianza de Kerensky, se lamentaba en los siguientes términos, por hilo directo: “Reina gran agitación en los sóviets; la atmósfera puede despejarse sólo aduciendo pruebas de que se tiene el poder en las manos y deteniendo a Kornílov y a los demás...” Esto no respondía, ni remotamente, a los propósitos de Alexéiev. “Veo con profundo pesar [objeta el general] que mis temores de que cayéramos definitivamente en las garras de los sóviets son un hecho indiscutible”. Al hablar en forma familiar, en primera persona del plural, se sobreentiende que alude al grupo de Kerensky, en el que Alexéiev se incluye convencionalmente a sí mismo para atenuar la punzada. El coronel Baranovsky le contesta en el mismo tono: “Dios permitirá que escapemos a las garras del sóviet en que hemos caído”. Apenas las masas han sacado a Kerensky de las garras de Kornílov, el jefe de la democracia se apresura a ponerse de acuerdo con Alexéiev contra las masas: “Nos escaparemos de las garras del sóviet”. Sin embargo, Alexéiev tuvo que rendirse ante la necesidad y cumplir el ritual de la detención de los principales conjurados. Kornílov se sometió sin resistencia al arresto domiciliario, ocho horas después de haber declarado al pueblo: “Prefiero la muerte a mi separación del cargo de generalísimo”. La comisión extraordinaria de responsabilidades, que llegó a Mohilev, detuvo, por su parte, al subsecretario de comunicaciones, a algunos oficiales del estado mayor, al diplomático frustrado Aladin y a todos los miembros presentes del comité de la asociación de oficiales.

En las primeras horas que siguieron a la victoria, los conciliadores gesticularon abundantemente. Hasta Avksentiev lanzaba truenos y relámpagos. ¡Los sublevados habían dejado el frente abandonado durante tres días! “¡Mueran los traidores!”, gritaban los miembros del comité ejecutivo. Avksentiev se aprovechó de estos gritos, para decir: Si la pena de muerte había sido implantada a instancias de Kornílov y de sus acólitos, “con tanta mayor decisión les será aplicada ahora a ellos mismos”. (*Grandes y prolongados aplausos*). El concilio eclesiástico de Moscú, que dos semanas antes se inclinaba ante Kornílov como restaurador de la pena de muerte imploraba ahora telegráficamente al gobierno, “por el amor de Dios y de Jesucristo al prójimo”, que se conservara la vida del general, cuyos cálculos habían fallado. Se pusieron asimismo en

juego otros resortes. Pero el gobierno no pensaba, ni por asomo, en adoptar represalias sangrientas. Cuando los delegados de la división "salvaje" se presentaron a Kerensky en el Palacio de Invierno y uno de los soldados, contestando a los lugares comunes del nuevo generalísimo, dijo que "los jefes traidores habían de ser implacablemente castigados", Kerensky le interrumpió con estas palabras: "Vuestra misión consiste ahora en someteros a vuestros superiores, y todo lo que sea necesario hacer, lo haremos nosotros". ¡Verdaderamente, ese hombre consideraba que las masas debían entrar en escena cuando él golpeara el suelo con el pie izquierdo y desaparecer al golpearlo con el derecho!

"Todo lo que sea necesario hacer, lo haremos nosotros". Pero todo lo que hacían le parecía inútil, por no decir sospechoso y funesto, a las masas. Éstas no se equivocaban: de lo que más se ocupaban en las alturas era de restablecer el estado de cosas que había dado origen a la aventura de Kornílov. "Desde los primeros interrogatorios efectuados por los miembros de la comisión investigadora [cuenta Lukomsky], se vio que todos nos trataban con mayor benevolencia". En realidad, eran unos encubridores y cómplices. El fiscal militar, Chablovsky, dio toda clase de indicaciones a los acusados sobre la manera de engañar a la justicia. Las organizaciones del frente protestaron: "Los generales y sus cómplices no son tratados como criminales ante el estado y el pueblo... Los sublevados gozan de completa libertad para relacionarse con el mundo exterior". Lukomsky lo confirma: "El estado mayor del generalísimo en jefe nos informaba de todas las cuestiones que nos interesaban". Los dados, indignados, se dispusieron más de una vez a juzgar por sí mismos a los generales, y lo único que salvó a los detenidos de la venganza popular fue la división contrarrevolucionaria polaca que hallaba en Bijov, punto en que aquéllos estaban recluidos.

El 12 de septiembre el general Alexéiev escribió a Miliukov desde el cuartel general una carta que reflejaba la justa indignación de los conjurados por la conducta de la gran burguesía, la cual les había empujado en un principio, para abandonarlos luego a su suerte después de la derrota. "Usted sabe, hasta cierto punto [escribía, no sin malicia, el general], que algunos círculos de nuestra sociedad no sólo estaban enterados de todo, no sólo simpatizaban ideológicamente con Kornílov, sino que le ayudaban como podían..." En nombre de la asociación de oficiales, Alexéiev exigía de Vichnegradsky, Putilov y otros grandes capitalistas que habían vuelto las espaldas a los vencidos, que recolectaran inmediatamente 300.000 rublos para las "familias hambrientas de los que estaban unidos con ellos por la comunidad de ideas y de la acción que se preparaba..." La carta terminaba con una amenaza directa: "Si la prensa honrada no empieza en seguida a explicar las cosas enérgicamente..., el general Kornílov se verá obligado a exponer ante el tribunal, con el mayor detalle, todos los preparativos, las negociaciones con determinados círculos y personas, su participación", etc. Denikin dice, a propósito de los resultados prácticos de este lamentable ultimátum: "Hasta fines de octubre, que le trajeron de Moscú cerca de 40.000 rublos, Kornílov no recibió nada". Miliukov, en aquel entonces, se hallaba completamente ausente de la palestra política: según la versión oficial de los círculos liberales, se había ido "a descansar a Crimea". Después de tantas emociones, el líder liberal tenía, efectivamente, necesidad de descanso.

La comedia de la investigación se prolongó hasta la insurrección bolchevista. Después de la farsa, Kornílov y sus cómplices no sólo fueron puestos en libertad, sino que el cuartel general de Kerensky les facilitó todos los documentos necesarios. Fueron esos generales los que iniciaron la guerra civil. En aras de los fines sacrosantos que ligaban a Kornílov con el liberal Miliukov y el oscurantista Rimsky-Kórsakov, perecieron centenares de miles de personas, fueron saqueados y devastados el sur y el este de Rusia; fue herida de muerte la economía del país y a la revolución se le impuso el terror rojo. Kornílov, que había escapado sin novedad a la justicia de Kerensky, no tardó en caer en

el frente de la guerra civil muerto por un obús bolchevista. La suerte de Kaledin no fue muy diferente de la de Kornílov. El "gobierno militar" del Don exigió no sólo que fuera anulada la orden de detención contra Kaledin, sino que se repusiera a éste en el cargo de atamán. Tampoco en este caso dejó escapar Kerensky la ocasión de hacer concesiones. Skóvelevfue a Novocherkask para excusarse ante los jefes cosacos. El ministro democrático fue objeto de sarcasmos refinados, a los que se sumó el propio Kaledin. Sin embargo, la victoria del general cosaco fue de breve duración. Acosado por todas partes por la revolución bolchevista en su propia región del Don, Kaledin, al cabo de unos meses, se pegó un tiro. La bandera de Kornílov pasó luego a las manos del general Denikin y del almirante Kolchak, a cuyos nombres va unido el período principal de la guerra civil. Pero todo esto se refiere ya a 1918 y a los años subsiguientes.

El ataque contra las masas

Los motivos que determinan de un modo inmediato los acontecimientos de la revolución, son las modificaciones que se operan en la conciencia de las clases beligerantes. Las relaciones materiales de la sociedad no hacen más que trazar el cauce de esos procesos. Por su naturaleza, esas modificaciones de la conciencia colectiva tienen un carácter semisubterráneo; sólo cuando alcanzan un determinado grado de fuerza de tensión se evidencian en la superficie el nuevo estado de espíritu y las nuevas ideas, en forma de acciones de masas, que establecen un nuevo equilibrio social, aunque muy inconsistente. La marcha de la revolución pone al descubierto, en cada nueva etapa, el problema del poder, para volver a disimularlo inmediatamente después, hasta exhibirlo luego de nuevo al desnudo. Esta es asimismo la mecánica de la contrarrevolución, con la diferencia de que, en este caso, el film se desarrolla en sentido contrario.

Cuanto acontece en las cumbres gubernamentales y soviéticas no es en modo alguno indiferente para la marcha de los acontecimientos. Pero sólo es posible penetrar el auténtico sentido de la política de un partido y desentrañar las maniobras de los jefes a condición de descubrir los profundos procesos moleculares que se operan en la conciencia de las masas. En julio, los obreros y soldados fueron derrotados, pero en octubre conquistaron ya el poder, por obra de un asalto irresistible. ¿Qué había ocurrido en sus cerebros en el transcurso de esos cuatro meses? ¿Qué efecto les habían producido los golpes asestados desde arriba? ¿Con qué ideas y sentimientos había acogido la franca tentativa de adueñarse del poder realizada por la burguesía? El lector tendrá que volver atrás, a la derrota de julio. Con frecuencia es preciso retroceder para poder dar un buen salto. Y como perspectiva, tenemos el salto de octubre.

En la historiografía soviética oficial ha quedado establecida la opinión, convertida en una especie de lugar común, de que el ataque realizado en julio contra el partido (la represión combinada con la calumnia) no tuvo apenas consecuencias para las organizaciones obreras. Esto es completamente erróneo. Es verdad que la depresión en las filas del partido y el abandono de las mismas por gran parte de los obreros y soldados, dura poco tiempo, algunas semanas. La resurrección se produjo tan pronto y de un modo tan impetuoso, que borró en gran parte el recuerdo mismo de los días de opresión y decaimiento. Pero a medida que se publican las actas de las organizaciones locales del partido, se ve con mayor claridad el descenso de la revolución en julio, descenso que se echaba de ver en aquellos días de un modo tanto más doloroso cuanto que la curva ascensional precedente había tenido un carácter ininterrumpido.

Toda derrota que se desprende de una determinada correlación de fuerzas, modifica, a su vez, esa correlación de un modo desventajoso para los vencidos, toda vez que el vencedor adquiere una mayor confianza en sí mismo, al paso que la del vencido decrece. La evaluación de la propia fuerza constituye un elemento extraordinariamente importante de la correlación objetiva de las fuerzas. Los obreros y soldados de Petrogrado, que en su impulso hacia adelante chocaron, por una parte, con la falta de claridad y el carácter contradictorio de sus mismos objetivos, y, por otra, con el atraso de las provincias y del frente, sufrieron una derrota directa. Por esto fue en la capital donde las consecuencias de la derrota se pusieron de manifiesto en primer lugar y de un modo más acentuado. Sin embargo, son completamente erróneas las afirmaciones de la literatura

oficial, según las cuales la derrota de julio pasó casi inadvertida para las provincias. Esto, poco verosímil aún desde el punto de vista teórico, queda refutado por el testimonio de los hechos y de los documentos. Cada vez que se trataba de grandes cuestiones, todo el país volvía, en forma involuntaria, la cabeza hacia Petrogrado. Precisamente la derrota de los obreros y soldados de la capital había de producir una impresión enorme en los sectores más avanzados de provincias. El miedo, el desengaño, la apatía, no se manifestaron por igual en los distintos puntos del país, pero se observaron por todas partes.

El descenso de la revolución se manifestó, ante todo, en un debilitamiento extraordinario de la resistencia de las masas frente al enemigo. Al mismo tiempo que las tropas dirigidas contra Petrogrado realizaban expediciones punitivas oficiales para desarmar a los soldados y a los obreros, bandas semivoluntarias, protegidas por aquéllas, atacaban impunemente a las organizaciones obreras. Al saqueo de la redacción de *Pravda* y de la imprenta de los bolcheviques siguió la devastación del local del sindicato metalúrgico. Después los golpes fueron dirigidos contra los sóviets de barriada. Ni los conciliadores escaparon al ataque: el 10 fue asaltada una de las instituciones del partido, a cuyo frente se hallaba el ministro del interior, Tsereteli. Dan tuvo que hacer gala de no poco espíritu de sacrificio para escribir con motivo de la llegada de las tropas: “En vez de asistir a la catástrofe de la revolución, somos testigos de una a victoria de la misma”. La victoria había ido tan lejos, que, cuenta el menchevique Pruchitsky, los transeúntes corrían riesgo de ser cruelmente apaleados si tenían el aspecto de obreros o eran sospechosos de bolchevismo. ¡Qué síntoma inequívoco de las profundas modificaciones sufridas por la situación!

El miembro del comité petrogradés de los bolcheviques, Latsis, que llegó a ser ulteriormente uno de los más destacados elementos la Cheka, consignaba en su diario: “*9 de julio*. En la ciudad han sido devastadas todas nuestras imprentas. Nadie se atreve a imprimir nuestros periódicos y hojas. Emprendemos la organización de una imprenta clandestina. La barriada de Viborg se ha convertido un refugio para todos. Allí se han trasladado el comité de Petrogrado y los miembros perseguidos del comité central. En el local de guardia de la fábrica Renault está en conferencia el comité con Lenin. Se plantea la cuestión de la huelga general. En el comité no hay unanimidad en las opiniones. Yo sostengo el punto de vista de la huelga. Lenin, teniendo en cuenta la situación, propone renunciar a la huelga... *12 de julio*. La contrarrevolución triunfa. Los sóviets no tienen ningún poder. Los junkers, desenfrenados, atacan incluso a los mencheviques. Se nota inseguridad en algunos sectores del partido. Ha cesado la afluencia de miembros..., pero la gente no ha empezado aún a abandonar nuestras filas”.

Después de las jornadas de julio, dice el obrero Sisko: “En las fábricas de Petrogrado, los socialrevolucionarios adquirieron una influencia considerable. El aislamiento de los bolcheviques aumentó inmediatamente la fuerza de los conciliadores y alentó a éstos”. El 16 de julio, el delegado de Vassili-Ostrov da cuenta, en la conferencia bolchevique local, de que en su barriada el estado de espíritu es, “en general”, animoso, con excepción de algunas fábricas. En la fábrica del Báltico, los socialrevolucionarios y los mencheviques nos aplastaban. En dicha fábrica las cosas fueron muy lejos: el comité de fábrica tomó el acuerdo de que los bolcheviques fueran al entierro de los cosacos muertos, acuerdo que aquéllos cumplieron... Verdad es que las bajas registradas en el partido fueron poco importantes: de los 4.000 miembros que había en la barriada, se dieron de baja menos de un centenar. Pero fue mucho mayor el número de los que en los primeros días se apartaron del movimiento. “Las jornadas de julio [recordaba posteriormente el obrero Minichev] nos mostraron que hubo asimismo en nuestras filas hombres que, temiendo por su piel, rompieron los carnés y se desentendieron del partido.

Pero de éstos hubo muy pocos...", añade. "Los acontecimientos de julio [escribe Schliápnikov] y la campaña de violencias y calumnias relacionada con los mismos, interrumpieron los progresos de nuestra influencia, que a principios de julio había adquirido una fuerza enorme... Nuestro partido se hallaba en una situación semiclandestina y sostenía una lucha defensiva, apoyándose principalmente en los sindicatos y en los comités de fábrica".

La acusación lanzada contra los bolcheviques, de que estaban al servicio de Alemania, no podía dejar de producir impresión incluso entre los obreros de Petrogrado, por lo menos entre una considerable parte de ellos. El que vacilaba se apartaba; el que estaba dispuesto a adherirse al partido, no se decidía a hacerlo. En la manifestación de julio tomaron parte, al lado de los bolcheviques, un gran número de obreros que estaban con los socialrevolucionarios y los mencheviques. Después del revés sufrido, volvieron nuevamente a colocarse bajo las banderas de sus respectivos partidos: hora les parecía que al infringir la disciplina habían cometido en efecto un error. El gran número de obreros sin partido que seguía al bolchevismo se apartó también de éste bajo la influencia de la calumnia lanzada en forma oficial y formulada jurídicamente.

En esta atmósfera política, los golpes de la represión producían un efecto profundo. Olga Ravich, una de las militantes más antiguas y activas del partido, y que formaba parte del comité de Petrogrado, decía posteriormente, en una de sus conferencias: "Las jornadas de julio tuvieron una repercusión tal en la organización, que en el transcurso de las tres semanas primeras no se podía ni pensar remotamente en acción alguna". Olga Ravich se refiere principalmente a la actuación pública del partido. Durante mucho tiempo fue imposible organizar la publicación del órgano del mismo: no había ninguna imprenta que accediera a ponerse al servicio de los bolcheviques. La resistencia no siempre partía, en estos casos, de los propietarios: en una imprenta los obreros amenazaron con abandonar el trabajo si se imprimía el periódico bolchevique, y el dueño de la imprenta se vio obligado a romper el trato ya convenido. Por espacio de algún tiempo, el único periódico que llegaba a Petrogrado era el de Cronstadt.

En aquellas semanas la extrema izquierda, en la palestra pública, estuvo ocupada por el grupo de los mencheviques internacionalistas. Los obreros frecuentaban de buen grado las conferencias de Mártov, en quien se había despertado el instinto del combatiente en el período de la retirada, cuando las circunstancias no permitían abrir nuevos caminos a la revolución, sino luchar únicamente por lo que quedaba de sus conquistas. El valor de Mártov era el valor del pesimismo: "Por lo que se ve [decía en una de las sesiones del comité ejecutivo], la revolución está terminada ... Si la voz de los campesinos y de los obreros no puede ser oída en la revolución rusa, retirémonos de la escena honrosamente, aceptemos el reto, no con una renuncia silenciosa, sino con un combate honrado". Mártov proponía que se retiraran de la escena luchando honrosamente a aquellos compañeros de su partido que, como Dan y Tsereteli, consideraban como una victoria de la revolución sobre la monarquía el triunfo de los generales y cosacos sobre los obreros y soldados. En las circunstancias creadas por la desenfrenada campaña emprendida contra los bolcheviques y la bajuna sumisión de los conciliadores ante las bandas cosacas, la conducta de Mártov en esas graves semanas le elevaba considerablemente en el concepto de los obreros.

La crisis de julio tuvo consecuencias sobre todo desastrosas para la guarnición de Petrogrado. Políticamente, los soldados quedaban muy atrás respecto de los obreros. La sección de los soldados del sóviet continuaba siendo el punto de apoyo de los conciliadores cuando la sección obrera seguía ya a los bolcheviques. Semejante hecho distaba mucho de hallarse en contradicción con la circunstancia de que los soldados se mostrasen particularmente dispuestos a empuñar las armas. Estos últimos desempeñaron

en la manifestación un papel más agresivo que los obreros, pero bajo el efecto de los golpes dieron un gran salto atrás. En la guarnición de Petrogrado, la hostilidad al bolchevismo se elevó a una altura considerable. “Después de la derrota [cuenta el exsoldado Mitrevich], no me presento en mi compañía (donde pueden matarme) hasta que pase la ráfaga”. Precisamente en los regimientos más revolucionarios, en los que habían figurado en las primeras filas de las jornadas de julio y que, por tanto, habían recibido los golpes más furiosos, la influencia del partido había decaído hasta tal punto, que aún tres meses después resultó imposible restaurar la organización en sus filas. Diríase que la fuerza del choque recibido había destrozado a esos regimientos. La organización militar se vio obligada a reducir enormemente su actividad. “Después de la derrota de julio [escribe el exsoldado Minichev], el comité de la organización militar no era mirado con muy buenos ojos, no sólo por los elementos directivos de nuestro partido, sino incluso por algunos comités de barriada”.

En Cronstadt se dieron de baja 250 miembros del partido. El estado de ánimo de la guarnición de la fortaleza bolchevique decayó considerablemente. La reacción llegó hasta Helsingfors. Avksentiev, Bunakov y el abogado Sokolov se presentaron en dicho punto con objeto de obtener el arrepentimiento de los buques bolcheviques. Algo consiguieron. Ayudados por la detención de los directivos bolcheviques, por la utilización de la calumnia oficial y las amenazas, obtuvieron una declaración de lealtad, incluso de parte del acorazado bolchevique *Petropavlovsk*. Pero la petición de que se entregara a los “instigadores” fue rechazada por todos los buques.

No iban mucho mejor las cosas en Moscú. “La campaña de la prensa burguesa [recuerda Piatnitsky] sembró el pánico incluso entre algunos de los miembros del comité de Moscú”. Después de las jornadas de julio, los efectivos de la organización menguaron. “No olvidaré nunca [dice el obrero de Moscú, Ratejin] un momento particularmente doloroso. Se reúne un pleno del sóviet de la barriada de Zamoskvorechi... Veo que hay muy pocos compañeros bolcheviques... Se me acerca Stieklov, uno de los compañeros más enérgicos, y sin poder apenas pronunciar las palabras, me pregunta: ‘¿Es verdad que Lenin y Zinóviev llegaron en un vagón precintado? ¿Es cierto que trabajan con dinero alemán?...’ Al oír estas preguntas, el corazón se me encogía de dolor. Se acerca otro compañero, llamado Konstantinov: ‘¿Dónde está Lenin? Dicen que se ha fugado... ¿Qué pasará ahora?’ Y así sucesivamente”. Esta escena viva nos da una idea inequívoca del estado de ánimo que reinaba por aquel entonces entre los obreros. “La aparición de los documentos publicados por Alexinsky [dice el artillero de Moscú, Davidovsky] produjo una terrible confusión en la brigada. Hasta nuestra batería, la más bolchevista, vaciló bajo el peso de tan ignominiosa calumnia... Parecía que íbamos a perder toda confianza”.

“Después de las jornadas de julio [dice Bárbara Yakovleva, que en aquel entonces pertenecía al comité central y dirigía el trabajo en la vasta región de Moscú], todos los informes que recibíamos de las distintas poblaciones acusaban no sólo un franco decaimiento entre las masas, sino incluso una manifiesta hostilidad en contra de nuestro partido. Fueron muy numerosos los casos de agresión a nuestros oradores. Los efectivos del partido bajaron considerablemente, y algunas de las organizaciones incluso dejaron de existir, sobre todo en las provincias del sur”. A mediados de agosto aún no se nota ninguna variación sensible. Siguen realizándose esfuerzos para conservar la influencia entre las masas; no se observa progreso alguno en la organización. En las provincias de Riazán y de Tambov no se establecen nuevas relaciones entre las organizaciones, no surgen células bolcheviques; en esas provincias predominan los socialrevolucionarios y mencheviques.

Evreinov, que actuaba en Kineschma, centro proletario, recuerda la difícil situación que se creó, después de los acontecimientos de julio, al proponerse en una

amplia asamblea de todas las organizaciones la expulsión de los bolcheviques del sóviet. Las bajas en el partido tomaban a veces proporciones tan considerables, que sólo después de un nuevo registro de sus miembros, empezaba a vivir de una manera regular la organización. En Tula, gracias a la seria selección de los obreros, efectuada previamente, no sufrió bajas la organización, pero su contacto con las masas se debilitó. En Nizhni Novgórod, después de las represiones emprendidas bajo la dirección del coronel Verjovsky y del menchevique Jinchuk, se produjo un gran decaimiento: en las elecciones a la duma municipal el partido obtuvo sólo cuatro puestos. En Kaluga, la fracción bolchevique consideraba posible su eliminación del sóviet. En algunos puntos de la región de Moscú los bolcheviques se vieron obligados a salir no sólo de los sóviets, sino de los mismos sindicatos.

En Sáratov, donde los bolcheviques mantenían excelentes relaciones con los conciliadores y aun a fines de julio se disponían a ir a las elecciones a la duma municipal con una candidatura común, los soldados, después de la tormenta de julio, sufrieron hasta el punto la influencia de la campaña emprendida contra los bolcheviques, que irrumpieron en las asambleas electorales, arrebataron de las manos de los electores las candidaturas bolcheviques, y apalearon a los agitadores. "Nos resultaba difícil [dice Lebedev] hablar en las asambleas electorales. A menudo nos gritaban: '¡Espías alemanes! ¡Provocadores!'". En las filas de los bolcheviques de Sáratov hubo no pocos pusilánimes: "Muchos se marcharon, otros se escondieron".

En Kiev, que desde hacía mucho tiempo tenía fama de ser un centro de los "centurias negras", la campaña contra los bolcheviques tomó un carácter particularmente desenfrenado, y no tardó en hacerse extensiva a los mencheviques y socialrevolucionarios. En dicha ciudad, el descenso del movimiento revolucionario se dejó sentir de un modo especialmente sensible: en las elecciones a la duma local los bolcheviques no obtuvieron más que el 6% de los votos. En la conferencia local, los oradores se lamentaban de que "por todas partes se notan la apatía y la inactividad". El órgano diario del partido se vio obligado a convertirse en semanario.

El licenciamiento y el traslado de los regimientos más revolucionarios, ya no sólo habían de determinar por sí mismos el descenso del nivel político de la guarnición, sino de ejercer también una influencia deprimente entre los obreros, que se sentían más firmes cuando tenían a sus espaldas regimientos amigos. Así, por ejemplo, el traslado de Tver del 57º regimiento modificó bruscamente la situación política, tanto entre los soldados como entre los obreros: incluso en los sindicatos la influencia de los bolcheviques decreció en forma extraordinaria. Esto se manifestó aún en mayor grado en Tiflis, donde los mencheviques, en íntimo acuerdo con el estado mayor, relevaron los regimientos bolchevistas por otros completamente grises.

En algunos puntos, según la composición de la guarnición, el nivel de los obreros y ciertos motivos accidentales, la reacción política se expresó de un modo paradójico. En Yaroslav, por ejemplo, los bolcheviques se vieron en julio eliminados casi por completo del sóviet de obreros, pero conservaron una influencia predominante en el de soldados. En algunos sitios, los acontecimientos de julio pasaron realmente sin dejar huellas, sin contener el crecimiento del partido. A juzgar por los datos que se poseen, esto ocurría en aquellos casos en que la retirada general coincidía con la entrada de nuevos sectores (que habían quedado rezagados) en la palestra revolucionaria. Así, en julio, en algunas regiones textiles, se observó una considerable afluencia de obreros a la organización. Pero esto en nada altera la apariencia de retirada general que ofrecía el movimiento.

La intensidad indudable, incluso exagerada, de la reacción de los obreros y de los soldados ante la derrota parcial, era una especie de expiación de la facilidad, de la excesiva ligereza con que se habían puesto al lado de los bolcheviques en los meses

precedentes. La brusca modificación sufrida por el estado de ánimo de la masa produjo una selección automática y certera en los cuadros del partido. Podía confiarse plenamente en todos aquellos que en esos días no habían vacilado. Fueron ellos los que constituyeron los núcleos fundamentales en los talleres, en las fábricas, en las barriadas. En vísperas de octubre, los organizadores, al proceder a los nombramientos y confiar determinadas misiones, procuraban recordar cuál había sido la actitud de la gente en las jornadas de julio.

En el frente, la reacción de julio tomó un carácter particularmente duro. El cuartel general aprovechó los acontecimientos para crear, ante todo, regimientos especiales, llamados "del deber ante la patria libre". Al mismo tiempo, se organizaron destacamentos de choque cerca de los regimientos. "Vi muchas veces a los soldados de esos destacamentos de choque [cuenta Denikin] y siempre parecían concentrados y sombríos. En los regimientos se les trataba con reserva y aún con rencor". Los soldados veían en esos regimientos, no sin motivo, las células de la guardia pretoriana. "La reacción no perdía el tiempo [dice, refiriéndose al frente rumano (uno de los más atrasados) el socialrevolucionario Degriariev, que más tarde se adhirió al Partido Bolchevique]. Muchos soldados fueron detenidos como desertores. Los oficiales levantaron la cabeza y empezaron a tratar con desprecio a los comités de regimiento; en algunos sitios, la oficialidad intentó restablecer el saludo militar". Los comisarios depuraban el ejército. "En casi todas las divisiones [dice Stankievich] había un bolchevique, cuyo nombre era más conocido en el ejército que el del jefe de división... Poco a poco fuimos eliminando una notabilidad tras otras". Simultáneamente, se procedió en todo el frente al desarme de los regimientos insumisos. Para ello, los jefes y los comisarios se apoyaban en los cosacos y en los destacamentos especiales, tan aborrecidos por los soldados.

El día de la caída de Riga, la conferencia de los comisarios del frente septentrional y de los representantes de las organizaciones del ejército reconoció la necesidad de ejercer represiones severas de un modo más sistemático. Hubo a quien se fusiló por haber fraternizado con los alemanes. Muchos comisarios, buscando en las confusas imágenes que se formaban de la Revolución Francesa los alientos que les faltaban, intentaban hacer alarde de proceder con mano férrea. No comprendían que los comisarios jacobinos se apoyaban en la gente de abajo; trataban sin cuartel a los aristócratas y burgueses y que sólo el prestigio de la implacabilidad plebeya les armaba para instaurar una disciplina severa en el ejército. Los comisarios de Kerensky no tenían ningún punto de apoyo abajo, en el pueblo, ninguna aureola moral sobre su cabeza. A los ojos de los soldados, no eran más que unos agentes de la burguesía y de los Aliados. Podían temporalmente intimidar al ejército incluso lo conseguían, hasta cierto punto, pero eran impotentes para resucitarlo.

A principios de agosto, la oficina del comité ejecutivo en Petrogrado informaba que se había producido un cambio favorable en el estado de ánimo del ejército, habiéndose reanudado los ejercicios en el frente, si bien, por otra parte, se observaba un incremento de los atropellos, de la arbitrariedad, de la opresión. "La cuestión de la oficialidad ha adquirido un carácter particularmente agudo. Los oficiales permanecen aislados por completo y crean sus organizaciones cerradas". Otros datos atestiguan asimismo que, exteriormente, había en el frente más orden, y que los soldados habían dejado de protestar por motivos poco importantes y accidentales. Pero precisamente por ello se concentraba más su descontento de la situación en general. En el discurso prudente y diplomático pronunciado por el menchevique Kuchin en la conferencia nacional, bajo las notas tranquilizadoras asomaba una advertencia inspirada por la zozobra. "Hay un cambio evidente, hay una tranquilidad indudable, pero, ciudadanos, hay también algo más, hay un sentimiento de desencanto, y ese sentimiento nos causa asimismo un temor extraordinario..." La victoria temporal sobre los bolcheviques era, ante todo, la victoria

sobre las nuevas esperanzas de los soldados, sobre su confianza en un porvenir mejor. Las masas se habían vuelto más prudentes, la disciplina se había robustecido, al parecer. Pero el abismo que mediaba entre los dirigentes y los soldados se había hecho más hondo aún. ¿A quién se tragaría mañana este abismo?

La realidad de julio diríase que venía a establecer una línea divisoria definitiva entre la Revolución de Febrero y la de Octubre. Los obreros, las guarniciones del interior, el frente y en parte, más adelante como se verá, los mismos campesinos retrocedieron, dieron un salto como si hubieran recibido un golpe en el pecho. En realidad, el golpe tenía un carácter más bien psicológico que físico, pero no por ello era menos efectivo. Durante los cuatro primeros meses, las masas evolucionaban en una sola dirección: hacia la izquierda. El bolchevismo crecía, se fortalecía, se volvía más audaz. Pero el movimiento, al llegar al umbral, tropezó. Y se vio con toda evidencia que no cabía ir más lejos por la senda de la Revolución de Febrero. A muchos les parecía que la revolución había dado ya cuanto podía dar de sí. Esto era verdad por lo que a la Revolución de Febrero se refería. Esta crisis interna de la conciencia colectiva, combinada con la represión y la calumnia, produjo la confusión y la retirada, que, en algunos casos, tuvo caracteres de pánico. Los adversarios cobraron ánimos. En la masa misma afloró a la superficie todo lo que en ella había de atrasado, de estático, de descontento por las sacudidas y las privaciones. En el torrente de la revolución, ese reflujo manifiesta una fuerza irresistible: se diría que está sometido a las leyes de una hidrodinámica social. Detenerlo oponiéndole el pecho, es imposible; lo único que se puede hacer es no dejarse arrastrar por él, sostenerse en tanto no desaparece la ola de la reacción y preparar, al mismo tiempo, puntos de apoyo para la nueva ofensiva. Al ver cómo algunos de los regimientos que el 3 de julio habían salido a la calle bajo las banderas bolchevistas exigían una semana después que se adoptaran severas medidas contra los agentes del káiser, los escépticos ilustrados podían, según todas las apariencias, cantar victoria: ¡Esas son vuestras masas, ésa su consistencia y su capacidad de comprensión! Pero semejante escepticismo no pasa de ser un escepticismo de baratillo. Si los sentimientos y las ideas de las masas se modificaran realmente bajo la influencia de circunstancias accidentales, no podría explicarse la poderosa lógica que preside el desarrollo de las grandes revoluciones. Cuantos más son los millones de hombres arrastrados por el movimiento, más sistemático es el desarrollo de la revolución y con mayor seguridad puede predecirse la sucesión lógica de las etapas ulteriores. Lo único que importa tener presente, además, es que el desarrollo político de las masas no sigue una trayectoria recta, sino que se efectúa en zigzag; pero tampoco hay que olvidar que, en el fondo, ésa es la órbita de todo proceso material. Las condiciones objetivas impulsaban poderosamente a los obreros, soldados y campesinos a agruparse bajo la bandera de los bolcheviques. Pero las masas se lanzaban por ese camino en lucha con su propio pasado, con sus creencias de ayer y, en parte, con las de hoy. Al llegar a un recodo difícil, en el momento del fracaso y del desengaño, los antiguos prejuicios, aún no superados por entero, salen a la superficie, y los adversarios se aferran, naturalmente, a ellos como a un ancla de salvación; todo lo que había en los bolcheviques de oscuro, de inusitado, de enigmático (la novedad de las ideas, la audacia temeraria, la falta de respeto ante todos los prestigios viejos o nuevos), hallaba ahora una explicación simple y convincente por lo que en sí misma tenía de absurda: ¡Son unos espías alemanes! La acusación lanzada contra los bolcheviques se inspiraba, en el fondo, en el pasado de esclavitud, del pueblo, en la herencia de ignorancia, de barbarie, de superstición y este cálculo no dejaba de tener fundamento. Durante los meses de julio y agosto, la gran calumnia patriótica fue un factor político de primordial importancia, el acompañamiento obligado de todas las cuestiones candentes. La prensa difundía la calumnia por todo el país, haciéndola penetrar hasta los puntos más recónditos. A fines de julio, la organización

bolchevique de Ivanovo-Voznesesk exigía aún que se emprendiera una campaña más enérgica contra la calumnia. La cuestión del peso específico de la calumnia en la lucha política de la sociedad ilustrada aguarda todavía el sociólogo que la estudie.

A pesar de todo, la reacción entre los obreros y soldados, nerviosa, impetuosa, no tenía nada de profunda ni de consistente. Las fábricas avanzadas de Petrogrado empezaron ya a recobrarse pocos días después de la derrota, protestando contra las detenciones y la calumnia, llamando a las puertas del comité ejecutivo, reanudando sus relaciones. En la fábrica de armas de Sestroretsk, que había sido asaltada y desarmada, los obreros no tardaron en empuñar nuevamente el timón: el 20 de julio la asamblea general tomó el acuerdo de que se pagaran a los obreros los jornales devengados por los días de la manifestación, con objeto de destinar íntegramente el montante de esos jornales a las publicaciones para el frente. Entre el 20 y el 30 de julio, según atestigua Olga Ravich, los bolcheviques reanudan en Petrogrado su labor pública de agitación. En los mítines, a los que asisten, a lo sumo, de doscientas a trescientas personas, hablan, en los distintos puntos de la ciudad, tres compañeros: Slutsky, asesinado más tarde por los blancos en Crimea; Volodarsky, asesinado por los socialrevolucionarios en Petrogrado, y Evdokrimov, obrero metalúrgico de Petrogrado y uno de los oradores más destacados de la revolución. En agosto la agitación del partido adquiere proporciones más vastas. Según las memorias de Raskólnikov, Trotsky, detenido el 23 de julio, describió en la cárcel la situación de la ciudad en los términos siguientes: "Los mencheviques y socialrevolucionarios... prosiguen su furiosa campaña contra los bolcheviques. Continúan las detenciones de camaradas nuestros, pero en los círculos del partido no se nota depresión alguna. Por el contrario, todo el mundo contempla esperanzado el porvenir, por considerar que la represión no hace más que reforzar la popularidad del partido... En los barrios obreros tampoco han decaído los ánimos". En efecto, muy pronto una asamblea de los obreros de veintisiete fábricas y talleres del distrito de Peterhof adoptó una resolución de protesta contra el gobierno irresponsable y su política contrarrevolucionaria. Los barrios obreros iban reanimándose.

Al mismo tiempo que en las alturas, en los palacios de Invierno y de Táurida, se formaban una nueva coalición, mientras los dirigentes se ponían de acuerdo, se separaban y volvían luego a unirse en esos mismos días, e incluso con coincidencia de horas, el 21 y el 22 de julio tenía lugar en Petrogrado un acontecimiento de gran importancia y del que no es fácil se percatara el mundo oficial, pero que señalaba el reforzamiento de una coalición más sólida: la de los obreros de Petrogrado y los soldados del ejército de operaciones. Empezaron a llegar a la capital delegados de este último, con el fin de protestar en nombre de sus regimientos contra la estrangulación de la revolución en el frente. Durante algunos días llamaron en vano a las puertas del comité ejecutivo, donde no los recibían, contentándose con sacudírselos de encima. Entre tanto, iban llegando nuevos delegados, que seguían el mismo camino. Los rechazados se encontraban en los pasillos y salas de espera, se lamentaban, protestaban, buscaban en común una salida. Los bolcheviques les ayudaron en este sentido. Los delegados decidieron cambiar impresiones con los obreros, los soldados y los marinos de la capital, que les recibieron con los brazos abiertos, les dieron asilo y comida. En una asamblea. que nadie convocó desde arriba, sino que surgió por iniciativa de los de abajo, participaron los representantes de veintinueve regimientos del frente, de noventa fábricas de Petrogrado, de los marinos de Cronstadt y de las guarniciones de los alrededores. El núcleo central de la asamblea lo constituían los hombres de las trincheras; entre ellos había también algunos oficiales subalternos. Los obreros de Petrogrado escuchaban a los soldados del frente con avidez, procurando no perder ni una palabra. Los soldados explicaban cómo la ofensiva y sus consecuencias habían devorado a la revolución. Soldados completamente grises, que no

tenían nada de agitadores, describían en informes sencillos la vida cotidiana del frente. Estos detalles producían una gran impresión, pues mostraban de un modo elocuente cómo volvía a salir a la superficie todo lo viejo, lo prerrevolucionario y lo odiado. El contraste entre las esperanzas de ayer y la realidad de hoy conmovía todos los corazones, los ponía al unísono. A pesar de que entre los soldados del frente predominaban, al parecer, los socialrevolucionarios, la resolución radical presentada por los bolcheviques fue adoptada casi por unanimidad: sólo hubo cuatro abstenciones. La resolución no fue letra muerta: los delegados, al volver al frente, dieron cuenta fielmente de la forma en que se los habían echado de encima los jefes conciliadores y de la acogida que les habían tributado los obreros. Las trincheras daban crédito a los suyos; éstos sí que no engañaban.

En la misma guarnición de Petrogrado empezó a manifestarse el cambio a fines de mes, sobre todo después de los mítines celebrados con la participación de representantes del frente. Verdad es que los regimientos que más habían sufrido no conseguían aún salir de su apatía. Pero, en cambio, en aquellos que habían venido adoptando por más tiempo la actitud patriótica, conservando la disciplina a través de los primeros meses de la revolución, la influencia del partido crecía de manera visible. Asimismo, empezó a rehacerse la organización militar, que había sufrido de un modo particularmente cruel las consecuencias de la derrota. Como ocurre siempre después de los reveses, en los círculos del partido se miraba con malos ojos a los dirigentes de la labor en el ejército, sobre los que se hacían recaer los errores reales y supuestos. El comité central estableció un contacto más estrecho con la organización militar, instauró un control más directo sobre ella, por mediación de Svérdlov y Dzerzhinsky, y la labor empezó de nuevo a desenvolverse más lentamente que antes, pero, de un modo más seguro.

A fines de julio los bolcheviques habían recobrado ya sus posiciones en las fábricas de Petrogrado: los obreros se agrupaban bajo la misma bandera, pero eran ya otros obreros, más maduros, esto es. más prudentes, pero al mismo tiempo más decididos. “Gozamos de una influencia ilimitada, colosal, en las fábricas [declaraba Volodarsky, el 27 de julio, en el congreso de los bolcheviques]. La labor del partido se lleva a cabo, principalmente, por medio de los mismos obreros... La organización ha surgido desde abajo y por ello tenemos motivos fundados para suponer que no se desmoronará”. La unión de la juventud contaba en aquella época con unos 50.000 miembros, y la influencia de los bolcheviques sobre ella iba siendo cada vez mayor. El 7 de agosto la sección obrera del sóviet toma un acuerdo a favor de la abolición de la pena de muerte. En señal de protesta contra la conferencia nacional, los obreros de Putilov ceden un día de jornal para la prensa obrera. En la conferencia de los comités de fábrica se adopta con unanimidad una resolución, en la cual se declara que la conferencia de Moscú es “una tentativa de organización de las fuerzas contrarrevolucionarias...”.

También Cronstadt había restañado sus heridas. El 20 de julio, en un mitin celebrado en la Plaza del Ancla, se exige la transmisión del poder a los sóviets, el envío de los cosacos, así como de los gendarmes y de los policías, al frente; la abolición de la pena de muerte, la entrada de delegados de Cronstadt en Tsárskoye Seló, a fin de comprobar si se ejerce una vigilancia suficientemente severa sobre Nicolás II; la disolución de los “batallones de la muerte”, la confiscación de la prensa burguesa, etc. Al mismo tiempo, el nuevo almirante, Tirkov, que había tomado posesión del mando, daba orden de arriar las banderas rojas de los buques de guerra y de izar la que llevaba la cruz de San Andrés. Los oficiales y parte de los soldados se pusieron las charreteras. La gente de Cronstadt protestó. La comisión gubernamental encargada de investigar los acontecimientos de los días 3-5 de julio se vio obligada a salir de Cronstadt y regresar a

Petrogrado sin resultado alguno, pues fue acogida con silbidos, protestas e incluso amenazas.

El estado de ánimo de la escuadra se modificaba rápidamente. "A fines de julio y principios de agosto [dice Zalejsky uno de los dirigentes finlandeses] se tenía la sensación irrecusable de que no sólo no había conseguido la reacción exterior quebrantar las fuerzas revolucionarias de Helsingfors, sino que, por el contrario. lo que se advertía era un rápido impulso hacia la izquierda y un amplio progreso de la simpatía de los bolcheviques". Los marinos habían sido en gran parte los inspiradores de la acción de julio. sin contar con el partido y en parte contra él, por recelar en el mismo la existencia de un espíritu de moderación y casi de conciliación. La experiencia de la manifestación armada les había hecho percatarse de que la cuestión del poder no se resolvía tan sencillamente como se imaginaban. El estado de ánimo semianarquista que había venido reinando hasta entonces, cedió su puesto a la confianza en el partido. En este respecto ofrece excepcional interés el informe extendido por un delegado de Helsingfors a fines de julio: "En los buques pequeños predominaba la influencia de los socialrevolucionarios; en los grandes (cruceros, acorazados), todos los marinos son bolcheviques o simpatizantes. Ya antes de ahora, predominaba ese mismo espíritu entre los marinos del *Petropavlovsk* y del *República*, y después de los días 3 y 5 de julio se pusieron a nuestro lado el *Gangut*, el *Sebastopol*, el *Riurik* el *Andrei Piervozvanni*, el *Diana*, el *Gromovoi* y el *India*. Tenemos, por tanto, en nuestras manos una fuerza combativa enorme... Los acontecimientos de julio han enseñado mucho a los marinos, mostrándoles que no basta la existencia de un estado de ánimo favorable para conseguir el fin".

Moscú, si bien se halla a la zaga respecto de Petrogrado, sigue el mismo camino. "Poco a poco van disipándose los vapores [cuenta el artillero Davidovsky], la masa de los soldados empieza a volver en sí y pasamos de nuevo a la ofensiva en todo el frente. La calumnia, que contuvo de momento la evolución de las masas hacia la izquierda, no ha hecho más, posteriormente, que acentuar la afluencia de esas mismas masas hacia nosotros". Los golpes de la reacción habían consolidado con más firmeza la amistad entre las fábricas y los cuarteles. Un obrero de Moscú, Strelkov, habla de las estrechas relaciones que habían ido estableciéndose entre los obreros de la fábrica Michelsohn y los soldados del regimiento vecino. Los comités de soldados y los de obreros examinaban a menudo en sesiones comunes los problemas prácticos de la vida de la fábrica y del regimiento. Los obreros organizaban veladas culturales para los soldados, adquirían para ellos periódicos bolcheviques y les ayudaban por todos los medios. "Si se mandaba hacer una guardia irregular a un soldado [cuenta Strelkov], venían inmediatamente a lamentarse. Durante los mítines callejeros, si en algún sitio era objeto de una ofensa cualquiera un obrero de la fábrica Michelsohn, bastaba con que lo supiera, aunque no fuese más que un soldado, para que los demás acudieran en seguida en tropel en auxilio suyo. Y esas ofensas eran entonces muy corrientes, pues a nuestra gente se le echaba en cara el oro alemán, la traición y todas las bajas calumnias esgrimidas por los conciliadores".

La conferencia de comités de fábrica, celebrada en Moscú a fines de julio, empezó en tonos moderados; pero al cabo de una semana recibió un fuerte impulso hacia la izquierda, y al final, adoptó una resolución de acentuado matiz bolchevique. En aquellos mismos días, el delegado de Moscú, Podbielsky, decía en el congreso del partido: "De los diez sóviets de barriada, seis se hallan en nuestras manos; en la campaña furiosa que se lleva a cabo actualmente contra nosotros, lo único que nos salva es la masa obrera, que sostiene firmemente al bolchevismo". A principios de agosto, en las elecciones celebradas en las fábricas de Moscú, triunfan ya los bolcheviques en lugar de los mencheviques y socialrevolucionarios. El incremento de la influencia del Partido Bolchevique se pone

impetuosamente de manifiesto en la huelga general, que estalló en vísperas de la conferencia. *Izvestia* de Moscú decía: “Es hora ya de darse cuenta, al fin, de que los bolcheviques no constituyen un grupo irresponsable, sino uno de los destacamentos de la democracia revolucionaria organizada, tras el cual hay grandes masas, quizá no siempre disciplinadas, pero sí abnegadamente adictas a la revolución”.

El debilitamiento sufrido en julio por las posiciones del proletariado animó a los industriales. Un congreso en el que estaban representadas las treinta organizaciones patronales más importantes (entre ellas las bancarias), creó un comité de defensa de la industria, que asumió la dirección de los lockouts y, en general, la política de ofensiva contra la revolución. Los obreros contestaron echándose a la calle. En todo el país estallaron huelgas importantes y otros conflictos. Si los destacamentos más experimentados del proletariado obraban con prudencia, con tanta mayor decisión entraban en la lucha los nuevos sectores. Los metalúrgicos esperaban y se preparaban, pero entraban en el campo de batalla los obreros textiles, los de la industria de la goma, los de la piel, los del papel. Se levantaban los elementos trabajadores más atrasados y sumisos. Kiev se vio agitada por una borrascosa huelga de porteros: los huelguistas recorrían las casas, apagaban la luz, arrancaban las llaves de los ascensores, abrían las puertas de la calle, etc. Cada conflicto, cualquiera que fuese el motivo que lo originara, tendía a extenderse a toda una rama de la industria y a adquirir un carácter de principio. En agosto los trabajadores del ramo de la piel de Moscú, ayudados por los obreros de todo el país, iniciaron una lucha prolongada y tenaz en defensa del exclusivo derecho de los comités de fábrica a encargarse de la admisión y despido de los obreros. En muchos casos, sobre todo en provincias, las huelgas tomaban un carácter dramático, llegándose incluso a la detención de los patronos y de los administradores por los huelguistas. El gobierno recomendaba espíritu de sacrificio a los obreros, se coligaba con los industriales, mandaba a los cosacos a la cuenca del Donetz y doblaba el precio del pan y los pedidos militares. Esta política, que provocaba la indignación de los obreros, no convenía tampoco a los patronos. “Skóvelev empezaba a ver claro en la situación [dice Anerbach, uno de los capitanes de la industria pesada]; pero no se podía decir lo mismo de los comisarios del trabajo en provincias... En el propio ministerio... no se tenía confianza en los agentes provinciales... Se llamaba a Petrogrado a los representantes de los obreros, y en el Palacio de Mármol se hacían esfuerzos para persuadirles, se les insultaba, se les reconciliaba con los industriales, con los ingenieros”. Pero todo esto no daba ningún resultado. “Las masas obreras se hallaban, cada vez en mayor medida, bajo la influencia de caudillos más decididos e impúdicos en su demagogia”.

El derrotismo económico constituía el principal instrumento de los patronos contra la dualidad del poder en las fábricas. En la conferencia de los comités de fábrica celebrada en la primera quincena de agosto, se puso al descubierto con todo detalle la política de sabotaje de los industriales, que perseguía como fin el desconcierto y la paralización de la producción. A más de las maquinaciones financieras, se practicaba en gran escala la ocultación de materiales, la clausura de los talleres de reparación, etc. Del sabotaje de los patronos da clara idea John Reed, que, como corresponsal norteamericano, tenía acceso a los círculos más diversos, contaba con datos fidedignos de los agentes diplomáticos aliados y oyó las confesiones sin ambages de los políticos burgueses rusos. “El secretario de la sección de Petrogrado del partido kadete [escribe Reed] me decía que la ruina económica formaba parte de la campaña realizada para desacreditar a la revolución. Un diplomático aliado, cuyo nombre prometí no revelar, me confirmó esto mismo, basándose en sus informes particulares. Me consta que cerca de Járkov hubo propietarios que incendiaron o inundaron sus minas de carbón; que los ingenieros, en ciertas fábricas textiles de Moscú, abandonaban el trabajo inutilizando previamente las máquinas; que

determinados empleados ferroviarios fueron sorprendidos por los obreros cuando estaban estropeando las locomotoras". Tal era la dura realidad económica, que no correspondía a las ilusiones conciliadoras ni a la política de coalición, sino a la preparación del golpe de mano de Kornílov.

En el frente, la unión sagrada hallaba tan poco arraigo como en el interior. La detención de algunos bolcheviques (se lamenta Stankievich) no resolvía la cuestión. "La criminalidad se respiraba en el aire, y si no se distinguían sus contornos, era porque toda la masa estaba contagiada de ella". Si los soldados se manifestaban más reservados era porque habían aprendido a disciplinar hasta cierto punto su odio. Pero cuando éste se exteriorizaba, se ponían de manifiesto, con más elocuencia, sus verdaderos sentimientos. Una de las compañías del regimiento de Dubensky, cuyo licenciamiento se había ordenado por haberse negado a aceptar a su nuevo jefe, soliviantó a algunas más, luego todo el regimiento, y cuando el jefe de este último intentó restablecer el orden por la fuerza de las armas, fue muerto a bayonetazos. Ocurrió esto el 31 de julio. En otros regimientos, las cosas no llegaron hasta este extremo; pero si se consideraba el espíritu en ellos imperante, nada tenía de extraño que surgiesen nuevos casos análogos en el momento menos pensado.

A mediados de agosto el general Scherbachev comunicaba al cuartel general: "El espíritu de la infantería, con excepción de los 'batallones de la muerte', es muy poco firme". Muchos comisarios empezaban a darse cuenta de que los procedimientos seguidos en julio no resolvían nada. "La aplicación de los consejos de guerra sumarísimos en el frente occidental [decía el 22 de agosto el comisario Yamandt] provoca un terrible divorcio entre el mando y la población, con lo cual se desacredita la idea misma de esos consejos de guerra..." El programa de salvación trazado por Kornílov había sido ya sometido a una prueba suficiente antes de la sublevación del cuartel general, conduciendo, en fin de cuentas, al mismo callejón sin salida.

Lo que más temían las clases potentadas eran los síntomas de descomposición que se notaban entre los cosacos y que amenazaban con destruir el último reducto. En febrero los regimientos de cosacos de Petrogrado habían entregado la monarquía sin oponer resistencia. Verdad es que en Novocherkask las autoridades cosacas habían intentado ocultar el telegrama que daba cuenta de la revolución, y que el 1 de marzo habían celebrado, con la solemnidad acostumbrada, funerales por Alejandro II. Pero, al fin y al cabo, los cosacos estaban dispuestos a pasarse sin el zar, e incluso habían descubierto unas endebles tradiciones republicanas en su pasado. Pero no querían pasar de ahí. Desde el principio mismo se habían negado a mandar sus delegados al sóviet de Petrogrado, para no igualarse a los obreros y soldados, procediendo a la creación de un sóviet de combatientes cosacos que agrupaba las doce formaciones de su casta, personificadas por sus dirigentes del interior. La burguesía procuraba, y no sin éxito, apoyarse en los cosacos contra los obreros y campesinos.

El papel político de los cosacos se hallaba determinado por la particular situación que ocupaban en el país. Desde hacía siglos era una original casta inferior privilegiada. El cosaco no pagaba impuestos y tenía a su disposición una parcela de tierra mucho mayor que la del campesino. En las tres regiones contiguas del Don, del Kubán y del Tek, una población cosaca de 3.000.000 tenía en sus manos 23.000.000 de deciatinas de tierra, mientras que 4.3000.000 campesinos de esas mismas regiones disponían solamente de 6.000.000 de deciatinas, es decir, que a los cosacos les correspondía cinco veces más tierra que a los campesinos. Naturalmente, entre los propios cosacos la tierra estaba dividida de un modo muy desigual. Había entre ellos grandes terratenientes y kulaks más poderosos que los del norte; había también cosacos pobres. Cada cosaco tenía el deber de presentarse con su caballo y su equipo al primer llamamiento del estado. Los cosacos

ricos cubrían con creces los gastos que esto ocasionaba, merced a la exención de los impuestos de que gozaban. La gente de abajo se encorvaba bajo el peso de la movilización cosaca. Estos datos fundamentales explican suficientemente la situación contradictoria de los cosacos. Sus sectores inferiores se sentían afines a los campesinos; los superiores, a los grandes terratenientes. Al mismo tiempo, unía a los de arriba con los de abajo la conciencia de formar un mundo aparte y elegido, y estaban acostumbrados a mirar por encima del hombro tanto al obrero como al campesino. Es esto lo que hacía tan apto al cosaco medio para ejercer la represión.

En los años de la guerra, cuando las generaciones jóvenes se hallaban en el frente, la autoridad en las aldeas cosacas del interior era ejercida por los viejos depositarios de las tradiciones conservadoras, estrechamente ligados con su oficialidad. Bajo la apariencia de una resurrección de la democracia cosaca. los cosacos terratenientes reunieron en el transcurso de los primeros meses de la revolución a los llamados "círculos de combatientes", los cuales elegían a los atamanes a modo de presidentes, poniendo cerca de ellos "un gobierno militar". Los comisarios, oficiales y los sóviets formados por la población no cosaca no tenían ninguna influencia en las regiones cosacas, pues los cosacos eran más fuertes, más ricos y estaban mejor armados. Los socialrevolucionarios intentaron crear sóviets comunes de diputados campesinos y cosacos, pero éstos no acogieron la idea con simpatía, pues temían, no sin fundamento, que la revolución agraria habría de despojarles de parte de sus tierras. No en vano el ministro de agricultura, Chernov, había dejado caer la frase: "Los cosacos no tendrán otro remedio que encogerse un poco en su tierra". Todavía más importante era la circunstancia de que los campesinos de la región y los soldados de los regimientos de infantería dijeran cada vez con más frecuencia, dirigiéndose a los cosacos: "También ha de llegarle la hora a vuestra tierra; demasiado habéis tenido ya el mando". Tal era la situación en el interior, en las aldeas cosacas y en buena parte de la guarnición de Petrogrado, centro de la política. Esto explica la conducta de los regimientos cosacos en la manifestación de julio.

En el frente la situación era fundamentalmente distinta. En el verano de 1917, las tropas cosacas que participaban en la acción se componían de 162 regimientos y 161 sotnias. Arrancados a sus aldeas, los cosacos del frente habían compartido con todo el ejército la prueba de la guerra, y, aunque con un retraso considerable, habían llevado a cabo la misma evolución que la infantería; perdida la fe en la victoria, estaban furiosos contra el desorden de la dirección, murmuraban de los jefes y sentían la nostalgia de la paz y del hogar. Poco a poco, 45 regimientos y 65 sotnias habían sido destinados a servicios de policía en el frente y en el interior. Los cosacos volvían a convertirse en gendarmes. Los soldados, los obreros, los campesinos murmuraban contra ellos, les recordaban el papel de verdugos que habían desempeñado en 1905. Muchos cosacos que empezaban a sentirse orgullosos de su conducta en febrero, sentían remordimientos en el corazón. El cosaco empezó a maldecir su látigo, y más de una vez se negó a llevarlo consigo. Entre la gente del Don y del Kubán eran pocos los desertores: los viejos cosacos que habían quedado en la aldea les infundían miedo. En general, las tropas cosacas estuvieron mucho más tiempo que la infantería en manos de los jefes.

Del Don, del Kubán, llegaban al frente noticias de que los potentados cosacos, junto con los viejos, habían instaurado su poder sin consultar para nada al cosaco del frente. Esto hizo que se despertasen los antagonismos sociales latentes: "Cuando volvamos a casa, ya nos oirán", decían a menudo los cosacos del frente. El general cosaco Krasnov, uno de los caudillos de la contrarrevolución en el Don, ha descrito de modo elocuentísimo el proceso de descomposición de las sólidas tropas cosacas en el frente: "Empezaron a celebrarse mítines en los que se adoptaban las resoluciones más absurdas... Los cosacos dejaron de almorzar y lavar los caballos y de darles el pienso con regularidad.

Ni siquiera se podía pensar en hacer ejercicio alguno. Los cosacos se adornaban con cintas rojas y ya no guardaban el menor respeto a los oficiales". Sin embargo, antes de llegar definitivamente a esta situación, el cosaco vaciló durante mucho tiempo, se rascó la cabeza, anduvo buscando hacia qué lado volverse. Por esto no era fácil prever en el momento crítico cuál sería la conducta de tal o cual regimiento cosaco.

El 8 de agosto la junta de las tropas cosacas del Don formó un bloque con los kadetes para las elecciones a la constituyente. La noticia penetró inmediatamente en el ejército. "Entre los cosacos [dice el oficial de cosacos Yanov], el bloque fue acogido con gran hostilidad. El partido de los kadetes no tenía raíces en el ejército". En realidad, éste odiaba a los kadetes, a los que identificaba con todo aquello que oprimía a las masas populares. "Vuestros viejos os han vendido a los kadetes", decían los soldados. "Ya nos oirán", objetaban los cosacos. En el frente sudoccidental las tropas cosacas adoptaron una resolución especial en la cual declaraban a los kadetes "enemigos jurados y tiranos del pueblo trabajador", y exigían que fuesen excluidos de la organización cosaca todos aquellos que habían tenido la audacia de pactar un acuerdo con los kadetes.

Kornílov, que era cosaco, confiaba en la ayuda de los cosacos, sobre todo los del Don, y completó con fuerzas cosacas las tropas destinadas a dar el golpe de estado. Pero los cosacos no acudieron en auxilio del "hijo de campesino". Estaban dispuestos a defender furiosamente sus tierras, pero no tenían ningún deseo de intervenir en una contienda ajena. El 3er. cuerpo de caballería tampoco justificó las esperanzas que se habían cifrado en él. Los cosacos no veían con simpatía la fraternización con los alemanes, pero en el frente de Petrogrado recibieron con buen ánimo a los soldados y marinos: esta fraternización hizo que fracasase el plan de Kornílov sin derramamiento de sangre. Así fue como se hundió el último punto de apoyo de la vieja Rusia.

En aquella misma época, mucho más allá de las fronteras del país, en el territorio de Francia, se llevaba a cabo el experimento por decirlo así, de laboratorio, de una "resurrección" de las tropas rusas fuera del alcance de los bolcheviques, experimento que aún resultaba más convincente por esa misma razón. En el verano y otoño apareció en la prensa rusa la noticia, que, arrastrada por el torbellino de los acontecimientos, pasó casi inadvertida, de que habían surgido motines entre las tropas rusas que se hallaban en Francia. Los soldados de las dos brigadas rusas que se encontraban en Francia, ya en enero de 1917 (y, por tanto, antes de la revolución), según las palabras del oficial Lissovsky, "estaban firmemente convencidos, y así lo decían abiertamente, de que se les había vendido a los franceses a cambio de obuses". Los soldados no andaban muy equivocados. No sentían "la menor simpatía" por los Aliados, ni la menor confianza hacia sus oficiales. La noticia de la revolución sorprendió a las brigadas de exportación, políticamente preparadas hasta cierto punto, pero, sin embargo, desprevenidas. No cabía esperar que los oficiales les explicaran el carácter de la revolución: el oficial se mostraba tanto más desconcertado cuanto más elevada era su graduación. Aparecieron en los campamentos delegados patriotas surgidos de entre los emigrantes. "Observé más de una vez [dice Lissovsky] cómo algunos diplomáticos-oficiales de los regimientos de la guardia ... ofrecían solícitamente asiento a los exemigrantes". En los regimientos surgieron instituciones electivas, con la particularidad de que empezó rápidamente a distinguirse al frente del comité un soldado letón. Por consiguiente, aquí también apareció un elemento que no era ruso. El 1er. regimiento, formado en Moscú y compuesto casi enteramente de obreros, dependientes y empleados (es decir, de elementos proletarios y semiproletarios), había llegado a tierras de Francia un año antes, y en lo que duró el invierno se batió bien en los campos de la Champaña. Pero "la enfermedad de la descomposición atacó en primer lugar a ese regimiento". El 2°, compuesto casi íntegramente de campesinos y siberianos, parecía más seguro. Pero poco después de la

Revolución de Febrero se insubordinó la 1ª brigada. No quería batirse por Alsacia ni por Lorena. No quería morir por la hermosa Francia. Quería ver si podía vivir en la nueva Rusia. La brigada fue trasladada al interior, al centro mismo de Francia, al campamento de La Courtine. "Entre las tranquilas poblaciones burguesas [cuenta Lissovsky] se había establecido, en un inmenso campamento, la vida particular, extraordinaria, de cerca de 10.000 soldados rusos insubordinados que no contaban con oficiales ni tenían el menor deseo de subordinarse a nadie". A Kornílov se le ofrecía una ocasión excepcional para aplicar sus métodos de saneamiento con ayuda de Poincaré y Ribot, que tan ardiente simpatía sentían por él. El generalísimo en jefe ordenó por telégrafo que se sometiera a los soldados de La Courtine y se los mandara a Salónica. Pero los amotinados no se rendían. El 1 de septiembre llegó la artillería pesada, y en el interior del campamento se fijaron carteles con el amenazador telegrama de Kornílov. Pero en esto resultó que vino a introducirse en el desarrollo de los acontecimientos una nueva complicación: los periódicos franceses publicaron la noticia de que el propio Kornílov había sido declarado traidor y contrarrevolucionario. Los soldados decidieron resueltamente que no tenían ningún motivo para ir a morir en Salónica, y menos aún por orden de un general traidor. Los obreros y campesinos vendidos a cambio de obuses decidieron defender sus derechos. Se negaron a hablar con nadie de fuera; ni un solo soldado salió del campamento.

La 2ª brigada rusa fue puesta en movimiento contra la 1ª. La artillería ocupó posiciones en los cerros inmediatos; la infantería, según todas las reglas de la ingeniería castrense, cavó trincheras cerca de La Courtine. Los alrededores fueron cercados por tiradores alpinos, con objeto de que ni un solo francés penetrara en el teatro de la guerra de las dos brigadas rusas. Así fue cómo las autoridades de Francia dieron en su territorio una representación de la guerra civil rusa, rodeándola solícitamente de una estacada de bayonetas. Se trataba de un ensayo. Más adelante, la diligente Francia organizará la guerra civil en el territorio de la propia Rusia, rodeándola con las alambradas del bloqueo.

"Empezó a abrirse el fuego de un modo regular y metódico contra el campamento". Salieron de éste algunos centenares de soldados dispuestos a rendirse. Se les aceptó su sumisión y de inmediato se reanudó el fuego de artillería. Así pasaron cuatro días. Los soldados iban rindiéndose parcialmente. El 6 de septiembre no quedaban arriba de 200 hombres, decididos a no dejarse tomar vivos. Al frente de ellos se encontraba el ucraniano Globa, un fanático baptista: en Rusia le hubieran llamado bolchevique. Empezó un verdadero asalto, protegido por el fuego de los cañones, de las ametralladoras y de los fusiles. Al fin, los revoltosos fueron aplastados. Nadie ha podido precisar el número de víctimas. El orden, en fin de cuentas, fue restaurado. Pero ya al cabo de unas pocas semanas, la 2ª brigada, la que había achicharrado precisamente a la 1ª, pareció atacada por la misma enfermedad...

Los soldados rusos habían traído el terrible contagio, a través del mar, en sus mochilas de campaña, en los pliegues de sus capotes, en los recovecos de su espíritu. El dramático episodio de La Courtine es notable por la circunstancia de que puede ser considerado como la realización, diríase consciente, casi bajo la campana neumática, de un experimento ideal para el estudio de los procesos internos en el ejército ruso, preparados por todo el pasado del país.

Sube la marea

La calumnia, recurso de decisivos efectos, resultó un arma de dos filos. Si los bolcheviques son espías de los alemanes, ¿por qué quienes difunden de preferencia esas calumnias son los hombres más odiados del pueblo? ¿Por qué precisamente la prensa de los kadetes, que con cualquier motivo atribuye los más bajos móviles a los obreros y soldados, es la que en voz más alta y con mayor decisión acusa a los bolcheviques? ¿Por qué el ingeniero o el contramaestre reaccionario, que se había ocultado desde la revolución, ha cobrado ahora nuevos bríos y condena abiertamente a los bolcheviques? ¿Por qué los oficiales más reaccionarios se han vuelto más insolentes en los regimientos y por qué, al mismo tiempo que acusan a Lenin y a sus amigos, agitan los puños en las mismas narices de los soldados, como si fueran éstos precisamente los traidores?

En todas las fábricas había bolcheviques. "¿Es que me parezco a un espía alemán, amigos?", preguntaba un cerrajero o un tornero, perfectamente conocido de todos los obreros. A menudo, los mismos conciliadores, en su lucha contra el ataque de la contrarrevolución, iban más lejos de lo que querían, y, sin desearlo, desbrozaban el camino a los bolcheviques. El soldado Pireiko cuenta cómo el médico militar Markovich, partidario de Plejánov, rechazó en un mitin de soldados la acusación de espionaje lanzada contra Lenin, para combatir con más decisión sus opiniones políticas como inconsistentes y ruinosas. ¡Vano esfuerzo! "Si Lenin es inteligente y no un espía, si no es un traidor, y quiere la paz, también nosotros le seguiremos", decían los soldados después del mitin.

El bolchevismo, cuyo avance había sido contenido temporalmente, empezó de nuevo a desplegar sus alas con más seguridad. "La recompensa no tardará [escribía Trotsky a mediados de agosto]. Nuestro partido, perseguido, calumniado, nunca había crecido tan rápido como en estos últimos tiempos. Y este proceso no tardará en pasar de la capital a la provincia, de las ciudades a las aldeas y al ejército... Todas las masas trabajadoras del país aprenderán, en nuevas pruebas, que se acercan, a asociar su suerte a las de nuestro partido".

Petrogrado seguía, como antes, avanzando en primera fila. Parecía como si una poderosa escoba barriese de todos los rincones y escondrijos de las fábricas la influencia de los conciliadores. "Van cayendo los últimos reductos de los defensistas... [decía un periódico bolchevique]. ¿Acaso hace tanto tiempo que los señores defensistas ejercían un dominio indiscutible en la inmensa fábrica de

Obujov?".

En las elecciones a la duma municipal de Petrogrado, celebradas el 20 de agosto, los distintos candidatos obtuvieron cerca de 550.000 votos, muchos menos que en las elecciones a las dumas de barriada, que se habían celebrado en julio. Los socialrevolucionarios, si bien perdieron más de 375.000 votos, reunieron, así y todo, más de 200.000, o sea el 37% del total. A los kadetes les correspondió la quinta parte. "Nuestra candidatura menchevista [dice Sujánov] no ha conseguido más que 23.000 miserables votos". Inesperadamente para todos, los bolcheviques obtuvieron casi 200.000 votos, cerca de la tercera parte del total.

En la conferencia de sindicatos de los Urales, celebrada a mediados de agosto y en la que estaban representados 150.000 obreros, fueron adoptadas resoluciones de carácter bolchevista, sobre todas las cuestiones. En Kiev, en la conferencia de los comités

de fábrica, que tuvo lugar el 20 de agosto, la resolución presentada por los bolcheviques fue adoptada por una mayoría de 161 votos contra 35 y 13 abstenciones. En las elecciones democráticas a la duma municipal de Ivánovo-Voznesensk, que se celebraron precisamente en el momento de la sublevación de Kornílov, los bolcheviques obtuvieron 58 puestos de los 102, los socialrevolucionarios 24 y los mencheviques 4. En Cronstadt fue elegido presidente del sóviet el bolchevique Brejman, y alcalde, Pokrovsky, igualmente bolchevique. Durante todo el mes de agosto, el bolchevismo crece en todo el país, bien que no en la misma proporción en los diferentes lugares.

La sublevación de Kornílov da un poderoso impulso a la radicalización de las masas. Slutsky recordaba con este motivo las palabras de Marx: “Hay momentos en que la revolución necesita ser estimulada por la contrarrevolución”. El peligro despertaba no sólo la energía, sino la clarividencia. El pensamiento colectivo trabajaba a un alto grado de tensión. No faltaban materiales que permitiesen extraer las consecuencias de la situación. Se había afirmado que la coalición era necesaria para la defensa de la revolución; ahora bien, el que era aliado en la coalición se había puesto al lado de la contrarrevolución. Se había dicho que la conferencia de Moscú sería una manifestación de la unidad nacional. Sólo el comité central de los bolcheviques había advertido que “la conferencia... se convertirá en órgano del compló de la contrarrevolución”. Los acontecimientos habían confirmado plenamente la justeza de esta advertencia. Ahora era el propio Kerensky quien declaraba: “La conferencia de Moscú... fue el prólogo del 27 de agosto... Allí fue donde se llevó a cabo el recuento de fuerzas..., donde por primera vez fue presentado a Rusia su futuro dictador, Kornílov...” ¡Como si no hubiera sido Kerensky el iniciador, el organizador y el presidente de esa conferencia! ¡Como si no hubiera sido él quien había presentado a Kornílov como el “primer soldado” de la revolución! ¡Como si no hubiera sido el gobierno provisional quien había dado a Kornílov el arma de la pena de muerte contra los soldados, y como si la advertencia de los bolcheviques no hubiera sido calificada de demagógica!

La guarnición de Petrogrado se acordaba asimismo de que, dos días antes de la sublevación de Kornílov, los bolcheviques habían expresado en la reunión de la sección de soldados la sospecha de que, si se retiraba de la capital a los regimientos conocidos por su significación avanzada, fuera con miras contrarrevolucionarias. Los representantes de los mencheviques y socialrevolucionarios habían respondido a esto con una exigencia amenazadora: que no se discutiesen las órdenes militares del general Kornílov. En este espíritu estaba inspirada la resolución que se adoptó. “¡Bien se ve que los bolcheviques no lanzan las palabras al viento!”, debían decirse ahora el obrero o el soldado sin partido.

Si los generales conspiradores, según la acusación de los propios conciliadores, formulada con retraso, eran culpables no sólo de la rendición de Riga, sino también del descalabro de julio, ¿por qué se había llevado a efecto la campaña contra los bolcheviques y ametrallado a los soldados? Si los provocadores militares intentaban lanzar a la calle a los obreros y soldados el 27 de agosto, ¿no habrían tenido igualmente su papel en las sangrientas colisiones del 4 de julio? Y, además, ¿qué papel desempeñaba Kerensky en todo esto? ¿Contra quién había llamado a la capital al 3er. cuerpo de caballería? ¿Por qué había nombrado a Sávinkov general-gobernador, y ayudante a Filonenko? Y, ¿quién era ese Filonenko, candidato al directorio? La respuesta la dio inesperadamente la división de automóviles blindados: Filonenko, que había servido de teniente, sometía a sus soldados a los peores escarnios y humillaciones.

¿De dónde había salido el entrometido de Zavoiko? ¿Qué significaba, en general, la selección de bribones que se estaba llevando a cabo en las alturas?

Los hechos eran simples, claros, estaban presentes en la memoria de todos, eran accesibles a todo el mundo, inexorables y aniquiladores. La división “salvaje”, los raíles

levantados, las recíprocas acusaciones del Palacio de Invierno y del cuartel general, las declaraciones de Sávinkov y Kerensky, eran hechos que hablaban por sí solos. ¡Qué acta de acusación irrefutable contra los conciliadores y su régimen! Se vio definitivamente, de un modo claro, el sentido de la furiosa campaña desencadenada contra los bolcheviques: semejante campaña era un elemento necesario en la preparación del golpe de estado.

Los obreros y soldados, al empezar a ver claro, se sintieron dominados por un agudo sentimiento de vergüenza. ¿Es decir, que Lenin se ocultaba únicamente porque le han calumniado de un modo ignominioso? ¿Es decir, que los demás están en la cárcel para dar gusto a los kadetes, a los generales, a los banqueros, a los diplomáticos de la *Entente*? ¿Es decir, que los bolcheviques no corren tras de los cargos, y si en las alturas se les odia es precisamente porque no quieren formar parte de la sociedad anónima llamada coalición? Esto fue lo que acabaron por comprender los trabajadores, las gentes simples, los oprimidos. Y este estado de ánimo, unido a la sensación de culpabilidad respecto de los bolcheviques, hicieron que surgiera una inquebrantable adhesión al partido y una fe indestructible en sus jefes.

Hasta los últimos días, los soldados veteranos, los cuadros del ejército, los suboficiales; los artilleros, resistieron con todas sus fuerzas. No querían renunciar a sus esfuerzos, a sus sacrificios, a sus hazañas: ¿era posible que todo aquello no tuviera ningún sentido? Pero cuando perdieron su último punto de apoyo viraron en redondo hacia la izquierda, hacia los bolcheviques. Ahora entraban en la revolución con sus galones de suboficial, con su temple de veteranos y con las mandíbulas apretadas: en la guerra se habían equivocado en sus cálculos, pero ahora llevarán a cabo la empresa hasta sus últimas consecuencias.

En las comunicaciones de las autoridades locales, tanto militares como civiles, el bolchevismo se convierte en sinónimo de acción de masas, de exigencia decidida, de lucha contra la explotación, de impulso hacia adelante; en una palabra, pasa a ser otro nombre de la revolución. ¿Conque es esto el bolchevismo?, se dicen los huelguistas, los marinos que protestan, las mujeres de soldados descontentos, los campesinos amotinados. Las masas estaban como obligadas desde arriba a identificar sus pensamientos íntimos y sus demandas con las consignas del bolchevismo. De esta manera, la revolución ponía a su servicio el arma que había sido dirigida contra ella. En la historia, no sólo se convierte en absurdo lo racional, sino que, inversamente, cuando el desarrollo de los acontecimientos lo exige, lo absurdo deviene también racional.

El cambio sufrido por la atmósfera política se puso de manifiesto con poderoso relieve en la sesión común de los comités ejecutivos celebrada el 30 de agosto, al exigir los delegados de Cronstadt que se les otorgara un puesto en aquella elevada institución. ¿Era concebible esto? ¿Es que aquí, donde la gente desenfrenada de Cronstadt no había conocido más que agravios y excomuniones, iban a tomar parte ahora en las deliberaciones sus representantes? Pero, ¿cómo se les podía contestar con una negativa? Los marinos y soldados de Cronstadt habían llegado la víspera para defender Petrogrado. Los marinos del *Aurora* hacían centinela en el Palacio de Invierno. Los jefes, después de cuchichear entre sí, propusieron a la gente de Cronstadt cuatro puestos con voz, pero sin voto. La concesión fue aceptada secamente, sin ninguna efusión de gratitud.

"Después de la rebelión de Kornílov [cuenta Chinov, soldado de la guarnición de Moscú] todos los regimientos adquirieron ya un matiz bolchevista... Todos estaban admirados al ver confirmadas por la realidad las palabras de los bolcheviques, de que el genera Kornílov no tardaría en estar ante los muros de Petrogrado". Mitrevich, soldado de la división de automóviles blindados, recuerda las leyendas heroicas que circulaban de boca en boca después de la victoria obtenida sobre el general sublevado: "No se hablaba

más que de valor y de hazañas, y de que con una decisión como aquélla se podía combatir contra todo el mundo. Los bolcheviques se reanimaron".

Antónov-Ovseienko, que había sido puesto en libertad en los días de la aventura de Kornílov, se marchó inmediatamente a Helsingfors. "Se ha producido una inmensa transformación de las masas". En el congreso regional de los sóviets de Finlandia, los socialrevolucionarios de derecha tuvieron una representación insignificante. Quienes llevaban la batuta eran los bolcheviques, coligados con los socialrevolucionarios de izquierda. Para la presidencia de comité regional de los sóviets fue elegido Smilgá, que, a pesar de su juventud, era miembro del comité central de los bolcheviques, se inclinaba marcadamente hacia la izquierda, y ya en los días de abril se había mostrado propenso a dar un empujón al gobierno provisional. Como presidente del sóviet de Helsingfors, que se apoyaba en la guarnición y en los obreros rusos, fue elegido el bolchevique Scheinmann, futuro director del banco de estado soviético, hombre prudente y de temperamento burocrático, pero que en aquel entonces marchaba al paso de los demás dirigentes. El gobierno provisional prohibió a los finlandeses convocar el "Seim", que aquél había disuelto. El comité regional propuso que se reuniera, y tomó sobre sí la misión de protegerlo. El comité se negó a cumplir las órdenes, dadas por el gobierno provisional, de que salieran del país distintos regimientos. En realidad, los bolcheviques implantaron la dictadura de los sóviets en Finlandia.

A principios de septiembre el diario bolchevique decía: "Nos llegan de una serie de ciudades rusas noticias que nos anuncian que durante este último período han hecho grandes progresos las organizaciones de nuestro partido. Pero lo que tiene más importancia es el aumento de nuestra influencia entre las masas democráticas de obreros y soldados". "Aún en aquellas fábricas donde en un principio no se nos quería escuchar [dice el bolchevique de Yekaterinoslav, Averin], los obreros se pusieron a nuestro lado en los días de la sublevación de Kornílov". "Cuando circuló el rumor de que Kaledin movilizaba a los cosacos contra Tsaritsin y Sáratov [escribe Antónov, uno de los directivos bolcheviques de esta última ciudad], cuando este rumor se vio confirmado y reforzado por la sublevación del general Kornílov, la masa liquidó en pocos días sus prejuicios anteriores".

EJ 19 de septiembre, el órgano bolchevique de Kiev comunica: "En las elecciones de representantes al sóviet, el Arsenal ha elegido doce compañeros, todos ellos bolcheviques. Los candidatos mencheviques han sido derrotados; lo mismo ha sucedido en otras varias fábricas". A partir de ese momento pueden leerse diariamente noticias análogas en las páginas de la prensa obrera; los periódicos adversarios intentan en vano pasar en silencio o disminuir los progresos del bolchevismo. Las masas, en pleno despertar, diríase que se esfuerzan por ganar el tiempo perdido a consecuencia de las vacilaciones, de la confusión y de las temporales retiradas anteriores. Una marea general sube, tenaz e irresistible.

Bárbara Yakovleva, que formaba parte del comité central de los bolcheviques y a la que ya hemos visto lamentarse en julio-agosto de la debilitación extrema de los bolcheviques en toda la zona de Moscú, habla ahora de un nuevo y hondo cambio. "Durante la segunda quincena de septiembre [informa a la conferencia] los militantes de la oficina regional han recorrido la zona... Sus impresiones son absolutamente idénticas: por todas partes, en todas las provincias, las masas evolucionan con rapidez hacia el bolchevismo. Todos han observado, asimismo, que las aldeas solicitan a los bolcheviques..." En todos aquellos distritos en que no se quería oír a los bolcheviques, surgen ahora en forma espontánea células bolcheviques. Incluso en las atrasadas provincias de Tambov y de Riazán, reductos de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, adonde raras veces iban los bolcheviques en las anteriores giras,

convencidos de la inutilidad de su visita, las cosas sufren actualmente una transformación fundamental: la influencia de los bolcheviques es cada día más fuerte y las organizaciones conciliadoras se desmoronan.

Los informes de los delegados a la conferencia bolchevique de la región de Moscú, celebrada un mes después de la sublevación de Kornílov y un mes antes del levantamiento de los bolcheviques, respiran confianza y entusiasmo. En Nizhni Nóvgorod, al cabo de dos meses de decaimiento, la vida del partido vuelve a ser pletórica. Centenares de obreros socialrevolucionarios se pasan a las filas bolcheviques. En Tver, la actuación del partido no empieza a desarrollarse ampliamente hasta después de la aventura de Kornílov. Los conciliadores pierden todas sus posiciones, nadie los escucha, no se les deja hablar. En la provincia de Vladimir, los bolcheviques se han fortalecido hasta el punto, que en el congreso provincial de los sóviets no hay más que cinco mencheviques y tres socialrevolucionarios. En Ivánovo-Voznesensk, el Manchester ruso, todo el trabajo de los sóviets, de la duma y del zemstvo, recae sobre los bolcheviques, como señores absolutos que han llegado a ser de la situación. Crecen las organizaciones del partido, pero su fuerza de atracción crece con rapidez incomparablemente más grande. La desproporción entre los recursos técnicos de los bolcheviques y su peso específico político, halla su expresión en el número relativamente reducido de los miembros del partido, en comparación con el grandioso aumento de su influencia. Los acontecimientos arrastran en su torbellino a las masas de un modo tan rápido e imperioso, que los obreros y soldados no tienen tiempo de organizarse en el partido, ni de comprender la necesidad de contar con un partido organizado. Se penetran de las consignas bolcheviques tan naturalmente como respiran el aire. No ven todavía con claridad que el partido es un complejo laboratorio en que esas consignas se elaboran mediante la experiencia colectiva. Más de 20.000.000 de almas están de parte de los sóviets. El partido, que aún en vísperas de la Revolución de Octubre contaba con no más de 240.000 miembros, arrastra tras de sí, con más firmeza cada vez, a millones de hombres a través de los sindicatos, comités de fábrica y sóviets.

En ese país inmenso, conmovido hasta sus cimientos, dotado de una variedad inagotable tanto desde el punto de vista de las condiciones locales como de la educación política, no hay día en que no se verifiquen unas elecciones u otras: a las dumas, a los zemstvos, a los sóviets, a los comités de fábrica, a los sindicatos, a los comités militares o agrarios. Y la tónica general de todas esas elecciones es el incremento del bolchevismo.

Las elecciones a las dumas de barriada de Moscú sorprendieron particularmente al país por la brusca modificación que revelaba en el espíritu de las masas. El "gran" partido de los socialrevolucionarios, que había conseguido 375.000 votos en junio, a fines de septiembre no obtenía más que 54.000. Los mencheviques pasaban de 76.000 a 16.000. Los kadetes conservaban 101.000, habiendo perdido cerca de 8.000. Los bolcheviques, en cambio, pasaban de 75.000 a 198.000. Si en junio obtenían los socialrevolucionarios cerca del 50% de votos, los bolcheviques reunían en septiembre cerca del 52% El 90% de la guarnición, y en algunos regimientos más del 95%, votó por los bolcheviques: en los talleres de la artillería pesada los bolcheviques obtuvieron 2.286 votos de 2.347. El considerable ausentismo de los electores se debía principalmente al retraimiento de la pequeña burguesía urbana, que, con el empuje de las primeras ilusiones, había seguido a los conciliadores para sumirse de nuevo, bien pronto, en la inanidad. Los mencheviques se iban derritiendo; los socialrevolucionarios habían obtenido dos veces menos votos que los kadetes; éstos, dos veces menos que los bolcheviques. Los votos obtenidos por estos últimos en septiembre habían sido conquistados en lucha encarnizada contra los demás partidos. Eran votos firmes. Podía confiarse en ellos. La desaparición de los grupos intermedios, la estabilidad considerable del campo burgués y los progresos gigantescos del partido proletario más odiado y perseguido, todo esto eran síntomas inequívocos de

la crisis revolucionaria. "Sí, los bolcheviques, trabajaban tenaz e incansablemente [escribe Sujánov, que pertenecía al quebrantado partido de los mencheviques]. Estaban con las masas, en las fábricas y talleres, día tras día, de un modo permanente... Los obreros y los soldados se sentían identificados con ellos porque estaban siempre a su lado, dirigiendo así en las cosas nimias como en las importantes, toda la vida de la fábrica y del cuartel... La masa vivía y respiraba conjuntamente con los bolcheviques. El partido de Lenin y Trotsky la tenía en sus manos".

El mapa político del frente se distinguía por lo abigarrado de su carácter. Había regimientos y divisiones que aún no habían visto ni oído nunca a un bolchevique; muchos de ellos se asombraban sinceramente cuando se les acusaba de bolchevismo. De otra parte, había regimientos que tomaban su propio estado de espíritu anárquico, con un matiz de oscurantismo, por el bolchevismo más puro. El espíritu del frente se inclinaba, sin embargo, hacia un mismo lado. Pero en el grandioso torrente político a que servían de cauce las trincheras, había a menudo corrientes contrarias, remolinos y no pocos arroyos turbios.

En septiembre los bolcheviques rompieron el cordón y obtuvieron el acceso al frente del que habían permanecido separados por espacio de dos meses. Oficialmente la prohibición subsistía. Los comités conciliadores hacían todo lo posible para impedir la penetración de los bolcheviques en sus regimientos; pero todos sus esfuerzos resultaban vanos. Los soldados habían oído hablar tanto de su propio bolchevismo que todos ellos, sin excepción, deseaban ávidamente ver y oír a un bolchevique de carne y hueso. Los obstáculos formales inventados por los miembros de los comités eran barridos por los soldados tan pronto como recibían la noticia de que había llegado un bolchevique. La vieja revolucionaria Eugenia Boch, que había llevado a cabo una gran labor en Ucrania, ha dejado unas memorias muy elocuentes sobre sus audaces incursiones por las selvas primitivas del frente. Las alarmadas advertencias de los amigos sinceros y falsos resultaban inútiles una vez y otra. En una división que había sido caracterizada como encarnizadamente hostil a los bolcheviques, la oradora, que había enfocado su tema con gran cautela, no tardó en quedar convencida de que el auditorio estaba con ella. "Nada de escupir, ni de toser, ni de sonarse, primeros síntomas de cansancio de un auditorio de soldados; orden y silencio completos". La asamblea acabó en una turbulenta apoteosis de la audaz agitadora. Toda la excursión de Eugenia Boch por el frente fue algo muy parecido a un viaje triunfal. Lo mismo ocurría, de un modo menos heroico y efectista, pero igual en el fondo, con los agitadores de menor categoría.

Ideas, consignas y concepciones nuevas o expresadas de una forma nueva, más convincente, en la vida estancada de las trincheras. Millones de cerebros analizaban los acontecimientos, hacían el balance de la experiencia política. "Queridos compañeros, obreros y soldados [escribe un soldado desde el frente a la redacción de un diario], no dejéis triunfar esa maldita letra k, que ha sumergido a todo el mundo en una guerra sangrienta. Los nombres del primer asesino, Kolka (Nicolás II), de Kerensky, de Kornílov, de Kaledin, de los kadetes, todos empiezan con *k*, Los cosacos son asimismo peligrosos para nosotros[37]... Sidor Nikolaiev". No se vea en estas palabras una mera superstición: se trata pura y simplemente de un procedimiento de mnemotecnia política.

La sublevación del cuartel general no podía dejar de remover cada fibra de los soldados. La disciplina externa, cuyo restablecimiento había costado tantos esfuerzos y sacrificios, volvía a resquebrajarse. El comisario militar del frente occidental, Idanov, informa: "Los soldados, en general, están nerviosos..., se muestran recelosos respecto de los oficiales, guardan una actitud expectante; el incumplimiento de las órdenes lo explican

[37] Cosacos: kazak, en ruso, empieza también en k. N. del T.

por el hecho de que se trata de órdenes de Kornílov, que no había por qué cumplir". En el mismo sentido escribe Stankievich, que sustituyó a Filonenko en el cargo de alto comisario: "La masa de los soldados... se vio rodeada de traiciones por todas partes... Si alguien intentaba convencerla de lo contrario, se le aparecía también como un traidor".

Para la oficialidad, el fracaso de la aventura de Kornílov significaba el desmoronamiento de sus últimas ilusiones. Añadamos a esto que tampoco podía decirse anteriormente que fuese muy brillante el estado de ánimo del mando. A fines de agosto hemos visto en Petrogrado a los conspiradores militares, borrachos, jactanciosos y abúlicos. Ahora la oficialidad se ve repudiada y fracasada definitivamente. "Este odio, esta persecución constante [dice uno de ellos], la inactividad completa y la permanente espera de la detención y de la muerte ignominiosa, impelía a los oficiales a los restaurantes, a los reservados, a los hoteles... Los oficiales naufragaron en esa bacanal". En oposición a esto, los soldados y los marinos llevaban una vida más sobria que nunca: una nueva esperanza alentaba en sus corazones.

Los bolcheviques, según cuenta Stankievich, "levantaban la cabeza y se sentían dueños absolutos del ejército... Los comités inferiores empezaban a convertirse en células bolcheviques. En todas las elecciones celebradas en el ejército, los votos bolcheviques progresaban de un modo asombroso. No es posible dejar de observar, a este propósito, que el 5º ejército, el más disciplinado hasta entonces, no sólo en el frente septentrional, sino acaso en todo el frente, fue el primero que eligió un comité bolchevique".

La armada se bolchevizaba de un modo aún más acentuado, más concreto, más elocuente. El día 8 de septiembre, los marinos del Báltico izaron en todos los buques las banderas de combate para expresar su decisión de luchar por el paso del poder a las manos del proletariado y de los campesinos. La flota exigía el armisticio inmediato en todos los frentes, la entrega de la tierra a los comités campesinos y la implantación del control obrero de la producción. Tres días después un comité central más atrasado y moderado, el de la escuadra del mar Negro, apoyaba a los marinos del Báltico, propugnando la entrega del poder a los sóviets. A mediados de septiembre alzan su voz en defensa de esa misma divisa veintitrés regimientos de infantería siberianos y letones del 12º ejército. Cada día siguen su ejemplo nuevos regimientos. La exigencia de que se entregue el poder a los sóviets no desaparece ya de la orden del día en el ejército y en la armada.

"Las asambleas de marinos [cuenta Stankievich] estaban compuestas en sus nueve décimas partes de bolcheviques". En Reval, al nuevo comisario cerca del cuartel general se le ocurrió defender ante los marinos al gobierno provisional. A las primeras palabras tuvo la sensación de que sus tentativas eran inútiles. Al oír la palabra "gobierno", la sala adoptó una actitud hostil: una ola de indignación, de odio y desconfianza se apoderó inmediatamente de la multitud. Era algo vigoroso, espléndido, apasionado e irresistible, que se fundía en un alarido unánime: "¡Fuera!" No se puede sino hacer justicia al narrador, que no se olvida de hacer notar la belleza del ataque de unas masas mortalmente hostiles a él.

La cuestión de la paz, que por espacio de dos meses había quedado relegada al olvido, surge ahora a la superficie con decuplicada fuerza. En una sesión del sóviet de Petrogrado, el oficial Dubassov, que acababa de llegar del frente, declaró: "Podéis decir aquí lo que queráis, los soldados no combatirán más". Se oyeron exclamaciones: "¡Esto no lo dicen ni los bolcheviques!"...; pero el oficial, que no era bolchevique, añadió: "No hago más que decir lo que sé y lo que los soldados me han encargado que os transmitiera". Un soldado sombrío, con un capote impregnado de la suciedad y el hedor de las trincheras, declaró al sóviet de Petrogrado, en esos mismos días de septiembre, que los soldados necesitaban a todo trance la paz, aunque fuera "una paz hedionda". Estas ásperas palabras de soldado produjeron el estupor del sóviet. ¡Hasta qué extremo se había llegado! Los

soldados que estaban en el frente no eran unos chiquillos. Comprendían perfectamente que, con la “carta de guerra” que existía, la paz no podía ser más que una paz de violencia, y para expresar esta concepción suya había escogido deliberadamente el delegado de las trincheras la palabra más grosera, capaz de expresar toda la fuerza de su repugnancia por la paz que los Hohenzollern impondrían. Pero gracias precisamente a esa descarnada apreciación, obligó el soldado a sus oyentes a comprender que no había otro camino, que la guerra había aniquilado al ejército, que a toda costa se imponía, la paz inmediata. La prensa burguesa acogió con alborozo las palabras del orador de las trincheras, que atribuyó a los bolcheviques. La frase referente a la paz “hedionda” no salió ya, a partir de ese momento, de la orden del día, como expresión culminante del salvajismo y de la corrupción a que había llegado el pueblo.

Por regla general los conciliadores no se inclinaban, como el diletante político Stankievich, a embelesarse ante la magnífica ola que amenazaba con barrerles de la arena revolucionaria. Día a día iban percatándose con asombro y terror de que carecían en absoluto de fuerza de resistencia. En el fondo, bajo la confianza que los conciliadores habían inspirado a las masas desde los primeros momentos de la revolución, se ocultaba un equívoco, históricamente inevitable, pero que no podía perdurar: bastaron sólo algunos meses para ponerlo al descubierto. Los conciliadores se veían obligados a dirigirse a los soldados y obreros en un lenguaje muy distinto del que empleaban en el comité ejecutivo y, sobre todo, en el Palacio de Invierno. Los caudillos responsables de los socialrevolucionarios y de los mencheviques se atrevían cada día menos a salir a la plaza pública. Los agitadores de segunda y tercera categoría se adaptaban al radicalismo social con ayuda de frases equívocas, o se contagiaban sinceramente del estado de ánimo de las fábricas, de las minas y de los cuarteles, hablaban su lenguaje y se divorciaban de sus propios partidos.

El marinero Jovrin dice en sus memorias que los marinos que se tenían por socialrevolucionarios luchaban, en realidad, por la plataforma bolchevique. Esto se echaba de ver por todas partes. El pueblo sabía lo que quería; lo que no sabía era qué nombre dar a sus deseos. El “equívoco” inherente a la Revolución de Febrero tenía un carácter general, sobre todo en el campo, donde perduró más que en la ciudad. Sólo la experiencia podía poner orden en el caos. Los acontecimientos, grandes y pequeños, sacudían sin tregua a los partidos de masas, poniendo los efectivos de los mismos en consonancia con su política y no con su etiqueta.

Una notable imagen del *quid pro quo*, existente entre los conciliadores y las masas es la que nos ofrece el juramento, que a principios de julio prestaron, de hinojos y descubiertos, 2.000 mineros del Donetz, en presencia de una multitud de 5.000 personas y con la participación de la misma. “Juramos ante nuestros hijos, ante Dios, el cielo, la tierra y todo lo que hay de sagrado para nosotros en este mundo, que jamás cederemos la libertad conquistada con sangre el día 28 de febrero de 1917; como creemos en los socialrevolucionarios y en los mencheviques, juramos no dar nunca oídos a los leninistas, porque los bolcheviques leninistas llevan a Rusia a la ruina con su agitación, mientras que los socialrevolucionarios y los mencheviques dicen al unísono: la tierra para el pueblo, la tierra sin indemnización; después de la guerra, el régimen socialista... Juramos seguir luchando al lado de estos partidos sin detenernos ni ante a muerte”. El juramento de los mineros, dirigido contra los bolcheviques, los llevaba directamente, en realidad, a la revolución bolchevista. La envoltura de febrero y el núcleo de octubre aparecen en este cuadro ingenuo y ardiente con tanto relieve, que, a su manera, agotan hasta sus últimas consecuencias el problema de la revolución permanente.

En septiembre los mineros del Donetz, sin traicionarse a sí mismos ni faltar a su juramento, les volvieron ya las espaldas a los conciliadores. Lo mismo sucedió con los

elementos más atrasados de los mineros de los Urales. El miembro del comité ejecutivo Ojegov, que pertenecía al partido socialrevolucionario y era representante de los Urales, visitó a principios de agosto la fábrica de Ijevsk, en la que había trabajado en otro tiempo. "Me llenaban de asombro [dice en su informe, que respira amargura] los bruscos cambios que se habían producido en mi ausencia: aquella organización del partido de los socialrevolucionarios que, tanto por sus efectivos (8.000 miembros) como por su actuación, era conocida de toda la región de los Urales..., se hallaba en descomposición y reducida a 500 miembros, gracias a la obra de irresponsables agitadores."

El informe de Ojegov no tenía nada de inesperado para el comité ejecutivo: otro tanto se observaba en Petrogrado. Si después de las represiones de julio levantaron momentáneamente la cabeza los socialrevolucionarios en las fábricas, e incluso ampliaron su influencia en algunos sitios, su retroceso, ahora, aún era más irresistible. "Verdad es que entonces triunfaba el gobierno de Kerensky [escribía posteriormente el socialrevolucionario Zenzinov], que las manifestaciones bolchevistas habían sido disueltas y los caudillos bolcheviques estaban en la cárcel; pero se trataba de una victoria a lo Pirro". Nada más exacto: lo mismo que el rey Pirro, los conciliadores habían obtenido la victoria a costa de su ejército. "Si antes del 3-5 de julio [dice el obrero de Petrogrado, Skorinko] los mencheviques y los socialrevolucionarios podían presentarse en algunos sitios ante los obreros sin temor a ser silbados, ahora carecían ya de esa garantía". En general, hablando de garantías, ya no les quedaba ninguna.

No sólo perdía la influencia del partido de los socialrevolucionarios, sino que su misma composición social se modificaba. Los obreros revolucionarios, o bien se habían pasado ya a los bolcheviques o atravesaban una crisis interna. A la inversa, los hijos de tenderos, los kulaks y los pequeños funcionarios que durante la guerra habían buscado refugio en las fábricas, se habían convencido de que su puesto estaba precisamente en el partido de los socialrevolucionarios. Pero ni aún ellos se decidían ya en septiembre a llamarse socialrevolucionarios, por lo menos en Petrogrado. Abandonaban el partido los obreros y los soldados, e incluso, en algunas provincias, los campesinos, y no quedaban en él más que los funcionarios conservadores y los sectores pequeñoburgueses.

Cuando las masas, a las que la revolución había despertado, otorgaban su confianza a los socialrevolucionarios y a los mencheviques, estos dos partidos no se hartaban de ensalzar el nivel elevado de conciencia del pueblo. Cuando esas mismas masas, después de pasar por la escuela de los acontecimientos, se volvieron bruscamente hacia los bolcheviques, los conciliadores atribuyeron su fracaso a la ignorancia del pueblo. Pero las masas no creían haberse vuelto más ignorantes; lejos de ello, les parecía que ahora se daban perfecta cuenta de lo que antes era incomprensible para ellas.

El partido de los socialrevolucionarios, que se iba debilitando y desvaneciendo, se deshacía, además, por sus costuras sociales, y sus miembros se pasaban a los campos beligerantes. En los regimientos, en las aldeas, quedaban aquellos socialrevolucionarios que, junto con los bolcheviques, y de ordinario bajo su dirección, se defendían contra los golpes asestados por los socialrevolucionarios gubernamentales. La exacerbación de la lucha de los flancos provocó la aparición de un grupo intermedio. Este grupo, dirigido por Chernov, que intentó salvar la unidad entre los perseguidores y los perseguidos, se embrollaba, caía en contradicciones insolubles, a menudo grotescas, y lo que en rigor hacía era acabar de comprometer al partido. Para tener alguna posibilidad de hablar ante las masas, los oradores socialrevolucionarios se veían obligados a presentarse como elementos "de izquierda", como internacionalistas que nada de común tenían con la pandilla de los "socialrevolucionarios de marzo". Después de las jornadas de julio los socialrevolucionarios de izquierda adoptaron una actitud de franca oposición, sin romper formalmente todavía con el partido, pero aceptando, bien que con retraso, los argumentos

y las consignas de los bolcheviques. El 21 de septiembre Trotsky, no sin cierta segunda intención pedagógica, declaró en la sesión del sóviet de Petrogrado que a los bolcheviques les resultaba “cada vez más fácil llegar a un acuerdo con los socialrevolucionarios de izquierda”. En fin de cuentas, éstos formaron un partido independiente, para escribir una de las páginas más extravagantes del libro de la revolución. Era el último destello del radicalismo intelectual y pocos meses después de octubre no quedaba de él más que un pequeño montón de cenizas.

Igualmente honda fue la diferenciación que se produjo entre los mencheviques. Su organización de Petrogrado se hallaba en marcadísima oposición respecto del comité central. El núcleo fundamental, dirigido por Tsereteli, falto de las reservas campesinas que tenían los socialrevolucionarios, fue derritiéndose más rápidamente aún que estos últimos. Los grupos socialdemócratas intermedios. que no pertenecían a los dos campos principales, seguían haciendo tentativas para unir a los bolcheviques con los mencheviques: aún sobrevivían en ellos las ilusiones de marzo, de aquella época en que el mismo Stalin consideraba deseable la unidad con Tsereteli y confiaba en que “en el interior del partido se pueden liquidar las pequeñas divergencias”. A últimos de agosto se llevó a cabo la unión de los mencheviques con los propios unificadores. En el congreso de unidad ejerció considerable predominio el ala derecha, y la resolución de Tsereteli a favor de la guerra y de la coalición con la burguesía obtuvo 117 votos contra 79.

La victoria de Tsereteli dentro del partido precipitó la derrota de este último ante la clase obrera. La organización de obreros mencheviques de Petrogrado, muy poco numerosa, siguió a Mártov, empujándole hacia adelante, irritándose ante su indecisión y preparándose para pasarse a los bolcheviques. A mediados de septiembre la organización de Vassili-Ostrov ingresó casi íntegramente en el Partido Bolchevique. Esto aceleró la fermentación en otras barriadas y en provincias. En las reuniones comunes, los jefes de las distintas tendencias del menchevismo se acusaban mutuamente, con furor, del desmoronamiento del partido. El periódico de Gorki, que pertenecía al ala izquierda de los mencheviques, comunicaba a fines de septiembre que la organización del partido en Petrogrado, organización que todavía recientemente contaba con cerca de 10.000 miembros, “ha dejado de existir de hecho... La última conferencia local no pudo celebrarse por el escaso número de concurrentes”.

Plejánov atacaba a los mencheviques desde la derecha: “Tsereteli y sus amigos, sin quererlo ni darse cuenta de ello, le han allanado el camino a Lenin”. El estado de ánimo político del propio Tsereteli en los días de septiembre ha quedado registrado con elocuencia en las memorias del kadete Nabokov: “El rasgo más característico de su estado de ánimo de entonces era el miedo ante la creciente fuerza del bolchevismo. Recuerdo que, en una conversación conmigo, hablaba de la posibilidad de que los bolcheviques asumieran el poder. ‘Naturalmente [decía], no se sostendrán arriba de dos o tres semanas; pero imagínese usted los destrozos que causarán ... Eso hay que evitarlo a toda costa’. En su voz resonaba un terror qué no tenía nada de fingido...” En vísperas de octubre Tsereteli se hallaba en el mismo estado de pánico que Nabokov le había conocido ya muy bien en los días de febrero.

La palestra en que los bolcheviques actuaban al lado de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, aunque en lucha constante con ellos, eran los sóviets. Las modificaciones experimentadas por la fuerza relativa de los partidos soviéticos hallaban su expresión (claro está que no inmediatamente, sino con los retrasos inevitables y con artificiosas dilaciones) en la composición de los sóviets y en su función social.

En Ivánovo-Voznesensk, en Lugansk, en Tsaritsin, en Jerson, en Tomsk, en Vladivostok, con anterioridad a los días de julio, muchos sóviets eran ya órganos del poder, si no formalmente, sí de un modo efectivo; si no constantemente, sí de un modo

episódico. El sóviet de Krasnoyarsk instituyó por iniciativa propia el sistema de bonos para la distribución de los productos. El sóviet conciliador de Sáratov se había visto obligado a intervenir en conflictos, a recurrir a la detención de los patronos, a confiscar los tranvías de capital belga, a instaurar el control obrero y a organizar la producción en las fábricas abandonadas. En los Urales, donde el bolchevismo gozaba desde 1905 de una influencia política predominante, los sóviets juzgaban a menudo a los ciudadanos y ejecutaban las sentencias, creaban su milicia en algunas fábricas, pagándolas con recursos de la caja de las mismas, organizaban el control obrero, que procuraba materias primas y combustibles a las fábricas, se preocupaba de colocar los artículos fabricados y fijaba las tarifas. En algunos distritos de los Urales, los sóviets quitaron las tierras a los propietarios y las hicieron laborar colectivamente. En las minas de Simsk los sóviets organizaron una administración regional que subordinó a sí toda la administración, la caja, la contabilidad y la admisión de pedidos. Con este acto, se realizó el primer ensayo de nacionalización en aquella región minera. "Ya en julio [dice B. Eltsin, del cual tomamos estos datos] en las fábricas de los Urales, no sólo todo estaba en manos de los bolcheviques, sino que éstos daban lecciones prácticas de cómo había que resolver los problemas políticos, agrarios y económicos". Estas lecciones eran primitivas, no constituían un sistema, no estaban informadas por una teoría, pero señalaban ya en gran parte el camino que debía seguirse.

El cambio operado en julio había tenido consecuencias mucho más directas para los sóviets que para el partido o para los sindicatos, pues en la lucha de aquellos días se hallaba principalmente en juego la vida o la muerte de los mismos sóviets. El partido y los sindicatos conservan su importancia, tanto en los períodos "tranquilos" como en los de reacción feroz; varían los fines inmediatos y los métodos, pero no las funciones fundamentales. Los sóviets pueden únicamente sostenerse a base de una situación revolucionaria, y con ella desaparecen. Los sóviets que agrupan a la mayoría de la clase obrera, plantean a ésta una misión que se eleva por encima de todas las necesidades particulares de grupo y corporación, sobre el programa de reformas y mejoras; en una palabra, el problema de la conquista del poder. Sin embargo, la consigna "Todo el poder a los sóviets" parecía haber sido derrotada, junto con la manifestación de los obreros y soldados en julio. La derrota debilitó a los bolcheviques en los sóviets, pero aún debilitó más a estos últimos en el estado. El "gobierno de salvación" significaba la resurrección de la independencia de la burocracia. La renuncia de los sóviets al poder significaba su humillación ante los comisarios, su debilitamiento, su atrofia.

El decrecer de la importancia del comité ejecutivo central halló elocuente expresión externa: el gobierno propuso a los conciliadores que desalojaran el Palacio de Táurida, por tener que procederse en el mismo a ciertas reparaciones exigidas por las necesidades de la asamblea constituyente. En la segunda quincena de julio se destinó a los sóviets el edificio del Instituto Smolny, donde se habían educado hasta entonces las jóvenes de la nobleza. La prensa burguesa hablaba ahora de esta entrega a los sóviets de la mansión de las "blancas palomas", casi en el mismo tono en que antes hablaba de la ocupación del Palacio de la Kshesínskaya por los bolcheviques. Las diferentes organizaciones revolucionarias, entre las que se hallaban los sindicatos, que ocupaban edificios requisados, fueron objeto simultáneamente de un ataque en el mismo sentido. Se trataba ni más ni menos que de desalojar a la revolución obrera de los locales, demasiado espaciosos, de que había despojado a la burguesía. La indignación, a decir verdad, un tanto retrasada, de la prensa kadete, con motivo de las intromisiones vandálicas del pueblo en el derecho de la propiedad privada y estatal, no tenía límites. Pero a fines de julio se descubrió, gracias a los obreros impresores, un hecho inesperado: los partidos que se agrupaban en torno al famoso comité de la duma se habían apoderado hacía ya

tiempo, para sus necesidades, de la magnífica imprenta del estado, de su servicio de expedición y de sus derechos de franqueo de publicaciones. Los folletos de agitación del partido kadete eran impresos y remitidos gratuitamente por todo el país a toneladas. El comité ejecutivo, obligado a comprobar el fundamento de la acusación, se vio forzado a confirmarla. Fuerza es decir que el partido kadete halló en esto un nuevo motivo de indignación: ¿acaso podía ser considerada del mismo modo la ocupación de los edificios del estado con fines destructivos y la utilización de los mismos para defender los valores supremos? En una palabra, si esos señores robaban un poco al estado era en interés de este último. Pero este argumento no convencía a todo el mundo. Los obreros de la construcción se empeñaban en considerarse con más derecho a tener un local para su sindicato que los kadetes a detentar la imprenta del estado. Las divergencias no eran accidentales, sino que conducían a la segunda revolución. De todas maneras, a los kadetes no les quedó más remedio que morderse un poco la lengua.

Uno de los instructores del comité ejecutivo, que recorrió en la segunda quincena de agosto los sóviets del sur de Rusia, donde los bolcheviques eran mucho más débiles que en el norte, daba cuenta en los siguientes términos de sus observaciones, nada consoladoras: “La opinión política se modifica de un modo visible... Entre las masas progresa el espíritu revolucionario producido por el cambio de política del gobierno provisional... Se advierten en ellas el cansancio e indiferencia hacia la revolución. Se observa mucho menos entusiasmo respecto de los sóviets... Las funciones de estos últimos van reduciéndose...” Las masas, evidentemente, estaban hartas de las vacilaciones de los mediadores democráticos. Pero si su entusiasmo se había enfriado, no era respecto de la revolución, por cierto, sino de los socialrevolucionarios y mencheviques. La situación se hacía particularmente insoportable en aquellos sitios en que el poder, a despecho de todos los programas, se concentraba en manos de los sóviets conciliadores: atados por la definitiva capitulación del comité ejecutivo ante la burocracia, no se atrevían ya a usar de su poder, y no hacían más que comprometerse a los ojos de las masas. Además, buena parte de la labor cotidiana de los sóviets pasaba a los municipios democráticos, y una parte aún mayor a los sindicatos y a los comités de fábrica. Cada vez parecía menos claro si podrían sostenerse los sóviets y cuál era el destino que el día de mañana les tenía reservado.

En los primeros meses de su existencia, los sóviets, que se habían adelantado con mucho a las demás organizaciones, habían asumido la misión de constituir sindicatos, comités de fábrica y clubes, y de dirigir la actuación de los mismos. Pero las organizaciones obreras, a medida que iban adquiriendo vida propia, pasaban a estar, cada vez en mayor grado, bajo la dirección de los bolcheviques. “Los comités de fábrica... [escribía Trotsky en agosto]·no se crean en los mítines volantes... La masa elige para esos comités a aquellos elementos que en la vida cotidiana de la fábrica han demostrado su firmeza, su actividad y su adhesión abnegada, puestas al servicio de los intereses de los obreros. De ahí que la inmensa mayoría de esos comités de fábrica estén compuestos de bolcheviques”. Ni siquiera cabía ya pensar en que los sóviets conciliadores ejerciesen una tutela sobre los comités de fábrica y los sindicatos; precisamente en este terreno se abría, por el contrario, un campo de encarnizada lucha. En todas las cuestiones que más vivamente interesaban a las masas, los sóviets se mostraban cada vez menos capaces de oponerse a los sindicatos y a los comités de fábrica. Así, los sindicatos de Moscú fueron a la huelga general, en contra de la decisión del sóviet. Todos los días, bien que, en forma menos destacada, se producían conflictos análogos y no eran, de ordinario. los sóviets quienes salían victoriosos de la contienda.

Metidos en el atolladero por su propia política, los conciliadores se vieron obligados a “imaginar” funciones auxiliares para los sóviets, a orientarles en el sentido

de la labor cultural, apartándolos, en el fondo, de sus fines privativos. Esos esfuerzos resultaron vanos: los sóviets habían sido creados con miras a la lucha por el poder; para fines que no fueran éstos, existían otras organizaciones más adecuadas. “Labor que se deslizase por el cauce menchevista-socialrevolucionario [dice el bolchevique de Sáratov, Antónov], perdía todo sentido... En las reuniones del comité ejecutivo, el aburrimiento nos hacía bostezar indecorosamente: la palabrería de socialrevolucionarios y mencheviques era mezquina y vacua”.

Esos sóviets en decadencia eran los menos apropiados para servir de punto de apoyo a su centro petrogradés. La correspondencia entre Smolny y las provincias decaía; no había de qué escribir ni nada que proponer; ya no quedaban perspectivas ni funciones. El divorcio de las masas tomaban una forma extremadamente sensible de crisis financiera. Los sóviets conciliadores de provincias se quedaban sin recursos y no podían prestar apoyo al estado mayor que tenían en Smolny; los sóviets de izquierda negaban demostrativamente su auxilio económico a aquel comité ejecutivo, mancillado por cooperar en la labor contrarrevolucionaria.

El proceso de decadencia de los sóviets se cruzaba, sin embargo, con procesos de orden, completamente opuestos en parte. Despertaban las regiones lejanas, los distritos atrasados y los pueblos más recónditos, y organizaban sus sóviets, que en el primer momento daban muestras de una lozanía revolucionaria indudable, hasta que caían bajo la desmoralizadora influencia del centro o víctimas de la represión gubernamental. El número de sóviets crecía rápidamente. A fines de agosto las oficinas del comité ejecutivo tenían registrados hasta 600, con 23.000.000 de electores. El sistema soviético oficial se elevaba por encima del océano humano que se agitaba furiosamente y lanzaba sus olas hacia la izquierda.

La resurrección política de los sóviets, que coincidió con su bolchevización, empezó desde abajo. En Petrogrado fueron las barriadas obreras las primeras que alzaron la voz. El 21 de julio la delegación de una asamblea de sóviets de barriada presentó una serie de demandas al comité ejecutivo: disolver la duma, confirmar mediante un decreto del gobierno la inviolabilidad de las organizaciones del ejército, reautorizar la publicación de la prensa de izquierda, poner fin al desarme de los obreros y a las detenciones en masa, tomar medidas contra la prensa y derecha, suspender la disolución de los regimientos y abolir la pena de muerte en el frente. El tono de las reivindicaciones políticas es evidentemente más bajo que el de las de la manifestación de julio; pero esto no era más que el primer paso de un convaleciente. Las barriadas, al mismo tiempo que limitaban sus consignas, tendían a ampliar la base. Los dirigentes del comité ejecutivo hicieron constar diplomáticamente su satisfacción por la “sensibilidad” demostrada por los sóviets de barriada, pero se limitaron a decir que todas las desdichas provenían de la insurrección de julio. Los dos bandos se separaron cortésmente, pero con frialdad.

Se inicia una campaña imponente a favor del programa de los sóviets de barriada. *Izvestia* publica todos los días resoluciones de los sóviets, de los sindicatos, de las fábricas, de los buques de guerra y de los regimientos, exigiendo la disolución de la duma, el fin de las represiones contra los bolcheviques y de toda indulgencia para la contrarrevolución. En ese fondo general, se alzan voces más radicales. El 22 de julio el sóviet de la provincia de Moscú, adelantándose considerablemente al de la misma capital, adoptó una resolución a favor del traspaso del poder a los sóviets. El 26 de julio el sóviet de Ivánovo-Voznesensk “condena al desprecio” los medios empleados en la lucha contra el partido de los bolcheviques y envía un saludo a Lenin, “el glorioso jefe del proletariado revolucionario”.

Las elecciones celebradas en muchos puntos del país, a fines de julio y en la primera quincena de agosto, determinaron, en general, el robustecimiento de las

fracciones bolcheviques en los sóviets. En Cronstadt, en el Cronstadt famoso en toda Rusia, que la reacción pretendía haber aplastado, el nuevo sóviet estaba compuesto de 100 bolcheviques, 75 socialrevolucionarios de izquierda, 12 mencheviques internacionalistas, 7 anarquistas y más de 90 sin partido, ni uno sólo de los cuales se decidía a confesar abiertamente sus simpatías por los conciliadores. En el congreso regional de los sóviets de los Urales, que se abrió el 18 de agosto, el número de delegados bolcheviques era de 87; el de socialrevolucionarios, de 40; el de mencheviques, de 23. Tsaritsin (donde no sólo el sóviet había pasado a ser bolchevista, sino que habían elegido para alcalde al caudillo de los bolcheviques locales, Min) es blanco de un odio particular por parte de la prensa burguesa. Kerensky, sin ningún motivo serio mandó una expedición de castigo contra Tsaritsin (que era un orzuelo en el ojo del atamán del Don, Kaledin), con el solo fin de destruir aquel nido revolucionario. En Petrogrado, en Moscú, en todas las regiones industriales, se alza un número cada vez mayor de brazos a favor de las resoluciones bolchevistas.

Los acontecimientos de fines de agosto pusieron a prueba a los sóviets. Bajo el peligro que les amenazaba, la labor de reagrupación interna se llevó a cabo, en todas partes con extraordinaria celeridad y con roces relativamente pequeños. En provincias, lo mismo que en Petrogrado, ocuparon el proscenio los bolcheviques, los hijastros del sistema soviético oficial. Pero hasta en los partidos conciliadores, los socialistas "de marzo", los políticos de las salas de espera ministeriales y de las oficinas, se vieron postergados de momento por los elementos más combativos, templados en la clandestinidad. La nueva reagrupación de fuerzas requería una nueva forma de organización. En ninguna parte se concentró en manos de los comités ejecutivos la dirección de la defensa revolucionaria; los comités, en la forma en que les sorprendió la sublevación, resultaban poco adecuados para las acciones de combate. Por todas partes se crearon comités de defensa, comités revolucionarios, estados mayores especiales, organismos que se apoyaban en los sóviets o eran responsables ante los mismos, pero que representaban una nueva selección de elementos y nuevos métodos de acción en armonía con el carácter revolucionario de la misión que tenían a su cargo.

El sóviet de Moscú, creó, como en los días de la conferencia nacional, un comité de combate compuesto de seis miembros, que tenía el derecho exclusivo de disponer de las fuerzas armadas y de efectuar detenciones. El congreso regional que inauguró sus tareas en Kiev a fines de agosto, propuso a los sóviets locales que no se detuvieran ante la destitución de los representantes, tanto civiles como militares, de las autoridades que no merecieran confianza, la adopción de medidas para la detención inmediata de los contrarrevolucionarios y la dotación de armamento a los obreros. En Viatka, el comité del sóviet se otorgó atribuciones excepcionales, que llegaban hasta poner enteramente a su disposición las fuerzas militares. En Tsaritsin todo el poder pasó a las manos del estado mayor designado por el sóviet. En Nizhni Nóvgorod el comité revolucionario puso sus centinelas en correos y telégrafos. El sóviet de Krasnoyarsk concentró en sus manos el poder civil y militar.

Este espectáculo, con unas u otras diferencias, a veces esenciales, se observaba en casi todas partes. Y no se trataba, ni mucho menos, de una simple imitación de Petrogrado: el carácter de masa de los sóviets daba una lógica extraordinaria a su evolución interna, provocando idéntica reacción de los mismos ante los grandes acontecimientos. Mientras que entre las dos fracciones de la coalición se interponía el frente de la guerra civil, los sóviets agrupaban, efectivamente, en torno suyo, todas las fuerzas vivas del país. La ofensiva de los generales se estrelló al chocar contra ese muro. No se podía pedir una lección más elocuente. "A pesar de todos los esfuerzos del poder para eliminar o reducir a la impotencia a los sóviets [decía una declaración de los

bolcheviques], éstos han puesto de manifiesto la invencibilidad... de la fuerza e iniciativa de las masas populares en el período de la sofocada sublevación de Kornílov ... Después de esta nueva prueba, que nadie podrá arrancar ya de la conciencia de los obreros, soldados y campesinos, el grito lanzado por nuestro partido desde los comienzos mismos de la revolución ('Todo el poder a los sóviets') se ha convertido en la voz de todo el país revolucionario."

Las dumas municipales, que habían intentado rivalizar con los sóviets, desempeñaron en los días de peligro un papel completamente gris. La duma de Petrogrado mandó con mucha humildad una comisión al sóviet, "para examinar la situación general y establecer contactos". Al parecer, los sóviets, elegidos por una parte de la población urbana, debían tener menos influencia y fuerza que las dumas, elegidas por toda la población. Pero la dialéctica del proceso revolucionario demostró que, determinada en circunstancias históricas, la parte es incomparablemente mayor que el todo. En la duma, lo mismo que en el gobierno, los conciliadores formaban bloque con los kadetes contra los bolcheviques y este bloque paralizaba a la duma lo mismo que al gobierno. Por el contrario, el sóviet aparecía como la forma natural de colaboración defensiva de los conciliadores y de los bolcheviques contra la ofensiva de la burguesía.

A raíz de las jornadas de Kornílov, se abrió un nuevo capítulo para los sóviets. Los conciliadores conservaban aún no pocos puestos, sobre todo en la guarnición; pero el sóviet de Petrogrado manifestó tal firmeza bolchevique, que asombró a los dos campos, tanto al de la derecha como al de la izquierda. En la noche del 31 de agosto el sóviet, presidido por Chjeidze, votó a favor de la entrega del poder a los obreros y campesinos. Los miembros de la fila de las fracciones conciliadoras apoyaron casi unánimemente la resolución de los bolcheviques. La proposición opuesta, presentada por Tsereteli, no obtuvo arriba de una quincena de votos. La mesa conciliadora no daba crédito a sus ojos. La derecha exigió votación nominal, que duró hasta las tres de la madrugada. Muchos de los delegados se marcharon para no votar francamente contra los partidos a que pertenecían. Y, así y todo, a pesar de todas las formas de presión empleadas, la resolución de los bolcheviques obtuvo, en la votación definitiva, 279 votos contra 115. Era un hecho de gran importancia, que señalaba el principio del fin. La mesa, aturdida, anunció que presentaba la dimisión.

El 2 de septiembre, en la reunión común de los órganos soviéticos rusos en Finlandia, fue adoptada una resolución a favor de la entrega del poder a los sóviets, por 700 votos contra 13 y 36 abstenciones. El día 5 el sóviet de Moscú siguió el mismo camino que el de Petrogrado: por 355 votos contra 254, no sólo expresó su desconfianza al gobierno provisional como instrumento de la contrarrevolución, sino que condenó la política de coalición del comité ejecutivo. La mesa, presidida por Jinchuk, anunció su dimisión. El congreso de los sóviets de la Siberia Central, que inauguró en Krasnoyarsk sus tareas el 5 de septiembre, transcurrió enteramente bajo la enseña del bolchevismo. El 8 fue adoptada, por 130 votos contra 55, en el sóviet de diputados obreros de Kiev, la resolución de los bolcheviques, a pesar de que la fracción bolchevique oficial contaba sólo con 95 miembros. En el congreso de los sóviets de Finlandia, que se abrió el día 10, 150.000 marinos, soldados y obreros rusos estaban representados por 79 bolcheviques, 48 socialrevolucionarios de izquierda y algunos obreros sin partido. El sóviet de diputados campesinos de la provincia de Petrogrado eligió como delegado para la conferencia democrática al bolchevique Sergueiev. Una vez más se puso de manifiesto que cuando el partido consigue ponerse en contacto directamente con el campo, a través de los obreros o de los soldados, los campesinos forman de buen grado bajo su bandera.

El predominio del Partido Bolchevique en el sóviet de Petrogrado se consolidó dramáticamente en la histórica sesión del 9 de septiembre. Todas las fracciones invitaban

insistentemente a sus miembros a asistir a dicha sesión, diciéndoles: "Está en juego el porvenir entero del sóviet". Se reunieron cerca de mil diputados obreros y soldados. La cuestión estaba planteada en estos términos: la votación del 1 de septiembre, ¿había sido un simple episodio, originado por la composición accidental de la asamblea, o significaba un cambio completo de la política del sóviet? Temiendo no obtener mayoría contra la mesa, de la que formaban parte todos los caudillos conciliadores: Chjeidze, Tsereteli, Chernov, Gotz, Dan, Skóvelev, la fracción bolchevique propuso elegir una mesa sobre la base proporcional. Esta proposición, que venía a atenuar en cierto modo la acuidad del choque de principios y que precisamente por este motivo fue condenada en forma severa por Lenin, tenía la ventaja de asegurar el apoyo de los elementos vacilantes. Pero Tsereteli rechazó el compromiso. La mesa quería saber si el sóviet había cambiado efectivamente de orientación: "No es posible aplicar la táctica de los bolcheviques". El proyecto de resolución propuesto por la derecha decía que la votación del l de septiembre no correspondía a la orientación política del sóviet, el cual seguía teniendo confianza en su mesa. A los bolcheviques no les quedaba más recurso que aceptar el reto, y así lo hicieron sin vacilar. Trotsky, que aparecía por primera vez en el sóviet después de su liberación de la cárcel y que fue acogido calurosamente por una considerable parte de la asamblea (los dos bandos pesaron mentalmente los aplausos: ¿mayoría o minoría?), pidió antes de la votación una aclaración: ¿Sigue formando parte de la mesa Kerensky? La mesa, bastante agobiada ya de pecados, al dar una respuesta afirmativa, tras un minuto de vacilación, se ató ella misma una pesada cadena a los pies. Era lo único que necesitaba el adversario. "Teníamos el profundo convencimiento [declaró Trotsky] de que Kerensky no podía formar parte de la mesa. Estábamos en un error. Ahora, entre Dan y Chjeidze, está sentado el espectro de Kerensky... Cuando se os proponga aprobar la orientación política de la mesa, no olvidéis que con ello se os propone que aprobéis la política de Kerensky". La sesión transcurrió en medio de una tensión extrema. Lo único que mantenía el orden era el deseo que animaba a todos y a cada uno de no llevar las cosas hasta la explosión. Todos querían llevar a cabo, cuanto antes, un recuento de los amigos y de los adversarios. Todos se daban cuenta de que iba a resolverse la cuestión del poder, de la guerra, la suerte de la revolución. Se decidió votar saliendo por la puerta. Se propuso que salieran los que aceptaran la dimisión de la mesa; a la minoría le sería más fácil salir que a la mayoría. En toda la sala se produjo una apasionada agitación, pero a media voz. ¿La antigua mesa o la nueva? ¿La coalición o el régimen soviético? Se dirigió a la puerta mucha gente, más de la que debía salir, a juicio de la mesa. Los jefes bolcheviques consideraban, por su parte, que iba a faltarles cerca de un centenar de votos para obtener la mayoría. "Y, aun así, será un resultado magnífico", se decían, para consolarse por anticipado. Los obreros y los soldados van dirigiéndose uno tras otro a la puerta. Un rumor contenido a voces; breves estallidos de altercados; se alza una voz: "¡kornilovianos!", y, de otra parte: "¡héroes de julio!" La votación dura cerca de una hora. Los platillos de la invisible balanza oscilan. La mesa, con una emoción apenas contenida, sigue en el estrado. Por fin se han contado los votos y se anuncia el resultado: a favor de la mesa y de la coalición, ¡414 votos!; en contra, ¡519! ¡Se han abstenido ¡67! La nueva mayoría aplaude con entusiasmo, turbulenta, furiosamente. Tiene derecho a ello: se ha pagado la victoria a un precio elevado. Buena parte del camino queda a la espalda.

Los jefes depuestos, que aún no se han rehecho del golpe, bajan del estrado, afligidos. Tsereteli no puede abstenerse de hacer una profecía amenazadora: "Nos retiramos de esta tribuna [grita, volviendo la cabeza al retirarse] convencidos de que durante medio año hemos mantenido en alto y con dignidad la bandera de la revolución. Ahora, esa bandera ha pasado a vuestras manos. ¡Lo único que podemos hacer es expresar el deseo de que la mantengáis en ellas, aunque no sea más que la mitad de ese tiempo!

“Tsereteli se equivocó cruelmente, con respecto a los plazos, como, por otra parte, respecto de todo lo demás.

El sóviet de Petrogrado, que había sido el padre de todos los demás, estaba ahora dirigido por los bolcheviques, esos bolcheviques que aún ayer no eran más que un “insignificante puñado de demagogos”. Trotsky recordó desde la mesa que no se había levantado aún la acusación lanzada contra los bolcheviques, de que estaban al servicio del estado mayor alemán. “Que los Miliukov y los Guchkov nos cuenten su vida, día por día. No lo harán, pero nosotros estamos dispuestos a dar cuenta de nuestros actos; nada tenemos que ocultar al pueblo ruso...” El sóviet de Petrogrado, en una resolución especial, “condenó al desprecio a los autores, propagadores y cómplices de la calumnia”.

Los bolcheviques tomaron posesión de la herencia. Esta resultó grandiosa y extraordinariamente mezquina, a un mismo tiempo. El comité ejecutivo central había privado oportunamente al sóviet de Petrogrado de los dos periódicos creados por él, así como de todas las secciones administrativas, de todos los recursos técnicos y monetarios, de las máquinas de escribir, de los tinteros incluso. Los numerosos automóviles puestos al servicio del sóviet, desde los días de febrero, habían sido puestos, todos ellos, a la absoluta disposición del Olimpo conciliador. Los nuevos directivos no tenían ni caja, ni periódicos, ni aparato burocrático, ni medios de transporte, ni plumas, ni lápices. No tenían nada, como no fueran las paredes desnudas y la ardiente confianza de los obreros y soldados. Con eso hubo más que suficiente.

Después del profundo cambio producido en la política del sóviet, las filas de los conciliadores se disolvieron más rápidamente aún. El 11 de septiembre, cuando Dan defendió la coalición y Trotsky habló a favor del paso del poder a los sóviets, ¡la coalición fue rechazada por todos los votos contra 10 y 7 abstenciones! Aquel mismo día el sóviet de Moscú condenaba unánimemente las represiones contra los bolcheviques. Los conciliadores se vieron bien pronto relegados a un estrecho sector de la derecha, análogo al que en la izquierda ocupaban los bolcheviques en los comienzos de la revolución. Pero ¡qué diferencia! Los bolcheviques habían sido siempre más fuertes entre las masas que en los sóviets. Por el contrario, los conciliadores seguían conservando todavía en los sóviets mayor lugar que entre las masas. Los bolcheviques, en la época de su mayor debilidad, tenían un porvenir. A los conciliadores no les quedaba más que el pasado, del que no tenían motivos como para enorgullecerse.

Al mismo tiempo que imprimía un cambio de frente a su política, el sóviet de Petrogrado modificó su aspecto exterior. Los jefes conciliadores desaparecieron por completo del horizonte, atrincherándose en el comité ejecutivo; en el sóviet fueron sustituidos por estrellas de segunda y tercera magnitud. Lo mismo que Tsereteli, Chernov, Avksentiev, Skóvelev, y a la par que ellos, no volvieron a dejarse ver amigos y admiradores de los ministros democráticos, oficiales radicales y damas, escritores semisocialistas y toda la gente ilustrada de reputación. El sóviet se convirtió en algo más homogéneo, más gris, más sombrío, más serio.

Los bolcheviques y los sóviets

Cuando se examinan de cerca los medios e instrumentos de la agitación bolchevique, no sólo aparecen completamente desproporcionados a la influencia política del bolchevismo, sino que asombran por su escasa importancia. Antes de las jornadas de julio, el partido tenía 41 órganos de prensa, contando los semanarios y las revistas mensuales, con una tirada total de 320.000 ejemplares; después de la represión de julio, la tirada disminuyó en dos veces. A fines de agosto, el órgano central alcanzaba una tirada de 50.000 ejemplares. En los días en que el partido se apoderaba de los sóviets de Petrogrado y de Moscú, había en la caja del comité central unos 30.000 rublos en papel.

La afluencia de intelectuales al partido era muy escasa. El amplio sector de los llamados "viejos bolcheviques", formado por los estudiantes que se habían adherido a la revolución de 1905, se había convertido en una masa de ingenieros, médicos y funcionarios acomodados, que mostraban sin cumplidos al partido los contornos hostiles de su espalda. En el mismo Petrogrado se notaba a cada momento la falta de periodistas, oradores, agitadores. La provincia carecía absolutamente de todo. No había dirigentes, militantes con preparación política, que pudieran explicar al pueblo lo que querían los bolcheviques. Este es el grito que parte de centenares de puntos recónditos y, sobre todo, del frente. En el campo apenas hay grupos bolcheviques. Las relaciones postales están completamente desorganizadas. Abandonadas a sí mismas, las organizaciones locales acusan a menudo al comité central, y no sin fundamento, de no preocuparse de dirigir más que Petrogrado.

¿Cómo se explica que, con un aparato tan débil y una insignificante tirada de prensa, pudieran penetrar en el pueblo las ideas y las consignas del bolchevismo? La solución de este enigma es muy sencilla: que las consignas que responden a las necesidades agudas de una clase y de una época se crean, por sí solas, miles de canales. La ardiente atmósfera de la revolución es un agente conductor de ideas extraordinariamente elevado. Los periódicos bolcheviques se leían en voz alta, pasaban de mano en mano; los artículos principales se aprendían de memoria, se transmitían de boca en boca, se copiaban y, allí donde era posible, se reimprimían. "La imprenta del estado mayor [cuenta Pireiko] prestó grandes servicios a la causa de la revolución; ¡cuántos artículos de *Pravda* y cuántos folletos, perfectamente comprensibles para los soldados, fueron reproducidos en nuestra imprenta! Y todo ello se expedía rápido al frente con ayuda del correo, de motociclistas y ciclistas..." A todo esto, la prensa burguesa, de la que se enviaban al frente millones de ejemplares, no encontraba lectores. Enormes paquetes de periódicos quedaban sin deshacer. El boicot de la prensa "patriótica" tomaba, a menudo, formas demostrativas. Los representantes de la 18ª división de Siberia acordaron invitar a los partidos burgueses a que dejaran de mandar sus publicaciones, puesto que "se destinan estérilmente a encender la lumbre para el té". La prensa bolchevique tenía una aplicación completamente distinta, como consecuencia de lo cual el coeficiente de su eficiencia o, si se quiere, de su nocividad, era incomparablemente superior.

Suele explicarse la rapidez de los éxitos del bolchevismo por la "sencillez" de sus consignas, que respondían a los deseos de las masas. Hay en esto una parte de verdad. El valor de la política de los bolcheviques se hallaba determinado por el hecho de que,

contrariamente a lo que sucedía con los partidos "democráticos", aquéllos prescindían en absoluto de esas afirmaciones incompletas o equívocas que, en fin de cuentas, se reducen a la defensa de la propiedad privada. Esta diferencia, sin embargo, no lo explica todo. Si a la derecha de los bolcheviques se hallaba la "democracia", a la izquierda intentaban rechazarles, ora los anarquistas, ora los maximalistas, ora los socialrevolucionarios de izquierda. A pesar de todo, la impotencia de esos grupos era manifiesta. El rasgo distintivo del bolchevismo consistía en que subordinaba la finalidad subjetiva (la defensa de los intereses de las masas populares) a las leyes de la revolución, como un proceso objetivamente condicionado. La deducción científica de esas leyes, ante todo de las que rigen el movimiento de las masas populares, constituía la base de la estrategia bolchevique. En su lucha, los trabajadores se guían, no sólo por sus necesidades, sino también por la experiencia práctica. Para el bolchevismo, era absolutamente ajeno el desdén aristocrático hacia la experiencia de las masas. Muy al contrario, los bolcheviques partían de esa experiencia y en ella basaban su política, lo cual constituía una de sus grandes ventajas.

Las revoluciones son siempre muy locuaces y tampoco escaparon a esta ley los bolcheviques. Pero al paso que la agitación de los mencheviques y socialrevolucionarios tenía un carácter disperso, contradictorio y casi siempre evasivo, la de los bolcheviques se distinguía por su carácter reflexivo y concentrado. Los conciliadores se sacudían las dificultades hablando a diestro y siniestro; los bolcheviques salían a su encuentro. El análisis constante de la situación, la comprobación de las consignas en los hechos, la actitud seria frente al adversario, aunque éste fuera poco serio, daban a la agitación bolchevique una eficacia extraordinaria y una gran fuerza de persuasión.

La prensa del partido no exageraba los éxitos, no deformaba la correlación de fuerzas, no intentaba imponerse a gritos. La escuela de Lenin era una escuela de realismo revolucionario. Los datos de la prensa bolchevique del año 1917 se revelan a la luz de los documentos de la época y de la crítica histórica, como incomparablemente más verídicos que los de los demás periódicos. La veracidad se desprendía de la fuerza revolucionaria de los bolcheviques, pero, al mismo tiempo, consolidaba esa fuerza. La renuncia a esta tradición ha constituido posteriormente uno de los peores rasgos que han caracterizado a los epígonos.

"No somos unos charlatanes [decía Lenin, inmediatamente después de su llegada]. Hemos de basarnos sólo en la conciencia de las masas. No importa que nos veamos obligados a quedarnos en minoría... El quedarse en minoría no debe causar ningún temor... Ejercemos la crítica para librar a las masas del engaño... Estas acabarán por convencerse de que nuestra orientación es acertada. Todos los oprimidos se acercarán a nosotros... No tienen otra salida." ¡La política bolchevique, comprendida en su integridad, se aparece ante nosotros como la antítesis directa de la demagogia y del aventurerismo!

Lenin vive en la clandestinidad. Sigue la prensa con atención concentrada; lee, como siempre, entre líneas, y en las pocas conversaciones personales que sostiene, percibe el eco de los pensamientos incompletos y de los propósitos parcialmente enunciados. En las masas se observa el reflujo. Mártov, que defiende a los bolcheviques contra la calumnia, ironiza al mismo tiempo, con aflicción, respecto al partido que "se ha propuesto causarse por su propia mano la derrota y lo ha conseguido". Lenin adivina (no tardan en llegar hasta él rumores concretos sobre el particular) que algunos bolcheviques no son ajenos a las notas de arrepentimiento y que el impresionable Lunacharsky no está solo. Lenin habla del lloriqueo de los pequeñoburgueses y de los "renegados" bolcheviques que prestan atención a ese lloriqueo. En las barriadas obreras y en provincias, los bolcheviques aprueban estas severas palabras y se convencen más

firmemente todavía de que “el viejo” no se desconcierta, no se desanima ni se deja llevar por estados de ánimo accidentales.

Un miembro· del comité central de los bolcheviques (¿sería Svérdlov?) escribe a provincias: “Nos hemos quedado sin periódico temporalmente... La organización no ha sido destruida... El congreso no se aplazará”. Lenin sigue atentamente, en la medida en que se lo permite su obligado aislamiento, la preparación del congreso del partido, y esboza sus decisiones fundamentales: se trata del plan de la ofensiva ulterior. El congreso es calificado previamente de “congreso de unificación”, puesto que en él debe consagrarse la inclusión en el partido de algunos grupos revolucionarios autónomos (ante todo, de la organización interdistritos de Petrogrado, a la cual pertenecen Trotsky, Yoffe, Uritsky, Riazánov, Lunacharsky, Pokrovsky, Manuilsky, Karajan, Yurenev y algunos otros revolucionarios conocidos por su pasado o que pronto habían de adquirir notoriedad).

El 2 de julio, precisamente el día antes de la manifestación, tuvo lugar la conferencia de los interdistritos, en la que estaban representados cerca de 4.000 obreros. “La mayoría [dice Sujánov, que se hallaba entre el público] eran obreros y soldados, para mí desconocidos... Se trabajaba febrilmente y los progresos de ese trabajo podía notarlos todo el mundo. Sólo estorbaba una cosa: ¿en qué os distinguís de los bolcheviques y por qué no estáis con ellos?” Para acelerar la unificación, que algunos dirigentes de la organización no tenían gran prisa en efectuar, Trotsky publicó en *Pravda* una declaración concebida en estos términos: “A mi ver, no existen, en la actualidad, divergencias ni de principios ni de táctica entre los interdistritos y la organización bolchevique. No hay, por consiguiente, ningún motivo que pueda justificar la existencia separada de dichas organizaciones”.

El 26 de julio se abrió el congreso de unificación, que en el fondo no era más que el VI Congreso del Partido Bolchevique, que transcurrió en forma semilegal, refugiándose alternativamente en dos barrios obreros. 175 delegados, entre ellos 157 con voz y voto, representaban a 112 organizaciones con 176.750 miembros. En Petrogrado había 41.000 miembros: 36.000 en la organización bolchevique, 4.000 en la de los *mejrayontsi*, cerca de 1.000 en la organización militar. En la región industrial central, que tenía por capital a Moscú, el partido contaba con 42.000 miembros; en los Urales, con 25.000; en la cuenca del Don, con cerca de 15.000. En el Cáucaso existían organizaciones bolcheviques de importancia, en Bakú, Grozni y Tiflis: las dos primeras eran casi puramente obreras; en la de Tiflis predominaban los soldados.

Por su composición personal, el congreso llevaba el sello del pasado prerrevolucionario del partido. De los 171 delegados que rellenaron las encuestas, 110 habían pasado en la cárcel 245 años; 10 habían sufrido 41 años de trabajos forzados; 24 habían sufrido 73 años de deportación. En total, habían estado en el destierro 55 delegados, cuyas condenas sumaban 127 años; 27 habían estado en la emigración 89 años; 150 habían sido detenidos 549 veces.

“En aquel congreso [ha recordado posteriormente Piatnitsky, uno de los actuales secretarios de la Internacional Comunista], no participaron ni Lenin, ni Trotsky, ni Zinóviev, ni Kámenev... A pesar de que la cuestión del programa fue retirada de la orden del día, el congreso transcurrió sin los jefes del partido, en un ambiente de trabajo práctico...” La base de la labor del congreso eran las tesis de Lenin. Los ponentes fueron Bujarin y Stalin. La ponencia de Stalin da idea, con bastante exactitud, de la distancia recorrida por el propio ponente, junto con todos los cuadros del partido, durante los cuatro meses transcurridos desde la llegada de Lenin. Teóricamente vacilante, pero políticamente decidido, Stalin intenta enumerar los rasgos que determinan “el carácter profundo de la revolución socialista, de la revolución obrera”. La unanimidad del congreso, si se compara a éste con la conferencia de abril, salta inmediatamente a la vista.

Con respecto a las elecciones para el comité central. el acta del congreso dice: “Se da cuenta de los nombres de los cuatro miembros del comité central que han obtenido el mayor número de votos: Lenin, 133 de los 134; Zinóviev, 131; Kámenev, 131; Trotsky, 131; además de ellos son elegidos para el comité central: Noguín, la Kollontai, Stalin, Sverdlov, Ríkov, Bujarin, Artion, Yoffe, Uritsky, Miliutin, Lomov”. Importa tomar nota de la composición de este comité central: bajo la dirección del mismo habrá de llevarse a cabo la Revolución de Octubre.

Mártov saludó al congreso con una carta, en la que expresó nuevamente su “profunda indignación contra la campaña de calumnias”, pero en las cuestiones fundamentales “se detuvo en el umbral de la acción”. “No puede admitirse [escribía] que la conquista del poder por la mayoría de la democracia revolucionaria, sea sustituida por la conquista del poder en lucha con esta mayoría y contra ella...” Mártov seguía entendiendo por mayoría de la democracia revolucionaria la representación soviética oficial, que iba perdiendo terreno a pasos agigantados. “Mártov se halla atado a los socialpatriotas, no por la simple tradición de fracción [decía Trotsky en aquellos días], sino por una actitud profundamente oportunista ante la revolución social como fin lejano que no puede determinar el planteamiento de objetivos actuales. Y eso le separa de nosotros”.

Sólo una pequeña parte de los mencheviques de izquierda, con Larin al frente, se acercó con resolución definitiva, en ese período, a los bolcheviques. Yurenev, futuro diplomático soviético, que actuó como ponente sobre la unificación de los internacionalistas, llegó a la conclusión de que habría que unirse con “la minoría de la minoría de los mencheviques...” La afluencia en gran escala de exmencheviques al partido no empezó hasta después de la Revolución de Octubre; al adherirse no a la insurrección proletaria, sino al poder resultante de la misma, los mencheviques, ponían de manifiesto la cualidad fundamental del oportunismo: inclinarse ante la fuerza del día. Lenin, que era muy sensible a cuanto se refería a la composición del partido, no tardó en exigir que se expulsara de él al 99% de los mencheviques que habían ingresado después de la Revolución de Octubre. Lenin estuvo muy lejos de conseguirlo. Posteriormente, las puertas del partido se han abierto de par en par a los mencheviques y socialrevolucionarios, y los exconciliadores se han convertido en una de las columnas del régimen estalinista del partido. Pero todo esto se refiere ya a un período ulterior.

Svérdlov, organizador práctico del congreso, informó: “Trotsky había entrado ya antes del congreso en la redacción de nuestro órgano, pero su detención impidió que colaborase de una manera efectiva”. Hasta el congreso de julio, Trotsky no entró formalmente en el Partido Bolchevique. El balance de los años de divergencias y de lucha fraccional fue cerrado. Trotsky fue hacia Lenin como a un maestro cuya fuerza e importancia comprendió más tarde que otros muchos, pero quizá de un modo más completo. Raskólnikov, que estuvo en contacto íntimo con Trotsky después de la llegada de este último del Canadá y que pasó después unas semanas en la cárcel junto con él, decía en sus memorias: “Trotsky tenía un inmenso respeto por Vladimir Ilich (Lenin). Lo ponía por encima de todos los contemporáneos que había tratado en Rusia y en el extranjero. En el tono con que Trotsky hablaba de Lenin, se echaba de ver la adhesión del discípulo; en aquel entonces, Lenin llevaba treinta años al servicio del proletariado y Trotsky veinte. El eco de las divergencias del período anterior a la guerra había desaparecido por completo. Entre la línea táctica de Lenin y la de Trotsky no existían diferencias. Esta aproximación, iniciada ya durante la guerra, se evidenció de modo completamente concreto a partir del momento del regreso de Lev Davidovich (Trotsky) a Rusia; después de sus primeras manifestaciones públicas, todos los viejos leninistas tuvimos la sensación de que era nuestro”. Lenin, lanzando una ojeada al pasado del

partido, escribía en 1919: "El bolchevismo ha tenido no pocas divergencias, ha pasado asimismo por pequeñas escisiones a causa de esas divergencias, pero en el momento decisivo, en el momento de la conquista del poder..., el bolchevismo ha aparecido como un todo único, atrayéndose a todas las mejores tendencias del pensamiento socialista que le eran afines". Estas palabras de Lenin se refieren, ante todo, a la tendencia expresada por Trotsky, pues ni en Rusia ni en toda la Internacional había otra tendencia que fuera más afín al bolchevismo. Todos los extractos, debidamente seleccionados y que reflejan los choques polémicos y las exageraciones inevitables de la lucha fraccional en el transcurso de una serie de años, pierden su significación ante el testimonio de hechos de una magnitud histórica tal como la revolución de 1905, la Guerra Mundial, la revolución de 1917 y la fundación de la Internacional Comunista.

Dzerzhinsky, que también se adhirió al bolchevismo en 1917, había pertenecido antaño a la tendencia de Rosa Luxemburg. que estaba separada de los bolcheviques por divergencias mucho más profundas que Trotsky y que, justamente por eso, se halló en 1917-18 frente a Lenin y a Trotsky. En todo caso, el solo ejemplo del número de votos obtenidos por Trotsky en su elección al comité central muestra que nadie le consideraba como un extraño entre los bolcheviques, en el momento de su ingreso en el partido.

La presencia invisible de Lenin en el congreso dio a la labor de éste el necesario espíritu de responsabilidad y de audacia. El creador y educador del partido no toleraba la imprecisión, tanto en la teoría como en la política. Sabía que una fórmula económica errónea o una observación política despreocupada, se vengaba cruelmente a la hora de acción. Al defender su criterio atento y escrupuloso en el enjuiciamiento de los textos del partido, aunque fueran secundarios, solía decir Lenin con frecuencia: "Estas no son menudencias; hay que obrar con precisión; es un hábito que deberá adquirir nuestro agitador; con eso no se descarriará...". "Tenemos un buen partido", añadía, refiriéndose precisamente a la forma seria y exigente en que el agitador consideraba lo que tenía que decir y cómo debía decirlo.

La audacia de las consignas bolcheviques daba, con frecuencia, una impresión de cosa fantástica: esa misma impresión fue la que produjeron las tesis de Lenin de abril. En realidad, en la época revolucionaria lo más fantástico es la política de corto alcance; e inversamente, el realismo es inconcebible fuera de la política de largo alcance. No basta con decir que la fantasía era ajena al bolchevismo; el partido de Lenin era el único partido que estaba dotado de realismo político en la revolución.

En junio y a primeros de julio, dijeron más de una vez los obreros bolcheviques que tenían que desempeñar para con las masas el papel de bomberos, y no siempre con buen éxito. Julio trajo aparejada consigo, aparte de la derrota, una experiencia que se pagó caro. Las masas se mostraron mucho más atentas a las advertencias del partido. El congreso de julio confirmó: "El proletariado no debe dejarse arrastrar por la provocación de la burguesía, la cual siente grandes deseos de empujar actualmente a las masas a un combate prematuro". En todo el mes de agosto y, en especial, durante la segunda quincena del mismo, el partido hace constantes advertencias a los obreros y soldados en el sentido de que no se lancen a la calle. Los caudillos bolcheviques chanceaban a menudo, a propósito de la analogía de sus advertencias, con el *leitmotiv* político de la vieja socialdemocracia alemana, que contenía a las masas, apartándolas de toda lucha seria, basándose invariablemente en el peligro de la provocación y en la necesidad de acumular fuerzas. En realidad, la analogía era sólo aparente. Los bolcheviques se daban perfecta cuenta de que las fuerzas se acumulan en la lucha y no evitando ésta pasivamente. El estudio de la realidad era para Lenin no más que una incursión teórica en interés de la acción. Al apreciar la situación, veía siempre en el centro de ella al partido como fuerza activa. Sentía una hostilidad particular o, para decirlo más fielmente, repugnancia, hacia

el austromarxismo (Otto Bauer, Hilferding y otros), para el que el análisis teórico no es más que un comentario lleno de suficiencia de la pasividad. La prudencia es un freno, no un motor. Nadie ha dado cima todavía a ningún viaje valiéndose de un freno, ni más ni menos que nadie ha hecho jamás cosa grande con la prudencia. Pero los bolcheviques sabían muy bien, al mismo tiempo que la lucha exigía un exacto conocimiento, una ponderada consideración de las fuerzas, que era preciso ser prudentes para tener derecho a ser temerarios.

La resolución del VI Congreso, que ponían en guardia contra toda acción prematura, indicaba al mismo tiempo que había que aceptar la lucha "cuando la crisis general del país y el profundo impulso ascensional de las masas crean condiciones favorables para que los elementos pobres de la ciudad y del campo se pongan al lado de los obreros". En una época revolucionaria como aquélla, la espera de esa coyuntura no representaba décadas o años, sino unos pocos meses simplemente.

Después de incluir en la orden del día la explicación dirigida a las masas de la necesidad de prepararse para la insurrección, el congreso decidió, al mismo tiempo, retirar la consigna central del período precedente: la transmisión del poder a los sóviets. Lo uno iba aparejado a lo otro. Lenin había preparado ya el cambio de consignas por medio de artículos, cartas y conversaciones.

La transmisión del poder a los sóviets significaba la transmisión directa de dicho poder a los conciliadores, cosa que podía llevarse a cabo pacíficamente, mediante el puro y simple licenciamiento del gobierno burgués, que se sostenía gracias a la buena voluntad de los conciliadores y a los restos de confianza que en ellos tenían las masas. La dictadura de los obreros y soldados era un hecho, a partir del 27 de febrero. Pero los obreros y soldados no se daban cuenta de ello. Habían confiado el poder a los conciliadores, los cuales, a su vez, lo habían transmitido a la burguesía. El cálculo de los bolcheviques respecto a la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución, se basaba, no en que la burguesía habría de ceder voluntariamente el poder a los obreros y soldados, sino en que éstos impedirían a tiempo que los conciliadores cedieran el poder a la burguesía.

La concentración del poder en los sóviets, bajo el régimen de la democracia soviética, hubiera dado a los bolcheviques completa posibilidad de conquistar la mayoría en esos sóviets, y, por consiguiente, de formar un gobierno sobre la base de su programa. No hacía falta para ello el levantamiento armado. El cambio de partidos en el poder se hubiera efectuado de un modo pacífico. Todos los esfuerzos del partido entre abril y julio estaban orientados en el sentido de asegurar el desarrollo pacífico de la revolución a través de los sóviets. "Explicar pacientemente", era la clave de la política bolchevique.

Las jornadas de julio modificaron radicalmente la situación. El poder pasó de los sóviets a manos de las camarillas militares, que estaban en contacto con los kadetes y las embajadas, y que no hacían más que tolerar temporalmente a Kerensky como firma o cobertura democrática. De habérsele ocurrido ahora al comité ejecutivo adoptar un acuerdo en el sentido de que el poder pasara a sus manos, el resultado habría sido completamente distinto del que se hubiera obtenido tres días antes: seguramente hubiese entrado en el Palacio de Táurida un regimiento cosaco y, en unión de las academias militares, habría intentado, sencillamente, detener a los "usurpadores". La consigna "El poder a los sóviets" suponía, para lo sucesivo, el levantamiento armado contra el gobierno y las pandillas militares que éste tenía detrás. Pero hubiera sido a todas luces absurdo provocar la insurrección con el lema "El poder a los sóviets", cuando esos sóviets empezaban por no querer ese poder.

Por otra parte, parecía dudoso (algunos lo tenían incluso por poco probable) que los bolcheviques pudieran conquistar, por medio de unas elecciones pacíficas, mayoría en esos sóviets faltos de todo poder: los mencheviques y socialrevolucionarios que se

habían comprometido por las represalias emprendidas en julio contra los obreros y campesinos, continuarían apelando, naturalmente, a la violencia contra los bolcheviques. Los sóviets, que seguían en manos de los conciliadores, se convertirían en una oposición impotente bajo un régimen contrarrevolucionario, para dejar bien pronto de existir por completo.

En estas condiciones, no cabía pensar siquiera en la posibilidad de que el poder pasara pacíficamente a manos del proletariado. Esto significaba para el Partido Bolchevique: hay que prepararse para el levantamiento armado. ¿Con qué consigna? Con la franca consigna de la conquista del poder por el proletariado y los campesinos pobres. Había que presentar el objetivo revolucionario en su forma más cruda. Era preciso poner de manifiesto la sustancia misma de clase, libertándola de la forma de los sóviets, que pecaba de equívoca. Una vez dueño del poder, el proletariado debería organizar el estado conforme al tipo soviético. Pero los que de esa organización surgiesen, serían ya otros sóviets, que habrían de llevar a cabo una misión histórica diametralmente opuesta a las funciones de custodia que realizaban los sóviets conciliadores.

"La consigna de la entrega del poder a los sóviets [escribía Lenin cuando se inició la campaña calumniosa] sonaría ahora a quijotada o burla. Lanzar esa consigna equivaldría objetivamente a engañar al pueblo, a inspirarle la ilusión de que ahora habría bastante con desear la toma del poder o con adoptar una resolución en ese sentido (como si no figurasen todavía en el sóviet partidos mancillados por la cooperación que prestaron a los verdugos), como si se pudiera borrar el pasado de un plumazo".

¿Renunciar a la demanda de la entrega del poder a los sóviets? En el primer momento, esta idea llenó de asombro al partido; mejor dicho, a sus agitadores, que en el transcurso de los tres últimos meses se habían asimilado hasta tal punto esa consigna popular, que identificaban casi con ella el contenido íntegro de la revolución. En los círculos del partido, se iniciaron las discusiones. Muchos militantes destacados, tales como Manuilsky, Yunerev y otros, demostraron que el hecho de retirar la consigna "El poder a los sóviets" engendraba el peligro de que el proletariado se aislara de los campesinos. Esta objeción ponía en lugar de las clases a las instituciones. Por extraño que a primera vista pueda parecer, el fetichismo de la forma de organización constituye una enfermedad muy frecuente en los medios revolucionarios. "Puesto que seguimos en los sóviets [escribía Trotsky], hemos de procurar que éstos, que reflejan el día de ayer de la revolución, consigan elevarse hasta la altura de los objetivos del día de mañana. Pero por importante que sea la cuestión del papel y de la suerte de los sóviets, está enteramente subordinada para nosotros a la de la lucha del proletariado y de las masas semiproletarias de la ciudad, del ejército y del campo por el poder político, por la dictadura revolucionaria".

La cuestión de saber qué organización de masas debía servir al partido para dirigir conforme a ella la insurrección, no permitía una resolución *a priori*, ni, con mayor motivo, categórica. Podían convertirse en órganos de insurrección los comités de fábrica y los sindicatos, que se hallaban ya bajo la dirección de los bolcheviques y asimismo, en algunos casos, los sóviets, en la medida en que alcanzasen a sacudir el yugo de los conciliadores. Lenin, por ejemplo, decía a Ordzonikidze: "Hemos de trasladar el centro de gravedad a los comités de fábrica. Estos deben convertirse en los órganos de la insurrección".

Después que las masas hubieron chocado en julio con los sóviets, como adversarios pasivos primero, y luego como enemigos activos, la modificación de la consigna halló terreno abonado en la conciencia de esas masas. Esta era precisamente la preocupación constante de Lenin: expresar con la máxima sencillez lo que por una parte se desprende de las condiciones objetivas, y por otra, resume la experiencia subjetiva de

las masas. No se trata ahora de ofrecer el poder a los sóviets de Tsereteli, sino de que debemos adueñarnos con nuestras propias manos de ese poder. Tal era el sentir de los obreros y soldados avanzados.

La manifestación huelguística de Moscú contra la conferencia nacional no sólo se desarrolló contra la voluntad del sóviet, sino que tampoco propugnó la demanda del poder para los sóviets. Las masas se habían asimilado ya la lección que los acontecimientos ofrecían y que Lenin había interpretado. Al mismo tiempo, los bolcheviques de Moscú no vacilaron ni un momento en ocupar posiciones de combate tan pronto como surgió el peligro de que la contrarrevolución intentara aplastar a los sóviets conciliadores. La política bolchevique combinaba en todo punto la intransigencia revolucionaria con la suprema elasticidad, y eso era precisamente lo que constituía su fuerza.

Los acontecimientos desarrollados en el teatro de la guerra sometieron bien pronto a una prueba crucial la política del partido, desde el punto de vista de su internacionalismo. Después de la caída de Riga, la cuestión de la suerte de Petrogrado interesó vivamente a los obreros y soldados. En la asamblea de los comités de fábrica, celebrada en Smolny, el menchevique Mazurenko, que recientemente había dirigido como oficial el desarme de los obreros de Petrogrado, presentó un informe sobre los peligros que amenazaban a Petrogrado, y planteó una serie de problemas prácticos referentes a la defensa. "¿De qué podéis hablar con nosotros? [exclamó uno de los oradores bolcheviques]. Nuestros jefes están en la cárcel y nos convocáis a nosotros para examinar cuestiones relacionadas con la defensa de la capital". Ni como obreros industriales ni como ciudadanos de la república burguesa, estaban dispuestos en lo más mínimo los proletarios de la barriada de Viborg a sabotear la defensa de la capital revolucionaria. Pero como bolcheviques, como miembros del partido, no querían ni por un momento compartir con los dirigentes la responsabilidad de la guerra ante el pueblo ruso y ante los pueblos de los demás países. Lenin, temiendo que el estado de opinión favorable a la defensa se convirtiera en una política defensiva, escribía: "Seremos defensistas solamente después que el poder haya pasado a manos del proletariado... Ni la toma de Riga ni la toma de Petrogrado nos harán defensistas. Entre tanto, estamos por la revolución proletaria contra la guerra; no somos defensistas". "La caída de Riga [escribía Trotsky desde la cárcel] ha sido un rudo golpe. La caída de San Petersburgo sería una desgracia. Pero el hundimiento de la política internacional del proletariado ruso sería funestísimo". ¿Doctrinarismo de fanáticos? Pero en esos mismos días, mientras los tiradores y los marinos bolcheviques caían delante de Riga, el gobierno provisional retiraba tropas para mandarlas contra los bolcheviques, y el generalísimo en jefe se preparaba para la lucha contra el gobierno. Los bolcheviques no se atrevían a tomar sobre sí una sombra de responsabilidad, ni podían tomarla en esta política, tanto en el frente como en el interior, ni con la defensa ni con la ofensiva. No hubieran sido bolcheviques de haber obrado de otro modo.

Kerensky y Kornílov representaban dos variantes de un mismo peligro; pero esas variantes, la una mediata, inminente la otra, se vieron contrapuestas hostilmente a fines de agosto. Había que dominar, ante todo, el peligro agudo, inminente, para liquidar después el mediato. Los bolcheviques no sólo entraron a formar parte del comité de defensa (aunque la situación que ocuparan en el mismo fuese la de una pequeña minoría), sino que declararon que en la lucha contra Kornílov estaban dispuestos a concertar una alianza "militar y técnica" incluso con el directorio. Sujánov escribe a este respecto: "Los bolcheviques manifestaron un tacto y un acierto político extraordinarios... Verdad es que al pactar un compromiso impropio de ellos perseguían fines particulares no previstos por sus aliados. Pero precisamente por eso era mayor todavía su acierto en este asunto". Nada había en esa política que fuera "impropio" del bolchevismo; por el contrario, no podía

responder mejor, en su conjunto, al carácter mismo del partido. Los bolcheviques eran revolucionarios de hechos y no de gestos, de fondo y no de forma. Su política se hallaba determinada por el agrupamiento real de las fuerzas, y no por simpatía y antipatías. Lenin, que era objeto de una campaña encarnizada por parte de los socialrevolucionarios mencheviques, escribía: "Sería un error profundísimo pensar que el proletariado revolucionario, para vengarse, por decirlo así, de los socialrevolucionarios y mencheviques por haber contribuido a la represión de los bolcheviques, a los fusilamientos en el frente y al desarme de los obreros, fueran capaces de negarse a prestarles su 'apoyo' contra la contrarrevolución".

Se trataba de apoyarles en lo técnico, ya que no en lo político. En una de sus cartas al comité central, Lenin ponía decididamente a éste en guardia contra el apoyo político: "Ni aún ahora debemos apoyar al gobierno de Kerensky. Sería una traición a los principios. Se nos pregunta: ¿Es que no debemos luchar contra Kornílov? Naturalmente que sí. Pero no es lo mismo; hay un límite, límite que ahora traspasan algunos bolcheviques, y con lo que caen en la política de 'conciliación', arrastrados por el torrente de los acontecimientos".

Lenin sabía percibir desde lejos los matices del estado de espíritu político. El 29 de agosto, G. Piatakov, uno de los directivos bolcheviques locales, declaraba en la reunión de la duma municipal de Kiev: "En estos graves momentos hemos de olvidar todas las cuentas antiguas, y unirnos a todos los partidos revolucionarios que estén dispuestos a luchar en forma decidida contra la contrarrevolución. Hago un llamamiento a la unidad", y así sucesivamente. Contra lo que Lenin ponía en guardia era precisamente contra este falso tono político. "Olvidar las cuentas antiguas" significaba abrir nuevos créditos a los candidatos a la bancarrota. "Combatiremos, combatimos contra Kornílov [escribía Lenin], pero no apoyamos a Kerensky, sino que denunciamos su debilidad. Hay una diferencia... Es menester luchar de modo implacable contra las frases... relativas al apoyo al gobierno provisional, etc., justamente porque se trata de simples frases".

Los obreros estaban lejos de hacerse ilusiones respecto al carácter de su "bloque" con el Palacio de Invierno. "Al luchar contra Kornílov, el proletariado no combatirá por la dictadura de Kerensky, sino por todas las conquistas de la revolución". Así se expresaban las fábricas, unas tras otras, en Petrogrado, en Moscú, en provincias. Los bolcheviques, sin hacer la menor concesión política a los conciliadores, sin confundir la organización ni la bandera, estaban dispuestos, como siempre, a coordinar su acción con la del adversario y el enemigo, si ello aseguraba la posibilidad de asestar un golpe a otro enemigo más peligroso en aquel momento.

En la lucha contra Kornílov, los bolcheviques perseguían "fines particulares". Sujánov indica que ya en aquel momento se proponían como fin los bolcheviques convertir el comité de defensa en instrumento de la revolución proletaria. Está fuera de duda que los comités revolucionarios de los días de la sublevación de Kornílov se convirtieron, hasta cierto punto, en prototipo de los órganos que posteriormente dirigieron la insurrección del proletariado. Pero Sujánov atribuye una perspicacia excesiva a los bolcheviques cuando supone preveían ya de antemano este aspecto de la cuestión. Los "fines particulares" de los bolcheviques consistían en aplastar la contrarrevolución, separar, si era posible, a los conciliadores de los kadetes, agrupar las mayores masas posibles bajo su propia dirección, armar el mayor número posible de obreros revolucionarios. Los bolcheviques no hacían ningún secreto de estos fines. El partido perseguido acudía en socorro de un gobierno de represión y de calumnia, pero si lo salvaba del golpe militar que iba a serle asestado, era para matarlo políticamente de un modo más certero.

Los últimos días de agosto señalaron de nuevo una brusca modificación en la correlación de fuerzas, salvo que esta vez se produjo la modificación de derecha a izquierda. Las masas, a las que se había exhortado a la lucha, reconstituyeron sin dificultad la situación en que se hallaban los sóviets con anterioridad a la crisis de julio. En lo sucesivo, la suerte de los sóviets volvía a estar en sus propias manos. Podían tomar el poder sin necesidad de lucha. Lo único que necesitaban los conciliadores para lograrlo era consolidar lo que ya estaba siendo un hecho real. Toda la cuestión estribaba en saber si querrían hacerlo o no... En el primer momento, los conciliadores declararon que la coalición con los kadetes no tenían ya ningún sentido. Si era así, es que no lo tenía en ningún caso. Sin embargo, la renuncia a la coalición no podía significar otra cosa que la transmisión del poder a los conciliadores.

Lenin señala inmediatamente el sentido profundo de la nueva situación creada, para sacar de ello las consecuencias necesarias. El 3 de septiembre escribe su magnífico artículo "Sobre los compromisos". El papel de los sóviets, constata, ha vuelto a cambiar: a principios de julio eran órganos de lucha contra el proletariado; a fines de agosto se han convertido en órganos de lucha contra la burguesía. Los sóviets vuelven a tener a su disposición las tropas. La historia torna a ofrecer la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución. Es una posibilidad excepcionalmente rara y preciosa: hay que hacer una política que la convierta en realidad. Lenin, de pasada, se ríe de los charlatanes que consideran inadmisible todo compromiso: lo esencial es hacer que triunfen los propios fines "a través de todos los compromisos, en la medida en que éstos son inevitables". "Para nosotros, el compromiso consiste [dice] en volver a la reivindicación que habíamos propugnado antes de julio: todo el poder a los sóviets; un gobierno de socialrevolucionarios y mencheviques, responsable ante los sóviets. Ahora, y sólo ahora, acaso únicamente en el transcurso de algunos días o de una o dos semanas, podría crearse un gobierno de ese tipo y consolidarse de un modo completamente pacífico". Este breve plazo debía señalar el carácter agudo de la situación; los conciliadores tenían contados los días para elegir entre la burguesía y el proletariado.

Los conciliadores se apresuraron a eludir la proposición de Lenin como si se tratara de una encerrona pérfida. En realidad, en la proposición no había ni sombra de astucia: convencido de que su partido estaba llamado a ponerse al frente del pueblo, Lenin hacía una franca tentativa para suavizar la lucha, debilitando la resistencia de los enemigos ante lo inevitable.

Los audaces cambios de frente de Lenin, que se desprendían siempre de los cambios sufridos por la situación, y que invariablemente conservaban la unidad de la intención estratégica, constituyen una inapreciable academia de estrategia revolucionaria. La proposición del compromiso tenía el valor de una lección de cosas, para el Partido Bolchevique ante todo. Esta lección venía a demostrar que, no obstante la experiencia de Kornílov, los conciliadores no podían ya virar hacia el camino de la revolución. Después de esto, el partido tuvo la sensación definitiva de ser el único de la revolución.

Los conciliadores se negaron a desempeñar el papel de correa de transmisión encargada de pasar el poder de manos de la burguesía a las del proletariado, del mismo modo que habían desempeñado en marzo una función análoga, sólo que en sentido inverso, es decir, transmitiendo el poder de manos del proletariado a las de la burguesía. Pero a consecuencia de ello, la consigna "El poder a los sóviets" flotaba nuevamente en el aire. Tal estado de cosas no duró, sin embargo, mucho tiempo; ya en los días inmediatamente siguientes obtuvieron los bolcheviques la mayoría en el sóviet de Petrogrado, primero, y luego en otros. De ahí que la consigna "El poder a los sóviets" no fuese retirada de la orden del día, sino que cobró un nuevo sentido: todo el poder a los sóviets bolcheviques. En este aspecto, la consigna ya no era una consigna pacífica. Había

dejado de serlo definitivamente. El partido se decide por seguir la senda del levantamiento armado a través de los sóviets y en nombre de los mismos.

Para comprender la marcha ulterior de los acontecimientos, es necesario plantearse la siguiente pregunta: ¿En qué forma reconquistaron los sóviets conciliadores a principios de septiembre el poder que habían perdido en julio? En todas las resoluciones del VI Congreso domina la afirmación de que, como resultado de los acontecimientos de julio, fue liquidado el poder dual, siendo sustituido por la dictadura de la burguesía. Los historiadores soviéticos de nuestros días reproducen de un libro en otro esta idea, sin intentar siquiera examinarla de nuevo a la luz de los acontecimientos ulteriores. Al mismo tiempo, no se formula la pregunta de que, si el poder pasó enteramente en julio a manos de la pandilla militar, ¿por qué esa misma pandilla tuvo que recurrir a la sublevación en el mes de agosto? Quien se decide a lanzarse por el arriesgado camino del compló no es el que tiene el poder, sino el que quiere adueñarse del mismo.

La fórmula del VI Congreso era, cuando menos, imprecisa. Si hemos calificado de poder dual un régimen en que el gobierno oficial tenía en sus manos, en el fondo, una ficción del poder, mientras que la fuerza real estaba en manos del sóviet, no hay motivo alguno para afirmar que el poder dual quedó liquidado desde el momento en que pasó del sóviet a la burguesía parte del poder efectivo. Desde el punto de vista de los fines combativos del momento, podía y debía exagerarse la importancia de la concentración del poder en manos de la contrarrevolución. La política no tiene que ver nada con las matemáticas. Desde el punto de vista práctico, era incomparablemente más peligroso disminuir que exagerar la importancia del cambio realizado. Pero el análisis histórico no necesita para nada de las exageraciones de la agitación.

Stalin, simplificando el pensamiento de Lenin, decía en el congreso: "La situación está clara. Nadie habla ahora de poder dual. Si los sóviets representaban antes una fuerza efectiva, ahora no son más que unos órganos destinados a agrupar a las masas, pero que no tienen ningún poder". Algunos delegados hicieron objeciones a estas palabras, en el sentido de que en julio había triunfado la reacción, pero no la contrarrevolución. Stalin contestó con un aforismo inesperado: "Durante la revolución no hay reacción". En realidad, la revolución triunfa tan sólo a través de una serie de reacciones alternas: siempre da un paso atrás después de haber dado dos pasos hacia adelante. La reacción es a la contrarrevolución, lo que a la revolución es la reforma. Pueden calificarse de victorias de la reacción las modificaciones del régimen que aproximan a éste a las necesidades de la clase contrarrevolucionaria, sin que, con todo, se cambien los detentadores del poder. La victoria de la contrarrevolución es inconcebible sin que el poder pase a manos de otra clase. Ahora bien, este hecho decisivo no se dio en julio.

"Si la insurrección de julio fue una insurrección a medias [escribía atinadamente, meses más tarde, Bujarin (que, sin embargo, no supo sacar las conclusiones necesarias de sus propias palabras)], la victoria de la contrarrevolución fue también, hasta cierto punto, una victoria a medias". Pero la victoria a medias no podía dar el poder a la burguesía. El poder dual se transformó, se modificó, pero no desapareció. En la fábrica, exactamente igual que antes, nada se podía hacer contra la voluntad de los obreros. Los campesinos conservaban poder bastante para impedir que el terrateniente se aprovechara del derecho de propiedad. Los jefes no se sentían seguros ante los soldados. Pero, ¿acaso es el poder otra cosa que la posibilidad material de disponer de la fuerza armada y de la propiedad? El 13 de agosto escribía Trotsky, a propósito de las modificaciones acaecidas: "No se trataba únicamente de que hubiese al lado del gobierno un sóviet que llevara a cabo una serie de funciones gubernamentales... Lo que ocurre es que detrás del sóviet y el gobierno había dos regímenes distintos, que se apoyaban en clases distintas... El régimen de la

república capitalista, instaurado desde arriba, y el régimen de democracia obrera, formado desde abajo, se paralizaban mutuamente".

Es en absoluto indiscutible que el comité ejecutivo central había perdido una parte inmensa de su importancia. Pero sería un error creer que la burguesía había conseguido todo lo que habían dejado perder los dirigentes conciliadores. Estos no sólo perdieron por la derecha, sino también por la izquierda; su torpeza no sólo benefició a las camarillas militares, sino también a los comités de fábrica y de regimiento. El poder se descentralizó, se dispersó, se escondió en parte, incluso bajo tierra, ni más ni menos que las armas enterradas por los obreros después de la derrota de julio. El poder dual dejó de ser "pacífico", de estar regulado por un sistema de contacto. Se tornó más subterráneo, descentralizado y explosivo. A fines de agosto, el poder dual oculto se convirtió de nuevo en una dualidad activa. Ya veremos la importancia que este hecho había de cobrar en octubre.

La última coalición

Fiel a su tradición de no resistir a ningún empuje serio, el gobierno provisional, como ya hemos visto, se desmoronó en la noche del 26 de agosto. Salieron de él los kadetes para facilitar la labor de Kornílov. Salieron los socialistas, para facilitar la labor de Kerensky. Apuntó una nueva crisis del poder. Se planteó, ante todo, el problema del propio Kerensky: el jefe del gobierno resultaba ser uno de los cómplices del compló. La indignación contra él era tan grande, que los jefes conciliadores, al mentar su nombre, recurrían al vocabulario bolchevique. Chernov, que acababa de saltar del tren ministerial a toda marcha, hablaba en el órgano central de su partido, de la "confusión existente, gracias a la cual es difícil comprender dónde acaba Kornílov y empiezan Filonenko y Sávinkov, dónde acaba Sávinkov y empieza el gobierno provisional como tal". La alusión era suficientemente clara: el "gobierno provisional como tal" no era otra cosa que Kerensky, que pertenecía al mismo partido que Chernov.

Pero los conciliadores, después de desahogarse con unas cuantas expresiones fuertes, resolvieron que no podían pasarse sin Kerensky. Si se oponían a que éste amnistiara a Kornílov, se apresuraban, por su parte, a amnistiar a Kerensky. Este, en compensación, accedió a hacer concesiones por lo que se refería a la forma de gobierno de Rusia. Todavía en la víspera se estimaba que sólo la asamblea constituyente podía resolver esta cuestión. Ahora se dejaban por completo de lado los obstáculos jurídicos. En la declaración del gobierno se explicaba la destitución de Kornílov por la necesidad de "salvar a la patria, la libertad y el régimen republicano". La concesión puramente verbal, y, además rezagada que se hacía a la izquierda no reforzaba en lo más mínimo, ni qué decir tiene, la autoridad del poder, tanto más cuanto que el propio Kornílov se declaraba también republicano.

El 30 de agosto Kerensky se vio obligado a despedir a Sávinkov que, pocos días más tarde, fue incluso expulsado del partido de los socialrevolucionarios, tan benévolo para todos. Mas para el cargo de general-gobernador se nombró a Palchinsky, que valía políticamente tanto como Sávinkov y que empezó por suspender el diario de los bolcheviques. Los comités ejecutivos protestaron. *Izvestia* calificó el acto de "provocación grosera". Hubo que retirar a Palchinsky a los tres días. El hecho de que ya el día 31 formase Kerensky un nuevo gobierno, con intervención de los kadetes en él, demuestra cuán poco dispuesto estaba a cambiar el curso de su política. Ni los mismos socialrevolucionarios pudieron seguirle por ese camino y amenazaron con retirar a sus representantes. Tsereteli encontró una nueva receta para el poder: "conservar la idea de la coalición y barrer todos los elementos que representen una carga pesada para el gobierno". "La idea de la coalición se ha reforzado [hacía coro Skóvelev], pero en el gobierno no puede haber sitio para el partido que estaba ligado al compló de Kornílov". Kerensky no estaba de acuerdo con esta limitación y no le faltaba razón a su modo.

La coalición con la burguesía, pero con la exclusión del partido burgués dirigente, era a todas luces absurda. Así lo indicó Kámenev, que, en la sesión de ambos comités ejecutivos, con el tono de exhortación que le era peculiar, sacó las conclusiones de los acontecimientos recientes. "Queréis impulsarnos a un camino, aún más peligroso, de coalición con grupos irresponsables. Pero os habéis olvidado de la coalición formada y consolidada por los graves acontecimientos de estos últimos días, de la coalición entre el

proletariado revolucionario, los campesinos y el ejército revolucionario". El orador bolchevique recordó las palabras pronunciadas por Trotsky el 26 de mayo, al defender a los marinos de Cronstadt contra las acusaciones de Tsereteli: "Cuando un general contrarrevolucionario intente echarle la soga al cuello a la revolución, los kadetes prepararán la cuerda, mientras que los marinos de Cronstadt lucharán y morirán al lado nuestro". La alusión no podía ser más certera. A las declamatorias parrafadas a cuenta de la "unidad de la democracia" y de la "coalición honrada", respondió Kámenev: "La unidad de la democracia depende de que os coliguéis o no con la barriada de Viborg. Cualquier otra coalición es vergonzosa". El discurso de Kámenev produjo palmaria impresión, que Sujánov registra con las siguientes palabras: "Kámenev ha hablado de un modo muy inteligente y con gran tacto". Pero las cosas no pasaron de la impresión. El camino de los dos bandos estaba determinado de antemano.

La ruptura de los conciliadores con los kadetes tuvo desde el principio, en el fondo, un carácter puramente demostrativo. Los mismos kornilovianos liberales comprendían que les convenía más permanecer en la sombra en los días que se avecinaban. Se decidió entre bastidores (de acuerdo, evidentemente, con los kadetes) formar un gobierno que se elevase hasta tal punto por encima de todas las fuerzas reales del país, que su carácter provisional no suscitara las dudas de nadie. El directorio, integrado por cinco miembros, comprendía, además de Kerensky, al ministro de asuntos extranjeros, Tereschenko, que ya había llegado a ser insustituible gracias a sus relaciones con la diplomacia de la *Entente*; Veijovsky, jefe de la región militar de Moscú, y que con este fin había sido ascendido con rapidez de coronel a general; el almirante Verderevsky, que con idéntica mira había sido puesto presurosamente en libertad, y, por último, al menchevique dudoso Nikitin, al que no tardó en reconocer su partido como bastante maduro para ser expulsado de sus filas.

Kerensky, después de haber vencido a Kornílov por medio de otros, no se preocupaba, al parecer, de otra cosa que de llevar a la práctica el programa del general. Kornílov quería reunir las atribuciones del generalísimo en jefe y las del jefe del gobierno. Kerensky llevó a la práctica este propósito. Se proponía Kornílov enmascarar la dictadura personal con un directorio de cinco miembros. Kerensky realizó este propósito. La burguesía exigía la dimisión de Chernov. Kerensky lo expulsó del Palacio de Invierno. Al general Alexéiev, héroe del partido kadete y candidato del mismo a la presidencia del gobierno, lo nombró jefe del estado mayor del cuartel general; es decir, jefe efectivo del ejército. En la orden del día dirigida al ejército y la armada, Kerensky exigía que se pusiera término a la lucha política entre las tropas; es decir, al restablecimiento del punto de partida. Desde la clandestinidad, Lenin caracterizaba con su extraordinaria sencillez la situación dominante en las alturas: "Kerensky es un korniloviano que ha reñido con Kornílov accidentalmente y que sigue sosteniendo una alianza íntima con los demás kornilovianos". Lo malo era que la victoria sobre la contrarrevolución había sido más profunda de lo que convenía a los planes personales de Kerensky.

El directorio se apresuró a sacar de la cárcel al exministro de la guerra, Guchkov, considerado como uno de los inspiradores del compló. En general, la justicia dejaba tranquilos a los instigadores kadetes. En estas condiciones resultaba cada vez más difícil seguir teniendo entre rejas a los bolcheviques. El gobierno encontró una salida: poner en libertad, bajo fianza, a los bolcheviques, sin retirar la acusación formulada contra ellos. El comité local de los sindicatos de Petrogrado se asignó "el honor de depositar la fianza por el digno jefe del proletariado revolucionario: el 4 de septiembre fue libertado Trotsky bajo la modesta fianza, en el fondo ficticia, de 3.000 rublos. En su *Historia de la Subversión de Rusia*, escribe patéticamente el general Denikin: "El 1 de septiembre fue detenido el general Kornílov, y el 4 del mismo mes el gobierno provisional puso en

libertad a Bronstein-Trotsky. Rusia debe grabar estas dos fechas en su memoria". En los días que siguieron continuó la liberación de los bolcheviques bajo fianza. Los libertados no perdían el tiempo; las masas los esperaban y los reclamaban; el partido estaba necesitado de hombres.

El día de la liberación de Trotsky publicó Kerensky un decreto en que, después de reconocer que los comités habían prestado "una ayuda substancialísima al gobierno", ordenaba que cesaran en su actuación. La misma *Izvestia* reconocía que el autor del decreto había dado pruebas de una "comprensión más que débil" de la situación. La conferencia de los sóviets de barriada de Petrogrado tomó el siguiente acuerdo: "No disolver las organizaciones revolucionarias para la lucha contra la contrarrevolución". La presión de abajo era tan fuerte, que el comité militar revolucionario conciliador decidió no acatar la disposición de Kerensky, y exhortó a sus órganos locales a "que trabajasen con la misma energía y firmeza que antes, vista la gravedad de la situación". Kerensky calló: no le quedaba otro recurso.

El omnipotente jefe del directorio tenía que convencerse a cada paso de que la situación había cambiado, de que la resistencia crecía, y que era menester introducir algún cambio, aunque fuera de palabra. El 7 de septiembre dio Verjovsky a la prensa una nota en la que decía que el programa de saneamiento del ejército, elaborado con anterioridad a la sublevación de Kornílov, debía ser rechazado, pues "habida cuenta del actual estado psicológico del ejército", no haría más que acabar de acentuar su descomposición. Para señalar la nueva era. el ministro de la guerra pronunció un discurso ante el comité ejecutivo. Que nadie se inquiete: el general Alexéiev se marchará, y con él se irán todos los que de un modo u otro estaban complicados en la sublevación de Kornílov. El saneamiento del ejército es cosa que hay que llevar a cabo, "no por medio de las ametralladoras y del látigo, sino por la infiltración de las ideas de derecho, justicia y severa disciplina". Se percibían en estas palabras los aromas de los días primaverales de revolución. Pero ya en la calle se dejaba sentir septiembre; se acercaba el otoño. Alexéiev fue efectivamente destituido pocos días después, y a ocupar su puesto pasó el general Dujonin, cuya ventaja consistía en que nadie le conocía.

Como compensación de las concesiones hechas, los ministros de la guerra y de marina exigieron la ayuda inmediata del comité ejecutivo: los oficiales se hallan bajo la espada de Damocles; donde están peor las cosas es en la escuadra del Báltico, es necesario apaciguar a los marinos. Tras prolijos debates se decidió como siempre enviar una comisión a la escuadra. Los conciliadores insistieron en que los bolcheviques, y ante todo Trotsky, formaran parte de esa comisión. Sólo así puede confiarse en el éxito. "Rechazamos decididamente [objetó Trotsky] la forma de colaboración con el gobierno que ha defendido Tsereteli... El gobierno practica una política radicalmente falsa, antipopular y sin control, y cuando esta política se encuentra en un atolladero o conduce a la catástrofe, se confía a las organizaciones revolucionarias la ingrata tarea de mitigar las inevitables consecuencias... Una de las tareas de esa comisión, tal como la formuláis, consiste en hacer una investigación sobre las 'fuerzas ocultas', esto es, sobre los provocadores y espías que haya en la guarnición... ¿Acaso habéis olvidado que yo mismo he sido inculpado con arreglo al artículo 108?... Nosotros luchamos contra toda manifestación de justicia sumaria por nuestros propios medios..., no de acuerdo con el fiscal y con el contraespionaje, sino como partido revolucionario que convence, organiza y educa".

La convocatoria de la conferencia democrática fue decidida en los días de la sublevación de Kornílov. Dicha conferencia debía mostrar una vez más la fuerza de la democracia, atraer hacia ésta la confianza de los adversarios de la derecha y de la izquierda y (cosa que estaba lejos de ser uno de los últimos objetivos) volver a su lugar a

Kerensky, que se había desmandado. Los conciliadores se proponían seriamente subordinar el gobierno a una representación improvisada cualquiera, antes de la convocación de la asamblea constituyente. La burguesía adoptó desde un principio una actitud frente a la conferencia, en la que veía una tentativa encaminada a consolidar las posiciones que la democracia había recobrado con su victoria sobre Kornílov. "El proyecto de Tsereteli [escribe Miliukov en su *Historia*] era, en el fondo, una completa capitulación ante los planes de Lenin y Trotsky". En rigor, era precisamente lo contrario: El fin que perseguía el proyecto de Tsereteli no era otro que paralizar la lucha de los bolcheviques por el poder de los sóviets. La conferencia democrática se oponía al congreso de los sóviets. Los conciliadores se creaban una nueva base, intentando aplastar a los sóviets mediante una combinación artificial de toda suerte de organizaciones. Los demócratas distribuyeron los votos a su capricho guiados de una sola preocupación: asegurarse una mayoría abrumadora. Las organizaciones dirigentes aparecieron incomparablemente mejor representadas que las de la base. Los órganos de administración local, y entre ellos los zemstvos, que no tenían nada de democráticos, alcanzaron un predominio enorme sobre los sóviets. Los cooperadores desempeñaron el papel de árbitros de los destinos.

Los cooperadores, que hasta entonces no ocupaban lugar alguno en la política, aparecieron por primera vez en el terreno político en los días de la conferencia de Moscú; y a partir de ese momento hablaban siempre en nombre de sus 20.000.000 de miembros, o, más sencillamente todavía, en nombre de la "mitad de la población de Rusia". Las raíces de la cooperación penetraban en la aldea a través de sus sectores dirigentes, que probaban la expropiación "justa" de los nobles, a condición de que sus propias parcelas, a menudo muy considerables, fueran no sólo defendidas, sino aumentadas. Los jefes de la cooperación se reclutaban entre la intelectualidad liberal-populista y, en parte, liberal-marxista, que tendía un puente natural entre los kadetes y los conciliadores. Los cooperadores sentían respecto de los bolcheviques el mismo odio que el kulak siente hacia el jornalero insumiso. Los conciliadores se aferraron ávidamente a esos cooperadores que habían arrojado la máscara de la neutralidad para buscar un punto de apoyo contra los bolcheviques. Lenin estigmatizó duramente a los cocineros de la cocina democrática. "Diez soldados convencidos o diez obreros de una fábrica atrasada [escribía] valen mil veces más que cien delegados... amañados". Trotsky demostraba en el sóviet de Petrogrado que los funcionarios de la cooperación expresaban tan poco la voluntad política de los campesinos como el médico la voluntad política de sus pacientes o el empleado de correos las opiniones de los que expedían y recibían cartas. "Los cooperadores deben ser unos buenos organizadores, comerciantes, tenedores de libros, pero a quien confían la defensa de sus intereses de clase los campesinos, lo mismo que los obreros, es a sus propios sóviets". Esto no impidió a los cooperadores obtener 150 puntos, ni, unidos a los zemstvos no reformados y a toda clase de otras organizaciones más o menos irreales, deformar completamente el carácter de la representación de las masas.

El sóviet de Petrogrado incluyó en la lista de sus delegados en la conferencia a Lenin y a Zinóviev. El gobierno dio orden de detenerlos al entrar en el teatro, pero no en la misma sala de sesiones: tal era, por las trazas, el compromiso pactado entre los conciliadores y Kerensky. Pero las cosas no pasaron de una demostración política del sóviet: ni Lenin ni Zinóviev tenían el propósito de presentarse en la conferencia. Lenin consideraba que nada tenían que hacer allí los bolcheviques.

La conferencia se inauguró el 14 de septiembre, un mes después justamente de la conferencia nacional, en el Teatro Alexandrinka. El número de delegados nombrados era de l.775. Cerca de 1.200 se hallaban presentes al abrirse la sesión. Los bolcheviques, ni

que decir tiene, estaban en minoría. Pero a pesar de todos los artificios del sistema electoral, representaban un núcleo importante, que en algunas cuestiones agrupó en torno suyo a más de la tercera parte de los delegados.

¿Convenía a la dignidad de un gobierno fuerte presentarse ante una conferencia "particular"? Esta cuestión suscitó en el Palacio de Invierno grandes vacilaciones y, por repercusión, emociones profundas en el Teatro Alexandrinka. El jefe del gobierno decidió, al fin, presentarse a la democracia. "Recibido con aplausos [cuenta Schliápnikov, refiriéndose a la aparición de Kerensky], se dirigió a la mesa para estrechar la mano a los que estaban sentados en torno a ella. Nos llegó el turno a nosotros (los bolcheviques), que ocupábamos nuestros asientos a escasa distancia unos de otros. Nos miramos y convinimos rápidamente no darle la mano. Un gesto teatral a través de la mesa. Yo me hice atrás ante la mano que se me ofrecía y Kerensky, con la mano tendida, que nadie estrechó, siguió adelante". El jefe del gobierno encontró la misma actitud en el flanco opuesto: en los kornilovianos. Y fuera de éstos y de los bolcheviques, no quedaban ya fuerzas reales.

Obligado por toda la situación a explicarse respecto de su papel en el compló, Kerensky mostró asimismo en esa ocasión excesiva confianza en sus dotes improvisadoras. "Sé lo que querían [se le escapó decir], porque antes de buscar a Kornílov se me habían presentado para proponerme ese camino". Desde la izquierda gritan: "¿Quién se le presentó?... ¿Quién se lo propuso?" Asustado por la resonancia de sus propias palabras, Kerensky se había refrenado ya. Pero el fondo político del compló había quedado al descubierto. El conciliador ucraniano Porsch, a su regreso, decía ante la Rada de Kiev: "Kerensky no consiguió demostrar que no estaba complicado en la sublevación de Kornílov". Pero no fue menos rudo el golpe que se asestó a sí mismo el jefe del gobierno en su discurso. Cuando por toda respuesta a las frases de que estaba harto ya de todo el mundo: "en el momento del peligro, todos se presentan y se explican", etc., se le gritó: "¿Y la pena de muerte?", el orador, perdiendo su aplomo, exclamó de un modo completamente inesperado para todos, y de seguro para él mismo: "Esperad antes a que firme aunque no sea más que una pena de muerte, como generalísimo, y entonces os permitiré que me maldigáis". Se acerca al estrado un soldado y le grita a quemarropa: "¡Es usted la desgracia de la patria!", ¡cómo!, él, Kerensky, estaba dispuesto a olvidar el elevado sitio que ocupaba, para dar explicaciones a la conferencia como hombre. "Pero no todo el mundo es capaz aquí de comprender al hombre". Por eso dice, empleando el lenguaje del poder: "Todo aquel que se atreva..." Eso mismo se había oído ya en Moscú, y, sin embargo, Kornílov se había atrevido.

"Si la pena de muerte era necesaria [preguntaba Trotsky en su discurso], ¿por qué se decide Kerensky a decir que no hará uso de ella? Y si considera posible comprometerse ante la democracia a no aplicar la pena de muerte, entonces... convierte el restablecimiento de la misma en un acto de ligereza que excede de los límites del crimen". Con esto se mostró conforme toda la sala, los unos con su silencio, los otros ruidosamente. "Kerensky, con su confesión, ha comprometido considerablemente al gobierno provisional y a sí mismo", dice el subsecretario de justicia Demanov, su colega y admirador.

Ninguno de los ministros pudo explicar lo que había hecho el gobierno, como no fuera dedicarse a resolver los problemas de su propia existencia. ¿Medidas de orden económico? No se podía citar ni una sola ¿Política de paz? "Ignoro [decía el exministro de justicia Zarudni, el más sincero de todos] si el gobierno provisional ha hecho algo en este sentido, pero yo no lo he visto". Zarudni se lamentaba, sin acertar a explicarse el hecho, de que "todo el poder hubiera ido a parar a manos de un solo hombre", a cuya indicación los ministros entraban y salían. Tsereteli escogió con imprudencia este tema:

"Culpa de la misma democracia es si al representante que tiene en las alturas se le ha subido el poder a la cabeza". Pero precisamente Tsereteli encarnaba de un modo más completo que nadie aquellos rasgos de la democracia que engendraban las tendencias bonapartistas del poder. "¿Por qué ha ocupado Kerensky el sitio que actualmente ocupa? [objetaba Trotsky]. Kerensky pudo ocupar la vacante gracias a la debilidad y a la indecisión de la democracia... Ni un solo orador he visto aquí que recabara el poco envidiable honor de defender al directorio o a su presidente..." Tras una explosión de protestas, el orador continúa: "Siento mucho que el punto de vista que encuentra ahora en la sala esta expresión ruidosa no haya encontrado su expresión concreta en esta misma tribuna. Ni un solo orador ha venido aquí a decirnos: ¿por qué discutís sobre la coalición pasada, por qué os preocupáis del futuro? Tenemos a Kerensky, y con esto basta..." Pero la forma bolchevista de plantear la cuestión une casi automáticamente a Tsereteli y a Zarudni, y a entrambos con Kerensky. Miliukov escribía certeramente a propósito de esto: Zarudni podía lamentarse del poder personal de Kerensky, Tsereteli podía aludir al vértigo que se había apoderado del jefe del gobierno; "todo eso no eran más que palabras"; pero cuando Trotsky hizo ver con claridad que nadie se había decidido en la conferencia a defender abiertamente a Kerensky, "la asamblea tuvo de inmediato la sensación de que el que hablaba era el enemigo común".

Los que representaban el poder sólo hablaban de éste como de una carga pesada y de una desdicha. ¿La lucha por el poder? El ministro Peschejonov decía: "El poder representa actualmente una cosa a que todo el mundo renuncia". ¿Era en realidad así? Kornílov no renunciaba a él, pero la reciente lección había sido ya punto menos que olvidada. Tsereteli se indignaba con los bolcheviques, que no tomaban para sí el poder, sino que empujaban a él a los sóviets. La idea de Tsereteli fue repetida por otros. ¡Sí, los bolcheviques deben asumir el poder!, se decía a media voz tras la mesa de la presidencia. Avksentiev se dirigió a Schliápnikov, que estaba sentado cerca de él, y le dijo: "haceos cargo del poder; las masas están con vosotros". Schliápnikov, contestando a su vecino en el tono que venía al caso, propuso que antes se dejara el poder sobre la mesa de la presidencia. Las semiirónicas exhortaciones dirigidas a los bolcheviques, proferidas en los discursos de la tribuna y en las conversaciones de los pasillos, eran en parte una burla, y en parte un tanteo. ¿Qué piensa hacer esa gente que está al frente del soviet de Petrogrado, del de Moscú y de otros muchos de provincias? ¿Es posible que se atrevan realmente a tomar el poder? No lo creían; dos días antes del retador discurso de Tsereteli decía el *Riech* que el mejor medio de librarse del bolchevismo por muchos años sería confiar los destinos del país a sus jefes; pero "esos tristes héroes del día no tienen la menor intención de adueñarse del poder... Prácticamente, su posición no puede ser tomada en cuenta desde ningún punto de vista". Tan jactanciosa conclusión pecaba, en todo caso, de precipitada cuando menos.

La enorme ventaja de los bolcheviques, que tal vez no haya sido apreciada aún hasta ahora en todo su valor, estaba en que comprendían perfectamente a sus adversarios, a los que veían, por decirlo así, al trasluz. Les ayudaban en este sentido el método materialista, la escuela leninista de la claridad y de la sencillez y la aguda perspicacia de unos hombres que estaban decididos a llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. Los liberales y los conciliadores se formaban de los bolcheviques, por el contrario, una idea que respondía puramente a las necesidades del momento. No podía ser de otro modo: unos partidos que por la marcha de los acontecimientos históricos no tenían salida, nunca se mostraron capaces de mirar frente a frente a la realidad, del mismo modo que un enfermo desesperado es incapaz de mirar frente a frente a su enfermedad.

Pero los conciliadores, al mismo tiempo que no creían en la insurrección de los bolcheviques, la temían. Esto lo expresó mejor que nadie Kerensky. "Estáis equivocados

[exclamó de repente en su discurso]; no os imaginéis que si los bolcheviques me atacan no tengo detrás de mí a las fuerzas de la democracia. No creáis que floto en el aire. Tened en cuenta que, si organizáis algo, se paralizarán los ferrocarriles, no se transmitirán los telegramas...” Una parte de la sala aplaude; otra, confusa, guarda silencio; los bolcheviques se ríen francamente. ¡No es muy sólida la dictadura que se ve obligada a demostrar que no flota en el aire!

Los bolcheviques, en su declaración, contestaron en los siguientes términos a los retos irónicos, a las acusaciones de cobardía y a las amenazas absurdas: “Nuestro partido, que lucha por el poder en nombre de la realización de su programa, nunca ha aspirado ni aspira a adueñarse de ese poder contra la voluntad organizada de la mayoría de las masas trabajadoras del país”. Esto significaba: tomaremos el poder como partido de la mayoría soviética. Las palabras relativas a la “voluntad organizada de los trabajadores” se refería al congreso de los sóviets, que había de celebrarse en breve. “Sólo serán realizables las resoluciones y proposiciones de esta conferencia ... [decía la declaración] que sean aceptadas por el congreso de los sóviets...”

Cuando Trotsky, al leer la declaración de los bolcheviques, aludió a la necesidad de proceder inmediatamente a armar a los obreros, de los bancos de la mayoría partieron exclamaciones insistentes: “¿Para qué?, ¿para qué?” Era la misma nota de alarma y provocación. ¿Para qué? “Para crear un reducto efectivo contra la contrarrevolución”, contesta el orador. Pero no sólo para esto. “Os digo, en nombre de nuestro partido y de las masas proletarias que le siguen, que los obreros armados... defenderán contra los ejércitos del imperialismo al país de la revolución, con un heroísmo como aún no ha conocido hasta ahora la historia rusa...” Tsereteli caracterizó esta promesa de una frase huera. Ulteriormente, la historia del Ejército Rojo se encargó de darle un mentís.

Aquellas horas ardientes en que los caudillos conciliadores rechazaban la coalición con los kadetes, quedaban lejos: sin los kadetes, ahora, la coalición resultaba imposible. ¿Iban a tomar el poder ellos? “El poder, acaso hubiéramos podido tomarlo el 27 de febrero [decía Skóvelev], pero... toda la fuerza de nuestra influencia la hemos gastado en ayudar a los elementos burgueses a reponerse de su confusión... y a llegar al poder”. ¿Por qué esos señores impedían a los kornilovianos, que ya se habían repuesto, que se adueñasen del poder? Un poder puramente burgués, explica Tsereteli, no es posible aún: provocaría la guerra civil. Había que aniquilar a Kornílov para que con su aventura no impidiera a la burguesía llegar al poder en unas cuantas etapas. “Ahora que ha triunfado la democracia revolucionaria, el momento es particularmente favorable para la coalición”.

El jefe de la cooperación, Berkemhein, expresó la filosofía política de la misma: “Querámoslo o no, la burguesía es la clase a la que ha de pertenecer el poder”. El viejo revolucionario populista Minor imploraba de la conferencia que se adoptase una resolución unánime a favor de la coalición. De lo contrario, “no hay por qué engañarnos, nos degollaremos mutuamente”, terminó Minor en medio de un silencio siniestro. Pero ¿acaso no hacía falta (como pensaban los kadetes) el bloque gubernamental para la lucha contra la “golfería anarquista” de los bolcheviques? “En eso consistía precisamente el sentido de la idea de la coalición”, aclaraba Miliukov con toda franqueza. En tanto Minor confiaba en que la coalición impediría el degüello mutuo, Miliukov contaba firmemente con que la coalición facilitase la posibilidad de degollar a los bolcheviques con ayuda de todas las fuerzas mancomunadas.

En el curso de los debates sobre la coalición, leyó Riazánov el artículo de fondo del *Riech* del 29 de agosto, que Miliukov había retirado en el último momento, dejando un blanco en el periódico: “Sí, no tenemos temor en decir que el general Kornílov perseguía los mismos fines que consideramos necesarios para la salvación de la patria”.

La cita produjo su efecto. "¡Oh, son ellos quienes van a salvarla!", exclaman en los bancos de la izquierda. Pero los kadetes tienen sus defensores. ¡No hay que olvidar que el artículo no llegó a publicarse! Además, no todos los kadetes estaban por Kornílov; hay que saber distinguir a los pecadores de los justos.

"Se dice que no es posible acusar a todo el partido kadete de complicidad en la sublevación de Kornílov [contestó Trotsky]. Znamenski nos ha dicho ya aquí, más de una vez, a los bolcheviques: vosotros protestáis cuando hacíamos responsable a todo vuestro partido del movimiento del 3 al 5 de julio; no incurráis en el mismo error, no hagáis responsables a todos los kadetes de la sublevación de Kornílov. Pero esta comparación adolece, a mi ver, de un pequeño vicio. Cuando se acusaba a los bolcheviques de haber provocado el movimiento de julio, no se trataba de invitarles a que formasen parte del ministerio, sino de llevarlos a la cárcel. Confío que el ministro de justicia, Zarudni, no negará esa diferencia. También nosotros decimos: Si deseáis llevar a los kadetes a la cárcel por la sublevación de Kornílov, no lo hagáis a bulto y en masa; lejos de ello, examinad antes a cada kadete por separado, en todos los sentidos. (*Risas; voces: ¡Bravo!*) Si se trata de que el partido kadete entre a formar parte del ministerio, lo que constituye una circunstancia decisiva, no es que tal o cual kadete se pusiera de acuerdo con Kornílov entre bastidores, ni que Maklakov estuviera al telégrafo cuando Sávinkov sostenía negociaciones con el generalísimo, ni que Rodichev se fuera al Don para entablar negociaciones políticas con Kaledin. No se trata de eso, sino de que toda la prensa burguesa, o bien se solidarizó francamente con Kornílov, o bien calló prudentemente, esperando su victoria. ¡Por eso digo que no tenéis acompañantes para la coalición!"

Al día siguiente el marino Schichkin, representante de Helsingfors y de Sveaborg, hablaba sobre este tema de un modo más conciso y convincente: "El gobierno de coalición no contará con la confianza ni el apoyo de los marinos de la escuadra del Báltico y de la guarnición de Finlandia... Los marinos han izado las banderas de combate contra la creación de un ministerio de coalición". Los argumentos racionales no surtían efecto. El marino Schichkin echó mano de otro: el de los cañones de marina. Sus palabras obtuvieron la completa aprobación de los demás marinos, que estaban de centinela en las puertas de entrada de la sala de sesiones. Bujarin contó posteriormente que "los marinos que habían sido apostados por Kerensky para proteger contra nosotros, los bolcheviques, a la conferencia democrática, se dirigieron a Trotsky y, agitando las bayonetas, le preguntaron: "¿Tendremos que esperar mucho todavía para trabajar con esto?" Estas palabras eran simple repetición de la pregunta que los marinos del *Aurora* habían formulado durante una de las entrevistas celebradas en la cárcel de Kresty. Pero ahora se acercaban los momentos decisivos.

Si se prescinde de matices, es fácil delimitar tres grupos en la conferencia: un centro vasto, pero muy inconsistente, que no se atreve a asumir el poder, se muestra de acuerdo con la coalición, pero no quiere a los kadetes; un ala derecha débil, que está por Kerensky y por la coalición con la burguesía sin limitación alguna; un ala izquierda dos veces más fuerte, que está por el poder de los sóviets o por un gobierno socialista. En la asamblea de los delegados soviéticos a la conferencia democrática, Trotsky se pronunció por la entrega del poder a los sóviets; Mártov, por un ministerio socialista homogéneo. La primera fórmula reunió 86 votos; la segunda, 97. Formalmente, sólo la mitad, sobre poco más o menos, de los sóviets de obreros y soldados se hallaban dominados en aquel momento por los bolcheviques, mientras que la otra mitad oscilaba entre éstos y los conciliadores. Pero los bolcheviques hablaban en nombre de los poderosos sóviets de los centros más industriales y cultos del país; en los sóviets eran incomparablemente más fuertes que en la conferencia, y entre el proletariado y el ejército, incomparablemente más

fuertes que en los sóviets. Los sóviets, atrasados, iban siendo arrastrados, cada vez más poderosamente, por los avanzados.

En la conferencia votaron por la coalición 766 delegados, y en contra 688, con 38 abstenciones. ¡Casi se equilibraron los dos bandos! La enmienda que excluía de la coalición a los kadetes obtuvo mayoría: 595 votos contra 493 y 72 abstenciones. Pero la eliminación de los kadetes privaba de todo sentido a la coalición. De ahí que la resolución general fuese rechazada por una mayoría de 813 votos (esto es, por el bloque de los flancos extremos, de los partidarios decididos y de los enemigos irreconciliables de la coalición, contra el centro, que disminuyó hasta contar solamente con 183 votos, con 80 abstenciones. Era la más nutrida de todas las votaciones; pero era tan vacía como la idea de la coalición sin kadetes, que rechazaba. "Por lo que respecta a la cuestión cardinal... [dice, con justicia, Miliukov], la conferencia se quedó, por consiguiente, sin opinión y sin fórmula".

¿Qué podían hacer los caudillos? Pisotear la voluntad de la "democracia", que rechazaba su propia voluntad. Se convoca a la mesa, con representantes de los partidos y de los grupos, para tratar de dar una solución nueva a la cuestión decidida ya por el pleno. Resultado: 50 votos en pro de la conciliación y 60 en contra. Ahora, la cosa, al parecer está clara, ¿verdad? La cuestión referente a la responsabilidad del gobierno ante un órgano permanente de la conferencia democrática es aceptada unánimemente por esa reunión ampliada de la mesa. A favor de la inclusión en ese órgano de representantes de la burguesía se alzan 56 brazos contra 48, con 10 abstenciones. Aparece Kerensky para declarar que se niega a formar parte de un gobierno socialista. Después de esto, todo se reduce a dar por terminada la desdichada conferencia, sustituyéndola con una institución en la que estén en mayoría los partidos de la coalición incondicional. Para lograr el resultado deseado basta conocer las reglas elementales de la aritmética. En nombre de la mesa, Tsereteli presenta una moción a la conferencia en el sentido de que el órgano representativo está llamado a "cooperar a la formación del poder" y que el gobierno debe "ejercer su sanción sobre dicho órgano": la idea de poner un freno a Kerensky quedaba, por consiguiente, archivada. Completado en la debida proporción con representantes de la burguesía, el futuro consejo de la república o Preparlamento tendrá como misión sancionar el gobierno de coalición con los kadetes. La resolución de Tsereteli significa exactamente lo contrario de lo que quería la conferencia y de lo que acababa de decidir la mesa. Pero el desorden, la descomposición y la desmoralización son tan grandes, que la conferencia acepta la capitulación, ligeramente disimulada, que se propone, por 829 votos contra 106 y 69 abstenciones. "Así, pues, señores conciliadores y señores kadetes, por ahora habéis vencido [decía el diario de los bolcheviques]. ¡Hagan juego, señores! Haced el nuevo experimento. Será el último, os respondemos de ello".

"La conferencia democrática [dice Stankievich] sorprendió a sus mismos iniciadores por el extraordinario caos de las ideas". En los partidos conciliadores, "completa discordia"; en la derecha, en los medios de la burguesía, "el gruñido"; la insidia y la calumnia cuchicheadas al oído, la lenta contorsión de los últimos restos de autoridad del poder..., y sólo en la izquierda, "consolidación de las fuerzas y del estado de ánimo". Esto lo dice un adversario; esto lo atestigua un enemigo, que en octubre habrá de disparar aún contra los bolcheviques. Para los conciliadores, la parada de la democracia, celebrada en Petrogrado, vino a ser lo que para Kerensky había sido la parada de la unidad nacional en Moscú: una confesión pública de inconsistencia, una demostración de marasmo político. Si la conferencia nacional dio un impulso a la sublevación de Kornílov, la conferencia democrática allanó definitivamente el camino a la sublevación de los bolcheviques.

Antes de dar fin a sus tareas, la conferencia eligió de su mismo seno un órgano permanente, mediante la representación en él de 15% de la composición de cada uno de los grupos: en total, unos 350 delegados. Las instituciones de las clases poseedoras debían obtener, además, 120 puestos. El gobierno añadió 20 para los cosacos. Todos juntos debían constituir el consejo de la república o Preparlamento, destinado a representar a la nación hasta que se convocase la Asamblea constituyente.

La actitud que habían de adoptar frente al consejo de la república se convirtió inmediatamente en un agudo problema táctico para los bolcheviques ¿acudirían o no? El boicot de las instituciones parlamentarias por parte de los anarquistas y semianarquistas está dictado por la tendencia a no someter su propia impotencia a la prueba de las masas y conservar con ello el derecho a la altivez pasiva, con lo que ni los enemigos pierden nada ni los amigos salen ganando nada tampoco. El partido revolucionario puede volverse de espaldas al parlamento únicamente en caso de que se proponga como fin inmediato derrocar el régimen existente. En los años transcurridos entre las dos revoluciones, Lenin había venido trabajando con gran hondura en los problemas del parlamentarismo revolucionario.

El parlamento más censitario puede expresar fielmente (y más de una vez la ha expresado en la historia) la relación de fuerzas: así ocurrió, por ejemplo, con las dumas después de la derrotada revolución de 1905-1907. Boicotear parlamentos de ese tipo significa boicotear la correlación de fuerzas en vez de modificarla en beneficio de la revolución. Pero el parlamento de Tsereteli-Kerensky no respondía ni poco ni mucho a la correlación de fuerzas, sino que había sido engendrado por la impotencia y la astucia de los dirigentes, por la fe mística en las instituciones, el fetichismo de la forma, la esperanza de subordinar al parlamento un enemigo incomparablemente más fuerte que él, y disciplinarlo de ese modo.

Para obligar a la revolución a encorvarse y bajar la cabeza con objeto de que pudiera pasar por el yugo del Preparlamento, era menester previamente, si no aplastar la revolución, sí infligirle, por lo menos, una seria derrota. Pero en realidad, quien había sufrido la derrota era la vanguardia de la burguesía, tres semanas antes. La revolución, en cambio, estaba recibiendo una nueva afluencia de fuerzas; lo que se proponía como fin no era la república burguesa, sino la república de los obreros y los campesinos y no tenía por qué poner el cuello al yugo del Preparlamento, cuando se iba desenvolviendo cada vez más en los sóviets.

El 20 de septiembre convocó el comité central de los bolcheviques a una conferencia del partido, formada por los delegados del mismo en la conferencia democrática, los miembros del comité central y del comité local de Petrogrado. Trotsky, como ponente del comité central, propugnó el boicot del Preparlamento. La proposición chocó con la resistencia decisiva de unos cuantos (Kámenev, Ríkov, Riazánov) y fue acogida con simpatía por otros (Sverdov, Yoffe, Stalin). El comité central, que se había dividido acerca de esta cuestión, se vio obligado, en oposición de los estatutos y a la tradición del partido, a someter la cuestión a la conferencia. Dos ponentes, Trotsky y Ríkov, hicieron uso de la palabra como representantes de los opuestos puntos de vista. Podía parecer, y así pareció a la mayoría, que los ardientes debates que se desarrollaron en torno a esta cuestión tenían un carácter puramente táctico. En realidad, la discusión sacaba a relucir de nuevo las divergencias de abril y preparaba las de octubre. Se trataba de saber si el partido adaptaría su misión al desarrollo de la república burguesa o se proponía realmente como fin la conquista del poder. Por una mayoría de 77 votos contra 50, la conferencia del partido rechazó la consigna del boicot. El 22 de septiembre tuvo Riazánov ocasión de declarar en la conferencia democrática, en nombre del partido, que los bolcheviques enviaban sus representantes al Preparlamento para "denunciar, en esa

nueva fortaleza de los conciliadores, toda tentativa de coalición con la burguesía". Esto parecía radical, pero en el fondo implicaba la sustitución de la política de acción revolucionaria por la política de oposición.

Las tesis de abril de Lenin habían sido aceptadas formalmente por el partido; pero a propósito de cada gran cuestión volvían a salir a la superficie las concepciones de marzo, todavía muy fuertes en el sector dirigente, que en muchos puntos del país no había empezado hasta entonces a separarse de los mencheviques. Lenin no pudo intervenir en el debate hasta más tarde. El 23 de septiembre escribía: "Hay que boicotear el Preparlamento; hay que ir a los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos; hay que ir a los sindicatos; hay que ir, en general, a dondequiera que estén las masas. Hay que incitarlas a la lucha. Hay que darles una consigna justa y clara: disolver la banda bonapartista de Kerensky con su Preparlamento amañado... Los mencheviques y los socialrevolucionarios no han aceptado, ni aún después de la sublevación de Kornílov, nuestro compromiso... Hay que luchar implacablemente contra ellos. Hay que echarlos sin piedad de todas las organizaciones revolucionarias... Trotsky era partidario del boicot. ¡Bravo, compañero, Trotsky! El boicotismo ha sido vencido en la fracción de los bolcheviques de la conferencia democrática. ¡Viva el boicot!"

Cuanto más profundo iba penetrando la cuestión en el partido, más decididamente se modificaba la correlación de las fuerzas a favor del boicot. En casi todas las organizaciones locales se formó una mayoría y una minoría. En el comité de Kiev, por ejemplo, los partidarios del boicot, capitaneados por Eugenia Boch, formaban una débil minoría, pero ya a la vuelta de pocos días se adopta en la conferencia local, por una mayoría aplastante de votos, una resolución a favor del boicot del Preparlamento: "No se puede perder el tiempo charlando y sembrando ilusiones". El partido se apresuraba a enmendar la plana a sus dirigentes.

Entre tanto, Kerensky, deshaciéndose de las inconsistentes pretensiones de la democracia, se esforzaba por hacer ver a los kadetes que no era él hombre que se arredrase. El 18 de septiembre dio inesperadamente la orden de disolver el comité central de la marina de guerra. Los marinos contestaron resolviendo: "Considerar inaplicable, por ilegal, el decreto de disolución del comité central de la armada, y exigir su inmediata anulación". Intervino en el asunto el comité ejecutivo, que dio a Kerensky un pretexto formal para anular su disposición a los dos días.

En Tashkent el sóviet, compuesto en su mayoría de socialrevolucionarios, tomó el poder en sus manos y destituyó a los antiguos funcionarios: Kerensky mandó al general nombrado para someter Tashkent un telegrama, concebido en los siguientes términos: "No entablar negociaciones de ninguna clase con los revoltosos... Se imponen las medidas más resueltas". Las tropas ocuparon la ciudad y detuvieron a los representantes del sóviet. Se declaró inmediatamente una huelga general en la que tomaron parte cuarenta sindicatos; por espacio de una semana no se publicaron periódicos y la agitación empezó a extenderse a la guarnición. De esta manera, el gobierno, en su afán por instaurar un espectro de orden, lo que hacía era sembrar la anarquía burocrática.

El mismo día en que la conferencia adoptaba su resolución contra la coalición con los kadetes, el comité central de este partido proponía a Konoválov y a Kichkin que aceptaran la proposición de Kerensky de entrar a formar parte del ministerio. Según se afirmaba, el que en esa ocasión manejaba la batuta era Buchanan. Acaso no convenga interpretar esta afirmación de un modo excesivamente liberal. Pero si no Buchanan, era su sombra quien dirigía: había que formar un gobierno que fuera aceptable para los Aliados. Los industriales y bolsistas de Moscú se mostraban reacios, se hacían de rogar, formulaban ultimátum. La conferencia democrática no hacía más que votar, imaginándose que las votaciones tenían una significación real. En realidad, la cuestión se

resolvía en el Palacio de Invierno, en las reuniones comunes de lo que quedaba de gobierno y los representantes de los partidos de la coalición. Los kadetes mandaban a dichas reuniones a sus kornilovianos más declarados. Todos trataban de convencerse mutuamente de la necesidad de la unidad. Tsereteli, depósito inagotable de lugares comunes, descubrió que el obstáculo principal que se oponía al acuerdo "había consistido hasta entonces en la desconfianza mutua... Hay que poner término a esa desconfianza". El ministro de asuntos extranjeros, Tereschenko, calculó que de los ciento noventa y siete días que llevaba de existencia el gobierno revolucionario, las crisis habían consumido cincuenta y seis. Lo que no explicó fue a qué se habían destinado los días restantes.

Aún antes de que la conferencia democrática se tragara la resolución de Tsereteli, que se hallaba en oposición radical con todos sus propósitos, los corresponsales de los periódicos ingleses y norteamericanos comunicaban telegráficamente a sus países que podía darse por segura la coalición con los kadetes, y daban sin vacilar los nombres de los nuevos ministros. Por su parte, el consejo de las "fuerzas vivas" de Moscú decidía, bajo la presidencia del eterno Rodzianko, enviar un saludo a su compinche Tretiakov, invitado a formar parte del gobierno. El 9 de agosto estos señores habían enviado un telegrama a Kornílov: "En estos terribles momentos de prueba, toda la Rusia que piensa vuelve los ojos hacia usted con esperanza".

Kerensky aceptó generosamente la existencia del Preparlamento, a condición de que se reconociera que "sólo al gobierno provisional corresponde organizar el poder y completar el gobierno". Esta humillante condición había sido dictada por los kadetes. La burguesía no podía, como es natural, dejar de comprender que la composición de la asamblea constituyente había de ser mucho menos favorable. para ella que la del Preparlamento: "Las elecciones a la asamblea constituyente [decía Miliukov] deben dar un resultado accidental y acaso ruinoso". Si, a pesar de ello, el partido kadete, que, recientemente aún, intentaba someter el gobierno a la duma zarista, negaba toda facultad legislativa al Preparlamento, era única y exclusivamente porque no perdía las esperanzas de impedir que llegara a convocarse la asamblea constituyente.

"O Kornílov o Lenin"; así definía Miliukov la alternativa. Lenin, por su parte, escribía: "O el poder de los sóviets o Kornílov. No hay término medio". Miliukov y Lenin coincidían, y no de un modo casual, en la manera de apreciar la situación. Ambos, contrariamente a los conciliadores, héroes de la frase, eran dos representantes serios de las clases fundamentales de la sociedad. La conferencia nacional de Moscú había puesto ya de manifiesto, según las palabras de Miliukov, que "el país se divide en dos campos, entre los cuales no puede haber, en el fondo, conciliación ni acuerdo". Pero cuando no puede haber conciliación entre dos campos sociales la guerra civil se encarga de resolver la cuestión.

Ni los kadetes ni los bolcheviques retiraban, sin embargo, la consigna de la asamblea constituyente. Los kadetes necesitaban de ella como de una última instancia contra las reformas sociales inmediatas, contra los sóviets, contra la revolución. La burguesía se aprovechaba de la sombra que la democracia proyectaba ante sí en forma de asamblea constituyente, para obrar contra la democracia viva. La burguesía sólo podía rechazar sin rebozo la asamblea constituyente, después de haber aplastado a los bolcheviques. Pero de momento no se podía pensar en semejante cosa. En aquella etapa, los kadetes se esforzaban en garantizar la independencia del gobierno respecto de las organizaciones ligadas a las masas, con la mira de poder subordinar del todo a sí al gobierno más adelante, con mayor seguridad.

Pero los bolcheviques, que no veían salida alguna por la senda de la democracia formal, tampoco renunciaban todavía, por su parte, a la idea de la asamblea constituyente. No hubieran podido hacerlo sin romper con el realismo revolucionario. No era posible

prever con absoluta certeza si el ulterior desarrollo de los acontecimientos crearía condiciones favorables para la victoria completa del proletariado. Pero fuera de la dictadura de los sóviets y antes de esta dictadura, la asamblea constituyente debía ser la conquista suprema de la revolución. De la misma manera que los bolcheviques habían defendido a los sóviets conciliadores y a los municipios democráticos contra Kornílov, estaban dispuestos a defender a la asamblea constituyente contra los ataques de la burguesía.

Esta crisis de treinta días terminó, al fin, con la constitución de un nuevo gobierno. A desempeñar el principal papel en el mismo después de Kerensky estaba llamado el riquísimo industrial de Moscú Konoválov, que en los comienzos de la revolución había ayudado económicamente al periódico de Gorki. Konoválov fue luego miembro del primer gobierno de coalición; dimitió, formulando públicamente su protesta, después del primer congreso de los sóviets; entró más tarde en el partido kadete, cuando éste se hallaba ya maduro para el golpe de estado de Kornílov, y ahora volvía al gobierno como vicepresidente y de ministro de industria y comercio. Ocuparon los puestos ministeriales, con Konoválov, Tretiakov, presidente del comité bursátil de Moscú, y Smirnov, presidente del comité industrial de guerra de Moscú. El azucarero de Kiev, Tereschenko, siguió siendo ministro de asuntos extranjeros. Los demás ministros, los socialistas inclusive, no presentaban ningún rasgo característico, pero estaban completamente resueltos a no perturbar la armonía. La *Entente* podía estar tanto más contenta del gobierno cuanto que seguía de embajador en Londres el viejo funcionario diplomático Nabokov, se mandaba a París, como embajador al kadete Maklakov, aliado a Sávinkov, y a Berna al “progresista” Efremov. La lucha por la paz democrática se hallaba en buenas manos.

La declaración del nuevo gobierno era una maliciosa parodia de la declaración de la democracia formulada en Moscú. El sentido de la coalición no radicaba, sin embargo, en el programa de reformas, sino en la tentativa de completar la obra de las jornadas de julio: decapitar la revolución aplastando a los bolcheviques. Pero en este punto, el *Rabochi Put* (El Camino Obrero), una de las reencarnaciones de *Pravda*, recordaba insolentemente a los Aliados: “Os habéis olvidado de que los bolcheviques son ahora los sóviets de obreros y soldados”. Al refrescar así la memoria a los Aliados, el *Rabochi Put* daba en lo vivo. “Surgía la pregunta fatal [confiesa Miliukov]: ¿No será tarde? ¿No será tarde para declarar, la guerra a los bolcheviques?...”

En efecto, acaso fuera tarde ya. El día en que se formó el nuevo gobierno, compuesto de 6 ministros burgueses y 10 semisocialistas, terminaba la formación del nuevo comité ejecutivo del sóviet de Petrogrado, compuesto de 13 bolcheviques, 6 socialrevolucionarios y 3 mencheviques. El sóviet acogió la coalición gubernamental con una resolución presentada por su nuevo presidente, Trotsky: “El nuevo gobierno... entrará en la historia de la revolución como el gobierno de la guerra civil... La noticia de la formación del nuevo gobierno será acogida por toda la democracia revolucionaria con una sola respuesta: ¡la dimisión! Apoyándose en este clamor unánime de la auténtica democracia, el congreso de los sóviets creará un poder revolucionario verdadero”. Los adversarios no querían ver en esta resolución más que uno de los acostumbrados votos de desconfianza. En realidad, era el programa de la revolución. Para llevarlo a la práctica iba a hacer falta exactamente un mes.

La línea quebrada de la economía seguía inclinándose bruscamente hacia abajo. El gobierno, el comité central ejecutivo y, poco después, el parlamento recién creado, registraban los hechos y los síntomas de crisis como argumentos contra la anarquía, los bolcheviques y la revolución. Pero no tenían ni la sombra de un plan económico. El órgano creado cerca del gobierno para regular la economía no daba ni un solo paso serio.

Los industriales cerraban las fábricas. El tráfico ferroviario se reducía, por escasez de carbón. En las ciudades, las centrales eléctricas languidecían, la prensa denunciaba clamorosamente la catástrofe. Subían los precios, los obreros se declaraban en huelga unos tras otros, a pesar de las advertencias del partido, de los sóviets, de los sindicatos. Sólo se abstenían de promover conflictos los sectores de la clase obrera que se preparaban ya conscientemente para la revolución. Acaso donde había más tranquilidad era en Petrogrado.

El gobierno se enajenaba las simpatías de todo el mundo por su insensibilidad ante las masas, por su irreflexiva indiferencia ante sus necesidades y por su fraseología provocativa, como respuesta a las protestas y a los gritos de desesperación. Se hubiera dicho que buscaba deliberadamente los conflictos. Casi desde los días de la Revolución de Febrero, venían los obreros y empleados ferroviarios exigiendo el aumento de los salarios. Una comisión sucedía a otra; nadie les daba respuesta. La situación de los ferroviarios se hacía insostenible. Los conciliadores calmaban a la gente; el "Vikjel" la contenía. Pero el 24 de septiembre se produjo la explosión. Hasta entonces no se dio cuenta de la situación el gobierno; se hicieron algunas concesiones a los ferroviarios, y la huelga, que se había extendido a gran parte de las líneas, terminó el 27.

Durante los meses de agosto y septiembre, la situación desde el punto de vista de las subsistencias empeora rápidamente. En los días de la sublevación de Kornílov, la ración de pan había sido ya reducida en Moscú y Petrogrado hasta media libra por día. En el distrito de Moscú se daban no más que dos libras semanales. La región del Volga, el sur, el frente, todas las regiones del país, atravesaban una aguda crisis de subsistencias. En algunas fábricas de la región textil de las cercanías de Moscú se empezaba ya a sufrir hambre en el sentido literal de la palabra. Los obreros y las obreras de la fábrica Smirnov (el patrono de la misma había sido invitado precisamente aquellos días a desempeñar el papel de inspector del estado en la nueva coalición ministerial) habían celebrado una manifestación en la vecina ciudad de Orejovo-Zuyevo, con unos cartelones en que se leía: "¡Tenemos hambre! ¡Nuestros hijos están hambrientos! ¡Quién no está con nosotros está contra nosotros!" Los obreros de Orejovo y los soldados del hospital militar de la localidad repartieron sus miserables raciones con los manifestantes: era ésta otra coalición que se alzaba contra la coalición gubernamental.

Los periódicos registraban a diario nuevos focos de colisiones y revueltas; protestaban los obreros, los soldados, las clases humildes de las ciudades. Las mujeres de los soldados exigían el aumento de los subsidios, vivienda, leña para el invierno. La agitación de los "centurias negras" buscaba un estímulo en el hambre de las masas. El periódico kadete de Moscú, *Russkia Vedomosti* (La Gaceta de Moscú), que en otro tiempo había combinado el liberalismo con el populismo, manifestaba ahora odio y repugnancia hacia el auténtico pueblo. "Se ha extendido por toda Rusia una ola de disturbios... [escribían los profesores liberales]. Lo que más dificulta la lucha contra esos disturbios... es el carácter espontáneo e incoherente de los mismos... Puede recurrirse a las medidas de represión, al auxilio de la fuerza armada..., pero precisamente esa fuerza armada, personificada por los soldados de las guarniciones locales, es el que desempeña el principal papel en los disturbios... La muchedumbre... se echa a la calle y empieza a sentirse dueña de la situación".

El fiscal de Sáratov decía lo siguiente al ministro de justicia, Maliantovich, que en la época de la primera revolución se consideraba bolchevique: "El mal principal contra el que no es posible luchar, son los soldados... Los actos de justicia espontáneos, las detenciones y registros arbitrarios, las requisas de todas clases, todo ello, en la mayor parte de los casos, se realiza exclusivamente por los soldados, o con su participación directa". En el mismo Sáratov, en las capitales de distrito, en las aldeas, "nadie ayuda en

lo más mínimo a la justicia”. El fiscal no consigue registrar (tan numerosos son) todos los crímenes cometidos por el pueblo.

Los bolcheviques estaban muy lejos de forjarse ilusiones en cuanto a las dificultades que habían de echarse encima al asumir el poder. “Al propugnar la consigna ‘Todo el poder a los sóviets’ [decía el nuevo presidente del sóviet de Petrogrado], sabemos que no restañará todas las heridas en un instante. Necesitamos un poder análogo a un comité de sindicato, que da lo que puede a los huelguistas, no oculta nada, y cuando no puede dar, lo reconoce así francamente...”

Una de las primeras sesiones del gobierno fue consagrada a la “anarquía” reinante en provincias, y particularmente, en el campo. Se reconoció de nuevo la necesidad de “no detenerse ante las medidas más extremadas”. El gobierno descubrió al mismo tiempo, que la causa de la ineficacia de la lucha contra los desórdenes era la escasa popularidad de que gozaban entre las masas de población campesina los comisarios gubernamentales. Para hacer frente a la situación, se decidió crear con urgencia “comités especiales del gobierno provisional” en todas las provincias en que se produjeran disturbios. En lo sucesivo, los campesinos deberían recibir con aclamaciones de entusiasmo a los destacamentos punitivos.

Las fuerzas históricas irresistibles arrastraban a los gobernantes al abismo. Nadie creía seriamente en el éxito del nuevo gobierno. El aislamiento de Kerensky era irremediable. Las clases pudientes no podían olvidar su traición a Kornílov. “Cualquiera dispuesto a batirse contra los bolcheviques [escribe el oficial cosaco Kakliugin], no quería hacerlo en nombre y en defensa del gobierno provisional”. Kerensky, al mismo tiempo que se aferraba al poder, temía hacer uso de él. La fuerza creciente de la resistencia paralizaba su voluntad. Eludía toda decisión, y evitaba el Palacio de Invierno, donde la situación le obligaba a obrar. Casi inmediatamente después de la formación del nuevo gobierno, cedió la presidencia a Konoválov y se marchó al cuartel general, donde ninguna necesidad tenían de él, y volvió a Petrogrado con el fin exclusivo de abrir el Preparlamento. A pesar de las insistencias de los ministros, el 14 se dirigió de nuevo al frente. Kerensky quería sustraerse al destino que seguía pisándole los talones.

Konoválov, colaborador inmediato y suplente de Kerensky, se desesperaba, según Nabokov, ante la versatilidad del jefe del gobierno y la absoluta imposibilidad de confiar en su palabra. El espíritu de los restantes miembros de gabinete no se diferenciaba gran cosa del de su presidente. Los ministros se lanzaban recíprocamente miradas de zozobra, esperaban, salían del paso oyendo informes y se ocupaban de nimiedades. Al ministro de justicia, Maliantovich, le preocupaba extraordinariamente, según cuenta Nabokov que los senadores no recibieran a su nuevo colega Sokolov, vestidos de levita. “¿Qué le parece a usted que debe hacerse?”, preguntaba desasosegado. Conforme al protocolo introducido por Kerensky, se observaba rigurosamente la prescripción de que los ministros no se llamaran entre sí por el apellido, como simples mortales, sino por el cargo que ocupaban: “señor ministro tal”, como correspondía a los ministros de un poder fuerte. Los recuerdos de los actores parecen una sátira. El propio Kerensky escribía posteriormente, a propósito de su ministro de la guerra: “Fue aquél el nombramiento más destacado: en toda la actuación de Verjovsky había algo cómico”. Pero lo peor es que toda la actuación del gobierno provisional llevaba un sello de comicidad involuntaria. Aquella gente no sabía qué hacer. No gobernaba, sino que jugaba a gobernar, de la misma manera que los chicos de la escuela juegan a los soldados, sólo que de un modo mucho menos divertido.

Miliukov ha caracterizado de una manera muy precisa el estado de ánimo del jefe del gobierno en ese período: “En Kerensky, a medida que el terreno vacilaba bajo sus pies, se manifestaban cada vez más claramente los síntomas de ese patológico estado del espíritu que pudiera calificarse, en términos de medicina, de ‘neurastenia psíquica’. Sus

amigos íntimos sabían desde hacía mucho tiempo que Kerensky, que por las mañanas se hallaba en un estado de decaimiento extremo, pasaba en la segunda mitad del día a un estado de sobreexcitación bajo la acción de los medicamentos que tomaba". Miliukov explica la especial influencia ejercida sobre Kerensky por el ministro kadete Kichkin, psiquiatra de profesión, a causa del acierto con que sabía tratar al paciente. Dejamos la íntegra responsabilidad de estos datos al historiador liberal, que, si bien tenía de su parte todas las posibilidades de conocer la verdad, no siempre hacía de ésta su criterio supremo.

La declaración de un hombre tan allegado a Kerensky como Stankievich confirma, si no la característica psiquiátrica, sí la característica psicológica apuntada por Miliukov. "Kerensky me producía la impresión [dice Stankievich] de estar rodeado de vacío y de una extraña tranquilidad como yo no había visto nunca. En torno a él no había nadie más que sus invariables ayudantes. En cambio, no se veía ni la multitud que antes le rodeaba constantemente, ni las comisiones, ni los reflectores... Surgieron raros momentos de asueto, y tuve ocasión (que pocas veces se daba) de hablar con Kerensky horas enteras, durante las cuales daba muestras de una curiosa despreocupación".

Toda nueva modificación del gobierno se efectuaba en nombre de un poder fuerte, y todo nuevo ministerio empezaba en tono mayor para caer en la postración al cabo de pocos días. Tras esto, esperaba el empellón de fuera para hundirse. El empellón lo daba indefectiblemente el movimiento de las masas. La modificación del gobierno, si se deja aparte el engañoso aspecto exterior, se produciría siempre en sentido opuesto al movimiento de las masas. El tránsito de un gobierno a otro era completado por una crisis que cobraba un carácter cada vez más prolongado y doloroso. Cada nueva crisis desgastaba una parte del poder estatal, debilitaba la revolución, desmoralizaba a los dirigentes. El comité ejecutivo, en los dos primeros meses, podía hacerlo todo, incluso llamar normalmente al poder a la burguesía. En los dos meses siguientes el gobierno provisional, junto con el comité ejecutivo, aún podía hacer mucho, incluso iniciar la ofensiva en el frente. El tercer gobierno, con un comité ejecutivo debilitado, era capaz de iniciar la destrucción del Partido Bolchevique, pero no de llevarla a cabo hasta sus últimas consecuencias. El cuarto gobierno, surgido tras la crisis más prolongada, ya no era capaz de nada. Apenas nacido, entró en la agonía, esperando, con los ojos abiertos, a su sepulturero.

El campesinado ante la Revolución de Octubre

La civilización ha hecho del campesino un asno que conduce su carga. La burguesía, al fin de cuentas, sólo ha modificado la forma de esa carga. Apenas tolerado en el umbral de la vida nacional, el campesinado continúa detenido ante el umbral de la ciencia. El historiador suele prestarle tan poca atención como el crítico teatral a los oscuros personajes que barren la escena, cargan sobre sus espaldas el cielo y la tierra o limpian los trajes de los artistas. La participación de los campesinos en las revoluciones antiguas apenas si ha sido elucidada hasta el presente.

"La burguesía francesa comenzó por emancipar a los campesinos [escribía Marx en 1848]. Con la ayuda de los campesinos ha conquistado Europa. La burguesía prusiana se hallaba tan aferrada a sus estrechos intereses inmediatos, que perdió aquel aliado, convirtiéndolo en instrumento de la contrarrevolución feudal." En esta antítesis, es exacta la referencia a la burguesía alemana. Pero decir que "la burguesía francesa comenzó por emancipar a los campesinos", es someterse a la leyenda oficial francesa que, en su tiempo, llegó a ejercer influencia sobre el propio Marx. En realidad, la burguesía, en el sentido propio del término, se oponía con todas sus fuerzas a la revolución campesina. Ya en los cuadernos de quejas de 1789, los líderes provinciales del tercer estado, so pretexto de una mejor redacción, rechazaban las reivindicaciones más violentas y audaces. Las famosas decisiones de la noche del 4 de agosto, adoptadas por la asamblea nacional bajo el cielo enrojecido de las aldeas en llamas, fueron durante mucho tiempo una fórmula patética sin contenido. La asamblea constituyente invitaba a los campesinos, que no se resignaban a ser burlados, a "retornar al cumplimiento de sus deberes, y a tributar a la propiedad (¡feudal!) el adecuado respeto". Más de una vez la guardia nacional se puso en marcha para reprimir movimientos en los campos. Los obreros de las ciudades, en cambio, tomaban el partido de los campesinos insurgentes y acogían a pedradas y tajazos la represión de la burguesía.

Durante cinco años, los campesinos franceses se sublevaron en todos los momentos críticos de la revolución, oponiéndose a un compromiso entre los propietarios feudales y los propietarios burgueses. Los *sans-culottes* de París, al derramar su sangre por la república, liberaron a los campesinos de las trabas feudales. La república francesa de 1792 ponía de manifiesto un nuevo régimen social, a diferencia de la república alemana de 1918 y la española de 1931, que representan al viejo régimen menos la dinastía. En la base de esta distinción no es difícil encontrar el problema agrario. El campesino francés no pensaba directamente en la república: quería echar al caballero. Los republicanos de París olvidaban de ordinario la aldea. Pero sólo el empujón de los campesinos contra los propietarios garantizó el nacimiento de la república, al barrer los escombros del feudalismo. Una república con una nobleza, no es una república. El viejo Maquiavelo lo había comprendido perfectamente, cuatrocientos años antes de la presidencia de Ebert, cuando, confinado en las afueras de Florencia, entre la caza de mirlos y el juego de tric-trac con un carnicero, generalizaba de este modo la experiencia de las revoluciones democráticas: "Quien quiera fundar una república en un país donde existan muchos nobles, sólo podrá hacerlo después de haberlos exterminado a todos". Los mujiks rusos eran, al fin y al cabo, de la misma opinión y la manifestaban abiertamente, sin ningún "maquiavelismo".

Mientras Petrogrado y Moscú desempeñaban un papel dirigente en el movimiento de los obreros y soldados, el primer puesto del movimiento campesino correspondía al centro agrícola atrasado de la Gran Rusia y la región del Volga. Era allí donde la supervivencia de la servidumbre se conservaba con mayor tenacidad, donde más pesaba el parasitismo territorial de los nobles, donde más se había rezagado la diferenciación de clases entre los campesinos, haciendo tanto más evidente la miseria de la aldea. En marzo, al estallar en esta región el movimiento, asumió velozmente las formas del terror. Los esfuerzos de los partidos dirigentes consiguieron canalizarlo en el lecho de la política conciliadora.

En la Ucrania industrialmente atrasada, la agricultura que trabajaba para la exportación adquirió un carácter mucho más progresista y, por consiguiente, más capitalista. La segregación de las clases campesinas fue mucho más allá que en la Gran Rusia. La lucha por la emancipación nacional contuvo, al menos durante cierto tiempo, las otras formas de la lucha social. Pero estas diferencias regionalistas y aún nacionales sólo ejercen influencia sobre los ritmos de evolución. Hacia el otoño, las sublevaciones rurales cubren casi todo el país. Sobre 624 distritos que componían la antigua Rusia, 482, el 77%, están sublevados y, si exceptuamos las regiones limítrofes que se distinguen por la singularidad de sus condiciones agrarias (el norte, la Transcaucásica, las estepas y Siberia), 439 de los 481 distritos, es decir, el 91%, han sido ganados por la insurrección campesina.

Las modalidades de la lucha son distintas, según se trate de sembrados, bosques, praderas, arrendamientos o trabajo asalariado. La lucha cambia de formas y de métodos en las diversas etapas de la revolución. Pero en su conjunto, y con un atraso inevitable, recorre los dos grandes períodos que caracterizan el movimiento en las ciudades. En el primero, el campesino se adapta todavía al nuevo régimen, y procura resolver sus problemas mediante las nuevas instituciones. Se trata, no obstante, de la forma más que del contenido. Un diario liberal de Moscú que hasta el estallido de la revolución adoptaba un aire populista, expresaba con encomiable espontaneidad los sentimientos íntimos de los círculos de propietarios durante el verano de 1917: "El mujik mira a su alrededor: nada emprende, por el momento; pero escrutadle la mirada: sus ojos dicen que toda la tierra que lo rodea es de él". La clave inestimable de la política "pacífica" de los campesinos nos la da un telegrama del mes de abril que los burgos de la provincia de Tambov envían al gobierno provisional: "Deseamos conservar la calma en interés de las libertades conquistadas; prohibid a los propietarios que arrienden sus tierras hasta la asamblea constituyente; en caso contrario, haremos correr la sangre y no dejaremos trabajar a nadie por cuenta ajena".

Tanto más cómodo le resultaba al mujik conservar ese tono de amenaza respetuosa cuanto que, al ejercer presión sobre los privilegios históricamente adquiridos, casi no había tenido oportunidad de chocar directamente con el estado. No había en las localidades órganos de poder gubernativo. Los comités de cantón (volosti) disponían de la milicia. Los tribunales estaban anarquizados. Los comisarios locales eran impotentes. "Nosotros te hemos elegido (les gritaban los campesinos) y también nosotros te despediremos".

Al llegar el verano y recrudecerse la lucha de los meses anteriores, el campesino se acerca cada vez más a los umbrales de la guerra civil, y su ala izquierda los transpone. Según un comunicado de los propietarios de tierras del distrito de Taganrog, los campesinos se apoderan arbitrariamente de los forrajes y de las tierras, expulsan a capataces y administradores. Según el informe del comisario de Nizhni Nóvgorod, las violencias y la toma de tierras y de bosques se han hecho cada vez más frecuentes en la provincia. Los comisarios de distrito temen presentarse ante los campesinos como

protectores de los grandes propietarios. La milicia rural es poco segura: "Ha habido casos en que los miembros de la milicia secundaron a la muchedumbre en las violencias". En el distrito de Schlusselburgo el comité de cantón prohibió a los propietarios que cortasen leña en sus propios dominios. La idea del campesino era bien simple: ninguna asamblea constituyente podrá reconstituir los árboles abatidos. El comisario del ministerio de la corte se queja de la ocupación de las dehesas: ¡fue necesario comprar heno para los caballos del palacio! En la provincia de Kursk los campesinos se han repartido los barbechos mejorados de Tereschenko: el propietario es ministro de asuntos extranjeros. Los campesinos le hacen saber a Schneider, propietario de haras en la provincia de Orel, que no solamente segarán en su dominio trébol, sino que él mismo será enviado por ellos al cuartel, como soldado.

El administrador del dominio de Rodzianko recibe del comité de cantón la orden de ceder los prados a los campesinos: "Si Vd. no obedece al comité agrario, se lo traerá de otra manera, se lo arrestará". Firma y sello.

De todos los rincones del país afluyen quejas y lamentaciones: de propietarios víctimas, de autoridades locales, de honorables testigos. Los telegramas de los propietarios de tierras constituyen la más evidente refutación de las groseras teorías de la lucha de clases. Personajes con título y dueños de latifundios, señores de siervos, clérigos y laicos, se preocupan exclusivamente del bien general. El enemigo no es el campesino, son los bolcheviques, y a veces, los anarquistas. A los terratenientes les interesan sus propios dominios, únicamente, desde el punto de vista de la propiedad de la patria.

Trescientos kadetes de la provincia de Chernigov declaran que los campesinos, excitados por los bolcheviques, liberan a los prisioneros de guerra y proceden arbitrariamente a la recolección del trigo; como resultado, esta amenaza: "imposibilidad de pagar los impuestos". ¡Los propietarios liberales veían la razón de su existencia en el mantenimiento del tesoro! La sucursal del banco del estado de Podolsk se queja de los procedimientos arbitrarios de los comités de cantón, "presididos, muchas veces, por prisioneros austríacos". Aquí habla el patriotismo ofendido. En la provincia de Vladimir, en el dominio del escribano Odintsov, se roban los materiales de construcción "preparados para obras de beneficencia".

¡Los notarios sólo viven para las obras humanitarias! El obispo de Podolsk hace saber que se han apoderado arbitrariamente de un bosque perteneciente al obispado. El alto procurador del Sínodo se queja de que le hayan ocupado los prados de la Laure Alejandro Nevsky. La abadesa del monasterio de Kizliar conjura rayos y centellas contra los miembros del sóviet local: se mezclan en los asuntos del monasterio, confiscan en su provecho las mercedes de tierras, "excitan a las religiosas contra las autoridades". En casos como éstos, se afectaba directamente los intereses de la Iglesia. El conde Tolstoi, uno de los hijos de León Tolstoi, hace saber, en nombre de la unión de propietarios rurales de la provincia de Ufim, que la transmisión de la tierra a los comités locales, "sin aguardar la decisión de la asamblea constituyente..., provocará un estallido de descontento... entre los campesinos propietarios, que son más de doscientos mil en la provincia". Este gran propietario sólo se preocupa de sus hermanos menores. El senador Belhardt, propietario en la provincia del Tver, admite resignarse a los cortes hechos en sus bosques, pero se aflige de ver que los campesinos "no quieren someterse al gobierno burgués". Veliaminov, propietario en la provincia de Tambov, pide que sean salvados dos de sus dominios que "sirven a las necesidades del ejército". Es por simple casualidad, naturalmente, que esos dominios están en su patrimonio. Para los filósofos del idealismo, los telegramas de los propietarios de 1917 son verdaderos tesoros. El materialista verá más bien en ellos una exposición de modelos de cinismo. Quizás añada que las grandes revoluciones quitan a los propietarios hasta la posibilidad de una hipocresía decente.

Las peticiones de las víctimas son enviadas a las autoridades de distrito o de provincia, al ministerio del interior, al presidente del consejo de ministros; en general, no producen ningún resultado. ¿A quién acudir, entonces, por ayuda? A Rodzianko, presidente de la duma de estado. Entre las jornadas de julio y el levantamiento korniloviano, el chambelán vuelve a sentirse personaje influyente: muchas cosas se hacen por sus llamados telefónicos.

Los funcionarios del ministerio del interior expiden circulares a las provincias, conminando a que los culpables sean llevados ante los tribunales. Los propietarios de la provincia de Samara, gente rústica, responden telegráficamente: "Las circulares no firmadas por los ministros socialistas no tienen efecto". Así se manifiesta la utilidad del socialismo. Tsereteli tiene que vencer su modestia: el 18 de julio envía una prolija instrucción en que prescribe "medidas rápidas y resueltas". A Tsereteli, como a los propietarios, sólo le preocupan el ejército y el estado. Pero a los campesinos les parece que Tsereteli ha tomado a los propietarios bajo su protección.

En cierto momento se produce un cambio en los sistemas represivos del gobierno. Hasta julio, se prefería sobre todo lanzar bellos discursos. Si se enviaban destacamentos a provincia, era únicamente para proteger a los oradores del gobierno. Luego de la victoria sobre los obreros y soldados de Petrogrado, las brigadas de caballería, ya sin discursistas, quedan a directa disposición de los propietarios. Dice el joven historiador Yugov que, en la provincia de Kazán, una de las más agitadas, sólo se pudo "obligar a los campesinos a que estuvieran por algún tiempo resignados... recurriendo a los arrestos, a la introducción de fuerzas militares en las aldeas y al restablecimiento de la pena de azotes". Tampoco en otros lugares era ineficaz la represión. Los dominios de propietarios nobles afectados bajaron de 516 a 503 en julio. En agosto el gobierno alcanzó otros éxitos: los distritos perturbados bajaron de 325 a 288, es decir un 11%; y también se redujo en un 33% el número de dominios afectados por el movimiento.

Ciertas regiones, hasta entonces de las más agitadas, se calmaron o pasaron a segundo plano. Otras, en cambio, ayer no más seguras, ahora se lanzan a la lucha. No hacía un mes que el comisario de Penza trazaba el cuadro consolador: "Las aldeas se ocupan de las cosechas... Se están preparando las elecciones para los zemstvos cantonales. El período de la crisis gubernativa ha transcurrido en calma. Ha complacido mucho la formación del nuevo gobierno". En agosto, no quedaban ni rastros de ese idilio: "Llegan en masa a saquear las plantaciones de frutales y a hachar leña... Para liquidar estos desórdenes es necesario recurrir a la fuerza armada".

Por su carácter general, el movimiento del verano aún pertenece al período "pacífico". Sin embargo, ya se observan síntomas, débiles, es cierto, pero indudables, de radicalización: crecen a partir de julio los ataques directos contra las residencias señoriales, que en los cuatro primeros meses habían disminuido. Los investigadores establecen esta clasificación de conjunto para los conflictos del mes de julio, ordenados en una curva ascendente: apropiación de prados, de cosechas, de abastecimientos y forrajes, de labores, de material agrícola; lucha por el precio de los arrendamientos; saqueos de dominios. En agosto: apropiación de cosechas, de reservas de abastecimientos y de forrajes, de pasturajes y de prados, de tierras y de bosques; terror agrario.

A principios de septiembre, Kerensky, en su calidad de generalísimo, dicta una ordenanza especial que reproduce las mismas amenazas de su predecesor. Kornílov contra "los actos de violencia" de los campesinos. A los pocos días, Lenin escribe: "O... la tierra pasa a los campesinos inmediatamente... o los propietarios y los capitalistas harán desembocar el asunto en una espantosa insurrección campesina". Que es lo que al mes siguiente sucedió.

Los dominios afectados por conflictos agrarios fueron en septiembre un 30%más numerosos que en agosto; en octubre los dominios afectados fueron un 43%más que en septiembre. A septiembre y las tres primeras semanas de octubre corresponde más de la tercera parte de los conflictos agrarios registrados a partir de marzo. Y, así y todo, su audacia había crecido infinitamente más que su número. Durante los primeros meses, aun las ocupaciones directas de bienes raíces asumieron la apariencia de convenios, atenuados y disimulados por los órganos conciliadores. Luego la máscara de la legalidad cae. Todas las ramas del movimiento toman el carácter más intrépido. El campesino abandona los diversos modos y grados de presión y recurre a la apropiación violenta de las partes esenciales de los dominios, al saqueo de los nidos de propietarios nobles, al incendio de las cosechas y aún a la muerte de los propietarios y administradores.

La lucha por la modificación de las condiciones de arriendo, que en julio superaba en número a los movimientos de destrucción, representa en agosto menos de la cuadragésima parte de los saqueos, y el movimiento mismo de los arrendatarios cambia de naturaleza, al convertirse simplemente en otro modo de expulsar a los propietarios. La prohibición de comprar o de vender tierras y bosques es reemplazada ahora por la ocupación directa. Hechos como los cortes nocturnos de leña y el abandono de animales asume el carácter de una destrucción intencional de bienes raíces. En septiembre se registraron doscientos setenta y nueve saqueos de propiedades, que ya significaban más de la octava parte de todos los conflictos. A octubre pertenecen más del 40% de todos los casos de destrucción registrados por la milicia entre ambas insurrecciones.

La lucha por los cortes de leña y de madera se hizo particularmente encarnizada. Frecuentes incendios destruían las aldeas. Las maderas de construcción se ocultaban con celo y su precio era alto. El mujik tenía hambre de leña. Por otra parte, ya había llegado el momento de abastecerse para la calefacción invernal. De las provincias de Moscú, de Nizhni Nóvgorod, de Petrogrado, de Orel, de Volinia, de todos los puntos del país llegan continuas quejas sobre destrucción de bosques y apropiación de las reservas de leñas. “Los campesinos están cortando los árboles espontánea e implacablemente”. “Los campesinos han incendiado doscientas extensiones de bosques pertenecientes a propietarios nobles”. “Los campesinos de los distritos de Klimov y de Cherikov destruyen los bosques y devastan los cultivos de otoño...” Los guardabosques huyen. Un clamor se eleva desde los bosques de la nobleza; las astillas vuelan por todo el país. El hacha del mujik golpea durante todo el otoño al ritmo afiebrado de la revolución.

En las regiones que importan trigo, los problemas de abastecimiento son todavía más graves que en las ciudades. No sólo faltan subsistencias, sino, incluso, semillas. No era mejor la situación de las regiones exportadoras, por el incesante bombeo de los recursos alimenticios. El alza de los precios de cereales afectó duramente a los pobres. Estallaron motines de hambre en numerosas provincias; hubo saqueos de graneros, ataques a los encargados del suministro. La población acudía a los sucedáneos del pan. Circulaban noticias sobre casos de escorbuto y de tifus, de suicidios causados por situaciones sin remedio. El hambre o su espectro hacían particularmente intolerable la inmediación del bienestar y del lujo. Los estratos más indigentes ocupaban las primeras filas en la lucha.

Las olas de la irritación hacían subir no poco cieno desde el fondo. En la provincia de Kostroma “se observa una agitación de ‘centurias negras’ y de antisemitas. La criminalidad aumenta... Disminuye el interés por la vida política del país”. Esta última frase del informe de un comisario significa que las clases educadas le están dando la espalda a la revolución. De pronto, en la provincia de Podolsk, resuena la voz de las “centurias negras” monárquicas: el comité del burgo Demidovka no reconoce al gobierno provisional y considera al emperador Nicolás Alexandrovich “el jefe más fiel del pueblo

ruso": si el gobierno provisional no se retira, "nos uniremos a los alemanes". Confesiones tan atrevidas eran, sin embargo, raras: hacía bastante tiempo que los sectores de campesinos monárquicos habían cambiado de color, siguiendo las huellas de los propietarios. En ciertos lugares de esa misma provincia de Podolsk, las tropas y los campesinos devastan las destilerías de aguardiente. El comisario informa sobre la anarquía. "Las aldeas y la gente se hunden en la perversión; la revolución marcha hacia su ruina". No, la revolución está lejos de marchar hacia su ruina. Se cava un lecho más profundo. Sus aguas impetuosas se aproximan al estuario.

En la noche del 7 al 8 de septiembre, los campesinos del burgo de Sychevka de la provincia de Tambov, armados de garrotes y de látigos, golpean de casa en casa convocando a todos, grandes y pequeños, para demoler hasta los cimientos la heredad de los Romanov. En la asamblea comunal, hay un grupo que propone ocupar en orden el dominio, repartir los bienes entre la población y conservar los edificios para fines culturales. Los pobres exigen que se incendie la mansión, que no se deje piedra sobre piedra. Los pobres son más numerosos. Esa misma noche, un mar de fuego se extiende por los dominios de todo el cantón. Se incendió todo lo que era susceptible de arder, hasta una plantación modelo; se sacrificó ganado de raza; "se hartaron insensatamente". El fuego pasa de un cantón al otro. El ejército calzado de cáñamo no se limita a emplear las horquillas y las guadañas patriarcales. El comisario de la provincia telegrafía: "campesinos y desconocidos, armados de revólveres y granadas, saquean los dominios en los distritos de Ranenburgo y de Riajsk". La guerra traía una rica técnica para la insurrección campesina. La unión de propietarios señala que en tres días han sido quemados veinticuatro dominios. "Las autoridades locales son impotentes para mantener el orden". Aunque con retraso, llegó finalmente un destacamento enviado por el comando de tropas, se declaró el estado de sitio, prohibiéndose las reuniones, y se detuvo a los instigadores. Los barrancos estaban colmados de bienes de los propietarios, los ríos se tragaban buena parte de lo saqueado.

Beguichev, un campesino de Penza, relata: "En septiembre se juntaron todos para demoler el dominio de Logvin (ya había sido saqueado en 1905). Al ir y al volver, se alargaba una fila de carros; centenares de mujik y de muchachos daban caza al ganado, se llevaban el trigo y cuanto podían". Un destacamento solicitado por las autoridades del zemstvo intentó recuperar parte de lo saqueado, pero unos quinientos mujik rodearon al jefe de cantón y el destacamento se dispersó. Era evidente que los soldados no ponían ningún celo en restablecer el derecho pisoteado de los propietarios.

Según los recuerdos del campesino Gaponenko, en la provincia de Táurida, desde los últimos días de septiembre, "los campesinos empezaron a devastar las explotaciones, a arrojar a los administradores, a coger el trigo de los graneros, las bestias de labranza, el material... Arrancaron y se llevaron también las celosías, las puertas, los pisos y el zinc de los techos..." "Al principio [cuenta Grunko, campesino de Minsk] llegaban a pie, tomaban las cosas y se las llevaban; pero al poco tiempo ataron sus caballos, los que tenían, y llenaron carros enteros con el producto del saqueo. Sin darse tregua durante dos días enteros transportaban y llevaban día y noche, ininterrumpidamente. En cuarenta y ocho horas todo lo limpiaron". Kuzmichev, campesino de la provincia de Moscú, justificaba de esta manera la apropiación de los bienes: "El propietario era nuestro, trabajábamos para él y la fortuna que tenía debía volver a nosotros solos". En otra época el noble les decía a sus siervos: "Ustedes son míos, lo que es de ustedes me pertenece". Ahora, el campesino replicaba: "El barin es nuestro, y todos sus bienes son de nosotros".

"En ciertos lugares [dice otro campesino de Minsk, Novikov] se comenzó a intranquilizar a los propietarios durante la noche. Los incendios de residencias señoriales eran cada vez más frecuentes". Le llegó por fin el turno al dominio del gran duque Nicolás

Nicolaievich, antiguo generalísimo. "Cuando se llevaron todo lo que podían llevarse, se pusieron a demoler las estufas y retirar los hornos, pisos y entarimados, que transportaron hasta sus casas..." Tras estos actos de destrucción se escondía el cálculo multisecular, milenario, de toda guerra campesina: demoler hasta los cimientos las posiciones fortificadas del enemigo, no dejarle lugar donde apoyar la cabeza: "Los más razonables [escribe en sus memoria Tsygankov, campesino de la provincia de Kursk] aconsejaban: no es preciso destruir los edificios; tendremos necesidad de ellos... para escuelas y hospitales; pero la mayoría gritaba que había que destruirlo todo, para que, pasase lo que pasara, el enemigo no tuviera donde esconderse..." "Los campesinos se apoderaron de todos los bienes de los propietarios [relata Savchenko, campesino de la provincia de Orel], arrojaban de sus dominios a los propietarios, rompían las puertas, ventanas, pisos y techos de sus casas... Los soldados decían que, si se destruían las guaridas de los lobos, había que acabar con los lobos mismos. A raíz de tales amenazas, los propietarios más linajudos e importantes se fueron escondiendo uno tras otro: por eso no hubo muertes entre ellos".

En la aldea de Zalessie, provincia de Vitebsk, graneros colmados de trigo y de heno fueron incendiados en un dominio perteneciente a Français Bemard. Los mujik estaban tanto menos dispuestos a establecer diferencias de nacionalidad cuanto que los propietarios se apresuraron a transferir sus tierras a extranjeros privilegiados "La embajada de Francia pide se tomen medidas". Pero; a mediados de octubre, en la zona del frente, era difícil adoptar "medidas", ni siquiera para darle el gusto a la embajada de Francia.

Cuatro días duró el saqueo de un gran dominio próximo a Riazán; "hasta los chicos participaron en el pillaje". La unión de propietarios de tierras comunica a los ministros que si no se adoptan medidas "habrá linchamientos, hambruna y guerra civil". No alcanza a comprenderse por qué los propietarios nobles siguen hablando en futuro de la guerra civil.

A principios de septiembre, en el congreso de cooperativas, Berkenheim, uno de los líderes del sólido campesinado comerciante, afirmaba lo siguiente: "Estoy persuadido de que Rusia aún no se ha convertido totalmente en un manicomio, que, por el momento, la demencia reina sobre todo entre la población de las grandes ciudades". Esta voz presuntuosa de un sector sólidamente asentado y conservador de los campesinos, hablaba con irremediable retraso. Precisamente este mes, el campo rompió en forma definitiva las riendas de la cordura y, en la exasperación de la lucha, dejó muy atrás el "manicomio" de las ciudades.

Todavía en abril, Lenin consideraba aún posible que las cooperativas patriotas y los kulaks atrajesen a la gran masa de los campesinos hacia un acuerdo con la burguesía y con los propietarios. Esto lo llevaba a insistir con ahínco en la creación de sóviets especiales de obreros agrícolas (batraks) y en la organización independiente de los campesinos más pobres. Al transcurrir los meses, se demostró sin embargo que esa parte de la política bolchevique estaba desprovista de raíces. Excepto en las provincias bálticas, no existen en ninguna parte sóviets de jornaleros agrícolas. Los campesinos pobres tampoco establecieron formas independientes de organización. Si lo explicáramos sólo por el atraso de los obreros agrícolas y de las capas más pobres de la aldea, estaríamos omitiendo lo esencial. La causa residía, principalmente, en la naturaleza misma del problema histórico: el de la revolución agraria democrática.

En los dos problemas más importantes (el de los arrendamientos y el del trabajo asalariado) resalta sin la menor duda cómo los intereses generales de la lucha contra las sobrevivencias serviles obstruyen el camino de una política independiente no sólo al campesino pobre, sino también a los obreros agrícolas. En la Rusia europea los campesinos arrendaban a los propietarios nobles 27.000.000 de deciatinas, pagando por

ellas un tributo anual de 400.000.000 de rublos. Al estallar la insurrección de febrero, la lucha contra la expoliación en los arriendos se convirtió en el eje del movimiento campesino. Menor lugar, aunque también considerable, ocupaba la de los obreros agrícolas, que los enfrentaba no sólo con los propietarios nobles, sino también con los campesinos. El colono pugnaba por aliviar las condiciones del trabajo. Uno y otro, cada cual a su manera, partían de reconocer al señor como propietario y como patrón. Pero desde que se abrió la posibilidad de llevar las cosas hasta el fin, es decir, de apoderarse de las tierras e instalarse en ellas, el campesino pobre ya no se interesó en los arrendamientos, y el sindicato comenzó a perder su fuerza de atracción sobre los obreros agrícolas. Fueron precisamente estos últimos y los campesinos pobres quienes, al unirse al movimiento general, infundieron a la guerra campesina su carácter más resuelto e irreductible.

La campaña contra los propietarios nobles no atrajo con la misma fuerza al otro polo de la aldea. Mientras las cosas no llegaron hasta el levantamiento declarado, las altas capas campesinas desempeñaron en el movimiento un papel evidente, a veces, de dirección. Desde el otoño, los mujiks adinerados aumentaban sin cesar su desconfianza ante el desborde de la guerra campesina: no sabían cómo iba a terminar eso, tenían algo que perder, se echaron a un lado. Pero no lo consiguieron del todo, sin embargo: la aldea se lo impedía.

Más encerrados en sí mismos y más hostiles que "los del ambiente", es decir, que los kulaks integrantes de la comuna, se mostraban los pequeños propietarios de tierras, los campesinos separados de aquélla. Los cultivadores dueños de lotes de hasta 50 deciatinas eran 600.000 en todo el país. En muchos lugares constituían la espina dorsal del movimiento cooperativista, y en política, particularmente los del Mediodía, se inclinaban hacia la conservadora unión campesina, un puente en dirección a los kadetes. "Los campesinos segregados de la comuna y los rurales enriquecidos [cuenta Gulis, chacarero de la provincia de Minsk] apoyaban a los propietarios nobles y se esforzaban por contener a los campesinos con amonestaciones". Aquí y allá, bajo el imperio de circunstancias locales, la lucha interna de la clase campesina se agudiza aún antes de la insurrección de octubre. Los que más sufren por ello son los campesinos segregados de las comunas. "Casi todas las explotaciones particulares fueron incendiadas [cuenta Kusmichev, campesino de la provincia de Nizhni Nóvgorod], el material, en parte destruido, en parte retirado por los campesinos". El campesino separado de la comuna era "el lacayo del propietario noble, su hombre de confianza que guardaba sus valiosas reservas forestales; el favorito de la policía, de los gendarmes y de los amos". Los campesinos y los comerciantes más ricos de ciertos cantones del distrito de Nizhni Nóvgorod, desaparecieron durante el otoño y sólo retornaron dos o tres años después.

Pero, en la mayor parte del país, las relaciones internas de la aldea aún no habían alcanzado tan alto grado de tensión. Los kulaks se conducían diplomáticamente, frenaban y coceaban, pero se cuidaban de no chocar con el mir (comuna rural). El campesino de filas, por su parte, vigilaba muy atentamente al kulak, no le permitía unirse al propietario noble. La lucha entre nobles y campesinos para influir sobre el kulak se prolongó durante todo el año 1917, bajo distintas formas que recorrían desde la acción "amistosa" hasta el terror enfurecido.

Al par que los latifundistas abrían obsequiosamente al campesino propietario la puerta de honor de la asamblea de la nobleza, los pequeños propietarios de tierras se apartaban en forma ostensible de los nobles, para no perecer junto a ellos. En el lenguaje de la política, esto significaba que los propietarios nobles, alineados antes de la revolución en los partidos de extrema derecha, ahora se envolvían con los ropajes del liberalismo, tomándolos, según viejos recuerdos, como garantía de protección; y el sector propietario

de los campesinos, ayer frecuente partidario de los kadetes, evolucionaba ahora hacia la izquierda.

El congreso de los pequeños propietarios de la provincia de Perm, celebrado en septiembre, repudió vehementemente al congreso moscovita de propietarios de tierras, porque lo encabezaban "condes, príncipes y barones". Un propietario de 50 deciatinas afirmaba: "Los kadetes jamás han llevado la estameña ni el calzado de cáñamo, y, por eso, no defenderán nunca nuestros intereses". Al apartarse de los liberales, los propietarios que laboraban sus propias tierras iban en busca de los "socialistas" partidarios de la propiedad. Uno de los delegados se pronunciaba por la socialdemocracia: "... ¿El obrero? Dadle tierra, volverá a la aldea y dejará de escupir sangre. Los socialdemócratas no nos quitarán la tierra". Se trataba, por supuesto, de los mencheviques. "A nadie cederemos nuestra tierra. Es fácil separarse de ella a quien la ha obtenido sin esfuerzo, al propietario noble, por ejemplo. Para el campesino, la tierra representa una penosa adquisición".

Durante el período otoñal, el campesino luchaba con los kulaks, sin rechazarlos, antes bien, obligándolos a unirse al movimiento general y a protegerlo contra los estamentos de derecha. Hasta hubo casos en que la negativa a participar en un saqueo fue castigada con la ejecución del díscolo. El kulak mañeaba todo lo que podía, pero en el último minuto, después de rascarse nuevamente la cabeza, ataba sus relucientes caballos, subía sobre las sólidas ruedas de su carro y marchaba a recoger su parte en el botín. No pocas veces era la parte del león. "Los más favorecidos [cuenta Beguichev, campesino de la provincia de Penza] fueron los acaudalados, que disponían de animales de tiro y de gente a sus órdenes". Casi en los mismos términos se expresa Savchenko, de la provincia de Orel: "Los kulaks, gente satisfecha y con medios para transportar la leña, se repartieron el provecho entre casi todos ellos..."

Según el cálculo de Vermenichev, hubo, de febrero a octubre, 4.954 conflictos agrarios con los propietarios nobles, mientras los conflictos con la burguesía campesina sólo alcanzaron a 324. ¡Significativa estadística! Ella demuestra por sí misma, de la manera más indiscutible, que el movimiento campesino de 1917, en su base social, no se dirigía contra el capitalismo sino contra las sobrevivencias de la servidumbre. La lucha contra los kulaks se desarrollará después, desde 1918, cuando se haya terminado definitivamente con los propietarios nobles.

El carácter puramente democrático del movimiento campesino, que aparentemente debía dar una fuerza incontenible a la democracia oficial, en realidad puso de manifiesto toda la magnitud de su podredumbre. Viendo las cosas desde arriba, los campesinos, en bloque, estaban dirigidos por los socialrevolucionarios, les daban sus votos, los seguían, casi se confundían con ellos. Durante el congreso de los sóviets campesinos celebrado en mayo, Chernov obtuvo 810 votos para el comité ejecutivo, Kerensky 804, a la vez que Lenin apenas si sumaba 20 sufragios. No se equivocaba Chernov al llamarle ministro de los campesinos. Pero tampoco fue un error que la estrategia de éstos se apartase violentamente de la de Chernov.

La dispersión económica reduce a los campesinos, tan resueltos en la lucha contra un propietario determinado, a una situación de impotencia frente al propietario generalizado en la persona del estado. De ahí la necesidad orgánica del mujik de oponer una monarquía fabulosa al estado real. Antiguamente, el mujik elevaba a impostores, se nucleaba alrededor de un falso pergamino dorado del zar o de una leyenda sobre la tierra de los justos. Después de la Revolución de Febrero, los campesinos se agruparon en torno de la bandera socialista revolucionaria de "Tierra y Libertad", buscando ayuda en ella contra el propietario noble y liberal transformado en comisario. El programa populista era el gobierno real de Kerensky, lo que el pergamino apócrifo del zar al autócrata real.

En el programa de los socialrevolucionarios existió siempre mucho de utopía: se disponían a edificar el socialismo sobre la base de una economía mercantil simple. Pero el fondo del programa era democrático-revolucionario: recuperar las tierras en manos de los propietarios nobles. Moroso en cumplir su programa, el partido se enredó en la coalición. A la confiscación de tierras se oponían no sólo los propietarios nobles, sino también los banqueros kadetes: los bancos habían otorgado préstamos hipotecarios sobre inmuebles rústicos por un valor de 4.000 millones de rublos. Los socialrevolucionarios se aprestaban a regatear con los propietarios nobles en la asamblea constituyente, pero llegando siempre a algún acuerdo amigable; de ahí que pusieran el mayor empeño en que el mujik no ocupase las tierras. Esto desvanecía su predicamento entre los campesinos, no por el carácter utópico de su socialismo, sino por su inconsistencia democrática. La verificación de su utopismo hubiera insumido años enteros. Su traición al desmocratismo agrario se puso en evidencia en pocos meses: los campesinos, bajo el gobierno de los socialrevolucionarios, tuvieron que recurrir a la insurrección para llevar a la práctica justamente el programa de los socialrevolucionarios.

En julio cuando el gobierno desató su represión contra la aldea, los campesinos se pusieron por si acaso bajo la protección de los mismos socialrevolucionarios: en Poncio, el menor, buscaban defensa contra Pilatos, el mayor. Aquellos meses en que los bolcheviques son más débiles en las ciudades, son los de mayor expansión del socialismo revolucionario en el campo. Como sucede comúnmente, sobre todo en tiempos de revolución, el apogeo organizativo coincidió con el principio de la decadencia política. Al agazaparse tras los socialrevolucionarios para eludir los golpes de un gobierno socialrevolucionario, los campesinos fueron perdiendo su confianza en el gobierno y también en el partido. De esta suerte, el crecimiento hiperbólico de su organización en el campo resultó mortífero para un partido universal que por abajo se sublevaba y desde lo alto reprimía.

En la reunión del 30 de julio de la organización militar de Moscú, un delegado del frente, el mismo socialrevolucionario, afirmaba: aunque los campesinos siguen considerándose socialrevolucionarios, se ha producido una fisura entre ellos y el partido. Los soldados asentían: los campesinos no han depuesto todavía la hostilidad contra los bolcheviques que les ha inculcado la agitación socialrevolucionaria, pero resuelven a la manera bolchevique los problemas de la tierra y del poder. Povoijsky, bolchevique del Volga, revela de qué modo los socialrevolucionarios más conspicuos, veteranos de 1905, son paulatinamente eliminados del movimiento de las masas: “Los mujik los llaman ‘los viejos’, los tratan con aparente respeto, pero votan según su propia conciencia”. Eran los obreros y los soldados quienes enseñaban a los campesinos a proceder “según su propia conciencia”.

Es imposible medir la influencia revolucionaria de los obreros sobre los campesinos: tenía un carácter permanente, molecular, omnipresente, y por eso mismo, poco susceptible de cálculo. La reciprocidad de la penetración se facilitaba por la existencia de numerosísimas empresas industriales radicadas en el campo. Pero los mismos obreros de Petrogrado, la ciudad más europea, conservaban sus vínculos inmediatos con la aldea natal. El paro forzoso, incrementado durante los meses del verano, y los lockouts patronales, habían arrojado a las aldeas a muchos miles de obreros: casi todos ellos se convertían en agitadores y en conductores.

En mayo-junio se establecen en Petrogrado organizaciones obreras regionales (*zemliachestva*) que agrupan a los naturales de una provincia, de un distrito y, a veces, de un cantón. Columnas íntegras de la prensa obrera se consagran a los anuncios de reuniones de *zemliachestva*, donde se leen los informes de las giras por las aldeas, se fijan instrucciones para los delegados, se reúnen sumas para la agitación. Poco antes del

levantamiento, los *zemliachestva* se unificaron en un secretariado especial bajo la dirección de los bolcheviques. El movimiento de las *zemliachestva* se extendió rápidamente a Moscú, a Tver, y, quizás, a otras muchas ciudades industriales.

Sin embargo, desde el punto de vista de la acción directa sobre a aldea, los soldados ejercían una influencia aún más considerable. Solo en el ambiente artificial del frente o del cuartel en la ciudad el joven campesino podía hasta cierto punto superar los efectos de la dispersión y colocarse de cara a los problemas de envergadura nacional. Pero también allí se dejaba ver la ausencia de autonomía política. Bajo la inevitable dirección de intelectuales patriotas y conservadores y esforzándose al par por eludirlos, los campesinos del ejército intentaron consolidarse como bloque, al margen de los otros grupos sociales. Las autoridades miraban con aversión dichas tendencias, el ministerio de la guerra se oponía a ellas, los socialrevolucionarios no acudían en ayuda... y los sóviets de diputados campesinos sólo echaban débiles raíces en el ejército. Hasta en las condiciones más favorables el campesino es incapaz de convertir su cantidad aplastante en calidad política.

Únicamente en los grandes centros revolucionarios, bajo la acción directa de los obreros, los sóviets de campesinos-soldados lograron desplegar una labor considerable. Así, por ejemplo, entre abril de 1917 y el l de enero de 1918, el sóviet campesino de Petrogrado envió a las zonas rurales 1.395 agitadores provistos de mandatos especiales; otros, en número casi igual, partieron sin mandato. Los delegados recorrieron sesenta y cinco provincias (gobiernos). También en Cronstadt, según el ejemplo de los obreros, los marineros y soldados constituyeron *zemliachestva* que entregan a los delegados credenciales donde constaba su “derecho” a viajar gratis por barco y por tren. Los ferrocarriles particulares aceptaban esas credenciales sin chistar, en los del estado se produjeron conflictos.

De todos modos, los delegados oficiales de las organizaciones eran simples gotas en el océano campesino. Labor infinitamente más importante fue la cumplida por centenares de miles y por millones de soldados que desertaban del frente o de las guarniciones de la retaguardia y conservaban en sus oídos las sólidas consignas escuchadas a los oradores en los mítines. Los mudos del frente retornaban a sus hogares aldeanos sólo para convertirse en habladores. Y no faltaban las orejas ávidas. “Entre los campesinos de la región de Moscú [cuenta Murálov, bolchevique del lugar] se produjo un formidable movimiento hacia la izquierda... En burgos y aldeas hormigueaban los desertores. Y allí también penetraba el proletariado de la capital que todavía no había roto con la aldea”. El campesino Naumchenkov relata cómo fue que el campo amodorrado de la provincia de Kaluga “despertó en los meses de junio y julio, gracias a los soldados que, por una causa u otra, regresaban del frente”. El comisario de Nizhni Nóvgorod informa que “todas las infracciones al derecho y a la ley tienen por causa la aparición en la provincia de desertores, soldados con permiso o delegados de los comités de regimiento”. El administrador principal de los dominios de la princesa Bariatinskaia, situados en el distrito de Zolotonochsky, se quejaba en agosto del proceder abusivo del comité agrario, presidido por Gatran, un marinero de Cronstadt. Dice un informe del comisario del distrito de Bugulminsky: “Los soldados y marineros que han llegado de licencia, agitan la atmósfera para crear la anarquía y provocar pogromos”. “En el distrito de Mglinsk, burgo de Belogoch, un marinero ha prohibido, de su propia autoridad, hacer cortes en el bosque, o el envío de leña o de madera”. Los soldados, cuando no eran los que comenzaban la lucha, intervenían para terminarla. En el distrito de Nizhni Nóvgorod, los mujik no daban sosiego al convento de monjas, segaban sus prados, destruían sus cercas, intranquilizaban a las religiosas. La abadesa no cedía, los milicianos intervenían para reprimir a los mujik. “El asunto siguió así hasta que llegaron los soldados [escribe el campesino Arbekov]. Los

hombres del frente tomaron de primera intención el toro por las astas": el convento fue evacuado. En la provincia de Mohilev, según el campesino Bobkov, "los soldados que regresaban del frente a sus hogares eran los principales jefes de los comités y dirigían la expulsión de los propietarios nobles".

Los del frente introdujeron esa grave resolución de quien está habituado a manejar el fusil y la bayoneta contra sus semejantes. Hasta las mujeres de los soldados se contagiaban de la combatividad de sus maridos. "En septiembre [recuerda Beguichev, un campesino de la provincia de Penza] se produjo un fuerte movimiento de esposas de soldados, quienes se pronunciaban en las asambleas a favor del saqueo". Lo mismo sucedía en otras provincias del país. "Las 'soldadas', aún en las ciudades, eran activos elementos de fermentación".

Durante el mes de marzo, según Vermenichev, el 1% de las conmociones campesinas estuvieron dirigidas por soldados; el porcentaje se elevó al 8% en abril, al 13% en septiembre y al 17% en octubre. Un cálculo como éste no puede aspirar a la exactitud, pero indica sin errores la tendencia general. La dirección moderadora de los maestros de escuela, secretarios y funcionarios socialrevolucionarios, cedía su lugar a la dirección de los soldados, dispuestos a no retroceder ante nada.

Un escritor alemán, Parvus, buen marxista en su tiempo, que supo enriquecerse, durante la guerra, pero al precio de sus principios y de su perspicacia, comparaba a los soldados rusos con los lansquenetes alemanes de la Edad Media, habituados al pillaje y la violencia. Esto era no ver que los soldados rusos, a pesar de sus excesos, seguían siendo, en suma, el órgano ejecutivo de la más importante revolución agraria de la historia.

Mientras el movimiento no rompió definitivamente con la legalidad, el envío de tropas al campo asumió un carácter simbólico. Para una represión efectiva sólo podía recurrirse a los cosacos. "Se han enviado cuatrocientos cosacos al distrito de Serdobsky..., esa medida ha restablecido la calma. Los campesinos declaran que aguardarán la asamblea constituyente". Así escribe el 11 de octubre el diario liberal *Russkoie Slovo* (La Palabra Rusa). ¡Cuatrocientos cosacos es un argumento indiscutible a favor de la asamblea constituyente! Pero no había bastantes, y los que había, vacilaban. Mientras tanto, el gobierno se veía obligado a multiplicar las "medidas decisivas". Para los primeros meses, Vermenichev computa 17 envíos de fuerzas militares contra los campesinos; para julio y agosto, 39; para septiembre y octubre, 105.

Pero reprimir con fuerzas armadas el movimiento campesino era echar aceite al fuego. Los soldados, en la mayoría de los casos, se pasaban a los campesinos. Un comisario de distrito de la provincia de Podolsk informa lo siguiente: "Las organizaciones militares e incluso ciertos contingentes se encargan de resolver cuestiones sociales y económicas, fuerzan (?) a los campesinos a ejecutar incautaciones y a cortar leña, y a veces, en ciertos lugares, ellos mismos participan en el pillaje... Las tropas locales se niegan a reprimir estas violencias..." Es así como la insurrección aldeana destruye los últimos vestigios de disciplina. En estas circunstancias de guerra campesina dirigida por los obreros, era imposible que las tropas aceptasen marchar contra las ciudades.

Ahora los obreros y soldados muestran a los campesinos la verdad sobre los bolcheviques, no lo que los socialrevolucionarios relataban de ellos. Las consignas de Lenin y su nombre penetraban en la aldea. Muchas veces, sin embargo, las quejas contra los bolcheviques, que cada vez son más frecuentes, suponen una falsedad o una exageración; los propietarios nobles recurren a ellas con la esperanza de obtener auxilios con mayor facilidad. "En el distrito de Ostrovsky reina total anarquía a consecuencia de la propaganda de los bolcheviques". De la provincia de Ufim: "Vassiliev, miembro del comité de cantón, agita el programa de los bolcheviques y declara abiertamente que los

propietarios nobles serán colgados". Un propietario de la provincia de Nóvgorod, Polonnik, al buscar "protección contra el saqueo", no olvida añadir: "Los comités ejecutivos están plagados de bolcheviques"; lo que significa: mala gente para los propietarios. "En agosto [escribe en sus memorias Zumorin, campesino de la provincia de Simbirsk] llegaron obreros a las aldeas que hacían propaganda a favor de los bolcheviques y exponían su programa". El juez de instrucción del distrito de Sebeje inicia proceso a Tatiana Mijailova, obrera textil de veintiséis años que regresa a su aldea procedente de Petrogrado, por exhortar "a que se deponga al gobierno provisional y por elogiar la táctica de Lenin". Un aldeano de la provincia de Smolensko, Kotov, relata que la gente "comenzó a interesarse por Lenin, a prestar atención a la voz de Lenin". Sin embargo, la inmensa mayoría de los electos para los zemstvos de cantón pertenecen al partido socialrevolucionario.

El Partido Bolchevique se esfuerza por acercarse a los campesinos. El 10 de septiembre Nevsky pide en el comité de Petrogrado que se inicie la publicación de un diario campesino: "Hay que llevar las cosas de tal modo que no tengamos que soportar los males de la Comuna de París, cuando el campesino no comprendió a la capital y París no comprendió a los campesinos". Así fue que al poco tiempo comenzó la publicación de *Bednota* (El Diario de los Pobres). Pero el trabajo directo del partido entre los campesinos siguió siendo insignificante. La fuerza de los bolcheviques no residía en sus medios técnicos, ni en el aparato, sino en su política justa. Así como las ráfagas difunden las semillas, los torbellinos de la revolución diseminaron las ideas de Lenin.

"Hacia el mes de septiembre [escribe en sus memorias Vorobiev, campesino de la provincia de Tver], defienden a los bolcheviques en las reuniones, cada vez con mayor frecuencia y osadía, no sólo los soldados del frente, sino también los campesinos pobres..." "Entre los pobres y ciertos campesinos medianos [confirma Zumorin, campesino de la provincia de Simbirsk], el nombre de Lenin estaba en todos los labios; no se hablaba más que de Lenin". Un aldeano de Nóvgorod, Grigoriev, cuenta que, en cierto cantón, un socialrevolucionario trató a los bolcheviques de "saqueadores" y de "traidores". Los mujik gritaron: "¡Abajo el policía, echémoslo a pedradas! ¡Que no nos venga con embustes! ¿Dónde está la tierra? ¡Suficiente! ¡Que nos traigan a un bolchevique!" No está excluido que este episodio (y hubo muchos semejantes) corresponda al período posterior a octubre; los hechos se imprimen con gran fuerza en la memoria de los campesinos, pero el sentido de la cronología es débil.

El soldado Chinevov, de la provincia de Orel, no fue bien recibido en su aldea natal cuando se presentó en ella con una valija repleta de literatura bolchevique: el oro alemán, pensaban. Pero en octubre, "la célula del cantón tenía setecientos afiliados, disponía de muchos fusiles y siempre que era necesario se movilizaba en apoyo del poder soviético". El bolchevique Vrachev recuerda que los campesinos de la provincia exclusivamente agrícola de Vorónezh, "una vez libres de la asfixia socialrevolucionaria, comenzaron a interesarse por nuestro partido, gracias a lo cual pudimos organizar muchas células de aldea y de cantón, abonamos mucha gente a nuestras publicaciones y recibimos a numerosos mujik en el estrecho local de nuestro comité". En la provincia de Samolensk, según los recuerdos de Ivanov, "los bolcheviques eran muy raros en las aldeas y había poquísimos en los distritos, no existían periódicos bolcheviques, muy de tanto en tanto se publicaban volantes... Y, sin embargo, cuanto más nos aproximábamos a octubre, tanto más las aldeas se volcaban hacia los bolcheviques..."

"Aquellos distritos donde hacia el mes de octubre los sóviets recibían la influencia de los bolcheviques [escribe el mismo Ivanov] no conocieron actos de vandalismo contra los dominios de los propietarios nobles, o los conocieron en muy débil medida". Sin embargo, no en "todas partes las cosas se presentaban de la misma manera. "La masa

campesina del distrito de Mohilev [cuen-ta, por ejemplo, Tadeusz] adoptaba con especial prontitud las reivindicaciones bolcheviques exigiendo la entrega de la tierra a los aldeanos, y estos últimos saqueaban los dominios, incendiaban algunos, se adueñaban de los prados y de la leña". No hay contradicción esencial entre ambos testimonios. La agitación general de los bolcheviques alimentaba, incuestionablemente, la guerra civil en el campo. Pero allí donde los bolcheviques podían entroncar más sólidamente, sin debilitar por supuesto el empuje campesino, se esforzaban por ordenarlo e impedir destrozos.

La cuestión agraria no se planteaba aisladamente. Sobre todo en el último período de la guerra, el campesino era explotado tanto en su calidad de vendedor como en la de comprador: su trigo se cotizaba según los precios establecidos por el gobierno, y los productos de la industria le resultaban cada vez más inabordables. Ya adquiría un aspecto amenazante el problema de las relaciones económicas entre la ciudad y el campo, que en la época posterior, bajo el nombre de "tijeras", llegará a ser la cuestión fundamental de la economía soviética. Los bolcheviques decían a los campesinos: los sóviets deben tomar el poder, entregar la tierra, poner fin a la guerra, desmovilizar la industria, establecer el control obrero de la producción, regular la relación de precios entre productos industriales y agrícolas. Por sumaria que fuese esta respuesta, señalaba el camino. "La valla entre nosotros y los campesinos [decía Trotsky el 10 de octubre, en la conferencia de los comités de fábrica] son los sovietistas de la clase de Avksentiev. Hay que atravesar esa valla. Hay que explicar al campo que todos los esfuerzos del obrero por ayudarlo y por abastecer la aldea de maquinaria agrícola serán esfuerzos vanos, en tanto no se establezca el control obrero sobre una producción organizada". De acuerdo a este espíritu, la conferencia publicó un manifiesto dirigido a los campesinos.

Los obreros de Petrogrado habían constituido en las fábricas, en aquellos meses, comisiones especiales que recogían metales, retazos y descartes para entregarlos a un centro especial denominado *El Obrero al Campesino*. Estas sobras permitían fabricar instrumentos agrícolas muy simples y repuestos. Era la primera intervención obrera subordinada a un plan en la producción, muy modesta en cuanto a su volumen, con fines de propaganda más que económicos, pero que anticipaba las realidades de un porvenir inmediato. Espantado por la irrupción de los bolcheviques en el dominio sacrosanto de la aldea, el comité ejecutivo campesino se esforzó por retomar la iniciativa. Pero ya excedía las fuerzas fatigadas de los conciliadores competir con los bolcheviques en el ámbito de las ciudades, y en las mismas aldeas estaban perdiendo pie.

El eco de la agitación bolchevique "despertó a tal punto a los campesinos pobres [escribía Vorobiev, el campesino de Tver], que puede afirmarse categóricamente: si Octubre no se hubiese producido en octubre, habría sucedido en noviembre". Esta vivaz caracterización de la fuerza política del bolcheviquismo no se contradice de ningún modo con su endeblez organizativa. Sólo a través de estas agudas desproporciones la revolución encuentra su camino. Precisamente por ello, dicho sea de paso, su movimiento no puede ceñirse a los marcos de una democracia formal. En octubre o noviembre, para llevar a cabo la revolución agraria, sólo le quedaba al campesino utilizar la urdimbre cada vez más carcomida del mismo partido socialrevolucionario. Sus elementos de izquierda se agrupan de prisa y en desorden bajo la presión del levantamiento campesino, siguen el paso de los bolcheviques y rivalizan con ellos. En los próximos meses el desplazamiento político de los campesinos se efectuará principalmente bajo las banderas remendadas de los socialrevolucionarios de izquierda: este partido efímero llega a ser una forma refleja e inestable del bolcheviquismo rural, un momento transitorio entre la guerra campesina y la insurrección proletaria.

La revolución agraria tenía necesidad de sus propios órganos locales. ¿Qué carácter asumían éstos? Había en las aldeas organizaciones de diversos géneros: algunas del estado, como los comités ejecutivos de cantón, los comités agrarios y los de suministros; otras eran organizaciones sociales como los sóviets, otras puramente políticas, como lo partidos; por último, estaban los órganos de administración autónoma, que eran los zemstvos de cantón. Los sóviets de campesinos aún no se habían desarrollado más que en los límites administrativos de las provincias y, parcialmente, en los distritos; había pocos sóviets de cantón. Los zemstvos de cantón eran difíciles de asimilar. En cambio, los comités agrarios y los comités ejecutivos, que habían sido concebidos como órganos de estado, se convierten, por extraño que a primera vista pudiese parecer, en órganos de la revolución campesina.

El comité agrario provisional, compuesto de funcionarios, propietarios, profesores, agrónomos diplomados, políticos socialrevolucionarios y, entremezclados, algunos campesinos dudosos, obraba al fin de cuentas como el freno más serio de la revolución agraria. Los comités de provincia no cesaban de aplicar la política del gobierno. Los de distrito oscilaban entre los campesinos y las autoridades. Pero, en cambio, los comités de cantón, que eran electos por los campesinos y trabajaban sobre el lugar, a la vista de la aldea, se convierten en palancas del movimiento agrario. Las cosas no cambiaban por el hecho de que los miembros de los comités se considerasen, generalmente, socialrevolucionarios: rodeaban la isla del mujik, no la mansión del noble. Los campesinos tenían particular aprecio por el carácter estatal de sus comités agrarios, como viendo en ellos una especie de credencial para la guerra civil. “Los campesinos dicen que fuera del comité de cantón no reconocen a nadie [declara ya en mayo uno de los jefes de la milicia en el distrito de Sanansk] y que todos los comités de distrito y de ciudades trabajan a favor de los propietarios de tierras”. Según el comisario de Nizhni Nóvgorod, “las tentativas de ciertos comités de cantón de combatir los procedimientos arbitrarios de los campesinos terminan casi siempre en un fracaso y en la destitución de todo el equipo... Dice Denissov, aldeano de la provincia de Pskov, que los comités siempre se alineaban junto al movimiento campesino y contra los propietarios, ya que sus integrantes representaban al sector más revolucionario del campesinado y de los soldados del frente”.

En los comités de distrito y, sobre todo, en los de capitales de provincia, dirigidos por la *intelligentsia* de funcionarios, todo eran esfuerzos por mantener relaciones pacíficas con los propietarios nobles. “Los campesinos se dieron cuenta [escribe Yurkov, de la provincia de Moscú] de que era la misma pelliza, pero del revés, el mismo poder, pero con otro nombre”. “Se observa una tendencia [dice el comisario de Kursk]... a celebrar nuevas elecciones para los comités de distrito que aplican intransigentemente las decisiones del gobierno provisional”. Pero al aldeano le resultaba sumamente difícil alcanzar el comité de distrito: el enlace político de las aldeas y los cantones estaba en manos de socialrevolucionarios, de tal modo que los campesinos se veían obligados a actuar por intermedio del partido cuya principal misión consistía en dar vuelta a la vieja pelliza.

La frialdad del campesinado, sorprendente a primera vista ante los sóviets de marzo, obedecía a causas profundas, sin embargo. Un sóviet no es una organización especial, como un comité agrario, sino una organización universal de la revolución. Pero el campesino no era capaz de dar un paso en la política general sin estar guiado por una dirección. El problema residía en saber de dónde vendría esa dirección. Los sóviets campesinos de provincia y de distrito constituyéndose a iniciativa y, en grado considerable, con los recursos de la cooperación; no como órganos de la revolución campesina, sino como instrumentos de una tutela conservadora sobre el campesino. La

aldea toleró sobre su cabeza los sóviets de los socialistas revolucionarios como un escudo contra el poder. Pero, adentro, prefería los comités agrarios.

Para impedir a la aldea abroquelarse en sus "intereses puramente rurales", el gobierno aceleró la creación de zemstvos democráticos. Ello obligaría al mujik a ponerse en guardia. Con bastante frecuencia hubo que obligar a que se celebrasen elecciones. "Se han dado casos de ilegalidad [informa el comisario de Penza] a consecuencia de los cuales debieron anularse algunas elecciones". En la provincia de Minsk, los campesinos detuvieron al presidente de la comisión electoral del cantón, el príncipe Drutsky-Liubetsky, acusándolo de haber falseado las listas: los mujik tenían dificultad para entenderse con el príncipe sobre la solución democrática de una disputa secular. Bugulminsky, comisario de distrito, informa: "Las elecciones a los zemstvos de cantón celebradas en el distrito no han sido completamente regulares... La composición de los electos es exclusivamente campesina, se advierte el alejamiento de los intelectuales del lugar y, sobre todo, de los propietarios de tierras". En este aspecto, los zemstvos en nada se distinguían de los comités. "Respecto a los intelectuales y, particularmente, a los propietarios de tierras [escribe, lamentándose, el comisario de la provincia de Minsk], la masa campesina adopta una actitud negativa". En un diario de Mohilev, de fecha 23 de septiembre, figuran las siguientes líneas: "La labor de los intelectuales en el campo asume un carácter peligroso, si no prometen categóricamente ayudar a la inmediata entrega de todas las tierras a los campesinos". Allí donde un acuerdo entre las principales clases ha dejado de ser posible, comienzan a hundirse los cimientos de las instituciones democráticas. Los zemstvos de cantón, nacidos muertos, prefiguran el inevitable derrumbe de la asamblea constituyente.

"Entre los campesinos de la zona [declaraba el comisario de Nizhni Nóvgorod] hay convicción formada de que todas las leyes civiles han perdido su eficacia y de que, en adelante, corresponde a las organizaciones campesinas fijar el conjunto de las relaciones de derecho". Dueños de la milicia del lugar, los comités locales establecían los precios de arrendamientos, regulaban los salarios, nombraban administradores de los dominios, se hacían cargo de la tierra, los prados, la leña, el material, confiscaban las armas de los propietarios, ordenaban pesquisas y arrestos. La voz de los siglos se combinaba con la experiencia fresca de la revolución, y ambas decían al mujik, que el problema de la tierra era un problema de fuerza. Para una revolución agraria, era menester los órganos de una dictadura campesina. El mujik aún desconocía ese término de origen romano; pero sabía muy bien lo que quería. Y esa "anarquía" que tantos lamentos arrancaba a los propietarios, a los comisarios liberales y a los políticos conciliadores, era la primera etapa de una dictadura revolucionaria en los cantones.

Desde los acontecimientos de 1905-1906, Lenin había insistido sobre la necesidad de crear órganos particulares, puramente campesinos, para la revolución agraria: "Los comités revolucionarios campesinos [demostraba en el congreso partidario de Estocolmo] suministran la única senda por la cual puede marchar el movimiento campesino". El mujik no leía a Lenin. Pero, en cambio, Lenin leía muy bien en la cabeza del mujik.

Sólo al llegar el otoño, cuando los sóviets mismos modifican su orientación política, la aldea cambia de actitud ante estas organizaciones. Los sóviets bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda que funcionan en las cabeceras de distrito o de provincia, ya no frenan a los campesinos; al contrario, los empujan adelante. Si durante los primeros meses la aldea había buscado un camuflaje legal en los sóviets "conciliadores, para entrar después en abierta colisión con ellos, ahora encontraba por primera vez en los sóviets una auténtica dirección. Campesinos de la provincia de Sáratov escribían en septiembre: "El poder debe pasar en toda Rusia a manos... de los sóviets de diputados obreros, campesinos y soldados. Será lo más seguro". Únicamente hacia el

otoño el campesino comienza a ligar su programa agrario con la consigna de "El poder a los sóviets". Pero ignora todavía quién dirigirá esos sóviets, y de qué modo.

Los desórdenes campesinos tenían una larga tradición en Rusia, un programa simple pero claro y sus héroes y mártires en diversos lugares. La grandiosa experiencia de 1905 también dejó su rastro en las aldeas. Añádase a esto el pensamiento de sectas religiosas que aglutinaban a millones de aldeanos. Un escritor bien informado dice lo siguiente: "He conocido a muchos campesinos que acogieron ... la Revolución de Octubre como absoluta realización de sus esperanzas religiosas". De todas las sublevaciones campesinas conocidas en la historia, la rusa de 1917 fue, sin duda, la más fecunda por las ideas políticas. Si a pesar de ello no le resultó posible crear una dirección autónoma que tomara el poder directamente, ello obedece a la naturaleza orgánica de una economía aislada, mezquina y rutinaria: esa economía chupaba al mujik toda su savia, sin darle resarcimiento, capacidad de generalizar.

La libertad política del campesino significa, en la práctica, libertad para escoger entre diversos partidos urbanos. Pero tampoco esta elección se ejerce *a priori*. Al sublevarse, los campesinos empujan a los bolcheviques hacia el poder, pero sólo conquistado el poder podrán los bolcheviques ganar al campesino cuando transformen la revolución agraria en ley del estado obrero.

Un grupo de eruditos dirigido por Yakovlev ha ordenado una clasificación valiosísima de los documentos que señalan la evolución del proceso agrario entre febrero y octubre. Fijando en 100 el número mensual de manifestaciones no organizadas, estos eruditos calculan que los conflictos "organizados" representan 33 en abril, 86 en junio, 120 en julio. Fue el apogeo de las organizaciones socialistas revolucionarias en el campo. En agosto, sobre 100 conflictos no organizados, bajamos a 62 organizados, que en octubre se reducen a 14. De estas cifras, enormemente instructivas, aunque muy convencionales, Yakovlev extrae, sin embargo, una conclusión completamente inesperada: el movimiento, que hasta llegar agosto era cada vez más "organizado", asume en el otoño, con vigor creciente, el carácter de una "fuerza elemental". Otro investigador, Vermenichev, arriba a idéntica fórmula: "La reducción porcentual de movimientos organizados en el período de la ola ascendente anterior a Octubre, testimonia el carácter elemental del movimiento durante aquellos meses". Si oponemos lo elemental a lo consciente, como la ceguera a la visión (y es la única antítesis científica), habrá que concluir que el movimiento campesino eleva hasta agosto su conciencia, que después comienza a descender casi hasta evaporarse en vísperas de Octubre. He aquí algo que nuestros eruditos no querían, evidentemente, decir. Si reflexionamos un poco, no será difícil comprender, por ejemplo, que las elecciones rurales para la asamblea constituyente, pese a su apariencia "organizada", eran infinitamente más "elementales" [es decir, no razonadas, gregarias, ciegas], que la marcha "inorgánica" de los campesinos contra los propietarios nobles, en la cual cada participante sabía a ciencia cierta qué quería.

Con el viraje del otoño, muy lejos de romper con su opinión consciente para abandonarse a las fuerzas elementales, el campesino rompía con la dirección de los conciliadores para avanzar hacia la guerra civil. El debilitamiento de la situación organizativa presenta, en suma, un carácter elemental: las organizaciones de los conciliadores caían; pero lo que tras ellas dejaban ayudaba a emprender un nuevo camino, que los aldeanos recorrían bajo la dirección inmediata de los elementos más revolucionarios: soldados, marineros, obreros. Al pasar a acciones decisivas, era frecuente que los campesinos convocasen a una asamblea general y hasta que se preocuparan de hacer firmar las resoluciones a todos los habitantes de la aldea. "En el período otoñal del movimiento campesino, a veces devastador [escribe Chestakov, tercer erudito], es de lo más frecuente la reaparición de la vieja asamblea comunal (*sjod*) de los

campesinos. A través del *sjod* los campesinos se dividen los bienes requisados, a través del *sjod* entablan negociaciones con los propietarios y los administradores de dominios, con los comisarios de distritos y diversos *pacificadores*...”

¿Por qué motivo desaparecen de escena los comités de cantón, que condujeran directamente al campesino hacia la guerra civil? Nada categórico dicen a este respecto los documentos. Pero la explicación surge de sí misma. La revolución desgasta con gran rapidez sus órganos y sus armas. Ya el hecho de que los comités agrarios dirigiesen con métodos semipacíficos, los hacía poco aptos para pasar directamente al asalto. A esta causa general se le añaden causas particulares, pero no desdeñables. Al lanzarse a una guerra abierta contra el propietario, los campesinos no ignoraban qué les esperaba en caso de derrota. Más de un comité agrario, ya en tiempos de Kerensky, había ido a parar a la cárcel. Descentralizar las responsabilidades pasaba a ser una exigencia absoluta de la táctica, para lo cual, lo mejor era servirse del *mir* (comuna rural). No cabe duda de que la conocida desconfianza recíproca de los campesinos también obraba en un sentido análogo. Cuando llegaba el momento de ocupar y repartirse los bienes de los propietarios, cada cual quería intervenir personalmente, sin confiar a otros sus derechos. De este modo, la agravación constante de la lucha conduce a eliminar temporalmente los órganos representativos de la primitiva democracia campesina, en beneficio del *sjod* y de las resoluciones del *mir*.

Quizás sorprendan estas groseras aberraciones en la caracterización del movimiento campesino, especialmente si provienen de eruditos bolcheviques. Pero no hay que olvidar que son bolcheviques de nuevo cuño. La burocratización del pensamiento conduce inevitablemente a sobreestimar las formas organizativas impuestas desde arriba, y a subestimar aquellas que el campesino se va dando directamente. El funcionario instruido, a la zaga del profesor liberal, considera los procesos sociales desde el punto de vista administrativo. Como comisario del pueblo en agricultura, Yakovlev habría de manifestar la misma actitud sumaria del burócrata respecto a la clase campesina, pero ahora en un terreno infinitamente más amplio y cargado de responsabilidades, precisamente en el de la “colectivización generalizada”. ¡La superficialidad en la teoría se paga de la manera más terrible cuando hay que pasar a una práctica de gran envergadura!

Pero aún faltan trece largos años para llegar a los errores de la colectivización generalizada. Por el momento, sólo se trata de expropiar a los terratenientes. Hay 134.000 propietarios que aún tiemblan ante sus 80.000.000 de deciatinas. Los más amenazados son los de arriba, los 30.000 amos de la antigua Rusia, dueños de 70.000.000 de deciatinas, a más de 2.000 promedio per cápita. Un miembro de la nobleza, Boborykin, le escribe al chambelán Rodzianko: “Soy propietario, y no me entra en la cabeza que puedan privarme de la tierra, sobre todo con una finalidad inverosímil: la de hacer una experiencia de doctrinas socialistas”. Pero, precisamente, la revolución se asigna como tarea el llevar a cabo lo que no entra en la cabeza de los dirigentes.

A pesar de todo, los propietarios más perspicaces no pueden dejar de ver que les será imposible conservar sus dominios. Ya no se empecinan en retenerlos: cuanto antes se los saquen de encima, tanto mejor. La asamblea constituyente se les aparece, antes de nada, como un gran tribunal de cuentas que los indemnizará no sólo por la tierra, sino también por sus tribulaciones.

Los campesinos propietarios se adherían desde la izquierda a este programa. Querían terminar sin duda con la nobleza parasitaria; pero no al precio de vulnerar la idea misma de la propiedad territorial. Y así declaraban en sus congresos que el estado era lo suficientemente rico como para pagar a los propietarios unos 12.000 millones de rublos

en concepto de indemnización. Pensaban como "campesinos" disponer en condiciones ventajosas de las tierras de los propietarios nobles pagadas por el pueblo.

Los propietarios comprendían que el monto de las indemnizaciones era un valor político determinado por la relación de fuerzas que imperase en el momento de ajustar las cuentas. Hasta fines de agosto subsistía la esperanza de una asamblea constituyente de cuño korniloviano que hiciese pasar la línea de la reforma agraria entre Miliukov y Rodzianko. El derrumbe de Kornílov significó que las clases dominantes habían perdido la partida.

En septiembre y octubre los propietarios aguardaban el desenlace como un enfermo incurable ve acercarse la muerte. Al llegar el otoño la política del mujik domina ya la escena. Las cosechas se levantan, las ilusiones se disipan, la paciencia se pierde. ¡Es preciso terminar! El movimiento desborda, inunda todas las regiones, borra las peculiaridades locales, arrastra todos los sectores de la aldea, barre los últimos escrúpulos del legalismo y la prudencia, pasa a una ofensiva exasperada, feroz, rabiosa, esgrime el hierro y el fuego, el revólver y la granada, demuele e incendia las mansiones, arroja a los propietarios, limpia la tierra, la riega a veces de sangre.

Perecen los nidos de hidalgos cantados por Pushkin, por Turguénev y por Tolstoi. La vieja Rusia se disipa en humo. La prensa liberal acoge todos los lamentos y gemidos por la destrucción de los jardines a la inglesa, de los cuadros brozados en tiempos de la servidumbre, de las bibliotecas patrimoniales, de los Partenones de Tambov, de los caballos de carrera, de los viejos grabados, de los toros de raza. Los historiadores burgueses se esfuerzan por descargar en los bolcheviques la responsabilidad del "vandalismo" campesino que ejerce su represalia contra la "cultura" de los nobles. En realidad, el mujik ruso terminaba una obra comenzada muchos siglos antes de que apareciesen los bolcheviques. Cumplía su papel histórico progresivo con los únicos medios que se hallaban a su disposición: con la barbarie revolucionaria descuajaba la barbarie medieval. Ni él mismo, por otra parte, ni sus padres, ni los padres de sus padres, habían conocido jamás la conmiseración o la indulgencia hacia ellos.

Cuatro siglos y medio antes de la liberación de los campesinos, cuando los feudales ahogaron la *Jacquerie*, un piadoso monje escribía en su crónica: "Han hecho tanto mal al país que no era necesaria la llegada de los ingleses para que el reino fuese devastado. Los ingleses no lo hubieran hecho mejor que los nobles de Francia". Sólo la burguesía, en mayo de 1871, sobrepasó en atrocidad a la nobleza francesa. Los campesinos rusos, gracias a la dirección de los obreros, y estos últimos, gracias al apoyo de los campesinos, escaparon a esa doble lección de los defensores de la cultura y de la humanidad.

Las relaciones recíprocas entre las clases esenciales de Rusia encontraron su reproducción en el campo. Del mismo modo que los obreros y los soldados se habían batido contra la corona a pesar de los planes de la burguesía, así también los campesinos pobres fueron los más intrépidos en sublevarse contra los propietarios, sin prestar oídos a las advertencias del kulak. Y así como los conciliadores creían que la revolución descansaría sólidamente sobre sus pies a partir del momento en que Miliukov la hubiese reconocido, el campesino de condición mediana, escrutando a izquierda y a·derecha, se imaginaba que la firma del kulak legalizaría las incautaciones. E igual que la burguesía, cuya hostilidad a la revolución no la inhibió de atribuirse el poder, los kulaks, que combatieron las devastaciones, no renunciaron a sacar provecho de las mismas. Pero aquel poder no quedaría mucho tiempo en manos de la burguesía, ni estos bienes en las de los kulaks; causas semejantes lo impedirían en uno y otro caso.

La fuerza de la revolución agrario-democrática de esencia burguesa residía en que pudo eludir durante un tiempo los antagonismos de clases en la aldea; el obrero agrícola

saqueaba al propietario y ayudaba así al kulak. Los siglos XVII, XVIII y XIX de la historia rusa se encabalgaban sobre el siglo XX y lo obligaban a tocar tierra. La debilidad de la revolución burguesa rezagada se expresaba en el hecho de que la guerra campesina no promovió la jefatura de los revolucionarios burgueses, antes bien, los hundió definitivamente en el campo de la reacción: ¡Tsereteli, un presidiario hasta la víspera, quería salvar de la anarquía la tierra de los propietarios nobles! Rechazada por la burguesía, la revolución de los aldeanos se ensambla con el proletariado industrial. Y con ello el siglo XX no sólo consigue liberarse de las centurias anteriores que se habían desplomado sobre sus hombros, sino que, apoyándose en ellas, se eleva hasta un nivel histórico superior. Para que el campesino pudiese barrer la tierra y suprimir todos los impedimentos, el obrero debía encaramarse a la jefatura del estado: ésta es la fórmula más simple de la Revolución de Octubre.

La cuestión nacional

La lengua es el instrumento más importante de vinculación entre los hombres y, en consecuencia, de vinculación en la economía. Se convierte en lengua nacional cuando la victoria de la circulación mercantil unifica una nación. Sobre tal base se erige el estado nacional, que es el terreno más cómodo, corriente y ventajoso para el desenvolvimiento de las relaciones capitalistas. Si prescindimos de la lucha de los Países Bajos por su independencia y del destino de la Inglaterra insular, la época de la formación de las naciones burguesas en Europa Occidental comienza con la Gran Revolución Francesa y en lo esencial concluye casi un siglo después, al constituirse el Imperio Alemán.

Pero cuando ya en Europa el estado nacional había dejado de absorber las fuerzas de producción y se desarrollaba como estado imperialista, los países de oriente [Persia, los Balcanes, China, la India] comenzaban su época de revoluciones nacional-democráticas, cuyo impulso inicial se origina en la revolución rusa de 1905. Con la guerra balcánica de 1912 culmina la formación de los estados nacionales en el sudeste de Europa. La subsiguiente guerra imperialista completó, de pasada, la obra inconclusa de las revoluciones nacionales europeas, al producir el desmembramiento de Austria-Hungría, constituir una Polonia independiente y establecer estados limítrofes disgregados del imperio de los zares.

Debido a su retraso histórico, Rusia no se había constituido como un estado de nacionalidades. Al asentarse en una agricultura extensiva y en un artesanado de aldea, el capital comercial, en vez de desarrollarse en profundidad, transformando la producción, lo hacía en amplitud, ensanchando el radio de sus operaciones. El comerciante, el propietario y el funcionario se desplazaban del centro hacia la periferia, acompañando la dispersión de los campesinos. Al hacerlo, penetraban en nuevos territorios, donde vivían poblaciones aún más atrasadas. La expansión del estado reflejaba, esencialmente, la extensión de una economía agrícola, la cual, pese a todo su primitivismo, suponía un nivel más avanzado que el de los nómadas del mediodía o del oriente. El estado de castas y burocrático que se formó sobre esta base inmensa en constante ampliación adquirió suficiente poder como para someter a ciertas naciones de occidente que, aunque más avanzadas en cultura, no podían defender su independencia, por su pequeña población o por sus crisis interiores (Polonia, Lituania, provincias bálticas, Finlandia).

A los 70.000.000 de grandes rusos que constituyen el macizo central del país, se añadieron gradualmente unos 90.000.000 de "alógenos", que se dividían en dos grupos bien diferenciados: los occidentales, de cultura superior a la de los grandes rusos, y los orientales, de nivel inferior. De esta manera, se constituyó un imperio, en el cual la nacionalidad dominante sólo representaba el 43% de la población, mientras el 57% (entre ellos un 17% de ucranianos, 6% de polacos, 4,5% de rusos blancos) correspondían a nacionalidades diversas, tanto por su cultura como por la desigualdad de derechos.

La avidez del estado, y la indigencia de la base campesina sofocada por sus clases dominantes, engendraron las formas más feroces de explotación. La opresión nacional en Rusia era infinitamente más brutal que en los estados vecinos, no sólo los de la frontera de occidente, sino también los de oriente. El gran número de las naciones vulneradas en sus derechos y la gravedad de su situación jurídica, daban enorme fuerza explosiva al problema nacional en la Rusia zarista.

Mientras que en los estados de nacionalidad homogénea la revolución burguesa desarrollaba poderosas tendencias centrípetas, que actuaban bajo el signo de la lucha contra el particularismo, como en Francia, o la fragmentación nacional, como en Italia y Alemania, en los estados heterogéneos, como Turquía, Rusia, Austria-Hungría, la revolución burguesa desata un movimiento de carácter centrífugo. Aunque ambas tendencias se contrapongan mecánicamente, su función histórica es la misma, pues se trata en ambos casos de utilizar la unidad nacional como valioso receptáculo económico: lo cual exigía que la unidad se hiciese en Alemania, y que Austria-Hungría fuese, en cambio, desmembrada.

Lenin había previsto con suficiente tiempo el carácter inevitable de los movimientos centrífugos nacionales en Rusia, y durante años enteros luchó en forma obstinada, especialmente contra Rosa Luxemburg, por el famoso parágrafo 9 del viejo programa del partido, que formulaba el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, es decir, a separarse completamente del estado. Esto no significa que el Partido Bolchevique tomase sobre sí la propaganda separatista. Lo único que prometía era resistir con firmeza todo tipo de opresión nacional, incluida la retención forzada de una nacionalidad en los límites de un estado común. Sólo de este modo pudo el proletariado ruso conquistar gradualmente la confianza de las nacionalidades oprimidas.

Pero éste es sólo un aspecto del asunto. La política bolchevique en el problema nacional tenía un segundo aspecto, que, a pesar de su aparente contradicción con el anterior, en realidad lo complementaba. En los marcos del partido y, en general, de las organizaciones obreras, el bolchevismo aplicaba el centralismo más riguroso, combatiendo sin tregua el menor contagio nacionalista que enfrentase a los obreros los unos a los otros o que pudiese dividirlos. Negando categóricamente al estado burgués el derecho de imponer a una minoría nacional una residencia forzada y hasta una lengua oficial, el bolchevismo consideraba un deber sagrado vincular estrechamente en un gran todo a los trabajadores de las diversas nacionalidades, apelando a su voluntaria disciplina de clase. Por este motivo, se negaba de forma terminante a organizarse como una federación de secciones nacionales. Una organización revolucionaria no es el prototipo del estado futuro sino el instrumento para su creación, y todo instrumento debe ser adecuado para fabricar el producto, pero no debe asimilarse a él. Sólo una organización centralizada permite el triunfo revolucionario, aunque se luche contra la centralización opresiva de las naciones.

Para las naciones oprimidas de Rusia, derribar la monarquía implicaba necesariamente llevar a cabo su revolución nacional.

Pero aquí se presentaba de nuevo el rasgo invariable del régimen de febrero: la democracia oficial, encadenada a la política de la burguesía imperialista, era absolutamente incapaz de barrer con las trabas del pasado. Sin dudar ni un instante sobre su derecho de regir a las demás naciones, defendía con la obstinación de siempre las fuentes de riqueza, de poder y de influencia que aseguraban a la gran burguesía rusa su situación predominante. La democracia conciliadora se limitó a enfundar las tradiciones político-nacionales del zarismo bajo una retórica de emancipación: ahora había que defender la unidad del proceso revolucionario. Pero la coalición dirigente esgrimía argumentos más graves derivados de la situación bélica, pues presentaba los esfuerzos emancipadores de las diversas nacionalidades como una maquinación del estado mayor austro-alemán. También en este caso los kadetes eran los primeros violines, y los conciliadores el acompañamiento.

Como es lógico, el nuevo poder no podía dejar intacta la abominable profusión de agravios medievales infligidos a los alógenos. Pero esperaba poder limitarse (y concentraba en ello todos sus esfuerzos); a la mera abolición de las leyes discriminatorias

contra las diversas naciones, es decir, a establecer una igualdad aparente de todos los sectores de la población ante la burocracia del estado gran ruso.

La igualación formal de derechos jurídicos favorecía de modo primordial a los israelitas: había 650 leyes que cercenaban sus derechos. Además, como nacionalidad exclusivamente urbana y de las más dispersas, los judíos no podían pretender su independencia como estado, ni siquiera una autonomía territorial. En cuanto a la proyectada "autonomía nacional-cultural", concebida para unir a los judíos de todo el país en torno a sus escuelas y otras instituciones, esta utopía reaccionaria, que diversos grupos judíos habían tomado del teórico austríaco Otto Bahuer, se derritió desde el primer día de la libertad como la cera bajo los rayos del sol.

Pero una revolución es precisamente una revolución porque no se contenta con limosnas ni con deudas a plazo. La anulación de las restricciones más vergonzosas igualaba de manera formal los derechos de todos los ciudadanos, con independencia de la nacionalidad; pero con ello resaltaba más vivamente la desigualdad de derechos jurídicos entre las naciones mismas, pues casi todas quedaban en situación de hijas ilegítimas o adoptivas del estado gran ruso.

La igualdad de derechos civiles nada significaba para los finlandeses, que no buscaban igualarse a los rusos sino independizarse de Rusia. Ni para los ucranianos, que no sufrían ninguna restricción, pues sin que lo quisieran se los había declarado rusos. En nada cambiaba la situación de los letones y los estonianos, que gemían bajo el peso de la propiedad territorial alemana y de la ciudad ruso-alemana. Tampoco aliviaba en lo más mínimo la suerte de las tribus y de los pueblos atrasados de Asia, reducidos a una falta total de derechos jurídicos, no porque los tuviesen cercenados, sino por las cadenas de una servidumbre económica y cultural. Para la coalición liberal-conciliadora no había ni que plantear estos problemas. El estado democrático seguía siendo el estado del funcionario gran ruso, que no soñaba en ceder a nadie su lugar.

Conforme la revolución ganaba masas cada vez más profundas en la periferia, aumentaba la evidencia de que el idioma oficial hablado por el centro era el de las clases dominantes. El régimen de la democracia de forma, con su libertad de prensa y de reunión, obligaba a las nacionalidades oprimidas a sentir más dolorosamente que nunca hasta qué punto se las había privado de los elementos indispensables para su desarrollo cultural: escuelas, tribunales y funcionarios propios. La remisión de los problemas a la asamblea constituyente no tenía otro efecto que el de exacerbar aún más los ánimos: al fin de cuentas, la asamblea estaría dominada por los mismos partidos que formaban el gobierno provisional, impregnados de sus antiguas concepciones rusificadoras, y firmemente dispuestos a no pasar los límites que las clases dominantes se habían prometido defender.

Finlandia no tardó en convertirse en una espina clavada en los flancos del régimen de febrero. El grave problema agrario soportado por los *torpari*, es decir, los pequeños colonos oprimidos de Finlandia, determinó que la aldea siguiese a los obreros industriales, que representaban el 14% de la población. El "Seim" (Dieta) finlandés llegó a ser el único parlamento del mundo donde los socialdemócratas tenían mayoría: 103 sobre 200 diputados. Tras haber proclamado, por ley del 5 de junio, la soberanía del "Seim", excepto en las cuestiones militares y de política exterior, la socialdemocracia finesa pidió el apoyo de los "partidos hermanos de Rusia". No tardó en descubrir que la solicitud estaba mal dirigida. El gobierno empezó por lavarse las manos, dejando en libertad de acción a los "partidos hermanos". Una delegación encabezada por Chjeidze retornó de Helsingfors sin que sus sermones hubiesen producido el menor efecto. Entonces, los ministros socialistas de Petrogrado, Kerensky, Chernov, Skóvelev, Tsereteli, decidieron liquidar por la violencia al gobierno socialista de Helsingfors. El monárquico Lukomsky, jefe de estado mayor del gran cuartel general, advirtió a las autoridades civiles y a la población de

Finlandia que, a la primera demostración contra el ejército ruso, "sus ciudades, empezando por Helsingfors, serán devastadas". Preparado de esta suerte el terreno, el gobierno declaró disuelto el "Seim" en un solemne manifiesto cuyo mismo estilo parecía plagiado de la monarquía, y apostó soldados rusos a las puertas del parlamento finlandés, trayéndolos del frente, el día mismo en que comenzaba la ofensiva. De esta manera, en su camino hacia Octubre, las masas rusas recibieron una excelente lección sobre el lugar convencional que los principios democráticos ocupan en la lucha de las fuerzas de clase.

Las tropas revolucionarias de Finlandia reaccionaron dignamente ante el desenfreno nacionalista del gobierno. El congreso regional de los sóviets, celebrado en Helsingfors, durante la primera quincena de septiembre, declaró lo siguiente: "Si la democracia finlandesa juzga necesario reanudar las sesiones del "Seim", el congreso considerará un acto contrarrevolucionario cualquier intento de oponerse a esa medida". Era un ofrecimiento directo de asistencia militar. Pero la socialdemocracia finlandesa, en la cual predominaban las tendencias conciliadoras, no estaba dispuesta a tomar la ruta del levantamiento. Las nuevas elecciones, celebradas bajo la amenaza de una segunda disolución, concedieron a los partidos burgueses, con cuya connivencia el gobierno había disuelto el "Seim", una débil mayoría de 108 votos sobre 200.

Pero en esta Suiza del norte, en este país de montañas graníticas y propietarios avaros, no tardan en surgir problemas internos que conducen inevitablemente a la guerra civil. La burguesía finlandesa prepara casi a la luz del día sus cuadros militares. Simultáneamente, se constituyen las células secretas de la guardia roja. La burguesía recurre por armas e instructores a Suecia y Alemania. Los obreros encuentran apoyo entre los soldados rusos. En los círculos burgueses, que el día anterior estaban dispuestos a entenderse con Petrogrado, cunde el movimiento hacia una completa separación de Rusia. El diario *Huvudstatsbladet*, uno de los más influyentes, escribía: "El pueblo ruso se aproxima a un desenlace anárquico... ¿No convendría, entonces..., que nos desligásemos en lo posible de ese caos?" El gobierno provisional tuvo que hacer concesiones sin aguardar la asamblea constituyente: el 23 de octubre dictó una ordenanza "de principio" sobre la independencia de Finlandia, con excepción de los asuntos militares y de las relaciones exteriores. De poco valía, sin embargo, esta "independencia" otorgada por Kerensky dos días antes de ser depuesto.

Había otra espina aún más profunda, y era Ucrania. A principios de junio, Kerensky prohibió el congreso de las tropas de Ucrania convocado por la Rada. Pero los ucranianos no cedieron. Para salvar la posición del gobierno, Kerensky legalizó posteriormente el congreso con un pomposo telegrama que los delegados acogieron entre risas poco reverentes. Tan amarga lección no impidió a Kerensky, tres semanas más tarde, prohibir el congreso de los militares musulmanes, convocado en Moscú. De este modo, el gobierno democrático advertía a las naciones descontentas que sólo recibirían aquello que tomasen con sus propias manos.

En una declaración acusando a Petrogrado de combatir a la autonomía nacional ucraniana, publicada el 10 de junio en el número del *Universal*, la Rada formula este planteo: "De hoy en adelante viviremos nuestra propia vida". Los kadetes trataban a los líderes ucranianos de agentes de Alemania. Los conciliadores les dirigían exhortaciones sentimentales. El gobierno provisional envió a Kiev una delegación. La caldeada atmósfera de Ucrania obligó a Kerensky, Tsereteli y Tereschenko a contemporizar con la Rada. Pero cuando los obreros y soldados fueron derrotados en julio, también en la cuestión ucraniana dio el gobierno un viraje a la derecha. El 5 de agosto, por aplastante mayoría, la Rada acusó al gobierno, al que denuncia como servidor de las "tendencias imperialistas de la burguesía rusa", de haber violado la Convención del 3 de julio. "Cuando llegó el momento de cumplir con la palabra empeñada [escribía Vinnichenko,

jefe del poder ucraniano], el gobierno provisional... procedió como un estafador de poca monta, que recurre a trampas para resolver un gran problema histórico”. Lo inequívoco del lenguaje muestra hasta qué punto se había desvanecido la autoridad del gobierno aún en los círculos que, políticamente, más deberían habérsele aproximado, ya que al fin de cuentas el conciliador Vinnichenko sólo se diferenciaba de Kerensky como un novelista desdeñable puede distinguirse de un abogado mediocre.

A decir verdad, en septiembre el gobierno publicó al fin un acta que reconocía a las nacionalidades de Rusia el derecho a “disponer de sí mismas”, en los marcos que fijase la asamblea constituyente. Pero esta letra sin aval girada sobre el futuro, contradictoria en sí misma, imprecisa en todo menos en las reservas de que se rodeaba, no podía inspirar la menor confianza a nadie: los actos del gobierno provisional ya gritaban muy fuerte contra él.

El 2 de septiembre, el senado, aquel mismo senado que no admitiera la presencia de los nuevos miembros que se presentaron sin vestir el antiguo uniforme, rehusó promulgar una instrucción confirmada por el gobierno, dirigida al secretario general de Ucrania, es decir, al gabinete de los ministros de Kiev. Motivo: no existe ley alguna sobre el secretariado y no es posible enviar instrucciones a una institución ilegal. Los eminentes juristas no ocultaban que el mismo acuerdo del gobierno con la Rada usurpaba derechos de la asamblea constituyente: ahora los senadores del zar eran los partidarios más inflexibles de la democracia pura. Pero arriesgaban estos opositores de derecha al demostrar tamaña valentía: bien sabían que su oposición era muy del gusto de los dirigentes. La burguesía rusa podía resignarse a reconocer a Finlandia cierta independencia, pues los vínculos económicos de este país con Rusia eran bastante débiles; pero no estaba dispuesta a admitir de ningún modo “la autonomía” de los granos de Ucrania, del carbón de Donetz y del mineral de Krivoi-Rog.

El 19 de octubre, Kerensky intimó telegráficamente a los secretarios generales de Ucrania “a bajar con urgencia a Petrogrado para dar explicaciones personales” sobre su agitación criminal a favor de una asamblea constituyente ucraniana. Al mismo tiempo el ministerio fiscal de Kiev recibía órdenes de promover una instrucción contra la Rada. Pero los rayos lanzados contra Ucrania causaban tan poco temor como regocijo las gentilezas hacia Finlandia.

Durante esa época los conciliadores ucranianos se sentían muchísimo más estables que sus primos hermanos de Petrogrado. Independientemente de la simpatía que rodeaba su lucha por los derechos nacionales, la estabilidad relativa de los partidos pequeñoburgueses de Ucrania y de otras naciones oprimidas tenía raíces económico-sociales que pueden condensarse en esta palabra: atraso. Pese al rápido desarrollo industrial de las cuencas del Donetz y de Krivoi-Rog, Ucrania en su conjunto continuaba a la zaga de la Gran Rusia, el proletariado ucraniano era menos homogéneo y fogueado, los bolcheviques seguían débiles tanto en cantidad como en calidad, se separaban muy despacio de los mencheviques, discernían mal los problemas políticos, sobre todo en el terreno nacional. Hasta en la misma Ucrania del este, más industrializada, la conferencia regional de los sóviets celebrada a mediados de octubre dio todavía una débil mayoría a los conciliadores.

La burguesía ucraniana era relativamente débil aún. Una de las causas de la inestabilidad social de la burguesía rusa en su conjunto residía, como se recordará, en que su sector más poderoso estaba formado por extranjeros que ni siquiera vivían en Rusia. En la periferia este fenómeno se complicaba con otro de no menor importancia: la burguesía del país, del interior, pertenecía a una nación distinta que la de la masa principal del pueblo.

La población urbana de la periferia difería totalmente, por su composición nacional, de la población de las aldeas. En Ucrania y Rusia Blanca, el propietario terrateniente, el capitalista, el abogado, el periodista eran grandes rusos, polacos, judíos, extranjeros; la población de las campañas, en cambio, enteramente ucraniana y rusa blanca. En las provincias bálticas, las ciudades pertenecían a la burguesía alemana, rusa y judía; las aldeas, en cambio, eran letonas y estonias en su totalidad. En las ciudades de Georgia predominaba la población rusa y armenia, lo mismo que en el Azerbaiyán turcomano. Separados de la masa esencial del pueblo no sólo por su nivel de existencia y sus costumbres, sino también por el idioma, exactamente como los ingleses en la India; obligados a depender de la estructura burocrática para la defensa de sus dominios y sus rentas; ligados indisolublemente a las clases dominantes de todo el país, los propietarios nobles, los industriales y los comerciantes de la periferia aglutinaban a su alrededor un círculo estrecho de funcionarios, empleados, maestros de escuela, médicos, abogados, periodistas y también, en parte, obreros, todos ellos de nacionalidad gran rusa, quienes transformaban las ciudades en focos de rusificación y de colonización.

Era posible no advertir la existencia de la aldea, mientras ésta permaneciese silenciosa. Pero también cuando empezó a hablar con voz cada vez más impaciente, la ciudad resistió con ahínco, protegiendo su situación de privilegio. El funcionario, el comerciante, el abogado, aprendieron rápidamente a disimular la defensa de sus posiciones claves en la economía y en la cultura, bajo una altiva condenación del chovinismo renaciente. El esfuerzo de la nación dominante para mantener el *statu quo* toma a menudo la apariencia de un supranacionalismo, así como el esfuerzo del país vencedor para conservar lo que ha pillado asume el aspecto de una política pacifista. Por eso, McDonald se siente internacionalista frente a Gandi. Por eso también, el impulso de los austríacos hacia Alemania le parece a Poincaré una afrenta lanzada contra el pacifismo francés.

"La gente que vive en las ciudades de Ucrania [escribía en mayo la delegación de la Rada de Kiev al gobierno provisional] contempla las calles rusificadas de esas ciudades..., y olvida que son islotes en el mar del pueblo ucraniano". Cuando Rosa Luxemburg, en una polémica póstuma sobre el programa de la Revolución de Octubre, afirmaba que la consigna bolchevique sobre el derecho de las naciones a disponer de sí mismas inflaba artificialmente el nacionalismo ucraniano, simple "diversión" hasta entonces de una docena de intelectuales pequeñoburgueses, pese a su claridad de espíritu incurría en un gravísimo error histórico. En efecto, los campesinos ucranianos no habían formulado antes reivindicaciones nacionales porque, en general, no se habían elevado hasta la política. El principal mérito de la insurrección de febrero (el único, digamos, pero más que suficiente) consistió en permitir que al fin las clases y las naciones más oprimidas de Rusia pudiesen expresarse en alta voz. Pero el campesino no podía despertar políticamente sin retornar al idioma natal, con todas las consecuencias que de ello se desprendían en materia de escuelas, tribunales y administraciones autónomas. Oponerse a ello equivalía a querer reducir a los campesinos a la nada.

La heterogeneidad nacional entre la ciudad y la aldea se manifestaba dolorosamente en los sóviets por su carácter de organizaciones primordialmente urbanas. Bajo la dirección de los partidos conciliadores, los sóviets fingían ignorar constantemente los intereses nacionales de la población autóctona. Esta era una de las causas de la debilidad de los sóviets en Ucrania. Los sóviets de Riga y de Reval olvidaban los intereses de letones y de estonios. El sóviet conciliador de Bakú daba la espalda a los intereses de una población predominantemente turcomana. Bajo la bandera de un falso internacionalismo, los sóviets luchaban frecuentemente contra el nacionalismo defensivo de ucranianos o musulmanes, disimulando la rusificación opresiva de que eran culpables

las ciudades. Pasará bastante tiempo, aún bajo la dominación de los bolcheviques, antes de que los sóviets de la periferia aprendan a hablar en el lenguaje de la aldea.

A los alógenos siberianos, aplastados por las condiciones naturales y por la explotación, su primitivismo económico-cultural les impedía, en líneas generales, elevarse hasta el nivel en que comienzan las reivindicaciones de carácter nacional. El vodka, el fisco y la ortodoxia obligatoria eran, desde hacía siglos, las principales palancas del poder del estado. La enfermedad que los italianos llaman enfermedad francesa y los franceses, mal napolitano, se denominaba mal ruso entre los siberianos: ello indica de qué fuente procedían las semillas de la civilización. Hasta allí no había llegado la Revolución de Febrero. Y tardaría mucho antes de que se anunciase la aurora para los cazadores y los conductores de renos de las inmensidades polares.

Para los pueblos y las tribus del Volga, el Cáucaso Septentrional y el Asia Central, que despertaban de su existencia prehistórica gracias a la Revolución de Febrero, no existían todavía ni la burguesía nacional ni el proletariado. Sobre la masa campesina y pastoril, los estratos superiores lograban segregar un delgado tegumento de intelectuales. Antes de llegar a formularse un programa de administración nacional autónoma, la lucha se cifraba en la obtención del alfabeto, maestro y, a veces, de sacerdote propio. Estos seres, los más oprimidos, comprenderían bien pronto, por amarga experiencia, que los cultos patrones del estado no estaban dispuestos a permitir que ellos se educasen. Excediendo a todos en un atraso, estaban precisados a buscar la alianza de la clase más revolucionaria: el proletariado. De este modo, por iniciativa de los elementos de izquierda de su joven intelectualidad, los votiacos, los chuvachos, los sirianos, las poblaciones del Daguestín y el Turquestán comenzaron a abrirse paso hacia los bolcheviques.

La evolución económica del centro cambió la suerte de las posesiones coloniales, especialmente las del Asia Central, cuando el pillaje directo y manifiesto, el comercial, en primer término, cedió ante métodos mejor disimulados y los campesinos de Asia se convirtieron en abastecedores de materias primas industriales, sobre todo de algodón. La explotación jerárquicamente organizada, que combinaba la barbarie del capitalismo con la de las costumbres patriarcales, conseguía mantener a los pueblos del Asia en un estado de extrema postración nacional. Respecto a ellos, el régimen de febrero no cambió en nada el antiguo estado de cosas.

El zarismo había despojado a los bashkires, buriatos, kirguizes y otros nómadas de sus mejores tierras, las cuales continuaban en manos de propietarios nobles y campesinos rusos acomodados, dispersos en múltiples oasis de colonización entre las poblaciones indígenas. El despertar del espíritu de independencia nacional se cifraba aquí, antes que nada, en la lucha contra los colonizadores, quienes habían creado una fragmentación artificial y condenaban a los nómadas al hambre y a la muerte. Los intrusos, por su parte, se defendían de la manera más encarnizada contra "el separatismo" de los asiáticos, y proclamaban la unidad de Rusia, es decir, la inmunidad de sus pillajes. El odio de los colonos ante el movimiento de los indígenas asumía formas zoológicas. En la Transbaikalía se preparaban a toda prisa pogromos de buriatos, bajo la dirección de socialistas revolucionarios de marzo, representados por secretarios de cantón y suboficiales venidos del frente.

En sus esfuerzos por preservar todo el tiempo posible el antiguo orden establecido, los explotadores y promotores de violencias de las regiones colonizadas invocaban cada vez más los derechos soberanos de la asamblea constituyente: esta fraseología la recibían del gobierno provisional, que encontraba en ellos su mejor apoyo. También los estratos más privilegiados de los pueblos oprimidos se remitían, con frecuencia cada vez mayor, a la asamblea constituyente. Los mismos imanes de la religión musulmana, que habían levantado el estandarte verde del Corán sobre los montañeses y las poblaciones que

despertaban en el Cáucaso septentrional, exhortaban a aguardar "hasta la asamblea constituyente", siempre que la presión de abajo los colocaba en situaciones difíciles. Esto se convirtió en la consigna de los conservadores, de la reacción, de los intereses privilegiados en todos los rincones del país. Apelar a la asamblea constituyente significa: diferir y contemporizar. Contemporizar significaba: reunir fuerzas y aplastar la revolución.

Sin embargo, la dirección cayó en las manos de las autoridades religiosas o de la nobleza feudal, únicamente en los primeros momentos de la revolución, sólo entre los pueblos atrasados, y casi en forma exclusiva entre los musulmanes. En líneas generales, el movimiento nacional de las campañas tenía como cabezas naturales a los maestros de escuela, los secretarios de cantón, los pequeños funcionarios y oficiales, y, parcialmente, los comerciantes. Junto a la *intelligentsia* rusa o rusificada, surgió en las ciudades de la periferia, entre los elementos más vigorosos y acomodados, una capa más joven estrechamente ligada a la aldea por sus orígenes, sin acceso a la mesa del capital, que tomó por cierto a su cargo la representación política de los intereses nacionales, y en parte también sociales, de las capas profundas del campesinado.

Hostiles a los conciliadores rusos en cuanto a las reivindicaciones nacionales, los conciliadores de la periferia pertenecían al mismo tipo esencial que ellos y hasta solían llevar las mismas denominaciones. Los socialrevolucionarios y los socialdemócratas de Ucrania, los mencheviques de Georgia y de Letonia, los "laboristas" de Lituania, se esforzaban, como sus homónimos grandes rusos, por circunscribir la revolución a los marcos del régimen burgués. Pero en esos países la extrema debilidad de la burguesía indígena obligaba a los mencheviques y socialrevolucionarios a rechazar la coalición y tomar en sus manos el poder. Los conciliadores de la periferia, mientras se veían obligados a ir más allá del poder central en las cuestiones agraria y obrera, ganaban mucho prestigio presentándose ante el ejército y el país como los adversarios del gobierno provisional de coalición. Aunque esto no bastase para engendrar una diferencia de destinos entre los conciliadores grandes rusos y los de la periferia, servía al menos para hacer desiguales los ritmos de su ascenso y su declinación.

La socialdemocracia georgiana no sólo arrastraba al campesino indigente de la pequeña Georgia, sino que pretendía, no sin cierto éxito, dirigir el movimiento de la "democracia revolucionaria" de toda Rusia. En los primeros meses de la revolución, los círculos rectores de la *intelligentsia* georgiana consideraban a Georgia no como una patria nacional, sino como una Gironda, una provincia bendecida del Mediodía, llamada a suministrar jefes para el país en su conjunto. En la conferencia de estado de Moscú, uno de los mencheviques georgianos más en boga, Chjenkeli, se jactó de que sus paisanos, aún bajo el régimen zarista, en la prosperidad lo mismo que en los reveses, habían proclamado: "La única patria es Rusia". "¿Qué decir de la nación georgiana? [preguntaba el mismo Chjenkeli, un mes después, en la conferencia democrática]. Está íntegramente al servicio de la gran revolución rusa". En efecto: los conciliadores georgianos o judíos siempre estaban "al servicio" de la 'burocracia gran rusa, cuando había que moderar o poner coto a las reivindicaciones nacionales de las diversas regiones. Esto siguió así mientras los socialdemócratas georgianos conservaban la esperanza de mantener la revolución en los marcos de la democracia burguesa. Conforme aumentaba el peligro de una victoria de las masas, dirigidas por los bolcheviques, la socialdemocracia georgiana aflojaba sus vínculos con los conciliadores rusos, ligándose más estrechamente a los elementos reaccionarios de la misma Georgia. Al triunfar los sóviets, los partidarios georgianos de la Rusia una e indivisible se convierten en oráculos del separatismo y muestran los sucios colmillos del chovinismo ante los otros pueblos de la Transcaucasia.

La inevitable envoltura nacional de los antagonismos sociales, menos desarrollados en la periferia, casi siempre, explica por qué, en la mayoría de las naciones oprimidas, la Revolución de Octubre encontró mayores resistencias que en la Rusia central. Pero, en cambio, la lucha nacional, por sí misma, resquebrajó poderosamente el régimen de febrero, suministrando a la revolución en el centro una periferia política suficientemente favorable.

Cuando coincidían con las contradicciones de clases, los antagonismos nacionales asumían particular agudeza. La lucha secular entre el campesino letón y los barones alemanes indujo a miles de trabajadores, al comenzar la guerra, a alistarse voluntariamente en el ejército. Los regimientos de cazadores, compuestos por jornaleros y campesinos letones, figuraban entre los mejores del frente. Sin embargo, en mayo ya se pronunciaban por el poder de los sóviets. El nacionalismo resultó ser la envoltura de un bolchevismo aún inmaduro. Análogo proceso se cumpliría en Estonia.

En Rusia Blanca había propietarios polacos o polonizados, una población judía en las ciudades y las localidades y un funcionariado ruso; los campesinos, doble y triplemente oprimidos bajo la influencia del frente próximo, orientaron hacia los bolcheviques, desde antes de Octubre, su revuelta nacional y social. Una aplastante mayoría de ellos votará por los bolcheviques en las elecciones a la asamblea constituyente.

Todos estos procesos, en los cuales el despertar de la dignidad nacional se combinaba con una indignación social, que a veces la retenía y otras la empujaba hacia adelante, encontraban su expresión más viva en el ejército, donde se organizaban febrilmente regimientos nacionales, patrocinados, tolerados o perseguidos por el poder central, según la actitud que tuviesen con relación a la guerra y a los bolcheviques, pero en los cuales solía predominar una hostilidad cada vez más enconada contra Petrogrado.

Lenin tomaba certeramente el pulso "nacional" de la revolución. En su famoso artículo *La crisis ha madurado*, de fines de septiembre, demostraba con insistencia que las nacionalidades en la conferencia democrática "ocupan el segundo lugar por su radicalismo, superadas únicamente por los sindicatos, y con mayor porcentaje de votos contrarios a la coalición que los delegados de los sóviets (40 sobre 55)". Ello significaba que las naciones oprimidas ya no esperaban nada bueno de la burguesía gran rusa. Con frecuencia que siempre iba en aumento recurrían a ejercer directamente sus derechos, para lo cual apelaban a las incautaciones revolucionarias.

Durante el congreso buriato de octubre, celebrado en el lejano Verjneudinsk, un informante testimonia que "la Revolución de Febrero no ha aportado novedades" a la situación de los alógenos. Un balance así obligaba, si no a alinearse junto a los bolcheviques, a observar hacia ellos una neutralidad más amistosa.

El congreso de las tropas de Ucrania, que sesionaba en Petrogrado al estallar la insurrección, decidió combatir la exigencia de la entrega del poder a los sóviets de Ucrania, pero, al mismo tiempo, se negó a considerar "como una acción antidemocrática" la insurrección de los bolcheviques gran rusos, y prometió desplegar todos los medios para que las tropas no fuesen enviadas a aplastar la insurrección. Esta ambigüedad que caracteriza tan nítidamente la fase pequeñoburguesa de la lucha nacional, facilitaba el curso de la revolución del proletariado, determinada a concluir con todos los equívocos.

Por su parte, los círculos burgueses de la periferia, siempre e invariablemente inclinados hacia el poder central, se lanzaban ahora a un separatismo que, en muchos casos, no tenía ni sombra de fundamentos nacionales. La burguesía ultrapatriota de las provincias bálticas, que hasta ayer mismo, a la zaga de los barones alemanes, había sido el mejor apoyo de los Romanov, ahora enarbolaba las banderas del separatismo contra la Rusia bolchevique y las masas de su propio país. Pero hay, en ese mismo orden,

fenómenos todavía más extraños. El 20 de octubre, apareció una nueva formación gubernativa, denominada “unión sudoriental de las tropas cosacas, los montañeses del Cáucaso y los pueblos libres de las estepas”. Los altos dirigentes de la cosaquería del Don, del Kubán, del Tek y de Astrakán, el sostén más poderoso del centralismo imperial, evolucionan en muy pocos meses hasta convertirse en partidarios entusiastas de la federación, en aras de la cual celebran fusiones con los jefes musulmanes, montañeses y los hombres de las estepas. Las vallas del régimen federativo servirían de barrera contra el peligro bolchevique procedente del norte. A pesar de ello, antes de establecer las principales plazas de armas de la guerra civil contra los bolcheviques, el separatismo contrarrevolucionario apuntaba directamente contra la coalición gubernativa, desmoralizándola y debilitándola.

Y así el problema nacional, lo mismo que los otros, mostraba al gobierno provisional una cabeza de Medusa cuya cabellera, las esperanzas de marzo y abril, quedaba reducida a las serpientes del odio y de la revuelta.

Al producirse la insurrección de febrero, el Partido Bolchevique estuvo lejos de asumir en forma inmediata sobre la cuestión nacional, la política que finalmente habría de asegurarle la victoria. Esto es verdad no sólo para la periferia, con sus organizaciones partidarias débiles y sin experiencia, sino también para el centro petrogradense. Los años de la guerra debilitaron tanto al partido, tan bajo cayó el nivel teórico y político de sus cuadros, que también en este asunto, hasta la llegada de Lenin, la dirección oficial adoptó una posición sumamente embrollada y vacilante.

Cierto es que los bolcheviques, de acuerdo a sus tradiciones, seguían defendiendo el derecho de las naciones a disponer de sí mismas. Pero también los mencheviques admitían, de palabra, esta fórmula: el texto del programa todavía era común a ambos partidos. Sin embargo, la cuestión del poder tenía una importancia decisiva, a pesar de lo cual los dirigentes temporarios del partido se manifestaban absolutamente incapaces de comprender la oposición irreductible entre las consignas bolcheviques para las cuestiones nacional y agraria, por un lado, y el mantenimiento del régimen burgués imperialista, por el otro, aún si se lo disfrazaba con apariencias democráticas.

La posición democrática encontró su expresión más vulgar bajo la pluma de Stalin. En su artículo del 25 de marzo comentando el decreto que abolía las restricciones a los derechos nacionales, Stalin intentó presentar el problema nacional en toda su amplitud histórica. “La base social de la opresión nacional [escribe], la fuerza que la inspira, es la aristocracia terrateniente en su declinación”. En cuanto a que la opresión nacional ha experimentado un desarrollo inaudito en la época del capitalismo y encuentra su expresión más bárbara en la política colonial, el autor no parece ni siquiera sospechar este importante fenómeno. “En Inglaterra [continúa] donde la aristocracia terrateniente comparte el poder con la burguesía, donde ha dejado de existir desde hace mucho la dominación ilimitada de dicha aristocracia, la opresión nacional es más dulce, menos inhumana, siempre y cuando no tomemos en consideración (?) la circunstancia de que, durante la guerra, cuando el poder pasó a mano de los terratenientes (!), la opresión nacional se ha visto extraordinariamente reforzada (persecución contra los irlandeses, los hindúes)”. De este modo, los terratenientes ingleses aparecen como culpables de la opresión de Irlanda y de la India, y, además, evidentemente, se han adueñado del poder en la persona de Lloyd George gracias a la guerra. “...En Suiza y en América del Norte [continúa Stalin], donde no hay terratenientes ni jamás los hubo, donde el poder pertenece de modo indivisible a la burguesía, las nacionalidades se desarrollan libremente, no hay, en general, lugar para la opresión nacional...” Stalin olvida por completo la cuestión negra y la cuestión colonial en los Estados Unidos.

De este análisis desesperadamente provisional, donde el autor se limita a establecer un vago contraste entre el feudalismo y la democracia, se desprenden conclusiones políticas puramente liberales.

"Suprimir de la escena política a la aristocracia feudal, arrebatarle el poder, significa precisamente liquidar la opresión nacional, crear las condiciones de hecho necesarias para la libertad nacional. En la medida en que la revolución rusa ha vencido [escribe Stalin], ya ha creado esas condiciones de hecho..." Nos encontramos, por lo visto, con una apología de principio de la "democracia" imperialista, mucho más categórica que todo cuanto en aquellos días los mencheviques escribieron sobre el tema. Así como en política exterior Stalin, a la zaga de Kámenev, esperaba llegar a la paz democrática mediante una división del trabajo con el gobierno provisional, del mismo modo, en política interna, encontraba en la democracia del príncipe Lvov "las condiciones de hecho" de la libertad nacional.

En realidad, la caída de la monarquía ponía por primera vez de manifiesto que no sólo los propietarios reaccionarios, sino también toda la burguesía liberal y, con ella, toda la democracia pequeñoburguesa acompañada por algunos líderes patriotas de la clase obrera, eran irreductibles adversarios de una auténtica igualdad de derechos nacionales, es decir, de suprimir los privilegios de la nación dominante: todo su programa se reducía a atenuar, a infundir formas más cultas y a disimular democráticamente la dominación de los grandes rusos.

Durante la conferencia de abril, al defender la resolución de Lenin sobre el problema nacional, Stalin ya parte formalmente de que "la opresión nacional es el sistema..., son las medidas... aplicadas por los círculos imperialistas"; pero pronto, sin poder evitarlo, vuelve a caer en sus posiciones de marzo. "Cuanto más democrático es el país, tanto más débil es la opresión nacional, y al revés": tal es el concepto abstracto del informante, propio de él, que no ha tomado de Lenin. El hecho de que Inglaterra democrática oprima a la India feudal con sus castas sigue escapando a su estrecho campo visual. A diferencia de Rusia, donde dominaba "la vieja aristocracia terrateniente" [continúa Stalin], en Inglaterra y en Austria-Hungría, "la opresión nacional no ha adquirido nunca forma de pogromos". ¡Como si en Inglaterra "nunca" hubiese existido la aristocracia terrateniente, o como si en Hungría la aristocracia no siguiese dominando aún! La naturaleza del desenvolvimiento histórico que lleva la "democracia" a combinarse con la opresión de las naciones débiles, continuaba siendo para Stalin un libro cerrado bajo siete llaves.

Si Rusia se había constituido como un estado de nacionalidades, esto era el resultado de su retraso histórico. Pero el retraso es un concepto complejo, inevitablemente contradictorio. Un país atrasado no marcha tras las huellas de otro avanzado, observando siempre la misma distancia. En la época de la economía mundial, y bajo la presión de los países adelantados, las naciones atrasadas se insertan en la cadena general del desenvolvimiento y saltan cierto número de escalones intermedios. Más aún, la ausencia de formas sociales y de tradiciones consolidadas torna al país atrasado (hasta ciertos límites, al menos) accesible en grado sumo a la última palabra de la técnica y el pensamiento mundiales. Pero el atraso sigue siendo atraso, sin embargo. El desarrollo del conjunto asume un carácter contradictorio y combinado. Lo que caracteriza la estructura social de una nación atrasada es el predominio de los polos históricos extremos, de los campesinos rudimentarios y de los obreros avanzados, sobre las formaciones medias, sobre la burguesía. Las tareas de una clase pasan a las espaldas de otra. El proletariado debe encargarse de suprimir los residuos medievales en el terreno nacional.

Nada caracteriza con mayor claridad el atraso histórico de Rusia, si se la considera como país europeo, que el hecho de que en pleno siglo XX tuvo que liquidar el arriendo

forzoso y las zonas de residencia para los judíos, es decir, la barbarie de la servidumbre y del gueto. Pero para resolver estas tareas Rusia disponía, en virtud precisamente de su desarrollo atrasado, de nuevas clases, de nuevos partidos, y de los programas más modernos. Para terminar con las ideas y los métodos de Rasputín, tuvo que recurrir a las ideas y a los métodos de Marx.

Es cierto que la práctica política seguía siendo mucho más primitiva que la teoría, ya que las cosas se modifican con mayor dificultad que las ideas. La teoría, no obstante, estaba allí para impulsar hasta las últimas deducciones las necesidades de la práctica. Si querían emanciparse y florecer culturalmente, las nacionalidades oprimidas estaban obligadas a vincular su suerte con la de la clase obrera. Y, en tal sentido, les era indispensable quitarse de encima la dirección de los partidos burgueses, es decir, precipitar la marcha de su evolución histórica.

La subordinación de los movimientos nacionales al proceso esencial de la revolución, a la lucha del proletariado por el poder, se realiza no de golpe, sino en varias fases, y por caminos diferentes según las diversas regiones del país. Los obreros, campesinos y soldados ucranianos, rusos blancos y tártaros, por su misma hostilidad a Kerensky, a la guerra y a la rusificación, se convertían en aliados de la insurrección proletaria, a pesar de la jefatura política de los conciliadores. Tras haber apoyado objetivamente a los bolcheviques, en la etapa siguiente se vieron forzados a recorrer subjetivamente la senda del bolchevismo. En Finlandia, en Letonia, en Estonia, de manera más débil en Ucrania, la disociación del movimiento nacional ya ha avanzado tan lejos en octubre, que sólo la presencia de las tropas extranjeras puede impedir el éxito de la insurrección proletaria. En el oriente asiático, el despertar nacional adopta formas en extremo primitivas, y sólo gradualmente, con considerable atraso, los obreros llegarán a dirigirlo, después de la conquista del poder. Si consideramos en su conjunto este proceso complejo y contradictorio, la deducción es evidente: el torrente nacional, lo mismo que el agrario, se vertían en el lecho de la Revolución de Octubre.

El tránsito ineluctable e irresistible de las masas desde sus problemas más elementales de emancipación política, agraria, nacional, a la dominación del proletariado, no procedía de una agitación “demagógica”, ni de esquemas preconcebidos, ni de la teoría de la revolución permanente, como creían los liberales y los conciliadores sino de la estructura social de Rusia y de las circunstancias de la revolución mundial. La teoría de la revolución permanente se limitaba a formular el proceso del desarrollo combinado.

Y esto no era una peculiaridad sólo de Rusia. La subordinación de las revoluciones nacionales atrasadas a la revolución del proletariado, procede de un determinismo de alcance mundial. Mientras que en el siglo XIX la tarea esencial de las guerras y las revoluciones consistía en proporcionar un mercado nacional a las fuerzas productivas, la tarea de nuestro siglo reside en liberar las fuerzas productivas de las fronteras nacionales, convertidas en obstáculos para su desarrollo. En un amplio sentido histórico, las revoluciones nacionales de oriente no son sino peldaños de la revolución mundial del proletariado, así como los movimientos nacionales de Rusia fueron peldaños hacia la dictadura soviética.

Lenin había apreciado con notable profundidad la fuerza revolucionaria latente en las nacionalidades oprimidas, tanto en la Rusia zarista como en el mundo entero. Para él, sólo merecía desprecio ese “pacifismo” hipócrita que “condena” lo mismo la guerra del Japón contra China, para esclavizarla, que la China contra Japón, para emanciparse. Las guerras de emancipación nacional, en contraste con las guerras de opresión imperialista, eran, a los ojos de Lenin, nuevas formas de revolución nacional y un eslabón indispensable que se insertaba en la lucha emancipadora del proletariado mundial.

De este juicio acerca de las revoluciones y las guerras nacionales, no se desprende en ningún caso el reconocimiento de una misión revolucionaria en la burguesía de las naciones coloniales y semicoloniales. Muy por el contrario, desde el principio mismo, la burguesía de los países atrasados crece como una agencia del capital extranjero, y aunque lo mire con envidiosa hostilidad, está y estará junto a él en todos los momentos decisivos. El sistema chino de los compradores en la forma clásica de la burguesía colonial, así como el Kuomintang es el partido clásico de los compradores. Los sectores más encumbrados de la pequeña burguesía, los intelectuales entre ellos, pueden participar activa, y a veces ruidosamente, en la lucha nacional; pero no son capaces de ninguna independencia. Sólo la clase obrera, a la cabeza de una nación, es capaz de conducir hasta el final una revolución nacional o agraria.

El error fatal de los epígonos, Stalin el primero, consiste en deducir un papel revolucionario de las burguesías coloniales, de la doctrina de Lenin sobre la progresividad histórica de la lucha de las naciones oprimidas. La incomprensión sobre el carácter permanente de la revolución en la época imperialista; la esquematización pedante del desarrollo; la desarticulación del proceso viviente y combinado, en fases muertas, separadas inevitablemente en el tiempo las unas de las otras, todo ello condujo a Stalin a una idealización vulgar de la democracia, o bien de la "dictadura democrática", que es, en realidad, o una dictadura imperialista o una dictadura del proletariado. Paso a paso, el grupo de Stalin termina rompiendo completamente con la posición de Lenin sobre el problema nacional, hasta conducir en China a una política catastrófica.

En agosto de 1927, durante su lucha contra la oposición (Trotsky, Rakovsky y otros), Stalin afirma ante el plenario del comité central bolchevique: "La revolución en los países imperialistas es una cosa: en ellos, la burguesía... es contrarrevolucionaria en todas las etapas de la revolución... La revolución en los países coloniales y dependientes es otra cosa... En ellos, en una determinada etapa y durante un determinado período, la burguesía nacional puede apoyar el movimiento revolucionario de su país contra el imperialismo". Con reticencias y atenuaciones que no hacen sino caracterizar su falta de seguridad en sí mismo, aquí Stalin adjudica a la burguesía colonial los mismos rasgos que asignaba en marzo a la burguesía rusa. Orgánicamente fiel a su naturaleza, el oportunismo estalinista, como bajo la acción de las leyes de la gravedad, logra abrirse un camino por canales diversos. La selección de los argumentos teóricos es, en este caso, un asunto puramente fortuito.

Transferido al gobierno "nacional" de China, el juicio de marzo sobre el régimen de febrero condujo a Stalin a colaborar durante tres años con el Kuomintang, uno de los hechos más consternarodes de la historia moderna. Como fiel escudero, el bolchevismo de los epígonos acompañó a la burguesía china hasta el 11 de abril de 1927, es decir, hasta la sangrienta represión desatada por aquélla contra el proletariado de Shanghái. "El error fundamental de la oposición [decía Stalin para justificar su fraternidad de armas con Chiang Kai-shek] consiste en que identifica la revolución de 1905 en Rusia, en un país imperialista que oprimía a otros pueblos, con la revolución en China, en un país oprimido..." Sorprende que Stalin mismo no haya tenido la idea de tomar la revolución en Rusia, no desde el punto de vista de una nación "que oprimía a otros pueblos", sino desde el ángulo de "los otros pueblos" de esa misma Rusia, sometidos a tan grave opresión como la que soportan hoy los chinos.

En ese inmenso campo de experiencias que ha sido Rusia a lo largo de tres revoluciones, pueden encontrarse todas las variantes de la lucha de las nacionalidades y las clases, menos una: nunca se ha visto que la burguesía de una nación oprimida haya desempeñado un papel emancipador respecto a su propio pueblo. En todas las etapas de su desenvolvimiento, la burguesía de la periferia, cualesquiera fuesen los colores con los

cuales se envolvía, dependió siempre de los bancos centrales, de los trusts, de las firmas comerciales; actuó, en suma, como la agencia del capital de toda Rusia, se sometió a sus tendencias rusificadoras y arrastró hacia ellas a amplias capas de la *intelligentsia* liberal y democrática. Cuando más "madura" se mostraba la burguesía de la periferia, tanto más se ligaba estrechamente al aparato general del estado. Considerada en su conjunto, la burguesía de las naciones oprimidas desempeñaba ante la burguesía dirigente el mismo papel de compradora que esta última, respecto al capital financiero mundial. La compleja jerarquía de las dependencias y de antagonismos no descartaba ni por un día la solidaridad fundamental en la lucha contra las masas insurgentes.

En el período de la contrarrevolución (de 1907 a 1917), cuando la dirección del movimiento nacional se concentraba en las manos de la burguesía alógena, ésta buscó el entendimiento con la corona de un modo más abierto que los propios liberales rusos. Los burgueses polacos, bálticos, tártaros, ucranianos, judíos, rivalizaban en la carrera del patriotismo imperialista. Al producirse la insurrección de febrero, todos ellos se disimularon detrás de los kadetes, o, siguiendo a estos últimos, detrás de los conciliadores nacionales. Cuando hacia el otoño de 1917 la burguesía de las naciones periféricas se vuelca hacia el separatismo, no es que luche contra la opresión nacional sino contra la inminente revolución proletaria. En síntesis, su hostilidad hacia la revolución no fue menos abierta que la de la burguesía gran rusa.

Pero la formidable lección histórica de estas tres revoluciones no dejó huellas sobre muchos de sus actores, Stalin en primer término. La concepción conciliadora, es decir pequeñoburguesa, sobre las relaciones de clase en el seno de las naciones coloniales, que ha causado la pérdida de la revolución china de 1925-1927, hoy, gracias a los epígonos, figura en el mismo programa de la Internacional Comunista, que se convierte en este punto en una verdadera trampa para los pueblos oprimidos de oriente.

Para comprender el verdadero carácter de la política nacional de Lenin, lo mejor es recurrir al método de los contrastes, confrontándola con la política de la socialdemocracia austríaca. Mientras el bolchevismo contó durante años con el estallido de las revoluciones nacionales, y educó a los obreros avanzados en esta perspectiva, la socialdemocracia austríaca se adaptó dócilmente a la política de las clases dominantes, fue abogada de la coexistencia forzosa de diez naciones bajo la monarquía austrohúngara, y en vez de realizar la unidad revolucionaria de los obreros de las diversas nacionalidades, los aisló verticalmente, tanto en el partido como en los sindicatos. Karl Renner, instruido funcionario de los Habsburgo, no se cansó de buscar en el tintero del austromarxismo los medios para rejuvenecer el imperio, hasta verse en el papel del teórico viudo de la monarquía austrohúngara. Al caer derrotados los imperios de la Europa Central, los Habsburgo quisieron convertirse en bandera de una federación de naciones autónomas: el programa oficial de la socialdemocracia austríaca, concebido para una evolución pacífica en los marcos de la monarquía, pasó a ser por unos instantes el programa de la monarquía misma, cubierta por la sangre y el barro de cuatro años de guerra.

Pero el círculo de hierro carcomido que soldaba diez naciones en un solo sistema, estalló finalmente en mil pedazos. Austria-Hungría se derrumbó con estrépito, víctima de sus tendencias centrífugas, corroboradas por la cirugía de Versalles. Se formaron nuevos estados, y otros antiguos renacieron. Los alemanes de Austria se vieron al borde de un precipicio. Ya no se trataba de conservar su soberanía sobre otras naciones, sino de no caer ellos mismos bajo un poder exterior. Otto Bauer, representante del ala "izquierda" de la socialdemocracia austríaca, consideró llegado el momento de sacar a relucir el derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas. El programa que en los quince años anteriores debió haber inspirado la lucha del proletariado contra los Habsburgo y la burguesía gobernante, se convirtió en instrumento defensivo de la nación hasta ayer

opresora, y hoy amenazada por los pueblos esclavos emancipados. Así como el programa reformista de la socialdemocracia austríaca fue por un momento el asidero del régimen monárquico que se hundía, la desgastada fórmula del austromarxismo serviría como ancla salvadora de la burguesía alemana.

El 3 de octubre de 1918, cuando el asunto ya en nada dependía de ellos, los diputados socialdemócratas del Reichstag "reconocieron" generosamente el derecho a la independencia de los pueblos del antiguo imperio. Al día siguiente, 4 de octubre, los partidos burgueses también reconocieron el programa de la autodeterminación nacional. Aunque les había sacado todo un día de ventaja a los imperialistas austroalemanes, la socialdemocracia continuó a la expectativa: se ignoraba cómo se presentarían las cosas, ni qué iría a decir Wilson. Sólo el 13 de octubre, cuando el colapso definitivo del ejército y de la monarquía creó "la situación revolucionaria para la cual [pretende Bauer] estaba concebido nuestro programa", los austromarxistas plantearon prácticamente el derecho de las naciones a disponer de sí mismas: ya nada tenían que perder. "Al desvanecerse su poder sobre las otras naciones [explica Bauer con total franqueza] la burguesía de nacionalidad alemana consideró concluida la misión histórica en nombre de la cual había aceptado voluntariamente separarse de la patria alemana". Si se puso en circulación el nuevo programa, no era porque resultase necesario a los oprimidos, sino porque había dejado de ser peligroso para los opresores. Las clases poseedoras, jaqueadas por el resquebrajamiento histórico, tuvieron que reconocer *de jure* la revolución nacional; el austromarxismo consideró oportuno legalizarla teóricamente. Es una revolución madura, oportuna, históricamente preparada: y, además, ¡ya realizada! ¡Aquí tenemos el alma de la socialdemocracia bien a la vista, como sobre la palma de la mano!

Muy distinto era el caso de la revolución social, que no podía contar con el reconocimiento de las clases dominantes. Había que alejarla, hundirla, comprometerla. Puesto que el imperio se desgarra por sus junturas más débiles, las junturas nacionales, Otto Bauer deduce sobre el carácter de la revolución: "No fue de ningún modo una revolución social, sino una revolución nacional". En realidad, el movimiento, desde un principio, tenía un profundo contenido social y revolucionario. Ilustra bastante bien ese carácter "puramente" nacional de la revolución el hecho de que las clases dominantes de Austria propusieran abiertamente a la *Entente* hacer prisionero a todo el ejército. ¡La burguesía alemana suplicaba a un general italiano que ocupase Viena con sus tropas!

Semejante disociación, tan vulgar como pedante, entre la forma nacional y el contenido social de un proceso revolucionario, considerados ambos como supuestas fases históricas independientes (¡véase hasta qué punto Otto Bauer se aproxima en esto a Stalin!), tenía un fin práctico de primerísima importancia, ya que justificaba la colaboración de la socialdemocracia con la burguesía en la lucha contra los peligros de una revolución social.

Si admitimos con Marx que la revolución es la locomotora de la historia, el austromarxismo, entonces, se desempeña como el freno. Por lo pronto, llamada a participar en el gobierno cuando ya la corona estaba, de hecho, derrocada, la socialdemocracia no se atrevió, todavía, a despedir a los viejos ministros de los Habsburgo: la revolución "nacional" no hizo más que confirmarlos, al adjuntarles sendos secretarios de estado. Sólo después del 9 de noviembre, cuando la revolución alemana derrocó a los Hohenzollern, la socialdemocracia austríaca propuso al consejo de estado (Staatsrat) que proclamase la república aterrorizando a sus colegas burgueses con un movimiento de masas que era la primera en temer. "Los social-cristianos [dice Otto Bauer con imprudente ironía], que el 9 y el 10 de noviembre apoyaban aún a la corona, decidieron el 11 deponer su resistencia..." ¡La socialdemocracia le sacaba dos días

íntegros de ventaja al partido de las "centurias negras" monárquicas! Todas las leyendas heroicas de la humanidad palidecen ante este apogeo revolucionario.

A pesar de ella misma, desde el comienzo de la revolución la socialdemocracia se encontró automáticamente a la cabeza de las masas, como ya les sucediera a los mencheviques y socialrevolucionarios rusos. Y también como ellos, lo que más sintió fue miedo de su propia fuerza. Ocupó en el gobierno de coalición un lugar tan pequeño como le fue posible. Otto Bauer lo explica: "Los socialistas, a consecuencia del carácter puramente nacional de la revolución sólo pidieron una modestísima participación en el gobierno". Para esa gente, la cuestión del poder no se resolvía por la relación real de fuerzas, por el poderío del movimiento revolucionario, por la bancarrota de las clases dominantes, por la influencia política del partido, sino de conformidad a la etiqueta pedante de una "revolución puramente nacional" que sabios clasificadores pegaban sobre los hechos.

Carlos Renner quedó como jefe de cancillería del consejo de estado mientras esperaba que escampase. Los otros líderes socialdemócratas hicieron de adjuntos de los ministros burgueses. En otros términos, los socialdemócratas se ocultaron. bajo los escritorios de las oficinas. Pero las masas no aceptaban comer la cáscara nacional, mientras los socialdemócratas guardaban la almendra social para la burguesía. Obreros y soldados les impusieron salir de sus escondites. El irreemplazable teórico Otto Bauer explica: "Sólo las jornadas siguientes, al impulsar la revolución nacional en el sentido de una revolución social, aumentaron nuestro peso en el gobierno". Traducido a lenguaje claro: bajo la presión de las masas, los socialdemócratas tuvieron que dejar el escondite de sus escritorios.

Pero, siempre fieles a su vocación, sólo tomaron el poder para combatir el romanticismo y el espíritu de aventura, términos con que designan los sicofantes esa misma revolución social que ha aumentado su "peso en el gobierno". Si en 1918 los austromarxistas pudieron cumplir no sin éxito su misión histórica de ángeles guardianes de la Kreditanstalt de Viena contra el romanticismo revolucionario del proletariado, es únicamente porque no hubo un verdadero partido revolucionario que les saliese al paso.

Dos estados multinacionales, Rusia y Austria, manifiestan en su reciente historia la oposición entre bolchevismo y austromarxismo. Durante quince años, en lucha implacable contra todas las variantes del chovinismo gran ruso, Lenin proclamó el derecho de las naciones oprimidas a desligarse del imperio de los zares. Se acusaba a los bolcheviques de querer desmembrar a Rusia. Sin embargo, esa audaz definición revolucionaria de la cuestión nacional, creó entre los pueblos oprimidos, pequeños y atrasados de la Rusia zarista, una confianza inquebrantable hacia el Partido Bolchevique. En abril de 1917, Lenin decía: "Si los ucranianos ven que tenemos una república de los sóviets, no se separarán; pero si tenemos una república de Miliukov, se separarán". Una vez más tenía razón. La historia suministró una incomparable verificación de ambas políticas en la cuestión nacional. Mientras Austria-Hungría, cuya clase obrera había sido educada en el espíritu de las tergiversaciones cobardes, caía en pedazos bajo el golpe de un terrible sacudimiento que los sectores nacionales de la socialdemocracia eran los primeros en promover, sobre las ruinas de Rusia zarista se erigía un nuevo estado de nacionalidades ligadas económica y políticamente, de la manera más firme, por el Partido Bolchevique.

Cualquiera sea el destino ulterior de la Unión Soviética (y el puerto está distante todavía), la política nacional de Lenin es ya un elemento indestructible en el acervo de la humanidad.

La salida del Preparlamento y la lucha por el congreso de los sóviets

Cada día de guerra conmovía el frente, debilitaba al gobierno, empeoraba la situación internacional del país. A principios de octubre, la flota alemana, así marítima como aérea, entró con gran actividad en operaciones en el golfo de Finlandia. Los marinos del Báltico combatieron valerosamente, esforzándose por cortar el paso del enemigo a Petrogrado. Pero como se daban cuenta con mayor claridad que los restantes sectores del frente, de las hondas contradicciones de su situación como vanguardia de la revolución y como participantes forzados de la guerra imperialista, lanzaron desde las estaciones de radio de sus buques un llamamiento a los cuatro puntos cardinales, apelando a la ayuda revolucionaria internacional: "Nuestra escuadra atacada por fuerzas alemanas superiores, sucumbe en una lucha desigual. Ninguno de nuestros buques rehuirá el combate. Calumniada, anatematizada, nuestra armada cumplirá con su deber..., mas, no por orden de cualquier despreciable Bonaparte ruso que siga gobernando gracias a la excesiva paciencia de la revolución ... ni en aras de los tratados que nuestros gobernantes han concertado con los Aliados y que atan con cadenas a la libertad rusa. No; combatirán por la conservación de Petrogrado, hogar de la revolución. En el momento en que las olas del Báltico se tiñen con la sangre de nuestros hermanos, en que las aguas cubren sus cadáveres, alzamos nuestra voz para decir: ¡Oprimidos de todo el mundo, levantad la bandera de la insurrección!".

Las palabras alusivas a combates y víctimas no eran una frase. La escuadra perdió el buque Slava, y después del combate se retiró. Los alemanes se apoderaron del archipiélago de Monzund. Acaba de volverse otra página negra del libro de la guerra. El gobierno decidió aprovecharse del nuevo revés para trasladar su capital. El antiguo plan resurgía cada vez que se presentaba ocasión favorable para ello. Los círculos dirigentes no sentían la menor simpatía por Moscú, pero sí odio a Petrogrado. La reacción monárquica, el liberalismo, la democracia, aspiraban, uno tras otro, a degradar a la capital, a hacerla postrarse de hinojos, a aplastarla. Los patriotas más extremados sentían ahora un odio mucho más ardiente por Petrogrado que por Berlín.

El problema de la evacuación fue planteado con extraordinaria urgencia. Se proyectaba llevar a cabo en dos semanas el traslado del gobierno y del Preparlamento. Se resolvió asimismo evacuar en un brevísimo lapso las fábricas que trabajaban para la defensa. El comité ejecutivo central, por su carácter de "institución privada", tenía que cuidarse de su propia suerte.

Los kadetes, inspiradores de la evacuación, se daban cuenta de que nada resolvía el simple traslado del gobierno. Pero confiaban en que podrían acabar con el foco del contagio revolucionario mediante el hambre y el agotamiento. El bloqueo interior de Petrogrado se hallaba ya en su apogeo. Se retiraban los pedidos a las fábricas; se disminuía en cuatro veces el aprovisionamiento de combustible, el ministerio de abastecimientos retenía el ganado que se mandaba a la capital; a los carros con víveres no se les dejaba pasar del canal de Marinsky.

El belicoso Rodzianko, presidente de la duma de estado, que el gobierno se había decidido por fin a disolver a principios de octubre, se pronunciaba con absoluta franqueza, en el diario liberal de Moscú *Utro Rossii*, respecto al peligro que amenazaba a la capital: "Que el diablo se lleve a Petrogrado, eso es lo que pienso... Se teme que en Píter perezcan

las instituciones centrales (esto es, los sóviets y demás). A esto he de objetar que la desaparición de esas instituciones me produciría un gran contento, pues sólo daño han causado a Rusia". Verdad es que con la caída de Petrogrado perecerá también la escuadra del Báltico. Pero tampoco es de lamentar que tal ocurra: "Hay en esa escuadra buques que están completamente corrompidos". Gracias a la circunstancia de que el chambelán no tenía costumbre de morderse la lengua, el pueblo se enteró de los pensamientos más recónditos de la Rusia aristocrática y burguesa.

El encargado de negocios de Rusia comunicó desde Londres que el alto mando de la marina británica, a pesar de todas las gestiones hechas con insistencia en ese sentido, no consideraba posible aliviar la situación de su aliada en el mar Báltico. No fueron sólo los bolcheviques los que interpretaron esta respuesta en el sentido de que los Aliados y con ellos los dirigentes patrióticos de la propia Rusia, sólo ventajas para la causa común esperaban del golpe que los alemanes se disponían a asestar a Petrogrado. Los obreros y soldados no dudaban, en especial después de las confesiones de Rodzianko, de que el gobierno se disponía conscientemente a entregarlos a Ludendorff y Hoffmann.

El 6 de octubre, la sección de soldados del sóviet adoptó, con unanimidad nunca vista hasta entonces, una resolución presentada por Trotsky: "Si el gobierno provisional es incapaz de defender Petrogrado, tiene el deber de concertar la paz o dejar libre el puesto a otro gobierno". No fue menos intransigente la actitud que adoptaron los obreros. Consideraban a Petrogrado como su fortaleza, asociaban a ella sus esperanzas revolucionarias y no querían, en consecuencia, ceder la capital. Amedrentados por el peligro militar, por la evacuación, por la indignación de los soldados y obreros y por la excitación de la población toda, los conciliadores, por su parte, dieron la voz de alarma: no se puede dejar a Petrogrado abandonada a su suerte. Persuadido de que la tentativa de evacuación tropezaba con la resistencia general, el gobierno empezó a ceder, diciendo que no le preocupaba tanto su propia seguridad como el lugar en que habría de reunirse la futura asamblea constituyente. Pero tampoco le fue posible mantenerse en esta postura. Antes de que transcurriera una semana, se vio obligado a declarar que no sólo se disponía a quedarse en el Palacio de Invierno, sino que no había renunciado a su propósito de convocar la asamblea constituyente en el Palacio de Táurida. Semejante declaración no modificaba en lo más mínimo la situación militar y política. Pero reflejaba la fuerza política de Petrogrado, que consideraba misión suya dar al traste con el gobierno de Kerensky, y no lo dejaba salir de sus muros. Sólo los bolcheviques se atrevieron posteriormente a trasladar la capital a Moscú. Este propósito lo llevaron a cabo sin tropezar con dificultades de ningún género, porque el traslado de la capital, para ellos, tenía un carácter efectivamente estratégico: mal podía haber ningún motivo político que les indujera a salir de Petrogrado.

A instancias de la mayoría conciliadora de la comisión del consejo de la república rusa, o Preparlamento, hizo el gobierno la aludida declaración acerca de la defensa de la capital. La singular institución pudo por fin salir a la luz. Plejánov, que era amigo de gastar bromas, y que sabía hacerlo, denominaba irrespetuosamente a ese impotente y fugaz consejo de la república "la choza sobre patas de gallina". Desde el punto de vista político, esta definición no dejaba de ser certera. Sólo hay que añadir que el Preparlamento, en cuanto a choza, tenía muy buena apariencia, ya que se le había cedido el magnífico Palacio Marinsky, que antes había servido de refugio al consejo de estado. El contraste entre el lujoso palacio y el Instituto Smolny, descuidado e impregnado de hedores de soldados, sorprendía a Sujánov: "Entre toda esa magnificencia [confiesa] sentía unos deseos de descansar, de olvidar las dificultades y la lucha, el hambre y la guerra, la ruina y la anarquía, el país y la revolución". Pero quedaba muy poco tiempo para el descanso y el olvido.

La llamada mayoría "democrática" del Preparlamento estaba compuesta de 308 miembros: 120 socialrevolucionarios, 20 de los cuales pertenecían a la izquierda; 60 mencheviques de distintos matices, y 66 bolcheviques; después seguían los cooperadores, los delegados del comité ejecutivo campesino, etc. A las clases pudientes se les habían concedido 156 puestos, de los cuales ocupaban casi la mitad los kadetes. El ala derecha, junto con los cooperadores, los cosacos y los miembros, harto conservadores, del comité ejecutivo campesino, se mostraba afín a la mayoría en una serie de cuestiones. La distribución de puestos en esa choza confortable se hallaba, por consiguiente, en manifiesta contradicción con la voluntad decidida de la ciudad y del campo. En cambio, como contrapeso a las grises representaciones soviéticas y otras, el Palacio Marinsky reunía dentro de sus muros a la "flor de la nación". Como los miembros del Preparlamento no dependían de los accidentes de la competencia electoral, de las influencias locales y de las preferencias provinciales, cada grupo, cada partido mandaba a sus jefes más destacados. Según el testimonio de Sujánov, el Preparlamento se componía de una representación "excepcionalmente brillante". Cuando se reunió por primera vez, muchos escépticos, según Miliukov, se dijeron: "Por contentos podremos darnos si la asamblea constituyente no es peor que esto". La "flor de la nación" se contemplaba, satisfecha, en los espejos del palacio, sin percatarse de que era una flor estéril.

El 7 de octubre, al abrir la primera sesión del consejo de la república, no dejó pasar Kerensky la ocasión de recordar que el gobierno, aunque conservaba "en toda su integridad el poder", estaba dispuesto a atender "todas las indicaciones verdaderamente valiosas": el gobierno, aunque absoluto, no dejaba de ser ilustrado. Se había cedido un puesto a los bolcheviques en la mesa del consejo, presidida por Avksentiev y compuesta de cinco miembros; pero nadie ocupó ese puesto. A los *régisseurs* de aquella comedia lamentable y poco divertida se les conturbó el alma. Todo el interés de la anodina inauguración del consejo en un día lluvioso no menos anodino, se concentraba de antemano en la intervención de los bolcheviques. En los pasillos del Palacio Marinsky circuló, según Sujánov, "un rumor sensacional: Trotsky ha vencido por una mayoría de dos o tres votos... y los bolcheviques abandonarán de inmediato el Preparlamento". En realidad, la decisión de abandonar demostrativamente el Palacio Marinsky había sido tomada el día 5, en la reunión de la fracción bolchevique por totalidad de votos menos uno: ¡tan grande había sido el impulso hacia la izquierda en el transcurso de las dos semanas últimas! Sólo Kámenev se mantuvo fiel a su posición primitiva, o, para decirlo con más exactitud, fue el único que se atrevió a defenderla. En una declaración especial, dirigida al comité central, Kámenev caracterizaba sin ambages la orientación adoptada como "llena de peligros para el partido", Los propósitos poco claros de los bolcheviques produjeron cierta inquietud en el Preparlamento: lo que, a decir verdad, se temía, no era una sacudida del régimen, sino el "escándalo" ante los diplomáticos aliados, a los cuales acababa de recibir la mayoría, como era debido, con una salva de aplausos patrióticos. Cuenta Sujánov que se mandó un delegado oficial (el propio Avksentiev) a los bolcheviques, con encargo de preguntarles de antemano: ¿Qué va a pasar? "Nada [contestó Trotsky], nada; un pequeño disparo de revólver".

Una vez abierta la sesión, basándose en el reglamento heredado de la duma de estado, se concedieron diez minutos a Trotsky. para que hiciera una declaración en nombre de la fracción bolchevique. Se produjo un denso silencio en la sala. La declaración empezaba afirmando que el poder era en aquellos momentos tan irresponsable como antes de la conferencia democrática, convocada, según se decía, para poner a raya a Kerensky, y que los representantes de las clases pudientes habían entrado en el consejo provisional en un número al que no tenían el menor derecho. Si la burguesía se disponía a convocar efectivamente la asamblea constituyente dentro de mes y medio,

sus jefes no tenían ahora fundamento alguno para sostener con tanto encarnizamiento la irresponsabilidad del poder, aun cuando se tratase de una representación amañada. "Todo se explica por el hecho de que las clases burguesas se han propuesto como fin hacer fracasar la asamblea constituyente". El golpe da en el clavo; razón de más para que proteste el ala derecha. Sin apartarse del texto de la declaración, el orador ataca la política industrial, agraria y de abastos del gobierno; de proponerse conscientemente como fin impulsar a las masas a la insurrección, no hubiera sido posible seguir otro derrotero. "La idea de entregar la capital revolucionaria a las tropas alemanas se nos aparece como un eslabón natural de la política general que ha de facilitar... el compló contrarrevolucionario". Las protestas se transforman en tormenta. Gritos en que se alude a Berlín, al oro alemán, el vagón precintado y, sobre este fondo general, las invectivas callejeras más soeces. Nunca se había dado nada parecido durante los combates más apasionados sostenidos en aquel Instituto Smolny, sucio, descuidado, lleno de escupitajos de soldado. "Bastó que nos halláramos en medio de la buena sociedad del Palacio Marinsky... [dice Sujánov], para que se restableciera inmediatamente la atmósfera de taberna que había predominado antes en la duma del imperio". Abriéndose camino a través de las explosiones de odio que alternaban con momentos de calma, el orador termina así: "Nosotros, la fracción de los bolcheviques, declaramos que no tenemos nada de común con este gobierno de la traición al pueblo ni con este consejo de la tolerancia para con la contrarrevolución... Al abandonar el consejo provisional ponemos en guardia a los obreros, soldados y campesinos de toda Rusia. ¡Petrogrado está en peligro! ¡La revolución está en peligro! ¡El pueblo está en peligro!... Y dirigiéndonos al pueblo, le decimos: ¡Todo el poder a los sóviets!"

El orador baja de la tribuna. Los bolcheviques abandonan la sala entre imprecaciones. Tras estos momentos de alarma, la mayoría se dispone a suspirar, aliviada. No se ha retirado nadie más que los bolcheviques; la "flor de la nación" permanece en su sitio. Sólo el ala izquierda de los conciliadores se doblegó bajo el golpe, que al parecer no iba dirigido contra ellos. "Nosotros, los vecinos inmediatos de los bolcheviques [confiesa Sujánov], nos sentíamos completamente anonadados por lo ocurrido". Los puros caballeros de la palabra se daban cuenta de que la hora de las palabras había pasado.

El ministro de asuntos extranjeros, Tereschenko, en un telegrama secreto dirigido a los embajadores rusos, decía, hablando de la inauguración del Preparlamento: "Si se exceptúa el escándalo promovido por los bolcheviques, la primera sesión se ha desarrollado de un modo muy desvaído". La ruptura histórica del proletariado con la mecánica estatal de la burguesía era considerada por esa gente como un simple "escándalo". La prensa burguesa no dejó pasar la ocasión de azuzar al gobierno, tomando de pretexto la decisión mostrada por los bolcheviques. "Los señores ministros sólo podrán sacar al país de la anarquía cuando muestren tanta decisión y tanta voluntad de obrar como la que muestra el compañero Trotsky". ¡Como si se tratara de la decisión y de la voluntad de ciertas personas, y no del destino histórico de las clases! ¡Y como si la selección de los hombres y de los caracteres se produjera con independencia de los fines históricos! "Hablaban y obraban [escribía Miliukov, refiriéndose a la retirada de los bolcheviques del Preparlamento] como hombres, sentían detrás de ellos una fuerza y sabían que el día de mañana les pertenecía".

La pérdida de las islas de Monzund, el peligro creciente que amenazaba a Petrogrado y la retirada de los bolcheviques del Preparlamento para echarse a la calle, obligaban a los conciliadores a reflexionar sobre el problema de su actitud ulterior con respecto a la guerra. Al cabo de tres días de discusión, en la que participaron los ministros de la guerra y de marina y los comisarios y delegados de las organizaciones del ejército, el comité ejecutivo central encontró, al fin, una solución salvadora: "Insistir en la

necesidad de que los representantes de la democracia rusa tomen parte en la conferencia de los Aliados que debe celebrarse en París". Después de nuevas dificultades, se designó como representante a Skóvelev y se elaboraron instrucciones detalladas: paz sin anexiones ni contribuciones, neutralización de los estrechos, así como de los canales de Suez y de Panamá (el horizonte geográfico de los conciliadores era más amplio que el político), abolición de la diplomacia secreta, desarme progresivo. El comité ejecutivo central manifestó que la participación de su delegado en la conferencia de París perseguía como fin "ejercer presión sobre los Aliados". ¡La presión de Skóvelev sobre Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos! El diario de los kadetes formuló una aviesa pregunta: ¿Qué hará Skóvelev si los Aliados rechazan sin cumplidos sus condiciones? "¿Los amenazará con un nuevo llamado a los pueblos de todo el mundo?" Los conciliadores hacía ya mucho tiempo que se sentían avergonzados del llamamiento que habían lanzado anteriormente.

El comité ejecutivo central, que se disponía a imponer a Estados Unidos la neutralización del canal de Panamá, se mostró, en realidad, incapaz de ejercer presión ni siquiera sobre el Palacio de Invierno. El 12, Kerensky mandó a Lloyd George una carta extensa, llena de tiernos reproches, lamentaciones amargas y ardientes promesas. El frente se halla "en mejor estado que durante la primavera pasada". Naturalmente, la propaganda derrotista (el primer ministro ruso se lamenta ante el primer ministro británico de la actuación de los bolcheviques rusos) ha impedido realizar todos los objetivos proyectados. Pero de la paz ni siquiera puede hablarse. Al gobierno no le preocupa más que una cuestión: "Cómo continuar la guerra". Ciertamente, Kerensky, en prenda de su patriotismo, solicitaba créditos.

Libre de los bolcheviques, el Preparlamento tampoco perdía el tiempo: el 10 se iniciaba el debate sobre los medios de elevar la capacidad combativa del ejército. El diálogo, que ocupó tres fatigosas sesiones, se desarrolló con sujeción a un esquema invariable: Hay que persuadir al ejército de que lucha por la paz y la democracia, decía la izquierda. No se puede persuadir, hay que obligar objetaba la derecha. No se puede obligar; para ello es necesario persuadir antes, al menos en parte, contestaban los conciliadores. Por lo que hace a la persuasión, los bolcheviques son más fuertes que vosotros, objetaban los kadetes. Todos ellos tenían razón. Pero también tiene razón el que se ahoga cuando, antes de irse al fondo, lanza gritos de angustia.

El 18 llegó la hora de una decisión que no podía cambiar la naturaleza de las cosas. La fórmula de los socialrevolucionarios obtuvo 95 votos contra 127 y 50 abstenciones. La fórmula de la derecha, 135 contra 139. ¡Cosa sorprendente: no hubo mayoría! En la sala, según las reseñas de los periódicos, se produjo un movimiento general y una gran confusión. A pesar de la unidad del fin perseguido, la "flor de la nación" se mostró incapaz de tomar una resolución, aunque fuera platónica, sobre el problema más agudo de la vida nacional. La cosa no tenía nada de casual: otro tanto ocurrió, día tras día, con los demás puntos que se debatieron, así en las comisiones como en el pleno. No se podían sumar los fragmentos de opiniones. Todos los grupos vivían de unos matices imperceptibles de pensamiento político: pero el pensamiento mismo no aparecía por ninguna parte. ¿Se habría ido a la calle junto con los bolcheviques?... El callejón sin salida en que se hallaba el Preparlamento era el callejón sin salida del régimen.

Persuadir al ejército era difícil, pero obligarlo era imposible. A los gritos que Kerensky había lanzado contra la escuadra del Báltico, que había soportado el combate y tenido víctimas, respondió el congreso de los marinos dirigiéndose al comité ejecutivo central con la exigencia de que fuera eliminado del gobierno provisional "el hombre que había cubierto de oprobio a la gran revolución, y que conducía a esta última a la ruina con su impúdico chantaje político". Hasta entonces no había oído Kerensky ese lenguaje de

los marinos. El comité regional del ejército, de la armada y de los obreros rusos de Finlandia, que obraba como si fuera un poder constituido, detuvo los transportes gubernamentales. Kerensky amenazó con detener a los comisarios: “El comité regional acepta tranquilamente el reto del gobierno provisional”. Kerensky se calló. En realidad, la escuadra del Báltico se hallaba ya en estado de sublevación.

En el frente terrestre aún no habían llegado tan lejos las cosas, pero se desarrollaban en el mismo sentido. En el transcurso del mes de octubre, la situación empeoró rápidamente, desde el punto de vista de los víveres. El generalísimo del frente del norte comunicaba que el hambre era “la causa principal de la desmoralización del ejército”. Al mismo tiempo que en las alturas dirigentes del frente seguían insistiendo (los conciliadores, bien que, a decir verdad, a espaldas de los soldados) sobre la necesidad de elevar la capacidad combativa del ejército, abajo, los regimientos exigían uno tras otro la publicación inmediata de los tratados secretos, y que hicieran inmediatamente proposiciones de paz. En los primeros días de octubre, Jdánov, comisario del frente occidental, comunicaba: “El estado de espíritu de los soldados es muy alarmante, con motivo de la proximidad de los fríos y el empeoramiento del rancho... Los bolcheviques hacen progresos evidentes”.

Las instituciones gubernamentales del frente estaban en el aire. El comisario del 2º ejército comunica que los consejos de guerra no pueden funcionar, porque los soldados-testigos se niegan a presentarse para prestar declaración. “Las relaciones entre el mando y los soldados se han agriado. Los oficiales son considerados como culpables de la prolongación de la guerra”. La hostilidad de los soldados respecto del gobierno y del mando se había hecho extensiva, desde hacía mucho tiempo, a los comités del ejército, que no habían sido renovados desde los comienzos de la revolución. Los regimientos, prescindiendo de dichos comités, mandan delegados a Petrogrado, al sóviet, para lamentarse de la insoportable situación en que se encuentran en las trincheras, sin pan, sin equipos, sin fe en la guerra. En el frente de Rumania, donde los bolcheviques son muy débiles, regimientos enteros se niegan a disparar. “Dentro de dos o tres semanas, los propios soldados declararán el armisticio y depondrán las armas.” Los delegados de una de las divisiones comunican: “Los soldados han decidido marcharse a sus casas tan pronto como aparezcan las primeras nieves”. En·1a reunión plenaria del sóviet de Petrogrado, una delegación del 33º cuerpo de ejército formula la siguiente amenaza: “Si no se lleva a cabo una verdadera lucha por la paz, los soldados tomarán el poder en sus manos y decretarán por sí y ante sí el armisticio”. El comisario del 2º ejército comunica al ministro de la guerra: “Se habla no poco de que al llegar los fríos serán abandonadas las posiciones”.

La fraternización, que después de las jornadas de julio había desaparecido casi por completo, se reanudó y creció rápidamente. Tras el breve período de calma volvieron a repetirse a menudo los casos, no sólo de detención de oficiales por los soldados, sino de asesinato de los más odiados por aquéllos. Las represalias se llevaban a cabo poco menos que abiertamente, a la vista de los demás soldados. Nadie salía en defensa de los oficiales: la mayoría no quería; la minoría (muy reducida) no se atrevía a hacerlo. El asesino conseguía escapar indefectiblemente, desapareciendo entre la masa de soldados sin dejar rastro. Uno de los generales escribía: “Nos agarramos convulsivamente a no sabemos qué, imploramos un milagro, pero la mayoría comprende que ya no hay salvación”.

Los periódicos patrióticos, combinando la perfidia con la estulticia, seguían hablando de la continuación de la guerra, de la ofensiva y de la victoria. Los generales movían la cabeza; algunos de ellos hacían equívocamente el juego de la prensa. “Sólo los insensatos pueden pensar ahora en la ofensiva”, escribía el 7 el barón Budberg, comandante del cuerpo del ejército, que se hallaba cerca de Dvinsk. Un día después se

veía ya obligado a consignar en su agenda: "Estoy aturdido y estupefacto ante la orden recibida de emprender la ofensiva no más tarde del 20 de octubre". Los estados mayores, que ya no creían nada, elaboraban planes de nuevas operaciones. Había no pocos generales que veían la última esperanza de salvación en la repetición en gran escala de lo mismo que Kornílov había hecho en Riga: arrastrar al ejército al combate, e intentar echar la responsabilidad de la derrota sobre la revolución. Por iniciativa del ministro de la guerra, Verjovski, se tomó la decisión de hacer pasar a la reserva a las clases más antiguas. Los ferrocarriles crujían bajo el peso de los soldados que regresaban a sus hogares. En los vagones, atestados, se rompían los resortes y se hundía el suelo. No por ello mejoraba el espíritu de los que quedaban en el frente. "Las trincheras se hunden [escribe Budberg]. Los pasajes de comunicación están obstruidos; por todas partes, basura y excrementos... Los soldados se niegan categóricamente a limpiar las trincheras... Es terrible pensar en lo que ocurrirá cuando llegue la primavera, y todo esto empiece a pudrirse y descomponerse". Los soldados, en su encarnizada pasividad, se negaban, incluso a someterse a la vacuna preventiva, negativa que se convirtió asimismo en una forma de luchar contra la guerra.

Después de vanas tentativas para elevar la capacidad combativa del ejército mediante la reducción de sus efectivos, Verjovsky llegó inesperadamente a la conclusión de que sólo la paz podía salvar al país. En una reunión privada con los jefes kadetes, cuya adhesión esperaba granjearse el joven e ingenuo ministro, Verjovsky describió el espectáculo que ofrecía el hundimiento material y espiritual del ejército: "Toda tentativa de continuar la guerra no puede hacer más que acelerar la catástrofe". Los kadetes no podían dejar de comprender estas razones. Pero Miliukov, mientras los demás guardaban silencio, se encogió despectivamente de hombros: "la dignidad de Rusia", "la fidelidad a los Aliados"... El jefe de la burguesía, que no creía en una sola de estas palabras, se esforzaba tenazmente en enterrar la revolución bajo las ruinas y los cadáveres de la guerra. Verjovsky dio pruebas de valor político: sin consultar con el gobierno ni advertirle, el día 20, en la comisión del Preparlamento, reconoció la necesidad de pactar de inmediato la paz, estuviesen o no conformes con ello los Aliados. Todos aquellos que en las conversaciones privadas se habían mostrado de acuerdo con su punto de vista, se revolvieron furiosamente contra él. La prensa patriótica decía que el ministro de la guerra había "saltado a la trasera del coche del compañero Trotsky". Bursev hizo una alusión al oro alemán. A Verjovsky se le concedió una licencia. Los patriotas, cuando se hallaban a solas afirmaban que en el fondo tenía razón. Budberg se manifestó prudente, incluso en su diario: "Desde el punto de vista de la fidelidad a la palabra dada [escribía], la proposición es, naturalmente, pérfida; pero, desde el punto de vista de los intereses egoístas de Rusia, es acaso la única que puede ofrecer una esperanza de solución salvadora". Como de pasada, el barón confesaba la envidia que le inspiraban los generales alemanes, a los que "el destino otorga la felicidad de ser artífices de victorias". No preveía Budberg que tampoco había de tardar en llegarles su hora a los generales alemanes. Aquellos hombres, aún los más inteligentes, no habían previsto nada. Los bolcheviques, en cambio, habían previsto mucho, y eso constituía su fuerza.

La retirada del Preparlamento hizo volar a la vista misma del pueblo los últimos puentes que aún ligaban al partido de la insurrección con la sociedad oficial. Con nueva energía (la proximidad del fin redobla las fuerzas) los bolcheviques llevaron a cabo una agitación que los adversarios calificaban de demagogia, porque sacaba a la plaza pública lo que ellos ocultaban en los despachos y oficinas. El poder persuasivo de esta infatigable propaganda se debía a que los bolcheviques comprendían la marcha de los acontecimientos, subordinaban a ella su política, no tenían miedo a las masas, y creían inquebrantablemente en su razón y en su victoria. El pueblo no se cansaba de escucharlos.

Las masas sentían la necesidad de hallarse juntas; cada cual quería someter a prueba sus juicios a través de los demás, y todos observaban, atenta e intensamente, cómo una misma idea giraba en su conciencia, con sus distintos rasgos y matices. Multitudes inmensas acudían a los circos y demás grandes locales; donde hablaban los bolcheviques más populares, aportando las últimas deducciones y los últimos llamados.

En vísperas de octubre disminuyó considerablemente el número de agitadores de primera fila. Faltaba ante todo Lenin como agitador, y aún más como inspirador directo y cotidiano. Faltaban sus conclusiones simples y profundas, que se incrustaban sólidamente en la conciencia de las masas, sus palabras vivas, que tomaba del pueblo y a él volvían. Faltaba el agitador de primera categoría, Zinóviev, el cual, escondido para escapar a las persecuciones resultantes de la acusación lanzada contra él como partícipe en la "insurrección" de julio, se había vuelto decididamente contrario a la insurrección de octubre y había desaparecido, por lo mismo, del campo de acción durante todo el período crítico. Kámenev, propagandista insustituible, experto instructor político del partido, condenaba el curso tomado hacia la insurrección, no creía en la victoria, preveía una catástrofe y se ocultaba, taciturno, en la sombra. Svérdlov, cuyo temperamento era más de organizador que de agitador, hablaba a menudo en las grandes asambleas, y su voz pausada, poderosa e incansable, sembraba una tranquila confianza. Stalin no era agitador ni orador. En más de una ocasión había figurado como ponente en las conferencias del partido. Pero, ¿habló aunque no fuera más que una vez en los grandes mítines de la revolución? En los documentos y memorias no ha quedado rastro alguno de ello. De la agitación más viva se encargaban Volodarsky, Lashévich, la Kollontai, Chudnovsky, a los que seguían decenas de agitadores de menor cuantía. Se escuchaba con interés y simpatía (a los que, para los más conscientes, se mezclaba cierta condescendencia) a Lunacharsky, orador experto, que sabía presentar los hechos y las conclusiones, servirse de la frase retórica y de la chanza, pero que no aspiraba a arrastrar a nadie, pues él mismo tenía necesidad de que le arrastraran. A medida que se acercaba el momento de la acción decisiva, Lunacharsky perdía rápidamente el color y se agotaba.

Respecto al presidente del sóviet de Petrogrado (Trotsky), dice Sujánov: "Abandonando la labor que realizaba en el estado mayor revolucionario, volaba de la fábrica de Obujov a la Trubochnaya, de la de Putilov a la del Báltico, del Picadero a los cuarteles y parecía como si hablara simultáneamente en todos los sitios. Cada soldado y cada obrero de Petrogrado le conocía personalmente. Su influencia, tanto entre las masas como en el estado mayor, era aplastante. En esos días era la figura central y el héroe principal de esa notable página de la historia".

Pero en este último período que precedió al golpe decisivo era incomparablemente más efectiva la agitación molecular que llevaban a cabo los obreros, marinos y soldados anónimos que hacían proselitismo mediante una labor de propaganda individual, destruyendo las últimas dudas, venciendo las postreras vacilaciones. Aquellos meses de febril vida política habían creado numerosos cuadros de militantes de fila, educando a centenares y miles de trabajadores que estaban acostumbrados a observar la política desde abajo y no desde arriba, y que precisamente por ello apreciaban los hechos y los hombres con un acierto no siempre accesible a los oradores de tipo académico. Ocupaban el primer lugar, en este respecto, los obreros de Petrogrado, proletarios de estirpe, de cuyo seno surgían agitadores y organizadores de un temple revolucionario excepcional, de una elevada cultura política, independientes en la idea1 en la palabra y en la acción. Los torneros, los cerrajeros, los herreros, educadores de talleres y fábricas, tenían ya en torno a sí sus escuelas, sus discípulos, futuros organizadores de la república de los sóviets. Los marinos del Báltico, compañeros de armas inmediatos de los obreros de Petrogrado y que, en gran parte, habían salido de su propio medio, formaban brigadas de agitadores, que

conquistaban a pulso los regimientos atrasados, las capitales de distrito, las comarcas agrarias. Una fórmula general lanzada en el Circo Moderno por uno de los caudillos revolucionarios, tomaba cuerpo en centenares de mentes y daba luego la vuelta a todo el país.

Miles de soldados y obreros revolucionarios, todos ellos agitadores, enemigos jurados de la guerra y de sus responsables, habían evacuado los países bálticos, Polonia y Lituania, juntamente con los establecimientos industriales, o por separado, al retirarse los ejércitos rusos. Los bolcheviques letones que, arrancados a su tierra natal, se ponían por entero al lado de la revolución, convencidos, tenaces, decididos, llevaban a cabo día tras día una profunda labor de zapa en todos los ámbitos del país. Sus rostros angulosos, su acento duro y sus frases rudas, a menudo incorrectas, comunicaban una expresión peculiarísima a sus indómitas incitaciones a la insurrección.

La masa no toleraba ya en sus filas a los vacilantes, a los neutrales; se afanaba por atraer, por persuadir, por conquistar a todo el mundo. Fábricas y regimientos mandaban delegados al frente. Las trincheras se ponían en relación con los obreros y campesinos del frente interior inmediato. En las ciudades del frente se celebraban innumerables mítines y conferencias en que soldados y marinos coordinaban su acción con la de los obreros y campesinos; así fue conquistada para el bolchevismo la atrasada Rusia Blanca.

Allí donde la dirección local del partido estaba indecisa o se mantenía a la expectativa, como ocurría, por ejemplo, en Kiev, Vorónezh y otros muchos sitios, las masas caían a menudo en la pasividad. Para justificar su política, los dirigentes citaban como pretexto el decaimiento que ellos mismos provocaban. E inversamente: "Cuanto más decidido y audaz era el llamamiento a la insurrección [dice Pvoijsky, uno de los agitadores de Kazán], con más confianza y afecto acogía al orador la masa de los soldados". Las fábricas y los regimientos de Petrogrado y de Moscú llamaban cada vez con más insistencia a las puertas de la aldea. Los obreros recogían fondos entre sí y mandaban delegados a sus aldeas natales. Los regimientos tomaban el acuerdo de incitar a los campesinos a apoyar a los bolcheviques. Los obreros de las fábricas situadas fuera de las ciudades recorrían las aldeas de los alrededores, en las que distribuían periódicos y echaban los cimientos de los grupos bolcheviques. De esas excursiones se llevaban en las pupilas el resplandor de los incendios de la guerra campesina.

El bolchevismo conquistaba el país. Los bolcheviques se convertían en una fuerza irresistible. El pueblo les seguía. Las dumas municipales de Cronstadt, Tsaritsin, Kostroma, Schui, elegidas por sufragio universal, se hallaban en manos de los bolcheviques. En las elecciones a las dumas de barriada de Moscú, los bolcheviques obtuvieron el 52% de los votos. En el lejano y pacífico Tomsk, así como en Samara, ciudad que no tenía nada de industrial, pasaron a ocupar el primer lugar en la duma. De los cuatro miembros elegidos para el zemstvo del distrito de Schlusselburgo, tres eran bolcheviques. En el zemstvo del distrito de Ligovsk, los bolcheviques obtuvieron el 50% de los votos. No en todas partes se presentaban de un modo tan favorable las cosas. Pero por doquier se modificaban en un mismo sentimiento. El peso específico del Partido Bolchevique aumentaba rápidamente.

Sin embargo, donde se manifestó de un modo más elocuente la bolchevización de las masas fue en las organizaciones de clase. En la capital, los sindicatos agrupaban a más de medio millón de obreros. Los mismos mencheviques, que conservaban aún en sus manos los comités de algunos sindicatos, tenían la sensación de no ser más que una supervivencia de tiempos pretéritos. Cualquiera que fuese el sector del proletariado que se reuniera, fuese la que fuere su misión inmediata, llegaba inevitablemente a conclusiones bolchevistas. Y esto no era obra de casualidad: los sindicatos, los comités de fábrica, las organizaciones económicas y culturales, permanentes y temporales, de la

clase obrera, cada vez que se les planteaba un problema, se veían obligados a formular la misma pregunta: ¿Quién manda en la casa?

Los obreros de las fábricas de artillería, llamados a una conferencia para regular las relaciones con la administración, contestan cómo se puede conseguir esto: a través del poder de los sóviets. Ya no se trata de una fórmula escueta, sino de un programa de salvación económica. A medida que se aproximan al poder, los obreros van enfocando de un modo cada vez más concreto los problemas de la industria: la conferencia susodicha creó incluso un centro especial, encargado de elaborar los métodos susceptibles de efectuar la transformación de las fábricas militares en centros de producción pacífica.

La conferencia de los comités de fábrica de Moscú reconoció la necesidad de que el sóviet local resolviera en lo sucesivo por decreto todos los conflictos huelguísticos, abriera por propia iniciativa las fábricas cerradas por los patronos que hubieran declarado el lockout y, mediante el envío de sus delegados a Siberia y a la cuenca del Donetz, garantizar el pan y el carbón a las fábricas. La conferencia de los comités de fábrica de Petrogrado consagra su atención al problema agrario y, basándose en el informe de Trotsky, redacta un manifiesto a los campesinos: el proletariado se siente ya, no sólo como clase particular, sino como caudillo del pueblo. La conferencia nacional de los comités de fábrica, reunida en la segunda quincena de octubre, eleva la cuestión del control obrero a la categoría de objetivo nacional. "Los obreros están más interesados que los patronos en el trabajo regular e ininterrumpido de los establecimientos". El control obrero "responde a los intereses de todo el país y debe ser sostenido por los campesinos y el ejército revolucionarios". La resolución que abría la puerta a un nuevo orden económico es adoptada por los representantes de todos los establecimientos industriales de Rusia contra 5 votos y 9 abstenciones. Los pocos delegados que se abstienen son los viejos mencheviques, que no pueden ya marchar con su partido, pero que todavía no se deciden a alzar francamente el brazo a favor de la revolución bolchevique. Mañana lo harán.

Los municipios democráticos, recién elegidos, van pereciendo paralelamente a los órganos del poder gubernamental. Sus misiones más importantes, como es el suministro de agua, luz, combustible y víveres a las ciudades, van realizándolas cada vez en mayor medida los sóviets y otras organizaciones obreras. El comité de fábrica de la central del alumbrado público de Petrogrado corría por la ciudad y los alrededores en busca, ora de carbón, ora de aceite, para las turbinas, y conseguía lo uno y lo otro por mediación de los comités de otros establecimientos, en lucha con los propietarios y la administración.

No, el poder de los sóviets no era una quimera, una construcción arbitraria, inventada por los teóricos del partido, sino que surgía irresistiblemente desde abajo. Como consecuencia del desmoronamiento de la economía, de la impotencia de las clases pudientes y de las necesidades de las masas, los sóviets se convertían en un poder efectivo. No les quedaba otro camino que seguir a los obreros, soldados y campesinos. El poder de los sóviets no era ya un tema bueno para discutir y razonar sobre él: era preciso llevarlo a la práctica.

En el primer congreso de los sóviets, celebrado en junio, se había decidido convocar los congresos cada tres meses. El comité ejecutivo central, sin embargo, no sólo no convocó el II Congreso en el plazo fijado, sino que puso de manifiesto su propósito de dejar de convocarlo, para no hallarse frente a frente con una mayoría hostil. La principal finalidad perseguida por la conferencia democrática era eliminar a los sóviets, sustituyéndolos por los órganos de la "democracia". Pero la empresa no resultaba tan fácil de hacer como parecía. Los sóviets no estaban dispuestos a ceder el camino a nadie.

El 21 de septiembre, cuando la conferencia democrática tocaba a su fin, el sóviet de Petrogrado exigió que se convocase con toda urgencia el congreso de los sóviets.

Adoptó una resolución en este sentido, como resultado de los informes de Trotsky y de Bujarin, huésped de Moscú, resolución que partía formalmente de la necesidad de prepararse para hacer frente a "una nueva oleada de la contrarrevolución". El programa de defensa que trazaba el camino del ataque futuro se apoyaba en los sóviets como únicas organizaciones capaces de sostener la lucha. La resolución exigía que los sóviets reforzaran sus posiciones entre las masas. Allí donde el poder se hallaba efectivamente en sus manos, no debían soltarlo en ningún caso. Los comités revolucionarios, creados durante los días de la sublevación de Kornílov, debían subsistir y estar dispuestos a la lucha. "Es necesario convocar inmediatamente el congreso de los sóviets, para unificar y cohesionar la acción de todos ellos en su lucha con el peligro inminente, y para discutir las cuestiones que atañen a la organización del poder revolucionario". De esta manera, esa resolución defensista se apoyaba en el derrumbamiento del gobierno. En este mismo sentido político habrá de desarrollarse en lo sucesivo la agitación hasta el momento mismo del levantamiento. Los delegados de los sóviets que asistían a la conferencia plantearon el día siguiente, ante el comité ejecutivo central, la cuestión del congreso. Los bolcheviques exigían que fuese convocado este último en el término de dos semanas y proponían (o, mejor dicho, amenazaban con hacerlo por su cuenta) crear con este fin un órgano particular que se apoyara en los sóviets de Petrogrado y de Moscú. En realidad, preferían que el congreso fuera convocado por el antiguo comité ejecutivo central: con eso se eliminaría de antemano toda discusión sobre las atribuciones del congreso y se podría derribar a los conciliadores con su propia ayuda. La amenaza, embozada, apenas, de los bolcheviques, produjo su efecto: los jefes del comité ejecutivo central, que no querían correr el riesgo de romper por el momento con la legalidad soviética, declararon que no resignarían en nadie el cumplimiento de sus deberes. El congreso fue convocado para el 20 de octubre, es decir, en un plazo que no llegaba a un mes.

Sin embargo, tan pronto como se marcharon los delegados de provincias, los jefes del comité ejecutivo central se dieron cuenta de que el congreso era inoportuno, que distraería de la campaña electoral a los militantes de cada localidad y perjudicaría a la asamblea constituyente. El temor efectivo consistía en que el congreso se convirtiera en un poderoso pretendiente al poder, pero sobre esto se guardaba diplomáticamente silencio. El 26 de septiembre Dan, sin cuidarse de preparar la cosa como era debido, propuso ya a la mesa del comité ejecutivo central el aplazamiento del congreso.

Aquellos demócratas patentados trataban sin ningún cumplido a los principios más elementales de la democracia. Acaban de anular la resolución que había adoptado la conferencia democrática por ellos convocada, resolución rechazada por la coalición por los kadetes. Ahora manifestaban su soberano desprecio respecto de los sóviets, empezando por el de Petrogrado, sobre cuyas espaldas se habían encumbrado hasta el poder. Pero ¿es que podrían tomar en cuenta, en realidad, sin romper su alianza con la burguesía, las esperanzas y peticiones de las decenas de millones de obreros, soldados y campesinos que estaban al lado de los sóviets?

Trotsky contestó a la proposición de Dan en el sentido de que fuera como fuera, el congreso sería convocado, si no por vía constitucional por la revolucionaria. La mesa, en general tan servil, se negó esta vez a seguir el camino del *coup d'Etat* soviético. Pero el pequeño revés sufrido no hizo deponer las armas a los conspiradores; antes al contrario, se diría que les infundió nuevos bríos. Dan halló un punto de apoyo influyente en la sección militar del comité ejercito central, la cual decidió "consultar" con las organizaciones del frente si se debía convocar el congreso, esto es, si se ejecutaría una decisión adoptada dos veces por el órgano soviético supremo. Entre tanto, la prensa conciliadora inicio una campaña contra el congreso. Los socialrevolucionarios adoptaron un tono particularmente furioso. "La convocatoria o no convocatoria del congreso [decía

Dielo Naroda (La causa del pueblo)] no puede tener ninguna importancia para la solución del problema del poder… El gobierno de Kerensky no se someterá en ningún caso.” “¿A qué no se someterá?”, preguntaba Lenin. “Al, poder de los sóviets [aclaraba], al poder de los órganos obreros y campesinos, al mismo que *Dielo Naroda*, para no dejar atrás a los anti8semitas e iniciadores de pogromos, a los monárquicos y kadetes, califica de poder de Trotsky y Lenin.”

Por su parte el comité ejecutivo de los campesinos consideraba “peligroso y poco deseable” que se convocase el congreso. En los sectores dirigentes de los sóviets se produjo una confusión mal intencionada. Los delegados de los partidos conciliadores que recorrían el país movilizaban a las organizaciones locales contra el congreso convocado en forma oficial por el órgano soviético supremo. El periódico oficioso del comité ejecutivo central publicaba diariamente resoluciones contra el congreso, encargadas por la pandilla dirigentes, y que partían casi siempre de los espectros de marzo que, a decir verdad, se ataviaban con títulos imponentes. *Izvestia* enterraba a los sóviets en un artículo de fondo, calificándolos de barracas provisionales que deberían ser demolidas tan pronto la asamblea constituyente hubiera coronado el “edificio del nuevo régimen”.

A quienes menos podría tomar desprevenidos la agitación contra el congreso era a los bolcheviques. Ya el 24 de septiembre, el comité central del partido, sin confiar en la decisión del cité ejecutivo central, tomaba el acuerdo de promover una campaña a favor del congreso, desde abajo, a través de los sóviets locales y de las organizaciones del frente. Svérdlov fue delegado por los bolcheviques para formar parte de la comisión oficial del comité ejecutivo central encargada de convocar, o, para decirlo con más exactitud, de sabotear el congreso. Bajo su dirección fueron movilizadas todas las organizaciones locales del partido, y, a través de éstas, los sóviets. El 27 todas las instituciones revolucionarias de Reval exigían la disolución inmediata del Preparlamento y que se convocase en seguida el congreso de los sóviets para constituir el poder, poder que se comprometían solemnemente a sostener “con todos los recursos y fuerzas de que disponía la fortaleza”. Muchos sóviets locales, empezando por los de barriada de Moscú, propusieron arrebatar la convocatoria del congreso de las manos del desleal comité ejecutivo central. A las resoluciones de los comités del ejército contra el congreso se opuso una avalancha de decisiones de los batallones, regimientos, cuerpos de ejército y guarniciones locales, exigiendo la convocatoria del mismo. “El congreso de los sóviets debe tomar el poder, sin detenerse ante nada”, dice la reunión general de los soldados de Kischtin, en los Urales. Los soldados de la provincia de Nóvgorod invitan a los campesinos a participar en el congreso, sin hacer caso de la resolución de su comité ejecutivo. Los sóviets de provincia, de distrito, los de los rincones más apartados del país, las fábricas y las minas, los regimientos, los *dreadnoughts*, los torpederos, los hospitales militares, los mítines, la compañía de automóviles de Petrogrado y los destacamentos sanitarios de Moscú, todos exigen la deposición del gobierno y la entrega del poder a los sóviets.

Los bolcheviques, que no querían limitarse a la campaña de agitación, se crearon una importante base de organización convocando un congreso de sóviets de la región del norte, al que asistieron 150 delegados de 23 localidades. ¡El golpe estaba bien calculado! El comité ejecutivo central, dirigido por sus grandes maestros en malas artes, declaró que el congreso del norte tenía carácter privado. Los delegados mencheviques, que no constituían más que un puñado de hombres, no participaron en las labores del congreso, al que se quedaron “con fines puramente informativos”. ¡Cómo si ello hubiera podido aminorar en lo más mínimo la importancia del congreso, en el que estaban representados los sóviets de Petrogrado y de la periferia, de Moscú, Cronstadt, Helsingfors y Reval, esto es, de las dos capitales, de las fortalezas marítimas, de la escuadra del Báltico y de las

guarniciones de los alrededores de Petrogrado! Abierto por Antónov el congreso, al cual se dio deliberadamente un matiz militar, transcurrió bajo la presidencia del teniente Krilenko, el mejor agitador del partido en el frente y futuro generalísimo bolchevique. El punto central del informe político de Trotsky lo constituía la nueva tentativa del gobierno de sacar de Petrogrado los regimientos revolucionarios: el congreso no permitirá "que se desarme a Petrogrado y se estrangule al sóviet". La cuestión de la guarnición de Petrogrado es un elemento del problema fundamental del poder. "Todo el pueblo vota por los bolcheviques. El pueblo nos otorga su confianza y nos manda que tomemos el poder en nuestras manos". La resolución propuesta por Trotsky dice: "Ha llegado la hora de resolver el problema del poder central, con la acción decidida y unánime de todos los sóviets". Este llamamiento, incitación directa casi, a la insurrección, fue aprobado por unanimidad de votos, con sólo tres abstenciones.

Lashévich incitó a los sóviets a seguir el ejemplo de Petrogrado, concentrando en sus manos las guarniciones locales. El delegado letón, Peterson, prometió la cooperación de 40.000 fusileros letones para la defensa del congreso de los sóviets. La declaración de Peterson, que no era una simple frase, fue acogida con entusiasmo. Pocos días después, el sóviet de los regimientos letones proclamaba que "sólo la insurrección popular... hará posible el paso del poder a manos de los sóviets". El 13, las estaciones de radio de los buques de guerra difundieron por todo el país el llamamiento del congreso del norte, incitando a prepararse para el congreso general de los sóviets: "¡Soldados, marinos, campesinos, obreros! Vuestro deber consiste en destruir todos los obstáculos". El comité central del partido propuso a los delegados bolcheviques en el congreso del norte, que, teniendo en cuenta la proximidad del congreso general de los sóviets, no abandonasen Petrogrado. Por encargo de la oficina elegida por el congreso, algunos delegados se marcharon con objeto de recorrer las organizaciones del ejército y los comités locales o, en otros términos, para preparar las provincias a la insurrección. El comité ejecutivo central vio surgir a su lado un poderoso mecanismo que se apoyaba en Petrogrado y Moscú, que hablaba con el país entero por medio de las estaciones radiotelefónicas de los *dreadnoughts*, y que estaba dispuesto a sustituir en cualquier momento al caduco órgano soviético supremo para la convocación del congreso. De nada podían servir ya las pequeñas argucias a los conciliadores.

La lucha por y contra el congreso dio el último impulso a la bolchevización de los sóviets locales. En una serie de provincias atrasadas (así, por ejemplo, en la de Smolensk), los bolcheviques, solos o unidos a los socialrevolucionarios de izquierda, no obtuvieron por primera vez mayoría hasta que se llevó a cabo la campaña a favor del congreso o al efectuarse las elecciones de delegados. Aún en el congreso de los sóviets, de Siberia, a mediados de octubre, consiguieron los bolcheviques, en unión de los socialrevolucionarios de izquierda, reunir una mayoría sólida que influyó fácilmente en todos los sóviets locales. El 15, el sóviet de Kiev, por 159 votos contra 28 y 3 abstenciones, reconoció al futuro congreso de los sóviets como "órgano soberano del poder". El 16, el congreso de los sóviets de la región del noroeste, celebrado en Minsk (esto es, en el centro del frente occidental), afirmó que era inaplazable convocar el congreso. El 18, el sóviet de Petrogrado procedió a la elección de delegados al congreso: la candidatura bolchevique (Trotsky, Kámenev, Volodarsky, Yurenev y Lashévich) obtuvo 443 votos; la de los socialrevolucionarios, 162; eran éstos socialrevolucionarios de izquierda que se inclinan del lado de los bolcheviques. La candidatura de los mencheviques obtuvo 44 votos. El congreso de los sóviets de los Urales, presidido por Krestinsky, y en el cual, de los 110 delegados, 80 eran bolcheviques, exigió, en nombre de 223.900 obreros y soldados organizados, que se procediese a convocar el congreso de los sóviets en el plazo señalado. Aquel mismo día, 19 de octubre, la conferencia nacional

de los comités de fábrica, la representación más directa e indiscutible del proletariado de todo el país, se pronunció por el pase inmediato del poder a manos de los sóviets. El 20, Ivánovo-Voznesensk proclamaba "el estado de lucha franca e implacable contra el gobierno provisional" de todos los sóviets de la provincia, e incitaba a los mismos a resolver por cuenta propia todos los problemas económicos y administrativos planteados. Sólo un voto y una abstención se pronunciaron contra esa resolución, que implicaba el derrumbamiento de los órganos gubernamentales locales. El 22, la prensa bolchevique publicó una nueva lista de cincuenta y seis organizaciones que exigían el poder para los sóviets: se trataba de masas auténticas, en gran parte armadas.

Esta poderosa manifestación de los destacamentos de la futura revolución no impidió a Dan informar, ante la mesa del comité ejecutivo central, en el sentido de que, de las 917 organizaciones soviéticas existentes, sólo 50 se habían manifestado conformes con mandar delegados, y eso "sin ningún entusiasmo". Sin dificultad puede creerse que los pocos sóviets que todavía consideraban necesario manifestar su afecto al comité ejecutivo central, no sentían entusiasmo alguno por el congreso. Sin embargo, la mayoría aplastante de los sóviets locales y de los comités del ejército hacían caso omiso, sencillamente, del comité ejecutivo central.

A pesar de todo, los conciliadores, que se habían comprometido y puesto en evidencia con su sabotaje del congreso, no se atrevieron a llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. Cuando se vio claramente que no se conseguía evitar el congreso, hicieron un viraje en redondo, invitando a todas las organizaciones locales a elegir delegados, con objeto de no dar la mayoría a los bolcheviques. Pero como habían despertado demasiado tarde, el comité ejecutivo central, tres días antes del plazo fijado, se vio en la precisión de aplazar el congreso hasta el 25 de octubre.

Gracias a esta última maniobra de los conciliadores, el régimen de febrero, y con él la sociedad burguesa, obtuvieron una dilación inesperada, de la cual, sin embargo, nada sustancial podían sacar ya. Los bolcheviques, en cambio, como más tarde hubieron de reconocer sus mismos enemigos, se aprovecharon con gran fruto de esos cinco días suplementarios. "Los bolcheviques [dice Miliukov] aprovecharon el aplazamiento de la acción, ante todo, para reforzar sus posiciones entre los obreros y soldados de Petrogrado Trotsky hacía su aparición en los mítines que se celebraban en los distintos regimientos de la guarnición de la capital. Para formarse idea del estado de ánimo creado por esa agitación, bastará hace notar, por ejemplo, que en el regimiento de Semiónov no se dejó hablar a los miembros del comité ejecutivo, Skóvelev y Gotz, que intentaron hacerlo a continuación de Trotsky".

El cambio de frente del regimiento de Semiónov, cuyo nombre había pasado a la historia de la revolución con un recuerdo siniestro, tenía una significación simbólica; en diciembre de 1905, lo soldados de dicho regimiento desempeñaron el papel principal en el aplastamiento de la insurrección de Moscú. El general Min, que mandaba el regimiento, había dado la orden de "no hacer prisioneros". En la línea ferroviaria de Moscú-Golutvin, los soldados de regimiento de Semiónov fusilaron a 150 obreros y empleados. El general Min, cuyas hazañas merecieron elogios del zar, fue ejecutado en el otoño de 1906 por la socialrevolucionaria Konoplianikov. Prisionero de sus viejas tradiciones, el regimiento de Semiónov tardó mucho más que la mayoría de los restantes regimientos de la guardia en ser conquistado por la revolución. La fama de "fidelidad" estaba tan arraigada, que, a pesar del lamentable fracaso de Skóvelev y Gotz, el gobierno siguió confiando tenazmente en los soldados de dicho regimiento hasta el mismo día de la revolución, y aun después de surgir ésta.

El congreso de los sóviets fue el problema político central durante las cinco semanas que separaron a la conferencia democrática del levantamiento de octubre. La

declaración de los bolchevique en la conferencia mencionada proclamaba ya el futuro congreso de los sóviets como el órgano supremo del país. "Podrán llevarse a la práctica únicamente aquellas decisiones y proposiciones de esta conferencia... que sean adoptadas por el congreso general de los diputados obreros, campesinos y soldados". La resolución en favor del boicot al Preparlamento, sostenida por la mitad de los miembros del comité central contra la otra mitad, decía: "Para nosotros la participación de nuestro partido en el Preparlamento depende directamente de las medidas que el congreso general de los sóviets adopte para instituir un poder revolucionario". La apelación al congreso de los sóviets constituye, casi sin excepción, la nota dominante de todos los documentos bolcheviques de ese período.

En la situación creada por la guerra campesina, cada vez más encendida, por la recrudescencia del movimiento nacional, por la ruina económica más y más profunda de día en día, por la disgregación del frente y la inestabilidad del gobierno. los sóviets se convierten en el único reducto de las fuerzas creadoras. Todo problema se convierte en el problema del poder, y éste conduce al congreso de los sóviets, el cual debe dar respuesta a todas las cuestiones, la de la asamblea constituyente inclusive.

Ningún partido, sin excluir a los bolcheviques, había retirado aún la consigna de la asamblea constituyente. Pero de un modo casi imperceptible, en el curso de los acontecimientos de la revolución, la consigna democrática principal, que por espacio de quince años había brillado en la heroica lucha de las masas, palidecía, se desvanecía como aplastada entre dos muelas, se convertía en una forma hueca, en una tradición, y no en una perspectiva. Semejante proceso no tenía nada de extraño. El desarrollo de la revolución se basaba en la lucha directa por el poder entre las dos clases fundamentales de la sociedad: la burguesía y el proletariado. Nada podía dar ya a la primera ni al segundo la asamblea constituyente. En esta contienda, la pequeña burguesía urbana y rural no podía desempeñar más que un papel secundario y auxiliar. De todas maneras, como se habían encargado de demostrarlo los meses precedentes, era incapaz de tomar en sus manos el poder. Sin embargo, la pequeña burguesía podía hacerse aún con la mayoría en la asamblea constituyente. Más tarde la obtuvo, en efecto; mas ¿para qué? Únicamente para ignorar qué uso había de hacer de ella. En todo esto hallaba su expresión la inconsistencia de la democracia formal, en un momento de honda transformación histórica. La fuerza de la tradición se manifestó en el hecho de que, en vísperas de la última batalla en torno a la asamblea constituyente, ninguno de los bandos había abjurado todavía de la misma. Pero en realidad, la burguesía dejaba a un lado la asamblea constituyente para apelar a Kornílov, como los bolcheviques al congreso de los sóviets.

Puede suponerse, con seguridad de acertar, que anchos sectores del pueblo, e incluso determinados elementos del Partido Bolchevique, alimentaban algo que pudiéramos llamar ilusiones constitucionales respecto del congreso de los sóviets; esto es, que asociaban al mismo la idea de una transmisión del poder, automática y pacífica, de manos de la coalición a las de los sóviets. En realidad, el poder había que arrebatarlo por la fuerza; con los simples votos no era posible nada; sólo el levantamiento armado podía resolver la cuestión.

Sin embargo, de todas las ilusiones que en forma de aleación inevitable acompañan a todo gran movimiento popular, aun al más realista, la ilusión del "parlamentarismo", soviético era, por el conjunto de condiciones creadas, la menos peligrosa. Los sóviets luchaban prácticamente por el poder, se apoyaban cada vez más en la fuerza militar, se convertían en poder en las distintas localidades, convocaban su propio congreso como resultado de un combate. No quedaba mucho sitio que digamos para las ilusiones constitucionales, y aún ésas resultaban barridas en el proceso de la lucha.

La consigna del congreso de los sóviets, al coordinar los esfuerzos revolucionarios de los obreros y soldados de todo el país, al darles la unidad del objetivo que había de perseguirse, disimulaba al mismo tiempo la preparación, semiconspirativa, semideclarada, de la insurrección, apelando de continuo a la representación legal de los obreros, soldados y campesinos. El congreso de los sóviets, después de facilitar la unificación de las fuerzas para la revolución, debía sancionar sus resultados y constituir un nuevo poder indiscutible para el pueblo.

El Comité Militar Revolucionario

En el transcurso del mes de agosto, a pesar del cambio iniciado a fines de julio, aún seguían dominando en la renovada guarnición de Petrogrado los socialrevolucionarios y los mencheviques. Algunos regimientos seguían contagiados de una profunda desconfianza hacia los bolcheviques. El proletariado carecía de armas: la guardia roja no tenía en sus manos más que unos cuantos miles de fusiles. En estas condiciones, la insurrección hubiera podido terminar en una tremenda derrota, a pesar de que las masas afluían nuevamente al bolchevismo.

La situación fue modificándose en forma incesante durante el mes de septiembre. Después del motín de los generales, los conciliadores perdieron rápidamente el punto de apoyo que tenían en la guarnición. A la desconfianza hacia los bolcheviques sucedió la simpatía y, en el peor de los casos, una neutralidad expectante. Pero la simpatía no era activa. Políticamente, la guarnición seguía siendo harto inconsistente y mostraba la suspicacia propia de los campesinos: "¿No nos engañarán también los bolcheviques? ¿Nos van a dar, efectivamente, la paz y la tierra?" La mayoría de los soldados no estaba dispuesta todavía a luchar por estos objetivos bajo la bandera de los bolcheviques. Y como en la guarnición subsistía una minoría inatacable casi por completo, hostil a los bolcheviques (5.000 a 6.000 junkers, tres regimientos cosacos, el batallón de motociclistas, la división de autos blindados), el resultado de la lucha parecía aún dudoso en septiembre. El desarrollo de los acontecimientos aportó aún una lección de cosas que ligó indisolublemente el destino de los soldados de Petrogrado al de la revolución y los bolcheviques.

El derecho a disponer de las fuerzas armadas es el derecho fundamental del poder gubernamental. El primer gobierno provisional, impuesto al pueblo por el comité ejecutivo, se comprometió a no desarmar ni sacar de Petrogrado los regimientos que habían tomado parte en la Revolución de Febrero. Tal fue el principio formal del dualismo militar, inseparable, en el fondo, del dualismo del poder. Las grandes conmociones políticas de los meses siguientes (manifestación de abril, jornadas de julio, preparación de la sublevación de Kornílov y su liquidación) planteaban inevitablemente cada vez la cuestión de la dependencia jerárquica de la guarnición de Petrogrado. Pero, al fin, los conflictos que en este terreno surgían entre el gobierno y los conciliadores tenían un carácter familiar y terminaban por las buenas. Al bolchevizarse la guarnición, las cosas tomaron otro carácter. Ahora eran los mismos soldados los que recordaban la promesa hecha en marzo por el gobierno al comité ejecutivo central y vulnerada pérfidamente por ambos. El 8 de septiembre la sección de soldados del sóviet exige que se haga volver a Petrogrado a los regimientos enviados al frente con motivo de los acontecimientos de julio. Entre tanto, los hombres de la coalición se devanaban los sesos buscando el medio de sacar de la capital los demás regimientos.

En varias ciudades de provincias la situación era aproximadamente la misma que en la capital. En el transcurso de julio y agosto se procedió a renovar, con un criterio patriotero, las guarniciones locales; durante los meses de agosto y septiembre las guarniciones renovadas se contagiaron profundamente de bolchevismo. Había que empezar de nuevo; esto es, volver a renovar y transformar esas guarniciones. El gobierno, para preparar el golpe contra Petrogrado, empezaba por las provincias. Los motivos

políticos se presentaban cuidadosamente como estratégicos. El 27 de septiembre los sóviets de la ciudad y de la fortaleza de Reval adoptaban la siguiente resolución sobre el particular: considerar posible el reagrupamiento de las tropas, a condición de que se cuente previamente con la conformidad de los respectivos sóviets. Los directivos del sóviet de Vladimir preguntaron a Moscú si debían someterse o no a la orden dada por Kerensky de retirar toda la guarnición. La oficina regional de los bolcheviques de Moscú constataba que "esas órdenes se dictan sistemáticamente para las guarniciones de espíritu revolucionario". Antes de ceder todos sus derechos el gobierno provisional intentaba hacer uso del que es fundamental de todo gobierno: disponer de la fuerza armada.

El licenciamiento de la guarnición de Petrogrado era tanto más inaplazable cuanto que el próximo congreso de los sóviets había de llevar hasta sus últimas consecuencias la lucha por el poder. La prensa burguesa, dirigida por el órgano de los kadetes, *Riech*, afirmaba, día tras día, que no podía otorgarse a los bolcheviques la posibilidad de "elegir el momento para declarar la guerra civil". Esto significaba que era menester asestar oportunamente el golpe a los bolcheviques. De aquí se desprendía de modo inevitable la tentativa de modificar previamente la correlación de fuerzas en la guarnición. Los argumentos de orden estratégico producían no poco efecto después de la caída de Riga y la pérdida de las islas de Monzund. El estado mayor de la región dio orden de modificar la composición de los regimientos de Petrogrado para mandarlos al frente. La cuestión fue planteada al mismo tiempo en la sección de soldados por iniciativa de los conciliadores. El plan del adversario no estaba mal: después de presentar al sóviet un ultimátum estratégico, quitar de un solo golpe a los bolcheviques el punto de apoyo que tenían en el ejército o, en caso de resistencia del sóviet, provocar un conflicto agudo entre la guarnición de la capital y el frente, necesitado de refuerzos y de relevos.

Los directivos del sóviet, que se daban perfecta cuenta de la trampa que les preparaban, se proponían tantear bien el terreno antes de dar un paso irremediable. Sólo cabía oponer una negativa rotunda a la orden dada, en caso de tener seguridad de que los motivos de la renuncia serían debidamente comprendidos por el frente. En caso contrario, podría resultar más ventajoso sustituir, de acuerdo con las trincheras, los regimientos de la guarnición por tropas revolucionarias del frente que estuvieran necesitadas de reposo. Precisamente en este sentido se había pronunciado ya, como más arriba queda indicado, el sóviet de Reval.

Los soldados enfocaban la cuestión de un modo más directo. Ir al frente ahora, en pleno otoño, resignarse a una nueva campaña de invierno; era una idea que de ningún modo les cabía en la cabeza. La prensa patriótica emprendió inmediatamente el ataque contra la guarnición: los regimientos de Petrogrado, embotados por el exceso de grasa de la inacción, traicionan de nuevo al frente. Los obreros salieron en defensa de los soldados. Los de Putilov fueron los primeros que protestaron contra el envío de los regimientos. La cuestión figuraba ya con frecuencia en la orden del día no sólo en los cuarteles, sino en las mismas fábricas. Esto acercó estrechamente a las dos secciones del sóviet. Los regimientos empezaron a apoyar con particular ardor la demanda de que se armara a los obreros.

Los conciliadores, buscando reanimar el patriotismo de las masas con la amenaza de la pérdida de Petrogrado, el día 9 de octubre presentaron al sóviet la proposición de crear un "Comité de Defensa Revolucionaria" que tuviera como fin participar en la defensa de la ciudad con la cooperación activa de los obreros. Sin embargo, el sóviet, al mismo tiempo que se negaba a echar sobre sí la responsabilidad "de la pretendida estrategia del gobierno provisional y, en particular, de la retirada de tropas de Petrogrado", no se apresuraba a pronunciarse sobre la orden dada, sino que decidía estudiar los motivos y fundamentos de la misma. Los mencheviques intentaron protestar:

es inadmisible la intromisión en las disposiciones operativas del mando. Pero aún no hacía mes y medio que decían lo mismo respecto de las órdenes de Kornílov, que perseguían como fin preparar la sublevación, y no faltó quien se lo recordara así. Había que crear un órgano competente que se encargase de comprobar si el envío de regimientos al frente era dictado por consideraciones militares o políticas. Con gran asombro de los conciliadores, los bolcheviques aceptaron la idea del comité de defensa: precisamente ese comité era el que había de concentrar en sus manos todos los datos relativos a la defensa de la capital. Con ello se daba un paso importante. El sóviet, al arrancar esa peligrosa arma de las manos del adversario, se reservaba la posibilidad, según fueran las circunstancias, de orientar la resolución relativa a la retirada de los regimientos en un sentido o en otro, aunque, de todas maneras, contra el gobierno y los conciliadores.

Los bolcheviques aceptaron tanto más naturalmente el proyecto menchevique de crear un comité militar, cuanto que en sus propias filas se había hablado ya, más de una vez, de la necesidad de constituir oportunamente un órgano soviético autorizado para dirigir la revolución futura. En la organización militar del partido se había elaborado incluso el correspondiente proyecto. La dificultad que hasta entonces no había sido posible vencer estribaba en la combinación del órgano de la insurrección con el sóviet, que tenía carácter electivo y que actuaba abiertamente, y del cual, por añadidura, formaban parte representantes de los partidos enemigos. La iniciativa patriótica de los mencheviques no podía surgir más oportunamente para facilitar la creación del estado mayor de la revolución, que no tardó en adoptar la denominación de Comité Militar Revolucionario, convirtiéndose en la palanca principal del levantamiento.

Dos años después de estos acontecimientos, el autor del presente libro decía en un artículo dedicado a la Revolución de Octubre: "Tan pronto como la orden relativa a la retirada de los regimientos fue transmitida por el estado mayor de la región al comité ejecutivo del sóviet de Petrogrado... se vio claramente que, en su desarrollo ulterior, esta cuestión podía adquirir una importancia política decisiva". La idea de la insurrección empezó a tomar de inmediato una forma concreta. Ya no era menester inventar un órgano soviético. La misión efectiva del futuro comité quedaba inequívocamente puesta de relieve por el hecho de que Trotsky, en aquella misma sesión, terminara su informe sobre la retirada de los bolcheviques del Preparlamento con la siguiente exclamación: "¡Viva la lucha directa y abierta por el poder revolucionario en el país!". Esto no era más que la traducción, al lenguaje de la legalidad soviética, de la divisa: "¡Viva la insurrección armada!"

Justamente al siguiente día, 10 de octubre, adoptaba el comité central de los bolcheviques, en reunión secreta, la resolución de Lenin que señalaba la insurrección armada como el objetivo práctico de los días que se avecinaban. Desde ese momento, se dotaba al partido de un objetivo de combate claro e imperativo. El comité de defensa se incorporaba a la perspectiva de la lucha inmediata por el poder.

El gobierno y sus aliados rodearon de círculos concéntricos a la guarnición. El 11, el general Cheremissov, que mandaba el frente septentrional, dio cuenta al ministro de la guerra de la demanda presentada por los comités del ejército: que se sustituyera a los regimientos cansados del frente con los soldados de Petrogrado. El estado mayor del frente no era, en este caso, más que una instancia transmisora entre los conciliadores del ejército y sus líderes petrogradeses, los cuales se esforzaban en crear una base más amplia para los planes de Kerensky. La prensa de la coalición acogió esa operación envolvente con una sinfonía de furor patriótico. Sin embargo, las asambleas cotidianas de los regimientos y de las fábricas mostraban que la música de los dirigentes no producía abajo ningún efecto. Et 12, los obreros de una de las fábricas más revolucionarias de la capital (Stari Parviainen), reunidos en asamblea general, contestaron del siguiente modo a la

campaña de la prensa burguesa: “Declaramos firmemente que nos echaremos a la calle cuando lo juzguemos necesario. No nos asusta la lucha que se aproxima y estamos firmemente convencidos de que saldremos de ella victoriosos”.

Al constituir una comisión encargada de preparar los estatutos del Comité de Defensa, el comité ejecutivo del sóviet de Petrogrado señaló los siguientes fines al futuro órgano militar: ponerse en contacto con el frente septentrional y con el estado mayor de la región de Petrogrado, con el comité central de los marinos del Báltico y el sóviet regional de Finlandia, para estudiar la situación militar y las medidas necesarias; efectuar un recuento de los efectivos de la guarnición de Petrogrado y sus alrededores, así como de las municiones y víveres; tomar medidas para mantener la disciplina entre las masas obreras y de soldados. Estas fórmulas eran generales y, al mismo tiempo, equívocas: casi todas ellas oscilaban entre la defensa de la capital y el levantamiento armado. Sin embargo, esos dos objetivos, que hasta entonces se excluían recíprocamente, ahora se aproximaban en realidad; al tomar el poder en sus manos, el sóviet debería echar sobre sí la defensa de Petrogrado. Este elemento de camuflaje no había sido introducido artificialmente desde el exterior, sino que se desprendía, hasta cierto punto, de las condiciones creadas por la proximidad de la insurrección.

Con esa misma mira de camuflaje, no se puso a un bolchevique al frente de la comisión encargada de elaborar los estatutos del comité, sino a un socialrevolucionario, el joven y modesto funcionario de intendencia, Lasimir, uno de aquellos socialrevolucionarios de izquierda que ya antes de la insurrección se hallaban en perfecto acuerdo con los bolcheviques, sin que, a decir verdad, previeran siempre a dónde habría de conducirles ese acuerdo. El proyecto primitivo de Lasimir fue modificado por Trotsky en dos sentidos: concretando los fines prácticos para conquistar la guarnición y esfumando más aún el objetivo revolucionario general. El proyecto, aprobado por el comité ejecutivo con la protesta de los dos mencheviques, incluía en el Comité Militar Revolucionario a las mesas del sóviet y de la sección de soldados, a los representantes de la escuadra, del comité regional de Finlandia, del sindicato ferroviario, de los comités de fábrica, de los sindicatos de las organizaciones militares del partido, de la guardia roja, etc. El fundamento de la organización era el mismo que en otros muchos casos; pero la composición personal del comité se hallaba determinada de antemano por sus nuevos objetivos. Se partía del supuesto de que las organizaciones enviarían representantes conocedores de los asuntos militares o que estuvieran en estrecho contacto con la guarnición. La función debía condicionar el carácter del órgano.

No menos importante era la constitución de otro organismo: cerca del Comité Militar Revolucionario se instituyó una conferencia permanente de la guarnición. La sección de los soldados representaba a la guarnición políticamente; los diputados eran elegidos de acuerdo con las banderas políticas que seguían. La conferencia de la guarnición debían integrarla los comités de regimiento, que, como dirigían la vida cotidiana de ellos, eran su representación más “profesional”, más directa, más práctica. La analogía entre los comités de regimiento y de los de fábrica saltaba a la vista. En todas las grandes cuestiones políticas, los bolcheviques, a través de la sección obrera del sóviet, podían apoyarse confiadamente en los obreros. Pero para convertirse en dueños de las fábricas era menester que arrastraran en pos de sí a los comités de las mismas. La composición de la sección de soldados garantizaba a los bolcheviques la simpatía política de la mayoría de la guarnición. Mas para disponer prácticamente de las tropas era preciso apoyarse de un modo inmediato en los comités de regimiento. Esto explica que la conferencia de la guarnición, en el período que precedió al levantamiento, pasara a ocupar el primer término, relegando, naturalmente, a un segundo lugar a la sección de soldados.

Es de advertir, sin embargo, que los delegados más destacados de la sección formaban parte, asimismo, de la conferencia.

En el artículo *La crisis ha madurado*, escrito poco antes de esos días, preguntaba Lenin en tono de reproche: "¿Qué ha hecho el partido para estudiar la disposición de las tropas y demás?" No obstante la labor llevada abnegadamente a cabo por la organización militar, el reproche de Lenin estaba justificado. El partido realizaba con dificultad el estudio, puramente técnico, de las fuerzas y de los recursos militares; faltaba el hábito, no se encontraba modo de enfocar la cuestión. La situación se modificó inmediatamente a partir del momento en que entró en escena la conferencia de la guarnición; en lo sucesivo, aparecía, día tras día, a los ojos de los directivos el panorama vivo de la guarnición, no sólo de la capital, sino también del anillo militar que la circundaba.

El 12, el comité ejecutivo examina las disposiciones elaboradas por la comisión de Lasimir. A pesar del secreto, los debates tuvieron, en fuerte medida, un carácter equívoco: "Se decía una cosa y se entendía otra", escribe no sin razón Sujánov. Las disposiciones tomadas preveían dotar al comité de secciones relativas a la defensa, a los abastecimientos, ligazones, informaciones, etc.: era un estado mayor o bien un contra estado mayor. El propósito declarado de la conferencia era el de reforzar las capacidades combativas de la guarnición. Y no había en esto nada de falso. Pero la capacidad combativa podía ser aplicada de modo muy diverso. Los mencheviques, con una indignación impotente, constataban que la idea lanzada por ellos con fines patrióticos se transformaba en un camuflaje de la insurrección que se preparaba. De nada servía este disimulo: todo el mundo comprendía de qué se trataba; pero, al mismo tiempo, no podía ser evitado: era exactamente así, en efecto, que habían actuado antes los mismos conciliadores, agrupando alrededor de ellos, en los momentos críticos, la guarnición y creando los órganos de poder paralelos a los órganos gubernamentales. Los bolcheviques parecían solamente continuar la tradición de la dualidad de poderes. Pero en los viejos moldes introducían un nuevo contenido. Lo que antes había servido a la conciliación, ahora llevaba a la guerra civil. Los mencheviques exigieron que constase en el acta que ellos se oponían a la empresa en su conjunto. Se tomó en cuenta este pedido platónico.

Al día siguiente, en la sección de soldados, que muy recientemente aún constituía la guardia de los conciliadores, se debatió la cuestión del Comité Militar Revolucionario y de la conferencia de la guarnición. El lugar principal en esta sesión particularmente notable fue ocupado con pleno derecho por el presidente del "Tsentrobalt", el marinero Dybenko, un gigante de barba negra que no tenía la costumbre de suavizar sus palabras. El discurso del invitado de Helsingfors pasó como una corriente de aire marino, fresco y picante, en la atmósfera pesada de la guarnición. Dybenko habló de la ruptura definitiva de la flota con el gobierno y de las nuevas relaciones con el comando. Antes de emprender las últimas operaciones navales, el almirante había preguntado al congreso de marineros, que sesionaban en esos días, si ellos ejecutarían las órdenes de combate. "Nosotros respondimos: las ejecutaremos, a condición de que haya un control de nuestra parte. Pero... si nosotros vemos que la flota está en peligro de perderse, el almirante será primero colgado en la gran verga". Para la guarnición de Petrogrado era un nuevo lenguaje. Había sido adoptado por la flota, por lo demás, hacía solamente pocos días. Era el lenguaje de la insurrección. El pequeño grupo de mencheviques, deslumbrado, murmuraba en su rincón. El buró consideraba, no sin alguna ansiedad, la masa compacta de capotes grises. ¡Ni una sola voz de protesta! Los ojos ardían sobre los rostros exaltados. Un espíritu de intrepidez planeaba sobre la asamblea.

En conclusión, Dybenko, estimulado por el asentimiento general, declaró con firmeza: "Se habla de la necesidad de hacer marchar la guarnición de Petrogrado para la defensa de las proximidades y, en parte, de Reval. No creáis nada. Nosotros mismos

defenderemos Reval. Permaneced aquí y defended los intereses de la revolución... Cuando tengamos necesidad de vuestro apoyo, os lo diremos nosotros mismos y estoy seguro de que vosotros nos sostendréis". Este llamamiento, que era el mejor concebido para su comprensión por los soldados, levantó una tempestad de verdadero entusiasmo en la cual se ahogaron definitivamente las protestas de algunos mencheviques. La cuestión de la evacuación de las tropas podía ser considerada desde entonces como resuelta.

El proyecto de disposiciones presentado por Lasimir fue adoptado por una mayoría de 283 votos contra 1, con 23 abstenciones... Estas cifras, inesperadas para los mismos bolcheviques, daban la medida de la presión revolucionaria de las masas. El voto significaba que la sección de los soldados transmitía abierta y oficialmente la dirección de la guarnición, arrebatada al estado mayor gubernamental, a manos del Comité Militar Revolucionario. Bien pronto se probaría que no se trataba de una simple demostración.

Ese mismo día, el comité ejecutivo de los sóviets de Petrogrado publicó una información que anunciaba la creación de una sección especial de la guardia roja. La cuestión del armamento de los obreros que, bajo los conciliadores, estaba paralizada, y aun transformada en objeto de persecución, se presentó como uno de los problemas más importantes del sóviet bolchevique. La actitud desconfiada de los soldados frente a la guardia roja había sido olvidada desde hacía mucho tiempo. Por el contrario, en casi todas las resoluciones de los regimientos se reclama el armamento de los obreros. La guardia roja y la guarnición marchan juntas por el mismo camino de ahora en adelante. Bien pronto estarán más estrechamente ligadas por su subordinación común al Comité Militar Revolucionario.

El gobierno se inquietó. En la mañana del 14 tuvo lugar, en el despacho de Kerensky, una conferencia de ministros en el curso de la cual fueron aprobadas las medidas tomadas por el estado mayor contra "la manifestación" que se preparaba. Los dueños del poder conjeturaban: ¿El asunto se limitará esta vez a una manifestación armada o derivará a una insurrección? El comandante de la región militar declaraba a los representantes de la prensa: "En todos los casos, estamos preparados". Los condenados sienten frecuentemente un aflujo de fuerzas en vísperas de su ejecución.

En la sesión unificada de los comités ejecutivos, Dan, retomando las entonaciones que había empleado en junio Tsereteli, refugiado ahora en el Cáucaso, exigía de los bolcheviques una respuesta a esta pregunta: ¿Tenían ellos la intención de marchar, y si la tenían, cuando? De la respuesta de Riazánov, el menchevique Bogdanov extrajo la conclusión, no desprovista de fundamento, de que los bolcheviques preparaban la insurrección y estarían a la cabeza de los insurgentes. El periódico de los mencheviques escribía: "Evidentemente que es sobre la no evacuación de la guarnición que los bolcheviques han fundado sus cálculos para la próxima toma del poder". Pero la toma del poder estaba aquí puesta entre comillas: los conciliadores no creían aun seriamente en el peligro. Temían menos la victoria de los bolcheviques que el triunfo de la contrarrevolución como resultado de las nuevas colisiones de la guerra civil.

Habiéndose encargado de armar a los obreros, el sóviet debía abrirse camino hacia los depósitos de armas. Esto no se hizo de un solo golpe. Cada paso hacia adelante era aún sugerido por las masas. Era preciso tan sólo considerar atentamente sus proposiciones. Cuatro años después de los acontecimientos, Trotsky recordaba en una velada consagrada a los recuerdos de la Revolución de Octubre: "Cuando llegó una delegación de obreros para decirnos que teníamos necesidad de armas, respondí: 'Pero el arsenal no está en nuestras manos'. Ellos explicaron: 'Hemos ido a la fábrica de armas de Sestroretsk'. 'Bien, ¿y entonces?' 'Allí se nos dijo: si el sóviet lo ordena, las entregaremos'. Yo di orden de entregar 5.000 fusiles y los obreros los recibieron el mismo día. Era una primera experiencia". La prensa de los enemigos chilló inmediatamente, a

propósito de la entrega de armas por una fábrica del estado, bajo la orden de un individuo que estaba acusado de alta traición y en libertad bajo caución. El gobierno se calló. Pero entonces entró en escena el órgano supremo de la democracia, lanzando una ordenanza severa: no entregar armas a nadie sin su autorización, sin la firma del comité ejecutivo central. Parecía que en la cuestión de la entrega de armas Dan y Gotz estaban tan poco calificados para prohibirla como Trotsky para autorizar u ordenar: las fábricas y los arsenales eran incumbencia del gobierno. Pero el desdén hacia los poderes oficiales en todos los momentos importantes constituía la tradición del comité ejecutivo central y había entrado sólidamente en los hábitos del mismo gobierno, pues esto respondía a la naturaleza de las cosas. La infracción cometida hacia los usos y costumbres provino sin embargo de otro lado: habiendo cesado de hacer una distinción entre los truenos del comité ejecutivo central y los relámpagos de Kerensky, los obreros y soldados no se inquietaban ni por unos ni por otros.

Era más cómodo exigir la evacuación de los regimientos de Petrogrado en nombre del frente, más bien que en nombre de las oficinas de la retaguardia. Partiendo de estas consideraciones, Kerensky subordinó la guarnición de Petrogrado al comandante en jefe del frente norte, Cheremissov. Desistiendo desde el punto de vista militar de su autoridad sobre la capital, como jefe del gobierno, Kerensky se complacía en pensar que la aseguraba como generalísimo. Por su lado, el general Cheremissov, que debía asumir una pesada tarea, buscaba apoyo entre los comisarios y los miembros los comités. Con estos comunes esfuerzos se elaboró el plan de las operaciones próximas. Para el 17, el estado mayor del frente, conjuntamente con las organizaciones del ejército, convocaron en Pskov a los representantes del sóviet de Petrogrado para significarles, ante las trincheras, su voluntad de seguir adelante.

No quedaban al sóviet de Petrogrado otra cosa que hacer sino aceptar el desafío. Una delegación de algunas decenas de hombres, cerca de la mitad de los miembros del sóviet, mitad representantes de los regimientos, constituida en el curso de la sesión del 16, tenía a su cabeza: el presidente de la sección obrera, Fedorov, y los dirigentes de la sección de soldados y de la organización militar los bolcheviques, Lashévich, Sadovsky, Mejonochin, Dachkevich otros. Cierto número de socialrevolucionarios de izquierda y de mencheviques internacionalistas, incluidos en la delegación, se había comprometido a defender en Pskov la política del sóviet. En reunión de la delegación, antes de la partida, se adoptó un proyecto de declaración preparado por Svérdlov.

En el curso de la misma sesión del sóviet, hubo un debate sobre el estatuto del Comité Militar Revolucionario. Apenas formada esta institución tomaba, día a día, a los ojos de los adversarios, una apariencia más y más detestable. “Los bolcheviques no dan respuesta [gritaba un orador de la oposición] a esta pregunta directa ¿Preparan un levantamiento? Es mezquindad o bien una falta de seguridad en sus propias fuerzas”. En la asamblea estallaron risas unánimes: el representante del partido del gobierno pedía que el partido de la insurrección le abriera su corazón. El nuevo comité continúa el orador, no es otra cosa que un “estado mayor para toma del poder”. Ellos, los mencheviques, no entrarán. “¿Cuántos son ustedes?”, gritaron en la sala. En el sóviet, los mencheviques, a decir verdad, eran poco numerosos, a lo sumo cincuenta, pero sabían bien que “las masas no aprueban en modo alguno el levantamiento”. En su réplica, Trotsky no niega que los bolcheviques se disponen a tomar el poder: “Nosotros no hacemos de esto un secreto”. Pero, por el momento, no se trata de esto. El gobierno ha formulado la exigencia de una evacuación de las tropas revolucionarias de Petrogrado, “y nosotros tenemos que decir: sí o no”. El proyecto de Lasimir es aprobado por una aplastante mayoría d votos. El presidente invita al Comité Militar Revolucionario a ponerse al trabajo desde el día siguiente. De este modo, se ha dado un nuevo paso.

El comandante de la región militar, Polkovnikov, hace nuevamente un informe al gobierno, ese día, sobre el levantamiento preparado por los bolcheviques. El informe estaba redactado con un tono envalentonado: la guarnición en su conjunto está del lado del gobierno, las escuelas de junkers han recibido la orden de mantenerse listas para la acción. En un manifiesto a la población, Polkovnikov prometía aplicar, en caso de necesidad, "las medidas más rigurosas". El alcalde de la ciudad, Schreider, socialrevolucionario, suplicaba, por su lado, "no provocar desórdenes, arriesgando provocar ciertamente el hambre en la capital". Amenazando y conjurando, fanfarroneando y espantando, la prensa subía a las más altas notas.

Para actuar sobre la imaginación de los delegados del sóviet de Petrogrado en Pskov, se había preparado una recepción militar de género teatral. En el local del estado mayor, alrededor de mesas cubiertas de mapas imponentes, estaban sentados los señores generales, los altos comisarios, con Voitinsky a su cabeza, y los representantes de los comités ejecutivos. Los jefes de las secciones del estado mayor leyeron informes sobre la situación de las fuerzas armadas sobre tierra y mar. Las conclusiones de los informantes se reunían en un punto: es indispensable hacer marchar inmediatamente la guarnición de Petrogrado para defender las proximidades de la capital. Los comisarios y los miembros de los comités rechazaron con indignación las sospechas levantadas en relación con una política de bambalinas: toda la operación estaba dictada por la necesidad estratégica. Los delegados no tenían pruebas directas en contra: en este género de asuntos, las pruebas no se arrastran por las calles. Pero toda la situación desmentía los argumentos estratégicos. Al frente no le faltaban hombres, sino que los hombres ya no querían combatir. El estado de espíritu de la guarnición de Petrogrado no era el más apropiado para consolidar el frente quebrantado. Por lo demás, las lecciones de las jornadas kornilovianas estaban aún en la memoria de todos. Profundamente convencida de tener razón, la delegación hizo frente fácilmente al ataque del estado mayor y regresó a Petrogrado más unánime que en el momento que había partido.

Las pruebas formales que faltaban entonces a los participantes, las tiene hoy a su disposición el historiador. La correspondencia militar secreta demuestra que no era el frente quien reclamaba los regimientos de Petrogrado, sino que era Kerensky quien los imponía al frente. A un telegrama del ministro de la guerra, el comandante en jefe del frente norte respondía: "Secreto. 17.X. La iniciativa del envío de tropas de la guarnición de Petrogrado al frente ha venido de ustedes y no de mí… Cuando fue claro que los contingentes de la guarnición de Petrogrado no querían ir al frente, es decir, que no eran capaces de combatir, yo, en una conversación particular con vuestro representante, un oficial, le dije que... teníamos ya bastantes contingentes parecidos sobre el frente; pero, visto el deseo del gobierno de expedirlos al frente, yo no he rehusado y no rehúso aún recibirlos si ustedes creen indispensable que ellos evacúen Petrogrado". El tono del despacho, que es a medias el de una polémica, se explica por el hecho de que Cheremissov, general inclinado a la alta política, considerado en el ejército zarista como "un rojo" y que se convirtió más tarde, de acuerdo a la expresión de Miliukov, en "el favorito de la democracia revolucionaria", había llegado visiblemente a la conclusión de que valía más desprenderse a tiempo del gobierno en su conflicto con los bolcheviques. La conducta de Cheremissov durante las jornadas de la insurrección confirma completamente esta apreciación.

La lucha por la guarnición se complicaba con la reunión del congreso de los sóviets. Hasta la fecha originalmente fijada no quedaban más que cuatro o cinco días. El "levantamiento" era esperado en ocasión del congreso. Se suponía que, como en las jornadas de julio, el movimiento debería desarrollarse de acuerdo al tipo de una manifestación armada de masas con combates en las calles. El menchevique de derecha

Potressov, apoyándose verosímilmente en las informaciones del contraespionaje o bien de la misión militar francesa, que fabricaba con audacia falsificaciones, exponía en la prensa burguesa el plan del levantamiento bolchevique que debía tener lugar en la noche del 16 al 17 de octubre. Los inventivos autores del plan no olvidaron prever que los bolcheviques, en una de las puertas de la ciudad, arrastrarían con ellos a los "elementos del hampa". Los soldados de los regimientos de la guardia saben reír tan bien como los dioses de Homero. Las blancas columnas y las arañas del Instituto Smolny parecían temblar bajo las salvas de risas que estallaron cuando se leyó el artículo de Potressov en la sesión del sóviet. Pero el gobierno sabio, que no sabía ver qué ocurría bajo sus ojos, fue seriamente aterrado por la absurda falsificación y se reunió con urgencia, a las dos de la mañana, para enfrentar a los "elementos del hampa". Después de nuevas consultas de Kerensky con las autoridades militares, fueron tomadas medidas indispensables: se reforzó la guardia del Palacio de Invierno y del banco del estado; se llamó a dos escuelas de subtenientes de Oraniembaum y aún un tren blindado del frente rumano. "En el último minuto, los bolcheviques [de acuerdo a Miliukov] suspendieron sus preparativos. No resulta claro por qué actuaron de ese modo". Algunos años después de los acontecimientos, el sabio historiador prefiere todavía creer en una invención que se desmiente a sí misma.

Las autoridades encargaron a la milicia explorar los alrededores de la ciudad para descubrir los rastros de los preparativos del levantamiento. Los informes de la milicia presentaban una combinación de observaciones vivientes con tonterías policiales. En el barrio de Alejandro Nevsky, donde se encuentra un buen número de grandes fábricas, los observadores constataron una calma completa. En el distrito de Viborg, la necesidad de derribar el gobierno era proclamada en forma abierta, pero "exteriormente reina la calma. En el distrito de Vassili-Ostrov hay exaltación, pero tampoco ahí se observan signos exteriores de un próximo levantamiento". En el barrio de Narva se realizaba una propaganda intensa por el levantamiento; pero no podía obtenerse de nadie una respuesta a esta pregunta: ¿Cuándo precisamente? O bien el día y la hora estaban guardados bajo el sello del más profundo secreto, o bien nadie sabía nada. Se decidió reforzar en las puertas de los barrios las patrullas, y los comisarios de la milicia deberían inspeccionar los puestos más frecuentemente.

El informe del corresponsal de un diario liberal moscovita completa bastante bien el informe de la milicia: "En los barrios, en las fábricas de Petrogrado, Nevsky, Obujov y Putilov, la agitación bolchevique por el levantamiento alcanza su mayor intensidad. El estado de ánimo de los obreros es tal que están dispuestos a ponerse en marcha en no importa qué momento. En estos últimos días, en Petrogrado, se observa un aflujo inaudito de desertores... En la estación de Varsovia hay una multitud de soldados de sucio aspecto, con los ojos inflamados y de aire excitado... Se poseen informaciones sobre la llegada a Petrogrado de verdaderas bandas de ladrones a los que se presenta la ocasión de hacer un buen golpe. El hampa se organiza, las casas de té y de bebidas están repletas..." Los terrores del pequeño burgués y los chismes de la policía se enlazan aquí con la dura realidad. Al aproximarse el desenlace, la crisis revolucionaria tocaba los abismos sociales hasta el fondo. Y los desertores, los ladrones y las pocilgas se habían efectivamente revuelto al crecer el sismo que se aproximaba. Las cumbres de la sociedad consideraban con un terror físico las fuerzas desencadenadas de su régimen, sus vicios y sus úlceras. La revolución no las había creado, sólo las había puesto al desnudo.

En esas jornadas, en Dvinsk, en el estado mayor del cuerpo de ejército, el barón Budberg, que ya conocemos, reaccionario amargo, no desprovisto del don de observación y de una original perspicacia, escribía: "Los kadetes, los kadetoides, los octubristas y los revolucionarios de todo pelo, de las antiguas formaciones y de las de marzo, sienten

aproximar su fin y vaticinan tanto como pueden, recordando a los musulmanes que intentan impedir un eclipse de luna por medio de oraciones".

El 18, por primera vez, fue convocada la conferencia de la guarnición. Un telefonograma a los efectivos invitaba a los hombres a abstenerse de actos irreflexivos y a no ejecutar más que las decisiones del estado mayor avaladas por la sección de soldados. Así el sóviet ensayó resueltamente asumir el control de la guarnición. El telefonograma no era en suma otra cosa que un llamado al derribamiento de las autoridades existentes. Pero si se deseaba, podía interpretarse esa comunicación como un acto pacífico de sustitución de los bolcheviques a los conciliadores en el mecanismo de la dualidad de poderes. Prácticamente, esto significaba lo mismo, pero una interpretación más flexible dejaba lugar a las ilusiones. El presídium del comité ejecutivo central, que se consideraba dueño del Smolny, hizo una tentativa de suspender el telegrama. Logró únicamente, una vez más, comprometerse a sí mismo. La asamblea de los representantes de los comités de regimiento y de compañía de Petrogrado y alrededores tuvo lugar a la hora fijada y fue extremadamente numerosa.

Gracias a la atmósfera creada por los adversarios, los informes de los participantes en la conferencia de la guarnición se concentraron sobre la cuestión del próximo "levantamiento". Hubo un memorable recuento que los dirigentes no habrían osado realizar por su propia iniciativa. Contra el levantamiento se pronunciaron: la escuela de subtenientes de Peterhof y el 9° regimiento de caballería. Los escuadrones de marcha de la caballería de la guardia se inclinaban hacia la neutralidad. La escuela de subtenientes de Oraniembaum no se sometería más que a la decisión del comité ejecutivo central. Pero a esto se limitaban las declaraciones hostiles o neutras. Se declararon dispuestos a marchar al primer llamado del sóviet de Petrogrado: los regimientos Eguersky (cazadores), moscovita, voliniano, Pávlovsky, Keksholmsky, Semenovsky, Ismailovsky, el 1º de tiradores y el 3º de reserva, el 2º de equipajes del Báltico, el batallón técnico (electricistas), la división de artillería de la guardia. El regimiento de los granaderos no saldrá más que ante el llamado del congreso de los sóviets: era suficiente. Efectivos menos importantes siguen a la mayoría. Los representantes del comité ejecutivo central que consideraban recientemente todavía, y no sin razón, a la guarnición de Petrogrado como la fuente de su fuerza, comprobaron que hasta se les rehusaba casi por unanimidad el uso de la palabra. En un estado de irritación impotente, abandonaron la asamblea, que "carecía de poder jurídico" y la cual, por sugerencia del presidente, confirmó inmediatamente esto: ninguna orden es válida sin la firma del sóviet.

Lo que se había preparado en la conciencia de la guarnición en el curso de los últimos meses, sobre todo de las últimas semanas, ahora se cristalizaba. El gobierno advertía que su nulidad era mayor de lo que hubiera creído jamás. Mientras que la ciudad hervía de rumores sobre el levantamiento y combates sangrientos, la conferencia de los comités de regimiento, donde se manifestó la preponderancia aplastante de los bolcheviques, volvía en definitiva inútiles las demostraciones y los combates de masas. La guarnición marchaba con seguridad hacia la insurrección considerándola en modo alguno como un levantamiento, sino como la realización del derecho incontestable de los sóviets a disponer de la suerte del país. En ese movimiento había una fuerza irresistible, pero al mismo tiempo, pesadez. El partido tenía necesidad de concertar correctamente sus actos con la evolución política de los regimientos cuya mayoría esperaba un llamado del sóviet, y algunos del congreso de los sóviets.

Para descartar el peligro de una perturbación aún momentánea en el desarrollo de la ofensiva, era preciso responder a una pregunta que agitaba no solamente a los enemigos, sino incluso a los amigos: ¿El levantamiento estallaría efectivamente hoy o mañana? En el tranvía, en la calle, en los comercios, no se discutía otra cosa que el

próximo levantamiento. Sobre la plaza del palacio, ante el Palacio de Invierno y ante el estado mayor, largas filas de oficiales proponían al gobierno sus servicios y recibían revólveres a cambio: en el momento de peligro ni los revólveres ni sus poseedores aparecieron. Los editoriales de todos los órganos del día estaban consagrados a la cuestión del levantamiento. Gorki exige de los bolcheviques, si es que no son "juguetes sin defensa de una multitud salvaje", que desmientan los rumores. La ansiedad ante lo desconocido penetra también en los barrios obreros, y sobre todo en los regimientos. Aquí comenzaba a creerse que el levantamiento se preparaba sin ellos. ¿Por quiénes? ¿Por qué calla Smolny? La posición contradictoria del sóviet, como parlamento obrero y como estado mayor revolucionario, creaba, en el último viraje, grandes dificultades. Se volvía imposible seguir callando.

"Desde hace algunos días [dijo Trotsky al terminar la sesión nocturna del sóviet] la prensa está repleta de informaciones, de rumores, de artículos relativos al próximo levantamiento... Las resoluciones del sóviet de Petrogrado son llevadas al conocimiento de todos. El sóviet es una institución electiva y... no puede tomar resoluciones que no sean conocidas por los obreros y soldados... Declaro en nombre del sóviet: ninguna manifestación armada ha sido fijada por nosotros. Pero si el sóviet, de acuerdo a la marcha de las cosas, fuera forzado a llamar a una manifestación, los obreros y los soldados bajo esa orden marcharán como un solo hombre... Se dice que yo he firmado una orden para entregar 5.000 fusiles... Sí, la he firmado... El sóviet continuará organizando y armando a la guardia obrera". Los delegados comprendieron: la batalla está próxima, pero sin ellos, fuera de ellos, no sería dada la orden.

Sin embargo, independientemente de las explicaciones tranquilizadoras, las masas tienen necesidad de una clara perspectiva revolucionaria. El informante contesta dos preguntas: la evacuación de la guarnición y el próximo congreso de los sóviets. "Nosotros tenemos con el gobierno un conflicto que puede tomar un carácter extremadamente grave... No permitiremos... que Petrogrado sea despojada de su guarnición revolucionaria". Este conflicto está subordinado, por otra parte, a otro que se anuncia. "La burguesía sabe que el sóviet de Petrogrado propondrá al congreso de los sóviets asumir el poder... Previendo la batalla inevitable, las clases burguesas se esfuerzan en desarmar a Petrogrado". La insurrección estaba anudada políticamente por primera vez en este discurso con una absoluta nitidez: nos disponemos a tomar el poder, necesitamos la guarnición, no la dejaremos partir. "A la primera tentativa de la contrarrevolución por suprimir el congreso, responderemos por una contraofensiva que será implacable y que llevaremos hasta el fin". La proclamación de una ofensiva política resuelta se cubría todavía con una fórmula de defensa armada.

Sujánov, que había concurrido a la sesión con el proyecto estéril de comprometer al sóviet para festejar el cumpleaños de Gorki comentaba luego, con razón, que la revolución había ajustado bien su nudo ese día. Para Smolny la cuestión de la guarnición es la de la insurrección. Para los soldados, se trataba de su suerte. "Resulta difícil imaginar un punto de partida más perfecto en la política de esos días". Esto no impide que Sujánov considere como peligrosa la política de los bolcheviques en su conjunto. Con Gorki y millares de intelectuales radicales, lo que más teme es esta multitud que cree "salvaje" y que, con una notable regularidad, desenvuelve día tras día su ofensiva.

El sóviet es bastante fuerte para proclamar abiertamente su programa de insurrección en el estado y aún para fijar la fecha. A propio tiempo (hasta el mismo día marcado por él para su victoria total) el sóviet es impotente en innumerables cuestiones, pequeñas y grandes. Kerensky, políticamente reducido a la nada, todavía dicta decretos en el Palacio de Invierno. Lenin, inspirador del irresistible movimiento de masas, lleva una vida clandestina, y el ministro de justicia, Mariantovich, ha ordenado nuevamente al

procurador lanzar contra él una orden de arresto. Aún en el Smolny, sobre su propio territorio, el todopoderoso sóviet de Petrogrado no parece vivir sino de gracia. La administración del instituto, de la caja, la expedición, los automóviles, los teléfonos se encuentran todavía entre las manos del comité ejecutivo central, que por su parte tan sólo cuenta con los ligeros hilos del derecho de sucesión.

Sujánov recuerda cómo, después de la sesión, muy avanzada la noche, va hacia la esquina del Instituto Smolny, en tinieblas profundas, bajo una lluvia torrencial. Una multitud de delegados esperaba desesperadamente ante dos automóviles humeantes y fétidos que habían sido concedidos al sóviet bolchevista por los ricos garajes del comité ejecutivo central. "Hacia esos coches [cuenta el observador omnipresente] había avanzado también el presidente Trotsky. Pero, habiéndose detenido y mirado un minuto, se rio y en seguida se alejó por los charcos de agua y desapareció en la oscuridad". Sobre la plataforma de un tranvía, Sujánov se encontró en presencia de un hombrecito de apariencia modesta, con la barba negra tallada en punta. El desconocido intentó reconfortar a Sujánov a propósito de los inconvenientes de una lenta locomoción. "¿Quién es?", preguntó Sujánov a una pasajera bolchevique que lo acompañaba. "Un viejo militante del partido, Svérdlov". Menos de quince días después, ese hombrecito de barbita negra era presidente del comité ejecutivo central, órgano supremo de la república de los sóviets. Verosímilmente, Svérdlov había reconfortado a su compañero de viaje con un sentimiento de gratitud: ocho días antes, en el departamento de Sujánov, pero a decir verdad sin que éste lo supiera, había tenido lugar la sesión del comité central de los bolcheviques que había puesto a la orden del día la insurrección armada.

A la mañana siguiente, el comité ejecutivo central intentó imprimir a los acontecimientos un golpe de timón en otro sentido. El buró convocó a una asamblea "legal" de la guarnición y llamando aún a los comités atrasados, no renovados por elección desde hacía mucho tiempo, que no habían estado presentes la víspera. La verificación complementaria de la guarnición, dando alguna cosa nueva, no hizo sino confirmar más claramente el cuadro del día anterior. Contra el levantamiento se pronunciaron esta vez: la mayoría de los comités de los efectivos que acantonaban en la Fortaleza de Pedro y Pablo y los comités de la división de autos blindados; unos y otros declararon que se subordinarían al comité ejecutivo central. Es imposible no tenerlo en cuenta.

Edificada sobre una pequeña isla que rodea el Nevá con su canal, entre el centro de la ciudad y dos distritos, la fortaleza domina los puentes más próximos y cubre, o bien, al contrario, desnuda del lado del río las vecindades del Palacio de Invierno, donde está instalado el gobierno. Desprovista de toda importancia militar en las operaciones de gran envergadura, la fortaleza puede decir su palabra en los combates de calle. Por otra parte, y esto puede ser más importante, en la fortaleza se encuentra el rico arsenal de Kronwerk: los obreros tienen necesidad de fusiles, y además los regimientos más revolucionarios están casi desarmados. La importancia de los autos blindados en los combates de calle no es preciso explicarla: del lado del gobierno, pueden causar un buen número de víctimas inútiles; del lado de la insurrección, abreviarían el camino de la victoria. Los bolcheviques prestarán los próximos días una particular atención a la fortaleza y a la división de autos blindados. Por lo demás, la relación de fuerzas en la conferencia permanecía como en la víspera. La tentativa del comité ejecutivo central para hacer adoptar su decisión, tan circunspecta, encontró una fría resistencia de la aplastante mayoría: no habiendo sido convocada por el sóviet de Petrogrado, la conferencia no se cree autorizada para votar resoluciones. Los líderes conciliadores habían concurrido personalmente para recibir este último golpe.

Encontrando lleno de barricadas el acceso hacia los regimientos por la base, el comité ejecutivo central ensayó conquistar la guarnición tomándola desde lo alto. En acuerdo con el estado mayor, designó como comisario principal para todo el distrito militar al capitán Maievsky, socialrevolucionario, y declaró que aceptaba reconocer a los comisarios del sóviet bajo la condición de que se subordinaran al comisario principal. La tentativa hecha para apoyarse sobre la guarnición bolchevique, con los medios de un capitán del que nadie había oído hablar, era evidentemente desesperada. Rechazándola, el sóviet suspendió las conversaciones.

Denunciado por Potressov, el levantamiento no tuvo lugar el 17. Ahora los adversarios daban como fecha segura el 20 de octubre. En ese día, como se sabe, debían abrirse primitivamente las sesiones del congreso de los sóviets y la insurrección seguía al congreso como su sombra. Es verdad que se había diferido el congreso para cinco días más tarde; poco importaba: el objeto había sido desplazado, la sombra permanecía. El gobierno tomó aún esta vez todas las medidas necesarias para impedir el “levantamiento”. En los barrios fueron establecidas guardias reforzadas. Patrullas de cosacos recorrían las zonas obreras toda la noche. En diversos lugares de Petrogrado son emboscadas reservas de caballería. La milicia está en pie de guerra y la mitad de sus fuerzas hace vigilia en los comisariados. Ante el Palacio de Invierno se han dispuesto autos blindados, artillería ligera, ametralladoras. Las proximidades del palacio son guardadas por piquetes de tropas.

La insurrección que nadie preparaba y a la cual nadie convocaba, no tuvo lugar tampoco esta vez. La jornada se deslizó más tranquilamente que muchas otras, el trabajo en las fábricas y las usinas no se detuvo. Dirigida por Dan, *Izvestia* celebraba la victoria ganada a los bolcheviques: “Su aventura en relación con una manifestación armada en Petrogrado es un asunto terminado”. Los bolcheviques se encontraron aplastados por la sola indignación de la democracia unificada: “Ellos ya se rinden”. Se puede pensar literalmente que los adversarios, habiendo perdido la cabeza, se habían propuesto, despertando temores antes de tiempo y lanzando de una manera menos oportuna los sones de clarín de la victoria, desorientar a su propia “opinión pública” y disimular los planes de los bolcheviques.

La decisión de crear un Comité Militar Revolucionario, tomada por primera vez el 9, no pasó por el pleno del sóviet sino una semana más tarde: El sóviet no es el partido, su máquina es pesada para moverla. Se necesitaron todavía cuatro días para formar el comité. Esta decena de días, sin embargo, no fue perdida: se trabajó activamente en conquistar la guarnición, la conferencia de los comités de regimiento tuvo oportunidad de probar su vitalidad, el armamento de los obreros prosiguió, de suerte que el Comité Militar Revolucionario, asumiendo el trabajo sólo el día 20, cinco días antes de la insurrección, tuvo inmediatamente en las manos los recursos para actuar. Ante el boicot de los conciliadores, el comité no se integró más que de bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda: esto facilitó y simplificó la tarea. De todos los socialrevolucionarios no militaba sino Lasimir, que fue colocado a la cabeza del buró para señalar mejor el carácter soviético y no de partido de la institución. En realidad, el comité, cuyo presidente era Trotsky y cuyos principales militantes eran Podvoisky, Antónov Ovseienko, Lashévich, Sadovsky, Mejonochin, se apoyaba exclusivamente sobre los bolcheviques. El comité no se reunió, ni una vez siquiera, con la participación de los representantes de todas las instituciones enumeradas en los estatutos. Los asuntos corrientes eran resueltos por el buró bajo la dirección del presidente y en todos los casos importantes se llamaba a Svérdlov. Tal era el estado mayor de la insurrección.

El boletín del comité registra modestamente sus primeras tareas: en los efectivos de combate de la guarnición, en ciertas instituciones y ciertos depósitos, “para el control

y la dirección", son nombrados comisarios. Esto significaba que, conquistada la guarnición desde el punto de vista político, el sóviet la subordinaba ahora desde el punto de vista organizativo. En la selección de los comisarios, la organización militar de los bolcheviques jugó un gran rol. Entre un millar, aproximadamente, de miembros con que contaba en Petrogrado, había un buen número de hombres resueltos y absolutamente entregados a la revolución, soldados y jóvenes oficiales que habían recibido, después de las jornadas de julio, el temple necesario en las prisiones de Kresty. Los comisarios escogidos en su medio encontraron en los contingentes de la guarnición un terreno suficientemente preparado: se los consideraba como de los suyos y se les obedecía sin dilación.

La iniciativa para tomar los establecimientos públicos frecuentemente provenía de abajo. Los obreros y los empleados del arsenal agregados a la Fortaleza de Pedro y Pablo plantearon la necesidad de un control sobre las entregas de armas. El comisario enviado logró impedir el armamento complementario de los junkers, secuestró 10.000 fusiles destinados a la región del Don y stocks menos importantes que se iban a entregar a cierto número de organizaciones y personajes dudosos. El control se extendió bien pronto a otros depósitos, aún a comercios privados de armeros. Bastaba dirigirse a un comité de soldados, de obreros o de empleados de un establecimiento o de un comercio para que la resistencia de la administración fuera inmediatamente aplastada. Las armas desde entonces no fueron entregadas más que por orden de los comisarios.

Los obreros tipográficos, por intermedio de su sindicato, llamaron la atención del comité sobre la multiplicación de los volantes y folletos ultrarreaccionarios ("centurias negras"). Se decidió que, en todos los casos dudosos, el sindicato de tipógrafos se dirigiría, para encontrar una solución, al Comité Militar Revolucionario. El control, por intermedio de los obreros tipógrafos, era el más eficaz de todos los medios posibles de vigilancia sobre la prensa de agitación de los contrarrevolucionarios.

No queriendo limitarse a desmentir de un modo formal los rumores de insurrección, el sóviet fijó abiertamente, para el domingo 22, una revista pacífica de sus fuerzas, no bajo el aspecto de manifestaciones callejeras, sino por mítines en las fábricas, los cuarteles y los grandes locales de la capital. Con el propósito evidente de suscitar desórdenes sangrientos, misteriosos beatos fijaron para el mismo día una procesión religiosa en las calles de la ciudad. Un llamamiento lanzado por cosacos desconocidos invitaba a los ciudadanos a tomar parte en la procesión "en recuerdo de la liberación de Moscú en 1812". El motivo elegido no era precisamente de actualidad; pero los organizadores pedían además al todopoderoso bendecir las armas de los cosacos "para la defensa contra los enemigos de la tierra rusa", lo que se vinculaba ya evidentemente a 1917.

No había ninguna razón para temer una manifestación contrarrevolucionaria seria: el clero era impotente en Petrogrado; bajo las banderas de la Iglesia no podían levantarse contra el sóviet más que los miserables restos de las bandas de los "centurias negras". Pero con el concurso de provocadores experimentados del contraespionaje y del cuerpo de oficiales cosacos, disturbios sangrientos no eran imposibles. En el orden de las medidas preventivas, el Comité Militar Revolucionario comenzó por reforzar su acción sobre los regimientos de cosacos: En la residencia del estado mayor de la revolución fue establecido un régimen más severo. "Desde entonces fue difícil penetrar en el Instituto Smolny [escribe John Reed]; el sistema de entrada libre fue modificado en un intervalo de pocas horas, pues los espías penetraban constantemente en el interior".

En la conferencia de la guarnición del 21, consagrada al "día del sóviet" del día siguiente, el informante proponía una serie de medidas preventivas contra posibles colisiones en la calle. El 4º regimiento de cosacos, el más izquierdista, hizo declarar por

su delegado que no tomaría parte en la procesión. El 14º regimiento de cosacos aseguró que combatiría con todas sus fuerzas los atentados de la contrarrevolución, pero que, al mismo tiempo, consideraba "inoportuno", un levantamiento para la toma del poder. De los tres regimientos de cosacos, uno sólo estaba ausente, el del Ural, el más atrasado, que había sido llevado a Petrogrado en julio para aplastar a los bolcheviques.

La conferencia tomó, fundada en el informe de Trotsky, tres breves resoluciones: 1º "La guarnición de Petrogrado y alrededores promete al Comité Militar Revolucionario sostenerlo enteramente en toda su acción..."; 2º "La jornada del 22 de octubre será la de un recuento pacífico de las fuerzas... La guarnición se dirige a los cosacos:... os invitamos a nuestras reuniones de mañana. ¡Sed bienvenidos, hermanos cosacos!"; 3º "El congreso panruso de los sóviets debe tomar el poder en sus manos y asegurar al pueblo la paz, la tierra y el pan". La guarnición promete poner todas sus fuerzas a disposición del congreso. "Contad con nosotros, representantes auténticos del poder de los soldados, de los obreros y los campesinos. Estamos en nuestros puestos, resueltos a vencer o a morir". Centenares de manos se elevaron por esas resoluciones que confirmaban el programa de la insurrección. Hubo 57 abstenciones: eran los "neutros", es decir, los adversarios vacilantes. Ni una mano se levantó en contra. Se cerraba el nudo sólidamente alrededor del cuello del régimen de febrero.

En el curso de la jornada se supo ya que los iniciadores misteriosos de la procesión habían renunciado a realizarla "aceptando una sugestión del comandante en jefe del distrito". Este serio éxito moral, que medía mejor que nada la fuerza de presión de la conferencia de la guarnición, permitía esperar firmemente que los enemigos, en general, no osarían mostrarse en las calles al día siguiente. El Comité Militar Revolucionario designó en el estado mayor del distrito tres comisarios: Sadovsky, Mejonochin y Lasimir. Las órdenes del comandante no eran válidas sino después de la firma de uno de los tres. Por un llamamiento telefónico de Smolny, el estado mayor envió un auto a buscar la delegación: los hábitos de la dualidad de poderes subsistían aún. Pero contra toda esperanza, la amabilidad del estado mayor no significaba que estuviese dispuesto a hacer concesiones.

Habiendo escuchado la declaración de Sadovsky, Polkovnikov respondió que no reconocía ningún comisario ni tenía necesidad de tutela alguna. La delegación insinuó que el estado mayor se arriesgaba, en esa vía, a encontrar resistencia en las tropas. Polkovnikov replicó secamente que tenía la guarnición en la mano y que la sumisión de ésta estaba asegurada. "Su firmeza era sincera [escribe en sus memorias Mejonochin] y no se sentía en ella nada de artificial". Para regresar al Instituto Smolny, los delegados ya no dispusieron del automóvil del estado mayor.

La conferencia extraordinaria, a la cual fueron llamados Trotsky y Svérdlov, tomó una decisión: reconocer que la ruptura con el estado mayor era un hecho cumplido y considerarla como un punto de partida para una ofensiva ulterior. Primera condición de éxito: los barrios deben estar al corriente de todas las etapas y episodios de la lucha. Es preciso impedir al adversario que tome a las masas desprevenidas. Por intermedio de los sóviets y de los comités de barrio del partido, fue expedida una información a todos los rincones de la ciudad. Los regimientos son inmediatamente advertidos de lo que ocurre. Nueva confirmación: no ejecutar más que las órdenes firmadas por los comisarios. Se invita a designar en los puestos de guardia a los soldados más seguros.

Pero el estado mayor también había decidido tomar medidas. A instigación, visiblemente, de los conciliadores que le aconsejaban, Polkovnikov convoca hacia el mediodía una conferencia de la guarnición, con la participación de los representantes del comité ejecutivo central. Adelantándose al adversario, el Comité Militar Revolucionario convoca para las once de la mañana una conferencia extraordinaria de los comités de

regimiento en la cual se resolvió formalizar la ruptura con el estado mayor. El manifiesto, elaborado en el acto a las tropas de Petrogrado y de los alrededores, hablaba el lenguaje de una declaración de guerra. "Al romper con la guarnición organizada de la capital, el estado mayor deviene el instrumento directo de las fuerzas contrarrevolucionarias". El Comité Militar Revolucionario declina toda responsabilidad por los actos del estado mayor y, colocándose a la cabeza de la guarnición, asume "el mantenimiento del orden revolucionario contra los atentados de la contrarrevolución".

Era un paso decisivo en la vía de la insurrección. ¿O era, quizás, sólo un conflicto más en el mecanismo generador de conflictos de la dualidad de poderes? Era precisamente así que se esforzaba en interpretar lo que había pasado, para tranquilizarse a sí mismo, el estado mayor, después de haber consultado a los representantes de los efectivos que no habían recibido a tiempo el llamado del Comité Militar Revolucionario. Una delegación enviada desde el Smolny, bajo la dirección del subteniente bolchevique Dachkevich, comunicó brevemente al estado mayor la decisión de la conferencia de la guarnición. Los poco numerosos representantes de las tropas confirmaron su fidelidad al sóviet y, rehusando formular una moción, se dispersaron. "Después de un breve cambio de ideas [comunicó en seguida la prensa inspirada por el estado mayor] no fue tomada ninguna decisión definitiva: se reconoció indispensable esperar la solución del conflicto entre el comité ejecutivo central y el sóviet de Petrogrado". El estado mayor suponía su destitución como resultado de una rivalidad entre las instancias soviéticas que se disputaban el derecho de controlar sus actos. La política de ceguera voluntaria tenía la ventaja que ella eximía declarar una guerra a Smolny para la cual los dirigentes no contaban con fuerzas suficientes. Así, el conflicto revolucionario, pronto a estallar, era conducido, con el concurso de los órganos gubernamentales, en los cuadros legales de la dualidad de poderes: temiendo mirar la realidad cara a cara, el estado mayor no hacía sino colaborar eficazmente en el camuflaje de la insurrección.

¿La conducta atolondrada de las autoridades no era, sin embargo, una manera simple de disimular sus verdaderas intenciones? ¿No se disponía el estado mayor, asumiendo las apariencias de una ingenuidad burocrática, a asestar al Comité Militar Revolucionario un golpe imprevisto?

Smolny consideraba poco probable un atentado proveniente de los órganos confundidos y desmoralizados del gobierno provisional. Pero el Comité Militar Revolucionario tomó no obstante las más simples medidas de precaución: en los cuarteles más próximos montaron la guardia, día y noche, compañías armadas, dispuesta a la menor señal a movilizarse en ayuda del Smolny.

A pesar de que la procesión había sido suspendida, la prensa burguesa anunciaba para el domingo choques sangrientos. Un periódico conciliador declaraba desde la mañana: "Hoy las autoridades esperan una manifestación con mayor seguridad que el último 20 de octubre". Es así que, por tercera vez en una semana, el 17, el 20 y el 22, el pilluelo vicioso engañaba al pueblo gritando" ¡Al lobo!, ¡al lobo!" A la cuarta vez, si se cree a la vieja fábula, el pilluelo debía caer bajo las garras del lobo.

La prensa de los bolcheviques, llamando a las masas a reunirse, hablaba de un recuento pacífico de las fuerzas revolucionarias en la víspera del congreso de los sóviets. Esto respondía totalmente a la concepción del Comité Militar Revolucionario: hacer una revista gigantesca, sin colisiones, sin emplear las armas y aún sin blandirlas. Era preciso mostrar a las masas lo que eran ellas mismas, su número, su fuerza, su resolución. Por la unanimidad de la multitud, debía forzarse a los enemigos a esconderse, a desaparecer, a no mostrarse. Por la demostración de la impotencia de la burguesía ante las formaciones en masa de los obreros y soldados, se necesitaba desvanecer en la conciencia de éstos los

últimos recuerdos retenidos de las jornadas de julio. Se volvía imperioso obtener que las masas, viéndose a sí mismas, se dijeran: Nada ni nadie podrá resistirnos.

“La población espantada [escribía cinco años más tarde Miliukov] permaneció en su casa o se mantuvo aparte”. La burguesía se quedó en el hogar: efectivamente, estaba espantada por su propia prensa. Todo el resto de la población se volcó desde la mañana en las reuniones: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, adolescentes y madres con sus niños en los brazos. Jamás habían tenido lugar manifestaciones parecidas durante todo el período revolucionario. Todo Petrogrado, exceptuadas las cumbres, no era más que un inmenso motín. En salas colmadas, el auditorio se renovaba durante horas y horas. En oleadas, los obreros y los soldados se desplazaban hacia los edificios y los llenaban. Hubo una conmoción en los sectores populares más desvalidos de la ciudad, despertados por los gemidos y las advertencias que habrían debido infundirles temor. Decenas de miles de personas anegaron el enorme edificio de la Casa del Pueblo, desfilaron por sus corredores y en masas compactas, exaltadas, pero al mismo tiempo disciplinadas, ocuparon las salas del teatro. Los pasillos, los bufetes y antesalas. Sobre los pilares de hierro, y en las ventanas, se suspendían guirnaldas, racimos de cabezas humanas, de piernas, de brazos. Había en el aire esa carga de electricidad que anuncia un próximo estallido. ¡Abajo Kerensky! ¡Abajo la guerra! ¡El poder a los sóviets! Ni un solo conciliador se atrevió a mostrarse ante esas multitudes ardientes para oponer sus objeciones o advertencias. La palabra pertenecía a los bolcheviques. Todos los oradores del partido, incluidos los delegados de provincia que habían llegado para el congreso, habían sido puestos en pie. Aquí y allí, tomaban la palabra raramente socialrevolucionarios de izquierda, a veces anarquistas. Pero unos y otros se esforzaban por distinguirse lo menos posible de los bolcheviques.

Durante horas permanecían allí gentes de los barrios, del subsuelo y de los altillos, con abrigos remendados, cubiertos de gorros forrados y de gruesas pañoletas, los zapatos hinchados por el barro de las calles, las toses de otoño detenidas en las gargantas, apretados espalda contra espalda, estrechándose más y más para dar lugar a otros, para dar lugar a todos, y escuchando sin indiferencia, ávidamente, apasionadamente, reclamando, temiendo dejar escapar aquello que les era más necesario comprender, asimilar y hacer. Parecía que, en los últimos meses, en las últimas semanas, en los últimos días, todas las palabras habrían sido dichas. Pero no, ellas tenían hoy otro sonido. Las masas las sentían de una manera nueva, ya no como una prédica, sino como una obligación de actuar. La experiencia de la revolución, de la guerra, de la dura lucha, de toda una amarga vida, sube de las profundidades de la memoria de todo hombre aplastado por la necesidad y se fija en esas consignas simples e imperiosas. Esto no puede continuar así. Es preciso abrir una brecha hacia el porvenir.

Hacia esta jornada simple y asombrosa que se destacaba en forma neta sobre el fondo no precisamente pálido de la revolución, se volvieron las miradas de cada uno de los militantes. La imagen de una lava humana inspirada y contenida en su movimiento indomable se grabó para siempre en el recuerdo de los testigos oculares. “La jornada del sóviet de Petrogrado [escribe el socialrevolucionario de izquierda Mstislavsky] transcurrió en innumerables mítines donde el entusiasmo era formidable”. El bolchevique Pestkovsky, que había tomado la palabra en dos fábricas de Vassilievsky-Ostrov, testimonia: “Nosotros hablamos claramente a la masa de la próxima toma del poder por nosotros y no escuchamos más que aprobaciones”. “A mi alrededor [cuenta Sujánov, refiriéndose al mitin de la Casa del Pueblo] el ambiente estaba próximo al éxtasis... Trotsky formuló una breve resolución general... ¿Quién vota por...? Una multitud de miles de personas, como un solo hombre, levantó los brazos. Vi los brazos levantados y los ojos inflamados de hombres, mujeres, jóvenes, obreros, soldados, mujik y personajes

típicamente pequeñoburgueses... Trotsky continuó hablando. La innumerable multitud teniendo los brazos en el aire. Trotsky medía las palabras: que vuestro voto sea vuestro juramento... La innumerable multitud tenía los brazos en el aire. Estaba de acuerdo, juraba". El bolchevique Popov relata qué juramento entusiasta fue ofrecido a las masas: "Acudir al primer llamado del sóviet". Mstislavsky habla de una multitud electrizada que juraba fidelidad a los sóviets. El mismo cuadro, aunque en menores proporciones, se reproducía en toda la ciudad, en el centro y en los barrios. Centenares de miles de personas, simultáneamente y a la misma hora, levantaban la mano y juraban llevar la lucha hasta el fin.

Si las sesiones cotidianas del sóviet, de la sección de soldados, de la conferencia de la guarnición, de los comités de fábrica y de usina hacían la soldadura interna de una vasta capa de dirigentes; si ciertas asambleas de masas agrupaban las usinas y los regimientos, la jornada del 22 de octubre fundió a una alta temperatura, en una sola caldera gigante, a las auténticas masas populares. Las masas se reconocieron ellas mismas y vieron a sus jefes, los jefes vieron y escucharon a las masas. Ambos lados quedaron satisfechos recíprocamente. Los líderes estaban persuadidos: ¡No puede demorarse más! Las masas se dijeron: ¡Esta vez será un hecho!

El éxito de la revista de fuerzas bolcheviques del domingo disminuyó la presunción de Polkovnikov y su alto comando. De acuerdo con el gobierno y con el comité ejecutivo central, el estado mayor intentó entenderse con Smolny. ¿Por qué no establecer, en efecto, las buenas y viejas relaciones amistosas del contacto y la conciliación? El Comité Militar Revolucionario no rehusó delegar representantes para un cambio de ideas: no se podía desear mejor medio de reconocimiento. "Las conversaciones fueron breves [escribe Sadovsky en sus memorias]. Los representantes del distrito militar aceptaron todas las condiciones formuladas antes por el sóviet... a cambio de lo cual debía ser anulada la ordenanza del Comité Militar Revolucionario del 22 de octubre". Se trataba del documento que declaraba al estado mayor instrumento de las fuerzas contrarrevolucionarias. Los mismos delegados del comité que Polkovnikov había despedido tan descortésmente dos días antes, exigieron y recibieron en sus propias manos, para informe al Smolny, un proyecto de convención firmado por el estado mayor. El sábado esas cláusulas de capitulación semihonorable habrían sido aceptadas. Pero hoy, lunes, llegaban demasiado tarde. El estado mayor esperaba una respuesta, pero no la recibió.

El Comité Militar Revolucionario se dirigió a la población de Petrogrado, informándola del nombramiento de comisarios en las tropas y en los puntos más importantes de la capital y alrededores. "Los comisarios, como representantes del sóviet, gozan de inmunidad. Toda resistencia a los comisarios es una resistencia al sóviet de obreros y soldados". Los ciudadanos son invitados a dirigirse, en caso de desórdenes, a los comisarios más próximos para llamar a las fuerzas armadas. Es el lenguaje del poder. Pero el comité no da todavía la señal de la insurrección abierta. Sujánov pregunta: "¿Smolny hace tonterías o bien juega con el Palacio de Invierno como el gato con el ratón, provocando un ataque?" Ni lo uno ni lo otro. Por la presión de las masas, con el peso de la guarnición, el comité desplaza al gobierno. Toma sin violencia lo que puede tomar. Lleva adelante sus posiciones sin disparar un tiro de fusil, reuniendo y consolidando su ejército sobre la marcha; mide por su presión la fuerza de resistencia del enemigo, al que no pierde ni un instante con la vista. Cada nuevo paso adelante modifica las disposiciones a favor del Smolny. Los obreros y la guarnición se alzan en la insurrección. El primero que llame a las armas se encontrará con la marcha de la ofensiva y del contraataque. Ahora, ya es una cuestión de horas. Si en el último minuto el gobierno encuentra la audacia o la desesperación de dar la señal de la batalla, la responsabilidad caerá sobre el

Palacio de Invierno, pero la iniciativa no dejará de pertenecer al Smolny. El acta del 23 de octubre significaba el derribamiento de las autoridades aún antes de que fuera derribado el gobierno mismo. El Comité Militar Revolucionario ligaba el régimen enemigo por sus extremidades antes de golpear a la cabeza. La aplicación de esta táctica de "penetración pacífica", consiste en aplastar legalmente la osatura del enemigo y en paralizar por hipnosis lo que en él subsistía de voluntad, era irrealizable sin la indudable preponderancia de fuerzas de que disponía el comité y que continuaba creciendo de hora en hora.

El comité consultaba cotidianamente el mapa abierto de la guarnición, tomaba la temperatura de cada regimiento, seguía las fluctuaciones de opinión y de simpatía que se manifestaban en los cuarteles. Nada de inesperado podía producirse de ese lado. Sobre el mapa quedaban, sin embargo, algunas sombras. Era preciso eliminarlas o, al menos, reducirlas. Desde el 19 se advirtió que la mayoría de los comités de la Fortaleza de Pedro y Pablo tenía disposiciones hostiles o equívocas. Ahora que toda la guarnición apoyaba al comité y que la fortaleza estaba rodeada, al menos desde el punto de vista político, había llegado el momento de tomarla resueltamente. El teniente Blagonravov, designado comisario, encontró resistencia: el comandante de la fortaleza, instigado por el gobierno, rehusaba reconocer la tutela bolchevique y aún (de acuerdo a ciertos rumores) se jactaba de que arrestaría al joven tutor. Era necesario actuar e inmediatamente. Antónov propuso introducir en la fortaleza un batallón seguro del regimiento Pávlovsky y desarmar los efectivos hostiles. Pero habría sido una operación demasiado grave que los oficiales podrían aprovechar para provocar una efusión de sangre y destruir la unanimidad de la guarnición. ¿Resulta totalmente necesario recurrir a una medida tan extrema? "Para discutir este asunto, se llamó a Trotsky... [cuenta Antónov en sus memorias]. Trotsky jugó entonces un rol decisivo; con su olfato revolucionario, comprendió lo que debía aconsejarnos: propuso tomar la fortaleza desde el interior. 'Es imposible [dijo] que esas tropas no simpaticen con nosotros', y descubrimos que tenía razón. Trotsky y Lashévich concurrieron a un mitin en la fortaleza". En Smolny se esperaban con gran emoción los resultados de una empresa que parecía arriesgada. Trotsky evocó estas cosas del siguiente modo: "El 23 fui a la fortaleza a las dos de la tarde. Había un mitin en el patio. Los oradores del ala derecha estaban circunspectos y evasivos en el más alto grado... Se nos escuchó, se nos siguió". En el tercer piso del Smolny se lanzó un gran suspiro de alivio cuando el teléfono anunció la feliz nueva: la guarnición de Pedro y Pablo se había comprometido a no obedecer de ahora en adelante más que al Comité Militar Revolucionario.

El viraje en la conciencia de los efectivos de la fortaleza no se debía, se entiende, al resultado de uno o dos discursos. Estaba sólidamente preparado por el pasado. Los soldados se encontraban mucho más a la izquierda que sus comités. No quedaba más que la corteza agrietada de la vieja disciplina que había subsistido detrás de las murallas mucho más tiempo que en los cuarteles de la ciudad. Pero fue suficiente una sacudida para que cayera hecha pedazos.

Blagonravov podía ahora instalarse con más seguridad en la fortaleza, disponer de su pequeño estado mayor, establecer la ligazón con el sóviet bolchevique del distrito vecino y con los comités del cuartel más próximos. Mientras tanto, delegaciones de las fábricas y de las formaciones militares vienen a solicitar que se les entreguen armas. En la fortaleza reina ahora una animación indescriptible. "El teléfono suena sin interrupción y transmite noticias de nuestros nuevos éxitos en las reuniones y mítines". A veces, una voz desconocida informa de la llegada a la estación de destacamentos punitivos del frente. Una verificación inmediata demuestra que son mentiras puestas en circulación por el enemigo.

La sesión de la tarde, en el sóviet, se distingue por una excepcional afluencia y por un entusiasmo particular. La ocupación de la Fortaleza de Pedro y Pablo y la toma definitiva del arsenal de Kronwerk, donde están depositados 100.000 fusiles, es una seria garantía de éxito. En nombre del Comité Militar Revolucionario, Antónov hace un informe. Con rasgos sucesivos, traza un cuadro del desplazamiento de los órganos gubernamentales por los agentes del Comité Militar Revolucionario: éstos son acogidos en todas partes como hombres de confianza; se les obedece conscientemente, no por temor. "De todos lados se reclama el nombramiento de comisarios". Los contingentes más atrasados se apresuran a tomar el paso de los más avanzados. El regimiento Preobrazhensky, que en julio había sido el primero en prestar oídos a la calumnia sobre el oro alemán, formulaba ahora, por intermedio de su comisario, Chudnovsky, una violenta protesta contra los rumores que lo hacían aparecer como sosteniendo al gobierno: ¡idea parecida es considerada como la última injuria...! Es verdad que se hace la guardia como de costumbre (explica Antónov), pero con el consentimiento del comité. Las órdenes del estado mayor relativas a la entrega de armas y de automóviles no fueron ejecutadas. El estado mayor tuvo así la completa posibilidad de ver quién era el dueño de la capital.

Se pregunta al informante si el comité está informado sobre el movimiento de tropas gubernamentales del frente y los alrededores y cuáles son las medidas adoptadas para detenerlas; el informante responde: del frente rumano se han hecho venir contingentes de caballería, pero están detenidos en Pskov, la 17ª división de infantería tomó conocimiento, cuando ya se había puesto en camino, con qué fines y qué destino se la hacía marchar, y se ha negado a ir más lejos; en Wenden, dos regimientos rehusaron marchar sobre Petrogrado; se ignora aún la suerte de los cosacos y junkers que se habrían remitido, al parecer, desde Kiev y de las tropas de choque llamadas desde Tsárskoye Seló. "No se osa ni se osará tocar al Comité Militar Revolucionario". Estas palabras no suenan demasiado mal en la blanca sala del Smolny.

El informe de Antónov deja en la lectura la impresión de que el estado mayor de la insurrección habría trabajado con sus puertas abiertas. Efectivamente: Smolny ya no tiene casi nada más que ocultar. La coyuntura política de la insurrección es tan favorable que la franqueza misma deviene una especie de camuflaje: ¿es así cómo se hace un levantamiento? La palabra "levantamiento", sin embargo, no es pronunciada por ninguno de los dirigentes. No sólo por prudencia, sino porque el término no corresponde a la situación real: se diría que es el gobierno de Kerensky quien debe levantarse. En una crónica de *Izvestia* se dice, es verdad, que Trotsky, en la sesión del 23, había reconocido abiertamente por primera vez que el objetivo del Comité Militar Revolucionario era la toma del poder. Sin duda alguna, desde el punto de partida en que se declaraba como tarea del comité la verificación de los argumentos estratégicos de Cheremissov, todos estaban ya muy lejos. La evacuación de los regimientos estaba casi olvidada. Pero el 23 de trataba no del levantamiento, sino de la "defensa" del próximo congreso de los sóviets, si era necesario con las armas en la mano. Es precisamente en este espíritu que fue formulada la resolución sobre el informe de Antónov.

¿Cómo se apreciaban los acontecimientos en curso en las altas esferas gubernamentales? Haciendo conocer por hilo directo, en la noche del 21 al 22, al jefe de estado mayor del cuartel general, Dujonin, las tentativas del Comité Militar Revolucionario para desligar los regimientos del comando, Kerensky añadía: "Pienso que arreglaremos esto fácilmente". La llegada del generalísimo al cuartel general no se había demorado en modo alguno por aprehensiones ante cualquier levantamiento: "Como todo está organizado, se arreglaría lo mismo sin mí". A los ministros alarmados, Kerensky declara de una manera tranquilizadora que él, personalmente, está al contrario muy feliz

de ver venir el levantamiento, puesto que esto le dará la posibilidad "de terminar de una vez por todas con los bolcheviques". "Estaré totalmente dispuesto para un servicio religioso de acción de gracias [respondió el jefe del gobierno al kadete Nabokov, que frecuentaba el Palacio de Invierno] si esta manifestación tiene lugar". "¿Pero está usted seguro de poder reprimirla?" "Tengo más fuerzas de las que necesito. Serán aplastados definitivamente".

Burlados por el optimismo aturdido de Kerensky, los kadetes cayeron evidentemente en la amnesia: en realidad, Kerensky consideraba los acontecimientos de acuerdo a su propio punto de vista. El 21, el diario de Miliukov escribía que si los bolcheviques, roídos por una profunda crisis interna, se atrevían a salir, serían aplastados sin piedad. Otro periódico kadete añadía: "Hay tormenta en el aire, pero quizás purifique la atmósfera". Dan testimonio de que en los pasillos del Preparlamento los kadetes y los grupos que les eran próximos no ocultaban su deseo de ver a los bolcheviques salir a la calle cuanto antes: "En batalla campal, serán inmediatamente batidos". Cadetes de significación decían a John Reed: "Aplastados en un levantamiento, los bolcheviques no podrán levantar más la cabeza en la asamblea constituyente".

En el curso del 22 y del 23, Kerensky consultaba tanto a los líderes del comité ejecutivo central como a su estado mayor: ¿no convendría arrestar al Comité Militar Revolucionario? Los conciliadores no eran de esta opinión: ellos mismos trataron de arreglar la cuestión de los comisarios. Polkovnikov estimaba también que no había razón para apresurarse por esos arrestos: fuerzas militares, en caso de necesidad, se tenían "más que suficientes", Kerensky prestaba oídos a Polkovnikov, pero más aún a los amigos conciliadores. Esperaba firmemente que, en caso de peligro, el comité ejecutivo central, a pesar de los malentendidos de familia, vendría oportunamente en su ayuda: así había sido en julio y en agosto; ¿por qué no se repetiría?

Pero no se estaba en julio ni en agosto. Se estaba en octubre. Sobre las plazas y los muelles de Petrogrado soplaban, desde Cronstadt, los vientos fríos y húmedos del Báltico. En las calles desfilaban, cantando aires de bravura que sofocaban la ansiedad, los junkers, con sus capotes que caían hasta los talones. Milicianos a caballo marchaban, con revólveres en estuches totalmente nuevos. ¡No, el poder tenía aún un aire bastante imponente! ¿O no sería una ilusión óptica? En una esquina de la Perspectiva Nevski, John Reed, norteamericano de ojos ingenuos y sagaces, compraba un folleto de Lenin: *¿Podrán los bolcheviques retener el poder?*, pagándolo con estampillas postales que circulaban entonces en lugar de monedas.

Lenin llama a la insurrección

Además de las fábricas, los cuarteles, las aldeas, el frente y los sóviets, la revolución tenía un laboratorio todavía: la cabeza de Lenin. Obligado a ocultarse en la clandestinidad durante ciento once días, del 6 de julio hasta el 25 de octubre, Lenin tuvo que restringir sus entrevistas, aun con los miembros del comité central. Esta falta de comunicación directa con las masas y la pérdida de contacto con las organizaciones, no hacen sino concentrarlo aún más resueltamente en los problemas esenciales de la revolución, que eleva, como es en él una necesidad lo mismo que una norma, a la categoría de problemas fundamentales del marxismo.

El argumento fundamental que los demócratas (incluidos los más izquierdistas) oponían a la toma del poder, era la incapacidad de los trabajadores para hacer funcionar el aparato del estado. Temores semejantes abrigaban los elementos oportunistas, que incluso los había dentro mismo del Partido Bolchevique. "¡El aparato del estado!" Todo pequeñoburgués ha sido instruido en la sumisión a ese principio místico que se levanta por encima de los seres humanos y de las clases. El filisteo cultivado conserva en su piel el temblor que estremeciera al padre o al abuelo, tenderos o campesinos ricos, ante las omnipotentes instituciones que deciden la guerra y la paz, expiden patentes de comercio, lanzan la plaga de las contribuciones, castigan, pero, a veces, pocas, perdonan, legitiman los matrimonios y los nacimientos, y obligan a la misma muerte a respetar la fila y gestionar el reconocimiento. ¡El aparato del estado! Con el sombrero en la mano, y aún descalzo y caminando sobre las puntas de sus calcetines, entra el pequeñoburgués (llámese Kerensky, Laval, McDonald o Hilferding) en el santuario del ídolo, cuando la suerte o las circunstancias han hecho de él un ministro. No puede justificar esta prerrogativa sino sometiéndose con humildad al "aparato del estado". Los intelectuales radicales rusos, que ni aún en tiempos de revolución osaban adherirse al poder si no era en hombros de los propietarios nobles y de los dueños del capital, miraban con indignado espanto a los bolcheviques, ¡a esos agitadores callejeros, a esos demagogos que piensan adueñarse del aparato del estado!

Después que los sóviets, pese a la cobardía y a la impotencia de la democracia oficial, hubiesen salvado a la revolución frente a Kornílov, Lenin escribió: "Que aprendan y se instruyan los hombres de poca fe con este ejemplo. Que se avergüencen los que dicen: 'No tenemos aparato para reemplazar el antiguo, inevitable defensor de la burguesía'. Porque ese aparato existe. Son los sóviets. No temáis la iniciativa y la espontaneidad de las masas, confiad en sus organizaciones revolucionarias, y ya veréis manifestarse en todos los dominios de la vida del estado ese mismo poder, esa grandeza, la invencibilidad que los obreros y campesinos han mostrado al unirse y lanzarse contra el movimiento de Kornílov".

Durante el primer mes de vida clandestina, Lenin escribió su libro *El estado y la revolución*, cuyos antecedentes documentales había recopilado en el exilio, bajo la guerra. Con la misma escrupulosidad con que reflexionaba sobre las tareas prácticas del día, ahora desarrolla sus ideas acerca de los problemas teóricos del estado. No podría ser de otro modo: para él, la teoría es, y no de palabra, una guía orientada hacia la acción. Lenin no se propone ni por un momento introducir novedades en la teoría. Muy por el contrario,

rodea a su obra de modestísima apariencia, pues subraya su calidad de discípulo que quiere restablecer la verdadera "doctrina del marxismo sobre el estado".

Por la selección minuciosa de los textos y su detallada interpretación polémica, el libro puede parecer pedante... a los pedantes verdaderos, incapaces de percibir bajo ese análisis de citas el impetuoso latido del pensamiento y de la voluntad. El simple hecho de reconstituir la teoría clasista del estado en un nuevo nivel, históricamente superior, hace que Lenin infunda a las ideas de Marx otro carácter concreto y, por ende, una nueva significación. Pero la mayor importancia de esta obra sobre el estado reside en ser la introducción científica al levantamiento más trascendental que ha conocido la historia. El "comentarista" de Marx preparaba su partido para vencer revolucionariamente sobre la sexta parte del mundo.

Si sólo se tratara de adaptar el estado a las necesidades de un nuevo régimen, las revoluciones serían innecesarias. Pero la propia burguesía siempre ha logrado el poder por los caminos insurreccionales. Ahora les llega el turno a los obreros. También en este problema, Lenin infundía al marxismo su significado de instrumento teórico de la revolución proletaria.

¿No podrán servirse del aparato del estado? Ni hablarse debe (enseña Lenin) de adaptar la antigua máquina para las nuevas tareas: sería una utopía reaccionaria. La selección humana del aparato, la educación de sus integrantes, sus relaciones recíprocas, contradicen las tareas históricas del proletariado. Conquistando el poder, no se trata de reformar el aparato existente, sino de demolerlo hasta sus bases. ¿Con qué lo reemplazaremos? Con los sóviets. Después de ser los conductores de las masas revolucionarias y los instrumentos de la insurrección, los sóviets se convierten en los órganos de un nuevo régimen estatal.

El libro tuvo pocos lectores durante el torbellino revolucionario: sólo se lo imprimió después de octubre. Lenin estudia el problema del estado, en primer término, para elaborar su propia convicción íntima, y, además, con vistas al futuro. La conservación de la herencia ideológica era una de sus preocupaciones principales. En julio escribe a Kámenev: "*Entre nosotros*, si me embromasen, le ruego publicar mi cuaderno *El marxismo, sobre el estado* (que ha quedado en Estocolmo). Es una carpeta azul atada. He recogido todas las citas, las de Marx y Engels, y las de Kautsky contra Pannekoek. Hay bastantes notas y observaciones. Darles forma. Pienso que con ocho días de trabajo se lo podrá publicar. Lo considero importante, porque Plejánov y Kautsky no han sido los únicos en embrollar. Una condición: todo esto, absolutamente entre nosotros". El jefe de la revolución, acusado de ser agente de un estado enemigo y obligado a prever la posibilidad de que sus adversarios atentaran contra él, se ocupa de la publicación de un cuaderno "azul" con citas de Marx y Engels: es su testamento secreto. El término familiar "si me embromasen", le sirve para eludir un patetismo por el cual siente verdadero horror: en el fondo, el encargo tenía un carácter patético.

Pero mientras aguardaba recibir un golpe por la espalda, Lenin preparaba el suyo en pleno pecho. Mientras entre la lectura de los diarios y el envío de las instrucciones ponía en orden el precioso cuaderno recibido finalmente de Estocolmo la vida continuaba su curso. Se aproximaba el instante de resolver prácticamente el problema del estado.

Poco después del derrocamiento de la monarquía, Lenin escribía desde Suiza: "...No somos blanquistas ni partidarios de la toma del poder por una minoría..." Desarrolló la misma idea al llegar a Rusia: "Actualmente estamos en minoría; las masas, por el momento, no tienen confianza en nosotros. Sabremos esperar... Ellas pasarán a nuestro lado y, cuando la relación de fuerzas así nos lo señale, ése será el instante de decir: nuestro momento ha llegado". La cuestión de la conquista del poder significaba, en los primeros meses, conquistar la mayoría en los sóviets.

Después del aplastamiento de julio, Lenin proclamó: ya no puede conquistarse el poder sino mediante una insurrección armada; y para ello, verosímilmente, habrá que apoyarse, no sobre los sóviets desmoralizados por los conciliadores, sino sobre los comités de fábrica; los sóviets, como órganos de poder, serán reconstruidos después de la victoria. En realidad, dos meses después los bolcheviques desplazaban a los conciliadores de la dirección soviética. La naturaleza del error de Lenin en este asunto es muy característica de su genio estratégico: examina sus planes más audaces a la luz de las premisas menos favorables. Así como en abril, al dirigirse a Rusia pasando por Alemania, contemplaba la posibilidad de que lo condujesen directamente de la estación a la cárcel, o el 5 de julio comentaba: "Quizás nos fusilen a todos", del mismo modo ahora partía del supuesto de que los conciliadores no nos permitirían hacernos cargo de la mayoría en los sóviets.

"No hay hombre más pusilánime que yo cuando elaboro un plan de guerra [escribía Napoleón al general Berthier]; exagero ante mí mismo todos los peligros y todas las catástrofes posibles... Pero cuando he tomado mi decisión, todo lo olvido, excepto aquello que puede conducir al éxito". Si prescindimos de cierta pose que se trasluce en el término poco feliz de "pusilánime", el fondo del pensamiento es enteramente aplicable a Lenin. Al resolver un problema de estrategia, comenzaba por adjudicar al enemigo su propia resolución y su perspicacia. Los errores tácticos de Lenin solían ser con frecuencia los productos secundarios de su fuerza estratégica. En el caso presente, no podría hablarse con justicia de un error de Lenin: cuando un diagnóstico localiza una enfermedad por el método de las eliminaciones sucesivas, sus conjeturas hipotéticas, incluso las peores, no aparecen como yerros sino como procedimientos del análisis.

Cuando los bolcheviques fueron mayoría en los sóviets de ambas capitales, Lenin dijo: "Nuestro momento ha llegado". En abril y en julio se esforzaba por moderar; en agosto preparaba teóricamente la nueva etapa; desde mediados de septiembre, empuja, urge con todas sus fuerzas. Ahora el peligro no consiste en marchar muy de prisa, sino en quedar retrasado. "Ya nada es prematuro en este asunto".

En sus artículos y en las cartas enviadas al comité central, Lenin analiza la situación, poniendo siempre en primer plano las condiciones internacionales. Piensa que irá disminuyendo la amenaza imperialista contra la revolución rusa, porque ya se destacan sobre el fondo de los acontecimientos bélicos ciertos casos e indicios reveladores de un despertar en el proletariado europeo.

El arresto de socialistas en Italia y, más aún, el motín en la flota alemana, inducen a Lenin a anunciar un formidable cambio histórico que abarcará todo el planeta. "Pisamos los umbrales de una revolución proletaria internacional".

La historiografía de los epígonos prefiere silenciar el punto de partida adoptado por Lenin, porque parece desmentido por los hechos, y porque, según las teorías que después vinieron, la revolución rusa debe triunfar por sí misma en todas las circunstancias. Pero el juicio de Lenin sobre la situación internacional nada tenía de ilusorio. Los síntomas que a él llegaban por el filtro de la censura militar de todos los países eran realmente anunciadores de una próxima tempestad revolucionaria.

Un año después, en los Imperios de Europa Central, el antiguo edificio se sacudió hasta los cimientos. Pero aún en los países vencedores, en Inglaterra y en Francia, sin hablar de Italia, las clases dirigentes perdieron su libertad de acción durante mucho tiempo. Contra una Europa capitalista, sólida, conservadora, segura de sí misma, la revolución proletaria en Rusia, aislada y sin tiempo para consolidarse, no hubiera podido sostenerse ni siquiera unos pocos meses. Pero aquella Europa no existía. La revolución en occidente, es cierto, no dio el poder político a los trabajadores, gracias a que los reformistas consiguieron salvar el régimen burgués; pero, así y todo, desplegó la fuerza

necesaria para proteger a la república soviética en el primer período, el más peligroso, de su existencia. El profundo internacionalismo de Lenin, si por un lado lo llevaba a poner siempre en primer plano el análisis de la situación internacional, lo convencía por el otro, y así lo dijo varias veces, de que la conquista del poder en Rusia daría impulso a la revolución europea, que ésta sería mucho más importante para los destinos de la humanidad que el movimiento en la atrasada Rusia. ¡Con qué sarcasmos abruma a aquellos bolcheviques que no comprenden su deber de internacionalistas! "Votemos una resolución de apoyo a los insurrectos alemanes [se burla] y rechacemos la insurrección en Rusia. ¡Esto sí que se llama un internacionalismo razonable!" Durante las jornadas de la conferencia democrática, Lenin le escribe al comité central: "Obtenida la mayoría en los sóviets de ambas capitales..., los bolcheviques pueden y deben tomar en sus manos el poder del estado..." El que la mayoría de los delegados campesinos a la conferencia democrática digitada hubiesen votado contra la coalición con los kadetes, tenía para él una importancia decisiva: el mujik que rechaza la alianza con la burguesía tendrá que apoyar inevitablemente a los bolcheviques. "El pueblo está harto de las tergiversaciones mencheviques y socialrevolucionarias. Sólo nuestra victoria en las capitales arrastrará a los campesinos detrás de nosotros". ¿Cuál es la tarea del partido? "Poner a la orden del día la insurrección armada en Petrogrado y en Moscú, la conquista del poder, el derrocamiento del gobierno..." Nadie hasta entonces había planteado tan imperiosa y abiertamente el problema de la insurrección.

Lenin compulsa prolijamente todas las elecciones que se celebran en el país, reúne todas aquellas cifras capaces de arrojar alguna luz sobre la verdadera relación de fuerzas.

Miraba con desprecio la indiferencia semianarquista hacia los índices electorales; pero tampoco identificaba la verdadera relación de fuerzas con las estadísticas del parlamentarismo. Sabía que era preciso corregirlas desde el punto de vista de la acción directa. "...La fuerza del proletariado revolucionario, en cuanto a su ascendiente sobre las masas y su capacidad en la lucha [recordaba], es infinitamente más grande en una lucha extraparlamentaria que en una lucha parlamentaria. Es una observación muy importante en la cuestión de la guerra civil".

Lenin fue el primero en advertir con ojo penetrante que el movimiento agrario había entrado en una fase decisiva, e inmediatamente extrajo de ello todas las deducciones. El mujik no quiere operar, lo mismo que el soldado. "Ante un hecho como la sublevación de los campesinos [escribe a fines de septiembre], los restantes síntomas políticos, aún si contradijeran esta madurez de la crisis en todo el país, carecerían totalmente de importancia". La cuestión agraria es la base misma de la revolución. La victoria del gobierno sobre el levantamiento campesino sería "el entierro de la revolución..." No se pueden esperar condiciones más favorables. Es la hora de la acción. "La crisis ha madurado. Ahora está en juego todo el porvenir de la revolución rusa... Todo el porvenir de la revolución obrera internacional por el socialismo está en juego. La crisis ha madurado".

Lenin convoca a la insurrección. En cada línea simple, prosaica y, a veces angulosa, vibra el apasionamiento más impetuoso. "La revolución se pierde [escribe a principios de octubre a la conferencia del partido en Petrogrado] si el gobierno de Kerensky no es derrocado por los obreros y los soldados a la brevedad... Hay que movilizar todas las fuerzas para inculcar a los obreros y a los soldados la idea de la absoluta necesidad de una lucha desesperada, última, decisiva, para derrocar al gobierno de Kerensky".

Más de una vez Lenin había dicho que las masas están más a la izquierda que el partido. Sabía que el partido estaba más a la izquierda que su núcleo superior, la capa de los "viejos bolcheviques". Imaginaba muy bien los agrupamientos y tendencias dentro

del comité central como para esperar un paso audaz de ese organismo: advertía, en cambio, su excesiva circunspección, su espíritu contemporizador, su negligencia ante una situación histórica madura por décadas. Lenin no confía en el comité central... sin Lenin: tal es el secreto de esas cartas escritas desde el fondo de su retiro clandestino. Y no se equivocaba en esta desconfianza.

Obligado casi siempre a pronunciarse con posterioridad a una decisión ya adoptada en Petrogrado, Lenin lleva una invariable crítica de izquierda contra la política del comité central. Su oposición va y viene en torno al problema del levantamiento; pero no queda reducida a eso. Lenin estima que el comité central acuerda excesiva atención al comité ejecutivo conciliador, a la conferencia democrática y, en general, al tejemaneje parlamentario en los altos círculos soviéticos. Se pronuncia vehementemente contra los bolcheviques que proponen al sóviet de Petrogrado un secretariado de coalición. Estigmatiza como "deshonrosa" la decisión de participar en el Preparlamento. Se siente indignado cuando a fines de septiembre se publica la lista de los candidatos bolcheviques a la asamblea constituyente: demasiados intelectuales, muy pocos obreros. "Abrumar la asamblea constituyente con oradores y literatos, es marchar por la senda trillada del oportunismo y del chovinismo. Esto es indigno de la III Internacional". Para peor, entre los candidatos hay muchos afiliados recientes, no probados en la lucha. Pero aquí formula una reserva: "Va sin decirlo que... nadie objetará, por ejemplo, una candidatura como la de L. D. Trotsky, porque, en primer lugar, Trotsky, desde su llegada, ha sostenido una posición internacionalista; en segundo lugar, ha luchado en la organización interdistritos a favor de la fusión; en tercer lugar, durante las duras jornadas de julio se ha mostrado a la altura de las tareas y ha sido solidario con los integrantes del partido del proletariado revolucionario. Es claro que no puede decirse lo mismo de una multitud de afiliados inscritos ayer..."

Pareciera que se hubiese vuelto a las jornadas de abril: Lenin está otra vez en pugna con el comité central. Los problemas se plantean de otro modo, pero el espíritu general de su oposición es el mismo: el comité central es demasiado pasivo, cede más de la cuenta ante la opinión pública de las esferas intelectuales, concilia demasiado con los conciliadores; y, sobre todo, revela excesiva indiferencia, propia de fatalistas, no de bolcheviques, hacia el problema de la insurrección armada.

Es tiempo de pasar de las palabras a los actos: "En este momento nuestro partido tiene de hecho en la conferencia democrática su propio congreso, y ese congreso debe resolver (quiéralo o no) la suerte de la revolución". No hay más salida posible que la insurrección armada. En esta primera carta sobre la insurrección, Lenin formula aún una reserva: "No se trata del 'día' ni del 'momento' de la insurrección, en el sentido estricto de la palabra. Eso lo decidirá el voto general de quienes están en contacto con los obreros y soldados, con las masas". Pero a los dos o tres días (era costumbre entonces no firmar las cartas, no por olvido, sino por razones conspirativas) Lenin, bajo la evidente impresión del fracaso de la conferencia democrática, insiste en que debe pasarse de inmediato a la acción, y expone un plan a tal efecto.

"Hay que agrupar inmediatamente la fracción bolchevique de la conferencia, sin preocupamos del número... Debemos redactar una breve declaración de los bolcheviques... Debemos lanzar a toda nuestra fracción a las fábricas y a los cuarteles... Al mismo tiempo, sin perder un minuto, organicemos el estado mayor de los destacamentos de la insurrección, distribuyamos las fuerzas, mandemos los regimientos fieles contra los puntos más importantes, cerquemos el Alexandrinka (el teatro donde se tenía la conferencia democrática), ocupemos la Fortaleza de Pedro y Pablo, arrestemos al estado mayor general y al gobierno, enviemos contra los junkers y la división 'salvaje' destacamentos dispuestos a morir antes de que el enemigo se abra paso hacia los centros

de la ciudad. Hay que movilizar a los obreros armados, llamarlos a una última, encarnizada batalla, ocupar inmediatamente telégrafos y teléfonos, instalar nuestro estado mayor de la insurrección en la central telefónica, ligarlo telefónicamente con todas las fábricas, todos los regimientos y todos los puntos de la lucha armada, etc.” Ya no se hace depender el problema de la fecha del “voto general de quienes están en contacto con las masas”. Lenin propone actuar inmediatamente: salir con un ultimátum del Teatro Alexandra y retornar a él encabezando a las masas insurrectas. Había que dirigir el golpe no sólo contra el gobierno, sino también simultáneamente, contra el órgano supremo de los conciliadores.

“...Lenin, que en sus cartas privadas exigía el arresto de la conferencia democrática [en estos términos lo denuncia Sujánov], en la prensa, como bien sabemos, proponía un ‘compromiso’: que los mencheviques y socialrevolucionarios tomasen todo el poder, y luego se aguardaría la decisión del congreso de los sóviets... Era la misma idea preconizada por Trotsky en la conferencia democrática y alrededor de ella”. Sujánov ve un doble juego, cuando ni sombra de él había. Lenin proponía a los conciliadores un compromiso inmediatamente después de la victoria sobre Kornílov, en los primeros días de septiembre. Los conciliadores se encogieron de hombros. Ellos mismos transformaron la conferencia democrática en cobertura de una nueva coalición con los kadetes contra los bolcheviques, con lo cual suprimían de cuajo toda posibilidad de acuerdo. En adelante, la cuestión del poder sólo podía resolverse mediante la lucha abierta. Sujánov confunde dos fases, de las cuales la primera se adelanta quince días a la segunda, y la condiciona desde el punto de vista político.

Pero, aunque el levantamiento era la consecuencia inevitable de la nueva coalición, el rápido giro de Lenin sorprendió, incluso, a las altas esferas de su propio partido. Agrupar, como pedía su carta, a la fracción bolchevique de la conferencia, aún sin preocuparse por el número, resultaba a todas luces imposible. Tal iban las cosas en la fracción, que el boicot al Preparlamento, es decir, el primer paso en el camino insurreccional, fue rechazado en ella por 70 votos contra 50. Tampoco en el comité central encontró apoyo alguno el plan sugerido por Lenin. Cuatro años más tarde, en una velada consagrada a estos recuerdos, Bujarin, con la exageración salpicada de agudeza que lo caracteriza, relató el episodio con bastante exactitud en cuanto al fondo: “La carta [de Lenin] era violentísima, y en ella se nos amenazaba con toda clase de castigos (?). Quedamos suspensos. Nadie hasta ese momento había planteado tan violentamente la cuestión... Todos dudaban al principio. Hubo consultas y después se decidió. Fue quizás el único caso en la historia de nuestro partido, en que el comité central resolvió por unanimidad quemar la carta de Lenin... Opinábamos que en Petrogrado y en Moscú nos adueñaríamos seguramente del poder, pero que en las provincias no podríamos sostenernos todavía; que al tomar el poder y expulsar a los miembros de la conferencia democrática, ya nos sería imposible consolidarnos en el resto de Rusia”.

Debe decirse que, aunque por razones de carácter conspirativo se quemaron varias copias de la peligrosa carta, esta medida no fue resuelta por unanimidad, sino por 6 votos contra 4 y 6 abstenciones. Felizmente se ha conservado un ejemplar para la historia. Pero Bujarin es exacto al afirmar que todos los miembros del comité central rechazaron la propuesta, si bien por motivos diferentes: unos se oponían a la insurrección en general, otros consideraban que se elegía el momento menos favorable si se la hacía estallar mientras sesionaba la conferencia; no pocos vacilaban, simplemente, y continuaban a la expectativa.

Al encontrar una resistencia tan directa, Lenin inició una especie de conjuración con Smilgá, que también se hallaba en Finlandia, y que, como presidente del comité regional de los sóviets, disponía en aquel momento de considerable autoridad efectiva..

En 1917, Smilgá militaba en la más extrema izquierda partidaria, y ya desde julio pugnaba porque se diese la batalla decisiva: cualesquiera fuesen los vaivenes de la política, Lenin encontraba siempre puntos sobre los cuales apoyarse. El 27 de septiembre le escribe a Smilgá una extensa carta: "¿Qué hacemos nosotros? ¿Nos contentamos con votar mociones? ¿Perdemos el tiempo fijando 'fechas'? (el 20 de octubre, para el congreso de los sóviets: ¿no es ridículo postergar así?, ¿no es ridículo confiar en ello?). Los bolcheviques no realizan un trabajo sistemático preparando sus fuerzas militares para derribar a Kerensky. Hay que hacer una campaña dentro del partido para que se encare seriamente el problema de la insurrección armada... En cuanto al papel que a usted le toca..., crear un comité clandestino, formado con los militares más seguros; examinar con ellos la situación en todos sus aspectos, recoger (y verificar usted mismo) los informes más precisos sobre la composición y emplazamiento de las tropas en Petrogrado y sus alrededores, sobre los transportes de tropas finlandesas hacia Petrogrado, sobre el movimiento de la flota, etc." Lenin pide "una propaganda sistemática entre los cosacos destacados en Finlandia... Hay que estudiar todos los informes sobre los acantonamientos de cosacos y organizarles el envío de destacamentos de agitadores seleccionados entre las mejores fuerzas de marineros y soldados de Finlandia". Por último: "Para preparar convenientemente los espíritus, hacer circular en seguida esta consigna: el poder debe pasar de inmediato a manos del sóviet. ¿Por qué vamos a tolerar tres semanas más de guerra y de aprestos kornilovianos de Kerensky?"

Tenemos aquí un nuevo plan de insurrección: "un comité clandestino de los principales militares", como estado mayor de combate, en Helsingfors; las tropas rusas acantonadas en Finlandia como fuerzas de combate: "creo que con lo único con que podemos contar íntegramente y de verdadera importancia militar, son las tropas de Finlandia y la flota del Báltico". Como se ve, Lenin proyectó asestar desde fuera de Petrogrado el golpe más duro contra el gobierno. Al mismo tiempo, es indispensable "preparar convenientemente los espíritus", para que al derribar al gobierno las fuerzas de Finlandia, la situación no tome de improviso al sóviet de Petrogrado, que heredará el poder hasta el congreso de los sóviets. Pero ni este plan ni el anterior fueron aplicados. Esto no significa que resultaran inútiles. La agitación entre las divisiones cosacas rindió rápidamente frutos: así se lo hemos oído decir a Dybenko. También el llamamiento a los marinos del Báltico para intervenir en el golpe principal contra el gobierno se incorporó al plan definitivo de la insurrección. Pero lo esencial no reside en esto: cuando una cuestión llegaba a su máxima gravedad, Lenin no dejaba que nadie pudiese eludirla o soslayarla. El plan de Lenin, aunque debiera rechazarse como propuesta táctica directa, era valedero en cuanto permitía pulsar actitudes en el comité central, sostenía a los resueltos contra los vacilantes, y reforzaba el desplazamiento hacia la izquierda.

Por todos los medios a mano en su refugio clandestino, Lenin se esforzaba por obligar a los cuadros del partido a sentir la gravedad de la situación y el sumo grado con que las masas presionaban. Hacía venir a ciertos bolcheviques, los sometía a interrogatorios apasionados, vigilaba las palabras y los actos de los dirigentes, escogía conductos indirectos para mandar sus consignas al partido, abajo, en profundidad, creándole al comité central presiones que lo obligasen a actuar hasta las últimas consecuencias.

Al día siguiente de escribir su carta a Smilgá, Lenin redactó el documento que ya hemos citado, *La crisis ha madurado*, que terminaba con una especie de declaración de guerra al comité central. "Es preciso... reconocer la verdad: entre nosotros, en el comité central y en los medios dirigentes del partido, existe una tendencia u opinión que quiere esperar el congreso de los sóviets, que se opone a la toma inmediata del poder, a la insurrección inmediata". Hay que vencer esa tendencia cueste lo que cueste. "Obtener

primero la victoria sobre Kerensky, y después convocar el congreso". Perder el tiempo aguardando el congreso de los sóviets es "una perfecta idiotez o una completa traición…" Faltan más de veinte días para el congreso, que ha sido convocado para el 20. "Semanas y aún días, deciden todo en estos momentos". Postergar el desenlace es renunciar cobardemente a la insurrección, pues durante el congreso, la toma del poder será imposible: "El día 'fijado' se conducirán los cosacos de la manera más tonta para la insurrección".

El simple tono de la carta prueba hasta qué punto Lenin juzga fatal la política dilatoria de los dirigentes de Petrogrado. Pero esta vez no sé limita a criticar sañudamente, y añade como protesta su renuncia al comité central. Motivos: el comité central, desde que se inició la conferencia, no ha respondido a sus intimaciones sobre la toma del poder; la redacción de órgano del partido (Stalin dilata intencionalmente publicar sus artículos y les suprime consideraciones sobre "irritantes errores de los bolcheviques, tan vergonzosos como el de participar en el Preparlamento", etc. Lenin no considera posible tapar esa política ante el partido. "Me veo obligado a pedir mi salida del comité central, y así lo hago, reservándome la libertad de hacer propaganda en las bases y ante el congreso del partido".

Los documentos no dicen de qué modo se resolvió el asunto formalmente. Sea lo que fuere, Lenin no salió del comité central. La renuncia, tratándose de Lenin, no podía ser el resultado de un rapto de indignación. Es evidente que la presentaba para estar libre, en caso necesario de la disciplina del comité central: no dudaba en obtener la victoria ni recurría directamente a la base como en el mes de abril. Pero alzarse de forma abierta contra el comité central exigía preparar un congreso extraordinario, vale decir, tiempo, que era lo que faltaba. Sin hacer pública su carta de dimisión, ni incurrir en francas transgresiones disciplinarias, Lenin, ahora con mayor libertad, siguió desarrollando su ofensiva dentro del partido. No sólo envía copias de las cartas que dirige al comité central a los comités de Petrogrado y de Moscú, sino que también las hace llegar a los militantes más seguros de los barrios. A principios de octubre, pasando ahora por encima del comité central, Lenin escribe directamente a los comités de Petrogrado y de Moscú: "Los bolcheviques no tienen derecho a esperar el congreso de los sóviets, deben tomar el poder ahora mismo... La tardanza es un crimen. Aguardar el congreso de los sóviets, irse en trámites pueriles, es formalismo infame, es traicionar la revolución". Desde el punto de vista de las relaciones jerárquicas, los actos de Lenin no eran del todo irreprochables. Pero estaban en juego cuestiones más importantes que la mera disciplina formal.

Svejnikov, uno de los miembros del comité del distrito de Viborg, dice en sus memorias: "Ilich escribía y escribía infatigablemente desde su retiro, y Nadejda Konstantinovna (Krúpskaya) nos leía a menudo estos manuscritos enviados al comité... Las palabras inflamadas del jefe acrecentaban nuestra fuerza... Recuerdo como si fuera hoy a Nadejda Konstantinovna, en una de las salas del comité de distrito donde trabajaban los dactilógrafos, comparar cuidadosamente, la reproducción con el original, y a 'Diadia' y a 'Genia' estarse junto a ella aguardando una copia". Diadia (el Tío) y Genia (Eugenio) eran, en la conspiración, los nombres de batalla de dos dirigentes. "No hace mucho [relata Naumov, un militante del distrito] recibimos de Ilich una carta dirigida al comité central que nos ha dejado estupefactos. Resulta que Lenin, desde hace bastante tiempo, viene planteando ante el comité central el problema de la insurrección. Hemos protestado, hemos comenzado a presionar sobre el centro". Era, precisamente, lo que faltaba.

En los primeros días de octubre, Lenin pide a la conferencia del partido en Petrogrado que se exprese firmemente a favor de la insurrección. A iniciativa suya, la conferencia "ruega con insistencia al comité central que adopte todas las medidas necesarias para dirigir la inevitable insurrección de los obreros, soldados y campesinos".

La exhortación se viste de un disfraz jurídico y otro diplomático: habla de dirigir la "inevitable insurrección" y no de prepararla directamente, pues no conviene dar excesivo asidero a los fiscales; además, la conferencia "ruega al comité central", no exige ni protesta: es un tributo evidente al prestigio de la más elevada institución partidaria. Pero en otra resolución, también redactada por Lenin, se habla con mayor franqueza: "Hay fluctuaciones en los círculos dirigentes del partido, como si se temiese luchar por la toma del poder, hay tendencia a suplantar esa lucha por resoluciones, protestas y congresos". Esto ya casi es alzar abiertamente el partido contra el comité central. Lenin no se decidía a la ligera a dar semejante paso. Pero se trataba de la suerte de la revolución, y todas las demás consideraciones pasaban a segundo plano.

El 8 de octubre, Lenin se dirigió a los delegados bolcheviques del congreso regional del norte, que se reuniría dos días después: "No es posible aguardar el congreso panruso de los sóviets, que el comité ejecutivo central es capaz de diferir hasta noviembre; no es posible dilatar las cosas y permitir a Kerensky que traiga más tropas kornilovianas". El congreso regional, en que están representadas Finlandia, la flota y Reval, debe asumir la iniciativa "de un movimiento inmediato sobre Petrogrado". El llamamiento a una insurrección inmediata, esta vez se dirige directamente a los representantes de decenas de sóviets. Procede de Lenin en persona: no existen decisiones del partido, la mayor instancia partidaria no se ha pronunciado todavía.

Se necesitaba una gran confianza en el proletariado y el partido, pero serias dudas respecto al comité central, para asumir al margen de éste, desde un oscuro retiro, la responsabilidad personal de una campaña por la insurrección armada, utilizando por todo recurso unas cuantas hojitas de papel de carta cubiertas de fina escritura.

¿Cómo pudo ser que Lenin, a quien viéramos aislado en las cumbres de su propio partido a principios de abril, pareciera hallarse en situación tan semejante en septiembre y a comienzos de octubre? Esto es incomprensible, únicamente si adherimos a la estúpida leyenda que se representa la historia del bolchevismo como la emanación pura y simple de una idea revolucionaria. En realidad, el bolchevismo se desarrolló en un medio social determinado, sometido a condiciones diversas, entre ellas el cerco de la pequeña burguesía y el atraso cultural. Sólo a través de una crisis interna, el partido se adaptaba a cada nueva situación.

Para comprender adecuadamente la ardua lucha en la dirección bolchevique que precedió al movimiento de octubre, es indispensable que otra vez miremos hacia atrás, hacia el proceso interpartidario del que ya se ha hablado en el primer tomo de esta obra ["La Revolución de Febrero"] Hoy más que nunca urge que lo hagamos, pues la fracción de Stalin despliega fuerzas inauditas, aún en escala internacional, para borrar todo recuerdo histórico de cómo se preparó y se llevó a cabo la insurrección de octubre.

En la prensa legal de los años que precedieron a la guerra, los bolcheviques se llamaban a sí mismos "demócratas consecuentes". Este pseudónimo no había sido elegido al azar. El bolchevismo, sólo él, tenía la audacia de plantear hasta el fin las consignas de democracia revolucionaria. Pero no iba más adelante en el pronóstico de la revolución. Ahora bien, la guerra, al ligar indisolublemente la democracia burguesa con el imperialismo, probó de una manera definitiva que sólo una revolución proletaria podía llevar a práctica el programa de la "democracia consecuente". A aquelles bolcheviques a quienes la guerra no enseñó esta conclusión, era fatal que el estallido revolucionario los tomase de improviso, y que se convirtieran en acompañantes de izquierda de la democracia burguesa.

Pero a pesar de las importantísimas lagunas (que no son nada casuales) y de la tendenciosidad en auges desde 1923, un estudio escrupuloso de aquellos documentos permite caracterizar la vida del partido durante la guerra, y el primer tramo de la

revolución torna evidente la mengua ideológica de los círculos superiores bolcheviques durante la guerra, cuando la vida regular del partido de hecho había cesado. La causa de este fenómeno es doble: ruptura con las masas, ruptura con la emigración, es decir, en primer término, con Lenin, y como resultado: caída en el aislamiento y provincialismo.

Ni uno solo de los viejos bolcheviques en Rusia, todos ellos librados a sí mismos, redactó documento alguno que pueda considerarse ni siquiera un jalón en el camino de la II a la III Internacional. "Los problemas de la paz, de la naturaleza de la revolución en ascenso, el papel del partido en el futuro gobierno provisional, etc., [escribía hace unos años Antónov-Saratovsky, uno de los viejos afiliados], aparecían con bastante borrosidad ante nosotros, si alguna vez entraban en el campo de nuestras reflexiones". Hasta el presente, "no se ha publicado en Rusia una sola obra, una sola página de cuaderno, una sola carta en la que Stalin, Molotov u otros actuales dirigentes hubiesen formulado, por lo menos de pasada, así fuese para ellos mismos, sus opiniones sobre las perspectivas de la guerra y de la revolución. Esto no significa, por supuesto, que "los viejos bolcheviques" nada hayan escrito sobre estos problemas durante los años de la guerra, del hundimiento de la socialdemocracia y de preparación de la revolución rusa. Los acontecimientos históricos exigían harto imperativamente una respuesta, y la prisión o la deportación suministraban el ocio necesario para reflexionar y escribir cartas. Pero de todo cuanto se ha escrito sobre esos temas, no se ha encontrado nada que pueda interpretarse, ni con la mejor buena voluntad, como un avance hacia las ideas de la Revolución de Octubre. Baste mencionar que el Instituto de Historia del Partido no puede imprimir una sola línea salida de la pluma de Stalin entre 1914 y 1917, y tiene que disimular cuidadosamente los documentos más importantes de marzo de 1917. En las biografías políticas oficiales de casi todos los miembros del actual círculo dirigente, los años de la guerra permanecen como una página en blanco. Esa es la simple verdad.

Uno de los últimos historiadores jóvenes, Baievsky, comisionado especialmente para probar que el grupo dirigente del partido se había orientado durante la guerra según la perspectiva de la revolución proletaria, no ha podido suministrar material alguno (y eso que su conciencia científica se reveló bastante elástica) si no es esta magra declaración: "No se puede seguir el desarrollo de este proceso, pero ciertos documentos y recuerdos prueban, sin lugar a dudas, que el pensamiento partidario emprendía búsquedas subterráneas que se orientaban en el sentido de las tesis de abril de Lenin". ¡Como si se tratase de búsquedas subterráneas y no de apreciaciones científicas y de pronósticos políticos!

Pravda de Petrogrado intentó asumir una posición internacionalista al comienzo de la revolución, sumamente contradictoria, es cierto, pues no traspasaba los límites de la democracia burguesa. Pero, pronto, los bolcheviques autorizados que volvían de la deportación le dieron al órgano central una dirección democrático-patriótica. Kalinin, para rechazar las acusaciones de oportunismo que se lanzaban contra él, recordó el 30 de mayo que era preciso "tomar el ejemplo de *Pravda*. Al principio, *Pravda* llevaba cierta política. Llegan Stalin, Muránov y Kámenev y orientan en otro sentido el timón de *Pravda*".

"Hay que decirlo claramente [escribía, hace unos años, Molotov], el partido no tenía ni la claridad de miras ni la decisión requeridas por el momento revolucionario... La agitación, y, con ella, el trabajo revolucionario en su conjunto, carecían de bases sólidas, pues el pensamiento aún no había llegado a las audaces deducciones sobre la necesidad de una lucha directa por el socialismo y la revolución socialista". "Sólo durante el segundo mes de la revolución comenzó a producirse el viraje". "Desde la llegada de Lenin a Rusia, en abril de 1917 [testimonia Molotov], el partido sintió que el terreno se afirmaba

bajo sus pies... Hasta ese momento, tanteaba débilmente todavía, sin seguridad para encontrar su camino”.

Las ideas de la Revolución de Octubre no podían ser descubiertas *a priori* desde el ángulo estrecho de Siberia, Moscú o Petrogrado mismo: había que ubicarse en las grandes confluencias de las rutas mundiales. Sólo si se vinculaban los problemas de la revolución burguesa retrasada con las perspectivas del movimiento proletario internacional, era posible formular un programa de dictadura proletaria para Rusia. Se requería un punto de observación más elevado un horizonte que no fuese nacional, sino internacional, sin hablar de una formación teórica más seria que la de los denominados prácticos rusos del partido.

Para estos últimos, el derrocamiento de la monarquía abría una época de una Rusia republicana “libre”, a partir de la cual, según ejemplo de los países occidentales, comenzaría la lucha por el socialismo. Tres viejos bolcheviques, Ríkov, Skvortsov y Begma “por mandato de los socialdemócratas, de la región de Narim, librados por la revolución”, telegrafían a Tomsk en el mes de marzo: “Saludamos la reaparecida *Pravda*, que con tanto éxito ha preparado los cuadros revolucionarios para la conquista de la libertad política. Expresamos la profunda convicción de que conseguirá agruparlos en torno a su bandera, para continuar la lucha en nombre la revolución nacional”. Este telegrama colectivo pone de manifiesto una posición de conjunto: la separa un abismo de las tesis abril de Lenin. La insurrección de febrero, de un solo golpe, había transformado el grupo dirigente del partido, con Kámenev, Ríkov y Stalin a la cabeza, en un núcleo democrático, partidario de la defensa nacional, que viraba a derecha en dirección a los mencheviques. Yaroslavsky, el futuro historiador del partido; Ordzonikidze el futuro jefe de la comisión central de control, y Petrovsky , futuro presidente del Comité Ejecutivo Central de Ucrania, publicaron en marzo, en estrecha alianza con mencheviques, la revista *Socialdemócrata* de Irkutsk, totalmente impregnada de reformismo patriótico y de liberalismo: en los años que siguieron, los ejemplares de esta publicación fueron cuidadosamente recogidos y entregados a las llamas.

“Hay que reconocer abiertamente [escribía Angarsky, uno de los integrantes de aquel grupo, cuando aún podían escribirse cosas semejantes] que, hasta la conferencia de abril del partido, un número considerable de viejos bolcheviques mantenía las antiguas concepciones partidarias de 1905 acerca del carácter de la revolución de 1917, y que era bastante difícil renunciar a estos puntos de vista, eliminarlos”. Convendría añadir que las ideas ya caducas de 1905 dejaban de ser “antiguas concepciones bolcheviques”, para transformarse en puntos de vista del reformismo patriótico.

“Las tesis de abril de Lenin [declara una publicación histórica oficial] no tenían posibilidad de imponerse en el comité de Petrogrado. Sólo 2 votos, contra 13 y 1 abstención, se pronunciaron a favor de esas tesis, que abrían un nuevo rumbo”. “Las conclusiones de Lenin parecían excesivamente audaces, aún a los discípulos más entusiastas”, escribe Podvoisky. Las declaraciones de Lenin [de acuerdo al comité de Petrogrado y a la organización militar] “han conducido... al aislamiento al partido de los bolcheviques, agravando de la peor manera la situación del proletariado y del partido”. A fines de marzo, Stalin se pronunciaba por la defensa nacional, por el apoyo condicionado al gobierno provisional, por el manifiesto pacifista de Sujánov, por una fusión con el partido de Tsereteli. “Yo compartía esa posición errónea [escribía el mismo Stalin, retrospectivamente, en 1924] junto con otros camaradas del partido, y sólo la deseché completamente a mediados de abril, cuando me adherí a las tesis de Lenin. Se necesitaba una nueva orientación. Lenin se la dio al partido, con sus célebres tesis de abril...”

Aún a fines de abril, Kalinin era partidario de un bloque electoral con los mencheviques. Lenin decía en la conferencia del partido: “Me opongo resueltamente a

Kalinin, pues un bloque con... los chovinistas es algo inconcebible... Es traicionar al socialismo". La actitud de Kalinin no era una excepción, ni siquiera en Petrogrado. En la conferencia se decía: "Bajo la influencia de Lenin, ha comenzado a disiparse la atmósfera asfixiante de la unión".

En las provincias fue más tenaz aún la oposición a las tesis de Lenin, y hubo regiones donde sólo se desvaneció cerca de octubre. Según el relato de un obrero de Kiev, Sivtsov, "las ideas expuestas en las tesis [de Lenin] no fueron asimiladas inmediatamente por toda la organización bolchevique de Kiev. Cierto número de camaradas, Piatakov entre ellos, se manifestaban en desacuerdo con las tesis..." Morgunov, ferroviario de Járkov, manifiesta: "Los viejos bolcheviques gozaban de gran influencia en toda la masa ferroviaria... Muchos de entre ellos no pertenecían a nuestra fracción... Algunos, por error, adhirieron a los mencheviques al producirse la Revolución de Febrero, de lo cual ellos mismos se reían más tarde, preguntándose cómo pudo haberles sucedido". No faltan otros testimonios de la misma naturaleza.

A pesar de ello, la historiografía oficial considera sacrílego, actualmente, mencionar siquiera el rearme del partido efectuado por Lenin en abril. Los historiadores últimos han sustituido el criterio histórico por el del prestigio partidario. No pueden citar ni al propio Stalin, quien todavía en 1924 se veía forzado a reconocer toda la profundidad del cambio de abril. "Fueron necesarias las famosas tesis de Lenin para que el partido en su conjunto se empeñase por una nueva senda". "Nueva orientación" y "nueva senda", es decir, rearme del partido. Pero seis años más tarde, cuando Yaroslavsky, en calidad de historiador, se atrevió a recordar que en los comienzos de la revolución Stalin había adoptado "una postura errónea en las cuestiones esenciales", se le atacó ferozmente de todos lados. ¡Entre los monstruos, el ídolo del prestigio es el más devorador!

La tradición revolucionaria del partido, la presión de los obreros de base, la crítica de Lenin al grupo dirigente, forzaron a este último a "empeñarse por una nueva senda" durante abril y mayo, para usar los propios términos de Stalin. Pero desconoce completamente la psicología política quien suponga que un simple voto a favor de las tesis de Lenin significaba una renuncia efectiva y absoluta a "la posición errónea sobre las cuestiones esenciales". En realidad, los puntos de vista del democratismo vulgar, que los años de la guerra habían fortalecido de una manera orgánica, si bien se adaptaron al nuevo programa, continuaban hostilizándolo sordamente.

El 6 de agosto, Kámenev, pese a la resolución de la conferencia bolchevique de abril, sostiene en el comité ejecutivo que debe participarse en la conferencia de los socialpatriotas convocada en Estocolmo. Nadie responde a la declaración de Kámenev en el órgano central del partido. Lenin escribe un artículo fulminante, recién publicado, sin embargo, a los diez días del discurso de Kámenev. Fue necesario que Lenin presionara personalmente y que interviniesen otros miembros del comité central, para que la redacción, a cuya cabeza se encontraba Stalin, aceptara publicar la protesta.

Movimientos convulsivos de indecisión se propagaron en el partido después de las jornadas de julio: el aislamiento de la vanguardia proletaria espantó a muchos dirigentes, sobre todo en provincias. Durante las jornadas kornilovianas, estos medrosos intentaron aproximarse a los conciliadores, lo que motivó un nuevo llamado de advertencia de Lenin.

El 30 de agosto, Stalin, como jefe de redacción, publica sin la menor reserva un artículo de Zinóviev, *Lo que no debe hacerse*, dirigido contra la preparación del alzamiento. "Hay que mirar la verdad de frente. Obran sobre Petrogrado numerosas circunstancias que favorecen el estallido de un levantamiento semejante a la Comuna de París de 1871..." El 3 de septiembre Lenin, sin nombrar a Zinóviev, pero alcanzándolo de rebote, escribe que "la alusión a la Comuna es muy superficial y hasta tonta. Porque, en

primer término, algo han aprendido desde 1871 los bolcheviques: no dejarían de apoderarse de los bancos, no se abstendrían de marchar contra Versalles; de haberse actuado así, entonces la propia Comuna habría podido vencer. Además, la Comuna no podía ofrecer al pueblo, en seguida, lo que podrán ofrecerle los bolcheviques si llegan al poder: tierra a los campesinos, propuesta inmediata de paz...” Era una advertencia mínima, pero inequívoca, no solamente a Zinóviev, sino al redactor de *Pravda*, Stalin.

La cuestión del Preparlamento escindió en dos al comité central. La resolución de la fracción de la conferencia en el sentido de participar en el Preparlamento, obtuvo el apoyo de muchos comités locales, si no de la mayoría. Así sucedió con el de Kiev, por ejemplo. “Respecto... al Preparlamento [escribe E. Boch en sus memorias], la mayoría del comité se pronunció por la participación y eligió representante a Piatakov”. En los casos de Kámenev, Ríkov, Piatakov y muchos otros, es posible señalar toda una cadena de vacilaciones: contra las tesis de Lenin en abril, contra el boicot al Preparlamento en septiembre, contra la insurrección en octubre. En cambio, los cuadros bolcheviques del peldaño inferior, más próximos a la masa y políticamente más nuevos, adaptaron con facilidad la consigna del boicot y obligaron a los comités y al comité central a una rápida rectificación. Así, por ejemplo, en Kiev, la conferencia de la ciudad, influida por las cartas de Lenin se pronunció por abrumadora mayoría contra su comité. Casi siempre que era necesario dar un violento viraje político, Lenin se apoyaba en las escalas inferiores del aparato contra las más altas, o en la masa del partido contra el aparato en su conjunto.

Por ese motivo, las vacilaciones que precedieron la insurrección de octubre no podían tomar a Lenin de improviso. Su perspicacia le llevaba a desconfiar por anticipado; estaba alerta ante cualquier síntoma alarmante; partía de los peores supuestos y estimaba preferible presionar una y otra vez antes que mostrarse indulgente.

Sin duda alguna, bajo la inspiración de Lenin, el secretariado regional de Moscú adoptó a fines de septiembre una severa resolución contra el comité central, acusándolo de seguir una política irresoluta, de vacilar, de introducir la confusión en las filas partidarias, y exigiéndole “una línea clara e inequívoca hacia la insurrección”. El 3 de octubre, Lomov comunicó al comité central esta decisión del secretariado de Moscú. En el acta se consigna: “Se resuelve no abrir debate sobre el tema”. El comité central seguía eludiendo el problema de saber qué hacer. Pero la presión de Lenin a través de Moscú surtió efectos, sin embargo: dos días después el comité central resolvía abandonar el Preparlamento.

Enemigos y adversarios comprendieron claramente que este abandono abría la marcha hacia la insurrección. “Trotsky [escribe Sujánov], al ordenar a su ejército la evacuación del Preparlamento, se orientaba manifiestamente hacia una insurrección violenta”. El informe al sóviet de Petrogrado sobre el abandono del Preparlamento terminaba con un grito de guerra: “¡Viva la lucha franca y abierta por el poder revolucionario en el país!” Era el 9 de octubre.

Al día siguiente, a instancias de Lenin, se celebró la famosa sesión del comité central donde se planteó en todo su alcance el problema del levantamiento. De lo que allí se resolviera, Lenin hacía depender su política ulterior: a favor del comité central o contra él. “¡Oh, nuevas agudezas de la graciosa musa de la historia! [escribe Sujánov]. Esta sesión decisiva de los altos dirigentes se celebró en mi casa, en mi alojamiento de la misma calle Karpovka (32, departamento 31). Pero todo a mis espaldas”. La mujer del menchevique Sujánov era bolchevique: “Esta vez se adoptaron medidas particulares para hacerme pasar la noche afuera: por lo menos, mi mujer se informó con exactitud sobre mis intenciones y me aconsejó desinteresada y amigablemente que no me fatigase demasiado después de un largo viaje. La asamblea suprema estaba por completo a

resguardo de una incursión de mi parte". La reunión (y esto es mucho más importante) se encontraba a resguardo de una incursión de la policía de Kerensky.

Doce de los veintiún miembros del comité central estaban presentes. Lenin llegó con peluca, gafas y afeitado. La sesión duró diez horas seguidas, hasta la alta noche. Al hacerse un cuarto intermedio, se sirvió té con pan y salchichón para reponer las fuerzas. Y bien que era necesario: se trataba de conquistar el poder en el antiguo imperio de los zares. La sesión comenzó con el acostumbrado informe organizativo de Svérdlov. Esta vez las noticias de Svérdlov versaron sobre el frente; no cabía duda de que las había concertado de antemano con Lenin, para que éste pudiera utilizarlas en apoyo de sus deducciones, recurso que concordaba con sus procedimientos habituales. Los representantes de los ejércitos que combatían en el frente norte hacían saber, por intermedio de Svérdlov, que el comando contrarrevolucionario preparaba "un golpe bajo: el envío de tropas a la retaguardia". Comunicaban desde Minsk, desde el estado mayor del frente oeste, que allí se preparaba una nueva aventura korniloviana. Ante el espíritu revolucionario de la guarnición local, el estado mayor había ordenado cercar la ciudad con los cosacos. "Hay conversaciones turbias entre los estados mayores y el cuartel general". Nada impide echarle el guante al estado mayor de Minsk: la guarnición local está dispuesta a desarmar a los cosacos que rodean la ciudad. También puede salir de Minsk un cuerpo de ejército revolucionario rumbo a Petrogrado. En el frente están bien dispuestos hacia los bolcheviques; marcharán contra Kerensky. Tal es la introducción: no demasiado categórica en todos sus aspectos, pero sin duda reconfortante.

Lenin pasa inmediatamente a la ofensiva: "Desde comienzos de septiembre se observa una cierta indiferencia hacia el problema de la insurrección". Se alega cierto enfriamiento y desilusión en las masas. Nada tiene de extraño: "Las masas se han cansado de palabras y resoluciones". Hay que abarcar la situación en su conjunto. Los acontecimientos en las ciudades tienen por fondo, ahora, un gigantesco movimiento campesino. El gobierno necesitaría fuerzas gigantescas para aplastar el movimiento agrario. "En consecuencia, la situación política está preparada. Hay que hablar de la parte técnica. Ese, es todo. Sin embargo, nosotros, siguiendo a los defensistas, nos inclinamos a considerar la preparación sistemática de la insurrección como una especie de pecado político". El informante modera, evidentemente, sus términos. Se guardan muchas cosas. "Hay que aprovechar el congreso regional de los sóviets del norte y la propuesta de Minsk, para empeñar una acción decisiva".

El congreso del norte se inauguró el mismo día en que sesionaba el comité central y debía prolongarse dos o tres días más. Lenin consideraba que la tarea de los próximos días consistía en "empeñar una acción decisiva". No es posible aguardar más. No es posible dilatar las cosas. Le hemos escuchado a Svérdlov que desde el frente se prepara un golpe de estado. ¿Y habrá congreso de los sóviets? Nada puede saberse. Hay que tomar el poder inmediatamente sin esperar ningún congreso. "Intraducible, inexpresable [escribía Trotsky algunos años después] quedó el espíritu general de esas improvisaciones tenaces y apasionadas, imbuidas del deseo de transmitir a los adversarios, a los perplejos, a los vacilantes, su pensamiento, su voluntad, su seguridad, su denuedo..."

Lenin esperaba hallar gran resistencia. Pero sus temores se desvanecieron pronto. El rechazo unánime con que el comité central acogió en septiembre la propuesta de un alzamiento inmediato tenía un carácter episódico: el ala izquierda se había pronunciado contra la iniciativa de "rodear el Teatro Alexandra", por no estimar propicia la coyuntura; el ala derecha, por motivos de estrategia general, que, en aquel momento, sin embargo, aún no habían sido meditados a fondo. Durante las tres semanas transcurridas, el comité central había evolucionado considerablemente hacia la izquierda. Diez votos contra dos se pronunciaron por la insurrección. Era un serio triunfo.

Poco después de la victoria, en una nueva etapa de la lucha interna partidaria, Lenin intervino en un debate del comité de Petrogrado, y refiriéndose a la sesión del comité central del 10 de octubre, recordó sus dudas "sobre una posible actitud oportunista de los internacionalistas unificadores; pero este temor se disipó. En nuestro partido, algunos miembros [del comité central] estuvieron en oposición a nosotros, lo que me apesadumbró mucho". Entre los "internacionalistas", además de Trotsky, obviamente excluido de las apreciaciones de Lenin, formaban parte del comité central Yoffe, futuro embajador de Berlín; Uritsky, futuro jefe de la Cheka en Petrogrado, y Sokólnikov, el futuro creador del *chervonetz*. Los tres votaron a favor de Lenin. En contra se pronunciaron dos viejos bolcheviques, los más próximos a Lenin en otra época: Zinóviev y Kámenev. A ellos alude cuando dice: "Eso me causó gran pesadumbre". La sesión del día 10 consistió casi enteramente en una apasionada polémica con Zinóviev y Kámenev: Lenin llevaba la ofensiva; el resto se le unía uno tras otro.

La resolución que Lenin redactó presurosamente, escrita a lápiz sobre una hoja de papel escolar cuadriculado, era de arquitectura muy imperfecta; pero, en cambio, daba un sólido apoyo a la corriente orientada hacia la insurrección. "El comité central reconoce que tanto la situación internacional de la revolución rusa (sublevación de la flota alemana, manifestación extrema del progreso de la revolución socialista mundial en toda Europa y amenaza de una paz imperialista, con el fin de sofocar la revolución en Rusia), como la situación militar (la indudable decisión de la burguesía rusa y de Kerensky y Cía de entregar Petrogrado a los alemanes), la conquista de la mayoría en los sóviets por el partido proletario, el levantamiento campesino y el giro de la confianza popular hacia nuestro partido (las elecciones en Moscú), y, finalmente, la evidente preparación de una nueva aventura de Kornílov (alejamiento de las tropas de Petrogrado, concentración cerca de Petrogrado de cosacos, cercamiento de Minsk por los cosacos, etc.), coloca a la orden del día la insurrección armada. El comité central hace constar que la insurrección armada es inevitable y propone a todas las organizaciones del partido guiarse por ello y desde este punto de vista discutir y resolver todos los problemas de orden práctico (el congreso de los sóviets en la región del norte, evacuación de las tropas de Petrogrado, los movimientos de tropas de Moscú y de Minsk, etc.)".

Conviene destacar, pues arroja luz sobre el instante que se vivía y sobre la idiosincrasia política del autor del documento, el orden como se enumeran las condiciones de la insurrección, ocupando el primer término la madurez de la revolución mundial, de modo que la insurrección en Rusia aparece como un eslabón de la cadena general. Tal era el invariable punto de partida de Lenin, su premisa básica: no podía proceder de otro modo. La insurrección se plantea directamente como una tarea del partido. Se soslaya, por el momento, el difícil problema de un acuerdo con los sóviets para preparar la insurrección. Ni una palabra sobre el Congreso Panruso de los Sóviets. Al mencionarse los puntos de apoyo de la insurrección, se añaden, a propuesta de Trotsky, luego de las alusiones al congreso regional del norte y al "movimiento de las tropas de Moscú y de Minsk", las palabras sobre "la evacuación de las tropas de Petrogrado". Era la única referencia al plan de levantamiento que, tal como se desarrollaban los sucesos, se imponía comenzar en la capital. Nadie propuso enmiendas tácticas a la resolución que determinaba el punto de partida estratégico del movimiento insurreccional, aislando a Zinóviev y Kámenev, quienes negaban la necesidad misma del movimiento armado.

Hechos y documentos reducen a la nada las tentativas posteriores de la historiografía oficial, empeñada en presentar las cosas como si todos los dirigentes del partido, salvo Zinóviev y Kámenev, se hubieran pronunciado a favor de la insurrección. Aparte de que muchos de los que votaron por la insurrección se inclinaban con frecuencia a diferirla para una fecha indeterminada, Zinóviev y Kámenev, sus adversarios

declarados, no estaban solos, ni siquiera en el comité central: Ríkov y Noguín, ausentes de la sesión del 10, compartían sin ninguna reserva el punto d vista de aquellos dirigentes. Miliutin se les acercaba bastante. "Se observan fluctuaciones en los círculos dirigentes del partido, una especie de temor a la lucha por el poder": tal es el testimonio personal de Lenin. Según Antónov-Saratovsky, Miliutin, llegado a Sáratov después del 10, "hablaba de una carta de Ilich exigiendo que 'empezáramos la cosa' y acusando al comité central de tergiversaciones del 'fracaso' inicial de la propuesta de Lenin, de su indignación y, por último, de que todo se orientaba hacia la insurrección". El bolchevique Sadovsky escribió después de "cierta falta de seguridad y determinación que reinaban entonces. Aún en el seno de nuestro comité central, como se sabe, hubo fricciones y conflictos en aquel período, se preguntaban cómo empezar y si era necesario empezar".

Sadovsky era uno de los jefes de la sección militar del sóviet y de la organización militar de los bolcheviques. Pero justamente los miembros de la organización militar, como surge de cierto número de memorias, miraban con mucha prevención, en octubre, la idea de un levantamiento armado: el carácter específico de la organización inclinaba a los dirigentes a subestimar las condiciones políticas y a sobreestimar las condiciones técnicas. El 16 de octubre, Krilenko decía en un informe: "La mayoría del secretariado [de la organización militar] considera que la cuestión no debe plantearse prácticamente demasiado a fondo; pero la minoría piensa que se puede asumir la iniciativa". El 18, otro miembro eminente de la organización militar, Lashévich, decía: "¿Hay que tomar inmediatamente el poder? Pienso que no deben forzarse los acontecimientos... Nada garantiza que podamos retenerlo... El plan estratégico de Lenin cojea con sus cuatro patas". Antónov-Ovseienko relata la entrevista de los principales miembros de la organización militar con Lenin: "Podvoisky exponía dudas; Nevsky por momentos lo apoyaba y por momentos cedía ante el firme tono de Lenin; por mi parte, expuse la situación en Finlandia... La seguridad y firmeza de Lenin robustecieron mi ánimo y alentaron a Nevsky; pero Podvoisky siguió con sus dudas". No hay que olvidar que en todas las memorias de este género las dudas se pintan con tonos de acuarela; las seguridades, con fuertes pinceladas de óleo.

Chudnovsky se pronunció de plano contra la insurrección y Manuilsky repetía su advertencia escéptica de que "el frente no está con nosotros". Tomsky era enemigo del levantamiento. Volodarsky apoyaba a Zinóviev y a Kámenev. No todos los adversarios de la insurrección se pronunciaban abiertamente. En la sesión del comité de Petrogrado, el día 15, Kalinin afirmaba: "La resolución del comité central es una de las mejores que en él se han adoptado... estamos prácticamente sobre la insurrección armada. ¿Pero cuándo se la podrá lanzar? A lo mejor, dentro de un año; no se sabe nada". Semejante "acuerdo" con el comité central, aunque típico en Kalinin, no era exclusivo de él. Fueron los que adhirieron a la resolución para poder luchar mejor contra el levantamiento.

Los círculos dirigentes de Moscú eran los menos unánimes de todos. El secretario regional apoyaba a Lenin. En el comité de Moscú, donde las fluctuaciones eran agudas, predominaba el criterio de dilatar las cosas. El comité provincial tomaba una actitud definitiva, aunque los del secretariado regional, según afirma Yakovleva, pensaban que en el momento decisivo se plegaría a los adversarios de la insurrección.

Lebedev, militante de Sáratov, relata que en su visita a Moscú poco antes de la insurrección, durante un paseo con Ríkov, éste, señalándole los grandes edificios, las lujosas tiendas y el gentío bullicioso de la calle, se lamentaba de las dificultades que habría que afrontar. "Aquí, en el centro mismo del Moscú burgués, realmente nos sentimos pigmeos proyectando derribar una montaña". En cada organización del partido, en cada uno de sus comités provinciales, existían militantes con el mismo estado de espíritu que el de Zinóviev y Kámenev; eran mayoría en más de un comité. Hasta en el

reducto proletario de Ivanovo-Vozneserisk, donde los bolcheviques dominaban sin competidores, las disensiones entre los altos dirigentes alcanzaron extraordinaria agudeza. En 1925, cuando las reminiscencias ya se adaptaban a las necesidades del nuevo curso, Kisselev, viejo militante bolchevique, escribía lo siguiente: “Los elementos obreros del partido, salvo algunas excepciones individuales, seguían a Lenin; contra Lenin se pronunciaban un grupo poco numeroso de intelectuales del partido y algunos obreros aislados”. En las discusiones públicas los adversarios de la insurrección empleaban los mismos argumentos que Zinóviev y Kámenev. “Pero en las discusiones particulares [escribe Kisselev] la polémica asumía formas mucho más ásperas y francas”; se llegaba a afirmar que “Lenin estaba loco, que empujaba a la clase obrera hacia la ruina inevitable, que nada resultaría de ese levantamiento, que seríamos batidos, que aplastarían al partido y a la clase obrera, y que ello postergaría la revolución durante años”. Tal era, en particular, el estado de espíritu de Frunze, personalmente valeroso, pero que no se distinguía por la amplitud de sus miras.

Ni siquiera la victoria de la insurrección en Petrogrado destruyó en todas partes la inercia de la expectativa y la resistencia directa del ala derecha. Las vacilaciones de la dirección casi llevan al fracaso el levantamiento de Moscú. El comité de Kiev, dirigido por Piatakov, con su política puramente defensiva, transmitió la iniciativa a la Rada y, después, el poder mismo. “En Vorónezh [relata Vrachev] vacilaba enormemente. La sublevación no fue dirigida por el comité partidario, sino por su minoría más activa, encabezada por Moisseev”. En no pocas capitales de provincia, los bolcheviques se aliaron en octubre con los conciliadores “para combatir a la contrarrevolución”, como si los conciliadores no se hubiesen convertido en uno de los puntales de aquélla. Casi en todas partes fue necesario un impulso simultáneo de abajo y de arriba para suprimir las últimas vacilaciones del comité local, obligar a romper con los conciliadores y hacer tomar la dirección del movimiento. “Fines de octubre y principios de noviembre fueron momentos de ‘profunda turbación’ en los medios partidarios. Muchos se dejaban ganar con rapidez por las presiones del ambiente...”, recuerda Schliápnikov, que, también él, pagó amplio tributo a estas vacilaciones.

Aquellos elementos que, como los bolcheviques de Járkov, al comenzar la revolución se encontraron en el campo de los mencheviques para después preguntarse estupefactos “cómo había podido sucederles”, no hallaban lugar donde meterse durante las jornadas de octubre y, en general, vacilaron, contemporizaron. Cuanto más débiles eran, con tanto mayor énfasis hacían valer sus derechos de “viejos bolcheviques” en el período de la reacción ideológica. Por considerable que haya sido la tarea desplegada en estos últimos años para disimular tales errores, aún si prescindimos de los archivos secretos, inaccesibles hoy al erudito, siempre quedan en los diarios de la época, en las memorias, en las revistas históricas, numerosísimos testimonios de que, en el partido más revolucionario de la historia, el aparato, sin embargo, opuso una poderosa resistencia en vísperas de la revolución. En la burocracia se instala inevitablemente, el espíritu conservador. El aparato sólo puede cumplir su función revolucionaria mientras actúe como instrumento al servicio del partido, es decir, mientras se subordine a una idea y esté controlado por las masas.

La resolución del 10 de octubre tuvo una importancia considerable. Suministró a los verdaderos partidarios de la insurrección un terreno legal y sólido dentro del partido. En todos los organismos bolcheviques, en todas las células, los elementos más resueltos comenzaron a ocupar el primer plano. Las organizaciones del partido, empezando por la de Petrogrado, se reagruparon, estimaron sus fuerzas y recursos, estrecharon sus contactos y reconcentraron su campaña por la insurrección.

Pero la resolución no puso fin a los desacuerdos dentro del comité central. Más bien, les dio forma y los exteriorizó. Zinóviev y Kámenev, a quienes un sector de los altos círculos partidarios rodeara hasta hacía poco de cálida simpatía, observaban con espanto la rapidez del vuelco hacia la izquierda. Resolvieron no perder tiempo y publicar al día siguiente un llamado a los miembros del partido. “Ante la historia, ante el proletariado internacional, ante la revolución rusa y la clase obrera de Rusia [escribían], no tenemos el derecho de jugar hoy todo el futuro a la carta de la insurrección armada”.

Proponían constituir una poderosa oposición partidaria en la asamblea constituyente, y añadían que esta última “sólo podría apoyarse en los sóviets para su trabajo revolucionario”. De ahí la fórmula: “asamblea constituyente y sóviets, es el tipo combinado de instituciones estatales hacia el cual marchamos”. La asamblea constituyente (donde se supone que los bolcheviques estarán en minoría) y los sóviets (donde tienen la mayoría), es decir, el órgano de la burguesía y el órgano del proletariado, deben “combinarse” en el sistema pacífico de la dualidad de poderes. Pero esto había sido imposible aún en tiempos de los conciliadores. ¿Cómo hacerlo con los bolcheviques al frente de los sóviets?

“Sería un profundo error histórico [decían finalmente Zinóviev y Kámenev] el de plantear como un ahora o nunca la subida al poder del partido del proletariado. No. Este crecerá, su programa se irá clarificando ante masas cada vez más numerosas”. La esperanza de un incesante crecimiento del bolchevismo con independencia del proceso real de los conflictos de clases, pugnaba irreductiblemente con el *leitmotiv* de Lenin en esa época: “El triunfo de la revolución rusa y mundial depende de dos o tres días de lucha”.

No es preciso agregar que, en este diálogo dramático, Lenin tenía toda la razón de su parte. Las situaciones revolucionarias no se manejan según los deseos personales. Los bolcheviques, de no haber tomado el poder en octubre-noviembre, es muy posible que jamás lo hubiesen hecho. Al no ver en ellos una dirección firme, sino la eterna cansadora discordia entre las palabras y los hechos, las masas los hubieran abandonado por engañar durante dos o tres meses sus esperanzas, como ya lo habían hecho con los socialrevolucionarios y los mencheviques. Una parte de los trabajadores habría caído en la apatía, otra habría consumido sus fuerzas en movimientos convulsivos, en explosiones anárquicas, en escaramuzas guerrilleras, en el terror de la venganza y la desesperación. Recuperado el aliento, la burguesía habría aprovechado para concluir una paz separada con los Hohenzollern y para aplastar las organizaciones revolucionarias. Rusia habría retornado al círculo de los estados capitalistas, como país semiimperialista y semicolonial. La revolución proletaria se habría postergado indefinidamente. La viva comprensión de esta perspectiva inspiraba a Lenin su grito de alarma: “El éxito de la revolución rusa y mundial depende de dos o tres días de lucha”.

Pero ahora, después del 10 de octubre, la situación se había modificado radicalmente en el partido. Lenin ya no era un “opositor” aislado cuyas propuestas rechazaba el comité central. Ahora el ala derecha había quedado sola. Lenin ya no necesitaba dimitir para recobrar su libertad de hacer propaganda. La legalidad estaba de su parte. En cambio, al dar a luz su documento contra la resolución mayoritaria del comité central, Zinóviev y Kámenev se pusieron al margen de la disciplina partidaria. ¡Y Lenin, en la lucha, no dejaba impune el menor traspié del adversario!

En la sesión del 10, a propuesta de Dzerzhinsky, se eligió un buró político compuesto de siete personas: Lenin, Trotsky, Zinóviev, Kámenev, Stalin, Sokólnikov, Bubnov. Pero la nueva institución no podía vivir: Lenin y Zinóviev seguían escondidos; además, Zinóviev lo mismo que Kámenev luchaban aún contra la insurrección. El buró

político de octubre no se reunió ni una sola vez, y se lo olvidó bien pronto, como a tantas organizaciones especiales formadas en el remolino de los acontecimientos.

Ningún plan práctico de insurrección, ni siquiera aproximado, llegó a esbozarse en la reunión del 10 de octubre. Pero se convino, aunque sin consignarlo en la resolución, que el levantamiento empezaría antes de inaugurarse el congreso de los sóviets, de ser posible el 15 de octubre a más tardar. No todos estaban de acuerdo con la fecha, que, por lo inminente, no daba tiempo a tomar impulso en Petrogrado. Pero un pedido de prórroga habría favorecido a las derechas, al mezclar las cartas. ¡Además, nunca es demasiado tarde para diferir!

Trotsky, en sus recuerdos de 1924 sobre Lenin, escritos siete años después de los acontecimientos, fue el primero en revelar que en un principio se había fijado el 15 de octubre como fecha de la insurrección. No tardó Stalin en desmentirlo, y el problema adquirió vivo interés polémico en la literatura histórica rusa. Como se sabe, la insurrección no estalló hasta el 25, es decir, se dejó a un lado la fecha primitivamente fijada. La historiografía de los epígonos considera que no caben errores, ni siquiera retardos, en la política del comité central. "Resultaría [escribe a este respecto Stalin] que el comité central habría fijado el día 15 como fecha del levantamiento, para después él mismo enfrentar (!) esta decisión, postergándola hasta el 25 de octubre. ¿Es cierto eso? No, es falso". Stalin llega a la conclusión de que a "Trotsky lo ha traicionado la memoria". Invoca como prueba la resolución del 10 de octubre, que no menciona ninguna fecha.

Este controvertido episodio de la cronología revolucionaria tiene mucha importancia para comprender el ritmo de los acontecimientos, y merece ser dilucidado. Es perfectamente cierto que en la resolución del 10 no se establece ninguna fecha. Pero esta resolución de conjunto se refería al levantamiento en todo el país e iba dirigida a centenares y miles de dirigentes del partido. Insertar en ella la fecha conspirativa de la inminente sublevación en Petrogrado, habría sido el colmo del aturdimiento: recordemos que Lenin se cuidaba de no fechar ni sus cartas de la época. La resolución adoptada era tan importante y sencilla al mismo tiempo, que todos los partícipes podían memorizarla sin dificultad, más si se tiene en cuenta que sólo deberían hacerlo durante unos pocos días. Cuando Stalin alega el texto de la resolución incurre en un perfecto malentendido.

Estamos dispuestos a reconocer, sin embargo, que los recuerdos personales (más si surge controversia) no son apoyo suficiente en un estudio histórico. Felizmente, el análisis de las circunstancias y los documentos permite llegar a conclusiones indiscutibles.

El congreso de los sóviets debía inaugurarse el 20 de octubre, es decir, diez días después de la reunión del comité central bolchevique. Al congreso no le correspondería hacer campaña por la toma del poder, sino tomarlo.

Pero era imposible que varios cientos de delegados se adueñasen ellos mismos del poder. Había que lograrlo para el congreso, y antes del congreso. "Triunfad primero sobre Kerensky, y después convocad el congreso": éste era el núcleo de la campaña emprendida por Lenin desde el 15 de septiembre. En principio, cuantos en general estaban de acuerdo con la toma del poder compartían ese temperamento; de ahí que el comité central no pudiera abstenerse de fijar una fecha entre el 10 y el 20 de octubre. Pero como se ignora cuántas jornadas insumiría el levantamiento, se fijó su iniciación para el día 15. "En cuanto a la fecha, nadie formuló ningún reparo [dice Trotsky en sus recuerdos sobre Lenin]; todos comprendían que tenía un carácter aproximado, por así decir, de orientación, y que se la podría adelantar en algo, o postergarla (pero sólo por pocos días), según se presentasen las cosas. Pero era indispensable que se la fijase y, además, para los próximos días". De esta manera, el testimonio de la lógica política permite resolver la cuestión. Pero tampoco faltan pruebas complementarias. Lenin propuso, reiterada e

insistentemente, utilizar el congreso regional de los sóviets del norte para empeñar las operaciones militares. La resolución del comité central adoptó esa idea. Pero, justamente, el congreso regional, inaugurado el 10, debía clausurarse antes del 15. En la conferencia del 16, Zinóviev, al insistir en que se informase sobre la resolución adoptada seis días antes, declaraba: "Hay que decir categóricamente que en los próximos cinco días no vamos a organizar una insurrección". Se refería a los cinco días que faltaban para el congreso de los sóviets. Kámenev aseguró en esa misma conferencia que "fijar la fecha de la insurrección es correr una aventura", y añadió lo siguiente: "Ayer mismo se afirmaba que la insurrección estallaría antes del 20".

Nadie lo contradijo en esto, ni era posible hacerlo. La postergación del alzamiento, según Kámevev, demostraba el fracaso de la resolución de Lenin. "En esta última semana [añade] nada se ha hecho" por la insurrección. Es evidente que exageraba: establecida la fecha, todos se vieron obligados a poner más rigor en sus planes y a acelerar el ritmo del trabajo. Pero es evidente que el plazo de cinco días señalados durante la sesión del 10, resultaba demasiado breve y que se imponía una prórroga. Sólo el 17 el comité ejecutivo central postergó hasta el 25 de octubre la apertura del congreso de los sóviets. El aplazamiento llegaba en muy buena hora.

Lenin, que, aislado como estaba, debía exagerar inevitablemente el carácter de estas fricciones internas, se sintió alarmado por la nueva prórroga, e insistió para que se convocase una nueva reunión del comité central, ampliada con representantes de las principales secciones bolcheviques de Petrogrado. Esta conferencia se celebró el 16, en el arrabal de Lessny, y fue allí, precisamente, que Zinóviev y Kámenev formularon sus ya recordados argumentos sobre la postergación de la fecha primitiva, al par que se oponían a que se fijase una nueva.

Las disensiones recomenzaron, mucho más vivas aún. Miliutin estimaba que "no estamos listos para dar el primer golpe... Pero surge otra perspectiva, la de un conflicto armado... Crece cada vez más, su posibilidad se aproxima. Debemos prepararnos para ese choque. Pero es una perspectiva diferente que la de la insurrección". La de Miliutin era la misma posición defensiva que Zinóviev y Kámenev venían defendiendo más abiertamente. Schotmann, viejo obrero de Petrogrado que había vivido toda la historia del partido, afirmaba que en la conferencia y en el comité de Petrogrado, lo mismo que en la organización militar, la combatividad era bastante menor que en el comité central. "No podemos marchar todavía, debemos prepararnos". Lenin atacó a Miliutin y a Schotmann, por su apreciación pesimista de la relación de fuerzas: "No se trata de una lucha contra el ejército, sino de la lucha de una parte del ejército contra la otra..." "Los hechos demuestran que tenemos superioridad sobre el enemigo. ¿Por qué el comité central no puede comenzar?"

Trotsky no estaba presente en la sesión: en esas mismas horas, hacía adoptar por el sóviet el estatuto del Comité Militar Revolucionario. Pero el punto de vista definitivamente elaborado en el Smolny, esos últimos días, fue defendido por Krilenko, quien acababa de dirigir, junto con Trotsky y Antónov-Ovseienko, el congreso regional de los sóviets del norte. Para Krilenko no había la menor duda de que "el agua había hervido suficientemente". Revisar la resolución sobre el levantamiento "sería el más grave de los errores". Pero disiente con Lenin "sobre el problema de saber quién comenzará y cómo comenzar". No es racional, por el momento, fijar con absoluta precisión el día del levantamiento. "Pero la lucha estallará, precisamente, por el asunto de la evacuación de las tropas... La ofensiva contra nosotros existe, y se puede utilizar el hecho... No es cosa de inquietarse por saber quién comenzará, porque ya se ha comenzado". Krilenko exponía y preconizaba la política que servía de base al Comité

Militar Revolucionario y a la conferencia de la guarnición. Justamente en este sentido se desarrollaría la inminente insurrección.

Nada respondió Lenin a las palabras de Krilenko: no tenía ante sus ojos la imagen viva de las últimas seis jornadas en Petrogrado. Lenin temía las postergaciones. Concentraba su atención sobre los adversarios directos de la insurrección. Cualquier reserva cualquier fórmula convencional, cualquier respuesta no lo bastante categórica, tendía a interpretarla como un apoyo indirecto a Zinóviev y Kámenev, quienes se pronunciaban contra él con la intrepidez de los hombres que han quemado sus naves. "Los resultados de la semana [argumentaba Kámenev] demuestran que en estos momentos no existen datos favorables a la insurrección. No tenemos aparato para el levantamiento. El de los enemigos es mucho más fuerte y, posiblemente, se ha aumentado en la última semana... Aquí combaten dos tácticas: la de la conspiración y la de la confianza en las fuerzas activas de la revolución rusa". Los oportunistas siempre otorgan su confianza a las "fuerzas activas" cuando ha llegado el momento de batirse.

Lenin replicaba: "Si decimos que la insurrección está madura, ya no hay para qué hablar de conspiración. Si, políticamente, la insurrección es inevitable, hay que considerar la insurrección como arte". Precisamente sobre esta línea se desarrollaba el debate esencial en el partido, controversia de principio cuyo desenlace en uno u otro sentido determinaba los destinos de la revolución. Sin embargo, dentro del cuadro general del razonamiento de Lenin, compartido por la mayoría del comité central, surgían cuestiones subsidiarias, pero de enorme importancia: ¿Cómo llegar a la insurrección, a partir de circunstancias políticamente maduras? ¿Qué puente usar de la política a la técnica del levantamiento? ¿Y cómo guiar a las masas por ese puente?

Yoffe, del ala izquierda, se adhería a la resolución del 10. Pero discrepaba con Lenin en un punto: "No es cierto que la cuestión, ahora, sea puramente técnica. Todavía debe considerarse desde el punto de vista político el levantamiento". Y así era, en efecto: la última semana había demostrado que, para el partido, para el sóviet, para las masas, la insurrección no se había transformado en un simple problema técnico. Por ello, precisamente, no fue posible mantener la fecha fijada el 10 de octubre.

Por 20 votos contra 2 (Zinóviev, Kámenev) y 3 abstenciones, se aprueba la nueva resolución de Lenin invitando "a todas las organizaciones y a todos los obreros y soldados, a preparar en todos sus aspectos y de la manera más esforzada la insurrección armada". Los historiadores oficiales alegan estas cifras para demostrar la completa insignificancia de la oposición. Pero simplifican el asunto. La tendencia hacia la izquierda de las masas profundas del partido era ya tan fuerte, que los adversarios de la insurrección no se atrevían a hablar abiertamente, y se esforzaban por borrar la división de principios entre ambos campos. Si, no obstante la fecha fijada en un principio, la insurrección no había estallado antes del 16, ¿no podría obtenerse para el futuro que todo se limitara a seguir platónicamente "el camino hacia el levantamiento"? En la misma sesión quedó de manifiesto que Kalinin no estaba tan aislado. La resolución de Zinóviev: "no se hará demostración alguna antes de conferenciar con la fracción bolchevique del congreso de los sóviets", es rechazada por 15 votos contra 6 y 3 abstenciones. Esto nos da la pauta de las verdaderas opiniones; cierto número de "partidarios" de la resolución del comité central, lo que en realidad querían era diferir la decisión hasta el congreso de los sóviets, y hasta una nueva conferencia con los bolcheviques de provincia, en su mayoría más moderados. Tales votos, incluidas las abstenciones, sumaban 9 sobre 24, vale decir más de un tercio. Eran, ciertamente, una minoría, pero bastante importante como estado mayor. La irremediable debilidad de ese estado mayor derivaba de su falta de apoyo en la base del partido y en la clase obrera.

Al día siguiente, Kámenev, de acuerdo con Zinóviev, envió una declaración al diario de Gorki donde criticaba lo decidido en la víspera. “No solamente yo y Zinóviev, sino cierto número de camaradas prácticos [así se expresaba Kámenev], consideramos que asumir en este momento la iniciativa de una insurrección armada, si se tiene en cuenta la relación de las fuerzas sociales y que se lo haría días antes del congreso de los sóviets y a sus espaldas, constituye un paso inadmisible, peligroso para el proletariado y la revolución... Jugarlo todo... a la carta del levantamiento en estos próximos días, sería un acto de desesperación. Pero nuestro partido es demasiado fuerte, tiene un porvenir demasiado grande por delante, como para dar semejante paso...” Los oportunistas siempre se sienten “demasiado fuertes” como para entrar en lucha.

La carta de Kámenev era una verdadera declaración de guerra al comité central, y en un asunto sobre el que nadie estaba dispuesto a bromear. La situación adquirió, de pronto, inusitada gravedad. La complicaron otros episodios individuales de origen político común. En la sesión del sóviet de Petrogrado del día 18, ante ciertas preguntas de los adversarios, Trotsky replicó que el sóviet no había fijado la insurrección para los próximos días, pero que, si se veía obligado a hacerlo, los obreros y soldados se pondrían en marcha como un solo hombre. En ese momento se levantó Kámenev, que estaba sentado a la mesa junto a Trotsky, para afirmar, en breve declaración, que suscribía íntegramente las palabras de Trotsky. Era una jugada sucia: mientras Trotsky, con una fórmula en apariencia defensiva, disimulaba jurídicamente la política de la ofensiva, Kámenev se aferraba a la fórmula de Trotsky, con quien disentía en términos absolutos, para disimular una política directamente opuesta.

Con el propósito de neutralizar la maniobra de Kámenev, Trotsky afirmó ese mismo día en un informe ante la Conferencia Panrusa de Comités de Fábrica y de Usina: “La guerra civil es inevitable. Lo único que puede hacerse es organizarla de la manera menos sangrienta, menos dolorosa. Esto no se consigue con vacilaciones ni tergiversando las cosas, sino con la lucha obstinada y valiente por la conquista del poder”. Nadie ignoraba que la expresión “tergiversando” aludía a Zinóviev, Kámenev y sus partidarios.

Aparte de esto, Trotsky interviene en la siguiente sesión del comité central para someter a análisis las declaraciones de Kámenev en el sóviet. Pero, como Kámenev, entretanto, había renunciado al alto organismo partidario con el propósito de llevar una campaña abierta contra la línea insurreccional, la cuestión fue discutida en su ausencia. Trotsky dijo insistentemente que “se había creado una situación absolutamente intolerable” y propuso aceptar la renuncia de Kámenev[38].

Svérdlov, de acuerdo con la propuesta de Trotsky, leyó públicamente una carta de Lenin que estigmatizaba a Zinóviev y Kámenev como *Streikbrecher* (rompehuelgas) por haberse pronunciado en el diario de Gorki. y exigía su exclusión del partido. “El subterfugio de Kámenev en la sesión del sóviet de Petrogrado es algo simplemente vil [escribía Lenin]. ¿Acaso es difícil comprender que... la resolución sobre la necesidad de una insurrección armada, sobre su completa madurez, sobre su preparación en todos sus

---

[38] Según las actas del comité central de 1917, publicadas en 1929, Trotsky explica su declaración en el sóviet diciendo que “había sido forzado por Kámenev”. Hay un evidente error de registro o una redacción posterior inexacta. La declaración de Trotsky no requería ninguna aclaración especial: derivaba de las circunstancias mismas. Por un azar curioso, el comité regional moscovita, que apoyaba plenamente a Lenin tuvo que publicar el mismo día 18, en un periódico de Moscú, una declaración que reproducía casi a la letra la fórmula de Trotsky: “No somos un partido de pequeños conspiradores, y no fijamos a escondidas las fechas de nuestras manifestaciones... Cuando nos decidamos a marchar, lo diremos en nuestra prensa. W”. No se podía responder de otro modo a las preguntas directas de nuestros enemigos. Pero, aunque la declaración de Trotsky no respondía ni podía responder a la presión de Kámenev, éste la comprometió conscientemente con su falsa solidaridad, en condiciones tales que impedían a Trotsky poner los necesarios puntos sobre las íes.

aspectos, etc..., *obliga* en las intervenciones públicas, a descargar no sólo la culpa, sino también la iniciativa sobre el adversario? ... El subterfugio de Kámenev es simplemente una estafa".

Al remitir su indignada protesta por intermedio de Svérdlov Lenin no podía saber, todavía, que Zinóviev había declarado en una carta a la dirección del órgano central que él, Zinóviev sostenía opiniones "muy alejadas de las de Lenin", que él, Zinóviev, "adhería a la declaración formulada ayer por Trotsky en el sóviet de Petrogrado". En el mismo sentido se pronunció en la prensa un tercer adversario de la insurrección, Lunacharsky. La carta de Zinóviev apareció en el órgano central justamente la víspera de la sesión del comité central convocada para el 20. Como si se sumase al confusionismo pérfido de la carta, la redacción del periódico le expresó su simpatía en una nota. "Por nuestra parte, abrigamos la esperanza de que, gracias a la declaración formulada por Zinóviev (como la de Kámenev en el sóviet), el asunto pueda darse por liquidado. El tono violento del artículo de Lenin no cambia el hecho de que, en lo esencial, tenemos una misma opinión". Era una nueva puñalada por la espalda de procedencia inesperada. En momentos en que Zinóviev y Kámenev atacan abiertamente en la prensa enemiga la decisión del comité central sobre el levantamiento, el órgano central condena "el tono violento" de Lenin y destaca su unidad de miras, "en lo esencial", con Zinóviev y Kámenev ¡Como si en esos momentos hubiera existido un problema más esencial que el de la insurrección! Según un acta resumida, Trotsky intervino en la sesión del comité central para declarar "inadmisibles las cartas de Zinóviev y de Lunacharsky al órgano central, lo mismo que la nota de redacción". Svérdlov apoyó esta protesta.

Stalin y Sokólnikov formaban parte de la redacción. El acta dice: "Sokólnikov hace saber que no comparte en nada el comentario de la redacción a la carta de Zinóviev, y que lo considera erróneo". Se descubrió que Stalin, personalmente (contra otro miembro de la redacción y contra la mayoría del comité central), había sostenido a Kámenev y a Zinóviev en el momento más crítico, con una declaración de simpatía publicada cuatro días antes del estallido de la insurrección. La irritación fue grande.

Stalin se pronunció por el rechazo de la renuncia de Kámenev, ya que (afirmaba) "toda nuestra situación es contradictoria", es decir, Stalin, tomaba sobre sí defender el desconcierto que los adversarios de la insurrección en el comité se habían propuesto propagar. Se acepta la dimisión de Kámenev por 5 votos contra 3. Se aprueba en 6 votos (de nuevo Stalin en contra) una decisión que prohíbe a Kámenev y a Zinóviev ponerse en pugna con el comité central. El acta dice así: "Stalin declara que se retira de la redacción". Para no agravar una situación de suyo enmarañada, el comité central rechaza la renuncia de Stalin.

La conducta de este último sólo es inexplicable si se acepta la leyenda creada a su alrededor. En realidad, corresponde por completo a su formación espiritual y a sus métodos políticos. Stalin siempre retrocede ante los grandes problemas, no porque le falte carácter, como a Kámenev, sino porque su campo visual es muy estrecho y carece de imaginación creadora. En el instante de las graves decisiones y de las más arduas controversias, su cautela suspicaz lo empuja a refugiarse en la penumbra y, si es posible, a preparar en tanto dos salidas. Stalin votó con Lenin por la insurrección. Zinóviev y Kámenev lucharon abiertamente contra la insurrección. Pero, si se rechaza "el tono violento" de la crítica leninista, "en lo esencial, tenemos una misma opinión". No es por aturdimiento que Stalin puso allí la nota. Muy por el contrario, pesaba cuidadosamente las circunstancias y las palabras. Pero el 20 de octubre no creía posible cortar todos sus puentes con los adversarios de la insurrección.

Las actas, que por no disponer del original citamos del texto oficial elaborado en una oficina estalinista, además de reflejar la verdadera actitud de cada miembro del

comité central bolchevique, despliegan con seca brevedad, la imagen auténtica de la dirección partidaria tal cual era: con todas sus contradicciones internas y los inevitables titubeos individuales. No sólo la historia en su conjunto, sino también las insurrecciones más audaces, son hijas de hombres a quienes nada humano les es extraño. ¿Rebaja esto la importancia de su obra?

Si sobre la pantalla más brillante se proyectasen las victorias de Napoleón, no sólo el genio, la grandeza, los rasgos de inspiración, de heroísmo aparecerían en el film, sino también la irresolución de ciertos mariscales, los yerros de generales incapaces de interpretar un mapa, la estupidez de muchos oficiales, el pánico de destacamentos enteros y hasta los cólicos del miedo. En último análisis, este documento realista probaría que el ejército de Napoleón no estaba formado por autómatas sino por franceses de carne y hueso, moldeados en la confluencia de dos centurias. Y el espectáculo de las debilidades humanas serviría para subrayar más vivamente la grandiosidad del conjunto.

Es mucho más fácil trazar *a posteriori* la teoría de una insurrección que asimilársela íntegramente antes de su estallido. Siempre la proximidad del levantamiento ha provocado crisis inevitables en los partidos insurreccionales, y las seguirá provocando en el futuro. Así lo atestigua con su experiencia el partido mejor templado y el más revolucionario que ha dado la historia hasta el presente. Baste con recordar que dos días antes de la batalla, Lenin tuvo que exigir la expulsión de dos de sus discípulos más próximos y señalados. Las tentativas posteriores de reducir el conflicto "a circunstancias fortuitas" de carácter personal, se inspiran en una idealización en cierto modo eclesiástica del pasado partidario. Así como Lenin, durante el otoño de 1917, expresaba más cabal y denodadamente que los otros la necesidad objetiva de la insurrección y la voluntad de las masas hacia ella, así también Zinóviev y Kámenev encarnaban con mayor evidencia que los otros las limitaciones del partido, el espíritu de la duda, el peso de las relaciones con la pequeña burguesía y la presión de las clases dominantes.

Si nada más que en octubre se hubiese tomado versión taquigráfica de todos los debates, reuniones y controversias privadas que se sucedieron en la dirección bolchevique, las generaciones futuras podrían comprobar que sólo en ásperos enfrentamientos interiores aquélla fue adquiriendo la intrepidez necesaria para la insurrección. Esa misma versión taquigráfica demostraría hasta qué punto la democracia interna es indispensable para un partido revolucionario. La voluntad de lucha no reside en la frialdad de una fórmula, ni viene dictada desde arriba: una y otra vez hay que renovarla y retemplarla.

En 1924, Stalin mencionó una afirmación del autor de esta obra, a saber, que "el instrumento esencial de una revolución proletaria es el partido", para preguntar: "¿Cómo ha podido vencer nuestra revolución si 'su instrumento esencial' resultó tan sin valor?" La ironía no logra esconder la falsedad y el primitivismo de esta réplica. Entre los santos, tal como los pinta la Iglesia, y los diablos, tal como los representan los candidatos a la santidad, están los hombres de carne y hueso: son ellos los que hacen la historia. El temple acerado del partido de los bolcheviques no lo inmunizaba contra desacuerdos, vacilaciones o desfallecimientos; pero por difícil que fuera la circunstancia, le permitía superar a tiempo estas crisis interiores, y colocarse en situación de influir decisivamente sobre los acontecimientos. Esto significa que el partido, en su conjunto, era un instrumento adecuado para la revolución.

Para un partido reformista, son, de hecho, inconmovibles las bases del régimen que se dispone a reformar. Por este camino se subordina inevitablemente a las ideas y a la moral de las clases gobernantes. Después de elevarse sobre los hombros del proletariado, la socialdemocracia se ha convertido en un simple partido burgués de segunda clase. El bolchevismo ha creado el tipo del verdadero revolucionario, que somete

a sus miras históricas, incompatibles con la sociedad contemporánea, las condiciones de su existencia individual, sus ideas y sus juicios morales. Una celosa intransigencia, cuyo inspirador era Lenin, colocaba al partido a distancia indispensable de la ideología burguesa. Lenin no cesaba de aplicar el escalpelo contra los lazos que el ambiente pequeñoburgués establecía entre el partido y la opinión pública oficial. Al mismo tiempo, enseñaba a los bolcheviques a formar su propia opinión pública, basada en las ideas y en los sentimientos de una clase que ascendía. De este modo, por selección y por educación. en lucha infatigable, el Partido Bolchevique generó su propio medio, no sólo político sino también moral, independiente de la opinión pública burguesa y en irreductible antagonismo con ella. Así se explica que los bolcheviques dominasen las vacilaciones que cundieron en sus filas hasta ser capaces de esa viril determinación sin la cual la victoria de octubre habría sido imposible.

El arte de la insurrección

Al igual que la guerra, la gente no hace por gusto las revoluciones. La diferencia consiste en que el papel decisivo en una guerra lo desempeña la compulsión; en las revoluciones, en cambio, no actúa la compulsión sino las circunstancias. Una revolución se produce cuando ya no queda otro camino. La insurrección se eleva por encima de la revolución como una cresta en la cadena montañosa de los acontecimientos, y no es posible provocarla arbitrariamente, ni más ni menos que la revolución en su conjunto. Las masas atacan y retroceden una y otra vez, antes de decidirse al asalto definitivo. Es frecuente contraponer la conspiración a la insurrección, entendida aquélla como la empresa de la minoría, y ésta, como el movimiento elemental de la mayoría. En efecto: una insurrección victoriosa, que sólo puede ser la obra de una clase destinada a ponerse al frente de la nación, difiere profundamente, en su significado histórico y en sus métodos, del golpe de estado emprendido por conspiradores a espaldas de las masas.

En toda sociedad dividida en clases las contradicciones son tan numerosas que siempre es posible aprovechar sus fisuras para urdir un compló. Así y todo, la experiencia histórica demuestra que también se requiere cierto grado de enfermedad social como en España, en Portugal, en América del Sur para que la política de las conspiraciones pueda alimentarse constantemente. En estado puro, la conspiración, aun en caso de victoria, sólo reemplazará camarillas de la misma clase dirigente o, menos aún, a unos gobernantes por otros. Pero nunca en la historia un régimen social ha triunfado sobre otro sino a través de una insurrección de las masas. Mientras los complós periódicos expresan casi siempre el marasmo y la descomposición de la sociedad, la insurrección popular, en cambio, resultará comúnmente de una rápida evolución anterior, que ha roto el viejo equilibrio de la nación. Las "revoluciones" crónicas de las repúblicas sudamericanas nada tienen de común con la revolución permanente, en cierto sentido, constituyen su antítesis.

Lo que acabamos de decir no significa de ninguna manera que insurrección popular y conspiración se excluyan de un modo recíproco en todas las circunstancias. En mayor o menor grado, un elemento de conspiración entra casi siempre en todas las insurrecciones. Etapa históricamente condicionada de la revolución, el levantamiento de las masas nunca es del todo elemental. Aunque estalle en forma inopinada para la mayoría de sus participantes, siempre la habrán fecundado aquellas ideas en las que los insurrectos ven una salida para los dolores de la existencia. Pero una insurrección de las masas puede ser prevista y preparada. Se la puede organizar de antemano. En tal caso, el compló se subordina a la insurrección, le sirve, facilita su marcha, acelera su victoria. Cuanto más elevado es el nivel político de un movimiento revolucionario, más seria en su dirección y más importante el lugar ocupado por la conspiración en la insurrección popular.

Es indispensable comprender exactamente la relación entre insurrección y conspiración, lo que las opone y lo que las complementa, tanto más cuanto que el término "conspiración" tiene un sentido contradictorio en la literatura marxista, ya sea que designe la empresa independiente de una minoría que asume la iniciativa, o la preparación por la minoría de un levantamiento mayoritario.

La historia prueba, es verdad, que en determinadas condiciones una insurrección popular puede vencer aún sin necesidad de compló. Al manifestarse con ímpetu "elemental" a través de una revuelta generalizada, en múltiples protestas,

manifestaciones, huelgas, choques callejeros, la insurrección puede arrastrar a un sector del ejército, paralizar las fuerzas del enemigo y derribar el antiguo poder. Hasta cierto límite, es lo que sucedió en Rusia en febrero de 1917. Un cuadro semejante presenta el desarrollo de las revoluciones alemana y austrohúngara durante el otoño de 1918. Como en uno y otro caso no figurasen a la cabeza de los insurgentes partidos profundamente compenetrados de los intereses y designios de la insurrección, la victoria de esta última debía transmitir el poder, inevitablemente, a aquellas fuerzas que hasta último momento se habían opuesto a su estallido.

Derribar el antiguo poder es una cosa y otra distinta adueñarse de él. La burguesía, en una revolución, puede hacerse con poder no porque sea revolucionaria, sino porque es la burguesía: tiene la propiedad, la instrucción, la prensa, una red de apoyos, una jerarquía de instituciones. Muy distinto es el caso del proletariado: privado de privilegios sociales que no existen en su seno, el proletariado insurrecto sólo puede contar con su propio número, su cohesión, sus cuadros, su estado mayor.

Así como un herrero no puede tomar con sus manos desnudas hierro candente, tampoco el proletariado puede, con sólo sus manos, adueñarse del poder: le es preciso una organización adecuada para dicha tarea. En la combinación de la insurrección de masas con la conspiración, en la subordinación del compló a la insurrección, en la organización de la insurrección a través de la conspiración, consiste aquel capítulo complejo y lleno de responsabilidades de la política revolucionaria que Marx y Engels denominaban "el arte de la insurrección". Ello supone una correcta dirección general de las masas, una orientación flexible ante las circunstancias cambiantes, un plan meditado de ofensiva, prudencia en los preparativos técnicos y audacia en dar el golpe.

Los historiadores y políticos suelen denominar insurrección de las fuerzas elementales al movimiento de masas que, aglutinado por el odio común al antiguo régimen, carece de perspectivas claras, de métodos de lucha elaborados, de dirección que conduzca conscientemente a la victoria. Los historiadores oficiales, por lo menos los democráticos, se complacen en presentar esta insurrección de las fuerzas elementales como una calamidad inevitable cuya responsabilidad recae sobre el antiguo régimen. La verdadera razón de esta indulgencia es que las insurrecciones de las fuerzas "elementales" no pueden trascender los marcos del régimen burgués.

También por este camino marcha la socialdemocracia: no niega ella la revolución en general, en cuanto a catástrofe social, del mismo modo que no niega los terremotos, las erupciones volcánicas, los eclipses de sol o las epidemias de peste. Lo que sí niega y tacha de "blanquismo" o, peor aún, de bolchevismo, es la preparación consciente de la insurrección, el plan, la conspiración. En otros términos, la socialdemocracia está dispuesta a sancionar, aunque con atraso, los golpes de estado que transmiten el poder a manos de la burguesía, pero condena sin contemplaciones los métodos indispensables para transmitir el poder al proletariado. Bajo una falsa objetividad, se agazapa una política de defensa de la sociedad capitalista.

De sus observaciones y reflexiones sobre el fracaso de numerosos levantamientos en los que participó o de los cuales fue testigo, Augusto Blanqui dedujo cierto número de reglas tácticas, sin las cuales la victoria de la insurrección es extremadamente difícil, si no imposible. Blanqui encarecía la organización con tiempo de destacamentos revolucionarios regulares, su dirección centralizada, un adecuado suministro de municiones, un reparto bien calculado de las barricadas, cuya construcción estaría prevista y había que defender sistemática, no episódicamente. Como es lógico, todas estas reglas, concernientes a los problemas militares de la insurrección, se modifican junto con las condiciones sociales y la técnica militar; pero de ningún modo hay que considerarlas

"blanquismo", en el sentido que los alemanes dan al "putchismo" o al "aventurismo" revolucionario.

La insurrección es un arte y, como cualquier arte, tiene sus leyes. Las reglas de Blanqui respondían a una visión realista de la guerra revolucionaria. El error de Blanqui no residía en el teorema directo sino en su recíproca. Del hecho de que la incapacidad táctica conducía la revolución al descalabro, Blanqui deducía que la observancia de las reglas referentes a la táctica insurreccional era capaz, por sí misma, de proporcionar la victoria. Sólo desde este punto es legítimo contraponer al blanquismo el marxismo. La conspiración no reemplaza la insurrección. Por mejor organizada que se encuentre, la minoría activa del proletariado no puede adueñarse del poder independientemente de la situación general del país. En esto, el blanquismo está condenado por la historia. Pero sólo en esto. El teorema directo conserva toda su fuerza. Para conquistar el poder, no le basta al proletariado un alzamiento de fuerzas elementales. Necesita la organización correspondiente, el plan, la conspiración. Así es como Lenin plantea la cuestión.

La crítica de Engels, dirigida contra el fetichismo de la barricada, se apoyaba en la evolución de la técnica general y de la técnica militar. La táctica insurreccional del blanquismo respondía al carácter del viejo París, a su proletariado compuesto a medias de artesanos, a las calles estrechas y al sistema militar de Luis Felipe. En principio, el error del blanquismo consistía en identificar la revolución con la insurrección. El error técnico del blanquismo era identificar la insurrección con la barricada. La crítica marxista se dirigió contra estos dos errores. De acuerdo con el blanquismo, en que la insurrección es un arte, Engels descubrió no sólo el lugar secundario de la insurrección en la revolución, sino también el papel declinante de la barricada dentro de la insurrección. La crítica de Engels nada tenía de común con una renuncia a los métodos revolucionarios en beneficio del parlamentarismo puro, como pretendieron demostrarlo en su tiempo los filisteos de la socialdemocracia alemana, con el concurso de la censura de los Hohenzollern. Para Engels, el problema de las barricadas era, simplemente, el de uno de los elementos técnicos de la insurrección. Los reformistas, en cambio, de la negación del valor decisivo de la barricada, pretendían deducir la negación de la violencia revolucionaria en general. Es como si, razonándose sobre el papel probablemente menor de la trinchera en la próxima guerra, se sacase en conclusión que el militarismo desaparece.

La organización en base a la cual el proletariado puede no sólo derrocar el antiguo régimen, sino también sustituirlo, son los sóviets. Lo que después fue el resultado de la experiencia histórica, hasta la insurrección de octubre era un simple vaticinio teórico, cierto que fundado en el ensayo preliminar de 1905. Los sóviets son los órganos que preparan a las masas para la insurrección, los órganos de la insurrección y, después de la victoria, los órganos del poder.

Pero los sóviets no resuelven por sí mismos la cuestión. Según sean su programa y su jefatura, así habrán de servir para diversos fines. Es el partido el que da a los sóviets un programa. Estos últimos, cuya existencia es punto menos que imposible fuera de las épocas revolucionarias, engloban al conjunto de la clase, excluidas sus capas más retrógradas, primitivas o desmoralizadas; el partido, en cambio, está a la cabeza de la clase.

El problema de la conquista del poder sólo puede resolverse mediante la combinación del partido con los sóviets o con otras organizaciones de masas que de un modo u otro les equivalgan.

Cuando el sóviet tiene a su cabeza un partido revolucionario, tenderá conscientemente, y sin aguardar a que los acontecimientos se precipiten, hacia la toma del poder. Adaptándose a los cambios de la situación política y del estado de espíritu de

las masas, preparará los puntos de apoyo de la insurrección, ligará los destacamentos de choque a un objetivo común y elaborará por anticipado el plan de la ofensiva y del último asalto, con lo cual, precisamente, la conspiración organizada se introduce en la insurrección de las masas.

Más de una vez los bolcheviques, mucho antes de la insurrección de octubre, hubieron de refutar las acusaciones de sus adversarios, quienes les imputaban manejos conspirativos y blanquismo. Y, sin embargo, nadie ha combatido con mayor firmeza que Lenin el sistema de la pura conspiración. ¡Cuántas veces los oportunistas de la socialdemocracia internacional tomaron bajo su protección la vieja táctica socialrevolucionaria del terror individual contra los agentes del zarismo, resistiéndose a la crítica implacable de los bolcheviques, quienes oponían al individualismo aventurero de la intelligentsia, el camino de la insurrección de las masas! Pero al rechazar todas las variantes del blanquismo y del anarquismo, Lenin, ni por un minuto, se inclinaba ante la "sagrada" fuerza elemental de las masas. Antes, y con mayor profundidad que nadie, había meditado sobre la relación entre los factores objetivos y subjetivos de la revolución, entre el movimiento de las fuerzas elementales y la política del partido, entre las masas populares y la clase avanzada, entre el proletariado y su vanguardia, entre los sóviets y el partido, entre la insurrección y la conspiración.

El hecho mismo de que no es posible provocar cuando se quiera un levantamiento y de que la victoria requiere organizar oportunamente la insurrección, enfrenta a la jefatura revolucionaria con el problema de formular un diagnóstico exacto de los acontecimientos: es preciso advertir a tiempo la insurrección que asciende, para poder completarla con una conspiración. Aunque mucho se haya abusado de la imagen, la intervención obstétrica en un parto sigue ilustrando de la manera más viva esta intromisión consciente dentro de un proceso elemental. Herzen acusaba a su amigo Bakunin de que en todas sus empresas revolucionarias confundía invariablemente el segundo mes del embarazo con el noveno. En cuanto a Herzen, se inclinaba más bien a negar el embarazo aún en el noveno mes. En febrero, casi no se planteó el problema de la fecha del alumbramiento, en la medida en que la insurrección había estallado "de manera imprevista", sin dirección centralizada. Pero justamente por ello, el poder no pasó a los protagonistas del alzamiento, sino a los que lo habían frenado. Caso muy distinto el de la nueva insurrección: fue preparada conscientemente por el Partido Bolchevique. Por este motivo, el estado mayor bolchevique tuvo que resolver el problema de elegir el momento para lanzar la ofensiva. El término "momento" no ha de entenderse muy al pie de la letra, como un día o una hora determinados: aún en los alumbramientos, la naturaleza acuerda un margen considerable, cuyos límites no sólo interesan a la obstetricia, sino también a la casuística del derecho de sucesión. Entre el momento en que la tentativa insurreccional, por ser irremediablemente prematura, conduciría a un aborto revolucionario, y aquel otro en que la situación favorable se ha desvanecido sin remedio, transcurre una etapa de la revolución (puede medírsela en semanas, cuando no en algunos meses) durante la cual el alzamiento tiene probabilidades más o menos serias de triunfo. Saber situar este período relativamente breve y establecer de inmediato un momento determinado, en el sentido del día y de la hora, para dar el último golpe, constituye la responsabilidad más grave de la dirección revolucionaria. Cumple considerar el nudo del problema, puesto que vincula la política revolucionaria con la técnica de la insurrección: ¿habrá que recordar que la insurrección, lo mismo que la guerra, es la prolongación de la política, sólo que por otros medios?

Intuición y experiencia son indispensables en una dirección revolucionaria, como en cualquier otro dominio del arte creador. Pero ello no basta. También el arte del curandero puede reposar, y no sin éxito, sobre la intuición y la experiencia. Pero el

curanderismo político sólo da resultados en épocas y en períodos en que predomina la rutina. Una época de grandes virajes históricos ya no tolera las hazañas de los curanderos. La experiencia no es suficiente entonces, ni siquiera cuando está inspirada por la intuición. Es preciso un método materialista que permita descubrir, tras las sombras chinescas de los programas y de las consignas, el movimiento real de los cuerpos de la sociedad.

La premisa real de una revolución consiste en la incapacidad del régimen social existente para resolver los problemas fundamentales del desarrollo de un país. Pero ni aun así la revolución será posible si entre los diversos componentes de la sociedad no aparece una nueva clase capaz de tomar las riendas de la nación para resolver los problemas planteados por la historia. Una revolución se abre camino cuando las tareas objetivas, producto de las contradicciones económicas y de clase, logran proyectarse en la conciencia de las masas humanas vivientes, la modifican y establecen una nueva relación política de fuerzas.

Por su incapacidad manifiesta para librar al país del atolladero, las clases dirigentes pierden fe en sí mismas, los viejos partidos se descomponen, se libra una lucha encarnizada entre grupos y camarillas, todas las esperanzas se depositan en un milagro o en un taumaturgo. Aquí reside una de las premisas políticas de la insurrección, fundamental, pero pasiva.

Por otra parte, la nueva conciencia política de la clase revolucionaria, principal premisa táctica de la insurrección, se manifiesta en una colérica hostilidad hacia el orden constituido y en la determinación de empeñar los esfuerzos más heroicos, de sufrir inmolaciones dolorosísimas, para sacar al país del marasmo en que se debate. Los dos campos protagónicos (el de los grandes propietarios y el de la clase obrera) no suman, sin embargo, la totalidad de la nación. En medio están las amplias capas de la pequeña burguesía, recorriendo la gama del prisma económico y político. El descontento de las capas intermedias, su desilusión ante la política de la clase dirigente, su impaciencia y su rebeldía, su inclinación a sostener la iniciativa audazmente revolucionaria del proletariado, constituyen el tercer requisito político de la insurrección, pasivo en parte, ya que gracias a él se neutralizan las altas capas de la pequeña burguesía, pero también activo, en cuanto empuja a los sectores pobres a luchar directamente, codo a codo con los obreros.

Es evidente que estas premisas se condicionan las unas a las otras: cuanto más resolución y firmeza muestre el proletariado y mayores sean sus posibilidades de arrastrar a las capas intermedias, tanto más aislada se sentirá la clase dominante, mayor será su desmoralización política. Por su parte, la descomposición de los sectores dirigentes lleva agua al molino de la clase revolucionaria.

El proletariado sólo puede adquirir esa confianza en su poderío, indispensable para lanzarse a la insurrección, cuando descubre ante sus ojos una clara perspectiva, cuando tiene la posibilidad de verificar activamente una relación de fuerzas que evoluciona a favor suyo y cuando se sabe dirigido por una jefatura inteligente, firme y audaz. Esto nos conduce a la última condición, pero no la menos importante para la conquista del poder: el partido revolucionario, como vanguardia sólidamente unida y templada de la clase.

Una combinación favorable de condiciones históricas internas y exteriores permitió al proletariado ruso tener a su cabeza un partido revolucionario de temple y claridad política como jamás han existido.

Gracias a ello una clase joven y relativamente exigua, pudo cumplir una tarea histórica de gigantesca envergadura. En general, como lo demuestra la Comuna de París, las revoluciones alemana y austríaca de 1918, los. sóviets de Hungría y de Baviera, la revolución italiana de 1919, la crisis alemana de 1923, la revolución china de los años

1925-1927 y la revolución española de 1931, el eslabón más débil en la cadena de las condiciones ha sido, hasta ahora, el del partido: lo más difícil para la clase obrera consiste en crear una dirección revolucionaria que esté a la altura de sus tareas históricas. En los países más viejos y más civilizados, hay fuerzas considerables que trabajan para debilitar y desintegrar la vanguardia revolucionaria. Buena parte de esta tarea corresponde a la socialdemocracia y su lucha contra el "blanquismo", denominación bajo la cual se engloba la esencia revolucionaria del pensamiento marxista.

Por muchas que hayan sido las crisis sociales y políticas, sólo una vez hasta el presente, en el octubre ruso de 1917, han coincidido todas las condiciones indispensables para una insurrección proletaria victoriosa y sólida. Ninguna situación revolucionaria es eterna. Entre todas las premisas de una insurrección, la más inestable se refiere al estado de ánimo de la pequeña burguesía. En los tiempos de crisis nacional, la pequeña burguesía sigue a la clase capaz de inspirarle confianza, no sólo por sus palabras, sino por sus hechos. Es capaz de impulsos y hasta de delirios revolucionarios, pero carece de resistencia, los fracasos la deprimen fácilmente y sus fogosas esperanzas pronto se cambian en desilusión. Son estas violentas y rápidas mutaciones de ánimo las que dan tanta inestabilidad a cada situación revolucionaria. Si el partido proletario no es lo bastante resuelto como para cambiar a tiempo en acción revolucionaria la expectativa y la esperanza de las masas populares, la marea ascendente se invertirá en reflujo: las capas intermedias se apartan de la revolución y buscan soluciones en el campo opuesto. Así como en la marea ascendente el proletariado arrastra tras de sí a la pequeña burguesía, al producirse el reflujo la pequeña burguesía consigue atraerse a capas importantes del proletariado. Tal es la dialéctica de las olas comunistas y fascistas en la política europea de postguerra. Invocando el aforismo de Marx de que ningún régimen desaparece de la escena antes de haber agotado todas las posibilidades, los mencheviques declararon inadmisible luchar por la dictadura del proletariado en un país como la atrasada Rusia, donde el capitalismo estaba muy lejos de haberse desgastado enteramente. Pero este razonamiento contenía dos errores, y ambos eran fatales. La guerra imperialista y sus consecuencias prueban que el régimen capitalista se ha agotado en escala mundial. La revolución en Rusia significó la ruptura del eslabón más débil en el sistema del imperialismo mundial.

Pero la falsedad de la concepción menchevique también se revela desde el punto de vista nacional. Admitamos que, ateniéndonos a la abstracción económica, pueda afirmarse que el capitalismo aún no había agotado en Rusia todas sus posibilidades. Pero los procesos económicos no se producen en las esferas celestes, sino en un medio histórico concreto. El capitalismo no es una abstracción: es un sistema vivo de relaciones de clases que necesita, antes que nada, un poder estatal. Ni los mencheviques negaban que la monarquía, bajo cuya protección se había formado el capitalismo ruso, estaba al cabo de sus posibilidades históricas. La Revolución de Febrero intentó constituir un régimen estatal de carácter intermedio. Hemos seguido su historia paso a paso: ocho meses bastaron para agotarlo. En tales condiciones, ¿qué orden gubernativo podía garantizar el desarrollo ulterior del capitalismo ruso?

"La réplica burguesa, defendida únicamente por los socialistas de las tendencias moderadas, ya no tenía el apoyo de las masas... ni podía, por lo tanto, mantenerse. Su médula estaba corroída y sólo quedaba la cáscara". Esta justa apreciación pertenece a Miliukov. Según el mismo autor, la suerte de este sistema corroído no podía ser distinta que la ya soportada por la monarquía zarista: "Ambos regímenes habían preparado el terreno para la revolución y cuando ésta se produjo no encontraron a nadie que los defendiese".

Miliukov caracteriza la situación de julio-agosto como de alternativa entre estos dos nombres: Kornílov y Lenin. Pero Kornílov ya había hecho su juego y cosechado el peor de los fracasos. De todas maneras, no había lugar en adelante para el régimen de Kerensky. Por diversos que los ánimos fuesen, testimonia Sujánov, "existía un sentimiento unánime: el odio al kerenskysmo". Así como la monarquía zarista terminó volviéndose imposible para las mismas cumbres de la nobleza, incluidos los grandes duques, el gobierno de Kerensky se hizo odioso hasta para los inspiradores más directos del régimen, para los "grandes duques" de las cúspides conciliadoras. En ese descontento general, en ese agudo malestar político de todas las clases, reside uno de los síntomas más importantes de una situación revolucionaria ya madura. No de otro modo, cada músculo, cada nervio, cada fibra del organismo llega a una tensión insoportable cuando un grave absceso está a punto de abrirse.

Mientras prevenía a los obreros contra conflictos prematuros, la resolución del congreso bolchevique de julio señalaba la necesidad de aceptar la batalla "cuando la crisis de toda la nación y el profundo levantamiento de las masas establezcan las condiciones favorables para que los elementos pobres de las ciudades y de las campañas pasen al bando de los obreros". Dicho momento llegó en septiembre-octubre.

En adelante, la insurrección podía confiar en el éxito, puesto que se apoyaría sobre una auténtica mayoría popular. Por descontado que esto no debe comprenderse formalmente. En la hipótesis de un referéndum previo acerca de la insurrección, los resultados habrían sido enormemente contradictorios y vacilantes. No es posible identificar la disposición íntima a apoyar el alzamiento con la conciencia anticipada acerca de su necesidad. Además, en gran medida, las respuestas dependerían del modo mismo de plantearse la pregunta, del órgano que dirigiese la encuesta o, para decirlo más sencillamente, de la clase que ocupara el poder.

Los métodos de la democracia tienen sus límites. Puede interrogarse a todos los pasajeros de un tren sobre el tipo de vagón que más les conviene; pero no puede preguntárseles a todos si hace falta frenar en plena marcha un tren que corre al descarrilamiento. No obstante, si la operación de seguridad es certera y oportuna, podrá contarse a ciencia cierta con el visto bueno de los viajeros.

La consulta parlamentaria al pueblo se realiza al mismo tiempo en todas partes; sin embargo, en tiempos de revolución, las diversas capas populares llegan a las mismas conclusiones de una manera sucesiva, separadas entre sí por intervalos cortísimos a veces. Cuando la vanguardia arde de impaciencia revolucionaria, las capas atrasadas recién comienzan a despertar. En Petrogrado y en Moscú todas las organizaciones de masa se hallaban bajo la dirección de los bolcheviques; en la provincia de Tambov, que con sus tres millones y pico de habitantes casi alcanzaba la cifra de las dos capitales sumadas, sólo en vísperas de la insurrección de octubre surgió en el sóviet una fracción bolchevique.

Los silogismos del desarrollo objetivo jamás coinciden día por día con los silogismos de la reflexión de las masas. Y cuando los acontecimientos imponen con urgencia una importante determinación práctica, menos que nunca será posible recurrir a un referéndum. La acción misma se encarga de ir igualando los distintos niveles y estados de espíritu de las capas populares: los elementos de vanguardia arrastran a los vacilantes y aíslan a quienes oponen resistencia. A la mayoría no se la recuenta, se la conquista. La insurrección surge precisamente cuando no se ve más salida que la acción directa para resolver las contradicciones.

Aunque incapaz de extraer por sí mismo las deducciones políticas emergentes de su guerra contra los propietarios nobles, el campesino, por el hecho mismo de su sublevación agraria, se unía de antemano a la insurrección de las ciudades, la conjuraba

y la exigía. Expresaba su voluntad, no con la papeleta blanca, sino con "el gallo rojo" del incendio revolucionario: era un referéndum más serio. El campesino otorgaba su apoyo, en los límites indispensables para establecer la dictadura soviética. "Esa dictadura [replica Lenin a los indecisos] dará la tierra a los campesinos y plenos poderes a los comités campesinos locales: ¿cómo dudar, a menos de volverse locos, que los campesinos apoyarán la dictadura?" Para que los soldados, los campesinos, las nacionalidades oprimidas, a la deriva en la tormenta de nieve de las papeletas electorales, conociesen a los bolcheviques en acción, era preciso que los bolcheviques tomasen el poder.

¿Qué relación de fuerzas debía existir, por lo tanto, para que el proletariado tomase el poder? "En un momento decisivo, sobre un punto decisivo, hay que reunir una aplastante superioridad de fuerzas [escribía Lenin más tarde, al explicar la insurrección de octubre]; esta ley de los triunfos militares es también la ley del éxito político, sobre todo en la encarnizada e hirviente guerra de calles que se denomina revolución. Las capitales y, en general, los granades centros comerciales e industriales... deciden en gran medida los destinos políticos del pueblo, siempre y cuando los centros cuenten con el necesario apoyo de las fuerzas locales, rurales, aunque este apoyo no llegue de inmediato". Como se ve, Lenin interpreta dinámicamente el concepto de mayoría del pueblo, y éste es el único sentido real que puede asignársele.

Los adversarios demócratas se consolaban pensando que el pueblo que seguía a los bolcheviques era materia prima, arcilla moldeable de la historia: el molde serían los demócratas, en colaboración con los burgueses instruidos. "¿No comprende esa gente [preguntaba el órgano de los mencheviques] que nunca como ahora el proletariado y la guarnición de Petrogrado han estado más aislados de las demás capas sociales?" La desgracia del proletariado y de la guarnición consistía, justamente, en que se habían "aislado" de las clases a las cuales se disponían a arrebatar el poder.

En realidad, ¿no podía contarse seriamente con la simpatía y el apoyo de tas masas ignorantes de la provincia y del frente? Su bolchevismo, escribe Sujánov con desprecio, "no es sino odio a la coalición y ansias de obtener la tierra y la paz". ¡Como si ello no bastara! El odio a la coalición significaba un esfuerzo por quitar el poder a la burguesía. El ansia de tierra y de paz era un programa inmenso, que los campesinos y los soldados se disponían a llevar a cabo bajo la dirección de los obreros. La nulidad de los demócratas, incluso de los que se encontraban más a la izquierda, procedía de una falta de confianza, propia de escépticos "instruidos", ante esas masas oscuras que captan en forma global los fenómenos, sin entrar en pormenores ni matices. Semejante actitud intelectual, falsamente aristocrática, desdeñosa del pueblo, repugnaba al bolchevismo, ofendía a su naturaleza misma. Los bolcheviques tomaban al pueblo tal como la historia lo había hecho, tal como estaba destinado a realizar la revolución. Los bolcheviques consideraban que su misión consistía en colocarse al frente de ese pueblo. Contra el levantamiento se pronunciaban "todos", si excluimos a los bolcheviques; pero los bolcheviques eran el pueblo.

La fuerza política esencial de la insurrección de octubre residía en el proletariado, dentro del cual el primer lugar lo ocupaban los obreros de Petrogrado. En la vanguardia de la capital, por otra parte, hallábase el distrito de Viborg. El plan de la insurrección había escogido ese barrio esencialmente proletario como punto de partida para el desarrollo de la ofensiva.

Los conciliadores de todas las tendencias, comenzando por Mártov, esforzándose, después de la insurrección, por presentar el bolchevismo como una tendencia de simples soldados. La socialdemocracia europea se apoderó gozosa de esta teoría. Era cerrar los ojos ante los hechos históricos fundamentales, a saber: que el proletariado había sido el primero en pasar al bando de los bolcheviques; que los obreros de Petrogrado señalaron el camino a los obreros de todo el país; que la guarnición y el frente continuaron, durante

mucho tiempo, sosteniendo a los conciliadores; que los socialrevolucionarios y los mencheviques introdujeron en los sóviets toda clase de privilegios para los soldados, en perjuicio de los obreros, lucharon contra el armamento de estos últimos y excitaron a los soldados contra ellos; que sólo bajo la influencia de los obreros se produjo el cambio de espíritu en las tropas; que en el momento decisivo, la dirección de los soldados se encontró en manos de los obreros; por último, que un año más tarde la socialdemocracia alemana, según el ejemplo de sus correligionarios rusos, se apoyó en los soldados en su lucha contra los obreros.

Hacia el otoño, los conciliadores de derecha habían perdido toda posibilidad de hablar en las fábricas y en los cuarteles. Pero los de izquierda aún se esforzaron por persuadir a las masas de que la insurrección era una locura. Mártov, que, al combatir la ofensiva de la contrarrevolución en julio, se había abierto un camino hacia la conciencia de las masas, retornaba ahora a una tarea sin esperanzas. "No esperemos [reconocía el 14 de octubre, en la sesión del comité ejecutivo central] que los bolcheviques se resuelvan a escucharnos". A pesar de ello, Mártov se consideraba obligado a prevenir a "las masas". Pero las masas querían acción, no lecciones de moral. Aún si escuchaban con relativa paciencia a este "advertidor" tan conocido, reconoce Mstislavsky, "continuaban pensando a su manera, exactamente como antes". Cuenta Sujánov cómo, bajo un cielo lluvioso, intentó convencer a los obreros de los talleres de Putilov de que era posible arreglar el asunto sin insurrección. Lo interrumpieron voces pacientes. Lo dejaron hablar durante dos o tres minutos, y otra vez las interrupciones. "Al cabo de varias tentativas me fui. La cosa no marchaba... y la llovizna nos mojaba cada vez más". Bajo ese cielo tan poco clemente de octubre, los pobres demócratas de izquierda, según sus propias descripciones, tenían el aire de unos pollos mojados.

El leitmotiv político de los adversarios "de izquierda" de la insurrección, incluidos algunos bolcheviques, consistía en señalar la falta de combatividad de la base. "El estado de espíritu de los trabajadores y de las masas de soldados [escribían Zinóviev y Kámenev el 11 de octubre] ni siquiera se asemeja al que existía con anterioridad al 3 de julio". La afirmación no carecía enteramente de fundamento. La larga espera había producido cierto cansancio en el proletariado de Petrogrado. Hasta de los bolcheviques comenzaba a desesperar: ¿también ellos acabarán decepcionándolos? El 16 de octubre, Rajia, uno de los bolcheviques más combativos de Petrogrado, de origen finlandés, decía en la conferencia del comité central: "Es evidente que ya empezamos a retrasarnos y que se duda de que hagamos lo que estamos llamado a hacer". Pero el cansancio de la espera, que parecía lasitud, sólo duró hasta la primera señal de combate.

Atraerse las tropas es la primera tarea de toda insurrección. Ello se logra, principalmente, con la huelga general, las demostraciones de masas, los choques callejeros, los combates de barricada. Lo que caracteriza a la insurrección de octubre hasta un límite jamás alcanzado ni antes ni después, es que, por un concurso feliz de circunstancias, la vanguardia proletaria consiguió atraerse a la guarnición. No se comprenderá el mecanismo insurreccional de octubre sin percibir con claridad que el problema más importante, el más reacio aun cálculo previo, estaba esencialmente resuelto en Petrogrado antes de dispararse el primer tiro.

No por ello la insurrección se hizo superflua. Aunque la aplastante mayoría de la guarnición estuviese junto a los obreros, había una minoría contra ellos, contra la insurrección, contra los bolcheviques. Esta pequeña minoría se componía de los elementos más caracterizados del ejército, los cuerpos de oficiales, los junkers, los batallones de choque, quizás también los cosacos. Imposible conquistarlos políticamente: había que vencerlos. De este modo, en su último tramo, la insurrección que ha ingresado en la historia bajo el signo de octubre se presenta como un problema de carácter

puramente militar. La solución la darían los fusiles, las bayonetas, las ametralladoras y, quizás, los cañones. El Partido Bolchevique puso manos a la obra.

¿Cuáles eran las fuerzas militares del conflicto que se preparaba? Boris Sokolov, que dirigía el trabajo militar del partido socialrevolucionario, relata que, en vísperas de la insurrección, con excepción de los bolcheviques, "todas las organizaciones partidarias en los regimientos se habían desintegrado y las circunstancias no eran favorables para formar otras nuevas. La opinión de los soldados se inclinaba manifiestamente a los bolcheviques; pero era un bolchevismo pasivo, sin la menor tendencia a proceder activamente por las armas". Sokolov no se olvida de añadir: "Hubieran bastado uno o dos regimientos absolutamente fieles y capaces de combatir para tener en jaque a toda la guarnición" Decididamente, a todos, desde los generales de la monarquía hasta los intelectuales "socialistas", les faltaron "uno o dos regimientos" contra la revolución proletaria. Pero es cierto que la guarnición, aunque abrumadoramente hostil al gobierno, ni era capaz de batirse ni se alineó junto a los bolcheviques. La causa reside en la ruptura definitiva entre la antigua estructura militar de las tropas y su nueva estructura política. La espina dorsal de una formación combativa de tropas la constituye su comando. Este era hostil a los bolcheviques. Desde el punto de vista político, la espina dorsal de las tropas eran los bolcheviques. Pero estos últimos no sólo no sabían mandar, sino que, en la mayoría de los casos, tampoco sabían servirse de las armas. La masa de soldados no era homogénea. Como siempre, los elementos dinámicos, combativos, formaban una minoría. La mayoría de los soldados simpatizaba con los bolcheviques, votaba por ellos, los elegía, pero no aguardaba de ellos una solución. Dentro de la tropa, los elementos hostiles al bolchevismo eran demasiado insignificantes como para atreverse a alguna iniciativa. La opinión política de la guarnición era así excepcionalmente favorable a una insurrección. Pero desde el punto de vista combativo, era evidente que no podía esperarse mucho.

Hubiera sido, sin embargo, erróneo no contar con ella en el cálculo de las operaciones militares. Diseminados en la masa más bien neutra, había miles de soldados dispuestos a combatir junto a la revolución. Esos hombres eran capaces de arrastrar a la lucha a sectores más o menos amplios de sus compañeros.

Diversos contingentes, de composición más escogida, habían mantenido su disciplina y su aptitud para el combate. En todas las formaciones existían sólidos núcleos revolucionarios. De las cinco compañías del 6° batallón de reserva, que contaba con unos 10.000 hombres, la primera logró siempre distinguirse; casi desde el comienzo de la revolución se la reputaba bolchevique, y en las jornadas de octubre hizo honor a su fama. Por término medio, los regimientos de la guarnición ya no existían como tales: dislocado el mecanismo de los mandos, eran incapaces de un esfuerzo militar prolongado; pero, así y todo, constituían conglomerados de hombres armados, la mayoría de los cuales ya había tenido su bautismo de fuego. A todos los contingentes los ligaba un mismo y único espíritu: acabar lo antes posible con Kerensky, retornar a los hogares y emprender las reformas agrarias. De este modo, la guarnición, completamente disgregada, estrechó filas nuevamente durante las jornadas de octubre para un impresionante estrépito de armas, antes de disolverse para siempre.

¿Qué valor tenían, como fuerza militar, los obreros de Petrogrado? Este punto se relaciona con la guardia roja. Ha llegado el momento de hablar especialmente de ella: las jornadas que se avecinan la verán ingresar en el ancho campo de la historia.

La guardia obrera, cuya tradición se remonta al año 1905, renace con la Revolución de Febrero, para combatir las vicisitudes de esta última, Kornílov, que era entonces el comandante en jefe de la región militar de Petrogrado, afirmaba que durante las jornadas contra la monarquía, 30.000 revólveres y 40.000 fusiles se desvanecieron de los arsenales de la artillería. El desarme de la policía suministró al pueblo nuevas armas,

que también las obtuvo de los regimientos simpatizantes. Cuando se exigió la restitución de todo este material de guerra, nadie se dio por enterado. Pero los obreros organizados sólo pudieron procurarse una parte muy pequeña del botín.

Durante los cuatro primeros meses, el problema de la insurrección no existió para los obreros. El régimen democrático de la dualidad de poderes abría a los bolcheviques la posibilidad de conquistar la mayoría en los sóviets. Las compañías (drujini) obreras de francotiradores eran uno de los elementos de la milicia democrática, si bien más en la forma que en el fondo. Un fusil en manos de un obrero significa un principio histórico bien diferente que ese mismo fusil en manos de un estudiante.

A las clases dominantes las inquietó desde un principio que los obreros dispusiesen de armas, ya que ello modificaba bruscamente la relación de fuerzas en las fábricas. En Petrogrado, donde el aparato del estado, sostenido por el comité ejecutivo central, poseía en los primeros tiempos una fuerza indiscutible, la milicia obrera no resultaba entonces demasiado amenazante. Pero en las regiones industriales de provincia el refuerzo de la guardia obrera implicaba la subversión de todas las relaciones, no sólo en el interior de la empresa, sino bastante más allá de sus muros. Los obreros armados destituían y hasta llegaban a arrestar a sus capataces e ingenieros. Por decisión de las asambleas de fábrica, era frecuente que los salarios de la guardia roja fuesen pagados con fondos de las empresas. En el Ural, con ricas tradiciones de lucha guerrillera en 1905, las compañías de francotiradores obreros imponían el orden bajo la dirección de antiguos militantes. Los obreros armados liquidaron, casi imperceptiblemente, el poder oficial, substituyéndolo con los organismos soviéticos. El sabotaje de propietarios y administradores imponía a los obreros la necesidad de proteger las empresas: máquinas, depósitos, reservas de carbón y de materias primas. Los papeles se invertían. El obrero empuñaba su fusil sólidamente para defender la fábrica, en la cual veía la fuente misma de su poder. De este modo los elementos de la dictadura obrera tomaban forma en las empresas y en los distritos, aún antes de que el proletariado como un todo lograra adueñarse del poder del estado.

Los conciliadores, que, como siempre, reflejaban las aprehensiones de los propietarios, se opusieron con todas sus fuerzas al armamento de los obreros de la capital, que redujeron al mínimo. Según Minichev, todas las armas del distrito de Narva se reducían "a una quincena de fusiles y algunos revólveres". En la ciudad, entretanto, se multiplicaban los asaltos y los actos de violencia. De todas partes llegaban rumores alarmantes, anunciadores de nuevas conmociones. En vísperas de la manifestación de julio, se esperaba que el distrito fuese incendiado. Los obreros buscaban armas, golpeaban en todas las puertas y, a veces, las echaban abajo.

De la manifestación del 3 de julio los obreros de Putilov volvieron con un trofeo: una ametralladora con cinco bandas de cartuchos. "Estábamos contentos como chicos", relata Minichev. Ciertas fábricas se encontraban mejor armadas. Según Lichkov, los obreros de la suya tenían ochenta fusiles y veinte revólveres de grueso calibre. ¡Una fortuna! El estado mayor de la guardia roja les suministró dos ametralladoras; una fue emplazada en el refectorio y la otra en el entretecho. "Nuestro jefe [cuenta Lichkov] era Kocherovsky, y sus lugartenientes más cercanos, Tomchak, muerto por los guardias blancos durante las jornadas de octubre en Tsárskoye Seló, y Yefimov, fusilado en Iamburg". Estas líneas parsimoniosas permiten echar un vistazo al laboratorio de las fábricas, donde se formaban los cuadros de la insurrección de octubre y del futuro ejército rojo, donde se seleccionaban, se acostumbraban a mandar y se templaban los Tomchak, los Yefimov, los cientos y miles de obreros anónimos que, tras conquistar el poder, lo defendieron intrépidamente contra el enemigo y sucumbieron en todos los campos de batalla.

Los acontecimientos de julio modificaron de inmediato la situación de la guardia roja. Ahora se desarmaba abiertamente a los obreros, no ya por la persuasión, sino por la fuerza. Cuando fingen entregar las armas, los obreros sólo se desprenden de los desechos. Todo lo que tiene algún valor es cuidadosamente escondido. Se distribuyen los fusiles entre los miembros seguros del partido. Se entierran las ametralladoras después de cubrirlas de grasa. Los destacamentos de la guardia se repliegan y pasan a la clandestinidad, uniéndose más estrechamente a los bolcheviques.

En un principio, los comités de fábrica y los comités partidarios de distrito eran los encargados del armamento de los trabajadores. Reconstituida, tras el contraste de julio, la organización militar de los bolcheviques, ésta ya no limitó sus actividades a la guarnición y al frente, sino que comenzó a adiestrar a la guardia roja, procurándole instructores y, algunas veces, armas. La perspectiva de la insurrección armada abierta por los bolcheviques inclina paulatinamente a los obreros avanzados a infundir otro sentido a la organización de la guardia roja. Ya no es la milicia de las fábricas y de los barrios obreros; ahora son los cuadros del futuro ejército de la insurrección.

Durante agosto se hacen más frecuentes los incendios en las usinas y en las fábricas. Cada una de las crisis que se suceden va precedida de una convulsión en la conciencia colectiva, que envía delante de ella una onda alarmante. Los comités de fábrica trabajan intensamente para proteger las empresas contra los atentados. Salen de sus escondites los fusiles. La sublevación de Kornílov legaliza de forma definitiva la guardia roja. Unos 25.000 hombres se inscriben en las compañías obreras, aunque, a decir verdad, no es ni remotamente posible armar a todos con fusiles, ni distribuirles ametralladoras en número suficiente. De la fábrica de pólvora de Schlusselburgo, los obreros conducen por el Nevá una barcaza llena de granadas y explosivos: ¡contra Kornílov! El comité ejecutivo central de los conciliadores rechaza ese presente griego. Los hombres de la guardia roja del distrito de Viborg aprovechan la noche para distribuir el peligroso regalo por los diversos barrios.

"La instrucción en el manejo del fusil, que antes se realizaba en alojamientos y sucuchos, ahora se efectúa al aire libre [cuenta el obrero Skorinko], en los jardines y en las avenidas". "El taller se transforma en plaza de armas [dice en sus memorias el obrero Rakitov]. Los fresadores trabajan en los tornos con la mochila en bandolera y el fusil sobre la máquina". Muy pronto todo el personal de la fábrica de bombas estará inscrito en la guardia salvo los viejos socialrevolucionarios y los mencheviques. Al sonar la sirena se reúnen en el patio para hacer ejercicios. "Allí se codean el obrero barbudo y el pequeño aprendiz, igualmente absortos en las palabras del instructor..." En tanto las antiguas tropas del zar se disgregaban definitivamente, en las fábricas se echaban las bases del futuro ejército rojo.

Cuando pasó el peligro de Kornílov, los conciliadores retacearon la ejecución de sus promesas: para los 30.000 obreros de Putilov, sólo 300 fusiles se entregaron. Pronto cesó totalmente el suministro de armas: el peligro no venía ahora de la derecha, sino de la izquierda; había que buscar protección, no en los proletarios, sino en los junkers.

La ausencia de un fin práctico inmediato y el armamento insuficiente llevaron a muchos obreros a abandonar la guardia roja. Pero fue un decaimiento momentáneo. A cada nueva arremetida se consolidaban los cuadros esenciales. Se establecieron enlaces sólidos entre las diferentes compañías obreras. Los cuadros saben por experiencia que existen importantes reservas y que en la hora de peligro será posible ponerlas en pie de guerra.

Cuando el sóviet pasa a manos de los bolcheviques, se modifica de un modo radical la situación de la guardia roja. Perseguida hasta entonces, o simplemente tolerada, se convierte en órgano oficial del sóviet, que ya extiende su brazo hacia el poder. Los

obreros encuentran frecuentes ocasiones para procurarse armas y sólo piden al sóviet que los autorice a actuar. Desde fines de septiembre y, sobre todo, después del 10 de octubre, los preparativos de la insurrección figuran abiertamente en la orden del día. Un mes antes del levantamiento, hay decenas de fábricas y usinas donde se realizan intensas prácticas militares, en especial de tiro. Hacia mediados de octubre se acrecienta más el interés por el manejo de las armas. Casi todo el personal de ciertas empresas figura inscrito en las compañías.

Con creciente impaciencia los obreros solicitan armas al sóviet; pero hay muchos menos fusiles que manos para recibirlos. "Yo iba diariamente al Smolny [relata el ingeniero Kozmin] y veía a los obreros y a los marineros antes y después de la sesión del sóviet aproximarse a Trotsky, ofrecerle o pedirle armas para las fábricas, informarle sobre la distribución de esas armas, preguntarle: '¿Cuándo empezará la cosa?' La impaciencia era muy grande..."

Formalmente, la guardia roja es independiente de los partidos. Pero cuanto más nos acercamos al desenlace, tanto más los bolcheviques ocupan el primer plano: constituyen el nudo de cada compañía, tienen en sus manos el dispositivo de mando, así como los enlaces con las otras empresas y con los distritos. Los obreros sin partido y los socialrevolucionarios de izquierda siguen a los bolcheviques.

Pero aún ahora, vísperas de la insurrección, las filas de la guardia roja siguen siendo poco nutridas. El 16, Uritsky, miembro del comité central bolchevique, estimaba en 40.000 bayonetas el ejército obrero de Petrogrado. Quizás exagerase en algo. El armamento era muy precario todavía. Por débil que el gobierno fuese, no se podían ocupar los arsenales sin lanzarse abiertamente a la insurrección.

El 22 celebró una conferencia la guardia roja de toda la ciudad: un centenar de delegados en representación de 20.000 combatientes más o menos. Tampoco esta cifra debe tomarse al pie de la letra: no todos los inscritos se mostraron activos; pero, en cambio, muchos voluntarios afluyeron a los destacamentos en los instantes de peligro. Los estatutos que al día siguiente adoptó la conferencia definían la guardia roja como "la organización de las fuerzas armadas del proletariado para combatir la contrarrevolución y defender las conquistas revolucionarias". Advirtamos esto: veinticuatro horas antes de la insurrección, el problema se define en términos defensivos y no ofensivos.

La formación de base la constituye la decuria; cuatro decurias forman un piquete; tres piquetes, una compañía; tres compañías, un batallón. Con los mandos y los contingentes especiales, el batallón sobrepasa los quinientos hombres. Los batallones de distrito constituyen un destacamento. En las grandes fábricas, como la de Putilov, se organizan destacamentos autónomos. En cuanto a los equipos especiales de técnicos (zapadores, automovilistas, telegrafistas, ametralladoristas, artilleros), a veces figuran en las empresas respectivas como adscritos a los destacamentos de infantería, y otras operan independientemente, según la índole de la tarea. Todos los mandos son electivos. Esto no ofrece ningún peligro: son combatientes voluntarios y se conocen bastante bien.

Las obreras organizan destacamentos de ambulancias. En la fábrica de material para los hospitales militares se empiezan a dictar cursos para enfermeras. "En casi todas las fábricas [escribe Tatiana Graf] ya existían servicios regulares de obreras que trabajaban como ambulancistas y disponían del material sanitario indispensable". La organización es extremadamente pobre en recursos pecuniarios y técnicos. Poco a poco, los comités de fábrica envían material para las ambulancias y los destacamentos de primeros auxilios. Durante las horas de la insurrección, estas débiles células se desarrollan con rapidez; pronto dispusieron de considerables recursos técnicos. El 24, el sóviet del distrito de Viborg prescribe lo siguiente: "Requisar inmediatamente todos los

automóviles... Inventariar todo e1 material sanitario para ambulancia y establecer guardia en ésta".

Contingentes cada vez mayores de obreros sin partido se incorporaban a los ejercicios de tiro y maniobra. Crecía el número de los cuerpos de la guardia. Destacamentos armados vigilaban las fábricas noche y día. Los estados mayores de la guardia roja se instalaban en locales más amplios. El día 23 se hizo examen de conocimientos a los guardias rojos de la fábrica de cartuchos. Un menchevique intentó hablar contra el levantamiento, pero su tentativa fue ahogada bajo una tempestad de indignación: "¡Basta, ya no es época de discutir!" Es tan irresistible el movimiento que hasta se apodera de los mencheviques. "Se alistan en la guardia roja [relata Tatiana Graf], participan de todos los servicios de comando y hasta demuestran iniciativa". Skorinko describe de qué modo, el día 23, socialrevolucionarios y mencheviques, jóvenes y viejos, fraternizaron en el destacamento con los bolcheviques, y cómo él mismo abrazó lleno de alegría a su padre, obrero de la misma fábrica. El obrero Peskovoi relata: en el destacamento armado "había obreros jóvenes, de unos dieciséis años, y viejos que se acercaban a los cincuenta". La mezcla de edades añadía "ímpetu y espíritu combativo".

Con particular energía el arrabal de Viborg se preparaba para la batalla. Se tienen las llaves de los puentes móviles que dan al arrabal, se estudian los puntos vulnerables del distrito; éste elige su comité militar revolucionario y los comités de fábrica establecen guardias permanentes. Con legítimo orgullo, dirá Kajunov de los obreros de Viborg: "Fueron los primeros en entrar en lucha con la autocracia, los primeros en establecer en su distrito la jornada de ocho horas, los primeros en tomar las armas para protestar contra los diez ministros capitalistas, los primeros en protestar el 7 de julio contra las persecuciones infligidas a nuestro partido; y no han sido los últimos en la jornada decisiva del 25 de octubre". ¡Lo que es verdad, es verdad!

La historia de la guardia roja es en amplia medida la historia de la dualidad de poderes: ésta, por sus contradicciones internas y sus conflictos, facilitaba a los obreros la tarea de constituir una imponente fuerza armada, aún antes de la insurrección. Es prácticamente imposible, al menos en la actualidad, calcular el total de los destacamentos obreros que en el instante de comenzar la lucha existían en el país. De todos modos, decenas y decenas de miles de obreros armados constituían los cuadros de la insurrección. Las reservas eran casi inagotables.

Evidentemente, la organización de la guardia roja estaba muy lejos de ser perfecta. Todo se hacía de prisa, en bloque, no siempre con destreza. La mayor parte de los guardias rojos carecía de instrucción suficiente, los servicios de enlace funcionaban mal, los suministros eran bastante pobres, no estaba a punto el cuerpo de ambulancias. Pero reforzada con los obreros más capaces de sacrificio, la guardia roja hervía de impaciencia por llevar esta vez la lucha hasta el final. Y esto decidió el triunfo.

La diferencia entre los destacamentos obreros y los regimientos campesinos no consistía sólo en la composición social de unos y otros. Muchísimos soldados campesinos, tras regresar a sus aldeas y repartirse la tierra de los propietarios, combatirán desesperadamente contra los guardias blancos, primero en los destacamentos de guerrilleros y después en el Ejército Rojo. Si prescindimos de la diferencia social, existe otra, que es más inmediata: mientras la guarnición es un conglomerado compulsivo de soldados veteranos refractarios a la guerra, los destacamentos de la guardia roja se nutren de elementos frescos, reclutados por selección individual, sobre nuevas bases y con nuevos objetivos.

El Comité Militar Revolucionario dispone aún de una tercera carta: los marinos del Báltico. Por su composición social, están más próximos a los obreros que la infantería. Figuran entre ellos numerosos obreros de Petrogrado. El nivel político de los marinos es

infinitamente más elevado que el de los soldados. A diferencia de los reservistas, poco combativos y olvidados del uso del fusil, los marinos no habían interrumpido el servicio de las armas.

Para las operaciones activas se podía confiar firmemente en los comunistas armados, en los destacamentos de la guardia roja, en la vanguardia de los marinos y en los regimientos mejor conservados. Los elementos de este conglomerado militar se completaban los unos a los otros. La guarnición era numerosa, pero faltaba voluntad de lucha. Los destacamentos de marinos no eran muy fuertes en número. La guardia roja carecía de experiencia. Los obreros, junto con los marinos, suministraban la energía, la audacia, el ímpetu. Los elementos de la guarnición constituían una reserva poco móvil que impresionaba por el número y avasallaba por la masa.

En contacto diario con los obreros, los soldados y los marinos, los bolcheviques advertían claramente las profundas diferencias cualitativas entre los elementos del ejército que debían conducir al combate. Contando en buena medida con esas diferencias se elaboró el plan mismo de la insurrección.

La fuerza social del otro campo estaba constituida por las clases poseedoras. Esto determinaba su debilidad militar. ¿Cuándo se habían batido los figurones del capital, de la prensa, de las cátedras universitarias? El teléfono o el telégrafo los ponían al tanto del resultado de los combates en los que jugaba su propia suerte. ¿La joven generación, los hijos, los estudiantes? Casi todos eran hostiles a la insurrección de octubre. Pero, en su mayoría, lo mismo que sus padres, aguardaban a distancia el desenlace de la lucha. Una parte adhirió después a los oficiales y a los junkers, entre los cuales existió siempre una alta proporción de estudiantes. Los propietarios no tenían al pueblo de su parte. Los obreros, los soldados y los campesinos se habían vuelto contra ellos. El derrumbe de los partidos conciliadores probaba que las clases poseedoras habían quedado sin ejército.

La importancia que los ferrocarriles asumen en la vida de los estados modernos daba a los obreros del riel un lugar preponderante en los cálculos políticos de uno y otro bando. La composición jerárquica del personal ferroviario hacía abigarrada su composición política y daba ancho margen a la diplomacia de los conciliadores. El “Vikjel” (Comité Ejecutivo Panruso de los Ferroviarios), de reciente constitución, tenía raíces mucho más sólidas entre los empleados, y aún entre los obreros, que organizaciones del tipo de los comités de ejército en el frente. Sólo una minoría de los ferroviarios seguía a los bolcheviques, y ella se concentraba en el personal de depósito y el de los talleres. Según el informe de Schmidt, uno de los dirigentes bolcheviques del movimiento sindical, los ferroviarios más próximos al partido eran los de las redes de Petrogrado y de Moscú.

Pero también en esa masa de empleados y de obreros conciliadores la huelga ferroviaria de fines de septiembre produjo un brusco desplazamiento hacia la izquierda. El descontento provocado por el “Vikjel”, que se había comprometido con sus vacilaciones, era cada vez más agudo. Lenin señalaba que “los ejércitos de ferroviarios y empleados de correos siguen en áspero conflicto con el gobierno”. Esto era casi suficiente, desde el punto de vista de los problemas inmediatos de la insurrección.

Las cosas se presentaban menos propicias en la administración de correos y telégrafos. Según el bolchevique Bokii, “los aparatos telegráficos están custodiados, sobre todo por kadetes”. Pero también aquí el personal inferior era hostil al jerarquizado. Un sector de los carteros estaba dispuesto a obrar en el momento oportuno y apoderarse del correo.

Era imposible pensar siquiera en convencer sólo con palabras a todos los ferroviarios y empleados de correos. De vacilar los bolcheviques, los kadetes y las jerarquías conciliadoras habrían predominado. Pero si la dirección revolucionaria actuaba resueltamente, era seguro que las bases arrastrarían a las capas intermedias, aislando a los

dirigentes del “Vikjel”. No todo es estadística en los cálculos revolucionarios, pues siempre hay que contar con el coeficiente de la acción inmediata.

Sin embargo, los que, aún en las filas bolcheviques, se oponían a la insurrección, hallaban abundantes motivos para sus deducciones pesimistas. Zinóviev y Kámenev exhortaban a no subestimar las fuerzas del adversario. “Petrogrado decide, pero en Petrogrado los enemigos disponen de fuerzas importantes: 5.000 junkers, perfectamente armados y acostumbrados a batirse; un estado mayor, batallones de choque, los cosacos, una parte importante de la guarnición, y poderosa artillería, dispuesta en abanico alrededor de la ciudad. Además, es casi seguro que los adversarios, con la ayuda del comité ejecutivo central, intentarán traer tropas desde el frente...” La enumeración impresiona, pero no es más que una enumeración. Si el ejército en su conjunto es un conglomerado social, cuando se escinde abiertamente, cada uno de los dos ejércitos es el conglomerado del campo respectivo. El ejército de las clases dominantes llevaba en sus entrañas el gusano del aislamiento y la disgregación. Tras la ruptura de Kerensky con Kornílov, los hoteles, restaurantes y garitos hormigueaban de oficiales hostiles al gobierno. Pero infinitamente más vivo era su odio contra los bolcheviques. Como era norma general, la actividad más intensa a favor del gobierno la desplegaba el sector de los oficiales monárquicos. “Queridos Kornílov y Křimov, lo que no habéis podido hacer, quizás nosotros lo consigamos Dios mediante...” Tal era la invocación del oficial Sinegub, uno de los más valerosos defensores del Palacio de Invierno el día de la insurrección. Pero, aunque el cuerpo de oficiales era bien nutrido, muy pocas unidades se mostraron realmente dispuestas a la lucha. Ya el compló de Kornílov había demostrado que el cuerpo de oficiales íntimamente desmoralizado no constituía una fuerza de combate.

La composición social de los junkers es heterogénea; no existe unanimidad entre ellos. Junto a los militares por herencia, hijos y nietos de oficiales, hay buen número de elementos adventicios, reclutados a causa de la guerra, ya en tiempos de la monarquía. El jefe de la escuela de ingenieros le dice a un oficial: “Tú y yo estamos condenados... ¿no somos nobles acaso y podemos razonar de otra manera?” A los junkers de origen democrático, estos señores jactanciosos que habían sabido eludir con éxito una muerte noble los consideran palurdos, mujik, “de rasgos groseros y obtusos”. Hay una línea muy marcada dentro de las escuelas de junkers, que separa a los hombres de sangre roja de los de sangre azul, y los más celosos en defender el poder republicano son, precisamente, quienes más añoran el régimen de la monarquía. Los junkers democráticos declaran que no están a favor de Kerensky sino del comité ejecutivo central. La revolución había abierto a los judíos las puertas de las escuelas de junkers. Para estar a la altura de los privilegiados, los hijos de familia de la burguesía judía manifiestan una belicosa hostilidad hacia los bolcheviques. Desgraciadamente, ello no bastó para salvar el régimen, ni siquiera para defender el Palacio de Invierno. La composición heterogénea de las escuelas militares y su absoluto aislamiento con relación al ejército daban como resultado que en los momentos críticos también los junkers comenzasen a celebrar sus asambleas: ¿Qué decidirán los cosacos? ¿Se moverán otras fuerzas, junto con nosotros? Y, en general, ¿vale la pena batirse por el gobierno provisional?

Según el informe de Podvoisky, a principios de octubre había unos 120 junkers socialistas en las escuelas militares de Petrogrado de los cuales 42 o 43 eran bolcheviques. “Los junkers dicen que los mandos de las escuelas son todos contrarrevolucionarios. En previsión de manifestaciones, se los prepara ostensiblemente para aplastar el levantamiento...” Como puede verse, el número de socialistas, sobre todo el de bolcheviques, es insignificante. Pero estos últimos permiten al Smolny tener un conocimiento esencial de cuanto sucede en el ambiente de los junkers. Por lo demás, la topografía de las escuelas militares les es sumamente desventajosa: los junkers están

diseminados por los diversos cuarteles, y aunque hablen con desdén de los soldados, los miran con suma aprensión.

Hay motivos más que suficientes para sus temores. De los cuarteles vecinos y de los barrios obreros, miles de ojos hostiles siguen a los junkers. La vigilancia es tanto más efectiva cuanto que en cada escuela existe un destacamento de soldados, neutrales de palabra, pero inclinados de hecho hacia los insurgentes. Los arsenales de las escuelas están en manos de los soldados rasos. "Estos tunantes [escribe un oficial de la escuela de ingeniería] no sólo han perdido las llaves del depósito, obligándome a hacer derribar la puerta, sino que, además, les habían quitado el cerrojo a las ametralladoras y las habían escondido vaya a saber dónde". En circunstancias como estas, es difícil aguardar de los junkers milagros de heroísmo.

Contra la insurrección de Petrogrado, ¿no existía el peligro de un golpe de afuera, desde las guarniciones vecinas? Durante los últimos días de su existencia, la monarquía había confiado persistentemente en el pequeño anillo de tropas que rodeaban la capital. Era un mal cálculo. Pero ¿qué sucedería esta vez? Aguardar a que todo peligro fuese suprimido era tanto como hacer superflua la misma insurrección. El objeto de esta última es abatir los obstáculos que no pueden suprimirse políticamente. Imposible calcularlo todo de antemano. Pero cuanto podía preverse fue calculado.

A principios de octubre se celebró en Cronstadt la conferencia de los sóviets de la provincia de Petrogrado. Los delegados de las guarniciones de los alrededores (de Gátchina, de Tsárskoye Seló, de Krásnoie Seló, de Oraniembaum, de Cronstadt mismo) dieron la nota más alta según el diapasón de los marineros del Báltico. La resolución presentada por ellos contó con el apoyo del sóviet de diputados campesinos de la provincia de Petrogrado, donde los mujik, sobrepasando a los socialrevolucionarios de izquierda se inclinaban vivamente hacia los bolcheviques.

En la conferencia del comité central del día 16, el obrero Stepanov esbozó un cuadro bastante abigarrado sobre la situación de fuerzas en la provincia, pero en el que predominaban netamente los colores del bolchevismo. En Sestroretsk y en Kolpino los obreros se arman y hay ánimo para entrar en batalla. En Novi-Peterhof ha cesado el trabajo en el regimiento, que está desorganizado. En Krásnoie Seló, el 176º regimiento (el mismo que el 4 de julio había montado guardia ante el Palacio de Táurida) y el 172° están del lado de los bolcheviques "y hay que añadir la caballería". En Luga, la guarnición de 30.000 hombres se ha pasado a los bolcheviques, aunque un sector es vacilante; el sóviet está aún por la defensa nacional. El regimiento de Gdova es bolchevique. El ánimo combatiente era menor en Cronstadt; la ebullición de los últimos meses había sido demasiado intensa y los mejores elementos de la marinería se hallaban en la flota en operaciones de guerra. El sóviet de Sschlusselburgo, a 60 verstas de Petrogrado, era desde hacía tiempo el único poder; los obreros de .la fábrica de pólvora estaban dispuestos a salir en cualquier momento para apoya a la capital.

Si se los combina con los resultados de le conferencia de los sóviets celebrada en Cronstadt, los datos sobre las reservas de primera línea pueden considerarse plenamente alentadores. Las ondas emanadas de la insurrección de febrero tuvieron poder suficiente como para disolver la disciplina en un radio muy amplio. La confianza en las guarniciones más próximas a la capital es más firme todavía, ahora que sus tendencias han podido compulsarse de antemano.

A las reservas de segunda línea pertenecen las tropas de los frentes de Finlandia y del norte. Allí las cosas se presentan de manera aún más favorable. El trabajo de Smilgá, de Antónov, de Dybenko rindió frutos inapreciables. Con la guarnición de Helsingfors, la flota se transformó, sobre el territorio de Finlandia, en un poder soberano. El gobierno carece allí de toda autoridad. Dos divisiones de cosacos llevadas a Helsingfors, con las

cuales Kornílov pensaba desatar un golpe sobre Petrogrado, terminaron por ligarse estrechamente a los marineros y sostenían a los bolcheviques o a los socialrevolucionarios de izquierda, los cuales en la flota del Báltico se distinguían muy poco de los bolcheviques.

Helsingfors tendió la mano a los marinos de la base de Reval, no tan resueltos hasta entonces. El congreso r3egional de los sóviets del norte, donde también la flota del Báltico tenía, aparentemente, la iniciativa, reunió a los sóviets de las guarniciones más próximas a Petrogrado, en un círculo tan amplio que englobaba, desde Moscú a Arcángel. "De este modo [escribe Antónov] se realizaba la idea de blindar la capital de la revolución contra los posibles ataques de las tropas de Kerensky." Smilgá retornó del congreso a Helsingfors para organizar un destacamento especial. De marinos, infantes y artilleros, dispuestos a partir hacia Petrogrado a la primera señal. El ala finlandesa era uno de los sostenes más seguros de la insurrección de Petrogrado. De allí podría esperarse, no un golpe, sino una ayuda seria.

Pero también en otros sectores del frente las cosas se presentaban bien, mucho mejor, en todo caso, de lo que imaginaban los bolcheviques más optimistas. Durante el mes de octubre, al celebrarse nuevas elecciones para los comités de ejército, en todas partes se produjo un vuelco a favor de los bolcheviques. En los cuerpos acantonados alrededor de Dvinsk, "los viejos soldados razonables" fueron totalmente marginados de los comités de regimiento y de compañía, y su lugar lo ocuparon "oscuros e ignorantes sujetos... de ojos irritados, centelleantes y gargantas de lobo". En otros sectores sucedía algo semejante. "En todas partes se celebran nuevas elecciones para los comités, y en todas partes se elige únicamente a bolcheviques y derrotistas". Los comisarios del gobierno comenzaban a evitar las misiones en los regimientos: "En estos momentos, su situación no es mejor que la nuestra". Citamos aquí al barón Budberg. Dos regimientos de caballería de su cuerpo, uno de húsares y otro de cosacos del Ural, que habían obedecido más tiempo que otros las órdenes de sus jefes y no se negaban a reprimir los motines, defeccionaron de pronto y conminaron a que "se los eximiese de toda función punitiva o policial" No se ocultaba al barón la amenaza implícita en esta advertencia. "No se puede tener a raya a una jauría de hienas, de chacales y de carneros tocando uno el violín [escribía]... La única salida es aplicar el hierro candente cuantas veces resulte necesario". Y sigue una confesión trágica: "Pero el hierro falta y no se sabe dónde encontrarlo".

Si no mencionamos testimonios similares de los otros cuerpos y divisiones, es porque sus jefes no eran tan observadores como Budberg, o porque no llevaban diario íntimo, o porque aún esos diarios no han salido a la superficie. Pero el cuerpo de ejército acantonado en Dvinsk en nada esencial se distinguía, si no es por el vivaz estilo de su jefe, de los demás cuerpos del 5º ejército, el cual, por su parte, sólo llevaba una débil ventaja a los otros contingentes.

Ya hacía bastante tiempo que el comité conciliador del 5° ejército planeaba en el vacío, pero seguía telegrafiando amenazas a Petrogrado de restablecer a bayonetazos el orden en la retaguardia. "Son puras fanfarronadas, nada más que viento", escribe Budberg. El comité vivía sus últimas jornadas. El 23 hubo elecciones y los bolcheviques tuvieron mayoría. Ocupó la presidencia del nuevo comité bolchevique el doctor Skliansky, joven y excelente organizador que pronto dio toda la medida de su talento en el proceso de formación del Ejército Rojo.

El 22 de octubre, el adjunto del comisario gubernamental del frente norte comunicaba al ministro de la guerra que las ideas del bolchevismo tenían en el ejército un éxito siempre creciente, y que la misma artillería se hacía "accesible a la propaganda derrotista", deponiendo una resistencia sostenida casi hasta último momento. Este era otro

síntoma de gran importancia. “El gobierno provisional no goza de autoridad alguna”: así se expresa en un informe al gobierno uno de sus agentes directos en el ejército, tres días antes de la insurrección.

Cierto es que el Comité Militar Revolucionario aún no conocía tales documentos. Pero lo que sabía era más que suficiente. El 23, los representantes de los diversos contingentes del frente desfilaron ante el sóviet de Petrogrado exigiendo la paz; en caso contrario, las tropas se lanzarían contra la retaguardia, para “exterminar a todos los parásitos que se disponen a guerrear otros diez años”. Tomad el poder, decían al sóviet los hombres del frente: “Las trincheras os sostendrán”.

En los frentes más lejanos y atrasados en el sudoeste y el rumano, los bolcheviques eran todavía rarezas, seres extraños. Pero también allí imperaba un espíritu similar en los soldados. Eugenia Boch relata que, entre los 60.000 soldados del 2º cuerpo de la guardia, acuartelado cerca de Jmerinka, apenas si había un joven comunista y dos simpatizantes, lo cual no impidió que en las jornadas de octubre el cuerpo saliese a defender la insurrección.

Hasta último momento los círculos gubernativos depositaban sus esperanzas en las tropas cosacas. un poco menos ciegos, los políticos burgueses de derecha comprendían que ni aún allí marchaban bien las cosas. Casi todos los oficiales cosacos eran kornilovianos. Los cosacos de fila siempre se alineaban más hacia la izquierda. Esto no lo comprendió el gobierno durante mucho tiempo, e interpretaba que la frialdad de los regimientos cosacos ante el Palacio de Invierno provenía del agravio inferido a Kaledin. Pero al final resultó claro, hasta para el ministro de justicia, Maliantovich, que Kaledin “sólo tenía a sus espaldas a los oficiales cosacos, y que los cosacos de fila, como los demás soldados, se inclinaban lisa y llanamente al bolchevismo”.

De aquel frente que, en los primeros días de marzo, besaba manos y pies al sacrificador liberal, que llevaba en triunfo a los ministros kadetes, se embriagaba con los discursos de Kerensky y creía que los bolcheviques eran agentes de Alemania, ya nada quedaba. Las ilusiones rosas yacían pisoteadas en el fango de las trincheras, que los soldados se negaban a seguir midiendo con sus botas agujereadas. “El desenlace se aproxima [escribía Budberg, el mismo día de la insurrección de Petrogrado] y no puede existir la menor duda sobre ese desenlace; en nuestro frente ya no queda un solo efectivo... que no esté en poder de los bolcheviques”.

La toma de la capital

Todo había cambiado y todo había quedado del mismo modo. La revolución había conmovido al país, profundizando la descomposición, espantando a unos, exasperando a los otros, pero hasta entonces ella no había osado llevar fuera lo que fuese hasta el fin, no había logrado reemplazar nada. El San Petersburgo imperial parecía sumido en un sueño letárgico más bien que muerto. A las estatuas de bronce de la monarquía la revolución les había puesto banderas rojas. Grandes telas carmesí flotaban sobre los frontones de los edificios gubernamentales. Pero los palacios, los ministerios, los estados mayores vivían totalmente independientes de sus banderas rojas que, por otra parte, bajo las lluvias del otoño se habían desteñido bien pronto. Las águilas bicéfalas con el cetro y el globo habían sido arrancadas donde era posible, pero más a menudo recubiertas de un velo o bien atrevidamente pintadas de color. Parecían estar escondidas. Toda la vieja Rusia estaba disimulada, apretando los dientes en su cólera.

A lo sumo, Rusia, desde hace ya dos meses, se denomina república. La familia imperial se encuentra en Tobolsk. No, la tormenta de febrero no ha pasado sin dejar rastros. Pero los generales del zar siguen siendo generales, los senadores senatorizan, los consejeros secretos conservan su alta dignidad, la escala jerárquica permanece en vigor, los adornos coloridos y las escarapelas recuerdan la jerarquía burocrática y los botones amarillos marcados con un águila designan a los estudiantes. Pero lo esencial es que los propietarios continúan propietarios, que a la guerra no se le ve el fin, que los diplomáticos aliados, más insolentemente que nunca, tiran los hilos de la Rusia oficial.

Todo queda como antes y, sin embargo, nadie lo reconoce. Los barrios aristocráticos se sienten rechazados a segundo plano. Los barrios de la burguesía liberal se han aproximado más estrechamente a la aristocracia. De mito patriótico, el pueblo se ha transformado en una terrible realidad. Bajo sus pies todo vacila y se derrumba. El misticismo estalla con una fuerza muy viva en círculos que, muy poco antes aún, satirizaban las supersticiones de la monarquía.

Los bolsistas, los abogados, los bailarines, maldicen el nuevo ensombrecimiento de las costumbres. La fe en la asamblea constituyente se volatiliza de día en día. Gorki, en su diario, profetiza el hundimiento de la civilización. Reforzada desde las jornadas de julio, la deserción de Petrogrado rabioso y ansioso para ir a las provincias más apacibles y mejor alimentadas, se generaliza ahora. Familias de buena condición, que no han logrado dejar la capital, se esfuerzan en vano en protegerse de la realidad con muros de piedra y techos de pizarra. Los ecos de la tempestad penetran por todas partes: por el mercado, donde todo se vuelve más caro y donde hay insuficiencia de todo; por la prensa, bien presente que no es más que un ulular de odio y de espanto; por la calle rumorosa, donde parten a veces disparos bajo las ventanas; en fin, por la escalera de servicio o del servicio doméstico que no quiere ya obedecer con resignación. Aquí, la revolución golpea quizás el lugar más sensible: la resistencia de los esclavos domésticos destruye definitivamente la estabilidad del núcleo familiar; y, sin embargo, la rutina cotidiana se defiende con todas sus fuerzas. Los escolares estudian en los establecimientos de acuerdo a los viejos manuales, los funcionarios escriben papeles de los que nadie tiene necesidad, los poetas destilan versos que nadie lee, las nodrizas cuentan la leyenda de Iván Zarevitz, las hijas de la nobleza y de la clase de los mercaderes que llegan de provincia estudian

música o bien buscan novio. El viejo cañón, sobre el muro de la Fortaleza de Pedro y Pablo anuncia el mediodía, en el Teatro Marie se ofrece un nuevo ballet y el ministro de asuntos extranjeros, Tereshchenko, más fuerte en coreografía que en diplomacia, encuentra el tiempo para admirar las puntas de los pies de una bailarina y demostrar así la solidez del régimen.

Los atractivos de los festines son aún muy abundantes y, con gruesas sumas, puede procurarse todo. Los oficiales de la guardia hacen sonar sus talones y buscan aventuras en los gabinetes particulares de los restaurantes de lujo; es el libertinaje sin freno. La luz eléctrica cesa a medianoche. Eso no impide la prosperidad en los lugares nocturnos donde, a la luz de las bujías, salta el champán, donde serenísimos concusionarios despluman en el juego de naipes a no menos serenísimos espías alemanes, o donde conspiradores monárquicos dicen "yo paso" ante contrabandistas judíos, cuando las cifras astronómicas de las apuestas marcan a la vez la amplitud de la desvergüenza y la amplitud de la inflación.

¿Es posible que un simple tranvía, mal cuidado, sórdido, lento, del cual están suspendidos racimos de hombres, vaya a veces de ese San Petersburgo agonizante hacia los barrios obreros que viven toda la pasión apremiante de la nueva esperanza? Las cúpulas azules y doradas del Instituto Smolny indican desde lejos el estado mayor de la insurrección: en el límite de la vieja ciudad, allí donde se detiene la vía del tranvía y donde el Nevá describe una brusca curva hacia el sur, que separa la zona residencial del centro de la capital, un largo edificio grisáceo de tres pisos, y lugar de educación de las hijas de la nobleza; aquí está ahora la fortaleza de los sóviets. Interminables y sonoros corredores parecen construidos para la enseñanza de las leyes de la perspectiva. En las puertas de un gran número de salas existen aún inscripciones sobre esmalte: "Sala de Profesores", "Tercera Clase", "Cuarta Clase", "Damas de Clase". Pero, junto a las viejas leyendas, o bien cubriéndolas, aquí y allí, se observan hojas de papel que llevan los jeroglíficos misteriosos de la revolución: "T.S.K.", "P.S.R."., "S.D. Mencheviques", "S. D. Bolcheviques", "S.R. de Izquierda", "Anarquistas-Comunistas", "Expedición del Tsik" (comité ejecutivo central), etc. El ojo atento de John Reed ha observado sobre los muros inscripciones: "Camarada, en el interés mismo de vuestra salud, ¡se limpio!" Y, sin embargo, nadie observa la limpieza, empezando por la naturaleza misma. Petrogrado de octubre vive bajo una cúpula de lluvia. Las calles, que no se limpian desde hace mucho tiempo, están sucias. El patio de Smolny tiene mares inmensos. En los zapatos de los soldados el barro es transportado por corredores y salas. Pero nadie mira en ese momento hacia abajo, bajo sus pies: todos miran hacia adelante.

Smolny dirige más y más firme y autoritariamente; la simpatía apasionada de las masas lo sostiene. La dirección central no se extiende más que a los rodajes superiores del sistema revolucionario que, en su conjunto, debe completar la insurrección. La tarea más importante se cumple en la base. Las fábricas y los cuarteles, he ahí los centros de la historia en esos días y en esas noches. El barrio de Viborg, lo mismo que en febrero, concentra las fuerzas esenciales de la revolución; pero, a diferencia de febrero, ahora es una poderosa organización abiertamente reconocida por todos. Barrios, talleres de fábrica, clubes, cuarteles, los hilos están todos tendidos hacia el Nº 33 de la Perspectiva Sampsonievsky, donde se han instalado el comité de barrio de los bolcheviques, el sóviet de Viborg y el estado mayor de combate. La milicia del distrito se fusiona con la guardia roja. El barrio está enteramente en poder de los obreros. Si el gobierno aplastara a Smolny, el distrito de Viborg, él solo, podría restablecer el centro y asegurar la continuación de la ofensiva.

El desenlace está muy próximo. Pero los dirigentes estiman o parecen creer que no tienen motivos particulares para inquietarse. La embajada de Gran Bretaña, que tenía

razones para seguir con atención los acontecimientos de Petrogrado, recibe, de acuerdo a lo que informa el embajador de Rusia, que se encuentra entonces en Londres, informaciones ciertas sobre insurrección prevista. A las preguntas inquietas de Buchanan, Tereshchenko, en el curso de un inevitable almuerzo diplomático, responde con vivas seguridades: "Nada parecido puede producirse; el gobierno tiene firmemente las riendas en sus manos". La embajada de Rusia en Londres fue informada de la insurrección mediante un despacho de la agencia telegráfica británica.

Un industrial de minas, Auerbach, que había visitado uno de esos días al secretario de estado Palchinsky, le preguntó con aire indiferente, después de una conversación de asuntos más serios, qué pensaba él de "las nubes negras sobre el horizonte político" y obtuvo la respuesta más tranquilizante: una tormenta más, que pasará, y la luz volverá: "Duerma tranquilo". Palchinsky mismo no tendría más que pasar una o dos noches de insomnio antes de ser arrestado.

En cuanto a Kerensky, cuanto menos ceremonioso se mostraba en su forma de tratar a los líderes conciliadores, menos dudaba de que, en los momentos de peligro, éstos aparecerían con el tiempo suficiente para sacarlo de la dificultad. Los conciliadores, por su parte, cuanto más se debilitaban, más sostenían cuidadosamente a su alrededor una atmósfera de ilusiones. Cambiando estímulos recíprocos desde lo alto de sus elevados puestos de Petrogrado, con las organizaciones superiores de la provincia y del frente, los mencheviques y los socialrevolucionarios creaban una contrafigura de la opinión pública y, escondiendo su impotencia, inducían en el error no tanto a sus amigos como a ellos mismos. El aparato del estado, imponente e inepto, combinación del socialismo de marzo con el funcionario del zar, era el mejor adaptado para ilusionarse a sí mismo. El socialista recién llegado a las alturas temía parecer ante el funcionario como un hombre de estado insuficientemente maduro. El funcionario temía mostrarse demasiado poco respetuoso de las nuevas ideas. Así se creaba un enredo de mentiras oficiales, en el cual los generales, los procuradores, los periodistas, los comisarios y sus ayudas de campo mentían más cuanto más próximos estaban a las fuentes del poder. El comando de la región militar de Petrogrado hacía informes tranquilizadores porque Kerensky los necesitaba de modo absoluto ante realidades poco tranquilizantes.

Las tradiciones de la dualidad de poderes actuaban en el mismo sentido. En efecto, las órdenes corrientes del estado regional, avaladas por el Comité Militar Revolucionario, eran ejecutadas sin réplica. Los puentes de guardia en la ciudad eran ocupados, como de costumbre, por efectivos de la guarnición, y es necesario decir que desde hacía mucho tiempo los regimientos no habían cumplido servicio de guardia con tanto celo como en el presente. ¿El descontento de las masas? "Los esclavos rebelados" siempre están descontentos. En las tentativas de revuelta no puede tomar parte más que el hampa de la población de la capital. ¿La sección de los soldados contra el estado mayor? Pero, en revancha, la sección militar del comité ejecutivo central está por Kerensky. Toda la democracia organizada, excepción hecha de los bolcheviques, sostiene al gobierno. De esta forma el nimbo rosado de marzo se transformó en un vapor azulado que velaba los contornos reales de las cosas. Solamente cuando se produce la ruptura de Smolny con el estado mayor, el gobierno intenta abordar las cosas más seriamente: no hay peligro inmediato, pero esta vez es preciso aprovechar la ocasión para terminar con los bolcheviques. Por lo demás, los aliados burgueses hacían presión con todas sus fuerzas sobre el Palacio de Invierno. En la noche del 23 al 24, el gobierno, reuniendo todo su coraje, decide esto: abrir contra el Comité Militar Revolucionario acciones judiciales; prohibir los diarios bolcheviques que llaman a la insurrección; convocar a los contingentes seguros de los suburbios y del frente. La posición de poner bajo arresto a todo el Comité Militar Revolucionario, adoptada en principio, fue diferida en su

ejecución: para una empresa tan importante es necesario asegurarse previamente el apoyo del Preparlamento.

El rumor de las decisiones tomadas por el gobierno se expandió de inmediato en la ciudad. En los locales del estado mayor general, al lado del Palacio de Invierno, durante la noche del 23 al 24, el cuerpo de guardia estaba ocupado por soldados del regimiento Pávlovsky, uno de los contingentes más firmes del Comité Militar Revolucionario. En presencia de los soldados era preciso llamar a los junkers, cortar los puentes, proceder a arrestos. Todo lo que los soldados podían escuchar y recordar lo transmitían inmediatamente al distrito y al Smolny. En el centro revolucionario no se sabía siempre sacar partido de este contraespionaje espontáneo. Pero no se dejaba de cumplir una tarea irreemplazable. Los obreros y los soldados de toda la ciudad estaban informados sobre las intenciones del enemigo y se fortificaba su disposición a la resistencia.

En la mañana, bien temprano, las autoridades comenzaron los preparativos de las hostilidades. Las escuelas de junkers de la capital recibieron orden de tomar su dispositivo de batalla. El crucero *Aurora*, anclado en el Nevá, llevando una tripulación de opinión bolchevista, debía salir al mar para unirse a las operaciones de la flota. Fueron llamados contingentes de los “suburbios”: un batallón de choque de Tsárskoye, junkers de Oraniembaum, la artillería de Pávlovsky. El estado mayor del frente norte pensaba hacer marchar inmediatamente sobre la capital tropas de confianza. Como medidas inmediatas de precauciones militares, esta orden: reforzar los cuerpos de guardia del Palacio de Invierno. Levantar los puentes del Nevá; los junkers vigilarán los automóviles; las comunicaciones telefónicas de Smolny serán cortadas. El ministro de justicia, Maliantovich, prescribe detener aquellos bolcheviques, liberados bajo caución, que habían hecho prueba de una nueva actividad antigubernamental: el golpe estaba dirigido ante todo contra Trotsky. Las vicisitudes de los tiempos son bastante bien ilustradas por el hecho de que Miliantovich, lo mismo que su predecesor Zarudni, había sido el abogado de Trotsky en el proceso de 1905. El actuaba ya entonces en la dirección del sóviet de Petrogrado; el carácter de las acusaciones formuladas era el mismo en uno y otro caso: solamente que, transformados en inculpadores, los antiguos defensores añadían aún a la acusación haber recibido oro alemán.

estado mayor de la región militar manifestó una actividad particularmente afiebrada en el dominio de las imprentas. Las órdenes implicaban un golpe tras otro: ninguna manifestación será tolerada; los delincuentes asumirán grandes responsabilidades; los efectivos de la guarnición, salvo orden del estado mayor, permanecen consignados en los cuarteles; “todos los comisarios del sóviet de Petrogrado deben ser licenciados”; sobre la ilegalidad de sus actos, habría una encuesta “para llevarlos a consejo de guerra”. Estas órdenes amenazantes no indican, sin embargo, por quién y cómo será asegurada su ejecución. A los riesgos y peligros de su responsabilidad personal, el comandante regional exigía de los propietarios de automóviles que pusieran sus coches, “para prevenir confiscaciones arbitrarias”, a disposición del estado mayor; pero todo el mundo hizo oídos sordos.

El comité ejecutivo central, tampoco se mostró avaro en advertencias y amenazas. Siguieron su ejemplo: el comité ejecutivo campesino, la duma municipal, los comités centrales de los mencheviques y de los socialrevolucionarios. Todas estas instituciones eran bastante ricas en recursos literarios. En manifiestos que se fijaban sobre muros y empalizadas, se aludía invariablemente a cierta pequeña banda de locos, a los peligros de batallas sangrientas y de una contrarrevolución inevitable.

A las cinco y media de la mañana se presentó en la imprenta de los bolcheviques el comisario del gobierno con un destacamento de junkers, y haciendo cerrar las puertas, presentó un mandato del estado mayor que ordenaba la clausura inmediata del órgano

central y del diario *El Soldado*. ¿Qué? ¿Como? ¿El estado mayor? ¿es que existe aún? Aquí no se admite ninguna orden que no sea sancionada por el Comité Militar Revolucionario. Pero esto no sirvió de nada: los clisés fueron destruidos, el local clausurado. El gobierno pudo registrar un primer éxito. Un obrero y una obrera de la imprenta bolchevique corren sofocados al Smolny y encuentran allí a Poldovsky y a Trotsky: si el comité les da un efectivo de guardias contra los junkers, los obreros harán aparecer el periódico. Para comenzar, es encontrada la manera de responder a la ofensiva gubernamental. Se redacta una orden al regimiento lituano: enviar de inmediato una compañía para la protección de la imprenta obrera. Los emisarios de la imprenta insisten para que se ponga igualmente en acción al 6° batallón de zapadores. Son vecinos próximos y amigos fieles: el telefonograma es en el acto transmitido a las dos direcciones. Los lituanos y los zapadores se ponen en movimiento sin retardo. Los sellos colocados sobre el local son arrancados, las matrices son refundidas, el trabajo comienza nuevamente a plena marcha. Con el retardo de algunas horas, el periódico prohibido por el gobierno aparece bajo la protección de las tropas del comité, que era también objeto de un mandato de arresto. Es ya la insurrección. Es así como ella se desarrolla.

Durante este tiempo, desde el crucero *Aurora* se formula esta pregunta: ¿Es necesario salir al mar o permanecer en las aguas del Nevá? Los mismos marineros que, en agosto, protegían el Palacio de Invierno contra Kornílov, arden ahora en deseo de arreglar las cuentas con Kerensky. La orden gubernamental es inmediatamente invalidada por el comité, y la tripulación recibe la orden Nº 1.218: "En caso de que la guarnición de Petrogrado sea atacada por las fuerzas contrarrevolucionarias, el crucero *Aurora* asegurará remolcadores, navíos y lanchas de vapor". El crucero recibe con entusiasmo la misión que justamente esperaba.

Estos dos actos de resistencia sugeridos por los obreros y los marinos, y cumplidos gracias al asentimiento de la guarnición, de un modo totalmente impune, definieron los acontecimientos políticos de primera importancia. Las últimas sobrevivencias del fetichismo del poder se redujeron a polvo: "Apareció claro de un solo golpe [dice uno de los participantes] que el asunto estaba ya consumado". Aunque esto no fuera del todo cierto, fue evidente, en todo caso, que la tarea se presentaba más simple que lo que había parecido en la víspera.

La tentativa de prohibir los periódicos, la decisión de llevar ante la justicia al Comité Militar Revolucionario, la orden de despedir a los comisarios, la interrupción de las comunicaciones telefónicas de Smolny: esos pinchazos de alfiler son suficientes para que se acuse al gobierno de preparar un golpe de estado contrarrevolucionario. A pesar de que la insurrección no puede vencer más que bajo la forma de ofensiva, se desenvuelve con tanto más éxito cuando aparece bajo la forma defensiva. Un poco de lacre del gobierno sobre la puerta de la redacción bolchevique (como medida de guerra) no es gran cosa. ¡Pero qué excelente señal para la batalla! Un telefonograma a todos los distritos y a los efectivos de la guarnición hace conocer lo que ha ocurrido: "Los enemigos del pueblo han tomado la ofensiva durante la noche... El Comité Militar Revolucionario dirige la resistencia contra los conspiradores". Los conspiradores son los órganos del poder oficial. Bajo la pluma de los conspiradores revolucionarios, esta definición tiene una resonancia inesperada. Pero responde plenamente a las circunstancias y al estado de opinión de las masas. Bloqueado en todas sus posiciones, forzado a comprometerse en la vía de una ofensiva tardía, incapaz de movilizar las fuerzas indispensables a este efecto, ni aun de verificar si están disponibles, el gobierno se libra a actos esporádicos, irreflexivos, no concertados, que a los ojos de las masas tienen fatalmente el aire de pérfidos atentados. El telefonograma del comité prescribe lo siguiente: "Poner al regimiento en estado de combate y esperar instrucciones". Es una voz de autoridad. Los comisarios del comité

susceptibles de eliminación continúan con más seguridad en denunciar a aquellos que ellos encuentran indeseables.

El *Aurora*, anclado en el Nevá, no era solamente una excelente unidad de combate al servicio de la insurrección, sino una estación de radio totalmente adicta. Ventaja inapreciable. El marinero Kurkov dice en sus memorias: "Trotsky nos hace saber que es necesario transmitir por radio... que la contrarrevolución había tomado la ofensiva". Los términos de defensiva, aún aquí, esconden un llamado a la ofensiva, dirigido esta vez a todo el país.

A las guarniciones que defienden los accesos de Petrogrado les es prescrito, por la radio del *Aurora*, detener el movimiento de las fuerzas contrarrevolucionarias, y, en el caso de que las exhortaciones no fueran suficientes, emplear la fuerza.

A todas las organizaciones revolucionarias se les impone la obligación de "sesionar permanentemente, reuniendo todas las informaciones y los planes sobre los actos de los conspiradores". Los manifiestos no faltan, como se ve, del lado mismo del Comité Militar Revolucionario. Pero en él la palabra no se diferenciaba de los actos, solamente los comentaba. No es sin retardo que se emprende fortificar más seriamente el Smolny. Dejando el instituto hacia las tres de la mañana en la noche del 23 al 24, John Reed sintió atraída su atención por las ametralladoras en las entradas y por fuertes patrullas que guardaban la gran puerta en las esquinas vecinas: los puestos de guardia habían sido desde la víspera reforzados por una compañía del regimiento lituano y por una compañía de ametralladoristas, con veinticuatro ametralladoras. Durante el día, la guardia no cesa de aumentar. "En el barrio de Smolny [escribe Schliápnikov] se observan escenas que yo conocía, que recordaban las primeras jornadas de la Revolución de Febrero alrededor del Palacio de Táurida". Era la misma multitud de soldados, de obreros y de armas de todo género. Innumerables montones de leña, en el patio, pueden también servir de protección contra los disparos. También los automóviles traen víveres y municiones. "Todo Smolny [recuerda Raskólnikov] fue transformado en un campo de guerra". Afuera, ante las columnas, las mismas maxim, parecidas a cañones-juguetes, y, en todos los corredores... "los movimientos rápidos, ardientes, alegres de los soldados y de los obreros, de los marinos y de los agitadores" Sujánov, que acusa no sin razón a los organizadores de la insurrección de la falta de organización militar, escribe: "Es solamente entonces, en la mañana y la tarde del día 24, que comenzaron a agruparse alrededor de Smolny destacamentos armados de guardias rojos y de soldados para la defensa del estado mayor de la insurrección... Hacia la tarde del 24, la guardia del Smolny ya estaba preparada".

Esta cuestión no deja de tener importancia. En Smolny, de donde el comité ejecutivo conciliador se había trasladado al local del estado mayor gubernamental, están reunidas ahora las cabezas de todas las organizaciones revolucionarias dirigidas por los bolcheviques. Allí tiene lugar, ese día, la sesión del comité central del partido que tomará las últimas decisiones antes de dar el gran golpe. Están presentes once miembros. Lenin no ha salido aún de su escondite en el barrio de Viborg. Zinóviev está ausente, pues de acuerdo a la expresión un poco viva de Dzerzhinsky "se esconde y no participa en el trabajo del partido". Por el contrario, Kámenev, que participa de las ideas de Zinóviev, es muy activo en el estado mayor de la insurrección. Stalin está ausente: en general no se muestra en el Smolny, pasando su tiempo en la redacción del órgano central. La sesión, como de ordinario, tiene lugar bajo la presidencia de Svérdlov. El acta oficial es avara; pero anota todo lo esencial. Para caracterizar los dirigentes de la insurrección y repartir entre ellos las funciones es irreemplazable.

Se decide que en veinticuatro horas debe definitivamente controlarse Petrogrado. Esto significa: tomar las instituciones políticas que están aún en las manos del gobierno.

El congreso de los sóviets debe sesionar bajo un poder soviético. Las medidas prácticas del asalto nocturno han sido elaboradas o son elaboradas por el Comité Militar Revolucionario y por la organización militar de los bolcheviques. El comité central debe dar el último toque.

Se adopta ante todo la proposición de Kámenev: "Hoy, sin decisión especial, ni un solo miembro del comité central puede ser autorizado a salir de Smolny". Se decide, además, reforzar en Smolny los servicios permanentes de los miembros del comité de Petrogrado del partido. El acta dice más adelante: "Trotsky propone poner a disposición del Comité Militar Revolucionario dos miembros del comité central para establecer la ligazón con los trabajadores de correos y telégrafos y los ferroviarios; a un tercer miembro, para vigilar al gobierno provisional". Decisión tomada: delegar a correos y telégrafos, Dzerzhinsky; a los ferrocarriles, Bubnov. Primero, tal vez a iniciativa de Sverdnal a Podvoisky. El acta anota esto: "Objeciones contra Podvoisky; el asunto es confiado a Svérdlov". Miliutin, considerado como economista, es encargado del abastecimiento. Las conversaciones con los socialrevolucionarios de izquierda son confiadas a Kámenev, que tiene la reputación de un parlamentario hábil, aunque demasiado conciliador: conciliador, esto debe entenderse, a la medida del bolchevismo. "Trotsky propone [leemos más adelante] establecer el estado mayor de reserva en la Fortaleza de Pedro y Pablo y designar con este fin un miembro del comité central". Decisión: "Encargar de la vigilancia general a Lashévich y Blagonravov; el cuidado de mantener· una constante ligazón con la fortaleza es confiado a Svérdlov". Además: "todos los miembros del comité central serán munidos de un salvoconducto para la fortaleza".

En la línea del partido, todos los hilos estaban reunidos en las manos de Svérdlov, que conocía los cuadros del partido como nadie. Él vinculaba Smolny al aparato del partido, procuraba los militantes indispensables al Comité Militar Revolucionario, estaba llamado a conferenciar en todos los momentos críticos. Teniendo en cuenta que la composición del comité era demasiado grande, parcialmente móvil, las medidas más secretas eran aplicadas por la cumbre de la organización militar de los bolcheviques, o bien, en forma personal, por Svérdlov, que fue, no oficialmente, pero por lo mismo más efectivamente, el "secretario general" de la insurrección de octubre.

Delegados bolcheviques que habían arribado al congreso de los sóviets caían ante todo en las manos del Svérdlov, y no quedaban ni una hora sin ocupación. El 24, en Petrogrado, se contaban ya dos o tres centenares de provincianos y la mayoría de ellos, de una manera u otra, se insertó en el mecanismo de la insurrección Hacia las 14 horas de ese día, se reunieron en Smolny, en sesión de fracción, para escuchar el informe del comité central del partido. Entre ellos había vacilantes que habrían preferido, paralelamente a Zinóviev y a Kámenev, una política de expectativa; había también, simplemente, reclutas con los que no podía casi contarse. No podía plantearse la cuestión de exponer ante la fracción el plan de insurrección: lo que se dice en una asamblea numerosa, aún a puerta cerrada, se difunde siempre fuera. No se podía aún desgarrar el manto de espíritu defensivo con que se cubría la ofensiva sin arriesgarse a provocar cierta confusión en la conciencia de los diversos efectivos de la guarnición. Pero era indispensable, al mismo tiempo, dar a comprender que la lucha decisiva había comenzado ya y que el congreso no tendría más que coronarla.

Recordando recientes artículos de Lenin, Trotsky demuestra que "la conspiración no contradice en modo alguno los principios del marxismo" si las condiciones objetivas vuelven posible e inevitable la insurrección. "La barrera material en la vía al poder debe ser barrida por un golpe violento..." Sin embargo, hasta el presente, la política del Comité Militar Revolucionario no ha sobrepasado los cuadros de la defensiva. Bien entendido, es preciso comprender esta defensiva de una manera muy amplia. Que la prensa bolchevique

se publique con la ayuda de fuerzas armadas, o que el *Aurora* pueda permanecer en el Nevá, "¿es esto defensiva, camaradas? ¡Es defensiva!" Si el gobierno ha pensado arrestarnos, hemos colocado ametralladoras sobre el techo del Smolny. "¡Es también una defensiva, camaradas!" Y ¿qué hacer, entonces, del gobierno provisional?, dice uno de los papelitos enviados al orador. Si Kerensky intentara no someterse al congreso de los sóviets, responde el informante, la resistencia del gobierno crearía "una cuestión de policía y no de política". En el fondo, fue casi así.

En este momento, Trotsky es llamado para explicarse con una diputación de la duma municipal que acaba de llegar. En la capital, a decir verdad, todo está tranquilo por el momento, pero se expanden rumores alarmantes. El alcalde de la ciudad plantea preguntas: ¿El sóviet se dispone a realizar una insurrección? ¿Cómo mantener el orden en la ciudad? ¿Qué ocurrirá a la duma si ella no reconoce a la insurrección? Los honorables personajes querían saber demasiado. La cuestión del poder (dice la respuesta) depende de la decisión del congreso de los sóviets. Si de allí debe derivarse a una lucha armada, "eso depende no tanto del sóviet como de aquellos que, a pesar de la voluntad unánime del pueblo, guardan entre sus manos el poder del estado". Si el congreso reúsa el poder, el sóviet de Petrogrado se someterá. El gobierno mismo busca evidentemente un conflicto. Ha sido dada la orden de arrestar al Comité Militar Revolucionario. A esto, los obreros y los soldados no pueden responder más que con una resistencia implacable. ¿Delitos y violencias de bandas criminales? Una ordenanza del comité publicada hoy mismo dice esto: "A la primera tentativa del hampa para provocar en Petrogrado disturbios, pillajes, riñas a cuchillos o disparos de fuego, los criminales serán suprimidos". En cuanto a la duma municipal se podrá, en caso de conflicto, aplicar el método constitucional: disolución y nuevas elecciones. La delegación sale insatisfecha. Pero, ¿qué podría esperar?

La visita oficial de los ediles al campo de los rebeldes era una manifestación demasiado franca de la impotencia de los dirigentes. "No olvidéis, camaradas [decía Trotsky, de regreso a la fracción de los bolcheviques], que hace algunas semanas, cuando conquistamos la mayoría, no éramos más que una firma, sin prensa, sin caja, sin filiales. Y ahora, una diputación de la duma municipal viene a parlamentar con el Comité Militar Revolucionario, sometido a un decreto de arresto, para dialogar sobre la suerte de la ciudad y del estado".

La Fortaleza de Pedro y Pablo, conquistada la víspera solamente desde el punto de vista político, se refuerza hoy. El equipo de ametralladoristas, que es el contingente más revolucionario, se pone en orden de batalla. Engrasan con ardor las ametralladoras Colt. Hay ochenta. Para vigilar el muelle y el Puente Troitsky (Puente de la Trinidad), hay instaladas ametralladoras sobre la muralla de la fortaleza. En la gran puerta la guardia es reforzada. Son enviadas patrullas hacia los barrios vecinos. Pero, en la fiebre de las horas matinales, se descubre que, en el interior mismo de la fortaleza, la situación no puede ser aún considerada como totalmente segura. La incertidumbre proviene del batallón de motociclistas. Como los caballeros, los motociclistas, originarios de familias campesinas ricas o de la mediana burguesía de las ciudades, constituyen los elementos más conservadores del ejército. Tema para los psicólogos idealistas: basta que un hombre, a diferencia de otros, se sienta montado sobre dos ruedas a transmisión, al menos en un país pobre como Rusia, y su infatuación comienza a inflarse como sus neumáticos. En Norteamérica, para observar un efecto parecido es preciso ya un automóvil.

Llamado para aplastar el movimiento de julio, el batallón había ocupado con celo, en cierto momento, el Palacio de Kshesínskaya y había sido en seguida, en calidad de contingente particularmente seguro, instalado en la Fortaleza de Pedro y Pablo. En la reunión de la víspera que había decidido la suerte de la fortaleza, los motociclistas, como

se supo en el acto, no habían tomado parte: la disciplina se había mantenido en ellos de tal modo que el campo de oficiales había logrado impedir a los soldados mostrarse en el patio de la ciudadela. Contando con los motociclistas, el comandante de la fortaleza lleva alta la cabeza, se comunica con el estado mayor de Kerensky y, parece, se dispone aún a arrestar al comité de bolcheviques. La situación indecisa no puede ser tolerada un minuto más. Por orden de Smolny, Blagonravov viene a cortar la ruta al adversario: el comandante de la fortaleza es sometido a un arresto domiciliario, las comunicaciones telefónicas son cortadas en todos los alojamientos de oficiales. El estado mayor gubernamental pregunta con tono alarmado por qué el comandante no contesta más y qué pasa en general en la fortaleza. Blagonravov responde con deferencia por teléfono que la fortaleza, de ahora en adelante, no ejecutará más que las órdenes del Comité Militar Revolucionario, con el cual el gobierno tendrá a bien relacionarse.

Todos los efectivos de la guarnición y la fortaleza admiten el arresto del comandante con una completa satisfacción. Pero los motociclistas tienen una actitud evasiva. ¿Qué se esconde detrás de ese silencio áspero? ¿Una hostilidad disimulada o bien las últimas vacilaciones? "Decidimos organizar un mitin especial para los motociclistas [escribe Blagonravov] e invitar a nuestros mejores agitadores, en primera línea Trotsky, que goza de una inmensa autoridad e influencia en la masa de los soldados". Hacia las cuatro de la tarde, todo el batallón se reúne en el local vecino del Circo Moderno. A título de defensor, de parte del gobierno, habla el general Poradelov, que era considerado como socialrevolucionario. Sus objeciones eran tan circunspectas que parecían equívocas. Igual de abrumadora era la ofensiva de los representantes del comité. Lo que siguió, como batalla oratoria, para la conquista de la Fortaleza de Pedro y Pablo, terminó como era previsible: por la unanimidad, menos 30 votos, el batallón aprobó la resolución de Trotsky. Una vez más, uno de los posibles conflictos se había resuelto antes de la batalla y sin efusión de sangre. Tal es la insurrección de octubre. Tal es su estilo. Se podía, de ahora en adelante, contar con la fortaleza con absoluta seguridad. Las armas del arsenal eran entregadas sin dificultad. En Smolny, en las cámaras de los comités de fábrica y de oficina, hacían colas delegados de empresas para obtener bonos de las entregas de armas. La capital había visto, durante los años de guerra, mucha gente que hacía cola. Ahora, por primera vez, se la hacía para obtener fusiles. De todos los distritos vienen camiones hacia el arsenal. "No se podía reconocer la Fortaleza de Pedro y Pablo [escribe el obrero Skorinko], su silencio famoso se había quebrado por el zumbar de los automóviles, por el rechinamiento de los coches, por los gritos. Ante los depósitos, particularmente, la gente se atropella... Aquí, ante nosotros, se traen los primeros prisioneros: oficiales y junkers". Ese día, el 180° regimiento de infantería recibió fusiles: habían sido desarmados por haber participado activamente en el levantamiento de julio.

Los resultados del mitin en el Circo Moderno se manifestaron en otra parte aún: los motociclistas que desde julio montaban la guardia en el Palacio de Invierno, abandonaron de su propio grado el servicio, declarando que no consentirían más en proteger al gobierno. Era un golpe serio. Se imponía reemplazar a los motociclistas por junkers. El sostén militar del gobierno se reducía más y más en las escuelas oficiales, y así, no sólo se restringía al último grado, sino que revelaba definitivamente su composición social. Los obreros de los establecimientos de Putilov, y no sólo ellos, ofrecieron a Smolny emprender en seguida el desarme de los junkers. Si esta medida, convenientemente preparada, de acuerdo a los equipos no combatientes de las escuelas, hubiera sido aplicada en la noche del 24 al 25 en la toma del Palacio de Invierno, no habría habido tentativa de contrainsurrección el 29 de noviembre. Pero los dirigentes manifestaban aún en muchos aspectos "magnanimidad", en realidad un exceso de seguridad optimista, y no prestaban bastante atención a la voz razonable de la base: la

ausencia de Lenin fue sensible también en este aspecto. Las consecuencias de las omisiones cometidas debieron ser corregidas por las masas causando víctimas inútiles en los dos lados. En la lucha seria, no hay peor crueldad que una "magnanimidad" inoportuna.

En la sesión diurna del parlamento, Kerensky dio su canto de cisne. Desde hacía algún tiempo, la población de Rusia, sobre todo la de la capital, estaba alarmada: "Llamados a la insurrección son publicados diariamente en los diarios de los bolcheviques". El orador citaba artículos de un criminal buscado por las autoridades del estado, de un cierto Vladimir Ulianov-Lenin. Las citas eran sorprendentes y demostraban, sin lugar a dudas, que el personaje designado llamaba a la insurrección. Y, ¿en qué momento? Mientras el gobierno discutía la cuestión de la transmisión de la tierra a los comités campesinos y de tomar medidas para terminar la guerra. Las autoridades, hasta este día, no se habían apresurado a golpear a los conspiradores, para darles una posibilidad de enmendarse ellos mismos. "¡Qué malo es!", gritaron desde la claque dirigida por Miliukov". Pero Kerensky no se desconcierta: "Prefiere en general que el poder actúe con más lentitud, pero en revancha con más seguridad, y, en el momento útil, con más resolución". ¡Tales palabras tienen un sonido extraño en su boca! En todo caso, "actualmente, todos los plazos han sido sobrepasados", no sólo los bolcheviques no se han arrepentido, sino que han llamado a dos compañías de soldados y se dedican arbitrariamente a la distribución de armas y de cartuchos. El gobierno tiene la intención, esta vez, de poner fin a los desórdenes del populacho. "Hablo de una manera totalmente consciente: digo el populacho". Una tempestad de aplausos acogió desde la derecha esta injuria dirigida al pueblo. Él, Kerensky, ya ha dado la orden de proceder a los arrestos indispensables. "Es particularmente necesario señalar los discursos pronunciados por el presidente del sóviet de Petrogrado, Bronstein-Trotsky". Sí, que se sepa que al gobierno le sobran las fuerzas; el frente reclama constantemente medidas resueltas contra los bolcheviques.

En este momento, Konoválov transmite al orador un telefonograma del Comité Militar Revolucionario, dirigido a los efectivos de la guarnición: "Poner a los regimientos en estado de combate y esperar órdenes". Kerensky concluye solemnemente: "En el lenguaje de la ley y del poder judicial, esto se llama estado de insurrección". Miliukov comenta: "Kerensky pronunció estas palabras con el tono satisfecho de un abogado que logra al fin sorprender a su adversario". Los grupos y partidos que han osado levantar la mano sobre el estado "serán objeto de una liquidación inmediata, resuelta y definitiva". Toda la sala, a excepción de la izquierda, aplaude demostrativamente. El discurso concluye con una exigencia: hoy mismo, en esta misma sesión, deberá decirse si el gobierno "puede cumplir su deber con la seguridad de ser sostenido por esta alta asamblea".

Sin esperar los resultados del escrutinio, Kerensky regresa al estado mayor, convencido, según afirma, de que antes de una hora recibiría la decisión por él reclamada; no se sabe demasiado por qué. Sin embargo, las cosas ocurrieron de otro modo. Desde las dos a las seis de la tarde, se realizaron en el Palacio Marinsky, conferencias de las fracciones y entre ellas para elaborar fórmulas de transición: los políticos no comprendían, al parecer, que, en materia de transición, para ellos se trataba de pasar a la nada. Ninguno de los grupos conciliadores se decidió a identificarse con el gobierno. Dan decía: "Nosotros, los mencheviques, estamos dispuestos a defender hasta la última gota de sangre al gobierno provisional; pero éste debe ofrecer a la democracia la posibilidad de agruparse en torno de él". Hacia la tarde, las fracciones de izquierda, extenuadas por la búsqueda de una solución, coincidieron sobre una fórmula proporcionada por Mártov a Dan, que derivaba la responsabilidad de la insurrección no solamente sobre los

bolcheviques, sino también sobre el gobierno, exigiendo la entrega inmediata de las tierras a los comités agrarios, reclamando una acción ante los Aliados favorable a conversaciones de paz, etc. Es así como los apóstoles de la mediocridad se esforzaban, en el último minuto, en acomodarse a las consignas que aún en la víspera habían vituperado como expresión de la demagogia aventurera. Los cooperativistas prometieron al gobierno un apoyo sin reservas, lo mismo que los kadetes y cosacos, dos grupos dispuestos a derribar a Kerensky en la primera oportunidad. Pero quedaron en minoría. El apoyo del parlamento no habría podido añadir mucho a las posibilidades del gobierno. Pero Miliukov tiene razón: el rechazo del sostén pedido por Kerensky quitaba al gobierno los últimos restos de autoridad. Pues, en fin de cuentas, la composición del parlamento había sido determinada por el mismo gobierno algunas semanas antes.

Mientras en el Palacio Marinsky se buscaba la fórmula de la salud, el sóviet de Petrogrado se reunía en el Smolny para informarse de los acontecimientos. El informante estima indispensable recordar, todavía aquí, que el Comité Militar Revolucionario se formó "no como órgano de insurrección, sino sobre el terreno de la defensa de la revolución". El comité no permitió a Kerensky la salida de Petrogrado de las tropas revolucionarias y tomó la defensa de la prensa obrera. "¿Es esto una insurrección?" El *Aurora* está donde se encontraba anoche. "¿Es esto una insurrección?" "Tenemos un semipoder en el que el pueblo no cree y en el que no cree ni él mismo, pues está interiormente muerto. Este semipoder espera un disparo histórico para preparar el lugar del auténtico poder del pueblo revolucionario". Mañana se abrirá el congreso de los sóviets. La obligación de la guarnición y de los obreros es poner a disposición del congreso todas sus fuerzas. "Si el gobierno, sin embargo, en las veinticuatro o cuarenta y ocho horas de las que dispone todavía, intenta apuñalar a la revolución por la espalda, le declaramos una vez más: la vanguardia de la revolución contestará golpe por golpe y al hierro con el acero". Esta declarada amenaza era al mismo tiempo el camuflaje político del golpe que se asestaría por la noche. Trotsky comunica en conclusión que la fracción de los socialrevolucionarios de izquierda del Preparlamento, después del discurso pronunciado hoy por Kerensky y el revuelo de ratones de las fracciones conciliadoras, ha enviado a Smolny una delegación y se ha declarado dispuesto a entrar oficialmente en el Comité Militar Revolucionario. En el viraje de los socialrevolucionarios de izquierda, el sóviet saluda jubilosamente el reflejo de procesos más profundos: la amplitud creciente de la guerra campesina y los progresos del levantamiento de Petrogrado.

Comentando los informes del presidente del sóviet de Petrogrado, Miliukov escribe: "Probablemente, tal era el plan primitivo de Trotsky: habiéndose preparado para la lucha, colocar al gobierno frente a 'la voluntad unánime del pueblo', expresada en el congreso de los sóviets y dar, de tal manera, al nuevo poder, un aire de legitimidad. Pero el gobierno se demostró más débil de lo que se había previsto. Y el poder mismo había caído en sus manos antes que el congreso hubiera tenido tiempo de reunirse y pronunciarse". En esos términos, es justo que la debilidad del gobierno sobrepasara todas las previsiones. Pero el plan, desde el comienzo, consistía en tomar el poder antes de la apertura del congreso. Miliukov, por otra parte, reconoce esto a propósito de otro asunto. "Las intenciones efectivas de los dirigentes de la insurrección [escribía] iban mucho más lejos que estas declaraciones oficiales de Trotsky... El congreso de los sóviets debía ser colocado ante el hecho consumado".

Desde el punto de vista estrictamente militar, el plan consistía al principio en asegurar la ligazón de los marinos del Báltico con los obreros armados de Viborg: los marinos debían llegar por ferrocarril y descender en la estación de Finlandia; ésta es vecina del barrio de Viborg. Desde esta plaza de armas, la insurrección debía extenderse a otros distritos, con el refuerzo de la guardia roja y de los efectivos de la guarnición, y

una vez dominados los puentes, penetrar en el centro para dar el golpe definitivo. Este esquema, que provenía por cierto de las circunstancias y que formuló verosímilmente Antónov, procedía de la hipótesis de que el adversario podría aún oponer una resistencia considerable. Es justamente tal premisa la que fue pronto rechazada: no era preciso apoyarse sobre una plaza de armas limitada; el gobierno se encontraba en descubierto para el ataque desde cualquier punto que los insurgentes juzgaran útil golpearlo. El plan estratégico sufrió modificaciones igualmente desde el punto de vista de las fechas y en dos sentidos diferentes: la insurrección comenzó más pronto y terminó más tarde de lo calculado. Los atentados matinales del gobierno provocaron, a título defensivo, una resistencia inmediata del Comité Militar Revolucionario. La impotencia de los poderes que se manifestó en ese caso impulsaron al Smolny, en el curso de la jornada, a actos de ofensiva que conservaban, a decir verdad, un carácter ondulante, semicamuflado, preparatorio. El golpe principal, como antes, estaba preparado para la noche: desde este ángulo, el plan seguía en vigor. Se alteró durante la ejecución, pero ya en un sentido totalmente opuesto. Pensábamos ocupar durante la noche todas las posiciones dominantes y, ante todo, el Palacio de Invierno, donde se encontraba el poder central. Pero el cálculo del tiempo en una insurrección es aún más difícil que en una guerra regular. Los dirigentes cayeron en retardo muchas horas en la concentración de fuerzas, y las operaciones contra el Palacio de Invierno, que no habían logrado iniciarse durante la noche, constituyeron un capítulo especial de la insurrección, que no concluyó más que en la noche del 26, es decir, con un retraso de veinticuatro horas. ¡Las más asombrosas victorias no se obtienen sin algunos serios contratiempos!

Después de las declaraciones de Kerensky en el parlamento las autoridades intentaron ampliar su ofensiva. Destacamentos de junkers ocuparon las estaciones. En las esquinas de las grandes arterias fueron colocados piquetes con la orden de requisar los automóviles particulares no entregados al estado mayor. Hacia las tres de la tarde, los puentes movedizos son cortados, salvo el puente del palacio, que permaneció abierto a la circulación bajo una guardia reforzada de junkers. Esta medida, que había sido aplicada por la monarquía en todos los momentos de inseguridad y por última vez durante las jornadas de febrero, estaba dictada por la aprensión que inspiraban los barrios obreros. El levantamiento de los puentes era ante los ojos obreros una confirmación oficial del hecho de que la insurrección había comenzado. Los estados mayores de los interesados replicaron inmediatamente a la operación de guerra del gobierno de la manera que les era propia: enviando a los puentes destacamentos armados. Smolny sólo tenía que desarrollar esa iniciativa. La lucha por la posesión de los puentes tenía el carácter de una prueba de fuerza de los dos lados. Destacamentos de obreros armados y de soldados hicieron presión sobre los junkers y los cosacos, usando tanto de la persuasión como de las amenazas. Los guardianes del orden terminaron por ceder, no atreviéndose a un conflicto directo. Algunos puentes fueron cortados y restablecidos varias veces.

El *Aurora* recibió directamente una orden del Comité Militar Revolucionario: "Restablezcan por todos los medios de que disponen la circulación sobre el Puente Nicolás". El comandante del crucero intentó eludir esta orden, pero después de un arresto simbólico que alcanzó a sus oficiales, condujo dócilmente el navío. Sobre las dos orillas marchaban filas de marinos. El *Aurora* no había tenido tiempo de arrojar el ancla ante el puente, recuerda Kurkov, cuando habían desaparecido hasta los rastros de los junkers. Los propios marinos restablecieron el pasaje sobre el puente y apostaron una guardia. Solamente el puente del palacio quedó durante algunas horas en manos del cuerpo de guardia gubernamental.

A pesar del evidente fracaso de las primeras tentativas, algunos órganos del poder intentaron en seguida asestar nuevos golpes. Un destacamento de la milicia policial se

presentó a la tarde en una gran imprenta privada para prohibir la publicación de un diario del sóviet de Petrogrado, *El obrero y el soldado*. Doce horas antes los obreros de la imprenta bolchevique habían corrido, en un caso análogo, a pedir socorro al Smolny. Ahora, esto ya no era necesario. Los obreros impresores, con dos marinos que se encontraban allí, liberaron inmediatamente un automóvil repleto de ejemplares; a ellos se unieron en seguida cierto número de miembros de la milicia; el inspector de la misma emprendió la fuga. El diario recuperado fue entregado sin dificultad en el Smolny. El Comité Militar Revolucionario envió para proteger las ediciones dos escuadras del regimiento Preobrazhensky. La administración, atemorizada, transmitió en el acto la dirección de la imprenta al sóviet de los sindicatos obreros.

Las autoridades judiciales ni pensaban en penetrar en el Smolny para efectuar arrestos: era demasiado claro que habría sido señal de la guerra civil con la derrota garantizada por anticipado del gobierno. En cambio, en un espasmo administrativo, se realizó una tentativa en el barrio de Viborg, donde las autoridades, aún en días mejores, evitaban entrar, con el propósito de arrestar a Lenin. Un coronel, con una decena de junkers, penetró al caer la tarde en un club obrero, por error, en lugar de ir a la redacción bolchevique que se encontraba en el mismo inmueble: estos guerreros suponían, no se sabe por qué, que Lenin los esperaba en la redacción. Desde el club se advirtió de inmediato al estado mayor de la guardia roja. Mientras el coronel se extraviaba en diversos pisos, invadiendo aún oficinas de los mencheviques, los guardias rojos llegaron a tiempo para detenerlos con los junkers, que los entregaron al estado mayor del distrito de Viborg y de allí a la Fortaleza de Pedro y Pablo. Es así que la marcha ruidosamente anunciada contra los bolcheviques, encontraba a cada paso dificultades insuperables, se transformaba en incursiones desordenadas y en pequeños hechos anecdóticos, se volatilizaba y se reducía a nada.

El Comité Militar Revolucionario trabajaba mientras tanto sin reposo. Junto a los contingentes estaban de servicio los comisarios. La población tenía conocimiento por avisos especiales de los lugares adonde podía dirigirse en caso de atentados contrarrevolucionarios y de pogromos: "La ayuda vendrá inmediatamente". Bastó una visita imponente del comisario del regimiento Keksholmsky a la central telefónica para que las comunicaciones del Smolny fueran restablecidas. El contacto por teléfono, el más rápido de todo, daba a las operaciones que se desenvolvían seguridad y regularidad metódicas.

Continuando la colocación de comisarios en las instituciones que no habían aún caído bajo su control, el Comité Militar Revolucionario expandía y consolidaba las posiciones para la próxima ofensiva. Dzerzhinsky envió durante la jornada a Pestkovsky, viejo revolucionario, un pedazo de papel que debía servir como su nombramiento de comisario de la central telefónica. "¿Cómo ocupar los teléfonos? [preguntó no sin estupefacción el nuevo comisario]. ¡La central está custodiada por el regimiento Keksholmsky, que es de los nuestros!" Pestkovsky no tenía necesidad de largas explicaciones. Bastaron dos soldados del regimiento, fusil en mano, cerca de un conmutador, para obtener un compromiso provisorio con los funcionarios hostiles del telégrafo, entre los cuales no había un solo bolchevique.

A las nueve de la noche, otro comisario del Comité Militar Revolucionario, Stark, con un pequeño destacamento de marinos, bajo el comando del antiguo emigrado Savin, también marino, ocupó la agencia telegráfica gubernamental y predeterminó así no solamente la suerte de esta institución, sino, en cierta medida, la suya propia: Stark fue el primer director soviético de la agencia antes de servir como ministro soviético en Afganistán.

Estas dos modestas operaciones, ¿eran ataques insurreccionales o bien sólo episodios de la dualidad de poderes, a decir verdad desviada de los carriles de la conciliación para pasarse a los del bolchevismo? No sin causa, la cuestión puede parecer casuística. Pero, para esconder la insurrección, guardaba toda su importancia. El hecho es que la invasión del local de la agencia por los marinos armados tenía todavía un carácter vacilante: formalmente, se trataba no de tomar la institución, sino de establecer una censura sobre los telegramas. Es así que, hasta la noche del 24, el cordón umbilical de la "legalidad" no se había cortado definitivamente y el movimiento continuaba disimulándose bajo los restos de las tradiciones de la dualidad de poderes.

En la elaboración de los planes insurreccionales, Smolny depositaba grandes esperanzas en los marinos del Báltico, como destacamento de combate que combinaba la resolución proletaria con una fuerte instrucción militar. La llegada de los marinos a Petrogrado había sido prevista para el congreso de los sóviets. Llamar antes a los hombres del Báltico habría sido comprometerse abiertamente en la vía de la insurrección. De ese hecho se derivaron impedimentos traducidos por un retraso.

En la jornada del 24 llegaron a Smolny delegados del sóviet de Cronstadt al congreso: el bolchevique Flevovsky y el anarquista Yarchuk, que seguía de cerca a los bolcheviques. En una de las salas del Smolny, se encontraron con Chudnovsky, que acababa de regresar del frente, y que, alegando el estado de espíritu de los soldados, hacía objeciones a un levantamiento en el período inmediato. "En plena discusión [cuenta F1erovski] Trotsky entró en la sala... Llamándome aparte, me invitó a regresar inmediatamente a Cronstadt. 'Los acontecimientos maduran tan rápidamente que cada uno debe estar en su puesto...' En esta breve instrucción, sentí vivamente la disciplina de la insurrección que venía. La discusión cesó". El impresionable y ardiente Chudnovsky difirió sus dudas para tomar parte en la elaboración de los planes de guerra. Flerovsky y Yarchuk fueron alcanzados por un telefonograma: "Las fuerzas armadas de Cronstadt deben marchar al alba para defender el congreso de los sóviets".

Por intermedio de Svérdlov, el Comité Militar Revolucionario expidió por la noche a Helsingfors un telegrama para Smilgá, presidente del comité regional de los sóviets: "Envíe estatutos". Esto significaba: envíe de inmediato 1.500 marinos seleccionados. del Báltico, sólidamente armados. A pesar de que los marineros del Báltico no pudieran llegar más que en el curso de la jornada del día siguiente, no había razón para postergar más las hostilidades, las fuerzas interiores son suficientes y no queda otra posibilidad: las operaciones ya han comenzado. Si llegaran refuerzos del frente para el gobierno, los marineros llegarían en el momento oportuno para golpear, sea de flanco, sea de retaguardia.

La elaboración táctica del esquema de la toma de la capital fue principalmente obra de la organización militar de los bolcheviques. Oficiales del gran estado mayor habrían descubierto en un plan establecido por profanos muchos errores. Pero los oficiales de las altas academias de guerra no participan de ordinario en la preparación de una insurrección proletaria. Lo más indispensable, en todo caso, había sido previsto. La ciudad fue dividida en barrios de combate subordinado a los estados mayores más próximos. Sobre los puntos más importantes se concentraron compañías de la guardia roja, ligadas a contingentes de ejércitos, vecinos, donde hacían vigilia, preparadas, compañías en servicio. Los fines de cada operación particular y los contingentes que afectarían fueron fijados por anticipado. Todos los participantes de la insurrección, de arriba hacia abajo (ahí se hallaba su potencia, pero también, por momentos, su talón de Aquiles), estaban penetrados de la seguridad de que la victoria sería conquistada sin víctimas.

Las principales operaciones comenzaron hacia las dos de la madrugada. Pequeños grupos militares, de ordinario con un núcleo de obreros armados o de marineros, bajo la dirección de comisario, ocuparon simultáneamente o consecutivamente las estaciones, la central eléctrica, los arsenales y los depósitos de abastecimientos, los servicios de agua, el puente del palacio, la central telefónica, el banco del estado, las grandes imprentas, y se aseguraron los telégrafos y correos. En todas partes se dejaron guardias de confianza. Los informes concernientes a los episodios de la noche son escasos e incoloros: recuerdan a los sumarios de la policía. Todos los participantes están poseídos de una fiebre nerviosa. Nadie tiene tiempo de observar y anotar. Las informaciones que llegaban a los estados mayores no son consignadas en el papel, o bien son redactadas distraídamente y los papeles se pierden. Los recuerdos impresos más tarde son secos y no siempre exactos si se tiene en cuenta que provienen, en su mayor parte, de testigos ocasionales. Los obreros, marineros y soldados, que eran los inspiradores y dirigentes efectivos de las operaciones, se colocaron bien pronto a la cabeza de los primeros destacamentos del Ejército Rojo y, en su mayoría, cayeron sobre diferentes campos de batalla de la guerra civil. Para determinar el carácter y el orden de los diversos episodios, el historiador se enfrenta a una gran confusión, acentuada aún por las versiones de los diarios. ¡Parece a veces que ha sido más fácil conquistar Petrogrado durante el otoño de 1917 que repetir el mismo golpe quince años más tarde!

La primera compañía, la más sólida y revolucionaria del batallón de zapadores, estaba encargada de tomar la estación vecina, la Estación Nicolás. Un cuarto de hora después, los lugares son ocupados sin choques por fuertes destacamentos: las fuerzas gubernamentales han desaparecido en las tinieblas. La noche fría y penetrante está plena de rumores dudosos y de movimientos misteriosos. Dominando una ansiedad profunda, los soldados detienen concienzudamente a los peatones y las gentes que pasan en auto, verificando sus papeles. No siempre saben cómo actuar, vacilan, con frecuencia liberan a sus interlocutores. Pero de hora en hora adquieren seguridad. Hacia las seis de la mañana, los zapadores detienen dos camiones automóviles cargados de junkers, aproximadamente 60 hombres, los desarman y los envían al Smolny.

El mismo batallón recibe la orden de enviar 50 hombres para montar guardia en los depósitos de aprovisionamiento y 21 hombres para vigilar la central eléctrica. Los destacamentos vienen unos después de otros, del Smolny, del distrito. Nadie hace objeciones ni murmura. De acuerdo al informe de un comisario, las órdenes son ejecutadas "inmediata y exactamente". Los desplazamientos de soldados toman una nitidez que no tenían desde hacía mucho tiempo. Tan quebrantada y descompuesta como estuviere la guarnición, buena a lo sumo como desecho, en esa noche la vieja disciplina militar se despierta y, por última vez, tiende cada músculo al servicio de un nuevo designio.

El comisario Uralov recibe dos mandatos: uno para ocupar la imprenta del diario reaccionario *La libertad rusa*, fundado por Protopópov poco antes que se convirtiera en ministro del interior de Nicolás II; el otro, para obtener un contingente de soldados del regimiento de la guardia Semenovsky, que el gobierno, de acuerdo a viejos recuerdos, continuaba considerando como de los suyos. Los soldados del regimiento Semenovsky eran indispensables para la ocupación de la imprenta: se tenía necesidad de ella para publicar el diario bolchevique en gran formato y grueso tiraje. Los soldados ya hacían sus preparativos para dormir. El comisario les expuso brevemente el fin de su misión: "No tuve tiempo de terminar, ya que de todos lados sonaron las hurras. Los soldados se levantaron y me rodearon estrechamente". Un camión automóvil sobrecargado de hombres del regimiento Semenovsky llegó a la imprenta. En la sala de la rotativa se reunió en seguida el equipo nocturno. El comisario explico la índole de su misión. "Aquí aún,

como en el cuartel, los obreros respondieron con hurras y gritos de: ¡Vivan los sóviets!" La tarea estaba cumplida. Es, más o menos así, como otras intervenciones tuvieron lugar en diversos establecimientos. No se usaba de la violencia, pues no había resistencia. Las masas insurgentes rechazaban hacia afuera a los señores de la víspera.

El comandante de la región militar comunicaba a la noche al cuartel general y al estado mayor del frente norte, por hilo militar especial: "La situación de Petrogrado es espantosa. No hay manifestaciones ni desórdenes en las calles. Pero se toman metódicamente establecimientos, estaciones; hay arrestos... Los junkers, abandonan sus puestos sin resistencia... Nada garantiza que no hay una tentativa para detener al gobierno provisional". Polkovnikov tiene razón: no hay efectivamente ninguna garantía.

En las esferas militares se sostenía que los agentes del Comité Militar Revolucionario habían robado al comandante de Petrogrado, de su mesa, las "palabras" y las respuestas de los centinelas de la guarnición. No hay nada de inverosímil en esto: entre el personal subalterno de todas las instituciones, la insurrección tenía suficientes amigos. Sin embargo, la versión concerniente al robo de las "palabras" de consigna fue creada seguramente para explicar la pasividad demasiado vejatoria con la cual los guardias bolcheviques tomaban la ciudad.

En la guarnición se ha distribuido, procedente de Smolny, una orden: los oficiales que no reconozcan el poder del Comité Militar Revolucionario serán arrestados. Muchos jefes habían ya logrado desaparecer de numerosos regimientos para esperar en lugar seguro el fin de esas jornadas inquietantes. En otros contingentes los oficiales fueron alejados o arrestados. En todas partes se formaron comités revolucionarios o estados mayores que actuaban en pleno acuerdo con los comisarios. Que el comando improvisado no haya estado plenamente a la altura de su tarea, es un hecho totalmente claro. Pero, por el contrario, era seguro. Y la cuestión se decidía sobre todo en el plano político.

Sin embargo, a pesar de toda su inexperiencia, los estados mayores de los diversos efectivos manifestaron una iniciativa considerable. El comité del regimiento Pavlivsky envió de su parte observadores al estado mayor de la región para informarse por sí mismo. El "batallón químico", de reserva seguía atentamente a sus turbulentos vecinos: los junkers de las escuelas Pávlovsky y Vladimirovsky y los alumnos de los cuerpos de cadetes. Los químicos desarmaban con bastante frecuencia en la calle a los junkers y se imponían de este modo. Ligados con el contingente de soldados de la escuela Pávlovsky, el estado mayor de los químicos logró que los jefes del armamento se encontraran en manos de este contingente.

La cantidad de fuerzas que participaron directamente en la toma de la capital en la noche es difícil de determinar: no sólo porque nadie las contó ni las inscribió, sino a causa del carácter de las operaciones mismas. Las reservas del 2° y del 3° de línea se confunden casi con toda la guarnición. Pero no se podía recurrir a las reservas más que episódicamente. Varios millares de guardias rojos, 2.000 o 3.000 marinos (al día siguiente, con la llegada de los hombres de Cronstadt y de Helsingfors, su número será casi triplicado), una veintena de compañías y de destacamentos de infantería, he ahí las fuerzas del 1° y del 2° de línea, en cuya ayuda los insurgentes ocuparon la capital.

A las 3.20 de la madrugada, el director del departamento político del ministro de la guerra, el menchevique Scherr, transmitía por hilo directo el Cáucaso: "Hay sesión del comité ejecutivo central conjuntamente con los delegados que llegaron al congreso de los sóviets, con una aplastante mayoría de los bolcheviques. Se ha ovacionado a Trotsky. Ha declarado que esperaba una salida no sangrienta de la insurrección, puesto que la fuerza estaba en sus manos. Los bolcheviques se han lanzado a la acción directa. Han tomado el Puente Nicolás y colocado piquetes de centinelas, cortan la circulación, proceden a arrestos, envían las personas arrestadas al Smolny. Se ha arrestado al ministro Kartachev

y al secretario general del gobierno provisional Halperin. La estación del Báltico está igualmente en manos de los bolcheviques. Si no hay intervención del frente, el gobierno no tendrá fuerza para resistir con las tropas de que dispone".

La sesión unificada de los comités ejecutivos de la cual habla el comunicado del teniente Scherr se abrió en Smolny a medianoche. Los delegados al congreso llenaban la sala en calidad de invitados. Los corredores y pasillos estaban ocupados por puestos de guardia reforzados. Capotes grises, fusiles, ametralladoras en las ventanas. Los miembros de los comités ejecutivos estaban ahogados en una masa de provincianos, de numerosas cabezas hostiles. El órgano supremo de la "democracia" ya parecía prisionero de la insurrección. No se veía en la tribuna la figura habitual de Chjeidze. El inevitable informante Tsereteli estaba ausente. Uno y otro, aterrados por la marcha de los acontecimientos, habían renunciado a sus puestos de responsabilidad algunas semanas antes de la batalla, y haciendo un gesto de decepción sobre Petrogrado, habían partido para su Georgia natal. Como líder del bloque conciliador permanecía Dan. No tenía ni la bonhomía maliciosa de Chjeidze ni la elocuencia patética de Tsereteli; en revancha, los superaba a ambos por una miopía obstinada. Solo, en el buró presidencial, el socialrevolucionario Gotz abrió la sesión. Dan tomó la palabra en un gran silencio que pareció a Sujánov atónico, pero a John Reed "casi amenazante". El argumento del informante era la reciente resolución del Preparlamento, que se esforzaba en oponer a la insurrección el débil eco de sus propias consignas. "Será demasiado tarde si no tomáis en cuenta esta decisión", decía Dan, agitando la amenaza del hambre inevitable y de la desmoralización de las masas. "¡Jamás la contrarrevolución había estado tan fuerte como en este momento", es decir ¡en la noche del 24 al 25 de octubre de 1917! El pequeñoburgués, espantado frente a los grandes acontecimientos, no percibía más que peligros y obstáculos. Su único recurso es el lenguaje patético del temor. "En las fábricas y en los cuarteles, la prensa de los 'centurias negras' tiene mucho más éxito que la de los socialistas". Unos locos llevaban la revolución hacia su pérdida como en 1905, "cuando a la cabeza del sóviet de Petrogrado se encontraba el mismo Trotsky". Pero no. El comité ejecutivo central no tolerará que se vaya a la insurrección: "Es solamente sobre su cadáver que se cruzarán las bayonetas de los partidos beligerantes". Estallan gritos: "¡Pero ya es un cadáver!". La justeza de esta exclamación conmueve a todo el auditorio: sobre el cadáver de los conciliadores ya cruzan las bayonetas de la burguesía y del proletariado. La voz del informante se hunde en un murmullo hostil. Los golpes asestados sobre el pupitre ya no sirven, las exhortaciones no alcanzan a nadie, las amenazas no asustan. Demasiado tarde, demasiado tarde...

¡Sí, es la insurrección! Respondiendo en nombre del Comité Militar Revolucionario, del Partido Bolchevique, de los obreros y soldados de Petrogrado, Trotsky rechaza, en fin, las últimas fórmulas convencionales. ¡Sí, las masas están con nosotros, las llevamos al asalto! "Si vosotros no tembláis [dice a los delegados del congreso, pasando por encima de la cabeza del comité ejecutivo central] no habrá guerra civil, los enemigos capitularán sobre el terreno y vosotros ocuparéis el lugar que os pertenece de derecho, el de dueños de la tierra rusa". Aturdidos, los miembros del comité ejecutivo central no encuentran ni siquiera fuerza para protestar. Hasta ese momento la fraseología defensiva del Smolny mantenía en ellos, a pesar de todos los hechos, una pequeña llama vacilante de esperanza. Y ahora ese fuego se había extinguido. En esas horas de noche sombría, la insurrección levantó muy alto la cabeza.

La sesión, rica en incidentes, terminó hacia las cuatro de la madrugada. Oradores bolcheviques subían a la tribuna, para regresar en seguida al Comité Militar Revolucionario, donde llegaban desde todos los puntos de la ciudad, informaciones

enteramente favorables: los puestos de guardia en las calles vigilaban bien; las instituciones eran ocupadas una después de otra; el adversario no opone resistencia.

Se había supuesto que la central telefónica estaba seriamente fortificada. Pero hacia las siete de la mañana fue ocupada sin disparar un tiro por un equipo del regimiento Kekshomlsky. Los insurgentes, desde entonces, ya no se inquietaron por las comunicaciones entre sí pero además obtenían la posibilidad de controlar las relaciones telefónicas de sus adversarios. Los aparatos de comunicación del Palacio de Invierno y del gran estado mayor fueron inmediatamente cortados.

Casi al mismo tiempo un destacamento de marineros, aproximadamente cuarenta hombres, ocupaba los locales del banco del estado, sobre el canal Catalina. Un empleado de banco, Raltsevich, dice en sus recuerdos que "el destacamento de marineros actuó impetuosamente", colocando en seguida centinelas en los puestos telefónicos para impedir todo posible socorro del exterior. La toma del establecimiento tuvo lugar "sin ninguna resistencia, a pesar de la presencia de una escuadra del regimiento Semenovsky". Se atribuía, en cierto modo, un sentido simbólico a la toma del banco. Los cuadros del partido se habían educado sobre la crítica marxista de la Comuna de París de 1871, durante la cual los dirigentes no habían osado, según se sabe, poner la mano sobre el Banco de Francia. "Nosotros no caeremos en ese error", se decían los bolcheviques, mucho tiempo antes del 25 de octubre. La noticia de la toma del más sagrado de los establecimientos del estado burgués se difundió de inmediato por los distritos, suscitando una efervescencia triunfal.

Muy temprano se ocuparon la Estación Varsovia, la imprenta de *Informaciones de la Bolsa*, el puente del palacio, bajo las ventanas mismas de Kerensky. El comisario del comité presentó a los soldados del regimiento de Volinia, que estaba de guardia, la orden de poner en libertad cierto número de detenidos de acuerdo a una lista establecida por el sóviet. Fue en vano que la administración penitenciaria intentara obtener instrucciones del ministro de justicia: éste tenía cosas muy distintas que hacer. Los bolcheviques puestos en libertad, entre ellos Rochal, joven líder de Cronstadt, fueron inmediatamente designados para puestos de combate.

En la tarde se llevó a Smolny un grupo de junkers arrestados por los zapadores en la Estación Nicolás; esos junkers habían salido del Palacio de Invierno por abastecimientos. Podvoisky cuenta el hecho así: "Trotsky les declaró que serían puestos en libertad bajo la condición de prometer que no actuarán más contra el poder soviético; por lo demás, podrían retomar a sus ocupaciones escolares. Estos muchachos, que esperaban represalias sangrientas, quedaron indeciblemente estupefactos". En qué medida una libertad inmediata era justa, esto queda dudoso. La victoria no había sido aún llevada hasta el fin, los junkers constituían la fuerza principal del adversario. Por otra parte, en razón de las vacilaciones que existían en las escuelas militares, era importante mostrar en los hechos que una rendición a merced de los vencedores no anunciaba para los junkers ningún castigo. Los motivos, en uno y otro sentido, parecían equilibrarse.

Desde el ministerio de la guerra, no ocupado aún por los insurgentes, el general Levistky comunicaba a la mañana, por hilo directo, al cuartel general, al general Dujonin: "Elementos de la guarnición de Petrogrado... se han pasado a los bolcheviques. Han llegado de Cronstadt marinos en un crucero ligero. Los puentes que habían sido cortados, han sido restablecidos por ellos. Toda la ciudad está cubierta de puestos de guardia de la guarnición, pero no hay ninguna manifestación (!). La central telefónica está en manos de la guarnición. Los contingentes que se encuentran en el Palacio de Invierno no lo guardan más que por la forma, pues han resuelto no actuar efectivamente. La impresión general es que el gobierno provisional se encuentra en la capital de un estado enemigo, que ha terminado la movilización, pero que aún no ha abierto las hostilidades". ¡Inapreciable

testimonio militar y político! A decir verdad, el general se anticipa a los acontecimientos cuando dice que han llegado los marineros de Cronstadt: no llegarán sino después de algunas horas. El pasaje del puente, en efecto, ha sido restablecido por el crucero *Aurora*. Ingenua resulta, al terminar su informe, la esperanza de que los bolcheviques, "habiendo tenido desde hace mucho tiempo la posibilidad de terminar con nosotros..., no se atreverán a romper con la opinión del ejército del frente". Todo lo que quedaba a los generales demócratas de la retaguardia eran ilusiones sobre el frente. Por el contrario, la imagen del gobierno provisional como encerrado "en la capital de un estado enemigo" entrará para siempre en la historia como la mejor explicación de la insurrección de octubre.

En Smolny se sesionaba sin interrupción. Agitadores, organizadores, dirigentes de fábrica, de regimiento, de distrito, aparecían por una hora o dos, a veces por algunos minutos, con el fin de conocer las novedades, verificar su propia acción y regresar a sus puestos. Ante la sala 18, donde se reunía la fracción bolchevique del sóviet, había una multitud indescriptible. Los visitantes, extenuados, se dormían frecuentemente en la sala de sesiones, apoyando la pesada cabeza sobre una columna blanca, o bien contra el muro de un corredor, el fusil estrechado entre los brazos, a menudo acostados todo a lo largo del embaldosado húmedo y sucio. Lashévich recibía a los comisarios militares y les daba las últimas instrucciones. En el local del Comité Militar Revolucionario, en el tercer piso, los informes que venían de todos lados se transformaban en decisiones: allí latía el corazón de la insurrección.

Los centros de los distritos reproducían el cuadro del Smolny, sólo que a una escala reducida. En el barrio de Viborg, frente al estado mayor de la guardia roja, sobre la Perspectiva Sampsonievsky, se formó todo un campo: la entrada se colmó de carruajes enganchados, de automóviles ligeros, de camiones. Las instituciones del barrio hormigueaban de obreros armados. El sóviet, la duma, los sindicatos, los comités de fábrica, todo en ese distrito servía a la obra de la insurrección. En las fábricas, en los cuarteles, en las instituciones se producía, en pequeña escala, la misma cosa que en toda la capital: se rechazaba a unos, se elegía a otros, se rompía lo que quedaba de los viejos lazos, se consolidaban nuevos. Los retrasados votaban resoluciones de sumisión al Comité Militar Revolucionario. Mencheviques y socialrevolucionarios se acurrucaban tímidamente al margen de la administración de las fábricas y del cuerpo de oficiales. En mítines incesantes, se daban nuevas informaciones, se mantenía el ímpetu combativo, se fortificaban los contactos. Las masas humanas se agrupaban sobre nuevos ejes. La insurrección llegaba a su preparación del levantamiento de octubre: descontento creciente de las masas obreras, los sóviets colocándose bajo las banderas del bolchevismo, la irritación del ejército, la lucha de los campesinos contra los propietarios nobles, el desbordamiento del movimiento nacional, la aprensión y los disturbios en constante aumento sobre los poseedores y los dirigentes, en fin; la lucha interior del Partido Bolchevique por el levantamiento. La insurrección que corona el conjunto parece, después de esto, demasiado breve, demasiado seca, demasiado práctica, como si no respondiera a la envergadura histórica de los acontecimientos. El lector siente una especie de desilusión. Se parece a un turista en la montaña que, esperando encontrar más grandes dificultades aún, descubre de golpe que ya ha llegado a la cumbre o poco menos. ¿Dónde está la insurrección? El cuadro no está hecho. Los acontecimientos no hacen el cuadro. Pequeñas operaciones, calculadas y preparadas por anticipado, permanecen distintas entre ellas en el espacio y en el tiempo. Están ligadas por la unidad de propósito y de concepción, pero no por la fusión misma de la culminación.

Paso a paso hemos intentado explicar, en este libro, la lucha. Las grandes masas no están en acción. No hay colisiones dramáticas con las tropas. Nada de todo lo que una

imaginación educada por los hechos de la historia recuerda al concepto de una insurrección.

El carácter general de la insurrección en la capital da motivo más tarde a Masaryk, después de varios otros, para escribir: "El levantamiento de octubre... no fue en modo alguno un movimiento popular de masas. Fue la obra de jefes que trabajaban desde lo alto, entre bastidores". En realidad, fue el más grande levantamiento de masas de toda la historia. Los obreros no tuvieron necesidad de salir a la calle para fusionarse: ellos constituían, sin esto, política y moralmente, un conjunto. Se prohibió aún a los soldados salir de los cuarteles sin autorización: en este sentido, la orden del Comité Militar Revolucionario coincidía con la de Polkovnikov. Pero estas masas invisibles marchaban más que nunca al paso de los acontecimientos. Las fábricas y los cuarteles no perdieron ni un momento la ligazón con los estados mayores de distrito, los distritos con Smolny. Los destacamentos de guardias rojos se sentían apoyados por las fábricas. Los equipos de soldados, al regresar a los cuarteles, encontraban relevos dispuestos. Fue solamente teniendo tan grandes reservas que los contingentes revolucionarios pudieron marchar con tanta seguridad para lograr sus fines. Por el contrario, los puestos gubernamentales diseminados, vencidos de antemano por su propio aislamiento, renunciaban a la idea misma de oponer resistencia. Las clases burguesas esperaban barricadas, resplandores de incendio, mares de sangre. En realidad, reinaba una calma más escalofriante que todos los truenos del mundo. Sin ruido se movía el terreno social, como una escena giratoria, llevando a las masas populares al primer plano y conduciendo a los señores de la víspera al otro mundo.

Desde las diez de la mañana del 25, el Smolny consideró posible difundir en la capital y en el país un boletín de victoria: "El gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del estado ha pasado a las manos del Comité Militar Revolucionario". En cierto sentido, esta declaración se anticipaba bastante. El gobierno aún existía, al menos sobre el territorio del Palacio de Invierno. También existía el cuartel general. Las provincias no se habían pronunciado todavía. El congreso de los sóviets aún no se había inaugurado. Pero los dirigentes de la insurrección no eran historiadores: para preparar a los historiadores acontecimientos que relatar se veían forzados a anticiparse. En la capital, el Comité Militar Revolucionario era ya absolutamente dueño de la situación. No podía haber duda sobre la sanción del congreso. La provincia esperaba la iniciativa de Petrogrado. Para conquistar totalmente el poder, era preciso comenzar a actuar como un poder. En su manifiesto a las organizaciones militares del frente y la retaguardia, el comité invitaba a los soldados a vigilar la conducta del comandante, a arrestar a los oficiales que no adhiriesen a la revolución y a no vacilar en el empleo de la fuerza en el caso que se intentara enviar sobre Petrogrado contingentes hostiles.

Llegado en la víspera desde el frente, Stankievich, principal comisario del cuartel general, para no quedar completamente desocupado en el reino de la pasividad y la parálisis, emprendió por la mañana, a la cabeza de una mitad de compañía de junkers de ingenieros, la tarea de evacuar la central telefónica ocupada por los bolcheviques. Los junkers, en esta ocasión, supieron por primera vez en qué manos se encontraba la central. "Y bien [dirá apretando los dientes el oficial Sinegub], de ellos pueden aprender energía y capacidad de dirección". Los marinos que ocupaban la central telefónica habrían podido, sin dificultad, exterminar a los junkers disparando por las ventanas. Pero los insurgentes hicieron todos los esfuerzos para evitar una efusión de sangre. De su lado, Stankievich ordenó severamente no abrir el fuego: de otro modo, los junkers serían acusados de haber tirado sobre el pueblo. El oficial que conduce las fuerzas se dice: "Pero, desde el momento que hayamos restablecido el orden, ¿quién podrá decir una palabra?" Y termina sus reflexiones exclamando: "¡Malditos comediantes!" Es la fórmula que

caracterizaba la actitud del cuerpo de oficiales hacia el gobierno. Por su propia iniciativa, Sinegub envía a buscar al Palacio de Invierno granadas y municiones. Entre tanto, el teniente monárquico mantiene, ante la gran puerta de la central, un debate político con el subteniente bolchevique: como los héroes de Homero, se cubrían el uno al otro de invectivas antes del combate. Tomadas entre dos fuegos, que no son por ahora sino los de la elocuencia, las señoritas telefonistas se abandonan a sus nervios. Los marinos las envían a sus hogares. "¿Qué?.., ¡son mujeres!.." Ellas se precipitan a la calle en medio de gritos histéricos. "La calle Morskaia, desierta [cuenta Sinegub], fue súbitamente inundada de fugitivas, saltitos adornados y pequeños sombreros". Los marinos se arreglaron como pudieron para hacer uso de los aparatos telefónicos. Al patio de la central llegó en seguida un auto blindado tripulado por rojos, que no hicieron daño a los espantados junkers. Estos, por su lado, pusieron dos camiones ante la puerta de la central. Por la Nevski apareció un segundo auto blindado, luego un tercero. Todo se redujo a maniobras y a tentativas recíprocas de intimidación. La lucha por la posesión de la central se resolvió sin hacer uso de la pólvora: Stankievich levantó el sitio, bajo la condición de retirarse libremente con sus junkers.

Las armas no son por ahora más que un signo exterior de la fuerza: casi no se las emplea. En ruta hacia el Palacio de Invierno, la semicompañía de Stankievich se enfrenta con un destacamento de marinos dispuestos a tirar. Los adversarios se miden con la mirada. Ni de un lado ni del otro se tienen deseos de batirse: de un lado porque se está seguro de su fuerza, del otro porque sienten su debilidad. Pero allí donde la ocasión se presenta, los insurgentes, sobre todo los obreros, se apresuran a desarmar al enemigo. La segunda semicompañía de los mismos junkers de Leningrado, rodeada por guardias rojos y soldados, es desarmada por ellos con la ayuda de los autos blindados y hecha prisionera. Sin embargo, tampoco allí hubo combate: los junkers no opusieron resistencia. "Así terminó [de acuerdo al testimonio del iniciador] la única tentativa de resistencia activa a los bolcheviques que yo conozco". Stankievich tenía en vista las operaciones fuera del radio del Palacio de Invierno.

Hacia el mediodía, las calles, en los alrededores del Palacio Marinsky, son ocupadas por tropas del Comité Militar Revolucionario. Los miembros del parlamento recién comenzaban su sesión. El buró intentó obtener las últimas informaciones: una brusca depresión cuando se supo que las comunicaciones telefónicas estaban cortadas. El consejo de decanos se preguntaba qué hacer. Los diputados murmuraban en los rincones. Avksentiev llevaba consuelos: Kerensky ha partido para el frente, pronto regresará y se arreglará todo. Ante la gran puerta se detuvo un auto blindado. Soldados del regimiento lituano y del Keksholmsky y marinos de la guardia entraron en el edificio, se alinearon a lo largo de la escalinata, ocuparon la primera sala. El jefe del destacamento invitó a los diputados a abandonar inmediatamente el palacio. "La impresión fue anonadadora", cuenta Nabokov. Los miembros del Preparlamento decidieron separarse, "interrumpiendo provisoriamente su actividad". Contra la sumisión a la violencia, hubo 48 votos de derecha: éstos sabían que estaban en minoría. Los diputados descendieron pacíficamente la magnífica escalera entre dos hileras de fusiles. Testigos oculares afirman: "No hubo nada de dramático en todo esto". "Siempre las mismas fisonomías estúpidas, obtusas, malévolas", escribe el patriota liberal Nobokov, hablando de los soldados y marinos rusos. Abajo, en la entrada, los jefes de los destacamentos examinaban los documentos y dejaban salir a todo el mundo. "Se esperaban una selección de los miembros del Preparlamento y arrestos [dice Miliukov, que salió entre los últimos], pero el estado mayor revolucionario tenía otras preocupaciones". No era solamente esa causa: el estado mayor revolucionario tenía poca experiencia. La orden decía: detener, si se los encuentra, a los miembros del gobierno. Pero no se los encontró. Los miembros del Preparlamento

fueron liberados sin dificultades y, entre ellos, los que llegaron a ser muy pronto organizadores de la guerra civil.

El híbrido parlamento, cuya existencia concluyó doce horas antes que la del gobierno provisional, había vivido dieciocho días: el intervalo entre el momento en que los bolcheviques salieron del Palacio Marinsky a la calle y la invasión de ese palacio por la calle armada. De todas las parodias de representación en que la historia es tan rica, el *Consejo de la República de Rusia* era quizás la más extravagante.

Dejando el nefasto edificio, el octubrista Schidlovsky fue a caminar por la ciudad para observar los combates: estos señores esperaban que el pueblo se levantaría para defenderlos. Pero ninguna refriega tuvo lugar. Por el contrario, según Schidlovsky, el público en las calles (el público selecto de la Perspectiva Nevsky) reía a carcajadas. "¿Sabía usted?: ¡los bolcheviques han tomado el poder! Tendrán para tres días a lo sumo. ¡Ja, ja, ja!" Schidlovsky decidió permanecer en la capital "durante el tiempo que el rumor público atribuía al reino de los bolcheviques". Se sabe que los tres días se prolongaron bastante tiempo.

El público de la Nevsky no comenzó a aparecer, por otra parte, sino hacia las últimas horas de la tarde. Por la mañana, la alarma era tan grande que en los barrios burgueses pocas gentes osaban mostrarse en la calle. A las nueve de la mañana el periodista Knijnik corrió a buscar periódicos a la Perspectiva Kamenno-Ostrovsky, pero no encontró vendedores de diario. En un pequeño grupo de transeúntes, se contaba que durante la noche los bolcheviques habían ocupado los teléfonos, los telégrafos y los bancos. Una patrulla de soldados escuchó la conversación y rogó a la gente no difundir rumores. "Aún sin esto, todos estaban extraordinariamente tranquilos". Desfilaban destacamentos de obreros armados. Los tranvías circulaban como de costumbre, es decir, lentamente. "Me sentía agobiado al constatar la escasez de público", escribe Knijnik refiriéndose a la Nevsky. Se servía en los restaurantes, pero preferentemente en las salas posteriores. A mediodía, el cañón que anunciaba la hora tronó como siempre desde lo alto de la Fortaleza de Pedro y Pablo, sólidamente ocupada por los bolcheviques. Los muros y las empalizadas estaban cubiertos de avisos a la población contra toda clase de manifestaciones. Pero ya aparecían otros afiches que anunciaban la victoria de la insurrección. No se había tenido todavía orden de fijarlos y eran distribuidos por automóviles. Las hojas, apenas salidas de las imprentas, llevaban la tinta fresca, como los mismos acontecimientos.

Destacamentos de la guardia roja salieron de sus distritos. El obrero con su fusil, la bayoneta por encima de su gorra o de su casco, el cinturón sobre su abrigo de civil, esta imagen es inseparable del 25 de octubre. Fue con circunspección y aún sin seguridad que el obrero armado ponía el orden en la capital que había conquistado por su propia cuenta.

La calma de las calles llevaba la tranquilidad a los corazones. Los habitantes empezaron a salir de sus casas. Hacia la tarde se observaba menos inquietud que durante las jornadas precedentes. A decir verdad, en los establecimientos gubernamentales y en los servicios públicos, el trabajo había cesado. Pero numerosos comercios permanecían abiertos; algunos cerraban, más por prudencia que por necesidad. La insurrección. ¿Es así que se insurge?, es simplemente la guardia de febrero que es relevada por la de octubre.

En la noche, la Nevsky estaba más que nunca repleta de público que asignaba a los bolcheviques tres días de existencia. Los soldados del regimiento Pávlovsky, aunque sus puestos estuviesen fortificados por autos blindados y aún con un cañón antiaéreo, ya no inspiraban ningún temor. Es verdad que algo serio debía pasar cerca del Palacio de Invierno y que no se tenía acceso por ese lado. Pero quizás la insurrección no estuviese toda concentrada en la plaza del palacio. Un periodista norteamericano observa a algunos ancianos. vestidos de opulentas pieles, que tendían un puño enguantado a los soldados

del regimiento Pávlovsky, y mujeres elegantes que los cubrían de injurias. “Los soldados replicaban débilmente, con sonrisas confusas”. Se sentían evidentemente incómodos en la lujosa Perspectiva Nevsky, que se llamaría más tarde, pero no todavía, “Perspectiva 25 de Octubre”.

Claude Anet, oficioso periodista francés en Petrogrado, se asombraba sinceramente: estos rusos incoherentes hacen una revolución de un modo no previsto en los viejos libros. “¡La ciudad está en calma!” Anet se informa por teléfono, recibe visitas, sale de su casa. Los soldados que le cortan el paso sobre la Moika marchan en buen orden, “como en el viejo régimen”. Sobre la Milionnaia, numerosas patrullas. Ni un disparo de fusil. La inmensa plaza del Palacio de Invierno, a esta hora del mediodía, está aún casi desierta. Patrullas sobre la Morskaia y la Nevsky. Los soldados tienen aire marcial y un aspecto irreprochable. Al primer golpe de vista, parece indudable que se trata de tropas del gobierno. Sobre la plaza del Palacio Marinsky, desde donde Anet pensaba entrar al parlamento, es detenido por soldados y marinos, “a decir verdad, muy corteses”. Dos calles de acceso al palacio son bloqueadas con automóviles y carros. También en este lugar hay autos blindados. Todas estas fuerzas están a las órdenes del Smolny. El Comité Militar Revolucionario ha enviado por toda la ciudad patrullas, ha colocado puestos de guardia, ha disuelto el parlamento, es el dueño de la capital y ha establecido un orden “que no se había visto nunca desde el comienzo de la revolución”. En la noche, la portera informa a los inquilinos franceses que el estado mayor de los sóviets ha comunicado los números de teléfono que pueden servir, a toda hora, para pedir el socorro de la fuerza armada en caso de ataque o de allanamiento dudoso. “En verdad, nunca estuvimos mejor protegidos”. A las 2.35 de la tarde (los periodistas franceses miraban su reloj, los rusos carecían de tiempo) la sesión extraordinaria del sóviet de Petrogrado se abrió con un informe de Trotsky, que en nombre del Comité Militar Revolucionario declaró que el gobierno provisional había dejado de existir. “Se nos había dicho que la insurrección ahogaría la revolución en torrentes de sangre... No tenemos conocimiento de una sola víctima”. No hay ejemplos en la historia de un movimiento revolucionario en el que estuviesen comprometidas masas tan formidables y que hubiera sido tan poco sangriento. “El Palacio de Invierno no está aún tomado, pero su suerte será sellada dentro de pocos momentos”. Las doce horas que siguen mostrarían que esta predicción era demasiado optimista.

Trotsky comunica: desde el frente se han puesto en marcha tropas contra Petrogrado; es indispensable enviar inmediatamente comisarios del sóviet al frente y en todo el país para informar sobre la insurrección realizada. De una derecha poco numerosa parten exclamaciones: “Usted se anticipa a la voluntad del congreso de los sóviets”. El informante responde: “La voluntad del congreso está determinada de antemano por el hecho formidable del levantamiento de los obreros y soldados de Petrogrado. Ahora no nos resta más que extender nuestra victoria”.

Lenin, que aparecía allí por primera vez en público desde que había salido de su refugio, trazó brevemente el programa de la revolución: aplastar el antiguo aparato del estado; crear un nuevo sistema de gobierno por medio de los sóviets; tomar medidas para terminar inmediatamente la guerra, apoyándose sobre el movimiento revolucionario de otros países; abolir la propiedad de los nobles y conquistar así la confianza de los campesinos; instituir el control obrero sobre la producción. “La tercera revolución rusa debe, en fin, llevar a la victoria del socialismo”.

La toma del Palacio de Invierno

Kerensky acogió a Stankievich, que venía del frente con informes, en un estado de exaltación: acababa de llegar del consejo de la república, donde había denunciado definitivamente la insurrección de los bolcheviques. "¿Una insurrección?" "Pero, cómo, ¿no sabe usted que tenemos una insurrección armada?" Stankievich se lanzó a reír: "Vamos, las calles están absolutamente tranquilas; ¿es así cómo se presenta una verdadera insurrección? Sin embargo, es preciso de todos modos terminar con estas perpetuas sacudidas". En este punto, Kerensky se mostró completamente de acuerdo: esperaba tan sólo la resolución del Preparlamento.

A las nueve de la noche, el gobierno se reunió en la Sala de las Malaquitas del Palacio de Invierno para elegir los medios de una "liquidación resuelta y definitiva" de los bolcheviques. Enviado al Palacio Marinsky para acelerar el asunto, Stankievich informó con indignación que acababa de ser votada una mitigada fórmula de confianza. Pero la lucha contra la insurrección, de acuerdo a la resolución del Preparlamento, debía ser confiada a un comité especial de salvación pública, no al gobierno. Cediendo a un primer impulso, Kerensky declaró que en tales condiciones, "no permanecería ni un minuto a la cabeza del gobierno". Los líderes conciliadores fueron llamados inmediatamente por teléfono al palacio. La posibilidad de la dimisión de Kerensky les dejó tan estupefactos como a Kerensky la resolución que ellos habían adoptado. Avksentiev deseaba justificarse: ellos habían considerado, en suma, la resolución como "puramente teórica y fortuita y no pensaban que pudiera tener efectos prácticos". Es claro, ahora comprendían ellos mismos que la resolución "quizás no había sido muy bien redactada". Estas gentes no perdían ninguna ocasión de mostrar lo que valían.

La conferencia nocturna de los líderes democráticos con el jefe del estado se destaca inverosímil sobre el fondo de la insurrección en ascenso. Dan, uno de los principales sepultureros del régimen de febrero, exigía que el gobierno inmediatamente, esa noche misma, hiciera empapelar la ciudad de carteles, anunciando haber propuesto a los Aliados la celebración de negociaciones de paz. Kerensky respondió que el gobierno no tenía necesidad de semejantes consejos. Es de creer que hubiera preferido una buena y sólida decisión. Pero Dan no estaba en condiciones de ofrecérselas. Kerensky, como es lógico, se esforzaba por hacer recaer sobre sus interlocutores la responsabilidad de la insurrección en marcha. Dan replicaba que el gobierno exageraba los acontecimientos, bajo la influencia de su "estado mayor reaccionario". No era preciso, de todos modos, renunciar: bastaba con adoptar la resolución aconsejada, por desagradable que fuese, para cambiar el estado de espíritu de las masas. "Al día siguiente mismo", los bolcheviques se verían obligados a disolver su estado mayor si el gobierno hacía suyas las sugestiones de Dan. "Justamente en esos momentos [explica Kerensky con legítima ironía] la guardia roja ocupaba uno tras otro los edificios gubernamentales".

Aún no había concluido la tan sabrosa explicación con los amigos de izquierda, cuando Kerensky recibía a sus amigos de derecha, encarnados en una delegación del sóviet de las tropas cosacas. Los oficiales actuaban como si pudiesen disponer de los tres regimientos de cosacos de guarnición en Petrogrado, y planteaban a Kerensky condiciones diametralmente opuestas a las de Dan: ninguna concesión a los sóviets; esta vez debe llevarse hasta el final la represión contra los bolcheviques, no como en julio, en que se sacrificó inútilmente a los cosacos. Kerensky, quien, personalmente, tampoco deseaba otra cosa, prometió cuanto de él se pedía, y alegó razones de prudencia para

excusarse de no haber hecho arrestar todavía a Trotsky en su carácter de presidente del sóviet de Petrogrado. Desde el estado mayor, se cursa inmediatamente una orden a los regimientos cosacos: "En nombre de la libertad, del honor y de la gloria de la tierra materna, marchad en ayuda del comité ejecutivo central, del gobierno provisional y de la salvación de Rusia en peligro". Este gobierno presuntuoso, que con tanto celo había mantenido su independencia ante el comité ejecutivo central, se veía forzado a disimularse vergonzosamente tras este último cuando se presentaban las situaciones de peligro. También se remiten órdenes suplicantes a las escuelas de cadetes (junkers) de Petrogrado y los alrededores. Se ordena a los ferrocarriles: "Las formaciones de tropas que avanzan del frente hacia Petrogrado serán conducidas sin la menor dilación y, en caso necesario, se suspenderá el movimiento de los trenes de pasajeros".

Cuando el gobierno llevó a cabo todo lo que se hallaba a su alcance disponer, sus integrantes se separaron, y entre la una y las dos de la madrugada sólo Kerensky permanecía en palacio con su adjunto Konóvalov, comerciante liberal de Moscú. Llegó entonces el comandante de la región, Polkóvnikov, para proponerle que, con la ayuda de tropas fieles, se organizase inmediatamente una expedición contra el Smolny. Kerensky no vaciló en adoptar un plan tan maravilloso. Pero de las propias palabras del jefe de la región surgía que era imposible colegir sobre qué fuerzas éste pensaba apoyarse. Únicamente entonces (reconoce Kerensky) el jefe del gobierno se percató de que los informes de Polkóvnikov, quien desde hacía diez o doce días afirmaba estar enteramente listo para trabarse en lucha contra los bolcheviques, "carecían de toda base real". Como si Kerensky, para apreciar la situación política y militar, no hubiese dispuesto de más referencias que los informes burocráticos de un mediocre coronel colocado por no se sabe qué circunstancias al frente de la región. Mientras el jefe de gobierno se entregaba a melancólicas reflexiones, el comisario del *gradonochalstvo* (prefectura de policía de la ciudad), Rogovsky, suministró una serie de informaciones: acababan de entrar en el Nevá varios navíos de la flota del Báltico, listos para el combate; algunos de ellos, remontando el río, habían ocupado el Puente Nicolás; destacamentos de insurgentes avanzaban hacia el puente del palacio. Rogovsky le señaló especialmente a Kerensky que los "bolcheviques ejecutaban todo su plan en el orden más perfecto, sin encontrar en parte alguna resistencia de las tropas gubernamentales". ¿A qué tropas había que considerar como gubernamentales? La conversación, en todo caso, no lo indicaba con claridad.

Kerensky y Konóvalov abandonaron precipitadamente el palacio, rumbo al estado mayor: "No hay un minuto que perder". El imponente edificio rojo del estado mayor hormigueaba de oficiales. No llegaban por asuntos de sus tropas, sino ocultándose de ellas. "Entre esta multitud de militares iban y venían por todas partes civiles a quienes nadie conocía". Un nuevo informe de Polkóvnikov convenció definitivamente a Kerensky de que no era posible contar ni con el comandante de la región ni con sus oficiales. El jefe del gobierno decide reunir personalmente en torno suyo a "todos aquellos que permanecen fieles a su deber". Recuerda de súbito que es un hombre de partido (como en las angustias de la agonía hay quienes se acuerdan de la Iglesia) y pide telefónicamente el inmediato envío de compañías de combate socialrevolucionarias. Sin embargo, aún antes de que este recurso inesperado a las fuerzas armadas del partido socialrevolucionario pudiese surtir efectos (si verdaderamente ello era posible), fue necesario, según palabras de Miliukov, "separar de Kerensky a todos los elementos situados más a la derecha, quienes ya lo consideraban con hostilidad". El aislamiento de Kerensky, ya manifiesto cuando las jornadas de la sedición korniloviana, adquiría ahora rasgos todavía más mortales. "Las largas horas de aquella noche se prolongaban dolorosamente", dice Kerensky, repitiendo una frase ya pronunciada en agosto.

Los refuerzos no llegaron de ningún lado. Los cosacos celebraban reuniones, los representantes de los regimientos decían, en suma, que era posible marchar (¿por qué no?), mas, para ello se precisaban ametralladoras, autos blindados, y, sobre todo, infantería. Kerensky, sin vacilación, les prometió los autos blindados (que se preparaban a abandonarlo) y la infantería (de la que carecía). Se le dijo como respuesta que los regimientos discutirían inmediatamente todos estos asuntos y "comenzarían a ensillar sus caballos". Las fuerzas de combate de los socialrevolucionarios no daban el menor signo de vida. ¿Existían a esa altura? ¿Dónde se encuentra, en términos generales, el límite entre lo real y lo espectacular? Los oficiales reunidos en el estado mayor iban adoptando una actitud cada vez más provocativa ante el generalísimo y jefe del gobierno. Kerensky afirma, incluso, que se habló entre ellos de la necesidad de arrestarlo. Nadie guardaba, como anteriormente, el edificio del estado mayor. Las conferencias oficiales se celebraban ante terceras personas, salpicadas de palabras vehementes. Desde el estado mayor un sentimiento de postración se contagiaba al Palacio de Invierno. Los junkers estaban enervados; reinaba desasosiego entre las dotaciones de los autos blindados. Ningún apoyo venía desde abajo y los de arriba habían perdido el seso. ¿Era posible, en tales condiciones, escapar a la derrota?

A las cinco de la madrugada, Kerensky convocó al estado mayor al director del ministerio de la guerra. En las proximidades del Puente Troisky, el general Manikovsky fue detenido por las patrullas y enviado al cuartel del regimiento Pávlovsky; pero de allí lo dejaron irse, tras una breve explicación: hay que pensar que el general les demostró que su arresto podía demoler todo el mecanismo administrativo y suscitar complicaciones a los soldados del frente. Más o menos a la misma hora, detenían frente al Palacio de Invierno al automóvil de Stankievich, y es de señalarse que también el comité del regimiento lo dejó en libertad. "Aunque insurgentes [relata el detenido], actuaban con muy poca seguridad. Desde mi domicilio, telefoneé al Palacio de Invierno para narrar el incidente; pero me tranquilizaron, afirmando que había habido un malentendido". A decir verdad, el malentendido consistía en haber dejado en libertad a Stankievich: como el lector ya sabe, éste intentaría, horas más tarde, desalojar a los bolcheviques de la central telefónica.

Kerensky reclamó del cuartel general de Mohilev y del estado mayor del frente norte, instalado en Pskov, el envío inmediato de regimientos fieles. Desde el cuartel general, Dujonin aseguró por hilo directo que se habían adoptado todas las medidas necesarias para hacer marchar tropas sobre Petrogrado, y que ya tenían que haber comenzado a llegar algunos de los contingentes. Pero los contingentes no llegaban. Los cosacos seguían "ensillando sus caballos". La situación en la ciudad empeoraba de hora en hora. Cuando Kerensky y Konoválov volvieron al palacio para respirar un poco, una estafeta les entregó una noticia urgente: las comunicaciones telefónicas del palacio estaban cortadas. El puente del palacio, bajo las ventanas de Kerensky, había sido ocupado por piquetes de marineros. La plaza que se extiende ante el Palacio de Invierno continuaba abierta; "ni rastros de los cosacos". Kerensky retornó apresuradamente hacia el estado mayor. Tampoco aquí son reconfortantes las noticias. Los junkers están muy agitados, pues han recibido de los bolcheviques el ultimátum de evacuar el palacio. Los automóviles blindados no están en condiciones de funcionamiento: harto intempestivamente se ha descubierto "la pérdida" de piezas esenciales. No hay todavía noticias de los contingentes que deben venir desde el frente. Las cercanías del palacio y las del estado mayor no se encuentran ya custodiadas: si los bolcheviques no han irrumpido todavía es porque están mal informados. El edificio, que antes de medianoche rebosaba de oficiales, ahora se vacía rápidamente: es un sálvese quien pueda. Llega una

delegación de los junkers: están listos a cumplir con su deber hasta el fin, "si al menos existe la esperanza de recibir refuerzos". Pero refuerzos, justamente, es lo que falta.

Con toda urgencia, Kerensky convoca a los ministros al estado mayor. La mayoría de ellos carecía a esa altura de automóviles: los bolcheviques habían confiscado estos importantes medios de comunicación, que imprimen un nuevo ritmo a las insurrecciones modernas, o efectivos de insurgentes los habían colocado fuera del alcance de los ministros. El primero en llegar fue Kischkin, a quien se unió poco después Maliantovich. ¿Qué podía intentar el jefe del gobierno? Lanzarse al encuentro de los auxilios procedentes del frente, para conducirlos a través de todos los obstáculos: nadie pudo proponer nada mejor.

Kerensky pide que le envíen "su maravilloso automóvil de ruta descubierto". Pero aquí, en la concatenación de los hechos, se introduce un nuevo factor, testimonio de la indisoluble solidaridad que unía a los gobiernos de la *Entente*, en los éxitos tanto como en los reveses. "Ignoro de qué modo las embajadas aliadas tuvieron conocimiento de mi partida". Los representantes de Gran Bretaña y de Estados Unidos expresaron inmediatamente el deseo de que el jefe del gobierno, al huir de la capital, "llevara sobre su automóvil la bandera norteamericana". Kerensky, personalmente, consideró que la propuesta era inútil y aún embarazosa; pero la aceptó como expresión de la solidaridad de los Aliados.

El embajador de Estados Unidos, David Francis, suministra otra versión, menos parecida a un cuento de Navidad. Tras el automóvil norteamericano habría marchado, siguiéndolo hasta la embajada, otro automóvil ocupado por un oficial ruso, quien pidió se cediera a Kerensky el vehículo diplomático para permitirle viajar en dirección al frente. Los funcionarios de la embajada se consultaron y llegaron a la conclusión de que como el automóvil ya estaba de hecho "secuestrado" (lo que no era cierto del todo), no quedaba otro remedio que someterse a la fuerza. El oficial ruso habría desoído las supuestas protestas de los señores diplomáticos, negándose a quitar el banderín del coche norteamericano. ¿A qué sorprendernos? De ese modo aseguraba la inmunidad del vehículo. Francis aprobó la conducta de los funcionarios de la embajada, pero les rogó "no comentarlo con nadie".

Si confrontamos ambos testimonios, que con distintas inclinaciones participan de un común fondo de verdad, el asunto adquiere suficiente nitidez: no fueron los Aliados, por supuesto, quienes impusieron un automóvil a Kerensky, sino este último quien lo solicitó; pero como los diplomáticos debían pagar tributo a la hipocresía de la no intervención en los asuntos internos, se convino que el automóvil había sido "secuestrado" y que la embajada "había protestado" contra un empleo abusivo del banderín. Resuelto tan delicado problema, Kerensky se ubicó en su propio automóvil; el coche norteamericano partió escoltándolo, como una reserva. Inútil decir (añade después Kerensky) que "todos en la calle, transeúntes y soldados, me reconocieron inmediatamente. Los saludé como siempre, con cierto abandono y una sonrisa ligera". Incomparable imagen: con abandono y una sonrisa ligera, el régimen de febrero se hundía en el reino de las tinieblas. Todas las entradas de la ciudad estaban cubiertas de cuerpos de guardia y de patrullas de obreros armados. Al ver marchar esos automóviles a toda velocidad, los guardias rojos se lanzaron a la calzada, más no se decidieron a hacer fuego. No se tiraba todavía sino en casos excepcionales. Quizás el banderín norteamericano influyó en esto. Los coches se perdieron sin encontrar obstáculos.

"¿Pero no hay en Petrogrado tropas dispuestas a defender al gobierno provisional?", se preguntaba estupefacto Maliantovich, quien había vivido hasta ese momento bajo el imperio de las verdades jurídicas eternas. "Qué sé yo [dijo Konóvalov, levantando los brazos]. El asunto marcha mal", añadió." ¿Qué tropas avanzan?",

interrogó insidiosamente Maliantovich. "Creo que un batallón de motociclistas". Los ministros suspiraban. Unos doscientos mil soldados eran guarnición de Petrogrado y sus alrededores. Marchan muy mal los asuntos del régimen si el jefe de gobierno se ve obligado a huir precipitadamente para encontrar un batallón de motociclistas, ¡con un banderín norteamericano a sus espaldas!

Más hubieran suspirado los ministros de saber que el 3er batallón de motociclistas, enviado desde el frente, se había detenido por propia iniciativa en la Estación Peredolskaia e interrogado telegráficamente al sóviet de Petrogrado con qué fin se lo llamaba, exactamente. El Comité Militar Revolucionario envió saludos fraternales al batallón y lo invitó a que mandase de inmediato sus representantes. Las autoridades buscaban, sin encontrarlos, a los motociclistas, cuyos delegados acababan de llegar ese mismo día al Smolny.

Según cálculos previos, se contaba con ocupar el Palado de Invierno en la noche del 24 al 25, simultáneamente con los restantes puestos de mando de la capital. El día 23 se había constituido un triunvirato para dirigir la toma del palacio, cuyas principales figuras eran Podvoisky y Antónov. Sadovsky, oficial de ingenieros, ocupaba el tercer puesto; pero lo abandonó en seguida, al reclamárselo así los problemas de la guarnición. Fue reemplazado por Chudnovsky, que había llegado en mayo con Trotsky y de un campo de concentración de Canadá, tras lo cual, como soldado, había estado tres meses en el frente. Lashévich, viejo bolchevique con grado de suboficial, asumió la dirección inmediata de las operaciones. Tres años más tarde, Sadovsky recordaba cómo Podvoisky y Chudnovsky, encerrados en su pequeño cuarto del Smolny, discutían furiosamente frente al mapa de Petrogrado sobre el mejor plan de acción contra el palacio. Se decidió, por último, rodear el distrito del Palacio de Invierno con una sólida línea elíptica cuyo eje principal lo constituía la margen del Nevá. Del lado del río, cerraban el círculo la Fortaleza de Pedro y Pablo, el *Aurora* y otros navíos procedentes de Cronstadt y de la flota de guerra en operaciones. Para prevenir o paralizar tentativas a retaguardia de los cosacos o de los junkers, se resolvió establecer poderosísimas fuerzas de protección, compuestas de destacamentos revolucionarios.

El plan, en su conjunto, era excesivamente minucioso y complicado para el fin al que se lo destinaba. Los plazos fijados para los preparativos resultaron insuficientes. A cada instante, como sucede siempre, se ponían en evidencia pequeños errores de ejecución y cálculos equivocados. Aquí, la dirección indicada es inexacta; allá, el dirigente actúa con atraso, por haber descifrado mal las instrucciones; más allá, se aguardaba la señal de un auto blindado. Hacer salir los contingentes de tropa, combinarlos con los guardias rojos, ocupar los sectores de combate, asegurar las vinculaciones con el estado mayor: para todo ello se precisaba más tiempo que el que habían supuesto los militares que discutían sobre el mapa de Petrogrado.

Cuando hacia las diez de la mañana, el Comité Militar Revolucionario declaró que el gobierno había sido derrocado, ni siquiera para los dirigentes inmediatos de la operación resultaba evidente la magnitud del atraso. Podvoisky había prometido la caída del Palacio de Invierno, "a más tardar, para mediodía". Hasta ese momento, todo marchaba tan bien en la línea de operaciones militares, que nadie tenía motivos para poner en duda ese resultado. Pero hacia mediodía se descubrió que los sitiadores aún no habían ocupado íntegramente posiciones, que todavía no habían llegado los hombres de Cronstadt y que, entre tanto, la defensa del palacio se había reforzado. Como casi siempre ocurre, la pérdida de tiempo obligaba a nuevas dilaciones. Bajo fuerte presión del comité, se fijó para las 3 de la tarde la toma del palacio y, esta vez, "definitivamente". Fundado en la nueva hora señalada, el informante del Comité Militar Revolucionario expresó la esperanza, durante la sesión matutina del sóviet, de que el Palacio de Invierno iría a caer

de un momento a otro. Pero transcurrió una hora sin que se produjeran novedades. Podvoisky, que también él ardía de impaciencia, aseguró telefónicamente que a las seis de la tarde el palacio estaría ocupado, costara lo que costase. Pero la convicción inicial se había desvanecido. Y así sonaron las seis, sin que nada ocurriese. Exasperados se negaron a seguir estableciendo plazos. Esto produjo serias inquietudes. Desde el punto de vista político, se consideraba indispensable que en el momento de inaugurarse el congreso de los sóviets toda la capital se encontrara en manos del Comité Militar Revolucionario: así se simplificaba la lucha contra la oposición en el congreso, al colocársela ante el hecho consumado. Pero ya había pasado la hora fijada para la inauguración del congreso, y también se había vencido el término de prórroga: el Palacio de Invierno seguía en las mismas manos. Durante doce horas, por lo menos, la prolongación del sitio del palacio se convirtió en el problema capital de la insurrección.

El estado mayor general de operaciones se encontraba en el Smolny, donde Lashévich conducía los hilos. El estado mayor de campaña funcionaba en la Fortaleza de Pedro y Pablo, bajo la responsabilidad de Blagonravov. Existían tres estados mayores subordinados: uno en el *Aurora*, otro en los cuarteles del regimiento Pávlovsky y el tercero en los cuarteles de las tripulaciones de la flota. Sobre el campo de acción, los jefes eran Podvoisky y Antónov, quienes, aparentemente, no tenían una clara idea de subordinación recíproca.

En la sede del estado mayor general también tres hombres se inclinaban sobre el mapa: el coronel Polkovnikov, comandante de la región; el general Bagratuni, jefe del estado mayor, y el general Alexéiev, que había sido invitado a la conferencia como la más alta autoridad. Pese a tan calificada dirección, los planes de la defensa eran infinitamente menos claros que los de los atacantes. Los inexpertos mariscales de la insurrección ignoraban, es cierto, cómo concentrar con rapidez sus tropas y dar el golpe en el tiempo requerido. Pero las tropas estaban. Los mariscales de la defensa, en vez de tropas, sólo tenían vagas esperanzas: quizás los cosacos se recobren; quizás se encuentren contingentes fieles entre las guarniciones vecinas; quizás Kerensky traiga tropas del frente. El estado de ánimo de Polkovnikov se manifiesta en el telegrama que envió durante la noche, al cuartel general: consideraba que se había perdido la partida. Aún menos inclinado al optimismo, Alexéiev no tardó en abandonar el barco que se hundía.

Los delegados de las escuelas de junkers fueron llamados al estado mayor, donde se intentó levantarles la moral, asegurándoles que estaban a punto de llegar tropas procedentes de Gátchina, de Tsárskoye Seló y del frente. Nadie creyó, sin embargo, en tan confusas promesas. Por las escuelas militares se expandían rumores que sembraban el desánimo: "El pánico reina en el estado mayor, nadie hace nada de nada". Era absolutamente exacto. Los oficiales cosacos que se hicieron presentes en el estado mayor, proponiendo apoderarse de los autos blindados guardados en el picadero Mijailovsky, encontraron a Polkovnikov sentado sobre el marco de una ventana, presa de completo abatimiento. ¿Ocupar el picadero? "Háganlo; yo no tengo a nadie, no puedo hacer nada solo".

Mientras tenía lugar una perezosa movilización de las escuelas para la defensa del Palacio de Invierno, los ministros llegaban en coche para sesionar. La plaza ante el palacio y las calles adyacentes no habían sido ocupadas aún por los insurgentes. En la esquina de la Morskaia y la Nevsky, soldados armados detenían los automóviles que pasaban y hacían descender a sus ocupantes. La multitud se preguntaba si los soldados obedecían al gobierno o al Comité Militar Revolucionario. Los ministros gozaban, por esta vez, las ventajas de su impopularidad: nadie se interesaba en ellos, nadie quizás los reconocía en la calle. Llegaron todos, a excepción de Prokopovich, que fue por azar detenido en un coche, aunque fue liberado en el curso de la jornada.

En el palacio quedaban aún viejos servidores que habían visto muchas cosas, que ya no se asombraban de nada, pero que no se habían repuesto de su temor. Bien vestidos, librea azul con cuello rojo y galones de oro, estos desechos del viejo tiempo mantenían en el suntuoso edificio una atmósfera de orden y solidez. En esta alarmante semana, eran quizás los únicos que podían dar aún a los ministros la ilusión del poder.

Fue recién a las once que el gobierno decidió al fin poner a la cabeza de la defensa a uno de sus miembros. El general Manikovsky, ya al amanecer, había declinado la honrosa tarea que le ofrecía Kerensky. Otro militar que formaba parte del gobierno, el almirante Verderevsky, tenía un estado de espíritu menos belicoso aún. Fue un civil quien debió colocarse al frente de la defensa: Kichkin, ministro de asistencia pública; su nombramiento fue inmediatamente firmado por todos, bajo la forma de un rescripto al senado: estas gentes encontraban tiempo todavía para librarse a sus juegos burocráticos. En revancha, nadie reflexionaba en el hecho de que Kichkin, como miembros del partido kadete, era doblemente odioso a los soldados, tanto en la retaguardia como en el frente. Kichkin, a su vez, escogió como adjuntos a Palchinsky y a Rutenberg. Mandatario de los industriales y protector de las coaliciones patronales, Palchinski se había ganado el odio de los obreros. El ingeniero Rutenberg era ayudante de Sávinkov, a quien el mismo partido universal de los socialrevolucionarios había expulsado de su seno como korniloviano. Sospechoso de traición, Polkornikov fue destituido. Ocupó su lugar el general Bagratuni, que en nada se diferenciaba de él. Aunque el Palacio de Invierno y el estado mayor tenían interrumpidas sus comunicaciones con la ciudad, aún era posible utilizar los hilos directos que vinculaban el palacio con las principales instituciones, en particular con el ministerio de la guerra, desde donde partía otro hilo directo hasta el cuartel general. Verosímilmente, en el apuro, tampoco se habían aislado algunos aparatos de la ciudad. Pero esto nada significaba para el gobierno desde el punto de vista militar, y, en el aspecto moral, más bien empeoraba la situación, porque servía para desvanecer las ilusiones.

Desde la mañana, los jefes de la defensa urgían el envío de refuerzos locales, a la espera de los que llegasen del frente. Había en la ciudad algunos individuos dispuestos a intentar una ayuda. El Dr. Feit, miembro del comité central del partido socialrevolucionario, quien participó de cerca en el asunto, habló años más tarde, en el curso de un proceso, de "la sorprendente, fulgurante modificación del estado de espíritu entre los contingentes militares". Las fuentes más seguras afirmaban que este o aquel regimiento se hallaba dispuesto a salir en defensa del gobierno; pero bastaba entablar comunicación directa telefónica con los cuarteles para que los efectivos, uno tras otro, se negaran redondamente a acudir. "Ya conocéis el resultado [decía el viejo populista]; nadie se puso en movimiento y el Palacio de Invierno fue ocupado". En realidad, no había nada de fulgurante en las modificaciones que experimentará el estado de espíritu de la guarnición. Pero las últimas ilusiones de los partidos gubernamentales se derrumbaban, efectivamente, con estrépito.

Los autos blindados, con los cuales contaban especialmente los del Palacio de Invierno y del estado mayor, se habían dividido en dos grupos: el de los bolcheviques y el de los pacifistas; no había uno solo al lado del gobierno. Camino al Palacio de Invierno, una media compañía de junkers del cuerpo de ingenieros se aproximó a dos autos blindados, con esperanza y con temor al mismo tiempo: ¿amigos o enemigos? Halló que estos últimos mantenían la neutralidad y sólo habían salido para oponerse al choque entre los adversarios. De seis automóviles de combate que poseía el Palacio de Invierno, quedó uno solo para guardar los bienes y los valores del inmueble; los restantes lo habían abandonado. Conforme se afirmaba el éxito de la insurrección, crecía el número de

blindados bolcheviques, mientras se desvanecía el ejército de los neutrales: tal es, en general, la suerte del pacifismo en toda lucha seria.

Se aproximaba el mediodía. La inmensa plaza ante el Palacio de Invierno sigue aún desierta. El gobierno no cuenta con nadie para llenarla. Las tropas del comité no lo ocupan, absorbidas por un programa demasiado complicado. Tropas, destacamentos obreros y autos blindados siguen concentrándose, de acuerdo a un amplio plan de conjunto. El distrito del palacio comenzaba a parecerse a un lugar pestilencial, cuyo perímetro se clausura lo más lejos posible del foco mismo de contagio.

El patio del Palacio de Invierno, que da sobre la plaza, está guarnecido de parapetos de madera, lo mismo que el del Smolny. A izquierda y a derecha se recortan los negros perfiles de los cañones de 75. En ciertos lugares se han puesto los fusiles formando pirámide. La poco numerosa guardia del palacio se concentra sobre el edificio mismo. En el patio y en la planta baja toman posiciones las escuelas de subtenientes de Oraniembaum y de Peterhof, cuyos efectivos están bastante raleados, y una batería de la Escuela de Artillería Constantino, con seis piezas de cañón.

A mediodía llega un batallón de junkers de ingeniería, que ha encontrado la manera de perder media compañía en el camino. El espectáculo que ofrecía el palacio no era el más apropiado para tonificar la moral de los junkers; ya bastante baja, según testimonio de Stankievich. No tardó en comprobarse la falta de aprovisionamiento: nadie se había preocupado de resolver el problema cuando aún era tiempo. Las patrullas del comité interceptaron un camión cargado de pan. Mientras una parte de los junkers montaba guardia, los otros se consumían en la inactividad. La incertidumbre, el hambre..., la falta absoluta de dirección. En la plaza ante el palacio y del lado del muelle aparecieron grupitos de transeúntes, de apariencia pacífica, quienes, sin interrumpir su camino, desarmaban a los centinelas amenazándolos con revólveres.

Entre los junkers se descubría a “agitadores”. ¿Procedían de afuera? No; se trataba evidentemente de perturbadores internos. Consiguieron provocar fermentación entre los alumnos-oficiales de Oraniembaum y de Peterhof. Los comités de esas escuelas organizaron una reunión en la Sala Blanca y exigieron la presencia de un representante del gobierno para que suministrase explicaciones. Llegaron todos los ministros, encabezados por Konóvalov. Se habló durante una hora. Konóvalov fue interrumpido y tuvo que callarse finalmente. El ministro de agricultura, Maslov, hablaba en calidad de viejo revolucionario. Kichkin explicaba a los junkers que el gobierno había decidido mantenerse hasta agotar la última posibilidad. Uno de los junkers, testimonia Stankievich, intentó expresar el propósito de morir por el gobierno, pero “la evidente frialdad de sus camaradas congeló su fervor”. Las arengas de los otros ministros provocaron verdadera irritación; los junkers les cortaban la palabra, lanzaban gritos y, según parece, llegaron a silbar. El de sangre azul explicaba la conducta de la mayoría de los junkers aludiendo a sus bajos orígenes sociales: “Proceden del arroyo, son casi iletrados, bestias ignaras, palurdos”.

Las discusiones entabladas en el palacio sitiado concluyeron no obstante bajo el signo de la conciliación: los junkers aceptaron permanecer cuando se les prometió una dirección activa e informaciones exactas sobre los acontecimientos. El director de la escuela de ingeniería, designado comandante de la defensa, marcaba con lápiz un plano del palacio y escribía sobre él los nombres de los contingentes designados. Se distribuyeron en sectores las fuerzas de las cuales se disponía. La mayoría de los junkers fueron apostados en la planta baja, con la misión de tirar desde las ventanas sobre la plaza. Pero se les prohibió abrir fuego en primer término. El batallón de la escuela de ingeniería protegía, desde el patio, a los artilleros. Se organizaban escuadras para tareas de barricada. Se formó un equipo de enlace con cuatro hombres por cada contingente. La batería de

artillería quedó encargada de defender la puerta principal en caso de avance enemigo. Se construyeron fortificaciones de madera para defender aquella puerta y el patio. Los puestos de guardia se sintieron reanimados.

En sus primeras fases, hasta que se constituyen y foguean los ejércitos regulares, la guerra civil es una guerra de nervios puestos al rojo. Al registrarse un ligero aumento en la actividad de los junkers, quienes comenzaron a barrer la plaza parapetados en sus barricadas, el campo de los sitiadores sobreestimó enormemente las fuerzas y los medios de la defensa. A pesar del descontento de los guardias rojos y de los soldados, los dirigentes decidieron diferir el asalto hasta la concentración de las reservas; se aguardaba, sobre todo, la llegada de los marineros de Cronstadt.

La demora de algunas horas que se produjo entonces suministró a los sitiados algunos débiles refuerzos. Cuando Kerensky hubo prometido a una delegación de cosacos suministrarles infantería, se reunieron para deliberar el sóviet de las tropas cosacas, los comités de regimientos y las asambleas generales de regimiento. Decisión: dos "sotnias" y un contingente de ametralladoristas del regimiento del Ural, llegados en julio, desde el frente, para aplastar a los bolcheviques, se presentarían inmediatamente al Palacio de Invierno; los otros sólo marcharían una vez cumplidas las promesas formuladas, es decir, sólo cuando hubiesen aparecido los refuerzos de infantería. Pero ni siquiera con las dos sotnias dejó de haber fricciones. Entre los cosacos, los elementos jóvenes se resistían; los "viejos" llegaron a encerrarlos en la cuadra, para que no les impidiesen vestir sus uniformes de campaña. Sólo en el crepúsculo, cuando ya nadie los esperaba, se presentaron en el palacio los uralianos barbudos. Se los recibió como a salvadores. Pero tenían un aire taciturno. No estaban acostumbrados a hacer la guerra en los palacios. Y tampoco se veía muy claramente de qué lado estaba la verdad.

Poco después aparecieron, inesperadamente, cuarenta caballos de San Jorge, mandados por un jefe de escuadrón que tenía una pata de palo. Los inválidos patriotas, como última reserva de la democracia... Pero, así y todo, los ánimos se alegraban. Pronto se les reunió una compañía de choque del batallón femenino. Lo que más tonificaba es que los refuerzos se abrían paso sin necesidad de combatir. Las líneas sitiadoras o no podían o no querían prohibirles el acceso al Palacio de Invierno. La cosa resulta clara: el adversario es débil. "A Dios gracias, esto comienza a tomar color", decían los oficiales, reconfortándose ellos mismos y a los junkers. Los recién llegados fueron asignados a sus puestos de combate, en reemplazo de contingentes que necesitaban descansar. Sin embargo, los hombres del Ural miraban de reojo a los "nenitos" provistos de fusiles. ¿Dónde está, pues, la verdadera infantería?

Los sitiadores perdían evidentemente tiempo. Los de Cronstadt se demoraban, es cierto que sin culpa: se los había llamado demasiado tarde. Tras reuniones nocturnas sumamente animadas, embarcaban al alba en sus navíos: el portaminas *Amur* y el transporte *Iastreb* (El Gavilán) pusieron rumbo directo a Petrogrado. El viejo acorazado *Zaria Svobodi* (Aurora de la Libertad), tras efectuar un desembarco en Oraniembaum, donde se proponía desarmar a los junkers, debía anclar en la boca del canal Moskoi para cubrir con sus fuegos, en caso necesario, la línea férrea del Báltico. Cinco mil marineros y soldados zarparon de la isla de Kotlin para fondear junto a la revolución social. Un oscuro silencio ganaba al cuadro de oficiales: se les obligaba a combatir por una causa que detestaban. El bolchevique Flerovsky, comisario del destacamento, les declaró: "No contamos con vuestra simpatía, pero exigimos que estéis en vuestros puestos... Os ahorraremos pruebas inútiles". Como respuesta, una palabra breve de marino: "¡Entendido!" Todos ocuparon sus puestos y el capitán subió al puente.

En el estuario del Nevá, hurras de alegría: los marineros reciben a sus camaradas. Se escucha la banda del *Aurora*, que evoluciona en medio del río. Antónov recibe a los

que llegan con un breve discurso de bienvenida. “He ahí el Palacio de Invierno... Hay que tomarlo”. En el destacamento de Cronstadt han entrado, de su propia voluntad, los hombres más resueltos, más audaces. Estos marineros de uniforme negro, con sus fusiles y sus cartucheras, marcharían sin desfallecer. El desembarco se produce con toda rapidez sobre el bulevar llamado “de la guardia montada”. Sólo permanece en el navío un equipo de reserva para el combate.

Las fuerzas son ahora más que suficientes. Sólidas líneas sobre la Nevsky; sobre el puente del canal Yekaterininsky y sobre el de la Moika, hay autos blindados y cañones antiaéreos apuntando al Palacio de Invierno. De uno y otro lado del Moika, los obreros colocan ametralladoras al resguardo de parapetos. Un auto blindado vela sobre la Morskaia. Los atacantes ocupan el Nevá y todos los pasajes de la ribera. Chudnovsky y el subteniente Dachkevich reciben orden de enviar regimientos de la guardia y cordones de tropas al Campo de Marte. Blagonravov, desde la fortaleza, debe llegar por el puente y tomar contacto con el cordón del regimiento Pávlovsky. Los hombres llegados a Cronstadt se pondrán en contacto con la fortaleza y con la primera dotación de la flota. Al sonar una descarga de artillería, comenzará el asalto.

Cinco navíos de guerra llegan, mientras tanto, de la flota combatiente del Báltico, un crucero, dos grandes torpedos y dos pequeños. “Por más seguros que nos encontrásemos de triunfar con nuestras propias fuerzas [escribe Flerovsky], el obsequio de la flota combatiente dio a todos un formidable impulso”. Desde las ventanas de la Sala de las Malaquitas, el almirante Verderevsky, probablemente, pudo contemplar la imponente flotilla de los insurrectos, que no sólo dominaba el palacio y sus proximidades, sino también los principales accesos a Petrogrado.

Hacia las cuatro de la tarde, Konóvalov convocó telefónicamente al palacio a los dirigentes políticos próximos al gobierno, los ministros sitiados tenían necesidad, al menos, de apoyo moral. De todos los personajes convocados, sólo se hizo presente Nabokov; los otros prefirieron expresar sus simpatías por teléfono. El ministro Tretiakov se quejaba de Kerensky y de la mala suerte, el jefe del gobierno se había dado a la fuga, dejando a sus colegas indefensos.

¿Pero quizás se reciban refuerzos? Quizás. Pero, ¿por qué no se los ha enviado todavía? Nabokov expresaba sus condolencias, miraba furtivamente a su reloj y se apresuró a decir adiós. Salió en buena hora. Poco después de las seis, las tropas del Comité Militar Revolucionario cercaron estrechamente el palacio, se interrumpió todo pasaje, no sólo para los refuerzos, sino también para los civiles.

Desde el bulevar llamado “de la guardia montada”; desde el muelle del Almirantazgo, la calle Morskaia y la Perspectiva Nevsky; desde el Campo de Marte y la calle Millionnaia; desde el muelle del Palacio de Invierno, la elipse del cerco se apretaba y se hacía impenetrable. Líneas poderosas se extendían por la verja del Palacio de Invierno, ya en poder de los sitiadores; el Arco de Triunfo, entre la plaza del palacio y la calle Morskaia, desde los pequeños canales vecinos al Hermitage y las esquinas del Almirantazgo y de la Nevsky, próximas al palacio. Del otro lado del río, la Fortaleza de Pedro y Pablo fruncía, amenazante, la mirada. Desde el Nevá, el *Aurora* apuntaba con sus piezas de seis pulgadas. Los torpederos patrullaban el Nevá, río arriba y río abajo. En aquellas horas, la insurrección ya aparecía como una maniobra militar de gran estilo.

En la plaza del palacio que los junkers evacuaran tres horas antes, hicieron su aparición varios autos blindados para ocupar todas las entradas y salidas. Aún se leían sus nombres patrióticos sobre las chapas, pero tapados por nuevas denominaciones trazadas rápidamente en rojo. Protegidos por esos monstruos metálicos, los sitiadores ubicados en la plaza sentían multiplicada su confianza. Uno de los carros blindados se aproximó al portal principal del palacio, desarmó a los junkers y se alejó sin impedimentos.

Aunque ya el bloqueo era absoluto, los sitiados mantenían su comunicación con el mundo exterior gracias a los hilos telefónicos. Cierto es que, desde las cinco de la tarde, el local del ministerio de la guerra, a través del cual el Palacio de Invierno se ligaba al cuartel general, había sido ocupado por efectivos del regimiento Keksholmsky. Pero aún después de la toma, un oficial, verosímilmente, se mantuvo varias horas ante el aparato Hughes, en una bohardilla del ministerio que los vencedores no habían tenido idea de inspeccionar. Pero tampoco ahora la vinculación telefónica servía para nada útil. Las respuestas del frente del norte se hacían cada vez más evasivas. Los refuerzos no llegaban. Los misteriosos batallones de motociclistas no revelaban su existencia. El mismo Kerensky parecía haberse desvanecido. Sus amigos de la ciudad se limitaban a expresiones de simpatía, cada vez más lacónicas.

Los ministros se consumían de impaciencia. No tenían nada que decirse ni nada que esperar. Se producían tiranteces entre ellos y cada uno reñía consigo mismo. Algunos permanecían sentados en una especie de sopor; otros iban y venían, con paso automático. Los inclinados a generalizaciones dirigían su vista hacia el pasado, en busca de los culpables. No era difícil de encontrar: ¡la democracia! Ella los había enviado al gobierno, les había impuesto ese enorme peso y, en el instante del peligro, los había dejado sin apoyo. Por una vez, los kadetes se sentían plenamente solidarios con los socialistas: sí, la democracia era la culpable. Cierto es que, al formar una coalición, ambos grupos habían dado las espaldas incluso a la conferencia democrática, tan próxima a ellos porque, al fin de cuentas, la idea básica de la coalición la constituía la independencia respecto de la democracia. Pero eso no importaba: ¿para qué existe la democracia sino para salvar a un gobierno burgués en peligro de muerte? Maslov, ministro de agricultura, socialrevolucionario de derecha, redactó una nota que él mismo calificó de póstuma: se comprometía de modo solemne a no morir sino entre maldiciones a la democracia. Sus colegas recurrieron al teléfono para comunicar vivamente a la duma esta intención fúnebre. La muerte de Maslov, a decir verdad, quedó como proyecto; pero las maldiciones no faltaron por eso.

Había en el piso superior un refectorio, próximo a la sala de los oficiales, donde los lacayos de la corte sirvieron a estos señores "un refrigerio exquisito, con vinos". Así olvidaban, por un instante, tantos desengaños. Los oficiales se entregaban a cómputos de antigüedad, a celosas comparaciones, y recriminaban al nuevo poder por la lentitud de su avance. Las críticas se encarnizaban en Kerensky: ayer, en el Preparlamento, había jurado morir en su puesto; hoy, disfrazado de enfermera, se había dado a la fuga. Ciertos oficiales se esforzaban por demostrar a los miembros del gobierno del absurdo de una resistencia posterior. El enérgico Palchinsky los trató de bolcheviques y hasta intentó hacerlos detener.

Los junkers deseaban saber qué habría de ocurrir, reclamaban respuestas del gobierno que éste era incapaz de suministrar. Mientras se celebraba una nueva conferencia de los junkers con los ministros, llegó Kichkin del estado mayor principal, portador de un ultimátum que, desde la Fortaleza de Pedro y Pablo, un automóvil había hecho llegar al maestre de campo Poradelov; el documento llevaba la firma de Antónov y decía: "Ríndase y desarmen la guarnición del Palacio de Invierno; en caso contrario, la fortaleza y los navíos de guerra abrirán fuego; veinte minutos para reflexionar". El plazo pareció demasiado corto. Poradelov mendigó diez minutos suplementarios. Para los militares que formaban parte del gobierno, Manikovsky y Verderevsky, el asunto era muy simple: desde que no había la menor posibilidad de batirse, era forzoso pensar en rendirse, es decir, aceptar el ultimátum. Pero los ministros civiles seguían inquebrantables. Se decidió, por fin, no contestar el ultimátum y recurrir a la duma municipal como único

organismo legal en Petrogrado. El llamado a la duma fue la última tentativa para despertar la conciencia dormida de la democracia.

Poradelov, como considerara necesario cesar toda resistencia, presentó un informe en que solicitaba su puesta en disponibilidad: “No es seguro que el camino escogido por el gobierno provisional sea el correcto”. Las dudas del general tuvieron solución aún antes de que su renuncia pudiera ser aceptada. A la media hora, un destacamento de guardias rojos, de marineros y de soldados, dirigido por un subteniente del regimiento Pavlosky, ocupaba el estado mayor principal sin encontrar resistencias y ponía bajo arresto al general maestre de campo, completamente desmoralizado. Hablando en rigor, esta ocupación se pudo haber efectuado mucho tiempo antes. Nadie defendía el edificio desde el interior. Pero hasta la aparición de los autos blindados en la plaza, los sitiadores temían que una salida de los junkers del palacio no les fuera a cortar las comunicaciones.

Caído el estado mayor, el Palacio de Invierno se sintió todavía más abandonado. Desde la Sala de las Malaquitas, cuyas ventanas dan sobre el Nevá y que tenía todo el aspecto de pedir un obús del *Aurora*, los ministros se trasladaron a otra de las innumerables salas del palacio, con ventanas al patio. Se extinguieron todas las luces. Sólo una lámpara quedó sobre la mesa, y aún ésa fue protegida con un diario del lado de las ventanas. “¿Qué peligro corre el palacio si el *Aurora* rompe el fuego?”, preguntaban los ministros a sus colegas de la marina. “Será reducido a ruinas”, explicaba, entonado, al almirante, no sin cierto orgullo por la artillería naval. Verderevsky prefería la rendición, y estaba bien dispuesto para aterrorizar a esos cuzcos pekineses que fanfarroneaban tan a destiempo. Pero el *Aurora* no tiraba. También callaba la fortaleza. ¿Quizás los bolcheviques no se resolverían a poner en ejecución sus amenazas?

El general Bagratuni, nombrado en lugar del no bastante enérgico Polkovnikov, juzgó oportuno declarar que renunciaba a seguir asumiendo las obligaciones de comandante de la región militar. Kichkin ordenó su destitución “como indigno”, y se le intimó a abandonar inmediatamente el palacio. Apenas había salido, cuando el excomandante cayó en manos de los marineros, quienes lo enviaron a los cuarteles de la tripulación del Báltico. Las cosas habrían pintado muy mal para el prisionero si Podvoisky, que inspeccionaba los sectores del frente antes de la última ofensiva, no hubiese tomado al desafortunado general bajo su protección.

Desde las calles contiguas y los muelles, fue visible para muchos que el palacio, iluminado hasta ese momento por centenares de lámparas eléctricas, se había hundido bruscamente en las tinieblas. También amigos del gobierno había entre esos observadores. Uno de los compañeros de lucha de Kerensky, Redemeister, anota: “La oscuridad en la que se hundió el Palacio de Invierno presentaba una amenaza enigmática”. Nada hicieron los amigos para revelar el secreto del enigma. Pero también debe reconocerse que no eran muchas sus posibilidades.

Al abrigo de los parapetos de troncos, los junkers observaban con vivísima atención las líneas que evolucionaban en la plaza, y acogían con disparos de fusil y ametralladora cada movimiento ejecutado por el enemigo. Se les respondía con el mismo lenguaje. El tiroteo nocturno era cada vez más animado. Cayeron los primeros muertos y heridos. Las víctimas, sin embargo, se contaban por unidades. En la plaza, en el muelle, sobre la Millionnaia, los sitiadores se adaptaban al lugar, se disimulaban tras los salientes de los edificios, resguardándose en las hondonadas, se apegaban a los muros. En los contingentes de reserva, los soldados y guardias rojos, calentándose en torno a hogueras cuyo humo había empezado a subir al caer la noche, criticaban la lentitud de los dirigentes.

En el palacio, los junkers ocupaban sus puestos en los corredores, sobre la escalera, ante las puertas de entrada, en el patio; los apostados afuera retrocedían hacia el

cerco y contra los muros. Miles de hombres podía abrigar el edificio; pero sólo había algunos centenares. Los locales inmensos fuera de la zona de defensa parecían hundirse en una quietud de muerte. La mayoría de la servidumbre de palacio había huido o estaba escondida. Numerosos oficiales se habían concentrado en el comedor, donde obligaban a los lacayos que no habían podido ocultarse que les sirvieran nuevas baterías de botellas. Esta juerga alcohólica de los oficiales del palacio no podía pasar desapercibida a los junkers, los cosacos, los inválidos, las mujeres del batallón de choque. El desenlace se incubaba, no sólo desde afuera, sino también desde adentro.

Un oficial de la batería llegó de pronto ante el comandante de la defensa para informarles que los junkers habían enganchado sus cañones y volvían a sus cuarteles, obedeciendo una orden impartida por el jefe de la Escuela Constantino. ¡Eso era un golpe a traición! El comandante intentó responder: "Nadie, excepto yo, puede dar órdenes aquí". Bien lo entendían los junkers: pero, a pesar de todo, preferían obedecer al jefe de la escuela, quien, por su parte, actuaba bajo presión del comisario del Comité Militar Revolucionario. Con cuatro de las seis piezas, la mayoría de los artilleros abandonaron el palacio. Patrullas de soldados los detuvieron ante la Nevsky; ellos intentaron una resistencia, bien pronto desvanecida por una dotación del regimiento Pávlovsky que acudió apoyada por un auto blindado, los desarmó y envió con dos cañones a sus cuarteles; las otras dos piezas de campaña fueron apostadas en la Perspectiva Nevsky y sobre el puente del Moika, nuevas fauces dirigidas al Palacio de Invierno.

Los doscientos uralianos aguardaban en vano la llegada de los suyos. Sávinkov, ligado estrechamente con el sóviet de las tropas cosacas, y hasta su representante en el Preparlamento, intentó hacer marchar a los cosacos, con la ayuda del general Alexéiev. Pero, como lo observa exactamente Miliukov, los principales dirigentes del sóviet cosaco "podían tan poco con sus propios regimientos, como el estado mayor con las tropas de la guarnición". Tras discutir desde todos los ángulos el problema, los regimientos cosacos declararon, por último, que no habrían de marchar sin infantería, y ofrecieron sus servicios al Comité Militar Revolucionario para la protección de los bienes públicos. Al mismo tiempo, el regimiento del Ural decidió enviar delegados al Palacio de Invierno para devolver a los cuarteles a las dos sotnias que en él se encontraban. La propuesta coincidía enteramente con el estado de espíritu que terminaba de prevalecer entre los "viejos" del Ural. Se veían rodeados de elementos extranjeros: junkers, entre los cuales había buen número de judíos; oficiales inválidos y, por añadidura, las mujeres del batallón de choque. De muy mala cara, con las cejas fruncidas, los cosacos tomaron sus bolsas. Las exhortaciones ya no producían ningún efecto sobre ellos. ¿Qué quedaba para defender a Kerensky? "Judíos y nenitos..., pero el pueblo ruso, ése, se había colocado junto a Lenin." Se descubrió que los cosacos estaban en inteligencia con los sitiadores, quienes les abrieron libre paso, por una salida que la defensa había ignorado hasta ese momento. Hacia las nueve de la noche, los uralianos abandonaron el Palacio de Invierno. A lo único que se avinieron fue a abandonar sus ametralladoras a los defensores de una causa perdida.

Ya los bolcheviques habían utilizado esa misma salida, que daba a la Millionnaia, para entrar en el palacio con el propósito de contaminar al adversario. Personajes misteriosos hacían su aparición, cada vez con mayor frecuencia, por los corredores y se mezclaban con los junkers. Inútil resistir, los insurgentes se han apoderado de la ciudad y de las estaciones, no llegará ningún refuerzo al palacio, simplemente "por inercia se continúa con estos simulacros". ¿Qué hacer, entonces? interrogan los junkers. El gobierno no quiere impartir órdenes formales: los ministros, a su vez, se mantienen en su decisión anterior; en cuanto al resto, que se arregle. Esto significaba que cada cual era libre de salir del palacio si lo quería. En la conducta del gobierno no quedaban ni pensamientos ni

voluntad. Los ministros aguardaban pasivamente su destino. Maliantovich relatará más tarde: “Rodaban por esa inmensa ratonera, reuniéndose a veces en conjunto o por grupos para decirse breves palabras, hombres condenados, aislados, abandonados de todos... A nuestro alrededor, el vacío, y el vacío dentro de nosotros. Y de ese vacío surgía la no meditada resolución de atenerse a una total indiferencia”.

Antónov-Ovseienko había convenido con Blagonravov que no bien se consumase el cerco del Palacio de Invierno, se izaría una linterna roja sobre el mástil de la fortaleza. Al recibir esta señal, el *Aurora* tiraría con pólvora, para atemorizar. Si los sitiados se obstinaban, la fortaleza abriría el fuego contra el palacio, con artillería ligera. Si tampoco así el palacio se rendía, el *Aurora* empezaría un bombardeo efectivo con cañones de seis pulgadas. La gradación respondía al propósito de disminuir al mínimo el número de víctimas o evitarlas completamente. Pero la solución demasiado complicada de un problema simple amenazaba con producir resultados contraproducentes. No podían dejar de presentarse ciertas dificultades de ejecución. Comenzaron con la linterna roja: no había ninguna a mano. Hubo que buscar, perder tiempo, hasta encontrar una. No es fácil, sin embargo, fijarla al mástil para que sea visible de todos lados. Las tentativas se multiplican con resultados dudosos, y sigue perdiéndose un tiempo inestimable.

Pero las dificultades serias comienzan cuando debe entrar en juego la artillería. Según el informe de Blagonravov, el fuego sobre el palacio podía abrirse desde el mediodía, a la primera señal. Pero no era así. Como la fortaleza carecía de artillería permanente, salvo un cañón que se cargaba de pólvora por la boca, con el que se anunciaba el mediodía, hubo que subir piezas de campaña a las murallas. Esta parte del programa pudo cumplirse efectivamente al promediar el día. Pero las cosas no iban igual respecto a los servidores de las piezas. Se sabía de antemano que la compañía de artillería, que en julio no había marchado junto a los bolcheviques, era una unidad poco segura. La víspera, todavía, había custodiado un puente, cumpliendo órdenes del estado mayor. No era de temerse un golpe a traición de parte de ella; pero tampoco se disponía a entrar en juego por los sóviets. Cuando llegó la hora de actuar, un subteniente dio este informe: los cañones están herrumbrados, no hay aceite en los compresores, imposible tirar. Es muy verosímil que las piezas de artillería estuviesen realmente en mal estado; pero el fondo del asunto era otro: los artilleros eludían lisa y llanamente su responsabilidad, y encontraban fácil engañar al inexperto comisario. Antónov acudió de prisa, conducido por una lancha de vigilancia. ¿Quién está haciendo fracasar el plan? Blagounravo le relata la historia de la linterna, del aceite que falta y del subteniente. Ambos marchan a inspeccionar los cañones. Noche, tinieblas, charcos en el patio, tras las recientes lluvias. Suena del otro lado del río un vivo tiroteo de fusiles y el tac-tac de las ametralladoras. En la oscuridad, Bogdanov se pierde. Chapoteando en el agua, hirviendo de impaciencia, tropezando y cayendo sobre el barro. Antónov yerra en pos del comisario, por el patio sombrío. “Ante una de las linternas que centelleaba débilmente [relata Blagonravov] Antónov se detuvo de golpe, y me lanzó por encima de sus gafas, resbaladas casi hasta la punta de la nariz, una mirada inquisidora. Leí en sus ojos una inquietud apenas disimulada.” Antónov, por un instante, había sospechado una traición allí donde sólo existía aturdimiento.

Por fin encontraron el emplazamiento de los cañones. Los artilleros se obstinan: la herrumbre, los compresores, el aceite. Antónov ordena llamar para el manejo de las piezas a servidores del polígono de la marina, y que inmediatamente se dé la señal, con el cañón arcaico empleado para anunciar el mediodía. Pero los artilleros dan una y mil vueltas, de un modo sospechoso, en torno al cañón de las señales. Intuyen evidentemente que el comando, cuando no está lejos, junto a su teléfono, sino al lado de ellos, no tiene

la firme resolución de emplear la artillería pesada. El programa excesivo de un bombardeo sugiere una sola y misma idea: ¿no sería posible pasarse sin él?

Alguien se precipita por entre las tinieblas del patio, se aproxima, tropieza en el barro, lanza un juramento, pero sin cólera, con alegría, y con voz estrangulada exclama: "¡El palacio se acaba de rendir y los nuestros están adentro!" Abrazos de entusiasmo. Es notable que haya existido este incidente. "Ya decíamos nosotros...". Los compresores son inmediatamente olvidados. Pero, ¿por qué no cesa el tiroteo del otro lado del río? ¿Quizás grupos de junkers que se obstinan después de la rendición? ¿Tal vez un malentendido? El malentendido era la buena noticia: el Palacio de Invierno no había capitulado; sólo el estado mayor principal. El sitio continuaba.

Tras un acuerdo secreto con un grupo de junkers de la escuela de Oraniembaum, el indomable Chudnovsky penetra en el palacio para celebrar conversaciones: este adversario de la insurrección no pierde ninguna oportunidad de lanzarse al fuego. Palchinsky hace arrestar al temerario; pero, bajo presión de la escuela de Oraniembaum, se ve forzado a poner en libertad a Chudnovsky y a una parte de los junkers. Arrastran consigo a cierto número de caballeros de San Jorge. La imprevista aparición de los junkers en la plaza produce desconcierto en la línea de los sitiadores. Pero estallan gritos de alegría cuando éstos se enteran de que los que salen vienen a rendirse. Son una parte mínima, no obstante. El resto sigue resistiendo tras de sus parapetos. La fusilería de los sitiadores se hace más graneada. Una luz eléctrica vivísima permite divisar a los junkers del patio. Estos, a duras penas, consiguen apagar las lámparas. Pero una mano invisible vuelve a alumbrarlos. Los junkers tiran sobre las lámparas, descubren al electricista y lo obligan a cortar la corriente.

El batallón de choque femenino declara de improviso su intención de hacer una salida. En el estado mayor principal, según las informaciones recibidas por ellas, los secretarios se han puesto del lado de Lenin y, tras desarmar a una parte de los oficiales, han arrestado al general Alexéiev, el único hombre que puede salvar a Rusia: hay que liberarlo a cualquier precio. El comandante carece de fuerzas para contener ese ímpetu histórico. De golpe, cuando están a punto de salir, la luz vuelve a encenderse en los altos candelabros eléctricos de uno y otro lado de la puerta. Para descubrir al electricista, un oficial se arroja enfurecido sobre el personal de servicio: considera agentes de la revolución a estos antiguos lacayos del zar. Menos confianza todavía tienen en el electricista del palacio: "Ya te hubiera mandado al otro mundo si no necesitara de ti". Aunque bajo la amenaza del revólver, el electricista no encuentra modo de arreglar las cosas: su tablero de conmutadores ha sido cortado, y la central está en manos de la marinería, que dispone de la luz. Los combatientes no resisten al fuego y se rinden casi todos. El jefe de la defensa envía un lugarteniente al gobierno, informándole que la salida de las mujeres del batallón de choque "las ha conducido a su pérdida" y que el palacio hormiguea de agitadores. El fracaso de la salida da un instante de reposo, entre las diez y las once, aproximadamente. Los sitiadores preparan el fuego de artillería.

El inesperado respiro despierta alguna esperanza entre los sitiados. Los ministros aún intentan confortar a sus partidarios de la ciudad y del país: "El gobierno en pleno, con la excepción de Prokopovich, está en su puesto. La situación debe considerarse favorable... Se tira contra el palacio, pero solamente con fusil, sin ningún resultado. Está claro que el adversario es débil". En realidad, el adversario es todopoderoso, pero no se decide a llevar las cosas hasta el fin. El gobierno lanza un comunicado a propósito del ultimátum, a propósito del *Aurora*, diciendo también que él, como gobierno: no puede entregar el poder más que a la asamblea constituyente, y también que el primer ataque contra el Palacio de Invierno ha sido rechazado. "¡Que el ejército y el pueblo respondan!" Pero los ministros no indicaban cómo responder.

Lashévich, mientras tanto, había enviado a la fortaleza dos artilleros de la marina. En realidad, no muy experimentados, pero eran bolcheviques, dispuestos a tirar con piezas enmohecidas, sin aceite en los compresores. Se les pedía sólo eso: el ruido de la artillería es por el momento más importante que la puntería del disparo. Antónov ordena abrir el fuego. Lo previsto con anterioridad se observa integralmente. "Después del tiro de señal de la fortaleza [cuenta Flerovsky] ruge el *Aurora*. El estampido y las llamaradas de un tiro al blanco son mucho más imponentes que las de un tiro de combate. Los curiosos se lanzaban a distancia del parapeto de granito del malecón, caían, se arrastraban..." Chudnovsky se precipita a preguntar: ¿no propondrían rendirse a los sitiados? Antónov inmediatamente se encuentra de acuerdo con él. Nueva tregua. Un grupo de mujeres del batallón de choque y un grupo de junkers se rinden. Chudnovsky quiere dejarles sus armas, pero Antónov, afortunadamente, se opone a tal magnanimidad. Habiendo dejado sus fusiles sobre la vereda, los que se rindieron parten escoltados por la Millionnaia.

El Palacio de Invierno aún resiste. ¡Es preciso terminar con esta resistencia! La orden ya fue dada. El fuego era poco frecuente y aún menos efectivo. De treinta y cinco disparos en una hora y media o dos, únicamente dos alcanzaron su objetivo, sufriendo sólo el revestimiento de la construcción; los otros proyectiles pasaron muy alto y por suerte no ocasionaron ningún daño en la ciudad. ¿Se debía efectivamente a una falta de habilidad? Ya que, en fin, a través del Nevá, se tiraba directo a un blanco tan macizo como el palacio, y esto no exige mucho arte. ¿No es más justo suponer que aún los artilleros de Lashévich tenían la intención de que el asunto finalizara sin daños ni víctimas? Es muy difícil determinar en el presente los motivos que guiaron a los dos marineros anónimos. No han dado señal de vida: ¿fueron absorbidos por la inmensidad del campo ruso, o bien, como numerosos combatientes de octubre, cayeron en la guerra civil, durante los meses y años que siguieron?

Poco después de los primeros cañonazos, Palchinsky les pasó a los ministros un casco de obús. El almirante Verderevsky reconoció que el metal provenía de su armada, del *Aurora*. Pero el crucero había dado en el blanco. Así se había convenido, ése fue el testimonio de Flerovsky, ésta fue la declaración de un marinero más tarde, en el congreso de los sóviets. ¿Estaba equivocado el almirante? ¿Quién esclarecería entonces el asunto de un cañonazo salido en plena noche de un navío en rebelión, sobre el palacio del zar, donde se apagaba el último gobierno de los propietarios?

La guarnición del palacio había disminuido fuertemente en número. Si, en el momento de la llegada de los uralianos, los inválidos y mujeres del batallón de choque habían alcanzado una cifra de 1.500 combatientes, poco probablemente de 2.000, ahora estaba reducida a 1.000, y tal vez a mucho menos. La victoria no puede venir más que de un milagro. Y de súbito, en el ambiente de desesperación del palacio, irrumpe no exactamente el milagro, pero sí el anuncio de su venida. Palchinsky comunica: recibimos un telefonazo de la duma municipal, algunos ciudadanos se disponen a partir de ahí para liberar al gobierno. "Comuniquen a todos [ordena a Sinegub] que el pueblo viene acá". Por escaleras y corredores el oficial llevé la feliz noticia. En el camino se tropieza con oficiales borrachos que se baten en incruentos duelos de espada. Los junkers ponen atención. Al pasar de boca en boca, la noticia se hace cada vez más vital e importante. Los políticos, los comerciantes, el pueblo, con el clero a la cabeza, se han puesto en marcha para levantar el sitio del palacio. El pueblo con el clero: "¡Esto será de una belleza sorprendente!" "¡Hurra, viva Rusia!" Los junkers de Oraniembaum, que ya se disponían a desertar, cambiaron de idea y se quedaron.

Pero el pueblo, con el clero, se aproximan lentamente. El número de agitadores se acrecienta en el palacio. El *Aurora* va a abrir el fuego de inmediato; cuchichean en los corredores, y el cuchicheo se transmite de boca en boca. De repente, dos explosiones. Los

marineros han penetrado en el palacio y han botado o dejado caer dos granadas, hiriendo ligeramente a dos junkers. Los marineros fueron detenidos, Kichkin, médico de profesión, atiende a los heridos.

La tenacidad de los obreros y de los marineros es grande, pero todavía no se ha transformado en apasionamiento. Para no provocar su furor, los sitiados, siendo la parte infinitamente más débil, no osan tomar medidas rigurosas en relación a los agentes del enemigo que penetran en el palacio. No se fusila a nadie. Los intrusos no se muestran de a uno, sino a grupos. Cuando los junkers se lanzan contra el invasor, éstos se dejan desarmar. "¡Qué carroña! ¡Qué incapaces!", dice Palchinsky con desprecio. No, aquellos hombres no son incapaces. Para penetrar en el palacio atestado de oficiales y de junkers se necesita gran coraje. En el laberinto de un edificio desconocido, por corredores sombríos, delante de innumerables puertas, que conducen quién sabe a dónde y amenazan quizás con qué, los hombres no pueden sino rendirse. El número de prisioneros aumenta. Irrumpen nuevos grupos. No es siempre fácil comprender quiénes son aquellos que se rinden y quiénes son obligados a entregar las armas. El cañón truena entretanto sin interrupción.

Con excepción del radio inmediatamente adyacente al Palacio de Invierno, el trajín en la calle no se detiene. Los teatros y cines estaban abiertos. Pareciera que los medios más conocidos e instruidos de la capital se preocuparan poco de saber que el gobierno estaba amenazado. Redemeister observó, cerca del Puente Troitsky, permanecer detenidos tranquilamente a los transeúntes, sin que los marineros les permitieran ir más lejos. En los alrededores de la Casa del Pueblo se enteró al son del cañón que Chaliapin había estado incomparable en *Don Carlos*.

Y los ministros continuaban agitándose en la ratonera. "Ahora está claro que los agresores son débiles". ¿Llegarán acaso los refuerzos si se resiste una hora más? En plena noche Kichkin llamó por teléfono al secretario de estado Khruschev, también kadete, al ministerio de finanzas, y le rogó que comunicara a los dirigentes del partido que el gobierno necesitaba el menos una pequeña ayuda para resistir hasta la mañana, hora en que debía llegar Kerensky con sus tropas. "¡Qué partido es ése [exclamaba Kichkin, indignado], que no puede enviar al menos trescientos hombres armados!" ¿Qué partido es ése?, en efecto. Los kadetes, que habían reunido en Petrogrado, para las elecciones, decenas de miles de sufragios, no podían, en el momento de peligro de muerte que amenazaba al régimen burgués, poner al frente trescientos combatientes. Si los ministros hubieran tenido la idea de buscar en la biblioteca del palacio al materialista Hobbes, habrían leído, en sus diálogos de la guerra civil, que no se debía esperar nada ni exigir coraje de almaceneros enriquecidos "que no ven nada sino sus beneficios inmediatos... y que pierden completamente la cabeza con la sola idea de que puedan ser expoliados". Pero es dudoso que en la biblioteca del zar se hubiese podido encontrar a Hobbes y además los ministros no estaban para preocuparse de filosofía de la historia. Kichkin hizo la última llamada que salió del Palacio de Invierno.

El Smolny reclamaba categóricamente un rompimiento. No se puede prolongar el sitio hasta la mañana, tener la ciudad en esa tensión, enervar al congreso, dejar todos los éxitos en la duda. Lenin lanza notas irritadas. Telefonazos sucesivos emanan del Comité Militar Revolucionario. Podvosky arenga y gruñe. Se puede enviar a las masas al asalto, hay voluntarios suficientes, pero, ¿cuántas víctimas había? Y, ¿qué quedará de los ministros y de los junkers? A pesar de todo, es demasiado imperiosa la necesidad de llevar las cosas hasta el fin. No hay sino que ceder la palabra a los cañones de la marina. Un marinero parte de la Fortaleza de Pedro y Pablo llevando un mensaje para el *Aurora*: abrir de inmediato el fuego contra el palacio. ¡Ahora todo parece aclararse! No serán precisamente los artilleros del *Aurora* quienes sigan dilatando las cosas. Pero los

dirigentes no están firmemente resueltos todavía. Aún realizan una última tentativa. “Decidimos aguantar otro cuarto de hora [escribe Flerovsky], intuyendo la posibilidad de un cambio de situación”. Intuitivamente se comprende que aún se esperaba obtener el desenlace mediante simples recursos demostrativos. Y esta vez la “intuición” no los engañó: al cabo de un cuarto de hora un emisario llegó directamente del Palacio de Invierno: ¡el palacio ha sido tomado!

El palacio no se había rendido; lo habían tomado por asalto, pero cuando el poder de resistencia de los sitiados ya se desvanecía de modo definitivo. No ya por una entrada secreta, sino por un patio defendido, consiguió introducirse en un corredor un centenar de enemigos, a quienes la guardia desmoralizada confundiera con una diputación de la duma. Aún fue posible desarmarlo. En gran desorden, un grupo de junkers abandonó sus puestos. El resto, una parte al menos, siguió montando guardia. Pero la barrera de bayonetas y de fuego entre sitiadores y sitiados se había roto definitivamente.

El sector del palacio que daba al Hermitage estaba saturado de enemigos. Los junkers intentaron tornarlos por la retaguardia. En los pasillos se producen encuentros y conflictos increíbles. Todos están armados, empuñando revólveres, con granadas en la cintura. Pero nadie tira, nadie percute sus granadas, porque es tal la baraúnda que no se puede distinguir amigos de adversarios. ¡Qué importa!, la suerte del Palacio de Invierno ya está echada.

Los obreros, los marinos, los soldados empujan desde abajo, por líneas, por grupos; arrojan a los junkers de sus barricadas, penetran en el patio, chocan con junkers en las escaleras, los rechazan, los derriban, los empujan ante ellos. Nuevas oleadas siguen llegando y presionando. La plaza inunda el patio, el patio inunda el palacio y se vierte por escaleras y corredores. Sobre los pisos sucios, cubiertos de colchones y de cortezas de pan, hay hombres extendidos que conservan junto a ellos sus fusiles y granadas. Los vencedores se enteran de que Kerensky no está allí, y ello pone en la alegría tumultuosa una nota de decepción. Antónov y Chudnovsky se encuentran en el palacio. ¿Dónde está el gobierno? He ahí la puerta, ante la cual los junkers se inmovilizan en una última actitud de resistencia. El jefe del puesto de guardia busca a los ministros para preguntarles si ordenan defenderse hasta el fin. No, no, los ministros no ordenan eso. De todas formas, el palacio está ocupado. Nada de sangre. Hay que ceder a la fuerza. Los ministros quieren rendirse de un modo digno y se sientan alrededor de una mesa para que todo tenga el aspecto de una sesión. El comandante de la defensa ha encontrado tiempo para rendir el palacio, estableciendo como condición el respeto de la vida de los junkers, contra la que nadie deseaba atentar. Respecto a la suerte del gobierno, Antónov rechazó cualquier discusión.

Se desarma a los junkers que custodian las últimas puertas. Los vencedores invaden la sala de los ministros. “A la cabeza de toda esa gente, empeñándose en contener las filas que se aglomeraban detrás de él, marchaba un hombrecito de apariencia miserable; vestiduras en desorden; sombrero de alas anchas inclinado hacia un costado. Las gafas apenas se sostenían sobre su nariz. Pero sus ojitos brillaban de triunfo por la victoria y de odio por los vencidos”. De esta manera tan poco amable los vencidos describían a Antónov. Es fácil de creer que ni sus vestimentas ni su sombrero tuviesen muy excelente aspecto: recuérdese cómo tuvo que marchar en plena noche por entre los charcos de la Fortaleza de Pedro y Pablo. Ciertamente, el triunfo se reflejaría en su semblante; pero es bien dudoso que también expresase odio respecto a los vencidos. “A todos ustedes, miembros del gobierno provisional, los declaro en situación de arresto”, proclamó Antónov en nombre del Comité Militar Revolucionario. El reloj señalaba las 2,10 de la madrugada del 24 al 25 de octubre. “Los miembros del gobierno provisional se

someten ante el acto de violencia y se rinden para evitar una efusión de sangre”, respondió Konóvalov. De esta manera, el rito inevitable se observaba escrupulosamente.

Antónov llamó a veinticinco hombres armados pertenecientes a los primeros destacamentos que habían invadido el palacio y les encomendó cuidar de los ministros. Una vez levantada el acta de detención, se les condujo afuera, hacia la plaza. La multitud, que recuerda sus muertos y sus heridos, estalla en furia contra los vencidos. “¡Fusiladlos! ¡Que mueran!” Algunos soldados intentan golpear a los ministros. Los guardias rojos disuaden a esos hombres descontrolados: ¡no manchéis la victoria proletaria! Los obreros armados rodean estrechamente a los prisioneros y a su escolta. “¡Adelante!” No hay mucho que andar: deben atravesar simplemente la calle Millionnaia y el Puente Troitsky. Pero la excitación de la multitud hace largo el camino y colmado de peligros. No sin razón el ministro Nikitin pudo escribir más tarde que, sin la enérgica intervención de Antónov, las consecuencias hubieran podido ser “sumamente penosas”. Para colmo de desventuras, la columna soportó al llegar al puente un tiroteo accidental: detenidos y escoltados hubieron de echarse a tierra sobre la calzada. Pero tampoco hubo víctimas: probablemente tiraban al aire, para amedrantar.

En la fortaleza, en el estrecho local del club de la guarnición alumbrado por una lámpara de petróleo (la instalación eléctrica no funcionaba ese día), se agolpan algunas docenas de hombres. En presencia del comisario de la fortaleza, Antónov procede a pasar lista a los ministros. Son dieciocho, incluidos los subsecretarios de estado. Se llenan las últimas formalidades; los prisioneros son conducidos a las celdas del histórico bastión Trubetskoi. No se arresta a ninguno de los defensores: oficiales y junkers pueden retirarse bajo palabra de que no actuarán contra el poder soviético. Pocos de ellos cumplieron la promesa.

Poco después de ocupado el Palacio de Invierno circuló el rumor, en los ambientes burgueses, de que se habían producido fusilamientos de junkers, violaciones de combatientes de los batallones de choque y saqueos en el palacio. Todas estas fábulas habían sido acuñadas desde hacía mucho tiempo, cuando Miliukov escribió en su historia: “Las mujeres del batallón de choque que no perecieron bajo las balas y cayeron en poder de los bolcheviques sufrieron aquella tarde y por la noche los espantosos ultrajes de la soldadesca, violaciones y ejecuciones”. En realidad, no hubo ejecución alguna, ni en el estado de espíritu de los bandos podía haberla en ese período. Aún menos concebibles eran las violaciones, particularmente en el palacio, donde, junto a ciertos elementos no controlados provenientes de la calle, se habían introducido centenares de obreros revolucionarios, fusil en mano.

Existieron, sí, tentativas de pillaje, pero ellas permitieron, precisamente, que se manifestase la disciplina de los vencedores. John Reed, que no dejó escapar uno de los dramáticos episodios de la revolución y que entró en el Palacio de Invierno pisándoles los talones a las primeras líneas de combatientes, relata que en uno de los subsuelos un grupo de soldados destruía a culatazos los cajones allí depositados y retiraba alfombras, ropa blanca, porcelanas, cristalería. Es posible que, bajo este aspecto de soldados, se ocultasen verdaderos delincuentes, quienes durante el último año de la guerra se disfrazaban siempre con el capote gris de soldado y la gorra de piel. Apenas comenzaba el pillaje cuando se escuchó gritar a alguien: “Camaradas, no toquéis nada, que es propiedad del pueblo”. Ante una mesa, a la salida, se sentó un soldado con una pluma y un papel. Dos guardias rojos, revólver en mano, le hacían escolta. Todo aquel que salía era registrado, se le quitaban los objetos robados y se los anotaba. De este modo se recuperaron estatuas, botellas de tinta, bujías, puñales, pedazos de jabón y plumas de avestruz. También se registró cuidadosamente a los junkers, en cuyos bolsillos aparecieron cantidad de pequeños objetos robados. Los soldados estallaron en amenazas

e invectivas contra los junkers; pero la cosa no pasó a mayores. Entretanto, se había constituido una guardia de palacio, encabezada por el marinero Prijodko. Se apostaron centinelas en todas partes. Evacuase a los intrusos. Horas después, Chudnovsky fue designado comandante del palacio.

¿Pero qué se había hecho del pueblo que, la clerecía a la cabeza, marchaba para liberar el palacio? Es indispensable hablar de esta tentativa heroica cuya noticia, por un momento, tanto había emocionado el corazón de los junkers. El centro de las fuerzas antibolchevistas era la duma municipal. En el municipio, sobre la Nevsky, se registraba enorme efervescencia. Los partidos, las fracciones y subfracciones, los grupos, elementos disgregados y, simplemente personalidades influyentes, discutían allí sobre la criminal aventura de los bolcheviques. Cada cierto tiempo, por teléfono, se comunicaba a los ministros que se consumían en el Palacio de Invierno que la aventura sediciosa estaba condenada a inevitable asfixia, bajo el peso aplastante de la reprobación general. Se consumieron horas en aislar moralmente a los bolcheviques. Entre tanto, la artillería tomaba la palabra. El ministro Prokopovich, detenido esa mañana y pronto puesto en libertad, se quejaba con lágrimas ante la duma de haber perdido la posibilidad de compartir la suerte de sus camaradas. Se le expresaron sentimientos de cálida simpatía; pero también estas manifestaciones llevan su tiempo.

De esa amalgama de ideas y discursos surgió, por último, bajo una tempestad de aplausos que puso en vilo a la sala, el siguiente plan práctico: la duma en pleno debe constituirse ante el Palacio de Invierno, para perecer, allí, si es necesario, junto al gobierno provisional. Socialrevolucionarios, mencheviques y cooperativistas están todos dispuestos a salvar los ministros o a caer junto con ellos. Los kadetes, que no se inclinan en general a tan arriesgadas empresas, están esta vez dispuestos a sacrificarse por los otros. Algunos provinciales presentes por casualidad, periodistas de la duma, miembros de la barra, solicitaron con palabras más o menos elocuentes que se los autorizase a compartir la suerte de aquel cuerpo. Se los autorizó.

La fracción bolchevique procura dar entonces un consejo prosaico: en vez de errar por las calles tenebrosas en busca de la muerte, mejor valdría persuadir telefónicamente a los ministros a que se rindiesen, sin llegar a la efusión de sangre. Pero los demócratas se indignan: ¡los agentes de la insurrección quieren despojarlos no sólo del poder sino del derecho de morir heroicamente! Al mismo tiempo, en interés de la historia, los concejeros municipales resuelven que la votación sea nominal. Al fin de cuentas, nunca es demasiado tarde para morir, ni siquiera de muerte gloriosa. Sesenta y dos concejeros de la duma lo confirman: sí, ellos quieren efectivamente morir, dando sus nombres, bajo las ruinas del Palacio de Invierno. Ante esto, los catorce bolcheviques replican que es mejor vencer con el Smolny que morir con el Palacio de Invierno, tras lo cual abandonan la sala, rumbo al congreso de los sóviets. Sólo tres mencheviques internacionalistas resuelven quedarse en el edificio de la duma: no saben a dónde ir ni ven razón para perecer.

Los concejeros de la duma estaban por ponerse en marcha para la última prueba, cuando el teléfono les anunció que el comité ejecutivo de los diputados campesinos en pleno marchaba para reunírseles. Aplausos interminables. Ahora el cuadro es completo y evidente: los representantes de un campesinado de 100.000.000 de hombres, con los representantes de todas las clases de la población urbana, irán a hacerse matar bajo los golpes de un insignificante puñado de promotores de violencias. Los discursos menudean, no menos que los aplausos.

Al llegar los diputados campesinos, la columna se puso por fin en marcha por la Perspectiva Nevsky. Iban a la cabeza el alcalde de la ciudad, Schreider, y el ministro Prokopovich. John Reed vio en ese cortejo al socialrevolucionario Avksentiev, presidente del comité ejecutivo campesino, y a los jefes mencheviques Jinchuk y Abramovich, al

primero de los cuales se le consideraba de derecha y al segundo, de izquierda. Prokopovich y Schreider llevaban sendas linternas: así lo habían convenido con los ministros para que los junkers no los confundieran con enemigos. Prokopovich, además, llevaba paraguas, como otros muchos de la concurrencia. El clero brillaba por su ausencia. Era un producto de la imaginación, según vagos fragmentos de la historia nacional fabricada por la indigente fantasía de los junkers. Pero tampoco estaba el pueblo. La ausencia de este último determinaba el carácter de toda la empresa: trescientos o cuatrocientos "delegados" y ni uno solo de los representados. "Era una noche oscurísima [cuenta en sus memorias el socialrevolucionario Zenzinov] y los focos de luz de la Nevsky estaban apagados. Marchábamos ordenadamente, y sólo se oían nuestras voces cantando *La Marsellesa*. El cañón retumbaba a lo lejos: eran los bolcheviques que seguían tirando contra el Palacio de Invierno".

Ante el canal Catalina, que atraviesa la Nevsky, se desplegaba una hilera de marineros armados, cortando el camino a la columna de la democracia. "Hemos de avanzar [declararon quienes se habían condenado a sí mismos]. ¿Qué podéis hacer vosotros?". Los marineros respondieron sin ambages que emplearían la fuerza: "¡Volved y dejadnos en paz!" Uno de los miembros del cortejo propuso caer como víctimas allí mismo, sobre el lugar. Pero lo resuelto por votación nominal de la duma no preveía esta nueva variante. El ministro Prokopovich se trepó sobre algo y, "agitando el paraguas" (hay frecuentes lluvias en Petrogrado durante el otoño), exhortó a los manifestantes a no inducir en tentación a esos hombres poco instruidos y engañados, que eran efectivamente capaces de utilizar sus armas. "Retornemos a la duma y arbitremos allí cómo salvar al país y a la revolución".

Era una invitación juiciosa, sin duda. Cierto que de ese modo dejaba de ejecutarse el proyecto inicial. Pero ¿qué hacer con esos animales provistos de armas que ni siquiera a los jefes de la democracia les permiten morir con heroicidad? "Permanecíamos allí, nos helábamos y decidimos volver", escribe melancólicamente Stankievich, otro de los miembros del cortejo. Ahora sin *Marsellesa,* en un silencio reconcentrado, el cortejo retorna por la Nevsky, rumbo a la duma municipal. Allí había de encontrar, por fin, "los medios para salvar al país y a la revolución".

Ocupado el Palacio de Invierno, el Comité Militar Revolucionario quedó dueño absoluto de la capital. Pero, así como las uñas y los pelos de un muerto siguen durante un tiempo creciendo, el gobierno depuesto siguió mostrando algunas apariencias de vida a través de la prensa oficial. El *Vestnik Vremennovo Pravitelstva* (El mensajero del gobierno provisional), que todavía el día 24 anunciaba el retiro de concejeros secretos, con derecho al uniforme y con pensión, se silenció de pronto el 25, lo que, a decir verdad, nadie absolutamente advirtió. El 26, en cambio, volvió a aparecer como si nada hubiese ocurrido. En su primera página se leía: "A consecuencia de un cortocircuito, no ha podido salir el número del 25 de octubre". En todo lo demás, salvo el desperfecto eléctrico, la vida del estado continuaba sin novedades, y *El mensajero del gobierno* (ya encerrado este último en la cárcel Trubetskoi) anunciaba el nombramiento de diez nuevos senadores. En la sección "Informaciones administrativas", una circular del ministro del interior, Nikitin, recomendaba a los comisionados provinciales "no dejarse influir por falsas noticias sobre los acontecimientos de Petrogrado, donde todo está en calma". El ministro no se equivocaba demasiado: los días de la insurrección transcurrieron con bastante calma, si prescindimos de un cañoneo que, por otra parte, se limitaba a efectos acústicos. Y, sin embargo, el historiador no se engañará si dice que durante la jornada del 25 de octubre no sólo se interrumpió la corriente eléctrica de la imprenta gubernamental, sino que también se abrió una página importante en la historia de la humanidad.

La insurrección de octubre

Es a tal punto imperioso aplicar a la revolución analogías extraídas de la historia natural, que algunas de ellas se han convertido en metáforas corrientes: "erupción volcánica", "parto de una nueva sociedad", "punto de ebullición", etc. Esto esconde, bajo la apariencia de una simple imagen literaria, una percepción intuitiva de las leyes de la dialéctica, es decir, de la lógica del desarrollo.

Lo que la revolución en su conjunto es respecto a la evolución, lo es la insurrección armada respecto a la revolución en sí misma: el punto crítico en que la cantidad acumulada deviene explosivamente calidad. Pero la insurrección como tal no constituye un acto homogéneo e indivisible: hay puntos críticos en ella, crisis e impulsos interiores.

Gran importancia política y teórica presenta el breve período inmediatamente anterior "al punto de ebullición", es decir, las vísperas insurreccionales. Se enseña en física que, si se abandona la operación de calentar regularmente un líquido, éste conserva algún tiempo una temperatura invariable y entra en ebullición al absorber una dosis suplementaria de calor. Aquí también el lenguaje corriente acude en nuestra ayuda, cuando define el estado de falsa tranquilidad y de sosiego anterior al estallido como "la calma que precede la tormenta".

Cuando fue indudable que la mayoría de obreros y soldados de Petrogrado ya apoyaba a los bolcheviques, la temperatura pareció haber alcanzado el punto de ebullición. Justamente entonces, Lenin proclama la necesidad de un levantamiento inmediato. Pero lo sorprendente es que aún faltaba algo para poder llevarlo a cabo. Los obreros y, sobre todo, los soldados debían absorber todavía una nueva dosis de energía revolucionaria.

En las masas no existe contradicción entre la palabra y el acto. Pero hasta en una simple huelga y, más aún, en una insurrección. este pasaje de las palabras a los actos origina inevitables fricciones íntimas y reagrupamientos moleculares: unos quieren avanzar, otros se agolpan a retaguardia. La guerra civil, en sus primeros pasos, se caracteriza casi siempre por una extraordinaria falta de resolución. Ambos campos, en cierto modo, pisan un mismo terreno nacional y les es difícil sacudir la influencia de las capas intermedias, favorables a la conciliación.

Entre las masas la calma anterior a la tormenta ponía de manifiesto el grave embarazo del grupo dirigente. Hasta en el partido mejor templado, los órganos e instituciones que nacen en la época relativamente tranquila de los preparativos (la revolución, como la guerra, también tiene sus momentos de calma), resultaban inadecuados o no adecuados del todo para resolver el problema insurreccional: no es posible evitar que en el instante más crítico lleguen a producirse ciertos cambios y desplazamientos. Los mismos integrantes del sóviet de Petrogrado que habían votado por un poder soviético aún no advertían suficientemente la urgencia inmediata del levantamiento armado. Era preciso reorientarlos, disminuyendo en lo posible los trastornos y transformar el sóviet en una estructura insurreccional. Tanto había madurado la crisis, que no se necesitaban meses para ello, sino unas pocas semanas. Pero, precisamente en esos últimos días, lo más peligroso era perder pie, dar la orden para el gran salto un poco antes de que el sóviet estuviese dispuesto a darlo, provocar

perturbaciones en sus filas separar el partido del sóviet, aunque fuese por veinticuatro horas.

Más de una vez Lenin había repetido que las masas estaban infinitamente más a la izquierda que el partido, y éste más a la izquierda que su comité central. Considerada la revolución en su conjunto, la tesis era exactísima. Pero también la relación entre estos elementos experimenta oscilaciones profundas. En abril, en junio y, especialmente a principios de julio, los obreros y soldados se impacientaban y empujaban al partido para que diese la batalla final. Tras la derrota de julio, las masas se hicieron más prudentes. Tanto o más que antes, anhelaban la insurrección. Pero se habían quemado los dedos y temían un nuevo fracaso. En julio, agosto y septiembre, el partido frenaba a los obreros y soldados, que los kornilovianos provocaban de mil maneras para que se echasen a la calle. La experiencia política de los últimos meses había fortalecido los centros moderadores, no sólo entre los dirigentes, sino también entre los dirigidos. Por otra parte, los éxitos constantes de la agitación favorecían la inercia de los dispuestos a la expectativa. Para las masas no era suficiente una nueva orientación política: también precisaban rehacerse psicológicamente. Cuanto más los dirigentes del partido revolucionario mandan sobre los acontecimientos, más la insurrección engloba a las masas.

En todo el país, bajo diversas formas, pero siempre con el mismo sentido, se planteaba el difícil problema de pasar de la política preparatoria a la técnica de la insurrección. Murálov relata que en la organización militar bolchevique de Moscú, todos coincidían en la necesidad de tomar el poder; sin embargo, "cuando había que resolver concretamente el problema de cómo conquistar el poder, la solución no aparecía". Aún faltaba el último eslabón de la cadena.

En los mismos días en que Petrogrado enfrentaba el peligro de que se evacuase su guarnición, las huelgas arreciaban en Moscú. A iniciativa de los comités de fábrica, la fracción bolchevique del sóviet propuso resolver los conflictos económicos por decreto. Los preparativos insumieron bastantes días. Sólo el 23 de octubre los órganos del sóviet de Moscú dictaron el "decreto revolucionario número 1", que prohibía contratar o despedir a los obreros y empleados de las fábricas y usinas sin el consentimiento de los comités de fábrica. Con esto ya se estaba actuando como poder de estado. Para los autores de la iniciativa, la inevitable resistencia del gobierno vincularía aún más estrechamente las masas con el sóviet, precipitando un conflicto abierto. Fue imposible juzgar este pronóstico, pues la insurrección de Petrogrado dio a Moscú y al resto del país una razón mucho más imperiosa para tomar las armas: urgía correr en apoyo del gobierno soviético recién constituido.

Al bando que ataca le interesa casi siempre mostrarse a la defensiva; al partido revolucionario, obtener su cobertura legal. El próximo congreso de los sóviets, que sería de hecho el congreso de la insurrección, aparecía ante las masas populares, si no como depositario de toda la soberanía, como partícipe primordial de ella. Uno de los términos del poder dual se alzaba contra el otro. Al par que recurría al congreso como ante la fuente del poder, el Comité Militar Revolucionario acusaba de antemano al gobierno de preparar un golpe contra los sóviets. Esta acusación se desprendía de la situación misma. Si el gobierno no esperaba capitular sin lucha, debía prepararse para su propia defensa. Mas, por ello mismo, quedaba expuesto a la acusación de conspirar contra el órgano supremo de los obreros, los soldados y los campesinos. Al luchar contra el congreso de los sóviets que debía derrocar a Kerensky, el gobierno se lanzaba contra el mismo poder de donde Kerensky había surgido.

Sería un error grosero no ver en ello más que sutilezas jurídicas que dejan al pueblo indiferente: al contrario, es bajo este aspecto que los hechos esenciales de la revolución se reflejaban en la conciencia de las masas. Había que sacar todo el partido de

una serie de circunstancias inusitadamente ventajosas. Al conferir amplio sentido político al natural deseo de los soldados de no abandonar los cuarteles por el frente y al movilizar a la guarnición en defensa. del congreso de los sóviets, la dirección revolucionaria no se ataba en ningún caso las manos respecto a la fecha de la insurrección. La adopción del día y de la hora dependería de la marcha ulterior del conflicto. La libertad de maniobra estaba del lado del más fuerte.

“Vencer primero a Kerensky y convocar en seguida el congreso”, repetía Lenin, temeroso de ver la insurrección sustituida por un juego constitucional. Es evidente que Lenin aún no había tenido tiempo de apreciar un nuevo factor que surgía entre los preparativos insurreccionales para modificar enteramente su carácter: el grave conflicto entre la guarnición de Petrogrado y el gobierno. Si el congreso de los sóviets debe resolver el problema del poder; si el gobierno quiere dividir la guarnición para que el congreso no pueda asumir ese poder; si la guarnición, sin esperar el congreso de los sóviets, se niega a someterse al gobierno, ello significa, en suma, que la insurrección ha comenzado, anticipándose al congreso, aunque bajo el manto de su autoridad. Resultaría erróneo, en consecuencia, establecer un distingo entre los preparativos de la insurrección y los del congreso de los sóviets.

Para mejor comprender las peculiaridades de la insurrección de octubre, es conveniente compararla con la de febrero. En esta comparación no es necesario, como ocurre otras veces, admitir convencionalmente que todas las condiciones son idénticas. Nos encontramos ante una identidad real, pues en ambos casos se trata de Petrogrado: el mismo terreno de lucha, los mismos grupos sociales, el mismo proletariado y la misma guarnición. En uno y otro caso la victoria se obtiene porque la mayoría de los regimientos de reserva pasa al bando de los obreros. ¡Pero qué enorme diferencia, pese a estos rasgos comunes de carácter general! Complementándose históricamente en esos ocho meses que las separan, las dos insurrecciones de Petrogrado, por sus contrastes, parecen hechas para que mejor se entienda la naturaleza de una insurrección *in abstracto*.

Suele decirse del levantamiento de febrero que fue una irrupción de fuerzas elementales. Ya hemos expuesto en su lugar las reservas indispensables que suscita esta opinión. Pero es exacto, de todos modos, que nadie se anticipó en febrero a indicar el camino de la insurrección; nadie votó la revolución en las fábricas ni en los cuarteles; nadie, desde arriba, llamó a tomar las armas. La irritación de años estalló como imprevistamente, e incluso, en gran medida, para la masa misma.

De un modo muy distinto pasaron las cosas en octubre. Durante esos ocho meses las masas habían vivido una intensísima vida política. No sólo provocaban acontecimientos, sino que aprendían a comprender sus conexiones. Después de cada acción, apreciaban críticamente los resultados. El parlamentarismo soviético se convirtió en el mecanismo cotidiano de la vida política del pueblo. ¿Podían las masas renunciar a resolver ellas mismas el problema de la insurrección, si estaban decidiendo con su voto cuestiones como la huelga, las manifestaciones callejeras, el envío de regimientos al frente?

Pero esta conquista inapreciable y única de la Revolución de Febrero no dejaba de suscitar nuevas dificultades. No era posible convocar a la lucha a las masas en nombre del sóviet sin haber planteado categóricamente la cuestión ante dicho organismo, es decir, sin haber convertido la insurrección en objeto de debates abiertos, con la participación incluso de representantes del campo enemigo. Era evidente la necesidad de crear un órgano soviético especial, disimulado hasta donde fuera posible, para que se encargase de dirigir la insurrección armada. Pero también este recurso suponía la observancia de los procedimientos democráticos, con todas sus ventajas, pero con todas sus dilaciones. La resolución adoptada el 9 de octubre por el Comité Militar Revolucionario, sólo entra en

ejecución definitiva a partir del día 20. No estaba allí, sin embargo, la principal dificultad. Utilizar la mayoría que se tenía en el sóviet para establecer un comité compuesto únicamente de bolcheviques, sería disgustar a los sin partido, sin hablar de los socialrevolucionarios de izquierda y de ciertos grupos anarquistas. Los bolcheviques del Comité Militar Revolucionario se sometían a la decisión de su partido, y no todos ellos sin resistencia. Pero no cabía exigir ninguna disciplina de los sin partido ni de los socialrevolucionarios de izquierda quienes ni siquiera se avendrían a votar una resolución fijando de antemano la fecha del levantamiento; y el solo hecho de plantear ante ellos el asunto hubiera revelado la mayor imprudencia. Lo único que podía hacerse a través del Comité Militar Revolucionario era empujar a las masas hacia el levantamiento, agravando día tras día la situación de modo que el conflicto terminase por ser inevitable.

En esas circunstancias, ¿no habría resultado más sencillo llamar a la insurrección directamente en nombre del partido? Son indiscutibles las serias ventajas de semejante procedimiento. Pero quizás las desventajas no son menos evidentes. Entre los millones de hombres sobre los cuales el partido, con entera razón, esperaba apoyarse, era preciso, sin embargo, distinguir tres sectores: el primero de ellos estaba dispuesto a acompañar a los bolcheviques en todas las circunstancias; un segundo sector, el más numeroso, sostenía a los bolcheviques en la medida en que actuasen a través de los sóviets; el tercero, por último, seguiría a los sóviets aunque los bolcheviques fuesen en ellos mayoría.

Las tres capas se distinguían no solamente por sus niveles políticos sino también, en gran parte, por su composición social. Tras los bolcheviques, como partido, marchaban en primera fila los obreros industriales, los proletarios por herencia de Petrogrado. Tras los bolcheviques, sólo en cuanto tuviesen el respaldo legal de los sóviets, marchaba la mayoría de los soldados. Tras los sóviets, independientemente de que los bolcheviques alcanzasen en ellos la principal influencia, y, aún a pesar de dicha circunstancia, marchaban las formaciones más conservadoras de la clase obrera; los exmencheviques y socialrevolucionarios temerosos de separarse del resto de la masa; los elementos más conservadores del ejército, comprendidos los cosacos; los campesinos que habían roto con la dirección del partido socialrevolucionario para ligarse a su ala izquierda.

Sería un error evidente identificar la fuerza del Partido Bolchevique con la de los sóviets a los cuales dirigía: estos últimos representaban una fuerza infinitamente más poderosa; pero faltándoles el partido se volvían impotentes. Esto no tiene nada de misterioso. La relación entre el partido y el sóviet derivaba de una incompatibilidad, inevitable en épocas revolucionarias, entre la formidable influencia política del bolchevismo y la endeblez de su estructura organizativa. Una palanca exactamente aplicada permite a la mano levantar un peso muy superior al de la fuerza viva que se despliega. Pero si la mano falta, la palanca no es más que una pértiga inanimada.

Uno de los delegados a la conferencia regional bolchevique de Moscú manifestaba a fines de septiembre: “En Egorievsk, nadie se opone a la influencia de los bolcheviques. Pero la organización del partido es débil en sí misma. Se ha desatendido muchísimo; no hay afiliaciones regulares ni se pagan las cotizaciones”. Aunque no siempre de tanta magnitud, esta desproporción entre la influencia y la organización constituía un fenómeno general. Las grandes masas conocían las consignas bolcheviques y la organización soviética, consignas y organización que, para ellas, llegaron a ser una misma cosa entre fines de septiembre y octubre. El pueblo aguardaba la palabra de los sóviets sobre cuándo y cómo realizar el programa de los bolcheviques.

El partido mismo educaba metódicamente a las masas en ese espíritu. Cuando se expandió por Kiev el rumor de que se preparaba la insurrección, el comité ejecutivo bolchevique opuso un inmediato desmentido: “Abstenerse de toda demostración no convocada por los sóviets... ¡No marchar sin el sóviet!” El 18 de octubre, al desmentir

rumores sobre una supuesta insurrección fijada para el 22, Trotsky manifiesta: "El sóviet es una institución electiva y... no puede adoptar resoluciones a espaldas de obreros y soldados..." Fórmulas de este tipo, repetidas cotidianamente y confirmadas por la práctica, ayudaban a formar una opinión sólida al respecto.

En la conferencia militar bolchevique de Moscú celebrada en octubre, el subteniente Berzin resumía con estas palabras los informes de los delegados: "Es dudoso que las tropas se muevan ante un llamado del comité bolchevique de Moscú. Pero si las convoca el sóviet, todos probablemente, marcharán". Y eso que el 90% de la guarnición de Moscú había votado por los bolcheviques en septiembre. Durante la conferencia del 16 de octubre en Petrogrado, Bokii, en nombre del partido, informa que los del distrito de Moscú "se moverán a instancias del sóviet, pero no del partido"; en el barrio Nevsky, "todos marcharán detrás del sóviet". Volodarsky resumía en los siguientes términos el ánimo imperante en Petrogrado: "Hay impresión general de que nadie se impacienta por echarse a la calle, pero que, si el sóviet los convoca, todos estarán presentes". Olga Ravich corrige de esta manera: "Algunos dicen que también marcharán si el partido hace el llamado". En la conferencia de la guarnición de Petrogrado, celebrada el 18, los delegados informan que sus regimientos aguardan órdenes del sóviet para ponerse en movimiento; nadie habla del partido, aunque los bolcheviques encabezaban numerosos contingentes: es que para mantener la unidad de los carteles era imperioso someter a la común disciplina del sóviet tanto a los partidarios como a los elementos vacilantes o semihostiles. El regimiento de granaderos llegó a declarar que sólo marcharía si se lo ordenaba el congreso de los sóviets. El solo hecho de que los agitadores y organizadores establecieran una diferencia entre el sóviet y el partido en todas sus evaluaciones acerca del estado de las masas, demuestra la importancia considerable de la cuestión desde el punto de vista del llamado al levantamiento.

El chofer Mitrevich cuenta que en un equipo de camiones donde fue imposible obtener un voto favorable a la insurrección, los bolcheviques consiguieron hacer aprobar el siguiente compromiso: "No marcharemos ni a favor de los bolcheviques ni de los mencheviques, pero... ejecutaremos sin dilaciones todas las órdenes del II Congreso de los Sóviets". Los bolcheviques del equipo de camiones empleaban en pequeño la misma táctica envolvente a la que recurría el Comité Militar Revolucionario. Mitrevich nada quiere demostrar; relata solamente, y esto da a su testimonio mayor poder de convicción.

Las tentativas para conducir la insurrección directamente, por intermedio del partido, en ninguna parte dieron resultado. Se ha conservado un testimonio de excepcional interés, referente a los preparativos de levantamiento en Kinechma, núcleo importante de la industria textil. Cuando se puso sobre el tapete la insurrección en la zona de Moscú, el comité partidario de Kinechma eligió un triunvirato especial al que denominó, no se sabe bien por qué, directorio, al que se encomendó averiguar con qué fuerzas militares y material de guerra se contaba, y emprender los preparativos de la insurrección armada. "Pero debe decirse [escribe uno de los miembros del directorio] que los tres elegidos no hicieron, al parecer, gran cosa. Los acontecimientos tomaron un curso diferente... La huelga nos absorbió por completo, y al llegar el instante decisivo el centro de organización pasó al comité de huelga y al sóviet..." En la modesta escala de un movimiento provincial, se repetía el fenómeno de Petrogrado.

El partido ponía en movimiento al sóviet. El sóviet, a los obreros, soldados y, parcialmente, a los campesinos. Lo que se ganaba en masa se perdía en rapidez. Si representamos este mecanismo de transmisión como sistema de ruedas dentadas (comparación ya utilizada por Lenin, aunque para otro caso y para un período distinto), puede decirse que una tentativa impaciente de hacer un ajuste directo entre la rueda del

partido y la rueda gigante de las masas presentaba el riesgo de romper los dientes de la rueda partidaria, sin conseguir con ello una movilización suficiente de las masas.

Así y todo, no era menos real el peligro contrario de dejar escapar una situación favorable como resultado de las fricciones internas del sistema soviético. Teóricamente hablando, el momento más ventajoso para la insurrección puede concebirse como un punto determinado en el tiempo. No se trata, por supuesto, de localizar prácticamente ese punto ideal. La insurrección, en cuanto a sus posibilidades de éxito, puede representarse como una curva ascendente que se aproxima al punto ideal culminante, o como una curva descendente si la relación de fuerzas no ha podido modificarse de modo radical todavía. En vez de "un momento", resulta un espacio de tiempo mensurable de semanas, más raramente en meses. Los bolcheviques podían haber tomado el poder en Petrogrado desde principios de julio. Pero en ese caso no lo hubiesen conservado. Desde mediados de septiembre, ya podían esperar no sólo conquistar el poder, sino también retenerlo. Si a fines de octubre los bolcheviques hubiesen dilatado la insurrección, es posible, pero no seguro, que aún les habría quedado cierto tiempo para recuperar el terreno perdido. Aunque con ciertas reservas, es posible admitir que, durante tres o cuatro meses, de septiembre a diciembre, por ejemplo, se habrían dado las premisas políticas para un levantamiento: vale decir, condiciones ya suficientemente maduras, pero no tanto que pudiese hablarse de descomposición. Dentro de estos límites, mucho más fáciles de precisar después que durante la acción misma, el partido gozaba de cierta libertad para elegir el momento, y esto originaba inevitables disidencias prácticas, que a menudo alcanzaban considerable gravedad.

Ya en los días de la conferencia democrática, Lenin propone desencadenar la insurrección. Piensa desde fines de septiembre que cualquier demora entraña los mayores peligros. "Aguardar el congreso de los sóviets [escribe en los primeros días de octubre] es un juego pueril, vergonzoso; es traicionar la revolución con formalismos". Es sin embargo dudoso que uno solo de los dirigentes bolcheviques se dejase guiar en este asunto por consideraciones puramente formales. Cuando Zinóviev, por ejemplo, pedía una conferencia preparatoria con la fracción bolchevique. del congreso de los sóviets, no iba en busca de sanciones formales, sino de un apoyo de los delegados de provincia contra la política del comité central. Pero es un hecho que la subordinación del partido al sóviet, y de éste al congreso de los sóviets, volvía imprecisa la fecha del levantamiento con la consiguiente alarma de Lenin, no por cierto infundada.

La cuestión de saber cuándo se lanzará el llamado se liga estrechamente con la de saber quién lo lanzará. Lenin no ignoraba las ventajas de la convocatoria por el sóviet; pero más le preocupaban las dificultades que surgirían en este camino. Sobre todo, a distancia, no podía dejar de temer que entre los dirigentes del sóviet las interferencias fuesen aún mayores que en el comité central, al que ya acusaba de excesivas vacilaciones. Respecto a saber cuál de los dos, si el sóviet o el partido, darían el primer impulso, Lenin tenía soluciones alternativas, pero en las primeras semanas se inclinaba resueltamente hacia una iniciativa. independiente del partido. En esto no existía ni la sombra de una oposición de principios, ya que el problema de la insurrección se abordaba sobre la misma base, en circunstancias idénticas y con los mismos fines; pero la manera de hacerlo era, de todos modos, diferente.

La propuesta de Lenin de rodear el Teatro Alexandra y arrestar a los miembros de la conferencia democrática, suponía que el partido y no el sóviet dirigiría la insurrección recurriendo directamente a las fábricas y a los cuarteles. No podía ser de otro modo: era inconcebible que el sóviet pudiese adoptar semejante plan. Lenin advertía perfectamente que incluso en los grupos dirigentes del partido su concepción encontraría resistencias. Recomendaba por anticipado a la fracción bolchevique de la conferencia "no preocuparse

por el número": si se actúa resueltamente desde arriba, el número será suministrado por la base. El audaz plan de Lenin tenía la indiscutible ventaja de ser rápido e imprevisto. Pero dejaba al partido demasiado a la descubierta, con el peligro, dentro de ciertos límites, de oponerlo a las masas. Y en el mismo sóviet de Petrogrado, tomado por sorpresa, un fracaso inicial hubiera podido desvanecer la mayoría bolchevique, que no era demasiado estable todavía.

La resolución del 10 de octubre propone a las organizaciones locales del partido que resuelvan prácticamente todas las cuestiones desde el punto de vista de la insurrección: en cuanto a los sóviets como órganos del levantamiento, no se los menciona para nada en la resolución del comité central. En la conferencia del 16, Lenin decía: "Los hechos demuestran que tenemos superioridad sobre el enemigo. ¿Por qué el comité central no puede comenzar?" En labios de Lenin, la pregunta distaba de tener un carácter retórico; debía entendérsela de este modo: ¿Por qué perder tiempo subordinándose a la complicada mediación del sóviet, si el comité central puede dar de inmediato la señal? Así y todo, la resolución propuesta por Lenin se cerraba esta vez expresando "su plena seguridad de que el comité central y el sóviet indicarán oportunamente el momento propicio y los métodos más convenientes de acción". La mención al sóviet, junto al partido, y la fórmula más flexible acerca de la fecha del levantamiento provenían de la resistencia de las masas, que Lenin pulsaba por intermedio de los dirigentes del partido.

Al día siguiente, en una polémica con Zinóviev y Kámenev, Lenin resumía los debates de la víspera: "*Todos* están de acuerdo en que al llamado de los sóviets y para la defensa de los sóviets, los obreros actuarán como un solo hombre". Esto significaba: aunque no todos concuerden con él, Lenin, en que puede lanzarse el llamado en nombre del partido, hay unanimidad en que sí puede lanzárselo en nombre de los sóviets.

"¿Quién debe tomar el poder? [escribe Lenin al atardecer del día 24]. Esto no tiene importancia por el momento: lo haga el Comité Militar Revolucionario u 'otra institución' que declare que lo entregará únicamente a los verdaderos representantes del pueblo..." Lo de "otra institución", entre enigmáticas comillas, alude en lenguaje conspirativo al comité central de los bolcheviques. Lenin renueva aquí su propuesta de septiembre: actuar directamente, en nombre del comité central si la legalidad soviética llegaba a impedir al Comité Militar Revolucionario poner al congreso ante el hecho consumado de la insurrección.

Aunque esta lucha sobre los plazos y los métodos de la insurrección se prolongó varias semanas, no todos los participantes se dieron exacta cuenta de su significado e importancia. "Lenin proponía la toma del poder por los sóviets, el de Leningrado o el de Moscú, y no a espalda de los sóviets, [escribía Stalin en 1924]. ¿Por qué Trotsky ha tenido necesidad de esta rarísima leyenda acerca de Lenin?" Y todavía: "El partido conoce a Lenin como al más grande marxista de nuestro tiempo..., ajeno a toda sombra de blanquismo". A su vez, Trotsky no era "el gigante Lenin, sino una especie de enano blanquista..." ¡No sólo blanquista, sino, además, enano! En realidad, el saber en nombre de quién se lanzará la insurrección y a qué institución le será entregado el poder, es asunto que ninguna doctrina tiene resuelto de antemano. Si están dadas las condiciones generales para un levantamiento, éste se presenta como un problema de carácter práctico que puede resolverse por diferentes medios. Este capítulo de las divergencias que dividieron al comité central se parece a las discusiones entre oficiales de un estado mayor, educados en la misma doctrina militar y que juzgan del mismo modo la situación estratégica en su conjunto, pero que proponen diversas variantes, importantísimas sin duda, pero aun así parciales, para resolver un problema de carácter inmediato. Mezclar en esto la cuestión del marxismo y del blanquismo es demostrar que nada se comprende, ni del uno ni del otro.

El profesor Pokrovsky llega hasta negar todo significado al problema "sóviet o partido". Los soldados no tienen nada de formulistas, declara con ironía: no necesitaban del congreso de los sóviets para derrocar a Kerensky. Por espiritual que parezca este modo de plantear la cuestión, deja un punto sin dilucidar: ¿Para qué, pues, organizar los sóviets, si el partido es suficiente? "Resulta curioso [continúa el profesor] que de este esfuerzo por hacerlo todo más o menos legalmente, nada resultara legal desde el punto de vista soviético, y que el poder, a último momento, no lo tomara el sóviet, sino una organización manifiestamente 'ilegal', constituida *ad hoc*". Pokrovsky alega que Trotsky fue forzado, "en nombre del Comité Militar Revolucionario", y no en nombre del sóviet, a declarar inexistente el gobierno de Kerensky. ¡Argumento realmente imprevisto! El Comité Militar Revolucionario era un órgano electivo del sóviet. Que el comité hubiese asumido un papel dirigente en la insurrección no infringía de ningún modo la legalidad soviética, de la que el profesor se burla, a pesar de que las masas se apegasen a ella con extraordinario celo. También el Consejo de Comisarios del Pueblo fue constituido *ad hoc*, lo que no le impidió ser y seguir siendo el órgano del poder soviético, incluido el mismo Pokrovsky, en su calidad de adjunto del Comisariado de Instrucción Pública.

La insurrección pudo mantenerse en el terreno de la legalidad soviética y aún, en medida considerable, dentro de los marcos creados por la tradición de la dualidad de poderes, gracias principalmente a que la guarnición de Petrogrado se había subordinado al sóviet casi por entero desde antes del levantamiento. En las primeras memorias, en los primeros artículos de aniversario y ensayos históricos, este hecho, que confirman numerosos documentos, pasaba por indiscutible. "El conflicto de Petrogrado se desarrolló en torno al problema de la suerte de la guarnición", dice un primer folleto sobre Octubre, escrito por el autor de la presente obra en los descansos que le dejaban las negociaciones de Brest-Litovsk, cuando aún estaban frescos los recuerdos de esos acontecimientos; durante varios años este folleto fue presentado en el partido como un manual de historia. "El problema básico, en torno al cual se edificó y organizó todo el movimiento de octubre [declara aún más claramente Sadovsky, uno de los organizadores inmediatos de la insurrección], fue el de la tentativa de enviar los regimientos de Petrogrado al frente del norte..." A ninguno de los dirigentes inmediatos de la insurrección que intervinieron en el coloquio organizado para recomponer la marcha de los acontecimientos, se le ocurrió ni por un instante corregir la exposición de Sadovsky. Sólo a partir de 1924 se descubre de golpe, que Trotsky sobreestimaba a la guarnición campesina, en perjuicio de los obreros de Petrogrado: descubrimiento científico ideal para complementarlo con la acusación de haber subestimado a la clase campesina.

Decenas de jóvenes historiadores, con el profesor Pokrovsky a la cabeza, nos han explicado estos últimos años la importancia del proletariado en una revolución proletaria, e indignadísimos porque no dijésemos obreros allí donde hablábamos de soldados, nos han declarado culpables de examinar la marcha real de los sucesos, en vez de repetir lecciones escolares. Pokrovsky resume estas críticas en los siguientes términos: "Aunque Trotsky sabe muy bien que fue el partido el que decidió pasar a la lucha armada..., y aunque el pretexto que entonces se esgrimiese sólo podía tener una importancia secundaria, él asigna a la guarnición de Petrogrado el papel de figura principal..., cómo si a falta de ella no hubiese habido insurrección posible". Para nuestro historiador, lo único que importa es "la decisión del partido" a propósito de la insurrección; pero cómo se ha producido en realidad el levantamiento, ése es un problema "de importancia secundaria": siempre se encontrará un pretexto. Pokrovsky denomina pretexto el medio para conquistar a las tropas, es decir, para resolver el problema del cual depende la suerte de cualquier insurrección. No hay duda de que la revolución proletaria se habría producido igualmente de no haber surgido el conflicto sobre la evacuación de las tropas: en esto, el profesor está

en lo cierto. Pero habría sido otra insurrección y habría exigido una exposición histórica diferente, y nosotros sólo tenemos en vista los acontecimientos tales como se produjeron.

Uno de los organizadores, más tarde historiador de la guardia roja, Malajovsky, insiste, por su parte, en afirmar que fueron los obreros armados, diferenciándose de la guarnición semiapática, los que desplegaron iniciativa, resolución y firmeza durante el levantamiento. “Los destacamentos de la guardia roja [escribe] se movilizaron durante la insurrección de octubre para ocupar las instituciones gubernativas, los correos y telégrafos, y tomaron posiciones de vanguardia en el momento del combate...”, etc. Todo esto era innegable. Pero no es difícil comprender, sin embargo, que si a los guardias rojos les bastó “ocupar” las instituciones, fue solamente porque la guarnición de Petrogrado estaba de acuerdo con ellos, los apoyaba o, por lo menos, no les combatía. Esto decidió la suerte de la insurrección.

El sólo preguntarse qué era más importante para el levantamiento, si los soldados o los obreros, revela un nivel teórico tan lamentable que casi no permite discusiones. La Revolución de Octubre era la lucha del proletariado contra la burguesía por el poder. Pero correspondió al mujik, al fin de cuentas, decidir el resultado de esa lucha. Este esquema general, válido para todo el país, encontró en Petrogrado su expresión más acabada. Lo que dio a la insurrección en la capital ese carácter de golpe rápido con un mínimo de víctimas, fue la combinación entre el compló revolucionario, el levantamiento obrero y la lucha en autodefensa de la guarnición campesina. El partido dirigía la insurrección; la principal fuerza motriz era el proletariado; los destacamentos obreros armados constituían la fuerza de choque; pero el desenlace de la lucha dependía de la guarnición campesina difícil de mover.

Es aquí donde el paralelo entre ambas insurrecciones, la de febrero y la de octubre, resulta particularmente irreemplazable. En vísperas del derrocamiento de la monarquía, la guarnición era una gran incógnita para ambos bandos. Hasta los soldados ignoraban cuál sería la reacción ante el levantamiento de los obreros. Sólo la huelga general hizo posible el contacto masivo entre obreros y soldados, permitiendo que estos últimos fuesen probados en la acción y pasasen al bando de los obreros. Tal fue el contenido dramático de las cinco jornadas de febrero.

En vísperas del derrocamiento del gobierno provisional, ya la aplastante mayoría de la guarnición estaba abiertamente junto a los obreros. En ninguna parte del país el gobierno se sentía tan aislado como en su propia residencia: no fue por error que intentó escapar de ella. Pero en vano: la capital hostil no lo dejaba partir. Al procurar sin éxito la evacuación de los regimientos revolucionarios, el gobierno cavó ya para siempre su tumba.

Explicar la política pasiva de Kerensky ante la insurrección sólo a la luz de sus cualidades personales, es resbalar por la superficie de las cosas. Kerensky no era el único. Había en el gobierno hombres como Palchinsky, capaces de energía. Los líderes del comité ejecutivo no ignoraban que la victoria de los bolcheviques significaba su muerte política. Todos ellos, sin embargo, separadamente o en conjunto, se sintieron paralizados; se sumieron, como el mismo Kerensky, en el sopor penoso de quien no ignora la inminencia del peligro, pero se siente incapaz de alzar la mano para defenderse.

Obreros y soldados no fraternizaron en octubre durante abiertas luchas callejeras, como pasara en febrero, sino con anterioridad a la sublevación. Si los bolcheviques no apelaron a la huelga general, no fue por impotencia, sino porque no la necesitaban. Aún antes de que el levantamiento comenzara, el Comité Militar Revolucionario se sentía dueño de la situación: conocía cada contingente de las tropas, su estado de espíritu, las fracciones internas; recibía diariamente informes verídicos que eran un fiel reflejo de la realidad; cuando lo deseaba podía mandar comisarios con plenos poderes o motociclistas

portadores de órdenes a cualquier regimiento, entablar comunicación telefónica con el comité de un efectivo o hacer llegar a una compañía sus instrucciones de servicio. Las tropas veían en el Comité Militar Revolucionario un estado mayor gubernativo, y de ningún modo un centro de conspiradores.

Es verdad que el gobierno retenía los puestos de mando del estado pero ya sin sus bases de sustentación. Los ministerios y los estados mayores se columpiaban en el vacío. El teléfono y el telégrafo continuaban sirviendo al gobierno, lo mismo que el Banco del Estado. Pero aquél ya no contaba con fuerzas militares suficientes para retener esas instituciones. El Palacio de Invierno y el Instituto Smolny parecían haber trocado sus respectivos emplazamientos. El gobierno fantasma se veía tan rigurosamente jaqueado por el Comité Militar Revolucionario, que le era imposible intentar nada antes de destruir el poderío de la guarnición. Y cualquier movimiento de Kerensky contra las tropas no hacía más que apresurar el desenlace.

Y, sin embargo, nada de esto suprimía la necesidad del levantamiento, problema que aún quedaba por resolver. El Comité Militar Revolucionario tenía en sus manos la cuerda y el mecanismo entero del reloj. Le faltaban el cuadrante y las agujas. Sin estos detalles, el reloj carece de toda utilidad. Privado del telégrafo, del teléfono, de un banco, de un estado mayor, el Comité Militar Revolucionario no podía gobernar. Disponía de casi todas las premisas reales y de los elementos del poder, no del poder mismo. En febrero los obreros no pensaban en apoderarse del banco y del Palacio de Invierno, sino en quebrar la resistencia del ejército. No luchaban para conquistar ciertos puestos de mando, sino para atraerse el alma del soldado. Al obtenerse esto último, los demás problemas se resolvieron por sí mismos: abandonada por sus batallones de la guardia, la monarquía ni siquiera intentó defender sus palacios y sus estados mayores.

En octubre el gobierno de Kerensky, tras dejar escapar definitivamente el alma del soldado, se aferró todavía a los puestos de mando. Entre sus manos, los estados mayores, los bancos, los teléfonos, sólo constituían la fachada del poder. Al pasar a los sóviets, asegurarían la posesión íntegra de ese poder. Tal era la situación en vísperas insurreccionales: ella determinaría las modalidades de la acción en las últimas veinticuatro horas.

Casi no hubo manifestaciones, combates callejeros, barricadas, todo lo que es común entender por insurrección; la revolución no necesitaba resolver un problema que ya había sido resuelto. La toma de andamiaje gubernativo podía emprenderse de conformidad con un plan, con el auxilio de destacamentos armados relativamente poco numerosos, a partir de un centro único. Los cuarteles, la fortaleza, los depósitos, todos los establecimientos en que actuaban los obreros y soldados, se tomarían fácilmente desde adentro. No pasaba lo mismo con el Palacio de Invierno, el Preparlamento, el estado mayor de la región, los ministerios y las escuelas de junkers. Tampoco con los teléfonos, telégrafos, correos, el Banco del Estado: los empleados de estos establecimientos, aunque poco pesasen en la combinación general de las fuerzas, eran los dueños detrás de aquellos muros, que estaban, además, celosamente guardados. Había que forzar desde afuera estos altos reductos burocráticos. Aquí la violencia sustituía la ocupación con recursos políticos. Mas al perder el gobierno sus bases militares, resistir era casi imposible, y de estos últimos puestos cayeron, en general, sin ningún choque.

Verdad es que, con todo, hubo que empeñar ciertos combates: fue preciso un asalto para tomar el Palacio de Invierno. Pero el hecho mismo de que la resistencia gubernativa se concentrase en el palacio permite precisar el lugar que el 25 de octubre ocupa en el desarrollo general de la lucha. El Palacio de Invierno aparece como el último bastión de un régimen moribundo a los ocho meses de nacer, definitivamente desarmado durante los últimos quince días. Los elementos del compló, entendidos como tales el plan

y una dirección centralizada, ocupaban un lugar insignificante en la Revolución de Febrero. Ello se debía a la debilidad y a la disgregación de los grupos revolucionarios, bajo la pesada carga del zarismo y de la guerra. La tarea se hacía mayor para las masas. Los insurgentes tenían su experiencia política, sus tradiciones, sus consignas, sus jefes anónimos. Pero si los elementos de dirección diseminados en el levantamiento eran suficientes para derribar la monarquía, su número no bastaba para asegurar a los vencedores el fruto de su propia victoria.

La calma callejera en octubre, la ausencia de multitudes, la falta de combates, dio pretexto a los adversarios para hablar de la conspiración de una insignificante minoría, de la aventura de un puñado de bolcheviques. Una y otra vez se volvió sobre esta fórmula en los días, los meses y aún los años que siguieron a la insurrección. Evidentemente, para restablecer el buen nombre de la insurrección proletaria, Yaroslavsky escribe el 25 de octubre: "Al escucharse el llamado del Comité Militar Revolucionario, masas compactas de obreros de Petrogrado se pusieron bajo sus banderas e invadieron las calles de la ciudad". El historiador oficial olvida explicar con qué fin el Comité Militar Revolucionario sacaba las masas a la calle y qué hicieron, concretamente, éstas.

La mezcla de poderío y debilidad de la Revolución de Febrero determinó que se la idealizase oficialmente como obra del país en su conjunto, en contraste con el levantamiento de octubre, tachado de compló. En realidad, si los bolcheviques, a último momento, consiguieron reducir a un "compló" la lucha por el poder, no se debió a que fuesen una pequeña minoría, sino a que, con ellos, en los barrios obreros y en los cuarteles, militaba una aplastante mayoría, férreamente nucleada, organizada y disciplinada.

No se comprenderá profundamente la insurrección de octubre si sólo se examina la fase final de los acontecimientos. En febrero la partida de ajedrez de la insurrección se jugó desde la primera a la última movida, es decir, hasta el abandono del adversario; a fines de octubre la partida principal ya era cosa del pasado y el día de la insurrección sólo había que resolver un problema bastante circunscrito: el del mate en dos jugadas. Es indispensable, por lo tanto, hacer arrancar el período insurreccional desde el 9 de octubre, cuando surge el conflicto de la guarnición, o desde el 12, cuando se resolvió crear el Comité Militar Revolucionario. La maniobra envolvente duró más de quince días. La etapa más decisiva duró de cinco a seis días, a partir de la constitución del Comité Militar Revolucionario. Durante todo este período actuaron directamente centenares de miles de soldados y de obreros, formalmente a la defensiva, pero, en realidad, atacando. La última fase, en la cual los sublevados arrojan de modo definitivo las formas convencionales de la dualidad de poderes, con su legalidad dudosa y su fraseología defensiva, duró exactamente veinticuatro horas: desde las dos de la mañana del día 25 hasta las dos de la mañana del día 26. En ese lapso, el Comité Militar Revolucionario recurrió abiertamente a las armas para dominar la ciudad y apoderarse de los integrantes del gobierno: en esta operación sólo intervienen las fuerzas necesarias para cumplir una tarea de limitada envergadura, no más de 25.000 a 30.000 hombres.

Un autor italiano que no sólo escribe libros sobre *Las noches de los eunucos* sino también sobre los más importantes problemas de estado, visitó a Moscú soviético en 1929, embarulló lo poco de izquierda y de derecha que había podido escuchar, con todo lo cual engendró su libro sobre *La técnica del golpe de estado*. El nombre del escritor, Malaparte, lo distingue fácilmente de otro especialista en golpes de estado que se llamaba Bonaparte.

En oposición a la "estrategia de Lenin", que se subordina a las condiciones sociales y políticas de Rusia en 1917, "la táctica de Trotsky [según Malaparte] no establece relación alguna con las condiciones generales del país". Ante las consideraciones de Lenin sobre las premisas políticas de la insurrección, el autor pone

esta réplica en boca de Trotsky: "Su estrategia exige demasiadas circunstancias favorables: la insurrección de nada necesita. Se basta a sí misma". Es difícil concebir un absurdo que se baste tan a sí mismo como éste. Malaparte repite varias veces que la victoria de octubre no se debió a la estrategia de Lenin, sino a la táctica de Trotsky. Aún hoy, dicha táctica amenazaría la tranquilidad de los estados europeos. "La estrategia de Lenin no constituye un peligro inmediato para los gobiernos de Europa. El peligro actual (y permanente) está en la táctica de Trotsky". Más concretamente todavía: "Colocad a Poincaré en el lugar de Kerensky, y el golpe de estado bolchevique de octubre de 1917 triunfará lo mismo". Inútil investigar de qué podría servir en general la estrategia de Lenin, subordinada a las condiciones históricas, si la táctica de Trotsky resolvía el mismo problema en todas las circunstancias. Falta añadir que tan notable libro ya ha sido traducido a varios idiomas. Es evidente que los hombres de estado aprenden allí cómo defenderse contra los golpes de estado. Les deseamos mucho éxito.

La crítica de las operaciones puramente militares del 25 de octubre no ha sido hecha hasta el presente. La literatura soviética suministra un material sin carácter crítico, sólo apologético. Frente a las obras de los epígonos, el mismo análisis de Sujánov, con todas sus contradicciones, se distingue por una observación mejor y más atenta de los hechos.

Sobre la organización del levantamiento de octubre, Sujánov, con dos años de diferencia, emitió dos juicios que parecen diametralmente opuestos. Dice en el tomo consagrado a la Revolución de Febrero: "En su lugar habré de referirme, según mis recuerdos, a la insurrección de octubre, que fue ejecutada como sobre una partitura". Yaroslavsky reproduce literalmente este juicio de Sujánov. "La insurrección de Petrogrado [escribe] estuvo bien preparada y el partido la ejecutó como ante un cuaderno de música". Más resueltamente todavía se expresa Claudio Anet, observador hostil pero atento, aunque sin profundidad: "El golpe de estado del 7 de noviembre [dice en sustancia] no inspira sino admiración. Ningún quebranto, ni la menor fisura. El gobierno es derrocado sin tener tiempo de decir ¡ay! siquiera". En cambio, en el tomo consagrado a la Revolución de Octubre, Sujánov cuenta cómo el Smolny, "a hurtadillas, tanteando prudentemente y en desorden", emprendió la liquidación del gobierno provisional.

Hay exageración tanto en un juicio como en el otro. Pero desde un amplio punto de vista puede admitirse que, aunque contradictorios, los dos se apoyan sobre hechos. La racionalidad de la insurrección de octubre deriva antes que nada de las relaciones objetivas, de la madurez de la revolución en su conjunto, del lugar de Petrogrado en el país, del que ocupa el gobierno en Petrogrado, de todo el trabajo previo del partido y, por último, de la correcta política de la insurrección. Pero aún quedaba un problema de técnica militar. En esto hubo buen número de errores parciales que, en conjunto, pueden dar la impresión de una labor a ciegas.

Sujánov menciona varias veces la impotencia del Smolny desde el punto de vista militar, aún en las jornadas que precedieron inmediatamente a la insurrección. En efecto, todavía el 23 de octubre el estado mayor revolucionario no estaba mejor defendido que el Palacio de Invierno. El comité militar se protegía esencialmente robusteciendo sus vínculos con la guarnición, a través de la cual vigilaba todos los movimientos estratégicos del adversario. Veinticuatro horas antes que el gobierno, el comité adoptó medidas más serias desde el punto de vista de la técnica militar. Sujánov asegura que de haber resuelto el gobierno tomar el 23 la iniciativa, o en la noche del 23 al 24, le hubiera sido posible capturar al comité: "Un buen destacamento de quinientos hombres habría bastado para liquidar el Smolny y todo lo que había adentro". Es posible. Pero para ello, precisamente, el gobierno necesitaba resolución, intrepidez, es decir, cualidades extrañas a su naturaleza. Además, era preciso "un buen destacamento de quinientos hombres". ¿Dónde

conseguirlo? ¿Organizarlo con oficiales? Ya los hemos visto a fines de agosto en el papel de conspiradores: había que andar buscándolos en los cabarets. Los cuerpos (*drujini*) de choque de los conciliadores se habían desintegrado. En las escuelas de junkers, todo asunto grave originaba nuevos agrupamientos. Peor iban las cosas entre los cosacos. Constituir una brigada por selección de diversos contingentes, significaba denunciarse diez veces antes de poder iniciar la empresa.

Así y todo, la misma existencia de un destacamento no hubiera resuelto la cuestión. Al primer disparo contra el Smolny habrían ardido los barrios obreros y los cuarteles. A cualquier hora del día o de la noche, decenas de miles de hombres armados o a medio armar habrían corrido para defender el centro amenazado de la revolución. Y ni siquiera la toma del Comité Militar Revolucionario habría salvado la existencia del gobierno. Lenin no se encontraba en el Smolny, como tampoco el comité central y el comité de Petrogrado. En la Fortaleza de Pedro y Pablo había un segundo estado mayor, un tercero en el *Aurora*, y otros aún en diversos barrios. Las masas no habrían quedado sin dirección. Por último, los obreros y los soldados, pese a todas las demoras, estaban dispuestos a vencer a cualquier precio.

No cabe duda, sin embargo, de que habrían debido adoptarse ciertas medidas complementarias de prudencia estratégica con varios días de anticipación. El aparato militar de la revolución accionaba con impericia, con atrasos y omisiones, y la dirección central se inclinaba demasiado a sustituir la técnica por la política. Faltaba el ojo de Lenin en el Smolny. Los otros no habían aprendido del todo todavía.

No se equivoca Sujánov cuando dice que la toma del Palacio de Invierno habría sido incomparablemente más fácil en la noche del 24 al 25 o en la mañana de este mismo día que por la tarde o por la noche. El palacio y el vecino edificio del estado mayor sólo estaban custodiados por los habituales junkers. Con un ataque repentino, el éxito era casi seguro. Esa mañana Kerensky había partido en automóvil sin encontrar obstáculos: el hecho prueba que no se ejercía ninguna vigilancia seria sobre el Palacio de Invierno. ¡Evidente laguna!

La vigilancia sobre el Palacio de Invierno había sido encomendada (a decir verdad, muy tarde: ¡el 24!) a Svérdlov, con la asistencia de Lashévich y Blagonravov. Es dudoso que Svérdlov, ya saturado de tareas, haya podido ocuparse de esta nueva misión. Y hasta puede pensarse que, en la fiebre de aquellas horas, la resolución, aunque consignada en las actas, fuese pronto olvidada.

A pesar de todo, en el Comité Militar Revolucionario se sobreestimaban los recursos militares del gobierno, especialmente el poderío de la guardia que custodiaba el Palacio de Invierno. Aunque los jefes inmediatos del asedio hubiesen conocido las fuerzas reales que albergaba el palacio, aún podía temerse que, a la primera señal de alarma, marchasen sobre él refuerzos de junkers, cosacos y tropas de choque. El plan para la toma del palacio se elaboró a la manera de una vasta operación: cuando los civiles o los civiles a medias abordan un problema puramente militar, es fácil que caigan en excesos de estrategia, uniendo al academismo una señalada impotencia práctica.

En cierta medida, la incoherencia revelada durante la toma del palacio se explica con las cualidades personales de quienes encabezaron la operación. Podvoisky, Antónov-Ovseienko, Chudnovsky, son hombres de temperamento heroico. Pero quizás deba decirse que les falta método, disciplina mental. Podvoisky, todo ardimiento en las jornadas de julio, se había vuelto más prudente, casi más escéptico, ante las perspectivas del futuro próximo. Pero, en el fondo, seguía fiel a sí mismo: puesto a resolver cualquier tarea práctica, sufre la tendencia orgánica a desbordar los límites fijados, a extender el plan, a meter en él a todo el mundo, a aplicar un máximo cuando un mínimo bastaría. No es difícil descubrir el sello de su espíritu en el carácter hiperbólico del plan. Antónov-

Ovseienko es, por su carácter, un optimista impulsivo, mucho más capaz de improvisación que de cálculo. Como antiguo oficial subalterno, algo se le alcanzaba del arte militar. Durante la Gran Guerra, como emigrado, había redactado los comentarios militares del diario *Nache Slovo* (Nuestra Palabra), publicado en París, revelando más de una vez su perspicacia en puntos de estrategia. Su subjetivismo impresionista no podía ser un dique a la sobreabundancia de Podvoisky. El tercero de los jefes militares, Chudnovsky, había vivido varios meses en un frente pasivo, en calidad de agitador: a esto se limitaba su experiencia de hombre de guerra. Aunque inclinado al ala derecha, era el primero en arrojarse a la lucha por donde más reciamente se peleara. Pero es sabido, no siempre marchan de la mano el valor personal y la audacia política. Días después de la insurrección, Chudnousky fue herido cerca de Petrogrado en una escaramuza con los cosacos de Kerensky, y, meses más tarde, encontró la muerte en Ucrania. Lógicamente, el eufórico e impulsivo Chudnovsky no podía suministrar lo que a sus dos compañeros les faltaba. Ninguno se inclinaba a tomar en cuenta los detalles, aunque más no fuese por ignorar los secretos del oficio. Viéndose débiles en exploradores, enlaces y maniobra, los mariscales rojos sintieron la necesidad de abrumar el Palacio de Invierno con tal supremacía de fuerzas, que el problema mismo de la dirección práctica dejara de plantearse: la magnitud desmesurada del plan casi equivalía a su ausencia. Lo que acabamos de decir no significaba que existieran jefes más experimentados para integrar el Comité Militar Revolucionario o servir como asesores; en todo caso, no era posible hallarlos más devotos y abnegados.

La lucha por el Palacio de Invierno empezó con la ocupación de todo el distrito, en un amplísimo radio. La falta de experiencia de los jefes, los enlaces defectuosos, la impericia de los destacamentos de guardias rojos y la falta de vigor de las fuerzas regulares, hicieron que la compleja operación se arrastrase con lentitud excesiva. Cuando ya los destacamentos rojos iban cerrando el círculo y acumulaban reservas a sus espaldas, compañías de junkers, escuadrones de cosacos, caballeros de San Jorge y un batallón de mujeres pudieron abrirse camino hacia el palacio. La defensa se fortalecía paralelamente al cerco de los atacantes. Puede decirse que el problema surgía de los medios excesivamente indirectos que se empleaban para resolverlo. Sin embargo, una audaz incursión nocturna o un intrépido asalto a la luz del día no hubiesen insumido más víctimas que una operación que se arrastraba lentamente. Fue posible verificar con doce y hasta con veinticuatro horas de anticipación el efecto moral de la artillería del *Aurora*: el crucero aguardaba la señal de combate desde el Nevá y los marineros no se quejaban de no tener con qué engrasar sus piezas. Pero los jefes de la operación aguardaban resolver sin luchas el asunto, mandaban parlamentarios, formulaban ultimátum y desatendían los plazos prefijados. No se les ocurrió inspeccionar a tiempo la artillería de la Fortaleza de Pedro y Pablo, y ello porque descontaban poder prescindir de ella.

La falta de preparación del mando militar fue en Moscú más evidente todavía, aunque la relación de fuerzas se considerase tan favorable, que Lenin recomendó y hasta insistió comenzar allí el levantamiento. “La victoria es segura; no hay nadie para batirse”. Sin embargo, fue precisamente en Moscú donde la insurrección tomó la forma de combates prolongados que duraron, incluidas las treguas, alrededor de ocho días. “En el ardor de nuestra actividad [escribe Murálov, uno de los principales dirigentes de la insurrección moscovita], no siempre demostrábamos firmeza y resolución en todos los puntos. Pese a la aplastante superioridad numérica que nos favorecía (diez veces la fuerza del adversario), dejamos que los combates se prolongaran toda una semana... debido a nuestra inexperiencia para dirigir a las masas combatientes, a la falta de disciplina de estas últimas, y a la completa ignorancia que jefes y soldados teníamos de la táctica de los combates callejeros”. Murálov tiene la costumbre de llamar a las cosas por su nombre:

esto le ha valido estar actualmente deportado en Siberia. Y eludiendo descargar la responsabilidad sobre otros, Murálov, en el párrafo transcrito, atribuye al comando militar los errores de la dirección política, que en Moscú se distinguía por su inconsistencia y por su permeabilidad ante los elementos conciliadores. No debe olvidarse, sin embargo, que los obreros del viejo Moscú, textiles y curtidores, iban muy a la zaga de los obreros de Petrogrado. Moscú no se sublevó en febrero: el derrocamiento de la monarquía fue obra exclusiva de Petrogrado. En julio, nuevamente, Moscú permaneció tranquilo. Cuando se movió en octubre, los obreros y los soldados carecían de experiencia de combate.

La técnica de la insurrección consuma lo que la política no ha llegado a hacer. El gigantesco crecimiento del bolchevismo distraía indudablemente la atención del aspecto militar del asunto. Las exhortaciones apasionadas de Lenin no carecían de fundamento. La dirección militar probó ser incomparablemente más débil que la dirección política. ¿Podía ocurrir de otra manera? Durante muchos meses todavía, el nuevo poder revolucionario revelará considerable ineptitud siempre que le resulte indispensable recurrir a las armas.

Y a pesar de ello, las autoridades militares del campo gubernativo apreciaban en términos sumamente lisonjeros la jefatura militar insurrecta de Petrogrado. “Los rebeldes mantienen el orden y la disciplina [declaraba por hilo directo, poco después de la caída del palacio, el ministro de la guerra al cuartel general], no hay ni saqueos ni pogromos; en cambio, patrullas insurgentes han arrestado a soldados que titubeaban... Es indudable que el plan de la insurrección se preparó por anticipado y fue aplicado con persistencia y buen orden...”. No estaba, por cierto, regulado “según la partitura”, como han escrito Sujánov y Yaroslavsky, pero tampoco había tanto “desorden”, como después afirmó aquél.

Y, además, aún para el juicio crítico más severo, la eficacia de la empresa debe medirse por su éxito.

El congreso de la dictadura soviética

El 25 de octubre debía inaugurarse en el Smolny el parlamento más democrático de la historia mundial. Y acaso, tal vez, el más importante.

Ahora que estaban libres del influjo de la *intelligentsia* conciliadora, los sóviets de provincia mandaban representantes que en su mayoría eran obreros y soldados. Gente, en general, oscura, pero probada en la acción y por eso mismo, con sólido prestigio en sus respectivas localidades. Del ejército y del frente, sorteando el bloqueo de los comités de ejército y de los estados mayores, la inmensa mayoría de los que llegaban era simples soldados rasos. Casi todos ellos habían despertado a la vida política con la revolución. Se habían formado en la experiencia de esos ocho meses. Poco era lo que sabían; pero lo sabían sólidamente. La apariencia exterior del congreso manifestaba su composición. Casi no se veían los galones de oficiales, ni los anteojos y corbatas de intelectuales, tan abundantes en el I Congreso. Dominaba el color gris de las vestimentas y los rostros. La guerra había desgastado inexorablemente ese conjunto. Muchos obreros urbanos se habían echado encima un capote de soldado. Los delegados de las trincheras no exhibían un aspecto muy presentable: llevaban barba de muchos días, viejos capotes desgarrados, pesados gorros de piel cuyos agujeros descubrían el acolchado de algodón, las cabelleras hirsutas. Semblantes rudos mordidos por la intemperie, piernas pesadas cubiertas de sabañones, dedos amarillentos de fumar tabaco ordinario, botones semiarrancados, correas colgando, botas gastadas y sucias sin lustrar quién sabe desde cuándo. Por primera vez la nación plebeya había enviado una representación honesta, no fraguada, hecha a su imagen y semejanza.

La estadística del congreso que se reunió en las horas de la insurrección es extremadamente incompleta. Al inaugurarse, se computaron 650 representantes con voz y voto; 390 pertenecían a los bolcheviques; aunque distaban de ser todos miembros del partido, eran, en cambio, la sustancia misma de las masas; y a éstas no les quedaba otro camino que el del bolchevismo. Numerosos delegados que llegaban con dudas, maduraban rápidamente en la caldeada atmósfera de Petrogrado.

¡Con cuánto éxito mencheviques y socialrevolucionarios habían conseguido dilapidar el capital político de la Revolución de Febrero! En el congreso de los sóviets, en junio, los conciliadores disponían de una mayoría de 600 votos sobre un total de 832 delegados. Ahora, la oposición conciliadora de todas las tendencias reunía menos de un cuarto del congreso. Los mencheviques, con los grupos nacionales ligados a ellos, no pasaban de 80 delegados, de los cuales alrededor de la mitad eran de izquierda. De 159 socialrevolucionarios (190, según otras cifras), los de izquierda eran aproximadamente las tres quintas partes; además, el ala derecha continuó disolviéndose rápidamente en el transcurso del congreso. Al término de las sesiones, el número de delegados se había elevado a 900, según ciertos datos. Pero esta cifra incluye cierta cantidad de votos consultivos y no engloba, por otra parte, todos los votos deliberativos. La fiscalización de los mandatos sufría interrupciones, se perdieron papeles, los informes acerca de la filiación partidaria distan de ser completos. Nada de esto, sin embargo, arroja la menor duda sobre la posición dominante de los bolcheviques en el congreso.

Una encuesta entre los delegados demostró que 505 sóviets se pronunciaban por el pase de todo el poder a los sóviets; 86 por el poder de la “democracia”; 55 por la

coalición; 21 por la coalición, pero sin los kadetes. Estas cifras, a pesar de su elocuencia, exageran sin embargo lo que aún les quedaba de influencia a los conciliadores: por la democracia y la coalición se declaraban los sóviets de las regiones más atrasadas y de las localidades menos importantes.

El 25, a primera hora de la mañana, las diversas fracciones comenzaron a sesionar en el Smolny. De los bolcheviques sólo estaban presentes quienes no tenían misiones de combate que cumplir. Hubo que postergar la apertura del congreso: la dirección bolchevique quería terminar previamente con el palacio. Pero tampoco las fracciones hostiles tenían ningún apuro: ellas también necesitaban determinarse, empresa nada fácil. Transcurrían las horas. Dentro de las fracciones, las subfracciones disputaban entre sí. Al rechazarse por 92 votos contra 60 la moción de abandonar el congreso, los socialrevolucionarios se escindieron. Pero sólo al caer la tarde las fracciones de izquierda y de derecha comenzaron a sesionar en salas diferentes. A las ocho, los mencheviques solicitaron nueva prórroga. Sus opiniones estaban muy divididas. Sobrevino la noche. Aún continuaba la acción contra el palacio. Pero ya no se podía seguir aguardando: era preciso hablar con claridad ante el país en estado de alerta.

La revolución enseñaba el arte de la buena voluntad. Delegados, visitantes y guardias se apretujaban cada vez más en la sala de fiestas de las jóvenes de la nobleza para que también cupiesen los que sin cesar llegaban. Nadie escuchaba las advertencias inspiradas en el temor de que el piso se desplomase ni las exhortaciones a fumar un poco menos. Todos se movían y fumaban a sus anchas. A duras penas John Reed pudo abrirse camino a través de la multitud que rumoreaba ante la puerta. La sala no tenía calefacción, pero el aire era espeso y ardiente.

Amontonados en los tambores de las puertas, en los pasadizos laterales o sentados en el alféizar de las ventanas, los delegados aguardaban pacientemente que la presidencia hiciera sonar la campana. Ni Tsereteli, ni Chjeidze, ni Chernov, se hallaban en la tribuna. Sólo los jefes de segundo orden aparecieron para asistir a sus propios funerales. A las 10 y 40, un hombre pequeño, con uniforme de médico mayor, abrió la sesión en nombre del comité ejecutivo central. El congreso se reunía en "circunstancias tan excepcionales" que él, Dan, al llenar la misión que le había confiado el comité ejecutivo, se abstendría de decir un discurso político: sus propios amigos de partido estaban en esos momentos en el Palacio de Invierno "cumpliendo abnegadamente sus deberes de ministros" bajo el fuego de los sitiadores. Los delegados no esperaban ni por asomo que el comité ejecutivo central los bendijese. Miraban torvamente a la tribuna: si esa gente sigue teniendo vida política, ¿hay algún vínculo que los une a nosotros y a nuestra causa?

Ahora tiene la palabra el bolchevique Avannesov, delegado de Moscú, quien propone en nombre del partido una mesa con representación proporcional: 14 bolcheviques, 7 socialrevolucionarios, 3 mencheviques, 1 internacionalista. Los de la derecha se niegan de plano a participar en ella. El grupo de Mártov se abstiene por el momento; aún no ha decidido nada. Los socialrevolucionarios de izquierda reciben los 7 votos reservados a su partido. El congreso observa ceñudo estas controversias preliminares.

Avannesov lee la lista de los candidatos bolcheviques a la mesa: Lenin, Trotsky, Zinóviev, Kámenev, Ríkov, Noguín, Skliansky, Krilenko, Antónov-Ovseienko, Riazánov, Muránov, Lunacharsky, la Kollontai y Stuchka. "La mesa se integra [escribe Sujánov] con los principales líderes bolcheviques y seis (en realidad siete) socialrevolucionarios de izquierda. Aunque se han opuesto a la insurrección, Sinoviev y Kámenev figuran en la nómina por su prestigio dentro del partido"; Ríkov y Noguín, como representantes del sóviet de Moscú; Lunacharsky y la Kollontai, por su popularidad como agitadores; Riazánov, como representante de los sindicatos; Muránov, como viejo

obrero bolchevique, que ha afrontado valerosamente el proceso a los diputados de la Duma del Imperio; Stuchkl, como líder de la organización letona; Krilenko y Skliansky, como representantes del ejército; Antónov-Ovseienko, como conductor de la lucha armada en Petrogrado. La ausencia de Svérdlov parece explicarse porque él redactó la lista, y nadie, en aquel desorden, se dio cuenta de rectificar la omisión. Entre los socialrevolucionarios de izquierda, sólo la menuda, frágil y valerosa Spiridonova, que había pasado largos años en la cárcel por dar muerte a un expoliador de campesinos en Tambov, gozaba de una celebridad que se extendía a toda Rusia. No había otros "nombres" entre ellos. A los de derecha, en cambio, aparte de los nombres, poco y nada les quedaba.

El congreso recibió con fervoroso entusiasmo la designación de su mesa. Lenin no estaba en la tribuna. Horas antes, mientras sesionaban las diversas fracciones, se había instalado en una sala lateral y conversaba allí con dos o tres bolcheviques. Aún conservaba la peluca y los gruesos anteojos que le servían de disfraz. En eso llegaron Dan y Skóvelev, que se dirigían a su fracción; se detuvieron ante la mesa de los conspiradores, miraron atentamente a Lenin y, sin la menor duda, lo reconocieron. Lo cual significaba: ¡ya es tiempo de arrojar la máscara!

A pesar de ello, Lenin no tuvo prisa de aparecer en público. Prefería observar las cosas de cerca y reunir los hilos en sus manos, entre bambalinas. En sus *Recuerdos* publicados en 1924, Trotsky escribe: "Se celebraba en el Smolny la primera sesión del II Congreso de los Sóviets. Lenin no se mostró en público. Permanecía en una de las salas donde, lo recuerdo bien, casi no había muebles. Sólo después llegó alguien con colchas y almohadas que tendió en el suelo. Vladimir Ilich y yo reposábamos uno al lado del otro. Pero a los pocos minutos vino alguien a llamarme: 'Dan ha tomado la palabra; hay que responder'. Al regresar de mi réplica, volvía a tenderme junto a Lenin; quien, como puede suponerse, ni pensaba en dormir. Las cosas no estaban para eso. Cada cinco o diez minutos, alguien llegaba del salón de sesiones para enterarnos de cómo iban las cosas".

La campanilla presidencial pasó a manos de Kámenev, uno de los seres flemáticos a quienes la misma naturaleza parece haber señalado para presidir. Anuncia que hay tres cuestiones en la orden del día: la organización del poder; la guerra y la paz; la convocatoria de la asamblea constituyente. Imprevistamente, un ruido sordo y alarmante se añade desde afuera al rumor de la asamblea: es la Fortaleza de Pedro y Pablo que subraya la orden del día con una descarga de cañón. Una ráfaga de alta tensión eléctrica recorre el congreso y le hace sentir, súbitamente, lo que en realidad ya es: la Convención de la guerra civil.

Lozovsky, adversario de la insurrección, solicita un informe del sóviet de Petrogrado. Pero el Comité Militar Revolucionario actúa con retraso: las réplicas de los cañones dicen claramente que el informe no puede darse todavía, que aún la insurrección está en pleno desarrollo. Los líderes bolcheviques desaparecen a cada instante, rumbo a las instalaciones del Comité Militar Revolucionario, para recibir noticias o cursar órdenes. Las resonancias del combate penetran como lenguas de fuego en la sala de sesiones. Cuando se vota, los brazos ascienden entre un mar de bayonetas erizadas. Tras el humo azul y picante de la majorka (tabaco ordinario) se van diluyendo las bellas columnas blancas y las arañas.

Sobre ese fondo de cañones adquieren una significación inusitada las escaramuzas oratorias entre ambos campos. Y ahora que los platillos de la balanza oscilan todavía, es el momento de Mártov, el inventivo político de las eternas vacilaciones. Con su voz ronca de tuberculoso, responde inmediatamente a la voz metálica de los cañones: "Es indispensable que ambos campos depongan las hostilidades. Se quiere resolver la cuestión del poder con una conspiración... Todos los partidos revolucionarios se ven colocados

ante el hecho consumado... La guerra civil amenaza desatar la contrarrevolución. Es posible resolver pacíficamente la crisis, creando un poder reconocido por toda la democracia". Un sector importante del congreso aplaude sus palabras. Sujánov observa con ironía: "Evidentemente, muchos son los bolcheviques no asimilados en espíritu a la doctrina de Lenin y de Trotsky, que aceptarían gustosos avanzar por esa vía".

La propuesta de entablar negociaciones pacíficas obtiene el apoyo de los socialrevolucionarios de izquierda y de un grupo de internacionalistas unificados. El ala derecha, y quizás también los seguidores inmediatos de Mártov, están seguros de que los bolcheviques envían a Lunacharsky a la tribuna, al más pacífico y sedoso de los oradores. "La fracción de los bolcheviques nada tiene que objetar a lo que propone Mártov". Los adversarios se asombran. "Lenin y Trotsky [comenta Sujánov], mientras marchan al encuentro de la masa que les pertenece como propia, al mismo tiempo socaban el terreno bajo los pies de la derecha". La propuesta de Mártov es aprobada por unanimidad. "Si los mencheviques y los socialrevolucionarios llegaran a retirarse ahora, se condenarían a sí mismos", piensan en el grupo de Mártov. En consecuencia, puede espetarse que el congreso "adopte la justa política de crear un frente único democrático". ¡Esperanza vana! La revolución no toma nunca la diagonal.

El ala derecha pasa inmediatamente de largo la iniciativa de entablar negociaciones, que acaba de aprobarse. El menchevique Jarach, delegado del 12º ejército, con las insignias de capitán, formula esta declaración: "Políticos hipócritas proponen resolver la cuestión del poder. Pero esa cuestión se está decidiendo a nuestras espaldas... Los golpes asestados contra el Palacio de Invierno cavan la fosa del partido que se ha lanzado a semejante aventura..." Al llamado del capitán responden indignados murmullos del congreso. El teniente Kuchin, que, en la conferencia de estado de Moscú, hablara en nombre del frente, procura invocar una vez más la autoridad de las organizaciones del ejército: "Este congreso es inoportuno; más aún, se lo ha constituido irregularmente". ¿En nombre de quién habla?, le gritan los capotes desgarrados que llevan escrito su mandato con el barro de las trincheras. Kuchin enumera cuidadosamente once ejércitos. Pero ya no engaña a ninguno de los presentes. En el frente, como en la retaguardia, los generales de la conciliación habían perdido a todos sus soldados. El grupo del frente, prosigue el teniente menchevique, "rechaza toda responsabilidad por las consecuencias de esta aventura"; ello significa unirse a la contrarrevolución, contra los sóviets. En consecuencia, "el grupo del frente... abandona el congreso".

Uno tras otro, suben a la tribuna los representantes de la derecha. Han perdido sus parroquias y sus iglesias, pero les queda el campanario. Por última vez se apresuran a hacer sonar las campanas rajadas. Socialistas y demócratas, que han desplegado todos los medios, los lícitos y los ilícitos, para entenderse con la burguesía imperialista, ahora rechazan categóricamente pactar con el pueblo sublevado. Esto pone al desnudo todo su cálculo político: los bolcheviques se hundirán en pocos días; hay que desligarse de ellos cuanto antes y hasta ayudar a su caída, para preservar en lo posible la propia situación frente a cualquier contingencia futura.

Jinchuk, expresidente del sóviet de Moscú y futuro embajador soviético en Berlín, entrega una declaración en nombre de los mencheviques de derecha: "El compló militar de los bolcheviques... arroja el país a una guerra intestina, socava la asamblea constituyente, amenaza el frente con una catástrofe y conduce al triunfo de la contrarrevolución". No hay más salida que entablar "negociaciones con el gobierno provisional para la formación de un poder apoyado en todos los sectores de la democracia". Incapaz de aprender nada, esa gente propone al congreso terminar con la insurrección y volver a Kerensky. El sordo murmullo, los gritos y hasta los silbidos, casi impiden oír las palabras del representante de los socialrevolucionarios de derecha. La

declaración de su partido proclama "la imposibilidad de un trabajo en común" con los bolcheviques, y afirma que el mismo congreso de los sóviets, convocado y abierto por el comité ejecutivo central conciliador, no se ha constituido regularmente.

La manifestación de las derechas no intimida, pero causa inquietud e irritación. La mayoría de los delegados están hartos de esos líderes pretenciosos y estrechos, que primero los han atiborrado de frases y después los han sometido a la represión. ¿Es posible que los Dan, los Jinchuk, los Kuchin se dispongan todavía a dictar lecciones y proferir voces de mando? Peterson, un soldado letón con las mejillas rojas del tuberculoso y los ojos brillantes de pasión, acusa a Jarach y a Kuchin de proceder como impostores. "¡Basta de resoluciones y de charlas! ¡Queremos actos! El poder debe estar en nuestras manos. ¡Que los impostores se vayan del congreso; el ejército no está con ellos!" Esa voz ardiente levanta los espíritus de un congreso que hasta ese instante no había recibido más que injurias. Otros hombres del frente se apresuran a sostener a Peterson. "Los Kuchin representan la opinión de pequeños grupos enquistados desde abril en los comités de ejército. El ejército exige desde hace ya mucho tiempo que se convoque a elecciones para renovar los comités". "Los hombres de las trincheras esperan con impaciencia la entrega del poder a los sóviets".

Pero los de la derecha ocupan todavía algunos campanarios. El representante del Bund declara que "lo que está sucediendo en Petrogrado es una desgracia" e invita a los congresistas a reunirse con los consejeros de la duma municipal, que se aprestan a acudir sin armas al Palacio de Invierno para perecer allí junto con los ministros. "Estas palabras desatan un tumulto [escribe Sujánov], y los delegados gritan sus expresiones de burla, groseras algunas y otras venenosas". El patético orador se ha equivocado malamente respecto a su auditorio. ¡Basta! ¡Desertores!, gritan a los que están saliendo, los delegados, los invitados, los guardias rojos, los soldados que montan guardia. ¡Váyanse con Kornílov! ¡Enemigos del pueblo!

El abandono de sus puestos que hace la derecha no produce un vacío, sin embargo. Muchos delegados de base que componen ese sector se resisten obviamente a colaborar con los oficiales y los junkers en la lucha contra obreros y soldados. Sumadas las diversas fracciones de derecha, defeccionan unos 70 delegados, es decir, poco más de la mitad de ese sector. Los vacilantes se unen a los grupitos intermedios que no quisieron abandonar el congreso. Si antes de comenzar las sesiones los socialrevolucionarios de todas las tendencias no excedían de 190 delegados, en las horas siguientes, el ala izquierda sola reunirá 180 votos. Se le han unido todos los que aún no se deciden a adherir a los bolcheviques, aunque estén dispuestos a sostenerlos.

En el gobierno provisional y en cualquier Preparlamento, mencheviques y socialrevolucionarios no se retiraban nunca, hacían acto de presencia, por desfavorable que fuera la situación. ¿Acaso es posible romper con la sociedad distinguida? Pero los sóviets, después de todo, no son más que el pueblo. Sirven para cualquier cosa, mientras se los puede usar para entenderse con la burguesía.

¿Pero habrá que tolerarlos ahora que pretenden convertirse en los amos del país? "Los bolcheviques permanecieron solos [escribía poco después el socialrevolucionario Zenzinov] y, a partir de ese momento, comenzaron a apoyarse únicamente sobre la fuerza física brutal". No cabe la menor duda de que el principio moral había partido, dando un portazo, tras las huellas de Dan y de Gotz. Ahora se dirigía hacia el Palacio de Invierno, en procesión de trescientas personas iluminada por un par de linternas, para caer de nuevo bajo la fuerza física brutal de los bolcheviques... y batirse en retirada.

La propuesta de negociaciones de paz aprobada por el congreso había quedado en el aire. De haber abrigado las derechas el propósito de llegar a un acuerdo con el proletariado victorioso, no se habrían apresurado a romper con el congreso. Mártov no

podía dejar de comprenderlo. Pero, aun así, se aferra a la idea del compromiso, en torno a la cual se erige y se derrumba toda su política. “Es indispensable detener la efusión de sangre...”, repite. “No son más que ruidos”, le gritan. “Aquí no se escuchan ruidos solamente [contesta]: ¡acérquense a las ventanas y escucharán los disparos de cañón!”. Un argumento irrefutable: cuando el congreso calla, no es preciso acercarse a las ventanas para escuchar los disparos.

La declaración que lee Mártov, enteramente hostil a los bolcheviques y estéril en sus deducciones, condena la insurrección como “ejecutada únicamente por el Partido Bolchevique”, mediante una conspiración puramente militar, y exige que los trabajos del congreso se suspendan hasta que se llegue a un acuerdo con “todos los partidos socialistas”. ¡En una revolución, correr en pos de la resultante, es todavía más iluso que querer atrapar la propia sombra!

En ese momento se vio aparecer a Yoffe, el futuro primer embajador de los sóviets en Berlín, quien, a la cabeza de la fracción bolchevique de la duma municipal, se había negado a ir a buscar una muerte problemática bajo los muros del Palacio de Invierno. El congreso recibe a los amigos con felicitaciones rebosantes de alegría.

Pero algo hay que responder a Mártov. Se le recomienda a Trotsky la tarea. “Apenas producido el éxodo de las derechas [reconoce Sujánov], su posición es tan sólida como débil la de Mártov”. Los adversarios están, uno frente a otro, en la tribuna, estrechamente rodeados por un círculo de delegados febriles. “Lo que ha sucedido [dice Trotsky], es una insurrección, no es un compló. El levantamiento de las masas populares no necesita que se lo justifique. Nosotros hemos templado la energía revolucionaria de los obreros y de los soldados de Petrogrado. Abiertamente hemos forjado la voluntad de las masas en pro de la insurrección, no por medio de un compló... Nuestra insurrección ha vencido y entonces nos formulan una propuesta: renunciad a vuestra victoria, concluid un acuerdo. ¿Con quién? Pregunto: ¿Con quién debemos concluir un acuerdo? ¿Con los pequeños grupos miserables que han salido de aquí?... Pero si ya los hemos visto de cuerpo entero. No hay nadie en Rusia junto a ellos. ¿Con esa gente, de igual a igual, tendrán que llegar a un acuerdo los millones de obreros y campesinos representados en este congreso, a quienes todos ellos, y no es la primera vez, están dispuestos a entregar a merced de la burguesía? ¡No, aquí los acuerdos nada tienen que hacer! A los que se han ido, a los que nos traen estas proposiciones, nosotros les decimos: todos ustedes están lamentablemente aislados, en bancarrota, el papel de ustedes ha terminado, vayan a juntarse con su clase, adonde ésta ya se ha hundido: ¡en el sumidero de la historia! [...]”

“¡Entonces nos retiramos!”, grita Mártov, sin aguardar la votación. “Mártov, furioso y muy afectado [escribe compasivamente Sujánov], intentó abrirse paso desde la tribuna hacia la puerta. Yo me puse a convocar con toda urgencia una reunión extraordinaria de mi fracción...” No se trataba, ni por asomo, de un exabrupto. El Hamlet del socialismo democrático, Mártov, había dado en julio un paso hacia adelante, cuando la revolución refluía; ahora que se halla dispuesta a saltar como una fiera, Mártov retrocedía. El retiro de las derechas le había quitado la posibilidad de cualquier maniobra parlamentaria. De golpe, dejó de sentirse cómodo. Se dio prisa a abandonar el congreso para desligarse de la insurrección. Sujánov replicó como pudo. La fracción se dividió en dos mitades casi iguales. Mártov predominó por 14 votos contra 12.

Trotsky propone al congreso una resolución que es un acta de acusación contra los conciliadores: son ellos quienes han preparado la desastrosa ofensiva del 18 de junio; ellos los que han sostenido al gobierno que traicionaba al pueblo; ellos los que han disimulado a los campesinos cómo se les engañaba en la cuestión agraria; ellos los que han asegurado el desarme de los obreros; ellos los responsables de que la guerra se prolongue insensatamente; ellos los que han permitido a la burguesía agravar la situación

económica; ellos los que, al perder la confianza de las masas, se han opuesto a la convocatoria del congreso de los sóviets; ellos, finalmente, los que, al quedar en minoría, rompen con los sóviets.

Otra moción de orden: realmente, la paciencia de la mesa bolchevique no conoce límites. Llega un representante del comité ejecutivo de los sóviets campesinos para invitar a los rurales a abandonar ese congreso "inoportuno" y marchar hacia el Palacio de Invierno, "a morir con quienes han sido enviados allá para que realizaran nuestras voluntades". Estas invitaciones a morir bajo las ruinas del Palacio de Invierno comienzan a enfadar de tan monótonas. Un marinero del *Aurora* que ha llegado al congreso declara irónicamente que no hay tales ruinas, pues el crucero tira con pólvora. "Sigan trabajando tranquilos". El congreso toma alientos ante ese magnífico marinero de barba negra, que encarna la simple e imperiosa voluntad de la insurrección. Mártov, con su mosaico de ideas y de sentimientos, pertenece a otro mundo: por eso rompe, también él, con el congreso.

Todavía una nueva moción de orden, pero esta vez parcialmente amistosa: "Los socialrevolucionarios de derecha [dice Kamkov] acaban de retirarse; pero nosotros, los de izquierda, nos hemos quedado". El congreso saluda a los que permanecieron. Sin embargo, estos últimos también consideran indispensables que se concierte un frente único revolucionario y se pronuncian contra la violenta resolución de Trotsky, que cierra las puertas a un acuerdo con la democracia moderada.

Los bolcheviques vuelven a aceptar inmediatamente. Es como si nunca se los hubiese visto tan conciliadores. No hay nada extraño en eso: dominan la situación y no necesitan discutir sobre palabras. Lunacharsky sube de nuevo a la tribuna: "No cabe la menor duda de que ha recaído sobre nosotros una tarea bien pesada". La unificación de todos los elementos efectivamente revolucionarios de la democracia es algo indispensable. Pero, ¿acaso los bolcheviques dimos un solo paso para ahuyentar a los otros grupos? ¿No hemos adoptado por unanimidad la iniciativa de Mártov? Y, sin embargo, nos han respondido con acusaciones y amenazas. ¿No es evidente que quienes abandonaron el congreso "suspenden su actividad conciliadora y pasan abiertamente al campo de los kornilovianos"?

Los bolcheviques no insisten sobre la necesidad de votar inmediatamente la resolución de Trotsky: no quieren comprometer las tentativas realizadas para obtener un acuerdo sobre base soviética. Una vez más se aplica con éxito el método de dejar que sean las cosas las que enseñen, ¡aunque mientras tanto prosiga el cañoneo! Como ya sucediera con la iniciativa de Mártov, la concesión a Kamkov sirve únicamente para poner al desnudo la inutilidad de las tentativas conciliadoras. Sin embargo, a diferencia de los mencheviques de izquierda, los socialrevolucionarios de izquierda no abandonan el congreso: la presión de la aldea sublevada pesa con mucha fuerza sobre ellos.

Unos y otros se han tanteado recíprocamente. Cada cual ocupa su posición de partida. Ahora se produce una pausa en el desarrollo del congreso. ¿Adoptar los decretos fundamentales y crear un gobierno soviético? Imposible: aún dentro del palacio sesiona el viejo gobierno, en una sala cuya luz mortecina procede de una lámpara tapada con un diario. Pasadas las dos de la mañana, la mesa suspende por media hora la sesión.

Los mariscales rojos utilizaron con pleno éxito la breve prórroga que se les otorgaba. Algo ha cambiado en la atmósfera del congreso cuando termina el cuarto intermedio. Kámenev sube a la tribuna para leer un telefonograma enviado por Antónov: las tropas del Comité Militar Revolucionario acaban de tomar el Palacio de Invierno. Con excepción de Kerensky, todos los integrantes del gobierno provisional se encuentran arrestados, empezando por el dictador Kichkin. Aunque la noticia ya había volado de boca en boca, el comunicado oficial tiene un efecto más contundente que una salva de artillería.

El abismo que separaba a la clase revolucionaria del poder político acaba de ser saltado. Los bolcheviques, desalojados en julio de la mansión particular de la Kshesínskaya, ahora entran como dueños en el Palacio de Invierno. Ya no existe otro poder en Rusia que el de ese congreso. Toda una confusión de sentimientos se abre paso entre los aplausos y los gritos: triunfo, esperanza, y, también, alarma. Nuevas salvas de aplausos, cada vez más fogosas. ¡El asunto está terminado! La relación de fuerzas más favorable tiene también sus imprevistos. Pero ya no puede dudarse de la victoria cuando el estado mayor enemigo cae prisionero.

Kámenev, con voz imponente, enumera los personajes capturados. Los nombres más conocidos arrancan al congreso exclamaciones hostiles o irónicas. Con especial irritación se escucha el de Tereshchenko, que presidía los destinos exteriores de Rusia. ¿Y Kerensky? ¿Qué pasa con Kerensky? Se sabe que, a las diez de la mañana, sin mayor éxito, se ejercitaba en el arte de la oratoria ante la guarnición de Gátchina. "¿Dónde se dirigió después? Nadie conoce a ciencia cierta su paradero. Hay rumores de que marchaba hacia el frente".

Los compañeros de ruta de la insurrección no se sienten muy cómodos. Presienten que ahora los bolcheviques apretarán el paso. Alguno de los socialrevolucionarios de izquierda protesta por el arresto de los ministros socialistas. El representante de los internacionalistas unificados lanza esta advertencia: no es posible que el ministro de agricultura, Maslov, vaya a parar a la misma celda donde lo recluyó la monarquía. "Un arresto político [contesta Trotsky, que en los tiempos del ministro Maslov estuvo detenido en la prisión de Kresty, lo mismo que en tiempos de Nicolás], no es un asunto inspirado en la venganza: responde... a consideraciones racionales. El gobierno... debe comparecer ante un tribunal, en primer término, por su complicidad evidente con Kornílov... Los ministros socialistas sólo quedarán bajo arresto domiciliario". Más simple y exacto hubiera sido decir que la captura del antiguo gobierno estaba dictada por las necesidades de una lucha que aún no había concluido. Se trataba de decapitar políticamente al enemigo y no de castigar culpas anteriores.

Pero la interpelación parlamentaria motivada por los arrestos se desvanece ante un episodio infinitamente más importante: ¡el 3er. batallón de motociclistas, que Kerensky había movido sobre Petrogrado, acaba de pasarse al pueblo revolucionario! La noticia es tan favorable que hasta parece inverosímil; pero está confirmada, sin embargo. Un contingente seleccionado, el primero que se envía desde el frente, aún antes de llegar a la capital se pliega a la insurrección. Si en la alegría de conocer el arresto de los ministros había una sombra de moderación, ahora el congreso estalla en un entusiasmo total e incontenible.

En la tribuna, el comisario bolchevique de Tsárskoye Seló y el delegado del batallón de motociclistas: ambos acaban de llegar para exponer su informe ante el congreso. "La guarnición de Tsárskoye Seló guarda los accesos a Petrogrado". Los partidarios de la defensa nacional han abandonado el sóviet. "Pero nosotros nos hemos hecho responsables de toda la tarea". Enterado de la proximidad de los motociclistas, el sóviet de Tsárskoye Seló se preparaba para la resistencia. Felizmente no había razón para la alarma: "Ninguno de los motociclistas es enemigo del congreso de los sóviets". Pronto llegará a Tsárskoye Seló otro batallón: se preparan a recibirlo amigablemente. El congreso bebe el informe como si fuera leche.

El representante de los motociclistas es acogido con una tempestad, un torbellino, un ciclón de aplausos. El 3er_ batallón recibió una imprevista orden telegráfica de abandonar el frente sudoeste y marchar hacia el norte para "defender a Petrogrado". Los motociclistas avanzaban "con una venda sobre los ojos" y sólo sospechaban vagamente de qué podía tratarse. Al llegar a Peredolskaia encontraron una formación del 5º batallón

de motociclistas, enviado también contra la capital. De la asamblea conjunta celebrada allí mismo, en la estación, resultó que "no se encontraría a un solo motociclista que aceptase marchar contra sus hermanos". Deciden, pues, en común, no someterse al gobierno. "¡Les declaro concretamente [dice el motociclista] que no entregaremos el poder a un gobierno a cuya cabeza están los burgueses y los propietarios nobles!" La palabra "concretamente", introducida en el habla popular por la revolución, sonaba bien en esos momentos.

¿Cuánto hacía que, desde la misma tribuna, se había amenazado al congreso con los castigos del frente? Pero ahora, el frente mismo había dicho "concretamente" su palabra. ¡Poco importaba, en efecto, que los comités de ejército saboteasen el congreso, que sólo por excepción los soldados rasos hubiesen conseguido enviar sus delegados, que en numerosos regimientos y divisiones no se supiera distinguir todavía entre un socialrevolucionario y un bolchevique! La voz que llega de Peredolskaia es la voz auténtica, infalible, irrefutable del ejército. ¡No hay apelación contra ese veredicto! Los bolcheviques, sólo ellos, habían comprendido a tiempo que el cocinero del batallón de motociclistas representaba infinitamente mejor el frente que todos los Jarach y los Kuchin, con sus mandatos archicaducos. Un cambio brusco, muy significativo, se produjo en el ánimo de los delegados. "Comienzan a sentir [dice Sujánov] que la cosa marcha sola, cada vez mejor; que los peligros anunciados por la derecha no parecen ser tan terribles y que los dirigentes pueden tener razón en lo demás".

Este es el momento que eligieron los lamentables mencheviques de izquierda para hacer recordar su existencia. Resultó que todavía no se habían retirado. Estaban discutiendo en su fracción qué partido deberían tomar. Deseoso de arrastrar a los grupos vacilantes, Kapelinsky, el encargado de anunciar ante el congreso la decisión adoptada, expresa por fin la causa íntima que los empuja a romper con los bolcheviques: "¿No recordáis, acaso, que avanzan tropas sobre Petrogrado? Estamos ante la amenaza de una catástrofe". "¿Cómo? ¿Ustedes aquí, todavía?": los gritos parten de diversos lugares de la sala. "¡Pero si ya se han ido una vez!" Los mencheviques, en pequeño número, se dirigen hacia la puerta, seguidos de exclamaciones despectivas. "Nos retiramos [declara Sujánov con tono afligido] dejando completamente libres las manos de los bolcheviques, cediéndoles todo el terreno de la revolución". Pocos se habrían quedado si aquellos de quienes Sujánov habla no hubiesen partido. Lo cierto es que se desvanecieron. La ola de los acontecimientos se cerraba implacablemente sobre sus cabezas.

Ya era tiempo de que el congreso dirigiese una llamada al pueblo. Pero la sesión continúa entre mociones de orden. Los acontecimientos no aparecen en la orden del día. A las 5,17 de la madrugada, Krilenko, tropezando de fatiga, sube a la tribuna con un telegrama en la mano: el 12° ejército saluda al congreso y le informa de la creación de un comité militar revolucionario que asume la vigilancia del frente norte. Las tentativas del gobierno para obtener apoyo armado han fracasado ante la resistencia de las tropas. El general Cheremissov, comandante en jefe del frente norte, se ha sometido al comité. Voitinski, comisario del gobierno provisional, acaba de presentar su renuncia y espera un reemplazante. Una tras otra, se presentan ante el Comité Militar Revolucionario delegaciones de los efectivos enviados contra Petrogrado para declarar que éstos se unen a la guarnición de la capital. "Pasó algo increíble [escribe John Reed]: la gente lloraba y se abrazaba".

Finalmente, Lunacharsky consigue leer en voz alta un llamamiento a los obreros, soldados y campesinos. Pero no es un simple llamamiento: por la simple exposición de lo que ha ocurrido y de lo que se espera sucederá, el documento, redactado a toda prisa, supone el comienzo de un nuevo régimen estatal. "Los plenos poderes del comité ejecutivo central conciliador han expirado. El gobierno provisional ha sido depuesto. El

congreso toma el poder en sus manos”. El gobierno soviético propondrá una paz inmediata, entregará a los campesinos la tierra, dará al ejército un estatuto democrático, establecerá el control sobre la producción, convocará en tiempo oportuno la asamblea constituyente, garantizará el derecho de las naciones que componen el estado ruso a disponer sobre sí mismas. “El congreso decide que todo el poder, en todas las localidades, pasa a manos de los sóviets”. Cada frase leída levanta una tempestad de aplausos. “¡Soldados, manteneos en vuestros puestos de guardia! ¡Ferroviarios, detened los convoyes dirigidos por Kerensky sobre Petrogrado! ¡En vuestras manos están la suerte de la revolución y la suerte de la paz democrática!”

La mención a la tierra sacude a los campesinos. Según el reglamento, el congreso sólo representa a los sóviets de obreros y de soldados; pero también participan delegados de diversos sóviets campesinos: éstos exigen ahora que también se los mencione en el documento. Se les acuerda inmediatamente el derecho de sufragio. El representante del sóviet campesino de la provincia de Petrogrado firma el llamamiento “con los pies y con las manos”. Un miembro del comité ejecutivo de Avksentiev, Berezin, que hasta entonces permaneciera silencioso, comunica que sobre 68 sóviets campesinos que han respondido a la consulta telegráfica, la mitad se ha pronunciado por el poder de los sóviets y la otra mitad por la transmisión del poder a la asamblea constituyente. Si tal es el estado de espíritu de los sóviets de provincia, parcialmente compuestos de funcionarios, ¿cabe alguna duda de que el futuro congreso campesino apoyará el poder soviético?

Al par que nuclea estrechamente a los delegados de base, el llamamiento asusta y aún repele, por su carácter ineluctable, a ciertos compañeros de ruta. Vuelven a desfilar por la tribuna las pequeñas fracciones residuales. Por tercera vez se produce una ruptura con el congreso: es un pequeño grupo de mencheviques, quizás los que se encontraban más hacia la izquierda. Se retiran, pero sólo para que no se les escape la posibilidad de poder salvar a los bolcheviques. “De otro modo se perderán a ustedes mismos, nos perderán a nosotros y perderán a la revolución”. Lapinsky, representante del partido socialista polaco, aunque permanece en el congreso para “defender su punto de vista hasta el final”, coincide esencialmente con la declaración de Mártov: “Los bolcheviques no podrán sacar partido del poder que han tomado en sus manos”. El partido obrero judío unificado se abstendrá de votar. Los internacionalistas unificados, lo mismo. Pero ¿cuántos votos representan en conjunto todos estos “unificados”? La totalidad de los congresales aprueba el llamamiento, ¡con la excepción de 2 votos en contra y 12 abstenciones! ¡A los delegados les faltan fuerzas para aplaudir!

La sesión se levanta finalmente cerca de las seis de la mañana. Amanece sobre la ciudad un día gris y helado de otoño. Las calles se iluminan poco a poco, mientras aún brillan los restos de las hogueras encendidas por los que han velado. Los obreros y soldados, armados de fusiles, tienen una expresión reconcentrada e insólita en sus semblantes cansados. Si aún tiene astrólogos Petrogrado, habrán descubierto presagios fabulosos en el mapamundi celeste.

La capital despierta bajo un nuevo poder. La gente común, los funcionarios, los intelectuales que han estado ausentes de la escena de los acontecimientos, se lanzan desde muy temprano sobre los periódicos para saber a qué ribera la gran ola nocturna los ha arrojado. Pero no es fácil dilucidarlo claramente. A decir verdad, los periódicos hablan de la toma del Palacio de Invierno por los conspiradores y del arresto de los ministros, pero como si se tratase de un episodio circunstancial. Kerensky ha partido hacia el gran cuartel general y el problema del poder será decidido por el frente. Las crónicas sobre el congreso reproducen únicamente las declaraciones de las derechas; sólo mencionan a los que se han retirado y denuncian la impotencia de los que permanecieron. Los artículos

políticos escritos antes de la toma del Palacio de Invierno trasuntan un optimismo que nada logra empañar.

Pero los rumores callejeros no coinciden con el tono de los diarios. Lo concreto es que los ministros están encerrados en la fortaleza. Hasta ese momento no han aparecido los refuerzos de Kerensky. Funcionarios y oficiales se sienten inquietos y celebran conciliábulos. Periodistas y abogados intercambian llamados telefónicos. Las redacciones procuran ordenar sus ideas. Los oráculos de salón exclaman: "Hay que encerrar a los usurpadores con el asedio del desprecio público". Los comerciantes ignoran si seguir o no comerciando. Los nuevos poderes ordenan hacerlo. Se abren los restaurantes. Los tranvías funcionan. Sobre los bancos se abaten lúgubres presentimientos. Los sismógrafos de la bolsa describen curvas convulsivas. Por supuesto, los bolcheviques no se mantendrán mucho tiempo; pero antes de caer, pueden provocar muchos males.

El periodista reaccionario francés Claudio Anet escribe ese mismo día: "Los vencedores entonan un canto de victoria. Tienen pleno derecho. Entre tantos charlatanes, ellos han actuado... Hoy recogen la siembra. ¡Bravo! ¡Ha sido una excelente labor!". La opinión de los mencheviques es completamente distinta. "Han transcurrido veinticuatro horas desde la 'victoria' de los bolcheviques [escribe el periódico de Dan] y la fatalidad histórica comienza a ejercer una cruel venganza contra ellos..., a su alrededor, el vacío que a sí mismos se han creado..., todo el mundo los aísla..., el cuerpo de funcionarios y de técnicos se niega a ponerse a su servicio... En el preciso instante del triunfo, ruedan hacia el abismo..."

Alentados por el sabotaje de los funcionarios y por su natural ligereza, los círculos liberales y conciliadores confiaban sorprendentemente en su propia impunidad. Hablaban de los bolcheviques con el mismo lenguaje que en las jornadas de julio: "mercenarios de Guillermo", "los bolsillos de los hombres de la guardia roja están llenos de marcos alemanes", "hay oficiales alemanes dirigiendo la insurrección". El puño del nuevo poder debía descargarse sobre esa gente, para que realmente comenzaran a creer. La noche del 25 al 26 se clausuraron los periódicos más desenfrenados. Algunos otros fueron confiscados durante el día. No se tocó, por el momento, a la prensa socialista: había que dar a los socialrevolucionarios de izquierda y también a algunos bolcheviques la posibilidad de convencerse de que era descabellado esperar una coalición con la democracia oficial.

Mientras tanto, en medio del sabotaje y del caos, los bolcheviques desenvolvían las consecuencias prácticas de su victoria. Desde la noche estaba constituido un estado mayor provisional, que tenía a su cargo la defensa de Petrogrado contra una posible ofensiva de Kerensky. Se envían telefonistas militares a la central telefónica, que se ha declarado en huelga. Se invita a los diversos ejércitos a crear sus comités militares revolucionarios. Grupos de agitadores y organizadores (disponibles ahora, después de la victoria) son enviados al frente y provincias. El órgano central del partido afirma: "el sóviet de Petrogrado se ha pronunciado; ahora les toca a los demás sóviets".

Una noticia se difunde durante el día, que sacude especialmente a los soldados: Kornílov ha huido. El distinguido prisionero, alojado en Byjov bajo la custodia de sus fieles hombres de Tek, y a quien el cuartel general de Kerensky mantenía al corriente de todo, resolvió, el día 25, que las cosas tomaban mal cariz y, sin la menor dificultad, voló de la prisión imaginaria. Una vez más, ante los ojos de las masas, se confirmaba el entendimiento de Kerensky con Kornílov. El Comité Militar Revolucionario se dirigió telegráficamente a los soldados y oficiales revolucionarios, ordenándoles arrestar y remitir a Petrogrado a los dos exgeneralísimos.

Como en febrero el Palacio de Táurida, ahora el Smolny era el centro de todas las funciones de la capital y del estado. Allí trabajaban la totalidad de los organismos

dirigentes. De allí partían las decisiones, allí se acudía para obtenerlas. Se iba al Smolny a pedir armas o a entregar los revólveres y fusiles confiscados a los enemigos. Se conducía hasta allí, desde diversos puntos de la ciudad, a las personas arrestadas. Quienes habían sufrido alguna ofensa, acudían al edificio revolucionario en busca de justicia. El público burgués y los conductores de coches de alquiler hacían un círculo temeroso alrededor de sus muros.

El automóvil es un símbolo de poder mucho más efectivo que el cetro y el globo. Bajo el régimen de la dualidad de poderes, los automóviles se repartían entre el gobierno, el comité ejecutivo central y los particulares. Ahora todas las máquinas confiscadas eran remitidas al campo de la insurrección. La zona del Smolny parecía un gigantesco garaje de campaña. Los mejores automóviles exhalaban el olor desagradable de un pésimo carburante. Las motocicletas trepidaban en la penumbra con amenazadora impaciencia. Los autos blindados hacían sonar sus cláxones. El Smolny tenía el aire de una fábrica, de una estación y de una usina eléctrica de la revolución.

Por las aceras de las calles adyacentes circulaban apretadas filas de personas. Las hogueras brillaban ante las puertas exteriores e interiores. A su luz vacilante, obreros armados y soldados escrutaban atentamente a los transeúntes. En el patio, algunos autos blindados vibraban con sus motores en marcha. Nadie quería detenerse, ni las máquinas, ni la gente. Había ametralladoras en cada entrada, con abundante provisión de cintas de cartuchos. Por los interminables y sucios corredores, débilmente alumbrados, retumban pasos, exclamaciones, llamados. Los que entran y los que salen se cruzan por las anchas escaleras. Aquí y allá cortaban aquella masa de lava humana individuos impacientes e imperativos, militantes del Smolny, correos, comisarios, que extendían el brazo con un mandato o una orden, llevaban el fusil en bandolera, atado por un cordón, o apretaban una cartera bajo el brazo.

El Comité Militar Revolucionario no interrumpía un minuto su trabajo; recibía a delegados, correos, informantes voluntarios, amigos llenos de abnegación y granujas; expedía comisarios a todos los rincones de la capital, sellaba innumerables órdenes y certificados de poderes, todo ello entre pedidos de informes que se cruzaban, comunicados urgentes, llamados telefónicos y el ruido de las armas. Sin comer ni dormir desde hacía mucho, en el límite de sus fuerzas, esos hombres barbudos, con las camisas sucias y los ojos inflamados, gritaban con voz ronca, gesticulaban exageradamente y, si no caían redondos sobre el piso, sólo era, parece, por el caos mismo del ambiente, que los alzaba en su remolino y los llevaba sobre sus alas irresistibles.

Aventureros, libertinos, los peores desechos del viejo régimen, inflaban el pecho y procuraban hacerse introducir en el Smolny. Algunos lo conseguían. Conocían ciertos secretos menudos de la dirección: quién tiene las llaves de la correspondencia diplomática, cómo se redactan los bonos para las entregas de fondos, dónde puede obtenerse combustible o una buena máquina de escribir y, particularmente, dónde se conservan los mejores vinos de palacio. Nunca desde la creación del mundo se habían transmitido tantas órdenes, de viva voz, a lápiz, a máquina, por telégrafo, una queriendo dar alcance a la otra; miles y millones de órdenes, no siempre enviadas por quienes tenían derecho de impartirlas y raramente recibidas por quienes estaban en condiciones de ejecutarlas. Pero lo milagroso era que en ese vértigo de locura existía un sentido profundo, que la gente se ingeniaba para comprenderse entre sí, que a pesar de todo se ejecutaba lo que era más importante e indispensable, que ya se iban tendiendo los primeros hilos de una dirección nueva para reemplazar el viejo aparato de dirección: la revolución ganaba fuerzas.

Durante el día trabajó en el Smolny el comité central de los bolcheviques: había que decidir sobre el nuevo gobierno de Rusia. No se levantaron actas de lo deliberado, o,

quizás, no fueron conservadas. Nadie se preocupaba de los historiadores del porvenir, aunque se estaban preparando no pocos afanes para ellos. En la sesión de la noche, el congreso debía constituir un gabinete ministerial. ¿Mi-nis-tros? ¡He aquí una palabra asaz comprometida! Hace pensar en la alta carrera burocrática o en la coronación de ambiciones parlamentarias. Se resuelve llamar al gobierno Consejo de Comisarios del Pueblo; la expresión sugiere algo nuevo. Como las negociaciones sobre la coalición de "toda la democracia" no habían dado fruto hasta ese instante, ya no era tan complicado el problema de la composición del gobierno, ni en lo referente al partido ni respecto de las personas que deberán ser designadas. Los socialrevolucionarios de izquierda hacen remilgos y se repliegan: acaban de romper con el partido de Kerensky y no saben todavía qué actitud adoptar. El comité central hace suya la propuesta de Lenin como la única posible: formar un gobierno compuesto únicamente por bolcheviques.

Durante la sesión llega Mártov para interceder por los ministros socialistas arrestados. Poco tiempo antes había tenido ocasión de intervenir ante los ministros socialistas para que se dejara en libertad a los bolcheviques. La rueda había dado una vuelta notable. El comité central delega en uno de los miembros, seguramente en Kámenev, la tarea de confirmarle a Mártov que los ministros socialistas quedarán bajo arresto domiciliario: aparentemente, habían sido olvidados entre tantos asuntos, o quizás ellos mismos habían renunciado al privilegio y respetado, aún en el bastión Trubetskoi, el principio de la solidaridad ministerial.

La sesión del congreso se abrió a las nueve de la noche. "El cuadro difería muy poco del de la víspera. Menos armas, menos amontonamiento". Sujánov volvía a estar presente, ya no como delegado, sino mezclado entre el público. En esa sesión se decidiría el problema de la paz, el de la tierra y el del gobierno. Sólo esos tres problemas: terminar con la guerra, dar la tierra al pueblo, establecer la dictadura socialista. Kámenev es el primero en hablar para dar un informe sobre las tareas realizadas ese día por la mesa: se ha abolido la pena de muerte que Kerensky restableciera para el frente; se ha reimplantado la plena libertad de agitación; se ha impartido orden de dejar en libertad a los soldados encarcelados por delitos de opinión y a los miembros de los comités agrarios; han sido revocados todos los comisarios del gobierno provisional; se ha ordenado el arresto y la entrega de Kerensky y de Kornílov. El congreso aprueba y confirma.

Ante una sala que los mira con impaciencia y mala voluntad, vuelven a dar signos de existencia toda clase de elementos residuales: unos, para anunciar que se van ("en el momento de la victoria de la insurrección, no en el de la derrota"); otros, en cambio, para jactarse de que se quedan. El representante de los mineros del Donetz pide que se adopten medidas de urgencia para evitar que Kaledin corte los envíos de carbón hacia el norte. Pasará bastante tiempo antes de que la revolución haya aprendido a adoptar medidas de esa envergadura. Al cabo de estos preliminares, puede pasarse al primer punto de la orden del día.

Lenin, a quien. el congreso no ha visto todavía, recibe la palabra para hablar sobre la paz. Interminables aplausos saludan su aparición en la tribuna. Los delegados de las trincheras no se hartan de mirar al hombre misterioso a quien se les ha enseñado a detestar y que ellos, sin conocerlo, han aprendido a amar. "Apoyado firmemente en el borde del pupitre y contemplando a la multitud con sus ojos pequeños, Lenin aguardaba sin prestar atención aparente a las interminables ovaciones que tardaron varios minutos en extinguirse. Cuando se restableció la calma, dijo estas simples palabras: 'Ahora pasamos a la edificación del orden socialista'."

No han quedado actas del congreso. Los taquígrafos parlamentarios, invitados a tomar nota de los debates, habían abandonado el Smolny en pos de los mencheviques y socialrevolucionarios: uno de los primeros episodios del sabotaje. Las notas tomadas por

los secretarios se perdieron irremediablemente en el abismo de los acontecimientos. Sólo han quedado las crónicas apresuradas y tendenciosas de los diarios, escritas bajo el estampido del cañón o del rechinar de dientes de la lucha política. Los informes de Lenin sufrieron particularmente, a causa de esta situación. Por la rapidez con que se los decía y la compleja construcción de los períodos, los informes, aún bajo las circunstancias más favorables, no se prestaban fácilmente a que se sacasen apuntes de ellos. En ninguna de las crónicas periodísticas aparece la frase de introducción que John Reed pone en labios de Lenin. Pero ello coincide en un todo con el espíritu del creador. Reed no podía inventarla. Es así, precisamente, como Lenin debía comenzar su intervención en el congreso de los sóviets, simplemente sin pathos, con una seguridad irresistible: "Ahora pasamos a la edificación del orden socialista".

Mas, para ello, era preciso antes que nada terminar con la guerra. Durante la emigración en Suiza, Lenin había lanzado la consigna: transformar la guerra imperialista en guerra civil. Ahora la guerra civil victoriosa había que transformarla en una paz. El informante, sin más preámbulo, lee un proyecto de declaración que deberá publicar el gobierno que salga electo. No se distribuye copia del texto: la técnica es muy precaria todavía. El congreso presta máxima atención a cada una de las palabras del documento que se está leyendo.

"El gobierno obrero y campesino, creado por la revolución del 24-25 de octubre y apoyado en los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, propone a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos entablar inmediatas relaciones para una paz justa y democrática". Siguen cláusulas que rechazan toda anexión e indemnización de guerra. Se considera anexión la absorción forzada de poblaciones extranjeras o su mantenimiento en servidumbre contra su voluntad, tanto en Europa como, muy lejos, pasando los océanos. "Al mismo tiempo, el gobierno declara que no considera como ultimátum las condiciones de paz precedentemente expuestas, es decir, que está de acuerdo en examinar cualquier otra condición", exigiendo únicamente que se concreten lo antes posible las negociaciones y que se elimine todo secreto en el curso de su celebración.

Por su parte, el gobierno soviético resuelve abolir la diplomacia secreta y emprender la publicación de los tratados secretos firmados hasta el 25 de octubre de 1917. Todo lo que en dichos tratados persiga una atribución de ventajas y privilegios a los propietarios y capitalistas rusos, permitiendo a los grandes rusos oprimir a otros pueblos, "el gobierno lo declara abolido íntegramente, sin condición y en forma inmediata". Para que las negociaciones puedan celebrarse, se propone una tregua inmediata de tres meses de duración, en lo posible. El gobierno obrero y campesino dirige sus propuestas, simultáneamente, "a los gobiernos y a los pueblos de todos los países en guerra..., en particular a los obreros conscientes de las tres naciones más avanzadas", Inglaterra, Francia y Alemania, en la seguridad de que serán ellos, precisamente, quienes "nos ayudarán a llevar a cabo la obra de la paz, y al mismo tiempo a liberar a las masas trabajadores y explotadas de toda servidumbre y de toda explotación".

Lenin se limita a breves comentarios sobre el texto de la declaración. "No podemos ignorar a los gobiernos, pues ello retardaría la posibilidad de concluir la paz..., pero tampoco tendríamos derecho a omitir el llamamiento a los pueblos. En todas partes, los pueblos y los gobiernos están en desacuerdo mutuo; debemos ayudar a los pueblos a intervenir en las cuestiones de la guerra y de la paz". "Ciertamente, vamos a defender por todos los medios nuestro programa de paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra", pero no debemos dar a nuestras condiciones la forma de un ultimátum, pues no hay que suministrar a los gobiernos un pretexto cómodo para eludir las negociaciones.

Examinaremos cualquier otra propuesta. "Las examinaremos. Esto no quiere decir todavía que las vayamos a aceptar".

El manifiesto publicado el 14 de marzo por los conciliadores invitaba a los obreros de los otros países a derrocar a sus banqueros en nombre de la paz; pero los conciliadores mismos, en vez de conducir la lucha por el derrocamiento de sus propios banqueros, se aliaban a ellos. "Ahora, nosotros hemos derribado el gobierno de los banqueros". Esto nos da derecho a exhortar a los demás pueblos a que hagan otro tanto. Tenemos toda la esperanza de vencer: "Hay que recordar que no vivimos en las profundidades de África sino en Europa, donde todo puede adquirir notoriedad rápidamente". Como siempre, Lenin ve la prenda de la victoria en la transformación de la revolución nacional en una revolución internacional. "El movimiento obrero tomará la delantera y abrirá el camino hacia la paz y el socialismo".

Los socialrevolucionarios de izquierda destacan a un representante para adherir a la declaración que acaba de leerse: "Por su espíritu y significado, les era cercana y comprensible". Los internacionalistas unificados se pronuncian por la declaración, pero a condición de que se la formule en nombre del gobierno de toda la democracia. Lapinsky, en nombre de los mencheviques polacos de izquierda, aplaude calurosamente "el sano realismo proletario" del documento. Dzerzhinsky, en nombre de la socialdemocracia de Polonia y de Lituania; Stuchka, en nombre de la socialdemocracia de Letonia; Kapsukas, en nombre de la socialdemocracia lituana, adhieren sin reserva a la declaración. Sólo plantea objeciones el bolchevique Eremeiev, al pedir que las condiciones de paz tomen la forma de un ultimátum: de otra manera, "podría pensarse que somos débiles, que tenemos miedo".

Lenin argumenta resueltamente y hasta con vehemencia contra la propuesta de presentar las cláusulas de paz como ultimátum: "sólo daríamos a nuestros adversarios la posibilidad de disimular al pueblo toda la verdad, de ocultarla tras nuestra actitud intransigente". Se dice que "nuestra renuncia a plantear un ultimátum demostrará nuestra impotencia". Ya es tiempo de renunciar a la falsedad de las concepciones políticas burguesas: "No tememos decir la verdad sobre nuestra extenuación..." Las futuras disensiones respecto a Brest-Litovsk ya se abren camino en este episodio.

Kámenev invita a todos los partidarios del llamamiento a que levanten sus tarjetas de delegados. "Uno de los delegados [escribe Reed] había levantado el brazo en señal de oposición; pero hubo a su alrededor tal estallido de indignación que se apresuró a bajarlo". El llamamiento a los pueblos y a los gobiernos es adoptado por unanimidad. ¡La cosa está hecha! La grandiosidad inmediata y tangible del acto gana a todos los participantes.

Sujánov, observador atento, aunque prevenido en contra, había percibido más de una vez, durante la primera sesión, el cansancio del congreso. Sin duda, los delegados, al igual que el pueblo, estaban cansados de reuniones, congresos, discursos, resoluciones, y, en general, de todo ese chapotear en el mismo sitio. No tenían la certidumbre de que ese congreso supiese y pudiese llevar la obra a buen puerto. La magnitud de las tareas y la fuerza invencible de las resistencias, ¿no lo forzarían quizás a batirse otra vez en retirada? Hubo un aflujo de confianza cuando se supo la toma del Palacio de Invierno y, poco después, la adhesión de los motociclistas a la insurrección. Pero todavía ambos hechos se ligaban al mecanismo del levantamiento, su sentido histórico sólo en este momento comienza a manifestarse en decisiones prácticas. La insurrección victoriosa había colocado, en la base del congreso de los obreros y soldados, los cimientos inquebrantables del poder. Los delegados no aprobaban ahora una resolución sino un acto de gobierno, de significado infinitamente mayor.

¡Escuchad, pueblos!, la revolución os invita a la paz. La acusarán de haber violado los tratados. Se siente orgullosa de ello. Romper con las sangrientas alianzas de la

rapacidad, es un gran mérito ante la historia. Los bolcheviques se atrevieron. Fueron los únicos en atreverse. El orgullo estalla en los corazones. Los ojos se inflaman. Todos están de pie. Nadie fuma ya. Parece que nadie respirara. La mesa, los delegados, los invitados, los hombres de guardia se unen en un himno de insurrección y de fraternidad. “Bruscamente, bajo un impulso general [relatará John Reed, observador y partícipe, cronista y poeta de la insurrección], nos encontramos todos de pie, entonando los acentos arrebatadores de *La Internacional*. Un viejo soldado de cabellos grises lloraba como un chico. Alejandra Kollontai parpadeaba aprisa para retener las lágrimas. La poderosa armonía llenaba la sala, atravesaba las ventanas y las puertas y subía muy alto, hacia el cielo”.

¿Hacia el cielo, realmente? Más bien hacia las trincheras de otoño que desangraban a la mísera Europa crucificada, hacia las ciudades y aldeas devastadas, hacia las mujeres y las madres de duelo. “¡De pie, condenados del mundo, de pie, los forzados del hambre!...” Las palabras del himno se habían desprendido de su carácter convencional. Se confundían con el acto gubernativo. De allí les venía su sonoridad de acción directa. Cada uno se sentía más grande y más significativo en ese instante. El corazón de la revolución se ensanchaba hasta abarcar el mundo entero. “Nosotros nos libertaremos...”. El espíritu de independencia, de iniciativa, de atrevimiento, los fieles sentimientos de que se despoja a los oprimidos en las circunstancias habituales: todo esto lo traía ahora en sus manos la revolución... “¡Con su propia mano!”. Con mano todopoderosa, los millones de hombres que han derribado a la monarquía y a la burguesía, van a aplastar la guerra ahora. El guardia rojo del barrio de Viborg, el oscuro soldado con las marcas de sus heridas que acaba de llegar del frente, el viejo revolucionario que ha consumido sus años en la cárcel, el joven marinero de negra barba del *Aurora*, todos juran conducir hasta el final la lucha última y decisiva. “¡Construiremos un mundo de nosotros, un mundo nuevo!” ¡Construiremos! En esa palabra que exhalan esos pechos humanos están comprendidos los próximos años de la guerra civil, y los siguientes períodos quinquenales de trabajo y privaciones. “¡Los que no eran nada serán todo!” Si la realidad del pasado, más de una vez, se ha transformado en un himno, ¿por qué el himno no habrá de convertirse en la realidad de mañana? Ya los capotes de trinchera han perdido aquel aire de hábitos carcelarios. Los gorros de pelo, con su almohadilla de algodón deshecho, lucen de otra manera sobre esos ojos centelleantes. “¡Despertar del género humano!” ¿Era posible que no despertase de las calamidades y las humillaciones, del barro y de la sangre de la guerra?

“Toda la mesa, Lenin el primero, se había puesto de pie y cantaba; había inspirada exaltación en los semblantes, fuego en los ojos”. Así lo testimonia un escéptico, que contemplaba con amargura el triunfo ajeno. “Hubiera querido tanto unirme [confiesa Sujánov], confundirme en un solo y único sentimiento, en un mismo estado de espíritu, con esa masa y con sus jefes. Pero no podía”.

Los últimos acentos se desvanecían, pero el congreso permanecía de pie, masa humana en fusión, elevada por la grandiosidad de lo que estaba viviendo. Múltiples ojos convergieron hacia un hombre más bien grueso, de estatura pequeña, erguido en la tribuna; cabeza extraordinaria, de rasgos simples, pómulos salientes, rostro momentáneamente transformado a causa del mentón afeitado, y cuyos ojos pequeños, de apariencia ligeramente mongólica, tenían una mirada penetrante. Hacía cuatro meses que no se lo veía; su nombre casi había tenido tiempo de desprenderse de su personalidad viviente. Pero no, no es un mito, helo ahí en medio de los suyos (¡y cuántos son ahora los “suyos”!), sosteniendo entre sus manos las hojas de un mensaje de paz a los pueblos. Los mismos que estaban más próximos a él, los que conocían muy bien su lugar en el partido, sintieron por vez primera, completamente, qué significaba ese hombre para la revolución,

para el pueblo, para los pueblos. Él era quien había consumado la educación. Él, quien había enseñado. Parte una voz del fondo de la asamblea y grita algunas palabras de saludo dirigidas al jefe. La sala parecía aguardar esa señal. ¡Viva Lenin! Las emociones que acababan de vivirse, las dudas superadas, el orgullo de la iniciativa, el triunfo, las grandes esperanzas, todo se confundía en una erupción volcánica de gratitud y de entusiasmo. El testigo escéptico anota secamente: “Se produjo una indiscutible exaltación de los espíritus... Se vivaba a Lenin, se gritaban hurras, se arrojaban las gorras al aire. Se cantó la *Marcha Fúnebre* en memoria de las víctimas de la revolución. Nuevamente aplausos, gritos, gorras arrojadas al aire”.

Lo que el congreso había vivido en esos minutos, lo viviría el pueblo al día siguiente, aunque con menos intensidad. “Hay que decir [escribe, en sus memorias, Stankievich] que el gesto audaz de los bolcheviques, su osadía para atravesar las alambradas de púa que durante cuatro años nos habían separado de los pueblos vecinos, bastaron para producir una enorme impresión”. Más brutal, pero no menos inequívoco, es el barón Budberg en su diario íntimo: “El nuevo gobierno del camarada Lenin comienza por decretar la paz inmediata... Como están hoy las cosas, es un golpe genial para atraerse a la masa de los soldados; lo acabo de comprobar en el estado de espíritu de varios regimientos que hoy he visitado; el telegrama de Lenin sobre una tregua inmediata de tres meses y la paz consecutiva, ha producido en todas partes una impresión formidable y ha suscitado estallidos de júbilo. Hemos perdido nuestras últimas probabilidades de salvar el frente”. Para esta gente, salvar un frente que ellos mismos habían perdido, sólo significaba, desde hacía tiempo, la salvación de sus propias posiciones sociales.

Si en marzo-abril la revolución hubiera tenido la audacia de atravesar las alambradas, se habría podido reconstituir temporalmente el ejército, a condición de reducirlo a la mitad o al tercio de sus efectivos, y la política exterior habría contado con un respaldo de inapreciable poderío. Pero sólo en octubre llegó la hora de los actos valerosos, cuando no era posible salvar ni el más pequeño sector del ejército, aunque más no fuese por un breve período. El nuevo régimen no sólo debía cargar sobre sus hombros los gastos de la guerra zarista, sino también el derroche irresponsable del gobierno provisional. En tan terribles circunstancias, sin salida para los demás partidos, el bolchevismo era la única fuerza capaz de reorientar al país hacia el buen camino, abriendo con la Revolución de Octubre fuentes inagotables de energía popular.

Lenin ha vuelto a la tribuna, esta vez con algunas hojitas en la mano, que contienen el decreto sobre la propiedad agraria. Comienza por acusar al gobierno derrocado y a los partidos conciliadores de haber empantanado el problema de la tierra y conducido el país a una insurrección agraria. “Mienten como viles impostores los que hablan de saqueos y de anarquía en el campo. ¿Dónde y cuándo los saqueos y la anarquía han sido consecuencia de medidas razonables?...” No se han distribuido copias del proyecto de decreto: el informante tiene en sus manos el único ejemplar y está tan mal escrito (dice Sujánov en sus memorias), “que Lenin vacila en la lectura, se embrolla y, finalmente, se detiene. Alguien viene en su ayuda, entre los agrupados en torno a la tribuna. Lenin se apresura a cederle el lugar y el papel ilegible”. Estas pequeñas dificultades no disminuyen en nada, a los ojos del parlamento plebeyo, la importancia de lo que se está realizando.

La esencia del decreto figura en dos líneas del artículo 1°: “Queda abolida, sin ninguna clase de indemnización, la propiedad territorial de la nobleza”. Las tierras de los nobles, los dominios de la corona, las propiedades de los monasterios y de las iglesias, juntamente con el ganado y los instrumentos de labor, quedan en manos de los comités agrarios de cantón y de los sóviets de diputados campesinos de distrito, hasta tanto se reúna la asamblea constituyente. Los bienes confiscados, en su carácter de propiedad pública, son puestos bajo la custodia de los sóviets locales. No se confiscan las tierras de

los campesinos humildes ni la de los simples cosacos. El decreto no tiene más de treinta líneas: es un hachazo sobre el nudo gordiano.

Al texto esencial se le suma una instrucción más detallada, que procede íntegramente de los campesinos mismos. El 19 de agosto se había impreso en *Izvestia de los sóviets campesinos*, el resumen de doscientos cuarenta y dos cuadernos entregados por los electores a sus representantes al I Congreso de Diputados Campesinos. Aunque fueron los socialrevolucionarios quienes elaboraron el resumen de estos cuadernos, Lenin no vaciló en incorporar al decreto la totalidad del documento, "como directiva general para la realización de las grandes reformas agrarias". La carta dice, en sustancia: "Queda abolido para siempre el derecho de propiedad privada sobre la tierra". "El derecho de utilizar la tierra pertenece a todos los ciudadanos... que deseen trabajarla con sus propias manos". "No se permite el trabajo asalariado". "La explotación de la tierra debe ser igualitaria, es decir, el suelo se distribuye entre los trabajadores teniendo en cuenta las condiciones locales y según una norma de trabajo o de consumo".

Si el régimen burgués hubiera subsistido, sin hablar de una coalición con los propietarios nobles, el resumen redactado por los socialrevolucionarios habría quedado como utopía no viable, a menos de haberse transformado en una mentira consciente. No era hacedero en su totalidad, ni siquiera bajo la dominación del proletariado. Pero este conjunto de fórmulas modificaba radicalmente su destino desde el instante en que el poder se resolvía a encararlo con un criterio diferente. El gobierno obrero daba a la clase campesina un plazo para llegar a verificaciones efectivas sobre su programa contradictorio.

"Los campesinos quieren conservar la pequeña propiedad, fijar una norma igualitaria, proceder periódicamente a nuevas igualaciones... [escribía Lenin en agosto]. Sea. Ningún socialista razonable chocará por esta causa con los campesinos pobres. Si se confiscan las tierras, queda socavado el dominio de los bancos; si se confiscan los instrumentos de labranza, también se socaba la dominación del capital, y… al pasar el poder político al proletariado, el resto... lo sugerirá la práctica misma".

Muchos no comprendieron, no sólo entre los enemigos sino también entre los amigos, esta actitud perspicaz, pedagógica en gran medida, del Partido Bolchevique hacia la clase campesina y su programa agrario. El reparto igualitario de las tierras (objetaba, por ejemplo, Rosa Luxemburg) nada tiene de común con el socialismo. Pero tampoco los bolcheviques se hacían la menor ilusión a este respecto. Muy por el contrario, la misma estructura del decreto es un testimonio de la vigilancia crítica del legislador. En tanto el resumen de los cuadernos declara que toda la tierra, la de los propietarios nobles como la de los campesinos, "se convierte en propiedad de todo el pueblo", la ley fundamental, en líneas generales, omite precisar la nueva forma de la propiedad agraria. Hasta un jurista con amplitud de miras se escandalizaría ante el hecho de que la nacionalización de la tierra, nuevo principio social de importancia histórica universal, se haya implantado bajo forma de instrucción añadida a la ley fundamental. Y, sin embargo, no ha habido negligencias en la redacción. Lenin, fundamentalmente, no quería que ni el partido ni el poder soviético se comprometiesen *a priori* en un terreno histórico todavía inexplorado. También aquí combinaba una osadía sin precedentes con la mayor circunspección. La experiencia iba a decir de qué modo entenderían los campesinos mismos que la tierra se transformaba en "propiedad de todo el pueblo". Después del salto hacia adelante, hay que fortificar las posiciones por si fuera preciso retroceder. El reparto entre los campesinos de la propiedad nobiliaria no excluye de plano una posible contrarrevolución burguesa, pero sí, al menos, cualquier retorno de la monarquía feudal.

No podía hablarse de perspectivas socialistas sino a condición de establecer y mantener el poder del proletariado; pero mantener ese poder significaba, entre otras cosas,

otorgar al campesino resuelta participación en el proceso revolucionario. Si el reparto de tierras consolidaba políticamente el gobierno socialista, se justificaba sin más como medida inmediata. Era preciso tomar el país tal como la revolución lo había encontrado. Sólo un nuevo régimen podría emprender su reeducación, y no de golpe, sino a través de los años y de varias generaciones, con la ayuda de una técnica nueva y de una nueva organización económica. El decreto, combinado con el resumen de los cuadernos, significaba que la dictadura del proletariado no sólo se obligaba a considerar atentamente los intereses del trabajador agrícola, sino también a tolerar sus ilusiones de pequeño propietario. Era evidente de antemano que, en la revolución agraria, no faltarían ni las etapas ni los virajes. La instrucción anexa distaba de ser la última palabra. Era un simple punto de partida que los obreros admitían para ayudar a los campesinos en sus reivindicaciones progresistas y protegerlos contra los pasos en falso.

"No podemos desoír [explicaba Lenin en su informe] la decisión de la base popular, incluso aunque no estemos de acuerdo con ella... Debemos dejar a las masas populares la más plena libertad de acción creadora... En suma, y aquí está el nervio del asunto, es esencial que los campesinos tengan la firme seguridad de que ya no hay más terratenientes, que ellos mismos resuelvan desde ahora todos sus problemas, y que organicen su propia existencia". ¿Oportunismo? No, realismo revolucionario.

Aún resonaban las aclamaciones, cuando el socialrevolucionario de derecha Piianyj, en nombre del comité ejecutivo campesino, comienza a protestar furiosamente por la detención de los ministros socialistas. "Acaba de suceder algo [grita el orador, golpeando la mesa en un rapto de furia], algo que jamás se ha visto en ninguna revolución. Maslov y Salazkin, nuestros camaradas, miembros del comité ejecutivo, están encarcelados. ¡Exigimos su libertad inmediata!" "¡Si cae un solo pelo de su cabeza!", chilla amenazante otro emisario con capote de soldado. El congreso los mira como a fantasmas.

Al estallar la insurrección había en la cárcel de Dvinsk, acusados de bolchevismo, alrededor de 800 detenidos; unos 6.000 en Minsk; 535 en Kiev, en su mayor parte soldados. ¡Y cuántos miembros de los comités campesinos, encerrados en otros lugares del país! Entre los propios delegados al congreso, empezando por los integrantes de la mesa, un número considerable había pasado por las prisiones de Kresty después de julio. ¿Cómo sorprenderse entonces si la indignación de los amigos del gobierno provisional no encontraba un eco demasiado caluroso en la asamblea? Para colmo de males, se levantó en ese instante un delegado a quien nadie conocía, un campesino de la provincia de Tver, de largos cabellos y amplia túnica, quien, después de saludar cortésmente hacia los cuatro rincones de la sala, suplicó al congreso, en nombre de sus electores, que no vacilase en arrestar al comité ejecutivo de Avksentiev en pleno: "No son representantes campesinos, son kadetes... Su lugar está en la cárcel". Allí estaban, el uno frente al otro, los dos protagonistas: el socialrevolucionario Piianyj, parlamentario experimentado, encomendero de los ministros, tan lleno de odio contra los bolcheviques; y ante él, el oscuro campesino de Tver que hacía llegar a Lenin la calurosa felicitación de sus electores. Dos capas sociales, dos revoluciones: Piianyj militaba por la de Febrero, el campesino de Tver por la de Octubre. El congreso tributó a sus palabras una verdadera ovación. Los emisarios del comité ejecutivo se retiraron profiriendo invectivas.

"La fracción de los socialrevolucionarios de izquierda acoge el proyecto de Lenin como el triunfo de sus propias ideas", declara Kalegaiev. Pero la importancia del asunto obliga a discutirlo previamente en fracciones. Un maximalista, representante de la extrema izquierda del partido socialrevolucionario en descomposición, exige que se vote inmediatamente. "Habrá que rendir homenaje al partido que, sin perder un solo día ni andarse con palabras, ha resuelto aplicar una medida semejante". Lenin insiste en que el

cuarto intermedio, si se lo vota, sea lo más breve posible. “Noticias tan importantes para Rusia ya deben circular en los diarios de la mañana. ¡Ninguna dilación!” Al fin de cuentas, el decreto sobre el problema agrario no es sólo la base del nuevo régimen, sino también el instrumento de una insurrección que todavía tiene que conquistar el país. No por casualidad John Reed escucha en ese momento una voz imperiosa que atraviesa la baraúnda de la sala: “¡Quince agitadores a la pieza 17, ahora mismo! ¡Para ir al frente!”.

A la una de la mañana un representante de las tropas rusas en Macedonia se lamenta de que ningún gobierno las haya recordado. ¡Cuenten con los de Macedonia, tanto para la paz como para la tierra! Tal es el nuevo espíritu de un ejército que opera en un apartado rincón del sudeste europeo. Kámenev comunica en seguida que acaba de llegar a Petrogrado el 10º batallón de motociclistas, llamado del frente por el gobierno, y que, como los anteriores, adhiere al congreso de los sóviets. La ovación demuestra que no son inútiles estos renovados testimonios de apoyo al régimen soviético.

Tras una resolución unánime y sin debates, declarando un deber de honor para los sóviets locales impedir los pogromos que gente degradada intenta contra judíos o cualesquiera otras personas, el proyecto de ley agraria es puesto a votación. Con 1 voto en contra y 8 abstenciones, el congreso, entre nuevos desbordes de entusiasmo, aprueba el decreto que pone fin al régimen de la servidumbre, base esencial de la vieja sociedad rusa. La revolución agraria queda legalizada. Por ello mismo, la revolución del proletariado adquiere un sólido apoyo.

Queda un último problema: la organización de un gobierno. Kámenev lee el proyecto elaborado por el comité central de los bolcheviques. Se establecen comisiones para cada sector de la actividad estatal, encargadas de poner en práctica el programa aprobado por el congreso, “en estrecha unión con las organizaciones de la masa de los obreros y obreras, de los marineros, de los soldados, de los campesinos y de los empleados”. Ejerce el poder gubernativo un cuerpo colegiado, el Sóviet de los Comisarios del Pueblo, constituido por los presidentes de cada una de las comisiones. Por último, el congreso de los sóviets y su comité ejecutivo central se encargan de vigilar las actividades del gobierno.

Siete miembros del comité central del Partido Bolchevique son designados para componer el primer Sóviet de los Comisarios del Pueblo: Lenin, como jefe del gobierno, sin cartera; Ríkov, como comisario del pueblo en interior; Miliutin, como dirigente de agricultura; Noguín, a la cabeza de industria y comercio; Trotsky, en asuntos extranjeros; Lomov, en justicia; Stalin, como presidente de la comisión de las nacionalidades. Guerra y marina quedan a cargo de un comité compuesto por Antónov-Ovseienko, Krytenko y Dybenko; se espera colocar a Schliápnikov como comisario del trabajo; Lunacharsky dirigirá instrucción: se confía a Teodorovich la ingrata y penosa tarea del abastecimiento; correos y telégrafos queda a las órdenes del obrero Gtebov. Por el momento, no se designa a nadie como comisario de vías y comunicaciones; queda abierta la puerta para un entendimiento con las organizaciones de los ferroviarios.

Estos quince candidatos, cuatro obreros y once intelectuales, tenían a sus espaldas largos años de cárceles, deportaciones y exilio; cinco de ellos habían estado presos bajo la república democrática; ese mismo régimen había obligado al futuro *Premier* a permanecer en la clandestinidad hasta las vísperas de la insurrección. Kámenev y Zinóviev no forman parte del Consejo de los Comisarios del Pueblo: al primero se lo habían designado presidente del nuevo comité ejecutivo central; el segundo, redactor del órgano oficial de los sóviets. “Cuando Kámenev lee la lista de los comisarios del pueblo [escribe Reed] el público interrumpe con aplausos la mención de cada nuevo nombre, especialmente los de Lenin y de Trotsky”. Sujánov añade el de Lunacharsky.

Avilov, un antiguo bolchevique y ahora redactor del diario de Gorki, habla en representación de los internacionalistas unificados. En un extenso discurso objeta la composición del gobierno que acaba de proponerse. Enumera concienzudamente las dificultades que se yerguen ante la revolución, tanto en el orden interno como en la política exterior. Hay que "comprender claramente a dónde vamos... Ante el nuevo gobierno vuelven a plantearse los problemas de siempre: el del pan y el de la paz. Y si no puede resolverlos, será derribado". El pan falta en el país. Está en manos de los campesinos ricos. No hay nada que dar para reemplazar el pan: la industria se hunde, se carece de combustibles y de materias primas. Almacenar cereales por métodos compulsivos, es algo difícil, lento y peligroso. No hay otro camino que establecer un gobierno en el cual confíen no sólo los campesinos pobres sino también los acomodados. Para ello se necesita una coalición.

"Todavía más difícil es obtener la paz". Los gobiernos de la *Entente* dejarán sin respuesta la proposición de tregua inmediata presentada por el congreso. Los embajadores aliados ya se disponen a partir. El nuevo poder se encontrará aislado, su iniciativa de paz quedará suspendida en el aire. En cuanto a las masas populares de los países beligerantes, por el momento, ellas están bien lejos de una revolución. Pueden presentarse dos consecuencias: o las tropas de los Hohenzollern aplastan la revolución, o se firma una paz por separado. En uno y otro caso, las condiciones de paz serán devastadoras para Rusia. Si se quiere vencer estas dificultades, es preciso contar con "la mayoría del pueblo". La desgracia reside, sin embargo, en la escisión de la democracia, cuya izquierda quiere crear en el Smolny un gobierno puramente bolchevique, al par que la derecha organiza en la duma municipal un comité de salvación pública. Para salvar a la revolución es indispensable constituir un poder compuesto por ambos grupos.

En sentido análogo se expresa el representante de los socialrevolucionarios de izquierda, Karelin. El programa resultará impracticable, si siguen ausentes los partidos que se han retirado del congreso. A decir verdad, "los bolcheviques no son responsables de ese retiro". El programa del congreso debería unificar a toda la democracia. "No seguiremos el camino de aislar a los bolcheviques, porque comprendemos que a la suerte de éstos se liga el destino de toda la revolución: su ruina será la ruina de la revolución misma". Si a pesar de ello los socialrevolucionarios de izquierda declinaban intervenir en el gobierno, lo hacían animados de las mejores intenciones: tener las manos libres para intervenir entre los bolcheviques y los partidos que habían abandonado el congreso. "En esta intervención... los socialrevolucionarios de izquierda ven su principal tarea inmediata. Apoyarán al nuevo poder en su esfuerzo por resolver las cuestiones urgentes". Al mismo tiempo, votan contra el gobierno propuesto. En una palabra, el joven partido embrollaba las cosas todo lo que podía.

"Para defender la determinación bolchevique de seguir adelante solo [relata Sujánov, cuyas simpatías se vuelcan plenamente hacia Avilov y que inspiraba desde las bambalinas a Karelin], Trotsky subió a la tribuna. Estuvo brillante, vehemente, y, en muchos aspectos, tenía la razón de parte suya. Pero no quería comprender cuál era el eje de la argumentación de sus adversarios..." El eje de la argumentación consistía en una diagonal ideal. En marzo se había intentado trazarla entre la burguesía y los sóviets conciliadores. Ahora los Sujánov soñaban con una diagonal entre la democracia conciliadora y la dictadura del proletariado. Pero las revoluciones no se desenvuelven en diagonal.

"Varias veces nos han atemorizado con el posible aislamiento del ala izquierda [expresó Trotsky]. Hace pocos días, al plantearse abiertamente el problema de la insurrección, se nos ha advertido que marchábamos a la ruina. Y, en efecto, a juzgar por la prensa política de los diversos núcleos, la insurrección parecía desembocar en una

catástrofe inevitable. Se pronunciaban contra nosotros no sólo las bandas contrarrevolucionarias, sino también los partidarios de la defensa nacional en todos sus matices; sólo una de las alas de los socialrevolucionarios de izquierda nos secundaba valerosamente en el Comité Militar Revolucionario; la otra ala ocupaba una posición de neutralidad expectante. Y, sin embargo, aún en condiciones tan desfavorables, cuando parecíamos abandonados de todos, la insurrección obtuvo la victoria.

"Si las fuerzas reales estaban efectivamente contra nosotros, ¿cómo pudo ser que alcanzásemos la victoria casi sin derramamiento de sangre? No, no éramos nosotros los aislados: eran el gobierno y los pretendidos demócratas. Sus propias vacilaciones, sus procedimientos conciliadores, los habían excluido de las filas de la verdadera democracia. Nuestra superioridad como partido consiste en que hemos realizado una coalición con fuerzas de clase, al unir a los obreros, los soldados y los campesinos más pobres.

"Los grupos políticos desaparecen, pero los intereses esenciales de las clases continúan. Vence aquel partido que es capaz de comprender y satisfacer las exigencias esenciales de la clase... Podemos sentirnos orgullosos de la coalición de nuestra guarnición, principalmente de su elemento campesino, con la clase obrera. Esta coalición ha afrontado con éxito la prueba de fuego. Juntos han entrado la guarnición de Petrogrado y el proletariado en una gran lucha que servirá de ejemplo clásico en la historia revolucionaria de todos los pueblos.

"Avilov ha hablado de las inmensas dificultades que nos aguardan. Para eliminar tales dificultades, propone organizar una coalición. Pero al llegar aquí se abstiene de darnos el sentido de su fórmula, diciéndonos a qué coalición se refiere: ¿de grupos, de clases o, simplemente, de periódicos?

"Dicen que la escisión de la democracia proviene de un malentendido. Cuando Kerensky envía batallones de choque contra nosotros; cuando, con el consentimiento del comité ejecutivo central, teníamos cortadas nuestras comunicaciones telefónicas en el momento más grave de nuestra lucha contra la burguesía; cuando nos asestan golpe tras golpe, ¿todavía puede hablarse de un malentendido?

"Avilov nos dice: tenemos poco pan; es preciso coligarse con los partidarios de la defensa nacional. ¿Pero esta coalición aumentará, acaso, la cantidad de pan? La cuestión del pan depende de un programa de acción. La lucha contra el caos exige ciertos métodos abajo y no amalgamas políticas arriba.

"Avilov ha hablado de una alianza con la clase campesina; pero, una vez más, ¿a qué clase campesina se refiere? Hoy mismo, en esta sala, el representante de los campesinos de la provincia de Tver pedía el arresto de Avksentiev. Hay que escoger entre ese campesino de Tver y Avksentiev, que ha llenado las cárceles de miembros de los comités rurales. Rechazamos resueltamente la coalición con los elementos acomodados (kulaks) de la clase campesina, en nombre de la coalición de la clase obrera con los campesinos más pobres. Estamos con los campesinos de Tver, contra Avksentiev; estamos con ellos hasta el fin e indisolublemente.

"Quien persiga la sombra de una coalición, se aísla definitivamente de la vida. Los socialrevolucionarios de izquierda perderán su apoyo entre las masas en la misma medida en que consideren necesario oponerse a nuestro partido. Los grupos que se opongan al partido del proletariado, que cuenta también con el apoyo de los elementos pobres de la campaña, quedarán aislados de la revolución.

"Abiertamente, ante el pueblo entero, hemos levantado el estandarte de la insurrección. La fórmula política del levantamiento es: todo el poder a los sóviets, por intermedio del congreso de los sóviets. Nos dicen: no habéis esperado el congreso de los sóviets para dar vuestro golpe de estado. Con gusto lo hubiéramos hecho, pero Kerensky no lo quería: los contrarrevolucionarios no se duermen. Nosotros, en cuanto a partido,

hemos considerado que nuestra tarea consistía en establecer la posibilidad real de que el congreso de los sóviets tomase el poder en sus manos. Si los junkers hubiesen rodeado el congreso, ¿de qué modo éste se habría posesionado del poder? Para cumplir esta tarea era necesario un partido que arrancase el poder a la contrarrevolución y que os dijera: 'Helo aquí, ¡vuestro deber consiste en tomarlo! (Tempestad ininte-rrumpida de aplausos.)

"Aunque ninguna de las tendencias partidarias de la defensa nacional haya respetado límite alguno en su lucha contra nosotros, por nuestra parte no las hemos rechazado; hemos propuesto al congreso en su conjunto que se hiciera cargo del poder. ¡Cuánto hay que deformar la perspectiva, después de todo lo ocurrido, para hablar de nuestra intransigencia, desde lo alto de esta tribuna! Cuando, negro de pólvora, el partido se adelanta hacia ellos para decirles: 'Tomemos el poder conjuntamente', ellos corren hacia la duma municipal, y allí hacen alianza con los auténticos contrarrevolucionarios. ¡Son traidores a la revolución, con los cuales jamás hemos de aliarnos!

"'Para lucha por la paz', dice Avilov, 'es preciso una coalición con los conciliadores'. Al mismo tiempo admite que los Aliados no quieren concluir la paz... Los imperialistas aliados, declara Avilov, se han mofado de Skóvelev, demócrata de margarina. Pero si vosotros establecéis un bloque con los demócratas de margarina, la causa de la paz quedará asegurada.

"Hay dos caminos en la lucha por la paz. Uno, oponer a los gobiernos de los países aliados y enemigos la fuerza moral y material de la revolución. Otro, un bloque con Skóvelev, es decir, un bloque con Tereshchenko y una completa subordinación al imperialismo de los Aliados. En nuestra declaración sobre la paz, nos dirigimos simultáneamente a los gobiernos y a los pueblos. Pero es una simetría puramente formal. Como se comprende, no esperamos influir con nuestros manifiestos sobre los gobiernos imperialistas; a pesar de ello, en cuanto existen, no podemos ignorar a esos gobiernos. Pero todas nuestras esperanzas están puestas en que nuestra revolución desencadene la revolución europea. Si los pueblos sublevados de Europa no aplastan al imperialismo, nosotros seremos aplastados, eso es indudable. O la revolución rusa desata el torbellino de la lucha en occidente, o los capitalistas de todos los países aplastan nuestra revolución".

–Hay un tercer camino (dice una voz en la sala).

"El tercer camino [responde Trotsky] es el del comité ejecutivo central, que, si por un lado envía delegaciones a los obreros de Europa occidental, por el otro concierta alianza con los Kichkin y los Konoválov. ¡Es el camino de la mentira y de la hipocresía, por el que jamás nos lanzaremos!

"Entiéndase bien, no decimos que sólo cuando los obreros de Europa se subleven podrá firmarse el tratado de paz. También es posible que la burguesía, espantada por la inminente insurrección de los oprimidos, se apresure a concluir la paz. No podemos prefijar el curso concreto de los acontecimientos. Es imposible prever de qué modo específico se presentarán las cosas. Lo que importa, lo indispensable, es fijar el método de lucha, idéntico en principio para la política exterior que para la política interna. La unión de los oprimidos, siempre y en todos los lugares: ése es nuestro camino".

"Los delegados del congreso [escribe Reed] saludaron este discurso con prolongadas salvas de aplausos; se sentían inflamados ante la audaz idea de una defensa de la humanidad". De todos modos, a ninguno de los bolcheviques se le habría ocurrido protestar entonces por el hecho de que, en un discurso oficial, dicho en nombre del partido, se estableciera una dependencia directa entre la suerte de la república soviética y el desenvolvimiento de la revolución internacional.

Como si ésta fuera la ley dramática del congreso, después de cumplirse cualquier acto importante, y aun interrumpiéndolo, se producía un corto intervalo, durante el cual,

súbitamente, aparecía un personaje del otro campo para formular una protesta, amenazar o hacer llegar un ultimátum. Ahora es el representante del "Vikjel" (comité ejecutivo de la unión de ferroviarios) quien pide se le conceda inmediatamente la palabra, sin dilaciones: necesita arrojar su bomba en la asamblea, antes de que la resolución sobre el poder sea un hecho consumado. El orador, en cuyo semblante Reed descifra una hostilidad intransigente, comienza acusando de este modo: su organización, "la más poderosa de Rusia", no ha sido invitada al congreso. "¡Es el comité ejecutivo central el que no los ha invitado!", le gritan de todas partes. "¡Que se sepa bien: el 'Vikjel' ha revocado su primitiva decisión de apoyar el congreso de los sóviets!" El orador se apresura a leer el ultimátum que se ha cursado telegráficamente a todo el país: el "Vikjel" condena la toma del poder por un solo partido; el gobierno debe ser responsable ante "toda la democracia revolucionaria"; mientras se constituye un poder democrático, el "Vikjel" toma en sus manos el manejo de la red ferroviaria. El orador añade que las tropas contrarrevolucionarias no tendrán acceso a Petrogrado; en general, ningún desplazamiento de tropas podrá efectuarse si no lo ordena el comité ejecutivo central según su anterior composición. ¡En caso de represión contra los ferroviarios, el "Vikjel" interrumpirá el abastecimiento a Petrogrado!

El congreso da un salto. Los dirigentes del sindicato ferroviario pretenden dialogar de igual a igual con el gobierno, de potencia a potencia. Ahora que los obreros, los soldados y los campesinos han tomado en sus manos la dirección del estado, el "Vikjel" pretende imponer su ley a los obreros, soldados y campesinos. Quiere restablecer en pequeño la ya derribada dualidad de poderes. Al querer apoyarse, no sobre sus propios efectivos, sino sobre la importancia estratégica de los ferrocarriles en la vida económica y cultural del país, los demócratas del "Vikjel" ponen al desnudo la caducidad de los criterios democrático-formales en las cuestiones esenciales de la lucha social. ¡Verdaderamente, la revolución no es avara en grandes enseñanzas!

No cabe duda de que los conciliadores han escogido un buen momento para asestar el golpe. Los integrantes de la mesa están preocupados. Felizmente, el "Vikjel" no es amo absoluto en las vías de comunicación. Los ferroviarios de diversas localidades forman parte de los sóviets municipales. En el congreso mismo, los ultimátum del "Vikjel" encuentran resistencia. "Toda la masa ferroviaria de nuestra región [declara el delegado de Tajkent] se pronuncia por la entrega del poder a los sóviets". Otro representante de los obreros del riel dice que el "Vikjel" es "un cadáver político". Admitamos que se trate de una exageración. Apoyado en una capa superior, bastante numerosa, de empleados ferroviarios, el "Vikjel" conserva más vitalidad que las otras organizaciones superiores de los conciliadores. Pero también es indudable que pertenece al mismo género de los comités de ejército y el comité ejecutivo central. Su órbita se aproxima a un rápido descenso. En todas partes los obreros se desligan de los empleados. Los empleados subalternos se oponen a sus superiores. El insolente ultimátum del "Vikjel" no hará sino acelerar este proceso.

"La regularidad del congreso ni siquiera puede ser discutida [declara Kámenev con autoridad]. No hemos sido nosotros quienes establecimos el quorum, sino el antiguo comité ejecutivo central... El congreso es el órgano supremo de las masas de obreros y soldados". ¡Y se pasa, sin más, a la orden del día!

El Sóviet de los Comisarios del Pueblo obtiene el apoyo de la aplastante mayoría. La resolución de Avilov, según el cómputo sumamente generoso de Sujánov, reúnen unos 150 votos, en su mayoría de socialrevolucionarios de izquierda. En seguida, el congreso aprueba por unanimidad la composición del nuevo comité ejecutivo central: 62 bolcheviques, 29 socialrevolucionarios de izquierda. A su vez, el comité ejecutivo central deberá incorporar a los representantes de los sóviets campesinos y de las organizaciones

del ejército que hayan renovado sus mandatos. Las fracciones ausentes del congreso podrán enviar sus delegados al comité ejecutivo central sobre la base de la representación proporcional.

La orden del día ya se ha considerado íntegramente. Ha sido constituido el poder de los sóviets. Tiene su programa. Ya puede empezarse a trabajar, y no son tareas las que faltan. A las 5,15 de la mañana, Kámenev cierra el congreso constitutivo del régimen soviético. ¡Alguien corre a la estación! ¡Otro retorna a su casa! ¡Muchos van al frente, a las fábricas, a los cuarteles, a las minas y a las lejanas aldeas! Junto con los decretos del congreso, los delegados llevan el fermento de la insurrección proletaria a todos los extremos del país.

Aquella mañana el órgano central del Partido Bolchevique, que había retomado su viejo nombre de *Pravda (*La Verdad), escribía: "Ellos quieren que nosotros seamos los únicos en tomar el poder, para que seamos los únicos en afrontar las terribles dificultades que se plantean al país. Y bien, tomamos el poder solos, apoyándonos sobre la voluntad del país y contando con la ayuda fraternal del proletariado europeo. Pero, habiendo tomado el poder, aplicaremos a los enemigos de la revolución y a los que la sabotean el guante de acero. Ellos soñaron con la dictadura de Kornílov... Les daremos la dictadura del proletariado..."

Conclusión

En el desarrollo de la Revolución Rusa, precisamente porque es una verdadera revolución popular que ha movilizado a decenas de millones de hombres, se observa una notable continuidad de etapas. Los acontecimientos se suceden como obedeciendo a las leyes de la gravedad. En cada período de su desarrollo la relación de fuerzas se comprueba de dos maneras sucesivas: primero son las masas las que manifiestan la reciedumbre de su impulso; después, las clases dominantes, al lanzarse en busca del desquite, logran transparentar únicamente la magnitud de su aislamiento.

En febrero los obreros y soldados se sublevaron no sólo contra la voluntad patriótica de todas las clases cultas, sino también a pesar de los cálculos de las organizaciones revolucionarias. Las masas se mostraron incontenibles. Si se hubieran dado cuenta de ello, habrían conquistado el poder. Pero aún no tenían a la cabeza un partido revolucionario poderoso y consagrado. El poder cayó en manos de la democracia pequeñoburguesa, disfrazada bajo los colores del socialismo. Los mencheviques y socialrevolucionarios sólo eran capaces de emplear la confianza que las masas depositaban en ellos para llamar al timón a la burguesía liberal, la cual, por su parte, debía subordinar a los intereses de la *Entente* el poder recibido de los conciliadores.

Durante las jornadas de abril, y sin que tampoco en este caso aparezca ningún partido que los convoque, fábricas y regimientos sublevados se lanzan a las calles de la capital para resistir la política imperialista del gobierno que los conciliadores les habían impuesto. La manifestación armada obtiene un éxito notable. Miliukov, líder del imperialismo ruso, es excluido del poder. Los conciliadores asumen el gobierno bajo la apariencia de mandatarios del pueblo, aunque, en realidad, lo sean de la burguesía.

Sin haber resuelto ninguno de los problemas que han provocado el movimiento revolucionario, el gobierno de coalición viola en el mes de junio la tregua de hecho que imperaba en el frente y desencadena la ofensiva. Con este acto, el régimen de febrero, caracterizado por la confianza decreciente de las masas en los conciliadores, asesta un golpe fatal contra sí mismo. Se inicia un nuevo período, que es de preparación inmediata de una segunda revolución.

A comienzos de julio el gobierno, en torno al cual giran todas las clases poseedoras e instruidas, denunciaba cualquier manifestación revolucionaria como un acto de traición a la patria y de ayuda al enemigo. Las organizaciones oficiales de masas (sóviets, partidos socialpatriotas) luchaban empeñosamente contra la ofensiva de los trabajadores. Por razones tácticas, los bolcheviques contenían a los obreros y soldados para que no saliesen a la calle. Pero las masas se pusieron en marcha. El movimiento resultó incontenible y general. El gobierno no aparecía. Los conciliadores se ocultaban. En la capital, obreros y soldados eran los dueños de la situación. La ofensiva se quebró, no obstante, por la inmadurez de las provincias y del frente.

A fines de agosto todos los órganos e instituciones de las clases dominantes se preparaban a un golpe de estado contrarrevolucionario: la diplomacia de la *Entente*, los bancos, las uniones de propietarios terratenientes y de industriales, el partido kadete, los estados mayores, los cuerpos de oficiales, la gran prensa. El organizador del golpe de estado fue, justamente, el generalísimo que se apoyaba sobre el alto mando de un ejército de muchos millones de hombres. Por acuerdo secreto con el jefe del gobierno, y

disimulando la operación con pretextos estratégicos, efectivos seleccionados de todos los frentes fueron desplazados en dirección a Petrogrado.

Todo en la capital parece preparado para el éxito de la empresa: con el auxilio de los conciliadores, las autoridades han desarmado a los obreros; los bolcheviques reciben incesantes golpes; los regimientos más revolucionarios han sido alejados de la ciudad; centenas de oficiales seleccionados se concentran para formar un cuerpo de choque; si les sumamos las escuelas de junkers y los cosacos, constituyen una fuerza imponente. ¿Qué fue de todo ello? La conspiración, que los dioses mismos parecían proteger, se desvaneció vertiginosamente no bien chocó con el pueblo revolucionario.

Entre ambos movimientos, el de principios de julio y el de fines de agosto, había la misma relación que entre un teorema y su corolario. Las jornadas de julio habían demostrado el poder de una movilización espontánea de las masas. Las jornadas de agosto pusieron en claro la completa impotencia de los grupos dirigentes. Esta relación de fuerzas indicaba que era inevitable un nuevo conflicto. Entre tanto, la provincia y el frente se soldaban cada vez más con la capital. Todo ello anunciaba la victoria de octubre.

"La facilidad con la cual Lenin y Trotsky consiguieron derribar el último gobierno de coalición de Kerensky [escribía el kadete Nabokov] demostró la impotencia interna de este último. El grado de esta impotencia dejó estupefactas aún a las personas mejor informadas". Nabokov mismo parece no adivinar que se trataba de su propia impotencia, de la impotencia de su clase, de su régimen social.

Así como, desde la manifestación armada de julio, la curva asciende hasta el levantamiento de octubre, del mismo modo la intentona de Kornílov parece repetirse en la campaña contrarrevolucionaria de Kerensky a fines de octubre. Al huir bajo la protección de la bandera norteamericana y refugiarse en el frente para escapar de los bolcheviques, el generalísimo de la democracia no encontró más fuerza militar que ese mismo tercer cuerpo de caballería movilizado dos meses antes por Kornílov para derrocar al propio Kerensky. En ambos casos, lo mandaba el general cosaco Krasnov, monárquico militante designado en ese puesto por Kornílov: imposible hallar mejor soldado para defender la democracia.

Por lo demás, apenas si el nombre quedaba de ese cuerpo. Estaba reducido a algunos escuadrones de cosacos, los cuales, tras un frustrado amago de ofensiva contra los rojos de Petrogrado, fraternizaron con los marineros revolucionarios y entregaron Krasnov a los bolcheviques. Kerensky se vio precisado a huir tanto de los cosacos como de los marineros. Así es como, a los ocho meses de derribada la monarquía, los obreros se encontraron al frente del país. Se mantuvieron allí sólidamente.

"¿Quién podrá creer [escribía a este respecto, con indignación, el general ruso Zalejsky] que un empleadillo de tribunales o un guardián del palacio de justicia se transformase de golpe en presidente del congreso de jueces de paz? ¿O que un enfermero llegara a ser director de ambulancias? ¿O un peluquero, alto funcionario? ¿Un subteniente ayer, generalísimo hoy? ¿Que se designe prefecto al que era lacayo o peón? El que ayer mismo engrasaba las ruedas de los vagones, hoy es jefe de una sección de la red o jefe de estación... ¡Un cerrajero es designado para dirigir un taller!"

"¿Quién podrá creer?" Había que creerlo. Imposible no creerlo, pues los subtenientes habían batido a los generales; el prefecto, antiguo peón, había puesto en vereda a los amos de la víspera; los engrasadores de ruedas lograban organizar los transportes; los cerrajeros, transformados en directores, ponían en movimiento la industria.

La misión principal de un régimen político, según el aforismo de los ingleses, consiste en poner *the right man in the right place*. Desde este punto de vista, ¿cómo se nos presenta la experiencia de 1917? Durante los dos primeros meses de ese año, Rusia

seguía gobernada, conforme al derecho de la monarquía hereditaria, por un hombre poco dotado por la naturaleza, que creía en las reliquias y obedecía a Rasputín. Durante los ocho meses que siguieron, los liberales y los demócratas se esforzaron por demostrar al pueblo, desde sus altas posiciones de gobierno, que las revoluciones se hacen para que todo quede como antes. ¿Qué hay de extraño si esa gente pasó por el país como una sombra, sin dejar rastros? Pero desde el 25 de octubre estuvo al frente de Rusia Lenin, la más grande figura en la historia política de ese país. Lo rodeaba un estado mayor de colaboradores que, según la confesión de los peores enemigos, sabían lo que querían y eran capaces de combatir para alcanzar sus fines. ¿Cuál de estos tres sistemas, en las condiciones concretas dadas, se reveló capaz de ubicar *the right men in the right place*?

Tomado en su conjunto, podemos resumir el ascenso histórico de la humanidad como una serie de victorias de la conciencia sobre las fuerzas ciegas: en la naturaleza, en la sociedad, en el hombre mismo. Hasta el presente, el pensamiento crítico y creador se ha apuntado sus mayores éxitos en la lucha contra la naturaleza. Las ciencias fisicoquímicas ya han llegado a un punto en que el hombre se dispone, evidentemente, a convertirse en amo de la materia. Pero las relaciones sociales se siguen desarrollando de una manera elemental. El parlamentarismo sólo ilumina la superficie de la sociedad, y eso de una manera bastante artificial. Comparada a la monarquía y otras herencias del canibalismo y el salvajismo de las cavernas, la democracia representa, por supuesto, una enorme conquista. Pero no modifica de ningún modo el juego ciego de las fuerzas en las relaciones mutuas de la sociedad. Precisamente en este dominio, el más profundo del inconsciente, la insurrección de octubre ha sido la primera en poner las manos. El sistema soviético quiere introducir un fin y un plan en los fundamentos mismos de una sociedad, donde hasta entonces reinaban simples consecuencias acumuladas.

Los adversarios pretenden mofarse al señalar que el país de los sóviets, quince años después de la insurrección, en nada se parece todavía a un paraíso del bienestar universal. Este argumento revelaría una excesiva deferencia hacia el poder mágico de los métodos socialistas, si no se explicase, en realidad, por la ceguera del odio. El capitalismo necesitó desarrollar durante varios siglos la ciencia y la técnica, antes de que la humanidad pudiese ser lanzada al infierno de la guerra y de la crisis. Los adversarios sólo acuerdan quince años al socialismo para edificar e instaurar el paraíso sobre la tierra. No nos hemos comprometido a tanto. Jamás nos hemos asignado semejantes plazos. El proceso de las grandes transformaciones debe evaluarse según medidas adecuadas.

Pero, ¿las calamidades que se han abatido sobre los vivos? ¿El fuego y la sangre de la guerra civil? Las consecuencias de la revolución, ¿justifican al fin de cuentas las víctimas que ella ha causado? La cuestión es teológica y, en consecuencia, estéril. Lo mismo podría decirse, ante las dificultades y aflicciones de la existencia personal: ¿vale la pena venir al mundo? Estas meditaciones melancólicas no han impedido a la gente ni engendrar ni nacer. Hasta en la época actual, de intolerables calamidades, sólo una mínima proporción de los habitantes del planeta recurre al suicidio. Pero en la revolución los pueblos buscan una salida a sus intolerables sufrimientos.

¿No es sorprendente que quienes más se indignan por las víctimas de las revoluciones sociales sean los causantes directos de la Guerra Mundial o, por lo menos, quienes han ensalzado y glorificado a sus víctimas o se han resignado a verlas sucumbir? Nos toca a nosotros preguntar ahora: ¿Se justifica la guerra? ¿Qué nos ha traído? ¿Qué nos ha enseñado?

Apenas si a esta altura merecen considerarse las afirmaciones de los propietarios rusos afectados, según los cuales la revolución habría producido un envilecimiento cultural en el país. Derribada por la insurrección de octubre, la cultura de la nobleza sólo representaba, en suma, una simple imitación superficial de los modelos más elevados de

la cultura de occidente. Inaccesible al pueblo ruso, con nada esencial enriquecía el tesoro de la humanidad.

La Revolución de Octubre ha echado las bases de una nueva cultura concebida para el servicio de todos, y justamente por ello adquiere de inmediato una importancia internacional. Aun si, como resultado de circunstancias desfavorables y bajo los golpes del enemigo, el régimen soviético (admitámoslo un instante) fuese transitoriamente derrocado, la insurrección de octubre continuaría ejerciendo una influencia indeleble sobre toda la evolución ulterior de la humanidad.

La lengua de las naciones civilizadas separa claramente dos épocas en el desarrollo de Rusia. Si la cultura engendrada por la nobleza ha introducido en el lenguaje universal barbarismos tales como *zar*, *pogromo*, *nagaika*, Octubre ha internacionalizado palabras como *bolchevique*, *sóviet* y *piatiletka*. Esto sería suficiente para justificar la revolución proletaria si, por otra parte, se estima que tiene necesidad de justificación.

Apéndices

Nota a los apéndices

Además de nuestras referencias históricas sobre la teoría de la revolución permanente, hemos trasladado a este apéndice dos capítulos independientes: "Algunas leyendas de la burocracia", y "¿Socialismo en un solo país?" El capítulo sobre las "leyendas" está dedicado a la restauración crítica de una serie de hechos y episodios de la revolución de octubre distorsionados por los historiadores epígonos. Uno de los objetivos incidentales de este capítulo es hacer que las mentes perezosas, en lugar de trabajar sobre el material fáctico, se tranquilicen con la fácil conclusión *a priori* de que "la verdad debe estar probablemente en el medio".

El capítulo "¿Socialismo en un solo país?" está dedicado a la cuestión más importante sobre la ideología y el programa del Partido Bolchevique. La cuestión aquí iluminada históricamente por nosotros, no sólo conserva todo su interés teórico, sino que en los últimos años ha adquirido una importancia práctica de primer orden.

Hemos separado estos dos capítulos del texto general, del que forman parte integrante, sólo en beneficio del lector no acostumbrado a ocuparse de disputas secundarias o de problemas teóricos. Sin embargo, si una décima o incluso una centésima parte de los lectores de este libro se toman la molestia de leer atentamente este apéndice, el autor se sentirá abundantemente recompensado por el gran trabajo que ha realizado. La verdad se abre paso a la larga en círculos más amplios a través de las mentes críticas y reflexivas, amantes del trabajo.

Ensayo complementario: Algunas leyendas de la burocracia

La concepción de la Revolución de Octubre que se desarrolla en este libro fue expuesta por el autor más de una vez durante los primeros años del régimen soviético, aunque ciertamente sólo en sus rasgos generales. Para delinear su pensamiento con mayor claridad, a veces le dio una expresión cuantitativa: la tarea del derrocamiento, escribió, se había completado "en tres cuartas partes, si no en nueve", antes del 25 de octubre por el método de la insurrección "silenciosa" o "legal". Si no se da a estas cifras más importancia de la que podrían pretender las cifras en un asunto así, la idea en sí misma sigue siendo absolutamente incuestionable. Pero desde que comenzó la revisión de los principios, nuestra concepción ha sido duramente criticada en este aspecto.

"Si el 9 de octubre una insurrección "victoriosa" en nueve décimas era ya un hecho consumado [escribió Kámenev], entonces, ¿cómo vamos a estimar las capacidades intelectuales de los que estaban sentados en el comité central de los bolcheviques, y que el 10 de octubre decidían en acalorados debates si había que hacer una insurrección o no?, y en caso afirmativo, ¿cuándo? ¿Qué diremos de la gente que se reunió el 16 de octubre... y estimó una y otra vez las posibilidades de una insurrección?... Oh, sí, parece que ya se llevó a cabo el 9 de octubre 'silenciosa' y 'legalmente', tan silenciosamente, de hecho, que ni el partido ni el comité central lo sabían". Este argumento, superficialmente tan

eficaz, canonizado en la literatura de los epígonos y que ha sobrevivido políticamente a su autor, es en realidad un impresionante cúmulo de errores.

El 9 de octubre no era posible que la insurrección fuera un hecho consumado en "nueve décimas partes", pues ese día acababa de plantearse en el sóviet la cuestión del traslado de la guarnición y era imposible saber cómo se desarrollaría la cosa en el futuro. Por esta razón, al día siguiente, el 10, al insistir en la importancia de esta cuestión del traslado de las tropas, Trotsky no tenía todavía motivos suficientes para exigir que el conflicto entre la guarnición y su mando constituyera la base de todo el plan. Sólo durante las dos semanas siguientes de obstinado trabajo cotidiano, la tarea principal de la insurrección (la conquista firme de los sectores populares de las tropas gubernamentales) se cumplió en "tres cuartas partes, si no en nueve". Esto no era así el 10, ni siquiera el 16 de octubre, cuando el comité central retomó por segunda vez la cuestión de la insurrección y cuando Krilenko presentó definitivamente como aspecto clave la cuestión de la guarnición. Pero incluso si la revolución hubiera triunfado en nueve décimas partes el día 9 (como Kámenev atribuye erróneamente a nuestro pensamiento), este hecho podría haberse comprobado de forma fiable, no mediante conjeturas, sino sólo mediante la acción, es decir, haciendo una insurrección. La "capacidad intelectual" de los miembros del comité central no se vería comprometida en lo más mínimo, ni siquiera en ese caso puramente hipotético, por su participación en los acalorados debates del 10 y el 16 de octubre. Sin embargo, aun suponiendo que los miembros del comité central hubieran podido asegurarse de forma incuestionable, mediante un cálculo *a priori*, que la victoria estaba realmente ganada en nueve décimas partes, todavía habría sido necesario lograr la última décima parte, y eso habría exigido tanta atención como si fueran diez décimas. ¡Cuántas batallas e insurrecciones "casi" ganadas presenta la historia, batallas e insurrecciones que condujeron a la derrota sólo porque no se llevaron a cabo en buena hora hasta la derrota completa del enemigo! Y finalmente (Kámenev es lo suficientemente talentoso como para olvidar esto también) la esfera de actividad del Comité Militar Revolucionario era sólo Petrogrado. Por muy importante que fuera la capital, el resto del país, sin embargo, existía. Y desde este punto de vista, el comité central tenía motivos suficientes para sopesar cuidadosamente las posibilidades de la insurrección, no sólo el 10 y el 16, sino también el 26, es decir, después de la victoria en Petrogrado.

Kámenev, en el razonamiento que estamos discutiendo, sale en defensa de Lenin. Todos los epígonos se defienden bajo este imponente pseudónimo. ¿Cómo pudo Lenin, se pregunta, luchar tan apasionadamente por una insurrección, si ésta ya estaba realizada en sus nueve décimas partes? Pero el propio Lenin escribió a principios de octubre: "Es muy posible que ahora mismo podamos tomar el poder sin una insurrección". En otras palabras, Lenin postulaba que la revolución "silenciosa" ya se había producido antes del 9 de octubre, y además no por nueve sino por diez décimas. Comprendió, sin embargo, que esta hipótesis optimista sólo podía verificarse en la acción. Por eso Lenin decía en la misma carta: "Si no podemos tomar el poder sin una insurrección, entonces debemos hacer una insurrección inmediatamente". Fue esta cuestión la que se discutió los días 10 y 16, y otros días más.

Las recientes historias soviéticas han borrado por completo de la Revolución de Octubre el importantísimo e instructivo capítulo sobre los desacuerdos entre Lenin y el comité central, tanto sobre la cuestión básica de principios en la que Lenin tenía razón, como sobre aquellas cuestiones particulares, pero muy importantes, en las que la tenía comité central. Según la nueva doctrina, ni Lenin ni el comité central podían equivocarse y, por consiguiente, no podía haber ningún conflicto entre ellos. En los casos en los que resulta imposible negar que hubo un desacuerdo, éste se achaca, obedeciendo a una prescripción general, a Trotsky.

Los hechos dicen lo contrario. Lenin insistió en realizar una insurrección durante los días de la conferencia democrática. Ningún miembro del comité central le apoyó. Una semana después, Lenin propuso a Smilgá organizar un cuartel general insurreccional en Finlandia, y golpear al gobierno desde ese punto junto con los marineros. De nuevo, diez días después, insistió en que el congreso del norte se convirtiera en el punto de partida de una insurrección. Nadie en el congreso apoyó esta propuesta. A finales de septiembre Lenin consideró fatal el aplazamiento de la insurrección durante tres semanas, hasta el II Congreso de los Sóviets. Sin embargo, la insurrección, aplazada hasta la víspera del congreso, se llevó a cabo mientras éste estaba reunido. Lenin propuso que la lucha comenzara en Moscú, suponiendo que allí se resolvería incruentamente. Sin embargo, lo importante de hecho es que la insurrección en Moscú, a pesar de la victoria precedente en Petrogrado, duró ocho días y costó muchas víctimas.

Lenin no era un autómata de decisiones infalibles. Era "sólo" un hombre de genio, y nada de lo humano le era ajeno, incluida la capacidad de cometer errores. Sobre la actitud de los epígonos hacia los grandes revolucionarios, Lenin dijo: "Después de su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por así decirlo, rendir un cierto homenaje a sus nombres..." para así poder traicionarlos con mayor seguridad en la acción. Los epígonos actuales exigen que se reconozca a Lenin como infalible para poder extender más fácilmente el mismo dogma a ellos mismos[39].

Lo que caracterizaba a Lenin como estadista era una combinación de perspectivas audaces con una estimación meticulosa de hechos y síntomas minúsculos. El aislamiento de Lenin no le impidió definir con incomparable penetración las etapas y giros fundamentales del movimiento, pero le privó de la posibilidad de hacer estimaciones oportunas de los factores episódicos y los cambios temporales. La situación política era en general tan favorable a una insurrección como para admitir varias posibilidades diferentes de victoria. Si Lenin hubiera estado en Petrogrado y hubiera llevado a cabo a principios de octubre su decisión a favor de una insurrección inmediata sin referencia al II Congreso de los Sóviets, sin duda habría dado a la realización de su propio plan un marco político que habría reducido al mínimo sus rasgos desventajosos. Pero es igualmente probable que, en ese caso, él mismo se hubiera inclinado por el plan realmente ejecutado.

Hemos ofrecido en un capítulo separado nuestra estimación del papel de Lenin en la estrategia general de la revolución ["Lenin llama a la insurrección"]. Para señalar nuestra idea con respecto a las propuestas tácticas de Lenin, añadiremos que, sin la presión de Lenin, sin sus exhortaciones, sugerencias y combinaciones de planes, habría sido infinitamente más difícil transitar al camino hacia la insurrección. Si Lenin hubiera estado en Smolny durante las semanas críticas, la dirección general de la insurrección (y eso no sólo en Petrogrado, sino en Moscú) habría estado en un nivel considerablemente más alto. Pero Lenin, como "emigrado", no podía ocupar el lugar de Lenin en Smolny.

El propio Lenin sintió con mayor intensidad la insuficiencia de su orientación táctica. Escribió el 24 de septiembre en *Rabochy Put*: "El crecimiento de una nueva revolución está evidentemente en marcha - sabemos poco, por desgracia, de la amplitud y la rapidez de este crecimiento". Estas palabras son tanto un reproche a los dirigentes del

---

[39] Durante el III Congreso de la Internacional Comunista, para suavizar sus golpes a ciertos "ultraizquierdistas", Lenin se refirió al hecho de que él mismo había cometido errores de "ultraizquierda", especialmente mientras era emigrante, incluyendo uno durante su última "emigración" en Finlandia en 1917, cuando defendió un plan de insurrección menos conveniente que el que realmente se llevó a cabo. Esta referencia a su propio error fue hecha por Lenin, a menos que nuestra memoria nos engañe, también en una carta a la comisión del congreso sobre asuntos alemanes. Desgraciadamente, los archivos de la Internacional Comunista no son accesibles para nosotros, y la declaración de Lenin en cuestión evidentemente no ha sido publicada. L. T.

partido como una queja de su propia falta de información. Al recordar en su carta las reglas más importantes de la insurrección, Lenin no olvidó añadir: "Todo esto es aproximado, por supuesto, y meramente ilustrativo." El 8 de octubre, Lenin escribió al Congreso Regional del Norte de los Sóviets: "Intentaré aparecer con mis consejos desde la barrera en caso de que la probable insurrección de los obreros y soldados de Petersburgo... se produzca pronto, pero aún no ha tenido lugar". Lenin comenzó su polémica contra Zinóviev y Kámenev con estas palabras. "Un publicista colocado por las veleidades de la suerte un poco al margen de la corriente principal de la historia, corre el riesgo constantemente de llegar tarde o de estar mal informado, especialmente si transcurre algún tiempo hasta que aparezcan sus escritos." De nuevo una queja contra su aislamiento junto con un reproche a los editores que habían retrasado la publicación de aquellos artículos que juzgaban demasiado incisivos, o que habían desechado los pasajes más punzantes. Una semana antes de la insurrección, Lenin escribió en una carta conspirativa a los miembros del partido "En cuanto al planteamiento de la cuestión de la insurrección ahora, tan cerca del 20 de octubre, no puedo juzgar *desde la distancia* hasta qué punto la actuación de esquirolaje (de Zinóviev y Kámenev) en la prensa no partidista ha estropeado la cosa". Las palabras "desde la distancia" están subrayadas por el propio Lenin.

Pero, ¿cómo explica la escuela de los epígonos la discordancia entre las propuestas tácticas de Lenin y el curso real de la insurrección en Petrogrado? Le da al conflicto un carácter anónimo y sin forma; o pasa completamente por alto los desacuerdos, declarándolos indignos de atención; o trata de refutar hechos indestructiblemente establecidos; o pone el nombre de Trotsky donde Lenin hablaba del comité central en su conjunto o de los opositores a la insurrección dentro del comité central; o, finalmente, combina todos estos métodos, sin preocuparse de si son coherentes entre sí o no.

"La conducta de la insurrección de octubre", escribe Stalin, "puede considerarse un modelo de estrategia (bolchevique). Transgredir este requisito (la elección correcta del momento) conduce a un peligroso error llamado 'pérdida de tempo', cuando el partido se queda atrás en el curso de los acontecimientos o se adelanta, dando lugar a un peligro de fracaso. El intento de un grupo de camaradas de iniciar la insurrección con la detención de la conferencia democrática en agosto de 1917 debe considerarse un ejemplo de esta 'pérdida de tempo', un ejemplo de cómo no elegir el momento de la insurrección". La designación "un grupo de los camaradas" en estas líneas se refiere a Lenin. Nadie más que Lenin propuso que la insurrección comenzara con la detención de la conferencia democrática, y nadie apoyó su propuesta. Stalin recomienda el plan táctico de Lenin como "un ejemplo de cómo no elegir el momento de la insurrección". Pero la forma anónima de su relato permite a Stalin, al mismo tiempo, negar rotundamente que hubiera algún desacuerdo entre Lenin y el comité central.

Yaroslavsky tiene una forma aún más sencilla de escapar de la dificultad. "No es una cuestión de detalles, por supuesto", escribe, "no es una cuestión de si la insurrección comenzó en Moscú o en Petrogrado". La cuestión es que todo el curso de los acontecimientos demostró "la corrección de la línea de Lenin, la corrección de la línea de nuestro partido". Este ingenioso historiador simplifica su tarea hasta un grado extraordinario. Que Octubre verificó la estrategia de Lenin, y demostró en particular lo importante que había sido su victoria de abril sobre el estrato dirigente de los "viejos bolcheviques", es indudable. Pero si de manera general no se cuestiona por dónde empezar, cuándo empezar y cómo empezar, entonces, con seguridad, no queda nada de los desacuerdos episódicos con Lenin, o, para el caso, de la táctica en general.

En el libro de John Reed se cuenta que el 21 de octubre los dirigentes de los bolcheviques celebraron una "segunda conferencia histórica" en la que, según le contaron

a Reed, Lenin dijo: "El 24 de octubre es demasiado pronto para actuar. Debemos tener una base panrusa para la insurrección, y el 24 no habrán venido todos los delegados al congreso. Por otra parte, el 26 será demasiado tarde para actuar... Debemos actuar el 25, el día de la apertura del congreso". Reed era un observador extraordinariamente agudo, capaz de transcribir en las páginas de su libro los sentimientos y las pasiones de los días decisivos de la revolución. Por esta razón, Lenin deseó en su día que la incomparable crónica de Reed se distribuyera en millones de ejemplares en todos los países del mundo. Pero el trabajo realizado al calor de los acontecimientos, las notas tomadas en los pasillos, en las calles, junto a las hogueras, las conversaciones y las frases fragmentarias cogidas al vuelo, y eso también con la necesidad de un traductor, todo ello hacía inevitables los errores particulares. El relato de una sesión del 21 de octubre es uno de los errores más evidentes del libro de Reed. El argumento sobre la necesidad de una "fundación del sóviet de toda Rusia" para la insurrección no podía pertenecer a Lenin, ya que Lenin más de una vez describió el intento de tal fundación como nada más y nada menos que "una completa idiotez o una completa traición". Lenin no podía decir que el 24 era demasiado pronto, pues desde finales de septiembre consideraba inadmisible un aplazamiento de la insurrección por un día innecesario. Podría llegar demasiado tarde, dijo, pero "en ese asunto ya es imposible ser prematuro". Sin embargo, al margen de estas consideraciones políticas (suficientemente decisivas en sí mismas), el relato de Reed queda refutado por el simple hecho de que el día 21 no hubo "segunda conferencia histórica" de ningún tipo. Una conferencia de este tipo no podía dejar de dejar huellas en los documentos y en la memoria de los demás participantes. Sólo hubo dos conferencias con la presencia de Lenin: el 10 y el 16. Reed no podía saber esto. Pero los documentos publicados desde entonces no dejan lugar a la "sesión histórica" del 21 de octubre. Los historiadores epígonos no han dudado, sin embargo, en incluir el testimonio obviamente erróneo de Reed en todas las publicaciones oficiales. De este modo han logrado una engañosa coincidencia de calendario de las directivas de Lenin con el curso real de los acontecimientos. Sin duda, al hacer esto los historiadores oficiales ponen a Lenin en la posición de contradecirse incomprensiblemente y sin remedio. Pero, hay que entenderlo, esencialmente no se preocupan aquí por Lenin. Los epígonos simplemente han convertido a Lenin en su propio pseudónimo histórico, y se sirven de él sin miramientos para establecer su propia infalibilidad *ex post facto.*

Pero los historiadores oficiales van aún más lejos en la empresa de conducir los hechos a la línea de marcha exigida. Así, Yaroslavsky escribe en su historia del partido: "En la sesión del comité central del 24 de octubre, la última sesión antes de la insurrección, Lenin estaba presente". Las actas publicadas oficialmente, que contienen una lista completa de los presentes, atestiguan que Lenin estuvo ausente. "Lenin y Kámenev fueron delegados para negociar con los socialrevolucionarios de izquierda", escribe Yaroslavsky. Las actas dicen que esta tarea fue asignada a Kámenev y Berezin. Pero debería ser obvio, sin necesidad de actas, que el comité central no habría encargado a Lenin esta tarea "diplomática" secundaria. Esa sesión decisiva del comité central tuvo lugar por la mañana. Lenin no llegó a Smolny hasta la noche. Un miembro del comité de Petrogrado, Sveshnikov, cuenta que Lenin "salió por la noche (del 24) dejando una nota en su habitación en la que decía que se había ido a tal o cual hora. Cuando nos enteramos de esto, nos asustamos mucho por Ilich". Sólo "a última hora de la tarde" se supo en el distrito que Lenin había ido al Comité Militar Revolucionario.

Lo más sorprendente de todo, sin embargo, es el hecho de que Yaroslavsky ignore un documento político y humano de primera importancia: una carta a los dirigentes de los distritos escrita por Lenin en las horas en que la insurrección abierta ya había comenzado en lo esencial. "¡Camaradas! Escribo estas líneas el 24 por la tarde… Con todas mis

fuerzas pido a los camaradas que comprendan que todo pende ahora de un hilo; que nos enfrentamos con problemas que no puede resolverse con conferencias o congresos (ni siquiera congresos de sóviets), sino exclusivamente con la gente, con las masas, con la lucha del pueblo armado… A cualquier precio tenemos que arrestar al gobierno esta misma tarde, esta misma noche, después de haber desarmado a los cadetes del colegio militar (después de vencerlos si se resisten), etc." Lenin temía hasta tal punto la irresolución del comité central, que intentaba en el último momento organizar una presión sobre él desde abajo. "Todos los distritos [escribe], todos los regimientos, todas las fuerzas deben ser movilizadas en el acto y deben envira inmediatamente sus delegaciones al Comité Militar Revolucionario, al CC de los bolcheviques, con el reclamo imperioso de que de ninguna manera se deje el poder en manos de Kerensky y compañía hasta el 25, bajo ningún pretexto. Esta misma tarde, esta misma noche, sin falta, debe decidirse el asunto". Mientras Lenin escribía estas líneas, los regimientos y distritos a los que convocaba a movilizarse para presionar al Comité Militar Revolucionario ya estaban movilizados por éste para la toma de la ciudad y el derrocamiento del gobierno. De esta carta (cada línea de la cual tiembla de ansiedad y pasión) es al menos evidente que Lenin no podía haber propuesto el día 21 aplazar la insurrección hasta el día 25, ni haber estado presente en la sesión de la mañana del día 24 cuando se decidió tomar la ofensiva inmediatamente.[40]

Sin embargo, hay en esta carta un elemento desconcertante. ¿Cómo pudo ocurrir que Lenin, escondido en el distrito de Viborg, no supiera hasta la noche una decisión de tan excepcional importancia? Del relato de Sveshnikov (como también de otras fuentes) se desprende que las comunicaciones con Lenin se mantuvieron durante ese día a través de Stalin. Sólo cabe suponer que, al no haber comparecido en la sesión matinal del comité central, Stalin tampoco supo hasta la noche la decisión adoptada.

La causa inmediata de la alarma de Lenin puede haber sido los rumores que circularon consciente y persistentemente durante ese día, desde Smolny, de que hasta la decisión del II Congreso de los Sóviets no se darían pasos decisivos. En la tarde de ese día, en una sesión de emergencia del sóviet de Petrogrado, Trotsky dijo, en su informe sobre las actividades del Comité Militar Revolucionario: "Un conflicto armado hoy o mañana no está incluido en nuestro plan, en el umbral del II Congreso de los Sóviets de toda Rusia. Creemos que el congreso llevará a cabo nuestra consigna con mayor poder y autoridad. Pero si el gobierno quiere utilizar ese lapso de vida que aún le queda (24, 48 o 72 horas) para tomar la ofensiva contra nosotros, responderemos con una contraofensiva, golpe por golpe, acero contra hierro". Tal fue el leitmotiv de toda esa jornada. Estos anuncios defensivos tenían por objeto adormecer en el último momento antes del golpe la vigilancia no demasiado viva del enemigo. Esta maniobra fue, probablemente, la que permitió a Dan asegurar a Kerensky, en la noche anterior al 25, que los bolcheviques no tenían ninguna intención de realizar una insurrección inmediata. Pero, por otra parte, también Lenin, si le llegaba una de estas declaraciones sedantes de Smolny, pudo, en su estado de tensión y desconfianza, haber tomado una estratagema militar por dinero de curso legal.

Las tretas constituyen un elemento necesario del arte de la guerra. Sin embargo, es un mal ardid el que puede engañar incidentalmente al propio bando. Si se hubiera tratado de convocar a las masas, esas palabras sobre las próximas "72 horas" podrían haber resultado un acto fatal. Pero el día 24 el levantamiento ya no necesitaba ninguna

[40] Tan es así que incluso en la versión de la Editorial Cartago, reproducida por la Akal Editor en 1976, puede leerse en nota a pie de página: "Lenin escribió la carta a los miembros del Comité Central del POSDR(b) en la tarde del 24 de octubre (6 de noviembre). Ese mismo día por la noche llegó ilegalmente al Smolny…" *Obras* Completas, Tomo XXVII, página 345. EIS.

convocatoria revolucionaria general. Los destacamentos armados designados para la toma de los principales puntos de la capital estaban armados y esperaban la señal de ataque de los comandantes, que estaban en comunicación telefónica con el cuartel general revolucionario más cercano. En estas circunstancias, la estratagema del cuartel general revolucionario estaba completamente en su lugar.

Cada vez que los investigadores oficiales se encuentran con un documento desagradable, cambian su dirección. Así, Yakovlev escribe: "Los bolcheviques no se rindieron a las 'ilusiones constitucionales', sino que rechazaron las propuestas de Trotsky de acomodar la insurrección necesariamente al II Congreso de los Sóviets, y tomaron el poder antes de la apertura del congreso de los sóviets." De qué propuesta de Trotsky se habla aquí, dónde y cuándo fue considerada, qué bolcheviques la rechazaron, de esto el autor no tiene nada que decir, y no por casualidad. Debemos buscar en vano entre las actas, o entre cualquier memoria, cualquier indicación de una propuesta de Trotsky de "acomodar la insurrección necesariamente al II Congreso de los Sóviets". El fundamento de esta afirmación de Yakovlev es un malentendido casi tradicional, explicado hace mucho tiempo nada menos que por el propio Lenin.

Como se desprende de las memorias publicadas hace tiempo, desde principios de septiembre Trotsky había señalado más de una vez, a los que se oponían a la insurrección, que designar la fecha del II Congreso de los Sóviets equivalía para los bolcheviques a señalar la insurrección. Esto no significaba, por supuesto, que la insurrección no debía producirse más que por decisión del II Congreso de los Sóviets; no se podía hablar de un formalismo tan infantil. Se trataba de la fecha límite, de la imposibilidad de aplazarla a un tiempo indefinido después del congreso. A través de quién y en qué forma llegaron estas disputas en el comité central a Lenin, no está claro en los documentos. Una entrevista con Trotsky, que estaba muy en el punto de mira del enemigo, habría sido un riesgo demasiado grande para Lenin. Por lo tanto, en su actitud de cautela en ese momento pudo haber temido que Trotsky pusiera su énfasis en el congreso y no en la insurrección, o, en cualquier caso, que no opusiera la resistencia necesaria a las "ilusiones constitucionales" de Zinóviev y Kámenev. Es posible que Lenin estuviera preocupado también por los nuevos miembros del comité central, poco conocidos para él, los antiguos *mezhrayontsi* (o fusionistas), Joffe y Uritsky. Hay pruebas directas de esto en un discurso de Lenin en una sesión del comité de Petrogrado el 1 de noviembre después de la victoria. "En la sesión [del 10 de octubre] se planteó la cuestión de una ofensiva. Yo tenía temores de oportunismo por parte de los internacionalistas-fusionistas, pero éstos se disiparon; en nuestro partido, sin embargo, [ciertos viejos] miembros [del comité central] no estaban de acuerdo. Esto me apenó profundamente". Según sus propias palabras, el día 10 Lenin se convenció de que no sólo Trotsky, sino también Joffe y Uritsky, que estaban bajo la influencia inmediata de Trotsky, estaban decididamente a favor de la insurrección. La cuestión de las fechas en general se planteó por primera vez en esa sesión. ¿Cuándo, entonces, y por quién, fue rechazada "una propuesta de Trotsky" de no comenzar la insurrección sin una decisión preliminar del II Congreso de los Sóviets? Como si tuvieran la intención especial de ampliar aún más el radio de confusión, los investigadores oficiales, con sus referencias a una decisión apócrifa del 21 de octubre, atribuyen, como hemos visto, exactamente la misma propuesta a Lenin.

En este punto Stalin irrumpe en la discusión con una nueva versión que refuta a Yakovlev, pero junto con él también mucho más. Según Stalin, parece que el aplazamiento de la insurrección al día del congreso (es decir, al 25) no encontró ninguna objeción intrínseca por parte de Lenin, sino que la cosa se torció por la publicación anticipada de la fecha de la insurrección. Sin embargo, aquí debemos dar la palabra al propio Stalin: "El error del sóviet de Petrogrado al designar y publicar abiertamente en el

extranjero la fecha de la insurrección (25 de octubre) no podía ser corregido sino por una insurrección real antes de esta fecha legal de insurrección". Esta afirmación es descorazonadora por su inconsistencia. ¡Como si en aquellas disputas con Lenin se tratara de elegir entre el 24 y el 25 de octubre! De hecho, Lenin escribió casi un mes antes de la insurrección: "'Esperar' al [II] Congreso de los Sóviets sería una perfecta estupidez, pues significaría perder *semanas* en momentos en que semanas, y aun días, lo deciden *todo*." ¿Dónde y cuándo publicó el sóviet en el extranjero la fecha de la insurrección? Es difícil incluso inventar los motivos que podrían inducirlo a realizar un acto tan disparatado. En realidad, no se trataba de la insurrección, sino de la apertura del II Congreso de los Sóviets, que fue fijada públicamente y con antelación para el día 25, y esto no lo hizo el sóviet de Petrogrado, sino el comité ejecutivo central compromisario. De este hecho, y no de una pretendida indiscreción del sóviet, debían extraerse ciertas deducciones por parte del enemigo: los bolcheviques, si no pretenden retirarse de la escena, deben intentar tomar el poder en el momento del congreso. "De la lógica de las cosas [escribimos posteriormente] surgió la designación de la insurrección para el 25 de octubre. Así lo entendió toda la prensa burguesa". Stalin ha convertido su confuso recuerdo de esta "lógica de las cosas" en una "indiscreta" publicación en el extranjero del día de la insurrección. Así es como se está escribiendo ahora la historia.

En el segundo aniversario de la revolución, el autor de este libro, refiriéndose, en el sentido que acabamos de explicar, al hecho de que "la insurrección de octubre fue, por así decirlo, designada de antemano para una fecha definida, para el 25 de octubre, y se llevó a cabo exactamente en esa fecha", añadió: deberíamos buscar en vano en la historia otro ejemplo de una insurrección que fuera acomodada de antemano por el curso de las cosas a una fecha definida. Esta afirmación era errónea: la insurrección de París del 10 de agosto de 1792 también fue designada con una semana de antelación para una fecha definida, y también no por indiscreción sino por la lógica de los acontecimientos.

El 3 de agosto la asamblea legislativa [francesa] resolvió que las peticiones de las secciones de París que exigían el derrocamiento del rey debían ser recogidas el día 9. "Señalándose así el día del debate, [escribe Jaurès, que ha observado muchas cosas que escapan a la atención de los viejos historiadores] designó también el día de la insurrección." Danton, el líder de las secciones, adoptó una posición defensiva: "si estalla una revolución", declaró insistentemente, "será una respuesta a la traición del gobierno". Esta entrega de la cuestión por parte de las secciones a la consideración de la asamblea legislativa no era en absoluto una "ilusión constitucional", sino simplemente un método para preparar una insurrección, y con ello una cobertura legal para la misma. Las secciones, como es bien sabido, se levantaron en apoyo a su posición a la señal de de fuego con las armas en la mano.

Los rasgos de similitud en estas dos revoluciones separadas por un intervalo de 125 años, no son en absoluto accidentales. Ambas insurrecciones se produjeron no al principio de una revolución, sino en su segunda etapa, un hecho que las hizo políticamente mucho más conscientes y deliberadas. En ambos casos, la crisis revolucionaria había alcanzado un alto grado de madurez; las masas eran muy conscientes de la irrevocabilidad y la proximidad del levantamiento. La exigencia de unidad de acción les obligó a concentrar su atención en una fecha "legal" definida como eje de los acontecimientos que se avecinaban. Los dirigentes se subordinaron a esta lógica del movimiento de masas. Cuando ya tenían el control de la situación política, con la victoria casi en sus manos, adoptaron lo que parecía ser una posición defensiva: provocando a un enemigo debilitado, hicieron recaer sobre él por adelantado la responsabilidad del conflicto que se avecinaba. Es así como la insurrección tiene lugar en una "fecha señalada de antemano".

Las afirmaciones de Stalin, tan sorprendentes por su falta de oportunidad (se han citado varias de ellas en los capítulos anteriores), muestran lo poco que ha reflexionado sobre los acontecimientos de 1917 en su conexión interna, y qué huellas sumarias han dejado en su memoria. ¿Cómo se explica esto? Es bien sabido que la gente hace historia sin entender sus leyes, al igual que digiere los alimentos sin entender la fisiología de la digestión. Pero parece que esto no debería aplicarse a los dirigentes políticos, sobre todo a los dirigentes de un partido que actúa con un programa basado en la ciencia. Sin embargo, es un hecho que muchos revolucionarios, después de haber participado en una revolución en posiciones destacadas, revelan muy pronto una incapacidad para comprender el significado interno de lo ocurrido con su participación directa. La extraordinaria y abundante literatura de los epígonos da la impresión de que estos colosales acontecimientos arrollan los cerebros humanos y los aplastan como lo haría una apisonadora con los brazos y las piernas. Hasta cierto punto esto es cierto; una tensión psíquica excesiva consume rápidamente a las personas. Sin embargo, hay otra circunstancia mucho más importante. Una revolución victoriosa cambia radicalmente la situación de los revolucionarios de ayer. Adormece su curiosidad científica, los reconcilia con las frases hechas, los mueve a estimar los días pasados bajo la influencia de los nuevos intereses. Así, una red de leyendas burocráticas borra cada vez más la configuración real de los acontecimientos.

En 1924, el autor de este libro, en su obra titulada *Lecciones de octubre*[41], trató de explicar por qué Lenin, al dirigir el partido a la insurrección, se vio obligado a luchar tan violentamente contra el ala derecha representada por Zinóviev y Kámenev. Stalin objetó esto: "¿Había desacuerdos en ese momento en nuestro partido? Sí, los hubo. Pero eran de carácter exclusivamente práctico, a pesar de las afirmaciones de Trotsky, que intenta descubrir un ala 'derecha' y una 'izquierda' del partido..." "Trotsky afirma que en la persona de Kámenev y Zinóviev teníamos en octubre un ala derecha de nuestro partido ... ¿Cómo es que el desacuerdo con Kámenev y Zinóviev duró sólo unos días?... No hubo escisión y los desacuerdos duraron sólo unos días porque, y sólo porque, teníamos en la persona de Kámenev y Zinóviev leninistas-bolcheviques". ¿Acaso no acusó Stalin, exactamente de la misma manera, siete años antes (cinco días antes de la insurrección) a Lenin de excesiva agudeza, y afirmó que Zinóviev y Kámenev se encontraban en el terreno común del "bolchevismo"? En todos los zigzags de Stalin hay un cierto hilo de consistencia, que no es resultado de una filosofía pensada, sino del molde general de su carácter. Siete años después de la revolución, al igual que en la víspera de la insurrección, concibe la profundidad de los desacuerdos en el partido de la misma manera vaga.

La piedra de toque de un dirigente político revolucionario es la cuestión del estado. En su carta del 11 de octubre contra la insurrección, Zinóviev y Kámenev escribieron: "Con una táctica correcta podemos ganar un tercio, sí y más de un tercio, de los escaños de la asamblea constituyente... La asamblea constituyente más el sóviet, ese es el tipo combinado de institución estatal hacia el que nos dirigimos". La "táctica correcta" significaba la renuncia a la conquista del poder por el proletariado. El "tipo combinado" de estado significaba una combinación de la asamblea constituyente, en la que los partidos burgueses constituirían dos tercios, con los sóviets, donde el partido del proletariado estaba al mando. Este tipo de estado combinado constituyó posteriormente la base de la idea de Hilferding de incluir los sóviets en la Constitución de Weimar. El general Lisingen, comandante de la Marca de Brandeburgo, al prohibir la formación de sóviets el 7 de noviembre de 1918, basándose en que "las instituciones de este tipo entran en

[41] *Lecciones de octubre*, en estas mismas OELT-EIS.

conflicto con el orden estatal existente", mostró al menos mucha más penetración que los austromarxistas y el Partido Independiente Alemán.

En 1924, cuando Stalin, obediente a las exigencias de la lucha interna del partido, intentó por primera vez hacer una evaluación independiente del pasado, salió en defensa del "estado combinado" de Zinóviev, apoyándose en una referencia a Lenin. "Trotsky no entiende... las peculiaridades de la táctica bolchevique cuando resopla ante la teoría de la combinación de la asamblea constituyente con los sóviets como si fuera hilferdismo", escribió Stalin en su manera característica. "Zinóviev, a quien Trotsky está dispuesto a convertir en hilferdista, comparte total y completamente el punto de vista de Lenin". Esto significa que siete años después de las batallas teóricas y políticas de 1917, Stalin no había comprendido en absoluto que tanto con Zinóviev como con Hilferding se trataba de poner de acuerdo y conciliar los poderes de dos clases, la burguesía a través de la asamblea constituyente y el proletariado a través de los sóviets, mientras que con Lenin se trataba de combinar dos instituciones que expresaban el poder de una misma clase, el proletariado. La idea de Zinóviev, como explicó Lenin en su momento, se oponía al fundamento mismo de las enseñanzas marxistas sobre el estado. "Con el poder en manos de los sóviets", escribió Lenin contra Zinóviev y Kámenev el 17 de octubre, "el 'tipo combinado' sería aceptado por todos. Pero arrastrar bajo el título de 'tipo combinado' una negativa a transferir el poder a los sóviets... ¿es posible encontrar una expresión parlamentaria para ello?" Vemos, pues, que para evaluar esta idea de Zinóviev, que Stalin declara como "una peculiaridad de la táctica bolchevique" supuestamente no comprendida por Trotsky, a Lenin le resultaba difícil incluso encontrar una expresión parlamentaria, aunque no se distinguía por un excesivo remilgo en estas cuestiones. Poco más de un año después Lenin escribió, aplicando el mismo pensamiento a Alemania "El intento de combinar la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado es una renuncia completa tanto al marxismo como al socialismo en general". ¿Podría Lenin haber escrito otra cosa?

El "tipo combinado" de Zinóviev era esencialmente un intento de eternizar el doble poder, es decir, un renacimiento del experimento completamente agotado por los mencheviques. Y si Stalin, en 1924, seguía estando en el mismo terreno que Zinóviev en esta cuestión, significaba que, a pesar de su adhesión a las tesis de Lenin, se había mantenido, sin embargo, al menos medianamente fiel a esa filosofía del doble poder que él mismo desarrolló en su informe del 29 de marzo de 1917: "Los papeles se han dividido. El sóviet ha tomado de hecho la iniciativa en la transformación revolucionaria... El gobierno provisional ha asumido de hecho el papel de fortificador de las conquistas del pueblo revolucionario". Las relaciones mutuas entre la burguesía y el proletariado se definen aquí como una simple división del trabajo.

A lo largo de la última semana anterior a la insurrección, Stalin maniobraba evidentemente entre Lenin, Trotsky y Sverdlov, por un lado, y Kámenev y Zinóviev, por otro. Aquella declaración editorial del día 20, que defendía a los opositores a la insurrección contra los golpes de Lenin, no podía ser (sobre todo de la pluma de Stalin) casual. En cuestiones de maniobras internas en el partido era un maestro consumado. Así como en abril, después de la llegada de Lenin, Stalin empujó cautelosamente a Kámenev hacia adelante, y él mismo esperó al margen en silencio antes de unirse de nuevo a la batalla, así ahora, en la víspera de la insurrección, estaba obviamente preparando, en caso de posible fracaso, una retirada a lo largo de la línea de Kámenev y Zinóviev. Stalin avanzó por ese camino hasta el límite, más allá del cual habría supuesto una ruptura con la mayoría del comité central. Esa perspectiva le asustaba. En la sesión del día 21, Stalin reparó su puente medio destruido con el ala izquierda del comité central proponiendo que Lenin preparara las tesis sobre las cuestiones fundamentales para el congreso de los

sóviets y que Trotsky hiciera el informe político. Ambas mociones fueron aprobadas por unanimidad. Habiéndose asegurado así a la izquierda, Stalin se retiró en el último momento a la sombra: esperaría. Todos los historiadores más recientes, comenzando por Yaroslavsky, evitan cuidadosamente el hecho de que Stalin no estuvo presente en la sesión del comité central en Smolny el día 24, ¡y no asumió ninguna función en la organización de la insurrección! Sin embargo, este hecho, indiscutiblemente establecido por los documentos, caracteriza mejor que cualquier otra cosa la personalidad política de Stalin y sus métodos.

Desde 1924 se han hecho innumerables esfuerzos para llenar el espacio vacío que representa octubre en la biografía política de Stalin. Esto se ha hecho mediante dos pseudónimos: el "comité central" y el "centro práctico". No comprenderemos ni la mecánica de la dirección de octubre, ni la de las últimas leyendas de los epígonos, si no nos acercamos ahora un poco más al personal del comité central de entonces.

Lenin era el líder reconocido, con autoridad ante todos, pero, como muestran los hechos, lejos de ser un "dictador" en el partido, durante un período de cuatro meses no había participado directamente en el trabajo del comité central, y en una serie de cuestiones tácticas estaba en franca oposición a él. Los dirigentes más destacados del viejo núcleo bolchevique, que se encontraban a gran distancia de Lenin, pero también de los que vinieron después, eran Zinóviev y Kámenev. Zinóviev estaba en la clandestinidad al igual que Lenin. Antes de octubre, Zinóviev y Kámenev se habían opuesto decididamente a Lenin y a la mayoría del comité central, y esto los apartó a ambos. De los viejos bolcheviques, Sverdlov había pasado rápidamente a primera línea, pero entonces era todavía un recién llegado al comité central. Su talento organizador no se desarrolló plenamente hasta más tarde, durante los años de la construcción del estado soviético. Dzerzhinsky, que se había incorporado recientemente al partido, se distinguía por su temperamento revolucionario, pero no pretendía tener una autoridad política independiente. Bujarin, Ríkov y Nogin vivían en Moscú. Bujarin era considerado un teórico dotado, pero poco fiable. Ríkov y Nogin se oponían a la insurrección. Con Lomov, Bubnov y Miliutin, casi nadie contaba para decidir las grandes cuestiones; además Lomov trabajaba en Moscú, Miliutin estaba de viaje. Joffe y Uritsky habían estado estrechamente asociados en su pasado de emigrantes con Trotsky, y trabajaban de acuerdo con él. El joven Smilgá trabajaba en Finlandia. Esta composición y la situación interna del comité central explican suficientemente por qué, hasta el regreso de Lenin a la dirección directa, el cuartel general del partido no desempeñó ni podía desempeñar en lo más mínimo el papel que iba a asumir posteriormente. Las actas muestran que las cuestiones más importantes (la del congreso de los sóviets, la guarnición, el Comité Militar Revolucionario) no se discutían de antemano en el comité central y no surgían de su iniciativa, sino que surgían en Smolny de la actividad práctica del sóviet, y se trabajaban en el círculo de los dirigentes del sóviet, a menudo con la participación de Sverdlov.

Stalin, en general, no se presentó en Smolny. Cuanto más decisiva se volvía la presión de las masas revolucionarias y mayor era el alcance asumido por los acontecimientos, más se mantenía Stalin en un segundo plano, más pálido se volvía su pensamiento político, más débil su iniciativa. Así fue en 1905; así fue en el otoño de 1917. Lo mismo se ha repetido posteriormente cada vez que han surgido grandes cuestiones históricas en la arena mundial. Cuando quedó claro que la publicación de las actas del comité central de 1917 no hacía más que poner al descubierto una laguna de octubre en la biografía de Stalin, los historiadores burocráticos crearon la leyenda del "centro práctico". Una explicación de esta historia (ampliamente popularizada durante estos últimos años) se convierte en un elemento necesario de cualquier historia crítica de la revolución de octubre.

En la conferencia del comité central celebrada en Lesny el 16 de octubre, uno de los argumentos en contra de forzar la insurrección fue señalar que "todavía no tenemos ni siquiera un centro". Por sugerencia de Lenin, el comité central decidió subsanar la falta en seguida. El acta decía: "El comité central organiza un centro revolucionario militar compuesto por los siguientes miembros: Sverdlov, Stalin, Bubnov, Uritsky y Dzerzhinsky. Este centro se convierte en parte constitutiva del comité revolucionario del sóviet". Esta resolución, que todo el mundo había olvidado, fue descubierta por primera vez en los archivos en 1924. Comenzó a ser citada como un documento histórico importantísimo. Así, Yaroslavsky escribió: "Este órgano (y no otro) guio a todas las organizaciones que participaron en la insurrección (las unidades militares revolucionarias, la guardia roja)". Esas palabras "y no otro" revelan con suficiente franqueza el objetivo de toda esta construcción *ex post facto*. Pero Stalin ha escrito aún con más franqueza: "En el personal del centro práctico convocado para dirigir la insurrección, Trotsky, extrañamente... no estaba incluido". Para poder desarrollar esta idea, Stalin se vio obligado a omitir la segunda mitad de la resolución: "Este centro se convierte en parte constitutiva del comité revolucionario del sóviet". Si se tiene en cuenta que el Comité Militar Revolucionario estaba dirigido por Trotsky, no es difícil comprender por qué el comité central se contentó con nombrar a los nuevos trabajadores que debían ayudar a los que ya estaban en el centro de trabajo. Por otra parte, ni Stalin ni Yaroslavsky han explicado nunca por qué se recordó por primera vez el "centro práctico" en 1924.

Entre el 16 y el 20 de octubre, como hemos visto, la insurrección tomó concluyentemente el camino soviético. El Comité Militar Revolucionario, desde el momento de su nacimiento, tuvo la dirección directa no sólo de la guarnición, sino de la guardia roja, que a partir del 13 de octubre estuvo sometida al comité ejecutivo de Petrogrado. No quedaba lugar para ningún otro centro de dirección. Ni en las actas del comité central, ni en ningún otro material relativo a la segunda quincena de octubre, se puede descubrir el menor rastro de la actividad de esta institución supuestamente tan importante. Nadie hace un informe de sus trabajos; no se le asigna ninguna tarea; su propio nombre nunca es pronunciado por nadie, aunque sus miembros están presentes en las sesiones del comité central y participan en la decisión de cuestiones que deberían ser directamente de la competencia de un "centro práctico".

Sveshnikov, miembro del comité de Petrogrado del partido, que estuvo ejerciendo casi continuamente tareas de comunicación en Smolny durante la segunda mitad de octubre, debía saber al menos a dónde dirigirse para obtener orientaciones prácticas sobre los problemas de la insurrección. Esto es lo que escribe: "Ha nacido el Comité Militar Revolucionario: desde el momento de su nacimiento los diversos elementos de la actividad revolucionaria del proletariado han adquirido un centro orientador." Kayúrov, bien conocido por nosotros desde los días de febrero, cuenta cómo el distrito de Viborg esperaba con tensión la señal de Smolny: "Al anochecer [del 24] llegó la respuesta del Comité Militar Revolucionario: preparad la guardia roja para la batalla". Kayúrov, en el momento de iniciar la insurrección abierta, no conocía ningún otro centro. Se podrían citar en el mismo sentido las memorias de Sadovsky, Podvoisky, Antónov, Mejonosin, Blagonravov y otros participantes directos en el levantamiento. Ninguno de ellos se acuerda de ese "centro práctico" que, según Yaroslavsky, debería haber guiado a todas las organizaciones. Y finalmente, incluso Yaroslavsky se limita en su historia a una mera declaración de la creación del centro: de su actividad no tiene ni una palabra que decir. La conclusión se deduce por sí misma: un centro de dirección del que los dirigidos no saben nada, no existe a los ojos de la historia.

Pero aún se puede aducir una prueba más directa de lo ficticio del "centro práctico". En una sesión del comité central del 20 de octubre, Sverdlov leyó una declaración de la organización militar de los bolcheviques, que contenía, como se desprende del debate, la exigencia de que los dirigentes de la organización militar participaran en la decisión de las cuestiones de la insurrección. Joffe propuso que se rechazara esta exigencia: "Todo el que quiera trabajar puede unirse al centro revolucionario bajo el sóviet". Trotsky ofreció una formulación más suave de la moción de Joffe: "Todas nuestras organizaciones pueden adherirse al centro revolucionario y allí abordar en nuestra fracción todas las cuestiones que les interesen". La decisión, adoptada en esta forma, demuestra que sólo había un centro revolucionario, el agregado al sóviet, es decir, el Comité Militar Revolucionario. Si hubiera existido algún otro centro de dirección de la insurrección, alguien debería haber recordado al menos su existencia. Pero nadie se acordó de él, ni siquiera Sverdlov, cuyo nombre figuraba en primer lugar en la plantilla del "centro práctico".

Las actas del 24 de octubre son, si cabe, aún más instructivas sobre este punto. Durante las horas inmediatamente anteriores a la toma de la ciudad, no sólo no se hablaba del "centro práctico" de la insurrección, sino que la propia resolución que lo creó había caído tan completamente en el olvido en el torbellino de los ocho días transcurridos, que, a propuesta de Trotsky, Sverdlov, Dzerzhinsky y Bubnov, fueron nombrados para estar "a disposición del Comité Militar Revolucionario" (esos mismos miembros del comité central, que, de acuerdo con la decisión del 16 de octubre, ya y sin esta moción deberían haber pasado a formar parte del personal del Comité Militar Revolucionario. La posibilidad de tal malentendido se explica por el hecho de que el comité central, apenas salido de su existencia clandestina, estaba todavía, en cuanto a organización y métodos, lejos de ser la cancillería omnipotente y omnipresente de los últimos años. La mayor parte del equipo del comité central lo llevaba Sverdlov en su bolsillo lateral.

En aquellos tiempos calurosos no pocas instituciones episódicas se creaban en los últimos momentos de una sesión y caían de inmediato en el olvido. En la sesión del comité central del 7 de octubre se creó "una oficina de información sobre la lucha contra la contrarrevolución". Esa era la denominación cifrada del primer órgano creado para trabajar en los problemas de la insurrección. En cuanto a su personal, el acta decía: "Tres son elegidos del comité central para el buró: Trotsky, Sverdlov, Bubnov, y se les ordena crear el buró". ¿Existió este primer "centro práctico" de la insurrección? Evidentemente no, ya que no ha dejado ningún rastro. El buró creado en la sesión del día 10 también resultó inviable y no se reveló en absolutamente nada: es dudoso que se haya reunido siquiera una sola vez. Para que la organización del partido en Petrogrado, responsable directo del trabajo en los distritos, no se separara del Comité Militar Revolucionario, Trotsky, a sugerencia de Lenin, a quien le gustaba un sistema de doble o triple seguro, fue incluido durante la semana crítica en el máximo órgano administrativo del comité de Petrogrado. Sin embargo, esta decisión también se quedó en el papel: no se celebró ni una sola sesión con la presencia de Trotsky. El llamado "centro práctico" corrió la misma suerte. Como institución independiente, nunca se pretendió que existiera, pero es que ni siquiera existió como órgano auxiliar.

De los cinco hombres nombrados para el personal del "centro", Dzerzhinsky y Uritsky entraron completamente en el trabajo del Comité Militar Revolucionario sólo después del derrocamiento. Sverdlov desempeñó un inmenso papel en la conexión del Comité Militar Revolucionario con el partido. Stalin no participó en absoluto en los trabajos del Comité Militar Revolucionario y nunca apareció en sus reuniones. En los innumerables documentos y testimonios de testigos y participantes, así como en las memorias más recientes, no se encuentra mencionado ni una sola vez el nombre de Stalin.

En el compendio oficial de la historia de la revolución se dedica un volumen especial a Octubre, agrupando, por días, toda la información fáctica de los periódicos, actas, archivos, memorias de los participantes, etc. A pesar de que este compendio fue publicado en 1925, cuando la revisión del pasado estaba ya en pleno apogeo, el índice de la parte posterior del libro acompaña el nombre de Stalin con un solo número, y cuando abrimos el libro en la página correspondiente volvemos a encontrar este mismo texto de la decisión del comité central sobre el "centro práctico", con la mención de Stalin como uno de sus cinco miembros. En vano debemos buscar en ese volumen (abarrotado como está de materiales incluso de tercera clase) cualquier información sobre el trabajo que hizo Stalin en octubre, ya sea en el escenario del "centro" o fuera de él.

Para definir la fisonomía política de Stalin en una palabra, diremos que siempre fue un "centrista" en el bolchevismo. Es decir, tendía orgánicamente a ocupar una posición intermedia entre el marxismo y el oportunismo. Pero era un centrista que temía a Lenin. Cualquier parte de la esfera de actividad de Stalin hasta 1924 puede explicarse siempre como producto de dos fuerzas: su propio carácter centrista y la presión revolucionaria de Lenin. La inutilidad del centrismo debe revelarse más plenamente bajo la prueba de los grandes acontecimientos históricos. "Nuestra situación es autocontradictoria", dijo Stalin el 20 de octubre para justificar a Zinóviev y Kámenev. En realidad, el carácter autocontradictorio del centrismo hizo imposible que Stalin ocupara una posición independiente en la revolución. Por otra parte, los rasgos que lo paralizaron en el gran momento decisivo de la historia (la espera vigilante y las maniobras empíricas) deben asegurarle necesariamente un verdadero ascenso cuando el movimiento de masas comience a decaer y el funcionario pase al frente con su afán de consolidar lo alcanzado, es decir, principalmente para asegurar su propia posición contra nuevas perturbaciones. El funcionario, que gobierna en nombre de la revolución, necesita el prestigio revolucionario. En su calidad de "viejo bolchevique", Stalin demostró ser la encarnación más adecuada de este prestigio. Al desplazar a las masas, el funcionario colectivo les dice: "Somos nosotros los que hemos hecho esto por vosotros". Comienza a tener vía libre no sólo con el presente, sino también con el pasado. El funcionario-historiador fabrica la historia, rehace las biografías, crea reputaciones. Fue necesario burocratizar la revolución antes de que Stalin pudiera convertirse en su cumbre.

En el destino personal de Stalin, que tiene un interés excepcional para un análisis marxista, tenemos una nueva refracción de la ley de todas las revoluciones: el desarrollo de un régimen creado por un levantamiento pasa inevitablemente por periodos de flujo y reflujo que se miden por años, y en este proceso los periodos de reacción moral traen al frente a aquellas figuras que por todas sus cualidades fundamentales no jugaron, y no podían jugar, un papel principal en los tiempos de la ofensiva revolucionaria.

La revisión burocrática de la historia del partido y de la revolución se lleva a cabo bajo la supervisión directa de Stalin. Las señales de este trabajo marcan claramente las etapas del desarrollo de la máquina soviética. El 6 de noviembre de 1918, Stalin escribió en un artículo de aniversario en *Pravda*: "El inspirador de la revolución de principio a fin fue el comité central del partido encabezado por el camarada Lenin. Vladimir Ilich vivía entonces en Petrogrado en un apartamento conspirativo en el barrio de Viborg. La noche del 24 de octubre fue convocado a Smolny para la dirección general del movimiento. Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se realizó bajo la dirección inmediata del presidente del sóviet de Petrogrado, el camarada Trotsky. Es posible declarar con certeza que el rápido paso de la guarnición al lado del sóviet, y la hábil dirección del trabajo del Comité Militar Revolucionario, el partido lo debe principalmente y en primer lugar al camarada Trotsky. Los camaradas Antónov y Podvoisky fueron los principales ayudantes del camarada Trotsky".

Ni el autor de este libro ni, debemos imaginar, Lenin, que se estaba recuperando de una bala socialrevolucionaria, prestaron atención en aquellos días a esta distribución retrospectiva de roles y méritos. El artículo se destacó bajo una nueva luz sólo algunos años más tarde, cuando reveló el hecho de que Stalin ya había estado preparando, en aquellos difíciles meses de otoño de 1918, todavía con extraordinaria cautela, una nueva imagen de la dirección del partido en octubre. "El inspirador de la revolución de principio a fin fue el comité central del partido encabezado por el camarada Lenin". Esta frase es una polémica contra los que consideraban (y con razón) que el verdadero inspirador de la insurrección fue Lenin, actuando en gran medida en conflicto con el comité central. En esa época, Stalin todavía no podía ocultar sus propias veleidades de octubre más que bajo el pseudónimo impersonal del comité central. Sus dos declaraciones siguientes (que Lenin vivía en un apartamento conspirativo en Petrogrado, y que fue llamado a Smolny la noche del 24 para la dirección general del movimiento) estaban destinadas a debilitar la impresión que prevalecía en el partido de que el líder de la insurrección había sido Trotsky. Las frases posteriores dedicadas a Trotsky suenan en la acústica política de hoy como un panegírico; en realidad eran lo mínimo que podía decir Stalin. Fueron lo que se vio obligado a decir para disimular sus insinuaciones polémicas. La compleja construcción y la cuidadosa coloración defensiva de este artículo "jubilar" no transmiten por sí mismas una mala impresión de la opinión general que prevalecía en el partido en aquella época.

En este artículo, por cierto, no se menciona en absoluto el centro práctico. Por el contrario, Stalin afirma categóricamente que "todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se realizó bajo la dirección inmediata de... Trotsky". Pero recordemos que Trotsky no era miembro del "centro práctico". Sin embargo, hemos oído decir a Yaroslavsky que fue "este órgano (y no otro) el que guio a todas las organizaciones que participaron en la insurrección." La solución de esta autocontradicción es sencilla: En 1918 los acontecimientos estaban todavía demasiado frescos en la mente de todos, y el intento de sacar de las actas esa resolución sobre un "centro" que nunca existió no podía tener éxito.

En 1924, cuando ya se había olvidado mucho, Stalin explicó de la siguiente manera por qué Trotsky no era miembro del "centro práctico": "Debemos decir que Trotsky no jugó ningún papel especial en la revolución de octubre y no podría haberlo hecho". En ese año, Stalin declaró rotundamente que la tarea de los historiadores era destruir "la leyenda del papel especial de Trotsky en la insurrección de octubre". ¿Cómo concilia entonces Stalin esta nueva versión con su propio artículo de 1918? Muy sencillo: ha prohibido que se cite su antiguo artículo. Los historiadores que intentan establecer un término medio entre el Stalin de 1918 y el Stalin de 1924 son rápidamente expulsados del partido.

Sin embargo, existen testimonios más autorizados que este artículo de Stalin del primer aniversario. En las notas a la edición oficial de las obras de Lenin, bajo la palabra Trotsky leemos: "Después de que el sóviet de Petrogrado se hizo bolchevique, fue elegido su presidente y en calidad de tal organizó y dirigió la insurrección del 25 de octubre". Así, la "leyenda del papel especial" quedó firmemente establecida en las obras recopiladas de Lenin en vida de su autor.

En los libros oficiales de referencia se puede seguir de año en año este proceso de revisión del material histórico. Así, en 1925, cuando la campaña contra Trotsky ya estaba en pleno apogeo, el anuario oficial, *El almanaque comunista,* todavía podía escribir "En la Revolución de Octubre, Trotsky tomó la parte más activa y dirigente. En octubre de 1917 fue elegido presidente del Comité Revolucionario de Petrogrado que organizó la insurrección armada". En la edición de 1926, en lugar de esto aparece una breve

observación neutral "En octubre de 1917 fue presidente del comité revolucionario de Leningrado". Desde 1927, la escuela de Stalin ha propuesto una nueva historia que ha sido incorporada en todos los libros de texto soviéticos. Siendo un opositor al "socialismo en un solo país", Trotsky debió ser esencialmente un opositor a la Revolución de Octubre, ¡pero por suerte existió el "centro práctico" que llevó la cosa a un final feliz! El ingenioso historiador sólo se ha olvidado de explicar por qué el sóviet bolchevique eligió a Trotsky presidente, y por qué el mismo sóviet, guiado por el partido, colocó a Trotsky a la cabeza del Comité Militar Revolucionario.

Lenin no era crédulo, especialmente en asuntos que implicaban el destino de la revolución. Nunca se le podía tranquilizar con garantías verbales. A distancia se inclinaba a interpretar cada síntoma en un mal sentido. Finalmente creyó que la cosa se estaba llevando a cabo correctamente cuando lo vio con sus propios ojos, es decir, cuando llegó a Smolny. Trotsky lo cuenta en sus recuerdos publicados en 1924:

"Recuerdo la profunda impresión que le produjo la noticia de que yo había llamado, mediante orden escrita, a una compañía del regimiento de Pávlovsky al objeto de asegurar la salida de nuestros periódicos del partido y del sóviet. […] El entusiasmo de Lenin se tradujo en una serie de exclamaciones y de risas; no cesaba de frotarse las manos. Luego guardó silencio, se quedó pensativo y dijo: 'También es posible así. Lo único que hace falta es tomar el poder'. Yo comprendí que sólo en aquel momento había aceptado definitivamente la idea de que renunciábamos a tomar el poder mediante una conspiración. Hasta la última hora receló que el enemigo pudiera salir a nuestro encuentro y sorprendernos. Sólo entonces, el 25 de octubre por la tarde, se tranquilizó y sancionó definitivamente la vía que los acontecimientos seguían."

Esta historia también fue discutida posteriormente. Sin embargo, tiene un apoyo indestructible en la situación objetiva. En la noche del 24, Lenin experimentó una última ráfaga de alarma, que se apoderó de él con tal fuerza que hizo un intento tardío de movilizar a los soldados y a los obreros para presionar a Smolny. ¡Cuán violentamente debió cambiar su estado de ánimo cuando en Smolny, unas horas más tarde, se enteró de la situación real! ¿No es obvio que no pudo evitar marcar el final de su ansiedad, sus reproches directos e indirectos dirigidos a Smolny, al menos con unas pocas frases, unas pocas palabras? No había necesidad de complicadas explicaciones. Para cada uno de los dos que se encontraban cara a cara en ese momento no del todo ordinario, las fuentes del malentendido eran perfectamente comprensibles. Y ahora se habían disuelto. Era inútil volver a ellas. Una frase era suficiente: "¡También es posible así!" Eso significaba: "Quizás a veces me pasé de la raya en la urgencia y la sospecha, pero supongo que lo entiendes..." ¡Quién no lo entendería! Lenin no era proclive al sentimentalismo. Una frase suya: "es posible así", con una sonrisa especial, era suficiente para dejar de lado los malentendidos incidentales de ayer y atar firmemente los nudos de la confianza.

El estado de ánimo de Lenin el día 25 se revela con total claridad en la resolución introducida por él a través de Volodarsky, en la que se describe la insurrección como "en raro grado incruenta y en raro grado exitosa." El hecho de que Lenin asumiera esta valoración de la insurrección, escasa en palabras, como siempre en él, pero muy elevada en sustancia, no fue una casualidad. Era precisamente él mismo, el autor de los "consejos de un espectador", quien se consideraba más libre para rendir un homenaje no sólo al heroísmo de las masas, sino a los servicios de los dirigentes. Apenas es posible dudar de que Lenin tenía motivos psicológicos adicionales para ello. Había temido continuamente el curso demasiado lento adoptado por Smolny, y se apresuró ahora a ser el primero en reconocer sus ventajas tal como se revelaban en la acción.

Desde el mismo momento en el que Lenin apareció en Smolny, ocupó naturalmente su lugar a la cabeza de todo el trabajo, político, organizativo y técnico. El

día 29 se produjo una insurrección de junkers en Petrogrado. Kerensky avanzaba contra Petrogrado al frente de varios escuadrones de cosacos. El Comité Militar Revolucionario se enfrentó a una tarea de defensa. Lenin dirigió este trabajo. En sus recuerdos, Trotsky escribe: "El éxito rápido desarma lo mismo que la derrota. No hay que perder de vista el hilo fundamental de los acontecimientos; después de cada nuevo éxito hay que decirse: aún no se ha conseguido nada, aún no hay nada asegurado; cinco minutos antes de la victoria decisiva hay que mostrar la misma vigilancia, la misma energía y el mismo impulso que cinco minutos después de la victoria, antes de que suenen los primeros vítores, hay que decirse: la conquista no está aún asegurada, no hay que perder ni un solo minuto. Tal era el enfoque, tal era el modo de obrar, tal era el método de Lenin, tal era la esencia orgánica de su carácter político, de su espíritu revolucionario."

La mencionada sesión del comité de Petrogrado del 1 de noviembre, en la que Lenin habló de sus temores injustificados con respecto al *mezhrayontzi*, estuvo dedicada a la cuestión de un gobierno de coalición con los mencheviques y los socialrevolucionarios. El ala derecha, Zinóviev, Kámenev, Ríkov, Lunacharsky, Riazánov, Miliutin y otros, insistieron en una coalición después de la victoria. Lenin y Trotsky se pronunciaron decididamente contra cualquier coalición que se extendiera más allá del marco del II Congreso de los Sóviets. "Los desacuerdos [declaró Trotsky] eran bastante profundos antes de la insurrección, en el comité central y en amplios círculos de nuestro partido... Se decía lo mismo entonces que ahora, después de la insurrección victoriosa. No tendremos, como ven, ninguna maquinaria técnica. Entonces se acentuaron los colores para asustarnos, igual que ahora, para impedir que aprovecháramos la victoria." De la mano de Lenin, Trotsky libró contra los partidarios de la coalición la misma lucha que antes había librado contra los opositores a la insurrección. Lenin dijo en esa misma sesión: "¿Un acuerdo? No puedo hablar de ello seriamente. Trotsky dijo hace tiempo que una unión era imposible. Trotsky lo entendió, y desde entonces no ha habido mejor bolchevique".

Entre las condiciones más importantes de un acuerdo, los socialrevolucionarios y los mencheviques plantearon la exigencia de apartar del gobierno a las dos figuras más odiosas para ellos: "los principales culpables de la insurrección de octubre, Lenin y Trotsky". La actitud del comité central y del partido frente a esta exigencia fue tal que Kámenev, partidario extremo de un acuerdo (personalmente dispuesto, incluso, a esta concesión) consideró necesario declarar en la sesión del comité ejecutivo central del 2 de noviembre: "Se propone excluir a Lenin y a Trotsky; esa propuesta decapitaría a nuestro partido, y no la aceptamos."

El punto de vista revolucionario (a favor de la insurrección y en contra de la coalición con los conciliadores) fue llamado en los distritos obreros "el punto de vista de Lenin y Trotsky". Estas palabras, como atestiguan los documentos y las actas, se convirtieron en una expresión cotidiana. En el momento de la crisis dentro del comité central, una gran conferencia de obreras en Petrogrado adoptó por unanimidad una resolución en la que se aclamaba "la política del comité central de nuestro partido, dirigido por Lenin y Trotsky". Ya en noviembre de 1917 el barón Budberg escribe en su diario sobre "Los nuevos duunviros, Lenin y Trotsky". Cuando en diciembre un grupo de socialrevolucionarios decidió "cortar la cabeza de los bolcheviques", "tenían claro", según Boris Sokolov, uno de los conspiradores, que "los bolcheviques más perniciosos e importantes son Lenin y Trotsky: por ellos hay que empezar". Durante los años de la guerra civil siempre se habló de esos dos nombres de forma inseparable, como si fueran una sola persona. Parvus, antaño marxista revolucionario y después enemigo malicioso de la Revolución de Octubre, escribió en 1919: "Lenin y Trotsky es un nombre colectivo para todos aquellos que por idealismo han tomado el camino bolchevique..." Rosa

Luxemburg, que criticó duramente la política de la Revolución de Octubre, aplicó su crítica tanto a Lenin como a Trotsky. Escribió: “Lenin y Trotsky con sus amigos fueron los primeros en dar un ejemplo al proletariado mundial. Y siguen siendo los únicos que pueden exclamar con Hutten: ¡Yo me atreví!”. En octubre de 1918, en la sesión triunfal del comité ejecutivo central, Lenin leyó una cita de la prensa burguesa extranjera. “Los obreros italianos [dijo] actúan como si no dejaran viajar por Italia a nadie más que a Lenin y Trotsky”. Tales testimonios son innumerables. Se repiten como un leitmotiv a lo largo de los primeros años del régimen soviético y de la Internacional Comunista. Participantes y observadores, amigos y enemigos, los cercanos y los lejanos, han unido las actividades de Lenin y Trotsky en la Revolución de Octubre con un nudo tan firme que los historiadores epígonos no conseguirán ni desatarlo ni cortarlo.

¿Socialismo en un solo país?

“Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir.”[42]. Este aforismo de Marx, no basado metodológicamente en la economía mundial en su conjunto sino en un país capitalista tomado como tipo, deviene cada vez menos aplicable a medida que el desarrollo capitalista alcanza a todos los países, independientemente de su suerte precedente y de su nivel económico. Inglaterra prefiguró en su tiempo el futuro de Francia mucho menos que el de Alemania, pero en absoluto el de Rusia o India. Sin embargo, los mencheviques rusos entendían el aforismo condicional de Marx en un sentido absoluto: la Rusia atrasada no debe adelantarse, debe conformarse dócilmente con los modelos hechos. Los liberales también estaban de acuerdo con ese “marxismo”.

Otra fórmula de Marx, no menos corriente (“Una formación social no desaparece nunca antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella”[43]), se basa, por el contrario, no sobre un país considerado aisladamente sino en los cambios consecutivos a los regímenes sociales universales (esclavitud, Edad Media, capitalismo). Ahora bien, los mencheviques, habiendo tomado esta tesis desde el punto de vista de un estado aislado, concluyeron que el capitalismo ruso todavía tenía camino por hacer antes de alcanzar el nivel europeo o estadounidense. ¡Pero las fuerzas productivas no se desarrollan en el vacío! No se puede hablar de las posibilidades de un capitalismo nacional dejando a un lado, por una parte, la lucha de clase que se desarrolla sobre esta base y, por otra parte, la dependencia de ese capitalismo en relación con las condiciones mundiales. El derrocamiento de la burguesía por el proletariado procedió de las realidades del capitalismo ruso, y por ese hecho redujo a la nada sus posibilidades abstractas. La estructura de la economía, así como el carácter de la lucha de clases en Rusia, estaban determinados, en un grado decisivo, por las condiciones internacionales. En el plano mundial, el capitalismo había alcanzado un punto en el que cesaba de justificar sus gastos de producción, no en el sentido comercial sino desde el punto de vista sociológico: aduanas, militarismo, crisis, guerras, conferencias diplomáticas y otras plagas, absorben y disipan tanta energía creadora que ya no queda lugar para el bienestar y la cultura, a pesar de todos los logros de la técnica.

El hecho, aparentemente paradójico, que la primera víctima de los vicios del sistema mundial haya sido la burguesía de un país atrasado cae en realidad completamente dentro de la lógica de las cosas. Marx ya señalaba la explicación para su época: “Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués se produzcan estallidos violentos

[42] Carlos Marx, *El Capital*, Volumen I, FCE, México, 1972, página XIV.
[43] Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* en nuestras Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS), página 7 del formato pdf.

antes que en el corazón, pues aquí la posibilidad de compensación es mayor que allí."[44] Bajo las monstruosas cargas del imperialismo antes que nada tenía que caer el estado que todavía no había podido acumular un gran capital nacional pero al que la competencia mundial no le concedía ningún descuento. El crac del capitalismo ruso fue un derrumbe local en la estructura social universal. "Sólo se puede juzgar exactamente a nuestra revolución desde el punto de vista internacional" decía Lenin.

Al fin de cuentas no hemos explicado la revolución de octubre por el estado atrasado de Rusia sino por la ley del desarrollo combinado. La dialéctica histórica no conoce en absoluto estados pura y simplemente atrasados, tampoco situaciones de progreso químicamente puro. Todo consiste en reciprocidades concretas. La historia contemporánea de la humanidad está llena de "paradojas", no siempre tan grandiosas como el nacimiento de una dictadura proletaria en un país atrasado pero de un carácter histórico análogo. El hecho que estudiantes y obreros de la china atrasada asimilen ávidamente la doctrina materialista, mientras que los líderes obreros de la Inglaterra civilizada crean en la magia de las fórmulas de conjuración eclesiásticas, prueba indudablemente que China ha superado a Inglaterra en determinados dominios. Pero el menosprecio de los obreros chinos hacia la estupidez medieval de Mac Donald no permite concluir que China, en su desarrollo general, sea superior a gran Bretaña. Por el contrario, la preponderancia económica y cultural de esta última puede expresarse mediante cifras precisas. No obstante, por elevadas que éstas sean, ello no impedirá que los obreros de China puedan llegar al poder más pronto que los de Gran Bretaña. Por otra parte, la dictadura del proletariado chino no significará en absoluto la edificación del socialismo en los límites de la Gran Muralla china. Los criterios escolares, de un obtuso pedantismo o de un nacionalismo demasiado estrecho, no valen nada para nuestra época. Lo que ha arrancado a Rusia de su estado atrasado y de la barbarie asiática es la evolución mundial. Si se hace abstracción de sus vías complicadas tampoco se pueden entender sus destinos ulteriores.

Las revoluciones burguesas estaban dirigidas, a igual título, contra las relaciones feudales de propiedad y contra el particularismo de las provincias. Las banderas de la emancipación anunciaban, junto al liberalismo, el nacionalismo. Los occidentales hace mucho tiempo que dejaron de usar esos patucos de niño. Las fuerzas productivas de nuestro tiempo han superado no solamente las formas burguesas de propiedad sino, también, los límites de los estados nacionales. El liberalismo y el nacionalismo han devenido, en igual medida, trabas a la economía mundial. La revolución proletaria se yergue tanto contra la propiedad privada de los medios de producción como contra la parcelación nacional de la economía mundial. La lucha de los pueblos de Oriente por la independencia se inserta en ese proceso mundial para confundirse enseguida con él. La creación de una sociedad socialista nacional, si es realizable, señalaría una extrema decadencia de la potencia económica del hombre; pero precisamente por ello no es realizable. El internacionalismo no es un principio abstracto, es la expresión de un hecho económico. Igual que el liberalismo era nacional, el socialismo es internacional. Partiendo de la división mundial del trabajo, el socialismo tiene como tarea llevar al más alto grado el intercambio internacional de bienes y servicios.

Jamás, ni en ninguna parte, la revolución ha coincidido íntegramente, ni puede coincidir, con la imagen que de ella se hacían sus combatientes. No obstante ello, las ideas y los objetivos de los participantes en la lucha son un elemento muy importante de aquella. Esto es particularmente cierto para insurrección de octubre, pues jamás en el

---

[44] Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia (1848-1850)*, en nuestras Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS), página 82 del formato pdf.

pasado se acercó tanto a la idea que se hacían los revolucionarios de una revolución como lo hizo la realidad de los acontecimientos en 1917.

Un estudio sobre la revolución de octubre quedaría inacabado si éste no respondiese, con toda la precisión histórica posible, a este interrogante ¿cómo, bajo el fuego de los acontecimientos, se presentaba el partido a sí mismo el desarrollo ulterior de la revolución y qué esperaba de ella? La pregunta adquiere una importancia tanto mayor si se tiene en cuenta que las jornadas del pasado están más obscurecidas por el juego de nuevos intereses. La política siempre busca un apoyo en el pasado, y si no lo obtiene de buen grado lo arranca frecuentemente a la fuerza. La política oficial de la Unión Soviética parte de la teoría del "socialismo en un solo país" como de un pretendido punto de vista tradicional del Partido Bolchevique. Las jóvenes generaciones, no solamente las de la Internacional Comunista sino probablemente también las de todos los otros partidos, se han educado en la convicción que el poder soviético se conquistó en nombre de la edificación de un régimen socialista independiente en Rusia.

La realidad histórica no tiene nada que ver con ese mito. Hasta 1917 el partido no admitía en general la idea de que en Rusia pudiese cumplirse una revolución proletaria antes que fuera realizada en Occidente. En la Conferencia de Abril [1917], por primera vez y bajo la presión imperiosa de las circunstancias, el partido admitió que el problema era conquistar el poder.

Este reconocimiento, que abría un nuevo capítulo en la historia del bolchevismo, no tenía, sin embargo, nada en común con la perspectiva de un socialismo independiente. Por el contrario, los bolcheviques rehusaban categóricamente la idea caricaturesca que les querían asignar los mencheviques: la idea de edificar un "socialismo campesino" en un país atrasado. La dictadura del proletariado en Rusia era para los bolcheviques un puente hacia la revolución en Occidente. El problema de la transformación socialista de la sociedad, en su misma esencia, se declaraba internacional.

Sobre esta cuestión esencial no se produjo un giro de 180 grados hasta 1924. Se declaró por primera vez que la edificación del socialismo era completamente realizable dentro de los límites de la Unión Soviética, independientemente del desarrollo del resto de la humanidad, siempre que, al menos, el poder soviético no fuera derribado por una intervención militar. La nueva teoría adquirió de golpe un efecto retroactivo. Si en 1917 el partido no hubiese creído en la posibilidad de edificar un régimen socialista independiente en Rusia (declaraban los epígonos) no hubiese tenido derecho a tomar el poder en sus manos. En 1926, la Internacional Comunista condenó oficialmente a quienes no reconociesen la teoría del socialismo en un solo país, extendiendo esa condena a todo el pasado a partir de 1905.

Desde entonces fueron catalogadas como antibolcheviques tres órdenes de ideas: negar la posibilidad de supervivencia de la Unión Soviética durante un tiempo indeterminado en medio del cerco capitalista (problema de la intervención militar); negar su capacidad para superar, con las propias fuerzas del país y dentro de los limites nacionales, el antagonismo de la ciudad y el campo (problema de un estado económicamente atrasado y problema del campesinado); negar la hipótesis de la edificación de un régimen socialista cerrado (problema de la división mundial del trabajo). Según la nueva escuela, la inmunidad de la Unión Soviética se puede asegurar, incluso sin revolución en los otros países, por la "neutralización de la burguesía". La colaboración del campesinado en la edificación socialista debe considerarse como ya adquirida. La dependencia en relación con la economía mundial queda anulada por la revolución de octubre y por los logros económicos de los soviets. No reconocer esos tres puntos es adherirse al "trotskysmo", es decir a una doctrina incompatible con el bolchevismo.

El estudio histórico llega aquí al problema de una reconstitución ideológica: es indispensable separar los verdaderos objetivos y opiniones del partido revolucionario de la sedimentación política que los recubrió después. Sea cual sea la brevedad de los períodos que se han sucedido, ese problema adquiere un parecido mucho más grande con el desciframiento de los palimpsestos si se tiene en cuenta que las maquinaciones de la escuela de los epígonos no valen muy a menudo mucho más que las lucubraciones teológicas con las que los monjes de los siglos VII y VIII echaban a perder los pergaminos y papiros de los clásicos.

Si, en general, en todo el curso de esta obra [*Historia de la revolución rusa*] hemos evitado obstruir la exposición con numerosas citas, el capítulo presente, y en razón de la naturaleza misma del problema planteado, tendrá que ofrecerle al lector textos auténticos, y en una tal medida que queda excluida la misma idea de una selección artificial. Es indispensable suministrarle al bolchevismo la posibilidad de hablar su propia lengua pues bajo el régimen de la burocracia estalinista se le ha privado de esa posibilidad.

El Partido Bolchevique fue un partido de revolución socialista desde el mismo día de su fundación. Pero consideró que su tarea histórica era, por necesidad, el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de un régimen democrático. El contenido social de la revolución debía ser una solución democrática de la cuestión agraria. La revolución socialista se postergaba para un futuro bastante lejano, en cualquier caso indeterminado. Se juzgaba que era incontestable que esa revolución sólo podría estar al orden del día tras la victoria del proletariado en Occidente. Esas deducciones, forjadas por el marxismo ruso en la lucha contra el populismo y el anarquismo, entraban en el arsenal del partido. Le seguían consideraciones hipotéticas: en el caso en que la revolución democrática alcanzase en Rusia un potente ímpetu podría darle un impulso directo a la revolución socialista en Occidente, y a continuación ello le permitiría al proletariado ruso llegar al poder a marchas forzadas. La perspectiva histórica general no se modificaba incluso ni en el caso más favorable: sólo había aceleración en el desarrollo y se reducían los plazos.

En septiembre de 1905 Lenin escribía, precisamente dentro del espíritu de esas consideraciones: "De la revolución democrática pasaremos enseguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado con consciencia de clase y organizado, a la revolución socialista. Estamos a favor de una revolución ininterrumpida [permanente]. No nos quedaremos a mitad camino."[45] Por sorprendente que sea el hecho, Stalin se sirvió de estas líneas para aplastar el viejo pronóstico del partido sobre la marcha real de los acontecimientos en 1917. Sólo que no se comprende por qué los cuadros del partido se vieron cogidos de improviso con las *Tesis de Abril* de Lenin.

En realidad, la lucha del proletariado por la conquista del poder, según la vieja concepción, sólo tenía que desarrollarse tras la solución de la cuestión agraria en el marco de la revolución burguesa-democrática. Pero la desgracia era que el campesinado, una vez satisfecha su necesidad de tierras, en absoluto sería llevado a apoyar una nueva revolución. Y como la clase obrera rusa, manifiestamente en minoría en el país, no hubiese podido conquistar el poder con sus propias fuerzas, Lenin estimaba como imposible, de forma completamente consecuente, hablar de una dictadura del proletariado en Rusia antes de la victoria del proletariado en Occidente.

---

[45] V. I. Lenin, "La socialdemocracia ante el movimiento campesino", en *Obras Completas* Tomo IX, Akal Editorial. Las *Obras Completas* de Lenin están a disposición de los revolucionarios en la sección en español del MIA digitalizadas en edición facsimilar desde la misma edición de Akal, la aquí citada y con coincidencia de numeración de las páginas referencias por nosotros, y la de Progreso de Moscú; si el lector desea contextualizar las citas y no dispone de esas obras puede acceder a ellas fácilmente: https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oc/akal/index.htm y próximamente también en nuestro sello.

En 1905, Lenin escribía: "La victoria total de la revolución actual será el fin de la revolución democrática y el comienzo de la lucha decisiva por la revolución socialista. La satisfacción de las reivindicaciones de los campesinos de nuestros días, el aplastamiento completo de la reacción, la conquista de la república democrática, marcarán el fin absoluto del revolucionarismo burgués y aun del pequeñoburgués, será el comienzo de la verdadera lucha del proletariado por el socialismo."[46] Por "pequeña burguesía" se entiende aquí, ante todo, al conjunto del campesinado.

¿De dónde podía venir, pues, la revolución "ininterrumpida" bajo estas condiciones? Lenin respondía a ello: "Los revolucionarios rusos, que se apoyan en cierto número de generaciones revolucionarias de Europa, tienen el derecho a "soñar" que lograrán realizar con una excepcional plenitud todas las transformaciones democráticas, todo nuestro programa mínimo… Y si se triunfa en este punto entonces… entonces el incendio revolucionario alcanzará a toda Europa… El obrero europeo se levantará a su vez y nos mostrará "cómo se hace esto"; entonces también el levantamiento revolucionario de Europa tendrá su reacción en Rusia y cambiará una época de algunos años de revolución por una época de algunas decenas de años revolucionarios". El contenido independiente de la revolución rusa, incluso en su más alto grado de desarrollo, no supera todavía los límites de una revolución burguesa-democrática. Solamente una revolución victoriosa en Occidente podrá abrir la era de la lucha por la conquista del poder incluso por el proletariado ruso. Esta concepción mantuvo en el partido su valor enteramente hasta abril de 1917.

Si se hacen a un lado los aportes episódicos, las exageraciones polémicas y los errores individuales, los debates sobre la cuestión de la revolución permanente durante los años 1905-1917 se reducen a saber no en modo alguno si el proletariado ruso podría construir una sociedad socialista nacional una vez conquistado el poder (ningún marxista ruso dijo ni una palabra sobre ello hasta 1924), sino si aún era posible en Rusia una revolución burguesa efectivamente capaz de resolver la cuestión agraria o si bien para llevar a cabo esta obra sería necesaria la dictadura del proletariado.

¿Sobre qué parte de las antiguas opiniones hizo Lenin una revisión en sus *Tesis de Abril*? No renunció ni un instante a la doctrina del carácter internacional de la revolución socialista, ni a la idea de que la Rusia atrasada sólo podía adentrarse en la vía del socialismo con la ayuda inmediata de Occidente. Pero Lenin proclamó entonces, por primera vez, que el proletariado ruso, precisamente a consecuencia del estado atrasado de las condiciones nacionales, podría llegar al poder más pronto que el proletariado de los países avanzados.

La Revolución de Febrero se mostró impotente para resolver tanto la cuestión agraria como la cuestión nacional. El campesinado y las nacionalidades oprimidas de Rusia tuvieron que apoyar a la revolución de octubre para luchar por las tareas democráticas. El proletariado ruso accedió al poder antes que el proletariado de Occidente solamente porque la democracia pequeño burguesa rusa no pudo cumplir la tarea histórica que sí pudo solventar su hermana mayor en Occidente. En 1905 el bolchevismo estaba dispuesto a entablar la lucha por la dictadura del proletariado sólo tras haber realizado las tareas democráticas. En 1917 la dictadura del proletariado se instauró porque las tareas democráticas no se habían realizado.

El carácter combinado de la revolución rusa no se agota en ese punto. La toma del poder por la clase obrera suprimía automáticamente la línea de separación entre el "programa mínimo" y el "programa máximo". En la dictadura del proletariado (pero sólo en ella) la transformación de las tareas democráticas en tareas socialistas devenía

[46] V. I. Lenin, "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", en *Obras Completas*, Tomo IX, Akal Editor, Madrid, 1976, página 126.

inevitable, aunque los obreros de Europa no hubiesen tenido entonces todavía tiempo de mostrar "cómo se hace esto".

La inversión de los papeles revolucionarios entre Occidente y Oriente, por importante que pueda ser para los destinos de Rusia y los del mundo entero, tiene, sin embargo, un significado históricamente limitado. Por lejos que haya corrido adelante la revolución rusa, su dependencia en relación con la revolución mundial no ha desaparecido e incluso no ha disminuido. Las posibilidades de un transcrecimiento de las reformas democráticas en reformas socialistas están directamente creadas por una combinación de condiciones internas, ante todo por las relaciones recíprocas del proletariado y del campesinado. Pero, en última instancia, los límites de las transformaciones socialistas están determinados por el estado de la economía y la política mundiales. Por muy grande que sea el impulso nacional, éste no da la posibilidad de saltar por encima del planeta.

Al formular su condena del "trotskysmo", la Internacional Comunista ha atacado con una particular virulencia el punto de vista según el cual el proletariado ruso, habiendo tomado la dirección y no habiendo sido apoyado por Occidente, "llegará a conflictos… con las amplias masas del campesinado cuyo concurso le estaba asegurado cuando ascendió al poder…" Incluso si se estima que la experiencia histórica ha desmentido enteramente ese pronóstico formulado por Trotsky en 1905, mientras que ni uno de sus críticos actuales admitía la sola idea de la dictadura del proletariado en Rusia, incluso en ese caso, se mantiene como irrefutable un hecho: este es que todos los marxistas rusos, incluyendo a Lenin, consideraban al campesinado como un aliado poco seguro y decepcionante. La verdadera tradición del bolchevismo no tiene nada en común con la doctrina de una armonía preestablecida entre los intereses de los obreros y los campesinos. Por el contrario, la crítica de esta teoría pequeño burguesa siempre fue un elemento extremadamente importante de la lucha que opuso durante largos años a los marxistas y a los populistas.

"La época de la revolución democrática pasará para Rusia [escribía Lenin en 1905] y entonces será ridículo hablar de la "unidad de voluntad" del proletariado y del campesinado…" "El campesinado, en tanto que propietario de tierras, jugará en esta lucha [por el socialismo] el mismo papel traidoramente inestable que juega actualmente la burguesía en la lucha por la democracia. Olvidar esto es olvidar el socialismo, es engañarse a uno mismo y engañar a los demás sobre los verdaderos intereses y objetivos del proletariado."

A fines de 1905, y elaborando para sí mismo un esquema de las relaciones de clases en la marcha de la revolución, Lenin caracterizaba así la situación que debería establecerse tras la liquidación de las propiedades de la nobleza: "… el proletariado lucha ya por la conservación de las conquistas democráticas, con vistas a la revolución socialista. **Si** el proletariado de Rusia estuviera solo, si no acudiera en su ayuda el *proletariado socialista europeo*, ésta sería una lucha casi sin esperanzas y su derrota sería tan inevitable como la derrota del partido revolucionario alemán en 1849-1850 o como la derrota del proletariado francés en 1871.

… en esta etapa, la burguesía liberal y el campesinado rico (+en parte el campesinado medio) organizan la contrarrevolución. El proletariado de Rusia *más* el proletariado europeo organizan la revolución.

En tales condiciones, el proletariado de Rusia puede obtener una segunda victoria. La situación ya no es desesperada. El segundo triunfo puede ser la *revolución socialista en Europa*.

Los obreros europeos nos mostrarán "cómo se hace esto", y entonces nosotros, juntamente con ellos, haremos la revolución socialista."[47]

Casi en esos mismos días Trotsky escribía: "Las contradicciones en la situación del gobierno obrero de un país atrasado, en el que la aplastante mayoría de la población está compuesta por campesinos, sólo encontrarán solución en el plano internacional, en el terreno de una revolución mundial del proletariado." Stalin citó después, precisamente, esas palabras para mostrar "todo el abismo que separa a la teoría leninista de la dictadura del proletariado de la teoría de Trotsky". A pesar de una incontestable disimilitud de las concepciones revolucionarias de Lenin y Trotsky en aquel tiempo, en resumidas cuentas, la cita prueba justamente, sobre la cuestión de la "inestabilidad traidora" del papel del campesinado, que sus puntos de vista ya coincidían en aquellos lejanos días.

En febrero de 1906, Lenin escribe: "Apoyamos al movimiento campesino hasta el final, pero tenemos que recordar que es el movimiento de otra clase, no de la que puede cumplir y cumplirá la revolución socialista." En abril de 1906 Lenin declaraba: "… la revolución rusa puede triunfar con sus propias fuerzas, pero no puede en ninguna forma mantener y consolidar sus conquistas con sus propias manos. No puede lograrlo si no se produce la revolución socialista en Occidente; sin esa condición, la restauración es inevitable con la municipalización, con el reparto y con la nacionalización, pues en todas y cada una de las formas de posesión y de propiedad, el pequeño propietario constituirá el punto de apoyo de la restauración. Después de la victoria completa de la revolución democrática es inevitable que el pequeño propietario enfrente al proletariado, y lo hará tanto más rápidamente cuanto más pronto se arroje por la borda a todos los enemigos comunes del proletariado y del pequeño propietario, […] Nuestra república democrática no tiene otra reserva que el proletariado socialista de Occidente."[48]

Bajo combinaciones variadas en la forma, pero invariables en el fondo, esas ideas atraviesan todos los años de la reacción y la guerra. No hay ninguna necesidad de multiplicar los ejemplos. Las concepciones del partido sobre la revolución encontrarían su mayor nitidez y más viva claridad en el fuego de los acontecimientos revolucionarios. Si antes de la revolución los teóricos del bolchevismo ya hubiesen tendido hacia el socialismo en un solo país, esta teoría habría llegado a su completa expansión en el período de la lucha inmediata por el poder. ¿Fue así en realidad? La respuesta la dará 1917.

Volviendo a Rusia tras la insurrección de febrero, Lenin escribía en su carta de despedida a los obreros suizos: "El proletariado ruso no puede con sus solas fuerzas *acabar* triunfalmente la obra de la revolución socialista. Pero puede […] facilitar el surgimiento de condiciones para que su aliado *más importante*, más fiel y más seguro, el proletariado *socialista europeo* y norteamericano, se lance a la lucha decisiva."[49]

---

[47] V.I. Lenin, "Las etapas, el curso y las perspectivas de la revolución", en *Obras Completas,* Tomo X, Akal Editor, Madrid, 1976, página 86.

[48] V. L. Lenin, "Intervención en la 2ª sesión del Congreso a propósito de la votación nominal de las declaraciones escritas presentadas al Buró del Congreso", en *Obras Completas*, Tomo X, Akal Editor, Madrid, 1976, página 283. La cita aportada por Trotsky reza: "La revolución rusa dispone de fuerzas suficientes para vencer. Pero no tiene suficientes fuerzas propias para guardar los frutos de la victoria…, pues en un país en el que la pequeña economía está formidablemente desarrollada, los pequeños productores de mercancías, y en ese número, los campesinos, inevitablemente se girarán contra el proletariado cuando éste pase del liberalismo al socialismo… Para impedir una restauración, la Revolución rusa necesita no una reserva rusa sino una ayuda proveniente de fuera. ¿Existe tal reserva en el mundo? Hay una: el proletariado socialista de occidente."

[49] V. I. Lenin, "Carta de despedida a los obreros suizos", en *Obras Completas,* Tomo XXIV, Akal Editor, Madrid, 1977, página 415.

La resolución de Lenin, aprobada por la conferencia de abril, dice esto: "El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa, en medio de una enorme población de pequeños campesinos, no puede proponerse como meta inmediata poner en práctica cambios socialistas."[50] No obstante ceñirse estrechamente en sus líneas iniciales a la tradición teórica del partido, la resolución dio un paso decisivo en una nueva vía. Declaró que la imposibilidad de una transformación socialista independiente de Rusia campesina no daba en ningún caso el derecho a renunciar a la conquista del poder, no solamente con objetivos democráticos sino también en vistas a "una serie de pasos prácticos hacia el socialismo, para lo cual el momento ha madurado", tales como la nacionalización de la tierra, el control de los bancos, etc. Las medidas anticapitalistas podrán tener un ulterior desarrollo gracias a las premisas objetivas de la revolución socialista… en los países avanzados más desarrollados. De ahí es precisamente de dónde hay que partir. "Es un error hablar solo de las circunstancias rusas, explica Lenin en su informe, ¿qué problemas se plantearán ante el proletariado ruso en el caso en que un movimiento mundial nos coloque ante la revolución social, he ahí la principal cuestión que se estudia en esta resolución." La cosa está clara: el nuevo punto de partida en abril de 1917, cuando Lenin logró la victoria sobre el espíritu democrático limitado de los "viejos bolcheviques", ¡dista de la teoría del socialismo en un solo país como el cielo de la tierra!

En cualquier organización del partido, en la capital como en provincias, veremos como de ahí en adelante la cuestión se plantea de la misma forma: en la lucha por el poder hay que recordar que la suerte ulterior de la revolución, en tanto que revolución socialista, vendrá determinada por la victoria del proletariado en los países avanzados. Nadie se opone a esta fórmula; por el contrario, precede los debates como una perspectiva admitida por todos.

En la conferencia del partido en Petrogrado, el 16 de julio, Jaritonov, uno de los que llegaron con Lenin en el "vagón blindado" de los bolcheviques, declaró: "En todas partes decimos que si no hay revolución en Occidente perderemos la partida." Jaritonov no es un teórico; es un agitador medio del partido. En las actas de la misma conferencia se puede leer: "Pavlov recuerda el principio general planteado por los bolcheviques según el cual la revolución rusa sólo florecerá con la condición de recibir el apoyo de una revolución mundial, que sólo es concebible en tanto que revolución socialista…" Decenas y centenares de Jaritonov y Pavlov desarrollan la idea esencial de la Conferencia de Abril. No me viene ahora a la cabeza nadie que protestase contra sus indicaciones o quisiera corregirlas.

El VI Congreso del partido, que se celebró a fines de julio, definía la dictadura del proletariado como la conquista del poder por los obreros y campesinos más pobres. "Sólo esas clases… contribuirán efectivamente al ascenso de la revolución proletaria internacional, que debe liquidar no solamente la guerra sino también la esclavitud del régimen capitalista." El informe de Bujarin descansaba en la idea que la revolución socialista mundial era la única salida a la situación existente. "Si la revolución vence en Rusia antes de que estalle en Occidente, deberemos… atizar el incendio de una revolución socialista mundial." En aquellos tiempos no es de una forma muy diferente como Stalin se vio obligado a plantear la cuestión: "Llegará un momento [decía] en el que los obreros levantarán y agruparán en torno a ellos a las capas pobres del campesinado, levantarán el estandarte de la revolución obrera y abrirán la era de la revolución socialista en Occidente."

---

[50] V. L. Lenin, "Resolución sobre la situación actual", en *Obras Completas*, Tomo XXV, Akal Editor, Madrid, 1977, página 275.

La conferencia de la provincia de Moscú, que sesionó a principios de agosto, nos permite perfectamente lanzar una mirada al laboratorio del pensamiento del partido. En el informe esencial en el que se exponen las decisiones del VI Congreso, Sokolnikov, miembro del Comité Central, dice: "Hay que hacer entender que la revolución rusa debe marchar contra el imperialismo." En el mismo tono se pronunciaron numerosos delegados. Vitolin: "Tenemos que prepararnos para la revolución social que se propagará por Europa Occidental." El delegado Belenky: "Si se quiere resolver la cuestión en los marcos nacionales, no tenemos salida. Sokólnikov tiene razón en decir que la revolución rusa sólo vencerá en tanto que revolución internacional… Las condiciones del socialismo en Rusia no están todavía maduras, pero si en Europa comienza la revolución nosotros también marcharemos tras Europa Occidental." Stukov: "El principio que la revolución rusa sólo vencerá en tanto que revolución internacional no puede suscitar ninguna duda… La revolución socialista sólo es posible a escala mundial."

Todos están de acuerdo entre ellos en tres puntos: el estado obrero no podrá mantenerse si el imperialismo no es derrocado en Occidente; en Rusia las condiciones para el socialismo todavía no están maduras; la tarea de la revolución socialista es esencialmente internacional. Si, junto a estos puntos de vista, que serán condenados como herejía siete y ocho años más tarde, hubiesen existido en el partido los puntos de vista actualmente reconocidos como ortodoxos y tradicionales, deberían de haber encontrado su expresión en la Conferencia de Moscú, igual que en el congreso del partido que la precedió. Pero ni el ponente ni quienes participaron en los debates, ni los artículos de los diarios, dedican ni una sola palabra a mencionar la existencia en el partido de puntos de vista bolcheviques opuestos a los puntos de vista "trotskystas".

En la conferencia de la ciudad de Kiev, que precedió al congreso del partido, el ponente Gorovitz decía: "La lucha por la salvación de nuestra revolución sólo puede llevarse a escala internacional. Ante nosotros se abren dos perspectivas: si la revolución resulta victoriosa crearemos un estado de transición yendo hacia el socialismo; si no, caeremos bajo el control del imperialismo internacional." Tras el congreso del partido, a comienzos de agosto, Piatakov decía en la nueva conferencia de Kiev: "Desde el principio de la revolución hemos afirmado que la suerte del proletariado ruso depende completamente de la marcha de la revolución proletaria en Occidente… Entramos así en la fase de la revolución permanente…" A propósito del informe de Piatakov, Gorovitz, del que acabamos de hablar, declaraba: "Estoy completamente de acuerdo con Piatakov cuando define nuestra revolución como permanente…". Piatakov: "…La única salvación posible para la revolución rusa está en una revolución mundial que dará principio a una transformación social." Pero ¿puede ser que estos ponentes representasen a la minoría? No; nadie les planteó ninguna objeción sobre esta cuestión esencial. En las elecciones de Kiev, tanto uno como otro obtuvieron el mayor número de votos.

Se puede considerar también como absolutamente establecido que, en la conferencia general del partido en abril, en el congreso del partido en julio, en las conferencias de Petrogrado, Moscú y Kiev, se expusieron y confirmaron con votos aprobatorios las mismas ideas que más tarde serían proclamadas incompatibles con el bolchevismo. Mucho más, en el partido no se alzó ni una sola voz que se pudiese interpretar como un presentimiento de la futura teoría del socialismo en un solo país, ni incluso en el grado en el que en los salmos del rey David se descubre una presciencia de los sermones del Cristo.

El 13 de agosto, el órgano central del partido ofrece esta explicación: "…el paso de todo el poder a los sóviets, aunque no siendo completamente sinónimo de "socialismo", en cualquier caso, habría roto la oposición de la burguesía y, en relación con las fuerzas productivas existentes y la situación en Europa occidental, habría

impuesto una dirección y una transformación de la organización económica que hubiesen marchado en el sentido de los intereses de las masas trabajadoras. Rechazando las cadenas del poder capitalista, la revolución habría devenido *permanente*, es decir continua; no habría utilizado su poder para perpetuar la ley de la explotación capitalista, sino que, por el contrario, lo habría usado para destruirla. Sus últimas realizaciones en ese dominio habrían estado sujetas a los éxitos de la revolución proletaria en Europa. […]. Tal era, sigue siendo, *la sola y única perspectiva real* para la prosecución de la revolución." El autor del artículo era Trotsky, que escribía desde la prisión de Kresty. El redactor en jefe del diario era Stalin. La importancia de esta cita aparece ya por el solo hecho que, hasta 1917, el término "revolución permanente" se empleaba en el Partido Bolchevique exclusivamente para indicar el punto de vista de Trotsky. Algunos años más tarde Stalin declarará: "Lenin luchó contra la teoría de la revolución permanente hasta el final de sus días."[51] En cualquier caso, el mismo Stalin no llevó adelante esa lucha: el artículo apareció sin ninguna observación de la redacción.

Diez días después, Trotsky escribía de nuevo en el mismo diario: "El internacionalismo no es para nosotros una noción abstracta […] sino un principio práctico profundo y directamente dominante. Para nosotros, los éxitos decisivos y permanentes son inconcebibles sin la revolución europea."[52] Y Stalin todavía no tenía nada que objetar. Mucho más, dos días más tarde él mismo repetía: "¡Que [los obreros y soldados] sepan que solamente en unión con los obreros de Occidente se podrá contar con el triunfo de la revolución en Rusia!" Por "triunfo de la revolución" no se entendía en absoluto la edificación del socialismo (no era cuestión de ello todavía en general) sino solamente la conquista y el mantenimiento del poder.

En septiembre Lenin escribía: "La burguesía predica la inevitable derrota de una comuna en Rusia, es decir, la derrota del proletariado, si éste llegara a conquistar el poder."[53] No hay que asustarse por esos gritos: "habiendo conquistado el poder, el proletariado de Rusia tiene todas las posibilidades de mantenerlo y de conducir a Rusia hasta la victoria de la revolución en Occidente." La perspectiva de la insurrección está aquí determinada con una completa nitidez: mantener el poder hasta el comienzo de la revolución socialista en Europa. Esta fórmula no se lanzó a la buena de Dios; Lenin la retoma día tras otro. El artículo-programa *¿Podrán los bolcheviques retener el poder*?, lo resume Lenin en estos términos: "… no hay en el mundo fuerza capaz de impedir que los bolcheviques, *si no se dejan asustar* y si logran tomar el poder, lo retengan hasta el triunfo de la revolución socialista mundial"[54]

El ala derecha de los bolcheviques reclamaba una coalición con los conciliadores alegando que los bolcheviques "por sí solos" no se sostendrían en el poder. Lenin les replicaba el 1 de noviembre, cuando ya se había producido la insurrección: "Se ha dicho que nosotros solos no podremos mantenernos en el poder, etc. Pero no estamos solos. Ante nosotros está Europa entera. Nosotros tenemos que dar el primer paso." Lo que sobresale de una forma particularmente clara del diálogo de Lenin con los bolcheviques de derecha es que ninguna de las partes que mantenían el debate no tuvo ni incluso la idea de una edificación independiente del socialismo en Rusia.

John Reed cuenta como en un mitin en Petrogrado, en la fábrica Obujovsky, un soldado que había vuelto del frente rumano gritaba: "Nos mantendremos con todas

[51] "¿Qué ha pasado?", en *1917. El año de la revolución*; Obras Escogidas de León Trotsky – Edicions Internacionals Sedov, página 160 formato pdf.
[52] L. Trotsky, "Tácticas internacionales", en *ibídem*, página 159.
[53] V. I. Lenin, "La revolución rusa y la guerra civil", en *Obras Completas*, Tomo XXVII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 150.
[54] V. I. Lenin, "¿Podrán los bolcheviques retener el poder?", en *ibídem*, página 240.

nuestras fuerzas hasta que los pueblos del mundo entero se hayan levantado y nos ayuden.” Esta fórmula no había caído del cielo y no había sido inventada ni por el soldado anónimo ni por Reed; se la habían inspirado a las masas los agitadores bolcheviques. La voz del soldado regresado del frente rumano era la voz del partido, la voz de la revolución de octubre.

La *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado* (programa de estado presentado en nombre del poder soviético a la Asamblea Constituyente) proclamaba que la tarea del nuevo régimen era “el establecimiento de una organización socialista de la sociedad y la victoria del socialismo en todos los países […] el poder soviético seguirá firmemente ese camino hasta la completa victoria de la insurrección obrera internacional contra el yugo del capital”[55] La *Declaración de los derechos*, redactada por Lenin, y que hasta el día de hoy no ha sido derogada, transformó la revolución permanente en una ley fundamental de la República de los Soviets.

Si Rosa Luxemburg, que desde el fondo de su prisión seguía con una atención apasionada y crítica las obras y palabras de los bolcheviques, hubiese descubierto cualquier matiz de socialismo nacional hubiera hecho sonar la alarma inmediatamente. En aquellos días ella criticaba muy severamente (en lo esencial de forma errónea) la política de los bolcheviques. Y sin embargo he aquí lo que escribía a propósito de la línea general del partido: “El hecho de que los bolcheviques basaran su política enteramente en la revolución mundial del proletariado es precisamente el testimonio más brillante de su clarividencia política y de su firmeza fundamental, de la audacia de su política.”[56]

Estos son, precisamente, los puntos de vista que Lenin desarrollaba cotidianamente , que se manifestaban en el órgano central del partido (redactor en jefe Stalin), que inspiraban los discursos de los agitadores, grandes y pequeños, que eran asumidos por los soldados del frente de sectores lejanos, que Rosa Luxemburg consideraba como la mayor prueba de la clarividencia política de los bolcheviques; esos puntos de vista son, precisamente, los que la burocracia de la Internacional Comunista condenó en 1926. “Los puntos de vista de Trotsky y de sus partidarios sobre la cuestión fundamental del carácter y de las perspectivas de nuestra revolución, [se dice en una decisión del VIII plenario de la Internacional Comunista] no tienen nada en común con los puntos de vista de nuestro partido, con el leninismo”. Así es como los epígonos del bolchevismo zanjan sus cuentas con su propio pasado.

Si, efectivamente, algunos combatieron en 1917 la teoría de la revolución permanente fueron los cadetes y los conciliadores. Miliukov y Dan denunciaban las “ilusiones revolucionarias del trotskysmo” como la causa principal de la debacle de la revolución de 1905. En su discurso de apertura de la Conferencia Democrática, Chjeídze estigmatizaba la tentativa de “extender el incendio de la guerra capitalista dándole a la revolución un carácter socialista mundial.” El 13 de octubre, Kerensky decía en el pre-Parlamento: “En la hora actual no hay enemigos más peligrosos de la revolución, de la democracia y de todas las conquistas de la libertad, que aquellos que… bajo la voluntad aparente de profundizar la revolución y de transformarla en una revolución social permanente, pervierten y, parece ser, ya han pervertido a las masas…” Chjeídze y Kerensky eran adversarios de la revolución permanente por la misma razón por la que eran enemigos de los bolcheviques.

En el II Congreso de los Soviets, en el momento de la toma del poder, Trotsky decía: “Si los pueblos insurrectos de Europa no aplastan al imperialismo, seremos

[55] V. I. Lenin, “Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado”, en *Obras Completas*, Tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976, páginas 99 y 100.

[56] Rosa Luxemburg, *Sobre la revolución rusa*, en Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano, en estas mismas EIS, página 4 del formato pdf..

aplastados, eso está fuera de toda duda. O la revolución rusa desencadenada levanta el torbellino de la lucha en occidente, o los capitalistas de todos los países aplastarán nuestra revolución.”[57] “¡Hay una tercera vía!” gritó alguien desde el auditorio. ¿Puede ser que la interrupción proviniese de Stalin? No, provenía de un menchevique. Hicieron falta algunos años más para que los bolcheviques descubriesen la “tercera vía”.

Bajo la influencia de innumerables repeticiones en la prensa estalinista mundial, parece casi establecido, por los círculos políticos más diversos, que en la base de las disensiones concernientes a Brest-Litovsk habría dos concepciones: una que partía de la posibilidad no solamente de mantenerse en el poder sino, también, de edificar el socialismo con las fuerzas internas de Rusia; otra que contaba exclusivamente con la insurrección en Europa. En realidad, esta oposición de tesis sólo se estableció algunos años más tarde, y los autores de esta invención no se molestaron siquiera en ponerla de acuerdo, al menos aparentemente, con los documentos históricos. Es cierto que hubiese sido difícil hacerlo: todos los bolcheviques, sin excepciones, estimaban también durante el período de Brest que si la revolución no estallaba en Europa lo más rápidamente posible la república soviética estaba condenada a su pérdida. Unos fijaban su estimación en algunas semanas, otros en algunos meses, nadie contaba con años.

“Desde el principio de la república rusa [escribía Bujarin el 28 de enero de 1918] el partido del proletariado revolucionario declaró: o bien la revolución internacional, desatada por la revolución rusa, ahogará a la guerra y al capital, o bien el capital internacional ahogará a la revolución rusa.” Pero Bujarin, que en aquellos días estaba a la cabeza de los partidarios de una guerra revolucionaria contra Alemania, ¿no atribuía acaso las opiniones de su fracción a todo el partido? Por natural que sea esta suposición está enteramente refutada por los documentos.

Las actas del Comité Central de 1917 y de principios de 1918, publicadas en 1929, a pesar de sus lagunas y de su presentación tendenciosa, ofrecen también sobre esta cuestión indicaciones inapreciables “Sesión del 11 de enero de 1918. El camarada Serguev (Artem) señala que todos los oradores están de acuerdo en este punto: nuestra república socialista está amenazada de desaparición si no se produce revolución socialista en Occidente.” Serguev se mantenía en la posición de Lenin, es decir que era partidario de la firma del tratado de paz. A Serguev no se le planteó ninguna objeción. Los tres grupos en desacuerdo llamaban, a quién más de todos, a una premisa común: sin revolución mundial no nos mantendremos.

Stalin aportó, ciertamente, una nota particular a los debates: motivó la necesidad de firma la paz separada diciendo que “no hay movimiento revolucionario en occidente, de hecho, no hay nada, solamente hay una revolución en potencia y no podemos contar con un acontecimiento potencial”. Muy lejos aún de la teoría del socialismo en un solo país, con esos términos manifestó sin embargo con nitidez su desconfianza orgánica frente al movimiento internacional. “¡No podemos contar con un acontecimiento potencial!” Lenin se desmarcó inmediatamente de “algunos puntos” del apoyo que le aportó Stalin: que la revolución en Occidente no había comenzado todavía era justo; “sin embargo, si por este motivo modificamos nuestra táctica seremos traidores al socialismo internacional”. Lenin era partidario de una paz inmediata por separado, no porque no creyese en absoluto en un movimiento revolucionario en Occidente, y menos todavía porque creyese en la vitalidad de una revolución rusa aislada: “Lo que nos importa, es sostenernos hasta la aparición de una revolución socialista general, y no podemos llegar

[57] Trotsky, “[Respuesta de Trotsky en el Segundo Congreso Panruso de los Sóviets sobre qué partidos estarían incluidos en el gobierno]”, en *1917. El año de la revolución,* en Obras Escogidas de León Trotsky – Edicions Internacionals Sedov, página 211 del formato pdf.

a lograrlo más que tras haber concluido la paz." El sentido de la capitulación de Brest se resumía para Lenin en estos términos: "Una pausa para respirar."

Las actas prueban que, tras la advertencia de Lenin, Stalin buscó una ocasión para reajustar su punto de vista: "Sesión del 23 de febrero de 1918. El camarada Stalin… Nosotros también apostamos por la revolución, pero vosotros contáis con semanas y nosotros con meses." Stalin retoma aquí literalmente la fórmula de Lenin. La distancia que separa a las dos alas en el seno del comité central sobre la cuestión de la revolución mundial es una evaluación en semanas o meses.

Defendiendo en el VII Congreso del partido, en marzo de 1918, la firma de la paz de Brest, Lenin decía: "Es una lección porque es una verdad absoluta que sin una revolución alemana estamos perdidos. Quizá tengamos que replegarnos, no a Petrogrado ni a Moscú, sino a Vladivostok o a lugares aún más lejanos, […] Pero de todos modos y con todas las peripecias posibles e imaginables, si la revolución alemana no llega, estamos perdidos."[58] Sin embargo no se trataba solamente de Alemania. "El imperialismo internacional, el poderío de su capital, con su máquina militar altamente organizada, que representa una verdadera fuerza, un verdadero baluarte del capital internacional, en ningún caso, en ninguna situación, podía vivir al lado de la República Soviética […] Aquí el conflicto es inevitable. Aquí reside la mayor dificultad de la revolución rusa, su problema histórico más grande: la necesidad de resolver los problemas internacionales, la necesidad de llamar a una revolución mundial, la necesidad de realizar el paso de nuestra revolución, como revolución limitadamente nacional, a la revolución mundial."[59] En una resolución secreta que se adoptó se dice: "El Congreso considera que la única garantía segura del afianzamiento de la revolución socialista triunfante en Rusia es su transformación en revolución obrera mundial."[60]

Algunos días después, Lenin presentaba un informe en el Congreso de los Soviets: "El imperialismo mundial y junto a él la marcha victoriosa de la revolución social no pueden marchar juntos." El 23 de abril decía en la sesión del Soviet de Moscú: "Nuestro atraso nos impulsó adelante, y si no sabemos resistir hasta que llegue el vigoroso apoyo de los obreros que se han alzado a la insurrección en otros países, pereceremos."[61] En mayo de 1918, el mismo Lenin escribía: "… el proletariado tiene razón cuando afirma que es necesario retroceder, así sea hasta los Urales (ante el imperialismo occidental y oriental), porque no tenemos fuerzas, pues en ello reside la *única* posibilidad de ganar tiempo mientras madura la revolución en Occidente"[62].

Lenin se daba perfectamente cuenta de que los aplazamientos de las negociaciones en Brest agravaban las condiciones de la paz. Pero colocaba los problemas de la revolución internacional por encima de los problemas "nacionales". Lenin, a pesar de los desacuerdos episódicos con Trotsky a propósito de la firma de la paz, dice el 28 de junio de 1918 en la Conferencia de Moscú de los Sindicatos: "Cuando se iniciaron las negociaciones de Brest, resonaron en el mundo las revelaciones del camarada Trotsky, ¿y acaso esta política no condujo a que en un país enemigo, complicado en una terrible guerra imperialista con otros gobiernos, nuestra política produjera no ira, sino la simpatía

---

[58] V. I. Lenin, "Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b)R. Informe político del comité central", en *Obras Completas*, Tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 304.
[59] *Ibídem*, página 298.
[60] V. I. Lenin, "Séptimo Congreso Extraordinario del PC(B)R. Resolución sobre la guerra y la paz.", en *ibídem*, página 324.
[61] V. I. Lenin, "Discurso pronunciado en el Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú. 23 de abril de 1918.", en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 32.
[62] V. I. Lenin, "Infantilismo 'de izquierda' y la mentalidad pequeñoburguesa", en *ibídem*, página 84.

de las masas populares?”[63] Ocho días después, en un informe del Consejo de Comisarios del Pueblo al V Congreso de los Soviets, Lenin volvió sobre la misma cuestión: “Después de cumplir nuestro deber ante todos los pueblos […] por intermedio de nuestra delegación de Brest encabezada por el camarada Trotski”[64] Un año más tarde, Lenin lanzaba este llamamiento: “Tropezamos con este hecho en la época de la paz de Brest, cuando el poder soviético colocó a la dictadura mundial del proletariado y a la revolución mundial por encima de todos los sacrificios nacionales, por muy duros que fueran.”[65]

“¿Qué importancia [pregunta Stalin, cuando el tiempo ha borrado de su memoria los contornos de ideas que ya no eran muy nítidas], qué importancia puede tener la declaración de Trotsky según la cual la Rusia revolucionaria no podrá sostenerse frente a la Europa conservadora? Sólo puede tener un significado: Trotsky no siente la potencia interna de nuestra revolución.”

En realidad, todo el partido presentaba unanimidad en esta convicción de que “frente a la Europa conservadora” la República Soviética no podría sostenerse. Pero eso sólo era el reverso de otra convicción según la cual la Europa conservadora no podría sostenerse frente a la Rusia revolucionaria. Bajo una forma negativa se expresaba una inquebrantable fe en la potencia internacional de la revolución rusa. Y, en su conjunto, el partido no se equivocaba. En cualquier caso, la Europa conservadora no resistió íntegramente. Incluso la revolución alemana, traicionada por la socialdemocracia, se vio lo bastante fuerte como para recortarle las garras a Ludendorff y Hoffmann. Sin esta operación, la República Soviética probablemente no habría escapado a su pérdida.

Pero incluso tras el hundimiento del militarismo alemán, la apreciación general de la situación internacional no resultó modificada. “Sabíamos que nuestros esfuerzos conduciría inevitablemente a la revolución mundial [decía Lenin en una sesión del Comité Ejecutivo Central a fines de julio de 1918] Las cosas se presentan ahora de manera tal, que si bien por un lado salimos de la guerra, en cuanto a una coalición, por otro lado experimentamos de inmediato la embestida del imperialismo.”[66] En agosto, cuando la guerra civil iluminaba el Volga, con la participación de los checoslovacos, Lenin declaraba en un mitin en Moscú: “Nuestra revolución comenzó como una revolución general y nuestras tareas las cumpliremos con ayuda de los obreros y campesinos del mundo. […] Los obreros asegurarán la victoria de la República Soviética sobre los checoslovacos y darán la posibilidad de que nos mantengamos hasta que estalle la revolución socialista mundial.”[67] Sostenerse esperando a que estalle la revolución en Occidente, tal era en otro tiempo la fórmula del partido.

En esos mismos días Lenin escribía a los obreros estadounidenses: “Nos encontramos como en una fortaleza sitiada, esperando que llegue la ayuda de otros destacamentos de la revolución socialista mundial.”[68] En noviembre se expresa aún más categóricamente: “Los hechos de la historia mundial demostraron […] que la transformación de nuestra revolución rusa en socialista, no era una aventura sino una necesidad, pues *no había otra alternativa*: el imperialismo anglo-francés y

[63] V.I. Lenin, “IV Conferencia de Sindicatos y Comités de Fábrica y Talleres de Moscú. Palabras finales para el informe sobre la situación actual”, en *ibídem*, página 244.
[64] V. I. Lenin, “V Congreso de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos, Soldados y del Ejército Rojo. Informe del Consejo de Comisarios del Pueblo”, en *ibídem*, página 279.
[65] V. I. Lenin, “VIII Congreso del PC(B)R. Informe del Comité Central. 18 de marzo.”, en *Obras Completas*, Tomo XXXI, Akal Editor, Madrid, 1978, página 16.
[66] V. I. Lenin, “Discurso en la reunión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Moscú, los Comités de Fábrica y Talleres y los sindicatos de Moscú”, en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 332, 333 y 335.
[67] V. I. Lenin, “Discurso en el mitin en la Casa del Pueblo de Alexéiev”, en *ibídem*, páginas 394-395.
[68] V. I. Lenin, “Carta a los obreros norteamericanos”, en *ibídem*, página 386.

norteamericano destruirá *inevitablemente* la independencia y la libertad de Rusia, *si* no triunfa la revolución socialista mundial, el bolchevismo mundial."[69] Si hay que atenerse a los términos de Stalin, Lenin evidentemente no siente "la potencia interna de nuestra revolución".

El primer aniversario de la insurrección ya ha pasado. El partido había tenido bastante tiempo para ver claro a su alrededor. Y no obstante ello, en su informe al VIII Congreso del partido, en marzo de 1919, Lenin declaró de nuevo: "No vivimos sólo en un Estado, sino *dentro de un sistema de Estados*, y es inconcebible que la República Soviética pueda existir durante mucho tiempo al lado de los Estados imperialistas. En fin de cuentas, deberá triunfar uno u otro."[70]

En el tercer aniversario, que coincidía con el aplastamiento de los blancos, Lenin traía a colación recuerdos y generalizaba: "… si aquella noche se nos hubiese dicho que al cabo de tres años […] tendríamos esta victoria nuestra, nadie, ni siquiera el optimista más incorregible, lo habría creído. Sabíamos entonces que nuestra victoria sería firme sólo cuando nuestra causa hubiera triunfado en todo el mundo, y cuando comenzamos nuestra obra contábamos exclusivamente con la revolución mundial" No se podría pedir testimonio más irrefutable: en el momento de la insurrección de octubre, "el optimista más incorregible", ¡lejos de soñar con la edificación de un socialismo nacional no creía incluso ni en la posibilidad de una defensa de la revolución sin una ayuda directa del exterior! "…. Depositamos nuestra esperanza en la revolución internacional"[71]. Ni el partido ni el Ejército Rojo necesitaban el mito del socialismo en un solo país para asegurar la victoria contra legiones de enemigos durante una lucha de tres años.

La situación mundial se presentó más favorablemente de lo que se podría haber esperado. Las masas manifestaron una excepcional disposición a realizar sacrificios para lograr nuevos objetivos. La dirección utilizó con destreza las contradicciones del imperialismo en el primer periodo, el más difícil. En suma, la revolución mostró una mayor estabilidad de la que hubiesen esperado los "optimistas más incorregibles". Además, el partido conservaba íntegramente su posición internacional de antaño.

"Si no hubiese habido guerra [explicaba Lenin en enero de 1918] constataríamos la unión de los capitalistas del mundo entero: una unión en el terreno de la lucha contra nosotros." "Si pudimos acabar tan fácilmente con las bandas de Kérenski, si instauramos con tanta facilidad el poder en nuestro país, si obtuvimos sin la menor dificultad decretos sobre la socialización de la tierra y el control obrero; [decía Lenin en el VII Congreso del partido] si todo eso fue tan fácil, se debió sólo a una afortunada combinación de circunstancias que nos protegió del imperialismo internacional por poco tiempo."[72] En abril, Lenin decía en una sesión del Comité Ejecutivo Central: "… hemos logrado una tregua solamente porque en Occidente continúa la masacre imperialista, y en el Lejano Oriente la rivalidad imperialista se extiende cada vez más. Únicamente a eso se debe que la República Soviética exista"[73]

---

[69] V. I. Lenin, "Las valiosas declaraciones de Pitirin Sorokin", en *Obras Completas,* Tomo XXX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 31.

[70] V. I. Lenin, "VIII Congreso del PC(B)R. Informe del Comité Central. 18 de marzo.", en *Obras Completas*, Tomo XXXI, Akal Editor, Madrid, 1978, página 21.

[71] V. I. Lenin, "Discurso en la sesión solemne del pleno del Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú, el Comité del PC(b)R de Moscú y el Consejo de Sindicatos de Moscú, dedicada al Tercer Aniversario de la Revolución de Octubre", en *Obras Completas,* Tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 96 y 97.

[72] V. I. Lenin, "VII Congreso Extraordinario del PC(B)R. Informe político del Comité Central", en *Obras Completas*, Tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 298.

[73] V. I. Lenin, "Reunión del CEC de toda Rusia. Informe sobre las tareas inmediatas del poder soviético", en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 47.

La excepcional combinación de circunstancias no durará eternamente. "Acabamos de pasar de la guerra a la paz, decía Lenin en noviembre de 1920, pero no hemos olvidado que la guerra volverá. Mientras subsistan el capitalismo y el socialismo no podremos vivir en paz, uno u otro debe vencer finalmente. Habrá una misa de réquiem o bien por la República Soviética o bien por el imperialismo mundial. Es un plazo en la guerra."

La transformación de la "tregua" primitivamente prevista en período prolongado de equilibrio inestable ha sido posible no solamente por la lucha entre grupos capitalistas sino, también, por el movimiento revolucionario internacional. Bajo la influencia de la insurrección de noviembre en Alemania, las tropas alemanas tuvieron que abandonar Ucrania, las provincias bálticas y Finlandia. La penetración del espíritu de rebelión entre los ejércitos de la Entente obligó a los gobiernos francés, inglés y estadounidense a retirar sus tropas de las costas meridionales y septentrionales de Rusia. La revolución proletaria en occidente no venció, pero, en camino hacia la victoria, le sirvió al estado soviético de cobertura durante cierto número de años.

En julio de 1921, Lenin estableció el balance: "Se ha llegado a un equilibrio que, aunque poco sólido, extremadamente inestable, no deja por ello de ser un equilibrio tal que la república socialista puede subsistir, por supuesto que por poco tiempo, rodeada por el cerco capitalista."[74] Así fue como de una semana a otra el partido asimilaba, poco a poco, la idea que el estado obrero podría vivir en paz, durante cierto tiempo, "por supuesto que por poco tiempo", dentro del cerco capitalista.

De forma absolutamente incontestable, de los datos precedentes resulta una deducción no carente de importancia: según la convicción general de los bolcheviques, el estado proletario no podía sostenerse durante mucho tiempo sin una victoria del proletariado en occidente; el programa de la edificación del socialismo en un solo país estaba, por ello, prácticamente excluido; ni se planteaba la cuestión.

Sin embargo, sería completamente erróneo creer, como ha intentado sugerir la escuela de los epígonos estos últimos años, que el partido hubiese visto en los ejércitos capitalistas el único obstáculo en la vía del socialismo nacional. La amenaza de una intervención armada estaba puesta, efectivamente, en primer plano. Pero incluso el peligro de guerra no representaba más que la expresión más aguda de la preponderancia técnica e industrial de los países capitalistas. Al fin de cuentas, el problema de reducía al aislamiento de la república soviética y a su estado atrasado.

El socialismo es la organización por la sociedad de una producción racional y armoniosa para la satisfacción de las necesidades humanas. La propiedad colectiva ejercida sobre los medios de producción no es todavía el socialismo; sólo es la condición jurídica previa. El problema del régimen socialista no puede separarse del de las fuerzas productivas que, en la fase actual de la evolución humana, es por esencia de una amplitud mundial. Tal estado devenido estrecho para el capitalismo, es mucho menos capaz de devenir el terreno de un régimen socialista acabado. La condición atrasada de un país revolucionario aumenta para él, además, el peligro de un reflujo hacia el capitalismo. Rechazando la perspectiva de una revolución socialista aislada, los bolcheviques tenían en vistas no el problema, mecánicamente separado, de la intervención, sino todo el

[74] "El resultado es cierto equilibrio, sumamente precario, es verdad. Pero, con todo, debemos tener en cuenta este hecho, no debemos cerrar los ojos si queremos existir. U obtenemos una victoria inmediata sobre toda la burguesía, o pagamos el tributo." V. I. Lenin, "III Congreso de la Internacional Comunista. Informe sobre la táctica del PCR", en *Obras Completas*, Tomo XXXV, Akal Editor, Madrid, 1978, página 394. Es la cita más aproximada que se ha encontrado en las obras completas. En esta misma página los editores de esas obras se ven obligados a señalar diferencias de interpretación según versión inglesa, francesa o taquigráfica en alemán (idioma en el que Lenin se dirigió al congreso), ver en nota a pie de página 394.

conjunto de las cuestiones que se refieren a la base económica internacional del socialismo.

En el VII congreso del partido, Lenin decía: “Si Rusia marcha ahora, y marcha indiscutiblemente desde su paz “de Tilsit” a un auge nacional…, la salida no está por el lado del estado burgués sino por el de una revolución socialista internacional.” Ta es la alternativa: o bien la revolución internacional o bien un reflujo hacia el capitalismo. “No sabemos y no podemos saber cuántas etapas de transición al socialismo habrá. Eso depende de que comience la total revolución socialista europea”[75].

En abril del mismo año, pidiendo que se agrupasen las filas para el trabajo práctico, Lenin escribía: “… sólo en la medida en que seamos capaces de resolver la tarea de organización que tenemos planteada, podremos prestar una ayuda efectiva a la revolución socialista en Occidente, que se ha atrasado por una serie de causas.”[76] La primera empresa de edificación económica se incluye inmediatamente en el esquema internacional: se trata de “ayudar a la revolución socialista en Occidente” y no en absoluto de crear una reino socialista independiente en Oriente.

A propósito de la hambruna inminente Lenin declara a los obreros de Moscú: “En nuestra agitación es necesario… explicar que la calamidad que se ha abatido sobre nosotros es una calamidad internacional que no tiene otra salida más que la revolución internacional.” Para vencer la hambruna es necesaria una revolución del proletariado mundial, declara Lenin. Para edificar un régimen socialista es suficiente con una revolución en un solo país, le responden los epígonos. ¡Tal es la amplitud de los desacuerdos! ¿Quién tiene razón? En cualquier caso, no olvidemos que no obstante los éxitos de la industrialización, la hambruna no se ha vencido aún en estos días.

El Congreso de los Consejos de Economía Nacional formulaba en diciembre de 1918 un esquema de la edificación socialista en los términos siguientes: “La dictadura del proletariado mundial deviene históricamente inevitable […] El desarrollo de toda la sociedad en el mundo, así como también de cada país en particular, está determinado por ello. La institución en los otros países de la dictadura del proletariado, y de una forma soviética de gobierno, hará posible el establecimiento de relaciones económicas muy estrechas entre los países, la división internacional del trabajo en el plano de la producción, con la finalidad de la organización de servicios económicos internacionales.” Que semejante resolución haya podido ser votada por un congreso de órganos gubernamentales ante los que se planteaban problemas puramente prácticos (el carbón, los bosques, la remolacha), muestra mejor que nada cómo, durante este período, en la conciencia del partido predominaba sin división la perspectiva de la revolución permanente.

En *El ABC del comunismo*, manual del partido redactado por Bujarin y Preobrazhensky, y que fue publicado en numerosas ediciones, leemos: “La revolución comunista puede únicamente vencer, como revolución mundial[77] […] en una situación en la que sólo hay victoria obrera en un solo país, la edificación económica tropieza con enormes dificultades […] Para la victoria del comunismo se necesita la victoria de la revolución mundial.”

Dentro del mismo espíritu, con las mismas ideas, en un folleto popular que ha sido reeditado en numerosas ocasiones por el partido y traducido a lenguas extranjeras,

---

[75] V. I. Lenin, “Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b)R. Informe sobre la revisión del programa y sobre el cambio de nombre del partido”, en *Obras Completas*, Tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1978, página 334.
[76] V. I. Lenin, “La situación internacional de la República Soviética de Rusia y las tareas fundamentales de la revolución socialista”, en *ibídem*, página 446.
[77] Nicolás Bujarin, *El abc del comunismo*, Juan Grijalbo Editor, México, 1970, página 143.

escribía: "…Ante el proletariado ruso se plantea con más agudeza que nunca el problema de la revolución internacional […] La revolución permanente en Rusia se transforma en una revolución europea del proletariado."

En el famoso libro de Skvortsov Stépanov, *La electrificación*, aparecido bajo la dirección y con prefacio de Lenin, en un capítulo que éste recomienda muy fervientemente a la atención de los lectores, se dice: "El proletariado de Rusia nunca ha soñado con crear un estado socialista aislado. Un estado "socialista" independiente por sí mismo es un ideal pequeño burgués. No se puede concebir un acercamiento a ese estado en cierta medida si predomina económica y políticamente la pequeña burguesía; buscando aislar del mundo exterior a ese estado, quiere encontrar el medio para consolidar sus formas económicas que, tanto a causa de la técnica como de la economía modernas, han devenido las más inestables." ¡Estas sobresalientes líneas, que indiscutiblemente fueron revisadas por Lenin, arrojan un vivo haz de luz sobre la evolución ulterior de los epígonos!

En las tesis sobre la cuestión nacional y colonial presentadas en el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin definía la tarea general del socialismo como superación de las etapas nacionales de la lucha, como "la tendencia a crear una economía mundial única formando un todo, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que ya se ha revelado con toda nitidez bajo el capitalismo y que sin duda alguna está llamada a desarrollarse y triunfar bajo el socialismo."[78] En relación con esta tendencia progresista que hereda el socialismo, la idea de un régimen socialista en un solo país constituye por sí misma una reacción.

Las condiciones de la formación de la dictadura del proletariado y las de la edificación del régimen socialista no son ni idénticas ni convergentes y presentan incluso antagonismos en determinados casos. El hecho que el proletariado ruso haya llegado el primero al poder no significa en absoluto que llegará el primero también al socialismo. La disparidad contradictoria de la evolución que lleva a la insurrección de octubre no desaparece con el éxito de esta última; se encuentra en la misma base del primer estado obrero.

En marzo de 1918, Lenin decía: "Cuanto más atrasado es el país que, debido a los vaivenes de la historia, ha sido el que comenzó la revolución socialista, más difícil es para ese país pasar de las viejas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas."[79] Esta idea reaparece en los discursos y artículos de Lenin, año tras año. En mayo del mismo año Lenin dice: "… nos fue fácil iniciar la revolución y más difícil continuarla, y por eso[80] en Occidente será más difícil comenzar la revolución y más fácil continuarla."[81] En diciembre Lenin desarrolla la misma idea ante una auditorio de campesinos, para los que lo más difícil es dirigir su mirada más allá de las fronteras nacionales: "… en dichos países [occidentales] el paso a la agricultura socialista, el empleo de la técnica agrícola moderna y la unión de la población agrícola se efectuarán con mayor celeridad y facilidad que en nuestro país. Los campesinos trabajadores de Rusia pueden estar seguros ahora de que, en alianza con los obreros urbanos y con el proletariado socialista del mundo entero,

---

[78] "Tesis adicionales sobre los problemas nacional y colonial", en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*.

[79] V. I. Lenin, "Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b)R. Informe político del Comité Central. " en *Obras Completas*, Tomo XVIII, Akal Editor, Madrid, 1978, página 295.

[80] La frase anterior reza "Sabemos que allí, en Occidente, no es el podrido régimen de los Románov y de los fanfarrones frívolos el que se opone a los trabajadores, sino una burguesía totalmente organizada que se apoya en todas las conquistas de la civilización y de la técnica modernas. Por eso…" y continua la cita.

[81] V. I. Lenin, "Discurso pronunciado en el II Congreso de toda Rusia de Comisarios de Trabajo", en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 157.

superarán todos los infortunios" [82] En 1919 repetía: "…a los rusos les era más fácil comenzar una gran revolución proletaria en comparación con los países avanzados, pero les es más difícil continuarla y llevarla hasta la victoria final, en el sentido de una completa organización del régimen socialista." El 27 de abril de 1920 retomaba esto con insistencia: "Rusia pudo comenzar la revolución socialista mientras que continuarla y llevarla hasta el final le será más difícil que a los países europeos. Ya tuve que señalar, a principios de 1918[83], esta circunstancia, y una experiencia de dos años ha confirmado la justeza de este juicio…"

Los siglos de la historia muestran en su desarrollo diversos niveles de cultura. Para acabar con el pasado se necesita tiempo, no nuevos siglos, pero sí décadas. "Es probable que ni siquiera la próxima generación, más evolucionada, logre completar la transición al socialismo"[84], decía Lenin en la sesión del Comité Ejecutivo Central, el 29 de abril de 1918. Casi dos años después, en el congreso de las comunas agrícolas, indica plazos todavía más alejados. "Sabemos que no podemos implantar ahora un orden socialista; quiera Dios que puedan implantarlo en nuestro país nuestros hijos, o quizá nuestros nietos."[85] Los obreros rusos se han puesto en camino antes que los otros, pero llegarán al final más tarde que el resto. Esto no es pesimismo; es realismo histórico.

"… Nosotros, proletariado de Rusia, adelantamos a Inglaterra y Alemania por nuestro régimen político…, [escribía Lenin en mayo de 1918] y, sin embargo, vamos atrasados frente al más atrasado de los estados de Europa Occidental… en cuanto al grado de nuestra preparación en el establecimiento material y productivo del socialismo." La misma idea la expresa en un paralelismo entre dos estados: "En 1918 Alemania y Rusia son la encarnación evidente de la realización material de las condiciones económicas, productivas y socioeconómicas del socialismo, por un lado, y de las condiciones políticas, por el otro."[86] Los elementos de la sociedad futura están como dispersos entre diversos países. Reunirlos y subordinarlos unos a otros, he ahí la tarea de una serie de insurrecciones nacionales que se combinan en una revolución mundial.

Lenin ridiculizaba de antemano la idea de un carácter autárquico de la economía soviética: En diciembre de 1920, en el VIII Congreso de los Soviets, Lenin decía: "Mientras nuestra República Soviética sea el aislado confín del mundo capitalista, sería ridículo, fantástico y utópico, pensar en nuestra total independencia"[87]. El 27 de marzo de 1922, en el XI Congreso del partido, Lenin lanzaba esta advertencia: "la severa prueba que impondrá la crisis financiera que se aproxima, la prueba impuesta por el mercado ruso y el mercado internacional a los cuales estamos subordinados, con el que es tamos

[82] V. I. Lenin, "Discurso en el I Congreso de Departamentos agrarios", en *Obras Completas*, Tomo XXX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 205.
[83] Por ejemplo: "… un país atrasado puede tener un comienzo fácil, porque su adversario está podrido, porque su burguesía no está organizada, pero para continuar necesita cien mil veces más perspicacia, cautela y resistencia. En Europa occidental será distinto; allí será inmensamente más difícil comenzar, pero incomparablemente más fácil proseguir." Decía Lenin en su informe sobre las tareas inmediatas del poder soviético a la reunión del CEC de toda Rusia el 29 de abril de 1918, *Obras Completas*, Tomo XXIX, páginas 47 y 48. NdT.
[84] V. I. Lenin, "Reunión del CEC de toda Rusia. Informe sobre las tareas inmediatas del poder soviético", en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 57.
[85] V. I. Lenin, "Discurso en el I Congreso de Comunas Agrícolas", en *Obras Completas*, Tomo XXXII, Akal Editor, Madrid, 1978, página 190.
[86] V. I. Lenin, "Infantilismo de "izquierda" y la mentalidad pequeñoburguesa", en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 93.
[87] V. I. Lenin, "VIII Congreso de toda Rusia de Soviets. Informe del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre la política exterior e interna", en *Obras Completas*, tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, página 224.

vinculados, del que no podemos aislarnos. Es una prueba severa, ya que en ella podemos ser derrotados, tanto económica como políticamente."[88]

La idea de la dependencia de la economía soviética en relación con la economía mundial está considerada ahora por la Internacional Comunista como "contrarrevolucionaria": ¡el socialismo no puede depender del capitalismo! Los epígonos han cometido la diablura de olvidar que el capitalismo, igual que el socialismo, se apoya en la división mundial del trabajo que debe llegar a su más completa plenitud precisamente bajo el socialismo. La edificación económica en un estado obrero aislado, por importante que sea por sí misma, seguirá siendo incompleta, limitada y contradictoria; no puede alcanzar las alturas de una nueva sociedad armoniosa.

"Un verdadero crecimiento de la economía socialista en Rusia [escribía Trotsky en 1922] sólo será posible tras la victoria del proletariado en los más importantes países europeos." Se han dado a conocer estas palabras para introducirlas en un acta de acusación. Ahora bien, esas palabras expresaban en su tiempo la idea común de todo el partido. "El asunto de la edificación [decía Lenin en 1919] depende completamente de la rapidez con la que la revolución venza en los principales países de Europa. Solamente tras semejante victoria podremos ocuparnos seriamente de la construcción." Tales palabras no expresaban en absoluto desconfianza ante la revolución rusa sino la creencia en la próxima llegada de la revolución mundial. Actualmente también, tras grandes éxitos económicos logrados por la Unión Soviética, sigue siendo justo decir que "un verdadero crecimiento de la economía socialista" sólo es posible sobre la base internacional.

El partido consideraba también bajo el mismo ángulo el problema de la colectivización de la agricultura. El proletariado no puede construir una nueva sociedad sin llevar al campesinado al socialismo, mediante una serie de grados intermedios, campesinado que constituye una considerable parte de nuestra población, una parte predominante en buen número de países y una amplia mayoría en toda la extensión del globo terrestre. La solución a ese problema, difícil entre nosotros, depende al fin de cuentas de las relaciones cuantitativas y cualitativas establecidas entre la industria y la agricultura; el campesinado se adentrará tanto más voluntariamente y con más éxito en la vía de la colectivización en tanto que reciba de la ciudad una más rica aportación económica y cultural.

¿Existe, sin embargo, una industria suficiente para la transformación de la aldea? Lenin también volvía a llevar ese problema más allá de las fronteras nacionales. En el IX Congreso de los Soviets, Lenin decía: "…si analizamos este problema en escala mundial, vemos que existe una gran industria próspera, capaz de suministrar al mundo todos los artículos […] En esto basamos nuestros cálculos."[89] La relación entre la industria y la agricultura, infinitamente menos favorable en Rusia que en los países de Occidente, sigue siendo hasta ahora la base de crisis económicas y políticas que amenazan en determinados momentos la estabilidad del sistema soviético.

La política de lo que se llamó el "comunismo de guerra", como se deduce de lo que se acaba de decir, no estaba en absoluto calculada para la edificación de un régimen socialista dentro de los límites nacionales. Los mencheviques eran los únicos en ridiculizar al poder soviético atribuyéndole semejantes planes. Para los bolcheviques los destinos ulteriores del régimen espartano impuesto por el desorden y la guerra civil dependían directamente del desarrollo de la revolución en occidente. En enero de 1919, en pleno comunismo de guerra, Lenin decía: "… defenderemos los principios

[88] V. I. Lenin, "XI Congreso del PC(b)R. Discurso de apertura del congreso", en *Obras Completas*, Tomo XXXVI, Akal Editor, Madrid, 1978, página 245.

[89] V. I. Lenin, "IX Congreso de toda Rusia de Soviets. La política interna y exterior de la república. Informe del CEC de toda Rusia y del CCP", en *ibídem*, páginas 76 y 77.

fundamentales de nuestra política comunista de abastecimientos y los mantendremos intactos hasta que llegue el momento de la victoria definitiva y mundial del comunismo."[90] Lenin se equivocaba junto a todo el partido. Fue necesario modificar la política de aprovisionamientos. Actualmente se puede considerar como establecido que, incluso si se hubiese producido la revolución socialista en Europa en los dos o tres primeros años que siguieron a octubre, hubiese sido igualmente inevitable un retroceso en la vía de la Nep. Pero si se aprecia retrospectivamente la primera etapa de la dictadura, se ve muy claramente hasta qué punto los métodos del comunismo de guerra y sus ilusiones se enredaban con la perspectiva de la revolución permanente.

A la salida de los tres años de guerra civil, una profunda crisis interna mostró la amenaza de una ruptura directa entre el proletariado y el campesinado y entre el partido y el proletariado. Se necesitaba una revisión radical de los métodos del poder soviético. "… debemos satisfacer al campesinado medio económicamente y llegar a la libertad de intercambio; de otro modo, dado que la revolución mundial se retarda, será imposible (económicamente imposible) mantener el poder del proletariado en Rusia"[91]. Pero el paso a la Nep ¿no vino acompañado por una ruptura de principios entre los problemas internos y los problemas internacionales?

Lenin hizo una apreciación de conjunto de la etapa que se abría en sus tesis para el III Congreso de la Internacional Comunista: "Por eso, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución proletaria mundial, como un proceso único, la época por la que atraviesa Rusia es significativa como una prueba práctica y una verificación de la política del proletariado en el poder hacia la masa pequeñoburguesa."[92] En la misma definición de los marcos de la Nep suprime pura y simplemente el problema del socialismo en un solo país.

No menos edificantes son las líneas que Lenin trazó para sí mismo durante los días en los que se discutía y elaboraban los nuevos métodos económicos: "10 o 20 años de relaciones regulares con los campesinos y está asegurada la victoria en escala mundial (aun si hay retraso en las revoluciones proletarias, que están creciendo)"[93] El objetivo está indicado: adaptarse a nuevos plazos, a más amplios vencimientos que se pueden necesitar para que madure la revolución en Occidente. En ese sentido, y solamente en ese sentido, Lenin expresaba la seguridad de ver salir "de la Rusia de la Nep una Rusia socialista".

Decir que la idea de la revolución internacional no ha sido sometida a una revisión es decir poco; en cierto sentido, ha adquirido ahora una expresión más profunda y neta. En el X Congreso del partido, y para explicar la situación histórica de la Nep, Lenin decía: "Los países capitalistas desarrollados tienen una clase de trabajadores asalariados rurales formada a lo largo de muchas décadas. […] Sólo en países donde esta clase está suficientemente desarrollada es posible pasar directamente del capitalismo al socialismo, sin necesidad de medidas de transición especiales en todo el país. En muchos trabajos escritos, en todas nuestras intervenciones públicas y en toda la prensa hemos subrayado que este no es el caso de Rusia, que aquí los obreros industriales son una minoría y los pequeños agricultores son una vasta mayoría. En un país así, la revolución socialista puede triunfar sólo con dos condiciones. Primero, si es apoyada oportunamente por una revolución socialista en uno o varios países avanzados. […] La segunda condición es el

[90] V. I. Lenin, "Discurso en la sesión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Moscú y el Congreso de toda Rusia de Sindicatos", en *Obras Completas*, Tomo XXX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 259.
[91] V. I. Lenin, "X Congreso del PC(b)R. Informe sobre la sustitución de la requisa de excedentes por un impuesto en especie", en *Obras Completas*, Tomo XXXV, Akal Editor, Madrid, 1978, página 68.
[92] V. I. Lenin, "III Congreso de la Internacional Comunista. Tesis del informe sobre la táctica del PCR", en *Ibídem*, página 356.
[93] V. I. Lenin, "Planes del folleto 'El impuesto en especie'", en *Ibídem*, página 195.

acuerdo entre el proletariado, que ejerce su dictadura, es decir, tiene en sus manos el poder estatal, y la mayoría de la población campesina. […] Sabemos que mientras no es talle la revolución en otros países, sólo el acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia."[94] Aquí están reunidos todos los elementos del problema. La unión con el campesinado es indispensable para la existencia misma del poder soviético; pero esa unión no reemplaza a la revolución internacional que, sólo ella, puede crear la base económica de un régimen socialista.

En el mismo X Congreso se presentó un informe especial: *La república soviética sitiada por el capitalismo*, dictado por el retraso de la revolución en Occidente. Kámenev habló en calidad de ponente, en nombre del Comité Central: "… Nunca nos hemos fijado como objetivo [decía él como si se tratase de alguna cosa incontestable] edificar un régimen comunista en un solo país aislado. No obstante ello, nos encontramos en una situación tal que nos es indispensable mantener la base del régimen comunista, la base del estado socialista, la república proletaria soviética, cercada por todas partes por las relaciones capitalistas. ¿Resolveremos ese problema? Pienso que es una cuestión escolástica. Planteada así, no se puede responder. Se presenta bajo esta forma: ¿en el actual estado de las relaciones, ¿cómo conservar el poder de los soviets y mantenerlo hasta el momento en que el proletariado, de tal o tal otro país, venga en nuestra ayuda?" Si las ideas del ponente, sin duda alguna sometidas más de una vez en resumen al examen de Lenin, hubiesen estado en contradicción con el bolchevismo tradicional, ¿cómo hubiera sido posible que el congreso no hubiese elevado una protesta? ¿Cómo es que ni un solo delegado indicase que sobre la cuestión más esencial de la revolución Kámenev desarrollaba opiniones que no tenían "nada en común" con las de los bolcheviques? ¿Cómo hubiese sido posible que nadie en todo el partido señalase la herejía?

"Según Lenin [afirma Stalin] la revolución extrae sus fuerzas ante todo de los obreros y los campesinos de la misma Rusia. Según Trotsky, se podría creer que las fuerzas indispensables sólo pueden reclutarse en el terreno de la revolución mundial del proletariado." A estas dos concepciones antitéticas, como a muchas otras, Lenin hubiese respondido, como hizo el 14 de mayo de 1918 en una sesión del Comité Ejecutivo Central: "…no olvidamos la debilidad de la clase obrera rusa en comparación con otros destacamentos del proletariado internacional. […] Debemos permanecer en nuestro puesto mientras no acuda nuestro aliado, el proletariado internacional"[95] En el tercer aniversario de la insurrección de octubre, Lenin confirmaba: "… depositamos nuestra esperanza en la revolución internacional, y esa esperanza era indudablemente acertada[96] […] Siempre hemos señalado que una obra tal como la revolución socialista no puede ser llevada a cabo en un solo país…"[97] En febrero de 1921, Lenin declaraba en el Congreso de los Obreros de la Industria de la Confección: "Desde 1917, cuando luchábamos contra los gobiernos republicanos burgueses en Rusia, e incluso desde que fue implantado el

---

[94] V. I. Lenin, "X Congreso del PC(b)R. Informe sobre la sustitución de la requisa de excedentes por un impuesto en especie", en *Ibídem*, páginas 57 y 58.

[95] V. I. Lenin, "Informe sobre la política exterior en la sesión conjunta del CEC de toda Rusia y el Soviet de Moscú", en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 131 y 132.

[96] V. I. Lenin, "Discurso en la sesión solemne del pleno del Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú, del Comité del PC(b)R de Moscú y del Consejo de Sindicatos de Moscú, dedicada al tercer aniversario de la revolución de octubre", en *Obras Completas*, Tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, página 97.

[97] En la versión de las obras completas de Akal Editor, que siguen la versión de la Editorial Cartago, no se ha encontrado esta frase exacta pero el lector puede consultar todo el texto del discurso que la justificaría. Por ejemplo: "Siempre hemos sabido, y no lo olvidaremos, que nuestra causa es una causa internacional, y mientras no se produzca la revolución en todos los países (incluidos los más ricos y civilizados), nuestra victoria será hasta entonces sólo una victoria a medias, o quizá menos.", en la página 98 del discurso citado arriba.

poder de los soviets a fines de 1917, hemos repetido una y otra vez a los obreros que la tarea cardinal y la condición fundamental de nuestra victoria es extender la revolución, por lo menos, a algunos de los países más avanzados."[98] No, Lenin está demasiado comprometido por su empecinamiento en "extraer" fuerzas en el terreno mundial; ¡imposible blanquearlo!

Igual que Trotsky se ve colocado en oposición con Lenin, el mismo Lenin se ve en oposición con Marx y con más razón. Si Marx suponía que la revolución proletaria comenzaría en Francia, pero no acabaría en otro lugar que en Inglaterra ello se explica, según Stalin, por el hecho que Marx no conocía todavía la ley de la evolución desigual. En realidad, la previsión de Marx, oponiendo un país en el que comienza la revolución a otro en el que se produce completamente la realización socialista, está enteramente construida sobre la ley de una evolución desigual. En cualquier caso, el mismo Lenin que no admitía reticencias sobre grandes cuestiones, jamás, ni en ninguna parte, marcó un desacuerdo con Marx y Engels a propósito del carácter internacional de la revolución. ¡Muy al contrario! En el Tercer Congreso de los Soviets Lenin decía: "Las cosas resultaron distintas de lo que esperaban Marx y Engels; y nosotros, las clases trabajadoras y explotadas de Rusia, tenemos el honor de ser la vanguardia de la revolución socialista internacional, y ahora vemos claramente hasta dónde llegará el desarrollo de la revolución; el ruso comenzó, el alemán, el francés y el inglés la terminarán, y el socialismo triunfará."[99]

El argumento que nos espera más lejos es el del prestigio del estado: negar la teoría del socialismo nacional, "conduce [según los términos de Stalin] a desmochar nuestro país". Esta fraseología, intolerable para los oídos de un marxista, traiciona por sí sola toda la profundidad de la ruptura con la tradición bolchevique. Lo que temía Lenin no era un "desmoche", era la fanfarronada nacionalista.

"Somos [enseñaba Lenin en abril de 1918, en una sesión del soviet de Moscú] un destacamento revolucionario de la clase obrera que se ha adelantado, no porque seamos mejores que los otros obreros ni porque el proletariado de Rusia sea superior a la clase obrera de otros países, sino exclusivamente porque el nuestro era uno de los países más atrasados del mundo. Para nosotros la victoria definitiva llegará sólo cuando logremos aplastar de una vez y para siempre al imperialismo internacional, sostenido por la grandiosa fuerza de la técnica y la disciplina. Pero esa victoria solamente la obtendremos junto con todos los obreros de los países, del mundo entero."[100]

El llamamiento a un juicio razonable sobre uno mismo deviene el leitmotiv de los discursos de Lenin. "… si la revolución rusa (que no se debe a un mérito especial del proletariado ruso, sino al curso general de los acontecimientos históricos, que por la voluntad de la historia ha colocado transitoriamente a ese proletariado en el primer lugar,

---

[98] V. I. Lenin, "Discurso en IV Congreso de la Industria de la Confección", en *Obras Completas*, Tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, página 396.

[99] V. I. Lenin, "Tercer Congreso de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Informe sobre la actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo", en *Obras Completas*, Tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 151. Puede verse en el mismo discurso: "No me hago ilusiones acerca de que apenas hemos iniciado el período *de transición* al socialismo, de que aún no hemos llegado al socialismo" en la página 144; o: "Estimamos que cuando se nos pintan las dificultades que presenta nuestra obra, que cuando se nos dice que el triunfo del socialismo es posible sólo a escala mundial, ello no es más que un intento, que prueba la total desesperación de la burguesía y de sus partidarios voluntarios o involuntarios, de tergiversar una verdad absoluta. Va de suyo que la victoria completa del socialismo en un solo país es imposible.", en la página 150.

[100] V. I. Lenin, "Discurso pronunciado en el Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú", en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 31.

y lo ha convertido por ahora en la vanguardia de la revolución mundial)"[101] En la Conferencia de la provincia de Moscú de los Comités de Fábrica, el 23 de julio de 1918 Lenin decía: "… el papel de vanguardia del proletariado ruso en el movimiento obrero mundial no se debe al desarrollo económico del país. Justamente a la inversa: el atraso de Rusia […] Consciente del aislamiento de su revolución, el proletariado ruso ve con claridad que las condiciones necesarias y la premisa esencial de su victoria está en la acción conjunta de los obreros de todo el mundo, o de los obreros de varios países capitalistas adelantados."[102] Por supuesto que la insurrección de octubre no fue provocada solamente por el estado atrasado de Rusia, y Lenin lo entendía muy bien. Pero tuerce conscientemente el junco para enderezarlo enseguida.

En el Congreso de los Consejos de la Economía Nacional, es decir de los órganos especialmente llamados a edificar el socialismo, Lenin dice, el 26 de mayo de 1918: "No cerramos los ojos ante el hecho de que no podríamos realizar íntegramente y con nuestros solos esfuerzos la revolución socialista en un solo país, incluso si este país fuera mucho menos atrasado que Rusia". Adelantando aquí las futuras vías de la categoría burocrática, el orador añade esta explicación: "… ello no debe provocar el menor pesimismo, pues la tarea que nos proponemos es una tarea cuyas dificultades y significación tienen un alcance histórico mundial."[103]

En el Congreso de los Soviets del 8 de noviembre dice: "… la victoria total de la revolución socialista es inconcebible en un solo país y requiere la colaboración más activa, por lo menos, de varios países avanzados, que no incluyen a Rusia."[104] Lenin no solamente es que le niega a Rusia el derecho a tener su propio socialismo, sino que le asigna, de una forma demostrativa, un lugar de segundo orden en la edificación en común del socialismo en los otros países. ¡Qué criminal "desmoche" de nuestro país!

En marzo, en el congreso del partido, Lenin se mete con quienes quieren ir demasiado lejos: "Hemos adquirido experiencia práctica al dar los primeros pasos hacia la destrucción del capitalismo, en un país donde existen relaciones peculiares entre el proletariado y el campesinado. Pero nada más. Si nos comportáramos como la rana de la fábula y nos infláramos de engreimiento, sólo nos convertiríamos en el hazmerreír del mundo, seríamos simplemente unos fanfarrones."[105] ¿Puede alguien sentirse vejado al escuchar semejantes palabras? El 19 de mayo de 1921 Lenin exclamaba: "Pero ¿qué bolchevique ha negado jamás que la revolución no podría triunfar definitivamente más que tras haber ganado a todos los países avanzados o, al menos, a determinados de ellos?" En noviembre de 1920, en la conferencia del partido de la provincia de Moscú, ya había dicho que los bolcheviques ni han prometido ni soñado "… transformar todo el mundo con las fuerzas de Rusia sola. Pero nunca hemos tenido ideas tan extravagantes, y hemos dicho siempre que nuestra revolución vencerá cuando sea apoyada por los obreros de todos los países."[106]

---

[101] V. I. Lenin, "Reunión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú y de los sindicatos obreros. Informe sobre la lucha contra el hambre", en *ibídem*, página187.

[102] V. I. Lenin, "Informe en la Conferencia de la Provincia de Moscú de los Comités de Fábrica", en *ibídem*, página 314.

[103] V. I. Lenin, "Discurso a los Consejos de Economía Nacional", en *ibídem*, página 172.

[104] V. I. Lenin, "VI Congreso Extraordinario de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos, Cosacos y del Ejército Rojo. Discurso sobre la situación internacional", en *ibídem*, página 171.

[105] V. I. Lenin, "VIII Congreso del PC(b)R. Palabras finales para el informe sobre el programa del partido", en *Obras Completas*, Tomo XXXI, Akal Editor, Madrid, 1978, página 60.

[106] V. I. Lenin, "Conferencia del PC(b)R de la provincia de Moscú. Nuestra situación exterior e interna y las tareas del partido", en *Obras Completas*, Tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, página 119.

A principios de 1922 escribía: "Incluso ni hemos acabado de establecer las bases de una economía socialista. Las fuerzas hostiles del capitalismo agonizante todavía pueden disputárnosla. Hay que verlo claramente y reconocerlo francamente, pues no hay nada más peligroso que las ilusiones y vértigos, sobre todo cuando uno se encuentra en grandes alturas. No hay absolutamente nada de "terrible" en ello, nada que dé motivos legítimos para el menor desfallecimiento, si se reconoce esta amarga verdad pues siempre, y en numerosas ocasiones, hemos manifestado esta verdad que es el a b c del marxismo: para la victoria del socialismo se necesitan los esfuerzos conjuntos de los obreros de numerosos países avanzados."

Dos años y medio más tarde, Stalin exigirá que se renuncie al marxismo en esta cuestión esencial. ¿Por qué motivo? Según él, Marx habría ignorado la desigualdad de la evolución, es decir la ley más elemental de la dialéctica, tanto de la naturaleza como la de la sociedad. Pero ¿cómo tratar al mismo Lenin que, según Stalin, habría "descubierto" por primera vez la ley del desarrollo desigual por la experiencia del imperialismo y que, sin embargo, se atenía obstinadamente al "verdadero abecedario del marxismo? En vano buscaremos la explicación.

Según la sentencia de acusación de la Internacional Comunista "El trotskysmo actuaba y continúa actuando según la afirmación de que nuestra revolución no es en sí [¡!] en el fondo socialista, que la revolución de octubre sólo es una señal, un impulso y un punto de partida para la revolución socialista en Occidente." La transmutación en el sentido nacional se disimula aquí con la pura escolástica. La revolución de octubre "en sí" no existe en absoluto. Hubiera sido imposible sin toda la historia precedente de Europa, no tendría esperanza si no hubiese continuado en Europa y en el mundo entero. "La revolución rusa no es más que un eslabón en la cadena de la revolución internacional" (Lenin). Su fuerza radica precisamente allí donde los epígonos ven su "desmoche". Justamente por ello, y solamente por ello, en lugar de ser un todo que prevalece por sí mismo es una "señal", un impulso, un "punto de partida", un "eslabón", y adquiere un carácter socialista.

"Va de suyo que la victoria completa del socialismo en un solo país es imposible", decía Lenin en el III Congreso de los Soviets, en enero de 1918. Pero, en revancha, sí es posible alguna cosa: "Un ejemplo vivo, mostrando cómo se resuelve el problema en un país cualquiera… eso es lo que estimula a las masas trabajadoras en todos los países."[107] En julio, en una sesión del Comité Ejecutivo Central: "… nuestra tarea inmediata, repito, es retener este poder, esta antorcha del socialismo, para que se desprendan de ella las chispas que aviven el creciente incendio de la revolución socialista."[108]. Un mes más tarde, en un mitin obrero: "… la revolución se prepara y se producirá inevitablemente. Y debemos conservar el poder soviético intacto hasta que comience; nuestros errores deben servir de lección al proletariado de Occidente, al movimiento socialista mundial."[109]. Algunos días más tarde, en el Congreso de Instrucción Pública: "… la revolución rusa es sólo una muestra, sólo el primer paso en la serie de revoluciones..."[110] En marzo de 1919, en el congreso del partido: "La revolución rusa era, en suma, una repetición general… de la revolución proletaria mundial." No es una actuación celebrada independientemente, ¡solamente es una repetición general! ¡Qué tozudez y qué crueldad en el "desmoche"!

---

[107] V. I. Lenin, "Tercer Congreso de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Informe sobre la actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo", en *Obras Completas*, Tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 150.

[108] V. I. Lenin, "Discurso en la reunión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Moscú, los Comités de Fábrica y Talleres y los Sindicatos de Moscú", en *Obras Completas*, Tomo XXIX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 331.

[109] V. I. Lenin "Discurso en el mitin del Museo Politécnico", en *Ibídem*, página 392.

[110] V. I. Lenin, "Discurso en el I Congreso de toda Rusia de Instrucción Pública", en *Ibídem*, página 398.

Pero Lenin no se detiene ahí. El 8 de noviembre de 1918 dice: "Si ocurre que se nos derroca… tenderemos derecho a decir, sin disimular nuestros errores, que hemos utilizado el período que nos ha concedido la suerte íntegramente para la revolución socialista mundial." Tanto vistas con el método del pensamiento como con el de la psicología política, ¡cómo de alejadas están estas palabras de la arrogante suficiencia de los epígonos que se imaginan ser el ombligo del mundo!

Mantener el error cometido en una cuestión esencial porque así obliga el interés político lleva a innumerables errores y transforma gradualmente todo pensamiento. "… Nuestro partido no tiene derecho a engañar a la clase obrera [decía Stalin en el plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en 1926], debe decir claramente que quien no esté seguro de poder edificar el socialismo en nuestro país acabará rehusando el poder y renunciando a la dirección para pasar a la oposición…" La Internacional Comunista dio su bendición a este punto de vista en una resolución: "Negar esta posibilidad [la de un régimen socialista en un solo país] como lo hace la Oposición, no es otra cosa más que negar la existencia de las condiciones previas para la revolución socialista en Rusia." ¡Las "condiciones previas" no son el estado general de la economía mundial, ni las contradicciones internas del imperialismo, ni las relaciones de clase en Rusia, sino la garantía dada por adelantado de que existe la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país!

A esta deducción teleológica presentada por los epígonos durante el otoño de 1926 se puede replicar con las mismas consideraciones que opusimos a los mencheviques en la primavera de 1905: "Desde el momento en que el desarrollo objetivo de la lucha de clases le plantea al proletariado, en un momento determinado de la revolución, la alternativa: o bien asumir los derechos y obligaciones del poder o bien abandonar su posición de clase, la socialdemocracia se fija como tarea inmediata la conquista del poder. Y haciendo esto no ignora en absoluto los procesos objetivos del desarrollo que son de un orden más profundo, los procesos de crecimiento y concentración de la producción: desde el mismo momento en que la lógica de la lucha de clases, apoyándose al fin de cuentas en la marcha de la evolución económica, empuja al proletariado a la dictadura antes de que la burguesía haya agotado su misión económica… ello significa solamente que la historia hace recaer sobre el proletariado tareas de una formidable dificultad. Puede incluso que el proletariado resulte extenuado en esta lucha y sucumba bajo el peso de la carga, es posible. Pero no puede rechazar sus tareas más que bajo pena de una descomposición de clase y de un deslizamiento de todo el país hacia la barbarie." A ello no tengo nada que añadir ni incluso ahora.

En mayo de 1918 Lenin escribía: "… Sería un error irreparable declarar que, desde el momento en el que reconocemos la falta de correlación entre nuestras fuerzas económicas y nuestra fuerza política", de ello se dedujese "que no debíamos de haber tomado el poder… Así razonan los chupatintas olvidando que jamás habrá "correlación", que no puede existir en la evolución natural ni tampoco en la evolución social, que solamente a través de sucesivos ensayos (cada uno de los cuales tomado aparte sería unilateral y enturbiado con determinada disparidad) se constituirá un socialismo integral con la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países." Las dificultades de la revolución internacional deben superarse no con una adaptación pasiva, ni con una renuncia al poder, ni con la actitud expectante de una nación que espera el levantamiento universal, sino con la acción completamente viva, con la victoria lograda sobre las contradicciones, con la dinámica de la lucha y con la ampliación de su terreno.

Si se toma en serio la filosofía histórica de los epígonos, en vísperas de octubre los bolcheviques tenían que saber por adelantado, en primer lugar, que tendrían en su contra a legiones de enemigos; después, que del comunismo de guerra pasarían a la Nep;

por fin, que en caso de necesidad edificarían su socialismo nacional. En una palabra, antes de tomar el poder debían establecer un balance exacto y anotar el saldo en su activo. Lo que se ha producido en realidad no se parece nada a esta piadosa caricatura.

En un informe al congreso del partido en marzo de 1923, Lenin decía: “Constantemente hemos tenido que marchar a tientas. El hecho deviene evidente cuando tratamos de lanzar una mirada de conjunto sobre lo que hemos vivido. Pero ello no nos ha hecho temblar en absoluto, incluso ni el 10 de octubre de 1917, cuando se decidía la cuestión de la tomar del poder. No dudamos que nos haría falta experimentar, según la expresión del camarada Trotsky, hacer ensayos. Nos lanzamos a una empresa a la que nadie en el mundo se había arriesgado en tal escala.” Y más adelante: “¿Quién pues ha podido hacer la mayor de las revoluciones sabiendo por adelantado cómo llevarla hasta el final? ¿De dónde se podría extraer semejante saber? No se encuentra en los libros. No existen libros de ese género. Nuestra revolución sólo pudo nacer de la experiencia de las masas.”

Los bolcheviques no buscaban la certeza de que se podía edificar en Rusia un régimen socialista, no la necesitaban, era contraria a todo lo que les había enseñado la escuela del marxismo. “La táctica de los bolcheviques… [escribía Lenin contra Kautsky], era la única táctica internacionalista, porque se basaba, no en el temor cobarde a la revolución mundial, no en una “falta de fe” filistea en ella. [La táctica de los bolcheviques]…hacía todo lo posible en un solo país para el desarrollo, el apoyo y el despertar de la revolución en todos los países.”[111] Con semejante táctica uno no puede trazarse un itinerario infalible y menos aún podría uno garantizarse una victoria nacional. Pero los bolcheviques lo sabían: el peligro es un elemento de la revolución como de la guerra. Marchaban con los ojos abiertos ante los peligros.

Ofreciéndole al proletariado como ejemplo y prueba la valentía con la que la burguesía corre riesgos de guerra por sus intereses, Lenin estigmatizaba con aversión a esos socialistas que “tienen miedo a entablar el combate si no se les garantiza” un fácil éxito… “Merecen tres veces el menosprecio, esta escoria del socialismo internacional, estos lacayos de la moral burguesa.” Es sabido que Lenin no se molestaba en escoger expresiones cuando le ahogaba la indignación.

“Pero ¿qué hacer [pregunta con insistencia Stalin] si la revolución mundial está condenada al retraso? ¿Hay algún claro a la vista para nuestra revolución? Trotsky no propone ningún claro.” Los epígonos exigen privilegios históricos para el proletariado ruso: debe haber carriles preparados ante él para un movimiento ininterrumpido hacia el socialismo, independientemente de lo que pueda pasarle al resto de la humanidad. ¡Lástima! La historia no ha fabricado esos carriles. En el VII Congreso del partido, Lenin decía: “Si examinamos la situación desde el punto de vista histórico mundial, indudablemente no habría esperanza de victoria final de nuestra revolución si quedásemos solos, si no hubiera movimientos revolucionarios en otros países.”[112]

Pero, incluso en ese caso, no sería estéril. En mayo de 1919, en el Congreso de la Enseñanza para Adultos, Lenin decía: “…aun cuando los imperialistas derrocaran mañana (eso fue en setiembre del año pasado) al gobierno bolchevique, ni por un segundo nos arrepentiríamos de haber tomado el poder. Y ni un solo obrero con conciencia de clase […] se arrepiente de ello ni duda de que nuestra revolución, a pesar de todo, ha

[111] V. I. Lenin, “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, en *Obras Completas*, Tomo XXX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 143.
[112] V. I. Lenin, “Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b)R. Informe político del Comité Central”, en *Obras Completas*, Tomo XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 301.

triunfado."[113] Pues Lenin sólo se figuraba la victoria en la continuidad internacional de la evolución y de la lucha. "La sociedad nueva […] es una abstracción que sólo se puede encarnar en diversos ensayos, incompletos, concretos, para crear tal o tal estado socialista." La clara diferencia y, en cierto sentido, la oposición de "estado socialista" y de "sociedad nueva" dan la clave de innumerables abusos cometidos por la literatura de los epígonos sobre los textos de Lenin.

Con una extrema simplicidad, Lenin explicaba el sentido de la estrategia bolchevique al final del quinto año siguiente a la toma del poder. "Cuando, en nuestros tiempos, inauguramos la revolución internacional actuamos así no porque estuviésemos convencidos de poder determinar de antemano el movimiento, sino porque numerosas circunstancias nos empujaban a comenzar esta revolución. Pensábamos: o bien la revolución internacional vendrá en nuestra ayuda, y entonces nuestras victorias estarán completamente aseguradas, o bien cumpliremos nuestro modesto trabajo revolucionario, comprendiendo que en caso de derrota habríamos servido a la causa de la revolución, y que nuestra experiencia sería de una determinada utilidad para otras revoluciones. Teníamos claro que, sin el apoyo de una revolución internacional, mundial, la victoria de la revolución proletaria era imposible. Hasta la revolución, y también tras ella, pensábamos: enseguida, o al menos muy pronto, estallará la revolución en el resto de países, en los que están más desarrollados en el plano capitalista; o, en caso contrario, pereceremos. Aunque concebimos así las cosas hicimos todo lo posible para salvaguardar, bajo cualquier circunstancia y a cualquier precio, el sistema soviético, sabiendo que trabajábamos no solamente para nosotros sino, también, para la revolución internacional. Lo sabíamos, hemos expresado más de una vez esta convicción antes de la revolución de octubre, igualmente también inmediatamente después y durante la época en la que se debatía y firmaba la paz de Brest-Litovsk. Y en resumidas cuentas esto era correcto." Los vencimientos se aplazaron, la trama de los acontecimientos se presentó de forma imprevista bajo muchos aspectos, pero la orientación esencial sigue sin cambiar.

¿Qué se puede añadir a estas palabras? "Comenzamos… la revolución internacional." Si la insurrección en occidente no se produce "enseguida, o al menos muy pronto", pensaban los bolcheviques, "pereceremos". Pero, incluso en ese caso, la conquista del poder estará justificada; otros se instruirán gracias a la experiencia de quienes hayan sucumbido. "Militamos no solamente por nosotros sino, también, por la revolución internacional." Estas ideas de Lenin, profundamente embebidas de internacionalismo, fueron expuestas por él en el Congreso de la Internacional Comunista. ¿Le replicó alguien? ¿Alguien aludió a la posibilidad de un régimen socialista nacional? ¡Nadie dijo ni una palabra sobre ello!

Cinco años después, en el VII Plenario del Ejecutivo de la Internacional Comunista, Stalin desarrollaba consideraciones de un carácter completamente opuesto. Ya las conocemos. Si falta "la certeza de la posibilidad de la edificación del socialismo en nuestro país", el partido debe devenir de "partido dirigente, en partido de oposición…". Es necesario garantizarse el éxito antes de apoderarse del poder; no está permitido buscar tales garantías más que en el marco nacional; hay que estar seguros de poder edificar el socialismo en la Rusia campesina; en cambio, puede despreciarse perfectamente la garantía de una victoria del proletariado mundial. ¡Cada uno de los eslabones de esta cadena lógica golpea en toda la cara a la tradición del bolchevismo!

Para disimular su ruptura con el pasado, la escuela estalinista trató de utilizar algunas líneas de Lenin, las que le parecían las menos inservibles. El artículo de 1915

[113] V. I. Lenin, "Primer Congreso de toda Rusia de enseñanza para adultos. Discurso sobre el engaño al pueblo con consignas de libertad e igualdad", en *Obras Completas*, Tomo XXXI, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 238 y 239.

sobre los Estados Unidos de Europa hace, de pasada, el comentario que la clase obrera debe, en cada país, conquistar el poder y emprender la edificación socialista sin esperar a nadie. Si, tras estas líneas incontestables, se hubiese disimulado la idea de un régimen de socialismo nacional ¿cómo Lenin lo hubiera podido olvidar tan radicalmente durante los años siguientes y contradecirlo con tanta obstinación y a cada paso? Pero es inútil recurrir a argumentos indirectos cuando se poseen argumentos muy directos. Las tesis-programa, elaboradas por Lenin en ese mismo año de 1915, responden a la cuestión exacta y directamente: "La tarea del proletariado de Rusia es llevar hasta el final la revolución burguesa democrática en Rusia para alumbrar el fuego de la revolución socialista en Europa. Esta segunda tarea es ahora extremadamente cercana a la primera, pero sigue siendo, no obstante, una tarea particular de segundo plano pues se trata de clases diferentes colaborando con el proletariado de Rusia; para la primera, el colaborador es el campesinado pequeño burgués de Rusia; para la segunda lo es el proletariado del resto de países." No se puede pedir mayor claridad.

La segunda referencia a Lenin no está mejor basada. Es un artículo inacabado sobre la cooperación en el que dice que en la República Soviética se posee "todo lo que es indispensable y suficiente" para realizar, sin nuevas revoluciones, la transición hacia el socialismo: se trata, como lo muestra muy claramente el texto, de condiciones previas políticas y jurídicas. El autor no se olvida de recordar la insuficiencia de las bases de la producción y de la cultura. Lenin expresó más de una vez esta misma idea. "Lo que nos falta [escribía en un artículo del mismo período, a principios de 1923] es una cultura que permita pasar directamente al socialismo, aunque para ello tengamos las condiciones políticas previas." En ese caso, como en el resto, Lenin partía del hecho que el proletariado de occidente marcharía hacia el socialismo, haciéndolo al lado del proletariado ruso y precediéndolo. El artículo sobre la cooperación no indica en absoluto que la república soviética pueda crear, a la moda reformista y armoniosamente, su socialismo nacional en lugar de insertarse en el proceso de los antagonismos y revoluciones, en un régimen socialista mundial. Las dos citas, introducidas incluso en el texto del programa de la Internacional Comunista, han sido después ampliamente explicadas en nuestra *Crítica del programa*[114], y nuestros adversarios no han intentado ni una sola vez defender sus elucubraciones y sus errores. Por otra parte, semejante tentativa carecería de esperanza.

En marzo de 1923, es decir en el último período de su trabajo creativo, Lenin escribía: "Nos encontramos… en el momento presente, ante un interrogante: ¿lograremos mantenernos con nuestra producción rural pequeña, muy pequeña, y ante nuestras ruinas hasta el momento en el que los países capitalistas de Europa Occidental cumplan su revolución hacia el socialismo?" Lo vemos otra vez: los vencimientos se habían atrasado al máximo, la trama de los acontecimientos se había modificado, pero la base internacional de la política se mantenía inmutable. La creencia en la revolución internacional (según Stalin la "falta de fe" en las fuerzas internas de la revolución rusa) acompañó al gran internacionalista hasta la tumba.

Los epígonos tuvieron la posibilidad de "nacionalizar" las opiniones de Lenin solamente aplastándolo bajo un mausoleo.

***

De la división mundial del trabajo, de la desigualdad del desarrollo de las diversas naciones, de su interdependencia económica, de la desigualdad de la cultura bajo sus diversos aspectos según los países, resulta que el régimen socialista sólo puede

---

[114] Ver particularmente entre páginas 31 y 39, formato pdf, en "Crítica del Programa", en *La Internacional Comunista después de Lenin*, Edicions Internacionals Sedov.

construirse de acuerdo con el sistema de una espiral económica que repartirá las incompatibilidades internas de tal o tal otro país sobre todo un grupo de países y las compensará con servicios recíprocos y con complementos mutuos de las economías y culturas, es decir, y al fin de cuentas, sobre el terreno mundial.

El antiguo programa del partido adoptado en 1903 comienza: "… el desarrollo del intercambio y de la producción internacionales en el mercado mundial creó lazos tan estrechos entre todos los pueblos del mundo civilizado, que el movimiento obrero actual debió adquirir, y adquirió hace tiempo, carácter internacional."[115] La preparación del proletariado para la próxima revolución social está definida como la tarea de la "socialdemocracia internacional". Sin embargo, "en la vía que lleva a su objetivo final común… los socialdemócratas de diversos países se ven forzados a plantear tareas inmediatas que no son las mismas para unos y para otros." En Rusia, la tarea es derrocar al zarismo. La revolución democrática se considera de antemano como una etapa nacional hacia la revolución socialista internacional.

La misma concepción fue puesta en la base del nuevo programa adoptado por el partido cuando éste conquistó el poder. En una discusión previa sobre el proyecto de programa para el VII Congreso, Miliutin aportó una enmienda a la resolución de Lenin: "Propongo [decía] insertar las palabras "revolución socialista internacional" allí donde se habla de "la era comenzada de la revolución socialista" … Pienso que una exposición de motivos es inútil… Nuestra revolución social sólo puede vencer como revolución internacional. No puede vencer únicamente en Rusia dejando subsistir al régimen burgués en los países que la rodean… Propongo introducir esta enmienda para evitar cualquier malentendido." El presidente Sverdlov: "El camarada Lenin acepta la enmienda; es pues inútil votar." ¡Este pequeño episodio de técnica parlamentaria (¡"una exposición de motivos es inútil", y "es inútil votar"!) demuele la historiografía mentirosa de los epígonos de una forma que puede que sea más convincente que el estudio más cuidadoso! El hecho que el mismo Miliutin, así como Skavortsov-Stepánov más arriba citado, condenasen muy pronto sus propias opiniones bajo la denominación de "trotskysmo", este hecho no cambia en nada la naturaleza de las cosas. Los grandes torrentes históricos son más fuertes que las vértebras del hombre. El ascenso de la marea levanta a generaciones políticas enteras y el reflujo se las lleva. Por otra parte, las ideas son aptas para vivir incluso tras la muerte física o espiritual de sus propagadores.

Un año más tarde, en el VIII Congreso del partido, que confirmó el nuevo programa, se dilucidó de nuevo la misma cuestión en un intercambio de vivas replicas entre Lenin y Podbelsky. El delegado de Moscú protestaba contra el hecho de que, a pesar de la revolución de octubre, se continuase hablando en el futuro de la revolución social. "El camarada Podbielsky objeta que en uno de los puntos se hablara de la inminente revolución social. […] ¿Cómo? ¿Estamos en la revolución social y el programa habla de ella como de algo que aún tenemos por delante? Está claro que semejante argumento es insostenible, pues nuestro programa habla de la revolución social en escala mundial."[116] ¡Ciertamente: la historia del partido no les ha dejado a los epígonos un solo rincón sin aclarar!

En el programa adoptado en 1921 por la Juventud Comunista, se presenta la misma cuestión bajo una forma particularmente simple y popular. En uno de sus párrafos se dice: "Rusia, aunque posea inmensas riquezas naturales, no deja de ser un país atrasado desde el punto de vista industrial y en el que predomina una población pequeño burguesa.

[115] V. I. Lenin, "Proyecto de programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia", en *Obras Completas*, Tomo VI, Akal Editor, Madrid, 1976, página 45.
[116] V. I. Lenin, "VIII Congreso del PC(b)R. Palabras finales para el informe sobre el programa del partido", en *Obras Completas*, Tomo XXXI, Akal Editor, Madrid, 1978, página 55.

Sólo puede alcanzar el socialismo gracias a una revolución proletaria mundial la hora de cuyo desarrollo ha llegado para nosotros.” Aprobado en su tiempo por el buró político, con la participación no solamente de Lenin y Trotsky sino también de Stalin, ese programa conservaba todavía todo su valor en el otoño de 1926 cuando el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista consideraba como un pecado mortal el rechazo a reconocer el socialismo en un solo país.

En los dos años siguientes los epígonos se vieron, sin embargo, forzados a archivar los documentos-programa de la época de Lenin. Se llamó programa de la Internacional Comunista a un nuevo programa hecho con la reunión de fragmentos. Si en Lenin en el programa “ruso” se trata de la revolución internacional, en los epígonos se trata del socialismo “ruso” en el programa internacional.

¿Cuándo y cómo se mostró por primera vez abiertamente la ruptura con el pasado? Es mucho más fácil señalar la fecha histórica teniendo en cuenta que se corresponde con un momento significativo en la biografía de Stalin. En abril de 1924, tres meses después de la muerte de Lenin, Stalin exponía modestamente los puntos de vista traiciónales del partido: “… Derrocar el poder de la burguesía y establecer el poder del proletariado en un solo país [escribía en su libro *Cuestiones del leninismo*], ello no significa aún la garantía de una completa victoria del socialismo. La tarea principal del socialismo (la organización de la producción socialista) todavía está delante de nosotros. ¿Se puede resolver este problema, se puede llegar a una victoria definitiva del socialismo en un solo país sin los esfuerzos conjugados de los proletarios de numerosos países avanzado? No, no se puede. Para el derrocamiento de la burguesía es suficiente con los esfuerzos de un solo país (esto ha quedado demostrado por la historia de nuestra revolución). Para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no son suficientes los esfuerzos de los proletarios de diversos países avanzados…” Stalin acaba esta exposición con las siguientes palabras: “Tales son, en términos generales, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria.”[117]

Hacia el otoño del mismo año, bajo la influencia de la lucha contra el “trotskysmo”, se demostró de golpe que precisamente Rusia, a diferencia del resto de países, podía construir con sus propios medios un régimen socialista si no lo impedía una intervención “Habiendo consolidado su poder y arrastrado tras de sí al campesinado [escribía Stalin en una nueva edición de la misma obra], el proletariado del país vencedor puede y debe edificar un régimen socialista.” ¡Puede y debe! “es necesaria una victoria de la revolución al menos en numerosos países” solamente para “proteger por completo al país frente a una intervención”. La proclamación de esta nueva concepción, que le reserva al proletariado mundial el papel de guardia fronteriza, acaba con las mismas palabras: “Tales son, en conjunto, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria”. En menos de un año Stalin le atribuye a Lenin dos puntos de vista diametralmente opuestos sobre la cuestión esencial del socialismo.

En el plenario del comité central, en 1927, Trotsky declaraba a propósito de los dos puntos de vista opuestos de Stalin: “Se puede alegar que Stalin se equivoca y después ha corregido. Pero ¿cómo ha podido equivocarse en tal punto sobre semejante cuestión? Si es justo decir que Lenin ofreció ya en 1915 la teoría de la edificación del socialismo en un solo país (lo que es radicalmente falso); si es cierto que después Lenin no hizo más que desarrollar y reforzar ese punto de vista (lo que es radicalmente falso), ¿cómo pues, se preguntará uno, ha podido Stalin elaborar por sí mismo, sobre esta cuestión de primera

---

[117] Stalin, “Los fundamentos del leninismo” Únicamente el último párrafo se corresponde con la cita de la edición contemporánea aportada por Trotsky, estando el resto muy retocado *a posteriori* en *Obras Escogidas en I volumen*, páginas 66-67: https://www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe1/Stalin%20-%20Obras%20escogidas.pdf .

magnitud, y viviendo Lenin y en el último período de su existencia, ese punto de vista que encontró su expresión en la fórmula de Stalin en 1924? Resulta de ello que, sobre esta cuestión capital, Stalin siempre ha sido simplemente trotskysta y que solamente en 1924 dejó de serlo… No estaría mal que Stalin encontrase en sus propios textos al menos un pasaje que demostrase que él había hablado de la edificación del socialismo en un solo país antes de 1924. ¡No lo encontrará!" Este desafío quedó sin respuesta.

Sin embargo, no hay que exagerar la profundidad efectiva de la evolución estalinista. Igual que como en las cuestiones concernientes a la guerra y a la actitud hacia el gobierno provisional, o en la cuestión nacional, Stalin mantenía dos actitudes sobre las perspectivas generales de la revolución: una independiente, orgánica, que no siempre expresó y, en cualquier caso, jamás expresó hasta el límite; la otra convencional, fraseológica, adoptada de Lenin. En la medida en que se trata de hombres pertenecientes a un solo y mismo partido no puede uno figurarse un abismo más profundo que el que separa a Stalin de Lenin, tanto sobre las cuestiones esenciales de la concepción revolucionaria como en la psicología política. La naturaleza oportunista de Stalin queda oculta gracias a que se apoya en una revolución proletaria triunfante. Pero hemos visto la posición independiente de Stalin en marzo de 1917: teniendo tras de sí una revolución burguesa ya consumida, le propone al partido como tarea "frenar la desunión" de la burguesía, es decir que se opone de hecho a la revolución proletaria. Si ésta se realizó no fue por culpa de él. Con toda la burocracia, Stalin se coloca en el terreno del hecho cumplido. Desde el momento en que hay una dictadura del proletariado debe haber también socialismo. Habiendo girado los argumentos de los mencheviques contra la revolución proletaria en Rusia, con la teoría del socialismo en un solo país Stalin se ha puesto en guardia contra la revolución internacional. Y como jamás ha meditado hasta el final las cuestiones de principios, no ha podido hacer otra cosa más que imaginar que "en suma" siempre ha pensado como durante el otoño de 1924. Y como, por otra parte, nunca se puso en contradicción con la opinión dominante del partido, no ha podido librarse de imaginar que, "en suma", éste pensaba como él.

A principio, la sustitución fue inconsciente. No se trataba de una falsificación sino de una degradación ideológica. No obstante, a medida que la doctrina del socialismo nacional ha ido tropezando con una crítica bien armada, ha sido necesaria la intervención organizada del aparato, principalmente quirúrgica. La teoría del socialismo nacional quedó decretada. Se demostró mediante el método del contrario: gracias al arresto de quienes no la admitían. Al mismo tiempo se abrió la era de un travestismo sistemático del pasado del partido. Su historia devino un palimpsesto. Hasta el presente se continúa desnaturalizando los pergaminos y ello con unas rabiosas ganas.

Sin embargo, no fueron las medidas represivas y las falsificaciones lo que tuvieron una importancia decisiva. El triunfo de las nuevas opiniones, que respondían a la situación e intereses de la burocracia, descansaba en circunstancias objetivas, transitorias, pero extremadamente potentes. Las posibilidades que se habían abierto ante la república soviética eran, tanto en política exterior como interior, mucho más considerables de lo que nadie había podido esperar antes de la insurrección. El estado obrero aislado, no solamente se mantuvo en medio de legiones de enemigos, sino que, además, despuntó económicamente. Estos hechos brutos modelan la opinión pública de la joven generación que no ha aprendido todavía a pensar en sentido histórico, es decir a comparar y prever.

La burguesía europea se había quemado demasiado los dedos durante la última guerra como para decidirse fácilmente a entablar una nueva. El temor a las consecuencias revolucionarias ha paralizado hasta ahora los planes de intervención militar. Pero el temor no es un factor seguro. La amenaza de la revolución no ha reemplazado todavía hasta ahora a la misma revolución. Un peligro que tarda en plasmarse pierde su valor operativo.

Al mismo tiempo, el antagonismo irreductible entre el estado obrero y el mundo del imperialismo busca la forma de estallar. Los acontecimientos de los últimos tiempos son tan elocuentes que las esperanzas depositadas en una "neutralización" de la burguesía mundial hasta la finalización de la edificación socialista han sido ahora abandonadas por la fracción dirigente; en cierto sentido aquellas han cambiado incluso por su contrario.

Los éxitos industriales obtenidos a lo largo de los años de paz se mantienen como una prueba, adquirida para siempre, de las incomparables ventajas de que goza una economía planificada. Este hecho no encierra ninguna contradicción con el carácter internacional de la revolución: el socialismo no podría realizarse en la arena mundial si sus elementos y bases no estuviesen preparados en diversos países. No se debe al azar que los adversarios de la teoría del socialismo nacional han sido, precisamente, los protagonistas de la industrialización, del principio del plan económico, del Plan Quinquenal, en particular, y de la colectivización. Rakovsky, y con él millares de otros bolcheviques, pagan con años de deportación y prisión los costes de la lucha a favor de una audaz iniciativa económica. Pero ellos mismos, por otra parte, han sido los primeros en levantarse contra la sobreestimación de los resultados obtenidos y la petulancia nacional. En revancha, los "prácticos" desconfiados y miopes, que hace tiempo pensaban que el proletariado de la Rusia atrasada no podría acceder al poder y que, tras la conquista del poder, negaban la posibilidad de una amplia industrialización y de la colectivización, han ocupado enseguida la posición completamente opuesta: los éxitos obtenidos contra sus propias previsiones simplemente los han multiplicado para hacer así resultados presumidos de una serie de planes quinquenales, substituyendo la perspectiva histórica por una tabla de multiplicar. Ahí está la teoría del socialismo en un solo país.

En realidad, el actual crecimiento de la economía soviética sigue un proceso contradictorio. Consolidando al estado obrero, los logros económicos no llevan completamente de forma automática a la creación de una sociedad armoniosa. Por el contrario, preparan en un nivel más elevado la intensificación de las contradicciones que pone de manifiesto una construcción socialista aislada. La Rusia rural continúa necesitando un plan económico general edificado con la Europa urbana. La división mundial del trabajo se eleva por encima de la dictadura del proletariado en un solo país y le prescribe imperiosamente las vías a seguir. La insurrección de octubre no excluyó a Rusia de la evolución del resto de la humanidad; por el contrario, la ligó más estrechamente a ella. Rusia ya no es un gueto de la barbarie, pero todavía no es la Arcadia del socialismo. Es el país con la situación más transitoria en nuestra época de transición. "La revolución rusa no es más que un eslabón en la cadena de la revolución internacional." El estado actual de la economía mundial permite decir sin duda alguna: el capitalismo se ha acercado mucho más a la revolución proletaria de lo que la Unión Soviética se ha acercado al socialismo. La suerte del primer estado obrero está indisolublemente ligada a la del movimiento emancipador en Occidente y en Oriente. Pero este es un sujeto de importancia que exige ser estudiado aparte. Confiamos en poder volver sobre él.

Referencias históricas sobre la teoría de la "revolución permanente"

En el apéndice del primer volumen de esta historia[118] dimos amplios extractos de una serie de artículos escritos por nosotros en marzo de 1917 en Nueva York, y de nuestros artículos polémicos más recientes contra el profesor Pokrovsky. En ambos casos

[118] Primera parte de esta edición en un solo volumen "La Revolución de Febrero", el apéndice más arriba en página 306 y siguientes.

se trataba de un análisis de las fuerzas motrices de la revolución rusa, y en parte también de la internacional. Sobre la base de este problema, las agrupaciones de principios fundamentales habían cristalizado en el campo revolucionario ruso desde principios de siglo. A medida que subía la marea revolucionaria, adquirían cada vez más el carácter de un programa estratégico y, finalmente, un carácter directamente táctico. Los años 1903 a 1906 fueron un período de intensa cristalización de las tendencias políticas en la socialdemocracia rusa. Fue en esa época cuando se redactó nuestra obra *Resultados y perspectivas*[119]. Se escribió por secciones y con diferentes propósitos. Un encarcelamiento en diciembre de 1905 le permitió al autor exponer más sistemáticamente que antes sus puntos de vista sobre el carácter de la revolución rusa y sus perspectivas. Esta obra, recopilada, apareció como libro en lengua rusa en 1906. Para que los extractos de la misma que se ofrecen a continuación ocupen un lugar adecuado en la mente del lector, debemos recordarle de nuevo que en 1904-1905 ninguno de los marxistas rusos defendía, ni siquiera pronunciaba, el pensamiento de la posibilidad de construir una sociedad socialista en un solo país en general, y particularmente en Rusia. Esta concepción se expresó por primera vez en forma impresa sólo veinte años después, en el otoño de 1924. En el período de la primera revolución, como también en los años entre las dos revoluciones, la disputa se refería a la dinámica de la revolución burguesa, y no a las oportunidades y posibilidades de una revolución socialista. Todos los partidarios actuales de la teoría del socialismo en un país, sin una sola excepción, limitaban durante ese período las perspectivas de la revolución rusa a una república democrático-burguesa, y hasta abril de 1917 consideraban imposible no sólo la construcción del socialismo nacional, sino también la conquista del poder por el proletariado de Rusia antes de que se inaugurara la dictadura del proletariado en países más avanzados.

Por “trotskysmo”, en el período de 1905 a 1917, se entendía esa concepción revolucionaria según la cual la revolución burguesa en Rusia no podría resolver sus problemas sin alzar al proletariado al poder. Sólo en el otoño de 1924, el “trotskysmo” comenzó a significar la concepción según la cual el proletariado ruso, habiendo llegado al poder, no sería capaz de construir una sociedad nacional socialista sólo con sus propias fuerzas.

Para comodidad del lector, presentaremos la disputa esquemáticamente en forma de un diálogo en el que la letra *T* significa un representante de la concepción “trotskysta”, y la letra *S* significa uno de esos “prácticos” rusos que ahora están a la cabeza de la burocracia soviética.

1905-1917

T.: La revolución rusa no puede resolver su problema democrático, sobre todo el problema agrario, sin colocar a la clase obrera en el poder.

S.: ¿Pero eso no significa la dictadura del proletariado?

T.: Indudablemente.

S.: ¿En la Rusia atrasada? ¿Antes de que ocurra en los países capitalistas avanzados?

T.: Exactamente.

S.: Pero usted no tiene en cuenta al pueblo ruso, es decir, al campesinado atrasado y hundido en el fango de la semi servidumbre.

T.: Por el contrario, sólo la profundidad del problema agrario abre la perspectiva inmediata de una dictadura del proletariado en Rusia.

S.: ¿Rechaza, entonces, la revolución burguesa?

[119] León Trotsky, *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución*, en estas mismas OELT-EIS.

T.: No, sólo trato de demostrar que su dinámica conduce a la dictadura del proletariado.

S.: ¿Pero eso significa que Rusia está madura para la construcción del socialismo?

T.: No, no es así. La evolución histórica no tiene ese carácter planificado y armonioso. La conquista del poder por el proletariado en la Rusia atrasada fluye inexorablemente de la correlación de fuerzas en la revolución burguesa. Las perspectivas económicas que abrirá la dictadura del proletariado dependen de las condiciones internas y mundiales bajo las que comience. No hace falta decir que Rusia no puede llegar al socialismo de forma independiente. Pero una vez inaugurada la era de la transformación socialista, puede impulsar el desarrollo socialista de Europa y llegar así al socialismo siguiendo la estela de los países avanzados.

1917-1923

S.: Debemos reconocer que Trotsky "incluso antes de la revolución de 1905 avanzó la original y ahora particularmente famosa teoría de la revolución permanente, afirmando que la revolución burguesa de 1905 pasaría directamente a una revolución socialista y sería la primera de una serie de revoluciones nacionales". (La cita es de las notas a las Obras Completas de Lenin, publicadas en vida de éste).

1924-1932

S.: Entonces, ¿niega que nuestra revolución pueda llegar al socialismo?

T.: Creo, como antes, que nuestra revolución puede y debe llegar al socialismo después de haber adquirido un carácter internacional.

S.: ¿No cree, entonces, en las fuerzas internas de la revolución rusa?

T.: Es extraño que esto no me haya impedido prever y predicar la dictadura del proletariado cuando usted la rechazaba por utópica.

S.: Pero, sin embargo, ¿niega usted la revolución socialista en Rusia?

T.: Hasta abril de 1917 me acusasteis de rechazar la revolución burguesa. El secreto de vuestras contradicciones teóricas reside en que os habéis quedado muy atrás del proceso histórico y ahora intentáis alcanzarlo y superarlo. A decir verdad, éste es también el secreto de vuestros errores en la industria.

***

El lector debería tener siempre ante sí estas tres etapas históricas en el desarrollo de las concepciones revolucionarias en Rusia, si desea juzgar correctamente las cuestiones reales en la actual lucha de facciones y grupos en el comunismo ruso.

***

Extractos del artículo del año 1905, *Resultados y perspectivas*

Revolución y el proletariado

El proletariado crece y se fortalece con el crecimiento del capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es equivalente al desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder ha de pasar a manos de la clase obrero no depende *directamente* de la situación de las fuerzas productivas sino de las condiciones de la lucha de clases, de la situación internacional y, finalmente, de una serie de elementos subjetivos: tradición, iniciativa, disposición para el combate…

Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado

La idea de que la dictadura proletaria depende en algún modo automáticamente de las fuerzas y medios técnicos de un país, es un prejuicio de un materialismo

"económico" simplificado hasta el extremo. Tal concepto no tiene nada en común con el marxismo. En nuestra opinión la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución, así *tiene que ser*) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio políticos.

El marxismo es sobre todo un método de análisis; no del análisis de textos, sino del de las relaciones sociales. ¿Es justo, en rusia, que la debilidad del liberalismo capitalista signifique a todo trance la debilidad del movimiento obrero?

El número de proletarios industriales, su grado de concentración, su nivel cultural y su importancia política dependen, sin duda, del grado de desarrollo de la industria capitalista. Pero esta dependencia no es directa; entre las fuerzas productivas de un país y las fuerzas políticas de sus clases se interponen, en cada momento, diferentes factores sociales y políticos de carácter nacional e internacional, que pueden llevar la configuración policía correspondiente a unas condiciones económicas en una dirección inesperada, e incluso cambiarla por completo. Aunque las fuerzas productivas de la industria en los Estados Unidos son diez veces más grandes que las nuestras, el papel político del proletariado ruso, su influencia en la política internacional, en la política de nuestro país, y la posibilidad de tener influencia en la política internacional en un futuro próximo es incomparablemente mayo que el papel y la importancia del proletariado norteamericano.

El proletariado en el poder y el campesinado

En el caso de una victoria decisiva de la revolución, el poder es traspasado a manos de la clase que ha desempeñado el papel dirigente en la lucha, en otras palabras: a las del proletariado en nuestro caso. Desde luego esto no excluye en lo más mínimo (y lo decimos aquí) que representantes revolucionarios de grupos sociales no proletarios entren en el gobierno. Ellos pueden y deben hacerlo; una política sana inducirá al proletariado a permitir que participen en el poder los líderes influyentes de la pequeña burguesía, de la intelligentsia o del campesinado. Toda la cuestión radica en esto: ¿*Quién da a la política gubernamental su contenido y quién constituye en el poder una mayoría homogénea*? Es muy diferente que representantes de capas democráticas del pueblo participen en un gobierno de mayoría obrera, a que los representantes del proletariado colaboren, más o menos como rehenes honoríficos, con un gobierno evidentemente democrático burgués.

El proletariado no puede consolidar su poder sin ampliar la base de la revolución.

Muchas capas de las masas trabajadoras, sobre todo en el campo, serán incluidas por vez primera en la revolución, y, sólo entonces, conocerán una organización política, cuando la vanguardia de la revolución, el proletariado urbano, haya subido a poder estatal.

… el carácter de nuestras condiciones sociohistóricas que carga todo el peso de la revolución burguesa sobre los hombros del proletariado, causará al gobierno obrero dificultades enormes; pero, simultáneamente, también le proporcionará, por lo menos en los primeros tiempos de su existencia, inestimables ventajas. Esto tendrá su efecto en las relaciones entre el proletariado y el campesinado.

Ahora, y por mucho tiempo ya, a la revolución rusa se le ha cerrado el camino de la edificación de cualquier orden burgués constitucional que pudiera solucionar, aunque sólo fuesen las tareas más simples de una democracia.

El destino de los intereses revolucionarios más elementales del campesinado (incluso de la *clase entera* campesina) está, por consiguiente, entrelazado con el destino de toda la revolución, es decir con el destino del proletariado.

El proletariado, hallándose en el poder, se mostrará ante el campesinado como la clase liberadora.

Pero ¿sería posible que el campesinado mismo apartase al proletariado y ocupase su sitio? No; eso es imposible. Toda la experiencia histórica se rebela contra esta suposición. La experiencia demuestra que el campesinado es completamente incapaz de desempeñar un papel político *independiente*.

La burguesía rusa cede todas las posiciones revolucionarias al proletariado. Tendrá que ceder también la hegemonía revolucionaria sobre el campesinado. En esta situación en la que el poder pasa al proletariado, al campesinado no le quedará otra solución que adherirse al régimen de la democracia obrera, aunque en este caso, no manifieste mayor firmeza moral que manifestó anteriormente al adherirse al régimen de la burguesía. Pero mientras que cualquier partido burgués una vez conquistados los votos del campesinado, se aprovecha rápidamente de su poder para esquilmar al campesinado y defraudarle en todas sus esperanzas y promesas, abriendo el paso, cuando más, a otro partido capitalista, el proletariado, que se apoya en el campesinado, hará cuanto esté en su poder para elevar el nivel cultural en el campo y desarrollar la conciencia política del campesinado.

El régimen proletario

El proletariado sólo puede llegar al poder contando con un despertar nacional, con una inspiración popular universal. El proletariado llegará al gobierno como representante revolucionario de la nación, como líder reconocido del pueblo en su lucha contra el absolutismo y la barbarie feudal. Pero al llegar al poder, el proletariado abrirá una nueva época -una época de legislación revolucionaria, de política afirmativa- y aquí la conservación de su papel como portavoz reconocido de la nación no está en absoluto garantizada.

Un punto está claro: cada nuevo día se hará más profunda la política del proletariado en el poder y se hará cada vez más claro su *carácter de clase*. Pero al mismo tiempo también se verá cortado el vínculo revolucionario entre el proletariado y la nación, y la separación clasista del campesinado revestirá caracteres políticos; el antagonismo entre sus partes integrantes crecerá en la medida en que la política del gobierno obrero sea consciente de su propio destino y se convierta, de una política democrática general, en una política de clase.

La abolición del sistema de servidumbre feudal encontrará el apoyo del campesinado entero, la clase más afectada por la servidumbre. Un impuesto progresivo sobre la renta tendrá el apoyo de la gran mayoría del campesinado; pero las medidas legislativas de protección del proletariado del campo no sólo no serán recibidas con el beneplácito activo de la mayoría, sino que tropezarán con una resistencia activa de parte de una minoría.

El proletariado ser verá obligado a llevar al campo la lucha de clases y a destruir de esta manera la comunidad de interese que le une con el campesinado entero, comunidad indudablemente existente, aunque dentro de límites relativamente estrechos. Desde el primer momento de su dominación, el proletariado tendrá que buscar su apoyo en la confrontación de las capas pobres y ricas del campesinado, del proletariado del campo con la burguesía agrícola."

Pero una vez que el poder se encuentre en manos del gobierno revolucionario con una mayoría socialista, la diferencia entre el programa mínimo y el máximo pierde prácticamente toda importancia, tanto "de principio" como en la práctica. Un gobierno proletario no puede, de ningún modo, actuar dentro de un marco tan limitado.

Si los representantes del proletariado entran en el gobierno, no como rehenes sin poder sino como fuerza dirigente, entonces liquidarán el límite entre el programa mínimo y el máximo, es decir, *incluirán el colectivismo en el orden del día*. El punto en el que el proletariado, lanzado en esta dirección, será frenado dependerá de la correlación de

fuerzas y, en mucha menor medida, de las intenciones originarias del partido del proletariado.

Por eso no puede hablarse de alguna forma especial de dictadura proletaria en el marco de la revolución burguesa, y menos de una dictadura democrática del proletariado (o del proletariado y del campesinado). La clase obrera no puede garantizar el carácter democrático de su dictadura si al mismo tiempo se compromete a no pasarse de los límites de un estrecho programa democrático. Ilusiones cualesquiera sobre este punto serían funestas y comprometerían a la socialdemocracia desde el principio.

Cuando el proletariado tome el poder, luchará por él hasta el final. Si un medio de esta lucha por el mantenimiento y la estabilización del poder será la agitación y organización, especialmente en el campo, otro medio lo será la política colectivista. El colectivismo no sólo se hará necesario en virtud de la postura política del partido en el poder, sino que al mismo tiempo será también un medio para mantener esta postura con el apoyo del proletariado.

Cuando se formuló en la prensa socialista la idea de la *revolución ininterrumpida*, que entrelazaba la liquidación del absolutismo y del sistema de servidumbre civil con la revolución socialista mediante una serie de conflictos sociales en agudización paulatina, mediante el surgimiento de nuevas capas sociales de entre las masas y mediante los continuos ataques del proletariado a los privilegios económicos y políticos de las clases dominantes, entonces, nuestra prensa “progresista” levantó unánimemente aullidos de indignación.

Los representantes más radicales de esa misma especie de democracia […] Ellos consideran no sólo fantástica la idea de un gobierno obrero en Rusia, sino que incluso desechan la posibilidad de una revolución socialista en Europa en la próxima época histórica. Las “condiciones previas” necesarias todavía no existen. ¿Es cierto esto? Naturalmente no se trata de fijar la fecha de la revolución socialista sino de apreciar bien sus perspectivas históricas reales.

*

–Aquí sigue un análisis de las premisas generales de una economía socialista y la prueba de que en el momento actual (el comienzo del siglo XX) estas premisas, si se toma la cuestión a escala europea y mundial, ya están a mano.–

*

... Dentro de las fronteras cerradas de los estados separados no podría introducirse en ningún caso una producción socialista, tanto por razones económicas como políticas.

El gobierno obrero en Rusia y el socialismo

Hemos demostrado anteriormente que las premisas objetivas de una revolución socialista ya han sido creadas por el desarrollo económico de los países capitalistas avanzados. Pero, ¿qué se puede decir a este respecto de Rusia? ¿Podemos esperar que la transferencia del poder al proletariado ruso sea el comienzo de una transformación de nuestra economía nacional sobre los principios socialistas?

Los obreros parisienses, dice Marx, no esperaban que su comuna obrase milagros. Tampoco hoy debemos esperar milagros políticos de la dictadura del `proletariado. El poder político no es todopoderoso. Sería absurdo suponer que el proletariado, una vez llegado al poder, podrá, con ayuda de algunos decretos, reemplazar al capitalismo por el socialismo. Un sistema económico no es el producto de la actividad del estado. El proletariado únicamente puede utilizar el poder político con toda su energía con el fina de facilitar y abreviar el camino de la evolución económica hacia el colectivismo.

La socialización de la producción comienza con las industrias que presentan menos dificultades. La producción socializada, en su primera fase, aparecerá bajo la forma de unos pocos oasis entrelazados con las empresas privadas dentro del campo de

las leyes de la circulación de mercancías. Cuanto más amplio sea el campo comprendido por la economía socializada, tanto más obvias serán sus ventajas, tanto más seguro se sentirá el nuevo régimen político y tanto más audaces serán las siguientes medidas económicas del proletariado. Al tomar estas medidas, no solamente se apoyará en las fuerzas productivas nacionales sino también en la técnica internacional, lo mismo que en su política revolucionaria no se apoya exclusivamente en las experiencias de las condiciones de clase nacionales sino también en toda la experiencia histórica del proletariado internacional.

El régimen proletario tiene que acometer ya desde el principio la solución de la cuestión agraria, con la cual está conectado el destino de grandes masas de la población rusa. El proletariado, al resolver este problema (como también todos los demás) se guiará por el anhelo más importante de su política económica, a saber, posesionarse de un ámbito lo más grandes posible para la organización de la economía socialista. En la cuestión agraria, las formas y la marcha de esta política tienen que ser determinadas, de un lado, por los recursos materiales que estén a disposición del proletariado y, del otro lado, por la necesidad de tomar sus medidas de tal manera que los aliados potenciales no se sientan empujados hacia las filas de los contrarrevolucionarios.

Pero ¿hasta dónde puede llegar la política socialista de la clase obrera en las condiciones económicas de Rusia? Una cosa podemos decir con toda seguridad: que tropezará mucho antes con obstáculos políticos que con el atraso técnico del país. *La clase obrera rusa no podría mantenerse ene l poder ni convertir su dominio temporal en una dictadura socialista permanente sin el apoyo estatal directo que le prestase el proletariado europeo*. De esto no puede dudarse ni por un momento. Y por otro lado, tampoco puede dudarse de que una revolución socialista en occidente nos permitiría convertir directamente el dominio temporal de la clase obrera en una dictadura socialista.

El “optimismo” político puede adoptar dos formas. Puede exagerar las propias fuerzas y los aspectos ventajosos de la situación revolucionaria, y plantearse tareas cuya solución no permite la correlación de fuerzas dada. Pero, por otra parte, puede establecer con optimismo un límite a sus tareas revolucionarias más allá del cual la lógica de la situación nos empujará inevitablemente.

Podemos poner un límite a todos los problemas de la revolución afirmando que nuestra revolución es burguesa en sus fines objetivos y, por lo tanto, en su resultado inevitable, y podemos así cerrar los ojos al hecho de que el agente principal de esta revolución burguesa será el proletariado, y el proletariado será empujado hacia el poder por todo el curso de la revolución...

Podemos adormecernos con el pensamiento de que las condiciones sociales de Rusia no están todavía maduras para una economía socialista, y con ello podemos olvidar considerar el hecho de que el proletariado, una vez en el poder, se verá inevitablemente obligado por toda la lógica de su situación a introducir una economía operada por el estado.

La definición sociológica general, “revolución burguesa”, no resuelve en absoluto los problemas político-tácticos, las contradicciones y las dificultades que planteará la mecánica de la revolución burguesa dada.

En el marco de la revolución burguesa de finales del siglo XVIII, cuya tarea objetiva era establecer el dominio del capital, resultó posible una dictadura de los *sansculottes*. En la revolución de principios del siglo XX, que también es burguesa en sus tareas objetivas inmediatas, aparece en la perspectiva cercana la inevitabilidad, o al menos la probabilidad, de un gobierno político del proletariado. Que este gobierno no sea un mero “episodio” pasajero, como esperan ciertos filisteos realistas, el propio proletariado se encargará de ello. Pero no es demasiado pronto para plantear la cuestión: ¿Debe esta

dictadura del proletariado romperse inevitablemente contra los límites de la revolución burguesa? ¿No puede, sobre los fundamentos histórico-mundiales dados, abrir ante sí la perspectiva de una victoria que se alcanzará después de romper estas fronteras limitadas?

*

–Aquí sigue un desarrollo del pensamiento de que la revolución rusa puede desencadenar, y con toda probabilidad lo hará, una revolución proletaria en occidente, que a su vez garantizará el desarrollo socialista de Rusia.–

***

Hay que añadir que, durante los primeros años de existencia de la Internacional Comunista, la obra citada fue publicada oficialmente en lenguas extranjeras como interpretación teórica de la revolución de octubre.

A modo de epílogo: Tres concepciones de la revolución rusa[120]

La revolución de 1905 no sólo fue el "ensayo general de 1917", sino también el laboratorio del que surgieron todos los agrupamientos fundamentales del pensamiento político ruso y en el que se esbozaron o tomaron forma todas las tendencias y matices del marxismo. En el centro de las divergencias y de las disputas estaba la cuestión del carácter histórico de la revolución rusa y de sus vías futuras de desarrollo. Esta lucha de concepciones y pronósticos no tiene en sí misma relación directa con la biografía de Stalin[121], que no tuvo un papel independiente en estos debates. Los pocos artículos propagandísticos que escribió sobre este tema no tienen el menor interés teórico. Decenas de bolcheviques divulgaron por escrito estas mismas ideas, y lo hicieron de forma mucho más adecuada. Una exposición crítica de la concepción revolucionaria del bolchevismo debería, por la naturaleza misma de las cosas, tener su sitio en una biografía de Lenin. Sin embargo, las teorías tienen su propio destino.

Así como durante el período de la primera revolución y posteriormente hasta 1923, mientras las doctrinas revolucionarias se elaboraban y aplicaban Stalin no tuvo una posición independiente, a partir de 1924 la situación cambia bruscamente. Es a partir de este momento cuando empieza la época de la reacción burocrática y de 1a enérgica revisión del pasado. La trama de la revolución se desenvuelve al revés Las viejas doctrinas se ven sometidas a nuevas valoraciones o a nuevas interpretaciones. De forma completamente inesperada la atención se centra de entrada en concepción de la "revolución permanente" como fuente de todos los errores del trotskysmo. de ahí en adelante, durante algunos años, la crítica de esta concepción constituye el contenido principal de la obra teórica "*sit venio verbo*"[122] de Stalin y sus colaboradores. Puede decirse incluso que todo el estalinismo se desarrolló, en el plano teórico, a través de la crítica de la teoría de la revolución permanente tal como se formuló en 1905. Por

[120] Escrito por Trotsky como apéndice a su 'Lenin', nunca acabado, y editado como apéndice a su 'Stalin' publicado contra la voluntad de él y, tras su asesinato, de Natalia Sedova. "El apéndice [a *Stalin]* contiene un documento teórico de excepcional importancia, *Las tres concepciones de la revolución rusa*. Es la exposición definitiva de Trotsky de las diferencias entre los puntos de vista del bolchevismo y del menchevismo sobre el desarrollo de la revolución rusa y sus propios puntos de acuerdo y desacuerdo con Lenin sobre esta cuestión. Aquí está implicada la aplicación de la famosa teoría de la revolución permanente a las peculiares condiciones rusas. Trotsky tenía originalmente la intención de incluirla en su obra sobre Lenin, que comenzó durante su exilio en Noruega, pero que nunca pudo completar" John G. Wright, "A Biography of Stalin".)

[121] Este texto aparece como "Apéndice" a la biografía de Stalin, escrita por Trotsky para la editorial Harper and Brothers (a la que le había cedido los derechos Doubleday Duran, cansada de esperar la entrega del manuscrito completo de su 'Lenin'). La nueva editorial pidió a Trotsky una biografía sobre Stalin para publicar antes que el 'Lenin'; Trotsky estuvo de acuerdo. Cuando Trotsky fue asesinado dejó el manuscrito incompleto y el traductor norteamericano, Charles Malamuth, se tomó tales libertades que Natalia Sedova, ayudada por el abogado norteamericano Albert Goldman, trató de evitar su publicación. No lo consiguió, pero el libro en cuestión no circuló pues la editorial cedió a las presiones del gobierno estadounidense, gobierno que, presionado a su vez por Stalin, pretendía que el libro no viera la luz; y así fue hasta 1946 cuando sí se puso en circulación, pero no siendo una obra 'autorizada' por el autor, aunque un ejemplar escapó al secuestro en 1941 y estuvo depositado en la Biblioteca del Congreso. EIS.

[122] ¿Se puede usar la palabra? O "si se puede usar la palabra". EIS.

consiguiente, el análisis de esta teoría, distinta de las de los mencheviques y los bolcheviques, ha de figurar forzosamente en este libro, aunque sólo sea en forma de apéndice.

***

El desarrollo de Rusia se caracteriza ante todo por su estado atrasado. Sin embargo, un estado históricamente atrasado no implica una simple reproducción, con un retraso de uno o dos siglos, del desarrollo de los países avanzados. Engendra una formación social "combinada", totalmente nueva, en la que las últimas conquistas de la técnica y de la estructura capitalista se implantan en unas relaciones de barbarie feudal y prefeudal, transformándolas y dominándolas, creando así una situación muy particular de relaciones recíprocas entre las clases. Ocurre lo mismo en la esfera de las ideas. Precisamente por el retraso de su situación histórica, se da el caso de que Rusia haya sido el único país en que el marxismo, como doctrina, y la socialdemocracia, como partido, alcanzaran un desarrollo poderoso antes incluso de la revolución burguesa. No puede ser más natural que, precisamente en Rusia, el problema de la correlación entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo se haya sometido a una profunda elaboración teórica.

Los narodniki [populistas] esencialmente idealistas-demócratas, se negaron a considerar como burguesa la revolución en curso. La calificaron de "democrática", tratando de ocultar, mediante una formula política neutra, su contenido social, no sólo a los demás, sino a sí mismos. Pero el fundador del marxismo ruso, Plejánov[123] en su lucha contra el narodnikismo [populismo], determinó, en los años 1880-1890, que Rusia no tenía por qué esperar una vía de desarrollo privilegiada; que, como las demás naciones "profanas", debería atravesar el purgatorio del capitalismo, y que sería precisamente siguiendo esta vía como adquiriría la libertad política, indispensable para la lucha del proletariado por el socialismo. Plejánov no sólo separaba, en cuanto tarea, la revolución burguesa de la revolución socialista (que remitía a un futuro indeterminado), sino que atribuía a cada una de ellas combinaciones de fuerzas completamente distintas.

La libertad política debía obtenerla el proletariado aliado con la burguesía liberal; al cabo de algunas décadas, tras haberse alcanzado un nivel más elevado de desarrollo capitalista, el proletariado llevaría a cabo, en lucha directa contra la burguesía, la revolución socialista.

Lenin, por su parte, escribía a finales de 1904: "Al intelectual ruso sigue pareciéndole que reconocer como burguesa nuestra revolución significa descolorirla, degradarla, rebajarla... Para el proletariado, la lucha por la libertad política y por la república democrática en el seno de la sociedad burguesa es simplemente un estadio necesario en su lucha por la revolución socialista".

"Los marxistas están absolutamente convencidos [escribía en 1905] del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Significa que las transformaciones democráticas... que se han convertido en indispensables para Rusia no significan en sí mismas una tentativa de minar al capitalismo, de minar la revolución burguesa, sino que, por el contrario, abren la vía, por primera vez, de forma válida, a un desarrollo del capitalismo amplio y rápido, europeo y no asiático. Harán posible, por primera vez, el dominio de la burguesía como clase [...]". "No podemos saltarnos el marco democrático burgués de la revolución rusa [insistía] pero sí podemos ampliar este marco en proporciones colosales".

[123] En nuestro sello hermano Alejandría Proletaria: Obras escogidas de G. V. Plejánov.

Es decir, podemos crear, en el seno de la sociedad burguesa, condiciones mucho más favorables para la lucha futura del proletariado. Dentro de estos límites, Lenin coincidía con Plejánov. El carácter burgués de la revolución servía de punto de partida a las dos fracciones de la socialdemocracia.

Es perfectamente natural que, en estas condiciones, Koba [Stalin] no rebasara, en su propaganda, estas fórmulas corrientes que constituían la propiedad común de los bolcheviques y los mencheviques.

"La Asamblea Constituyente [escribía en enero de 1905] elegida en base al sufragio universal, igual, directo y secreto; es por eso por lo que debemos luchar ahora. Tan sólo esta asamblea nos traerá la república democrática que tan urgentemente necesitamos en nuestra lucha por el socialismo". La república burguesa como arena de una lucha de clases de larga duración por el objetivo socialista: esa es la perspectiva.

En 1907, es decir, después de innumerables discusiones en la prensa, en Petersburgo y en el extranjero, y después de una seria puesta a prueba de las previsiones teóricas en las experiencias de la primera revolución, Stalin juzgaba posible escribir: "Que nuestra revolución es burguesa; que debe terminar con la destrucción del orden feudal y no del orden capitalista; que puede verse coronada tan sólo por la república democrática; sobre estos puntos, según parece, están todos de acuerdo en nuestro partido". Stalin no hablaba de aquello con lo que la revolución empieza, sino de aquello en lo que desemboca, y lo limitaba por anticipado, de forma totalmente categórica, a "sólo la república democrática". En vano buscaríamos en sus escritos, aunque sólo fuera una alusión a una perspectiva cualquiera de revolución socialista relacionada con una revolución democrática. Esta fue su posición hasta los comienzos de la revolución de febrero de 1917, hasta la llegada de Lenin a Petrogrado.

Para Plejánov, Axelrod y, en general, los dirigentes mencheviques, la caracterización sociológica de la revolución como burguesa era, por encima de todo, políticamente válida porque impedía por anticipado que se provocara a la burguesía con el fantasma del socialismo y que se la "repeliera" al campo de la reacción. "Las relaciones sociales en Rusia han madurado únicamente para la revolución burguesa", declaraba en el Congreso de Unificación Axelrod, el jefe táctico del menchevismo. "Dada la carencia absoluta de derechos políticos en nuestro país, es imposible plantear una lucha directa por el poder político entre el proletariado y las demás clases [...] El proletariado lucha para obtener condiciones de desarrollo burgués. Las condiciones históricas objetivas hacen que el destino de nuestro proletariado sea colaborar irremisiblemente con la burguesía en su lucha contra el enemigo común". El contenido de la revolución rusa se limitaba así anticipadamente a las transformaciones compatibles con los intereses y las perspectivas de la burguesía liberal.

Es precisamente en este punto donde empieza el desacuerdo fundamental entre las dos fracciones. El bolchevismo se negaba en redondo a reconocer que la burguesía rusa fuera capaz de llevar hasta el fin su propia revolución. Lenin, con una fuerza y consistencia infinitamente mayores que Plejánov, considera la cuestión agraria como el problema central de la revolución democrático en Rusia. "El punto crucial de la revolución rusa, repetía, es la cuestión agraria. Las conclusiones relativas a la derrota o la victoria deben basarse [...] en la estimación de la condición de las masas en la lucha por la tierra." Igual que Plejánov, Lenin consideraba al campesinado como una clase pequeño burguesa, y el programa agrario de los campesinos como programa de progreso burgués. "La nacionalización es una medida burguesa [insistía en el Congreso de Unificación] dará un impulso al desarrollo del capitalismo; aumentará la agudeza de la lucha de clases; reforzará la movilización de la tierra; provocará una afluencia de capitales en la agricultura; hará descender el precio del grano". A pesar del indiscutible carácter

burgués de la revolución agraria, la burguesía rusa seguía siendo hostil a la expropiación de las grandes propiedades y, precisamente por esto, era favorable a un

compromiso con la monarquía sobre la base de una constitución según el modelo prusiano. Lenin opuso a la posición de Plejánov, que preconizaba una alianza entre el proletariado y la burguesía, la idea de una alianza entre el proletariado y el campesinado. Proclamó que la tarea de la colaboración revolucionaria de estas dos clases consistía en establecer una "dictadura democrática", como único medio de barrer radicalmente de Rusia todos los residuos feudales, crear un sistema de campesinos libres y abrir la vía al desarrollo del capitalismo en base al modelo norteamericano, no al prusiano.

La victoria de la revolución, escribía, sólo puede consagrarla "una dictadura, ya que la realización de transformaciones que el proletariado y el campesinado necesitan de forma urgente e inmediata provocará la resistencia desesperada de los terratenientes, de los grandes capitalistas y del zarismo. Sin dictadura, será imposible romper esta resistencia y repeler las tentativas contrarrevolucionarias. Pero esta dictadura naturalmente, no será socialista, sino democrática. No podrá tocar (sin toda una serie de estadios transitorios del desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo. En el mejor de los casos, no podrá más que realizar una repartición radical de la propiedad territorial a favor del campesinado, introducir un régimen democrático consistente y total, que llegue hasta la institución de la república, extirpar todos los rasgos asiáticos y feudales, no sólo de la vida cotidiana de la aldea, sino también de la fábrica, inaugurar mejoras serias en la situación de los trabajadores, elevando su nivel de vida, y, por encima de todo, llevar a cabo la conflagración revolucionaria en Europa.

Crítica de las concepciones de Lenin

La concepción de Lenin representaba un enorme paso adelante en la medida en que preconizaba, no reformas constitucionales, sino la reforma agraria como tarea principal de la revolución, e indicaba para su realización la única combinación realista de fuerzas sociales. Sin embargo, el punto flaco de la concepción de Lenin estaba en la contradicción interna que comportaba la idea de "dictadura democrática del proletariado y el campesinado". El propio Lenin restringía los límites fundamentales de esta "dictadura" al calificarla abiertamente de *burguesa*. Quería decir con ello que el proletariado, en el curso de la futura revolución, se vería obligado, para salvaguardar su alianza con el campesinado, a renunciar a emprender directamente las tareas socialistas. Pero esto significaría para el proletariado renunciar a su propia dictadura. La situación implicaría, por consiguiente, la dictadura del campesinado, aunque se realizara con participación de los obreros.

Esto es precisamente lo que Lenin decía algunas veces. En la Conferencia de Estocolmo, por ejemplo, refutando los argumentos de Plejánov, que se había manifestado contra la "utopía" de la toma del poder, Lenin declaró: "¿Qué programa estamos discutiendo? El programa agrario. ¿Quién asumirá la toma del poder según este programa? El campesinado revolucionario".

¿Acaso mezcla Lenin el poder del proletariado con este campesinado? No, responde, refiriéndose a sus propias consignas. Lenin diferencia completamente el poder socialista del proletariado del poder democrático burgués del campesinado. "¡Pero vamos a ver! [exclama] ¿acaso es posible una revolución campesina sin la toma del poder por el campesinado revolucionario?" En esta fórmula polémica, Lenin revela con particular claridad la vulnerabilidad de su posición.

El campesinado está disperso en la superficie de un país inmenso cuyos puntos de reunión son las ciudades. El campesinado es incapaz de formular por sí mismo sus propios intereses, ya que sus intereses tienen, en cada distrito, un aspecto distinto. El vínculo

económico entre las provincias está dado por el mercado, por los ferrocarriles, pero uno y otros están en manos de las ciudades. Tratando de emanciparse de las limitaciones de la aldea y de generalizar sus propios intereses, el campesinado cae ineluctablemente bajo la dependencia de la ciudad. Por último, el campesinado también es heterogéneo en sus relaciones sociales: la capa de los kulaks intenta, lógicamente, arrastrarlo a una alianza con la burguesía de las ciudades, mientras que las capas de campesinos pobres se inclinan hacia los trabajadores urbanos. En estas condiciones, el campesinado como tal es completamente incapaz de conquistar el poder.

Cierto que en China antigua hubo revoluciones que llevaron al poder al campesinado o, más exactamente, que otorgaron el poder a los jefes militares de las sublevaciones campesinas. Esto condujo cada vez a un nuevo reparto de la tierra y a la instauración de una nueva dinastía "campesina"; una vez se llegaba a este punto, la historia volvía a comenzar de nuevo. La nueva concentración de la tierra, la nueva aristocracia, el nuevo sistema de usura provocaban una nueva sublevación. Mientras la revolución conserve su carácter puramente campesino, la sociedad es incapaz de escapar de este círculo vicioso.

Esta es la base de la historia antigua de Asia, incluyendo la historia rusa antigua. En Europa, desde el comienzo de la decadencia de la Edad Media, cada sublevación campesina victoriosa llevaba al poder, no a un gobierno campesino, sino a un partido urbano de izquierda. Una sublevación campesina resultaba victoriosa exactamente en la misma medida en que lograba reforzar la posición de la sección revolucionaria de la población urbana. En la Rusia burguesa del siglo XX no podría ni hablarse de la toma del poder por el campesinado revolucionario.

La opinión de Lenin sobre el liberalismo

La actitud respecto a la burguesía liberal era, como se ha dicho más arriba, la piedra de toque en la diferenciación entre los revolucionarios y los oportunistas en las filas de la socialdemocracia.

¿Cuál sería el carácter del futuro gobierno provisional revolucionario? ¿Ante qué tareas se encontraría? ¿En qué orden?

Estas cuestiones importantísimas no podían plantearse correctamente sino en base al carácter fundamental de la política del proletariado, y el carácter de esta política estaba a su vez determinado ante todo por la actitud respecto a la burguesía liberal.

Sin ninguna duda, Plejánov cerraba obstinadamente los ojos ante la conclusión fundamental de la historia política del siglo XIX: cada vez que el proletariado avanza como fuerza independiente, la burguesía se refugia en el campo de la contrarrevolución y cuanta más audacia despliegan las masas en su lucha, tanto más rápida es la degeneración reaccionaria del liberalismo. Nadie ha podido hasta ahora inventar un medio eficaz para detener los efectos de la ley de la lucha de clases.

"Debemos buscar el apoyo de los partidos no proletarios" [repetía Plejánov durante los años de la primera revolución] y no repelerlos con acciones sin tacto".

Con monótonos sermones de esta especie, el filósofo del marxismo demostraba que la dinámica viva de la sociedad le resultaba inaccesible.

Las "faltas de tacto" pueden repeler a un intelectual, susceptible como individuo. A las clases y los partidos los repelen los intereses sociales.

"Puede decirse con seguridad [respondía Lenin a Plejánov] que los liberales y los terratenientes perdonarán millones de "faltas de tacto", pero no perdonarán un solo intento de quitarles la tierra".

Y no tan sólo los terratenientes. Las cumbres de la burguesía están unidas a los terratenientes por la unidad de intereses de propiedad, y, más estrechamente, por el

sistema bancario. Las eminencias de la pequeña burguesía y de la intelligentsia dependen materia y moralmente de los propietarios grandes y medianos. Temen el movimiento independiente de las masas.

Sin embargo, para derrocar al zarismo, era preciso llevar a varias decenas de millones de oprimidos a un asalto revolucionario heroico, abnegado, que no se detuviera ante nada. Las masas sólo pueden levantarse por la insurrección bajo la bandera de sus propios intereses y, por consiguiente, con un espíritu de irreconciliable hostilidad hacia las clases explotadoras, empezando por los terratenientes. La "repulsión" de la burguesía opositora respecto a los obreros y los campesinos revolucionarios era pues una ley inmanente a la revolución misma, no podía evitarse con recursos diplomáticos ni con "tacto".

Cada mes que pasaba confirmaba la apreciación leninista del liberalismo. En contra de las esperanzas de los mencheviques, los kadetes no sólo no estaban dispuestos a ocupar su puesto en cabeza de la revolución "burguesa" sino que, por el contrario, descubrían cada vez más su misión histórica en la lucha contra ella.

Después del aplastamiento de la sublevación de diciembre, los liberales, que ocupaban la primera fila política en la efímera Duma, intentaron con todas sus energías justificarse ante la monarquía y disculparse por la poca firmeza de su conducta contrarrevolucionaria en otoño de 1905, cuando el peligro amenazaba los más sagrados puntales de la "cultura".

El jefe de los liberales, Miliukov, que mantenía negociaciones secretas con el Palacio de Invierno, demostró perfectamente, en la prensa, que, a finales de 1905, los kadetes no podían aparecer siquiera ante las masas. "Los que ahora censuran al partido [kadete, escribía] porque no protestó, en su momento, organizando asambleas contra las ilusiones revolucionarias del trotskysmo [...] sencillamente no comprenden, o no recuerdan, el clima que reinaba entonces en las reuniones democráticas públicas durante las asambleas".

Por "ilusiones del trotskysmo", el jefe liberal entendía la política independiente del proletariado, que atrajo a los sóviets las simpatías de las capas más bajas de las ciudades, de los soldados, de los campesinos y de todos los oprimidos, y que, por esto mismo, provocaba la repulsión de la "sociedad culta".

La evolución de los mencheviques se desarrolló en líneas paralelas. Cada vez con mayor frecuencia tenían que justificarse ante los liberales por haber formado bloque con Trotsky en 1905. Las explicaciones de Mártov, la talentuda publicidad de los mencheviques, se resumían en que era necesario hacer concesiones a las "ilusiones revolucionarias" de las masas.

En Tiflis, los agrupamientos políticos se formaron sobre la misma base de principios que en Petersburgo. "Aplastar la reacción", escribía Jordania, el jefe de los mencheviques del Cáucaso, "para obtener y consolidar la constitución: esto dependerá de la unificación consciente y de los esfuerzos hacia un mismo objetivo de las fuerzas del proletariado y de la burguesía [...] Cierto que el campesinado se verá arrastrado al movimiento, al que dará un carácter elemental, pero el papel decisivo lo desempeñarán sin embargo estas dos clases, mientras que el movimiento agrario les llevará el agua a su molino".

Lenin se burlaba de los temores de Jordania en relación a que una política irreconciliable frente a la burguesía condenara a la impotencia a los obreros. "Jordania discute la cuestión de un posible aislamiento del proletariado en el curso de una revolución democrática, y se olvida... del campesinado. Entre todos los aliados posibles del proletariado sólo conoce y flirtea con los terratenientes liberales. ¡Y no conoce a los campesinos! ¡Y eso en el Cáucaso!" Las refutaciones de Lenin, aunque correctas en

principio, simplifican el problema en un punto. Jordania no había "olvidado" al campesinado, ni, como la insinuación del mismo Lenin deja adivinar, podía olvidarlo en el Cáucaso, donde, en aquel tiempo, el campesinado estaba sublevándose con el empuje de un huracán bajo la bandera de los mencheviques. Jordania, sin embargo, no veía en el campesinado tanto a un aliado político como un ariete histórico que podía y debía ser utilizado por la burguesía aliada con el proletariado. No creía que el campesinado pudiera convertirse en una fuerza dirigente o siquiera independiente en la revolución, y en esto no se equivocaba; pero tampoco creía que el proletariado pudiera convertirse en una fuerza dirigente o siquiera independiente en la revolución., y en esto no se equivocaba; pero tampoco creía que el proletariado pudiera conducir a la victoria la sublevación campesina, y éste era su fatal error. La teoría menchevique de alianza del proletariado y la burguesía significaba en realidad el sometimiento de los obreros y los campesinos a los liberales. El utopismo reaccionario de este programa venía determinado por el hecho de que el avanzado grado de desmembramiento de las clases paralizaba por anticipado a la burguesía como factor revolucionario. En esta cuestión fundamental, eran los bolcheviques los que tenían razón en toda la línea: tras una alianza con la burguesía liberal, los socialdemócratas se verían conducidos inevitablemente a oponerse al movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos. En 1905, los mencheviques no tenían aún el valor suficiente para sacar todas las conclusiones necesarias de su teoría de la revolución "burguesa". En 1917, llevaron sus ideas hasta su conclusión lógica, y se partieron la cabeza.

En la cuestión de la posición respecto a los liberales, Stalin, durante los años de la primera revolución, estuvo al lado de Lenin. Hay que decir que, en aquel período, incluso la mayoría de los mencheviques de base estaba más próxima a Lenin que a Plejánov en lo relativo a la burguesía opositora. Una actitud despectiva hacia los liberales era parte integrante de la tradición literaria del radicalismo intelectual. Pero en vano nos esforzaríamos por encontrar alguna contribución independiente de Koba [Stalin] a esta cuestión, un análisis de las relaciones sociales en el Cáucaso, argumentos nuevos o tan siquiera una nueva manera de formular los viejos. Jordania, el líder de los mencheviques del Cáucaso, era mucho más independiente respecto a Plejánov que Stalin respecte a Lenin. "En vano intentan los señores liberales [escribía Koba tras el 9 de enero] salvar el trono tambaleante del zar. ¡En vano tienden al zar una mano salvadora! [...] Las masas populares sublevadas se disponen a la revolución y no a reconciliarse con el zar [...]. Sí, señores, vuestros esfuerzos son en vano. La Revolución Rusa es inevitable, tan inevitable como que salga el sol. ¿Podéis impedir al sol que salga? ¡Ahí está la cuestión!" Y así todo. Koba era incapaz de alcanzar un nivel más alto. Dos años y medio más tarde, imitando a Lenin casi literalmente, escribía: "la burguesía liberal rusa es contrarrevolucionaria. No podría ser la fuerza motriz, ni, aun menos, el líder de la revolución. Es el enemigo jurado de la revolución, y debe librarse una lucha tenaz contra ella". Sin embargo, precisamente en esta cuestión fundamental iba a sufrir Stalin una metamorfosis completa durante los diez años siguientes, encarándose a la revolución de febrero de 1917 como partidario de hacer bloque con la burguesía liberal y, por consiguiente, como campeón de la unificación de mencheviques y bolcheviques en un solo partido. Tan sólo la llegada de Lenin del extranjero puso fin bruscamente a la política independiente de Stalin, a la que calificaba de burla del marxismo.

El campesinado y el socialismo

Los narodniki consideraban a los obreros y a los campesinos simplemente como "trabajadores" y "explotados", interesados por igual en el socialismo. Los marxistas consideraban al campesino como un pequeño burgués, capaz de convertirse en socialista

tan sólo en la medida en que, material o espiritualmente, deja de ser un campesino. Los narodniki, con su sentimentalismo característico veían en esta caracterización sociológica una condena moral del campesinado.

La lucha principal entre las tendencias revolucionarias de Rusia se libró en esta línea durante dos generaciones. Para la comprensión de las futuras divergencias entre el estalinismo y el trotskysmo, es preciso subrayar una vez más que Lenin, conforme a toda la tradición marxista. ni por un instante consideró al campesinado como un aliado socialista del proletariado. Al contrario: para él, la imposibilidad de la revolución socialista en Rusia se reducía precisamente de la colosal predominancia del campesinado. Esta concepción se encuentra en todos aquellos de sus artículos que se refieren, directa o indirectamente, a la cuestión agraria. "Sostenemos el movimiento del campesinado [escribía Lenin en septiembre de 1905], en la medida en que es un movimiento democrático revolucionario. Estamos dispuestos (ahora de inmediato) a entrar en combate contra él en la medida en que se muestre reaccionario, antiproletario. Toda la substancia del marxismo se encuentra en esta doble tarea..." Lenin veía al aliado socialista en el proletariado occidental y, en parte, en los elementos semiproletarios de la aldea rusa, pero en ningún caso en el campesinado como tal. "Sostenemos del comienzo al fin, con todos los medios, incluida la confiscación [repetía con su insistencia característica], al campesino en general contra el terrateniente, y después (y ni siquiera después, sino al mismo tiempo) sostenemos al proletariado contra el campesino en general".

"El campesinado vencerá en el curso de la revolución democrática burguesa [escribía en marzo de 1906], agotando así por completo su empuje revolucionario como campesinado. El proletariado vencerá en el curso de la revolución democrática burguesa, y con ello no hará sino demostrar su verdadero empuje socialista revolucionario". "El movimiento del campesinado [repetía en mayo del mismo año], es el movimiento de una clase distinta, no es una lucha contra las bases del capitalismo, sino orientada a barrer todos los residuos del sistema feudal."

Este punto de vista puede encontrarse en Lenin de artículo en artículo, de año en año, de volumen en volumen. El lenguaje y los ejemplos varían; la idea fundamental es siempre la misma. No podía ser de otro modo. Si Lenin hubiera visto en el campesinado a un aliado *socialista*, no hubiera tenido el menor motivo para insistir en el carácter *burgués* de la revolución y circunscribir "la dictadura del proletariado y del campesinado" a los estrechos límites de unas tareas puramente democráticas. En los casos en que Lenin acusaba al autor de estas líneas de "subestimar" al campesinado, no se refería en absoluto a mi negativa a reconocer las tendencias socialistas del campesinado, sino, por el contrario, a mi reconocimiento inadecuado (según el punto de vista de Lenin) de la independencia democrática burguesa del campesinado, de su capacidad de crear *su propio* poder impidiendo con ello la instauración de la dictadura socialista del proletariado.

La reevaluación de esta cuestión no volvió a ponerse sobre la mesa sino en los años de la reacción termidoriana, cuyo inicio coincidió aproximadamente con la enfermedad y muerte de Lenin. A partir de entonces, se proclamó que la alianza de los obreros y los campesinos rusos era en sí misma una garantía suficiente de los peligros de restauración y una prenda inmutable de la realización del socialismo dentro de los límites de la Unión Soviética. Al reemplazar la teoría de la revolución internacional por la teoría del socialismo en un solo país, Stalin se puso a no designar ya la evaluación marxista del papel del campesinado más que bajo el término de "trotskysmo", y no sólo en relación al presente, sino a todo el pasado también.

Es admisible, naturalmente, plantear la cuestión de si el punto de vista marxista clásico sobre el papel del campesinado ha demostrado o no ser erróneo. Este tema nos llevaría mucho más allá de los límites de este estudio. Basta con constatar aquí que el

marxismo nunca ha dado a su estimación del campesinado como clase no socialista un carácter absoluto y estático. El mismo Marx decía que el campesino no sólo tenía supersticiones, sino también capacidad de razonar. El régimen de dictadura del proletariado abrió posibilidades muy amplias de influir sobre el campesinado y reeducarlo.

Los límites de estas posibilidades aún no los ha agotado la historia. Sin embargo, queda ya claro que el papel cada vez más importante de la coerción estatal en la URSS no ha refutado, sino confirmado fundamentalmente, la posición respecto al campesinado que distinguía a los marxistas rusos de los narodniki. Sin embargo, cualquiera sea hoy la situación en este terreno después de veinte años del nuevo régimen, sigue siendo indudable que, hasta la Revolución de Octubre, o, más exactamente, hasta 1924, no hubo nadie en el capo marxista (y menos Lenin que cualquier otro) que viera en el campesinado un factor socialista de desarrollo. Sin la ayuda de la revolución proletaria en Occidente, repetía Lenin, la restauración es inevitable. No se equivocaba: la burocracia estalinista no es otra cosa que la primera fase de la restauración burguesa.

La concepción trotskysta

Hemos analizado hasta aquí los puntos de partida de las dos fracciones fundamentales de la socialdemocracia rusa. Pero desde el amanecer de la primera revolución se había formulado una tercera posición. Nos vemos obligados a exponerla ahora con toda la amplitud necesaria, no sólo porque encontró una confirmación en el curso de los acontecimientos de 1917, sino, sobre todo, porque siete años después de la Revolución de Octubre esta concepción, tras haber sido desvirtuada de arriba abajo, se puso a desempeñar un papel totalmente imprevisto en la evolución de la política de Stalin y de la burocracia rusa en su conjunto.

A comienzos de 1905, se publicó en Ginebra un folleto de Trotsky. Este folleto contenía un análisis de la situación política tal como se presentaba en invierno de 1904. El autor llegaba a la conclusión de que la campaña independiente de los liberales de peticiones y banquetes había agotado todas sus posibilidades; de que la intelligentsia radical que había depositado en ellos todas sus esperanzas, había llegado, junto con ellos, a un callejón sin salida; de que el movimiento campesino estaba creando condiciones propicias de victoria, pero era incapaz de asegurarla; de que no podía llegarse a una solución decisiva más que con el levantamiento armado del proletariado, y de que la fase siguiente en esta vía sería la huelga general. El folleto se titulaba *Antes del 9 de enero*, porque había sido escrito antes del Domingo Sangriento de Petersburgo. La poderosa oleada de huelgas que se desencadenó después de esa fecha, junto con los conflictos armados iniciales que la acompañaron, eran una confirmación indiscutible del pronóstico estratégico del folleto.

El prefacio de mi trabajo lo había escrito Parvus, un emigrado ruso que por entonces había logrado convertirse en un escritor alemán eminente. La personalidad de Parvus estaba dotada de un don creador excepcional, y era tan capaz de verse influenciado por las ideas de los demás como de enriquecer a los demás con sus ideas. Le faltaban el equilibrio interior y el suficiente amor al trabajo para ofrecer al movimiento obrero una contribución digna de su talento como pensador y como escritor. Ejerció una indudable influencia sobre mi desarrollo personal, en particular en lo referente a la comprensión social-revolucionaria de nuestra época. Algunos años antes de nuestro primer encuentro, Parvus había defendido apasionadamente la idea de una huelga general en Alemania. Pero como el país atravesaba una prolongada crisis industrial, la socialdemocracia se había adaptado al régimen de los Hohenzollern, y la propaganda revolucionaria de un extranjero no encontraba más que una indiferencia irónica. Cuando, dos días después de los

acontecimientos sangrientos de Petersburgo, leyó mi folleto, aún manuscrito, Parvus se vio seducido por la idea del papel excepcional que el proletariado de la atrasada Rusia estaba destinado a desempeñar.

Los pocos días que pasamos juntos en Múnich estuvieron dedicados a conversaciones que a los dos nos sirvieron para clarificar muchas cosas, y que nos acercaron personalmente el uno al otro. El prefacio a mi folleto, escrito en aquella época por Parvus, ha pasado a la historia de la Revolución Rusa. En unas pocas páginas, puso a la luz las particularidades sociales de la atrasada Rusia que, desde luego, ya se conocían antes, pero de las que nadie había sacado las conclusiones necesarias.

"Se sabe [escribía Parvus en su prefacio], el radicalismo político en Europa Occidental se apoyaba en primer lugar en la pequeña burguesía. Se trataba de los artesanos y más generalmente de toda esta parte de la burguesía que ha sido *arrastrada* por el desarrollo industrial y, al mismo tiempo, apartada de la clase capitalista. […]

En Rusia, durante el período precapitalista, las ciudades se desarrollaban más a la china que a la europea. Eran centros administrativos que tenían un carácter puramente burocrático sin la menor significación política; y bajo la relación económica, ferias mercantiles para los propietarios y campesinos de los alrededores. Su desarrollo era todavía insignificante cuando fue suspendido por el proceso capitalista que comenzaba a crear grandes ciudades sobre su modelo, es decir ciudades manufactureras y centros de comercio mundial. […]

El débil desarrollo de la producción artesana, que molesta al desarrollo de la democracia pequeño burguesa, le rendía servicios a la conciencia de clase del proletariado. Éste estaba de entrada concentrado en las fábricas. […]

Los campesinos se verán arrastrados al movimiento en masas crecientes. Pero solamente son capaces de aumentar la anarquía política en el país y así debilitar al gobierno; no pueden constituir un ejército revolucionario ordenado. Por ello, junto al desarrollo de la revolución, una parte cada vez más creciente del trabajo político recae sobre los hombros del proletariado. Al mismo tiempo su conciencia política se amplia y se agranda su energía política. […]

Un gobierno provisional socialdemócrata no podrá realizar en Rusia una revolución socialista, pero el mismo proceso de la liquidación de la autocracia y el establecimiento de una república democrática le dará una buena base para el trabajo político."[124]

Volví a encontrarme con Parvus, esta vez en Petersburgo, cuando ardían los acontecimientos revolucionarios de otoño de 1905. Manteniendo una independencia organizativa respecto a las dos fracciones, publicamos juntos un diario obrero de masas, el *Russkoie Slovo*, y, en coalición con los mencheviques, un gran diario político, *Natchalo*. La teoría de la revolución permanente se ha asociado habitualmente a los nombres de "Parvus y Trotsky". Sólo es parcialmente exacto. El período del apogeo revolucionario de Parvus corresponde a fines del pasado siglo, cuando se encontraba en cabeza de la lucha contra el "revisionismo", es decir, contra la desviación oportunista de la teoría de Marx.

El fracaso de las tentativas de empujar a la socialdemocracia alemana hacia la vía de una política más resuelta minó su optimismo. Ante la perspectiva de la revolución socialista en Occidente, Parvus empezó a reaccionar haciendo cada vez más reservas. En esa época consideraba que "el gobierno provisional socialdemócrata no podrá realizar una revolución socialista en Rusia". Sus pronósticos, por consiguiente, no señalaban la transformación de la revolución democrática en revolución socialista, sino tan sólo la

[124] "Prefacio a *Antes del 9 de enero* de L. Trotsky", en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria, páginas 2-6 del formato pdf.

instauración en Rusia de un régimen de democracia obrera de tipo australiano, en el que sobre la base de un sistema de economía agrícola se había establecido por primera vez un gobierno obrero que no rebasaba el marco de un régimen burgués.

Yo no compartía sus opiniones en cuanto a esta conclusión. La democracia australiana, que se había desarrollado orgánicamente sobre la tierra virgen de un continente nuevo, asumió en seguida un carácter conservador y subordinó a un proletariado joven pero absolutamente privilegiado. La democracia rusa, por el contrario, sólo podía florecer como resultado de una grandiosa conmoción revolucionaria cuya dinámica no permitiría al gobierno obrero, en ningún caso, permanecer en el marco de la democracia burguesa. Nuestras divergencias, que empezaron poco después de la revolución de 1905, desembocaron en una total ruptura a comienzos de la guerra, cuando. Parvus, en quien el escéptico había aniquilado al revolucionario, se colocó al lado del imperialismo alemán, convirtiéndose más tarde en consejero e inspirador del primer presidente de la república alemana, Ebert.

La teoría de la revolución permanente

Tras haber empezado con el folleto *Antes del 9 de marzo*, volví varias veces sobre el tema, desarrollando y justificando la teoría de la revolución permanente. Dada la importancia adquirida más tarde por esta teoría en la evolución ideológica del héroe de esta biografía[125], es necesario exponerla aquí con citas exactas de mis obras de 1905-1906.

"El centro de población de una ciudad moderna, al menos en el caso de las ciudades con una importancia económica y política, lo constituye la clase, esencialmente diferenciada, de los trabajadores asalariados. Es precisamente esta clase, esencialmente desconocida durante la Gran Revolución Francesa, la que está destinada a desempeñar un papel decisivo en nuestra revolución [...] En un país más atrasado económicamente, el proletariado puede tomar el poder antes que en un país capitalista avanzado. Pretender establecer una especie de dependencia automática de la dictadura proletaria respecto a las fuerzas técnicas y a los recursos de un determinado país es un prejuicio que se deriva de un materialismo "económico" simplificado al máximo. Semejante punto de vista no tiene nada en común con el marxismo. Aunque las fuerzas industriales de producción estuvieran diez veces más desarrolladas en los Estados Unidos que en nuestro país, el papel político del proletariado ruso, su influencia próxima sobre la política mundial, son incomparablemente mayores que el papel y la importancia del proletariado norteamericano.

"La revolución rusa, en nuestra opinión, creará las condiciones en las que el poder pueda (y, con la victoria de la revolución, deba) pasar a manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués encuentren ocasión de desarrollar plenamente su genio de hombres de estado... La burguesía rusa está cediendo al proletariado todas las posiciones revolucionarias. También tendrá que ceder la dirección revolucionaria del campesinado. El proletariado, poseyendo el poder, aparecerá al campesinado como una clase emancipadora [...] El proletariado, apoyándose en el campesinado, se esforzará, con todos los medios a su alcance, en elevar el nivel cultural de la aldea y en desarrollar la conciencia política del campesinado [...] Pero ¿no puede quizá el mismo campesinado sumergir al proletariado y ocupar su lugar? Es imposible. Toda la experiencia histórica se levanta contra semejante suposición. Demuestra que el campesinado es completamente incapaz de desempeñar un papel político *independiente* [...] De acuerdo con lo dicho, nuestra manera de enfocar la idea de la "dictadura del proletariado y el campesinado" está

[125] Recordamos que el texto estaba destinado a formar parte de la biografía de Stalin.

clara. La esencia de la cuestión no está en saber si la consideramos admisible en principio, o si creemos deseable o indeseable esta forma de cooperación. La consideramos irrealizable, al menos en un sentido directo e inmediato".

Este pasaje demuestra ya hasta qué punto es errónea la afirmación, repetida más tarde hasta la saciedad, de que la concepción aquí expuesta "salte por encima de la revolución burguesa", "La lucha por la renovación democrática de Rusia [escribí en aquella época], ha alcanzado su pleno desarrollo y está conducida por fuerzas que se desenvuelven sobre la base del capitalismo. Está *dirigida, directamente y ante todo*, contra los obstáculos feudales que obstruyen la vía de desarrollo de la sociedad capitalista.

"Sin embargo, la pregunta era: ¿Qué fuerzas y qué métodos son capaces, precisamente, de eliminar esos obstáculos? Uno puede contestar a todas las preguntas de la revolución afirmando que nuestra revolución es burguesa en cuanto a sus fines objetivos, y por consiguiente en cuanto a sus resultados inevitables, y cerrar así los ojos ante el hecho de que el principal agente de esta revolución burguesa es el proletariado, y de que el proletariado se verá llevado al poder por el proceso de la revolución en su conjunto [...] Puede uno abrigar la ilusión de que las condiciones de Rusia no están aún maduras para una economía socialista, y negligir por tanto el tomar en consideración el hecho de que el proletariado, cuando haya conquistado el poder, se verá obligado inevitablemente, por la lógica misma de su situación, a introducir una economía estatizada [...]

Entrando en el gobierno, no como rehenes, no impotentes, sino como fuerza dirigente, los representantes del proletariado harán desaparecer, por el hecho mismo, la distinción entre el programa mínimo y el programa máximo, es decir, pondrán el colectivismo a la orden del día. El punto en que el proletariado se vea detenido en esta dirección dependerá de la relación de fuerzas, y de ningún modo de las intenciones iniciales del partido del proletariado [...]

"Pero no es demasiado pronto para plantear el interrogante: ¿Debe inevitablemente estrellarse la dictadura del proletariado contra el marco de la revolución burguesa? ¿Acaso no podría darse que, sobre unas bases *históricas mundiales* determinadas, viera abrirse ante ella la perspectiva de una victoria que se logra rompiendo este estrecho marco? Una cosa puede decirse con seguridad: sin la ayuda directa del proletariado europeo, la clase obrera rusa no podría conservar el poder, ni convertir su poder temporal en una dictadura socialista de larga duración..." De ahí, sin embargo, no se deriva en absoluto un pronóstico pesimista. "La emancipación política de la clase obrera rusa la eleva al rango de guía todopoderoso, y la convierte en iniciadora de la liquidación mundial del capitalismo; para ella ha creado la historia todas las condiciones objetivas necesarias..." Respecto a la medida en que la socialdemocracia internacional fuera capaz de cumplir su papel revolucionario, escribía en 1906:

"Los partidos socialistas europeos (y ante todo el más poderoso de ellos, el partido alemán) están todos aquejados de conservadurismo. A medida que masas cada vez mayores se incorporan al socialismo y que aumentan la organización y la disciplina de estas masas, ese conservadurismo aumenta también.

"Por esto la socialdemocracia, como organización que encarna la experiencia política, puede, en un momento dado, convertirse en un obstáculo directo en la vía del conflicto abierto entre los obreros y la reacción burguesa..." En la conclusión de mi análisis expresaba, sin embargo, la seguridad en que "la revolución en el Este de Europa dotará de idealismo revolucionario al proletariado de Occidente y engendrará en él el deseo de hablar "en ruso" a su enemigo..."

***

Resumamos. El narodnikismo, siguiendo la huella de los eslavófilos, nació de ilusiones acerca de las vías totalmente originales del desarrollo de Rusia, al margen del capitalismo y de la república burguesa. El marxismo de Plejánov se esforzó en demostrar la identidad de principio entre las vías históricas de Rusia y Occidente. El programa derivado de ahí ignoró las particularidades, reales y en absoluto místicas, de la estructura social de Rusia y de su desarrollo revolucionario. La actitud de los mencheviques ante la revolución, abstracción hecha de incrustaciones episódicas y desviaciones individuales, puede resumirse así: la victoria de la revolución burguesa sólo es concebible bajo la dirección de la burguesía liberal, y debe poner el poder en sus manos. El régimen democrático permitirá entonces al proletariado ruso alcanzar a sus hermanos mayores de Occidente en la vía de la lucha por el socialismo, con posibilidades de éxito incomparablemente mayores que antes.

La perspectiva de Lenin puede exponerse brevemente del modo siguiente: la retrasada burguesía de Rusia es incapaz de consumar su propia revolución. La victoria completa de la revolución mediante la "dictadura democrática del proletariado y el campesinado" depurará al país de residuos medievales, imprimirá al desarrollo del capitalismo ruso el ritmo del capitalismo norteamericano, reforzará al proletariado de la ciudad y del campo, y abrirá amplias posibilidades a la lucha por el socialismo. Por otra parte, la victoria de la revolución rusa dará un poderoso impulso a la revolución socialista de Occidente, la cual no sólo protegerá a Rusia de los peligros de restauración, sino que también permitirá al proletariado ruso lograr la conquista del poder en un plazo histórico relativamente breve.

La perspectiva de la revolución permanente puede resumirse como sigue: la victoria completa de la revolución democrática en Rusia sólo puede concebirse bajo la forma de una dictadura del proletariado apoyado sobre el campesinado. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondrá a la orden del día no sólo tareas democráticas, sino también tareas socialistas, dará al mismo tiempo un poderoso impulso a la revolución socialista internacional. Sólo la victoria del proletariado de Occidente garantizará a Rusia contra una restauración burguesa y le proporcionará la posibilidad de llevar a cabo la edificación socialista.

Estas fórmulas concisas revelan, con igual claridad, tanto la homogeneidad de las dos últimas concepciones en cuanto a su irreconciliable contraposición a la perspectiva liberal (menchevique) como la diferencia esencial entre ellas respecto a la cuestión del carácter social y las tareas de la "dictadura" nacida de la revolución. La objeción, tantas veces repetida por los actuales teóricos de Moscú, de que el programa de la dictadura del proletariado era "prematuro" en 1905, está completamente desprovista de base... En un sentido empírico, el programa de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado demostró igualmente ser "prematuro". La relación de fuerzas, desfavorable en la época de la primera revolución, hacía imposible, no ya la dictadura del proletariado en cuanto tal, sino, en general, la victoria misma de la revolución. Sin embargo, todas las tendencias revolucionarias procedían de la esperanza en una victoria completa: sin esta esperanza, la lucha revolucionaria hubiera sido imposible. Las diferencias estaban referidas a las perspectivas generales de la revolución y a la estrategia que de ellas se derivaba. La perspectiva de los mencheviques era completamente errónea. Llevaba al proletariado por un camino totalmente equivocado. La perspectiva de los bolcheviques era incompleta: señalaba correctamente la dirección general de la lucha, pero caracterizaba incorrectamente sus etapas. La insuficiencia de la perspectiva de los bolcheviques no se reveló ya en 1905 por la sencilla razón de que la revolución misma no conoció un desarrollo más amplio. Pero a principios de 1917, Lenin se vio obligado, en lucha directa contra los cuadros más viejos del partido, a cambiar de perspectiva.

Un pronóstico político no puede pretender la misma exactitud que un pronóstico astronómico. Resulta satisfactorio sólo con que señale correctamente la línea general de desarrollo y permita orientarse en la dirección del proceso real de los acontecimientos, cuya línea fundamental habrá de desviarse inevitablemente a derecha o izquierda. En este sentido, no es posible dejar de reconocer que la concepción de la revolución permanente ha soportado con éxito la prueba de la historia. Durante los primeros años del régimen soviético nadie lo negaba. Al contrario: el hecho se reconocía en numerosas publicaciones oficiales. Pero cuando, en las cumbres apacibles y fosilizadas de la sociedad soviética, estalló la reacción burocrática contra Octubre, estuvo dirigida desde el comienzo contra esta teoría que, de forma más completa que ninguna otra, reflejaba la primera revolución proletaria de la historia, y al mismo tiempo revelaba claramente su carácter parcial, incompleto y limitado. Así fue como nació, por reacción, la teoría del socialismo en un solo país, el dogma fundamental del estalinismo.

Cronología

En primer lugar, advertimos que hemos convertido las fechas del antiguo calendario juliano al calendario gregoriano. Con esto, la cronología pierde en veracidad histórica en lo que respecta a Rusia a cambio de introducir una medida temporal entendible para la mayor parte del resto del mundo porque, por ejemplo, cuando los rusos vivían el 1 de septiembre el resto de Europa y toda América vivían el 13 de septiembre… todo ello en un período en que los días equivalían a algo más que años en las vivencias de la clase. De hecho, la revolución no tardó en legislar el paso del calendario juliano (antiguo) al gregoriano (moderno), lo hizo el 31 de enero de 1918. La opción de una cronología sucinta, informando de la fecha en el calendario antiguo y el moderno, se presentaba demasiado complicada para estos prolijos apuntes. El lector no avisado no tiene más que 'retrasar' 13 días las fechas de esta cronología para 'vivirla en ruso'… aunque los mismos rusos pasaron inmediatamente a festejar la revolución de octubre… en noviembre.

Hemos confeccionado este epígrafe sobre la base de numerosos párrafos de algunas obras, directamente reproducidos en la mayoría de los casos y sin referenciar citas, por una parte, y, por otra, con la consulta de obras generalistas de historia o del movimiento obrero en particular. Las obras de las que hemos extraído más material están presentadas en primer lugar en la bibliografía, que no sigue un orden alfabético sino de uso.

Las citas de Trotsky que figuran en esta cronología (extraídas de la biografía de Broué o de la de Deutscher en su mayor parte) que no se corresponden con textos publicados íntegramente hasta ahora en castellano, las hemos resaltado en cursiva para diferenciarlas del resto, que sí se corresponden con textos publicados en su integridad en castellano. Estas EIS se comprometen con los lectores a hacer el esfuerzo, en un futuro, de verter al castellano los textos completos a que se corresponden las citas parciales ahora vertidas al castellano; pero en un futuro que no podemos, por el momento, comprometer dados nuestros recursos.

En la cronología aparecen numerosos enlaces que remiten a textos que no se reproducen en ella, mientras que, en otras ocasiones, los textos se reproducen. Para esta opción de presentar los documentos nos ha guiado las facilidades que el lector recibe para la localización de los mismos, no su importancia; lo que se traduce en que los textos enlazados pueden presentar en ocasiones (no pocas) mayor interés que aquellos de los que se reproduce una cita. El lector decide. Nuestro consejo es que vaya a los textos enlazados también, entre otros motivos porque en muchos casos esos enlaces se corresponden con textos que hasta esta edición no estaban disponibles en castellano en internet.

Si el lector desea situarse un poco más ampliamente en el contexto histórico a largo plazo, le recomendamos que consulte el epígrafe "Cronología" (que cubre desde 1914 hasta 1924, ambos inclusive) de la obra de Trotsky *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, editada en estas mismas EIS.

Por último, queremos agradecer la generosidad de Daniel Gaido que tradujo algunos textos de decretos revolucionarios directamente desde el ruso para ampliar

nuestra serie La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918, a la que le hemos dado otro 'empujón' más con la finalidad de poder ofrecer en estos apuntes enlaces a textos imprescindibles de la legislación revolucionaria que, inexplicablemente para nosotros, todavía a estas alturas no estaban disponibles en castellano.

Bibliografía

John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1985;
L. Trotsky, *Historia de la revolución rusa,* en estas OELT-EIS.
L. Trotsky, *Mi vida*. *Ensayo autobiográfico*, en estas OELT-EIS.
P. Broué, *Trotsky*, Fayard, París, 1988;
I. Deutscher, *Trotsky. El profeta armado,* Ediciones Era, México, 1970;
L. Trotsky, *Lenin*, Ediciones Ariel, Esplugues de Llobregat, 1972;
P. Broué, *El Partido Bolchevique*, Editorial Ayuso, Madrid, 1973;
P. Broué, *Révolution en Allemagne (1917-1923),* Les Éditions de Minuit, París, 1971;
Ana M. Pankratova, *Los consejos de fábrica en la Rusia de 1917. El primer intento de gestión de la producción por parte de la clase* obrera, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1976;
M. Briton, *Los bolcheviques y el control obrero. 1917-1921*, Ruedo Ibérico, Colombes, 1972;
V. I. Lenin, *Obras Completas*, volúmenes XXVI, XXVII, y XXVIII, Akal Editor, Madrid, 1976;
L. Trotsky, *L'anné 1917,* François Maspero, París, 1976 (cronología);
L. Trotsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, OELT-EIS, 2017 (cronología);
E. H. Carr, *Historia de la Rusia Soviética. La revolución bolchevique (1917-1923). I. La conquista y organización del poder*, Alianza Universidad, Madrid, 1973;
Marc Ferro, *La révolution russe de 1917*, París, 1967;
Wikipedia;
Wikisource;
H. Wilde, *Lev Trotski*, Edicions 62, Barcelona, 1991;
V. Serge, *El año I de la revolución rusa,* Siglo veintiuno de España Editores, Madrid, 1972;
V. Serge, *Mémoires d'un révoloutionnaire*, Le Club des éditeurs, París, 1957;
V. Serge, *Vie et mort de Trotsky*, Club des amis du libre, París, s/f;
AAVV, *Cahiers Léon Trotsky*, nº 17 y 24;
Cintia Frencia y Daniel Gaido, *El marxismo y la liberación de las mujeres trabajadoras: de la Internacional de Mujeres Socialistas a la revolución rusa*, Ariadna Universitaria, Santiago de Chile, 2016;
Vicens Vives, J (dir.) *Historia de España y América. Social y Económica*, Volumen V, Editorial Vicens Vives, Barcelona, 1985;
Francesc Navarro (dirección editorial), *Historia Universal*, Tomo 19, Salvat-El País, Madrid, 2004;
AAVV, *Historial Universal Siglo XXI. Rusia*, Siglo Veintiuno México España Argentina, Madrid, 1989;
Wolfgang y Mommesen, *Historia Universal Siglo XXI. La época del imperialismo. Europa 1885-1918*, Siglo Veintiuno México España Argentina, Madrid, 1987;
Gerd Hardach, *Historia Económica Mundial del Siglo XX. La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*, Editorial Crítica, Barcelona, 1986;

P. Renouvin, *La Primera Guerra Mundial*, Ediciones Oikos-tau-¿qué sé?, Barcelona, 1983;
J. Droz (dir.) *Historia General del Socialismo. De 1875 a 1918*, Destino Libro, Barcelona, 1985;
AAVV, *Historia Argentina. La democracia constitucional y su crisis*, Paidós, Buenos Aires, 1980;
R. Hutchings, *El desarrollo económico soviético 1917-1970. Historia y planificación*, Ediciones Istmo, Madrid, 1973;
M. Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España (II)*, Sarpe, Madrid, 1985;
A. L. Morton y G. Tate, *Historia del movimiento obrero inglés*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1971;
E. Dolléans, *Historia del movimiento obrero. 1871-1920*, Tomo II, Zero SA, Algorta, 1969;
Jorge Barria, *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social*, Trigono-Ediciones de la Universidad Técnica del Estado, 1971;
Charles Bergquist, *Los trabajadores en la historia latinoamericana*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1988;
Pablo González Casanova (dir), *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Siglo XXI, México, 1984;
Julio Godio, *Historia del movimiento obrero argentino*, Tomo I, Corregidor, Buenos Aires, 2000;
I. Deutscher, *Los sindicatos soviéticos*, Ediciones Era, México, 1970;
L. Trotsky, *Mis peripecias en España*, Ediciones Endymion, Madrid, 2007;
Temas de Derecho (página web);
1917: el año que partió el mundo por la mitad (blog ciencias sociales)

"*El invierno de 1916 a 1917 había sido rudo para todos los pueblos en guerra; pero más particularmente para los Imperios Centrales. Escaseaba el carbón, el petróleo, el azúcar, el trigo, los productos químicos. En 1917, en Alemania, la cosecha había sido inferior en un 50% al promedio de antes de 1914: la ración de pan del combatiente descendió a 260 gramos por día. El consumo de víveres había disminuido en 50%. La conquista de los trigales rumanos permitió a los Imperios Centrales resistir. En Francia, la superficie sembrada se había reducido en un 35%. En Gran Bretaña y en Francia, hubo que imponer a la población un racionamiento riguroso. Hasta setiembre de 1917, en vano, habían procurado los gobiernos aliados contener el alza de los precios; en noviembre de 1916 intentaron asegurar el abastecimiento en todos los países aliados, con la creación del* Weaht Executive *[Acuerdo interaliado precedido por el* Sugar Executive*, enero de 1916, seguido del* Meat and Fats Excutive*, del* Oil Seeds Executive*, agosto de 1914, del* Nitrate and Soda Executive*, diciembre de 1917, y del empleo en común de los recursos totales de barcos de los aliados, por medio del* Interallied Maritime Council*]. Desde esa época, el gobierno inglés vio subir cada semana en Londres el precio del pan; los abastecimientos se agotaban y la población inglesa estaba a merced de los torpedos y de la especulación. Una producción deficitaria en los Estados Unidos había acentuado aún más la gravedad de esa situación, que se volvió dramática para Francia durante el verano de 1917. En agosto las reservas francesas son inferiores a las cantidades necesarias para esperar la nueva cosecha. No queda para más de quince días de consumo; las provisiones de harina para el ejército no alcanzaban más que para un día y en las grandes ciudades para dos o tres días. Fue pues en el otoño de 1917 cuando los aliados vivieron las horas más críticas: en el momento en que se desarrollaba la revolución de octubre […] El invierno de 1917 a 1918 fue, para las poblaciones de los países beligerantes, más rudo todavía que el precedente."* (E. Dolléans)

En general puede afirmarse que la guerra imperialista provocó un enorme aumento de los beneficios empresariales, el empobrecimiento de las clases medias y una profunda reestructuración en su composición y, en la clase obrera, una bajada generalizada y acentuada de los salarios reales (no sólo por la inflación sino por la escasez de oferta de alimentos básicos en buena parte debido a la especulación que venía a añadirse a la falta de suministros resultado de la guerra); según Lorenz el salario real en Rusia descendió a la mitad durante 1917 en los obreros de la industria, mientras que los precios de los artículos de consumo masivo se habían multiplicado por cinco o seis desde el comienzo de la guerra imperialista), una profunda reestructuración de su composición y cualificación, con cambios drásticos en su capa de aristocracia obrera, y una mejora de la situación de la mujer obrera en términos absolutos de acceso al mercado y a determinadas categorías salariales hasta entonces vedadas para ella aunque, como contrapartida y resultado de la situación de doble explotación y opresión de la mujer obrera, sentando las bases de una discriminación salarial contra la que todavía hoy tiene que luchar la clase obrera. Hardach resume así: "*Tanto en los países beligerantes como en algunos países neutrales, la inflación provocó la caída de los salarios reales, los cuales alcanzaron su punto más bajo en 1917. A partir de esta fecha, los sindicatos consiguieron mantener los salarios reales, por lo menos en apariencia; como consecuencia de los controles gubernamentales los precios aumentaron mucho más lentamente que antes, a la vez que*

se obtenían aumentos de salarios nominales gracias a una mayor combatividad obrera. Este ajuste nominal durante el último año de guerra fue, en realidad, ficticio, puesto que era escasísima la oferta de mercancías a precios controlados. La escasez de mercancías y también la caída de hecho del salario real se reflejaron de un modo mucho más manifiesto en los mercados negros. Según las estimaciones de la Oficina Internacional del Trabajo, las diferencias salariales disminuyeron en el curso de la guerra, y la brecha entre obreros cualificados y no cualificados (en especial mujeres) se hizo más estrecha. Para explicar este hecho se aducen dos razones: en primer lugar, el que a menudo se incrementaron los salarios, en términos absolutos, para ajustarlos al aumento creciente del coste de la vida, de forma que los que se hallaban situados en el último extremo de la escala salarial experimentaron un crecimiento mucho mayor; en segundo lugar, el que la organización de la producción sufrió transformaciones (producción en serie) que permitieron a los trabajadores no cualificados (muy particularmente, de nuevo, a las mujeres) subir puestos en la escala de retribuciones salariales."

Hutchings describe así la situación en Rusia: "*En 1917 la situación empeoró rápidamente. La producción de arrabio, por ejemplo, descendió más de un sexto. Si insistimos en la comparación con 1913, la producción industrial total representaba ahora solamente el 75%. Se comenzaba a notar una seria falta de energía, a causa de los estrangulamientos producidos en el transporte, hasta el punto de que, hacia finales de 1917, un tercio de las locomotoras estaban fuera de funcionamiento y no se podía, por consiguiente, transportar algunos avituallamientos vitales. Por su parte, el volumen de dinero en circulación creció dos veces en relación a julio de 1914. Los precios de los artículos de primera necesidad se multiplicaron por tres entre 1914 y 1917, para llegar a ser seis veces más altos entre enero y diciembre de ese mismo año. La dificultad del transporte de mercancías, combinada con el caos agrícola, ocasionó una penosa escasez de alimentos en las ciudades. Sin embargo, la eliminación casi completa de las exportaciones de cereales en 1916 tal vez hubiese resultado suficiente para abastecer el mercado interior, de no haber estado la industria dedicada a la producción de pertrechos y municiones, por lo que quedaba muy poco excedente libre para el aprovisionamiento de las zonas rurales como pago de los alimentos que las ciudades no podían producir. Los campesinos, en consecuencia, dejaron de vender productos por los que obtenían sólo un papel moneda constantemente depreciado, y únicamente cosechaban aquellas cantidades mínimas que eran necesarias para su autoabastecimiento. Con tal actitud se consumaba, por tanto, la disociación de un sistema económico que dependía del intercambio entre el campo y la ciudad.*"

Pabón, citado por Tuñón de Lara, dice sobre España de 1917: "*La guerra produjo, de un lado, la contracción del mercado internacional, y de otro, la ilimitada demanda de los países beligerantes a España. En consecuencia, subieron vertiginosamente los precios de las materias primas y de las materias manufacturadas. La agricultura, la industria y el comercio españoles se beneficiaron de manera fabulosa. El fenómeno afectó a la población de manera distinta. Parte de ella vio aumentar sus ingresos de modo inverosímil* […] *En cambio, una gran masa padecía de modo creciente e intolerable.*

Encarecían los productos y sus ingresos se mantenían al mismo nivel. Los asalariados (obreros, empleados, funcionarios), todos los que basaban sus ingresos en una renta fija, no podían vivir."

Y Victor Serge recordará que: "*Los españoles, hasta los obreros de mi taller, que no eran militantes, comprendían por instinto las jornadas de Petrogrado* [se refiere a la

caída del zarismo] *porque su espíritu llegaba a Madrid y Barcelona. La monarquía de Alfonso XIII no era ni más popular ni más sólida que la de Nicolás II; la tradición revolucionaria de España se remontaba, como la de Rusia, a los tiempos de Bakunin; tanto aquí como allí actuaban causas sociales semejantes, problema agrario, industrialización retrasada, régimen político atrasado más de siglo y medio respecto al occidente europeo. El boom industrial y comercial de los tiempos de guerra fortalecía a la burguesía, sobre todo a la catalana, hostil a la vieja aristocracia terrateniente y a la administración real completamente esclerotizada, acrecía las fuerzas y exigencias de un proletariado joven que no había tenido tiempo de formar una aristocracia obrera, es decir de aburguesarse; el espectáculo de la guerra despertaba el espíritu de violencia; los bajos salarios (yo ganaba 4 pesetas diarias, alrededor de 80 céntimos norteamericanos) incitaban a reivindicaciones inmediatas.*

El horizonte se aclaraba realmente de semana en semana. En tres meses, el humor de la clase obrera barcelonesa cambió. La combatividad aumentaba. La CNT notaba una afluencia de fuerzas […] Tres meses después del anuncio de la revolución rusa, el Comité Obrero comenzaba la preparación de una huelga general insurreccional, negociaba con la burguesía liberal catalana una alianza política, se planteaba con sangre fría el derrocamiento de la monarquía. El programa de reivindicaciones del Comité Obrero, establecido en junio de 1917 y publicado por Solidaridad Obrera*, se anticipaba a las realizaciones de los sóviets rusos*."

Enero

El año 1917 se inicia **en Alemania** con revueltas provocadas por la escasez de alimentos en varias ciudades y con huelgas en la industria de armamentos en la región de Renania-Westfalia.

En Inglaterra se celebra la conferencia anual del Labour Party, por primera vez estará representado en una conferencia del Labour un partido marxista, el BSP, que presenta una moción denunciando el carácter imperialista de la guerra y exigiendo negociaciones inmediatas; la moción fue rechazada por 1.697.000 votos contra 302.000.

En Francia tanto Bourderon como Merrheim son expulsados del Comité por la Recuperación por haber aprobado la política de Wilson.

1

Trotsky y su familia reciben el año 1917 en medio del océano a bordo del *Montserrat* que los lleva, expulsados también de España después de haberlo sido de Francia, a Norteamérica. "Entré en este país [España] como expulsado de Francia y residí en él como detenido en Madrid y como vigilado en Cádiz, en espera de una nueva expulsión."

4

Alemania llega al Siret completando la **conquista de Rumanía**.

7

Conferencia, celebrada **en Berlín**, de la **oposición del SPD** nucleada por Haase. En ella Ernest Meyer explica la posición de ni escisión ni nuevo partido sino rebelión de las bases para tomar en sus manos las organizaciones obreras: "la oposición se mantiene dentro del partido no solamente para combatir en él con la pluma y en actos la política de la mayoría, sino para interponerse, para proteger a las masas de la política imperialista practicada de contrabando por la socialdemocracia y para utilizar al partido como un campo de reclutamiento para la política antimilitarista proletaria de clase […] Sólo nos mantenemos en el partido en tanto que podamos llevar adelante la lucha de clases contra el ejecutivo. Desde el mismo momento en que se nos impida hacerlo, ya no querremos permanecer en él. Pero no estamos a favor de una escisión."

13

Llegada de **Trotsky** a **Nueva York**: "Entramos en Nueva York. Diana a las tres de la madrugada. Nos levantamos. Está obscuro. Frío, viento, lluvia […] Cielo gris sobre el agua verde-gris. Gotas de lluvia. El barco se pone de nuevo en movimiento. Orillas veladas por la niebla. Arboledas de invierno. Edificios de puerto. Todo predice la gigantesca mole que por ahora se oculta aún en el amanecer brumoso."

14

Inicio de su colaboración con ***Novy Mir*** (y justo pasadas 24 horas de su llegada entrega el primer texto) con Bujarin, Volodarsky, Chudnovsky, Boudin, Fraina y otros. Importante papel en la izquierda del PS norteamericano. Más tarde recordaría que: "El partido socialista norteamericano se había quedado rezagadísimo ideológicamente, hasta el punto de estar aún por debajo del socialpatriotrismo europeo […] Gentes como Hillquit propendían a adoptar la postura del buen tío socialista norteamericano que, llegado el momento oportuno, vendría a Europa a reconciliar paternalmente la familia

desavenida de la Segunda Internacional […] para ellos, Wilson era una autoridad incomparablemente superior a Carlos Marx […] Bastó que entrase en contacto con estos hombres para que se despertase en ellos un odio terrible contra mí […] A mis ojos, ellos representaban la parte más podrida de aquel mundo contra el que luchaba […] El viejo Eugenio Debbs se destacaba reciamente sobre el fondo de la antigua generación por aquella llamita interior de idealismo socialista que no se resignaba a extinguirse [era un revolucionario sincero) […] Nuestro periódico era el centro de la propaganda internacionalista revolucionaria. En todas las federaciones nacionales del partido socialista había colaboradores que conocían el ruso. Muchos de los colaboradores de la federación rusa hablaban inglés. Por este cauce, las ideas de *Novi Myr* penetraban en las capas del obrerismo americano."

Trotsky asiste en Nueva York, en casa de Ludwig Lore, a una reunión de una veintena de **socialistas de izquierda** dedicada a discutir sobre un programa de acción que pondrá al descubierto divergencias entre todos; Bujarin propone la escisión de la izquierda y su organización independiente, y Trotsky plantea la permanencia dentro del partido socialista hasta conquistar a las bases y la creación de un órgano de expresión independiente. Además de Bujarin, participan, entre otros, Rutgers, Fraina, Kollontai y el japonés Yamakawa (que dirige un diario, *Heimin*, obrerista que evoluciona hacia la izquierda del socialismo.

En Alemania todos los opositores son expulsados del SPD.

15

Telegrama del **ministro de la guerra** desde el cuartel general, dirigido **al zar**, comunicando que en Petrogrado han estallado huelgas y disturbios pero que, tomadas las medidas oportunas, la cosa no tiene importancia.

16

Trotsky en ***Novy Mir***: "He abandonado esa Europa ensangrentada con una profunda fe en la revolución. Sin la menor ilusión democrática he puesto el pie en la orilla del "Nuevo Mundo", ya bastante envejecido. Aquí se tropieza con los mismos problemas, los mismos peligros, las mismas obligaciones y las mismas fuerzas que allí. Entro en la familia del socialismo revolucionario americano con la consigna que me enseña la vieja Europa: ¡Viva la lucha!"

En Alemania, los expulsados del **SPD** deciden constituir el **USPD**.

20

Rodzianko, presidente de la última Duma, **le dice al zar**: "Señor, a vuestro alrededor no ha quedado un solo hombre honrado ni digno de confianza: los mejores han sido alejados o se han ido, quedándose tan sólo los que gozan de dudosa reputación."

Trotsky publica en *Novy Mir* ***Las lecciones de un gran año*.**

21

La **policía** se presenta en la fábrica **Putilov** para reprimir los intentos de conmemorar el 9/ 22 de enero sangriento y es recibida con una lluvia de pedazos de hierro y escoria.

22

A pesar de la sangrienta represión, en este aniversario del 9 / 22 de enero sangriento, en la capital **se lanzan a la huelga 150.000 obreros** con los metalúrgicos a la cabeza.

25
Trotsky interviene en el mitin internacional organizado para darle la bienvenida en Nueva York.

29
Alemania declara la guerra submarina sin límites.

Febrero

Huelgas y disturbios provocados por el hambre **en Petrogrado**. Violentas manifestaciones callejeras contra el gobierno. Las tropas enviadas para restablecer el orden fraternizan con los manifestantes. Los **sóviets** vuelven a aparecer en varias ciudades. Los **sindicatos** también comienzan a reforzarse, si en 1905 contaban con 250.000 miembros en los primeros meses de 1917 alcanzaban la cifra de millón y medio, pero en 1917 su papel sería menos importante que en 1905 pues, entre otras cosas y además del florecimiento de los comités de fábrica, la creación de secciones obreras en los sóviets los opacaba en buena parte.
En Inglaterra, en vísperas de la revolución en Rusia, el BSP (dentro del Labour Party) redacta una declaración que debería ser hecha pública en la conferencia de los partidos socialistas de los países aliados a celebrar en París y que no llegó a celebrarse.
En Cuba, este mes, bajo el liderazgo de José Miguel Gómez, los liberales se rebelan en varias provincias y acusan al gobierno de “represión persistente”. Capturan Santiago de Cuba y Camagüey; ¿aparición de sóviets en algunos lugares de Cuba?

1
Comienza la **guerra submarina** ilimitada. En este mes las potencias centrales hundieron 781.000 toneladas; en abril superarían el millón. El total de toneladas hundidas en 1917 alcanzará los cinco millones.

5
En México, mientras los líderes obreros más destacados siguen en prisión, se proclama en Querétaro la **Constitución** subproducto de la revolución vencida de 1910. El Congreso encargado de redactar la Constitución ha incluido en los artículos 27 y 123 algunas de las más importantes demandas de los trabajadores. La nueva Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos recoge aspectos como el reconocimiento de los sindicatos y los derechos de huelga y organización, a un salario decoroso, a jornadas reglamentadas, a tener prestaciones y servicios sociales, etc. Importante, en términos sindicales, la existencia de principios generales que norman las relaciones laborales en el ámbito nacional. Hasta este momento, solamente habían existido intentos aislados por crear códigos locales o regionales. El artículo 123 de la Constitución satisface demandas que aparecían desde el programa del Partido Liberal en 1906 y que habían sido levantadas también por diversos núcleos obreros.
6
Trotsky publica en *Novy Mir* “En la escuela de la guerra (El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)”

7
Trotsky publica en *Novy Mir* “Repetición del pasado”.

8

La **zarina** telegrafía **al zar** por la mañana: “en la ciudad todo está tranquilo”; por la noche: “las cosas toman en la capital muy mal cariz”. Por carta le dirá: “Hay que decirles, sin ambages, a los obreros que se dejen de huelgas, y si siguen organizándolas, mandarles al frente como castigo. No hay para qué disparar; lo único que hace falta es orden y no dejarles que atraviesen los puentes.”

Trotsky publica en *Novy Mir* “El gran compromiso (A propósito de la resolución del mitin de Carnegie-Hall)”.

10-12

Trotsky publica en *Novy Mir* “El zarismo en tierra republicana”.

14

Apertura de la Duma zarista con manifestaciones en las calles de Petrogrado y detenciones preventivas.

16

Ruptura de relaciones diplomáticas de **EEUU** con **Alemania**. Trotsky recordará que: “las charangas patrióticas llenaban el aire con sus instrumentos, cada día más ruidosos. Las voces atenoradas de los pacifistas y las voces de falsete de los socialistas no rompían la armonía patriótica. Para mí aquel espectáculo no era nuevo, pues ya lo había presenciado en Europa.”

17

Trotsky participa en Nueva York en una **reunión** bajo el título de “conferencia internacional de las organizaciones y grupos socialistas”: ésta decide unirse formalmente a la izquierda de Zimmerwald.

23

En Alemania un informe del prefecto de policía atestigua que “actualmente, casi todos los militantes sindicales del sindicato del metal […] son políticamente miembros de la oposición y, en gran parte, miembros del grupo Espartaco que ha tomado como consigna “Ponerle fin a la guerra con huelgas”.

Trotsky publica en *Novy Mir* “Hay que escoger el camino”.

26

20.000 obreros **paran en Rusia** en conmemoración del segundo aniversario del proceso contra los diputados bolcheviques.

27

Última sesión de la última **Duma**, tras muchas vacilaciones y aplazamientos, por fin se reúne la Duma y para soslayar todos los problemas políticos candentes dedica la sesión al estudio de un problema, serio y no menos candente, como el de las subsistencias. Los obreros de Petrogrado reciben a la duma con una huelga que afecta a casi 90.000 obreros; en Moscú paran algunas fábricas.

Trotsky publica en *Novy Mir* “¿Qué decía la Internacional sobre la defensa de la patria? (El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)”.

29

Se anuncia el racionamiento del pan.

***

En los dos primeros meses de este año, **enero y febrero, el total de obreros huelguistas políticos asciende a 575.000**.

El *Volkszeitung* ha publicado este mes la carta de **Trotsky** “El censo revolucionario de Hillquit (Carta a la redacción de N. Y. Volkszeitung)”.

En **México**, Morones y otros dirigentes han creado en este mes el Partido Socialista Obrero, de inspiración laborista.

Este mes **Alemania** le ha propuesto alianza a **México**.

Marzo

Trotsky en Nueva York escribe una serie de artículos sobre las fuerzas de clase y las perspectivas de la revolución rusa (en particular en esta obra el lector habrá podido leer los tres artículos sobre las fuerzas internas de la revolución. Más tarde, hablando sobre el “trotskysmo” en 1917, Trotsky recordará que: “En Nueva York escribí, en los primeros días del mes de marzo, una serie de artículos dedicados a estudiar las fuerzas de clase y las **perspectivas de la revolución rusa**. Por aquellos días, **Lenin enviaba de Ginebra a Petrogrado sus *Cartas desde lejos*.** (páginas 335 y siguientes) Aquellas dos series de artículos, escritas desde dos puntos separados por el Océano, coinciden en el análisis y en el pronóstico. Las fórmulas fundamentales a que llegábamos (posición ante la clase campesina, ante la burguesía, ante el gobierno provisional, ante la guerra, ante la revolución internacional) eran las mismas. He aquí como, sobre la piedra de toque de la historia, se contrastaba el “trotskysmo” con el “leninismo”, y el contraste se realizaba bajo condiciones químicamente puras. Yo no podía conocer la posición adoptada por Lenin, sino que partía de mis supuestos propios y de mi propia experiencia revolucionaria.”

Stalin propondrá, y pugnará por lograr, la fusión de los bolcheviques con el partido de Tsereteli. Hasta mediados de año Lenin no logrará sacar al partido de “aquella charca en que lo habían metido los caudillos provisionales de entonces y epígonos de hoy [1929].”

Por toda la Rusia europea aparecen comités de fábrica y de empresa, sóviets obreros y soviets de ‘veteranos’. Desde el primer momento estos comités no limitan sus reivindicaciones a los salarios u horas de trabajo, sino que marchan contra, e impugnan, varias prerrogativas del patrono o de la dirección de la empresa. Aparecen en más de una ocasión ante la ausencia de gestores durante las movilizaciones de febrero, cuando estos gestores o patronos volvieron a las empresas tuvieron que aceptar a los comités de fábrica. Pankratova, citada por Briton, escribirá: “El proletariado, sin esperar una sanción legislativa, empezó a fundar casi simultáneamente todas sus organizaciones: sóviets de delegados obreros, sindicatos y comités de fábrica.”

Este es el mes en que **Loriot se entrevista con Lenin** en Suiza.

Marzo-Junio: ofensiva militar alemana en el oeste.

En este mes las tropas inglesas ocupan Bagdad.

En Argentina este mes se produce la **huelga de los basureros de Buenos Aires** por aumentos salariales. Será combatida ferozmente por el gobierno. Entre otras medidas represivas se cesa masivamente a trabajadores y se despide y ataca a los dirigentes sindicales españoles con argumentos xenófobos.

3

Los obreros de la fábrica Putilov en huelga son despedidos.

4

Con las **mujeres obreras** a la cabeza, se producen en Petrogrado tumultos y concentraciones ante las tiendas de comestibles **pidiendo pan a gritos**.

7

La **huelga de Putilov se ha extendido** a diversas fábricas.

Trotsky asiste **en Manhattan** a una **asamblea** general de los miembros del partido del barrio; la asamblea determina la posición de los **socialistas** ante la próxima entrada de EEUU en la guerra. Se enfrentan la izquierda y el resto. Hillquit dirige la derecha y Trotsky la izquierda, tras una acalorada discusión, con puñetazos incluidos, gana la derecha por 101 votos contra 70. Seguramente el artículo publicado el día 3 en *Novy Mir* estuviese destinado a preparar esta reunión.

8

El "día de la obrera" inicia la revolución en Petrogrado con una enorme manifestación de obreras textiles que protestan contra la carestía, las colas y la falta de pan. Excepto los bolcheviques del distrito de Viborg, y a remolque de la iniciativa de la base, ninguna organización llamó a la huelga. En la 'base' las obreras textiles pugnan por generalizar su jornada para defender mejor sus reivindicaciones: este día obreras del textil visitan a los obreros de la fábrica metalúrgica Novy Lessner para invitarles a compartir con ellas la jornada; será la juventud obrera de la fábrica la que presionará a los adultos, renuentes, a unirse. Driazgov, un joven obrero del metal de la fábrica Parviainen, recordará más tarde que, cuando se dirigía al trabajo aquel día, una obrera le pidió que se uniese a la huelga en honor de las mujeres… Driazgov se fue a su fábrica y, junto a otros, se unió a las mujeres que marchaban hacia el centro de la capital mientras la huelga afecta ya a 90.000 obreros y obreras: primer día de la revolución. Dos capas de la clase obrera, específicamente explotadas y oprimidas, fueron el alma del inicio de la movilización.

Seis años más tarde Kayúrov, militante bolchevique del comité de distrito de Viborg, recordará que "La víspera del "día de las mujeres" me habían enviado a una reunión de obreras en Lesnaia, donde definí el sentido del "día de las mujeres" y del movimiento femenino en general; al llegar al momento actual, insistí, sobre todo, en invitar a las obreras a evitar toda manifestación parcial y a actuar exclusivamente bajo las instrucciones del comité del partido [...] Entonces, cuáles no serían mi sorpresa e indignación cuando al día siguiente, el 23 de febrero [8 de marzo] , en un pasillo de la fábrica Erikson, el camarada Nikífor Ilich vino a informarme del estallido de una huelga en varias fábricas textiles y de la llegada de una delegación de obreras que traían una resolución donde pedían el apoyo para los metalúrgicos."

En esta *Historia de la Revolución Rusa*, **Trotsky señala**: "Es evidente, pues, que la Revolución de Febrero empezó desde abajo, venciendo la resistencia de las propias organizaciones revolucionarias; con la particularidad de que esta espontánea iniciativa corrió a cargo de la parte más oprimida y cohibida del proletariado: las obreras del ramo textil, entre las cuales hay que suponer que habría no pocas mujeres casadas con soldados."

Trotsky publica en *Novy Mir* "Dos campos beligerantes", "Se vuelve a abrir la Duma" y "¡Preparad al soldado de la revolución!".

9

La **huelga** de las **obreras del textil** se **generaliza** espontáneamente de modo que este día se ha declarado en huelga cerca de la mitad de la clase obrera de Petrogrado, los

obreros se han presentado en el trabajo, pero para declararse en huelga y dirigirse al centro de la ciudad en manifestación. Los gritos de "¡pan!" son substituidos por los de **"¡Abajo la burocracia!" "¡Abajo la guerra!".** Los cosacos sacados para reprimir las manifestaciones adoptan una actitud neutral, la policía no. Gritos: **"¡Abajo la policía!"** alternaba con los hurras a los cosacos.

La **zarina le escribe al zar**: "Confío en que el [Kerensky] ese de la Duma será ahorcado por sus detestables discursos; hay que hacerlo a toda costa (ley marcial). Y servirá de ejemplo. Todo el mundo anhela e implora de ti energía."

Trotsky publica en *Novy Mir* "¿Qué significa la guerra para Norteamérica?".

10

Huelga general en Petrogrado; lo que el día 8 parecía una suave e inofensiva ola política rompe con toda la fuerza que albergaba en la sociedad y, por fin, impone la huelga general: 240.000 huelguistas en Petrogrado Los soldados disparan al aire mostrando los primeros síntomas de simpatía hacia la clase obrera. Inicio de las elecciones al sóviet. Los cosacos se enfrentan a la policía en defensa de los manifestantes.

El **comité central bolchevique** se decide, por fin, a lanzar una hoja llamando a la huelga general en todo el país: "Los dirigentes observan desde lo alto, vacilan y **se quedan atrás**, es decir, no dirigen sino que van detrás del movimiento", dirá Trotsky en esta historia de la revolución.

Al atardecer, se subleva la cuarta compañía del regimiento imperial de Pávlovsky. Hablando del estado de ánimo en el ejército, un oficial relata: "Todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones estaban concentradas en la paz."·

11

Motines en diversos regimientos de la **guarnición de Petrogrado**.

No hay huelgas, es domingo. Pero los obreros que se van concentrando poco a poco en los suburbios se dirigen al centro de nuevo y aunque están levantados los puentes atraviesan el Neva todavía helado: disparos que no les arredran. En las puertas y alrededores de los cuarteles, los piquetes de obreros y obreras machacan la conciencia del soldado: **"No dispares contra tus hermanos y hermanas", "¡Únete a nosotros!"**

El **buró ruso bolchevique publica un manifiesto en nombre del partido,** redactado por Schliápnikov, Zalutsky y Mólotov, y publicado dos días más tarde en el primer número de *Izvestia* como suplemento):

"¡Proletarios de todos los países, uníos!

A todos los ciudadanos de Rusia

¡Ciudadano! Han caído los cuarteles del zarismo ruso. Se ha desmoronado la prosperidad de la banda zarista, edificada sobre los esqueletos del pueblo. La capital está en manos del pueblo sublevado. Las tropas revolucionarias se han pasado al lado de los insurgentes. El proletariado revolucionario y el ejército revolucionario deben salvar al país de la pérdida y de la quiebra definitivas a las que los tenía destinado el gobierno zarista.

El pueblo ruso se ha sacudido de encima su secular esclavitud al precio de enormes esfuerzos, de sangre y de la vida de sus hijos.

La tarea de la clase obrera y el ejército revolucionario es crear un Gobierno Revolucionario Provisional que deberá encabezar el nuevo régimen, el naciente régimen republicano.

El Gobierno Revolucionario Provisional debe encargase de asegurar sin tardanza el abastecimiento de la población y del ejército; para dicho fin deben confiscarse la totalidad de las provisiones almacenadas por el antiguo gobierno y el ayuntamiento.
La hidra de la reacción todavía puede levantar la cabeza. La tarea del pueblo y de su gobierno revolucionario es reprimir todos los intentos contrarrevolucionarios dirigidos contra el pueblo.
La tarea urgente, inmediata, del Gobierno Revolucionario Provisional es establecer relaciones con el proletariado de los países beligerantes de cara a una lucha revolucionaria de los pueblos de todos los países contra sus opresores y servidores, contra los gobiernos zarista y las camarillas capitalistas, y de cara al cese inmediato de la sangrienta carnicería impuesta a los pueblos esclavizados.
Los obreros de las fábricas y de las factorías, así como las tropas sublevadas, deben elegir sin tardanza a sus representantes al Gobierno Revolucionario Provisional, que debe constituirse bajo la vigilancia del pueblo revolucionario sublevado y del ejército.
¡Ciudadanos, soldados, esposas y madres! ¡Todos a la lucha! ¡A la lucha abierta contra el poder zarista y sus esbirros!
¡Por toda Rusia se levanta la bandera roja de la insurrección! Por toda Rusia, tomad en vuestras manos la causa de la libertad, echad abajo a los sirvientes zaristas, llamad a los soldados a la lucha.
Por toda Rusia, en las ciudades y en los campos, cread el gobierno del pueblo revolucionario.
¡Ciudadanos! ¡Gracias a los esfuerzos fraternales y unánimes de los insurgentes hemos consolidado el nuevo orden naciente de la libertad sobre los escombros de la autocracia!
¡Adelante! ¡No hay vuelta atrás! ¡Lucha sin cuartel!
¡Alineaos bajo la bandera roja de la revolución!
¡Viva la República Democrática!
¡Viva la clase obrera revolucionaria!
¡Viva el pueblo revolucionario y el ejército insurgente!”
Lenin señalará desde Suiza como importante y acertada la “idea perfectamente correcta de nuestro comité central de que el punto indispensable para la paz es establecer relaciones con los proletarios de todos los países beligerantes.” No obstante, Mólotov se encuentra en minoría en el comité de Petrogrado, en contra de su propuesta de calificar al Gobierno Provisional como “contrarrevolucionario” este comité propone apoyarlo “mientras sus actos correspondan a los intereses del proletariado y de las amplias masas democráticas del pueblo.”

12

Revolución de “Febrero” en Petrogrado. Los obreros han acudido a las fábricas por la mañana… para decidir en asambleas continuar la lucha. **En Moscú** comienzan las **huelgas**.

Dimisión de los ministros zaristas.

Se han estado eligiendo espontáneamente en las fábricas y empresas sóviets (comités de fábrica o consejos), al principio en algunas fábricas, aunque en algunos días era raro el centro de trabajo de la clase obrera que no había constituido su comité (consejo o sóviet) de fábrica o taller. En el Palacio de Táurida **se constituye el Sóviet de Petrogrado,** los mencheviques Gvozdiev, Bodánov y **los miembros de la Duma del Estado, Chjeidze, Skóvelev y otros, se autodenominan comité ejecutivo provisional del sóviet** y tratan de retener la dirección del mismo; en la primea reunión, en la tarde de este día, se constituye el Presidium (Chjeidze presidente, Kerensky vicepresidente y Skóvelev). Además de los miembros del Presidium, en el Comité Ejecutivo del Sóviet

de Petrogrado entran Schliápnikov, Sujánov y Steklov; los puestos correspondientes a los representantes de los comités centrales y de Petrogrado de los partidos socialistas quedan sin designar. Los socialistas-revolucionarios se manifiestan en contra de la constitución del sóviet al principio pero después envían como representantes a Alexandrovich, Zenzínov y otros. En su primera reunión de este día el sóviet decide unir a la guarnición con los obreros en un **Sóviet común de Diputados Obreros y Soldados**.

Trotsky dirá en esta historia de la revolución: "la Revolución de Febrero triunfó gracias a la sublevación de los regimientos, antes de que los obreros crearan los sóviets. El Comité Ejecutivo se constituyó abiertamente, antes del Sóviet, sin la intervención de las fábricas y de los regimientos, después del triunfo de la revolución. Nos hallamos en presencia de la iniciativa clásica de los radicales, que se quedan al margen de la lucha revolucionaria, pero se disponen a provecharse de sus frutos."

El sóviet reniega de la necesidad de **asumir el poder** y lo deja en manos del zarismo. **Sin embargo**, cuando, en plenas negociaciones entre Duma y Sóviet, se avisa al presidente de la Duma, **Rodzianko**, que se le llama al hilo directo, se niega a ir solo: "Que los señores diputados obreros y soldados me den escolta o vayan conmigo, pues de lo contrario en Telégrafos me detendrán. ¡**Qué queréis, tenéis la fuerza y el poder**!"

El zar ha enviado desde el frente al general Ivanov con un batallón de caballeros de San Jorge y plenos poderes dictatoriales (aunque con instrucciones de no proclamarlos hasta haber ocupado Tsárskoye Seló. Sobre el mediodía se recibe en el cuartel general zarista un comunicado de Jabálov hablando de motines en los regimientos de Pávlovsky, Litovski y Preobrazhensky y señalando la necesidad de que se envíen tropas de confianza desde el frente. Rodzianko envía al zar un telegrama que termina así: "Ha llegado la hora suprema en que van a decidirse los destinos de la patria y la dinastía."

Constitución del Comité Ejecutivo Provisional de la Duma, o Comité para el Restablecimiento del orden y las relaciones con las instituciones, (Rodzianko presidente). El zar ha contestado a la solicitud del Consejo de Decanos de la Duma respecto a la crítica situación en Petrogrado con la orden de disolver la Duma (ésta no solo está rodeada de obreros y soldados armados sino que también están dentro de ella, con sus armas), los diputados de la Duma zarista eligen pues una especie de gobierno provisional aprovechando la dejación de responsabilidades por parte del Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado: Shulguin, Lvov, Shidlovsky, Dmitriukoov, Rodzianko, Rzhevsky, Konoválov, Miliukov, Nekrásov, Kerensky y Chjeidze.

La bandera roja ondea sobre el Palacio de Invierno.

Los **obreros comienzan a armarse** a costa del desarme de los elementos del antiguo régimen, como hicieron en 1905, y formar milicias obreras o núcleos de lo que luego sería la Guardia Roja, para mantener el orden y la defensa de las fábricas. Su organización ya es estrictamente a partir de los centros de trabajo.

Jabálov pone en vigor el decreto firmado a espaldas del gobierno declarando por orden de su majestad el **estado de guerra en Petrogrado**… los bandos de este decreto no pueden fijarse por las paredes de la ciudad porque el general-gobernador, Balk, no tenía engrudo ni pinceles… mientras "la guarnición del zar en la capital, que contaba con 150.000 soldados, se iba fundiendo, derritiéndose, desaparecía por momentos. Por la noche ya no existía."

Trotsky recordaría más tarde que: "**En todos los barrios de Nueva York** se celebraron mítines, extraordinarios por la concurrencia y el espíritu que los animaba." Y el doctor Ziv, menchevique y socialpatriota ya, dirá: "En todas aquellas reuniones el discurso de Trotsky era el acontecimiento principal y el clímax natural. Las reuniones se retrasaban a veces varias horas porque Trotsky tomaba parte en muchas asambleas que

tenían lugar al mismo tiempo […] pero el público lo esperaba pacientemente, ansioso de escuchar las palabras que arrojarían luz sobre el portentoso acontecimiento que había tenido lugar en Rusia.”

En Rusia, al llegar la noche, **los presos políticos** de las numerosas cárceles de la capital han sido puestos **en libertad** por la multitud.

El Comité Ejecutivo suprime, en la noche de este día, la prensa monárquica… días más tarde debe volver a discutir la cuestión ante las protestas de la reacción y su súbito amor a la libertad de expresión.

Repliegue táctico de Alemania en la región de Noyon.

13

El general Jabálov, jefe de la región militar de Petrogrado ordena que los obreros retornen al trabajo bajo la amenaza de enviar al frente a quienes no acaten su orden.

El **Sóviet de Petrogrado** publica el **llamamiento** *A la población de Petrogrado y Rusia* exhortando a cohesionarse alrededor del sóviet y a tomar en sus manos la dirección de los asuntos locales.

Acuerdo Duma-Sóviet sobre la formación de un ***gobierno provisional***. Lvov primer ministro, Miliukov de asuntos extranjeros.

Formación del Sóviet de Moscú; movilizaciones en las principales ciudades de provincias.

La zarina telegrafía **al zar**: “Es necesario hacer concesiones. Las huelgas continúan y muchas tropas se han pasado a la revolución.” Sobre las tres de la tarde, **el zar** envía telegrama **a la zarina** desde Viasma: “Tiempo magnífico. Confío en que os encontraréis buenos y tranquilos. Han sido enviados fuertes destacamentos de tropas desde el frente. Tiernamente tuyo.”

Trotsky saluda en *Novy Mir* el **umbral de la revolución en Rusia.**

El cadete Navokov recordará que: “Desde la mañana del 28 de febrero [calendario gregoriano, 13 de marzo] era peligroso salir a la calle pues ya empezaban a arrancar las charreteras a los oficiales.” La **hostilidad de los soldados hacia los oficiales** ya se desenvolvía claramente en todos los ámbitos. Kayúrov observó ese día la escena de un comandante de regimiento comunicando a los soldados que “el gobierno odiado por todos había sido derribado” y que por tanto “Y ahora, ¡todo el mundo a los cuarteles!”, Kayúrov terció en el asunto: “Permítame usted una palabra, señor comandante ¿es que acaso ha corrido en las calles de Petrogrado la sangre de los obreros durante todos estos días para reemplazar a un terrateniente por otro”, Trotsky comenta en esta historia de la revolución: “El antagonismo entre soldados y oficiales no era más que el reflejo de la hostilidad entre el campesino y el terrateniente.”

14

Se amplía el Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado con representantes de los soldados: Linde, Paderin, Sadovsky y otros. Se delega a Chjeidze y Kerensky al Comité de la Duma del Estado. En la reunión de este comité, los representantes del Comité Ejecutivo del Sóviet delegados para examinar las condiciones en que los sóviets podían apoyar al nuevo gobierno (Chjeidze, Stekolov y Sujánov) excluyen de su propio programa las cuestiones de la guerra, la república, la tierra, la jornada de ocho horas, concretándolo todo en una reivindicación: concesión de libertad de propaganda a los partidos de izquierda. En la misma sesión se aprueba una moción favorable a la creación de una milicia que restaurase el orden en la capital y sustituyese a la policía zarista, disuelta por las masas. En la reunión del comité ejecutivo inmediatamente posterior al pleno del sóviet, aquél escogió a diez comisarios para dirigir la **nueva milicia** (100

voluntarios por cada 1.000 obreros) en otros tantos distritos de la ciudad; los elegidos, sin embargo, eran políticos sin conocimiento de la situación local y enfrascados en asuntos políticos, que no ejercieron influencia destacable en la formación de las unidades. La respuesta de los obreros a la petición del sóviet fue, sin embargo, entusiasta y facilitó la creación de la milicia. En esta sesión también se discuten las condiciones del traspaso del poder al gobierno provisional, que claramente se trata de un gobierno burgués: a pesar de que, de los treinta y nueve miembros del comité, **once son bolcheviques y simpatizantes** (entre ellos Salutsky, Schliápnikov y Molotov)… **no se levanta ni una sola voz contra el hecho de la formación de un gobierno burgués**.
Karaúlov, ministro de interior, dicta **orden de detención** de todos los jefes de la policía y del cuerpo de gendarmes… cuando los obreros insurrectos ya hacía días que los habían detenido por su cuenta.
El sóviet, que ha aprobado este decreto bajo la presión directa de los soldados, **edita su *Orden nº* 1**, Trotsky dirá de ella que es el **"único documento digno de la Revolución de Febrero."** El mismo Comité Ejecutivo del Sóviet que publica esta orden trata de publicar un manifiesto dirigido a los solados exigiendo la sumisión al viejo comando… pero los tipógrafos se niegan a componerlo. A los pocos días el Comité Ejecutivo aprueba una "orden nº 2" limitando el campo de aplicación de la orden nº 1 a Petrogrado… la realidad se encargará de borrar este segundo decreto destinado a borrar el primero.
La Duma y el Sóviet de Petrogrado forman milicias propias, las primeras formadas principalmente por funcionarios y estudiantes y las segundas por obreros.
En la noche del 14 al 15 **el zar** ha dado **conformidad**, por fin, para **un ministerio** responsable pero cuando Russky se apresura a comunicarle a Rodzianko la buena nueva éste, acosado en el Palacio de Táurida, contesta: "Lo que usted propone no basta; lo que ahora se debate es la cuestión dinástica…"

15

Tras recibir a una delegación de diputados de la Duma, tras abdicar en su hijo y después retirar la abdicación, tras redactar un manifiesto abdicando, tras especular de nuevo con un ministerio responsable, el **zar Nicolás II abdica**: "… la situación en Petrogrado es tal que un ministerio compuesto de miembros de la Duma no serviría de nada, pues tendría enfrente al partido socialdemócrata representado por un comité obrero. Me indicó que era necesario que renunciase a la corona […] Para salvar a Rusia y retener las tropas en el frente ha decidido dar este paso […] Por todas partes traición, cobardía y engaño."
Kerensky Ministro de Justicia del Gobierno Provisional constituido y del que es presidente el príncipe Lvov. El Sóviet de Petrogrado había aprobado el día anterior, día 14, una resolución que dictaba que "los representantes de la democracia" no debían integrarse en el gobierno provisional, Kerensky es nombrado ministro, y acepta a pesar de la resolución del sóviet. El Sóviet acaba aprobando este ingreso. A **Chjeidze** se le ofrece el puesto de ministro de trabajo, pero se niega a aceptarlo categóricamente, permaneciendo como presidente del sóviet.
Los delegados del **Consejo de Industria y Comercio** rusa llaman la atención "a toda la clase comercial e industrial de Rusia y a todas sus organizaciones acerca de la necesidad de hacer **concesiones**."
Se constituye en Kiev la Rada, cámara legislativa ucraniana controlada por grupos socialistas-revolucionarios, que impulsa algunas reformas fundamentales.
En las **ciudades de provincias** (Pskov, Orel, Ribinsk, Penza, Kazán, Tsaritsin…): "Ha llegado la noticia del cambio de régimen, y la población se ha adherido a la revolución."

Trotsky dirá: "La revolución se llevó a cabo por la iniciativa y el esfuerzo de una sola ciudad, que representaba aproximadamente 1/75 de la población del país […] Las revoluciones han inferido siempre grandes reveses al fetichismo jurídico de la "voluntad popular", y tanto más implacablemente cuanto más profunda, audaz y democrática es la revolución."

Trotsky publica en *Novy Mir* "La Conferencia de Gompers y compañía" y "Poca calma en Europa (El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)".

En Inglaterra, en esta semana, Fairchild e Inkpin, en nombre del BSP, hacen pública la declaración que se habían propuesto presentar a la conferencia de los partidos socialistas de los países aliados que no llegó a celebrarse. La declaración denunciaba el carácter imperialista de la guerra, que por parte de los aliados tendía a "establecer en Europa la hegemonía del capitalismo de las potencias de la Entente"; exigía la retirada de los partidos laboristas y socialistas de los gobiernos en que participaban; insistía sobre la necesidad de poner fin a la "tregua de clases" y les recordaba a los partidos obreros la resolución de Sttutgart que les comprometía a actuar en las condiciones de la guerra que "aportarían la caída del capitalismo"; destacaba la urgencia de una campaña en favor de la paz mediante la negociación, sin anexiones, campaña que debía ser promovida por una reunión inmediata de todos los organismos afiliados a la Segunda Internacional.

Desde las páginas del *Novy Mir* **Trotsky** señala que "**la avalancha de la revolución está en pleno desbordamiento.**"

Entrada de las tropas imperialistas británicas en **Bagdad**.

16

En el **Sóviet de Petrogrado** se forman las comisiones: Abastecimientos, Militar, de Orden Público, de la ciudad y de prensa, de esta última saldrá la redacción de *Izvestia*: Sokolov, Seklov, Sujánov, Grinevich, Bazárov y Avílov.

En los mítines de soldados y obreros se empieza a exigir del sóviet que destituya inmediatamente al Gobierno Provisional de la burguesía. Ésta contraataca con una campaña demagógica en la que trata de enfrentar a los obreros (egoístas que querían comer más y trabajar menos) con los soldados (sacrificados por la patria). La clase obrera rompe la campaña con otra de invitaciones a los soldados a las fábricas para que vean las condiciones en que trabajan y, así, sueldan la alianza de la clase con los soldados (en su mayoría campesinos pobres).

Miguel renuncia al trono de los Romanov.

Trotsky publica en *Novy Mir* "La revolución en Rusia".

En Francia cae Briand; gobierno Ribot.

17

Constitución en Kiev de la **Rada Central de Ucrania**, sin miembros bolcheviques.

En **Helsingfors y Sveaborg llegan las noticias de la revolución**, censuradas hasta este día por el almirante Nepenin; más fuerte es, por tanto, la reacción de los soldados. Aquí la sublevación se prolonga durante un día y una noche en la que muchos oficiales son detenidos y los más odiados arrojados al hielo.

Trotsky publica en *Novy Mir* "Bajo la bandera de la Comuna" y "Dos rostros (Las fuerzas internas de la revolución rusa)".

18

Reaparece *Pravda* dirigida por un consejo de redacción formado por Mólotov, Kalinin y Eremeiev. El primer número se distribuye gratuitamente y del segundo se venden

100.000 ejemplares; los primeros números se mantienen dentro del terreno político fijado por el manifiesto publicado el 11 de marzo en *Izvestia*.
El **Comité Ejecutivo** confirma su acuerdo anterior de **clausurar las publicaciones de derecha** y someter la salida de nuevos periódicos al sóviet.
El mismo comité decide **que los obreros reanuden el trabajo en la región de Petrogrado**… bajo las mismas condiciones que antes de la revolución. Muchas fábricas de Petrogrado se niegan a acatar la orden: los obreros quieren volver a trabajar, pero con la jornada de ocho horas.
Comienzan a llegar a las líneas de combate del **frente las noticias de la revolución.**

19
El **Gobierno Provisional** declara oficialmente que promete convocar elecciones a la **Asamblea Constituyente** en breve plazo… que no señala. Se abstiene de decir cualquier cosa sobre la forma de estado… las puertas siguen abiertas para la monarquía. Se compromete solemnemente a **continuar la guerra hasta el triunfo final** y “cumplir, sin apararse de ellos en un punto, los compromisos contraídos con los Aliados.” El Sóviet con su silencio aprueba.
El generalísimo del frente septentrional, general Rusky, comunica al Comité Ejecutivo que se está manifestando una **insubordinación completa de los soldados** con respecto a sus superiores y que es necesario que se manden al frente hombres populares para tranquilizar el ejército.
Lenin telegrafía desde Suiza: “Nuestra táctica: desconfianza absoluta, negar todo apoyo al nuevo gobierno; recelamos especialmente de Kerensky; no hay más garantía que armar al proletariado; elecciones inmediatas a la Duma de Petrogrado; mantenerse bien separados de los demás partidos.”
Trotsky publica en *Novy Mir* “El conflicto en aumento (Las fuerzas internas de la revolución)”.

20
Con su primera carta, “La primera etapa de la primera revolución”, **Lenin** comienza a redactar y enviar sus ***Cartas desde lejos*** (página 335 y siguientes) que se publicarán en *Pravda* seriamente censuradas y tendrán que esperar a 1957 para una edición íntegra.
Arresto de la familia imperial. Kerensky dice en Moscú: “Nicolás II está en mis manos… Nicolás se dirige a Inglaterra bajo mi vigilancia personal”, pero el Comité Ejecutivo decide poner en manos del sóviet la suerte de la familia real… que comenzará a deambular, como ya hizo Nicolás no hace mucho, por las vías férreas cerradas para ella por los ferroviarios.
Trotsky publica en *Novy Mir* “¿La guerra o la paz? (Las fuerzas internas de la revolución)”.

21
Nicolás II y su familia parten para la Villa de Tsárskoye Seló.
Trotsky desde Nueva York, en las páginas de la *Novy Mir*, plantea la crítica del gobierno provisional ruso, de los liberales rusos imperialistas y la necesidad de un gobierno obrero.
Decreto de amnistía… las puertas de las cárceles hace días que habían quedado abiertas por las masas que liberaron a los presos políticos.

22

El general **Alexéiev** telegrafía desde el cuartel general: “Pronto seremos esclavos de los alemanes si seguimos mostrándonos indulgentes con el Sóviet”. **Guchkov** le responde: “Por desgracia, el gobierno no dispone de poder efectivo; las tropas, los ferrocarriles, el correo, el telégrafo, todo está en manos del Sóviet y puede afirmarse que **el Gobierno Provisional sólo existe en la medida en que el Sóviet permite que exista**.”
Chjeidze informa al Comité Ejecutivo que el gobierno renuncia a trasladar a Nicolás a Inglaterra y la familia real queda arrestada en el Palacio de Invierno mientras crece el clamor del frente para que sea recluida en la Fortaleza Pedro y Pablo.
Trotsky publica en *Novy Mir* “Guerra y revolución” y “¿Quiénes son los traidores?”.

23

El **Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado** firma con la Asociación de Fabricantes de Petrogrado un acuerdo que supone una clara derrota para un número considerable de patronos: se garantiza la **jornada de ocho horas** en algunas empresas y se “reconocen” algunos **comités de fábrica**. El resto de patronos se niega a reconocer el acuerdo y el Comité para el Comercio y la Industria declara que la jornada de ocho horas sólo puede ser resuelta por un acuerdo mayor y recíproco “porque su importancia la convierta en asunto de estado.” La jornada de ocho se impone rápidamente en Petrogrado, de mala gana por parte patronal, de forma masiva y rápidamente. En la mañana de este día el órgano menchevique dice que la jornada de ocho horas no está en el orden del día, después de haber hecho demagogia con el fracaso del intento de implantarla en la revolución de 1905. Realmente, los obreros la habían estado aplicando en muchas fábricas ya y el Comité Ejecutivo propone al gobierno que publique un decreto implantándola en toda Rusia antes de la Asamblea constituyente… aunque no insiste mucho.
Bajo presión de los elementos burgueses, el Comité Ejecutivo **anula** su acuerdo anterior de **cierre de la prensa de derechas**.
El **Consejo de la Nobleza Unida** llama a todos los rusos a “agruparse alrededor del Gobierno Provisional como único poder legítimo de Rusia.”
***Pravda* publica una resolución del buró** propugnando la **conversión de la guerra imperialista en guerra civil pero sin abogar todavía por el derrotismo nacional** explícitamente. No obstante, **en el mismo número se afirma** en un artículo de Olminsky: “La **revolución [burguesa] aún no ha concluido.** Vivimos bajo la consigna de ‘golpear juntos’. En las cuestiones de partido, cada partido para sí; pero todos **como un solo hombre para la causa común**.” [Negritas EIS]
Carlos I comienza las **negociaciones Sixto-Borbón con Poincaré**.

24

Miliukov declara a los periodistas franceses: “La revolución rusa se ha hecho para suprimir los obstáculos que se interponían en el camino de Rusia hacia la victoria.”
Francia, Italia e Inglaterra **reconocen al Gobierno Provisional**.

25

Abolición de la pena de muerte.
El **Consejo de la Industria y el Comercio** (que representa al capital unificado de todo el país) se pone “por entero a la disposición” de la Duma y sus acuerdos.

26

Vuelta de los dirigentes bolcheviques deportados que llegan ese día a Petrogrado. Kámenev y Stalin cogen las riendas de la **dirección y *Pravda*** da un giro hacia el conciliacionismo publicando artículos defensistas.

27

Trotsky y su familia embarcan en Nueva York para volver a Rusia. Más tarde, Trotsky recordará que: "Decir que en aquellos meses conocí a Nueva York sería una exageración imperdonable, pues me entregué de lleno, apenas llegar (y pronto estuve de ellos hasta la coronilla), a los asuntos del socialismo norteamericano […] De todas maneras, me dio tiempo a conocer el ritmo general de vida de esa monstruosa ciudad a la que llamaos Nueva York. Volví a Europa con la sensación del hombre que sólo ha podido echar una ojeada a la fragua en que se está forjando el destino de la humanidad. Me consolé pensando que algún día tendría ocasión de volver. Y todavía no me ha abandonado esta esperanza."

Llamamiento del Sóviet a los pueblos del mundo entero adoptado por unanimidad por el **Sóviet de Petrogrado**, por una paz sin anexiones ni indemnizaciones. **Trotsky dirá de él**: "El 'decreto número 1 era la respuesta honrada de las masas a los problemas que planteaba al ejército la revolución. El manifiesto del 14 de marzo [27 de mazo] no era más que una **respuesta pérfida** de los de arriba a las objeciones que les habían formulado honradamente los soldados y obreros." Y ***Pravda* dice** que se trata de "**un compromiso consciente** entre las distintas tendencias representadas en el sóviet." Los sóviets locales consiguen que, a raíz de este manifiesto, la consigna de "¡guerra a la guerra!" se convierta en inadmisible y hasta en los Urales y Kostroma, con los bolcheviques presentes con fuerza, se aprueba por unanimidad. **Stalin publica un artículo en *Pravda*,** "más notable por lo que omitía que por lo que decía", exhortando a los obreros, campesinos y soldados a cerrar filas en torno a los sóviets "como órganos de la unión y el poder de las fuerzas revolucionarias de Rusia" pero sin una sola referencia al Gobierno Provisional ni a la guerra mientras que llama a "defender los derechos conquistados para derrotar finalmente a los viejos poderes e impulsar a la revolución rusa hacia adelante", es decir un artículo **en completa sintonía con los mencheviques en su política de presionar a la burguesía** desde atrás sin tomar la dirección de los acontecimientos.

En España CNT y UGT se reúnen y acuerdan una declaración pública conjunta en la que anuncian su unidad para organizar la huelga general: "2º Que a partir de este momento […] adopción de todas aquellas medidas que consideren adecuadas al éxito de la huelga general…" Los firmantes del documento serán encarcelados por el gobierno.

28

Kámenev, Muránov y Stalin destituyen a la redacción de ***Pravda*** y asumen la dirección; el artículo de la nueva redacción anuncia el **decidido apoyo al Gobierno Provisional** "en cuanto luchase contra la reacción y la contrarrevolución." Schliápnikov recordará que "El día en que salió a la calle el primer número de *Pravda* transformada fue un día de júbilo general para los defensistas." *Pravda* de este día publica el manifiesto *A los pueblos del mundo entero* seguido de un artículo de Kámenev de pleno apoyo a la defensa nacional: "Cuando un ejército se enfrenta a otro, sugerir a uno de esos ejércitos que deponga sus armas y se retire sería la política más inane." Al día siguiente la redacción se verá obligada a publicar la enérgica **protesta de los obreros de Viborg**: "Si el periódico no quiere perder la confianza de los barrios obreros, debe sostener la antorcha de la conciencia revolucionaria, por mucho que moleste a la vista de las lechuzas burguesas." Pero eso no hace rectificar el curso conciliacionista de la

redacción, con lamentables repercusiones en el resto del país, donde *Pravda* servía de orientación: en muchos sóviets los bolcheviques acataban las propuestas sobre los problemas fundamentales de la mayoría defensista sin levantar la voz en absoluto; en la Conferencia de los Sóviets de la región de Moscú los bolcheviques se adherirán a la resolución presentada por los socialpatriotas respecto a la guerra.
Stalin afirma en una conferencia bolchevique, celebrada a finales de este mes, que la función de los sóviets es "**sostener al Gobierno Provisional** en su política durante todo el tiempo en que siga su camino de satisfacción de las reivindicaciones obreras.

29
Las **delegaciones de las escuadras** del Báltico y el Mar Negro declaran que sólo tendrán en cuenta al Gobierno Provisiona en tanto que éste marche de acuerdo con el Comité Ejecutivo.

30
El **Gobierno Provisional** publica el decreto de la **reforma de las sociedades anónimas**, siguiendo el interés del gran capital.
En la Conferencia Panrusa de los Sóviets, celebrada más adelante, el ponente encargado de informar sobre los problemas del ejército informará de que todavía en estos días (29 y 30) se aplicaban **castigos corporales a los soldados**.
Lenin envía carta llena de inquietud a través de los contactos de Finlandia: "… Preferiría incluso romper de inmediato con quien fuese, dentro de nuestro partido, a hacer concesiones de ningún género al socialpatriotismo…"

31
En el cuartel general se celebra una **conferencia de autoridades** supremas para examinar la situación del frente: "En los meses próximos es imposible completar las fuerzas del frente en las proporciones necesarias pues **reina una gran fermentación en todos los regimientos de reserva**. El ejército está pasando por una enfermedad […] Es imposible que actualmente se puedan llevar a la práctica las operaciones activas señaladas para esta primavera.

****
Acabado este mes, **permanecen en sus puestos los jueces y fiscales zaristas**… que todavía permanecerán más. También **todos los funcionarios**. "La política del Gobierno revolucionario no debe lesionar a nadie sin necesidad." Por tanto, el nido de "idiotas y bribones", según el procurador Lvov, del **Sínodo sigue** y seguirá siendo lo que era: una **institución gubernamental** y la religión ortodoxa la **religión del estado**. Los **ministros zaristas**, recluidos, tienen ya asignada una **pensión** de exministros. **Los obreros seguían esperando la jornada de ocho horas y los campesinos pobres la tierra**.
En este mes, o principios de abril, el ministro de agricultura, el cadete Schingarev, ha publicado el **decreto sobre los comités agrarios** (como órganos de preparación de la reforma agraria); su comité central lo preside un liberal, Postnikov, y lo integran en su mayoría norodnikis muy moderados; se crean los comités provinciales, cantonales y de distrito; al contrario que los sóviets, considerados instituciones privadas, estos comités **tiene carácter gubernamental**… pero cuanto más abajo estaban más difícil se les hacía resistir las presiones del campesinado. A finales de este mes han comenzado a llegar a la capital las primeras noticias sobre la **entrada en escena de los campesinos**.
Según V. Serge: "El imperio se había hundido en algunos días, a principios de marzo de 1917, bajo el choque de las huelgas espontáneas y las manifestaciones obreras en las

calles de Petrogrado. Los gritos de las mujeres obreras ante las panaderías habían anunciado el fin de una autocracia tricentenaria. Los pequeños grupos revolucionarios fueron cogidos por sorpresa de tal manera, entendieron tan poco la amplitud de los acontecimientos, que los bolcheviques recomendaron la vuelta al trabajo en el momento preciso en el que las tropas de la guarnición comenzaban a confraternizar con los manifestantes. Fue esta confraternización, cuya iniciativa estuvo en manos de centenares de héroes desconocidos, la que lo decidió todo."

Trotsky dirá: "La leyenda de la espontaneidad no explica nada. Para apreciar debidamente la situación y decidir el momento oportuno para emprender el ataque contra el enemigo, era necesario que las masas, su sector dirigente, tuvieran sus postulados ante los acontecimientos históricos y su criterio para la valoración de los mismos. En otros términos, era necesario contar, no con una masa como otra cualquiera, sino con la masa de los obreros petersburgueses y de los obreros rusos en general, que habían pasado por la experiencia de la revolución de 1905, por la insurrección de Moscú del mes de diciembre del mismo año, que se estrelló contra el regimiento de Semenov, y era necesario que en el seno de esa masa hubiera obreros que hubiesen reflexionado sobre la experiencia de 1905, que supieran adoptar una actitud crítica ante las ilusiones constitucionales de los liberales y de los mencheviques, que se asimilaran la perspectiva de la revolución, que hubieran meditado docenas de veces acerca de la cuestión del ejército, que observaran celosamente los cambios que se efectuaban en el mismo, que fueran capaces de sacar consecuencias revolucionarias de sus observaciones y de comunicarlas a los demás. Era necesario, en fin, que hubiera en la guarnición misma soldados avanzados ganados para la causa, o, al menos, interesados por la propaganda revolucionaria y trabajados por ella."

Abril

En este mes **Alemania** conocerá un fuerte movimiento huelguístico en la estela de la revolución rusa. Los militantes de Espartaco difunden en Berlín durante los primeros días del mes un panfleto llamando a una protesta masiva y señalando el ejemplo de los proletarios rusos; en Leipzig un panfleto, seguramente también espartaquista, celebrando la revolución rusa finaliza: "¡Tomad en vuestras manos vuestro propio destino! ¡Si estáis unidos el poder será vuestro!" Se producen paros en Hamburgo, Magdeburgo, Bremen, Núremberg… En Berlín, delegados revolucionarios que estiman que ha llegado el momento para una acción, permitiendo una primera movilización de masas para después lograr condiciones para una ampliación de la plataforma de acción, deciden utilizar una asamblea del sindicato del metal, fijada para el día 15 de abril, para hacer aprobar en ella una decisión de huelga de cara al mejoramiento del abastecimiento.

En Argentina, este mes van a la huelga los marineros en Riachuelo, la FOM logra que se le atribuya al sindicato el control de la contratación de las tripulaciones.

Este mes, Schliápnikov y Eremeev, bolcheviques, toman a su cargo la **sistematización de la organización espontánea de las guardias rojas**. Se comienza por los barrios obreros, principalmente Viborg, con la oposición de los mencheviques y socialistas-revolucionarios.

En **California, Estados Unidos**, se declaran **en huelga los trabajadores que pizcan la naranja**. Ricardo Flores Magón lanzará desde las páginas de *Regeneración* un llamamiento a los trabajadores mexicanos para que se nieguen a trabajar como esquiroles; más de 14.000 jornaleros mexicanos participarán en la huelga. El mismo

líder obrero saluda el inicio de la **revolución mundial**, que unirá la lucha de la clase obrera y campesina pobre mexicana con la de Rusia.
Este mes *Die Zukunft* publica el artículo de **Trotsky** "1905-1907 (Los problemas prioritarios de la revolución)".

1
Tsereteli vuelve de la deportación.

2
Se abolen las diferencias de **raza** o **religión**.
El príncipe **Lvov telegrafía** a los comisarios invitándoles a crear **comités cantonales agrarios** como órganos de **poder local** y les recomienda que "a la labor de dichos comités se incorporasen los **terratenientes** y todas las fuerzas intelectuales del campo."
El general Lisingen despliega una **ofensiva en Stojod** para sorpresa de los alemanes, que parecía que ya habían abandonado a Rusia a la suerte de su revolución; reaccionan y, después de inútiles pérdidas humanas y de material, los jefes de Lisingen (asustados también, aunque mostrando sus **deseos de una derrota salvadora del antiguo orden ruso**) le ordenan detener las operaciones.
Wilson aconseja al Congreso de **Estados Unidos declarar la guerra a Alemania**, cosa que hace (Francia e Inglaterra le debían a los EEUU más de diez mil millones de dólares en créditos para la guerra).

3
El **Sóviet de Moscú**, que se había resistido a hacerlo, implanta este día la **jornada de ocho horas**.

3-29
Trotsky y su familia internados en Canadá. "A mi mujer y a los niños los dejó la policía en Halifax. A los demás nos condujeron en tren a Amherts, un campamento de prisioneros alemanes […] (Los *canallas* que tiraban de los hilos desde lejos sabían perfectamente que se trataba de *revolucionarios rusos intachables* que volvían al país liberado por la revolución […] el jefe del campamento […] –Son ustedes sujetos peligrosos para el gobierno ruso actual –nos dijo lacónica y concisamente."

5
Funerales en Petrogrado por las víctimas de la revolución de febrero: 800.000 manifestantes.
Estados Unidos entra en guerra.
En Alemania la conferencia de los espartaquistas se pronuncia a favor de un partido con los centristas; los "radicales de izquierda" están en contra.

6
En Alemania, del 6 al 8 se celebra en Gotha el congreso de fundación del USPD, en el que entra la Liga Espartaco, más por necesidad que por convicción política pues esta entrada ha suscitado muchas discusiones en su interior. El ISD de Borchart y los militantes de la oposición de Brême se mantienen al margen. Kautsky y Bernstein entran en el nuevo partido para contrarrestar la influencia espartaquista. El congreso de fundación adoptará solemnemente como programa el antiguo programa de Erfurt. Ledebour interviene en el congreso diciendo que "nosotros, los socialdemócratas de la oposición, no hemos dejado de prestar atención a lo que pasa en el este […] Hemos

declarado que, si esto continúa, inevitablemente aquí en Alemania se producirán acontecimientos como los de Rusia.”; el espartaquista Fritz Heckert declara: “el proletariado alemán debe sacar las lecciones de la revolución rusa y tomar en sus manos su propio destino.”; Clara Zetkin dice en una carta dirigida al congreso que: “ante nuestro congreso se inscribe con letras de fuego la acción del pueblo de Rusia, una acción cuya ardiente alma y cuyo motor los constituye el joven proletariado, bajo la dirección de una socialdemocracia que ha sabido, también ella y durante los tiempos de guerra, mantener alta y sin mancha la bandera del socialismo internacional. ¡Espero, deseo que vuestras deliberaciones y decisiones serán dignas de este exultante acontecimiento del siglo!”

Huelgas en Berlín bajo la dirección de los *Revolutionäre Obleute*, después en Leipzig.

Estados Unidos ha declarado la guerra a Alemania y **entra en la guerra imperialista al lado de la Entente**. El general **Pershing** dirigirá el cuerpo expedicionario. **El Partido Socialista (Socialist Party of America)** será el **único partido** de ámbito nacional **que se opondrá a este acto**; en este mismo mes celebra una convención urgente en la que se aprueba la oposición a la guerra imperialista y a la entrada de EEUU en ella, declarándola como un crimen contra el pueblo norteamericano y reafirmó la solidaridad obrera internacional.

Tras dos semanas de **ofensiva del general Nivelle**, en este día se cuentan 35.000 muertos y 90.000 heridos, alrededor de una quinta parte del total de esta operación.

7

Comienza en Moscú el **Congreso de la Uniones de Cooperativas de toda Rusia**, que contará con 800 delegados y se prolongará hasta el 10 de este mes. Con predominio menchevique y eserista, se pronuncia por el apoyo al Gobierno Provisional y la continuación de la guerra, pero exigiendo la entrega de todas las tierras al pueblo trabajador; indica también que la mejor forma de organización masiva del campesinado son los sóviets de diputados campesinos.

El **Gobierno Provisional** crea una comisión especial encargada de redactar el texto de la **ley electoral**… comisión que nunca llegó a funcionar e instaura el **monopolio estatal de los cereales**.

En Alemania, el Ministerio para la Guerra deroga la prohibición del trabajo nocturno femenino.

El jefe de la división de granaderos informa que “**Los soldados expresan** de un modo inequívoco el parecer de que no debemos atacar, sino mantenernos a la defensiva.”

Primeras confraternizaciones en el frente.

8

Stalin publica un artículo consagrado a comentar el decreto que abolía las restricciones a los derechos nacionales: “La base social de la opresión nacional, la fuerza que la inspira, es la aristocracia terrateniente en su declive.” Se mantiene en una posición democrática hasta el punto de ocultar a los lectores el fenómeno del enorme aumento de la opresión nacional que lleva aparejada la época del capitalismo imperialista, hasta el punto de afirmar que “suprimir de la escena política a la aristocracia feudal, arrebatarle el poder, significa precisamente liquidar la opresión nacional, crear las condiciones de hecho necesarias para la libertad nacional. En la medida en que la revolución rusa ha vencido, ya ha creado esas condiciones de hecho…”

9

El Gobierno Provisional hace pública una declaración: "… el fin perseguido por la Rusia libre no es dominar otros pueblos, ni se aspira a despojarles de sus bienes nacionales, ni a apoderarse por la violencia de territorios ajenos [y, según **Trotsky**, "*los reyes y los profetas del doble poder anunciaban su propósito de entrar en el reino de los cielos en compañía de los criminales y desvergonzados*"] que se respetarían todos los compromisos contraídos con nuestros aliados."

Teniendo en cuenta las amenazas de Miliukov de acusar de traidores y arrestar a los revolucionarios rusos que volviesen a Rusia por Alemania, y lo avanzado de las negociaciones realizadas por Platten en su nombre, que habían fijado para este día la **salida desde Suiza para cruzar Alemania** bajo condiciones de extraterritorialidad del vagón en suelo alemán, exención de cualquier revisión aduanera y de cualquier verificación de la tendencia política de los viajeros y de sus pasaportes y exclusiva relación de las autoridades alemanas con los viajeros a través de Platten, **los revolucionarios firman este día el siguiente documento**: "Yo, abajo firmante, doy testimonio de que: 1) las condiciones establecidas por Platten con la embajada de Alemania me fueron informadas; 2) que me someto a lo que indique el jefe del viaje, Platten; 3) que me han sido comunicadas las noticias del *Petit Parisien* de acuerdo con las cuales el gobierno provisional ruso amenaza con acusar de traición al Estado a aquellos rusos que atraviesen Alemania; 4) que me hago cargo de toda la responsabilidad política de mi viaje; 5) que Platten me garantiza el viaje solamente hasta Estocolmo." **Este mismo día salieron los revolucionarios de Suiza y llegaron a Estocolmo el día 13 de abril**.

Sir George Buchanan recordará de este día que **"Kerensky**, con quien tuve una larga conversación ayer, no favorece la idea de tomar medidas enérgicas en el momento presente ni contra el Sóviet ni contra la propaganda socialista en el ejército. Al decirle yo que el gobierno nunca sería dueño de la situación mientras permitiera que una organización rival le dictara órdenes, él **dijo que el Soviet moriría de muerte natural**."

Ofensiva británica en la Batalla de Arras. Desde el 9 de abril al 16 de mayo de 1917, tropas británicas, canadienses y australianas atacaron las trincheras alemanas cerca de la ciudad francesa de Arras.

11-16

Conferencia de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia convocada por el Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado y que se celebró en esa ciudad con la asistencia de los representantes del Sóviet de Petrogrado y de 82 sóviets locales, así como de unidades del ejército del frente y de la retaguardia; en el total de las 186 representaciones que acuden, la mayoría es de sóviets de soldados, representantes del frente y delegados militares (principalmente oficiales). Si discutió sobre los problemas vinculados con la guerra, la actitud hacia el Gobierno Provisional, la Asamblea Constituyente, el problema agrario, el abastecimiento y otros. Los mencheviques y socialistas-revolucionarios tenían la mayoría e hicieron aprobar una resolución de apoyo al Gobierno Provisional y al "defensismo revolucionario" (325 votos a favor y 57 en contra); se aprobó también la convocatoria de una Conferencia Socialista Internacional que debería discutir el problema de cómo salir de la guerra. Decide reforzar con dieciséis representantes conservadores de provincias al **Comité Ejecutivo de Petrogrado, reforzando así todavía más su ala derecha**. En esta conferencia las trincheras habían encargado a su delegado que dijera: "Estamos dispuestos a dar la vida por la libertad; pero, pase lo que pase, camaradas, queremos que se acabe la guerra."

12
Llega a Rusia la misión socialista aliada.

13
En Estocolmo, a donde han llegado los revolucionarios rusos en el exilio desde Suiza, los socialdemócratas suecos se reúnen con ellos en el hotel Regina. Varias intervenciones, entre ellas una de Lenin rindiendo cuentas del viaje.
En Alemania, manifestación de mujeres en Leipzig exigiendo pan ante el ayuntamiento. Este día se detiene a Müller, organizador clandestino de los metalúrgicos, para evitar resoluciones de huelga en la asamblea prevista para el día 15.

14
En la **conferencia del partido bolchevique**, a propuesta de Kámenev y Stalin, se acepta considerar la **reunificación de todos los socialdemócratas** propuesta por el menchevique Tsereteli.
El Gobierno Provisional pone a la cabeza de las fuerzas armadas al **general Alexéiev**… el mismo que el 18 de marzo quería fusilar a las “bandas propangandistas”.

15
En **Petrogrado** se celebra una **conferencia preparatoria de los comités de fábrica de las industrias de guerra de la ciudad** a iniciativa de los obreros del sector de artillería. La conferencia proclama una **“constitución de fábrica”** que confiere a los comités de fábrica atribuciones de las más audaces del momento: “Todas las instrucciones sobre la organización interna de la fábrica (por ejemplo, horarios de trabajo, salarios, contratos, despidos, vacaciones, etc.) deberán emanar de los comités de fábrica. Se informará al director de la fábrica […] El contrato de todo el personal administrativo (personal de dirección superior, jefes de secciones o de talleres) depende de la aprobación del comité de fábrica, que debe notificar a los obreros sus decisiones en reuniones generales de toda la fábrica, o a través de los comités de taller […] El comité de fábrica controla la actividad de dirección en los terrenos administrativo, económico y técnico […] Se debe proporcionar a los representantes de los comités de fábrica, para su información, todos los documentos oficiales de la dirección, los presupuestos de producción y de gastos, y listas detalladas de todos los objetos que entren o salgan de la fábrica…”
En Alemania, el anuncio de la reducción de la ración de pan desencadena una reacción de la clase obrera que responde con una **oleada de huelgas** en las que sus reivindicaciones iban más allá del aprovisionamiento. La asamblea del sindicato del metal aprueba **huelga para el día 16** pero rehúsa hacerlo con el objetivo de lograr la liberación de Müller**. En Leipzig**, los obreros exigieron, además de un mejor aprovisionamiento de alimentos y carbón, la conclusión de una paz sin anexiones, el levantamiento del estado de sitio, la abolición de la ley de Servicios Auxiliares Patrióticos, libertad de expresión y reunión y, por último, sufragio universal e igual en todo el territorio del imperio.
***Politiken*, nº 86**, periódico de los **socialdemócratas suecos**, publica el documento, dirigido a la prensa y datado en Estocolmo, de un grupo de socialistas internacionalistas, zimmerwaldistas de izquierda, que avala las condiciones honorables en que los revolucionarios rusos en el exilio han aceptado el **tránsito a través de Alemania** en vagón sellado, el documento está firmado por P. Levi, Loriot, Guilbeaux, Bronsky y Platten (que se ha hecho cargo de todas las gestiones para lograr el regreso de los revolucionarios rusos); además también firman el documento los socialistas de izquierda suecos Lindhagen, Ström, Carleson, Kilbom y Nerman y el socialista de

izquierdas noruego Hansen. En el texto puede leerse: "Nosotros, los abajo firmantes, conocemos los obstáculos que los gobiernos de la Entente oponen al viaje de los internacionalistas rusos. Conocemos las condiciones en que el gobierno alemán permitió el paso para Suecia […] Nosotros los abajo firmantes, internacionalistas de Francia, Suiza, Polonia, Alemania, Suecia y Noruega, estimamos que nuestros correligionarios rusos no sólo tienen derecho, sino que están obligados a aprovechar la circunstancia que se les presenta para viajar a Rusia. Les deseamos los mejores éxitos en la lucha que es parte de nuestra lucha común por la liberación de la clase obrera, por la revolución socialista."

16

En la noche de ese día Lenin llega a Petrogrado… con sus *Tesis de Abril*. En el mismo vagón en el que Kámenev lo recibe en la frontera, Lenin lo ataca por las tesis defensistas y, una vez en la estación, dando la espalda a la delegación oficial del sóviet, se dirige a la muchedumbre concentrada de obreros y soldados, la saluda como representante de la revolución victoriosa, vanguardia de la revolución proletaria mundial. **Chjeidze ha saludado a Lenin**: "Camarada Lenin, te damos la bienvenida a Rusia en nombre del Sóviet de Petrogrado y de la revolución […] Creemos que la tarea primordial de la democracia revolucionaria, hoy, es defender nuestra revolución de cualquier clase de ataques, vengan de dentro o de fuera […] Esperamos que te unas a nosotros en nuestros esfuerzos por lograrlo…". **Lenin se ha dirigido a las masas**: "Queridos camaradas, soldados, marineros y trabajadores: me siento feliz al saludaros en nombre de la victoriosa revolución rusa; de saludar en vosotros a la vanguardia del ejército proletario internacional […] Ya no está lejos la hora en que, al llamamiento de nuestro camarada Karl Liebknecht, el pueblo volverá sus armas contra los capitalistas que le explotan […] La revolución rusa, hecha por vosotros, ha abierto una nueva era ¡Viva la revolución socialista mundial!" **Después** lo llevan al palacio de la Kshesínskaya para una **reunión con los bolcheviques**; Sujánov, invitado por Kámenev a estar en esa reunión, relata: "No olvidaré nunca aquel discurso, parecido a un trueno, que me conmovió y asombró, y no sólo a mí, hereje que había penetrado allí sin derecho a entrar, sino a todos los ortodoxos. Puedo afirmar que nadie esperaba nada parecido. Diríase que habían salido de su cubil todos los elementos y que el espíritu de la destrucción uniera, arrollando sin miramientos las barreras, las dudas, las dificultades, los cálculos, cerniéndose sobre la sala de la Kshesínskaya por encima de las cabezas de los discípulos hechizados […] Rechaza la reforma agraria por la vía legislativa lo mismo que todo el resto de la política del Sóviet. Proclama la confiscación organizada de la tierra por los campesinos inmediatamente…, cualquiera sea el poder del estado […] '¡No tenemos necesidad de una república parlamentaria, no tenemos necesidad de una democracia burguesa, no tenemos necesidad de ningún gobierno fuera de los sóviets de diputados obreros, soldados y jornaleros agrícolas!' […] **Trazó un Rubicón entre la táctica de la víspera y la del día**."

El **príncipe Urúsov**, adjunto a la presidencia de Lvov, **ordena** que no se tolere ninguna intromisión arbitraria y, sobre todo, que "**se proteja la libertad del propietario en la administración de su tierra**."

En Alemania comienzan grandes huelgas en Leipzig y Berlín que durarán hasta el día 23 del mes. A las 9 de la mañana, después de celebrar asambleas en todas las fábricas, son ya 300 las que están en huelga en Berlín con 200.000 huelguistas. Las calles están repletas de cortejos de manifestantes formados espontáneamente, mientras que en Leipzig se han sucedido las asambleas en las fábricas y el sindicato del metal llama a una concentración en Brauereigarten, en Leipzig-Stotteritz; a mediodía, la

huelga se ha generalizado y cuando a las 15 horas se produce la concentración los responsables sindicales no pueden lograr la vuelta al trabajo para el día siguiente y la asamblea aprueba una resolución que exige el aumento de las raciones de alimentos y del carbón, enumerando también seis reivindicaciones políticas, hecho capital, como una declaración del gobierno a favor de una paz sin anexiones, la supresión de la censura y el levantamiento del estado de sitio, la abolición de la ley sobre la movilización de la mano de obra, la liberación de los detenidos políticos y la introducción del sufragio universal en las elecciones a todos los niveles, añadiendo la elección de una comisión en la misma asamblea encargada de llevar el pliego de reivindicaciones a Berlín para negociarlo con el canciller. En Vorgarten, en otra asamblea, un obrero saluda la revolución rusa y explica que la manifestación que se produce demuestra que en Alemania es posible hacer lo mismo que en Rusia. En Berlín, el comité de huelga mantiene la exigencia de la liberación de Müller.
Comienza la ofensiva francesa de Chemin des Dames (Camino de las Damas) con el fin de romper el frente alemán, se convierte en un sangriento fracaso (unas 100.000 víctimas francesas en un mes). **El 19 se da la orden de suspender la ofensiva dejándola en ataques parciales**. Se generalizan los motines en el ejército, motines que alcanzarán su punto máximo en junio y julio.

17

Lenin, en Petrogrado, presenta y apoya en el Palacio de Táurida ante la sección bolchevique, primero, y, después, ante una reunión de bolcheviques y mencheviques del sóviet **sus *Tesis de Abril***. “Ni el menor apoyo al Gobierno Provisional […] Desenmascarar a *este* gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de “exigir” que *deje de ser* imperialista…”; en su informe a los delegados bolcheviques (página 426 y siguientes) trata de aclarar sus tesis. Lenin queda completamente aislado en la dirección del partido: “**En aquel día el camarada Lenin no encontró un partidario declarado ni aun dentro de nuestras filas**”, recordará más tarde el bolchevique Zaleski, miembro del comité bolchevique de Petrogrado. No se publicarán en *Pravda* hasta el día 20.
En Alemania la atmósfera se tensa cada vez más por lo que los dirigentes sindicales presionan al gobierno para que ceda un poco y reciba a las delegaciones liberando a Müller; **se trata de cortar el paso a la generalización de la plataforma de Leipzig** que los espartaquistas están difundiendo y sobre la que agitan. El gobierno hace algunas vagas promesas y las direcciones sindicales van logrando que las asambleas aprueben la vuelta al trabajo el 18.

18

En la provincia de Jarkov, un comité agrario cantonal acuerda practicar **registros** en las **casas de los terratenientes** con el fin de **recogerles las armas**… la guerra civil se presiente.
En Alemania los dirigentes del partido independiente están divididos sobre la generalización de la movilización sobre la plataforma de Leipzig; sólo una intensa demagogia, siguiendo la estela de la de los días anteriores sobre la no pertinencia de que los sindicatos agiten consignas políticas, consigue hacer volver al trabajo a parte de la clase mientras que, por ejemplo, más de 50.000 obreros siguen en huelga en Berlín, denunciando la “traición” y exigiendo la elección de “consejos obreros” (dirán que “como en Leipzig”. Los huelguistas de la DWM eligen un comité de huelga dirigido por los delegados revolucionarios Fischer y Peters; los trabajadores de Knorr-Bremse ponen en primer lugar de sus reivindicaciones la liberación de Liebknecht eligiendo un consejo

obrero dirigido por el revolucionario Scholze y que lanzarán enseguida un llamamiento a la elección de consejos obreros en todas las empresas. Pero es solamente una minoría de obreros la que sigue el movimiento y la autoridad militar, desoyendo los consejos del día 17 de los dirigentes sindicales colaboracionistas, interviene militarizando a los obreros en huelga, arrestando a los dirigentes (especialmente a Peters, Fischer y Scholze). Pronto queda restablecido el orden y el trabajo se reanuda. Oleada desenfrenada de demagogia socialpatriota.

19

Comienza en Petrogrado la **Conferencia de Empleados y Obreros Ferroviarios** de toda Rusia, que se prolongará hasta el 3 de mayo, dirigida por conciliadores defensistas y que declarará su total apoyo al Gobierno Provisional. La conferencia elige a un Comité Ejecutivo que en los momentos de la insurrección se posicionará contra la revolución obrera.

El **Comité Ejecutivo de los Sóviets** decide nombrar **comisarios en el ejército**. **Trotsky** concluye: "*De este modo, se creaba una triple relación: las tropas elegían sus delegados en el Sóviet; el Comité Ejecutivo destacaba a sus comisarios cerca de las tropas; finalmente, al frente de cada unidad militar había un comité electivo que venía a ser algo así como una célula de base del Sóviet.*"

Congreso Nacional de **Ucrania** en Kiev.

20

Pravda publica, por fin, las *Tesis de abril* de Lenin, con dos días de retraso, en nombre de éste y solamente en su propio nombre. Según Lorenz, nada sospechoso de izquierdismo: "los bolcheviques, como los demás partidos soviéticos, consideraron desde un principio que el gobierno provisional era un régimen progresivo al que había que proporcionar un apoyo limitado. Esta postura obedecía a una antigua tradición del partido, que, desde su fundación, había pensado que en Rusia tenía que realizarse primero una revolución burguesa para eliminar el zarismo e instaurar una república democrática con una Asamblea Constituyente. Solamente cuando el capitalismo industrial se hubiese desarrollado completamente sobre esta base podría el proletariado, en su opinión, numéricamente fortalecido y políticamente maduro, llevar a cabo la revolución socialista. Partiendo de estas premisas teóricas, los dirigentes bolcheviques de Petrogrado, sobre todo Kámenev y Stalin, intentaban presentar al gobierno provisional una oposición leal. Hasta que Lenin volvió a Rusia en abril de 1917 no se produjo en el partido un progresivo cambio de orientación, […] En un primer momento esta idea de la conquista del poder por los soviets (bolchevizados) y de la inmediata instauración de una dictadura del proletariado en Rusia fue objeto de una enérgica oposición en el seno del partido. Otros dirigentes (bolcheviques) reprochaban a Lenin su abandono del socialismo científico y su retorno a la teoría de una conjura de matiz blanquista […] Lenin consiguió ir imponiendo paulatinamente sus tesis tras arduas discusiones."

21

Pravda: "Por lo que se refiere al **esquema general del camarada Lenin, lo juzgamos inaceptable,** en cuanto él presenta como acabada la revolución democrático-burguesa y se orienta en el sentido de transformarla inmediatamente en revolución socialista.", escribe el órgano del que Stalin era el jefe de redacción refiriéndose a **las** *Tesis de abril*

Vuelve **Chernov** del extranjero tras tiras y aflojas con Inglaterra que no le dejaba atravesar sus dominios.

22

En Norteamérica aparece el primer número de ***The Class Struggle*** que ha sido un proyecto de órgano independiente de la izquierda socialista animado desde tiempo por Trotsky y Fraina. Una vez Trotsky fuera de los EEUU, ha sido sobre **Fraina** sobre quien ha recaído la responsabilidad y el trabajo.

26

Pravda (del 13 de abril del calendario juliano) publica el anuncio de una **reunión de jóvenes obreros**, convocada por el Sóviet de Viborg y que tiene como objetivo **organizar columnas juveniles en la manifestación del Primero de Mayo** (que en Rusia se celebraba el 18 de abril del calendario juliano). Los participantes se plantean la reivindicación de una jornada de 6 horas para los menores de 18 años con salario completo, educación gratuita para todos, que debería organizarse en las fábricas bajo el impulso del sóviet; mejora de las condiciones de trabajo, cualificación profesional, igualdad salarial y representación en los comités de fábrica. Todo ha comenzado en la factoría de Renault, Viborg, cuando los jóvenes habían reaccionado ante la subida salarial del 25% concedida por el Gobierno Provisional algunas semanas después de la revolución de febrero. En efecto, los jóvenes de Renault solo habían recibido un aumento del 15% y se organizaron y presentaron al comité de fábrica sus propias reivindicaciones, presionándolo para que los delegados adultos del comité de fábrica acompañasen a los jóvenes en las negociaciones con la patronal: ésta concede un reajuste más equitativo de los salarios y el comité de empresa reconoce a dos jóvenes (Metelkin y Freiburg) como representantes en su seno. A partir de este avance, la juventud obrera de Renault se había dirigido al resto de empresas de Viborg… en menos de una semana habían logrado organizar juventudes en Renault, Novy Lessner, Novy Parviainen, Erikson y Baranovsky contando con 30.000 miembros.

27

En Alemania, el ***Vorwärts***: “Las huelgas se deben evitar […] sólo un aumento de la capacidad de resistencia de Alemania podrá llevarnos a una paz rápida.”

28-29

En Argentina, **III Congreso Extraordinario del PS**. La elección de la presidencia del congreso ya traduce que en éste los “internacionalistas” contaban con la mayoría frente a los “justistas”; de 8.000 votos representados, los internacionalistas demostrarán contar con 4.024 frente a los 3.565 de los justistas… la derecha rompe el congreso y se vuelca en reconstruir el PS a partir de los comités de barriada y del grupo parlamentario.

29

Trotsky recordaría que ese día: “… se abrieron para nosotros las puertas del campamento de concentración. Pero hasta para ponernos en libertad fue necesario acudir a la violencia […] Los camaradas de prisión nos tributaron una despedida solemne. Mientras los oficiales se recogían desdeñosamente en sus departamentos (sólo alguno que otro asomaba la nariz por las rendijas), los marineros y los obreros formaban una columna a nuestro paso, una orquesta improvisada tocaba un himno revolucionario y por todas partes se extendían hacia nosotros manos de amigos. Uno de los prisioneros pronunció un breve discurso, que era un saludo a la revolución rusa y un anatema contra la monarquía alemana. Todavía hoy [1929] siento emoción al pensar en aquel abrazo de fraternidad que sellamos con los marineros alemanes de Amherst en medio de todos los

furores de la guerra.” El Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado se había visto forzado a exigir su liberación, en un comunicado decía: “La democracia revolucionaria de Rusia aguarda con impaciencia el regreso de sus luchadores por la libertad y convoca bajo sus banderas a todos los que, mediante los esfuerzos de su vida entera, han preparado el derrocamiento del zarismo. Sin embargo, las autoridades inglesas permiten el regreso de algunos emigrados y detienen a otros […] El gobierno inglés, al hacer tal cosa, se inmiscuye intolerablemente en los asuntos internos de Rusia e insulta a la revolución rusa al privarla de sus hijos más fieles.” En toda Rusia se sucedieron mítines de protesta hasta el punto que Miliukov, ministro de asuntos exteriores, había solicitado, para después retirar la solicitud, la liberación de Trotsky… del que sabía que no podía esperar sino hostilidad.

30

Lenin se presenta en la reunión de la Sección de Soldados del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado; pide la palabra fuera de turno para hacer un **informe** (página 100 y siguientes) desmintiendo las falsas noticias aparecidas en periódicos el día 29, los mencheviques, mayoritarios, logran que se le acorte el tiempo de uso de la palabra. No obstante ello, Lenin podrá tener una reunión completa posteriormente en un salón con numerosos soldados que se le acercaron para escucharle.

****

En este mes, los sóviets de los distritos de la Isla Vasilievsky, Viborg y Peterov han incluido las **reivindicaciones de la juventud obrera** en sus órdenes del día, y han ofrecido a las organizaciones juveniles obreras locales para sus actividades e incluso fondos para pancartas y otras necesidades.

Mayo

En este mes, tras la celebración del Primero de Mayo, la juventud obrera de Petrogrado impulsa la organización de los jóvenes en las fábricas (con fuerte presencia en la rama del metal) y secciones de Viborg, donde nacerán las **juventudes socialistas** de Petrogrado (más tarde, en 1918, Komsomol). En pocas semanas reunirá en sus filas a la mitad del proletariado joven de Petrogrado. En abril, la juventud socialista de Viborg comenzó a organizarse siguiendo el impulso de la revolución de febrero, siendo un movimiento proletario por su composición y de identidad socialista en el sentido amplio del término; sus miembros pertenecen a diversos partidos socialistas y predican la unidad y la conciliación entre todas las corrientes obreras.

En este mes, **en Inglaterra** se produce otra oleada de huelgas que marca la continuidad de las grandes movilizaciones de la clase obrera inglesa contra la política gubernamental, en comandita con la patronal, de ataques a sus condiciones salariales y de vida en aras de la guerra imperialista y su necesidad de aprovecharla para aumentar la plusvalía (se ha estimado en 4.000 millones de libras el aumento de los beneficios patronales durante la guerra). La política conocida como de ‘dilución’ (resultado del acuerdo *Shells and Fuses Agreement* firmado por las direcciones sindicales con el gobierno a principios de marzo de 1915) consistía en suplantar a los obreros especializados, a la aristocracia obrera, por máquinas o mano de obra más barata, infantil o femenina. En cuanto a la explotación del resto de la clase obrera, todavía se acentuó más pues no estaba tan bien defendida por los sindicatos como la capa superior. Los dirigentes sindicales colaboraban cerradamente con el gobierno, pero la clase explotaba una y otra vez en huelgas y movilizaciones ‘salvajes’. La huelga de los

obreros de la zona de Clyde de 1915 y la elección masiva, al margen de las direcciones sindicales colaboracionistas, de los shop steward, junto a la creación del Clyde Wordker' Committe son hechos a resaltar.
Motines en el ejército imperialista francés y huelgas en las fábricas de armamentos que se prolongarán hasta junio.

1

En la manifestación del Primero de Mayo las **juventudes obreras movilizan a 100.000 jóvenes obreros;** las pancartas y consignas reflejan todas las tendencias radicales del movimiento obrero. En este primero de mayo las juventudes ya tenían una primera organización, Trabajo e Ilustración, y un claro dirigente: Chevstsov… que andando el tiempo será expulsado. **Trotsky** narrará este particular Primero de Mayo: "En todas las ciudades del país se celebraron mítines y manifestaciones. No sólo se dejó el trabajo en los establecimientos industriales, sino también en las oficinas públicas del estado, municipales y provinciales. En Mohilev, donde se hallaba el Cuartel General, desfilaron, al frente de la manifestación, los caballeros de San Jorge. La columna del Estado Mayor, que no había destituido a los generales zaristas, avanzaba con un cartel alusivo al 1º de Mayo. La fiesta del antimilitarismo proletario se confundía con una manifestación patriótica, teñida de color revolucionario. Cada sector de la población ponía en la fiesta su nota peculiar, pero todos se confundían aún en un conjunto harto inconsistente y bastante falso, aunque, en general, majestuoso. En la fiesta de las dos capitales y en los centros industriales predominaban los obreros, y en esa masa se destacaban ya claramente (por sus banderas, sus cartelones, discursos y exclamaciones) las sólidas formaciones bolcheviques. En la inmensa fachada del Palacio Marinski, albergue del Gobierno Provisional, se extendía una insolente banda roja con esta inscripción: "¡Viva la III Internacional!" Las autoridades, que no se habían curado aún su timidez administrativa, no se atrevieron a arrancar aquel cartel desagradable e inquietante. Parecía que todo el mundo estaba de fiesta. Los hombres del frente participaban como podían. Se recibían noticias que daban cuenta de asambleas, discursos, banderas y canciones revolucionarias en las trincheras. También en las fronteras alemanas encontraba eco la fiesta obrera."
Nota de Miliukov a los Aliados.
Las **tropas rusas del frente de Rumania liberan de la cárcel a Rakovsky**. De la cárcel se dirige directamente a la Plaza de la Unión en Jassy y ante 20.000 soldados rusos y búlgaros, y obreros rumanos, toma la palabra en ruso, rumano y francés. Después se dirige a Odesa en un tren especial.
El príncipe **Urúsov informa** a los comisarios que **impongan sanciones** severas, haciendo uso de las atribuciones de que gozaban en el antiguo régimen los gobernadores zaristas, **ante** el creciente movimiento de **reivindicaciones de los prisioneros de guerra usados como braceros** en las fincas de los terratenientes.

2

El **Comité Ejecutivo de los Sóviets discute** la **nota enviada** el día anterior a los gobiernos aliados, según Stankievich "Después de su primera lectura, todo el mundo reconoció unánimemente y sin discusión que no era aquello, ni mucho menos, lo que esperaba el Comité"… sin embargo, después de largos intentos de descifrar en una nota no cifrada algún aspecto positivo, el comité decide postergar cualquier acuerdo sobre la nota.

3

Publicación de la **“nota Miliukov”,** del 1 de este mes, dirigida a los Aliados en la que confirmaba que el Gobierno Provisional observaría todos los acuerdos firmados por el gobierno zarista con las potencias imperialistas aliadas, Inglaterra y Francia. Se suceden masivas y combativas manifestaciones obreras de repudio a la nota.

Lenin: “Camaradas soldados, declarad que no queréis morir por los tratado secretos firmados por Nicolás II y que han continuado siendo sagrados para Miliukov”.

Mientras que el Comité Ejecutivo de los Sóviets sigue discutiendo la nota de Miliukov (incluso en un pleno extraordinario) sin llegar a ningún acuerdo en contra de la nota, las masas zanjan la cuestión: **manifestaciones a favor de la paz** en las que, entre las bayonetas de los soldados, se podía leer los cartelones con las consignas **¡Abajo Miliukov! ¡Abajo Guchkov!**

Trotsky narra en esta historia de la revolución rusa: “Los **historiadores califican de “espontáneo”** este movimiento, en el sentido convencional de que ninguno de los partidos tomó la iniciativa de la manifestación. **La invitación material a salir a la calle partió de un tal Linde**, que inscribió así su nombre en la historia de la revolución. Sabio, matemático, filósofo, Linde se mantenía alejado de todo partido, había abrazado con toda su alma la revolución y ansiaba ardientemente que ésta cumpliera sus promesas. La nota de Miliukov y los comentarios del *Reich* le indignaron. “Sin consultar con nadie [cuenta su biógrafo] se puso de inmediato a actuar […] Se dirigió al regimiento de Finlandia, reunió al comité y propuso que el regimiento marchara inmediatamente sobre el Palacio de Mariinski […] La proposición de Linde fue aceptada, y, a las tres de la tarde, desfilaba ya por las calles de Petrogrado una manifestación imponente de ‘finlandeses’ llevando cartelones provocativos.” Siguiendo el ejemplo del regimiento de Finlandia, se echaron a la calle los soldados del regimiento de reserva 180, el de Moscú, el de Pavi, el de Keksgalin, los marineros de la segunda división de la escuadra del Báltico, hasta 25 o 30.000 hombres en total, todos armados. En los barrios obreros la agitación comenzó: cesó el trabajo, y las fábricas, siguiendo el ejemplo de los regimientos, se lanzaron a la calle.” [Negritas EIS]

4

Este día el **comité bolchevique de Petrogrado ha convocado manifestación**, aunque sin una definición clara de los objetivos de la misma; a pesar de la agitación en contra que realizan los mencheviques y socialistas-revolucionarios, se lanzan a la calle enormes masas obreras que avanzan hacia el centro partiendo primero de Viborg y después de otros puntos de la ciudad. Kornílov ha preparado desde bien temprano medidas para lanzar a la artillería y la caballería sobre los manifestantes mientras que los cadetes, confiando en la fuerza de Kornílov, habían publicado una nota incitando a sus partidarios a salir a la calle; la Nevsky, artería principal de la burguesía, se convierte en un inmenso mitin cadete. “Bajo la bandera de la defensa del gobierno se llevaba a cabo, por primera vez, una movilización franca y en todo el frente de las fuerzas contrarrevolucionarios”, dirá Trotsky más tarde. Kornílov y la burguesía agrupada tras los cadetes reciben la ayuda de la oficialidad montada en camiones, los junkers y los estudiantes. A partir del mediodía el tiroteo era ya constante: estamos en plenas **“jornadas de abril”** (20 y 21 de abril de antiguo calendario ruso). El Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado, asustado ante la actitud de Kornílov, le orden volver a los cuarteles y prohíbe por dos días las asambleas y manifestaciones. El Comité Central del Partido Bolchevique critica la decisión de los bolcheviques de Petrogrado y declara que considera acertada la orden de prohibición de las manifestaciones dada por el sóviet y que es preciso someterse incondicionalmente a ella, añadiendo que la consigna de

"Abajo el Gobierno Provisional" no era acertada en estos momentos por falta de una mayoría popular sólida, consciente y organizada.

6

El departamento de trabajo del **Gobierno Provisional** publica la **ley sobre los comités obreros de fábrica** tras largas deliberaciones y acuerdos con los patronos. De acuerdo con esta ley no es obligatorio introducir los comités de fábrica en las empresas; será necesario un "acuerdo recíproco de las partes" en las cuestiones más importantes, referentes a las relaciones entre el comité y la administración, así como sobre las condiciones de elección de aquél, el tiempo de trabajo disponible para su funcionamiento, lugar y momento de las elecciones; en cuanto a las competencias quedaban pues completamente cortadas para los obreros. Éstos no prestaron atención a la ley y crearon su propio "estatuto de fábrica" a través de la interpretación en todas las ciudades y fábricas de dicha ley. De hecho, ya antes de la promulgación de la ley la conferencia de comités de fábrica de la industria bélica de Petrogrado, celebrada el 15 de abril, ya había creado una constitución de fábrica como hemos visto más arriba.

7-12

VII Conferencia panrusa del Partido Bolchevique (primer congreso legal del partido en Rusia): 150 delegados que representan a 79.000 miembros (15.000 de Petrogrado). **Adhesión a las tesis de Lenin** (71 votos a favor, 38 en contra y 8 abstenciones). Dura pugna entre Lenin y los partidarios del bloque de fuerzas pequeñoburguesas y proletarias, de la revolución democrática burguesa. Kámenev: "Es prematuro afirmar que la democracia burguesa ha agotado todas sus posibilidades." **La conferencia trató sobre la unión** **(página 253)** **con otras fuerzas socialistas** y, tras descartar a los socialistas-revolucionarios, a los mencheviques y otros resolvió: "1) es absolutamente imposible unirse con partidos y grupos que mantienen esa política [de defensa de los intereses y puntos de vista de la burguesía]; 2) es necesario un acercamiento más estrecho y la unión con los grupos y tendencias que han adoptado una posición verdaderamente internacionalista…" **Lenin, ante la acusación de subestimación del campesinado** que le lanzan 'viejos bolcheviques', dice: "El partido proletario no puede ahora cifrar sus esperanzas en la comunidad de intereses con los campesinos. Luchamos porque los campesinos se pasen a nuestro lado; pero el hecho es que éstos, y hasta cierto punto conscientemente, están al lado de los capitalistas."

Este día comienza también **en Petrogrado el Congreso de Delegados del frente con representantes del Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado y del Gobierno Provisional**, congreso que finalizará el día 17 del mismo mes. Los representantes del gobierno defienden su política y Chjeidze, Presidente del Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado, exhortó a apoyar al Gobierno Provisional y los esfuerzos para ganar la guerra, y se pronunció a favor del 'empréstito de la libertad'. Aunque participaron los bolcheviques, la mayoría estaba compuesta por defensistas y esa mayoría refrendó la política gubernamental y la resolución del Sóviet de Petrogrado sobre la participación de socialistas en el gobierno de coalición.

8

El **Comité Ejecutivo** del Sóviet de Petrogrado convoca una **conferencia socialista internacional** por la paz **(La Conferencia de Estocolmo)**.

9

Manifiesto del Gobierno Provisional: ampliar el gobierno a las "fuerzas vivas y activas del país que aún no lo han hecho…" **llamamiento** en toda la regla a un **gobierno de coalición.**

11
Los bolcheviques organizan la Guardia Roja.

12
En nombre de la comisión, Zinóviev presenta **en esta última sesión de la VII Conferencia panrusa del Partido Bolchevique** un proyecto de resolución que reza: "Se acuerda **tomar parte en la conferencia internacional** de los zimmerwaldianos, convocada en **Estocolmo** para el 18/31 de mayo". La resolución se aprobó con **un solo voto en contra**, el de **Lenin**.

13
Es días los sóviets de Moscú, Tiflis, Odesa, Yekaterimburgo, Nizhni Nóvgorod, Tver y otros se pronuncian **contra el ingreso de los socialistas en el Gobierno Provisional**; uno de los líderes mencheviques de Moscú aclara el por qué: "Si los socialistas entran en el gobierno, no habrá ninguna persona para guiar el movimiento de las masas hacia un curso determinado."
En Suecia el partido socialista se escinde y nace el partido socialista de izquierda.

14
El **Comité Ejecutivo** de los Sóviets, tras muchas vacilaciones, **decide participar** en el gobierno de **coalición** (41 votos a favor, 18 en contra, 3 abstenciones).

15
El 15, **el Sóviet de Petrogrado** vuelve a exigir públicamente en un llamamiento a los socialistas de todos los países, una "paz sin anexiones ni reparaciones".
Dimisión de Miliukov que es reemplazado por Terechenko.
Ofensiva italiana en el Carso.

17
Comienza el **Primer Congreso Panruso de los Diputados Campesinos**, que se celebra en Petrogrado y durará hasta el 10 de junio, con 1.115 delegados de los congresos campesinos de las provincias y de las organizaciones campesinas en el ejército. Los eseristas de derecha eran claramente mayoritarios y, por su extracción social, la mayoría de los delegados pertenecían al campesinado rico aunque los campesinos pobres encontraron representación a través de los delegados del ejército. **Lenin ha escrito un Proyecto de Resolución sobre el Problema Agrario** (página 469-471) que será editado en forma de volante y distribuido a todos los asistentes; también participará en las discusiones (páginas 472-493) clarificando la posición de los revolucionarios, de los marxistas, ante la cuestión agraria. A pesar de las enconadas discusiones entre los bolcheviques y los conciliadores, mayoritarios, el congreso apoyó la política del Gobierno Provisional, la incorporación de socialistas a éste, la ofensiva en el frente y aceptó retrasar la resolución de la cuestión de la tierra hasta la Asamblea Constituyente. Al final, elegirá un Comité Ejecutivo compuesto por dos centenares de pequeñoburgueses del campo y populistas, profesores o comerciantes, y personajes puramente decorativos; como presidente se elegirá al socialista-revolucionario Avksentiev. A partir de esta elección, las cuestiones más importantes se debatirán en

sesiones conjuntas de los dos comités ejecutivos: el de los obreros y soldados y el de los campesinos. Chernov recoge 810 votos para la elección al ejecutivo campesino frente a los exiguos 20 que recibe Lenin. **Los campesinos estaban dirigidos en bloque por los socialistas-revolucionarios** (les daban sus votos y casi se confundían con ellos) que contaban con un programa general utópico de desarrollo del socialismo sobre una base mercantil simple y un objetivo concreto: la recuperación de las tierras en manos de los propietarios nobles. Pero, como dice Trotsky en esta historia: "La verificación de su utopismo hubiera insumido años enteros. Su traición al democratismo agrario se puso en evidencia en pocos meses: los campesinos, bajo el gobierno de los socialistas-revolucionarios, tuvieron que recurrir a la insurrección para llevar a la práctica justamente el programa de los socialistas-revolucionarios.

Llegada de Trotsky a Petrogrado. "Apenas salí de la estación empezó para mí esa vorágine en que los hombres y los episodios desfilan rápidamente por delante de los ojos de uno, como las maderas arrastradas por la riada." En su *Historia de la Rusia Soviética*, Carr dirá "Su prestigio como la más destacada figura del primer sóviet de 1905 le convirtió enseguida en un dirigente potencial."

Este mismo día también llegan a Petrogrado Vandervelde y De Man, Trotsky narrará años más tarde: "Miré a la cara emocionada de mi mujer y a las pálidas y excitadas de mis chicos, que no sabían si aquello era para bien o para mal, pues la revolución nos había engañado ya una vez. Allá, al otro extremo del andén, vi a Vandervelde y a De Man rezagados. Procuraban quedar atrás para no verse envueltos, seguramente, por la multitud. Los nuevos ministros socialistas no habían organizado recibimiento alguno a sus colegas de Bélgica. La conducta que todavía ayer siguiera Vandervelde estaba demasiado fresca en el recuerdo de todos." Trotsky llega a Petrogrado después de más de un mes de internamiento y largo viaje, de un largo tiempo de falta de información y de falta de intervención.

18

Trotsky saluda en el sóviet a la revolución rusa "prólogo de la revolución mundial" después de haberse referido a la solidaridad proletaria internacional, a la lucha revolucionaria por la paz, y haber señalado la trampa del gobierno de coalición con ministros socialistas. Según Serge, exhortó al sóviet: "1. A desconfiar de la burguesía; 2. A controlar a sus propios jefes; 3. A sólo confiar en su propia fuerza revolucionaria". Según Deutscher la intervención de Trotsky fue "cautelosa" y Sujánov recordaría más tarde que Trotsky "estaba visiblemente nervioso en aquella primera comparecencia bajo la mirada de una masa desconocida y las ojeadas hostiles […] de los 'social-patriotas'", recalcó la dimensión internacional de la revolución, que empequeñecía el acontecimiento del día del nuevo gobierno, porque Rusia "había inaugurado una nueva época, una época de sangre y hierro, una lucha que ya no era de nación contra nación, sino de las clases sufridas y oprimidas contra sus gobernantes […] No puedo ocultar que disiento de mucho de lo que está sucediendo aquí. Considero que **esta participación en el gobierno es peligrosa** […] El gobierno de coalición no nos salvará de la dualidad de poder existente; sólo trasladará esa dualidad al propio gobierno […] La revolución no perecerá a causa de un gobierno de coalición. Pero debemos recordar tres mandamientos: desconfiar de la burguesía, supervisar a nuestros propios dirigentes y depender de nuestra propia fuerza revolucionaria […] Creo que nuestro próximo paso será poner todo el poder en manos de los sóviets. Solo un poder único puede salvar a Rusia […] ¡Viva la revolución rusa, prólogo de la revolución mundial!"

Formación del *primer gobierno de coalición* (kadetes-socialistas). Este gobierno es el resultado de las masivas movilizaciones de los días 3-5 de este mes (Jornadas de Abril)

y de la enésima cesión del Comité Ejecutivo conciliador del Sóviet de Petrogrado, que vuelve a contravenir su propio acuerdo de no integrar miembros del sóviet en el Gobierno Provisional. **Lvov se mantiene como primer ministro**; seis ministros socialistas: Kerensky ministro de la guerra, Chernov agricultura, Tsereteli correos, Skóvelev trabajo… "diez ministerios capitalistas y seis socialistas". **Buchanan escribe**: "Un gobierno de coalición representa para nosotros la última y casi la única esperanza de salvación, por la situación militar que enfrentamos."

Este nuevo gobierno **promulgó una ley 'reconociendo' parcialmente a los comités de fábrica,** pero limitando cuidadosamente su influencia y dejando los problemas fundamentales pendiente del "acuerdo de las partes interesadas". No obstante, y a pesar de no haber recibido sanción por la ley los obreros siguieron profundizando las competencias de los comités en función de la relación de fuerzas; ninguna ciudad o empresa más o menos importante quedó al margen de la acción interpretativa de la ley y de creación de 'estatutos', 'reglas' o 'instrucciones' por parte de los comités de fábrica.

Dielo Naroda y ***Riech*** publican un **comunicado** dando noticia de la **creación del Comité Central para el restablecimiento y mantenimiento del trabajo normal en las empresas industriales**: "La tarea principal del Comité Central es preparar y coordinar todas las medidas encaminadas a restaurar y mantener el trabajo normal en las empresas industriales y organizar un *control público* regular y activo de todas las empresas industriales." Está claro que se trata de otro elemento más de la contraofensiva de la burguesía contra los comités de fábrica y el control obrero que está indisolublemente unido a ellos. Este Comité Central fue impulsado por Sóviet de Diputados Obreros y Soldados y la Unión de Ingenieros; el mismo **Lenin lo denunciará al día siguiente** en un artículo titulado, significativamente, ***Ganándoles de mano a los obreros*** (páginas 340 y siguientes). Este Comité Central ("por acuerdo entre la 'democracia revolucionaria' y el gobierno", dirá Lenin) estaba formado por representantes del Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados (en manos de los conciliadores), del Comité Provisional de la Duma del Estado (constituido el 12 de marzo por la Duma zarista para salvar a la burguesía en plena oleada revolucionaria), la Unión de Zemstvos de toda Rusia (creada en el Congreso de los Zemstvos de toda Rusia del 12 de agosto de 1914 representando el poder de la burguesía y los terratenientes en la administración local y destinada, además, a apoyar todos los esfuerzos de guerra), la Unión de Ciudades de toda Rusia (creada el 22 de agosto de 1914 en representación de la burguesía de las ciudades y para sostener los esfuerzos de guerra), la Municipalidad de Petrogrado, la Unión de Ingenieros (creada justo al calor de la revolución de febrero de 1917 y formada por la intelectualidad de ingeniero y técnicos de clara tendencia contrarrevolucionaria), el Sóviet de Diputados de Oficiales del Ejército, el Consejo de los congresos de representantes de la industria y el comercio (creado en los años de la reacción por los grandes empresarios para luchar contra las huelgas), la Asociación de Fabricantes de Petrogrado (creada en marzo de 1905 para luchar contra el movimiento huelguístico), el Comité Central de Industrias de Guerra (creado en 1915 para dirigir los comités de las industrias de guerra creados por la gran burguesía imperialista), el Comité Principal de la Unión de los Zemstvos y la Unión de Ciudades de toda Rusia para el abastecimiento al ejército (resultado de la fusión en 1915 de ambas organizaciones), el Comité de Ayuda Técnica Militar, la Sociedad Económica Libre… una buena, nutrida y concentrada representación de la burguesía para desviar, primero, y destruir, después, a los comités de fábrica y, con ellos, al control obrero.

20

Reunión [Conferencia de los Socialdemócratas Unidos de toda la ciudad (bolcheviques e internacionalistas)] conjunta de bolcheviques y militantes interdistritos para dar la bienvenida a Trotsky. En esta reunión **Trotsky se pronuncia** contra la fusión con los mencheviques, fusión por la que una fracción importante de la dirección bolchevique todavía trabaja. La *Mezhrayonka*, como se le decía para abreviar a la organización interdistritos, había sido creada en 1913 sin aspiraciones de formar partido, influía en unos cuantos distritos obreros de Petrogrado aunque el ascenso del partido bolchevique comenzaba a 'ahogarla', había mantenido sus intenciones de unir a la socialdemocracia pero estaba claramente definida contra la guerra, el príncipe Lvov y los socialpatriotas; contaba entre sus militantes con una verdadera pléyade de antiguos eminentes mencheviques o bolcheviques: Lunacharsky, Riazánov, Manuilsky, Pokrovsky, Yoffe, Uritsky, Volodarsky, Karaján y Yuréniev eran algunos de ellos.

22

Mártov vuelve desde Francia donde estaba exiliado.

23

Reunión del Partido Bolchevique y la organización interdistritos para discutir sobre la fusión. Entrevista de Trotsky con Lenin. **Trotsky retrasa su entrada en las filas bolcheviques.** Lenin había acudido acompañado por Zinóviev y Kámenev. Trotsky repitió su negativa a la fusión con los mencheviques y señaló que sólo quienes habían roto completamente con el socialpatriotismo debían unirse bajo la bandera de una nueva Internacional. Trotsky no conocía todavía la reorientación de Lenin sobre el carácter burgués de la revolución: "Conocí las tesis de abril de Lenin a los dos o tres días de mi llegada a Petersburgo. Era precisamente lo que la revolución necesitaba. Más tarde leí en *Pravda* el artículo de Lenin "La primera etapa de la revolución", que él había enviado desde Suiza. Todavía ahora [1924] se pueden y se deben leer […] sobre el fondo del cual la "Carta desde lejos" resalta con toda su concentrada fuerza.", escribirá más tarde Trotsky en su *Lenin.* Lenin pidió que la organización interdistritos al completo ingresase en el partido bolchevique, ofreciéndoles puestos en la dirección del mismo y en la redacción de *Pravda*, sin condiciones. La entrevista de Trotsky y Lenin, y el primer rechazo de aquél a ingresar inmediatamente en el Partido Bolchevique, ha estado, y estará, sujeta a muy diversas interpretaciones; dejaremos que sea aquí el mismo Trotsky quien nos dé su explicación: "Uno de los días siguientes a mi llegada concerté con el camarada Kámenev una visita a la redacción de *Pravda*. La primera entrevista tuvo lugar, por tanto, el 5 o el 6 de mayo. Dije a Lenin que nada me separaba de sus tesis de abril y de todo el curso que el partido había tomado a raíz de su llegada; que me encontraba en la disyuntiva de ingresar entonces mismo "individualmente" en la organización del Partido o de tratar de llevar conmigo a la parte mejor de los partidarios de la unificación, en cuya organización había tres mil obreros de Petersburgo y con quienes mantenían contacto muchos y valiosos elementos revolucionarios: Uritsky, Lunacharsky, Yoffe, Valdimírov, Manuilsky, Kárajan, Yurenev, Pozern, Lirkens, etc. Antónov-Ovséienko ya había ingresado en el Partido; creo que Sokólnikov también lo había hecho. Lenin no se inclinó categóricamente ni en un sentido ni en otro. Ante todo, hacía falta orientarse más concretamente en la situación y en las personas. Él no excluía la posibilidad de una u otra cooperación con Mártov y, en general, con una parte de los mencheviques internacionalistas que acababan de llegar del extranjero. Junto a ello hacía falta ver qué relaciones de trabajo se establecían en el seno de los "internacionalistas". En virtud de un acuerdo tácito, yo, por mi parte, no forcé el

desarrollo natural de los acontecimientos. Desde el primer día de mi llegada, decía en las asambleas de obreros y soldados: "Nosotros, los bolcheviques y los internacionalistas", y como la conjunción "y", con una frecuente repetición de estas palabras, no hacía más que dificultar el discurso, empecé a decir: "Nosotros, los bolcheviques-internacionalistas". De este modo la fusión política precedió a la realizada en plano orgánico." A lo que Trotsky añade en nota a pie de página que: "Sujánov presenta en su historia una línea mía, particular, diferente de la línea de Lenin. Pero Sujánov es un "contructivista" notorio."

24

Kerensky parte al frente para realizar una campaña de agitación preparatoria de una ofensiva militar.

25

Trotsky edita *Programa de paz*.

Comienza en Petrogrado el Congreso de Delegados del Frente destinado a analizar la guerra, la confraternización de los soldados en el frente, las deserciones, los prisioneros de guerra y otros asuntos; los mencheviques y eseristas, mayoritarios, logran que se pronuncie contra la confraternización en el frente y la prolongación de la guerra. El **príncipe Lvov enumera** en un telegrama los '**desmanes**' que se cometen en el país, telegrama que nos sirve de resumen de esos 'desmanes': detenciones arbitrarias, requisas, destituciones de comisarios, remoción de administradores de fábricas, destrucción de fincas, saqueos, atropellos, violencias contra funcionarios locales, imposición de tributos, excitación de los ánimos de una parte de la población contra otra, etc.; conclusión: "Tomar medidas enérgicas."

29

El **Comité Ejecutivo de los Sóviets** adopta las propuestas de sus economistas, añadiendo un aviso al Gobierno Provisional: éste debe imponerse "la misión de **organizar de un modo racional la economía nacional y el trabajo**", y le recuerda que "había caído el antiguo régimen y había sido necesario introducir modificaciones en el Gobierno Provisional" por no haber cumplido con aquella misión; **Lenin dirá**: "Programa magnífico: control, truts estatizados, lucha contra la especulación, servicio obligatorio de trabajo […] Se está obligado a aceptar el programa del 'horrendo' bolchevismo, ya que no puede haber otro programa, ni otra salida ante la quiebra espantosa que efectivamente amenaza…"

31

Los **marinos de Cronstadt** hacen público su ***Manifiesto de Cronstadt* redactado por Trotsky** que ha participado activamente en las asambleas. El manifiesto termina afirmando que los sóviets tomarán el poder. Los marinos de Cronstadt se habían negado a aceptar en la base a muchos de los nuevos comisarios nombrados por el Gobierno Provisional, llegando incluso a agredir a algunos de ellos por sus relaciones con las Centurias Negras; Trotsky saldrá, el día 9 del siguiente mes, en defensa de los marinos: "*Nuestros ministros socialistas se niegan a luchar contra el peligro de las Centurias Negras. En lugar de ello, le declaran la guerra a los marinos y soldados de Kronstadt. Pero si la reacción levantara cabeza y un general contrarrevolucionario tratara de poner una cuerda alrededor del cuello de la revolución, vuestros comisarios de las Centurias Negras enjabonarían la cuerda para todos nosotros, en tanto que los marinos de Kronstadt acudirían a lucha y morir con nosotros*."

Dimisión de Konóvalov (kadete), ministro de comercio e industria, por desacuerdo con Skóvelev (menchevique), ministro de trabajo.

***

La **Rada Central de Ucrania** ha presentado este mes **al Gobierno Provisional** sus **reivindicaciones**, que incluían la autonomía territorial, la participación de representantes ucranianos en la negociaciones de paz con los Imperios Centrales, la inclusión de un comisario para Ucrania en el Gobierno, la creación de una junta que coordinase la política para Ucrania, la formación de unidades militares ucranianas, la introducción del ucraniano en la enseñanza media y superior, el nombramiento de funcionarios y eclesiásticos con conocimientos de la lengua y de la región, financiación oficial para la Rada y repatriación de los deportados ucranianos y asentamiento en Ucrania para los prisioneros de guerra ucranianos de Galitzia.

Este mes, el **Sóviet del distrito de Petrogrado** pide a las fábricas que paguen el **salario íntegro a los organizadores jóvenes por su trabajo en la organización de la juventud obrera**, al igual que en el caso de los comités de fábrica y sóviets. El Sóviet de distrito de Peterov ha aceptado en el curso de este mes a un representante de la organización de la juventud obrera con voto consultivo.

Durante este mes, **en Inglaterra** se ha desarrollado una nueva oleada de huelgas, ahora en la industria de armamentos.

Campaña de los socialistas a favor de la Conferencia de Estocolmo.

Junio

Publicación por **Trotsky y la organización interdistritos** (también traducida al castellano como inter-radios) de ***Veperiod*** revista que pretendió ser semanal, pero que apareció irregularmente a causa de su escasísima financiación y de la escasa implantación de los militantes interdistritales (en este trabajo hemos recogido dos fuentes diferentes que hablan de ocho números, una, y trece la otra); en 1918, Luis Fraina publicará una recopilación de artículos de Trotsky en esta cabecera bajo el título de ***La lucha por el poder estatal***. Trotsky se convierte en uno de los oradores revolucionarios más populares de Petrogrado.

Este mes, en una sesión del **Sóviet de Petrogrado** celebrada **a puerta cerrada**, Tsereteli exige el **desarme de los obreros** (guardias rojos), pero ya están creados los estados mayores de distrito y un estado mayor principal que aseguraba la coordinación. Los obreros forman su guardia roja sobre la base del voluntariado colectivo, es decir sobre el conjunto de obreros de una fábrica que hubiese resuelto un contingente o enrolarse en su totalidad.

En Alemania se han sucedido, durante 1917, ininterrumpidamente las huelgas de protesta, algunas de ellas, como hemos visto, muy adelantadas en su expresión consciente. En junio estallan grandes movimientos huelguísticos principalmente en el Ruhr y en la Alta Silesia. Pero lo más destacable es el movimiento que comienza a organizarse entre los marinos; éstos, tanto por su composición de obreros cualificados muchos de ellos, formados en el marxismo otros, como por su apiñamiento obligatorio y sus cotidianos contactos con los trabajadores de los puertos y astilleros, forman una masa peligrosa para el capital si logra organizarse clandestinamente; y es lo que harán aprovechando la puesta en pie de la reglamentación de "comisiones de pañol", encargadas de controlar el abastecimiento y que deben incluir a representantes de las tripulaciones. A iniciativa del núcleo de marinos del acorazado *Friedich-der-Grosse* (dirigido por Sachse y Reichpietsch) los marinos tejen una tupida red clandestina

revolucionaria usando las comisiones (Reichpietsch dirá: "Tenemos que dejar completamente claro a la vista de todos que las comisiones de pañol son el primer paso hacia la construcción de consejos de marinos siguiendo el modelo ruso."). Tras una primera victoria con su huelga de hambre en un acorazado, deciden seguir ampliando la red y establecer contacto con la dirección del partido independiente. Estos contactos llevarán a que Reichpietsch se engañe a sí mismo sobre la fiabilidad de los burócratas del partido, a que la necesaria clandestinidad corra peligro por culpa de la irresponsabilidad de esos mismos burócratas, de modo que la policía pronto sepa detalles necesarios para destruir la organización clandestina, que sigue ampliándose y que logra la constitución de una Liga en los barcos anclados en Kiel.

En España, la crisis general del sistema parecía abierta en todo el país. Estaban en huelga los albañiles de Bilbao, los metalúrgicos de Beasáin, los albañiles de San Sebastián, los obreros del arsenal de Cartagena, lo obreros agrícolas de Huelva; comienzan otras huelgas: la de la construcción de Zaragoza, de metalúrgicos en Vitoria y de mineros en Cartagena; siguen los mineros de Peñarroya y los panaderos de San Sebastián. La Lliga Regionalista de Catalunya escoge este mes de huelgas obreras para lanzar su campaña por la autonomía catalana que, junto a la petición de convocar una Constitución, provocará la formación de la Asamblea de Parlamentarios: nuevo factor de ilusiones para que las direcciones obreras establezcan pactos interclasistas. Victor Serge recordará claramente que: "Los republicanos catalanes, con Marcelino Domingo [Partit Republicà Català], contaban con la fuerza obrera para arrancarle a la monarquía cierta autonomía […] Los anarquistas no querían ni oír hablar de la toma del poder; se negaban a ver que el Comité Obrero, victorioso, sería en Cataluña el gobierno del mañana."

En Francia siguen los motines en el ejército.

***

1

En España las Juntas de Defensa de la oficialidad hacen público su conocido como *Manifiesto del 1 de junio* en el que denunciaban que el ejército estaba desatendido en sus necesidades de "orden moral", de "orden material" y en las de orden profesional o técnico. Parte de la izquierda se empeñará en sembrar ilusiones sobre el carácter democrático, incluso revolucionario, de estas asociaciones militares ultraconservadoras.

3

En Inglaterra, Convención de Leeds, 1.300 delegados para los consejos obreros, "la paz y la emancipación económica de los trabajadores". Liberación anticipada de Maclean.

Trotsky publica en *Vperiod* "**La farsa del doble poder**".

4

Aléxiev, comandante en jefe, es **reemplazado por Brusílov**.

5

En España se precisa el pacto "de izquierdas" entre socialistas y republicanos muñido por Besteiro y que proponía la formación de un gobierno provisional de coalición interclasista, que se encargaría de convocar unas Cortes Constituyentes.

6

Manifestación de la juventud obrera, convocada por Trabajo e Ilustración, para exigirle al ministro de trabajo, Skovelev, la representación de los jóvenes obreros en los comités de fábrica, la jornada de 6 horas en todo el municipio y representación en los sóviets locales, de distrito, y en el central de Petrogrado. Los dirigentes moderados de la juventud obrera recibirán un jarro de agua fría cuando los ministros socialistas, Cheidse y Aleksinsky, rechacen las reivindicaciones por prematuras. En el interior del consejo municipal joven se formará un grupo de oposición dirigido por bolcheviques y anarquistas.

7

En el ***Sotsial-Demokrat***, se **publica** la resolución de Lenin titulada ***Resolución sobre las medidas económicas para hacer frente al desastre*** (página 17 y siguientes); Lenin escribe sobre el control obrero: "4. El control obrero, aceptado ya por los capitalistas en una serie de conflictos, debe ser desarrollado inmediatamente por medio de diversas medidas bien meditadas, graduales, pero implantadas sin dilación, hasta convertirlo en una regulación completa de la producción y distribución de los productos por los obreros. 5. El control obrero debe extenderse también, y con los mismos derechos, a todas las operaciones financieras y bancarias, a fin de descubrir el verdadero estado financiero; en tal control deben participar consejos y convenciones de empleados bancarios, sindicales, etc., que serán organizados de inmediato"

8

Conferencia Sindical Internacional de Estocolmo convocada por la oficina interina de Ámsterdam. Los delegados de los países de la Entente no acuden.

9

El Sóviet de Petrogrado se reúne para juzgar a los **marineros de Cronstadt. Trotsky** toma la palabra en su defensa: "*cuando un general contrarrevolucionario intente echar la soga al cuello de la revolución, entonces los kadetes enjabonarán la soga, mientras que los marineros de Cronstadt se alzarán para lucha y morir a nuestro lado*."

10-15

Congreso Panucraniano Campesino (2.200 delegados) que conoce en su primera sesión del día 10 los resultados negativos de las gestiones de la Rada ante el Gobierno Provisional.

11

En Járkov se celebra una **conferencia de los comités de fábrica** como expresión del hecho que, en algunos lugares alejados de Petrogrado o Moscú, en provincias, se iba más lejos. Esta conferencia pidió que los comités de fábrica se convirtieran en "órganos de la revolución […] los comités de fábrica deben coger las riendas de la producción, salvaguardarla, desarrollarla […] deben ocuparse de fijar los salarios, de la higiene, de la calidad técnica de los productos, de la elaboración de los reglamentos internos y de la solución de los conflictos."

En Francia Ley sobre la semana inglesa.

12

Elecciones municipales en Petrogrado, de 709.475 votantes y 801 escaños en juego, la mayoría de los votos recae sobre los socialistas-revolucionarios y mencheviques

(276.231 votos, 299 escaños, un 38,9%) seguidos, de lejos, por la derecha, por los cadetes (172.315 votos, 185 escaños); los bolcheviques con un 22,5% (159.986, 156 escaños), devienen mayoritarios en los barrios obreros.

12-18

I Conferencia de los comités de fábricas y talleres de Petrogrado, que se desarrolló en el Palacio de Táurida (en la misma sala en la que se había reunido la Duma tres meses antes) y con la asistencia de 568 delegados de los comités de fábrica y taller, del buró de los sindicatos y de otras organizaciones de los obreros de Petrogrado y alrededores. La mitad de sus componentes provenía de la industria mecánica. Los delegados bolcheviques eran mayoritarios. Como hemos visto más arriba, los comités de fábrica y talleres surgieron en marzo, al tiempo que la revolución de febrero, venían precedidos de los consejos de delegados obreros y demás organismos electivos creados en los comités de huelga provisionales durante el ascenso revolucionario; desplegaron una intensa labor desde los primeros días presentando a los dueños de fábricas y talleres las reivindicaciones económicas de los obreros; implantaron por iniciativa propia la jornada de ocho horas; controlaban la contratación y el despido de mano de obra; creaban destacamentos de la milicia obrera; combatían el sabotaje de los empresarios y conseguían materias primas y combustible para que las empresas no dejasen de trabajar, etc. En esta conferencia, **los bolcheviques hicieron prevalecer sus posiciones favorables al control obrero (y otras) frente a los mencheviques**, que pretendían que el control obrero de los comités sobre la producción pasase al gobierno provisional burgués.

Algunas intervenciones en la conferencia: el obrero Voronkov dice: “Durante los meses de febrero y de marzo los obreros han abandonado las fábricas y han salido a la calle para aplastar, de una vez por todas, la hidra de cien cabezas del zarismo. Las fábricas y los talleres se cierran. Una o dos semanas después los obreros vuelven al trabajo. Han visto que muchas empresas habían sido abandonadas a su suerte por la administración”; otro, Levin, explica el mecanismo de constitución: “En tales fábricas había que pasar por encima de la administración. Pero ¿cómo? El personal eligió inmediatamente unos Comités de Fábrica gracias a los cuales se comenzó a establecer una vida normal.”; el mismo Levin, más adelante, “Vuelta a su cauce, la revolución procedió con más calma. Los prófugos comprobaron que los obreros no eran tan feroces. Entonces comenzaron a volver a la fábrica. Algunos de ellos, insignificantes y desesperadamente reaccionarios, no fueron admitidos. Otros sí, pero fueron rodeados inmediatamente de miembros del Comité de Fábrica. Así se estableció un control efectivo de todo cuanto ocurría en la empresa.”; Nemtsov, metalúrgico bolchevique, declaró: “… el funcionamiento de las fábricas se encuentra actualmente en manos de la alta administración, pero hay que introducir el principio de la elección. Para evaluar el trabajo efectuado […] no necesitamos las decisiones individuales de los capataces. Si introducimos el principio de la elección, podremos controlar la producción.” Naumov dijo: “… si tomamos en nuestras manos el control de la producción, aprenderemos en la práctica cómo trabajar activamente en la producción misma, y nos elevaremos al nivel de la producción socialista del futuro”. Tal fue el impacto de la conferencia que Skóvelev, ministro menchevique de trabajo del Gobierno Provisional vio conveniente dirigirse a ella; entre otras cosas, afirmó: “transferir las empresas a manos del pueblo en el momento actual no sería una ayuda para la revolución […] Los comités servirían mejor la causa de los obreros convirtiéndose en unidades subordinadas a una red nacional de sindicatos.” **Lenin también intervino para criticar las posiciones abstractas sobre el control obrero y la resolución final** (páginas 59-60): “Para que el

control sobre la industria sea eficaz, debe haber un *control obrero* con mayoría de obreros en todos los organismos dirigentes, y la administración de las empresas debe rendir cuenta de sus actos a todas las organizaciones obreras autorizadas. Camaradas obreros: esfuércense por lograr un control real, no un control ficticio, y rechacen de plano todas las resoluciones y proposiciones para establecer un control ficticio que exista sólo en el papel." La resolución de la conferencia, tras informe de Zinóviev, insiste en el control obrero: "No es por la vía burocrática, o sea, con la creación de una institución con predominio capitalista, no es con la protección de los beneficios de los capitalistas y de su omnipotencia en la producción como nos podemos salvar de la catástrofe. La vía de la salvación reside únicamente en la instauración de un control obrero real." Pankratova resumirá pocos años después los puntos esenciales de la resolución así: 1º El control obrero debe desarrollarse en la normalización completa de la producción y de la distribución. 2º El control obrero debe tener su prolongación en todas las operaciones financieras y bancarias. 3º El paso a manos de los obreros de la mayor parte de las ganancias y rentas de la gran economía capitalista. 4º La organización de los intercambios de productos y maquinaria agrícola con los productos de la tierra a través de la mediación de las cooperativas. 5º La realización del servicio obligatorio del trabajo y la creación de la milicia obrera. 6º Encaminar a la fuerza obrera hacia la producción de carbón mineral, de materias primas y de transportes, hacia la producción de manufacturados, en la perspectiva de la reconstrucción económica. 7º Conquista del poder por parte de los sóviets. Este programa lo asumirá el VI Congreso-Congreso de Unificación del Partido Bolchevique. **Trotsky dirá** en esta historia de la revolución que: "El incremento que tomaban las huelgas y en general la lucha de clases robustecía casi automáticamente la autoridad de los bolcheviques. En todos aquellos casos en que se trataban intereses de los obreros, se convencían éstos de que los bolcheviques no abrigan segundas intenciones, de que no ocultaban nada y que se podía confiar en ellos. Cuando estallaba algún conflicto, todos los obreros sin partido, socialrevolucionarios, mencheviques, se dirigían a los bolcheviques. Así se explica que los comités de fábrica, que luchaban contra el sabotaje de la administración y los patronos, se pusieran al lado de los bolcheviques muchos antes que el sóviet. En la conferencia celebrada a principios de junio por los comités de fábrica y alrededores, la proposición bolchevique obtuvo 335 votos sobre 421 votantes.

14

Trotsky se dirige a la sesión unida de los miembros socialdemócratas para el Primer Congreso Panruso de los Sóviets.

El **Congreso Panucraniano Campesino** recibe oficialmente la negativa del Gobierno Provisional a las reivindicaciones de autonomía que la Rada le había presentado en el mes de mayo. Kerensky prohíbe, hacia mediados de este mes, el Congreso de las tropas de Ucrania que había convocado la Rada ucraniana. El congreso se realizará y Kerensky deberá legalizarlo posteriormente.

En el **Sóviet de Moscú** ya están representados 206 bolcheviques frente a los 172 mencheviques y 110 socialistas-revolucionarios.

15

Por estas fechas, hacia mediados de junio, **Burmistrov le pide al Sóviet de Viborg que apruebe la jornada de 6 horas para la juventud obrera en el distrito**; aunque no se llegó a aprobar oficialmente sí se pudo aplicar en aquellas fábricas del distrito en las que los comités de fábrica estaban dominados por los bolcheviques y otros radicales (mayoritariamente anarquistas).

El comisario de la provincia de **Voronez** comunica: “Cada día son más **frecuentes**, sobre todo **en la esfera agraria**, los casos de infracción a la ley y los **actos ilegales**.” Urúsov vuelve a insistir por telegrama a todos los rincones: “A pesar de todas mis órdenes […] Ruego nuevamente que se tomen las medidas más enérgicas.” No indica qué medidas son enérgicas.

Las tropas rusas del **campo de La Courtine** a punto de estallar en revuelta.

En EEUU se aprueba la *Espionage Act* que reforzará los poderes legales para reprimir todas las posiciones contrarias a la guerra imperialista, particularmente dirigida contra los socialistas que sufrían ya la represión del estado federal y de la patronal organizada a través de las cámaras de comercio y clubes de hombres de negocios en comités de vigilancia.

16

Primer Congreso Panruso de los Sóviets (**16 de junio al 7 de julio**). Refrenda los planes de ofensiva militar de Kerensky, aprueba la coalición gubernamental (por 443 votos a favor, 126 en contra y 52 abstenciones), se niega a votar un decreto sobre la jornada de ocho horas, proclama el derecho de las naciones de Rusia a disponer de sí mismas… reservando ese derecho a la futura Asamblea Constituyente, interviene en contra de los obreros que gestionan para fines culturales y de recreo la ocupada villa Durnovo, etc. Participan 820 delegados más 268 votos consultivos (285 socialistas-revolucionarios, 248 mencheviques, 105 bolcheviques, 20 interdistritos), Trotsky resumirá su composición así: “En su mayoría, el congreso estaba compuesto por elementos que en marzo se habían hecho socialistas y en junio estaban ya cansados de la revolución. Petrogrado tenía que parecerles una ciudad de dementes.” El Comité Ejecutivo Central elegido contará también con amplia mayoría menchevique y eserista. Lenin y Trotsky llevan en él la oposición a la política de coalición. En este congreso, ante la cerrada negativa de los mencheviques a que el poder pasase a los sóviets (argumentando que no había ningún partido dispuesto a asumir el poder), será donde Lenin dé su famosa respuesta: “¡Sí, lo hay!” que explicó desde la tribuna diciendo que el Partido Bolchevique “está dispuesto a asumir todo el poder”, remachaba con ese aserto la consigna bolchevique del momento “¡Abajo los diez ministros capitalistas!”, que no el gobierno. Según Deutscher, Trotsky se mostró más ‘amigable’ con los mencheviques que Lenin, en sus intervenciones trató de ganarlos para que abandonasen la conciliación: “*Una cámara de conciliación no puede ejercer el poder en una época revolucionaria* […] *Los llamados agitadores de izquierda preparan el futuro de la revolución rusa. Me atrevo a decir que nosotros, con nuestra actividad, no socavamos la autoridad de ustedes, sino que somos un elemento indispensable para preparación del futuro* […] *no espero convencerlos a ustedes el día de hoy, pues ésa sería una esperanza demasiado temeraria. Lo que desearía lograr el día de hoy es hacerles ver que si estamos en oposición a ustedes, no es por motivos hostiles* […] *de una facción egoísta, sino porque, junto con ustedes, sufrimos todos los dolores y las agonías de la revolución. Vemos soluciones diferentes de las que ven ustedes, y estamos firmemente convencidos de que, si bien ustedes consolidan el presente de la revolución, nosotros preparamos su futuro para ustedes*.” En los debates sobre la marcha de la guerra y las presiones del estado mayor del ejército para la retirada de la *Orden número 1*, Trotsky intervino: “*Afortunadamente para toda la historia de Rusia, nuestro ejército revolucionario ha descartado la vieja concepción del ejército ruso, la concepción de la langosta* […] *cuando centenares de miles de hombres solían morir pasivamente* […] *sin conocer siquiera la finalidad de su sacrificio* […] *¡Maldigamos el período histórico que hemos dejado atrás! Lo que ahora estimamos no es el heroísmo elemental e*

inconsciente de la masa, sino un heroísmo que se refleje a través de cada toma de conciencia individual […] Repito que en este mismo ejército, tal como ha surgido de la revolución […] *existe y existirán ideas, consignas, propósitos capaces de movilizarlo y de impartirle a este ejército nuestra unidad y entusiasmo* […] *El ejército de la gran Revolución Francesa respondió conscientemente a los llamamientos a una ofensiva. ¿Cuál es el meollo del problema? Es éste: en la actualidad no existe ningún propósito semejante que pueda movilizar al ejército* […] *Todo soldado capaz de pensar se pregunta: por cada cinco gotas de sangre que yo derrame hoy, ¿no estaré derramando una gota por la revolución rusa y cuatro por la Bolsa francesa y el imperialismo inglés?* [sólo si Rusia se desligaba de los alineamientos imperialistas, sólo si el poder de las viejas clases gobernantes era destruido y los Soviets establecían un nuevo gobierno] *podremos dirigirnos a todos los pueblos de Europa y decirles que un baluarte de la revolución se ha alzado ahora en el mapa de Europa* [a continuación reanudó su diálogo siempre reiterado con los escépticos que no creían que] *la revolución se propagaría y que el ejército revolucionario ruso y la democracia rusa encontrarían aliados en Europa* […] *Mi respuesta es que la historia no nos ha dado ninguna garantía a nosotros, a la revolución rusa, de que no seremos aplastados, de que nuestra voluntad revolucionaria no será estrangulada por una coalición del capital mundial, de que el imperialismo mundial no nos crucificará* [la Revolución Rusa representaba un peligro tan grande para las clases propietarias de todos los países, que ellas tratarían de destruirla y de transformar a Rusia en una colonia del capital europeo o, lo que era más probable, del capital norteamericano. Pero esta prueba de fuerza pertenecía aún al futuro, y los Soviets estaban obligados a prepararse para ella] *Si* […] *la Alemania* [revolucionaria] no se alza, o si se alza demasiado débilmente, entonces moveremos nuestros *regimientos* […] *no para defendernos, sino para emprender una ofensiva revolucionaria*."

A mediados de junio aparece en *Vperiod* el artículo de Trotsky "El pacifismo, cipayo del imperialismo".

17

Dos semanas antes de que comience la ofensiva militar, el **jefe del estado mayor** del Gran Cuartel General envía el **siguiente mensaje**: El frente norte se encuentra todavía en estado de fermentación, la fraternización con el enemigo continúa, la actitud de la infantería en la consideración de la ofensiva es negativa […] En el frente oeste, la situación está indeterminada. En el frente sudoeste se nota una cierta mejoría […] En el frente rumano no se observan más que mejorías parciales…"

18

Trotsky se dirige al Primer Congreso Panruso de los Sóviets para **rebatir** la campaña de **calumnias contra los bolcheviques**.

La Dieta (Seim) finlandesa que cuenta con mayoría socialdemócrata (103 diputados sobre 200) **proclama la soberanía del Seim** finlandés ante el estado ruso a excepción de las cuestiones militares y de política exterior. Serán los ministros 'hermanos' 'socialistas' (Kerensky, Chernov, Skóvelev, Tsereteli) quienes decidan al poco liquidar violentamente al gobierno socialista de Helsingfors y su independencia.

20-21

Los obreros del **distrito de Viborg** (Petrogrado) en **huelga contra el gobierno de coalición** con la burguesía.

Trotsky escribe: "… el Congreso [panruso de los Sóviets] a la orden del día. Pero para Skóvelev y sus colegas los beneficios capitalistas siguen siendo sagrados e inviolables. La crisis de aprovisionamiento se agudiza cada día más. En el terreno diplomático el gobierno no cesa de recibir golpes. Finalmente, la ofensiva en forma tan histérica proclamada, se echará muy pronto sobre los hombros del pueblo como una monstruosa aventura. Tenemos paciencia y estaríamos dispuestos a observar aun con calma la brillante actuación del ministerio Lvov-Tereshchenko-Tsereteli algunos meses. Nosotros tenemos necesidad de tiempo para prepararnos. Pero el topo cava muy rápido debajo de la tierra. Y, con el concurso de los ministros 'socialistas', el problema del poder puede echárseles encima a los miembros de este congreso mucho más pronto de lo que todos suponemos."

22

***Pravda*, llama a manifestación** el día 23 contra el gobierno de coalición, manifestación que debería llevar la consigna de la retirada de la burguesía del gobierno pero que no estaba dirigida a derribarlo: el itinerario no podía dejar más clara esta última intención pues, partiendo de la Academia Militar, debía dirigirse al lugar donde sesionaba el congreso de los sóviets. Lenin la había preparado muy discretamente bajo la consigna de **"¡Abajo los diez ministros capitalistas!"** y Trotsky había convencido a la organización interdistristos a unirse. En pleno Primer Congreso panruso de los Sóviets la noticia estalla como una bomba, Chjeidze declara: "Si el congreso no toma medidas, el día de mañana será fatal." Los conciliadores del congreso sabían de sobras que la situación era explosiva aunque sólo fuese porque en la guarnición de la capital la efervescencia era enorme debido a la amenaza de su dispersión por los frentes en ofensiva y, sobre todo, por el descontento que había sembrado entre la tropa la *Declaración de los Derechos del Soldado* que representaba un gran paso atrás en comparación con el *Decreto nº 1* y con el régimen implantado de hecho en el ejército. El Comité Militar del Partido Bolchevique había tenido la iniciativa, y no le faltaban motivos, pues según él si el partido no asumía la dirección serían los soldados quienes se echasen a la calle por su cuenta y sin dirección. El Buró del Comité Ejecutivo les exige a los bolcheviques que suspendan la manifestación (la misma mayoría que se negaba una y otra vez a asumir el poder gubernamental… ejercía de gobierno represor contra los bolcheviques; éstos se niegan a acatar esta orden pero subrayan el carácter pacífico de la manifestación repartiendo en los barrios obreros esta proclama: "Somos ciudadanos libres, tenemos el derecho de protestar, y debemos usar de este derecho antes de que sea demasiado tarde. El derecho a una manifestación pacífica no puede discutírnoslo nadie." El congreso de los sóviets toma otra resolución gubernamental prohibiendo durante tres días todo género de manifestaciones en la capital… mientras los conciliadores, de la mano del Gobierno Provisional, realizan febriles tareas para lograr que acudan a la capital tropas seguras para reprimir a las masas, y entre los diversos cuarteles de la capital… donde les recibe una marcada frialdad que se torna en hostilidad; el mismo diario del Sóviet de Petrogrado rendía testimonio, *Izvestia* escribía: "La mayoría del congreso, más de quinientos miembros, se pasó la noche en blanco, dividiéndose en grupos de a diez que recorrieron las fábricas y los cuarteles de Petrogrado exhortando a los obreros y a los soldados a no concurrir a la manifestación. El congreso, en buen número de fábricas y también en una cierta parte de la guarnición, no tenía ninguna autoridad […] Los miembros del congreso fueron acogidos muy a menudo de una manera inamistosa, a veces con hostilidad y frecuentemente fueron despedidos con cólera." Sin embargo, los bolcheviques revisan la cuestión pues ven claramente que la manifestación pacífica, no queriendo marchar a una insurrección,

corre el peligro de convertirse en una semiinsurrección: los bolcheviques retrasan el llamamiento. Pero la noche ha sido rica en enseñanzas y las masas querían dejarles claro a los delegados conciliadores quién podía en lo sucesivo acordar o prohibir una manifestación: los obreros de Putilov no acceden el día siguiente a fijar el llamamiento contra la manifestación hasta comprobar, con la lectura del *Pravda*, que ello no entraba en contradicción con la decisión de los bolcheviques; el regimiento de ametralladoras votará una resolución que dice "De acuerdo con el comité central de los bolcheviques y de su organización militar, el regimiento decide aplazar su acción…" Trotsky dirá en esta historia de la revolución rusa: "Las masas habían obedecido la resolución de los bolcheviques. Pero esa docilidad no era sin protestas, ni asimismo sin indignación. En ciertas empresas fueron votadas resoluciones que censuraban al comité central. Los más exasperados entre los miembros del partido en los cuarteles rompieron sus carnets. Era una seria advertencia."

Trotsky en el Congreso de los Sóviets pregunta qué ha sucedido para que en "*esa flota modelo del Mar Negro que había mandado a todo el país expediciones patrióticas, en ese nido de patriotismo organizado, estallase semejante explosión en un momento crítico. ¿Qué demostraba eso?*" No obtiene respuesta de nadie. **Lenin, en el mismo lugar,** declara: "Cuando se dice que nosotros tendemos a una paz por separado, no es cierto. **Nosotros decimos: ninguna paz por separado, con ninguno de los capitalistas**, ante todo con los capitalistas rusos. Sin embargo, el Gobierno Provisional ha hecho una paz por separado con los capitalistas rusos. ¡Abajo esta paz por separado!"

23

El periódico de los mencheviques grita: "Es hora ya de denunciar a los leninistas como traidores a la revolución." El presidente del Comité Ejecutivo pide al congreso cosaco que apoye al sóviet… contra los bolcheviques… el atamán Dutov le responde: "nosotros los cosacos, no nos separaremos jamás de los sóviets"; era evidente que la reacción no dudaba en aliarse con los sóviets para masacrar a los bolcheviques y, después, a los sóviets.

Petrogrado se mantiene en calma, sin manifestación bolchevique, y los dirigentes conciliadores de la mayoría del sóviet deciden convocar otra manifestación de masas para el día 1 de julio con la intención de que esta manifestación se pronuncie en apoyo del Gobierno Provisional.

Se publica en *Universal* una declaración **acusando a Rusia de combatir la autonomía nacional ucraniana**, la Rada formula: "De hoy en adelante viviremos nuestra propia vida."

24

El **Comité Ejecutivo de los Sóviets se reúne,** a modo de tribunal, **conjuntamente** con los miembros de la **presidencia** del Primer **Congreso** de los Sóviets y los dirigentes de las **fracciones**, cien personas en total. **Tseretelli** clama: **"¡Hay que desarmar a los bolcheviques!"** Pero a la pregunta de qué significa realmente esto responderá **Sujánov**: "No hay que olvidar que **los bolcheviques no tienen ningún depósito particular de armas**. Éstas se hallan en poder de los soldados y los obreros, que en su formidable mayoría siguen a los bolcheviques. Desarmar a los bolcheviques **no puede significar más que desarmar al proletariado.** Y aún más: es desarmar a las tropas." **Kámenev** contestará: "Señor ministro, si usted no lanza sus palabras al viento, no tiene derecho a limitarse a un discurso. ¡Deténgame usted y júzgueme por conspirar contra la revolución!", los **bolcheviques** abandonan la sala tras elevar al congreso una **declaración escrita** en la que puede leerse: "Después de la visita a las fábricas y a los

regimientos por vuestro delegados no puede caber la menor duda de que si la manifestación no se ha celebrado no ha sido precisamente porque vosotros la hubieseis prohibido, sino porque nuestro partido la suspendió […] La ficción del complot militar ha sido lanzada por un miembro del Gobierno Provisional para desarmar al proletariado de Petrogrado y dislocar la guarnición. Aun dado el caso de que el poder gubernamental pasara íntegramente al sóviet (punto de vista que nosotros defendemos) y éste intentara poner trabas a nuestras campañas, esto nos obligaría tal vez, no a someternos pasivamente, sino a aceptar la cárcel y cualesquiera otras penas en nombre de la idea del socialismo internacional que nos separa de vosotros." Al final ambas partes dan un paso atrás: "Los bolcheviques renunciaron a celebrar la manifestación, los conciliadores a desarmar a los obreros.", concluirá Trotsky. En esta **misma sesión** del congreso un menchevique propone y se **decide una manifestación** para el domingo **18 de junio/1 de julio** para demostrar la unidad y fuerza de la democracia.

26

En Venezuela aprobación de la Ley de Talleres y Establecimientos Públicos, antecedente de la Ley del Trabajo de 1928. Entre las características o adelantos que contenía la citada Ley de Talleres y Establecimientos Públicos se mencionan los siguientes: percepción clara de la realidad del trabajador, aplicación general para todos los trabajadores, jornadas diarias de ocho horas y media, fijación de días de descanso obligatorio, condiciones de aseo y salubridad de los sitios de trabajo.

Golpe de fuerza de los aliados **en Grecia**; el rey Constantino se retira y Venizelos declara la guerra a Alemania.

29

Kerensky lanza la orden de ofensiva. Comienza la ofensiva en el frente sudoeste.

29-30

Conferencia de los comités de fábrica de 164 empresas textiles de la región industrial central, parcial o totalmente sometidas a la acción destructora de la "política de Likinsk". Se llegó a darle este nombre al fenómeno generalizado del lockout gracias a que Smirnov, antiguo interventor del estado, cerró las fábricas con la excusa de falta de combustible y reparación de la maquinaria pero una investigación del comité de empresa demostró que la maquinaria no necesitaba más que el normal mantenimiento y que quedaba carbón para tres meses, en respuesta al ataque patronal, la huelga general fue inevitable; la política de sabotaje y lockout en cuanto mermaban las superganancias que le proporcionaba la guerra a la burguesía era una política general de ésta. Esta conferencia tenía como objeto contrarrestar el lockout generalizado a lo largo del 1917 pero que se recrudecía para destruir el creciente control obrero que los comités de fábrica ejercían.

****

Vperiod ha publicado, posteriormente al 19 de este mes, el artículo de **Trotsky "La paz y la reacción"**.

Este mes el Sóviet de distrito de Petrogrado acepta dos representantes de la juventud con derecho a voto pleno.

En Argentina, este mes se inicia una huelga en los talleres ferroviarios, en Talleres Pérez de Rosario, que se extenderá a todos los talleres del Central Argentino.

Julio

Durante este mes siguen los grandes movimientos huelguísticos **en Alemania**.
Se agudizan los motines en el **frente francés**, tras la ofensiva Nivelle, que son reprimidos por el general Petain: "fusilados para ejemplo"
Este mes, reunión en el bosque de St. Aegyd de los responsables austríacos, convocados por Koritschoner.
En Chile, este mes se produce la huelga general de los obreros de puertos de Chile, organizada como protesta por la implantación del carnet de identificación, y que inicia un periodo de gran efervescencia social en un cuadro de crisis económica, inflación desatada, desempleo, etc. a la que se agrega la actividad cada vez creciente del trabajo organizado.
En **México** se declaran en huelga los trabajadores del petróleo en Tampico.
A principios de este mes **Kerensky prohíbe el congreso de los militares musulmanes** que estaba convocado en Moscú.

1

Inicio de la ofensiva rusa en el frente suroeste.
La **manifestación, convocada por la mayoría conciliadora del sóviet** con la intención de apoyar la ofensiva militar, demostrar la unidad y fuerza de la 'democracia' y reforzar al Gobierno Provisional, **se gira a favor de los bolcheviques**. Medio millón de obreros y soldados desfilan por Petrogrado, ante la tribuna de los desalentados conciliadores, exhibiendo de forma aplastantemente mayoritaria las consignas bolcheviques en sus pancartas: **"¡Abajo los diez ministros capitalistas!", "¡Abajo la guerra!",** "Ni paz separada con Alemania ni tratados secretos con los anglofranceses", **"¡Todo el poder a los sóviets!" Plejánov escribe sobre** el desarrollo de la manifestación: "Durante esta manifestación yo estaba en el Campo de Marte, al lado de Chjeidze. Por su semblante, veía que no se engañaba en lo más mínimo respecto a la significación de aquella profusión asombrosa de carteles que pedían el derrocamiento de los ministros capitalistas. Y aun parecían subrayar de manera deliberada esa significación las órdenes verdaderamente autoritarias con que se dirigían a él algunos de los representantes leninistas que desfilaban ante nosotros con el aire de que aquélla era su fiesta." **Trotsky** dirá: "La manifestación de junio demostró que los obreros y soldados de Petrogrado marchaban hacia una segunda revolución cuyos fines aparecían inscritos en sus banderas."
Los **marinos de Sebastopol** inician el desarme del mando y arrestan a los oficiales más detestados.
En **Arizona, Estados Unidos**, se declaran en huelga más de **5.000 mineros del cobre**. Entre los mineros están representadas múltiples nacionalidades de procedencia y la huelga, organizada por la I.W.W., se prolongará más de dos meses. La represión se acentúa, usando la patronal todos los recursos represivos a su mano, entre ellos bandas armadas. El gobernado Campbell pedirá el envío de tropas. En Bisbee, el sheriff ayudado por bandas armadas arrestará a 1.200 obreros que serán deportados en carros de ganado a Columbus.

2

El **Gobierno Provisional**, incumpliendo sus compromisos, **envía** en la noche de este día a un destacamento de **cosacos** para **desalojar** violentamente (matarán a dos anarquistas) la casa de campo del exministro zarista **Durnovó**, en el distrito obrero de Viborg. Esta casa de campo había sido **ocupada y convertida en zona de descanso por**

los obreros de Viborg que habían reaccionado con huelgas ante la amenaza de desalojo… que se realizó por sorpresa.
En la Perspectiva Nevsky se desarrollan varias **manifestaciones patrióticas** dirigidas por los cadetes y portando **retratos de Kerensky** como bandera. **Miliukov confiesa**: “Estas manifestaciones se parecían tan poco a la que desfilara por aquellas mismas calles el día anterior, que al sentimiento de entusiasmo se unía involuntariamente la incredulidad.”

3
El **Sóviet de Petrogrado** adopta una resolución saludando al ejército en su ofensiva… con 472 votos a favor, 271 en contra y 39 abstenciones, **la correlación va cambiando a favor de los bolcheviques**.

4
Comienza en Petrogrado la **Tercera Conferencia de Sindicatos de toda Rusia (4-11)**, la primera vez que los sindicatos de Rusia se reunían legalmente en una conferencia nacional; asistieron 211 delegados en representación de 1.400.000 afiliados. Los bolcheviques y los internacionalistas llevaron adelante fuertes discusiones con la mayoría menchevique y eserista que abogaba por la ‘neutralidad’ sindical y la ‘unidad sindical’. La conferencia aprobó, a pesar de su composición y gracias a la lucha de los bolcheviques e internacionalistas, las posiciones de los conciliadores por una mayoría exigua de 12 votos; sin embargo, sí aprobó la propuesta de los bolcheviques e internacionalistas de la exigencia de la inmediata promulgación de un decreto sobre la jornada de ocho horas y la prohibición de las horas extraordinarias. En la resolución se podía leer: “los sindicatos, que defienden los derechos y los intereses del trabajo asalariado […] no pueden asumir funciones económico administrativas en la producción”, indica la necesidad de que los comités de fábrica trabajen “para reforzar y extender los sindicatos, contribuir a la unidad de su acción combativa […] reforzar la autoridad de los sindicatos a ojos de los obreros organizados…”. La conferencia creó un Consejo Central Panruso de los Sindicatos con mayoría menchevique aunque los bolcheviques estaban fuertemente representados.
Primera reunión del grupo juvenil de Interdistritos (Mejaraionnyi) que exige el voto y los derechos cívicos para los jóvenes a partir de los 18 años.
El regimiento de ametralladoras de Petrogrado decide en asamblea general que: “De aquí en adelante, no enviaremos contingentes al frente sino en caso de que la guerra tenga un carácter revolucionario.”
En España 27.000 metalúrgicos de Bilbao presentan un pliego de reivindicaciones: jornada de nueve horas y aumento de una peseta en el salario.

6
En la fábrica Putilov, que tenía un papel dirigente en la lucha por el aumento de salarios, se celebra una **asamblea con la participación de** representantes del Sóviet Central, de los comités de fábrica, del Buró Central de los sindicatos y delegados de setenta y seis fábricas. Bajo la influencia de los bolcheviques, la asamblea reconoce que, bajo las condiciones del momento, la huelga en la fábrica podía arrastrar a los obreros de Petrogrado a una “lucha política desorganizada”, por lo que **los bolcheviques les proponen** a los obreros de Putilov que **contengan su legítima protesta** y preparen sus fuerzas para una acción general.
La prensa informa de que “efectivos del 2º ejército han tomado la primera y la segunda línea de trincheras del adversario…”, y de que “En la **fábrica Varanovsky** [6.000

obreros] han tenido lugar nuevas elecciones de delegados para el Sóviet de Petrogrado. **En reemplazo de tres socialrevolucionarios han sido elegidos tres bolcheviques**.”

7

El Sóviet de Viborg adopta la siguiente resolución: “Nosotros protestamos contra la aventura del Gobierno Provisional que lleva la ofensiva por viejos tratados de pillaje […] y rechazamos toda la responsabilidad de esta política del Gobierno Provisional así como de los partidos que lo sostienen, mencheviques y socialrevolucionarios.”

8

Trotsky entrega a imprenta el folleto ***A los calumniadores*** dedicado a rebatir la campaña de calumnias orquestada contra los bolcheviques. Cuando, después de las Jornadas de Julio, la reacción asalte la imprenta de *Pravda*, entre otros muchos materiales desaparecerá el manuscrito y pruebas de este folleto.

9

Llegan del frente a su batallón de reserva los **delegados del regimiento de granaderos de la guardia** y declaran que el regimiento **se pronuncia contra el Gobierno Provisional y exige que todo el poder pase a los sóviets**. Cronstadt arde como una caldera y también la escuadra del Báltico, con base en Helsingfors; Antónov-Ovseienko contará después en sus memorias que “En el comité del partido de Helsingfors comprendíamos la necesidad de esperar y de prepararnos seriamente. Teníamos, además, indicaciones del comité central en este sentido. Pero nos dábamos cuenta de que la explosión era inevitable y volvíamos la mirada a Petrogrado.” **Día a día se van acumulando los elementos explosivos**.

11

En Brasil, sacudido todo el año por movilizaciones obreras, se entierra en Sao Paulo al anarquista español José Martínez, asesinado el día 9 en una carga de caballería de la policía ante las puertas de la fábrica Mariángela en la que los obreros protestaban. La indignación de la clase obrera se contagia y pronto empiezan a cerrar las fábricas.

12

En Alemania, moción de paz del Reichstag. Dimisión de Bethman-Holweg.

13

Queda abolida la tutela de la **nobleza** sobre las **aldeas** a través de los odiados “jefes rurales”.

14

Congreso panruso de los Propietarios de Tierra con aplastante mayoría de elementos de la nobleza.

En **algunos talleres** de la factoría **Putilov** se declara **huelga**: los salarios se veían comidos por la inflación.

En un mitin en el **regimiento de granaderos** se detiene al presidente del comité y se impide hablar a los oradores mencheviques: **“¡Abajo la ofensiva!”, “¡Abajo Kerensky!”**

Lenin escribe en *Pravda*: “Nos hacemos cargo de la amargura, de la excitación de los obreros de Petrogrado. Pero les decimos: compañeros, en estos momentos la acción sería nociva.”

El **Partido Bolchevique** cuenta ya con 32.000 militantes en Petrogrado y la sección obrera del sóviet de la misma ciudad ya tiene mayoría bolchevique.
En Brasil, la huelga general es total en Sao Paulo y afecta a más de 70.000 trabajadores. Para defender a los huelguistas, y como interlocutor con la patronal, se han creado los **Comités de Defensa Proletaria**.
Alemania ocupa Tarnopol.

15

Conferencia de la organización Interdistritos con 4.000 obreros representados. Sujánov, que está entre el público, dirá: “La mayoría eran obreros y soldados, para mí desconocidos […] Se trabajaba febrilmente y los progresos de ese trabajo podía notarlos todo el mundo. Sólo estorbaba una cosa: ¿en qué os distinguís de los bolcheviques y por qué no estáis con ellos?” Trotsky publicará en *Pravda* una declaración para impulsar la unificación, declaración concebida en estos términos: “*A mi ver, no existen, en la actualidad, divergencias ni de principios ni de táctica entre los interdistritos y la organización bolchevique. No hay, por consiguiente, ningún motivo que pueda justificar la existencia separada de dichas organizaciones.*”
Los cuatro ministros cadetes abandonan el Gobierno Provisional. Motivan su salida en la falta de energía de los conciliadores respecto a Ucrania. En realidad, la ofensiva estaba demostrando palmariamente ser un completo desastre.
Asamblea de delegados de las organizaciones obreras más importantes y de setenta fábricas, dirigidas por los bolcheviques, que declara su solidaridad con la lucha de los obreros de Putilov: “la causa de los obreros de Putilov es la causa de todo el proletariado de la ciudad”. El Partido Bolchevique analizaba que, en la coyuntura, estas explosiones eran estériles y por ello exhorta a los obreros de Putilov a “contener su legítimo descontento”: se aplaza la huelga. La masa obrera de las fábricas se agitaba buscando una salida, cada fábrica tenía planteado su conflicto. El Sindicato de Brigadas de Locomotoras decía en una nota enviada el Ministro de Vías y Comunicaciones: “Lo declaramos por última vez: la paciencia tiene sus límites.”
Según relatará el bolchevique Latsis más tarde que este día, en una reunión de bolcheviques ‘izquierdistas’ se llega a la conclusión de que “Es mejor esperar a que, con la ofensiva iniciada, los partidos dirigentes se cubran definitivamente de oprobio. Entonces tendremos la partida ganada.”
El **gobierno ordena la partida al frente del regimiento de ametralladoras de Petrogrado**: **éste se niega** y exige la publicación de los tratados secretos y prepara una manifestación. **Hay que recordar que en marzo el Comité Ejecutivo de los Sóviets traspasó los poderes al Gobierno Provisional a condición de que no se sacaran de Petrogrado las tropas revolucionarias**. Este mismo regimiento organiza este día un mitin en la Casa del Pueblo para despedir a los “últimos” soldados que partían al frente. Trotsky y Lunacharsky hacen uso de la palabra en el mitin.

16-18

***Jornadas de Julio*.** En la mañana del 16 unos cuantos millares de **ametralladoristas** irrumpen en la reunión de los comités de compañía y regimiento, eligen a un presidente propio y **exigen la discusión inmediata de la cuestión del levantamiento armado**; el bolchevique Golovin, que preside, intenta contenerlos proponiendo entrevistas con el resto de regimientos y con la Organización Militar bolchevique, pero **cualquier alusión a un aplazamiento exaspera más los ánimos**. Toma la palabra el anarquista Bleichmann: hay que salir a la calle sin organización pues ésta la crea la calle, con el objetivo de “derribar al Gobierno Provisional como se ha hecho con el zar, aunque

ningún partido incitara a hacerlo.” La Organización Militar bolchevique envía agitadores inútilmente pues a las siete de la tarde se entera de que los ametralladoristas **han tomado nuevamente la decisión de echarse a la calle armados** y en lugar del antiguo comité de regimiento han elegidos un comité provisional revolucionario, **han enviado delegados a las fábricas y cuarteles sin olvidarse de Cronstadt**. Se multiplican las representaciones improvisadas y nuevas formas de enlace y centros de acción no permanentes sino para las circunstancias del momento. **La oleada arrastra también a no pocos bolcheviques, en particular jóvenes**. En los cuarteles se arma a los soldados para la manifestación, en las fábricas ocurre más o menos lo mismo. Un obrero de la Renault contará: “Después de comer, se presentaron unos cuantos soldados del regimiento de ametralladoras, pidiendo que les diéramos camiones. A pesar de la protesta de nuestro grupo bolchevique, no hubo más remedio que entregar los automóviles. Los soldados instalaron inmediatamente en los camiones unas máxim y emprendieron la marcha hacia la Nevsky. No fue ya posible contener a nuestros obreros… Todos ellos salieron al patio sin quitarse la ropa de trabajo…” En la fábrica Putilov, sobre las dos de la tarde, circula el rumor de que había llegado una delegación del regimiento de ametralladoras y que convocaba a un mitin, se congregan 10.000 obreros ante las oficinas, los ametralladoristas comunican a los obreros, ante los gritos de aprobación de éstos, que contra la orden de partir para el frente el 17 de julio han decidido “dirigirse, no al frente alemán, contra el proletariado de Alemania, sino contra sus propios capitalistas.”; el mitin se prolonga horas hasta que llega la noticia de que en el barrio de Viborg los obreros ya se han puesto en marcha hacia el Palacio de Táurida; resuelven echarse a la calle. Trotsky escribirá en su historia: “**A las siete de la tarde se interrumpió completamente la vida industrial de la ciudad. Unas tras otras, sublevábanse las fábricas, organizaban sus escuadras, armaban destacamentos de la Guardia Roja**.” Trotsky cita a otro testigo, Metelev, militante bolchevique de Viborg: “Entre la masa de miles de obreros se movían, haciendo resonar los cerrojos de los fusiles, centenares de jóvenes de la Guardia Roja. Unos colocaban paquetes de cartuchos en las cartucheras; otros se apretaban los cinturones; otros se ataban las mochilas a la espalda; otros calaban la bayoneta y los obreros que no tenían armas ayudaban a los guardias rojos a equiparse…” Sampsonievsky, arteria principal de la barriada de Viborg, está atestada de gente: a derecha e izquierda compactas columnas de obreros, por el centro el regimiento de ametralladoras, al frente de cada compañía camiones con ametralladoras maxim, detrás del regimiento, obreros y en la retaguardia, cubriendo la manifestación, fuerzas del regimiento de Moscú; al frente de cada destacamento una bandera: **“¡Todo el poder a los sóviets!”;** un participante señalará más tarde la diferencia entre esta manifestación, homogénea aunque tal vez menos numerosa, y la del Primero de Mayo, más concurrida y variopinta: “… hoy no se lanzan a la calle más que los esclavos del capital.” El Partido Bolchevique celebra una conferencia local en esos momentos y esta conferencia decide lanzar un manifiesto con el fin de contener a las masas y enviar un mensaje al Comité Ejecutivo de los Sóviets pidiendo que tome el poder en sus manos. El comité central del partido ratifica el acuerdo. Sin embargo, a los ocho de la tarde el palacio de Kshesínskaya está rodeado de obreros y soldados armados que no cesan de gritar “¡fuera!” ante los intentos de apaciguamiento; el comité bolchevique de Petrogrado, junto a los delegados de la conferencia local y los representantes de los regimiento acuerda anular la decisión anterior, poner término a los esfuerzos estériles para contener el movimiento, orientarlo en el sentido de que la crisis gubernamental se resuelva en beneficio del pueblo y, para lograrlo, incitar a los soldados y obreros a dirigirse pacíficamente al Palacio de Táurida, elegir delegados y presentar sus demandas a través de ellos al Comité Ejecutivo. Esta

resolución es acogida con gritos de júbilo cuando es proclamada desde el balcón. En la sede del ejecutivo está reunida, después de un largo aplazamiento, la sección obrera del sóviet que, en el transcurso de dos meses, se ha renovado… arrojando una composición mayoritaria para los bolcheviques.

Izvestia resume así los acontecimientos de este día 16 de julio: "A las cinco de la tarde, salieron armados a la calle el 1er regimiento de ametralladoras, parte de los regimientos de Moscú, de granaderos y de Pávlovsky, a los cuales se unieron grupos [fábricas enteras] de obreros […] hacia las ocho, empezaron a congregarse frente al palacio de la Kshesínskaya diversas unidades [regimientos enteros] de los regimientos, totalmente armadas y equipadas, con banderas rojas y cartelones en los cuales se pedía la entrega del poder a los sóviets. Desde el balcón se pronunciaron discursos […] A las diez y media se celebró un mitin en la plaza colindante al Palacio de Táurida […] las unidades [regimientos] eligieron una diputación al Comité Ejecutivo Central panruso de los Sóviets, la cual, en nombre de ellas, formuló las siguientes demandas: separación de los diez ministros burgueses; todo el poder al sóviet; detener la ofensiva; confiscación de las imprentas de los periódicos burgueses, nacionalización de la tierra; control de la producción." *Pravda* aparece con el espacio que ocupaba el manifiesto aprobado, y anulado, en blanco pues es imposible editar la última resolución; ésta se da a conocer a través de volantes que invitaban a los obreros y soldados a "expresar su voluntad ante los Comités Ejecutivos reunidos, mediante una manifestación pacífica y organizada.

El movimiento de las masas durante el día ha sido: del palacio de la Kshesínskaya (sede bolchevique) al Palacio de Taúrida (sede del Comité Ejecutivo): de la búsqueda de orientación a la formulación de peticiones.

Trotsky dirá: "El movimiento había brotado por su propio impulso, de su propia conciencia de poder, por iniciativa anónima de abajo."

***

Medio millón de soldados se sublevan y un regimiento llega hasta a exhortar a los bolcheviques a pasar a la acción. La **Guardia Roja** cuenta ya con casi 10.000 efectivos (una cuarta parte o más jóvenes obreros) en Petrogrado y en el barrio de Viborg mantiene a raya a las tropas de Kerensky. En Peterov, Alexandre Nevsky y Viborg, las organizaciones de la juventud obrera organizan manifestaciones para golpear por la izquierda. En Viborg, muchos jóvenes obreros, con los bolsillos y las botas llenas de explosivos, cruzan el rio para ir en ayuda de los marinos de Cronstadt, asediados en la Fortaleza de Pedro y Pablo; Chevtsov, el dirigente moderado de Trabajo e Ilustración, critica severamente la participación de los jóvenes en las jornadas… en consecuencia, después de las jornadas muchos delegados comienzan a pedir su eliminación.

17

La **noche del 16 al 17** ha sido larga para los soldados y obreros… y para los conciliadores. Ha llovido durante toda la noche. Los manifestantes obreros de este día comienzan a reunirse sobre las once de la mañana, los soldados lo harán más tarde. El 1er regimiento de ametralladoras íntegro sale a la calle, pero en **este día son los obreros quienes ocupan el primer plano**; en las fábricas en las que los dirigentes titubean, **la juventud obrera obliga al vocal de turno del comité de fábrica a dar la señal de paro.** De los 5.000 con que cuenta, cerca de 4.000 obreros de la fábrica del Báltico (con predominancia menchevique y socialista-revolucionaria) secundan el movimiento, en la fábrica de calzado Skorojod (reducto de los socialistas-revolucionarios) su diputado no aparece en varios días; todas las fábricas están en huelga hoy; por todas partes se celebran mítines y se eligen dirigentes de la manifestación y delegados encargados de presentar las reivindicaciones al Comité Ejecutivo; cientos de miles se han puesto en

marcha hacia el Palacio de Táurida y docenas de miles se encaminan al de la Kshesínskaya. El movimiento es hoy más imponente y está mejor organizado: se ve la mano dirigente del Partido Bolchevique. El Comité Ejecutivo espera tropas 'leales' pero los que afluyen hacia Petrogrado son Cronstadt, Novi-Peterov, Krásnoie Seló, fuerte Krasnaya Gorka… por mar y por tierra avanzan marinos y soldados con bandas de música y con sus oficiales al frente, pero son fuerzas 'hostiles' para los conciliadores. El general Polovtsiev anuncia que Petrogrado quedará limpio de tropas armadas y ordena a la población encerrarse en casa y cerrar los portales.

Hoy, lo que da mayor impulso a la manifestación es la aparición de los **marinos de Cronstadt** en Petrogrado. Una vez sabido que los bolcheviques llaman a la manifestación pacífica, la asamblea de Cronstadt ha decidido acudir.

Se producen por toda la ciudad tiroteos ante provocaciones de los burgueses o destacamentos gubernamentales incapaces de dominar el movimiento, pero suficientes para la provocación. El enfrentamiento más fuerte es el que se produce entre los cosacos, llegados a las ocho de la noche, y los soldados, obreros y guardias rojos; los cosacos llevan artillería ligera y se dirigen a proteger el Palacio de Táurida, en las calles se muestran hostiles hacia la masa y en el puente Liteini, donde se había levantado una barricada protectora, y cuando los cosacos la enfrentan, desde las casas de la burguesía se dispara para provocar, se entabla una batalla entre los cosacos y los soldados, obreros y jóvenes guardias rojos; a pesar de la artillería, los cosacos tendrán que dispersarse, dejando artillería y bagajes, y buscar refugio en las casas burguesas de la zona. El Palacio de Táurida acabará protegido por el 176º regimiento que apostará centinelas… después de consultar con Trotsky pues este regimiento era una de las muchas fuerzas 'hostiles' a los conciliadores reunidos en el palacio.

El príncipe Lvov, con el visto bueno de los ministros 'socialistas' ha dado ya **orden escrita** al general Polovtsiev de "**detener a los bolcheviques** que ocupan la casa de la Kshesínskaya, desalojar dicha casa y ocuparla militarmente."

El **Comité Ejecutivo de los Sóviets**, que rehúsa con las armas que se le entregue el poder, ha aprobado este día una resolución que dice: "Si la democracia revolucionaria considerase necesario que todo el poder pasara a manos de los sóviets, sólo a la reunión plenaria de los Comités Ejecutivos correspondería resolver esta cuestión." Es decir, que, según concluye Trotsky, "El Comité Ejecutivo, al mismo tiempo que calificaba de levantamiento contrarrevolucionario la manifestación, se constituía en Poder Supremo y decidía la suerte del Gobierno."

Avanzada ya la noche les llega a los doscientos miembros de los comités ejecutivos de obreros y soldados y de los campesinos el rumor de que acaba de descubrirse que Lenin estaba en relación con el estado mayor alemán. **Sujánov**, muy hostil a los bolcheviques en aquellos días, dirá: "**Como es natural, ninguno de los hombres ligados realmente a la revolución duda lo más mínimo de que esos rumores son absurdos**." Chjeidze y Tsereteli telefonean a las redacciones aconsejando que no se publique la noticia sensacionalista.

18

Medidas represivas contra los bolcheviques.

A pesar de los ruegos de los jefes del Comité Ejecutivo de los Sóviets, Suvorin, editor de ***Novoie Vremia*, publica la noticia sensacionalista** sobre la **relación de Lenin con el estado mayor alemán** cubriéndola con un documento de apariencia oficiosa. **Comienza "el mes de la gran calumnia".** El fiscal Besarabov relatará más tarde en la prensa que cuando se vio que el Gobierno Provisional se encontraba en Petrogrado absolutamente falto de fuerza armada en la que poder confiar, el mando de la zona

decidió realizar un intento para provocar un cambio en la psicología de los regimientos con un medio de eficacia segura: “Se comunicó lo esencial de los documentos a los representantes del regimiento de Preobrazhensky, en los que, como pudieron comprobar los presentes, se produjo una impresión abrumadora. A partir de ese momento se vio claramente que el gobierno disponía de un arma poderosa.” El ministro de justicia, Pereverzev, que se ha encargado de implementar la noticia sensacionalista con ropajes oficiosos, dimite a causa del temor del gobierno a su propia patraña.

Chjeidze, Tsereteli, Dan, Goz, **desde la presidencia del Comité Ejecutivo de los Sóviets en Petrogrado,** han desoído, han dado largas, han negado todas las peticiones y comisiones que han acudido en nombre de los manifestantes para que los sóviets tomen el poder. El día anterior, ya de noche, **por fin los conciliadores habían logrado que llegasen tropas seguras desde el frente** (“La “democracia” se había convencido de que en toda la gigantesca guarnición de Petrogrado no había un solo cuerpo de tropa del que pudiera fiarse”, recordará Trotsky). Metelev cuenta: “Era ya más de medianoche y seguíamos esperando una ‘resolución’ […] Atormentados por el hambre y el cansancio, vagábamos por la sala Alexandrovsky [del Palacio de Táurida sede del Comité Ejecutivo de los Sóviets] A las cuatro de la madrugada del 5[18] de julio terminaron nuestras esperanzas […] Oficiales y soldados armados irrumpieron ruidosamente por la puerta principal del palacio.” Trotsky dirá: “Estos oficiales y soldados no procedían del frente, como creían los conciliadores, sino que estaba formado por elementos de la guarnición de Petrogrado, principalmente de los tres batallones de la guardia más reaccionarios: el de Preobrazhensky, el de Semenov y el Ismail. El 3[16] de julio estos regimientos se habían declarado neutrales. El gobierno y el Comité Ejecutivo habían intentado inútilmente conquistarlos, valiéndose de su autoridad: los soldados no se movían, sombríos, de los cuarteles y esperaban. Hasta la tarde del 4[17] de julio los gobernantes no descubrieron, al fin, un recurso eficaz: enseñar a los soldados de Preobrazhensky un documento que demostraba, como dos y dos son cuatro, que Lenin era un espía alemán. Esto surtió efecto.” Comienza el mes de la gran calumnia y la detención de los representantes de los obreros, la confiscación de armas el aislamiento de los barrios obreros.

La delegación de los marinos del Báltico, que habían decidido no acatar las órdenes de hundimiento de cualquier barco que tratase de acudir en ayuda de Petrogrado obrera y revolucionaria y enviar una delegación a Petrogrado para detener a Dudariev (adjunto del ministro de marina que había dado la orden) queda asombrada ante el espectáculo de los conciliadores celebrando su éxito… al día siguiente será detenida y, así, “pudo completar su educación política en la cárcel.”

El Sejm se declara soberano en Finlandia.

***

Tras las Jornadas de Julio se desata una oleada de represión contra los bolcheviques: se prohíbe *Pravda*, se destruye su imprenta (con, entre otras cosas, el folleto de Trotsky *A los calumniadores*), se devasta el local del Sindicato de Metalúrgicos, campaña sobre los bolcheviques “agentes alemanes”, 20 órdenes de arresto contra Lenin, Zinóviev, Kámenev, Kollontai (acusación de “alta traición”) y otros. Lenin pasará a la clandestinidad y se ocultará en Finlandia hasta la revolución de octubre (noviembre). La oleada represiva será durísima en las fábricas con una patronal desbocada que aprovechará para intentar destruir todo resto de la lucha y avances logrados por los comités de fábrica, y con ese resto hacerlos desparecer también a ellos. La clase obrera reaccionará a la defensiva y se sucederán las huelgas: curtidores en Moscú, obreros textiles en la región moscovita, metalúrgicos en Petrogrado, tipógrafos en Moscú y

Petrogrado, obreros petrolíferos en Bakú, mineros del Donbass (de nuevo), serán las más sobresalientes, que se prolongarán hasta finales de octubre enlazando directamente con la insurrección obrera. Sin embargo, Sisko, obrero de Petrogrado, dirá: “En las fábricas de Petrogrado, los socialrevolucionarios adquirieron una influencia considerable. El aislamiento de los bolcheviques aumentó inmediatamente la fuerza de los conciliadores y alentó a éstos.” En la fábrica del Báltico los socialistas-revolucionarios y los mencheviques aplastarán a los bolcheviques hasta el punto que el comité de fábrica tomará el acuerdo de que los bolcheviques asistan al entierro de los cosacos muertos… acuerdo que cumplieron. El bolchevique Minichev recordará después que “Las jornadas de julio nos mostraron que hubo asimismo en nuestras filas hombres que, temiendo por su piel, rompieron los carnets y se desentendieron del partido. Pero de éstos hubo muy pocos.” Schliápnikov dirá por su parte: “Los acontecimiento de julio y la campaña de violencias y calumnias relacionadas con los mismos, interrumpieron los progresos de nuestra influencia, que a principios de julio había adquirido una fuerza enorme…”, por último, Olga Ravich, una de las más antiguas y activas militantes del partido, dirá: “Las jornadas de julio tuvieron una repercusión tal en la organización, que en el transcurso de las tres semanas primeras no se podía ni pensar remotamente en acción alguna.” Aunque los soldados habían mostrado un empuje más agresivo que los obreros su retroceso fue más grande que el de éstos, en particular en los regimientos más combativos de Petrogrado que fueron los que sufrieron más duramente los golpes de la reacción de modo que, por una parte, en el Sóviet de Petrogrado la sección de los soldados continuó siendo el punto de apoyo de los conciliadores frente a la sección obrera que seguía a los bolcheviques, y, por otra parte, éstos se veían obligados a reconocer la pérdida de su influencia en los regimientos; el soldado bolchevique Mitrevich dirá: “Después de la derrota no me presento en mi compañía (donde pueden matarme) hasta que pase la ráfaga.” La Organización Militar bolchevique tendrá que reducir enormemente su actividad: “Después de la derrota de julio [escribe el exsoldado Minichev], el Comité de la Organización Militar no era mirado con muy buenos ojos, no sólo por los elementos directivos de nuestro partido, sino incluso por algunos comités de barriada.” Y Bárbara Yakovleva, que pertenecía en aquel entonces al comité central y dirigía el trabajo en la vasta región de Moscú, narrará: “Después de las jornadas de julio, todos los informes que recibíamos de las distintas poblaciones acusaban no sólo un franco decaimiento entre las masas, sino incluso una manifiesta hostilidad contra nuestro partido. Fueron muy numerosos los casos de agresión a nuestros oradores. Los efectivos del partido bajaron considerablemente, y algunas de las organizaciones incluso dejaron de existir, sobre todo en las provincias del sur.”

En la mañana de este día, **Lenin le dice a Trotsky**: “Ahora nos fusilarán, primero a uno y luego a otro, ya lo verá usted; es su momento”; Trotsky recordará que “no nos fusilaron, aunque anduvieron muy cerca”, y en su *Lenin* señalará que el “sentido de estas palabras era: hay que tocar retirada y pasar, en la medida en que sea necesario, a la clandestinidad. Fue uno de los bruscos virajes de la estrategia de Lenin, basado, como siempre, en la rápida valoración del momento […] En la entrevista a que antes me refería no se tomó decisión alguna acerca de la conveniencia de pasar a la clandestinidad.”

Hacia mediados de Julio, claramente después de las jornadas de julio, **Lenin** redacta ***Sobre las consignas*** (páginas 264-271): “El viraje del 4 [17] de julio consiste precisamente en un cambio brusco en la situación objetiva […] **La consigna del paso del poder a los sóviets podría parecer hoy una quijotada o una burla**.” [Negritas EIS].

19

Los obreros se reintegran al trabajo, las calles de Petrogrado son de dominio exclusivo de las tropas traídas del frente. **Se multiplican las agresiones, detenciones y asesinatos** de luchadores revolucionarios.

Los marinos de Cronstadt se han rendido al Comité Ejecutivo de los Sóviets tras una negociación en la que medió un representante del comité central bolchevique y, por fin, **los bolcheviques desalojan el palacio de la Kshesínskaya** que pasan a ocupar los motociclistas llegados del frente para reprimirlos… a esto último no parece que objetará nada su dueña que había suministrado la excusa 'legal' para el acoso a la sede bolchevique. Según cálculos de la comisión investigadora se producen 29 muertos y 114 heridos. El Comité Ejecutivo de los Sóviets elegirá una comisión, presidida por Chjeidze, que participará en la organización del entierro de los "combatientes caídos en los días 3 y 5 [16 y 18] de julio en el cumplimiento de su deber revolucionario" mientras que **los combatientes verdaderamente revolucionarios deberán recibir sepultura secreta**… la misma que recibieron los revolucionarios caídos el 9 de enero de 1905.

Trotsky dirá: "Los obreros y soldados, al tropezar con la resistencia armada precisamente del órgano al cual querían dar el poder quedaron desorientados con respecto al fin que perseguían. El potente movimiento de las masas se vio privado de su eje político. El ataque de julio quedó reducido a una manifestación realizada, en parte, con los recursos propios del levantamiento armado. Con el mismo derecho se puede decir que fue una semiinsurrección por un fin que no permitía otros métodos que la manifestación […] Los conciliadores siguen robándose el poder de debajo de la almohada. Para resistir con las armas a los que inscriben en sus cartelones la divisa "todo el poder a los sóviets", el sóviet se ve obligado a concentrar de hecho el poder en sus manos."

En **Ivanovo-Voznesensk,** capital del textil con sóviet dirigido por los bolcheviques, 40.000 obreros y obreras, muchos de ellos armados, detienen el trabajo, pero en cuanto se sabe lo sucedido en Petrogrado el sóviet ordena la retirada. En **Riga**, por la noche la infantería letona, de espíritu bolchevique, pone en retirada al batallón patriótico mientras que el sóviet local adopta una resolución a favor del poder soviético.

Completo fracaso de la ofensiva rusa: **caída de Tarnopol**.

En España, en Valencia, comienza huelga de tranviarios y ferroviarios a la que se unieron los trabajadores portuarios de El Grao por solidaridad (considerada inoportuna, si no provocación, pues se preparaba la huelga general y venía a marcar unas fechas no previstas). La huelga se transformaría en general en Valencia. Victor Serge recuerda, para Cataluña, que: "… el 19 de julio de 1917 fuimos vencidos casi sin combate, los parlamentarios catalanes se asustaron a última hora y rehusaron entablar el combate. Nosotros lo entablamos solos durante un día de sol, de clamores, de movimientos de masas, de carreras en las calles…"

En Alemania los marinos de *Prinz-Regent-Luitpold*, entran en huelga de hambre.

20

Llega a Petrogrado la noticia del desmoronamiento a que han sometido las tropas alemanas al **frente ruso** en una extensión de 12 verstas de ancho y 10 de profundidad. Kámenev y Lenin esperan inútilmente a la llegada de una comisión soviética de investigación sobre la acusación de espionaje a favor de Alemania… el Comité Ejecutivo de los Sóviets, a pesar de sus promesas, renuncia a cualquier investigación independiente que pueda dejar al descubierto la enorme calumnia. **Lenin se convence**

definitivamente de que los conciliadores se lavan las manos y los dejan en manos de los guardias blancos.

El Gobierno Provisional adopta una serie de medidas represivas, pero, en la misma sesión y subrepticiamente (aprovechando la ausencia de los kadetes) los ministros socialistas le proponen al gobierno la realización inmediata del programa adoptado por el Congreso de los Sóviets [16 de junio – 7 de julio]. El príncipe Lvov, gran terrateniente, acusa al gobierno de llevar una política agraria que "mina los fundamentos de la conciencia del pueblo".

Dimisión del príncipe Lvov que es reemplazado por Kerensky con lo que los socialistas moderados, los conciliadores, pasaban a detentar la jefatura nominal del Gobierno Provisional… en el momento de ascenso de este gobierno hicieron de segundones, cuando quedaba patente su debilidad asumían, en apariencia, el papel de socios principales. En una reunión de despedida a los periodistas, el príncipe Lvov dice: "Los acontecimientos de los últimos días en el interior del país, afirman particularmente mi optimismo. Estoy convencido de que la "profunda brecha" que hemos logrado abrir en el frente de Lenin tiene un significado incomparablemente mayor para Rusia que la brecha abierta por los alemanes en nuestro frente suroeste."

Entre el 20 y el 22, el Gobierno Provisional reprime las manifestaciones a favor de la paz de los obreros de Petrogrado.

En España, en Valencia, huelga general con todos los talleres, fábricas y comercios cerrados y con enfrentamientos en las calles en toda la provincia.

En Alemania, los marinos de *Pillau* desembarcan masivamente sin permiso.

Publicación de la **Declaración de Corfú (Pacto de Corfú)** tras casi un mes de negociaciones entre serbios, croatas y eslovenos (Comité Yugoslavo y Reino de Serbia) que dará lugar a la constitución del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos el 1 de diciembre de 1918.

21

Gobierno Kerensky: ***segundo gobierno de coalición.***

El **Sóviet de Yekaterimburgo**, capital de los Urales, adopta una resolución **a favor del poder soviético**. **En Kiev** se sublevan 5.000 soldados del regimiento Polubotko, se apoderan de los depósitos de armas y hacen prisioneros.

Comienza la ofensiva en el frente rumano. Kornílov, generalísimo del frente sudoccidental, ordena disparar con ametralladoras y artillería contra los soldados que se batan en retirada.

22

Dan, en la sesión del sóviet: "Rusia está amenazada de una dictadura militar. Tenemos el deber de arrancar la bayoneta de las manos de la dictadura militar; pero esto no podemos hacerlo más que **convirtiendo al Gobierno Provisional en Comité de Salvación Pública.** Debemos **conferirle atribuciones ilimitadas** para que pueda arrancar de raíz la anarquía de la izquierda y la contrarrevolución de la derecha" La asamblea decide, por 256 votos a favor y 42 abstenciones: "1) El país y la revolución están en peligro; 2) el Gobierno Provisional es declarado Gobierno de Salvación de la revolución; 3) se le confieren al mismo atribuciones ilimitadas". Los bolcheviques presentes se abstienen de votar, "… lo cual atestigua que en aquellos días la dirección del partido estaba desorientada.", concluirá Trotsky.

Latsis, futuro elemento destacado de la Cheka, escribe en su diario: "*9 de julio* [22]. En la ciudad [Petrogrado] han sido devastadas todas nuestras imprentas. Nadie se atreve a imprimir nuestros periódicos y hojas. Emprendemos la organización de una imprenta

clandestina. La barriada de Viborg se ha convertido en un refugio para todos. Allí se han trasladado el Comité de Petrogrado y los miembros perseguidos del comité central. En el local de guardia de la fábrica Renault está en conferencia el comité con Lenin. Se plantea la cuestión de la huelga general. En el comité no hay unanimidad en las opiniones. Yo sostengo el punto de vista de la huelga, Lenin, teniendo en cuenta la situación, propone renunciar a la huelga…"

El Comité Ejecutivo del Sóviet le concede plenos poderes al gobierno Kerensky que bautiza como "gobierno de salvación".

Los bolcheviques de Krasnoiarsk organizan una manifestación en la que participan entre 8.000 y 10.000 personas, en su mayoría soldados. Pero **Trotsky** señalara en esta historia de la revolución rusa **sobre las Jornadas de Julio** que: "En la mayoría de las poblaciones provinciales la situación era incomparablemente menos favorable […] La causa principal es la **débil repercusión que los acontecimientos de Petrogrado** tuvieron en el país consistía **en** que la **provincia**, que había recibido sin combate la Revolución de Febrero de las manos de la capital, se asimilaba mucho más lentamente que ésta los nuevos hechos e ideas. Era preciso un plazo suplementario para que la vanguardia pudiera arrastrar tras de sí a las reservas pesadas." **Y Miliukov dirá** refiriéndose a las mismas jornadas: "Como prueba técnica, la experiencia fue sin ningún género de duda extraordinariamente útil para ellos [los bolcheviques]. Les mostró con qué elementos había que tratar, cómo había que organizar a estos últimos y, por fin, qué resistencia podían oponerles el Gobierno, el Sóviet y las tropas […] Era evidente que cuando se presentara la ocasión de repetir el experimento, lo realizarían de un modo más sistemático y consciente."

Telegrama de los comités y comisarios del 11º Ejército al Gobierno Provisional: "**El impulso de la ofensiva se ha reducido rápidamente a la nada**. La mayoría de los efectivos se encuentran en un estado de descomposición siempre creciente."

22

Requisitoria de **Clemenceau** contra la pasividad del gobierno ante los pacifistas.

23

Trotsky se solidariza con Lenin y el resto de bolcheviques encarcelados o perseguidos, a raíz de las Jornadas de Julio, en una "carta abierta", dirigida al Gobierno Provisional y publicada en *Novaia Jizn* del día 29, en la que proclama su acuerdo con los bolcheviques: "Ciudadanos Ministros. Entiendo que ustedes han decretado el arresto […] de los camaradas Lenin, Zinóviev y Kámenev, pero que la orden de detención no me incluye a mí. Considero, por lo tanto, necesario llamar la atención de ustedes sobre los siguientes hechos: 1. Yo comparto en principio la actitud de Lenin, Zinóviev y Kámenev, y la he expresado en el periódico *Vperiod* y en todos mis discursos públicos. 2. Mi actitud frente a los sucesos del 3 al 4 de julio [16 y 17 de julio, Jornadas de Julio] fue idéntica a la de los camaradas antes mencionados. No hay ninguna razón para que se me excluya de ese decreto por el que se da orden de detención contra Lenin, Zinovief y Kamenef […] No hay razón alguna, tampoco, para dudar que yo sea un enemigo tan irreconciliable como los citados camaradas de la política toda del Gobierno provisional." El gobierno de coalición aprovechará este documento para encarcelarlo más tarde, tendiéndole una trampa para su arresto (se le cita con la excusa de ir a defender al bolchevique Raskólnikov).

La **reacción asalta una de las instituciones del partido menchevique**, a cuyo frente está el ministro del interior Tseretelli.

En Moscú, en **reunión conjunta de los sóviets** de diputados obreros y soldados y del de los campesinos, se llega al acuerdo de "publicar y fijar por las calles un manifiesto con el fin de indicar que **la acusación de espionaje lanzada contra la fracción de los bolcheviques es una calumnia y una intriga de la contrarrevolución**."

24

En España cesa la huelga general en Valencia, pero la Federación Nacional de Ferrocarriles se ve obligada a decidir huelga para el 10 de agosto ante la negativa de la patronal a readmitir a 36 huelguistas.

25

El Comité Ejecutivo del Sóviet adopta, ¡con 300 votos en contra!, una resolución en la que acusa a Lenin y Zinóviev de haber recibido dinero alemán.

Denikin, comandante del **frente oeste**, vuelve a su estado mayor consciente del **completo derrumbe**.

El **Gobierno Provisional restablece la pena de muerte** "durante la guerra, para los que cometan ciertos crímenes graves".

El bolchevique Latsis continúa anotando en su diario: "*12 de julio* [25]. La contrarrevolución triunfa. Los sóviets no tienen ningún poder. Los junkers, desenfrenados, atacan incluso a los mencheviques. Se nota inseguridad en algunos sectores del partido. Ha cesado la afluencia de miembros […] pero la gente no ha empezado aún a abandonar nuestras filas."

En Alemania, la red clandestina de los marinos pone en pie una dirección central, *Flottenzentrale*, clandestina también, que agrupa a más de 5.000 marinos. Reichpietsch resume las perspectivas en ese acto: es necesario organizar un movimiento en la flota a fin de darles argumentos a los delegados independientes a la Conferencia de Estocolmo (a la que lo habían remitido los burócratas en junio) y si esta conferencia no produce resultados será necesario "lanzar a los soldados la consigna: "¡Arriba, rompamos las cadenas como han hecho los rusos!".

26

Afanasiev, diputado joven del distrito de Peterov (en Petrogrado) anuncia que **la organización joven había elaborado un estatuto** con la ayuda del dirigente bolchevique Jaritonov. Este nuevo estatuto servirá de **alternativa al de Trabajo e Ilustración** que se estaba a punto de discutir en los distritos e incorpora numerosas reivindicaciones económicas y políticas del movimiento juvenil obrero que habían sido excluidas del de Trabajo e Ilustración: jornada de 6 horas, prohibición del trabajo nocturno a los menores, delegados asalariados de la juventud en los comités de fábrica y otros organismos representativos, educación gratuita y universal y derechos cívicos para los jóvenes a partir de los 18 años.

Liber presenta la resolución que en el fondo pone al Partido Bolchevique fuera de la ley, pero no puede dejar de plantear esta reserva tan indigna y cobarde: "Personalmente considero que la acusación lanzada contra Lenin y Zinóviev no tiene fundamento alguno", refiriéndose claramente a la acusación de colaboración de los bolcheviques con el alto mando alemán. Los comités ejecutivos de los sóviets de diputados obreros y soldados y el de los campesinos aprueban la resolución presentada por **Dan**: "Todas las personas inculpadas por la autoridad judicial **quedan privadas del derecho de participar en los Comités Ejecutivos** hasta que los tribunales dicten sentencia."

28

Lenin y Zinóviev en el periódico bolchevique de Cronstadt (que las autoridades no se habían atrevido a cerrar): "De la carta del ex Ministro de Justicia, Pereversev, publicada en el número del domingo de *Novoie Vremia* se desprende de un modo evidente que el 'proceso' relativo al espionaje de Lenin y de otros ha sido tramado por el partido de la contrarrevolución. Pereverzev reconoce con toda franqueza haber puesto en circulación acusaciones no probadas con el fin de provocar el furor (expresión literal) de los soldados contra nuestro Partido. Esto lo confiesa el que hace dos días era Ministro de Justicia. **En el momento actual, la justicia no ofrece en Rusia ninguna garantía**. Entregarse a las autoridades significaría entregarse a los Miliukov, a los Alexisnky, a los Pereverzev, a los contrarrevolucionarios enfurecidos, para quienes las acusaciones lanzadas contra nosotros no son más que un simple episodio de la guerra civil."
Desde las páginas de *Regeneración* el **líder obrero mexicano Ricardo Flores Magón** sigue analizando la marcha de la revolución mexicana, rusa y mundial; el número publicado en este día lanza su grito: "**¡Cededme el paso! ¡Soy la revolución!**"

29

Kerensky convoca en el cuartel general del alto mando una conferencia de jefes: Kornílov no acude pues está en plena retirada… hasta que los alemanes dejan de avanzar; Tereshchenko, Sávinkov, Brusílov, Alexéiev, Rusky, Klimovsky, Denikin, Romanovsky, intervendrán tras cuatro meses de parecer cadáveres vivientes y premian al ministro-presidente Kerensky con algunos capirotazos por ser la encarnación de la revolución. Brusílov informa de la ofensiva comenzada hacía un mes: "Fracaso completo." Klimovsky muestra su escepticismo ante el restablecimiento de la pena de muerte "¿acaso se puede ejecutar a divisiones enteras? ¿Someter a consejo de guerra? Entonces la mitad del ejército irá a parar a Siberia." Y añade que "En la actualidad los oficiales son el único reducto de la libertad y la revolución". Alexéiev se pronuncia por la destrucción de los comités de soldados. Rusky: "Los hombres marchaban [antes] a la muerte tras las viejas banderas como si fueran en pos de algo sagrado. Ahora marchan tras las banderas rojas; pero cuerpos de ejército enteros se han rendido." Klimovsky, negando la culpa de los bolcheviques, le da capirotazos a la democracia pues según el son "otros" quienes lo han hecho. Denikin acusa a los ministros conciliadores: "Sois vosotros los mismos que habéis hundido en el cieno nuestras gloriosas banderas de combate"

30

Trotsky interviniendo ante Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado y el de los campesinos: "*Se crea una atmósfera insoportable, en la cual os asfixiáis lo mismo que nosotros. Se lanzan sucias acusaciones contra Lenin y Zinóviev*. (Una voz: "Es la verdad") (Rumores, Trotsky prosigue). *Por lo visto, en la sala hay gente que ve con agrado esas acusaciones. Aquí hay gente que se ha acercado a la revolución por ser el sol que más calienta*. (Rumores prolongados). *Lenin ha luchado por la revolución durante treinta años. Yo mismo he luchado veinte años contra la opresión de las masas populares. No podemos más que estar llenos de odio hacia el militarismo alemán. Quién afirma otra cosa ignora qué es un revolucionario. He sido condenado por un tribunal alemán a ocho meses de cárcel, por mi lucha contra el militarismo germánico* […] *Y esto lo sabe todo el mundo. No permitáis que nadie de los que están en esta sala diga que somos agentes a sueldo de Alemania, porque esa no es la voz de unos revolucionarios convencidos, sino la voz de la vileza*. (Aplausos)".

Según refiere la prensa antibolchevique… la bolchevique ya está suspendida. Trotsky dirá en esta historia de la revolución rusa: "Así y todo, nadie, ni aun los agentes directos de Kerensky, subió a la tribuna para sostener la versión oficial de la acusación o a lo menos encubrirla de un modo indirecto."
En Brasil, huelga general en el estado de Río Grande del Sur iniciada por los ferroviarios a la que se suma la totalidad de la clase obrera y masas populares.

31
El Gobierno Provisional publica un manifiesto de **disolución del Seim finlandés**, que cuenta con mayoría socialdemócrata. Publicación de **ley contra la infracción** de la **disciplina en los ferrocarriles.**

***
A fines de este mes el Gobierno Provisional **continúa desalojando a los sóviets de las grandes mansiones ocupadas**. Con la excusa de unas obras en el magnífico Palacio de Táurida, el gobierno ha desalojado de allí al Comité Ejecutivo Central de los Sóviets y traslada la sede de los sóviets al Instituto Smolny… la prensa burguesa también protesta contra esta ocupación de la antigua mansión de las "blancas palomas".
El **lockout ha hecho progresos geométricos**: entre marzo y abril habían cerrado 129 fábricas que daban trabajo a 9.000 obreros; en mayo, 108 empresas afectando al mismo número de obreros; en junio son ya 125 que afectan a un contingente de 38.000 obreros; en este mes, julio, 206 empresas que daban trabajo a 48.000.
El mismo ***Izvestia*** de los conciliadores ha tenido que reconocer la cruda realidad de su política de colaboración porque si bien "Hace pocos días fuimos testigos de la anarquía desencadenada en las calles de Petrogrado [Jornadas de Julio]. **Hoy resuenan en esas mismas calles, sin que nadie la contenga [los bolcheviques están fuera de la ley] la palabra de los contrarrevolucionarios y de los 'centurias negras'**".

Agosto

En Argentina La Fraternidad y la FOF convocan este mes **huelga general en los ferrocarriles,** (contra la empresa Argentine Central Railroad) huelga que será un éxito en parte ayudada por la neutralidad del gobierno, pues las dos organizaciones le han dado un tinte nacionalista contra el capital inglés en los ferrocarriles, y por la violencia de sus métodos, pues la huelga se extendió desde Rosario, el segundo puerto de la pampa, hasta Buenos Aires y los obreros echaron mano de todos los medios disponibles para bloquear el tráfico. Se trataba de luchar contra las continuas rebajas salariales y despidos en contraste con el constante aumento de las tarifas ferroviarias.
En **Estados Unidos** bandas armadas linchan este mes a Frank Little, sindicalista de la I.W.W., en Butte, Montana.

1
Kerensky nombra a Kornílov comandante en jefe reemplazando a Brusílov. Es este un resultado de la conferencia con los jefes del alto mando del pasado día 29 de julio. A los kadetes se les explica el cambio prometiéndoles que Kornílov instaurará una férrea disciplina; a los conciliadores se les asegura que Kornílov era amigo de los comités de regimiento y de los comisarios. **Kornílov agradece el nombramiento aceptándolo con**

las condiciones siguientes: “Responsabilidad ante su propia conciencia y ante el pueblo, exclusivamente; ninguna intervención en el nombramiento del Alto Mando; restablecimiento de la pena de muerte en el interior.” Es nombrado generalísimo y se designan a Filonenko como comisario adjunto y se pone al frente de la administración del Ministerio de la Guerra a Sávinkov.

Problemas entre los conciliadores y los kadetes para gobernar. **Kerensky presenta su dimisión y se va al campo para forzar un acuerdo**, Miliukov dirá: “Con su salida demostrativa… hizo ver, así a sus enemigos y competidores como a sus partidarios, que, fuera cual fuera la opinión que les mereciesen sus cualidades personales, en aquel momento era necesario por la situación política de mediador que ocupaba entre los dos bandos beligerantes.” Y, en efecto, **tanto los kadetes como los conciliadores le cederán muy pronto a Kerensky la facultad de formar un nuevo gobierno según su criterio personal**.

En Moscú la patronal de las **imprentas** comienza a organizarse para contrarrestar el poder de la clase obrera dentro de la fábrica, organizado en los comités de fábrica que establecían sus reglamentos ‘interpretando’ la ley gubernamental del 6 de mayo. La patronal se dota hasta de una caja para prevenir las huelgas y la lucha… que no tardará en producirse y en forma de huelga compacta. Los tipógrafos de Moscú, con el apoyo de los sindicatos, conseguirán la satisfacción de la mayor parte de sus reivindicaciones.

En Alemania, desembarco de 49 marinos del *Prinz-Regent-Luitpold*.

En Estados Unidos, Frank Little, de las IWW, es linchado en Butte (Montana).

2

Publicación de las cuatro tesis de Lenin sobre *La situación política* (páginas 253-258): “La **consigna “Todo el poder a los soviets”** era la consigna para un desarrollo pacífico de la revolución, posible en abril, en mayo, en junio y aún hasta el 5-9 [18-22)] de julio, es decir, antes de que el poder pasara efectivamente a manos de la dictadura militar. Ahora esta consigna **ya no es correcta**, pues no tiene en cuenta que el poder ha cambiado de manos ni que los eseristas y los mencheviques han traicionado totalmente en los hechos la revolución […] Hay que reunir las fuerzas, reorganizarlas y prepararlas resueltamente para una **insurrección armada**, siempre que la evolución de la crisis permita hacerlo **en una escala verdaderamente de masas**, de todo el pueblo.” [Negritas EIS]

La **asamblea general de la fábrica de armas de Sestroretsk,** asaltada y desarmada tras las Jornadas de Julio, acuerda que se les pague a los obreros los jornales devengados los días de la manifestación con objeto de destinar íntegramente el montante de esos jornales a las publicaciones para el frente.

Los bolcheviques, **según testimonio de Olga Ravich,** ya han reanudado en Petrogrado su labor pública de agitación, poco a poco van recuperando la presencia mientras que en numerosas fábricas avanzadas de Petrogrado se han producido numerosas protestas contra las detenciones y la calumnia contra los bolcheviques; y lo hacen dirigiéndose al Comité Ejecutivo de los Sóviets y, al mismo tiempo, reanudando las relaciones entre ellas. Según las memorias de Raskólnikov, Trotsky, detenido tras las Jornadas de Julio, ha descrito en la cárcel la situación de la capital así: “*Los mencheviques y socialrevolucionarios* […] *prosiguen su furiosa campaña contra los bolcheviques. Continúan las detenciones de camaradas nuestros, pero en los círculos del partido no se nota depresión alguna. Por el contrario, todo el mundo contempla esperanzado el porvenir, por considerar que la represión no hace más que reforzar la popularidad del partido* […] *en los barrios obreros tampoco han decaído los ánimos.*”

En Alemania, desembarco masivo sin permiso de los 400 marinos de la tripulación del *Prinz-Regent* que serán reprimidos inmediatamente. Manifestación de los marinos de la flota de guerra alemana a favor de la paz siguiendo el llamamiento de las "comisiones de pañoles".

3

El **regimiento de ametralladoras** aprueba en asamblea general que "En lo sucesivo no se mandarán fuerzas al frente más que en el caso de que la guerra tome un carácter revolucionario."

Empiezan a llegar a Petrogrado delegados del frente con el fin de protestar en nombre de sus regimientos contra la estrangulación de la revolución en el frente; durante varios días llamarán inútilmente a las puertas del Comité Ejecutivo de los Sóviets y estos delegados, que coincidían en los pasillos en la espera, comienzan a buscar una salida en común: cambiar impresiones con los obreros, los soldados y los marinos de la capital… que les recibirán con los brazos abiertos, les darán asilo y comida. Sin ninguna directriz desde 'arriba', **acabarán convocando una asamblea** a las que asistirán representantes de veintinueve regimientos del frente, noventa fábricas de Petrogrado, los marinos de Cronstadt y de las guarniciones de los alrededores: los obreros de Petrogrado y los soldados escucharán a los representantes del frente y, tras ello, la asamblea **aprobará una resolución presentada por los bolcheviques** a pesar de la composición de la asamblea. La Organización Militar bolchevique está en plena recuperación.

Una delegación de los **sóviets de barriada de Petrogrado** le presenta al Comité Ejecutivo de los Sóviets una serie de **demandas**: disolver la Duma, confirmar mediante un decreto del gobierno la inviolabilidad de las organizaciones del ejército, volver a autorizar la publicación de la prensa de izquierda, poner fin al desarme de los obreros y a las detenciones en masa, tomar medidas contra la prensa de derecha, suspender la disolución de los regimientos y abolir la pena de muerte en el frente.

Nueva crisis de gobierno: **dimisión de Chernov** (agricultura).

El juez Alexandrov y el fiscal Karinsky firman el **edicto** en virtud del cual se entrega a los tribunales, bajo **acusación de traición al estado, a Lenin**, Zinóviev, Kollontai y una serie de otras personas, entre ellas el socialdemócrata alemán Helfand-Parvus.

4

Trotsky y Lunacharsky son arrestados y Trotsky encerrado en la prisión Kresty (Cruz): "¿Qué revolución es esta (decían a su madre [los hijos de Trotsky], con tono de reproche) que recluye a papá primero en un campamento de concentración y luego en la cárcel?"

El **Sóviet de la provincia de Moscú** adopta una resolución a favor del traspaso del **poder a los sóviets**.

Este día, por ejemplo, muere a bayonetazos de los soldados el jefe del regimiento de Dubensky que pretendía acallar las protestas con la fuerza de las armas, no es el único caso.

5

"Mi **anuncio del arresto de Trotsky** y Lunacharsky […] fue recibido con tal **huracán de indignación** que durante casi un cuarto de hora fue imposible continuar la reunión. Se escucharon gritos que pedían que toda la multitud, formada por muchos miles de personas, saliera inmediatamente a la calle y expresara su protesta ante las autoridades. Sólo con dificultad pudo Mártov reducir el asunto a una improvisada resolución de

protesta.”, escribirá Sujánov después recordando la **reacción en una asamblea menchevique en el Circo Moderno** cuando comunicó el arresto de Trotsky. **En la noche del 5 al 6 las fracciones menchevique y socialista-revolucionaria** sesionan impotentemente y los comités ejecutivos aprueban al final (por 147 votos contra 46 y 42 abstenciones) **que el poder sea otorgado a Kerensky sin condiciones ni limitaciones**.

7

Tercer gobierno de coalición: mayoría socialista con la participación de kadetes (cinco ministros). Chernov vuelve al ministerio de agricultura. Trotsky valora: “En la primera coalición, formada el 6[/19] de mayo, los socialistas estaban en minoría; pero eran en realidad los dueños de la situación; en el Gabinete ministerial del 24 de julio [6 agosto], los socialistas estaban en mayoría, pero no eran ya sino la sombra de los liberales”.

8

El **Sóviet de Ivanovo-Voznesensk “condena al desprecio” los medios empleados en la lucha contra los bolcheviques** y envía un saludo a Lenin, “el glorioso jefe del proletariado revolucionario.”

8-21

VI Congreso del Partido Bolchevique, autodenominado ‘Congreso de Unificación’, (285 delegados, 240.000 militantes). “El partido bolchevique de 1917, el partido revolucionario cuya constitución pedía Lenin en abril, en torno a los ‘mejores elementos del bolchevismo’, ha nacido de la confluencia, en el seno de la corriente bolchevique, de las pequeñas corrientes revolucionarias independientes que integran tanto la organización inter-radios como las numerosas organizaciones social-demócratas internacionalistas que, hasta entonces, habían permanecido al margen del partido de Lenin.” El organizador práctico del congreso es Sverdlov; se celebra de forma semilegal y ha de refugiarse alternativamente en dos barrios obreros. Asisten 175 delegados, de los que 157 con voz y voto, que representan a 112 organizaciones con 176.750 miembros; en Petrogrado había 41.000 militantes de los que 36.000 en la organización bolchevique, 4.000 en la de interdistritos y cerca de 1.000 en la Organización Militar; en la región industrial central, Moscú, el partido contaba con 42.000 militantes; en los Urales, 25.000; en la cuenca del Don 15.000. De los 171 que rellenaron la encuesta informativa, 110 habían pasado en la cárcel 245 años; 10 habían sufrido 41 años de trabajos forzados; 24 habían sufrido 73 años de deportación; en total habían estado en el destierro 55 delegados, cuyas condenas sumaban 127 años, 27 habían estado en la emigración 89 años y 150 habían sido detenidos 549 veces. El congreso retira la cuestión de la discusión del programa y discurre sobre la base de las tesis de Lenin y cuestiones prácticas. De los 21 miembros del comité central, 16 pertenecen a la fracción bolchevique. **El congreso elige a Trotsky como miembro del comité central**; según el acta “Se da cuenta de los nombres de los cuatro miembros del comité central que han obtenido el mayor número de votos: Lenin, 133 de los 134; Zinóviev, 132; Kámenev, 131; Trotsky, 131”. Trotsky debía presentar informe en este congreso, pero, estando en la cárcel, lo hizo en su lugar Stalin. Miliutin propone, sobre el **control obrero**, y es aprobado por el congreso, que: “el control obrero ha significado para nosotros la primera brecha abierta para dar a los obreros la posibilidad de entrar más a fondo y más directamente en el campo de la normalización y de la gestión de la producción […] El control de la producción tiene una importancia vital que, aunque lleguemos a las reformas socialistas, deberemos comenzar por el control. Es erróneo suponer que la

dictadura del proletariado instaurará el socialismo. La dictadura es un período de larga duración.” Mártov saluda con una carta al congreso expresando en ella su “profunda indignación contra la campaña de calumnias”, pero Trotsky dirá por esos días “*Martov se halla atado a los socialpatriotas, no por la simple tradición de fracción sino por una actitud profundamente oportunista ante la revolución social como fin lejano que no puede determinar el planteamiento de objetivos actuales. Y eso le separa de nosotros*.” Larin encabeza la pequeña parte de los mencheviques de izquierda que se acerca a los bolcheviques. El **contenido político** básico del congreso es el análisis del **momento determinado de la marcha de la revolución** y, en función de ello, del **uso de las consignas**, básicamente la consigna **“Todo el poder a los sóviets”.** Trotsky dice en esta historia de la revolución rusa“Después de incluir en el orden del día la explicación dirigida a las masas de la necesidad de prepararse para la insurrección, el congreso decidió, al mismo tiempo, **retirar la consigna central del período precedente**: la transmisión del poder a los sóviets. Lo uno iba aparejado a lo otro. Lenin había preparado ya el cambio de consignas por medio de artículos, cartas y conversaciones.” En efecto, la lectura de ***La situación política* y *Sobre las consignas*** (páginas 253 y 264) puede que le sea suficiente al lector para ver esto. Trotsky sigue diciendo sobre esta cuestión en esta historia de la revolución rusa: “La cuestión de saber qué organización de masas debía servir al partido para dirigir conforme a ella la insurrección, no permitía una resolución *a priori*, ni, con mayor motivo, categórica. Podrían convertirse en órganos de insurrección los comités de fábrica y los sindicatos, que se hallaban ya bajo la dirección de los bolcheviques, y asimismo, en algunos casos, los sóviets en la medida en que alcanzasen a sacudir el yugo de los conciliadores. Lenin, por ejemplo, decía a Ordzhonikidze: “Hemos de trasladar el centro de gravedad a los comités de fábrica. Estos deben convertirse en los órganos de la insurrección.”” Y Trotsky escribía: “*Puesto que seguimos en los sóviets, hemos de procurar que éstos, que reflejan el día de ayer de la revolución, consigan elevarse hasta la altura de los objetivos del día de mañana. Pero por importante que sea la cuestión del papel y de la suerte de los sóviets, está enteramente subordinada para nosotros a la de la lucha del proletariado y de las masas semiproletarias de la ciudad, del ejército y del campo por el poder político, por la dictadura revolucionaria*.”

9

Se consolida la recuperación del Partido Bolchevique. En el Congreso de Unificación, Volodarsky declara en este día: “Gozamos de una influencia ilimitada, colosal, en las fábricas. La labor del partido se lleva a cabo principalmente por medio de los mismos obreros […] La organización ha surgido desde abajo y por ello tenemos motivos fundados para suponer que no se desmoronará.”

En España, el Sindicato Ferroviario del Norte decide ir a la huelga el 13 de agosto a pesar de la oposición de la dirección de UGT y PSOE.

12

Reunión de la Organización Militar de Moscú en la que **se traduce en las intervenciones un cambio en el movimiento campesino** que, aunque sigue considerándose en su mayoría socialista-revolucionario y hostil al bolchevismo, resuelve a la manera bolchevique los problemas de la tierra y el poder. Los obreros de las ciudades y el ejército ejercen su influencia sobre el movimiento de forma permanente, molecular y omnipresente, pues al movimiento de los soldados campesinos hay que añadir el hecho que muchas industrias estén ubicadas en el campo, a que los obreros de la ciudad más adelantada, Petrogrado, mantengan sus lazos con la aldea y en

el verano se añade a todo ello el paro forzoso y los lockouts patronales que se recrudecen ambos.

13

Trotsky publica en *Proletarii* "¿Qué ha pasado?".

En España comienza la huelga general. El manifiesto conjunto del PSOE y UGT reza: "Ha llegado el momento de poner en práctica, sin vacilación alguna, los propósitos anunciados por los representantes de la UGT y de la CNT en el manifiesto suscrito por estos organismo en el mes de marzo último […] Pedimos la constitución de un gobierno provisional que asuma los poderes ejecutivo y moderador, y prepare, […] la celebración de lecciones sinceras, de una Cortes Constituyentes […] Ciudadanos: no somos instrumentos de desorden […] Aceptamos una misión de sacrificio por el bien de todos, por la salvación del pueblo español, y solicitamos vuestro concurso. ¡Viva España!". Victor Serge recordará que: "La insurrección estalló en agosto, causó en ambas partes un centenar de muertos y se apagó sin interrumpir la marcha adelante del proletariado barcelonés… Yo estaba ya en ruta hacia Rusia. El fracaso del 19 de julio me había decidido, ya no esperaba la victoria aquí."

En Italia, manifestación en Turín de los simpatizantes con la revolución rusa y los bolcheviques.

14

El gobierno, ante las intrigas monárquicas y temiendo una explosión por la izquierda, envía a los **Romanov a Tobolsk**.

En España, la policía detiene en la calle Desengaño, número 12, de Madrid, al Comité de Huelga compuesto por Largo Caballero, Anguiano, Besteiro y Saborit; también a Virginia González y al dueño de la casa, Gualterio José Ortega, y a su esposa, Juana Sanabria. El ejército ha ametrallado en Cuatro Caminos a los manifestantes y causado muertos y heridos. En Barcelona se levantan barricadas. En Sabadell la represión causará 32 muertos. En Bilbao, el 17, también hubo muertos.

15

Por estas fechas **ha mejorado mucho el estado de ánimo de la escuadra**; Zalejsky, uno de los dirigentes finlandeses, dice: "A fines de julio y principios de agosto [calendario antiguo] se tenía la sensación irrecusable de que no sólo no había conseguido la reacción exterior quebrantar las fuerzas revolucionarias de Helsingfors, sino que, por el contrario, lo que se advertía era un rápido impulso hacia la izquierda y un amplio progreso de la simpatía a los bolcheviques." El informe de un delegado de Helsingfors, también sobre estas fechas, lo corrobora: "En los buques pequeños predomina la influencia de los socialrevolucionarios; en los grandes (cruceros, acorazados), todos los marinos son bolcheviques o simpatizantes. Ya antes de ahora, predominaba ese mismo espíritu entre los marinos del *Petropavlovsk* y del *República*, y después de los días 3 y 5 [16 y 18] de julio se pusieron a nuestro lado el *Cangut*, el *Sebastopol*, el *Riurik*, el *Andrei Piervozvanni*, el *Diana*, el *Gromovoi* y el *India*. Tenemos, por tanto, en nuestras manos una fuerza combativa enorme […] Los acontecimientos de julio han enseñado mucho a los marinos, mostrándoles que no basta la existencia de un estado de ánimo favorable para conseguir el fin."

El gobierno suspende *Rabochi i Soldat* (*El obrero y el soldado*), periódico de los bolcheviques que sustituía a *Pravda*.

Proletarii publica el artículo de **Trotsky** "Elementos de bonapartismo".

15-18

Motín del hambre que se transforma en insurrección **en Turín.**

16

El **Gobierno Provisional** lanza una **campaña contra los comités de fábrica** en los ferrocarriles y el ministro de marina propone declarar en ellos la ley marcial y crear comisiones con poderes para "disolver los comités". Días después, una conferencia de patronos de Petrogrado crea la Unión de Asociaciones Patronales cuyo presidente, Bimanov, declara que el principal objetivo de la nueva organización era "la eliminación de la intrusión de los comités de fábrica en las funciones que son privativas de la dirección."

En la flota alemana, los fogoneros del buque *Westphalia* se niegan a trabajar al mismo tiempo que se subleva la tripulación del crucero *Nürnberg* en alta mar. El movimiento de los marinos se extenderá a buques de varias escuadras ancladas en Wilhelmshaven y será duramente reprimido. Esta movilización de los marinos será el ejemplo al que Lenin aducirá en su *La crisis ha madurado* (páginas 186-196) antes de afirmar: "**No hay lugar a dudas. Estamos en el umbral de una revolución mundial proletaria**."

17

Trotsky publica en *Proletarii* "¿Y ahora qué?"

19

El **Consejo de la Asociación de doce cuerpos de ejércitos cosacos** (del Don, Kubán, Tek y otros) hace llegar al gobierno, con la participación de Sávinkov, y al pueblo la **amenaza** de que declina toda responsabilidad de la conducta de las tropas cosacas en el frente y en la retaguardia si Kornílov, "héroe y jefe" es destituido. **Los Caballeros de San Jorge** también amenazan con lanzar "como grito de guerra a todos los caballeros de San Jorge la orden de actuar en común con los cosacos" El C**omité Principal de la Unión de Oficiales del Ejército y la Flota** ha expedido un telegrama depositando sus esperanzas "sobre el bien amado jefe, el general Kornilov", y una conferencia de "hombres públicos" de derecha que sesiona en Moscú se une al coro con otro telegrama: "Toda la Rusia pensante os mira con esperanza y fe."

Kámenev sostiene en el Comité Ejecutivo **que debe participarse en la Conferencia de Estocolmo** (pese a la resolución de la Conferencia de Abril del Partido Bolchevique), según la prensa afirma, entre otras cosas: "Sobre Estocolmo comienza a ondear la amplia bandera revolucionaria, bajo la cual se movilizan las fuerzas del proletariado mundial."

20

El Gobierno Provisional saca de la cárcel a los 'centurias negras' más conocidos. Los bolcheviques siguen en la prisión de Kresty donde los obreros, soldados y marinos detenidos anuncian una huelga de hambre.

La sección obrera del Sóviet de Petrogrado manda un saludo a Trotsky, Lunacharsky, Kollontai y otros detenidos. También toma un acuerdo a favor de la abolición de la pena de muerte.

20agosto-4 septiembre

Se reúne en el Smolny la **Segunda Conferencia de los Comités de Fábrica de Petrogrado**, sus alrededores y las provincias circundantes, con mayoría bolchevique. Entre otras cuestiones decide crear un Soviet Central de Comités de Fábrica. Esta

conferencia aprobó una serie de estatutos sobre los que el bolchevique Skripnik señaló en la misma conferencia que “no debe olvidar que no se trata de estatutos normales aprobados por el gobierno. **Se trata de nuestra plataforma, las reivindicaciones básicas que deben guiarnos en nuestra lucha**”. Se adopta por unanimidad en esta conferencia una declaración **contra la Conferencia de Estado de Moscú** que califica como “una tentativa de organización de las fuerzas contrarrevolucionarias.”; **se pone al descubierto en todo detalle la política de sabotaje de los industriales**, de la que John Reed rinde cuenta, pues como periodista oye confesiones sin ambages y fidedignas de los políticos burgueses rusos: “El secretario de la sección de Petrogrado del Partido Kadete me decía que la ruina económica formaba parte de la campaña realizada para desacreditar a la revolución. Un diplomático aliado […] me confirmó esto mismo, basándose en sus informes particulares. Me consta que cerca de Jarkov hubo propietarios que incendiaron o inundaron sus minas de carbón; que los ingenieros, en ciertas fábricas textiles de Moscú, abandonaban el trabajo inutilizando previamente las máquinas; que determinados empleados ferroviarios fueron sorprendidos por los obreros cuando estaban estropeando las locomotoras.”

22

Trotsky publica en *Proletarii* “El carácter de la revolución rusa”.
Comienza una oleada de motines y disturbios **en Italia** duramente reprimida.

23

El **comité de fábrica de la fábrica metalúrgica Kramer** reacciona ante la negativa del patrono a admitir representantes del comité en el momento de admitir y contratar a trabajadores. Este día el patrono contrata a espaldas del comité a seis obreros y un aprendiz. El comité se niega admitirlos y entonces la patronal establece un plan de ataque jurídico que echa mano de toda la legislación ‘revolucionaria’ y zarista… que todavía sigue en pie; así lo explicaba la Unión Patronal Siderúrgica: “hasta que los obreros y el aprendiz no sean admitidos al trabajo, la fábrica permanecerá cerrada porque el derecho de admisión y de despido constituye un derecho inalienable de la dirección en base al artículo 424 del Código de Trabajo Industrial y ‘otros reglamentos legales’ que, pese a la revolución, siguen representando *normas jurídicas* [cursiva del texto de la patronal] reguladores de las empresas.” Es decir, un locaut con bases jurídicas… ‘democráticas’ y zaristas.
En un **mitin** celebrado en la Plaza del Ancla, **Cronstadt, se exige** la transmisión del poder a los sóviets, el envío de los cosacos, así como de los gendarmes y de los policías al frente; la abolición de la pena de muerte, la entrada de delgados de Cronstadt en Tsárskoye Seló para comprobar si se ejerce una vigilancia suficientemente severa sobre Nicolás II; la disolución de los “batallones de la muerte”, la confiscación de la prensa burguesa…

24

Trotsky publica en *Proletarii* “Cuestiones de táctica internacional”.
En Italia, 24 dirigentes del PSI arrestados junto a centenares de obreros.

25-27

Apertura en Moscú de la *Conferencia de Estado*. 2.500 delegados de las dumas (de estado y municipales), de los zemstvos, del ejército y de los sóviets (de los que se excluye a los bolcheviques). El **gobierno determina la composición** en completa contradicción con todas las elecciones democráticas celebradas hasta el momento; su

objetivo es **que las clases poseedoras tengan una representación igual, o superior, a la del pueblo.** La lista oficial de convocatoria dice que se invita a participar a los "delegados de las organizaciones políticas, sociales, democráticas, nacionales, comerciales, industriales y cooperativas; a los dirigentes de los órganos de la democracia, a los representantes superiores del ejército, de las instituciones científicas, de las universidades, a los diputados de las cuatro dumas." El mismo órgano de los socialistas-revolucionarios en Moscú le reprochaba al gobierno en el que participa que: "Habrá 150 representantes del trabajo, frente a 100 de la clase comercial e industrial. Contra 100 diputados campesinos, se invita a 100 representantes de los terratenientes. Contra 100 delegados del sóviet, habrá 300 miembros de la Duma." Oficialmente se le asigna a la conferencia el fin de "la unión del estado con todas las fuerzas organizadas del país." Miliukov dirá: "**La Conferencia tenía, a lo sumo, un carácter consultivo."** El Comité Ejecutivo de los Sóviets trata de evitar que los bolcheviques se inmiscuyan en este diálogo de la 'democracia' con las clases poseedoras y aprueba una resolución especial privando del derecho a hacer manifestación alguna a las fracciones de los partidos sin el consentimiento de la mesa; ante la prohibición de ésta a que los bolcheviques hicieran una declaración, éstos devuelven sus tarjetas de entrada y hacen la declaración de todas formas: ***Huelga General*** **en Moscú el día de la apertura siguiendo el llamamiento de los bolcheviques.** El **Sóviet de Moscú se ha pronunciado contra la huelga** por 364 votos contra 304, en las reuniones de fracción los obreros mencheviques y socialistas-revolucionarios han votado a favor de la huelga, los sindicatos la apoyan sin fisuras así como la mayoría de los sóviets de barrio mientras que las fábricas exigen la renovación del Sóviet de Moscú; el sóviet del barrio de Zamoskvoriechi, reunido con los comités de fábrica, aprueba la demanda de que fueran sustituidos por otros los diputados que habían obrado "contra la voluntad de la clase obrera" con 175 votos a favor contra 4 en contra y 19 abstenciones. El ***Izvestia*** **del Sóviet de Moscú** se ve forzado a reconocer que "A pesar de la resolución de los sóviets… **las masas han seguido a los bolcheviques." Los 400.000 obreros que secundan la huelga** son la respuesta a los ánimos que el periódico de los industriales de Moscú había lanzado dos días antes: "Que el gobierno de Petrogrado venga pronto a Moscú, que oiga la voz de los santuarios, de las campanas, de las sagradas torres del Kremlin"… ni los tranvías pudieron oír. El órgano de los bolcheviques de Moscú pudo preguntar, antes de ser suspendido, "De Petrogrado habéis ido a Moscú; pero de Moscú ¿adónde iréis?" Y es que en Kiev, Kostroma, Tsaritsin, y otros lugares se realizan huelgas de protesta y la agitación contra este evidente compló contrarrevolucionario se extiende por todo el país. Para recapitular, Sujánov debía reconocer que Petrogrado no estaba aislado: "En Moscú, en cuya humildad y en cuyo carácter patriarcal cifraban muchos sus esperanzas, los barrios obreros mostraron inesperadamente los dientes." Tras la solemne unidad patriótica no cesan las maniobras militares de unos contra otros: durante los días de la conferencia el Ministro de la Guerra y el Generalísimo del Ejército no dejarán de realizar desplazamientos estratégicos de fuerzas del uno contra el otro… manteniendo el decoro 'democrático'. Si Kornílov había ordenado unos días antes la preparación de cuatro divisiones de caballería para lanzarlas sobre Petrogrado y el Cuartel General, cómplice, había enviado a Moscú ("para mantener el orden") al regimiento de cosacos de Oremburgo, éste fue detenido en el camino por disposición de Kerensky. **El Sóviet de Moscú constituirá un Comité Revolucionario** secreto compuesto de seis delegados a razón de dos por cada uno de los partidos soviéticos, incluyendo a los bolcheviques… que comenzaron a tener acceso a los cuarteles con salvoconductos a pesar de que se les había cerrado oficialmente el acceso a los mismos.

26

Trotsky escribe, según cita **en esta** historia de la revolución rusa: "No se trataba únicamente de que hubiese al lado del Gobierno un Soviet que llevara a cabo una serie de funciones gubernamentales […] Lo que ocurre es que detrás del Sóviet y el Gobierno había dos regímenes distintos, que se apoyaban en clases distintas […] El régimen de la república capitalista, instaurado desde arriba, y el régimen de democracia obrera, formado desde abajo, se paralizaban mutuamente."

En Alemania fuertes condenas contra los líderes de los marinos amotinados el día 2. Cinco marineros son condenados a ser ejecutados, a tres de ellos se les conmutará la pena, pero no a Köbis ni a Reichpietsch.

27

En la **Conferencia de Estado de Moscú toma la palabra Kornílov para amenazar**: "… el enemigo llama ya a las puertas de Riga, y si la inconsistencia de nuestro ejército no nos da la posibilidad de mantenernos en las orillas del golfo de Riga, quedará abierto el camino de Petrogrado", Kornílov continúa su intervención que es una descarada invitación a los alemanes para que tomen la revolucionaria Riga. El periódico de los bolcheviques de Moscú dice: "¿Qué es esto, una advertencia o una amenaza? La derrota de Tarnopol ha hecho generalísimo a Kornílov. La rendición de Riga puede hacerle dictador". A esta amenaza se une la súplica del Concilio Eclesiástico que implora ante dios y la conferencia por la suerte de Rusia, en manos de un milagro, y se queja de que en los discursos del gobierno "no apareciera ni una sola vez el nombre de dios." Kaledin lee una declaración en nombre de la 12ª División Cosaca; si Kornílov ha contemporizado para amenazar con el puño alemán, Kaledin expone el programa militar de la reacción (supresión de los comités, restablecimiento del poder de los jefes, igualdad de condiciones en el interior y en el frente, reducción de los derechos de los soldados…) mientras Chernov, miembro del gobierno, tiene que bajar la cabeza avergonzado de las insinuaciones de derrotismo… de hecho, el único que se ha atrevido a proferir en voz alta la palabra *república* ha sido Kaledin.

28

En Italia el gobierno anuncia que el orden reina de nuevo.

La **Conferencia de los socialistas de la Entente** se reúne **en Londres** tras haber sido aplazada en su primera convocatoria.

29

Bajo la coordinación y dirección de los comités de fábrica, **comienza la huelga de los obreros curtidores de Moscú**, en defensa del exclusivo derecho de los comités de fábrica a encargarse de la admisión y despido de los obreros, que se prolongará con firmeza hasta finales de octubre y que será apoyada por los obreros de todo el país.

Conferencia de los socialistas-revolucionarios en Petrogrado que exige la disolución de la Asociación de Oficiales incrustada en el Cuartel General.

Por fin **se publica, con nueve días de retraso, el artículo de Lenin** (pagínas324-326) en contestación a la posición favorable de Kámenev hacia la **Conferencia de Estocolmo**: "… no es una bandera revolucionaria la que comienza a ondear sobre Estocolmo". Han sido necesarias presiones e intervenciones de miembros del comité central para que la redacción, dirigida por Stalin, publique la protesta de Lenin.

31

Se abre el **Congreso Regional de los Sóviets de los Urales** que cuenta con 87 delegados bolcheviques, 40 socialistas-revolucionarios y 23 mencheviques.
En el distrito de Narva-Peterov (Petrogrado) se realiza una **conferencia municipal de la juventud obrera que creará la Liga Socialista de la Juventud Obrera**, predecesora ideológica del Komsomol y que ya durante las reuniones de preparación de la manifestación del Primero de Mayo existía desde la fábrica Putilov como Club Educativo-Cultural de la Juventud Obrera del distrito de Narva.
El **Sóviet de Petrogrado** pone a la orden del día, con la oposición de su presidente Chjeidze, la abolición de la pena de muerte que se aprueba con cerca de 900 votos a favor y 4 en contra (Tsereteli, Chjeidze, Dan y Liber).
En España, la huelga general se puede dar ya por acabada habiendo sufrido una represión feroz y sangrienta. Los últimos huelguistas, en Asturias, tienen que echarse al monte para salvar la vida. Los jornaleros y campesinos pobres se han mantenido al margen, será en 1918 cuando ellos vayan a la lucha.

****

La convocatoria de la Asamblea Constituyente ha sido retrasada de nuevo hasta el día 11 de diciembre con las protestas de los kadetes que consideraban el retraso demasiado corto.
Según Trotsky: "La **Conferencia de Comités de Fábrica, celebrada en Moscú a fines de julio** [calendario antiguo], empezó en tonos moderados; pero al cabo de una semana recibió un fuerte impulso hacia la izquierda y, al final, adoptó una resolución de acentuado matiz bolchevique." No hemos podido contrastar la celebración de esta conferencia de Moscú, no Petrogrado, sin embargo unas líneas más adelante dice el mismo autor en su historia "En aquellos mismo días, el delegado de Moscú, Podbielsky, decía en el Congreso del Partido: "De los diez sóviets de barriada, seis se hallan en nuestras manos; en la campaña furiosa que se lleva a cabo actualmente contra nosotros, lo único que nos salva es la masa obrera, que sostiene firmemente al bolchevismo.", de lo que se deduce que aquella conferencia de comités de fábrica moscovitas debió celebrarse entre los días 25 y 27 de este mes]
A mediados de este mes se ha reunido el **Congreso del Comercio y de la Industria**, con unos 300 representantes de una treintena de las organizaciones patronales más importantes, incluyendo a las bancarias y bursátiles; en este congreso el multimillonario Riabuchinsky lanza su frase de amenaza: "**La mano descarnada del hambre y de la miseria popular tomará de la garganta a los amigos del pueblo."** El congreso decide **crear un Comité de Defensa de la Industria** que asume la dirección de los lockouts y, en general, de la política de ofensiva contra la revolución. Los obreros contestan echándose a la calle y en todo el país estallan huelgas importantes y otros conflictos. Los destacamentos más experimentados del proletariado obran con prudencia, por el contrario tanto mayor decisión muestran para entrar en la lucha los nuevos sectores.
Hacia fines de agosto se ha celebrado la **Conferencia de Sindicatos de los Urales** que recoge la representación de 150.000 obreros y adopta resoluciones de carácter bolchevique.
Hacia fines de este mes el Comité Ejecutivo de los Sóviets recibe informes claros del **decaimiento generalizado de los sóviets**… conciliadores. Trotsky recapitulará en esta historia de la revolución rusa: "La situación se hacía particularmente insoportable en aquellos sitios en que el poder, a despecho de todos los programas, se concentraba en manos de los sóviets conciliadores: atados por la definitiva capitulación del Comité Ejecutivo ante la burocracia, no se atrevían ya a usar de su poder, y no hacían más que comprometerse a los ojos de las masas. Además, buena parte de la labor cotidiana de los

sóviets pasaba a los municipios democráticos, y una parte aún mayor a los sindicatos y a los comités de fábrica. Cada vez parecía menos claro si podrían sostenerse los sóviets y cuál era el destino que el día de mañana les tenía reservado." Este proceso se entrecruza con el del surgimiento de sóviets en las regiones lejanas, distritos atrasados y pueblos recónditos donde, con retraso, van surgiendo sóviets. Será desde abajo, desde los sóviets obreros de barriada que ya están en manos de los bolcheviques, desde donde resucitará el vigor soviético. En la primera quincena del mes siguiente, septiembre, las oficinas del Comité Ejecutivo Central de los Sóviets tienen registrados a 600 que representan a 23 millones de electores.

Septiembre

Trotsky publica ***¿Y ahora qué?,*** folleto en el que recopila artículos aparecidos entre agosto y septiembre en *Proletarii*.

Los bolcheviques ganan la mayoría en los sóviets de Petrogrado y Moscú.

Entre marzo y agosto habían cerrado al menos 586 empresas dejando en el paro a más de **100.000 obreros**, cierto que el combustible y otras materias primas escaseaban, pero más cierto que se trataba de una política patronal para socavar la influencia de los comités de fábrica.

A mediados de este mes se celebrará la **conferencia regional de los metalúrgicos de la región de Moscú** que se centrará en la **defensa de los derechos de los comités de fábrica**: "La tarea prioritaria actual consiste en la lucha activa pro el derecho del Comité de Fábrica a controlar las admisiones y los despidos, cuestión vital y urgente de la clase obrera.", sentenciará su resolución.

En Chile, la convención celebrada en este mes de la Gran Federación Obrera de Chile (FOCH), que había comenzado en 1909 como agrupación de ferroviarios para recoger firmas a favor de sus reivindicaciones, deviene una federación nacional sindical de los obreros de Chile.

En Argentina, La Fraternidad y la FOF convocan **huelga general de los ferroviarios,** pero en este caso con objetivos distintos cada una. La huelga dura tres semanas y acaba en fracaso pues la patronal se ha preparado técnicamente y desarrolla una furibunda campaña de acusaciones de agentes de Alemania contra los ferroviarios, y tilda al gobierno de progermano, campaña que acompaña con la constante amenaza de lockout. Los anarcosindicalistas logran conseguir apoyo popular para estas huelgas y, al finalizar septiembre de 1917, informarán con gran desparpajo al ministro del interior que si las compañías no negocian, la FOF está dispuesta a conducir los trenes por su cuenta. Finalmente, las compañías se verán obligadas a someter el conflicto a la mediación del gobierno. Pero en los términos del arreglo, el gobierno recompensará hábilmente a los elementos conservadores de la dirección sindical y contribuirá a desacreditar a los sindicalistas revolucionarios. Ingenieros y fogoneros consiguen una reforma de los códigos de trabajo muy beneficiosa para ellos y es así como La Fraternidad se apresurará a levantar la huelga. Los líderes de la FOF son excluidos de las negociaciones finales y, luego de tratar desesperadamente de prolongar la huelga a fin de conquistar mayores concesiones, se ven forzados a capitular y aceptar un moderado aumento de salarios.

1

Kornílov telegrafía a Kerensky: "Insisto en la necesidad de que la región de **Petrogrado me sea subordinada**."

Los alemanes rompen el frente ruso en Ikskul.
Kerensky telegrafía a los secretarios generales de **Ucrania, ministros de Kiev**, exigiéndoles: “bajar con urgencia a Petrogrado para dar explicaciones personales” respecto a la agitación a favor de una Asamblea Constituyente de Ucrania.

2
Conferencia de los Comités de Fábrica Kiev; adopta la resolución presentada por los bolcheviques por una mayoría de 161 votos contra 35 y 13 abstenciones.
Elecciones Duma municipal de Petrogrado: menor participación que en las elecciones a dumas de barriada celebradas en julio; los socialistas-revolucionarios pierden 375.000 votos pero, con todo, recogen más de 200.000 (37%) mientras que a los kadetes les corresponde la quinta parte de los votos; “Nuestra candidatura menchevista no ha conseguido más que 23.000 miserables votos”, nos resume Sujánov; la sorpresa la dan los bolcheviques con casi 200.000 votos (cerca de la tercera parte de los sufragios).

3
Caída de Riga. La prensa burguesa hará responsables de esta caída a “los obreros que no trabajan y a los soldados que no combaten”, y la prensa internacional se hará eco de esta difamación; sin embargo, todos los testimonios oficiales dan cuenta de que los fusileros letones, ganados al bolchevismo, lucharon valerosamente en defensa de su capital revolucionaria y cumplieron después en perfecto orden la retirada ordenada. La conducta del estado mayor del ejército ruso fue tan deplorable en la defensa de esta ciudad, incómoda para la burguesía, que todo hace pensar que prácticamente se la entregó al enemigo. Y así debió de ser según se infiere de lo dicho por Miliukov en su *Historia* “En Moscú, Kornílov indicó en su discurso el momento más allá del cual no quería aplazar los actos decisivos para salvar al país de la ruina y al ejército de la descomposición […] Como me dijo personalmente Kornílov cuando me entrevisté con él, en Moscú, el 13 [26] de agosto, no quería dejar pasar esa coyuntura, y el momento […] hasta el punto que fijaba una fecha, el 27 [9 septiembre] de agosto”. Kornílov necesitaba que antes cayese Riga, y cayó.
Mientras el alto mando militar deja caer a Riga en manos del ejército alemán, los preparativos para el golpe de estado de Kornílov sí reciben toda la atención: este día, la 1.ª División marcha hacia Pskov, a mitad de camino de la capital; al mismo tiempo, se asigna al III Cuerpo la “división salvaje”, formada por montañeses del Cáucaso famosos por su ferocidad y crueldad en el combate, que marcha hacia el norte desde el frente suroeste mientras que unidades cosacas y de choque del Báltico se preparan, también, para actuar en Petrogrado y se convoca al comandante del I Cuerpo de Caballería a la sede del Estado Mayor para tratar la marcha de la 5.ª División Cosaca sobre la capital desde el norte. Kornílov telegrafía ordenando el fusilamiento de algunos soldados de Riga para escarmiento en presencia del resto y el comisario Voitinsky y el general Parsky se oponen… Kornílov declara que los entregará a los tribunales; en este mismo día Kornílov ordena a los estados mayores que entreguen las listas de oficiales bolcheviques al comité central de la Asociación de Oficiales… es decir a la organización contrarrevolucionaria dirigida por el kadete Novosiltsev.
Por primera vez, las propuestas de los bolcheviques recogen la mayoría en el Sóviet de Petrogrado.

4
Aparece en la prensa una **protesta de los conciliadores contra la campaña de desprestigio que lleva a cabo el alto mando militar**: “… los comunicados del Cuartel

General […], al mismo tiempo que subrayan la bravura de los oficiales, amenguan, al parecer deliberadamente, la fidelidad de los soldados a causa de la defensa de la revolución"; tal es la evidencia de los movimientos y los aullidos contra la democracia patriótica por parte de la reacción que los conciliadores ven en peligro su propio modo de vida. El comisario Yamandt informa que "La aplicación de los consejos de guerra sumarísimos en el frente occidental provoca un terrible divorcio entre el mando y la población, con lo cual se desacredita la idea misma de esos consejos de guerra."
El Congreso de los mencheviques y grupos afines aprueba la abolición de la pena de muerte.

5

Kerensky publica un decreto dedicado a ensalzar a la oficialidad que "desde los primeros días de la revolución había visto disminuidos sus derechos."
Tentativa de golpe de estado de Kornílov: éste hace marchar a sus tropas contra Petrogrado y exige ser nombrado presidente de un "gobierno de defensa nacional" con Kerensky como vicepresidente. Los marineros del crucero *Aurora* mandan una comisión a la cárcel a entrevistarse con Trotsky para que les aconseje si deben proteger el Palacio de Invierno o tomarlo por asalto. Éste les recomienda quitar de en medio a Kornílov antes de liquidar cuentas con Kerensky: "*Lo nuestro no nos lo quitará nadie*", les dice; mantiene la misma actitud con los soldados encargados de custodiar la prisión, y que le ofrecen liberarlo. Al principio, el encarcelamiento de Trotsky se había hecho bajo condiciones de completo aislamiento y del más riguroso secreto. Todo esto cambió con el intento de Kornílov: se abrieron las puertas de las celdas y éstas devinieron "clubs jacobinos" según Raskólnikov. Trotsky no abusó de estas libertades pues estaba volcado en trabajar para la prensa bolchevique. Raskólnikov y Trotsky, que compartían el mismo corredor aprovecharon para discutir muy a menudo. En el patio Trotsky solía explayarse con los obreros, marinos y soldados encerrados entre los que reinaba la amargura y la indignación; el humor de Trotsky era positivo, alegre.
La **juventud obrera** juega un papel determinante en las filas de la **Guardia Roja** que combate a Kornílov. Está claro que las juventudes socialistas habían acabado de perfilar una opción prioritaria hacia la Guardia Roja, más apremiante que la de la organización juvenil.
Comienza la Tercera Conferencia de Zimmerwald en Estocolmo, que había fijado la Comisión Socialista Internacional para el 31 de mayo pero que se había postergado en repetidas ocasiones. A pesar de la oposición de Lenin a la participación, concediendo una participación a título de información como máximo, la VII Conferencia del Partido Bolchevique había aprobado la propuesta de Zinóviev de enviar representantes que participasen plenamente.
En Alemania, Köbis y Reichpietsch (líderes de la revuelta de los marinos) **son ejecutados** por un pelotón de fusilamiento en el campo de pruebas de Wahner Heide, cerca de Colonia.

7

Proletarii (*El proletario*), órgano de los bolcheviques, queda **suspendido** sin pretexto alguno.
En Francia, los socialistas abandonan el gobierno: **fin de la Unión Sagrada**; Painlevé reemplaza a Ribot.

8

Rabochii (*El obrero*), que aparece en lugar del suspendido *Proletarii*, dice que su antecesor ha sido suspendido "al día siguiente de haber incitado a los obreros y soldados, con motivo de la ruptura del frente de Riga, a la continencia y la calma. **¿Quién se preocupa, hasta tal punto, de que los obreros ignoren que el partido les pone en guardia contra la provocación?"**
El Comité Central del Partido Bolchevique repite otra vez: "Gente sospechosa […] realiza agitación provocativa en nombre de nuestro partido."
Los órganos directivos del Sóviet de Petrogrado, de los sindicatos y de los comités de fábrica, declaran: "ninguna organización obrera, ningún partido político, exhorta a hacer manifestación alguna."
Golpe de Kornílov: Lvov le transmite a Kerensky el ultimátum de Kornílov: proclamación de la ley marcial y dimisión del gobierno. Kerensky ordena arrestar a Lvov y tiene que admitir a los bolcheviques en la lucha contra Kornílov.
En la noche de este día, los **ministros kadetes presentan la dimisión** siguiendo el plan del golpe de estado. Como señala Miliukov: "Los ministros del partido de los kadetes declararon que en aquel momento presentaban la dimisión, sin que esto significara que resolvieran de antemano la cuestión de su participación futura en el gobierno provisional."

9

Ninguna información en la prensa sobre la sublevación del Cuartel General; Sávinkov declara en una entrevista que "el general Kornílov goza de la confianza absoluta del Gobierno Provisional."
Kerensky en conferencia permanente con los ministros dimisionarios a pocas horas de la llegada de las tropas kornilovianas a Petrogrado.
En la tarde de este día, en la reunión de los dos Comités Ejecutivos se decide crear un **Comité para la lucha contra la contrarrevolución [también 'Comité de Defensa', 'Comité Militar Revolucionario']** compuesto de dos representantes, delegados, con carácter especial, de los tres partidos soviéticos, de los dos comités ejecutivos, del centro de los sindicatos y del Sóviet de Petrogrado.

10

Skóvelev, ministro menchevique de trabajo, publica su "Circular nº 421" en la que **prohíbe las reuniones de los comités de fábrica durante las horas de trabajo** y autoriza a la dirección a deducir las horas que los obreros dedican a sus reuniones de comité de fábrica. Esto ocurre **mientras Kornílov avanza hacia Petrogrado**; *Novi Put*, órgano del **Soviet Central de los Comités de Fábrica, escribe**: "… los obreros se alzaban, amenazadores, para defender la revolución, sin tener en cuenta si lo hacían durante o después de las horas de trabajo".
Kerensky ordena que el crucero Aurora se encargue de la defensa del Palacio de Invierno… parte de su tripulación permanece todavía encarcelada en Kresty por haber participado en la Jornadas de Julio.
Sávinkov atestiguará más tarde que "A las cuatro de la madrugada del 28 de agosto [10 septiembre], volví, llamado por Kerensky al Palacio de Invierno, donde encontré al general Alexéiev y a Tereshchenko. Convenimos los cuatros que el ultimátum de Lvov no había pasado de ser una equivocación." Pero durante todo el día no cesan de llegar los comunicados de los movimientos de las tropas kornilovianas hacia Petrogrado.
Bragation, división 'salvaje', telegrafía a Kornílov que "los montañeses cumplirán con su deber ante la patria […] verterán hasta la última gota de sangre.", pero el avance de estas tropas se interrumpe a las pocas horas.

11

En casi todas las barriadas ya hay grupos armados. La Guardia Roja anuncia que formará en el acto un destacamento de 40.000 hombres. Quienes no tienen armas cavan trincheras, construyen reductos, extienden alambradas. El Comité de Defensa (Comité de lucha contra la contrarrevolución, Comité Militar Revolucionario) suple con creces la inactividad del Comité Ejecutivo de los Sóviets en razón de que en aquél los bolcheviques dirigen y éstos son los únicos que pueden enfrentarse con éxito a la contrarrevolución. **En Putilov** se trabaja día y noche para montar nuevos cañones. El obrero Minichev contará: "en aquellos días se trabajó hasta dieciséis horas diarias y se montaron cerca de cien cañones." **Los ferroviarios**, amenazados por Kornílov con la instauración del estado de guerra en los ferrocarriles, levantan rieles, ponen obstáculos, desvían trenes, los detienen mientras que los empleados de **Correos y Telégrafos** cortan y envían al Comité de Defensa los telegramas del Cuartel General. El Sindicato Ferroviario arma a sus miembros. El **Sindicato Metalúrgico** pone a todos sus empleados al servicio del Comité de Defensa y una importante suma para sus gastos. El **Sindicato de Tipógrafos** pone en práctica el control efectivo de la prensa. Como dice Trotsky "El general sublevado golpeó el suelo con el pie y surgieron legiones de debajo de la tierra; pero eran legiones de enemigos." En asamblea de todas las organizaciones soviéticas en **Helsingfors se crea un Comité Revolucionario** que manda sus comisarios al general-gobernador, a la comandancia, al contraespionaje y otras instituciones importantes: ninguna orden se lleva a cabo sin la firma de este comité que establece el control de los teléfonos y telégrafos. **Cronstadt declara** por telégrafo que "la guarnición de Cronstadt está dispuesta a defender como un solo hombre la revolución al primer llamamiento del Comité Ejecutivo.

El Comité Ejecutivo solicita por teléfono a Cronstadt y Viborg que se manden fuerzas considerables a Petrogrado, por la mañana ya han comenzado a llegar principalmente regimientos bolchevistas; **para reforzar el llamamiento del Comité Ejecutivo será necesario que lo confirme el comité central bolchevique**.

12

A las dos de la madrugada se ha recibido la información de que "en la estación de Antropchino [a 33 kilómetros de Petrogrado], **se ha iniciado combate entre las tropas gubernamentales y las de Kornílov**."

Lenin envía una carta "Al Comité Central del POSDR" (página 370 y siguientes) en la que comienza su serie de cartas batallando contra la deriva conciliacionista de diversos dirigentes bolcheviques: "No debemos apoyar al gobierno de Kerensky *ni siquiera ahora*. Es una falta de principios. Preguntarán: ¿no vamos a luchar contra Kornílov? ¡Por cierto que sí! Pero no es lo mismo; hay aquí una línea divisoria, y la traspasan algunos bolcheviques que caen en la "conciliación" y se dejan *arrastrar* por el curso de los acontecimientos."

Pravda, dirigida por Stalin, publica, sin reserva alguna, el **artículo de Zinóviev "Lo que hay que hacer",** en él recuerda la suerte de la Comuna de París ("Hay que mirar la verdad de frente. Obran sobre Petrogrado numerosas circunstancias que favorecen el estallido de un levantamiento semejante a la Comuna de París de 1871…") y pone en guardia contra todo intento prematura de tomar el poder por la fuerza. Kámenev se pronuncia **en contra de las propuestas de Lenin** y exige que el partido tome medidas contra cualquier intento de insurrección.

Trotsky es partidario de la insurrección, pero piensa que ésta debe ser decidida por el congreso pan-ruso de los sóviets.

En la **sesión conjunta de los comités ejecutivos de los sóviets de obreros y soldados y el de los campesinos**, los **delegados de Cronstadt exigen que se les otorgue un puesto** en esos comités, cosa que logran, aunque con la antipatía de los conciliadores. Kerensky hace salir a Sávinkov de su puesto, días más tarde también lo expulsará el partido de los socialistas-revolucionarios.

Kerensky nombrado Generalísimo.

Finaliza la Tercera Conferencia de Zimmerwald que vota un manifiesto que dice, entre otras cosas: "Los pueblos se encaminan con resignación hacia el cuarto invierno de guerra con todos sus horrores; millones de hombres han sido mutilados, y se llevan todavía otros millones al matadero. El hambre y la miseria extenúan a los que quedan en casa [...] Esto es el exterminio de los pueblos por los pueblos mismos [...] Frente a estos horrores y a estas torturas, los pueblos que son sus víctimas, hacen resonar cada vez más el grito: "Queremos la paz, el fin del asesinato de los pueblos." Y sin embargo la aurora de la paz no se ve aún en el horizonte [...] Los acontecimientos de Rusia exigen también la lucha del proletariado internacional [...] La lucha internacional de las masas por la paz significa, al mismo tiempo, la salvación de la revolución rusa. Ha sonado la hora del comienzo de la lucha común en todos los países por el advenimiento de la paz, de la liberación de los pueblos por el proletariado socialista. El medio que conduce a ello es la huelga internacional y simultánea de las masas." Lenin anotará sobre Zimmerwald a propósito de esta conferencia (página 388): "Hoy se ve claro que cometimos un error al *no* retirarnos de allí [...] Al retirarnos de la podrida organización de Zimmerwald, debemos decidir inmediatamente, en la sesión plenaria del 3 [16] de septiembre de 1917, **la convocatoria de una conferencia de las izquierdas**".

El golpe de Kornílov ha fracasado.

13

Una comisión presidida por Bragation le comunica a Kerensky que la división 'salvaje' se somete enteramente al Gobierno Provisional.

El Sóviet de Petrogrado vota una resolución presentada por la fracción bolchevique que reclama todo el poder para los sóviets. Tras una larga sesión que se prolonga ante las maniobras de la mesa para repetir una y otra vez una votación que arroja resultados contrarios a los conciliadores, votan a favor de la entrega del poder a los obreros y campesinos 279 delegados contra 115.

Trotsky recordará en sus memorias que por esos días había escrito: "La retribución no tarda en llegar. Cazado, perseguido y calumniado, nuestro partido nunca ha crecido tan rápido como lo hace últimamente. Y este proceso no tardará en extenderse de la capital a las provincias, de las ciudades al país y al ejército [...] Sin dejar de ser ni por un momento la organización de clase del proletariado, sino cumpliendo completamente ese papel, nuestro partido se convertirá bajo el fuego de la represión en el verdadero líder, el sostén y la esperanza de todos los oprimidos y aplastados, de las masas engañadas y perseguidas."

14

Arresto de Kornílov y de otros muchos generales, entre ellos Denikin. Kornílov, en arresto domiciliario, pronto se verá como la comisión que debe investigar y condenar a los mandos militares golpistas, que han dejado el frente desprotegido durante tres días, es realmente una comisión de defensa de estos traidores a la patria desde cualquier punto de vista. Esta comisión prolongará sus trabajos languideciendo hasta la insurrección bolchevique, cuando los oficiales golpistas serán puestos en libertad por el Cuartel General y dotados de todos los documentos necesarios para huir: esos mismos

militares serán los que iniciarán, tras el triunfo de la insurrección bolchevique, la guerra civil.

"Directorio de los cinco": los socialistas se han retirado del gobierno ante las sospechas de connivencia entre Kerensky y Kornílov en contra del Sóviet, el Directorio gobernará durante un mes ante la imposibilidad de Kerensky de reunir suficientes partes de la coalición destrozada. Lo componen: Kerensky, Tereshchenko, Verkjovsky, Verderevsky y Nikitin (que sería expulsado de las filas mencheviques).

Se proclama a Rusia como república.

El mismo **Denikin confirmará más tarde las relaciones de Kerensky con los golpistas kornilovianos**: "Las primeras conversaciones sobre la dictadura, conversaciones que no tenían otro alcance que sondear el terreno, empezaron a principios [mediados] de junio, es cuando se estaba preparando la ofensiva en el frente. En esas conversaciones participaba a menudo Kerensky, con la particularidad de que en tales casos se daba como cosa entendida, sobre todo por lo que al propio Kerensky se refería, que él sería precisamente la figura central de la dictadura." Como dice Sujánov: "Era korniloviano, pero sólo con una condición: la de que fuera él quien estuviera al frente del movimiento." Trotsky recapitulará en esta historia de la revolución rusa: "Los acontecimientos, los documentos, las declaraciones de los participantes y, finalmente, la confesión del propio Kerensky, atestiguan que el presidente del gobierno, sin que parte del propio gobierno lo supiera, a espaldas de los sóviets que le habían dado el poder y del partido del que se consideraba miembro, se había puesto de acuerdo con los generales que mandaban el ejército para trasformar radicalmente el régimen del estado con ayuda de la fuerza armada."

Trotsky ha llamado a los marinos a combatir junto a Kerensky y el Gobierno Provisional para vencer a Kornílov. Más tarde recordará que: "El alzamiento revolucionario de las masas fue tan potente, que el general sublevado se evaporó como una nueve. Pero no sin dejar huella: aquella intentona sirvió de mucho a los bolcheviques." También recordará que por aquellos días había escrito: "*La venganza no se hace esperar. Nuestro partido, perseguido, acorralado, calumniado, jamás conquistó tantos adeptos como en estos tiempos últimos. Y esta expansión no tardará en transmitirse de la capital a las provincias, de las ciudades a los pueblos y a los cuarteles* […] *Sin dejar de ser ni por un momento una organización de clase del proletariado, nuestro proletariado, bajo el fuego de las represalias, se ha convertido en el verdadero guía de las masas oprimidas, esclavizadas, defraudadas y acorraladas…"*

Durante los días que ha durado la **intentona kornilovista**, el Sóviet de Petrogrado se ha visto obligado a permitir el **armamento de los trabajadores**, los **comités de fábrica** han seguido siendo la espinar dorsal del armamento de la clase obrera, **independiente de la colaboración de clases** que reina todavía en los sóviets, y esta clase es la que ha puestos sobre el campo de batalla a los guerreros necesarios para detener la marcha de la reacción; la **Guardia Roja** sale de este ataque reaccionario fogueada y mejor armada y organizada.

Durante la sublevación de Kornílov se han celebrado elecciones a la **Duma municipal de Ivanovo-**Voznesensk en la que los bolcheviques obtienen 58 puestos, de los 102 en liza, frente a los 24 de los socialistas-revolucionarios y los 4 de los mencheviques. **En Cronstadt** se elige presidente del sóviet al bolchevique Brejman y alcalde al también bolchevique Pokrovsky.

14-16

Por estas fechas **se ha producido "una brusca modificación en la correlación de fuerzas**, salvo que esta vez se produce la modificación de derecha **a izquierda**. Las

masas, a las que se había exhortado a la lucha, reconstituyen sin dificultad la situación en que se hallaban **los sóviets** con anterioridad a la crisis de julio. Lo único que necesitaban los conciliadores para lograrlo era consolidar lo que ya estaba siendo un hecho real. Toda la cuestión estribaba en saber si querrían hacerlo o no… […] Lenin señala inmediatamente el sentido profundo de la nueva situación creada para sacar de ello las consecuencias necesarias. El 3 [16] se septiembre escribe su magnífico artículo "Sobre los compromisos" [ver más adelante, día 19, "Acerca de los compromisos] […] **De ahí que la consigna "El poder a los sóviets" no fuese retirada de la orden del día**, sino que cobró un nuevo sentido: **todo el poder a los sóviets *bolcheviques***.", señalará **Trotsky** en esta historia de la revolución rusa.
Asalto de las tropas francesas contra el campo de prisioneros de guerra de **La Courtine**.

15
En **reunión conjunta de los órganos soviéticos rusos en Finlandia** se adopta una resolución a favor de la entrega del **poder a los sóviets** por 700 votos a favor contra 13 y 36 abstenciones.
El Senado, con sus senadores del zar, rehúsa promulgar una instrucción confirmada por el Gobierno Provisional, dirigida al Secretariado General de Ucrania, es decir, al gabinete de los ministros de Kiev, alegando que no existe ley alguna sobre el tal secretariado y no es posible enviar instrucciones a una institución ilegal. En efecto, según señala Trotsky en esta historia de la revolución rusa: "La burguesía rusa podía resignarse a reconocer a Finlandia cierta independencia, pues los vínculos económicos de este país con Rusia eran bastante débiles; pero no estaba dispuesta a admitir de ningún modo "la autonomía" de los granos de Ucrania, del carbón del Donetz y del mineral de Krivoi-Rog."

16
Rusia se convierte oficialmente en república.

17
Trotsky, liberado este día bajo fianza (que abona el Comité Local de los Sindicatos de Petrogrado, 3.000 rublos), participa por primera vez en el comité central bolchevique y de nuevo se sumerge en la ola de mítines, reuniones, discusiones…, entre otras se ha dirigido directamente **de la prisión al Instituto Smolny para participar en una sesión del Comité de Lucha contra la Contrarrevolución** formado por el Sóviet de Petrogrado con la aquiescencia de Kerensky, más adelante **este organismo servirá de ejemplo de 'embrión' para ganar en el sóviet la votación a favor de la formación del Comité Militar Revolucionario**.

18
Comienza en Krasnoiarsk el **Congreso de los Sóviets de Siberia Central** que se celebrará bajo el predominio de los bolcheviques.
El **Sóviet de Moscú** expresa su desconfianza hacia el Gobierno Provisional, al que tilda de instrumento de la contrarrevolución, y condena la política conciliadora del Comité Ejecutivo por 355 votos contra 254; la mesa dimite.

19
Rabochi Put publica el artículo de **Lenin** ***Acerca de los compromisos***, (páginas 390-395) redactado entre el 14 y 16 de este mes: "El deber de un partido auténticamente revolucionario no es declarar que es imposible renunciar a todo compromiso, sino saber

a través de todos los compromisos (cuando son inevitables) permanecer fiel a sus principios, a su clase, a su misión revolucionaria, a su tarea de preparar la revolución y de educar a las masas populares para la victoria en la revolución […] Nuestro partido, como cualquier otro partido político, aspira a conquistar el poder político *para sí.* […] En la revolución rusa se produce un viraje tan brusco y original que, como partido, podemos proponer un compromiso voluntario, es cierto, no a la burguesía, nuestro directo y principal enemigo de clase, sino a nuestros adversarios más próximos, los partidos 'dirigentes' democráticos pequeñoburgueses, los eseristas y mencheviques. El compromiso por nuestra parte es retornar a nuestra exigencia de antes de julio: **todo el poder a los sóviets y un gobierno de eseristas y mencheviques, responsable ante los sóviets**. Ahora, **sólo ahora, y quizá *durante unos pocos días* o por una o dos semanas**, un gobierno de este tipo podría ser creado y consolidado **de un modo completamente pacífico**. Podría garantizar muy probablemente el *avance* pacífico de toda la revolución rusa, y ofrecer extraordinarias probabilidades de que el movimiento mundial se adelante a grandes pasos hacia la paz y hacia el triunfo del socialismo." [Negritas EIS]

En el **Sóviet de Moscú** las propuestas de los **bolcheviques recogen una mayoría** de votos.

20

Verjovsky entrega una nota a la prensa en la que dice que **el programa de saneamiento del ejército elaborado por Kornílov debe rechazarse** "habida cuenta del actual estado psicológico del ejército." Los ministros de guerra y marina exigirán la ayuda del Comité Ejecutivo de los Sóviets para apaciguar los ánimos en la escuadra del Báltico; **insistirán particularmente en que se forme una comisión en la que estén presentes los bolcheviques**, ante todo Trotsky. **Trotsky objetará**: "*Rechazamos decididamente la forma de colaboración con el gobierno que ha defendió Tsereteli* […] *El gobierno practica una política radicalmente falsa, antipopular y sin control, y cuando esta política se encuentra en un atolladero o conduce a la catástrofe, se confía a las organizaciones revolucionarias la ingrata tarea de mitigar las inevitables consecuencias* […] *Una de las tareas de esa comisión, tal como la formuláis, consiste en hacer una investigación sobre las 'fuerzas ocultas', esto es, sobre los provocadores y espías que haya en la guarnición* […] *¿Acaso habéis olvidado que yo mismo he sido inculpado con arreglo al artículo 108?* […] *Nosotros luchamos contra toda manifestación de justicia sumaria por nuestros propios medios* […] *no de acuerdo con el fiscal y con el contraespionaje, sino como partido revolucionario que convence, organiza y educa*."

En la noche del 20 al 21 **los campesinos** del burgo de Sychevka, provincia Tambov, armados de garrotes y látigos, golpean de casa en casa convocando a todos para **demoler hasta los cimientos la heredad de los Romanov**.

Trotsky publica en *Proletarii* "El ejército y la revolución".

21

La **sección de soldados del Sóviet de Petrogrado** exige la vuelta a la capital de los regimientos enviados al frente con motivo de las Jornadas de Julio. Tanto el Gobierno Provisional como el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets incumplían el acuerdo tácito y explícito de la Revolución de Febrero (marzo) gracias al cual el Comité Ejecutivo le cedió el poder al gobierno de la burguesía: ni desarmar ni sacar de Petrogrado a los regimientos que habían participado en la revolución. Se dirimía quién

tenía el control del derecho fundamental del poder gubernamental: disponer de las fuerzas armadas, del monopolio de la violencia.

El **Sóviet de Diputados Obreros de Kiev** adopta la resolución presentada por los bolcheviques por 130 votos contra 66 a pesar de que la fracción bolchevique oficial contaba sólo con 95 miembros.

Los **marinos del Báltico** izan en todos los buques las banderas de combate para expresar su decisión de luchar por el paso del poder a las manos del proletariado y de los campesinos. La flota exige el armisticio inmediato en todos los frentes, la entrega de la tierra a los comités campesinos y la implantación del control obrero de la producción.

22

Los bolcheviques devienen mayoritarios en el Sóviet de Petrogrado. Trotsky, elegido presidente del Sóviet de Petrogrado, dice que el Gobierno Provisional debe dimitir. **Trotsky ha hecho votar una moción de censura contra el presídium del sóviet** (Kerensky) después de señalar a sus oponentes que llevan en la lista a Kerensky. El resultado de la votación es: 519 a favor de los bolcheviques, 414 en contra y 67 abstenciones. Tiempo después citará en sus memorias un fragmento del acta de la sesión: "Nosotros abrigábamos la creencia de que Kerensky no pertenecía ya al Soviet (*gran ovación*). Pero por lo visto, estábamos equivocados. Entre Chjeidze y Savadie flota la sombra de Kerensky. Y cuando se os proponga que aprobéis la política de la presidencia tened en cuenta (¡No lo olvidéis!) que lo que se os pide es que votéis por la política de Kerensky (*gran ovación*)".

23

Tercera Conferencia de los Comités de Fábrica de Petrogrado que, sobre la aplicación de las circulares gubernamentales que amenazaban con la destrucción de los comités, declara: "… estos comités que son los órganos más directos y más idóneos para la lucha contra la desorganización económica. En este momento, mientras la contrarrevolución avanza, la desorganización alcanza su punto culminante, mientras se vislumbran indicios de un ajuste de cuentas y están a punto de ser cerradas o desalojadas una serie de empresas, es indispensable un trabajo intenso e ininterrumpido de los órganos de fábrica y de sus sóviets centrales. En un clima así, la campaña contra los Comités es un auténtico crimen contra la revolución. Y en esta acción criminal, la solidaridad del Ministerio de trabajo con el Comité principal de las organizaciones patronales debe servir de lección a la clase obrera sobre el funesto resultado de la política conciliatoria. […] La conferencia decide obtener: 1º La derogación inmediata de las circulares del Ministerio de trabajo de los días 28 [10 de septiembre] y 29 [11 de septiembre] de agosto. 2º La ratificación legislativa de los derechos que los Comités de fábrica disfrutan actualmente a partir del derecho revolucionario. 3º Confiar al Comité central el examen y la elaboración de una nueva ley sobre las admisiones. 4º Proseguir, en los lugares de trabajo, la actividad de los Comités de fábrica sobre las mismas bases, profundizándolas y extendiéndolas en dirección al control obrero efectivo sobre la producción y sobre la distribución. 5º No permitir la eliminación de los orgánicos de los compañeros del Comité y exigir para ellos un salario medio." Los comités de Moscú y provincias seguirán este ejemplo a rajatabla.

Congreso Regional de los sóviets de Finlandia con insignificante representación de los socialistas-revolucionarios de derecha, siendo quienes dirigen los bolcheviques coaligados con los socialistas-revolucionarios de izquierda. Se elige a Smilgá para la presidencia del Comité Regional de los Sóviets de Finlandia. Ante la prohibición, por parte del Gobierno Provisional, de la reunión del Seim, que aquél ha 'disuelto', el

Comité Regional de los Sóviets de Finlandia se niega a cumplir las órdenes respecto a la salida de algunos regimientos del país y carga con la responsabilidad de proteger al Seim. El congreso declara: "Si la democracia finlandesa juzga necesario reanudar las sesiones del Seim, el congreso considerará un acto contrarrevolucionario cualquier intento de oponerse a esa medida." Trotsky concluye en esta historia de la revolución rusa que: "**En realidad, los bolcheviques implantaron la dictadura de los sóviets en Finlandia**". El bolchevique Scheinmann es elegido presidente del Sóviet de Helsingfors.

Nevsky pide al comité bolchevique de Petrogrado que inicie la publicación de un diario campesino: "Hay que llevar las cosas de tal modo que no tengamos que soportar los males de la Comuna de París, cuando el campesinado no comprendió a la capital y París no comprendió a los campesinos.", defiende su propuesta. Al poco tiempo comenzará la publicación de *Bednota* (*El diario de los pobres*) **pero Trotsky señala** en esta historia de la revolución rusa que "el trabajo directo del partido entre los campesinos siguió siendo insignificante. La fuerza de los bolcheviques no residía en sus medios técnicos, ni en el aparato, sino en su política justa."

24

En el **Sóviet de Petrogrado** Dan defiende la coalición mientras que Trotsky se posiciona a favor del paso del poder a los sóviets: se rechaza la coalición por todos los miembros excepto 10 votos en contra y 7 abstenciones.

El comité central de la **escuadra del Mar Negro**, apoya la decisión de los marinos del Báltico y propugna la **entrega del poder a los sóviets**.

En Argentina comienza la **huelga de ferroviarios** que se declara general, y lo será. La patronal le exige al gobierno de Yrigoyen que militarice los ferrocarriles, la represión es dura, pero la huelga durará hasta el 18 de octubre: producto directo de ella será la anulación del artículo 11 de la ley de jubilaciones (que condicionaba, en el caso de los ferroviarios, a no hacer huelga para percibirla), el establecimiento de la Reglamentación del Trabajo (con fuerte oposición patronal) y un aumento general del salario.

Inicio de la derrota y pánico de los italianos en **Caporetto**, en el frente austríaco.

26

Lenin considera que **el momento decisivo ha llegado**, que es preciso **preparar la insurrección**, y dirige al comité central dos cartas que deben ser discutidas en su reunión del día 28: "Tras haber conseguido la mayoría en los sóviets de las dos capitales, **los bolcheviques** pueden y ***deben*** **tomar el poder**."

27 (hasta el 5 de octubre)

Conferencia Democrática Panrusa **en Petrogrado** para la que se había nombrado a 1.775 delegados, de los que están presentes al abrirse la sesión cerca 1.200. Trotsky hace el informe ante la fracción bolchevique y sobre Kámenev recae la responsabilidad de comunicarle a la conferencia la posición de los bolcheviques**. No obstante, Trotsky también interviene en la conferencia**. Los bolcheviques, insistiendo en que las tareas de los comités de fábrica eran "esencialmente diferentes" de las de los sindicatos, **exigen que los comités de fábrica** tuviesen en la conferencia **25 representantes** que eran los que el Gobierno Provisional les había asignado a los sindicatos (el gobierno había designado a 900 delegados de los que alrededor de 100 estaban designados por el Ejecutivo del Sóviet colaboracionista, 300 por la Duma y el resto a organizaciones que se llamaba 'apolíticas', como cooperativas, zemstvos elegidos antes de la guerra, etc.). Se delimitaban tres grupos en la conferencia: un vasto centro completamente

inconsistente que no se atreve a asumir el poder, que se muestra de acuerdo con la coalición pero que no quiere a los kadetes; un ala derecha débil, que está a favor de Kerensky claramente, un ala izquierda, dos veces más fuerte que la derecha, que está a favor del poder para los sóviets y un gobierno socialista. En la asamblea de los delegados soviéticos a la conferencia, Trotsky se pronuncia a favor de la entrega del poder a los sóviets y Mártov a favor de un gobierno socialista homogéneo; Trotsky recoge 86 votos frente a 97 de Mártov. Este resultado traduce que la mitad, más o menos, de los sóviets obreros y soldados están dominados por los bolcheviques pero estos sóviets son los poderosos sóviets de los centros industriales y cultos del país. Los bolcheviques eran incomparablemente más fuertes en los sóviets que en la Conferencia Democrática, y entre el proletariado y el ejército incomparablemente más fuertes que en los sóviets. En esta conferencia votan a favor de la coalición 766 delegados y en contra 688, siendo 38 las abstenciones: casi están equilibrados los dos bandos. A favor de la eliminación de los kadetes de la coalición (con lo que se la priva de sentido) se pronuncian 595 votos contra 493 y 72 abstenciones. La resolución general, conteniendo esta propuesta, es rechazada por una mayoría de 813 votos con solamente 183 a favor (80 abstenciones). Miliukov resumirá: "**Por lo que respecta a la cuestión cardinal […] la conferencia se quedó, por consiguiente, sin opinión y sin fórmula**." Se tuvo que manejar la conferencia para torcer el resultado de las votaciones: se convoca la mesa, con representantes de los partidos y de los grupos, para dar una solución nueva a la cuestión ya decidida por el pleno: 50 votos a favor de la conciliación frente a 60 contra. La responsabilidad del gobierno ante un órgano permanente de la Conferencia Democrática se acepta unánimemente por la reunión ampliada de la mesa. Después 56 votos a favor de incluir en ese órgano a representantes de la burguesía frente a 48 en contra (10 abstenciones). Kerensky declara que se niega a formar parte de un gobierno socialista. Tras esto, todo queda reducido a dar por terminada la conferencia sustituyéndola por una institución en la que tengan mayoría los partidarios de la coalición incondicional: el **Consejo de la República o Preparlamento**, que tendrá 350 delegados en representación de cada uno de los grupos; las instituciones de las clases poseedoras obtendrán, además, 120 puestos a los que el gobierno añade 20 para los cosacos. "Así, pues, señores conciliadores y señores kadetes, por ahora habéis vencido ¡Hagan juego, señores! Haced el nuevo experimento. Será el último, os respondemos de ello.", escribe el diario de los bolcheviques.

Esta **conferencia provoca intensos debates en el seno de los bolcheviques** sobre la pertinencia de participar en ella o boicotearla. Lenin y Trotsky dirigirán la parte de bolcheviques contrarios a la participación mientras que Kámenev se distinguirá por su apuesta favorable a la participación con el objetivo de ganarse a los elementos que dudan entre los mencheviques y socialistas-revolucionarios. Una primera votación en el comité central bolchevique es ganada por los partidarios del boicot, pero una segunda votación en la reunión conjunta del comité central y la fracción bolchevique de la conferencia la gana la posición favorable a la participación. **Lenin** **escribirá** (página 152) desde Finlandia: "La llamada Conferencia Democrática ha terminado. Gracias a dios una comedia más ha pasado"

28

***Izvestia*, órgano del Comité Central Ejecutivo de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados llama a enterrar a los sóviets**: "Por fin, un verdadero gobierno democrático, nacido de la voluntad de todas las clases del pueblo ruso, el primer esbozo del futuro régimen parlamentario liberal, ha sido constituido. La Asamblea Constituyente, cuya base será esencialmente democrática, se ocupará de resolver ahora

todos los problemas fundamentales del régimen. El papel de los sóviets toca a su fin; se aproxima el momento en que deberán, con todos los otros organismos del aparato revolucionario, desaparecer de la escena política de un pueblo libre y victorioso, que no manejará de ahora en adelante más que armas pacíficas.”

El comité central bolchevique discute la “Carta al comité central y a los comités de del POSDR(b) de Petrogrado y de Moscú” (páginas 129 y siguientes) de Lenin, escritas el 25-27: “Al haber obtenido la mayoría en los sóviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales, los bolcheviques pueden y *deben* tomar el poder en sus manos […] ¿Qué no tenemos un aparato? Existe un aparato: los sóviets y las organizaciones democráticas.” Por mayoría el comité central decide conservar un solo ejemplar de esta carta.

29

En España consejo de guerra contra el comité de la huelga general de agosto.

****

Durante este mes se ha estado enseñando el manejo de las armas en 79 fábricas y manufacturas de Petrogrado; en muchas de esas fábricas todos los obreros van armados; la Organización Militar del Partido Bolchevique se ha demostrado insuficiente para suministrar un número adecuado de instructores; según Serge, ya casi en vísperas de la revolución de octubre, la Guardia Roja cuenta con 20.000 efectivos, formados en batallones de 400 a 600, cada uno de los cuales estaba dividido en tres compañías, una sección de camilleros y, en algunos casos, hasta un carro blindado; los suboficiales obreros encabezan los batallones y compañías y el servicio se efectuaba por relevos; dos terceras partes de los obreros trabajaban en las fábricas mientras que el tercio restante estaba de “guardia” y se le pagaba las horas de servicio como horas de trabajo. La Guardia Roja ya tenía unos primeros estatutos que especificaban, entre otras cuestiones, el modo de ingreso en la misma, siendo necesario presentar garantías de un partido socialista, de un comité de fábrica o de un sindicato; con tres ausencias sin justificar era suficiente para ser excluido y un jurado compuesto por camaradas de la guardia juzgaba las infracciones a la disciplina; el uso de las armas sin autorización se consideraba un crimen y las órdenes debían ser ejecutadas sin discusión; el guardia rojo estaba provisto de una tarjeta numerada de identificación y los cuadros se formaban mediante elección (en la práctica era frecuente que los cuadros fuesen designados por los comités de fábrica u otras organizaciones obreras mientras que, guardando la ‘legalidad soviética’, la designación de los jefes se sometía siempre a la aprobación de los sóviets del distrito, teniendo aquellos la obligación de seguir determinados cursos especiales en caso de no tener instrucción militar. La formación de los guardias rojos fue más difícil en Moscú donde las autoridades (encabezadas por los socialistas-revolucionarios y los mencheviques) llegaron casi a desarmar a los obreros y parte de la guarnición; fue necesario fabricar granadas en secreto y conseguir explosivos en las provincias mientras que la organización del comando y del servicio de enlaces se hizo con retraso… esto le costó una sangrienta batalla al proletariado moscovita en los momentos decisivos de la insurrección.

En Argentina, en este mes de septiembre ***La Internacional,* portavoz de la izquierda socialista** del PS, se posiciona a favor de los bolcheviques claramente: “Lenin y Kerensky aprecian muy distintamente el problema a cuya solución concurren. Se comprende que los métodos utilizados por ellos sean también distintos. ¿Cuál método será más proficuo en resultados de valor fundamental y permanente? En nuestro concepto, no puede ser más que uno: el de Lenin. Esta afirmación, aparte de las razones

de orden teórico que la informan, está abonada por la enseñanza que se desprende de los hechos mismos. Hay que destruir la causa para evitar los efectos. Y como ella reside en la estructura económica de la sociedad burguesa, es necesario que aquélla se modifique fundamentalmente, lo cual, como es natural, no ha de efectuarse con la aquiescencia de aquellos a quienes la modificación perjudica, sino a pesar y en contra de ellos. He aquí por qué estamos con Lenin y no con Kerensky."

Casi a mediados de este mes, la **flota marítima y aérea alemana** comienza una intensa actividad de operaciones de guerra en el Golfo de Finlandia.

Este mes los bolcheviques han roto el cordón sanitario que les aislaba del frente y ya acceden a él satisfaciendo, así, la avidez de sus palabras que los soldados habían desarrollado gracias a la campaña antibolchevique. **Trotsky**, en esta historia de la revolución rusa**, cuenta** que "La vieja revolucionaria Eugenia Boch [que después será militante de la Oposición de Izquierda], que había llevado a cabo una gran labor en Ucrania, ha dejado unas memorias muy elocuentes sobre sus audaces incursiones por las selvas primitivas del frente. Las alarmadas advertencias de los amigos sinceros y falsos resultaban inútiles, una vez y otra. En una división que había sido caracterizada como encarnizadamente hostil a los bolcheviques, el orador, que había enfocado su tema con gran cautela, no tardó en quedar convencido de que el auditorio estaba con ella. "nada de escupir, ni de toses, ni de sonarse, primeros síntomas de cansancio de un auditorio de soldados; orden y silencio completos." La asamblea acabó en una turbulenta apoteosis de la audaz agitadora. Toda la excursión de Eugenia Boch por el frente fue algo muy parecido a un viaje triunfal. Lo mismo ocurría, de un modo menos heroico y efectista, pero igual en el fondo, con los agitadores de menor categoría."

Numerosos regimientos del ejército han asumido este mes la consigna de la entrega del poder a los sóviets… el proceso seguirá en aumento hasta la insurrección.

En este mes los **conflictos agrarios han afectado a un 30% más** de dominios que en agosto. El Congreso de los Pequeños Propietarios de la provincia de Perm, que se ha celebrado este mes, repudia que el Congreso de los Propietarios de Tierras celebrado en Moscú lo encabecen "condes, príncipes y barones". Trotsky señala en esta historia de la revolución rusa que: "Según el cálculo de Vermenichev, hubo, de febrero a octubre, 4.954 conflictos agrarios con los propietarios nobles, mientras los conflictos con la burguesía campesina sólo alcanzaron a 324. ¡Significativa estadística! Ella demuestra por sí misma, de la manera más indiscutible, que **el movimiento campesino de 1917, en su base social, no se dirigía contra el capitalismo sino contra las sobrevivencias de la servidumbre**. La lucha contra los kulaks se desarrollará después, desde 1918, cuando se haya terminado definitivamente con los propietarios nobles." [Negritas EIS]

Octubre

Este mes se celebra la **Segunda Conferencia de los Comités de Fábrica de Moscú** que, siguiendo el ejemplo de la tercera de Petrogrado celebrada el día 23 de septiembre, dirigirá toda su atención a defender el poder obrero en la fábrica de los ataques combinados de la patronal y el Gobierno Provisional. Exigirá la inmediata derogación de la ley del 23 de abril (6 de mayo) y adoptará una resolución que, entre otras cosas, dirá: "la 'legislación obrera' del período prerrevolucionario perseguía su único objetivo: afirmar la esclavitud de la clase obrera haciendo imposible su lucha por la liberación política y económica. En un período revolucionario, la clase obrera necesita una legislación que le otorgue todas las posibilidades de continuar la lucha y consolidar sus conquistas. Las leyes promulgadas por el gobierno provisional no podían satisfacer a los obreros; algunas de ellas llegaron a suscitar su cólera. Hasta entonces no se había

promulgado ninguna ley con el fin de conservar las ventajas conquistadas por los obreros y la revolución: jornada de ocho horas, salario mínimo garantizado, participación en el control de la producción, de las admisiones y de los despidos de acuerdo con los sindicatos y bajo la dirección de los Comités de fábrica, seguro del Estado contra el desempleo, etc. La incompleta ley del 23 de abril [6 de mayo] sobre los Comités obreros, que frenó su actividad y provocó numerosos conflictos en el momento de su aplicación, había sido hecha todavía más dañina por las circulares de Skovelev, promulgadas para complacer a la burguesía.", para acabar con esta firme aseveración: "la legislación obrera puede garantizar la defensa del trabajo y consolidar las conquistas de la clase obrera sólo en el caso de que sea aplicada por los propios obreros y por el poder revolucionario del Sóviet." La conferencia decide enviar delegados a Siberia y a la cuenca del Donetz para garantizar el pan y el carbón a las fábricas.

En cuanto al **movimiento del campesinado**, Trotsky registra en esta historia de la revolución rusa lo siguiente: "Hacia el otoño, las sublevaciones rurales cubren casi todo el país. Sobre 624 distritos que componían la antigua Rusia, 482, el 77%, están sublevados y, si exceptuamos las regiones limítrofes que se distinguen por la singularidad de sus condiciones agrarias (el norte, la Transcaucasia, las estepas y Siberia), 439 de los 481 distritos, es decir, el 91% han sido ganados por la insurrección campesina." Las formas de lucha son distintas en función del tipo de agricultura, cambia de métodos en las diversas etapas pero, en su conjunto y con el inevitable atraso, recorre los **dos grandes períodos** que caracterizan el movimiento en las ciudades: **1)** el campesino se adapta todavía al nuevo régimen procurando resolver sus problemas a través de las nuevas instituciones (como traduce un telegrama del mes de abril de los burgos de la provincia de Tambov: "Deseamos conservar la calma en interés de las libertades conquistadas; prohibid a los propietarios que arrienden sus tierras hasta la Asamblea Constituyente; en caso contrario, haremos corres la sangre y no dejaremos trabajar a nadie por cuenta ajena."); **2)** A partir del verano se recrudece la lucha y el campesino se acerca cada vez más a los umbrales de la guerra civil, y su ala izquierda los traspone. El movimiento campesino nota la oleada represiva que sigue al golpe de Kornílov pero enseguida se recupera y profundiza, creciendo los ataques directos a las residencias señoriales. Ya no se busca dar una forma 'legal' a la lucha contra los terratenientes, se pasa directamente a la expropiación de forrajes, cosechas, siembras, prados, bosques… o a su destrucción en incendios que se generalizan; el campesino sabía, y en este segundo período sabe más conscientemente gracias a la experiencia, que sus problemas no podían esperar a una Asamblea Constituyente que se ve lejana.

1

Kerensky da la orden de disolver el Comité Central de la Marina de Guerra. Los marinos contestarán acordando "Considerar inaplicable, por ilegal, el decreto de disolución del Comité Central de la Armada, y exigir su inmediata anulación." De nuevo, el Comité Ejecutivo de los Sóviets ayudará a Kerensky a salir del atolladero y **dos días después le dará pretexto formal para anular su propia disposición**.

1-14

Conferencia de Berna, a la que los delegados franceses no pueden acudir pues su gobierno les niega los pasaportes.

2

Tsentrobalt, anuncia en nombre de la **Flota del Báltico** que deja de subordinarse al Gobierno Provisional e iza las banderas rojas en los buques.

El órgano bolchevique de **Kiev** comunica: “En las elecciones de representantes al sóviet, el Arsenal ha elegido a doce compañeros, todos ellos bolcheviques. Los candidatos mencheviques han sido derrotados; lo mismo ha sucedido en otras varias fábricas.”

3

Conferencia del Partido Bolchevique convocada por su comité central que se había dividido **frente a la cuestión de la participación o el boicot al Preparlamento,** lo que justificaba que, en contra de los estatutos y la tradición, el partido sometiese la cuestión a una conferencia *ad hoc*. La conferencia está formada por los delegados bolcheviques en la Conferencia Democrática, los miembros del comité central y los del local de Petrogrado (Lenin no puede asistir). Trotsky es ponente del comité central para propugnar el boicot al Preparlamento, que encuentra oposición en Kámenev, Rikov, Riazanov y algunos más. Trotsky resumirá en su historia: “Se trataba de saber si el partido adaptaría su misión al desarrollo de la república burguesa o se proponía realmente como fin la conquista del poder. **Por una mayoría de 77 votos contra 50, la Conferencia del Partido rechazó la consigna del boicot**. […] Las tesis de abril de Lenin habían sido aceptadas formalmente por el partido; pero a propósito de cada gran cuestión volvían a salir a la superficie las concepciones de marzo, todavía muy fuertes en el sector dirigente, que en muchos puntos del país no había empezado hasta entonces a separarse de los mencheviques.”

El **Sóviet de Tashkent** se hace cargo oficialmente del poder; las tropas del Gobierno Provisional se lo arrebatan.

4

Kerensky, contra la opinión del Preparlamento, forma nuevo gobierno con los cadetes. Entran en él el multimillonario Konovalov como vicepresidente y ministro de industria y comercio; Tretiakov, presidente del Comité Bursátil de Moscú, y Smirnov, presidente del Comité Industrial de Guerra de Moscú. **El gobierno cuenta con 6 ministros burgueses y 10 semisocialistas.**

Termina la formación del nuevo Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado: 13 bolcheviques, 6 socialistas-revolucionarios y 3 mencheviques. Su nuevo presidente, Trotsky, presenta una resolución de cara a la formación del gobierno: “*El nuevo gobierno* […] *entrará en la historia de la revolución como el gobierno de la guerra civil* […] *La noticia de la formación del nuevo gobierno será acogida por toda la democracia revolucionaria con una sola respuesta: ¡la dimisión! Apoyándose en este clamor unánime de la auténtica democracia, el Congreso de los Sóviets creará un poder revolucionario verdadero*.”

En la sesión del Sóviet de Petrogrado, **Trotsky** declara a que a los bolcheviques les resulta “*cada vez más fácil llegar a un acuerdo con los socialrevolucionarios de izquierda*.” En un discurso pronunciado en el sóviet **llama a rechazar cualquier compromiso con los conciliadores**. El **Sóviet de Petrogrado decide este día exigir que se convoque con toda urgencia el Congreso de los Sóviets de toda Rusia**: “Es necesario convocar inmediatamente el Congreso de los Sóviets, para unificar y cohesionar la acción de todos ellos en su lucha con el peligro inminente, y para discutir las cuestiones que atañen a la organización del poder revolucionario.” **Bajo una formulación a la defensiva se fija el objetivo del derrocamiento del gobierno** y la constitución del poder de los sóviets; esta será la forma en que, de ahí en adelante, se desarrollará la agitación hasta el mismo momento de la insurrección. Trotsky señalará en esta historia de la revolución rusa: “Los delegados de los sóviets que asistían a la

Conferencia [Democrática] plantearon el día siguiente, ante el Comité Ejecutivo Central, la cuestión del Congreso. Los bolcheviques exigían que fuese convocado este último en el término de dos semanas y proponían (o, mejor dicho, amenazaban con hacerlo por su cuenta) crear con este fin un órgano particular que se apoyara en los sóviets de Petrogrado y de Moscú. En realidad, preferían que el Congreso fuera convocado por el antiguo Comité Ejecutivo Central: con eso se eliminaría de antemano toda discusión sobre las atribuciones del Congreso y se podría derribar a los conciliadores con su propia ayuda. La amenaza, embozada, apenas, de los bolcheviques, produjo su efecto: los jefes del Comité Ejecutivo Central, que no querían correr el riesgo de romper por el momento con la legalidad soviética, declararon que no resignarían en nadie el cumplimiento de sus deberes. El Congreso fue convocado para el 20 de octubre [2 de noviembre], es decir, en un plazo que no llegaba a un mes."
El **oficial Dubásov**, llegado del frente, declara en la reunión del Sóviet de Petrogrado: "Por más que ustedes hablen aquí, **los soldados no lucharán más**."
En España, sentencia con cuatro penas de reclusión perpetua contra los cuatro miembros del comité de la huelga general de agosto.

5
El **Comité Ejecutivo Central de los Sóviets** de toda Rusia **fija la fecha del 2 de noviembre** para la celebración del **Segundo Congreso de los Sóviets** de toda Rusia.

6
Trotsky, elegido presidente del Sóviet de Petrogrado, 12 años después de su primera elección para este cargo. Invita a irse al Gobierno Provisional. Señala que no es él quien recoge la presidencia de Chjeidze, sino que es éste quien se la restituye, tratando así de conferir ánimos a los bolcheviques y resaltar la continuidad de la lucha con la revolución de 1905 pues, la formación de un nuevo presídium del sóviet y la reelección del presidente de 1905, marcan dos etapas en el ascenso revolucionario que lleva a la victoria. "*Pertenecemos a partidos diferentes y más de una vez tendremos que cruzar las espadas. Pero dirigiremos el trabajo del sóviet de Petrogrado dentro del respeto a los derechos y la total independencia de las fracciones; el brazo del presídium no servirá jamás para oprimir a una minoría.",* dirá también.
Este día puede leerse en un diario de Mohilev: "La labor de los intelectuales en el campo asume un carácter peligroso, si no prometen categóricamente ayudar a la **inmediata entrega de todas las tierras a los campesinos**."

7
Huelga de los ferroviarios a pesar de los rodeos de los conciliadores y la continuada contención que el Vikjel (Comité Central Panruso del Sindicato de Ferroviarios) ejercen sobre los trabajadores. Desde *Rabochi Put* los bolcheviques llaman a la solidaridad efectiva con los trabajadores del ferrocarril en su llamamiento *En ayuda de los ferroviarios*.
Lenin, también como Trotsky contrario a la participación de los bolcheviques en la Conferencia Democrática, anota (página 166): "Trotski se declaró partidario del boicot. ¡Bravo, camarada Trotski! El boicot fue derrotado en el grupo bolchevique de la Conferencia Democrática. **¡Sí, viva el boicot!"**
El **Comité Central del Partido Bolchevique** acuerda promover una **campaña a favor del Congreso de los Sóviets de toda Rusia** desde la base, desde abajo, a través de los sóviets locales y de las organizaciones del frente. Se nombra a **Sverdlov** delegado bolchevique en la comisión oficial del Comité Ejecutivo Central de los Sóviets

encargada de convocar el congreso panruso (se hace previniendo que la misión que los conciliadores asignarán a esa comisión no será, realmente, la convocatoria sino el sabotaje de la misma), y también se le designa para dirigir la movilización de todas las organizaciones locales bolcheviques en la campaña.

8

Tsereteli logra la aprobación final de la nueva coalición, del **nuevo y último Gobierno Provisional dirigido por Kerensky**, incluso después de no lograr mantener su promesa a los delegados socialistas de que éste respondería ante el Preparlamento.

9

Dan propone a la mesa del Comité Ejecutivo Central de los Sóviets el **aplazamiento del congreso panruso de los sóviets**. El **Comité Ejecutivo de los Sóviets lanza una desenfrenada campaña para lograr que se le desautorice en su decisión de convocatoria del Congreso** de los Sóviets de toda Rusia.

10

Termina la huelga de los ferroviarios tras algunas concesiones.
Todas las instituciones revolucionarias de Reval exigen la disolución inmediata del Preparlamento y la convocatoria del Congreso de los Sóviets de toda Rusia para constituir el poder al que se comprometen solemnemente a sostener “con todos los recursos y fuerzas de que disponía la fortaleza.” En este mismo día, los sóviets de la ciudad y de la fortaleza **adoptan una resolución** para hacer frente a la acción del Gobierno Provisional que venía renovando, durante los meses de agosto y septiembre, las guarniciones locales siguiendo el criterio de disolver y diluir aquellas dirigidas por los bolcheviques y evitar, en el resto, el contagio del bolchevismo; el contenido de la resolución marcaba: **considerar posible el reagrupamiento de las tropas a condición de que se contase previamente con la conformidad de los respectivos sóviets**.
El **Sóviet de Tallin** resuelve **transmitir todos los poderes a los sóviets**.

12

Lenin, desde Viborg, escribe ***La crisis ha madurado*** **(**páginas 186-196) a la que adjunta su protesta y dimisión del comité central (página 196) bolchevique “para ser distribuido entre los miembros del CC, del CP, del CM y de los sóviets”: “Me veo obligado *a presentar mi renuncia al CC*, cosa que aquí hago, reservándome la libertad de hacer propaganda entre los afiliados de **base** del partido y en el congreso del partido.”

13

Primera Conferencia de los comités mineros (comités de fábrica) en Debaltsevo, celebrada en una región que conocía una dura huelga de los obreros del Donetz que duró, de forma intermitente, casi seis meses y que arrastró al proletariado del Donbass a la lucha revolucionaria. La conferencia exigió una legislación que “permitiese la realización del más **estricto control sobre la industria** y la concesión a las organizaciones obreras de los derechos para ejercer el control en el lugar de trabajo.”

16

El **comité central bolchevique** sigue sin tomar ninguna decisión y en este día **rechaza discutir** un informe de un emisario de Moscú, Lomov-Appokov, que hablaba **a favor de la insurrección** y de ponerle fin a la vacilación. Lomov ha comunicado al comité central la severa resolución del Secretariado Regional de Moscú que acusa al comité

central de seguir una política irresoluta, de vacilar e introducir la confusión en las filas del partido y exige "una línea clara e inequívoca hacia la insurrección."

17

El **buque *Slava***, que combatía en el Mar Báltico frente a la ofensiva alemana, queda definitivamente **fuera de combate**. Los **marinos revolucionarios rusos** eran conscientes, desde el principio de la ofensiva alemana, de la contradicción a que se veían sometidos como vanguardia de la revolución y como participantes forzados en la guerra imperialista. Desde las estaciones de radio de sus buques lanzan un **llamamiento** a los cuatro puntos cardinales apelando a la ayuda revolucionaria internacional: "Nuestra escuadra, atacada por fuerzas alemanas superiores, sucumbe en una lucha desigual. Ninguno de nuestros buques rehuirá el combate. Calumniada, anatemizada, nuestra Armada cumplirá con su deber […] mas no por orden de cualquier despreciable Bonaparte ruso que siga gobernando gracias a la excesiva paciencia de la revolución […] ni en aras de los tratados que nuestros gobernantes han concertado con los Aliados y que atan con cadenas a la libertad rusa. No; **combatirán por la conservación de Petrogrado, hogar de la revolución.** En el momento en que las olas del Báltico se tiñen con la sangre de nuestros hermanos, en que las aguas cubren sus cadáveres, alzamos nuestra voz para decir: **¡Oprimidos de todo el mundo, levantad la bandera de la insurrección!"**

18

En la reunión de la **fracción bolchevique al Preparlamento se aprueba el boicot** a esta institución por la totalidad de los votos excepto uno, el de Kámenev.

19

Trotsky, en lucha contra el desaliento que comenzaba a cundir a causa de la muy probable posibilidad de un ataque alemán contra la capital para regocijo de la burguesía rusa como expresó Rodzianko, expresidente de la Duma, hace aprobar en una reunión de delegados de todos los regimientos acantonados en Petrogrado la siguiente resolución: "*Si el Gobierno Provisional es incapaz de defender a Petrogrado, debe optar entonces por firmar la paz o por darle paso a otro gobierno. El traslado del gobierno a Moscú sería una deserción de un puesto de combate responsable*."

20

Apertura del *Preparlamento* (o Consejo de la República), denominado por Plejánov como "choza sobre patas de gallina" y al que se le cede el espléndido Palacio Mariinsky; continuación de la Conferencia Democrática (555 miembros con mayoría menchevique y socialista-revolucionaria; la mayoría 'democrática' la componían 308 miembros de los que 120 socialistas-revolucionarios (20 de ellos de la izquierda), 60 mencheviques de todos los matices y 66 bolcheviques y cooperativistas, delegados del Comité Ejecutivo Campesino, etc.). **Kerensky**, en su papel de Bonaparte ruso, se dirige a esta institución creada a su medida para concederle que, aunque el gobierno conservaba "en toda su integridad el poder", estaba dispuesto a atender "todas las indicaciones verdaderamente valiosas." El comité central bolchevique ha decidido, por fin, boicotear este pseudoparlamento. **Trotsky toma la palabra** en nombre de los bolcheviques: "Nosotros, el grupo de socialdemócratas bolcheviques, declaramos que no tenemos nada en común con este gobierno de traición nacional ni con este Consejo de complacencias contrarrevolucionarias." Tras esta intervención, la prensa burguesa azuza al gobierno contra los bolcheviques: "Los señores ministros sólo podrán sacar al

país de la anarquía cuando muestren tanta decisión y tanta voluntad de obrar como la que muestra el compañero Trotsky.”

21

Asamblea conjunta de los delegados y de los comités de fábrica de todas las hilanderías de la zona de Moscú ante la negativa de la patronal a satisfacer ninguna de sus reivindicaciones. La huelga de la región industrial de Ivanov-Kinesem se distinguió por su crudeza y se prolongaría hasta los mismos días de la insurrección. En esta asamblea ese nivel de combatividad se traduce en un acuerdo firme: “Doscientos mil obreros textiles organizados están dispuestos en cualquier momento, a partir de la primera invitación del sóviet**, a emprender la lucha por la conquista del poder por parte de los sóviets**.” **Los curtidores de Moscú llevan ya diez semanas en huelga**. En la misma ciudad, **los sindicatos de la madera, metal y trabajadores municipales se preparan para la huelga mientras la patronal** organiza el cierre de empresas y el sabotaje a la producción y distribución para vencer a los obreros y obreras con el hambre. En esta ciudad el precio de los alimentos había aumentado seis veces y media desde el principio de la guerra y los artículos manufacturados de primera necesidad se habían encarecido en proporción de uno a doce, mientras que los salarios por término medio sólo se habían cuadriplicado.

Se nombra **en el Partido Bolchevique** un buró encargado de “recoger información sobre la lucha contra la contrarrevolución”, buró que está compuesto por Trotsky, Sverdlov y Bubnov.

22

Lasimir, joven de dieciocho años socialista-revolucionario de izquierda, presenta ante el Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado la **propuesta de crear el *Comité Militar Revolucionario* (*Comité de Defensa Revolucionaria* o *Comité de Defensa*) de Petrogrado**. Los mencheviques se oponen, pero deben ceder ante la realidad de que ellos mismos habían creado comités parecidos (por ejemplo durante la intentona de Kornílov). Al Comité Militar Revolucionario se le fijan unas tareas que permiten la ‘flexibilidad’ del mismo: determinar los recursos humanos y las municiones de que se disponían; elaborar un plan de defensa y mantener la disciplina en la población civil. Además de Lasimir, figuran entre sus miembros Podvoisky, Antónov-Ovseienko y Lashevich que, en poco tiempo, serán comandantes tácticos de la insurrección; Trotsky lo preside de oficio. Se divide en siete secciones (defensa, suministros, enlaces, información, milicias obreras…) y nombra comisarios para que lo representen en todos los destacamentos de la guarnición. Trotsky explica en esta historia de la revolución rusa: “Los bolcheviques aceptaron tanto más naturalmente el proyecto menchevique de crear un Comité militar, cuanto que en sus propias filas se había hablado ya, más de una vez, de la necesidad de constituir oportunamente un órgano soviético autorizado para dirigir la revolución futura. En la Organización Militar del Partido se había elaborado incluso el correspondiente proyecto. La dificultad que hasta entonces no había sido posible vencer estribaba en la combinación del órgano de la insurrección con el sóviet, que tenía carácter electivo y que actuaba abiertamente, y del cual, por añadidura, formaban parte representantes de los partidos enemigos. **La iniciativa patriótica de los mencheviques no podía surgir más oportunamente para facilitar la creación del Estado Mayor de la Revolución, que no tardó en adoptar la denominación de Comité Militar Revolucionario, convirtiéndose en la palanca principal del levantamiento**.”

23

Se celebra la **Cuarta Conferencia de los Comités de Fábrica de Petrogrado y sus alrededores,** Trotsky asiste. **Esencialmente se discutió sobre la convocatoria de la Primera Conferencia Panrusa de los Comités de Fábrica**. Trotsky dice en la conferencia, entre otras cosas: "*La valla entre nosotros y los campesinos son los sovietistas de la clase de Avksentiev. Hay que atravesar esa valla.* ***Hay que explicar al campo*** *que todos los esfuerzos del obrero por ayudarlo y por abastecer la aldea de maquinaria agrícola serán esfuerzos vanos, en tanto no es establezca el control obrero sobre una producción organizada*." [Negritas EIS] La conferencia es consecuente con esta posición y **publica un manifiesto dirigido a los campesinos**.

Lenin, disfrazado y afeitado, llega a Petrogrado y tras apasionada discusión **logra que el comité central bolchevique decida la insurrección** por diez votos contra dos (Kámenev y Zinóviev). Se elige el primer Buró Político del Partido Bolchevique: Bubnov, Kámenev, Lenin, Sokólnikov, Stalin, Trotsky y Zinóviev. Trotsky recordará en su *Lenin* que: "Lenin acudió a ella decidido a conseguir esta vez un acuerdo que no dejase lugar a las dudas, a las vacilaciones, a las demoras, a la pasividad y a las actitudes expectantes. Sin embargo, antes de atacar a los adversarios de la insurrección armada, se revolvió contra quienes vinculaban la insurrección al II Congreso de los Soviets. Alguien le había dado a conocer mis palabras de que "nosotros hemos fijado ya la insurrección para el 25 [7 de noviembre] de octubre". En efecto, ya había repetido varias veces esta frase contra los camaradas para quienes la vía de la revolución pasaba por el Anteparlamento y una "imponente" oposición bolchevique en la Asamblea Constituyente. "Si el Congreso de los Soviets, con su mayoría bolchevique (decía yo), no toma el poder, el bolchevismo se condenará sencillamente a la muerte. Entonces, con toda seguridad, no llegará a reunirse la Asamblea Constituyente. Al convocar después de lo que ha habido el Congreso de los Soviets para el 25 de octubre, con una mayoría asegurada de antemano, nos comprometemos públicamente a tomar el poder el 25 de octubre como más tarde". V. Ilich puso grandes reparos a esta fecha. El problema del II Congreso de los Soviets, según dijo, no le interesaba en absoluto: ¿qué importancia tenía esto? ¿Llegaría a reunirse el mismo Congreso? ¿Y qué podía hacer aun en el caso de que se reuniese? Hay que arrancar el poder, dijo, no hay que poner las cosas en dependencia del Congreso de los Soviets, es ridículo y absurdo informar al enemigo del día de la insurrección. En el mejor de los casos, el 25 de octubre puede servir para enmascarar nuestras intenciones, pero la insurrección se debe preparar de antemano y al margen del Congreso de los Soviets. El Partido debe adueñarse del poder por la fuerza de las armas, y ya después hablaremos del Congreso de los Soviets. ¡Hay que pasar a la acción inmediatamente! […] Lo mismo que en julio, Lenin sobrestimó la perspicacia y la decisión del enemigo, y acaso también sus posibilidades materiales. En buena parte se trataba de una sobrestimación consciente, completamente justa en el sentido táctico: lo que se proponía era duplicar en el Partido la energía de su impulso. No obstante, el Partido no podía tomar el poder por sí mismo, al margen de los Soviets y a sus espaldas. Esto podría ser un error. Sus consecuencias repercutirían incluso en la conducta de los obreros y podrían ser extraordinariamente graves por lo que a la guarnición se refería. Los soldados conocían el Soviet de diputados, su sección de soldados. El Partido lo conocían a través del Soviet. Y si la insurrección se llevaba a cabo a espaldas del Soviet, al margen de él, sin encubrirla con su autoridad; si para ellos no era una consecuencia directa y clara de la lucha por el poder de los soviets, esto podría provocar un peligroso desconcierto en la guarnición. Tampoco hay que olvidar que en Petersburgo, junto al Soviet de la capital, existía el viejo Comité Ejecutivo Central, en el que predominaban los eseristas y los mencheviques. A este Comité Ejecutivo Central sólo se le podía

enfrentar el Congreso de los Soviets. En última instancia, dentro del Comité Central se definieron tres grupos: los adversarios de la toma del poder, que por la lógica de la situación se vieron forzados a renunciar a la consigna de "el poder a los Soviets"; Lenin, que exigía la organización inmediata de la insurrección al margen de los Soviets; y el grupo restante, que consideraba necesario vincular estrechamente la insurrección al II Congreso de los Soviets y que por ello hacían coincidir la una y el otro en el tiempo. "En todo caso (insistía Lenin), la toma del poder debe preceder al Congreso de los Soviets, de otro modo, os aplastarán y no podréis reunir ningún congreso". En fin de cuentas, se tomó un acuerdo en el sentido de que la insurrección debía producirse, lo más tarde, el 15 [28] de octubre. Creo que acerca del plazo no hubo casi discusión alguna. Todos comprendían que esto no tenía más que un carácter aproximado, de orientación, y que, en dependencia de los acontecimientos, la insurrección podría producirse algo antes o algo después. Sólo se podía hablar de unos días más o menos. La propia necesidad del levantamiento, y además en fecha próxima, era del todo evidente." **El Comité Central de Partido Bolchevique aprueba la escueta resolución** (página 304) presentada por Lenin a la que nadie, excepto Trotsky (dos pequeñas frases que se aprueban), presenta enmiendas **de modo que la insurrección queda claramente asumida por el Partido Bolchevique y su oportunidad y necesidad también claramente determinadas como eslabón de la revolución mundial**. También aprueba la creación de un buró político compuesto por siete personas (Lenin, Trotsky, Zinóviev, Kámenev, Stalin, Sokólnikov, Bubnov) que nunca llegó a reunirse.

Izvestia **del Comité Central Ejecutivo de los Sóviets vuelve a insistir en enterrar los sóviets en un artículo de fondo** en el que puede leerse, entre otras cosas: "Al decrecimiento del interés de las masas por los sóviets contribuyen dos factores. El primero es la disminución progresiva del interés político en general; el segundo, el creciente esfuerzo de los órganos gubernamentales provinciales y municipales encaminado a organizar la construcción de la nueva Rusia… Cuanto más se vaya afirmando esta última tentativa, más rápidamente desaparecerá la razón de ser de los sóviets. Se nos llama los "enterradores" de nuestro propio sistema. Somos nosotros, en realidad, quienes trabajamos con mayor ahínco por edificar la nueva Rusia… Cuando la autocracia y su régimen burocrático se derrumbaron, constituimos los sóviets, especie de barracas donde la democracia pudo encontrar un albergue provisional. Ahora, levantamos el edificio perdurable que sustituirá a las barracas, y es natural que, poco a poco, el pueblo las vaya abandonando para mudarse a esta morada más cómoda."

Comienza en el **Preparlamento el debate** sobre los medios para elevar la capacidad combativa del ejército.

24

Comienza el Congreso de los Sóviets de la Región del Norte, aplazado en diversas ocasiones y que estaba previsto celebrar en Helsingfors (Helsinki) pero que se celebró **en Petrogrado**. Estaban representados los sóviets de Petrogrado, Moscú, Nóvgorod, Stáraia Russ, Boróvich, Reval, Iurev, Arjánguelsk, Kronstadt, Gachina, Tsárskoye Seló, Sestroretsk, Viborg, Helsingfors y otros (están, pues, representadas las dos capitales, las fortalezas marítimas, la escuadra del Báltico y las guarniciones de los alrededores de Petrogrado); asistieron 150 delegados de 23 localidades, de los que 51 eran bolcheviques. El CEC de los Sóviets ha intentado que no se celebrase y lo ha declarado reunión 'privada', los mencheviques, un puñado de hombre, no participan en las labores, pero se quedan "con fines puramente informativos". Antónov abre el congreso, al que se le da deliberadamente un cariz militar, y lo preside el teniente Krilenko (el mejor agitador bolchevique del frente). **Lenin se dirige al congreso** a través de una

carta (página 294 y siguientes) mientras que **Trotsky asiste y presenta informe político** para animar y consolidar las posiciones políticas, previniendo al congreso de que esté preparado: "*Nuestro gobierno podrá huir de Petrogrado. Pero el pueblo revolucionario no abandonará la ciudad; la defenderá hasta el fin*", afirma que el congreso no permitirá "*que se desarme a Petrogrado y se estrangule al sóviet*" sobre la guarnición de Petrogrado afirma que es un elemento del problema fundamental del poder "*Todo el pueblo vota por los bolcheviques. El pueblo nos otorga su confianza y nos manda que tomemos el poder en nuestras manos*". La resolución presentada por Trotsky se aprueba por unanimidad con sólo tres abstenciones: "*Ha llegado la hora de resolver el problema central, con la acción decidida y unánime de todos los sóviets*".

Lenin regresa a su refugio en Finlandia mientras que Zinóviev y Kámenev continúan manteniendo su oposición a la insurrección y Stalin desaparece tras la redacción de *Pravda*. **Lenin, desconfiando aún del plan de Trotsky, vuelve a exhortar al partido a asumir él por sí solo la iniciativa de la acción armada**.

El **general Cheremisov**, que manda el frente septentrional, rinde cuentas al ministerio de la guerra de la demanda presentada por los comités del ejército en el sentido de **sustituir a los regimientos cansados del frente con los soldados de Petrogrado**, haciendo, así, de transmisor entre los conciliadores del ejército y sus líderes de Petrogrado que se esfuerzan en crear una base más amplia a los planes de Kerensky de dejar a la revolución sin dirección de las fuerzas armadas. La prensa de la burguesía vocifera constantemente en este sentido… pero las asambleas de los regimientos y fábricas ya no escuchan estas voces.

Batalla de Caporetto, los austríacos hacen 293.000 prisioneros italianos para lo que la batalla es un desastre militar.

Zinóviev y Kámenev dirigen a las principales organizaciones del partido su carta *Sobre el momento presente*: "Estamos firmemente convencidos que en la actualidad convocar una insurrección armada supone jugarse a una sola carta no solamente la suerte de nuestro partido sino también la de la revolución rusa e internacional […] sólo podría [la Asamblea Constituyente] apoyarse en los sóviets para su trabajo revolucionario […] Asamblea Constituyente y sóviets, es el tipo combinado de instituciones estatales hacia el cual marchamos […] Sería un profundo error histórico el de plantear como un *ahora o nunca* la subida al poder del partido del proletariado. No. Este crecerá, su programa se irá clarificando ante masas cada vez más numerosas." **Al margen del proceso real de los conflictos de clases plantean la esperanza en un crecimiento incesante del bolchevismo… desde la leal oposición**.

25

Trotsky convence al Congreso de los Sóviets de la Región del Norte que convoque el Segundo Congreso Panruso de los Sóviets (que el Comité Ejecutivo de los Sóviets retrasa continuamente).

El **Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado aprueba el proyecto de Trotsky de estatutos del Comité de Defensa (confeccionado por una comisión específica y presidida por Lasimir) para crear un Comité Militar Revolucionario** compuesto por el presídium (mesa) del sóviet, el de su sección de soldados, representantes de los marinos, del comité regional de Finlandia, de los ferroviarios y de los carteros, de los comités de fábrica, sindicatos y organizaciones militares del partido y milicias (Guardia Roja). **El proyecto primitivo de Lasimir había sido modificado por Trotsky en dos sentidos**: concretando los fines prácticos para conquistar la guarnición y esfumando más aún el objetivo revolucionario general. **También se crea cerca del Comité Militar Revolucionario una Conferencia Permanente de la Guarnición** que debería estar

integrada por los comités de regimiento, representación más directa y cotidiana, al igual que los comités de fábrica, de la guarnición, esta conferencia permanente pasará a ocupar el primer plano en los momentos previos a la insurrección, relegando a un segundo lugar a la sección de soldados del sóviet.

26

Trotsky vence al Comité Ejecutivo del Sóviet (menchevique) y éste llama a la convocatoria del Segundo Congreso Panruso de los Sóviets (decidida la insurrección para el mismo día de su celebración). En nombre de los sóviets de la región norte, **Trotsky envía un mensaje** radiado *A todos, A todos, A todos* los sóviets y al ejército para que envíen delegados al Congreso de los Sóviets de toda Rusia.

Las **estaciones de radio de los buques de guerra difunden** a todo el país el **llamamiento** del Congreso de los Sóviets de la Región del Norte incitando a prepararse para el **Congreso de los Sóviets de toda Rusia**: "¡Soldado, marinos, campesinos, obreros! Vuestro deber consiste en destruir todos los obstáculos."

En la **sección de soldados del Sóviet se debate la cuestión del Comité Militar Revolucionario y de la Conferencia de la guarnición**. Dybenko se encarga de llevar el peso de la defensa y como conclusión afirma: "Se habla de la necesidad de hacer marchar la guarnición de Petrogrado para la defensa de las proximidades y, en parte, de Reval. No creáis nada. Nosotros mismos defenderemos Reval. Permaneced aquí y defended los intereses de la revolución […] Cuando tengamos necesidad de vuestro apoyo, os lo diremos nosotros mismos estoy seguro de que vosotros nos sostendréis". El proyecto presentado por Lasimir es adoptado por una mayoría de 283 votos contra 1 y 23 abstenciones: esto significa en los hechos transmitir que la sección de los soldados transmite abierta y oficialmente la dirección de la guarnición, arrebatada al estado mayor gubernamental, a las manos del Comité Militar Revolucionario.

En este día el Comité Ejecutivo de los Sóviets de Petrogrado hace público que se crea una sección especial de la Guardia Roja: el armamento de la clase obrera, a través de la Guardia Roja, ya no encuentra desconfianza entre los soldados, sino que, por el contrario, se convierte en una cuestión primordial.

El Comité Militar Revolucionario organiza el control de la capital.

El comité central bolchevique sigue sin tomar ninguna decisión y en este día rechaza discutir un informe de un emisario de Moscú, Lomov-Appokov, que hablaba a favor de la insurrección, de ponerle fin a la vacilación.

Los sóviets y los comités de fábrica se multiplican por todas partes a un ritmo increíble.

Trotsky sigue multiplicando su presencia por todas partes; en estos días acude una y otra vez al Circo Moderno donde, según recuerdos de Sujánov, "Trotsky, Lunacharsky y Volodarsky ocupaban la tribuna, había colas y muchedumbres interminables que el enorme anfiteatro no podía albergar…". A pesar de dirigir el cuartel general revolucionario debe ir de una a otra fábrica: Obujovsky, Trubochnyi, Putilov, Baltiisky…

27

Conferencia de ministros en el despacho de Kerensky para **aprobar las medidas** tomadas por el Estado Mayor **contra "la manifestación"** que se preparaba.

28

El **Sóviet de Kiev reconoce** al futuro **Congreso de los Sóviets** de toda Rusia como "**órgano soberano del poder**" por 159 votos a favor contra 28 y 3 abstenciones.

29

Reunión ampliada del comité central bolchevique que ratifica la decisión anterior (del 23) sobre la insurrección por 19 votos a favor, 2 en contra y 4 abstenciones. Esa misma tarde **Kámenev presenta su dimisión como miembro del comité central**. La reunión era fruto de la insistente demanda de Lenin para asegurar la marcha del partido hacia la insurrección. Y, de hecho, **las diferencias resurgen** en la reunión ampliada, Miliutin afirma: "no estamos listos para dar el primer golpe […] Pero surge otra perspectiva, la de un conflicto armado […] Crece cada vez más, su posibilidad se aproxima. Debemos prepararnos para ese choque. Pero es una perspectiva diferente que la de la insurrección"; "No se trata de una lucha contra el ejército, sino de la lucha de una parte del ejército contra la otra […] Los hechos demuestran que tenemos superioridad sobre el enemigo. ¿Por qué el comité central no puede comenzar?", les replica Lenin. Más tarde, en su *Lenin*, Trotsky recordará que Lenin: "Ni por un instante se declaró satisfecho por la circunstancia de que el Comité Central hubiese adoptado la fórmula de la insurrección armada. Sabía lo difícil que es pasar de las palabras a los hechos. Con todas las fuerzas y todos los recursos de que disponía, trató de colocar al Partido bajo la presión de las masas y al Comité Central bajo la presión de la base."
En cuanto a si debía ser el partido directamente quien realizase la insurrección o se debía usar la vía de los sóviets (con el instrumento del Comité Militar Revolucionario) algunas intervenciones son clarificadoras: "se moverán [los distritos de Moscú] a instancias del Sóviet, pero no del partido", afirma Bokii; en el barrio de Nevsky "todos marcharán detrás del sóviet", se afirma en otra intervención; Volodarsky resume el ánimo imperante en Petrogrado: "Hay impresión general de que nadie se impacienta por echarse a la calle, pero que si el sóviet los convoca, todos estarán presentes" y Olga Ravich puntualiza que "algunos dicen que también marcharán si el partido hace el llamamiento".
Asamblea de los delegados de las empresas del cuero de Moscú (que llevan adelante una dura huelga) **con los comités de fábrica**; ante el informe sobre la marcha de las negociaciones con la patronal los delegados exigen hechos y se pronuncian a favor de la **inmediata incautación de las fábricas y talleres que rechacen las reivindicaciones**. Tras afirmar en una resolución aprobada en la asamblea que "los obreros no podían ni debían renunciar a su derecho fundamental: el control de los Comités de Fábrica sobre los despidos y las admisiones de obreros" se aprueba: 1) proseguir la huelga hasta la victoria; 2) no continuar las negociaciones con la asociación patronal hasta que ésta no hubiese expresado claramente su evidente acuerdo en satisfacer las exigencias de los obreros; 3) dirigirse al sóviet de diputados obreros y a la oficina central de los sindicatos a fin de que éstos exigiesen inmediatamente un decreto gubernativo sobre el derecho de los Comités de Fábrica a controlar los despidos de los obreros y de los empleados y sobre la satisfacción de los derechos de los curtidores que el propio ministerio de trabajo había reconocido como justos. Después de denunciar cómo la patronal se apoyaba en las tropas contrarrevolucionarias de Kornílov, la resolución exigía: 1.- El paso del poder a manos de los sóviets; 2.- La incautación inmediata de las empresas donde no se hubieses alcanzado el acuerdo entre obreros y patronos; 3.- La persecución jurídica de los industriales en caso de comportamiento irregular y contrario a los intereses del país y de su empresa. La resolución manifestaba que "Si los ministerios de trabajo, de guerra, y de comercio e industria no han tomado las medidas adecuadas para regular el conflicto antes del día 18 [31 de octubre] los obreros exigirán del sóviet de diputados obreros la incautación de las fábricas y talleres donde no se hubiese alcanzado un acuerdo colectivo." Tras el 31 de octubre los comités comenzaron a tomar medidas prácticas para la incautación: inventario de mercancías y maquinaria, etc. La actitud

fuerte y sin fisuras de los obreros curtidores hizo que la patronal se escindiera y que la patronal de los industriales se viese obligada a admitir concesiones. *La voz del obrero curtidor* nº 4-5, una vez finalizada la huelga y haciendo balance decía: "Hasta el momento, la lucha de los obreros, a falta de reivindicaciones de principio y de derecho, había concluido siempre con un fracaso. La reivindicación fundamental de los curtidores en huelga era de carácter jurídico: el derecho del Comité de Fábrica al control sobre las admisiones. Esta huelga ha demostrado que no existen obstáculos insuperables para el proletariado organizado y unido en la lucha."

Se celebra **en Minsk el Congreso de los Sóviets de la Región del Noroeste** que afirma como **inaplazable la convocatoria del Congreso de los Sóviets de toda Rusia**.

Las tropas de Petrogrado declaran que ya no obedecerán al gobierno: "La guarnición de Petrogrado no reconoce ya al Gobierno Provisional. Nuestro gobierno es el Sóviet de Petrogrado. No obedeceremos más órdenes que las que emanen del Sóviet de Petrogrado por conducto de su Comité Militar Revolucionario."

Este día **Trotsky firma la orden para que los arsenales entregaran 5.000 fusiles a la Guardia Roja**, orden que se cumple sin problemas: la autoridad del Comité Militar Revolucionario queda probada. Uritsky, miembro del Comité Central del Partido Bolchevique, estima en 40.000 bayonetas el ejército de obreros de Petrogrado, la Guardia Roja.

30

El **Comité Ejecutivo Central de los Sóviets**, en manos de los mencheviques, **vuelve a retrasar la convocatoria del Segundo Congreso de los Sóviets de toda Rusia** unos días.

Cheremisov, comandante en jefe del frente norte, envía **telegrama** en respuesta al ministerio de la guerra en el que queda claro que desde el frente no se reclamaban tropas a Petrogrado: "17[30].X. **La iniciativa del envío de tropas de la guarnición de Petrogrado al frente ha venido de ustedes y no de mí** […] Cuando fue claro que los contingentes de la guarnición de Petrogrado no querían ir al frente, es decir, que no eran capaces de combatir, yo, en una conversación particular con vuestro representante, un oficial, le dije que […] teníamos ya bastantes contingentes parecidos sobre el frente, yo no he rehusado y no rehúso aún recibirlos **si ustedes creen indispensable que ellos evacuen Petrogrado**." [Negritas EIS]

Lenin escribe su "Carta a los camaradas" (página 308 y siguientes) en la que insiste en la necesidad de fijar la insurrección ya: "Renunciar a la insurrección es renunciar a la entrega del poder a los sóviets y significa "entregar" todas las esperanzas y toda la confianza a la buena burguesía, que ha "prometido" convocar la Asamblea Constituyente."

Este día se inicia la **Primera Conferencia de Comités de Fábrica y Taller de Rusia**, que se celebrará hasta el 4 de noviembre y que **aprueba una *Declaración* por el control obrero y el papel de los sindicatos en la Rusia revolucionaria**. La declaración es adoptada por los representantes de todos los establecimientos industriales de Rusia contra 5 votos y 9 abstenciones, debiéndose las abstenciones a viejos mencheviques que ya no pueden marchar con su partido, pero todavía no pueden, tampoco, enfrentarse a él. Esta conferencia panrusa de los comités venía precedida por la Cuarta Conferencia de Comités de Fábrica de Petrogrado. El Sóviet Central de los Comités de Fábrica había elegido un comité encargado de preparar la Primera Conferencia de Comités de Fábrica de toda Rusia; este comité había lanzado un llamamiento que tuvo enorme resonancia de modo que se celebraron conferencias de los comités de fábrica en casi todas las grandes ciudades industriales de Rusia y, además,

provocó que, allí donde todavía no existían, se eligiesen los sóviets de los comités de fábrica. En la Cuarta Conferencia de Comités de Fábrica de Petrogrado, que fue la más combativa y revolucionaria y que determinó el camino de la primera conferencia panrusa, Derbychov, en su informe del orden del día, había dicho: “Ha llegado el momento decisivo de la batalla entre el proletariado revolucionario y la burguesía contrarrevolucionaria que nos rodea con un círculo de fuego. Nuestro objetivo consiste en organizar nuestras fuerzas al borde del abismo en que nos encontramos y que ha sido abierto para que podamos lanzar dentro de él a los Kiskin y los Burysin. Se ha urdido un complot contra la revolución; debemos permanecer vigilantes y firmes, hasta el momento en que nos lancen abiertamente el desafío.”; por su parte, Skrynik formuló el objetivo principal de los comités de fábrica de la siguiente manera: “El objetivo de los Comités de Fábrica consiste en la lucha contra la contrarrevolución a través de la injerencia creadora en el campo de la producción. Es necesario unificar la actividad de estos Comités no solamente en Petrogrado sino en todas partes.” A continuación, la primera conferencia panrusa pasó revista a las fuerzas obreras dispuesta a la lucha en vísperas de octubre; esta primera conferencia panrusa de los comités contaba con 137 delegados de los cuales 86 eran bolcheviques, 22 socialistas-revolucionarios, 11 anarcosindicalistas, 8 mencheviques, 6 ‘maximalistas’ y 4 sin partido. En la conferencia intervinieron, entre otros, Kámenev y Trotsky (éstos el día 1 de noviembre). Ya hemos remitido al lector a la resolución de la conferencia, de lectura imprescindible, ésta también declara: “La conferencia panrusa de los Comités de Fábrica, reunida en este momento de peligro mortal para la revolución y para el pueblo, declara: el gobierno de la burguesía contrarrevolucionaria conduce al país a la ruina […] Prolonga la guerra con el único objetivo de sofocar la revolución con la carestía y sepultarla bajo las ruinas del conjunto de la vida económica. La salvación de la revolución y la realización de los fines establecidos por las masas trabajadoras residen en la conquista del poder por parte de los diputados de los obreros, campesinos y soldados. El poder soviético debe proponer a todos los pueblos un armisticio inmediato y, hasta la obtención de la paz, debe asumir la tarea de defender al país revolucionario contra el ataque del imperialismo mundial. **El poder soviético debe entregar inmediatamente la tierra a los Comités Agrícolas de Campesinos y establecer el control obrero sobre la producción y sobre la distribución de los productos a escala nacional**.” Según Ordzonikidze a Lenin no se le escapaba la gran importancia de los comités de fábrica como medio para la toma del poder y llegó a decir que “Debemos trasladar el centro de gravedad a los comités. Los comités de fábrica deben convertirse en órganos de la insurrección. Debemos cambiar de consigna y en vez de decir ‘Todo el poder para los sóviets’, decir ‘Todo el poder a los comités de fábrica’”

John Reed entrevista a Trotsky.

En la **noche del 30 al 31, en un mitin del Sóviet de Petrogrado**, celebrado en el Smolny**, Trotsky declara**: “No ocultamos nada. Declaro en nombre del sóviet que no hemos decidido ningún tipo de acción armada. Pero si el sóviet se viese obligado, en el transcurrir de los acontecimientos, a fijar una fecha para una acción, los trabajadores y soldados, hasta el último hombre, acudirían a su llamamiento.” Trotsky tiene que contrarrestar la práctica denuncia pública que han hecho Kámenev y Zinóviev publicando una carta en el diario de Gorki, *Novaia Jzin*, diciendo, entre otras cosas, que el recurso a una insurrección armada “sería una alternativa inadmisible, peligrosa, para el proletariado y la revolución.” Kámenev se solidariza con Trotsky y Zinóviev hace lo mismo en una carta al director, dirigida al *Rabochi Put*. Lenin escribirá al comité central: “El ardid de Kámenev en la sesión del Sóviet de Petrogrado es algo sencillamente mezquino. Resulta que él está totalmente de acuerdo con Trotsky. Pero

¿es difícil acaso entender que Trotsky no podía ni debía haber dicho más de lo que dijo frente a los enemigos?"
En Italia, crisis política: gobierno Orlando.

31

El **Comité Ejecutivo Central** de los Sóviets de toda Rusia **retrasa la fecha** fijada para el **Segundo Congreso Panruso** de los Sóviets (2 de noviembre) **al día 7 de noviembre**. Miliukov escribe: "**Los bolcheviques aprovecharon el aplazamiento** de la acción, ante todo, para reforzar sus posiciones entre los obreros y soldados de Petrogrado. Trotsky hacía su aparición en los mítines que se celebraban en los distintos regimientos de la guarnición de la capital. Para formarse una idea del estado de ánimo creado por esa agitación, bastará hacer notar, por ejemplo, que en el regimiento de Semenov no se dejó hablar a los miembros del Comité Ejecutivo, Skóvelev y Gotz, que intentaron hacerlo a continuación de Trotsky."
Se convoca por primera vez a la Conferencia de la Guarnición mediante un telefonograma que invita a abstenerse de actos irreflexivos y a no ejecutar más que las decisiones del Estado Mayor avaladas por la sección de soldados. Como los conciliadores no cesan de denunciar el intento de insurrección, los informes de los participantes se centran en esta cuestión y **se realiza un recuento sobre partidarios y contrarios al 'levantamiento'**: contra el levantamiento se pronuncian la Escuela de Subtenientes de Peterhov y el 9º Regimiento de Caballería; los escuadrones de marcha de la Caballería de la Guardia se inclinan a la neutralidad y la Escuela de Subtenientes de Oranienbaum declara que no se sometería más que a la decisión del Comité Ejecutivo Central; **dispuestos a marchar al primer llamamiento del Sóviet de Petrogrado se declaran los regimientos** Eguersky (cazadores), moscovita, voliniano, Pávlovsky, Keksholmsky, Semenovsky, Ismailovsky, el 1º de Tiradores y el 3º de Reserva, el 2º de Equipajes del Báltico, el Batallón Técnico (electricistas), la División de Artillería de la Guardia; el **Regimiento de Granaderos sólo saldrá en respuesta al llamamiento del Congreso de los Sóviets**.
Trotsky argumenta en esta historia de la revolución rusa **sobre la alternativa de llevar adelante el levantamiento directamente a través del partido o con el partido a través de los sóviets**: "El partido ponía en movimiento al sóviet. El sóviet, a los obreros, soldados y, parcialmente, a los campesinos. Lo que se ganaba en masa se perdía en rapidez. Si representamos este mecanismo de transmisión como sistema de ruedas dentadas […], puede decirse que una tentativa impaciente de hacer un ajuste directo entre la rueda del partido y la rueda gigante de las masas presentaba el riesgo de romper los dientes de la rueda partidaria, sin conseguir con ello una movilización de las masas.", para continuar "Así y todo, no era menos real el peligro contrario de dejar escapar una situación favorable como resultado de las fricciones internas del sistema soviético […] La insurrección, en cuanto a sus posibilidades de éxito, puede representarse como una curva ascendente que se aproxima al punto ideal culminante, o como una curva descendente si la relación de fuerzas no ha podido modificarse de modo radical todavía. En vez de 'un momento', resulta un espacio de tiempo mensurable de semanas, más raramente de meses."
El Sóviet de Petrogrado procede a la elección de los delegados al Congreso de los Sóviets de toda Rusia. La candidatura bolchevique (Trotsky, Kámenev, Volodarsky, Yurenev y Lashévich) obtiene 443 votos; la de los socialistas-revolucionarios (de izquierda) 162; la de los mencheviques 44.
Anteriormente, el comité central bolchevique se había vuelto a reunir, ampliado a importantes dirigentes bolcheviques locales, Lenin llegó perfectamente disfrazado;

Lenin insiste ante los argumentos de algunos participantes sobre el agotamiento de las masas y, al final, **concede al plan de Trotsky que** "… el Comité Central y el Sóviet señalen oportunamente el momento adecuado y los métodos prácticos del ataque." Se fijará, tentativamente, el día 2 de noviembre como día de la acción.

El **Preparlamento** demuestra que es **incapaz de llegar a acuerdos sólidos**. Este día, tras largos y vacío debates, vota sobre los medios para elevar la capacidad de combate del ejército: los socialistas-revolucionarios obtienen para su propuesta 95 votos contra 127 y 50 abstenciones, la propuesta formulada por la derecha, 135 a favor contra 139; no se produce pues mayoría ninguna. De hecho obligar al ejército a luchar ya era imposible; el Congreso de los Marinos se ha dirigido al Comité Ejecutivo Central de los Sóviets exigiendo que fuera eliminado del Gobierno Provisional "el hombre que había cubierto de oprobio a la gran revolución, y que conducía a esta última a la ruina con su impúdico chantaje político."; el Comité Regional del Ejército, de la Armada y de los obreros rusos de Finlandia había paralizado los transportes gubernamentales y tras la amenaza de Kerensky de detener a los comisarios había contestado: "El Comité Regional acepta tranquilamente el reto del Gobierno Provisional." La escuadra del Báltico había entrado ya en completo estado de sublevación.

****

Los **conflictos agrarios han afectado este mes a un 43% más** de dominios que en septiembre. A este mes le corresponden, según la milicia, **más del 40% de las destrucciones** de propiedades registradas entre marzo y noviembre. La lucha por la leña y la madera es encarnizada. Trotsky describe en su historia: "… el primer puesto del movimiento campesino correspondía al centro agrícola atrasado de la Gran Rusia y a la región del Volga. Era allí donde la supervivencia de la servidumbre se conservaba con mayor tenacidad, donde más pesaba el parasitismo territorial de los nobles, donde más se había rezagado la diferenciación de clases entre los campesinos, haciendo tanto más evidente la miseria de la aldea. En marzo, al estallar en esta región el movimiento, asumió velozmente las formas del terror. […] En la Ucrania industrialmente atrasada, la agricultura que trabajaba para la exportación adquirió un carácter mucho más progresista y, por consiguiente capitalista. La segregación de las clases campesinas fue mucho más allá que en la Gran Rusia." Para **esclarecer la posición que el movimiento de los campesinos pobres adopta ante el sóviet durante el proceso revolucionario** de 1917 es necesario citar dos párrafos de esta historia de la revolución rusa de Trotsky: "La frialdad del campesinado, sorprendente a primera vista ante los sóviets de marzo, obedecía a causas profundas, sin embargo. Un sóviet no es una organización especial, como un comité agrario, sino una organización universal de la revolución. Pero el campesino no era capaz de dar un paso en la política general sin estar guiado por una dirección. El problema residía en saber de dónde vendría esa dirección. Los sóviets campesinos de provincia y de distrito constituyéndose a iniciativa y, en grado considerable, con los recursos de la cooperación; no como órganos de la revolución campesina, sino como instrumentos de una tutela conservadora sobre el campesino. La aldea toleró sobre su cabeza los sóviets de los socialistas revolucionarios como un escudo contra el poder. Pero, adentro, prefería a los comités agrarios." Un poco antes ha escrito: "La revolución agraria tenía necesidad de sus propios órganos locales. ¿Qué carácter asumían éstos? Había en las aldeas organizaciones de diversos géneros: algunas del estado, como los comités ejecutivos de cantón, los comités agrarios y los de suministros; otras eran organizaciones sociales como los sóviets; otras puramente políticas, como los partidos; por último, estaban los órganos de administración autónoma, que eran los *zemstvos* de cantón. Los sóviets de campesinos aún no se habían

desarrollado más que en los límites administrativos de las provincias y, parcialmente, en los distritos; había pocos sóviets de cantón. Los *zemstvos* de cantón eran difíciles de asimilar. En cambio, los comités agrarios y los comités ejecutivos, que habían sido concebidos como órganos de estado, se convierten, por extraño que a primera vista pudiese parecer, en órganos de la revolución campesina." Y más adelante señala el cambio: "… al llegar el otoño, cuando los sóviets mismos modifican su orientación política, la aldea cambia de actitud ante estas organizaciones. Los sóviets bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda que funcionan en las cabeceras de distrito o de provincia, ya no frenan a los campesinos; al contrario, los empujan adelante. Si durante los primeros meses la aldea había buscado un camuflaje legal en los sóviets conciliadores, para entrar después en abierta colisión con ellos, ahora encontraba por primera vez en los sóviets una auténtica dirección. Campesinos de la provincia de Sáratov escribían en setiembre: "El poder debe pasar en toda Rusia a manos… de los sóviets de diputados obreros, campesinos y soldados. Será lo más seguro". Únicamente hacia el otoño el campesino comienza a ligar su programa agrario con la consigna de "El poder a los sóviets". Pero ignora todavía quién dirigirá esos sóviets y de qué modo." El cambio respecto a la forma soviética de organización es el resultado del proceso molecular que se produce en el desarrollo del movimiento campesino pues éste, tras abandonar los comités gubernamentales que le han servido de instrumento en la primera fase del movimiento, comienza a usar tanto la asamblea específica campesina rusa, la asamblea comunal llamada *sjod,* como el *mir*, la comuna misma. El campesino está ya lanzado a una guerra abierta contra los propietarios y se ve obligado a descentralizar responsabilidades (ante la represión que sabe segura) e impelido a controlar personalmente el reparto que le toca de las expropiaciones masivas: el *sjod* y el *mir* cumplen esta función imposible para los comités agrarios De modo que: "**Al sublevarse, los campesinos empujan a los bolcheviques hacia el poder, pero solo conquistando el poder podrán los bolcheviques ganar al campesino cuando transformen la revolución agraria en ley del estado obrero**." [Negritas EIS]

Noviembre

En Kazán estalla la insurrección antes que en Petrogrado. Grassis, participante en los acontecimientos, relata en sus memorias este diálogo entre militantes, recogido por Serge: "–¿Y qué hubieran hecho ustedes si los sóviets no llegan a adueñarse del poder en Petrogrado? –Nos era de todo punto imposible renunciar al poder; la guarnición no lo hubiera tolerado. –Pero ¡Moscú os hubiera aplastado! –De ninguna manera. Está usted equivocado si tal cree. Moscú no habría podido dominar a los 40.000 soldados que había en Kazán."

1

La **Conferencia Nacional de los Comités de Fábrica se pronuncia por el pase inmediato del poder a manos de los sóviets**.

La mayoría bolchevique del **Sóviet de Moscú** aprueba, a propuesta de Bujarin y Smirnov, contrarrestar la campaña de sabotaje a la producción y la distribución de la patronal mediante decretos para satisfacer (de acuerdo con los sindicatos) a los huelguistas, ordena encarcelar a los capitalistas culpables de sabotear la producción, la moratoria de alquileres, invitando a los sindicatos a establecer por sí mismo la jornada de ocho horas mientras que les indica a los curtidores en huelga que ellos mismos pongan en marcha las fábricas.

2

El **Sóviet de Ivanovo-Voznesensk proclama** "**el estado de lucha franca e implacable contra el Gobierno Provisional**" de todos los sóviets de la provincia y llama a que éstos resuelvan todos los problemas económicos y administrativos planteados.
Aparece la formación gubernativa autodenominada **Unión Sudoriental de las Tropas Cosacas, los Montañeses del Cáucaso y los Pueblos Libres de las Estepas**. Trotsky dice en su historia: "Los altos dirigentes de la cosaquería del Don, del Kubán, del Tek y de Astrakán, **el sostén más poderoso del centralismo imperial**, evolucionan en muy pocos meses hasta convertirse en **partidarios entusiastas de la federación**, en aras de la cual celebran fusiones con los jefes musulmanes, montañeses y los hombres de las estepas. **Las vallas del régimen federativo servirían de barrera contra el peligro bolchevique procedente del norte**. A pesar de ello, antes de establecer las principales plazas de armas de la guerra civil contra los bolcheviques, el separatismo contrarrevolucionario apuntaba directamente contra la coalición gubernativa, desmoralizándola y debilitándola. **Y así el problema nacional, lo mismo que los otros, mostraba al Gobierno Provisional una cabeza de Medusa cuya cabellera, las esperanzas de marzo y abril, quedaba reducida a las serpientes del odio y de la revuelta.**" [Negritas EIS]
Declaración Balfur para la creación de un hogar judío en Palestina.

3

La **Conferencia Permanente de la Guarnición aprueba** **tres breves resoluciones** presentadas por Trotsky llamando a la serenidad, fijando el objetivo pacífico de la jornada del 4 y el de la toma del poder por los sóviets.
En un gran mitin de soldados, que se celebra en el Smolny, **las tropas de la guarnición de Petrogrado reafirman su reconocimiento de la autoridad del Comité Militar Revolucionario:** "Al saludar la creación del Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Petrogrado, la guarnición de Petrogrado y de sus alrededores le promete completo apoyo en todos sus actos, con el fin de unir estrechamente el frente y la retaguardia, en interés de la revolución. Además, la guarnición declara que, con la ayuda del proletariado organizado, asegurará el mantenimiento del orden revolucionario en Petrogrado. Todo intento de provocación que surja de los partidarios de Kornílov o de la burguesía tropezará con una resistencia implacable…" Trotsky comunica el acuerdo del Sóviet de Petrogrado (concerniente a que la guarnición sólo debe obedecer órdenes firmadas por el Comité Militar Revolucionario o sus comisarios) a **la asamblea general de los comités de regimientos; ésta aprueba una resolución presentada por el mismo Trotsky**: "*Al secundar todas las decisiones políticas del Sóviet de Petrogrado, la guarnición declara: el momento de las palabras ha pasado. El país se encuentra al borde del desastre. El ejército exige la paz, los campesinos exigen tierra, los obreros exigen trabajo y pan. El gobierno de coalición está contra el pueblo, es un instrumento en las manos de los enemigos del pueblo. El momento de las palabras ha pasado. El Congreso de los Sóviets de toda Rusia debe tomar el poder en sus manos y conquistar la paz, la tierra y el pan para el pueblo* […] *La guarnición de Petrogrado se compromete solemnemente a poner a la disposición del Congreso de toda Rusia todas sus fuerzas, hasta el último hombre, para luchar por estas demandas. Contad con nosotros* […] *Estamos en nuestros puestos, resueltos a vencer o morir*." Sin embargo, ante los problemas con el estado mayor se decide agregarle comisarios del comité militar. En estos momentos, la Organización Militar del Partido Bolchevique contaba ya con más 100.000 soldados y cierto número de oficiales, y constituía por todas partes comités militares revolucionarios, órganos dirigentes de la insurrección.

En España se forma el **gobierno de concentración García-Prieto** con la **participación de la Lliga catalana**. Una de sus primeras acciones fue continuar el respaldo y financiación de las Juntas de Defensa de la oficialidad y reprimir duramente a las nacientes juntas de defensa de clases de tropa (sargentos, brigadas y suboficiales).

4

Jornada del Sóviet de Petrogrado; organizada para celebrar mítines en toda la ciudad con el pretexto de recaudar fondos; en realidad se trataba de un despliegue de fuerzas. Se sabe que el mismo día se llevará a cabo una procesión de los cosacos. **Trotsky redacta en nombre del sóviet su llamamiento: *¡Hermanos cosacos!*** La procesión se suspende. **La jornada es un completo éxito**, Trotsky dirá en esta historia de la revolución rusa: "La burguesía se quedó en el hogar: efectivamente estaba espantada por su propia prensa. Todo el resto de la población se volcó desde la mañana a las reuniones: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, adolescentes y madres con sus niños en los brazos. Jamás había tenido lugar manifestaciones parecidas durante todo el período revolucionario. Todo Petrogrado, exceptuadas las cumbres, no era más que un inmenso mitin. En salas colmadas, el auditorio se renovaba durante horas y horas. En oleadas, los obreros y los soldados se desplazaban hacia los edificios y los llenaban. Hubo una conmoción en los sectores populares más desvalidos de la ciudad, despertados por los gemidos y las advertencias que habrían debido infundirles temor. Decenas de miles de personas, anegaron el enorme edificio de la Casa del Pueblo, desfilaron por sus corredores y en masas compactas, exaltadas, pero al mismo tiempo disciplinadas, ocuparon las salas de teatro, los pasillos, los bufetes y antesalas […] Había en el aire esa carga de electricidad que anuncia un próximo estallido. ¡Abajo Kerensky! ¡Abajo la guerra! ¡El poder a los sóviets!"

Conferencia de la Guardia Roja de Petrogrado con un centenar de delegados en representación de 20.000 combatientes más o menos.

Ejemplos de la moral en el ejército, el adjunto del comisario gubernamental del frente norte comunica este día, al Ministerio de la Guerra, que las ideas del bolchevismo tenían en el ejército un éxito siempre creciente y que incluso la artillería se hacía "accesible a la propaganda derrotistas", es decir bolchevique. Otro ejemplo: "El Gobierno Provisional no goza de autoridad alguna", comunica uno de los agentes directos del gobierno en el ejército también en este día, a tres días de la insurrección.

Ante la **multiplicación de panfletos y folletos ultrarreaccionarios** que se están publicando, el **Sindicato de Tipógrafos se ha dirigido al Comité Militar Revolucionario** para buscar una solución: se ha decidido que en todos los casos dudosos se consulte al comité.

En sus recuerdos, Sujánov, adversario político acérrimo, narra cómo en aquellos días Trotsky "Era el personaje central de estas jornadas y el héroe principal de esta sobresaliente página de la historia…". Narrando una reunión de este día en la Casa del Pueblo, con 3.000 asistentes, dirá el mismo autor: "A mi alrededor reinaba casi el éxtasis. Parecía que la multitud iba a ponerse a entonar, de un momento a otro y sin discusión ni señal, un himno religioso […] Trotsky formuló no recuerdo bien qué resolución breve y general diciendo algo así como "*Defenderemos la causa de los obreros y campesinos hasta la última gota de nuestra sangre. ¿Quién está a favor?"* Mil hombres como uno solo levantaron la mano. Yo veía las manos levantadas y los ojos brillantes de los hombres, de las mujeres, de los adolescentes, de los obreros, de los soldados, de los mujiks (y de pequeño burgueses típicos)…, y Trotsky remacha el clavo desde la tribuna con su potente voz metálica: "*Que este voto sea vuestro juramento, defender con todas vuestras fuerzas al sóviet, al precio que sea y sin importar con qué*

sacrificios, defender al sóviet que se ha responsabilizado de la gran tarea: llevar la revolución hasta la victoria y darle al pueblo la tierra, el pan y la paz.”

El **embajador británico exige** a los ministros del Gobierno Provisional el inmediato **arresto de Trotsky**.

El **Sóviet de Kiev** forma un comité revolucionario que debe hacerse cargo del poder. Un poco más tarde se aliará con la **Rada**, que, a su vez, una vez visto que la causa de Kerensky estaba perdida, se unirá formando bloque con los cadetes (el partido de la alta burguesía gran rusa) contra los bolcheviques… y el Sóviet de Kiev. La base de la pequeña burguesía nacionalista, demócrata y contrarrevolucionaria, está dispuesta para luchar por lo suyo: independencia, república y… propiedad.

5

La **Conferencia de la Guardia Roja de Petrogrado**, que sigue sesionando, **aprueba sus estatutos y se define como** “la organización de las fuerzas armadas del proletariado para combatir la contrarrevolución y defender las conquistas revolucionarias.” Trotsky resalta en esta historia de la revolución rusa: “veinticuatro horas antes de la insurrección**, el problema se define en términos defensivos y no ofensivos**.” [Negritas EIS] **La Guardia Roja se estructura de esta forma operativa**: la decuria como formación de base; cuatro decurias forman un piquete y tres piquetes una compañía, tres compañías forman un batallón que, con los mandos y los contingentes especiales sobrepasa los quinientos efectivos; los batallones de distrito constituyen un destacamento; en las grandes fábricas, como Putilov, se organizan destacamentos propios; los equipos especiales de técnicos (zapadores, automovilistas, telegrafistas, ametralladoristas, artilleros) unas veces figuran adscritos en las empresas respectivas a los destacamentos de infantería y otras operan independientemente en función de las tareas; todos los mandos son electivos sin que esto introduzca ningún riesgo pues se trata de combatientes voluntarios bastante bien conocidos. Las obreras se organizan en destacamentos de ambulancias y en las fábricas de material para los hospitales militares se empiezan a dictar cursos para enfermeras aunque, como escribe Tatiana Graf: “En casi todas las fábricas ya existían servicios regulares de obreras que trabajaban como ambulancistas y disponían del material sanitario indispensable.” **Los comités de fábrica son las organizaciones que más contribuyen a la formación y dotación** (de todo tipo de recursos, incluidos los monetarios), como por ejemplo imponiendo en muchas fábricas el pago de los salarios a los efectivos de la Guardia Roja, imponiendo la realización de prácticas en tiempo de trabajo, etc., y, en el aspecto operativo militar, estableciendo guardias permanentes.

El **gobierno le ordena al crucero *Aurora* que abandone el Neva**, la tripulación bolchevique se niega a hacerlo siguiendo las consignas del partido. Los mismos marineros que en agosto protegían el Palacio de Invierno contra Kornílov arden ahora en deseos de arreglar las cuentas con Kerensky. La orden del gobierno es inmediatamente invalidada por el comité y la tripulación recibe la orden nº 1.218: “**En caso de que la guarnición de Petrogrado sea atacada por las fuerzas contrarrevolucionarias, el crucero *Aurora* asegurará remolcadores, navíos y lanchas de vapor**.”

Trotsky se presenta a las dos de la tarde **en la Fortaleza de Pedro y Pablo**, en la que desde el día 1 se ha detectado actitud hostil y equívoca. Este bastión contiene armas y municiones y puede servirle a la contrarrevolución tanto de refugio como para defender el Palacio de Invierno; se baraja la necesidad de tomarla por asalto, pero Trotsky propone dirigirse él a ella para celebrar un mitin y así se hace: acompañado solamente por Lashévich logra que se convoque el mitin y en él convence a los soldados que se

ponen a disposición del Comité Militar Revolucionario. Dos horas más tarde, a las cuatro, el regimiento de ciclistas de esa fortaleza celebra reunión en el próximo Circo Moderno; allí estarán también todos los mejores oradores contrarios a los bolcheviques, entre ellos el general Paradelov… pero se ven obligados a usar un lenguaje extremadamente mesurado, ya no sirve la demagogia antibolchevique sobre el dinero alemán ni ninguna en general. Al final de la reunión solamente treinta votos se opondrán a cambiar el gobierno por uno de los sóviets.

Trotsky en el Sóviet de Petrogrado y bien entrada la madrugada: "*Se nos pregunta si tenemos la intención de lanzarnos a la calle. Puedo dar una respuesta clara a esta pregunta. El Sóviet de Petrogrado entiende que ha llegado, por fin, el momento de que el poder pase a manos de los sóviets. Esta transferencia del poder la llevará a cabo el Congreso de los Sóviets de toda Rusia. ¿Será necesaria una acción armada? Eso dependerá de los que quieran oponerse al Congreso* […] *Tenemos la convicción de que el actual gobierno es un gobierno impotente, lamentable, que sólo espera el escobazo de la historia para dejar su puesto a un gobierno verdaderamente popular. Nosotros continuamos esforzándonos por evitar el conflicto. Esperamos que el Congreso podrá hacerse cargo de un poder y una autoridad que descansa en la libertad organizada del pueblo. Sin embargo, si el gobierno trata de aprovechar el poco tiempo que le queda de vida* […] *para atacarnos, nuestro contraataque no se hará esperar, golpe por golpe, acero contra hierro."* Después, en medio de aplausos anuncia que los socialistas-revolucionarios de izquierda acceden a formar parte del Comité Militar Revolucionario.

Kerensky ordena clausurar el *Rabochi Put* (*El camino de los obreros*, que había sustituido a la cabecera del *Pravda* ya clausurado en los acontecimientos de julio), una obrera y un obrero se dirigen al Comité Militar Revolucionario para comunicarle su disposición a romper los sellos y continuar con la impresión si reciben escolta del comité, Trotsky ve en esto la oportunidad de mostrar que la insurrección se hace 'a la defensiva': firma de inmediato una orden que se ejecuta al instante ya en la madrugada del día 6.

El Sóviet de Moscú, de mayoría bolchevique, promulga su *Decreto número 1* dando a los comités de fábrica el control de la contratación y despido de los obreros.

La Duma de Moscú se reúne en sesión secreta, sin la presencia bolchevique, y constituye un Comité de Salvación Pública estando el alcalde, Rudnev socialista-revolucionario, a la cabeza de los preparativos de la lucha mientras que el coronel Riabtsov, también socialista-revolucionario, se encarga de armar a los junkers y a la juventud estudiantil burguesa.

Este día desfilan **ante el Sóviet de Petrogrado los representantes de los diversos contingentes del frente** exigiendo la paz y proclamando que, caso contrario, las tropas se lanzarían contra la retaguardia para "exterminar a todos los parásitos que se disponen a guerrear otros diez años"; le dicen claramente al sóviet que tome el poder: "las trincheras os sostendrán".

El agónico **Gobierno Provisional** dicta una ordenanza "de principio" sobre la **independencia de Finlandia**, con excepción de los asuntos militares y de las relaciones exteriores.

En la noche del 5 al 6 el Gobierno Provisional decide abrir contra el Comité Militar Revolucionario acciones judiciales, prohibir los diarios bolcheviques que llaman a la insurrección (hemos visto arriba qué sucede con la clausura del *Rabochi Put*), convocar a los contingentes seguros de los suburbios y del frente, aunque la decisión de arrestar a todo el Comité Militar Revolucionario, adoptada en principio, debe posponerla: no cuenta con fuerzas suficientes para llevarla a cabo. **A la sede del Estado Mayor Central llegan estas noticias** en esta misma noche, está situado junto al Palacio de

Invierno, estando **de cuerpo de guardia el regimiento Pávlovsky**… uno de los contingentes más firmes del Comité Militar Revolucionario, de modo que todo lo que los soldados pueden escuchar (y es mucho) lo **transmiten inmediatamente al Smolny** que no siempre sabe sacar partido. Pero los obreros y soldados de toda la ciudad están informados sobre las intenciones del enemigo y se fortalece su disposición. Dice **Trotsky en** esta historia de la revolución rusa: "Smolny dirige más y más firme y autoritariamente; la simpatía apasionada de las masas lo sostiene. La dirección central no se extiende más que a los rodajes superiores del sistema revolucionario que, en su conjunto, debe completar la insurrección. La tarea más importante se cumple en la base. **Las fábricas y los cuarteles, he ahí los centros de la Historia en esos días y en esas noches**." [Negritos EIS] Y más adelante: "La elaboración táctica del esquema de la toma de la capital fue principalmente obra de la organización militar de los bolcheviques […] La ciudad fue divida en barrios de combate, subordinado a los estados mayores más próximos. Sobre los puntos más importantes se concentraron compañías de la Guardia Roja, ligadas a contingentes de ejércitos, vecinos, donde hacían vigilia, preparadas, compañías de servicio. Los fines de cada operación particular y los contingentes que afectarían fueron fijados por anticipado."

6

La **guarnición de Cronstadt** ha recibido la orden del gobierno provisional de machar sobre Petrogrado en la madrugada de este día.

El **Sóviet del distrito de Viborg** prescribe: "Requisar inmediatamente todos los automóviles […] Inventariar todo el material sanitario para ambulancia y establecer guardia en ésta."

En las primeras horas **se reúne por última vez antes de la insurrección el comité central bolchevique,** están presentes todos los miembros que se encuentran en Petrogrado a excepción de Lenin y Zinóviev, que permanecen ocultos, y de Stalin de forma inexplicable. Kámenev, no obstante haber renunciado a su puesto en el comité para oponerse a la insurrección, se pone a las órdenes de los insurgentes inmediatamente y desplegando una gran actividad.

Tras los hechos del *Rabochi Put*, Trotsky llama a la "defensa de la revolución" a través del Sóviet de Petrogrado amenazado.

Según Sujánov: "… solamente entonces, en la mañana y la tarde del día 24 [octubre, /6 noviembre] comenzaron a agruparse alrededor de Smolny destacamentos armados de guardias rojos y de soldados para la defensa del estado mayor de la insurrección […] hacia la tarde […] la guardia del Smolny ya estaba preparada."

Sobre las 14 horas se reúnen en Smolny en sesión de fracción los delegados bolcheviques de provincias que han llegado ya para el Segundo Congreso de los Sóviets de toda Rusia (según Trotsky unos dos o tres centenares); además de quedar insertos en el mecanismo de la insurrección, el comité central bolchevique rinde informe, pero sin entrar en todos los detalles.

Trotsky, convoca una sesión extraordinaria del Sóviet de Petrogrado y declara que asume abiertamente la responsabilidad sobre la insurrección ya comenzada: "*No tememos asumir la responsabilidad por el mantenimiento del orden revolucionario en la ciudad* […] *Nuestro principio es: todo el poder a los soviets* […] *En las próximas sesiones del Congreso de los Soviets de toda Rusia debe ponerse en vigor este principio. El que esto conduzca a una insurrección o a cualquier otra forma de acción no depende, ni única ni principalmente, de los Soviets, sino de quienes, desafiando la voluntad unánime del pueblo, todavía detentan el poder gubernamental*. [Informa sobre el incidente con el *Rabochi Put* y pregunta]: *¿Es esto una insurrección? Tenemos un*

semigobierno en el que el pueblo no confía y el cual carece de confianza en sí mismo porque está muerto por dentro. Este semigobierno sólo espera a que lo barra la escoba de la historia […] *Mañana se inaugura el Congreso de los Soviets. A la guarnición y el proletariado les corresponde poner a su disposición el poder que han acumulado, un poder que ninguna provocación gubernamental hará zozobrar. A nosotros nos corresponde entregar este poder, íntegro e intacto, al Congreso. Si el gobierno ilusorio hace un intento temerario de revivir su propio cadáver, las masas populares asestarán un contragolpe decisivo. Y el golpe será tanto más poderoso cuanto más fuerte sea el ataque. Si el gobierno trata de usar las veinticuatro o cuarenta y ocho horas que todavía le quedan para agredir a la revolución, nosotros declaramos que la vanguardia de la revolución responderá al ataque con el ataque y al hierro con el acero*”,

Trotsky comunica que la **fracción de los socialistas-revolucionarios de izquierda** del Preparlamento, tras un discurso de Kerensky, ha enviado una delegación al Smolny y se declara presta para **entrar oficialmente en el Comité Militar Revolucionario**.

El **Comité Ejecutivo menchevique del Sóviet** convoca una asamblea de los delegados al Segundo Congreso Panruso de los Sóviets que habían llegado, Dan habla en nombre de la antigua dirección de los sóviets y previene ante el derramamiento de sangre: “Los contrarrevolucionarios sólo esperan a los bolcheviques para empezar las matanzas…”

Trotsky, dirigiéndose a los delegados para convencerles de unirse, le responde: “*Cuando nosotros hablábamos de dar la tierra a los campesinos, vosotros os oponíais. Hemos dicho a los campesinos: “Si no os la dan, tomadla vosotros mismos”. Y los campesinos siguen nuestro consejo. Y ahora venís a proponer lo que nosotros hemos hecho hace seis meses* […] *Llegará tal vez el día en que Dan sostenga que la flor de la revolución tomó parte en el levantamiento de las jornadas del 16 y 18 de julio* […] *No, la historia de los siete últimos meses demuestra que las masas se han apartado de los mencheviques* […] *Dan os dice que no tenéis derecho a sublevaros. ¡La insurrección es un derecho de todos los revolucionarios! Cuando las masas oprimidas se rebelan, ejercen un derecho* […] *si os mantenéis completamente firmes, no habrá guerra civil. Nuestros enemigos capitularán inmediatamente y vosotros ocuparéis el puesto que legítimamente os corresponde: el puesto de dueños de la tierra rusa*.”

Trotsky dicta su *Orden número 1*: “El Sóviet de Petrogrado se encuentra en peligro inminente. Anoche los conspiradores contrarrevolucionarios trataron de llamar a Petrogrado a los Junkers y a los batallones de asalto. Por la presente les ordeno a ustedes que preparen su regimiento para la acción. Esperen nuevas órdenes. Toda dilación y vacilación será considerada como un acto de traición a la revolución.”

El Comité Militar Revolucionario hace cortar los puntos estratégicos y reabre las imprentas.

Lenin escribe al atardecer de este día: “¿Quién debe tomar el poder? Esto no tiene importancia por el momento: lo haga el Comité Militar Revolucionario u ‘otra institución’ [referencia conspirativa al comité central del partido] que declare que lo entregará únicamente a los verdaderos representantes del pueblo…”

En Petrogrado, al caer el día, destacamentos de guardias rojas comienzan a ocupar las imprentas de la prensa burguesa en las que imprimen millares de ejemplares del *Rabochi Put*, *Soldat*, y proclamas. La milicia municipal se presenta en los edificios, siguiendo órdenes para evacuarlos, pero tiene que retirarse ante la defensa armada de estos y las tropas que recibieron orden de atacar las imprentas se niegan a hacerlo.

A medianoche un destacamento de junker trata de detener al director de *Rabochi Put* pero las masas rodean el edificio en el que se encuentra y el coronel que comanda las tropas pide ser detenido junto a sus tropas para evitar su linchamiento; acaban seguros encerrados en la fortaleza de Pedro y Pablo.

El edifico de Correos ocupado a la una y treinta de la madrugada. La Central de Telégrafos ocupada a las dos de la madrugada. Ya amaneciendo se toma el Hotel Militar; a las cinco se había ocupado la Central Telefónica.
Trotsky recordará que en la noche del 6 al 7: "… me quedé solo en el Smolny. Más tarde se presentó Kámenev. Kámenev era opuesto al golpe, pero venía a pasar esta noche decisiva junto a mí."
El Sóviet de Moscú vota la organización de la Guardia Roja mientras los socialistas-revolucionarios y los mencheviques exhortan al proletariado a reaccionar y no seguir el ejemplo de Petrogrado; vencidos éstos en las votaciones deciden entrar en el Comité Militar Revolucionario para "provocar un desenlace lo menos doloroso posible a la tentativa del golpe de estado de los bolcheviques." Se les admite.

7

Trotsky advierte en esta historia de la revolución rusa: "Los informes concernientes a los episodios de la noche son escasos e incoloros: recuerdan a los sumarios de la policía. Todos los participantes están poseídos de una fiebre nerviosa. Nadie tiene tiempo de observar y anotar. Las informaciones que llegaban a los estados mayores no son consignadas en el papel, o bien son redactadas distraídamente y los papeles se pierden. Los recuerdos impresos más tarde son secos y no siempre exactos si se tiene en cuenta que provienen, en su mayor parte, de testigos ocasionales. Los obreros, marineros y soldados, que eran los inspiradores y dirigentes efectivos de las operaciones, se colocaron bien pronto a la cabeza de los primeros destacamentos del Ejército Rojo y, en su mayoría, cayeron sobre diferentes campos de batalla de la guerra civil."
A primera hora de la mañana sesionan ya en el Smolny las diversas fracciones partidarias del sóviet; de los bolcheviques sólo están aquellos que no tienen misiones de combate que cumplir mientras que las fracciones hostiles a la insurrección necesitan tiempo para determinarse: **se posterga la apertura del Segundo Congreso de los Sóviets de toda Rusia;** los socialistas-revolucionarios se escinden al rechazarse por 92 votos contra 60 la moción de abandonar el congreso… hasta la tarde no comenzarán a sesionar por separado las fracciones de izquierda y derecha. A las 8 de la tarde los mencheviques solicitan nueva prórroga. **A las 10,40 Dan abre la sesión en nombre del Comité Ejecutivo Central** afirmando que el congreso se reúne bajo "circunstancias tan excepcionales" que rehúsa realizar un discurso político pues sus propios amigos están en esos momentos en el Palacio de Invierno, "cumpliendo abnegadamente sus deberes de ministros", bajo el fuego de los sitiadores. El bolchevique moscovita **Avannesov propone en nombre del partido una mesa proporcional**: 14 bolcheviques, 7 socialistas-revolucionarios, 3 mencheviques y 1 internacionalista: la derecha se niega en redondo a participar en la mesa mientras que el grupo de Mártov se abstiene; los socialistas-revolucionarios de izquierda reciben los 7 votos reservados a su partido; el congreso aguanta con impaciencia estos preliminares. **La lista de los candidatos bolcheviques a la mesa** la componen Lenin, Trotsky, Zinóviev, Kámenev, Ríkov, Noguin, Skliansky, Krilenko, Antonov-Ovseenko, Riazánov, Muránov, Lunacharsky, la Kollontai y Stuchka. Curiosamente no figura en la lista Sverdlov, seguramente porque es él quien la confecciona. Se aprueba la mesa. La presidencia pasa a manos de Kámenev. Cuando **Lozovsky, adversario de la insurrección, solicita un informe del Sóviet de Petrogrado** el sonido de los cañonazos de salva ante el Palacio de Invierno dejan claro que todavía no puede darse ese informe, el congreso será un constante ir y venir pues unos lo abandonan mientras que otros deben cumplir varias tareas al mismo tiempo. Mártov propone "que ambos campos depongan las hostilidades. Se quiere resolver la cuestión del poder con una conspiración […] Es posible resolver

pacíficamente la crisis, creando un poder reconocido por toda la democracia.", la propuesta de negociar es apoyada, evidentemente, por socialistas-revolucionarios de izquierda y un grupo de internacionalistas unificados y también por los bolcheviques para sorpresa de los primeros: se aprueba la propuesta de Mártov por unanimidad. El ala derecha del congreso no sigue la propuesta de negociación y acaba por abandonar el congreso (Trotsky cifra, sumadas las diversas fracciones de derecha) en uno 70 delegados el total de los que defeccionan. Cuando **Yoffe llega desde la Duma municipal para informar de la salida de la derecha de ésta hacia el Palacio de Invierno** Mártov ha propuesto una resolución que condena la insurrección "ejecutada únicamente por el Partido Bolchevique" y que exige la suspensión de los trabajos del congreso hasta que se alcance un acuerdo con "todos los partidos socialistas". Trotsky responde: "*Lo que ha sucedido es una insurrección, no es un complot. El levantamiento de las masas populares no necesita que se lo justifique. Nosotros hemos templado la energía revolucionaria de los obreros y de los soldados de Petrogrado. Abiertamente hemos forjado la voluntad de las masas en pro de la insurrección, no por medio de un complot* […] *nuestra insurrección ha vencido y entonces nos formulan una propuesta: renunciad a vuestra victoria, concluid un acuerdo ¿Con quién? Pregunto: ¿Con quién debemos concluir un acuerdo? ¿Con los pequeños grupos miserables que han salido de aquí?* […] *Pero si ya los hemos visto de cuerpo entero. No hay nadie en Rusia junto a ellos. ¿Con esa gente, de igual a igual, tendrán que llegar a un acuerdo los millones de obreros y campesinos representados en este congreso, a quienes todos ellos, y no es la primera vez, están dispuestos a entregar a merced de la burguesía? ¡No, aquí los acuerdos nada tienen que hacer! A los que se han ido, a los que nos traen estas proposiciones, nosotros les decimos: todos ustedes están lamentablemente aislados, en bancarrota, el papel de ustedes ha terminado, vayan a juntarse con su clase, adonde ésta ya se ha hundido: ¡en el sumidero de la Historia!*" Mártov se retira del congreso como respuesta y su fracción se divide en dos mitades (14 y 12); Kambov, otra moción de orden: "**Los socialrevolucionarios de derecha acaban de retirarse; pero nosotros, los de izquierda, nos hemos quedado**.", se pronuncian a favor de un frente único revolucionario y en contra de la resolución de Trotsky, sobre la que los bolcheviques no insisten en pasar a votación para no comprometer las posibilidades de obtener un acuerdo sobre base soviética. **Pasadas las dos de la mañana, la mesa suspende la sesión**… aún no se ha tomado el Palacio de Invierno. Pero cuando se reabre la sesión Kámenev ya puede leer el telefonograma enviado por Antonov informado de la toma del palacio… **ya no existe otro poder en Rusia más que el Segundo Congreso de los Sóviets** de toda Rusia. Un socialista-revolucionario protesta por la detención de los ministros socialistas. Trotsky responde. Después llegan las noticias de las tropas del frente que debían reprimir la insurrección… el 3er Batallón de Motociclistas apoya el congreso: "la guarnición de Tsárskoye Seló guarda los accesos a Petrogrado.". En asamblea del 5º y el 3er batallones en la estación se ha decidido que "no se encontraría a un solo motociclista que aceptase marchar contra sus hermanos", el delegado del batallón que informa desde la tribuna remata: "¡Les declaro concretamente que no entregaremos el poder a un gobierno a cuya cabeza están los burgueses y los propietarios nobles!" Tras esto los mencheviques de izquierda anuncian que se retiran del congreso. Sujánov dice: "Nos retiramos dejando completamente libres las manos de los bolcheviques, cediéndoles todo el terreno de la revolución." A las 5,17 de la madrugada, Krilenko informa desde la tribuna que el 12º Ejército saludo al congreso y le informa de la creación de un comité militar revolucionario que asume la vigilancia del frente norte. Por fin, Lunacharsky consigue leer un llamamiento a los obreros, soldados y campesinos que expone lo que ha pasado y lo que sucederá… es el que

Kámenev tendrá que traducirle a toda prisa a John Reed. Aunque el reglamento del congreso solo contempla la representación de obreros y soldados, delegados de diversos sóviets campesinos participan en él, a partir de la posición sobre la tierra que asume el congreso estos delegados exigen que se les mencione en el documento, inmediatamente se les acuerda el derecho de voto. Berezin, miembro del Comité Ejecutivo de Avksentiev, comunica que, de los 68 sóviets campesinos que han dado respuesta a la consulta telegráfica, la mitad se han pronunciado por el poder de los sóviets y la otra mitad por transmitir el poder a la Asamblea Constituyente, se trata de sóviets de provincias en los que los funcionarios tienen presencia. Tras el abandono del congreso por algún pequeño grupo residual se levanta la sesión cerca ya de las seis de la mañana.

Kerensky permanecía en el Cuartel General del Estado Mayor de Petrogrado desde la cuatro de la madrugada enviando órdenes a los cosacos, junkers y escuelas militares de Petrogrado y alrededores: todas las respuestas comunicaban no estar en condiciones de marchar. **Abandona la sede del Cuartel General al amanecer**.

Kerensky había ordenado abrir los puentes, pero tras tres horas todo seguía igual y un piquete de militares que había logrado abrir momentáneamente el puente Nicolás tuvo que retirarse tras acudir al lugar los marinos que volvieron a cerrarlo.

La orden de ocupar la imprenta donde se reproducía el *Rabochi Put* ha quedado en el olvido.

La contrarrevolución intenta recuperar sin éxito el edificio de Correos y la Central Telegráfica: tras algunos disparos las tropas enviadas se niegan a combatir contra los sóviets.

Kerensky abandona Petrogrado a las once y media de la mañana, en coche diplomático bajo bandera norteamericana, para dirigirse al frente y organizar desde allí el contraataque de la contrarrevolución.

El Gobierno Provisional ha dirigido un llamamiento por radio en el que dice: "El Sóviet de Petrogrado de los Diputados Obreros y Soldados ha declarado derrocado al Gobierno Provisional y exigido que se ponga en sus manos la autoridad gubernamental […] El gobierno no puede entregar sus poderes más que a la Asamblea Constituyente; por ello ha decidido no someterse y llamar en su ayuda a la población y al ejército. Se ha enviado un telegrama al Estado Mayor Central; la respuesta anuncia que se va a enviar un fuerte destacamento de tropas…"

Hacia el **mediodía tropas del Comité Militar Revolucionario desalojan**, y disuelven de hecho, **al Preparlamento** del Palacio Mariinski; sin embargo, no detienen a numerosos reaccionarios miembros de éste que más tarde provocarán la guerra civil y la alimentarán. Miliukov escribe: "Se esperaban una selección de los miembros del Preparlamento y arrestos, pero el estado mayor revolucionario tenía otras preocupaciones.", Trotsky añade: "no solamente esa causa: el estado mayor revolucionario tenía poca experiencia."

A las diez de la mañana los revolucionarios han establecido un cordón de tropas alrededor del Palacio de Invierno.

Zinóviev en el Smolny: "En el día de hoy hemos pagado nuestra deuda para con el proletariado internacional y descargado un golpe terrible a la guerra, a todos los imperialismos y particularmente a Guillermo el Verdugo". **Kámenev, abordado por Reed en el Smolny, le traduce la resolución que acababa de aprobar el sóviet**: "El Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, al saludar a la revolución victoriosa llevada a cabo por el proletariado y la guarnición de Petrogrado, señala de manera particular la unión, la organización, la disciplina y la cooperación perfecta de las masas en el curso del levantamiento: raramente se vertió menos sangre y raramente hubo insurrección que conociera tal éxito. El Sóviet expresa su firme convicción de que

el gobierno soviético obrero y campesino será creado por la revolución, y que asegurará al proletariado de las ciudades el apoyo de toda la masa de campesinos pobres, marchará con firmeza hacia el socialismo, único medio de evitar las miserias y los horrores inauditos de la guerra. El nuevo gobierno obrero y campesino presentará inmediatamente a todos los países beligerantes proposiciones con vistas a lograr una paz democrática y justa. Suprimirá inmediatamente la gran propiedad de la tierra y devolverá las tierras a los campesinos. Implantará el control de los obreros sobre la producción y el reparto de los productos manufacturados e instaurará un control general de los bancos, que pasarán a ser un monopolio del estado. El Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado exhorta a los obreros y campesinos de Rusia a que pongan toda su energía y abnegación al servicio de la revolución obrera y campesina. El sóviet expresa la convicción de que los obreros de las ciudades, aliados a los campesinos pobres, sabrán mantener entre ellos una disciplina inflexible y asegurar un orden revolucionario perfecto, indispensable para la victoria del socialismo. El sóviet está convencido de que el proletariado de los países occidentales nos ayudará a conducir la causa del socialismo a una victoria completa y duradera."

A las 2,35 de la tarde, Trotsky declara en nombre del Comité Militar Revolucionario que el Gobierno Provisional ha dejado de existir.

La Duma municipal de Petrogrado, con la ausencia de los bolcheviques y algunos mencheviques internacionalistas, decide marchar, junto al Comité Ejecutivo de los Diputados Campesinos, al Palacio de Invierno para resistir junto al gobierno; lo hace cantando la *Marsellesa* hasta que ante el canal de Catalina les detiene una hilera de marineros armados que les corta el camino y… retroceden de nuevo a la Duma, en silencio esta vez.

Tras un largo cerco, diversas treguas, cañonazos de salva, disparos sin objetivos y muchas vacilaciones debidas a la intención de no provocar derramamientos de sangre**, el Palacio de Invierno cae, por fin, en manos de las tropas revolucionarias y de la guardia roja**. A las 2,10 de la madrugada del 7 al 8 de noviembre **es arrestado** (por orden del Comité Militar Revolucionario) en el palacio **el Gobierno Provisional** por un destacamento al mando de Antónov que proclama: "A todos ustedes, miembros del Gobierno Provisional, los declaro en situación de arresto". Antónov los traslada a la fortaleza de Pedro y Pablo para evitar su linchamiento donde ante el comisario de la fortaleza pasa lista a los ministros (dieciocho, incluidos los subsecretarios de estado) y se les arresta para trasladarlos a las celdas de Trubetskoi, al resto se le deja libre bajo promesa de no actuar contra el poder soviético… promesa que no cumplirán.

En la sede del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado se reparten millares de hojas en las que se lee: "¡Ciudadanos de Rusia! El Gobierno Provisional ha sido derrocado. El poder ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, órgano del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, que se encuentra a la cabeza del proletariado y de la guarnición de Petrogrado. La causa por la que el pueblo se ha lanzado a la lucha (propuesta inmediata de una paz democrática, abolición de la gran propiedad de la tierra, control de la producción por los trabajadores, creación de un gobierno soviético) ha triunfado definitivamente. *¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!*"

Bien avanzada la madrugada del 7 al 8 de noviembre Trotsky responde en el Smolny sobre la detención de algunos ministros de Kerensky.

Segundo Congreso Panruso de los Sóviets (675 delegados, 343 bolcheviques). Después de tratar de lograr del congreso una posición conciliadora con el Palacio de Invierno, y no lograrlo, unos 70 delegados mencheviques y socialistas-revolucionarios han abandonado el congreso de los sóviets para dirigirse al Palacio de Invierno a

defender a Kerensky. Martov ha formulado una propuesta desesperada de compromiso condenando la insurrección bolchevique y decidiendo la paralización de los trabajos del congreso. Trotsky le ha respondido. **Trotsky presenta a Lenin ante el congreso** que ratifica la insurrección, casi a las cinco de la madrugada y a propuesta de Lenin, se aprueba el ***Llamamiento a los obreros, soldados y campesinos de Rusia*** redactado por él.

En la noche del 7 al 8 **Schreider, alcalde de Petrogrado, visita el Smolny** "para protestar en nombre del gobierno municipal autónomo. –La Duma, único poder legal existente en la capital, elegida por sufragio universal, directo y secreto, no reconocía al nuevo poder, le espetó a Trotsky; éste responde: "*La propia Constitución suministra el remedio: disolver la Duma y celebrar nuevas elecciones.*"

8-16
Insurrección de los bolcheviques en Moscú.

8

En la **noche del 7 al 8 se han clausurado los periódicos** más desenfrenadamente contrarrevolucionarios que llaman al boicot y la resistencia armada contra el nuevo poder.

Sobre el período insurreccional en marcha, Trotsky dice en esta historia de la revolución rusa: "Es indispensable, por lo tanto, hacer arrancar el período insurreccional desde el 9/22 de octubre, cuando surge el conflicto de la guarnición, o desde el 12/25, cuando se resolvió crear el Comité Militar Revolucionario. La maniobra envolvente duró más de quince días. La etapa más decisiva duró de cinco a seis días, a partir de la Constitución del Comité Militar Revolucionario. Durante todo este período actuaron directamente centenares de miles de soldados y de obreros, formalmente a la defensiva, pero, en realidad, atacando. La última fase, en la cual los sublevados arrojan de modo definitivo las formas convencionales de la dualidad de poderes, con su legalidad dudosa y su fraseología defensiva, duró exactamente veinticuatro horas: desde las dos de la mañana del día 25 de octubre [7 de noviembre] hasta las dos de la mañana del día 26 [8 de noviembre]. En ese lapso el Comité Militar Revolucionario recurrió abiertamente a las armas para dominar la ciudad y apoderarse de los integrantes del gobierno".

En la **sesión de la Duma de Petrogrado la fracción bolchevique declara** a sus componentes: "Vosotros no sois los verdaderos representantes del pueblo de Petrogrado […] La fracción bolchevique se niega a permanecer más tiempo en este nido de la contrarrevolución. Exigimos que se proceda a nuevas elecciones a la Duma", y abandonan la Duma entre gritos contrarrevolucionarios de "agentes de Alemania" y "abajo los traidores". **Los socialistas-revolucionarios y los mencheviques de esta misma Duma deciden crear un Comité de Salvación de la Patria y de la Revolución** en el que entran tres cadetes representando a la gran burguesía; la organización militar de los socialistas-revolucionarios organiza la sublevación de las escuelas militares que el comité central del mismo partido se encargará de negar después.

En el diario menchevique puede leerse: "Han transcurrido veinticuatro horas desde la 'victoria' de los bolcheviques y la fatalidad histórica comienza a ejercer una cruel venganza contra ellos […] a su alrededor, el vacío que a sí mismos se han creado […], todo el mundo los aísla […], el cuerpo de funcionarios y de técnicos se niega a ponerse a su servicio […] En el preciso instante del triunfo, ruedan hacia el abismo." Y, sí, es cierto que desde los funcionarios y 'técnicos' se comienza un boicot al nuevo poder obrero y campesino instaurado.

En el Smolny, Lenin y Trotsky se ven obligados a luchar a brazo partido contra muchos bolcheviques que pretenden ceder y hacer las concesiones necesarias para lograr un gobierno de coalición socialista. Lenin declara: "Quienes deseen llegar a un arreglo, acepten nuestro programa y los admitiremos. Nosotros no cederemos ni una pulgada. Si hay camaradas aquí que no tienen el valor y la voluntad de atreverse a lo que nosotros nos atrevemos, ¡que se vayan a reunir a los cobardes y conciliadores! ¡Con el apoyo de los obreros y los soldados seguiremos adelante!"

Los trabajadores de correos y telégrafos, los funcionarios, los empleados de banca, presentan boicot al trabajo del nuevo gobierno.

Lenin redacta, y es aprobado por el Segundo Congreso Panruso de los Sóviets, el *Decreto sobre la paz*, Reed narra: "Cuando se calmó la tempestad de aplausos, Lenin prosiguió "Proponemos al Congreso que ratifique esta declaración. La dirigimos a los gobiernos y a los pueblos, porque, de dirigirla solamente a los pueblos de los países beligerantes, podríamos retrasar la concertación de la paz. Las condiciones de paz elaboradas durante el armisticio serán ratificadas por la Asamblea Constituyente. Al fijar la duración del armisticio en tres meses deseamos dar a los pueblos una tregua lo más larga posible después de este sangriento exterminio, y el tiempo suficiente para que puedan elegir sus representantes. Esta proposición de paz encontrará la oposición de los gobiernos imperialistas; a este respecto, no nos hacemos ninguna ilusión. Pero esperamos que pronto estallará la revolución en todos los países beligerantes; por esa razón, nos dirigimos particularmente a los obreros de Francia, Inglaterra y Alemania […] La revolución de los días 6 y 7 ha abierto la era de la revolución social […] El movimiento obrero, en nombre de la paz y el socialismo, vencerá y cumplirá su destino…" Reed sigue narrando cómo Lenin contestó a las objeciones sobre las posibilidades de aceptar indemnizaciones o anexiones a causa de la formulación de considerar todas las ofertas: "Nosotros queremos una paz justa, pero no tememos una guerra revolucionaria. Es muy probable que los gobiernos imperialistas no respondan a nuestro llamamiento, pero nos guardaremos de lanzar un ultimátum al cual sería muy fácil decir no. Si el proletariado alemán comprende que nosotros estamos dispuestos a considerar todas las ofertas de paz, eso es verosímil que sea la gota de agua que haga desbordar el vaso; la revolución estallará en Alemania…" **Un solo delegado levantó la mano para votar en contra pero la bajó inmediatamente ante la repulsa del congreso, entonces comenzaron a ascender en la sala las voces de todos los presentes cantando la *Internacional*,** viejos y aguerridos luchadores, viejas, valientes y respetadas revolucionarias, jóvenes soldados curtidos por la guerra, o lloraban o contenían las lágrimas a duras penas. "Hay que decir que el gesto audaz de los bolcheviques, su osadía para atravesar las alambradas de púa que durante cuatro años nos habían separado de los pueblos vecinos, bastaron para producir una enorme impresión", escribirá más tarde en sus memorias Stankievich mientras que el barón Budberg será más brutalmente claro en su diario: "El nuevo gobierno del camarada Lenin comienza por decretar la paz inmediata […] como están hoy las cosas, es un golpe genial para atraerse a la masa de los soldados; lo acabo de comprobar en el estado de espíritu de varios regimientos que hoy he visitado; el telegrama de Lenin sobre una tregua inmediata de tres meses y la paz consecutiva, ha producido en todas partes una impresión formidable y ha suscitado estallidos de júbilo. Hemos perdido nuestras últimas probabilidades de salvar el frente." **Tras cantar la *Marcha fúnebre* en honor a los muertos por la libertad, el congreso aprobó el *Decreto sobre la tierra* propuesto por Lenin** y que éste explicaba así: "Esto no es un proyecto como el del antiguo ministro Chernov, quien hablaba de "construir un armazón" y quería realizar las reformas por arriba. Es por abajo y directamente como se llevará a cabo el reparto de la

tierra.” Lenin sostiene el texto del decreto, escrito a mano en un papel, en sus manos y lo lee con dificultad a causa de su propia letra, ha comenzado afirmando: “Mienten como viles impostores los que hablan de saqueos y de anarquía en el campo. ¿Dónde y cuándo los saqueos y la anarquía han sido consecuencia de medidas razonables?” El congreso siguió discutiendo apasionadamente las múltiples propuestas, entre ellas **qué tipo de composición debía tener el gobierno obrero y campesino a formar**. Un oficial ucraniano lanzó en su lengua a la asamblea: “El nacionalismo no tiene nada que ver en esta crisis […] ¡Viva la dictadura proletaria en todos los países!” **A propuesta de Kámenev el congreso aprobó el siguiente llamamiento**: “El Congreso de los Sóviets de toda Rusia invita al consejo de ministros a tomar enérgicas medidas contra las tentativas contrarrevolucionarias y los pogromos antisemitas o de otra especie. El honor de la revolución de los obreros, soldados y campesinos exige que no sea tolerado ningún pogromo. La Guardia Roja de Petrogrado, la guarnición revolucionaria y los marinos han mantenido el orden más perfecto en la capital. ¡Obreros, soldados, campesinos, seguid en todas partes el ejemplo de los obreros y los soldados de Petrogrado! ¡Camaradas soldados y cosacos, a vosotros incumbe la labor de asegurar el verdadero orden revolucionario! ¡Toda la Rusia revolucionaria y el mundo entero tienen los ojos fijos en nosotros!” **Según Trotsky, el congreso abre sus sesiones de este día a las diez de la noche, Kámenev**, como presidente, **informa de lo hecho por la mesa** durante el día: se ha **abolido la pena de muerte** restablecida por Kerensky para el frente, se ha **reimplantado la plena libertad de agitación**, se han impartido órdenes de dejar en **libertad a los soldados encarcelados** por delitos de opinión **y** a los miembros de los **comités agrarios,** se ha revocado a todos los comisarios del Gobierno Provisional y ordenado el arresto de Kerensky y Kornílov; todas las decisiones son aprobadas y confirmadas por el congreso. Sobre la 1 de la madrugada Kámenev puede comunicar al congreso que el 10º Batallón de Motociclistas, llamado del frente por el Gobierno Provisional, se adhiere al congreso.

El Comité Militar Revolucionario dirige este llamamiento: “*¡A todos los comités del ejército y a todos los sóviets de diputados solados!* La guarnición y el proletariado de Petrogrado han derrocado al gobierno de Kerensky, alzado contra la revolución y el pueblo […] Al informar al frente y al país de este acontecimiento, el Comité Militar Revolucionario invita a todos los soldados revolucionarios a vigilar atentamente la conducta de los oficiales. Los oficiales que no se pongan franca y abiertamente al lado de la revolución deberán ser arrestados como enemigos. El Sóviet de Petrogrado estima que el programa del nuevo gobierno deber ser: proposición inmediata de una paz democrática general, entrega sin demora a los campesinos de las grandes fincas, entrega de todo el poder a los sóviets, convocatoria de la de la Asamblea Constituyente. El ejército revolucionario del pueblo no debe permitir que tropas de espíritu dudoso sean enviadas contra Petrogrado. Hay que tratar de ganar a estas tropas por la persuasión y el razonamiento, pero si este medio fracasa, detened implacablemente su marcha por la fuerza. La presente orden será leída inmediatamente a todas las unidades militares de todas las armas. Quien impida que el conocimiento de ella llegue a los soldados cometerá un gran crimen contra la revolución y será castigado con todo el rigor de la ley revolucionaria. ¡Soldados! ¡Luchad por la paz, el pan, la tierra y un gobierno del pueblo!” Fueron varios los llamamientos lanzados, en uno de ellos se decía: “… El Congreso de los Sóviets de toda Rusia ha decidido que todos los miembros de los comités agrarios que hayan sido detenidos sean puestos inmediatamente en libertad, y los comisarios que ordenaron su detención sean encarcelados. Desde ahora todo el poder pertenece a los sóviets. Los comisarios del Gobierno Provisional quedan destituidos…”

Ya en la madrugada del 8 al 9, a las 2,30 horas, Kámenev da lectura del ***Decreto sobre la formación del gobierno*** **que es aprobado por el Segundo Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos por amplia mayoría**. El nombre de "comisarios del pueblo" ha sido propuesto por Trotsky y adoptado con entusiasmo por Lenin; aquél recordará más tarde que: "… inmediatamente pasamos a hablar de los asuntos pendientes. Hay que forma el gobierno. Estamos reunidos unos cuantos miembros del comité central. Una sesión fugaz en el rincón de una sala. -¿Y cómo vamos a llamarlo? – exclamó Lenin, reflexionando en voz alta- Todo menos ministros, que es un nombre repugnante y gastado. -¿Por qué no… comisarios?- intervine yo – Lo malo es que hay ya demasiados comisarios. Pero podríamos poner "altos comisarios"… Aunque no: eso de "altos" suena mal. Digamos "comisarios del pueblo". -¿Comisarios del pueblo? Sí, no está mal –asintió Lenin- ¿Y el gobierno en conjunto? –Soviet [consejo], naturalmente, soviet… El "Soviet de los comisarios del pueblo" me parece que queda bien. –Sí- repitió Lenin- el "Soviet de los comisarios del pueblo"… ¡Magnífico! ¡Esto huele formidablemente a revolución!..."

Trotsky, después de rehusar la propuesta de Lenin de ser nombrado Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, ha rechazado también asumir el comisariado de interior pero **tiene que aceptar el de asuntos extranjeros por iniciativa de Svérdlov**: "Cuando me encomendaron el Ministerio de Negocios Extranjeros parecía imposible tomar posesión de los asuntos: todo el personal del ministerio, desde los altos empleados hasta las mecanógrafas, saboteaban al nuevo ministro. Los armarios estaban cerrados y las llaves no aparecían. Llamé a Markin, que parecía conocer el secreto de la acción directa. No sé cómo se las arregló; el caso es que se llevó detenidos, por espacio de veinticuatro horas, a dos de aquellos diplomáticos, y al día siguientes ya estaban en su poder las llaves."

El nuevo gobierno obrero y campesino está formado exclusivamente por bolcheviques ante el rechazo de los socialistas-revolucionarios a asumir los puestos que se les habían ofrecido. Trotsky escribe en su historia: "Siete miembros del Comité Central del Partido Bolchevique son designados para componer el primer Sóviet de los Comisarios del Pueblo: **Lenin**, como jefe del gobierno, sin cartera; **Ríkov**, como Comisario del Pueblo en interior; **Miliutin**, como dirigente de Agricultura; **Noguin**, a la cabeza de Industria y Comercio; **Trotsky**, en Asuntos Extranjeros; **Lomov**, en Justicia; **Stalin**, como presidente de la Comisión de las Nacionalidades. Guerra y Marina quedan a cargo de un comité compuesto por **Antonov-Ovseenko, Krylenko y Dybenko**; se espera colocar a **Shliapnikov** como Comisario de Trabajo; **Lunacharsky** dirigirá Instrucción; se confía a **Teodorovich** la ingrata y penosa tarea del abastecimiento; Correos y Telégrafos queda a las órdenes del obrero **Glebov**. Por el momento, **no se designa a nadie como Comisario de Vías y Comunicaciones**; queda abierta la puerta para un entendimiento con las organizaciones de los ferroviarios. […] **Kámenev** y **Zinóviev** no forman parte del Consejo de Comisarios del Pueblo: el primero se lo había designado presidente del nuevo Comité Ejecutivo Central; al segundo, redactor del órgano oficial de los Sóviets." Falta en esta lista **Skvortsov** nombrado Comisario de Hacienda. **Avilov**, en nombre de los internacionalistas unificados **plantea objeciones a la composición del nuevo gobierno** enumerando a conciencia todas las dificultades a las que se enfrenta: "Ante el nuevo gobierno vuelven a plantearse los problemas de siempre: el del pan y el de la paz. Y si no puede resolverlos, será derribado." **Tras él habla Karelin** en nombre de los socialistas-revolucionarios de izquierda afirmando que **el programa del gobierno no se podrá poner en práctica** si siguen ausentes los partidos que se han retirado del congreso: "los bolcheviques no son responsables de ese retiro", admite, para continuar expresando que se apoyará al gobierno, aunque no se

entre en él… pero votan contra el gobierno propuesto, aunque… "Apoyarán al nuevo poder en su esfuerzo por resolver las cuestiones urgentes." **Trotsky debe subir a la tribuna** "para defender la determinación bolchevique de seguir adelante" relatará después Sujánov. **Tras esto es el representante del Comité Ejecutivo de la Unión de Ferroviarios, Vikjel**,: "¡Que se sepa bien: **el 'Vikjel ha revocado su primitiva decisión de apoyar el Congreso de los Sóviets!",** pero este organismo anquilosado ya hace tiempo que no representa más que a la capa superior de ferroviarios, cierto que bastante numerosa; pronto le contesta el delegado de Tajkent: "Toda la masa ferroviaria de nuestra región se pronuncia por la entrega del poder a los sóviets" y se le une un representante de los ferroviarios para afirmar que el Vikjel es "un cadáver político". El representante del Vikjel argumenta que como tal no estaban invitados al congreso, Kámenev replica para cerrar la discusión: "La regularidad del congreso ni siquiera puede ser discutida. No hemos sido nosotros quienes establecimos el *quórum* sino el antiguo Comité Ejecutivo Central […] El congreso es el órgano supremo de las masas de obreros y soldados." **El congreso aprueba por aplastante mayoría el nuevo gobierno**; la resolución de Avilov reúne apenas 150 votos en su mayor parte de socialistas-revolucionarios de izquierda; se aprueba **también la composición del nuevo Comité Ejecutivo Central de los Sóviets de toda Rusia** (62 bolcheviques, 29 socialistas-revolucionarios de izquierda), este comité deberá incorporar a los representantes de los sóviets campesinos y de las organizaciones del ejército que renueven sus mandatos y las fracciones ausentes del congreso podrán enviar sus delegados a dicho comité sobre la base de la representación proporcional. **A las 5,15 de la mañana Kámenev cierra el congreso**.

***Pravda* reaparece este día bajo su nombre**: "Quieren que nos quedemos solos para recoger el guante, que estemos solos para afrontar las terribles dificultades que se le plantean al país […] Pues bien, tomamos el poder solos apoyándonos en la aprobación del país y contando con la ayuda amistosa del proletariado europeo […] Habiendo tomado el poder, aplicaremos a los enemigos de la revolución, y quienes la sabotean, el guante de hierro. Soñaron con la dictadura de Kornílov […] Les daremos la dictadura del proletariado."

Kornílov huye de la 'prisión imaginaria' en la que lo alojaba el Gobierno Provisional rodeado de todas las comodidades y de sus ayudantes de Tek.

El Comité Militar Revolucionario dirige un telegrama a los soldados y oficiales revolucionarios **ordenándoles arrestar y remitir a Petrogrado a Kerensky y Kornílov**.

9

Trotsky organiza la defensa de Petrogrado contra los cosacos que apoyan a Kerensky.

Lenin, en calidad de Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, **firma el *Decreto sobre la prensa*.**

El Comité de Salvación Pública reaccionario difunde una proclama en Petrogrado: "¡Resistid con las armas en la mano a la aventura insensata del CMR bolchevique! Hacemos un llamamiento a todas las tropas fieles a la revolución para que se reúnan con las de la Escuela Militar Nicolás y para que se agrupen alrededor del Comité de Salvación Pública…", al llamamiento no responde ninguna unidad del ejército.

El general Krasnov, en marcha sobre Petrogrado, es arrestado por la Guardia Roja.

En España *El Socialista* titula un pequeño suelto informativo: "En Rusia. Triunfo de los maximalistas".

10

El Segundo Congreso Panruso de los Sóviets abole la pena de muerte en el ejército: "El Congreso de los Sóviets de toda Rusia decreta: Queda abolida la pena de muerte en el ejército, restablecida por Kerensky. Se restablece enteramente la libertad de propaganda en el frente. Todos los soldados y oficiales revolucionarios detenidos por supuestos delitos "políticos" serán puestos inmediatamente en libertad." El Consejo de Comisarios del Pueblo **decreta la entrega de viviendas a la disposición de los municipios** a fin de paliar la cuestión de la vivienda; comunica que sin demora **establecerá la legislación del seguro social.**

El Comité Ejecutivo Central de los Sóviets aprueba el ***Decreto sobre la milicia obrera*** y el ***Decreto sobre la prensa*****.**

Trotsky, en calidad de Presidente del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado y Podvoisky, en calidad de Presidente del Comité Militar Revolucionario, firman la orden ***A los Sóviets de distrito de Diputados Obreros y a los Comités de Fábrica. Orden*****,** haciendo un llamamiento para **reforzar las defensas de Petrogrado** ante el ataque prevista de las tropas contrarrevolucionarios a las órdenes de Kerensky y pasar al contraataque.

Trotsky, a la cabeza de los Guardias Rojos llega Gatchina, cercanías de Petrogrado, donde las tropas de Kerensky sufren su primer revés, no obstante, Kerensky logra escapar.

En Petrogrado los cadetes de la escuela de oficiales se sublevan y logran aprehender a Antónov-Ovseienko; Trotsky declara ante el Sóviet de Petrogrado: "*Los prisioneros que hemos tomado son rehenes en nuestras manos. Si nuestros enemigos tomaren prisioneros entre nosotros, sepan que canjearemos cada obrero y campesino por cinco cadetes militares* […] *Hoy les hemos demostrado que nuestras vacilaciones han tocado a su fin. No bromeamos cuando están en juego los intereses fundamentales de los obreros y los campesinos. Sabemos cómo han combatido los terratenientes y los capitalistas* […] *cómo han tratado a los soldados insurrectos, obreros y campesinos, cuánta sangre han derramado, cuántas vidas han destruido…*" (En una sesión posterior explicará el sentido de sus palabras, no obstante ser muy claro, ante las protestas de algunos delegados en el sentido de que se estaba proponiendo ejecuciones, Trotsky declaró que sobraba decir que la vida de los prisioneros era inviolable "por razones humanitarias y porque los vivos valen más para nosotros que los muertos"; aunque estándolo, quedaba claro que se había referido al canje de prisioneros).

En Moscú el Comité de Salvación ha ocupado las estaciones de ferrocarril, la central eléctrica y la de teléfonos y a media noche los alumnos de las escuelas militares, armados por el coronel socialista-revolucionario, **rodean el Kremlin** cuyo comandante, Berzin, aislado del Comité Militar Revolucionario, entrega la fortaleza bajo promesa formal de respetar la vida de sus hombres… cuando abre el mismo las puertas es prácticamente linchado mientras que los obreros del arsenal se enteran de la ocupación cuando la reacción arresta a su comité de fábrica. Amaneciendo el día 11, serán ametrallados cobardemente en el sobreviviendo muy pocos al asesinato colectivo: contraste entre la justicia somera revolucionaria y la justicia vengativa y de terror que impone la burguesía; **en opinión de Serge se puede decir que en esta masacre de obreros comienza el terror blanco**. Las negociaciones para un armisticio en la ciudad quedan suspendidas a raíz de la masacre y el Comité Militar Revolucionario se encuentra casi rodeado, aunque los guardias rojos y los regimientos sublevados ya acudían desde las barriadas obreras estableciendo, a su vez, otro cerco a los terroristas blancos.

El Comité Militar Revolucionario dicta la siguiente orden: “1º Queda prohibida hasta nueva orden la fabricación de **alcohol y de toda clase de bebidas alcohólicas**. 2º Se ordena a todos los poseedores de vinos y espirituosos, a los fabricantes de alcohol y bebidas alcohólicas, antes del 27 del corriente a más tardar, den a conocer el lugar exacto de sus almacenes. 3º Los contraventores de esta orden serán puestos a disposición del Tribunal Militar Revolucionario.”

En España, *El Socialista* publica dos editoriales, uno dedicado a la revolución rusa y titulado “Sería bien triste…”: “Las noticias que recibimos de Rusia nos producen amargura, creemos sinceramente, y así lo hemos dicho siempre, que la misión del momento de aquel país era poner su fuerza toda en la empresa de aplastar el imperialismo germánico.”

11

Trotsky: “El vodka es un factor político en igual medida que la palabra.” Los revolucionarios se enfrentan a borracheras colectivas desmedidas producto del saqueo de bodegas; John Reed escribirá: “Posteriormente, se descubrió que los kadetes mantenían una verdadera organización encargada de provocar desórdenes entre las tropas. Se avisaba por teléfono a los cuarteles que se distribuiría vino en tal o cual barriada y, cuando se presentaban los soldados, un individuo les señalaba el lugar en que se encontraban las bodegas.”

La Central Telefónica de Petrogrado estaba todavía en manos de la contrarrevolución, ayudada por oficiales franceses, y se abastecía de municiones camuflándolas en ambulancias (de lo que fue testigo Louise Bryant, escritora y esposa de Reed) que los marinos bolcheviques dejaban pasar. Resistió hasta la tarde.

La contrarrevolución hacía ya días que facilitaba o ejecutaba el robo en grandes cantidades de alcohol para desmoralizar a los luchadores; en ese mismo día Trotsky, en el salón donde estaba reunido el Comité Central Ejecutivo de los Sóviets luchaba contra la desmoralización y los temores a que la contrarrevolución venciese o, según rumores, ya hubiese vencido en Moscú: “*Propusimos a los junkers de Vladimir que se rindieran* [dijo]. *Quisimos evitar el derramamiento de sangre. Pero ahora que la sangre ha corrido, no hay más que un camino: la lucha sin cuartel. Sería pueril pensar que podemos vencer de otro modo. Ha llegado el momento decisivo. Todo el mundo debe cooperar con el Comité Militar Revolucionario, informar dónde se hallan los almacenes de alambre de púas, de gasolina, de armas… Hemos tomado el poder; ahora tenemos que conservarlo.” Luego añadió “La pequeña burguesía, con tal de aplastar a los obreros, los soldados y los campesinos, ¡se aliaría con el demonio!* […] *¡No bebáis, camaradas! Nadie debe permanecer en la calle después de las ocho de la noche, excepto las patrullas. Se harán registros en los lugares sospechosos y el alcohol que se encuentre será destruido. No habrá piedad para los traficantes de alcohol*”. El Comité Militar Revolucionario repartió un pasquín donde podía leerse: “1º Queda prohibida hasta nueva orden la fabricación de alcohol y de toda clase de bebidas alcohólicas. 2º Se ordena a todos los poseedores de vino y espirituosos, a los fabricantes de alcohol y bebidas alcohólicas, antes del 27 [10 noviembre]

Lunacharsky comisario de instrucción pública, hace público un extenso *Decreto sobre la educación popular*: “Enseñanza es la transmisión de conocimientos ya definidos por el maestro al alumno. La educación es un proceso creador. Durante toda la vida, la personalidad del hombre se “educa”, se extiende, se enriquece, se afirma y perfecciona.”

El **Comisariado de Trabajo** aprueba el ***Decreto sobre la duración del trabajo, su límite de edad y el trabajo de las mujeres***, que entra en vigor por vía telegráfica y se publicará el día 13 en *Izvestia*, también conocido como el decreto de las 8 horas.
En el local del Comité Central del Sindicato de Ferroviarios de toda Rusia la conferencia de todos los partidos socialistas trabajaba para formar gobierno y Dan, en nombre de los mencheviques de derecha, proponía firmar una tregua respetando a Kerensky y formar un gobierno de coalición socialista… con exclusión de los bolcheviques.

11-17

Discusiones alrededor de la propuesta de un "gobierno socialista de coalición" cuyos partidarios quieren excluir a Lenin y Trotsky. Renace la polémica dentro del partido bolchevique; Mártov ha presentado una resolución al Segundo Congreso Panruso de los Sóviets, apoyada por Lunacharsky, que le pide al Consejo de Comisarios del Pueblo que integre en el gobierno a representantes de otros partidos socialistas (la minoría de mencheviques y socialistas-revolucionarios de derecha ya habían abandonado el congreso en señal de oposición a la revolución y de apoyo a la contrarrevolución); muchos militantes, también bolcheviques, entienden que un gobierno obrero y campesino formado solo por bolcheviques, aunque no sea por voluntad propia, no puede ser más que provisional, hay que trabajar, pues, conciliando y logrando que el resto de partidos 'socialistas' entren en él. El Comité Ejecutivo del Sindicato de Ferroviarios (*Vikjel*), ya en franca minoría dentro del sindicato, retoma la exigencia de un gobierno de coalición en contestación a la oferta de entrar como tal sindicato en el gobierno obrero y campesino. El 11 de noviembre, el comité central bolchevique (estando ausentes Lenin, Trotsky y Stalin) acepta negociar tal gobierno (el Comité Ejecutivo del Congreso de los Sóviets también la aceptará) y mandata a Kámenev para que encabece la delegación negociadora. Los socialistas-revolucionarios exigirán el desarme de los guardias rojos y un gobierno de coalición sin la presencia de Lenin ni Trotsky y que no responda ante los sóviets sino ante "las amplias masas revolucionarias". Los parlamentarios de los sóviets y Riazánov y Kámenev aceptan. Tanto Trotsky como Lenin (éste más duramente) critican la deriva y aquél propone que se prosigan las negociaciones en base a la búsqueda de condiciones que garanticen la preponderancia de los bolcheviques y el poder de los sóviets. En la conferencia del comité central con el comité de Petrogrado y con la sección militar para tratar el tema, Trotsky dirá: "***No teníamos necesidad de hacer el levantamiento*** […] *si no nos hubiéramos propuesto obtener una mayoría en el gobierno* […] *Demos obtener tres cuartas partes de todos los puestos*", añadiendo que Lenin debía seguir presidiendo el gobierno bajo cualquier circunstancia. El día 17 la crisis llegará a su punto más álgido. Los socialistas-revolucionarios de izquierda se escindirán cuando vean claramente que el propósito de los mencheviques y de sus camaradas de derecha no es otro más que la destrucción del gobierno obrero y campesino y de que quieren llevarlos a apoyar con las armas la contrarrevolución; entrarán en el gobierno.

12

Los revolucionarios expulsan a las tropas de Kerensky de Tsarkoye Selo entre las 11 y 12 de la noche. Las tropas contrarrevolucionarias huyen en desbandada.
En Alemania puede leerse en el *Leipziger Volkszeitnug* del partido socialdemócrata independiente: "En Rusia, el proletariado ha tomado el poder; es un acontecimiento de alcance mundial. Jamás el proletariado ha tenido ante sí tarea tan importante como la que tiene hoy en día."

En la madrugada del 12 al 13, a las tres, se recibe un telegrama de Trotsky, como comisario del pueblo y en nombre del Consejo de Comisarios, desde el frente **anunciando el aplastamiento de la contrarrevolución**.

13

Tres regimientos de guarnición de Petrogrado se niegan a intervenir en la lucha contra Kerensky y envían a los soldados que le siguen un formulario de preguntas: "1º ¿Aceptan los soldados y cosacos reconocer el *Tsik* como depositario de la autoridad gubernamental, responsable ante el Congreso de los Sóviets? 2º ¿Aceptan los soldados y cosacos los decretos del Segundo Congreso de los Sóviets? 3º ¿Aceptan los decretos referentes a la tierra y la paz? 4º ¿Consienten en cesar las hostilidades y unirse a sus unidades? 5º ¿Están dispuestos a aceptar la detención de Kerensky, Krasnov y Sávinkov?" Zinóviev declara en la sesión del Sóviet de Petrogrado: "Al adversario sólo se le puede destruir por la fuerza. El peligro consiste en dejarse adormecer por la ilusión de que la lucha ha terminado. […] La noticia de la concertación de un armisticio es inexacta. […] Hay grupos que esperan a ver quién triunfará, si Kerensky o la revolución, y oscilan hacia uno u otro lado, según sople el viento. Estos grupos vacilarán todo el tiempo que se tarde en saberse que Kerensky ha sido aplastado."

Por la noche el gobierno obrero y campesino hace otro llamamiento más, las tropas contrarrevolucionarias huidas de Tsárskoye Seló el día 11 se habían hecho fuertes en Gatchina pero el 13 se rendían: "Las tropas de Gatchina, engañadas por Kerensky, han rendido las armas y acordado detenerlo. El jefe de la lucha contrarrevolucionaria ha huido. El ejército, por enorme mayoría, se ha pronunciado a favor del II Congreso de los Sóviets de toda Rusia y del gobierno formado por él […] El *Tsik* [Comité Central Ejecutivo de los Sóviets] hace un llamamiento a las tropas que aún se hallan bajo el estandarte de la contrarrevolución, y las invita a deponer inmediatamente las armas y a no continuar derramando la sangre de sus hermanos en interés de un puñado de terratenientes y capitalistas. Cada nueva gota de sangre popular caerá sobre vosotros. La Rusia de los obreros, soldados y campesinos maldecirá a los que permanezcan, aunque sólo sea por un instante, al servicio de los enemigos del pueblo…"

Los cosacos de Kerensky se rinden en Púlkovo y su comandante, general Krasnov, hecho prisionero; **Kerensky vuelve a huir**.

***Decreto sobre el régimen de ratificación y promulgación de las leyes*.**

Kollontai, Comisaria de Asistencia Pública, es acogida en el ministerio con una huelga general de los funcionarios. La revolución ha vencido militarmente, pero la contrarrevolución todavía detenta el poder económico, capaz de subvertir todo avance contrario a sus intereses; estos funcionarios están apoyados económicamente por las clases poseedoras.

14

Continúa el sabotaje contrarrevolucionario organizado y financiado por la burguesía; este día entran en huelga los empleados del Banco del Estado. Las grandes firmas industriales, comerciales y bancarias (Banco Agrícola de Tula, Banco Popular de Moscú, Banco del Cáucaso….) continúan pagando el sueldo a sus funcionarios en huelga mientras que el antiguo Comité Ejecutivo Panruso de los Sóviets (mencheviques y socialistas-revolucionarios) destina los fondos robados a la clase obrera a financiar la contrarrevolución.

Dybenko, comisario del pueblo, lanza el llamamiento para la detención inmediata de Kerensky, huido de sus propias tropas, y su puesta a disposición ante los tribunales del pueblo.

Lenin, en calidad de Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, y Stalin, como Comisario de las Nacionalidades, firman la ***Declaración de Derechos de los pueblos de Rusia*****.**

Iatmanov y Mandelbaum, en calidad de **comisarios encargados de la custodia de los museos y colecciones de arte hacen el siguiente llamamiento**: "¡A los ciudadanos de Petrogrado! Se ruega encarecidamente a todos los ciudadanos que contribuyan con todo su esfuerzo a la búsqueda de los objetos sustraídos del Palacio de Invierno en la noche del 7 al 8 de noviembre, y los hagan llegar al comandante del Palacio de Invierno. Los receptores de estos objetos, tiendas de anticuarios o cualquier persona que los retenga ilícitamente en su poder serán considerados como legalmente responsables y castigados con el máximo rigor." La contrarrevolución había hecho correr la noticia de que se había robado en el palacio por valor de más de 500 millones de rublos pero Reed, además de explicar que las obras y objetos de valor del palacio ya habían sido evacuadas a Moscú en septiembre, relata que él mismo las vio almacenadas y bien custodiadas en los sótanos del palacio imperial moscovita. Extraña que los comisarios solo se refieran a la noche del 7 al 8 pues el gran público tuvo libertad de circular libremente por el Palacio de Invierto durante varios días después de la noche del 7 al 8 y, por tanto, de sustraer objetos. La mitad de lo robado fue recuperado… parte en los equipajes de extranjeros que abandonaban Rusia. A iniciativa del Smolny se reunió una conferencia de artistas y arqueólogos que trabajó levantando inventario de las riquezas del Palacio de Invierno, que fue cerrado al público el día 16 a esos efectos.

En Alemania, en el *Leipziger Volkszeintung* del partido socialdemócrata independiente: "Nosotros, proletarios alemanes, en estas horas, estamos en el combate, con todo nuestro corazón, con nuestros camaradas rusos. Ellos combaten también por nuestra causa. Son la vanguardia de la humanidad, la vanguardia de la paz." Pero la dirección del partido sigue completamente dividida sobre la posición a tomar.

15

En Moscú, donde ya hacía dos días que los revolucionarios eran dueños de la ciudad, **se rinde el último reducto, el Kremlin, que firma el siguiente pacto**: "1º El Comité de Seguridad Pública cesa de existir. 2º La Guardia Blanca rinde sus armas y se disuelve. Los oficiales conservan su espada. Las escuelas no guardarán otras armas que las necesarias para la instrucción; todas las otras armas que se hallen en poder de los junkers serán entregadas. El Comité Militar Revolucionario garantiza a todos la libertad y la inviolabilidad de sus personas. 3º La ejecución del desarme prevista en el párrafo 2º será reglamentada por una comisión compuesta por delegados del Comité Militar Revolucionario, oficiales y las organizaciones que hayan participado en las negociaciones. 4º A partir de la firma del presente pacto de paz, los dos bandos darán inmediatamente la orden de que cesen las hostilidades y tomarán todas las medidas necesarias para la rigurosa ejecución de esta orden. 5º Al firmarse el pacto, serán puestos en libertad inmediatamente todos los prisioneros."

El comité central bolchevique reitera que los bolchevique siguen dispuestos a formar gobierno con los partidos que le habían declarado un boicot a los sóviets, siempre y cuando que esos partidos rectificaran y aceptaran la constitucionalidad soviética. Lenin y Trotsky sabían lo evidente, es decir que los bolcheviques no tenían ninguna razón 'democrática' para no formar un gobierno exclusivamente bolchevique al igual que se hacía en cualquier democracia, que lo básico era que la minoría pudiese actuar como oposición dentro de la estructura constitucional dada, la soviética.

El Consejo de Comisarios del Pueblo convoca congreso de ferroviarios de toda Rusia para el día 1 de diciembre… el burocratizado y conciliador Comité Central de

toda Rusia del Sindicato de ferroviarios convoca un contracongreso para dos semanas más tarde.

¿Los bolcheviques, Lenin y Trotsky, eran blanquistas conspiradores, o simplemente revolucionarios decididos? El diario imperialista francés *Entente,* editado en Petrogrado, publicaba la sincera confesión de la burguesía al respecto: "El gobierno de Kerensky discute y vacila. El gobierno de Lenin y Trotsky ataca y actúa. Se llama a este último un gobierno de conspiradores; eso es falso. Un gobierno de usurpadores, sí, como todos los gobiernos revolucionarios que triunfan sobre sus adversarios. Conspiradores ¡no! ¡No! No han urdido ninguna conspiración. Al contrario, de una manera abierta, audazmente, sin embozos, sin disimular sus intenciones, multiplicaron su agitación, intensificaron su propaganda en las fábricas, en los cuarteles, en el frente, en los campos, en todas partes, llegando incluso a señalar de antemano el día en que empuñarían las armas, el día en que se adueñarían del poder […] *¿Ellos* conspiradores? ¡Jamás!" Es interesante señalar aquí un párrafo de esta historia de la revolución rusa de la revolución de Trotsky: "La insurrección es un arte y, como cualquier arte, ella tiene sus leyes. Las reglas de Blanqui respondían a una visión realista de la guerra revolucionaria. El error de Blanqui no residía en el teorema directo sino en su recíproca. Del hecho de que la incapacidad táctica conducía la revolución al descalabro, Blanqui deducía que la observancia de las reglas referentes a la táctica insurreccional era capaz, por sí misma, de proporcionar la victoria. Sólo desde este punto es legítimo contraponer al blanquismo el marxismo. La conspiración no reemplaza la insurrección. Por mejor organizada que se encuentre, la minoría activa del proletariado no puede adueñarse del poder independientemente de la situación general del país. En esto, el blanquismo está condenado por la Historia. Pero sólo en esto. El teorema directo conserva toda su fuerza. Para conquistar el poder, no basta al proletariado un alzamiento de fuerzas elementales. Necesita la organización correspondiente, el plan, la conspiración. Así es como Lenin plantea la cuestión."

En Alemania, Kautsky escribe en el *Leipziger Volkszeitung*: "¿Cómo acabará todo esto? […] en la descomposición social y política, en el caos."

16

En sesión de Comité Ejecutivo de los Sóviets, celebrada en la noche del 15 al 16, los **socialistas-revolucionarios de izquierda insisten en que los bolcheviques formasen gobierno de coalición** incluyendo al resto de partidos socialistas, y excluyendo a Lenin y Trotsky, y amenazan con retirarse, en caso contrario, tanto del Comité Militar Revolucionario y del mismo Comité Ejecutivo; **Kámenev presenta en nombre de los bolcheviques una propuesta de resolución** que, entre otras cosas, dice: "El Comité Ejecutivo considera conveniente la entrada en el gobierno de representantes de todos los partidos socialistas que componen los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos que reconocen las conquistas de la revolución del 7 de noviembre, es decir, el poder soviético, los decretos sobre la tierra, la paz, el control obrero y el armamento de las masas obreras. […] proseguir con todos los partidos socialistas las negociaciones entabladas acerca de la constitución del poder […] El gobierno organizará sistemáticamente el armamento de las masas obreras de Rusia. Se estima indispensable la participación en el gobierno de Lenin y Trotsky." En realidad, Kámenev, que había sido elegido Presidente del Comité Central Ejecutivo de los Sóviets, pide la disolución del gobierno bolchevique y su reemplazo por la coalición; tiene tras de sí a los miembros más importantes del mismo gobierno bolchevique: Ríkov, Miliutin, Noguín, Lunacharsky y Teodorovich, comisarios del pueblo, y a Zinóviev, Lozovsky, Riazánov y Yuréniev, entre otros. **Los representantes del Vikjel** (Comité Central de toda Rusia

del Sindicato de Ferroviarios) **ocupan sus puestos en el Comité Central Ejecutivo** de los Sóviets.

Ya en pleno día 16 es el comité central bolchevique el que conmina a los conciliadores a acatar la disciplina del partido y, caso contrario, amenaza con un congreso extraordinario para decidir la disputa.

Lunacharsky lanza un llamamiento, y al mismo tiempo una dimisión que no se concretó en esos días: "¡Camaradas! …Sois los jóvenes dueños del país, y aunque en los momentos actuales tengáis muchas cosas de que preocuparos, sí que sabréis defender también vuestra riqueza artística y científica. ¡Camaradas! Una desgracia aterradora, irreparable, se ha abatido sobre Moscú. La guerra civil ha provocado el bombardeo de numerosos distritos de la ciudad. Han estallado los incendios. Se han producido destrucciones. Resulta especialmente espantoso desempeñar el Comisariado de Instrucción Pública en estos días de guerra salvaje, implacable y destructora y de ciega aniquilación. La esperanza en la victoria del socialismo, fuente de una cultura nueva, es, en estos tremendos días, el único consuelo. Pero sobre mí pesa la responsabilidad de proteger la riqueza artística del pueblo. No es posible permanecer en un cargo donde uno se siente impotente. Por ello, he presentado mi dimisión. Pero, os suplico, camaradas, que me apoyéis, que me ayudéis. Preservad, para vosotros mismos y para vuestros descendientes, las bellezas de nuestro país. Sed los guardianes de los bienes del pueblo. Pronto hasta los más incultos, aquellos a quienes la opresión ha tenido durante tanto tiempo sumidos en la ignorancia, se educarán y sabrán comprender qué fuente de gozo, de fuerza y sabiduría son las obras de arte. ¡Trabajadores rusos, sed dueños atentos y vigilantes! Vosotros todos, ciudadanos, preservad nuestra riqueza común."

Lenin y Miliutin envían por millares a las aldeas las *Instrucciones a los emisarios provinciales* concretando tareas prácticas inmediatas para desarrollar el *Decreto sobre la tierra*.

17

El gobierno bolchevique prohíbe los diarios del partido burgués cadete que preconizaba la lucha armada contra el gobierno obrero y campesino. Los conciliadores se indignan. Larin presenta una resolución anulando el decreto sobre la prensa: "No puede llevarse a cabo ningún acto de represión política al margen de la autorización de un tribunal especial, elegido por el Comité Ejecutivo Central proporcionalmente a la fuerza de cada fracción. Ese tribunal debe anular todo acto represivo realizado ya."

Enconada discusión en el Comité Central Ejecutivo de los Sóviets sobre la cuestión de la libertad de prensa y la necesidad de la vigencia del *Decreto sobre la prensa*. La discusión divide a los bolcheviques, Trotsky interviene junto a Lenin para defender una nueva resolución sobre la libertad de prensa. En la discusión dirá dirigiéndose a sus camaradas bolcheviques que están a favor de cesar la represión: "*Reclamar el abandono de todas las medidas de represión durante una guerra civil equivale a reclamar la paralización de la misma guerra. Tal reivindicación sólo puede emanar de los adversarios del proletariado.*" Contestando a los argumentos democráticos clásicos sobre la libertad de prensa que plantean los socialistas-revolucionarios de izquierda seguidos por los bolcheviques conciliadores, con la consigna de libertad de prensa y abolición de toda censura, afirma la necesidad de romper con esta concepción que viene a resultar en el reconocimiento del derecho a la existencia solamente de los diarios apoyados por la banca. Propone para el período de transición la confiscación de los estoks de papel y del material de impresión, como también de las empresas, y un reglamento que le dé al pueblo el derecho a expresarse en la prensa. **Tras la**

aprobación de la resolución propuesta por el grupo bolchevique, cinco miembros del Consejo de Comisarios del Pueblo (Noguin, Ríkov, Miliutin, Teodorovich y Schliápnikov) dimiten y emiten una resolución en contra de lo aprobado en la que, entre otras cosas dicen: "Somos partidarios de un gobierno socialista que incluya a todos los partidos socialistas […] Fuera de esta solución, no vemos más que una posibilidad: el mantenimiento de un gobierno exclusivamente bolchevique por medio del terrorismo político…" Riazánov, Derbychev, Comisario de Prensa; Arbuzov, Comisario de las Imprentas del Estado; Yureniev, Comisario de la Guardia Roja; Feodorov, Comisario de Trabajo, y Larin, Jefe de la Sección de Trabajos Legislativos, aunque no dimitieron sí se solidarizaron con la declaración de los que dimitían firmándola. **Al mismo tiempo, Kámenev, Ríkov, Miliutin, Zinóviev y Noguin, se retiraron del Comité Central del Partido Bolchevique** haciendo públicos, de forma muy dura, sus motivos: "… No podemos solidarizarnos con la desastrosa política del comité central, política atentatoria contra la gran mayoría del proletariado y los soldados, que aspiran a que se haga la paz entre los diferentes grupos de la democracia…" Schliápnikov y Teodorovich volvieron a asumir sus cargos, Kámenev fue destituido de sus funciones de presidente del Comité Central Ejecutivo de los Sóviets (lo reemplazó Sverdlov), Zinóviev perdió la presidencia del Sóviet de Petrogrado. **Lenin respondería el día 20 con un artículo también muy duro** publicado ese mismo día en *Pravda* (página 412 y siguientes).
En Francia se constituye el **gobierno Clemenceau**.

18

A las 5,20 horas, **Lenin y Trotsky dirigen un radiograma a los pueblos beligerantes** comunicándoles las propuestas de paz, la aceptación de negociaciones por parte del representante alemán, y llamándolos a lucha para acabar con la guerra imperialista.
En Moscú miles de manifestantes acuden a los funerales de las quinientas víctimas que los revolucionarios habían sufrido y que se enterraron en el Kremlin de cuyas murallas colgaban inscripciones en dorado sobre el fondo rojo: "A los primeros mártires de la revolución socialista mundial" y "¡Viva la fraternidad de los trabajadores del mundo!", por la Puerta de Iberia entraban las obreras, los obreros, los soldados, con pendones en los que se podía leer: "¡Viva la III Internacional!" o "Queremos una paz honrada, general, democrática."
En Ucrania la Rada nacionalista contrarrevolucionaria emite un manifiesto de verborrea de confusión con los decretos y acciones bolcheviques mientras concede paso libre a los oficiales blancos contrarrevolucionarios, que se dirigen a unirse al ejército blanco del Don, pero niega este derecho a las tropas rojas que marchan hacia el sur y desarma a las formaciones soviéticas. En Kiev estallará una huelga general y **hasta febrero de 1918 la Guardia Roja de Petrogrado, Moscú y Jarkov no logrará vencer a medias a la contrarrevolución ucraniana**, que mantendrá la guerra de guerrillas y recibirá el apoyo financiero (180 millones de francos) y logístico del imperialismo francés.

20

Pravda publica la proclama redactada por Lenin, a la que nos hemos referido ya en el día 17, insistiendo en la negativa de socialrevolucionarios de izquierda a asumir comisariados en el Consejo de Comisarios del Pueblo, denunciando con la dureza que exigían las circunstancias, la actitud de varios bolcheviques, e insistiendo en que ante la situación "… tenemos el derecho y nos sentimos *obligados* ante el pueblo a formar el gobierno…" (Para ver el texto completo desde aquí, página 412 y siguientes)

Las potencias centrales ofrecen un armisticio. Llamamiento de Trotsky a los aliados para poner fin a la guerra.
Neratov, aterrado ante la ira popular que desencadenó su huida, **reaparece con los tratados secretos y se los entrega a Trotski, que inmediatamente comienza a publicarlos en *Pravda***. Prosigue el boicot de la burguesía y la burocracia: “en los ministerios continuaban las huelgas de funcionarios y proseguía el sabotaje y la obstrucción de la vida económica normal”, narra Reed; esto provoca desabastecimiento y hambre. **El Comité Militar Revolucionario publica ese día este aviso**: “Las clases poseedoras oponen resistencia al nuevo gobierno de los sóviets, al gobierno de los obreros, soldados y campesinos. Sus partidarios entorpecen la labor de los funcionarios, invitan a los empleados de Banco a que se crucen de brazos, tratan de interrumpir las comunicaciones ferroviarias, postales y telegráficas. Les advertimos que están jugando con fuego. El país y el ejército están amenazados por el hambre. Para luchar contra esta amenaza, es necesario que todos los servicios funcionen regularmente. El gobierno de obreros y campesinos está tomando todas las medidas necesarias para asegurar todo lo necesario al país y al ejército. Oponerse a estas medidas es cometer un crimen contra el pueblo. Advertimos a las clases pudientes y a sus partidarios que, si el sabotaje no cesa y el aprovisionamiento se ve interrumpido, *ellos serán los primeros en sufrir las consecuencias*. *Las clases poseedoras y sus cómplices serán privados del derecho a obtener víveres. Todas las reservas que se hallen en su poder serán confiscadas.* Cumplimos nuestro deber previniendo a los que están jugando con fuego. Estamos convencidos de que, si estas enérgicas medidas se hacen necesarias, contaremos con la aprobación sin reservas de todos los obreros, soldados y campesinos.” En los días sucesivos siguieron más proclamas de esta índole.
Primera utilización masiva de tanques, por los británicos en Cambrai.

21

El Consejo de Comisarios del Pueblo pide a los representantes de la Entente que se asocien a las negociaciones de armisticio. Francia, Gran Bretaña e Italia contestarán dirigiéndose a Dujonin, comandante en jefe del ejército, para que dé un golpe contra el gobierno obrero y campesino y redoble el esfuerzo de guerra. El Consejo de Comisarios del Pueblo dirige por la noche un telegrama al general Dujonin: “El Consejo de Comisarios del Pueblo estima indispensable proponer un armisticio inmediato a todos los pueblos beligerantes, tanto aliados como enemigos. El Comisario del Pueblo de Asuntos Extranjeros ha dirigido una comunicación en este sentido a todos los representantes aliados en Petrogrado. El Consejo de Comisarios del Pueblo, os encarga, ciudadano comandante supremo, en ejecución de la decisión del Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia, dirigir a las autoridades militares enemigas, a la recepción del presente telegrama, una proposición de cese inmediato de las hostilidades, con el fin de entablar negociaciones de paz. A la par que os encarga de que entabléis estas conversaciones preliminares, el Consejo de Comisarios del Pueblo os ordena: 1º Tenerle informado continuamente, por hilo directo, de la marcha de vuestras negociaciones con los plenipotenciarios de los ejércitos enemigos. 2º No firmar el acta de armisticio sin la previa aprobación del Consejo de Comisarios del Pueblo.” Sin embargo, Dujonin dirigirá un llamamiento contra el gobierno obrero y campesino a las tropas, llamamiento que éstas ignorarán. En la noche de este día el Consejo de Comisarios pregunta a Dujonin si está dispuesto a ejecutar la orden recibida y éste responde que solo acatará órdenes de “un gobierno apoyado por el ejército y el país”. El Consejo de Comisarios del Pueblo lo revocará inmediatamente.

22

Decreto sobre el Establecimiento de la Comisión Estatal de Cultura (en ruso).
Radiograma de Lenin a las tropas: "Soldados, la causa de la paz se halla en vuestras manos. Vosotros no consentiréis que los generales contrarrevolucionarios saboteen la gran obra de la paz; los colocaréis bajo fuerte guardia con objeto de evitar linchamientos indignos del ejército revolucionario y para que no puedan escapar al tribunal que ha de juzgarlos. Observad el orden militar y revolucionario más estricto. Que los regimientos que se encuentran en el frente elijan en el acto delegados para que entablen negociaciones formales de armisticio con el enemigo. El Consejo de Comisarios del Pueblo os autoriza para ello. Tenednos al corriente por todos los medios del curso de estas negociaciones. El Consejo de Comisarios del Pueblo es el único calificado para firmar el armisticio definitivo."

23

El Comité Ejecutivo Central de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados ratifica el ***Decreto sobre la abolición de las categorías y los grados civiles*.**
El Consejo de Comisarios del Pueblo dirige ***orden al Comité Militar Revolucionario* para luchar contra los especuladores**.
El Comité Militar Revolucionario dirige llamamiento ***¡A todos los ciudadanos!*, sobre la lucha contra la especulación**. También decreta la **disolución del Comité de Salvación** contrarrevolucionario.
En Petrogrado ya estaban presentes entre 300 y 400 delegados para el Congreso Campesino convocado en el Smolny a pesar de la oposición del Comité Ejecutivo de los Sóviets Campesinos; este comité, tras declarar que el congreso oficial se abriría el 13 de diciembre y que las sesiones que se celebraban no eran más que una 'conferencia extraordinaria', viendo que no podría impedir su celebración como ocurriese con el Segundo Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, había lanzado por toda Rusia instrucciones para la elección de delegados conservadores. La primera sesión reveló a través de una votación que más de la mitad de los delegados pertenecían a la izquierda social revolucionaria, que los bolcheviques alcanzaban a duras penas una quinta parte de la representación y la derecha socialista-revolucionaria una cuarta parte, el resto estaba unido por una hostilidad común hacia el antiguo Comité Ejecutivo de los sóviets campesinos. En su primera jornada de sesiones la 'conferencia' decide **ampliar la representación de forma que se añade a la representación de las provincias las de los distritos**… lo que provoca que el antiguo Comité Ejecutivo abandone la sala; sin embargo, la mayoría de los representantes son hostiles al gobierno obrero y campesino. La asamblea ha elegido a **María Spiridonova** como **presidente**.

24

Comienza el Congreso Extraordinario de toda Rusia de los Sóviets de Diputados Campesinos que prolongará sus sesiones hasta el 8 de diciembre.

25

En las elecciones a la Asamblea Constituyente, sobre cuya celebración el Gobierno Provisional había informado el 15 de marzo, fijado mediante decreto su realización para el 30 de septiembre, pero postergada en agosto para el 25 de noviembre y **realizada sobre la base de las listas preparadas antes de la insurrección y con una reglamentación del Gobierno Provisional**, los **partidos socialistas** obtienen el 62% de los votos y los **bolcheviques** el 25%. 21 millones de votos a los **socialistas-**

revolucionarios; 9.500.000 a los **bolcheviques** y 4.500.000 a los **partidos estrictamente burgueses.** Como las listas para estas elecciones estaban confeccionadas mucho antes de la escisión en las filas de los socialistas-revolucionarios, el resultado no pudo representar en ningún caso los deseos de la inmensa mayoría de la población, el campesinado. Si los socialistas-revolucionarios de izquierda que resultaron elegidos en estas elecciones eran 40 frente a 310 de la derecha, la proporción en el congreso de los sóviets campesinos era, sin embargo, inversa… es decir que se había elegido a un partido que en aquellos momentos prácticamente no existía.

Trotsky responde públicamente a la carta de los aliados a Dujonin caracterizándola como un intento de intimidación contra el pueblo ruso para "*obligarle a aplicar los tratados firmados por el zar y aceptados por los gobiernos Miliukov-Kerensky-Terechenko*"; en *Izvestia* de ese día puede leerse cómo se dirige a los trabajadores: "*Las naciones agotadas de Europa están de nuestra parte. Todas ellas piden una paz inmediata y nuestro llamamiento al armisticio suena como música en sus oídos. Los pueblos de Europa no les permitirán a sus gobiernos imperialistas que perjudiquen al pueblo ruso que no ha cometido otro crimen que querer la paz y afirmar la fraternidad humana. Que sepan todos que los soldados, obreros y campesinos de Rusia no han derrocado al gobierno del zar y de Kerensky para convertirse en carne de cañón de los aliados imperialistas*."

26

El Sóviet de Bakú toma el poder.

El gobierno obrero y campesino envía la oferta de armisticio a los Imperios Centrales que aceptan inmediatamente Alemania y Austria-Hungría proponiendo comenzar las negociaciones el 2 de diciembre. Se abren las negociaciones entre rusos y alemanes. Radek dirige una oficina encargada de publicar en alemán cuantiosa propaganda revolucionaria que será distribuida a los soldados y obreros alemanes, en ocasiones hasta por avión; se traduce y reparte el llamamiento soviético a la paz y el diario *Die Fackel* (la Antorcha) se reparte por centenares de millares a lo largo del frente provocando una seria inquietud en el mando alemán.

27

El Comité Central Ejecutivo de los Sóviets de toda Rusia aprueba el *Decreto sobre el control obrero*.

El Congreso Panruso de los Sóviets Campesinos aprueba la resolución (páginas 433-435) presentada, y redactada, por Lenin. En la discusión previa, Lenin afirma entre otras cosas: "**El problema agrario no puede resolverse al margen de los otros problemas de la revolución social**. Por ejemplo, la confiscación de las tierras provoca la resistencia, no sólo de los terratenientes rusos, sino también la del gran capital extranjero, al que se halla vinculada la gran propiedad de la tierra por medio de los bancos […] la confiscación de la tierra por los campesinos es uno de los pasos más importantes de nuestra revolución […] *Si el socialismo no pudiera implantarse hasta que todo el mundo, sin excepción haya alcanzado el desarrollo intelectual suficiente, no veríamos el socialismo, probablemente, antes de quinientos años.* **El partido político de la clase obrera es la vanguardia de esta clase; no debe dejarse detener en su marcha por el bajo nivel de educación de las masas, sino que debe ponerse al frente de ellas, valiéndose de los sóviets como instrumentos de su iniciativa revolucionaria** [respondía a las objeciones sobre el bajo nivel cultural de los campesinos]. Pero para ponerse a la cabeza de los vacilantes es precios que los camaradas socialrevolucionarios de izquierda dejen ellos mismo de vacilar."

28

El Congreso Extraordinario de toda Rusia de los Sóviets de Diputados Campesinos discute y aprueba el informe sobre las condiciones para la unión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados y del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia de los Sóviets de Diputados Campesinos. Sesión solemne conjunta del Congreso Extraordinario Campesino, el CEC de los sóviets de obreros y soldados y el Sóviet de Petrogrado en la que se aprueba y ratifican los decretos sobre la paz, la tierra y el del control obrero.

Trotsky queda encargado de anunciar ese día la **puesta fuera de la ley del partido burgués cadete** por ser la dirección política de los guardias blancos contrarrevolucionarios y el centro de reclutamiento de los generales Kornílov y Kaledin. Entre otras cosas, dirá: "*Hemos comenzado modestamente. Hemos arrestado a los dirigentes cadetes y dado la orden de vigilar a sus partidarios en provincias. En la época de la Revolución Francesa, los jacobinos guillotinaron a gente más honesta que a ésta porque eran un obstáculo para la voluntad del pueblo. Ni hemos ejecutado a nadie ni tenemos la intención de hacerlo, pero hay momentos en los que se desata la cólera del pueblo y los cadetes se han metido ellos solos en estos apuros.*"

***Pravda* publica un artículo de Trotsky en el que otra vez más se dirige a los gobiernos occidentales:** "*El alférez Krilenko, Comandante Supremo de los ejércitos de la república, ha propuesto posponer la inauguración de las conversaciones sobre el armisticio durante cinco días, hasta el 1 de diciembre, de modo que se le pueda volver a pedir a los gobiernos aliados que definan su actitud* […] *Nosotros, el Consejo de Comisarios del Pueblo, hacemos esta pregunta a los gobiernos de nuestros aliados* […] *os preguntamos ante vuestros propios pueblos, ante el mundo entero: ¿estáis de acuerdo en reuniros con nosotros en conversaciones de paz?* […] *Nos dirigimos a los pueblos de los países aliados, y en primer lugar a sus masas obreras: ¿estáis de acuerdo en prolonga esta masacre insensata y sin otro objetivo que correr ciegamente hacia el hundimiento de la civilización europea?* […] *La respuesta debe darse ahora, con hechos y con palabras. El ejército ruso y el pueblo ruso no pueden esperar ni esperarán más* […] *Queremos una paz general, pero si la burguesía de los países aliados nos obliga a firmar una paz por separado, la responsabilidad recaerá completamente sobre ella. Para acabar, llamamos a los soldados de los países aliados a actuar sin perder un minuto: ¡Abajo la campaña de invierno! ¡Abajo la guerra!*" **En un informe al Sóviet de Petrogrado añade:** "*En ningún caso permitiremos que los principios de la paz universal, proclamados por la revolución rusa, sean tergiversados* […] *Bajo presión popular, los gobiernos de Alemania y Austria han aceptado ya sentarse en el banquillo de los acusados. Pueden ustedes estar seguros de que el fiscal, en la persona de la delegación de paz revolucionaria rusa, estará a la altura de su responsabilidad y pronunciará a su debido tiempo la tonante acusación contra la diplomacia de todos los imperialistas.*"

En Argentina comienza la **huelga de trabajadores de frigoríficos** (tratamiento de carne para exportación) en Berisso, calculada la fecha para evitar en parte el uso de esquiroles.

29

El Consejo de Comisarios del Pueblo decreta la disolución y reelección de la Duma municipal de Petrogrado.

30

En la última semana de este mes el Consejo de Comisarios del Pueblo publicó un decreto cambiando el nombre del Palacio de Invierno de Petrogrado por el de Museo del Pueblo, encomendando el edificio a los cuidados del Comité de Bellas Artes y prohibiendo instalar en él ninguna oficina de gobierno.

En Alemania, en el *Leipziger Volkszeintung* Clara Zetkin explica el significado de la revolución que le ha dado a los sóviets, órganos de los trabajadores, el poder estatal.

Diciembre

Entre noviembre y diciembre, Lenin, en calidad de Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lunacharsky, como Comisario del Pueblo de Instrucción Pública, y Gorbunov, en calidad de Secretario del Consejo, firmaron el ***Decreto sobre el monopolio de la publicidad*****.**

A principios de este mes Chicherin queda libre, es devuelto a Rusia y **las potencias aliadas consienten en intercambiar algunos 'privilegios' diplomáticos** que se conceden habitualmente a gobiernos reconocidos, como el tránsito de correos diplomáticos soviéticos entre Rusia y Europa y el reconocimiento mutuo de los pasaportes diplomáticos.

1

En la noche del 1 al 2, en la sesión de apertura del congreso de los ferroviarios de toda Rusia, el Consejo de Comisarios del Pueblo le ofrece oficialmente al Comité Central de toda Rusia del Sindicato de Ferroviarios el Comisariado de Vías y Comunicaciones… que aquél acepta.

En el Congreso Extraordinario de los Sóviets de Diputados Campesinos están ya presentes y reconocidos por la mesa con voz y voto 330 delegados de los que 195 son socialistas-revolucionarios de izquierda, 65 de su ala derecha y centro y 37 bolcheviques… el número de delegados seguirá aumentando.

2

Primera reunión de Brest-Litovsk en la que los alemanes proponen una tregua de un mes mientras que los representantes de los sóviets piden un plazo de cinco días, para permitirles a las potencias occidentales unirse a las negociaciones. Éstas no responden. A pesar de ello **Trotsky da instrucciones a los delegados rusos** de no firmar una tregua más que bajo dos condiciones: compromiso de las potencias centrales de **no trasladar las tropas del frente** ruso al occidental y dejar que los rusos lleven a cabo su **propaganda de "confraternización",** es decir de agitación revolucionaria dirigida a los soldados alemanes. Tras la primera negativa alemana a las condiciones y varios tira y afloja, al día siguiente se firmará el armisticio.

La guarnición de Moguilev, sublevada, se apodera de la ciudad y detiene a Dujonin y al Comité del Ejército, saliendo con las banderas rojas desplegadas al encuentro de Krilenko; éste no puede evitar más tarde, a pesar de sus empeños, que la multitud reaccione a las provocaciones de Dujonin linchándolo.

El jefe de la misión norteamericana en Rusia, general Jodsen, visita a Trotsky en el Smolny para anticiparle que, aunque no tenía todavía poderes para hablar en nombre del gobierno de su país, esperaba que todo se arreglase correctamente y trata de saber si el gobierno obrero y campesino de Rusia tenía intención de liquidar la guerra en unión de los aliados. Trotsky le contestó lo que era obvio: que, puesto que el gobierno obrero negociaría, como en todos los casos, sin secretos, bajo una absoluta publicidad, los

aliados, llegado el momento, tendrían ocasión de seguir su curso y unirse a ellas. **Hacia mediados de este mes, Trotsky también se entrevistará con el jefe de la misión militar francesa**, a iniciativa de este último: al militar francés, mal acostumbrado en el trato con los conciliadores, **Trotsky tendrá que enseñarle la puerta de salida**… de la habitación y del edificio.

3

El Consejo de Comisarios del Pueblo acuerda "reducir los salarios de los funcionarios y empleados de todas las instituciones y servicios gubernamentales, sin excepción"; fijaba el salario del Comisario del Pueblo en 500 rublos, era el salario de funcionario más elevado.

Como Comisario de Asuntos Exteriores, **Trotsky celebra en el Circo Moderno un mitin en el que lanza su discurso por la paz y contra la diplomacia secreta**.

Firma del armisticio entre los representantes de los sóviets y los del imperialismo alemán, éstos han aceptado las condiciones de Trotsky rebajando la posibilidad de hacer propaganda a encuentros, en determinados puntos fácilmente controlables, de 25 hombres como máximo. Ese mismo día **Trotsky se dirige en una asamblea repitiendo sus propuestas de paz**.

4

Inicio de la publicación de los textos de los tratados secretos. En *Izvestia* y otros diarios comienzan a publicarse los tratados secretos **con una presentación redactada por Trotsky** en la que, tras señalar que "*Los pueblos de Europa han pagado con innumerables sacrificios y con el empobrecimiento universal el derecho a conocer esta verdad. La eliminación de la diplomacia secreta es la primerísima condición para una política exterior honrada, popular y verdaderamente democrática* […] *la diplomacia secreta es un arma necesaria para la actuación de una minoría de poseedores obligados a engañar a la mayoría para que aquella diplomacia secreta sirva a sus intereses", * acaba diciendo*: "El gobierno de los obreros y los campesinos ha abolido la diplomacia secreta con sus intrigas, cifrados y mentiras. No tenemos nada que ocultar. Nuestro programa expresa los ardientes deseos de millones de obreros, soldados y campesinos. Queremos una paz rápida sobre la base de relaciones honestas y de una cooperación total de todas las naciones. Queremos la abolición rápida de la supremacía del capital. Poniendo al descubierto ante el mundo entero las mentiras de las clases dirigentes, tal y como se expresan en los documentos secretos de la diplomacia, les proponemos a los trabajadores la consigna que siempre estará en la base de nuestra política extranjera: "¡Proletarios de todos países, uníos!""*

Zinóviev vuelve al comité central y escribe: "Nuestro derecho y nuestro deber es advertir al partido de sus propios errores. Sin embargo, permanecemos con el partido. Preferimos cometer errores con millones de obreros y de soldados y morir con ellos antes que separarnos de ellos en esta hora decisiva de la historia […] **No habrá, no puede haber una escisión en el partido."**

Entra en vigor el **armisticio germanoruso**.

6

El parlamento finlandés adopta la declaración de independencia.

En Argentina comienza **ahora en Avellaneda la huelga de trabajadores de plantas frigoríficas** (tratamiento carne para exportación) que se une a la huelga en el sector; **calculado el día de inicio para contrarrestar las posibilidades patronales de contratar esquiroles**.

7

Manifestación contra la guerra en Viena.

9

Comienza el Segundo Congreso de toda Rusia de los Sóviets de Diputados Campesinos… continuidad del Congreso Extraordinario y del que forman parte como delegados todos los del Congreso Extraordinario (o Conferencia) de toda Rusia de los Sóviets de Diputados Campesinos.

Sublevación obrera en Rostov reprimida a sangre y fuego por el terror blanco, aunque el ejército contrarrevolucionario blanco en formación no logra asociar a los cosacos a esta represión.

Las **tropas imperialistas inglesas**, tras haber vencido a los turcos en Gaza, toman **Jerusalén** comandadas por Allenby.

11

Trotsky defiende la prohibición del partido kadete; se le **encarga anunciar** ese día la **puesta fuera de la ley de los dirigentes del partido burgués cadete** por ser la dirección política de los guardias blancos contrarrevolucionarios y el centro de reclutamiento de los generales Kornílov y Kaledin. Entre otras cosas, dirá: "*Hemos comenzado modestamente. Hemos arrestado a los dirigentes cadetes y dado la orden de vigilar a sus partidarios en provincias. En la época de la Revolución Francesa, los jacobinos guillotinaron a gente más honesta que a ésta porque eran un obstáculo para la voluntad del pueblo. Ni hemos ejecutado a nadie ni tenemos la intención de hacerlo, pero hay momentos en los que se desata la cólera del pueblo y los cadetes se han metido ellos solos en estos apuros.*"

El recién creado Consejo Panruso del Control Obrero celebra un mitin.

13

El Consejo de Comisarios del Pueblo aprueba el **Decreto nº 112,** publicado en *Pravda* el 26, "poniendo a disposición de los representantes en el extranjero del Comisariado de Asuntos Extranjeros una suma de **dos millones de rublos para las necesidades del movimiento revolucionario**".

14

Trotsky en el Comité Ejecutivo de los Sóviets: "*Rusia está cortada en dos, en dos campos irreconciliables, el de la burguesía y el del proletariado* […] *No hay nada de inmoral en que el proletariado acabe con una clase agonizante: es nuestro derecho. Os indignáis a causa del terror sin máscaras que aplicamos a nuestros enemigos de clase, pero dejadme deciros que, en un mes o más, adquirirá formas más escalofriantes, copiadas del modelo de la Gran Revolución Francesa. Lo que le espera a nuestros enemigos no es el presidio, es la guillotina.*"

15

Firma del armisticio en Brest-Litovsk.

Creación del Sóviet Superior de la Economía Nacional (VSNKh, siglas en ruso; CSEN, siglas en castellano) que se publicará el 18 de diciembre en *Pravda* nº 206

17

En el *Leipziger Volkszeitung* del partido socialdemócrata independiente alemán se da cabida a una demagógica denuncia de la revolución rusa por parte del menchevique Stein.

18
Confiscación y nacionalización de la sociedad eléctrica 1886 por negarse a asumir el control obrero.

19
Comienza la desmovilización del ejército sin esperar al resultado de las negociaciones para lograr la paz; **también se comienza a liberar** de los campos de concentración y del trabajo obligatorio a los **prisioneros de guerra alemanes y austrohúngaros** a los que se autoriza a circular libremente y trabajar.

20
Creación de la Checa para combatir la contrarrevolución. [Resolución, ruso]

21
En España, *Solidaridad Obrera*, de la CNT Barcelona, publica un artículo en el que puede leerse: "Los principios salvadores de la revolución rusa triunfarán […] El despertar general de la conciencia obrera no se hará esperar. Nosotros, como anarquistas y como proletarios, invitamos al pueblo español a que se dignifique y libere en una acción viril como la de nuestros hermanos los proletarios rusos."
Trotsky se dirige a la reunión conjunta del comité central bolchevique, del Comité Ejecutivo Central de los Sóviets, del Comité Ejecutivo de los Sindicatos, del Sóviet de Petrogrado y de su ayuntamiento; todas las fuentes coinciden en que fue uno de sus mejores discursos.

22
Inicio de las negociaciones de paz en Brest-Litovsk. Joffe es el portavoz de la delegación soviética.

23
Se ordena la **evacuación de las tropas rusas** que ocupaban el **norte de Persia**.

24
En Alemania, Bernstein ataca violentamente a la dictadura proletaria, bolchevique, desde las páginas del *Leipziger Volkszeitung*.

23-25
En Francia Tercera Conferencia Extraordinaria de la CGT. Los minoritarios no alcanzan un acuerdo para un texto común. Es tal el desasosiego detectado entre la militancia que Bourderon declara en esa conferencia: "Pero si alguna vez me encuentro frente a Lenin y a Trotsky, me ruborizaría de vergüenza si no ponéis en la resolución una línea [sic] sobre la revolución rusa."

25
Comienza en Petrogrado el Congreso Extraordinario de toda Rusia de los Obreros Ferroviarios, que durará hasta el 12 de enero de 1918, y que se había convocado a

iniciativa de los sindicatos de ferroviarios de Moscú y Petrogrado; contó con la asistencia de alrededor de 300 delegados (más de la mitad bolcheviques).
Kámenev, Miliutin, Ríkov y Noguin reconsideran su dimisión de noviembre y vuelven al comité central bolchevique.
El Conde Czernin, en nombre de las potencias centrales, Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía, **anuncia en Brest-Litovsk que se unen a la propuesta rusa de firmar una paz inmediata y general** "sin adquisiciones territoriales violentas, ni reparaciones", admiten situarse en el terreno de la autodeterminación nacional excepto en lo concerniente a las colonias y territorios poblados por minorías nacionales que antes de la guerra estaban dentro de sus fronteras.

26

Lenin saluda (páginas 44-45) al Congreso Extraordinario de toda Rusia de los Obreros Ferroviarios: "El poder soviético no tiene otro apoyo que el de las amplias masas trabajadoras."

27

Trotsky asegura en un discurso que: "*El imperialismo ha quebrado incluso en el sentido puramente militar pues tres años y medio de operaciones militares han demostrado que la victoria a la que aspiran los imperialistas no se producirá y no podrá producirse. Por ello la revolución mundial se profundiza cada día que pasa y por ello se ha producido la revolución en Rusia*." Con esta aseveración, demostrada en la parte puramente 'técnica militar' por la segunda guerra mundial imperialista, Trotsky marcaba el camino a seguir en las negociaciones de paz teniendo en cuenta todas las posibles variantes que existían en aquel momento y escogiendo como factor de acción para los revolucionarios el refuerzo de las condiciones del desarrollo de la revolución mundial comenzada en Rusia.
Trotsky, comentando ante el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets la posición alemana en Brest-Litovsk el día 25, dice: "*Alemania no cede solamente a la fuerza de la verdad, sino también al miedo a la revolución que amenaza la misma existencia del régimen burgués. Desde que lanzamos a la cara de nuestros "aliados" los tratados de bergantes que habían firmado con el gobierno del zar, hemos demostrado que sólo reconocemos un único contrato, sagrado, aunque no escrito, el de la solidaridad internacional del proletariado. Con esta táctica, le hemos conferido a la revolución rusa esta inmensa fuerza que hipnotiza cada vez más a las masas proletarias de occidente. Allí, la burguesía todavía es potente políticamente y, sobre todo, psicológicamente gracias a las calumnias y mentiras extendidas por la prensa que está completamente en sus manos, pero el pueblo ya sabe que la revolución rusa ha triunfado y que Alemania ha reconocido su victoria…*"
Lenin defiende ante el Comité Ejecutivo de los Sóviets de toda Rusia el *Decreto sobre la nacionalización de los bancos* que es aprobado. Ante el sabotaje de los banqueros el Consejo de Comisarios del Pueblo se había visto obligado a acelerar la nacionalización, en la mañana de este día destacamentos de obreros y guardias rojos ocuparon todos los bancos e instituciones de crédito de Petrogrado.

29

Decreto sobre la igualdad de derecho de todos los militares, Decreto sobre el principio electivo y la organización de la autoridad dentro del ejército, Decreto sobre la igualdad de derechos de todos los militares
Decreto sobre la disolución del matrimonio (divorcio)

Nacionalización de Putilov a causa de las deudas contraídas, de la **Sociedad Internacional de Coches Cama**, a causa de la negativa de la dirección a seguir el trabajo y de la **Sociedad Anónima del distrito minero Sergueinsko-Ufalensky** a causa de la negativa a someterse al control obrero.
Comienza la suspensión temporal de las negociaciones de paz de Brest-Litovsk, que durará hasta el 8 de enero de 1918, en aras de facilitar la participación en ellas de los aliados.

31
Decretos sobre la independencia del estado de Finlandia [Decreto, ruso]
Decreto sobre el matrimonio civil, los niños y el registro civil

***

En Francia, se han contabilizado 98 huelgas durante 1915, 314 durante 1916 y 696 durante 1917.

1918. Enero
(20 diciembre 1917) 2
***Decreto sobre la suspensión del trabajo y las condiciones de despido y registro de los obreros*. ** (Este decreto quedará anulado el 20 de febrero por el *Decreto sobre las condiciones de despido y registro de los obreros, anulando el precedente*)

(23 de diciembre de 1917) 5 enero 1918
El Consejo de Comisarios del Pueblo, tras declarar nulo el **tratado ruso-británico de 1907** que estipulaba el reparto de **Persia** entre las dos potencias, **ordena a las tropas rusas evacuar el norte de Persia**.
Decreto sobre el servicio obligatorio en la Guardia Roja.
8
Catorce puntos de Wilson.

(27 diciembre de 1917) 9 enero 1918
Trotsky asiste a la primera sesión de las negociaciones de paz en Brest-Litovsk en la que el ministro alemán Kühlmann confirma que su gobierno ha aceptado una paz sin indemnizaciones ni sanciones, pero señala que esta posición sólo era válida en el caso de una paz general; rechazada la solicitud soviética de transferir a una ciudad neutral las negociaciones. Después, el general Hoffmann critica la propaganda revolucionaria antialemana y añade, desafiante, que a la sesión siguiente acudirán los representantes de la Rada de Ucrania. Trotsky no discute la representatividad de la rada ucraniana (contando con el triunfo de los bolcheviques allí); se niega a presentar excusas por la propaganda revolucionaria indicándoles a los representantes de los imperialismos centrales que siempre pueden hacer propaganda contrarrevolucionaria entre las tropas rusas y se pronuncia a favor de una discusión lo más amplia posible ironizando sobre la paz "democrática" a la que el gobierno alemán se aviene ahora después de haber soñado con grandes anexiones. Repitiendo que los delegados soviéticos han ido a Brest-Litovsk para intentar concluir una paz democrática, para saber si "*es posible la paz sin violencia contra Polonia, Lituania, Letonia, Estonia, Armenia y otros países a los que la revolución rusa ha prometido el derecho integral de autodeterminación*."

Radek, que le acompañaba con maletas repletas de folletos y volantes, tan pronto como baja del tren se pone a repartir la propaganda entre los soldados a la vista de los oficiales reunidos para recibirlos.

(28 diciembre de 1917) 10 de enero de 1918
Hoffmann les anuncia a los delegados rusos en las conversaciones de paz el ultimátum alemán que provocará una fuerte discusión en el seno de los dirigentes bolcheviques.

(31 diciembre 1917) 13
Decreto instituyendo el matrimonio civil.
Radek trae a Petrogrado al prisionero de guerra húngaro **Bela Kun** para ocuparse con él de los prisioneros internacionalistas.
Tres ejércitos blancos están prestos bajo las órdenes de Alexéiev, Kornílov y Kaledin que cederán el puesto a Denikin, Wrangel y Kolchak.

*****

1918 será un año repleto de oleadas de movilizaciones, huelgas, y procesos revolucionarios en el seno de las potencias centrales.
Entre 1917 y principios de 1918 se desarrolla en Argentina la gran huelga de los trabajadores de los frigoríficos (mataderos industriales) que abarcó cuatro de los cinco grandes frigoríficos cercanos a Buenos Aires. Se trataba de las enormes plantas Swift y Armour en Berisso, cerca de la capital provincial de La Plata. Situada a unos 60 kilómetros de Buenos Aires, "La Blanca" (de MomsArmour) y "La Negra" (de Sansinena, una compañía de capital argentino y extranjero), ambas ubicadas en Avellaneda, el suburbio industrial situado al sur de la ciudad de Buenos Aires. Por la época de la huelga de 1917-18, cerca de 11.000 obreros estaban empleados en las plantas de Berisso, y unos 4.500 en las de Avellaneda. El gobierno apoya a la patronal tanto con todas sus fuerzas represoras como suministrando técnicos para manejar las barcazas y medios de transporte de la materia prima ya que los trabajadores de diversos sectores se solidarizan con la huelga. Los marinos evitan la llegada de esquiroles por mar mientras que los ferroviarios boicotean el transporte de la carne; en los barrios obreros se vive una gran efervescencia de solidaridad. En Argentina, país de inmigración, será muy difícil luchar contra la llegada masiva de rompehuelgas, de esquiroles, y este factor es el que propicia la derrota de los trabajadores de los frigoríficos, derrota a la que le seguirá una fuerte represión policial y laboral contra los obreros huelguistas. La patronal llegará hasta a organizar en 1918 una Bolsa de Trabajo propia para tener fácil acceso a la mano de obra sumisa.
Lo que contenía de posibilidades para la revolución proletaria el año 1918 puede resumirse con lo publicado por Ricardo Flores Magón en las páginas de *Regeneración*.
Desde México, Ricardo Flores Magón afirmará el 16 de marzo: "… quieránlo o no lo quieran los engreídos con el sistema actual de explotación y de crimen, la gran revolución mundial que ya está llamando a las puertas de todos los pueblos; la gran revolución mundial que operará cambios importantísimos en el modo de convivir de los seres humanos."

Edicions Internacionals Sedov
Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)

Edicions internacionals Sedov



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
- *04. Obres escollides de Lenin en català*
- *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
- *06. León Sedov: escritos*
- *07.a Liga de los Comunistas*
- *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
- *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
- *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
- *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
- *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
- *14. Lenin: dos textos inéditos*
- *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano (enlace desde imagen)

Alejandría Proletaria

